13529

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO VIGESIMO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION
NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

TOMO XX.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento,
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en orden alfabético,

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XX.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FERNANDEZ,
Colegiata, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L..... D. Antonio Lopez.
C. de la V..... Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C.. Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N..... Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. de R..... García Rodriguez (*Presbítero* D. Juan).
M. B..... D. Manuel Bejar.
R. y C..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B..... Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formación del presente volumen
y explicación de las iniciales con que los han firmado.

A. C. ..... D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L. ..... D. Antonio Lopez.
C. de la V. ..... Caño de la Vega (D. Juan).
C. B. C. B. S. C. .... Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de E. ..... Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N. ..... Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
G. de B. ..... García Rodrigues (Presbítero D. Juan).
M. B. ..... D. Manuel Bojar.
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B. ..... Sanchez Biedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

R.

Canónigo regular, que empleaba esta letra para firmar sus escritos, siendo probablemente la inicial de su nombre. Es indudable que era francés, pues hablando de las prácticas que diferenciaban las tres órdenes de canónigos que habia en su época, no cita más que ejemplos sacados de los monasterios de Francia, de Premontré, de S. José aux-Boix, de S. Quintin, de Pré y de S. Victor. Se puede asegurar igualmente que era canónigo regular, pues lo dice positivamente en el prólogo de su obra. Con respecto á la fecha de esta, hay muchas probabilidades para creer que concurre poco más ó ménos con la mitad del siglo XII. 1.° Porque habla de los premostratenses, como llenos de su fervor primitivo: 2.° porque se dedica á defender á los monjes y á los canónigos contra las reconvenciones que se les hacian de tener siervos, sobre los que ejercian un dominio sin límites; costumbre que fué casi enteramente abolida en los últimos años del reinado de Luis *el Joven*: 3.° porque el autor manifiesta que todas las iglesias matrices estaban servidas entónces por canónigos seculares, sin excepcion alguna para los canónigos regulares, que fueron sin em-

bargo introducidos en muchas catedrales ántes de terminar el siglo VII. El prólogo contiene el plan de la obra. El autor promete ocuparse en primer lugar de los diferentes órdenes de monjes y de canónigos; en segundo lugar de sus diversas maneras de vestirse; en tercer lugar, de su alimento; y por último, de su trabajo manual, todo para probar que no hay ninguna de estas instituciones que no sea agradable á Dios. Segun este plan, la obra debia estar dividida en cuatro libros, pero hasta el presente no se ha encontrado más que el primero, de que el P. Martenne ha dado una edicion al público en el tomo IX de su gran coleccion, por un manuscrito de Liessies. Este libro no es propiamente más que un panegírico de todas las profesiones eclesiásticas y de sus diferentes usos. El autor se consagra particularmente á criticar algunos de aquellos usos en los que tenian algo que corregir los censores. Emplea para esto comparaciones sacadas de las funciones del ministerio de la antigua Ley: llama con frecuencia en socorro suyo á la alegoría, cuando la letra del texto sagrado no le da ninguna prueba directa. Cita tambien de tiempo en tiempo á los Santos Padres y otros escritores de la antigüedad. Al hablar de S. Agustin, confiesa que nunca compuso regla para los canónigos regulares. Cree sin embargo muy anteriores éstos á los monjes, no temiendo hacer ascender su orígen al nacimiento del cristianismo. Sus reflexiones son edificantes, su estilo es del género que conviene á la materia, su método bastante bueno. Por último, es un excelente religioso, que hace todo lo posible para comunicar á los demás los sentimientos pacíficos de que estaba animado y que le hicieron componer este escrito en que, como hemos dicho, trata de las diferentes profesiones regulares que hay en la Iglesia. —S. B.

RAB (Fr. Herman), religioso dominico de la provincia de Sajonia, que gobernó como prior provincial en 1525 segun consta de las actas del capítulo general de Roma celebrado en aquel año y de las *Constituciones* de Fontana. Escribió algunas obras, que se conservaron por largo tiempo manuscritas en la Biblioteca de Leipsick. Echard en su Biblioteca de *Escritores de la Orden de predicadores* cita la siguiente: *Prolixa Epistola Teutonica Hermanni Rab provincialis ord. Prædic. in Saxonia ad monialem Catherinam de Placonitz*, en 4.° —S. B.

RABACHE (Esteban). Este religioso reformador de los agustinos en Francia, primer religioso de la Congregacion de S. Guillermo de Bourges y doctor de la universidad de París, nació en Vauves, diócesis de Chartres, en Julio de 1556. Tomó el hábito de religioso en el monasterio de Orleans, y profesó en él el año de 1570. Enviado poco despues á París, no solo se hizo muy hábil en las ciencias, si que tambien se distinguió mucho en el púlpito. Doctorándose en la universidad de París el 15 de Noviembre de 1588, fué

nombrado prior de Orleans, y llevándole la Providencia á Bourges, empezó en esta ciudad la reforma de su Orden y el establecimiento de su Congregacion el 30 de Agosto de 1594. Trabajó tambien mucho este religioso por la conversion de los pecadores y de los herejes y despues de haber llenado santamente los deberes de su ministerio, murió como justo en el convento de Angers el 15 de Setiembre de 1616 á los sesenta años de su edad, segun se ha consignado en la Biblioteca Cartusiana de D. Liron.—C.

RABAL (D. Francisco). Natural de la villa de Tamarite de Litera, bachiller en artes y teología, y opositor á las cátedras de filosofía de la universidad de Zaragoza. Tomó despues la borla de doctor y fué canónigo de la insigne iglesia colegial de su patria con el cargo de vicario y magistral, en el año de 1780. Publicó por el referido tiempo un papel intitulado: «Respuesta á la carta que escribió el Padre Maestro D. José Vera, monje de Fitero, sobre la traduccion castellana de la apología del abad de la Trapa que acababa de publicar el Padre Maestro D. Juan de Sada, examinador con ejercicio del obispado de Lérida, y arciprestazgo de Ager, y director del monasterio cisterciense del Patrocinio de Tamarite, escrita á un amigo suyo.» En Lérida, por Cristóbal Escuder, en 4.°, sin año de edicion. En la página 3 motiva la publicacion de este escrito y defensa que en él se contiene, por el amor y respeto que debe al maestro Sada, á quien le es deudor de la instruccion y educacion cristiana y literaria, como allí se explica.—A. C.

RABALDO. Empezó el cardenal de este nombre la carrera eclesiástica en su patria, que se tiene por Plasencia, en Italia, y floreció en ella en el siglo XII. Hecho sacerdote, fué nombrado canónigo de la santa iglesia de la expresada ciudad, y debió distinguirse tanto en este puesto ó tener tal favor con la Santa Sede, que el pontífice Inocencio II le creó cardenal preste de Sta. Anastasia en las témporas del mes de Diciembre del año 1138. El monasterio de S. Sabino recuerda el aprecio en que le tuvo este Cardenal y su generosidad; pero aún conserva con más gratitud y motivo su memoria la santa Iglesia catedral de Plasencia, á la que dejó una renta anual bastante regular para el sostenimiento y renovacion de los libros de la iglesia. Murió este príncipe del Sacro Colegio romano en el mes de Mayo del año 1142.—B. C.

RABAN, llamado de Helmstadt, obispo de Spira, habia gobernado esta iglesia con celo y acierto, por lo que el pontífice Martino V, sabedor de sus buenas cualidades, le nombró en 1430 para ocupar la silla de Tréveris, despues de haber anulado las dos elecciones hechas por el cabildo dividido, la una en favor de Udalrico, conde de Mandascheid, y la otra de Jacobo de Sirck, maestrescuela de Tréveris. La sentencia de Martin, aunque confirmada al año siguiente por su sucesor Eugenio IV, fué mal acogida en Tréveris,

pues la mayoría del clero y de la nobleza, apoyada por los arzobispos de Colonia y de Maguncia, se propuso sostener en su puesto al canónigo Udalrico. Esta resistencia obligó á Eugenio á excomulgar á Udalrico y sus fautores, los que léjos de ceder apelaron á las armas. La ciudad de Colonia se sometió sin embargo á la voluntad del Papa, miéntras en Tréveris se comenzó una terrible lucha en 1433, devastando Udalrico todo aquel territorio y haciendo prisioneros á muchos de sus habitantes. Hallábase reunido á la sazon el Concilio de Basilea, y el Senado de Tréveris, para evitar los males de que se veia amenazado, envió procuradores á los Padres reunidos en el Concilio, haciéndoles presentes los terribles efectos del cisma y suplicándoles procurasen poner un pronto y eficaz remedio. El Concilio invitó al Emperador á interponer su autoridad para impedir el sitio de que la ciudad se veia amenazada. Udalrico se manifestó en un principio dispuesto á obedecer las órdenes de su soberano, pero arrojando despues la máscara por sentirse quizá con las fuerzas suficientes, continuó en su primer intento y no tardó en presentarse delante de Tréveris, cuyo sitio comenzó en 1433. Contaba por aliados en esta guerra con los arzobispos de Maguncia y Colonia y con los duques de Berg, de Juliers y otros príncipes; mas á pesar de esto y de sus grandes recursos, la resistencia y decision de los sitiados le obligó á retirarse sin haber conseguido ventaja alguna. Udalrico intentó entónces hacer la paz, y con este fin sin duda reunió un congreso en Biviers al otro lado del Mosa, pero se hallaban demasiado encendidas las pasiones, y la animosidad de ambos partidos fué causa de que se disolviese aquella asamblea sin haber conseguido resultado alguno. Raban hizo entónces su entrada en Tréveris, donde recibió los homenajes de los habitantes despues que les hubo asegurado de la conservacion de sus privilegios. Las continuas quejas de la ciudad de Tréveris movieron al Concilio de Basilea á hacer comparecer á Udalrico, quien habiéndose presentado ante los Padres y viendo que no se hallaban á favor suyo, no tardó en apelar á la fuga, decidido á sostener sus derechos ante la corte de Roma. Su evasion fué seguida de una sentencia en favor de Raban, la que contaba Udalrico hacer anular por Eugenio I, cuando falleció en 1406 ántes de haber terminado su viaje. Dos años despues obtuvo Raban permiso del Papa para nombrar por coadjutor á Juan de Heinsperg, obispo de Lieja; parece que tomó esta medida para evitar las frecuentes quejas del clero de Tréveris, fundadas en las enajenaciones que hacia de los mejores bienes y de los derechos más productivos de su iglesia; agobiado Raban por el peso de los años, abdicó el obispado de Spira y falleció en 1440.—S. B.

RABAN-MAURO ó Rabanus, llamado tambien *Harabanus Maguentius*. Nació este célebre religioso, el más fecundo y laborioso escritor de su siglo, en la ciudad de Mayenza el año 776 de nuestra era, de padres nobles y aco-

modados. Consagróse á Dios á la edad de diez años en la abadía de Fulda, en la que hizo sus primeros estudios, y desde esta pasó á Tours, á fin de perfeccionarse bajo la direccion de Alcuin en el conocimiento de las artes liberales y de las letras sagradas. Su dulzura y aplicacion le granjearon la amistad de Alcuin, que le dió el apodo de *Maur*. A los dos años volvió á la abadía de Fulda, y fué encargado en ella de la enseñanza de la gramática y de la retórica. A pesar de lo mucho que le ocupaba la enseñanza, pudo dedicarse á componer algunas obras, que le proporcionaron conocer y cultivar la amistad de los sabios de Francia y de Alemania. Luego que fué ordenado sacerdote en 814, fué colocado en la plaza de director de la misma escuela que tanto habia ilustrado con su talento; pero interpretando mal el abate Ratgar la regla de S. Benito, le reprochó el gastar en el estudio un tiempo precioso que debia ocupar en la oracion; y privándole de sus libros, dispersó á sus discípulos. Sustrájose Raban al inconsiderado celo de su abad, y se cree fuese en esta época cuando hizo un viaje á la Palestina para visitar los Santos Lugares. Deseando el Emperador poner en paz la abadía de Fulda, desterró á Ratgar, y Raban volvió entónces á ella y continuó sus lecciones públicas y demás ejercicios literarios. Despues de la muerte de S. Egilo fué elegido abad en 822, y puso especial cuidado en hacer que floreciesen en la abadía la disciplina y las letras, por lo que durante su gobierno el monasterio de Fulda adquirió tal reputacion, que por mucho tiempo fué como un plantel de prelados de Alemania y la primer escuela de esta parte de Europa. Antes que Raban no habia enseñado nadie la lengua griega en Alemania. Condújose Raban con gran talento en las diferencias surgidas entre Luis *el Benigno* y sus hijos, y no perdonó medio que no emplease para evitar una lucha, cuyo menor mal era debilitar el respeto que se debe á la autoridad del soberano. El Emperador y sus hijos á su vez le manifestaron su gratitud, cediéndole muchos territorios con que dotó muchas casas de la Orden, entre ellas la abadía de Hirsange, de la que se le considera el fundador. Dimitió Raban su cargo de abad en 842 para retirarse á la soledad del monte de San Pedro, en donde se proponia consagrar el resto de sus dias á la oracion y al estudio. Hízolo así en efecto; pero á los cinco años de disfrutar en esta las delicias de la meditacion solitaria, léjos del bullicio del mundo, permitió Dios que fuese sacado del desierto para ocupar la silla episcopal de Mayenza. Desplegó el nuevo prelado mucho celo en el gobierno de su diócesis, celebró muchos sínodos para poner remedio á los abusos que se habian introducido hasta en los claustros, é hizo formar sabios reglamentos para evitar su reproduccion; pero la historia le reprocha, tal vez con alguna razon, su excesiva severidad con Godescale, cuyos sentimientos no merecian, segun la opinion del biógrafo Weis, la odiosa calificacion de he-

reje, por lo que despues de haberle hecho condenar le mandó á Hincmar, que era su juez natural, tratándole de vagamundo. El hambre que desoló su diócesis el año 850, dió á Raban la ocasion de ejercitar su gran caridad con los pobres. Hízoles distribuir la mayor parte de sus rentas, haciendo comer en su propia mesa á más de trescientos diariamente. Presidió Raban el concilio que se reunió en Mayenza el año 852, de órden de Luis *el Germánico*, y en el año siguiente asistió al que se celebró en Francfort. Murió este digno prelado en Winfeld el dia 4 de Febrero del año 856, y fué enterrado en la abadía de S. Alberto, en un sepulcro en que se puso un epitafio que él mismo dejó escrito, y que puede considerarse como el compendio de su vida. Encuéntrase escrito el nombre de Raban en algunos calendarios; pero la Iglesia no le ha concedido el culto público, por lo que no debe venerársele como santo, y si admirar su santidad y virtud y procurar imitarla. Dejó Raban escritos gran número de opúsculos, que se recogieron en Colonia en 1627, en seis tomos en tres volúmenes en fólio; y el P. Enhueber, prior de San Emerar, preparaba en Ratisbona, en 1783, una edicion mucho más completa, que no llegó á publicarse. La de Colonia contiene cuarenta y cuatro obras, entre las que veian la luz las veintisiete por primera vez. Empieza esta coleccion por dos vidas de Raban, la una escrita por su discípulo Rodolfo y la otra por Tritheim, las que se insertaron tambien despues con un doctísimo prefacio de God. Herichen en el tomo I de Febrero de las *Acta Sanctorum*. Los editores han abultado esta coleccion con opúsculos que no pertenecen á Raban, y al propio tiempo han omitido aún muchos más de los que es evidentemente autor el piadoso Arzobispo de Mayenza. Las obras principales de la expresada coleccion, y en las que más se distingue Raban, son las siguientes, segun Mr. Weis: un *Extracto de la Gramática de Prisciano*.—Un *Tratado del universo*, en veintidos libros, en el que se encuentra la explicacion y definicion de los nombres propios, y de un gran número de palabras empleadas en la Biblia. Freytag cita una antigua edicion sin fecha, en fólio, de la que poseia un soberbio ejemplar la *Bibliotheca Portensis*, en la que la letra inicial de la dedicatoria á Luis *el Afable* ó *el Benigno* ofrecia el retrato en miniatura de Raban.—*Traité des louanges de la Croix*, en dos libros. Es una coleccion de acrósticos tetrágonos, compuestos de treinta y cinco versos y cada verso de treinta y cinco letras, formando figuras místicas de la cruz con explicaciones en prosa. Esta obra, cuyo único mérito es haber vencido una gran dificultad, gozó de gran reputacion en su siglo, puerilidades de que dieron los poetas de la decadencia del imperio extravagante muestra, y que se han apreciado despues en su justo valor. Esta obra se imprimió por separado en Pfortzheim, en 1501, en fólio, y en Augsburgo bajo la direccion de Marco Valser, en 1605, en fólio;

ediciones aún muy buscadas por algunos curiosos, que prefieren la primera como la más rara.— *Comentarios sobre casi todos los libros de la Biblia, sacados de los Santos Padres.*— Un *Homiliario ó Coleccion de homilías.*— Una *Coleccion de Alegorías sobre la Biblia.*— Un *Tratado sobre la institucion de los clérigos y de las ceremonias de la Iglesia;* esta es la obra más útil é interesante de todas las obras de Raban; se han hecho de ella muchas ediciones en el siglo XVI y se ha insertado en la *Bibliotheca Patrum.*— Un *Martirologio*, publicado por Canisius en el tomo VI de sus *Antiquæ lectiones.*— *Poesías:* son himnos, entre los que se distingue el que emplea la Iglesia en las ceremonias más imponentes, y que empieza por el verso *Veni, Creator Spiritus;* epitafios, inscripciones, elegías, etc., las cuales se han publicado por el P. Brower con notas, á continuacion de las obras de Fortunat, en Mayenza, 1627, en 4.°— *De inventione linguarum ab hebræa usque ad theotiscam, et notis antiquis.* Este opúsculo se insertó por Golsdat en el tomo II de *Rerum Alemanicarum scriptores*, con los alfabetos hebreos, griegos, latinos, escitas y tudescos, recogidos por Raban. En la edicion de las obras de este prelado se ve un *Tratado de vicios y virtudes*, publicado por Wolfgang Lazius, en Amberes, el año 1560, en 8.°, en una coleccion *De veter. Ecclesiæ ritibus.* Hanse descubierto despues nuevos opúsculos de Raban, entre otros las *Cartas*, publicadas por Balucio, el P. Sirmond, Mabillon, etc.— Un *Tratado sobre diversas cuestiones sacadas del Antiguo y Nuevo Testamento*, publicado por M. Martenne en el tomo V del *Thesaur. nov. anedoctorum*, y el *Comentario sobre el libro de Josué*, insertado en el tomo IX de la *Amplissima collectio.*— Un *Tratado sobre la Pasion*, publicado por Bernardo Pez en el *Thesaur. anedoctor. novissim.*, tomo IV. Y en fin, se conservan manuscritos en las bibliotecas de Viena y de Munich su obra *Glossaire Théonique*, de Raban, sobre todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, cuya publicacion prometió Labecius, y cuya descripcion nos ha hecho Diecman con el título *Specimen glossarii manuscripti latino-theotisci, quod Rhabano Mauro inscribitur;* Brema, 1721, en 4.° De esta obra y demás de Raban, se encuentran fragmentos en Eckhart, en su *Francia Oriental*, en el *Comentario de Lambec* y en los códices manuscritos de Denis. Además de los autores citados por M. Weis en este artículo, puede consultar el que desee más detalles la *Historia literaria de Francia*, por Rivet, al tomo V; los *Anales literarios de Helmstad*, publicados en 1782, y la disertacion de J. F. Buddæus *De vitâ ac doctrinâ Rabani*, dada á luz en Jena, en 4.°, el año 1724. Como acabamos de expresar, no puede negarse al prelado Raban talento, erudicion profunda, algun tanto de imaginacion, gran fondo de piedad, extraordinaria caridad y un exquisito celo en el cumplimiento de sus deberes en favor de la religion católica.— B. C.

RABARDEAU (Miguel). Fué este jesuita, que debió nacer en fines del siglo XVI ó principios del siguiente, y cuyo país natal y fecha ignoramos, autor de un libro en el que reprocha el famoso libro de Cárlos Hersen, doctor en teología, titulado: *Optati Galli, de cavendo schismate, liber parœneticus.* La respuesta se titula: *Optatus Gallus benignâ manu sectus*, mucho más extensa que la de los demás autores, admitiéndose en ella máximas atrevidas, que movieron gran ruido en su época. Imprimióse la obra en 1640, conociéndose por ella que Rabardeau poseia bastante bien la teología. Murió este religioso el dia 24 de Diciembre de 1649, á los setenta y siete años de edad, como se ve en la *Biblioteca histórica de Francia* por Le Long.—A. C.

RABAST (Fr. Antonio de). Perteneció este ilustre eclesiástico á los ermitaños de S. Agustin, habiéndose distinguido desde luego porque á su gran ingenio agregaba una aplicacion suma, procedente de su decidida aficion á las cosas de la Iglesia. Por todos estos motivos estudió la sagrada teología con la posible latitud, y tanto se empapó en esta difícil ciencia, que á una edad todavía prematura estuvo en disposicion de enseñarla á los estudiantes de su religion, y se le comisionó para esto, siendo el resultado que adquirió grande fama el estudio de los Agustinos de Valencia, que fué donde nuestro Padre explicaba; siendo acaso la razon de hacerlo allí el que en aquella casa habia hecho su noviciado, sus estudios y toda su carrera tanto literaria como religiosa. Pues bien, de tal manera y con tan feliz éxito se hacian los estudios bajo la direccion del distinguido P. Rabast, que un número de jóvenes bastante considerable, y que no podia siquiera aspirar á que sus títulos y estudios tuviesen valor académico, pues solo para los individuos de la Orden los tenian, concurriesen con gran asiduidad al estudio despues de hacerlo en las cátedras de la universidad para aprovecharse de la buena doctrina, del excelente criterio y de la suma fluidez con que éste buen religioso explicaba, habiendo sido preciso que se variasen algun tanto las horas de estudio en la comunidad para amoldarse á las necesidades de los jóvenes estudiantes, que ciertamente merecian mucho el que se les atendiese, toda vez que por solo su deseo de aprovechar se sacrificaban hasta el extremo de renunciar gustosos á las recreaciones que podian tomar durante este tiempo que consagraban al estudio, y por lo tanto eran muy apreciados del P. Mtro., que como verdadero sabio tenia en mucho todo esfuerzo que tuviese por fin el adquirir la ciencia, tesoro de infinito valor que debe acaudalarse áun á costa de molestias y de privaciones. Lleno, pues, de satisfaccion estaba en el desempeño de su aula, y no ménos contentos que él todos los superiores de su Orden, porque veian en los legítimos triunfos del P. Rabast un triunfo verdadero para la Orden, y en todos los laureles que con sobrada razon ceñia uno de esos ornamentos preciosísimos con que

Dios nuestro Señor ha querido hacer brillar en sus obras, es decir, en los institutos que dictó y que llevaron á cabo sus más privilegiados siervos, su misericordia infinita, gérmen fecundo de las más magníficas obras. Decimos que en la plenitud de su satisfaccion, así como en la manifestacion de la importancia de su Orden, estaba el catedrático y Mtro. P. Antonio Rabast, cuando una inesperada circunstancia tuvo que hacerle desaparecer de aquella escena donde conseguia tan legítimos triunfos, á otra donde no fueron ni más escasos ni ménos importantes, si bien es verdad que mucho ménos ostentosos, pues no salian del seno de su querida familia agustiniana. La casa convento de Agustinos de Castellon de la Plana acababa de perder su prelado, preciso era que se les diese á aquellos huérfanos un padre que los mirase como hijos, toda vez que ellos habian de respetarle como padre; y recorriendo la escala de los sugetos disponibles para este importante cargo, en ninguno se reunieron las cualidades y circunstancias que en nuestro distinguidísimo y muy respetable P. Rabast. Luchóse grandemente con la profunda humildad de este hombre, que á la par que sabio eminente era observantísimo religioso; y la obediencia hubo de ejercer su imperio para que cediese al fin á las justas exigencias de su Orden, que creyó ver en él un sugeto á propósito para el gobierno, como lo fué en efecto durante el largo período que gobernó su comunidad. Efectivamente, si bien á la ligera, porque la índole de este artículo no exige otra cosa, examinaremos al P. Rabast como prelado de su convento de Castellon, y comenzaremos por la manera de presentarse á sus súbditos investido ya de la alta, de la importante y sublime dignidad de prior. No se crea que dijo, ni mucho ménos, que su cargo le colocaba sobre todos, nada de eso: indicó que la circunstancia de ser él nombrado para ir delante de los demás en el ejercicio y desempeño de los importantes medios que conducen á la perfeccion, le obligaba á mirar todas las cosas que pudiesen rozarse con este importante fin del religioso, y á poner todos los medios de que las mínimas imperfecciones se corrigiesen, para lo cual el prior les dijo estar dispuesto á recibir las indicaciones de cualquiera que tuviese á bien hacerle las que le parecieran oportunas; y con efecto, desde el primer dia admitió á su consejo, digámoslo así, á todos, absolutamente á todos, y nadie hubo que una vez siquiera saliese descontento de su presencia; y si á esto agregamos el que despues de haber comenzado su prelacia bajo estos auspicios, la continuó de manera que sin herir lo más mínimo la susceptibilidad de ningun individuo supo acercarse á todos para reprender dulcemente sus más escondidas imperfecciones, y hacer de todos sus hermanos otros tantos modelos, cada cual en su línea, que fueran caminando hacia su fin, dando en casa y fuera el mejor ejemplo, y prestando á su Orden y á todos los fieles los im-

portantes servicios que debian respectivamente; conociéndose desde luego que el gobierno del P. Rabast era un gobierno enteramente paternal, completamente conforme á lo que debe ser una corporacion tan respetada como lo eran los PP. Agustinos. Muy sensible nos es no poder fijar el tiempo que gobernó su comunidad este esclarecido Padre; solo podemos decir que era prior en 1379, y que el celo por la observancia regular, considerándola como el único medio de asegurar la salvacion de los religiosos y el bien de los fieles, le devoraba, le abrasaba y le hacia ejecutar verdaderos prodigios. Así le acometió la muerte, para cuyo trance se dispuso como era conveniente á un hombre grande como sabio y no menor como religioso, y entre las más oportunas amonestaciones de su parte, y los más tiernos sollozos de parte de sus hermanos, pasó de esta á mejor vida, como debe suponerse, dejando imperecedera no solo en los fastos de la Orden, sino en los de su época, la venerable y grata memoria del Rdo. P. agustiniano Antonio Rabast.—G. R.

RABASTENS (Pilfort de). Nació este cardenal en el castillo de San Gery del Albigeois, que pertenecia á una rama de la ilustre casa de Rabastens, en el último tercio del siglo XIII. Habiendo recibido el hábito de la órden de S. Benito, no tardó en hacerse notar en la Orden hasta el punto de ser nombrado abad de Lombez el año 1310. Obteniendo despues el obispado de Pamiers, experimentó en esta ciudad algunas contrariedades con los canónigos de su iglesia hasta el punto de peligrar su vida; pero habiendo logrado calmar los ánimos, disfrutó de los beneficios de la paz tan necesaria entre el prelado y su clerecía. Elevado despues al obispado de Leon, en España, desempeñó este cargo con más tranquilidad, y desde esta silla pasó á ocupar la de Rieux que le dió el pontífice Juan XXII, su compatriota y amigo. No contento este Papa con haberle mejorado en el obispado, le creó cardenal el año 1320 con el título de Santa Anastasia; pero gozó poco Rabastens de tan alta dignidad, porque murió en 1321, dejando reputacion de prelado tan piadoso como sabio y de vida regular. Dice Mr. Combelte-Labourelic, su biógrafo, que fué tan amigo de la paz que esto le granjeó el ser siempre nombrado juez árbitro para terminar las diferencias que se suscitaban en su país: esta ilustre casa de Rabastens produjo otros prelados y personas distinguidas, que al paso que han aumentado sus blasones, han dado mayor gloria á su país.—B. C.

RABAUDY (Bernardo). Este P. dominico nació en Tolosa el año 1631. Como desde muy niño se viese inclinado al estudio y al servicio de Dios, todas sus acciones declaraban que no le era fácil se acomodase á vivir en el fausto, ni en el laberinto de la sociedad mundana; buscaba con preferencia la compañía de los que sabian más que él con el deseo de aprender, y la de

los ministros del Señor especialmente á fin de irse enterando en sus costumbres y aficionarse más y más á la vida contemplativa y santa. Tan luego como se lo permitió la edad y sus conocimientos, tomó el hábito en la ilustre Orden de PP. Predicadores, ó sea de Sto. Domingo, santo á quien tenia especial cariño. Aplicóse extraordinariamente en el estudio de las letras divinas y humanas que permitia su instituto, y llamando la atencion los grandes progresos que hizo en poco tiempo en las primeras, fué nombrado profesor de filosofía de la universidad de Tolosa, cuya cátedra desempeñó con notable elocuencia y sabiduría. Murió este entendido religioso el dia 3 de Noviembre de 1731, es decir, á los cien años cumplidos de su nacimiento, dejando escrita una obra muy estimable, titulada: *Exercitationes theologicæ ad singulas partes Summæ Sancti Thomæ, doctoris Angelici.* El resto de esta composicion, que se conservaba manuscrita á principios del siglo presente en la Biblioteca de los dominicos de Tolosa, se halla hoy en el Colegio real de la misma ciudad. Fué contada la casa de Rabaudy entre las más ilustres de Tolosa, y la plaza de vicario del Conde de Tolosa fué patrimonio de ella desde 1597 hasta 1749 en que se suprimió este cargo.—C.

RABBI (Cárlos Constancio). Fué este distinguido eclesiástico uno de los más esclarecidos ornamentos del siglo XVII. Nació en Bolonia en 1678, y todos los cuidados de sus padres se encaminaron á que fueran eficaces las bellas disposiciones que desde luego demostró para el estudio y principalmente para las ciencias eclesiásticas. En la época en que floreció Rabbi era Bolonia el emporio del saber humano, allí los más hábiles profesores daban las más adecuadas lecciones en todas las ciencias, á lo cual ayudaba en gran manera el concurso numerosísimo de extranjeros que, atraidos por la gran fama de estos estudios, concurrian á ellos para aprovecharse no solo del gran caudal de ciencia, sino de los adecuados medios con que trataban de comunicar su saber á cuantos le escuchaban. Desde los primeros dias en que concurrió Rabbi á las aulas para aprender los primeros elementos de los estudios de humanidades y filosofía, demostró que habia de ser con el tiempo una notabilidad, pues que no se contentaba, como lo hacen la mayor parte de los jóvenes áun los más aventajados, con oir y retener las explicaciones de los maestros, y aprender bien las conferencias que le señalaban, sino que se acercaba á sus mismos preceptores presentándoles las dificultades que el estudio le ofrecia, y haciéndoles ver que adelantaba mucho por lo mismo que queria ilustrarse y desvanecer hasta las más ligeras sombras de duda que el complicadísimo estudio de las humanidades lleva consigo, principalmente en la época en que nuestro buen Rabbi las aprendia, que era en lo más florido de su juventud. Apénas concluido el estudio de humanidades, emprendió el de filosofía, y claro está que aumentándose las dificultades se

aumentaban por una parte sus ansias de saber más y más y por otra el ejercicio de su buena capacidad para este estudio mismo. Concluyóle con tan feliz éxito como habia hecho el de humanidades, y es claro, cuanto más adelantaba, tanto más se excitaba á aprender más y más, y á perfeccionar el estudio de aquello mismo que ántes habia llegado á comprender. El estudio de la sagrada teología, de los cánones y disciplina eclesiástica, fué lo que le ocupó despues que hubo sido perfecto filósofo; y es claro que sacó mucho provecho de sus estudios, por cuanto la gran ciencia que ya tenia de los autores clásicos que mejor han escrito en griego y latin, que poseyera por las humanidades, y el recto juicio que de todas las cosas que aprendia le hacia formar su profundo conocimiento de la lógica, agregando á esto conocimientos nada vulgares en las ciencias médicas y áun en las naturales, si bien estas no estaban á la altura en que ahora se encuentran, pero que no obstante aprendió con entera perfeccion. Mirando todas las cosas bajo el prisma de su verdadero ser, y conociendo que no hay para el hombre cosa en el mundo que le satisfaga plenamente, como no sea el servicio y amor de Dios, se decidió á buscar este servicio y amor divino ingresando y profesando despues en la órden de S. Agustin. Esta no pudo ménos de estimar en lo que debia estimarse lo mucho que valia el sabio humanista, el filósofo muy aventajado, el esclarecido teólogo y sabio jurista, así que le dedicó desde luego á la enseñanza, teniendo á su cargo la educacion no solo de los muchos jóvenes que venian á profesar en la religion Agustiniana, sino la de muchísimos externos, que por la fama de la gran ciencia del maestro venian de todas partes para oir sus adecuadas explicaciones, tanto más provechosas, cuanto que las dictaba de un modo especial y por un sistema enteramente distinto del que hasta entónces habian acostumbrado los maestros. Comenzó á regentar cátedras en el convento de Bolonia, y allí adquirió desde el principio muy grande celebridad, tanto que los más aventajados profesores de aquella tan celebrada academia quisieron oir su doctrina y le obligaron á que explicára en las cátedras de aquella celebérrima universidad, envidia del mundo y verdadero centro de todos los conocimientos en su época. Ciertamente habria conseguido los más legítimos lauros y los más señalados triunfos, si hubiera continuado en aquella ciudad tan célebre en los fastos de las ciencias y sobre todo de las ciencias eclesiásticas; pero la mayor conveniencia de su sagrada religion, y por este motivo el precepto de sus superiores, hubo de sacarle de allí, donde estaba muy contento y satisfecho, para llevarle á Roma, donde su presencia se creyó desde luego conveniente, si no necesaria, para arreglar los estudios en las casas de su Orden, muchas de las cuales obtuvieron de él el singular beneficio de que se diera á los estudios en ellas toda la importancia, latitud, órden y exacto método, que eran de apetecer

para que se lograsen los frutos que áun en su vida se consiguieron. Era como una legítima consecuencia de su celo y esmero en disponer todas las cosas como convenia á la mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor, y provecho material y espiritual de sus hermanos y súbditos, que fuese por todos conocido, y todos le admirasen, y áun á oidos llegára del sucesor de S. Pedro, que lo era á la sazon el gran pontífice Benedicto XIV. Este, apénas supo las buenas prendas y excelentes condiciones del Padre, cuando le rogó con todo encarecimiento que se acercase á su presencia, llegando la benignidad del padre comun de los fieles al extremo de venir á visitar alguna vez á su convento á este sabio agustino. Por supuesto que le tenia á su lado en muchísimas ocasiones, le consultaba siempre que queria tomar alguna resolucion importante, y hacia que inquiriesen su parecer las congregaciones, que, como sabemos, hay en Roma para el desempeño de los muchos negocios en que es imposible entienda por sí mismo el padre comun de los fieles. Y se dirá acaso al leer el relato de estas deferencias con que el Papa distinguia al sacerdote: ¿y cómo es que no pasó nunca de simple religioso, ni áun tuvo alguno de los importantes cargos de su Orden? Porque en esto y en favorecer á los desvalidos fué en lo que empleó todo su ascendiente, diciendo siempre que se le instaba para que aceptase alguna dignidad ó cargo, que él si habia querido algo en este mundo, habia sido el ser religioso agustino, y que por consiguiente si se le quitaba este estado, digámoslo así, obligándole á desempeñar cargos ya en su religion ya en la Iglesia de Dios, se le sacaba de su elemento, se le ponia en un estado violento, y se le exponia á que no cumpliendo bien y fielmente con las obligaciones de su estado, se perdiera para siempre y no fuera de provecho, ni en el cargo para que se le nombraba, ni como religioso agustino que habia él querido ser y que era tan á su gusto; así que el mismo Santo Padre, cuyo empeño era distinguirle porque le creia acreedor á estas mismas distinciones, desistió de ello, toda vez que vió que más que de placer le servian de disgusto y de mortificacion, y se contentaba con ocuparle muchísimas veces en evacuar consultas ó responder á preguntas que de todas partes se dirigian, como se dirigen siempre al que es centro de unidad é infalible en sus determinaciones *ex cathedra*. A medida que el Santo Padre veia la abnegacion, la humildad y poco y bajo concepto que de sí mismo tenia tan esclarecido religioso, eran más íntimas las relaciones que con él estrechaba, y hubiera querido Su Santidad tenerle siempre á su lado, á lo cual no se atrevió, por haberle oido muchas veces decir ser tan impropios los frailes en los palacios de los príncipes, por más que estos sean príncipes de la Iglesia, como el que en un convento se reunan los príncipes á los frailes, pues necesariamente estos tienen que alterar sus horas y hacer diferencias en sus institutos, constituciones ó reglas,

y aquellos no pueden ménos de hacer notar en sus casas la magnificencia, esplendidez, suntuosidad y demás cosas, que hacen indudablemente aficionarse al religioso á tener ménos observancia, más anchura y más disipacion de la que debe. En órden á su casa y hermanos, el P. Rabbi se llevaba perfectísimamente, y de esto hay una razon muy obvia: todos hallaban en él no solo al consultor siempre dispuesto, ni al fiel amigo que en toda circunstancia y situacion le prestaba su benéfico auxilio, sino un medianero para con los superiores cuando les era necesaria alguna cosa; un amigo fiel que les acompañaba en sus dolencias y disgustos, tomando en ellos una parte tan activa como si fuesen propiamente suyos; un modelo perfecto de lo que debe ser el religioso; y con particularidad una práctica demostracion de lo improcedente que es en el órden de perfeccion á que debe aspirarse en las casas de oracion, templos vivos de Dios y moradas de sus siervos, el que éstos apliquen á sí mismos el valor que puedan tener sus obras, el mérito que puedan tener sus oraciones, pues continua y constantemente les está haciendo notar, que si alguna capacidad él tenia para otra cosa que para el pecado, si algo más valia que para ofender á Dios, y de sus obras y de sus palabras podia acaso resultar alguna gloria al mismo Dios, algun provecho á sus hermanos, algun lustre á su religion; mercedes eran todas estas que á Dios se debian muy señaladamente, y por las cuales á él solo se habia de dar la gloria, la veneracion y el homenaje, siendo en hecho de verdad un verdadero sentimiento para este hombre verdaderamente grande, el que alguno le ponderase ante los demás, el que por acaso se llegasen á saber ó notar cosas que pudieran halagarle. Así que, ensimismado por decirlo así, y metido en su convento entre sus libros y manuscritos, dado enteramente al estudio en los ratos que le dejaban libre las importantes tareas de confesar y predicar, á que era muy dado, y que desempeñaba con extraordinario éxito, fué pasando su vida, como si hubiera sido el padre más olvidado de su casa, sin que le hiciesen mella ni las grandes distinciones del Soberano Pontífice, ni las muchas honras que otras personas de muy elevada posicion le prodigaban; y haciéndose en este mismo desprecio con que miraba las pompas y vanidades, muchísimo más apreciable, áun de aquellos que indudablemente le habrian estimado ménos, si no hubiese reunido estas prendas tan apetecibles en un hombre de su mérito. Examinemos ligeramente los últimos momentos de su vida, para dar despues una ligera vuelta al exámen de sus obras literarias. A la edad de sesenta y ocho años, y sin haber tenido enfermedad alguna, se vió acometido de la que le llevó al sepulcro. Un tanto triste por hallarse, segun él mismo confesaba, exhausto de buenas obras y agobiado de miserias y pecados, se dispuso de una manera la más conveniente para recibir los santos sacramentos, que produjeron en su espíritu una

calma, un sosiego, que ya no se perturbó. Suma atencion á todo cuanto le decian sus superiores y hermanos; vivos deseos y fervientes votos por la prosperidad de la Orden; perfecta conformidad con la voluntad de Dios; espíritu de sacrificio, segun el cual ofrecia á Dios todas las molestias y sufrimientos de su estado cada vez más grave; tales fueron las disposiciones con que esperó tranquilo su postrer momento, que se verificó el dia 8 de Setiembre del año 1746, siendo providencial y una prueba de su virtud el que, anhelante por venerar siempre á la Madre de Dios y de los hombres, viniese á fallecer en el dia de la Natividad de esta excelsa Señora. La solemnidad de su entierro fué una cosa verdaderamente notable, pues á la importancia grande que el mundo literario le daba con sobrada justicia, como á humanista distinguido, sabio filósofo y profundo teólogo, tenia que agregarse el gran concepto que como hombre de virtud se habia conquistado, y el que todos sabian la gran deferencia que le tuviera el Santo Padre, deferencia tanto más de estimar, cuanto que se sabia de público que no se daba por Benedicto XIV sino al verdadero mérito. Fueron, pues, estas exequias un acontecimiento en Roma, á pesar de que la ciudad eterna, donde concurren siempre personas de la más alta distincion, está muy acostumbrada á presenciar estas solemnidades, y quedaron de ellas muy gratos recuerdos que hicieron imperecedera la memoria de Rabbi, que sin embargo era acreedor á esta misma memoria por sus obras, cuyo ligero exámen haremos, sintiendo á la verdad que el mundo científico esté privado de los grandes recursos que pudiera haber conseguido, si se hubiesen dado á luz las muchísimas memorias que dejó en las bibliotecas del instituto de Bolonia y la pontificia de Roma. Y al consignar este hecho, que ciertamente le distingue, pues lo que dejó manuscrito son sus mejores trabajos, no podemos ménos de hacer notar su gratitud hácia el Romano Pontífice, que tanto le distinguia, y hácia Bolonia, que sobre ser su patria natal, habia sido donde habia aprendido todo lo que le habia puesto en situacion de hacerse eminente y notable por su ciencia é ilustracion. Mas vengamos al exámen de lo que publicó, que aunque no fueron sino dos obras, fueron lo suficiente, no solo para acreditarle, sino para colocarle entre los más distinguidos autores de su época. Tituló á la primera: *De mathematicarum disciplinarum ad theologiam utilitate, ipsarumque in ea usu, dissertatio;* obra que áun cuando lleva el modesto título de disertacion, merece todos los honores de un *Tratado completo*, y dilucida puntos importantísimos, mucho más en la época en que se escribió, en que todos creian que no habia el más mínimo contacto entre el estudio de las ciencias puramente eclesiásticas y el de las que podremos llamar profanas, siendo un verdadero adelanto para unas y para otras la armonía en que las colocó, por la idéntica manera de proceder que tienen

unas y otras, pues si bien, dice, la teología se funda en misterios y tiene su firme apoyo en verdades reveladas de una manera, á nuestro modo de ver, no muy conforme á lo que nuestra limitada razon exige; las matemáticas por su parte tienen esa oscuridad de los axiomas, de los cuales sin embargo nadie duda, y que son el apoyo ó fundamento muy firme de todas las demás deducciones muy lógicas, muy naturales y exactísimas que de ellas se desprenden. Que la obra del Sr. Rabbi adquirió toda la importancia que merecia y el justo aprecio de los hombres verdaderamente científicos, lo demuestra una circunstancia muy poco comun en sus dias, y fué el que durante su vida se hicieron dos copiosas ediciones y se tuvo un verdadero interés por propalar esta obra, dando á los profesores, tanto de filosofía como de teología, ocasion para perfeccionar más y más sus estudios, para progresar en sus adelantos, y acaso podremos decir sin temor de exagerar, que todos esos preciosos libros que despues del P. Rabbi han visto la luz pública en la mayor parte de las naciones científicas y que han tendido á aprovechar en confirmacion de las verdades del catolicismo, los conocimientos y adelantos de todas las ciencias, adunándolas, por decirlo así, al importante fin de la teología, que no es otro que el conocimiento de Dios, sus atributos y relaciones; de él procedieron, pues, la clara demostracion de que las matemáticas no solo pueden ser, sino que son en efecto auxiliar para la ciencia de Dios; ha dado, como llevamos dicho, ocasion á que en la física, en la geología, historia natural, geografía y demás ciencias, se haya buscado y hallado la explicacion de algunos pasajes oscuros del Antiguo Testamento, ó la enmienda (en la parte expositiva nada más, pues en el fondo todas las ideas enunciadas en la Biblia son intachables) de algunos que otros lugares, que para su época eran mucho, y sin embargo, hoy parecia inducir hasta ignorancia de quien lo escribió, lo cual ciertamente es todo lo contrario de lo que debe confesarse y pensarse. Dejemos, pues, el exámen más minucioso de esta importante obra para sugetos más competentes, y citemos la segunda, no ménos importante, aunque de otra índole muy diferente. Llamóla: *Sinonimi ed aggiunti italiani racolliti, con in fine un trattato de sinonimi degli aggiunti e delle similitudini.* Esta otra obra, como vemos por su título, es puramente literaria, pero no carece de importancia, porque en las muy acertadas máximas, opiniones y sentencias que compila en el *Tratado* con que la termina, presenta el pro y el contra de los sinónimos; y si bien es verdad que no da una resolucion, es decir, un cánon ó dogma filosófico sobre esta tan asendereada cuestion, pone á la vista de una manera indudable que no hay una verdadera y absoluta sinonimia, pues si bien es cierto que en italiano hay muchas palabras que parecen significar una misma cosa, la significacion no es idéntica, toda vez que la cosa significada no se

enuncia bajo las mismas circunstancias, motivo por lo cual, como dice muy bien Rabbi, hay semejanza, hay relacion de unas á otras palabras, pero no hay identidad, no hay completa sinonimia. Tambien son muy lucidas las indicaciones que da sobre los adjetivos, su uso, etc., y por esto su obrita es muy importante y estimada en Italia, así como su disertacion teológica tiene el aprecio y estimacion del mundo todo, sin que esta menor extension de la importancia que uno y otro trabajo tienen, proceda de otra cosa que de la índole especial de ellos, sirviendo uno y otro á demostrar el sano juicio y capacidad científica y literaria del esclarecido hijo de S. Agustin P. Rabbi, bolonés. — G. R.

RABBIUS (P. Justo), de la Compañía de Jesus. Nació en Cracovia de una antigua y opulenta familia. Sus padres eran herejes y él mismo siguió en su juventud los estudios de los sectarios en las universidades de Wurtemberg, Leipsick y otras; enviado á París para aumentar sus conocimientos, asistió á las lecciones de controversia sobre la fe, del P. Juan Maldonado, y se convirtió al catolicismo en Roma, entrando despues en la Compañía el año de 1569. Como ya entónces se hallaba versado en todas las ciencias, fué dedicado desde luego á la enseñanza, explicando por espacio de veinte años retórica, sagrada Escritura, teología moral y controversia, en Brunisberg, Wilna, Posnaut, Pultovia, Lublin, etc. Ejerció tambien el cargo de predicador con general aprobacion y los mejores resultados, y sostuvo una polémica en Lublin con un ministro arriano sobre la tésis del primado de San Pedro, venciendole y obligándole á confesarse vencido. Despues pasó á la mision de Valaquia á peticion de Pedro, príncipe de Moldavia, sufriendo todo género de molestias con firme ánimo en todo el trienio que duró su comision. Marchó á Grecia con Segismundo III, rey de Polonia, de quien fué confesor y predicador, lo que hacia no solo en latin, griego y polaco, sino tambien en aleman y francés. En Suecia le eligió por su confesor, predicador y teólogo particular el primado de aquel reino, cardenal arzóbispo Bernardo de Maraicovio, de quien hizo un verdadero discípulo de la Compañía de Jesus. Habiendo llegado á una extremada senectud, dirigió el colegio de Camenec dando grandes ejemplos de virtud y distinguiéndose en sus continuos ataques contra los herejes y constantes estímulos para los que escribió y publicó diferentes obras. Cuando falto ya de fuerzas no podia sacrificarse por más tiempo, se consagraba diariamente á la penitencia y la oracion, hasta que lleno de años y méritos murió en Cracovia, por Abril del 1612, siendo ya sexagenario y habiendo vivido en la Compañía cuarenta y tres años. Publicó en polaco: *Antidiatriba ó refutacion de la diatriba, que cierto ministro calvinista, confundiendo á los católicos con los evangélicos, esparció entre el vulgo enseñándole dañados dogmas.*—Una version de la *Biblia Sacra*. — S. B.

RABELAIS (Francisco). Nació este célebre religioso en Chinon, pequeña ciudad de la Turena, el año de 1483. Su padre, que era boticario del pais, le puso bajo la direccion de los monjes de la abadía de Seuillé, cerca de Chinon, para que hiciese sus primeros estudios; pero como no aprendiese nada, se tomó el partido de enviarle á Angers al convento de Bamette, en donde no hizo mayores progresos, no sacando otro fruto que la amistad que contrajo con sus cofrades los hermanos du Bellai, de los que llegando á ser uno cardenal, fué su más decidido protector. Hízose religioso en el convento de Franciscos de Fontenoi-le-Comte, y en el claustro reparó el tiempo que habia perdido en las aulas. Adquirió cuantos conocimientos pudieran proporcionar los libros á su inteligencia, y llegó á hacerse muy entendido en la ciencia de las lenguas. Para los franciscanos del Bas-Poitou un libro griego era en aquellos tiempos un libro de magia, y el que se servia de él un mago ó hechicero, y como Rabelais manejaba los libros griegos, sus cofrades le miraron con horror como si fuese un hombre que tuviese relaciones con el diablo; pero aún les escandalizó tambien de otro modo. Un dia en que se celebraba la fiesta principal del convento, á la que acudia el pueblo en tropel para hacer oracion y llevar sus ofrendas á S. Francisco, ideó una diablura propia de su carácter alegre y chancero. Estaba la imágen del Santo en una capilla muy oscura, y aprovechándose de esta circunstancia, la quitó de su hornacina y se colocó en su lugar. Su alegre carácter no pudo resistir sin reirse los discursos y gestos visibles que le hacian sus rústicos adoradores, y como éstos le viesen moverse, empezaron á gritar: *Milagro, milagro.* Ménos crédulo que los demás un monje anciano, acudió á la capilla sospechando un sacrilegio en lo que los demás creian ver una señal de amor divino, y acercándose al falso santo le hizo bajar de su hornacina. Luego que fué reconocido, le despojaron de sus hábitos, y armados todos los hermanos con sus nudosos cordones, le azotaron cruelmente hasta hacerle brotar la sangre. A pesar de tan fiero castigo no se dieron los superiores por satisfechos, sino que le pusieron en paz, es decir, le encerraron ó por mejor decir le empaderaron en un estrechísimo aposento, condenándole á vivir así toda su vida sin otro alimento que pan y agua; pero el sabio Tiraqueau, lugarteniente general del bailiato de Fontenoi-le-Comte, obtuvo con su influencia que los monjes le pusiesen en libertad. Algunas personas respetables que habian gozado de su buena conversacion, á la vez llena de erudicion, le aconsejaron abandonase un convento en el que no podia bufonear ni aún estudiar impunemente; y como él consintiese en ello, le obtuvieron del papa Clemente VII el permiso de pasar á la órden de San Benito. Entró en la abadía de Maillesais, casa que aparentemente no le fué más agradable que la que habia dejado, porque se salió bien pronto de ella sin permiso

del Papa, y haciéndose dueño de su voluntad empezó á correr de aquí allí en traje de sacerdote secular. Despues de llevar por algun tiempo una vida vagabunda y desarreglada, se fijó en Mompeller, en donde se graduó de doctor en medicina. Empezó á ejercer esta profesion con mucho éxito, y publicó una edicion latina de algunos escritos de Hipócrates, obra muy estimada de los médicos y de los letrados. Disgustado, ignorándose el motivo, el canciller Dupret de la facultad de medicina de Mompeller, abolió por medio de un decreto todos sus privilegios, y la facultad dió á Rabelais la comision de gestionar sobre su restablecimiento. No sabiendo cómo introducirse con el canciller, imaginó hablar en latin á su portero que, como puede concebirse, no comprendió una palabra. Llamando el portero á otra persona de la casa que sabia el latin, le habló en griego, lengua que no sabia el intérprete llamado; y como se hiciese venir á un tercero que sabia el griego, le habló en hebreo, hasta que informado el canciller de la aventura, quiso conocer al hombre que tantas lenguas hablaba. Escuchando su sentida y elocuente peroracion quedó maravillado de su talento y de su ingenio, y le concedió lo que le habian venido á pedir. Tal vez no sea esto más que un cuento del que haya dado la idea el mismo Rabelais en el capítulo en que Panurge, al encontrar á Pantagruel, le habla en diez diversas lenguas tanto muertas como vivas, ántes de servirse de la francesa; pero falsa ó verdadera esta historieta no es indigna de Rabelais, pues que era bastante picaresco y burlon para concebirla y bastante sagaz y entendido para ejecutarla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la universidad de Mompeller en reconocimiento del servicio que la habia hecho, acordó que todo médico que se doctorase, se revestiria con la toga de Rabelais, cuya costumbre aún está en uso. Debemos advertir al lector, dice su biógrafo Mr. Auger, á quien seguimos en este artículo, que aún nos quedan que contar muchas otras pretendidas aventuras extraordinarias, que rechaza Voltaire con la incredulidad más despreciable, escepticismo que bien pudiera imitarse áun hasta en las dos historietas ya citadas. Ciertamente que unas y otras se asemejan á los cuentos absurdos y ridículos con que la tradicion popular, ó la grosera imaginacion de ciertos fabricantes de anécdotas, han rodeado la memoria de todos los hombres que se hicieron célebres por su carácter decidor, espirituoso y original; pero por otra parte Rabelais con la pluma en la mano era bufon con imprudencia y audaz en extremo, y si el hombre diferia poco del escritor, como algunos hechos más ciertos nos obligan á pensarlo, las burletas y bufonadas de su libro serían imágenes de las acciones de su vida, porque por lo comun el escritor se retrata en sus obras. Empero no ateniéndonos á la mayor ó menor veracidad que pueda haber en ellas, ni teniendo ningun medio crítico á propósito para conocer

las verdaderas, vamos á dar razon de todas las historietas que de él nos cuentan, dejando á nuestros lectores crean de ellas lo que les parezca. Nombrado el cardenal du Bellay embajador de Francia en Roma, llevó consigo á Rabelais, fuese en calidad de médico, ó como bufon, pues que en aquella época era costumbre entre los grandes señores tener á su lado esta clase de locos. Asistiendo el Cardenal, segun costumbre, á besar los pies al Papa cuando presentó sus cartas credenciales como representante de Francia, Rabelais, que formaba parte del personal de la embajada, se detuvo, y recostado en una columna dijo con bastante serenidad y en suficiente voz para ser entendido, que pues su señor, que tan gran personaje era en Francia, no era digno más que para besarle los pies á Su Santidad, él no podia aspirar á tanto honor, pedia besarle el..... con tal que se le lavase. Permitiéndole, en otra ocasion, el Papa le pidiese alguna gracia, le manifestó que la sola gracia que le pedia era que le descomulgase. Preguntóle el Pontífice la razon de esta singular demanda, y respondió Rabelais: «Santo Padre, yo soy Francisco, natural de Chinon, que debe estar muy sujeta al haz de leña y á la hornilla, pues que en ella se han quemado muchos hombres de bien, entre ellos algunos parientes mios, y si vuestra Santidad me excomulgase no me quemaria nunca, y hé aquí la razon: al venir á Roma nos hemos detenido, á causa del frio, en una malísima casa de la Tarantaise, y habiendo querido una pobre vieja obsequiarnos quemando una gavilla de leña para calentarnos, como no pudiese conseguir hacerla arder por más que hizo, exclamó que era preciso que aquella gavilla fuese excomulgada por el mismo Papa, puesto que no queria arder.» Los que cuentan estas anécdotas añaden que tanto cinismo é insolencia llegó á desagradar tanto, que se obligó á Rabelais á que dejase precipitadamente á Roma y se refugiase en Francia. No teniendo con que continuar el viaje, cuando llegó á Lyon, hizo á un niño que le escribiese las siguientes etiquetas sobre unos saquillos llenos: *Veneno para matar al Rey. Veneno para matar á la Reina.* Declarando el muchacho lo que habia escrito, se prendió al viajero, que fué conducido á Paris á costa del Estado, y conducido ante el Rey á peticion suya, tomó una porcion de todo lo que contenian los saquillos, y examinado escrupulosamente se vió que todo era ceniza sin malicia alguna. Colócase esta anécdota en ocasion en que el Rey y toda la Francia lloraban la muerte del delfin al que se creia habian envenenado. «Los autores de esta historieta, dice Voltaire, no han caido en que con una indicacion tan terrible se hubiera encerrado á Rabelais en un calabozo, cargado de cadenas, que le hubieran hecho sufrir el tormento ordinario y extraordinario; que en tan funestas circunstancias y en ocasion tan grave no le hubiera podido justificar una chanzoneta de esta especie.» Un solo hecho parece desmentir todas estas anécdotas, y es que el

Papa le libró y perdonó la pena canónica que merecia por haber dejado el hábito de religioso por la sotana de cura, y el claustro por el mundo. Fijado ya en Francia, obtuvo por recomendacion del cardenal du Bellay una prebenda en la iglesia catedral de S. Mauro de los Fosos, y el curato de Mendon. Murió en Paris, en la calle de Jardines, parroquia de S. Pablo, y fué enterrado en el cementerio de esta iglesia al pie de un árbol que se ha conservado muchos años en memoria suya. La fecha de su muerte es incierta, pero la mayor parte de los autores la colocan en 1553, á los setenta años de su edad. Sus últimos momentos no fueron ménos ruidosos que su vida por los cuentos que forjaron los chistosos y decidores. Contra el testimonio de los que aseguran que murió de la manera más edificante, cuentan que se hizo amortajar con un dominó, dando por razon de esto las siguientes palabras de la Sagrada Escritura: *Beati qui moriuntur in Domino.* Cuentan tambien que habiendo mandado un dia el cardenal du Bellay á saber de su salud dijo al paje: *Dis à Monseigneur l'état où tu me vois. Je m'en vais chercher un grand peut-être. Il est au nid de la pie: dis lui qu' il s'y tienne; et, pour toi, tu ne seras jamais qu' un fou. Tire le rideau, la farse est jouée.* En fin se dice que dictó su testamento en estas pocas palabras: «Nada tengo, debo mucho, y el resto lo doy á los pobres.» No estan de acuerdo los autores acerca del lugar y época en que compuso Rabelais su romance y ménos sobre el objeto que se propuso en él. Se ha dicho asímismo que se habia cubierto con la careta de locura para poder poner en ridículo impunemente muchos de los acontecimientos y personajes de su época, llegando algunos hasta compararle á Bruto el antiguo, que se fingió insensato para librarse del despotismo y poder trabajar en destruirle; ¿pero á cuántas forzadas explicaciones, dice Auger en su biografia, es preciso recurrir para hermanar en este autor la historia y el romance, la verdad y la ficcion? Por otra parte, añade, se difiere mucho sobre la especie de acciones y de personajes sobre las que se conoce ha hecho su insolente parodia. Algunas de sus invenciones recuerdan las aventuras del reinado y corte de Francisco I, otras muchas parecen referirse solo á los monjes, á los ciudadanos y á los aldeanos del Bas-Poitou, ó más bien de los chinonienses, que es el lugar en que por lo comun pasa la accion, y del que se indican cuidadosamente los más insignificantes detalles topográficos. Lo que no admite duda, porque se ve muy claramente en su libro, es el menosprecio que hizo de la religion y de sus ministros. En él pone en ridículo por alusiones picarescas y hasta indecentes los pasajes más respetables de la Escritura, las prácticas más santas, y los principales misterios del cristianismo. Los apodos de *papegots*, *cardingots*, *évégots* y otros, son injurias que apénas se disfrazan, pues que todo el mundo las entiende. Los monjes sufren en su libro una sátira pesada

y continua; empero como este es achaque de no pocos escritores, podria dispensársele en algun modo; pero lo que no puede perdonársele de modo alguno, y mucho ménos siendo él sacerdote, es que se mofase de las cosas más respetables y sagradas. «Cuando se considera, exclama el referido autor, con qué audacia Rabelais pone en ridículo el dogma, el culto y el sacerdocio, en un siglo en el que los más insignificantes errores en materias de fe ó de disciplina canónica se castigaban con fuego, es maravillosa la seguridad con que vivió y continuó sus ataques á tan sagrados objetos. No debemos ocultar que fué una vez denunciado como hereje y áun como ateo; pero haciéndose leer Francisco I toda su obra, no juzgó fundada la acusacion y concedió á Rabelais su proteccion, conducta que siguió tambien Enrique II. Estos dos soberanos no conocieron, ó al ménos no quisieron conocer, la sátira con que Rabelais trataba á la autoridad y á la religion en un libro en que no hay página en que no se vean atacados ambos principios. Jamás se han extendido más los privilegios de la bufonería, ni jamás la locura, sirviendo de velo á la temeridad hizo más ilusiones, ni obtuvo mayor indulgencia. ¿Qué es lo que se propuso Rabelais, dice Auger? ¿Cuál fué su verdadero designio? Su libro es una especie de enigma del que muchos han intentado buscar el significado, y pretendido otros haberle encontrado; pero que en realidad ninguno le ha descifrado. Entregándose frecuentemente á los accesos de una alegría que rayaba en la embriaguez, en esta composicion satírico-bufonesca, que era el género propio del talento de Rabelais, tal vez la escribiese sin más fin que divertirse y divertir á los demás con aventuras más extravagantes que ingeniosas y maravillosas en las que esparció á manos llenas talento y erudicion, rasgos picantes, y sandeces groseras, impías é indecentes, no faltándole algunas veces tino y gracia en el ridículo con que presenta los caractéres, las costumbres y las profesiones. Es tan indeterminado y vago el fin que se debió proponer en esta obra, y tan contrarias las opiniones que sobre ella se han formado, que ha tenido ardientes defensores y detractores, admirando los unos lo que despreciaban los otros, habiendo apasionados que todo creian comprenderlo y enemigos que confesaban no entender una palabra en esta algarabía, parto de una imaginacion enferma ó de maligna y refinada intencion enmascarada. Los verdaderamente entendidos se colocaron desde luego entre ambos extremos, y ni se entusiasmaron ni se disgustaron absolutamente. Estos no han creido que un autor que hacia las delicias de Molière y de la Fontaine, que no dejaron de aprovechar bastante de él, fuese un escritor sin genio y sin imaginacion: ciertamente que no creyeran que sus suciedades fuesen de buen gusto, que sus frívolas pataratas tuviesen sentido, sus necedades ingeniosas y sus absurdos divertidos; pero adoptaron el juicio de Labruyère dictado por la ra-

zon cuando dice: «O Rabelais es malo y entónces va más léjos de lo peor, y es el encanto de la canalla; ó es bueno, en cuyo caso llega á lo exquisito y á lo excelente, y tal vez á los más delicados manjares.» Han quedado de Rabelais las obras siguientes: *Ex reliquiis venerandæ antiquitatis, Lucii Cuspidii testamentum; item contractus venditionis initus, antiquis romanorum temporibus*; Lyon, 1532, en 8.° Estos respetables restos de la antigüedad, dice Auger, son apócrifos; el testamento es obra de Pomponius Lætus, y el contrato de Jovieno Pontanus, de manera que Rabelais se engañó ó fué engañado á pesar de su sabiduria, siendo bastante singular empezó así su carrera literaria. *Hippocratis ac Galeni, libri aliquot;* Lyon, 1536, en 16.°, con una carta dedicatoria dirigida á Gotefroi d'Estissac, y reimpresa en 1543 por las traducciones de Hipócrates, contentándose al efecto con revisar el trabajo hecho por Nicolás Leonicenus.—*Epistolæ ad Bernardum Salignacum*, en el volúmen titulado: *Clarorum virorum epistolæ centum ineditæ*, 1702.—*Joannis Manardi, Ferrariensis medici, Epistolarum medicinalium, tomus secundus, nunquam anteà é Gallia excusus;* Lyon, 1532, en 8.° Contiene los libros VII y XII, y al frente lleva una dedicatoria á Tiraqueau. *Almanach pour l'année 1533, calculé sur le meridional de la noble cité de Lyon, et sur le climat du royaume de France.* Antonio Leroi, autor de una vida manuscrita de Rabelais, que cita este opúsculo como impresa, no da de él ni la forma, ni la fecha de impresion, ni áun el nombre del impresor. Este autor indica tambien otro almanaque para el año 1535 como impreso en Lyon en casa de Francisco Juste, y en fin, otro almanaque y efemérides para el año de nuestro Señor Jesucristo 1550, igualmente impreso en Lyon. Lacroix du Maine indica un *Almanach ou pronostication pour l'an* 1548, impreso en Lyon. *Joannis Bartholomæi Marliani Tipographia antiquæ Romæ*; Lyon, 1534, en 8.° con una carta á Juan du Bellay en la que le dice habia tenido el pensamiento de dar al público sus observaciones sobre las antigüedades durante su permanencia en Roma; pero que habiendo caido en sus manos la obra de Marliani, no creyó podia él mejorarla. *Fr. Rabelæsi Epigramma ad Doletum ac de Garo Salsamento*, composicion poética de diez versos que se ve entre las poesías de Dolet que él mismo habia hecho versos sobre un ajusticiado, cuyo cadáver habia servido para las lecciones anatómicas de Rabelais. *La Sciomachie et festins faits à Rome au palais du reverendissime Cardinal du Bellay pour l'heureuse naissance de M. le Duc d'Orleans*; Lyon, 1549, en 8.°—*Epîtres de François Rabelais;* París, 1651, en 8.° con observaciones para los cofrades de Santa Marta: son diez y seis cartas en 76 páginas, y las observaciones ocupan 191 en caractéres más pequeños. En 1710 apareció una nueva edicion en 8.°, en Bruselas, de esta obra con el título de *Lettres de M. Fr. Rabelais.—Epître à Bouchet:* se halla entre las cartas familiares de Traverseur, 1545, en fólio.

La Vie inestimable du grand Gargantua, père de Pantagruel, jadis composée par l'abstracteur de quintessence, livre plein de pantagruelisme; Lyon, Fr. Juste, 1535, en 16.° Este libro no es otra cosa que el primero del famoso romance de Rabelais: el segundo libro pertenece al año 1533. Empezando este segundo libro en el nacimiento de Pantagruel, se concibe cómo el nombre del hijo se encuentra en el título del libro primero, sin lo cual pareceria haberse publicado despues del segundo. No puede decirse que sea falsa la fecha de 1533 y que es necesario leer 1538, ya porque el impresor haya puesto el 3 en vez del 8, ó que sirviéndose de las cifras romanas haya omitido la V de MDXXXVIII, porque del segundo libro hay una reimpresion hecha en 1534. En 1542 aparecieron de los dos primeros libros tres ediciones, de los que las dos llevan el pseudónimo de *maître Alcofribas*, y al fin del segundo libro está la pantagruelina pronosticacion. Tres ediciones del tercer libro vieron la luz pública en 1546: en 1547 apareció la *Plaisante et joyeuse Histoire du grand Géant Gargantua;* Valence, 2 vol. en 16.°, la cual contiene los tres primeros libros y once capítulos del cuarto, que parecen como robados al autor por el mal órden en que se hallan en su texto. El cuarto libro, que contiene 67 capítulos, se imprimió cuatro veces en 1552 y otra en 1553, y la primera edicion que se hizo de los cuatro libros reunidos fué en este año en que murió Rabelais. Hecha otra edicion nueve años despues, se suprimió la *Isle Sonnante*, que contenia los diez y seis primeros capítulos del quinto libro; siendo la primera edicion completa de este libro la del año 1564. Otra edicion de las *Obras de Rabelais* lleva la fecha de 1558, que no es más que el romance que ordinariamente se reimprime bajo este inexacto título. Entre las ediciones de esta que se han hecho, se distinguen la de Leide, de 1663, en dos volúmenes en 12.°, elegantemente impresos, pero con muchas erratas. Otra de 1666, en dos volúmenes en 12.°, con observaciones de Leduchat y de La Monnoye; otra en cinco volúmenes en 8.°, de 1711, reimpresa con nuevas observaciones de Guenlette y de Jamet mayor, en seis tomos y cinco volúmenes en 12.°, año 1752: con nuevas notas de Leduchat y dibujos de B. Picart, en Amsterdam, en 1741, en tres volúmenes en 4.°; en la que se comprenden tambien las *diez y seis Cartas* de Rabelais con observaciones, publicadas en inglés por Lemottens, y traducidas al francés por C. de Missy: París, año VI de la república; tres volúmenes en 8.° La edicion de París de 1820, que consta de tres volúmenes en 18.°, ha tenido por editor á Monsieur Delannaye, que formó el tercer volúmen de diversas glosarias y tablas: en seguida del *Pantagruel* se ve la carta de Rabelais á Juan Bouchet, la respuesta de éste y el epígrama *De Garo Salsamento;* se han conservado sus cartas á *deux Vieilles*, que se ven en todas las ediciones de Rabelais, áun cuando reconocen por autor á Francisco Habert, y está ilustrada esta edicion

con lindas viñetas grabadas en madera. En 1823 apareció otra nueva edicion publicada por el mismo Mr. Delaulnay, en tres volúmenes en 8.°, la cual contiene todos los indicados escritos en las diversas ediciones citadas, á excepcion de los *Almanaques*, y tampoco se ha insertado el prefacio del primero, pues creyó el editor, por respeto á Rabelais, no deber reproducir este prefacio, porque da por verdaderos escritos apócrifos. En este mismo año de 1823 apareció el primer volúmen de las obras de Rabelais, edicion *Variorum, etc.*; con un comentario histórico y filológico por MM. Esmangart y Eloi Johanneau, que debia constar de ocho volúmenes impresos con esmero y adornados con grabados. No podria ser juzgado el trabajo de los editores hasta que no se terminase la publicacion, que debió verificarse en los años sucesivos. Rabelais es uno de estos autores susceptibles de un comentario mayor que el texto. Los comentadores modernos son de opinion de que Grand-Gousier es Luis XII; Gargantua, Francisco I; Pierochole, Maximiliano Esforcia; Pantagruel, Enrique II; Gargamelle, Ana de Bretaña; Badebec, la reina Claudia; la Grande-Jument, Diana de Poitiers; el hermano Juan de los Entosmeures, el cardenal du Bellay; y Panurge, el cardenal de Lorena. Otros autores niegan que el romance de Rabelais sea la historia alegórica de su tiempo; pero no puede ménos de convenirse que muchos pasajes son alusiones á los acontecimientos ó anécdotas de la época. Hé aquí lo que se lee con este motivo en *el Lantiniana* manuscrito: «Rabelais cuenta de un señor extranjero, en cuyo retrete se le habian pintado flores de lis para asustarle y tenerle suelto el vientre por este medio, y añadió, que si hubieran pintado en vez de las lises al mismo Rey, la diarrea no le hubiera faltado.» Esto parece que se referia á que en el lugar excusado de Cárlos V se habia retratado á Francisco I. Aun cuando el trabajo del abate Marsy no alcanzó el éxito que se esperaba, otros han tratado de pulir el estilo de Rabelais y purgarle de las obscenidades que contienen sus obras. El abogado Thilorier leyó el 19 de Abril de 1752 en la Academia de la Rochela un discurso sobre la persona y obras de Rabelais, que debia servir de introduccion á un comentario histórico sobre Grand-Goussièr, Gargantua y Pantagruel. No se limitaba Thilorier á suprimir las obscenidades, queria tambien que desapareciesen las críticas amargas, los desórdenes del clero en el siglo XVI y la maledicencia de las sátiras de Basteau, conservando á pesar de esto su carácter y rasgos de efecto. *El Mercurio* del mes de Agosto de 1752 contiene á la pág. 514 un extracto del discurso de Thilorier, que es cuanto se ha publicado de él. Débese á Peran la obra titulada *Le Rabelais moderne ou ses œuvres avec des éclarcissements;* 1752, en seis volúmenes en 12.°; y es sabido que el comentario de Passerat se quemó. Marellet dejó imperfecto el comentario que habia empezado; y el ejemplar de Rabelais interfoliado de papel blanco que

contiene su trabajo, se custodió en la biblioteca de Mr. Auger, á quien le regaló el autor poco tiempo ántes de su muerte. El romance de Rabelais ha dado motivo para que se escriban muchas piezas teatrales. Montauban, regidor de París, que murió en 1685, compuso dos comedias, la una titulada *Pantagruel*, que se imprimió en 1654, y la otra las *Aventures de Panurge*, representada en 1674, pero que no llegó á imprimirse. Débese á Autreau, *Panurge à marier et Panurge marié dans les espaces imaginaires*; comedias que se han impreso en sus obras. Todos conocen la comedia *Panurge dans l'ile des Lanternes*, ópera que se atribuia á Morel de Chef-de-ville; La *Isle Sonnante*, ópera cómica de Collé, recuerda el título del libro V de Rabelais, pero no tiene nada de comun con él, pues que el pensamiento corresponde completamente á Mr. Collé. Si no el título, al ménos muchas ideas de Rabelais empleó Beaumarchais en su *Mariage de Fígaro*. Dijo Voltaire en su *Carta filosófica XXII*, que Rabelais era un filósofo borracho, que solo escribia durante su embriaguez, y añade en su *Templo del gusto*, que la obra de este autor deberia reducirse todo lo más á una cuarta parte; pero despues cambió de opinion, puesto que en 12 de Abril de 1760 escribió á Madama Deffaud: «Si Horacio es el primero entre los escritores de buenas cartas, Rabelais, cuando es bueno, es el primero de los buenos bufones. No es necesario haya dos hombres de este oficio en una nacion; pero sí es muy útil y preciso que haya uno: me arrepiento de haber hablado mal de este hombre en otra ocasion.» G. des Autelz ha imitado en su *Janfleluche et Gandichou*, el romance de Rabelais, que comentó y analizó J. Bernier. El nombre de Rabelais compuso parte del título de una obra del P. Garassa, y si bien existen otras imitaciones francesas de Rabelais, ninguna merece distincion. Entre las traducciones se cita la version inglesa de Pf. Urchard, Le Mottens y Ozell, cuyos tres primeros libros se publicaron en 1708, y de la que se han hecho nuevas ediciones en 1736 y 1750, en cinco volúmenes en 12.°, y en 1807, en cuatro volúmenes en 8.° La primera edicion de la version alemana por J. Fischart es de 1552, en 8.°, con el título *Affentheurlich Naupengeheurliche Geschichtklitterug*, y bajo la rúbrica de Grenesing, im Gäusserich. Otra de las obras que dejó Rabelais tiene por título: *Les songes drolatiques de Pantagruel, où sont contenues plusieurs figures de l'invention de Mr. de Rabelais, et dernière œuvre de celui pour la recréation des bons esprits*; París, 1565, en 8.°: obra póstuma que algunos niegan pertenezca á Rabelais. Esta obra es una coleccion de ciento veinte figuras grotescas, sin más texto que el título expresado y una advertencia al lector, libro raro que el librero Salior tuvo la idea de reimprimir en 1797. Mr. Brunet vió las primeras sesenta láminas, y recuerda se le habia dicho que las demás se habian grabado, pero no publicado. Ningun editor de Rabelais ha

comprendido en sus obras los *Sueños chistosos*, que no podian darse ménos que en 8.°, y que por otra parte su ejecucion hubiera sido muy costosa. Estos sueños formaron el tomo VIII de la edicion dirigida por MM. Esmangart y Johanneau; pero en 1823 se hizo una edicion de las ciento veinte figuras con una explicacion, trabajo enteramente nuevo que dió mucho valor á una edicion publicada dos siglos y medio despues de la primera. Los expresados editores, que fueron los primeros que unieron al texto del Gargantua y del Pantagruel las caricaturas de los *Sueños chistosos*, anunciaron que aparecian bajo tan extrañas figuras los personajes tanto reales como alegóricos de los dos romances. Si hemos de creer á Duverdier, dice Mr. Auger, Claudio Massuan tradujo del latin del Mtro. Francisco Rabelais la obra *Stratagèmes, c'est à dire, promesses et ruses de guerre du preux et très célèbre chevalier Langey, au commencement de la tierce guerre Cesarienne;* impresa en Lyon en 1542. Solo Duverdier habla de esta obra desconocida á Niceron y á los demás bibliógrafos; pero miéntras no se averigüe si la obra latina de Rabelais fué efectivamente impresa y que existe la traduccion de Massuan, es necesario poner en cuarentena la noticia. Grosseley, poseedor de un ejemplar de los opúsculos latinos del cardenal Bembo, impreso en Lyon en 8.°, en 1552, con notas manuscritas que creia de Rabelais, rindiendo homenaje á la facultad de Medicina de Mompeller, se le regaló en 1768 ó 1769. En 1790 se publicó un donáire, ó escrito donoso, titulado: *Lettre de Rabelais, ci-devant curé de Mendon aux quatre-vingt quatorce redacteurs des Actes des Apôtres*, en 8.°, folleto de veintidos páginas, que no tardó mucho en caer en el olvido. No sucedió así con la que tituló: *De la autorité de Rabelais dans la révolution presente, ou institutions royales, politiques et ecclesiastiques, tirées de Gargantua et de Pantagruel*; escrita por Guinguené, y publicada en 8.°, en 1791. El *Quart-d'heure de Rabelais* tiene por título una linda comedia de MM. Dieulafoy y Prevost d'Irai, representada en el teatro de Vaudeville el 25 de nivoso del año VII de la república francesa, publicada en 8.° en el mismo año; frase (el cuarto de hora de Rabelais) que ha venido á ser proverbio para expresar el momento de contar con su huéspede, ó, como decimos los españoles, *contar con ó sin la huéspeda*, aludiendo á lo embarazado que Rabelais se encontró en Lyon, segun Mr. Beuchot, autor de la mitad de la biografía de este personaje empezada por Auger en la *Biografía universal francesa*. En el teatro de Variedades dió Mr. Dumersant el 21 de Junio de 1813 la comedia *Gargantua ou Rabelais en voyage;* la cual se imprimió en el mismo año. Rabelais es uno de los personajes del *Clemente Marot*, vaudeville de MM. A. Gouffé y G. Duval, representado en el teatro de los Trovadores el 19 de Abril de 1799. B. M. Lesuire, bajo el título de *Confesions de Rabelais*, publicó un romance en 18.° en 1797. Baile, á quien Ra-

belais no agradaba, no le ha consagrado artículo alguno en su *Diccionario*, y solo le menciona por incidencia dos ó tres veces en su obra. La mayor parte de los editores de Rabelais dan noticia, con más ó ménos extension, sobre la vida de este hombre singular. Niceron le consagró un artículo en el tomo VII de sus *Memorias*, y Chaufepié en su *Diccionario;* pero todas estas biografías dejan mucho que desear. La mejor vida de Rabelais es sin duda la que aparece en uno de los volúmenes de la edicion de sus obras por MM. Esmangart y Eloi Johanneau. La *Biblioteca histórica de Francia* hace mencion de ocho retratos grabados de Rabelais, pero despues se han grabado muchos más: en la edicion citada últimamente han colocado los editores dos, el uno en busto y el otro de cuerpo entero y en pié, y tambien va acompañado de un buen retrato el artículo que sobre Rabelais remitió Mr. Auger á la *Galería francesa*. Hemos terminado, siguiendo á los biógrafos Auger y Beuchot, la biografía de Rabelais, hombre singular que logró llamar la atencion sobre su persona miéntras vivió, y que aún la llama con sus especiales obras hasta el punto de sonar su nombre por toda la Europa, si bien en diversos sentidos y con varias calificaciones; entre ellas hay bastantes que no honran mucho su memoria y ménos como sacerdote.—B. C.

RABESANO (Fr. Livio), religioso de la órden del seráfico P. S. Francisco. Este entendido y virtuoso franciscano nació en un pueblo próximo á la ciudad de Viena en el año de 1605. Su carácter reservado, su inclinacion al estudio y su vocacion, le condujeron á tomar el hábito de la dicha Orden. Fué sumamente aplicado, al par que muy humilde, adquiriendo con estas dotes una suma de conocimientos, de que dió señaladas pruebas en las obras que escribió. Regentó en muchas casas ó conventos de su Orden la cátedra de filosofía y otras varias. Ameno y fecundo autor, era muy considerado y querido de todos los religiosos, y particularmente por sus numerosos discípulos, de quienes se captaba la voluntad por su benevolencia y trato cariñoso. Finalmente, lleno de años y despues de haber desempeñado cargos importantes en la Religion, murió en Viena en el año de 1680. Ha dado á luz las siguientes obras de que se tiene noticia: *Cursus philosophicus ad mentem doctoris subtilis pro tyronibus scotistis;* Venecia, 1665, en 4.°—*Cursus philosophicus, continens tres libros Aristotelis de anima;* ibidem, 1665.—*De cœlo et mundo;* Venecia, 1672.—*De generatione et corruptione;* ibidem, 1674.—A. L.

RABOTEAU (V. Francisco), cura de la parroquia de Fronguebum, en la ciudad de Angulema en Francia. Sus grandes virtudes y celo en la predicacion le atrajeron el odio de los hugonotes, que le prendieron en un motin, atándole al yugo de un arado, y haciéndole tirar de él, entre toda clase de

ultrajes, insultos y golpes. Fueron tantas las heridas que le hicieron, que perdió la vida en medio de tan crueles tormentos, pasando á gozar el merecido premio en la eterna bienaventuranza.— S. B.

RABSARIS, ó RABSAZIS, príncipe de los eunucos de Sennacherib. Fué enviado con Rabsaces y Thartan á mandar rendirse á Ezequías. Se detuvo en el campo de Foulon, y le invitó á una conferencia. Este príncipe le envió á Eliakin, Sobna y Joahe, tres de los primeros oficiales de su corte. Su compañero Rabsaces les habló con la mayor altivez é insolencia, les dijo en hebreo que no debian poner su confianza ni en el rey de Egipto, que no podia socorrerlos, ni en el Señor, cuyos altares consagrados en las alturas habia destruido Ezequías, y que habia mandado á Sennacherib que marchase contra Judea. Los diputados de Ezequías le suplicaron entónces les hablase en caldeo, y que no hablase en hebreo delante de un pueblo que le escuchaba desde las murallas de Jerusalen. Pero levantando todavía más su voz el diputado del rey de Asiria, dirigió su discurso al pueblo, y le invitó á rendirse á Sennacherib, añadiendo con una horrible blasfemia que como los dioses de las naciones no habian podido salvar á sus adoradores de la mano de Sennacherib, tampoco podia el Dios de Israel garantirlos de la fuerza de sus armas. Despues de esto saquearon el campo de su señor, que habia levantado el sitio de Lachis para salir al encuentro del rey de Egipto, que iba al socorro de Ezequías. Pero el ángel exterminador hizo perecer en aquel viaje á ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Sennacherib, que se vió obligado á regresar á toda prisa á Nínive, donde le dieron muerte sus propios hijos.— S. B.

RABUEL (Claudio). Nació en Pont-de-Veyle, en Bresa, el 24 de Abril de 1669. Entró en la Compañía de Jesus á la edad de diez y siete años, y dedicado á la enseñanza por sus superiores, enseñó mucho tiempo con notable éxito las humanidades. Mandándole que se dedicase al estudio de las matemáticas, salió tan sobresaliente en él, que le encomendaron su enseñanza en el colegio de la Trinidad de Lyon, cuya cátedra desempeñó los veinte años últimos de su vida. Murió en Lyon el dia 12 de Abril de 1728. Despues de su muerte se imprimió su *Comentario sobre la Geometría de Descartes*, en 4.°, año 1730, cuya obra se publicó al cuidado del P. Lespinasse, discípulo y amigo del autor. Dejó Rabuel manuscritos: *Tratados de álgebra, de secciones cónicas, de lugares geométricos, de cálculo diferencial y de cálculo integral.* Cultivó tambien la poesía latina con mucho talento, segun Tabaud; pero no conocemos ninguna composicion que poder citar.—C.

RABULAS. Fué promovido al obispado de Edesa en 412, segun la crónica de esta ciudad, y ocupó aquella silla episcopal hasta 435 ó 436, muriendo el 8 de Agosto de este año. Teodoro *el Lector* dice que era ciego, lo

que debe entenderse de los últimos años de su vida, pues suscribió por su propia mano el concilio de Efeso, á que asistió. Estuvo por algun tiempo unido con Juan de Antioquía y los demás orientales, y opinó con ellos que era preciso deponer á S. Cirilo y á Memnon; pero habiendo cambiado de parecer, se declaró en favor de S. Cirilo contra Nestorio. Hizo todavía más á su regreso á Edesa, reunió un concilio, en que se separó de la comunion de Juan de Antioquía y de todos los orientales. Pronunció tambien un anatema contra Teodoro de Mopsuesto, extendiendo este anatema á los que leyeran las obras de este autor y no las presentáran para quemarlas. Comprendió tambien á los que leyeren los escritos de los orientales contra San Cirilo, y en particular los que habia escrito Andrés de Samosata contra los anatematistas de este Padre. Todos estos pasos le obtuvieron grandes elogios de parte de S. Cirilo, que le califica de *fundamento y columna de la verdad para todos los orientales;* pero tambien le atrajeron las más violentas reconvenciones de parte de Andrés de Samosata. Hubo personas en Edesa que consultaron á este obispo sobre si debian separarse de la comunion de Rabulas. Ibas, su sucesor, fué de este número, y escribió una carta á Maris, en la que desaprobaba la conducta de su obispo. Se le acusaba de predicar que no hay más que una naturaleza en Jesucristo, de condenar á los que sostenian lo contrario, y de turbar de este modo la ciudad de Edesa y las provincias vecinas. Andrés escribió á Alejandro de Hieraples, y la cuestion se sometió al dictámen de Juan de Antioquía, que reunió algunos obispos, con lo que escribió á los de Orsbione, sufragáneos de Edesa, que si era verdad lo que se decia de Rabulas debian separarse de él, pero que no debian separarse por entónces hasta que le hubiese llamado el obispo de Antioquía y examinado su causa. Rabulas tomó parte en la polémica que se suscitó hácia 436, con motivo de los escritos de Teodoro de Mopsuesto y de Diodoro de Tasso; como los habia anatematizado, no podia ver sin dolor que circulaban por todas partes para favorecer la herejía de Nestorio. Por esta razon escribió juntamente con Acacio de Melitene á los obispos de Armenia, para avisarlos que no admitiesen los libros de Teodoro, porque era hereje y el autor de la herejía de Nestorio. Ya no existe esta carta ni el escrito de Rabulas en defensa de S. Cirilo, pues parece habia compuesto uno. Los cánones de su Concilio son citados con frecuencia por los autores sirios, y se dice que se conservan manuscritos en la biblioteca de Florencia. A su muerte se habia reconciliado ya con Juan de Antioquía y los demás orientales. Se le hace autor de una carta á este obispo, en que decia: «Purificad vuestra Iglesia, oh siervo de Dios, de la zizaña de los nestorianos y de su peligroso veneno.» Nos queda un fragmento de la que escribió á S. Cirilo, en que habla muy enérgicamente contra Teodoro de Mopsuesto, acusándole de ser la fuente de la he-

rejía de Nestorio, de no reconocer á la Santísima Vírgen por verdadera madre de Dios, de desechar completamente la union hipostática y de no admitir más que una moral. Se queja tambien de que muchas personas, áun de las más hábiles, seguian esta doctrina en Oriente. En la *Crónica de Edesa* se dice que Rabulas edificó una iglesia en honor de S. Esteban, en un sitio donde habia anteriormente una sinagoga de judíos.— S. B.

RABUS (Santiago). Fué hijo este jesuita del ministro protestante Luis Rabus Bar. Nació en Cracovia y estudió en Wittemberg, Leipsick, Strasbourg y Dancik. Conduciéndole á París la reputacion del famoso Maldonat, de tal modo se convenció al oirle de la verdad de la doctrina ortodoxa, que abjuró públicamente sus errores y se hizo jesuita. Este hijo de S. Ignacio, que hablaba ocho ó diez lenguas, fué muy útil á la Iglesia en Alemania, Polonia y Suecia, y murió en Cracovia el dia 1.° de Abril de 1612. Tradujo la Biblia al polonés, y segun Alegambe en su *Biblioteca de los escritores de la Compañía de Jesus*, escribió mucho contra los herejes.—C.

RABUSSON (Pablo). Nació el 5 de Setiembre de 1634 en Ganat, ciudad del Borbonés. Fué hijo del lugarteniente de eleccion de la misma, varon muy considerado por el príncipe de Condé, que además de muchos cargos importantes que le confió, le nombró en 1645 administrador del economato de la abadía de Cluni, de la que era á la sazon abad el príncipe de Conti. El hijo de este Pablo Rabusson, del que vamos á tratar ligeramente, resolviendo retirarse á la vida contemplativa, eligió esta casa y tomó el hábito en ella á la edad de veintiun años, profesando el 25 de Agosto de 1655. Como la congregacion de S. Vannes estaba entónces unida á la de Cluni, Rabusson hizo sus estudios en Lorena; pero como estas órdenes se separasen en 1661, el jóven Pablo volvió á Cluni en donde enseñó filosofía. Pidiendo la reforma de la Orden el monasterio de S. Marcial de Aviñon, Rabusson fué elegido para prior con el cargo de enseñar teología al propio tiempo. Despues de haber desempeñado con muy buen éxito ambos cargos, volvió á Cluni en donde el consejo de la Orden, que ejercia entónces toda la jurisdiccion, le nombró su secretario. Lo mucho que se intrigó para derribar este consejo dictador, dió materia á Rabusson para que brillase su erudicion y destreza. Defendió con vigor y talento los derechos de este consejo, y las memorias que hizo con este motivo se han buscado siempre con avidez. Rehusando por su extremada modestia el cargo de abad de Cluni, fué nombrado el P. Benoran, eleccion que desagradó á la corte, y que turbando la paz de la Orden, puso al borde del precipicio á la reforma: pero Rabusson la libró del golpe fatal con su prudencia y talento, y marchando á París, supo contentar á la corte y confundir á los enemigos de la reforma. En medio de estos conflictos publicó su tratado «del derecho de eleccion del Abad de Cluni» que fué el gol-

pe de gracia dado á los que intrigaban para echar abajo la reforma. Enseñó la teología en el monasterio de S. Miguel de los Campos, en París, en donde hizo sostener célebres tésis sobre la teología moral. Los dos capítulos que celebró la Orden en 1666 y 1762 le encargaron componer el famoso breviario de Cluni, que ha servido de modelo á otros muchos, encargándose solo de las rúbricas el P. Claudio de Vert que se le dió por compañero para este importante trabajo. Obligó Rabusson á Mr. de Santeuil de S. Victor, á consagrar á las poesías más dignas de un cristiano su talento poético, y por su órden hizo este poeta bellísimos himnos para los que Rabusson le daba los pensamientos, cuyos sacros cantares fueron insertados en el breviario de Cluni, del que los han copiado otros autores de breviarios franceses. A pesar de su porfiada renuncia y fuerte resistencia, Rabusson fué al fin nombrado superior general de la Reforma en 1693, y en los ocho años de su gobierno reinó en Cluni la paz y todas las virtudes religiosas. El cardenal de Bonillon, con el que tenia íntima amistad, hizo en Roma que se aprobase cuanto habia hecho en favor de la reforma para cimentarla. Apreciáronle y le auxiliaron poderosamente monseñor Harlay, arzobispo de París, y su sucesor monseñor de Noailles, encargándole éste el gobierno en calidad de visitador de las abadías de Montmartre, Val de Gracia, Malnone y Gersi. En 1708 volvió á ser elegido superior general de la reforma, y continuó en el capítulo general celebrado en Cluni el año 1811. En 1714 dimitió este cargo, y no quiso ya dedicarse más que á pensar en la muerte que siempre habia procurado tener á la vista para no olvidar sus deberes. Ya retirado del gobierno de la Orden, su piedad se vigorizó, su caridad se inflamó doblemente, y murió al fin dando ejemplo de santidad en el monasterio de S. Martin de los Campos, el dia 24 de Octubre de 1717, á los ochenta y tres años de edad. Su elogio se publicó en las Memorias de Treboux de Febrero de 1718, y de él da noticias el P. Niceron en sus Memorias, y en las Noticias literarias de La Haye, de 23 de Julio del mismo año 1718.—C.

RABUTIN Esta noble casa, que entre sus ilustres hijos ha dado muchos hombres y mujeres notables á la Iglesia católica, toma su nombre de un castillo llamado así en el Charolois, y es una de las más antiguas y nobles de Borgoña. Tuvo principio esta ilustre casa en Maieul de Rabutin, que viviendo en 1147, fué fiador del tratado que hizo el conde de Macon con Pedro *el Venerable*, abad de Cluni. En esta noble familia se encuentran, siguiendo su cronología, los eclesiásticos, religiosos y religiosas siguientes: Aimon Rabutin, gran camarero de la abadía de S. Juan de Reamont en 1393. Juana Rabutin, abadesa de S. Martin de Chaunes. Antoñeta, priora de S. Julian, sobre el rio Duna. Guillermo, prior de Sta. María de Charnier, cerca de Sens. Luisa, priora tambien de S. Julian. Sebastian, abad del monasterio de

Monstier-San-Juan. Claudia y Amada, religiosas del expresado monasterio de S. Julian. Hugo, caballero de Malta, y gran prior de Francia que murió en 1656. Guido Rabutin, prior general de la órden de Val-des-Choux en Borgoña. Carlota, priora del enunciado monasterio de S. Julian. Diana Carlota, religiosa en el convento de las doncellas de la Visitacion, en París. Luisa Francisca, que murió en 1716, y que fué la autora de la primera vida que se escribió de Mad. de Chantal su parienta, fundadora de la Orden de las religiosas de la Visitacion de Sta. María, impresa en 12.°, en París, en 1697; y de la de S. Francisco de Sales, que perteneció tambien á esta ilustre familia, igualmente impresa en París, en 12.°, en 1699, cuya señora por modestia publicó estas obras en nombre de su padre y no en el suyo. Miguel Celso Rogerio de Rabutin, gran vicario de Arlés y despues dean de la Santa Iglesia de Tarascon, que fué nombrado obispo de Luzon el 17 de Octubre de 1723, y recibido en la Academia Francesa en la vacante de Mr. Houdart de la Mothe, y que murió en París en 3 de Noviembre de 1736. Además de estos podrian citarse muchos varones y matronas piadosas de esta notable familia enlazada con las principales casas de Francia, y en la que la santidad y virtud han brillado desde los tiempos más remotos.—B. S. C.

RACAGNI ó RACAÑI (P. José María). Físico y religioso fué este ilustre italiano, que nació en 1741 en Taraza, provincia de Voghuera. Siguiendo su vocacion por el estado eclesiástico, entró en 1768 en el colegio de Barnabitas de Mouza. El estudio de la teología no le privó entregarse al de las ciencias exactas, que aprendió del P. Canterzani, muy hábil matemático en aquella época. Fueron tales los progresos que hizo Racagni en la física y en las matemáticas, que aún muy jóven, fué destinado á enseñarlas en las escuelas de S. Alejandro de Milan. El célebre abate Frizi, profesor de matemáticas sublimes, le propuso como muy capaz de ocupar su silla durante sus viajes, y con tales premios se le nombró, por último, profesor de física en las escuelas de Brera. Enseñó Racagni por espacio de treinta años con celo y éxito, y distinguiéndose en la enseñanza por su facilidad, precision y amor á las ciencias, formó muchos distinguidos discípulos. A su celo se debe que el gabinete de física de Brera sea rico en instrumentos. En 1790 viajó por Viena, Hungría y Nápoles, á fin de conocer á los físicos más sabios de estos países, y obtuvo en ellos el aprecio de los más ilustres personajes, tales como el cardenal Herzan, el conde Esterhazy, el caballero Hamilton y sobre todo el conde Firmian. Nombró á Racagni la sociedad en 1801 uno de sus cuarenta miembros, y en 1812 le abrió sus puertas el Instituto italiano. En 1779 publicó su *Teoría de los flúidos*, en donde trata de estos en general y en particular del agua, del aire y de la electricidad. En 1807 publicó en Milan una *Memoria sobre las traslaciones*, en la que

examina las diversas fórmulas propuestas por Prang, Fossombroni y Bezout. En otra memoria inserta en las *Actas de la sociedad Italiana*, tomo XVIII, da razon de algunos conductores eléctricos heridos por el rayo, sin contrariar la eficacia del pararayos, dando la razon por la que no llenaron siempre su objeto. En una memoria sobre la propiedad de los números, trata de generalizar la teoría de Kramp. Otros muchos servicios le deben aún las ciencias exactas, y muy especialmente los experimentos que hizo con su colega el P. Pino sobre el carnero hidráulico, cuyos singulares fenómenos fué el primero que los explicó. Tolerante religioso, fué muy estimado en medio de las agitaciones políticas de su época. Murió el P. Racagni el 5 de Marzo de 1822, y habiendo sido siempre útil en vida, quiso serlo tambien en la muerte, legando un premio anual de dos mil francos para el estudiante que más se distinguiese en las ciencias físicas. En el vol. V de las *Memorias del instituto del reino Lombardo-Veneto* (Milan, 1834, en 4.°) se ve una Memoria póstuma de Racagni titulada: *Sobre los sistemas de Franklin y de Symmer concernientes á la electricidad*; escrito muy útil y estimado por los físicos.—C.

RACCAFORTI (Inocencio). Nació en Palermo hácia el año de 1610, demostrando desde luego en su niñez y juventud su grande ingenio y su inclinacion al estudio. Abrazó el estado eclesiástico, y su reconocido mérito le hizo obtener un canonicato de la catedral de Catania; en aquel destino consagró con el mayor aprovechamiento sus ocios al estudio de la historia de su país. Ha dejado una obra titulada: *Diario histórico de la Sicilia desde la creacion del mundo hasta el año de* 1700; dos volúmenes en fólio. Se puede unir este diario á las *Ilustraciones históricas de la Sicilia*, por Pedro Carrera. Raccaforti ha compuesto en el idioma de su país, que tanto se presta á la poesía bucólica, algunos idilios que se han insertado en varias colecciones de *Poesías sicilianas*.—A. L.

RACHANACARIO (S.), benedictino. Hijo de la más antigua de las órdenes conocidas, fué natural de Francia, aunque se ignora á punto fijo cual fuese el lugar de su nacimiento, á causa de haberse perdido los antiguos pergaminos que contenian las memorias auténticas de la religion. Unicamente se sabe que florecia por el año 640, á fines del reinado de Clotario II y principios del de Dagoberto I, reyes de Francia. Tomó el hábito del santo patriarca en el convento Luxoviense, de que era abad el sabio apostólico varon S. Fustasio, que le guió por el camino de la virtud con sus claros ejemplos, y consiguió sacar un aventajado discípulo. Hízose tan célebre en el claustro y fuera de él por su ciencia ejemplar, virtud y morigeradas costumbres, que habiendo muerto Siagrio, obispo de Augusta, fué unánimemente aclamado Rechanacario para sucederle. Aunque su humildad le hacia rehusar toda clase de honores y distinciones, la obediencia y el deseo de ser

útil á sus prójimos le obligaron á admitir el cargo que desempeñó satisfactoriamente, pasando despues de algunos años á ocupar la sede episcopal de Basilea, cuya diócesis gobernó con tanto celo como prudencia y caridad. A causa de algunos milagros obrados por su intercesion tanto en vida como despues de su muerte, el piadoso pueblo empezó á venerarle por santo, y la Orden Benedictina le ha colocado en el número de los suyos, conmemorándole en sus menologios el dia 25 de Enero. No consta á punto fijo el año de su fallecimiento.—M. B.

RACHIS, duque de Frioul y rey de Lombardia. Ignoran los autores que consultamos la fecha del nacimiento de este religioso del siglo VIII de nuestra era. Fué hijo de Remmon, duque de Frioul. El año 744 fué elegido rey de los lombardos en la plaza de Aldebrand, como sobrino de Luitprando. Hizo alianza con la Santa Sede por veinte años; pero no temiendo violar su juramento, puso sitio á Perusa el año 750. Poniéndose el pontífice Zacarías á la cabeza de su clero, fué á hablar á este soberano, y pudo tanto con él la elocuencia del Papa, que no solo levantó el sitio de la plaza, sino que abdicando la corona en su hermano Aistulfo, se encerró en un monasterio para hacer penitencia, como han dejado consignado Anastasio en la *Vida de los Pontífices*, y Pablo Diácono en la *Historia de los Longobardos*.—A. C.

RACINE (Buenaventura). Nació este teólogo en Channi, diócesis de Noyon, el dia 25 de Noviembre de 1708. Habiendo terminado sus estudios, se dedicó á la enseñanza y fué director del colegio de Rabastein, en la diócesis de Albi. Habiendo sido denunciado por sus opiniones, se vió obligado á dejar la plaza, y volviéndose á París fué colocado en el colegio de Harcourt como preceptor; pero el cardenal Fleury mandó que se le despidiese. Tomó parte el abate Racine en las disputas que en 1734 se suscitáran entre los apelantes, sobre el temor y la confianza, y publicó sucesivamente una simple exposicion de lo que debe pensarse sobre la confianza y el temor. *Memoria sobre la confianza y el temor.—Continuacion de la misma Memoria.—Instruccion familiar sobre el temor y la esperanza cristiana*; 1735. El obispo de Auxerre, Monseñor de Caylus, le atrajo á su diócesis, y le dió un beneficio para conferirle las órdenes, dispensándole la signatura del formulario. El abate Racine residia comunmente en París, en donde publicó su obra: *Abregé d'Histoire Ecclesiastique, contenant les evénéments considérables de chaque siècle avec des reflexions*; 1748 y 1756, trece volúmenes en 12.° Los primeros siglos de la Iglesia se tratan en esta obra con bastante exactitud y mesura; pero los últimos son una apología exacta del partido á que se habia afiliado el autor y declamaciones contra los que no seguian este partido. Apareció despues una continuacion de esta *Historia*, en dos volúmenes en 12.°, que se ha atribuido la abate Troia de Assigny; pero es más bien un extracto del diario del abate

Dorsanne y de las *Nouvelles ecclesiastiques*, extracto muy inferior al trabajo del abate Racine. No faltaba talento á este autor; en el principio de su obra habia adoptado bastante buen plan, y su estilo es muy animado; pero su libro llega á ser insostenible y pesado cuando se llega á sus últimas contestaciones. Murió Racine en París el 14 de Mayo de 1745. Despues de su muerte aparecieron sus obras póstumas en 12.°, en 1753, en dos volúmenes, publicadas por Clemencet; y sus discursos sobre la *Historia universal de la Iglesia*, impresa en dos volúmenes en 12.°, en 1759. A las reflexiones propias de Racine en esta obra, añadió el editor muchas de su cosecha. Despues publicó Roudet una nueva edicion en 4.° del *Compendio de Historia Eclesiástica* de Racine, la que ilustró con notas y suplementos, segun Picot, en la *Biografía* de este autor á que nos hemos atenido. — A. C.

RACINE (Luis). Segun el biógrafo Mr. Weis, en el artículo que le dedica en la *Biografía universal francesa*, este hijo segundo del poeta más perfecto con que se honra la escena francesa, se hizo digno de su ilustre origen. Nació Luis Racine en París el dia 6 de Noviembre de 1692. Habiendo tenido el gusto su padre de formar á su hijo en la literatura, poco tiempo ántes de morir se le recomendó eficazmente al ilustrado Mr. Rollin, superior del colegio de Beauvais. Dirigido en sus estudios por este hábil maestro y por Mesengny, cuyos consejos le fortificaron en los hábitos de sabiduría y de piedad que habia recibido de su familia, llegó á instruirse en la verdadera ciencia, y á distinguirse en los conocimientos humanos. El jóven Racine puede decirse que hacia versos desde que nació, á pesar de la prevencion que tenia su buena madre contra la poesía. Boileau, al que consultó sus primeros ensayos, trató de separarle del comercio de las musas, diciéndole: «Desde que el mundo es mundo, no se ha visto un gran poeta hijo de otro gran poeta; y por otra parte, vos debeis saber mejor que nadie á lo que puede conduciros esta gloria.» Inútiles fueron al jóven Racine estas reconvenciones, pues que siguió haciendo versos como Ovidio, porque, como á éste, la naturaleza y la voluntad le conducian por el camino florido de las musas, y los hacia sin pensarlo y áun sin quererlo. Al salir del colegio se dedicó al estudio del derecho, y como hiciese en él rápidos progresos, no tardó en recibirse de abogado; pero no sintiendo inclinacion ni gusto hácia esta noble profesion, tomó el hábito eclesiástico, y pasó algunos años como pensionista en la congregacion del Oratorio. En los tres años que habitó en la casa de nuestra Señora de las Virtudes, compuso el poema de la *Gracia*, y la lectura que hizo de él á algunas personas les reveló su talento poético, y se le aconsejó se dedicase á la tragedia. «Quizás, dice, me hubiera dejado seducir y tenido la temeridad de acercarme al teatro, si amigos más sinceros no me lo hubiesen quitado de la cabeza,

representándome las grandes dificultades del poema dramático.» Racine, dice Weis, se sentia arrastrado á su pesar, á la carrera que su padre ha hecho tan difícil, y así es que decia: «La gloria de ser poeta trágico me ha tentado; me sentia capaz de hacer, como cualquiera otro, piezas que no exigian un gran esfuerzo del ingenio, y no obstante esto, á causa de su novedad, alcanzan al autor muchos aplausos y ganancia en algunas representaciones; pero no conforme con una humilde medianía, queria hacerlas excelentes, y mi propia ambicion me salvó, pues que teniendo siempre á la vista el *Edipo de Sófocles* y la *Athalia*, jamás me he atrevido á empezar una escena.» El canciller Anguesseau obligó á Racine á que fuese á acompañarle en su destierro de Fresnes, y como pasase en este agradable retiro los momentos más dulces de su vida, no volvió á Paris sino cuando pudo hacerlo con su ilustre protector. Su reputacion y la memoria de su padre le abrieron en 1719 las puertas de la Academia de Inscripciones de París, y poco despues sus amigos le obligaron á optar á una plaza vacante de la Academia Francesa; pero el antiguo obispo de Frejus, que despues fué el cardenal Fleury, se interpuso en su eleccion, prometiendo á Racine una plaza más útil que la de la Academia, á la que debia renunciar por entónces. Racine, cuyo patrimonio, ya de por sí muy mediocre, habia sido reducido á la mitad por las circunstancias, se sometió á la voluntad del prelado, y en 1722 partió para Marsella con el título de inspector general de arrendamientos en la Provenza, desde donde pasó sucesivamente á Salinas, á Moulins, á Lyon, y por último á Soissons, en donde permaneció por espacio de quince años, y en donde se hizo recibir en la mesa de mármol como dueño particular de las aguas y selvas del ducado de Valois. Sin embargo de llenar con el mayor celo ocupaciones tan poco conformes á su gusto y estudios, no dejó por esto de cultivar las letras, y casi todos los años pagó á la Academia de Inscripciones su tributo con memorias que él mismo iba á leer y que se fueron insertando en los tomos del VII al XV de esta sábia corporacion. En esta época compuso casi todas sus obras, y al paso que las recompensas se prodigaban á medianías insignificantes, el autor del poema de la Religion estaba olvidado en lo interior de una provincia. Durante su permanencia en Lyon se habia casado Racine con la señorita Presle, hija de un secretario del Rey, y esta union, por otra parte, aseguró su fortuna. Despues de haber sido veinticuatro años comisario de Hacienda y jamás hacendista, pidió su retiro y volvió á París, resuelto á consagrarse á las letras el resto de sus dias. Las nuevas ediciones que de sus obras publicó Racine acrecentaron su reputacion, y en 1750 volvió á intentar segunda vez una plaza en la Academia Francesa; pero se retiró de la demanda por temor de que se le excluyese como sospechoso de jansenismo. Admirador de Milton, habia apren-

dido el inglés, á fin de traducir al francés el *Paraíso perdido*; y acababa de concluir su traduccion, cuando recibió la triste nueva de la espantosa muerte de su único hijo, jóven de las mayores esperanzas. Encontrábase este infortunado en el camino de Cádiz, y fué arrastrado por las olas cuando la inundacion causada por el temblor de tierra que destruyó á Lisboa y que se sintió hasta en la América; deplorable acontecimiento que dió motivo á Lanfranc de Pompignant para las preciosas y conmovedoras estancias que compuso, y á que Lebrun consagrase á la memoria del hijo de Racine (su íntimo amigo) las últimas estancias de su bella *Oda sobre las causas físicas de los temblores de tierra*. Este terrible golpe sumergió á Racine en la desesperacion, y poco faltó para que sucumbiese. En seguida vendió su biblioteca y una preciosa coleccion de estampas que habia formado, y renunciando para siempre al estudio, solo conservó los libros que podian despertar y mantener en él el gusto hácia la vida eterna, por la cual suspiraba noche y dia. La única distraccion que se permitió fué el cultivo de las flores en un pequeño jardin que alquiló en el arrabal de S. Dionisio, en el que recibia algunas veces á sus buenos amigos, cuya conversacion disminuia en cierto modo sus penas. En este humilde retiro fué en donde acogió á Delille, que deseaba someter á su juicio su traduccion de las *Geórgicas*. «Yo le encontré, dice este autor, en un gabinete que habia en el fondo del jardin, solo con un perro, al que parecia querer mucho. Me repitió muchas veces cuán atrevida le parecia mi empresa; leí con gran timidez una treintena de versos, y deteniéndome me dijo: No solo no trato ya de quitaros la intencion de hacer este trabajo, sino que os exhorto á continuarle: en mi vida experimenté mayor placer. Esta entrevista, este modesto retiro, este gabinete en el que mi jóven imaginacion creia ver hermanadas la tierna piedad, la poesía casta y religiosa, la filosofía sin ostentacion, la paternidad desgraciada, pero resignada, y en fin, el venerable resto de una familia ilustre, pronta á extinguirse por falta de herederos, pero cuyo nombre no morirá jamas, me han dejado una impresion fuerte y duradera.» No fué Delille el único poeta cuyos ensayos haya alentado Racine; Lebrun se honraba de haber recibido de él las primeras lecciones de versificar. Llegó por fin el término de los dias del ilustre Racine. Manifestóse este con amagos de apoplejía, y preparándose á salir de este mundo, tan contrito como resignado, la muerte le hirió sin sorprenderle el dia 29 de Enero del año 1763. Fué Racine de un carácter sencillo y franco, segun Weis, tan sin envidia cuanto sin malicia, bueno, sincero y modesto. Se hizo retratar con las obras de su padre en la mano, fijando sus ojos sobre este verso de Fedro:

Et moi fils inconnu d'un si glorieux père.

Fué miembro de las academias de Lyon, de Marsella, de Angers y de Tolosa. Su elogio por Lebeau se insertó en el tomo XXX de la *Coleccion de la Academia de Inscripciones*, del cual se valió Mr. Weis para su biografía, que termina con la indicacion de sus obras, como lo haremos nosotros por la misma lista. Su primera obra publicada fué: *La Gracia*, 1722, en 12.° Nos dice Racine que la lectura del *Poema de S. Próspero* le dió la idea de tratar en verso francés una cuestion que venia agitándose hacia tanto tiempo, sin que fuese su ánimo resucitar la memoria de una discusion aún reciente, que era necesario olvidar; pero á pesar de la buena fe é imparcialidad con que creyó escribir, se descubren bastante las tendencias de la escuela de Port-Royal, razon por la que Voltaire, en sus *Poesías diversas*, le dedicó una, que empieza así:

Cher Racine, j'ai lu dans tes vers didactiques
De ton Jansenius les dogmes fanatiques.

Cuya composicion termina con este verso: *Et soyons des chrétiens et non pas des docteurs.* Puede verse en el *Diccionario de los libros jansenistas*, tomo III, el exámen de los pasajes más censurables de este poema. Esta obra hizo á Racine algunos enemigos entre el clero. Se percibe en este poema, dice Laharpe, el mismo carácter de elegancia y pureza que en el poema de la Religion, pero ménos marcado, no elevándose nada en él á la sublime poesía. Fué traducido al aleman por Schaeffer, y en versos latinos por Mr. Revers, impreso en Aviñon, en 1768, en 12.° Dice Racine á J. B. Rousseau en una carta, que habiendo ido á volver la visita á un prelado, el Arzobispo le enseñó un ejemplar del *Poema de la Gracia*, en el que estaban muchos períodos marcados con lápiz, y le dijo: «No creeis que los puntos que yo he señalado aquí sean vuestras herejías? Hé aquí una obra que será vuestra condenacion en el dia del juicio.» Excusóse Racine como pudo, añadiendo que no queriendo trabajar para el teatro, solo escribiria de objetos santos. «Tanto peor, exclamó el prelado, mejor quisiera que hiciérais comedias.» — *La Religion*. En este poema desarrolló Racine el pensamiento de Pascal, que puede considerarse su compendio: «A los que repugnan la religion, es preciso probarles que esta no es contraria á la razon; despues que es venerable; luégo hacerla amable, hacer desear sea verdadera, probar que lo es y que es amable.» La existencia de Dios es el objeto del canto primero de este poema; la necesidad de la revelacion se expresa en el segundo; en el tercero manifiesta el poeta los caractéres de la religion cristiana; su establecimiento es el objeto del cuarto canto; y en los dos últimos contesta á las objeciones de los sofistas y de los incrédulos. Este poema, segun la opinion de J. B.

Rousseau, es una de las obras más estimables de la lengua francesa. Su objeto, segun Laharpe, está perfectamente trazado; las pruebas son escogidas con acierto, fortificadas por su encadenamiento y deducidas con clarísimo órden. Nada le falta en la parte didáctica; pero el plan nada tiene de la imaginacion creadora, y la versificacion no tiene la fuerza de esa poesía que anima y vivifica todo. A pesar de estos defectos, no hay canto en el que no se encuentren rasgos excelentes y un gran número de versos admirables, en una palabra, este poema es muy superior, dice Weis, al del cardenal de Bernis del mismo título; se han hecho de él muchas ediciones, entre las que se distingue la de París de 1742, en 8.°, seguida del *Poema de la Gracia*. Las últimas ediciones ofrecen cambios bastante considerables, particularmente en las notas. Ha unido el autor á ellas algunas cartas y la oracion de Cleanto, que consideraba como más cristiana que la *Oracion universal de Pope*, áun cuando fuese aquella la obra de un pagano. Fué traducido este poema en verso inglés y aleman, dos veces en verso italiano, y muchas veces en los latinos, especialmente por Esteban Breard, habiendo sido reimpresa con muchas variantes por el abate Charlier, en 12.°, en París, el año 1804.—*Odas sacadas de los libros santos*, en cuya obra se encuentra elegancia, pero no siempre elevacion y vigor.—*Epístolas sobre el hombre*, dirigidas al caballero de Ramsay, sobre el instinto de las bestias; y *Poesías varias*, entre las que se distingue la *Oda sobre la armonía*, en donde se ha hermanado perfectamente el precepto con el ejemplo, segun la opinion de Laharpe, que la insertó íntegra en el tomo III de su *Curso de Literatura*.—*Reflexiones sobre la poesía;* dos volúmenes en 12.° Son el fruto de una crítica sábia é ilustrada, y como el autor habia estudiado á fondo á los antiguos como poeta y como erudito, puede consultarse esta obra con mucho provecho por los jóvenes que se dediquen á la literatura.—*Memorias acerca de la vida de J. Racine, con sus cartas y las de Boileau;* dos volúmenes en 12.° Esta obra es un monumento de la piedad filial y un trozo biográfico del mayor interés, pero no le cree exacto Mr. Weis. En efecto, por su testimonio se ha repetido muchas veces que Boileau dejó al morir casi todos sus bienes á los pobres, pero habiéndose encontrado el testamento en nuestros dias, que por la primera vez publicó Mr. Saint-Saurin en el tomo I de la edicion de las *Obras de Boileau*, se ha descubierto que este satírico escritor dejó cerca de cien mil francos de legados ó disposiciones particulares, que componian una gran parte de su fortuna; y en cuanto á las cartas de Racine y de Boileau, ha hecho ver Saint-Saurin, en el tomo IV de la misma obra, pág. IX de la advertencia, las notables variaciones que se permitió Luis Racine al publicar esta correspondencia.—*Observaciones sobre la tragedia de Racine*, ó *Tratado de la poesía dramática antigua y moderna;* París, 1752, tres volú-

menes en 12.° Está precedida esta obra de una carta de Lefranc de Pompignan al autor, obligándole á publicarla. Las notas sobre el estilo son frecuentemente justas; pero en lo general superficiales, percibiéndose, dice Laharpe, que se dirigen más á la versificacion que al teatro.—*El Paraíso perdido de Milton*, traducido al francés con notas y adiciones de Addison, y un *Discurso sobre el poema épico*; Paris, 1755, tres volúmenes en 12.° Esta traduccion, dice Weis, es más exacta, pero ménos agradable que la de Dupré de Saint-Maur, á la que no ha eclipsado. Obtuvo mayor éxito en la patria de Milton que en parte alguna, sirviéndose de ella muy comunmente los ingleses para estudiar la lengua francesa. En 1784 se publicaron con el nombre de Luis Racine piezas sueltas, que su viuda y sus amigos han negado fuesen suyas. Las obras de Racine se han publicado en coleccion en 1747 y 1752 en seis volúmenes en 12.° pequeño; pero la única edicion completa es la publicada por nuestro colega Mr. Lenormant, en París, el año 1808, en seis volúmenes en 8.° Muy sensible es que se haya suprimido en esta edicion un trozo de setenta y dos versos que contenian, segun Aulo Gelio, la aventura de Androcles y del Leon; este relato, muy conocido, particularmente desde que le admitió Berenger en su *Moral en accion*, era parte de la primera carta dirigida á Madama la duquesa de Noailles sobre el instinto de las bestias; pasaje que existe no solo en todas las ediciones de la *Moral en accion*, si que tambien en las *Memorias de Desmolets*, en la primera parte del tomo VI. Las obras publicadas por Lenormant estan precedidas del elogio del autor por Lebeau, y sobre este particular puede tambien consultarse la noticia que sobre este escritor da Palissot en la *Necrología de los hombres célebres de Francia*, con respecto al año 1766, y el compendio de su vida en la *Galería francesa*. Segun Mr. Barbier, Luis Racine fué el editor de los *Salmos traducidos en verso por los mejores poetas franceses*; Paris, 1751, en 12.°; pero que tuvo poca parte en la edicion de las *Cartas de J. B. Rousseau*, de las que se ha dicho fué editor. Brossete le habia puesto en correspondencia con este gran poeta en 1731, y Racine cultivó su amistad despues con mucha intimidad, tomando su defensa en todas las ocasiones, y tratando de justificarle de las imputaciones de sus enemigos. El retrato de Luis Racine, grabado muchas veces por Aved, hace parte de la *Coleccion de Odienore*. Hemos dado lugar á este poeta en esta obra por sus principios eclesiásticos en la Congregacion del Oratorio de nuestra Señora de las Virtudes, en cuya piadosa casa vivió como regular observante algunos años ántes de lanzarse al mundo, y además porque el autor del poema de *La Religion católica* es bien digno de ocupar un lugar entre sus ministros y los hombres ilustres que con sus acciones, piedad, caridad y demás virtudes y por sus obras, han engrandecido el cristianismo, aumentando el número de sus héroes y de sus

defensores, y haciendo prosélitos en considerable número por medio de luminosos escritos.— B. C.

RACOLINS (Francisco). Fué italiano, de una familia muy distinguida, y abrazó la Religion Seráfica para encontrar en ella el verdadero sosiego de su espíritu en el cumplimiento y ejercicio de las obras de más elevada perfeccion, y de las más menudas prescripciones de su Orden. Fué desde los primeros dias de su noviciado muy rigoroso en el cumplimiento de los votos, que iba á emitir, y cuando por su profesion llegó para él este tan apetecido momento, puso todo su conato en esmerarse más y más en el servicio divino, toda vez que ya era por el voto más estrecha su obligacion. Su piedad fué extraordinaria, y la admiracion que le causó siempre el gran prodigio de la impresion de las llagas del Seráfico Patriarca fué tal, que desde el momento mismo en que él fijó sobre este favor del cielo su atencion, habria querido que la noticia de él llegase á todo el mundo; á los unos para que les sirviese de admiracion, y á las otros de aliento y excitativo, para que comprendiendo el grande amor que Dios necesariamente ha de tener hácia ese su siervo, dé por resultado el acrecentarle más y más, imitando sus heróicas virtudes. Para alentar á todos á la veneracion del santo Patriarca, como en retribucion de esto y en favor del Excelso, el Padre compuso una obrita, que tituló *De Stigmatibus S. P. Francisci*, que es lo único que hay impreso de él, y que le acredita como buen escritor, pues no cuenta su Orden entre los literatos ni sabios sino aquellos que merecen, como lo mereció Fray Francisco de Racolins, tan marcada distincion.— G. R.

RACONIS (de), ilustre familia protestante que se convirtió entera al catolicismo, á últimos del siglo XVI, catequizándole principalmente el abad de Berulle y S. Francisco de Sales. Cárlos Francisco de Abra de Raconis era primo hermano de Clara, de quien hablaremos despues. Nacido en la diócesis de Chartres hacia 1590, llegó á ser despues de su conversion, profesor de teología en la Sorbona, y por último obispo de Lavaur, en el Alto Langüedoc, donde murió en su castillo de Raconis el 16 de Julio de 1646. El hermano de Clara, que parece fué el primero que se convirtió en 1592, tomó el hábito de capuchino y el nombre de Angel de Raconis. Murió en 1650, dejando algunas obras de controversia (V. sus art.). Este religioso tenia cuatro hermanos que se convirtieron sucesivamente. Clara de Abra de Raconis, carmelita despues, opuso mayor resistencia, y ha dejado la relacion de su conversion. Contrajo estrecha amistad con Mad. Acacia, en cuya casa pasó muchos años y entró en las Carmelitas de Pontoise en 1605 con el nombre de Clara del Santísimo Sacramento, y murió santamente el 17 de Junio de 1666, á la edad de cien años. Hé aquí como el autor de la vida de Berulle refiere la conversion de Clara de Abra de Raconis, tomándola de su propia relacion.

«Berulle, dice, convirtió casas y familias enteras, entre otras, cuatro señoritas de la sabia y noble casa de Raconis. Eran extremadamente tercas y se hallaban muy firmes en sus errores, y sin embargo las ilustró de tal manera, que dos de ellas se hicieron religiosas, una en la orden de las Recoletas y otra en la de Carmelitas. Esta ha dejado la siguiente historia de su conversion. Berulle parecia muy jóven, y como de edad de diez y siete á diez y ocho años, cuando plugo á la divina Providencia conducirme á París, donde llegué llena de dolor por haber sabido que tres de mis hermanas se habian hecho católicas, y que mi único hermano habia entrado en los Capuchinos. Haciame esto temer las desgracias en que les creia; y el amor que tenia á mi mala religion, en la que hubiera deseado morir, aumentaba de tal modo mi temor, que no descansaba ni de dia ni de noche. Pero no habiendo podido evitar una ocasion que me obligó á ir París á ver á mis hermanas, me puse al ménos tan en guardia, y concebí tal aversion á su cambio, que no podia mirarlas con buenos ojos y que me costaba el sufrirlas mucho trabajo. Dios, sin embargo, más cuidadoso y deseoso de mi salvacion que apasionada por mi perdicion me hallaba yo, me detuvo en la cama por un exceso de caridad hácia mí, y me envió una enfermedad, lleno de misericordia, que facilitando á su servidor los medios de mi conversion, le dió la esperanza de los mejores resultados; pues lo habia intentado ya varias veces inútilmente. Un poco despues de mi llegada á París, fingió que era yo parienta suya, para motivar la asiduidad de sus visitas, y las continuó más de seis meses sin cansarse, aunque le daba yo muchos más disgustos de los que podia imaginar. Como conocia yo su manera de llamar á la puerta, que era dar golpes de tiempo en tiempo, porque siempre leia algun libro miéntras aguardaba que se le fuese á abrir, tenia yo el placer de hacerle esperar mucho tiempo á la puerta. Otras veces fingia tener algun encargo de un tio mio, que era hugonote, y me ocultaba en algun rincon de la casa, sin que nadie supiese de mí. Su caridad fué tan celosa, sin embargo, que nada de esto consiguió debilitarla; sino que por el contrario mis invenciones y mis faltas, mi resistencia y mi terquedad, la daban nuevas fuerzas. Por mucho cuidado que tuviese para escaparme, me sorprendia siempre, y cuando manifestaba más repugnancia, se arrojaba á mis pies, y me conjuraba de parte de Dios á escuchar lo que tenia que decirme, y aunque debia de estar cansado de todas las pruebas á que sometia su paciencia, venia con bastante frecuencia á verme por mañana y tarde, no obstante vivir muy léjos. Viendo esto, recurrí á mis ministros como ángeles tutelares, suplicándoles viniesen en socorro mio, y me fortificasen con sus argumentos contra los suyos; y no contenta con defenderme de él, me propuse atraer á mis hermanas al rebaño como ovejas extraviadas. Con este motivo supliqué á los ministros sostener una controversia á que asistiesemos

todos, y propuse á Mr. de Berulle tomase tambien parte en ella. Recuerdo que le pregunté con este motivo si se colocaria á nuestro lado en el caso de que saliesen vencedores los ministros, y que me contestó en estos términos: *Aunque me venciesen, no habrian hecho más que vencer á un pobre estudiante; pero la Iglesia continuaria invencible, y yo con ella.* Viéndome, pues, deseosa de una conferencia, se ofreció á ir á ella, y fué conmigo á la capilla de Brac, en el hotel de Mad. la duquesa de Bar, hermana del difunto rey Enrique I, donde se hallaba su ministro, para atacarle hasta en sus trincheras. Pero el ministro, que habia ignorado hasta entónces con quién tenia que habérselas, permaneció encerrado en su habitacion, y en cuanto le vió por la ventana, no quiso abrir, aunque estuvo más de media hora llamando á su puerta. Este ministro débil y cobarde, que habia faltado á lo convenido y á la cita que me habia dado, pues yo fui con la mayor puntualidad, me encontró al dia siguiente, y fingiendo no haber visto á Mr. de Berulle, me preguntó quién era aquel jóven que habian visto conmigo en el jardin, á lo que habiéndole contestado que era Mr. de Berulle, comenzo á dirigirle insultos é invectivas no hallando otra cosa que vituperar en él que su rara piedad, que era por lo que más debia haberle honrado. Nuestro Señor me detuvo por último por medio de esta enfermedad, y entónces fué cuando Mr. de Berulle redobló su caridad y sus cuidados, y me instó con más fuerza que anteriormente á ceder á las evidentes verdades de la Iglesia, que no podia yo negar ya; tan manifiestas y convincentes eran sus razones. No se separaba de la cabecera de mi cama, estando casi siempre de rodillas sin que se le pudiera obligar á sentarse. Por mi parte insisti siempre en desear una controversia, temiendo ser engañada como jóven ignorante, y los ministros insistian en no querer celebrarla, temiendo los esfuerzos del que sostenia el partido de la Iglesia, y contra el cual no podian defenderse. Se presentó, sin embargo, uno que tenia alguna reputacion entre los sectarios, que tuvo valor para entrar en la liza con Mr. Berulle; pero desde la segunda respuesta, sintió tal temor que depuso las armas, y se marchó llamándole sorbonista, y mi buen señor de Berulle permaneció á mi lado tan tranquilo como si no le hubieran dicho nada. Hubiera sufrido con gusto mucho más por la salvacion de mi alma, y su grande perseverancia en conquistarla, á pesar de todas las penas que le daba y toda la resistencia que yo hacia, era un evidente testimonio. Habianme fallado todas mis garantías, y vacilaba sin embargo ántes de rendirme; pero le dije que si podia asegurarme de dos puntos, el uno la infalibilidad de la Iglesia, el otro la presencia real del Hijo de Dios en el Santísimo Sacramento del altar, me daria por vencida, y accederia en todo lo demás. Lo hizo en seguida, por escrito y con tanta claridad, que no pude oponerme por más tiempo á la verdad, y tuve tanto pla-

cer en verla victoriosa y triunfante, como temor habia tenido hasta entónces. No pueden explicarse las acciones de gracias de este siervo de Dios, y la humildad que manifestó apénas dí el sí. Fué por sí mismo á buscar al penitenciario, y tomó parte hasta en las menores particularidades y circunstancias de mi profesion de fe, como si de ello hubiesen dependido mi salvacion y la suya propia. Despues que hice mi abjuracion, no tomó ménos cuidado en instruirme para la primera confesion, llevándome algunas veces los libros nuevos para facilitarme la práctica, los que habia elegido de antemano, miéntras me hallaba yo sumida aún en los errores de la herejía. Pues me enseñaba la devocion mezclándola de tal manera en las controversias, que me hubiera ganado para la piedad cristiana, aunque no lo hubiese conseguido para la fe católica. Me hablaba de las almas consagradas á Dios por los votos solemnes de la religion con tanta uncion y gracia, que hubiera deseado poder importar ambas como dos ricas joyas en mi pobre secta; los discursos que me hacia sobre estos dos objetos, inflamaban de tal modo mi corazon, que hubiera deseado, de ser posible, hacerme religiosa sin hacerme católica. Debe por lo tanto hacerse la observacion de que no convertia á ninguna persona á la fe sin convertirla á la piedad, ó al ménos á una manera de vida que era mucho mejor y más propia del temor de Dios que en la que ella vivia. Me dió tambien tantos y tan buenos consejos para la comunion del sagrado cuerpo de Jesus, que reconozco francamente estarle obligada por todas las misericordias que me ha hecho nuestro Señor en la participacion de este divino manjar, especialmente en mi primera comunion; pues se dignó acompañarme comulgando él tambien, y recibí una seguridad tan grande de la presencia real del Hijo de Dios, que he creido siempre desde entónces que si pudiera ser que comulgase un hugonote hallándose en buen estado, reconoceria por su propia experiencia la diferencia que hay entre su pobre cena y la comunion católica. Entónces como un pastor que conduce á espaldas la oveja descarriada y convida á sus amigos á regocijarse con él, avisó á todos aquellos á cuyas oraciones habia recomendado el asunto de mi salvacion para reunirlos en su reconocimiento y sus acciones de gracias. Me designó dia y hora en los Capuchinos para esta primera comunion, y aunque habia preparado mi alma durante mucho tiempo para esta ocasion, volvió á hacerlo detenidamente aquel dia, viniéndome á buscar á mi habitacion desde por la mañana temprano, para llenar mi espíritu de todo lo más piadoso y santo que puede decirse. Despues de esto me hizo salir de mi morada, pero algun tiempo despues de él; pues observó constantemente la costumbre de no ir nunca por la calle con mujeres ni jóvenes por piadosas que fuesen. Muchas personas, tan nobles como piadosas, se hallaban en los Capuchinos para manifestar la parte que tomaban segun Dios en la obra de mi

conversion; entre otras Mr. de Randau, abad de S. Martin, y el cardenal de Sourzis, íntimos amigos á su vez de Mr. de Berulle, me vinieron á asegurar con tanta humildad como caridad, que habian dedicado sus oraciones y buenas obras á obtener de nuestro Señor la gracia de sacarme del error y darme el conocimiento de la verdad. Apénas hube comulgado, procuró que recibiese el sacramento de la confirmacion, y fué á buscar para este efecto al obispo de Senlis, que me le confirió al dia siguiente. Hé aquí una parte de las obras de caridad que ha hecho conmigo este siervo de Dios, aunque mis palabras apénas pueden explicar lo que todos veian, y mucho ménos el fuego de amor y el grande celo en que ardia interiormente por ganarme para Jesucristo. Pero hay todavía una cosa que no estimo ménos que lo que acabo de decir, es que queriendo darle gracias, y diciéndole algunas palabras de reconocimiento, me cerró de repente la boca y me dijo: *Basta: un Ave María vale más que todo lo que he hecho;* uniendo al exceso de su caridad una humildad profunda y un completo olvido de sí mismo y de sus buenas obras. Despues que me hubo conducido á este punto, le supliqué con instancia se encargase de la direccion de mi alma, confiando que seria para mí una dicha tan grande como la que habia experimentado hasta entónces. Pero no quiso, excusándose con mi juventud y con que no era sacerdote, y me puso bajo la direccion del Rdo. P. Benito, capuchino inglés, hombre de muy santa vida. Hecho esto, se separó de mí como si no me hubiera conocido nunca, para dedicarse á otras conversiones; pero sin embargo, cuando este buen padre marchó á Inglaterra á recibir la palma del martirio, me manifestó que no me habia olvidado y me puso bajo la direccion de la venerable hermana María de la Encarnacion, la que me llevó consigo. Habiéndose establecido algun tiempo despues en Francia la órden de los Carmelitas, y habiendo permitido la divina Providencia que fuese él uno de sus superiores, me procuró la fortuna de ser admitida en su seno, gracia que habiéndome dado un vivo conocimiento y una nueva conviccion del valor de todas las anteriores, me ha encaminado á una infinidad de otras por lo que le estoy y le estaré eternamente obligada.» Así es como fué convertida esta señorita, llamada despues la Madre Clara del Santísimo Sacramento. Mr. de Berulle convirtió con ella á uno de sus primos, y al mismo tiempo á otras muchas personas.—S. B.

RACONIS (Angel). Este capuchino, primo hermano del obispo de Lavaur Cárlos Francisco de Abra de Raconis, nació en la ciudad del nombre de su apellido, y fué educado en la religion calvinista; pero alumbrado por la fe por fortuna suya como toda su familia, no solo abjuró el calvinismo en 1592, entrando con fe en la religion católica, sino que decidió consagrarse á Dios en el claustro. Preparado al efecto, tomó el hábito de la Orden Será-

fica en el convento de Capuchinos, en donde se distinguió por su piadoso celo y por lo ardientemente que se dedicó á la conversion de herejes. Murió en Paris el año 1650, y dejó escritas cuatro ó seis obras de controversia. Tuvo este religioso cuatro hermanas, las tres se hicieron católicas al mismo tiempo que él y la otra se convirtió tambien poco despues en 1593, es decir á los pocos meses de la de sus hermanas, habiendo dejado escrita de su mano su conversion, la cual se ve en la vida que Mr. Habert de Cérisi publicó de Mr. Berulle; habiendo sido esta conversa una de las primeras mujeres que abrazaron en Francia el instituto de los Carmelitas tomando el nombre de Clara del Santísimo Sacramento. No podemos decir cuando murió, pero asegura Moreri que vivia todavía en 1646, dando ejemplo de virtud y celo religioso. —C.

RACONIS (Cárlos Francisco de Abra de). Nació en 1580 en el castillo de Raconis, cerca de Monfort de Amauri, en la diócesis de Chartres, de padres nobles. Estando estos bajo las banderas de la herejía de Calvino, le pusieron de preceptor un calvinista, que procuró inspirarle sentimientos heréticos; pero felizmente toda su familia, compuesta de unas veinte personas, se convirtió á la fe católica cuando solo contaba de doce á trece años de edad. Empezada su educacion católica, en esta línea hizo sus estudios y fueron rápidos sus progresos. En 1609, cuando contaba unos treinta años de edad, se le nombró profesor de filosofía en el colegio de los Grassius y despues del colegio de Plessis, en donde llegó á tener hasta cuatrocientos alumnos. Al finalizar el curso escolástico de 1615 dejó esta cátedra para tomar otra de teología en el colegio de Navarra, á cuya sociedad fué agregado. Se hizo sacerdote al año siguiente, y en seguida tomó la borla de doctor y fué nombrado predicador y limosnero del Rey. La regularidad de sus costumbres, su frecuente predicacion, su celo por la conversion de los herejes y un gran número de obras de filosofía, teología y controversia que desde el año 1617 habia publicado, le adquirieron tanta fama, que el rey de Francia Luis XIII le nombró en 1637 obispo de Lavaur, y fué consagrado el 22 de Mayo de 1639, en que se retiró á su diócesi á cuidar de sus ovejas. Habiendo tenido que ir á Paris en 1643 á asuntos importantes, asistió á la Asamblea del clero de este año. El libro de la frecuente comunion y el *Augustinus* de Jansenio, hacian entónces mucho ruido, y el obispo de Lavaur opuso al primero en 1644 y en 1645, tres gruesos volúmenes en 4.°, y al principio de 1646 se retiró á Raconis para refutar el segundo; pero apénas habia bosquejado esta obra, cuando murió el 16 de Julio del mismo año 1646. En cuanto se retiró este prelado á Raconis con el objeto indicado, se hizo correr por Paris una carta bajo su firma, dirigida al papa Inocencio X, en la que se manifestaba que muchos obispos de Francia favorecian las nuevas doctrinas impías. Llevada

á la Asamblea del clero una copia de esta carta, deliberó sobre su contenido y sobre lo que debia hacerse; pero haciendo observar uno de los prelados que tal vez no fuese el obispo de Lavaur el autor, se determinó á informarse de ello; por lo que algunos obispos se la comunicaron preguntándole si la reconocia. Al recibir Raconis esta comunicacion, negó que fuese suya aquella carta respondiendo á los obispos en 9 de Febrero, cuya respuesta y la carta que escribió la Asamblea al Papa con este motivo se imprimió en las mismas actas. El arzobispo de Malinas Precipiano dió un decreto contra el libro de la frecuente comunion, y el P. Quesnel del Oratorio le escribió sobre este particular en 1695. Además de este libro, han quedado del obispo Raconis las siguientes obras en francés: *Tratado para conferenciar con los herejes;* Paris, en 1618, en 12.°—*Teología latina;* en muchos volúmenes en 8.°—*Vida y muerte de Madama de Luxembourg, duquesa de Mercœur;* Paris, en 1725, en 12.°—*Totius Philosophiæ, hoc est, logicæ, moralis, phisicæ, et metaphisicæ brevis tractatio;* Paris, 1625, dos volúmenes en 8.° En 1631 se hizo una quinta edicion de esta obra aumentada.—*Carta sobre la muerte del mariscal Enrique de Schomberg;* Paris, 1633, en 8.°—*Continuacion de los exámenes de la doctrina del difunto abad de San Cyron y de su cábala, respondiendo al libro de la tradicion de la Iglesia, publicado con el nombre de Arnaud;* Paris, 1645, en 4.°—*Ricos y excelentes paralelos entre Dios y el alma, el prototipo y su imágen, predicados en un adviento en la iglesia de San Andrés;* Paris, 1625, en 8.°—*Respuesta á la carta de cuatro ministros de Charenton y á otros escritos de Pedro Maulia;* Paris, 1617, en 8.° Launoy, en su *Historia de Navarra;* Lyron, en su *Biblioteca;* y Artigny, en sus *Memorias*, dan noticias de este prelado que puede consultar el que desee ampliar las que aquí damos.—C.

RACONIS (N. de Abra de). Dice Moreri que este prelado fué de la misma familia de Cárlos Francisco de Abra de Raconis, convertido al catolicismo. Que fué obispo de Lavaur; vivió en los reinados de Cárlos IX y de Enrique III, y que se conocen de su pluma en francés las dos obras siguientes: *Carta de pago del tesorero de Abra de Raconis ó estado del antiguo órden de Francia, causas de su corrupcion y medios de remediarla;* escrita en forma de discurso dirigido al cristianísimo rey de Francia y á los franceses, en diez libros.—*Tratado de Artillería*, dedicado á Mr. Segur, baron de Pardaillan, manuscrito de que no habla el P. Le Long, y que se ha conservado en la Biblioteca del rey de Francia.—C.

RACONIXIO (Sta. Catalina de). Fué esta esclarecida religiosa de la órden de Sto. Domingo hija de padres vulgares, y por consiguiente no se cuenta entre las cosas que dejó para ir á su Dios, ni el abandono de una brillante posicion que hubiese podido hacerle concebir esperanzas de figurar

un dia en el gran mundo, ni tampoco el haber dejado cuantiosas riquezas con que asegurára un porvenir risueño sin haber tenido necesidad de trabajar para lograr su subsistencia. No, no fué esto por cuya renuncia se santificó Catalina; pero tampoco la fué necesario en razon á que el Señor quiso que por otros caminos y medios no ménos admirables ni ménos meritorios llegase á una perfeccion tal, que desde el momento mismo de su muerte sus heróicas virtudes la adquirieron el renombre de santa, y que despues le fué confirmado por la solemne declaracion de la Iglesia nuestra santa madre. Dotada, pues, por Dios, ó diremos mejor, prevenida con un celo ardentísimo por la gloria del Señor, apénas se desarrolló en ella la razon cuando ya se animó de un muy vivo deseo de procurar esta gloria del Señor, y un pesar, pero pesar vivísimo, de que su adorable soberanía fuese ultrajada y de que hubiera hombres tan desleales que, recibiendo de su Dios beneficios sin cuento y á cada paso, no solo desatendiesen á estos beneficios, sino que ultrajasen vilmente á quien con generosa liberalidad se los otorgaba; y desde entónces mismo formó esta idea nuestra esclarecida Santa. ¡Oh, quién pudiese ofrecer á Dios un sacrificio siquiera por las infinitas alabanzas que se le defraudan, quién pudiera serle fiel en justa compensacion de la infidelidad de tantos como ignorantes de su bien y áun de su fin ponen su afecto en las obras y cosas del mundo, apartándose del verdadero principio de felicidad y de dicha, que es Dios nuestro Señor! Para llevar á cabo su piadoso designio, hizo desde luego con su Dios pacto de no dejar á su cuerpo descanso ni alivio alguno, y para esto comenzó por proporcionarse con los rigores de la penitencia un ánsia insaciable del ejercicio de esta misma virtud; y decimos esto porque es una de las condiciones inherentes á las obras de la gracia, tanto más en ellas nos ejercitamos, tanto más nos avivamos en el deseo de practicarlas, que es ciertamente lo que sucedia en Catalina de Raconixio; pues su pasmosa mortificacion como su perfecta abstinencia y aquella completa abnegacion de si misma en que vivió siempre, la hacian conocer de tal suerte los verdaderos intereses de su amado, y ver tan claramente cuán menoscabados estaban por la ingratitud de los hombres, que se deshacia en deseos de corresponder á la gracia por todos los que á ella no correspondian, y con nuevos rigores, con desusados castigos que daba á su inocente cuerpo, logró hacerle estar sometido al espíritu, y de tal manera, que de puro mortificadas se habian hecho como insensibles sus necesidades, y ella era mujer en la forma, pero su espíritu, dominando por completo su existencia y haciendo que toda ella se refiriese á su Dios, habia sustituido, por decirlo así, un serafin en lugar de la criatura; bien es verdad que todo para gloria del supremo Señor del universo. Era muy íntimo el trato que con Su Majestad estableciera mediante un ejercicio íntimo de oracion, y no una ora-

cion como quiera, sino altamente meritoria, pues el Esposo de su alma, complaciéndose mucho en la posesion de esta su amada, la atraia hácia sí de la manera que él sabe, es decir, obligándola á morar en su espíritu por el profundo conocimiento de su ser y por la experiencia práctica de sus penas, angustias, dolores y sufrimientos, que habiendo sido el patrimonio del amado no pueden ménos de ser la dote de su esposa. Y en que Catalina lo era de Jesucristo no cabe duda, pues que hija de la esclarecida órden de Santo Domingo, habia hecho suyos los deseos de Jesus, así como para lograrlos habia conseguido de Dios singularísimos favores, extraordinarias y delicadas pruebas de una misericordia muy especial indirectamente para nuestra Santa, pero directamente para los muchos fieles á quienes ella con su celestial doctrina, con sus admirables ejemplos, habia atraido para que sirviesen mejor á Dios. Y puede muy bien considerársela como predicador de la doctrina de Jesucristo, pues si bien es cierto que por razon de su sexo no le era lícito dedicarse en el púlpito á la predicacion del Evangelio, podia desde su locutorio decir mucho para atraer á las almas al verdadero servicio de Dios, y hacerlas conocer cuán importante es el que cada uno trace la órbita en que le ha constituido Dios, cuyos designios, aunque muchas veces desconocidos para nosotros, son todos, áun los más insignificantes, conducentes á nuestra dicha llevando consigo la gloria del Señor. Y decimos que en el locutorio hizo muchas veces el oficio de predicador llamando á muchos á penitencia, porque este fué uno de los muchos dones con que Dios favoreció á su sierva, dándole tambien espíritu de profecía, con lo cual los fieles se alentaban más y más para ir en su busca, pues aunque hubiese de pronosticarles males, tenia un tino especial para esto; siendo muy notable que todos salian de su presencia plenamente satisfechos y vueltos á Dios con una conversion tanto más meritoria cuanto que era absolutamente voluntaria, y sin otro motivo ni fundamento que el deseo mismo de agradar á Dios. Pudiéramos decir mucho en este órden de nuestra gloriosa Catalina; pero así como la Santa lo calló durante su vida, y la única obligacion que imponia á los que recibian los favores de Dios por su medio, era que á nadie lo dijesen y diesen solamente á Dios la gloria, de aquí digo que ellos hayan pasado como desapercibidos, sin fijar la atencion, como tampoco pudieron fijarla las heróicas virtudes en que se distinguió, pues que fué además de un modelo de castidad y pureza no vulgar como quiera, sino muy acabado, fué, decimos, sumamente obediente, hasta el extremo de dejarse guiar no solo de la superiora, ó quienes tenian sus veces, pues á esto está obligada toda religiosa, sino los deseos y áun caprichos de todas las demás, de las cuales puede decirse que era criada Catalina, si bien no era esta su condicion en aquella santa casa. Hemos dicho que fué discípula de Sto. Domingo, como

profesa de su Orden, y debemos añadir que así como su tocaya Catalina de Sena vivió mucho tiempo animada en su gran deseo de hacer el bien de sus hermanos los hombres en general, para cuyo mejoramiento emprendió las árduas obras que todos sabemos; así Catalina de Raconixio puso por práctica para agradar á su Dios y obligarle, por decirlo así, á tener misericordia con los redimidos de Cristo, evitándose una terrible guerra que habria asolado el punto donde vivia nuestra Santa, que era el pequeño pueblo de donde toma su nombre. Efectivamente, apénas vió Catalina que no se podia evitar la guerra que se disponia, y apénas tambien se ofrecieron á su consideracion los infinitos pecados que habia de haber en el mundo, cuando dijo á su Dios: Cúmplase la destruccion de mi miserable cuerpo, baje yo al sepulcro, siquiera me acompañen los más vivos dolores y padezca las más terribles angustias, pero sálvese el país de esa guerra asoladora que le destruiria, que haria innumerables las ofensas á vos, ¡oh dueño de mi alma! y sea una vil criatura quien perezca por la salud de muchos. Como tan caritativos deseos no podian ménos de ser atendidos, el Señor los oyó benignamente, queriendo premiar á la excelsa vírgen el mérito de sus virtudes y favorecer al pueblo como por recompensa al grande sacrificio que ofrecia Catalina. Una terrible y muy penosa aunque breve enfermedad la anunció que sus votos habian sido escuchados en el divino acatamiento, y que iban á ser despachados favorablemente; por cuyo motivo se llenó de indecible consuelo, disponiéndose de la manera más adecuada y conforme á emprender el viaje á la eternidad, cual convenia á la que habiendo vivido para Dios, terminaba su existencia ofreciendo á su Divina Majestad nada ménos que el sacrificio de su vida preciosa, y aceptada por Dios para el gran fin que llevamos expuesto. Recibidos con extraordinario fervor los santos sacramentos de penitencia y eucaristía, oidas con suma atencion las importantes preces con que la Iglesia auxilia á sus hijos, y alentando á todas sus hermanas al servicio de Dios, al mejoramiento de sus costumbres y á que hicieran los mayores esfuerzos para llegar al heroismo de la virtud, dió plácidamente al Señor su espíritu el dia 15 de Setiembre de 1547, á los sesenta y dos años de edad, pasados en el más constante servicio de su Dios y en el ejercicio de las virtudes más perfectas. Consiguiente á esta vida tan ejemplar fué, de una parte, la gran veneracion con que la miraban no solo los naturales de aquel pueblo y sus contornos, sino todos cuantos tuvieron alguna noticia de ella, y de otra el que Señor obrára por su medio muchos prodigios, los cuales como era consiguiente, aumentaban el deseo que todos tenian de que se venerára en los altares la que era acreedora á tan alta honra. Aceleraron, pues, todo lo posible el necesario proceso, y se vió con indecible júbilo que Roma, despues de cubrir las muchas y difíciles formalidades que en tales casos

proceden, declaró á Catalina de Raconixio, santa, haciendo Pio VII que se rezase de ella en toda su Orden y en algunas diócesis que se lo suplicaron. —G. R.

RACOVIO (P. Nicolás), jesuita. Fué polaco de nacion, y las noticias que acerca de él tenemos son escasísimas. Hace sin embargo inferir que sería excelente predicador la circunstancia de que se le encomendó en 1592 la importante comision de predicar en las honras de Su Ilma. el Sr. Guillermo Ursino de Rosemberg; y consta que desempeñó su cometido tan á satisfaccion de los comitentes, que su sermon fué impreso y por entónces leido con grande afan, porque á la verdad histórica de que mostraba mucha erudicion, agregaba máximas de muy sólida piedad, y además estaba escrito con formas las más bellas, dando de aquí idea de que el P. Racovio, cuando ménos, era un excelente literato. Fué recibido muy bien en su tiempo, y se procuró por entónces hacerse con esta preciosa oracion fúnebre; pero despues quedó en el olvido, excepto para los PP. de la Compañía, que al citar á Racovio lo colocan entre sus escritores eclesiásticos; y todos sabemos con cuanto escrúpulo miran los jesuitas estas calificaciones, por lo que significa mucho el que en esta se le dé la que tiene, que de cierto le es enteramente merecida y muy justa. Sensible es no poder decir otra cosa sobre el P. Nicolas Racovio, jesuita. —G. R.

RADA (Dr. Fr. Juan, ántes Francisco de). Antes de la mitad del siglo XVI nació en la villa de Tauste, donde su linaje usaba de las armas de una cruz roja, floreada en campo de oro, cuya nobleza, acuerda tambien en Navarra, y D. Anastasio Marcelino Uberte, hijo de Tauste, *part. I del orígen y grados del honor*, pág. 201 y 202, col. II y I, núm. 439, y en sus *Prevenciones de discretos*, en la *dedicataria* núm. 5. Profesó en el instituto de S. Francisco de la regular observancia, y siempre tuvo zelo por su regla y un distinguido amor á las ciencias. Fué lector de prima de teología en su casa de Salamanca, y un célebre profesor en esta facultad, en cuyo magisterio obtuvo la jubilacion. Gobernó varios conventos de su provincia de Santiago, y de la misma fué ministro provincial. Asistió en Roma al capítulo general de su religion, y en él fué hecho comisario general de España á fines del siglo XVI. En esta misma corte residió de órden del sumo pontífice Clemente VIII, con la calidad de consultor teólogo en las *Controversias de auxiliis*; y fué gratísima su persona al mismo Papa y á Paulo V su sucesor, quienes lo distinguieron en su favor, y lo llamaron teólogo doctísimo y sutilísimo. La religion de S. Francisco le hizo su procurador general en aquella corte, y en ella fué consagrado á 17 de Agosto de 1605 por el obispo de Trani, en el reino de Nápoles, de cuya sede fué trasladado en 10 de Enero de 1606 por D. Felipe II á una silla metropolitana, habiendo

muerto en el viaje para su iglesia poco despues de haber desembarcado en el convento de S. Francisco de Paula de Calabria, á 5 de Enero de 1608. Fué prelado, religioso y de grande integridad, y un sabio cuya erudicion se deja conocer en la obra que escribió con el título siguiente: *I. Controversia theologica inter Sanctum Thomam, et venerabilem Joann. Duns Schotum super IV libros Sententiarum, divisæ in quatuor partes;* en París, en dos tomos en fólio, 1589. En Salamanca, en dos partes; la primera, en 1586, en fólio, por Juan Fernando, consta de 460 págs., y está dedicada á Don Juan Alonso Pimentel, conde de Benavente. La segunda, tambien en fólio, por dicho Juan Fernando, 1599, lleva 240 págs., y está dedicada á D. Luis Fajardo de Requesens, marqués de los Velez. En Venecia, por Juan Guerribio, 1599, en fólio. En Colonia, por Juan Crithix, 1616 y 1620, en cuatro tomos en 4.°, y despues otra vez en Venecia. En 1614 habia salido en Roma su tercera parte, en 4.°, en la oficina de Juan Paulo Prosilio, en 767 págs., y se halla dedicada á D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, virey de Nápoles; Morhoff, en su *Plyhistor*, tomo II, pág. 159, edicion de 1714, dice de estas controversias, que son: *Liber utilissimus, et in hoc argumento palmarius.* Es célebre la memoria de este prelado en la *Bibliot. Hisp.* de Don Nicolás Antonio; en la *Bibliot. gener. francis.*, del cronista Fr. Juan de San Antonio; en la *Sicilia Sacra* del abad Pirho, tomo II, pág. 410, 1239, columna I y II; en el *Compendio Ms. de los hijos ilustres de Tauste;* en la censura, que dió al libro de la *Doctrina cristiana*, compuesto por el P. Iturri de Roncal, y en otros. El citado Uberte lo alaba tambien, y acuerda el nombre de D. Francisco de Rada, abad de S. Juan de la Peña, bien que con equivocacion pone su prelacia por los años de 1090, pues D. Juan Briz Martinez, en la *Historia de este monasterio*, pág. 561, col. I, dice que murió el año de 1596, y de él se hallan muchas Memorias.—A. C.

RADA (Rdo. P. Fr. Martin de), religioso agustino, misionero en las islas Filipinas, de donde fué enviado en 1575 al imperio de la China para reconocer el país y estudiar los medios de convertirle al cristianismo. Llevó á cabo esta empresa el Rdo. P. Rada con grande celo y acierto, escribiendo unas relaciones en que se refiere detalladamente todo cuanto le habia sucedido, las que escribió el Rdo. P. Fr. Roman en la segunda parte de una obra á que tituló: *Repúblicas del mundo.* Volvió á Filipinas el referido Padre para arreglar todo lo relativo á las misiones, y se embarcó por segunda vez para la China, llevando consigo al P. Fr. Agustin Alburquerque, celoso y activo misionero, que deseaba consagrarse á la conversion del nuevo imperio. Mas hechos prisioneros por los chinos, los ataron á un árbol y los azotaron cruelmente, abandonándolos cuando los creian muertos ó esperaban terminarian su vida al rigor é inclemencia de las estaciones; pero el Señor los

salvó milagrosamente, pudiendo el P. Rada continuar dedicándose á esta gloriosa empresa hasta que, como hemos dicho en otros lugares de esta obra, se apoderaron de ella los portugueses, arrojando á los castellanos de aquellas islas y de los conventos que en ellas poseian, siendo quizá este el motivo por que nos son desconocidas las demás circunstancias de la vida del Padre Rada. — S. B.

RADBERT (S. Pascasio). Nació este santo abad de Corbia del siglo IX en Soissons ó en sus cercanías, de padres desconocidos ú oscuros, que no teniendo medios sin duda para criarle le expusieron, segun la costumbre de aquellos tiempos, á la puerta de la iglesia del monasterio de nuestra Señora de la expresada ciudad. Acogiéndole caritativamente las religiosas, cuidaron de hacerle criar, y luego que lo permitió su edad, le encargaron á los monjes que servian la iglesia de S. Pedro, dependiente de la abadía, á fin de que le educasen en la piedad y en las letras. En cuanto hizo algunos progresos, le consagraron á Dios los religiosos y le tonsuraron. Apénas recibió este órden se emancipó de sus maestros; y lanzándose al mundo, se entregó por algun tiempo á la disipacion. Empero como la buena semilla que se sembró en su tierno corazon no podia ménos de fructificar, no tardó en desengañarse del mundo, y entrando en si mismo, reconoció el mal que habia hecho en abandonar un género de vida indicado por la divina Providencia como el que más le convenia para alcanzar la bienaventuranza, que era el fin para que habia Dios animado su materia. Contrito y arrepentido volvió á Corbia, y pidiendo perdon á los Padres, que le fué otorgado bajo el propósito de la enmienda, abrazó la vida monástica, recibiendo el hábito de manos del santo abad Adelardo *el Antiguo*, sobrino del rey Pipino de Francia. Habia en Corbia una célebre escuela por sus excelentes maestros, y poniéndose bajo la direccion de estos, no tardó en hacer grandes progresos en las divinas letras y en las humanas, las que él mismo enseñó á poco. Estaba Radbert perfectamente y con mucha profundidad versado en las santas Escrituras y en los escritos de los Santos Padres, y tambien estudió con sumo cuidado la historia eclesiástica, siéndole conocidos al propio tiempo los mejores autores profanos, de tal modo que vinieron á hacérsele familiares. Al conocimiento de la lengua latina unia el del griego y el hebreo, que poseia con perfeccion; y en fin, escribia con la mayor facilidad tanto en prosa como en verso, y explicaba en los dias de fiesta el santo Evangelio á la comunidad. Lo mucho que se dedicaba al estudio no le impedia llenar cumplidamente sus demás deberes, y ningun religioso asistia á los oficios con mayor exactitud. Su talento y regularidad le granjearon el cariño de Adelardo, su abad, y el del P. Vela, hermano de este y tambien monje del mismo monasterio; y así es que era su íntimo amigo y compañero en su consejo y

en sus viajes, pues que le admitian hasta como tercero en los graves asuntos del estado de que estaban encargados por razon de su alto nacimiento. Habiendo muerto el venerable abad Adelardo el año 826, el cabildo capitular de la abadía de Corbia diputó á Radbert para que fuese á pedir á Luis *el Benigno* la confirmacion de la eleccion de Vela, que sucedió á su hermano en su cargo de abad; y como el Emperador se aficionase á él, le envió á Sajonia el año 831 con una comision importante, y le empleó en diversas negociaciones. Tuvo parte Radbert en el establecimiento de la Nueva Corbia ó Corvey en Sajonia. El año 833 acompañó á Vala en el viaje que hizo este abad á la Alsacia, llamado por Gregorio IV, que habia ido á aquel punto con la esperanza de poder conciliar las diferencias suscitadas entre Luis *el Benigno* y sus hijos. Haciéndose cargo Mr. l'Ecuy sobre estas diferencias en el artículo que consagró á Radbert en la *Biografía universal francesa*, por el que hacemos este, dice: «El autor de una disertacion inserta en el tomo IV del *Defensor* reprocha al artículo de Luis I, escrito en el tomo XXV, haber imputado á Gregorio IV una parte mucho más activa en el indigno trato que hicieron sufrir á Luis *el Benigno* sus hijos.—El Papa, dicen los redactores de este artículo, no temió ir al campo de los rebeldes para ayudarles con los rayos de la Iglesia con que amenazó á los que no se declarasen contra el Emperador.» Y en otra parte añaden: «Si el rey Luis no se hubiera ablandado, puede dudarse si Gregorio IV se hubiera aliado con sus hijos contra él.» Pero el autor de la disertacion prueba con la autoridad de Mezerai la del abad Fleury, y más aún con el carácter del pontífice Gregorio IV, y por los hechos, lo infundadas que son estas inculpaciones. Al leer estos autores queda uno convencido de que el Papa habia acompañado á Lotario con solo la idea de poner en paz al padre con sus hijos, y así fué que ántes de partir de Roma habia mandado ayunar y orar para pedir á Dios favoreciese este piadoso designio. Luego que llegó á Francia, mandó llamar de su parte y de la de los príncipes á Vala, abad de Corbia, considerando sus consejos muy útiles para la paz; y el mismo Papa, en su primera entrevista con el rey Luis, hizo formal declaracion de los motivos que le dirigian á aquel punto. «Solo he venido, dijo, para procurar la paz, que tanto nos ha recomendado el Señor.» Permaneció algunos dias con el Emperador, y sus conferencias fueron apacibles, amistosas y acompañadas de mútuos presentes, de manera que no hubo en ellas ni rayos, ni amenazas, ni audacia de ninguna especie. Volvió el papa Gregorio adonde estaba Lotario, con la esperanza de reunir al padre con el hijo, y es sabido que durante el tiempo de sus conferencias procuró ganar Lotario el ejército de su padre, al que logró seducir; pero entónces no le fué ya permitido al Papa, segun Fleury, volver á ver al Emperador. Desde entónces se consideró á Luis como despojado de

la dignidad imperial, que se confirió á Lotario, y el Papa volvió á Roma sumamente afligido de la manera que aquel padre habia sido tratado por sus propios hijos. ¿Qué concluir de este relato, sino que el Papa hizo cuantos esfuerzos pudo para lograr la paz entre padre é hijos, y que aquel á pesar suyo habia cedido á la fuerza? No está mejor fundada ciertamente la imputacion hecha á este papa en el artículo de su nombre, de haber dado el primer paso hácia la doctrina de supremacía, de que tanto se ha abusado. Reconocia tan perfectamente Gregorio IV la autoridad del Emperador y su superioridad en el órden político, que no obstante algunas precedentes tentativas, no quiso se le consagrase ántes de que este príncipe confirmase su eleccion. Por lo tanto, solo por su carta á los obispos levanta el poder eclesiástico sobre el secular; pero esta doctrina no era la de este pontífice, pues que le fué sugerida. Léjos de atentar á la autoridad de los demás, este papa estaba alarmado por la suya. «Vala y Radbert, dice Fleury, le tranquilizaron, manifestándole pasajes de los Padres para asegurarle que en virtud de los poderes que habia recibido de Dios podia ir y enviar á todas las naciones para predicar la fe, y procurar la paz á todas las iglesias, y que él podia juzgar á todos los demás, sin que ninguno pudiese juzgarle á él; y al parecer, despues de este consejo fué cuando escribió la referida carta á los obispos. Los consejeros sin duda pudieron errar en aquellas circunstancias, y el Papa erró tambien en tal caso en deferir á su consejo, así como no creemos hizo bien en no oponerse á la caida de Luis; pero si bien en todo esto deja verse un carácter tímido y débil, no hay razon alguna para que se le juzgue por ello audaz y amenazador, y ménos aún para que se le imputase la intencion de sujetar bajo su dominio al poder secular. El año 844, á pesar de su avanzada edad, fué elegido Radbert abad de Corbia; no era más que diácono, y jamás tuvo órden más superior. Ya abad, presentó al rey Cárlos *el Calvo* su *Tratado de la Eucaristía*, como el presente de costumbre que tenia lugar en todas las grandes solemnidades. Hacia mucho tiempo que tenia compuesto este tratado Radbert, sin que hubiese sido objeto de disputa alguna, y para entregarle al Rey le corrigió cuidadosamente. Asistió Radbert en su calidad de abad el año 846 al concilio que se celebró en París para el restablecimiento de Ebbon en la silla de Reims, en el que hizo se confirmasen los privilegios de su abadía. Asistió tambien el año 849 en el de Quierci-sur-Oise contra Gothescalco. El año 851 hizo dimision de su abadía despues de haberla gobernado siete años, á fin de poder pasar el resto de sus dias con tranquilidad y en el estudio de la filosofía cristiana en la abadía de S. Riquier, en donde volvió á emprender sus trabajos literarios, dividiendo el tiempo entre la oracion y la composicion de obras sabias, en cuyas ocupaciones le alcanzó la muerte el dia 26 de Abril

del año 865. Fué tal su humildad, que prohibió á sus discípulos escribir su vida, añadiendo á su signatura en todos sus escritos : *Omnium monachorum peripsema* (el desecho del estado monástico). Se puso á Pascasio Radbert en el número de los santos por la autoridad de la Santa Sede, y tanto el *Martirologio Galicano* como el de la órden de S. Benito hacen mencion de él con la cualidad de abad y los títulos de santo y de confesor. El P. Sirmond publicó en Paris, en fólio, el año 1618 una edicion de las obras de Radbert, y en esta coleccion se encuentran las siguientes : un amplio *Comentario sobre el Evangelio de S. Mateo*, en doce libros, el cual ocupa más de las dos terceras partes de la coleccion, y es un resúmen de explicaciones, de que se ha hecho grande elogio. Esta obra fué compuesta en diversas veces. Dedicó á Goutran, monje de S. Riquier, los cuatro primeros libros y los otros ocho á todos los religiosos de este monasterio.—Tres libros de exposicion del salmo XLIV, *Eructavit cor meum*, escritos en obsequio de los religiosos de nuestra Señora de Soissons, á los que los dedicó, y en cuya dedicatoria se dirige á la abadesa dándola las gracias, así como á sus hermanas, por los cuidados que le prodigaron en su infancia.—Cinco libros sobre las *Lamentaciones de Jeremías*, dedicados á un anciano llamado Odilman Severo, al que da Radbert el título de hermano, cuya obra se habia ya impreso ántes en Basilea, en 1502, y en Colonia en 1532.—El libro del sacramento de la Eucaristía : *De sacramento corporis et sanguinis Domini nostri Jesu-Christi, ad Placidum liber*; este Plácido era Warin, abad de la Nueva Corbia, que habia tomado este nombre y habia sido discípulo suyo. Esta es la principal obra de Radbert y la que más nombre le dió, la cual apareció durante el destierro de Vala ó de Adelardo segun el P. Labbé. En esta obra estableció Radbert el dogma de la presencia real, tal y como la Iglesia católica le enseña y ha enseñado siempre. Hacia más de quince años andaba este libro en manos de los fieles, cuando vino á ser objeto de los ataques de Rautram, tambien monje de la abadía de Corbia y de Scot Erigene. Parecia, sin embargo, que en el sentido de Rautram, el fondo del dogma, es decir la transustanciacion como la entienden los católicos, se habia conservado por Radbert, de modo que el ataque se dirigia solo á la manera de expresarle; pero doscientos años despues Berenguer, arcediano de Angers, se levantó contra la misma doctrina y fué condenado. Lutero y Calvino han pretendido que este dogma era desconocido ántes que Radbert escribiese su tratado, imputándole haberle introducido; pero una tradicion siempre seguida y constante remonta su conocimiento y profesion hasta los primeros tiempos del cristianismo. Por lo demás parece que el tratado de Radbert fué alterado por el luterano Job Gast, que publicó la primera edicion en Haguenau, en la imprenta de Juan Secerius, en 1528, y que todas las ediciones sucesivas,

á pesar de todos los cuidados, participan más ó ménos de estas alteraciones. En fin, dice el biógrafo citado á quien seguimos, Pedro Sabatier, monje benedictino de la congregacion de S. Mauro, revisando el texto de este tratado en presencia de veinte manuscritos, entregó su trabajo á sus cofrades Martenne y Durand, que le imprimieron en el último volúmen de su *Amplissima Collectio* y desde entónces se tuvo una correcta coleccion: puede verse sobre este particular la carta á Frudegard, que es una de las últimas obras de Radbert.—*Vie de Saint Adelard, abbé de Corbie* compuesta despues de la muerte del santo ocurrida en 826, y ántes de la de Vala su hermano y sucesor, que murió diez años despues, el año 836.—*Actes des Saints Martyrs Rufin et Valerius*, que habian sido martirizados en el territorio de Soissons hácia el año 287. Escribió Radbert estas actas á ruego de sus paisanos, que tenian la memoria de estos santos mártires en gran veneracion. A estas siete obras comprendidas en la coleccion del P. Sirmond, debe agregarse la *Vie de Vala, abbé de Corbie*, cuyo primer libro escribió en cuanto murió este Abad, y el segundo el año 850. Justifica Radbert en esta obra á Vala de la parte que se le acusaba haber tomado en la rebelion contra Luis *el Benigno*. Débese el descubrimiento de esta *Vida* al célebre Mabillon, que encontró el manuscrito en S. Martin de los Campos, adonde fué á parar desde S. Arnaldo de Crespi, monasterio tambien de la órden de Cluni: se insertó en el quinto volúmen de las Actas de los santos de la Orden de S. Benito.—*Traité sur la Foi, l'Esperance et la Charité*, publicado por Bernardo Pez al frente de su primer volúmen de *Anécdotas*, é impreso en presencia de un manuscrito original del monasterio de Corbey, encontrado entre los papeles de Leibnitz. Débese al sabio J. G. Eckhart la obra de Radbert titulada: *Traité de l'enfantement de la Vierge (De partu Virginis)*. Atribúyense tambien á nuestro Abad *Poesías* de las que han llegado pocas á nuestros tiempos y algunas traducciones del griego y del latin. Todo esto, dice l'Ecuy, prueba de que Radbert reunia en su persona cuantas cualidades constituyen un gran teólogo, un hábil intérprete de las santas Escrituras, un filósofo cristiano y un verdadero sabio, en una época en que la instruccion no habia avanzado aún mucho. En literatura sabia cuanto podia saberse en su época; su erudicion era extensa, profunda y sólida, siendo S. Agustin el santo padre á cuyas obras se aficionó más. El principal objeto que llevó este santo prelado y al que se dirigió con preferencia por lo que se ve en sus obras, fué el afirmar las creencias católicas y formar con arreglo á las máximas del Evangelio las costumbres, y á los que le reprochan de demasiado difuso, contesta con razon l'Ecuy que queria que le entendiesen, y que con este fin multiplicaba las explicaciones; pero que este modo de escribir no impidió que su estilo y manera de decir fuese florido, elegante y muy agradable. Con mucho gusto

hemos dado lugar en esta *Biografía eclesiástica* á este santo Abad, porque en vista de los hechos que dejamos consignados y de sus obras, le consideramos uno de los principales sabios de su época, y de los piadosos escritores que con su ejemplo y obras más ilustraron el siglo IX de nuestra era, en el que imperaba la ignorancia de los anteriores todavía y en el que fueron necesarios genios tan colosales como el de Radbert, para empezar á despejar las tinieblas y acrecentar la llama de la instruccion casi extinguida. Las luces que empezaron á brillar ya algun tanto en este siglo, fueron como la aurora que preparó la claridad que adquirieron los sucesivos, en los que hombres tan sabios como nuestro Abad fueran alimentando el santo fuego de la ilustracion para que no se apagase, y llegase un dia en que produjesen estas mal apagadas cenizas un benéfico incendio, que diese á los pueblos toda la luz y calor que necesitaban para su mayor felicidad y tranquilidad material y eterna.—B. C.

RADBOD (S.), obispo de Utrech, uno de los hombres más sabios y el escritor más ilustrado de su siglo, nació algunos años despues del 850. Sus padres eran franceses por su linaje y tan respetables por su piedad como ilustres por su nobleza. Tuvo por madre una biznieta de Radbod, duque ó rey de los frisones, la que le puso en la pila el nombre de su glorioso abuelo. Tan pronto como tuvo edad para comenzar sus estudios, se le envió á Colonia al lado de su tio el arzobispo Gauthier. Pero las desgracias que se atrajo este prelado por la activa parte que tomó en el divorcio del rey Lotario, obligaron al jóven Radbod á abandonar á Colonia. Por consejo de sus padres y de algunos amigos, fué á la corte del rey Cárlos *el Calvo*, no por motivos de ambicion, como casi todos los jóvenes de la nobleza que buscaban los honores y las dignidades del siglo, sino con el designio de instruirse en las ciencias que se enseñaban con profundidad en la escuela del palacio. El filósofo Manenon se hallaba entónces al frente de esta escuela y tenia muchos discípulos de mérito, entre otros á Esteban y Marcion que fueron despues obispos, el uno de Lieja y el otro de Chalons-sur-Marne. Entre estos condiscípulos reinaba una noble emulacion, pero Radbod, aun que más jóven que los otros, no les cedia en nada en amor al trabajo y asiduidad en el estudio. Hizo grandes progresos en las ciencias y no los hizo menores en la virtud. Admirábase en su conducta la prudencia y la gravedad de un anciano y una modestia que tendiendo á ocultar su mérito, le daba un nuevo realce. Tan buenas cualidades atrajeron á nuestro estudiante la benevolencia del príncipe y la veneracion de todo el mundo; despues de la muerte de Cárlos *el Calvo*, Radbod continuó en la corte de Luis *el Tartamudo* su sucesor, donde Manenon continuó dando sus lecciones. Hizo luego un viaje á su país y despues entró con el abad Hugo, uno de los principales

señores de su época, que murió en Orleans en 887. De todas las personas ilustradas que se hallaban en la comitiva de este señor, Radbod pasaba por el más sabio. Era tan conocido su mérito en Utrecht, que habiendo muerto Odibaldo ú Egibaldo, obispo de aquella ciudad, en 899, el clero, los grandes y el pueblo convinieron unánimemente en elegirle por su pastor. Esta eleccion, que se hizo sin saberlo y en ausencia de Radbod, fué muy agradable al rey Arnaldo y á todos los que la supieron. Solo dió pena al elegido. Despues de haber hecho cuanto pudo para dejar de aceptarla, se sometió por último y recibió la consagracion episcopal. Para ejercerla con más dignidad, se propuso por modelo la conducta de sus santos antecesores, en particular de S. Bonifacio y S. Willebrodo. Abrazó á su ejemplo la vida monástica y con ella todas las prácticas de la penitencia. Sus ayunos, sus demás austeridades, su caridad con los pobres, su indiferencia por las cosas del mundo, su amor á los bienes futuros, fueron superiores á todo elogio. El cuidado con que se consagró á su propia santificacion, no le hizo olvidar la de los pueblos confiados á su cuidado. Atento á sus necesidades espirituales, los visitó con frecuencia y les dirigió constantemente su palabra para procurar inspirarles horror al vicio y amor á la virtud. Tenia una sumision completa á los poderes temporales en lo que es conforme á la ley de Dios y á la de la Iglesia. Pero si se trataba de cosas que no convenian con la dignidad episcopal, sabia defenderse con tanta firmeza como modestia. Tal es en compendio la vida de uno de los obispos más santos del siglo X, segun las relaciones de los autores contemporáneos. Gobernó su iglesia por espacio de quince años por lo ménos, y murió el 29 de Noviembre. Sobre el año de su muerte hay diversidad de opiniones. Los unos la colocan en 916, los otros la remiten á algunos años despues. El P. Mabillon prefiere la época de 918, y creemos deber atenernos á esta opinion. Se nos ha conservado un epigrama que hizo este gran sabio al recibir el santo viático, sin duda en su última enfermedad. Vénse en él á la vez gracias edificantes de su viva fe en el misterio de la sagrada Eucaristía y rasgos de su talento para la versificacion. La copiamos aquí para que los lectores puedan juzgar por sí mismos.

Esuries, te, Christe Deus, sitis atque vivendi
Jam modo carnales me vetat esse dapes.
Da mihi te esci, te potum haurire salutis:
Unicus ignotæ tu cibus esto viæ.
Et quem longa fames errantem amberit in orbe,
Hinc satia vultu, Patris imago tuo.

El cuerpo de este santo Obispo fué trasladado é inhumado con mucho

honor en Deventer, donde habia trasladado poco ántes su silla episcopal, en cuanto fué destruida la ciudad de Utrecht; se le atribuye el don de profecía y muchos milagros. Lo que nos queda del fruto del saber de S. Radbod, se reduce á cierto número de pequeños escritos en prosa y verso. Pero aunque no sean de grande aliento, bastan para dar á conocer todo el mérito del autor.—1.° Dejó un *Extracto de economía*, que supone una obra más vasta de este género. Guillermo Heda la hizo imprimir en su *Historia de los obispos de Utrecht*, y el P. Mabillon despues de él en sus *Observaciones preliminares* á la vida del santo prelado. Este extracto hecho hácia el año 900, confirma la fecha de trés sucesos públicos acaecidos en el mismo año; la consagracion del autor, la muerte de Fulco, arzobispo de Reims y la del rey Inentebold.—2.° *Un sermon ú homilía* sobre S. Simberto, obispo y uno de los apóstoles de Alemania. Además de lo bien escrita que se halla esta composicion para su época, nos da algunas pruebas de la gravedad y del juicio de su autor. Confiesa en ella S. Radbod que los antiguos sabian muchas cosas de este santo, que se ignoraban á la sazon, y para no referir hechos inciertos, sin más garantía que una tradicion oral muy distante de su orígen, se limita á referir á su pueblo lo que habia dicho el venerable Beda en la *Historia de los ingleses*. Por lo demás únicamente añade algunos lugares comunes para completar el elogio del Santo y una exhortacion para imitar sus virtudes. Los continuadores de Bolando han publicado por primera vez este sermon. El P. Mabillon le ha dado á luz tambien, pero con algunas supresiones que habia hecho ya en su disertacion preliminar sobre S. Switberto.—3.° Una homilía sobre Sta. Amelberga, vírgen. Parece que S. Radbod la pronunció en presencia de su pueblo, al que instruye de las acciones de la Santa, procurando no hacer más que un elogio general de sus más heróicas virtudes, las que propone á la imitacion. La composicion se halla escrita con uncion y piedad, en un estilo agradable y quizá florido en demasía. Las reflexiones son juiciosas y la moral tan severa como pura. El P. Mabillon la ha publicado por un manuscrito de M. Figot, despues de haber suprimido algunos fragmentos al principio y al fin. Pero los sucesores de Bolando la han impreso por completo, tomándola de otro manuscrito, en el cual el príncipe que habia querido casarse con la santa se llama Cárlos, lo que no se lee en el manuscrito de Mr. Bigot. Valerio Andrés y algunos otros autores han querido dar á este santo prelado el honor de haber escrito la vida y la historia de la traslacion de la misma santa Amelberga. Pero algunos hábiles críticos miran estos documentos como indignos de un obispo tan santo y sabio.—4.° Mosander en su *Suplemento á la recopilacion* de su compañero Surio, ha publicado otra homilía de S. Radbod sobre el sacerdote S. Ledwin. Por desgracia este autor ha cambiado el estilo, y le ha

desfigurado so pretexto de embellecerle. No se reconoce casi en efecto el hermoso modo de escribir de S. Radbod. La composicion, por otra parte, no ofrece más que lugares comunes, sobre los que establece una moral muy edificante para animar á su auditorio á la práctica de las virtudes. Fué pronunciada el dia de la festividad del santo, de que el autor parece decir que iban á escuchar la historia en el oficio del dia que contenia su narracion. 5.° Tritemio y Juan de Beka atribuyen además á S. Radbod *Flores*, es decir, un panegírico de S. Willibrodo y otro de S. Bonifacio. El P. Mabillon observa con respecto al primero de estos dos panegíricos, que imprimió en la primera parte de su *Siglo tercero ó Volúmen de actas*, un sermon sobre San Willibrodo. Pero confiesa al mismo tiempo que ignora á la misma persona en cuestion. Con respecto al de S. Bonifacio nadie nos da mayores noticias que los autores citados. Estos sermones, estos panegíricos y estas homilías, y verisímilmente otras muchas, son sin duda las que componen la coleccion de composiciones de este género, de que habla Tritemio en el catálogo de las obras de nuestro Obispo. El autor de su vida confirma la legitimidad de esta coleccion, refiriéndonos que S. Radbod habia compuesto muchos himnos y panegíricos en elogio de los santos que le habian precedido para tener más presentes los ejemplos de sus virtudes.—6.° El mismo escritor especifica en particular un oficio de S. Martin, de que el autor se complacia en recitar algunos lugares en su lecho de muerte. Este escrito es sin duda el mismo que nos representa Tritemio bajo este equívoco título: *Laudes S. Martini, liber unus*. Este bibliógrafo añade que S. Radbod habia compuesto un oficio entero de la traslacion del mismo S. Martin, y diferentes himnos, *varios cantus*, en honor de los santos.—7.° De todos los himnos ó poesías cristianas que se atribuyen en general á nuestro piadoso y sabio prelado, no nos quedan más que las siguientes: un poema en versos elegíacos sobre S. Switberto, que se halla impreso en el primer dia de Marzo de la gran *Coleccion de los Bolandos*, y en parte en la del P. Mabillon; se intitula *Poema alegórico*, porque S. Radbod emplea en él particularmente la alegoría para hacer el elogio de este santo misionero, diciendo que como otro sol habia iluminado, calentado y comunicado la vida á todos los lugares donde se habia presentado. Esta composicion prueba que su autor sabia la música, de que toma los términos técnicos, como hombre muy versado en esta facultad de la literatura de aquella época.—8.° Nos ha dejado además otro pequeño poema en versos heróicos en honor de S. Lebwin. No habiéndole descubierto Surio á tiempo para colocarle en el 12 de Noviembre, dia de la fiesta de este Santo, le ha publicado al fin de esta coleccion. Tiene el título de *Egloga eclesiástica*. S. Radbod se sirve de alegorías como en el poema anterior para realzar los trabajos apostólicos de S. Lebwin.—9.° Guillermo Heda, y despues de

él Mr. du Boulay y el autor de la *Batavia sacra*, nos han dado un epígrama en diez versos elegíacos, que parece hizo nuestro santo Obispo durante su última enfermedad. Se dirige á S. Martin, á quien habia elegido por su especial patrono, y le suplica le asista en el momento de su muerte, y le alcance misericordia.—10. En las colecciones citadas hay otro epígrama tambien en versos elegíacos, en que S. Radbod exige á Jesucristo el perdon de sus pecados y la gracia de colocarle á su diestra entre sus elegidos en el dia del juicio final. Bachelio le habia publicado ya en sus observaciones sobre la *Historia de Guillermo Heda*.—11. Debe unirse á todas estas composiciones en verso la que hemos copiado en la historia de la vida de nuestro sabio prelado, y que se intitula: *Epitaphium ó Encomium de viatico Christi*. Se halla impresa no solo en Heda, sino tambien en la *Coleccion de las Actas* y los *Anales* del P. Mabillon. No parece que queda lugar á la duda, de que S. Radbod ha hecho otras muchas piezas en verso, además de las que se acaban de citar. Es una desgracia que no se nos hayan conservado todas las producciones de una vena tan feliz. Puede asegurarse que no existen otras de aquella época, en que se encuentren más bellezas bajo todos conceptos que en las que nos quedan de este santo Obispo, aunque los asuntos que trata son poco susceptibles de grandes rasgos. Tienen naturalidad, gusto, elevacion en los pensamientos y acierto en las expresiones. Es fácil creer que el autor habia leido con mucho más fruto que lo que se hacia entónces los buenos poetas de la antigüedad, de quienes supo tomar muchas expresiones y adaptarlas á la materia de piedad que se trataba. Tritemio, en su *Crónica de Hirsauwe*, cuenta en el número de los escritos en prosa de S. Radbod una vida de S. Gerardo, que no caracteriza de ninguna manera. Pero como no la menciona en su *Tratado de escritores eclesiásticos*, como tampoco en el de los hombres ilustres de Alemania, en los que da una lista de las obras de este sabio prelado y que no le atribuye ningun otro autor, no puede concedérsele con tan ligero fundamento. El P. Martenne, en el tomo II de sus *Antiguos ritos eclesiásticos*, págs. 285-333, copia un largo fragmento de un pontifical, que habia pertenecido á un obispo llamado Radbod. Como el manuscrito se halla en la biblioteca de la iglesia catedral de Noyon, dirigida por un tal Radbod á mediados del siglo XI, es natural suponerle de este prelado. Pero si este pontifical tiene la antigüedad de ochocientos años, como lo pretende el P. Martenne en la lista de los documentos de que se ha servido, podia muy bien haber sido del uso de S. Radbod, obispo de Utrecht, ántes de pasar á la iglesia de Noyon. No conocemos una historia de los santos obispos, mártires, doctores y soberanos pontífices con que el carmelita Padre Luis Jacob quiere honrar á S. Radbod. Tampoco parece haya sido conocida de otro bibliógrafo, y ménos todavía de los que han trabajado en su

historia, lo cual da fundamento para creer que hay error en la noticia.—S. B.

RADBOD II, obispo de Noyon y de Tournai. Fué un prelado muy celoso en el cumplimiento de sus deberes episcopales, sumamente laborioso y entendido, como lo prueba en la obra que escribió, titulada la *Vida de S. Medardo*, publicada por los Bolandistas; su muerte acaeció en 1028.—A. L.

RADBOD, hijo del duque de este nombre, en la Frisia, fué bautizado por S. Unfran, y murió llevando todavía la túnica blanca en el siglo VII.—S. B.

RADBODO, abad mediolacense. Entre los varones ilustrados en santidad y virtudes que florecieron en el siglo IX de la era cristiana debe ocupar un lugar señalado el abad Radbodo, religioso de ejemplar vida y una de la más firmes columnas de la fe católica. Fué un varon prudente y muy instruido en letras divinas y humanas, bastante rigoroso en la disciplina y direccion de sus monjes, para lo que no excusaba fatiga ni sacrificio alguno, valiéndose principalmente del ejemplo que daba con su vida intachable y virtuosa, por lo tanto fué admirable en la oracion, ayuno, mortificaciones y recogimiento, teniendo un particular interés por el bien y la salud espiritual y temporal de sus prójimos, siendo muy caritativo con los necesitados y pobres dolientes, y por sus buenas acciones muy respetado y querido de todos los que tuvieron la dicha de conocerle. Su nombradía, instruccion, virtudes y méritos le hicieron ascender al obispado de Tréveris en el año de 885, aumentando su fama en aquella prelacia por su interés, por el lustre del culto en todas las iglesias de su diócesis, y por el bien espiritual y temporal de todos los que componian su numerosa grey.—A. L.

RADBURNUS EL JÓVEN (Tomás). Fué este religioso, segun Pitseus, monje de la órden de San Benito hácia el año 1480, en el reinado de Eduardo IV, rey de Inglaterra. Muy aplicado al estudio de la historia y en especial á la de su país, escribió una historia que empieza en Brito, primer rey de los bretones, y acaba en Enrique III, rey de Inglaterra. Además escribió y han llegado hasta nosotros las obras siguientes: *De Rebus Hildensis monasterii;—Breviarium chronicorum;—Historia major;* cuyas obras se conservan manuscritas en el colegio de San Benito de Cambridge.—A. C.

RADBURNUS (Tomás). Fué obispo de San David en Inglaterra, doctor en teología de la universidad de Oxfort, y ántes habia sido arcediano de Salisburi, desde cuya dignidad subió al episcopado. Tuvo segun Moreri mucho talento, ciencia y política, y de esto puede juzgarse á la vista de las cartas que escribió á Tomás de Walpe y á otros muchos. Vivia por los años de 1418 en el reinado de Enrique V, rey de Inglaterra, y segun Pitseus escribió un libro de crónicas y otras obras.—A. C.

RADEGUNDA (Sta.). Hay un país que bajo el nombre primitivo de Turingia está situado en el centro de la Germania de donde habia salido el

pueblo franco, entre el Elba y el Weser, que forma hoy parte del ducado de Sax, en el cual nació Radegunda hácia el año 519. Despues de la muerte de Clodoveo la Francia y la Turingia se gobernaban por muchos reyes: la primera estaba dividida entre los cuatro hijos del fundador de esta vasta monarquía; Tierry, nacido de una desconocida, y Clodomiro, Childeberto y Clotario, hijos de Clotilde; y la segunda era regida por tres hermanos descendientes del rey Visingh, llamados Bertario, Hermanfiedro y Barderico. Bertario fué el padre de Sta. Radegunda, y Clotario fué su esposo. Amalberga, esposa de Hermanfiedro y nieta de Teodorico *el Grande*, rey de Italia, ambicionando para su marido exclusivamente el reino de la Turingia, le excitó por todos los medios á derribar á sus hermanos; y Bertario atacado inesperadamente, fué vencido y asesinado con toda su familia, no salvandose más que su hija Radegunda, y un niño de ama que fueron sacados de la casa de sus padres y conducidos huérfanos y cautivos á la de Amalberga, la cual los educó con su hijo Amalafredo. Antes de atacar á Barderico, que estaba ya á la defensiva, Hermanfiedro pidió auxilio á Tierry, rey de Metz, prometiéndole parte de la conquista, y éste seducido por el ofrecimiento, se puso á la cabeza de su ejército, y luego Barderico tuvo igual suerte que Bertario; despues de la victoria de Hermanfiedro, despreció el tratado; é indignándose Tierry por esta falta de palabra, emprendió una guerra de exterminio á la cual asoció á Clotario, rey de Soissons, con cuya liga fueron derrotados los turingios en las riberas de Hustrut, y pasando el puente ensangrentado que ofrecia este rio lleno de cadáveres, penetraron sin oposicion hasta el interior del país. La toma de la ciudad de Turingia, hoy dia Erfurth, capital del reino al cual habia dado el nombre, se verificó despues de la batalla, haciendo á los reyes francos señores de los estados de Hermanfiedro, cuyo príncipe solo sobrevivió á su derrota para ser precipitado poco tiempo despues desde lo alto de las murallas de Tolbiac donde Tierry le habia atraido. En cuanto á su esposa, causa de tantos desastres, alcanzó huir con su hija á Constantinopla cerca del emperador Justiniano, dejando á Radegunda á merced de los vencedores en medio del saqueo y del incendio de Turingia. Empero la Providencia, cuyos designios velaban sobre el destino de Radegunda para emplearla en el triunfo de la religion, hizo que segunda vez fuese salvada por los enemigos mismos de su país y de su familia. Clotario, á pesar de su natural ferocidad, aumentada con el prestigio de la victoria, se compadeció de las desgracias y sobre todo de la naciente belleza de su cautiva, dejándose vencer por las inocentes lágrimas de esa hija de los reyes, que teniendo apénas once años, le pedia de rodillas gracia por su hermano, del cual habia de ser en adelante la única protectora. En 550 Radegunda fué conducida á las Galias con su hermano, y colocada en la casa real de

Athies, á dos leguas de Perona; y allí por los cuidados de Clotario, que habia concebido el deseo de tomarla por una de sus esposas, recibió de los mejores maestros una educacion conforme á su rango y digna del trono de que habia de participar. Tenia Clotario en gran veneracion á S. Medardo, elegido en este mismo año obispo de Noyon, y le confió la mision evangélica de convertir al cristianismo á la hija de Bertario, nacida en el seno del politeismo germánico. La jóven neófita recibió el bautismo de manos del santo Obispo, y desde entónces se dedicó á instruirse con celo y perseverancia secundado por un regular talento. Sin ser indiferente á las labores propias de su sexo, leia en las lenguas griega y latina los libros santos, tan admirables por su ardiente caridad, de los Basilios, de los Gregorios Naziancenos, de los Agustinos, y de los Hilarios de Poitiers; y esta lectura, jamás interrumpida por la literatura profana, inclinándola á abrazar la vida monástica, contribuyó poderosamente á inspirarle ese entusiasmo religioso que es la primera causa de la civilizacion. Ella comprendió muy pronto que la virtud pasiva de sustraerse á los combates y pruebas de la vida, no es la que nos enseñó el Hombre Dios muriendo en la cruz para la redencion del género humano; y por esto su piedad siempre activa se alimentaba de esta caridad infatigable que busca el consuelo y alivio de las miserias de la humanidad. Reunia á los hijos de las familias pobres de Athies, y los instruia con una cándida elocuencia grabando en sus tiernos corazones los principios de nuestras creencias religiosas; precedia á esas instrucciones una procesion en la que la jóven princesa daba ejemplo del respeto que deben tenerse á nuestras ceremonias establecidas por la Iglesia, y en ella un niño, cuya historia nos ha conservado el nombre, Samuel, llevaba una cruz de madera, símbolo de la que redimió al mundo, siguiendo en pos los jóvenes discípulos de la futura reina cantando himnos en alabanza del Señor. Despues de esto les hacia sentar á su mesa y se complacia en servirles; y acabada esta comida, que recuerda las colaciones de los primeros cristianos, distribuia á cada uno segun sus necesidades dinero ó vestidos que ella misma habia hecho. La munificencia de que Clotario la rodeaba, no le servia sino como un medio de cumplir el deber y el gusto de hacer dichosos, porque ella calificaba las liberalidades del Rey de vanas y supérfluas. Por esta fraternidad, toda cristiana, que unió los hombres á Dios. Radegunda preludió las virtudes, cuya práctica, poniéndola en comunicacion con el espíritu del Todopoderoso, la hizo obrar en lo sucesivo tan célebres como numerosos milagros que han llegado á nuestros dias con una resplandeciente verdad. Despues de una permanencia de ocho años en el castillo de Athies, Radegunda veia con horror el dia que dejaba de pertenecer como cautiva al rey de Neustria para pertenecerle como esposa y como

reina. ¡Ella, desterrada en tierra extranjera unirse á ese mismo rey devastador de su patria....! ¡Ella, que jamás se consoló de la pérdida de sus padres! ¡Ella, loca de amor por su jóven hermano, dar su mano á la mano ensangrentada del matador de Gauthier y de Teobaldo! ¡Ella, en fin, cristiana y desposada de Jesucristo, el amado de su corazon, recibir por esposo un jefe bárbaro y á la vez polígamo, incestuoso y adúltero! Luego que supo que todo estaba pronto para su matrimonio, se escapó, esperando así poder sustraerse á la posicion que aborrecia; pero los soldados del Rey la alcanzaron á poca distancia de Perona en un pueblo que hoy dia lleva su nombre, y la condujeron á Soissons, capital de la Neustria, donde Clotario I la tomó por esposa en el año 538. Él tenia á la sazon treinta y nueve años, y ella solo diez y nueve; siendo, segun todos los historiadores, de una rara beldad. S. Hildeberto, arzobispo de Tours en el siglo XII, dice que tenia la estatura alta, que sus ademanes rebosaban en nobleza y en sencillez, y que en su persona estaba todo en maravillosa armonía. Dreux de Ratier, añade: «Dios, que la habia destinado para servir de ejemplo á la Europa, la habia colmado de los dones más preciosos, pudiendo decirse que unia á una singular belleza el suficiente talento para ocupar un lugar distinguido en la historia de la literatura.» En medio de la disolucion de la corte de Neustria, la jóven Reina se mantuvo pura, porque segun la expresion del rey David, el Señor estaba con ella; por esto, cuánto más se humillaba más la elevaba el trono á los ojos de Dios. Siguiendo la costumbre de los primeros cristianos de la Iglesia, oraba dia y noche, y abandonando el lecho nupcial para arrodillarse en su oratorio, abreviaba su sueño para alargar su vida cristiana. Cumpliendo el precepto del ayuno, hacia poner en la mesa del Rey, ricamente servida, legumbres y frutas secas para sí, cuyas prácticas hacian que Clotario dijese que no se habia casado con una reina, sino con una religiosa, rebosando sus palabras quejas amargas; pero Radegunda con su dulzura y su exactitud en cumplir los deberes hácia él, le tranquilizaba, prevalida sin duda del amor que la tenia. Cuando fué reina Radegunda, transformó el castillo real de Athies en una casa de caridad para mujeres indigentes: allí iba á cuidar las enfermas, curar sus llagas y prodigarles los tesoros de su caridad; allí iba á buscar un asilo contra los placeres y lujo de su corte y contra las grandezas y vanidades del mundo; allí en el silencio y en el retiro asistia á los divinos oficios, se alimentaba con la palabra de Dios y derramaba lágrimas y oraciones por su esposo. Despues iba á visitar á los presos enfermos en Perona, los consolaba, endulzaba su cautiverio con limosnas, y algunas veces obtenia del Rey su misma libertad. Cuando el interés de la religion la obligaba á obrar, su valor y energía tomaban un carácter sobrenatural. Raudonivie, que vivió con ella en la abadía de Santa Cruz,

cuenta que la jóven Reina yendo un dia á visitar á una señora, viendo un templo consagrado á los dioses galos, detuvo su caballo, mandó á sus criados que le pusiesen fuego al momento, diciendo que no se moveria hasta verlo reducido á cenizas. Gran número de paganos acudieron de todas partes á salvar su templo; y al saber que los autores del incendio eran las personas de la comitiva real, las atacaron con furor, pero Sta. Radegunda les habló con una elocuencia tan persuasiva y tan convincente, que hizo brillar sobre aquellos idólatras la luz de la fe, y todos con voz unánime bendijeron al Dios de Radegunda. A pesar de los seis años que ocupaba el trono, no habia Radegunda renunciado á la esperanza de la vida del claustro; pero como el Rey decia frecuentemente que despues de ella no amaria á ninguna otra mujer, no se atrevia á manifestarle su deseo y se resignaba á la confianza de que Dios cambia las cosas y las conduce segun su voluntad. Llegó repentinamente al palacio de Neustria la noticia de la muerte de su hermano. ¡Clotario le habia hecho asesinar....! Aquel jóven príncipe habia cometido la imprudencia de manifestar que se queria retirar al lado de su primo Amalafredo, quien disfrutaba de la estimacion de Justiniano, y sospechando que los dos proscriptos podrian alcanzar de la córte de Constantinopla auxilios para entrar en el reino de sus padres, el Rey franco hizo perecer al último de los hijos de Bertario, que los Turingios le habian dado en prenda. Con pérdida tan cruel, Radegunda sintió despertarse el recuerdo de los desastres de su patria, y vió abiertas las tumbas de su padre, de su madre, de su tio y de sus hermanos, dándole el sentimiento la fuerza de pedir al Rey autorizacion para retirarse á un monasterio. Este príncipe, fatigado de sus lágrimas y de sus virtudes, entibiado por su esterilidad, y sobre todo por sus costumbres cuya pureza era para él un juez severo que le intimaba en sus desórdenes; y estremecido en fin por los remordimientos que le ponian sin cesar á la vista la sangre con que hacia poco se habian teñido sus manos, consintió sin disgusto que su esposa se alejase de la corte, dándola para establecer su retiro las tierras de Saix, situado en el Poitou. Antes de partir para Saix, Radegunda fué á Noyon á ver á S. Medardo, y hallándole en la iglesia celebrando los oficios, se adelantó hácia el santo pontífice, y le dijo: «He renunciado al trono para abrazar la vida religiosa y vengo á suplicarte que me consagres á Dios.» El Obispo le contestó con estas palabras del apóstol S. Mateo: «El hombre no puede separar lo que Dios ha unido.» Y como ella insistiese, él pidió tiempo para meditar. En este estado los señores y los guerreros francos, que de órden de Clotario escoltaban á la Reina, temiendo que un dia su príncipe pudiera arrepentirse de haber consentido una separacion irrevocable, dijeron á S. Medardo que no tenia derecho de quitar al Rey una mujer que habia tomado solemnemente por esposa, diri-

giéndole palabras amenazadoras y llevando algunos su ciega temeridad hasta poner las manos sobre el hombre de Dios. Cundió el tumulto y la confusion por la iglesia; el santo pontífice habia sido separado del altar, y retirándose Sta. Radegunda á la sacristía, echóse á toda prisa el hábito de religiosa sobre su manto real; entró otra vez en la iglesia y á S. Medardo, que estaba sentado en el santuario, le dijo con la dignidad de la fe: «Si retardas un momento más mi consagracion, si temes á los hombres más que á Dios, habrás de dar cuenta al Pastor de las almas de haber rehusado admitir á su oveja en el redil.» Fueron estas palabras para el santo anciano una órden del cielo, y despreciando el poder de la tierra se levantó, impuso las manos sobre la hija de Bertario, y aunque apénas tenia veinticinco años, le confirió el título más elevado, dice S. Epifanio, que han tenido jamás las mujeres en la Iglesia, esto es, el de diaconisa, que no se concedia sino á las que habian cumplido sesenta años, pues era una especie de sacerdocio que ponia á las mujeres en relacion inmediata con la Iglesia. Radegunda descendia del trono, se despojó de los adornos preciosos que aquel le habia dado, cubrió el altar con las joyas que brillaban en su cabeza, con brazaletes, con adornos de pedrería, con franjas tejidas con hilo de oro y púrpura, y rompiendo su cinturon de oro macizo, dijo: «Le doy á los pobres.» Entónces á las protestas de los cortesanos y al miedo que habian causado, sucedieron esa sensibilidad, y ese entusiasmo sublime que producen los actos de la religion. Libre en fin de esa carga pesada que se llama corona, la humilde religiosa partiendo para la tierra de Saix, fué á Orleans donde se embarcó. Bajó por el Loira hasta Tours, en cuya ciudad se detuvo para visitar las reliquias de S. Martin, y los lugares en que en el año anterior (543) habia muerto Clotilde en honor de santidad. ¡Qué sorprendente semejanza entre las penas de esas dos reinas fugitivas de ese mismo Clotario, cuya barbarie motivó su retiro! Esta en la Turena junto á la tumba del bienaventurado S. Martin: aquella en el Poitou junto á la tumba de S. Hilario, árbol á cuya sombra, segun expresion de S. Gerónimo, creció la Iglesia cristiana. Sta. Radegunda hizo magníficos regalos á la basílica de S. Martin, y visitó las iglesias de los alrededores dejándoles igualmente muestras de su piedad. A corta distancia de Tours, y cerca de las ruinas de Marmontiers, hay una aldea que lleva el nombre de Sta. Radegunda, tal vez en memoria de alguna pia fundacion. Por fin, siguiendo de nuevo el curso del rio, llegó hasta Caudes, pequeña ciudad situada en la confluencia del Loira y del Vienne, en la cual habia muerto S. Martin un siglo y medio ántes; y despues de haber orado, emprendió el camino de Saix, donde puso término á su viaje. «En este retiro, dice el abate Fleury, Radegunda llevó una vida muy austera, no alimentándose más que de pan de centeno y de cebada, de yerbas y legumbres sin

beber vino, llevando por vestido un silicio, teniendo por lecho la ceniza, sirviendo á los pobres, y haciendo cuantiosas limosnas. Llevaba sobre la piel una cadena que le habia dado S. Femiano, abad y presbítero en el mismo país, y ella en cambio le ofrecia vestidos hechos por su mano.» La paz de estos dias fué de muy corta duracion, porque pronto corrió la voz de que Clotario tenia la intencion de volver á llamar á Radegunda á su corte. Aterrorizada redobló ella sus austeridades y sus oraciones, y despues de haberla rasurado un recluso llamado Juan, pasó á Poitiers donde recibió un asilo en la abadía de S. Hilario. En esta ciudad, cuyas murallas habian sido edificadas por los visigodos, hizo construir un monasterio que existe aún en el dia, en la vertiente oriental de la colina en que se halla Poitiers, y á poca distancia á la orilla del Clain. Aunque el Poitou no estaba todavía bajo la dominacion de Clotario, quiso con sus liberalidades contribuir á la fábrica de este monasterio, que se elevaba cerca del de Ligugés, edificado en 370 por S. Martin, y mirado como el más antiguo de Occidente. Vientius, obispo de Poitiers, y el duque Austrasius, dirigieron los trabajos con tanto celo como actividad: y para protegerlo contra las violencias de las hordas salvajes que en aquellos tiempos desolaban el mundo con sus emigraciones devastadoras, quisieron que las cercas fuesen altas y anchas como murallas, fortificando la entrada con torres almenadas. Cuando estuvo concluido (550), Sta. Radegunda se trasladó allí á pie en medio de las oleadas de una muchedumbre que la salia al paso como en un dia festivo, y seguida á lo ménos de doscientas jóvenes, «que iban á compartir su retiro, atraidas ya fuese por el renombre de sus virtudes, ya por la brillantez de su rango:» y en su gozo parecia decir al pueblo ansioso de contemplarla aquellas palabras del mártir de Antioquía: *Yo no pertenezco á Dios, hasta que el mundo no vea mi cuerpo.* Radegunda puso su monasterio bajo la invocacion de la Santísima Virgen, y trabajó para establecer la regla de S. Cesáreo, obispo de Arlés. El estudio, dice Mr. Agustin Thierry, figuraba en primera línea entre las ocupaciones impuestas á la comunidad, debiendo consagrar á él dos horas diarias, y destinando lo restante del dia á ejercicios religiosos, á la lectura de libros santos y á las labores propias de su sexo, ocupándose las religiosas más instruidas en transcribir libros para aumentar las copias. Despues de haber trazado el camino y dado el impulso, Radegunda abdicó é hizo elegir abadesa á Inés, jóven á quien habia educado desde la infancia. Habiendo descendido voluntariamente á la clase de simple religiosa, hacia su semana de cocina, barria á su vez la casa, y llevaba agua y leña como las demás; empero á pesar de esas apariencias de igualdad, era ella realmente la reina del convento, por el prestigio de su cuna real, por su título de fundadora, y por el ascendiente de su bondad, de su saber y de su nobleza. Así que ella con-

servaba ó modificaba la regla segun sus ideas; ella esforzaba los espíritus vacilantes con diarias exhortaciones: ella explicaba ó comentaba los textos de la Sagrada Escritura, mezclando á sus graves homilías algunas palabras impregnadas de aquella ternura de corazon y de aquella gracia enteramente propia de su sexo: «Vosotras, hijas mias, á quienes he escogido, vosotras que sois mi luz, mi vida, mi reposo y toda mi alegría: vosotras que sois tiernas plantas, trabajad conmigo de consuno en la tierra para merecer la vida eterna: sirvamos á Dios con un amor íntegro, una fe viva y un temor santo: busquémosle en la pureza de corazon para poder clamar con esperanza: ¡Señor, concedednos lo que nos habeis prometido, supuesto que hemos hecho cuanto habeis mandado!» En 558, Clotario llegó á ser señor de la vasta monarquía franca, y más poderoso de lo que habia sido Clodoveo; su hijo Chramn, nuevo Absalon, impaciente por reinar, se revolucionó contra él: mas fué vencido y encerrado con su mujer y sus hijos en la cabaña de un pobre pescador, á la cual Clotario mandó prender fuego. Despues de este nuevo crímen, el anciano Rey pudo exclamar como Clodoveo: ¡Cuán desgraciado soy, heme aquí solo en medio de los extranjeros: ya no tengo parientes que puedan ayudarme el dia de la adversidad!» Entónces el recuerdo de Radegunda, que no habian podido debilitar quince años de ausencia, le inspiró la idea de ir á Poitiers y recobrar á su esposa. Fué efectivamente hasta Tours con su hijo Sigiberto, bajo pretexto de orar sobre la tumba de S. Martin, y al saberlo Sta. Radegunda, penetrando los verdaderos designios del Rey, escribió á S. German, obispo de Paris que habia acompañado á Clotario, suplicando disuadiese al monarca de este fatal proyecto: las palabras del santo pontífice hirieron tan vivamente el corazon del Rey, que inmediatamente le deputó á Sta. Radegunda para disipar los temores que le habia causado, y suplicarle pidiese al cielo el perdon de sus crímenes y de sus crueldades. Antes de regresar á Soissons ofreció ricos presentes á la basílica de S. Martin, que Chramn habia incendiado y él acababa de reedificar. ¡Empero no debia ya volver á ver su capital! Murió en Compiegne, pronunciando estas palabras que atestiguan la nada de las grandezas humanas, y hacen pensar en aquellas que no perecen jamás: «¡Ay de mí! ¡Cuán grande debe ser el poder del cielo que así mata á los reyes de la tierra!» Cinco años despues de la muerte de Clotario (566), Sta. Radegunda escribió á los obispos reunidos en el Concilio de Tours, suplicándoles que consagraran con un cánon la clausura absoluta de las religiosas de su monasterio, á lo cual accedieron, y en su consecuencia ordenaron que las jóvenes que se retirasen al monasterio de Poitiers no pudieran volver á salir; siendo de advertir que Sta. Radegunda fué de esta suerte la primera que dió á la estabilidad de la clausura la autoridad de las leyes eclesiásticas. Hácia el año 567, Fortu-

nato, de origen italiano, y nacido el mismo año en que Radegunda fué á Francia, pasó á las Galias para ir en peregrinacion al sepulcro de S. Martin. Despues de haber sido recibido en la corte de Sigeberto, fué á Poitiers con el solo objeto de visitar el monasterio, «que hacia diez y ocho años llamaba la atencion de todo el orbe cristiano.» Sta. Radegunda é Inés le recibieron con tanta solicitud y le dieron pruebas de tantas virtudes, que no pensó ya en repasar los Alpes, ántes al contrario, tomó órdenes, y doce años despues de la muerte de la Santa, fué elegido obispo de Poitiers, y la Iglesia le admitió en el número de sus santos. Como el monasterio tenia considerables bienes, dádivas de los poderosos señores de las Galias, Sta. Radegunda confió su administracion á Fortunato; muchas veces se encargó ella misma de negocios importantes para con los obispos y soberanos, y siempre los llevó á cabo con tanto celo como sagacidad. Las relaciones diarias entre las dos religiosas y Fortunato, hicieron nacer insensiblemente entre ellos una dulce familiaridad y una intimidad fraternal; este tenia gusto en dar á Radegunda el nombre de madre, y el de hermana á la abadesa, á las cuales componia versos sobre asuntos que pueden tal vez parecer de una sencillez pueril á ciertos talentos de nuestro siglo, pero que á nuestro modo de ver dan testimonio del candor de los primeros cristianos, y manifiestan la seguridad con que la inocencia sabe enlazar la alegría y la verdadera piedad. Más de dos siglos despues que la cruz fué descubierta junto al santo Sepulcro por Santa Elena, madre del emperador Constantino, la Francia no poseia la más pequeña parte de este rico tesoro; mas Sta. Radegunda escribió á Justino II, sucesor de Justiniano, y á la emperatriz Sofía, solicitando el don de un fragmento de esta preciosa reliquia, de la cual no solo le enviaron un pedazo, sino que añadieron una buena porcion de relicarios y un libro de los Evangelios enriquecido de pedrería oriental. Recibió la cruz el 19 de Noviembre de 568 con toda la pompa de las ceremonias religiosas, en las cuales se entonó por primera vez el célebre himno en honor de la cruz, *Vexilla regis prodeunt*, que Fortunato habia compuesto para esta memorable solemnidad, y que ahora canta la Iglesia los domingos de pasion y de ramos. «Las banderas del Rey de los reyes se acercan, brilla á nuestros ojos la señal misteriosa de la cruz: infame patíbulo en que murió por la carne el Criador de la carne. ¡Oh cruz, nuestra única esperanza, nosotros te saludamos! ¡Que por ti en el tiempo de la pasion los piadosos crezcan en justicia, y los pecadores hallen misericordia delante de Dios!» Desde aquel gran dia el monasterio recibió el nombre de Santa Cruz, que conserva tambien en el siglo XIX. Tres años despues Sta. Radegunda salió del monasterio para ir con Inés á estudiar prácticamente á Arlés mismo la regla de S. Cesáreo. A su regreso al monasterio se impuso á si misma el martirio que no podia recibir de sus perseguí-

dores, é inventó tormentos para castigar su cuerpo en provecho de su alma, por lo que quiso llevar sobre la piel hasta la muerte una cruz de metal guarnecida de agudas puntas. En el dia poseen esta cruz las damas benedictinas, que despues de la revolucion han reemplazado á las damas de Santa Cruz. «Aquel, exclama S. Fortunato, que pudiese decir sus rigores para consigo misma, su caridad para con los pobres, su austeridad y sus trabajos, aquel probaria que Sta. Radegunda fué á la vez mártir y confesora.» Murió tranquilamente en medio de sus compañeras el miércoles 13 de Agosto de 587, á los sesenta y ocho años de edad. ¡El miércoles! dia del nacimiento de Jesucristo, dia en que ella habia pedido á Dios el dejar la tierra. Su cuerpo fué depositado en un féretro de madera con yerbas aromáticas, y cuando Gregorio, entónces obispo de Tours, llegó al monasterio de Santa Cruz para celebrar sus exequias, observó que su rostro encarnado habia conservado una tersura que apagaba la de los lirios y la de las rosas. Fué inhumada en la iglesia de nuestra Señora *Hors-des-Murs* (hoy dia Sta. Radegunda), que ella misma habia mandado fabricar para su sepulcro. Aquel dia fué de luto para el pueblo; los campesinos á quienes ella habia socorrido y protegido en los tiempo de guerra, de peste y de hambre, corrieron en tropel á mezclar sus lágrimas con las de los habitantes de la ciudad; las religiosas de Sta. Cruz, á quienes la regla tenia cautivas, estaban las unas arrodilladas sobre las torres, y las otras en las ventanas del monasterio, exhalando en dolores sus oraciones... La piedad y veneracion de los fieles han pasado sin alterarse doce siglos, en los cuales se ha celebrado cada año el dia 13 de Agosto la fiesta de la gran Santa. Concluyamos refiriendo de una manera sucinta las vicisitudes á que hasta el dia ha resistido el precioso monumento que conserva sus cenizas, esa sencilla losa que ha visto á los reyes y poderosos de la tierra deponer ante ella sus grandezas, y que ha visto á Felipe Augusto y Cárlos VII, María de Anjou, su mujer, y á Luis XIV, y á su madre Ana de Austria, penetrados de un sagrado reconocimiento, cubrir su altar con ofrendas reales. En el siglo IX los normandos y los sarracenos saquearon á Poitiers y sus iglesias, no teniendo sus habitantes otro medio de sustraer á las furiosas manos de esos bárbaros los restos venerados de su Santa, que trasportarlos léjos de la poblacion. A principios del siglo XV, el 28 de Mayo de 1412, el duque de Berry, conde de Poitiers, mandó abrir la tumba; el cuerpo estaba perfectamente conservado, aunque hacia más de novecientos años que estaba allí encerrado, y la Santa tenia en el dedo dos anillos: el duque tomó el de Clotario, empero ella retiró la mano para conservar el de la religion. Inmediatamente quiso separar la cabeza para transportarla á una capilla de Bourges, pero los operarios, algunos de los cuales fueron heridos y las personas que estaban presentes sintieron un terror tan

grande, que este proyecto no pudo llevarse á ejecucion. Finalmente, hácia el año 1562, los calvinistas, cuyo fanatismo devastador amenazaba cubrir la Francia de cenizas y de ruinas, quemaron el cuerpo de la patrona de Poitou en el santuario de su basílica. Sin embargo, los fieles alcanzaron recoger algunos fragmentos salvados de las llamas, y habiéndolos reunido tres años despues, los depositaron en la tumba tales como se encuentran en el dia.—R. y C.

RADELQUIO, monje. Era conde de Cassano y de Capua, en Italia, y émulo de Grimoaldo, duque de Benavento. Este Grimoaldo, que habia sido hecho duque del mencionado título por el emperador Carlomagno, al mismo tiempo que dió á otros señores títulos y posesiones en Italia, deseoso de tener amigos que defendieran los derechos que le pertenecian como emperador de Occidente; derechos más de una vez disputados por los emperadores griegos; este Grimoaldo correspondió muy mal á la confianza que se le dispensaba. Engreido con su poder y volviendo las armas contra su protector, puso sitio á Spoleto y se apoderó de la plaza aprovechando la ocasion de hallarse su gobernador enfermo y no poder defenderla; aunque para no atraer del todo sobre si la justa cólera del Emperador, luego que hubo conocido todo lo errado de su proceder, puso en libertad al mencionado gobernador que retenia prisionero. Entre tanto, Pipino, rey de Italia é hijo de Carlomagno, entró en el ducado de Benevento, tomó posesion de todas sus plazas, é hizo prisionero á Grimoaldo, á quien envió á Pavia, donde arrepentido, y prestando nuevamente vasallaje al Emperador, fué puesto en libertad, obligándose á pagar anualmente como tributo una gran suma de dinero. Respecto al ducado de Spoleto, dejó Carlomagno al prudente arbitrio del Papa conferir su investidura al que juzgase más digno, y el Sumo Pontífice, lleno de bondad y de clemencia, no solo eligió al rebelde Grimoaldo, sino que pagó de su propio peculio el impuesto que debia satisfacer á la Francia. Poco tiempo gozó Grimoaldo de estos beneficios; pues corriendo el año 818, los condes Sichio y Radelquio, declarándose amigos y partidarios de los franceses, pretextaron que Grimoaldo trataba de echar de Italia á los vasallos del Emperador. Por esto, tramando una secreta conspiracion, quitaron la vida á Grimoaldo, apoderándose Sichio de su título y de sus estados, sin dar parte en la usurpacion á su compañero Radelquio. Este, al ver la inutilidad de su crimen, desengañado de la ingratitud de los hombres, y acosado, sobre todo, por su fatal remordimiento, se arrepintió y determinó lavar su culpa con las lágrimas de la penitencia. Abandonando, pues, su elevado rango, vestido de un tosco sayal y ceñido su cuerpo con una cadena, hizo á pie y pidiendo limosna un largo viaje para llegar al monasterio de Monte-Casino, fundacion del patriarca S. Benito, de donde á la

sazon era abad S. Apolinar, varon tan perfecto, que pasaba muchas veces á pie enjuto el rio Garellano. Fué Radelquio admitido por el santo abad con mucho amor y clemencia, y despues de haber confesado sus culpas, alentado por las exhortaciones y consuelos de S. Apolinar, tomó el hábito de monje, y permaneció hasta su muerte en el citado monasterio, lavando con sus lágrimas y penitencia la mancha que le cubria. Ocurrió la muerte de Radelquio en el año 824. — M. B.

RADCON (S.), mártir, benedictino. Fué natural de Alemania y monje en el monasterio Besnense. Floreció por los años 878, y sufrió el martirio en una irrupcion que los daneses, pueblos bárbaros é idólatras, hicieron en las poblaciones de los cristianos, las que destruyeron movidos de su odio contra la fe, ensañándose más en los monasterios donde se conserva aquella en toda su pureza y esplendor. La completa destruccion causada por dichos bárbaros en aquellos asilos de la paz y del sosiego, fué causa de que se perdieran enteramente, no solo las noticias anteriores al martirio de San Radcon, sino tambien las circunstancias de éste y el año en que tuvo lugar. Solo pudo conservarse su nombre, que fué venerado como el de un esclarecido mártir de Jesucristo, y la Orden Benedictina le conmemora en el dia 26 de Febrero. — M. B.

RADER (Mateo). Nació este sabio jesuita en 1561 en el Tirol, en Inichingen, y abrazó la regla de S. Ignacio á los veinte años. Dedicándole sus superiores á la enseñanza, profesó la retórica en varios colegios con mucho éxito. Hizo profundo estudio de las lenguas griega y latina, y por las notas con que enriqueció muchas obras, se granjeó la estimacion de Justo Lipsio, de Velser y de los más acreditados filósofos de su época. Fué tal su pasion por el estudio, que no habia para él dia ni noche, pues todo era una cosa misma, y así es que se dijo que en toda su vida no habia hecho otra cosa más que aprender, enseñar y escribir; pero esto no le invalidaba para llenar con la mayor exactitud los deberes de su estado. Despues de haber servido por mucho tiempo de modelo á sus hermanos, murió en Munich el 22 de Diciembre de 1634. Además de los extensos *Comentarios de Marcial y Quinto Curcio*, y de las *Notas sobre la Medea, la Troade y el Thyestes de Séneca*, se conocen del P. Rader traducciones latinas de la *Historia del Maniqueismo de Pedro de Sicilia*, impresa en Ingolstadt, en 4.°, el año 1604, y en el tomo IX de la *Bibliotheca Patrum.—Actas de los ocho concilios ecuménicos;* ibidem, 1604, en 4.°— *Obras de S. Juan Clímaco.* —El *Cronicon Alejandrino;* Munich, 1605, en 4.°; obra más conocida con el título de *Chronicon Pascale*, y cuya mejor edicion es la publicada por el célebre Ducange en su conocida *Coleccion Bizantina*. Además Rader nos ha legado las obras siguientes: *Viridarium Sanctorum ex Menæis græcorum collectum, an-*

notationibus et similibus historiis illustratum; Augsburgo, 1604-1612, tres partes en 8.º Esta obra es un buen compendio de monólogos griegos, y Rader se proponia completar la version de esta importante coleccion, para la que habia rogado á Bollandus tratase con Baltasar Moretus para su impresion, en lo que consintió este, con tal que fuese su traduccion unida al texto griego, trabajo improbo que Rader no pudo concluir, como lo expresa Bollandus en el prefacio general del tomo I de su *Acta Sanctorum*.—*Aula Sancta Theodosii Junioris imperatoris, è græcis et latinis scriptoribus editis, et non editis, concinnata*; Munich, 1604, en 8.º—*Vita P. Canisii, Soc. Jesu*; Munich, 1614 y 1623, en 8.º—*Bavaria Sancta*; Munich, 1615, 1624 y 1627, tres volúmenes en fólio. Esta obra, á la que debe añadirse un cuarto volúmen titulado *Bavaria pia*; 1628, solo se busca por los bellos grabados de Sadeler de que está adornada.—*Auctarium ad librum quintum Nicolai Trigaltii de christianis apud Japonios triumphis*; Munich, 1623, en 4.º Monsieur Weis encarga se consulte el artículo de la *Biografía universal* «Nicolás Trigault» sobre esta última obra.—C.

RADES DE ANDRADA (Fr. D. Francisco), célebre historiador de la órden de Calatrava, por cuya obra es principalmente conocido, habiendo quedado olvidadas las demás que de su pluma procedieron. Nació D. Francisco en la ciudad de Toledo, de una familia tan antigua como ilustre, distinguiéndose desde sus primeros años por su capacidad y amor á las letras. Siendo muy jóven todavía, tomó el hábito de caballero de Calatrava, distinguiéndose desde luego por los servicios que prestó á una Religion, que aunque decaida ya en su época de su primitivo esplendor, conservaba todavía restos de su antigua grandeza. Despues de haberse ordenado de sacerdote, fué nombrado capellan de honor de Felipe II, cargo muy elevado en aquella época, aunque no se hubiesen concedido aún á los que le desempeñaban las grandes prerogativas de que gozan al presente. Desde que tomó la cruz de Calatrava comenzó este sacerdote á trabajar en la historia de la Orden, que no habia sido escrita aún, y que se hallaba expuesta á perderse en los archivos por las alteraciones que venia sufriendo en su organizacion desde el tiempo de los Reyes Católicos. Despues de inmensos trabajos y de penosas y eruditas investigaciones, consiguió reunir los materiales necesarios para su obra, publicándola en 1572 con el título de *Crónica de las tres órdenes de caballería, de Santiago, Calatrava y Alcántara*; Toledo, en fólio. Morales y Nicolás Antonio, al juzgar esta obra, llaman á su autor hombre de juicio y de buena fe; y D. Francisco Cerdá y Rico gradua esta obra de muy exacta y erudita, siendo la que granjeó al autor una grande estimacion, así por la buena fe con que procedió en ella, como por los muchos documentos con que la ilustró. Pero Manrique, el historiador de la órden del Cister, acusa á Rades de An-

drada de poco afecto á la cogulla, y de algo sospechoso en referir cuanto podia ceder en honor de ella. *Rades de Andrade*, dice, *gravis alias auctor, sed in his militaribus Ordinibus nihil magis abhorrens, quam monachismum; et si verum ingenue dicendum est, quodcumque malens esse, quam id quod fuit.* Rades de Andrada publicó además la obra siguiente: *Catálogo de las obligaciones que los caballeros, comendadores, priores y otros religiosos de la órden de caballería de Calatrava tienen en razon de su hábito y profesion*; Toledo, por Juan de Ayala, 1571, en 8.°; y dejó manuscritas: 1.° *La genealogía de los Ponces de Leon.*—2.° Un *Nobiliario.*— S. B.

RADEVIC. Dan noticia de este canónigo Belarmino en sus *Escritores eclesiásticos*, y Possevin en su *Aparato Sacro*. Segun estos autores, á los que se refiere Moreri en el artículo que le consagra en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, fué canónigo de la iglesia de Frisingen, capellan y amigo de Othon, obispo de esta ciudad, y vivia en el siglo XII. Radevic aumentó dos libros á los escritos por el expresado prelado de la *Vida de Federico Barbaroja*, y despues de su muerte, que sucedió ántes de la de este príncipe, otro autor continuó la obra desde 1160 á 1190. En ella se inserta una carta del viaje de Federico á Levante para la expedicion de Tierra Santa.— A. C.

RADHOD, escritor del siglo X, era preboste de la iglesia de Dol, en la Armórica ó pequeña Bretaña, donde no habia entónces más que doce canónigos. La época en que vivia se halla fijada por el reinado de Ethelstan ó Adelstan, rey de Inglaterra, con quien Radhod se hallaba en relaciones, y que reinó desde 923 ó 924 hasta 940 ó 941. Existe una carta de Radhod á este príncipe, que es muy interesante, tanto por los rasgos históricos que contiene, como por la manera de que se halla escrita. Puede, sin embargo, servir para probar que en aquel siglo, á pesar de su rudeza, no dejaba de haber hombres que escribian con cierta política. El autor hace en pocas palabras un hermoso elogio de Ethelstan, y le anuncia que le envia las reliquias de los santos senadores Paterno y Escubilion. Guillermo de Malmesbury tuvo en cierto aprecio esta carta, puesto que la insertó en la vida de S. Adhelmo, obispo de Schirburn, impresa en el tomo II de la *Anglia Sacra.*—S. B.

RADIMPTORIO (Fr. Radulfo). Algunos autores y hasta cronistas de la religion seráfica han confundido á este personaje con otro, que floreció poco más ó ménos en su época, y con el cual á la verdad parecia tener algunos puntos de contacto, que fué el esclarecido Radulfo Radimptorio; pero aunque, repetimos, en algunas cosas se asemejaron, no cabe duda en que fueron personas distintas, y de ello podrá convencerse quien quiera examinar la biografía de Radimptorio que precede á esta. Nuestro Radimptorio nació de familia oscura, y su apellido le debió á unos señores, que al verle en su

niñez muy hermoso y desvalido, encargaron á su madre le cuidase á sus expensas con la mayor atencion, esmero y delicadeza, y luego seria de su cargo el educarle para que prestase el apoyo que debia á su madre, muy miserable por cierto. Desde que estuvo en aptitud para ello se le puso bajo la direccion de los maestros más distinguidos que se pudieron hallar, y fué su educacion como hubiera sido la del hijo de un potentado, porque así lo exigieron sus protectores; y en órden á su correspondencia á los desvelos y atencion que se le prodigaba, no es posible desear más; no habria correspondido nadie mejor, pues este jóven parecia haber mamado un sumo agradecimiento, y miraba con particular respeto y extraordinario afecto á los que habian sido más que sus padres para él, pues habian procurado su instruccion, mediante la cual habia de lograr un porvenir que asegurase á su madre una vejez tranquila. No quiso Dios, sin embargo, concederle el logro de su deseo, pues apénas habia acabado de aprender humanidades, la perdió, si bien teniendo el consuelo de que en sus últimos dias nada absolutamente le faltára, porque al remedio de todas sus necesidades proveyeron generosísimamente sus amables protectores. Habiendo ya faltado su madre, que era lo que le detenia en su país natal, pueblo de alguna consideracion cerca de Oxford, tanto los protectores del jóven como él mismo, creyeron llegado el caso de que ya que su buen talento y nada comun aplicacion parecia indicar la conveniencia de que se dedicase á estudios, y en ellos buscase manera de aprovechar, pues para esto tenia las mejores disposiciones, atendiendo á que en su época era la universidad de Oxford uno de los puntos donde las ciencias estaban en su apogeo, y uno de los lugares donde la reunion de los sabios de todos los países daba ocasion á que unos y otros se conocieran y pudiesen mútuamente, no solo apreciarse cual correspondia, sino utilizar sus servicios si se presentaba ocasion favorable. Nuestro Radimptorio fué allá algun tanto acobardado, porque la gran fama de los hombres de aquella escuela y la natural timidez que tenia acerca de su capacidad, le hacian rezelar si tendria que abandonar su propósito de dedicarse á estudios, retraido porque su capacidad no alcanzase á lo que para hacerlos se requeria. No obstante esta su timidez y desconfianza, hijas de su modestia, él pudo ponerse al momento al estudio de la filosofía, y en él alcanzó legítimos triunfos, siendo muy de admirar que para su claro ingenio tan fáciles eran las ciencias exactas, que á la altura á que entónces se conocian allí se enseñaban, como los ramos de pura inteligencia, digámoslo así, sin que nunca se encontrára vacilante ni áun confundido, por muy nuevas ó extrañas que fueran las teorías sobre que hubiese de ejercitar su sano criterio. Brillantísimo fué el éxito que lograron sus tareas, tanto que al concluir los estudios, le decian todos sus maestros que debia continuar acaudá-

lando más y más conocimientos filosóficos, para hacer escuela, y por consiguiente difundir en la juventud estudiosa el caudal de conocimientos que él habia adquirido. Sin reprobar una idea que á la verdad era buena, y que de parte de los que la iniciaban demostraba evidentemente su deseo, muy de estimar, de que se señalára en este ramo del saber humano como una verdadera notabilidad; quiso girar por otra parte, y comenzó, apénas acabados los estudios de filosofía, el de la sagrada teología, y esto que parecia arbitrariedad, ó que diremos mejor, todos tomaron por una de esas cosas que hacen los hombres sin saber porqué las hacen, tenia en Radimptorio un motivo, y muy poderoso por cierto. No se crea que él tuvo nunca la idea de adelantar y medrar en las grandes y ventajosas comisiones de gobierno para cuyo desempeño le ponia en aptitud su extraordinario talento y constante aplicacion. Él siempre quiso ser para Dios, y aunque por algun tiempo vaciló para elegir, es lo indudable que queria ser para Dios, y bajo tal propósito no podia ménos de abrazar la ciencia de este Dios mismo, cualquiera que fuese el camino por donde resolviera dedicarse á su servicio. Hizo, pues, sus estudios teológicos, y los hizo con el mismo brillante éxito y con la misma admiracion de cuantos le habian conocido como estudiante, porque á todos maravillaba su claro ingenio, su aplomo para los estudios sérios, al mismo tiempo que una extraordinaria ligereza, digámoslo así, para la poesía, de manera que todos tenian porqué admirarle; pues que unos veian en él al pensador profundo, otros al festivo literato que en los ratos de ocio en su profesion rendia á las musas su tributo, disponiendo y ejecutando poesías que le dieron muy justo renombre. El término de su carrera fué, como no podria ménos de ser supuesto su aprovechamiento y vastísimos conocimientos, el que la misma universidad de Oxford donde habia hecho sus estudios le propusiera para la alta honra de ser laureado como doctor en sagrada teología; solemnidad literaria que se hizo notabilísima, porque en ella desplegó el candidato lo profundo de su saber revestido de todas las galas de su ingenio, por cuyo motivo se le apellidó desde entónces el Apolo, cuya facundia era semejante á la profundidad de su saber. Quiso, como era consiguiente, despues de alcanzar el más solemne triunfo que podria conquistar en la carrera, ofrecer á sus protectores el todo de su obra, dedicándose á su servicio enteramente: mas estos, cuya generosidad no habia tenido nunca otras miras que las del bien de su educando, agradeciendo en gran manera el rasgo verdaderamente generoso y noble con que demostraba su reconocimiento á los recibidos favores, no pudieron ménos de darle toda la amplitud y libertad necesarias para que tomase por sí el partido que le pareciere, en el bien entendido de que cualquiera seria del agrado de sus protectores con tal que fuese segun su inclinacion y el en que

pareciera poder encontrársele, digámoslo así, en su elemento. Sabido es que la eleccion de estado es tanto más delicada para las personas de ciencia y de prudencia, cuanto que comprenden más y más que aquel camino por donde se decidan es el que han de procurar los lleve á Dios, sin lo cual serian inútiles todos sus esfuerzos, vanas todas sus tareas, é infructuosos sus trabajos; por lo cual, cuando para Radulfo llego el momento de decidirse, la vacilacion fué grande; pero el Señor, que vela por los suyos, le ayudó en gran manera, inspirándole la idea de que se hiciera religioso franciscano en el convento del mismo Oxford, de la regular observancia, casa de muchísima rigidez, casa donde en gran manera se cultivaba la virtud, sin descuidarse la ciencia, en la cual los sugetos que allí habia prestaban eminentes servicios, pues facilitaban escribiendo y enseñando los conocimientos muy vastos que ellos poseian á cuantos, ó de viva voz ó por la lectura de sus obras, se acercaban á estos sugetos tan distinguidos por su ciencia como admirados por su virtud. Es imposible ponderar ni áun referir el efecto que hizo en aquellas buenas gentes, que conocian muy bien al Mtro. Radulfo Radimptorio y que sabian perfectamente lo que valia la noticia de que ingresaba en religion, mas ni las advertencias amistosas de sus amigos y compañeros de la universidad, ni los consejos de algunos de sus maestros, sirvieron á hacerle cejar de su intento, y toda la ciencia de tan grande hombre se vió cubierta de un tosco sayal, y la borla laureada que cubria su cabeza erguida, porque erguida debe estar la frente de quien aprovecha el talento que Dios le dió, se vió sustituida por la miserable capucha que cubria de igual modo la frente y cabeza del pobre lego, cuya rudeza no le permitia salir de los más bajos ministerios. Con perfecta sumision entró en la Orden, y no quiso disponer de sí mismo de allí en más, ni en las acciones más insignificantes, ni en aquellas cosas en que podia lícitamente obrar, áun cuando estaba, como lo estaba en verdad, sujeto á obediencia; sin embargo, se atrevió á suplicar á sus superiores que siquiera durante su noviciado no se le aplicase á otra cosa que á aprender el camino de la perfeccion, á estudiar prácticamente los medios por cuya aplicacion podia hacerse verdaderamente religioso, y siéndolo cumplir los designios que Dios habia formado acerca de él. Claro está que tan buen deseo hubiera sido injusto el contrariarlo, por lo cual accediendo á él desde luego, fué Radulfo un novicio como lo hubiera sido ó el más ignorante, ó el más torpe, y se ejercitó en todos los oficios á que la obediencia creyó debia dedicarle, con indecible contento y con tan buena disposicion que el éxito más lisonjero coronaba siempre sus empresas todas. Llegó, pues, el tiempo de su profesion, que hizo con indecible contento de todos los religiosos sus hermanos, é inmediatamente se le obligó á ascender á los órdenes sagrados, llegando hasta el

presbiterado inclusive, en cuyo tan santo estado podia ser lo útil que fué, porque tenia todas las condiciones de verdadero sacerdote y de verdadero religioso. Prescindiremos de referir los grandes frutos que logró como predicador, que fué acreditadísimo en su época y comarca, y como confesor, que reunia en torno de su confesonario á lo más principal de su pueblo, que animado por el conocimiento de lo saludables que eran sus consejos y prudentes resoluciones, venia puede decirse en tropel á sacar de allí ciencia para obrar en lo sucesivo y sosiego para lo que hasta entónces habia hecho, bien que hubiese sido imperfecto, pues la gran ciencia del P. Radulfo llegaba á encontrar medios de reparacion áun en aquellas cosas que parecian irreparables; porque en estos ministerios muchos han sido los hombres eminentes, y puede decirse que su acertado ejercicio no va más allá de la época ni de los sugetos con quienes se ejerce. Examinémosle como maestro, examinémosle como escritor, que en estos dos conceptos está su mérito sobre el cual ni el tiempo ni los sugetos que pasan pueden dejar su huella, ántes por el contrario los sugetos se hacen más apreciables cuantas más son las generaciones que han podido admirar el gran caudal de su ciencia y la acertada administracion de él en comunicarse á los demás. Como maestro, se puso á su cargo, como era consiguiente, la enseñanza de la filosofía en la primera época de su magisterio; porque esta es la costumbre que observa la Orden con todos sus profesores, y nunca se ha verificado que por muy claro que haya sido un ingenio, haya desde luego pasado á facultad mayor sin que primero haya instruido á sus discípulos, siquiera por un curso (que sea dicho de paso no es en los conventos un año escolástico, como en las universidades, sino todo el tiempo que unos mismos alumnos tardan en aprender una facultad) en los estudios elementales ó rudimentos; proponiéndose los institutos religiosos examinar con esto si las circunstancias de los maestros son las que debe reunir el que desempeña tal cargo; porque acontecer suele muchas veces que un hombre muy profundo, muy útil, muy científico en su celda, no vale para nada en la cátedra. Nuestro Radimptorio adquirió desde las primeras lecciones la justa reputacion que ya traia cuando vino al convento, y sus discípulos, como era consiguiente, se complacieron mucho de tener tal maestro, porque desde luego previeron que adelantarian mucho. Concluida su lectura de filosofía, hizo la de teología, y en esta logró tales adelantos, que sus mismos superiores no lo esperaban, sobrepujando por consiguiente no solo sus deseos, sino hasta sus intenciones, toda vez que era tanto y tan brillante el éxito de sus tareas escolásticas. Claro está que para explicar tan convenientemente sagrada teología, tenia por necesidad que hacer un estudio muy especial de la Sagrada Escritura, fuente de donde procede la confirmacion y pruebas de la mayor parte de sus verdades

reveladas, y como al estudio que podemos llamar científico agregaba ese otro no ménos importante ni ménos provechoso, que es el ejercicio santo de la oracion, por donde el alma se comunica con Dios, y Dios ilustra al alma, sus conocimientos se hicieron tan vastos y tan adecuados, que sin disputa como escriturario era el primero de su religion y uno de los primeros de su época; habiendo merecido por este motivo la singularísima distincion de que no solo los obispos de su diócesis, que lo fueron durante su vida, sino otros muchos de diversas provincias eclesiásticas, le distinguieron con el singular honor de hacerle censor de obras en sus respectivos obispados, y de dispensarle la señalada deferencia de consultarle en los árduos asuntos que les ocurrian en el gobierno de sus mitras; todo lo cual él recibia con tal abnegacion que cumpliendo fielmente los cometidos que se le confiaban, ni lo más mínimo se ensalzaba por estas distinciones, ántes en el fondo de su corazon como que sentia se le otorgasen á él postergando á otros en quienes él creia reunirse condiciones más favorables y ventajosas. Era tambien muy estimado de todos los eclesiásticos del contorno, pues á él venian á consultar en todas sus dudas, es verdad que la manera de contestarles que él tenia era capaz de atraerles y animarles á hacer nuevas preguntas; porque además de la gran erudicion, que habia de mostrar porque le era, digámoslo así, connatural, los alentaba tanto con su dulzura y benevolencia, que no solo quedaban resueltos á consultarle cuantas veces se les ofreciera, sino que en muchas ocasiones, por disfrutar de su trato, por oirle y por estar un rato en su agradable compañía, venian áun cuando no tuviesen gran precision, y consultaban cosas que ellos mismos podian resolver. Tal era el afecto que excitaba el trato con nuestro buen P. Radulfo Radimptorio.

Parece imposible que á un hombre á cuyo cargo estaban los importantes cuidados de que hemos hecho mencion, tuviese aún tiempo para escribir, y no solo le tuvo sino que le aprovechó muchísimo, escribiendo, y con mucho acierto. Era natural que quien conocia tan perfectamente la Sagrada Escritura se dedicase á comentarla explicando los diversos y muy importantes sentidos que tiene y que todos sirven para instruccion y para edificacion de los fieles; sobre esto trabajó mucho, y aunque son pocos y no muy ordenados los libros que dejó comentados, no cabe duda en que comentára la mayor parte de los que componen el Antiguo y Nuevo Testamento, sino que ó habran desaparecido ó habiendo quedado en poder de discípulos suyos no habran visto la luz pública, como la vieron algunos bajo el nombre de *Commentariorum libri plures*. Aun en su tiempo tuvo un brillantísimo éxito esta obra, que materialmente era esperada ávidamente por cuantos podian manejarla; siendo el fundamento de que se la dispensasen tan señaladas y especiales deferencias por su extraordinario mérito y por el estilo tan conveniente

como correcto en que estaban hechos, y que podian servir lo mismo al sabio tan profundo como él, que al infeliz que necesitaba consultar, por decirlo así, para salir del paso. Fué pues muy aplaudida esta su primera obra, y hubiérase deseado la continuára, ó que si la continuó, como debemos presumir, se hubiera dado bajo su nombre mismo esta su continuacion. Como por su época habia gran controversia acerca del Maestro de las sentencias y de su doctrina, no tanto en el sentido teológico, pues sobre esto nadie dudó, ni de la capacidad ni la rectitud del autor, sino en el órden filosófico, en cuanto si las doctrinas estaban ó no enunciadas y desenvueltas con aquella precision que convenia y que podia exigirse en una obra de la importancia de la que dió á luz tan señalado maestro, nuestro Padre creyó conveniente reivindicar por una parte el buen nombre y merecido concepto del autor y por otra hacer algunas anotaciones á su libro para mejor inteligencia: hízolo con efecto en una obra que tituló: *Super Magistrum sententiarum libri quatuor;* obra eruditísima, muy conveniente y á propósito para que se pudiese aprovechar todo lo bueno del libro comentado, y no hubiera ocasion de involucrarse en las inexactitudes ó tal vez exageraciones escolásticas de que abundaba y que daban por resultado un demérito positivo á una obra que en realidad de verdad era muy estimada, y que llegó á tener en su época una celebridad universal, á pesar de que los muchos enemigos de su autor trataron por cuantos medios estuvieron á su alcance, de lanzar sobre ella las más ridículas é infundadas censuras y unos cargos que por entónces pareció tenian algun fundamento, pero que despues se hallaron futilísimos en extremo. Fué, pues, porque ayudó mucho á esclarecer la opinion acerca del importante trabajo del Maestro de las sentencias, oportuno el libro que, como llevamos dicho, dividido en cuatro partes y comprendiendo cuatro volúmenes, dió á luz nuestro P. Radulfo Radimptorio. No ménos celebridad ni importancia lograron sus otras dos obras: *Lecturas escolásticas* y *Quæstiones ordinariæ;* obras de pura filosofía ó más bien de dialéctica, que sirvieron mucho para contener á los profesores en la enseñanza dentro de los límites debidos de órden, precision y claridad, que era á lo que tendian, pues muchos maestros, animados es verdad de un buen deseo, pero sin conocer que esto los arrastraba á procurar confusion en sus discípulos, ni guardaban órden ni observaban método, ántes por el contrario sin uno y sin otro enseñaban sí, pero en unos puntos enseñaban más de lo conveniente miéntras que en otros no habian hecho explicácion alguna sobre lo indispensable, resultando de aquí que los discípulos eran especialistas, sin haber sido verdaderos conocedores de la ciencia, toda vez que acerca de algunos tratados eran muy escasos ó nulos sus conocimientos. La publicacion de todas estas obras, especialmente de las dos últimas,

fué motivo para que la mayor parte de los maestros de su época, agradecidos al importante servicio que prestaba á las ciencias y á sus profesores, con el órden, método y claridad que procuraba para su enseñanza, se acercáran á él para mostrarle su gratitud, é indudablemente influyeron mucho sus excelentes publicaciones para que desde luego se arreglase el método en los estudios y estos tomáran fomento, basados sobre más sólidos fundamentos que los que hasta entónces habian tenido. Verdad es que á esto ayudaba en gran manera por lo que hace á la Religion Seráfica, que fué de donde partió en la práctica esta provechosa reforma, el que se habian renovado en casi todos los conventos los maestros, siendo sustituidos los antiguos por discípulos del Padre, que es consiguiente habiendo visto en sí mismos la ventaja de su método y lo que con él habian ellos adelantado, tambien lo pusieron en práctica desde que estuvieron al frente de enseñanzas. Pudo muy bien el P. Radulfo Radimptorio haber logrado su jubilacion y por consiguiente haberse decidido á los trabajos que hubiera querido, cuando acabó la enseñanza durante la época que la Orden marcaba para optar á tan distinguida como justa recompensa; pero no quiso hacerlo, los jovenes eran sus delicias, la enseñanza la ocupacion que más le complacia, y por consiguiente quiso seguir en ella miéntras sus fuerzas le fueron suficientes para desempeñar tan importante cargo; estas no le abandonaron hasta sus últimos dias, así que hasta en ellos estuvo al frente de sus discípulos, instruyéndolos y alentándolos á que con su aplicacion correspondieran á los desvelos, que todos los maestros hacen para que sus discípulos aprovechen. En la misma cátedra le acometió la enfermedad terrible que le llevó al sepulcro, y al sentirse pasado por el aire que le produjo la pulmonia de que murió, se lo anunció así á sus discípulos, y en ellos se comenzó el sentimiento que se hizo general conforme se fué sabiendo tan triste nueva, no solo en su convento, sino en todo Oxford, que teniendo al Padre en la debida veneracion y respeto no podia ménos de profesarle afecto, pues que todos, quién más, quién ménos, debian algo á este honbre que habia sido todo para todos. Agravándose los síntomas de su enfermedad, fué preciso administrarle los santos sacramentos; y en su recepcion demostró la piedad y virtudes de que siempre habia sido modelo. Concluida su carrera en este mundo, no concluyó la admiracion de su mérito y de sus virtudes, y pareciendo todos sorprendidos porque hubiera desaparecido de entre los vivientes este hombre tan distinguido, demostraban lo profundo de su dolor, al paso que encomendándolo al Señor y trascribiendo sus buenas acciones y el recuerdo de sus obras, hacian imperecedera la muy grata memoria del P. Radulfo Radimptorio, religioso minorita en el muy célebre convento de Oxford.—G. R.

RADIN (Galiano). No nos es conocido más que por un *Compendio* que hizo de la *Secunda Secundæ* de Sto. Tomás de Aquino, que, como nadie ignora, es la parte más considerable de la *Suma Teológica* del Dr. Angélico. Este *Compendio* contiene las únicas noticias que han llegado á nosotros de la vida y profesion de su autor. Las indicaciones que se encuentran en los manuscritos dejan muchas cuestiones sin definir. Podemos creer por la calificacion de *fratris* que Galiano pertenecia á una órden religiosa, aunque no se nos indica cuál era ésta, y no se encuentran en ninguna parte noticias sobre este punto. Lo indudablemente cierto es que Radin no pertenecia á la abadía de S. Victor de París; su nombre no se halla comprendido en la lista de los canónigos regulares de que se componia en el siglo XIII el cabildo de S. Victor. Echard, al inscribirle en el catálogo de los escritores de la órden de Hermanos Predicadores, confiesa que no se halla autorizado por ningun documento, y parece dispuesto á cederle á cualquiera de las otras órdenes monásticas que quiera reivindicarle. El escaso mérito del *Compendio* de que se trata justifica en cierta manera su indiferencia bajo este concepto. Semejante escrito no puede ofrecer hoy utilidad alguna, y no ha debido tampoco presentarla nunca. No se ha impreso, y áun las copias apénas se han multiplicado. No conocemos, á excepcion del que se conservaba en la abadía de S. Victor, más que el manuscrito en fólio, escrito en pergamino que se halla en el catálogo de los manuscritos de las bibliotecas de Inglaterra bajo el título de *Secunda Secundæ S. Thomæ abbreviata*, y que es probablemente la misma obra. Su fecha de 1288, que se expresa en la suscripcion de la copia de que acabamos de hablar, nos indica la época en que vivia el autor, siendo esta la única noticia que poseemos sobre él, y el único indicio segun el cual hemos podido determinar aproximadamente el puesto que convenia asignar á Galiano Radin en nuestros anales literarios. Añadamos que Echard ha citado esta fecha en 1288, como una prueba de la autenticidad de la Suma de Santo Tomás de Aquino y de la autoridad de que gozaba ántes de la conclusion del siglo XIII.—S. B.

RADIN (Fr. Tomás), del órden de Predicadores. Este esclarecido religioso fué natural de la ciudad de Placencia, en la Lombardía, y era descendiente de una noble familia de Alemania. Nació á fines del siglo XIV, y llamado por vocacion al estado religioso, tomó el hábito de la Orden de Santo Domingo en su ciudad natal, y siguió en ella los estudios, en los que salió tan aventajado, que mereció las mayores honras y distinciones de los sumos pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente IV, á todos los cuales tuvo la honra y el consuelo de conocer y tratar. Habiendo obtenido el grado de doctor en sagrada teología, enseñó públicamente esta facultad, desempeñando tambien la cátedra de artes y divinas letras en el Colegio Romano,

donde se hizo notable por sus explicaciones, á causa de lo mucho que en ellas resplandecia el don de la elocuencia, que poseia en alto grado, y de la profundidad de sus conocimientos y su doctrina. Cuando empezó Lutero á difundir su perniciosa y herética reforma, fué uno de los primeros que tomaron la defensa de la Iglesia católica, escribiendo contra el osado heresiarca, y pronunciando una oracion llena de ardor y de santo celo en presencia del Sumo Pontífice, quien le tomó tal aprecio, que en infinitas ocasiones le dió las más claras y evidentes pruebas de distincion, como lo manifiesta el siguiente suceso. En la solemne funcion del domingo de ramos de 1521, Radin, que habia sido nombrado maestro de ceremonias, sustituto ó supernumerario de la capilla pontificia, presentóse en ésta y rogó al maestro del Sacro Palacio, que lo era Silvestre Prierato, de la familia dominicana, y uno de los que más atacados habian sido por Lutero, que le colocase en el primer lugar entre los sustitutos del cargo de maestros del Sacro Palacio, atendiendo á que Su Santidad le habia honrado con aquel título. Prierato se negó, fundándose en las ordenanzas de la capilla y en las bulas expedidas sobre el particular por varios sumos pontífices. Pero habiendo insistido Radin, y enterado el papa Leon X de aquella especie de competencia, pidió el parecer á los auditores de la Sagrada Rota, los cuales, no atreviéndose á resolver por sí solos, remitieron la decision á la suprema autoridad, quien en su recto juicio manifestó era su voluntad que Radin ocupase un lugar preeminente, como en efecto se hizo, colocándose entre los auditores de la Rota, sin experimentar oposicion por parte de estos. Tomás Radin es sumamente alabado de todos sus contemporáneos como elocuente orador, sabio teólogo y elegantísimo poeta. Murió en Roma poco despues del asalto y toma de esta ciudad por el ejército de Cárlos V, al mando del condestable de Borbon, dejando escritas las siguientes obras: *Calipsychia sive de pulchritudine animæ*; impresa en Milan en 1514, y dedicada al César Maximiliano. — *Syderalis abyssus;* publicada en 1513 y reimpresa en París en 1514. — *Ad illustrissimos et invictissimos principes et populos Germaniæ, in Martinum Lutherum Wittembergensem, ordinis Eremitarum, nationis gloriam violantem, oratio elegantissima, ciceronianam plane redolens eloquentiam.* Este importante discurso se imprimió en Roma en 1520, y en el mismo año en Colonia, reimprimiéndose en París en 1591, lo cual prueba su importancia, puesto que tanto se estimaba á pesar de los años trascurridos. — *Ad Carolum Cæsarem, semper augustum, et illustrissimos principes Germaniæ in Philippum Melanchtonem, Lutheranæ hæreicos deffensorem oratio.* Publicó este discurso en Roma, dedicándosele al papa Adriano VI en 1522, contestándole ágriamente Mélanchton, que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de Dídimo Tarentino, por lo cual, y por creerse muy fundadamente que obraba por inspi-

racion de Lutero, fué censurado con justa severidad por todos sus contemporáneos, Radin escribió tambien y pronunció varios discursos y sermones, predicados muchos de ellos en presencia de los Sumos Pontífices, y que son con justicia celebrados. —M. B.

RADINGIUS (Guillermo), doctor inglés y religioso de la órden del Monte Carmelo hácia el año 1312, en la época del reinado de Eduardo II, en Inglaterra. Este religioso fué uno de los examinadores de algunos de los asuntos pertenecientes á los Templarios en tiempo de Winchelseius, arzobispo de Cantorbery. Créese asistiese al concilio de Viena, en Francia, en donde fué abolida la órden de los Templarios por órden expresa del pontífice Clemente V. Dejó escritas las dos obras siguientes: *Templariorum examinationes;* en un libro.— *Quæstionum quarumdam*, libro I; y de ellas Pitseus da noticia. — C.

RADIQUEL (Santiago), protestante de Morieres, aldea cerca de Caen. Fué convertido por Veron hácia 1630. —S. B.

RADOLOVIC (Nicolás). Oriundo este cardenal de la familia de Ragusa de este nombre, que pasó á establecerse en el reino y ciudad de Nápoles, nació en Polignano en el siglo XVII. Como desde su niñez se advirtiesen en él señales de gran ingenio, le dedicaron sus padres á los estudios, y como se sintiese inclinado al estado eclesiástico, sus aspiraciones fueron todas por este camino. Yendo á Roma cuando solo tenia veintidos años, dió tales pruebas de capacidad y severidad de carácter, que el pontífice Urbano VIII, sin tener en cuenta su corta edad, no tuvo inconveniente en confiarle sucesivamente el gobierno de algunas ciudades de los estados de la Iglesia. Habiendo temores de peste en Roma, el Papa, que confiaba mucho en su valor y prudencia, le nombró comisario general de sanidad. Subiendo á la silla de San Pedro el papa Alejandro VII, le nombró el año 1659 arzobispo de Chieti, en cuya diócesis se hizo celoso defensor de la inmunidad eclesiástica, en cuya defensa lanzó algunas veces su anatema ó excomunion contra los gobernadores de la provincia que la atacaban. Cumpliendo los deberes de solícito y vigilante pastor de la grey que se le habia encomendado, celebró dos sínodos, perfeccionó y completó su seminario, restauró diversas iglesias, enriqueció con preciosos objetos la metropolitana, fundó un conservatorio para doncellas huérfanas, y socorrió frecuentemente á los pobres con abundantes limosnas. Llamándole á Roma Inocencio XII, le hizo secretario de la visita eclesiástica apostólica, y despues de la congregacion de los obispos regulares, en cuyo destino mereció aplauso, no solo de la Curia Romana, si que tambien de los religiosos que elogiaron su saber. En premio de sus importantes servicios, y para satisfacer la opinion pública que tanto le ensalzaba, el pontífice le creó, en 14 de Noviembre de 1699, cardenal preste de S. Bartolomé de la

Isla. Murió este Cardenal en Roma el año 1702, á los setenta y seis años de edad, y fué sepultado en la iglesia de su título, bajo una simple lápida, en la que solo se grabó su nombre. Se dice por Moreri en su *Diccionario histórico*, que dejó escritos inéditos, pero no dice cuáles fueron estos, ni de lo que tratan. — C.

RADON. Hallamos en el *Gran Diccionario histórico y geográfico* de Moreri, que en la carta de fundacion del monasterio de Rabais, hecha por S. Onen el año 655, cuya carta se atribuye al rey Dagoberto, se habla de Radon como hermano segundo de S. Onen, pues que el primero fué Adon. El sabio P. Mabillon, que publica esta carta como auténtica, cree que lo que en ella se dice de Radon es adicion de algun copista; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que se atribuye á Radon la fundacion del monasterio de Reuil sobre el Marne (Rodolium), que es un priorato de Cluni, dependiente de la Charité. — A. C.

RADON, abad de S. Vart, es conocido por haber escrito una carta á Alcuino suplicándole escribiese ó corrigiese la vida del fundador de su abadía. Un anónimo habia escrito ya la vida de este obispo de Arras, y ya fuese poco correcta, ó bien se hubiesen deslizado en ella algunas faltas por el transcurso del tiempo, el abad Radon invitó á Alcuino á corregirla. Verificóse esto hácia 796, cerca de 130 años despues de la traslacion del cuerpo del santo Obispo. Alcuino, que no podia negar nada al abad Radon, hizo lo que se exigia de él; pero al retocar la vida de S. Vart, la cambió de tal modo, que parecia completamente diferente de las del anónimo. Tenemos dos cartas de Alcuino, en que habla de la revision que habia hecho de esta vida; la una se halla impresa en la coleccion que hizo de sus obras Andrés Duchesne, y el P. Martenne ha insertado la otra en el tomo I de su grande coleccion. La primera se halla dirigida al abad Radon, á quien la envió con la vida que habia corregido. No le pide otra recompensa por su trabajo, que el que se acuerde de él en sus oraciones; pero le exhorta á vigilar cuidadosamente sobre la comunidad que se le habia confiado, y á instruir á los religiosos tanto con su ejemplo como con sus discursos. La segunda es una respuesta á la carta que habia recibido de este abad y de sus religiosos, que le habian pedido títulos é inscripciones en verso para las iglesias dependientes de su abadía de S. Vart, y para cada uno de sus altares. Alcuino se los envió con algunas misas sacadas de su misal, para servir en los oficios ordinarios de la Iglesia, á saber: una en honor de la Santísima Trinidad, otra para pedir la intercesion de los santos, y los sufragios de los ángeles necesarios en los peligros del peregrinaje de esta vida; otra de la Santísima Vírgen, y otra de San Vart; oraciones para la remision de los pecados, y para los que dan limosna. Esta carta se halla dirigida en general á los mon-

jes de S. Vart de Arras, á quienes exhorta á unir los estudios sagrados á los ejercicios de la observancia regular, de manera que esten siempre ocupados en prácticas piadosas ó en lecturas de devocion. Parece que habian pedido algunos recursos familiares para su instruccion, y que hasta se los habian prometido, pero que hasta entónces no habia tenido tiempo de satisfacerlos y de cumplir su promesa. A su carta va adjunto un modelo de la inscripcion que debia ponerse en la pared de la iglesia de S. Vart. Este poema es el sesenta y seis en la edicion de Duchesne. Lambecius cita un manuscrito de la Biblioteca Imperial, que contiene el prefacio que puso Alcuino al frente de la vida que habia corregido, con la misma vida y dos poemas del propio Alcuino, para ponerlos al principio de una Biblia que el mismo abad habia mandado escribir recientemente, por haberse quemado la que habia anteriormente en su monasterio; el primero es de diez y ocho versos exámetros, y el segundo de versos elegiacos, pero en mucho mayor número. Alcuino hace en ambos el catálogo de todos los libros sagrados, dando el sumario de cada uno. Habia olvidado en el primero marcar el libro de Tobías, y le menciona en el segundo reconociéndole por canónico, lo mismo que los libros de Esdras, de Nehemías, de Judith, de Esther y de los Macabeos. La vida de San Vart por Alcuino se halla en Surio y en Bolando, dia 6 de Febrero, dividida en cinco capítulos, el último de los cuales refiere la historia de la traslacion de sus reliquias por S. Auberto. Bolando la ha unido un discurso de Alcuino, dirigido á los monjes de S. Vart, para exhortarlos á imitar las virtudes que habia referido en su vida, que es sin duda el discurso que les habia prometido en la carta de que hemos hablado arriba, y que ha publicado el P. Martenne. Hay en ella además dos versos al abad Radon, á quien suplica no mire sus presentes por lo que son en sí mismos, sino por el afecto con que se los envia; y el epitafio de S. Vart, en diez versos elegiacos, compuesto tambien por Alcuino, que segun todas las apariencias es la inscripcion que dice Lambecio haberse escrito para ser colocada sobre la tumba del santo Obispo. Refiere otra que debia ponerse en el altar que le estaba dedicado, y una tercera para ponerla en la pared de la Iglesia. Hácese en esta la observacion de que habiéndose quemado la iglesia del monasterio de S. Vart, fué reedificada por el abad Radon, que la dotó con gran cantidad de vasos de plata, de ornamentos para los ministros del altar, de tapices y de lámparas. Lambecio trae otro himno del mismo autor, en honor de S. Vart, escrito sin duda á ruego del abad Radon, personaje de quien despues de estos hechos no vuelven á encontrarse otras noticias en la historia.—S. B.

RADONVILLIERS (Claudio Francisco Lisardo de). Este estimable literato nació en París en 1709. Hizo sus estudios en el colegio de Luis *el Grande*, bajo la direccion del P. Porée, el que concibió por él una grande amistad,

al ver su aplicacion y los grandes y rápidos progresos que hacia en el estudio. La gratitud que debia á los jesuitas y su gusto por las letras, le determinaron á afiliarse en el instituto de S. Ignacio, y despues de haber sufrido las pruebas del noviciado, profesó las humanidades y la retórica en diversos colegios. Habiendo ido á Bourges, trató al ministro Maurepas, que se hallaba allí desterrado por haber compuesto una cancion contra Mad. de Pompadour, el cual se hizo muy amigo suyo. Por consejo de éste abandonó Radonvilliers á los jesuitas, sin dejar por esto de serles afecto, y aceptó el empleo de secretario que le ofreció el cardenal de Rochefoucauld, arzobispo de Bourges. Acompañó á este prelado en su embajada á Roma, y por su recomendacion fué colocado en el ministerio de beneficios. Despues de la muerte de su ilustre protector, el abate Radonvilliers fué nombrado subpreceptor de los hijos del rey de Francia, y con su celo y talento justificó esta prueba de alta confianza. Una intriga, segun se dice, le puso en el caso despues de la muerte de Marivaux, de suceder á este en la Academia Francesa. Sacrificándole Marmontel su concurrencia, fué admitido sin oposicion alguna, pues que todos los que hubieran votado por su contrincante, lo hicieron por él, proceder generoso á que se mostró muy agradecido. El abate Radonvilliers, en cualidad de director de la Academia, fué encargado de recibir en ella al abate Delille, á Duai que sucedia á Voltaire y al ilustre Malesherves, en cuyas tres memorables circunstancias se manifestó digno intérprete de los sentimientos de la Academia y del público. Supo alabar sin restriccion al traductor de las Geórgicas y al virtuoso jefe de la magistratura; pero haciendo justicia al prodigioso talento de Voltaire, se atrevió á echarle en cara que no siempre habia hecho uso de él en el interés de su propia gloria. Laharpe, gran admirador de Voltaire en esta época, no aprobó la conducta del abate Radonvilliers. «Los académicos, dice, á quienes leyó su discurso, no consiguieron poderle obligar á suprimir expresiones que no son propias en el elogio de un colega. Se hicieron esfuerzos sin fruto alguno, á fin de persuadirle dejase á otro las funciones de director, si no creia poder hermanar bien sus principios y estado con el elogio que se debia á aquel hombre notable; pero léjos de hacerlo así, se empeñó en llevar á cabo su deber sin miramiento alguno.» Utiles trabajos y estudios gramaticales, ó ensayos de traducciones que jamás confiaba más que á la amistad, ocuparon sus ratos de ocio, y áun mucha parte de los de descanso; y todo el resto de su tiempo le consagró á deberes cuya importancia conocia, y de los que nada podia separarle. La experiencia que habia adquirido en los negocios, hacia que le consultasen los principales ministros acerca de muchas graves y espinosas cuestiones, y rara vez se separaban de su dictámen. En recompensa de los servicios que hizo al estado, fué nombrado consejero, cargo que no llegó á

desempeñar por la desconfianza que tenia de sus fuerzas, y por quedar útil á su país, al que amaba con pasion. Murió el abate Radonvilliers en París el dia 20 de Abril de 1789, á los ochenta y un años de edad. No tuvo sucesor en la Academia Francesa hasta el año 1807, en cuyo año, admitido por segunda vez en ella el cardenal Maury, se encargó de rendir un tardío homenaje en nombre de la Academia á la memoria de su antiguo cofrade. A su privilegiado talento unia Radonvilliers virtudes aún más raras, y sobre todo una inagotable caridad hácia los pobres, á los que distribuia anualmente más de las tres cuartas partes de su renta. En todos los países en que tenia algunos intereses ó rentas eclesiásticas legaba la cuarta parte á los indigentes del país; pero en París habia señalado una pension del importe de la cuarta parte, y durante los treinta y tres últimos años de su vida no dejó jamás de mandar cien luises al cura de S. Roque, que era su parroquia, y así se expresa en el elogio que de él hizo el cardenal de Maury. Las obras de Radonvilliers fueron coleccionadas y publicadas en tres volúmenes en 8.° por Mr. Noël, en París, en 1807. El primer volúmen, precedido del expresado elogio por el cardenal Maury, contiene el *Tratado de la manera de aprender las lenguas*, que fué impreso por la primera vez en 1768, en 8.°, cuya obra bastaria por sí sola para asegurar á este ilustrado autor una plaza entre los más distinguidos gramáticos franceses. El editor añadió á ella las observaciones hechas por Radonvilliers sobre su obra, la indicacion de los principales autores, cuyos métodos se aproximan al suyo, como los de Dumarsais y Pluche, y una noticia sobre el colegio de Aquitania bajo la direccion de Andrés Govea. En el segundo volúmen se ve un idilio sobre la convaleccencia del Rey, único fragmento de poesía que queda de Radonvilliers, pues que la comedia que habia compuesto en 1740, con el título de *Talentos inútiles*, la que fué representada con mucho éxito por los alumnos del colegio de Luis el Grande, se perdió con la mayor parte de los manuscritos de este autor, ó bien su editor no la juzgó digna de figurar en la coleccion de sus obras, segun la opinion de su biógrafo Mr. Weis. En el mismo volúmen hay diversos opúsculos compuestos para la educacion de los hijos de Francia, los que, segun Maury, recuerdan la manera y el estilo de Fenelon; fragmentos de una obra en forma epistolar en defensa de la religion; algunos artículos traducidos del Espectador de Addison; los discursos académicos, y la traduccion de los tres primeros libros de la Eneida. En fin, el tercer volúmen comprende la traducion de las *Vidas de los hombres ilustres*, por Cornelio Nepote, revisada y concluida por Mr. Noël. Como hemos visto, la caridad fué la virtud fuerte de este ilustrado eclesiástico ex-jesuita, y á ella consagró todos sus desvelos y trabajos, por lo que si puede reprochársele su inconstancia para el claustro y algun que otro defecto propio de la debilidad humana,

como practicó ejemplarmente la principal de todas las virtudes cristianas, debemos suponer piadosamente que Dios le recompensaria en la vida eterna, dándole el ciento por uno que da de réditos á los que forman un capital en el cielo por medio de la caridad para con los pobres. No olvidemos que nadie paga un interés más crecido en el mundo á los capitales que se imponen á rédito, y despreciando á las bancas mundanas, apartemos nuestro capital del manejo de sus banqueros, é impongámoslo en el cielo, en donde no hay temor de quiebras fraudulentas, ni de golpes de azar, y en donde estan seguras las ganancias, pues que no alcanzan á aquellas cajas las arterías humanas, ni ningun riesgo por grande y universal que sea.—B. C.

RADOSSANYI (Ladislao). Nació en Neytra, en Hungría, siguió los estudios en Presburgo con los mejores resultados, abrazó la regla de los camaldulenses, y desempeñó en su Orden muchos cargos. Dejó una *Historia de los santos ermitaños camaldulenses*, en latin; Neustadt, 1736, en 4.°, que se halla llena de investigaciones y contiene muchas vidas interesantes, áun para las personas profanas, pudiéndose citar principalmente las de S. Romualdo, S. Paulo Justiniano, fundador de la congregacion del Mont-Couronné, de Sto. Domingo *el Encorazado* y otros.—S. B.

RADULFO (S.), de la familia cisterciense y señalado discípulo del gran S. Bernardo, fué un fiel imitador de las virtudes y santidad de su maestro, consiguiendo por sus buenas acciones, por su interés, por el lustre de la religion y de la fe católica, el ser tenido por uno de los santos, atendiendo el Señor á sus grandes merecimientos por su continua oracion, mortificaciones, su castidad y todo género de virtud.—A. L.

RADULFO (S.), obispo y confesor. Fué de noble linaje, pero nobilísimo, porque estimó por verdadera nobleza, como lo es, el menosprecio de las cosas que ama el mundo; la fe, la religion y la humildad de corazon fueron las dueñas absolutas de todos sus pensamientos y acciones. Era muy considerado por todos y respetado por sus ejemplares virtudes. Fué monje de la sagrada órden de S. Benito en el monasterio de S. Medardo Suesionense, en el cual llegó á grande alteza de santidad y perfeccion. Despues fué allí abad, y de esta dignidad subió á la de arzobispo y patriarca Bituricense y primado de la Aquitania, y sobre su santidad y virtud tuvo el resplandor de milagros. Fué eruditísimo en las divinas Escrituras, y murió el año 866, habiendo gobernado aquel obispado veinticinco años, ilustrándole con su admirable vida. Su sagrado cuerpo es venerado en S. Ursino, adonde se celebra su fiesta solemnemente, y en la diócesis, con oficio de tres lecciones cada año. Escribió á este Santo Nicolao I, pontífice máximo, como puede verse en el artículo *De consecratione*, dist. 1.—A. L.

RADULFO (B.), arzobispo de Leon en Francia. Radulfo fué varon de

grande santidad y de la familia de los Pyrinos. Su grande instruccion, sus morigeradas cestumbres, su celo por el mejor desempeño de los altos y elevados cargos que obtuvo, y sobre todo sus excelsas y grandes virtudes y sus estimables prendes, acompañando á su indisputable y reconocido mérito, le engrandecieron sobre sus semejantes y le promovieron á grandes puestos. Primero fué monje cisterciense y abad del monasterio Igniacense, despues del de Claraval y rector de su célebre colegio. Fué obispo Agennense, y últimamente arzobispo de Leon. Ambas iglesias y diócesis hizo más ilustres con su ejemplo y con los grandes beneficios, hijos de su gran celo. Murió por los años de 1236. Fué sepultado en Claraval en la misma sepultura en que lo habia sido S. Eskilo, arzobispo Lundense.— A.

RADULFO (B.), confesor, religioso franciscano, natural de Inglaterra. Fué doctor en teología, y obtuvo una cátedra magistral en París; el rey de su país le ofreció una mitra, que renunció por vivir separado de los negocios del siglo. No mucho despues tomó el hábito de los Hermanos menores, en el que vivió y murió santamente hácia el año 1270. Antes de entrar en la religion se llamaba Radulfo Ebisach, y algunos autores suponen es el mismo que Radulfo Coleburgo, de quienes nos ocuparemos en sus lugares respectivos. La Orden Seráfica celebra las virtudes del B. Radulfo en 12 de Abril.— S. B.

RADULFO (B.), confesor. Religioso franciscano, célebre por la perfeccion y pureza de su vida, de manera que es tradicion en su Orden, que cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa bajaban los ángeles á ayudársela. Murió y fué sepultado en el convento de Santiago de Reims el año 1307, dejando desde entónces tan grande reputacion que la Religion Seráfica celebra su memoria en 26 de Enero.—S. B.

RADULFO, historiador de las Cruzadas. Nació en Caen, en Normandía, hácia el año 1080, de una familia ilustre. Terminados sus estudios, fué á Roma, de donde partió para Jerusalen; se cruzó, siguió al ejército de Boemundo, y combatió despues bajo las banderas de Tancredo en la expedicion de Edesa. No se sabe nada del grado que ocupó en el ejército; pero no puede dudarse que era muy elevado, puesto que Boemundo y Tancredo tuvieron con él particulares atenciones. Se supone que este Radulfo era gobernador de Antioquía en tiempo de Rogerio, sobrino de Tancredo y sucesor suyo en el principado de esta ciudad, y á quien Gauchier llama Radulfo de Acre. Parece que Tancredo le habia exhortado con frecuencia á escribir su historia, pero que se excusó diciéndole: «No os elogiaré durante vuestra vida, sino despues de vuestra muerte, cuando ya no haya lugar al orgullo y la lisonja.» Radulfo escribió, sin embargo, esta historia, que envió despues de concluida á Amoldo, patriarca electo de Jerusalen, para examinarla y cor-

regirla, creyendo deber someterla al exámen del que habia sido su maestro en su juventud. Esta obra principia en 1096 y concluye en 1108. Por esta época fué cuando viéndose la ciudad de Antioquía rodeada de enemigos, emprendió Boemundo un viaje á la Pulla, dejando á Tancredo sin provisiones ni recursos. Casi todos los historiadores han pasado en silencio esta partida de Boemundo, ó la han tocado muy ligeramente. Aunque Radulfo ha seguido el mismo plan en su historia, dedicándose á la descripcion de la cruzada y de la conquista de Jerusalen, su objeto principal fué trasmitir á la posteridad las virtudes y las hazañas de Tancredo, uno de los jefes de la Cruzada, de donde procede que su obra se intitule *Los hechos de Tancredo*, y que refiera todas las circunstancias de su vida, y muchas particularidades sobre el sitio de Nicea, sobre la manera con que fué entregada Antioquía á los cruzados y sobre la toma de Jerusalen, que no se hallan tan bien detalladas en ninguna otra parte. Es muy superior además á los otros escritores de su siglo por la belleza y la elegancia de su estilo, y lo que aumenta mucho el mérito de su historia, es que no refiere más que lo que ha visto por sí mismo, ó sabido de los dos generales Boemundo y Tancredo, á cuyas órdenes sirvió. El P. Martenne ha impreso esta historia en el tomo III de sus *Anécdotas*, por un manuscrito de la abadia de Gemblours, que creia el original.—S. B.

RADULFO, abad de Coggeshale, en Inglaterra, y autor de una *Historia de las conquistas de Saladino*, de que fué testigo, se halló en Jerusalen cuando el sitio y la toma de esta ciudad, volviendo despues á Inglaterra, donde murió en 1228. Baleo y Pitseo, escritores ingleses, hablan de él con elogio. Intituló su obra *Cronica de la Tierra Santa*, y bajo este título la publicó el P. Martenne en el tomo V de su grande coleccion. El asunto de su historia es que descontento de los cristianos el sultan de Egipto Saladino, y en particular de los templarios, que habian roto la tregua y se negaban á darle una satisfaccion, entró en sus tierras en 1189 con un numeroso ejército. Derrotados los cristianos en la batalla de Tiberiades, tomó Saladino aquella ciudad, y despues todas las que se encontraban en el camino de Jerusalen, á que puso sitio el 20 de Setiembre del mismo año. Se continuó hasta el 5 de Octubre, en que cayó en poder de los infieles, despues de haber estado en el de los cruzados unos ochenta y nueve años. Pensóse desde luego en recobrarla. Los reyes de Francia y de Inglaterra se cruzaron y se pusieron en camino para la Tierra Santa. El emperador Federico escribió á Saladino le entregase las ciudades que habia tomado á los cristianos, amenazándole de lo contrario á obligarle á ello á mano armada. Este príncipe hizo en su carta la relacion de todas las provincias sometidas á su imperio. Saladino no se asustó, é hizo á su vez ostentacion de sus fuerzas y poder. Pero aunque

se creyese en estado de sostener la guerra de que se veia amenazado, ofreció, sin embargo, proposiciones de paz que no fueron aceptadas, terminando aquí esta historia, segun la relacion de cuantos la han leido. El manuscrito de la abadía de S. Victor, de donde la tomó el P. Martenne, contenia otra obra de Radulfo, que no se habia impreso todavía, á saber, una crónica inglesa, que comienza en 1066, ó en la conquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía, y concluye en 1200. Esta crónica contiene una multitud de hechos que se refieren á la cruzada. Radulfo habla de la fundacion de un monasterio y de sus primeros abades, y cita su libro de las misiones, que no ha llegado á ver la luz pública. Escribió además un libro acerca de la revolucion de Inglaterra en tiempo del rey Juan— S. B.

RADULFO, monje de Cluni y discípulo de Pedro *el Venerable*. Se distinguió por sus numerosos conocimientos, y publicó algunos escritos más elegantes de lo que se podia esperar en la época en que los compuso. Las circunstancias de su vida son muy inciertas. Créese que nació de unos padres más recomendables por su piedad que por el lustre de su religion. Luego de salido de la infancia, se retiró á la abadía de Cluni, donde hizo profesion de la vida monástica. Aunque en aquel monasterio no estaban del todo descuidados los estudios, no podian empero satisfacer sus deseos, por cuyo motivo obtuvo permiso del abad para ir á instruirse á otras escuelas; y despues de haber frecuentado muchas, se fijó, por fin, en las de Chartres. Hallando Pedro *el Venerable* la mejor disposicion en este religioso, tuvo el gusto de formarle; y despues de haberle hecho un hábil gramático, un excelente músico y un consumado dialéctico, le revistió de la órden del sacerdocio. Su prelado, continuando en distinguirle por su mérito, le escogió para acompañarle en sus viajes á Roma. Algunos autores dicen que á la muerte de Pedro le eligió la parte más sana de la comunidad para sucederle, y que esta eleccion no encontró oposicion sino por parte de algunos monjes, que hinchados neciamente por su nobleza, repugnaban el tener por superior á uno de sus hermanos cuyo nacimiento no era igual al suyo. Prefiriendo empero el humilde Radulfo el estado de simple religioso al de la prelatura, se salvó en los bosques, resuelto á permanecer oculto en ellos. Pero insistiendo los religiosos de su partido en que recayese la eleccion en favor suyo, fueron á buscarle; y en presencia de una reunion numerosa le pusieron en posesion de la abadía, haciéndole tocar las cuerdas de las campanas, que era la señal de la posesion de la prelatura. Pero esta relacion se halla destituida de todo fundamento, pues es sabido que dedicó la vida que habia escrito de Pedro *el Venerable* á Esteban, abad del monasterio de Cluni. Los que le hacen abad dicen que durante su gobierno hizo á su monasterio todo el bien que podia esperarse de su discrecion y de su saber, ya

haciendo renacer la piedad y las ciencias, ya reparando los edificios, ya enriqueciendo la iglesia y aumentando la biblioteca. Ignórase la época de su muerte. Su *Vida de Pedro el Venerable* se halla en el tomo VI del P. Martenne, y en la *Biblioteca de Cluni;* Paris, 1614.—S. B.

RADULFO ó Raoul. Llamóse á este religioso *el Flavicense*, porque fué monje del monasterio de S. German de Flaix en la diócesis de Beauvais. Segun algunos autores vivió en el siglo X, pero con más seguridad en el siglo XII, pues que no hay duda alguna que murió el año 1157. Escribió veinte libros de Comentarios sobre el Levítico que se pueden ver en la *Bibliotheca Patrum;* y segun Alberic en su *Crónica*, Tritemio y Belarmino en sus *Escritores eclesiásticos*, Possevin, Sixto de Siena, Le Mire, Eisengrenius y otros autores, se le atribuyen otras obras.—A. C.

RADULFO (Fr.), monje del monasterio de Bonaval de Francia, correspondiente á la órden de S. Bernardo. Floreció por los años de 1180. Fué un celoso sacerdote, que entregado á la contemplacion y prácticas religiosas, nunca desmintió su carácter rígido en punto á la religion y á la observancia de su regla. Este varon lleno de virtudes, por su comportamiento, su profunda humildad, su continua oracion, mortificaciones y caridad, fué elegido por el primer notario de S. Hugon, despues abad de la misma casa, y finalmente obispo meldense.—A. L.

RADULFO de Coloburgo (Fr.), franciscano inglés, que enseñó sucesivamente en las universidades de Paris y Oxford con grande elogio sin que hayan llegado hasta nosotros ningunos pormenores sobre su vida y doctrina. Floreció en 1260.—S. B.

RADULFO Delfin (B.) confesor. Religioso franciscano del convento de Lovaina, donde tomó el hábito y se distinguió mucho por su erudicion y perfecta vida, de manera que fué tan buen religioso como insigne teólogo. Nombrado vicario de uno de los conventos de la Alemania inferior, vivia en aquella ciudad cuando fué tomada por los herejes el 8 de Abril de 1580, siendo obligado á salir de ella todos los religiosos con el clero, á excepcion del B. Radulfo que fué detenido en la cárcel, donde acabó su vida en medio de los mayores padecimientos. La Orden Seráfica celebra sus virtudes en 25 de Julio.—S. B.

RADULFO de Diceto. Fué dean de la iglesia de Lóndres y murió hácia el año 1210. Escribió: *De Synodis.—De Temporibus Mundi.—De Regibus Anglorum. Su Crónica* desde el principio del mundo acaba en 1198. Además de esto escribió: *Retratos históricos* desde el año 1148 hasta el 1200. Sus obras se encuentran entre los historiadores de Inglaterra, impresas, segun Dupin, en 1652.—C.

RADULFO de Fresburno, religioso de la órden del Cármen, viajó por

los santos lugares de Jerusalen, adonde fué á venerar el santo sepulcro de Jesucristo y visitar los sitios que glorificó con sus divinas plantas y que regó con su preciosísima sangre, meditando profundamente en su piadosa peregrinacion sobre la vida, predicacion, pasion y muerte y gloriosísima resurreccion y ascension á los cielos del Redentor del mundo. Llevó religiosos de su Orden á Inglaterra el año 1240, para que esparciesen la luz evangélica por aquellos países, estableciesen monasterios, y aumentasen las glorias del Carmelo. Segun Moreri este carmelita escribió diversas obras de las que no nos da ninguna noticia.—B. C.

RADULFO DE LAON. Radulfo, hermano del célebre Anselmo el escolástico, fué su colega en el gobierno de la escuela que abrió este grande hombre en Laon á últimos del siglo XI. Esta es precisamente la época en que comenzó á darse á conocer Raoul por sus lecciones, y desde este tiempo dividió el trabajo y la gloria con su hermano Anselmo, á quien siguió muy de cerca, si no le igualó en luces ni en méritos. Raoul formó tambien parte en lo que hizo Anselmo por el restablecimiento de las letras. Aparecen en todas partes juntos animados del mismo espíritu, igualmente queridos y estimados. Los escritores que hablan de Anselmo le unen con frecuencia á Raoul, y dan á ambos el justo tributo de los elogios prodigados á su mérito. Esto es lo que se nota en Juan de Salisbury, du Boulay, Godofredo de Auxerre, etc. Raoul era mucho más jóven que Anselmo, y estamos inclinados á creer que fué deudor de su educacion á este digno hermano, que se habia dedicado á formarle y hacer otro sabio á semejanza suya. Despues de la muerte de Anselmo, á quien parece sucedió en la dignidad de canciller, estuvo encargado por sí solo de la direccion de las escuelas. Lo que nos hace creer que Raoul fué canciller de la iglesia despues de la muerte de su hermano es la carta de la fundacion de Cuissi, hecha en aquel mismo año 1117, en la que se lee la suscripcion siguiente: *Radulphus Sanctæ Mariæ cancellarius relegi.* ¿Quién es este Raoul si no era el hermano de Anselmo, de quien era natural que fuese el sucesor en una dignidad, que fuese tan capaz de desempeñar como dignamente ejercia ya la direccion de las escuelas? Doublet, en su *Historia de S. Dionisio*, nos ha dado dos cartas de Bartolomé de Vire, obispo de Laon; una del año 1125 y otra de 1126, en las que encontramos la misma mencion ya referida. Lo que no deja duda de que sucedió á su hermano Anselmo en la dignidad de canciller de la iglesia catedral de Laon. S. Norberto fué á visitarle el año 1120 un poco ántes de la cuaresma, é hizo una exhortacion tan patética sobre el desprecio del mundo en presencia de los discípulos de Raoul, que convertidos siete de ellos, renunciaron al estudio para seguir á este varon apostólico. El V. Bartolomé de Vire, obispo de Laon, acababa de ceder á Norberto la soledad de Premontré para edificar

un monasterio con el objeto de conservarle en su diócesis. Este siervo de Dios no tenia entónces más que tres discípulos, Hugo, Evermoldo y Antonio, que le acompañaban en sus misiones. Habiéndose aumentado en Laon durante la cuaresma este pequeño grupo tan respetable por su piedad, los condujo Norberto á Premontré la semana de pasion, comenzando entónces á echar los cimientos de su Orden. Los discípulos de Raoul fueron como las piedras fundamentales de esta religion, y se distinguieron en sus más austeras prácticas. Se hallaban, por otra parte, perfectamente instruidos, y eran capaces de ocupar un dia las primeras dignidades de la Orden y áun de la Iglesia á que los destinaba la Providencia. Tal es la idea que debe formarse de Gualtero de Montagne, que fué primer abad de S. Martin de Laon, y despues sucesor de Bartolomé en la silla de esta ciudad; de Gerardo, primer abad de S. Nicolás de Clairson; de Adam, segundo abad de S. José aux-bois ó de Dammarrin en la diócesis de Amiens, y del B. Ricardo, abad de Pont-à-Mousson, etc. Raoul vivia aún en 1129 y 1131, como se deduce de dos cartas que firmó en calidad de canciller, la primera dada por el obispo Bartolomé en favor de la abadía de S. Vicente de Laon; la segunda es la de la fundacion del monasterio de Claifont en 1181. Pero habia muerto en 1138, pues encontramos una carta de este año firmada por otro canciller llamado Ernauld, que pudo haber sido el sucesor inmediato de Raoul. 1.° Se debe desde luego hacer la observacion de que Raoul debió tomar una parte muy activa en las obras de su hermano Anselmo, aunque los nombres de los dos hermanos solo se hallan en la de las sentencias. Quizá Anselmo habia dejado imperfecta esta última obra, y Raoul le dió la última mano. 2.° En 1112 trabajaron juntos los dos hermanos en una coleccion de pasajes de la Sagrada Escritura para consuelo de los habitantes de Laon á quienes preservó Dios del hierro y del fuego en una sedicion. 3.° Godofredo, discípulo de S. Bernardo, que escribia contra los errores de Gilberto de la Porée, poco despues del concilio celebrado en Reims en 1148, cita un escrito de Raoul, en que enseñaba que por los nombres de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo no se entienden las propiedades, pero no da el título á esta obra, contentándose con citarla solo en general. Pero este escrito no ha llegado hasta nosotros. 4.° El analista de Premontré menciona otra obra de Raoul sobre el Apocalipsis, que se halla entre los manuscritos de la abadía de S. Marien, con este título: *Glossæ magistri Radulphi in Apocalypsim.* Pero verisímilmente esta glosa no es más que el comentario de Anselmo sobre el Apocalipsis, que se atribuye á Radulfo, porque, como hemos observado ya, tenia gran parte en las obras de su hermano. El P. Martenne habla de estas glosas en su *Viaje literario*, y siguiéndole el P. Bernardo Montfaucon. 5.° Raoul es autor de dos pequeños tratados que se conservan todavía

hoy en un manuscrito de la biblioteca de S. Victor. Él primero trata de la aritmética, que intitula así: *Incipit liber Radulphi Laudunensis de Abaco.* El otro sigue inmediatamente y trata del semitono: *de Semitonio;* pero más bien de la parte teórica que de la práctica, dice el abate Le Bœuf, que era un juez excelente.—S. B.

RADULFO Marhan (Fr.), agustino inglés, natural del condado de Norfolk, fué doctor en teología por la universidad de Cambridge, y se distinguió por sus estudios dando grande honor á su Orden. Dejó algunas *crónicas* que parece llegaron á ver la luz pública.—S. B.

RADULFO, ó Roberto, Radimpton (Fr.). Mucha es la variedad con que denominan los autores cronistas de la órden de S. Francisco á este distinguido minorita; pero no cabe duda en que todos se refieren á él mismo, á pesar de que los nombres con que le designan sean tan varios como los que de él encontramos. Efectivamente, unas veces se le llama Radulfo Radimpton, y éste creemos que era su verdadero nombre, otras Roberto Radimpton, sin que pueda averiguarse el orígen de esta diferente manera de señalarle, y siendo tanto más extraño esto, cuanto que no era uno de esos hombres desconocidos, que se puede decir que pasan sin que los note ni áun su época y casa, sino que fué un hombre verdadamente distinguido, porque fué verdaderamente eminente. Vamos á exanimar sus acciones, tanto bajo la faz del servicio de Dios en el estado religioso, tanto á lo que de él podia esperarse y prometerse en el orbe literario. Precindiremos, pues, de encomiar el mérito que tuvo su generosa renuncia, no solo de cuanto tenia sino de su porvenir, que segun el mundo habia sido muy lisonjero, pues contaba con parientes colocados en las primeras posiciones oficiales de la magistratura, de las armas y áun en las rectorías de las academias más ventajosamente conocidas. Nada diremos tampoco de la dócil sumision con que hizo y se sometió á cuanto le prescribieron en la época de su noviciado, pues todas estas cosas, que redundan en su elogio, eran muy naturales tratándose de una persona tan delicada, de tanto pundonor, y que por su educacion se habia convencido de que el hombre se degrada, digámoslo así, cuando en el desempeño de su deber no se porta cual conviene á su dignidad. Considerémosle en su vida normal, por decirlo así, cuando su profesion constituyó estado, y entónces nos parecerá muy digna de atencion la conducta del distinguido religioso. Convencido como lo estaba de que el religioso debe cimentar todas sus virtudes sobre el sólido fundamento de la humildad, y que no puede dar un paso seguro, si no le da sobre el terreno firme de su propio desprecio, allá en su interior miraba sus circunstancias y las gracias que de Dios Señor nuestro habia recibido, y no sabia ni podia hacer otra cosa que humillarse más y más ante la consideracion de las dig-

naciones divinas, y rogar al Señor que le hiciese aprovecharse de los especiales favores con que S. M. le distinguia. Por lo que toca á sus hermanos, era para él una verdadera satisfaccion poder aliviarles en sus necesidades, servirles en todo, y en tal concepto nunca desdeñó los oficios más humildes, ni le hicieron sensacion los tratamientos ménos procedentes, porque decia que para tales cosas y nada más tenia él méritos, por lo que era una especial dignacion de Dios el que otra cosa sucediese. Si es en órden á los fieles puestos á su cuidado, es decir á aquellos á quienes dirigia en el confesonario, no se puede explicar por una parte el acierto con que los guiaba por el camino del bien, anticipándose á sus necesidades para prestarles el oportuno remedio, haciéndose intérprete de sus sentimientos para procurarles el debido aliento para caminar siempre avanzando por el camino de la virtud. Si examinamos á este Padre en el ejercicio del ministerio no ménos importante de la predicacion, lo primero que nos admirará ciertamente, porque esta es la palabra con que se denota exactamente la idea que queremos enunciar. Lo primero que nos admirará, decimos, será el que para él nunca hubo dificultades materiales para el ejercicio de la predicacion. Ni el frio, ni el calor, ni la distancia, ni la proximidad, ni la hora, ni el lugar le importaron nunca nada; así es que cuantas veces le buscaban, como no estuviese ocupado ó por la obediencia ó por otros sermones incompatibles con el que queria, cuantas veces, decimos, se le buscaba, estaba allí; y era buscado con extraordinaria frecuencia, porque las gentes le oian no solo con mucho gusto, sino con grande provecho, porque tenia mucho acierto para buscar los afectos con que habia de mover, y mucha y muy profunda erudicion para exponer la doctrina con que el entendimiento habia de convencerse; y más que estas dos circunstancias, altamente estimables en verdad, le favorecia la de conocer perfectamente las necesidades morales de su auditorio, y á remediarlas dedicaba todo su esmero, atrayendo muchos al buen camino, y librándolos por consiguiente de la lamentable desdicha de su condenacion eterna. En órden á sí mismo era observante hasta la escrupulosidad, muy penitente y dado á la oracion de tal suerte, que cuando para este santo ejercicio le habia faltado el tiempo durante el dia, lo cual era bastante frecuente porque tenia muchas ocupaciones, se dedicaba á él durante la noche, y las pasaba casi sin dormir para evitar la pérdida irreparable que decia resultar á un religioso de la omision de este ejercicio tan provechoso, donde el espíritu se comunica con Dios, y Dios con el espíritu; y cuyos felices resultados han sido el llevar á la patria de los justos á los muchísimos que solo por este camino han ido allá. En su trato era extraordinariamente afable, muy benigno y atento, teniendo siempre en sus labios palabras de dulzura, que demostraban

la gran virtud y caridad de que estaba lleno, porque la caridad, como dice el apóstol S. Pablo, es benigna y sufrida, que era lo que demostraba el P. Radulfo en su trato con todos sin la menor excepcion. Pues si tan buen religioso era, segun hemos visto por su conducta inalterable y siempre la misma, en todo el tiempo que vivió en la religion, que fué hasta que Dios dispuso de su vida; no os admirará ménos cuando le consideremos en el órden científico, es decir, como discípulo, como maestro y como escritor. A la verdad, que ántes de entrar en la familia franciscana, ya se habia hecho notar por su claro ingenio y por su buena disposicion para los estudios, que en todo lo que concierne á humanidades y filosofía habia hecho no solo con provecho, sino con aplauso de sus catedráticos y de cuantos habian tenido ocasion de admirarle en la universidad de su patria, una de las capitales más importantes de Inglaterra. Luego que en la religion se le indicó que por sus antecedentes y capacidad habia de seguir los estudios para llegar despues á enseñar, no se puede explicar con qué aplicacion y provecho emprendió el estudio de la sagrada teología y derecho canónico, habiéndose aficionado á los estudios hermenéuticos de tal modo, que llegó á ser el primer escriturario de su religion, y sin duda uno de los que más valian en su época. Por esto indudablemente se decidieron sus superiores á confiar á su cuidado la enseñanza de esta parte tan importante de los conocimientos que á un teólogo son indispensables si ha de desempeñar debidamente su cometido y manejar con acierto el depósito de todas las verdades sobre que han de girar sus tareas apostólicas y trabajos literarios. Extraordinario fué el éxito que se obtuvo de sus explicaciones, siendo inmenso el concurso que se acercaba á oir á este grande hombre, y habiendo tenido la Orden que condescender con el deseo manifestado por el Obispo y por las autoridades de que se permitiera acudir á la clase á todos los que quisiesen: tal era la celebridad de aquel sabio maestro. Y esta tan grande celebridad, este deseo que tanto él cuanto sus superiores y amigos tenian de que no fuese infructuoso el don que el Señor le hacia con una tan rara habilidad para la interpretacion y enseñanza de los libros santos, fué lo que decidió á los superiores á obligarle á escribir, y á escribir sobre este asunto y en este género, que estaba tan en armonía con sus conocimientos, y á cultivar el cual se habia dedicado siempre. Como todos le instaban para que hiciese una exposicion completa de la Santa Biblia, toda vez que en sus explicaciones consignaba que cada libro en su sentido merecia y necesitaba estudiarse con atencion, él se decidió por llevar á cabo este proyecto, pero luchó con un inconveniente para él insuperable, y fué que apénas hubo comenzado su preciosa y muy bien hecha obra, cuando el Señor le dió la enfermedad que le hizo bajar al sepulcro, por cuyo motivo no nos ha dejado

más que el *Commentarium super quatuor libros sententiarum*; obra muy apreciable, porque en ella con grande órden se citan la mayor parte de los dichos de Santos Padres que exponen estos libros, y que da idea de que hubiese sido una gran cosa si se hubiera logrado toda la Biblia de esa manera expuesta. Habia anteriormente publicado unas *Lecturas escolásticas*, tambien de mérito, aunque de otro género más ligero; pero una cosa y otra hacen formar la idea de que Radulfo Radimpton como hombre de letras habia sido tan apreciable como en el concepto de buen religioso, y que por ambos merece que su nombre se perpetue para edificacion y ejemplo de los fieles. Floreció á mediados del siglo XIV sin que se sepa á punto fijo la época y edad en que le sorprendió la muerte.—G. R.

RADULFO ó Raoul de Rivo. Fué este eclesiástico natural de Breda, y segun Possevin y Le Mire, á los que siguió Moreri, fué dean de la santa iglesia de Tongres en el siglo XIV. Se hizo célebre en Roma y en su país por sus grandes conocimientos en teología, en el derecho canónico y en las lenguas. Escribió un *Tratado* titulado: *De canonum observantia*, que se halla en la *Biblioteca de los Santos Padres de la Iglesia*, y además es autor de las obras siguientes: *De Psalterio observando.—Historia episcoporum Leodiensium.—Candelarium ecclesiasticum*, y otras que cita Valerio Andrés. Murió Radulfo el año 1403.—A. C.

RADULFO Vivario (Fray). Fué natural de Cremona y descendiente de una de las familias más acreditadas de aquel país. Desde los primeros años de su infancia se mostró dócil en seguir la senda que le trazaban tanto sus padres como sus maestros, los cuales fueron escogidos de entre los más hábiles y piadosos, porque en verdad sus padres eran aún mucho más célebres por su piedad que por su nobleza y cuantiosos bienes. Luego que el jóven estuvo en edad á propósito, le mandaron á estudiar á Bolonia, y en su célebre universidad aprendió leyes y cánones, siendo no solo de los más aventajados, sino de quien echaban mano sus maestros cuando por algun motivo no les era posible asistir por sí mismos á la cátedra. Es verdad que para que aprovechase tanto, le ayudaba en gran manera la especial circunstancia de ser excelente latino y de haberse dedicado al estudio de la filosofía con un cuidado no solo atentísimo, sino fomentado por la lectura de muchos y buenos autores, que la trataban con toda extension y minuciosidad. Claro es que al concluir una carrera que nuestro esclarecido Radulfo comenzó con tan buenos auspicios, estaria en disposicion de recibir la honrosa distincion del doctorado; así como no es posible dudar que con los ejercicios por los cuales se prueba la suficiencia, no solo la acreditó hasta donde era de desear, sino que sobrepujó hasta los mismos deseos, y áun lo que sus maestros habian pensado acerca de él. Así es que su investidura fué una verdadera solemni-

dad literaria, pues creyendo todos rendir un homenaje á su ciencia y á su aplicacion, concurriendo á este acto, se llenó el salon de doctores, y Bolonia vió una vez más reunidos á los muchos sabios que cobijaba en su seno esta ciudad tan importante en el órden científico. Apénas estuvo laureado con el distintivo y honorífico título de doctor, cuando la misma universidad que con él le señalára, quiso utilizar sus profundos conocimientos, sacándole de la masa comun, digámoslo así, para colocarle en eminente altura, y por esto le nombró catedrático, cargo que desempeñó con grande esmero, procurando de un modo increible el adelanto y aprovechamiento de sus discípulos, para lo cual les facilitaba los medios de comprender perfectamente lo que se les enseñaba, porque lo hacia con tanta erudicion, de una manera tan conveniente y digna, que cuanto más se le oia, más queria oírsele, y se anhelaba talmente el momento en que en cátedra desplegaba sus labios, para recoger con el mayor afan las palabras que de ellos salian, como un tesoro de verdadera ciencia. Uno y otro año iba creciendo su fama, y como era consiguiente cada vez era más numerosa la concurrencia que acudia á Bolonia, sintiendo todos vivamente el que lo numeroso de su cátedra no permitia al profesor hacer cuanto hubiera querido, y proponiéndose cada cual acudir no más que para oir su doctrina, áun cuando hubieran salido ya de su férula y áun de los estudios todos, por tener concluida su carrera. Mucho importó tan buen nombre, no solo al señor Vivario y á su familia, muy esclarecida ya por otros conceptos, sino á toda la universidad de Bolonia; así que cuando ella hubo de mandar á Roma una persona de su seno que evacuase ciertas diligencias, algun tanto delicadas y por demás difíciles, el comisionado fué, y esto era muy procedente, nuestro Rodulfo, que como era consiguiente fué recibido en la capital del orbe católico con las muestras de la más señalada deferencia. Parecia, segun los juicios que forman los hombres, juzgando solo por las cosas que ven, que toda la elevacion posible, que muy señaladas pruebas de afecto y honrosísimas distinciones iba á traer á su universidad y á su persona, el que indudablemente cumpliria su cometido con indecible fidelidad; pero no sucedió de esta manera. Es verdad que cumplió los encargos á que fuera con un éxito el más favorable; pero cuando remitió los documentos que lo acreditaban, remitió tambien la renuncia de su cátedra, diciendo al respetable claustro, á que se honraba de pertenecer, que no le era posible volver al desempeño de su cátedra, porque habiendo dado distinto rumbo á sus aspiraciones, otra tenia que ser su conducta, por haber visto clara y patentemente que era otro el camino por donde el Señor le llamaba á su servicio. Efectivamente, á su llegada á Roma, ó más bien cuando caminaba hácia la ciudad santa, deliberó abandonar el mundo, cuyos peligros veia cada dia mayores, y se re-

solvió á no tomar ningun cargo ni eclesiástico ni secular que fuese honroso ni distinguido, sino solamente á ocultarse y dedicar su vida toda al servicio del Señor, mediante su ingreso en algun instituto religioso. Para tomar una resolucion tan importante un hombre de las circunstancias del Sr. Radulfo Vivario, preciso era que meditase bien lo que hacia, y áun que consultára su determinacion, para no exponerse á que un paso precipitado le diera un resultado fatal; por esto comenzó á visitar los conventos todos de Roma, á examinar los institutos que allí abundan, y á buscar cuál era más conforme no solo á sus deseos, sino á sus caritativas miras, pues él, aunque pensó principalmente en asegurar su dicha eterna, no descuidó, como era debido, el importante medio de ser útil á sus hermanos, procurándoles toda especie de ventura, proporcionándoles en cuanto estuviese á su alcance los medios de ir á Dios, y áun de remediar las necesidades materiales, con cuya satisfaccion no cabe duda se adelanta mucho para el espíritu, porque evitándose muchísimos males se pone á la criatura en aptitud de obrar mucho bien. La especial providencia del Señor, que manejaba este asunto para su mayor gloria, dispuso que recorriendo Vivario los conventos de Roma, acertase á pasar por el de los Trinitarios en que residia por entónces el glorioso S. Juan de Mata. Aquel era el sugeto que Dios habia escogido para maestro y guia de su siervo Radulfo, y por consiguiente verse ambos y estrechar la más íntima amistad todo fué uno; asi como la primera cosa que manifestó Radulfo al Santo fué, como no podia ménos, su vivo deseo de entrar en religion y su decision acerca del instituto que habia de abrazar. Otro prelado ménos prudente que el glorioso S. Juan de Mata, habria comenzado por encomiar las virtudes que en su Orden se practicaban, y tal vez hubiese llevado su celo hasta el extremo de presentar su instituto como el mejor; Juan de Mata hizo todo lo contrario, le permitió observar, eso sí, todo cuanto hacian sus discípulos, y le dejó ámplia libertad para que tirase por donde quisiera, y ni una sola vez le manifestó lo más ventajoso que podia ser su instituto comparado á los demás; pero como ni Juan ni Radulfo habian de ser quien inspirára el movimiento que decidiera el camino por donde éste habia de ir, Dios, que era de quien tal resolucion habia de proceder, animó tanto á Radulfo y le movió de tal manera, que en una de las conferencias que muy frecuentemente tenian S. Juan de Mata y Radulfo, éste le pidió el santo hábito de la Trinidad, y el ingresar en su convento, sin perjuicio de estar dispuesto, como era consiguiente, á marchar adonde conviniera, á hacer de su persona lo que fuere necesario para bien de la religion Trinitaria y para santificacion de su propia alma. Puede inferirse la satisfaccion que en todos produciria la noticia de que Radulfo queria ser trinitario, con solo comprender que todos estaban perfectamente enterados y que conocian á fondo

sus excelentes dotes; por consiguiente, presumian con razon que muy mucho se podia esperar de que hubiese ingresado en tan acreditado instituto religioso. Él por su parte comenzó su noviciado como pudiera haberlo hecho el lego más insignificante, y esta circunstancia le enaltece á la verdad, porque dice mucho en favor el que un hombre de sus circunstancias, condiciones y prendas, se sujetare de la manera que él lo hizo á la voluntad de los superiores, deponiendo cuanto podia enaltecerle, para no conservar sino lo que segun el mundo tal vez le habria servido de humillacion. Excusado es decir que el glorioso S. Juan de Mata fué quien puso el santo hábito á su amigo Radulfo, así como el que en sus manos hizo éste su solemne profesion, pasado y cumplido el término por el cual debia estar en probacion, con completa satisfaccion de sus superiores, lo cual es mucho, porque como eran hombres de tanta virtud no era muy extraño el que exigiesen que los que habian de ser aprobados, se portasen enteramente como convenia no á principiantes, sino á varones perfectos; no á novicios, sino á profesos, cuyas virtudes fuesen ya una garantía, digámoslo así, de su perseverancia. Hay fundamentos para creer que cuando Radulfo ingresó en su religion, estaba ya ordenado de sacerdote, y por otra parte se puede tambien inferir que se ordenó estando en la comunidad; sea dicho lo que quiera, en lo que no cabe duda es en que al profesar tenia ya sobre sí este sagrado carácter, porque su superior y respetable amigo S. Juan de Mata, en cuanto le recibió la profesion, le destinó como misionero para que evangelizára el reino de Dios. Hízolo admirablemente, alcanzando ópimos frutos en las diferentes partes donde sembró la divina palabra, siendo admirado de cuantos le escuchaban; mas no con esa admiracion estéril, que de admiracion no pasa, y que da por resultado únicamente el que quien lo oye diga: ¡Qué bien lo hace! sino con la verdadera admiracion, cuyo término es la conviccion de lo que el orador dijo, la practica de sus sabios y saludables consejos; y como último resultado la enmienda de las costumbres, para que ella acredite que sus exhortaciones han sido eficaces, los motivos suficientes y el celo del orador lo que convenia para cumplir tan importantes designios. Era natural que al punto supiesen todos cuánto valia el nuevo trinitario, y que cada cual en su línea tratase de participar de sus buenos servicios hasta donde alcance, ó la capacidad para recibir tan ópimo fruto de parte de aquellos á quienes se hacian, ó la posibilidad de obrar en aquel por quien todo esto se llevaba á feliz término. Ocupaba la cátedra de S. Pedro el romano pontífice Inocencio III, y era, como todos sabemos, muy amante de la Iglesia, muy celoso por conocer cuáles de sus ministros eran acreedores á su aprecio y estima, y cuáles por el contrario merecian el verse privados áun del desempeño de sus importantísimos cargos; así que las noticias satisfactorias que de Radul-

fo recibió, le obligaron á llamarle á su presencia, y haciéndole conocer lo mucho que le complacia el que fuese tan digno y tan constante en el hacer cuanto podia por el bien de sus hermanos, le advirtiera que se valdria de él para algunas importantes y delicadas comisiones, en cuyo desempeño confiaba desplegaria el mismo celo, interés y abnegacion que habia demostrado hasta entónces. La respuesta de Radulfo no pudo ser otra que un profundo agradecimiento á tan notable deferencia, y una protestacion la más humilde y respetuosa de que cualesquiera que fueren las circunstancias en que su cooperacion se creyese conveniente, dispuesto estaba desde luego á ayudar á la Santa Sede á poner en juego sus deseos, pues conocia muy bien que no podrian ser otros que la prosperidad, dicha y ventura del comun de los fieles encomendado al paternal cuidado, tierna solicitud y amorosa vigilancia del Soberano Pontífice. Las primeras comisiones que el Pontífice le dió fueron importantes, si, pero reservadas, y por consiguiente el felicísimo éxito de ellas tuvo que ser únicamente conocido de los pocos que en el asunto mediaron; ya despues convino ponerle en evidencia, y el éxito público de su comision acreditó en gran manera la destreza del que la recibia. Fué el caso que Su Santidad habia indicado al patriarca de Alejandría que se iba á reunir el Concilio Lateranense, y que queria que á él compareciese este prelado con algunos otros de su vasta é importante provincia eclesiástica. Mas fuese por ocupaciones verdaderamente perentorias, ó más bien por nimiedades, que ni siquiera merecian nombrarse, ni mucho menos darlas la importancia que se les dió; es lo cierto que ninguno de Alejandría pensaba venir al Concilio, y esto era de mal efecto para la Santa Sede, y no le hubiera podido hacer bueno tampoco al comun de los fieles. Vacilando el Romano Pontífice entre si remitiria á Alejandría una bula conminatoria para en el caso de que no asistiesen sus prelados á la reunion de la Iglesia universal, ó una carta órden terminante para que compareciesen, creyendo y con razon que las comunicaciones y respuestas de unos y otros podian ocasionar dilaciones, que además de los disgustos consiguientes dieran por último resultado el que no se lograse el objeto; resolvió, de acuerdo con el Sacro Colegio, que un comisionado especial con facultades de legado *à latere* se encargase de esta comision; se personára con el patriarca, y haciéndole los cargos, reflexiones y advertencias de parte de Su Santidad en todos términos y en todos sentidos, lográra por fin ó una contestacion definitiva, ó el que viniesen á la Asamblea algunos obispos de aquella cristiandad. Radulfo fué el comisionado por el Papa para cumplir tan importante comision, y cuando algunos indicaron á Su Santidad que parecia conveniente que para este asunto se hubiese mandado á una persona que estuviese más alta en la gerarquía eclesiástica; su capacidad, dijo el Santo Padre, suple con ventaja lo que á

su dignidad puede faltar, áun prescindiendo de que alta dignidad es la de sacerdote y religioso. Fué en efecto á Alejandría; vió al Patriarca, y le dijo de órden de Su Santidad su empeño y comision, y por respuesta obtuvo el que el Patriarca, varios obispos y muchos clérigos de dignidad y de ciencia fueron á Roma con el legado para asistir al Concilio, y éste con su acertada prudencia supo prevenir los malos efectos que en el Pontífice hizo la primera negativa del Patriarca, disponiendo las cosas de suerte que recibido éste benignamente por el Papa y acatado el Papa como era debido, uno y otro quedaron altamente satisfechos, y uno y otro comprendieron bien el acierto que habia presidido á la eleccion, pues de seguro era muy difícil el que otro hubiese logrado un tan feliz éxito, porque para alcanzarle fué menester todo su tino, toda su prudencia. Al regresar de su importante comision deseó el Santo Padre que hubiese estado Radulfo en su sacro palacio empleado en alguno de los importantes oficios que en él desempeñan personas las más distinguidas; pero al hacerle conocer Radulfo que él era fraile trinitario, se contentó con nombrarle teólogo consultor del Concilio, permitiéndole vivir en su convento y observar completamente sus estatutos, que era su único deseo, pues parecia á la verdad que no se hallaba cuando tenia que infringir alguna prescripcion de su regla, siquiera fuese insignificante. Claro está que su merecida reputacion le hizo desempeñar importantísimos cargos en el Concilio, siendo uno de ellos el de dirigir su palabra á los Padres, lo cual ejecutó de una manera admirable, pues á la grandísima erudicion y profunda ciencia, que demostró siempre que fué preciso, agregaba elegancia pura en el decir, facilidad y fluidez en un latin correctísimo y una muy profunda humildad para no permitirse ni la más mínima expresion que pudiera, no digamos ofender, pero ni áun herir la más delicada susceptibilidad de los Padres. Durante la celebracion del Concilio llamó Dios para sí al patriarca de Alejandría, y pensando en darle sucesor, como era preciso, todos se fijaron en nuestro buen padre Radulfo Vivario. Claro es que en la sola enunciacion de que tal era la voluntad del clero y del pueblo, el Santo Padre tuvo la mayor complacencia en confirmarla, tanto más cuanto que su intencion habia sido hacer patriarca á Radulfo, aunque hubiese sido por medio de recomendacion directa á su beatitud, para que en él recayera la eleccion. Excusado es, pues, decir que se complació mucho en ello, y para demostrarlo será suficiente el que veamos la manera con que se hizo su consagracion en el mismo convento donde vivia, porque él suplicó al Santo Padre que así fuera. Esta ceremonia, que de por sí es solemnísima é imponente, se hizo muchísimo más, porque el Soberano Pontífice quiso asistir con su Sacro Colegio, y por consiguiente hubo de haber más séquito que el acostumbrado, lo cual dió esplendor grande á la ceremonia y mu-

chísimo honor al prelado. Aun en esta solemnísima y tan pública ocasion, quiso el Papa demostrarle su deferencia, pues en el momento en que el ceremonial prescribe que el electo sea colocado por el consagrante en su trono, quedando el consagrante en pie miéntras se canta el himno *Te Deum*; el Papa bajó de su silla, tomó por la mano á Radulfo, y Su Santidad misma le entronizó, no sin que se conmoviera no solo el electo, sino todos cuantos presenciaron una tan solemne ceremonia, que hace ver la alta distincion que merece un prelado cuando se le pone en el pleno ejercicio de su apostólica potestad. Confirióle el padre comun de los fieles cuantas facultades pudo, y con un vivo sentimiento de que se separára de su lado, partió nuestro Patriarca de Roma á Alejandría, y allí fué recibido con el entusiasmo y afecto que se habia sabido conquistar cuando se presentó en aquella importante metrópoli como legado de Su Santidad. Desde el primer momento en que llegó, y apénas tomado el indispensable descanso por la fatiga consiguiente á un viaje penoso y no muy corto, se dedicó al despacho de los asuntos con el acierto y con el tino que tuviera siempre, procurando reformar sin herir, y atrayendo á todos por la conviccion, sin poner en juego las amenazas, ni mucho ménos los castigos, sino cuando otro recurso le era absolutamente imposible. Tuvo, como era consiguiente, que corregir abusos, y su carácter firme y decidido no le permitia consentirlos en ninguna clase de personas por alta que fuese su categoría, por encumbrada que fuese su posicion. Por tal motivo, despues de haber indicado de muy buena manera á un señor principal el mal efecto que en todos producia el verle enredado en tratos que no eran convenientes, y échole notar que por esta y otras circunstancias faltaba á lo prescrito por la Iglesia, y se hacia acreedor á las censuras que la misma fulmina contra sus hijos, cuando dejando de mostrarse como tales, y olvidados de los respetos que les merece su buena madre, tratan á esta cual si fuese vil esclava, á quien de cualquier modo puede denostarse; despues de haber mandado que le hiciesen algunas notificaciones de oficio, para que asi quedase en enmendarse, y haciéndolo no tuviese que sufrir las lamentables consecuencias de sus desmanes, el señor no se enmendó, ántes por el contrario hacia vergonzosa ostentacion del ningun aprecio á las amonestaciones del prelado, de su ninguna atencion á las exigencias justísimas del que, padre y cabeza de una sociedad, tiene todo su interés en sostenerla esplendorosa y digna, y en evitar en ella todo mal ejemplo que pueda inficionarla, toda accion indebida que pueda ser pábulo á que la imitacion de este exceso consienta otros nuevos, y todos den por resultado el que la sociedad se corrompa, lo cual es lamentable, y el evitarlo es el primer cuidado del pastor fiel, que ha de guiar á todos por el camino de su dicha y ventura. La sentencia, pues, hubo de fulminarse, porque la ex-

quisita prudencia del Patriarca no encontró otro medio, si no de corregirle, al ménos de escarmentar á los demás, que con razon temian les aconteciera igual cosa si observasen igual conducta, y que comprendieron perfectamente á la vista de este hecho, que el Patriarca, por demás amigo de todos cuando le eran fieles, á nadie temia, ni por nada dejaba de cumplir su deber, como lo hizo dictando, firmando y mandando publicar la sentencia de excomunion, que era la procedente, y que el prelado tuvo buen cuidado en razonar, porque con razon temia se le haria algun cargo, si dejaba resquicio por donde este mismo cargo contra sus operaciones pudiera ingerirse. Aunque todos aplaudieron la determinacion del prelado, y á todos pareció justa hasta más no poder, el interesado en ella, que hubiese podido conseguir el ser absuelto con solo humillarse y próclamar su culpa y enmendarla, como estaba movido, puede decirse, del espíritu de Satanás, no solo no quiso hacer la menor cosa que demostrára su retractacion, sino que jurando dar muerte al prelado, ponia desde luego en juego cuantos medios estaban á su alcance para llevar á término sus depravados intentos. Antes de que veamos el modo con que los logró, que fué ciertamente muy glorioso para el prelado, porque gloria es y grande padecer por la justicia, hemos de referir alguna de sus obras grandes, que ha de jugar en el sangriento fin que tuvieron sus dias llenos de merecimientos. Llevamos ya referido que la circunstancia de ser religioso trinitario habia sido el motivo que le habia inducido á no aceptar los importantes cargos que dentro del palacio apostólico le ofrecia el Sumo Pontífice, y entónces consignamos que este excelente religioso no habia nunca dejado de vivir como tal, porque su profesion habia sido inspirada por Dios, y por consiguiente, dada su fidelidad á la gracia, de que nunca se apartó, necesaria era su perseverancia. No es por todo esto extraño que en el ejercicio del importante cargo de patriarca no se olvidára de su instituto, y procurase en la vasta region donde él gobernaba con tanto acierto un convento de religiosos trinitarios, donde pudiese lograrse el fin del instituto, y él á su vez tener el consuelo de poder comunicar con sus hermanos, y áun conocer de cerca y saber por menor los triunfos que lograban sus esfuerzos, y los favores y bendiciones que el Señor les prodigaba. No quiso el esclarecido prelado que el monasterio estuviese dentro de la ciudad, y le hizo construir á pocas millas de esta, en las márgenes del Nilo, con lo cual el lugar era más solitario, la vida de los religiosos más retirada, y las ocasiones de disipacion para estos ménos frecuentes. Dicho está que durante las obras, y áun miéntras se instaló la comunidad y tuvo el debido desarrollo, el prelado iba casi todos los dias á su convento, que así le llamaba; mas luego que hubo tomado aquello el aspecto que era debido, y á la observancia se la dió todo lo que ella merece, tan solo con alguna oca-

sion verdaderamente señalada, ó para recogerse algunos dias á ejercicios cuando las imprescindibles ocupaciones de su ministerio se lo permitian, iba nuestro prelado á su convento, y estaba algunos dias con sus hermanos, deponiendo, aunque momentáneamente, su altísima dignidad para ocuparse en los asuntos de su religion, que siempre le fueron muy gratos, así como cada vez se encontraba ménos satisfecho de haber ascendido á la alta dignidad para la cual, segun su confesion, no reunia ninguna circunstancia, aunque segun todos parecia haber nacido para tal cargo. Sabido es que áun las más insignificantes acciones de una persona tan principal como el Patriarca de Alejandría, se traslucen por más que él tuviese empeño por ocultarlas, y por consiguiente como en ninguna de las suyas ponia tal empeño nuestro Radulfo, nunca se ignoraron sus determinaciones, ni se dejó de saber, por decirlo así, sus entradas y salidas. Súpose, pues, en Alejandría que iba al convento, y que estaria allí cinco dias, y el desalmado caballero, que rencoroso por haber sido tan justamente sentenciado por su insistente tenacidad, habia prometido quitarle la vida, aprovechó esta ocasion para lograr sus intentos, viniéndose con algunos aliados suyos á las cercanías del convento para esperar allí la salida del prelado, que solia hacer siempre á la postura del sol, para poder de esta suerte viajar más humildemente y hacer sus excursiones, ó enteramente solo, ó cuando más acompañado de sólo un familiar. En la presente ocasion se retiró de su convento absolutamente solo, pues nunca consintió que le acompañáran los de la casa, y á muy pocos pasos fuera de ella, le acometió el desalmado excomulgado, y con golpes los más furiosos que descargaron sobre el venerando prelado todos los que acompañaban á su adversario, le dejaron como muerto, sin movimiento, y por consiguiente con esto saciaron su cruel saña, proporcionando sin quererlo nuevos lauros al prelado, porque mérito y grande habian de tener en la presencia de Dios estos golpes sufridos por su gloria, estos padecimientos llevados por su amor, y llevados sin la menor resistencia; pues poco tiempo despues, cuando se hizo la averiguacion conveniente de tan bárbaro atentado, confesaron sus mismos verdugos la sumision con que sufriera, y dieron tambien testimonio de la gran virtud que en esto dejaba ver el distinguidísimo prelado. Pero dejémonos de reflexiones y concretémonos á relatar lo que sucedió, pues todavía no es esto todo lo que Dios tenia reservado á su siervo, ni su carrera de merecimientos de toda especie estaba con esto concluida. Los autores del terrible atentado que se acababa de cometer contra Radulfo no podian ménos de temer que al momento en que se supiese el desagradable suceso, se fundáran en ellos algunas sospechas, y por lo tanto necesariamente habian de tomar algunas precauciones. La más indicada estaba el ocultar el cadáver; pero esto requeria

tiempo, y su depravacion no llegaba tampoco al extremo de haber consentido en ocultarle como un perro en aquellos campos; así que al recordar que en su venida á cometer el crimen, habian visto una barquilla desvencijada y medio deshecha, sujeta á un palo con no muy robusta cuerda, resolvieron llevar á ella el cadáver, como ellos creian, y dejándole allí colocado desatar la barquichuela, y que ella llevase el depósito que contenia adonde fuese la voluntad del Señor, ó cuando ménos, que ella y su cargamento perdiéndose en el Nilo hiciesen imposible la averiguacion del desastroso suceso, que acababa de verificarse en la persona del excelente Patriarca. Así lo hicieron en verdad; mas Dios, que vigilaba por su siervo y habia determinado concederle nuevos auxilios de gracia, nuevos destellos de su divino amor en el sufrimiento de nuevas penalidades, quiso que la barquilla no se sumergiese ni falleciese el prelado, sino que arribando aquella á un puerto distante como sesenta millas de Alejandría, allí fuese reconocido el cargamento que llevaba, y admirándose los del puerto de cómo habia podido llegar allá en condiciones tan desfavorables para navegar, quisieron sacar partido de la presa que lograban, porque no eran fieles, sino babilonios, los que por motivos de guerra ocupaban aquel puerto, y por consiguiente ningun respeto ni consideracion tenian á los cristianos; por lo cual apresaron al prelado, curándole ligeramente sus heridas, no á la verdad porque les diesen lástima y compasion sus sufrimientos, ni porque quisieran aliviar en lo más mínimo su suerte, sino porque conocieron desde luego que era persona muy principal y de gran valía, y esperaron que para su rescate pondrian en juego cuantos recursos fuera menester, y no solo se lograria una muy gruesa suma de dinero, sino que tambien se alcanzarian otras ventajas; porque los cristianos, decian, á toda costa querrán que vuelva á ellos este hombre, y para lograrlo habrán de entrar con nosotros en toda especie de transacciones. Por esto fué por lo que le restañaron las heridas, le dieron un ligero descanso, y le permitieron, no solo en su arribo, sino en su traslacion á Babilonia, algun mejor trato que el que suelen dar á los cautivos, que es á la verdad muy cruel. Hase consignado en las crónicas de donde tomamos estas noticias, que el encargado de su custodia era hombre que ya habia hecho sérias reflexiones sobre la verdad de nuestra religion y falsedad de la que profesaba, y que concibió desde luego esperanzas de que el prelado le instruiria en secreto, como verdaderamente sucedió; pues no solo abjuró su error y recibió el bautismo, sino que lo hizo pública y ostentosamente, sin miedo ni temor alguno á lo que pudiera sucederle; teniéndose toda la presuncion de que logró el martirio, aunque las más exquisitas diligencias que el prelado hizo para saber de él, despues de que ambos arribaron á Babilonia y el que le conducia se declaró cristiano, fueron enteramente inútiles.

Esto sirvió para mitigar los rigores del trayecto desde el puerto á Babilonia, pero se cambio en mal para nuestro prelado, luego que hubieron llegado allí, porque desconociendo que la influencia de un cautivo para con quien le lleva en manera alguna puede inclinarle de suerte que abjure su religion para seguir la del preso, sino que tiene que ser esto una gracia especial de Dios, un favor extraordinario de Su Majestad, pensaron que á las sugestiones de Radulfo se debia el que su custodio hubiera abjurado, y quisieron hacerle pagar los dos delitos, como ellos decian, el suyo por ser cristiano, el del jefe á cuyo cuidado le pusieron por haberse hecho tal á sus instigaciones y por las promesas exageradas, decian, que tú le habrás hecho para atraerle. De manera que á pesar de que el camino excitó de nuevo sus heridas no bien curadas, y estas volvieron á poner en peligro su existencia, no se le concedió todo el descanso que habria sido necesario, sino que por el contrario se le obligaba á trabajar y se le dedicaba á trabajos no solo violentos y penosísimos, sino afrentosos, cual era el aseo de las calles y la recomposicion de los caminos; siendo una cosa que conmovia el ver á un hombre tan respetable, cuyas delicadas manos parecian despegarse del tosco instrumento que manejaban, y sufriendo no solo con resignacion, sino con alegría, y trabajando no solo con constancia y precisado, sino con afan; áun cuando se veia destilar gota á gota el sudor copiosísimo que indicaba su fatiga, la sangre que en muy grande abundancia manaba de sus llagas, repetidas y exacerbadas cada dia por la continuidad de los violentísimos trabajos en que tenia necesidad de ocuparse. Movidos no á compasion, porque compasion no cabia en aquellos desalmados, pero al menos á consideracion, porque si así continuaba desgastándose aquella debilitada naturaleza concluiria por destruirse, y no podrian conseguir el precio de su rescate que era lo que se iba buscando, le dejaron un dia al cuidado de los otros cautivos enfermos, y para que les ministrase en lo que fuese necesario: el celo por la gloria de Dios que le habia animado siempre, y el vivo deseo que tuvo de que todos conservárán en sus espíritus la fe, que ardiendo en ellos les daba vida, y que extinguida habia necesariamente de demostrar su ruina, les habló de Dios, los alentó, los fortaleció de tal manera, que nuevamente clamaban á la noche, cuando estaban con sus verdugos, no ya por su rescate, sino porque el Señor les diese las necesarias fuerzas para sufrir los inicuos é indebidos tratos que se les daban, y que eran en verdad poco si se comparaba á lo que debian ellos á su Dios, siquiera no atendiesen á otra dignacion de su adorable Majestad que la de haberles hecho nacer en el seno del cristianismo. Dirigian denuestos á las falsas religiones, confesaban la verdad de su fe y hacian lo que debian, es verdad, pero perjudicaban involuntariamente al celoso pastor que para su bien los exhortára, y que con verdad

se puede decir tuvo para ellos más caridad aún que amor á sí mismo, pues previendo, como no podia ménos, lo que habia de sucederle, no se contuvo ante la espectativa de la crueldad y barbarie con que habian de tratarle. Claro es que apénas supo el gobernador lo que pasaba entre los esclavos, que sin dejar de hacerles sentir á ellos su enojo, le desplegó todo contra el V. Patriarca, y luchando entre si le quitaria la vida para escarmiento, ó le condenaria de nuevo á mayores y más violentos trabajos para que alli la perdiese, temeroso él de perder el precio de su rescate, resolvió por último que le llevasen á un oscuro calabozo, donde con alimento grosero y escaso esperára el dia en que los de su Iglesia, mandando por él, hiciesen un gran sacrificio pecuniario, única manera de ponerle á salvo. Es la verdad que apénas se supo en Alejandria la infausta noticia del cautiverio del Patriarca, todos se apresuraron á buscar recursos, porque el rey de Babilonia habia ya indicado que no se podria lograr el salvar á este insigne personaje si la recompensa no era adecuada, si el precio que por él se pagaba no era un precio exorbitante, asi como tambien es muy cierto que los hermanos de nuestro glorioso mártir, es decir, los trinitarios, creyeron llegado el momento de ir personalmente á sufrir el cautiverio, por cuanto era mucho más importante la persona de su prelado que lo que podrian ser, no digamos algunos, sino muchisimos de ellos; pero Dios, que dispone todas las cosas, Dios, que habia permitido este desgraciado suceso, por una parte, para probar la firmeza de su siervo, por otra para ver hasta dónde llegaba el interés y el afan de aquellas ovejas por su pastor, y que habia logrado ya que los sucesos diesen á entender ambas cosas; Dios dispuso que su siervo ya no existiese entre los vivos, pues le llevó para si el dia de la fiesta de la Ascension de Jesucristo á los cielos, año de 1243. Aun cuando el rey de Babilonia no pudo lograr lo que hubiese querido por el rescate de nuestro prelado si hubiese estado vivo, consiguió alguna gruesa cantidad porque se permitiera tomar su cadáver, y los que habian ido para rescatarle le tomaron en efecto, llevándole á Alejandria con suma veneracion y respeto; y siendo en su arribo recibido con entusiasmo y con vivísimo sentimiento de su pérdida por todos los que habiéndole conocido no podian ménos de lamentarle. No se sabe á punto fijo dónde se sepultó definitivamente, pues querian con razon los señores del cabildo que fuese en la catedral, y sus hermanos tambien con fundamento querian tenerle en su casa. Desde el momento comenzaron las averiguaciones acerca de la heroicidad de sus virtudes, y no fueron desfavorables las primeras diligencias; sin embargo, el por qué ni cuándo se suspendieron, cómo ni por qué motivo no han dado un resultado positivo, son asuntos que se prestan á grandes conjeturas, sin que en verdad se pueda decir otra cosa sino que sus virtudes fueron exce-

lentes, grandes sus padecimientos, y acaso Dios haya reservado á otra época la gloria de poner en los altares al P. Radulfo Vivario.—G. R.

RADWIN (V. Florencio), canónigo de Utrech, á quien apreciaba tanto por sus virtudes S. Gerardo, fundador, que cuando murió le dejó en lugar suyo, encargando á todos los sacerdotes que le mirasen como rector y maestro. Descendia Florencio de una antigua y noble familia, la que le obtuvo una canongia muy pingüe en una de las principales iglesias de Alemania; mas deseando adelantar en el camino de la perfeccion, se propuso seguir los ejemplos y doctrina de Gerardo, por lo que permutó su canongia con un beneficio de la iglesia de Deventer. Admiráronse unos y criticaron otros una permuta en que tanto perdia en rentas y honores; pero Florencio, que se sentia llamado por superior vocacion, pretendiendo cosas mayores, miró con indiferencia los dichos de los unos y las burlas de los otros. Escuchaba siempre á Gerardo con grande atencion y devocion; y cuando no pudo resistir ya el espíritu que le animaba, fué un dia á su casa, y arrojándose á sus pies le dió cuenta de lo que sentia en su alma. Recibióle Gerardo con increible gozo, porque le daba Dios esperanzas de los muchos sacerdotes que tras este habian de venir á aumentar su congregacion. Abrazáronse los dos con la mayor ternura, y Florencio hizo desde luego renuncia de todos sus bienes en manos de Gerardo para que se empleasen en el sustento de los clérigos que solicitaban ser admitidos en la nueva congregacion. Vistióse desde entónces Florencio con la mayor pobreza, y cambió de tal manera sus costumbres y vida, que causó en cuantos le conocian general admiracion. Habitaba en una misma casa con Gerardo, distinguiéndose por el grande fervor de su espíritu, continua oracion y penitencia, que eran tan continuas como rigorosas. No fueron menores sus ayunos y abstinencias, que le hicieron perder el sentido del gusto. Mortificaba constantemente todas sus pasiones, y ejercitaba todas las virtudes, siendo sin igual en el desprecio de todas las cosas y menosprecio de sí mismo, de manera que con su ejemplo animaba el fervor de los demás clérigos que componian aquella pequeña comunidad. Era el primero en todos los oficios bajos y humildes, tomaba para sí lo más difícil en todos los trabajos, y era un vivo dechado de todas los virtudes. Cuando murió Gerardo nombró, como dijimos en un principio, á Florencio por superior de los demás clérigos, que eran ya en crecido número. Comenzó desde entónces á trabajar mucho más si era posible en el acrecentamiento de su virtud, y á tratar su persona con el mayor abatimiento y desprecio, siendo para con los demás amable y sencillo, cándido y benigno. Acostumbraban todos los clérigos de aquella congregacion á consagrar un rato todos los dias á ejercicios exteriores, porque así se lo habia aconsejado y enseñado su fundador y maestro; á lo que con mayor frecuencia se dedicaban era á escribir,

cosa que dice el autor de quien tomamos estas noticias no sabia hacer muy bien Florencio; mas por no faltar á las prácticas de observancia y humildad propias de toda congregacion, hacia los cuadernos para sus compañeros, se los rayaba, los leia despues y corregia con tanta gracia y amabilidad, que todos quedaban contentos y satisfechos. Como verdadero pobre de espíritu y humilde de corazon, era en extremo compasivo con los enfermos, llagados y leprosos, á los que servia y regalaba con sus limosnas en cuanto le era posible. Refiérense de este siervo de Dios un gran número de conversiones, que llevó á cabo en diferentes ciudades de Alemania, que recorrió una tras otra predicando y dando grandes ejemplos de austeridad, virtud y penitencia, y áun obrando muchas maravillas por gracia especial del Señor. No faltaba quien le calumniase y murmurára de su virtud; pero Florencio tenia grande placer en sufrir con alegría las injurias y afrentas por el nombre de Jesucristo, por lo que sin hacer caso de enemigos descubiertos ni ocultos, continuaron él y los suyos extendiendo con grande fruto el celo de la predicacion evangélica, no solo en Holanda, Güeldres y Brabante, sino tambien en Frisia, Westfalia y Sajonia, recorriendo otros muchos países de la Alemania superior é inferior, en que no solo hacian continuas predicaciones, sino creaban nuevas congregaciones, en particular de clérigos seglares, fundadas á imitacion de las suyas, de las que procedieron muchos sacerdotes tan profundos en las ciencias humanas como en las divinas, los que alumbraron toda aquella tierra con su luz y doctrina, ocasionando además muchas mudanzas de vida, y obteniendo grandes ejemplos de santidad, con lo que se vió en todo aquel país una tan notable como deseada reforma. «Autorizó tambien el autor la vida de este Santo, dice su biógrafo al terminarla, con algunas obras maravillosas, y confortóle con una vision de ángeles que tuvo, con que quedó animado para continuar toda su vida en la santidad que pide esta dignidad, como lo hizo hasta la muerte, acaecida en la víspera de la Anunciacion de nuestra Señora, de que era muy devoto. Luego uno de sus discípulos, muy distinguido por su santidad, tuvo revelacion de cuán aceptos habian sido al Señor los servicios de Florencio y de la grande gloria que poseia en el cielo.» Su vida y la de su antecesor Gerardo han sido escritas por el célebre y venerable Tomás de Kempis, que fué discípulo de Florencio por espacio de siete años, con no poca gloria de tan virtuosos é ilustres eclesiásticos.— S. B.

RADZIEJOWSKI ó RADZIEWSKI (Miguel Esteban). Este cardenal arzobispo de Guesne y primado del reino de Polonia, fué hijo de Gerónimo Radziejowski, vicecanciller del reino, y de una hija del conde de Tornow, que murió al darle á luz el 3 de Diciembre de 1645. A la edad de nueve años perdió tambien á su padre, que habia quedado en la miseria por haberle despojado de sus

bienes el rey Juan Casimiro, sospechando haber favorecido á sus enemigos. Condolida la reina María Luisa de Gonzaga de la pobreza y desamparo en que habia quedado Miguel, tomó á su cargo su educacion y le mandó á París, donde á costa de la soberana hizo sus estudios en el colegio de Harcourt. Luego que manifestó su suficiencia en la Sorbona, le hizo viajar la Reina á sus expensas por países extranjeros; y haciéndose lugar en Roma por su talento, fué graduado de doctor. Luego que estuvo instruido en los estudios de erudicion, á los que fué muy inclinado, en las ciencias y en las lenguas, volvió á su patria; y llegando á ocupar el trono el mariscal Sobieski, su tio, que fué reintegrado en él por el rey Miguel, y que tomó el nombre de Juan III, este soberano se declaró su protector y le confirió un canonicato en la santa iglesia de Cracovia, y despues le nombró obispo de Kiovia, desde cuya silla fué trasladado á la de Varmia, ó Warmia, á cuya dignidad unió la de vicecanciller del reino en 1679. Pidió el capelo el rey Juan para Radziejowski, y el papa Inocencio XI se lo concedió con mucho gusto en 1686, en que le creó cardenal sacerdote con el título de *Santa María de la Paz*. No contento el Rey con las gracias concedidas á su sobrino, le trasladó de la silla de Warmia al arzobispado de Guesne, que era el primado del reino. Deseoso de hacer el bien de sus diocesanos, á los que trató con el cariño de un verdadero padre, restauró las iglesias, fundó una casa para los sacerdotes de la Mision, dotándola con munificencia, y otro tanto ejecutó con los Carmelitas descalzos. Socorrió con sus rentas al Rey en la guerra que sostuvo contra los turcos, é hizo otras muchas cosas, en las que acreditó su celo por la religion y su amor patrio. A la muerte del rey Juan III, Miguel Radziejowski, como cardenal y arzobispo primado, convocó los estados del reino para la eleccion del nuevo rey, haciendo cuanto pudo para evitar la division de los ánimos en facciones. A pesar de lo que trabajó sobre esto, la eleccion se dividió entre el príncipe de Conti, que contaba con mayor número de votos, y el elector de Sajonia. Hízose éste coronar sin participacion del primado, el cual prefiriendo la paz y la tranquilidad de la patria á su amor propio, que no podia ménos de hallarse herido al ver menospreciada su dignidad, aunque bien á su pesar, reconoció al fin al nuevo rey Augusto II, nombre que tomó el elector. Faltando este monarca á muchos convenios, que habia hecho y firmado cuando se coronó, y habiendo atacado injustamente en la Libonia al rey de Suecia, atrajo á Polonia á este jóven conquistador, que venia resuelto á destronar á su enemigo. En vano trató el Cardenal primado de mediar en esta contienda con buen éxito para restablecer la paz; los ánimos se agriaron más y más, y la guerra se encendió de tal modo, que llegó el caso de tenerse que verificar otra nueva eleccion. Resintióse altamente la corte de Roma contra el primado, porque le creyó favo-

rable al de Suecia; é irritado vivamente contra él el pontífice Clemente XI, le escribió un breve muy duro en su lenguaje, por el que le ordenaba se presentase en Roma en el término de tres meses. Procediéndose á segunda eleccion, cayó esta en el condè Lecziuski, que al subir al trono tomó el nombre de Estanislao en 1699. Ya restablecida la calma, el cardenal Radziejowski se retiró á Dantzick, en donde murió el 13 de Octubre de 1705, á los sesenta años de edad, en la reputacion de hombre de gran cabeza y de gran ingenio; pero Moroni, en su *Diccionario histórico eclesiástico*, termina el artículo que le dedica diciendo que descuidó á su diócesis, y que acaso por débil tolerancia dejó pasar muchas cosas contrarias á las leyes del reino y de la religion, y que permitiendo congregarse á los luteranos, fué causa de muchos males para los católicos.—B. S. C.

RADZIWILL, cuatro príncipes de la familia de este nombre, que tenia por jefe á Nicolás IV, llamado *el Negro*, abjuraron el protestantismo y entraron en el seno de la Iglesia católica á últimos del siglo XVI; uno de ellos fué el célebre Nicolás Cristóbal Radziwill, que hizo una larga peregrinacion á la Tierra Santa, y tomó parte en los principales sucesos de su época, como diremos en su lugar respectivo.—S. B.

RADZIWIL (Nicolás Cristóforo), duque de Olica y de Neswitz, llamado *el Peregrino*, fué hijo mayor de Nicolás IV Radziwil, palatino de Wilna, descendiente de una noble y antigua familia, conocida en la historia de Lituania mucho ántes de su reunion á la Polonia por Jagellon. Nació en 1549. Su padre, que era gran canciller de Lituania, le mandó á Alemania á los catorce años de edad. El jóven Radziwil fué presentado al emperador Maximiliano II en la dieta de Augsburgo, y fué muy bien recibido. Como en su corazon germinasen buenas ideas religiosas y su alma rechazase el protestantismo, en cuanto murió su padre su hermano y él abjuraron el luteranismo. Despues de esta accion, que le alistó bajo las banderas del catolicismo, fué á Roma, en donde el pontífice Pio V le acogió con suma bondad. De vuelta á su patria en 1575, fué atacado Radziwil de una grave enfermedad, en la que desesperaron de salvarle los facultativos, haciendo voto si salia de ella de ir á visitar el Santo Sepulcro; y Dios, que queria que así lo verificase, le libró entónces de la muerte. Tomó al año siguiente las aguas de Javor para completar el método que se le habia impuesto, y con este y otro remedio consiguió la salud en 1577. En este tiempo estalló la guerra contra los moscovitas, é hizo la campaña de 1578. Las fatigas que pasó en ella volvieron á alterar su salud, y tuvo que ir á curarse á Alemania. Deseando cumplir el expresado voto, volvió á Lituania á preparar su viaje, cuando la llegada de Esteban Battori, rey de Polonia, cambió su resolucion. «Siendo militar, dice Radziwil, yo debia marchar con mi rey contra los enemigos de la patria.» Fué herido

nuestro héroe de una bala de fusil en la cabeza en la batalla de Polotsk, y luego que convaleció, volvió á apoderarse de su mente el proyecto de peregrinacion al Santo Sepulcro; y decidido esta vez, se puso en camino para Italia el año de 1580. La peste, que devoraba el Oriente, le obligó á volver á Lituania, y entónces acompañó á su soberano al sitio de Pleskow. La paz, que no tardó en contratarse, permitió á Radziwil efectuar su designio el 16 de Setiembre de 1598. Recibido con distincion por todas partes este ilustre peregrino, se embarcó en Venecia; y peregrinando por la Dalmacia, Zante, Candía y Chipre, desembarcó en Trípoli de Siria. En seguida peregrinó por el Líbano, Balbec, Damasco y el lago Genesareth en Samaria, y entrando en Jerusalen, su devocion excitó su amor á Dios; y visitando uno por uno los santos lugares que santificó con sus divinas plantas el Salvador del mundo, y los que regó con su preciosísima sangre para redimirnos, lloró con lágrimas de arrepentimiento por sus pecados y los de los demás hombres, y de gratitud por los beneficios que debia á tan querido padre, que por salvar á sus hijos de la esclavitud del demonio se habia ofrecido en sacrificio á su Eterno Padre hasta el punto de morir para señalarnos con su sacratísima sangre el camino de la vida eterna. Satisfecha su devocion en la ciudad de los prodigios y en sus alrededores, se dirigió á las riberas del Jordan, en cuyas aguas contempló las de la gracia, santificadas por Jesucristo y por su esclarecido precursor S. Juan Bautista; y pasando al mar Muerto, volvió á Jerusalen á orar de nuevo. Volviendo á salir de esta ciudad, fué á Iafa, y despues á Trípoli, desde donde tomó el camino de Damieta. Deteniéndose en el Cairo, examinó las pirámides famosas, recorrió los pozos de las momias, y descendió al Nilo. Embarcándose en Alejandría para Corfú, se dirigió despues á Otranto; y habiendo sido despojado, así como sus demás compañeros de peregrinacion, por una banda de ladrones en la proximidad del monte Líbano, cerca del rio Sala, en el principado Citerior, continuó su peregrinacion á lo largo de la costa oriental de Italia, atravesó el Tirol, y volvió por fin á su patria en 1584, en que terminó su piadosa peregrinacion y quedó cumplido su voto. En 1587 asistió Radziwil á la dieta de eleccion de Sigismundo Augusto III; fué nombrado mariscal de la corte, y despues autoridad de Trozka y de Wida. Murió este ilustre peregrino en Nieswies en 1616, y fue sepultado en la iglesia de los Jesuitas vestido con su hábito de peregrino. Se ha conservado de Raziwil escrito en lenguaje polaco la obra titulada *Viaje á Jerusalen*, libro que tradujo á la lengua latina Tomas Tretter, custodio de la iglesia de Warmie, con el título *Jerosilimitana peregrinatio illustre Pr. N. Chr. Radziwil*, etc.; Brunsberg, 1601, en fólio con grabados, edicion no tan rara como la primera, pero que es más buscada que aquella. La relacion de Radziwil, comprendida en cuatro cartas, es

interesante por los detalles que da de la Tierra Santa, el Egipto y otros países que recorrió, y por la manera con que está escrita. Cuenta en ella el señor peregrino cuanto le sucedió en su peregrinacion, y segun Emeric David en su biografía, se le puede considerar por demasiado crédulo, pero jamás sospecharse de su buena fe. Aun cuando no fué eclesiástico este hombre célebre, nos ha parecido darle lugar en esta coleccion en su cualidad de peregrino de gran piedad, que dedicó á la oracion parte de su vida, y que supo meditar con tanto fervor los santos lugares de la pasion y muerte del Redentor.—B. C.

RADZWIL (Jorge). Nació este cardenal en el gran ducado de Lituania de la noble prosapia de los duques de Olika y Nieswiz, y floreció en el siglo XVI. Tuvo la desgracia de perder á sus padres á los doce años, pero al propio tiempo la dicha de abjurar de la herejía de Lutero. Dedicándose despues de su conversion al estado eclesiástico, hizo rápidos y no comunes progresos en la piedad y en las letras, y haciéndose sacerdote, su ejemplar vida le conquistó el aprecio público, por lo que fué nombrado coadjutor de Valeriano, obispo de Wilna, ya decrépito, destino que obtuvo con el beneplácito del rey Esteban por el papa Gregorio XIII, con la condicion de que Jorge fuese sin excusa á Roma á proseguir sus estudios, lo que verificó con su hermano menor, que se hizo tambien católico. Puestos ambos en Roma bajo la direccion del P. Aquiles Gallardi, religioso de experimentada bondad y doctrina, se les señaló por habitacion la villa del papa Julio III. Al cabo de algunos años, fué Jorge por devocion desde Roma, á pie y con hábito de peregrino, al santuario de Santiago de Compostela, en la Galicia española, edificando con su piedad á todos los fieles. Luego que fué consagrado obispo, se empeñó en que la ciudad de Wilna y la diócesis se librasen del contagio de la herejía, y con la eficacia de sus exhortaciones hizo muchas conversiones, quemando con valor muchos libros heréticos á presencia de numerosos sectarios de Lutero. Tuvo bajo su jurisdiccion eclesiástica la Libonia, recobrada por los moscovitas, de la que fué nombrado virey el rey Esteban con inmensa ventaja del catolicismo, que abrazaron muchos párrocos herejes. Proveyó al amparo de las doncellas y de las viudas asediadas por los innovadores, fundando monasterios y casas de piedad que dotó suficientemente. Señaló al colegio de los jesuitas una renta de diez mil florines. Facultó á los cismáticos de su jurisdiccion á volver á la comunion de la Iglesia si no querian perder sus bienes, y destruyó las sinagogas de los judíos; y en fin, obtuvo de su hermano el duque de Olika expulsase de sus estados á los que no fuesen católicos. Gregorio XIII no quiso dejar sin premio tan importantes servicios hechos á la Religion, y el 12 de Diciembre de 1583 le creó cardenal preste de S. Sixto. Subió á la cátedra de S. Pedro el famoso papa Sixto V; y con el

beneplácito del rey Sigismundo III (al que le mandó, así como al emperador Rodolfo II, de legado *à latere* para ponerlos en paz, lo que consiguió) le nombró obispo de Cracovia. Obtuvo Radziwil la paz entre ambos soberanos, ayudado del cardenal Aldobrandini (que fué despues papa con el título de Clemente VIII), tambien legado como él, uniendo en matrimonio en 1592 al primero con la hija del segundo. Tomó parte en los cónclaves de Inocencio IX y de Clemente VIII. Volviendo á Roma el año santo 1600, practicó sus deberes con la mayor edificacion y grandeza, manifestando su gran piedad y su profundo saber y sana doctrina. Cayó enfermo á poco de llegar á Roma, atribuyéndose su mal á un fuerte veneno dado por los herejes, y visitado en su propio lecho por Clemente VIII y por todo lo principal de Roma, murió llorado de todos á los cuarenta y cuatro años de edad. Fué sepultado en la iglesia de Jesus, delante de la capilla de S. Francisco de Asís, cubriéndole una lápida en la que solo se lee su nombre. — C.

RAESEWITZ (Cristóbal Fernando de), llamado *Pessel*. Este sabio nació en Breslau el 18 de Diciembre de 1683. Siguió los primeros estudios en su ciudad natal, y se dirigió despues á Helmstadt para perfeccionarse en la filosofía, y aprender la teología y el derecho, lo que hizo con tan buenos resultados que obtuvo el grado de doctor. Despues de haber desempeñado el cargo de mayordomo en muchas casas de grandes y de príncipes, fué llamado por Enrique XII, conde de Plauen, y nombrado en 1678 consejero y director del consistorio de Greiz. Cuando le arrebató la muerte en 1681, despues de tres años de matrimonio, á su esposa María Sofía, natural de Planitz, se entregó completamente al estudio de los Santos Padres, recorrió las obras de Santo Tomás de Aquino y de los más célebres escritores modernos, llamando principalmente su atencion, entre estos últimos, Belarmino y Becan. Estos estudios dieron por resultado conducirle al seno de la Iglesia católica. Continuó, sin embargo, ocupando durante algunos años todavía, es decir, hasta 1689, su empleo de director en el consistorio evangélico. En esta época se casó con Eva Susana Constanza de Ottengrin, y dió su dimision para poder entregarse con entera libertad á sus deberes religiosos. Se dirigió al alto Palatinado, donde compró una hacienda, llamada de Neugelhof, situada en el condado de Leuchtemberg. El duque Antonio Ulrico de Braunschweig le llamó al servicio de su corte, y le nombró, como hemos dicho, consejero. En los últimos años de su vida no se ocupó más que del estudio de las sagradas Escrituras, y leia principalmente dos pequeños libros de devocion; la muerte le sorprendió en su hacienda el dia 24 de Abril de 1720, hallándose paseando por el jardin. Publicó bajo el nombre de Zephyrini de Pace una obra que lleva el título de *Reconstruccion de la Iglesia cristiana primitiva, con una exposicion de pensamientos conciliato-*

rios de los buenos tiempos cristianos antiguos para un proyecto de reunion entre los católicos y los protestantes. Esta exposicion fué dada á la luz pública en un escrito bastante extenso, é impresa bajo la direccion del autor de las cartas llamadas *interceptadas;* 1700. Raesewitz publicó además las obras siguientes: *Relacion de lo que ha originado la publicacion del escrito titulado:* Los buenos tiempos cristianos antiguos. *Epístola á un cristiano anónimo contra el indigno crítico que ha hecho al doctor Valentin Ernesto Loescher autor de la obra llamada* Pensamientos de los buenos tiempos cristianos antiguos; 1713. Los manuscritos que dejó Raesewitz se hallan impresos en el *Lexicon universal* de Zedler y estan firmados con el nombre de su autor. La reputa como su obra principal el libro que lleva el título: *Plan real y verdadero de toda la Iglesia católica, segun las actas seguras y auténticas del cristianismo, y no conforme á las ideas del espíritu humano, redactado para la legítima defensa de la Iglesia católica por un eminente y muy noble señor;* 1714. Sentia mucho ver y oir que se perseguia sin cesar y que se llegaba hasta á condenar á los que renunciaban el protestantismo por alcanzar la fe católica; y se dice que compuso la obra que acabamos de citar únicamente por consolarse. Menciona en ella muchas imperfecciones y faltas del protestantismo, y demuestra claramente sus tendencias. Fabricius tuvo con el sabio Raesewitz relaciones íntimas y no interrumpidas. Hé aquí lo que dice de él: Raesewitz era un hombre de una profunda erudicion, estaba versado en el estudio del derecho y en las ciencias políticas; sus conocimientos en literatura, filosofía y teología eran muy extensos; era honrado, franco y leal, detestaba en el fondo de su corazon toda clase de desarreglo, y juzgaba con severidad lo malo; no era ni pródigo ni ambicioso; era muy afecto á la piedad; amaba la virtud y cultivaba la sabiduría. —S. B.

RAFAEL (El Arcángel S.). Ante el trono y á la vista de Dios se ha dicho ya en esta obra, al hablar del arcángel S. Miguel, que hay una multitud de ángeles ó mensajeros, en hebreo *Melakin*, que aguardan postrados y con la frente cubierta por sus alas las órdenes del Señor. Empero entre estos ángeles hay siete principales, en cuyo número se cuenta S. Rafael. Forma su nombre de las raíces hebreas *Rapha* (cura) y *el* (Dios), como si dijéramos *médico de Dios.* El nombre de este arcángel no se halla sino en la historia de Tobías. En efecto, las apelaciones hebráicas de mensajero celeste no fueron conocidas sino despues de la cautividad de Babilonia. En la interesante leyenda de Tobías, tan sencilla, tan ingénua, tan patriarcal, Rafael forma un divino encanto, oculto como está bajo la figura de un guia á una dracma de sueldo diario. Tobías, entónces ciego y pobre, habia prestado en tiempo de su prosperidad á un cierto Gabelo de Ragés, ciudad de la Média, una suma de diez talentos (unos 185.000 rs.), y un dia dijo á su hijo: Ve á bus-

car un hombre fiel para que pueda ir contigo, pagándole su trabajo, á fin de que recobres ese dinero en vida mia. Tobías salió en seguida de casa, halló un jóven de buena figura que estaba calzado y dispuesto para marchar. Se ofreció por guia á Tobías al precio de una dracma por dia (2 rs. de nuestra moneda), pero á condicion de ser mantenido, y el que esto decia se alimentaba en la mansion celeste del pan de los ángeles. Era Rafael bajo el nombre de Azarias (socorro de Dios). Púsose en camino con Tobías, á quien seguia detrás el perro de la casa. Llegaron á las orillas del Tigris. Tobías, que se habia sentado lavándose los pies en el rio, vió salir de él un enorme pez dispuesto á devorarle. Lanzó un grito de terror; empero el guia celestial se hallaba á su lado. Cógele por las agallas, dijo Rafael, y arrástralo á tierra donde morirá. Despues tomarás el corazon, la hiel y el hígado. Tobías ejecutó las órdenes de su guia, guardó en su morral el corazon, la hiel y el hígado del pescado. Despues continuaron su camino y llegaron á la famosa Ebactana, capital de la Média. Moraba allí un hombre muy rico y el pariente más próximo de Tobías, llamado Ragüel. El ángel que le servia de guia habló así al hijo del patriarca: «Este hombre tiene una hija única llamada Sara; pídela á su padre y te la dará en matrimonio.» Hízolo Tobías, realizándose lo profetizado por el ángel, á pesar de las observaciones que le hizo el padre de que siete maridos ántes habian perecido en el mismo dia de su matrimonio con su hija. Tobías, por consejo del ángel, no hizo caso de aquel grandísimo peligro, y obtuvo de Ragüel la mano de su hija. Celebráronse las bodas con extraordinario fausto, con más pompa que alegría, porque los siete maridos precedentes de Sara, muertos por el demonio Asmodeo, se presentaban sin cesar en medio de aquellas brillantísimas fiestas á la imaginacion del nuevo esposo, de su suegro, y sobre todo á la de la jóven y tristísima Sara. El arcángel Rafael, justificando su nombre, debia curar estos males y evitar una nueva catástrofe. Mandó á Tobías que sacase de su morral el hígado y le colocase sobre ascuas en el aposento nupcial. Al olor que exhaló, huyó el demonio Asmodeo y no volvió más, porque el santo y hermoso Arcangel lo encadenó para siempre en las montañas del alto Egipto. Concluidas las funciones de la boda, y terminada felizmente la comision que habia motivado el viaje del jóven Tobías, éste se despidió con su guia de Ragüel emprendiendo la vuelta á su patria. El ángel Rafael era el que llevaba los diez talentos, que habia ido á cobrar él mismo á casa del honrado Gabelo. Al undécimo dia de su viaje, Rafael, Tobías y su perro llegaron á Chârau, que se encuentra en el camino yendo á Nínive; esa misma ciudad de Chârau tan célebre despues por la derrota que sufrió Crasso, que perdió allí la vida y las águilas de las legiones romanas que mandaba. En aquel sitio, el ángel dijo al joven

Tobías: *Hermano Tobías, sabes el estado en que has dejado á tu padre; si lo juzgas á propósito, nos adelantaremos, y tus criados seguirán más despacio con u m ujer y los camellos.* Estos iban cargados con la rica dote que habia dado á Tobías su suegro Ragüel. Como ya habia experimentado el poder y la prudencia de su guia, Tobías le obedeció ciegamente y marchó adelante. Segun el precepto del ángel, cuando encontró á su padre frotó sus ojos privados de la luz con la hiel del pescado que habia guardado, y no fué menor el prodigio que obró esto que el que habia obrado el hígado en Ebactana. El anciano recobró de pronto la vista, y el arcángel con esta nueva maravilla justificó todavía más su hermoso nombre de *medicina de Dios*, que es el médico del alma, como Rafael es el médico del cuerpo. Lleno de júbilo y de gratitud el anciano Tobías, cuyo nombre en hebreo significa *bondad de Dios*, ofreció al guia Azarías la mitad de su fortuna á recompensa de los grandes servicios que habia prestado á su hijo y de la vista que por su mediacion habia recobrado. Entónces el ángel, terminada ya su mision, respondió á aquella feliz familia: *La paz sea con vosotros: no temais; os ha parecido que bebia y que comia con vosotros; pero yo me alimento de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres. Yo soy el arcángel Rafael, uno de los siete que continuamente estan delante del trono del Señor.* Apénas hubo pronunciado estas palabras el Arcángel, desapareció súbitamente de su vista, y los dos Tobías adoraron humildemente al Señor que con ellos se habia mostrado tan misericordioso. Los que sean capaces de negar y de burlarse de esta leyenda bíblica, tan interesante, tan maravillosa y tan sencilla á la vez, es seguro que no tienen corazon ni lágrimas en sus ojos. En ella se ven la virtud, la sencillez, la ternura, la bondad natural y el colorido propio de esos siglos felices de los patriarcas, de esos siglos de bendicion en que los justos, cargados de años, contentos con su vida, iban á descansar y dormir en el seno de Abraham, hasta el momento en que llegase la hora de la redencion del género humano, y el Salvador del mundo, despues de haber muerto en una cruz, descendiese á aquellos senos para formar con ellos la comitiva de gloria con que debia volver al cielo, del que habia bajado para expiar la culpa del mundo. La devocion al arcángel S. Rafael se halla muy extendida en toda la cristiandad, y muy particularmente en la España, y sobre todo en la ciudad de Córdoba, en la que se dejó ver de una manera palpable su proteccion en la temible peste que la afligió en el año 1280. Aquella ciudad no solamente le aclamó por su patrono, sino que en una de sus plazas levantó un magnífico monumento, llamado el triunfo de este glorioso Arcángel, que es además el protector de los viajeros por lo bien que guardó y defendió al jóven Tobías en su largo viaje. El monumento de Córdoba, llamado vulgarmente el Triunfo, fué eri-

gido por la mediacion del obispo D. Baltasar de Yusta y Navarro. El primer diseño para su construccion fué formado en Roma y se desechó; el segundo lo trazó D. Domingo Esgroys, pintor de cámara del rey de Portugal, y el célebre D. Miguel Verdiguier, directores estatuarios de la Academia de Marsella. Se principió esta obra en el año de 1765, y se concluyó en el de 1781. Consta de un gran zócalo de jaspe azul, del que se levanta un risco roto por en medio, de jaspe del mismo color, en cuyo frente se ven pintadas las imágenes de los patronos S. Acisclo y Sta. Victoria, y en la parte posterior la de Sta. Bárbara, todas en mármol blanco de admirable ejecucion debida al cincel de Verdiguier. Sobre el risco se asienta un castillo de jaspe encarnado, del cual se eleva una columna de exquisito jaspe de varios colores, sobre cuyo remate se ostenta la imágen dorada de S. Rafael. La elevacion de todo el monumento es de noventa y nueve pies, hallándose adornado en su parte inferior al rededor del risco de diferentes atributos alusivos á la ciudad y provincia de Córdoba, cercado todo de una hermosa verja de hierro y pilares de trecho en trecho, en que se leen inscripciones latinas relativas á la construccion del monumento y á la custodia de S. Rafael. La célebre Orden religiosa y hospitalaria de San Juan de Dios, que tanto ha brillado en la Iglesia y tan grandes beneficios ha dispensado á la humanidad consagrándose al cuidado de los pobres enfermos, lo eligió por su especial abogado y patrono, y en todos los países del mundo este santo Arcángel ha justificado con sus repetidos prodigios el nombre hermoso de *Medicina de Dios*. —C. de F.

RAFAEL (S.). Despues de haber dado noticia del glorioso Arcángel de este nombre, creemos no disgustará á los que lean esta obra que como complemento del artículo anterior, demos noticia de la obra pia instituida con tan santo nombre por los celosos, beneméritos sacerdotes y hermanos condes Lucas y Marco Passi de Bérgamo, fundadores tambien de la obra pia de Santa Dorotea. Fué aprobada y alabada esta institucion por el pontífice Gregorio XVI, el cual la concedió indulgencia plenaria en su breve de 13 de Julio de 1833, desde cuyo año se esparció por toda Italia, introduciéndose en Roma en 1846 en la iglesia de los santos barnabitas Cárlos y Biagio, por el parroco Cárlos Capelli, como se lee en el número 63 del *Diario de Roma*. Celébrase en ella la primera dominica de Agosto la fiesta al glorioso Arcángel protector por ciento treinta niños, que en vez de vagar por las calles, se empleaban en devotas practicas. Procuróse desde luego interesar en esta asociacion á los muchachos pobres que lo necesitaban más que los hijos de las personas acomodadas, que dan á sus hijos una más adecuada educacion religiosa, á fin de que como abandonados desde la niñez á sus propias inclinaciones, en vez de caminar por el sendero de los vicios á un precipicio

cierto, engrandeciesen su alma, no apartándose del sendero de la virtud y de la religion, que son las más seguras guias para llegar al puerto de la salvacion. Esta piadosa institucion contribuyó mucho á mejorar la condicion del pueblo en Italia, pues además de enseñar la doctrina cristiana y la moral á los niños, educándolos en las saludables máximas del Evangelio, les ponian en disposicion de seguir una carrera ó un oficio, que les proporcionase ganarse el sustento honrosamente. Imbuia á los muchachos la asociacion á practicar sus deberes con exactitud, y á sufrir sus contrariedades y desgracias con resignacion. Esta obra pia sigue en Roma dando ópimos frutos, y sería muy útil á la mayor gloria de la Iglesia y bienestar de los pueblos se generalizase en toda la cristiandad, si bien hoy la pia asociacion de San Vicente de Paul (véase Paul), las escuelas dominicales y otras asociaciones religiosas y benéficas, particularmente en España, hacen los oficios de esta obra pia con el mayor esmero y el más brillante éxito. Sobre este particular puede consultar el que desee más pormenores la obra italiana titulada: *Pia Opera di S. Raffaele, ei Dorotea da introdursi nelle città e Campagne per riformare il costume, ed educare cristianamente i fanciulli, in specie paveri e abbandonati;* Génova, 1835. — C.

RAFAEL (Beato), confesor. Fué natural de un pequeño pueblo de la provincia teutónica, é hizo particular empeño en ocultar su linaje, que fué muy esclarecido, como lo demostraron entre otras cosas su esmeradísima educacion, y el que todos los personajes que de su provincia se acercaban á su convento y lograban hablarle, ó él tenia ocasion de hablar con ellos, le eran por lo ménos muy conocidos; habiéndose alguna vez oido por aquellas comarcas, especialmente en los dias que siguieron á su ingreso en la religion, que un hijo de príncipes habia salido de su casa, y no habian sido suficientes para hallarle y reducirle á ella los notables esfuerzos con que sus deudos y parientes lo habian procurado. Rafael, pues, despreciando las pompas, vanidades y miserias del mundo, que sabia habia de ser pasajero, y no dejar en pos de sí otra huella que la muy dolorosa de sus amargos desengaños, vino á acogerse al asilo de la religion seráfica, prestándose desde luego como lego á desempeñar los más humildes cargos, á ejercer los más molestos ministerios. Si nuestro propósito fuera más que un simple relato, deberiamos detenernos á reflexionar sobre este hecho, porque no cabe duda que se presta á sacar por consecuencia de él una idea muy clara de la profundísima humildad de este santo varon, que dotado de capacidad más que suficiente, y educado con esmero y despues de haber concluido su carrera de leyes, que hubiese muy bien podido aprovechar para ascender al perfecto estado del sacerdocio, habia sin embargo querido ser relegado á los oficios más bajos y penosos, creyendo que áun estas ocupaciones, tan fuera de su li-

nea segun el mundo, eran muy superiores á sus merecimientos ante el Señor. Aceptado y recibido con gozo en la familia franciscana, desde los primeros dias de su noviciado comenzó á demostrar lo que habia de ser. No puede darse una abnegacion más completa, ni cesion más espontánea de su voluntad en manos de sus superiores, de suerte que parecia haberse convertido en un autómata que obraba segun el movimiento que le indicaba la mano de su dueño al manejarle. Nunca salió de sus labios una queja, ni las mayores molestias, causadas ya por el rigor de las estaciones, ya por lo penoso de los trabajos que habian de emprenderse, fueron capaces de hacerle demostrar una vez siquiera que sufria, á pesar de que las penalidades hacian en él su oficio, pues tenia la más exquisita sensibilidad, aunque dominado por el espíritu de mortificacion, que procuraba en todas las cosas y por cuantos medios estaban á su alcance. Era exactísimo en el desempeño de las obligaciones que le imponian no solo los estatutos de la casa y sus superiores, sino áun sus iguales ó inferiores, porque, segun decia el santo varon, todos tenian derecho á valerse de él, y por consiguiente él obligacion de servir á todos. En los ratos que le quedaban desocupados, además del ejercicio más especial de oracion en que ocupaba las noches y las madrugadas, miéntras la comunidad hacia el rezo del Oficio divino, lo pasaba en enseñar la doctrina á los niños que se le acercaban, y para tratar á los cuales tenia mucha dulzura y especial cariño, aficionándolos de tal modo al estudio y práctica de las cosas del cielo, que casi todos cuando llegaban á edad á propósito, habiendo frecuentado el trato de Fr. Rafael, se hacian religiosos, muchos en la misma Orden Seráfica, otros en los demás institutos, conforme sus inclinaciones ó tendencias. Cumplido su noviciado bajo tales auspicios, y emitida su profesion solemne, quisieron los superiores que desde luego ascendiera al sacerdocio, pensando y con razon que sería mucho el fruto que de sus ejemplos y doctrina se sacaria. Mucho tuvieron que hacer para vencer su humildad; pero al fin lograron sacarle de la clase lega, y ponerle entre los de misa, siendo admirable la manera con que se dispuso á recibir las órdenes sagradas, y la devocion, ternura y buen ejemplo con que celebró por primera vez el santo sacrificio de la Misa. Desde luego se dedicó con el mayor afan al ejercicio de su santo ministerio, siendo muy notable el fruto que en bien de las almas lograba, pues toda su atencion, todo su esmero, se fijaba siempre en buscar el aliciente por el cual sabia que habia de atraerlas. Muchísimas veces pareció que los medios que ponia en juego no eran los dictados por la prudencia humana, pues parecian tender enteramente á otro punto, encaminarse á otro fin; mas él sabia aprovecharse de estos recursos, sabia buscar mil y mil medios, y por último venia á conseguir aquello que se proponia, que siempre era la mayor gloria de Dios, bien y sal-

vacion de las almas, sin atender para lo más mínimo á lo que pudieran ser las personas, pues como personas todas le eran enteramente aceptables. Dicho se está que todas estas buenas prendas y relevantes circunstancias habian de dar por resultado el que sus superiores, prendados de la muchísima excelencia que esto demostraba, anhelasen el que un hombre tan especial ocupase una posicion, si no encumbrada, cuando ménos conforme á lo que requerian sus prendas, ó ménos aún, conforme á lo que podia esperarse de su capacidad y aptitud. Así que mil y mil veces le rogaron que aceptase las prelacias, sin poder lograr atraerle, pues él se excusaba con preguntar si era la obediencia, y solo la obediencia, la que le hacia obrar aceptando, pues si todavía le quedaba libertad, su voluntad era la no aceptacion. No se atrevieron, pues, los superiores á imponer tan duro precepto, así es que la Orden se vió privada de que este hombre la prestase los eminentes y muy importantes servicios que hubiese podido prestar, si hubiera desempeñado las diversas prelacias para las cuales estaba indicado. Solo pudo lograrse el que por espacio de dos trienios fuese maestro de novicios, y esto fué un adelanto para ellos, pues no cabe duda en que con tan excelente director adelantaron muchísimo, como no podia ménos de suceder, pues la admirable enseñanza del ejemplo tiene un atractivo, que á la verdad no le igualan ninguna de las más bien estudiadas teorías, pues por mucho que sea el celo que se ponga en especulativa para conseguir un fin, nunca ni con muchísimo se llega á lo que logra el ver practicar aquello mismo sobre lo cual se predica. Entre los más raros prodigios con que Dios se servia favorecer á este siervo suyo, para ayudarle, digámoslo así, en el desempeño de su árduo ministerio, fué uno el que los ángeles le ilustraban con noticias que sabia muy bien aprovechar en beneficio de los fieles, á quienes siempre consolaba con los más eficaces medios de adelantar en su perfeccion. Tambien tenia espíritu profético, y la grande ilustracion que acerca de lo futuro el Señor le daba, servia para que él pudiese hacer que las cosas se dispusieran de modo que los hombres todos agradáran y sirvieran á su Dios; y segundo, el que las gentes acostumbradas á que este hombre tan especial leia el porvenir, se acercasen á él para preguntarle atento á este porvenir mismo, y le diesen entero crédito y la debida estimacion; porque á la verdad, crédito y estimacion merecia un hombre á quien Dios revelaba lo futuro; y no como quiera aquello cuya deduccion es lógica, sino otros sucesos sobre los cuales no puede dar un paso acertado la más exacta y calculada perspicacia. Lleno pues de merecimientos, y con un espíritu de mortificacion y penitencia que igualaba á las demás virtudes suyas, todas excelentes, nuestro buen P. Rafael comenzó á notar que su carrera sobre el mundo estaba próxima á concluir, es decir, que iba llegando para él el momento en que su Dios le sa-

liera al encuentro para tomarle cuentas de su administracion sobre la tierra; y como aquel hombre prudente, que teme á pesar de su justificacion, porque no sabe cuáles cargos ni cómo han de dirigírsele; así él hacia sus cuentas consigo mismo, y con la mayor humildad protestaba su miseria y pequeñez, diciendo al Señor que el número infinito de sus misericordias era el único que le inspiraba algun aliento, si bien desfallecia al contemplar su pequeñez. Estas manifestaciones, hechas ante el Señor con un espíritu de verdadera y profundísima humildad, fueron las adecuadas disposiciones con que se preparó para el duro trance de la muerte, que le sobrevino despues de haber recibido con el mayor fervor los santos sacramentos y auxilios de la Iglesia, el dia 16 de Setiembre de 1594. No es decible la sensacion que su muerte produjo en toda la comarca; así como no se pueden referir las demostraciones de respeto y veneracion, de afecto y de confianza en sus méritos con que desde luego acreditaron aquellas buenas gentes lo mucho en que tenian la dicha de haber tenido como ministro del Evangelio á aquel varon tan eminente en ciencia y en virtud. Por supuesto que fueron necesarios algunos dias para que la piedad de los fieles se saciase en admirar y venerar con todo respeto sus despojos venerandos, porque parecia que retrataban la virtud del que les habia animado, y cuando ya fué preciso que le enterráran, á una voz clamaron cuán conveniente era ponerle en lugar separado y preferente, toda vez que sus virtudes habian sido muy extraordinarias, muy distinguidas, y pedian el que reconocidas canónicamente por quien tiene autoridad sobre el particular, fallase como en efecto se verificó. La Orden muy celosa de la gloria de sus hijos, y atendiendo, como no podia ménos, á los deseos de aquellos fieles, que habiendo sido testigos oculares de las virtudes del glorioso confesor, anhelaban por que su heroísmo se declarase y se conociera por el mundo todo cuán meritorias de vida eterna habian sido, rogó al vicario de Cristo en la tierra que mandase proceder en averiguacion de los hechos que se atestiguaban. Roma, con un afan como siempre le tiene por el bien y enaltecimiento de los hijos de la Iglesia, acudió presurosa á la indicacion que se le hacia respecto al P. Rafael; y como Dios confirmaba con extraños prodigios la fama que habia logrado por sus buenas obras, nada fué más fácil que el que se evidenciára esta notable virtud del glorioso franciscano, y por consiguiente se diese acerca de él la solemne declaracion de que no solo poseia á su Dios mediante una justificacion ordinaria, digámoslo así, y cual suelen lograrla el comun de los fieles, sino que estaba colocado en un grado eminente, toda vez que su nombre era inscrito en el catálogo de los beatos. Asignóse á su memoria el dia 16 de Setiembre de cada año, y en tal dia se complace toda la Orden Seráfica en recordar las virtudes, é implorar el patrocinio del que la honró con honra imperecede-

ra. Algunos cronistas y escritores de las glorias de S. Francisco en sus hijos, han asegurado que nuestro beato Rafael habia sido pasado al catálogo de los santos. Nosotros, sin que dudemos de sus méritos y de los milagros que por su intercesion hayan podido obrarse, diremos solamente que de ningun testimonio indudable resulta que le haya cabido esa gloria, y además de eso que un acontecimiento de tanta importancia se consiguaria, y no se permitiria á los autores de los martirologios especialmente incurrir en la inexactitud de considerarle y tratarle, digámoslo así, solo como beato habiendo sido declarado santo. Hay más, el oficio y misa con que se le conmemora estan reimpresos en época no muy remota, y tampoco le dan otro dictado que el de beato, de todo lo cual se deduce que el glorioso Rafael es nada más que beato; sin que por esto digamos, ni mucho ménos, que la gloria de verle sublimado á la primera categoría de los justos no sea alguna de las cosas grandes que Dios tiene reservadas para nuestro siglo; porque de igual manera que hemos visto declarada la plenitud de gloria para los mártires del Japon, puede tambien examinarse y aprobarse la causa de nuestro glorioso P. Rafael.—G. R.

RAFAEL Alberto, franciscano, confesor y predicador del Ilmo. Sr. Don Diego Escolano, obispo de Mallorca. Dió á la prensa: *Rosari de Maria Santisima*, de cuyo opúsculo hay dos ediciones, una de 1652 y otra en casa de Melchor Guasp, año 1695, en 12.°—J. B. de R.

RAFAEL Aversa (Fr.), franciscano minorita, publicó un volúmen en 4.° titulado: *De Eucharistia, Pœnitentia et Extremaunctione;* Bolonia, 1642. Segun consta del catálogo de los libros de los teólogos católicos, impreso en Génova en 1725.— S. B.

RAFAEL Bosch (P.). Fué español, y desde el primer período de su vida, en que las inclinaciones comienzan á marcarse, dió muestras de su gran deseo de buscar la perfeccion, para lo cual aprovechaba cuantas ocasiones y medios se le presentaban, ya por su asiduidad á los ejercicios espirituales, ya por el continuo estudio de las sagradas Escrituras, que sea dicho de paso hizo con gran ventaja, no solo en la parte indispensable para concluir su carrera teológica, en que logró la borla con extraordinario aplauso de cuantos fueron sus maestros, y áun de todos aquellos que siquiera una vez le oyeron en cátedra dar conferencia ó sustentar alguno de los actos mayores, en los cuales le hacian tomar parte siempre, por ser indudablemente uno de los más aventajados de su colegio. Parecia consiguiente á esta aplicacion suya y al alto y muy merecido aprecio en que le tenian sus mayores en el órden literario, que él hubiese seguido este rumbo, en que ciertamente habria podido conseguir legítimos y muy merecidos lauros, pues hubiese sido excelente maestro, y gloria sin duda de la Academia en cuya

cátedra se hubiese sentado; pero fué otro el designio de Dios acerca de su siervo, y este, que siempre creyó que la criatura no puede ménos de seguir en todo los designios de su Criador, pues que en esto está indudablemente todo su enaltecimiento, toda su gloria, oyó la voz del Señor que le llamaba para sí; y como el designio de su Majestad comprendió que era el que emprendiese una vida penitente y provechosa para el bien de los fieles, adoptó la resolucion de ingresar en el convento de Minoritas Franciscanos, que habia en su pueblo, pequeña aldea no muy léjos de Barcelona. La fama de su mérito ya habia llegado á aquel escondido rincon de la provincia, y el saber que un hombre de sus prendas pedia el hábito del seráfico Patriarca, no pudo ménos de causar admiracion á los religiosos todos, quienes veian en tan especial llamamiento la perspectiva de la grande utilidad que habia de prestar en la Orden, por los grandes servicios que podian esperarse de su literatura y conocimientos profundísimos. Él, sin embargo, al recibir el santo hábito como que ocultó unos y otros, y por consiguiente quiso aparecer como un hombre vulgar, sin otra razon que para evitar el que se le dispensasen atenciones ó deferencias, que no queria de manera alguna. Hizo su noviciado no solo con exactitud, sino con admirable ejemplo de docilísima sumision. Profesó en medio del más vivo anhelo, tanto por su parte cuanto por la de sus hermanos, y despues de este acto decisivo de su vida, no pensó ya en otra cosa más que en dedicarse al servicio de la Orden, cualquiera que fuese el destino que tuviese á bien encomendarle. Lo primero que hicieron los superiores fué utilizar sus profundos conocimientos, dedicándole á la enseñanza, en cuyo desempeño sirvió en verdad á la Orden, pues salieron de su aula filósofos cuya ciencia era nada comun, y teólogos profundísimos, que agregando á sus conocimientos en las materias más principales los muchos y muy profundos que en literatura y oratoria les comunicára su maestro, fueron brillantísimos, pues que hasta entónces no se habia fijado mucho la atencion en la literatura y sus accesorios, y por consiguiente aunque en el fondo eran muy profundos los conocimientos que mostraban los jóvenes de la época, las formas eran las más veces inconvenientes, y de ahí el que escritos y discursos muy buenos excitáran la hilaridad, toda vez que no se daba á los discursos y escritos todo el valor que merecian por la vulgaridad ó acaso ridiculez de sus formas. Este fué, pues, el gran paso que en favor del método más acertado y del órden más regular en la enseñanza diera el P. Bosch, que hizo comprender á la Religion Seráfica cuán conveniente era que en todos los colegios se estableciera el mismo método, dando así una enseñanza más uniforme, y siendo por consiguiente realizable la idea de que en un caso dado se pudiesen trasladar de uno á otro colegio los alumnos, que sin esto tendrian que experimentar las consecuencias de su traslacion ó en el retraso

de sus estudios, si á ellos llegaban cuando los de la casa donde iban no estaban tan adelantados como ellos, ó en la falta de estos mismos conocimientos cuando por el contrario era más aventajado el colegio á que se les mandaba. Parecia propio que al ver los superiores que se sacaba tanto provecho del método de enseñanza de este hombre esclarecido, debieran haberle dejado consagrarse exclusivamente á la enseñanza, y sin embargo no fué así, ni puede tildarse de inconveniente ni mucho ménos la resolucion que tomaron acerca de él. Vióse desde luego que el hábil maestro habia tenido ya gran cuidado en acostumbrar á sus maneras á aquellos de sus discípulos que á él le habian parecido, y que eran con efecto más capaces; se le mandó, pues, que á estos les diese cuantas instrucciones creyera convenientes para que pudiesen establecer desde luego su sistema en todas partes, y él pudiera quedar libre para atender á otras necesidades de la Orden. No hay para qué decir que apénas los superiores le manifestaron su intento, él los secundó, y muy pronto pudo ponerse á disposicion de la Orden para desempeñar en ella cuantos cargos creyesen estaban bajo el dominio de su posibilidad. La Orden quiso hacerle maestro de novicios, para que lo que en el órden literario habia sabido hacer para atraer á los jóvenes al estudio, y no solo atraerles al estudio, sino procurar su notable aprovechamiento por la sencillez y concierto de los medios empleados á este fin, se ensayase tambien, aunque en otro órden y de distinta manera, el modo de traerles á mayor aprovechamiento y adelantos en la virtud, por su buen método en los principios, por una atencion siempre fija en los obstáculos que se oponen á la perfeccion para dominarlos y vencerlos, que fué lo que únicamente hizo el P. Rafael Bosch, tan excelente maestro de novicios. Es verdad que tenia para este cargo una condicion especial, y era gran dulzura en el trato y suma rigidez en sus costumbres, por cuyos medios casi insensiblemente inducia al bien, sin que pensasen aquellos mismos á quienes sus buenas acciones daban en ojos, que aquello era una indirecta reprension encaminada á su mejoramiento. Muy contentos estaban los novicios con un superior tan celoso como prudente y sabio, cuando un suceso inesperado vino á sacarle de este cargo para imponer sobre sus hombros una carga más pesada. La muerte del guardian de su convento hizo que en interinidad, y segun antigua costumbre, el maestro de novicios desempeñase la prelacia. El sumo acierto con que lo hizo fué motivo de que todos unánimes le eligieran canónicamente, constituyéndole guardian cuando él ménos lo esperaba; y repugnándolo mucho, porque le sacaba de su retiro y le ponia en contacto con toda la comunidad, con todo el pueblo y con toda la Orden, lo cual á la verdad no era muy del agrado de este hombre verdaderamente ansioso de dedicarse únicamente á la santificacion de su alma. Y no se crea que con

hacerle guardian se dieron por satisfechos sus hermanos, ó para explicarnos con más exactitud, se cumplieron los designios de Dios acerca de él, pues que el Señor le tenia destinado para empresa mayor, y su Orden tenia que utilizarse más de sus servicios. Desempeñando á cumplida satisfaccion de todos el cargo de guardian, haciendo que en su casa el órden fuese exactísimo, la observancia muy rígida y los religiosos queridísimos unos de otros, cosa á la verdad algo difícil en una comunidad numerosa, donde la miseria humana ofusca á unos y á otros, haciéndoles ver abultados los defectos y ménos notorias las virtudes; fué nombrado provincial, y en la carta ó patente se le manifestaba que inmediatamente comenzase el ejercicio de su nuevo cargo, sin excusa de ningun género ni rémora alguna, pues que importaba mucho á la Religion Seráfica el que cuanto ántes se hiciera cargo de este nuevo destino. No se puede ponderar la extrañeza que esto produjo en el ánimo del P. Bosch, que léjos de creerse capaz de la suprema prelacia de la provincia, se admiraba muy mucho de que le creyesen útil para desempeñar la de su convento; pero mediaba la obediencia, y era preciso someterse á ella; así que desde aquel momento ya desempeñó su nuevo cargo, participando en contestacion á la comunicacion del general su aceptacion y el nombramiento que hacia de secretario en uno de sus más aventajados discípulos. Cumplió con su cargo de provincial tan bien como habia cumplido con los de guardian, maestro de novicios y catedrático; y cuando se pensaba en elegirlo general, por ser indudablemente su provincia una de las mejores que tenia la Religion Seráfica, y porque se habia visto cuánto habia procurado su mejoramiento en la época en que estuvo al frente de ella, quiso el Señor cortar el hilo de su existencia, lo llamó para sí, no sin que padeciese una penosísima enfermedad, én que demostró que ni las justas deferencias que le hiciera la Orden, ni el merecido aprecio con que le trataban todos sus hijos y hermanos, ni áun sus buenas acciones, le satisfacian, toda vez que en aquella solemne ocasion declaraba no haber nunca hecho cosa alguna de provecho, sino lo que Dios con una instancia suma le habia obligado á ejecutar. Oyó con atencion las preces de la Iglesia, despues de haber recibido con las mejores disposiciones los santos sacramentes, encomendó á sus hermanos con el mayor interés todas y cada una de las casas de la Orden, encareciéndoles cuán acreedora era esta á que con el mayor esmero vigilasen todos por su conservacion y aumento; y encomendándose á las oraciones de todos, entregó á Dios su espíritu en medio de los sollozos de toda su comunidad, y siendo él el único cuyo semblante sereno demostraba la tranquilidad de su conciencia. Mucho fué lo que afectó á su provincia la muerte de su tan celoso padre; así que sus honras se verificaron en todas partes con la mayor solemnidad, asistiendo á ellas personas las más distinguidas de todas

las gerarquías sociales. Es muy sensible que se dejára perder, ó más bien olvidar, su eruditísima correspondencia, así como el que no se hayan hecho más esfuerzos para encontrar y publicar sus obras, pues que lo único que de él tenemos, y es muy bueno por cierto, es una *Vida del beato Salvador de Orta*, impresa en Barcelona en 1639, y en cuyo opúsculo demuestra nuestro buen P. Rafael Bosch que no habia olvidado, ántes conservaba bien en la memoria, las reglas de crítica y de literatura que enseñaba á sus discípulos en su siempre acreditada cátedra.—G. R.

RAFAEL Cardona (Santo Fray). Fué discípulo de S. Vicente Ferrer. Siendo el P. Rafael estudiante de Teología en Tolosa, ciudad de Francia, y aún todavia muy jóven, se unió con S. Vicente Ferrer, oyendo sus santas inspiraciones y siendo un fiel imitador de sus virtudes y santidad; con tal afecto y simpatía, que nunca se separó de S. Vicente miéntras vivió. Despues quedándose aislado recorrió gran parte de Francia, predicando todos los dias como su virtuoso maestro, y siendo muy asistente al confesonario con gran bien y provecho de las almas, consiguiendo, por último, ser en extremo dichoso, pues su inculpable vida y constante ejercicio de las virtudes y del bien de sus prójimos fué su mayor galardon para alcanzar una muerte gloriosa.—A. L.

RAFAEL Cassina. Fué italiano, y desde sus primeros años tuvo mucho respeto y admiracion á los capuchinos, cuya observancia y conducta verdaderamente ejemplar le traia hasta el extremo de desear se le precipitára la vida, por decirlo así, sin más que para estar en disposicion de ingresar en esta tan estrecha observancia. Vinieron al cabo para él los dias tan apetecidos, tuvo por fin, como no podia menos de suceder, la edad requerida para ingresar en la Orden, y con las más vivas instancias comenzó en pedir el santo sayal, hasta que tuvo el consuelo de recibirle, despues de haber sufrido de parte de sus superiores algunas repulsas, que no tenian otro fin que experimentarle más y más, hasta hallar que su vocacion era verdadera y de modo alguno guiada por otro móvil que el amor á su Dios. Apénas entró en el noviciado cuando ya no se dispensó observancia alguna, antes por el contrario fué tan grande el rigor con que emprendió las austeridades, que tuvieron necesidad sus superiores de acortarle la mano, y con la misma energía que á otros se advierte que no pueden servir por su delicadeza ó por su poca aficion á la pobreza y privaciones consiguientes al vivir en esta estrecha religion; á Rafael hubieron de decirle que sería necesario separarle de entre ellos, negarle la profesion si no moderaba sus excesos, pues que ellos indudablemente le habrian acelerado la muerte. Aquietóse algun tanto y formó la heróica resolucion de no hacer nada sino por obediencia, resolucion que cumplió fielmente, hasta el extremo de pedir por obediencia la bebida aun

cuando estaba en cama calenturiento. Concluido su noviciado y emitida solemnemente su profesion con extraordinario contento de todos, le pusieron á estudios, los cuales hizo con aprovechamiento, sin dejar por su aplicacion de merecer las más notables distinciones, aunque para que las recibiera era preciso mediase la obediencia. Repugnándolo él por reputarse indigno, fué sublimado á la altísima dignidad del sacerdocio, y en el momento mismo en que celebró su primera misa, fué destinado por sus superiores á desempeñar el importante cargo de misionero, cargo penosísimo, pero del cual resulta mucha gloria á Dios, mucho provecho á los prójimos y á las religiones cuyos individuos le desempeñen bien; tambien mucho respeto, pues no cabe duda es respetable quien cumple bien y fielmente el cargo de evangelizar al mundo, evangelizándole la paz. Que el P. Cassina alcanzaba frutos muy abundantes en su nunca interrumpida predicacion, se infiere como deduccion muy lógica al considerar que su conducta era ejemplarísima, mucha su ciencia y no menor que una y otra el celo que por la gloria de Dios y salvacion de las almas le abrasaba. Por esto hacia grandes esfuerzos para convencer y mover á los fieles, los movia en efecto á la detestacion de sus culpas, siendo él mismo ministro del sacramento de la penitencia para cuantos á él se acercaban, que eran casi todos los que le oian. Así que su vida se acabó mas pronto que lo que parecia debia haber durado segun sus condiciones, y para esto hubo la gran razon de su incansable ejercicio y de su asiduidad al confesonario tal que muchas veces ni áun llegaba á las horas de refectorio, teniendo que pasar privaciones que con gusto sufria por su Dios, pero que acabaron con él, segun el mundo; pues que segun la verdad de lo que acontece, lo único que hicieron fué anticiparle la posesion de su Dios en la patria de los justos, adonde creemos piadosamente le llevarian sus virtudes, acrisoladas por una penosa enfermedad y selladas, por decirlo así, con una muerte muy tranquila. Además de la buena memoria de sus virtudes y del vivo recuerdo de su celo y buenas obras, ha dejado el P. Rafael Cassina impreso un sermon de S. Cárlos Borromeo, que predicó en 1618.—G. R.

RAFAEL Claret (Fr.). Religioso agustino de la ciudad de Génova en la provincia de Tolosa, fué cogido por los hugonotes juntamente con Nicolás du Clerc y arrojado á un pozo, donde encontró con la muerte la corona del martirio en 1570.—S. B.

RAFAEL de Clayes (P.). Fué este esclarecido religioso hijo primogénito del marqués de Clayes, el cual desde los primeros dias en que Rafael estuvo en capacidad para ello trató de educarle cual merecia su esclarecida alcurnia, mucho más distinguida por su piedad y ciencia que por las demás acciones ilustres, que sin embargo fueron tantas en todos sus individuos,

que el resultado era que continuamente estaban al lado de los reyes de Francia algunos de los individuos de esta familia, que era por demás numerosa, si se exceptua la rama de nuestro P. Rafael, que no tenia sino dos varones, él y otro hermano suyo menor, que fué á quien pasaron todos los títulos y posesiones. Llegado á la época en que podria y debia tomar estado, habló á su padre con toda franqueza, y á los cargos que le hacia acerca del lisonjero porvenir que le esperaba en medio de su familia y con sus posesiones y bienes, á las advertencias prudentísimas con que le excitaba á tomar á su cargo el manejo de algunas cuando no de todas las riquezas que poseian, entónces fué cuando nuestro buen Rafael creyó conveniente desengañar á su padre acerca de sus intentos, no fuera que el buen señor, esperanzado de que en su hijo tendria un apoyo, se descuidase, digámoslo así, algun tanto en el gobierno de sus intereses, y llegado un dia tuviesen todos los de la familia el grave disgusto de perder cuanto tenian. Así es que buscando un dia á su buen padre en su aposento, le manifestó desde luego que apénas habia conocido el mundo, sus vanidades, que nada puede ofrecer de duradero y estable, y además que todas sus cosas alejan de Dios y ponen á la criatura en grave peligro de perderse, él tenia resuelto asegurar su eterna dicha; que le parecia muy propio para lograr su fin el buscar un instituto donde refugiarse, y que por esto se acercaba á manifestarle sus deseos, no queriendo dar el paso de ingresar en religion sin contar con el representante de Dios en el mundo en órden á la familia. No fué á la verdad muy grata la noticia para su padre, que ciertamente pensaba ya haberse utilizado de los conocimientos que su hijo tenia para que hubiese ocupado los más importantes puestos en la magistratura; sin embargo, no se atrevió á oponerse abiertamente porque como buen cristiano que era, sabia cuánto importa coadyuvar á los jóvenes á llevar adelante su vocacion, y cuántas y cuántas veces tendrán los padres en la divina presencia responsabilidad, y responsabilidad terrible, por haber contrariado el justo querer de sus hijos. Así que lo que hizo el marqués fué dirigirle prudentísimas advertencias y hacerle notar las privaciones, disgustos y molestias que podrian acontecerle en el estado religioso; cómo tendria que estar á merced de la obediencia en todo y por todo, siendo, por decirlo así, llevado y traido como quiera á la órden de sus superiores, desprendiéndose por consiguiente de su voluntad y viniendo á ser un objeto movido por la de sus prelados; así como en esta misma importantísima conferencia le hizo ver cómo en su casa podria ser señor y así salvarse, podria obrar el bien y no perder su alma, que era á lo que se reducian segun se explicaba todos sus deseos, intentos y aspiraciones. Entró, pues, luego que hubo alcanzado de su padre el permiso para ser religioso, la dificultad de escoger instituto, y todos los de su familia hubiesen querido que él hubiera

ingresado en los monasterios de monjes, que florecientes entónces en santidad y literatura tenian cierta importancia y eran más estimados, digámoslo así, que los conventos de las órdenes mendicantes; pero nuestro primogénito, que no aceptaba el estado religioso ni para brillar ni para lucir, sino para santificarse cuanto le fuera posible, se encerró en que habia de ser franciscano, y áun entre esta tan numerosa familia cuyos individuos de tan diversas especies, aunque todos pobres y observantes, tienen entre sí algunas diferencias siquiera en el fondo sea una misma su regla, optó por los capuchinos, porque estos le parecieron más observantes, más pobres y mas obedientes aún que las otras familias, por decirlo así, de la numerosa falange de hijos de San Francisco. Ya desde el momento en que decidido emprendió su marcha para pretender el santo hábito, que hubo de buscar fuera de su pueblo nativo, porque en él no habia capuchinos y por consiguiente no se lograban sus deseos, llevó consigo la admiracion de todos cuantos supieron su resolucion; mas nada pudo intimidarle ni disuadirle de su propósito. Es verdad que su propósito, aunque suyo en la ejecucion, en la inspiracion era de Dios, y no podia ménos de ser firme é invariable. No se puede explicar la entereza de ánimo con que renunció generosamente no solo cuanto tenia, sino cuanto pudiese llegar á tener por cualquier motivo, circunstancias y ocasiones, parte en favor de su hermano menor y la otra parte en favor de su comunidad, pero con condicion de que miéntras durasen los dias de su probacion en el noviciado, nada habia no solo de dárseles, sino ni áun de ofrecerles, no fuese que en atencion á su riqueza ó á su alcurnia se le tuvieran en los dias de su exámen ó probacion consideraciones que siempre redundarian en su perjuicio. Así arregladas las cosas, y despidiéndose con ojos enjutos de sus padres y hermanos, se encaminó solo y á pié al convento que los capuchinos tenian en un desierto de la Normandía, y allí suplicó el santo hábito, sin decir quién era ni dar de sí otra noticia sino que era un miserable pecador. Mucho admiraba á los superiores y hermanos de aquel convento el ver la manera delicada con que el hermano Rafael se portaba en todas las cosas, y el esmero con que atendia al cumplimiento de todas sus obligaciones, por lo lo cual un dia el P. Guardian le llamó aparte, y haciéndole responder por virtud de santa obediencia, logró el que le dijera quién era y demás, rogándole sin embargo el novicio, que todavía estaba en tal estado, que ocultase su condicion siquiera hasta que profesase. Ofrecióle el superior hacerlo así, y lo cumplió, complaciendo muchísimo á Clayes; pero no quiso condescender en que continuára como hasta entónces en la clase lega, sino que le sacó para la de sacerdotes, y le puso á estudiar miéntras hacia el noviciado. Por supuesto que los estudios que hizo fueron un repaso y nada más de lo que ya llevaba sabido; pero esto sirvió para alentarle más y más á aplicarse á

las ciencias, pues la determinacion de sujetarle á estudiar, evidenciaba el designio de aprovecharse de sus conocimientos, ó bien para el púlpito, ó bien para la cátedra. Concluida su carrera en la Orden, hecho sacerdote casi al mismo tiempo, y habiendo ya emitido sus votos solemnes, el P. Rafael de Clayes estaba en disposicion de servir para todo, por lo cual sus superiores comenzaron, como era consiguiente, á pensar en él, para que llevando su cruz, como era debido, prestase á los fieles y áun á su Orden aquel auxilio y ayuda que de él podia y debia esperarse. En efecto, Clayes pasó á ser misionero en su comarca, y fueron abundantísimos los frutos que su predicacion dió, pues que á todos convencia el que era hombre que hablaba con el corazon en la mano, que no iba con esas palabras estudiadas con que los del mundo rebozan, por decirlo así, sus maquiavélicas máximas, para hacer aparecer bueno lo que en sí es detestable; él iba con la franqueza de la verdad y con la autoridad del ejemplo, porque era un religioso observantísimo. Los pueblecitos del contorno de su convento le deseaban con afan, y cuantas veces podian lógrar de sus superiores el que les mandase al P. Rafael de Clayes se alegraban vivamente, porque él, intransigente no digamos con los vicios ni con las faltas graves, pero ni siquiera con las ligeras imperfecciones que disminuyen ó empañan la caridad, era tan tolerante con el pecador, era tan amigo del desgraciado, tanto en el órden material como en el espiritual, y sabia identificarse de tal manera con todo el que sufria, que su eficaz y muy acertado consejo parecia mitigar todos los males, y por consiguiente le hacia altamente apreciable á cuantos le conocian, y él lograba como consecuencia del aprecio mismo con que le miraban el llevar á Dios cuantas almas podia, que eran muchas, y algunas muy extraviadas del verdadero camino cuando tenian la dicha de caer en sus manos. La religion Capuchina conocia muy bien que este hombre, que tanto bien hacia como simple misionero, hubiera podido hacer no ménos bien como superior en alguna de sus casas, ó siquiera como maestro de los novicios, importante cargo de que depende la prosperidad ó decadencia de una comunidad religiosa; pero tambien veian que para el desempeño de las prelacias y magisterio no faltaban sugetos adecuados que, como operarios en la viña mística no serían ni tan laboriosos y tan afortunados, para que sus tareas apostólicas, penosas más para ellos que lo eran para el P. Rafael, les hubieran dado el resultado que á él le daban, por lo que fué siempre misionero, y siempre incansable, y siempre dispuesto para hacer cuanto conviniera para bien y provecho de los prójimos. Y para que el provecho no se redujera solo á los fieles, si que tambien alcanzase á los padres, Clayes escribió una obra importantísima de que nos ocuparemos despues, sintiendo á la verdad el que ni las condiciones de nuestra obra, ni nuestras circunstancias parti-

culares, nos permitan hacer de este importante trabajo el detenido exámen que merece y que serviria de instruccion, porque en ella hasta el título es instructivo. Pero dejémosle no aceptar distinciones ningunas y pasar su vida trabajando para el bien de las almas, que cuando á Dios plazca llamarle á su santa presencia, cuando el espíritu de las tinieblas haya de huir avergozado de la presencia del siervo de Dios, entónces será cuando él verá claramente el mérito y valor de su espontánea renuncia de los bienes del mundo, y la hermosura de aquel tosco sayal, signo de desprecio segun el mundo, pero motivo de justificacion, porque forma parte de su cruz que Cristo aceptára y que legó á sus más distinguidos siervos, entre los cuales no cabe duda en que debe contarse el seráfico Patriarca. Llegó, pues, el término de la vida de este hombre oscuro, de este hombre que nadie creia fuese más que un pobre religioso, y entónces la admiracion de todos, entónces los comentarios y las anécdotas acerca de los motivos que le indujeran á tomar tal partido, y esto por órden de su descontento hermano; mas la voz general, esa voz que nunca se equivoca, esa voz que es algo más que el eco de un mal intencionado, la voz general aclamaba á nuestro P. Rafael Clayes como siervo de Dios, y cuando su cadáver estuvo expuesto se veian marcados en todos los que á rezar por él concurrieron, que fueron en número extraordinario, estos dos indicios: de gran sentimiento porque era consiguiente á la pérdida de un hombre tan para todos como nuestro buen religioso, pero de gran confianza porque se presumia, y con razon, que habiendo sido sus méritos extraordinarios, constante su celo, perpétuo el ejercicio por su parte de su ministerio, extraordinario sería el galardon, muy preciosa la corona é inmarcesible, como que habia de ser corona de gloria. Su Orden recogió desde luego los datos que pudo para promover, si lo creia conveniente, el expediente de su beatificacion; pero no sabemos si porque las pruebas sean algo débiles, ó porque los Capuchinos son muy parcos en la declaracion de sus santos, es lo cierto que no ha pasado de *venerable*, si bien este dictado está aprobado por la Santa Sede y es ya muy honorífico, muy ilustre. Examinaremos ahora su obra clásica, pues además de este importante trabajo hizo otros muchos breves que daba á los estudiantes y que desgraciadamente no se han podido recoger, y por consiguiente se ha hecho imposible una recopilacion de ellos, que hubiera sido muy conveniente para el más perfecto conocimiento de las cuestiones en ellos agitadas, porque en cada uno puede decirse que iba la muerte de un error, el triunfo de una verdad. Llamó, pues, á su obra: *Sublimes et profundæ Theologiæ ac moralis veritatis de augustissimo Eucharistiæ sacramento, super quatuor transcendencia entis, unitatis et veritatis, quæ sublimè hoc mysterio elucescunt*; obra que se publicó en cuatro volúmenes, pero que por la doctrina que contiene pue-

de equivaler á muchísimo más de su duplo, pues no tiene más que indicadas las pruebas, si bien con tal exactitud y lógica que el más rudo puede al momento encontrar solucion á la cosa más difícil que ahí está aunque no sea más que iniciada. Desde el momento en que se publicó, tuvieron todos los hombres más sabios é ilustrados verdadero afan por dedicarse á su estudio y poseerla, así que impresa en 1649, en Rothomago, y no pudiendo satisfacerse los deseos de los muchos que la anhelaban, se determinó y se hizo en 1655 otra edicion en Abrincio, mucho más numerosa que la primera, pero como esta se agotó muy pronto, siendo hoy un libro cuya escasez hace que se complazca mucho en poseerle el sabio ó teólogo á cuyas manos pueda llegar un ejemplar. Algunas veces, especialmente desde fines del siglo pasado, ha habido la idea de reimprimir esta obra con algunas anotaciones de este mismo autor; pero se ha desistido de tal empresa, por no haberla creido tan oportuna como se necesitaba para que se hiciera el grave dispendio que era preciso. De modo que, reasumiendo, el Padre Rafael Clayes fué noble por su cuna, distinguido por su virtud, celoso por la gloria de Dios, y muy sabio; por todo lo cual su nombre permanecerá imperecedero á través de los siglos futuros.—G. R.

RAFAEL DE DIEPPE (V. P.). Fué francés y sin que sea del caso ponderar la familia de que procedió, ni nosotros por consiguiente lo intentamos, habremos de decir, que fué una de las más esclarecidas de aquel importante reino, por lo cual es ya una circunstancia que dice mucho en favor de nuestro respetable Padre el que abandonase el porvenir lisonjero que le prometia y la no escasa fortuna de que era heredero, para tomar por único patrimonio la pobreza más estrecha, por todo porvenir el obedecer siempre por penosos que fuesen los sacrificios que de él exigieran sus superiores. Ingresó en el convento de Capuchinos de su pueblo nativo, y desde el mismo momento en que comenzó su noviciado dió pruebas, inequívocas de que su vocacion era verdadera, y de que Dios le habia llamado por aquel camino para que por él buscase la gloria de Su Majestad en la salvacion de los hombres, á los cuales en esta Orden habia de prestar importantísimos servicios con un celo que solo podia ser infundido y sostenido por el mismo Dios. Desde el primer dia manifestó á sus superiores que su voluntad quedaba completamente subordinada á la de ellos, y por consiguiente que él no dispondria en nada de sí mismo, pero que tampoco rehusaria á cuanto dispusieran de él, constituyéndose en servidor de todos, porque en todos encontraba méritos para dedicarse él á su servicio, así como en sí mismo hallaba una elevacion muy superior á lo que él era acreedor, áun en este estar sujeto á la dependencia de todos y obligado á prestarles toda suerte de atenciones y respeto. A su entrada pretendió para servidor ó sea

lego, pero lo claro de su ingenio y la noticia que dieron algunos de sus hermanos de que era un hombre no solo de muy buen talento sino que se habia ejercitado en el estudio y con muy buen éxito, hicieron á los superiores que por santa obediencia le obligáran á seguir estudios y á demostrar y hacer ver particularmente lo que sabia ántes de ingresar en religion. Pudo lograr el que se le consintiera permanecer oculto durante su noviciado; pero concluido este, ya le fué preciso manifestarse, y tuvo que decir que habia estudiado con un éxito muy brillante todo lo que constituia la más ámplia carrera de humanidades; habiendo aprendido con perfeccion el hebreo, el griego y el árabe, hasta tal punto que habia desempeñado cátedras en algunas capitales de Francia, y por poco tiempo en uno de los más célebres colegios de Paris. Manifestó al mismo que con igual éxito habia estudiado filosofía, que sus miras siempre habian sido emprender una facultad mayor, pero que vacilante acerca de la en que podia encontrar mayores ventajas, se habia llegado el tiempo, muy feliz para él, en que el Señor le llamó al más perfecto estado de religioso, y que constituido en él, era consiguiente que no fuese ya él mismo, sino sus superiores, los que decidiesen en lo que habia de hacer, pues que su voluntad, como todo su ser no le pertenecian ya, sino que pertenecia á la Orden que con tanta benignidad se habia dignado admitirla en su seno. No era dudoso el partido que con él habia que tomar; dedicarle al estudio de la sagrada teología, hacerle ascender al altar mediante el sagrado órden del presbiterado, y utilizar en favor de los fieles el talento, conocimientos y buena disposicion de este religioso, que podria hacer y haria con efecto tanto más, cuanto que su solo deseo y exclusivo anhelo era la gloria de Dios y la salvacion de las almas; sin la más mínima mira acerca de sí ni el más remoto recuerdo de que podia haber ni habia en el mundo otra aspiracion para el hombre que la de la gloria de su Dios. Estudió efectivamente sagrada teología, y lo hizo con el éxito que no podia ménos de esperarse de su capacidad por una parte y de los estudios preliminares que tenia, por otra; porque es indudable para estudiar la ciencia cuyos fundamentos estan en la verdad revelada, que, como sabemos, está consignada en la Escritura, nada facilita tanto el éxito como el conocer á fondo los originales; porque las versiones, por esmeradas que ellas sean, son siempre versiones, y ha tenido por consiguiente que perderse en ellas esa energía original, y acaso la exactitud por la no muy profunda inteligencia en deshacer el hiperbaton griego, de la aposicion de las particulas hebreas, por lo que nuestro de Dieppe adelantó muchísimo consultando, como lo hizo, los originales. Tambien le obligaron á recibir las órdenes sagradas, y este periodo de su vida, es decir el en que se disponia para llegarse á tan sublime ministerio es uno de los más notables, porque es uno de los en que más demostró su piedad

y su virtud. Conocia perfectísimamente la importancia del sublime ministerio á que se le queria dedicar, comprendia su pequeñez é indignidad para su desempeño; veia en la voluntad de sus superiores la voluntad de su Dios, y esto le hacia ir seguro, á pesar de reconocerse indigno, esto le hacia rogar á Dios, prometiéndole cuantos esfuerzos estuvieran de su parte, que fuera S. M. quien coronase conforme á sus designios aquella obra que segun sus designios se emprendia; asi que el Señor efectivamente derramó sus gracias en el P. Rafael, y su buen ejemplo vino á ser la primera manera de predicar con que el Señor le llamó á este ministerio, y que dió por resultado primero el que todos se admiraran de lo bien dispuesto que se acercaba al altar, y despues que su palabra fuera autorizada, y el éxito más feliz coronára sus tareas apostólicas, cuando á ellas le hicieron dedicarse sus superiores, que á la verdad no fué mucho despues de su ordenacion. Le encomendaron despues el cargo de la predicacion del Evangelio, sin que le dejáran descansar tampoco en el confesonario; pues era consiguiente al feliz éxito de su predicacion el que acudiesen muchos á sus pies á completar, mediante su reconciliacion con Dios, la importante obra para cuya ejecucion la gracia se habia valido del P. Rafael como de medio, y que á la verdad habia sido medio muy adecuado, porque habia dado resultados que ni esperarse podian de pequeños ensayos, que era todo lo que hasta entónces se habia hecho acerca de él. En vista de esto fué por lo que su veneranda comunidad le confió el importante cargo de misionero apostólico, dedicándose, como era consiguiente, al desempeño de tan importante, como penosa tarea en su pueblo y en los contornos, adquiriendo desde luego fama muy justa, porque á las condiciones ventajosísimas en que le hemos considerado, se ha de agregar otra, que no es en verdad ménos importante, y era la de que estaba en la conviccion íntima de que cuanto haga el hombre para bien de sus prójimos es poco, pues que está obligado á poner acerca de este importante asunto todos los medios que respectivamente pondria en juego para lograr su propia justificacion. Con el mayor contento y satisfaccion de sus superiores desempeñaba los muy importantes cargos que le estaban encomendados en su país natal, cuando pareció conveniente á los superiores utilizar los grandes conocimientos que tenia, tanto en las ciencias puramente eclesiásticas como en las filosóficas y áun en el vastísimo conocimiento de idiomas, en que puede decirse que era una notabilidad. Mandáronle en tal concepto á las misiones que en América hacia su sagrada religion, y que fueron, como no podian ménos provechosísimas, no solo para atraer á aquellas pobres gentes al conocimiento del verdadero Dios y por consiguiente á camino de salvacion, sino para civilizarlos y hacerles conocer y cumplir debida y convenientemente las obligaciones sociales, que son la verdadera garantía de ese órden,

para el cual á no dudarlo ha sido criado el hombre por su Hacedor supremo. Las dificultades que tiene una mision contra infieles no hay para qué referirlas, como tampoco es necesario advertir que nuestro buen sacerdote fué allí dotado del mejor deseo, pero sin otra pretension que el cumplir adecuadamente su deber, y procurar por todos los medios posibles la dicha espiritual y áun material de aquellos infelices. No fueron vanos sus esfuerzos, pues el éxito más lisonjero coronó todos sus trabajos, no faltando quien le hiciera la contra, hasta el extremo de influir en el ánimo de sus superiores y hacerles poner en observacion; pero de ella resultó lo que no podia ménos, que se patentizó el celo, interés y buen deseo de nuestro religioso, y lo que ántes habia sido en su contra, por la prudente reserva con que los superiores deben acoger y acogen cualquier queja que se les da acerca de sus súbditos, vino á refluir en su provecho, digámoslo así, pues no solo se le confirmó de muy buen grado en el importante cargo que tenia, sino que le ampliaron sus facultades hasta donde era posible, debiendo consignar en favor de tan esclarecido religioso, que no solo no abusó de su autoridad, sino que ni áun quiso que se supiera la tenia, por si el tenerla podia inducir algun respeto hácia él, que nunca exigió, porque decia ser él el más miserable de los hombres. Los naturales del país le estimaban muchísimo, y su sistema catequístico fué muy particular, porque nunca parecia ir derecho al objeto, ántes por el contrario, cuando reunia en torno suyo á los que iba á instruir, era para hacerles conocer alguna cosa que los halagaba, y de allí pasaba, pero con suma naturalidad, sin que los que le oian lo extrañasen, al punto principal de su instruccion, y claro está como que los tenia halagados por lo que ántes les habia manifestado, le seguian escuchando atentamente, se convencian, abjuraban sus errores, abrazaban la fe de Cristo y eran buenos cristianos por conviccion, debiéndose todo el éxito á los esfuerzos del Padre, ayudados, como es consiguiente, por la gracia de Dios, pues sabido es que nada somos en nosotros por nosotros mismos, sino que toda nuestra suficiencia ó capacidad para el bien viene de Dios. No se crea que esta vida tan activa quitaba á nuestro Padre el tiempo ni la obligacion de cumplir hasta las más menudas prescripciones y consejos de su Orden, que se habia propuesto desde su solemne profesion; nada de esto, cuando mayores eran sus ocupaciones y más penosas sus tareas, cuando el tiempo le era tasado y apénas el indispensable para el descanso, se le veia cercenar este hasta el extremo de pasar muchas noches seguidas para cumplir con la oracion y demás, sin dormir ni un momento, y se observaba darse á los mayores rigores de la penitencia cuando volvia de sus apostólicas tareas capaces de fatigar al más robusto; así es que su conducta servia de ejemplo á los religiosos y de grande edificacion á los seglares, siendo sin duda este el

motivo por el cual los conventos donde él vivió se hacian ejemplarísimos, sin haber él nunca sido superior, pues quiso y se le concedió no tomar nunca cargo alguno en la comunidad, por estar más desembarazado para servir en todo y por todo á los pobrecitos, que tanto habian menester de sus servicios, y cuya importancia y utilidad él no desconocia, aunque confesaba sinceríisimamente que era un don de Dios, que por un exceso de su misericordia habia escogido medio tan inadecuado para fines tan importantes. Dando, pues, las inequívocas pruebas de virtud y amor de Dios con que le hemos visto demostrar á la faz del mundo los importantes designios del Señor acerca de él, secundados por él fidelísimamente, vió con ojos enjutos y semblante sereno acercarse su postrer momento, en medio de su querida comunidad y en la casa-mision de América. Preparóse como convenia á su vida toda de perfeccion con la recepcion fervorosa y edificante de todos los santos sacramentos, dirigió á sus hermanos las más lisonjeras frases, y les animó con mucho acierto á la continuacion cada dia con más ahinco y empeño en el ejercicio de su ministerio muy importante, les rogó encarecidamente sus oraciones, y entre los clamores de sus queridos religiosos que rogaban á Dios por él, y de los naturales, que convertidos por él á Dios, lloraban su pérdida de una manera que solo viéndolo se creeria, entregó á Dios su espíritu el año de Cristo 1648. Sus virtudes se hicieron entónces más y más notorias, comenzaron á referirse algunos milagros hechos por Dios á la invocacion de su siervo, y Roma consintió que se le apellidase venerable, interin se practicaban las diligencias que acaso den por resultado la gloria de que sea colocado en los altares como beato ó como santo. Aun cuando la buena fama de su virtud haria inolvidable su memoria, para que más difícilmente se borre su recuerdo hay de él dos obras, que publicó y que tituló: *Método fácil para convencer á cualquier hereje;* del cual se hicieron muchas ediciones y alguna de ellas muy numerosa: y *Compendio de las controversias con los herejes*. De ambas se desprende que el P. Rafael de Dieppe era tan buen escritor como religioso. — G. R.

RAFAEL Dumaus (Padre). De linaje oscuro, pues no hay noticia alguna de su prosapia, aunque de una virtud y erudicion nada vulgares fué este insigne varon, que floreció hácia el siglo XVII. Sus circunstancias especiales demostraban desde luego que habia de ser una gran cosa su celo y caridad para con sus hermanos, al mismo tiempo que dejaban vislumbrar esa especial providencia con que Dios nuestro Señor gobierna y encamina los sucesos á los fines, siempre altos, elevados siempre, que acerca de las cosas se propone. Aparece este siervo de Dios como capuchino, á quien se impone la pesada carga al mismo tiempo que se le confia la importante comision de misionar el reino de los persas, es decir, atraer al conocimiento

del verdadero Dios y de su verdadera dicha, y á buscar su eterna felicidad, una porcion de gentes, que ni áun conocian el idioma de los que les dirigian la voz, que no podian, por decirlo así, acercarse á sus maestros, porque no podian ellos persuadirse de que un hombre tan superior á ellos como se figuraban al europeo, los admitiese á su trato, cuanto ménos á la comunicacion necesaria para su instruccion: de modo que nuestro Capuchino tuvo que luchar con estos y más obstáculos hasta llegar á conseguir algun fruto en aquel país, cuyos moradores, sumidos en una fatal ignorancia, hacian una vida monótona, llena, por una parte, de privaciones, y por otra encenegados en los más inmundos desórdenes sociales é individuales; razones y circunstancias que reuniéndose, como en efecto se reunen, en los persas, hacen muy difícil la empresa de su civilizacion tanto en el órden religioso como en el social. Y este fué el grande trabajo que emprendió y llevó á cabo con el más feliz éxito nuestro esclarecido P. Rafael Dumaus. Prescindiremos de su infancia, por decirlo así, en una órden tan observante como sabemos que es la Capuchina, y reflexionemos brevemente sobre la resolucion heróica con que emprende su viaje, y acomete la árdua empresa de predicar el Evangelio á aquellos desventurados que no le conocian, y hallaremos la más perfecta abnegacion en ponerse desde luego en camino y poner por obra sin replicar las indicaciones de sus superiores, y además se ve una muy sublime elevacion de sus miras, pues no cabe duda que es muy elevada la mira de ofrecer su vida por la vida de sus hermanos, consagrar al servicio de Jesucristo no solo su talento y sus facultades interiores, sino su persona, y su persona no como quiera, sino con exposicion, por entónces casi probable, de que serian sacrificados todos cuantos allí quisieran establecer un culto nuevo, dogmas distintos de los que ellos habian hasta entónces tenido. Fuéle, pues, preciso al Padre, despues de vencer aquellas dificultades consiguientes de idioma y demás, enterarse de sus costumbres, hacer un estudio tal de sus inclinaciones, mirar cuáles eran las cosas que á ellos les impresionaban, y cuándo la impresion les era agradable y cuándo desagradable; en fin, todas estas cosas que servian para arreglar despues su conducta, conducta que fué prudentísima, pues que pudo convencer á los principales dignatarios de aquel estado á que le permitieran misionar, toda vez que él con su predicacion habia de hacer mucho en favor del estado, pues no tenia como no debia ni podia tener, aspiracion alguna en órden á sí mismo. La corte de Roma, que supo lo bien que nuestro P. Dumaus gobernaba aquella comarca, le remitió inmediatamente el nombramiento y todas las facultades de misionero apostólico, y algunas particulares con que el Padre Santo le distinguia en justo premio de su celo. Agradeciendo él sobre manera la atencion, declinó de sí la honra de la presidencia y gobierno de aquella mi-

sion, y la declinó en otro religioso de su mismo instituto, que fué allí con algunos más, pero hubo de volver á tomar á su cargo las riendas de tan importante ministerio, porque su sucesor no tenia el suficiente carácter para hacerse respetar. El P. Rafael sí, ese no solo se hacia respetar, sino temer, y no se crea que temian en él ni sus rigores ni sus castigos, pues rigores no los usaba sino consigo mismo, eso sí, consigo era hasta cruel, de tal suerte que muchas veces tuvo la obediencia que mediar para mitigar sus excesos; con los demás era dulcísimo, muy benigno, afable, muy bondadoso y tan condescendiente, que cualquier cosa que exigian de él, con tal que no fuese opuesta al servicio de Dios ni al buen gobierno de su convento, al momento lo hacia, y lo hacia para que todos tuviesen el consuelo de ver satisfechos sus deseos; y en órden á castigos, nunca supo imponer ninguno, ántes si alguno estaba marcado por constituciones ó estatutos, él mismo lo sufria, para que no tuvieran que sufrirlo sus hermanos; pero ya se ve, su conducta acusaba tácitamente, y todos temian en público ese reproche que hace el bueno al malo, el observante al relajado, el que camina por donde debe al que va por senderos tortuosos, al cabo de los cuales encuentra solo la perdicion y la ruina. Incansable, como llevamos dicho, para el catequismo de los infieles, era sumamente observante de las reglas, prácticas y constituciones de su Orden, con una particularidad, y es que los buenos acuerdos que habia encontrado en todos los conventos en que habia estado, los habia, digámoslo así, recogido, y se habia impuesto la obligacion de cumplirlos todos; así es, que exactísimo para la oracion, la anticipaba cuando de dia tenia ocupacion y entónces la tenia de noche ántes de recogerse, persuadido de que el religioso es tanto más rico, cuanto que es más pobre; vivió siempre pobremente, y tan reducido á lo necesario, que al momento que tenia algo más, lo daba, porque decia que él no lo podia disfrutar. En la caridad era ardientísimo, y el deseo y esmero por el culto á Dios tan atento y tan aficionado á que estuviese cual era debido, que á procurar este culto al Señor fué á lo único que encaminó las ligeras pretensiones que hizo á los gobernadores y señores principales, así que logró el consuelo de tener templo y casa para sus hermanos. Treinta y dos años vivió de esta suerte. Siempre trabajando, misionando siempre, y el Señor le concedió la especial gracia de que no le atacase mal alguno hasta que la enfermedad de que se murió vino á indicarle que su carrera en el mundo estaba próxima á concluir. Emprendió, pues, aquel viaje terrible, pertrechado con todos los recursos que nuestra madre la Iglesia nos ofrece para tan crítica ocasion, y tanto en este solemne momento de los sacramentos, cuanto en el de exhalar el último suspiro, demostró el grande amor á Dios que toda su vida tuvo, y la suma confianza en el Señor con que siempre habia emprendido

todas sus obras. Los indígenas que supieron la muerte de este reverendo Padre quisieron honrar su memoria, y para esto concurrieron como á las exequias de sus héroes, y le rindieron asi el tributo de homenaje que pueden. Su nombre no se ha olvidado en el país, pues cristianos é infieles ven y recuerdan en él al hombre bueno, que hizo cuanto bien pudo. Como escritor tambien dejó una memoria, memoria de utilidad, porque en ella puede ilustrarse la historia con la noticia de lo que pasó, y puede servir á los misioneros que vayan como ayuda para el conocimiento de aquel país, sus circunstancias y demás que debe saber el misionero si ha de cumplir como debe con su importante ministerio. *De missione Persiæ epistolam* es el título de la obra, que mereció la aprobacion y aplauso de cuantos la vieron, y que hace sea mayor la importancia de este hombre, que por buscar á su Dios pasó tantas molestias, que ellas pueden decirse que equivalieron al martirio. Tal vez algun dia sea beato el esclarecido P. Rafael Dumaus, cuya vida hemos trazado á grandes rasgos.—G. R.

RAFAEL DE ESCOBEDO (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo, natural de la villa de Moratilla, pueblo distante una legua del monasterio de Santa Ana de Tendilla, donde tomó el hábito á la edad de diez y seis años, manifestando tanto juicio, cordura y talento, que á los tres años le enviaron al colegio de S. Lorenzo del Escorial, donde se distinguió mucho en los estudios, aventajándose á todos sus condiscípulos. En cuanto regresó á su convento se dedicó á la predicacion, obteniendo los mejores resultados en aquel país, donde ganó muchas almas. Transcurridos algunos años, fué trasladado de maestro de novicios al monasterio de Santa Catalina, donde por su buena fama y conocido amor á la observancia fué elegido despues prior. Observaba con mucha puntualidad sus votos, siendo en extremo amante de la pobreza, obediencia y castidad; vestia siempre una estameña muy parecida al silicio, y habiéndose hecho siendo jóven unas camisas para cuando acababa de predicar, apénas se las ponia, de manera que las dejó casi nuevas por no querer usarlas tampoco en las enfermedades. Jamás se le oyó palabra que fuese impropia de su estado, siendo todas muy prudentes y comedidas; huia toda clase de comunicacion con mujeres, como no fuesen de la más acrisolada virtud. Conocíase en lo exterior su compostura interior, pues áun cuando era prelado y reprendia en los capítulos algunas faltas, siempre se le veia con la vista fija en el suelo y las manos debajo del escapulario. Eligiéronle por prior en el convento de la Mejorada, y desempeñó su cargo, dejando edificados á todos los religiosos. Fué despues definidor en un capítulo general; y nombrado en otro prior del monasterio de Alpechin, de donde fué trasladado por eleccion á la casa en que habia profesado, y era conocido lo acertado y prudente de su gobierno. Estuvo á punto de ser

elegido general de la Orden, por la grande reputacion que se habia conquistado por su religiosidad, capacidad y estudios. Además de que se mostraba siempre muy celoso y obediente á las leyes y estatutos de la Orden, amante de sus súbditos, y cuerdo en la administracion de lo temporal, para que sus súbditos solo cuidasen de lo eterno. Ejemplar en sus operaciones y empleos, tenia un grande concepto entre los buenos, que es á lo que debe aspirar todo hombre honrado. Su muerte correspondió á su santa vida. Siendo prior de su monasterio de Tendilla, fué á visitar una capellanía á la villa de Aranzueque, distante dos leguas de aquella casa y de la que es patrono el prior. A su regreso, sintiéndose muy cansado, dijo á su compañero que no se sentia bueno, y apénas llegó al convento se echó en la cama, atacándole la enfermedad de que murió. Sufrió los dolores inherentes á su estado con grande paciencia, pidió los santos sacramentos, y los recibió con grande devocion; despues de darle el último, al terminar los salmos penitenciales echó la bendicion á sus hijos, y les dijo se la echasen ellos á su vez, entregando en el acto su alma al Criador con la misma tranquilidad que si se rindiera al sueño. Sus grandes virtudes hicieron que le sobreviviese su fama, y fuese citado su nombre con elogio por los historiadores de su Orden.—S. B.

RAFAEL Ferrer (Padre), religioso de la Compañía de Jesus. Era español, de la provincia de Aragon, de familia esclarecida; habiendo pasado á la América, se ocupó en la conversion de gentiles con el mayor interés y el más laudable celo; predicó con el mayor fervor á los indios cofanes, gente agreste y sumamente bárbara y de perversas inclinaciones; á pesar de todo, bautizó gran número de ellos, á costa de mil sacrificios é innumerables calamidades y trabajos sin cuento, padecidos y sobrellevados con gusto, sostenido por su ardiente fe, por la cual llegó el caso últimamente de dar su preciosa vida tan necesaria á los progresos de la religion cristiana, siendo acometido de los idólatras, que en una de sus caminatas le acompañaron como amigos, y al pasar un puente le asieron entre todos y con gran algazara le arrojaron en la parte más profunda del rio, usando de traicion tan detestable porque predicaba la ley de Cristo contra sus ídolos y perversas costumbres. Fué la gloriosa muerte de este mártir religioso el dia 18 de Marzo de 1611.—A. L.

RAFAEL de Fonte (Fr.), religioso franciscano, natural de Florencia, fué visitador de la Orden Tercera en Italia. Publicó: *Speculum Cœlestium Thesaurorum Confraternitate Funiculi Franciscano concessorum*; Florencia, 1598, en 12.°—S. B.

RAFAEL de Henionio (Fr.), religioso capuchino de la provincia de Lyon en Francia, donde se distinguió como predicador. Fué moderador de novi-

cios y repetidas veces guardian, y es muy elogiado por sus conocimientos en teología escolástica, moral y polémica, no mereciendo ménos aplauso por su doctrina y piedad. Publicó : *Explanationem sacrosancti sacrificii Missæ, juxta Romani Missalis præscriptum;* Lyon por Pedro Valfray, 1690, en 4.°—S. B.

RAFAEL Lorenzo (V. D.), canónigo y arcediano de la santa iglesia metropolitana de Tarragona. Distinguióse tanto por su virtud como por su piedad, y fué fundador del convento de Carmelitas descalzos de aquella ciudad, en la que probó su grande devocion á Sta. Teresa de Jesus. Murió en 14 de Julio de 1600, siendo sepultado en la iglesia del referido convento, donde se lee su honorífico epitafio, que refieren Pedro Serra y otros autores.—S. B.

RAFAEL de la Madre de Dios (Fr.), religioso agustino, natural de la villa del Conde en Portugal; pasó á las Indias orientales, y tomó el hábito en el convento de Goa en 1588. Hallábase adornado de las dotes naturales, que tanto llaman la atencion á los hombres en la sociedad, y poseia un rico patrimonio, que invirtió todo entero en obras pias, sin quedarse ni áun con la parte más pequeña para su uso ó su comodidad. Se distinguió en la Religion por sus grandes virtudes, y en particular por su caridad, estando siempre dispuesto á servir á todos, consolar á los afligidos, y cuidar á los enfermos con gran amor y solicitud, pasando frecuentemente las noches en vigilia á su lado. Cuando se le pedia algun favor, jamás se negaba á hacerlo si estaba en su mano. La salud eterna de sus prójimos era el constante objeto de sus deseos, y el que procuraba por todos los medios, enseñando, predicando, confesando é instituyendo misiones para indios y españoles. Hallábase siempre dispuesto á suplir las faltas de los demás á la más ligera insinuacion de sus superiores, teniendo en grande estima la obediencia, que es como el distintivo principal de un verdadero religioso. No era ménos amante de la humildad, cuya virtud le hacia hablar siempre honrosamente de todos, y con desprecio de sí mismo. En toda reunion ó junta á que asistiese, ocupaba siempre el lugar postrero, y cuando fué prelado hacia mas bien las veces de servidor que de jefe. La pobreza era otra de las virtudes de que más mérito hacia, cultivándola en tanto grado, que llevaba siempre un vestido remendado y humilde, y en su aposento no admitia jamás otros adornos que unos pocos libros y dos estampas. Entregábase con frecuencia á la oracion y meditacion, concibiendo en ella grande amor á Jesucristo, y un desprecio grande de las cosas caducas y perecederas. Era muy parco y moderado en sus alimentos, y si alguna vez se le ofrecia un manjar delicado, á causa de su quebrantada salud, daba las gracias y lo rehusaba con singulares protestas de su indignidad. Hacia constantemente rigorosas penitencias, y no pocas veces defendió su castidad en lances difíciles, con ayuda, segun

manifestaba de la Santísima Vírgen María, á quien adoraba con singular amor y veneracion. Conocia perfectamente las reglas de su Orden, observándolas con particular esmero para inspirar mayor respeto. Dió muestras de invencible paciencia en muchas ocasiones; y en particular en los últimos momentos de su vida, cuando hallándose dedicado á la predicacion del Evangelio, fué preso en Fou, cerca de Malaca, y martirizado por los paganos en 3 de Octubre de 1605.—S. B.

RAFAEL Mascaró, religioso lego de la órden de S. Agustin. Este venerable siervo de Dios y hermano de la obediencia, fué hijo de Bartolomé Mascaró y de María Angela, su esposa, vecinos de la villa de Villafranca del Panadés, obispado de Barcelona, los cuales le criaron y educaron en santas costumbres, temor de Dios y observancia de su santa ley. Era sumamente obediente á sus padres, pues como era sencillo y de natural dócil, los obedecia puntual en cuanto le mandaban, los amaba con amor singular y los respetaba con singular reverencia. En su tierna edad manifestó ser muy devoto de la Reina de los ángeles María Santísima, y amigo de la oracion, recogimiento y soledad. Crecia Fr. Rafael en la edad, creciendo igualmente en virtudes, y para su mayor aumento deseó trasplantarse, como árbol, en el campo eremítico de la religion de S. Agustin. Con este objeto fué á la ciudad de Barcelona, y pidió el hábito en el convento de S. Agustin; y siendo admitido de los religiosos, le vistieron el santo hábito con mucho regocijo y alegria de su alma. En el año de noviciado fué un raro ejemplo, y admirable dechado de todas las virtudes á los religiosos de aquel convento; y cumplido, recibió la profesion de manos del P. prior, el Maestro Fr. Benito Daniel Domenech, el dia 26 de Agosto del año 1625. Si hubieran de referirse las muchas y admirables virtudes que ejercitó el hermano Fray Rafael Mascaró, seria interminable; y así solo se hará mencion de algunas para que el que las leyere procure imitarlas, y alabe al Señor viéndole tan humano y admirable en sus santos. Envió la obediencia al siervo de Dios al convento de la Vírgen de Corbiach, situado en el término de la villa de Mosset, de la diócesis de Elna, para que fuese compañero del sacristan. En este monasterio experimentó singulares favores de la Vírgen Santísima; tenia Fr. Rafael largos ratos de oracion delante de su sagrada imágen, así de dia como de noche, siendo al mismo tiempo muy cuidadoso del adorno y aseo de su capilla, y de que ardiese siempre la lámpara en su presencia; y para no faltar á esta atencion, suplicó á aquella Santísima Señora que siempre que se apagase le dispertase, que él se levantaria gustoso para encenderla y hacerla un rato compañia orando delante de su soberano acatamiento. Todo esto se lo dió á entender con gran sencillez y profundísima humildad. Enamorada la gran Reina de la devocion, respeto y entereza de su siervo,

todas las noches que se apagaba la luz de la lámpara, tocaba á la puerta de la celda para que se levantase; y respondia el venerable religioso: *Ya voy, Señora.* Se levantaba á toda prisa, bajaba á la iglesia, y abriéndole su puerta los ángeles, entraba en ella, encendia la lámpara de la Vírgen, y postrado en su presencia, se quedaba algunas horas en oracion, con la particularidad que esto le sucedia las más de las noches. La causa de manifestarse este singular favor que la Vírgen de Corbiach hacia á su devoto Fr. Rafael, fué porque el prior del convento, que era el P. predicador Fr. Juan Montaner, tenia un sobrino suyo, natural de Puigcerdá, el cual dormia en la celda del siervo de Dios Fr. Mascaró, y como éste sintiese de noche tocar á la puerta de la celda y la respuesta de Fr. Rafael, saliendo y tardando mucho en volver, y como esto sucediese muchas noches, empezó á tener miedo de quedarse solo en la celda; y viendo proseguia la llamada á la puerta todas las noches, se lo confió á su tio el prior, suplicándole le proporcionase otra celda, porque no queria dormir en la de Fr. Rafael. El prior no hizo caso de las palabras de su sobrino; y viendo éste su indiferencia, se aventuró á decirle que se queria volver á Puigcerdá á casa de sus padres. Entónces el prior trató de inquirir el motivo, porque deseaba salir de la celda de Fr. Rafael. El jóven le informó y dió pormenores; y pasmado el prior al escucharle y suspenso de admiracion, sin poder llegar á discurrir qué podia ser, determinó advertirlo en el capítulo *de culpis* delante de toda la comunidad. En su consecuencia hizo poner en culpa á Fr. Rafael, y reprendiéndole gravemente le dijo con aspereza ¿qué modo de vida era el suyo? ¿si era su modo de vivir de religioso ó de secular? Y refiriéndole lo que sabia, prosiguió: ¿quién era aquella señora que le llamaba y adónde se iba? Respondió el siervo de Dios lleno de profunda humildad, excusándose como pudo por encubrir el favor que la Vírgen le dispensaba; pero mandándole el prior en virtud de santa obediencia dijese la verdad sin ocultar cosa alguna, en cuanto se le impuso el precepto de obediencia, dijo que quien le dispertaba y tocaba á la puerta de la celda era María Santísima siempre que se apagaba la lámpara para que fuese á encenderla. Entónces el prior replicó que aquello no podia suceder asi, porque él tenia todas las llaves del convento y de la iglesia, y nadie podia entrar en ella á no abrirle la puerta; el religioso afirmó que era verdad lo que decia. El prior insistió en que si aquello era verdad, por dónde entraba en la iglesia; Fr. Mascaró respondió que por la puerta; y preguntado nuevamente quién se la abria, se detuvo el venerable hermano sin contestar, pero obligado de la obediencia, manifestó que los ángeles le abrian la puerta, y él entraba á encender la lámpara, y que se quedaba un rato con la Vírgen. Esta comunicacion con la Emperatriz de cielo y tierra le hacia salir de la oracion tan trocado su corazon, tan encendido de amor, tan

adornado su rostro de luces y resplandores que le producia aquel dulce trato que tenia con la Virgen, que parecia otro Moisés cuando bajaba del monte de conversar con Dios. Era profundísima su humildad, muy notable por su rara paciencia y admirable obediencia, muy fervorosa su caridad y muy sobresaliente la gran pureza de su alma. Poseia todas las virtudes en grado heróico, tanto que fué pasmo, asombro y admiracion de cuantos le trataron y conocieron. Todos los religiosos del convento miraban á Fr. Rafael con un singular respeto, teniéndole por santo y amigo de Dios. Admiraban en él sobre las virtudes referidas un gran retiro y aislamiento, un raro silencio y una admirable caridad con los pobres. Y para poder el siervo de Dios entregarse más á la soledad y retiro, le pidió al prior le permitiese ser hortelano de un famoso huerto que tiene el dicho convento de Corbiach, plantado de muchos árboles, hortalizas y frutales. Le concedió el prior su peticion, pero con condicion, sabiendo la gran caridad que ejercia con los pobres, que no le habia de tocar la fruta, porque todos los años solia el prior hacer un regalo de ella al Sr. Obispo de Elna, que entónces era D. Gregorio Parcero. Entró Fr. Rafael en el huerto con la dicha condicion, pero ocurrió que un dia llegaron tantos pobres á pedir limosna al convento, que habiéndose concluido el pan y no habiendo qué darles, Fr. Rafael les hizo entrar en el huerto, y les dió para que comiesen toda la fruta de los árboles. Súpolo el prior y le reprendió, quedando muy desconsolado por no poder hacer al obispo el regalo de costumbre. Fr. Rafael se retiró sin desplegar sus labios; pero pasados algunos dias, se le presentó al prior, y le dijo que cuándo queria su paternidad hacer el regalo de fruta al Sr. Obispo. El prior le contestó que era un simple, pues con qué tenia que hacer el regalo si no tenian fruta los árboles. Pero el siervo de Dios con semblante inmutable le dijo que al otro dia podia su paternidad mandar el regalo á su Ilustrísima, que se levantára por la madrugada, bajase al huerto y veria la fruta. Como el prior conocia la virtud del religioso no le dijo más palabra, bajó al huerto á la madrugada siguiente, y halló todos los árboles cargados de fruta admirable y sazonada, habiéndolos visto pocos dias ántes completamente despojados de fruto. Alabó el prior al Señor por las maravillas que obraba por su siervo, dijo Misa, y despues fué con él á llevar el regalo al señor obispo. Tanta era su caridad con los pobres, que siendo limosnero cuantos pobres encontraba y le pedian limosna les daba el pan que llevaba en la alforja, y despues cuando llegaba al convento hallaba siempre las alforjas llenas. Caminando un dia en un jumentillo para hacer la limosna del pan, cayó la pequeña cabalgadura por un despeñadero de sesenta varas de alto, que hay cerca del lugar de Molix, y cuando debian de haberse hecho pedazos los dos, salieron del barranco sin lesion alguna; por este suceso quedó

aquel sitio con el nombre de barranco de Fr. Rafael, atribuyendo á milagro todos los pueblos circunvecinos el haber quedado ilesos el siervo de Dios y el jumentillo de tan alta caida. Mucha era la fama de gran santidad que tenia en todos los pueblos situados al rededor y contorno de aquel convento, y así todos acudian á él para que les alcanzase del Señor y de su Santísima Madre remedio en sus necesidades y aflicciones; y no fueron pocas las veces que el venerable religioso les consiguió la salud para los enfermos, la paz para los discordes, el consuelo para los afligidos y el remedio para los necesitados, obrando muchos milagros, que eran testigos de su virtud. Pasados algunos años, Fr. Rafael volvió á ser conventual del de S. Agustin de Barcelona. Antes de partirse se despidió con mucha ternura y devotas lágrimas de su querida y dulcísima madre María Santísima de Corbiach, pidiéndole la bendicion y entregándole su corazon. Llegado á Barcelona, le hizo la obediencia compañero de sacristan de la Vírgen Santísima de la Piedad; allí es donde Fr. Rafael pasaba los dias y las noches delante de la celestial imágen de la Vírgen en constante oracion, con tanta dulzura de su alma y tan soberanos consuelos, que no cabe ponderarlos. Los favores que esta gran Reina hizo á su siervo fueron muchos y dignos de conservarse á la posteridad. Finalmente, con el frecuente ejercicio de las heróicas virtudes de que se ha hecho referencia, pasó el siervo de Dios la carrera de esta mortal vida, y llegada la hora en que la clemencia divina le queria trasladar á la eterna, quedó herido del contagio de la peste, que reinaba por entónces en Barcelona, cuya enfermedad recibió con gran resignacion, sometiéndose á la voluntad de Dios, y la pasó y sufrió con una paciencia admirable é indecible alegría, y habiendo recibido los santos sacramentos con su proverbial devocion y tiernas lágrimas, dió el alma á su Criador en el convento de Barcelona en el año de 1651.—A. L.

RAFAEL Melitene (Fr.), capuchino, ministro provincial de la de Siracusa, y comisario general en la de Mesina y Palermo. Varon tan distinguido por sus virtudes como por su ciencia. Murió en el convento de S. Felipe de la misma provincia, cuando se hallaba en el coro con sus hermanos entonando las divinas alabanzas, y estando completamente sano. Entre las muchas obras que preparaba para la prensa dejó inéditas las siguientes: *Lectiones in libros Sententiarum ad mentem Scoti, et alias lectiones, tam scholasticas, quam morales, ab omnibus viris doctis maximè commendatas.*—S. B.

RAFAEL de Monservia (Fr.), religioso de la órden de Capuchinos. Pertenecia y estuvo siempre en la provincia de Nápoles, predicador insigne, y varon notablemente señalado en todo género de virtud. Su venerable aspecto, su austeridad y constantes é irreprensibles costumbres le proporciona-

ron el obtener un lugar muy señalado y elevado entre los de su Orden. Su afluencia y sus buenas dotes oratorias le conquistaron una reputacion bien merecida, siendo siempre numerosos los concursos que asistian á oir su predicacion, adquiriendo la palabra de Dios en sus labios una fortaleza y una conviccion hija de su fervor religioso, que conquistaba todos los corazones, y producia sumo bien á las almas. Así tuvo siempre y gozó de la buena opinion de ser el mejor predicador apostólico de aquellos tiempos. El Señor por su infinita bondad le acordó, entre otros beneficios, el don de profecía, y de conocer las cosas ocultas; y tanto, que siendo guardian de Caserta y conociendo por la fuerza de su espíritu profético, que buscaban á ciertos hombres unos encarnizados enemigos suyos con el objeto de asesinarlos, envió á dos frailes, con el fin de que les encaminasen y trajesen al monasterio, y allí los tuvo recogidos y salvos hasta que los reconcilió con sus enemigos. Este notable, sabio y virtuoso varon murió en el año de 1595.—A. L.

RAFAEL DE NANTES (Fr.), capuchino francés de la provincia de la Bretaña, predicador docto y piadoso. Publicó una obra con el título de *Exaltatio Coronæ Domini nostri Jesu Christi*; Reims, 1638, en 8.°—S. B.

RAFAEL NURSINO (Bto.), confesor. Religioso franciscano, discípulo del Bto. P. Ambrosio de Milan. Estuvo dotado de las mayores virtudes, eminente santidad y espíritu profético, revelando muchas cosas, que se verificaron infaliblemente, ántes de que sucedieran, y en particular el dia de su muerte. Floreció hácia el año 1540. Murió y fué sepultado en el convento de Castelo Siniano, que pertenecia á la provincia de S. Francisco en Italia. La Orden Seráfica recuerda sus virtudes en 22 de Junio.—S. B.

RAFAEL PATAVINO (Fr.), religioso agustino, muy célebre en los anales de su Orden, que ilustró con su virtud y santidad. Dotado por la Providencia de las grandes cualidades que distinguen á todo varon verdaderamente docto y piadoso, el P. Patavino se dió á conocer desde sus primeros años por el amor al recogimiento y la oracion, siendo un verdadero modelo de sus compañeros, que no sabian qué admirar más en él, si su constante devocion, ó su modestia y humildad áun en prodigios, pues así lo llama la Crónica, con que era honrado frecuentemente. El era el único que no lo sabia, que los dejaba pasar desapercibidos, y que no les daba mérito alguno. Sus superiores, teniendo en cuenta estas distinciones, quisieron honrarle ya con elevados cargos, ora con otras comisiones en extremo honrosas, que desempeñó siempre el siervo de Dios, prefiriendo vivir en su retiro entregado á las penitencias y á sus prácticas favoritas; pasó así la mayor parte de su vida, siempre retraido, constante siempre en las ocupaciones religiosas, y en todas las propias de la observancia regular de que procuró ser un verda-

dero modelo. Su muerte correspondió á su gloriosa vida, y en sus últimos momentos no decayó, ántes se aumentó su fama de santidad, por los muchos milagros que la precedieron y siguieron. Segun nuestra costumbre, omitimos su relacion, pues tratándose de un personaje que solo ligeramente y en forma de panegírico más bien que de biografía, menciona el P. Herrera en su *Alfabeto agustiniano*, no creemos prudente, máxime no estando aprobados por la Iglesia, referir unos milagros cuya piadosa tradicion no podemos ménos de venerar, pero que no llenan todas las circunstancias que requieren para ser detalladamente expresados en una obra de este género. De las exequias del P. Rafael Patavino se hace una extensa relacion en otras obras de este género, mencionándose los milagros que las acompañaron y siguieron, el gran número de personas que concurrió á su entierro y á recoger sus reliquias, y las dificultades que hubo de consiguiente para dar tierra á su cadáver, mas habiéndose hecho muchas veces mencion de otros casos análogos, se nos dispensará omitirlos en esta, remitiendo al lector que quiera más particularidades sobre este personaje á la obra arriba mencionada.—S. B.

RAFAEL DE LA PURIFICACION (Fr.). Franciscano portugués, lector de sagrada teología, y viceministro de la provincia de S. Antonio en el Brasil, publicó en latin: *Figmenti cabalistici enodationem;* Lisboa, ex officina Feneyriana, 1728, en 4.°—S. B.

RAFAEL RIERA (P.), jesuita natural de Barcelona, varon docto y piadoso, que entró en la Compañía cuando se estaba fundando hácia el año de 1748. Fué enviado á Mesina con otros diez compañeros, siendo destinado por S. Ignacio de Loyola para fundar el colegio de aquella ciudad. Despues fué trasladado como penitenciario á la casa de Loreto, donde mereció ver el célebre milagro acaecido en 1555, conservando desde entónces extraordinaria devocion á María Santísima. Escribió: *Historia del año del Jubileo de* 1575, que fué traducida despues al francés y al italiano.—*De miraculis B. Mariæ Virginis Lauretanæ;* Macerata, 1575.—S. B.

RAFAEL DE SANTA MARÍA (Fr.), franciscano francés, lector en sagrada teología, y definidor de las provincias de recoletos de Sta. María Magdalena y del Santísimo Sacramento en el año 1673. Publicó: *Historia del Cristianismo*; en nueve tomos; y preparaba para la prensa cuando le sorprendió la muerte, otra con el título de *Genius Sanctorum Patrum, id est, omnia eorum opera compendiata reducta ad sententias forma scholastica.*—S. B.

RAFAEL DE STA. MARÍA DE JESUS (Fr.). Religioso agustino de la Congregacion de descalzos de Italia, natural de Palermo, sacerdote y confesor, murió en Sicilia en 1624, á consecuencia de una peste que asoló todo aquel país, y en la que trabajó con mucho celo y caridad, sacrificando heróica-

mente su vida por la salud corporal y espiritual de sus conciudadanos.—S. B.

RAFAEL Sarmiento (Venerable Padre), religioso de la sagrada Orden de S. Benito. Fué monje en el Real convento cisterciense de nuestra Señora de Huerta. Era natural de Ocaña, varon de esplendentes y acrisoladas virtudes, observantísimo y muy ejemplar en todas sus costumbres y acciones, al mismo tiempo que instruido, docto y muy ilustre orador. Llevó siempre por norma no perder momento de su existencia que no fuese en provecho de sus prójimos; por lo tanto era sumamente laborioso y aplicado, gustando infinito de enseñar é instruir niños. Escribió un libro intitulado: *Prontuario de conceptos* y tambien otros muchos de sermones. Murió el año de 1608 á 31 de Diciembre.—A. L.

RAFAEL Serra (B.), confesor. Religioso franciscano de la provincia de Mallorca, de que fué ministro provincial, mereciendo por sus grandes virtudes que se formase proceso para su beatificacion, y que la Orden Seráfica celebre su memoria en 10 de Octubre.—S. B.

RAFAEL Simino (Fr.). Franciscano minorita citado en el catálogo de los ilustres escritores de la Orden Seráfica de Fr. Agustin Wite, aunque no se mencionan sus obras.—S. B.

RAFAEL de Soria (Fr.). Religioso franciscano, natural de Hellin en la diócesis de Cartagena, teólogo de esta provincia que pertenecia á la observancia regular en la Orden Seráfica. Hallábase preparando para la prensa la obra que citamos á continuacion, cuando le sorprendió la muerte, por lo que la dejó inédita. Titulábase: *Compendium morale.*—S. B.

RAFAEL de Surdis (Fr.), capuchino italiano, natural de Casal. Fué ministro provincial de la provincia de Génova, estuvo adornado de grandes conocimientos, y se distinguió como orador además de por sus singulares cualidades de alma y cuerpo. Murió en el convento de Vulturno el año de 1650. Escribió muchas obras dignas de su grande reputacion, las que publicó anónimas. Citanse entre ellas: *Paraphrasis doctissima in Psalmos.—Consulta varia, legalia et regularia.—Poëmata diversi generis, et epigrammata.*—S. B.

RAFAEL Taurino (Bto.). Fué natural de la Apulia, y desde los primeros años de su infancia manifestó una decidida inclinacion no solo á las cosas de Dios, sino en estas mismas cosas celestiales á las más perfectas; así que en los dias mismos de su juventud se le veia preferir la oracion á los demás ejercicios de piedad, y estarse recogido áun cuando pudiese asistir á la celebracion solemne de los oficios divinos, y esto tanto más cuanto mayor era el concurso de fieles que asistia á las solemnidades. Su educacion esmerada y siempre inclinándose á los estudios para los cuales tenia grande disposi-

cion, le puso en disposicion de haber optado por cualesquiera carrera en la seguridad de que hubiera brillado, cualesquiera que hubiera sido el rumbo por donde hubiese girado; sin embargo, él supo prever los escollos que tenian las grandes posiciones á que hubiese podido aspirar, y veia al propio tiempo cuán fácil es desde un puesto encumbrado no solo caer, es decir, perder su posicion, segun el mundo, sino caer ó más bien decaer de la gracia de Dios por nuestras infidelidades en ella, hacernos por nuestras injusticias enemigos de nuestro Dios, y es claro que en situacion tan triste nuestra ruina es inevitable, nuestro mal no puede repararse, y somos víctimas de nuestro lamentable descuido, porque ellos nos han llevado indudablemente al fatal abuso de la divina gracia. Todas estas cosas las miraba con suma atencion nuestro juiciosísimo jóven; y recordando aquella sentida frase del Evangelio: «De nada vale haber ganado todo el mundo si perdemos nuestra alma;» trató de poner á salvo la suya cuando llegó á edad en que la reflexion y madurez necesarias podian servirle de guia en tan importante asunto. Oró, meditó, consultó, como que el negocio era el más árduo y de consecuencias más irreparables que darse podia, y la consecuencia del concienzudo exámen que de todas las carreras á que podia aspirar sacó, fué el decidirse por ser religioso, toda vez que en religion el obrar con estricta dependencia de los superiores es como una garantía que de hecho asegura el buen éxito de todas nuestras obras. Efectivamente decidió ser religioso, y como siempre quiso su santificacion, pensó con razon estar más cerca de ella las órdenes mendicantes, por cuanto suponen un más completo desprendimiento de las cosas del mundo, y un abandono completo de las posiciones que áun en el estado eclesiástico pueden merecerse y lograrse, y por esto resolvió ser y fué minorita franciscano de la provincia del Santo Angel, que era la que estaba extendida en su país. Dirigióse, pues, con la anuencia de sus padres al convento de Sta. María de las Gracias, en Campobajo (de la Pulla), y con repetidas instancias suplicó á los Padres de aquella santa casa se dignasen admitirle en clase de lego; para lo cual calló cuidadosamente lo que habia aprendido y cómo lo habia aprendido, y tampoco dijo nada de su esclarecida familia, sino que eran honrados, aunque no muy ricos, lo cual era verdad, pues vicisitudes del país y desagradables sucesos de familia habian traido muy á ménos á nuestro buen Rafael, porque habian traido á ménos á sus padres. No le valió su astucia para pertenecer á la humilde clase en que habia querido fijarse, y esto es muy natural. No era él ciertamente quien allí le llevaba, no habia de ser él quien se escogiese posicion; por esto Dios, permitiendo en el primer momento que estuvieran ocultas las dotes de este hombre de tanto provecho, y dejándole tomar el hábito en clase de lego como lo habia deseado, halló, con esa sabiduría que se

destella en todos sus designios, medio de que el que queria los últimos lugares ocupase un dia los primeros, pero que llegase á ellos por los pasos contados, que hacen que en cada suceso se haya de admirar un nuevo destello de la bondad infinita é ilimitada misericordia del Señor. Hacia nuestro Rafael su noviciado como lego, y como tal estaba ocupado en los ministerios en que los de su condicion se ocupan; pero el maestro de novicios, hombre de tanta ciencia como virtud, y que tanto para juzgar como para mandar observaba hasta los más menudos movimientos, y áun lo que de los pensamientos de sus subordinados podia colegirse al exterior, vió que el talento de Rafael no era un talento inculto, comprendió que estaba educado, y educado en más que en lo que suele instruirse un hombre aficionado al saber, y que solo se maneja por lo que aprende naturalmente; y sorprendiéndole un dia con preguntas que iban encaminadas á conocer hasta dónde rayaba su talento, su aplicacion y áun su virtud en este órden, le arrancó el secreto de sus primeros años, le dió á conocer lo que habia estudiado, y ocasion para que el Padre Maestro examinándole se cerciorára de que no era un rudo, ni un ignorante, ni una medianía de esas que habian de permanecer oscurecidas, sino un talento muy claro, muy perspicaz y que manejado convenientemente podria dar mucha gloria á Dios y á la Orden religiosa que le contaba entre sus hijos. Claro es que á esta noticia, recibida por conducto tan seguro, se la dió por la Orden el asentimiento que era debido, así que cuando lo pensaba ménos nuestro buen hermano Rafael, y cuando iba ya acostumbrándose algun tanto al ejercicio de las ocupaciones de su empleo, fué sacado de él y se le pusieron los libros en la mano para que continuára sus estudios. Grande fué la sorpresa que le causó una resolucion por él tan inesperada; pero se resignó perfectamente bien, ni siquiera se entretuvo en averiguar el porqué de este suceso, sino que con el mismo afan que de lego tenia para ejecutar en las cosas materiales lo que sus superiores le mandaban, con el mismo en los estudios aprendia para cumplir así tambien los designios, deseos y afanosos cuidados de sus superiores. Repitió el estudio de humanidades y de filosofía, que ya habia hecho á pesar de haber sido tanta la brillantez con que habia desempeñado todos los cargos literarios que se le ofrecieron, que siempre habia sido el primero en su estudio; aprendió luego sagrada teología, y en esto llegó sobradamente el tiempo de su profesion, que era para la comunidad el que los maestros y superiores fuesen rectos y áun santos, como lo eran en su época; y dejó ver la agradable y verdaderamente halagüeña perspectiva de lo que de él podia esperarse siendo tales sus principios. Tambien vino la época en la cual debia ascender al sacerdocio, para en el ejercicio de tan importante ministerio prestar á los fieles el bien á que alcanzaban, y merecer, como era consiguiente, para con Dios y para con

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

los hombres, todo lo cual logró por su ejemplar y muy edificante conducta. No queremos detenernos á ponderar lo mucho que el Señor le regaló al celebrar por primera vez el santo sacrificio de la Misa, ni las adecuadas disposiciones con que llegó á tan alto ministerio; porque esto sobre inferirse con la más lógica deduccion de los antecedentes que acerca de él llevamos ya expuestos, era una cosa puramente personal y consiguiente á los favores que de Dios habia recibido. Veámosle, pues, en el ejercicio de su nuevo cargo, ó sea portándose como no podia ménos de esperarse de su acreditada y extraordinaria virtud. Desde el momento mismo en que recibió el hábito, se desprendió de su propia voluntad para sujetarse á la de sus superiores, y en esta misma sujecion permaneció toda su vida, por lo cual en cuanto estos le indicaron que su deber como sacerdote era confesar y predicar, le tenemos confesando y predicando, y alcanzando en todas partes ópimos frutos; es verdad que para la predicacion, además de la ciencia que habia adquirido en las cátedras y fomentado con su constante aplicacion á la lectura de las obras más convenientes, agregaba esotra ciencia más íntima y más provechosa en la práctica, que procede del trato estrecho con Dios en el ejercicio santo de la oracion, al cual era nuestro buen Padre tan dado, que ni un momento puede decirse que la interrumpia, pues como las acciones suyas más vulgares é insignificantes las reducia á oracion, toda vez que por ellas queria alcanzar de Dios su justificacion y la de sus hermanos, objeto que ocupó siempre su atencion y que le merecia constantes desvelos, el fruto que se lobraba era abundantísimo, pues quien una vez se acercaba al padre Rafael, de cierto era atraido por el buen olor de su santidad, y queria volver á tener la dicha de escucharle ó estar de nuevo á sus pies para recibir sus consejos, ó encontrar ocasion de que sus acertadas determinaciones le lograsen el éxito más feliz, pues á todo esto conducian sus continuos esfuerzos como misionero, como confesor y como consultor. El resultado fué que su fama, creciendo de dia en dia, obligaba á cuantos habian de procurar el pasto espiritual de la divina palabra á personas que por cualquier motivo estaban á su cuidado, á buscar al P. Rafael para que desempeñase tan importante cometido, y tenia por consiguiente que ser incesante su ejercicio, predicando hoy allí, despues misionando en otra parte, y teniendo que ocupar hasta las horas de la noche en oir confesiones, para de algun modo satisfacer la ansiedad siempre creciente de los fieles. Esto, como era consiguiente, ponia en cuidado á sus superiores, no porque temieran que se cansase materialmente, porque sabian que no se podia presumir siquiera, atendido su celo, sino porque temian y con razon que gastándose su naturaleza, extenuada además por las observancias y penitencias voluntarias á que se entregaba acaso demasiado, no podria durar tanto como era menester para

bien de los fieles, y estos por consiguiente se verian privados de él ántes de tiempo. Además, las continuas reclamaciones que de todas partes dirigian á los superiores para que les mandasen á este celoso misionero, no podian ser satisfechas, ni habia manera de que quedasen todos contentos, surgiendo de aquí disgustos, que verdaderamente no eran sino destello de la pequeñez y miseria de los hombres; pero que en determinadas circunstancias podrian ser de trascendencia para la religion, porque los hombres de más valor en el órden social, una vez desairados, podrian, y áun lo hicieron, no causar perjuicio, porque esto no cabe en hombres de rectitud y buen juicio, pero sí desviar algun tanto su apoyo de la seráfica familia, que si bien es verdad que puede decirse con razon que de nadie necesita, tampoco se puede negar que necesita de todo el mundo. Esta consideracion, y el observar que tanta fatiga no estaba ya en posibilidad de sufrirla nuestro buen padre Taurino, hizo que por santa obediencia se le retirára del púlpito y quedase en el confesonario solo y únicamente cuando sus otras ocupaciones no le impidiesen el desempeño de este tan difícil como importante ministerio. Pero fué preciso pensar en dar ocupacion á un hombre que parado no podia estar, y que además no convenia lo estuviese, toda vez que el Señor le habia dotado de prendas tan excelentes, le habia constituido en una situacion la mas á propósito para que sirviese de mucho á cuantos pudieran valerse de los talentos con que, repetimos, el Señor le habia pródigamente favorecido. Por via, pues, de ensayo y para conocer á qué altura se hallaba en él el don de gobierno, se le encomendó por un poco tiempo el régimen de los novicios como maestro de ellos, si bien con carácter de interino, porque la Orden estaba muy satisfecha del que desempeñaba este cargo en propiedad, hombre de mucha ciencia y de no ménos virtud. Tomó nuestro P. Rafael á su cargo tan importante oficio y le desempeñó tan admirablemente, que sobre no echarse de ménos al propietario en todo el tiempo que el Padre le tuvo á su cuidado, todos hubieran querido que hubiese continuado él, porque era, como vulgarmente se dice, de bueno lo mejor. Pasó inmediatamente á guardian de su convento, y en el desempeño de este cargo, que ya tuvo en propiedad y en que obró, digámoslo así, por su cuenta y riesgo, demostró hasta la evidencia lo acertado de la determinacion de confiarle tal gobierno. Es verdad que sus condiciones para él eran enteramente especiales. El era observantísimo de las leyes, constituciones y áun piadosas costumbres de su religion, y por consiguiente tenia todas estas cosas enteramente á la mano. El amaba mucho á su Dios, y como sabia que el fin de la religion es el procurar la gloria de este soberano Señor, y que para esto es el único medio el que se conserven los institutos en el vigor, fuerza y observancia en que los dejaron sus santos fundadores, esta misma observancia y exactitud que-

ria establecer en su casa, para lo cual intransigente con ningun abuso, procuraba, por el contrario, poner todo en el mejor órden para que se pudiera cumplir exactamente hasta lo más insignificante que convenia á un religioso. Era muy caritativo con sus hermanos, y por consiguiente los buscaba con afan para atraerlos al bien, los reprendia con dulzura para evitar sus extravíos, y odiando como odiaba toda infraccion de su santa regla, tenia gran compasion con el infractor de ella, y le toleraba y le amonestaba dulcemente, y no le hacia evidenciar á los demás su culpa, ántes por el contrario se la cubria con el velo de la verdadera caridad; era en fin padre de sus súbditos, poniendo al propio tiempo todo su cuidado en que nada les faltase de cuanto podia permitírseles en la pobreza que habian profesado, y teniendo el consuelo de que en repetidas ocasiones hiciera Dios milagros para satisfacer sus deseos, conformes en un todo á la caridad de Jesucristo. Necesariamente hubieron de conocerse las ventajas de un tan buen gobierno en su convento, y la buena fama de las virtudes á que por precision hubieron de dedicarse los moradores de aquella santa casa, no pudo quedar reducida á la estrechez de los límites que ella circunscribia. Fué preciso que los superiores supiesen qué tal era el guardian Rafael Taurino, y lo mucho que podia esperarse de él, si se ampliaba el círculo de sus atribuciones, si se le daban más facultades y más súbditos, porque todos estaban conformes en que su conducta no habia de variar, porque sabian que era hombre que no obraba sino por conciencia. Nombráronle en efecto provincial de la del Santo Angel, que era la de su patria, á la que perteneció siempre; y se habrá dicho cuanto hay que decir con consignar que como provincial se portó del mismo modo que como guardian, y en esta prelacía habia observado una conducta semejante á la que observó siendo misionero y áun siendo lego en los primeros dias de novicio. Para él nunca hubo cosa molesta, ninguna distincion se creyó merecer, y por consiguiente ninguna quiso aceptar nunca. Todos los conventos de su dilatada provincia le llamaban igualmente la atencion, á todos favorecia con su presencia, con sus consejos, hasta con los medios materiales, que de los más abundantes hacia pasar á los otros más pobres; nunca consintió quejas de unos contra otros, si bien atendia á lo que le decian por si habia algo que corregir, corregirlo, y hacer que todos viniesen al verdadero fin de todos, que era la gloria de Dios; la propia santificacion de los religiosos y el bien espiritual de los fieles, para procurar el cual todo le parecia poco, no perdonando ni perdonándose cuantas fatigas fuesen menester á lograr tan importante fin. Con tan ejemplar conducta y en el desempeño del deber de su ministerio provincial vino á parar al convento de Sta. María de las Gracias donde habia tomado el hábito. Hizo su visita, y al concluirla se halló acometido de una ligera indisposicion, segun todos

decian, del mal que habia de causarle la muerte, segun él mismo aseguró y fué en efecto. Por condescendencia le administraron los santos sacramentos, pues nadie creia haber el peligro que habia, y apénas los recibió, cuando encomendando á Dios su espíritu y á sus hermanos la observancia de las santas reglas, la union y la caridad mas íntima, murió en el Señor por los años de 1550. Su cadáver fué sepultado, segun su voluntad, en el cementerio comun; pero Dios quiso que su sepulcro fuera glorioso, para demostrar asi lo apreciable que le habian sido las virtudes y hechos de su siervo. Repetidos milagros dieron testimonio de esto, y la Orden se apresuró á suplicar á Roma dispusiese lo conveniente para que se comprobasen canónicamente estos hechos, y sobre ellos se hiciese la declaracion á que hubiera lugar. Hízose así con efecto, y despues de comprobarse hasta las más insignificantes circunstancias con la escrupulosidad con que la Iglesia procede en tales casos; el vicario de Cristo dijo, y su palabra es infalible, que Rafael Taurino pertenece al esclarecido número de los beatos confesores, y que á su culto razonado y debido se podria dedicar, como lo hace la Orden Seráfica, el dia 12 de Junio de cada año.—G. R.

RAFAEL Trobat y Figuerola (Fr.), á quien comunmente llamaban *Trobado*, castellanizando el apellido. Fué natural de Valencia, y tuvo por padres al doctor en derecho Domingo Trobat y Doña Francisca Figuerola. De edad de quince años, en el de 1620, vistió el hábito de la Orden del Cister, en el Real monasterio de Valdigna; y concluidos sus estudios en el colegio de S. Bernardo de la ciudad de Huesca, se restituyó á Valencia y leyó un curso de artes en los estudios de la ciudad de S. Felipe, ántes Játiva. Graduóse despues de maestro en artes y de doctor en teología en la universidad de Valencia, y leyó en ella dos cursos de filosofía, y obtuvo por opinion la cátedra del texto de Sto. Tomás, y examinatura de artes y teología. Fué rector del colegio de Huesca, cuatro veces definidor de la Congregacion Cisterciense de los reinos de Aragon y Navarra; dos veces vicario general de la misma, y tres veces abad de su monasterio de Valdigna; y en ellas sorteó los oficios de diputado, contador y clavario de la Diputacion del reino de Valencia. En su tiempo le consultaron como oráculo, y los arzobispos, vireyes y audiencia le propusieron varias veces al Rey por sus méritos distinguidos, como sujeto digno de los obispados. Murió en el convento de San Francisco de Madrid, á 25 de Octubre del año 1668. En defensa de los privilegios apostólicos y reales del monasterio de Valdigna, de donde le habian desterrado á 8 de Diciembre de 1665, dió á luz papeles doctísimos en defensa de dichos privilegios, y los más principales son los siguientes: 1.° *Alegacion en defensa de la Orden Cisterciense, en prueba del derecho que tiene el abad de Santas Cruces de nombrar un monje para prior de Montesa, en quien*

reside toda la jurisdiccion espiritual de dicha religion de Montesa. Esta alegacion se presentó al rey D. Felipe IV por Enero de 1660, en nombre del reverendísimo D. Fr. Miguel Mayor, abad de Escarp, vicario general de la Congregacion Cisterciense de los reinos de Aragon y Navarra. D. Hipólito de Samper, en su *Montesa ilustrada*, dice: *Por cuanto el vulgo ha esparcido que el P. M. Trobado ha trabajado esta alegacion, y que por esta causa se ha encontrado con algunos hijos de la Orden, me es preciso manifestar cuán grande engaño padecen los que tal sienten; advirtiendo que el P. M. Trobado no necesita de que le prohijen ajenos trabajos, porque es sugeto tan docto, que no ha menester vestirse de plumas ajenas, para que entendamos pueda volar, y remontarse hasta la más alta region de la fama.* Dichas estas palabras, pasa á probar que el autor de la alegacion fué Fr. Pedro Galiana, monje tambien de Valdigna; pero las pruebas que Samper produce solo convencen que Fr. Pedro Galiana trabajó una alegacion en defensa de los derechos de la órden del Cister, y esto nadie lo niega, ántes por ser ella muy larga, resolvieron los definidores que el M. Trobado, con permiso del P. Galiana, la resumiese, á lo cual no quiso este allanarse; y por eso el M. Trobado hubo de formar otra, que es la que se entregó al Rey; y no cabe duda que por esta alegacion se enemistó el M. Trobado con algunos hijos de la órden de Montesa, aunque el destierro vino por otra causa como veremos.—2.° *Manifiesto en defensa de los procedimientos con que jurídicamente se ha impedido el uso de una comision, que á instancia del Consejo de Aragon dió el Nuncio de Su Santidad para visitar el real convento de Valdigna, contra las bulas y privilegios apostólicos y reales de su Orden del Cister y de la congregacion, contra lo dispuesto por el santo Concilio de Trento en las visitas de los regulares.* En Madrid, 1666, en fólio: consta de 117 páginas. Esta visita, hecha por el M. Fr. Tomás Gomez, cisterciense de la congregacion de Castilla, fué ocasion del destierro del M. Trobado, y de otros muchos excesos ejecutados en daño muy notable de aquella casa y de sus individuos, como lo significó el Ilmo. Sr. D. Martin Lopez de Hontiveros, arzobispo de Valencia, á la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, en carta que se dió á la prensa, firmada en Valencia á 9 de Agosto de 1666.—3.° *Defensa respondiendo al contramanifiesto que ha publicado el doctor Diego Gerónimo Costa, catedrático que fué de Sexto en la universidad de Huesca.* En Madrid, 1667, en fólio. El doctor Costa habia dado á la estampa un contra-manifiesto impugnando el manifiesto del M. Trobado, referido en el número segundo; y esta defensa, que consta de 176 páginas, es satisfaccion á dicho Costa.—4.° *Memorial dado á la Reina gobernadora Doña Mariana de Austria, representando las hostilidades practicadas en el monasterio de Valdigna por el comisario del Nuncio, el M. Fr. Tomás Gomez;* en Madrid, 1667, en fólio.—A. L.

RAFAEL VENTAJOL (Fr.). Religioso franciscano de la provincia de Mallorca. Fué predicador apostólico, y custodio y predicador de la Tierra Santa. Escribió en arábigo: *Los libros de la vanidad del mundo*, y las *Meditaciones del divino amor*, traducidas al español por el venerable minorita Fr. Diego de Estella. Tradujo al mismo idioma: *Historia de la Madre de Dios siempre Virgen*, que vertió al castellano la V. M. María Jesus de Agreda. Publicó el primer tomo en arábigo, pero el segundo le dejó casi concluido en Jerusalen, en el convento del Salvador, segun consta de relacion de Fr. Blas Francisco de Salamanca, predicador apostólico y definidor de la provincia de San Miguel, que le tuvo en su poder el año de 1704. Fr. Francisco de Jesus María, en su *Patrimonio Seráfico*, hace grandes elogios del P. Ventajol. En su época se recibió tambien una décima con el mismo objeto, la que aunque bastante conocida, reproducimos á continuacion:

Rafael es medicina,
segun el texto profundo,
y otro Rafael del mundo
sus vanidades fulmina.
Al cielo nos avecina,
y en tanto celeste ardor
se dilata su fervor,
cuando en arábigo estilo
La Ciudad de Dios, asilo
le dió en conquistas de *amor*.—S. B.

RAFAEL (J.). Este provincial, religioso de la órden de Sto. Domingo, vivia en el siglo XV. Decia de sí mismo que fué empleado muchos años por Renato, rey de Sicilia, que murió en 1480, y que tuvo la fortuna de agradar despues á Luis XII que no empezó á reinar hasta el 1498. A este monarca se dedicó la *Vida de Monseñor San Aulzias (Elzear) de Sabran*, que habia compuesto á instancias de Pedro de Sabran, señor de Baudinart. Un ejemplar de esta obra muy exacto se conserva en la Biblioteca Real de Paris, en donde se encuentra cuanto acabamos de decir.—A. C.

RAFAEL (Blas de S.). Fué este distinguidísimo minorita español, y sus padres gozaban una posicion más que mediana, ya por tener muy buen gobierno en sus haciendas, que áun cuando no eran muchas, eran más que suficientes para proporcionarles un pasar regular, ya tambien porque contaban con personas de mucha influencia ligadas á ellos por los vínculos de un parentesco bastante próximo, y cuyos lazos estaban más y más estrechados por la no desatendible circunstancia de haberse criado todos juntos. Esto le prometia al jóven Blas una muy halagüeña perspectiva, y

toda vez que se vió su claro talento, su incansable aplicacion y su ingenio muy á propósito para dedicarse á estudios con gran provecho, parecia asegurada completamente esta misma lisonjera esperanza que concibiera acerca de él su familia toda, que esperaba verle en los más encumbrados puestos del estado. El hubo sin embargo de formar otro juicio distinto, mirando las cosas bajo un prisma, no ya de lo caduco de este mundo miserable, sino de lo eterno que le sigue, y por consiguiente hubo de contemplar que los cargos más importantes estan rodeados de inminentes peligros, las posiciones más brillantes llevan aneja una responsabilidad grande, y por último, que no es posible servir á Dios y al mundo, por lo que, ó se necesita ser partidario de las aspiraciones de este, en cuyo caso se pierde por completo la esperanza de dicha y de ventura, que es consiguiente á la fidelidad, á la gracia, ó hay que buscar esta por los sufrimientos y las cruces, siguiendo el consejo y precepto de nuestro adorable redentor Jesucristo, que dijo: « Cualquiera que quiera venir en pos de mí, niéguese á si mismo, tome su cruz, y sígame. Aceptó, pues, este partido como el más seguro, y para que no le quedára género alguno de duda áun en los pequeños detalles, con los cuales hay que conformarse para asemejarse en todo y por todo á Dios, escogió la Orden del glorioso S. Francisco y la casa de S. Diego de Sevilla, donde tomó el santo hábito con edificacion de cuantos le conocian. Excusado es decir que su noviciado fué más bien que ejercitatorio, ó lugar donde aprendiese lo que hasta entónces no hubiese sabido, un medio de acreditar lo adelantado que estaba en mística y en virtud, toda vez que se le veia hacer obras tan importantes en uno y otro género. Tambien en los estudios fué muy distinguido, habiéndosele confiado alguna vez las cátedras de filosofía y áun de teología, y habiéndolas desempeñado no solo con acierto, sino con grande provecho de los discípulos. Era hombre de gran paciencia y muy fino trato, recto, exacto sin que nunca se le pudiese tildar de exigente, y tan previsor, que tenia siempre á la vista, no sus necesidades, pues acerca del remedio de estas nunca pasó el menor cuidado, pero sí las de los otros para prevenirlas en cuanto estaba á su alcance, y cuando otra cosa no podia, hacerles sufrir aquellas mismas necesidades ó privaciones con un espíritu cual conviene á religiosos y religiosas que quieren corresponder á las gracias con que Dios les favoreciera, siquiera no hubiesen merecido otras que las de ser colocados en tan perfecto estado. Atendidas todas estas prendas que reunia, su Orden le nombró guardian del convento de Cádiz, donde pudo ensayar con muy buen éxito su sistema de gobierno, que consistia principalmente en no exasperar lo más mínimo á sus hermanos, ántes por el contrario alentarlos, y alentándolos hacerles comprender cuán conforme es con el espíritu y profesion religiosa el participar de la cruz de nuestro buen Jesus, que no para

otro fin nos la cede, que para que, sufriendo por él, participemos de sus inclitos méritos, y nos hagamos por consiguiente acreedores á que Su Majestad augustísima nos coloque un dia en soberano acatamiento, rodeados de un esplendor semejante al que merecieron sus sufrimientos tan extraordinarios como inmerecidos. El buen suceso que produjeron los desvelos de nuestro P. Blas durante su guardianía lo dicen estas dos cosas incontestables: primera, el afan con que todos deseaban que se repitiera su eleccion, luego que espiraba el plazo para el cual ella se habia hecho; y segunda, el órden y concierto que se dejaban ver no ya en las cosas importantes, pues que estas á decir verdad siempre habian ido cual era debido en la casa de Cádiz, sino en las menudas interioridades, que si bien no parece significan nada miradas así en conjunto, por último dan muy buenos resultados cuando aisladamente se las vé encaminándose á la perfecta administracion y gobierno de la casa. En cuanto á sí mismo, el prudente guardian observaba una conducta ejemplarísima, sin consentir nunca el que se le guardasen las exenciones permitidas por su regla á los que ocupaban prelacias, y mucho ménos permitiéndose relajaciones de ella, que pudiesen perjudicarle por apartarle de su fin, que era la perfeccion, y perjudicar á los demás por el mal ejemplo. Era hombre de oracion y muy caritativo, llamándole mucho la atencion las necesidades espirituales de los fieles, y poniendo el mayor esmero en procurarlas remedio, para lo cual frecuentaba mucho el confesonario, sin abandonar tampoco el púlpito. Escribió tres obritas, cuyos títulos fueron: de la primera, impresa en Sevilla año 1636: *Debellatio et pugna spiritualis animæ;* obra mística de mucha importancia y aceptacion en su época, como que por ella se tranquilizaron muchos espíritus. Fué la segunda: *Speculum disciplinæ regularis S. Bonaventuræ;* que como de su título se infiere, iba dedicada á sus religiosos, y se imprimió en el mismo año; y la tercera: *Exposicion de la regla seráfica*, que fué algo posterior. Lleno, pues, de méritos, y habiendo contribuido cuanto pudo al progreso de su Orden y á la mayor perfeccion de las casas de ella donde tuvo algun cargo, el P. Blas de S. Rafael pasó de esta á mejor vida, siendo sepultado en el mismo Cádiz de donde era guardian.—G. R.

RAFAELA DE LA MADRE DE DIOS (Sor), religiosa franciscana del Real monasterio de las Descalzas de Madrid. Llamábase en el siglo Doña Rafaela de Cardona, y fué hija de los marqueses de Villasolís; vino desde Alemania como dama de la emperatriz Doña María de Austria, de quien era camarera mayor su madre la condesa. Tuvo desde su juventud deseos de ser religiosa, pero la voluntad de su padre fué siempre que tomase el estado del matrimonio, tanto que su madre, para obligarla á abandonar sus intentos, entre otros malos tratamientos que la hizo sufrir, la quitó las alhajas que tenia y

todos sus mejores vestidos. Pero en vez de ganar su voluntad estos obstáculos, solo servian para encender más sus deseos. Acudió á la Emperatriz suplicándola influyese con su madre para que la dejase ser religiosa, lo que hizo aquella augusta señora, asistiendo á la ceremonia el dia que tomó el velo Rafaela, y mandando á la infanta Doña Isabel que fuese madrina suya. Entró en la religion con grande fervor, y toda su vida fué un modelo de sanas y excelentes virtudes. Por desgracia no tardó en abandonar la tierra, volando su angélica alma á las mansiones celestiales, que habia merecido en premio de sus heróicas acciones. Murió á la edad de treinta años, sin duda de los rigores á que continuamente se sometia, y por haber padecido otros muchos trabajos é inquietudes de que no se vió libre hasta pocos años ántes de su muerte. Es fama que poco ántes que esta se verificase, la fué revelada su proximidad, lo que ocultó hasta caer en la cama. Falleció á los catorce dias de enfermedad, con grande paz y consuelo, y dejando en el monasterio la mejor fama por sus prácticas y virtudes. —S. B.

RAFANIDES (V. Juan), presbítero y mártir. En 1611 fué nombrado párroco de S. Gil de Pawlowicz en la Moravia, donde se distinguió mucho por su ciencia y virtud, celo en la predicacion y grande decision en defensa de los dogmas católicos. Mirábanle por esto con implacable odio los ministros y sectarios de los pueblos vecinos, y en particular el hereje Daniel Joannid, ministro de Nliuko y Pariscow, que habia sido expulsado de la parroquia de Pawlowicz. Viendo Rafanides la osadía de los herejes y los excesos que cometian con los curas católicos, temeroso de que si caia en sus manos quedarian sus ovejas sin pastor y seria devorado su rebaño, decidió huir, ocultándose en unos bosques, donde se creia seguro. Mas no tardaron los herejes en arrojarse una noche en busca suya, y no encontrando al inocente sacerdote, saciaron en la iglesia su encono y rabia, profanándola, robándola, destrozando los altares, imágenes y vasos sagrados y demás perteneciente al culto católico. Supieron, por último, el paradero del buen sacerdote, y no tardó en caer en sus manos. Trajéronle arrastrando, le ataron, apalearon, azotaron é hicieron, en fin, cuantos tormentos les inspiraba su refinada crueldad. Pudo al fin escaparse, y salió al campo á ocultarse de nuevo, mas perseguido por los perros y cogido al poco tiempo, le ataron los pies con la cabeza, y en esta forma, hecho un ovillo, segun la expresion de su biógrafo, le dieron tan numerosos y crueles golpes, que mal herido y casi ahogado le dejaron por muerto. Socorrióle afortunadamente en buena sazon un criado suyo, pues si se hubiese tardado un poco, hubiera espirado en el mismo lugar de su tormento. Mas por fortuna recobró la vida y la salud, aunque solo para padecer nuevas desgracias, pues ocupada su parroquia por los herejes y reducido á la última miseria, se retiró á Prewiza,

donde sufriendo constantemente las persecuciones de los herejes de aquella ciudad, murió despues de haber sufrido toda clase de trabajos y aflicciones, que llevó con católica resignacion y constancia, virtudes que con otras muchas le acompañaron hasta el sepulcro, á que bajó despues de un prolongado y largo martirio, en que se labró la eterna corona. —S. B.

RAFARD (Andrés), sacerdote dignísimo, de gran cuenta, y que en su tiempo fué persona que disfrutó de gran reputacion y consideraciones. Fué vicario general, gobernando la iglesia de Lérida en ausencia de su prelado, entónces el cardenal D. Luis Juan de Milá; hay de notable en el tiempo del gobierno de Andrés Rafard el permiso que dió en 3 de Noviembre del año de 1477 para trasladar el cadáver de D. Juan de Luna, desde el cementerio de S. Agustin de la ciudad de Lérida al convento de Sta. María de Gracia, *prope Cor... in regno Castellæ*, que el mismo D. Juan habia fundado, y donde tenia ya dispuesto su sepulcro. Así se lee en el registro de este año en la Curia eclesiástica; pero está cortado el nombre de la ciudad. En el epígrafe de esta licencia se dice del difunto: *Mortuus fuit in sitio Illerdæ, tento per excellentissimum D. Johannem, regem Aragonum. Fuit mortuus ille nobilis cum quodam tiro de carabatana in arennio de..... pont de Segre de Leyda.* Este sitio fué con ocasion de la rebelion del príncipe Cárlos de Viana.—A. L.

RAFELBUÑOL (Fr. José de), natural del lugar de su apellido, en las inmediaciones de Valencia, donde nació en 1728; fueron sus padres José Aparici y Rosaura Cabotá; pusiéronle el nombre de José, que conservó en la religion de Menores Capuchinos, cuyo hábito vistió en 9 de Mayo de 1745; despues de sus estudios fué lector de teología, y era tal su espíritu religioso, que casi toda su vida la pasó en ser maestro de novicios; de este empleo le sacó la obediencia para provincial, pero concluido este cargo volvió á su antiguo ejercicio, que desempeñó hasta su muerte, acaecida en el convento de la Magdalena en 1809. Escribió: 1.° *Corona de María Santísima, con el dulcísimo renombre de Pastora de las almas, con otras oraciones que suelen cantar sus devotos*; Murcia, por Felipe Teruel, 1765, en 8.°—2.° *Afectos devotos que para mover á la devocion del santo Viacrucis y dolores de María Santísima compuso un religioso capuchino de la provincia de Valencia*; Murcia, por dicho impresor, sin año, pero fué el de 1787, en 16.°—3.° *Instruccion sencilla y práctica de un novicio capuchino, para que en el camino espiritual haga con seguridad y suavidad las jornadas de la perfeccion*; Valencia, por José y Tomás de Orga, 1783 y 1795, siempre en 8.°—A. L.

RAFFEI (Esteban), literato. Fué este jesuita de bastante fama en su época. Nació el 21 de Setiembre de 1712, en Ovitello, ciudad de Toscana, y muy dado desde sus primeros años á las cosas de la Iglesia, entró en la Compañía de Jesus en Roma el año 1733. Dedicado á la enseñanza, profesó

durante veinte años la retórica en el seminario romano, cultivando al propio tiempo la poesía, la filosofía y la arqueología. Extinguida la Compañía de Jesus por la bula de Clemente XIV, continuó viviendo en Roma, y en esta ciudad murió el año 1788. De este religioso, recomendable por su virtud y talento, han quedado las obras siguientes: *Giovanni Colonna, Fabio Clemente, y el Trionfo dell'Amicizia;* tragedias impresas en Roma en 1763 y 1764. — *Disertazione sopra il Crise di Marco Pacuvio;* Roma, 1770. Estas son dos filosóficas observaciones sobre los fragmentos que aún nos quedan de la tragedia *De Crisés*, compuesta por el antiguo poeta latino Marcus Pacuvius. — *Disertazione sopra Apollo Pizio*; Roma, 1771. Publicó tambien Raffei: *Trabajos sobre las antigüedades de la ciudad de Albani*, cuyas disertaciones data en Roma en 1772, reunidas en un volúmen en fólio, con grabados, á continuacion de los Monumentos inéditos de Winckelmann. — C.

RAFOLS (D. Antonio), presbítero, primer violin de la catedral de Tarragona. *Tratado de la Sinfonía;* Reus, 1801, un tomo en 4.° — C.

RAGAU (V. P. Fr. Pedro). Comenzaremos por decir que sin fundamento alguno, y ocultándosenos no solo la razon sino la conveniencia de este hecho, muchos autores y algun que otro cronista de la Orden misma á que perteneció el esclarecido varon cuya reseña histórica vamos á trazar, lo ingieren bajo el nombre de Fr. Pedro Rigald, siendo, como decimos, completamente inexacta y por consecuencia enteramente improcedente esta manera de apellidarle, que no fuera imposible el que diese lugar á una equivocacion de sugeto. El personaje que vamos á describir, que es Fr. Pedro Ragau, fué natural de Gerona, y sus padres de las familias más bien acomodadas de su provincia, agregando á esto una nobleza la más ilustre y una virtud no ménos esclarecida y notoria. Desde que lograron en Pedro el fruto de bendicion de su santo enlace, fueron todos sus cuidados encaminar á su hijo á la patria de los justos, así como hacer de él un hombre útil á la sociedad. Por tanto su esmerado afan para inculcarle las máximas fundamentales de nuestra religion, una constante vigilancia para conocer y aplicar debidamente las altas prendas de su buena capacidad, fueron los caminos por donde cumplieron el importante cometido que les imponia la dicha de ser padres. La capacidad del niño fué muy buena desde luego, y muy decidida su inclinacion á todas las cosas que se relacionaban con el servicio de su Dios, por lo que fué completa la satisfaccion de sus padres con él, toda vez que se aseguraba cada dia más de que despues del curso de esta vida de miserias, podrian ofrecer al Señor en la fiel correspondencia de su hijo á la gracia, un testimonio inequívoco de lo mucho que Dios les habia favorecido. Pero dejemos al niño secundar los desvelos de sus padres para proporcionarle una educacion adecuada á lo que su familia merecia; dejémosle

distinguir entre todos en su aula por su puntualidad, en su casa por su sumision, en la iglesia por su recogimiento, atencion y devotísima manera de concurrir á las solemnidades religiosas, sin cansarse nunca, sin demostrar la más mínima molestia, ántes por el contrario hallándose siempre satisfecho en el templo, y desempeñando el ministerio de que era capaz con la mayor complacencia. Creciendo en edad iban, como es consiguiente, fijándose sus ideas, y como la primera que se le inculcó fué la de buscar en Dios la salud del espíritu para alcanzar la verdadera dicha en la posesion eterna de este Dios mismo, se convenció de que no era posible el amar á este soberano dueño como él merece en medio del bullicio del mundo; más aún que este mundo mismo no puede ofrecer atractivo alguno, porque los pocos que tiene van mezclados no ya de amarguras, pues esto fuera lo ménos, sino de esa tétrica perspectiva de que nos conducen al mal, por lo que el mundo mismo se hace despreciable, y ningun objeto es ménos adecuado que el mundo mismo para el amor de la criatura cuyas miras deben ir mucho más allá de esta efímera existencia, que desaparecerá cuando ménos se piensa mucho más fácilmente que el humo que se disipa por los vientos. Resolvióse á renunciar completamente al mundo, á pesar de que las buenas relaciones de sus padres y sus cuantiosos bienes le aseguraban un porvenir enteramente lisonjero; y para llevar á cabo su propósito, escogió la casa de religiosos agustinos establecida en las afueras del mismo Gerona; donde con las mayores ánsias de su corazon pidió y recibió el santo hábito y correa. Como ya venia algun tanto instruido en las cosas del espíritu y ardoroso en deseos de la gloria de Dios y de adquirir los medios de procurarla, hizo su noviciado como pocos, pues en realidad de verdad parecia más bien que habia ido á aquella santa casa á enseñar la virtud que no á aprenderla. El era muy obediente, muy humilde, muy atento y servicial para con todos; nunca le parecian molestos sus hermanos, ántes por el contrario, cuando él veia que podia remediarles alguna necesidad ó prestarles especial auxilio, ya con sus palabras, ya con sus servicios, gozosísimo se los ofrecia y tenia en mucho el que se los aceptáran, estando sumamente complacido cuando se ocupaba en ayudar á alguno de sus hermanos, áun cuando el proporcionar este alivio le fuese muy costoso ó molesto. En órden á su carrera literaria, si bien es cierto que la habia hecho con buenas notas en las mejores cátedras de Gerona, no habia profundizado los estudios todo lo que era conveniente al perfecto conocimiento que él deseaba tener, no solo para sí sino para comunicarlo á sus hermanos haciéndoles esta señalada merced, por lo cual como si fuese peregrino en los estudios, como si apénas hubiera aprendido los rudimentos, asistió en su religion á las cátedras de todos los años que allí se estudiaban, y por consiguiente obtuvo grande provecho

por esta misma circunstancia de haber ya estudiado aquello mismo á que se dedicaba. Puede calcularse sin grande esfuerzo lo mucho que habria de adelantar en todos los ramos del saber á que se dedicó, y como al mismo tiempo cumplia perfectamente las obligaciones de religioso, su casa convento estaba muy satisfecha de haber logrado tal adquisicion. Durante esta primera época de los estudios le llegó el tiempo para poder aspirar á los órdenes sagrados, y fué constituido en ellos sin que hayamos de cansar á nuestros lectores con el relato de la esmerada preparacion, exquisita diligencia y adecuadas prendas con que trató de adornarse, toda vez que fué preciso el dar este paso, que ciertamente contrariaba algo las miras de su profundísima humildad. Desde que estuvo ordenado de sacerdote, tuvo el mayor afan por la salvacion de las almas, y el cumplimiento de todos los ministerios que á esto se dirigen en tan perfecto estado, le llevó á tan apetecido fin. Con efecto, comenzando por celebrar muy de mañana el santo sacrificio de la Misa con gran devocion y con completa edificacion de los fieles, seguia por ponerse al confesonario, donde es indecible los frutos que alcanzaba, frutos verdaderamente admirables y en cuya consecucion se veia la mano de Dios evidentemente palpable. Y esto no es una paradoja, pues si se considera que con el mayor tino y exactitud penetraba en las conciencias, no ya de las personas cuya vida pública hacia que sus actos fuesen de todos conocidos, sino de las que acaso veia entónces por la vez primera; y si atendemos á que tenia una suma paciencia para escudriñar los más menudos pliegues del corazon humano, hasta llegar á conocer no solo los defectos de los penitentes con todas sus circunstancias, sino los motivos que les habian inducido, con lo cual hacia muy acertado el desempeño de su ministerio, le hallaremos verdaderamente admirable y hallaremos que Dios habia puesto al P. Pedro Ragau en el convento de Agustinos, extramuros de Gerona, para bien y provecho de todos los fieles moradores de aquella importante capital. Sin embargo, el relato de las cosas que acontecieron al siervo de Dios nos hará convencernos de que si bien se debe considerar como un favor de su Majestad esa misma abnegacion, desprendimiento y celo con que cumplia su importante ministerio en la casa donde tomára el hábito y profesó, no era ménos marcada la designacion de Dios para otros puestos más importantes y tambien de muchísima utilidad para los fieles, único objeto de sus paternales desvelos. Habia en Villa-Beltran, lugar del condado de Peralada y diócesis de Gerona, una ermita dedicada á la Santísima Vírgen María, cuyos dueños, que lo eran unos ancianos esposos, quisieron que se perpetuára el culto y veneracion de la Madre de Dios de una manera conveniente, para lo cual nada les pareció más á propósito que el que se fundase allí una congregacion religiosa que pudiera ampliar el conocimiento de la

peregrina imágen, al mismo tiempo que ser provechosa á los fieles por el abundante pasto espiritual que siempre han facilitado y facilitan con el mayor placer los institutos religiosos. A la órden de S. Agustin cayó en herencia este patrimonio, no muy abundante en frutos por entónces, pero que los dió luego despues; y en manos del superior de la casa de Sta. María, extramuros de Gerona, fué donde se hicieron las escrituras y formalizaron los contratos de cesion por parte de sus dueños y de aceptacion por parte de los religiosos, los cuales hubieron de pensar inmediatamente en utilizar aquel lugar y en la fundacion de una casa en la antedicha iglesia, pues fué una de las condiciones que se estipularon el que prontamente se habia de fundar convento de agustinos en aquel sagrado templo. No dejaban de ofrecerse dificultades, y entre otras la muy grave de buscar y hallar un sugeto á quien poner al frente de la nueva casa. Sin embargo, este obstáculo se venció fácilmente, pues aunque es verdad que nuestro Fr. Pedro era muy útil para el servicio de Dios en la casa de Gerona, se creyó y con razon que lo mismo podria procurarle en este nuevo convento, y por consiguiente á él se le comisionó, y se le comisionó con ámplias facultades, no solo para que hiciese cuanto creyera conveniente para el gobierno y demás de aquella nueva casa, sino hasta para que dirigiera la material ejecucion de las obras indispensables, toda vez que habia de ser aquello un convento, y convento de los más importantes. En 9 de Marzo de 1086 fué cuando nuestro P. Ragau, que en vano se habia excusado con pretextos frívolos y que solo habia podido sugerirle su profunda humildad, tomó posesion de la iglesia de Sta. María de Villa-Beltran, y aquel mismo dia comenzaron las obras para la edificacion del convento; pero comenzaron habiendo ya religiosos, pues aunque el local era reducido, estrechándose mucho llevó allá unos cuantos hermanos suyos, y todos con la más decidida buena fe trabajaban hasta el heroismo, haciendo por edificar á los fieles con sus buenos ejemplos para atraerlos á la virtud, y que se demostrára prácticamente cuán feliz habia sido la idea de llevar allá á tan útiles operarios de la viña del padre de familias. El P. Ragau no solo trabajaba asiduamente en facilitar medios para que la obra no se detuviese, ántes por el contrario avanzára, y por consiguiente proporcionaba recursos y áun operarios que en ella se ocupasen sin jornal, sino que él mismo en los ratos que le dejaban libres las importantes ocupaciones de su elevado ministerio, tambien hacia su trabajo acarreando materiales o sirviendo de peon, con una satisfaccion cual cabe en un siervo de Dios, todo entregado y dedicado enteramente á su santo servicio. El resultado de todos estos esfuerzos fué el que no podia ménos de esperarse, que muy pronto y muy bien se habilitase aquella santa casa y en ella pudiesen orar los que quisieran buscar á Dios bajo las reglas, constituciones y estatutos de la órden de

S. Agustin. Sus deseos se vieron satisfechos, aquella casa fué una las principales de la Orden, sus individuos muy notables por sus virtudes y por su ciencia, y ella muy estimada por los fieles, que penetrados, como no podian ménos de estarlo, de la inmensa ventaja que les producia tan benéfica institucion, alabando á Dios con todas las veras de su corazon, porque en los últimos ministros de su Iglesia que Jesucristo les habia deparado, veian asegurarse su dicha y felicidad como legítima consecuencia del celo con que los convencian á buscar el bien evitando el mal mediante los más sanos consejos conducentes todos á la felicidad del individuo por sus virtudes personales, de la familia porque no puede menos de ser dichosa aquella cuyos miembros separadamente son buenos, y de la sociedad porque esta recibe siempre en sí la necesaria influencia de los buenos ó malos hábitos de los que la componen. Excusado nos parece advertir que apénas vió nuestro Padre establecida su comunidad, es decir, con un lugar propio, amplio y convenientemente dispuesto en el cual cabria gran número de religiosos, hizo renuncia del cargo de superior que se le habia confiado interinamente, miéntras se disponia lo necesario para la instalacion estable, por decirlo así, de tan esclarecida familia religiosa; así como es tambien impertinente consignar que su dimision no era de esas que se hacen por mero cumplimiento y tal vez con la mira de adquirir más elevacion, más importancia al ser de nuevo elegido, porque en el caracter tan humilde de Ragau, así como lo primero era enteramente natural, lo segundo es increible, y así lo comprendió tambien su esclarecida religion, porque si no lo hubiese entendido así no habria tomado acerca de él la resolucion que tomó, y fué confirmarle, pero confirmarle perpétuamente en el cargo de superior de aquella casa, dándole las más ámplias facultades, sin limitacion de ningun género, para su régimen y gobierno, y á la verdad que no tuvo motivo de arrepentirse, pues cuando más habia encontrado en la serie de los siglos algunos pocos superiores tan buenos, muy pocos ó ninguno mejores que nuestro Padre; y eso se comprende perfectamente con solo referir, ó alguna de las acciones de su gobierno, ó alguna de sus prendas personales; si en órden á estas se dice que su dulzura suma atraia áun á los más enemigos de la religion Agustiniana, su fino trato y atinada penetracion como que abria el corazon á los que á él se acercaban agobiados de penas ó tal vez de pecados, de delitos, de crímenes; su paciencia le hacia superior á cuantos disgustos y molestias son consiguientes á todo puesto importante: si como hombre público ó prelado de la casa le vemos disponer de las cosas enteramente conforme á las necesidades de los fieles y á lo que estas podian reclamar en cualquier línea que estas necesidades mismas exigieran remedio, hemos de confesarle dotado de las prendas necesarias y convenientes para desempeñar, y con acierto, el impor-

tante cargo que se le confiára, de suerte que el rehusarlo hubiera sido indudablemente un acto cuyo resultado no podia ménos de ser el privar á los religiosos de un guia prudente, celoso y caritativo que los llevára á Dios, y á el siervo del Señor un recurso, pero muy eficaz, para hacer más preciosa la corona que el Señor queria ceñirle. Mucho tiempo pasó sin que en la comunidad de religiosos agustinos de nuestra Señora de Villa-Beltran hubiese más que un prodigioso aumento de varones eminentes en ciencia y santidad, suma observancia en todo lo que dice relacion á la perfeccion en el estado eclesiástico y religioso, mucho provecho de los fieles, ya en el ejercicio del ministerio de la predicacion que hacian los padres de una manera verdaderamente apostólica, ya en la administracion del santo sacramento de la penitencia á que tambien se dedicaban los padres con mucho esmero y atencion, siendo de los más constantes en el confesonario el Rdo. P. Pedro Ragau, sin duda alguna para satisfacer la ansiedad que los naturales y algunos forasteros tenian de consultar con él las más árduas empresas por dos razones: primera, porque estaban convencidos de su idoneidad; y segunda, porque sabian muy bien que no le llevaban ningunos de los movimientos que suelen subyugar á personas de ménos virtud que nuestro esclarecido religioso. Sin embargo, la providencia especial de Dios acerca de aquella casa era que fuese elevada á más alta categoría en los fastos de la Iglesia, y que no fuese simplemente una ermita como al principio, sino una iglesia principal, muy principal; y para esto gobernó las cosas del modo que veremos, con la mediacion de nuestro P. Ragau, que fué como el instrumento de que Dios se valia para todas las cosas de su querida casa. Para esto se valió el Señor de una de esas circunstancias que pareciendo enteramente casuales, no son sino un destello de su inefable Providencia. Los obispos de Gerona, Carcasona y Barcelona concurrieron á la santa casa donde estaba Fr. Pedro Ragau, sin más objeto que el de pasar unos dias en su apreciable compañía; y esta circunstancia la aprovechó el venerable para que de ella sacase un gran provecho la Iglesia, los fieles y su Orden tan querida. Rogóles con las mayores instancias que consagrasen y dedicasen aquella iglesia, y ellos acudieron á la justa demanda del Padre, pues que en ella no veian, ni por parte de él habia otra cosa, que un gran zelo en favor de los fieles para que su iglesia fuese tan importante como las demás y disfrutára de todas las exenciones, inmunidades y privilegios que son consiguientes á estos santuarios tan solemnemente dedicados á Dios; mas la concurrencia de los fieles á la solemnidad y el partido que para bien y provecho de las almas supo sacar el Padre, áun de esta misma sagrada ceremonia, pues con motivo de ella hizo una importantísima mision durante la cual los señores obispos palparon materialmente lo mucho que

podia esperarse de la comunidad, y se decidieron á elevar la iglesia al rango de parroquia, poniendo á su frente á la misma comunidad de agustinos, que tan bien la habia regentado cuando era solo una pequeña ermita, y por lo tanto al P. Pedro, cuyas dotes para el gobierno demostraban sus mismas acciones ser excelentes. Muchísimo se complació el pueblo de poder estar bajo la jurisdiccion de un tan respetable párroco, y este pudo demostrar más y más su zelo incansable siempre en el ejercicio de su importante ministerio, siendo el resultado de todo que aquella parroquia, que segun su antigüedad era la más moderna, segun su importancia una de las más insignificantes, era por sus frutos una de las primeras y por su buen gobierno y acertada direccion modelo, y modelo no como quiera sino modelo perfectísimo, pues que en ella puso en práctica desde luego su respetable pastor medios y recursos que dieron un inmediato resultado. Muy satisfecho se hallaba el bien religioso, no de sus trabajos, pues estos, aunque importantes siempre, nunca le parecieron mucho, ni muchísimo ménos llegaron á halagarle, sino de la bendicion que Dios derramaba copiosamente sobre su iglesia y sobre su religion, por lo cual anhelaba los progresos, aumentos y y adelantos de ella, si bien para sí mismo no quiso nunca la más insignificante dignidad, ni hubiera pretendido la más mínima elevacion. Sus deseos fueron conocidos por la Orden y por el prelado local, el muy reverendo obispo de Gerona, y uno y otro se pusieron de acuerdo para procurar satisfacer el justo anhelo de tan distinguido religioso. Eleváronla en efecto á la categoría de colegiata, é hicieron que sus alumnos fuesen canónigos reglares de S. Agustin, especie de religiosos que entónces habia, que sin más diferencia que el procurar un culto más esplendoroso, pero teniendo ellos la misma rígida observancia que en los monasterios ó conventos donde no estaban así como canónigos, cargaba tambien desde luego con las importantes y algo penosas obligaciones que las sagradas constituciones de sínodos provinciales ó diocesanos de distintos países y épocas los imponen. Podriamos muy bien detenernos al minucioso exámen de estas mismas prescripciones ó reglas particulares de los canónigos reglares, y áun al prolijo exámen de cómo esta institucion comprendia las ventajas de una y otra respetables familias. Pero esto sobre haber de llevarnos mucho tiempo nos parece cuando ménos intempestivo, pues hoy, al hablar de este celebérrimo agustino, que buscó siempre la gloria de su Dios, no nos parece propio ocuparnos de una cosa que pasa completamente en autoridad de cosa juzgada; diremos sí que fué grande su júbilo en tener la pequeña ermita hecha una catedral, y decidido su empeño en promover en ella el culto divino como en las más magníficas y suntuosas de las iglesias de su Orden. Quisieron los mismos que le habian alcanzado para su querida casa tan alta distincion hacerle que

se consagrára cómo obispo y la regentase; pero él no quiso aceptar tan grande honra, contentóse con ser prior presidente de ella, y así pasó el resto de sus dias, fomentándose más y más la congregacion y haciéndose por consiguiente más abundante en cosecha de buenas obras, que con sus acciones, con sus palabras y con sus deseos procuraba esta santa comunidad. Los fieles por su parte, secundando los desvelos de estos celosísimos operarios de la mística viña del Señor, no solo ponian cuanto estaba de su parte para hacer eficaces sus esfuerzos, sino que les favorecian con sus limosnas, que bajo la siempre acertada direccion del P. Ragau se empleaban todas en objetos de culto y bien de los pobres, á quienes nunca negó el socorro que necesitaban é imploraban de él, para prestar cuyo auxilio se verificaron muchas veces milagros de primer órden; con lo cual él, sus fieles súbditos y el pueblo que recibia sus beneficios, estaban sumamente satisfechos. Por supuesto que al conferírsele la prelacia perpétua de la casa y de su iglesia se le invistió de la dignidad abacial, que fué la que perpétuamente quedó en la iglesia de Santa María de Villa-Beltran, que por cierto ha demostrado en la série de los siglos, y por los eminentes varones que en ciencia y santidad han salido de ella, que era una de esas obras en que Dios se complace, y que para mostrar su complacencia sella con derramar profusamente en su desarrollo el raudal fecundo siempre, y siempre inagotable, de sus misericordiosísimas dignaciones. Pero dejemos que el soplo de la muerte apague la antorcha brillante de la iglesia de Sta. María de Villa-Beltran, y la no ménos clara de toda la religion Agustiniana, muy fecunda en varones eminentes, muy gloriosa por los acontecimientos benéficos en que ella tomó parte; fijemos brevemente la atencion en los últimos dias del muy esclarecido P. Pedro Ragau; y si la série de importantes obras que nos le han hecho ver como un hombre de gran zelo y de tan decidida constancia para procurar el bien de sus hermanos los fieles, la prosperidad de su querida Orden, pudiese apartarse de nuestra vista, le habiamos de hallar en los últimos instantes de su existencia como habia estado en los primeros dias de su noviciado, es decir, humilde, obediente, atento á las indicaciones no solo del último de su comunidad que quisiera dirigírselas, sino del más insignificante, por decirlo así, de los fieles que tuviese á bien hacerle alguna indicacion; y de esta suerte le veremos prepararse á morir como religioso, y recibir los sacramentos como un siervo fiel, que ve en esto, cual es ciertamente, la prenda más inequívoca de amor el más entrañable con que su Señor le favorece; le veremos dar á sus hermanos los más saludables consejos, amonestarles una y mil veces en tan solemnes momentos para que abandonando el mundo con todo el esfuerzo de su ánimo, no procuráran sino la gloria de Dios y la salud de todos sus hermanos, le veremos en fin bendiciendo á todos y pi-

diendo á todos sus oraciones, espirar plácidamente en las manos del Señor su Dios. En este momento de su preciosa muerte hallaremos expresadas sin ficcion ni engaño las sentidas quejas de los fieles contra la inexorable parca que les arrebatára á su querido maestro, á su fiel amigo, á su excelente abad; pero hallaremos que estas quejas son sofocadas instantáneamente cuando se considera indispensable la separacion del cuerpo y el alma, para que pasando ésta á la posesion de su Dios, aquel vuelva á la tierra de que provino, y siendo pasto de gusanos, indique su miseria al par que la dignacion de Dios en poner en vasos tan frágiles bálsamo tan precioso como el de su santa gracia y augusta misericordia. Solemnisimas fueron las honras que se hicieron á este varon verdaderamente respetable; y el Señor por su parte quiso evidenciar cuán justo era el concepto de los fieles acerca de sus señaladas virtudes, haciendo por su medio raros prodigios, que hubieran podido fácilmente probarse entónces, pero que ahora es imposible la evidencia, todo lo que es preciso para que la declaracion de sus virtudes en grado heróico le trajese á la gloria de los altares. Sin embargo, no es imposible que Dios por sus altos designios permita que el olvido de hasta ahora se reduzca á gloria y honra de su esclarecido siervo, pudiéndose acaso un dia verle colocado en los altares. Entre tanto la muy respetable órden de S. Agustin, con autoridad de la Santa Sede, da á Pedro Ragau el título muy glorioso de venerable. — G. R.

RAGATIUS (Fr. Francisco), religioso franciscano, natural de Cremona. Fué teólogo y doctor en ambos derechos, tomó una parte muy activa en el concilio de Constanza y despues fué nombrado obispo de Bérgamo, cuya iglesia gobernó por espacio de treinta y cuatro años, asistió tambien al concilio de Basilea como orador por la religion franciscana, y fué muy apreciado por el duque de Milan, Felipe Maria Visconti. Murió en Bérgamo en 1470. Publicó segun Posevino y Wadingo: *Homilias dominicales totius anni.*—S. B.

RAGEMPRANDO, abad de Monte-Casino. Fué un religioso eminente en su tiempo, sucedió en la abadia de la Congregacion de Casino al obispo de Theano, que murió entónces, año de 890. Simbaticio, capitan del emperador en Italia, en nombre suyo, dió privilegio á la casa en que confirmaba por abad á Ragemprando, á quien favorecia por sus grandes merecimientos, al mismo tiempo que le anexionaba el monasterio de Sta. Sofia, en Benevento, el de Sta. María de Cingla y Sta. María de Plumbariola, y puso en la escritura muchas amenazas y penas á los que quebrantasen lo que él ordenaba en nombre del Emperador. Todo esto no pudo acontecer despues de vencido y arrojado de Benevento, sino ántes; y si en este año fué electo el abad Ragemprando, y á él se hizo la donacion, fué sin duda la batalla en que fué vencido despues de hecha la donacion. — A. L.

RAGENFREDA (Sta.), virgen. Sta. Ragenfreda ó Ragenfrida fué hija de Adalberto, conde de Austrobandia, y de Regina, sobrina de Pipino, rey de Francia, que tuvieron dos hijas, la mayor es de la que tratamos, la segunda es Sta. Aba, que la sucedió en la abadía; y fué casa y familia tan venturosa, que padres é hijos son tenidos por santos. En sus primeros años tuvo esta Santa anticipada discrecion, porque como la escogia el Señor para suya, la quiso dar conocimiento de los pocos quilates que en sí tienen las cosas de la tierra, con que las comenzó á dar de mano, y abrazar la vida perfecta con empleos dignos de su pensamiento alumbrado con divinos esplendores. Vestia honesto, con aborrecimiento de galas; leia libros devotos, y con particularidad las obras de S. Gregorio, que fueron siempre para las costumbres la regla casi más estimada despues de las sagradas letras, como quien más de propósito, como universal pastor, escribió celoso para las almas de que habia de dar rigurosa cuenta. Traia un silicio oculto, sin que sus padres ó alguna persona de casa lo supiesen, dormia algunas veces en el duro suelo, y pasaba muchos ratos en oracion. Fomentando al fin con tales ejercicios sus deseos, la crecieron en exceso de ser religiosa para emplearse de veras en el servicio de Dios y libre de los embarazos del siglo. Para esto habló á su padre con palabras amorosas, eficaces para su intento, persuadiéndole la edificase un monasterio para pasar la vida, donde podia gastar lo que habia de consumir en su dote. Pocas súplicas fueron menester para alcanzar esta peticion despacho, porque no deseaba el conde otra cosa que la salvacion de sus hijos y suya, y para esto no perdonaba medios, aunque dificultosos; mas éste se le hizo fácil y muy á propósito para su intento, y así en hacienda suya, en el Pago Dodonio, dos millas de Valencennes, la fundó para su habitacion un monasterio de los mejores que ha tenido Flandes. Aquí se entabló una observancia maravillosa de la regla santa, porque trajo el conde personas santas que introdujeron la práctica regular; y aunque era Sta. Ragenfreda abadesa, se sujetaba humilde á todos los actos virtuosos, no hallando distincion ni mejoría de lugar en ellos, porque todos tenian en su estimacion aprecio estimable. Tomó con ella el hábito Sta. Aba, su hermana menor, que era su mano derecha en el gobierno. Léese con particularidad de Sta. Ragenfreda, que nunca vió ni habló á hombre despues que entró en el convento de Dodonio, ni la oyeron hablar palabra que no fuese para bien de sus monjas, desterrando las pláticas y conversaciones de su casa en sus claustros, consintiendo solo el trato con Dios, leccion espiritual, asistencia al coro y ocupaciones religiosas. Traia siempre silicio, pero con tanto recato, que hasta despues de su muerte nunca consintió se le viese alguna persona. Dormia siempre sobre una tabla, y jamás tomó el sueño que no le hubiese prevenido con una asperísima disciplina. Al coro era frecuen-

te, con cuyo ejemplo todas acudian con envidia santa: ayunaba toda la semana, y los tres dias en adviento y cuaresma no gustaba manjar alguno. No probó jamás carne, ni bebió vino, ni usó lienzo, por grave enfermedad que la aquejase: barria la celda, sin consentir que aquel mérito se le llevase otra religiosa; hacia la semana en la cocina, y con tanto ejemplo, que jamás consintió excepcion en este acto en su persona; visitaba las enfermas y las regalaba con obras y palabras, siendo para todas muy amorosa; acudia á las celdas, consultaba á cada monja los actos penitentes que ejercia en particular, y de todas se aprovechaba, libando como abeja lo dulce de aquestas flores en su jardin. Era muy caritativa, distribuyendo entre pobres cuanto podia haber á las manos, admirándose los seglares que tuviese tanta memoria de sus miserias, con el olvido en el trato de sus personas; y diciéndola estas razones algunas monjas de casa, solia responder aquellas palabras de S. Gregorio, como tan versada en sus escritos: *Dum quælibet necessaria indigentibus domus sua, illius redimus, non nostra largimur.* Lo que es propio de los pobres les damos en sus necesidades cuando los socorremos, sin poner cosa alguna de nosotros; y así para restituir lo que tenemos suyo no necesitamos de su familiaridad y trato. Con estos ejercicios alcanzó muchos regalos del cielo, favores suavísimos para llevar lo gravoso, al parecer, de sus penitencias. De ordinario hablaba el Angel de su guarda con Sta. Rafrengeda, animándola para que perseverase en la vida agradable á su Esposo, y favorecióla el Señor con revelarla el dia futuro de su muerte, prometiéndola en aquella hora la asistencia de sus ángeles, para que no temiese punto en la naturaleza tan acerbo. Llegado, pues, el plazo señalado, la Santa esperó fortalecida con los sacramentos, y á 8 de Octubre del año 790 dió el alma al Señor, viendo á los coros de los ángeles que la asistian, y la hicieron escolta para ponerla en la presencia de Dios. Es Santa celebradísima en el condado de Henao, y en el monasterio dodonio de Benitos está en el altar mayor en una riquísima arca, y en otras dos arcas á los lados Santa Regina, su madre, y al otro su padre S. Adalberto. Rézase de esta Santa en Valencennes con oficio doble, y la pone Juan Molano en el *Martirologio*, en las adiciones á Usuardo, y en el *Indículo de los santos de Flandes*, Ubion y Menardo este dia; Yepes, centur. 4, tomo III, año 790. Es patrona Santa Rafrengeda de muchos lugares célebres de Flandes, y entre ellos de Embrica, Resa y Hovepella. El dia 8 de Octubre fué el dia de su tránsito, y el 11 de Junio el de su elevacion, ó el de su primera entrada en la abadía.—A. L.

RAGEMFROI. Hallamos en el gran *Diccionario histórico y geográfico* de Moreri, con relacion al *Cronicon Fontanellense*, á los *Anales* de Petaviani, al *Acta episcoporum* y al sabio P. Mabillon, que fué Ragenfroi abad de Fontenelle ántes de mediar el siglo VIII, y que pertenecia á la nobleza fran-

cesa, siendo de carácter vano y ambicioso, y que no consultando más que su propio interés, hacia insoportable su yugo á los que se hallaban sometidos á su autoridad. Como comunmente dejaba á sus monjes sin lo necesario para vivir, estos elevaron sus quejas á Pepin, hijo de Cárlos Martel, que se conmovió con su relato de tal modo, que quitó á Ragenfroi el gobierno de la abadía. No fué éste mejor obispo que abad, pues que sucediendo á Grimon en la silla de Ruan, se portó tan mal con sus diocesanos, que en cuanto Pepin fué proclamado rey de Francia, le desposeyó de su episcopado, y dió el año 755 la silla de Ruan á su hermano el príncipe Remigio, el que con sus virtudes reparó los escándalos que habia dado su predecesor. Como Ragenfroi era de ilustre nacimiento y habia tenido como padrino en la fuente bautismal á un hijo de Pepin, se le dejó para su subsistencia la renta de algunas tierras de la iglesia de Ruan. En una historia de los obispos de Ruan se le alaba por haber hecho grandes beneficios á esta iglesia, lo que podria hacer creer que hubiese cambiado de conducta, si el autor de esta historia mereciese más crédito, y si la mayor parte de los cronistas no diesen frecuentemente más alabanzas á los prelados que han hecho alguna donacion á las iglesias y á los monasterios, que á los que los han edificado con sus virtudes y con una vida regular. —C.

RAGGET (Patricio). Este prelado, cuyo nacimiento no nos dice Moreri que se refiere en su artículo á las *Memorias del abate Henegau*, fué obispo de Cork, en Irlanda, en el siglo XV, distinguiéndose mucho por su prudencia y por su capacidad, por lo que hacen de él magníficos elogios los autores contemporáneos. Asistió al concilio de Constanza en 1415 y 1416, en el cual se hizo mucho lugar por su mérito y loables prendas. En 1417 fué trasladado á la silla de Ossorg, en cuya diócesis murió á los cuatro años de episcopado el 20 de Agosto de 1421. En un manuscrito que se conserva en la santa iglesia de Dublin, llamada colegio de la Santísima Trinidad, se dice de él: «Fué un prelado que gobernó su rebaño con justicia y con piedad, que le ha edificado con su ejemplo, y dado instruccion.» Se conservan de él en las actas del expresado Concilio su escrito: *De actis illius Concilii*; pero nada nos dicen los autos de la biblioteca de Inglaterra, en que se encuentran manuscritas estas actas. —C.

RAGGI (Lorenzo), cardenal, de familia senatoria de Génova, nació en esta ciudad en el siglo XVII. Hallándose su tío el cardenal Octaviano Raggi en posicion de poderle favorecer, le abrió la puerta de los honores en su juventud, en cuya época sus bellas cualidades le habian granjeado el afecto de cuantos le conocian. Emprendiendo los estudios eclesiásticos con fe y entusiasmo, no tardó en hacerse lugar entre los sabios. Sostuvo por algunos dias con aplauso general una conclusion filosófica dedicada al cardenal Francisco Barbe-

rini, á la que asistió todo el Sacro Colegio, y en este solemne acto acreditó su capacidad, y su fama de excelente filósofo se extendió por toda Roma. En el mismo dia que Urbano VIII dió el capelo cardenalicio á su tio, áun cuando Lorenzo solo contaba veintiocho años y no era prelado, lo hizo clérigo de cámara, y á los diez y ocho meses, protesorero general suplente de Rapaccioli. Dió tantas pruebas de suficiencia en el ejercicio de ese cargo, y tantas de prudencia, vivacidad de ingenio y aptitud para el gobierno, que el Papa en 1643 le declaró tesorero y promayordomo, y en seguida mayordomo. Encontrándose el Papa y el erario sin dinero para la guerra de Castro, valiéndose de su hermano Juan Bautista, capitan de las milicias pontificias, y de otros parientes suyos, hizo llevar de Génova á Roma tanta moneda, que pagados los soldados, tuvo lo suficiente para los demás gastos de la guerra. Tan importante servicio quiso Urbano VIII recompensarle nombrándole cardenal, pero cuando se disponia para hacerlo, le sorprendió la muerte, adversidad que Lorenzo soportó con la mayor resignacion. Durante la sede vacante, Lorenzo vigiló con el mayor celo para conservar la tranquilidad pública, y sostuvo admirablemente el órden en el ejército pontificio, pagando exactamente la soldada á los militares, y procurando que en los lugares vecinos no se resintiesen de la escasez del numerario. Subió al trono pontificio el papa Inocencio X, y éste llevó á cabo los designios de su antecesor de recompensar los servicios de Raggi, y en 7 de Octubre de 1647 le creó cardenal diácono de Sta. María *in Dominica*, y en 1650 procamarlengo en lugar del ausente cardenal Barberini, con los derechos y emolumentos anejos á este destino. El rey Felipe IV le nombró para la iglesia de Salerno y despues para la de Taranto con la protectoría de Sicilia. El Pontífice le trasladó al título de S. Lorenzo *in Lucina*, y en 1680 le nombró obispo de Palestina, á cuya iglesia hizo ricos presentes. Asistió á cuatro cónclaves, y favoreció eficazmente la eleccion de Inocencio XI, que le nombró legado de la Romaña, provincia que gobernó por espacio de diez años con justicia y discrecion. Murió este Cardenal el año 1687, á los setenta y dos años, en Rávena, con mucho sentimiento de sus diocesanos, que le amaban como á padre. Pronunció su elogio fúnebre Levini, cuya oracion se publicó en Génova en 1687, y en él constan los importantes servicios de piedad y caridad que hizo. Se le dió sepultura en la basílica nueva de San Apolinar, sobre la que su sobrino y heredero Antonio levantó un monumento con su correspondiente epitafio. —C.

RAGGI (Octaviano). Patricio genovés muy rico fué este cardenal, y al propio tiempo muy virtuoso, candoroso y de no comun saber. Habiendo seguido la carrera eclesiástica se trasladó á Roma el año 1616, y el papa Paulo V le hizo protonotario apostólico. Comprando al prelado boloñés Ben-

tivoglio un oficio de cámara, fué presidente de la Junta de gracias, y despues de la de limosna, y en ausencia del cardenal Aldobrandini, camarlengo de Su Santidad, le sustituyó en este oficio, que tiene á su cargo graves cosas, entre las que entónces se hallaba el preparar todo lo necesario para la celebridad del año santo, 1625, de cuya comision salió á satisfaccion de la cámara pontifical y del mismo Papa. Entendiendo en las contiendas de muchos súbditos del Pontífice con el condestable Colonna, arregló este asunto á satisfaccion de todas las partes. Urbano VIII le nombró auditor general de la cámara, y en este empleo se distinguió mucho, porque supo hermanar perfectamente la justicia con la clemencia y la caridad, que le eran tan naturales que era benéfico hasta con sus émulos. Fué un magnífico y decidido Mecenas de los científicos y literatos, y no olvidó en su proteccion á los artistas, razon por lo que muchos de ellos le dedicaron sus obras. En la carestía de mantenimientos que afligió á Italia en 1630, proveyó con su industria de granos á Roma y á las provincias del estado eclesiástico que más lo necesitaron. En recompensa de tan importantes servicios, Urbano VIII, en 16 de Diciembre de 1641, le creó cardenal preste de S. Agustin, confiriéndole al propio tiempo cuatro pingües abadías, y poniéndole al frente de diferentes congregaciones que llegó á dominar desde luego por medio de su sinceridad y prudencia. Fué nombrado obispo de Aleria en 1643, é inmediatamente visitó su diócesis, y promovió en el clero la descuidada disciplina, con la palabra y con el ejemplo, quitó muchos abusos y excitó á la piedad y á la práctica de las demás virtudes cristianas. Restauró y adornó su iglesia catedral y otros templos, distribuyendo al propio tiempo muchas limosnas á los pobres, entre los que socorria con predileccion á los vergonzantes. Llamado á Roma, dejó la Córcega con lágrimas de sus diocesanos, y despues de una gran borrasca que sufrió en el mar, fué recibido en Génova con grandes honores; pero cuando ya llegaba cerca de Roma, cayó enfermo con una fiebre violenta que le quitó la vida en esta ciudad, en el mismo dia y hora en que hacia cincuenta y un años que habia nacido. Conducido su cadáver á la iglesia de Jesus, fué sepultado delante del altar de S. Ignacio, bajo una honrosa inscripcion que le hizo poner su sobrino el cardenal Lorenzo. — C.

RAGIMBALDO. Llamóse este religioso por algunos Ragimberto. Fué tercer abad del monasterio de S. Valerio, y vivia en el año 660 de nuestra era, y hallamos en D. Rivet, en el tomo III de su *Historia literaria de Francia*, que escribió la vida del glorioso S. Valerio, segun Arnoldo Wion, *in ligno vitæ*. — A. C.

RAGNARIO, monje en el monasterio de la isla de Iberio. Este religioso era un modelo en virtudes, en obediencia, en disciplina, oracion, etc. Tuvo

una estrechísima amistad con S. Adelardo, á cuyo convento habia sido desterrado por el emperador Ludovico. Así fué que cuando este soberano le envió á llamar, sintieron sobre manera los religiosos de aquel santo monasterio su ausencia, porque todos estaban bien hallados y contentos con su compañía, todos le despidieron con lágrimas, pero el que hizo más duelo y sentimiento por ser su más íntimo y querido amigo, fué el santo Ragnario, pues no teniendo aliento ni valor para soportar la despedida, se encerró á llorar su ausencia en su celda; S. Adelardo, estando ya á bordo, le echó de ménos, y supo que se habia escondido, porque no viese sus lágrimas, y volviendo á tierra pasó á buscarle al monasterio y se despidió de él tiernísimamente, conmoviendo tanto cariño y tanta amistad á todos los que lo presenciaron. El sensible y virtuoso S. Ragnario, atendidos sus grandes merecimientos y santidad, fué elegido abad despues de la partida de su íntimo amigo S. Adelardo.—A. L.

RAGNEMODE. Este obispo de París fué discípulo de S. German, obispo de la misma diócesis, al que hizo honor por el celo que manifestó en el mantenimiento y conservacion de la disciplina. Sucedió á su santo maestro en la expresada silla episcopal en Mayo ó Junio de 576, pues S. German murió á los ochenta años de edad el 18 de Mayo de dicho año. Encontróse Ragnemode poco despues en Tours, sin que se sepa la causa, y en esta ciudad se hallaba cuando el príncipe Meuronéa se escapó de su monasterio de Arisse y se refugió en la iglesia de S. Martin, cuando el obispo Gregorio celebraba en ella el santo sacrificio de la misa. Aconsejó Ragnemode á este prelado concediese al príncipe lo que pedia y Gregorio lo rehusaba, temiendo que Meuronea, irritado, cometiese alguna violencia. Celebrado que fué el quinto concilio de París, en 577, en el que Gregorio de Tours se habia opuesto á la condenacion de Pretextato, obispo de Ruan, á quien queria perder el rey Chilperico, fué acusado Gregorio á este príncipe como su enemigo y llamado á su palacio, en el que se encontraba Ragnemode; éste aprobó la firmeza con que el santo prelado habló al príncipe en esta ocasion, y logró calmar de este modo á Chilperico. Fué tan querido Ragnemode de este soberano, que el año 584 fué padrino de Thierri, hijo de este príncipe, costumbre que los obispos y príncipes de Francia amigos, tuvieron en aquella época, pues que la historia nos enseña que el obispo S. Pretextato de Ruan fué padrino de Meuronea, S. Agerico de Verdún de Childeberto II; S. Veran de Cabaillon, de Thierri, hijo de este último soberano y así otros. Un impostor, vestido de monje de Egipto, llegó á la diócesis de París llevando una cruz que decia estar llena de reliquias, por lo que el pueblo á quien procuraba fanatizar le seguia desde Tours. Llegando á París al tiempo que se hacian las rogativas, turbó la procesion en que presidia el obispo Ragnemo-

de, el cual ántes de que se dejase seducir el pueblo, ansioso siempre de novedades, le hizo encerrar como impostor en una prision, de la que no salió sino escapándose, logrando burlar la vigilancia de los guardas. Vuelto á prender, hubiera sufrido el castigo á que se habia hecho acreedor, si no intercediese Gregorio de Tours, por cuyos respetos le perdonó. Murió Ragnemode el año 591, y las turbaciones que sucedieron á su muerte, hizo sentir vivamente la pérdida que con ella habia tenido la Iglesia, de lo cual da noticia el P. Longueval en el tomo III de su *Historia de la Iglesia Galicana*, y Gregorio de Tours en la suya. — C.

RAGOT (Fr. Pedro), del órden de Predicadores. Fué natural de Francia, sin que conste de qué punto, aunque debe suponerse que fuera natural de Laval, puesto que siendo muy jóven tomó el hábito de la órden de Santo Domingo en el convento de la mencionada poblacion. Floreció á fines del siglo XVI y principio del siguiente, distinguiéndose mucho por el don de la elocuencia y la gracia de la expresion en las aulas del colegio de Santiago de París, donde estudió con mucho aprovechamiento la filosofía, teología, disciplina eclesiástica y todo género de letras divinas y humanas. Algunos biógrafos de la Orden hacen notar que Ragot era de pequeña estatura, pero de muy agradable rostro, de extremada viveza y de clarísima percepcion. Desempeñó una cátedra de artes y poco despues de ser nombrado para ella, fué ascendido á otra de teología. Con superior facultad y permiso de la Orden, pasó á Roma en 1583, donde para mayor honra y gloria de la religion de Sto. Domingo, defendió con brillante éxito unas públicas conclusiones. En 1584 fué nombrado rector del antedicho colegio de Santiago, y poco despues electo por mayoría de votos vicario general de la Orden. Tocóle desempeñar este cargo en la época más crítica y azarosa para la Francia por hallarse ésta dividida en diferentes bandos, y ardiendo en los horrores de la guerra civil y religiosa. Ragot siguió siempre el partido del cristianísimo rey Enrique IV, por lo cual los envidiosos calvinistas no dejaron de atacarle duramente, tomando por pretexto el horroroso atentado del indigno dominico Jacobo Clemente, asesino de Enrique III. Grande fué la prudencia, tino y energía que Ragot desplegó en aquellas lamentables circunstancias para gobernar dignamente las diversas casas puestas á su cuidado, y fueron tan acertadas todas las disposiciones que tomó, que habiéndose reunido un capítulo de la Orden en Claramonte de la Auvernia, fué electo prior de aquella casa, renovándosele el nombramiento al finalizar el primer trienio, pues tanta era la confianza que inspiraba y el general aprecio que merecia. Gobernó quieta y pacíficamente aquel convento, en el cual falleció en el año de 1605. No consta que publicase nada de lo mucho que escribió, particularmente contra los herejes y los desmanes que en su época cometian á cau-

sa del aliento que desgraciadamente les dieran con su indiscreta proteccion los soberanos de Francia. Sin embargo, el bibliógrafo de su misma Orden, Altamura, cita con elogio en su *Bibliotheca Gallica* una obra de Ragot que dice haber visto, y lleva por título: *La Cruz del Maine.* — M. B.

RAGÜEL. Así se llamó el suegro de Moisés, el escogido por Dios para dirigir al pueblo hebreo y darle su ley, el cual es diferente de Ragüel, padre de Sara, mujer que fué del jóven Tobías. — C.

RAGÜEL, padre de la jóven Sara y suegro de Tobías. Vivia en la ciudad de Ecbatana y era muy rico. Pero habiendo casado á su hija Sara con siete maridos sucesivamente, el demonio los fué matando á todos. Cuando el jóven Tobías llegó á Ecbatana, el ángel S. Rafael le invitó á pedir á Sara por mujer, además de que siendo el pariente más próximo de Ragüel se hallaba obligado á casarse con ella segun la ley judáica. Ragüel consintió aunque con pena, temiendo le sucediese lo que habia sucedido á los siete primeros maridos de su hija. Pero habiendo conservado el Señor á Tobías, Ragüel le tuvo en su casa durante quince dias; hizo grandes festines á todos sus amigos, le dió la mitad de todos sus bienes, y le aseguró por medio de un contrato de todo lo demás para despues de su muerte. — S. B.

RAGÜEL DE CÓRDOBA. Este eclesiástico solo nos es conocido, porque lleno de piedad escribió la *Historia de S. Pelayo, mártir*, el año 925, en el que aparece vivia este autor. Publicó el sabio español Ambrosio de Morales esta obra, la cual se ha incluido despues en la coleccion de escritores españoles al tomo IV. — C.

RAGUENAU (Federico). Obispo de Marsella en 1579, y hermano de Pedro, de quien nos ocupamos en su lugar respectivo. Hé aquí cómo se refieren las circunstancias de su conversion, que varían por cierto bastante de lo que sobre el mismo asunto se lee en el artículo de su hermano. Intentó su madre casarle con una doncella nobilísima y hermosa, pero infecta con la herejía de Calvino; dió cuenta al hijo, y él percibiendo el intento disimuló, y fingiendo que lo admitia con mucho gusto, visitó á la que se le buscaba para mujer, y para asegurar á su padre y encubrirle su propósito, dió prisa á la boda. En el interin, por no aventurar el tesoro de la religion católica que ocultaba en su ánimo, resolvió volver las espaldas á la casa de su madre y á su ciudad natal, y ejecutarlo ántes de desposarse, porque así fuese más seguro. Miéntras estaba pensando el modo de la ejecucion, sin comunicarlo con persona alguna, sucedió que habiendo salido un dia á caza en compañía de muchos caballeros, cansado del trabajo de la montería, se apeó del caballo apartado de los demás, y vió en espíritu un número de religiosos pobres, cuyo hábito para él no era conocido, y que iban caminando en forma de procesion. Quedó admirado sin saber qué significaban, ni qué religion era

aquella; pero al mismo tiempo sintió dentro de sí un afecto á ellos, y un vehementísimo deseo de imitarlos, que fué el principio de su vocacion, ignorada por él, hasta que hecho eclesiástico comprendió claramente la vision misteriosa. Confirmado desde entónces en el propósito de la fuga, fué á visitar á la que habia de desposarse con él, y pidiéndola palabra de callar lo que la iba á descubrir, la dijo: Que estaba con intencion de ir á ver en los reinos extraños un pedazo de mundo, como lo acostumbraban los hombres mozos de su calidad, para adquirir noticias de varias costumbres, y de que se suele componer la prudencia, dilatando el casarse hasta que volviese de esta jornada. Díjola tambien que él era católico, y que deseaba que ella tambien lo fuese, por ser la única religion que conducia á la eterna salud. La doncella oyó con asombro la proposicion, y respondió: que en cuanto al intento de su jornada, le parecia bien, ó al ménos no hallaba cosa digna de repararse; pero en cuanto á lo que miraba á la fe católica, era para considerarse con más atencion, por no errar temerariamente en materia tan importante; y así lo consideraria despacio y con mucho aprecio de la proposicion, por haber sido suya. Desembarazado de la mujer como queda dicho, determinado á partir brevemente, y para disimular la partida, habiendo formado al dia siguiente un juego en el campo á manera de máscara, y valiéndose del pretexto de querer entrar disfrazado en estos divertimientos, trocó su vestido con un payo y desconocido pasó á Paris, donde dió muestras claras de su invencible constancia en los trabajos, buscó á su hermano, y no tardó en abrazar la religion católica. Hasta aquí la crónica, que separándose en un todo de lo que dice al tratar de su hermano, le supone como hemos visto, decidido á convertirse y á seguir el catolicismo, miéntras como veremos despues tratándose de Pedro, asegura que fué enviado por su madre para llevar á éste á su casa, quien lo convirtió, y vuelto despues á su país, fué desterrado por su familia, hasta que convertida toda ella por su hermano mayor, le llamó su madre á su lado y le dejó seguir sus instintos y vocacion. Sea de esto lo que quiera, añade la Crónica que su vida fué celestial, llena de peregrinos acontecimientos y raros ejemplos de virtud, teniendo el lector mucho que admirar en ella, y no poco de que edificarse. Nada nos dice de sus primeros años y pasos en la carrera eclesiástica, siendo indudable que debió distinguirse mucho, cuando obtuvo despues una de las primeras dignidades de la Iglesia galicana, siendo un verdadero pastor para sus ovejas, que le amaban y respetaban, más bien como á padre que como á prelado. Su grande afecto á los religiosos, y quizá el recuerdo de vision que le indujo á entrar en el seno del catolicismo, fueron causa de que protegiese mucho á varias órdenes, en particular á la de los Capuchinos, de cuyo convento bendijo la primera piedra el 27 de Julio de 1579, que puso la rei-

na Catalina de Médicis en presencia de Cárlos de Borbon, cardenal de Aviñon. Contribuyó mucho á esta y otras fundaciones, mereciendo grandes elogios por su celo en la propagacion de la religion, que bajo tan buenos auspicios habia abrazado. Bastante rico para aliviar las desgracias de sus prójimos, lo hacia con mano pródiga, no contentándose con repartirlo por sí mismo, sino uniendo á la limosna las dulces palabras de consuelo y caridad cristiana, que tanto aumentan su valor. Supo aumentar la buena fama que habia dejado su hermano á quien superó en ciertos puntos, excepto en la piedad en que parece que ambos corrian parejas, siendo tan sublimes y elevados sus principios como sus fines. Federico murió en 1598, siendo muy llorado por sus diocesanos, que comprendian la pérdida que sufrian con la falta de tan buen prelado, y la dificultad de llenar el vacío que él dejaba.—S. B.

RAGUENAU (Pedro), obispo de Marsella, gobernaba aquella iglesia hácia 1567, y pertenecia á una antigua é ilustre familia, aunque, segun todas las crónicas, de religion protestante. Nació Pedro dotado de todas las ventajas de la naturaleza, aunque sobradamente escaso de las de la gracia. La cuidadosa educacion de sus padres, solo sirvió para aumentar el desórden de su inteligencia; y su propia madre, segun expresion de la crónica, al criarle para el mundo, le dió el veneno de Calvino para morir al cielo; pero esta lastimosa influencia, que suele obligar á los hijos á abrazar la religion de los padres, la consiente con frecuencia para mayor esplendor suyo la Providencia divina. Murió presto su padre, y dejando heredero á este niño de numerosas riquezas, le puso por condicion en su testamento, pasase á París para seguir los estudios. Casó por segunda vez su madre, y viendo poco despues que entraba Pedro en la edad de ocho años, para poner en ejecucion la voluntad de su primer marido, hechos los más costosos preparativos, y elegido el número suficiente de criados conforme á la calidad de su persona, le envió á París. Nombróle un ayo de mucha prudencia y madurez, señalándole renta competente, y llegado el dia de su partida, le abrazó y acarició, y hablándole aparte le dijo las siguientes palabras que tomamos de la crónica: «Hijo, de las minas de la patria se saca muy escasamente el oro de la virtud, quien bastantemente quiera enriquecer, necesita de mucho cielo. Tú vas á París, emporio de todas las ciencias, donde entre muchos resplandores, por ventura es el supremo de todos la doctrina. Allí, por corresponder al deseo y afecto de tu padre, has de procurar todos los adornos del ánimo; estos solos no puedo yo comunicarte con las riquezas, ni se adquieren ellos juntamente con la herencia de los mayores; en el concurso que verás de las naciones extrañas te encargo aprendas de todas, é imites en cada una lo que hallases de virtud; en una cosa solamente serás maestro, sin necesitar más

que de ti mismo; esta, Pedro, es la fe, consérvala como prenda de mis entrañas, y no consientas que los discursos ni las fábulas oscurezcan joya tan hermosa; este ayo que te señalo, será la guia y el polo para una navegacion tan incierta, no debiendo jamás alejarte un punto de su direccion: entónces te conoceré por hijo, si en esta materia le conocieses solamente por padre.» Y como si adivinára la madre lo que habia de suceder, no acabó de pronunciar estas palabras, sin anegarse en un mar de lágrimas. Pasó finalmente á París, y en breve tiempo aprendió los primeros rudimentos de la gramática; dedicándose despues al estudio de las humanidades, acompañando sus adelantos en los estudios con su modestia y buenas costumbres, de modo que era amado de todos los estudiantes, y su edad juvenil que no sabia aún disimular manifestaba que los atractivos de Pedro consistian principalmente en la virtud. Determinó al fin Dios dar principio á su conversion, y las pueriles familiaridades, juegos y entretenimientos de su tierna edad fueron los escalones para llegar al templo de la gracia. Manifestó tambien Pedro en las escuelas haber aprendido que se debe tener familiaridad con todos, pero amistad con muy pocos; y así concedió la suya á dos jóvenes, más sabios y entendidos que los demás y de esclarecida sangre y nobles costumbres, á los que tomó tal cariño, que las pocas horas que le quedaban libres de los estudios, jamás se apartaba de ellos, iban juntos á la universidad y paseos, donde despues de algunas conversaciones sobre las escuelas y sus trabajos, solian algunas veces estos caballeros tratar con el jóven de algun punto acerca de la religion, pero él tenacísimo observador de los mandatos de su madre, y armado de las instrucciones del ayo, cerraba fuertemente los oidos, y sonriéndose por burla, cortaba ó variaba de conversacion. Pero pudo más el padre de las luces que el ángel de las tinieblas, pues dando estos mancebos cuenta á su padre de lo que les pasaba con su jóven amigo, y deseoso este caballero de hacer esta conquista para la Iglesia católica, animaba á sus hijos á no dejar esta empresa de las manos, diciéndoles: Que la roca del corazon humano era facilísima de expugnar con la fuerza de la verdad, porque los salteadores trabajaban más por dentro que por fuera; que no era posible que un entendimiento tan advertido en los términos civiles, fuese siempre ciego en los conocimientos sobrenaturales, y que en todo caso prosiguiesen en llevar este negocio adelante, que cuando el efecto saliese vano, nunca lo sería el merecimiento. Para estimularlos más quiso que le convidasen algunas veces á comer, tomando ocasion de esta familiaridad para llevarle despues á un lugar suyo á divertirse. ¡Cuánta verdad es que no hay cosa mejor para reconcentrar y purificar el pensamiento, y acrisolar la pureza del espíritu, que la soledad y el retiro de los campos! Las inocentes delicias de la caza y de la pesca, el hallarse en un bosque solo, el apartarse á menudo á la cor-

riente de un rio, fueron los dardos que hirieron el corazon de Pedro, y á pesar suyo le hicieron penetrar dentro de sí mismo. Vacilando ya su ánimo repetia cuanto habia oido á sus amigos, y debilitado para la resistencia, llegó por último á discurrir y áun hablar de este asunto. Alegres los jóvenes redoblaron sus esfuerzos, y redujeron al fin á aquel corazon á hablar mucho más con el silencio, que ántes en sus continuadas polémicas. Parecióle por tanto al padre de los amigos de Pedro, llegada la ocasion de hacer el último esfuerzo, y retirándose una siesta debajo de la sombra de un plátano, le habló en la forma siguiente: «Si por ventura mis hijos en lo dulce de tan honesta conversacion se han adelantado amorosamente en los afectos, vos sois la causa y vuestras raras prendas, que no merecen correspondencias ordinarias. Desde el primer dia con la suavidad y nobleza de vuestro natural los ganasteis á ellos y cuanto yo poseo en el mundo; y así no es maravilla que ellos hayan intentado ganaros para el cielo; solamente con este beneficio se puede pagar el merecimiento de una tan leal familiaridad. Lo que se puede decir acerca de nuestra fe, muchas veces lo habeis oido. La antigüedad, la uniformidad, el decoro, son luces, que casi viéndose con los ojos del cuerpo, son muy claras y evidentes á los del alma. No anubleis este rayo interior, que no hace ménos ardientes sus reflejos que en los cristales de la verdad. Quien os ha descubierto este cielo con tantas esferas, y manifestado además tantas propiedades de la tierra, seguramente que no os quiere ciego en las más altas bellezas. Dad la mano á quien os guia, y no negueis esta gloria á quien os procura una eternidad. Bien veo cuánto os puede afligir el disgustar á vuestra madre; la dependencia de hijo, y la obligacion de la naturaleza son los mayores estorbos. Pedro, estos respetos que acá abajo son tenidos por los primeros, arriba se tienen por los últimos. Tambien yo soy padre, y no pido de mis hijos sino obediencias terrenas. En las generaciones del cielo se truecan las relaciones, y vos, como yo espero, alguna vez sereis padre de vuestra propia madre.» Apénas hubo acabado el caballero de decir estas palabras, tomó á Pedro de la mano, y mirándole al semblante, le arrancó un suspiro del corazon, que fué el último que dió el amor á su madre. Cedió al punto y con tan buena voluntad, que se comprendió fácilmente que era muy gloriosa esta victoria: por entónces no salieron sin embargo de su boca otras palabras, sino «que en volviendo á la ciudad verian todos lo que pensaba hacer.» Al llegar á Paris se aprovechó un dia del tiempo que le solia dejar libre su ayo, buscó un sacerdote, y postrándose á sus pies, hecho un mar de lágrimas, le descubrió los errores en que hasta entónces habia vivido, pidiendo para ellos todos los remedios saludables. El sacerdote le instruyó y recibió su abjuracion, dándole una profesion de fe, con lo que volvió á su casa disimulando y guardando

el secreto por respeto á su ayo. Mas éste, que andaba observando continuamente á su alumno, no tardó en conocer en él cierta alegría, pareciéndole que se hallaba alterado su semblante, por lo que resolvió informarse de la causa. Descubrió al fin que era católico, y no tardó en emplear todos los medios que le sugirió su imaginacion para reducirle á su antigua doctrina. Representóle la afrenta y deshonra de su noble familia, el dolor de su madre, el desamparo en que tenian que dejarle esta y todos sus parientes, y la imposibilidad de volver á su patria, todo lo cual le dijo y repitió con elocuente eficacia. Su respuesta fué tan breve como lo exigia la importancia del asunto. Que amaba con la mayor ternura á su madre, á sus parientes y á su patria, y que únicamente deseaba de ellos que no le estorbasen la mayor de las felicidades; que la resolucion que habia tomado era inspirada del cielo, donde no llegaban manchas de infamia, ni áun sombras de deshonra; que esperaba que el ser católico le habia de aumentar la benevolencia de los suyos, y que la divina luz le enseñaria á distinguir el amor falso del verdadero. Pareciéndole al ayo que su madre conseguiria mejor su objeto que todas sus razones, no vaciló en escribirla, y esta señora, incomodada al saber tal nueva, tomó la pluma y fulminó todas las maldiciones que la dictó su despecho, amenazándole con no tenerle más por hijo, y dejarle vivir en la miseria, privándole de la herencia de su casa. Pero la prudencia de Pedro la contestó de manera que desarmó todo su enojo, y cambiando de estilo, volvió á emplear las ternuras propias de su maternal corazon, amontonando en muchas cartas todas las lisonjas que suele emplear un corazon femenino. Recordóle la correspondencia que deben tener los hijos con las entrañas maternales, y añadió que acabaria por matarla su excesivo dolor, diciéndole por último: «Que no merecia esto el cuidado que habia tenido de él, sin reparo de la incomodidad de su casa y de los llantos de sus hermanos, y por último, le rogaba como postrada á sus pies, que se volviese al punto á su patria, para mirarle con sus propios ojos, al que lloraban ya perdido sin lágrimas.» Pero todas estas razones no tuvieron efecto alguno en el corazon de su hijo. Escribió además al ayo, que si Pedro no queria volver con él le dejase en París, y mandó á los comerciantes que no le pagasen la pension que le tenia señalada para su sustento, enviándole al fin su maldicion, y diciéndole que no la tuviese por madre. Quedó Pedro privado de todos los bienes de fortuna y rico de aquellos que reparte benévolo el cielo. En un instante se vió solo, abandonado por su ayo, y falto del crédito que tenia para vivir, quedando asimismo desterrado de su patria, y á pesar de esto comprendió que la falta de todo, áun de lo más necesario, no puede contrabalancear con la posesion de Dios. Alegrábase de haber llegado á ser pobre, y creia no haber sido nunca tan rico de corazon como entónces que

le faltaban las riquezas. Retiróse á un convento con licencia de los prelados, donde estudió teología, se hizo sacerdote y comenzó á predicar la palabra divina. Casi habian pasado veinte años desde que Pedro se separó de su madre, y ésta aunque tenia otros hijos no habia perdido del todo la memoria del primero; pues aunque se llama al tiempo padre del olvido, no suele ejercitar este dominio en las entrañas maternales. Suspiraba algunas veces por su Pedro, y parecia andarle buscando con el mayor cariño, y como si creyese que habia muerto solia decir á sus otros hijos: «Que aprendiesen á no degenerar de la fe, y que escarmentasen en su hermano.» Su afecto y curiosidad de madre la hacia sin embargo procurarse á veces algunas noticias, y en una ocasion la aseguraron que vivia su hijo Pedro, y que continuaba en París, donde era uno de los más famosos predicadores. Al oir lo referido quedó como asombrada, y reprimiendo por entónces su enojo, cortó la conversacion, retirándose á su cuarto para desahogar á solas su dolor. Recostada allí en la cama, en que por ventura habia nacido Pedro, mesándose los cabellos é hiriéndose las manos, exclamó al fin sin poderse contener con estas palabras que refiere la crónica. «¿Para esto he criado y sustentado á mi hijo? Miserables madres, andad, pues, velad y sudad, que solamente la ingratitud podeis esperar por galardon. ¿No te bastaba, Pedro, la mancha de haber mudado de fe, que mi suerte ha querido estuviese labrando en tantos años de lágrimas, sin añadir otra mucho más ignominiosa? ¿Dónde se han ido los espíritus de tu sangre? ¿Dónde los honoríficos ejemplos y magnánimas empresas de tu padre? ¿Dónde, desdichada de mí, los avisos y consejos de esta pobre madre? ¿Cómo sufriré yo que tus bajezas se me refieran en la cara, y que se repita cada dia la afrenta de la nobleza de tu casa? Semejante ignominia, cuando más no pueda, se ha de borrar con el hierro. No es contra las leyes de la naturaleza que se derrame la sangre por conservar intacto el candor de la honra. Tus mismas riquezas servirán de estipendio á un asesino, y descubrirán el lugar donde estás con tan poca honra oculto. Huélgome que tu hacienda misma sea homicida de un heredero tan indigno, y donde ella no llegase, suplirán los esfuerzos y la desesperacion de este pecho. Pero qué digo? yo soy furia y no madre. ?Quién me ha enseñado á prohijar la culpa á otro, que yo debia atribuir toda á mí misma? Yo le he despojado de las alhajas, quitado los socorros y los criados; yo como cruel madrastra le he desamparado. ¿Qué habia de hacer un jóven de esta calidad, léjos de su país, sin amigos ni parientes? La desesperacion le ha conducido á aquel burdo sayal, y yo soy la parca que ha tejido los estambres.» Combatida por estos pensamientos salió de su habitacion, y tomando de la mano al mayor de sus hijos del segundo matrimonio, le dijo estas palabras: «Si no te muestras indigno de la sangre

que tienes, ella misma te estimulará para que la conserves con honra. Ya ha llegado á tu noticia la vergonzosa resolucion de Pedro, y no hay duda que solamente la necesidad de vivir le ha conducido á semejante estado. Hijo, es menester te partas á París, y que en todo caso restituyas á tu hermano á su patria: dirásle que la herencia de sus mayores y las honras de su ciudad le estan esperando, y sobre todo los ansiosos deseos de su madre; dile más, que estoy muy arrepentida de haberle tratado mal, y que por entónces me juzgaré digna de perdon, cuando en su presencia le consiguiera.» No podia dar á su hijo comision más grata que la de este viaje, á que le inclinaba más bien el deseo de ver extraños países que el volver con su hermano. Dispuesto, pues, todo lo necesario para la jornada, se despidió el hijo de la madre para emprender tan gustoso viaje con gran comitiva de criados. Habiendo llegado el jóven á París, é informado de donde estaba su hermano, llegó al convento donde residia, y avisado el portero, dió noticia á Pedro de que un caballero le esperaba á la puerta. Los hermanos no se conocian, y así en un principio se miraron como extraños; pero quedó admirado y fuera de sí el seglar, cuando dándole la carta de su madre, le dijo el eclesiástico que no podia abrirla sin que la viese primero el superior, pues seguia las mismas costumbres que los religiosos. Quedó confuso el caballero á esta para él extraña noticia, pues nunca habia sabido que la carta dirigida á una persona debiera pasar á manos de otra. Mas conociendo Pedro su extrañeza, replicó modestamente al caballero: «Señor, entre nosotros no hay ni puede haber particulares intereses, tenemos entregada á otro la voluntad, y como no se tratan negocios, las cartas hablan solo con el superior que nos guia.» Cobró ánimo el mancebo al oir esto y dijo: «Si al superior toca abrir las cartas, tocaráme á mí primero declarar lo que en ella se contiene; esta carta y letra es de vuestra madre...; y deteniéndose un poco para ver el efecto que hacian sus palabras, añadió: y yo soy uno de vuestros hermanos.» Creció entónces el asombro del mancebo, porque creyendo que Pedro no vacilaria en arrojarse á sus brazos, le contestó sin levantar los ojos del suelo y sin manifestar la menor alteracion en su semblante: Que daba mil gracias á Dios de que viviese su madre, porque así no podia desesperar de su salvacion. Ocho dias continuaron viéndose los dos hermanos por mañana y tarde, sosteniendo una continua lucha sobre quién habia de convertir al otro. Al principio emplearon razones generales, terminando con súplicas y ruegos. «Por último, dijo Pedro, cuanto toca á la doctrina y á los argumentos han suplido los Padres: lo que pertenece á la familiaridad, él mismo quiere que á mí me toque, pero yo no busco persuasiones peregrinas; ya estos dias habeis oido de mi boca la verdad. Os vuelvo ahora á decir: con que el alma esté sana, en el resto gozad de todos los deléi-

tes; y áun si vos creeis que yo puedo disponer, sea en buen hora vuestro cuanto creeis que puede ser mio; el mayor agasajo que podeis hacerme, es acreditar con el ejemplo la resolucion que he tomado, y en lo demás, entónces seremos hermanos verdaderamente, cuando además de ser hijos de una misma madre, fuésemos tambien renuevos de una misma fe.» Detúvose aquí Pedro á mirar el semblante de su hermano, y notando en sus ojos la conmocion de su interior, se postró á sus pies, y abrazándolos amorosamente, comenzó á llorar. Este acto acabó de vencer la ya vacilante voluntad del jóven, y queriendo separar á su hermano de postura tan humilde, le dijo por último al oido: «Me rindo y me pongo en vuestras manos.» Durante un largo rato no pudo ninguno de los dos articular la más mínima palabra; pero recobrada su serenidad, se abrazaron de nuevo y comenzaron á pensar en el modo de llevar á feliz término este acontecimiento, como en efecto se verificó, llegando este hermano, que se llamaba Federico á brillar tanto como Pedro por su virtud y santidad, sucediéndole en su silla episcopal. Pedro se gozaba ya en haber convertido á su hermano, y solo pensaba en la conversion de su madre, que era el objeto de todas sus oraciones. Hallábase á la sazon en Paris un embajador del rey de España, con el intento de concertar un matrimonio que se desvaneció en esperanza, y como no muy práctico en la lengua buscaba un intérprete que le facilitára el despacho de sus negocios. Fué Pedro nombrado intérprete del embajador por la reina de Francia María de Médicis, madre de Luis XIII, que gobernaba á la sazon aquel reino, y conocia muy bien á Pedro por ser su predicador. Enterado el embajador de las cualidades y nobleza de éste, le llevó consigo y dió órden para que le vistiesen como caballero seglar. Solo en esta transformacion sintió Pedro alguna repugnancia por dejar su pobre sotana y vestirse de seda. Mas ¡cuánto valen las disposiciones del cielo! pues entre aquella aparente vanidad y fausto se recogia más su espíritu. Tuvo que partir á poco el embajador, aumentándose á cada paso el gozo y alegría de Pedro, que juzgaba estar más cerca del objeto de sus deseos. Servia de dia con la mayor exactitud el cargo para que le habian nombrado, y por la noche se entregaba á Dios con el mayor fervor. No encontraba ya en la corte, ya en otras ciudades, persona alguna de su país á quien no preguntase noticias de su familia con gran disimulo y sin dar sospecha. No sabiendo la persona con quien hablaban, solian algunos al nombrarle su madre, referirle sus muchos trabajos y la poca fortuna que habia tenido con la conversion de sus hijos. Acabado el tiempo de su embajada y desvanecidas las esperanzas de matrimonio, dispuso el embajador su partida, y en muestra de la satisfaccion que tenia de los servicios de Pedro, le regaló un hermosísimo caballo. Habiéndole dado gracias, y contento con la grande confianza que merecia de sus monar-

cas, admiraba dentro de su corazon la providencia divina, que cuando pensaba perder tiempo le habia abierto nuevos caminos para llevar á feliz término sus deseos. No vaciló en emprender un viaje á su país, y al llegar á las puertas de su casa se sintió profundamente conmovido, recordando los sitios en que habia pasado su niñez; mas reponiéndose á poco, se apeó, y mirando al cielo, renovó sus ruegos y súplicas. Poniendo entónces su corazon en manos de quien le guiaba, se arregló el vestido y entrando en el portal, mandó subir á un criado. Hallábase en aquella sazon su madre con sus nueras, y avisada de que la buscaba un caballero, dió órden para que subiese y se retiró á otra sala. No pudo Pedro hablar tan pronto como hubiera deseado al hallarse en presencia de su madre, quedó en silencio por un rato, y despues de una afectuosa cortesía, le dijo estas palabras: «Señora, yo vengo de París y traigo á V. S. una carta de su hijo.» Asombrada y ruborosa alargó la matrona la mano, y ántes de abrir la carta miró al rostro al caballero y le dijo despues: «Esta carta es del más ingrato hijo que cubre el cielo, y fuera poco el ser ingrato, á no haber añadido una mancha de deshonor á toda su sangre.» Oyendo esto, la replicó Pedro con la mayor modestia: Que estaba muy apesadumbrado de haberla proporcionado un disgusto, y que por no dársele mayor la pedia licencia para volver á su posada. Mas ya la madre habia comenzado á leer la carta, y viendo que el hijo la recomendaba á su portador, repuso con gran ligereza. «Cuanto V. S. ve es hacienda de Pedro, y mandando yo que le sirvan en esta casa, ninguna cosa le ofreceré, que sea mia, siendo para mí de particularísimo gusto, que no se muestre tan ingrato con los amigos como lo ha sido con su madre. Dicho esto, le introdujo en el cuarto de los huéspedes y con mucha cortesía le suplicó que dispusiese de todo como dueño. Llegó el menor de los hijos á hacer compañía á Pedro, y á la hora de la cena le mandó á llamar la señora para darle un espléndido banquete. Hallábanse á la cabecera de la mesa las mujeres de los hijos, y Pedro se colocó al lado de su madre enfrente de su hermano. En el último lugar se sentaba el ministro hereje. Durante la cena no dejó Pedro de hacer diferentes consideraciones, admirándose de la agradable franqueza de aquellas señoras y del afable trato de su madre; pero le disgustaba en extremo la compañía del ministro hereje. Cuando volvia los ojos al ministro, le parecia una cena fúnebre, y decia entre sí: «¿Cómo es posible que donde se recrea el cuerpo, vea yo sepultado el espíritu? ¿Qué plato podrá darme gusto, si estan todos envenenados de este tósigo? ¡Hermosa verdad! ¿cómo podrás hallar camino para penetrar estos muros entre los laberintos y engaños?» Y lleno de compasion por la ceguedad de su madre, se olvidaba de comer, pero mirándole esta al rostro, y creyendo ser templanza ó modestia la suspension en que le veia, ocasionada por su pensa-

miento, le hizo volver en sí. Habíale preguntado al principio los sucesos de su viaje, y poco despues lanzando un suspiro le dijo: «No me enoja tanto que mi hijo haya cambiado de religion, porque al fin entre la nobleza del reino hay muchos que pertenecen á ella, y este engaño más es injuria del entendimiento que afrenta de la familia, como el que se haya entrado entre religiosos á hacer una vida indigna de un igual suyo, lo que no puedo sufrir y me quitará siempre el sosiego.» A lo que le respondió Pedro: Que estaba engañada, porque los religiosos tenian entre los católicos grande crédito, y habian solicitado entrar entre ellos muchos de los grandes señores de la cristiandad. Trajo en confirmacion de esta verdad muchos ejemplos, y concluyó: Que no debia ella desdeñarse en tener un hijo que viviese entre religiosos, cuando de llevar este hábito se habia honrado la más esclarecida sangre de Europa. Quedó su madre como admirada al oirle y le contestó al fin: Que nadie le habia hecho semejante relacion, y fijando la vista en el caballero añadió: «V. S. habla con tanta seguridad, y como quien está tan bien informado, que me hace dudar de si es tambien católico.—Yo soy católico por la gracia de Dios.—Entónces la matrona con severo rostro y mirando al ministro, le dijo: Finalmente, consérvese cada uno en su parecer, y no se trate de esta materia, porque nosotros estamos ciertos que en nuestra fe nos podemos salvar.» Mandó traer vino y repetir los brindis, y haciéndose uno á la salud de Pedro, éste con el pretexto de su amistad, fué el primero en corresponder, y brindando despues por su madre, obtuvo para el hijo aborrecido un recuerdo materno entre las alegrías del vino. Pasaron cinco dias en diferentes diversiones, sin hallar ningun medio de acometer la empresa, y la señora cada dia más aficionada al caballero, decia se sentia inclinada á amarle, decia mas: «De aquí podreis conocer qué cosa es el amor de los hijos, pues que la imágen sola que representa un amigo, tiene tanta fuerza con la madre.» Por fin el sexto dia, destinado por el cielo para poner un término á este enigma, se levantó Pedro ántes de que se abriese el palacio, y se puso á pasear por el patio. Pensaba en su interior más confuso que nunca el medio que habia de tomar, y estaba casi resuelto á darse á conocer. Arrobado así y perplejo, se puso como suele suceder al que está ensimismado en sus pensamientos, á mirar una puerta sobre la que recordaba que en tiempo de su padre habia un palomar, y viendo cerrado el hueco de la pared, sin pensar en lo que decia, preguntó á un criado de la casa que pasaba casualmente por allí, que donde habian trasladado el palomar. Este, que por los años y enfermedades se hallaba un poco sordo, le suplicó alzase la voz; hízolo así Pedro, sin reparar en que caia á aquella parte el cuarto de su madre, la que se estaba vistiendo por haberle sentido que se paseaba tan de mañana, y se puso á escuchar con atencion lo que

preguntaba. Apénas oyó la pregunta del palomar, cuando confusa por la novedad sintió en su interior tanta turbacion como consuelo; pero por una cualidad muy propia de su sexo, dominó en ella solamente la curiosidad, y se propuso enterarse de cómo habia sabido su huésped que en aquel sitio existia antiguamente un palomar, y miéntras pensaba la manera de que lo habia de preguntar, sentia volver á dominarle la turbacion, pero de tal modo que aunque conocia que se turbaba no se alteraba su corazon. Finalmente, la sordera del criado y la curiosidad de la madre, fueron los instrumentos de que se valió la divina Providencia para descubrir el secreto. La madre, dandose priesa á vestir, impaciente con la curiosidad, envió á decir á Pedro que en estando desocupado le esperaba en su aposento para hablar con él. Pedro al darle el recado se turbó en extremo, rezelando si habria sido conocido. Dirigióse al fin á la habitacion de su madre, la que llena de un extraño sentimiento, le salió al encuentro y le dijo con tono severo y grande autoridad. «Decidme, os suplico, caballero, qué tiempo ha que estais en esta casa?—Cinco dias, contestó Pedro, y por esta razon cuando me llamaron estaba dispuesto á venir á pedir licencia y perdon á V. S. y darle gracias del exceso de los favores recibidos.—No digo eso, replicó la madre, sino que deseo saber cómo en tan pocos dias habeis alcanzado dónde mi primer marido tenia en esta casa el palomar?» A estas razones quedó mudo el hijo, y perdiendo al mismo tiempo el color, se convenció su madre por la alteracion de su rostro de que era el que se sospechaba, por lo que con voz turbada añadió: Bien quisiera yo decir, que vos sois... y no pudiendo articular, otra palabra, dice la crónica, que oprimida por el llanto, corrió á abrazar al hijo, y él tambien abrazando á la madre, sin poder formar más acentos, cayó con ella en el suelo; pero el amor flaco fué en este caso el más fuerte: volvió primero en sí la madre, y con dolientes suspiros enjugando los ojos, esperó que tambien se levantase el hijo, y despues añadió: «Bien lo echaba yo de ver, decia; pero quiero saberlo de vuestra boca, que vos sois mi... y queriendo decir hijo, no pudiendo, ni por esta segunda vez, acabar de pronunciarlo, sustituyó á las voces los abrazos. El con desfallecida voz pudo apénas responder: Yo soy, cuando por demasía de afectos, unidos y abrazados tiernamente, se desmayaron de nuevo. No tardaron en levantarse las criadas, y socorriendo á su señora, quedaron confusas hasta saber la causa de semejante novedad; pero sabido el asunto y viendo las lágrimas de ambos, se alegraron de tal manera que no tardaron en llamar á las hermanas y hermanos de Pedro, y finalmente á todos los criados. En un instante se convirtió aquella mansion de lágrimas en una casa de alegrías. La madre, sin enjugar sus lágrimas, ponderaba á todos su contento, y Pedro no acababa de manifestar su propio gozo. Todos hicieron tales de-

mostraciones de regocijo, que salieron fuera del recinto del palacio, siendo muchas las visitas de enhorabuena que recibieron en aquellos dias. Pasados los primeros instantes dados al placer y la alegria, mandó llamar á su otro hijo Federico, que vivia en una especie de destierro, y apénas vino, retirándose á lo más oculto de la casa le cogió de la mano y le dijo: «Quédame, hijo, por saber, si sois aún católico y eclesiástico.—Sóilo, contestó Pedro, y estos vestidos del siglo no honran la profesion que hice.» Suspiró la madre, y añadió despues: «Pongo al cielo por testigo, que para complemento de alegrías esto solo he deseado, mas ya que no lo he conseguido, no quiero desazonar el resto de mis consuelos. Al fin vuelvo á ver á mi Pedro, y de mujer infeliz llego á ser una dichosa madre. No os enojeis de que os diga que en cosas de fe no se ha de hablar jamás, porque si vos estimais en tanto vuestra fe que no pensais mudarla, contentáos con que vuestra madre no goce ménos privilegio.» Contestó Pedro que estaba dispuesto á darla este gusto; con cuya respuesta se tranquilizó su madre. Pasados algunos meses, la dijo Pedro: «Cuanto he trabajado hasta aquí se endereza no más que á vuestra felicidad.» A estas palabras queria protestar la madre; pero su hijo continuó alentadamente: «Sin duda os persuadis que para razonar de la fe tengo elegidos grandes argumentos y que os quiero vender sofismas; la luz católica no necesita más que de sí misma, y vos de un hijo reconocido por vuestro no debeis esperar sino la claridad. Llamad al ministro que teneis en casa, y estad presente á los discursos que hicieremos, vos sereis el árbitro de las razones de cada uno. Asintió la madre, y llamando al ministro hereje empezó así la polémica, que trascribimos como muestra aunque pálida del modo de argumentar de aquella época: «Si vos decis que en vuestra fe está tan cierta la salvacion, tambien estais obligado á mostrar cuál sea vuestra fe.—Soy obligado, respondió el ministro, y así digo ser la de Calvino.—¿Y Calvino, añadió Pedro, en cuál iglesia ha alistado sus fieles?—En la de Ginebra, dijo el hereje.—Si es así, replicó Pedro, es necesario ver en qué difieren principalmente vuestra Ginebra y mi Iglesia romana.—En todo, dijo el hereje; pero principalmente en esto, que nosotros atados solamente á la palabra de Dios, ni sabemos ni creemos otra cosa, sino lo que se contiene en la sagrada Escritura. Cuanto fuera de ella han promulgado los hombres, aunque sea digno de alabanza, no por eso es digno de fe.—Entónces le dijo Pedro: Si vos, finalmente, me hallaseis en la sagrada Escritura la Iglesia de Ginebra, yo os aseguro de no cansar más á mi madre, sino dejarla al punto en la libertad que desea.—El hereje pidió tiempo para esto. El término, dijo el siervo de Dios, sea de veinticuatro horas.» Con este concierte se acabó la primera sesion. No es creible cuánto en tan breve disputa quedára satisfecha la madre. Aseguróse de que el hijo no procedia con invencion, sino alegaba sus

razones con mucha claridad. Llegó la segunda sesion. Fué el primero Pedro á decir: ¿Qué os deteneis en mostrar lo prometido? El hereje no respondia á propósito. La promesa, dijo la madre, fué hallar en la Biblia á nuestra Iglesia de Ginebra. Entónces dijo el ministro: Señora, yo he tenido poco tiempo para buscarla, que si hubiera tenido más sin duda que la hallaria; pero si hay tanta priesa, bien pienso que tendremos persona que satisfará al punto el deseo de entrambos. Finalmente, instó la madre, vos no sois bastante para instruir esta casa, y de un articulo tan importante no teneis prontas en un instante las evidencias y pruebas. El hereje ministro sintió lo acre de la respuesta, y replicó: No tenga V. S. por tan fácil la empresa de hallar en la Escritura la Iglesia. Para que esto se conozca en verdad, pregunte á su hijo, que pues yo no hallo la nuestra, que halle él al ménos la suya.— Yo no he ofrecido esto, dijo Pedro vuelto á la madre; pero si V. S. desea verlo, haga traer luego la Biblia, y lo mostraré al punto. Y abriendo en presencia del predicante aturdido la epístola á los romanos, hizo manifiesto á su madre que en el primer capítulo el doctor de las gentes da gracias á Dios porque la fe romana se dilata por todo el universo, y que más abajo añade que deseaba estar en Roma para conferir con la romana Iglesia lo que le unia acerca de la fe comun. Admiraba la señora la claridad de aquellas palabras, cuando el predicante confesó que la Iglesia romana al tiempo de los apóstoles habia sido la verdadera; pero que por haberse despues adulterado de mil maneras, era ya aquella gran meretriz de Patmos, habiendo entrado en su lugar las santas reformas de la Iglesia de Ginebra. Tambien esa reforma, añadió Pedro, estais obligado á mostrarla en la Escritura. Enmudeció el ministro y no tuvo fuerza para resistirse más. Al fin viendo la madre lo que habia pasado, habló de esta suerte á Pedro: «¿Qué es esto, hijo, yo tengo en mi casa la peste, y jamás he abierto los ojos?» Alzó la madre de Pedro los ojos al cielo, y despues dijo así: «Si allá arriba está escrito que vos habiades de reengendrar esta alma, bendigo ahora mi vientre que me trajo tanto bien. Cuán ajena haya estado yo de los sentimientos romanos vos lo sabeis, y habeis experimentado mi crueldad más que ninguno. Ahora bien, Pedro, yo renuncio mi albedrío por reunirme totalmente en el vuestro. Hoy vengo á ser hija de quien tambien he sido madre. Guiad este corazon, y descubridme aquella luz que hasta ahora no he visto. Ya comprendo por mi misma la felicidad donde entro. ¿Qué ventura podian desear estos cabellos ya canos, sino mejorar los colores del alma? Y los seniles años, mas que remozarse en la fe? ¿Por ventura temeis que es mi resolucion temeraria? Arrójome en los brazos de mi hijo, y entrego el espíritu á quien una vez di la vida.» Pedro convirtió por último á su madre y hermanos y á otros muchos á la fe católica, y celebró el santo sacrificio de la misa

en un cuarto de su casa, donde á vista del augusto sacramento hizo que abjurasen todos la fe de Calvino, y oyéndolos en confesion, les hizo despues fervorosas pláticas, sustentándolos con el manjar del cielo. Despues de esto regresó con su hermano á París, continuando en sus predicaciones, en que alcanzó la grande fama que ya en otro lugar hemos referido. Premio de sus grandes servicios fué el obispado de Marsella, que gobernaba hacia 1567, como en un principio dijimos y en cuya silla se distinguió mucho por sus grandes circunstancias y cualidades, siendo un verdadero padre de los fieles y un vigilante pastor de sus ovejas. Las grandes riquezas le permitian hacer numerosas limosnas y contribuir al fomento del culto y á algunas fundaciones piadosas, por las que ha sido muy elogiado siempre en la historia de los obispos de aquella ciudad. Ignórase á punto fijo la fecha de su muerte; pero se supone debió ser hácia 1578, pues al año siguiente ocupaba ya aquella silla su hermano Federico.—S. B.

RAGUENET (Guillermo). Fué conocido este cardenal de la santa Iglesia católica con el cognomento de Mont-Fort, y su suficiencia le condujo primero al episcopado de San Maló. Habia nacido en Dijon en el siglo XIV, hijo de Raoul Raguenel, señor de la Roche-Bernard, y de Isabel de Lohéac. Despues que se hizo sacerdote fué nombrado, segun la costumbre de su época, protonotario apostólico, de donde ascendió en 1423 á obispo de San Maló. Al año siguiente se puso al frente de las tropas de Bretaña, y marchando contra los ingleses, los obligó á retirarse en el Monte S. Miguel, en que los sitió. El papa Martino V le dió el capelo de cardenal el 8 de Noviembre de 1430. Como no se le concediese licencia para asistir al concilio de Basle, pasó á Roma, y se dirigió á él contra la voluntad expresa del Papa; pero Dios castigó su desobediencia quitándole la vida en el camino, pues murió repentinamente en Siena, segun Argentré en su *Historia de Bretaña* y Frizon en su *Galli purpurea*, el dia 27 de Setiembre de 1432.—C.

RAGUENET (Francisco). Nació este eclesiástico literato en Ruan el año 1660, y habiendo estudiado con la idea de consagrarse á Dios en el templo, abrazó el estado eclesiástico, y se hizo ordenar de sacerdote en cuanto estuvo en disposicion para ello. Como su capacidad no tardó mucho en ser conocida, el cardenal de Bouillon le nombró preceptor de sus sobrinos, plaza que le dejaba el tiempo que deseaba para cultivar las letras, que fueron su pasion favorita. Distinguiéndose en los concursos de la Academia Francesa, obtuvo en 1685 un accesit por su discurso: *De la patience et du vice que lui est contraire;* y dos años despues alcanzó el premio por su otro discurso: *Sur le mérite de l'utilité du Martyre.* Dice su biógrafo Mr. Weis, en su artículo de la Biografía universal, que segun los deseos de Raguenet los manuscritos de ambos discursos y su corazon embalsamado fueron llevados á los

Camaldulenses de Grosbois, y que el P. Macario Pené, general de esta Orden, consagró en 1737 á la memoria de este autor un monumento cuya inscripcion expresa los principales rasgos de su vida, segun se ve en el tomo VIII de los Anales camaldulenses, y en la disertacion de Mr. Champollion Figoac sobre una antigua escultura griega, publicada en el *Magasin encyclopédique* de París, en 1811. Alentado Raguenet por el buen éxito de sus primeros ensayos, publicó la *Vida de Cromwel*, que tuvo un feliz éxito. Siguió este abate al cardenal Bonillon á Roma en 1698, y por espacio de dos años, estudió en la ciudad eterna, las obras maestras del arte que decoran los palacios y las iglesias de aquella capital del orbe cristiano, y la descripcion que publicó de ellas, poco despues de su regreso á París, le valió el honroso título de ciudadano romano, título que le lisonjeó mucho, y que añadió á su nombre. La patente que le acredita de ciudadano tiene la fecha de 19 de Febrero de 1701, y se ha publicado por Mr. Guilbert en el tomo II de sus Memorias biográficas, manifestando que desde Montaigne ningun francés habia recibido semejante honor. Durante la permanencia de Raguenet en Roma, se aficionó tanto á la música italiana, que emprendió la tarea de probar su superioridad sobre la triste salmodia de Lulli y de los Campra; pero los apasionados á la música francesa no le perdonaron haber arrojado el ridículo sobre el objeto de su culto, y poco faltó para que se suscitase una guerra tan terrible como la que excitó despues la primera aparicion de los cantantes bufos, ó la rivalidad de Gluck y de Piccini; pero Raguenet tuvo el suficiente talento para ceder á tiempo de su oposicion para conjurar la tempestad que se preparaba. En los últimos tiempos de su vida se alejó de París, y se conjetura que murió el año 1722 en el retiro que habia elegido. Además de los discursos de que hemos hablado, que se hallan publicados en la coleccion de la Academia Francesa, Raguenet dejó escritas las siguientes obras: *Histoire d'Olivier Cromwel;* París, 1691, y no 1671 como se dice en la Biografía universal, en el artículo de este célebre dictador, y en otras obras. Esta obra, publicada en dos volúmenes en 12.°, se halla escrita, segun Bayle, con bastante imparcialidad en todo cuanto no se refiere directamente á Cromwel, y se la busca como obra apreciable por las piezas justificativas que contiene, y porque es la única que podia consultarse ántes que Mr. Villemain hubiese publicado su excelente vida de este famoso usurpador.—*Des monuments de Rome*, ó sea descripcion de las obras más bellas de pintura, escultura y arquitectura, que se ven en Roma y sus cercanías, con observaciones; París, 1700, en 12.°; Amsterdan, 1701, en el propio tamaño.—*Paralléle des français avec les Italiens dans la musique et dans les operas;* París, 1702, en 12.° Esta obra fué muy criticada por Mr. Lecerf de la Vieville, compatriota de Raguenet.—*Histoire abregée del Ancienne Testa-*

ment; Paris, 1718, en 8.°; obra reimpresa muchas veces, que compuso por órden y á la vista del cardenal Bouillon, que le habia enseñado muchas interesantes particularidades, la cual quedó manuscrita á su fallecimiento. Dice de este libro Mr. Bauclay que en esta obra los hechos son verdaderos, las fechas exactas y la narracion clara; pero que parece que Raguenet se propuso en ella escribir más bien un periódico que una historia. A pesar de un juicio tan poco favorable, la vida de Turena por Raguenet se imprimió en la Haya; Paris, 1738, dos volúmenes en 12.°; probando que no carece de interés, cuando se han hecho de ella varias ediciones, entre ellas la que dió á luz Barbon en 1806, revisada y corregida por buena mano, en su Nueva Biblioteca de un hombre de gusto. No falta quien haya atribuido á Raguenet, aunque sin fundamento, las Aventuras de Santiago Sadeur.—A. C.

RAGUER (D. Francisco), obispo de Albarracin; era natural de Barcelona, y fué elegido para este arzobispado en 1400 por Benedicto XIII, que residia en Aviñon. Se distinguió mucho por su piedad y devocion, y debia vivir aún en 1409, de cuyo año hay una memoria suya.—S. B.

RAGUET (Gil Bernardo). Este literato nació en 1668 en Namur. Fué aún muy jóven á París, en donde estudió, y despues de haber terminado la teología, abrazo el estado eclesiástico. Entrando en la comunidad de sacerdotes de S. Sulpicio, dividió su tiempo entre sus deberes y el estudio. No tardó su disposicion en hacerse lugar, y conocida que fué por el obispo de Frejus, que fué despues el cardenal de Fleury, le empleó este prelado en la educacion de Luis XV, concediéndole tambien muchos beneficios, entre ellos el priorato de Argenteuil. Despues obtuvo el empleo de director espiritual de la Compañía de las Indias, en cuyo destino murió en Paris, á los ochenta y un años de edad, el dia 21 de Junio de 1748. Tomó parte Raguet, desde 1705 á 1721, en la redaccion del *Journal des Savants*, y se conocen de su pluma las siguientes abras. *La nouvelle Atlantide*, de Fr. Bacon, traducida en francés y continuada; Paris, 1702, en 12.°—*Histoire des contestations sur la diplomatique*, con el análisis de esta obra por el P. Mabillon; París, 1708, en 12.°; Nápoles y Génova, 1767 en 8.° En ella se ve el análisis exacto é imparcial de las objeciones del P. Germond, y de otros contrarios al sistema de los PP. Benedictinos, con las respuestas de Mabillon y de sus cofrades. No obstante la neutralidad que afecta Raguet en esta obra, se ve claramente que se inclinaba á la opinion del P. Germond.—*Explications d' un bas-relief en bronce*, que se suponia antiguo, del gabinete del abate Bignon, cuyo bajo-relieve, que representa las bodas de Tetis y de Peleo, y del que se ha hecho un bello grabado por la señorita Lehay, fué publicado en las Memorias de Trevoux en Julio de 1714, y en el Diario de los Sabios segun lo expresa Mr. Weis en la biografía de este autor.—A. C.

RAGUSA (Gerónimo). Este sabio jesuita nació en 1665 en Modica de Sicilia. Inclinado á la vida contemplativa, abrazó la regla de S. Ignacio á los diez y seis años, y despues de haber terminado sus estudios, profesó la filosofía y la teología con tanto éxito, que mereció el aprecio y estimacion de sus compatriotas. En sus horas de descanso cultivó la literatura, y se ocupó en pesquisas eruditas. Se ignora la época de su muerte, pero debia vivir aún en 1715. Sabemos las obras que escribió por la cita que de ellas hace en el segundo apéndice de su *Bibliotheca Sicula* Mongitori, que asegura, segun Weis, que aún se publicaron algunas en los años 1712 y 1715. Las tres citadas como principales son las siguientes: *Elogia siculorum qui veteri memoriâ litteris floruerunt;* Lyon, 1690, en 12.° de cuyo libro Bouda-Ragusa, sobrino del autor, publicó bajo su nombre una segunda edicion en 8.°, en Roma, el año 1700, la cual insertó Burmand en el tomo X de su *Tesoro de antigüedades de Italia.*—*Fragmenta progymnasmatum diversorum*; Venecia, 1706, en 8.°—*Ragionamenti panegyrici;* Roma, 1706, en 12.° El que desee más pormenores sobre este autor y sus obras, puede consultar su elogio por Mongitori en la *Bibliotheca Sicula* de este autor.—C.

RAGUSA (Fr. Gervasio), religioso lego capuchino. Fué natural de Ragusa, ciudad de Sicilia, de admirables virtudes y de ilustrísimos milagros que las acreditaron. No fué de linaje noble en la tierra, ni piedra grande cortada de altísima roca, ó sea de antigua descendencia, de progenitores esclarecidos, sino como la piedrecilla pequeña, ó de nacimiento humilde y oscuro, llegando á crecer tanto en santidad, que á manera de grande monte ocupó con la alabanza de sus excelencias todo el orbe de la Seráfica religion. Nació, pues, de padres humildes y labradores, aunque virtuosos y de loable vida. Su padre se llamaba Agustin, y su madre Rosa de Venenatis. Su nombre de pila fué Juan; y no solo fué Juan en el nombre, sino en la verdad y el efecto. Porque desde niño le previno tan presurosa la gracia de Dios, que no conocia ejercicio más apacible que estar en la iglesia, oir misa y rezar, cultivando aquella tierna planta de devocion, que el Señor habia plantado en su poca edad, con todo el cuidado, diligencia é industria que en ella cabia. Fué creciendo con los años la perfeccion. Y en llegando á la adolescencia, ilustrado ya con el conocimiento de las cosas divinas, se empezó á ejercitar en virtud más robusta. Era notable su abstinencia; sus disciplinas, hasta verter sangre; su trabajar continuo, sin dar treguas al cuerpo; sus ayunos tan frecuentes y tan observados, que cuando su madre le llamaba para cenar, por no descubrir que ayunaba, solia decir que habia merendado espléndidamente con sus amigos. No contentándose aún con esto el devoto mancebo, despues de dormir brevemente, se levantaba de ordinario en la mayor quietud de la noche y se iba solo á una iglesia de la Madre de Dios, llamada

del Monte, que estaba una legua del lugar, donde pasaba en oracion hasta el amanecer, y entónces se partia de allí á su ministerio y labor del campo. Ejercitóse en las virtudes referidas hasta los veinte años poco más ó ménos. Y cuando llegó á esta edad, dejados los padres, el campo y cuanto tenia y podia tener, y dejándose tambien á sí propio, se entró á ser discípulo del Señor, y á servirle en la religion de los Capuchinos, con el nombre nuevo de Fr. Gervasio. Hallándose ya en el puerto seguro, libre de las tempestades del siglo, propuso desde luego guerra á todos los vicios, y abrazar con ardor todas las virtudes. Así fué que empezó la guerra por sí propio, procurando vencer los desórdenes de la naturaleza, los apetitos y las pasiones, que son los inseparables enemigos del alma, porque habia aprendido de Dios, que se lo enseñaba en sus ocultas inspiraciones, que las armas y los ejércitos con que hemos de rendir al demonio y al mundo, existen en nosotros mismos. Este era el principal asunto de Fr. Gervasio, y para dar buen principio á su ejecucion comenzó la pelea contra la carne, que es el incentivo comun de los vicios, rebelde á la ley del espíritu y opuesta á las reglas de la razon. Traia siempre un silicio muy áspero, andaba descalzo y sin suelas, áun en los inviernos más rigurosos; ayunaba á pan y agua tres dias á la semana perpétuamente, fuera de los otros ayunos y cuaresmas que eran solemnes en su P. S. Francisco. Dormia solamente dos horas; y lo restante de la noche y del dia lo daba al trabajo y á la oracion. Su cama eran unas tablas desnudas. Y en fin, como peleaba por el espíritu contra la carne, se aprovechaba de todas artes y estratagemas para vencer al insolente enemigo, perseverando en ello hasta la vejez, y áun empezando desde entónces nuevamente la guerra. Así trataba del vencimiento del hombre exterior, siendo no más que unos preludios de otra guerra más viva, que movia tambien en lo interno del ánimo. Allí era la batalla sangrienta de los vicios con las virtudes; allí el rechazar la soberbia con la humildad y profundo desprecio de sí, andando debajo de los pies de todos los frailes, y juzgándose por el peor hombre de los nacidos; allí el domar los deseos y apetitos monstruosos de los bienes caducos y temporales, con el altísimo y desnudo espíritu de la pobreza; allí el triunfar del amor propio, que es la raiz universal de los males, con el odio y negacion de su voluntad, persiguiéndose y mortificándose sin dejar en sí cosa viva; allí el contrastar los ímpetus naturales de la complacencia, arbitrio y juicio, con el escudo de la obediencia, resignándose en el imperio y parecer de sus superiores, y gustando tanto obedecer, que obró Dios por él un milagro semejante á aquel que se cuenta del monje antiguo, que estando escribiendo y oyendo que su abad le llamaba, por acudir á la obediencia con prontitud, dejó comenzada una O, y halló despues que la habian concluido los ángeles. Era Fr. Gervasio hor-

telano, y haciendo una zanja en la huerta para encaminar el agua á las partes que convenia, le llamó el guardian. Acudió en seguida al mandato de su superior, dejando el azadon en la misma zanza donde le habia cogido el precepto. Y siendo así que venia el agua con bastante ímpetu para extenderse (como ya no habia quien la encaminase) á los árboles y á la hortaliza y hacer mucho daño, alcanzó la obediencia del siervo de Dios que la corriente se detuviese sin pasar adelante y estuviese aguardando, parada en el mismo sitio del azadon, á que volviese Fr. Gervasio á acabar la obra: muestra bien clara del mérito de su obediencia y del premio que tenia en las manos de Dios. El apetito de alabanza y de vanagloria, que es la polilla que corrompe los bienes más altos y destruye al alma que la sustenta, le tenia ya postrado á sus pies con un deseo insaciable de que le despreciasen, y de parecer á los ojos del mundo lo más desechado y vil de él. De donde nació, que acudiendo en Palermo personas sin número, llevadas de la fama de su santidad, á pedirle las encomendase á Dios en sus oraciones, y teniéndole en grande veneracion por algunos milagros que habia hecho en aquella ciudad; al principio trató de ocultarse y no dejarse ver de nadie, y no bastando este recato, se fué á Zaragoza huyendo de los aplausos. Sentia de tal modo la pérdida del tiempo, por poco que fuese, que por no detenerse en comer y dormir, reputando por ocioso el tiempo dedicado á satisfacer estas necesidades de la naturaleza, que ayunaba casi todos los dias, y dormia solo dos horas como ya viene dicho. Verdaderamente enseñaba con la obra lo que un sabio antiguo tenia por doctrina, pues hay parte de tiempo que se nos arrebata, hurta, y parte que por sí misma desaparece. La que se nos arrebata es la que nos quitan la comida y el sueño como por fuerza, cuando procuramos gastar el tiempo en cosas fructíferas. La que se nos hurta es la que consumen las conversaciones de los amigos y las ocupaciones inútiles y supérfluas. La que desaparece por sí misma, es la que se pasa en el ocio y en la pereza, sin atender á nada que sea provechoso. Y la diferencia que hay entre estos tres linajes de tiempo perdido es, que el primero, por emplearse en usos necesarios de la naturaleza, es en cierta manera venial. El segundo, por dar á materias vanas lo que pudiera darse á las útiles y convenientes, llega á ser culpable. Mas el tercero, por dejar que el tiempo pase sin fruto, ó lo que seria más de llorar, en continuas torpezas y abominaciones, es el que contiene delito mayor y digno de la más severa censura, porque los que incurren en él, no estimando el tiempo, y viviendo entre sus miseras sensualidades, pierden voluntariamente un tesoro de tanto valor, y cuya vida realmente no lo es, no siendo otra cosa que una duracion y carrera viciosa, que lleva á la muerte sin haber vivido jamás. Por lo cual Fr. Gervasio, haciendo del tiempo la estimacion debida, no permi-

tia que se le arrebatase ninguna parte, que se le hurtase, ni que ella misma se le desapareciese, lográndolas todas tan avaro y tan codicioso, que un espacio breve de sueño, y otro más breve de calentarse, era para él ocasion de perpétuo dolor. Perseguia en sí y sujetaba con sumo cuidado los menores defectos é imperfecciones, por saber que los vicios raras veces comienzan grandes, y que su maña es entrar poco á poco para hacerse así señores del ánimo, y descubriendo despues toda su malicia, someterle á su servidumbre. Ni juzgaba ser esta sola la causa que debe mover á huir de las culpas leves, sino el impedir el aprovechamiento espiritual, y el ser desagradables á Dios, porque el amor divino, decia, es muy delicado y celoso, y no sufre competidor consigo. Tambien es estrecha la posada del corazon, y poco capaz para admitir á medias á Dios y á la criatura, repartiendo entre ambos el amor. Y aunque los pecados ligeros y veniales no echan á Dios del alma, ni nos privan de su amistad, son como unas moscas mortecinas, que destruyen la suavidad del olor, manchan la conciencia, entristecen el espíritu, y miéntras residen en el ánimo, quitan la esperanza de aprovechar en el camino de la verdad. Contra la pereza, que es un enemigo perjudicial, y especialmente á los principiantes, oponia continuos ejercicios del alma y del cuerpo, caminando siempre adelante á conseguir más perfeccion, sin volver los ojos atrás. Es increible el cuidado que tenia del hombre interior; cuán puro le conservaba de toda especie de impurezas; con qué recogimiento andaba en presencia de Dios, contemplándole en todas las cosas; cómo referia á Su Majestad lo bueno; cómo se atribuia á sí solo lo malo; cómo se conformaba en lo triste y alegre con la voluntad divina; cómo su solicitud no miraba más que al Señor y á su Providencia, cómo recibia cualquier accidente, juzgando venir de su mano; cómo procuraba vivir siempre unido con Dios y trasformarse en él por la caridad; y finalmente, cómo se daba á la oracion y contemplacion, gastando en ella noches enteras, y haciéndose ciudadano del cielo, sin haber salido de entre los hombres. Era intolerable para Satanás la santidad del siervo de Dios; y usaba de diferentes industrias para inquietarle, y principalmente para distraerle de la oracion en que él sentia su mayor tormento. Ya le hacia ruido, ya le representaba diversas formas, ya le cargaba de bofetadas, ya le echaba á rodar por las escaleras cuando salia de su celda para ir al coro. Vamos á referir lo que sobre el particular dice la crónica. Un dia en el convento de Palermo, estando en la oracion de medio dia la comunidad, vió el santo varon al demonio en figura de un negro etiope, que de un vaso que traia en la mano, iba dando de beber á los religiosos con una cuchara, y que todos los que gustaban el licor que les ofrecia, en seguida se quedaban dormidos. Llegó á Fr. Gervasio con el mismo objeto, y separándolo de sí, y el demonio por-

fiando y aproximándosele cada vez más, para retirarse de su contacto le fué necesario dar algunos pasos atrás, y últimamente vino á caer. Espantó á los frailes cosa tan inesperada; y preguntándole el guardian la causa de su caida, él se la manifestó por que los frailes se guardasen de la tentacion. Otra vez orando con los demás, vió tambien al demonio en forma de etíope, que iba de un religioso en otro, á unos poniéndoles las manos en los ojos, é infundiéndoles un sueño soporoso: á otros abriéndoles las bocas y haciéndoles bostezar, y á otros echándoles los brazos sobre los hombros para obligarlos á que se sentasen. En todas estas maniobras el enemigo ganaba muy poco, porque revelándoselo á los frailes el varon santo, los despertaba á mayor diligencia, y á que estuviesen más atentos y fervorosos en la oracion. Bramaba con impaciencia el maligno espíritu; y deseando acabar con el siervo de Dios, una noche que se estaba azotando con la comunidad, le quitó de las manos la disciplina, y haciendo un lazo de ella, se le echó al cuello y empezó á ahogarle. Dió voces, y acudiendo los frailes al ruido, huyó Satanás. En otra ocasion, estando los religiosos del convento de Castronuevo en la oracion de completas, llamó el demonio á la portería, y saliendo Fr. Gervasio á ver quién llamaba, por mandado del guardian, en abriendo vió á su enemigo en la forma acostumbrada de etíope, que le dió tantos palos y le maltrató de tal modo, que le dejó sin sentido en el suelo, hasta que vinieron los frailes y le llevaron á la celda conduciéndole sobre sus hombros. Todos estos hechos eran testimonio de su santidad calificada con las demostraciones de sentimiento que Satanás hacia contra él, no le desmayaban ni ponian miedo; ántes provocándole, no solo á la perseverancia, sino á adelantarse cada dia en la perfeccion, cuantas más tentaciones le proponia, tantas más coronas y triunfos le ocasionaba para honra y gloria de Dios, en cuya virtud conseguia las victorias. Ni le faltaban entre estas persecuciones consuelos del cielo. Porque en la oracion le visitaba muchas veces la Vírgen Santísima, su padre S. Francisco y otros Santos, de quien era devoto. Tanto que una vez que padecia una enfermedad, como vivia tan amado de todos, y le visitasen los frailes muy á menudo, les dijo: Mucha caridad es, Padres, la que me haceis; pero mayor consuelo el que me quitais, que me viene de diferente parte; aludiendo á que entónces le visitaban con más frecuencia la Madre de Dios y su seráfico Padre. No habia para él cosa de más deléite que emplearse en el bien de los demás, y serles de algun servicio con las palabras ó con las obras. Caminando un dia encontró un hombre, que no teniendo por la gran esterilidad de aquel año con que sustentarse á sí y á su familia, se habia salido de su casa sin saber adonde acudir. Le consoló el varon de Dios, y le empezó á persuadir que esperase en la divina misericordia, que sustenta las aves del cielo y no desampara á

ninguna persona que pone la esperanza en Su Majestad. Las palabras con que le persuadia eran tan ardientes, que escuchándole el hombre observaba salir de su boca una hacha encendida miéntras le estaba hablando. Con cuya maravilla le inflamó é inclinó fácilmente á que tomase su parecer. Prosiguió el camino Fr. Gervasio con su compañero, y con el mismo hombre, y hallándose cansados y en un desierto sin tener que comer cosa alguna, se les apareció de repente un anciano varon, vestido de un hábito viejo y roto, que les dió una torta grande de pan, y les dijo: «Vosotros, á lo que veo, venis cansados de caminar; tomad esta torta y cobrad fuerzas;» y en seguida desapareció. Con lo que el paisano admirado, y considerando el consejo del siervo de Dios comprobado con milagro tan evidente, se volvió devoto á su casa y llevó aprendido á esperar en la divina liberalidad. A la fama, que ya era comun, de las maravilas que obraba el Señor por él, acudian infinitos enfermos á que los curase, y él los sanaba con la señal de la cruz. A otros les revelaba con espíritu profético sucesos futuros, de que se referirán algunos ejemplos particulares. Vicente del Campo, hombre principal de Palermo, habia comprado dos pares de bueyes por dictámen del siervo de Dios; los cuales se le huyeron al cuarto dia, y aunque los buscó, no los pudo hallar. Se presentó á Fr. Gervasio, y refiriéndole lo sucedido, le pidió la ayuda en sus oraciones. Él le dijo que volviese á verle el dia siguiente; y habiendo orado aquella noche y entendido por divina revelacion el lugar donde los bueyes se habian refugiado ó detenido, cuando volvió Vicente del Campo, le encaminó al lugar, que era entre unos montes, y allí se hallaron. Un hijo de una mujer noble, tambien de Palermo, tenia que embarcarse para Mesina, en tiempo que el mar no estaba seguro por los corsarios que navegaban en él. La madre rogó á Fr. Gervasio que se le encomendase á Dios, y él la animó y confortó diciéndola: «No temas, que tu hijo irá y volverá sin peligro ninguno.» Sucedió así, no sin admiracion de todos, y claro conocimiento de que habia intervenido divina virtud; puesto que habiendo partido cinco navíos juntos del puerto de Palermo para Mesina, los cuatro cayeron en manos de los turcos, y solo el que llevaba á Fr. Gervasio navegó libre y sin tropiezo. Paseándose una vez por la huerta del convento en el mismo Palermo con otros frailes, vieron un pajarillo que volaba con suma velocidad y cantaba más de lo acostumbrado. Fr. Gervasio les dijo á los religiosos: «Bien veis la diligencia y solicitud con que aquel pajarillo vuela hácia los demás; pues no es sin causa, que con el vuelo y con el canto quiere dar á entender á sus compañeros que hay en el suelo muchos granos de trigo, que un arriero ha derramado no léjos de aquí, y los llama á que le acompañen á comerlos, como á un convite.» Los religiosos no querian creerlo, hasta que siguiendo algunos al pájaro, hallaron los

granos del trigo, y los pajarillos comiéndolos, y se volvieron llenos de admiracion y asombro. Señales bien ciertas de santidad son las referidas, pero más ilustres milagros hay que lo manifiestan. En la misma ciudad de Palermo tenia cierta noble mujer una enfermedad molestísima en las agallas ó amigdalas, de que padecia hacia mucho tiempo. Llegó á su puerta Fray Gervasio á pedir la limosna del pan, y la enferma aprovechándose de la ocasion, le pidió que le hiciese sobre la garganta la señal de la cruz. Hízola el santo varon, y la sanó al momento: á cuyo beneficio quedó tan reconocida, que cada año dió despues sayal á los frailes para un hábito miéntras vivió. Vicente del Campo, de quien ya se ha referido otro caso particular, tenia una llaga peligrosa y casi cancerada en una pierna. Y habiendo pedido al varon de Dios que se la bendijese con la señal de la cruz, en cuanto la formó se halló sin la llaga. Estando él mismo enfermo de calenturas, pidió al guardian que le enviase el manto de Fr. Gervasio, cuya virtud conocia ya por experiencia; y echándole sobre su cama, al instante convaleció de la enfermedad. El duque de Turionovo, corriendo un dia lanzas, recibió una herida mortal con el tronco de una asta que se quebró, de cuya lesion le desahuciaron los médicos. Fué Fr. Gervasio á visitarle, y hallándole en la cama y tan cuidadoso, le dijo con voz muy alegre: «*Sursum corda*, príncipe, *Sursum corda*, que quiere decir: levanta arriba el corazon y aliéntate, príncipe, que esta herida no ha de ser para muerte del cuerpo, sino para vida del alma.» Se le acercó más, le tocó con la mano la herida, y formando la señal de la cruz, se volvió á él diciéndole: «Da gracias á Dios y á su misericordia, que se ha servido el concederte entera salud.» En seguida partió, y aún no habia llegado á la calle cuando ya el duque estaba sin herida y sano de todo punto. Cierto varon principal de Palermo, de la familia de los Pisingos, estaba desahuciado de los médicos, y ya no se trataba en su casa más que de prevenir lo necesario para enterrarle. Envió á llamar á Fr. Gervasio, movido de la fama de su santidad, y habiendo ido el siervo de Dios, hallando la familia atribulada y llorosa, contando ya al enfermo entre los difuntos, empezó á consolarlos á todos diciéndoles: «¿Qué llorais al vivo como si hubiera muerto? ¿No es Dios poderoso para resucitar de la muerte á la vida, y mucho más para conservar al que vive y hacer que no muera? Dejad las lágrimas y rezad de rodillas cinco veces conmigo el Padre nuestro y Ave María, pidiendo al Señor que ayude al enfermo con su acostumbrada piedad.» Rezaron como lo habia propuesto, y acercándose despues al enfermo y haciéndole la señal de la cruz sobre el estómago, dijo estas palabras: «Béndigote en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que en su virtud y de la Santísima Vírgen María, y por los méritos de nuestro P. S. Francisco, tengas salud.» Apénas habia acabado de

pronunciarlo, cuando pidió el orinal el enfermo, y llenándole de un humor copiosísimo, despidió del cuerpo la enfermedad y quedó bueno y sano. Otra noble mujer de Palermo, que permanecia muchos dias con vehementes dolores de parto sin que éste terminase, ántes bien en peligro notorio de muerte, hizo que la trajesen al santo varon, y le rogó que la echase su manto encima. Fr. Gervasio lo rehusaba, diciendo que su manto no tenia virtud para darla el remedio que deseaba. Mas la enferma porfió de manera, que tuvo que complacerla, y en aquel punto y momento parió. Tambien por entónces enviando el varon de Dios un pedazo de cera bendita á la mujer de un carretero que se hallaba en igual peligro que la anterior, la libró, dando á luz instantáneamente. El milagro sumamente notable y famoso fué el que hizo en la misma puerta de Palermo á vista de todo el pueblo. Se habia encontrado un hombre muerto en el campo vecino de aquella ciudad, y trayéndole en un jumento para darle sepultura, cuando llegaban con él á una de las puertas de Palermo, que se llama la Puerta Nueva, fué crecidísimo el número de personas que concurrieron al triste espectáculo compadeciéndose de la miseria del hombre. Venia entónces Fr. Gervasio con su compañero desde el convento á la ciudad, y viendo el concurso y enterado de lo que lo causaba, llegóse cerca del muerto y dijo: «No lloreis á este hombre por muerto que no lo está. Llevadle á su casa y le vereis vivo.» Conociase ya comunmente la santidad del bendito varon y su grande humildad con que huia de las honras y aplausos. Y creyendo lo que decia, se fueron muchísimos á la casa del muerto, cuando á éste le condujeron á ella. Le pusieron luego en su cama, y al punto abrió con viveza los ojos y le vieron restituido á la vida, admirando la divina virtud y los méritos milagrosos del Santo. Siendo ya tanta la veneracion que tenia en Palermo su santidad, que no podia librarse de frecuentes y públicas aclamaciones, y no sufriéndolas su modestia, se fué á Zaragoza de Sicilia con licencia de su superior, donde despues de algunos años, pasados con igual alabanza de virtudes y perfecciones, acabó su carrera santísimamente, y como piedra escogida y cortada de la cantera de la religion, y labrada con muchas tentaciones, trabajos y penitencias, se pasó al edificio de la Jerusalen celestial, cuya gloria manifestó el artífice soberano á un religioso de la misma Orden, que entónces estaba ausente, en la revelacion que se sigue. Vió en la misma hora del tránsito del varon de Dios una procesion de ángeles y de capuchinos, que cantando suavísimamente y con varias muestras de alegría subian al cielo desde la tierra, y en ella á Fr. Gervasio, que iba el postrero, llevando al hombro un azadon de oro, como insignia de nobleza ilustrísima y trofeo alcanzado por sus trabajos, con que entraba triunfando en la gran ciudad. Mostrándosenos así, que no es la nobleza del linaje, no la soberbia

de las riquezas, no el ingenio ni la sabiduría del mundo la que consigue gloria de Dios, sino la vida gastada en santidad y justicia delante del Señor, y que los azadones de los pobres se prefieren muchas veces á los cetros reales en el honor y el triunfo. Despues de su muerte, un sugeto que habia sido su amigo, vecino de Zaragoza, enfermó de una hernia muy grave, se encaminó á la sepultura del siervo de Dios, é invocando sus méritos, volvió á su casa con entera salud. Una mujer endemoniada con besar la tierra de su sepulcro se libró del feroz enemigo. Otra que padecia unas cuartanas sumamente molestas, yendo tambien á su sepultura é implorando su intercesion, convaleció de su enfermedad. Finalmente, resplandeció con tan copioso número de milagros en muerte y en vida, que solos los que tenía observados una señora principal de Palermo, como ella lo solia afirmar, fueran bastantes para canonizarle, si los religiosos trataran de ello. Cuya noticia ha faltado á los religiosos con la falta de esta señora y por el descuido ordinario de los de la Orden en escribir y consignar hechos y casos tan notables. — A. L.

RAGUSA (Jorge de). Nos ha conservado el nombre de este ilustrado eclesiástico italiano del siglo XVII Santiago Felipe Tomasini en el elogio que hizo de él entre el de los célebres literatos de su época; pero Moreri, que le cita, solo nos dice que fué célebre en Italia por su erudicion, y que murió á los cuarenta y tres años de edad en el año 1622, habiendo escrito diversas obras entre las que solo cita las siguientes: *Disputationes peripateticæ.* — *Epistolæ mathematicæ, seu de divinationibus;* lib. II, etc. — A. C.

RAGUSA (José). Este jesuita nació en Giuliano de Sicilia en 1560, y su precoz vocacion religiosa le condujo á tomar el hábito en la Compañía de Jesus, cuando aún no tenia quince años. Como su aplicacion le condujo bien pronto á poder trocar el banco del estudiante por el sillon de maestro, fué dedicado á la enseñanza por sus superiores, y enseñó la filosofía en París y la teología en Pádua, en Mesina y en Palermo. Habia puesto tal cuidado en sus ocupaciones, que estableciéndose horas para la oracion y para sus diferentes estudios, jamás las alteró. Ejercitó en su juventud la predicacion, y su sencilla á la par que persuasiva elocuencia encantaba de tal modo, que llenaba los templos en que predicaba. Gobernó Ragusa algunos colegios de su Orden en calidad de rector, en los que dirigió los estudios muchos años, y murió en Palermo el 25 de Setiembre de 1624, á la edad de sesenta y cuatro años y á los cincuenta de jesuita. Han quedado de este estudioso religioso las obras siguientes: *Commentaria ac disquisitiones in tertiam divi Thomæ partem;* Lion, 1619 y 1620, dos volúmenes. Trata Ragusa en el tomo I de esta obra de la Encarnacion, y en el segundo de nuestro Señor Jesucristo; *de ejus unitate et officio.* — *De justificatione et pœnitentia;* dos volúmenes. —

De Baptismo et Eucharistia commentarium in primam Secundæ.—De natura et gratia. Lecuy escribió un artículo biográfico de este jesuita en la *Biografía universal francesa* de Michaud, en 1845, al cual nos hemos atenido completamente para la formacion del presente.—C.

RAGUSA (Juan de), religioso de la órden de Sto. Domingo muy ilustrado. Véase Juan de Ragusa.—C.

RAGUSIO (Blas de), dominico. Era natural de Dalmacia, y áun se cree que de la ciudad de Ragusa, puesto que tomó en el convento de esta ciudad, donde hizo sus estudios, el hábito de Sto. Domingo. Su nombre en el siglo fué Constantino, y llamándole Dios hácia sí por el camino de la religion, ingresó primero en la Orden Benedictina é instituto de los monges llamados en Italia *Negros*. Una vision que tuvo en sueños, y en la que se le apareció Sto. Domingo, le hizo cambiar de propósito y hacer vivir y morir en la religion del bendito Patriarca. Mereció tal concepto por su ejemplar vida y sabiduría, que la Orden le dió los honores de maestro, desempeñando por espacio de algunos años el cargo de regente ó rector de los estudios públicos de la ciudad de Bolonia, y promovido á instancias del senado de Ragusa á la dignidad episcopal de la diócesis Mercanense por el sumo pontífice Sixto IV. Desempeñó su elevado cargo por espacio de muchos años, llegando á envejecer en él segun aparece de la licencia que se le concedió por el sumo pontífice en 11 de Febrero de 1496 para que pudiese tener un coadjutor de la misma Orden en sus apostólicas tareas. Ignórase á punto fijo cuándo ocurrió su fallecimiento; pero sí consta que fué sepultado en el convento de la Orden en Ragusa. Dejó por fruto de sus trabajos en oratoria sagrada, en la que fué muy distinguido, una *Coleccion de sermones de temporas y de Santos*, que forman dos volúmenes y que no constan hayan llegado á ver la pública luz, no obstante que los citan con elogio Fontana, Rovetta y otros biógrafos de la Orden.—M. B.

RAGUSIO (Fr. Gregorio), del órden de Predicadores. Este religioso, más notable por su erudicion que por las circunstancias de su vida, fué natural de Dalmacia, y tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en la ciudad de Ragusa, de donde le quedó el sobrenombre, puesto que el de su familia, con el cual tambien es algunas veces citado y conocido, es el de Nawcini. Brilló en el primer tercio del siglo XVI, y se dió á conocer por muchas é importantes obras que escribió, y de las que citaremos las siguientes que han llegado á nuestra noticia. *Commentaria in epistolas Pauli omnes.* Consérvase manuscrito en el convento de Ragusa. *In Exodum, parabolas Salomonis, Isaiam, Jeremiam, Mathæum, Marcum, et Joannis Evangelium et in Apocalypsim.—Super decretum et decretales.—Tractatus de Deo, de Angelis, de homine, de creaturis, et de pœnitentia.—Tractatus adversus hæreti-*

cos. — *Sermones de tempore et de Sanctis.* — *Tractatus de stigmatibus S. Catherinæ de Senis.* — *Alter de imagine pueri Jesu.* — *Super prædicabilia et libros de anima quæstiones.* — *De Astrologia et quædam de medicina observationes.* — M. B.

RAGUSIO (Fr. Leonardo), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Ragusa, en la cual tomó el hábito de Sto. Domingo, é hizo su profesion, eligiendo por esta causa como sobrenombre el título de aquella ciudad. Hizo sus estudios con mucho aprovechamiento en la famosa universidad de Pádua, obteniendo el título de maestro en sagrada teología, de cuya ciencia desempeñó una cátedra en la mencionada universidad. La república de Venecia, en atencion á sus recomendables circunstancias, le nombró teólogo honorario. Ignórase el punto en que ocurrió su fallecimiento, aunque se cree fuera en el convento de Sto. Domingo de la ciudad de Venecia. Escribió: *Scholia, seu commentaria in S. Thomæ Summam Theologicam universam, et alia ejus generis opuscula.* Obra que se conservaba manuscrita en las bibliotecas de los conventos de su Orden en Ragusa y en Venecia. M. B.

RAGUSIO (Pompeyo). A la Orden Carmelitana perteneció este religioso, que floreció en el siglo XVII. Fué sabio y muy estimado en su Orden, porque á su clara y profunda inteligencia unia otras buenas cualidades y muchas virtudes. Fué lector de filosofía en muchos conventos de su instituto, y dejó muchas obras de filosofía y de teología. Se conserva de este P. Carmelita un *Comentario* sobre Juan Bacon, impreso con nombre supuesto, segun Lecuy, que asegura murió el año 1600. — C.

RAHAB. Josué era el caudillo destinado á dar definitivamente una patria á los hebreos, á quienes faltaba patria miéntras iban caminando por el desierto. Valiente en la guerra, penetrante y sabio en el consejo, dueño de los espíritus por su habilidad y elocuencia, se habia granjeado la atencion y el aprecio de Moisés, y fué escogido de lo alto para continuar la obra de aquel grande hombre, y sostuvo el honor de tal eleccion por medio de la firmeza de su carácter y el heroismo de su sacrificio. Libres del yugo del Egipto, escapados de los devoradores desiertos de la Arabia, los hebreos estaban acampados en las llanuras de Moab, no léjos del Mar Muerto. Moisés acababa de morir en la cima del monte Nebó, despues de haber echado una larga y simpática mirada sobre el país de Canaan, objeto de las ardientes ánsias que por tanto tiempo habia alimentado. Entónces Jehová dijo á Josué: «Moisés mi servidor acaba de morir. Vé, atraviesa el Jordan á la frente de todo el pueblo, y entra en la region que tengo destinada á los hijos de Israel. Toda esta extension de terreno que van á pisar vuestros pies, yo os la daré, segun las promesas hechas á Moisés. El país de los heteos os pertenece, desde

el desierto del Egipto y del Líbano hasta el rio Eúfrates y la grande mar, que son vuestros límites. Miéntras tú vivas, nadie resistirá á Israel: así como estuve con Moisés, así estaré contigo sin dejarte jamás. Sé firme y valeroso, pues á ti tocará repartir entre el pueblo la tierra que le habré dado, tal como lo prometí á sus predecesores...» Esta tierra prometida á los patriarcas, y en la cual habian de dominar sus descendientes, era entónces de una maravillosa fecundidad. Situada en una latitud más meridional que muchos puntos del Africa, cruzada por amenos prados y abundantes arroyos, cubierta de países y de arboledas, producia en abundancia aceite, miel y toda especie de granos. Como desde entónces ha pasado tantas veces sobre ella el carro devastador de la guerra, no puede juzgarse por lo que es de su fecundidad primitiva. La soledad, la miseria, la escualidez tienen en ella su asiento, y sobre aquellas hacinadas ruinas, nos parece ver vagar las sombras de los antiguos profetas de Judea, que muestran con el dedo el terrible cumplimiento de sus amenazas contra la infidelidad de Israel. Y sin embargo, este desolado país guarda aún algunos vestigios de su primitiva belleza y lozanía. Antes de sujetar bajo el dominio de sus armas las fronteras de esta hermosa region, Josué envió delante de él á dos valientes guerreros encargados de reconocer el punto en donde debia verificarse la invasion. Hallábase él entónces en Setim, dos leguas más allá del Jordan, al norte y no léjos del Mar Muerto. Frente á frente, y á la parte de acá del rio y tambien á dos leguas, se hallaba Jericó, la primera ciudad de las cuales era preciso apoderarse. Allá, pues, se trasladaron los dos exploradores ó enviados, arriesgando su vida, y se detuvieron en una casa que daba sobre el muro, en la que habitaba una mujer de conducta equívoca, llamada Rahab. No tardó el rey en estar informado que dos espías israelitas habian entrado en la ciudad al caer la tarde, y envió á decir á Rahab: «Entrega los dos hombres que te han llegado y que has recibido en tu casa, porque son espías venidos para reconocer el país.» Pero esta mujer, instruida ya de la secreta mision de sus huéspedes y ganada á su creencia, les hizo subir á lo más alto de la casa, y los escondió bajo paja de lino que por allí estaba esparcida. Contestó Rahab á los enviados del rey: «Verdad es que los he admitido, pero sin saber de dónde venian; han salido á la hora de cerrar las puertas de la ciudad, y no sé hácia donde se han dirigido; pero perseguidlos luego, y sin duda los alcanzareis.» Y realmente, los enviados del rey corrieron á seguirles las pisadas por la senda que conduce al vado del Jordan, teniendo además cerradas las puertas de la ciudad, á fin de que los espías no pudiesen salir en caso de no haberse aún evadido. Fuerza es convenir que Rahab ni usó de un lenguaje verdadero, ni guardó una conducta patriótica. Mas sin duda que habló y obró bajo la impresion del temor universalmente esparcido entre

sus compatricios, y bajo la impresion tambien de las maravillas que el cielo obró en favor de los hebreos. Tal es la explicacion, ya que no la excusa, de sus palabras y de sus actos. Sea como fuere, corrió á ver á sus huéspedes, y les dijo: «Ya veo que Dios ha puesto esta tierra en poder vuestro, porque es tal el terror que habeis sembrado entre nosotros, que el valor de cuantos habitan esta comarca ha desaparecido. Sabemos que al salir vosotros de Egipto, Dios enjugó bajo vuestras plantas las aguas del Mar Rojo, y todo cuanto habeis hecho sufrir á los dos reyes amonneos Og y Sehon, que habitaban más allá del Jordan, y que han caido al golpe de vuestra espada. Estas nuevas nos han llenado de espanto, nuestro corazon se ha abatido, y vuestra llegada nos halla sin fuerza. En verdad que el Señor vuestro Dios es quien reina en la altura de los cielos y tambien sobre la tierra. Prestadme, pues, en su nombre el juramento de tratar la casa de mi padre con la misma compasion con que yo os he tratado: dadme una señal segura para salvar á mis padres, hermanos y hermanas y cuanto les pertenece, y salvar nuestras vidas.» Así se cumplian las palabras de Moisés, que prometido habia á los hijos de Israel que Jehova haria marchar el espanto delante de ellos y que entregaria á sus armas los enemigos helados de un pavor inexplicable. Los dos enviados aceptaron aquel compromiso, y juraron por su cabeza que no se haria daño alguno á Rahab ni á los suyos, con tal que ella permaneciese fiel á su juramento. Entónces colgó de su ventana una cuerda para que agarrándose con ella pudiesen deslizarse los dos forasteros para la huida, pues la llanura se extendia al pie de su casa edificada junto al muro de la ciudad, y les dijo ella: Ganad los montes, no sea que os encuentren los emisarios; permaneced allí ocultos por tres dias hasta que ellos esten de vuelta, y entónces seguid vuestro camino.» Satisfechos con tan buenos consejos, le aseguraron de nuevo su proteccion. «Nosotros cumpliremos nuestro juramento, con tal que esta cinta roja cuelgue como señal de la ventana por donde nos haces bajar ahora, y que reunas á tu lado á tus padres, hermanos y parientes. Si alguno fuese hallado fuera de tu casa, su sangre refluirá sobre su cabeza, sin que de ello seamos nosotros responsables; así como por cuantos esten contigo dentro de tu casa, caerá su sangre sobre nuestras cabezas, si la menor lesion recibieren. Mas si tú pretendes hacernos traicion, y publicar lo que te decimos, libres quedamos de nuestra promesa. Convenidos así, y en perfecta inteligencia por una y por otra parte, Rahab hizo bajar sus huéspedes, deslizándose hasta el pie de la muralla de Jericó. Refugiáronse en las montañas vecinas, y aguardaron durante tres dias que los emisarios volviesen á entrar en la ciudad, cansados de pesquisas infructuosas, y abandonando su presa. Espirado este plazo, regresaron al campo de los hebreos, y dieron cuenta á Josué de su mision. «El Señor ha puesto á todo este país en

nuestras manos, y todos sus habitantes estan sobrecogidos de pavor.» Entre tanto Josué habia dispuesto todos los preparativos de la invasion. Las tribus de Ruben y de Gad y la semi-tribu de Manasés, habian obtenido de Moisés los países de Jaser y de Galaad, ántes habitadas por los amorreos, lo largo de la ribera oriental del Jordan, pero á condicion de ayudar á sus hermanos en el trabajo de la conquista, y hasta de marchar los primeros contra el enemigo. Fueron, pues, invitados á dejar sus familias y sus rebaños bajo una numerosa guardia, y á engrosar con sus más valientes soldados el ejército expedicionario. Soportar debian todos los peligros reservados á las demás tribus, y no sentarse en la paz del hogar doméstico hasta despues de sometido el país y hecha la definitiva reparticion de las tierras. Respondieron todos á una voz: «Haremos todo cuanto nos has prescrito, é iremos á donde tú nos envies. Así como en todo obedecimos á Moisés, tambien te obedeceremos, con tal que Dios esté contigo como estuvo con Moisés. Muera el que te resista ó quiera oponerse á tus mandatos! Ten firmeza, y obra con un valor varonil.» Animadas se hallaban las tropas, y la union doblaba sus fuerzas al sentir que se acercaba la hora solemne y suprema de la marcha, ántes de la cual Josué dijo al pueblo: «Venid, y escuchad la palabra de Jehová vuestro Dios. A esta señal conocereis que Jehová, el Dios viviente, está con vosotros, y que exterminará á vuestros ojos los cananeos vuestros enemigos: á vuestra frente pasará el Jordan el arca de la alianza del Señor del universo. Cuando los sacerdotes que lleven el arca tocarán con el pie las aguas del rio, las aguas inferiores correrán dejando el lecho enjuto, y las que vendrán de arriba se detendrán como una masa sólida.» Los heraldos habian trasmitido las órdenes del jefe á las tribus para prescribir á cada cual su lugar, y anunciarles que se preparasen como aquel habia ordenado para la ceremonia del paso del rio, á fin de que ya el dia de tan grande acontecimiento fuese acompañado de toda la solemnidad y magnificencia posibles. Empieza, pues, á desfilar la muchedumbre, abren la marcha los levitas encargados de llevar sobre sus hombros el arca santa, con largos vestidos de lino, caminando á su frente el santo pontífice Eleazar. Coros de muchachos y doncellas cantan himnos sagrados al rededor del arca. Innumerable multitud de guerreros, formados en largas columnas á una y otra parte del Santo de los santos, ocupan un espacio de cuatro mil codos, y en este órden admirable llega Israel á las orillas del Jordan. Era la primavera en el primer mes del año hebreo; el rio se habia engrosado considerablemente por las lluvias propias de la estacion, y por los torrentes de nieve deshelada que descendian de las montañas. Pero léjos de asustarse los levitas por la rapidez y abundancia de las aguas, se adelantaron sin temor con la preciosa carga que llevaban, y pusieron y afirmaron su planta sobre las ondas. Al momento

todas las que descendian se detuvieron y acumularon, remontándose de muchas leguas hácia su orígen, y formando un monte elevado que se divisaba desde la ciudad de Adom, y las inferiores siguiendo su natural declive, dejaron un largo espacio vacio, coriendo hácia el lago Asfaltite. El arca hizo alto en medio del rio, libre de las ondas, para dar á la multitud el tiempo necesario de atravesarlo. En efecto, la multitud sin el menor obstáculo pasa de una á otra ribera del Jordan: el mismo brazo que le tenia detenido en su curso natural, tenia tambien como inaccionado el valor de los pueblos indígenas, desconcertando toda resistencia. Todo esto se verificaba á la vista de Jericó, delante de los hijos de Moab, de Ammon y de Cam, sin que nadie se atreviese á perturbar aquella marcha sagrada. ¡Qué espectáculo! Los israelitas rodeados de naciones belicosas y rivales que los contemplaban llenos de pavor, obraban con la misma seguridad como si se ocupasen en los preparativos de un triunfo ó de una fiesta religiosa! ¡El furor de las aguas y el furor de los espíritus estaban detenidos por una misma mano, miéntras el pueblo de Dios entraba en los confines de su futura patria, donde debian consumarse las grandes escenas de misericordia y de amor para la regeneracion del mundo! Josué habia recibido la órden de trasmitir á la posteridad la memoria de aquel hecho portentoso por medio de un monumento sencillo, pero significativo; debia formar en la llanura un grupo de doce piedras sacadas del lecho del Jordan. Israel no debia pasar adelante sin erigir un monumento en señal de gratitud al prodigio que Dios acababa de obrar en su favor. Escogió, pues, doce hombres, uno de cada tribu, y miéntras el arca permanecia fija en medio del rio, les mandó traer á cada uno una enorme piedra para hacer de ellas un monton destinado á recordar tan memorable dia á las generaciones futuras. Y cuando todo el ejército hubo terminado su maravillosa travesía ante la corriente detenida y tímida sobre sus cabezas, retiráronse los sacerdotes, llevando sobre sus hombros el arca preservadora. Al momento en que estos tocaron la ribera occidental, las aguas, libres ya del poder que las contenia, obedecieron á su peso natural, y desplomándose con estrépito, volvieron á tomar su curso ordinario. Entre el rio y Jericó extiéndese una llanura de cerca de dos leguas, la cual se eleva desde el Jordan por grados muy perceptibles, que separan los campos unidos el uno del otro. En el dia este terreno está cubierto de una triste aridez, como un blanquizco arenal, cuya superficie parece impregnada de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto. Avanzaron los hebreos hasta á media legua de Jericó sobre las alturas que dominan la ciudad. Josué mandó reunir en aquel punto las piedras monumentales que se habian extraido del Jordan, y dijo al pueblo: «Cuando algun dia preguntaren vuestros hijos á sus padres, ¿qué significan esas piedras?

los instruireis y direis: que á pie enjuto pasó Israel ese Jordan, secando nuestro Señor Dios sus aguas á vuestra vista hasta que hubisteis pasado, á la manera que primero lo habian hecho en el Mar Rojo, al cual secó hasta que nosotros pasamos; para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la diestra omnipotente del Señor, y vosotros temais en todo tiempo al Señor vuestro Dios.» Y en efecto, al recuerdo inmortal de esta maravilla, preguntaba el gran poeta de la nacion hebrea á las ondas del Jordan y del Mar Rojo si habian visto la faz ó sentido la mano de Jehová cuando el espanto les hacia retroceder su camino, y si el Dios de Israel habia lo bastante distinguido su causa de la de los vanos ídolos, suspendiendo el curso de la naturaleza con estos rasgos inimitables de su supremo poder. El paso del Jordan, verificado de un modo tan inaudito, tuvo dos grandes resultados á cual más importantes; fijó sobre Josué la entera confianza de los hebreos, que veian revivir en manos de su nuevo jefe los prodigios cumplidos en otro tiempo por su libertador Moisés, y además esparció la irresolucion y el terror en medio de aquellos pueblos indígenas, que ya no se sentian con fuerza para sostener una causa por la cual combatia el cielo. Por esta doble razon se hizo rápida y fácil la conquista, cuando hubiera podido costar muy cara á los invasores y tenerlos por largo tiempo detenidos, pues los cananeos estaban muy ejercitados en la guerra, defendian sus dioses y sus hogares, habitaban ciudades fortificadas, superaban en número á sus enemigos, los cuales de otra parte llevaban tras de sí viejos, mujeres, niños y rebaños, y que sin duda no hubieran tan fácilmente vencido una liga formada de repente entre las pequeñas monarquías de aquel país. Pero no puede negarse que Josué tenia en la especial proteccion de Dios un poderoso elemento de victoria que faltaba á los cananeos. Los israelitas hicieron alto en Galgala por algun tiempo. Cierto dia, hallándose Josué en el campo, advirtió de repente delante de sí un varon que estaba en pie y con la espada en la mano, y encaminándose hácia él le dijo: «¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?—No soy lo que piensas, respondió el interlocutor, sino que soy el príncipe del ejército de Jehová, que vengo aquí á tu socorro.» Postróse Josué en tierra, y adorando á Dios, dijo: «¿Qué es lo que ordena mi Señor á tu siervo?» Quítate, le dijo, el calzado de los pies, pues el lugar que ocupas es santo.» Obedeció Josué lleno de respeto, y prosiguiendo la vision miéntras Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israel, dijo el Señor á Josué: «Atiende, yo he puesto en tus manos á Jericó, á su rey y á todos sus valientes. Que todo tu ejército dé vuelta á la ciudad al son de trompetas una vez al dia, durante seis dias consecutivos; en el dia sétimo dareis siete veces la vuelta á la ciudad, tocando tambien las trompetas los sacerdotes que precederán al arca de la alianza, y cuando la voz de los instrumentos habrá

sonado más ruidosa á vuestros oidos, entónces toda la muchedumbre arrojará un clamor fuerte y general; las murallas de la ciudad caerán por sí mismas hasta los cimientos, y cada cual entrará por la brecha que tuviere delante de sí.» Josué trasmitió á los sacerdotes y á los soldados las órdenes que acababa de recibir. La marcha del pueblo al rededor de Jericó debia ser constantemente silenciosa hasta la última hora en que todos los labios debian dar el grito de triunfo; y añadióles el caudillo: «Que la ciudad sea anatema, y todo cuanto encierra consagrado al Señor. Solo Rahab, la mujer pública, sea salva, con todos los que se hallen en su casa, por cuanto ella ocultó á los exploradores que enviamos. Guardaos, empero, vosotros de retener cosa alguna, por pequeña que sea, de la ciudad maldita, contraviniendo á las órdenes dadas, para no haceros reos de prevaricacion, y no envolver en la turbacion y en la culpa á todo el campamento de Israel. Mas todo cuanto se hallare de oro y plata, y de utensilios de cobre ó hierro, será consagrado á Jehová y guardado en sus tesoros.» Era el anatema una excomunion que se aplicaba segun los diversos grados de rigor, y que podia fulminarse así contra los indivíduos como contra ciudades y naciones enteras. Emprendióse el sitio de Jericó, pero segun el plan que habia trazado el misterioso guerrero duró siete dias; por la mañana empezaban las operaciones, iban al frente los guerreros, seguia el arca llevada por los sacerdotes, miéntras otros sacerdotes tocaban la trompeta, y seguia, por fin, la multitud con órden y en silencio. Dada la vuelta á la ciudad, volviase al campamento. Esta nueva estrategia debió parecer muy inofensiva á los sitiados. Sin embargo, el sétimo dia se multiplicaron las operaciones; hízose percibir el fuerte y prolongado sonido de las trompetas, levantóse del seno del ejército un clamor formidable, y los muros cayeron desplomándose por sí mismos. Subieron los hebreos al asalto cada cual por la brecha que delante de sí tenia, y de este modo el soplo de Dios derribó todas aquellas piedras en que la orgullosa Jericó fundaba toda su esperanza; para que conocieran todos los siglos que la verdadera fuerza de los pueblos no consiste en las murallas y torres de que estan erizadas las ciudades, ni en el hierro que arma los brazos, sino en la fe que llena y agita los espíritus, y que no hay acero enrojecido en el fuego de Damasco que no se doble y haga pedazos delante de una idea. Dueños ya de Jericó los hebreos, la trataron con un extremado rigor. No solo los hombres aptos para la guerra, sino los viejos, los niños y las mujeres, todo pereció al filo de la espada; hasta los animales entraron en el general degüello, y lo que no pudo alcanzar la espada lo devoró el fuego. La desdichada ciudad tuvo que sufrir todas las consecuencias de un absoluto anatema. El oro, la plata, el hierro y el acero se reservaron únicamente para servir despues á las pompas del culto religioso. Y tal era la severidad de las órdenes

dadas por el jefe, que se apedreó á un guerrero por haber retirado del incendio y ocultado en su tienda objetos preciosos de metal y un manto de escarlata. Pronunció luego Josué imprecaciones sobre las ruinas de Jericó. De esta manera los antiguos pueblos condenaban á eterna muerte las ciudades que les habian resistido con alguna gloria, ó que no hubieran podido renacer de sus escombros sin causarles alguna inquietud. «¡Maldito sea del Señor, esclamó el caudillo hebreo, maldito sea el que levantáre ó reedificare la ciudad de Jericó! Muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el postrero de sus hijos así que asiente las puertas!» No fué vana, por cierto, esta imprecacion. Mucho tiempo despues, bajo el reinado de Achab, un israelita de Bethel probó reedificar la ciudad maldita; al empezar los trabajos murió su hijo mayor; y al terminarse, le fué arrebatado por la muerte su postrer hijo. Con todo, los habitantes volvieron á ella llenos de confianza; tan bella era la perspectiva de los campos que la rodeaban, y tan fértil su terreno, por el cual las aguas corrientes derramaban el grato verdor y la frescura regalada. Allí crecen en número considerable palmeras que rinden un cuantioso producto, y el árbol que da el tan celebrado bálsamo de Judea, y aquellas rosas tan ponderadas que prestan á toda la llanura un aire de fiesta perpétua y de juventud inmortal. En medio de la carnicería y del incendio no quedó olvidado el juramento que garantizaba la vida de Rahab, la cual por sí misma habia enarbolado la convenida contraseña. Envióla Josué los dos guerreros que ella conocia, para protegerla y hacerla salir de la ciudad con todos sus parientes. Esta familia quedó despues incorporada á la nacion, porque la ley de Moisés no era tan exclusiva como se cree comunmente. No pretendia imponerse á todos los pueblos del universo, sino mantenerse inviolable, y no conferir privilegio sino á sus secuaces, judíos ya por nacimiento, ya por adopcion. Estos últimos, llamados tambien prosélitos, se hallan repartidos y clasificados en las diversas tribus, por el mero hecho de sus alianzas matrimoniales. Así Rahab casó con Salmon de la tribu de Judea, y hasta su nombre se halla en la geneàlogía de Jesucristo. Doblemente feliz, pudo escapar de los desastres de la conquista en que perecieron sus compatriotas, y sobre todo del error y del vicio, principios funestos de la muerte del alma; y despues, á pesar de su calidad de extranjera y de las faltas de su vida primera, fué providencialmente colocada entre los progenitores del Redentor, á fin sin duda de manifestar que no hay extranjero delante del Padre comun del linaje humano, el cual vino á extender sobre todos los extravíos de sus criaturas el manto de la misericordia y del perdon. La toma de Jericó habia rodeado de terror el nombre de Josué, pero no obstante las ciudades vecinas se prepararon para la defensa. Mas todos aquellos pueblos debian desaparecer

como Madian y Amalec, ya vencidos y destruidos por lo que Moisés habia dicho á los israelitas. Los cananeos desaparecieron por de pronto como cuerpo de nacion, y la historia no conserva ya más su vestigio; pero muchas familias quedaron entre los israelitas, perpetuándose por espacio de siglos con diversidad de fortuna; unas guardaron su independencia, otras quedaron sujetas á un tributo permanente; algunas, como la familia de Rahab, sometiéndose á los hábitos del vencedor, pasaron á las filas de los hebreos por medio de enlaces, y no tardaron en perder todos las señales de su nacionalidad primitiva. — R. y C.

RAHABIAS, hijo de Eliezer (I. Par., XXVI, 25). Él y sus hermanos eran levitas y guardas de los tesoros del templo. — S. B.

RAHAM, hijo de Samma y padre de Jercaam, de la raza de Caleb (I. Par., II, 44). — S. B.

RAHEB (Ebn.). Fué este escritor cristiano egipcio, autor de una *Crónica árabe* desde la creacion del mundo hasta el año 955 de la era de los mártires, 657 de la egira y 1258 de Jesucristo. Fué traducida en latin esta Crónica, con el título de *Cronicon oriental*, por Abraham Echellensis, y comprendida en 1615 en la *Historia bizantina*. Comprende la série de los patriarcas, de los jueces de Israel, de los emperadores romanos, etc., y se la encuentra manuscrita en la biblioteca del Vaticano entre los códices y manuscritos de Clemente XI. Los autores no nos señalan las fechas ni el lugar del nacimiento y muerte de este cristiano egipcio. — A. C.

RAHKÉ DE WORMS (Juan Enrique). Nació en 7 de Diciembre de 1791, de padres protestantes; desde su infancia era muy aficionado á la religion. Anunciada la conscripcion en tiempo de Bonaparte, se colocó, para evitar el servicio de las armas, en las fábricas de Mutzig, en Alsacia. Hizo allí amistad con un pintor muy apreciable, Mr. Sorg, que acababa de entrar en el seno de la Iglesia católica. Este artista se interesó por Mr. Rahké y le dió lecciones de dibujo. Piadoso, muy afecto á la Iglesia y dotado de un carácter amable, ganó la confianza de Mr. Rahké, que era el primero en hablarle de asuntos religiosos y pedirle explicaciones sobre sus dificultades y dudas; las que no dejaba éste de resolver, pues habia leido ya muchos libros religiosos. Rahké no podia ménos de encontrar el protestantismo demasiado seco, demasiado vago y muy poco á propósito para tranquilizar los espíritus. No hallaba en esta religion nada tierno, nada consolador, nada fortificante. Mr. Sorg, sin provocar las conversaciones sobre esta materia, respondia á las preguntas de su jóven amigo y le daba parte con franqueza de sus propias impresiones. Mr. Rahké tuvo que vencer muchos obstáculos: su familia y sus amigos no perdonaron medio para retraerle de su propósito y asustarle; pero habiéndose convencido de los vicios de la reforma, hizo

públicamente abjuracion en el mismo Mutzig, en 1810, y continuó sus estudios que habia interrumpido, poniéndose en estado de seguir los de filosofía. En 1812 volvió á su patria, entró en el seminario de Maguncia, donde estudió bajo la direccion de MM. Liebermann, Ralt y Mestian. En 1818 recibió las órdenes sagradas. Despues fué vicario de Herrnsheim, casa de Worms, y limosnero luego del hospital de Maguncia, donde desempeñó las funciones de su ministerio con tanta caridad como celo, felicitándose todos los dias de la gracia que le habia hecho Dios en su conversion. —S. B.

RAHUEL, hijo de Esaú y de Basemath, hija de Ismael. Rahuel fué padre de Nahath, de Zara, de Semma y de Meza (Génes. XXXVI, 4, 17).

RAIAS, hijo de Sobal, padre de Jahath y nieto del patriarca Judá (I. Paralipómenon, IV, 2).

RAIATUS (P. Francisco), jesuita siciliano, natural de Palermo. Empezó en la Compañía el dia 31 de Noviembre de 1543, donde se distinguió por su erudicion en las lenguas griega y latina, no ménos que por sus conocimientos en filosofía y teología. Enfermo toda su vida, padeció toda clase de dolores con heróica paciencia, no notándose en su rostro la menor alteracion, ántes manifestándose alegre y risueño. La gravedad de sus costumbres y sus continuos ejemplos de virtud, le conciliaban el afecto de todos, á los que entusiasmaba además con su elocuente y amable conversacion, que versaba por lo general sobre Dios y sus obras, siendo muy aficionado á contemplarle y admirarle en los prodigios de la naturaleza. Murió en Palermo en 1636, despues de haber publicado en italiano: *Instruccion para ejecutar dignamente algunos ejercicios espirituales*, Palermo, 1636, 2 vol. —S. B.

RAICSANI (Jorge). Distinguióse este jesuita en el siglo XVII y al principio del XVIII por su ciencia y por sus vastos conocimientos en la filosofía. Profesó esta ciencia con brillante éxito un gran número de años en la universidad de Tirnau, de la que fué profesor de mérito y decano de la facultad en 1707. Tuvo muchos discípulos que de todas partes acudian á su cátedra, y las instituidas por semejante maestro contribuyeron mucho á extender y hacer apreciable el estudio de la filosofía en Hungría. El padre Raicsani fué tambien muy aficionado á la poesía latina, si bien no puede considerársele en el rango de los mejores poetas de la Compañía de Jesús que, como es sabido, los produjo excelentes, especialmente en el siglo XVII. Entre las piezas poéticas publicadas por el Padre Raicsani, las principales son: «*Tyrnavia nascens, sive Bela II rex Hungariæ, cognomento Cæcus, Tyrnaviæ conditor, heroico carmine celebratus*, en 1708.—*Tyrnavia crescens*. En esta última pieza el P. Raicsani hizo el elogio de cinco prelados de Hungría, que han honrado á la Academia de Tirnau por su mérito, á saber: Pedro Pacmani, que fué cardenal; Jorge Lippay, arzobispo de Strigonia;

Jorge Szelepeleni, que despues de haber sido obispo de Nitria y despues de Colocsá, fué arzobispo de Strigonia; Juan Telegdi, arzobispo de Colocsá, y Fernando Palfi, obispo de Agria ó Eger, en la alta Hungría.—C.

RAIDA (Sta.) mártir. Desde el año 202 de nuestra era hasta el 211 duró la persecucion excitada contra los cristianos por el emperador Severo. Hallábase en este tiempo en Alejandría dando lecciones el famoso Orígenes, y entusiasmados muchos de los que de todas partes acudian á oir á este esclarecido maestro, confesaban la fe de Jesucristo, y sufrian gustosos el martirio. En este número debemos contar á Santa Rayda, vírgen catecúmena, discípula de Orígenes de las más distinguidas por su entusiasmo religioso, la cual enseñaba los misterios de la fe á todos los que se prestaban á sus exhortaciones. Indignados los paganos de que una mujer enseñase doctrinas contrarias á su creencia, la aprisionaron, y viendo que persistia en la fe y que insultaba á sus ídolos, la martirizaron, y un bautismo de sangre la inscribió entre los fieles y condujo su alma á la gloria eterna. La Iglesia la recuerda con otros mártires condiscípulos suyos el 28 de Junio.—B. C.

RAIDERISIO (V.) benedictino. Ignórase á punto fijo la patria y principias de este santo monje, y únicamente se sabe que pertenecia al convento de Monte-Casino, célebre fundacion del patriarca San Benito, donde florecia por los años de 1250. Hay memoria de él por la fama de su santidad y milagros que ejecutó: entre otros se cita uno, efectuado en la poblacion de Cantre de San Apolinar; pues llegando allí en una época de gran sequía, pidiéronle los vecinos que implorase en su favor los auxilios del cielo. Celebró Raiderisio el santo sacrificio de la misa, y apénas le hubo concluido, cayó una abundante lluvia, que fertilizó los agostados campos. Ignórase el año en que ocurrió su fallecimiento. La religion benedictina le conmemora el dia 6 de Marzo.—M. B.

RAILLON (Santiago). Nació este arzobispo de Aix el 17 de Julio de 1762 en Bourgoin del Delfinado. Llevado á la diócesis de Dijon por Monseñor de Mercy, su compatriota, obispo de la misma, cursó en ella filosofía y áun la enseñó en su pequeño seminario. Mandado á París á expensas del mismo prelado en 1792, publicó con el título de *Appel au peuple catholique* una apología de los sacerdotes injuramentados, escrita con tanta moderacion como pureza de principios. Obligado á salir de Francia en ese mismo año, fué Raillon á unirse á Monseñor de Mercy á Soleure, y con él pasó á Italia en donde permaneció más de diez años. Durante su permanencia en Venecia compuso idilios en el género de Gessner, los cuales imprimió despues en París en 1803 en 16.° Este opúsculo, en el que se encuentra una excelente moral, fué adoptado por las bibliotecas de los liceos. Volviendo á Francia en la época del concordato, se encargó á Raillon la educacion del hijo de Por-

talis. Nombrado en seguida canónigo honorario y despues titular de Nuestra Señora de París, y profesor adjunto de elocuencia sagrada en la facultad de teología de la universidad, pronunció en esta iglesia, á peticion del cardenal de Belloy, el discurso del 15 de Agosto en honor al nacimiento de Napoleon Bonaparte. Pronunció otro discurso en las exequias de Cretet, ministro de lo Interior, y despues la oracion fúnebre del mariscal Lannes. Promovido al obispado de Orleans en 1810, llenó sus funciones como administrador, pues que no pudo alcanzar le mandasen las bulas. Abandonó á Orleans en 1816, dejando en ella muy gratos recuerdos, y fué á fijar su residencia en la capital, en donde se ocupó de escribir una vida de San Ambrosio, que aún cree su biógrafo Hippolyte de la Porte inédita. Llamado en Julio de 1829 al obispado de Dijon, y consagrado á fines del mismo año, se señaló extraordinariamente en esta diócesis por su celo y por su espíritu conciliador; triunfó de algunas prevenciones políticas y acabó por granjearse el aprecio general. Al año siguiente una órden real le nombró arzobispo de Aix; hasta el 24 de Febrero de 1832 no fué preconizado en Roma. Murió Raillon en su arzobispado de Aix, en donde era muy querido, el año 1855. —C.

RAIMBALDO, dean de la iglesia de Lieja, era natural de esta ciudad y canónigo de su iglesia catedral ántes de 1117. Llegó despues al rango de dean, y tenemos un acta suya del año 1144, que suscribió con este carácter. A pesar de su genio pacífico, de que se ven rasgos bien marcados en sus escritos, Raimbaldo se vió perseguido por enemigos que le obligaron á buscar su salvacion en la fuga. Se retiró hácia 1120 á la abadía de Bolduc, de donde era abad su amigo Richa, y en la que permaneció por espacio de ocho meses. Ignórase el tiempo seguro de su muerte. Frisan la coloca en 1147, pero no da prueba alguna de esta fecha. Todo lo que podemos asegurar es que fué reemplazado en 1158 por Humberto III. Raimbaldo consagró sus ratos de ocio á los estudios eclesiásticos, de que resultaron diferentes obras luminosas y edificantes. La primera de las que han salido á la luz pública se encuentra en el duodécimo volúmen de los *Anales* de Baronio. Es un opúsculo dirigido en forma de carta á todos los fieles con relacion al cisma de Anacleto y de Inocencio II. El autor se intitula *Minimus majoris Ecclesiæ quæ est in Leodio*, de donde infiere el autor que era obispo de Lieja. Pero como se observa en la *Nueva Galia cristiana*, Raimbaldo no aparece en ninguna lista de los obispos de esta ciudad, y en cuanto á la inscripcion de que se trata, solo prueba que era miembro de la iglesia principal de Lieja. El amor á la paz y á la unidad fué el motivo que le obligó á componer este escrito. Veia con grande dolor desgarrado el seno de la Iglesia por las facciones de dos concurrentes al pontificado, y lo que aumentaba su pena era la excesiva prevencion de los que hubieran debido trabajar en extinguir el cisma. Le

admiró sobre todo la acogida que hicieron los monjes de Cluní á una circular, del género de las que se llamaban *rotulus*, escrita por la muerte de un abad llamado Hervé, partidario de Anacleto. Su autor era Gerardo, obispo de Angulema, y segun la libertad que tenian todos de insertar en esta clase de cartas lo que bien les parecia, habia escrito en ella una apreciacion histórica de la manera de que Inocencio y Anacleto habian llegado al solio pontificio. Habiendo sido esta carta llevada á Cluni, la hicieron pedazos los religiosos sin dignarse leerla, y la enviaron de esta manera al papa Inocencio. Raimbaldo se queja de esta precipitacion, tanto más sorprendente en efecto, cuanto que habiendo pertenecido Anacleto á su Orden, tenia esta razon para examinar detenidamente sus hechos. «Si el escrito, dice, era malo, se debia refutarle; poniéndose en estado de ilustrar á los fieles y de quitar á los partidarios de Anacleto las armas que miraban como decisivas y con las que realmente obtenian algunos triunfos. Pero ignoro qué especie de vértigo se ha apoderado de ambos partidos, que no les permite entenderse ni examinar nada. Esto es ignorancia en los unos y mala voluntad en los otros. Estas diferentes causas producen desgraciadamente por todas partes los mismos efectos. Los que siguen á Anacleto llaman á los partidarios de Inocencio los *inocencianos*, y estos recíprocamente llaman á sus adversarios los *anaclecianos*. Estas odiosas calificaciones van acompañadas de anatemas, y se ha llegado al punto de no querer ni orar ni hacer acto alguno de comunion los unos con los otros. Obrar de esta manera es ciertamente conocer bien poco las reglas de la tolerancia y de la caridad cristiana. ¿Por qué juzgar con tan poca reflexion al servidor ajeno? ¿Por qué no esperar en paz del trascurso del tiempo, el esclarecimiento de una cuestion que se halla todavía muy léjos de ser evidente? En cuanto á nosotros, hermanos mios, os declaramos que muy distantes de estas disposiciones cismáticas, hacemos oraciones por el P. Hervé, en la confianza de que su adhesion al partido de Anacleto, que ha abrazado con sencillez, no ha sido un obstáculo para su zalvacion. Imitad esta conducta, y no olvideis que es á Jesucristo á quien le da Dios el derecho de juzgar á todos. Seguid el ejemplo del apóstol que nos prohibe juzgar ántes de su debido tiempo, es decir, ántes del advenimiento del Señor, el cual ilustrará lo que haya estado oculto hasta entónces en las tinieblas, y manifestará los más secretos pensamientos de los corazones.» Es evidente que en esta carta habla Raimbaldo no tanto en su nombre particular como en el de toda la iglesia de Lieja; la cual era la única que en aquella época de turbacion y de confusion conservaba el espíritu de moderacion y equidad, de que habia dado ya pruebas bastante notables en las divisiones del sacerdocio y del imperio, en los reinados de los emperadores Enrique IV y Enrique V: distincion bien honrosa y que manifiesta cuán su-

periores eran sus luces á las de las demás iglesias. Un tal Dermasio, natural de Hibernia, pero establecido en Lieja, se hallaba próximo á hacer un viaje á Tierra Santa en 1117, y suplicó á Raimbaldo le escribiese una carta para recomendarse á las oraciones de los fieles. Raimbaldo le satisfizo y compuso un escrito con el nombre de Dermasio, en que comienza por la relacion de las desgracias que habian afligido al país liejés en el curso de aquel año. Dice que las lluvias, las tempestades y los truenos habian sido frecuentes y ocasionado grandes daños. El autor toma ocasion de aquí para exhortar á los fieles á la penitencia. Habla despues en nombre de Dermasio de su viaje á Jerusalen, é invita á sus lectores á salir de la Babilonia espiritual para buscar no la Jerusalen terrestre, sino la Jerusalen celestial. Concluye pidiéndoles el socorro de sus oraciones para sí y para Raimbaldo, que me ha compuesto, dice, esta carta para que me sirva de viático. *Etiam pro Raimbaldo, quæso, Leodicensi orate, qui proficiscenti mihi hanc pro viatico providit et conscripsit Epistolam.* Debe hacerse la observacion de que en esta carta cita el autor un libro primero de S. Agustin *contra Marcionitas;* obra enteramente desconocida y que tiene todas las apariencias de ser supuesta, no hallándose referida por Posidonio en el catálogo de los escritos del santo doctor. Habiéndose refugiado Raimbaldo, como hemos dicho, en la abadía de Bolduc, al lado del abad Richer, fué invitado por este amigo á componer el *Tratado de la vida canonical*, obra que emprendió en seguida, pero á que no dió su última mano hasta su regreso á Lieja. Antes de publicarla quiso saber la opinion de Vaselino Momalio, prior á la sazon de Santiago de Lieja, y despues abad de S. Lorenzo de la misma ciudad. Este tratado, que se conserva manuscrito en la abadía de Aine, no se ha impreso todavía. Pero el P. Martenne le ha insertado en el tomo I de sus Anécdotas inmediatamente ántes de la carta de Dermasio, de que ha sido tambien editor, y otras dos cartas de Raimbaldo á Vaselino sobre este asunto. Despues de haberle referido en la primera el motivo que le habia animado á escribir sobre la vida canonical, suplica á Vaselino examine su obra con toda la severidad de un juez, y de ningun modo con los ojos indulgentes de un amigo. Habiéndole contestado el prior de Santiago que no tenia nada que corregir, y que le parecia todo útil para la edificacion del prójimo, manifiesta Raimbaldo en una segunda carta que miraria este juicio como una lisonja, si no conociera su sincera amistad. «Pero, añade, obligado á pensar bien de un amigo como vos, usaré las palabras del célebre obispo Sidonio Apolinar al hablar de un tal Neracio que habia dado grandes elogios á una de sus obras: en cuanto puedo hacerlo sin vanidad, decia este gran prelado, me congratulo del voto de un hombre tan hábil, si es conforme á la verdad; y por el contrario, si se separa de ella me regocijo de su amistad. Otro tanto digo de vos y con

la misma sinceridad.» Raimbaldo hacia tambien versos. Los bolandistas han publicado en su tomo II del mes de Mayo una poesía suya en elogio de San Mayeul, abad de Cluni. Además de estas obras impresas, la biblioteca del Vaticano posee dos ejemplares manuscritos de un libro de Raimbaldo intitulado *Stromata*. Estas estromatas ó misceláneas tratan de diferentes materias ascéticas. La primera cuestion se halla en forma de diálogo entre la Iglesia y S. Agustin, y es relativa á los votos de los canónigos regulares. El primero de los dos manuscritos en que se encuentra esta obra es del siglo XII. Mirado Raimbaldo como un buen director de la vida espiritual, habia escrito sin duda muchas cartas á las personas que se habian puesto bajo su direccion. Pero el tiempo nos ha privado de todas, lo mismo que de otros escritos, tanto en verso como en prosa que habia compuesto sobre asuntos de piedad.—S. B.

RAIMBERTO, abad de Lemona, que fué el monasterio que San Valero, muerto en 622, fundó en la diócesis de Amiens sobre el Somma y de que fué el primer abad. Este monasterio fué gobernado despues por S. Blitmoud, á quien sucedió Raimberto, ó Ragimberto, y segun los señores de Sainte-Marthe, Raginhaldo. Era este un personaje de mérito, que por su piedad y erudicion se habia atraido el respeto de todos los que le conocian. Escribió con mucho cuidado la vida de S. Valero, con quien pudo haber vivido. Habia de consiguiente presenciado por sí mismo una parte de los hechos que referia, y si no los sabia de esta manera, es por lo menos seguro que los habia sabido de los mismos discípulos del Santo. Los continuadores de Bolando suponen que nuestro autor emprendió su obra á solicitud de Blitmoud. Pero hay apariencias de que no lo ejecutó hasta 660, cuando sucedió á Blitmoud en el cargo de abad del monasterio. Lo que se puede inferir de la manera de que habla de él un autor del siglo siguiente. Como la obra de Raimberto era demasiado prolija y de un estilo sencillo tambien en demasía, los monjes de Lemona procuraron en lo sucesivo, interponiendo la autoridad de un tal Hugo, arzobispo, hacer que fuese corregida, es decir, compendiada y mejorada de estilo. Este escritor anónimo lo emprendió y ejecutó, y todavia existe su escrito, que es la causa de que se halla perdido el original sobre que trabajó, como ha sucedido en otras muchas ocasiones. Los críticos no convienen con unanimidad en la época en que este autor se encargó de esta empresa. Los continuadores de Bolando pretenden que no fué hasta el siglo XI, fundados en que el Hugo de que habla el anónimo no es otro que Hugo de Salins, arzobispo de Besanzon, y que su obra, dedicada al abad Teodino, no puede haberlo sido á otro que á uno del mismo nombre que gobernaba á la sazon el monasterio de San Valero. Pero si se considera más detenidamente, habrá que convenir en que es más verisímil que este

Hugo que menciona el anónimo, era Hugo arzobispo de Ruan que gobernó esta Iglesia desde 722 á 730: hay muchas razones que apoyan esta opinion. La primera proviene de la proximidad de Ruan con respecto al monasterio de S. Valero, que está muy distante de Besanzon. Además de que al hablar el anónimo de la obra de Raimberto, dice que no hacia más que algunos años que la habia compuesto cuando comenzó á retocarla. Todo el que se halle versado en el estilo que usan los antiguos para expresar los tiempos pasados, convendrá en que nuestro revisor no se habria servido del término *aliquot* si hubiese hecho entónces cuatro siglos, como se supone, que Raimberto habia concluido su obra. Por último, la calidad de siervo de todos los cristianos, que se pone el anónimo al frente de su prefacio, es una expresion muy usada en el siglo VII, y á principios del siguiente, y de que seria difícil hallar ejemplos en el siglo XI con relacion á simples particulares. Queda por resolver la dificultad del abad Teodorico, á quien dirige su escrito el anónimo. Pero es fácil que el monasterio de Lemona fuese gobernado entónces por un abad de este nombre, con lo que desaparece la dificultad á que ha dado origen este sugeto. Ateniéndose á la relacion de Mr. Baillet parece que el anónimo al retocar el escrito de Raimberto, ha insertado muchas cosas de su propio fondo y le ha dado mayor extension de la que tenia en el original. Pero esto no puede sostenerse, pues asegura él mismo que no ha hecho más que pulirlo y compendiarlo, y que ha tenido cuidado de omitir las tradiciones sospechosas y fabulosas, ateniéndose escrupulosamente á lo que el venerable y sabio abad Raimberto habia dejado escrito. Por lo demás, aunque la obra del anónimo ha originado la pérdida del original sobre que trabajó, no deja de merecer por eso estimacion y crédito. Sería de desear que todos los que se han dedicado á retocar vidas originales, lo hubiesen hecho con tanto respeto, cuidado, piedad y discernimiento. Se manifiesta constantemente hombre de talento, de saber y de virtud, y su narracion conviene muy bien con la historia general. Su estilo es bastante bueno, á pesar de lo cual no le ha respetado Surio, lo mismo que el de otros muchos escritores, al publicar su obra en 1.° de Abril. Pero el P. Mabillon le ha devuelto su primitiva integridad, haciendo reimprimir esta vida sobre los manuscritos de las abadías de S. Valero, de S. Ouen de Ruan y de San Pedro de Couches. Se halla en el siglo II de las Actas de los santos de la órden de San Benito, acompañada con notas y observaciones hechas por el editor. Los continuadores de Bolando la han publicado á su vez con observaciones más extensas todavía el mismo dia que Surio, tomándola de la edicion de Mabillon y de otros manuscritos nuevos. — S. B.

RAIMBERTO ó Remberto, sucedió en el obispado de Verdum á Hernon, muerto el 30 de Abril de 1024, y gobernó esta diócesis con mucho celo y

prudencia durante doce años. Habiendo emprendido la peregrinacion á los santos lugares murió en Belgrado el año 1038. Su cuerpo fué trasladado á Verdum é inhumado honrosamente en la abadía de San Airi, que habia fundado durante su vida. Francisco de Rosieres, arcediano de Toul, copia algunos fragmentos de una historia de los duques de Lorena con el nombre de este prelado. Pero como este escritor copió muchas fábulas y hechos contestados, no debe darse grande crédito á su testimonio. El P. Calmet, por otra parte, que hizo grandes investigaciones para una historia que escribió de Lorena, no cita en ninguna parte la obra del obispo Raimberto. — S. B.

RAIMOLANDO (Santiago). Solo podemos decir de este religioso que fué fraile carmelita, natural de Gand, en donde nació en el siglo XV, y que despues de haberse acreditado como matemático, poeta y orador, murió en Roma el año 1508. A los que deseen saber más noticias les remitimos á Trithemio, y sobre todo á Surio en su Biblioteca Carmelitana. — C.

RAIMOND (Guillermo). Fué este eclesiástico obispo de Maguelona, cuya silla fué trasladada á Mompeller, y segun Arnaud de Verdale y Garriel que escribieron sobre los obispos de Maguelona, perteneció á una ilustre casa del pais. Raimond ó Raymundo era canonigo de la santa iglesia de esta ciudad y abad de Anniane, cuando fué nombrado obispo de Maguelona en 1190, rigiendo la nave de S. Pedro el pontífice Clemente III, y reinando en Francia Felipe Augusto. Segun Verdale gobernó su iglesia seis años, cuatro meses y doce dias, y murió el año 1196 por el mes de Julio, habiendo dejado memoria de su piedad y sabiduría. Atribúyense á este prelado diversas homilías para la cuaresma y versos leoninos sobre la manera de cantar el oficio, los que los obispos de Mompeller hicieron poner despues al frente del directorio que hacen imprimir anualmente, el que empieza con este verso:

Clerice, pausando dic horas et non properando, etc.

Concede Garriel al obispo Raimond una prosa muy edificante sobre los deberes del clero titulada: *Admonitio ad Clerum*, que contiene diez y siete estrofas de cuatro líneas cada una, pues no tienen la medida del verso. Mr. Grefeuille hace mencion de esta prosa en su *Historia eclesiástica de Mompeller* en el cap. IV. — C.

RAIMOND (Pedro de), abad de Saint-Maixent en 1134; sucedió á Godofredo que habia muerto en el mes de Enero de este mismo año. Pedro obtuvo de Enrique III y de los reyes de Francia y de Inglaterra muchos privilegios en favor de su abadía, aumentó sus rentas y conservó la disciplina religiosa. En 1151 asistió al juicio que pronunció Luis VII en San Juan de

Angely, en un negocio que interesaba al abad de Meillezais. Leonor, reina de Inglaterra, habla de Pedro de Raimond, y le llama primo en dos cartas que dirigió, una al cardenal Jacinto y otra al papa Alejandro III. Estas dos cartas fueron escritas en 1163, y prueban que Pedro vivia aún en aquel año. No existia ya en 6 de Enero de 1170, cuando se firmó la paz en San German en Laye entre Luis VIII y el rey de Inglaterra Enrique II. Pedro de la Tour era entónces abad de Saint-Maixent. No tenemos ningun medio de fijar la época precisa de la muerte de Pedro Raimond, que acaeció entre 1163 y 1170. Pedro Raimond habia escrito una carta á Baldrico, obispo de Dol, que murió en 1131 ó quizá en 1129, ántes de ser obispo de Dol. Esta carta, relativa á una obra de Baldrico sobre las cruzadas, no se ha publicado y podria muy bien pertenecer á otro Pedro, pero se debe al que nos ocupa un cartulario de Saint-Maixent, en que recogió ó mandó recoger más de doscientos ochenta documentos desde el reinado de Luis *el Bondadoso* hasta el año 1150. Este manuscrito se conservaba en Saint-Maixent con la copia que se hizo de él en el siglo XVII, y que comprendia la continuacion del cartulario bajo los sucesores de Pedro Raimond. Mabillon atribuye á este Abad una crónica dividida en dos partes. La primera, que empieza en la creacion y concluye en Francus y Vassus, príncipes de los francos, ha quedado manuscrita; no es más que una coleccion de extractos de Josefo, de Eusebio y de Orosio. La segunda, que termina en el año 1134, la ha publicado Labbé por un manuscrito que pertenecia á Juan Baly, y que habia sacado éste de los archivos de Meillezais. De aquí proviene sin duda el nombre de Meillezais, que se da con frecuencia á esta crónica, donde se encuentran por otra parte numerosos y largos detalles sobre la fundacion y el restablecimiento de la abadía de Meillezais. Cuando imprimió el P. Labbé el segundo libro de esta obra, suprimió muchos artículos, como por ejemplo el de Carlomagno. Estos fragmentos, dice el editor, no contienen nada que no se halle en Gregorio de Tours, en Aimon y en otras partes. Nosotros mismos podemos muy bien juzgar por las treinta y tantas páginas impresas por el Padre Labbé, que en lo relativo á la historia civil y general de la Iglesia no ha hecho Pedro Raimond más que copiarlo de crónicas más antiguas que la suya, y en particular de la de Adhemar. Lo único nuevo que ha hecho es reunir muchos artículos sobre los monasterios de l'Ecluse, de Vezclai, de Meillezais y de Saint-Maixent. La historia de las abadías, y en particular las del Poitou, parecen ser el objeto principal de este libro segundo. Mabillon acusa al autor de inexactitudes en algunos catálogos cronológicos de abades, de omisiones importantes en el arreglo de las cartas. Pero no puede negársele un conocimiento muy completo de la historia particular de su abadía; pues da cuenta de los destrozos que ha sufrido en diferentes ocasiones, de sus diversos res-

tablecimientos, de la traslacion de las reliquias que posee, y de las fundaciones, reedificaciones y consagraciones de las iglesias del lugar en que se halla situada. Por estos detalles se reconoce muy bien que el cronista es un religioso de este monasterio, aunque las expresiones *istam villam*, *hunc locum*, que emplea al hablar de Saint-Maixent, no pueden dejar la más ligera duda sobre este punto. Cada uno de los abades antecesores de Pedro de Raimond recibe aquí un tributo de elogios, y el silencio que sobre él guarda la crónica no es el más leve de los indicios que hacen pensar que él es su autor. Al fin se lee únicamente que Pedro de Raimond, religioso de la Eclusa, *de Clusâ*, sucedió á Godofredo, abad de Saint-Maixent; y esta línea, que no anuncia por otra parte más que un hecho positivo, ha sido quizá añadida por alguna otra mano. Labbé y Guillermo Cave creen que esta crónica fué redactada hácia 1140: Labbé conjetura, sin embargo, que podrian haber trabajado en ella dos autores; pero si se exceptua un pequeño número de ligeras adiciones, esta hipótesis nos parece muy poco fundada. De todas maneras la crónica de Meillezais ha sido citada con frecuencia como una produccion anónima, y los franceses la han mirado siempre como tal en la descripcion bastante extensa que han hecho de ella. A continuacion de esta obra ha publicado Labbé dos libros, que tratan del restablecimiento de la isla de Meillezais y de la traslacion de S. Rigoma. Estos dos libros, dirigidos á Godesan, abad de Meillezais, son de un religioso de esta abadía, que llevaba tambien el nombre de Pedro, y á quien se ha confundido algunas veces con Pedro Raimond. Pedro de Meillezais escribia en el siglo anterior, hácia 1089. — S. B.

RAIMONDI DE COMINGES (Juan). Perteneció este Cardenal á la ilustre familia de los condes de Cominges, por lo cual se le da este nombre. A su noble alcurnia reunió candorosas costumbres y extraordinaria prudencia. Habiendo seguido la carrera eclesiástica con brillante éxito en sus estudios, luego que fué ordenado sacerdote se hizo lugar por sus bellas dotes, y estas le granjearon el obispado de Maguelona, con cuya dignidad asistió al Concilio general de Viena. Trasladado á Tolosa vino á ser su primer arzobispo, y celebro un sínodo. Haciendo justicia despues el pontífice Juan XII á sus talentos y á sus méritos, le creó el 18 de Diciembre de 1327 cardenal preste de S. Vital, y despues le nombró obispo de Porto y de Sabina. Por muerte de este papa fué elegido su sucesor con la condicion que jurase no habia de salir de Aviñon ni restituir á Roma la residencia papal; pero ofendido el magnánimo Cardenal de tan extrañas condiciones, respondió que era indigno de su rango y de su carácter subir á la suprema dignidad de la Iglesia con promesa tan inconveniente é irregular, protestando que ántes renunciaria el cardenalato que admitir trato alguno ó estipular condiciones para ser ele-

gido papa, persuadido de lo funesta que era á la Iglesia el alejamiento de la santa sede de Roma. De este modo el cardenal Juan Raimondi de Comingès, para su inmortal gloria, renunciando el pontificado, contribuyó á la eleccion de Benedicto XII é intervino despues en la de Clemente VI. Yendo Alfonso IV, rey de Aragon, con gran comitiva á Aviñon, salió á recibirle el cardenal Raimondi con veintidos de sus colegas al rio Drosne, y en su entrada en Aviñon fué al lado del cardenal Napoleon Orsini. Hallándose en consistorio presidido por el papa Clemente VI, acusó ágriamente al cardenal Talleyrand de Perigord, imputándole haber conspirado á la muerte de Andrés, rey de Nápoles, como tio de Cárlos Durazo, pretendiente á la corona de aquel reino, llamándole traidor de la Iglesia. Murió este Cardenal el año 1348, ó 1349 segun otros, con gran reputacion, mandando en su testamento se fundase un monasterio de doscientas religiosas bajo la regla de S. Agustin, en honor de S. Pantaleon mártir (cuyo brazo donó para la nueva fundacion) con doce canónigos reglares, para que celebrasen los oficios divinos.—C.

RAIMONDO. Este canónigo de S. Sernin de Tolosa se santificó segun Vaisete en el lib. XV de su Historia general de Languedoc y los Bolandos en el tomo I de Julio, en el siglo XI, por el número y excelencia de sus virtudes. Perteneció á una familia distinguida en su siglo. Desde muy niño le ofrecieron sus padres á la iglesia de S. Sernin, en donde fué chantre y corista. Abandonando la carrera eclesiástica, se casó; pero como muriese su mujer, no se ocupó ya desde entónces más que en obras de caridad que ejerció aun con los judíos. Fundó un hospital para socorrer á treinta pobres; hizo construir un puente para comodidad pública en la embocadura del rio Lers en el Garona, y por espacio de muchos años empleó una gran parte de sus rentas en la construccion de la iglesia de S. Sernin, cuyo edificio se empezó el año 1060, y que se hallaba á punto de terminarse en 1096. Ya se hallaba terminado el coro, cuando Raimondo quiso contribuir á lo demás que faltaba. En seguida, deseoso de llevar una vida más perfecta, tomó el hábito regular en la iglesia de S. Sernin, cuyo ejemplo siguieron otros muchos. Dice el autor de su vida, que escribió á la mitad del siglo XIII, que desde entónces cesára la relajacion de la disciplina en aquella iglesia, y se estableció la vida canónica, lo que prueba que Raimundo abrazó la reforma de los clérigos de S. Sernin cuando se introdujo en aquella iglesia, lo cual sucedió bajo el pontificado de Gregorio VIII, entre los años 1073 y 1076. Se ignora la época de la muerte de Raimondo; pero se asegura que poco despues se verificaron una porcion de milagros por su intercesion. La ciudad de Tolosa le rinde culto público desde la mitad del siglo XII; culto que decayó despues por algun tiempo, pero que volvieron á restable-

cer los tolosinos el año 1652, despues de haber experimentado la poderosa intercesion de este Santo, durante la peste que desoló en aquel año el país, lo que fué causa de que se trasladasen sus reliquias desde el colegio de su nombre, en donde se hallaban desde su muerte, á la iglesia de S. Sernin.—C.

RAIMUNDO (S.), abad y fundador. Nació este bienaventurado aragonés, gloria de España y honor de la religion católica, en la ciudad de Tarazona del antiguo reino de Aragon, y no en Tarragona, ciudad de Cataluña, como han pretendido algunos confundiendo los nombres de ambas ciudades. Desde muy niño, fué muy inclinado á las cosas religiosas que preferia á todo lo que los niños consideran con más cariño, y ya jóven creció en él la piedad, el retraimiento de las cosas mundanas, y el deseo de consagrarse á Dios por toda la vida. Grande debió ser su vocacion, cuando le llevó á tomar el hábito de religioso de la órden del Cister en el monasterio de nuestra Señora de Fitero, en el reino de Navarra. Mucha debió ser su capacidad, piedad y demás virtudes, cuando fué nombrado el primer abad de esta santa casa, cuyo nombre habia de poner tan alto, que quedase perpetuado en los siglos por los heróicos hechos que le habian de distinguir para bien del catolicismo, terror de los enemigos de este y honra de su patria. Vencido el rey D. Rodrigo, último soberano de la primera línea goda en España, en la funesta batalla del Guadalete, al principiar el siglo VIII de nuestra era, se apoderaron los árabes, á los que dió entrada en España la traicion del conde D. Julian y del inicuo obispo D. Opas, auxiliados de los infantes hijos de Witiza, de las Andalucías, y como su intento fué hacerse señores del país como lo consiguieron poseyéndole por espacio de siete siglos, empezaron por fortificar muchos puntos elevados y pueblos bien situados para la defensa, á fin de que sirviesen de presidios á sus tropas para defenderlos, y para que sus guarniciones tomasen la ofensiva saliendo de ellos siempre que les acomodase ó les fuese conveniente. Entre las ciudades primeras que fortificaron lo fué la antigua *Oreto*, á la cual aquellos infieles cambiaron el nombre llamándola *Calatrava*, la que poseyeron cerca de cuatro siglos, sin que nadie los molestase en ella. Persiguiendo á los árabes Alfonso apellidado *el Batallador*, que llegó á denominarse el emperador de España, á causa de lo mucho que habia extendido sus dominios con detrimento del poder musulman de nuestra península, llegó á Calatrava, y poniéndola un estrecho cerco, áun cuando estaba muy fortificada y bien defendida, la conquistó el año 1147, en el que la rindió por fuerza de armas. A fin de que la defendiesen de las irrupciones agarenas, dió el rey Batallador la ciudad en propiedad á los caballeros templarios, que entónces defendian la religion católica en España con heróico esfuerzo. Empero como estos la abandonasen á los ocho

años para huir de los árabes, que reunidos en gran número vinieron á recobrarla, hicieron donacion de su propiedad al rey D. Sancho III de Leon, que habia sucedido en Castilla al rey D. Alfonso. Como los ejércitos de este soberano no bastasen para cubrir la grande extension que ya tenia su reino, y le fuese necesario mantenerlos unidos para ofender y defenderse de los infieles en sus contínuas correrías, mandó publicar un edicto, por el que se concedia la propiedad perpétua de Calatrava al caballero que quisiese emprender la defensa de esta plaza; pero no se presentó ninguno, temiendo el grande ejército que preparaban los infieles para atacarla, y que tanto habia asustado á caballeros tan esforzados como los templarios. Pero Dios, que quiso manifestar una vez más su poder y castigar á los enemigos de su religion santa, inflamó de entusiasmo religioso el corazon de un monje que se creyó con el suficiente valor, ayudado del Señor, para emprender y conseguir la defensa de esta plaza. Llamábase este religioso D. Diego Velazquez, que servia á Dios en la abadía de nuestra Señora de Fitero, natural de Bureva en Castilla la Vieja, el que de noble estirpe habia sido militar ántes de tomar el hábito de religioso, y era muy conocido y apreciado del rey D. Sancho, razon por la que el abad del monasterio D. Raimundo le llevó consigo á la corte, á la que fué á arreglar ciertos asuntos de la Orden. Hallándose ambos religiosos en la corte, suplicó Velazquez á su prior pidiese al Rey la ciudad de Calatrava para defenderla, lo cual le negó este superior creyéndola una peticion impertinente; pero tanto insistió el religioso Velazquez, y con tal entusiasmo hablaba del auxilio que debia esperarse de Dios para esta gran empresa que D. Raimundo cedió, y pidió por fin al Rey la fortaleza, ofreciéndole defenderla con sus monjes. El Rey y su consejo tuvieron al Abad por loco y temerario al pretender tan arriesgada empresa sin contar con otro ejército que sus frailes; pero sorprendido el Rey de una divina inspiracion, le concedió su demanda, cediendo en propiedad la ciudad á la órden del Cister, y en especial á los del monasterio de Fitero, con la precisa condicion de defenderla contra los infieles, como se ve por el instrumento público de donacion, escrito en latin en el año 1158: privilegio que puede consultar el curioso en la Historia de la Orden de Calatrava, y entre los privilegios del reino de Aragon con relacion al monasterio de Fitero. Tan luego como S. Raimundo abad se encontró dueño de Calatrava, y empeñado en su defensa, conferenció con el monje Velazquez el mejor medio de poder llenar su compromiso, y Dios les inspiró pedir al Rey les concediese la gracia de fundar una órden militar en Calatrava, á la que pudiesen llamar los caballeros más piadosos y valientes de la nobleza castellana, y de la de los demás estados cristianos de la península y de toda la cristiandad, que quisiesen venir á asociárseles en tamaña empresa. Comunicado su intento al

rey Sancho III, se penetró bien pronto de la utilidad de semejante órden militar, y la creó conforme se le habia pedido. Alcanzada esta gracia, los dos monjes la pusieron en conocimiento del arzobispo de Toledo, el que no solo aprobó la formacion de la Orden, sino que le dió al santo Abad una grande suma de dinero para fortificar la ciudad, concediendo indulgencias á los que tomasen las armas en su defensa, ó mandasen para ello dinero, armas ó caballos. Publicó el abad Raimundo la real donacion, y á son de cruzada llamó á la nobleza castellana á formar la órden militar-religiosa que se propuso, y no se hicieron esperar los infanzones de Castilla, como jamás tardan en correr en defensa de la religion y de la patria, y en muy poco tiempo reunió el Abad un grande ejército para aquellos tiempos, compuesto de lo más escogido de la nobleza, y de los soldados más aguerridos y entusiastas de la religion de sus mayores, y enemigos acérrimos de los sectarios de Mahoma. Tomada posesion de Calatrava por el santo Abad el año 1158, exhortó á los caballeros para que inmediatamente y sin levantar mano trabajasen en fortificar la plaza, y se dieron tan buena maña en ello, y lo hicieron en tan corto tiempo, que asombrados los infieles del celo de los caballeros y de lo poderoso de las fortificaciones, desistieron de su propósito de reconquistarla. No teniendo ya S. Raimundo que temer por entónces de los infieles, se dedicó á formar la nueva Orden militar, á la cual dió el nombre de esta ciudad. Reunido un capítulo general de los monjes del Cister, que aprobó la fundacion y reglamentos de S. Raimundo, se prescribió á los caballeros el género de vida que habian de observar, y el traje que habian de vestir en paz y en guerra, sobre cuya forma estan discordes los autores, pues que unos dicen que fué el mismo de los religiosos del Cister, y otros que no se diferenciaba del secular; pero que todos convienen en que usaban un escapulario blanco con su capucha unida á una muceta en forma de gremial, que llevaron hasta el año 1597, en el que el antipapa Benedicto XIII, reconocido en España por legítimo pontífice, les concedió quitarse el escapulario y la capucha, ordenándoles llevasen solo sobre su traje una cruz florlisada de paño encarnado al lado derecho sobre el pecho. Constituida la Orden, tuvo S. Raimundo que luchar con un grave inconveniente, que era preciso remediar si habia de sostenerse la ciudad y la nueva Orden; era este la falta de poblacion en el territorio, que ocupaba unas veinte leguas; era preciso poblarle á todo trance, y el Santo inspirado de Dios, no vió otro mejor medio que colonizarle, llevando á él las personas que quisiesen ocuparle con sus familias, recibiendo en propiedad del uso tierras que labrar, y con cuyos productos sostenerse y cubrir las indispensables cargas del nuevo estado. A este fin se fué al monasterio de Fitero, y dejando solo en él á los ancianos y á los enfermos, mandó los demás á Calatrava con porcion de ani-

males de la abadía, y haciendo un llamamiento en todo Aragon y Valencia, logró reunir más de veinte mil almas, con las cuales pobló la ciudad y campos de Calatrava, que no tardaron en establecerse en cómodas viviendas y en mudar el aspecto de las campiñas con cultivos adecuados al clima y á la feracidad del suelo. Seis años gobernó la nueva Orden S. Raimundo, en cuyo tiempo se vigorizó y empezó á ser el terror de los infieles y una poderosa fuerza auxiliar de los reyes de Castilla; pero Dios llamó á sí á su siervo, satisfecho de sus trabajos evangélicos, y la Orden quedó huérfana de su virtuosísimo Padre. Murió S. Raimundo en Ciruelos el año 1163, llorado de todos los suyos y sentido por todos los estados católicos de España, que vieron á este pobre monje con entusiasmo levantar un colosal poder contra los musulmanes, que celebraron su muerte con regocijo, creyendo sin duda que su falta haria desmayar á sus enemigos y abrirles un flanco vulnerable por donde poder vencerlos; pero se engañaron miserablemente, porque la órden de Calatrava, no olvidando jamás la doctrina de su santo fundador, fué en todos tiempos el terror de la morisca en nuestro país. Luego que murió S. Raimundo, los caballeros de Calatrava trataron de variar en cierto modo de condicion, pues á pesar de que en su mayor parte eran hermanos conversos del Cister, no quisieron vivir en union de los monjes ni que los mandase un abad, y pronunciándose contra las constituciones primitivas de la Orden, eligieron un gran maestre por jefe, que lo fué el primero D. García, que era uno de los caballeros; y los monjes del Cister que se hallaban en Calatrava, eligieron abad con el que se retiraron á Ciruelos, en donde intentaron procesar á los caballeros á fin de volver á entrar en posesion de Calatrava que habia dado el rey de Castilla á su Orden. Si llegó á formarse el expresado proceso, debió durar poco ó transigirse, puesto que nos dicen los historiadores de la Orden que los monjes se convinieron con los caballeros, que les cedieron una casa y tierras en S. Pedro de Gumiel, obispado de la ciudad de Osma, y que allí fundaron un monasterio dejando á los caballeros en libre posesion de Calatrava. Separados los caballeros de los religiosos, acudieron á la autoridad de la Santa Sede para que aprobase la Orden en aquel modo, y el papa Alejandro III, que ocupaba entónces la silla de S. Pedro, se lo concedió por su bula de 1164; pero confirmando el género de vida que les prescribió S. Raimundo como abad del Cister, y segun lo acordado en el capítulo general de fundacion de que ya hemos hablado. Al hablar del traje de los caballeros los historiadores de la Orden nos dicen que por estatuto debian no usar otra camisa que de jerga, sus túnicas de forma que no les impidiesen montar á caballo, sus mantos forrados de pieles de cordero, llevando un escapulario como traje que indicase el hábito de la religion á que pertenecian. En cuanto á sus costumbres, debian dormir vestidos, no tener

en su traje nada que fuese supérfluo, y el color y calidad de la tela debia ser igual á la de los religiosos de la Orden Cisterciense. Estaban obligados á guardar silencio en el oratorio, en el refectorio y en la cocina, y solo podian comer carne tres dias en la semana. Los monjes no podian recibir la profesion á ningun caballero sin permiso del gran maestre, y cuando estos iban á las abadias del Cister, no se les recibia en la hospedería, sino en el interior del monasterio, como si fueran religiosos, debiendo vivir de la misma manera que los hermanos conversos de la Orden. Como los caballeros debian practicar ejercicios piadosos, les permitió la Santa Sede recibiesen capellanes para que les administrasen los sacramentos y dirigiesen sus preces. Aun cuando la historia de la Orden no pertenece ya á la fundacion de la misma por S. Raimundo, parécenos que no estará demás en este artículo el referirla ligeramente, puesto que sus glorias le alcanzan en primer grado, y por lo tanto vamos á exponerla, en vista de lo que sobre este particular han consignado Francisco Rades, Francisco Caro de Torres, Andrea Mendo, Herman y otros autores de la historia de las Ordenes militares, y D. Rodrigo de Toledo, el P. Padre Mariana y otros historiadores españoles. Ya dijimos que los caballeros nombraron á D. García su gran maestre. Este primer jefe seglar de la Orden tuvo que sostener guerra contra los árabes españoles, pero lo hizo con tal denuedo y buen éxito, que los rechazó siempre causándoles mucha pérdida, por lo que Alfonso IX de Castilla para envalentonar á los caballeros y en recompensa de su valor, les concedió la mitad de los castillos de Almaden y de Chillon, que no pudieron sostener, porque cargando los árabes con fuerzas superiores á sus guarniciones, se apoderaron de ellos, creemos que ántes que los caballeros tomasen posesion. Muerto D. García el año 1169, fué elegido gran maestre D. Fernando Escaza, el que sabiendo que el rey D. Fernando sitiaba el castillo de Zurita, le mandó mil doscientos hombres entre caballeros y vasallos de la Orden para ayudarle á apoderarse de esta plaza, la que cinco años despues dió este soberano á la Orden. No se contentó este gran maestre de estar á la defensiva contra los infieles, sino que fué á atacarlos á las tierras que ocupaban, tomándoles algunas plazas; y enviándole dos mil hombres la ciudad de Toledo, les presentó batalla formal en la que los venció, despues de la cual repartió la mitad del botin á sus aliados, por lo que el Rey dió á la órden de Calatrava las tierras de Cogolludo, Almoguera, Maqueda, Aceca y algunas otras. Subió tan de punta la fama de los caballeros, que el rey de Aragon D. Alónso, hallándose en guerra contra los árabes de Valencia, rogó al gran maestre le enviase sus caballeros, y los que fueron en socorro de este soberano dieron tales pruebas de valor, que por su medio ganó el rey de Aragon los castillos de Favera, Maella, Mazalon, Valdetorno, la Fresneda, Valderobles,

Calanda, Aguaviva y otros lugares. Por otra parte, el gran maestre penetró el año 1177 en la montaña de Fiera, sobre las tierras de Córdoba, y apoderándose del fuerte Ozpipa sobre la ribera del Guadalquivir, viendo que no podia conservarle, le mandó arrasar, mandando á Calatrava un gran número de prisioneros con un fuerte botin. Viéndose este gran maestre ya muy anciano, poco despues de su regreso dimitió su dignidad, y fué elegido en su lugar D. Martin Perez de Siones, en cuyo gobierno dió á la Orden el rey de Castilla el pueblo de Massa en Castilla la Vieja. Llevó este gran maestre á sus caballeros á atacar á los árabes que invadian el obispado de Jaen, y despues de haber devastado su campo y algunas de sus poblaciones que quemaron, sabiendo que los infieles habian penetrado en Aragon, en donde se hallaban sitiando un castillo perteneciente á la Orden, fueron en socorro de los sitiados, que al verlos acercarse levantaron el sitio, por lo que los caballeros se volvieron á Calatrava, sin entrar en Aragon, saliendo despues á dar caza á los sarracenos, que molestaban con sus correrías los países de Caravel, Alarcos y Benavente, y se retiraban con lo que robaban á su castillo de Almodóvar. Al aproximarse los caballeros á este castillo le abandonaron los infieles; pero se les persiguió tan de cerca, que alcanzados en Fuencalda, cerca de la montaña de Morena, dejaron en el campo gran número de muertos y heridos, y mil doscientos prisioneros que hizo el gran maestre fueron pasados á cuchillo. No faltaron caballeros que murmurasen de la crueldad del gran maestre por la espantosa carnicería que habia hecho de los prisioneros, que podrian haberse cangeado por cautivos cristianos ó vendido para subvenir á los gastos de la guerra, y como todos los demás fuesen de la misma opinion, le depusieron de su dignidad nombrando en su lugar otro gran maestre. Los sacerdotes de la Orden que no fueron llamados para esta eleccion, dieron parte al gran maestre D. Martin Perez, que se hallaba reparando los muros del castillo de Almodóvar, de lo que sucedia, y volviendo inmediatamente éste á Calatrava con los caballeros que allí tenia, los que habian quedado no se atrevieron á aguardarle, y se retiraron á Salvatierra con el gran maestre que ellos habian elegido; pero no tardaron mucho en volver á la obediencia de Martin Perez. Hizo construir éste en 1179 un hospital en Guadalherza para los caballeros y vasallos de la Orden que fuesen heridos en campaña, y reconociendo en este mismo año el rey de Aragon D. Alfonso los grandes servicios que le habia hecho la Orden, la dió la comendaduría de Alcañiz, la cual pretendieron despues los reyes de Aragon elevarla hasta el punto de que el comendador fuese gran maestre de los reinos de Aragon y de Valencia. Murió D. Martin Perez el año 1182, y tuvo por sucesor á D. Nuño Perez de Quiñones. Este gran maestre asistió en 1187 al capítulo general de los cistercienses, en el que pidió

que el Cister y Calatrava se uniesen con lazos más estrechos, es decir, que volviese á estar la Orden como la fundó el glorioso S. Raimundo. El abad del Cister Gui y el capítulo general prescribieron á los caballeros casi igual vida que en la fundacion, estableciendo penas á los que faltasen á las ordenanzas, entre las que se disponia que el caballero que hubiere dado de golpes á otro, no pudiese montar á caballo ni llevar armas durante seis meses, y debia comer por tres dias seguidos en el suelo, sin mesa alguna ni más asiento que la tierra; pena que debia sufrir igualmente el que desobedeciese las órdenes del gran maestre; el que fuese sorprendido en actos impúdicos debia comer de aquel modo durante un año, ayunar á pan y agua tres veces á la semana, y disciplinarse todos los viernes; y tambien acordó el capítulo que se sometiese la Orden á la visita del abad de Morimond. Llevó las armas el gran maestre D. Nuño Perez de Quiñones contra los infieles de Andalucía y los derrotó en muchos encuentros; pero cuando se retiraba á Calatrava con un rico botin, le persiguieron los árabes de Córdoba mandados por el hermano de su rey con ánimo de quitarle la presa y cautivarle; y dada la accion, Perez de Quiñones los deshizo, cogiendo prisionero al mismo príncipe árabe, por cuyo rescate dió Córdoba cincuenta cristianos, entre los que habia cuatro caballeros de la Orden. Martin, arzobispo de Toledo, se dirigió con una division á castigar á los árabes andaluces, y como al pasar por Calatrava, en donde se le hizo un magnífico recibimiento, se le uniesen los caballeros, lograron grandes ventajas en esta campaña. Llamando los infieles en auxilio suyo á los moros de Africa, presentaron al rey de Castilla un gran número de fuerzas, y como éste los atacase en 1193 con su ejército y los caballeros de Calatrava y los de Santiago de la Espada, vencieron los moros por su gran número, habiendo sido pasados á cuchillo casi todos los caballeros. Alentados los moros con esta victoria, se dirigieron á Calatrava, y despues de hacerse dueños de esta plaza, asesinaron á cuantos caballeros habian quedado en ella. Esta infausta batalla disminuyó mucho la Orden, pues que los infieles la tomaron otras muchas plazas, razon por la que el rey D. Alfonso, deseoso de animar á los caballeros que quedaban, les dió la ciudad de Ronda con sus dependencias, propiedad anteriormente de los caballeros de Trugillo. Retirados los pocos caballeros que quedaron con su gran maestre á Ciruelos, establecieron allí el principal convento de la Orden, en el que se recibieron muchos caballeros para reemplazar á los que habian perecido en la terrible batalla de Alarcos. Queriéndose aprovechar los caballeros que estaban en Aragon de la pérdida de sus hermanos en Castilla, se reunieron en Alcañiz, en cuya ciudad eligieron por gran maestre á Don García Lopez de Moventa, al que titularon gran maestre de Alcañiz de la órden de Calatrava, tratando de establecer la encomienda de Alcañiz en je-

de la Orden en el reino de Aragon; y apoyados por el Rey, se apoderaron de cuantos bienes poseia la Orden en este reino; pero reuniéndose capítulo poco despues de los caballeros de Castilla y de Aragon, volvieron las cosas á restablecerse como ántes, y se concedió á D. García Lopez la renta de los bienes situados en Aragon con el título de gran comendador de Alcañiz. Siendo ya muy anciano el gran maestre, se dispuso gobernase la Orden el gran comendador D. Martin Martinez, el cual llegando á reunir cuatrocientos caballos y setecientos infantes vasallos de la Orden, sorprendió en el año de 1198 el castillo de Salvatierra, del que consiguió arrojar á los mahometanos, y trasladando á él su residencia, los caballeros tomaron el nombre de esta fortaleza. Dimitió su dignidad el decrépito D. Nuño Perez, y en seguida fué nombrado gran maestre por los caballeros de Salvatierra el expresado comendador Martin Martinez. Sucedióle D. Rui Diaz el año 1206, y como los infieles estuviesen áun apoderados de Salvatierra, pasó éste gran maestre la Orden en 1210 por la cuarta vez á Zurita, de donde volvieron á Calatrava en 1212, por haber conquistado el rey D. Alfonso de los moros esta ciudad, que devolvió á los caballeros. Por fallecimiento de Rui Diaz fué elegido gran maestre D. Rodrigo García, y en su tiempo se refundió en la de Calatrava la órden portuguesa de Avis. D. Rodrigo dió á los caballeros de Avis en 1213 dos palacios que la de Calatrava poseia en la ciudad de Evora, y algunas tierras, á condicion de que se someterian á la reforma de la órden de Calatrava y seguirian sus estatutos y costumbres; pero en tanto que la órden de Avis se sometia á la de Calatrava, los caballeros de Aragon intentaron emanciparse, y yendo D. Rodrigo á impedir la rebelion, murió en este reino. Su sucesor D. Martin Fernandez trasladó por quinta vez la Orden, ó sea su convento principal, á un lugar á ocho leguas de Calatrava, al que denominó Calatrava la Nueva, y cedió Alcántara á los caballeros de S. Julian de Poirier que tomaron el nombre de este pueblo, con la condicion de que estarian sometidos á la visita, correccion y reforma del gran maestre de Calatrava y de sus sucesores; murió el mismo año y tuvo por sucesor á D. Gonsalvo Ibañez, que fué el fundador de las religiosas de la órden de Calatrava el año 1219. Estableciéronse estas religiosas en un principio en el convento de S. Félix, cerca de Amaya, en un lugar llamado Barrios, en donde permanecieron cerca de trescientos cincuenta años, hasta que Felipe II, rey de España y administrador de la Orden, las trasladó á la ciudad de Burgos el año 1538. Aumentóse esta comunidad religiosa en 1479 con algunas vírgenes devotas, que vestian el hábito del Cister y vivian en comunidad bajo la autoridad del obispo de Sigüenza en el convento de San Salvador de Pinilla, en tiempo del gran maestre D. Pedro Giron, que les donó algunas heredades pertenecientes á la Orden, y formaron el segundo

monasterio de religiosas Calatravas. El monasterio más ilustre de religiosas de esta Orden fué el fundado por Gautier de Padilla, gran comendador de la Orden, en Almagro, con el título de la Asuncion de nuestra Señora, en la época en que el rey Fernando fué administrador de la Orden. Estas religiosas tomaron el título, que conservan hoy, de comendadoras, y para entrar en los conventos deben hacer las mismas pruebas que los caballeros, se visten como los religiosos del Cister, distinguiéndose en que ellas llevan la cruz sobre el escapulario. Un cisma vino á turbar la Orden en 1296. Unos eligieron por gran maestre á D. Garcías Lopez de Padilla, y otros á D. Gautier Perez. Cada uno de estos se apoderó de las plazas que pudo pertenecientes á la Orden, division que duró cuatro años, hasta que ambos contendientes, cansados de vivir en tal desórden, se convinieron en deponer su autoridad en manos del gran maestre de Alcántara, hasta que decidiese el Papa cuál de los dos habia de seguir al frente de la órden de Calatrava. Ambos trataron de defender sus derechos como mejor pudieron y supieron; pero la competencia se decidió en 1301 á favor de D. Garcías Lopez. Quedando descontentos el clero de la Orden y los caballeros que habian favorecido á D. Gautier, escribieron á D. Enrique, tutor del rey D. Fernando IV, participándole que el gran maestre Lopez se habia ligado con los que pretendian colocar sobre el trono á Alfonso, hijo del infante D. Fernando. El abad de S. Pedro de Gumiel, que era entónces visitador de la órden de Calatrava, recibió órden del príncipe D. Enrique para que se informase de la verdad, y con esta comision fué á Calatrava acompañado de los abades de Morervala y de la Espina, y con el informe de los delatores, pronunció sentencia de deposicion contra el gran maestre Lopez, que apeló de ella á Roma, cuya apelacion no pudo evitar que se llevase á cabo la sentencia, por lo que se eligió en su lugar gran maestre á D. Aleman, comendador de Zurita. No pudiendo soportar esta afrenta D. Garcías Lopez, fué á Roma, y manifestando al pontífice Bonifacio VIII la injusticia que se le habia hecho, mandó este asunto el Papa al capítulo general de los Cistercienses, que anuló la sentencia dictada contra él por el abad de S. Pedro de Gumiel, dando comision al abad de Betania de restablecer al gran maestre en su dignidad, lo que tuvo lugar el año 1302, renunciando Aleman á la gran maestría. A pesar de ser muy anciano el gran maestre Lopez, no dejó por eso de marchar contra los infieles; pero estos le derrotaron en un gran combate en que perecieron muchos caballeros, acusándosele de haber huido con el pendon de la Orden; por lo que D. Juan Nuñez, clavero, persuadió á muchos caballeros á negarle obediencia, cuyo consejo siguieron, uniéndose á los habitantes de Ciudad Real para hacer la guerra al gran maestre. Dirigiéronse estos caballeros conjurados á sitiar al gran

maestre Lopez en el castillo de Miguelturra; pero saliéndoles éste al encuentro, los acometió, pero tuvo la desgracia de ser vencido y deber su salvacion á la ligereza de su caballo. En seguida de esta accion formuló D. Juan Nuñez una acusacion contra él, presentándole como traidor, y depuesto segunda vez, pusieron los caballeros en su lugar al expresado Nuñez el año de 1328. Otra vez volvió Lopez á ser restablecido en su dignidad por el capítulo general del Cister; pero no queriendo Nuñez someterse á él y ocupando siempre las principales plazas que pertenecian á la Orden, á fin de que cesase el cisma, renunció Lopez la gran maestría el año 1329, reservándose las rentas que poseia la Orden en Aragon, con el castillo y encomienda de Zurita. Con esta renuncia fué al fin reconocido Nuñez gran maestre; pero como dice uno de los autores citados, Dios, que se reserva la venganza de los crímenes del pecador, y que le trata como él trató á los demás, permitió que experimentase los disgustos que causó á su predecesor, porque habiendo dado la encomienda de Zurita á uno de sus parientes, á pesar de habérsela reservado Nuñez al dar su dimision, éste volvió á tomar el título de gran maestre, y le conservó hasta que murió en Alcañiz el año 1336. En cuanto falleció, los caballeros de Castilla y de Aragon, que se encontraban en Alcañiz, eligieron por gran maestre á D. Alfonso Perez de Toro, con consentimiento del rey y la autoridad del abad de Marimond que se hallaba allí haciendo su visita. Muriendo Perez algun tiempo despues, le sustituyó D. Juan Fernandez, elegido tambien en Alcañiz; y habiendo ido Nuñez á Aragon, hizo un tratado con este último gran maestre, por el que renunció la gran maestría, quedándose con la encomienda de Alcañiz, y entónces fué reconocido gran maestre de los caballeros de Aragon y de Valencia, lo cual confirmó el pontífice Clemente VI. Ligándose Nuñez con el rey de Aragon contra D. Pedro *el Cruel*, que era su legítimo soberano como rey de Castilla, este soberano le aprisionó, y celebrándose un capítulo general en el que se trató sobre su traicion, fué depuesto, eligiéndose en su lugar á D. García de Padilla, y poco despues se cortó á Nuñez la cabeza por órden del Rey. El gobierno del nuevo gran maestre tuvo por competidor á D. Pedro Estevanez Carpintero, que fué tambien elegido por el favor del gran maestre de la órden de Santiago, del infante D. Enrique, conde de Trastamara, del duque de Alburquerque y de otros grandes señores. D. Pedro Estevanez tomó las armas contra el rey de Castilla, y se apoderó de la ciudad de Toro; pero habiéndola vuelto á tomar el rey Don Pedro, mató por su propia mano al intruso gran maestre cuando se le presentó, sin que pudiera evitarlo la presencia de la reina su madre. Las turbulencias políticas en que se agitaba España causaron tambien la muerte al gran maestre Padilla. Reconocido por rey en muchas ciudades de

Castilla D. Enrique de Trastamara, hermano bastardo del rey D. Pedro, aquel fué á presentársele y prestarle juramento de fidelidad. Sabido esto por D. Pedro, atrajo así al gran maestre con halagos, recordándole que habia sido testigo de su matrimonio con su hermana Doña María Padilla ántes que se casase con Blanca de Borbon, y que por lo tanto sus hijos, que eran sobrinos suyos, eran los que tenian derecho á la corona de Castilla, y no el conde de Trastamara. Prometíale para empeñarle mejor á ir á su lado, que si perdia por su causa la gran maestría, le daria en propiedad la ciudad de Andújar, con las de Talavera y Ciudad Real. En tanto que el gran maestre fluctuaba sobre el partido que deberia abrazar, llegaron á las manos los ejércitos de los dos hermanos rivales, y como quedase D. Pedro vencedor, creyendo el gran maestre que podria engañar al Rey, le ofreció su caballería, y cuando se le presentó le hizo encerrar en el castillo de Alcalá, en donde murió el año 1369. Sucedióle D. Martin Lopez, y habiéndose hecho tambien sospechoso al rey D. Pedro, prometió este príncipe á D. Pedro Giron, comendador de Matos, que si le mataba le haria elegir en su lugar. Prendióle Giron; pero sabedor de ello el rey moro de Granada, mandó á decir á éste, que si no ponia al punto en libertad al gran maestre, que era su amigo, iria con su ejército á librarle, y como el rey D. Pedro no quisiese atraerse este enemigo más sobre los muchos que ya tenia, le mandó poner en libertad. Perdió el reino y la vida el rey D. Pedro en este mismo año á manos de su hermano D. Enrique que le sucedió en el trono de Castilla, y Martin Lopez, no queriendo reconocer á éste, trató de sublevar las Andalucías en favor de los hijos que D. Pedro habia tenido en María Padilla; pero habiendo elegido D. Enrique gran maestre á D. Pedro Muñoz de Godoy, éste con las tropas reales se dirigió contra Lopez, y sitiándole en Carmona, le intimó la órden de rendir la plaza ó salir á combatir con él. Ni lo uno ni lo otro aceptó Lopez, hasta que viendo que iba quedándose solo, porque sus gentes se le desertaban, salió por fin á combatir, y siendo vencido por Godoy, éste le hizo cortar la cabeza. Ya sin competidor Pedro Muñoz, reunió capítulo general de la Orden en Calatrava, en el que hizo muchas ordenanzas para el gobierno de la Orden, y despues de haberla dirigido quince años, fué elegido en 1383 gran maestre de la de Santiago de la Espada. Habiendo sido nombrado gran maestre D. Enrique de Villena el año 1404, el rey Enrique III, que sostenia su eleccion, se encontró con este motivo en Calatrava solicitando de los antiguos caballeros diesen sus sufragios al de Villena. Oponíanse estos á nombrarle, tanto por no pertenecer á la Orden cuanto por ser casado; pero como á causa de ser impotente se declarase nulo el matrimonio á peticion de su mujer, fué elegido gran maestre, dispensándole el papa su noviciado, pero obligándole á hacer sus votos en la Orden.

Los caballeros que no se encontraron en su eleccion eligieron por gran maestre á D. Luis Guzman, que se fué á Aragon para sostener más fácilmente sus derechos. Envió procuradores á Roma para que el Papa decidiese en su favor; pero nada se resolvió miéntras vivió el Rey. Tan pronto como murió éste, los caballeros que habian elegido á Villena le negaron la obediencia y reconocieron á Guzman el año 1407, y como cada uno de estos dos grandes señores tuviese su partido, no terminaron sus contiendas hasta el año 1414 en que el capítulo general del Cister, al que encomendó el Papa este asunto, declaró nula la eleccion de Villena. Ya pacífico poseedor Guzman, llevó sus armas contra los infieles; pero tuvo la desgracia de ver, que hecha la paz con estos, los caballeros volviesen las armas unos contra otros. Como era ya muy anciano el gran maestre, se hizo correr la noticia de que habia muerto, y el gran comendador, que se hallaba en Córdoba, pidió auxilios al infante D. Enrique para apoderarse de los castillos que pertenecian á la Orden en el reino de Castilla. Concediéndole mil doscientos infantes y quinientos caballos, el Comendador entró en el término de Calatrava con estas fuerzas; pero saliendo á su encuentro el clavero de la Orden, como lugarteniente del gran maestre, con ochocientos infantes y mil doscientos caballos, se trabó la batalla, la que terminó quedando vencido y prisionero el gran comendador: el gran maestre, poco despues de este combate, se dijo de él que habia obtenido del Papa una bula que permitia casarse á los caballeros; pero que solo él habia hecho uso de esta gracia ponticia. Sucedió á este jefe de la Orden D. Fernando de Padilla en 1443, eleccion que causó tambien turbaciones en la Orden. Sabiendo su eleccion Juan II, rey de Castilla, mandó á los caballeros que le depusiesen, y eligiesen á D. Alfonso de Aragon, hijo natural del rey de Navarra. Como los caballeros se resistiesen á hacer una nueva eleccion, fueron sitiados en Calatrava por las tropas del Rey, pero habiendo sido asesinado el gran maestre por uno de sus criados, su muerte terminó estas diferencias, pues que se eligió gran maestre á D. Alfonso, el cual en cuanto tomó posesion se declaró contra su bienhechor, á causa de haber declarado su padre el rey de Navarra la guerra al rey de Castilla. Tomando el gran maestre de Calatrava con sus caballeros parte por el rey de Navarra, pero su auxilio no le valió para que venciese el rey de Castilla D. Juan, el que despues de haber lanzado al enemigo de sus reinos, se dirigió á Calatrava para castigar la traicion de los caballeros y la ingratitud de su traidor jefe. Entrando en Calatrava y penetrado de que el gran maestre habia obligado á la rebelion, renovó el capítulo general el año 1445, y éste le depuso. Procedióse en seguida á la eleccion del sucesor, y queriendo unos á D. Pedro Giron y otros á D. Juan Ramirez de Guzman, no faltando algunos que no querian dejar la obediencia

prestada al depuesto D. Alfonso de Aragon, no pudieron ponerse de modo alguno de acuerdo, y se vieron en esta ocasion tres grandes maestres de la órden de Calatrava, que pretendian la legitimidad de su eleccion; y deseando todos gobernar, cada cual tomó las plazas que pudo con los caballeros que quisieron seguirle. Pedro Giron se apoderó de Calatrava, Ramirez de Guzman ocupó á Osuna, Martos y algunas otras plazas en Andalucía, y Alfonso de Aragon se conservó las plazas de la Orden en Aragon. Los primeros se reconciliaron el mismo año 1445, porque cediendo Ramirez á Giron el derecho que pretendia tener á la gran maestría, ejerció este cargo sin embargo de las plazas que retuvo D. Alfonso, que se dió el título de maestre durante doce años, al cabo de los cuales renunció á sus derechos y obtuvo del pontífice Calixto III el permiso para casarse, despues de haber jurado que jamás tuvo intencion de profesar. Como intentase destronar Enrique de Castilla á su padre Juan II en 1446, porque fiado en su favorito don Alvaro de Luna este era el verdadero rey, el gran maestre de Calatrava se declaró contra D. Alvaro, condestable de Castilla, al que aborrecian todos los grandes y nobles del reino, y auxilió con sus caballeros al príncipe en los seis años que duraron estas reyertas civiles, que acabaron con la trágica muerte del favorito en un cadalso en la plaza pública de Valladolid. Murió á poco, en 1454, el rey Don Juan, segun se dice de sentimiento por haberse visto obligado á sentenciar la muerte de su privado el de Luna, y le sucedió su hijo Don Enrique. Declaró la guerra á los moros este soberano, y le siguió en ella el gran maestre con sus caballeros y los de las demás Ordenes; pero como no quisiese el rey poner sitio á Granada, ni á ninguna fortaleza, los grandes del reino que le acompañaron lo atribuyeron á cobardía, por lo que juzgándole indigno de llevar la corona, trataron de apoderarse de su persona, y elegir por rey á su hermano D. Alfonso. Sabedor el rey de sus designios, abandonó secretamente el ejército, y viniéndose á Córdoba, dejó escapar algunas palabras contra el gran maestre de Calatrava, que era el jefe de la conjuracion, lo que fué causa de que éste y los demás señores temiendo su enojo se concertasen con el arzobispo de Toledo. A pesar de esto conociendo el rey la mucha cuenta que le tenia tener al gran maestre de su parte, le atrajo á su servicio dándole el castillo de Moron en la Andalucía y algunos lugares en las cercanías de Córdoba, de los cuales tomó posesion el maestre. Amigo ya del rey, le siguió con mil quinientos caballeros y vasallos de la Orden á la guerra contra el rey de Navarra D. Juan, y para manifestarle el rey su reconocimiento, dió á la Orden Peñafiel, Briones, Santibañez y otros lugares, que quitó á los navarros. Sirvió tambien el gran maestre á este soberano como general en la guerra que mantuvo con los infieles el año de 1461; pero en la revolucion que sobrevino en Castilla, el jefe

de los Calatravos tomó las armas contra él uniéndose á los señores descontentos del gobierno de estos soberanos. Hizo proclamar rey á su hermano Don Alfonso, levantando muchos pueblos en su favor; pero Don Enrique, que conocia las fatales consecuencias que podria atraerle esta division, hizo cuanto pudo para volverle á traer á su partido, haciéndole ventajosas proposiciones que aceptó el gran maestre, contratándose que abandonaria la causa de D. Alfonso, y que el rey le daria en matrimonio la mayor de sus hermanas la infanta Doña Isabel. Como el gran maestre por los votos que habia hecho en la Orden era religioso, pidió el rey al pontífice Pio II que relevándole de sus votos consintiese en su matrimonio con la infanta para de ese modo asegurar la paz y la tranquilidad al reino, á lo cual accedió el Papa el año 1464, permitiendo al propio tiempo que D. Pedro Giron resignase la gran maestría en Don Rodrigo Tellez Giron, su hijo bastardo, que solo tenia ocho años á la sazon, dándole el Pontífice por coadjutor á Don Juan Pacheco, marqués de Villena, su tio, el famoso alquimista de aquellos tiempos. Por medio de este matrimonio pretendia Don Pedro ponerse un dia la corona de Castilla; y así hubiera sucedido, porque la infanta Isabel sucedió en el reino de Castilla á su hermano D. Enrique, pero hallándose en camino para ir á Madrid á casarse con la infanta, cayó enfermo en la villa de Rubia, en donde murió á los cuatro dias, sospechándose habia sido envenenado: la infanta Doña Isabel casó despues con Fernando, príncipe de Aragon y rey de Sicilia, viniendo á ser luego la reina mas magnífica que ha tenido España hasta la segunda Isabel, que felizmente rige hoy los destinos de España, que la iguala, si no la excede, en grandeza y cuyos hechos y gloria nacional estan á punto de eclipsar los de su ilustre antecesora. Por la dispensa que Pio II dió al gran maestre se ve que los caballeros de Calatrava no podian casarse todavía; permiso que no obtuvieron hasta el año 1540, que se le concedió el pontífice Paulo III. La mayor parte de las poblaciones de Castilla reconocieron por reina á la muerte de Enrique IV á su hermana la infanta Isabel, esposa de D. Fernando, rey que fué de Aragon y de Sicilia, y las demás proclamaron á la infanta Doña Juana la Beltraneja, hija dudosa del rey D. Enrique, que estaba casada con su tio el rey de Portugal D. Alfonso. El gran maestre de Calatrava tomó parte en esta contienda por el rey de Portugal y esto dividió á la Orden, pues que muchos caballeros se declararon en favor de Doña Isabel y D. Fernando, á las órdenes del clavero de la Orden Don García Lopez de Padilla. Empero haciéndose la paz luego que en 1479 perdió el rey de Portugal la batalla de Toro, la Orden volvió á reunirse, y Fernando é Isabel, que tomaron el nombre de Reyes católicos, viendo al gran maestre sometérseles confesando su falta, le perdonaron atendiendo á su corta edad, y tambien se reconcilió con el clavero

de la Orden. Despues de esto el maestre sirvió á los Reyes católicos con fidelidad en la guerra que hicieron á los moros en 1482, y murió en ella. Tuvo por sucesor al clavero García Lopez de Padilla, que murió el año 1486, habiendo gobernado la Orden cuatro años, de la que fué el vigésimonono y último gran maestre. Disponíanse los caballeros á elegir sucesor á Padilla, cuando recibieron de órden de los Reyes católicos una bula que habian obtenido del papa Inocencio VIII, en la que se reservaba este pontífice el nombramiento de la gran maestría, á cuya vista suspendieron la eleccion: despues el Papa concedió al rey D. Fernando la administracion de esta Orden durante su vida. Luego que murió este soberano en 1516, trataron los caballeros de elegir un gran maestre; pero el cardenal Adriano, que gobernaba el reino en ausencia de Cárlos I de Austria, nieto de los Reyes católicos, que habia ido á tomar posesion como emperador de Alemania, se opuso á ello sabiendo que Cárlos V habia pedido al Papa la administracion de la Orden, cuyas bulas aguardaba. No obstante esta negativa del cardenal regente, procedieron los caballeros á la eleccion, nombrando gran maestre administrador de la Orden al rey emperador, nombramiento que confirmó el pontífice Leon X. Coronado D. Cárlos como quinto emperador de este nombre en Alemania, reunió un capítulo general de la Orden en 1523, y el papa Adriano VI unió para siempre á la corona de España las grandes maestrías ó maestrazgos de las órdenes militares de Santiago de la Espada, Calatrava y Alcántara, de suerte que una humilde fundacion de un monje, del glorioso San Raimundo Abad, vino á ser uno de los títulos de grandeza de nuestros reyes. Poseia esta Orden cincuenta y seis encomiendas, diez y seis priorátos, de los que la mayor parte eran casas conventuales y los demás simples curas párrocos. Así como las dignidades de clavero y de intendente no podian darse más que á los caballeros antiguos en la Orden, las de priores tampoco podian darse más que á los capellanes de la misma y aún á fines del siglo pasado poseia la Orden en señorío sesenta y cuatro entre villas y lugares. Las principales dignidades de la Orden son gran maestre, gran comendador, clavero, prior, sacristan ó tesorero é intendente. Suprimida y unida la gran maestría á la corona de España, los demás cargos subsisten aún: los de prior y sacristan solo pueden darse á capellanes, y el primero se sirve de ornamentos pontificales en las funciones eclesiásticas, y tiene derecho de conferir las órdenes menores á los religiosos clérigos de la Orden. El traje de ceremonia de los caballeros fue siempre desde que dejaron la malla y la armadura, es decir, el equipo de guerra, un manto blanco, sobre el que llevan al lado derecho una cruz roja florlisada. Desde el año 1540, en que estos caballeros han tenido el permiso de poderse casar, solo hacen los votos de pobreza, de obediencia y de castidad conyugal; y desde 1652 au-

mentaron el voto de defender y sostener el misterio de la inmaculada Concepcion de María Santísima, y tienen por divisa la cruz de la Orden, que es de gules ó roja en campo de plata ó blanco. Libre ya España enteramente de la dominacion agarena, terminó la principal mision de la órden de Calatrava, así como de las de Santiago, Alcántara y Montesa, que no fue otra que la de defender á las poblaciones que se les encomendaban ó que conquistaban de las correrías de los moros, ir estrechando el círculo de su imperio hasta lograr lanzarlos á sus madrigueras de Africa, y mantener el espíritu guerrero en el país y en especial en la nobleza para que no se amortiguase el entusiasmo religioso que dió, como dará siempre, tan felices resultados. Ya terminada esta mision, procuraron los reyes de España debilitar el poder de estas Ordenes, que tanto pesaban en la balanza del estado, y que tantos disgustos dieran á algunos, lo que consiguieron con haberse apoderado de su administracion y gobierno, con lo cual perdieron su carácter de soberanía. Siguieron, sin embargo, como monumentos que recordaban glorias á nuestra patria, y como centros de nobleza y caballerosidad que mantuviesen el orgullo nacional y la grandeza española, haciendo algunas veces importantes servicios al trono, á la religion y á la patria. El sistema de libertad que bajo el maternal cetro de Doña Isabel II nos rige felizmente, ha respetado los venerandos restos de las órdenes militares como un recuerdo glorioso que honra mucho al país, y conservándolas jurisdiccion más reducida que la que tuvieron, sus prioratos, sus dignidades y un tribunal especial para todas, así como sus asambleas gubernativas; las permite funcionar en lo religioso con toda ostentacion, habiendo concedido S. M. últimamente á todas un uniforme especial además del antiguo manto con que se distinguen. Poniéndose el rey D. Francisco de Asís, esposo de nuestra Reina propietaria Doña Isabel II, al frente de la órden de Calatrava, esta es hoy la que mas boyante se halla de las cuatro órdenes militares, si bien no tanto como la cosmopolita órden de San Juan de Jerusalen, que es la más antigua de todas y la que cuenta mayor número de caballeros en España y en el extranjero. Las grandes pruebas y mucho coste que tiene el ingreso en estas órdenes, es causa de que solo puedan pertenecer á ellas personas de muchos bienes de fortuna, razon por la que se conservan aún con esplendor á pesar de no ser ya hoy más que corporaciones de honor, sin más mision que llenar que la de asistir á sus festividades religiosas de reglamento. Hemos terminado nuestra tarea en honra y gloria de Dios y de S. Raimundo Abad, fundador y primer jefe de la Orden de caballeros de Calatrava, que le festeja todos los años el 15 de Marzo, dia de su festividad, con gran pompa, particularmente en Madrid en la iglesia de Señoras Comendadoras, sita en la calle de Alcalá, que acaba de restaurarse en el carácter de la época del mayor esplendor

de la Orden á costa del Rey consorte y de sus compañeros de hábito.—B. S. C.

RAIMUNDO (S.). Escasísimas son las noticias de este siervo de Dios, muy favorecido indudablemente por Su Majestad y enriquecido con muy especiales dones, pues ellos fueron precisos para que llegase á la importante altura de la suprema gerarquía en la Iglesia triunfante y de tan superior distincion en la militante. Parece indudable que es santo muy antiguo, por la misma razon que de su preciosa vida son tan escasos los detalles, que ninguno podemos consignar con certeza. Fué de muy buen talento y mucho celo por el bien de su iglesia, porque así lo demuestra el que en los fastos de la que tuvo á su cargo, que fué la de Barbastro, se cita con muchísima frecuencia su irrecusable autoridad, para con ella confirmar las disposiciones que han tenido otros obispos sus sucesores acerca del buen gobierno y acertado régimen de aquella tan principal y tan antigua iglesia de España. Su patrocinio para con la iglesia y pueblo de Barbastro ha sido siempre muy decidido y los fieles de todos tiempos han tenido grande empeño en que la solemnidad de su fiesta fuera cual convenia y que todos á porfía coadyuvasen á esta buena y justa memoria de su nombre tan venerando como benéfico. Cuando en distintas ocasiones los romanos pontífices han querido cercenar el rezo y conmemoracion de santos particulares, sin otro motivo á la verdad que para simplificar las fiestas ó para hacer más general la liturgia, han tenido en cuenta, como no podia ménos de ser, que algunas poblaciones profesan devocion particular á ciertos santos, que no teniendo, por decirlo así, con respecto á la Iglesia universal toda la importancia que tienen para aquel punto ó poblacion particular, lo que es para ella tienen todo el atractivo que les merece justamente el haber sido el medio de que Dios se ha valido muchas veces para concederles sus favores. Así que S. Raimundo se les dejó siempre á los de Barbastro, á pesar de las diversas variaciones, que llamaremos con más exactitud correcciones, y que habiendo sido para descartar algunos santos, digámoslo así, ménos importantes, y dar lugar á otros que podremos decir de mayor nota, demuestran que los que quedaron son no solo universales sino grandes en importancia, pues que la Iglesia no se deja llevar nunca ni de relaciones, que obliguen á quienes la dirigen á otra conducta que la que es debida, ni por otros motivos que por los de la más estricta justicia y más rigoroso merecimiento. Dicho se está pues que cuando hombres tan acreditados como el P. Juan Marieta, de la órden de Santo Domingo, que en crítica ha tenido una severidad que no pocos han tratado de excesiva, le ha puesto en el catálogo de los santos de España, no cabe duda de su existencia, así como tampoco la hay acerca del culto que con razon le tributa su iglesia de Barbastro el dia 21 de Mayo de cada año, con rezo y misa comun de confesor pontífice, extensivo á

toda la citada y muy antigua provincia eclesiástica, cuyos héroes han sido con justicia alabados por la Iglesia universal, y venerados hasta nuestros dias. —G. R.

RAIMUNDO (S.), pastor, natural de Medellin, floreció y murió en Ciruelos, lugar de la diócesis de Toledo, donde se celebra su fiesta en 5 de Abril, en cuyo dia le mencionan los Bolandos, por lo que le damos cabida en este lugar, no obstante las polémicas que han sostenido sobre su existencia los agiógrafos españoles. Nicolás Antonio en su *Censura de historias fabulosas*, dice al ocuparse de este Santo. «Hace mencion del mismo Luitprando, era 930 y 938, en que dice que murió, y para que se vea lo poco que hay que reparar en estos testimonios, esforzarelo aquí con la misma variedad que tienen en sus originales. Ya vimos que la impresion de Juliano se hizo por una copia que hubo el conde de Olivares, de cuya librería la sacó Don Lorenzo Ramirez de Prado, y esta se copió de otra del conde de Mora Don Fernando de Rojas, que fué la que inmediatamente se sacó del original del P. Higuera. Aquí, pues, debiera parecer lo mismo que en el original referido, si quien le tenia no se hubiese permitido la licencia de adulterarle, y mudarle á su arbitrio, áun despues de repartidas copias de él. Leése en el Juliano impreso. *In oppido Prunis, Prusæ vel Clusæ in Carpetania, nunc Ciruelos, Raymundus pastor patria Metellinensis Lusitanus, et opinione sanctitatis, et illustrium signorum clarus habetur; cui erexerunt cives prunitani in loco Tago proximo eremitorium. Celebratur ab antiquo tempore ejus dies tertia die Paschatis Domini.* Oigamos ahora el original del P. Higuera, que produjo D. Lorenzo Ramirez en las notas á Luitprando, era 930. *In oppido Prunis, Prusæ, vel Clusæ, in Carpetania, nunca Ciruelos, Raymundus pastor, patria Metellinensis, et Puteolis ibidem sanctus Patronus, qui fuit Episcopus Puteolanus in Hispania. Fuit autem Raymundus, ut dixi, Metellinensis, in quo tempore florebat in Catalonnia sanctus frater Joannes Guarinus Lusitanus, et opinione sanctitatis et illustrium miraculorum clarus habetur.* Y lo demás que se sigue en que concuerdan exactamente, de suerte que habia además en el original inserta la mencion de este obispo de Puteolo ó Ciempozuelos, traido quizá ó usurpado del lugar famoso de este nombre en el reino de Nápoles, y la del ermitaño S. Juan Garino en Cataluña. No es mi intento, continua el célebre autor, derogar en nada á la tradicion que tuviesen en Ciruelos y en Medellin acerca de aqueste su pastor santo; sobre quien no puedo decir otra cosa, sino que he leido en las notas del P. Higuera, al lugar de Luitprando, era 930, que afirma haber gran devocion con este santo pastor en el lugar de Ciruelos, y en Medellin un collado sobre el rio Guadiana á quien llaman Raimundo, que cree ser en memoria de este Santo. Lo que digo es que los lugares de Luit-

prando y de Juliano, que se escribieron para apoyar esta tradicion, son falsos y creo que estarán advertidos los naturales del lugar de Ciruelos de que estuvo allí algun tiempo el cuerpo del venerable abad de Fitero Raimundo, fundador de la inclita Orden de caballería de Calatrava ántes que se trasladasen al monasterio de Monte Sion, cerca de Toledo, que es de monjes cistercienses de la misma religion del Santo, á quien con este nombre llama y celebra el arzobispo D. Rodrigo, que vivió pocos años despues, en su *Historia de España*, y le hace obrador de milagros, buen indicio de su santidad. Pudiera ser equivocacion con este varon santo lo que se dice del pastor. Pero remito esta especulacion para aquellos que estuviesen mejor instruidos y más cerca.» La vida de este abad ocupa en esta obra el lugar correspondiente, y á ella remitimos á nuestros lectores. En cuanto al santo de que aquí se trata, cuya existencia parece negar Nicolás Antonio, suponiendo ha sido confundido con el abad de Fitero del mismo nombre, creemos está bastante averiguada con la constante tradicion de los de Medellin y Ciruelos, por lo que los Bolandos no han vacilado en darle cabida en su coleccion, y todos los agiógrafos españoles posteriores á Nicolás Antonio le colocan en el mencionado dia 3 de Abril. Por desgracia son escasas las noticias de su vida, sabiéndose unicamente que fué pastor de oficio, que se distinguió por todo género de virtudes, é hizo en vida y muerte algunos milagros.—S. B.

RAIMUNDO (B.), canónigo y arcediano de Villalonga en la catedral de Tolosa é inquisidor en la misma ciudad, fué martirizado por los herejes albigenses que se amotinaron en 25 de Mayo de 1242, víspera de la Ascension, dirigiendo principalmente su odio contra los inquisidores, que los reprimian y castigaban, prendieron al beato Raimundo con otros clérigos y religiosos, que formaban el tribunal de la fe, y hallándose todos juntos en oracion cantando el *Te-Deum*, los condujeron á la casa del conde de Tolosa D. Ramon, donde los degollaron cruelmente aquella misma noche para vengarse sin duda de los triunfos que sobre ellos obtenian los soldados de la Iglesia católica dirigidos por el célebre Simon Montfort. Los Bolandos, que citan á estos mártires en 29 de Mayo, dia de su muerte, dicen que Dios ilustró su martirio con luces celestiales y multitud de milagros.—S. B.

RAIMUNDO (Bto.), abad, religioso de la sagrada órden de S. Benito, honra singular de su Orden é inclito autor de la órden militar de Calatrava. Nació en la ciudad de Tarazona, aunque algunos otros suponen y son de opinion que habia nacido en Francia en el pueblo de S. Gaudencio, en el condado de Couvenas. Sus solícitos padres le pusieron con maestros que le enseñasen las letras, y terminados sus brillantes estudios fué nombrado canónigo de Tarazona, y habiendo comenzado á deslizarse y contaminarse en los vicios de que el siglo está lleno, huyendo de este mal cami-

no, se fué á tomar el santo hábito cisterciense en el monasterio de Scala Dei, en los Vascones, adonde se le dieron, igualmente que la profesion á su tiempo, dando desde luego muestras y señales de la santidad á que despues llegó. En aquel tiempo se extendia por todas partes la reforma cisterciense, el abad de Scala Dei determinó fundar un monasterio de ella en Navarra, y para ello enviar á Durando, monje bien ejercitado en la vida espiritual segun la santa regla, para que le fundase, dándole por compañero á Raimundo, por las grandes esperanzas que de él se habian concebido, y los dos vinieron al reino de Navarra, y en una soledad llamada Yerga fundaron su convento, ó por mejor decir, unas pobres chozas. El sitio era asperísimo, y por su altura inaccesible, y asi se vieron forzados á dejarle abandonado; y en el sitio más cercano, que era un valle, que les concedió liberalmente el rey D. Alonso de Castilla, llamado *el Emperador*, cercano á las ruinas de Nianzava, ciudad destruida en las entradas de los moros, edificaron su monasterio por los años de 1140. Allí murió el V. Abad Durando, y los monjes eligieron en su lugar á Raimundo, hallándose una bula del papa Eugenio III, dirigida á él en el año 1148. Tercera vez pasó Raimundo su monasterio á un lugar llamado Castellon, y última y cuarta vez á un sitio llamado Fitero, del cual hizo donacion un noble caballero llamado Pedro Tizonio, habiendo experimentado en todos los demás grandes incomodidades para los monjes. Aquí Raimundo no solo gobernaba santísimamente sus monjes, sino que predicaba á los seglares, consiguiendo gran fruto espiritual en sus almas, sacando muchas de mal estado. Los moros infestaban á España por la parte de Andalucía, entrando por la tierra llana de la Mancha, llamados antiguamente sus campos Oretanos, por el antiguo Oreto de en tiempo de romanos, en los cuales estaba la fortaleza de Calatrava y ciudad que así la llama la historia (y hoy arruinada conserva el nombre de Calatrava la Vieja), á la ribera del rio Guadiana. Los caballeros templarios, á quien los reyes la habian dado para que la defendiesen, la desampararon noticiosos de que los moros bajaban á cercarla; y por hallarse sin gente ni fuerzas para defenderla, la pusieron en manos del rey D. Sancho de Castilla, que admitió la dejacion, y acobardados todos por haber visto que unos tan valerosos soldados no se atrevian á defender aquella fortaleza, estaban con el Rey en el último desconsuelo en la ciudad de Toledo. Se encontraba allí entónces Raimundo á negocios de su monasterio con otro monje llamado Diego Velazquez, descendiente de la Bureva, que habia sido ántes soldado del rey D. Alonso, tan valeroso como experimentado en la milicia; éste no podia sufrir la audacia de los moros, é inspirado de Dios, propuso á su Abad tomase por su cuenta la fortaleza de Calatrava. Lo rehusó el V. Abad, advirtiéndole que él era monje, no soldado, que su ejercicio

era asistir á la oracion, no pelear con las armas. Poco despues se retiró á un lugar secreto, y levantando el corazon á Dios le encomendó el negocio que se habia propuesto, pidiéndole que le manifestase cuál era su voluntad santísima. ¡Cosa rara! Al punto cambió de parecer, y presentándose con su compañero al rey D. Sancho, le manifestaron que ellos se encargaban de la defensa de Calatrava y de su tierra. Los cortesanos lo tuvieron por locura ajena de un monje y de su estado; pero el Rey, que tenia noticias de la santidad del Abad, no solamente vino en ello de buena gana, sino que creyendo ser esta obra de Dios, entregó á un pobre abad viejo y sin experiencia, no solo el gobierno de aquella fortaleza de Calatrava, sino de toda aquella tierra, no solo para que la gobernase y defendiese, sino para que fuese suya en el dominio. Obtenido ámplio privilegio de esta donacion, se volvió á Fitero (que en aquel tiempo era de los límites del reino de Castilla), y levantando bandera, juntó veinte mil hombres y todas las cosas necesarias para la guerra, y con este ejército llegó á Calatrava, y la fortaleció, y los moros atemorizados no se atrevieron á cercarla como tenian determinado, viendo en ella tanta gente de guerra. No contento con esto el santo Abad, aunque tan viejo y cansado, se armó de punta en blanco, y saliendo por aquella tierra con su ejército, no solamente hizo huir de ella á los moros, sino que les ganó diferentes pueblos muy fuertes que poseian, ganando diariamente tierras de sus enemigos, además de conservar la propia. Se le fueron juntando más y más soldados y compañeros (entre los cuales no se puede dudar que serían muchos de los pueblos circunvecinos de cristianos), los cuales, como otros Macabeos, tomaron aliento para defender su patria, poniendo como ellos su confianza, no en las armas, sino en Dios, cuya causa defendian y por cuya santa fe peleaban; y preveníanse ántes con oracion fervorosa, teniendo por capitan general de la milicia espiritual y temporal á S. Raimundo, el cual les señaló la regla de S. Benito y constituciones del Cister, órden á que fueron admitidos para guardarla con todo rigor cuanto permitiese el ejercicio de las armas, para lo cual el Santo les señaló hábito conveniente. En las batallas precedia el santo Abad con su compañero Diego Velazquez y otros monjes que habian llevado de Fitero, peleando con alegría y esfuerzo. La vida de los monjes y de los soldados era austera y penitente. Comian poco, vestian lana interior y exteriormente, guardaban silencio, oraban muchas horas, velaban y maceraban el cuerpo, y todos eran sumamente observantes; y estos fueron los principios de la ínclita órden de Calatrava, de la cual es cabeza la casa principal y fortaleza de Calatrava y su insigne monasterio, sito hoy en diferente punto que el primitivo, que fué de Calatrava, llamado hoy la Vieja, tres leguas distante de la nobilísima é ilustre villa de Daimiel, y así esta como las de Almagro, Manzanares,

Moral, la Calzada, Puerto Llano y Almodóvar, son de las más principales, con otras muchas del campo llamado de Calatrava; siendo todas muy ilustres así por componerse de vecinos muy principales y nobles, como porque son dotados de singular ingenio, piedad y devocion á todas las cosas sagradas, como lo dicen sus magníficos templos, sus monasterios de diferentes religiones, bien dotados y asistidos, y la singular devocion con la Madre de Dios María Santísima, que tienen todos sus habitantes en extremo dados á su culto y al de todos los santos. Despues de haber fundado el abad Raimundo la órden de Calatrava, viendo toda aquella provincia asolada y sin habitantes por las crueles armas de los moros, trató de poblarla y llevó habitadores de varias provincias de España, y especialmente de Navarra trajo muchos labradores y otros hombres entendidos en la agricultura y en las labores del campo, y dividió entre ellos los pagos y posesiones para que las cultivasen y levantasen nuevas poblaciones, extendiéndose en aquel tiempo el dominio de Calatrava mucho más que en los presentes, y comprendiendo muchas ciudades, villas y fortalezas insignes, desde las Navas de Tolosa hasta Orgaz, por espacio de veintiocho leguas de longitud y casi otras tantas de latitud. Tambien hizo traer muchas cabezas de ganado mayor y menor, siendo la tierra muy á propósito para su crianza, debiéndole toda aquella tierra este sobre los demás beneficios dignos de eterna memoria. Finalmente, despues de haber extendido su Orden y conquistado á fuerza de armas muchas ciudades y pueblos con sus fortalezas, admirando el mundo el valor de un pobre monje, cansado y viejo, trató de retirarse del ruido de las armas y eligió para ello á la villa de Ciruelos, seis millas de Toledo, perteneciente á los límites de Calatrava. Allí hacia una vida angélica, dado todo á la oracion y contemplacion, aguardando el dia de su muerte. Le acometió una grave enfermedad, y habiendo recibido los santos sacramentos, dió su alma santa al Señor, año de 1163, habiendo gobernado la órden de Calatrava, que fundó, seis años. Diéronle sepultura en la dicha villa, asistiendo los caballeros y monjes de Calatrava llorando la pérdida de tan gran padre, y despues obró el Señor tantos milagros en él, que edificaron un templo á su nombre, adonde le colocaron y acudian todos con sus enfermos y en sus necesidades, alcanzando salud y remedio por su intercesion. Y en particular en viéndose amenazados de tempestades y tocando las campanas cuyas cuerdas caen sobre su sepulcro, luego les concede Su Majestad serenidad. Estuvo allí el venerable cuerpo muchos años, y ni los monjes cistercienses, ni los caballeros de Calatrava, pudieron sacarle de allí, defendiéndole los vecinos con todas sus fuerzas, hasta que en el año de 1468 el Dr. D. Luis Nuñez, arcediano de Madrid, le sacó de aquella iglesia contra la voluntad de los vecinos de Ciruelos, y lo trasladó al monasterio de la

congregacion del Cister, llamado de Monte Sion, cerca de Toledo, en virtud de bula de la santidad del papa Paulo II, y fué colocado al lado derecho del altar de la capilla de nuestra Señora que el mismo arcediano edificó. Despues fué puesto en una capilla pequeña que se edificó, y fundó dedicada al mismo Bto. Raimundo, y allí se renovaron los antiguos milagros, principalmente en tiempo en que molestó á los vecinos de Toledo una penosa enfermedad para la cual no hallaban remedio, y recurriendo al Santo y bebiendo agua que hubiese tocado aunque fuese una mínima parte de su cuerpo, sanaban. Un lego de Monte Sion tenia en la cabeza una inflamacion y superfluidad de carne con grandísimos dolores, y untándose con aceite de su lámpara, sanó milagrosamente. Su santo cuerpo se muestra algunas veces y despide olor suavísimo que excede á todos los artificiales de la tierra. Don García Lopez de Padilla, maestre de Calatrava, le pidió deseando llevarle á su monasterio de Calatrava, y no lo pudo alcanzar de los monjes aunque les ofrecia grandes rentas y riquezas. Le permitieron edificar una bóveda y arco de alabastro de maravilloso artificio, dentro del cual al lado correspondiente al sepulcro puso dos imágenes de los PP. S. Benito y S. Bernardo, año de 1485, y puso en él una inscripcion por la cual consta quién la edificó. Finalmente, el Rdo. P. Fr. Marcos de Villalba, que fué abad de Fitero, despues de haber sido general de la Congregacion, varon de grandes virtudes en vida, y de quien se refieren milagros en muerte, trasladó el cuerpo del Bto. Raimundo al presbiterio de la capilla mayor, al lado de la epístola, en un rico sepulcro y hermosamente labrado, y en una arca dorada le puso elevado sobre él con el epitafio siguiente:

Hic requiescit Beatus Raymundus, qui fuit Cisterciensis Monachus, et Fiteri primus Abbas. Cujus Deus meritis quamplurima miracula patrat. Qui Sancti Regis permisu á Mauris Calatravam tutavit, ejusque Ordinem militarem instituit. Obdormivit in Domino anno 1163. *Ipsius huc Sacra fuere Cypsana translata anno* 1590.—A. L.

RAIMUNDO ó Ramon de Raymundis (V.), presbítero natural de Cremona. Era arcipreste ó párroco de Soucino, villa de Lombardía, á siete leguas de su patria, cuando invadido aquel territorio de una terrible epidemia, falleció víctima de su ardiente caridad y celo en 1528. Habíase distinguido mucho por su vida ejemplar y austera, en que manifestó todo género de virtudes. Dióse tambien á conocer por sus no vulgares talentos para la poesía, por lo que mereció los elogios de Musconi, y en particular del célebre Daniel Cayetano, que en sus poesías manuscritas le dedica segun Marangoni el siguiente elogio:

Florescit Raymundus, evirescit

:

Doctrina, studio latinitatis
Aspectus gravitate, sanctitate,
Omni denique parte perbeatus etc.—S. B.

RAIMUNDO. Este cardenal del siglo XII fué nombrado por su saber el *Maestro* y el *Escritor apostólico*. Adriano IV le creó en 1158 cardenal diácono de Sta. María *in via Lata*, y despues su legado en España. Se adhirió, segun Moroni, al cisma del antipapa Victor V; pero reconociéndose, volvió á la obediencia del verdadero pontífice Alejandro III. Murió este príncipe de la Iglesia el año 1164.—C.

RAIMUNDO XXXIX, obispo de Barcelona, sucedió en esta dignidad á Bernardo, segun Gerónimo Paulo en su catálogo, donde le pone en el número XXX. Diago dice que ocupaba ya esta silla en 1190, y gobernó diez años la iglesia de Barcelona, pero esto no se halla probado por ningun instrumento. Consta, sin embargo, del archivo de la iglesia de Barcelona que era obispo por los años 1190, 1191 y 1192, y Aymerich vió un autógrafo en el palacio episcopal en que se dice que Raimundo era obispo de Barcelona en 1196, y por último en Diciembre de 1197 segun consta de dos documentos que se ven al fin de las antigüedades de la iglesia de Barcelona. Pero estos documentos se refieren á dos obispos de un mismo nombre, entre los que se halla uno de los Poncios, que gobernaron aquella iglesia.—S. B.

RAIMUNDO XLI, obispo de Barcelona, sucedió á Poncio; algunos autores le confunden con otro Raimundo, que fué antecesor de Poncio, pero equivocadamente, como se deducirá de sus artículos respectivos. Tomó parte Raimundo con los demás obispos en el escrito hecho y promulgado en Gerona en 1197 por Pedro, rey de Aragon, y su hijo Alfonso, en que manda á sus ministros que hiciesen salir de sus reinos á todos los herejes, principalmente á los valdenses ó pobres de Lyon, imponiéndoles la pena de la pérdida de sus bienes y otros castigos corporales, si permaneciesen en las provincias de su reino despues de la dominica de pasion, cuyo edicto fué publicado por el rey aunque con sujecion á los cánones de la santa Iglesia romana. En el mismo decreto se señalan penas contra los ministros que descuidasen su ejecucion. Balucio, que publicó este instrumento, dice haberle tomado del archivo de la iglesia de Gerona. Raimundo tomó tambien parte en las Córtes celebradas en Barcelona por Pedro, rey de Aragon, poco ántes de pascua de Pentecostés de 1198, en que se sancionaron algunas leyes sobre los matrimonios, con ocasion, segun los jurisperitos, de un pleito que se agitaba en aquel tiempo entre Juan de Monte Judaico y otro ciudadano de Barcelona. Diago da á este Raimundo el apellido de Castelvell, y dice murió el año 1200.—S. B.

RAIMUNDO, obispo de Barcelona. Este prelado lo fué á principios del siglo XII, siendo consagrada por el mismo la iglesia de Sta. María, cerca de S. Miguel Desfay, el 5 de Enero de 1112. En cuya ocasion se colocaron en el ara algunas reliquias de los mártires de Zaragoza, y de los mártires Severo, Julian y Valentin. Púsose con ellas este rótulo en pergamino, en que se hace mérito del obispo D. Raimundo. Dice así: *Hic requiescunt venerandæ reliquiæ SS. MM. Cæsaraugustanorum, et Beatissimorum MM. Juliani, Valentini atque Severi sepultæ per manus vener. Raimundi Barchinon. Episcopi, kalendis Januarii anno Dom. Incarnat. M.C.XII insistentibus ecclesiasticis jam dictæ sedis. Rodlandus Abbas S. Cucuphatis, et Petrus Sacrista, Berengarius Capiscoli, Petrus Eliardi Archidiaconi Sedis Urgellensis, Petrus Ermengandi, Guillermus Giberti, Berengarius Guadalli, et Gerardus Tuita*, y otros que se hallan firmados en el documento citado. Se halló este rótulo en 1611 á 24 de Setiembre, con ocasion de renovar el altar mayor, que era muy viejo.—A. L.

RAIMUNDO, obispo de Maguelona, pertenecia á la casa de los señores de Mompeller, si creemos á Gasiel en su historia de los obispos de esta ciudad, y á los autores de la *Galia cristiana*. El modo que tiene de referir este hecho en la *Historia general de Langüedoc* el P. Vaissette, indica que este historiador no le miraba como exacto. El año del nacimiento de Raimundo nos es desconocido. Gasiel dice únicamente que habia sido dean de Pesquieres, en la diócesis de Nimes, ántes de ser promovido al episcopado. Raimundo fué nombrado obispo de Maguelona á últimos de Agosto de 1129. A su eleccion siguieron algunas turbaciones. Bernardo IV, conde de Substantion ó de Melgueil, que era la cabeza de partido del condado de Maguelona y los señores de este condado la habian tomado por título, no quiso reconocerle; se quejó, segun se asegura, de que el nuevo prelado no habia sido elegido por él, contra el derecho de que habia gozado su familia de hacer estos nombramientos. Tomó las armas y asoló las tierras del obispado. Sábese la oposicion que hizo y los daños que causó por un acta de últimos del mismo año ó del año siguiente 1130. Bernardo hace en ella la declaracion, por la salvacion de su alma y la de sus padres, que ha cometido una injusticia con la iglesia de Maguelona; la promete reverencia y proteccion para en adelante; la hace donativos para reparar el mal que habia hecho; y se obliga y obliga á sus sucesores á dar todos los años el dia de la Asuncion una buena comida á todos los habitantes de Maguelona. El acta se halla suscrita por Guillelmina de Mompeller, mujer de Bernardo, la cual reconoce igualmente los donativos y las obligaciones que contiene. Raimundo aparece como obispo de Maguelona en un acta anterior, que debe ser inmediatamente despues de su eleccion, pues es del mes de Agosto de 1129; es el contrato de matrimonio de Guillermo IV, se-

ñor de Mompeller; le firmó con los arzobispos de Arlés y de Narbona, y los obispos de Lodeve y de Beziers. Aparece con el mismo título á últimos del propio año en un sínodo celebrado en la diócesis de Agda. Es uno de los obispos de la diócesis de Narbona, á quienes dirigió Inocencio II en el mes de Noviembre de 1130 su carta en favor del monasterio de Aniane, uno de cuyos dependientes habia sido asesinado por algunos caballeros de las diócesis que formaban aquella provincia. La carta de este papa se halla impresa en el quinto volúmen de la *Nueva Coleccion de los historiadores de Francia*. Nuestro prelado asistió en la misma época al concilio celebrado en Clermont por Inocencio II. En Octubre del año siguiente asistió al de Reims, y de consiguiente á la consagracion de Luis *el Jóven*, que se llevó allí á cabo por el mismo papa Inocencio y no por Urbano II, como se dice equivocadamente en la *Galia cristiana*; porque en aquella sazon hacia ya treinta años que habia muerto Urbano II. Asistió despues á otro concilio desde Narbona, en que se trató de los males causados á la diócesis de Perpiñan en las frecuentes correrías de los piratas sarracenos que acababan de desembarcar en ella, saqueándola, imponiéndola contribuciones pecuniarias, llevándose cautivos y áun asesinando á muchos de sus habitantes. Existen además algunas actas, que le fueron dirigidas, como la carta del papa Lucio II, en 1144, para la restitucion de los bienes legados á la abadía de Saint-Chaffre, en Velay, la de Eugenio III en 1155, relativa tambien al monasterio de Aniane; la de Adriano IV en 1155, poniendo á Guillermo de Mompeller y sus tierras bajo la proteccion de la Santa Sede, y dos cartas de Luis *el Jóven* en favor de la iglesia de Maguelona. Se le cita además en algunas actas indicadas ó conservadas en la *Galia cristiana* y en la *Historia general de Langüedoc* por el P. Vaissette. Verdale y Gasiel, y siguiendo á éstos autores los de la *Galia Cristiana*, le asignan treinta años, tres meses y doce dias de episcopado. La época de su muerte debe colocarse de consiguiente en el mes de Noviembre de 1159. Todos estos escritores mencionan tambien su liberalidad para con la iglesia de Maguelona, los edificios que mandó reparar ó construir para su uso, otros muchos presentes en libros, cálices y ornamentos preciosos, etc. Pero no es esto lo que debe ocuparnos. Debemos á este prelado estatutos sinodales y reglamentos, que tienen más relacion con el objeto de esta obra. Los primeros fueron dados hácia 1155, y con motivo de una visita general de su diócesis que hizo Raimundo por entónces. Los autores que hemos citado se contentan con recordar la existencia de estos estatutos sinodales, sin decirnos lo que prescriben. Tenemos completo, por el contrario, el reglamento que hizo para un hospital de leprosos fundado por Guillermo VI, señor de Mompeller; el acta tiene el título de decreto, y contiene las disposiciones siguientes: «Todo leproso ó leprosa, *misellus* ó *mi-*

sella (es decir, inficionado de la landre), que quiera ser recibido en la casa, prometerá consagrarse á Dios, servirle y obedecer á los administradores. Nadie podrá ser admitido si se niega á prometer esta obediencia. Si la ha prometido, diez dias despues de su entrada se le preguntará públicamente, en presencia de todos los hermanos, si le conviene su nuevo género de vida, y en caso de afirmativa continuará hasta su muerte, y el dinero que haya llevado quedará irremisiblemente para la casa: si declarára, por el contrario, que no le conviene este género de vida, se le devolverá su dinero y se marchará del hospital.» Raimundo los recomienda despues no hacerse culpables de fornicacion, de robo, ni de rapiñas; evitar la maledicencia, la lisonja y la discordia. Les ordena levantarse incontinenti en cuanto oigan el toque de la campana, dirigiéndose despues á la iglesia en un profundo silencio, rogar allí por sus bienhechores, y terminada la misa volver en el mismo órden y con el mismo silencio á su celda; los enfermos que no puedan ir á la iglesia dirán en particular las oraciones que les haya prescrito el sacerdote. Las prescripciones siguientes son tambien relativas á las oraciones que se los imponen, y las que se les designan para los muertos que hayan dejado alguna cosa al establecimiento ó con los que hayan tenido algun vínculo de confraternidad. Raimundo indica, por último, lo que se debe hacer despues de la comida, durante el dia, en los dormitorios y en el instante en que concluye el sueño. Promete á todos los que observen fielmente estos estatutos el perdon de todos sus pecados, la vida eterna, áun los mismos bienes temporales y la amistad de todas las personas que conozcan su buena conducta. Estos estatutos, tan imperfectos y cortos, no forman, como hemos visto, un gran título de gloria para su autor; pero es lo único que se conoce en la actualidad de Raimundo de Maguelona. Fueron dados en 1138.—S. B.

RAIMUNDO, arzobispo de Tolosa en 1141 y 1148. Asistió al concilio de Reims, y regaló segun Baronio un brazo de S. Eugenio al monasterio de San Dionisio. La *Galia cristiana* cree que este obispo es el elogiado por Pedro el venerable como excelente poeta, á cuyo arte se dedicó cuando era solamente monje.—S. B.

RAIMUNDO (obispo). Era religioso agustino y fué declarado obispo de Eumona ó Euma en un consistorio público celebrado en Febrero de 1425. Tendria unos doce años cuando le enviaron sus padres á comenzar sus estudios. Durante su residencia en la universidad, le sobrevino una enfermedad larga, y tuvo al mismo tiempo una vision que le indujo á prometer á María Santísima que fundaria cinco monasterios. Cuando regresó á su país fué nombrado canónigo y despues arcediano de la catedral de Enma, cuya silla obtuvo poco despues. Entónces fué cuando cumplió su voto y dirigiéndose á un varon docto y piadoso fundó con su ayuda los cinco monaste-

rios que habia prometido. Este religioso, llamado Guillermo, presidió á la fundacion del monasterio de Enma. Dice un escritor que estas ocupaciones no distrajeron á Raimundo de los asuntos políticos; muy al contrario, añade, dominado de violentas pasiones y dotado de un carácter fogoso, queria ejercer un dominio ilimitado; el campo de batalla tenia para él tanto atractivo como el santuario; tomando parte en todas las cuestiones políticas, se declaraba alternativamente en pró y en contra del soberano, y mantuvo guerra abierta contra los principales de aquel país. Sin embargo, en medio de la agitacion mundana por la que se dejaba arrastrar, tenia ciertos rasgos de devocion y no era tampoco inaccesible á la caridad cristiana. Las virtudes de los religiosos causaban en él la mas viva impresion, quiso conocerlos de cerca, á cuyo fin emprendió varios viajes á Francia para conversar con ellos detenidamente. Tomó asimismo la resolucion de retirarse á un monasterio y acabar sus dias separado del mundo en un piadoso asilo; pero antes de ejecutar este proyecto, tomó todavía parte en varios acontecimientos de grande importancia. Poco tiempo despues emprendió un viaje á Roma con el objeto de visitar al papa, á quien habia conocido en el Norte como á legado de la Santa Sede. Murió el pontífice, y habiéndose introducido un cisma en la eleccion del nuevo papa, el obispo Raimundo siguió un partido enteramente contrario al que seguian todos los magnates de su país, de lo que resultó una lucha entre el monarca y el prelado; pero éste sucumbió y se vió obligado á sacrificar parte de los bienes con que habia enriquecido á su iglesia. Esta desgracia le afectó extraordinariamente, alejóse por lo mismo de su país y emprendió un viaje á tierra santa. A su regreso se detuvo algun tiempo en Francia esperando que el resentimiento de su monarca quedase enteramente desvanecido; restituido á su diócesis emprendió la administracion por sí mismo, y aunque de una edad avanzada, sostuvo aún algunas luchas. Sintiéndose, no obstante, fatigado del mundo y que le abandonaban las fuerzas, renunció solemnemente á su iglesia y se retiró á un monasterio que habia elegido para terminar sus dias en el seno de la paz y en el ejercicio de los deberes de la religion. Aunque en los viajes que emprendió y las desgracias que sufrió habia perdido una gran parte de sus riquezas, le restaban medios más que suficientes todavía para hacerse amar por su caridad y beneficencia. Murió en 8 de Setiembre, de edad muy avanzada. —S. B.

RAIMUNDO II, obispo de Frejus desde 1224 á 1247; se hallaba apénas en posesion de su silla, cuando hizo con el preboste de su iglesia algunos estatutos para obligar á los que fuesen elegidos á recibir las órdenes sagradas en el año de su eleccion; estatuto confirmado por Juan, arzobispo de Viena, legado del papa Gregorio IX, el 22 de Setiembre de 1234. El mismo Rai-

mundo ratificó otros estatutos del preboste y del cabildo sobre la residencia, las rentas y las retribuciones de los canónigos.—S. B.

RAIMUNDO (Fr.), monje de la órden de S. Bernardo. Este incomparable religioso era descendiente de ilustre familia, habiendo recibido una esmerada educacion que desarrolló su grande capacidad. Desde su infancia tuvo una decidida inclinacion al estado religioso, cuyas buenas disposiciones no contrariaron sus cristianos padres; así es que fué recibido y tomó el hábito del gran S. Bernardo, con universal aprobacion y plácemes de todos los monjes; en el monasterio continuó sus estudios, y bien pronto dió á conocer hasta dónde rayaba su extraordinaria inteligencia. Fué un religioso ejemplar, muy sobrio, muy dado á la oracion y muy exacto en el cumplimiento de todos sus deberes religiosos, de tal suerte que era muy querido y estimado de cuantos le trataron, por su trato afectuoso, buenas maneras, intachables costumbres é igualdad de carácter. Fué el décimosexto abad de Poblet, á cuyo puesto le condujo su reconocido mérito, y últimamente obispo de Lérida, cuya prelacía desempeñó con el mayor celo en bien de la Iglesia y de la cristiandad. Su muerte ocurrió en el año de 1244, dejando eterna memoria sus altos merecimientos y virtudes.—A. L.

RAIMUNDO (Fr.), religioso de la Orden de la Santísima y Beatísima Trinidad. Era conde esclarecido, pero sugeto muy virtuoso y de mucha religiosidad. Movido al ver la abnegacion y santa inclinacion de Guido, nieto de los reyes de Francia, que llamado por el Señor, recibió como el mayor don que pudiera esperar en la ciudad de Roma el hábito de la Santísima Trinidad, trocando el aparato real, con admiracion de toda Europa, por imitar á Cristo en la pobreza, el conde Raimundo, inspirado por este ejemplo, pidieron él y sus hijos á S. Juan, honra y lustre de dicha Orden, el hábito para el santo convento de Sto. Tomás de Formis en Castilla. Les fué concedido con el mayor gusto y complacencia, y fueron religiosos muy señalados por sus virtudes, aprovechando grandemente en ellas, y siguiendo los consejos y los pasos de su santo padre y fundador.—A. L.

RAIMUNDO ó Widimundo (Fr.), monje Savignaciense de la órden de San Bernardo. Fué un religioso ejemplar de la familia cisterciense, notable por su ingenio y claro talento, por su vasta instruccion y conocimientos. Además era muy señalado en virtudes por su mucha humildad, exacta observancia y grande caridad. Tantos merecimientos no quedaron oscurecidos, pues alcanzó puestos eminentes en la Orden, y terminó sus dias siendo obispo.—A. L.

RAIMUNDO (Conde), religioso trinitario que recibió el hábito en compañía de sus hijos en el convento de Roma, de manos del mismo patriarca y fundador de esta religion S. Juan de Mata, abandonando su casa y estados

por seguir la estrecha regla de la redencion de cautivos, cuyo ejemplo siguieron otras muchas personas de su ilustre clase, lo que da lugar á que el cronista haga las siguientes reflexiones. «Cierta cosa es que Dios no es aceptador de personas, y que recibe en su gremio ignorantes y sabios, ricos y pobres, nobles y plebeyos; y ya sabemos que alguna vez elige para los negocios de mayor gloria al sugeto más humilde en confusion de la soberbia; pero tambien es cierto que en aquella cena tan celebrada en el Evangelio, no entraron los pobres hasta despues de haberse excusado los convidados. S. Pablo dice que Dios no eligió muchos sabios, muchos nobles, ni muchos poderosos; y el decir que no eligió muchos, es insinuarnos que eligió algunos. Estos pocos es indudable que son ejemplo, son crédito, son honra secular del estado eclesiástico y del religioso, y que florece en el mundo con mayor lustre, con mayor estimacion, con mayor crédito aquella religion que en si recibe y mantiene más sugetos nobles y más poderosos; y aunque esta estimacion, crédito y honra sea secular, se refunde mucho en lo espiritual y divino, pues el mismo respetarles el mundo infunde veneracion en todo aquel cuerpo donde viven como iguales. Tiene la nobleza, dice S. Bernardo en su epístola 113, un no sé qué, que siendo todos los buenos iguales para con Dios, agrada á todos más la virtud y la santidad en un noble, que cuando se mira en un plebeyo; pues como los nobles, por si solos, lucen en el mundo, resplandece más en ellos la antorcha noble de la virtud. Confírmase lo dicho con el material ejemplo que siendo los mismos los fondos y lucimientos de un diamante, luce más engastado que cuando fiado en sola su preciosidad, se mira y examina en sí mismo. De la buena complexion y jugosa naturaleza de los árboles, se conjetura la sazon y preciosidad de sus frutos, dice S. Mateo (cap. VII, versículo 12). *Omnis arbor bona bonus fructus facit.* De generosos troncos ¿qué hay que esperar sino fértiles renuevos colmados de copiosísimos frutos? Arduos negocios no son apta empresa de pusilánimes y de corto ánimo; pero los que deben el ser á la grandeza de sus progenitores, en la sangre de sus venas les viene envuelta la innata propension de animosos. Y como entre groseros y ásperos paños se ocultan diamantes de subido precio, no han faltado sugetos de alta suposicion y cercanos á ceñirse coronas, que han buscado seguro puerto en el seminario de varones esclarecidos en vida, doctrina y milagros, logrando colocarse en el sagrado plantel, ya de azucenas y ya de rosas que, producidas al influjo de religioso virginal velo en pureza y austeridad, pasan á ser alhajas preciosas del deleitable jardin del cielo. La tierra de Gesém en medio de Egipto, y en ella la generacion de Jacob, ni se oscureció con las tinieblas, ni padeció las demás excesivas plagas con que castigó Dios la obstinada rebeldía de Faraon en sus pueblos todos. Es el siglo tiniebla, es desli-

zadero, en que falsean los albedríos, y llaman hácia sí la severidad del enojo. *Fiat via illorum tenebræ et lubricum*; Psalm. XXXIV, v. 6.° Pero el puesto que tantos nobles tomaron en la sagrada órden de la Trinidad, donde habita en cabal cumplimiento de su instituto la generacion de redentores, lo que parece tinieblas es luz, que preserva de las caidas y exceptua de los enojos. Es verdad que á los nobilísimos héroes no les salió barata la primera compra ni la segunda de sayal, aunque grosero, que determinaron sustituir á los ricos tahalíes y brocados, de que habia sido pródiga su grandeza; pero mirando ya con desprecio al mundo, con horror al deleite, y con aborrecimiento su blandura, se ciñeron el tosco hábito trinitario. No les salió barato el grosero sayal, porque le compraron á costa de pesadas mortificaciones y costosas penalidades, que en esta religion experimentan sus profesores, sin dar treguas á este silicio ni de dia ni de noche, á manera de la oliva, que nunca muda de hoja: *Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei* (salmo LXXI, v. 10): feliz presagio de la utilidad de sus frutos. Las navegaciones orientales han enseñado á la Europa que la mayor prueba y experiencia de la complexion de los hombres es pasar la línea que llaman equinoccial. En esta mudanza de clima cada uno pierde su cielo, y los que poco ántes vivian en nuestro hemisferio, vienen improvisadamente á ser antípodas, y es forzoso descomponerse tambien la templanza natural. Otros influjos reinan en aquel terreno, de otros aires se hinchan las velas, nuevos y desusados temores son materia al más robusto corazon, como quien desde los palacios, caricias y mayores honras, que puede dar el mundo con viento en popa, descubre sin temor al Océano, las playas de un instituto riguroso, y se conduce intrépido á los promontorios de ásperas mortificaciones, seguramente se le puede alabar de un valor peregrino. Este es el Jano que vuelve rostro á dos mundos, como el antiguo le volvia á dos siglos. Estos son los verdaderos ciudadanos del universo, que las estrellas antárticas no les causan diversidad de influencias, y tan contrarios manjares les sirven de un solo nutrimento, y por hacerse habitadores de todo el mundo, han vivido en cierto modo opuestos á sí mismos. En el tránsito á la religion se prueban sin duda alguna todos estos efectos. Este clima muda súbitamente los influjos, y se varian aquí los elementos y las costumbres, y finalmente se navega aquí por otro cielo. ¡Qué novedad de apariencias! ¡Qué diversas las constelaciones y los polos! ¡Qué improvisas las tempestades y los peligros! Estar cada uno en frontera de sí mismo, y no conocer mayor enemigo que el propio corazon, ser homicida de los sentidos que engendró con nosotros la naturaleza, y aprisionar en cadenas á quien nació libre: ¿no son estas transmutaciones del clima y desconcierto de la constitucion del hombre? Quien pasa esta línea de verdad tiene de piedra las entrañas y de bronce el corazon. Para

ellos carecen de color y belleza las criaturas. El Perú de los tesoros no es más que la necesidad y falta; el mio y tuyo se hacen antípodas, pues aquí viene siervo el imperio de la voluntad. El mundo se trueca por una estrecha celda, y se aprietan con angustias la volubilidad de los pensamientos: estar á un mismo tiempo crucificado á todos los deseos, y no tener pies ni manos sino á las señales de otros; el vestir y habitar de prestado; el sustento y las alhajas medidas con la necesidad de naturaleza; pero si aquí aparecen monstruos, en el Antártico serán dulzuras y deleites. Esta es la mina que á costa de tantos sudores y fatigas descubrieron aquellos generosísimos é ilustres héroes, para que á sus progenitores no les faltase el desempeño á su real sangre, y á la Religion Trinitaria el curioso y lucido ornato de tan ilustres hijos, que no satisfechos con el esplendor de su heredada nobleza, se empeñaron en adelantarse á toda su heróica prosapia en quilates del oro más subido, encendiendo la luz de sus glorias y de sí mismos, renunciando las glorias que ofrece el mundo y á sí mismos por amor de Dios, á quien del todo se entregaron. Conocieron, pues, estos valerosos campeones que las propias obras son las que dan nombre de ilustres, como se lo dijo el Salvador á los que se preciaban del linaje de Abrahan: «Si sois hijos de Abrahan, haced las obras de Abrahan.» *Responderunt et dixerunt ei: Pater noster Abraham est; dicit eis Jesus: si filii Abrahæ estis, opera Abrahæ facite (Joannes*, cap. V, v. 39.) Celebremos, pues, á unos varones que tuvieron galas propias con que adornar su espíritu, y al mismo tiempo enriquecieron á los gloriosos timbres de sus antiguos é ilustres progenitores. Consolábase el antiguo Tulio viéndose de oscuro linaje, con decir que es mejor hacerse que nacer noble; pero de ambas felicidades gozaron la quinta esencia y bondad los héroes de que en este capítulo se hace mencion, pues habiendo heredado tanta nobleza y muy cerca de ceñirse coronas, la adelantaron con el suave olor de sus heróicas virtudes, que entre la nobleza, á quien el Espíritu Santo llama á la religion es muy comun hallarse aquel proverbio: *Aut Cæsar, aut nihil.* Por eso se afiliaban tantos nobles á esta religion por tenerla en predicamento de muy estrecha, sin dejar por esto de estar pobladas otras religiones de ilustrísimos héroes.» A este prólogo corresponden los hechos que el cronista refiere despues del conde Raimundo y sus hijos, que pueden mirarse como fundadores de la Religion Trinitaria por haber sido discípulos de S. Juan de Mata. Observadores de la observancia de esta estrecha religion en sus tiempos primitivos, es decir, cuando se guardaba la regla con el mayor celo y en todo su rigor, estos ilustres varones merecieron el título de dignos hijos de su santo patriarca, y con sus oraciones, penitencias y demás actos de piedad, llenaron el objeto de su recien fundado instituto. Premióles su prelado enviándoles á diferentes fundaciones, y honrándoles con su con-

fianza en el desempeño de varios cargos, que ejercieron con los mejores resultados, llenando las miras del santo fundador, y coadyuvando á un proyecto que vino á extender por toda Europa una religion semejante á la de nuestra Señora de la Merced, que las guerras con los moros habian hecho nacer entre nosotros mucho ántes, pero que, como dilatada por casi todos los reinos y provincias de Europa, pudo conseguir mejor su objeto, y hacer célebre su nombre en toda la cristiandad. Ignórase fijamente la época del fallecimiento del conde Raimundo y de sus hijos. — S. B.

RAIMUNDO DE ACORVO (Fr.), religioso agustino de la provincia de Tolosa de Francia. Fué sacristan, confesor y bibliotecario pontificio hácia el año 1346. Obtuvo diferentes episcopados durante los pontificados de Clemente IV, Inocencio VI y Urbano V, en cuyas cortes residió, retirándose por último á su patria, cuya silla episcopal habia obtenido en 1370, donde murió poco despues.—S. B.

RAIMUNDO ALBERTO (Fr.). Nació este varon ejemplarísimo de la muy noble casa y familia aragonesa y catalana de Romeu y Pueyo. Sus padres vivieron en Cataluña en la ciudad de Barcelona, y fueron los más allegados al infante D. Pedro y de sus más fieles aliados, viviendo el rey D. Jaime, primero de este nombre, su padre. Por el año de 1231 murieron en Francia D. Alonso, conde de Tolosa, hermano de S. Luis, rey de Francia, y la condesa Doña Juana, su mujer, hija de D. Ramon, conde de Tolosa. Habiendo muerto estos príncipes sin sucesion directa por no tener hijos, dividieron sus pingües estados entre varios herederos; instituyendo por heredera universal del resto de los estados de que podian disponer, que eran las tierras y obispados Agenense, Cahors, Albi y Rodez, á Felipa, su sobrina, hija del vizconde Arnaldo Aton y de Margarita, su mujer, estando casada dicha Felipa con Archin Baudo, conde de Pieregord, dándole todo el derecho que pretendia en lo que ella y el conde de Tolosa su padre habian adquirido. Conociendo los de la ciudad y condado de Tolosa lo mal que les estaba el nuevo señor que les daban, y la accion y derecho que tenia á aquellos estados el infante D. Pedro de Aragon, por sus dos tias, hermanas de su abuelo, que murió en su demanda y defensa, llamaron al infante ofreciéndole todo su favor y ayuda. El infante, que era mozo brioso y amigo de novedades, emprendió la jornada, aunque bien á disgusto y contra el parecer del rey D. Jaime, su padre; aunque despues el infante desistió de la empresa, porque le desampararon todos los que le habian valido en la primera ocasion, que fueron los infantes D. Fernan Sanchez, D. Pedro Fernandez y otros muchos ricos hombres, desanimados al ver que el rey Don Jaime desaprobaba la jornada; solo quedó en su compañía D. Alberto Romeu, que hacia el oficio de mayordomo mayor del infante, quien

le trataba y conocia por cercano deudo y pariente suyo. Esta ocasion obligó á D. Alberto Romeu á ausentarse por muchos dias de Barcelona, dejando á Artalda de Pueyo, su mujer, sola y cargada de los cuidados de la crianza de su hijo Raimundo Alberto, que por aquellos años tenia nueve ó diez de edad. Prolongándose y siendo forzosa la ausencia de D. Alberto, y el gran cargo que era para su esposa la crianza de Raimundo, la encargó fiase su educacion en alguna corporacion ó casa recogida, ejemplar y religiosa, acudiendo á lo necesario para su persona y criados. Algo sintió la madre de Raimundo esta determinacion, porque habia sido hijo pedido á Dios con oraciones y lágrimas, despues de alguna esterilidad; pero al fin obedeció á su marido, y hallándose cercano el convento de la Merced, juzgó que allí le tendria más cerca y más recogido; y así tratándolo con el prior y la comunidad, acordaron proporcionarle un aposento y cuarto aparte, para él y sus criados, encargándose de su direccion dos religiosos ancianos y ejemplares; el uno para enseñarle á leer y la latinidad, y el otro para enseñarle loables y santas costumbres. Y aunque el monasterio estaba muy obligado por las atenciones y limosnas de sus señores padres, obligóles más una carta del infante D. Pedro, que envió al intento D. Alberto, su padre, para los prelados, recomendándoselo con la mayor eficacia. Aceptaron los religiosos este cargo y cuidado con sumo gusto, y á los que la obediencia ocupó en este oficio y ministerio acudieron con toda puntualidad á enseñarle. Este fué el principio y camino que hubo para que Raimundo conociese y experimentase el modo de aquella santa y quieta vida, y la cobrase aficion y amor á los religiosos; y á la verdad todo era por traza y providencia divina, que lo iba disponiendo para que resultasen despues grandes beneficios á la religion. Por disposicion de D. Jaime, mandó separar de su hijo muchos de sus allegados y consejeros, tocándole al primero á Alberto Romeu, á quien el Rey mandó que se fuese á descansar á su casa. Mucho le lastimó este golpe, aunque lo disimuló, retirándose á Barcelona en compañía de su mujer é hijo, que ya estaba fuera del convento y en poder de su madre. Alberto Romeu no era tan rico como calificado; y á consecuencia de los sucesos referidos, habiendo venido muy á ménos, acabaron con él sus acreedores, de modo que de rico y temido, vino á ser pobre y no muy respetado. Viéndose en este mal estado, y observando la inclinacion de su hijo Raimundo á la virtud y á las letras, le enviaron sus padres á la universidad de París. Algunos creen que en París estudió las primeras letras, y despues volvió á Barcelona á estudiar la facultad de cánones. Como quiera que sea, aprovechó tan bien su juventud, que de veintiun años mereció el grado de doctor en cánones y leyes. De su niñez y crianza dice el obispo de Jaca estas palabras: «La naturaleza dócil y buena de Raimundo recibia á modo

de cera blanda en muy poco tiempo cuanto allí se le enseñó, y aprovechó mucho así en letras como en buenos ejemplos que de los religiosos aprendió. Comenzó aquí á ayunar las sextas ferias, y lo continuó despues con el mismo rigor que los ayunos puestos por precepto de la Iglesia, y á este ayuno añadió despues el de los sábados por honra de la Vírgen nuestra Señora, de quien fué singular devoto. Era niño en los años, pero tal que representaba ya grande asiento y cordura, aficionado á la iglesia, á servir y ayudar á las misas, con grande aseo y policía. Recibian los que le criaban gran consuelo viendo en él indicios del espíritu de oracion, que, como dicen los santos, no es pequeño argumento de santidad, y áun indicio de predestinacion; y aquí aprendió la regla de nuestro P. S. Agustin de coro y buena parte de nuestros estatutos.» Empezó los estudios de cánones y leyes, uniéndose tan bien en él las letras á la virtud, que la naturaleza ayudada del arte hizo en pocos años muchos progresos, milagros y maravillas. En las universidades de París y Barcelona, con no tener sino veinticuatro años de edad, era tanta la opinion y fama que corria en Barcelona cuando estudiaba en París, y en París cuando se volvió á Barcelona, que le ofrecian todas las cátedras que iban vacando; pero aunque el humano ingenio, cuantos más aumentos tiene, mayores los busca, con todo eso era tan compuesto y cuerdo Raimundo, y encubria lo que sabia con tan grande prudencia y modestia, que siempre se preció y honró más del buen exterior y de la vida virtuosa y ejemplar, que de la agudeza del ingenio que en él se conocia. Los padres, deudos y amigos no pudieron recabar de la humildad de Raimundo el que pretendiese y adoptase las cátedras con que le brindaban, porque confesaba ser una cosa de grande inquietud para el sosiego del alma que él buscaba; pero consintió en graduarse de doctor en ambos derechos. Despues de graduado, comenzó á retirarse á escribir algunas cosas sobre los sacros cánones. Conociendo, por fin, Raimundo, que de la vida universitaria se le habian de seguir graves inconvenientes contra la paz y quietud de su inclinacion, se retiró á la casa de sus padres á Barcelona, despues de haberse graduado tan jóven, que aún no habia cumplido veinticuatro años. Luego que sus padres tuvieron el placer de verle tan mozo, galan, docto y graduado con tan grandes partes y prendas, desearon, particularmente su padre, ponerle en estado; aunque el santo mozo habia estudiado á disgusto suyo la facultad de leyes odiando las audiencias y áun á los mismos letrados, escribanos, procuradores, etc., abominando todo género de pleitos; á pesar de todo se le presentaron varios casamientos ventajosos, si bien es verdad que en ninguno convinieron; pero el demonio, habiendo descubierto en las santas inclinaciones de Raimundo, que su ánimo era de perseverar en el don de castidad, trató de pelear contra él con

el vicio opuesto á esta virtud. Conociendo el demonio que cierta doncella, parienta del santo mancebo, se le habia aficionado mucho (pues que era muy agraciado), comenzó á poner leña á este fuego y á fomentarle con tantos incentivos, que la doncella, aunque principal y muy señora, con color de parienta, pues lo era cercana, procuró verle y visitarle á menudo. Resistió el valeroso y animoso mancebo por muchos dias, y como la mujer despreciada es un desbocado caballo sin freno, sin respeto á su estado y calidad, se postró á los pies de los padres, y con lágrimas de mujer apasionada, manifestóles era caso de conciencia por razon de estado, tanto que los padres convinieron en darla por marido á su primo Raimundo. En seguida llevaron el asunto con tantas veras y calor, que únicamente faltaba la voluntad de Raimundo para efectuar el casamiento; el cual, como tenia tan diferentes propósitos, y tomar el santo hábito, como luego se vió, acudió á Dios con muchas lágrimas para que le librase de una tentacion y peligro tan terrible; y habiéndose prevenido con las armas de la oracion, volvió delante de sus padres con ánimo intrépido y valor cristiano para resolverse y descubrirles su intento, que era vivir y morir religioso. Admirados quedaron sus padres de su resolucion, y se dilató el tomarla por algunos dias, aunque últimamente despues de muchas juntas y pareceres, acordándose sus padres de que habian pedido este hijo á Dios, se determinaron á darle la licencia que les pedia para ser religioso, y con ella su bendicion, tratando de poner en ejecucion sus deseos. Habiendo acordado, segun voluntad de Raimundo, el tomar el hábito en el convento de Mercenarios de Barcelona, y así se resolvió, siendo acompañado por todos sus deudos y parientes. En la hora de vestir el hábito, hizo una de las obras más heróicas que jamás se leyó ni supo de hombre que viniese del siglo á la religion; en presencia de todo el pueblo que habia concurrido, dijo á sus padres, que diesen la parte que le tocaba de su herencia á los pobres, y particularmente á los cautivos que estaban en poder de los infieles para que los pusiesen en libertad. Y luego, despojándose de sus propios vestidos y vistiéndose los de la Orden, dió los suyos á las personas más pobres que se hallaron presentes. El tiempo del año de su probacion, ó la mayor parte, gastó en perpétuas vigilias, no solo ayunando, como ayunaba los más dias de la semana, sino pasando en continua oracion lo más de la noche. Sus coloquios y pláticas eran con la Reina del cielo, su gran madre y patrona. Con la oracion y el ayuno vino á alcanzar, en el año del noviciado, grandes victorias del demonio, triunfando siempre de sus malas artes, que trataban de disuadirle de la perseverancia en el propósito comenzado; pero una vez le puso en grande aprieto. Estaba una mañana el humilde y observante novicio solo, cerca de la portería, barriendo, que es en lo que entónces más le ocupaba la obediencia, y sin saber

cómo, se halló junto á sí aquella prima suya que deseaba casarse con él, la cual llorosa se arrojó á sus pies, y áun le echára los brazos al cuello á no resistirlo el santo mancebo, y empezó á darle quejas de su desvío, y de la dureza de su corazon, pues que tenia en sus manos su honra y reputacion. Tentacion fué esta terrible, y que puso en tan cruel trance al santo mancebo, que á no socorrerle el Señor tan de veras, le hizo titubear y salir de sí, pero signándose con la señal de la cruz repetidas veces, y conociendo eran sugestiones del enemigo de su alma, á quien habia conocido, le dijo: «Ponzoñosa serpiente, huye y vuélvete al lugar de tus tormentos, porque en lo que has manifestado he conocido quién eres. En seguida desapareció la vision con grande estrépito y rúido. Llegaron á este tiempo dos religiosos y le hallaron sudando y casi desmayado. Calló y disimuló lo ocurrido, que con el tiempo hubo de manifestarlo obligado de la obediencia. Raimundo sacó de provecho en esta refriega y encuentro, que de allí adelante fué más contínuo y perseverante en la oracion, y vivió con más vigilia y recato, yéndose todos los dias delante de la imágen de nuestra Señora, que estaba en el oratorio del noviciado; y allí, postrado de rodillas y cubierto de lágrimas, oraba con el mayor fervor. Así pasó el año de noviciado ejemplar y aventajadamente, hasta que llegó el tiempo de su profesion, que conocida su humildad y perfecta obediencia, fué admitido á ella con universal contento y aplauso de todos los religiosos. Iba caminando Raimundo en la vida de la obediencia, siempre con tantas mejoras, que jamás se reconoció en él ni descuido ni desmayo; alentábase con los que veia fervorosos, y era espuela y aguijon para los perezosos y descuidados, sobresaliendo tanto sus virtudes, que se atrajo las miradas de toda la comunidad, y no habia quien no le amase y estimase. En los oficios de humildad era el primero, y allí no solo obedecia, pero rogaba que le ocupasen. En los lugares aventajados y ocasiones públicas, siempre se quedaba el último, confesando su indignidad é insuficiencia, y así rogaba que le excusasen. Como la Religion vió á Raimundo Alberto tan consumado y perfecto en todo género de virtudes, no reparó mucho en las pocas canas, viendo la madurez de su prudencia y la sazon de su cordura, y así anteponiéndose ésta á sus años, le hicieron los prelados maestro de novicios. Mas como él se viese cargado de cuidado tan grande, empezó á multiplicar los ayunos, oraciones y disciplinas, pidiendo á Dios y á su Madre favor, luz y sabiduría para cumplir con la nueva obligacion en que la obediencia le habia colocado. Todos los dias, cuando estaban reunidos, les hacia devotas pláticas espirituales, y traia antiguos y verdaderos ejemplos que les sirviesen de doctrina, y para que los mismos novicios entre sí se ejercitasen, escribió algunos tratados de la resignacion de la propia voluntad y de su importancia. Otro tratado les escribió acerca de la obe-

diencia y las condiciones del verdadero obediente, y más dos tratados particulares, que el uno se llama *Horas de recreacion honrsta*, y el otro *Advertencias para la oracion*, de cuyas obras se sacó siempre notable fruto, como se vió el efecto que hizo su leccion en las almas. En su boca jamás se vió palabra ni razon que no fuese sustancial é importante; y así las más de las que decia, eran todas como unas sentencias y proverbios espirituales importantisimos. Así es que se notaba en ellos que hasta en las palabras era este varon santo tan medido y tan modesto, tan ejemplar y tan fructuoso, que siempre se conservó memoria de sus sentencias, por cuyas virtudes á todos se hizo amable, y de todos era reverenciado y tenido en lugar y grado que se debia á sus santas y religiosas palabras, y á sus loables y ejemplares costumbres. El ordinario y continuo estudio de la Sagrada Escritura, facilitó al siervo de Dios Fr. Raimundo, el sobresalir y ser consumado en el púlpito, en el cual consiguió tan grande fruto, que los que le oian, confesaban que hablaba con el alma de cada uno, y así se sabe que pocas veces predicaba que no hubiese alguna particular conversion ó alguna mudanza de vida en alguno de los oyentes. La virtud trae consigo ser envidiada, y así lo fué de muchos Fr. Raimundo, mas aunque algunas veces oia murmurar de sí, lo llevaba con grande paciencia, disimulando y haciendo que no veia ni oia; esto era cuando murmuraban de él, mas cuando lo oia de otros, se retiraba de la conversacion si no bastaba reprenderlos, porque fué muy enemigo de todo género de murmuracion, como aquel que sabia que este vicio es aborrecible á Dios y á los hombres, y es cuchillo cuya herida, si no lastima el cuerpo, atraviesa el alma, tanto más cuanto ménos temibles son las manos de quien se recibe, que á veces es el más amigo y más obligado. No pudo sufrir el demonio la paz en que vivia el Sto. Fr. Raimundo, y así procuró su desasosiego con tomar por instrumentos á algunos de estos envidiosos que con excusa del bien, decian convenia honrar á sugeto tan principal, tan ejemplar y tan docto, y con este motivo instaban para que le enviasen á algunas redenciones, pero á espaldas suyas decian en otro sentido que se enseñase á trabajar, y supiese lo que era cumplir el cuarto voto que habia profesado, y que yendo á hacer alguna redencion y rescate, experimentase los trabajos de los caminos, el peligro del mar, las malas palabras y ruin tratamiento de los infieles, y otros trabajos y peligros que trae consigo el ir á redimir. Así era que los émulos y envidiosos de Raimundo no deseaban que fuese promovido al oficio y puesto de redentor en su bien y aumento, sino que creian que por esta via le inquietarian y molestarian, y quizá estando tan delicado y con pocas fuerzas, ó se moriria en el camino, ó le matarian los infieles por disputar ó predicar, como era tan zeloso de la honra de Dios y del bien de las almas. Pero se engañaban en sus cálculos, porque Raimundo nunca desdeña-

ba ningun género de trabajo, y cuando llegó á su noticia su nombramiento para aquel santo objeto, calló y obedeció, y fué en diferentes ocasiones á cuatro redenciones, dos al reino de Granada, donde se sacaron doscientos ochenta cautivos, y dos á Berbería, donde se sacaron de Tetuan, Fez, Marruecos, Tremecen y Argel más de trescientos, en todas las cuales se portó tan cuerdamente, que alcanzó nombre de varon sagaz y de maduro acuerdo áun entre los mismos infieles. Y para probar que además de su santidad y virtud era discretísimo y prudente, bastará el saber lo que le ocurrió con un alcalde de Tetuan. Llevaba entre otras cosas Fr. Raimundo para hacer el rescate, ciertas joyas de oro y piedras de valor, deseó verlas el alcalde para dar algunos esclavos en ferias de ellas. Se las mostró el siervo de Dios con mucha llaneza y cortesía; el alcalde queria quedarse con ellas por desigual é inferior precio de lo que valian, dando por ellas pocos esclavos, y esos viejos y enfermos. Viendo Fr. Raimundo que ya las tenia el alcalde en su poder no queriendo devolverlas, le dijo: que si tanto gustaba de aquellas joyas, deseaba agradarle y satisfacerle, pero que habian de tratar como dos mercaderes iguales, y que las joyas valian dos tantos más de lo que daba por ellas, y así como él debia obedecer á su deseo, al mismo tiempo debia honrarle á él como religioso forastero, y que como tal queria portarse ofreciéndoselas franca y liberalmente sin ningun interés, pero que advirtiese que para honrarle, debia enviar á su religion testimonio, para que siempre que se ofreciese algo en su país, quedaba obligado por este servicio á mostrarse agradecido en cuanto ocurriese. Admiróse el alcalde de ver tanta magnificencia unida á tan gran prudencia; mandando pagarle las joyas por su verdadero valor, dándole además de agasajo los esclavos que él señalase. Premió Dios con larga y liberal mano los trabajos pasados en tantas peregrinaciones, con los rescates y redenciones referidas, llevándole por unos dias donde viviese tan quieto y sosegado que nadie se acordase de él, dejándole en su celda vivir y tratar consigo mismo, sin la compañía de los hombres, pudiendo gozar de la del Señor. Pasó algunos dias como viene dicho en esta soledad, quietud y silencio el santo Raimundo Alberto; pero no tardó mucho en mudarse esta vida y estado, porque viendo la Orden tantas excelencias en este varon santo, y habiendo muerto en aquel tiempo el venerable varon Fr. Domingo de San Pedro, sexto comendador ó prior de Barcelona, de comun acuerdo y consentimieuto de todos los religiosos, así caballeros como sacerdotes, fué electo en comendador y prior de Barcelona y prior general de la Orden, principio y escalon para hacerle de séptimo prior octavo maestro general; y segun los anales de la Orden fué diez años prior de Barcelona desde el año de 1307 hasta el 17 en que fué electo maestro general. Tomada posesion por Fr. Raimundo Alberto del oficio de priorge-

neral, duró en él hasta los tiempos en que gobernaba la religion el maestro general Fr. Arnaldo Rosiñol, el cual sintió que el rey D. Jaime el II conociese el valor en letras y virtud de Fr. Raimundo Alberto, porque consultándole el Rey, llegó á amarle entrañablemente, teniendo al mismo tiempo presente su nobleza y la privanza que tuvo su padre Alberto Romeu con su abuelo el gran rey D. Pedro, produciendo su trato y comunicacion el aficionársele tanto, que no le dejaba un punto; pero como el siervo de Dios estaba tan lleno de ocupaciones y pensamientos del cielo, le divertian poco los de la tierra, y sus pretensiones y favores, ántes le eran penosos; y como el Rey remitia muchas personas graves al convento para comunicar con Fr. Raimundo sobre los negocios más importantes, así tocantes al Rey como al reino, estaba de continuo la casa convertida en una hospedería de caballeros, y se padecia notable inquietud y desasosiego, y quien más la sentia era el mismo prior general, como quien tanto amaba el silencio, soledad y quietud; le traia este desconsuelo afligidísimo, deseaba el remedio, y no sabia cómo hablar con el Rey y los demás caballeros acerca del particular con el respeto debido y claridad; pero últimamente encomendándolo á Dios, y tomando resolucion de lo que pensaba hacer, un dia entre otros en que el Rey honró con su presencia la casa y monasterio y visitó particularmente al santo Raimundo, este le regaló y hospedó como supo, pero á solas le manifestó, que si además de las mercedes recibidas por los religiosos de su soberano, mereciesen una gracia nueva que queria suplicarle, quedaria él y el convento todo agradecido y obligado para siempre. El Rey le ordenó hablase claro, pues sabia queria complacerle; entónces le pidió, de que alli en adelante sus cortesanos y palaciegos no se hospedasen más dentro del monasterio, porque inquietaban á los religiosos, y eran causa de distraerlos de su sosiego y quietud ordinaria. Admiróse el Rey de la extraña peticion, edificándole notablemente la humildad del que se la hacia. Accedió á la súplica, pero con la condicion de que no se habia de excusar en las ocasiones en que tendria necesidad de su consejo y parecer. En el año 1316 estaban en guerra el rey Roberto de Nápoles y el rey Fadrique de Sicilia, en tiempo de la elevacion al pontificado de Juan XXII, y deseando el rey D. Jaime procurarle la paz, envió con este objeto de embajador á D. Pedro Fernandez, señor de Hijar, acompañado de muchos caballeros y señores y segun algunos, tambien de muchos soldados y gente de guerra, y para las cosas tocantes y concernientes en materia de conciencia, envió á Fr. Raimundo, el cual con licencia del maestro general aceptó este cargo y ocupacion. Fué á la embajada, y como se detuviese algunos dias en la ciudad de Nápoles, y predicase algunos sermones, y disputase con los hombres doctos y versados en los derechos divinos y humanos, comenzó á agra-

dar y aficionar tanto á todos, no solo con sus letras, sino con su inculpable y ejemplar vida, que le amaban y procuraban granjear su amistad. En estas ocasiones se ofreció proponer una vez en público al rey Roberto de Nápoles la importancia de la paz, principalmente entre los príncipes cristianos, y esforzó tanto la fuerza y verdad de sus razones, pudiendo tanto con el rey de Nápoles lo que el santo Fr. Raimundo le dijo, que se inclinó á hacer las paces, aunque despues no tuvo ejecución tan saludable intento. Poco satisfecho el santo varon por la inutilidad de sus esfuerzos y diligencias, se volvió á España, contentándose con mandar al rey D. Jaime la bula del nuevo pontífice Juan XXII, en que habia hecho á la iglesia de Zaragoza metrópoli de las de Pamplona, Calahorra, Huesca y Tarazona. Volvió á su convento y á ejercer su oficio de prior general, como ántes, y á la quietud de su celda, cuando daban lugar las ocupaciones de su oficio, no desvaneciéndole ni mudándole de aquella su primera humildad los favores y mercedes que los más de los príncipes y reyes de la cristiandad le hacian; y particularmente el mismo pontífice, porque de lo que más se preciaba era de ser humilde y agradable, y honrarse del mismo desprecio que él hacia de sí mismo. Pero á pesar de su retraimiento no podia excusarse en muchas ocasiones de que le llamase y consultase el Rey, que fiaba tanto de su gran entendimiento y cordura, que en cualquier causa grave y de consideracion se la comunicaba y queria saber su dictámen; de tal suerte que su sabiduría y modo de conducir los negocios influyó poderosamente en la terminacion de las reyertas de los dos reyes de Francia y Aragon; confesándose el rey D. Jaime obligado y bien servido de Fr. Raimundo Alberto, ofreciéndole nuevas mercedes en sus reinos, á todo lo cual respondió como otras veces con su acostumbrada humildad y desengaño claro y cierto que tenia de las pretensiones y honras de esta vida. Hecho ya maestro general, se volvió al convento de Barcelona, y aunque era el superior en la Orden, vivia como si fuera el más humilde discípulo de todos, y más nuevo hijo, cumpliendo con la doctrina de Cristo en el Evangelio; preciándose más de siervo de sus hermanos, que de señor de sus hijos, haciendo una vida ejemplar y santísima con que tenia admirados á todos y con harto desconsuelo del enemigo de las almas. Entró la primavera del año 1318 y por la pascua del Espíritu Santo mandó convocar en igual época capítulo general en Barcelona, y en él dispuso que todos los capítulos generales se celebrasen de allí adelante y determinó el modo que se habia de tener en la obra de redimir cautivos, fin principal del instituto de la Orden; y por último reformó sus constituciones. Y ántes de pasar adelante será bien el hacer referencia del orígen, progresos y terminacion del gravísimo, enconado y prolongado cisma que hubo durante la existencia del santo Raimundo Alberto, á quien autores

y cronistas posteriores conocen con el nombre de Ramon Albert; cisma que supo conducir y llevar á feliz término este eminente y grande varon, esclarecido religioso, prez y honra de la religion mercenaria. Para hacer un conciso relato de aquellos notables sucesos, seguiremos paso á paso lo que sobre él dice el cronista religioso de la órden de S. Cecilio; el cual con mucha copia de datos hace resaltar en estos acontecimientos el sobresaliente mérito y santidad de Fr. Raimundo ó Ramon Alberto. Por muerte del general Fr. Pedro Forniche, el prior de Barcelona Fr. Domingo Perez, á quien por derecho de constituciones tocaba gobernar la Orden como vicario general, hizo convocar los electores y el definitorio general para la futura eleccion de maestre, señalar el punto donde se habia de verificar y presidirla. Todo lo hizo sin atender á las injustas reclamaciones de Fr. Arnaldo de Amer, ni hacer caso de su generalato. Mandó congregar los vocales en su convento, como era costumbre, y habiendo acudido todos los de su obediencia, que fueron muchos, procedió á nueva eleccion de maestre, que se hizo con mucha conformidad, á 15 de Junio del año de 1302, recayendo la eleccion en la persona de Fr. Raimundo ó Ramon Albert por sus relevantes méritos y virtudes que le granjearon la unanimidad en la votacion. Esta eleccion dió principio á contiendas ya amortiguadas. El procurador general de la Orden, luego que fué avisado cómo Fr. Ramon Albert habia sido electo por general, pidió al Romano Pontífice su confirmacion apostólica, que la dió á 17 de Setiembre del mismo año. A pesar de esta confirmacion, el procurador de Fr. Arnaldo, que permanecia en Roma, apeló á Su Santidad de esta eleccion y de su confirmacion, haciendo nuevas instancias para que la causa se remitiese á España. Oyóle el pontífice Bonifacio, y sin embargo de lo hecho, cometió este negocio al cardenal de Monteflor en 9 de Junio del año de 1303. Entre tanto el mañoso Fr. Arnaldo procuró ganar los conventos sujetos á su obediencia y otros de la corona de Aragon, cuyos comendadores, por ser legos, pretendian debilitar el derecho de Fr. Ramon Albert. Asegurados los conventos de la faccion rebelde, y granjeados otros, aunque pocos, por medios poco nobles, volvió Fr. Arnaldo segunda vez á Castilla, á cuyo rey D. Fernando el IV fué siempre muy acepto por el apoyo que tenia en los mayores señores del reino, instados por deudos suyos religiosos de la Orden. El Rey le recibió con mucho agasajo, y se encargó de defenderle como lo hizo, no permitiendo que la parte contraria tuviese mano y entrada en esta provincia, y dándole cartas para el Pontífice, en que encarecidamente le suplicaba le confirmase en la dignidad, porque todos los conventos de sus estados se lo pedian, salvando de este modo el inconveniente de andar los religiosos divididos dando malísimo ejemplo. Con este poderoso influjo, el pontífice Bonifacio se vió obligado á no desfavorecer

del todo á Fr. Arnaldo, á quien tan claramente patrocinaba un rey tan poderoso; y así lo acreditó el suceso, porque no obstante la confirmacion absoluta que un año ántes habia dado del generalato á Fr. Ramon Albert, despachó nueva sentencia ó mandamiento en que daba facultad á Fr. Arnaldo Amer para proceder contra los religiosos de la Orden que no le obedeciesen; dando por razon del nuevo decreto, que lo hacia así *para evitar la vida licenciosa de algunos frailes, é impedir la libre licencia que se tomaban de vaguear de unas partes á otras:* con todo eso por no desautorizar ni humillar á un sugeto tan grande y benemérito como Fr. Ramon Albert, le dejó con el título de prior general, que viene á ser lo mismo que vicario ó lugarteniente del maestre en sus ausencias y en la sede vacante. Tocaba ántes este oficio á los priores actuales del Real convento de Barcelona, y el Pontífice en esta ocasion lo desmembró, pareciéndole convenia así para la comun quietud y mejor gobierno de toda la familia. Visto por Fr. Ramon Albert el nuevo decreto apostólico, luego sin más exámen le obedeció, y en su cumplimiento dejó sin repugnancia el título y ejercicio de maestre; no obstante que todos los religiosos de la obediencia, que era la mayor y mejor parte de la Orden, le procuraron ir á la mano. Le propusieron lo primero la fuerza que tiene el justo poseedor, como lo era, mayormente estando con resguardo del Pontífice, que hacia tanto tiempo habia alabado y confirmado su eleccion. Lo segundo era que no sabia con certeza si aquellas letras eran verdaderas, porque muchos afirmaban ser subrepticias y haberse alcanzado con falsa informacion del hecho y del derecho. Lo tercero, que habiéndose notificado la bula primitiva de su confirmacion á su competidor, la habia resistido, y manteniéndose en el oficio con solo haber interpuesto apelacion á la Sede Apostólica, podia él con mayor justificacion hacer lo mismo en caso que las letras fuesen verdaderas. Lo cuarto, que dejando él en el momento el oficio á la primera notificacion, quedaban expuestos todos los que le habian seguido y defendido á la ira del que juzgaba haber salido vencedor. Que qué diria el mundo viendo que despues de pleito tan reñido, con solo un decreto interlocutorio se arrinconase una confirmacion absoluta. Pero ninguna de estas reflexiones pudo con aquel modestísimo religioso, ni impedir que renunciase la suprema dignidad. Le pareció que si pasaba adelante en la prosecucion de su justicia, pasaria tambien la disolucion de los rebeldes á tales términos, que se redujese de todo punto á irremediable, porque en rompiendo los hombres el dique del temor de Dios, entran sin resistencia en sus almas las aguas de los pensamientos temerarios con tanto mayor ímpetu, cuanto ántes estuvieron más represados, y proceden de ellos tales obras que sin dificultad se conoce de quién son hijas. Cesó con esta prudente determinacion por entónces, y quedó como dormido el cis-

ma, que habia durado casi tres años, por lo que el general Fr. Arnaldo, viéndose ya absoluto y sin competidor, comenzó á gobernar la Orden pacíficamente. Aunque entró en el generalato por los medios referidos, usó en su gobierno mayor prudencia y rectitud que al principio se entendió. Hizo muchas diligencias en órden á pacificar los ánimos, y saliera con ello como lo pretendia, si le hubiese durado más la vida. Hallóle la muerte en su convento del Puche por el mes de Enero del año 1308, habiendo gozado de esta suprema dignidad, desde su primera eleccion, seis años, tres meses y algunos dias. Muerto el general Fr. Arnaldo de Amer, revivió el cisma amortiguado más que difunto; porque los legos que le motivaron, mal hallados con la paz comenzada á establecer, luego que supieron su falta, se congregaron brevemente en el mismo convento del Puche, convocados y asistidos de su comendador Fr. Pedro de Alos, como ántes, y sin más autoridad que la suya eligieron por maestre á Fr. Arnaldo de Rosiñol, religioso lego, sugeto de nobleza y autoridad, y muy respetado en toda la corona de Aragon. Era prior á la sazon de Santa Olalla de Barcelona Fr. Ramon Albert, que sucedió en este oficio á Fr. Domingo Perez el año de 1307; y viendo la soltura y proceder de los legos, que sin haber sido legítimamente convocados por él, como por prior y lugarteniente de general en la sede vacante del generalato y por los definidores generales á quienes tocaba por decreto de constitucion llamar y congregar los vocales para la eleccion futura y presidir en ella, se habian congregado por sola su autoridad á elegir suprema cabeza de la Orden y comenzar en ella nuevas revoluciones y escándalos; recurrió por su procurador á la Sede Apostólica á querellarse y pedir remedio de estos desconciertos, ántes que con el tiempo cobrasen mayores fuerzas y se hiciesen irremediables. Gobernaba entónces la Iglesia el santísimo P. Clemente V, y habiéndose informado de la justicia de las partes, aunque le constó de la poca ó ninguna que los legos tenian, le pareció conveniente no exasperarlos por entónces, por no ponerlos en ocasion de que tomasen algun acuerdo, de los que suelen los hombres resueltos y arrestados como ellos lo estaban. Con este fin y con deseo de pacificar la Orden, de quien fué muy aficionado, proveyó un decreto en que para evitar discordias en lo porvenir y no dar motivo para otro cisma como el presente, mandó que Fr. Arnaldo Rosiñol, de cuya persona tenia buenos informes, quedase con el oficio de general supliendo los muchos defectos de su eleccion, y que gobernase la Orden solo en lo temporal por toda su vida; pero que despues de su muerte no pudiese ascender á la suprema dignidad del generalato otro religioso lego, dejándolos excluidos de ella para siempre. Ordenó asimismo que Fr. Ramon Albert, prior actual de Santa Olalla de Barcelona, fuese prior general de la Orden, y la gobernase en lo espiritual como lo habia hecho

desde que Bonifacio VIII le dió esta recompensa del generalato que le quitó, y miéntras el general Rosiñol viviese, y que despues de sus dias se eligiese un solo maestre sacerdote, á quien para siempre en lo porvenir tocase el gobierno espiritual y temporal absolutamente; como todo aparece por sus letras apostólicas dadas en Pistau á 21 de Febrero del año 1308, tercero de su pontificado. Con la fecha de esta bula se apoya el parecer de quien pone la muerte del general Fr. Arnaldo de Amer el año 1307. Con este decreto del pontifice Clemente V pareció dejaba las cosas con algun sosiego; pero con dificultad se apaga el fuego de las discordias civiles, cuando los que le encendieron no quedan de todo punto sin aliento para volverle á resucitar. Quedaron los legos grandemente ofendidos de aquella declaracion en que para siempre los excluian del generalato despues de la muerte de Fr. Arnaldo Rosiñol; pero les sirvió de algun consuelo y esperanza el considerar que muerto el pontifice Clemente, á quien nunca hallaron favorable, descubririan algun camino para ser restituidos en la accion que pretendian haber tenido antiguamente á esta dignidad suprema de que habian gozado desde los principios de la Orden. Por esta causa persuadian al nuevo general coartase cuanto pudiese la jurisdiccion del prior de Barcelona, á quien como prior general de la Orden tocaba el gobierno espiritual de los religiosos y conventos por virtud de las constituciones y del nuevo decreto del Pontifice. Con este objeto le obligaban á celebrar muchos capitulos generales en que establecian ordenaciones muy conformes á su intento; y fuera de ellos el general limitaba de tal modo las acciones del prior, que llegó tiempo en que éste no ponia mano en cosa que no fuese juzgada de los legos por ajena de su jurisdiccion y facultad. Alzóse el general con las provisiones de las encomiendas, dando á legos cuantas vacaban, que eran entónces perpétuas. Además se adjudicó los nombramientos de los redentores, la preeminencia de dar hábitos á legos y coristas, admitiendo muchos de aquellos y ninguno de estos. No se ofrecia cosa por espiritual que fuese en que no se entrometiese con pretexto de que era temporal, y de su fuero, ó en todo ó parte; así era que todo andaba desconcertado y amenazando lamentable ruina en la religion. El prior Fr. Ramon Albert, como hombre prudente y sufrido, y deseoso de evitar notas de escándalo fuera de la Orden, pasaba como mejor podia deseando conservar la paz pública y no llegar á nuevos rompimientos; pero el resto de los sacerdotes, viendo que si esto no se remediaba no llegaria á tener efecto el decreto apostólico, y los legos se harian cada dia más insolentes, acabando de todo punto con la sustancia y crédito de la Orden, le persuadieron muchas veces enviase un procurador extraordinario á la corte romana, que estaba entónces en Francia, para que representadas todas estas cosas al romano Pontifice, alcanzase de él nueva decla-

racion de las cosas singulares que le pertenecia hacer por razon de su oficio; ya que le habia cometido el gobierno espiritual de la Orden. No accedió el prior á este consejo por no dar principio á nuevos movimientos; pero procuró por medios suaves, como hombre santo y sumamente modesto, componerse con la parte contraria y tratar con ella de alguna conveniencia por via de amigable composicion, para que se decidiese lo que á cada uno de los superiores tocaba por razon de su oficio, en conformidad de lo dispuesto por la constitucion de la Orden, y mandado de nuevo por la Sede Apostólica. No le fué difícil conseguir, porque el maestre era de natural blando, suave y pacífico, bien afecto á todo lo que se refiere á concierto y religion de que le alaban comunmente las historias de la Orden; y si hacia algo en que pareciese degenerar de sí mismo, era instado por los legos, que no le dejaban usar de su libertad. Redujo con buenas y prudentes razones á los religiosos malcontentos á venir en los medios propuestos por el prior; y ambas partes comprometieron la causa en un Concilio provincial, que actualmente se celebraba en Tarragona. Nombraron procuradores, sacerdote y lego, que acudieron al Concilio en nombre de ambos superiores, donde fueron muy bien recibidos; y habiendo los Padres allí congregados admitido el compromiso, nombraron por jueces de la causa á D. Guillen, arzobispo de Tarragona, y á Fr. Raimundo, obispo de Valencia, que usando de la judicatura, oyeron el derecho y alegaciones de ambas partes; y con parecer y asenso de letrados y personas graves dieron sentencia definitiva, que fué aprobada por todo el Concilio, asignando la jurisdiccion y potestad que pertenecia á cada uno de los superiores, para que en lo porvenir no hubiese confusion ni motivo de nueva discordia. La fecha de este decreto fué en Tarragona á 18 de Marzo de 1311. Con esta providencia quedaron sosegadas las cosas por algun tiempo, si bien los legos no de todo punto quietos, juzgando no les quedaba más vida que lo que durase la suya al general presente, cuya edad era casi decrépita, y con su muerte fallecian las esperanzas de todos. Procuraban por muchos caminos su conservacion, y pareciéndoles consistia esta en desacreditar á sus contrarios, sacaban á plaza todas las faltas de los sacerdotes, imputándoles muchas falsamente, para desautorizarlos con los príncipes eclesiásticos y seculares con quienes tenian mucha cabida, al mismo tiempo que hacerlos aborrecibles al vulgo. Por otra parte, algunos sacerdotes mozos, poco mortificados y ménos cuerdos, redimian á su parecer su vejacion publicando la desmesura y exorbitancia de los legos, y el extremo de soltura á que habian venido desde que se soltaron al principio de esta discordia; todo en órden á justificar la instancia que hacian para privarlos de toda accion al magistrado supremo de la Orden. Sirviendo unos y otros de instrumentos del demonio para desgajar las ramas de esta oliva de la

religion, y arrancar las raíces de su observancia, y del crédito y opinion con que hasta entónces se habia conservado, para dar con ella en tierra, y desterrarla del mundo con toda ignominia. Pasó finalmente de esta vida el séptimo general de la Orden Fr. Arnaldo de Rosiñol, en su convento de Valencia, á 3 de Mayo de 1317, habiendo tenido el oficio nueve años y unos cuatro meses. Llegó la nueva de su muerte al prior de Santa Olalla de Barcelona, que aún lo era Fr. Ramon Albert, y como vicario general de la Orden en sede vacante, convocó á los electores para la eleccion futura; señalando por casa capitular el convento de Valencia, donde el general falleció, por que no se hiciesen fuertes en él los de la parcialidad contraria, como lo habian hecho en el del Puche en las elecciones pasadas, profanando aquel célebre santuario con la introduccion y prosecucion de cisma tan pesado. Congregáronse en él ciento noventa y cinco vocales el 12 de Julio de dicho año. Tenian entónces voz y voto en los capítulos generales, no solo los comendadores de todos los conventos, sino tambien todos los religiosos profesos que querian acudir á ellos; y los que no acudian estaban obligados á escribir á los mismos capítulos, alegando las razones y causas que tenian para excusarse. Hecha la eleccion y llegados al escrutinio, se halló tener ciento y catorce votos para general el presidente del capítulo Fr. Ramon Albert. Tuvo cinco votos Fr. Domingo Orger, sacerdote catalan, comendador entónces de Tarragona; y cuatro Fr. Juan de Claregat, tambien catalan y sacerdote; sugetos ambos de los más famosos que tuvo la Orden en aquellos tiempos. Los setenta y dos votos restantes eran legos, y con intento de proseguir su cisma é invalidar la eleccion del general sacerdote, se salieron del capítulo ántes de dar sus votos, alegando se les hacia fuerza, y se congregaron en otro convento cerca de Valencia, y nombrando presidente de entre ellos, eligieron unánimes por maestre á Fr. Berenguer de Ostóles. Les quedaba á los legos esta sola diligencia, y como última, y en quien consistia todo el nervio de su pretension, emplearon en ella todo su esfuerzo. Despacharon procuradores á la corte romana, que estaba en Aviñon, y presidia en la Iglesia el papa Juan XXII. Uno de ellos fué Fr. Ponce de Bañez, otro el sobredicho Fr. Ramon de Ostóles, que como versado en la negociacion del Palacio Sacro, é interesado en la defensa de su hermano, entendieron pondria tal diligencia, que tuviese tan buena salida como las otras veces. Alegaron ante el Pontífice su derecho los agentes de los legos, valiéndose del favor de muchos cardenales y prelados, para quien llevaron cartas muy apretadas del rey de Castilla y de otros príncipes y grandes señores de España y Francia; porque como eran todos nobles y de ilustre sangre, tenian deudos y amigos muy calificados que les valiesen. Opúsoseles el procurador general de la Orden Fr. Juan de Claregat, representando su

justicia, y pudo tanto con ella, y con la autoridad y ejemplo de su persona, que no dejó prevalecer á los contrarios. Enterado el Pontífice de todo, y habiendo tomado parecer del Sagrado Colegio, declaró por nulas é inválidas ambas elecciones. La primera, por haberse hecho sin la asistencia de los setenta y dos legos que de ella se apartaron. La segunda, por no haberse legítimamente congregado los que la hicieron, ni tener legítimo presidente; y por haber contravenido á lo dispuesto por el papa Clemente V, que mandó no se hiciese en lo porvenir eleccion de general de la Orden en quien no fuese sacerdote; y por otras muchas nulidades. Hecho esto de su propio motu, y usando de la plenitud de su potestad, devolvió á sí la eleccion, y nombró por Maestre general al mismo Fr. Ramon Albert, con cuya decision no les quedó á los contrarios que alegar, sobre si fué ó no canónicamente electo. Tenia el Pontífice gran conocimiento y noticia de la mucha virtud, observancia, letras, prudencia y celo del servicio de Dios de Fr. Ramon Albert, por haberle tratado en París y oido hablar de él en otras partes, y siempre con aprobacion de su persona y aventajadas prendas. Le encargó sin limitacion todo el gobierno de la Orden en lo espiritual y temporal, constituyéndole única y suprema cabeza de toda la religion, y confirmó en lo demás sin restriccion alguna el decreto de Clemente V, su predecesor, como aparece por sus letras apostólicas dadas en Aviñon á 17 de Noviembre de 1317, segundo de su pontificado. Los legos, aún no satisfechos, resolvieron enviar otra vez á Aviñon á su compañero Fr. Ponce de Bañez, á ver si conseguia mejor resultado que Fr. Ramon. Le socorrieron con dinero y muchos favores: se presentó al Pontífice suplicándole humildemente se dignase oirle las nuevas razones que por su parte militaban y proveyese justicia. Enfadado el Pontífice de instancias tan importunas, le despidió con mucha indignacion, sin quererle dar audiencia. Pero á fuerza de empeño con los cardenales, le salió una vez al paso, suplicándole lo que la vez primera. Le oyó con mejor semblante y remitió su despacho al cardenal de Cahors. Este oyó con mucha atencion lo que Fr. Ponce alegaba en favor de los legos, y mandó llamar al procurador general de la Orden para que propusiese su derecho, como lo hizo, apoyándolo con tantas y tan fuertes razones, que habiendo considerado bien el cardenal la justicia de ambas partes, se inclinó á amparar la de los sacerdotes como mejor fundada. Así lo mostró el efecto; porque habiendo informado al Pontífice y cardenales en consistorio secreto, y representado la sustancia del derecho de ambos litigantes, resultó que el Pontífice confirmase la bula de Clemente V en favor de los sacerdotes, y la eleccion ó nombramiento de general de la Orden que habia hecho poco ántes en la persona de Fr. Ramon Albert, supliendo todos los defectos que en ella hu-

biese, y mandando con penas y censuras que sin contradiccion fuese obedecido como universal cabeza de la religion por sacerdotes y legos en lo espiritual y temporal, y que en los tiempos venideros no fuese electo general quien no fuese sacerdote, todo ello con cláusulas eficacísimas y decreto muy severo. Mediante esta sentencia definitiva alzaron de todo punto mano de su pretension los legos, y viéndose privados de toda accion á la dignidad suprema, y sin esperanza de recuperar la antigua autoridad, que fué muy grande, se fueron acabando poco á poco. Siendo causa su terquedad en cisma tan enconoso, perder su derecho á lo ménos á las encomiendas y otros oficios graves de la Orden, pues la Sede Apostólica no los privó, ni les declaró inhábiles para obtenerlos. Pero viéndose excluidos de poder ser generales, y que los sacerdotes, á quienes tan indignados tenian, eran ya señores absolutos de todo, y que no les habian de dar mano, ni permitir derecho ni jurisdiccion en cosa alguna, por que no volviesen á levantar vuelo con las alas del poder, buscaron camino para salir de esta sujecion. El que muchos de ellos eligieron fué pasar á otras religiones con facultad apostólica, y áun sin ella, como se dirá. Otros murieron en breves dias, acabando su existencia el implacable dolor que sintieron por su derrota; y así en poco tiempo concluyeron los legos, que constituian la mayor parte de esta religion en sus principios. Eran todos nobles, y de aquí dimana la creencia de que esta Orden en su orígen fué militar y de caballería. Posteriormente se admitieron al hábito de legos ó conversos hombres llanos, como en las demás religiones, que no llevaban otro objeto que el de servir á Dios y el de ocuparse en ministerios conformes á su estado y vocacion, y de estos religiosos ha habido innumerables de grande ejemplo y perfeccion de vida. Diez y siete años duró esta pesada contienda, en que recibió la Orden notable disminucion, porque los legos, como señores de todo, consumieron en pleitos las haciendas de los conventos, quemaron y desaparecieron muchos privilegios apostólicos y reales, con otras escrituras de gran interés, como títulos de heredades, posesiones, rentas y derechos que la Orden á la sazon tenia y franquicias de que gozaba, lastimando de todo punto el crédito de la Orden, que hasta el principio de este cisma motivado por ellos, habia crecido extraordinariamente en todo el mundo con el buen ejemplo y obras heróicas de muchos religiosos santos, que hicieron famosos y memorables los principios de esta religion, como consta de las notables alabanzas que de ella publicaron los romanos pontífices en los pocos privilegios que han quedado y salvado del naufragio. Para restaurar tan graves daños procuró Dios á la Orden en estos tiempos muchos sugetos tan famosos en santidad y excelentes en celo de su mayor honra y gloria, que acabado el cisma pudieron en breve tiempo restituirla á su antiguo bri-

llo, y áun con ventajas muy conocidas. De tan ilustres religiosos fué capitan el santo general Fr. Ramon Albert, varon de los más insignes en santidad y consumados en doctrina y religion, que conoció aquel siglo; y tan vigilante en el gobierno de su Orden, que en poco tiempo la reformó de todo punto, no solo desterrando de ella las reliquias del estrago producido por el cisma, sino tambien imponiéndola en mayor perfeccion y más estrecha observancia que la que tenia cuando comenzaron aquellos deplorables acontecimientos. Una de las cosas en que más tuvo que ocuparse fué el deseo de pasar los legos á otras religiones, no permitiéndoles sus resentimientos permanecer en la Orden. Temieron ser lastimados en la reforma por el virtuoso general, en vez de acogerse al seguro de su innata clemencia, donde sin duda hallarian todo el sosiego que pudieran desear; pero no lo hicieron por no dar su brazo á torcer, y porque no estaban arrepentidos de lo hecho ni con propósito de aquietarse; y así despechados no quisieron experimentar el nuevo gobierno de los sacerdotes, sino huirle el cuerpo con tiempo y ponerse en salvo. Para este descaminado designio les vino á pedir de boca y á medida de sus deseos se fundase entónces en la corona de Aragon la órden militar de Montesa por su rey D. Jaime II. Favorecidos de este Rey y de otros grandes señores de su reino, fueron algunos de estos legos recibidos en ella. Uno de ellos, Fr. Guillen de Eril, que ántes habia sido comendador del convento de la Merced de Lérida, fué electo por primer maestre de aquella nueva caballería. Con el favor y buena acogida que este y otros sugetos hallaron en aquella Orden se animaron muchos á seguirlos; fueron tantos, que algunos autores afirman que la órden de Montesa es filiacion de la órden de la Merced, cuyos caballeros legos (dicen) la fundaron cuando fueron extinctos. Pero mucho se engañan los que así lo entienden, porque ni los caballeros de la Merced (así han dado en llamar á los frailes legos primitivos) fueron extinctos, ni la órden de Montesa fué fundada por ellos, puesto que algunos fueron recibidos en ella al tiempo de su fundacion, como tambien en otras religiones militares, por ser de linajes calificados y haber tenido favor de grandes señores deudos suyos. No sentia el santo general Fr. Ramon Albert saliesen del redil de la Orden los que solo podian servir de inquietarla ó inficionarla; pero le daba pena y formaba grande escrúpulo de permitir hiciesen por solo su parecer un trueque tan desigual y con tanto riesgo de sus conciencias, pues conforme á derecho, no podian tomar instituto militar y de caballería, habiendo ántes profesado vida monástica, y obligádose con cuarto voto esencial, despues de los tres ordinarios de obediencia, castidad y pobreza, al ministerio santo de la redencion, en la forma tan sublime que lo ha observado siempre la órden de la Merced. Procuró poner remedio á tanta soltura, y para que fuese más eficaz, consultó sobre ella al papa

Juan XXII. Le pareció muy á propósito para negociar en este asunto la persona de Fr. Claudio de Tonellas, por haber sido muy bien oido y recibido del mismo Pontífice y de toda su corte cuando acompañó al procurador general de la Orden en el último pleito contra los legos. Le despachó á Aviñon con bastantes poderes y carta suya á Su Santidad, en que le suplicaba pusiese remedio con presteza en este desórden. Llegó Fr. Claudio á Aviñon, besó el pié al Pontífice, que lo recibió con mucha benignidad. Leida la misiva de que era portador, mandó para enterarse de todo que Fr. Claudio informase. El así lo verificó, dándole el Pontífice grata audiencia; y ponderó como hombre docto é ilustrado las razones que motivaron el escrúpulo del General en este tránsito voluntario, ó por mejor decir, fuga temeraria de los legos, y concluyó el informe haciendo la súplica conveniente, conforme á lo que en él habia dicho y ponderado. Gustó mucho el Pontífice de haber oido razonar á Fr. Claudio; y pareciéndole firmes é incontrastables los fundamentos de su propuesta, mandó que fuese luego despachado favorablemente, no permitiendo que sobre el caso se hiciesen consultas, por no dilatar el remedio, que conoció convenir se aplicase sin dilacion. En la actualidad no parecen las letras apostólicas que se expidieron con este objeto, pero se comprende haber Su Santidad declarado no ser lícito á los religiosos de la Orden legos el tránsito á alguna de las militares. Dan testimonio de esta declaracion, y de lo demás que el Pontífice entónces concedió, dos cláusulas notables de las constituciones que este santo general Fr. Ramon Albert hizo para la Orden, y se hallan al fin del volúmen intitulado *Speculum fratrum*, impreso en Valladolid por Nicolás Tierri el año de 1533. Contienen ambas el tenor y forma de las licencias que el mismo General daba á los religiosos malcontentos para hacer el tránsito referido. El mismo Pontífice dió además, á instancias de Fr. Claudio de Tonellas, expresa facultad al santo general Fr. Ramon Albert para que con su consentimiento pudiesen por entónces los religiosos profesos de la Orden hacer tránsito á otras religiones y no de otra manera. Además el Pontífice no solo dió al General autoridad para conceder licencia á los malcontentos que de su voluntad quisiesen hacer este tránsito, sino para compeler, aunque no quisiesen, á otros religiosos profesos de la Orden, que no convenia quedasen en ella por no ajustarse á la observancia y rigor de la regla y constituciones que profesaron, obligándolos á pasar dentro de cierto término á otras religiones de igual perfeccion, fuera de las allí exceptuadas. Alcanzadas todas estas facultades, comenzó el santo general Fray Ramon á curar como sabio y prudente médico el cuerpo enfermo de la religion, purgándolo de sugetos discolos y malcontentos, estragados unos y otros con el accidente del cisma pasado. Expelió á aquellos y condescendió con estos, obligándolos á todos á pasar á diferentes religiones fuera de las mili-

tares y de reglas ménos estrechas, con lo que en poco tiempo quedó la Orden limpia de todo punto de malos humores, muy dispuesta á convalecer y recobrar su antigua salud. Así fué que quedaron solo en la Orden aquellos que deseosos de mayor observancia y disciplina más rigorosa, satisfacieron el deseo del santo General de introducir una reforma universal bien recibida de todos. Animáronle á que la comenzase con vivos deseos, y viendo tan buena disposicion y tanto fervor en sus súbditos, le dió principio ordenando nuevas constituciones, sacadas por la mayor parte de las antiguas, y añadidas otras, todas tan rigorosas y prudentes, que daban bien á entender el grande espíritu de quien las hizo, y la insaciable ánsia que tenia de mayor perfeccion. Poco hubiera hecho en haberlas dispuesto si él mismo no las hubiese observado; pero con el ejemplo de su persona acreditó la pureza de su celo, porque en todas sus acciones y movimientos representaba no solo la nueva ley que habia puesto en toda su fuerza y vigor, pero otras muchas sin comparacion más austeras que reservó para sí, no atreviéndose á ponerlas entre los demás estatutos por parecerle serian en sumo grado difíciles de ejecutar por el comun. Acabadas de escribir, no quiso intimarlas desde luego y obligar á todos á su observancia hasta que cada uno las hubiese visto, y advertido si en ellas habia algo digno de enmienda ó que añadir ó quitar, porque áun cuando las hizo, puso en ellas todo su cuidado, y comunicó con Dios en la oracion cada una de sus cláusulas; con todo eso no quiso fiar de solo su juicio cosa de tanto momento, sino que interviniese la censura comun. Dilató su publicacion hasta el año de 1527, en que habiéndoles dado la última mano, y conformándolas con los pareceres de todos, celebró capítulo general en el convento de Agramonte á 3 de Junio, y allí las intimó, y fueron de todos aprobadas y recibidas, celebrando todos los escritores antiguos y modernos el santo celo y laboriosidad de este vigilantísimo prelado, á quien muy bien pudiera llamarse Noé de su Orden religiosa y padre de todos los que despues de él han sido llamados á ella. No solo quedó la Orden despues de estas turbaciones del cisma con estas ventajas, sino que se le agregaron otras muy considerables, porque se fundaron muchos y principales conventos en los años siguientes, que fueron como renuevos de esta oliva. En Castilla y Andalucía los de Salamanca, Logroño, Guadalajara, Olmedo, Soria, Villagarcia, Algeciras, Badajoz, Segovia y otros varios. En Aragon y Valencia los de Orihuela y Tarazona; en el reino de Navarra, el de Estella, Tudela y Sangüesa y algunos pretenden que tambien el de Pamplona, aunque se tiene por más antiguo. En el condado de Rosellon, el de Perpiñan. En la isla de Cerdeña, el insigne y real convento de nuestra Señora de Bonaire de la ciudad de Caller, célebre santuario de aquel reino; y en Francia, los conventos de Aviñon y Carpentras. Con estos y otros muchos que se fundaron creció

tanto la Orden, que habiendo tenido hasta entónces solamente dos provincias, fué necesario dividirlas en cinco para su mejor direccion, como las dividió el santo general Fr. Ramon Albert. Una de ellas fué la de Cataluña, y comprendia todos los conventos de aquel principado, teniendo el primer lugar entre las demás, por estar en ella el Real convento de Barcelona, cabeza de toda la Orden, y por ser sus conventos más antiguos que los de las otras provincias. La segunda abrazaba los conventos de los reinos de Aragon y Navarra. La tercera, los del reino de Valencia y ciudades de Murcia y Lorca. La cuarta se dilataba en toda la Provenza y Francia, á quien pertenecian los conventos de la otra parte de los puertos de Pañizarés, los del condado de Rosellon, é islas de Mallorca y Menorca. La quinta aunque inferior en lugar, era superior en autoridad y número de conventos ilustres, comprendia todos los reinos inclusos en las coronas de Castilla y Portugal; y es de inferir, que si entónces no se hubiesen fundado muchos conventos de nuevo, además de los dichos, y reparádose los antiguos que quedaron muy deteriorados con la discordia referida, y al mismo tiempo, si no hubiera habido la coincidencia de poseer la Orden en aquella época muchos sugetos de letras y virtud, no se hiciera nueva ereccion de tantas provincias por un general tan afecto á reformacion, y que tan eficazmente la procuró introducir y fijar, restituyendo la Orden á su primer rigor y fervor. No le mudó la dignidad al glorioso Raimundo, por verse maestre general de toda la Orden, ántes de dia en dia procuraba con mayor solicitud mostrar que en cuanta más altura se hallaba, se preciaba de más humilde, más penitente y más observante, siendo el primero que acudia á todos los oficios y ocupaciones, á que cualquier humilde sacerdote pudiera atender. Se desocupaba y excusaba de los negocios que podia con segura conciencia, y todo lo restante del tiempo que podia hurtar al oficio de la prelacía lo gastaba en la contemplacion y en la disciplina, y tenia las horas repartidas de suerte, que jamás hubo instante ni momento en que no se hallase ocupado en algun ejercicio ó acto de virtud. Le dolia y lloraba en extremo por haberse ordenado de sacerdote, y decia que se confesaba indigno de tan alto ministerio y oficio. Era perfectísimo y consumado en todo, en letras, en santidad y en virtud; juez piadoso y padre clemente, reprendia con suavidad, castigaba con blandura, premiaba con justicia y mandaba con crianza. En una de las cosas en que más resplandecia su virtud, era en la gran reverencia que mostraba á la memoria de los santos, á sus altares y reliquias; jamás pasó por delante de iglesia, cruz, templo, imágen de Dios y de sus santos, que no se postrase de rodillas, y las tratase con la reverencia y veneracion posible á la ocasion y ocupacion en que estaba. Era extremada su ánsia por visitar las reliquias de los santos; pero como el oficio de maestre general le te-

nia tan ocupado, no podia cumplir todos sus deseos, y así todas las romerías y estaciones se reducian á dos, al santuario de nuestra Señora del Puch en Valencia, y á las reliquias del santo cuerpo de S. Luis, obispo de Tolosa, hijo de Cárlos II, rey de Francia. Hacia ya trece años que el santo Fr. Raimundo gobernaba la religion, y se echaba de ver, aunque lo disimulaba cuanto podia, que con las muchas penitencias estaban gastadas sus fuerzas, y que no obrando el Señor algun milagro, naturalmente se le extinguiria la vida corporal; pero con todo eso era tanta su ánsia y fervor por el bien de las almas, y procurar los medios para su salvacion, que no podia contenerse ni atendia á los deseos é importunidades de toda la religion, para que entregase al reposo y al descanso una existencia tan agitada y laboriosa; ántes bien, no escuchando más que á sus santos y buenos sentimientos, en cuanto se desahogaba de las ocupaciones del gobierno, y otras del oficio y cargo de padre y juez, procuraba informarse en los parajes y lugares en donde se hallaba, de las personas que habia pobres y necesitadas, y con mano franca y liberal repartia la limosna que podia y alcanzaba, si habia enemistades ó antiguos odios, mediaba, facilitaba la tregua, y procuraba hacer las paces; consolaba y animaba á los enfermos y encarcelados, y ponia todos los medios que estaban á su alcance y que le eran posibles, para que consiguiesen su salud y libertad. Aunque con mucho trabajo, en sus últimos dias se levantó una vez, y quiso visitar los muchos santuarios que hay en Valencia. Los religiosos temiendo el resultado, por su decadencia y debilidad, querian disuadirle y le instaban para que no se levantase; pero á todos respondia: que era gloria del capitan el morir peleando, que Dios le habia colocado en aquel ministerio y ejercicio sin merecérlo, y que habia de morir visitando sus conventos y consolando á sus religiosos. En seguida se encaminó á nuestra Señora del Puch, donde permaneció dos dias; de vuelta á Valencia, y al entrar en la ciudad, estaba un tullido cerca de la puerta pidiendo limosna; y como le vió venir acompañado de otros religiosos, le pareció persona de cuenta, y le dijo á voces: «Padre, déme de lo que parece que tiene, que es amistad con Dios; pídale que me dé salud, para que me gane un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos, que tengo pobres y muy necesitados.» El santo varon fijó sus ojos en aquel triste impedido, se enterneció sobremanera, y mirando al cielo, oró con el mayor fervor pidiendo á Dios el remedio de aquel desgraciado, y terminó diciéndole: «No tengo oro ni plata, porque la verdad es que aquí no llevo que darte; si mi Señor Jesucristo, que por ti y por mí padeció muerte afrentosa en una cruz, se sirve remediarte, y sabe convenirte que tengas salud, en nombre de Jesucristo levántate y anda.» Al punto que dijo esto el santo religioso, el tullido se levantó y se marchó sano. Admiró á toda Valencia esta maravilla,

y empezó á concurrir al convento toda la ciudad á ver al santo varon y á pedirle su bendicion; pero duró tan poco su vida, que se limitó á muy pocos dias, pues en el mes de Noviembre de aquel año le apretaron tanto los dolores, que bien se echó de ver que el tiempo que le quedaba de vida era muy corto, como así se verificó, falleciendo á muy poco. El santo general Fr. Raimundo Alberto, y segun otros modificando algun tanto nombre y apellido, Fr. Ramon Albert, este coloso de la religion Mercenaria, que por su gran virtud, su tino y mayor prudencia engrandeció y consiguió elevar á tanta altura la Orden, venciendo todos los escollos y contrariedades que surgieron á consecuencia de un cisma que con tanto rencor dividió los ánimos, y por tantos años se prolongó; pasó á gozar el premio debido á tanto bien como produjo su laboriosidad y mucho trabajo, reformando é ilustrando la Orden, espirando en su convento de Valencia, despues de recibir los santos sacramentos con la mayor devocion, el miércoles 18 de Noviembre del año 1330, ocurriendo la notable coincidencia de haber fallecido el mismo dia de la dedicacion de las basílicas de S. Pedro y S. Pablo en Roma, á los trece años y un dia de haber tomado posesion auténtica y legítima de su generalato por autoridad apostólica. Estuvo tres dias expuesto á las preces y á la devocion de los fieles, sin ser enterrado, sin dar ni sentirse que exhalase de sí mal olor en todo este tiempo, ni notarse alteracion ni mudanza en el color que tenia cuando espiró. Se le depositó en una pequeña bóveda, que á este fin se hizo en la capilla mayor de la iglesia, en la que estuvo cuatro años; y de aquí fué trasladado al convento de nuestra Señora del Puch, donde sus santas reliquias son con gran veneracion y acatamiento.—A. L.

RAIMUNDO DE ALTOPONTE (Fr.), religioso agustino natural de París, donde tomó el hábito hácia el año 1414. Fué lector público de las sagradas Escrituras, y comentó todas las epístolas de S. Pablo que se custodiaban entónces en la Biblioteca de la Orden en París. En los registros de su religion del dia 30 de Noviembre de 1419, es designado por el general D. Agustin Romano para la segunda cátedra de Biblia, aunque no dice expresamente tuviese el grado de bachiller, y en 9 de Junio de 1420 se le ordenó hiciese la lectura de las sentencias, hasta llegar al grado del magisterio, que obtuvo en 2 de Mayo de 1424 en la universidad de París, juntamente con Fr. Antonio de Columbella, obispo despues de Sinigaglia, el cual habia sido lector ordinario, así como Raimundo lo fué extraordinario de las sentencias en el convento de París. Raimundo fué confirmado despues en la regencia de esta cátedra por el prior general, la que continuaba ejerciendo en 10 de Noviembre de 1434, y en 29 de Enero de 1436 segun consta de varias gracias que se les concedieran con estas fechas por Gerardo de Asimino.—S. B.

RAIMUNDO AMAURY, obispo de Nimes, muerto en 1272; es tan poco conocido que los autores de la antigua *Galia cristiana* han atribuido sus dos nombres á dos personajes diferentes, pero uno solo y único prelado, cuyo episcopado comenzó en 1242. Perteneció al número de los obispos que pidieron en 1245 poderes ilimitados para los inquisidores. No se le puede atribuir más que los estatutos sinodales impuestos á las iglesias de Beziers y de Nimes; quizá no ha hecho más que autorizarlos con su sancion.—S. B.

RAIMUNDO DE ANGER (Fr.), franciscano francés, católico por su nacimiento, pero no por sus hechos, segun algunos autores; en su juventud siguió diferentes doctrinas con una vehemencia, celo y fervor que le colocó entre las columnas del nuevo templo que el protestantismo acababa de elevar en Francia en contra de la antigua religion de Clodoveo. Segun su propia confesion, fué el desórden de sus costumbres quien despues de largos combates le habia trasformado en enemigo de esta Iglesia, á que en su infancia guiado por una madre eminentemente cristiana, y en su adolescencia, habia sido profundamente afecto. «La desesperacion, dice despues en la relacion que ha hecho de sus extravíos y de su conversion, se apoderó de todo mi ser moral; el abismo, el vacío que desolaba mi corazon, me tragaron por completo; pensar, examinar, saber, todo me privaba del reposo; así vine á precipitarme en el placer; me sumí en él como un furioso, ávido de concluir con la vida.» Sin embargo, y á despecho de su escepticismo, se veia con frecuencia arrastrado por un inexplicable impulso, por una especie de violencia moral, que le obligaba á entrar en las iglesias católicas; el incrédulo se hallaba con frecuencia arrodillado á los pies de los altares. Algunos llamaban á esto hipocresía, pero los que razonan así no conocen el corazon humano. Algunos soberbios ostentan una incredulidad orgullosa, y en la soledad de su morada experimentan, aunque no sea más que algunos instantes, pensamientos de fe en Dios y en su eternidad, y entónces ¡cuántos amargos suspiros se escapan, á pesar suyo, de su pecho! Raimundo acababa de dar un paso decisivo, y el apóstata habia adquirido una espantosa celebridad. Entónces se creyó obligado á tomar una actitud preponderante en su secta, siendo aquí donde es preciso atenerse á sus relaciones, si se quiere formar una idea de lo que son las iglesias protestantes. «No soy hombre á propósito, dice en su retractacion, para armarme del ridículo, cuando se trata de combatir hechos ó cosas de alguna importancia; pero en verdad, todos los que hayan llegado á conocer á los hugonotes como yo los conozco, no podrán hablar de ellos más que con odio, y todavía se acostumbra á citarlos, si no con disgusto, con cierta indiferencia. Encontráronse dos hombres, despues cuatro, luego cinco, que consintieron bajo mi direccion en organizar una nueva Iglesia en Francia. Por mi parte tomé el asunto con

toda formalidad, aunque de tiempo en tiempo oyese como el reformador en el fondo de mi conciencia, una voz acusadora, preguntándome si lo que emprendia era justo y leal, y si era posible que comprendiese mejor las cosas que esta Iglesia que hacia mil quinientos años enseñaba á los hombres. (Véanse las máximas de Lutero.) Estas preguntas no tenian nada que pudiera intimidarme, y continué mi obra resueltamente sin escrúpulos ni remordimientos. No creemos que haya nada que añadir á la relacion del culto y del carácter de esta Iglesia, ni de los sacerdotes que la presidian. En cuanto á Anger, sus ojos se habian abierto á la luz y por un favor especial del cielo, y cuando vacilaba todavia entre el arrepentimiento del mal que habia hecho y el temor de los ultrajes que iban á prodigarle sus antiguos patronos y sus amigos, fué atacado de una enfermedad que le condujo al borde del sepulcro. Entónces se despertó en él con su antigua fe el temor de los juicios de Dios, y poco despues tomó la resolucion de volver al seno de la misericordiosa Iglesia. En efecto, apénas convaleciente, se arrastró á su bufete y escribió á su venerable párroco. Se dirigió á este digno ministro de la Iglesia, porque lleno de fe y caridad le habia algunos años ántes dirigido desde el púlpito una ardiente y caritativa correccion. Así aquel cuya justa severidad le habia castigado, debia ser algunos años despues su salvador, su guia y su compasivo amigo. «Tenia, dice, excelentes razones para llevar á cabo mi resolucion con un profundo misterio. Conocia á mis antiguos adeptos, y sabia que eran capaces de hacerme pagar cara mi conversion. Ya sabia que estaban furiosos, porque desde el fin de mi enfermedad y durante mi convalecencia les habia cerrado la puerta y roto todas mis relaciones con ellos; mi partida á Maguncia fué la señal para sus más injuriosas recriminaciones. Tal es, prosigue Raimundo Anger, la moral de los sectarios, tal es su justicia, tal es su caridad! Miéntras se permanece en su seno es uno grande hombre, si se los abandona os arrojan el lodo á la cara; y esas gentes son las que se quejan de las palabras de sus adversarios y hablan con pasion del odio y la parcialidad de los católicos! Debian estarme muy reconocidos, porque en realidad yo era el fundador de su comunidad; pero ay! quien siembra vientos, recoge siempre tempestades.» Anger termina su relacion diciendo, que tuvo la inefable dicha de hallar gracia delante de Dios y de su Iglesia verdadera: despues de haber pronunciado la profesion de fe decretada por el santo Concilio de Trento, recibió los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, y tomó el hábito de la religion Seráfica. Su conducta fué desde entónces un ejemplo de todas las virtudes, y el que tanto habia trabajado en combatir el catolicismo, trabajó con ardor en su defensa como uno de sus más celosos partidarios. La mayor parte de sus obras han desaparecido, y en particular las que publicó miéntras permanecia en el seno de la iglesia luterana no se conocen

ni áun por sus nombres. Despues, siendo ya religioso, escribió algunas controversias, de las que apénas hacen mencion los autores, pues Wadingo, que es quien da noticias acerca de él, le cita únicamente como autor de una obra titulada: *Commentariorum in politica Aristotelis*, que parece no llegaron á darse á la prensa. Ignóranse, por último, las demás circunstancias de su vida, pero es muy probable muriese como santo y virtuoso franciscano, pues los escritores que tanto se han extendido al hablar de su conversion nos dirian si no sus demás vicisitudes. — S. B.

RAIMUNDO DE ANGLADA (Bto.), religioso agustino, natural de Cataluña; fué cogido juntamente con su compañero Fr. Juan Graels, natural de San Felix de Guixols, por un pirata argelino, procedente de los moriscos, que habia desterrado de España Felipe III y conducido á Argel en 1618, donde negándose á renegar de la religion católica, le ataron entre dos tablas y serraron por medio del cuerpo, obteniendo así la gloriosa palma del martirio. Las efigies de ambos, pues su compañero sufrió la misma suerte, fueron grabadas probablemente por la Orden, adornándose con la siguiente inscripcion: *P. Raymundus de Anglada, et Joannes Graels, Catalani, ordinis S. Augustini, à quodam pirata mauritano ob fidei deffensionem serra discerptis, martyrium compleverunt, anno* 1617. — S. B.

RAIMUNDO ARNALLI, monje de S. Victor de Marsella, es conocido por una carta á Bernardo, abad del mismo monasterio, escrita en 1065, que es el año de la eleccion ó en el siguiente, pues se deduce del texto que hacia poco tiempo que este abad se hallaba al frente de la comunidad de S. Victor. El objeto principal que se propuso Raimundo fué obtener el permiso de estudiar jurisprudencia, y que se le asignasen medios para resistir durante sus estudios. El mismo nos refiere con grande ingenuidad lo que dió origen á este designio. Habiendo sido enviado á Roma para un negocio importante de su monasterio, y habiéndose quedado sin carruaje en el camino, se detuvo en diferentes lugares de Italia en que fué testigo del grande concurso de estudiantes que este nuevo género de estudios atraia de todas partes, lo mismo de Provenza que de otros países, y lo que le hizo todavía más impresion, es que los monjes no eran los que ménos aumentaban aquel número. Admirado de su ejemplo, concibió el deseo de imitarlos. En su consecuencia, dice á su abad que va á Pisa á esperar su respuesta. Pero para que Bernardo tuviese ménos dificultad en concederle su peticion, tuvo cuidado de prevenirle, protestándole que léjos de emplear los conocimientos que esperaba adquirir en ejercer la profesion de abogado en los tribunales seglares, como lo hacian entónces algunos monjes, no se serviria de ella más que para defender y sostener los derechos de S. Victor contra todo el que intentase atacarlos. — S. B.

RAIMUNDO DE AVIÑON (Fr.), capuchino francés, predicador y ministro de la provincia de San Luis, tan distinguido por su piedad como por su erudicion. Fué uno de los mejores poetas latinos de su época, y publicó dos obras de este género: 1.ª *Politiam Curiæ*; Lyon, 1612, en 12.°—2.ª *Virgilium christianum*. Obra escrita en centones de versos virgilianos y dividida en tres partes. Intituló la primera, *Christus patiens*. La segunda, *Mulier fortis, seu Magdalena pugnans in Spelunca Massiliensi*; y la tercera, *Pastor illustris*, en que trata de la milagrosa construccion del puente de Aviñon, hecha por Benedicto Pastor, con la solemne traslacion del cuerpo del mismo santo á la iglesia de los PP. Celestinos de la misma ciudad en 1679.—S. B.

RAIMUNDO BARRAIZ ó BARRALIS (Bto.), confesor, religioso franciscano del convento de Sta. Clara de Casanova, donde se distinguió por su grande santidad. Este convento fué, segun Gonzaga, uno de los principales de la provincia de Narbona, y se hizo en él el célebre sepulcro del Bto. Barralis, donde acudian muchos enfermos á recobrar la salud, por lo que se suplicó á Su Santidad pusiese á este venerable religioso en el número de los Santos. Floreció hácia 1540, y su Orden celebra sus virtudes en 8 de Setiembre, citándole indiferentemente con los nombres de Bto. Barraiz ó Bto. Raimundo Barralis.—S. B.

RAIMUNDO BEGUIN, natural de Tolosa, entró en la Orden de Sto. Domingo ántes de concluirse el siglo XIII, y se hizo célebre en el siguiente: desde 1312 explicaba con mucha reputacion los libros sagrados en las escuelas de Tolosa, y ocupaba ya un rango distinguido entre los hábiles teólogos, no brillando ménos entre los predicadores por el don de la palabra, la pureza de costumbres y el celo de la salvacion de las almas. El capítulo general de la Orden celebrado en Pamplona en Mayo de 1317 le eligió para explicar los libros del Maestro de las sentencias en el colegio de San Jacobo y tomar los grados en la universidad de Paris. Ya habia sido honrado Raimundo con la borla de doctor, cuando Juan de Boilly, justamente celoso por los derechos de los curas, pero demasiado prevenido contra los privilegios concedidos á los regulares, queriendo atacar á estos, atacó á la autoridad del sucesor de San Pedro. Entre las proposiciones que sostenia este doctor públicamente, ya en los sermones ó en las lecciones de teología, habia algunas que merecian una atencion particular, y se las redujo á estos tres artículos.—1.° Los que se han confesado con los religiosos estan obligados á confesarse con su párroco.—2.° El Canon *Omnis utriusque sexus* si se halla en su vigor, el Papa no puede impedir que los feligreses esten obligados á confesar todos sus pecado una vez al año á su propio cura, que es el párroco. Dios mismo no podria hacerlo, pues hay contradiccion.—3.° Ni el Papa ni el mismo Dios puede dar un poder general de oir confesiones, de manera que el penitente no quede obligado á confesar

los mismos pecados á su cura. Esto era, dice Oderico Raynald, un nuevo error que Juan de Poilly afectaba extender por un celo aparente de la disciplina ó de la gerarquía de la Iglesia, pero en realidad por un motivo de ódio contra las órdenes religiosas. Cualquiera que sea el motivo oculto de este teólogo, la doctrina que enseñaba, y que el analista llama un nuevo error, habia sido sólidamente refutada por Sto. Tomás, cuando enseñaba en la misma universidad de París, hacia cerca de un siglo. Raimundo Beguin, uno de sus sucesores en la cátedra de teología y el más fiel de sus discípulos, no tuvo necesidad más que de los escritos del doctor angélico para combatir con éxito á su adversario; lo que hizo desde luego en París y poco despues en Aviñon en presencia del Papa, pues para impedir desde luego el escándalo que pudiera causar esta disputa, Juan XXII quiso estudiarla á fondo y terminarla por medio del exámen. Juan de Poilly y Raimundo Beguin se dirigieron á la corte del Papa, y Su Santidad dió audiencia al acusado, ya en pleno consistorio delante de todos los cardenales, ya en particular en presencia únicamente de algunos de ellos, comisionados á este efecto, y se le dejó en completa libertad de hablar para defender sus artículos. Los prelados y los teólogos del Papa los refutaron despues con mucha solidez y luz, demostrando que el propio sacerdote con quien hay que confesarse segun el cánon *omnis utriusque sexus*, es el que tiene el poder de absolver, ya sea ordinario ó delegado; es decir no solo el cura; sino tambien el Papa, el obispo y al que ellos hayan dado este poder. Pero decian estos teólogos siguiendo la doctrina de Sto. Tomás, el papa y el obispo pueden dar esta facultad á cualquiera eclesiástico y á cualquiera religioso que haya recibido la órden del sacerdocio, y segun la costumbre de la Iglesia romana, cualquiera pueda obtener de un penitenciario del Papa la facultad de dirigirse á cualquiera sacerdote para ser absuelto. Despues de muchas conferencias y muchas disputas pacíficas, convencido por último, y persuadido Juan de Poilly por los argumentos de los teólogos de Su Santidad retractó sus errores en consistorios, protestando que tenia por verdadero lo contrario de lo que habia enseñado y predicado. Prometió tambien retractarse públicamente sobre el mismo asunto; lo que ejecutó despues en sus lecciones y en los sermones que predicó en París, segun las órdenes que habia recibido del Sto. Padre. Todo este negocio fué terminado por medio de una sentencia ó famosa decretal de Juan XXII, que comienza con estas palabras: *Vas electionis*: se halla dirigida á todos los obispos, y está fechada en 26 de Julio de 1321. Entre los sábios teólogos que se opusieron á Juan de Poilly, y combatieron su doctrina de viva voz y por escrito, cita con distincion un historiador á Hervée Noël, general entónces de los Padres Predicadores y á Pedro de la Palú, religioso de la misma Orden y despues patriarca de Jerusalen. Pero no se debe olvidar

al P. Guillermo de Laudun, maestro del Sacro Palacio y Raimundo Beguin, cuya historia escribimos. La profunda erudicion y el celo moderado de este le hicieron tanto honor, que el Papa quiso tenerle desde entónces por su primer teólogo. Poco tiempo despues, habiendo sido elevado Guillermo de Laudun á la alta dignidad de arzobispo de Viena, nuestro Raimundo le sucedió en la de maestro del Sacro Palacio. Si es cierto, como ha creido el P. Echard, que fué honrado con este cargo en el mes de Abril de 1321, desempeñaba ya sus funciones durante el curso de las conferencias ó de las disputas con Juan de Poilly, muchos meses ántes de la publicacion de la decretal, que fué como su resultado. En los tres años, ó poco más, que se detuvo Raimundo en la corte del Papa, tuvo con frecuencia ocasion de prestar nuevos servicios á Su Santidad y á la Iglesia, en particular en la célebre disputa de 1322, en que se agitó con grande ardor delante de la Santa Sede la cuestion de la pobreza de Jesucristo. Despues que el papa Juan XXII hubo deliberado por largo tiempo sobre esta materia, y que hizo examinar con cuidado, tanto por el maestro del Sacro Palacio como por los prelados y otros muchos hábiles teólogos de diferentes órdenes, publicó su constitucion *Ad conditorem*, en que Su Santidad trata á fondo la cuestion de la verdadera pobreza, y revoca la decretal *Exiit* de Nicolao III, que era, dice un historiador francés, el punto de apoyo de los fratricelos. Si Raimundo Beguin habia manifestado lo profundo y vasto de su erudicion y de sus luces en todas las asambleas que se habian celebrado en presencia de Su Santidad, ya para ilustrar la cuestion de que se acaba de hablar, ó para decidir otras muchas, no se hizo admirar ménos por su elocuencia en el panegírico que pronunció en honor de Sto. Tomás de Aquino durante la augusta solemnidad de su canonizacion. El Maestro del Sacro Palacio hizo el elogio del ángel de las escuelas en presencia del Soberano Pontífice, del rey de Nápoles, del Sacro Colegio de cardenales, de muchos príncipes franceses ó italianos y de toda la corte de Roma, despues que el Santo Padre, muchos prelados y el mismo rey Roberto, hubieron desempeñado sucesivamente este deber. Celoso discípulo del santo doctor é imitador de sus virtudes, Raimundo habia obrado con mucho celo para hacer que se decretasen por la Santa Sede los honores que merecia tener en la Iglesia, y de todas las ventajas que pudiese procurar al Maestro del Sacro Palacio el rango que ocupaba en la corte de Roma, quizá la que estimó más fué el poder trabajar, de concierto con tres cardenales de su Orden, en la conclusion de este negocio. Poco tiempo despues se supo la muerte de Pedro, arzobispo de Nicosia, que de canónigo de esta iglesia habia llegado á ser su primer pastor y habia obtenido al mismo tiempo el título de patriarca de Jerusalen. El estado en que se hallaban los negocios de ambas iglesias á la muerte de este prelado,

exigia todo el cuidado de un hombre no solo respetable por su doctrina y por la integridad de sus costumbres, sino tambien acostumbrado al trabajo y capaz de realzar todas estas cualidades con su firmeza, su prudencia y el celo por la religion. Creyendo el vicario de Jesucristo encontrar todas estas virtudes reunidas en la persona del Maestro del Sacro Palacio, le nombró desde luego para la silla de Jerusalen; pero como los sarracenos ocupaban entónces los santos lugares y todas las ciudades de la Palestina, dió el Papa al nuevo Patriarca la administracion de la iglesia de Nicosia en la isla de Chipre, para que desde allí extendiese su vigilancia al resto del rebaño. Dedúcese de aquí que en la Tierra Santa, y en particular en la ciudad de Jerusalen, habia todavía muchos cristianos mezclados con los infieles. Raimundo fue consagrado en Aviñon en el otoño del 1324 por Guillermo de Godien, de la órden de los Padres Predicadores, cardenal obispo de Sabina. Recibió al mismo tiempo el *Pallium* de manos de dos cardenales diáconos, y miéntras preparaba su viaje á Oriente, le encargó Su Santidad que procurase arreglar todo lo relativo á la iglesia de Jerusalen, en lo que pudiera al ménos depender de su diligencia y de la autoridad de la corte de Roma. No dilató el Patriarca el dirigirse á su diócesis de Nicosia, donde era esperado por Enrique, rey de Chipre, y donde encontró desde luego muchos desórdenes que corregir, muchos abusos ó errores contra la fe ó supersticiones que combatir, y al mismo tiempo la esperanza de pocos socorros en favor de la religion, aunque su silla estaba en la capital del reino, porque el número de los católicos no era allí muy considerable, y el de las personas que vivian segun las máximas del Evangelio era más pequeño todavía. Unos y otros se hallaban como confundidos entre una gran cantidad de griegos cismáticos ó de otros herejes de diferentes sectas. Manchados estos de los errores de Nestorio ó de Eutiques, dogmatizaban públicamente contra la doctrina católica y las antiguas decisiones de la Iglesia, relativas al misterio de la Encarnacion; y vertian aquellos con la misma libertad las nuevas doctrinas que habia creado el cisma acerca del estado de las almas despues de su separacion del cuerpo. A la vista de tantos males comprendió el piadoso Arzobispo todo lo grave del cargo que habia tomado sobre sí y la necesidad que tenia del socorro divino, que pidió con humildad y esperó con confianza: fueron continuas sus oraciones, sus gemidos, sus lágrimas. Dirigiendo despues su principal cuidado al clero, trabajó tanto con la eficacia de su palabra, como con la virtud de sus ejemplos, en restablecer la disciplina, desterrar el desórden, ó en perfeccionar lo poco bueno que habia para procurarse dignos cooperadores de su celo para la reforma y la salvacion de sus pueblos. Antes de prometerse la conversion de aquellos á quienes un espíritu de amor ó de cisma habia separado de la Iglesia, era preciso explicar sus principales

deberes á fieles que deshonraban todos los dias la pureza de su fe con la corrupcion de sus costumbres. Todo esto exigia mucha solicitud en el vigilante pastor y tanta paciencia como firmeza. El Señor sostuvo su ánimo y bendijo el celo que él mismo le habia inspirado. Pero no era solo en su diócesis ó en su provincia eclesiástica donde el siervo de Dios debia trabajar en restablecer el culto divino y en desarraigar el error. El mal se habia extendido á todas las iglesias de Chipre, y con el objeto de invitar á este arzobispo á extender su vigilancia, tanto como las necesidades de la religion habian crecido en aquella isla, le dirigió sus cartas apostólicas el papa Juan XXII, fechadas en 1.° de Octubre de 1526, y concebidas en estos términos: «Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro venerable hermano Raimundo, patriarca de Jerusalen; salud y bendicion apostólica: No podemos esperar más que con suspiros la pena y la inquietud que nos agita, viendo multiplicarse los errores y atacada la fe católica en el seno mismo de la Iglesia, de que nos ha confiado el gobierno la divina Providencia. Estamos tanto más obligados á trabajar con todas nuestras fuerzas en la extirpacion de estos errores, cuanto que amenazan más de cerca á la religion y á la salvacion de los fieles. Sabemos por las tristes noticias que nos han llegado de Ultramar, que en el reino de Chipre, sin embargo de que se encuentra establecido el culto del verdadero Dios, se hallan todavía muchos hijos de iniquidad, nestorianos y eutiquianos, llamados jacobitas, cuya impía secta ha sido proscripta ya y condenada muchas veces en diferentes concilios generales. Estos desgraciados sectarios no dejan, sin embargo, de atacar todavía la ciencia de Dios, renovando con descaro y sembrando por todas partes las mismas herejías que anatematizaron nuestros padres. Estos herejes tienen en la actualidad en la isla de Chipre sus iglesias separadas, donde no cesan de dogmatizar con grande escándalo de los infieles y para perdicion de los que los escuchen. Los unos admiten dos personas en Jesucristo con su patriarca Nestorio, y no se avergüenzan de decir que no es hijo de Dios más que por adopcion. Los otros, á ejemplo de Eutiques confunden las dos naturalezas en el Hombre Dios, y no reconocen más que una sola despues de la reunion. Añádase que los griegos, que no son en pequeño número en el mismo reino, no creen ni en la existencia del purgatorio, ni en la del infierno; sosteniendo con tanta tenacidad como ignorancia que ninguno de los santos ni de los amigos de Dios entrará en el Paraiso hasta despues del juicio universal, pero que sin embargo estan descansando y sin sufrir tormento alguno en un lugar determinado; lo que estos cismáticos quieren sostener tambien con respecto á los malos. Otros griegos no comulgan si el sacramento del altar no les es llevado desde Constantinopla, y algunos por una supersticion llena de impiedad dan á las bestias el pan con-

sagrado para curarlas de sus enfermedades. Deseando por lo tanto abolir en los países de los fieles estas prácticas criminales, estos errores y estas herejías, os encargamos por nuestras presentes cartas apostólicas, trabajar segun la extension de la prudencia que Dios os ha dado, y en que tenemos una entera confianza, en reformar ó corregir todo lo que os parezca digno de correccion. Vuestro trabajo no será infructuoso, pues multiplicando vuestros méritos delante de Dios, os dará un nuevo derecho á las gracias y á los favores de la Santa Sede. Dada en Aviñon el 1.° de Octubre del año undécimo de nuestro Pontificado.» Su Santidad, cuyo celo se extendia á todo, escribió al mismo tiempo al rey de Chipre para informarle de lo que pasaba en su reino contra los intereses de la religion, y suplicarle concediese su real proteccion al patriarca de Jerusalen en todo lo que juzgase conveniente hacer para la conversion á la fe y la extirpacion de la herejía en aquella isla. Las vivas exhortaciones del vicario de Jesucristo dieron sin duda una nueva actividad al celo de nuestro prelado. Si no tuvo el consuelo de ver todo el éxito de sus trabajos apostólicos, tuvo al ménos el de morir en una empresa tan gloriosa y tan digna de un sucesor de los apóstoles. Se cree comunmente que descansó en el Señor á últimos del año 1328. El célebre Pedro de la Palú, que le sucedió en la misma dignidad, fué nombrado patriarca de Jerusalen el 2 de Marzo de 1329. —S. B.

RAIMUNDO Boedano (Fr.), del órden de S. Francisco. Escasas son las noticias que de este religioso han podido adquirirse, limitándose todas á que era aleman y pertenecia al convento Condomense, el cual fué asaltado durante las guerras civiles y religiosas que destrozaron aquel país por una turba de herejes el dia 8 de Agosto de 1570. Atropellaron los feroces invasores cuanto por delante se les puso, y para desfogar la sacrílega rabia que en sus corazones ardia contra el catolicismo, profanaron el templo, derribaron las imágenes y asesinaron cruelmente á varios religiosos, entre los que se hallaba Fr. Raimundo, que selló con su sangre el pacto hecho con la Divinidad. Tuvo lugar su martirio el mencionado dia 8 de Agosto, en el cual le conmemora la Orden en el *Martirologio* como uno de sus santos. —M. B.

RAIMUNDO Roissellus (Fr.), de los Menores Franciscanos. Fué natural de Alemania este esclarecido mártir de la fe en la seráfica familia, y pertenecia al convento de Marmanda, ciudad situada en la provincia de Aquitania. En el año 1571, y cuando más encendida se hallaba la persecucion de los católicos por los protestantes, fué asaltada la ciudad y dispersa la mayor parte de sus habitantes, en particular los que profesaban la religion ortodoxa, marchando entre ellos muchos religiosos del convento á que pertenecia Fr. Raimundo. Hallábase en este convento un venerable varon septuagenario, llamado Fr. Juan Gossono, el cual, por su edad y sus achaques, no

pudo abandonar su retiro. No decidiéndose Fr. Raimundo á abandonarle, á pesar de sus ruegos, quedóse al lado suyo, despreciando todos los riesgos y peligros. Llegaron á aquel sagrado asilo los impíos herejes, sedientos de católica sangre, y sin respetar la edad ni la postracion del anciano Gossono, le arrastraron hasta la plaza pública, y atándole desnudo á un palo, le azotaron cruelmente con látigos armados de bolas de plomo en la punta, hasta que le hicieron exhalar el último aliento. Tampoco le abandonó Fr. Raimundo en aquel penoso trance; acompañóle hasta el lugar del suplicio y estuvo exhortándole interin vió que alentaba, lo cual advertido por los herejes, aumentó su rabia, y en premio de su amor y caridad ardiente le traspasaron el cuerpo con una espada, haciendo volar su alma juntamente con la de su compañero al seno del Eterno á recibir el premio de su cristiano heroismo. Ocurrió el martirio de ambos varones el dia 10 de Diciembre del mencionado año 1571, y la religion Franciscana conmemora á los dos en dicho dia, considerándolos en el *Martirologio* como dos bienaventurados de la misma.—M. B.

RAIMUNDO Buigues (Fr.), natural de la villa de Teulada. Tomó el hábito de la órden de Predicadores en el convento de Corpus-Christi de Luchente á 30 de Agosto del año 1664, y profesó á 31 de dicho mes del año siguiente 1665. Estudió con aplicacion filosofía y teología; leyó con crédito, una y otra facultad, y fué promovido al grado de presentado. Por la dulzura de su genio le eligieron prior de su convento nativo, y de los de Santa Cruz de Lombay, Santo Tomás de Castellon de la Plana, y nuestra Señora del Pilar de Valencia; y siendo prelado del de San Jacinto y San Vicente Ferrer de la universidad de Agullente, murió á 22 de Enero de 1716 de edad de sesenta y seis años. Escribió las obras que se siguen: 1.ª *Rosario místico, jardin espiritual, vergel de plantas divinas, ó devocionario general, delicioso recreo del alma; provechoso para curas, directores de almas, predicadores y para todo fiel cristiano.* Dos tomos en 4.°, que sin las tablas, que son copiosísimas, constan de 1228 páginas de letra muy metida y pequeña de mano de su autor, los cuales se conservan en la librería del referido convento de Luchente; como asimismo otros dos tomos, tambien en 4.°, de los cuales el primero tiene este título.—2.° *Oráculos proféticos en varios vaticinios sobre diferentes materias de diversos profetas, así santos canonizados y beatificados, como sugetos venerables; así eclesiásticos como seglares, hombres y mujeres.* Y el segundo contiene los tratados siguientes.—3.° *Tractatus brevis de Monogamia, stive de unico connubio Sanctæ Anæ, Beati Patriarchæ Joachim Sponsæ, Dei genitricis semperque Virginis Mariæ, meritissimæ Matris; et Redemptoris nostri Abiæ.*—4.° *Breve compendio y resúmen de la portentosa vida de la admirable sierva de Dios sor Jacinta Solves, beata de la tercera Orden de la Pe-*

nitencia de Santo Domingo, natural de la universidad de Agullente. —5.° *Noticias pertenecientes al convento de San Jacinto, y San Vicente Ferrer, Orden de Predicadores, de la universidad de Agullente.* —6.° *Relacion pantual de un célebre milagro que obró el P. S. Vicente Ferrer en la universidad de Agullente de la Valle de Albaida.* —A. L.

RAIMUNDO DE CAPUA (Beato). Fué este esclarecido italiano oriundo de una distinguida familia, que habria querido con todo su anhelo el que su descendiente hubiese brillado en el foro, para cuya profesion presentaba en sus primeros años, además de las dotes apetecidas, alguna aficion y más que regular inclinacion. Estudió, pues, con este designio filosofia, y en esta ciencia, fundamento de todas las demás, se elevó á la altura á que podia llegarse conociendo perfectamente los sistemas antiguos y los de su época, y pudiendo dar su opinion acerca de las ventajas é inconvenientes que tenian unos y otros. Al grande conocimiento del sumo bien que adquirió por las pruebas filosóficas de la existencia y atributos de la Divinidad, se agregó la para él venturosa circunstancia de dar en una ocasion misiones los padres predicadores, fundacion no muy antigua del esclarecido Sto. Domingo de Guzman, y la doctrina de estos celosos ministros de Jesucristo hizo que nuestro Raimundo, penetrado de que no es posible llegarse á Dios, que es el sumo bien, ni llegar por su gracia á la práctica de la virtud en el grado que se necesita para que ella produzca el estado de perfeccion por el cual se merece á Dios, si no se niega la criatura á sí misma, y se pone completamente en manos de Dios, ó sea de sus representantes legítimos los superiores, pues que ciertamente asegura mucho el buen éxito de nuestros esfuerzos para conseguir la apetecida perfeccion esa idea de que nuestras acciones van siempre á Dios, porque son el eco de su voluntad santísima, cualquiera y por insignificante que sea el instrumento por donde llegue á nosotros. Tenemos, pues, á Raimundo resuelto á asegurar su dicha mediante su sumision y perfecta obediencia por el voto que emitiria á su ingreso en religion, le tenemos ya indeciso acerca de cuál seria el instituto donde pudiese realizar su piadoso deseo, decidiéndose por último, no sin recibir para ello aviso especial de Dios, por la misma Orden dominicana, al celo de cuyos profesores habia él merecido el conocer y ver bajo su verdadero prisma el estado real de las cosas de esta miserable vida, y el único, el más adecuado medio de asegurar la dicha eterna. Pidió el hábito en su sagrada religion ocultando sus dotes naturales, no porque no estuviese dispuesto á emplearse enteramente en el servicio de sus hermanos, sino porque queria conocer expresamente la voluntad de Dios, y halló ciertamente como medio mas expedito el dejarlo todo en sus divinas manos. Hizo su noviciado por su parte cual si hubiese sido el más rudo de cuantos habian entrado en aquella santa casa, pero para

con los demás acreditándose de hombre ejercitado en la virtud, y no una virtud así como quiera, sino de una virtud á toda prueba, de una virtud tan heróica que le dió por resultado el llegar un dia al trono de gloria en que hoy nos lo presenta sentado la Iglesia santa. Dicho se está que á pesar de no querer Raimundo que se viera nada absolutamente de su capacidad, ó mejor diremos, á pesar de ocultar cuanto podia la gran capacidad con que el Señor le dotára, éste, que queria utilizarla para su gloria, dispuso que en una conversacion habida con él como por acaso, los Padres hallaron que era un grande hombre, y se propusieron sacar partido de él en honra y provecho de los fieles en general y de los dominicos en particular, y no se crea que los Padres de los primeros siglos de esta ínclita Orden buscaban el provecho material, que desgraciadamente se ha buscado despues por algunos de sus hijos indignos por cierto de tan honrosa distincion; nó, el provecho que buscaban era la salud de las almas, y para lograr esta, trabajaban afanosos, haciendo ver en todo y por todo el atractivo de la virtud y los continuos y graves males que proceden del olvido ó más bien del abandono de este. Hiciéronle, como era consiguiente, estudiar sagrada teología, cánones, disciplina y todos aquellos conocimientos que constituyen un verdadero religioso, de esos que ciertamente honran á las corporaciones á que pertenecieron; y en hecho de verdad, léjos de equivocarse en las esperanzas que fundaron acerca del P. Raimundo, el éxito fué mucho más allá de lo que habian pensado; pues no solo fué excelente en el desempeño de su ministerio como religioso y como particular, sino que fué muy distinguido como prelado, y prelado que recorrió, digámoslo así, toda la escala. Hemos dicho que fué gran predicador, y lo fué tal que las gentes en tropel concurrieron á oirle, y no se vaya á creer que por mera curiosidad; todo menos que eso, pues sus sermones no eran engalanados con los adornos de la historia, sino fecundos por el fondo de doctrina y por la erudicion con que ponia á la vista áun de los más despreocupados el daño á que su despreocupacion los exponia y la única manera de remediar esto en su mas dócil y muy debida sujecion á la Iglesia, madre comun que sabe tener todo el cariño necesario con todos sus hijos, si bien nunca les permite salirse del sendero por donde deben ir á su bien. Además del grandísimo fruto que sacaba como predicador evangélico, produciale no menos cómo confesor, pues á esta penosa tarea dedicaba mucho tiempo, y allí donde el particular explaya su espíritu ante el ministro de Jesucristo y donde se ve esa fecunda y siempre benéfica operacion de la gracia, allí nuestro buen Raimundo agotaba los recursos de su ingenio para bien de los fieles y conseguia en efecto lo que se proponia, porque sabiendo bien la manera con que habia de tratar á cuantos á él se acercaban, halló un medio de que acudiesen infinitos en número, siendo todos remediados y cada uno recibiendo,

conforme á su necesidad, instruccion el ignorante, consejo el sabio y aliento todos para desear, procurar buscar y conseguir su dicha eterna por su reconciliacion con Dios, su dicha temporal por el acomodarse completamente á los designios de su adorable grandeza. Se vé, pues, que eran muy importantes los servicios para el provecho de los fieles, y el conocimiento de esto mismo, que no pudo pasar desapercibido para sus superiores, fué el motivo de que desde luego pensasen en ponerle en situacion de recorrer toda la escala gerárquica de las dignidades de la Orden, ya para que en todas pudiese dejar, digámoslo así, huella de sus excelentes prendas, ya tambien para que en todas se comprendiese la debida estimacion en que tenia la misma Orden sus servicios y relevantes méritos, puesto que utilizaban sus buenas disposiciones, no ya para las empresas vulgares y de poca importancia, sino para las más árduas y difíciles. Sin referir, porque esto sería molesto, cómo y cuándo obtuvo diversas prelacías y cuál era su táctica en el desempeño de ellas, y sin indicar los adecuados medios y sabias disposiciones con que procuraba remover todo obstáculo y facilitar todo recurso para el provecho de sus hijos, que como á tales consideraba á todos y cada uno de los religiosos de las distintas casas y áun provincias donde estuvo; vamos solamente á decir algo de este insigne varon cuando ya fué constituido como general de la Orden. En cuanto á su conducta particular, ni un ápice mudó de cuando era novicio, la misma exactitud para todas las cosas, la misma observancia no ya de las reglas y constituciones, sino de las más insignificantes costumbres, con tal que ellas pudiesen producir algun bien. Callado siempre que la necesidad no le obligára á romper su silencio, atento continuamente á promover el bien de todos, abstinente, mortificado, celoso por el bien de las almas, tan constante en el confesonario como cuando no tenia otro quehacer, así era su conducta provechosísima para los fieles y para la Orden, animado de su deseo, nunca satisfecho de que ella se dilatase por do quiera, sin otro móvil para este su deseo, sino el que se comprendiera bien cuánto se interesa en el bien de los fieles este mismo benéfico instituto. En todo el mundo hubiese querido este respetable superior de los Dominicos que se fundáran casas de sus hijos, para que por todo el mundo se enseñase, se predicase y se procurase el bien á todo el mundo; pero en la imposibilidad de lograr sus intentos, pues ni contaba con recursos ni áun con religiosos para tamaña empresa, veámosle en la realizacion de la fundacion de una gran casa de su Orden, de la casa de Lombardía, fundamento de una gran familia, familia que hizo adelantar mucho las ciencias y las artes en aquel país. Muchísimos fueron los obstáculos con que hubo de luchar para llevar á cabo su plan, terminado felizmente por la misericordia de Dios, cuyo medio fué la prudencia de este prelado. Comenzando porque hubo de supe-

rar algunas dificultades de parte de aquellos mismos que habian de partir á aquella empresa desde Italia, de donde procedieron; siguiendo porque hubo de alentar grandemente la confianza en Dios, que todos ellos necesitaban tanto y que muchas veces tenian ocasion de que fuese algun tanto vacilante, pues que las cosas materiales no caminaban de un modo completamente favorable al instituto; si contamos lo mucho que hubo de sufrir de parte de todos y por todos conceptos, le hallaremos mereciendo muchísimo para con Dios en superar tantos obstáculos, en facilitar tantos recursos, muchas veces por medios inadecuados, segun la manera de ver las cosas de nuestra limitada capacidad, pero muy á propósito para quien con la fe elevaba sus miras hasta el trono de Dios, y no veia otra cosa sino á Dios obrando cual le placia, y á las demás causas secundarias obrando en perfectísima armonía con los designios de Dios mismo. El premio de un celo tan decidido por la gloria de Dios fué el que Su Majestad le colmase de favores, favores que no queremos referir aquí, porque acaso se nos tildaria de exagerados, pero que servian para mitigar el sentimiento de sus trabajos y molestias, molestias ocasionadas por los frecuentes viajes y demás contradicciones que habia de sufrir necesariamente, siendo como era superior de un instituto no muy antiguo, y que tenia como no podia ménos muchísimos enemigos. Otra de las virtudes en que se señaló más fué en el cordial afecto y muy tierna devocion á María Santísima, de cuya excelsa Señora recibió señalados favores, siendo uno de los más importantes el que le avisase la época de su muerte, para la cual le previno cual convenia á un siervo del Señor, que si bien le amaba como á padre no podia ménos de temerle como á juez. La muerte le acometió como á hijo de Adan, y pagó como era consiguiente el tributo á la naturaleza el año 1399. Todos proclamaron sus virtudes, y el papa Benedicto XIV permitió se celebrase como santo á Raimundo de Capua el dia 5 de Octubre de cada año; siendo desde los primeros dias despues de su muerte muchísimos y muy extraordinarios los prodigios que nuestro Señor ha hecho por su medio, pues que la fama de sus virtudes atrajo á muchos al conocimiento de sus méritos, y puestos estos en la presencia soberana del Señor, como que le obligan á prodigar sus favores á los que por tal medio los imploran. Es verdad que la Iglesia universal no ha colocado al Santo de que nos ocupamos en el catálogo de los que ella conmemora con fiestas más ó ménos solemnes, pero esto en último resultado lo que dirá es que habiendo sido en la religion Dominicana donde más se señaló este verdadero siervo de Dios, á ella compete de una muy especial manera el propalar sus heróicas acciones, ya para que sirvan de estímulo á los que hoy viven bajo la misma regla y en iguales condiciones que el glorioso Santo, ya tambien para que los que ó por sus cargos ó por otras circunstancias no

pueden aspirar á su imitacion, á pesar de que tiene cosas imitables para todos, encuentren en su veneracion un medio muy adecuado para honrar á Dios en sus santos y darle el debido culto. — G. R.

RAIMUNDO DE CANILLAC, arzobispo de Tolosa hácia 1369. Pertenecia á una antigua é ilustre familia, de la que recibió una distinguida educacion, adelantando en los estudios y todavía más en la piedad, pues desde su niñez apareció llamado á los altos destinos que no debia tardar en llenar. Amigo de los hombres más notables de su época, en sus estudios tuvo ocasion de adquirir una perfeccion no vulgar, y conocer la ciencia en toda su extension y á la altura que entónces se encontraba, siendo uno de los profesores que más lustre dieron á su patria en aquellos remotos siglos. Acaso no sería conocido hoy por su extensa y no vulgar sabiduría, si los acontecimientos que no tardaron en verificarse y el afecto con que siempre miró á la carrera eclesiástica, no le hubiesen obligado á abandonar la ciencia por entregarse á su vocacion. Arcediano en la santa iglesia de Tolosa desde que recibió las órdenes del presbiterado, Raimundo de Canillac manifestó desde luego las grandes dotes de que se hallaba adornado, y las cualidades por que no podia ménos de brillar en los negocios públicos, á que le llamaba su nombre más bien que su inclinacion amante del retiro y la soledad. Hubo, sin embargo, de ceder á las necesidades de la Iglesia, y todavía más á los mandatos de sus superiores, que le encargaron diferentes comisiones, todas las cuales desempeñó con el mejor resultado. Apreciado por este motivo del cabildo y pueblo de Tolosa, á la muerte de su pastor fué nombrado para sucederle con general alegría de todos los tolosanos, que comprendian lo mucho que debian esperar de su buena administracion, vistas las pruebas que ya habia dado de su talento y celo en la gestion de los negocios. Pero estas mismas cualidades fueron causa de que no tardasen en perderle, pues le llamó á su corte el soberano pontífice Gregorio XI, quien le creó cardenal bajo el título de Sta. Cruz de Jerusalen ó de la Basílica Sesoriana, y obispo atrebatense, por lo que algunos autores no le cuentan en el catálogo de los obispos de Tolosa. Raimundo no olvidó nunca, sin embargo, su ciudad favorita, y al verse en el poder hizo por ella cuanto estuvo en su mano, conservando así la fama que de antiguo habia adquirido en ella. En la corte de Gregorio tomó Raimundo una parte muy activa en todos los negocios que en ella se gestionaron, trabajó mucho para hacer la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra, siendo uno de los legados que envió el Pontífice con este objeto, aunque por desgracia sus esfuerzos no tuvieron todo el resultado que debia esperarse por el odio y la saña que reinaba en los pechos de ambos contendientes. Tambien ayudó á Gregorio en sus buenos deseos y esfuerzos para establecer la concordia entre los demás príncipes cristianos, pero por desgracia

su celo y buenos servicios no tuvieron mejor éxito en esta ocasion que en la anterior. La libertad de Italia estaba amenazada por el triunfo de las armas de Bernabé Visconti, señor de Milan, y Gregorio hizo alianza con el conde de Saboya, el marqués de Montferrato, el marqués de Este y otros príncipes italianos, para contener los progresos del ejército de Visconti. No pudiendo costear los gastos de esta guerra, á que se hallaba comprometido el Pontífice por uno de los artículos de la confederacion, tuvo que imponer diezmos al clero de Inglaterra y de otros reinos del Norte. A las armas temporales unió Gregorio las espirituales, excomulgando á Bernabé y á su hermano Galeas, y prohibiendo contraer matrimonios con personas de estas casas. Los Visconti no dejaron de continuar hostilizando á sus enemigos, pero no tardaron en tener que ceder, aunque por desgracia hubo que recurrir de nuevo á las armas, pues los florentinos se coaligaron con los sienenses, los pisanos y la reina de Nápoles para defender la tierra de Prato, que suponian pertenecerles. Sublevároнse al mismo tiempo la mayor parte de las ciudades del estado eclesiástico, y los mismos romanos, cansados ya de ver la Iglesia sin pastor, amenazaron con nombrar un antipapa, habiendo puesto los ojos en el abad de Montecasino, el cual accedió á sus deseos, á condicion empero de que no aceptaria hasta que Gregorio se hubiese negado formalmente á residir en Roma. Rezeloso de tales amenazas, y afectado por las amonestaciones de Sta. Catalina de Sena y de Pedro, infante de Aragon, consintió Gregorio en acceder á los deseos de sus ovejas, y partió de Aviñon el dia 13 de Setiembre de 1376, á pesar de los esfuerzos que hicieron para detenerle en esta ciudad su padre, que vivia aún, el rey de Francia y otras personas respetables, pasando por último á embarcarse en Marsella con direccion á Roma en 22 de Setiembre. Acompañóle Raimundo en esta jornada, lo mismo que en su entrada en la ciudad eterna, que tuvo lugar en 17 de Enero de 1377. A pesar de la brillante acogida que le hicieron los romanos, pronto experimentó Gregorio por parte de aquellos graves disgustos, que le obligaron á marchar á Agnani, donde llegó en 1.° de Junio de 1377. Acompañóle Raimundo tambien en esta ocasion, teniendo una parte muy activa en las diferentes medidas que tomó entónces el Soberano Pontífice, hasta que habiendo éste dispuesto regresar á Francia, pasó á este país, creyéndose que falleció en el camino. —S. B.

RAIMUNDO Carbonario (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco, excelente teólogo, hombre de corazon impávido y apostólico: estas valerosas prendas fueron causa suficiente para ser preferido y elegido por Fr. Esteban de Narbona, destinado por el sumo pontífice Gregorio IX para que fuese el intrépido compañero y hermano en la arriesgada empresa de extinguir y de apagar el peligroso incendio, promovido por el pujante error de los herejes

sacramentarios de Tolosa y sus confines, por los años de 1240. Facultados por inquisidores con plenaria apostólica potestad por dicho Pontífice, quien confió esta empresa á su ardiente celo por la fe, asistido de gran prudencia y sabiduría, empezaron tratando de coligar sus fuerzas con las de algunas personas eclesiásticas del reino, de celo y autoridad, como fueron el arcediano de Lazanso, monje de Clusa, Raimundo, canónigo de Tolosa, varon doctísimo, y Pedro Arnaldo, elegido como notario por su inteligencia en la práctica criminal para sustanciar los procesos, y otros sacerdotes. Todos estos coligados empezaron á entender en el negocio con tanto calor, que descubierta la obstinacion de algunos herejes, paró en llamas, que sirvieron de luz á otros muchos para que saliesen de la ceguedad de sus errores. Raimundo Carbonario, compañero del santo Fr. Esteban, pocos dias ántes de su martirio, estando en oracion, vió una corona muy resplandeciente, que bajaba del cielo y se ponia sobre el palacio del conde de Tolosa, que fué el lugar de sus triunfos, y decia lleno de admiracion: «¡Qué grande es la ceguedad de estos herejes, que obstinados no se quieren reducir á nuestra santa fe, y para cuyos celadores tiene reservada Dios tan preciosa corona.» Refirió despues esta vision pareciéndole haber sido sueño, y al escucharle, dijo Fr. Guillermo, inquisidor dominico: «Hermanos, buen ánimo, que muy presto daremos todos las vidas por la fe.» Vióse el cumplimiento de esta profecía, porque muchos de los cómplices fugitivos conspiraron contra los santos inquisidores, y con las armas en la mano asaltaron el palacio del conde de Tolosa, donde se hospedaban, ayudados de la traicion del gobernador del pueblo, que les dió secretamente entrada. Los santos, viendo ser su hora llegada y la potestad de los hijos de las tinieblas, dando gracias al Señor que les concedia la gloria de morir por su nombre y en defensa de la fe católica, se pusieron á cantar el himno *Te Deum laudamus*, y templaron como cisnes las amarguras de su atrocísima muerte con las dulzuras del canto. Sucedió este ilustrísimo triunfo de la fe á 15 de Mayo, dia de la Ascension del Señor, año de 1242. Habiendo muerto el año ántes el sumo pontífice Gregorio IX, y en su sede vacante celebró el cielo por divina providencia este martirio con portentosas señales. La noche que los quitaron las vidas, una mujer de un pueblo cercano estaba de parto, y apretada de sus dolores, exclamó en la mayor fuerza de su peligro, diciendo: «Yo veo los cielos abiertos y unas escalas que se desprenden de su altura, y mucha sangre vertida en la tierra, y nueve personajes que suben por las escalas, salpicadas de sangre sus vestiduras y bañados de resplandores;» y en estas exclamaciones, poseida de la admiracion y olvidada de su peligro, dió á luz con felicidad la criatura. El rey D. Jaime de Aragon, que estaba en campaña acuartelado con su ejército á vista del sarraceno, su enemigo, vi-

sitando como experto y valeroso capitan sus reales, vió un globo de luces de inmenso resplandor, que bajaba del cielo á la tierra por aquel horizonte que mira á Francia; y lleno de admiracion dijo á los capitanes que iban en su compañía: «Sin duda obra Dios esta noche alguna maravilla grande de su poder.» Esta misma vision vieron unos pastores que apacentaban en el campo sus ganados. En el convento de Sto. Domingo, muchos de sus religiosos vieron aquella noche que se abrian los cielos y que iluminaban la region del aire frecuentes luces que se desprendian de su eminencia y descendian á la tierra. Honró igualmente el Señor sus reliquias con muchos milagros. Una hija del mariscal de Miropisa, que estaba desahuciada de los médicos, encomendándose á los santos mártires quedó repentinamente sana. Guillermo de Muselo, tísico confirmado, con una ardiente calentura que le consumia hasta los huesos, visitando devotamente su sepulcro, quedó con entera salud. Armando Rufo, uno de los herejes, que andaba fugitivo y medroso por la Inquisicion de los santos, luego que supo su muerte se presentó en Aviñoneto, por ver muerto al arcediano, con quien tenia especial aversion por haberle descubierto y perseguido. Cuando partió, dijo á algunos de sus confidentes: «Voy á ver si aquel necio hablador del arcediano se ha muerto, que aún no lo creo.» Se llegó adonde estaban los cadáveres, y dando con el pie al del arcediano: Qué bien estás asi revolcado en tu sangre, hablador rústico;» pero en el mismo instante que tocó el cadáver, se le baldó la pierna toda, y vivió muy poco atormentado de dolores. Una monja del convento de Fruliano tenia una terrible inflamacion en la mejilla, que no la permitia ni áun mover la lengua ni las mandíbulas, y tocando á la parte afecta un pedazo de vestidura de uno de los mártires, repentinamente quedó sin la hinchazon. Un religioso dominico que en Burdeos estaba en oracion, vió que de las llagas de Cristo corria mucha sangre, y que María Santísima la recogia y rociaba con ella á tres religiosos de su Orden y á otros que con ellos estaban, y presto tuvo noticia de que los frailes que habia visto, que eran conocidos suyos, habian muerto en Aviñoneto á manos de los herejes. Un dia ántes del martirio, una devota mujer oyendo misa vió que un crucifijo desprendia un brazo de la cruz y vertia mucha sangre, y que la llamaba y decia: «Anda y dile al prior del convento de los dominicos, que en tal sitio de la Iglesia se han de poner las reliquias.» Quedó la mujer admirada, pero temerosa no fuese ilusion, no se atrevió á decir palabra; pero como al dia siguiente se divulgase la muerte de los mártires y hubiese dificultad del sitio donde se les debia dar sepultura, la mujer se avistó con el prior y le dijo lo que habia visto, señalando el sitio por las señas que se le habian dado. Registróse, y con aprobacion de todos, se tuvo por el mejor y más decente que habia en el convento. Allí se sepultaron los tres mártires domini-

cos. Los otros cuatro en sus iglesias, y los dos, Fr. Esteban y Fr. Raimundo, fueron llevados al convento de S. Francisco de Tolosa, donde por ellos el Señor obró muchos milagros.—A. L.

RAIMUNDO Caron (Fr.), franciscano francés, teólogo jubilado de la universidad de París. Escribió y publicó las obras siguientes: 1.ª *Apostolatus Missionararium per universum mundum. Cum obligatione pastorum quo ad manutenentiam Evangelii, regulis actionum humanarum, et methodo conferendi cum hæreticis quibuscumque ac infidelibus.* Paris, sumptibus Antonii Bertier; 1679 in 8.°—2.ª *Controversiæ generales fidei contra infideles omnes judæos, mahometanos, paganos, et cujuscumque sectæ hæreticos*; Paris, typis Frederici Leonard; 1660 in 4.°—S. B.

RAIMUNDO de Castellezuelo (D.), obispo de Zaragoza. Era natural y rico hombre del reino de Aragon, habiendo habido de su linaje un justicia mayor llamado Rodrigo de Castellezuelos. Fué elegido obispo de Zaragoza por el cabildo en 1185, siendo en su época el rey D. Alonso de Aragon admitido como canónigo de aquella santa iglesia y participante de sus sufragios, dando con este motivo para la fábrica el lugar de Balmadriz y la villa de Mareca. Murió este prelado el año 1199, siendo el primero que usó el título de *Don*, habiendo llevado desde entónces este dictado todos sus sucesores, el que no usó ninguno hasta esta época.—S. B.

RAIMUNDO de Cluni. Nació este monje cluniacense en Tolosa á principios del siglo XII. Traia su orígen de una casa ilustre de su nombre, diversa de la de los soberanos del país. Despreciando desde su tierna edad las cosas de la tierra, despreció el rango que le ofrecian los condes de Tolosa sus protectores, y jóven aún, se consagró á Dios vistiendo el hábito monástico. Como al propio tiempo amaba el estudio de las bellas letras, este gusto no le abandonó jamás, y áun por el contrario se desarrolló en la soledad del claustro. En él habian encontrado las letras y las ciencias un seguro asilo, pues que todas las luces pertenecian en aquella época á estos hombres, á quienes una ignorante filosofía ha querido presentar despues como séres sin instruccion. Dedicóse Raimundo especialmente á cultivar la poesía latina y dirigió su genio, como nos dice Pedro de Vaulx-Cernay, á la pág. 23 del libro IV de su Crónica, á las grandezas de Dios, y cantó sus alabanzas, las perfecciones de la Vírgen, y los méritos de los santos. Su fama como poeta latino se difundió por todas partes, y sus composiciones eran buscadas y leidas con avidez. Pedro el Venerable, abad de Cluni, su superior, le dirigió una epístola en versos latinos, dándole gracias de una composicion igual que le habia mandado, diciéndole en ella que habia resucitado á los antiguos poetas tolosanos Rutilius Numantianus, Victorinus, y Sulpicius Severus. Si el tiempo ha devorado las bellas obras de Raimun-

do, dice su biógrafo anónimo, su fama le ha sobrevivido. Murió este monje poeta el año 1150 de nuestra era.—A. C.

RAIMUNDO DE LA CONVERSION (Fr.), religioso portugués de la Orden Tercera regular de S. Francisco. Nació á principios del siglo XVII y se distinguió mucho desde luego por su amor al estudio, en que hizo notables progresos. Quisieron los padres consagrarle á una carrera literaria en que su aplicacion y talentos parecian brindarle un brillante porvenir; pero Raimundo, léjos de seguir una profesion á que parecian inclinarle sus naturales sentimientos, la abandonó cuando ménos podia esperarse, optando por seguir el camino de la piedad y religion. Hizo, en efecto, en él tan notables progresos como habia hecho en el de las letras, y no tardó en tomar el hábito franciscano, siendo un modelo de novicios el que hasta entónces habia sido un ejemplo de estudiantes. Amábanle sus hermanos por su humildad y devocion, por su caridad y penitencia, y procuraba el dar cada vez más agigantados pasos en el camino de la perfeccion. Eran continuas sus vigilias y abstinencias, constante su soledad y recogimiento, y asidua su oracion y demás ejercicios. Procuraron sus superiores, viendo sus buenas disposiciones, consagrarle al púlpito y confesonario en que obtuvo notables frutos en beneficio de las almas, ora con sus continuos ejemplos, ora con las santas doctrinas que esparcia su robusta y elocuente voz. Obtuvo tambien varios cargos, todos los cuales desempeñó con grande acierto, haciéndose amar más bien que respetar de sus súbditos y mereciendo de todos tanto aprecio como estimacion. La historia de su Orden se halla llena de sucesos extraordinarios y prodigiosos, que nos abstenemos de referir, pero que prueban indudablemente la grande popularidad que tuvo en su época y los buenos recuerdos que dejó á sus piadosos contemporáneos cuando la tradicion ha conservado, como recuerdo imperecedero, la memoria de sus heróicas virtudes. Ignórase el año de su muerte, aunque se sabe vivia en la segunda mitad del siglo XVII, cuando publicó una obra en que manifestó sus conocimientos en la liturgia y observancias de su Orden. Los bibliógrafos únicamente le citan por este mérito, que nos parece harto pequeño comparado con los suyos, pero que no podemos dejar de mencionar. La referida obra se titula: *Manuale Chorale ac procesionale*, y la publicó en Coimbra Diego Carvallo, 1675, en 4.°—S. B.

RAIMUNDO DALMACIO (D.), obispo de Barbastro en 1080, confirmó un privilegio concedido por el rey D. Pedro de Aragon al monasterio de San Juan de la Peña, en que se firma *Raymundus Dalmatius Episcopus in Rota et Monzon*. Tambien suscribe otro privilegio concedido al propio monasterio con la misma fórmula, los que cita Gerónimo Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragon*. Durante su gobierno tuvo algunas diferen-

cias con D. García, obispo de Jaca, sobre los límites de ambas diócesis, los que arregló el rey, como dice Zurita en sus *Anales*.—S. B.

RAIMUNDO DUPUY Ó DESPUIG, gran maestre de Jerusalen ó Malta en 1121. Era natural de Puy-Montbum en el Delfinado, segun Mr. de Valbonais, ó de Langüedoc, segun Vaissette. Hijo de una antigua y noble familia, recibió una educacion correspondiente á su clase, distinguiéndose desde luego por sus grandes talentos y vasta capacidad, talentos que fueron despues muy útiles á la religion de S. Juan, en la que entró siendo muy jóven todavía, teniendo ocasion desde luego de prestarla los más eminentes y apreciables servicios. Cuando en 1121 reemplazó á Gerardo en la prefectura del Hospital, era ya uno de los caballeros más notables de la Orden, á la que continuó sirviendo con el mismo celo que hasta entónces lo habia hecho. Poco despues de su promocion escribió una carta á todos los fieles, apelando á su caridad, carta que el pontífice Calixto II acompañó con una bula á todo el clero de Europa, recomendándole á los Hospitalarios, cuya suerte, harto precaria entónces, no debia tardar en eclipsar la de las más ilustres y elevadas corporaciones. Raimundo fué uno de los legisladores de esta religion, pues recopilando diferentes estatutos, dió á luz un cuerpo de leyes tan sabio como acertado, que continuó despues vigente por largo tiempo, y el que fué despues confirmado en un capítulo general, aunque esto parezca algo dudoso á los autores, atendido el corto número de caballeros con que entónces contaban los hospitalarios, y á que sus muchas y notables ocupaciones los obligaban necesariamente á vivir alejados unos de otros. Consta por estos estatutos que en esta religion solo habia entónces dos clases de religiosos, á saber, los clérigos y los legos, pues la distincion entre caballeros de armas y escuderos no se conoció hasta algunos siglos despues, y concluido el pontificado de Anastasio IV, á pesar de cuanto han dicho en contrario Vertol y el P. Antonio, pues en la bula de este Papa á los hospitalarios no se encuentran ni expresa ni tácitamente estas palabras, que no sin equivocacion le atribuye el historiador de Malta: «Vosotros podreis tambien recibir legos de condicion libre para el servicio de los pobres.» Y áun cuando semejante cláusula se hubiese por otra parte consignado en el referido documento, no seria una verdadera prueba para la distincion de los caballeros de la primera y segunda clase. Esta misma bula, fecha á XII de las calendas de Noviembre, dió, sin embargo, orígen á grandes cuestiones entre los hospitalarios y el clero, en lo relativo á la jurisdiccion del Patriarca y á la exencion de diezmos en sus tierras. Raimundo, á quien ya hemos visto distinguirse como legislador, organizando su Orden de la mejor manera que le fué posible, no se distinguió ménos por su saber y pericia en el arte militar, batiéndose con denuedo y arrojo en diferentes encuentros á la cabeza de sus caballeros.

Apénas habia tomado posesion de su cargo, cuando se dirigió con sus tropas al socorro del principado de Antioquía, que devastaba impunemente Doldequino, rey de Macedin, despues de la victoria que habia obtenido en 1119 contra Rogero, príncipe regente del país, quien murió en la batalla peleando con más gloria que fortuna. Raimundo se presentó en aquel país, buscó y derrotó á los infieles, y acompañó al rey Balduino triunfante á Antioquía. Mas á esta brillante jornada no tardaron en seguir reveses que la empañaron, aunque sirvieron para probar que Raimundo era tan invencible como en la prosperidad en la desgracia. Joscelino, conde de Edesa, fué hecho prisionero en el año 1123, en una emboscada que le preparó Balah, agá de los octokidas, suerte que no tardó en experimentar Balduino, cuando al principio del año siguiente quiso salvar la Fenicia del Líbano, que la prision de Josselino habia dejado á merced de los infieles. Estos acontecimientos no tardaron en llamar la atencion de los cristianos de Palestina, que corrieron á las armas para defender sus hogares; y Eustaquio Garnier, regente del reino de Jerusalen, al ver que los infieles habian formalizado el sitio de Jaffa, acudió á Raimundo, invitándole á que acudiese con su ejército al socorro de aquella plaza puesta en el último extremo por las tropas sitiadoras. Raimundo manifestó en esta ocasion las cualidades que le distinguian, constituyéndole en uno de los héroes de la edad media, y dispuso tan perfectamente sus tropas, animándolas de tal manera con su ejemplo, que áun cuando su ejército era muy inferior en número al de los sitiadores, obligó, sin embargo, á estos á retirarse, batidos como se hallaban ya por el mar por una armada veneciana, que habia acudido en socorro de los cristianos de Jaffa, segun la costumbre de esta célebre república durante las cruzadas, en que tomó una parte muy activa en los principales acontecimientos, teniendo siempre prontas sus naves para contribuir á la derrota de los sarracenos, que eran por otra parte sus enemigos naturales. Los cruzados se hallaban á la sazon sitiando á Tiro, y queriendo Raimundo utilizar el ejército que habia reunido, voló al campo sitiador, en el que continuó hasta conseguir la conquista de aquella plaza, que no tardaron en poner los cruzados bajo su dominio. No fueron ménos gloriosas las demás hazañas de Raimundo. Contuvo las correrías de Bossequino, que con numerosas huestes habia ido desde el golfo Pérsico á asolar la Cele-Siria y el país de Antioquía, obligándole á retirarse de unos países que juzgaba sometidos ya á sus poderosas fuerzas. Despues hizo prisionero á un cuerpo de turcos, que marchaba á reforzar la guarnicion de Damasco, y se apoderó por fuerza de armas del fuerte de Bersabé, que se llamó desde entónces de Gibelet, obligando al sultan Kilidge-Arslau á abandonar la Fenicia, cuyo país estaba asolado con las continuas correrías de los infieles. Contribuyó, por último, Raimundo á la

toma de Ascalon, verificada en el año 1153, no obstante la larga y heróica defensa del comandante de la plaza, que apeló á todos los recursos del arte militar entónces conocidos ántes de entregarse, y á pesar de lo cual quedó en poder de los cruzados, que consiguieron entónces una de sus más gloriosas conquistas. Ignórase el año en que murió Raimundo, no pudiendo fijarse con exactitud la fecha de su muerte; empero se sabe que vivia en 1158, aunque no llegó, segun Vaissette, al año 1160, en que gobernaba ya la órden de S. Juan Otgero de Balbeu. En 1130 mandó el pontifice Inocencio II que la bandera de la Orden fuese una cruz blanca en campo de gules, que es la que continuan todavía usando los caballeros de esta veneranda religion. —S. B.

RAIMUNDO DE FALGUERIO, obispo de Tolosa. Ignórase la fecha de su nacimiento, aunque debió ser á últimos del siglo XII; sábese, sin embargo, que pertenecia á la antigua é ilustre familia de los varones de Miramonte, y se hallaba estudiando en la escuela de Tolosa, cuando comenzó Sto. Domingo á echar en aquella ciudad los cimientos de su Orden. La santidad del bienaventurado patriarca y de sus venerables compañeros fueron para el jóven Raimundo un ejemplo vivo y poderoso de la más consumada virtud, é inspiraron al jóven estudiante el desprecio de las vanidades de la tierra, y un ardiente deseo de salvacion eterna. Presentóse al santo fundador, el cual le admitió con el mayor júbilo en el número de sus discípulos, y le tomó bajo su direccion con el objeto de hacerle adelantar en el camino de la virtud. Cultivaba el Santo una tierra fecunda y bien dispuesta, y sus cuidados produjeron todo el fruto que se debia esperar. Dedicóse desde luego á la mortificacion de sus pasiones, á la oracion y al estudio, esforzándose en imitar todo lo que le parecia más perfecto en la conducta de sus hermanos. Raimundo no tardó en hacerse un insigne teólogo, un elocuente predicador, un hombre interior y un perfecto religioso. Su prudencia y aptitud para los negocios, y su sabiduría en la direccion de los espíritus, se manifestó en los diferentes empleos que le confiaron los superiores de su Orden. Pero colocado en un lugar más eminente, resplandeció todavía más, dió pruebas mucho más evidentes de su saber y virtudes. Sus buenas cualidades, despues de haberle ganado el aprecio y estimacion de sus hermanos, le captaron de tal manera el afecto de Fulcon, obispo de Tolosa y de su clero, que segun dice en su Crónica Guillermo de Poggio Lorenzo, habia manifestado aquel algunas veces que moriria contento, si pudiese prometerse tener á Raimundo Falguerio por sucesor suyo. Cumpliéronse sus deseos, porque despues de su muerte, acaecida en 25 de Diciembre de 1231. Raimundo, provincial á la sazon de la de Provenza, fué elegido obispo de Tolosa, por voto unánime del cabildo de S. Esteban. Gualtero, obispo de Tournay, legado de la Santa Sede, confirmó aquella eleccion, y el nuevo obispo

fué consagrado el dia 21 de Marzo de 1232. Caminando fielmente sobre las huellas de su ilustre predecesor, manifestó siempre la misma vigilancia sobre su rebaño y el mismo celo por conservar ó restablecer la pureza de la fe, para defender los derechos de la Iglesia, y para inducir, ora con suavidad, ora con una sábia constancia, al célebre conde de Tolosa á cuanto reclamaba de él la religion. Fué al principio el blanco de las mismas contradicciones que habian fatigado por largo tiempo la paciencia de Fulco, tanto por parte de los herejes y de sus fautores, como por la de muchos nobles y magnates, que no podian resolverse á abandonar aquellos bienes, de los cuales habian dado ocasion para apoderarse las turbulencias producidas por las herejías en perjuicio de los ministros del altar. Habiendo previsto sábiamente todos estos obstáculos, ni le sorprendieron ni le inmutaron, sino que se hizo superior á ellos con una invencible paciencia, y por medio de sus atenciones y cuidados fué restablecida, por fin, la iglesia de Tolosa á su antiguo esplendor. Aunque el primero y más ardiente de sus deseos fuese el llamar otra vez á la profesion de la fe católica á aquellos que la habian abandonado, no se manifestó, sin embargo, ménos solícito en aliviar y socorrer á los fieles que tenian necesidad de sus auxilios, y las abundantes limosnas que hacia distribuir entre las familias pobres, no agotaron aún todos sus recursos producidos por sus ahorros, y así pudo contribuir á poner la nueva iglesia de los dominicos en el estado en que se veia en siglos posteriores. Fulco habia bendecido la primera piedra, y Raimundo Falquerio hizo levantar los muros ó paredes, y áun cuando no tuvo la fortuna de verla en su última perfeccion, pues se hallaba esto reservado á un cardenal de su Orden, contribuyó mucho, no obstante, á los adelantos del edificio, pues la sencillez de su casa y la frugalidad de su mesa le permitian ser espléndido en todo lo que miraba como propio del culto de Dios y de la honra de su religion. Para procurar á toda su diócesis ventajas no ménos considerables, hizo confirmar Raimundo con una bula de Gregorio IX el establecimiento de la universidad de Tolosa, á la que habia dado principio por el tratado hecho en Paris en 1229, obteniéndose muchos años despues dos ó tres bulas de Inocencio IV sobre el mismo asunto, y como estaba persuadido de que aquella escuela serviria siempre de grande auxilio para conservar la pureza de la fe en aquel pais, despues de haberle purgado de los últimos restos de la herejia, no perdonó medio alguno para que aquella fuese digna de la mayor celebridad. Miéntras la Santa Sede concedia á los estudiantes toda clase de privilegios, el obispo, para proporcionar los maestros á propósito, para excitar su emulacion por su fama y la de sus doctrinas, se servia del ilustre Rolando de Cremona, que habia llegado á ser el oráculo de la universidad de Bolonia, y el que entre los doctores de su Orden se habia hecho admirar

más en el colegio de S. Jacobo. La asidua vigilancia de nuestro prelado ponia en movimiento á todos los operarios, que siguiendo sus órdenes trabajaban en la viña del Señor, todos los cuales se dedicaban á imitacion suya con un fervor saludable á volver á sus extraviados hermanos al seno de la Iglesia, y á privarles de los medios de continuar esparciendo sus propios errores. El conde de Tolosa, Raimundo VII, favorecia ya á unos por política, á otros por inclinacion. Despues de haberle amonestado inútilmente el buen obispo á que manifestase un celo más constante para con los verdaderos intereses de sus súbditos y de la causa de Dios, puso en conocimiento del legado del Papa lo que detenia los progresos de la fe, y acompañado del arzobispo de Narbona y de algunos de sus sufragáneos, fué á presentarse al rey S. Luis que se hallaba á la sazon en Melun, donde acudió tambien el conde por órden del monarca. Habiendo escuchado el Rey cuanto se decia en pro y en contra de la conducta del conde, que era acusado de negligencia, tanto en la persecucion de los herejes como en la ejecucion de los demás artículos del tratado de Paris, se decidió que siguiese aquel príncipe constantemente los consejos del obispo de Tolosa, que, como hemos dicho, se hallaba presente á aquellas conferencias, y de otro caballero llamado Gil de Flageau, cuya prudencia y buenas intenciones conocia el Rey, que pensaba enviarle á aquellos lugares. Cuando llegó á Tolosa el caballero Flageau, ya habia extendido el obispo todos los artículos de la reforma, y se unió á él para presentarlos al conde Raimundo, quien pareció hallarse satisfecho de ellos, y publicó sobre el asunto un edicto en 19 de Febrero de 1234. Si todos los artículos de este decreto, segun se leen en la *Historia eclesiástica* de Fleury, hubiesen llegado á observarse fielmente, la Iglesia hubiera empezado á disfrutar de tranquilidad en Langüedoc, y la herejía destituida de toda proteccion no hubiera continuado devastando el país. Pero los que estaban con ella contaminados, creyéndose siempre protegidos por el favor de un príncipe cuyas intenciones eran equívocas, animaron al populacho contra los eclesiásticos y religiosos, y en particular contra los inquisidores, á quienes se acusaba de una estremada severidad. Grandes y numerosos fueron los tumultos en muchas ciudades de aquella provincia, y en particular en Tolosa, donde se vió obligado á escapar el obispo y toda la comunidad de Predicadores el dia 6 de Noviembre de 1235. Guillermo Poggio Lorenzo, testigo ocular, refiere que los amotinados maltrataron hasta á los canónigos de la catedral y á sus criados, y añade: «Tengo por conveniente pasar todo esto en silencio á causa del respeto que me merece aquella ciudad, pues considerada en su trato era buena, pero estaba un poco corrompida de levadura.» Mas lo que apénas insinuó este autor contemporáneo, lo refiere minuciosamente el Papa en su breve de 28 de Abril de 1236, dirigido al mismo conde de Tolosa, al cual echa en

cara Su Santidad el haber secundado una violencia tan injusta. Retirado nuestro prelado á Carcasona, informó de todo á la corte de Francia y á la de Roma, y continuó vigilando sobre su rebaño en cuanto lo permitia su actual situacion en una época tan borrascosa. El autor de la Historia del Langüedoc pretende que Raimundo Falguerio, aunque atacado de unas calenturas intermitentes, marchó á Roma seguido de algunos religiosos de su Orden para presentar sus súplicas al pontífice Gregorio IX; pero Catel, el P. Angle y Fleury creen que fué Juan, legado de la Santa Sede y arzobispo de Viena, quien hizo aquel viaje. Unos y otros se fundan en las palabras de Guillermo de Poggio Lorenzo, cuyo texto, algo confuso en este pasaje, parece favorecer esta última opinion. De todas maneras, el obispo fué llamado de nuevo, y sus hermanos volvieron á entrar en su convento el dia de la octava de S. Agustin del año 1236, y continuaron combatiendo la herejía con el mismo celo, y advirtiendo á los fieles que se guardasen de la levadura de los fariseos. El prelado redobló además su vigilancia con el objeto de restablecer la paz en la Iglesia, y contener ó prevenir los malévolos designios de los que siempre buscaban medios para excitar y promover nuevas turbulencias, á fin de esparcir con más seguridad el veneno de la herejía. Creyeron estos haber encontrado realmente una ocasion favorable para sus intentos, cuando Greencaval, hijo de Raimundo Rogerio, vizconde ya de Beziers, formó una poderosa liga con muchos señores del país, y se presentó armado durante el verano de 1240 en la diócesis de Narbona y de Carcasona, seguido de algunos caballeros aragoneses y de otros muchos de la provincia, la mayor parte de los cuales habian sido proscriptos como herejes. Despues de haberse apoderado Trencaval de muchos castillos, que le abrieron sus puertas, y de haber hecho pasar al filo de la espada la guarnicion de algunos otros que rehusaban rendirse, volvió sus armas contra la ciudad de Carcasona. Habia pasado allí nuestro celoso prelado con el fin de sostener el valor de sus habitantes al acercarse el enemigo, y de exhortarles á la fidelidad que debian á la Iglesia y al Rey. Y en realidad su persuasiva elocuencia, sedienta y llena de uncion, consiguió que los vecinos de Carcasona prometiesen con juramento sobre los santos Evangelios que nunca faltarian á la fidelidad debida. A pesar de esto, fué forzado el arrabal ó tal vez entregado por traicion en poder de los enemigos; pero los habitantes de la ciudad, sostenidos por el valor de muchos señores que se habian encerrado allí y animados por los discursos del obispo de Tolosa, se defendieron con tanto ánimo, que hicieron inútiles durante un mes todos los esfuerzos de los sitiadores. El socorro que envió el rey apénas tuvo noticia del sitio, llegó á tiempo, y no habiéndose atrevido los enemigos á esperar á las tropas francesas, apelaron á la fuga, lo que hizo desvanecer como el humo las esperanzas de los albigenses. El celo de

Raimundo Falguerio fué muy grato al monarca S. Luis, y la conducta que observó al año siguiente en un negocio que interesaba á la familia real no pareció ménos digna de su sabiduría y religiosidad. Queriendo Raimundo VII, conde de Tolosa, separarse de su primera mujer Doña Sancha de Aragon, para casarse con Sancha de Provenza, de la cual esperaba tener hijos varones que le sucediesen con exclusion de su hija Juana, mujer de D. Alonso, hermano del rey de Aragon, se habia procurado algunos testigos que declararon haber su padre Raimundo VI sacado de pila á Sancha de Aragon. Atendida esta justificacion testimonial. Durando, obispo de Albi y el propósito de San Salvio, comisarios ambos del Papa, pronuncieron sentencia de divorcio y declararon nulo el matrimonio de Raimundo con la expresada princesa. Mas el obispo de Tolosa, que miraba como sospechosos á los testigos que habian prestado esta declaracion, no quiso autorizar con su presencia aquella decision y á pesar de las muchas instancias que le hizo el conde para que concurriese á la asamblea que se celebró con este objeto cerca del Ródano entre Rocher y Tarascon, se negó constamente á intervenir en ella manifestando bien á las claras con su resuelta negativa que no podia aprobar una empresa á que negaba el cielo su bendicion. El rey de Aragon, el conde Alfonso y la condesa Juana de Tolosa se manifestaron desde luego muy agradecidos al virtuoso prelado, desmostrándoselo despues de la manera más clara y patente, habiendo en todo cuanto aconteció en lo sucesivo conocido perfectamente la rectitud de sus intenciones y su adhesion á los verdaderos intereses del conde de Tolosa. Pero no se hallaba este príncipe ocupado tan exclusivamente de su matrimonio, que no pensase al mismo tiempo en aprovechar todas las ocasiones que le parecian favorables para obtener de nuevo el dominio de todos los estados que habian pertenecido á sus mayores. Con este objeto hizo alianza con el rey de Inglaterra y con el conde de la Mancha contra el rey de Francia. Los reyes de Navarra, de Castilla y de Aragon, los condes de Foix, de Armañac y de Cominges y un gran número de señores de otros países circunvecinos, entraron tambien en esta liga, que parecia formidable, pero que no tuvo los mejores resultados. Temeroso Raimundo VII de la prosperidad de las armas de San Luis, y rezelándose ya con razon de que victorioso el príncipe de sus enemigos no le hiciese pagar cara la osadía de su rebelion, acudió á la mediacion de su obispo, mediacion que merecia tanto ménos, cuanto que habia permitido recientemente á los albigenses matar á once católicos, entre los que se contaban un canónigo accediano de Tolosa, dos religiosos de San Francisco y tres de la órden de Sto. Domingo. Pero el prelado, que amaba todavía á su príncipe, aunque el celo de la religion le obligase sin duda á oponerse con frecuencia á su voluntad, no le negó sus consejos en tan críticas circunstancias. Convencido de que el paso que ha-

bia dado últimamente consintiendo la muerte de los referidos católicos, bastaba para causar su total perdicion, se apresuró el buen obispo á presentarse á San Luis para obtener la paz y la reconciliacion del conde, y habiendo ya convencido á éste de que se sometiese completamente á la voluntad del rey, trabajó al mismo tiempo con tan buen éxito cerca del monarca francés, que consiguió presentarle las bases para el tratado, que se concluyó al año siguiente en S. Lonis en el Gatinois. En la carta que escribió el conde de Tolosa al rey Luis, para apelar á su misericordia, le decia: «Yo os prometo con toda formalidad, lleno de confusion y de dolor por lo pasado, de seros, no por temor, sino por otras razones que ya sabreis á su tiempo, sinceramente adicto todo el resto de mi vida, serviros con fidelidad para con todos, defender y honrar á la Iglesia, secundar vuestros deseos, proteger la fe católica, purgar al pais de herejes y hacer severa justicia á aquellos que para confusion nuestra han muerto á los inquisidores, etc.» En los treinta y nueve años que gobernó su diócesis, tuvo nuestro vigilante y buen obispo frecuentes ocasiones de ejercitar su caridad con todos los fieles, y de dar evidentes muestras y brillantes pruebas de aquella sabiduría y de aquel celo por el bien de la Iglesia que le habia concedido Dios. Habia sido llamado para el concilio que el pontífice Gregorio IX queria reunir en Italia; pero hallándose en Marsella próximo á embarcarse, supo que los demás obispos que le habian precedido, habian caido en manos del emperador Federico II, el cual logró por último impedir la reunion del concilio, haciendo padecer mucho á los legados y á los demás obispos que habian caido prisioneros suyos. Habiendo convocado cuatro años despues el pontífice Inocencio IV el primer concilio ecuménico de Lyon, Raimundo Falguerio tuvo la honra de asistir á él, como tambien al que el arzobispo de Narbona celebró en Beziers en el mes de Abril de 1246, y tuvo gran parte en cuanto allí se ordenó para la extirpacion de la herejía, para el libre ejercicio de la Inquisicion, para la reforma de las costumbres, para la disciplina y conservacion de la libertad y de los bienes de la Iglesia, para la observancia y mantenimiento de la paz y para la conducta que debian observar en adelante los fieles con respecto á los judíos, á quienes se prohibió tener cristianos á su servicio y continuar su tráfico usurario, que llevaban al último extremo. De todo esto, que refiere Guillermo de Poggio Lorenzo, autor contemporáneo, en su Crónica, se deduce claramente y se manifiesta la firmeza con que nuestro virtuoso prelado sostuvo en todas ocasiones los intereses de la religion y de la justicia, perdonando bondadosamente las injurias que se le habian hecho y no rehusando jamás el volver bien por mal, segun el precepto de Jesucristo. Amado de su pueblo á pesar de los vanos esfuerzos de los herejes, honrado con la estimacion de San Luis y con la confianza de muchos pontífices, se opuso

siempre como un muro de bronce á las empresas de los malvados. Fué el padre de los pobres, el protector de las viudas y de los huérfanos, y no dejó de cumplir los deberes de un buen pastor, sino cuando dejó de existir. Permitió Dios á pesar de esto, para acabar de probarle, que fuese purificado con la tentacion. Pues no pudiendo los adversarios de la fe ser amigos de un obispo que se declaraba sin reserva contra todos aquellos cuyos sentimientos no eran ortodoxos ó que se hacian sospechosos por no caminar con rectitud segun las reglas de la fe, se esforzaron en denigrarle con atroces calumnias, por medio de las cuales consiguieron sorprender durante algun tiempo la buena fe y la candidez de aquellos con quienes estaba unido con los estrechos vínculos de la caridad. Pero su misma inocencia le sirvió de escudo contra tan malignos tiros, y despues de esta pasajera borrasca, que hizo resplandecer con más esplendor todavía la constancia del pastor y el sincero afecto que profesaba á su rebaño, continuó gobernándole aún por muchos años en paz hasta el 14 de Octubre de 1270, en que murió á media noche, pasando á recibir la recompensa prometida al siervo fiel. El buen religioso no quiso ser sepultado en la iglesia de sus hermanos los Padres Predicadores, donde existió por largos años su sepulcro con un honroso epitafio en medio del coro. A este prelado se atribuyen muchos escritos contra los herejes de su tiempo los que se han perdido, ó no llegaron á conservarse, por cuya razon no le ha colocado el P. Echard en la Biblioteca de los escritores de la Orden de Sto Domingo.—S. B.

RAIMUNDO DE GRASA (Fr. Pedro), carmelita francés, electo obispo de Lyon en 1342, segun Trithemio, quien da escasas noticias de su vida; lo mismo que la *Galia cristiana*, que apénas hace mencion de su nombre, empero las bibliotecas carmelitas y más que todo la Historia general de la Orden, le coloca en el número de los prelados más célebres por sus virtudes y servicios á la Iglesia. Nació en 1270, cerca de Lyon, de una familia tan antigua como ilustre. Su padre, que se hallaba casado con una señora de la más distinguida nobleza, trató de dar á Raimundo una educacion propia de su clase á cuyo fin le envió á estudiar las primeras letras y la gramática á la escuela de Chartres de monjes benedictinos, pasando despues á la de San Gal á seguir la música, la retórica y demás facultades que á la sazon se enseñaban. Hallábase dotado nuestro Raimundo de una excelente memoria, de grande docilidad, de aplicacion en el estudio y de humildad tan extraordinaria que desde luego se comprendió, que léjos de buscar la gloria en el campo de batalla como lo habian hecho la mayor parte de los individuos de su ilustre linaje, procuraria conquistarla por un camino muy diferente. Su corazon inclinado naturalmente á la paz y guiado por las máximas de una moral pura, se complacia en meditar la gran diferencia que hay de aquella

felicidad que se alcanza entre los honores y aplausos del mundo á la que se encuentra en el retiro del claustro léjos del bullicio y la zozobra, estudiando en el gran libro de Dios el modo de fomentar el bien y de combatir el mal, sea cualquiera la forma que adopte al presentarse. Estas buenas condiciones debian conducirle naturalmente al estado religioso. En efecto, apénas habia cumplido la edad de diez y seis años, tomó el hábito en la órden del Cármen y durante el año de su noviciado pudieron convencerse sus superiores de que la vocacion de Fr. Raimundo era verdadera, porque no hubo novicio más dispuesto á cumplir todas las obligaciones que se le imponian por difíciles y penosas que fuesen, ni jóven más piadoso y ejemplar. Despues de haber profesado siguió en el convento los demás estudios, en particular los propios de la religion carmelitana, y como todos sus deseos se dirigian á acumular un gran fondo de elocuencia para poder ganar el corazon de sus semejantes, dirigiéndolos por el camino de la virtud y el bien, inútil es encarecer los notables adelantos que hizo en las ciencias sagradas. Aunque severo en sus costumbres religiosas, no por eso dejaba de recorrer de cuando en cuando las páginas de los clásicos profanos, pues estaba convencido de que era absolutamente indispensable para entrar con cabal conocimiento de causa en la dilucidacion de las diferentes materias que se ofrecen en su larga carrera á un orador, así es que salió consumado en las letras divinas y humanas. Llegó por fin la época en que pudo manifestar lo extenso, variado y profundo de sus conocimientos; nombráronle sus superiores catedrático, cargo que desempeñó por espacio de tres años con general edificacion y aplauso. Continuó despues enseñando por un largo espacio, siendo honrado con otros muchos cargos, como el de maestro de novicios, prior de su convento y provincial de su provincia; por último, en 1398 fué elegido profesor de la universidad de París, cátedra que obtuvo por unánime y general eleccion, siendo tales los talentos y grandes cualidades que desde entónces desplegó, que dejó admirados á cuantos concurrieron á escuchar sus lecciones. Su cátedra fué desde entónces el plantel de excelentes párrocos y eminentes doctores, distinguiéndose sus explicaciones por la severidad de principios, la solidez de doctrinas y las opiniones sostenidas en el exacto conocimiento y continua lectura de la Escritura Sagrada y de sus más célebres expositores. Reunia además Raimundo un talento sobresaliente para la predicacion, vastos conocimientos en la historia y en las matemáticas, siéndole familiares las lenguas latina, griega y hebrea, así es que los sabios más distinguidos de su época se complacian en mantener con él estrechas relaciones. Afligida á la sazon Francia por extrañas é intestinas guerras, no abandonó por esto sus ocupaciones continuando consagrado á la enseñanza y á difundir la luz que brillaba ya de un modo extraordinario en sus

elegantes discursos. Invadieron los extranjeros su patria, y en aquellos momentos aciagos comprendió que debia acudir al llamamiento de la patria para auxiliar segun su ministerio á los que combatian por un monarca desgraciado. Siguió pues, al ejército, sirviendo de misionero y capellan miéntras sus fuerzas se lo permitieron. Poseia perfectamente, como hemos indicado ya, con la lengua latina otros idiomas, entre ellos algunos vulgares y esta circunstancia le valió mucho para proporcionar con fruto el pasto espiritual á los desgraciados que en aquella desastrosa guerra quedaban tendidos en el campo de batalla; y como su caridad era tan grande, se extendia áun á los mismos enemigos que la suerte ponia en manos de los soldados franceses. Por todas partes encontraba Raimundo compañeros y amigos, porque el que se cobija bajo las frondosas ramas del árbol santo de la virtud, tiene siempre un albergue dispuesto para los que la buscan decididos á seguirla y cultivarla. En medio del estruendo de las armas se presentaba Raimundo como un ministro del Dios de paz; sus palabras eran dulces como el panal de la miel, y sus discursos tan edificantes que formaban un verdadero contraste con los espantosos gritos de guerra, de venganza y de exterminio. Vestido del humilde hábito de carmelita, seguia al ejército en sus marchas y contramarchas, asistia á los heridos áun en medio de los mayores peligros; y cuántas veces los gritos del enemigo venian á mezclarse con las piadosas exhortaciones del celoso y sabio ministro del Evangelio! Aún no habia terminado esta guerra, cuando sobrevino una enfermedad contagiosa que llenó de enfermos las ciudades y campos, y abrió el sepulcro á millares de víctimas, Raimundo se excedió á sí mismo en aquellos momentos de desolacion y llanto. Como su caridad era inagotable, sin temor á los contínuos riesgos que le rodeaban, corria de dia y de noche á la cabecera del enfermo, le consolaba en su desgracia, le animaba para sufrir con resignacion el peso de los males; en una palabra, le prodigaba los auxilios espirituales y temporales que estaban en su mano, y nunca se apartaba de el sin haber derramado en su corazon el bálsamo consolador de la caridad cristiana. Hasta entónces no habia experimentado Raimundo otro contratiempo que la aflicion que siente naturalmente un corazon sensible en vista de las desgracias que agobian á la humanidad desvalida. Dios queria probar sin duda la inagotable paciencia de este religioso. En medio de su piadosa tarea le acometió la enfermedad reinante, obligándole á suspender su ministerio, y apénas se halló algo aliviado, marchó á su patria á conseguir su completo restablecimiento. Esta primera desgracia solo fué la precursora de otras muchas que no debian tardar en seguirla de cerca. Vertíanse en Lyon y en otras partes de Francia doctrinas en extremo dañosas, y convencido Raimundo de que se abusaba de lo revuelto de los tiempos en perjuicio de la fe y de

las buenas costumbres, comenzó á predicar para combatir todas aquellas doctrinas que no le parecian conformes al espíritu y á la letra del Evangelio, y dejándose arrebatar del ardiente celo que le animaba, se opuso con valor y energía, no solo en sus discursos sino tambien en sus escritos, á los de los que ignorantes ó mal intencionados en materias religiosas, dejaban deslizar graves errores en asuntos harto delicados. Sin embargo, como los principios que se sentaban eran doctrinas, trató de pulverizarlos con otras doctrinas, mas sus enérgicas defensas no tardaron en dar márgen á grandes persecuciones. En efecto, no tardó en recibir noticias capaces de atemorizar á otro que no se hallase dotado de su temple de alma, porque se le llenaba de improperios y se le amenazaba terminantemente; pero léjos de dar asenso á semejantes escritos, redobló sus esfuerzos siempre con el piadoso fin que los habia comenzado. Gozaba de la fama de buen predicador, y como tal subió repetidas veces al púlpito convenciendo á sus numerosos oyentes con el raudal de elocuencia sagrada que salia de sus labios, y á pesar de no separarse nunca de los preceptos del Evangelio, creyeron algunos hallar en sus sermones palabras con tendencias un tanto nuevas y exageradas, y así el virtuoso Raimundo se vió perseguido por palabras que no dijo, por expresiones que nunca habia pronunciado. Tendiéronle otros lazos sus pers guidores hasta que al fin lograron una órden de sus superiores para prenderle, formándole un terrible proceso. Otro hombre de un ánimo ménos esforzado hubiera sucumbido tal vez bajo el peso de sus desgracias; pero como á Raimundo nunca le abandonaba su compañera inseparable la inocencia, y por otra parte no pensaba más que en la gloria de la religion, soñó aquellas desgracias como venidas del cielo, y esperó en el Señor, pidiéndole hiciese lo que fuera su santa voluntad. Pero su prision causó efectos diametralmente opuestos segun el espíritu de que cada uno se hallaba animado. Sus numerosos amigos se entristecian y abogaron por su causa, miéntras que los malévolos, que eran en ménos número, corrieron creyendo haber ahogado la voz de su acusador; engañáronse, sin embargo, pues su lóbrega prision en vez de apocar su ánimo y disminuir el vuelo de su imaginacion, dió mayor ensanche á sus trabajos, y entónces fué cuando escribió una obra que fué la completa refutacion de todos los errores de sus adversarios: por desgracia todos estos escritos, que tanto éxito obtuvieron en aquella época, han desaparecido y de algunos no se conoce ni áun el nombre. Tambien se ocupó en su defensa, que escribió con sencillez y verdad, refutando uno por uno todos los artículos de la acusacion. Raimundo estaba convencido de su inocencia, y lo quedó todavía más cuando vió la insignificancia de los cargos que se le dirigian, mas no por eso obtuvo su libertad. Prosiguió en aquel estado por un largo

espacio de tiempo, hasta que un cambio inesperado, poniendo el poder en manos de sus amigos, hizo que estos corriesen en busca del pobre religioso á quien condujeron en triunfo á su convento. Pronunció allí un discurso á instancias de sus mismos libertadores, discurso notable tanto por la elocuencia que el orador desplegó, como por la moderacion y dulzura con que habló á su auditorio. El pueblo y clero trataban de darle una satisfaccion pública por los agravios que habia recibido de sus enemigos. Pero Raimundo pronunció solemnemente su perdon, le pidió para ellos, y sus sublimes palabras hicieron callar á la amotinada multitud, que continuó oyendo con respetuoso silencio las santas y sabias máximas del humilde religioso. Si todos los agraviados siguieran su ejemplo, no se reproducirian las venganzas, no se eternizarian los rencores, no se sucederian tan rápidamente las persecuciones, y el catálogo de las víctimas, léjos de ser numeroso, seria en extremo limitado, ó desapareceria para siempre de los anales de la historia No bien habia vuelto Raimundo á su convento, cuando fué puesto al frente de la comunidad, donde continuó hasta que fué nombrado obispo de Lyon, en 1342, segun Trithemio. Consagrado solemnemente, entró en la capital de su diócesis, decidido á no abandonar nunca á sus ovejas, que era lo que creia más conveniente al voto que habia hecho. Recibido con las mayores muestras de alegría y establecido en su palacio, continuó viviendo como si se hallase reducido á la estrechez del claustro. No hubo prelado más humilde, más solícito, ni más ejemplar. Rígido observador de la regla de la Orden que habia abrazado, vistió siempre su hábito, y se complacia en repartir entre los pobres todo lo que le sobraba de sus rentas despues de una vida sumamente frugal. Incansable en sus tareas apostólicas, subia con frecuencia á la cátedra del Espíritu Santo, para recordar á sus diocesanos las santas máximas del Evangelio, logrando los más felices resultados con sus palabras llenas de uncion, y con su persuasiva elocuencia. Recorria con igual solicitud los pueblos de su diócesis, y en todas partes dejaba pruebas inequívocas de la bondad de su alma. En su espíritu no dominaba más que una sola idea: el esplendor de la religion y la felicidad de los pueblos. El celo que desplegó en impedir la propagacion de los errores en su diócesis, y en oponerse á las empresas de los novadores, le suscitó terribles enemigos y no pocas persecuciones. En aquellos tiempos de agitacion jamás manifestó pusilanimidad, muy por el contrario, cuanto más arreciaban los males, tanto mayor era su firmeza. Veia los males que afligian á su desgraciado país, queria preservar á sus diocesanos del contagio que se habia generalizado, y cerrando los ojos y no viendo más que la religion, determinó defenderla á todo trance considerándola atacada directamente. En varios pueblos y en particular en algunas capitales de su diócesis se observaban

escándalos, habia desafueros que nuestra santa religion reprueba, y se vió obligado á contenerlos, haciendo diferentes prohibiciones, que le obligaron á sostener contestaciones desagradables, escuchar requerimientos atrevidos, y verse tratado con excesivo desabrimiento, con expresiones indecorosas y con invectivas humillantes, que crecieron de punto en los últimos dias de su vida, aumentando sus persecuciones, en las que se encarnizaron en extremo contra él sus enemigos, sin conocer que si alguna falta habia cometido, era hija de un exceso de celo en favor de la religion y en bien de sus diocesanos, pero nunca jamás de ideas bastardas que su corazon no podia abrigar: á buen seguro, que si hubiese podido obrar segun las inspiraciones de su conciencia libremente y sin restricciones; si no se hubiese desbordado en aquellos momentos la agitacion continua de las pasiones, y todos hubiesen seguido la moral del Evangelio; si esta palabra hubiese sido tomada en su verdadero sentido, y no hubiese pasado á significar entónces para algunos, en el colmo de una loca efervescencia, el desenfreno de todas las pasiones y el enemigo de toda religion; Raimundo hubiese marchado constantemente por el camino que le imponian sus deberes, que en realidad tampoco abandonó, porque hubiera visto que la buena moral adelantaba, que resplandecia la santa religion con todo el brillo de su grandeza, y que todos los servidores marchaban inseparablemente unidos; porque Raimundo no reconocia más que un principio, y el prelado que sigue las pisadas de su divino Maestro, no reconoce más que una verdad eterna, la moral y la religion que le estan encomendadas. Estas ideas, que en otras épocas le hubieran elevado al colmo de la gloria, le hubieran granjeado el amor general, le ocasionaron todo género de desgracias, y por resultado una muerte producida por sus continuos padecimientos. Sus enemigos, viendo que no podian obtener nada contra su dignidad y firmeza, continuaron molestándole con el objeto de arrancarle la renuncia de su obispado. Raimundo consultó de nuevo en estos apuros á su propia conciencia, y siguiendo su dictámen, resolvió no separarse de la via que habia emprendido. Algunos prelados le escribieron que buscase inmediatamente su salvacion en la fuga, y el mismo vicario general de su diócesis le ofreció un asilo donde podia vivir oculto con toda seguridad; pero llegaba á tal punto su firmeza, y era tan grande el amor que profesaba á sus ovejas, que contestó á todos manifestándoles su agradecimiento, é indicándoles que no podia abandonar su rebaño en tan críticas circunstancias. A ejemplo de las misiones que muchos religiosos habian hecho entónces en su catedral, queria tambien que las hubiese para los eclesiásticos con exclusion de los seglares, como era costumbre, mas á ello se opuso un numeroso partido apoyado en las mismas autoridades. Todos los contratiempos que le sobrevinieron no fueron bastantes para que cesase en su empeño, ni todos los disgustos pu-

dieron distraerle del exacto cumplimiento de su sagrado ministerio, ya como religioso carmelita, ya como prelado. En aquellas circunstancias un noble poderoso, incitado por los enemigos del Obispo, resolvió perderle, y lo llevó á cabo con las circunstancias más extraordinarias. Su cabildo trató desde luego de no omitir diligencia alguna que pudiese influir en mejorar la suerte del prelado. Al ver los preparativos que se hacian y medidas que se tomaban, cualesquiera que hubiese ignorado las relevantes circunstancias del obispo Raimundo, ó que no se hubiese hecho cargo de sus cualidades, le hubiera creido reo de un gran crímen, pues aunque su opresor queria se le guardasen todas las consideraciones debidas á la dignidad y decoro de su elevado carácter, los malhechores que le tenian en su poder observaban con él una conducta en extremo opuesta, lo que no puede extrañarse en circunstancias tan azarosas, y cuando por primera vez se rompe el equilibrio de todos los deberes morales. El resultado fué que á fuerza de ruegos y de súplicas se consiguió que se le dejase alguna libertad, pudiendo salir por la ciudad aunque rodeado de tropas, y recibir visitas de los capitulares y otros eclesiásticos, y áun de los mismos seglares que se esmeraron en prodigarle los consuelos que exigia su triste situacion. Permaneció así por algun tiempo, hasta que una noche fué sacado de su palacio y trasladado á una fortaleza propia de su opresor, donde se le encerró haciéndole sufrir toda clase de rigores. Hallábase á la sazon postrado en cama y con muy pocas esperanzas de vida; sus enemigos insistieron sin embargo en su traslacion, acaso porque en ella veian su sentencia de muerte. No la consiguieron por entónces, mas viendo que continuaba su indisposicion, desearon llevarla á cabo, como lo consiguieron con una segunda traslacion, sin duda porque no se atrevian á asesinarle públicamente, porque no hallaban mérito para ello, ó más bien porque temian las consecuencias de su horrible crímen. Se le comunicó que debia trasladarse otra vez á Lyon, donde podia vivir con más tranquilidad y desahogo. Regocijóse su corazon, y asomó á sus labios aquella sonrisa que siente quien despues de una horrorosa borrasca, vislumbra un rayo de esperanza. Raimundo anhelaba el momento de ver completamente vindicada su inocencia y confundidos sus enemigos: jamás le habia abandonado la tranquilidad de ánimo, se veia sin embargo separado de sus ovejas, y como buen pastor temia por su suerte; sin esta circunstancia, hija del amor más puro y desinteresado, muy poco ó nada le importaba continuar encerrado entre cuatro paredes; porque el justo cuando padece, descansa en Dios y en su inocencia, espera tranquilo el golpe, y lo recibe con resignacion, entonando cánticos de gloria al Supremo Hacedor. El corazon de Raimundo se regocijó como hemos dicho, y emprendió su viaje en compañía de los religiosos de su Orden. Se habia tomado la precaucion

de emprender la marcha ántes de amanecer, circunstancia que hizo suponer despues á algunos se habia hecho así para cometer un inaudito crímen. Acompañaban al prelado algunos religiosos de su Orden, y como escolta una partida de hombres de armas. Llegados al primer pueblo, se detuvieron en una posada, donde el prelado obsequió y convidó á todos los que le acompañaban. Hallábase todavía léjos de presumir lo que debia sucederle, ni nadie hubiera podido imaginarlo atendida la alegría y cordialidad que reinó durante el almuerzo. Habia transcurrido ya bastante tiempo cuando continuaron su camino, pero al llegar en medio de un despoblado, el Obispo se sintió gravemente enfermo y falto de todos los socorros espirituales y temporales. Algunos de los que le acompañaban afectaron correr en busca de socorros, pero su venida, si es que volvieron, fué demasiado tardía, porque el Obispo habia dejado ya de existir. Comprendiendo éste que se acercaba su última hora, se reconcilió con uno de los religiosos, y encomendó su alma al Criador, que premiaria sin duda sus grandes merecimientos. Verificóse este acontecimiento en 1587; inútil es decir que sus circunstancias dieron márgen á que se supusiese habia muerto asesinado, miéntras los que con más moderacion pensaban, creian que solo habia sido envenenado. Vino á renovar esta idea el que su cadáver continuó por dos dias insepulto, y sin duda hubiese sido pasto de las fieras, si la humanidad no se hubiese compadecido de aquellos venerables restos. Fué tal el pavor que se apoderó de todos los habitantes de aquel país, y tan honda la impresion que causó en sus ánimos esta muerte, que no se atrevieron á tocar el cadáver, sin embargo de que apostaron centinelas para evitar su profanacion. Al cabo de algun tiempo se decidieron, por último, á darle sepultura, aunque interinamente, pues no tardaron en ser reclamados por el clero de su catedral, que hizo su traslacion con la mayor magnificencia. En su oracion fúnebre, ó más bien en su elogio, pronunciado algun tiempo despues en la catedral de Lyon se leen estas elocuentes palabras: « Aquel prelado habia formado en otro tiempo todas sus delicias, aquel varon insigne habia sabido conservar el voto de pobreza pronunciado en el acto de recibir el hábito religioso; aquel prelado, lleno de caridad evangélica, distribuia todo el producto de sus rentas entre los pobres, y se complacia en visitar la humilde choza del pastor, si en ella podia ejercitarse en la caridad, que fué siempre el objeto predilecto de su corazon. Aquel hombre extraordinario, que en medio del huracan que zumbaba sobre su cabeza, se presentaba armado con la pureza de su fe en defensa de los derechos de la Santa Sede y de las buenas costumbres; aquel atleta, que ni áun en los momentos de mayor prueba dejó la pluma de sus manos para confirmar sus dichos sobre el papel, y recordarnos las bellezas de los libros santos. Finalmente, aquel hijo mimado de la Iglesia, cuya madre le dotó

con la dulzura, áun en el momento de apurar hasta las heces el cáliz de hiel que le presentaron sus enemigos.» Acerca de sus obras, hay opiniones muy diferentes. Generalmente se supone que se han perdido; algunos bibliógrafos creen, por el contrario, haber visto algunos de sus manuscritos, aunque atribuidos á otros autores. Difícil es resolver esta cuestion, que han dejado sin dilucidar los sabios autores de la *Galia cristiana*, y que nosotros, tan distantes de los lugares donde podriamos resolverla, nos debemos contentar con exponer, deseosos de que otros más afortunados puedan llevar á cabo nuestras indicaciones. Tambien se varia mucho sobre el lugar de su sepultura, sostienen unos que fué inhumado en Lyon, y otros que en Monte-Fesuli, de cuya opinion es Pedro Lucio en su biblioteca. De todas maneras complacémonos en haber rendido este último tributo á un prelado tan ilustre por sus hechos y circunstancias, y que habiendo vivido en una de las épocas de agitacion y trastornos, tan parecida á la que nosotros alcanzamos, excita doblemente nuestro interés y es un motivo más para que le estudiemos en estas páginas. Ojalá su ejemplo fuese seguido é imitado por muchos, oponiendo así un fuerte dique á la introduccion del mal, pues de seguro no tardaria en producir los mejores frutos en un país que esta preparado para dar las mejores cosechas, debiendo atribuirse su escasez á la falta de buenas semillas.—S. B.

RAIMUNDO Guillermo, XVIII obispo de Barcelona, tomó el gobierno de este episcopado ó fué promovido á la silla de esta diócesis no mucho despues de la muerte de Berengario: el año 1108 llevaba ya la mitra de la iglesia de Barcelona; parece que se distinguió mucho por su no vulgar prudencia y otras grandes cualidades, segun se infiere del *Cronicon de San Pedro le Vif de Soissons*, publicado por d'Achery en el tomo II de su *Spicilegio*. Consta de esta crónica que Raimundo Guillermo, obispo de Barcelona, fué enviado por el conde Raimundo Berengario y los señores de Cataluña, el año 1108, á Luis, rey de los francos, para pedirle auxilios contra los moros, que se aseguraba venian del otro lado del mar para atacar no solo á los cristianos sino tambien á los moros. El ejército sarraceno se hallaba dividido en tres partes: una vino contra los sarracenos y las otras dos contra los cristianos. Desembarcaron en la costa marítima de la España Tarraconense, á dos ó tres dias de la ciudad de Barcelona, y devastaron casi toda la region que existe entre Barcelona y Tarragona, incendiando muchas aldeas y asolando otras, en particular Panadés, cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo, y conducidos los demás en esclavitud. Acaeció esta calamidad pública el año de Jesucristo 1106 ó el siguiente. Balucio, que refiere este suceso, dice que estos moros eran árabes mezclados con sarracenos y cristianos, que robaban por tierra y mar y se llevaban á sus

países las presas que habian hecho. Pero generalmente se cree que fueron ó moros valencianos y andaluces, ó normandos, nacion septentrional que infestaba entónces las provincias marítimas de Francia é Italia; una buena parte de los cuales, convertida al cristianismo, se fijó despues en Francia é Italia, pero otros muchos, establecidos en ciudades próximas al mar, continuaron recorriendo las costas de Europa y saqueaban las iglesias y asolaban las ciudades, huyendo despues en sus naves. El pontífice romano Leon IX habla de ellos en su Epístola VII, describiendo su ferocidad y refiriendo los daños que hacian á las iglesias. Balucio refiere el resultado que tuvo la embajada del obispo Raimundo. Tambien se hace mencion de este obispo en otra carta conservada en el archivo general de Cataluña, que contiene una concesion de franquicias, inmunidades y tributos hecha á todos los que fuesen, ó permaneciesen, ó trabajasen en restaurar el castillo de Olerdula, destruido por los moros á principios de setiembre del año 1106. Estas inmunidades fueron concedidas por el conde y marqués de Barcelona, Raimundo Berenguer, en Diciembre del año 1.° de Luis, rey de los francos, ó el año de J. C. 1108 por consejo de Raimundo, obispo de Barcelona. El mismo prelado edificó el año 1112 una iglesia en honor de Santa María en el término de Tárraga, junto á la iglesia parroquial de S. Pedro, en el mismo lugar donde se hallaba construida antiguamente la sede Egarense. En los altares de esta iglesia se colocaron muchas reliquias de santos mártires españoles, y en particular de los innumerables de Zaragoza, S. Severo y otros. En el año de 1113 recibió el conde de Barcelona cierta cantidad de dinero del obispo Raimundo y de su cabildo para la expedicion que meditaba contra los moros de Mallorca. Llevada á cabo poco despues esta expedicion, Raimundo Berenguer hizo tributarias las islas de Mallorca, y en esta ocasion murió el obispo Raimundo peleando con los moros, año de 1114, segun consta de Fleury en su *Historia Eclesiástica*, Diago y otros historiadores.—S. B.

RAIMUNDO DE INSULIS. Nació en un pequeño y desconocido pueblo de la Aquitania, en el siglo XIII, aunque no puede detallarse con seguridad la época. Su familia fué muy distinguida no solo en nobleza, sino en santidad. A ella perteneció Pedro de S. Astiers y Arnaldo, el celebérrimo abad de Tulle; de suerte que no hay exageracion en asegurar que Raimundo pertenecia á la primera nobleza de su época. La brillante posicion de sus parientes, así como las inmensas riquezas que poseia, le ofrecian un halagüeño porvenir, es muy cierto; y para convencerse de ello hasta la evidencia, no hay sino fijar la consideracion en que de su familia salieron en aquella misma época hábiles diplomáticos, aguerridos militares que supieron conquistarse posicion muy brillante y laureles muy merecidos, y sabios

que en la carrera de las letras y en el ejercicio de la magistratura fueron tambien los primeros y con justicia. Raimundo, sin embargo, miró todas estas cosas como poco aceptables, ó mejor, poco conformes á sus deseos, y fijó estos en lo que le asegurára un porvenir, pero un porvenir que llegára mas allá de su tumba. La órden de los Carmelitas le pareció reunir todas las condiciones para que él, siendo su alumno, pudiera lograr sus fines, que no eran otros que asegurar su eterna dicha, haciendo méritos para ello en el ejercicio de la caridad pura con sus hermanos y de la perfeccion en órden á sí mismo. Ingresó, pues, con gran satisfaccion de los religiosos, aunque con disgusto de su familia, é hizo su noviciado con tal rigor, que los más perfectos se asombraban de que fuera posible tanta sumision, tanto desprecio de sí mismo y tal espíritu de mortificacion en un hombre á quien la cuna y la educacion necesariamente habian de haber inclinado al extremo enteramente contrario, por lo cual se admiraban mucho más de su vocacion, y comprendian que solo Dios podia haberlo hecho tan perfecto. En el convento se dedicó á los estudios por determinacion de los superiores, y como el colegio de Tolosa, que es donde él recibió el santo hábito, era uno de los primeros y más ilustrados que tenia su esclarecida Orden, allí pudo muy bien instruirse, y se instruyó con efecto, cual convenia á un hombre que no buscaba en la religion otra cosa que á su Dios. Le dedicaron á estudios y en ellos lució no solo su gran talento, sino su constante aplicacion, y fué indudablemente uno de los primeros en ciencia y no más atrasado en virtudes de los carmelitas de su época. Instruido en todo lo que forma un perfecto orador y habilísimo en la interpretacion de las sagradas escrituras y otras ciencias auxiliares, tan provechosas como todos sabemos que lo son, hizo en el púlpito lo que se llama prodigios, pues estaban continuamente concurridísimas las iglesias donde predicaba, y se lograba grande fruto, pues que con la conviccion y con una dulzura, puede decirse que suma, atraia á cuantos se acercaban á él, y por consiguiente, de pecadores empedernidos que eran muchos, hacia penitentes que con verdadero espíritu lloraban sus culpas en la presencia del Señor, y arrepintiéndose de ellas eficacísimamente, se hacian hombres virtuosos, tanto más apreciables cuanto que se les veia obrar por conviccion. Grandísimo era el aprecio en que le tenia su sagrada religion, así es que le prodigaba toda especie de distinciones, honrándole no solo con los dictados más pomposos, sino con los cargos más importantes; mas él, aceptando estos, porque la obediencia le obligaba á ello, y no haciendo caso de aquellos, seguia en la práctica de las buenas obras, las inspiraciones de su conciencia, é iba acaudalando méritos para la vida eterna, lo cual á la verdad era ponerse en una situacion ventajosísima.

El era para sus hermanos un verdadero padre, de tal manera que apénas alguno habia tenido la más pequeña desgracia, que se acercaba á él, le manifestaba su situacion y le hacia ver su estado, él entónces ponia en juego todos los recursos, apelaba á todos los medios para remediar á aquel pobre y aliviarle su triste suerte. Tan pronto iba á la presencia de los superiores para implorar la clemencia en favor de unos, como alcanzaba indultos, exenciones y gracias para otros; á estos les dirigia una prudente amonestacion, á los otros les hacia una terrible pintura de su conducta; pero todo dulcemente, con benignidad, sin exasperacion ni mucho ménos, ántes por el contrario poniendo siempre por delante, como excusa, nuestra miserabilisima pequeñez, y tratando de convencerles de que solo el abandonarse á sí mismos les acarreaba los males que lamentaban, siendo muchas las ventajas que obtuvo su paternal conducta, porque muchos, muchisimos entraron en sí y se hicieron muy buenos, lo cual por otros medios hubiera sido muy difícil cuando no imposible. Corria el año 1274, y el general de los Carmelitas P. Pedro de Milhau acababa de manifestar á toda la Orden que no podia seguir por más tiempo al frente de ella, dando para ello razones que serian de gran peso, toda vez que la comunidad numerosísima y muy importante las estimó, y á consecuencia de esta espontánea renuncia reunió en Burdeos un capítulo general para elegir canónicamente el sugeto que habia de ponerse al frente de la Orden para regirla y gobernarla como superior general; ya que las atendibles razones que exponia el P. Pedro le obligaban á cesar en el desempeño de su cargo, y á la Orden la ponian en precision de buscar otro que le sustituyese. La eleccion se verificó, y todos los votos fueron en favor de Raimundo de Insulis, lo cual era tanto más de admirar, cuanto que acerca de ciertos intereses nunca ceden las corporaciones, y hay ciertas atenciones que rara vez se pierden, de lo cual no pueden desprenderse sino una de dos deducciones, ó la fama de Insulis estaba tan extendida, y sus virtudes, dotes y conocimientos eran tan notorios, que ni uno siquiera de los allí reunidos ignoraba lo que valia este grande hombre, y lo que es más, le estimaban en lo que se debia, ó Dios por uno de esos rasgos incomprensibles de su inefable providencia inspiró á todos este nombramiento para que por él se pusiese al frente de la Orden Carmelitana un hombre que habia de ser su gloria. Es lo cierto que cualquiera que fuese el motivo de la eleccion, se verificó pacíficamente, y ni un solo voto hubo que en el primer escrutinio, que esto es tambien admirable, no fuese para Raimundo de Insulis, el cual se sorprendió hasta más no poder cuando halló que su eleccion habia sido tan unánime. Trató de excusarse en la misma reunion que le elegia, y manifestó con las más vivas instancias que la honra que se le conferia era muy superior á sus méritos, y el encumbrado lugar en que

se le colocaba muy alto para que él pudiese sostenerse en él; mas á nada se atendió, y los presidentes del capítulo le obligaron á tomar inmediatamente posesion de su nuevo cargo, conminándole con que le declararian incurso en desobediencia si no lo aceptaba prontamente, y que una bula pontificia, que le impondria las más severas penas canónicas, era lo único que podia esperar su resistencia, cuando por el contrario la más viva complacencia de parte de todos los individuos de la Orden, y hasta el reconocimiento que merecia el sacrificio que se le le veia hacer, serían la recompensa con que le pagarian el que prontamente aceptase un cargo, que de seguro no podia evadir, porque no estaban en tal ánimo los que le habian elegido tan espontáneamente. Tomó sobre sí la pesada carga que se le imponia, siendo el primer acto de su nuevo ministerio seguir presidiendo aquel mismo capítulo general, que tomó resoluciones de grandísima importancia para la Orden. Ya desde entónces comenzó á merecer mucho nuestro buen de Insulis, pues en presentar de un modo conveniente los asuntos que habian de discutirse, y dar á todos y á cada uno la facultad de explicarse con entera libertad, pero con órden y con concierto, ya previno y evitó muchos disgustos que de otra manera hubieran surgido, y que habrian dado los fatales resultados que dan siempre los altercados y divergencias. Luego que se disolvió la asamblea, y quedó en pleno ejercicio de su importante cargo, comenzó á enterarse de las necesidades de la Orden, y aplicando oportuno remedio á las necesidades más urgentes, y procurando el que progresivamente se fuesen todas remediando, llevó con grande celo esta pesada carga de prelacía tan importante por espacio de tres años consecutivos. En los dos primeros pudo él ocuparse por sí mismo de los asuntos de la Orden; y aunque esto, como es consiguiente, le producia molestias, estaba satisfecho, estaba tan contento, porque sabia bien lo que hacia, y podia aquietar su conciencia, muy timorata siempre, con la seguridad que él mismo tenia de que no le era posible hacer más. Mas una porcion de achaques, que le acometieron á consecuencia de su edad ya muy avanzada, le pusieron en un estado en que ya no le era posible dedicarse al desempeño de los importantes asuntos encomendados á su cuidado y vigilancia; así que se afligia, se desconsolaba en gran manera, y no hubiera sido imposible que la desgarradora idea de que ocupaba un puesto cuyos deberes no cumplia hubiese abreviado sus dias, por lo que á los tres años de su generalato, la Orden, conservándole todos los honores, consideraciones y prerogativas, nombró otro religioso que desempeñára su oficio, siendo Insulis el general de derecho, y otro, cuyo nombre no recordamos, lo era de hecho. No fué muy duradera esta situacion de la religion carmelitana, porque los achaques del P. Raimundo Insulis fueron agravándose de dia en dia, y por último concluyeron con él, no sin que

los momentos que precedieron á su muerte fueran tan admirables como lo habia sido toda su vida. Efectivamente, una perfecta resignacion con la voluntad de Dios, un vivo afan propiamente dicho para que le administrasen los santos sacramentos, y al recibirlos un ejemplo grande de piedad la más sólida, ánimo imperturbable y sumamente sereno para sufrir todo cuanto de molesto y penoso llevaba consigo una enfermedad que era molestísima y lenta, y una tan ardiente caridad en estos últimos dias como lo habia sido durante toda su vida, hé aquí los últimos momentos de este hombre célebre por más de un título. Quien no hubiese sabido lo que era Raimundo de Insulis, lo habria podido comprender cuando al dejar para siempre á la querida religion, encomendaba su cuidado con tal afan á los que habian de regirla en lo sucesivo, que demostraba muy bien el justo aprecio en que tenia el haber pertenecido á tan esclarecida familia y el interés que le inspiraba, pues hubiera querido, áun á costa de los mayores sacrificios por su parte, haberla dejado en un auge todavia mayor que el muy notable en que estaba. Cumplido este deber, que él se creyó le obligaba grandemente, y advertidos todos y cada uno con tanto cariño como oportunidad acerca de lo que cada cual debia cooperar por su parte, no solo al sostenimiento de la Orden, que lo que es esto lo procuraban todos, sino á su mayor auge y más brillante esplendor, pensó sériamente en si mismo, es decir, reconcentró acerca de si las sublimes, muy exactas y perfectísimas ideas que tenia del último trance, sus consecuencias y los medios de procurar el que estas no nos sean fatales, y puso todos cuantos estuvieron en su alcance para acreditar en los últimos momentos la elevacion de espíritu de que tantas pruebas habia dado durante su vida. Efectivamente, acompañando él mismo las preces de la Iglesia, ayudando y áun guiando á los Padres en el órden con que debian decir sobre él las oraciones particulares de su Orden, y procurando sosegar la inquietud que en el semblante de todos se veia muy marcada, estrechando tiernamente el crucifijo y pronunciando el santísimo nombre de María, dió á Dios sosegadamente su espíritu en medio de la admiracion, de la pena y del más vivo sentimiento con que sus hermanos se veian privados, y privados para siempre, de este hombre tan celoso, tan caritativo, tan bueno, verdadero padre de todos, y en toda la extension de la palabra religioso perfecto, segun lo exigia su santa regla. Suntuosísimos fueron sus funerales, á que concurrió lo mejor de Tolosa, que fué donde dió á Dios su espíritu, siendo coincidencia muy notable el que allí muriese para el mundo donde habia nacido para la religion. Su cadáver se sepultó en la iglesia, y esta honra, que ya merecia como superiór de la Orden, vino á merecerla doblemente con la noticia de sus buenas acciones, que entónces comenzaron á propalarse, porque los que las habian presenciado no tuvieron

ya como en vida el temor de que su relato ofendiera su modestia; así es que si bien es verdad que en el concepto de todos estaba hasta entónces acreditadísimo, lo es tambien que se acreditó más, si cabe, despues que hubieron conocido su mérito. Habíanle levantado un magnífico mausoleo y dedicado á su memoria muchas inscripciones, que hubieran sido notables, porque ingenios de primer órden se habrian ocupado con gusto del esclarecido Raimundo de Insulis; pero él habia prohibido terminantemente esta y toda otra manifestacion que pudiera acreditarle, por lo que una humilde tumba y un sencillísimo epitafio es todo lo que se ve sobre la losa que cubre los mortales restos de tan esclarecido varon. Parece imposible que habiendo hecho de él sus contemporáneos el tan merecido aprecio con que le consideraron, no hubieran tenido más cuidado en perpetuar su memoria por la publicacion de sus escritos, notables como todas sus cosas, pero que desconocidos se han perdido, y se han perdido de modo que nunca más hallará la república de las letras este tesoro, que le hubiera importado mucho, porque era de inmenso valor. Aunque no de una manera completamente satisfactoria, nos explicamos, sin embargo, el por qué este lamentable descuido: como Insulis era tan modesto y al propio tiempo se tenia á sí mismo por tan insignificante, que ciertamente daba más valia en todo sentido al menor de los sugetos que en su época eran conocidos en cualquier ramo; nunca él hizo más acerca de sus papeles que escribirlos y facilitarlos para uso particular de algunos, á quienes les eran necesarios, ó cuando ménos convenientes; de aquí que anónimos iban siempre, y en el momento de su fallecimiento la confusion en que los tenian los mismos que los poseyeron, la separacion y hasta inconexion de tratados, artículos y párrafos, y el modo especial de citar estos sus escritos, que debiera haber servido para que uno de los hombres grandes de su época se hubiese tomado un poquito de trabajo para arreglar, recopilar, metodizar y coordinar lo que estaba, digámoslo así, dislocado, fué el motivo del abandono, que en aquellos dias no pareció sino cosa muy insignificante, y vino á ser pérdida irreparable, pues que nadie pudo pasado algun tiempo hacer nada sobre el particular. Sin embargo, se publicó una obra suya, ruidosa si se quiere, ó más bien de trascendencia para su Orden, pues que por ella se vino á la resolucion de una no sé si digamos diferencia, ó más bien polémica temeraria, que venia de mucho tiempo sosteniéndose entre Premostratenses y Carmelitas. Era el caso que los Premostratenses habian elevado una queja ante la Santa Sede, porque los Carmelitas usaban de capas blancas y no de diferentes colores, como lo habian hecho hasta entónces. Roma habia acogido esta queja sin darla importancia alguna, y por consiguiente unos y otros habian seguido haciendo lo que les parecia sobre el particular; pero como la indecision de Roma parecia por una

parte que daba cierta autorizacion á los Carmelitas para seguir con sus capas blancas, y cierto derecho á los Premostratenses para sostener su queja, toda vez que no se habia dado una resolucion formal, surgieron muchos disgustos entre unos y otros, se crearon ciertas enemistades impropias hasta el extremo en personas religiosas, y que dan siempre por resultado el descrédito no sólo de las personas, sino de las instituciones, pues siempre se resienten ellas de los defectos de sus alumnos. Estas cosas se lo habian hecho saber al romano pontífice Honorio IV, el cual verbalmente habia aprobado el cambio, y por consiguiente declarado nulas las pretensiones de los Premostratenses toda vez que se habia concedido la facultad que ellos ponian en duda. Pidieron los Carmelitas, como era consiguiente, la consignacion por escrito de este privilegio que se les concedia, y el Papa, aunque resistiéndose algun tanto, sin que alcancemos la razon, resolvió por último que se consignára su opinion favorable en un rescripto que iba ya á darse cuando acaeció su fallecimiento. Despues en los primeros dias del nuevo Pontífice, en aquellos momentos en que, como es consiguiente, la atencion del Papa tiene que dirigirse á cosas de más importancia, no pudo resolverse esta cuestion, que pudiéramos decir insustancial, puesto que en último resultado absolutamente nada significa el que las capas sean de tal ó cual color; por esto fué precisa la obra de nuestro P. General, el *Apologeticum*, que presentó él mismo al papa Bonifacio VIII, y que pareció muy bien al Soberano Pontífice, dando para la religion carmelitana un resultado positivo, tangible y muy pronto, pues apénas se enteró de la cosa el romano Pontífice, cuando resolvió por breve datado en Roma á 25 de Noviembre de 1295, que los Carmelitas usasen sus capas blancas, y los Premostratenses se abstuvieran en lo sucesivo de mover cuestiones de tan poca importancia, y áun de consultar á la Santa Sede sobre asuntos cuya resolucion habia de embargar la atencion de la Curia y corte romana, siendo posible y acaso probable que se apartase de cosas más trascendentales por una de ninguna importancia. Esto, como era consiguiente, hizo mucho honor á nuestro P. Insulis y dió celebridad á su obra, pues el romano Pontífice no desdeñó citarle en la misma bula de concesion. Se ha confundido por algunos críticos á nuestro P. Raimundo de Insulis con otro Insulis, Raimundo tambien, que escribió en 1343 á 1355, pero aquel no se llamó solamente Raimundo, como nuestro Padre, sino Pedro Raimundo, ni su apellido era de Insulis, sino de *Insula crassa*, por consiguiente no hay razon para esta confusion, que sin embargo ha sido motivo de que unos apliquen á nuestro general de Carmelitas obras, y otros acciones que no le corresponden, por ser del Pedro, y otros hayan hecho al Pedro autor del *Apologeticum*, lo cual tampoco es exacto. Sépase, pues, que fueron diferentes, y que los hechos que hemos te-

nido el gusto de trascribir en la presente biografía pertenecen á Raimundo de Insulis. — G. R.

RAIMUNDO Lachman (Fr.), franciscano francés de la diócesis de Tolosa, de donde pasó á Italia en tiempo de la reforma de la congregacion de los Terciarios de Francia, que se verificó durante el pontificado de Clemente VIII. Fué ministro del convento de S. Antonio de Pádua en los arrabales de Tiburtino, y compuso una obra titulada *Istæ sunt indulgentiæ, privilegia et gratiæ Tertii Ordinis S. Francisci, per plures et diversos Pontifices*, etc., la que se dió á luz con un opúsculo de Antonio Bladio en la imprenta de la Cámara Apostólica. — S. B.

RAIMUNDO Losana (D.), único de este nombre. Tuvo por patria á Segovia, y por padres á Hugo de Losana y á Doña Ricarda; fué bautizado en la parroquia de S. Gil. Su ingenio y letras fueron de las más señaladas que en aquella época tuvo España, y con ellas y con los aditamentos de sus virtudes, su ejemplar vida y los favores que le prestó la gracia y providencia del cielo, llegó á los primeros honores de estos reinos. Fué secretario del rey D. Fernando *el Santo*, tercero de este nombre, su confesor, obispo de Segovia, de su consejo, y arzobispo de Sevilla; y con él consultó y comunicó el santo Rey el fundar y dotar la santa iglesia arzobispal de Sevilla, y que su primer arzobispo fuese el infante D. Felipe, abad de Valladolid y Covarrubias, que tuvo por sucesor á D. Raimundo, que se halló con otros prelados en la primera entrada que hizo el Rey santo como victorioso y triunfador, llevando delante los estandartes de la fe católica y las insignias de nuestra religion santa, que fué el mayor triunfo que se sabe por historias, donde entraron el Rey, los ilustrísimos santos confesores S. Pedro Gonzalez Telmo, el Bto. Fray Domingo, discípulos del glorioso patriarca Sto. Domingo, S. Pedro Nolasco, primer general de la órden de nuestra Señora de la Merced, los infantes Don Alonso, D. Fadrique, D. Enrique, D. Felipe, D. Sancho y D. Manuel, el infante D. Pedro, hijo del rey de Portugal, y el infante D. Alonso de Aragon; y los obispos de Astorga, Segovia, Palencia, Cartagena, Jaen, Córdoba, Cuenca, Avila, Coria y Marruecos; los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara, y los priores de las órdenes de S. Juan y de los Templarios, y con ellos toda la nobleza y gentes que se hallaron y sirvieron en la conquista de tan famosa ciudad. D. Gutierre, Arzobispo de Toledo, dijo la primera Misa, y bendijo la mezquita estando presentes los obispos: en el tiempo que tuvo la administracion de esta iglesia el infante D. Felipe, el que verdaderamente gobernaba lo espiritual y temporal de ella fué el obispo Don Raimundo, que erigió dignidades, canonicatos y prebendas, y cuanto fué menester para el servicio y culto de tan poderoso señor. Y llegando la muerte á Sevilla á citar al famoso rey D. Fernando para que apareciese personal-

mente á ser juzgado en la presencia divina para recibir de mano del Señor el premio y coronas que habia ganado con sus virtudes y méritos, conociendo este célebre monarca la proximidad del término de su vida, pidió con gran devocion el viático, que se le administró el obispo de Segovia, y á muy poco tiempo dió su espíritu al Señor, habiendo reinado como santo y vivido como varon puro y justo, y diósele sepultura, acompañando al cuerpo las lágrimas de sus vasallos y pueblos, que duraron muchos dias. El obispo dijo la Misa, y predicó en las honras del difunto, como el que tenia la más perfecta noticia de su vida y virtudes. Pasaron pocos dias, y el infante Don Felipe, dejando la administracion de la Iglesia por la causa que nos dice la historia, se dió el arzobispado á D. Raimundo, que acabó de perfeccionar el estado de su iglesia. Fundó en ella la capilla de Santiago y una capellanía con gruesa dotacion. Fundó el convento de canónigos reglares de Sta. María del Puerto; y en Sevilla la parroquia de S. Gil, y á las demás les señaló rentas y el necesario número de sirvientes. En su tiempo se manifestaron en Sevilla los cuerpos de las santas vírgenes y mártires Sta. Justa y Rufina; el Arzobispo envió las cabezas á su patria, de donde tomándolas D. Juan de Tordesillas, obispo de Segovia, las llevó al convento que fundó cerca de Aniago, de religiosos Cartujos, donde estan en grande veneracion. En Segovia, su patria, reedificó la parroquia de S. Gil, donde recibió el bautismo. En la iglesia catedral fundó dos capellanías, una por el santo rey D. Fernando, y dice que la fundó por las grandes mercedes que nos hizo, y otra por los serenísimos reyes, y cinco aniversarios, dos por los mismos, y dos por las reinas Doña Berenguela y Doña Beatriz, y el quinto por sí mismo. Fué testamentario del rey D. Alonso *el Sábio*, que en una cláusula de su testamento manda que no se le dé á su cuerpo sepultura hasta que se paguen sus deudas, porque dice: «que no es razon que el cuerpo esté en holganza estando penando el alma;» y en otra cláusula manda que en muriendo le saquen el corazon y le lleven á sepultar al monte Calvario de Jerusalen, donde estan sepultados los corazones de otros reyes antecesores suyos; el cual murió en Sevilla el 21 de Abril de 1284. Este prelado bendijo y puso la primera piedra en el templo de Sta. Ana de Triana á ruego y suplicacion del rey Don Alfonso *el Sábio*, solicitado de un milagro que Dios obró con él por la intercesion y méritos de la gloriosa Sta. Ana, como consta por testimonio que se conserva en aquella iglesia, y en la *Historia de Sevilla* escrita por Alonso Morgado. En el año 1285, en 6 de Diciembre, dió á luz en Sevilla la reina Doña María, mujer del rey D. Sancho, al que despues fué rey D. Fernando el IV. Bautizóle en su iglesia el Arzobispo, que despues de haberla gobernado loable y prudentemente murió en el año de 1288, y sus prebendados le dieron en ella sepultura; y pasados algunos años, fué trasladado su cuerpo

á la parroquia de S. Gil de Segovia, donde yace con sus padres, y su sepultura, para memoria perpétua, tiene el epitafio siguiente:

*

Gloria Raymundi, perlustrans climata mundi
Ejusdem nomen, et fœlix prædica nomen;
Secovia micuit Pastoris culmine pridem,
Hispalis Archiepiscopus factus modo floret ibidem;
Templum dotavit præsens, ac ædificavit,
Præsul factus Raymundus, quo est tumulatus,
Ipsius Hugo pater, Ricardaque mater,
Presbyter ipse pede, quos calcat marmoris æde:
Hæc loca fundavit propriis, fundata paravit
Præsul expensis Raymundus Secoviensis,
Hoc fundamentum sanctum tenet ossa parentis
Præsulis, matris sunt Hugo, Ricarda vocatur,
Claruit ex meritis ejus Secovia pridem
Hispalis, et tamdem fuit Archiepiscopus idem. — A. L.

RAIMUNDO DE MONTPELLIER, obispo de Agda, hijo de Guillermo VII, señor de Mompeller, y de Matilde de Borgoña, entró siendo muy jóven todavía en la abadía de Grandselve, de la órden del Cister, en la diócesis de Tolosa, para obedecer á la última voluntad de su padre que le daba á este monasterio segun un artículo de su testamento. Raimundo permaneció en esta abadía hasta 1292, en que fué elegido obispo de Agda, y no llevaba todavía más que el título de electo en el mes de Julio de 1194. Equivocadamente, pues, ha sostenido Aygrefeuille en su Historia de Mompeller, que Raimundo, de religioso del Cister, pasó á ser obispo de Lodeve, pero habrá sin duda confundido á nuestro obispo con otro Raimundo Guillermo de Montpellier, tio paterno del abad de Grandselve, que habia sido en efecto destinado tambien al claustro en 1146 por el testamento de su padre Guillermo VI, señor de Mompeller. Este otro Raimundo entró en la órden de Cluni, fué despues elegido abad de Aniana en 1162, y promovido luego al obispado de Lodeve en 1188, época en que Raimundo, hijo de Guillermo VII, no era de seguro todavía más que monje de Grandselve. Otra dificultad se presenta con motivo de nuestro Obispo de Agda. Se ve en muchas actas, fechadas en los años 1198, 1203 y 1205, toma la cualidad de juez y de canciller del conde de Tolosa Raimundo VI; pero desde el año 1198, es decir, desde la época misma en que el obispo de Agda tomaba esta cualidad, existe una série de cancilleres de los condes de Tolosa en el pais Venusino y otros dominios

de la parte de allá del Ródano, lo que debe hacer suponer que Raimundo no ejerció esta jurisdiccion en nombre del conde de Tolosa más que sobre aquellos dominios que se hallaban situados del lado de acá del Ródano; hasta parece que este cargo le fué dado como en feudo, pues le poseyeron sus sucesores de allí en adelante; Raimundo asistió en 1212 con los demás obispos de la provincia al concilio de Narbona. Él, y no su sucesor Teodisio, como lo supone Catel, era quien iba detrás del ejército de los cruzados contra los albigenses, y quien oraba con otros muchos prelados, miéntras Simon, conde de Montfort, combatia delante de la ciudad de Mureto contra Raimundo, conde de Tolosa, que habia ido para sitiar á aquella ciudad. La batalla fué dada el jueves de la octava de Natividad de la Santísima Vírgen el año 1213, jueves, que segun la letra dominical F, debió caer aquel año en 12 de Setiembre. Pero el obispo de Agda no podia tener aún sucesor en esta fecha, pues vivia aún en 3 de Noviembre del mismo año, como consta por la fecha de su testamento. Theodisio no se se hallaba, pues, al ménos en calidad de obispo de Agda en la iglesia de Mureto, para pedir el favor del cielo durante la batalla. Lo que puede haber causado el error del sabio magistrado Catel es haber extendido el sentido del testimonio del historiador Pedro de Vausernay, cuando hace la observacion de que el obispo de Agda se hallaba con los demás; pero el historiador no ha especificado el nombre de Theodisio. Raimundo legó en su testamento su biblioteca á la catedral de Agda y á la abadia de Valmagne, segun unos, y á la de Grandselve, segun otros, un salterio que habia compuesto en honor de la Santísima Vírgen, siendo esta la única produccion por que pertenece su nombre á la historia literaria. Mas no habiendo llegado hasta nosotros este salterio, al ménos con el nombre del autor, es preciso buscar los medios de conocer en lo que consistia este género de composiciones. Parece que se puede formar alguna idea por un salterio de la Vírgen, que se encuentra entre las obras de S. Anselmo, el cual florecia cincuenta años ántes de la juventud de Raimundo. Juan Picard, que fué el primero que publicó esta obra, la atribuyó á S. Anselmo, sin decir si estaba ó no escrito el nombre del Santo en el manuscrito que reproducia. Los PP. Reynaud y Gerberon, editores de las mismas obras, no han encontrado nada que pueda probar positivamente que sea esta composicion de la pluma del prelado de Cantorbery. Por otra parte, los autores de la Historia literaria del siglo XII, despues de haber comparado el salterio en cuestion con las meditaciones y las oraciones del santo Arzobispo, que son relativas á la devocion hácia la Santísima Vírgen, no encuentran la misma solidez en las ideas que reconocen en los demás que tienen el mismo objeto. No es, pues, improbable que el salterio consagrado á la Vírgen, cuya redaccion se niega á S. Anselmo, haya sido compuesto por nues-

tro obispo de Agda. De todas maneras, el siglo XIII no ofrece ninguna composicion que pueda mejor que esta dar una idea de la clase de juegos de palabras que parece haber producido este género. Estas oraciones se hallan dispuestas como las letanías en la edicion de las obras de S. Anselmo. Se componen de cuartetos, comenzando todos por la fórmula *Ave*, y continúan con versos yámbicos, rimados alternativamente, y hace alusion á la palabra principal de cada verso del salmo en que estan intercalados estos cuartetos. Hé aquí algunos ejemplos, que bastan para manifestar la naturaleza de que podria ser la composicion literaria que hace mencionar al obispo de Agda en esta Historia. Hé aquí cómo ponian el cuarteto siguiente en relacion con el versículo del salmo: *Ego dormivi et soporatus sum*, etc.

Ave, Mater, cujus partus,
Obdormiens patiendo,
In sepulchro soporatio
Mortem vicit resurgendo.

Con el versículo: *In Idumæam extendit calceamentum*, etc.

Ave, de quâ Patris verbum,
Causâ nostri caro factum,
In Idumæam gentium
Extendit calceamentum.

Por último, con el versículo: *Et omnia cornua peccatorum confringam*, etc.

Ave, potens virtutibus
Cujus in cruce filius,
Exaltans justi cornua,
Peccati fugit vincula.

El salmo de la Santísima Vírgen, que se atribuye á S. Anselmo, se componia de ciento sesenta cuartetos del mismo género que los tres anteriores. Es difícil concebir cómo una composicion tan pueril y tan prolija ha podido salir de la abadía de Bec, en una época en que el monje Rogerio pintaba en versos muy notables las miserias de la vida humana, en su poema: *De contemptu mundi*. No está fuera de su lugar poner aquí algunos de esos versos para establecer bien el contraste y reparar el agravio que pudiera hacerse á la Historia literaria de aquella época á juzgar por los anteriores ejemplos. Hé aquí el fragmento que se anuncia por medio de este verso:

Incipit à fletu vivere quisquis homo.

Ille fame, fungo, febri, serpente, sagittâ,
Fluctibus aut flammis, hoste, latrone, perit.
Et nostram morbi corrumpunt mille salutem,
Nullus ab humano corpore languor averte.
Si sic aspicias animalia cætera quæque,
Invenies tantis subdita nulla malis.
Nos capitis laterumque dolor, febrisque fatigat,
Totum hominem tollit lepra, chiragra manus,
Dira podagra pedes; oculos ophtalmia cæcat;
Obsidet artacti pectoris asthma vias.
Læsa suos claudit lithiâ vesica meatus:
Viscera torquentur, parsque pudenda, colon.
Deus dolet, aut cervix; os torpet; lingua ligatur,
Splen tumet, ægrotat pulmo, laborat hepar,
Cor marcet; senes patiuntur; solvitur alvus;
Brachia nil possunt; languida crura jacent.
Singula non paucis pars est obnoxia morbis;
Et patet infelix ad mala totus homo.

S. B.

RAIMUNDO DE MONTREDON, arzobispo de Arlés, nació en la diócesis de Nimes, y fué desde su infancia ofrecido y consagrado por sus padres á la iglesia catedral de esta ciudad, donde abrazó muy jóven todavía el instituto de los Canónigos regulares. Fué despues arcediano de Beziers, y por último obispo de Agda en 1130, en lugar de Aldeberto; estaba ya elegido, pero no consagrado, á últimos del mes de Noviembre de este año, pues una epístola de Inocencio II, fechada el 29 y dirigida á los obispos de la provincia de Narbona, le llama *Agathensis electus*. Habiéndose suscitado algunas diferencias entre los religiosos de Saint-Tiberi, en la misma diócesis de Agda, y los de la Chaise-Dieu, en la diócesis de Clermont, con motivo de la iglesia de Bessau, Guido, cardenal y legado de la Santa Sede, hizo con este motivo en 1132 un decreto en que llama á Raimundo obispo de Agda: título con el que es nombrado tambien en un decreto del año 1134, dado en un sínodo de Mompeller por Hugo, arzobispo de Reims y legado tambien de la Santa Sede, que habia asistido á este sínodo. La carta del papa Inocencio II, del tercero dia de las calendas de Diciembre ó de 29 de Noviembre, era una órden dada á muchos obispos, de dar satisfaccion lo más pronto posible á la abadía de Aniane en la diócesis de Mompeller, de Maguelona á la sazon, á la que habian matado un hombre algunos caballeros de su diócesis. El objeto del sínodo celebrado en Mompeller en 1134, á que presidió el arzo-

bispo de Reims, era todavía la iglesia de Bessau, que fué dada entónces al monasterio de Saint-Tiberi. La concordia entre este monasterio y el de la Chaise-Dieu se restableció por último completamente por medio de una nueva asamblea de prelados, celebrada en Ures en 1139 bajo la presidencia del cardenal Guido, legado de la Santa Sede, á la que asistió Raimundo. Los autores de la *Galia cristiana* han citado y áun publicado algunas otras actas de este Obispo, fechadas tambien en 1139 ó en los años precedentes, siendo el objeto de todas fundaciones ó instituciones piadosas. Poco despues, en 1142, fué nombrado arzobispo de Arlés, lo que consta por una carta de Pedro *el Venerable* al papa Eugenio III, relativa á las diferencias entre el obispo de Nimes y el abad de la Chaise-Dieu, sobre el monasterio de S. Basilio; diferencias cuyo exámen habia remitido el Papa á Raimundo, tan sospechoso á una de las dos partes, que, como dice Pedro *el Venerable*, era casi igual haber elegido al arzobispo de Arlés ó al mismo obispo de Nimes, en lo que alude á las razones que debian inspirar afecto ó predileccion á Raimundo hácia la iglesia del lugar en que habia nacido; hácia una iglesia en la que habia sido recibido y adoptado desde sus primeros años, de la que habia sido canónigo, canonicato que fué para él camino del episcopado. La prueba de que Raimundo era arzobispo de Arlés en 1142, resulta tambien de muchas actas citadas en el primer tomo de la *Galia cristiana*. Hallamos en 1143 una transaccion suya con Alfonso Jourdain, conde de Tolosa y marqués de Provenza, sobre las antiguas diferencias entre sus mútuos antecesores, con motivo de la heredad de Argence, que comprendia la parte de la diócesis de Arlés situada á este lado del Ródano. Los prelados acusaban á los condes de haberles usurpado muchos derechos de que hasta entónces habian estado en posesion. Alfonso, por este acta de 11 de Setiembre de 1143, por consejo de algunos de sus barones, hace donacion á Dios, á la iglesia de Arlés, al arzobispo Raimundo y á sus sucesores, de los diezmos de las nuevas tierras del territorio de Argence y de la isla de Bois-Contal. Reconoce que deben él y sus vasallos tener en feudo de esta iglesia y de sus obispos todo lo que poseian en aquel territorio y hacerles homenaje de ello: jura conservarles todos las propiedades de que estan en posesion. Los editores de la *Galia cristiana* hacen mencion de algunas actas de que fué autor ú objeto Raimundo como arzobispo de Arlés. Una inscripcion que insertan estos sabios, colocada en la metrópoli de Arlés, dice que Raimundo murió en el mes de Abril de 1160. Hacen con este motivo la observacion de que su muerte debió acaecer mucho ántes, y proponen sustituir una V á una X, es decir, MCLV á MCLX. En efecto, Raimundo no era ya en 1156 arzobispo de Arlés; su sucesor está citado en el acta de matrimonio hecha en este mismo año entre el emperador Federico I y una duquesa de Borgoña, Bea-

triz, hija de Renato III y heredera de este ducado. Este sucesor, procedente de la cartuja de Boupas, de donde era prior, no gobernaba ya la iglesia de Arlés en 1163; otro prelado, del nombre tambien de Raimundo, era entónces arzobispo de esta diócesis. Hablamos de esta manera, porque se han suscitado algunas dudas sobre el verdadero autor de una célebre carta de que vamos á dar cuenta: la semejanza del nombre y de funciones, la coexistencia de dos prelados en medio del siglo XII, el pequeño intervalo que los separa, la falta de una fecha exacta de este documento, han debido naturalmente dar orígen á ellas: los mismos autores de la *Galia cristiana* estan inciertos en este punto. El motivo que hay para atribuir con preferencia esta carta al segundo, no es sin embargo ni bastante fuerte ni bastante verdadero para reclamarla indispensablemente: es un decreto ó estatuto en favor de los cónsules ó de Arlés; pero desde principios del siglo XII, Luis *el Gordo* habia dado leyes favorables á los comunes, y las hermosas costumbres de Luis en el Orleanés, que fueron despues el tipo de muchas concesiones semejantes con el reinado de este príncipe. De todos modos hé aquí los estatutos hechos por el arzobispo Raimundo, ó al ménos sus principales disposiciones. En ellos se ve nacer y formarse una jurisdiccion entónces nueva; se la ve extenderse sobre muchos negocios, algunos de los cuales pertenecen más bien al órden judicial que al órden administrativo. Si un caballero ó cualquiera otro comete un robo, se le impondrá la pena determinada por las leyes establecidas, ó pagará una multa que fijarán los cónsules. Nos reservamos, añade el prelado, el conocimiento *firmantiæ*, es decir, la caucion del responsable. Sin embargo, cuando un cónsul noble haya recibido una caucion ofrecida por otro noble, la aceptacion que haya hecho de ella sería respetada por todos los otros cónsules del mismo órden. Queremos que esto sea extensivo á los cónsules de la clase del pueblo. Los artículos siguientes establecen que no puede turbarse á nadie en la posesion de sus bienes, cuando los ha disfrutado treinta ó cuarenta años sin interrupcion, segun sea eclesiástico ó lego. Dicen cuáles son las obligaciones del detentador injusto, y dan reglas sobre las dotes y las sucesiones, algunos delitos fijan despues la atencion del prelado. Decide á quién debe confiarse el peligro de perseguirlos, y quién podrá imponer las penas. La calidad de las personas no carece de influencia en el castigo. Se concede una indemnizacion pecuniaria al que ha sido víctima de un crímen. Se da una grande latitud á los cónsules para la represion y el castigo del robo, del adulterio, del rapto, del homicidio y de otros muchos atentados. Se pone, sin embargo, una excepcion; los cónsules no podrán recibir las quejas que se formen por las flagelaciones con que el jefe de una familia ó de una casa haya castigado á los que la componen por su mala conducta ó insolencia, ó por los golpes que haya dado un noble á un plebeyo

que le haya hablado ó respondido con arrogancia ó con desprecio, á ménos que la injuria no sea tan atroz, que no pueda ser tolerada ni en la familia ni por ninguna persona libre. Los cónsules someterán á un consejo las deliberaciones que puedan ocurrir sobre las innovaciones que deben hacerse en la administracion de la ciudad ó en sus costumbres sobre una nueva guerra ó una nueva contribucion, y lo que se decida por este consejo se observará irrevocablemente. Los estatutos hablan despues de los procesos que tengan que sostener los extranjeros en el comun. Prohiben á los cónsules llamar á nadie á juicio por una accion que no haya tenido lugar durante el tiempo de su magistratura; les prohiben recibir ninguna recompensa ni promesa, sopena de ser depuestos del consulado, y quieren se persiga tambien á la persona que haya procurado sobornarlos. En otros artículos se determina el número general de los cónsules, los que se elegirán en cada una de las clases de la ciudad, las formas de eleccion, el juramento exigido á los electores y el juramento que prestarán los mismos cónsules despues de haber sido elegidos. Debia haber doce, cuatro caballeros, cuatro ciudadanos, dos comerciantes y dos á que llama de *boniano*, que era verosímilmente un lugar vecino que formaba parte y dependia del territorio del comun. Además que quizá con la palabra *de burgo*, se designa ménos á los cónsules elegidos entre la clase media que entre los habitantes de los arrabales; lo que podria hacer creer que estos estatutos se dan *pro civitate arelatensi et burgo*. Se elegia á los cónsules entre los que se habian hecho inscribir en el consulado, y habian hecho el juramento de permanecer en él cincuenta años; juramento que renovaban cada cinco; prometian obediencia á los cónsules elegidos y aceptar el consulado si eran llamadas á él. El Arzobispo prohibe que se admita á ningun extranjero sin consentimiento suyo y de los cónsules. Se dice tambien el juramento que debe prestar este extranjero al ir á fijarse á Arlés. Los habitantes debian por lo demás gozar de las ventajas de que se gozaba en los lugares donde se habian establecido ya consulados, siendo esta disposicion por la que comienzan los estatutos cuyo análisis acabamos de presentar por el mucho honor que hacen al prelado que es objeto de este artículo.—S. B.

RAIMUNDO Muchmanna, irlandés. Gobernaba en 1590 la iglesia de Glocor ó Clocor. En 16 de Enero de 1551 recomendó mucho á los priores y religiosos de la órden de S. Agustin á su prior general que regresaba á su patria, y en 29 de Abril de 1556 se le recomendó por segunda vez, porque dejaba su patria marchando para perseguir á los luteranos, y mandó á los religiosos que le recibiesen y diesen hospitalidad conforme á la posibilidad de los lugares. De lo que no se infiere, como dice la crónica, que pertenecia Raimundo á la órden de S. Agustin.—S. B.

RAIMUNDO DE PLANO (Beato). Ha sido este esclarecido varon uno de los muchos que han ilustrado á la órden de Sto. Domingo, y que habiendo logrado la dicha de derramar su sangre por Jesucristo y por su fe, demostró una vez más, sobre los millones de millones de veces que ya estaba hecho patente, que Dios nuestro Señor conserva para su gloria á quienes propalan su celestial doctrina por todos los medios y de todas maneras, como á costa de sacrificios tan notables como el de la propia vida, perdida entre los horrores del martirio. Pero vengamos á la narracion de los hechos de nuestro glorioso Santo, que es lo que nos compete y en lo cual está seguramente comprendida una nueva prueba de la verdad, excelencia y perpetuidad de nuestra santa religion. Francia fué el país donde este esclarecido varon vió la luz, y perdiéndose en la oscuridad de la ignorancia los antecedentes de su familia y facultades, la historia nos le presenta como religioso dominicano en la casa de Tolosa. Que su capacidad no era vulgar, así como su aplicacion muy constante, nos lo demuestran por una parte el que hizo los estudios con aprovechamiento notable, y por otra, el que luego que estuvo en situacion á propósito para ello, se dedicó al púlpito con un éxito verdaderamente extraordinario. Así que, vista esta gracia con que el Señor le dotára, gracia cuyo ejercicio siempre fué muy provechoso y en la época de nuestro Santo era de todo punto necesario, resolvieron sus superiores que continuamente se ocupára en este santo ejercicio de predicar, prometiéndose, como lo acreditó el éxito, los más felices resultados. Mas recordemos siquiera ligeramente la época que alcanzó Raimundo de Plano, y ella nos dirá lo mucho que hizo, el gran mérito que tuvo su predicacion, no solo en la parte material, que esta nadie la disputa, pues sabe el mundo literario que fué gran filósofo, excelente teólogo y muy distinguido orador, sino en la parte moral, en la reforma de costumbres, que con respecto á Tolosa comenzó su autorizada voz, y concluyó su sangre derramada por la defensa de la verdadera fe. Los calvinistas estaban en todo su auge, la libertad que sus errores permitian halagaba á la muchedumbre ignorante, que no veia más que esas halagüeñas promesas irrealizables con que se trata siempre de seducirla; pero al error se oponia la verdad; á esa luz brillante en la apariencia pero insegura, que ofusca, pasajera y muy nociva, de las doctrinas falsas, acompañaba, destruyéndola, la luz que no puede faltar, la antorcha de la verdad, el resplandor y la gloria de Dios, y quien derramaba este resplandor, quien hacia que esta brillante antorcha iluminase á cuantos quisieran recibir su luz, era sin duda alguna Raimundo de Plano, que no mirando más que á la gloria de Dios en el esclarecimiento de la verdad, y sin reparar en los peligros que podian sobrevenirle, predicaba la verdad católica, dirigia á la secta los cargos y advertencias que creia convenientes, hacia en fin ver que

el ministro de la verdad era imposible que transigiese con el error. Puede comprenderse fácilmente el efecto que produciria esta conducta en los sectarios del error; pues que en lo humano todas las condiciones desfavorables estaban de parte de quien les hacia la contra. Y en efecto, un hombre vulgar, un pobre fraile, oponiéndose á las doctrinas de los principales de Tolosa, un fraile desconocido haciendo la contra á las opiniones y doctrinas de los más ricos y principales del lugar, y sobre todo, y esto era lo que más sentian, predicando con tal acierto, confirmando la doctrina con tal prodigio que no habia quien pudiera resistirle. Hed aquí el gran delito de este Padre, hed aquí lo que le hacia odioso á aquellos infelices, que ignorando su bien no podian consentir el que á otros se les proporcionára. Empeñadísima fué, como es consiguiente, la lucha que se trabó entre los calvinistas y los católicos, pero la victoria, decidiéndose siempre á favor del partido de la verdad, hacia más insufrible la derrota de los herejes, y exasperaba más los ánimos de los que hubiesen querido que las turbas, enmudeciendo los ministros de Cristo, hubiesen seguido la corriente; pero nó, no quedaba recurso alguno á que apelar para hacer callar al ínclito P. Plano; solo su destruccion, solo su muerte es lo que puede, dijeron, asegurar el triunfo de la pretendida reforma. Por muchos medios trataron de poner término á aquella preciosa vida, y por ninguno pudieron conseguirlo, hasta que el Señor permitió que cayendo su siervo en manos de sus enemigos, comenzáran sus tormentos para que se previniera su gloria. Buscando ocasion en que ningun católico los acechase, cuya ocasion era ciertamente difícil de encontrar, porque los fieles sabiendo la injusta y desmedida ojeriza que tenian contra el Santo, sin más razon que por hacer ver la futileza de sus argumentos, ó mejor dicho, lo perjudicial de sus errores, le hallaron en un momento en que nuestro glorioso confesor de la fe iba para ejercer la caridad á casa de un enfermo cuya vida peligraba. Encarceláronle como á un criminal, pero se abstuvieron de formarle ninguna especie de acusacion formal, pues sabian muy bien que en todas ellas habia de encontrar no solo un descargo muy razonable, sino lo que es más, motivo para atraer á su fe á los que desgraciadamente se habian apartado del conocimiento del verdadero Dios solo porque no se les permitia ver la claridad de la luz de la verdad, y si se les presentaba esta entre los celajes que les impusiera el error. Tuviéronle, pues, en la cárcel como cumple á enemigos de Dios y de sus ministros, sufriendo hambre y todo género de molestias, privado de toda comunicacion, sin que se permitiese siquiera el que se le acercasen más que sus verdugos, á los cuales se les habia mandado darle el trato más inícuo. Su habitacion era lóbrega, húmeda y nauseabunda; todo en fin conspiraba á hacerle aburrirse, digámoslo así, mezclándose con estos tan malos tratamientos la promesa de ponerle al frente de una Iglesia cismática,

ó de encumbrarle á la más alta dignidad si podian lograr que apostatase; y esto entenderian que lo hacia con solo suscribir un símbolo diverso del apostólico y niceno (que en el fondo son, como sabemos, una misma cosa) donde se consignaban los errores de la secta calvinista. Lo que consiguieron fué confirmarle más y más en la fe de Cristo, merecer para él nuevos favores de parte de Dios, á quien elevaba su espíritu y á quien se unia por los más fervientes deseos de padecer por su amor; y que su paciencia, su constancia en esa heróica conformidad con los males del mundo, que no son sino camino para los bienes de la eternidad, y que no es dado tener más que á los siervos muy predilectos de Dios, obligasen á los mismos carceleros á contemplar en él un ser sobrehumano y á deducir de su conducta la legítima consecuencia de la verdad de su fe; abjurando algunos de ellos de sus antiguos errores y profesando en sus manos la verdad católica. Un dia en que acababa de convertir al cristianismo al que estaba encargado de atormentarle, vino el tirano, que era el gobernador de aquel importante pueblo, y no pudiendo tolerar el que hubiese conquistado tantos seguidores de su religion áun en medio de los tormentos que por ella sufria, determinó que le sacáran los ojos, cuyo martirio se verificó con las más horrorosas circunstancias, aumentando así los sufrimientos del mártir para que su corona fuese más preciosa y sus merecimientos pudieran adquirirle un galardon mayor. Cuando estuvo ciego y padeciendo los dolores consiguientes á un sufrimiento tan atroz, se le oyó bendecir á Dios con la misma alegría de espíritu con que lo hacia en salud y libertad, por lo que viendo sus enemigos que no era posible apartarle de la fe en Cristo, y por consiguiente de lo que era su pesadilla, resolvieron quitarle la vida material para asegurarle la eterna; y abalanzándose á él cual lobos á su presa, lo cosieron á puñaladas, abandonando despues su maltratado cadáver á los cristianos, para que estos vieran lo que habian hecho con su tan querido predicador. Es consiguiente que al ver que habia pasado á mejor vida por defensa de la fe, creciese, si era posible, entre los fieles la veneracion á que las virtudes le habian hecho acreedor, así como el que comenzáran á propalarse sus méritos y virtudes de tal suerte, que ya se contaban sus prodigios, ya se imploraba su auxilio, y todos por el resultado le apellidaban santo, cuyo dictado confirmó la Iglesia, declarando su culto como legítimo y asignando á su fiesta el dia 21 de Julio, por haberse verificado su martirio el año de 1570.—G. R.

RAIMUNDO DE PONTE. Nació en Fraga, pueblo del reino de Aragon, fronterizo con Cataluña y distante como unas cuatro leguas de Lérida. Sus padres, honrados, aunque no de muchas riquezas, comprendieron desde sus primeros años que habia de ser un grande hombre, por lo cual le dedicaron al cultivo de las letras, no habiéndose á la verdad equivocado en su

fallo, pues no solo en bellas letras y filosofía, sino en las ciencias del derecho tanto civil como eclesiástico, se instruyó tanto y adelantó tanto, que se hizo un lugar, y un lugar no ínfimo, sino preferente, entre los sábios de su siglo. Al tener la competente edad y con las más excelentes disposiciones, habia ascendido al sagrado órden del sacerdocio, llenando de contento á cuantos con ocasion de su ordenacion la tuvieron de tratarle, porque á todos parecia, como no podia ménos, por su talento, un hombre que habia de brillar con verdadero esplendor, por su virtud, sugeto que honraria indudablemente el lugar donde viviera ó la posicion en que se le colocase. Por todas estas relevantes cualidades que en él se reunian, obtuvo el importante cargo de auditor en el sacro palacio de Roma. Pudiéramos muy bien detenernos en examinar las circunstancias que le hacian acreedor á que se le concediese tan eminente puesto, y habriamos de hallar que le tenia muy merecido; pero esto nos ocuparia tiempo y espacio que hemos menester para dar razon de las cosas que hizo y que le acreditaron grandemente, tanto como hombre de letras cuanto como hombre de virtud. Baste decir que el Romano Pontífice estuvo tan satisfecho con que un hombre de las prendas de Raimundo estuviera á sus órdenes para aprovecharse de sus talentos, que le confió el importantísimo cargo de gobernador y legado de Su Santidad en la Marca de Ancona. Era á la verdad muy importante el cargo que se le confiaba y la manera de encomendársele; pero todo lo que tenia de honroso, tenia de difícil, toda vez que las disensiones, guerras y continuos disturbios exigian del que habia de estar al frente de aquel país, un tino muy delicado, una suma prudencia y cierta habilidad para que las mismas desagradables escenas que podian producir un conflicto, si no se cortaban del todo, por lo ménos se neutralizase en lo posible el mal efecto, produciendo los resultados ménos malos. A esto dirigió todo su estudio, y, digámoslo así, obligó á que á ello se prestase su gran capacidad el bueno de Raimundo de Ponte, y tuvo tal acierto, tanto talento y tan grande eleccion en los medios que puso en juego, que logró cumplir su cometido, no solo completamente conforme á lo que la Santa Sede se habia propuesto al confiarle la legacion, sino lo que es muchísimo de admirar, á completa satisfaccion de los pueblos, que necesariamente tenian que sufrir algun vejámen, pero que el acierto del legado les disponia para ello de tal suerte, que léjos de enojarse se alegraban, mostrando de cuantas maneras estaba á su alcance un profundo agradecimiento al Soberano Pontífice, porque les habia mandado un hombre tan á propósito. Era imposible que la noticia de hechos tan de bulto y de tanta trascendencia quedára reducida á los lugares en que el comitente y los agraciados residian, así que pasó, como era natural, á conocimiento de todos, y

el mundo entero supo lo que valia Raimundo de Ponte, y el mundo entero habria querido aprovecharse de sus talentos, no ya para ostentarlos, sino para hacerlos valer en beneficio de los distintos pueblos que deseaban su mediacion. Sin embargo, hubo un pueblo grande y cuna de grandes varones que adujo, por decirlo así, un derecho irrecusable sobre la persona de Ponte, y que por consiguiente podia con algun derecho reclamar sus servicios, porque le habia visto nacer. Este pueblo era Aragon, y su rey, admirado de cuanto valia su súbdito, y deduciendo que seria uno de los primeros hombres de su época, toda vez que extranjeros le confiaban importantes comisiones, quiso á Raimundo á su lado, y cuando hubo concluido el tiempo de su gobierno y legacion, le llamó á España para que aquí le sirviese todo cuanto fuera compatible con su estado. El primer nombramiento que en él se hizo fué el de canciller, y en realidad la eleccion no podia ser más acertada, toda vez que soberanos extranjeros habian puesto en él su confianza, y no solo no habian sido defraudados en sus deseos y designios, sino que los habian visto cumplidamente satisfechos. En efecto, era hombre de gran talento, de suma probidad y de una prudencia la más exquisita, dotes todas muy á propósito para desempeñar bien un tan delicado cargo. Que lo desempeñó muy á satisfaccion del monarca que se le confiára, no hay para qué decirlo; lo cierto es que aseguraba á todos cuantos le preguntaban por tan eminente varon, que nunca habia podido hacer eleccion más acertada, y con respecto á él, despues de manifestarle muy repetidas veces lo satisfecho que estaba de sus servicios y lo complacido de que siguiera al frente de los importantísimos negocios que eran de su incumbencia, le promovió en 1288 á la silla arzobispal de Valencia, en cuya promocion se veia una singularísima predileccion, puede decirse que especial, toda vez que se habia acostumbrado, y áun hoy se acostumbra, colocar en estos tan importantes puestos eclesiásticos á prelados que hayan demostrado en otros lo mucho que confiadamente se puede esperar de sus administraciones; y por consiguiente, al confiársela á un hombre que aún no habia ingresado en la alta clase de obispo, parecia demostrarse y se demostraba en efecto, una predileccion toda especial. Verdad es que no es muy fácil hallar una correspondencia más fiel á la señalada distincion que se le hacia, que la que en el arzobispo de Valencia encontró el católico monarca. Desde el primer momento en que se presentó á su clero y á su pueblo cautivó á uno y á otro, porque lo fino de sus maneras, lo sumo de su ilustracion, daba á entender hasta en los ligeros saludos con que correspondia al homenaje que como era debido le rendian todos; y no se crea que esto era en él pedantería ni deseo de lucir, sino una cosa natural, consiguiente á su carácter y á su esmeradísima educa-

cion. Persuadido, como lo estaba, de que el superior no puede ponerse á la altura de las necesidades de sus súbditos, si no se entera de ellas por sí mismo y las observa palpándolas materialmente, quiso hacerlo así en su diócesis, y para lograrlo comenzó á girar una visita escrupulosa, pero hecha con todo decoro, con completa dignidad. Ahí no habia esas recriminaciones que ofenden, ni las importunas é imprudentes advertencias que sofocan; ahí es verdad que no se pasaba por nada que no debiera pasarse, pero siempre con dignidad: allí el prelado hacia notar á los súbditos sus faltas, pero sin exasperar, ántes por el contrario, por medio de la conviccion, y de una conviccion tanto más íntima cuanto que primero que al entendimiento tocaba al corazon; medio infalible de alcanzar, como los alcanzó, los frutos más abundantes y sazonados. En el ejercicio de la caridad era tan espléndido, que no permitia que ningun pobre que se acercase á su puerta dejase de ser socorrido, aunque para ello, como aconteció algunas veces, fuese preciso darle parte de la comida destinada al mismo señor Obispo, la cual á la verdad nunca era tan delicada como parecia requerir su dignidad. En la asistencia á las reuniones eclesiásticas, que él estableció á manera de conferencias, era no solo puntualísimo, sino tan humilde que requeria, acerca de los puntos que se controvertian, el parecer de todos, y nunca emitia el suyo sin haber escuchado atentamente el de toda la reunion, y entónces no con la autoridad que le daba su carácter y cargo, sino con la conviccion y fuerza que adornaba sus razones, exponia cuanto se le ofrecia, haciendo por consiguiente dos grandes beneficios á los eclesiásticos allí reunidos; primero, ilustrarlos con su doctrina muy buena y muy abundante; y segundo permitirles toda la libertad conveniente para la exposicion de sus opiniones. En los diferentes asuntos, tanto eclesiásticos como civiles que estuvieron á su cargo, tuvo tal acierto, tanto esmero, tal actividad para su desempeño, tanto interés, en fin, que todos se quedaban altamente satisfechos de sus resoluciones, sin que se ofendiesen ni áun aquellos en quienes por necesidad tenian que herir, como eran las partes á quienes se obligaba á lo que les parecia contra su derecho. En fin, fué tal el acierto con que gobernó su diócesis, tanto el aprecio que se supo conquistar de parte de los príncipes, del clero y del pueblo, que por confesion unánime de los autores contemporáneos, y tambien de los posteriores, en quienes no cabe el ser alucinados como los que viven cuando el personaje de quien escriben, que aseguran que Raimundo de Ponte no era inferior á los grandes obispos de los primeros siglos, y podia presentarse á sus sucesores como modelo, en cuya imitacion léjos de desdeñarse podian y áun debian complacerse. Otros añaden que en los veinticuatro años que gobernó la iglesia de Valencia lo hizo con toda gloria, en espíritu de verdadera y sólida virtud, y

siendo querido del pueblo y del clero, respetado de los grandes y temido de los malos, sin que contra él hubiese otros enemigos que los que lo son de todo lo que huele á mérito, virtud y caridad. A pesar de ser este el concepto que todos tenian formado acerca de su prelado, y que se manifestaba por el respeto y afecto con que le miraban, y por la exquisita atencion que ponian todos para no desagradarle; él tenia de sí una idea muy baja, pues bien provisto de humildad cristiana, no veia en todas sus obras más que imperfeccion, sin atreverse siquiera á descubrir la más pequeña fidelidad á la gracia, temiendo allá en su interior que miéntras los hombres le alababan por el bien que en él veian, la justicia de Dios le condenaria por el mal que no evitaba en los demás, ó que no conocia en sí mismo. Así que tenia una exquisita vigilancia sobre su conducta y la de su clero, siendo esta opinion suya tambien el motivo de que en el uso de los bienes de la mitra se atuviese estrictamente á lo requerido por los cánones y por las constituciones sinodales, y en la provision de los curatos y demás beneficios eclesiásticos nunca atendiese más que á la mayor gloria de Dios, para lograr la cual ninguno conferia sin estar bien enterado de las prendas del pretendiente, y sin que le constase hasta la evidencia su idoneidad, vocacion y virtudes, para que así los ministros todos de la Iglesia pudiesen edificar á los fieles y demostrar prácticamente que su mision era divina, toda vez que si no se podian despojar de sus miserias, porque esto es imposible, las atacaban de un modo incansable, haciéndolas la guerra por cuantos medios estaban á su alcance. Por lograr esto el prelado tenia siempre presente su último fin, y á las más acertadas disposiciones gubernamentales añadian las más austeras costumbres particulares; de suerte que en público y en privado, como obispo y como particular, era un verdadero modelo, porque toda su conducta se ajustaba sin discrepar á la regla infalible de los preceptos y consejos evangélicos. Conociendo nuestro prelado que el ejemplo influia en mucho, y que más nos mueve lo que vemos en uno que las excitaciones que puedan hacérsenos, aunque se nos hagan con toda la viveza, energía y áun caridad con que los apóstoles las hicieran en su tiempo, trató de excitarse más y más en la virtud, frecuentando mucho la casa de los PP. Dominicos de Valencia, y no frecuentándola como un prelado que visita á sus súbditos, sino como un pobre pecador, que teniendo necesidad de que los ejemplos de los demás le animen á salir de su amilanamiento, va guiado por la gracia á buscar esta excitacion que la gracia misma le dispone. En tal concepto, con ellos alternaba en sus ejercicios de oracion y rezo, con ellos concurria á los ejercicios de mortificacion y penitencia, sin querer nunca preferencias ni consentir distinciones, ántes por el contrario, deseando siempre ser el último entre los religiosos, y repitiendo frecuentemente con la más íntima conviccion que él

estimaria mucho más morir en la más miserable celdilla de aquella santa casa, que no en la silla pontifical donde el Señor le habia colocado tan sin merecerlo. Muchas veces les indicó su gran deseo de pertenecer á la Orden, así como al Romano Pontífice le expuso muchas veces este mismo deseo de retirarse del cargo de arzobispo, quedar como simple religioso dominico, y así hacer algo para su bien eterno; pero ni la Orden podia recibirle sin que dejára su mitra, ni el Papa lo creia conveniente, pues que Bonifacio VIII, en contestacion á la súplica que repetia de retirarse del gobierno de su arzobispado cuando ya llevaba quince años de obispo, y pretextando necesitaba hacer algo para sí quien ya habia trabajado no ménos que tres lustros para todos, le dijo que de ninguna manera se podia atender á satisfacer el piadoso deseo de un prelado, por más que él fuese bueno, cuando por condescender á él habia que privar á una diócesis importante de ventajas seguras y encaminadas á su mejor gobierno; por lo cual se le negaba terminantemente la peticion que hacia, y áun se le advertia que no volviese á hacer indicaciones sobre el particular, al ménos miéntras durára su pontificado. Concluyó éste y vino al trono pontificio Benedicto XI, y esto sirvió á nuestro prelado para que ajustando su conducta á la del Papa, pudiese lograr sus deseos, sin dejar de obedecer á lo prescrito por la santidad de Bonifacio VIII, buena memoria. Al ver que Benedicto habia podido hacer compatible su dignidad pontificia con la pobreza, obediencia y demás virtudes que forman el complemento de la perfeccion religiosa, y que se prometen á Dios en la profesion religiosa; él se resolvió á hacerse y ser religioso dominico sin dejar de cumplir con lo que requeria su cargo de obispo, toda vez que así deseaba que fuese el que vicario de Cristo en la tierra tiene á su cargo el gobierno de los ministros como el de los fieles. Así que en el año de 1304 y y pocos dias ántes de Navidad, el obispo de Valencia recibió públicamente el hábito de Sto. Domingo, y su conducta, así exterior como privada, fué desde aquel dia enteramente conforme á lo que de sus profesores exige la regla del santo Patriarca, y muy ajustada al espíritu de pobreza, de obediencia, de caridad y de celo que el santo fundador quiso inspirar á sus hijos para que por este medio pudiesen llegar á la perfeccion, y pudieran ser á los fieles lo útiles que son los ministros que viven en el mundo conforme á los designios del Señor. No se crea que el Obispo se dispensaba ninguna de las observancias de su instituto; nada de eso, ántes por el contrario era rigidísimo hasta el extremo de tener que mediar muchas veces la autoridad de sus superiores para contenerle en sus deseos, pues que si no su celo le habria consumido, y Valencia hubiera perdido ántes y con ántes á tan buen prelado. Pero no, que su condicion y el convencimiento íntimo en que estaba del mérito de la obediencia, no le permitieron nunca apartarse de práctica de

tal virtud, y por consiguiente dócil á los mandatos superiores tendria que cumplir su cargo con la debida dignidad, y tendria que en el desempeño de los importantes oficios á que Dios le disponia, demostrar una vez más que el Señor se habia valido de él para obras que serian muy del agrado de la Divina Majestad. Efectivamente, referiremos algunos pormenores acerca de las cosas que ocurrieron durante los últimos años del gobierno de este esclarecido prelado, que fué en los que era á un tiempo arzobispo de Valencia y religioso dominico, y su relato solo nos convencerá plenamente. Surgian con mucha frecuencia diferencias entre el clero y el pueblo, que despues de servir de muy poca edificacion á los fieles, daban por resultado que ó los clérigos tenian que sostener litigios, y en su nombre y á su excitacion tomarse providencias duras y muy sensibles las más veces, ó se habian de dejar despojar de rentas, de bienes y áun de derechos, que les pertenecian de un modo indisputable. Ambas cosas eran á la verdad muy sensibles, y los diversos pareceres de unos y de otros exacerbaban más las pasiones, producian cada dia nuevos disgustos, y sus resultados á nadie eran ni propicios ni agradables. Tratóse por consiguiente de tomar un partido, y á todos pareció el más prudente el someter los asuntos al juicio del Obispo, que tenia en su apoyo lo fundado en justicia que habria de ser necesariamente, y además que estando tan acreditado como estaba, y sabiendo todos cuán recto era en sus cosas, y que por nadie ni por nada se doblegaba, ántes al contrario hacia siempre justicia cualquiera que fuese el sugeto sobre el cual hubiera de recaer, nadie de cierto, nadie absolutamente se daria por ofendido, ni mucho ménos, todos acatarian estas determinaciones superiores con el respeto que por mil títulos, á cual más justos, merecian. Efectivamente se llevaron los asuntos ante el Obispo, los examinó, los consideró atenta y diligentemente, mirando bien tanto lo que habia en favor de unos como en favor de otros, y sin perjuicio de ninguno, ántes favoreciendo á todos cuanto pudo, falló, y sus fallos tuvieron tan buena acogida que todos los que le sucedieron en el poder legislativo eclesiástico, y algunos investidos no más que de autoridad civil, fallaron segun ellos, y han venido á ser estas decisiones de nuestro prelado como una especie de leyes que aún estan en práctica; con lo cual se acredita el gran acierto que presidió á todas estas resoluciones, que demuestra que nuestro hombre lo era de gobierno y que su eleccion no habia podido ser mejor. Verdad es que todavía le estaban echando ménos en Roma, y el Papa ansiaba ocasiones de mostrarle su predilecion en justa recompensa de lo mucho que se habia esmerado en el gobierno y legacía de la Marca de Ancona, que, como dijimos al principio, tuvo á su especial cuidado. Vino ocasion en que los deseos del Pontífice se vieron satisfechos, con la de las acusaciones fulminadas

contra los caballeros de la órden del Temple en general por algunos de sus individuos. Sabido es, y no hay para qué indicarlo aquí, que estas diferencias surgieron principalmente en Francia, donde se acusó á algunos de crímenes tan horrendos, que no ya quienes profesaban un tan esclarecido blason como el de estos caballeros, sino los que no fueran más que cristianos, se avergonzaron de que se les imputasen; y es tambien sabido que allí donde comenzaron las acusaciones, allí tambien habian de empezar las causas y tramitaciones que habian de dar por resultado el esclarecimiento de la verdad; así que en Francia se constituyó un tribunal al objeto, y procedieron con gran diligencia á la averiguacion de lo que sobre el particular habia. Mas el pontífice Clemente V hizo que segun el tenor de sus bulas apostólicas, datadas en Roma el 30 de Julio de 1310, tambien en España se procediera á averiguar lo que habia acerca de la Orden, para lo cual se autorizaba á los obispos D. Raimundo, de Valencia, y D. Gimenez, de Zaragoza, á fin de que en los reinos de Aragon y Valencia hicieran las debidas aclaraciones, haciendo comparecer á su presencia á los caballeros de uno y otro reino. Los prelados dotados de muy buen juicio, y viendo por una parte la imprescindible necesidad de cumplir lo mandado por el Sumo Pontífice, y por otra la resistencia que habian de oponer los caballeros á cumplir con un mandato que por lo ménos les hacia pasar por la humillacion de someterse á un tribunal especial, y no secular, rogaron á los reyes de Aragon y Valencia que por sus más autorizados diputados hiciesen saber al cuerpo y á los individuos del Temple lo que de ellos queria el Soberano Pontífice. Hízose así, mas lo que habria de haberles excitado á la mayor sumision y respeto, puesto que los prelados diputados expresamente para esto pudieron muy bien haber comenzado por requerirles de un modo brusco, y de ninguna manera estaban obligados á usar con ellos la atencion que ciertamente les demostraban, sirvió solo para exasperarlos más y más y para hacerles tomar la temeraria resolucion de meterse en sus castillos y defenderse, caso que, como ya lo intentaba D. Jaime, hubiese sido necesario el hacerles saber por la fuerza que los mandatos del Pontífice no se desobedecian impunemente, ni por caballeros ni por un pueblo tan católico como lo ha sido siempre España y sus diferentes y nobilísimos reinos. Todas las providencias que tomó el Rey, todas las amenazas que en nombre de la Iglesia y como ministro de ella hizo para el reino de Aragon el obispo de Zaragoza, fueron inútiles; solo el prelado de Valencia, con su amabilidad, con su prudencia, con su tino y acierto, pudo atraer á su presencia á los caballeros de su reino, y constituyendo tribunal bajo su inmediata presidencia, pero con asesores y jueces queridos y áun escogidos por los mismos caballeros, logró avenirlos, logró hacerles comprender el extravío de al-

gunos, y lo que es más, comprometerlos á defender de cuantos modos fuese necesario las prerogativas de la silla romana, además de la integridad de la fe y la perpetua estabilidad de la Orden en conformidad con lo que fué en su primeros dias, en los dias de su mayor gloria, sin que consintiesen de modo alguno que se alterasen en lo más pequeño las tan venerandas como importantes tradiciones que hacian á la Orden acreedora al universal aprecio y veneracion. Es enteramente admirable que un solo hombre pudiese atraer pareceres tan opuestos á una resolucion decorosa, es verdad, pero que no estaba en armonía con lo que los ánimos perturbados, exasperados, enteramente alterados hubiesen querido, y por consiguiente debe tenerse muy cuenta cuánto no trabajaría este celosísimo prelado para procurar un avenencia que habria concluido las cuestiones y disgustos que mediaron entre la Orden y la Santa Sede, sin perjuicio, ántes con provecho de esta, y sin desdoro, ántes con mucho honor de aquella. Mas no pudieron de igual manera avenirse los caballeros de otros reinos y de otras naciones con los prelados á quienes el Papa comisionára para este asunto, y creemos no es cosa de entrar aquí á averiguar críticamente si la razon estuvo de parte de los caballeros, que se quejaban del modo con que se les habia hecho conocer la mente de Su Santidad, ó de los prelados que aseguraban estar la falta toda en los caballeros. Es lo cierto que los deseos del Papa de una concordia fraternal y de una avenencia decorosa, que llevára consigo garantías para el porvenir, no se pudieron lograr, y que sin que nadie lo quisiera, pero por la imprescindible necesidad, el asunto hubo de ser ventilado por un Concilio, que lo fué al general de Viena. Nada más natural que el que los prelados que habian tenido necesidad de intervenir en este asunto por diferentos motivos fuesen al Concilio, los unos para dar á la Iglesia universal razon de su conducta, los otros para ilustrar con sus opiniones á la asamblea, todos para que no se creyera que se retraian ante cualquier idea, que á la verdad no sería tan recta como era de desear. El Arzobispo de Valencia hubo de ir necesariamente. Sus amigos, ó más bien diremos sus diocesanos, no querian en manera alguna que emprendiese su viaje, porque temian que lo avanzado de su edad habia de ser motivo de que muriendo acaso en el camino no pudiera ser útil en el Concilio y dejara de serlo en el gobierno de su grey; mas él, enfervorizado con la consideracion de que lo que le llevaba á Viena era sola, única y exclusivamente la gloria del Señor y el deseo de que la verdad y la justicia triunfáran del error y de las más viles pasiones, les dejó tan convencidos de la conveniencia de su viaje, por medio de una pastoral que les dió, que aquellos mismos que ántes habian creido inconveniente su partida, fueron los primeros á complacerse en que fuera allá, siendo verdaderamente notable la despedida y recibimiento

que hicieron á su esclarecidísimo prelado. Sin un gran cuidado de sí mismo, y confiando solo en que Dios hace siempre lo que es de su mayor agrado cuando las obras se emprenden, se continuan y se concluyen para su gloria, nuestro prelado llegó á Viena, siendo por todo el camino objeto de las más cordiales demostraciones de afecto, sin que para ello diese otro motivo que su afabilidad para con todos, su caridad para con los pobres y su bondadosa condescendencia con cuantos á él se acercaban por cualquier motivo. Luego que hubo llegado á Viena, y se reunieron los prelados y demás personajes que habian de componer el Concilio, obtuvo de cuantos allí habia la misma benévola acogida que habia tenido en todas partes, y ya en las conversaciones particulares, que mediaron con motivo de las visitas recíprocas de prelados á prelados, ya en las sesiones preparatorias, habia tenido ocasion de demostrar sin él pensarlo, su grande capacidad, así como su tino y acierto para todas las cosas era sabido de los que allí se reunian, porque todos conocian cómo se habia portado en los diferentes cometidos que habian estado á su cuidado, así es que al hacerse el nombramiento de la comision que habia de examinar y redactar no solo los puntos de fe, costumbres y disciplina que se habian de someter á la deliberacion de la asamblea, sino las resoluciones de esta luego que estuvieran tomadas, para formularse como cánones, y presentarse á la sancion de los Padres, nuestro prelado de Valencia fué uno de los cinco nombrados, y hubiese sido su presidente si no le hubieran obligado á declinar esta honra razones de delicadeza que le enaltecen en gran manera. Y no se crea que por no haber sido él quien presidia esta comision del Concilio trabajó ménos en ella, nó, todo por el contrario, procurando como lo procuraba que la gloria fuese de sus compañeros, él llevaba la parte más penosa en el trabajo, que no huyó en esta como no lo habia huido en ninguna otra ocasion de su larga vida. Concluyóse el Concilio y regresó á su diócesis, satisfecho de haber sido útil á la Iglesia y de haber podido contribuir algun tanto al esplendor de su silla, ya tan respetable por los que ántes de él la ocupáran: hizo, como era consiguiente, saber los acuerdos del Concilio, y planteó las reformas por él mandadas en lo respectivo á su diócesis, todo mediante pastorales apreciabilísimas, ya por la importancia que tenian por su oportunidad y conveniencia, ya tambien porque cada una podia muy bien pasar como un tratado, pues tanta doctrina contenia. Apénas pudo plantear ó más bien dar á conocer los acuerdos del concilio de Viena, cuando recibió la convocatoria para el particular de Tarragona. Hubieran querido disuadirle de ir á este como desearon hacerlo para que no concurriese al general; pero la misma importancia que en aquel tuvo como que les retrajo, así que fué sin oposicion y con ménos séquito aún que el que habia llevado á Viena, ya porque en este viaje no habia que guardar,

digámoslo así, el decoro nacional, ya tambien porque siempre fué su ánimo ir al convento de sus hermanos los dominicos, y no queria embarazarlos con mucha gente. Así lo hizo apénas llegó á Tarragona, que fué á su convento, y rogó á los superiores no solo que le admitiesen, lo cual lo hicieron de muy buen grado, como no podia ménos de ser, pues le apreciaban muchísimo, sino que le tratáran solo como religioso, sin ninguna otra consideracion en lo cual hubieron de acceder, aunque no de muy buen grado, sino solo por complacerle. Enteramente providencial fué este viaje, pues por su medio le dió el Señor un gusto por el cual habia tenido verdaderas ánsias, y que ya no esperaba en verdad. En aquella santa casa, en medio de su querida comunidad, en una pequeña celda y pobre lecho, allí le acometió la enfermedad que habia de poner fin á sus dias; allí pues como simple religioso recibió los auxilios espirituales de la misma manera que se dan á los demás hermanos, allí pudo dar muestras de su devocion al recibir el santo viático, de su conformidad en la extremauncion, y de su grande celo cuando ya espirando les decia á sus hermanos lo que San Juan á sus discípulos: *Amaos los unos á los otros*; allí pues edificando á todos pasó de esta á mejor vida el dia 13 de Noviembre del año 1312, á una edad muy avanzada. Los pobres, que habian sido en vida el objeto de todas sus delicias, fueron en muerte los herederos de sus bienes, dejando solo su biblioteca como memoria á las casas de Dominicos de Lérida, Valencia y Alcira, siendo preferidas estas á la de Tarragona, porque la mayor y mejor parte de los libros que tenia el señor Obispo estaban en aquella, que era muy rica tanto por el número cuanto por el valor de sus volúmenes. Hubieran querido los de Tarragona poseer el precioso tesoro de sus despojos mortales, mas por una parte la exigencia de la catedral de Valencia, y por otra el saber todos que habia muy de antemano escogido para su enterramiento un lugar delante del altar de Todos los Santos, hicieron que apénas se previno lo conveniente y con una solemnidad desusada fuesen despedidos y recibidos en Tarragona y Valencia los restos mortales del señor obispo Fr. Raimundo Ponte, verdadero ornamento de aquella silla episcopal por sus virtudes, por su ciencia, y por todo lo que hace á un hombre grande no solo segun la falaz inteligencia del mundo, sino segun la verdadera apreciacion de quien mira las cosas en órden á la eternidad. El archivo del reino de Aragon posee del esclarecido prelado los preciosos manuscritos de las actuaciones acerca de los sucesos de los caballeros templarios, así como los originales de la muy justamente celebrada sentencia acerca de los subsidios que el clero de Aragon debe pagar al estado por sus fincas y demás posesiones. Tambien Valencia posee los estatutos del sínodo que reunió en Setiembre de 1296, y que fueron hechos por él con alguna antelacion, para tener más á la mano lo que habia de tratarse, y un

Tratado de los Sacramentos para instruccion de los párrocos y del pueblo, obra muy breve pero muy bien acabada, y que habia hecho nuestro Raimundo de Ponte ántes de ingresar en la órden de Sto. Domingo, siendo indudablemente esta la razon por lo cual no la cita ni el P. Echard, ni ninguno de los que hablando de los escritos de los hijos de su Santo Patriarca, citan los de nuestro Raimundo, á quien consideran como hijo y maestro de su sagrada religion y uno de sus más preciosos ornamentos, áun cuando el modo de pertenecer á ella de nuestro ilustradísimo prelado haya sido tan especial. Sin embargo, es contado con muchísima razon no solo entre sus hijos, sino entre los que han merecido el dictado de venerables, asignando á su memoria el dia 20 de Noviembre. — G. R.

RAIMUNDO DE PROVINS Ó DE PROVENZA (Fr.), de los Menores de San Francisco. Era francés, y natural acaso, segun el sobrenombre que llevaba, de la provincia del mismo título. Corria el año 1242, y era la época en que más encendida se hallaba en Francia la guerra suscitada por el poderoso partido de los herejes albigenses. Raimundo de Provenza, que era muy distinguido por su piedad y su sabiduría, no ménos que por su ardiente celo en la defensa de la fe, fué enviado á la ciudad de Tolosa con el carácter de inquisidor, en compañía de otros religiosos menores y dominicos, los cuales empezaron á llenar su importante cometido procediendo contra los herejes en aquellos puntos que estaban más inficionados por la epidemia de la impiedad, cumpliendo las disposiciones tomadas por el sumo pontífice Gregorio IX, á fin de cortar algun tanto, si le era posible, el grave mal que iba extendiéndose por todo el cuerpo de la Iglesia. Procedió Fr. Raimundo con tanta justicia como severidad en el asunto que le encomendáran; pero su rectitud enconó tanto el ánimo de los herejes, que juraron su exterminio; y con efecto, habiendo espiado sus pasos, cayó en poder de una tropa de sus enemigos, juntamente con sus compañeros, que eran Fr. Esteban, de Menores, Fr. Guillermo, inquisidor del órden de Predicadores, otros dos padres de esta misma Orden, el arcediano de Tolosa, un notario de la Inquisicion y un prior de la villa de Arzoneto, en cuya poblacion se hallaban albergados. Resueltos los herejes á apagar en su sangre la furiosa sed que los devoraba, sacaron á todos los religiosos y demás eclesiásticos al campo el dia 24 de Junio de 1242, y despues de martirizarlos fieramente por todos los medios que su infernal rabia les sugeria, les quitaron la vida cortándoles la cabeza. Sufrieron aquellos esclarecidos mártires su horroroso martirio con el mayor valor y constancia, entonando á voces el *Te Deum* y ensalzando al Señor, en cuya defensa morian. La misma noche de su suplicio unos pastores y una devota mujer advirtieron que habia en el cielo una grande y luminosa abertura sobre el lugar en que fueran inmolados, y que de la

abertura bajaba una escala derramándose al mismo tiempo mucha sangre en el terreno en que los mártires exhalaran su último aliento. La noticia de esta vision, que tambien advirtieron otras personas de buena vida, llenó de espanto á los herejes y de consuelo á los cristianos; pues varios enfermos, llenos de fe y de esperanza, acudian á rogar á Dios que por la intercesion de sus santos mártires les concediera la salud perdida, y hallaron efectivamente el remedio de sus dolencias. Los santos cuerpos fueron recogidos del campo en que yacian abandonados por los devotos católicos, y sepultados honrosamente en el convento de S. Francisco de la ciudad de Tolosa. La Orden seráfica ha colocado á Fr. Raimundo en el catálogo de sus santos, conmemorándole en el antedicho dia 24 de Junio, aniversario de su glorioso martirio y de su tránsito felicísimo. —M. B.

RAIMUNDO DE RABANSTEN. Fué muy nombrado en su época por las circunstancias particulares que en él concurrieron. Era hombre de gran ingenio, y desde luego se prometieron, tanto sus maestros como su misma familia, que habia de ser un personaje muy distinguido, y que habia de llenar convenientemente un lugar cualquiera que fuese el en que su carrera le colocára. Decidióse por el estado eclesiástico, y con grande aprovechamiento hizo los estudios convenientes hasta donde le fué posible en su época, en que á la verdad no estaban metodizadas las enseñanzas, ni tampoco fijos los principios de escuela, por lo cual era mucho más difícil llegar á un grado de tal cual ciencia, y sin embargo, nuestro Rabansten se colocó en bastante altura, pues especialmente en lo que decia relacion á la interpretacion de los libros santos, puede con verdad asegurarse que era una notabilidad. Ascendido al sagrado órden del presbiterado, desempeñó con grande acierto su ministerio, y no mucho tiempo despues de estar en él enaltecido, recibió el nombramiento de arcediano de Agens, cuya prebenda desempeñó con mucho acierto, habiendo sido de grande utilidad para los intereses de su iglesia el que este hombre conciliador y bueno estuviera al frente de ella, porque así pudo remover los grandes obstáculos que de parte de los albigenses se oponian para que el sacerdocio católico ejerciera su noble ministerio, y pudo reducir á los pueblos á que prestasen atencion á la voz de los predicadores de la verdad, no escuchando, como no debian escuchar, á los seguidores del error, porque de oirles necesariamente habian de inficionarse algun tanto. Natural era que esta conducta atrajese hácia nuestro Rabansten el afecto de los verdaderos católicos, la rabia y enojo de los albigenses, que por su época comenzaban ya á descollar, habiéndose desgraciadamente dado á conocer como inficionados en tan sensible error algunos de los prelados que regian las iglesias cuya cooperacion, fatal para la causa de la verdad, era preciso neutralizar, haciendo los mayores esfuerzos para que estos hombres dejasen sus dió-

cesis de grado ó por fuerza, y se volviese en ellas por el celo de los sucesores de estos desgraciados, no sólo la tranquilidad y sosiego que tan necesarios eran al buen régimen de la Iglesia, sino la seguridad para con los prelados superiores de que los inferiores serian felices, y por consiguiente no empeorarian el estado de la Iglesia católica. La mente, pues, del Romano Pontífice, así como de sus nuncios y demás dependientes de su suprema autoridad, era hacer conocer á los sacerdotes fieles, y que estando siempre cerca del pueblo, éste pudiese oir la verdad, no ofuscarse nunca ni por nada, y por consiguiente, la confusion del error fuera el resultado de los esfuerzos siempre empeñados de aquellos fieles servidores de Jesucristo, sembradores de su buena doctrina, que para hacer fructificar esta, habian de separar la zizaña para que no la sofocase. La iglesia de Tolosa tuvo la desgracia de que uno de sus pastores se inficionase en el error, y ciertamente hubiera inficionado á toda su grey, si el cuidado del pastor supremo no hubiera sido todo lo vigilante que debia para hacer que conocido el rumbo extraviado que el prelado llevaba, se le apartase de su rebaño diciéndole: «No es este el camino del bien, ni tal ministro quien te le enseña; toma otro, que no dejándose obcecar por nuevas y peregrinas doctrinas, te ha de enseñar la verdad y conducirte por consiguiente al merecido bien que es tu esperanza.» Y el fiel ministro que á los de Tolosa se les dijo en el nombre del Señor que se les daba, fué nuestro buen Raimundo Rabansten, que firme en la fe y con la constancia necesaria combatió el error y consiguió que por lo ménos en su tiempo triunfase la verdad; si bien para lograrlo hubo de experimentar contrariedades, sufrir disgustos y recibir muchos desaires de parte de los supremos imperantes, que por razon de las ventajas materiales que la reforma pretendida les ofrecia, estaban por ella, lo cual es bastante natural atendida la humana y miserable fragilidad. Pero la conducta de Raimundo en la mitra fué muy digna, muy conveniente y muy cristiana, porque fué la de un verdadero padre de su pueblo. Decimos esto, porque con toda la abnegacion necesaria buscaba el bien de sus súbditos áun á costa, no ya como quiera, de privaciones, y privaciones ligeras, de esas que fácilmente se toleran, sino de sufrimientos, y sufrimientos notables, que llevó sin embargo con tanta resignacion y con tal prudencia, que nadie se hubiese apercibido como él mismo no hubiese manifestado el deseo de esclarecerlos más y más. Puntualísimo en hacer la santa visita de una manera verdaderamente apostólica, logró los abundantes frutos que de ella pueden esperarse, y pudo ser para sus fieles súbditos padre y pastor como su ministerio le incumbia, recibiendo por lo tanto, como era consiguiente, los plácemes de unos y de otros, que viendo su celo y diligencia, no solo le aplaudian, sino que le secundaban para que así pudiese con más desembarazo llegar al término de sus de-

signios, que todos comprendian ser la gloria de Dios en la salvacion de sus almas. Parece que estuvo en la mente del Romano Pontífice, de acuerdo con los demás prelados de Francia y áun con el Rey, trasladar á Raimundo Rabansten á otra silla episcopal donde pudiera haber logrado abundantes y ópimos frutos como los lográra en Tolosa; pero el Señor no quiso, ó, para explicarnos con la debida exactitud, no eran esos los designios de Dios acerca de su siervo. Satisfecha Su Majestad de la fidelidad con que su siervo le habia servido, quiso llevarle á su seno, para lo cual le probó en el crisol del padecimiento, y hallándole debidamente preparado, le dió la muerte del justo despues que hubo recibido con extraordinaria edificacion los auxilios eficaces con que la Iglesia nuestra santa madre favorece á sus hijos en tan apurado como decisivo trance. El pueblo demostró con su puntual asistencia á las honras de Rabansten que le estimaba mucho, y no ha perdido su buena memoria; es verdad que á ella le hacian acreedor su espíritu tan previsor como conciliador, su trato tan afable como digno, todas sus prendas en fin, y el acierto con que portándose siempre y en todo como verdadero pastor y padre de su grey, logró captarse sus simpatías hasta el extremo de que muy llorada su muerte, él se hizo inolvidable.—G. R.

RAIMUNDO Rigaldo (Fr.), religioso franciscano francés, cuyo verdadero apellido es Rigault. Escribió: 1.° *Sermones festivos.*—2.° *Commentaria in quatuor libros Sententiarum.*—3.° *Quæstiones morales.* Las que se conservaron por largo tiempo manuscritas en el convento de S. Francisco de Asis, segun Wadingo, Posevino y otros autores.—S. B.

RAIMUNDO de Sabunda, el último realista notable de la época del escolaticismo, era natural de Barcelona, y abandonó la medicina por consagrarse á la filosofía y á la teología, sobre cuyas ciencias escribió en Tolosa hácia el año 1430. Su principal idea era operar una reconciliacion entre el escolasticismo y el misticismo, y publicó con este objeto, en tres libros, uno intitulado: *Liber creaturarum, seu Theologiæ naturalis*, 1487; Strasburgo, 1496. Sostiene que Dios ha dado al hombre dos libros que no se contradicen, el libro de la naturaleza y la Escritura Sagrada. El primero de estos dos libros es el que ofrece desde luego á nuestra disposicion, siendo perfectamente comprensible, sin que puedan nunca adulterarle los herejes. La Sagrada Escritura debe estudiarse por el primer libro, es decir, por la razon lo mismo que por la experiencia tanto exterior como interior. El amor de Dios es, segun él, la nocion suprema; y segun estas ideas reconstruye todo el sistema de las doctrinas de la Iglesia.—S. B.

RAIMUNDO de Santa Ana (Fr.), capuchino aragonés, predicador ó misionero apostólico de su provincia. Publicó: *De variis notabilibus ad theologiam moralem spectantibus*; un volúmen en 8.°, sin año ni lugar de impre-

sion, pero que vió el P. Fr. Juan de San Antonio, autor de la *Biblioteca Franciscana*, en el convento de S. Antonio de Sevilla.—S. B.

RAIMUNDO DE TOLOSA (B.), religioso agustino, incluido por Gerónimo Roman en el número de los beatos de esta Orden. Más conocido por sus virtudes que por sus hechos, apénas se nos cita el lugar de su nacimiento ni las principales circunstancias de su vida. Dícese que fué un modelo de perfeccion evangélica, y que igualó en su época á los que más se adelantaron, mereciendo por lo tanto los elogios de todos los cronistas. Su vida entera, consagrada á la religion y á las prácticas piadosas, le hace acreedor á una mencion en este lugar, si no tan completa y detallada como desearíamos, conforme al ménos á las cortas noticias que leemos en sus biógrafos. Fué un varon austero y penitente, distinguiéndose por sus ayunos y vigilias, y por su grande y extraordinaria caridad. Llevado por su ardiente celo en defensa de la religion, quiso dar su vida por ella, recibiendo la gloriosa corona del martirio; pero habiéndosela negado la Providencia, imitó en sus prácticas, ó más bien se hizo sufrir á sí mismo todos los dolores y penalidades que padecen los obreros evangélicos en la predicacion de la divina palabra en remotos y apartados climas. No contento con esto, recorrió gran parte de la Grecia, trabajando con celo y fervor en la reforma de las costumbres, y procurando atraer á los cristianos extraviados al camino de salvacion. Sus trabajos apostólicos fueron bastante largos, pues todos los autores le dan muchos años de vida, y á este ejercicio fué al que se consagró principalmente. A la elocuencia de su palabra y santidad de sus máximas unia la perfeccion de su vida, siendo un modelo que procuraban imitar los más aventajados, aunque por desgracia suya solian quedarse muy atrás. Ejercitábase además en obras de caridad, procurando ganarse de este modo los afectos de los infelices á quienes socorria, y sustituyendo así con obras lo que á veces no podia hacer con palabras en personas que no podian acudir á oirle por la distancia de los lugares, por sus enfermedades, y áun por sus penosas ocupaciones. Lleno así de años y de méritos, murió en el ósculo del Señor, haciéndose acreedor á que la Orden Agustiniana celebre desde entónces su memoria, y le considere como uno de sus más esclarecidos hijos.—S. B.

RAIMUNDO DE TOLOSA (Fr.). Fué notable este santo varon por la admirable y milagrosa vocacion para ser religioso de la órden de la Madre de Dios. Era Raimundo de Tolosa hijo del conde de Monfort, el cual vino á Barcelona para hallarse cerca de una romería que habia hecho á nuestra Señora de Monserrat; y queriendo gozar con la vista de la ciudad que tanto le habia celebrado, se instaló en ella y fué hospedado como merecia tan gran príncipe, y como acostumbra aquella nobilísima república en semejantes casos. Le festejaron con mostrarle las cosas notables que aquella ciudad tie-

ne; y como pidiese le enseñasen los templos, santuarios y monasterios, discurriendo por todos ellos vino al convento de la órden de la Merced de Santa Eulalia. Traia el Conde consigo, además del hijo mayorazgo y heredero de su casa, el tercero de ella y más pequeño en edad, llamado Raimundo de Tolosa, que por amarle tanto jamás le apartaba de sí. Miéntras el Conde miraba el convento y sus oficinas, divertido con otros señores que le acompañaban, se quedó Raimundo en la iglesia, y echándole de ménos el Conde, le envió á llamar; venia el niño algo mudado de color y al parecer tan otro, que no parecia ser el mismo que poco ántes entró en la iglesia. Todos se admiraron, y el Conde se afligió, apretándole para que dijese lo que le habia acontecido; el niño, que tendria de trece á catorce años, dijo á su padre que se quedó mirando en la iglesia una imágen de nuestra Señora, que tiene el hábito y escapulario blanco vestido, y puesto en el pecho el escudo de armas del Rey, que tenia abiertos los brazos, y recogiendo debajo de ellos y de un manto muy rico que le caia sobre sus hombros muchos obispos, cardenales y reyes y muchos cautivos; y como la mirase atentamente, le habló y le dijo: «Raimundo, bien parecerás aqui con este otro Raimundo cardenal, quédate por hijo mio en mi casa.» Que al principio tuvo miedo; mas viendo que la Señora se sonreia con él y le acariciaba, y que al punto la dió palabra de quedarse por hijo suyo; y así que le echase su bendicion para cumplir lo que á la Madre de Dios habia prometido. Al concluir de decir esto se postró á los pies de su padre con muchas lágrimas, pidiéndole dicha bendicion y licencia para ello. Era el Conde muy cristiano y un gran príncipe; sintió en el alma el proyecto de su hijo querido, y procuró con blandas y buenas razones no quitarle del pensamiento tan santo propósito, pero al mismo tiempo resfriarle y entibiarle algo en la prisa de la ejecucion, para que con más maduro exámen se mirase en ello; pero no pudiendo recabar nada con el niño, viéndole tan firme en quedarse y tomar el santo hábito, alzó los ojos al cielo, en prueba de conformidad con la voluntad divina; en seguida se enterneció y abrazó al hijo; volviéndole las espaldas, diciéndole con la mayor entereza: «Hasta ahora os lloré como padre y os amé como hijo; ahora, Raimundo, no os conoceré por pariente si no perseverais sirviendo á la Madre de Dios por quien me dejais á mí;» y dichas estas razones, sin poder contener las lágrimas, se fué dejando á la religion mercenaria aquella rica y preciosa prenda, que tanto estimó la religion toda, al cual se le dió luego el hábito de caballero con universal contento y júbilo de todos los conventuales y admiracion de toda Barcelona; provocando esta vocacion maravillosa la de otros muchos señores, entre ellos su valiente y arrojado primo Jorge de Lauria. Entró, pues, Fr. Raimundo de Tolosa en la religion en edad bien tierna, y se imprimieron en él todas aquellas buenas costum-

bres y loables lecciones que le fueron enseñadas por los maestros y padres espirituales que le dió la religion; caminó siempre ganando tierra para el cielo en el camino de la virtud, preciándose tanto de humilde, que jamás se le oyó palabra acerca de la memoria de la calidad de su sangre y nobleza de su primer estado. Por aquí le llevó Dios, mortificándole con algunos encuentros particulares con que el demonio intentó hacerle guerra; pero á todo respondia el valeroso y constante mancebo: «Yo confieso que soy la escoria y la nada del mundo, dejé mis estados y mis padres por Dios; vine á la religion donde la desnudez es riqueza, el abatimiento y desprecio estimacion y autoridad. ¿Para qué tengo de volver los ojos adonde volví las espaldas? Me sacó Dios de las tinieblas, ¿por qué tengo de huir de la luz? El que me dijere que es tan bueno ó mejor que yo, dice verdad, porque yo soy el mayor pecador del mundo, y el mayor pecador es el más malo.» Con estas razones tan humildes tapaba la boca, destrozando los pensamientos de algunos que le querian inquietar. Llegó á la edad varonil, y habiendo tomado el hábito para caballero lego, tocándole Dios el corazon, se determinó á seguir la vida monástica más estrechamente, y se ordenó de sacerdote y profesó los estudios, saliendo en pocos años muy docto en las letras divinas y humanas; ocupó el púlpito, y en él con su doctrina consiguió aventajados frutos. Tuvo disputas particulares con judíos y maestros de la ley mosáica en dos redenciones en que se halló en Africa delante de los hombres más doctos y versados en aquella ley, y de todas salió victorioso y triunfante, no consiguiendo solo este lauro, pues arrastró con su elocuencia á algunos infieles, que se convirtieron á nuestra santa fe católica persuadidos de su doctrina y enamorados de sus loables costumbres. Corrian por entónces los años de 1335, y ocupaba la silla de S. Pedro el papa Benedicto XI, llamado Benedicto XII. Tuvo noticia de que Fr. Raimundo de Tolosa, hijo del conde de Monfort, era religioso mercenario, y con tan gran parte de sangre de la nobleza tolosana, que le puso en el número de los cardenales que creaba presbíteros, y los cuales fueron seis; pero cuando se hizo el despacho de esta creacion y gracia, que fué de cardenal presbítero, título de S. Esteban *in monte Celio*, y llegó la nueva á Barcelona, hacia ya treinta dias que nuestro Señor se habia servido llevar á mejor vida á Fr. Raimundo de Tolosa; pero á pesar de eso la Orden agradeció la merced otorgada por el Pontífice á religioso de tanto mérito.—A. L.

RAIMUNDO Turriano. Fué natural de la provincia Mediolanense, y se dedicó desde luego á los estudios por tener para ellos la más adecuada disposicion. Hubiera podido brillar en cualquier carrera á que se hubiera dedicado, pero su eleccion decidida fué desde luego por la de la Iglesia, á que le llamaba un eficaz deseo de promover, no solamente su propia santifica-

cion, sino tambien la de los demás; pues desde su niñez tenia mucha caridad con sus hermanos, y esta claro es que se hacia más patente conforme iba comprendiendo, por una parte, la fuerza de este precepto santo en que dice el Señor consistir en gran manera nuestra ventura, por otra las necesidades de sus hermanos en aliviar las cuales en todo sentido se dedicaba con el más esmerado afan. Hecha su carrera con aprovechamiento, ascendió á los órdenes sagrados con buenas disposiciones, y desplegando desde luego mucho celo por la gloria del Señor y bien de las almas. Incansable en el ejercicio de su importante ministerio, no hallaba nunca dificultad en ejercer sus importantes funciones, ántes al contrario, parecia más complacido segun tenia más que hacer en su ministerio, y los fieles por consiguiente, sumamente satisfechos de su ministro, acudian á él con confianza, porque estaban seguros de que siquiera un saludable consejo ó una acertada disposicion que reparára su desgracia ó atenuase su disgusto, lo habian de lograr de seguro. Era por consiguiente sumo el aprecio con que aquellas buenas gentes miraban á Raimundo Turriano, y muy vivo el deseo que tenian de procurarle alguna ventajosa posicion, para lo cual desplegaban sus influencias, segun les era dado, y en realidad de verdad, habria sido para ellos una verdadera complacencia haberle podido colocar en algun puesto eclesiástico distinguido, ó en su mismo pueblo natal, ó al ménos en alguno de su provincia. Dios, sin embargo, tenia dispuestas las cosas de otra manera, y trataba sí de enaltecer á su siervo, pero queria que su gloria, segun el mundo, fuese algo distante de los mismos que con el mayor afecto hubiesen querido proporcionársela. Vacante por fallecimiento de su poseedor la mitra de Como, se pensó desde luego en Raimundo Turriano, indicósele que se habia fijado en él las miras para ascenderle á esta alta, pero muy merecida por él, dignidad de obispo, y de ninguna manera pudieron hacerle consentir en su elevacion á tan eminente puesto, hasta que un precepto terminante del supremo pastor de la Iglesia venció las dificultades, allanó cuantos obstáculos se ofrecian, y puso á Raimundo al frente de aquella grey, despues que se le hubieron impuesto las manos con las debidas solemnidades, pues que él llevó su delicadeza hasta el punto de no querer encargarse de la diócesis hasta que estuvo en disposicion de gobernarla por sí mismo, sin carecer de ninguna de las circunstancias requeridas para tan importante ministerio. Le desempeñó como no podia ménos de esperarse de su rectitud y buenas prendas, sin que hubiese la menor desavenencia entre él y sus clérigos, ni mucho ménos entre él y el pueblo, ni áun entre el clero y el pueblo, pues él tenia y tuvo desde luego tanto acierto, que puso en contacto extremos que estaban muy distantes, aprovechando ocasiones, buscando oportunidades, y procurando siempre aparentar que no

buscaba ni áun aquellas ventajosas soluciones sobre las cuales iba á hacer estribar el sosiego de que luego gozaria toda su provincia eclesiástica. Uno de los medios de que se valió para el acertado gobierno de su importante diócesis fué la frecuente repeticion de la santa visita. En ella miraba el prelado con la atencion más exquisita las necesidades de los pueblos y su orígen, y atacando á éste, prevenia aquellas, verificándose muchas veces hallarse el remedio de un abuso, la correccion de un sugeto, la separacion de tal otro incorregible y otras cosas á este tenor sin que nadie lo esperára ni presumiese siquiera de dónde habia venido, y debiéndose todo á la prudencia del prelado, que hacia las cosas sin ruido, sin ostentacion sin que se apercibieran siquiera. Estas circunstancias tan relevantes por cierto le hacian mucho más apreciable, así que su grey estaba contentísima de su pastor, y de cierto que hubiesen hecho cuantos esfuerzos hubieran estado á su alcance para conservarlo miéntras hubiese Dios permitido que viviera en el mundo; pero los designios de Dios eran otros. Su adorable Majestad queria que otros disfrutáran tambien de los buenos oficios que Raimundo Turriano prestaria indudablemente en todas partes, y por consiguiente inspiró al Romano Pontífice la idea de trasladarle al patriarcado de Aquilea, donde no fué ménos estimado que lo habia sido en Como y en su patria. Es verdad que su conducta fué la misma, el mismo celo, la misma caridad, el mismo esmero para resolver las cosas, de modo que en lo posible todos quedáran satisfechos ó al ménos el que no lo quedára del éxito de su asunto, porque esto no fuera posible, lo quedase de que las miras del prelado habian sido prevenir lo mejor; y que la cosa y no su deseo ni intencion, eran el solo obstáculo con que habia que luchar. Que fué nombrado patriarca en Aquilea y que tomó posesion de su silla, son cosas en que no cabe la menor duda; pero la distancia de los tiempos ó tal vez el decidido empeño con que este hombre singular procuraba ocultar todas sus obras, para que no se diese pábulo á la murmuracion, por una parte, ni por otra tuviese en qué cebarse su amor propio, es lo cierto que no hay noticias suyas desde el momento en que se sentó en la silla patriarcal, por lo cual nada podemos decir de su gobierno en tan importante destino, temerosos con razon de que una inexactitud pueda ofuscar la gloria que ciertamente merece el relato de las buenas prendas del prelado anteriormente referidas. Su época fué más de la mitad del siglo XIII, y quedaron buenos recuerdos de su administracion y gobierno, pues cuando en éste le sucedió por su fallecimiento el muy esclarecido Conrado, duque de Polonia, que no llegó á tomar posesion de la dignidad patriarcal, porque la muerte le arrebató en breves instantes; todos los que de él habian de depender, clamaban por que fuese tan bueno como el que acababa de morir, y con esto satisfacian sus deseos y demostraban el

grande aprecio en que le tenian. Sensible es que no hayan podido trasmitirse á la posteridad otras noticias más detalladas acerca de las acciones del esclarecido patriarca Raimundo Turriano; mas no podemos hacer sino respetar los designios de Dios, y darle gloria en esto mismo, como que fueron estos sus inefables designios. — G. R.

RAIMUNDO VICTOR Ó DE S. VICTORE (Fr.), religioso de la órden de la Merced y valeroso mártir, y de los primeros que padecieron por la santa fe católica, en compañía de Fr. Guillermo de S. Leonardo, ambos franceses de nacion, y ambos sufrieron y padecieron una misma muerte y martirio. Fueron de los primeros religiosos que tuvo la Orden, y padecieron el martirio seis años ántes que muriese S. Pedro Nolasco. Del santo mártir Fr. Raimundo de S. Victor y de su ejemplar vida han escrito muchos autores de la Orden, hallándose manuscritos en los *Códices* y *Anales* de la misma, que en resúmen vienen á decir lo siguiente: «Otro Raimundo, diferente al Cardenal, floreció en nuestra religion en el tiempo que vivió nuestro P. S. Pedro Nolasco, y fué de los primeros que tomaron nuestro hábito, no sabiéndose de seguro que fuese hijo de hábito de nuestro Padre, por lo que no debe confundirse con Fr. Raimundo de Casano, que fué de los caballeros religiosos meramente seglares, y el Raimundo de que ahora tratamos fué sacerdote. No se sabe la poblacion de que era natural; pero sí que tomó el hábito en Barcelona, y que desde luego descubrió que la humildad y caridad eran dueños de su corazon, y los alcaides á quien habia entregado la fortaleza de su libertad, y así es que aborrecia á los hombres soberbios y á los religiosos en quien conocia algun punto de ambicion ó gusto de ser estimados. Lloraba y se afligia cuando los que habian venido á la Religion despues de él le daban algun lugar aventajado en honra suya. Ningun dia era de mayor gusto para el humilde Raimundo, que el que le ocupaba la obediencia en actos de mortificacion y humildad. Era caritativo por extremo, semejante á Serapion en la compasion que tenia de los fieles cautivos. Pedia á Dios, con continua oracion y fervientes lágrimas, la libertad de aquellos miserables que permanecian en cautiverio. Salia con sumo gusto á juntar las limosnas para la redencion, y decia: *Que aquellos pasos en la casa de Dios eran dados á logro.* Conocida, por lo tanto, en la religion su condicion y caridad, se le encomendaron algunas redenciones, adonde no solamente hacia el oficio de redentor, sino tambien de celosísimo predicador, por lo que muchas veces padeció grandes afrentas, no solo en la tierra, sino en el mar, acompañadas de injurias notables, llevándolo todo con ejemplar paciencia, por amor á Jesucristo, que era por quien lo padecia, y así vino á acabar á manos de esta gente.» Esto es únicamente lo que refieren los *Anales* acerca de su vida, y respecto á su muerte y martirio varian los autores, pues unos dicen que na-

vegando dió en manos de piratas y corsarios herejes, y que reprendiéndoles su mala vida y tratando de reducirlos á Dios, se embravecieron contra él y le asesinaron. Otros dicen, que habiendo ido á rescatar á tierra de infieles y habiendo hecho el rescate en más cantidad de lo que podia pagar, quedó en rehenes, y predicando y animando á los cautivos que habian quedado, fué muerto por los infieles, en odio del nombre de Jesucristo. Mas la verdad de su martirio y del Sto. Fr. Guillermo de S. Leonardo, se ocasionó del modo siguiente: «Descansaban notablemente estos dos santos varones, desde que vistieron el hábito de la Madre de Dios, hacerla algun particular y aventajado servicio, y como Raimundo y Guillermo se tenian un santo y particular amor, pedian á nuestro Señor, les concediese, que mereciesen morir por su nombre santísimo y sufriesen entrambos algun género de martirio. Oyó aquel Padre de clemencia su ruego y súplica concediéndoselo así. Era por el año 1242, y tenia ya de fundacion la Religion veinticuatro años, cuando con mandato y órden del glorioso P. S. Pedro Nolasco, se mandó hacer un rescate y redencion en la ciudad de Argel, en Africa, y fueron nombrados por redentores el santo mártir Fr. Raimundo de Victore y por su compañero Fr. Guillermo de S. Leonardo. Era tanto lo que lo deseaban, que ambos se dieron mútuamente el parabien de la eleccion para este viaje y jornada. Se embarcaron y partieron para Argel, y corrieron tan grande tormenta, que las fustas ó galeras en que iban volvieron otra vez á la playa de Barcelona. Pero como estos siervos de Dios iban tan deseosos de servir en el ministerio por el que principalmente habian ingresado en la religion, que era emplearse en la redencion y rescates de los cautivos en poder de infieles, y exponer sus vidas si fuese necesario, sin saltar en tierra, en cuanto volvió la bonanza prosiguieron de nuevo su viaje; pero en cuanto se engolfaron, dieron con ellos unas galeotas y bergantines de moros, que aunque eran pequeños los bajeles eran muchos en número y mucha la gente de guerra que en ellos venia. Los embistieron, y despojaron á los demás que venian con ellos, y por buena diligencia y astucia que tuvo el dueño del bajel donde iban los Padres Redentores, miéntras estaban ocupados en el despojo de los otros navíos y galeras de los demás mercaderes y pasajeros cristianos, salióse de entre ellos y se desembarazó, de suerte que se les escapó, ayudándole el viento que se habia levantado á propósito de su buena fortuna. Fueron navegando la vuelta á Cartagena, hácia las costas de España, y como por aquellos tiempos todo lo más de aquella costa era de moros, les pareció á estos dos siervos de Dios, llevados de su santo celo, que sería bien entrar en el reino de Murcia ó de Granada y hacer algun rescate de consideracion, por no volverse con el dinero de la redencion á Barcelona y no haber hecho el viaje en balde, además de que el volverlo á arriesgar por la mar, corria el mismo

peligro de que se lo quitasen los corsarios, y tambien por tierra era lo mismo hasta llegar á la de cristianos. Tomada esta resolucion, entraron tierra adentro, llevando un guia y dirigiéndose hácia el reino de Granada para pedir salvoconducto y empezar á rescatar en donde hubiese cautivos; mas ántes de llegar á Granada fueron robados y muertos en el camino. Un autor de la Orden dice que el quitarles la vida fué en un lugar llamado Mula, del reino de Murcia, cuyo jefe ó moro principal los hizo encerrar en una oscura mazmorra, y que allí hizo que un alfaquí de su ley les predicase la secta de Mahoma, y que los redujese á abandonar la fe de Cristo, y que no queriéndolo hacer, mandó que en la misma cárcel les fuesen cortadas las cabezas, pareciéndose en alguna manera á la muerte y martirio que padeció igualmente en el encierro el glorioso precursor de Cristo S. Juan Bautista. El autor referido añade, que ántes de sufrir el martirio, les fué robado el dinero cerca de la ciudad de Lorca, pasando despues á rescatar sin medios á la villa de Mula. Pero hay pruebas más que suficientes para conocer que el lugar igualmente de su martirio fué la ciudad de Lorca, y el caso pasó así: Estaban tan indignados los moros de Lorca y Cartagena, que eran los más ricos y poderosos de aquel reino, con su rey Hudiel, por haber entregado el de Murcia al rey D. Fernando de Castilla, que aunque se habia rendido la villa de Mula, que era de los de su conjuracion, se tornaron á juntar y unir entre sí los de Cartagena y Lorca, y haciendo una nueva protesta de no rendirse, ni entregarse, ni darse á partido al rey de Castilla ni á ningun rey cristiano, haciendo todo el mal y daño que pudiesen á los cristianos, y que los que saliesen de Lorca y Cartagena á correr la tierra y los lugares que habia ganado en su reino y comarca, si cautivasen á algun cristiano, tuviesen pena de traidor á su república, y se les cortase la cabeza, sin admitir partido ni rescate. Y para conservarse en su obstinacion, de los primeros cristianos que hicieron cautivos, enviaron los despojos que les quitaron y las cabezas á los moros Gazules del reino de Granada, para que los viniesen á socorrer, y la misma embajada hicieron al Miramamolin de Marruecos, pidiéndole su favor y ayuda. Este estado tenian las cosas del reino de Murcia, despues de rendida la villa de Mula, y puesta en poder de cristianos muchos dias hacia, cuando habiendo celebrado la órden de la Merced capítulo general en Barcelona, nombrando para una de las redenciones á los dos santos mártires; en que despues de las ocurrencias en el mar de que ya se ha hecho mencion, cuando se encaminaban á Granada fueron sentidos de los moros de Cartagena y Lorca, que eran los nuevos conjurados, los despojaron y maniataron, y conforme á la protesta que entre sí tenian hecha, y despues de haberles dado muchos palos y azotes, los ataron desnudos á dos árboles, con determinacion, de que despues que se

hubiesen repartido el dinero, de jugar á la ballesta con ellos y asaetearlos. Los valerosos mártires, alegres por haber llegado la hora de que padeciesen por Jesucristo, aunque sentian infinito que no se hiciese la redencion y se perdiese el dinero destinado á tan piadoso objeto; viendo que no era posible otra cosa, y que Dios habia permitido que cayesen en las manos de aquellos crueles mahometanos, así era que permanecian atados á los árboles, alegres y contentos, diciendo muchas alabanzas á Dios nuestro Señor, y animándose el uno al otro para morir por él. Entre tanto los capitanes de los moros, de Lorca y Cartagena, sobre el partir el dinero de la redencion, vinieron de las palabras á las manos; en cuya contienda se alzó con lo más del despojo el moro de Lorca, como más poderoso y con mayor número de soldados. Los de Cartagena se retiraron enojados y corridos, con ánimo de dar aviso de cómo habia pasado el caso; pero los de Lorca, que quedaron señores del campo, de los cautivos y del despojo, temiendo no ocurriese alguna novedad, que obligase á romper á las ciudades y á perderse; sin osar matar á los cautivos, y sin hacer partes del dinero, lo llevaron todo á Lorca. Pusieron á los santos mártires en una mazmorra muy oscura, y entre tanto anduvieron de la una ciudad á la otra en demandas y respuestas; y últimamente convenidos en lo tocante al dinero que habian quitado á los siervos de Dios, acordaron y determinaron para no ir contra la protesta y conjuracion que entre sí tenian hecha, de que el alfaquí de la mezquita mayor de Lorca notificase á aquellos dos cautivos cristianos, que por haber visto en su hábito que eran sacerdotes de su ley y maestros de ella, les sería otorgada la vida con que renegasen de la ley de Cristo, y siguiesen la del profeta Mahoma; pero que si no accedian serían empalados vivos. Acompañaba al alfaquí uno de los moros más valientes que habia en Lorca, gran soldado del linaje de los Almohades; propuso su embajada el alfaquí á los dos soldados de Cristo. Quisieron responder ambos á la vez; pero remitiéndose Fr. Guillermo á lo que dijese y respondiese Fr. Raimundo, tomó el santo mártir la palabra, y empezó diciendo, que no solo no les pasaba por el pensamiento de hacer lo que les decian, pero que quisieran tener muchas vidas para darlas en defensa del nombre de Jesucristo y de su ley santa; y en seguida encendido con el celo de la honra de Dios, empezó á predicar fervorosísimamente, diciendo grandes alabanzas de Jesucristo, y advirtiéndoles y desengañándoles de la ceguedad de su falsa secta y de los errores de su Alcoran, y de cómo el miserable Mahoma estaba ardiendo en las llamas del infierno; el capitan de los Almohades se indignó tanto al oirle, que olvidado de la órden que traia de hacerles empalar, no dando su rabia lugar á mayor dilacion, despues de haberles dado muchas coces y palos, echó mano al alfanje, y les cortó á entrambos las cabezas, en cuyas bocas

hasta el último punto se les oyó repetir constante y valerosamente el dulcísimo nombre de Jesus. Este fué el modo del martirio de estos dos valerosos soldados de Cristo, triunfando de la muerte y del tirano, cumpliéndoles Dios sus deseos y lo que tantas veces le habian suplicado y pedido en sus fervorosas oraciones, de que muriesen juntos por su santísimo nombre, con un mismo modo de muerte y martirio. No pasó esta crueldad tan secreta y oculta que no se publicase y supiese en toda España, y particularmente en Cataluña, dando toda la religion Mercenaria gracias á aquel Señor, que se sirvió de hacerlos en la vida tan ejemplares religiosos con el hábito de su Santísima Madre, y en la muerte tan grandes imitadores de la pasion y muerte de Jesucristo su Hijo y Señor nuestro. Se procuró en cuanto llegó á estar la ciudad de Lorca en poder de cristianos, hacer diligencias para saber de las santas reliquias, pero no se pudo hallar rastro ni memoria de ellas; se tuvo por cierto, segun lo que más se alcanzó á averiguar, que las habian quemado y echado al viento; costumbre muy antigua entre estos infieles bárbaros con los cuerpos de aquellos cuyas almas y ley aborrecieron en vida. — A. L.

RAIMUNDO (Fr. Elías), á quien los antiguos escritores de la órden de Sto. Domingo han llamado Elías de Tolosa, quizá porque fué considerado como uno de los principales personajes de esta provincia, era natural de Perigueux y habia recibido el hábito de Sto. Domingo en el convento de Bergesae. Aunque no careciese ni de celo ni de talento, ya para el ministerio de la predicacion, ya para los ejercicios de la escuela, no hacia mucho tiempo que desempeñaba el cargo de predicador y el de profesor de teología en el convento de Tolosa, cuando fué nombrado procurador general de su Orden en la corte de Roma. Su mérito le hizo estimar del papa Urbano V, que le puso en el número de los penitenciarios apostólicos. Y cuando Su Santidad envió despues á Simon de Langres cerca del duque de Bretaña para negocios de importancia, Elías Raimundo ocupó el puesto de este general en el gobierno de su Orden. Presidió el capítulo general reunido en Génova en el mes de Junio de 1365. Habiendo aceptado al año siguiente Simon de Langres el obispado de Nantes, Elías fué nombrado por el Papa vicario general de la Orden de Sto. Domingo, y en el capítulo que convocó él mismo en Aviñon para la pascua de Pentecostés de 1367, se reunieron todos los votos para reconocerle únicamente como superior general de la misma Orden. Esta eleccion, muy aplaudida en la corte de Roma, no fué ménos agradable á todos los que conocian en particular las buenas cualidades, el celo, la prudencia y la sólida piedad del siervo de Dios, cualidades de que dió grandes pruebas durante los veintitres años que estuvo encargado de la diócesis de sus hermanos; es decir, doce años despues del principio del cisma, y once

de aquella fatal época que puso la division en todos los estados y la confusion en todas las partes de la Iglesia. La série de la historia nos dará nuevas pruebas, pero no debemos adelantar el tiempo, para hacer una relacion que no podriamos omitir. Todavía no era Elías Raimundo vicario general de su Orden, cuando concibió un designio que ejecutó despues con toda felicidad: fué este el retirar del poder de los religiosos del Cister las reliquias de Santo Tomás de Aquino, de que estaban en posesion hacia casi un siglo. El conde de Fondy era hacia algunos años depositario de una gran parte de este tesoro, y los superiores de la órden de Sto. Domingo no cesaban de instarle con toda clase de consideraciones para obligarle á que les entregase un objeto que deseaban con ardor y que les pertenecia de justicia. Se les hacia esperar siempre esta satisfaccion, que se diferia sin embargo de concederles. Habiendo hecho las mayores instancias el provincial de Sicilia en 1366, el conde de Fondy le declaró que habia tomado la resolucion de no hacer la entrega más que en manos del superior general, con quien necesitaba tener ántes algunas conferencias para concertarlo todo segun lo exigia la prudencia. Este provincial escribió desde luego á Simon de Langres, general todavía de los PP. Predicadores; y el conde encargó tambien al diputado de unas de sus cartas. Cuando éste llegó á Francia, encontró que el antiguo general habia dimitido su cargo, y que Elías Raimundo desempeñaba ya sus funciones por una órden expresa de Su Santidad. El nuevo superior, vicario general á la sazon, fué quien abrió estas cartas, con cuya lectura tomó en seguida su resolucion y determinó los medios de que debia valerse para conducirla á un buen resultado. El secreto, la diligencia, el crédito ó el socorro de los amigos más poderosos, todo le pareció necesario, pero comprendió muy bien que con todo esto no podria vencer las grandes dificultades que debia esperar encontrar, si no tenia al cielo de su parte. Partiendo de este principio, ordenó al siervo de Dios que se hiciesen oraciones particulares en todas las casas de la Orden, y oró él mismo con doble fervor y con la confianza más completa. Su respuesta al conde de Fondy habia confirmado á este señor en su buena voluntad, y despues de estas prudentes precauciones, hubiera querido Elías dirigirse inmediatamente á su lado para aprovechar sus buenas disposiciones y terminar un negocio de que se hallaba mucho más ocupado que lo que lo aparentaba. El viaje del papa Urbano V, que partió al mismo tiempo para Italia, favorecia su designio. Pero la enfermedad de que fué atacado el vicario general y la circunstancia del capítulo general que se celebraba en Aviñon, le obligaron á detenerse todavía durante algunos meses. Este retraso no tuvo ulteriores consecuencias. Habiendo sido el P. Elías elegido general en este mismo capítulo, y habiéndose restablecido á poco su salud, no retardó el dirigirse á Roma para saludar al Papa.

Habiendo ido tambien allí el conde de Fondy con el mismo motivo, creyó favorable la ocasion y la aprovechó el nuevo General. Despues de algunas conferencias secretas que tuvo con este grande, se decidió que el mes de Febrero del año siguiente de 1368 se entregarian las reliquias por el conde al P. General en la forma que se acababa de convenir, lo que se ejecutó con la mayor exactitud. Despues que el sagrado depósito estuviese en seguridad en el convento de Fondy, quedaban todavía muchas cosas que hacer. Por una parte, era preciso atestiguar la verdad ó la autenticidad de las reliquias y hacer pública la restitucion; por otra, era absolutamente necesario ocultar la manera de que habia sido hecha esta restitucion, pues se habia prometido al conde de Fondy un secreto inviolable sobre este punto. No era fácil concordar estas dos cosas: hacer además saber que se estaba en posesion del cuerpo de Sto. Tomás, era exponerse desde luego á las más enérgicas persecuciones del abad de Fosse Neuve y de toda su comunidad, cuya sensibilidad en este punto no podia ir más lejos. Estos antiguos depositarios, que desde muchos años ántes se miraban como los únicos legítimos poseedores de un tesoro á que creian habian adquirido derechos incontestables, no carecian de celo, ni de amigos, ni de lo que es más á propósito para conservarlos y áun aumentar su número y ponerlos á todos en movimiento. Pero lo que podia favorecerlos más era el secreto prometido al conde de Fondy, pues siendo así que este noble, despues de haber quitado por sí mismo las reliquias al monasterio de Fosse Neuve, las habia entregado más tarde en poder de los PP. Predicadores, los superiores de esta Orden podian ser acusados de violencia, de robo y de sacrilegio. No se dejó en efecto de increparlos por todos estos crímenes, para prevenir contra ellos el espíritu del Soberano Pontífice. La prudencia de Elías lo habia previsto todo, y con su sabiduría y firmeza se puso en situacion de vencer los mayores obstáculos. Miéntras los religiosos del Cister y su abogado Santiago de Sena ó de Seva, hacian toda clase de demandas ante los tribunales, en particular de la corte de Roma, el General de los Dominicos no se contentaba solamente con levantar las manos al cielo; fué desde Fondy á Nápoles, donde la reina, los príncipes y los primeros señores del reino le ofrecieron su proteccion y todos sus servicios. La persecucion que habia mandado el Papa se comenzase contra él, no le impidió acercarse despues á la corte de Roma, y la bondad de su causa hizo su elocuencia tan persuasiva que el Sacro Colegio casi entero resolvió favorecerle con todo su poder. Fiel siempre á su palabra el generoso superior, que guardó hasta el fin el secreto que habia prometido al conde de Fondy, sufrió con humildad las reconvenciones del Santo Padre, y contestó á todas sus preguntas con tanta prudencia como modestia. Ni el temor, ni las amenazas le hicieron vacilar, arregló tan bien sus

pasos, tomó tan bien sus medidas, se aprovechó con tanta habilidad de todas las coyunturas que le habia presentado la Providencia y de los consejos que le daba Guillermo de Surdre, dominico, decano entónces de los cardenales, que despues de haber visto al Papa extremadamente irritado contra él y resuelto á hacerle sentir todo el peso de su indignacion, fué recibido no solo con bondad, sino con las mayores muestras de distincion y de favor; pues habiéndole admitido Su Santidad á besarle los pies, las manos y la boca, le hizo despues el honor de invitarle á su mesa. Un cambio tan inesperado desconcertó todas las medidas de Santiago de Seva y de los que le hacian obrar temiendo las consecuencias que podian sobrevenir. Urbano V, olvidadas ya las prevenciones que se habia procurado inspirarle, ordenó desde luego al General de los Dominicos, elegir en el próximo capítulo el lugar en que convenia poner las santas reliquias; órden con que el vicario de Jesucristo aseguraba la posesion del tesoro que se queria arrebatar á los PP. Predicadores. Todavía fué más lejos, tenia el cuerpo del santo doctor, pero la cabeza, que habia sido separada de él, continuaba en poder del abad de Fosse Neuvé; el Papa declaró que queria que esta parte de las reliquias fuese tambien entregada á los Dominicos, y encargó al P. General tomase todas las medidas necesarias para ello. Elías con su ordinaria prudencia manejó tan diestramente el negocio, que sin ruido ni oposicion el cuerpo y la cabeza de Sto. Tomás fueron conducidas á la capilla del Papa, que se hallaba á la sazon en *Montefiascone*. Pocos dias despues dos cardenales con dos notarios apostólicos, nombrados por Su Santidad, pusieron todas estas reliquias en manos del General de los Dominicos el 4 de Agosto de 1368, noventa y cuatro años despues de la muerte del santo doctor. En la vida de Sto. Tomás se leen las demás circunstancias de esta donacion y las razones que indujeron á Urbano V á elegir el reino de Francia, y la ciudad de Tolosa en particular, como el sitio en que debian conservarse perpétuamente los preciosos despojos del Angel de las escuelas. Elías ejecutó esta órden del vicario de Jesucristo con toda la fidelidad y la diligencia que se podia esperar de su celo. Habiendo recibido los soberanos el sagrado cuerpo el domingo 28 de Enero de 1769, el general de los PP. Predicadores se dirigió á París algun tiempo despues, donde tuvo el honor de cumplimentar al rey Cárlos V, presentándole el brazo derecho de Sto. Tomás. Las fiestas que se celebraron en la capital del reino en la recepcion de la reliquia, no fueron menores que las que se habian hecho con el mismo motivo en la capital de Tolosa; consumando con este acto un asunto que ocupaba su espíritu desde tres años ántes, y habia, en más de una ocasion, puesto su paciencia á grandes pruebas. Las bulas que obtuvo del papa Urbano en favor de la doctrina de Sto. Tomás, honran la pureza de su celo, y no manifestó ménos vigilancia

en conservar y aumentar el espíritu de oracion y demás prácticas regulares en las demás casas de la Orden. Si tuvo el consuelo de encontrar todavía en cierto número de súbditos al antiguo fervor del santo Patriarca y de sus primeros discípulos, no podia ocultársele que los daños ocasionados los años anteriores por la gran mortalidad, habian hecho un mal casi irreparable á la mayor parte de las comunidades, algunas de las cuales se hallaban reducidas casi á la nada, y las otras comenzaban á aumentarse con jóvenes que no marchaban siempre por las huellas de sus padres. El celo de Elías, regulado por la prudencia y acompañado de su natural dulzura, le hizo consagrarse particularmerte á la educacion de aquellos religiosos. En el capítulo general que acababa de celebrarse en Brujas en los estados de Flandes, y en el que reunió al año siguiente en nuestra ciudad de Valencia, recomendó expresamente á los provinciales y á los definidores eligiesen entre los antiguos religiosos, á quienes hubiera perdonado el contagio, los que por su doctrina y sus buenos ejemplos fuesen más capaces de formar á los demás en la ciencia y en las costumbres. Para conocer mejor las necesidades de su Orden y darlas el más pronto remedio, visitó casi todas las provincias de Italia, Alemania, Francia, Castilla y Aragon, trabajando con un celo infatigable en prevenir los abusos ó corregirlos: tenia cuidado al mismo tiempo de tomar de cada nacion un buen número de religiosos, los que creia más á propósito para trabajar en la viña del Señor, para enviarlos á anunciar el Evangelio á los infieles. Sacó algunos de España, que fueron destinados, segun los deseos del Papa, á la instruccion de los isleños, es decir, de los habitantes de las Canarias, porque dos ciudadanos de Barcelona habian referido á Urbano V, que en los países llamados por los antiguos las *Islas Fortunatas* vivian los pueblos sin ley y sin religion, no conociendo otra divinidad más que el sol y la luna, á quienes dirigian sus votos y ofrecian sus sacrificios. Casi por la misma época Elías Raimundo, cuyo celo parecia aumentarse diariamente, hizo partir á algunos buenos misioneros para ir á llevar la luz de la fe á las diversas provincias recien conquistadas por Luis, rey de Hungría. Un historiador de aquella nacion, citado por Fontana, habla de los frutos casi increibles que produjo la palabra de Dios entre aquellos pueblos, anteriormente cismáticos ó idólatras. De la alegría que concibió el rey de Hungría, y de las cartas que escribió tanto al Soberano Pontífice, como á los superiores de los Dominicos y de los Franciscanos para referirles los progresos del Evangelio entre sus nuevos súbditos y pedirles mayor número de obreros evangélicos. Los que el mismo General ó sus predecesores habian enviado ya á la Armenia, ó entre los válacos y los tártaros, no trabajaban con ménos ardor en la conversion de los infieles, y sus trabajos eran con frecuencia regados con su

sangre. La fe se establecia, sin embargo, en medio de las persecuciones, y se asegura que los misioneros dominicos edificaron muchas iglesias y algunos monasterios en aquellos países, muchos de cuyos habitantes habian recibido ya la gracia del bautismo. No eran solos los hijos de Santo Domingo los que se exponian á la muerte por la salvacion del prójimo. El P. Wadingo refiere que muchos santos religiosos de su Orden, animados del mismo celo, llenaban tambien con el mismo éxito todas las funciones apostólicas en medio de los bárbaros, algunos de los cuales abandonaban el cisma ó las supersticiones de la idolatría para abrazar la fe de Jesucristo, miéntras otros, más obstinados en el error, hacian morir en diferente género de suplicios á los que les anunciaban el Evangelio de salvacion. Elías Raimundo excitaba todavía más el celo de sus religiosos para combatir con energía la naciente herejía de Wiclef en el reino de Inglaterra, y los errores no ménos peligrosos con que Alberto, obispo de Halbertadt, comenzaba á infestar la Alemania. Creyendo este prelado que todo sucede en este mundo necesariamente, y que el destino arregla la vida y la muerte de los hombres, sostenia por consiguiente que no se debia enseñar ni deliberar sobre nada. Dedúzcanse las consecuencias que siguen de este principio, y como Alberto pasaba por sábio siendo doctor de París, muchos creian en sus discursos, principalmente los nobles, que vacilaban en la fe y comenzaban á no pedir á Dios ni á los santos, olvidando las buenas obras y dando rienda suelta á todas sus pasiones. Pero no era solo la herejía la que se extendia entónces en las provincias de Alemania y contra la que hablaban con energía muchos religiosos, miéntras que algunos otros no cesaban de exhortar á los pueblos y á los príncipes cristianos á volver sus armas contra los turcos, que hacian diariamente nuevas conquistas en las tierras de los fieles. Podriamos insertar aquí muchos breves apostólicos del papa Gregorio XI, que son otras tantas pruebas del celo siempre vigilante del General de los dominicos y de su cuidado en hacer anunciar la fe á los infieles ó en proveer á todo lo que podia favorecer las misiones. Nos contentaremos con observar que desde el año 1374 muchos de estos misioneros, algunos de los cuales estaban honrados con el carácter episcopal, yendo á Armenia, segun Mr. Fleury, y segun Fontana volviendo de este pais para dar cuenta á Su Santidad y á su superior del estado de aquellas misiones, pasaron por Constantinopla, y habiendo entrado en polémica con algunos monjes griegos, á cuya cabeza se hallaba el célebre Juan Cantacuceno, emperador que habia sido de Oriente, y monje á la sazon de un convento de aquella ciudad, disputaron por largo tiempo y con tanto éxito sobre los principales artículos que dividian ambas iglesias, que los cismáticos abrieron en la apariencia los ojos

á la verdad. Cantacuceno en particular dijo en alta voz: «Creo que la Iglesia romana tiene la primacía sobre las demás iglesias del mundo, y si fuese necesario expondria mi vida en defensa de esta verdad.» Por la relacion que de esta conferencia hicieron los misioneros al Papa y las disposiciones del príncipe, escribió Gregorio XI un breve, su fecha 28 de Enero de 1375, en que le decia: «La negativa á reconocer nuestra primacia es lo que ha ocasionado la division entre los griegos y los latinos, que ha fomentado ó sostenido hasta aquí el cisma. La confesion que acabais de hacer, como sabemos por el testimonio de un obispo digno de fe, nos ha causado tanto más placer, cuanto que teneis una grande reputacion por vuestra prudencia, por la gravedad de vuestras costumbres y de vuestra doctrina, además del esplendor que os queda de vuestra antigua dignidad imperial. Por esta razon os pedimos con instancia trabajeis con todas vuestras fuerzas en la union de las iglesias, de que podeis ser el principal promotor. Tendriamos un grande placer en veros y tratar este negocio con vos, si pudiéseis venir á Roma, donde hemos resuelto ir el otoño próximo.» Los historiadores, que no nos han referido los resultados de la conferencia de Constantinopla, nos han dejado tambien ignorar la mayor parte de las acciones del ilustre General de los dominicos. Habia ya presidido siete capítulos generales y acababa de convocar el octavo en Bolonia, en Lombardía, cuando la eleccion de los dos papas Urbano VI y Clemente VII puso á todas las órdenes religiosas en una especie de necesidad de tener al mismo tiempo dos generales, como habia dos jefes y dos obediencias en la Iglesia. Elías quiso permanecer fiel á Clemente, y las provincias de su Orden que reconocieron á Urbano, eligieron otro general, y desde entónces no tuvo bajo su jurisdiccion más que á los religiosos de Francia, de Castilla, de Aragon, de Escocia y de una parte del reino de Sicilia. Durante aquellos calamitosos dias, continuó Elías velando con el mismo celo en todo lo que era propio de los deberes de su cargo. El capítulo general que habia sido convocado para Bolonia, donde el General de los dominicos habia hecho construir una magnífica capilla en honor de Sto. Domingo, fué trasladado á Lausana en la Suiza, y celebrado el año 1383. Los siguientes se reunieron en Beziers, Valladolid, Dijon y Aviñon. El último se verificó en Rhodez en el mes de Mayo de 1388. Desde allí se dirigió el piadoso General cerca del papa Clemente VII, quien le manifestó siempre tanta estimacion y confianza como habia hecho ántes de los soberanos pontífices Urbano V y Gregorio XI. Pero miéntras que enteramente ocupado del cuidado de su perfeccion y de la conducta de sus religiosos, no cesaba de verter lágrimas por los males que aquejaban á la Iglesia, le llamó el Señor á sí el 31 de Diciembre de 1389. Los cardenales, los prelados del Sacro Palacio, todos

los oficiales del Papa con el clero de la ciudad, honraron sus exequias, celebradas en la iglesia de Dominicos de Aviñon. El P. Provincial de la de Provenza, que se hallaba presente, anunció la muerte de este digno superior á todas las provincias de la Orden que habian continuado obedeciéndole: hizo al mismo tiempo un magnífico elogio de sus virtudes y de sus trabajos, y alabó en particular el celo que se habia observado siempre en él por el honor y aumento de su Orden. Entre los súbditos que entraron en su tiempo, solo S. Vicente Ferrer aumentó el esplendor de la Orden mucho más que hubieran podido hacerlo todos los que durante el largo gobierno de Elías Raimundo fueron sacados del claustro para ser colocados, ó entre los obispos, ó en los dos colegios de cardenales. —S. B.

RAIMUNDO (Fr. Feliciano), religioso dominico, conocido por haber dirigido una edicion hecha en Venecia de la obra de Gerónimo Bautista Sellan de Lanuza, titulada *Tractatus Evangelici*, la que costeó el obispo de Imola Fernando Mellino en 1630.—S. B.

RAIMUNDO José Redovilla (Fr.), religioso mercenario. Nació en Villanueva de Alcolea, obispado de Tortosa, dia 25 de Marzo de 1691. Estudió la gramática en la villa de Castellon de la Plana bajo la enseñanza del Doctor José Catalá, hombre nacido para esta profesion, y tomó el hábito en el Real convento de nuestra Señora de la Merced de Valencia el dia 31 de Agosto de 1709. Acabado el estudio de la filosofía, pasó al célebre colegio de la Veracruz de Salamanca á cursar la teología; pero quebrantada su salud por su demasiado conato en el estudio, áun en horas importunas, hubo de volverse ántes de concluir los años de colegio, y acabó el estudio de la teología en Valencia. Leyó un curso de artes en el Real convento de Puig, y habiéndole nombrado lector de teología del convento de Valencia, el maestro general Fr. Gabriel Barbastro le mandó partir al de S. Adriano de Roma por regente de los estudios, y secretario general de Italia y de Sicilia, cuyos empleos ejercitó por espacio de seis años, prosiguiendo al mismo tiempo su lectura de teología, y volviendo á leer otro curso de filosofía por voluntad del general para plantear mejor los estudios en aquel convento, sin que esto le impidiese trabajar el curso filosófico que veremos despues, ni dejar de acudir á las gravísimas ocupaciones que se le añadieron, sustituyendo por el procurador general de toda la Orden. Sirviendo este empleo en el año 1729, presentó un papel á la Sagrada Congregacion á revocar un decreto que habia expedido á favor de la parte opuesta. Existia impreso en Roma en la imprenta de Giannini y Mainardi, 1728, en fólio. Volvió de Roma con el magisterio de justicia por disposicion de su Orden, confirmada por la Sagrada Congregacion de obispos y regulares, habiendo merecido que el papa Benedicto XIII públicamente alabase un argumento sobre una cuestion histórico-

crítica, que arguyó en presencia de Su Santidad. Por Enero del año 1734 obtuvo en la universidad de Valencia la cátedra de poética y retórica, no por favor, sino buscado por su notoria facilidad en hacer versos latinos en diferentes metros, y la regentó hasta el dia 6 de Mayo de 1741, que fueron trasladadas las aulas de latinidad junto al seminario de S. Pablo, y encomendadas á los PP. de la Compañía de Jesus. A más de haber servido á la religion con los sobredichos empleos, fué dos veces primer definidor, y otras dos veces fué nombrado redentor por su provincia de Valencia, en cuyo convento residia sin dejar su cotidiana aplicacion al confesonario, ni la pluma de la mano. Ha escrito las obras que siguen: 1.ª *Officium proprium cum Missa in festo Beati Serapionis Martyris Ordinis B. Mariæ de Mercede Redemptionis Captivorum*; en Roma, por Giannini y Mainardi, 1729, en 4.° mayor. Los himnos de vísperas, maitines y laudes son diferentes en el metro, y las lecciones historiales del segundo nocturno, sacadas del proceso que se formó para la declaracion de su culto inmemorial, y de otras fuentes que cita con exactitud. La oracion y lecciones son las mismas que últimamente se rezaban en la Orden, si bien al tiempo de aprobarlas la Sagrada Congregacion mudó algunas palabras en ellas.—2.ª *Breve noticia histórica de la antigüedad y origen de la venerable Tercera Orden de penitencia de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos cristianos, y compendio de su regla, constituciones y ejercicios, de sus principales indulgencias, y de la capilla de S. Juan de Letran, sita en el Real convento de Valencia;* en la misma, por Antonio Valle, 1736, en 8.° Trabajó este libro para restablecer esta Tercera Orden, de la cual apénas quedaba memoria en la ciudad de Valencia.—3.ª *Regla de N. P. S. Agustin Obispo, para personas religiosas del uno y otro sexo, sacada de sus obras, corregida ántes por los teólogos de Lovaina, y últimamente reconocidas y enmendadas por los monjes de la Congregacion de S. Mauro de la Orden de S. Benito, restituida á su primitiva pureza conforme á dichas correcciones;* en Valencia, por dicho Balle, 1736, en 4.° En una columna pone el texto latino, corregido diligentisimamente; y en otra la version castellana; y al principio una *advertencia* con notas muy eruditas.—4.ª *Compendio de la Retórica, en el cual se da un nuevo, fácil y utilísimo método de enseñar el arte oratoria, y en que se hallan juntas y ordenadas las doctrinas más principales y más prácticas de este arte. Parte primera de la invencion y de la disposicion;* en Valencia, por la viuda de Gerónimo Conejos, 1748, en 8.° Le tradujo del idioma toscano, en que le habia compuesto para el uso de las escuelas Fr. Juan Angel de Cesena, capuchino, lector de elocuencia sagrada, y despues continuó la traduccion de la segunda parte para sacarla tambien á luz.—5.ª *Prosodia latina, ex optimis auctoribus excerpta, et accuratâ diligentiâ, elaborata, variaque eruditione illustrata;* manuscrito, en 8.° El libro I,

que empieza despues de haber tratado de los acentos, y contiene las reglas de la cuantidad de las sílabas, le trabajó en verso latino heróico, tan inteligible, que no necesitaba de explicacion ó sentido de regla, como suelen decir. Pero el libro II, que es de *Arte métrica*, y encierra la mayor parte de la obra, está escrito en prosa. Está del todo concluida para la estampa con singulares observaciones, y con una distinta explicacion, no solo de las especies de verso propuestas en otras prosodias, sino tambien con otras muchas desusadas; algunas de las cuales han engañado á hombres muy diestros, por no penetrar su artificio.—6.ª *Cursus Philosophicus Thomisticus ad Aristotelis et Divi Thomæ Aquinatis trutinam appensus, atque ad juventutis usum, et commodum in tres partes distributus. Pars prima summulas, seu logicam parvam cum magna continens, et observationes complures solerti arte, et industria contextas amplectens.* Contiene esta primera parte dos tomos en 4.°, de bastante cuerpo, y de letra muy metida, en los cuales vació oportunamente toda ó casi toda la lógica del profundo filósofo Fr. Arcisio Gregorio, de la misma Orden. Tenia intento de continuar y completar todo el curso, para darlo á la estampa, cumpliendo la órden que tenia de su general Fr. Gabriel Barbastro, pero se quedó al principio de la física por la temprana muerte de este general.—7.ª Al principio del libro de las *Fiestas centenarias del siglo V de la conquista de Valencia*, de D. José Vicente Orti, hay cuatro *poesías* de nuestro autor en cuatro lenguas diversas; y desde la página 163 se leen muchas del mismo en lengua lemosina, portuguesa, francesa, italiana, española y latina; y en esta en catorce diferentes especies de metros. Tambien hay otras muchas á lo último de la oracion fúnebre del pavorde Assensio Sales, en las exequias que hizo esta universidad por la reina Doña Mariana de Neoburg; como tambien á lo último del sermon del *Arribo de las reliquias de S. Pedro Pascual*, que dió á la estampa el maestro Fr. Vicente María Oliver. Y ha desempeñado á esta universidad en algunas *cartas latinas* dirigidas á nuestro Smo. P. Benedicto XIV, y á muchas personas de buen gusto, asi en *cartas*, como en dedicatorias de conclusiones y de algunos libros.—A. L.

RAIMUNDO (Juan), arzobispo de Tolosa. Fué hijo del conde de Convenare, y siendo muy jóven todavía manifestó la grande capacidad y talento de que se hallaba adornado, propia de los elevados destinos que le designaba la Providencia. Su ilustre familia le proporcionó todos los estudios que se hacian en su época, que siguió con aprovechamiento, abrazando la carrera eclesiástica en que obtuvo en un principio diferentes dignidades, y hubiera quizá llegado á los primeros puestos si su excesiva modestia no le hubiera detenido en un camino que, ya que no en su juventud, la fuerza de los acontecimientos le obligó á recorrer en la ancianidad. Nombrado sin embargo, aunque contra su voluntad, obispo de Maguelona, gobernó esta iglesia

con celo y acierto, haciéndose amar de sus diocesanos, que le veneraban por sus virtudes y le respetaban por sus excelentes cualidades y servicios que les prestó en más de una ocasion; pero estas mismas circunstancias les impidieron conservarle por mucho tiempo á su lado, pues cuando el pontífice Juan XXII elevó á metropolitana la silla de Tolosa, le nombró para ocuparla, convencido de que con dificultad encontraria un sugeto más á propósito para desempeñarla. Raimundo comprendió los deberes de su nuevo cargo, supo corresponder á la confianza en él depositada, y llenar los deseos del Pontífice y el rey de Francia, que le habian colocado en un puesto nuevo y en que tenia que introducir algunas variaciones para extender su autoridad sobre sillas sufragáneas, no muy avenidas con la obediencia á que se les obligaba á la que hasta entónces habia sido su igual y compañera. Mas Raimundo supo vencer todas estas dificultades con tanto acierto y tino, que mereció que el Pontífice por premiarle y llevarle á su lado para aprovecharse de su experiencia y talentos le crease cardenal en 1328 con el título de San Vidal *in Vaticano*. En la corte de Aviñon correspondió Raimundo á la fama que le habia precedido, y no solo el Papa sino tambien los cardenales se aprovecharon de sus luces y le honraron con su confianza. Nombrado obispo de Palestrina, por no querer continuar llevando el título de una diocesis en que no residia, hubiera sido elevado al pontificado, que se le ofrecia á condicion de que residiese en Roma; pero le renunció por no querer abandonar su país y temeroso de que la Sede apostólica pudiera sostenerse en una nacion tan agitada por continuas discordias, muriendo, por último, en Aviñon en 1349.—S. B.

RAIMUNDO (Pedro). Fué este religioso, segun Moreri, apellidado de la isla Grassa, sin que se nos diga el porqué. Perteneció á la órden de Carmelitas, y despues de haber sido prior de diversos conventos de su Orden, fué elegido general de la misma. Vivió por el año 1342, y escribió diversos tratados, el uno sobre el Maestro de las sentencias.—A. C.

RAIMUNDO (D. Pelayo). Fué natural del reino de Galicia, habiendo alcanzado en su buena edad por su mérito sobresaliente el ser dean y canónigo de Santiago, y despues electo arzobispo, con universal regocijo y aprobacion. De este benemérito prelado dice la *Historia Compostelana* que sus virtudes y vida fueron muy conocidas, estimadas y alabadas de los arzobispos antecesores suyos, añadiendo que era sumamente docto, elocuente, de gran prudencia y destreza en los negocios que trataba, al mismo tiempo que piadoso, benigno, limosnero y muy devoto de la humildad y conocimiento propio. Fué electo en el año 1153, en cuyo año confirma un privilegio que el emperador D. Alonso concede á la santa iglesia de Oviedo, en que le dona el castillo de Sierro, y es la data en 14 de Enero, confirmando al mismo

tiempo al electo arzobispo de Santiago. Tambien confirma otra escritura de donacion que hace al convento de Sobrado, de la órden de San Bernardo, Froyla Pelaez, y es su data en 12 de Enero del año 1156, muriendo en este año el arzobispo D. Raimundo, como consta del epitafio que tiene su sepultura que dice:

HIC IACET PELAGIUS RAIMUNDEZ. ARCHIEPISCOPUS
COMPOSTELLANUS. OBIIT ÆRA CHRISTI
M.C.XC.IIII.

RAIMUNDO (Fr. Luis de Leon), religioso mercenario de la provincia de Granada. Desempeñó diferentes cargos en su Orden, y entre ellos el de comisario general. Ignóranse las demás noticias acerca de su vida, pues Nicolás Antonio se limita á decir que publicó: *Varias resoluciones morales*, primera parte, Palermo, 1651.—*Resoluciones varias;* segunda y tercera parte; ibidem.—S. B.

RAINAL (Guillermo Tomás Francisco), uno de los escritores filósofos más célebres del siglo XVIII, nació el 11 de Marzo de 1613 en el pueblo de San Ginés, departamento del Aveyron (Francia): vistió en su juventud la sotana de jesuita, y mereció muchas distinciones como catedrático y como profesor; pero cansado de un método de vida que se avenia mal con sus inclinaciones y opiniones personales, abandonó el claustro y se trasladó á París en 1747, agregándose á la parroquia de San Sulpicio. Tampoco permaneció mucho tiempo en ella, porque renunciando completamente al ministerio sacerdotal, se dedicó á la literatura, obteniendo la redaccion del periódico *El Mercurio de Francia*, en el que publicó varios artículos que llamaron poderosamente la atencion pública. No ménos reputacion le valió tambien su *Historia filosófica del establecimiento y del comercio de los europeos en ambas Indias*, publicada en 1770. La segunda edicion, que vió la luz pública en 1781, ocasionó á Rainal graves disgustos por las opiniones que en ella mostró, enteramente favorables á la libertad de los negros y abolicion de la esclavitud, por lo cual se vió precisado á expatriarse, recorriendo en consecuencia varias cortes de Europa, en las que fué brillantemente acogido. Regresado á Francia en 1788, no tan solo no se mostró favorable á los principios proclamados por la revolucion que estalló al siguiente año, sino que los criticó abiertamente en una carta que dirigió á la Asamblea Nacional el 31 de Mayo de 1791. Privado Rainal de todo cuanto poseia, murió en Chaillot, junto á París, en 1796, á los ochenta y tres años de edad. Además de la *Historia filosófica* que hemos mencionado, dejó escritas: *Historia del Estatuderato de Holanda*;—*la del Parlamento de Ingla-*

terra; — Anécdotas literarias, históricas, militares y políticas desde la exaltacion de Cárlos V al imperio hasta la paz de Aquisgran; — Historia del divorcio de Enrique VIII; — Memoria histórica de la Europa, y estado y revolucion de las colonias inglesas en la América Septentrional. — C.

RAINALD, cuarto abad del Cister, era hijo de Milon, conde de Bar, y abrazó la vida religiosa en Claraval bajo la direccion de S. Bernardo, mereciendo por sus virtudes y talentos ser elegido en 1113 para suceder á S. Esteban, tercer abad del Cister. Este, como se ha dicho en otra parte, habia cedido en vida su puesto á Guido, cuya mala conducta le acarreó una pronta deposicion. No sucedió lo mismo á Rainald, aunque muy jóven todavía en la época de su eleccion, segun Oderico Vital, ocupó este importante puesto con mucha prudencia. Nuestro Abad encontró á Abelardo en Cluni poco tiempo despues de su condenacion (en 1140) y le dió el consejo de ir á buscar á S. Bernardo á Claraval para reconciliarse con él. Este es el fundamento que ha habido para decir que Rainald habia sido el mediador de esta reconciliacion. No es dudoso que el equipaje con que nuestro Abad hizo el viaje á Cluni, fuese demasiado modesto y conforme al espíritu de humildad de que hacian profesion los primeros padres del Cister. ¿Pero de dónde ha sacado el P. Gervasio que una vil montura le servia de carroza, y que un pobre hermano converso, que le acompañaba, era toda su comitiva? Esta anécdota, sacada como tantas otras del cerebro del autor, tenia un objeto que no es difícil adivinar. El año 1148 celebró Rainald un capítulo general á que asistió el pontífice Eugenio III, no para presidirle como jefe de la Iglesia, sino para sentarse en él como hijo de la Orden. A esta asamblea fué á la que envió sus diputados la congregacion de Saizqui, compuesta de más de treinta monasterios, para ser incorporada á la órden del Cister, bajo la filiacion de Claraval. Fué admitida su proposicion lo mismo que la de Esteban, abad de Obazine, en el Limousin, que fué á ofrecer cuatro monasterios que habia fundado, los que fueron unidos á la filiacion del Cister. Despues de haber fundado un gran número de coventos, murió Rainald el 13 de Diciembre de 1151. S. Bernardo informó de esta pérdida al papa Eugenio III en los términos siguientes: «El Rdo. Abad del Cister acaba de dejarnos. Esta desgracia es una grande herida para toda la Orden, pero yo tengo una razon particular para sentirla, pues al perder á Rainald he perdido al mismo tiempo á un padre á quien amaba con la mayor ternura y á un hijo que me era muy querido.» Antes del gobierno de Rainald, los diferentes estatutos de la órden del Cister se hallaban esparcidos en hojas sueltas, lo que inquietaba á los que se hallaban encargados de hacerlos observar, por el temor de que se escapasen algunos á sus investigaciones. Para obviar este inconveniente y establecer la uniformidad de observancia en todos los

monasterios, hizo nuestro Abad en 1134 una coleccion de todos estos reglamentos, que dividió en ochenta y siete capítulos, de los cuales los diez primeros estan literalmente copiados de la carta de caridad redactada por Esteban. Nótase en ella principalmente que se prohibe á los abades y á los monjes aceptar el episcopado sin el consentimiento del abad del Cister ó del capítulo general; que los que sean elevados á esta dignidad, continuasen viviendo segun los usos de la Orden, tanto en el alimento como en los vestidos, los ayunos y el oficio divino; que podrán, sin embargo, tener una capa de una tela ordinaria ó una piel de cordero y un bonete de la misma materia. Se prohibe enseñar las letras á los niños en el monasterio ó sus dependencias, á ménos que no sean monjes ó novicios recibidos á la probacion; lo que demuestra que la Orden no tenia escuelas más que para los jóvenes religiosos. Se dice que los religiosos que copian libros estarán en silencio en los lugares destinados á esta ocupacion. Se prohibe á los abades, monjes y novicios componer libros sin permiso del capítulo general. Manrique ha insertado esta recopilacion en sus *Anales del Cister*, siendo la primera vez que ha sido impresa; despues se ha impreso en el *Monasticon Cisterciense*, publicado en 1664 en París, en fólio, por el P. Julian Pacis, abad de Foucarmont. Humberto, obispo de Autum, tuvo algunas diferencias con Ponce, abad de Vezelai, que se negaba á reconocer su jurisdiccion. Conociendo este prelado el crédito de los PP. del Cister en la corte de Roma, fué al capítulo general que celebraban en 1140 para pedirlos escribiesen en favor suyo. Rainald se encargó de esta comision y la ejecutó por medio de una carta en que no trata muy bien al abad de Vezelay. Esta, sin embargo, no tuvo efecto alguno, porque Inocencio, mejor instruido y ménos crédulo que el abad del Cister, reconoció la injusticia de las quejas del obispo de Autum. Los PP. Martenne y Durand han sacado estos documentos de la oscuridad, y los han dado lugar en el tomo I de su *Tesoro de anécdotas*. Es verosímil que se encuentra en un manuscrito conservado en la biblioteca de Oxford, bajo el título *Regnaldi Cisterciensis et Bernardi Claravallensis abbatum ad Innocentium epistolæ*. La Orden Premostratense tuvo en su orígen diferencias con los cistercienses, fundadas en parte en quejas respectivas. Se acusaban por ambas partes de la facilidad con que recibian súbditos de un cuerpo en el otro. Los cistercienses llevaban además á mal que los premostratenses fuesen con frecuencia á molestarlos, estableciéndose demasiado cerca de ellos. Hugo, abad de Premontré, se dirigió al Cister durante el capítulo de que se acaba de hablar, y terminó estas diferencias amigablemente con Rainald, bajo las siguientes condiciones: 1.ª que en lo sucesivo los premostratenses no admitirian ningun cisterciense sin conocimiento de sus superiores; 2.ª que entre sus conventos y los de los cister-

cienses habria al ménos la distancia que média entre S. Medardo de Soissons y la abadía de Premontré; 3.ª que las disputas que pudiesen suscitarse en adelante entre las dos órdenes, se decidirian por comisarios nombrados en ambas. El acta de esta transaccion, conservada en el cartulario de Balbona, en la diócesis de Mirepoix, manifiesta en la apariencia alguna más moderacion y desinterés por parte de la órden de Premontré que por la del Cister. —S. B.

RAINALDI (P. Francisco), jesuita italiano, natural de Mántua, tradujo del español á su idioma patrio y publicó bajo el nombre de Herachio Vechii: *Memorial de lo que debe hacer un cristiano en caso de extrema enfermedad ó cuando está próximo á la muerte*, compuesto por Esteban de Palma; Roma, por Corbelleto, 1632, en 4.° Escribió en el mismo idioma y publicó bajo el nombre de Jesé Rainaldi: *Luz del hombre devoto;* Roma, por Francisco Caballi., 1633, en 4.°—*Parte espiritual ú oracion mental sobre la pasion de nuestro Señor para todos los dias del mes;* ibid, 1637, en 24.°—*Dia empleado santamente;* ibid, 1646, en 24.°; y bajo el nombre de Juan Francisco Mei: *Modo de prepararse para la festividad del nacimiento de nuestro Señor;* Viterbo, en 16.° Tambien se cita como manuscrita, que no llegó á ver la luz pública, la *Vida del P. Jacobo Lainez, segundo prepósito general de la Compañía de Jesus.* —S. B.

RAINALDO (S.), obispo y confesor; religioso de la órden de S. Benito. Floreció en la ciudad de Nuceria, de la que fué patron, y la cual corresponde al territorio de la Umbria. Fué de singular caridad con los enfermos, asistiéndolos con el mayor cariño noche y dia, y animándolos, atendiendo con esmero á su curiosidad y pulcritud, llevando hasta el extremo la exactitud para que se administrasen á tiempo los medicamentos espirituales y temporales, y siendo tanta su abnegacion con los dolientes, que con su misma lengua limpió las llagas de un leproso, que al punto sanó, haciéndole la señal de la cruz. Se cree piadosamente que fué favorecido por el Altísimo con frecuentes apariciones de los santos, en especial de S. Pedro y S. Pablo, y de Sta. Tecla y Sta. Inés. Murió S. Rainaldo el dia 10 de Febrero del año de 1222.—A. L.

RAINALDO (S.), confesor. No consta su patria, ni el punto en que tomó el hábito este esclarecido varon, hijo del gran P. S. Benito, y que mereció por sus altas prendas ser colocado en el número de los santos de su Orden. En medio de la carencia de noticias ha podido saberse que residió algun tiempo en el monasterio de la gran Camáldula, donde vivió observando la regla de S. Benito y las costumbres cistercienses, pasando luego á vivir entre los PP. Guillelmitas, donde continuó guardando las mismas reglas y costumbres, y donde finalizó sus dias. Dichos Padres le consideraron

como santo y le celebran con oficio eclesiástico el dia 15 de Abril, aniversario de su fallecimiento, ocurrido el año 716 segun las más acreditadas versiones. — M. B.

RAINALDO (S.), mártir y religioso de la sagrada órden de S. Benito. Fué monje en el monasterio de S. Pantaleon de la ciudad de Colonia, era descendiente de la ilustre y esclarecida casa de los condes Palatinos del Rhin. Este varon santo, elegido de Dios, teniendo en poco las grandes conveniencias que sus muchas partes y nobleza de sus primogenitores le ofrecian, las despreció todas, prefiriendo el hábito de converso ó donado, que tomó en el referido monasterio, donde fué admiracion de todos por su extraordinaria humildad, acompañada de todo género de virtudes en tan alto grado, que era modelo y ejemplar de todos los religiosos, haciéndole aquellas merecedor de la corona del martirio, quitándole la vida ministros de Satanás, envidiosos de sus virtudes, arrojándole á un pozo, de donde por revelacion del cielo y portentos que obraba, fué sacado y elevado por el arzobispo Annon; es tutelar milagroso de la villa de Dortmunda, en Alemania, y en aquel arzobispado, y patron general de toda aquella provincia contra la epidemia, librándola Dios por los merecimientos de este Santo con singulares maravillas obradas en los males contagiosos. — A. L.

RAINALDO ó RAINERIO (S.), religioso de la órden de S. Bernardo. Tomó el hábito en el monasterio de Claraval, y fué discípulo del gran reformador del Císter, mereciendo suceder como abad general del Císter á S. Esteban. De las virtudes de este santo religioso hay un célebre testimonio dado durante su vida por S. Cristiano, monje del monasterio de Eleemosina, cuya santidad, dice la Crónica, era tan grande, que todo el mundo tenia de ella noticia y deseaban todos verle como á un apóstol. De este mismo deseo cupo mucha parte al santo general Rainaldo, y por verle cumplido rogó al abad de Eleemosina que se le enviase, porque deseaba verle y comunicar con él cosas del cielo. Domno, el abad que era de aquel monasterio, obedeciendo, le mandó luego, dándole un compañero monje que tuviese cuenta en darle de comer y lo necesario en el camino, porque el Santo no sabia ni entendia de otras cosas que las del cielo, sin acordarse de su misma persona. Verificáronse en el camino diferentes prodigios, uno de los cuales fué, que despues de haber estado gran rato mirando hácia dónde era la casa del Císter, sin saber hácia dónde iba ni dónde estaba, que nunca lo habia visto, levantando las manos en alto y haciendo muchos ademanes, como hombre que está fuera de sí y en Dios, al cabo volvió en sí diciendo con mucho encarecimiento y alegría: «Oh! bienaventurados los religiosos que habitan y son moradores de la casa del Císter: oh! bienaventurado aquel santo convento que de dia y de noche está alabando y bendiciendo á Dios.» Preguntándole el

compañero con mucha instancia le dijese lo que habia visto, y por qué decia aquellas cosas, él contestó: «He visto la casa del Cister y su coro, en el cual estan cantando y bendiciendo al Señor aquellos siervos de Dios, y ví á nuestro general Rainaldo, que en claridad parece uno de los ángeles.» El segundo testimonio que da la Crónica de la santidad de este religioso, procede de S. Bernardo, quien parece tuvo revelacion de la muerte de este general hallándose ausente, y dijo á su compañero: «El P. Rainaldo ha muerto ó está para morir.» Falleció este general de la órden del Cister en 1151, despues de haber gobernado la Orden por espacio de diez y ocho años desde el 1133 en que sucedió á S. Esteban.—S. B.

RAINALDO (Bto.), abad de la órden del Cister. Fué, segun Heredia, en sus *Santos de la órden de S. Benito*, hijo de Milon, cuyos estados ó posesiones se hallaban situados cerca del rio Sequano. Distinguióse principalmente por el desprecio de las vanidades mundanas, que abandonó por seguir á Jesucristo, tomando el hábito en la abadía de Claraval cuando gobernaba S. Bernardo esta abadía. Amábale el Santo como á un hijo, correspondiendo Rainaldo concediéndole el respeto debido á un verdadero padre, que lo era en realidad el gran reformador de Claraval de todos los religiosos que abrazaron su santa regla en aquellos tiempos de la observancia primitiva en que el fervor es más extremado, que despues con el trascurso del tiempo se aflojan todos los vínculos y relaciones, y solo como recuerdo se conservan algunas de las prácticas que se ejecutaban con la mayor puntualidad en un principio. Pocas son las noticias que nos quedan de este bienaventurado confundido entre los numerosos discípulos del santo abad de Claraval. Sábese sin embargo que brilló por la virtud de la caridad, repartiendo sus bienes y cuanto poseia entre los pobres, quitándose con frecuencia para ellos hasta sus propios alimentos. Añade el autor citado, que haciendo en la tierra una vida celestial, resplandeció con milagros, sin que enumere cuántos ni cuáles fueron estos. Acerca de su muerte, añade que la conoció S. Bernardo, hallándose ausente de la abadía, y la lloró condoliéndose con toda su sagrada familia; prueba del grande afecto que profesaba á este siervo de Dios, á quien habia tenido ocasion de observar de cerca y formar con sus ejemplos y lecciones. Los autores varian en la fecha de su fallecimiento; algunos le suponen ocurrido en 17 de Enero, miéntras otros aseguran tuvo lugar en 16 de Mayo, en cuyo dia celebra su memoria la antigua é ilustre religion benedictina.—S. B.

RAINALDO (Bto.), monje del monasterio de S. Amando, en Flandes, de donde pasó despues á la congregacion reformada cisterciense, cambiando en blanca la cogulla negra, variacion que aprobó el gran P. S. Bernardo, de quien fué discípulo é imitador, distinguiéndose en toda clase de virtudes,

en especial en la pureza virginal, que observó con grande rigor toda su vida. Mereció especiales favores de la bienaventurada Virgen María, que por su particular devocion le premió, apareciéndosele repetidas veces hasta la hora de su muerte, acaecida en 1162, probablemente el 12 de Marzo en que celebra su Orden su memoria.—S. B.

RAINALDO (V.), presbítero y misionero inglés, que hallándose evangelizando en su patria fué cogido por los protestantes y le condenaron á muerte, sabiendo honrar con su valor y constancia á su ministerio y país, donde derramó su sangre juntamente con dos monjes benitos, muriendo todos tres por la fe católica á manos del verdugo en 1642.—S. B.

RAINALDO, arzobispo de Lyon, fué oriundo de la casa de Semur, en Borgoña, sobrino de S. Hugo, abad de Cluni, y hermano de Godofredo de Semur, y todos los sucesos de su vida estan acreditados en los monumentos más auténticos. Aunque algunos autores aseguran que este Rainaldo era señor de Semur y de Arembergi de Vergi, esto no está muy esclarecido ó más bien es una verdadera equivocacion, pues se funda en la opinion de que Rainaldo era hermano de Hugo de Cluni, del cual como llevamos dicho no era sino sobrino. Era á la verdad poco esta circunstancia para la narracion de los hechos de su importante vida, razon por la cual no nos tomamos el trabajo de demostrar con datos irrecusables el parentesco que le unia con S. Hugo, pues que bastante testificada está su nobleza con solo pertenecer á la familia, y el que fuese en tal ó cual grado es á la verdad cosa que para nuestro objeto nada importa. Siendo muy jóven tomó el hábito de S. Benito en Cluni, y de allí le sacaron para la abadía de Vezelai, oponiéndose vivamente á este nombramiento el conde de Nivers, sin que sepamos el fundamento de su oposicion, solo que ella fué la razon por la que el electo se presentó al papa Pascual II para que le confirmase en su cargo, como lo hizo en el concilio de Guastala, que se celebraba el año de 1106 en el mes de Octubre. Las crónicas de esta misma abadía de Vezelai dicen que este abad fué como el reformador de la casa, pero no entran en detalles, acaso porque él mismo lo prohibiera en razon á que si en todas las virtudes hizo progresos y dió raros ejemplos, es la modestia la que puede decirse que fué su favorita. Y que reformára la casa no tiene á la verdad mucho de extraño, toda vez que la rigió no ménos que por veintidos años, desde 1106 á 1128, en que salió de allí para el arzobispado de Lion. Habia asistido el año anterior al concilio de Troyes, y esta circunstancia fué sin duda la que hizo notorias sus buenas prendas, por lo cual los canónigos de Lyon se decidieron á proponerle para su mitra, vacante hacia ya muchos meses. No se sabe á punto fijo en qué mes fué su eleccion, pero sí que no subió á aquella excelsa cátedra hasta el de Abril del dicho año

de 1128. A su carácter de arzobispo reunia el de legado de la Santa Sede, segun venia verificándose de muchos años atrás, por atenciones que los sumos pontífices habian merecido á los prelados de aquella importante metrópoli. Llevamos dicho que habia gobernado con mucho acierto el monasterio de Vezelai, y esta circunstancia, unida á que en el gobierno de la diócesis tenia ménos trabas, es decir, ménos consideraciones que guardar, toda vez que siendo él el único responsable de sus actos, él era el único que debia dictarlos, ó más bien, á nadie tenia que atender para tomar sus acertadas medidas, hacia esperar, y con fundamento, que no seria infecunda en grandes acontecimientos la época de su gobierno, porque indudablemente desde el primer dia pensaba en grandes mejoras para su iglesia y para su pueblo, pero mejoras tangibles, mejoras que no hubiesen podido destruirse en sus efectos tan fácilmente, porque eran muy meditadas, planteadas desde luego con completa seguridad, de un éxito nada dudoso. Dios nuestro Señor, sin embargo, habia trazado sus designios de un modo muy diferente. No fué sino muy breve la duracion de Rainaldo en la silla de Lyon, y por consiguiente no pudieron ser muy importantes las medidas que tomó para que su metrópoli prosperase, pues en honor de sus antecesores debemos consignar que lo que es reforma no hacia falta, pues el cabildo y el obispo iban muy bien, y no iban mal tampoco las relaciones de fieles al clero. Apénas pudo comenzar su gobierno, porque solo un año habia pasado despues de su consagracion, cuando sin que nadie lo esperase, pues que su edad era muy buena y su salud robusta, el Señor le llamó para sí, produciendo su muerte, como era natural, vivo y profundo sentimiento en sus queridos diocesanos, que ya por su buena fama, ya por sus buenas condiciones, esperaban mucho de su gobierno y no pudieron lograr cosa alguna, porque, repetimos, no tuvo tiempo siquiera para desarrollarle. Su cuerpo fué enterrado en la suntuosa iglesia de Cluni, cerca de la gran columna que está en el lado del Evangelio, junto al altar mayor. Ignoramos la razon por la cual el registro de la iglesia de Lyon dice que su cadáver reposa en la iglesia de S. Ireneo, pues aunque dice el P. Colonia en su *Historia literaria de la iglesia de Lyon*, que este dicho del registro se funda en que algun tiempo estuvo en el templo de S. Ireneo, y despues fué llevado á Cluni, nosotros no nos atrevemos á juzgar acerca de esto, así que lo único que hacemos es referir lo que se dice y áun consigna en algunos escritos, asegurando que donde real y verdaderamente existe hoy su sepulcro es en el monasterio de Cluni. Pedro el Venerable le hizo un magnífico epitafio que es muy sabido, pero que no nos dispensamos de trasladar, porque comprende y explica muchas particularidades acerca de este prelado, del cual las noticias son bien escasas, á pesar de su grande importancia y de lo mucho

que valió tanto como arzobispo, cuanto como monje y como abad de Vezelai. El epitafio dice así:

Gloria pontificum jacet hìc Rainaldus
Magnus in exiguo conditus hospitio.
Viziliacensis prius Abbas, post patriarcha
Lugduni fulsit, factus honoris honor.
Prædia, thesauri, fastigia celsa loquuntur
Quo studio primo præfuit ille loco.
Lugdunensis apes junxisse cornua cœlo,
Ori celer ocasus surrepuisset eum.
Cujus erat monachus, prope cujus ab ubere natus
Accubat in gremio nunc, Cluniacum, tuo.
Quem tibi commisum numero conjunge piorum
Cumque tuis precibus fac penetrare polum.

Lo más notable que tiene este epitafio, además de su buen lenguaje, exacta narracion y condiciones todas de perfecta conformidad á las reglas que en tales obras deben ponerse en práctica, es que se le da el nombre de patriarca, sin que sepamos la razon, y no pudiendo ser otra que la de enaltecer la silla de Lyon, dándola una consideracion gerárquica superior aún á la de metropolitana que ella tiene. Saussay, en el Martirologio francés, da á este respetable Arzobispo el dictado de santo; mas nosotros, por mucho que sea el respeto que nos merezcan sus virtudes, que á la verdad nos le merecen muy grande, no nos atrevemos á confirmárselo, pues que no hay más datos acerca de él que la manifestacion de este autor, pero una manifestacion vaga, indeterminada, mucho ménos fundamental de lo que se necesita para asegurar una cosa de tan grande importancia y de tanta trascendencia. Rainaldo fué tambien escritor, y bajo este concepto vamos á examinarle, siquiera sea ligeramente. Rainaldo escribió en prosa y en verso la vida de su tio paterno S. Hugo, abad de Cluni. Escribióla cuando era él abad de Vezelai, y tuvo la modestia de ponerse solamente siervo de aquella santa casa, el que con toda razon y áun con sobrada justicia se hubiera podido titular señor ó superior de ella. En esta obra comienza por un exordio, que pudiéramos llamar prefacio ó prólogo, pero que es algo más largo que estos, en el cual expone el grande afan que tuvieron los cluniacenses de poseer la historia de su santo abad, y que las repetidas instancias con que aquellos le habian suplicado emprendiese su obra, habia sido el motivo de tomarla á su cargo; nunca por buscar su nombre, y mucho ménos á costa de otro nombre tan respetable como el de los que habian ántes que él escrito la vida de

tan notable santo; porque Hezelon y Guilon, sus discípulos, Hildeberto obispo de Mans y algun otro, habian ya escrito sobre S. Hugo; pero no habian logrado satisfacer los deseos de los Padres sus hermanos. Es verdad que muchas particularidades minuciosísimas indudablemente, pero algun tanto notables, no constan en la vida que hizo el arzobispo de Lyon, y sí en la que habia hecho Hildeberto; pero hay una circunstancia por la cual para todos era más aceptable la del arzobispo, pues éste habia sido testigo ocular de muchas cosas de las que refiere, y el otro no las sabe todas sino por el relato de personas de probidad, es verdad, pero que no dan un testimonio tan seguro como el que se desprende de *yo lo he visto*. Además la vida que hizo Rainaldo está escrita con mucho método, con muy buen órden, y sus más señaladas acciones se refieren con cierta naturalidad, con cierto atractivo que llaman más al corazon, que toca en el alma más que lo que tocaria dicho en estilo hinchado, tal vez pomposo ó retumbante. Esta misma vida de San Hugo es la que puso en verso el arzobispo de Lyon, y era á la verdad un trabajo notable, porque demostró genio, talento á propósito para la poesía, con el cual como escritor supo ponerse á la altura de los mejores poetas de su época. Como era consiguiente, el poema, que no deja de cuadrarle este nombre, tenia que compendiar algun tanto las acciones del Santo, pero áun este mismo resúmen que hubo de hacer, acertó á disponerle de manera que no faltando nada de lo esencial se omitiesen muchos accidentes que habrian hecho pesada la obra poética. La primera vez que se publicaron estas obras fué por los continuadores de los Bolandos, cuando daban el tomo de Abril, y es muy notable con respecto á ellas que no aparezcan en la biblioteca de Cluni, siendo asi que los hombres que con más exactitud han hablado de los libros que en ella existian, han dicho que habia publicado estas dos obras. No cabe duda, sin embargo, de que las hizo y se publicaron cuando él vivia todavía, y que le proporcionaron bastante crédito, porque una y otra estaban bien escritas; y sobre todo, porque habia mucha exactitud en el relato y completa identidad entre una y otra. Tambien dejó otra obra, que se tituló *Synopsis vitæ*, y que es verdaderamente de mística, donde consigna las maneras más adecuadas de servir á Dios, estableciendo comparaciones muy exactas por cierto entre los diversos estados por donde pasa el alma para llegar á la perfeccion cristiana. Esta obra con sus pastorales, que aunque no fueron sino dos estan muy buscadas y merecen mucha estima, acreditan á nuestro venerable Rainaldo, arzobispo de Lyon, como hombre de tan buen talento para escribir como de gobierno para su diócesis. — G. R.

RAINALDO (Fr.), del órden de S. Francisco. Las crónicas de la seráfica religion hacen mencion de este religioso, no por lo notable que fué su vida ni por las raras particularidades que le distinguieron, sino por haber

sido un modelo de santa amistad; pues vivió siempre unido con otro religioso llamado Fr. Damian, resplandeciendo ambos entre los más distinguidos varones de su tiempo por su santidad y su doctrina. Pertenecian al convento de Febriano en Italia, y florecieron á mediados del siglo XIII, cuando aún se hallaba la seráfica religion en sus principios. El Martirologio de la Orden los cuenta por su virtud en el número de los santos de la misma, y hace conmemoracion de ellos el dia 5 de Julio, en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

RAINALDO (Fr.), religioso de la órden de S. Bernardo en el monasterio de Claraval, era sobrino del papa Gregorio IX, y salió de la abadia por haber sido nombrado cardenal de Ostia, de cuya dignidad fué promovido á la pontificia el año 1254; tomando en la coronacion el nombre de Alejandro IV (V. este papa).—S. B.

RAINALDO (Fr.), religioso de la órden de S. Bernardo en el monasterio de Claraval. Era sobrino del papa Gregorio X, y fué elegido obispo de Ostia en 1250.—S. B.

RAINALDO NUCERINO (S.), obispo, varon muy célebre en méritos y santidad. Fué del linaje de Vico, conde de Alemano, pues habia alcanzado del emperador territorio entre Nuceria y Foro-Flaminio, y desde muy niño cultivó con el mayor aprovechamiento el estudio de las letras divinas y humanas, pero su carácter contemplativo y sumamente religioso le hizo renunciar desde luego las riquezas y pompas vanas del siglo, presentándose en el monasterio de monjes benitos de Fuenteavellana, donde tomó el hábito, ejercitándose algun tiempo en vigilias, oraciones y meditaciones piadosas, y en un rigor de vida cual se usaba en aquel monasterio aislado en una alta montaña, llegando por este camino á la cumbre de la perfeccion en tan alto grado, que muerto Hugo, obispo Nucerino, le sacaron, aunque con la mayor repugnancia suya y haciéndole grande violencia, á ocupar aquel honroso puesto. Su misericordia y piedad con los pobres, viudas y huérfanos, á los que sustentaba dándoles cuanto les era necesario, fué extremada, dejando imperecedera memoria de su caridad. Entre ellos sostenia un niño, al cual tenia mandado que le pidiese, igualmente que á los clérigos que con él se hallasen, limosna, para acordarse mejor de ellos. En el obispado guardaba el mismo rigor de vida que solia en el yermo. Estaba tan muerto para el mundo, que nunca le vieron reir, pero no con tristeza, siempre afable en su trato. Vivió en tiempo que el grande y seráfico P. S. Francisco instituyo en Asis su sagrada religion. Finalmente, acabado con la vejez y trabajos, habiendo gobernado solamente tres años su obispado con grande utilidad de las almas, dió la suya al Señor el año de 1225. Su sagrado cuerpo fué sepultado en su iglesia catedral, obró muchos milagros, porque

viviendo encontró un leproso, y dándole un ósculo, solamente con el contacto quedó sano. Estando en su retiro, le oyeron sus clérigos hablar familiarmente con los ángeles. Unos hombres de á caballo hirieron impía y sacrílegamente al Santo, porque sus caballos espantándose encontrando al Santo, se inquietaron y los derribaron en tierra; mas luego se les siguió el castigo, porque se hallaron inmobles, y como clavados en el suelo; pero pidiendo perdon al Santo, que se le concedió de muy buena gana y voluntad, adquirieron el movimiento, y montando prosiguieron el camino. Mandó á un arcediano que vistiese á una pobre mujer; pero éste no lo hizo y lo olvidó, y viendo el Santo continuaba desnuda, se quitó su vestido, dándosele á la pobre, y el Santo se vistió con una escasa y pequeña vestidura, que compró el arcediano; y como era tan escasa y tasada, descubria el Santo los brazos en el ministerio de la Misa al levantar la hostia, y en el momento supremo se vió á un ángel que se los cubria con oro y plata. Tuvo maravilloso poder contra los demonios, á los cuales forzaba á salir de los cuerpos de los hombres y mujeres. Tiénenle por patron en su iglesia, y le celebran solemnemente con oficio eclesiástico el dia 15 de Diciembre.—A. L.

RAINALDO DE REATE (Fr.), del órden de S. Francisco. Fué natural de Reate ó Rieti en Italia, y varon de tan justificada vida y notable perfeccion, que sin quererlo ni pensarlo, y animado únicamente del espíritu de la divina gracia, libraba endemoniados, sanaba enfermos y obraba todo género de milagros semejantes. Saliendo cierto dia á pasear fuera de las puertas de Rieti, en union de un compañero suyo, hallaron un pobre ciego, el cual, sabiendo que venian dos religiosos menores, púsose de rodillas, y les pidió humildemente que le hicieran la señal de la cruz sobre los ojos. Resistíase Fr. Rainaldo á hacerlo, á causa de su modestia y humildad; pero viendo su compañero la insistencia con que el ciego pedia, mandóle en santa obediencia que cediese á sus ruegos. Apénas fué signado, recobró el ciego repentinamente la vista, y empezó á proclamar á gritos el milagro, siguiendo á los frailes, que huian avergonzados por no recibir el aura popular que por do quier recibian, á causa de las agradecidas insinuaciones del recien curado, que les llamaba sus padres y salvadores. Poco tiempo despues de este suceso enfermó el siervo de Dios, y hallándose ya muy próximo á la muerte, y á vista de muchos de sus hermanos de la religion que le acompañaban y asistian, empezó su cuerpo á cubrirse de un copioso sudor, que exhalaba suave fragancia, apareciendo su rostro y su hábito cubierto de unas hermosas flores blancas, que se renovaban á medida que los absortos frailes se las quitaban y procuraban limpiarle el sudor. Despues de haber rendido su espíritu al Criador, quedó su cuerpo tan flexible y su rostro tan hermoso y radiante, que muy claramente se conoció la bienaventuranza de que se hallaba

disfrutando. Fué sepultado con mucha honra en la iglesia de su convento sito en el lugar de Monte-Compatrum. Pasados tres años despues de su muerte, falleció otro religioso de gran perfeccion, y tanta, que en su muerte ocurrieron algunas claras señales de la gloria que iba á disfrutar. Trataron de darle tierra en el mismo sepulcro donde descansaba Fr. Rainaldo; y habiendo abierto la sepultura, hallaron el cuerpo de éste sin alteracion alguna, con las manos cruzadas y de color tan natural como si acabára de ser sepultado. Quisieron los sepultureros apartar á un lado el santo cuerpo para hacer lugar al del otro difunto; mas por muchas fuerzas que empleaban, no pudieron conseguirlo, y determinaron por lo tanto poner un cadáver sobre el otro. Mas apénas quisieron ponerlo en ejecucion, levantóse Fr. Rainaldo como si estuviera vivo, y se sostuvo en pie por tanto espacio como un *Pater noster*, volviéndose á echar de costado y dejando lugar suficiente para que sepultasen junto á sí al otro difunto. Este portentoso suceso demostró con sobrada claridad que Dios no permitia tocasen manos de hombres á las venerandas reliquias de sus santos, porque estos, por la propia virtud que el Altísimo les infunde, podrian admitir á su lado á los que, como ellos, habian merecido la eterna predileccion. La Orden Franciscana cuenta á Fray Rainaldo en el número de sus santos, y le conmemora en el Martirologio de la misma el dia 21 de Febrero, aniversario de su feliz tránsito á la gloria.—M. B.

RAINARD (Hugo) obispo de Langres, era de la antigua casa de los condes de Bar-sur-Seine. A lo ilustre de su cuna reunia lo vasto de su talento, la bondad, la generosidad de corazon, las bellezas del discurso, la política, la probidad de costumbres y el carácter de hombre de buen consejo. Con tan felices disposiciones hizo grandes progresos en las letras. Estudió las ciencias humanas y divinas y adquirió algunos conocimientos en la lengua griega. Pero se dedicó con grande aplicacion al estudio de la elocuencia, y la adquirió con toda la extension de que su siglo era susceptible. Ignórase la escuela en que aprendió; pero no hay duda que no fué en la de la catedral de Langres, que se hallaba en todo su esplendor durante el obispado de Brunon, en que continuó todavía en los primeros años de aquel siglo. Lo que hay de verdad es que Rainard fué canónigo de la misma iglesia, y se lee su firma con la del obispo Hardouin y de sus canónigos en un acta fechada en 1059. Aunque Rainard no toma otra cualidad que el nombre de Hugo unido á su apellido, firma sin embargo despues del obispo y ántes del tesorero, el dean y muchos arcedianos: solo le precede el primer arcediano, de lo que se puede deducir que se hallaba revestido de alguna dignidad. Su mérito le señaló para sucesor de Hardouin áun en vida de este prelado. Le sucedió en efecto y fué consagrado obispo de Langres á últimos del año 1065. Su

nueva dignidad no produjo ningun cambio en su carácter. Jamás su grande saber dió márgen á su orgullo, ni la nobleza de su nacimiento le hizo orgulloso y altanero. Era el recurso de los pobres, el protector de los desgraciados, el consuelo de los afligidos, y el padre comun de todos sus diocesanos. De manera que todos ellos le querian y respetaban, como si lo hubiera sido en realidad. Sabia animar á los cobardes y recordarlos sus deberes, y no hacia sentir su autoridad más que á los espíritus indomables. No podia sufrir la incontinencia en el clero, ni la pluralidad de beneficios. La generosidad de este prelado se extendia á muchos monasterios áun fuera de su diócesis. Los de San Miguel de Tonnerre, de Beze, de Moutier en Der, le reconocian por uno de sus más insignes bienhechores. En particular hizo tantos beneficios á la abadía de Molema, que pasa por uno de sus principales fundadores. A pesar de esta inclinacion generosa y bienhechora hácia el órden monástico no dejó de cometer excesos contra la abadía de Ponthiere. Insistiendo los monjes en sostener sus privilegios de inmunidad, envió contra ellos las tropas de los condes de Bar-sur-Seine y de Tonnerre, sobrinos suyos, de quienes era tutor. Fué quemado el monasterio con el arrabal contiguo, lo que hubiera tenido tristes consecuencias para el Obispo, si el mismo abad de la casa, olvidando este ultraje, no hubiese intercedido por él cerca del Papa. Es de presumir que estas tropas armadas fueron en aquella ocasion contra las intenciones del prelado, que fué por otra parte excitado á esta persecucion por los clérigos de su iglesia. A pesar de lo cual no debe disimularse que la parte que tomó es una mancha en su conducta. El Papa que se disponia á hacerle sufrir el castigo era Gregorio VII, que habiéndole conocido despues más ventajosamente, hizo justicia á su mérito y le honró con su confianza. Rainard asistió en 1077 al concilio de Autum, en que representó un gran papel. Decidiéronse allí muchas cosas importantes para utilidad de la Iglesia, en que fué el que tuvo más parte despues de Hugo de Dié, legado de la Santa Sede. Bendijo en pleno concilio por abad de San Benigno de Dijon al venerable Jacenton, á quien habia propuesto con ardor y perseverancia para llenar este cargo. Habiendo sido arrojado de su silla el arzobispo de Tours Raoul, porque favorecia á los legados Amato y Hugo, que querian impedir al rey Felipe nombrar los obispos de su reino, el clero de Tours presentó este asunto á la iglesia de Lyon vacante entónces por la muerte de Gebouin. Los obispos de la provincia, en cuyo número se hallaba nuestro prelado, se reunieron con los clérigos de la metrópoli, y escribieron de concierto una carta un poco fuerte contra los que habian tomado parte en esta accion. Rainard fue algunos años ántes en peregrinacion á Jerusalen segun la devocion de su siglo, pasando á su regreso por Constantinopla, donde obtuvo del emperador de Occidente un brazo de S. Mamés, mártir, que llevó á su iglesia. Se

pretende que desde esta época tomó la iglesia de Langres á este santo por su patrono, aunque hasta entónces habia reconocido á S. Juan Evangelista. Hay pruebas, sin embargo, de que San Mamés era honrado en aquella iglesia más de doscientos años ántes. Rainard murió en 1095 despues de haber gobernado su diócesis de una manera tan gloriosa para él como ventajosa para su iglesia por espacio de veinte años. Su muerte se halla marcada á 2 de Abril en el necrologio de San Benigno de Dijon. La crónica de la misma abadia, impresa por el P. Labbé, la coloca en el año 1077, pero es un error visible. Aun cuando todos los escritos que se atribuyen á Rainard fuesen verdaderamente suyos, no causaria sorpresa que un prelado tan ilustrado como él lo era, hubiera sido capaz de componerlos. Pero todos aquellos con que se ha querido honrarle no le pertenecen, como va á deducirse de los argumentos siguientes: —1.° Se le hace autor de la traduccion latina de las actas del mártir San Mamés, escritas en un principio en griego por Metafrastes. Hay dos traducciones muy poco diferentes entre sí. La una se halla en Surio á 18 de Agosto y en la Biblioteca de Fleury, publicada por el P. Bois, trinitario; la otra está en el volúmen segundo de Mombricio; pero ninguna de ellas es obra de este prelado. Todo el fundamento que hay para atribuirle la primera, es la autoridad del autor anónimo de la historia de las diferentes traslaciones de San Mamés, que es antigua en verdad, pero que se ha engañado en este punto de crítica, pues no lo ha referido más que como una tradicion vaga é incierta. Esta traduccion pertenece á Godofredo, uno de los sucesores de Rainard en la sede de Langres en el siglo siguiente.—2.° El mismo autor que da á Rainard la traduccion de que se acaba de hablar, añade tambien que se ocupó despues en hacer un poema en verso heróico. El abad Papillon hace notar que se ignora lo que se ha hecho de este poema, bajo la suposicion sin embargo de que nuestro prelado haya escrito realmente sobre este asunto, y no deja de dar á entender que es el que se encuentra en el breviario de Langres. Pero este pertenece á Walafrido Strabon, abad de Richenow, el poeta más ilustrado de su siglo, y se lee al frente de sus poesías. Si se ha querido honrar con el á Rainard no ha sido seguramente por la razon que alega el último bibliógrafo de Borgoña, es decir, porque le compusiese Walafrido á ruego de este prelado, que no floreció hasta dos siglos despues de él.—3.° Se atribuyen á Rainard algunos himnos del oficio del mismo santo mártir, que tuvo cuidado de poner en música por sí mismo, y que las notas en que los compuso, eran, segun se dice admirables. Aunque todo el fundamento que hay para atribuir estas composiciones de música ó de canto llano á nuestro prelado no sea otro que la del anónimo de que se acaba de hablar, no se puede negárselas razonablemente. Nadie entre los antiguos ni los modernos le ha disputado este honor, y era natural que un obispo tan

ilustrado, que habia enriquecido su iglesia con una parte de las reliquias de San Mamés, trabajase en el oficio destinado á honrarle. No sucede lo mismo con el famoso himno *Gloria, laus*, con que el mismo anónimo habia querido aumentar los catálogos de Rainard. Para apoyar esta pretension ha sostenido, sin contar con más garantía que una tradicion popular, segun parece por la manera de que se expresa, que nuestro prelado habia compuesto este himno para entretenerse en la prision en que le tenia el rey de Francia á consecuencia de ciertas diferencias que habia tenido con este príncipe cuando era tutor de sus sobrinos los condes. Pero es evidente que esta narracion no es más que una alusion á la fábula inventada con motivo de Teodulfo de Orleans, el verdadero autor de este himno.—5.° Habiendo visto Claudio Roberto las actas del martirio de S. Victor de Marsella, escritas en verso, que se conservaban entónces en Blois entre los manuscritos de la biblioteca del Rey, ha sostenido que tenia el estilo propio de Hugo de Breteuil, obispo de Langres. Este era un prelado verdaderamente sabio, como puede juzgarse por su escrito contra los errores de Berenger. Pero no parece que fuese poeta, de manera que si estas actas pertenecen á un Hugo, obispo de Langres, son ciertamente obra de Rainard, llamado Hugo, que era poeta como va á verse, más bien que del otro Hugo, antecesor suyo. Se ignora por lo demás en lo que apoya su opinion el escritor citado para atribuir este poema á Hugo, obispo de Langres. En el manuscrito del Vaticano, que ha servido á Mr. Bosquet para publicarle, no lleva el nombre de ningun autor. Y en los de la biblioteca del Rey y de la catedral de Tours, muy antiguos ambos, se atribuye á Marbodeo, lo mismo que el martirio de S. Mauricio que le sigue inmediatamente. Bajo este nombre se habia impreso ya en 1524, y le publicó despues el P. Antonio Beaugendre. Tiene ciento ochenta versos más en estas dos ediciones que en la de Mr. Bosquet, y sin embargo no está todavía completo.—6.° Aunque no haya pruebas para negar este poema á Marbodeo y concedérsele á Rainard, no deja por eso de ser verdad que este era poeta, y que dejó diferentes producciones de su musa. Eran tan célebres y circulaban tanto, que dos autores casi contemporáneos de nuestro prelado, y tan distantes uno de otro como lo estaban de la ciudad de Langres, han insertado algunos fragmentos en sus escritos. Tales son Orderico Vital, monje de S. Evroul en Normandía, y el historiador anónimo de la abadía de S. Huberto en los Ardennes. Proponiéndose el primero hablar de la fundacion del monasterio de Molema, cita uno de los versos que habia hecho Rainaud en elogio suyo. No nombra la composicion de donde le ha sacado, y es dudoso por otra parte el que exista aún en nuestros dias. Este verso es de la misma estructura que los de Marbodeo sobre el martirio de S. Victor, es decir, que está rimado en el hemistiquio y al fin. El otro escritor copia uno

exactamente igual que hizo Rainard en la mesa de Guillermo *el Conquistador*. Tomó el argumento para ello de una copa en forma de góndola, que se presentó á Marbodeo para beber, quien se hallaba en el banquete, aunque jóven y clérigo. Del mismo escritor hemos tomado el distico que improvisó Rainard en presencia del mismo príncipe, que fué entónces muy aplaudido. Tenemos además en el propio autor un epígrama de nuestro prelado en doce versos rimados, pero solo al fin de cada verso. Le compuso contra el legado Hugo, arzobispo de Lyon, por la injuria que le habia hecho criticando indiscretamente la órden de exorcista que habia conferido á un niño, y ordenándole él mismo de nuevo. Se deduce de todo lo que acaba de decirse que no solo se ocupaba Rainard en la versificacion, sino que tenia tambien facilidad para versificar, aunque no lo hiciera mucho mejor que los demás poetas de su siglo. Tenia particular aficion á los versos leoninos, tanto á los que no estan rimados más que al fin como á los que lo estan tambien en el hemistiquio. Es indudable que hizo otras muchas poesías además de las que se nos han conservado, aunque en fragmentos, pero se ignora lo que se ha hecho de ellas.—7.° Se le atribuye además una parte del oficio del Santísimo Sacramento, sin decirnos si lo que ha hecho sobre este asunto se encuentra en alguna parte ó se ha perdido enteramente.—8.° Por último, se debe contar entre los escritos de Rainard el hermoso discurso que pronunció en 1077 en el concilio de Autum, y de que nos ha conservado un extracto Hugo Flavigny. Este discurso se refiere á dos objetos diferentes. Rainard deplora en él la pérdida de la iglesia de Langres en la persona de su arcediano Gebouin, que acababa de elegir la asamblea para ocupar la sede vacante de la iglesia de Lyon, y hace además el elogio de Jacenton, prior de la Chaise-Dieu, que postulaba la abadía de S. Benigno de Dijon, perteneciente á su diócesis á la sazon.—S. B.

RAINAUD, Raynard ó Regnier. Fué este abad del Cister hijo de Milon, conde de Bar-sur-Seine. En un principio fué religioso de la abadía de Claraval, y despues fué nombrado general de la Orden en Setiembre de 1140. El Rdo. P. Gervasio cuenta en su vida de Pedro Abelardo el viaje de Rainaud á Cluni de una manera edificante. «Una miserable montura, dice, le servia como si fuese una carretela con seis caballos; un pobre hermano era toda su escolta; pero su mérito no necesitaba de las señales exteriores de grandeza mundana, que el fausto y la vanidad han introducido en la série de los tiempos.» Oyendo hablar Rainaud de la disputa que habia entre S. Bernardo y el famoso Abelardo, quiso ser el mediador entre ambos famosos personajes, procurando su reconciliacion, y tuvo la habilidad y la fortuna de conseguirlo. A este fin condujo á Abelardo á Claraval, teniendo la satisfaccion de presenciar las protestas de amistad que se hicieron ambos. Murió Rainaud

el 16 de Diciembre de 1151, muy sentido de cuantos le conocian, y en especial de S. Bernardo, que le lloró con suma ternura. Entre las cartas de este Santo se encuentra una dirigida á Rainaud, que es la que lleva el número CCLXX de la edicion del P. Mabillon. Martignes hizo imprimir en sus *Anales del Cister*, cap. VI, sobre el año 1134, una coleccion de las constituciones de la Orden desde S. Esteban, tercer abad del Cister, compilada por Rainaud, cuyo título es: *Speciales constitutiones à sancto Stephano, diversis temporibus post chartam charitatis latæ, 187 capitibus distinctæ et 1134 vulgatæ.* Tambien se hallan impresas estas constituciones á la página 245 y siguientes del *Monasticon Cisterciense*, publicado en fólio en París en 1664 por Julian Peris, abad de Forcarmont, en cuya obra da el editor el dictado de santo á Rainaud. En el *Catálogo de manuscritos de Inglaterra*, impreso en Oxford en 1697, se cita otra obra de Rainaud titulada: *Regnardi Cisterciensis, et Bernardi Clarevallis, abbatum, ad Innocentium epistolæ;* y así se expresa tambien por Papillon en su *Biblioteca de los autores de Borgoña*, tomo II.—C.

RAINAUD, Reginaldus ó Raynaldus. Fué este eclesiástico, segun Rivet en su *Historia literaria de Francia*, y Mabillon en sus *Anales antiguos*, maestrescuela del cabildo de la iglesia de Angers. Habia estudiado bajo la direccion de Fulberto de Chartres, que tuvo un gran número de discípulos, de los que muchos esparcieron las luces por la Francia. Rainaud fué muy entendido en los negocios civiles y eclesiásticos. Se dice que fué llamado á Angers por el obispo Auberto de Vandome al propio tiempo que Berenger y Foulques de Nerra, conde de Anjou, para servirse de ambos, á fin de hacer un estado de la fundacion de S. Nicolás de Angers. Tuvo Rainaud una gran parte en el juicio de la causa seguida entre los monjes de esta abadía y los canónigos de S. Maurillo de Angers con motivo de ciertos diezmos que querian exigir los canónigos á los monjes. El obispo Eusebio Bunon mandó, segun la mala costumbre de este siglo, que este pleito se dirimiese ó decidiese por medio de la prueba del agua caliente. Consintió el conde en ello, y el defensor de los canónigos prestó juramento y perdió su causa, porque percibieron los jueces que el agua caliente le abrasaba; á igual prueba fué semetido Raimond, la cual se verificó en la iglesia de Angers el año 1066 en un asunto que interesaba mucho á su amigo Sigo, abad de S. Florentino. Vivia Rainaud aún en 1074, sucediéndole en su cargo de maestrescuela Marbœuf, al que se ve ya ejerciéndole en 1077. Compuso un tratado de los milagros de S. Florentino, los responsorios de su oficio, dos himnos en su honor y una crónica que termina en el año 1077.—C.

RAINAUD, Rainaldi ó Renaud (Gautier), arzobispo de Cantorbery y canciller de Inglaterra, fué muy considerado en el siglo XIV, en el que se

elevó á las más ilustres dignidades del reino. Primero fué tesorero general del rey Eduardo II; despues fué nombrado obispo de Worchester; poco despues canciller del reino, y por último arzobispo de Cantorbery. Durante su episcopado celebró tres concilios: el primero en Lóndres, el segundo en Oxford y el tercero en Lambet, segun Pitseus; pero otros atribuyen este último á Juan Peccam, arzobispo tambien de Cantorbery, que lo presidió en 1280. Amaba mucho Rainaud las letras, y por lo tanto fundó en Oxford un colegio para que se enseñase la lengua hebrea, obligando á los eclesiásticos de su diócesis á dar la cuarta parte de su renta para sostener esta escuela. No se conoce de este prelado más que lo que escribió en los concilios de Lóndres y de Oxford con el título de *Constitutiones provinciales*, en donde se habla *de scrutinio in ordine faciendo; de clericis peregrinis; de temporibus ordinandorum; de sacra unctione; de sacramentis iterandis; de officio archidiaconi; de celebratione missarum; de sponsalibus; de pœnitentiis et remissionibus.* Compuso tambien este prelado otra obra titulada: *Constitutiones de appellationibus.* Murió al principio del reinado de Eduardo III el año de 1327.—C.

RAINAUD (Fr. Guillermo), dominico francés, maestro en sagrada teología, aprobado en el capítulo general de Roma de 1640, fué un predicador tan elocuente que se le disputaban muchas ciudades de Francia en adviento y cuaresma para oir sus sermones. En 1677 fué llamado é inscrito en el convento de S. Jacobo como conventual por su provincia: despues de haber residido en esta ciudad hasta el año 1695, volvió á su patria, y despues fué enviado á Roma, donde falleció en 21 de Abril de 1704, siendo sepultado en el cementerio de la Minerva. Sus obras son las siguientes: 1.ª *Synopsis bibliorum folio patenti per tabulam expansam lingua latina, eademque deinde utraque lingua latina et gallica è regione paginarum in librum usu commodum conversa;* París, Nicolás Belley, 1692, en 12.°—2.ª *Vida de la Bta. Margarita de Saboya, llamada la gran religiosa de la órden de Sto. Domingo, dividida en tres libros, con instrucciones á propósito para las personas casadas, viudas y religiosas;* París, Andrés Cramospi, 1675, en 8.°—3.ª *El libro del Verbo, dado á luz en el nacimiento de María, Madre de Dios, explicado durante la octava de su Natividad en la iglesia de nuestra Señora de la Platiere de Lyon el año de* 1665; ibid., Francisco Comba, 1668, en 8.°—4.ª *Instrucciones cristianas sobre los caractéres de los Santos, ó panegírico de los Santos;* París, 1687, en 8.°, tres volúmenes.—5.ª *Adversus Petri de Valleclausa librum de immunitate Cyriacorum*, ó más bien: *Petri à Valleclausa suarum adversum Cyriacos diatribatum deploratio et retractatio*, 1660, in 12.° Esta obra quedó incompleta, por no haberse creido conveniente por algunos prelados continuase su publicacion.—S. B.

RAINAUD DE AUVERNIA (Guillermo). Sutor, en sus *Vidas de los Cartujos*, Sponde en sus *Anales*, y Petreius en sus obras, nos hablan de este religioso, sin decirnos cuándo nació, y solo que fué de Auvernia. Sábese que era prior de Valbuena ó Valbonne cuando fué elegido general de los cartujos el año de 1367. No quiso aceptar el capelo de cardenal que Urbano V le ofreció, y fué juzgado digno del pontificado á la muerte de este Papa, pues que de veintiseis cardenales que se reunieron en el cónclave para darle un sucesor, los once dieron su voto á Rainaud. Tambien rehusó el título de abad, y el permiso que quiso darle este pontífice para que comiese carne cuando estaba enfermo. Incendiándose la cartuja durante su gobierno, reparó esta pérdida con sus sacrificios y casi milagrosamente. Escribió este santo religioso cartas edificantes á diversas personas, y despues de haber dado nuevos estatutos á su Orden, murió el dia 5 de Junio del año 1402, muy sentido de cuantos conocieron su virtud y santidad. —C.

RAINAULD, prior de S. Eloy de París. Habiéndose reunido esta abadía en 1107, despues de la expulsion de las religiosas que la habitaban, á la de S. Mauro des Fosses, y convertido en un priorato de hombres, Rainauld fué su primer prior. Obtuvo del rey Luis *el Gordo* en 1114, en union con su abad Tibalda, un privilegio para las casas edificadas en el terreno que se hallaba comprendido en épocas anteriores en el recinto de su convento. Las demás circunstancias de su vida, lo mismo que la época de su muerte, han quedado en el olvido. Unicamente se sabe que en 1140 fué reemplazado por Sanson, que se halla á la cabeza de la lista de los priores de S. Eloy, publicada en la *Nueva Galia Cristiana*, donde no se hace mencion de Rainauld. Pero si prolongó su carrera hasta este año debió haber alguna interrupcion en el ejercicio de su empleo, pues habiendo en el año de 1126 sacado el abad de S. Mauro los religiosos del monasterio de S. Eloy, le entregó á Esteban de Senlis, obispo de París, quien le conservó durante nueve años, y no le entregó hasta 1135, como diremos más extensamente al tratar de este prelado. Rainauld merece ocupar un puesto distinguido entre los escritores del siglo XII que han comentado los libros sagrados. Su nombre y sus obras se han escapado, sin embargo, á las investigaciones de todos los bibliógrafos, excepto el P. Lelong. Dejó tres voluminosos comentarios que no han llegado á imprimirse y que se conservan manuscritos en la biblioteca del Rey. El primero es sobre el Pentatéuco, el segundo sobre los libros de Josué y de los Jueces, y el último sobre Isaías. En todos tres se atiene el autor principalmente al sentido alegórico, sin descuidar del todo el sentido literal. El comentario sobre el Pentatéuco se halla dirigido al monje Juan, secretario del autor, y tiene como título: *Rainaldi prioris sancti Eligii commentarius in Pentateuchum ad casum suum Joannem notarium*. En el prólogo

dice Rainaldo á Juan que se propone explicar á ruego suyo los cinco libros de Moisés, que parecen escritos de una manera enteramente casual. Confiesa que la ejecucion de este pensamiento le parece difícil y atrevida, habiendo sido intentada sin resultado por Orígenes, aquel grande y vasto genio que queriendo penetrar en la oscura selva de los misterios de la Escritura Sagrada, se extravió y cayó en muchos errores. Teme pues con razon, segun dice, caer en el mismo escollo. Pero tiene tambien temor de herir á su propio hermano, cuyo nombre le anuncia la gracia del Señor. No admite más que el cánon de los hebreos, y divide la Sagrada Escritura en tres clases: la ley, los profetas y los agiógrafos. El comentario sobre Josué y los Jueces está dedicado tambien al monje Juan, á quien dice Rainauld que teme incurrir en la pena de siervo inútil si malgasta el talento que le ha dado Dios. Cree que el libro de Josué ha sido escrito por el mismo Josué, como el Pentatéuco por Moisés. Sostiene que se le debe considerar bajo dos aspectos, como historia y como profecía. Es muy sucinto al tratar del libro de los Jueces, del que solo explica algunos versículos tomados aquí y allí en diferentes capítulos. El prólogo del comentario sobre Isaías trata de la persona de este profeta, del mérito de su obra, y de la naturaleza de las profecías en general. El autor dice que Isaías, nacido de sangre real, fué condenado á muerte y aserrado en dos partes por órden del rey Manasés, cuyo nombre significa *olvidadizo*, símbolo de su ingratitud; que debe ser mirado más bien como un evangelista que como un profeta; que su elocuencia es superior á la de todos los autores del Antiguo Testamento; que el cuerpo de su obra está en prosa, pero que sus cánticos estan en versos exámetros. Rainauld hace esta diferencia entre la profecía y la historia; que la primera es una manifestacion de las cosas pasadas, presentes y futuras, dictadas por el Espíritu Santo, y la otra la relacion del pasado conocido por medios naturales. La figura, dice, puede abrazar tambien los tres tiempos; pero consiste principalmente en las acciones. La prediccion difiere de la profecía como la parte del todo. Es el anuncio de un suceso futuro y contingente. La primera profecía fué hecha por Adan, cuando al hallarse por primera vez en presencia de su compañera dijo estas palabras: *Esta es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Por esto es por lo que abandonará el hombre*, etc., lo que comprende el presente y el porvenir. Aunque no hemos leido estos escritos desde el principio hasta el fin, podemos asegurar que al recorrerlos, hemos encontrado en ellos cosas luminosas y sólidas. El autor habia estudiado los antiguos intérpretes, cuyo trabajo se ha apropiado. Su estilo es claro y bastante puro, pero por desgracia difuso en demasía. Si hubiese poseido el arte de contenerse dentro de los justos límites, sus comentarios merecerian ser puestos en manos del público. — S. B.

RAINAULD, escolástico de Angers, que forma el objeto de este artículo, es muy diferente de otro del mismo nombre, que enseñó bajo la direccion de Adan en la escuela de Tours, en los primeros años del siglo XI. Los sabios modernos, en particular los últimos colaboradores del suplemento de Moreri, que han confundido estos dos personajes, no han tenido bastante presente la diferencia de tiempo entre uno y otro; que el profesor de la escuela de Tours fué despues tesorero de la colegial de San Martin, dignidad que le hizo permanecer cerca de esta iglesia. Pero lo que debia hacer desaparecer para siempre toda confesion sobre este asunto, es que Rainaldo de Tours, sabio gramático y fecundo orador, no existia ya cuando Adelmano, obispo despues de Brescia, le elogiaba en sus *ritmos*, que habian sido compuestos ántes que naciera la herejía de Berenger, y por consecuencia ántes del año 1070. Por el contrario, Rainaldo de Angers vivia aún en 1074, como no tardaremos en demostrar. Este tuvo la ventaja de estudiar con el célebre Fulberto de Chartres, y este es quizá el motivo que ha habido para confundirle con el otro que fué condiscípulo suyo. Aprendió en aquella escuela á honrar la ciencia con las buenas costumbres, y llegó á ser un hombre notable por sus buenos ejemplos. Baudri, abad de Bourgueil, que ha consagrado á su memoria tres pequeñas composiciones en verso, celebra en ellas su vasta erudicion y sus grandes virtudes.

Ad decus hunc morum ditarat littera multa.

Entrando despues en algunos detalles, le hace Baudri un genio superior, que tenia tanto talento para hablar bien, como celo para hacer todo lo bueno; un modelo de templanza y equidad; un amigo tan fiel como el primero que hubiese nunca existido, cuya sinceridad era tan recomendable como que no habia adulado nunca á nadie; un eclesiástico, por último, incomparable, que era el honor de su siglo, la gloria del clero, la alegría y el consuelo del pueblo. Tantas raras cualidades reunidas le procuraron un arcedianato en la iglesia de S. Mauricio de Angers, donde existen tres: el arcedianato de S. Mauricio, el de Outre-Loire, y el tercero de Outre-Sarte, llamado tambien de Outre-Maine. Se cree que este último es el que desempeñó Rainauld. Le poseia desde el año 1040, por lo ménos, segun aparece por su suscripcion, que se lee con las de otras muchas dignidades de diferentes diócesis al fin del privilegio de Thierri, obispo de Chartres, en favor de la abadía de Vandoma. Lo mismo se verifica en un acta de donacion de Hildegarda, condesa de Anjou, hecha en la misma época, y suscrita por Rainauld en su calidad de arcediano. Es verdad que Chopin, que

cita esta carta en su *Sacra Politia*, libro III, tít. 2.°, núm. 24, la refiere á tiempos anteriores, pero es indudable que se engañó en este punto. Rainauld fué revestido despues de la dignidad de escolástico ó maestrescuela, como se dice en aquel país, sucediendo, segun todas las apariencias, á un tal Juan que desempeñaba estas funciones por la misma época que se acaba de hablar. En 1074 en que reunió esta dignidad en su persona con la de arcediano, tuvo ocasion de manifestar que no era ménos hábil para los negocios civiles, que práctico en las materias eclesiásticas. Habiéndole enviado su obispo Eusebio con Roberto, dean de la catedral, para asistir de parte suya á una asamblea de abades que se celebraba en el monasterio de S. Florencio de Saumur, en Octubre del mismo año, Rainauld halló medio de abreviar las contestaciones y dar una sentencia favorable. Se trataba de una diferencia entre las casas de S. Aubin y de San Sergio con el motivo del priorato de Champigne sur Pyron, sobre el cual tenian todos pretensiones que creian legítimas. Nuestro escolástico examinó cuidadosamente sus títulos, y reconoció que habia una equivocacion en los de San Sergio, que perdió por este motivo el proceso. Levantóse con esta ocasion un acta en que se halla la sentencia que pronunciaron Roberto y Rainauld, en que se descubren tantas luces y prudencia como candor y sinceridad. Así se hace la observacion en el acta de que estos dos personajes tenian mucha experiencia y capacidad para tratar de esta clase de diferencias; se ve aquí que Rainauld hizo las funciones de perito en la comprobacion de las actas, y podia deducirse que estas funciones correspondian entónces por lo comun á los escolásticos de las ciudades. Rainauld vuelve á aparecer otra vez con distincion en la decision de un proceso entre los canónigos de la catedral y los monjes de la abadía de S. Aubin. El obispo ordenó la prueba del agua caliente, de consentimiento con Foulques, conde de Anjou, como costumbre recibida en el país. El acta formada en su consecuencia habla de Rainauld con grandes elogios, y nos refiere que fué él quien suscribió el juramento que debia prestar el hombre de los canónigos. Nuestro escolástico vivia aún, como se ha dicho, en Octubre de 1074, y no hay dificultad en que viviese mucho más allá de este término; pero se ignora el dia y el año preciso de su muerte. Llevaba todavía el título de maestrescuela en el tiempo que se acaba de indicar; ya porque desempeñára las funciones anejas á este cargo, ó porque le conservase honorariamente como se acostumbraba entónces. Algunos suponen que Masboder no le sucedió en esta dignidad hasta 1077. Pero otros pretenden que éste enseñaba públicamente en la misma escuela diez años ántes. De los tres epitafios que ha consagrado Baudri á la memoria de Rainauld, no referiremos más que el último.

SCRIPTA SOLENT VETERUM MORES EFFERRE CATONUM,
MIRANDOS NOSTRIS TEMPORIBUSQUE SUIS,
AT TUA MAGNA FIDES CENTUM, RAINALDE, CATONES,
LONGE PRÆCESSIT JUSTITIÆQUE TENOR.
IN FACTIS ALACER, IN VERBIS PROMTUS ET ACER,
TU DECUS IN CLERO, TU DECUS IN POPULO.
ECCE JACES MODICO, RAINALDE, SOLUTUS IN ANTRO:
OMNIPOTENS VENIAM DET TIBI CUJUS EGES.

Aunque las funciones de maestrescuela reclamaban mucho tiempo, no dejó Rainauld de tenerle todavía para componer diferentes obras, que han llegado hasta nosotros, pero que quizá no conocemos más que en parte. Hé aquí las que se conservan todavía manuscritas: 1.ª Una crónica de que hay muchos ejemplares que la presentan de diferente manera. El de la biblioteca de S. German de los Prados, tomo II de la recopilacion de las actas, hecha por D. Juan Durant, nos la da por una continuacion de la historia desde Ptolomeo Evergetes hasta el año de Jesucristo 1085. Pero en este ejemplar no se ha copiado más que desde el año 320 de la era vulgar. Se ha omitido por prudencia todo lo que precede, y quizá se hubiera hecho bien en omitir mucho más todavía. El manuscrito 264 de los de la reina Cristina, que se halla en la biblioteca del Vaticano, y otro de la biblioteca Cotoniana, anuncian la misma obra como la continuacion de otra crónica hasta 1277. Lo que da orígen á esta idea, á la genealogía de los reyes de Francia desde Faramundo hasta Felipe, hijo de Enrique, que se halla al fin de la crónica. El rey Felipe aquí designado es seguramente Felipe I, en cuyo reinado florecia el escolástico Rainauld. Es verdad que en vez de Enrique ha escrito el copista Hamon, pero una falta tan grosera no es á propósito más que para confirmarnos en la idea de que ha podido escribir con más facilidad todavía 1277 en vez de 1077. El copista del manuscrito anterior ha cometido otra falta, que no es ménos grosera, calificando á Rainauld de arcediano de S. Maixent y no de S. Mauricio de Angers. La época del fin de esta crónica, corregida así en la biblioteca Cotoniana, no se aleja del término de la misma crónica indicado en la de S. German de los Prados más que ocho años. Pero hay una razon ménos vaga y ménos equívoca para fijar este término; es la autoridad de otra crónica del mismo país, que parece ser continuacion de la obra de Rainauld desde los primeros años del siglo siguiente. Pero este escritor asegura que la crónica de nuestro arcediano concluia en 1075. Sus palabras, que marcan el principio de su continuacion, vienen muy á propósito para nuestro asunto: MLXXV, dice, *finis Chronicæ Rainaldi Archidiaconi S. Mauricii*. Si se pudiesen ver

los manuscritos que contienen esta crónica, está fuera de toda duda que compulsándolos con las diferentes crónicas de Anjou, impresas en la coleccion del P. Labbé, se descubririan en estas muchos lugares que se han truncado en el manuscrito. Lo aseguramos así, segun la observacion del editor, que advierte que todas estas crónicas se hallan muy embrolladas. Parece por lo ménos indudable que lo que precede inmediatamente al texto que acabamos de copiar, pertenece á Rainauld y forma parte de esta crónica. Se ve allí un hombre deseoso de observar los diferentes fenómenos del cielo, para referirlos á la posteridad, conforme la costumbre de los demás cronistas de su época. 2.ª Rainauld ha hecho una relacion de los milagros de S. Florencio, patron titular de las dos abadías del mismo nombre en la diócesis de Angers. Multiplicándose estos milagros en la más antigua de estas abadías en tiempo del abad Federico, que gobernó ambas desde 1023 hasta 1055, invitó á nuestro escolástico, que parece no era todavía entónces más que simple arcediano, á recoger los que juzgase más notables para instruir á la posteridad. Este accedió, y declara en un prefacio muy edificante, que puso al frente de su coleccion, que se haya limitado á los que ha visto por sí mismo ó sabido de testigos dignos de fe. Esta relacion de milagros, que contiene más de quince hojas, se lee á continuacion de la vida del mismo santo en un manuscrito de S. Florencio de Saumur. Como fué continuada despues por un historiador del siglo siguiente, tuvo cuidado de marcar el lugar en que comenzaba y concluia lo que habia escrito Rainauld, y decirnos que la obra es una produccion de la pluma de este arcediano, que ha tenido la modestia de callar su nombre. 3.ª A la sazon habia ya responsorios para el oficio de S. Florencio, que se habian hecho en tiempo del abad Roberto, y que comenzaban á desagradar entónces. Rainauld llevó su devocion al santo á hacer otros nuevos, que fueron puestos en música por Sigon, dean de la iglesia de Chartres, de que habia sido chantre anteriormente. Debe inferirse de aquí, que esta parte del oficio, que en la apariencia sigue de cerca á la relacion de los milagros, fué hecha ántes de 1030, en cuya época habia muerto ya el dean Sigon, lo mismo que los demás grandes hombres, elogiados juntamente con él en los *ritmos* de Adelmano. ¿Cómo, pues, se ha pretendido confundirle con el abad Sigon, que sucedió á Federico, de quien se acaba de hablar? El escritor que hemos citado, y que no se hallaba muy distante de aquella época, sabe distinguir muy bien á ambos. Cuando refiere el oficio que escribió el dean de que se trata, no dice que fuese en seguida abad de la casa. De la misma manera, cuando hace el elogio del abad, en que no olvida ninguno de sus títulos ni de sus grandes cualidades, no dice que fuese dean de la iglesia de Chartres. En el oficio puso Rainauld himnos en honor del mismo

santo; uno de los cuales comienza por estas palabras: *Canat chorüs fidelium*; y el otro por estas: *Sancte Confessor*. Estos fragmentos del oficio se conservan en los breviarios manuscritos de la abadia de S. Florencio, donde se han cantado durante un largo período. Pero desde hace más de un siglo se los ha sustituido con el comun de los confesores.—S. B.

RAINELDA (Sta.), virgen. Fué natural de Alemania, hija de Witylhero y de Amalberga, duques de Lotaringia, en la Austrasia, los cuales se distinguieron tanto por el esplendor de su nobleza, como por el heróico sacrificio que hicieron de sus riquezas y dignidades, abandonando el mundo para consagrarse á Dios, tomando el hábito del esclarecido patriarca S. Benito. Excitada Rainelda con tan buenos ejemplos, y siguiendo los impulsos de su bello natural, al mismo tiempo que obedeciendo los secretos avisos del cielo, determinó seguir las huellas de sus padres; y al efecto, cuando estos se separaron de ella para vivir en el claustro, la santa jóven, despreciando las propuestas que muchos príncipes la hacian ofreciéndola su mano, hizo donacion de las cuantiosas riquezas que poseia al monasterio Laudiense, pidiendo por única recompensa que la admitieran en él, concediéndola el hábito de la Orden Benedictina, puesto que se hallaba deseosa de hacer la misma vida austera y penitente que los monjes habitadores de él. Pero habiéndola contestado el abad que no era posible acceder á su ruego, por no ser costumbre dar el hábito á mujeres para vivir entre los varones, acongojóse en extremo por ver rehusada la gracia que solicitaba, y en la cual fundaba sus esperanzas todas. Rogó por lo tanto humildemente á Dios que no la desamparase ni permitiera saliese su intencion fallida, y suplicó con tantas veras, que por espacio de tres dias permaneció postrada en tierra sin tomar alimento ni descanso. Al cabo de este tiempo levantóse muy animada con la promesa que el Señor la hizo de obrar un milagro en favor suyo, como efectivamente le obró de la manera siguiente, para demostrar cuál era su soberana voluntad en aquel asunto. Al concluirse los tres dias de oracion, siendo la hora de los maitines y hallándose congregados todos los religiosos en el coro del monasterio, tocáronse por sí solas todas las campanas y se abrieron las puertas de la iglesia dando entrada á Reinelda, y manifestando de este modo no queria Dios se arrojase de su casa á la que voluntariamente venia en ella á refugiarse. Admirado el abad de aquel portento, y no tratando ya de oponerse, admitió á la santa doncella en el convento, y la mandó edificar una celda en la huerta, la vistió la cogulla de S. Benito, y la instaló en aquella pequeña habitacion, donde Rainelda vivió santamente, hasta que ocurrió la invasion de los hunnos, que adelantándose hasta el centro de la Francia, devastaron todos los pueblos que se presentaron á su vista. Habiendo penetrado una tropa de estos desalmados en el convento

donde Rainelda hacia penitencia, encontráronla en la iglesia orando de rodillas delante del altar. Ciegos de cólera contra el nombre cristiano, y despues de haber destruido las imágenes y dado muerte á varios religiosos, se apoderaron de la santa doncella, y dándola multitud de golpes con las espadas y bastones, la cortaron despues la cabeza, volando al cielo su benditísima alma á recibir la corona del martirio. Quisieron los bárbaros para poner el colmo á su atrocidad entregar al fuego el convento y reducirle á cenizas; pero no pudieron conseguir que la llama prendiese. Obró Dios muchos milagros por intercesion de esta santa doncella, tanto durante su vida como despues de su muerte, y la Orden Benedictina la cuenta en el número de sus santos, haciendo conmemoracion de ella el dia 16 de Julio en que tuvo lugar su glorioso martirio y su tránsito felicísimo. — M. B.

RAINER, monje de S. Guilain, es uno de los autores de la vida de este santo, que escribió hácia los años de 1035 y 1042. Lo que consta por el prefacio de su escrito dirigido á su abad Radbod (Véase este articulo), muerto el último año que se acaba de indicar, y por un suceso que refiere como acaecido en 1035. Rainer era un hombre juicioso, sincero y de buena fe. Comprendiendo que faltaban muchas cosas á la historia del santo que se proponia escribir, no quiso sin embargo insertarlas, por la razon de que no las habia visto ni sabido, ni leido en los antiguos monumentos. No se vé, pues, cuál fué el motivo que le obligó á componer una nueva vida de San Guilain. Existian entónces otras, y es evidente que Rainer las tenia á la vista; la sigue en efecto en casi todos sus puntos, y no se separa apénas más que en algunas circunstancias. Por ejemplo, al hablar del motivo que indujo al santo á hacer el viaje á Roma, dice Rainer que le emprendió de órden de un ángel, que se le habia aparecido en sueños. El otro escritor dice sencillamente que le hizo por imitar á S. Dionisio de Atenas, que le habia hecho en su tiempo. De manera que la obra de Rainer no nos dice nada interesante sobre Guilain que no se halle en la que le habia precedido. Por este motivo la ha rehusado el P. Mabillon un lugar en su coleccion. Surio la publicó sin embargo en la suya, pero sin nombre de autor, y despues de haber corregido el estilo, que le pareció demasiado difuso. En esta edicion falta el prefacio de Rainer, porque sin duda no se hallaba en los manuscritos de Surio, que ignoró por esta razon la muerte de nuestro escritor. Pero habiéndola encontrado el P. Mabillon en otros manuscritos, la ha publicado casi completa. Además de la *Vida de S. Guilain*, escribió Rainer la *Historia de sus milagros*, de que no ha tenido Surio conocimiento. El P. Mabillon, que la descubrió despues, la publicó con más extension, no creyendo conveniente hacer el mismo honor á la obra completa. — S. B.

RAINERIO (S.), obispo. No hemos podido encontrar de este santo pre-

lado más que la cita que de él hace el Martirologio romano, con relacion al dia 30 de Diciembre. Debieron perderse sus actas como las de otros santos; pero habiendo sido obispo, no sabemos cómo á los autores antiguos se les haya escapado decir en qué silla ejerció su alta dignidad, ya que no les fuese fácil adquirir más noticias de su vida. — C.

RAINERIO (S.), confesor benedictino. Fué natural de la ciudad de Pisa, segun algunos cronistas de la Orden, y de un pueblo inmediato á dicha capital, segun otros. Pertenecia á una familia tan noble como bien acomodada, lo que fué causa de que divirtiéndose más de lo que convenia á un jóven cristiano, se encenagase en toda clase de vicios y particularmente en el de la lujuria, tanto que él y sus compañeros eran públicamente notados en la ciudad por sus escandalosos desórdenes. Dios, sin embargo, quiso traerle al verdadero camino, y un suceso prodigioso ocasionó su conversion. Aunque era tan delincuente, ó bien llamado de superior impulso, ó bien por cumplir con las exterioridades y los respetos sociales, no dudó en presentarse entre los demás fieles á cumplir con el precepto de la penitencia. El sacerdote á quien hizo su confesion era el santo varon Alberto, uno de los más sábios y perfectos individuos de la Orden Benedictina, el que al punto conoció el mal estado en que aquella alma se encontraba. Confesó Rainerio sus culpas, pero calló una por vergüenza, y cuando dijo haber terminado y esperaba la absolucion, observó con notable asombro que el confesor se detenia, y oyó al mismo tiempo una voz que perceptiblemente le decia: *Rainerio, tú has callado un pecado.* Repitiéndose este prodigio y no dudando ya que era un aviso del cielo, Rainerio confesó su enorme culpa, llenando de satisfaccion al santo religioso, que al punto le absolvió, conociendo que ya se encontraba su alma limpia. No le impuso ninguna penitencia, diciéndole que Dios que le avisára su delito le daria la justa pena que por él mereciera, con lo cual le despidió consolado, enternecido y dispuesto á abandonar su mala y relajada vida. Volvió á su casa tan contrito de sus culpas, y abominando tanto sus anteriores devaneos, que no cesaba de pensar en el tiempo perdido y en llorar amargamente la enormidad de desacatos cometidos contra Dios. Era tal y tan continuo su llanto, que sus padres no pudieron ménos de preguntarle la causa, rogándole se consolára, y no hiciese aquellos extremos de afliccion. Pero él contestaba que jamás se consolaria de haber ofendido tanto á Dios, ni podria enjugar sus ojos hasta saber que habia sido perdonado. El exceso de sus lágrimas le ocasionó la pérdida de la vista, llenando esta desgracia de tal desesperacion á su padre, que estuvo á punto de quitarse la vida por no presenciar espectáculo tan triste; y acaso hubiera ejecutado su mal propósito, si Dios milagrosamente no devolviera la vista á Rainerio. Completamente mudado el jóven y resuelto á hacer penitencia para

alcanzar el absoluto perdon de sus culpas, empezó á frecuentar los templos, á hacer abundantes limosnas y á exhortar á los pecadores á que saliesen del estado de la culpa. Al cabo de cuatro años despues de su conversion hizo un viaje á Jerusalen, y despues de visitar devotamente aquellos santos lugares en que se obráran los misterios de nuestra redencion, volvió á su patria. Al entrar en casa de sus padres sintió un olor tan pestilente é insoportable, que no pudo ménos de rogar al Señor le manifestase de dónde procedia, conociendo harto bien que aquello no tenia una causa natural. Dignóse la divina Omnipotencia acceder á sus súplicas, y le manifestó que aquella pestilencia era ocasionada por el dinero, ricos muebles y demás adornos mundanos que en la casa se encontraban; respuesta que enteramente decidió á Rainerio á abandonar todo lo que poseia para seguir á Dios, y al efecto vendiendo todas sus haciendas repartió el importe á los pobres; y sin reservarse más que un *Psalterio* ó libro de canto eclesiástico, pidió de limosna un humilde saco de peregrino, y volvió segunda vez á Jerusalen. Desde allí se retiró á una soledad á hacer asperísima penitencia, empleando el tiempo en cantar las alabanzas del Señor por medio de su salterio, admirando á quien accidentalmente pasaba por aquel sitio el oir alternativamente entonar himnos en idioma latino, griego y siriaco; pues la divina sabiduría le infundió el conocimiento de estas lenguas. Su alimento se reducia á frutas y yerbas silvestres, cocidas sin sal, y al pan y algunos otros pobres manjares que los habitantes de las aldeas circunvecinas llevaban de limosna á los ermitaños. Comiendo cierto dia le picó una sabandija en la lengua, por lo cual hizo voto de no volver á comer en su vida otra cosa que pan y agua, como en efecto lo ejecutó. Pasó en una ocasion por la extraviada soledad en que habitaba, un pobre mendigo extenuado de hambre y cansancio, y le pidió que le amparase. No tenia Rainerio consigo más que medio pan; mas impulsado de su ardiente caridad le dió aquella escasa vianda, la que comió el pobre dejando un pequeño pedazo, que guardó Rainerio para sí, advirtiendo con notable asombro que el pan no se disminuia, ántes por el contrario cuantas veces comia de él siempre le hallaba aumentado, creyendo por esto que aquel mendigo era Jesucristo en persona. Habiéndole revelado Dios que era su divina voluntad fuese á servirle en los claustros, abandonó la soledad, y regresando á su patria tomó el hábito del gran patriarca S. Benito en el convento de S. Vito, donde fué un acabado modelo de virtud y de santidad. Dotóle Dios de la facultad de hacer milagros; pues con solo la señal de la cruz curaba paralíticos, devolvia la vista á los ciegos y libertaba á los endemoniados. Tambien le infundió el espíritu de profecía y anunció grandes sucesos, que debian ocurrir en la Iglesia y el estado, y que efectivamente sucedieron. Ya no salió miéntras le duró la vida del convento de S. Vito, donde

era extraordinaria la concurrencia, que acudia á buscar el remedio de sus males y de sus necesidades, y de donde todos salian satisfechos y consolados. Tocando ya el término de su existencia y habiendo sido favorecido en sus últimos instantes con la preciosa visita de Jesucristo y de su santísima Madre, pasó á gozar del eterno descanso el 18 de Junio del año 1161, en cuyo dia le conmemora y reza la Orden Benedictina. — M. B.

RAINERIO (S.), monje benito. Fué natural de la ciudad de Lovaina en Alemania, célebre por su universidad en todo el orbe conocido. Pertenecia á una noble familia, que tuvo la gloria y el consuelo de contar en su seno á dos santos de la Orden Benedictina, puesto que Rainerio, que da lugar á este artículo, fué hermano del B. Godefrido Pachomio, monje como él de la antedicha esclarecida Orden. Inclinándose desde muy jóven al estado religioso, tomó el hábito en el monasterio de Villar, sito en el Brabante, no sin que mostráran los superiores suma repugnancia para admitirle, por ser de complexion débil, y verle exhausto de fuerzas. Sin embargo, resuelto como estaba á seguir á Dios por la senda que le habia llamado, ofreció que su debilidad no seria obstáculo para cumplir los deberes que la regla y la vocacion le imponian; y con efecto, aunque los superiores, prendados de su religioso fervor, quisieron muchas veces dispensarle de las más penosas obligaciones, en vista de las dolencias de que continuamente se veia atacado; él no quiso nunca aceptar el más pequeño alivio, y hubo ocasion en que, á pesar de hallarse postrado en cama con una fuerte cuartana, no dejó de asistir al coro y demás ejercicios de su sagrado instituto. Como habia seguido los estudios, fué ordenado de diácono; mas por humildad jamás quiso recibir las ordenes mayores del sacerdocio ni abandonar los bajos y mecánicos ejercicios en que acostumbraba ocuparse, como el último de los novicios. Su caridad fué tan grande, que llegando un pobre desnudo á pedirle limosna y no teniendo nada que darle, acudió inmediatamente á solicitar permiso del abad para darle su hábito; rasgo tan acepto á los ojos de la Divinidad, que un hermano lego del mismo monasterio, persona muy recomendable por su virtud y santidad, tuvo revelacion de que por aquel caritativo acto, seria Rainerio muy en breve trasladado de este mundo de miserias al goce de las felicidades eternas, mereciendo desde aquel afortunado instante que la Divinidad le honrase con repetidas visiones gloriosas; favor únicamente concedido á los verdaderamente santos. Fué muy devoto de la Santísima Virgen María, quien le pagó su entrañable afecto con mil celestes favores, y obrando algunos prodigios, entre los cuales citaremos el siguiente. Hallándose estudiando en Paris, cayó en el rio Sena, en ocasion que iba muy crecido; y cuando ya contaba perecer, encomendóse á su divina protectora, la cual apareciendo visiblemente sobre las aguas, le sacó sálvo del punto en que ya se en-

contraba próximo á sumergirse y perecer. Siendo ya monje tambien disfrutó muchas veces el santo placer de ver á la Madre de Dios en presencia real y efectiva, y en una ocasion, presentándosele con su divino Hijo en los brazos, oyó que decia al santo Infante: «Hijo mio muy amado; ved aquí á este monje, diligentísimo hijo y siervo vuestro, que verdaderamente os ama y os teme. Con sus lágrimas y su penitencia ha lavado harto bien las culpas que cometiera, y por mi amor os ruego que despues de esta vida temporal pueda venir al eterno goce de nuestra gloria sin pena de purgatorio.» Esta tierna peticion fué instantáneamente despachada, contestando el divino Niño á su madre: «Como no es justo, Madre mia, negaros cosa alguna de las que me pedís, accedo gustoso á vuestro ruego soberano.» Llegó Rainerio á tan alto grado de perfeccion, que una santa reclusa, que accidentalmente llegó á verle, dijo que su cuerpo era claro y transparente como un cristal, y que dentro de él brillaba su alma como si fuera un sol resplandeciente. Al fin llegó la hora de ser llamado por Dios para concederle el premio de sus trabajos, y habiendo sido atacado de una grave dolencia, desahuciáronle los médicos corporales. Un dia ántes que ocurriese su dichoso tránsito, fué poseida su alma de tan desmedido y sobrenatural gozo, que no cabiendo en sí mismo, si nos es lícito usar de esta figura, prorumpió en amorosas voces, cantando la Antífona *Laudem dicete Deo*, etc. Mandáronle los superiores que callase; mas él, lleno siempre de gozo, respondió: «Veo con gran deseo á mi Dios y Señor, y veo que con todos sus santos espera mi ida á la gloria.» Visitáronle en el último trance de la vida la Santísima Vírgen y S. Juan Bautista; y al entregar su alma al Criador, multitud de angélicos coros la recibieron para conducirla al Empíreo entre dulces cantos y músicas armoniosas; músicas que con toda claridad percibieron algunos de los monjes que le asistian, y que en vista de tan señaladas muestras de bienaventuranza, empezaron á aclamarle por santo, cortándole los cabellos y trozos del hábito, á fin de guardarlos como preciosas reliquias. Igualmente tuvieron revelacion de su entrada en la mansion eterna la santa reclusa anteriormente dicha y un justificado religioso del convento del Villar, que se hallaba ausente de él. Floreció á mediados del siglo XI y la Orden Benedictina le conmemora el dia 30 de Setiembre, habiéndole colocado en el copioso catálogo de los santos que ilustran á la misma.—M. B.

RAINERIO (Bto.), benedictino. Fué natural del país que hoy se llama Bélgica, y despues de haber vivido mucho tiempo en el mundo en el estado de casado, y ocupándose en varios negocios lucrativos, quedó viudo; sintiéndose tocado de la divina gracia, empezó á mirar con tedio las ocupaciones en que hasta entónces se habia ejercitado, por lo cual se resolvió á abandonar su hacienda, á romper sus vínculos, y á renunciar á todas sus afeccio-

nes hasta el amor paterno, puesto que le habia quedado un hijo de su matrimonio. Tomó el hábito de la congregacion cisterciense en el monasterio de Villar en Brabante, donde tanto por ser ya de bastante edad para consagrarse al estudio, como por la humildad tan grande que le distinguia, no quiso pasar del estado de lego, empleando su vida en practicar actos de virtud, mortificacion y penitencia, brillando tanto por lo humilde como por lo caritativo. Murió de edad muy avanzada, y fué á gozar al seno de Dios el premio de sus trabajos, segun le fué manifestado por divina revelacion á su hijo Rainerio. Floreció por el año 600.—M. B.

RAINERIO (V.), prior benedictino. Era natural de Flandes, y créese que de la ciudad de Ferbana, porque algunos biógrafos le dan por apellido el nombre de esta poblacion. Siendo muy jóven asistió con otros nobles amigos suyos á unas grandes fiestas, que se celebraban en una ciudad donde accidentalmente se encontraba el melífluo doctor S. Bernardo, abad de Claraval. Era tanta la afluencia de gente y tan difícil hallar alojamiento, que cada uno de los amigos de Rainerio se vió precisado á buscar donde colocarse. Nuestro jóven, cansado y sediento por ser una de las tardes calurosas del estío, llegó á las puertas del convento en que moraba S. Bernardo, bien ajeno de creer que ya no volveria á residir en el siglo. Para felicidad de su alma y mayor gloria de Dios, se encontró en la porteria con el santo doctor, que enterado de su necesidad, le llevó á la hospedería y le sirvió con sus propias manos un jarro de cerveza para que refrescase. Entablada la conversacion, fué tal el resultado de la conferencia que al concluirse el refresco se hallaba Rainerio enteramente decidido á hacerse discípulo del sabio doctor, quien animándole para que no desistiese de su buen propósito, se ofrecio á servirle de guia y de maestro. Llevósele consigo á Claraval, donde se hizo tan notable por su virtud, sabiduría y observancia de la regla, que fué nombrado prior de aquella santa y distinguida comunidad, oficio que desempeñó con tanto celo como prudencia y buen ejemplo. Enriquecido de méritos, é ilustrado de virtudes, subió á los cielos á disfrutar el premio de sus servicios el dia 12 de Junio del año 1140.—M. B.

RAINERIO (Fr.), confesor, del órden de S. Francisco. Era natural de Fabriano en Italia, y tuvo la dicha de conocer y tratar al gran patriarca San Francisco, cuando el santo se ocupaba en la fundacion de su ejemplarísima Orden. Asistia frecuentemente á la iglesia en que el santo acostumbraba ir á confesarse, y habiendo contraido relaciones con él, se convenció tanto de las verdades eternas que Francisco le anunciaba, que abandonando todo para ingresar en la humilde Orden, siguió con el mayor ahinco los pasos del bendito fundador, haciéndose tan notable por la santidad de su vida y la pureza de sus costumbres, que obtuvo muchos favores de la Divinidad, lle-

gando hasta el caso de hacer milagros. Murió en el año de 1260, y la Orden le cuenta en el número de sus santos, habiéndole dado un lugar en el Martirologio, conmemorándole el dia 5 de Setiembre.—M. B.

RAINERIO DE ARETO (Fr.), del órden de S. Francisco. Este religioso, cuyo apellido de familia era Marianis, llamóse de Areto por la ciudad de este nombre en Italia, donde tomó el hábito de la seráfica religion. Fué penitenciario del papa Inocencio IV y mereció tanto la confianza de la Santa Sede que el pontífice Urbano IV le eligió por su embajador ó legado, mandándole en el año 1244 en union de Gerardo de Prato, tambien penitenciario, á entregar sus apostólicas letras al emperador de Constantinopla Miguel Paleólogo. Tuvo gran parte en la determinacion que tomó la beata Margarita de Cortona para vestir el hábito de la Tercera Orden de S. Francisco, y murió por el año de 1277, contándole la religion Franciscana en el número de los santos de la misma.—M. B.

RAINERIO DE BITURGA (Fr.), del órden de S. Francisco. Era italiano y fué íntimo amigo y compañero del Bto. Benito Estercio. Aunque por su falta de mundana instruccion no pasó de la clase de los legos, su admirable virtud y su inmensa piedad le hicieron tan grato á los ojos de la Divinidad, que mediante sus oraciones, logró la curacion de muchos enfermos y la resurreccion de algunos difuntos, segun consta de públicos y fehacientes documentos que al efecto se extendieron. Murió en el año 1304 con tal fama de santidad, que su cuerpo fué colocado con gran reverencia en el altar mayor de la iglesia del convento de S. Francisco, sita en el Borgo di Santo Sepolcro, donde ocurrió su dichoso fallecimiento. La religion Seráfica le cuenta en el número de los santos, y le conmemora en su martirologio el dia 1.° de Noviembre.—M. B.

RAINERIO DE BONONIA (Fr.), franciscano. Este religioso, llamado en el siglo Rainerio de Samaritanis, era italiano, sin que conste de qué punto, aunque muy fundadamente se cree que naciera en la ciudad de Bolonia, puesto que en el claustro tomó dicho sobrenombre, lo cual tambien pudo ser á causa de haber tomado en la mencionada ciudad el hábito de la Seráfica Orden. Resuelto desde muy jóven á vivir apartado del mundo, se afilió á la órden austera y rígida de los ermitaños; y pareciéndole poco aún el rigor que en ella se observaba, y creyendo ser más mérito hacer penitencia en el centro del mundo, y al lado del mismo enemigo que se pretende huir, vínose á poblado y tomó el humilde sayal de los hijos de Francisco. Apénas hubo entrado en la Seráfica compañía, empezó á distinguirse tanto por la pureza y santidad de su vida, que el sumo pontífice Bonifacio VIII le nombró legado suyo para componer varias disputas y diferencias que se habian suscitado en algunas provincias del patrimonio de la Iglesia: disputas

que terminó felizmente con su prudencia y espíritu conciliador, dejando establecida durable paz entre los que se trataban como mortales enemigos, volviendo despues de terminada la comision á la oscuridad de su convento, sin solicitar otro premio que la satisfaccion de haber hecho un beneficio, obrando como aquellos nobles y sencillos varones de la república romana, que volvian á labrar sus pobres heredades despues de haber salvado la patria. El senado de Bolonia, conociendo bien sus disposiciones y el favor que por su virtud alcanzaba con el Sumo Pontífice, le diputó en varias ocasiones para tratar con Su Santidad el arreglo de algunos importantes negocios, los cuales fueron despachados á satisfaccion de los comitentes. Entre las muchas virtudes que adornaban á Rainerio brilló la de inmensa caridad que profesaba á los pobres, y en particular á los enfermos; pues á su instancia, y para alivio de los dolientes menesterosos, fundó en la ciudad de Bolonia el hospital llamado de la *Vida*, bajo la advocacion de la Santísima Vírgen María, en el cual se dedicó Rainerio con preferencia al cuidado y asistencia de los enfermos, en lo que empleó muy gran parte de su vida, obrando infinitos milagros en la curacion de los acogidos, procurando al mismo tiempo los aumentos materiales del establecimiento con el más solícito afan y el más incansable celo. Pasó á mejor vida, sin que conste el mes ni el dia en el año 1280, y su cuerpo fué sepultado en el antedicho hospital, á los pies del altar mayor de su iglesia, donde por espacio de muchos años se conservó incorrupto, tributándole los fieles culto como á santo, y solicitando su intercesion para el alivio de sus dolencias y sus necesidades. Sobre la puerta principal del citado establecimiento y para perpétua memoria se colocó su verdadera efigie con una corta, pero elocuente inscripcion latina, que no podemos menos de consignar aquí, seguros de que agradará á nuestros lectores, y dice de esta manera:

Vitam dat nobis crux tua, Christe Jesu. Devotorum societas prima in civitate Bononiæ auctore B. Rainerio, olim Hæremitæ, mox Ordinis Minorum. Xenodochium istud, instituit. Ex ingenti in infirmos pietate, et auctoris miraculorum copia. Vitæ præclarum nomen accepit anno 1280.

Tambien fué colocada su efigie en el altar mayor de la iglesia del hospital, con un distico latino que dice:

Qualem incorruptum nobis Hetruria servat
Rainerium, patrem, pieta tabella docet.

M. B.

RAINERIO DE LINTRIS (Fr.), del órden de S. Francisco. Era aleman,

ignorándose de qué punto, y tomó el hábito de la seráfica Orden en el convento de la ciudad de Lovaina. Pasó luego con el carácter de guardian al de la ciudad de Ruremunda, que se halla situada en el Ducado de Güeldres sobre el Mosa, y hallábase desempeñando este cargo, cuando la mencionada ciudad cayó en poder de los herejes mandados por los caudillos Auriaco y Genzis, en el año 1572. No queriendo Fr. Rainerio abandonar el convento, próximo á ser invadido por los enemigos del nombre católico, y ofreciendo voluntariamente su sangre á Dios con todo el fervor de los primitivos mártires del cristianismo, postróse de rodillas delante del altar, adorando al Santísimo Sacramento, y en esta posicion le encontraron los bárbaros perseguidores de la fe, quienes en vez de conmoverse ante el tierno espectáculo que á su vista se ofrecia, acrecentaron su cruel odio y mortal rencor, y arrojándose sobre la indefensa víctima, le maltrataron inhumanamente, concluyendo por mutilarle cortándole las narices y las orejas; bárbaro suplicio muy usado por aquellos feroces sectarios del error. Rindió Rainerio su aliento á poder de tan bárbaro martirio, mereciendo por la constancia y santa resignacion con que le sufriera, la corona inmarcesible en el cielo, y el honor en el mundo de ser contado en el número de los santos de la Orden Franciscana, que hace digna conmemoracion de él en su Martirologio.—M. B.

RAINERIO Martin (Fr.), agustino belga, celebrado por su sabiduría y erudicion por Agustin Ardingelho en su *Voce Turturis*. Nicolás Crusenio le cita en 1621 entre los escritores de la Orden que más se distinguieron por sus trabajos, entre los que menciona algunas comedias y otras composiciones que le valieron universal reputacion en toda la Bélgica.—S. B.

RAINERO de Viterbo (Fr.), religioso agustino, fué penitenciario apostólico, segun consta de una bula dada por Gregorio XI en Villanueva, de la diócesis de Aviñon, en Octubre de 1371, año primero de su pontificado, en que lo confirma en su cargo para el que habia sido nombrado por su antecesor.—S. B.

RAINFRIDO (S.), arcediano y compañero de S. Desiderio, obispo de Rhodez, en Francia, cuyas virtudes imitó, muriendo mártir con él en la Alsacia á principios del siglo VIII. Los Bolandos le citan en 18 de Setiembre.—S. B.

RAINFROI ó Regenfridus. Ni Duplessis en la Historia de la iglesia de Meaux, ni Baluce, nos dan noticia de la fecha y país natal de este obispo de Meaux, sucesor de Hildeger. Sábese que fué autor de la vida de S. Faron, que se cree sea la que se encuentra en el tomo II de las *Actas benedictinas*, y que fué notario ó secretario del rey Cárlos *el Calvo*, de Francia, ántes de haber sido elevado al episcopado. Se ve la firma de este prelado en el con-

cilio de Pont-Lou, celebrado el año 876, y dice Duplessis en la Historia citada, que á este prelado fué á quien escribió Loup, abad de Ferrieres, una de sus cartas, que es la sesenta y seis de las publicadas en la edicion de Baluce; pero se equivocó sin duda este benedictino, pues que Loup murió ántes que Rainfroi fuese obispo de Meaux, si ha de creerse que falleció este abad el año 661, como se consigna por los autores más críticos, y en atencion á que Hildeger, segun Duplessis, vivia aún ocupando la silla de Meaux el año de 869. — C.

RAINGARDA (V.), unida por los vínculos de la sangre con las primeras casas de la Auvernia y de la Borgoña, conoció desde muy niña la nada de las grandezas humanas. Suspiraba por la libertad de los santos cual un cautivo suspira por su soltura y un desterrado por su patria. Cuando venian á visitarla los siervos de Dios, no se ocupaba más que de la felicidad de la vida futura. Postrábase muchas veces á sus pies, y con lágrimas les pedia el socorro de sus oraciones, á fin de que pudiese cumplir la voluntad de Dios. Sus padres la hicieron contraer matrimonio con Mauricio, que unia una piedad eminente á su nacimiento ilustre y á una fortuna considerable. Antes de comprometerse á los vínculos del matrimonio oró al cielo con fervor para que derramase sobre ella su bendicion, y no permitiese que se mezclase el menor motivo profano en el acto que iba á verificar. Los deberes de una mujer casada no la hicieron olvidar los ejercicios de la más sublime devocion. Era avara de su tiempo, y no lo desperdiciaba en frívolas diversiones, dedicando una gran parte para sus prácticas de devocion, despues de haber cuidado atentamente de los negocios de su casa y familia. La educacion de sus hijos le pareció siempre uno de sus principales deberes; pedia incesantemente á Dios para ellos las gracias de que tenian necesidad. Les acostumbraba á la templanza, á la mortificacion, á la penitencia, y les hacia llevar vestidos sencillos, haciéndoles observar la más exacta regla de la sobriedad. Con su ejemplo añadia un nuevo grado de fuerza á su religiosa instruccion. Despues de haber cumplido con cuanto debia á su familia, buscaba la ocasion de no vivir sino para Dios. Una conferencia que tuvo con el bienaventurado Roberto de Abrirsel, le inspiró un vivísimo deseo de retirarse al monasterio de Fontevrault. Su marido no solo aprobó su resolucion, sino que resolvió irse él tambien á vivir entre los religiosos de la misma Orden; empero la muerte le impidió ejecutar tan piadoso designio. En cuanto Raingarda arregló los negocios de su casa, renunció definitivamente y para siempre al mundo. Se hizo religiosa algun tiempo despues de la muerte del bienaventurado Roberto de Abrirsel, pero dió la preferencia para habitar al monasterio de Marsigni sobre el de Fontevrault. Muchas personas de calidad la acompañaron hasta la puerta del monasterio, derramando lágrimas y

empleando diversas razones para hacerla abandonar su propósito. Despidióse de ellos diciéndoles con tono firme: «Volveos al mundo, porque yo voy á Dios.» Durante el resto de su vida extenuó su cuerpo con las austeridades de la penitencia, y trabajó con todas sus fuerzas en mantener aquel espíritu de compuncion que daba á sus ojos un manantial contínuo de lágrimas. Servia á sus hermanas las religiosas con tanto afecto, con tanta humildad y respeto, cual si hubiera sido la última de entre ellas. En su última enfermedad se hizo administrar el santo viático y la extremauncion; y despues de haberlos recibido con el mayor fervor, pronunció la siguiente oracion: «Sé, Dios mio, lo que ha de ser de mi cuerpo; la tierra lo recibirá en su seno; pero ¿quién dará su retiro á mi alma? ¿quién la consolará sino Vos, Salvador mio? En vuestras manos entrego esta alma, que es vuestra criatura. Soy, es verdad, una gran pecadora, mas espero que me hareis penetrar los efectos de esa vuestra misericordia que siempre he implorado. Así, os recomiendo mi alma y mi cuerpo.» Colocáronla en seguida sobre una cruz de ceniza, en donde espiró el 24 de Junio de 1135. No fué enterrada hasta el dia 26 del mismo mes. No ha sido aún honrado su culto público por un decreto solemne, empero, sin embargo, es mirada como santa en la órden de Cluni y por los agiógrafos de Auvernia. — C. de F.

RAINIER DE LOMBARDÍA. Nació este prelado, vicecanciller de la santa Iglesia Romana y obispo de Maguelona, en Lombardia, de una familia ilustre que honró con su piedad y talento. Inclinado desde sus primeros años á la vida religiosa, despues que se preparó para ello tomó el hábito en la órden de Sto. Domingo, pocos años despues de la muerte de este santo fundador, y como hiciese resaltar extraordinariamente su celo por la propagacion de la fe, extirpacion de los herejes y la salud de las almas, el pontífice Gregorio IX le nombró vicecanciller de la santa Iglesia de Roma. Con gran distincion llenó Rainier sus deberes en los cuatro años que aún vivió este papa, y bajo el pontificado de su sucesor Inocencio IV, á cuyo papa acompañó en su viaje á Francia al primer concilio de Lyon. Muriendo en esta ciudad dos años despues del expresado concilio Juan de Monlaur, obispo de Maguelona, en Junio de 1247, nombró el Papa á Rainier para este obispado que fué trasladado á Mompeller en 1536. En el tomo IV de la *Galia Cristiana* se ven los reglamentos que este virtuoso é ilustrado prelado hizo para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica en su diócesis. Estos reglamentos fueron confirmados mucho tiempo despues de su muerte por el papa Clemente IV. Mr. Balucio, en el tomo VII de su *Miscelánea*, hace mencion de un breve de Inocencio IV, de 7 de Julio de 1248, por el que se autoriza á Rainier á hacer quitar á los judíos de su diócesis el traje talar negro de que usaban y que los confundia con los eclesiásticos católicos. El celo que desplegó este prelado

contra los herejes le atrajo el aborrecimiento de estos, los que le envenenaron el 15 de Enero de 1249 en la misma hostia consagrada con que celebraba la santa misa. Además de los estatutos sinodales, publicó Rainier un tratado teológico en forma de diccionario, al que llama Bernardo Guidonis una obra llena de erudicion. Los que deseen más noticias deben consultar el tomo I de la *Historia de los hombres ilustres* de la órden de Sto. Domingo por el P. Touron. — C.

RAINIERI DEL BORGO S. SEPULCRO (V. P.). Nació este venerable capuchino en la ciudad de Borgo Sto. Sepulcro, en Italia, de padres virtuosos y pobres, en 1510, y recibió este nombre en la fuente bautismal. La educacion cristiana que se le dió ayudó tanto á sus piadosos instintos, que desde sus más tiernos años fué en él pasion honrosa la oracion. Deseaba consagrar á Dios su virginidad, pero la obediencia paterna le obligó á casarse á los diez y ocho años; y como Dios le tenia dispuesto para otras cosas, permitió que quedase bien pronto viudo por la repentina muerte de su esposa. Ya libre de los lazos matrimoniales, buscó otros más fuertes y duraderos, y llevando á cabo su deseo de servir al Señor en la venerable órden del Seráfico Padre S. Francisco, se presentó en el convento de Capuchinos de Casale, á dos millas de la ciudad, adonde acostumbraba á ir á orar; y admitido que fué en aquella comunidad, tomó el nombre de Rainieri. Dice Moron, que celoso el demonio de los progresos del nuevo religioso en la vida espiritual, le acometió con terribles tentaciones; pero que resistiendo Rainieri poniendo á Dios por escudo contra los ímpetus de sus pasiones mandados por Lucifer, no solo los venció derrotando á éste, sino que se acrisoló en la virtud. Muy observante de la regla á que se habia sometido, la observó con la más escrupulosa exactitud, y fué tan humilde, que á fin de sustraerse á la veneracion pública que le habia granjeado su santidad cuando viajaba, salia por la noche cuando hacia alto en algun pueblo, á fin de evitar tambien que el entusiasmo que producia su presencia no hiciese nacer el orgullo en su corazon. El espíritu de oracion le extasiaba y llenaba su alma de una inefable dulzura. Conocida que le fué por revelacion la época en que habia de morir, se preparó á este tránsito con tranquilidad, no perdonando nada para que correspondiese su muerte á la santidad de su vida. Quiso recibir en la iglesia la comunion en forma de viático, y despues se fué á la enfermería, en la que se le suministró la extremauncion, y el mismo dia al terminar las completas, dió su alma al Criador el año 1589. Sabida por el pueblo su muerte, invadió el convento, pidiendo reliquias de sus vestidos y cosas de su uso, y á no enterrar el cuerpo de órden del Obispo repentinamente, le hubieran mutilado para sacar reliquias. Su reconocida santidad hizo fácil la causa de su beatificacion, y Pio VI á fines del siglo XVIII aprobó su culto. — C.

RAINIERO, llamado el segundo en los anales de la órden de Sto. Domingo, para distinguirle de otro religioso del mismo nombre que fué obispo de Maguelona, floreció en el mismo siglo que éste, y era tambien italiano natural de Plasencia, capital del ducado de este nombre. Tenia grandes talentos naturales, mucho ingenio, elocuencia, erudicion y todo lo que podia distinguirle en cualquiera profesion que le pluguiese abrazar. Pero abusó en un principio de los dones de la naturaleza; la ciencia hinchó su espíritu y su corazon. Despues de haber perdido la humildad y el conocimiento de sí mismo, perdió el precioso don de la fe, y ántes de consagrar su cuerpo á la penitencia y su pluma á la defensa de la religion, hizo una cruel guerra á la Iglesia. Seducido por los ministros vandenses, Rainiero fué el defensor de sus falsos dogmas, el doctor, el pastor y el jefe de su secta, de que fué considerado como el apoyo durante un largo período de años. No contento con haberse separado de los católicos, comenzó á combatir con todas sus fuerzas las verdades de la religion en que habia sido instruido en su niñez. Su ardoroso natural y el falso celo que le animaba, le hacia correr por todas partes como otro Saulo para aumentar el número de sus sectarios. Sutil, elocuente, bien reputado por su doctrina y probidad, seducia á los unos con sus escritos, aterraba á los otros con sus discursos, llenos siempre de sofismas y de sutilezas á propósito para deslumbrar á los ignorantes ó corromper á los que estaban todavía débiles en la fe. Los antiguos historiadores han escrito sus primeros extravíos por sus propias noticias. Llegó al fin el momento en que el Señor, que le habia elegido desde la eternidad para hacerle el instrumento lo mismo que el objeto de sus misericordias, le dirigió una mirada favorable. Rainiero abrió los ojos á la verdad, se convenció; y enteramente convertido, no por las predicaciones de Sto. Domingo en el reino de España á últimos del siglo XII, como han escrito el P. Giry, mínimo, y Mr. Baillet, sino por los trabajos evangélicos de S. Pedro mártir, el apóstol de Italia, á últimos del siglo siguiente. Despues de este feliz cambio, la herejía no tuvo enemigo más intrépido ni adversario más terrible. Habiendo imitado con demasiada fidelidad los arrebatos de Saulo, perseguidor de la Iglesia, Rainiero se hizo tambien el celoso imitador de la fe y de la penitencia de S. Pablo. Manifestó el mismo ánimo y el mismo ardor en predicar en alta voz las verdades que habia combatido, y en combatir todos los errores de que habia tomado la defensa. Pero á fin de atraer sobre sí mismo nuevos favores del cielo y estar ménos expuesto á engañarse siguiendo sus solas luces ó sus propias opiniones, pidió el hábito de Sto. Domingo, le obtuvo, y despues de las pruebas necesarias, se le empleó con algunos célebres predicadores en el ministerio de la palabra. Durante un largo período ejerció este cargo con increible fruto. Sus discursos, llenos de erudicion y

vigor concluyeron bien pronto con el partido de los vandenses, los nuevos maniqueos y otros sectarios. Como habia conocido su veneno y su hipocresía, sus máximas, sus dogmas perniciosos y todos los artificios de que se servian para hacerlos admitir, se hallaba en estado de atacarlos con éxito, de confundirlos y desenmascararlos. Trabajó algun tiempo en la viña del Señor con S. Pedro mártir, á quien honraba como á su padre en la fe y de quien se esforzaba en imitar las virtudes. Siguió despues al célebre Juan de Vicenza en sus excursiones apostólicas; pero para dar más crédito á sus predicaciones ó mayor autoridad á su ministerio, los soberanos pontífices le encargaron especialmente del cuidado de velar en la conservacion de la fe en algunas diócesis de Italia. Su vida estuvo con frecuencia en peligro, sin que los mayores trabajos entibiasen nunca el ardor de su celo. La pequeña ciudad de Gatha, en la provincia de Lombardía, habia llegado á convertirse en el asilo de la herejía y de sus más ardientes ministros. Allí era donde tenian sus conventículos los doctores de la mentira; allí eran iniciados en los misterios profanos los prosélitos seducidos; de allí partian los seductores encargados de llevar á todas partes su doctrina anticristiana. Sabedor S. Pedro Mártir de todo lo que pasaba en esta sinagoga de Satanás, se habia dirigido algunas veces á aquellos lugares para procurar atraer al verdadero camino á aquellos ciegos voluntarios. Habia empleado para combatir el error ó disipar la ilusion, la vehemencia de los discursos más patéticos ó la energía de los milagros. Pero no habia encontrado nunca en los habitantes de Gatha mas que una invencible terquedad que rivalizaba con las más firmes y caritativas solicitudes, con los consejos, las oraciones y los prodigios. Obligado á retirarse sin haber podido conseguir nada, sacudiendo el polvo de sus piés, predijo el Santo que aquella desgraciada ciudad, tan criminal y más indócil que la idólatra Nínive, seria bien pronto arruinada, y Rainiero fué quien ejecutó pocos años despues la prediccion del bienaventurado mártir. Los herejes le tendieron tambien con frecuencia lazos, y sus fautores, muy poderosos entónces en el ducado de Milan, le condenaron al destierro. El siervo de Dios habia despreciado generosamente las amenazas; y sufrió con alegría el destierro y la proscripcion, pronto á hacer el sacrificio de su vida por ganar almas para Jesucristo, y reparar con la efusion de su sangre las pérdidas que habia causado á la Iglesia en sus dias de ceguedad. En otra parte hemos hecho la observacion de que los mismos herejes, que procuraron la corona del martirio á S. Pedro de Verona, habian destinado tambien una gran suma de dinero para recompensar al que los librase de un solo golpe de las continuas investigaciones que no dejaba de hacer Rainiero, ó para descubrir sus secretos complots, ó para desconcertar sus designios, perjudiciales siempre al reposo de la Iglesia. Los maniqueos le odiaban de tal manera,

que supo que atentaban contra su vida, porque se lisonjeaban de que el temor de la muerte le haria callar. Pero se engañaron en su esperanza. El celoso ministro del Evangelio tenia por máxima y regla la de S. Pablo: encargado de anunciar las verdades de salvacion y de combatir con la espada de la palabra á todo el que se atreviese á levantarse contra Dios, miraba como un triunfo el morir por el sagrado depósito que le habia sido confiado. Lo que no podia hacer en una época ó un lugar lo hacia en otro. Pero despues de la muerte de S. Pedro Mártir fué cuando la cosecha apareció abundante, y su fiel discípulo recogió los preciosos frutos de sus trabajos. Veíase diariamente un gran número de herejes, con frecuencia jefes y doctores de las sectas, los más obstinados en otro tiempo en sostener los dogmas perversos de su secta, venir á abjurarlos en manos de Rainiero, y aprender de él lo que debian creer ó practicar para merecer ser admitidos en la comunion de la Iglesia y recibir la misericordia del Señor. El papa Alejandro IV le honró con muchos breves, ya para animarle á continuar con el mismo celo en el desempeño de la comision de que su predecesor Inocencio IV le habia encargado en toda la Lombardía y la Marca de Ancona; ya para prescribirle la manera de que debia portarse, ora con los penitentes apóstatas, ya con respecto á los que sostenian obstinadamente todavía sus errores ó que favorecian á sus ministros. Por sus cartas apostólicas de 28 de Diciembre de 1260 mandaba el mismo Papa á todos los arzobispos y obispos de Italia que no dejasen de velar por el P. Rainiero, digno ministro del Evangelio, que habia sido comisionado por la Santa Sede para trabajar en sus diócesis por la extirpacion de la herejía, que le prestasen ayuda y consejo en caso de necesidad, y le defendiesen contra los insultos ó la mala voluntad de los herejes. Tenemos otro breve del papa Urbano IV, fechado en Viterbo el 21 de Julio de 1262, en que Su Santidad ordenaba al P. Rainiero se dirigiese inmediatamente á la corte de Roma, donde su presencia era absolutamente necesaria para negocios importantes relativos á la religion, y en los que no dudaba que podria dar grandes luces. La fecha de este último breve es otra prueba contra la opinion de los que suponen la conversion de Rainiero en el siglo XII; dándonos á conocer al mismo tiempo el error de Mr. Dupin, que ha colocado la muerte de este grande hombre en 1260 ántes del pontificado de Urbano IV. La principal obra que compuso Rainiero, y la única que nos queda de él, es la *Suma de los Catharos* ó nuevos maniqueos, ó contra los vandenses, llamados los *pobres de Lyon*. Despues de haber hecho el panegírico de la fe cristiana y de la Iglesia católica, trata el autor sábiamente del origen de las nuevas sectas, de sus dogmas, de sus misterios, de sus sacramentos, de sus ministros y de sus iglesias. Nos enseña cuáles son las señales por que se puede conocer á los nuevos herejes, sus opiniones ó sus

costumbres, y la manera de que se les debe examinar, convencer, corregir ó castigar. Es preciso hacer la observacion de que segun el exacto cálculo hecho en su presencia por los jefes de los cátharos, el número de sus discípulos de ambos sexos esparcidos en todo el mundo no excedia de cuatro mil. Este escrito, citado con frecuencia por los sabios y que es de una grande utilidad por contener un perfecto conocimiento de todos los dogmas de los herejes del siglo XIII, se halla en la *Biblioteca de los Santos Padres*, ediciones de París, Colonia y Lyon. Ya se habia impreso en 1613 en Ingolstad, en Baviera, bajo la direccion de Jacobo Gretser. El editor parece haber cambiado un poco la armonía de la obra, y haber insertado en ella algunas expresiones propias de su lengua. Quizá pudo tambien haber encontrado estos cambios y estas expresiones en el manuscrito cuya impresion procuró. Al fin del tratado hay una adicion relativa á los hipócritas, de que Rainiero se habia propuesto dar á conocer los errores y artificios con que acostumbran ocultarse. En el cap. V de su *Suma* es donde hablando de la falsa penitencia de los cátharos hace una confesion de sus propios extravíos. Reconoce que durante diez y siete años habia vivido en la herejía, y da á Dios solemnes gracias, porque por una gratuita misericordia le habia llamado al fin á la admirable luz de la fe. A ejemplo de S. Agustin, que durante cerca de nueve años habia escuchado á los antiguos doctores de la misma herejía, creyó Rainiero que no era bastante para él abrir al fin los ojos á la luz y someterse humildemente al yugo de la fe, si no hacia al mismo tiempo los mayores esfuerzos, ó para atraer á la verdad á los que le habian inspirado el error, ó para enseñar al ménos á los fieles los medios de evitar sus lazos. Con esta mira y por este motivo de caridad compuso la obra de que acabamos de hablar.—S. B.

RAINIERO, diferente de otros dos religiosos de este mismo nombre de la órden de Sto. Domingo. Tomó el hábito en Pisa, donde nació á últimos del siglo XIII y se hizo célebre en el siguiente. Sin embargo, como se observa en la *Galia cristiana*, se le ha confundido algunas veces con Rainiero de Lombardía, que murió obispo de Maguelona muchos años ántes del nacimiento del que nos ocupamos. Aunque el abad Tritemio, Leandro Alberto y otros muchos escritores, aseguran que se hizo un gran nombre por sus virtudes, su erudicion y sus escritos, no nos refieren ninguna particularidad de su vida, contentándose con decir que este digno religioso no cesó nunca de trabajar en su propia perfeccion y en la salvacion de sus hermanos, y murió en olor de santidad el año 1351. Es verdad que su grande obra recopilada de las Sagradas Escrituras, de los libros de los Santos Padres y de los de los teólogos más aprobados, no respira más que piedad, amor á la sabiduría, ó el deseo de preferir el temor del Señor y el amor de la virtud á to-

do lo que lisonjea los sentidos, la ambicion y la avidez de los mundanos. En el principio de su obra asegura Rainiero que su designio ha sido remediar en cierta manera tres inconvenientes, que alejan por lo general á los jóvenes del estudio de los libros sagrados, ó que ocasionan al ménos mucho disgusto y trabajo á los que quieren dedicarse á él. Estos inconvenientes son: 1.° la diferencia de opiniones entre los intérpretes de la Sagrada Escritura; 2.° el gran número de libros que hay que leer para llegar á instruirse; 3.° la dificultad de encontrar lo que se busca en esa multitud casi infinita de volúmenes. Rainiero ha creido poder evitar la mayor parte de estas dificultades, ó disminuirla mucho, con la eleccion que ha hecho de los autores más estimados, más recomendables por su ortodoxia y la solidez de sus doctrinas, para componer una sola obra que contuviese en compendio y por órden alfabético todo lo que se halla esparcido en otras muchas que tratan de religion y de materias teológicas. El franciscano Jacobo de Florencia ha aumentado despues muchas cosas á esta obra, y la hizo imprimir en Nuremberg en 1475. Tambien se imprimió del mismo modo en Venecia en 1486, en Lyon en 1519, en Brescia en 1580, y despues en Paris con adiciones ó notas del P. Nicolai, dominico.— S. B.

RAINNEVAL (Susana de Vez), viuda de Daniel de Rainneval, teniente coronel del regimiento de Souche, llamado despues de Arcourt, abjuró la herejia protestante en una de las parroquias de Arras el 10 de Febrero de 1686. Se habia puesto hacia algun tiempo bajo la direccion de un capuchino muy entendido en las controversias, y habia recibido todas las explicaciones que necesitaba sobre sus dudas, lo mismo que Mlle. Saquier, hija del célebre ministro Isaac Saquier. Estando dispuesto todo, Mr. de Préfontaine, presidente del consejo de Artois, y Mr. Bataille, procurador general del mismo consejo, fueron á buscarla y la condujeron á la iglesia. Asistieron al acto todas las personas notables de la provincia, y hubo muchas que se hicieron un honor en firmar el acta de su profesion de fe, entre otras Mad. de Montmorency, la marquesa de Arancy y la condesa de Mauve, de la casa de Cresquy Se cantó el *Veni Creator*, á que siguió un elocuente discurso, que hizo el P. capuchino á estas dos señoras ántes de recibir su abjuracion.—S. B.

RAINO, Renio ó Rainerio. Este cardenal fué creado para esta dignidad sacerdote de los Stos. Marcelino y Pedro por el pontifice Pascual II el año de 1099, y asistió á los concilios de Guastala y de Laterano. De órden del Papa confirmó con juramento el privilegio de las investiduras eclesiásticas. Despues aprobó con sus colegas en Roma la eleccion de Calixto II, hecha en Cluni, y suscribió la bula expedida por estos en el Laterano en favor de los obispos de Córcega.— C.

RAINSSAUT (Juan Fermin). Nació en 1596 en Snippe, pueblo de la

Champagne. Muy jóven suspiró por el retiro del claustro, y asi fué que á los diez y seis años tomó el hábito de la órden de S. Benito en Verdun, en el célebre monasterio de S. Vannes, casa principal de esta ilustre congregacion, que acababa de establecer Didier de Lacour. Bien pronto le hizo un distinguido lugar su piedad entre los religiosos, que admiraron al propio tiempo sus progresos en el estudio. Su capacidad le condujo aún en la juventud á los primeros empleos de la Orden. Nombrado abad de Cluni en 1630, el cardenal Richelieu quiso introducir en la Orden la reforma; y para efectuarlo pidió muchos monjes al monasterio de S. Vannes; y entre los diez y ocho que se le mandaron fué Rainssaut. No se detuvo en esto el Cardenal; por medio de un concordato unió la órden de Cluni con la congregacion de S. Mauro, creada sobre las mismas bases que la de S. Vannes; pero esta union terminó en 1644, y prefiriendo Rainssaut esta congregacion á la suya, obtuvo del Pontífice un breve de traslacion tanto para él cuanto para los que habian venido en su compañía á Cluni, y en ella obtuvo altas dignidades monásticas. Fué prior de S. German de los Prados en París en 1645 y definidor en el capítulo de 1648, en el que hizo dimision de su superioridad. Despues fué nombrado visitador de Bretaña, en cuyo empleo, cayendo del caballo cuando llenaba sus funciones, se rompió una pierna, y murió de sus resultas el dia 8 de Noviembre de 1651 en el convento de Leon, cerca de Dinan. Las obras que han quedado de este ilustrado benedictino son las siguientes, publicadas en francés: *Carta dirigida al príncipe Francisco de Lorena, obispo y conde de Verdun, príncipe del Santo Imperio, sobre diferencias entre los PP. Benedictinos de S. Vannes y de S. Hidulfo*; 1630, en 8.° En esta carta se pretende averiguar si los superiores despues de cinco años de ejercicio podian reelegirse inmediatamente. Mandado á Roma este asunto, el Papa le remitió al obispo de Verdun, en ocasion en que Rainssaut era prior de S. Vannes, y áun cuando expuso en esta carta las razones en que se fundaban ambos partidos, se nota que él estaba por la reeleccion, y así emitió su juicio al prelado y se publicó en el parlamento de París.— *Las maravillas de nuestra Señora de Bethleem y la abadía de Ferrieres en Gatinois*; París, 1635, en 24.°, cuya obra publicó siendo prior de Ferrieres.— *Meditaciones para todos los dias del año, sacadas de los Evangelios que se leen en la Misa, y para las principales fiestas y octavas de los santos*; París, 1633, en 12.°; ibidem, 1647 y 1679, edicion corregida por Bulteau; 1689 y 1699, en 4.° Tasin consagró un artículo á Rainssaut en la *Historia literaria de la Congregacion de S. Mauro*.—C.

RAINSSAUT, religioso mínimo de la misma familia del anterior, al parecer, fué natural de Reims, y adquirió un gran nombre como predicador por su talento y elocuencia. Predicó en Francia, en la Lorena y en los Países

Bajos, y murió en Nancy el 16 de Marzo de 1639 á los sesenta años de religioso.—C.

RAIS Y REY (Fr. Mariano), religioso dominico. Nació en Valencia en 4 de Marzo de 1796, y tomó el hábito en el convento de PP. Predicadores de la misma ciudad, donde siguió los estudios de filosofía y teología, siendo trasladado al terminarlos al convento de S. Onofre, situado entónces en el término de Museros, en la huerta de Valencia. Nombrado posteriormente lector de teología del de dominicos de S. Felipe, pasó á esta casa, donde permaneció hasta terminar su lectura, siendo elegido por entónces confesor de las religiosas de su Orden en la ciudad de Valencia, de donde pasó despues á Villareal, tambien como confesor, y vicario además de aquel convento de religiosos. Además de estos cargos ejerció los de prior de los conventos de S. Felipe y Alicante, y por dos veces de su casa de profesion de S. Anton y S. Onofre, trasladada en 1804 al convento de los extinguidos Antonianos, extramuros de Valencia. Escribió: 1.° *Historia de la provincia de Aragon de la Orden de Predicadores, desde el año* 1808 *hasta el de* 1818, *supresion y restablecimiento de sus conventos, y servicios hechos por la misma á la religion y á la patria;* Zaragoza, por Francisco Magallon, 1816, en 4.°—2.° *Villancicos para cantar las religiosas del convento de Dominicos de nuestra Señora de la Consolacion de la ciudad de S. Felipe en la festividad que han de celebrar por haber sido elevada á los altares la B. Juana de Aza, condesa de Caleruega y madre de Sto. Domingo de Guzman;* Valencia, por Bunola, 1829, en 4.°—3.° Un *Discurso leido en la apertura del Seminario patriótico de S. Felipe;* Valencia, por Benito Monfort, 1806.—S. B.

RAISS (Arnaldo), natural de Douay, floreció en el siglo XVII. Siendo canónigo de la santa iglesia de S. Pedro de la ciudad de su nacimiento, se dedicó á buscar cuanto pudiese dar á conocer á los santos de los Paises Bajos y sus reliquias. Con este intento registró cuidadosamente los archivos de las iglesias y de los monasterios, y su celo y pesquisas produjeron las siguientes obras que le debe la literatura eclesiástica: *Auctarium ad natales Sanctorum Belgii Joannis Molani;* Douay, 1626, en 8.°—*Hierogazophilacium Belgicum;* Douay, 1628, en 8.°—Este es un tratado de las reliquias conservadas en los Paises Bajos.—*Peristromata Sanctorum;* Douay, 1630, en 8.°—*Origines Cartusiarum Belgii;* Douay, 1632, en 4.°—*Bélgica cristiana*, en la que se halla el tratado de los Obispos de Flandes; Douay, 1634, en 4.°—*Vita Beatæ Mariæ Raggiæ;* Douay, 1621, en 8.° Esta es la vida de una hija de la Orden tercera de Sto. Domingo, nacida en la isla de Chio, que escribió en español Juan Pedro de Zaragoza, que se tradujo despues al francés, de cuya lengua la vertió Raiss al latin.—*Cœnobiarchia Ogniacensis Francisci Mosschi;* Raiss dió una nueva edicion de este libro con aumentos por su parte, en Douay en

1636.—*Cœnobiarchia Crispiniensis;* Douay, 1642, en 8.°: es una historia de la vida de los abades de este monasterio.— *Vita Sancti Landelini, Abbatis et Fundatoris Crispiniensis;* Douay.—*Vita Sancti Ayberti Crispiniensis Cœnobii Ascetæ et reclusi;* Douay. Segun Valerio Andrés en su *Biblioteca Belga*, Rais murió en Douay el dia 6 de Setiembre de 1644.—C.

RAISSON (Fr. Cárlos) del órden de Predicadores. Ignóranse los principios de este religioso. y únicamente se sabe que habia tomado el hábito de Sto. Domingo, y hecho su profesion en el convento de Aviñon. Era profesor de sagrada teologia, cuya facultad explicó en la provincia de Tolosa y luego en París en la casa del Noviciado general, sita en el barrio de S. German. Floreció á principios del siglo XVII, y es conocido por la siguiente obra publicada en idioma francés: *Vida del V. P. Antonino Maussolié, profesor del convento de Tolosa, inquisidor de la fe, consultor y calificador del Santo Oficio en Roma, y Vicario general de toda la Orden de PP. Predicadores.* Embien 1715, un tomo en 4.°—M. B.

RAITSCH (Juan). Este superior del convento de S. Miguel Arcángel en Kovila, nació en Karlowitz en 1726, y murió en Kovila el 23 de Diciembre de 1801. Estudió la teologia en Kiew, y emprendió muchos viajes por las provincias turcas á fin de recoger noticias para escribir la historia de la antigua Servia, á cuyo fin extractó muchos manuscritos que encontró en los conventos servios. A estas sabias pesquisas se debe la importante obra histórica impresa en Viena en cuatro volúmenes en 8.°, en 1694, con grabados, cuyo título, que traducimos, es: *Historia sobre los diversos pueblos esclavos y en particular de los búlgaros, croatas y servios, sacada de fuentes oscuras y olvidadas y dada á luz por Juan Raitsch.* Entre las muchas obras manuscritas que dejó este autor se halla la relacion de sus viajes y varios fragmentos útiles para la historia de la Servia, segun Prevot Lutkens, de quien tomamos estas noticias.—C.

RAJOCO (Fr. Guillermo), del órden de Predicadores. Fué natural de un pueblo llamado Cayen, en la Picardia, cinco millas distante de Saint-Valery. Tomó siendo muy jóven el hábito de Sto. Domingo en el convento de Embien, donde se hizo notable, no solo por su doctrina y sabiduría, sino tambien por su piedad, rectitud de costumbres y estricta observancia de la regla monástica. Habiendo pasado á Paris, desempeñó por dos veces el cargo de prior del convento de Santiago, siendo tambien electo presidente de estudios y ministro provincial de la Orden en Francia, en el capitulo general celebrado en Bolonia el año 1302. Era tambien maestro de sagrada teologia. Ignórase el año en que ocurrió su fallecimiento. Dejó escritos varios sermones, y un compendio de la obra de Juan de Friburgo, titulada: *Summa casuum conscientiæ.*—M. B.

RAJOY LOSADA (D. Bartolomé), canónigo doctoral de las santas iglesias catedrales de Lugo y Santiago de Galicia. Nació en Puentedeume, villa de aquel reino, de una antigua y distinguida familia. Despues de haber hecho los mejores estudios y obtenido las dignidades arriba indicadas, fué llamado á la Corte en 1750, donde se le nombró comisario general de Cruzada, confiriéndole al año siguiente por gracia especial de Fernando VI y sin consulta de la Cámara, el arzobispado de Santiago, donde hizo célebre su nombre por la construccion de diferentes obras que perpetuaron su memoria. Citanse entre estas la casa de misericordia, llamada de Carretas, con destino á pobres tullidas: el seminario, que se halla en la Plaza Mayor frente á la catedral, al que dotó con cinco mil ducados para que sirviese de habitacion á doce confesores, que desempeñaban su ministerio en la catedral en las horas de coro, debiendo vivir además en él los coristas, misarios, acólitos y el maestro de capilla. Este hermoso edificio, de construccion moderna, encierra la sala consistorial, las oficinas del ayuntamiento, secretarías, las cárceles secular y eclesiástica, alhóndiga y habitaciones para un canónigo, que tiene á su cargo la administracion de tan magnífico edificio. Tambien compró y reedificó para uso de sus sucesores el palacio de Lestrove, junto al Padron. Construyó la grande iglesia de Puentedeume, dotándola con buenas rentas, y haciéndola varios presentes de alhajas de plata, los que extendió á los demás templos y en particular á su iglesia catedral, pues regaló con destino al servicio del santo apóstol una esclavina, un bordon, una cruz, seis candeleros, todo de oro guarnecido de diamantes, cuyo coste le subió á más de un millon; pero estas alhajas y otras que tenia aquella iglesia, lo mismo que otras muchas de España, fueron robadas por los generales franceses durante la guerra de la Independencia. No olvidó este benéfico prelado en medio de tantos desembolsos el socorro de los pobres que sostenia en el hospicio del rio de los Sapos, y en particular en los calamitosos años de 1768 y 1769 hizo llevar á Santiago, ayudado por el cabildo de su catedral, grandes cantidades de maiz de Francia, y de trigo de Castilla. Proyectaba la construccion de un canal para conducir la ria del Padron á las proximidades de Santiago, cuando le sorprendió la muerte, acaecida en 15 de Julio de 1772, á la edad de 82 años. Fué sepultado, segun lo habia dejado decidido en su testamento, en una capilla de la catedral fundada por D. Lope de Mendoza, uno de sus antecesores, y la que habia reedificado con este objeto.—S. B.

RALFO ó RALF (S.). Los autores no nos dan particularidad alguna de este santo prelado, concretándose uno de los que hemos consultado solo á decir que fué arzobispo y confesor; pero dónde tuvo su silla, no lo hemos encontrado en parte alguna; cosa tanto más extraña, cuanto que se dice con seguridad que murió el año 866, época en que ya debiera haber alcan-

zado la noticia á nosotros, y parece cosa extraña que quien afirmó la fecha, olvidase el lugar de la diócesi y el de la muerte, cuyo tiempo fija.—C.

RALLO (Manuel Antonio de Palmero y), obispo de Gerona. Natural de la villa de Villanueva del Campo, en el reino de Leon, colegial del de San Salvador de Oviedo, y doctoral de la santa Iglesia de Zamora. Promovido al obispado de Gerona, tomó de él posesion á 1.° de Octubre de 1756. A este y otros prelados de este y el pasado siglo, lo mismo que se advierte y sucede en otras muchas iglesias, apénas hay que contar de sus acciones cosa que interese á la historia, ó porque efectivamente no hicieron cosa que mereciese este nombre, ó porque la proximidad á nuestros dias y costumbres hace poco diferentes sus hechos del gusto y genio de los nuestros. El celo pastoral, visita de la diócesis, sínodos, etc., esta era su propia y constante ocupacion. En el desempeño le halló la muerte á 7 de Mayo de 1774, habiéndose despedido de su sínodo el 13 de Abril anterior, con una carta muy tierna, que se imprimió junto con la oracion fúnebre dicha por D. Ciro Valls á 20 de Mayo. Fué enterrado delante del presbiterio en el plano de la iglesia con la siguiente inscripcion:

H. S.—D. D. Emmanueli Ant. de Palmero et Rallo Legionensi ex oppido de Villanueva del Campo olim in majori Ovetensi collegio S. Salvatoris Salmanticæ alumno. Mox Senticensis ecclesiæ canonico doctorali. Gerun. dein. sedis inaugurato Episcopo, animo fortitudine morumque probitate spectabili, bonarum artium favitori, priscæque disciplinæ ægregiæ studioso. Hoc grati animi et obsequii monimentum pietas pos. Vixit in pontificatu an. XVII men. VII, d. VI. An. nat. LXVII, men. IV d. IV. Naturæque concessit. Nonis mai. an. Chr. M.D.CC.LXXIV.—A. L.

RAM, hijo de Esron y padre de Aminadab, de la tribu de Judá. (1.° Par., II, 9).

RAM (Job. XXXII, 2). *Elin Buzita*, de la raza de *Ram*. Segun todas las apariencias, *Ram* en este lugar está tomado por *Aram*. Elin era de la raza de Buz, hijo de Nachor arameo ó sirio.—S. B.

RAM (Domingo). Nació este Cardenal español en Alcañiz, ciudad del reino antiguo de Aragon. Dedicado á la carrera eclesiástica con brillante éxito y hecho sacerdote, distinguióse de tal modo por su sabiduria y profundos conocimientos en el derecho civil y eclesiástico, que fué nombrado obispo de Huesca en 1411, despues de Juan de Tauste, religioso de nuestra Señora de la Merced. Muerto D. Martin, rey de Aragon, su hermano Juan I se hizo proclamar rey de Aragon con perjuicio de los sobrinos de mejor derecho, por lo cual se turbó la tranquilidad del reino, en cuya crísis se pre-

sentaron á disputar su derecho varios pretendientes á la corona. Reunidos los estados en Alcañiz, se nombraron nueve jueces árbitros para que decidiesen esta contienda, declarando el mejor derecho al que le tuviera, entre los que fué uno de los principales elegidos Ram como obispo de Huesca. Elegido rey de Aragon por los estados el infante de Castilla D. Fernando, apellidado *el Justo*, este soberano le mandó á comunicar la noticia como embajador suyo á Castilla, Nápoles y Sicilia. Nombrado gobernador de Sicilia, fué trasladado al propio tiempo de la silla de Huesca á la de Lérida. El antipapa Benedicto XIII le nombró su legado para la convocacion de un concilio ecuménico, pero conociendo bien pronto los subterfugios del ambicioso intruso pontifice, le abandonó. Conociendo el mérito de Ram el pontífice Martin V, le creó cardenal sacerdote de S. Juan y S. Pablo en 1430, y en seguida fué nombrado arzobispo de Tarragona. Siendo pontifice Eugenio IV en 1443, se le trasladó al arzobispado de Porto por el Papa, reconocido á lo bien que le defendió en el concilio de Basilea, oponiéndose, como en el concilio de Arles, á la errónea opinion de que el concilio es más que el pontifice, cuestion que se suscitó con fuerza en aquella época, y que venció á favor de la Santa Sede el español Ram con su razonable elocuencia. Obligó Alfonso V al Cardenal á volver á Aragon, á fin de que asistiese á su consejo durante la guerra que sostenia este rey contra el de Castilla, y Ram tuvo la gloria de poner paz entre ambos contendientes, contratando una tregua por cinco años. Volvió el Cardenal á Roma, en donde lleno de méritos por los importantes servicios prestados á la religion, á su patria y á la Santa Sede, murió en el mes de Abril de 1445 de cerca de cien años. Fué sepultado en la basílica Lateranense ante el altar de los santos Juan Bautista y Juan Evangelista, con una sencillísima y breve inscripcion. Moroni en su *Diccionario Eclesiástico*, Zurita en sus *Anales de Aragon*, Auberi, y otros elogian á este prelado español.—C.

RAM (D. Gaspar), hijo de Barbastro, y de la ilustre familia de su apellido, divisada con un ramo verde en campo de oro. Leyó artes y teología en la universidad de Huesca, donde las habia estudiado. Doce años tuvo su cátedra de vísperas de teología y cuatro la de prima, de la que pasó á otra de la universidad de Barcelona, erigida para que la leyese con 2.000 rs. de plata de salario, segun consta de una carta de su sobrino D. Juan Ram, y más originalmente del auto auténtico del consejo de Cien de esta ciudad, que refiere dicha institucion, y lo poseia el citado D. Juan. Repitió despues la enseñanza en la mencionada universidad de Huesca en su cátedra de prima, y en este tiempo fué nombrado vicario general del ejército de S. M. en Italia, administrador general de los hospitales militares, y confesor del gobernador de los Estados de Milan D. Pedro de Aragon. Despues obtuvo el

arciprestazgo de Daroca, dignidad de la metropolitana de Zaragoza, donde continuó con la fama de teólogo y orador distinguido. El doctor Bartolomé Sobradiel, su familiar, que murió en 16 de Enero de 1643, siendo vicario de la villa de Villaroya, legó la librería de D. Gaspar á la cartuja de la Concepcion de Zaragoza, donde está enterrado, trasladado en 1666 del sitio que tuvo este monasterio, no léjos de Alcañiz, y por dicho legado y cien escudos más que agregó, acordó su comunidad el celebrarle todos los sábados una misa. Las obras que escribió D. Gaspar son: 1.ª *Tractatus de Divinis præmotionibus, seu efficatia divinæ causalitatis pars prior, in qua quinque relectionibus de æternitate, infallibilitate, atque efficatia scientiæ Divinæ disputatur, traditur vera ratio conciliandi infallibilitatem, et efficatiam Divinæ scientiæ cum contingenta et creata libertate. His accesit relectio VI de phisica causalitate Gratiæ habitualis in actum contritionis, qui ad justificationem et dispositio simultanea. Ad excellentis. D. Ducem Monteleonis.* En Huesca por Juan Perez de Valdivieso, 1611, en 4.°, de 214 páginas sencillas. 2.ª *Aliæ Relectiones circa Patrem Franciscum Suarez, et Patrem Leonardum Lessium*, que es sin duda la otra parte de la referida obra.—3.ª *Propugnacula duo de præmotionibus.*—4.ª *Notata de Auxiliis Divinæ Gratiæ.*—5.ª *Opuscula circa Doctrinam Angelici Doctoris Sancti Thomæ Aquinatis, et de gratia Deiparæ Virginis Mariæ.*—6.ª *Advertencias á la vida cristiana.* De esta obra trata la referida carta del Doctor D. Juan Francisco Ram, arcipreste de Morella, á 5 de Enero de 1653, donde le dice que quiso escribir la vida de su tio, valiéndose de papeles que tenia el doctor Blasco Coralet, y que á más de las obras referidas escribió la vida cristiana, que dictó para la señora doña Leonor Gaztelú en Huesca, estando para ir á Barcelona, y que serán un pliego de impresion. Que en Barcelona se reimprimieron muchas veces, que las extendió en Milan, y se reimprimieron en 1616, en 8.°; llegando á sus manos tan pocos ejemplares, que por darlos á algunas personas se quedó sin ellos.—7.ª *Tratado sobre si por necesidad de agua, se podian mojar las reliquias de los santos, como se habia hecho con las de S. Victorian, y era costumbre en la diócesis de Huesca.* Ms. que desde esta ciudad remitió al concilio provincial de Zaragoza, celebrado en 1614 y 1615, y no concordándose en él, se remitió el dubio á la Sagrada Congregacion de Ritos en Roma, donde presentó D. Gaspar un—8.ª *Breve tratado latino sobre esta controversia por mano del doctor Miguel Caverni, canónigo de Barbastro alli residente*, y se determino, sábado 19 de Enero de 1619, la negativa. Decreto que copia Aynsa en su Historia de Huesca, página 443.—9.ª *Sermon predicado en la beatificacion de Santa Teresa de Jesus en las Carmelitas descalzas de Zaragoza*, que estampó en la relacion de estas fiestas D. Luis Diez de Aux; en esta ciudad, 1615, por Juan de Lanoja, en 4.°, desde la página 201.—

10. *Un papel contra el voto, y juramento de la pia, santa y loable confesion de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, que hizo la ciudad de Zaragoza y otras del reino de Aragon.* Este papel, escrito en 1619, conmovió el real ánimo de D. Felipe III. Fué examinado, y pareció que pudiera no haberse publicado, como lo manifestó S. M. á la ciudad en carta de 31 de Agosto de dicho año, y el autor mereció por su inadvertencia la desaprobacion y resentimiento del arzobispo de Zaragoza D. Fr. Pedro Gonzalez de Mendoza, como consta del *Encomium Imperialis Augustæ Civitatis in laudem Deiparæ Virginis*, que tiene y á continuacion la forma del voto y juramento referido, que hizo la dicha ciudad á los pies de la Virgen del Pilar en su santa capilla de Zaragoza en 12 de Mayo de 1619; se estampó en fólio.—11. *Tres tomos de Scientia, voluntate et providentia*, que quedaron manuscritos.—12. *Diversos discursos, papeles y sermones*, que componian 30 tomos en fólio segun el citado su sobrino en la mencionada carta. Acuerdan tambien su memoria el caballero D. Vicencio Juan de Lastanosa en su *Museo de medallas*, página 87, y D. Nicolás Antonio, tomo I de su *Biblioteca Hispana*.—L. y O.

RAM (Fr. Luis), religioso franciscano de la regular observancia, nació en Huesca. Era predicador principal del Real convento de S. Francisco de Zaragoza en 1634. Fué devotísimo de nuestra Señora de Monlora y su convento franciscano; motivo porque faltandole á este santuario, en los términos de la villa de Luna, una historia que conservase y acordase su mérito, escribió: 1.° *Descripcion del convento de nuestra Señora de Monlora y su Montaña, y relacion de los prodigios milagrosos de una santa Imágen de Jesucristo en la columna, y fiesta en la traslacion de su Imágen á una suntuosa capilla*, en Huesca, por Pedro Bluson, 1634, en 4.° Dedicó esta obra á la noble villa de Luna y sus jurados, compendiando su historia.—2.° *Sermon de la traslacion de la santa imágen de Cristo nuestro Señor en el convento de la Virgen de Monlora*, en Huesca por Pedro Bluson, 1634, en 4.° Se unió á la descripcion, y va al fin de ella.—3.° *Consuelo universal de todos los afligidos.* Hace el autor memoria de esta su obra, que tenia muy adelantada en el *prólogo* de la referida descripcion.—Tratan de este autor los cronistas Fray Juan de S. Antonio en su *Biblioteca general Franciscana*, tomo II, y el P. Hebrera en *la Relacion* que más extensamente imprimió del mismo convento de Monlora, páginas 14, 40, 68 y en otras.—L. y O.

RAM (Pedro Francisco Javier), teólogo belga, nació en Lovaina el 2 de Setiembre de 1804, estudió teología en el seminario de aquella ciudad. Ordenado de sacerdote y graduado de doctor *in utroque jure*, enseñó filosofía é historia eclesiástica en los seminarios de Malinas. Elegido miembro de la Academia Real de Bruselas en 1837, presidió la clase de letras en 1850 y 54. Ha sido canónigo honorario de la iglesia de París hasta su muerte,

ocurrida en una época muy reciente. Entre las principales obras de este sabio eclesiástico se distinguen como más notables: 1.ª *Vidas de los Santos;* Malinas, 1827, cuatro volúmenes en 12.°, en flamenco.—2.ª *Historia philosophiæ;* ibid., 1832, en 8.°, que nos hace remontar mas allá del nacimiento de Jesucristo.—*Disertacion sobre el calendario eclesiástico;* ibid., 1834, 8.°, traducido del aleman de Binteri, y un gran número de Memorias sobre diferentes puntos de arqueología nacional, impresas en el *Boletin* de la Academia de Bruselas. Fué tambien director del *Nuevo Conservador belga*, 1830 al 35, once volúmenes en 8.°, coleccion histórica y literaria lo mismo que el *Anuario de la universidad de Lovaina*, 1837-1856; veinte volúmenes. Ha dado á luz muchas obras importantes, en particular las *Obras de Veitte;* Malinas, 1824-1826, ocho volúmenes en 12.°—*Synodicon belgicum;* ibid. 1828 y siguientes.—*Vidas de los santos de Butler;* Lovaina, 1828, 1835, veintidos volúmenes en 8.°; segunda edicion, 1850.—*Crónicas de los duques de Brabante;* 1854, dos volúmenes en 4.°—S. B.

RAMAIS (Ana y Rosa), protestantes, hijas del ministro de Argenton en Berry, abjuraron el 5 de Abril de 1683 en manos de Mr. Curauldin, párroco de Argenton.—S. B.

RAMÁS (Fr. Miguel de). Este ilustre español perteneció á la religion de S. Agustin, y fué uno de sus ornamentos á la mitad del siglo XVI. Dotado de un claro talento, se aplicó á los estudios con grande provecho y fué muy pronto filósofo y teólogo no vulgar, sino muy aventajado; tomó el hábito en Valencia, su patria, y allí hizo toda su carrera tanto literaria como religiosa, siendo en cuanto á esta modelo de virtudes, y en cuanto á aquella uno de esos varones que Dios quiere muchas veces que se levanten para procurar su gloria, servicio y amor. Se aprovechó algun tanto la Orden de sus talentos, habiéndole hecho regentar algunas cátedras, y sin que pueda decirse que lo hizo mal, hemos sin embargo de consignar que no era esta la carrera por la que Dios le llamaba á la cúspide de la perfeccion. Luchó por algun tiempo con la idea de haber de manifestar esta su repugnancia á sus superiores, pues esto le parecia inobservancia, desobediencia á sus superiores; y queria al mismo tiempo obrar segun la disposicion que Dios le habia dado, para lo cual veia indispensable el abandonar la cátedra para tomar, ó el púlpito, ó cualesquiera otro ejercicio donde pudiera ser útil á sus hermanos. Bien fuera que los superiores, con ese acierto que Dios les infunde indudablemente para el ejercicio adecuado de su importante ministerio, ó ya que el Padre les hiciese notar que no era para la enseñanza tan apto como podria serlo para otras cosas, y por consecuencia le retiraron del gobierno de los estudios, estando algun tiempo oculto y sin que hubiera apénas de él ni memoria siquiera, si bien en este

estado contribuia poderosamente su carácter un tanto tétrico y ensimismado, pero por lo demás muy atento y de un trato delicadísimo, extraordinariamente fino. En la época en que llevamos dicho que tuvo que separarse de los estudios, ó mejor diremos, de la enseñanza, le utilizaron para los más importantes cargos de la religion, sin que hubiese ninguno que no desempeñára y que no lo hiciese siempre bien; pues que llevamos dicho era sabio y virtuoso, aunque no podia verter á los demás el gran caudal de conocimientos que él mismo poseia. Desempeñó, por consiguiente, los importantes puestos de maestro de novicios, superior de la casa y secretario del P. Provincial; habiéndose portado en el desempeño de estos cargos completamente á satisfaccion no solo de sus superiores, que veian desimpresionadamente su mérito y asi podian juzgarlo, sino áun de sus mismos iguales y dependientes, que estaban muy satisfechos porque reunia á la verdad las más excelentes y necesarias dotes de gobierno. Una exactitud suma, un deseo siempre creciente de buscar á todos, no solo el remedio de sus necesidades, pues á esto estaba obligado como superior, cuando lo era, sino de procurar á cada uno lo que mejor le parecia; unido á un odio terrible, no ya á las infracciones ó faltas de regla, sino á las más ligeras imperfecciones, pero con un afecto entrañable á los que tenian la desdicha de delinquir, le hacia ser el tipo de los superiores, el ejemplo de todos los religiosos. Este fué indudablemente el motivo que les indujo á fijar sus miras en tan esclarecido religioso para confiarle el importantísimo cargo de P. Provincial de Valencia en la órden de S. Agustin. Era el año de 1500 cuando se verificó su eleccion; pero á pesar de ser tan acertada, costó á los religiosos algunos pesares, sin otro motivo que por ser tan humilde el P. Ramás, que considerando á todos como superiores á él en méritos y en conocimientos, costó mucho trabajo el hacerle aceptar el cargo, y no se pudo lograr que le desempeñára mas que tres años, áun cuando los deseos de la Orden eran que se hubiese perpetuado en tan encumbrada posicion. Él no consintió, ántes estuvo muy satisfecho el dia que abdicó su mando en manos del P. Mtro. Fr. Juan Saura, que le sustituyó á los tres años, que es la época que previenen sus reglas que duren los cargos en los hijos de San Agustin. Así caminó en el olvido y en su rincon, pero sin dejar de trabajar en la mística viña del Señor; caminó, decimos, por este mundo sin contaminarse con sus máximas, y cuando al Señor plugo llamarle para sí, pudo ir provisto de méritos que justamente fueron de gran valor en órden á su eterna salud, y este es indudablemente el motivo de que á pesar de no haber recaido sobre sus virtudes declaracion alguna, la tradicion acredita como venerable al Rdo. P. Mtro. Fr. Miguel de Ramás. —G. R.

RAMBERTO (S.). Fué natural de Flandes, y desde los primeros años de

su juventud mostró un claro ingenio y una decidida inclinacion no solo á las obras de virtud, sino al estado eclesiástico. Hubiera podido lograr brillantísimas colocaciones, tanto en la carrera de las armas como en la magistratura y demás ramos del saber humano; pero nunca quiso aprovecharse de la importancia que le daba su linaje, porque estaba decidido á abandonar toda la grandeza de este miserable mundo para dedicarse exclusivamente al servicio de Dios en el estado monástico, por el cual se decidió por la buena fama de virtud y áun santidad de que gozaban con sobrada razon los monjes benedictinos, que siempre han sido muy fieles en observar las prescripciones de su santa regla, y por consiguiente hombres de gran virtud, sin dejar por esto de ser los más científicos en casi todos los siglos, pues han sabido con destreza suma unir á la ciencia de Dios el cultivo de las del mundo, han sabido realizar lo que parece imposible, ser todo para todos, siendo todos para sí mismos. Verdad es que el ejercicio de la caridad vence este y otros muchos imposibles. Nuestro Santo dirigió sus peticiones al monasterio de benedictinos de un desierto próximo á Turholt, y fué recibido allí con la mayor complacencia, pues tenian noticias de sus buenas prendas y excelente vocacion. Examinando como acostumbra la Orden la capacidad del novicio, la hallaron suficiente para dedicarle á estudios y hacerle sacerdote, y le obligaron á que estudiase, lo cual él rehusaba porque se creia indigno de ascender á la eminente altura del sagrado presbiterado, para llegar á la cual decia requerirse muchas más y mejores disposiciones que las que él contaba. Sin embargo, como era Dios quien le llevaba allá, supo disponer de tal modo las cosas, que se lograron sus designios, haciendo de nuestro esclarecido religioso un verdadero ministro suyo. Es verdad que el ahinco con que emprendió los caminos de perfeccion y la aplicacion con que siguió sus estudios, así como su puntual observancia y apostólico celo, eran prendas que todas le abonaban para que no hubiese podido ménos de esperarse los ópimos frutos que dió para bien de la Iglesia católica. Era consiguiente que el éxito de sus ensayos, digámoslo así, en el ejercicio de su importante ministerio, así como el profundo conocimiento de lo muchísimo que de él podia prometerse, no estuviera oculto á sus superiores, ántes por el contrario, con la penetrante luz de su ilustracion muy profunda pudieran ver en todas las circunstancias que le adornaban un conjunto, que haciéndole altamente apreciable, presagiaba la importancia que tendrian sus trabajos apostólicos, cualquiera que fuese el órden en el cual los emprendiera; por cuyos motivos aquellos mismos Padres, en quienes la Orden y los prelados ordinarios depositáran su confianza para hacerles directores, digámoslo así, de misiones y como jefes ó cabezas de las secciones, en que necesariamente tenian que dividirse para compartir el trabajo, miraban con aten-

cion á nuestro Santo; y deseándole todos en su compañia, ninguno se atrevia á pedirle para sí, temeroso sin duda de que esta peticion excitase á los superiores á mandarlo á otra parte, quedando ellos tan deseosos de él como lo estaban. El P. San Ascario, que conocia muy bien cuán útil podria serle, y que creyó con fundadísima razon que amaestrado en su escuela, ó por mejor decir, siguiendo sus huellas, llegaria á ser un hombre de toda la importancia que de él se podia esperar; y no se equivocó en su pronóstico, porque amaestrado en la escuela de virtudes que el Padre regentaba con tanto acierto, y siguiendo bajo sus ordenes los caminos de perfeccion y de gloria de Dios en la salud de los fieles por donde el Señor le llamaba, se haria como se hizo un celoso pastor, para por este medio llegar á ser despues un grande santo. Sabido es que S. Ascario, á pesar de que estaba investido de la alta dignidad arzobispal, no dejaba por eso de ejercer el ministerio de la predicacion, y que llevaba por todas partes la noticia de Dios y de sus preceptos, así como de la dicha á que la miserable criatura puede aspirar por su conformidad con los designios del Señor, ó sea el cumplimiento de los preceptos y consejos del Evangelio; y solo el advertir que no habia obra ni momento en que no le acompañase Ramberto, justifica dos cosas: primera, el aprecio en que le tenia, pues no queria que dejase de acompañarle ni un solo instante; y segunda, la justa estima con que veia sus dotes cuando por todos los medios imaginables queria que estas fuesen siempre provechosas para los fieles, poniéndolas en juego continuamente por una incesante série de ocupaciones en que le empleaba, porque para todas era á propósito; así es que nuestro Santo era cerca de su obispo cuanto habia que ser, desde consultor, á lo cual le traia la fama de su prudencia, ciencia y virtudes, hasta servidor áun en aquellos ministerios que segun el mundo son más viles; pues esto se lo requeria á nuestro Santo su profundísima humildad, que le hacia verse cada vez más indigno de las elevaciones y cargos que le destinaban, y merecedor solo de los desprecios de todos y del último lugar en su casa. Correspondiendo tan dignamente Ramberto no solo á los deseos de su dignísimo y muy esclarecido prelado, sino á las necesidades que la penosa enfermedad con que el Señor quiso acrisolarle hacia ya sentir en la diócesis, y se hubiera sentido mucho más si él no hubiese estado encargado de su cuidado, se hacia cada vez más merecedor al afecto que su Obispo le profesaba; y como éste era siervo y amigo de Dios, y ponia en el Señor todas sus miras, sin atender á otra cosa alguna que á la mayor gloria de Su Majestad y mejor servicio de la Iglesia, cuando él veia que su fin estaba muy cercano y que muy pronto acabaria su existencia en este mundo, pensando cumplir lo que entónces era un deber, ó cuando ménos una de esas costumbres autorizadas cuya infraccion se señalaba como una falta, y acerca de

cuya omision se acusaba con razon á los que la cometian, y que era la designacion del sugeto de entre los conocidos del clero y del pueblo que pudiera en caso de faltar aquel prelado sustituirle de una manera conveniente, lo cual venia á ser como una especie de ilustracion que pedian, y él daba, los feligreses á su pastor; Ascario pensó desde luego en Ramberto, y aprovechando una de las pocas ocasiones en que se retiró de su lado, dijo el moribundo á sus allegados para que se lo manifestasen á cuantos habian de tomar parte en la eleccion: *Ramberto es más digno de ser arzobispo que yo de haber sido solamente diácono;* palabras magníficas, expresion importantisima de sus sentimientos, que dicha cuando y como él la dijo valió aún más de lo que podia significar en otras ocasiones, porque las circunstancias tan decisivas en que se proferia, y el anhelo que era consiguiente que el prelado tuviese por el bien de su iglesia era lo que le hacia expresarse de tal suerte. Excusado es decir que cuantos le oyeron lo tuvieron muy presente, y que conforme las circunstancias del P. y prelado S. Ascario iban augurando su pronta muerte, se iba repitiendo de boca en boca aquel dicho tan importante referente á su querido compañero: así que á pesar de la resistencia que él opuso, á pesar de que alguno que otro deseaba haber desempeñado por sí el gobierno eclesiástico de la diócesis que dejaba vacante el P. San Ascario, desde el momento mismo de su fallecimiento se nombró gobernador al P. Ramberto, cuyos eminentes servicios acreditaron cuán fundado era el concepto que de él se formára. El acierto con que desempeñó el importante cargo de gobernador eclesiástico, con más la recomendacion tan terminante de su predecesor, y las prendas nada comunes y altamente apreciables de que estaba adornado, fueron circunstancias cuya reunion dió por resultado el que unánimes clero y pueblo propusiesen se hiciera obispo á este tan benemérito monje, y la condescendencia muy justa y debida de la Santa Sede por su parte, trajo á este término el asunto. Por supuesto que por parte de Ramberto se pusieron en juego cuantos medios estuvieron á su alcance para que se eligiese otro; pero hubo de obedecer, y por consiguiente se le consagró obispo, y despues en el mismo acto se le confirió el arzobispado de Hamburgo en Bremen. Decir que desplegó desde el primer dia un celo extraordinario, y que éste le acompañó hasta los últimos momentos de su vida, nos parece innecesario, toda vez que se sabe que ántes de ser él nada en el arzobispado, sin otra circunstancia que la de compañero, hermano y muy querido del obispo, hizo mucho en favor de la diócesis y áun en favor de muchos particulares. Ahora, pues, que podia girar solo bajo sus respetos y obrar cuanto le pareciera conveniente, de tal modo que en la presencia de Dios adquiriria responsabilidad si no lo hacia; preciso es confesar que se esforzó cuanto pudo para cumplir su altísimo mi-

nisterio, de un modo que si no fuera él quién mejor lo hubiese hecho, en su desempeño importantísimo, por lo menos fuese de aquellos que se señalaron y lograron por este medio, además de un galardon perpétuo y eterno, el galardon de la alabanza del mundo, que si bien no debe apetecerse ni mucho ménos buscarse, tampoco se debe rehusar cuando se adquiere por medios tan legítimos como los empleados por nuestro Ramberto. El primer medio de que se valió despues de haber reunido en torno suyo á todo el clero que pudo hacer venir, sin menoscabo y áun sin que se resintiesen las parroquias de que les faltaba el pasto espiritual, fué girar la santa visita por todos los pueblos adonde le era posible, y en el cumplimiento de este tan grato deber, tuvo ocasion de mirar con atencion de padre las necesidades de las iglesias, y lo que era necesario se hiciese por unos y por otros para bien de todas, dejando admirables instrucciones, hechas con la mayor reserva y caridad; y habiendo dirigido á sus diocesanos su autorizada voz, pudo por este medio hacer muy provechosa la santa visita y poner su grey en un estado envidiable, pues por la conviccion, que era el medio de que siempre se valió, hacia que cada cual ocupase su lugar, y nada más, y sin preferencia ni distincion, pero con una consideracion y respeto á todos, que no puede darse mayor. Haciendo que la Iglesia conservase sus derechos, regalías y prerogativas, hizo tambien respetar los derechos y prerogativas temporales de los reyes, obligando á los pueblos á que les diesen el homenaje y tributo debido, asi como haciéndoles á ellos cumplir sus deberes para que de modo alguno costase trabajo, violencia ni pena el obedecerlos y acatarlos, viéndolos solícitos por el bien de los súbditos. Hízose, como no podia ménos, muy estimable tan excelente prelado, y como su gobierno en Bremen habia sido tan provechoso no solo para la Iglesia, sino tambien para el estado, se pensó en su traslacion á otra parte, mas él manifestando desde luego que estaba dispuesto á hacer cuanto se le mandára, pero que creia más conveniente su estancia en la primitiva metrópoli, pudo conseguir que se le dejase en ella, no sin que tuviera que intervenir en asuntos de otras iglesias. Efectivamente, primero se le suplicó gobernase algunas diferencias, que sin fundamento habian surgido en la iglesia de Suecia, y que tenian dividido el clero, y por consiguiente en completa excision á unos y á otros; y los fieles turbados, porque es claro que la razon que cada uno presumia tener no servia más que para hacer más fuertes las sospechas contra la opinion de los contrarios. Arregladas, pues, estas diferencias por medio de prudentes consejos que los prelados y superiores, tanto de la iglesia principal como de las ménos importantes, siguieron ciegamente, porque conocian, por una parte, la sabiduría y prudencia del varon eminente de quien procedian, y por otra tampoco les era desconocido que él era un siervo muy querido de Dios, se trató

de que visitase con igual fin á Dinamarca, donde no era ménos necesaria su presencia, porque iba ya exponiéndose alguna doctrina nueva á los fieles, doctrina que á la verdad no hacia sino resucitar antiguas herejías condenadas por la Iglesia, pero que por los perjuicios que llevaba en pos de sí, era preciso esclarecer, porque no era cosa de que los fieles oyesen esta predicacion indebida y extraña á la verdad católica, y por consiguiente se infiltrára en sus principios esa mala doctrina, difícil de hacer olvidar una vez aprendida, y sobre todo, que si llegaba á apoderarse de los corazones, era muy difícil, si no imposible, desalojarla de ellos. Para evitar tan fatales consecuencias, nuestro buen Ramberto hacia ver á los clérigos cuán perjudicial podia ser que por ignorancia ó por malicia se dejasen llevar de esas ideas perversas y las dejáran correr á los fieles, que de igual suerte que ellos experimentarian sus lamentables consecuencias; por lo cual él queria evitárselas á todo trance. Su enérgica voz, en efecto, ahuyentó la tormenta, y muy bien confirmados en la fe, hicieron estudios profundos acerca de la verdad católica, aprovecharon los consejos que él mismo les diera para encontrar manera de conocer el error, se afirmaron más y más en la verdad, único medio de salvacion y único camino que guia á la eternidad venturosa, y la virtud, que se habia algun tanto marchitado en aquella comarca cristiana, refloreció, algunos de los pobres que se habian inficionado en el error abjuraron, y en esto, como era consiguiente, dieron gran placer al santo Arzobispo, y todos fueron á buscar en sus consejos y doctrina la fuente clara donde bebian abundantemente las aguas puras y cristalinas que refrigeraban sus espíritus. La circunstancia de haber S. Ascario reunido las sillas episcopales de Hamburgo y Bremen con residencia en cualquiera de las dos capitales, pues ambas tenian catedral, habian hecho á este Arzobispo como el metropolitano de toda la Alemania del Norte, y la gran fama que venia gozando ya de mucho tiempo S. Ramberto, obligó á que esta especie de superioridad, que era material, por cuanto su mitra era más vasta é importante, vino á hacerse formal, en cuanto era á todas horas consultado por los clérigos y prelados todos de Alemania, que por su ciencia, por su prudencia y santidad le tenian todo el respeto, veneracion y atentísima consideracion á que era por más de un título acreedor. Esto, como es consiguiente, hacia que el tiempo le fuese escasísimo, pues además de desempeñar con escrupulosísima exactitud todos los cargos puestos á su cuidado pastoral, y vigilar por sí con la mayor atencion acerca de todas las necesidades y hasta exigencias de su cabildo, habia de emplear gran parte del dia en responder á las consultas que diariamente le dirigian de todas partes y que nunca desatendió, porque vió los grandes provechos que de las conferencias que él tenia con su clero y que se remitian á los demás cabildos, resultaban; y por

conclusion, como él sabia que con todos los esfuerzos de su espíritu, con toda la fuerza de su alma habia de procurar el bien de todos, al bien de todos se dedicaba con asiduidad, y nunca reparó en trabajos ni en molestias con tal que éste se lograse, por lo cual sus viajes para sus apostólicas tareas eran siempre del modo más humilde, porque esta era su virtud predilecta y en el ejercicio de ella se ocupó toda su vida, sin que se pueda siquiera poner en duda que Dios nuestro señor le permitió ser profundisimamente humilde, para tener luego ocasion de ensalzarle hasta lo sumo, como á aquel siervo fiel á quien habia de mandar entrar en el goce y posesion de las grandes tesoros é inmensas riquezas de su Señor, siendo para él compañero y no siervo, en justa recompensa de la fidelidad con que primero le sirviera. Mas no se limitaron sus trabajos á arreglar, digámoslo así, ya directa, ya indirectamente las iglesias de la Alemania del Norte, en las que prestó los servicios que llevamos dicho; fijó su atencion en otra porcion de ovejas que estaban fuera del verdadero redil, que no oian la voz del celoso pastor, que no atendian á ir por los caminos donde un buen pasto las haria engordar y servir como precioso don que se pudiera ofrecer á soberano de la mayor dignidad; y quiso dar él su pasto, silbar en medio de aquella grey, para que ella oyese un silbo que las ponia en camino de su bien, para que pudiera recibir un pasto que fuese nutritivo. La grey que habia de deberle su dicha, el rebaño cuya ventura iba á hacer, fué la numerosa familia de los esclavonios y vandalos, conocidos despues con el nombre genérico de brandeburgenses. Estos estaban inficionados en la idolatría y el paganismo, apénas tenian de Dios ideas sino muy remotas y extravagantes, y es claro que su modo de obrar estaba en consonancia con sus ideas; dirigióles su voz, y con mucho trabajo logró comenzar su conversion, con tal éxito, que despues de las primeras pláticas era inmenso el número de los que concurrian á escucharle, teniendo necesidad de emplear mucho tiempo en esta tarea molestísima, es verdad, pero que no le fatigaba; porque veia él mismo cuán adecuada era para procurar la gloria del Señor, pues aquellas pobres gentes, anhelantes por un bien que hasta entónces no habian conocido, no tenian reparo en sacrificar sus intereses materiales para buscar el verdadero interés de sus almas, y se les veia dejar sus ocupaciones, no atender á sus trabajos por aprender la doctrina de Jesucristo, y ponerse en actitud de recibir el santo bautismo y pertenecer á la Iglesia única verdadera. Excusado es decir que nuestro buen Obispo, en vista de un afan tan grande por conseguir la salud eterna, y de una ánsia tan viva por alcanzar la verdadera felicidad, procuraria por cuantos medios estuviesen á su alcance facilitarles cuanto ántes el logro de sus deseos, así como no es fuera de propósito manifestar el indecible contento que tuvo, cuando vió que llegó el apetecido dia de bautizar á los que prime-

ro habian logrado instruirse; pero no podemos designar de otra manera á estos primeros confesores de la fe de Cristo, porque lo que hace á su conversion, creemos que todos la hiciesen á un tiempo, porque todos anhelaron la dicha de ser cristianos desde el momento en que conocieron esta tan grande felicidad. Por supuesto que todos y cada uno de los que se convertian á la verdadera religion y entraban en la Iglesia católica, se podian considerar como hijos predilectos de nuestro esclarecido prelado. Y si hubiésemos de referir las bondades, los cariños y favores particulares que á cada uno hizo, sin más razon, motivo ni fundamento que su condicion de convertido á la fe, tendriamos que llenar muchas páginas, porque puede asegurarse que entre los innumerables que de él merecieron la gracia especial del bautismo ó de la conversion, indudablemente serian poquisimos los que no necesitáran de él con tal ó cual ocasion, con este ú el otro motivo. Fué en este concepto un verdadero apóstol, pues no es solo lo que hacia, sino la manera con que lo hacia, pues su excesiva caridad no le permitia sino la perfeccion en las obras: primero, porque en solo estas creia y con razon que se halla el verdadero servicio de Dios; y segundo, porque queria que de sus acciones resultase todo el bien posible á sus hermanos, y este solo se logra siendo las acciones enteramente perfectas. Hemos hablado de caridad, y esta en Ramberto era una de las virtudes cuyo ejercicio le valió los mayores merecimientos. Prescindiremos de aquella abnegacion suma con que dejó cuanto poseia al ingresar en el monasterio; nada diremos tampoco de la suma economía y verdadera pobreza con que vivia siendo arzobispo, para que sus queridos los pobres tuviesen más, porque esto parecia natural, y conforme lo primero á un religioso, lo segundo á un pastor que bien puede decirse, sin remordimiento ni exageracion, que era el padre de sus ovejas. Las circunstancias extraordinarias son las que le obligan á hacer cosas extraordinarias, y en tal concepto á hacerle admirar por su desprendimiento, por su caridad que llamariamos excesiva, si exceso cupiera en el ejercicio de las virtudes. Sabido es que los normandos esclavizaron á cuantos pudieron, y que los alemanes padecieron y sufrieron por mucho tiempo durísima servidumbre de parte de aquellos desconocidos y cruelísimos tiranos; pues bien, la suerte de los cautivos desgarraba el alma del prelado. El habria querido sustituirse en lugar de ellos y sufrir él mismo los vejámenes, las molestias, los inicuos tratos y todos los demás tormentos que ellos padecian; y como esto no era posible, les facilitaba cuantos recursos podia para su rescate, habiendo llegado ocasion en que se desprendió no solo de su vajilla y áun de las alhajas que no eran indispensables para el culto, sino áun de lo preciso para su alimento y vestido, teniendo más de una vez precision para reunir lo que se necesitaba para un rescate, de ir de puerta en puerta de-

mandando la caridad de sus fieles súbditos, por no encontrar él ya cosa suya de que disponer; y cuando este tan heróico rasgo de desprendimiento le daba por resultado el que apiadados aquellos á quienes pedia le alargaban pródigamente su mano, y se podia redimir con lo que recogia siquiera un cautivo más de lo que él se habia propuesto, no se puede explicar su contento, porque á la verdad todas sus delicias estaban en mitigar los sufrimientos del que sufria, en hacer eficaces esfuerzos para que todos pudiesen bendecir á Dios en las misericordiosas obras con que su adorable grandeza hace conocer su inmensa caridad. En muchas ocasiones se le vió ir á sentarse á la mesa, que siempre fué frugal y de monje benedictino, y al encontrarse con un pobre que le pedia por amor de Dios, sentarle en lugar suyo y contentarse con lo que al infeliz le sobraba, ó con algun resto que tal vez le ofrecia alguno de sus familiares. Nunca quiso que su servidumbre fuese ni muy numerosa ni mucho ménos lujosa, como lo hubiera podido ser porque las rentas lo permitian, así como en la ciudad nunca se le vió más que á pie, teniendo mula solo para los viajes, y habiendo habido algunas ocasiones en que ya para remediar la necesidad de algun labrador pobre, ó ya porque se lo exigieran por precio de algun rescate, como sucedió una vez en que los esclavonios le llevaban una jóven de la que se habian apoderado en un momento en que quedó sola; tenia el prelado que volver á pie, pues habia dado por Dios su cabalgadura, y no consentia de modo alguno el que le prestasen otra ni áun sus familiares mas que para el momento de entrar en la poblacion, pues nunca gustó de parecer lo humilde y lo pobre que era, y á trueque de ocultar estas excelentes virtudes, toleraba aunque con sentimiento el que su compañero, caminando aparte de él, fuese con alguna incomodidad. Mucho fué, pues, lo que hizo en favor de cuantos menesterosos acudian en demanda de su socorro, y el Señor muchas veces premió su caridad con verdaderos milagros obrados para que pudiese socorrer más y más en el nombre de Dios. Sería molesto referirlos, y áun pareceria deseo de ostentar de parte de Ramberto un poder que podria ponerse en duda por ser ciertamente sobrehumano, por cuya razon omitiremos el decir nada de esto; y habiéndonos convencido de que su vida pública era verdaderamente de un apóstol, de un ministro de Dios, que queria á toda costa procurar su gloria, que no reparaba en fatigas, molestias ni sufrimientos para lograr su fin, y que á su intento sacrificaba su propia vida, vamos á examinar ligeramente su conducta particular, es decir, lo que para la propia santificacion hacia este verdadero siervo de Dios. Hemos dicho que Ramberto era monje benedictino cuando fué promovido á la alta dignidad de gobernador eclesiástico, y luego arzobispo de Hamburgo y de Bremen. Claro es que en su monasterio seguiria toda la observancia prescrita por su gran P. S. Benito, y disposi-

ciones posteriores de la Orden, y que la observancia misma de estas reglas santas fué lo que indujo á los prelados á ponerle al frente de la diócesis; pues bien, en la misma observancia continuó durante todo el tiempo que fué arzobispo. La misma obediencia que en el claustro prestaba á sus superiores, les prestaba en su silla metropolitana, la misma pobreza que allí profesó observaba despues; pues groseras eran sus ropas, pobre, como llevamos dicho, su mesa, duro su lecho, y á este ejercicio de virtudes á que le obligaban sus votos, agregaba el de una mortificacion muy rigorosa, pues sin hacer caso de la fatiga grande que necesariamente le producia el andar de aquí para allí en el desempeño de su altísimo ministerio, castigaba su cuerpo con sangrientas disciplinas, le sujetaba con ásperos silicios, le domaba con frecuentes ayunos, y le quitaba la fuerza con contínuas vigilias, y esto no como quiera, ni un dia que otro, sino contínua y repetidisimamente. No disfrutaba de ninguno de los placeres áun lícitos del mundo, no se permitia ninguna de las dispensas que su Orden permite á los prelados y á aquellos que por su mucho trabajo tienen más fatiga que el comun de los frailes. Nada de esto: era el primero en la observancia, porque decia que nunca debió de haber pasado de ser el último de la comunidad. En el ejercicio de la oracion era incansable. Por supuesto que en todas sus acciones, áun en las más insignificantes, tenia á Dios presente de tal manera, que puede decirse con verdad que no daba un paso, que no respiraba siquiera, sin atender á que su Dios le estaba observando, y lo que es más, sin contemplar que aquella respiracion misma habia de ser motivo para que su Divina Majestad le hiciese un cargo, por lo cual en todo y por todo caminaba con esta rectitud de intencion, y sus obras por consiguiente eran todas santas. Pero vengamos á la oracion propiamente dicha. Ningun dia se acercaba Ramberto á la celebracion del santo sacrificio de la Misa, sino preparado de antemano con una hora por lo ménos de oracion, así como tampoco se recogia á tomar el brevísimo descanso que daba á su cuerpo, sin haber pasado otra hora con su Dios, dándole cuenta de sus acciones de aquel dia, recibiendo sus santas instrucciones para lo sucesivo, y poniendo él en la presencia del Señor todas las necesidades que, ya en órden á sí mismo, ya en órden á los demás, habia conocido para que el Señor con su inefable misericordia proveyera en su remedio; y estos nuevos beneficios de Dios pudieran de nuevo excitar el reconocimiento de las criaturas á tan extraordinarias como inmerecidas mercedes. Asistia al coro siempre que estaba en poblacion donde le hubiese; aunque en su catedral guardaba su puesto, no por eso se excusaba de regir cuando le correspondia, ni áun de desempeñar los demás oficios en el coro, áun el de registrar los libros, que hacia en horas excusadas, no por otro motivo, sino porque si los fieles lo observaban no tuvie-

sen que decir de su cabildo, á quien él profesaba extraordinario afecto, y que á decir verdad era un modelo de virtud, pues todos sus individuos eran muy buenos, algunos hasta el extremo de estar hoy colocados en los altares. De esta manera vivia nuestro Santo cuando á Dios plugo desatar su alma de las ligaduras de esta vida mortal para llevarla á la eterna bienaventuranza. Una terrible enfermedad muy molesta, aunque de pocos dias, indicó desde luego que la preciosa vida de este esclarecido prelado iba á cortarse; pero sirvió tambien para que todos admiráran la invicta paciencia, el heróico sufrimiento del héroe del cristianismo. Los mas vivos dolores no fueron suficientes para arrancarle una queja; la más docil sumision para hacer y sufrir cuanto los facultativos ordenaban, daba testimonio de lo elevado de sus miras en esta su triste situacion, y cuando llegó la ocasion de que se le administráran los santos sacramentos, entónces fué cuando se pudo comprender hasta dónde llegaba su piedad, su fe, su celo y devocion, pues de todas estas cosas dió acabadísimo ejemplo. Oyó con resignacion y contestó con firmeza á las preces que la Iglesia dirige por sus hijos en la tan crítica ocasion de su muerte, y esta le aconteció en el ósculo del Señor el dia 11 de Junio del año 888. En el momento mismo de verificarse su fallecimiento, comenzaron á referirse sucesos muy importantes y prodigiosos, que ó habian tenido lugar á su invocacion ó se habian verificado por su medio, pero que habian tenido que estar ocultos en razon á que él se habia opuesto siempre á que se propaláran, porque nunca quiso aparecer como hombre á quien Dios dispensaba estos favores tan extraordinarios, porque sabia él muy bien que Su Majestad no suele hacerlos sino á los siervos suyos que le correspondan con fidelidad, y él por su parte temia mucho ser de los inútiles, á quienes dice el Señor desechará de su presencia; mas como esto no sucedió sino todo lo contrario, y el buen Ramberto no podia ya oponerse á que se manifestasen sus virtudes y milagros, todos á porfía los patentizaron, y se vió por consiguiente que este hombre merecia los honoros que la Iglesia tributa á aquellos de sus hijos que se han distinguido por el heroismo de sus virtudes. Consultóse como era debido á Roma, y se hicieron saber los sucesos que se referian acerca de este varon eminente. Se dictaron las disposiciones necesarias para que todo se justificára en debida forma, y segun se hacian sus manifestaciones aparecian nuevas y nuevas pruebas de la eminencia de virtudes en que vivió el glorioso Santo, sin que se encontrára en él la mota más insignificante ántes por el contrario todo hermoso y todo rebosando esa santidad que en él todos confesaban y que era el motivo de tan importantes diligencias. Declaróse, pues, á Ramberto beato, y como si el Señor hubiese estado esperando esta demostracion de la rectitud del juicio de la Iglesia santa, para hacer por la poderosa mediacion de su siervo los más singula-

res prodigios; estos sucedieron apénas consentido el culto del siervo de Dios, y esto dió márgen á que se propalase con la consoladora noticia de la beatificacion de Ramberto, la no ménos halagüeña de sus milagros, y que la Curia Romana tuviese necesidad de ampliar sus investigaciones, de dejar abierto, digámoslo así, el expediente, para que se pudiese probar canónicamente aquello que se aseguraba, y pudiese llegar al sumo grado en el órden gerárquico de los siervos de Dios, triunfantes con él en su eterna gloria. En vista pues de todas estas cosas declaróse santo á Ramberto, y se asignó á su conmemoracion no ya el dia de su fallecimiento, que es el en que se acostumbra inscribir á los santos en su catálogo, sino el de su consagracion, sin duda para que este paso, que fué, por decirlo así, el más señalado de su vida por haber sido por donde comenzó á hacerse visible, viviera siempre en la memoria de los fieles, que tenian precisamente que recordar cada año el dia 4 de Febrero, que es cuando le trae el Martirologio Romano, al glorioso confesor S. Ramberto. Muchísimos más pormenores podrian darse de su vida y de los milagros que no solo durante ella sino despues en su tumba, hizo y áun hace Dios para gloria de su siervo; pero esto, sobre ser muy prolijo, nada nos haria adelantar en el concepto y aprecio de este hombre tan eminente. Habremos sí de decir, y concluiremos con esto, que su sabiduría igualó á su santidad, pues si bien es verdad que no nos ha dejado más que una obra, ó por lo ménos esta es únicamente la que se ha impreso, por ella se colige lo que como escritor fué su distinguido autor. Fué la carta que dirigió á Waburga, primera abadesa y fundadora del convento ó monasterio diremos mejor de Niermharse. El libro no es muy voluminoso, es verdad, pero es una obra perfecta: puede bien suplir á un tratado completo de mística, y contiene las más ámplias y acertadas instrucciones sobre la humanidad y la virginidad, con lo cual atrae dulcemente en la práctica de tan heróicas y necesarias virtudes; y sirve, como llevamos dicho, por su correccion, exactitud y precision, para acreditar á S. Ramberto de tan eminente en letras como en virtudes.—G. R.

RAMBERTO Polo. Fué de Bolonia, y perteneció á una distinguida familia, en la cual sin duda alguna hubiera podido encontrar apoyo si le hubiese exigido ó necesitado, pues eran todos sus individuos personas cuyas recomendaciones é influencia estaban perfectísimamente bien miradas. Demostró un claro ingenio desde los primeros años de su infancia, y á esto agregó una aplicacion no muy comun en los jóvenes. Como Bolonia ha sido siempre una poblacion que podremos llamar científica, porque en ella han brillado los ingenios más claros en todas las épocas, su universidad era en la de Ramberto una de las más acreditadas del mundo, por lo cual era muy grande la concurrencia de estudiantes que á ella afluian. Esto ha-

cia que los que se distinguieran hubiesen de ser precisamente notabilidades, pues no era fácil descollar entre un número tan crecido. Y esto redunda en alabanza de nuestro Ramberto Polo, porque él desde que comenzó humanidades fué el primero en su clase, y no perdió este puesto en toda su carrera, distinguiéndose entre muchos que con él asistieron á estudios. El éxito más brillante coronó sus trabajos literarios, pues en las diferentes ocasiones en que tuvo que sostener los difíciles ejercicios que por via de exámen se hacian sufrir á los alumnos de tan acreditada escuela, siempre obtuvo las mas brillantes calificaciones, porque en efecto sobrepujaban sus esfuerzos áun á lo que sus mismos maestros se atrevian á esperar; así que todos se complacian en alentarle al estudio, y hubieran querido indudablemente que la carrera del profesorado hubiese sido la suya, porque en ella habria conseguido en verdad los más legítimos lauros. Ya fué un verdadero lauro para él el concurso que hubo no solo á la solemne investidura sino á los ejercicios que hizo para lograr la borla de doctor en sagrada teología; y es necesario advertir, porque honra mucho á Polo, que uno de sus antiguos maestros, y amigo suyo por lo tanto, se enojó con él en gran manera porque no quiso aceptar en el acto mismo de su grado una cátedra en propiedad con que aquella universidad tan justamente celebrada le brindaba, siendo lo más notable que se la brindaba solo porque conocia las excelentes dotes de este aprovechadísimo jóven. Sin embargo, él tenia miras mucho más elevadas; él al paso que crecia en la ciencia del mundo, crecia mucho en el conocimiento de este mismo mundo, y comprendia muy bien los escollos que lleva consigo su servicio, pues que es casi irremediable la pérdida del alma si al alma se la abandona, si no se la obliga, digámoslo así, con violencia á que busque en el asilo del claustro ó por lo ménos en una soledad la más reconcentrada que sea posible, el sosiego con el cual se logra el verdadero conocimiento de Dios y el caminar en su servicio hasta donde él quiera llevarnos. Vió tambien Ramberto que el enemigo más formidable que hay en nosotros es el amor propio, y que en las cátedras no puede ménos de excitarse este, porque el aplauso de los discípulos, la consideracion de los compañeros, las deferencias de los superiores, el acierto en una consulta, la lucidez de un informe, la exacta resolucion de una cuestion, todas estas cosas y mil otras que no es de este momento enumerar, no solo le nutren sino que le harian surgir áun cuando no existiese: tuvo buen cuidado de no dejarse llevar de tan terrible sugestion; y decidido á entrar en vida religiosa, no quiso ni por un momento consentir en que podria llegar á ocupar un puesto elevado, porque temió que si se dejaba arrastrar de esta mezquina idea, ella le arruinaria sin duda alguna. Resolvió, decimos, entrar en religion, y examinando una por una las instituidas, que todas tenian casa en

Bolonia, para facilitar así á algunos de sus alumnos el aprovecharse de la gran ciencia que en aquel santuario de ella se derramaba profusamente, se decidió por la del patriarca Sto. Domingo, inducido á ello sin duda alguna por el gran crédito que gozaban sus profesores de hombres de virtud la más sólida, y porque el instituto á la verdad es grande áun en aquellas cosas que pudieran considerarse en él como más insignificantes. Grande fué la complacencia con que los Dominicos de Bolonia recibieron el anuncio de que Ramberto Polo queria pertenecer á su distinguida Orden y ser alumno de su justamente acreditada comunidad; pero mucho más se complacieron luego que lo tuvieron entre ellos, porque si su fama con justísima razon le tenia acreditado como hombre científico y de cuyo ingenio se hubiera podido esperar muchísimo, sus acciones en el claustro le acreditaron como hombre de verdadera y sólida virtud, que en el ejercicio de ella habia de hacer grandes progresos, obteniendo los resultados más felices. Y no se crea que esto pudiera ser exageracion de sus partidarios, el relato de su conducta convencerá á cualquiera que le examine de la verdad de este aserto. Examinemos nosotros, pues, su conducta en confirmacion de esta verdad, y no hagamos caso de los antecedentes, siquiera ellos nos digan mucho en favor suyo; mirémosle solamente desde el dia en que tomó el hábito, y desde entónces le hallaremos grande, admirable, sublime. Con la más profunda humildad depone cuanto era, con la sumision más admirable acepta cuanto quieren sus superiores que sea; y mostrándose ignorante tanto en ciencias como en virtud, le veremos seguir los caminos que le trazaban sin desviarse un punto, sin mostrar siquiera, no digamos disgusto, pero ni áun repugnancia en aquellas cosas de por sí repugnantes, y mucho más á quien tenia el caudal de conocimientos que atesoraba Ramberto. Su noviciado pudo pasar por enseñanza práctica que él daba de las más excelentes virtudes, y nadie al observar su porte hubiera dicho que venia al claustro desde las aulas de la universidad, sino que pasaba como á recreacion de un instituto más rigido á este para él ménos difícil en su profesion. A la consiguiente satisfaccion de verse enaltecido y colocado en medio de una comunidad tan respetable, sucedió como no podia ménos la triste conviccion que de su pequeñez le daba su humildad, y que era por él algun tanto exagerada, es decir que mirándose bajo el prisma de sus deseos se hallaba muy atrás de ellos, y por consiguiente muy inferior á lo que á su juicio debia de ser, y esto confundiéndose provechosamente le hacia tomar nuevo aliento para ser cada dia más perfecto, para crecer cada vez en virtudes y poder de esta suerte asemejarse, ó diremos más bien, acercarse á sus hermanos, con los cuales sin embargo no tenia aquellas deferencias que parecia á primera vista. Cursó teología, aunque ya habia aprendido esta ciencia con toda profundidad en

Bolonia en las cátedras de sus hermanos, muy distinguidas á la verdad y notabilísimas, porque en ellas se hallaba reunido cuanto habia diseminado por otras partes, y logró tales adelantos en tan difícil como importante ciencia, que con ocasion de haber exigido su universidad de París, que alguno de los más esclarecidos hombres de la Orden Dominicana acudiese para sostener una tesis, y que esto fuera motivo de concederle la honrosísima distincion de doctor en aquella tan justamente celebrada universidad, acudió entre otros nuestro P. Ramberto, y fueron tales las ventajas que sacó á sus hermanos en los difíciles ejercicios á que hubieron de sujetarse, que ellos mismos las confesaron y suplicaron al tribunal de censura, que quiso contemporizar habiéndolos siquiera presentado en terna, que solo propusiese á Ramberto, porque solo él habia llenado las condiciones del concurso y por consiguiente él solo, única y exclusivamente él, merecia el lauro, era acreedor al galardon, que galardon muy apreciable y lauro muy precioso es el obtener tan honroso título y obtenerlo de una manera tan honrosa tambien. No se contentó su universidad parisiense en tenerlo en su seno como doctor de su claustro; confióle comisiones las más importantes, nombróle representante suyo en no pocas ocasiones, y cuando tuvo una cátedra vacante se la ofreció con instancias, sintiendo que no la aceptase, pues en ello habria tenido todo el claustro la más viva complacencia. No fué un desaire ni mucho ménos un desprecio para la sagrada facultad de París el que Ramberto no aceptára la cátedra, ni lo tomaron por tal los muy sabios profesores que la componian, porque la Orden Dominicana tuvo buen cuidado en hacer notar á cuantos se le acercaron á hablarle sobre el particular, que la escasez de ministros del Evangelio y la precision de dedicar á cuantos más sugetos fuese posible al ejercicio de tan sublime ministerio, instituto primordial de la Orden, era el solo motivo que les impedia complacerles, mucho más cuando en ello habia á la verdad tanta distincion, tanta deferencia para la Orden, y contaban con que hubiese acrecido su crédito, porque hubieran sido muy escogidas las doctrinas de Ramberto y sus discípulos aprovechadísimos; mas no se podia dejarle en la cátedra en razon á que hacia falta en el ejercicio de la predicacion evangélica. En efecto, apénas ordenado de sacerdote, que fué casi al mismo tiempo de su ingreso en la universidad parisiense, porque en realidad de verdad pasó mucho tiempo sin decidirse á ascender al altar hasta que le obligaron á ello las repetidas instancias de sus superiores, que ya iban á convertirse en preceptos, le destinaron á predicar y le encomendaron repetidamente misiones á los pueblos más desmoralizados y más necesitados de la buena semilla de la doctrina santa, porque sabian cuán sana y cuán provechosa era la que habia de esparcir Ramberto Polo, y tenian la íntima conviccion de que no le fal-

taban deseos ni fuerzas para llevar á un feliz término las buenas miras de sus superiores. En efecto, apénas aparecia en el púlpito y dejaba oir su voz, arrebataba, no á la verdad porque él predicára en ese lenguaje florido y de atractivo con que los del mundo se componen, sino porque predicaba con el corazon y manifestaba bien á las claras los medios de reformarse el hombre para poder llegar á su fin, las muchas cosas en que debia abstenerse ú obrar segun los casos, para que contrayendo gracias de Dios y atesorando méritos, hallára un dia en que estas gracias fuesen eficaces, estos méritos bastantes para su bien. Al grande celo que desplegaba en el ministerio de su predicacion, habia de agregarse la manera con que en el confesonario encaminaba á todos á su bien, por cuyo motivo los frutos que se sacaban de sus misiones eran no solo abundantes sino sazonados, pues no se sabe explicar cómo lo hacian, pero es lo cierto que siendo inmenso el concurso que acudia á sus doctrinales pláticas, y lo mismo á sus homilías y panegíricos, ninguno era llevado de curiosidad ni de ninguna de esotras miras imperfectas, que inficionan á las veces las obras más importantes, y áun hay más, ninguno iba allí para oir al hombre, todos se le acercaban para oir la voz de Dios, que si bien conocian era trasmitida á sus oidos por el ministerio de un hombre, comprendian tambien que á este hombre le habia Dios deputado para aquello, y por consiguiente le miraban con respeto, con veneracion y con la sumision más perfecta, siguiendo sus consejos, bien es cierto que sus tendencias todas eran á la mayor gloria de Dios, á la santificacion de las almas. Era consiguiente que el celo que por el bien de estas mismas almas desplegaba y los trabajos apostólicos en que incansable se ocupaba, no pasaron desapercibidos, y en efecto fué así. En muchas ocasiones sus prelados habian querido separarle del púlpito, ya para dedicarle á la cátedra, donde hubiese á la verdad dado felicísimos resultados, ya para encomendarle las prelacías y puestos más distinguidos de la Orden, que de cierto habia ganado no poco con tal superior; pero la idea de la falta que hacia á los fieles y lo mucho que en su favor valia, les retrajeron repetidas veces, hasta que vino una ocasion en que pudieron salvarse estos inconvenientes, confiándosele un cargo que al frente de fieles, de muchos fieles, le colocaba superior de muchos eclesiásticos, que pronto experimentarian el singular favor que se les hacia en ponerles bajo la direccion de tan excelente y de tan acreditado varon. Vacaba por el año de 1302 la silla patriarcal de Venecia, y Bonifacio VIII, que tenia todo su esmero en dar á los pueblos los prelados mejores de que podia disponer, se acordó de lo mucho que habia oido y sabido del esclarecido Ramberto Polo, le llamó á su presencia despues de haber conferenciado sobre el particular con sus superiores, que desde luego convinieron en que la idea del Pontífice habia sido una verda-

dera inspiracion; y consagrándole obispo, le impuso el palio sin que apénas él hubiese tenido tiempo de apercibirse de tal cosa. Conociendo el carácter profundamente humilde de Ramberto Polo, teniendo noticia de la esmerada vigilancia con que trataba de ocultar sus más perfectas obras para que de su conocimiento no pudiera seguírsele alabanza la más mínima, y conociendo en fin todos estos antecedentes, se comprenderá fácil y perfectamente qué golpe tan rudo sería para él verse desde luego investido de tan alta dignidad; sin embargo, la mano fuerte de donde procedia tenia sobre nuestro prelado el derecho de superioridad, y era necesario atacarle, por lo que enteramente sumiso y sin la menor réplica, aceptó y dispuso todas las cosas para emprender cuanto ántes su marcha á su nuevo destino, donde habia de tener que sufrir molestias de otra especie, pero podia tambien lograr otra especie de lauros. Bien es verdad que él no los deseó nunca, aunque los que obtuvo son los inmarcesibles debidos á la virtud acreditada. No le eran muy favorables en verdad las circunstancias con que iba á su diócesis. Conocido solo de palabra, nadie sabia sus cualidades, y por consiguiente para todos habian de ser nuevas y áun casi inesperadas las impresiones que habia de causar. Él por su parte tampoco conocia el país, y por consecuencia los objetos como las costumbres le eran enteramente nuevos; sin embargo, nada le arredró, recordando que nadie ni nada es capaz de oponerse á aquel que tiene por su auxilio y ayuda á Dios. En el nombre del Señor emprendió su nuevo cargo, y en el nombre del Señor esperaba desempeñarlo, si no como habrian sido los deseos de su celo, al ménos cual convenia á la gloria de Dios y bien de sus súbditos, que es cuanto puede desearse en este mundo miserable. En efecto, el pueblo, ansioso de ver á su nuevo pastor, acudió presuroso á recibirle, y él correspondió cariñoso á esta deferente muestra de aprecio: desde el primer momento en que les dirigió su voz, lo hizo alentándoles al bien y demostrándoles que el yugo del Señor es suave y su carga ligera, y mostrando en su primera pastoral como en sus modales y obras, todas las virtudes, el mayor celo por el bien de sus ovejas, se captó sus voluntades desde luego, y se hizo, por decirlo así, dueño de su querida y escogida grey. El clero encontró en él un defensor de sus derechos, pero que sin herir en lo más mínimo, ni con sus palabras ni con sus disposiciones, queria que todo caminase por la senda de la rectitud más exacta; el pueblo halló un patrono de sus intereses tambien, pero de sus intereses más importantes, los espirituales, sobre los cuales vigilaba de tal manera, que no perdia ocasion de procurarles el que ellos acrecieran, evitándoles por cuantos medios estaban á su alcance el que se menoscabáran en lo más mínimo. Los magnates y príncipes veian en el Patriarca al prelado digno, atento, condescendiente, que mirando á los intereses todos de su grey, no permitia se me-

noscabáran, al propio tiempo que los suyos propios los hacia comunes á sus fieles súbditos, pues para él no habia ni otra atencion, ni otro cuidado, ni otra necesidad en el mundo que las necesidades, cuidados, atenciones y miserias de sus súbditos, siendo en este mundo tan atendido por el prelado el primero de los magnates como el más miserable de los súbditos. Los pobres veian en el bolsillo de su prelado el remedio de todas sus necesidades, y éste se le prestaba de tal suerte, que ocurrió más de una vez quedarse él reducido á comer un poco de pan por dar todo su alimento á los pobres, en quienes invertia todo cuanto sus rentas muy pingües daban de sí, pues él con muy poco se contentaba, porque no varió nada de cuando era religioso, ni áun en su mesa ni en el menaje de su cuarto, pues lo que de más lujo tenia era de la mitra, y él apénas lo disfrutaba, contentándose solo con un cuarto como la celda de un dominico. Su traje era el mismo de la Orden, con las insignias que acreditaban su alta dignidad, y su porte enteramente como el de un religioso, conservando hasta la sumision debida á sus legítimos prelados en cuanto esta no se oponia al ejercicio de su altísimo é importante ministerio. Giró diferentes visitas á los pueblos puestos á su cuidado, y en todas partes hizo ostentacion de lo mucho que valia sin él quererlo ostentar, porque como tenia ese don especial de Dios, de que de su boca no saliese una palabra que no fuera digna, y áun no sé si digamos que en su mente no se concebia un pensamiento que no fuera grande; lo grande de sus pensamientos, lo digno de sus palabras penetraba y hacia su efecto áun cuando en ello no pensára él mismo, áun cuando los que le veian, tampoco llevasen para verle ninguna mira que dijese relacion á su aprovechamiento. Por último, en medio de tan repetidas fatigas, y agobiado del peso de su exactísima observancia de las prescripciones canónicas por lo que decia relacion al patriarcado; de su Orden, por lo que se referia á su condicion de fraile dominico, de que nunca se quiso desviar; le produjeron la terrible enfermedad que le hizo bajar al sepulcro, despues de haber acrisolado más y más sus virtudes el sufrimiento grande con que en ella hubo de demostrar que si habia sido y era sabio, celoso y caritativo, tambien era paciente, pues podia llevar lo mucho que en realidad de verdad sufrió. El pueblo todo se mostraba interesado en la suerte del prelado, y cada noticia que se le daba por la que se anunciaba su peoría, les era un nuevo motivo de desconsuelo, marcado de esa manera con que el comun de los fieles marca una cosa que le afecta, y que le afecta vivamente. Al llegar el momento de administrar al Patriarca los santos sacramentos, eran de ver, su alcoba, por los sentimientos de fe, de amor de Dios, de resignacion en su voluntad santísima, de verdadera caridad, que él mostraba en aquellos tan solemnes momentos é imponentes ceremonias; las cercanías del palacio, porque la palidez de los

semblantes, y la timidez con que unos á otros hablaban, y esa agitacion indescriptible con que todos mostraban sus sentimientos, daba á entender que Venecia en lo eclesiastico pasaba por un cataclismo, y que un gran terror embebecia los ánimos de aquella muchedumbre de fieles. Llegó el momento de la muerte del prelado, y lo fué de verdadera desolacion para sus fieles diocesanos, pues conociendo entónces lo que perdian, daban rienda suelta á sus sentimientos, y propalaban con sentidos acentos lo que sabian del ilustre finado, y parecian mitigar asi algun tanto la pena profundísima que su fallecimiento causaba en todos los ánimos. Sus honras fueron suntuosísimas, á pesar de ser su expresa voluntad, que se cumplió en todo, el que nunca salieran de la esfera de lo que se acostumbra hacer por los religiosos dominicos cuando fallecen: pero es claro, el concurso de autoridades, tanto eclesiásticas como militares y civiles, y de un inmenso pueblo que queria honrarle en este último momento, y protestar así la grande estima en que le tenia; hicieron que fueran notabilísimas, como á la verdad merecia un hombre que tambien habia sido por más de un concepto notable. Enterrósele en su catedral y se puso sobre su tumba un modesto epitafio, en que apénas se decia sino el tiempo de su eleccion para aquella mitra patriarcal y la época de su muerte, que aconteció en 1310, segun allí consta y segun los cronistas más autorizados, aunque otros la señalan en época anterior. Dejó muy buena memoria por sus virtudes, y aunque esto no hubiera sido, le habrian inmortalizado sus muchas é importantes obras literarias, entre las cuales citaremos como más principal la que imprimió con el título de *Apologeticum contra corruptores S. Thomæ pro illius doctrinæ deffensione*, que es un verdadero tratado de teología, aunque bajo tan modesta apariencia, y que demuestra que la reputacion del patriarca Ramberto Polo como escritor es tan merecida como la que justamente alcanzó como religioso y como prelado, y además como caballero.—G. R.

RAMBOUILLET (Cárlos de Augennes). Descendiente este Cardenal de la santa Iglesia romana de una antigua y noble familia originaria del país de Thimerais, en la Perche, nació el año de 1530. Despues de haber terminado sus estudios con bastante éxito, abrazó el estado eclesiástico. Las buenas relaciones de familia, unidas á su capacidad, le llevaron bien pronto al episcopado, y fué elegido para la silla de la diócesis de Mans por muerte del cardenal F. du Bellay, de la cual tomó posesion el año 1560. Hallándose haciendo la visita de su diócesis, se apoderaron los protestantes de su ciudad episcopal, en la que saquearon las iglesias y dieron fuego á muchos conventos. Su ausencia en los momentos del peligro fué causa de que se le sospechase de inteligencia con el jefe de los hugonotes, acusándosele de haber recibido parte del botin, entre este las estatuas de plata de los doce apósto-

les que decoraban su catedral; pero es tan absurda esta calumnia, que nos dispensa de refutarla. El obispo de Mans asistió al Concilio de Trento en 1563, siendo uno de los prelados que asistieron á la clausura de esta asamblea, en la que se distinguió mucho por su elocuencia. Despues de esto fué nombrado embajador de Francia en Roma, y logró tanto favor con el pontífice Pio V, que le condecoró con la púrpura el año 1570. Tuvo gran parte en la eleccion del papa Gregorio XIII, y en seguida se apresuró á volver á su diócesis, adonde le llamaba la necesidad de cuidar á su rebaño. A su llegada se apresuró á proveer las parroquias de pastores y de los objetos necesarios al culto, contribuyendo mucho con su liberalidad á restablecer la iglesia catedral á su primitivo esplendor. Hizo Rambouillet un segundo viaje á Roma para asistir al cónclave que colocó á Sixto V en la silla de San Pedro; y como ya conociera sus talentos el nuevo pontífice, le retuvo en su corte, dándole poco tiempo despues el gobierno de Corneto. Murió el cardenal Rambouillet en esta ciudad el 23 de Marzo de 1587, á la edad de cincuenta y seis años, y fué inhumado en la iglesia de los Franciscanos, en donde se ve su epitafio, del que dan noticia muchos autores. Esparcióse la noticia de que habia sido envenenado por sus criados, á los que habia legado la mayor parte de sus bienes; pero este hecho no se ha probado. Su hermano Claudio Augennes le sucedió en la silla episcopal de Mans, segun Mr. Weis. En la Real biblioteca de Paris se conservan las *Memorias de la embajada del cardenal de Rambouillet*. El retrato de este prelado fué grabado por Ragot y por Boissevin, cuyos buriles han acreditado sus obras, dando honor al arte.—C.

RAMEAUX (Fr. Alejo). Nació el año 1802 en Resnes, distrito de Dola en el departamento del Jura. Hizo con notable aprovechamiento sus estudios hasta completar las carreras que allí podian seguirse en el gran seminario de Besanzon, y desde que tuvo edad competente para poder formar juicio acerca de las cosas, y pensar en el delicado asunto de la eleccion de estado, pensó, pero pensó sériamente en el eclesiástico, no siendo nunca su aficion á otra cosa que á la contínua práctica de los importantes oficios de tan elevado ministerio, como medio de facilitar á los fieles el logro de las inmensas ventajas que caben á la humanidad con haber Jesucristo hecho que sus discípulos y los sucesores de estos participen del sacerdocio eterno, del cual investido él, nos dió prenda de permanencia en el momento en que aseguró que duraria hasta la consumacion de los siglos. Decidido, pues, á abrazar el estado eclesiástico, y no como quiera sino en su más perfecto ejercicio, es decir perteneciendo á un instituto que hubiera de ser de sacerdotes, ingresó en la Congregacion de S. Lázaro, donde fué lo estimado que debia por sus prendas y relevantes circunstancias. Allí acabó de aprender cuanto le convenia

para el acertado ejercicio de su altísimo ministerio, y se hizo tan apreciable de todos, absolutamente de todos, que sus superiores le confiaban las más delicadas comisiones, sus iguales conferian con él hasta en las cosas más insignificantes, y sus inferiores le buscaban por medianero cuando tenian necesidad de alguna gracia, fuera quien fuese el que hubiera de hacerla. Muy satisfechos todos con él, convencidos de que de su gran talento, constante aplicacion y excelentes dotes, habia de lograrse mucho fruto, tanto más cuando el estaba siempre dispuesto á hacerse todo para todos, quisieron comenzar ya á utilizarse de él, dedicándole á la enseñanza, por dos razones: primera, porque su gran capacidad y ciencia indicaban este rumbo; y segunda, porque así se ponia más en evidencia lo mucho que valia este distinguido sacerdote, cuya modestia y abnegacion era tanta que por su propia voluntad de seguro no hubiera nunca salido de su celda más que para servir á todos ejerciendo así la caridad á que se creia obligado como por el más estrecho de los deberes. Encomendáronle, pues, una cátedra en el seminario de Montauban, y como su especialidad, por decirlo así, habian sido las humanidades y filosofía, en historia sagrada fué donde quisieron luciera su grande ingenio y capacidad nunca desmentida. Los progresos de sus discípulos fueron rapidísimos, y estos muy numerosos de manera que su crédito se dilató fácilmente por los contornos, y como no podia ménos, la superioridad de su Orden se convenció con indecible júbilo de que en haber dedicado á Rameaux á la enseñanza, sobre prestar un gran servicio á los que habian de recibirla, habian hecho ostentacion de su acertado tino en confiar á cada cual los encargos para que era más á propósito. No fué á la verdad mucho el tiempo durante el cual regentó su aula de Montauban, pues que fué puesto en ella en 1828, y el 1830 ya le nombraron director y gerente del colegio de Roya, á cuyo destino se dispuso á ir inmediatamente. Encaminándose, pues, á su nueva casa, pasaba casualmente por París cuando estalló la gran revolucion cuyos trastornos á ninguno son desconocidos. ¡Cuál sería el efecto que en nuestro hombre producirian las escenas de desbordamiento con que los revolucionarios demostraban su furor, que podria bien llamarse fiereza, y cómo él se afectaria al comprender que saqueaban los unos el palacio de los obispos, miéntras los otros presenciaban impávidos tan horrorosa escena, aprovechándose todos de estos momentos verdaderamente lamentables, en los cuales los hombres obran la iniquidad casi sin saber lo que hacen, pero que producen males que son absolutamente irreparables! Causó, como decimos, en el P. Rameaux tal sensacion el presenciar estos excesos, que formó en su espíritu la firme resolucion de abandonar un país en el cual veia como muertos los sentimientos de piedad y de decoro y dignidad, y en el que, á la verdad, tan lamentable exceso daba pocas garantías para el

ejercicio del ministerio importantisimo de la predicacion y de las otras funciones no ménos sublimes en que está constituido el sacerdote. Suspendiendo su viaje, avisó inmediatamente á sus superiores, que estaba resuelto á abandonar el puesto que se le confiaba, ó más bien á no tomar posesion de él, por cuanto veia que léjos del bullicio del mundo, y solo dedicado á enseñar las verdades eternas á los infieles que tenian la desgracia de no haber llegado á su conocimiento, era como el espíritu podia tener algun sosiego y el corazon alguna paz; pues de otra suerte era imposible, porque los acontecimientos iban complicándose cada vez más. Como los superiores conocian, por una parte, la firmeza de su carácter, y por otra que tenia sobrada razon para lamentarse como lo hacia, y viendo que su resolucion última era tambien provechosa para los pobrecitos, que si descubrian la brillante antorcha de la fe, irian en pos de ella y lograrian su felicidad eterna, no vaciló un momento en autorizarle para que pasase á Macao, donde podia ejercer en los chinos todos los intentos de su caritativo corazon. Con mucho más gusto que el niño va á la prometida recreacion que hubo de ganar con su constante aplicacion, y con más satisfaccion que el militar triunfante entra en la plaza que fué testigo de su lucha y de sus victorias, iba el Padre á su destino, al cual llegó en 3 de Marzo de 1832. Lo primero que hizo fué estudiar el idioma, y en esto ya comenzaba sus trabajos apostólicos, pues verdadera predicacion era el que un hombre de sus circunstancias se pusiese entre los unos para aprender la lengua, cual si fuera uno de ellos; y sea que Dios quisiese premiar este rasgo de humildad tan profunda, ó que él pusiese mucho más cuidado que el que hasta entónces habian puesto otros misioneros, ó sea lo que fuere, es lo cierto que apénas habian pasado ocho meses de su estancia en aquellas islas, cuando ya por su instruccion en el idioma pudieron ponerle al frente de la provincia cristiana de Houpé. En aquella parte del mundo, ignorante hasta entónces del verdadero Dios y de los medios que conducen á la criatura á su eterna felicidad, hizo grandes adelantos con aquella buena gente, pues los instruia no solo en lo que era de su incumbencia, es decir, en la fe y sus obras, sino en los medios materiales con que podian hacer más abundantes sus cosechas, que eran por cierto tan escasas que apénas alcanzaban á sufragar sus necesidades, y luego se hicieron ya no solo suficientes, sino proporcionadas para poder prestar ó cambiar algo con sus vecinos más pobres. En 1839, hallándose nuestro misionero en Kiang-Si, supo que se trataba de perseguir tambien á los cristianos de Houpé, quiso ir él á ponerse al frente de ellos y á animarlos para que no desmayando en la confesion de la verdadera fe, pudiesen llegar por el martirio á la consecucion de la inmarcesible corona de la gloria eterna; pero supo á muy poco tiempo que en un momento de rabia el gobernador habia

dispersado á todos los fieles y puesto en precio la cabeza del misionero, para si alguien le presentára vivo ó muerto. Sus deseos fueron presentarse él mismo; pero se contuvo ante la idea de que quieto y resignado á los designios de Dios, podria lograr más gloria para su adorable Majestad. Cuando las cosas parecian estar en el estado más adverso, segun el mundo, y áun los más confiados temian con razon que la más ligera impremeditacion podia exponer al Padre á que su cabeza, segada de su tronco, fuera ofrecida al tirano; Dios, que esperaba mayor gloria de la abnegacion de su siervo, dispuso que encontrára manera de hacer por la fe nuevos sacrificios, encomendándosele nuevos cargos y áun nueva dignidad. Efectivamente, en 1.° de Marzo de 1840 fué consagrado obispo con el título *in partibus* de Myra, y así pudo tomar posesion de la vicaría apostólica de Kiang-Si y Tche-Kiang, que acababan de ser refundidas en una diócesis, porque la sagrada Congregacion de *Propaganda Fide* así lo creyó oportuno. Despues de consagrado, hubo de vagar todavía dos años sin punto fijo y huyendo de que la persecucion le hiciera ser víctima. Calmada ésta, sin que sea de nuestra incumbencia el entrar en detalles de la causa que determinó este suceso tan importante, nuestro P. Alejo, ya obispo de Myra, emprendió de nuevo sus apostólicas tareas, haciendo tanto bien á los pueblos en esta su segunda predicacion como les habia hecho en su primera. En fin, allí construyó un templo, y es indecible el consuelo que tuvo por ver enarbolada por su medio la cruz de aquel que una vez murió en el Gólgota para que todos viviesemos, y que por un exceso de bondad quiere y acoge al infiel como al pecador cuando acuden á sus paternales brazos. Muchísimo fué el contento que con este triunfo del catolicismo logró el celosísimo misionero, y habrian sucedido otros y otros tan señalados como éste, si Dios en sus inefables designios no hubiese acordado otra suerte á nuestro tan distinguido prelado. El embajador de Francia deseaba conferenciar con el prelado acerca de los intereses de la Iglesia y la manera no solo de protegerlos, sino de fomentarlos, así como del auxilio material, que tanto en misioneros como en recursos pecuniarios podria serle conveniente. Para lograr su intento de hablar con el prelado, pareció más á propósito el lugar donde residia la embajada, que era Macao: allí, pues, se le dijo al P. Alejo que compareciera, y para allí emprendió su viaje, que terminó el dia 24 de Junio de 1845, llegando á presencia del embajador fatigadísimo y con una herida en la frente, no de golpe, sino del ardor mismo del sol que allí se le habia fijado mucho más que en lo restante de su cuerpo, sin que sepamos á qué atribuir esto. Desde luego se le propusieron los medios más cómodos de descanso y de alivio, si bien allí no podian estar las cosas como en Francia ú otro país de Europa, mas él, cuya abnegacion todos sabemos, él que nada cuidaba ménos que á su propio cuerpo,

quiso curarse, digámoslo así, naturalmente, y no ocuparse más que del asunto primordial de su viaje, así que apénas podian hacerle observar algun método higiénico, y nunca se logró el que hiciera cama, pues decia era demasiada delicadeza para un misionero. En tanto era incansable en procurar el bien de los católicos puestos á su cuidado, empleando largas conferencias con el embajador el tiempo que le dejaba libre el desempeño de su ministerio episcopal, que nunca omitió. Viendo el embajador que sus padecimientos crecian de dia en dia, á pesar de que él trataba de ocultarlos, dispuso que en una de las ocasiones en que con motivo de las pendientes negociaciones venia á verle, estuviese el médico que la embajada tenia y le reconociera, obligándole á poner en ejecucion los remedios que tuviese por convenientes. Así fué, con efecto; el médico vió al señor Obispo, y conviniendo con él en que la herida era más bien una reconcentracion del calor, que no otra cosa más dañosa, le propinó un baño, y el embajador le exigió palabra de que le tomaria, la cual le dió el venerable Obispo. Efectivamente, estando arrimado á una piedra para lanzarse al agua, le acometió un paraxismo, del cual no fueron capaces á librarle los diligentísimos cuidados con que todos le asistieron; así fué que el dia 14 de Julio del mismo año 1845 falleció, privado de sentidos, en la misma cama del embajador de Francia en Macao. Las reflexiones á que se presta este suceso, mucho más cuando hemos visto los que le han sucedido, no son ciertamente para este lugar. Acatemos los altos é insondables designios de Dios, que respecto á este siervo suyo guardó una conducta semejante á la que observó con Moisés, pues precisamente á la vista de la prosperidad, aunque poco duradera, de sus fieles, falleció cuando ménos se esperaba; esto si miramos al órden social. Si en el órden de la gracia, es enteramente admirable que un hombre apostólico muera por efecto de las molestias de su ministerio; en fin, todo dice á voz en grito que el P. Alejo Rameaux era un sacerdote tal cual Dios los quiere, cuya sólida virtud se probó por toda clase de tribulaciones, y que si los breves dias que han pasado desde su fallecimiento, y el haber sido allí donde por altos juicios de Dios la religion no prospera, no nos han permitido aún el ver ninguna traza de que se declare el heroismo de sus virtudes, tal vez lo verán declarado nuestros sucesores.—G. A.

RAMERIO (Fr.), monje del órden de S. Agustin, del monasterio de Sta. Magdalena; era obispo de Urgel en el año de 630, y se halló y firmó en el cuarto Concilio Toledano, que se celebró el tercer año del reinado del rey Sisenando en la iglesia de Sta. Leocadia, á 5 de Diciembre del año del Señor de 634. Las pocas noticias que se conservan de este prelado, le presentan como un varon eminente, de vastos conocimientos relativamente á aquella época, muy estudioso y entendido, muy celoso en la direccion de su

diócesis, al mismo tiempo que del brillo y majestad del culto; muy atento y considerado, sumamente afable y cariñoso, muy amante de los niños, por cuya educacion religiosa y buena enseñanza se interesaba con el mayor desvelo y solicitud, muy caritativo con los necesitados y enfermos, y finalmente, un modelo de prelados virtuosos. Murió por el año de 646. —A. L.

RAMEZAY (Mlle. de). Se convirtió é hizo su abjuracion en Noviembre de 1684 en manos del P. Thorentin, sacerdote del Oratorio, en la iglesia de Dourdan. Fué su madrina la gran duquesa de Toscana, segun la costumbre de la diócesis de Chartres. —S. B.

RAMILLORE (D. Diego). Nació en Zaragoza el año de 1559. Fué un aragonés muy estudioso y de un mérito particular en la erudicion. Despues de haber recibido el bonete de doctor teólogo, obtuvo en el arzobispado de Zaragoza el ministerio de párroco, y sirvió tambien la rectoría de Villanueva del Rebollar con celo y ejemplo. En 19 de Noviembre de 1605 tomó posesion de una canongía de la Seo de su patria, de la cual le habia hecho merced S. M., y fué uno de los primeros prebendados de esta iglesia en el estado secular, segun el canónigo Blasco de Lanuza en sus *Historias*, tomo II, pág. 415, col. 2. Se hizo estimar en esta iglesia por sus buenas prendas y amor á las letras: murió en 1638, y su selecta librería paró en el convento de PP. Capuchinos de Alcañiz. A súplica de la ciudad de Zaragoza, escribió en el pleito que siguió D. Martin de Bola, sobre las Carnecerías de los Moros de la misma, un discurso con el título siguiente: *Sobre qué moneda fué el óbolo en los tiempos antiguos, y cuánto ha valido en el reino de Aragon en los tiempos de su rey D. Jaime I, por los años de 1215 y despues. Recopilado de la Sagrada Escritura, y de otros autores, memorias y documentos.* Ms. que he visto de mano del sabio Dr. Morlanes, capellan real del Pilar, en la librería del real monasterio de Santa Engracia de esta ciudad, donde se conserva en el primer cajon de su mesa hácia la parte superior de aquella, lado derecho, donde tambien se guardan muchas medallas y otras cosas curiosas. El racionero D. Juan de Arruego, en su *Discurso y noticia de la Almosnería de Zaragoza*, acuerda en 1650 el linaje de nuestro autor, pág. 28, con el apellido de Ramillori, en vez de Ramillore, segun el citado Blasco de Lanuza, como el Dr. Pradas, vicario de la Seo de dicha ciudad, en una Memoria que dejó en el archivo de los racioneros de Mensa de la misma santa iglesia, relativas á unas justas disposiciones del mismo Ramillore que he visto, y asimismo su firma de Ramillore en obras literarias que le pertenecieron. —L. y O.

RAMIREZ (D. Alonso), primero de este nombre como prelado de la iglesia de Orense. Fué monje del convento Real de Sahagun de la órden de religiosos de S. Benito. Le consagró D. Fernando, obispo de Astorga, y

asistió á la consagracion D. Pedro, obispo de Ciudad-Rodrigo. Este sabio prelado escribió una historia de los milagros de Santa Eufemia, y tradujo del griego al latin la vida de S. Antonio. El libro Santoral dice hablando de Ramirez (D. Alonso): *Alphonsus Auriensis Episcopus, qui sedit Episcopatu annos* 39. *Obiit era* 1251, *reliquit Ecclesiam S. Mametis, cum multis casibus, et quasdam vineas, in Laonia Anniversariam hujus Episcopi, sabbato in Passione Domini.* Consagró la iglesia de Santa Maria de Fuentefria, como lo dice la Memoria siguiente:

✠

Consecrata fuit Ecclesia ista ab Alfonso Auriensi Episcopo, in honorem Beati Martini, cum reliquiis. Et S. Mariæ Magdalenæ, et S. Euphemiæ, et S. Vincenty martyres, cum reliquiis. Era 1238. 17 *kalendas Maji. Urraca fecit, quæ et ædificavit.*

Muerto este prelado el Rey tomó los bienes muebles de esta iglesia para socorro de sus necesidades, y dió en recompensa el realengo del Villar de Paimuñoz y sus contornos. — A. L.

RAMIREZ (Sor Ana). Fué religiosa de la órden de S. Agustin, y en ella conocida por Felicitas más bien que por Ana, que era su verdadero nombre de pila. Diremos ántes de entrar en pormenores acerca de su vida, que no es extraño fuese ella muy virtuosa y acreedora á que su nombre se recuerde con entusiasmo y veneracion, pues que sus padres, muy virtuosos tambien y dotados de rentas más que suficientes para su decorosa manutencion, habian tenido mucho cuidado en la esmerada educacion de su hija, que por su parte habia puesto los medios para que los desvelos de sus padres no fueran estériles, ni sus intentos defraudados. Pareció á los piadosos padres de Ana, que convenia á los intereses de su familia el darla en desposorio á un hombre muy bueno tambien y acomodado, que podria ser un apoyo grande para la familia y colocacion muy decente para la interesada. Ella accedió á los deseos de sus padres, no sin violencia, hasta que un dia el Señor la manifestó en la oracion que su santísima voluntad era atraerla por este camino á su servicio. Entónces se sosegó, como no podia ménos, y casándose tuvo fruto de bendicion en una niña de condicion muy especial por lo buena, que fué tambien gloria de la órden de S. Agustin. No se crea que el matrimonio de Ana, ni mucho ménos la educacion de su hija, fueron de esas educaciones, de esos matrimonios que el mundo nos ofrece á la vista con sobrada frecuencia, y de los cuales está muy léjos la perfeccion y la dicha, que son como el testimonio de la gracia del Señor en este estado. Ana vivia feliz con su marido, porque en él miraba la legítima

representacion de los designios de Dios acerca de ella; Ana no era ménos dichosa con su hija, porque veia destellada en esta relacion tan estrecha como necesaria entre madre é hija la providencia del Señor, que solícita vela por todos los hombres, y que no ménos solícita en esta criatura distinguida por su gracia con dones especiales, queria que estos fueran el camino por donde se sublimára mediante su fidelidad á la gracia misma de Dios. Cinco años contaba la hija de Ana, pasados entre los encantos de una paz octaviana de un matrimonio querido, cuando en los altos designios del Señor entró el llevarse para sí al buen Guillen, que tal era el nombre del esposo de Ana, y dejar á ésta viuda y á la niña huérfana. Era consiguiente á un cariño que de Dios habia procedido, por Dios se habia fomentado y de Dios habia recibido la más copiosa bendicion, un profundo sentimiento en la pérdida del que habia sido escogido por Dios para compañero y ayuda en las necesidades de la vida de Ana, y ésta á la verdad habria sentido muchísimo más esta pérdida, si Dios en sus inescrutables designios no hubiera convencido á Ana de que un buen esposo como un buen hijo ó un buen padre, Dios los da, Dios los quita, y su palabra, acatada con entera veneracion, debe ser el homenaje que le rindamos para la confesion de nuestra miserable pequeñez por una parte, y por otra de su absoluto dominio que queremos sea nuestro camino de salud, pues que á este no puede venirse sino acatando los designios del Eterno. La que en el estado de soltera y bajo la condicion de hija habia dado á sus padres y esposo relevantes pruebas de que por Dios estimaba como muy grande dicha la dependencia de unos y de otros, era preciso que como viuda manifestára tambien prácticamente, que por su estado en lo más mínimo habian cambiado sus ánsias y sus deseos de llegar á la posesion de Dios. Convencida, como no podia ménos de estarlo, de que su primer cuidado era la educacion de su hija en la parte moral especialmente, y como por accidente en la parte social, todos los cuidados de Ana se encaminaron á este fin, lográndose cumplidamente. Cuando la niña se determinó á ser religiosa, contando que con la eleccion de este estado tan perfecto agradaba á Dios y á su Madre, y se ponia en situacion de servir mejor al Señor, para cuyo servicio serian pocos y débiles todos los esfuerzos que el hombre hiciera en toda la serie de sus dias, siquiera estos fuesen bien largos. Deseosa, pues, Ana de asegurar su eterna bienaventuranza, intimó más y más su afecto á María Santísima, obsequiando á la Señora con oraciones y súplicas tanto más atendibles por María, cuanto que penetraba perfectísimamente su verdadero valor. Pues bien, entre las prácticas que adoptó para el servicio, honra y veneracion de la Señora, fué el concurrir todos los sábados á la Salve, que en su memoria se cantaba en algunos conventos, y en particular con notable solemnidad

en el de religiosas Agustinas. Siempre solicita por la gloria de Dios, siempre mortificada para expiar sus culpas, y deseando siempre que el Señor colmára de bendiciones á su hija, quiso el Señor en justa consecuencia con los deseos de la madre, hacerla la más señalada de las mercedes que criatura puede lograr, llamándola al estado religioso, y atrayendo á este por tan indirecto medio á su sierva de Dios Ana Ramirez. Con efecto, apénas su hija ingresó en el convento, cuando sus ánsias por lograr la dicha de morar allí entre las esposas del Cordero se excitaron vivamente en el ardiente corazon de la madre, y mil y mil veces pidió á su Dios el que la satisfaciera en su deseo, teniendo mucho que sufrir en la oposicion que la hacian las monjas mismas y su vicario, hombre de gran prudencia, muy mirado y que se aseguraba bien siempre que tenia que dar consejos, para que ellos no le facilitasen ocasion de arrepentirse. Dijeron siempre tanto el vicario como las monjas que pensára Ana muy bien lo que iba á hacer, no fuese que creyendo buscar á Dios buscase la compañía de su hija, y hubiera de sufrir cuando ya no tuviese remedio las tristes consecuencias de su error. Por fin, el trascurso de los años les convenció de que solo el servicio y amor divino era el móvil de sus deseos, y resolvieron condescender con ellos, avisándola podria recibir el santo hábito cuando lo tuviese á bien. Una preparacion muy esmerada, como que el asunto de que se trataba era nada ménos que ingresar donde todas han de ser perfectas, fueron las disposiciones con que el dia 16 de Diciembre de 1604 se presentó á la puerta del convento de religiosas agustinas de Orihuela, donde fué admitida con universal contento. Parecia lo natural que los rigores de la observancia, y el haber de vivir continuamente sujeta á la obediencia, y el tener que sufrir privaciones, podrian haber sido motivos para retraer ó siquiera resfriar el buen deseo de Ana Ramirez; pues nada ménos que eso, cuanto más se la presentaban las austeridades, tanto más las abrazaba con amor, sin tener otro disgusto que el no poder ofrecer á Dios el don de la virginidad, sin embargo de que, tanto en su matrimonio como ántes y despues, habia sido Ana siempre muy honesta y recatadísima. Comenzó su noviciado con tanto ahinco y tales veras, como si hubiera sido ó enteramente ignorante de las cosas de Dios y su servicio, como desgraciadamente se encuentran muchas en todos estados, ó criminal que tuviese que expiar grandes delitos. Admirábanse á la verdad todos de que Ana hubiera podido ser tan ejemplar en su noviciado, ó diremos mejor, que no sabian explicarse aquellas santas religiosas el cómo tanta virtud y sobre todo tan profunda humildad habia podido estar oculta en aquella criatura, que si bien era á los ojos de todos una persona buena, no era á los de ninguno lo excelente que era en sí misma. Dios, pues, la favoreció con otorgarle el ser esposa suya, siquiera fuese esto despues de haber enviuda-

do; pero no quiso que disfrutára por mucho tiempo tanta dicha, ó más bien quiso que no se perdiesen las buenas disposiciones con que entró en la religion, por cuyo motivo la llamó para sí á los pocos meses de estar en el convento. Efectivamente, cuando habrian pasado apénas seis meses de estar en aquella santa casa, comenzó á verse atacada de vivísimos dolores, y muy terribles angustias le acometian cada dia. Los médicos con el mayor esmero buscaban el fundamento de estos males sin poder hallarle, su gravedad iba creciendo cada dia, y Ana veia acercarse el último de su existencia con ese vivo anhelo que tienen las almas justas de dejar este mundo para pasar á la mansion de la felicidad eterna. Recibió el santo viático en varias ocasiones, siempre con gran devocion, y rogando á sus hermanas la diesen la profesion, que se verificó solemnemente, si bien en la cama, con perfecta resignacion en los designios de Dios, en medio de muy vivos y sentidos dolores, entregó á Dios su espíritu el 5 de Agosto de 1605; habiendo sido religiosa solos siete meses y veinte dias, tiempo corto en sí mismo, es verdad, pero muy suficiente para demostrar sus buenas dotes y para que la exactitud en la observancia, la obediencia ciega que siempre observó y su profunda humildad, hiciesen que el nombre de Ana Ramirez fuese inolvidable en aquella santa casa.—G. R.

RAMIREZ (Andrés Pinto), jesuita portugués, natural de Lisboa, donde fué discípulo del célebre Francisco de Mendoza, quien le instruyó en las artes y las ciencias, estudios en que adquirió vastos y profundos conocimientos. Fué uno de los predicadores más afamados de su época, y enseñó teología por un largo espacio á los Padres de la Compañía, desempeñando despues en Salamanca una cátedra de la misma facultad, en que obtuvo una extraordinaria reputacion, mereciendo grandes elogios á Nicolás Antonio. Publicó las obras siguientes: 1.ª *In Canticorum Canticum Salomonis dramatico tenore, litterali allegoria, tropologicis notis illustratum;* Lyon, por los herederos de Gabriel Brissat, 1642 en fólio.—2.ª *Christum Crucifixum;* Lyon, 1640.—3.ª *Deiparam ab originis peccato preservatam;* Lyon, por Brissat y Anisson, 1642, en fólio.—4.ª *Utriusque principum Politices Parallela, justæ et iniquæ, ad caput XIV Isaiæ prophetæ;* Lyon, por Pedro Prost, 1648, en fólio.—5.ª *Sacræ Scripturæ selecta, sive Spicilegium sacrum explanandæ litteræ, moribus illustrandis;* Lyon, por Pedro Prost, 1648, en fólio.—6.ª *Commentarium in epistolas Christi Domini ad septem episcopos Asiæ, quæ in Apocalipsi continentur;* Lyon, 1649, en fólio, á cuya obra va adjunto un ejemplar de la fábula de Juan Barclai, con el nombre de *Philalælia pro fide amicorum reciproca;* Lyon, 1649, en 4.° Historia francesa que se halla en un códice de la Biblioteca Real de París con la vida de los santos Anino y Amelio, que son el argumento de este escrito. Parece que dejó sin

concluir un tratado con el siguiente título: *In Statium Papinium scholia*. S. B.

RAMIREZ (Fr. Diego), religioso dominico, natural de Madrid, tomó el hábito en el convento de nuestra Señora de Atocha, de donde despues de profeso fué trasladado al de Sto. Tomás en que se hizo adoptar. Explicó la sagrada Escritura en el colegio de su Orden en Alcalá, distinguiéndose además mucho como predicador. Felipe IV le apreciaba mucho por su grande prudencia, y tuvo notable valimiento con los principales señores de la corte. Fué prior dos veces del convento de su Orden en Madrid, y murió á 14 de Agosto de 1640 dejando las obras siguientes: *Vitam Fr. Joannis à Sancto Thomas Lussitani S. T. M., celeberrimi et Philippi IV Hispaniarum regis confessarii*, que sirve de prólogo al tomo IV de los *Comentarios* del mismo Juan de Santo Tomás, y se halla además en la *Secunda Secundæ* del Dr. Angélico; Madrid, 1645. Publicó desde el tomo IV al VII de los *Comentarios* del mismo Dr. Juan de Santo Tomás á la Suma del Dr. Angélico, y escribió por último en castellano una obra titulada *Escenas de la corte*, que no llegó á ser impresa por haberle sorprendido la muerte ínterin lo llevaba á cabo. Madrid, 1645 y 1646, en fólio.—S. B.

RAMIREZ (P. Diego), jesuita, natural de Villanueva de los Infantes, entró en la Compañía en su primera juventud, y dirigió los estudios de humanidades del Colegio Imperial de Madrid. Publicó: 1.° *Compendio de Gramática griega*.—2.° *Vida del cardenal Roberto Belarmino*, sacada de diferentes autores.—3.° *Instructionem sodalitatis B. Virginis*. Tradujo además del italiano al español: *El insigne milagro de S. Francisco Javier, apóstol de las Indias, hecho en Nápoles con el P. Marcelo Mastrilli, de la Compañía de Jesus, el dia 3 de Enero de 1634*; Madrid, 1634, y despues en Viena por Gregorio Gelbhaar, 1637.—S. B.

RAMIREZ (D. Fernando), obispo de Jaen. Fué natural de Portugal, ignorándose de qué punto, así como tambien dónde hizo los estudios y demás particularidades de su vida; pues las memorias que de él hemos alcanzado á ver, nos le presentan ya como obispo de Oporto en el año 1318. De dicha iglesia fué promovido á la de Jaen, y de esta pasó á la de Badajoz, donde falleció y está sepultado. Ignórase tambien el año en que ocurrió su muerte, y solo se sabe que fué en 8 de Noviembre, á causa de un aniversario que dejó fundado y que en el mencionado dia se celebraba por el eterno descanso de su alma en la catedral de Oporto.—M. B.

RAMIREZ (D. Fr. Fernando), religioso trinitario y obispo de Panamá. Era natural de la villa del Arroyo en el obispado de Coria, llamada vulgarmente *del Puerco* para distinguirla de otras poblaciones de la provincia de Extremadura, que llevan el mismo nombre, y descendia de una familia tan antigua como ilustre. Su padre se llamaba Bernal Ramirez, y fué alcalde de

Hijosdalgo, cargo que solo podian obtener entónces personas de reconocida nobleza, y su madre Doña Isabel Sanchez procedia de no ménos distinguido linaje. Despues de haber recibido una educacion tan piadosa como de tan buenos padres podia esperarse, le llamó Dios al estado religioso, inspirándole el pensamiento de tomar el hábito en la religion de la Santísima Trinidad. Partió para Madrid con esta idea, y se presentó en el convento donde se hallaba á la sazon el provincial, Mtro. Fr. Diego de Guzman; recibióle con agrado, y examinada su vocacion y suficiencia, no encontró inconveniente en que recibiese el hábito, pero no en el convento de Madrid como lo pretendia el postulante, sino en el de Toledo, á lo que accedió Ramirez, siendo, como dice la crónica, alta disposicion del Señor por los grandes aumentos que de esto se le siguieron á aquella antiquísima casa. Prendado el provincial de la excesiva modestia y virtud del jóven pretendiente, le mandó llevar á Toledo en las mulas de la provincia; era á la sazon ministro de aquel convento el docto maestro Fr. Gabriel de Ayala, quien leyó con gusto las órdenes del superior, y enterado de lo que el provincial le habia escrito, hechas las diligencias prévias para el ingreso en la religion que dispone la santa regla, recibió el hábito de la Orden de la Trinidad el dia 20 de Marzo de 1603. Desde su ingreso comenzó el novicio á cumplir con las obligaciones propias de su estado, haciendo para su mejor desempeño la acertada eleccion de María Santísima por abogada y protectora. Venerábase en el coro del convento de Toledo una hermosa imágen de la Reina de los cielos, á quien acudia en sus trabajos y aflicciones, obteniendo de su favor salir bien en todas las dificultades. Hallábase el coro próximo á la casa de novicios, con lo que se animaba á pasar en él la mayor parte de la noche, y para que no le impidiesen sus hermanos, salia y entraba descalzo, haciendo allí sus penitencias. Continuó con tan buen ánimo, y dando pruebas de su gran virtud, hasta que llegó el tiempo de la profesion. Era ministro entónces de aquel convento el P. Mtro. Fr. Manuel Reinoso, quien presidió este acto y tuvo lugar en 21 de Marzo de 1605. Profeso ya Fr. Fernando, dió especiales gracias al Señor por haberle librado de las vanidades del mundo y unido con vínculos indisolubles á su amada religion. Para estrecharlos todavía más, rogó al P. provincial con copiosas lágrimas que le concediese licencia para vivir en el convento desierto de nuestra Señora de las Virtudes, siendo sus lágrimas tan elocuentes, que le concedió la licencia, y sin comunicarlo con nadie, á excepcion del ministro, salió del convento y tomó el camino para el de las Virtudes, donde permaneció hasta comenzar sus estudios. Fueron estos los de artes y teología, en que salió tan aventajado, que consiguió tener discípulos sobresalientes, á los que además de la ciencia enseñó el camino más principal y necesario de la virtud. Acabados

los estudios prescritos en la religion, fué recibiendo los grados en ella concedidos. Gobernó diversos conventos con el acierto que pedia su estrecha observancia; fué ministro de los de Toledo, Alcalá, Talavera y Fuensanta, y no llegó á ejercer este cargo, aunque se le eligió para él en los de Salamanca y Cuenca, por haberle renunciado deseoso de vivir apartado de los cuidados que lleva siempre consigo el desempeño de tales oficios. En todos los conventos, sin embargo, en que los ejerció, manifestó su grande capacidad y celo, no solo por los adelantos espirituales, sino tambien por los materiales de la casa, siendo sin duda en la de Toledo en la que más se distinguió en este punto; pues en su tiempo se empezó la fábrica de la sillería del coro, que acabó siendo provincial; se hizo por su cuenta el atril y el órgano, aprovechando dos que habia muy pequeños, y se construyó el antecoro, salon vasto y capaz, y que adornó con tanto lujo como gusto. Siendo ministro de aquel convento se celebró el capítulo provincial en Madrid, donde fué elegido en jefe de la provincia el dia 24 de Abril de 1633. La provincia, vista su capacidad y talento, continuó honrándole despues con iguales ó superiores cargos, y así le nombró primer definidor por si faltaba el provincial electo, el V. P. Mtro. Fr. José de Segovia. Los notables estatutos que se hicieron en aquel capítulo, que puso en práctica así en las visitas como fuera de ellas, manifiestan bien su amor á la observancia regular y la de los principales miembros de su provincia. Mucho trabajó en esto, y padeció no pocos sinsabores, pero no perdonó medio para ejecutar lo que le parecia justo, empleando con las correcciones blandas y suaves el castigo, doctrina que dejó á los prelados y practicó con excelencia el V. Mtro. Fr. Simon de Rojas, á cuyo lado estuvo el provincial Fr. Fernando Ramirez ejerciendo el cargo de secretario cuando nombraron ministro de Toledo al P. Segovia, que ocupaba este puesto. Fuéle muy útil aquel período para perfeccionarse todavía más en la virtud, pues aunque anteriormente habia aprendido en la escuela de tan grande y santo prelado en las temporadas en que la religion le habia dejado descansar de sus penosos oficios, hallándose despues más cerca del B. Rojas dió vuelos más rápidos en la escuela de la virtud. Terminado su provincialato, se celebró el capítulo en el convento de Virtudes, en que salió electo el Mtro. Fr. Andrés de Toledo, que continuó los pasos de su antecesor, pero aunque el Mtro. Ramirez acabó el tiempo designado por la Orden para el desempeño de su cargo, no por esto le dejó descansar la religion. Experimentábanse grandes dificultades en la administracion de la provincia de Aragon á causa de su mucha extension y de la diferencia de los caractéres de los diversos pueblos que comprendia. Sabedor de ello el general de la Orden Fr. Luis Petit, decidió arreglar este asunto enviándole en comision ámplia y en toda forma, como las circunstancias lo exigian, para

conseguir el objeto deseado, que era la union ó al ménos la tranquilidad y el buen órden de la provincia. Bien comprendió el Mtro. Ramirez la dificultad de lo que se le encomendaba; pero aceptó con gusto, por el fruto que esperaba sacar para su religion. Visitó la provincia con la cordura, prudencia y discrecion que le distinguian, y examinándolo atentamente todo, bien pronto comprendió por su grande experiencia que el mejor medio para gobernar religiosos de reinos tan distintos y acaso de genios opuestos, como es natural en diversas localidades, sería que alternasen en los oficios de provinciales, definidores y otros cada trienio; medida que agradó á todos sobremanera; dióse noticia al general, quien la recibió con gusto, dándole por escrito su aprobacion. Para mayor seguridad se dió noticia á la silla apostólica, quien confirmó lo decretado con grande utilidad del estado religioso y no pocos adelantos en virtud y letras. Volvió el siervo de Dios á su provincia de Castilla, contento con el buen resultado de sus gestiones, y no mucho despues decidió Felipe IV darle una mitra para que emplease su vasta capacidad en servicio del Señor y en utilidad de la Iglesia. No vacó otra por entónces más que la de Panamá en las Indias, que le propuso el monarca por particulares fines, y que creyó conveniente no renunciar el P. Ramirez en obediencia á las superiores órdenes de S. M., quien conocia perfectamente á este religioso; pues siendo provincial, dice la crónica, y queriendo ceñir á algunos de sus súbditos á la recta observancia que debian en cumplimiento de la perfeccion de su estado religioso, los fué atrayendo con dulzura y suavidad para que fueran muy siervos de Dios; logró en algunos su prudente y piadoso intento, pero otros solo meditaban en poner en los caminos llanos montes de dificultades, haciendo frente á lo que en la realidad era justo, y para hacer á su parecer más impenetrable el camino, dieron memoriales al Rey, diciendo en ellos contra el Provincial lo que les dictaba su loca pasion. Oyólos de palabra y por escrito; y examinado todo muy despacio, halló S. M. era todo incierto; y llamando al Provincial, dijo cumpliese con las cargas y obligaciones de su oficio, y en realidad estas quejas y chismes pusieron espuelas al Rey para ponerle despues en mayores puestos, dándole la alta dignidad de obispo. Admitido este elevado cargo, se consagró en el convento de Madrid, siendo consagrante el Ilmo. Sr. D. Diego de Castejon, obispo de Lugo y presidente del Consejo de Castilla, en 9 de Febrero de 1642. Embarcóse poco despues para cuidar del rebaño que le habia confiado Jesucristo, y en su nombre la cabeza de su Iglesia. La primera poblacion que encontró al saltar en tierra en el territorio de su diócesis, fué Portovelo, cuya iglesia visitó, comprendiendo desde luego la necesidad que habia de ministros que cuidasen de aquel crecido rebaño: arreglólo todo lo mejor que pudo, y confirmó al gran número de personas que habia sin haber recibido este sacra-

mento. Por el camino hasta que llegó á Panamá procuró cumplir con la mayor puntualidad con las obligaciones de diligente pastor, y á poco de su llegada á la capital de su obispado, hubo un horroroso incendio, que empezó á un mismo tiempo en las casas episcopales y en la catedral, y siendo imposible acudir á todo, tomó por arbitrio acudir á la casa de Dios, y dejar la suya, sacando con sus propias manos todo lo santo y precioso que servia para el culto divino, y lo demás sin poderlo remediar quedó reducido á cenizas. Lo mismo sucedió en el palacio en que habitaba, aunque esto no le dió tanto cuidado como el que careciese el Señor de un templo donde ser adorado y servido. Animado en los mismos contratiempos, «hizo dictámen, dice la crónica, que haberlo llevado el omnipotente Señor al régimen de aquella iglesia, era con la prevision de la ruina, y que como operario diligente, pusiese los medios oportunos para que á tan grande Señor le fabricasen más preciosa y suntuosa casa. Con más que humanos alientos hizo que los más expeditos hiciesen planta, para con el favor divino emprender esta obra: hizo eleccion su Ilustrísima de lo que á sus ojos y los de los otros de buen gusto pareció mejor, para que al omnipotente Señor, rey de cielo y tierra, se le diese el culto debido en este miserable valle de lágrimas. No tenia el santo Obispo qué gastar para empezar á fabricar los cimientos de templo tan suntuoso, porque los pobres tenian consumido su pobre erario: buscó prestado lo que le pareció conveniente para empezar, esperando en el Señor habia de dar medios para satisfacer las deudas que contraia, y para que se pusiese en perfeccion tan suntuosa obra. No salieron sus esperanzas vanas, porque los poderosos de su territorio, alentados con el ejemplo del santo Obispo, fueron alargando caudales, como tambien otros de dominios extraños, con que fué creciendo la fábrica, hasta que llegó á ponerse en la perfeccion que hoy con admiracion de todos se mira. Estas ocupaciones no le impedian cuidar de sus ovejas: visitábalas y corregia sus costumbres, y con la discrecion y prudencia que convenia, evitaba los escándalos, agregando las ovejas perdidas á su rebaño, imitando á su dueño que encontrando una oveja extraviada, la puso en sus hombros para que no volviera á perderse. Tan continuados afanes, al mismo tiempo que robustecian y enriquecian su espíritu, debilitaban las fuerzas de su cuerpo. Sentiase cada dia más delicado, en lo que influian no poco las mortificaciones, ayunos y otras penitencias rigurosas, que no dejó nunca, ántes bien las fué aumentando conforme caminaba con pasos más veloces á la vejez y al sepulcro. Durante su juventud tuvo constantemente deseo de que cuando le llamase el Señor á la otra vida, se le enterrase en su convento de Toledo, con cuyo objeto construyó en él, siendo prelado, y cuando tanto trabajaba en la mejora del edificio, un sepulcro con su correspondiente lápida, para que á su muerte se inhumase en él su

cuerpo, si no disponia otra cosa el superior que gobernase entónces aquel convento; tan presente tenia este siervo de Dios la hora de su partida. Mas le alcanzó hallándose en Panamá, capital de su diócesis, y despues de haberse dispuesto como debia, recibiendo los santos sacramentos, y haciendo los fervorosos actos que le dictaba su discurso, impelido de un abrasado amor de Dios, rogó á los presentes que despues de espirar enviasen su corazon á su convento de Toledo, para que le pusiesen en su sepulcro. El Necrologio trinitario pone el tránsito de este siervo de Dios en 2 de Junio de 1652, segun dice Gonzalez Dávila, que anduvo muy acertado en esta fecha, aunque en otros y muchos hechos padeció grandes equivocaciones. Fué sepultado en la iglesia catedral de su diócesis, que honró su memoria y virtudes construyéndole y dedicándole un magnífico mausoleo.—S. B.

RAMIREZ (D. Garcia), obispo de Oviedo. Fué natural del pueblo de Villaescusa de Haro, y cursó los estudios mayores en la universidad de Salamanca, siendo colegial en el famoso de S. Bartolomé, donde tomó el hábito el año 1453. Desempeñó el honorífico cargo de prior perpétuo de S. Marcos de Leon, cuyo título conservó áun despues de haber ascendido al obispado. Los Reyes Católicos que le estimaban mucho y particularmente le trataban, le presentaron para la santa iglesia de Oviedo en el año 1503. Gobernóla por espacio de cinco, y consagró todo su cuidado y la mayor parte de sus bienes y rentas en aumentarla y embellecerla. Dotóla con muchas y muy buenas cosas, y fundó en ella la misa de nuestra Señora, que se vino diciendo por espacio de muchísimos años el primer miércoles de cada mes. Murió en Castropol, villa de su obispado, el dia 23 de Abril de 1508, y su cuerpo fué trasladado á su santa iglesia, donde se le sepultó cerca de la capilla mayor, colocando en su tumba un epitafio conmemorativo de su nombre, patria y cargos que desempeñó.—M. B.

RAMIREZ (Fr. Gerónimo), franciscano español de la provincia de descalzos de San Gabriel, misionero apostólico; poseia tres idiomas, uno de los cuales debió ser el hebreo, pues le elogia mucho José Turbonato en su Biblioteca latino-hebrea, y tenia mucha y variada lectura. Publicó una obra relativa á la doctrina de los Stos. Padres y muy útil á los predicadores de la palabra divina, con este titulo: *Stroma sive commentaria in caput* 13 *Joannis Evangelistæ*; Alcalá, 1606, en 4.° por Justo Sanchez. En el prólogo de esta obra promete publicar otra titulada: *Pro alterius operis de Republica hæbrea editione*, la que citan tambien Medina, Nicolás Antonio, Wadingo y Trujillo.—S. B.

RAMIREZ (P. Gerónimo), de la Compañía de Jesus. Nació en Sevilla el año de 1557. Se crió y empezó su primera educacion en casa del duque de Alcalá, de la que pasó á la del obispo de Cádiz D. García de Haro. Este

prelado le puso á estudiar en Córdoba, y en el tiempo que se dedicó al estudio, fué admirable su aplicacion, su virtuosa conducta, no entregándose jamás á los entretenimientos ni distracciones propios de su juvenil edad. Abandonando las esperanzas que podia fundar en su profundo y vasto conocimiento en las letras, y en la proteccion de los señores citados, prefirió entrar en la Compañía á los veinte años de su edad. En 1584 emprendió el viaje á Méjico, y desde allí fué destinado á Pazquaro para aprender la lengua del pais. Su gran penetracion y su facilidad suma para aprender los idiomas, le hizo pronto poseedor con la mayor perfeccion de aquella lengua, como tambien de la Mejicana, y finalizados sus estudios empezó sus misiones en Pazquaro. Despues hizo otra por espacio de ocho meses en las calidísimas regiones de Colima y Zacatura, ganando para Dios muchas almas. En esta ocasion se hallaban aquellas gentes afligidas con una enfermedad pestilencial, que hacia muchas víctimas, y el P. Ramirez, no haciendo aprecio de su propia vida, los asistió con grande caridad, no solo para el bien de sus almas, sino tambien para alivio de sus cuerpos. En los pueblos en que predicaba era muy comun y frecuente permanecer en el confesonario todo el dia, y áun hasta muy adelantada la noche, á excepcion del tiempo preciso para predicar, rezar el oficio divino y tomar algun sustento. No le impedian, á pesar de todo, estas contínuas y laboriosas ocupaciones, para emplearse en la santa oracion, ejercicio á que fué muy afecto, y en el que recibió del cielo especiales favores. Se preparaba para sus apostólicas tareas con las penitencias y ayunos, y así lograba en ellas y conseguia los deseados frutos. De Pasquaro pasó á la ciudad y Real de Minas de Zacatecas, donde no fue menor la cosecha que recogió con su predicacion fervorosa. De aquí salió nuevamente á las misiones de Tepeguanes y Parras, naciones bárbaras y feroces, pero que el celo del P. Ramirez amansó, haciéndoles llevar con placer el suave yugo de Jesucristo. La obediencia le destinó á la fundacion del convento de Guatemala, y no obstante la grande contradiccion que á su eleccion hicieron sugetos de elevado carácter, vencida su oposicion con la santa dulzura de este varon de Dios, se consiguió el designio que se deseaba efectuar. En muchas ocasiones le manifestó Dios los secretos del corazon humano, y de este recurso celestial se valia para impedir y estorbar el precipicio á sus prójimos. El año de 1617 le volvieron sus superiores á las misiones de Pazquaro, y aunque era ya de edad avanzada, trabajó en ellas como en los dias de su más florida y robusta juventud. Habiendo llegado á los sesenta y tres años, le acometió la última enfermedad en un pueblo de indios, de la que murió el dia 13 de Enero de 1621; habiendo ejercido el oficio de misionero treinta y seis años, y reducido muchas naciones y gentes que vivian entre las oscuridades de la idolatría, á costa de imponderables traba-

jos y penalidades. Se le dió sepultura en la iglesia de aquella poblacion, y pasado algun tiempo fué trasladado al colegio de Pazquaro.—A. L.

RAMIREZ (Fr. D. José). Nació en la diócesis de Valencia y despues de haber seguido con el mejor éxito su carrera literaria, se ordenó de sacerdote tomando el hábito de la Orden de Montesa. Sus vastos conocimientos y grande capacidad le pusieron muy en breve en estado de prestar grandes servicios á la Orden que le habia acogido en su seno, la que le premió elevándole á las primeras dignidades de que podia entónces disponer. Fué por lo tanto prior dos veces del santo convento de Montesa, prior formado de S. Juan de Barricana, procurador general de la Orden y capellan de honor de S. M. Ramirez, dicen los historiadores de Montesa, fué el que elevó á un esplendor y ilustre que nunca habia tenido el estado clerical de la Orden. Entre sus hechos se refiere uno muy notable, que es una prueba inequívoca de su valor y serenidad. Pues en el terremoto que en 1748 redujo á ruinas el castillo de Montesa, él fue quien sacó con sus manos el Santísimo Sacramento, no sin grande exposicion de su vida, salvando además á muchas personas que sin su actividad y celo hubieran venido á aumentar las víctimas de aquella catástrofe. No contento con estos méritos, empleó toda su influencia con el Rey y gran maestre de la Orden Cárlos III, obteniendo de su liberalidad que se construyesen por cuenta de la Hacienda la Iglesia, convento y colegio de la Orden dentro de la ciudad de Valencia con treinta prebendas conventuales y con mayor dotacion que la que tenia el antiguo castillo. El Consejo supremo de las Ordenes, interesado en la construccion de este nuevo edificio, nombró á Ramirez superintendente de él, quien continuó dando pruebas de su infatigable celo hasta dejar la obra en un notable estado de perfeccion. Conocedor del mérito de este sacerdote le encargó el ilustrado Rey Cárlos III la composicion de un libro, único trabajo literario que se conoce de este autor, y se conserva manuscrito en el archivo del sacro convento de Montesa, á cuya Orden se refiere. Lleno de años y méritos, murió Ramirez en Madrid en 1787, dejando la mejor fama por sus virtudes, y haciéndose acreedor á los elogios de la posteridad por sus excelentes cualidades. Dejó manuscrita la obra que acabamos de decir, intitulada: *Libro mayor de todas las rentas, derechos, responsiones y regalías de la Orden de Montesa sobre las encomiendas y villas de Montesa y Vallada y las del Maestrazgo.*—S. B.

RAMIREZ (D. Juan), obispo de Calahorra. Fué natural de Casas de Don Millan, obispado de Plasencia, y fué á seguir los estudios en la ciudad de Salamanca, donde obtuvo una plaza de colegial en el famoso de S. Bartolomé. Ordénose de sacerdote en 8 de Octubre del año 1508, y se graduó de licenciado en cánones en el mencionado colegio. Fué nombrado en 1529 inqui-

sidor de Toledo, despues de Murcia, y uno de los primeros que actuaron en Granada, cuando se introdujo en aquel reino el tribunal de la fe, que fué en el año 1526. En 1528 pasó á la Inquisicion de Toledo, y desempeñando este cargo fué agraciado por el Emperador con una pension de doscientos ducados. Era tan moderado en sus aspiraciones, de tan pocas necesidades y tan escasa su ambicion, que se conceptuó muy recompensado con aquella mezquina suma, sin que volviese á solicitar más en su vida. Su virtud, sin embargo, fué causa de sus adelantamientos; pues sin excitacion de ninguna especie, el Emperador le presentó para el obispado de Calahorra en 1543. No disfrutó mucho tiempo de este cargo, pues murió al cabo de un año el dia 24 de Diciembre de 1544, en la ciudad de Logroño, á los setenta años de su edad. Fué sepultado en la capilla de nuestra Señora de la Antigua en la iglesia parroquial del Palacio.—M. B.

RAMIREZ (V. Dr. Juan), de la extinguida Compañía, y de la casa ilustre de los Ramirez, nació año de 1510, hijo de Juan Ramirez y de Doña Leonor de Almeida. Crióse desde niño al lado de aquel grande y apostólico varon el maestro Juan de Avila, de que salió un perfecto dechado. Habiéndose graduado de doctor en sagrada teología en la edad de diez y seis años, pidió á Dios con muchas veras y sencillez que le hiciese su predicador, y la Majestad Divina, otorgándole este favor, le representó las ciudades de España en que habia de serlo, como se cumplió, y lo afirmó al fin de su vida. A los veinticinco años se ordenó de sacerdote, y empezó su predicacion por consejo del maestro Avila. El año de 1548, muerto su padre, vino á Madrid para la asistencia de su madre y una hermana: hospedóse en el hospital de la Latina, que era de su familia, fundado por Doña Beatriz de Galindo, segunda esposa de su abuelo Francisco Ramirez, é hizo en él oficio de rector. Su oracion era continua: decia misa con singular devocion, y no salia de casa sino para predicar. Estando en Toledo supo que su madre habia enfermado, vino á Madrid, suministróla los sacramentos, y entregando su alma á Dios, la besó los pies y manos, y diciéndola un responso se retiró. Fué por órden del cardenal Siliceo, porque procuraba la fundacion del colegio de Ocaña de la Compañía, de cuya religion era muy devoto, de la que últimamente, por consejo de su maestro, recibió el hábito en Alcalá de Henares, año de 1555, de mano de S. Francisco de Borja. Tuvo su noviciado en Granada, y de allí salió á predicar por toda la Andalucía, Castilla, Aragon y Portugal. Tenia todas las circunstancias de un grande orador, voz fuerte y clara, terrible en las reprensiones, agradable en la enseñanza, blando y suave en la exhortacion, devoto y tierno en la exclamacion y dialogismo con Cristo ó su Madre, el lenguaje puro y elocuentísimo. El fruto que hizo en toda España fué infinito, particularmente en las universidades de Alcalá y Salamanca, en don-

de entre los muchos que atrajo á que entrasen en la religion, fué uno el Padre Francisco Suarez. En Alcalá llegó el caso de decirle los maestros que se templase en predicar, porque se quedaba sin discípulos. Padeció mucho de mal de piedra, y en Valladolid, fiado en la devocion que tenia á María Santísima, permitió que le hiciesen la operacion de sacarle una como un huevo. Estando en Alcalá, año de 1585, le acometieron unas cuartanas, que le duraron todo el invierno, y unidas á una gran debilidad de estómago, varias congojas y un hipo muy frecuente, le hicieron penar hasta el viernes santo 4 de Abril de 1586, que durmió en el Señor á las doce del dia. El pueblo hizo un grande sentimiento en su muerte, acudiendo tanta gente á la iglesia, que no pudieron los religiosos hacer el oficio en ella, quitándole el bonete y otras alhajas ó pedazos del vestido por reliquia. Fué sepultado junto á las gradas del altar mayor. Mucho pudiera alargarme en la vida del venerable Padre; pero podrá verlo el devoto en los que ya lo han hecho con elegantes plumas, como son: el venerable Nieremberg en los *Varones ilustres de la Compañía*, tomo III, pág. 204; el licenciado Luis Muñoz, *Vida del maestro Avila*, tratando de sus discípulos, y el licenciado Gerónimo de Quintana.—B. C.

RAMIREZ (D. Fr. Juan), primero de este nombre, religioso de la Orden de Sto. Domingo. Sus padres fueron muy nobles, su patria fué Morillo, villa noble en la Rioja. Tomó el habito en el convento de la ciudad de Logroño. Conocieron en su Orden religiosa la partes y disposiciones aventajadas de Juan Ramirez, y para que se lograsen las esperanzas que habia hecho concebir, le enviaron al gran convento de Salamanca, para que desarrollase su vasta imaginacion y gran talento con más escogidos estudios. Tuvo la buena suerte de tener por maestro á los que en aquella época fueron las mayores lumbreras que tuvo el orbe en esta suprema escuela de las ciencias, madre inmortal de tantos hombres sabios. Perfeccionados y terminados sus estudios, pasó á la Nueva España, con el mayor gusto y buena voluntad, á ser obrero en aquella espaciosa y fecunda viña, que iba plantando la fe. Entró en Méjico, y el prelado de aquella santa casa, ocupando dichosamente el talento privilegiado del nuevo religioso, le envió á la nacion Mysteca, cuyo idioma era dificilísimo de aprender por sus irregularidades y particular acento; pero era tan pronto y perspicaz su ingenio, que á muy poco tiempo le poseia casi como los naturales. En un capítulo que la provincia de Méjico celebró en Yanquitlan, sustentó un acto con grande satisfaccion de los padres que asistieron en aquel capítulo, y que se dieron el parabien de tener en su Orden un sujeto tan eminente, y que honraba toda la religion. Volvió á Méjico con título de lector de teología moral, cuya cátedra desempeñó por espacio de veinticuatro años, saliendo tan consumado

en la ciencia teológica, que sus respuestas y parecer en todo lo que se le consultaba, eran tenidas y admitidas como si las propusiese un oráculo, sin que hubiese nadie que tuviese valor y suficiencia para contradecirle su sólida opinion. Con el gran celo que siempre le animó por la salud de las almas; lamentándose y considerando que habia en Méjico un género de gente sumamente apática, lo mismo que sucedia generalmente en todo aquel vasto y antiguo imperio, y que no habia ministro ó ministros señalados que los ilustrasen como era debido en la fe para la salvacion de sus almas, siendo más notable el idiotismo y estupidez en la raza negra, procediendo su gran ignorancia de no tener quien cuidase de su bien; trató, para remediar este daño, de ocuparse el siervo de Dios todos los dias desde la Misa del alba hasta la hora de prima, en la misma iglesia, con los mulatos y negros, y con el mayor interés y buen deseo los enseñaba y predicaba lo conveniente para su salvacion; y viendo sus amos y dueños el fruto que daba esta obra de misericordia, cuidaban de que no faltasen á ejercicios tan devotos, instructivos y piadosos. Habia fijado y sentado el precedente que todos los que se acercasen al tribunal de la penitencia y se confesasen con él, habian de saber y decir primero la doctrina, y si no la sabian se negaba á oirlos. En Madrid le sucedió un caso muy notable: estaba confesando en el convento de Nuestra Señora de Atocha, y llegó á sus pies una señora principal acompañada de criados y dueñas; la preguntó la doctrina, y como no la supiera, no la quiso confesar. La señora, muy corrida y avergonzada, le dijo enojada algunas palabras libres y bien poco discretas, á que el virtuoso Ramirez tuvo la prudencia y discrecion de no responder. Acompañaba á sus eminentes prendas y sabiduría la de ser observantísimo de su regla y constituciones, sin dispensar consigo cosa alguna de las que pertenecian al cumplimiento de aquellos sagrados deberes. Fué calificador del Santo Oficio y le sirvió en cosas de mucha entidad. En medio de sus extraordinarios alcances era tan sencillo y cándido, que nunca llegó á pensar mal de nadie, ni creyó que hiciesen daño con conocimiento, ni hablasen con malicia ni con mentira. Fué muy celoso de la libertad de los indios, estudiando esta materia con gran cristiandad y sólido criterio, teniendo particular cuidado, ya fuese en público ó en secreto, de publicar todo aquello que pudiera aprovecharlos. De tal modo le dominaba este espíritu de caridad para con sus semejantes, que nunca quiso absolver á los que tenian indios de servicio ó de repartimiento á título de esclavos, hasta que les diesen libertad; y sus opiniones, que tenia consignadas por escrito para un fin tan humanitario, las presentó en el sínodo que se celebró en Méjico. La respuesta que se le dió fué: *que se miraria despacio*; y el siervo de Dios en el primer sermon que predicó en la catedral, dijo lo que en justicia debia hacerse, sopena de pe-

cado mortal. El sínodo se quejó altamente de las ideas vertidas en el púlpito por Ramirez á favor de la emancipacion, y pidió á su prior le corrigiese y amonestase para que no volviese á hacer públicas aquellas manifestaciones. La pena que le impuso su superior fué que no predicase, cuyo precepto fué tan mal recibido y causó tal impresion en toda la ciudad, que para evitar mayores males fué necesario, y con la mayor presteza, levantarle aquel mandamiento, y que volviese á predicar cuando lo tuviere á bien. Un caballero del hábito de Santiago, que se confesaba con este rígido pero benéfico varon y que además era un gran bienhechor de su convento, tenia unas minas á alguna distancia de Méjico en activa explotacion. Fr. Juan quiso ver el modo de elaborarlas, y cómo se conducian y á lo que estaban obligados los indios infelices en aquellos rudos trabajos, pues su conciencia le hacia presentir lo mucho que padecerian aquellos desgraciados; así fué que habiéndole preguntado el dueño qué le parecia todo aquello, le contestó con la mayor franqueza y sin rebozo: *Todo lo he mirado y tanteado y de mis observaciones deduzco, que tanto vuestra merced como sus hijos y yernos se condenan.* El caballero se enojó sobre manera con una respuesta que no esperaba, y le motejó de loco y extravagante; mas el religioso, muy en sí y sin alterarse y sin perder de vista su objeto predilecto, que era mirar por la salud espiritual de su prójimo, le replicó con gran modestia y blandura lo siguiente: *Este negocio, y la injusticia de él, me sacó de la quietud de mi celda, para ver qué remedio tenia el orígen y la fuente de aquestos daños, y no hallo otro más de lo que queda dicho, y lo mismo se ha de entender con todos los que se sirvan de indios.* No obstante, viendo cuán infructuosos eran sus esfuerzos para conseguir se concluyese ó á lo ménos se moderase el mal tratamiento que los jueces y todos los españoles de algun poder ejercian con los pobres indios; cómo los repartian para el servicio como si fueran irracionales, y lo muy mal que los pagaban y premiaban, determinó venir á España para procurar personalmente el alivio y el remedio de tanto daño é inconsideracion. Salió de Méjico como un pobre peregrino con su capa al hombro, su breviario en la cinta y una cédula de noventa y cinco pesos á pagar en Sevilla; pero en seguida se presentaron obstáculos imprevistos, que dilataron su proyecto: á poco de hallarse en alta mar dió en manos de corsarios ingleses, que le dieron un trato pésimo, y aumentó su peligro predicando á los herejes la obediencia al pontífice romano, la necesidad de las obras penales y otras muchas cosas. Y estuvo tan léjos de pensar en que le habian de maltratar ni ofender, que no temió mal suceso, y el Señor le favoreció y sostuvo en aquella confianza, haciendo que sus enemigos, por el contrario, le mostrasen buena voluntad y amor. Conducido á Inglaterra, y viendo su sencillez y llaneza, le dieron libertad, pidiéndole en pago que suplicase al rey

de España que diese libertad á un caballero inglés que tenia preso en Sevilla, lo que ofreció y cumplió, consiguiendo sus diligentes pasos y vivas instancias la libertad de aquel sujeto. Llegó á Madrid, y dió principio al negocio de los indios besando la mano al Rey y dándole un memorial con el título de *Advertencia sobre el servicio personal al cual son compelidos los Indios de la Nueva España por los vireyes.* Otro dió al Consejo de Indias, firmado de trece maestros de los doctos que tenia España en aquel tiempo, y fueron tan fuertes y fundadas las razones de su alegacion, que se despacharon privilegios y provisiones en favor de los indios, reformando los abusos de sus repartimientos y las injusticias de no pagarles sus salarios. En estas diligencias empleó y perseveró cuatro años; y queriendo volver á Méjico con la misma pobreza que habia venido, estando por entónces vacante el obispado de Guatemala, el rey D. Felipe III presentó á Fr. Ramirez en 18 de Enero del año de 1600. Se trabajó mucho con él, viendo su oposicion á admitir aquel elevado cargo, y de su parte hizo fuertes contradicciones, y dando muchas razones para no aceptarlo, persistiendo tanto en su idea, que no bastaban consideraciones para apartarle de su deseo y buen acuerdo. Y viendo sus superiores que ruegos no aprovechaban, acudieron al poder y fuerza de la obediencia, que le hizo bajar la cabeza y que se sometiese al yugo. Lloró por espacio de dos dias la precision en que se le ponia, meditando los peligros en que habia de verse su alma. Todo esto ocurria en el jubileo centenario de Roma, que correspondia en aquel año de 1600. Esta ocasion se la dió para ir á aquella corte á visitar los sepulcros de los apóstoles, y de tantos santos que compraron con su sangre el ser moradores de ella, y al mismo tiempo tratar del despacho de sus bulas. Salió de Madrid á pie con su compañero; entró en Roma, besó el pié á Su Santidad Clemente VIII. Este pontífice admiró sobre manera su grande humildad y pobreza, representando una viva imágen de la vida apostólica de los obispos de la primitiva Iglesia. Del mismo modo que partió á Roma volvió á España, y en Cataluña dió en manos de bandoleros, y le quitaron un anillo y pectoral de poco precio. D. Pablo de Laguna, obispo de Córdoba, le consagró en Madrid en el convento de S. Francisco. Habiendo emprendido el largo viaje, llegó á su obispado, pero no hizo ningun cambio en sus costumbres y sencillo género de vida; continuó siendo fraile en los ayunos, penitencias y silicios, oyendo muchas misas con gran devocion y ternura. En dar limosnas y socorrer á los necesitados era hasta pródigo, pues daba siempre más de lo que le producia su renta, y el estilo, amabilidad y cariño con que trataba y enseñaba á los indios era de verdadero padre. Dotó en su iglesia una memoria, que constituia su principal ocho mil tostones para que ocho capellanes de coro dijesen cierto número de misas. En S. Salvador dotó otras ca-

pellanías, otra memoria en el hospital Real de Guatemala, otra en el convento de Sto. Domingo, otra en las monjas de la Concepcion, en el seminario otra, y otra en el colegio de Doncellas. En la villa de Morillo, donde nació, fundó una capellanía. Dióle el mal de la muerte en la ciudad de San Salvador, y para morir pobre, como lo habia profesado, dió de limosna sus anillos y pectoral, y avisó á su mayordomo, que estaba en Guatemala, que sin dilacion diese cuanto hubiese en su casa de limosna, y así se hizo. Le sobrevinieron unos paraxismos, que le dejaban como muerto, y entendiendo los que se hallaban presentes que habia espirado, en cuanto volvió en sí, dijo: *No moriré hasta la víspera de nuestra Señora de Marzo.* Igualmente mandó *que no le embalsamasen ni ultrajasen su cuerpo, que moria vírgen.* Recibió con mucha devocion los sacramentos, con gran temor de su salvacion, á pesar de haber vivido tan atentamente en el estado de religioso y de obispo. Fué su dichoso tránsito en 24 de Marzo del año de 1609, y se le dió sepultura en su iglesia de S. Salvador al lado del Evangelio. Uno de los que se hallaron presentes, sumando y resumiendo en pocas palabras la vida y méritos del difunto, le puso el epitafio siguiente:

✠

ILLUSTRISSIMUS DOMINUS
FRATER JOANNES RAMIREZ,
DOMINICANUS,
PRO MERITIS EPISCOPUS
DE GUATIMALA.
PURE ET PIE VIXIT,
PUDENTER GUBERNAVIT
UT PATER, PIE OBIIT, ET PIE
AD VITAM NON PERITURAM
INTRAVIT 24 MARTII 1609.

Pasados algunos años abrieron su sepultura, y le hallaron tan entero como si acabára de espirar. Escribió este prelado un libro en lengua española, con el título de *Campo florido, ejemplo de santos, para exhortar á la virtud con su imitacion y ejemplo.* Y le dedicó á D. Fr. Pedro de Feria, obispo de Chiapas, religioso de su Orden. Tuvo por sucesor á D. Fr. Juan Cabezas Altamirano.—A. L.

RAMIREZ (Fr. Juan), religioso de la órden de la Santísima Trinidad, natural de Toledo. Parece que escribió un tratado *Del Patrocinio de nuestra Señora.*—S. B.

RAMIREZ (Fr. Juan), religioso trinitario, natural de Madrid, fué maes-

tro de sagrada teología, predicador de S. M. y ministro del convento de su patria. Escribió: *Del voto que hizo la Congregacion del Ave María de defender la pureza de nuestra Señora.*—S. B.

RAMIREZ (Fr. Juan), franciscano español, de la provincia de la regular observancia de Santiago de Galicia. Criado desde su primera infancia en los sentimientos de la cristiana piedad, Dios le hizo la gracia de manifestarle la verdad desde luego, y huyendo del mundo abrazó la religion seráfica con la alegría y el fervor de un alma que habia permanecido siempre pura. Siguió sus primeros estudios en su convento de profesion, y acabó su educacion en el convento que tenia su Orden en Valladolid. Su precoz inteligencia, su rara piedad y los buenos resultados que obtuvo en sus estudios, influyeron para que fuese elegido para ser enviado á Roma: fueron tales sus progresos en los estudios á que se entregaba sin descanso y en el ejercicio de las virtudes sacerdotales, que bien pronto fué juzgado digno de ser nombrado guardian de su casa de profesion, adonde regresó con este motivo. Sus prelados le dieron nuevas pruebas de benevolencia concediéndole permiso para predicar en toda su provincia una mision, que fué harto célebre por las importantes materias de que trató en sus sermones. Nombrado secretario del custodio de su provincia por juzgarle la persona más á propósito para llenar este importante cargo, le desempeñó con celo y acierto, trabajando mucho por el fomento de su Orden, á la que defendió, tanto en diferentes escritos como en otras circunstancias á cual más críticas y peligrosas. Pero más que sus servicios á la Orden fueron sus virtudes las que distinguieron sin duda al P. Ramirez. Nada más admirable que la conducta de que daba ejemplo en los conventos en que vivia ó por donde pasaba. Este religioso tenia un alma adornada desde la cuna con gracias particulares. Apénas fué capaz de distinguir la verdad del error, cuando manifestó tanta aversion por esta como afecto y amor á la primera. Corria por el camino de la perfeccion, y comenzaba en cierta manera donde los demás acaban. Puede decirse que llevaba la virtud hasta el heroismo; su principal máxima y su resolucion capital fué no negar nada á la gracia y no conceder nada á la naturaleza, resolucion que ejecutó fielmente hasta el último dia. Todo su cuidado era buscar un tesoro únicamente en la pureza del corazon y en el desasimiento de todas las cosas creadas, que miraba como lodo; ponia su gloria en las humillaciones, el desprecio y la abyeccion. La penitencia y la mortificacion formaban todas sus delicias. Estas virtudes formaban su carácter, y los progresos que hacia diariamente contribuian á que fuese mirado y respetado como un digno discípulo de Jesucristo; su mayor deseo era imitar á S. Francisco, á quien habia tomado por modelo desde que tuvo esperanza de ser hijo suyo. Ocupado por com-

pleto de su designio de abrazar su regla, la seguia en todos sus puntos con el fervor del novicio más celoso; levantándose siempre á las cuatro para ser el primero en el coro, para lo que con frecuencia se acostaba vestido. La oracion era su elemento, corria á ella como se corre á un festin, y con frecuencia vertia abundantes lágrimas, lo que le sucedia tambien cuando hacia otros ejercicios. No era raro verle permanecer durante cinco horas de rodillas al pié del altar, lo que acaecia ordinariamente en los domingos y dias de fiesta, y no salia hasta que se iba á avisarle para comer. En las comidas tomaba con tanta indiferencia los alimentos que se le servian, que parecia no distinguir los buenos de los malos. Todo le era igual, y excepto la lectura, que le ocupaba habitualmente por completo, se le veia por lo comun tan elevado sobre los sentidos, que se creia con facilidad que no tomaba más que con pesar el alimento del cuerpo. Con frecuencia las impresiones que la lectura habia dejado en su alma le quitaban la libertad de comer. En cuanto á los recreos, solo le agradaban cuando se trataba del objeto de su amor, lo demás le parecia insípido. Cuando se le obligaba á calentarse porque hacia mucho frio, escogia siempre el peor lugar, y procuraba no hablar al calentarse, diciendo que no se debia procurar tanto placer de una vez. Conducido por el espíritu de Dios, que le dirigia en todas sus obras y en todas sus conversaciones, seguia las huellas de su luz sin separarse ni detenerse. Tenia la penitencia tantos atractivos para este religioso, que á pesar de la vigilancia de sus compañeros para moderarla, se entregaba frecuentemente á mortificaciones extraordinarias, que callamos porque son más admirables que imitables. Todo lo que oia referir de los santos más penitentes, queria practicarlo á ejemplo suyo. Decia que si hubiese conocido una Orden más austera que la de los religiosos observantes, hubiese ido á buscarla al fin del mundo; tanto era lo que deseaba morir por amor de Dios. Este amante del Calvario era tan ingenioso para mortificarse, que cuando se habia cerrado una puerta á su celo, solia abrir cuatro para mortificarse. Muchas veces le prohibió su director espiritual ciertas austeridades, á lo que obedecia, pero ideando otras mucho más duras todavía. Se hubiera dicho que era insaciable. No, jamás voluptuoso alguno ha sido tan activo para procurarse placeres, como lo era él para sacrificarse por la cruz. Salia raras veces de su celda, y estas para hablar con Jesucristo al pie de los altares. No estaba visible más que para algunos virtuosos eclesiásticos que iban á verle de tiempo en tiempo, los que confesaban que ganaban más que él para su propia edificacion. Le miraban como una de esas almas raras, en quienes se complace el Señor. Tanto era lo que admiraban su modestia, sencillez, candor y humildad; le hacian tan adelantado en esta última virtud, que dudaban si se hallaba sujeto ya á las

inspiraciones del amor propio. El deseo de agradar á los hombres parecia enteramente muerto en él, y todas las mezclas secretas de intereses, de miras humanas, que detienen á tantas almas en el camino de la perfeccion, parecian no hallar entrada alguna en su corazon. Perfecto sin saberlo, es difícil á un alma olvidarse más de sí misma y ser más pequeña á sus propios ojos, como si no tuviese ningun conocimiento del bien que Dios operaba en ella; no viviendo más que para su Dios, á quien veia en todas las cosas, no hacia caso de nada de lo creado; así es que nada turbaba la paz de su corazon. Abismado todo en el seno de su Dios, no se ocupaba más que de él, suspirando sin cesar por la dicha de poseerle y de conversar con él en la sagrada comunion. En estas ocasiones era cuando experimentaba todo lo tierno y amoroso que hay en las comunicaciones del Cordero divino; transfusion de corazon á corazon, coloquios ardientes, voces interiores llenas de encanto y de dulzura, silencio de todos los sentidos y reposo delicioso en Dios, union la más íntima y la más estrecha con él; hé aquí lo que le era familiar. El Espíritu Santo, que se habia hecho dueño de su alma, le descubria los misterios y los secretos más ocultos. Cada dia era más hábil en ese lenguaje del corazon, que no es conocido mas que de los santos, y en la ciencia del Evangelio. El desprecio y el elogio, el vituperio y la estimacion, las alabanzas y las injurias, todo le era igual, porque en todas las cosas no miraba más que á Dios. Sí, podia decir con S. Pablo: *No soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí.* Llevado á todo como sobre las alas del santo amor, parecia no tener nada de la vida de Adan, tan espiritual y superior era á los sentimientos ordinarios: encantaba por su ingenuidad. Por último, para terminar esta relacion con tres ó cuatro rasgos nuevos; la regla seráfica le parecia demasiado dulce, y añadia con frecuencia prácticas que hacian su vida mucho más penitente y perfecta que la de los demás religiosos. Dios, que no se deja vencer nunca en generosidad, le habia dado tambien el don de lágrimas, gracia que cambió en delicias los santos rigores de la penitencia más severa. ¡Cuántas horas durante la noche, ó mas bien, cuántas noches enteras pasaba delante de un crucifijo, llorando la pérdida de tantos cristianos como abandonan á Dios en el carnaval! No podia consolarse de las desgracias en que se precipitan las almas en aquellos dias de tinieblas y de endurecimiento. Se ofrecia á Dios como una víctima para obtener su conversion. Una vez la vista de un crucifijo le representó de tal modo los ultrajes y las crueldades que los libertinos renovaban entónces contra el Señor, que se conmovió con tal viveza que por temor de que no sucumbiese al peso del dolor que anonadaba su alma, le obligaron los religiosos á distraerse, y le retiraron á pesar suyo de la presencia de la cruz á que le tenia su amor como encadenado. Si algunas

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

veces se le servia á la mesa algun extraordinario, se privaba de él y le hacia llevar á los enfermos, casi sin que nadie se apercibiera de ello, pues era tan enemigo de las singularidades como singulares eran las miras de Dios sobre él. Era todo tan natural en su conducta y tan extraño á todo lo que pudiera interpretarse como afectacion, que ganaba el corazon de todos los de la casa. No se podia conocerle sin amarle. Es muy difícil el no apreciar á las personas que nos manifiestan estimacion ó un afecto particular; su union á Dios tenia su corazon cerrado para las criaturas y le preservaba de esta imperfeccion. Todo en su hermosa alma respiraba la más amable santidad y se hubiese dicho que la virtud le era natural. Con tales sentimientos vivió y murió este religioso tan célebre en su época por su piedad, y que escribió una *Exposicion de la Regla Seráfica*, citada por Nicolás Antonio y otros bibliógrafos. — S. B.

RAMIREZ (V. Juan), presbítero, natural de Valencia, doctor en teología por aquella universidad, y beneficiado en su iglesia metropolitana y en la parroquial del Salvador. Distinguióse tanto por sus excelentes escritos en prosa y verso, como por sus notables cuadros, en cuyo arte fué discípulo del célebre Jacinto Gerónimo Espinosa, á quien imitaba de manera que se equivocan las obras de ambos, segun refieren Palomino, en su *Museo Pictórico*, y Cean, en su *Diccionario histórico de las bellas artes*. El mayor elogio de sus eminentes virtudes consiste en el concepto que de él tenia, y la intimidad con que le trataba la célebre y venerable madre Josefa María de Sta. Inés, religiosa en Benijamin. Su historiador el P. D. Tomás Vicente Tosca, refiere en la vida de esta venerable, que sabia por un ángel cuando iba á verla el venerable Ramirez algunas horas ántes de que fuese, y solia decírselo con mucha alegría á las otras religiosas. La misma tuvo por revelacion noticia de un singular favor que obró la divina gracia en nuestro venerable por medio de S. Felipe Neri, de quien era muy devoto, y pareciéndole, añade el P. Tosca, que andando el tiempo se habia entibiado en el fervor y devocion al santo Patriarca, rezelaba no estuviese el Santo enojado con él; y sin haber comunicado esto con la Madre Inés, le refirió ella la vision que habia tenido. Y fué, que vió al Patriarca S. Felipe que ponia la mano al doctor Ramirez sobre la cabeza, y hacia cruces sobre el corazon, diciéndole á la venerable Madre, que aquel era hijo suyo, y que lo queria mucho; con cuya noticia quedó el doctor consoladísimo y más fervoroso en la devocion del Santo. «Movido por esto, escribió su vida en el año de 1678, dedicándola al papa Inocencio XI, quien le apreció en tanto extremo, que hizo de ella los mayores elogios. Impugnóla sin embargo el célebre Molinos en una carta anónima que hizo circular por España é Italia, mas salió en defensa de nuestro doctor el erudito Caramuel, dando una respuesta muy docta en que re-

futó la impiedad del maligno antagonista. Habia nacido el V. Ramirez el mismo año que aquel heresiarca, y ambos murieron en el propio año de 1692, el uno en una cárcel de Roma, á 29 de Diciembre, condenado como hereje; y el otro en Valencia, á 7 de Abril, venerado y aplaudido por su santidad y doctrina.—S. B.

RAMIREZ (Fr. Juan), religioso lego de la órden de S. Gerónimo. Tomó el hábito en el monasterio de la Estrella, donde se distinguió por su santa vida. Era muy caritativo, y manifestó siempre el mayor celo en servir á sus hermanos, llevando este hasta el punto de que para que sus hermanos no llevasen los hábitos sucios ni rotos, se dedicaba él á limpiarlos y á coserlos. Fué enfermero muchos años, y asistia á los religiosos, limpiándolos y abrazándose con ellos en las enfermedades más contagiosas para volverlos de uno á otro lado, con el grande ánimo que le infundia la caridad cristiana. Premióle Dios estas piadosas obras; habiendo padecido una larga enfermedad, no le faltó un religioso que hiciese con él lo que habia hecho con los demás, y le concedió, por último, lo que más debe desearse, que es una buena muerte. Era muy aficionado á ayudar á Misa, y se consagraba á este oficio desde por la mañana, continuándole todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. No era menor su devocion á Maria Santísima, á quien consagraba todos los ratos que le quedaban libres, y áun en las horas de sus mayores ocupaciones no dejaba de encomendarse á esta Señora bajo la advocacion de la Estrella, que era la de aquella casa, rezando constantemente toda clase de salmos y oraciones. Celebraba las festividades de la Vírgen con toda clase de ayunos y penitencias, en lo que fué extremado, haciendo algunas muy nuevas y peregrinas, cuya relacion omitimos. Gozaba por este motivo grande fama en su monasterio y áun en toda la Orden, y era buscado para otros conventos, mas siempre se negó á salir del suyo, queriendo pasar allí el resto de su vida, lo que se verificó, siendo su muerte muy sentida por todos los religiosos, pues le apreciaban como un verdadero hermano, y aunque lego, le miraban como hombre superior á su estado, por lo que mereció que se escribiese su vida y ocupar un distinguido puesto en la historia de su Orden.—S. B.

RAMIREZ (Fr. Manuel), franciscano español de la provincia de Granada, de descalzos de S. Pedro de Alcántara. Fué lector de sagrada teología y padre de su provincia. Publicó: *Interior animæ chorus;* Granada, por Francisco Ochoa, 1704, en 4.° Ibid., 1699, en 4.° *Nativitas Christi in anima.*—S. B.

RAMIREZ (Fr. Pedro), religioso de la órden de los ermitaños de San Agustin, natural de Zafra, en Extremadura: fué maestro de sagrada teología y provincial de Andalucía. Marchó al Perú en compañía del virey, mar-

qués de Montesclaros, quien le habia elegido por confesor, y le promovió al consejo de aquel país. Hallándose en Lima, capital de aquellas regiones, pronunció la oracion fúnebre de la reina de España, Margarita, que falleció por aquella época, oracion fúnebre que imprimió despues Martin de Leon, de la misma Orden, arzobispo que fué de Palermo. Murió Ramirez en Sevilla á 9 de Abril de 1628.—S. B.

RAMIREZ (D. Sebastian), obispo. Fué natural de Villaescusa de Haro y colegial de el de Sta. Cruz de Valladolid, donde tomó el hábito en 19 de Junio de 1506. Despues de terminados sus estudios, obtuvo la plaza de inquisidor de Sevilla, y fué uno de los ocho jueces que sentenciaron en aquella ciudad la causa de cuatro religiosos que habian matado á su provincial en 1535, siendo arzobispo de Sevilla D. Alonso Manrique, que los degradó con breve particular del Pontífice el año de 1536, y los entregó al brazo seglar, que los condenó á la última pena; suceso que refiere detalladamente con los nombres de los culpados y de los jueces, D. Juan Bernal Diaz de Lugo, obispo de Calahorra, en su libro intitulado *Práctica criminal*. Ramirez pasó despues de oidor á la audiencia de Granada, de donde fué trasladado como presidente á la de Puerto Rico, siendo nombrado, por último, arzobispo y virey de Méjico, donde fundó la Real Audiencia. A estos grandes trabajos, propios de su capacidad y vasto saber, unia una grande munificencia, y así llevó á cabo por sí solo ó mejoró varios establecimientos en aquella metrópoli. Obra suya fué un colegio que fundó en la Puebla de los Angeles para enseñar á quinientos niños, al que dotó de suficiente renta, procurando además el fomento de esta poblacion, que llevó á cabo por su mandado el licenciado Salmeros, dándose tambien comienzo bajo sus auspicios al establecimiento y construccion de la iglesia catedral; servicio que prestó tambien en la ciudad de Méjico, continuando su iglesia metropolitana. El emperador Cárlos V le trasladó á la Península, presentándole para el obispado de Tuy, de donde fué promovido á los de Leon y Cuenca, gobernando esta última sede por espacio de cuatro años, cinco meses y veintiocho dias, donde se distinguió por su caridad y celo en beneficio de sus ovejas. Nombrado presidente de la audiencia de Valladolid á 25 de Julio de 1542, no tardó en renunciar este cargo por residir en su iglesia. Murió sin embargo en Valladolid en 22 de Enero de 1549, y fué sepultado en un convento que habia fundado en su patria, Villaescusa, con la advocacion de Sta. Cruz, para religiosos dominicos.—S. B.

RAMIREZ (P. Vicente), de la extinguida Compañía, fue doctor en sagrada teologia, y la profesó en la universidad de Alcalá con grande admiracion de todos por su privilegiado ingenio y buenas y loables costumbres. Escribió con método escolástico: *De Prædestinatione;* Alcalá, 1702, dos

tomos en fólio. *De Scientia Dei;* Madrid, 1708, dos tomos en fólio.—C.

RAMIREZ DE BARRIENTOS Ó BRACAMONTE DE BARRIENTOS (Antonio). Tesorero de la iglesia catedral de Cádiz. Ignórase la fecha y circunstancias de su muerte, lo mismo que todo lo relativo á su vida, siendo únicamente conocido por sus obras, de las que se citan como principales las siguientes: 1.ª *Elucidario de las medallas de la Isla y antigua ciudad de Cádiz*, con notas, trabajo dedicado al ayuntamiento de aquella poblacion.—2.ª *Anales de la ciudad de Cádiz*, obra que se cree perdida, pues solo se conoce porque la cita su autor en la dedicatoria del *Elucidario*.—S. B.

RAMIREZ DE BUSTAMANTE (D. Juan). Este noble sacerdote fué hijo de Sevilla, de raro talento, grande inteligencia, y de una privilegiada naturaleza. Fué muy elegante poeta, aprendió y supo con perfeccion siete idiomas ó dialectos de indios; hizo muchos viajes á la América, contrajo cinco veces matrimonio, y tuvo cuarenta y dos hijos legítimos y nueve ilegítimos. A los noventa y nueve de su edad, que cumplió en el de 1656, se ordenó de sacerdote, y sobrevivió hasta el de 1678, en cuyo tiempo celebró misa todos los dias con la mayor compostura y recogimiento, y asistió con frecuencia y ejemplar devocion al altar y coro de la parroquial de S. Lorenzo. Su muerte la ocasionó una caida. Vivió ciento veintiun años, y se le dió sepultura en dicha iglesia de S. Lorenzo.—A. L.

RAMIREZ DE CEPEDA (D. Diego), obispo de Cartagena de Indias. Fué el primero de este nombre y religioso de la órden militar de Santiago. Era natural de Lima é hijo del capitan D. Francisco Ramirez y Doña Isabel Velazquez de Cepeda. Su privilegiado talento y su grande aplicacion al estudio, bien pronto le hizo notar por su elocuencia y buen decir, llegando á ser muy señalado y aplaudido en el púlpito, al mismo tiempo que consumado teólogo. Vino á España, y estando en la corte de su rey, atendiendo á sus grandes méritos y capacidad, fué presentado para el obispado de Cartagena de Indias; y partiendo para su residencia, murió sin llegar á su iglesia de un violento cólico, malográndose las esperanzas que habia hecho concebir en el desempeño de la prelacía, y el brillante porvenir á que pudo conducirle su extraordinario talento y sabiduría; tuvo por sucesor á Don Francisco Rodriguez de Cepeda.—A. L.

RAMIREZ COTES (Sr. Dr. D. José María). Entre los que merecen con justicia el que la posteridad conozca sus acciones, es sin duda uno este distinguido eclesiástico, que ha demostrado con sus virtudes que la Iglesia nunca perece, y que no faltan jamás quienes practiquen los preceptos y consejos evangélicos para gloria de la religion y edificacion de los fieles. Todas las circunstancias que hacen apreciable á un sugeto se hallan reunidas en este, cuyos actos, todavía muy recientes, estan grabados en la memoria de cuantos le co-

nocieron, y no permite esto por consiguiente el tergiversar los sucesos, lo cual es una verdadera complacencia para quien tiene la satisfaccion en consignar los hechos del que fué su consejero, y que le distinguió hasta donde es posible, siquiera no hubiese en el que traza estas líneas mérito alguno para obtener el señalado aprecio de una persona tal como el Sr. Ramirez. Una de las más principales familias de Palencia es á la que perteneció el Sr. D. José María Ramirez Cotes, pues que sus padres eran unos señores distinguidísimos, emparentados con algunos títulos de Castilla, y más notables aún que por su ilustre ascendencia, por una honradez y rectitud tales, que les hacian ser verdaderos modelos de probidad y admirados de todos sus conocidos. Cuantiosos bienes formaban su patrimonio, y como al tener á su hijo José vieran ya asegurada la perpetuidad de su esclarecida familia, puede fácilmente imaginarse el júbilo de que este nacimiento les inundaria, mucho más cuando se verificó bastante tiempo despues de su matrimonio. El mayor esmero y la más exquisita atencion fueron los medios con que procuraron que la infancia de este niño correspondiese á lo que requeria su clase y su esclarecido nombre, agregándose á esto un bellísimo carácter en él, que le hacia más acreedor al esmero con que le educaban y mucho más apreciable á los ojos de sus padres, si cabe aumentarse el aprecio en personas que con tanto anhelo habian deseado y recibido este fruto de bendicion. La educacion primera que recibió el niño en su propia casa, fué esmeradísima, y como desde sus más tiernos años se dejó notar en él la constante aplicacion que tuvo toda su vida, y la docilísima sumision que conservó á sus buenos padres hasta el momento mismo en que los perdió, los maestros hicieron de él cuanto quisieron, asegurando desde luego que sería persona de gran provecho, de esas que ilustran á sus familias, áun cuando ellas tengan ya los más esclarecidos timbres, y que son para sus épocas un ornamento que todos se complacen en admirar. Desde los primeros albores de su razon demostró cierta tendencia al estado eclesiástico, siendo prueba de ello el que sus juveniles diversiones consistian en adornar imágenes, y á su modo celebrar, aunque por juego, las solemnidades de la Iglesia, siempre con cierto espíritu de veneracion y respeto, que eran en él tanto más notables, cuanto que su carácter era vivo, como consecuencia de su ingenio despejado y de su claro talento. Sin incidente que de notarse sea, hizo los estudios de filosofía y teología con mucho aprovechamiento y con excelentes notas, sin que se crea obligaba á sus maestros para colocarle siempre en primer lugar en la lista de los más aventajados la circunstancia de pertenecer, como llevamos dicho, á una de las más ilustres familias de Palencia; sino que apénas se le veia por primera vez se excitaba hácia él cierta simpatía, que se acrecentaba con su trato, pues era este afable, benignísimo y lleno de las dotes

y prendas que, procedentes de su esmerada educacion y fomentadas por su gran fondo de virtud, le hacian altamente apreciable, merecedor á todo género de distinciones y de consideracion. Esto ya en la más tierna juventud, y por consiguiente mucho más luego que el estudio de la humanidad en todas sus relaciones y circunstancias le hizo colocarse en una situacion envidiable, pues que procurando á todos el mayor bien que podia, era todo para todos como el Apóstol desea. Llegó el momento crítico en que el jóven habia de tomar estado, y el que su padre hubiera preferido no fué ciertamente el que más halagaba los deseos del jóven: habria con efecto su padre estimado en mucho que á su claro talento hubiese agregado el valor suficiente para adoptar la carrera de las armas, donde habria conseguido lauros que despues conquistó su hermano Pedro, que llegó á la alta categoría de mariscal de campo, habiendo sido al mismo tiempo senador del reino, como premio de los importantes servicios que prestó en los diversos cargos militares que desempeñó; mas no se opuso su padre á que siguiera José su vocacion, en atencion á que le halagaba tambien tener un hijo en tan distinguido estado; y ciertamente su complacencia hubiera sido completa y suma á haber sabido los importantes servicios que á la Iglesia habia de prestar en su larga carrera, emprendida, continuada y concluida tan solo para gloria de Dios y sin otras miras que el procurar, por cuantos medios estaban á su alcance, el que todos, cada cual en su línea, obtuviesen los medios de salud espiritual á que podian y debian aspirar, para lo cual él les facilitaba los recursos. Vengamos al relato de los hechos, sin detenernos á las muchas reflexiones á que se prestan, pues ciertamente se haria interminable este artículo, atendiendo á que son muchas y muy notables las cosas que deben consignarse acerca de nuestro muy respetado y apreciable señor. Nada diremos de los primeros ensayos de su predicacion áun en el tiempo en que, como preparacion ó más bien prueba de su vocacion y condiciones las más adecuadas para el desempeño de su excelso ministerio, se le obligó siendo clérigo de menores á dirigir pláticas á la escuela de Cristo de Palencia, y áun en algunas de las iglesias de la misma capital, ni de los triunfos que consiguió en los diversos ejercicios literarios que hubo de sostener durante su carrera; porque esto pareceria tal vez exageracion, y se pondria en duda, ya porque no está en uso el que casi sin ejercicios se consiga tal triunfo, ya tambien porque en estas cosas parece que no habia la espontaneidad, y por consiguiente tampoco el mérito que tienen las acciones puramente voluntarias, que son en tal concepto todas merecedoras de galardon, conforme á su menor ó mayor elevacion de miras. Le dejaremos, pues, llegar al sagrado órden del presbiterado en la época en que segun los cánones podia aspirar á tal dignidad, no habiendo querido se le consiguiera del Sumo Pontífice dis-

pensacion alguna, por no atreverse á confiar en que la utilidad que habian de prestar sus trabajos apostólicos, fuese suficiente motivo para que se acelerase el tiempo de su ordenacion; en lo cual ya se demuestra el bajo concepto que tenia de sí mismo, y las ningunas pretensiones que abrigó toda su vida, áun cuando desde estos mismos primeros momentos pudiera haberlas abrigado, en razon á que ya se dedicaba á todos los ejercicios de piedad que eran frecuentes en su ciudad natal, y lo hacia con edificacion grande, dejando vislumbrar en su aficion extraordinaria á las cosas de la Iglesia el celo que un dia habia de desplegar por el bien de las almas, y la buena disposicion en que estaba para sacrificarse enteramente al ejercicio de un ministerio tan sublime é importante, y cuya importancia no solo no desconoció, sino que estimó siempre en el aprecio que le era debido. Como la época en que tuvo Ramirez Cotes la edad para ascender al sagrado órden del presbiterado fué el año 1813, y por entónces estaban los asuntos de España en el consiguiente trastorno, despues de una revolucion como la de la invasion francesa, que nuestros padres han presenciado y cuyo recuerdo no se borrará de nuestra memoria; esta circunstancia fué el motivo de que Cádiz tuviese la dicha de que en aquella plaza se ordenára y cantase solemnemente su primera misa este excelente sacerdote. Llevamos dicho que desde su más tierna niñez tuvo el Sr. Ramirez mucha aficion á las cosas eclesiásticas, y que su vocacion no era de aquellas en que podia sospecharse intervinieran miras ningunas que no fuesen el servicio de Dios, porque posicion la podia haber obtenido muy brillante, con solo que su padre hubiese querido hacer uso de las buenas relaciones con que contaba y facultades pecuniarias: sabido es cuántas reunió por herencia al fallecimiento de sus padres. Pero como él en todo y por todo deseaba el acierto, y habria renunciado gustoso á la alta dignidad del sacerdocio, y por consiguiente á los vivos deseos de su espíritu, con solo haber conocido por el más ligero destello que la voluntad de Dios acerca de él era otra cosa que este excelente estado, quiso probar su vocacion, y para ello ingresó en la casa de los Padres del Oratorio de S. Felipe Neri á ejercicios, que hizo con todo el rigor que le permitieron los superiores, y con suma atencion á escuchar en aquel apetecible y provechoso retiro la voz del Señor, que hablaba á su alma alentándole á ingresar en un estado todo de perfeccion, es verdad, pero para cuyo desempeño contaba desde luego con los grandes auxilios, que Dios no niega nunca á quienes de corazon le invocan, y de corazon invocaba al Señor este jóven elegido por Su Majestad para importantísimas empresas, y por consiguiente favorecido desde luego con especiales gracias, que habrian de ser fielmente correspondidas. Hemos tratado con algunos de los Padres que, jóvenes todavía, existian en aquella casa cuando el Sr. Ramirez hizo los ejercicios para su ordenacion,

y hemos sabido cuán buena memoria dejó; pues parecia desde el primer dia en que entró uno de los Padres más adelantados en la virtud, habiendo sido tanto más provechosos estos ejercicios que hizo, cuanto que se dieron para él solo, siendo la única razon que para esto hubo el que pudiese dedicarse un Padre á él exclusivamente, y el sacar todo el provecho posible de aquella santa enseñanza, bien importante para el que despues habia de practicar todo lo que allí aprendiera con un celo verdaderamente evangélico, con un esmero verdaderamente delicado. El dia en que, terminados sus ejercicios, hubo de dejar la compañía de los Padres, de quienes era ya verdadero amigo ántes de entrar en su casa y se hizo mucho más miéntras estuvo con ellos, fué un dia de verdadero sentimiento para unos y otros, y habria en él querido, como muchas veces nos dijo, tener vocacion de filipense para no haber abandonado nunca aquella casa de la cual conservó gratísimos recuerdos. Allí se arraigó en él el nunca desmentido afan que tuvo por el esplendor del culto divino, porque teórica y prácticamente lo demostraban los Padres del Oratorio, ya con las razones en que lo apoyaban, y más áun por el esmero con que en el fondo y en la forma disponian hasta lo más insignificante que dice relacion al ministerio del altar. Allí fué donde él comprendió que el hombre, material por necesidad, no puede prescindir de las cosas materiales, y que áun lo más sublime y perfecto tiene que llegar á él por los sentidos, por cuya razon á estos es menester halagarlos para que traigan la mente al único objeto adecuado de su amor, eleven el corazon hasta el trono del mismo Dios. En aquella santa casa aprendió que el constante trabajo del ministro de Jesucristo da por resultado el bien de las almas, y admirando el que aquellos venerables Padres pasaban horas y horas en el confesonario, y dias y dias en la predicacion, y ni lo uno ni lo otro les causaba molestia, porque en ambos ejercicios veian la gloria de Dios y ellos no querian más, comprendió que si muchos á imitacion de estos Padres hiciesen lo mismo en el desempeño de su importante ministerio, muy otra seria la sociedad, porque muy otros serian los conocimientos en que estarian todos acerca de los medios de cumplir cada uno con su deber y de los resultados que da la aplicacion de estos medios. Allí aprendió, y lo aprendió prácticamente, que no estan reñidas, ántes por el contrario pueden y deben ir en armonía, la buena educacion con el ejercicio de la virtud; y por esto le vimos todos hasta los últimos dias de su vida con un trato esmeradísimo para todos, sin que por esto dejase de advertir á todos y á cada uno sus imperfecciones, cuando ello era conveniente, pero haciéndolo con tal tino y prudencia, que ni el más susceptible se ofendia, ni el ménos timorato podia ménos de dejarse arrastrar de su opinion, porque en él no se veia más que caridad, y esta caridad, como todas las cosas que le enaltecieron tanto, decia él que las habia

aprendido en la casa de S. Felipe Neri de Cádiz. Pero dejémosle acercarse al altar santo despues de haber recibido las sagradas órdenes, y habiéndole hallado los sinodales en el exámen necesario para obtener las licencias no solo apto, sino mucho más adelantado y aprovechado que otros mayores en edad. Veamos por una parte la gran satisfaccion que les cupo en que un hombre de sus circunstancias entrase en el estado eclesiástico, previendo desde luego lo mucho que habia de valer en el nuevo cargo que se le imponia, y sin decir nada acerca de la solemne pompa y magnificencia con que se celebró su misa nueva, pues en este acto decisivo é importante quiso su padre dar una prueba del aprecio en que tenia el estado y persona de su hijo, disponiéndolo todo con la mayor magnificencia, examinemos al nuevo sacerdote, y viéndole en esa plena satisfaccion, que es testimonio, por una parte, de buena conciencia, y por otra, de que hay completa conviccion de que se hace lo que Dios quiere, le veremos no anhelar más que el ejercicio de su ministerio, no por lucir ni por su propio provecho, ni espiritual ni mucho ménos material, sino para bien y provecho de los fieles, pues convencido de que el sacerdote debe de ser todo para todos, anhelaba realizar este importante deseo, tan provechoso como se comprende. Debemos consignar que las excelentes prendas y circunstancias del recien ordenado sacerdote le eran al prelado ilustrísimo que le encumbró á la alta dignidad de ministro de Jesucristo, no solo conocidas, sino notorias, y excitaban en él un deseo vivísimo de haber dejado en su diócesis á aquel tan útil operario de la viña de Dios; por esto, despues de darle desde el primer dia las más ámplias facultades para el ejercicio de su ministerio, cosa muy rara hoy, y como es consiguiente en la época á que nos referimos puede decirse que desusada, exclusivamente hecha en favor de quien merecia tanto; despues de alentarle con las más eficaces amonestaciones á que aprovechase los talentos con que el Señor le enriqueciera, y los hiciese productivos para el bien de las almas mediante un celo incansable por la salud de todos, mediante un deseo eficaz y práctico de proporcionar á cada uno lo que para su bien hubiese menester, trató de retenerle á su lado, ó cuando ménos en su diócesis, ofreciéndole para esto los más importantes cargos, y tratando de buscarle, digámoslo así, el flaco para ver si podia atraerle á quedar en Cádiz, lo que hubiese logrado si la voluntad de Dios no hubiese sido el que Ramirez Cotes fuese en otras partes instrumento del Señor para obras muy importantes que hacen imperecedera su memoria. En efecto, ni porque le ofreció el señor obispo encargarle la cura de almas en el curato más importante de la capital de su diócesis, ni porque le excitaba á que entrase á concurso á las dignidades de la catedral que por entónces vacaron, ni porque le ofrecia silla en el coro de las que canónicamente estaban á su

disposicion, por haber ocurrido sus vacantes en época en la cual la provision era de la mitra; ni porque atendiendo al grande afecto que Ramirez tuvo á la juventud desde su misma niñez, le ofrecia el destino importantísimo de catedrático, dejando á su eleccion la asignatura en la cual habia de ejercitarse; ni porque, en fin, le proponia el que se retirase á la casa de S. Felipe donde tan satisfecho habia estado, y en la cual los Padres con tanto anhelo le deseaban, no pudo adelantar cosa alguna, sino el que con una abnegacion admirable le dijera siempre que él estaba dispuesto á hacer cuanto bien pudiese en provecho de los fieles, y á contribuir con su óbolo á la grande obra de la salvacion de los hombres; pero que agradeciendo mucho las distinciones del prelado en proponerle para tan importantes cargos, y queriendo solo cumplir bien y fielmente el importante ministerio que le estaba confiado, era y sería siempre el primero para cualesquier ocupacion eclesiástica, fuere ella la que quiera, pero de ningun modo acreedor á una elevacion de la cual se creia muy distante, por hallarse totalmente desprovisto de méritos. Puede inferirse el concepto que el obispo formaria de un hombre en quien él veia todas las apetecidas condiciones y circunstancias para cualquier dignidad, y una confesion tan espontánea de una inutilidad que solo podia permitirle ver su profundísima humildad y gran modestia, por lo cual, respetando como debia sus miras, ó más bien las miras de Dios expresadas por él de esta manera tan sencilla como conveniente, le dejó ocuparse sosegadamente y con gran fruto en el ministerio de la predicacion y de la confesion, para cuyas penosas tareas era no solo incansable, sino que escogia los lugares y auditorios donde podia sacar más partido, si bien el concepto, fama y lucimiento no podia ser ninguno. En efecto, Ramirez Cotes luego que concluia en S. Felipe el ejercicio del confesonario, que le era bastante numeroso, y si no tenia que predicar en alguna de las iglesias de Cádiz, ó bien iba á dar ejercicios á las religiosas en sus conventos á puertas cerradas, y sin más que para ellas, ó bien se metia en los hospitales y cárceles, de donde no salia hasta que las horas de sus padres, que respetó siempre y que nunca alteró sin motivo, le llamaban á su casa, donde se portaba siempre como el último de ella, si bien sus padres trataban de considerarle y atenderle cual merecia su dignidad y prendas. En los hospitales y cárcel no se contentaba con explicar la doctrina, disponer para la confesion y hacer á los acogidos que se llegáran á este provechoso recurso de salud, sino que con mano pródiga les dispensaba los recursos materiales de que podia disponer, atrayendo con sus palabras y con sus ejemplos á otras personas piadosas á las mismas buenas obras, y logrando abundantísimos frutos, pues es verdad, por desgracia, que lo que no consigue una continua amonestacion, ni la fuerza de razones que pueda aducirse en muchos y muy sentidos razona-

mientos, por más que estos lleguen al alma, lo consigue muchas veces un pedazo de pan dado á tiempo, ó una prenda de vestuario oportunamente facilitada, cuando tal vez su carencia pone en peligro los más nobles sentimientos, y el recibirla excita su agradecimiento, que doblega al que la recibió á cuanto quiere su bienhechor; y este era precisamente el sistema que desde el principio de su vida pública y sacerdotal puso en ejecucion el señor Ramirez: atraer al pobre y menesteroso por el remedio de su necesidad material al remedio de la necesidad de su espíritu, es decir, hacer que el socorro material abriese el corazon del indigente, para despues darle el verdadero socorro, el verdadero pan del alma, el medio de conocer á su Dios y servirle, el medio de obrar el bien y alcanzar su ventura. De esta manera se portaba en Cádiz el señor Ramirez Cotes, y por esta conducta suya merecia no solo las simpatías, sino el más profundo respeto de todos los habitantes de aquella importante plaza, cuando hubieron de verse privados, y privados para siempre, de los importantes medios de eterna salud con que por ministerio de este celosísimo ministro suyo el Señor les favorecia. Fuese la necesidad y conveniencia, como parecia segun el órden de la naturaleza, ó fuese una especial providencia del Señor, que queria acabar de formar al jóven sacerdote segun sus designios, para que apénas formado segun ellos, los llevase á debido término y pusiese por obra con los más felices resultados todo cuanto habia aprendido; ello es que pasó con sus padres á Sevilla, donde fué tan cuidadoso de sus adelantos espirituales como lo habia sido en Cádiz y áun en Palencia durante su juventud, sin descuidar ni un punto siquiera la importante mision de procurar la salvacion de los fieles, á cuyo ministerio se aplicaba con incansable celo. El obispo de Cádiz, que tuvo gran sentimiento en que abandonára su diócesis, tuvo gran cuidado en advertir al cardenal arzobispo de Sevilla, que iba á aquella importante capital el distinguido sacerdote que tan justamente merecia el universal aprecio, y ántes de fijar su residencia (que por cierto fué muy corta) en aquella ciudad, ya se sabia por toda ella cuánto valia el sacerdote Ramirez, y todos anhelaban el que se dejase oir su autorizada voz en los oratorios particulares, en las iglesias más principales, y áun en la catedral, para conseguir lo cual le cedió un sermon de cuaresma el ya distinguido prebendado y despues Padre de la Compañía de Jesus, ornamento muy esclarecido de ella, doctor D. Eduardo José Rodriguez Carasa, que entabló desde entónces una estrechísima amistad con el Sr. Ramirez, amistad que con el tiempo fué coronada por la satisfaccion que á éste cupo de tener en su compañía al referido Sr. Carasa, cuando la exclaustracion religiosa acaecida en nuestro católico reino el año de 1834. Pero no adelantemos los sucesos, y veamos qué efectos le producen al Sr. Ramirez las notables distinciones con que le

favorecian los sevillanos, y qué efecto producen en ellos las siempre importantes y oportunas tareas apostólicas de este varon verdaderamente de Dios. Él pudo admirar esa magnificencia con que se daba el culto en las iglesias y oratorios de Sevilla, magnificencia que nada tiene de comun con lo que acontece en otras partes, pues sea la índole del país ó la ligereza del carácter de los habitantes, es lo indudable que imprimen en su culto el sello de sus encantos, y desde la construccion de las iglesias, bellas, esbeltas, capaces y bien situadas, hasta el más menudo detalle del adorno de los altares, siempre con novedad, con esplendidez, con profusion de adornos, sin confusion ni aglomeramiento, con el aprovechamiento de las cosas más vulgares, sin que parezca profano nada de lo que allí se emplea, pues que en hecho de verdad no lo es, llevando, en fin, en frase del P. S. Gregorio, por las cosas materiales que vemos á las eternas, que no nos es dado conocer en este mundo; todas estas cosas de consuno satisfacian mucho el celo del Sr. Ramirez, y le hacian concebir proyectos y aglomerar en su mente ideas para el dia, que no veia distante y que deseaba con anhelo, en que hubiera de fijar su residencia, bien en Palencia, donde su padre deseaba, ó bien en Madrid, donde parecia más conforme á los intereses de la casa á pesar de que sus principales posesiones estaban en Palencia y Olmedo. Este era el aliciente que le ofrecia Sevilla en su parte material, lo cual era mucho, porque da muy buena idea de la índole de aquel país, y dice muy alto que quien procuró para la gloria de Dios esas cosas pequeñas, insignificantes por menudas y escasas de importancia, porque puede decirse que nada valen, indudablemente ha de procurar tambien la gloria de Dios en las demás cosas que á ella conducen, como es el ejercicio de la virtud en el grado de perfeccion de que siempre han dado ejemplo los habitantes de la tan piadosa como ilustrada y rica ciudad de Sevilla. Prescindiendo de la suntuosidad con que en la Real capilla de S. Fernando se daba el culto en la época á que nos referimos (1814), y de lo magnífico que era el ver una solemnidad en la catedral, donde habia lujo, profusion en todo, incluso en los servidores y ministros de toda condicion de aquel suntuosísimo templo; sin que entremos en detalles de la admiracion que causáran al Sr. Ramirez las fiestas de Concepcion que presenció el año 1813, y que siendo siempre magnicentísimas, lo fueron aquel año mucho mas, porque los sevillanos daban entónces gracias á su *Purísima Reina*, por los muchos favores que de la Señora hubieron obtenido; y no haciéndonos cargo de estas cosas, que si bien le halagaban mucho, no le hacian adelantar un paso, ni en sus deseos, ni en sus miras mucho más elevadas, todas de perfeccion, pero de perfeccion en grado heróico; vayamos con él á los rincones de Sevilla, recorramos con él las pequeñas capillas donde periódicamente se celebraban santos ejercicios, y

le hallaremos complacidísimo, enterándose de aquellos pormenores que en la apariencia son más insignificantes, pero que en los resultados son luego fecundísimos; y le veremos aprender para luego enseñar, ejercitarse en las prácticas piadosas para luego hacerlas extensivas á Madrid y Palencia; y ponerse él á estudios de las cosas espirituales, cual si no las entendiera, para tener la complacencia de admirarse más y más y dar á Dios mayor gloria cuando le llegase la ocasion de poner por obra aquello mismo á que Dios le atraia, y que habia de ser propalado y extendido por él, si bien mejorándolo y poniéndolo en condiciones más conformes, ó con la época que le siguió, ó con las circunstancias de lugar de los en que lo aclimataba. El solo recordar el tierno afecto que profesaba en Cádiz á los PP. del Oratorio, nos hace comprender que apénas llegó á Sevilla fué al que tenian en aquella importante capital, y cuál sería el efecto que le produciria el ver aquella santa casa, notable en todo concepto, y el órden y concierto que allí reina hasta en lo más pequeño, y el celo de todos y cada uno de los Padres, y la devocion de los conventos, y todo, en fin, que mil y mil veces se le oia decir: *para casa de recogimiento y de espíritu, para escuela de perfeccion, S. Felipe de Sevilla*; y con efecto, una comunidad numerosa en un local muy bien dispuesto, con sugetos de la primera distincion y de una ciencia y virtud sumas, con un tino delicadísimo para atraer sin violencia, con ejercicios diarios, aunque breves, mas largos y muy variados cada semana; perfectamente dados á los que querian retirarse por espacio de diez dias; unos hombres que parecian multiplicarse para el ejercicio de los importantes cargos de su ministerio, que tan pronto estaban aquí confesando, como allá instruyendo, como acullá predicando, y siempre contentos y complacidos siempre, y siempre anhelando nuevos trabajos por el bien de las almas; favoreciendo al mismo tiempo á muchos pobres con sus limosnas, ya en especie, ya en dinero, á muchos jóvenes con darles una carrera brillante, á muchos artistas con proporcionarles obras importantes, tanto para el culto divino cuanto para las demás oficinas de la casa; casa donde se recibia en hospedaje, y hospedaje muy cómodo y decente, á cuantos iban á ejercicios, de cualquiera condicion que fuesen; este rincon habia de llamar mucho la atencion del piadosísimo Sr. D. José María Ramirez Cotes. Por supuesto, que así como aquella piadosa Congregacion, su método y ejercicios, llamaban altamente la atencion de nuestro celosísimo sacerdote, él á su vez prestaba allí importantes servicios, pues no solo se acomodaba á las necesidades de la casa para celebrar el santo sacrificio de la misa en la hora en que fuese más conveniente, sino que se sentaba en el confesonario desde muy de mañana: predicaba con frecuencia y con mucho provecho de los fieles, porque su predicacion no era de esos razonamientos acabados, que un retórico estima-

ria como pieza de estudio y un filósofo como la síntesis de todos los conocimientos de un autor, sino que era una especie de instruccion fraternal acerca de los puntos que creia convenientes, que casi siempre eran puntos morales, pero de aplicacion inmediata, y la manera de inculcarlos insinuante y adecuada en sumo grado, por lo cual como el fruto y la facilidad eran muchos, él, bien que sintiendo no se oyese la autorizada voz de aquella corporacion por más de un título respetable, condescendia con su deseo de predicar él, porque veia provecho para los fieles. Habia en Sevilla otra corporacion que le llamaba mucho la atencion, y que sirvió como de modelo para que él hiciese despues en Madrid y en Palencia dos fundaciones que le inmortalizan; y era una corporacion de señoras que en el retiro de una capilla cerrada se ejercitaban en la oracion, teniendo sus reuniones una vez á la semana, y en ellas los Padres más acreditados de todos los institutos religiosos, les daban sus oportunas instrucciones, habiendo además un retiro especial cada año en los dias que preceden á la pascua del Espíritu Santo. Es indudable que esto habia de complacer mucho al Sr. Ramirez, que siquiera por esa calificacion de devoto con que la Iglesia distingue al sexo femenino, habia de ver con todo el gusto que cabe, al considerar que los fieles hacen eficaces los designios de la Iglesia, esta reunion verdaderamente encaminada á instruir á las señoras que allí se congregaban en los medios de adquirir la verdadera devocion, y que era muy ilustre, aunque no demasiado numerosa; porque todas á porfía, sin llevarse de ninguna mira mundanal, sino solo por excitarse mútuamente ó por corresponder á las excitaciones de las demás, trataban de vencer sus más ligeras imperfecciones en su estado social, y daban ejemplos de puntualidad, recogimiento y atencion suma en las reuniones que tenian, pudiéndose conocer por su conducta á las que estaban afiliadas á esta no muy numerosa asociacion, origen de las escuelas de María. Por supuesto que el Sr. Ramirez dirigia con frecuencia los ejercicios en aquella capilla, ya porque muchas de las congregantas eran sus confesadas, ya tambien porque todas se empeñaban en oir su autorizada voz, y es preciso hacerle la justicia de confesar que la oian con provecho, razon por la cual no dejó nunca que pudo de hacérsela oir, pues él tambien tenia grande consuelo en fomentar esta reunion, núcleo de otras muy importantes, cuyos felices resultados habian de verse despues. Habia en Sevilla escuela de Cristo, y era consiguiente que el jóven que en Palencia, siendo solamente clérigo de menores, habia asistido á ella con provecho, y no solo habia sido muy bien recibido en el número de los hermanos, sino dispensado de la edad y condicion de sacerdote para ingresar en el número de Padres ejercitantes, fuese tambien recomendado por sus hermanos, y estos le admitierañ gustoso en el número de sus Padres, no obligándole á pasar por

ninguno de los trámites de hacerle esperar tiempo para sacarle á ejercitar y ser ejercitado, ántes por el contrario, obligándole á aceptar la obediencia en las pocas ocasiones que el Padre que la tenia á su cargo tenia precision de ausentarse, y nunca les pesó de la eleccion, pues que en estas reuniones lo que se necesita es espíritu, y el Sr. Ramirez era todo espíritu, dando por resultado que sus pláticas y conferencias, sus documentos é instrucciones, eran todos dictados por la caridad, y de aquí encaminados al bien de todos á quienes se dirigian. De intento no decimos nada acerca de la escuela de Cristo de Sevilla, porque nos reservamos dar una idea de estas corporaciones religiosas, tan acreditadas como antiguas, cuando consideremos al Sr. Ramirez como individuo de ella en Madrid. Por ahora no haremos más que seguirle á las casas de Misericordia de Sevilla para hacer en ellas toda clase de obras de caridad, comenzando por el abundante socorro en dinero, prendas y alimentos, y concluyendo por el servicio personal en las mecánicas, que segun el mundo son no solo impropias, sino opuestas á su encumbrada posicion, pero que él ejercia con notable abnegacion y con un espíritu verdaderamente evangélico. Le veremos tambien asistir á la casa de la Compañía de Jesus y tener conferencias muy íntimas y afectuosas con aquellos Padres llenos de erudicion y de piedad, y departir con ellos acerca de la admirable economía de la gracia divina, que se comunica á los fieles por medios los más ingeniosos, y que parecen muchas veces inadecuados para los importantes fines que ellas han de producir y que efectivamente producen. Entre las muchas cosas que los Padres y él creyeron como convenientes y áun necesarias para fijar la atencion del hombre, y hacer que los justos perseverasen en su justicia, los pecadores saliesen de su estado de culpa, y unos y otros adelantasen en su perfeccion, era una la consideracion de los últimos momentos de la vida, tránsito venturoso entre esta y la eternidad feliz, si son en caridad y buenas obras; momento terrible si es en desgracia y enemistad con Dios como ella nos acontece. Para remediar las terribles consecuencias de este segundo extremo y procurar las ventajas del primero, quiso Ramirez que los fieles en un dia de retiro al mes se ocupasen del importante asunto de pensar en la muerte, y dispuso el precioso libro, que tituló *Preparacion para la muerte, propia de un dia de retiro*, cuyo ejercicio deseó plantear en Sevilla, pero no pudo hacerlo porque apénas hecho el trabajo literario que habia de servir de base, y que luego examinaremos, tuvo que venir á Madrid, verdadero teatro de sus proezas evangélicas y poblacion que le debe muy mucho, por lo cual si su nombre se borra de su memoria, que no es muy fácil miéntras existan los monumentos de su celo, apoyados hoy en solidísimos fundamentos, no por esto dejará de estarle obligada á eterno reconocimiento de parte, por supuesto, de las personas de-

votas de la corte. Recibido en Madrid por sus parientes y alguno que otro amigo, que adquiriera en los diferentes puntos donde habia estado, no fueron sus aspiraciones, como habria parecido prudente á quien tuviese ménos virtud que él, el ponerse en contacto con el monarca, como hubiera podido conseguirlo fácilmente, supuesto que su pariente bastante cercano, el muy ilustre conde de la Vega del Pozo, lo deseaba mucho, y le abonaban para ello las buenas noticias que acerca de él dieran no ya desde Sevilla ni Cádiz, sino desde el mismo Palencia; pero todo esto no le satisfacia, porque no podia satisfacerle; sus miras iban mucho más allá, su espíritu, que venia imbuido en los saludables consejos, que más bien como recuerdo que en otro concepto alguno le dieran los PP. del Oratorio, deseaba observar para obrar; observar á qué altura estaban en Madrid las prácticas piadosas; cómo el espíritu religioso, siempre fecundo y no escaso en la capital del reino católico por excelencia, podia adquirir algun desarrollo, y los fieles por consiguiente sacar el fruto de este desarrollo mismo, tocando de cerca las ventajas de ir progresando en el camino espiritual como en las demás cosas. Fijó su atencion en una práctica que de muy antiguo venia ya verificándose en Madrid, y era una participacion de un privilegio muy especial de Roma; este era el Jubileo circular de las Cuarenta Horas, que fundado en la capital del orbe católico para rendir á Jesucristo en la adorable Eucaristía el homenaje que es debido á su amor, y secundar de algun modo el benéfico designio que tuviera nuestro augusto y soberano Redentor de estar siempre dispuesto á remediar nuestras necesidades, y de que los hombres le tuvieran siempre presente cuando quisiesen adorarle en espíritu y verdad, venia verificándose en Madrid ya hacia muchos años y áun siglos, si bien habia estado en suspenso en época no muy anterior á la venida á esta corte del Sr. Ramirez. Figurémonos cuál sería la alegría de un hombre que tenia toda su devocion al inefable misterio de la santísima Eucaristía, y dotado del fervor necesario para pasar puede decirse que toda la octava de Corpus en la catedral, donde casualmente le tocaba; y sus frecuentes visitas al adorable dueño sacramentado en los venturosos dias que estaba patente; y con solo fijarnos en esto, veremos si era posible que Ramirez Cotes abandonase á Madrid, donde podia gozar del consuelo de adorar á su dueño sacramentado, no como quiera oculto en el tabernáculo, sino manifiesto en el trono de su gloria, en el apogeo de su grandeza, si bien ocultando sus augustísimos atributos, para que ellos no fuesen un obstáculo á la adoracion de los fieles, que perturbados por el conocimiento de la divina grandeza no se atreverian á acercarse á él por temor de que su gloria no les ofuscase. Tamaño beneficio pareció al presbítero Ramirez lo grande que es en sí mismo, y la circunstancia para él imprevista de concurrir en un dia de corte á la recepcion oficial, por haber de acompañar

al obispo, creemos que de Palencia, le hizo concebir una idea que despues ha sido una de sus más legítimas coronas. Esta idea fué que así como los reyes en todas las ocasiones en que se ostentan públicamente, sobre todo cuando lo hacen á causa de alguna solemnidad ó plausible motivo, van acompañados de numerosa corte, que les hace los debidos honores, prestándoles el conveniente homenaje, así tambien el Rey de reyes en el misterio de su amor, y en esa tan inequívoca prueba de su misericordiosa dignacion para con los hombres, habia de tener una especie de guardia que le hiciese la corte: y como los magnates y demás acompañantes de los reyes llevan en el exterior insignias de sus importantes puestos en la cámara, y demuestran con noble orgullo en sus títulos y blasones esta especial deferencia que la persona augusta del Rey tiene hácia ellos, pues los permite prestarle este servicio y hacerle este acompañamiento; así tambien tuviesen los que habian de hacer la corte al Santísimo Sacramento manifiesto en el jubileo circular de las Cuarenta Horas un signo exterior, que á la vez que atrajese á los fieles á unirse con ellos á venerar el augustísimo misterio de nuestros altares, les hiciera aparecer como investidos de la singular honra y muy especial distincion, que lo es ciertamente, de adorar y hacer la corte á Jesus, nuestro adorable dueño, merecedor no de un homenaje de un breve rato, sino de que se le rindiesen de continuo las criaturas todas, sin que el hombre hiciese otra cosa que adorar, venerar y hacer la corte al inmaculado Cordero, que inmolado por nosotros, es digno de recibir el honor, la gloria y las más profundas adoraciones y bendiciones. De aquí el orígen de la ilustre Archicofradía de las Cuarenta Horas, cuya fundacion, progreso y extension á muchas poblaciones de nuestro católico reino es debida al celo inextinguible del Sr. Ramirez, y por cuyo motivo hemos de hablar aquí de ella, recorriendo sus principales épocas y áun vicisitudes, para que se comprenda los grandes obstáculos con que hubo de luchar para llevar á cabo su gigantesca empresa, y los grandes méritos que en removerlos contrajo para gloria de Dios, provecho de las almas y justa veneracion de quien tanto hizo por aclimatar en Madrid y en España una devocion, que sobre ser en sí muy acreedora á que se frecuente, tiene en su abono los muy especiales privilegios con que despues ha sido enriquecida. Veamos, pues, los fundamentos. El deseo, como hemos dicho, de que nuestro adorable Jesus sacramentado recibiese en el inefable misterio de la santísima Eucaristía los homenajes debidos y una guardia perenne que velára en su presencia con cirios en las manos, ya para indicar que la antorcha de la fe alumbra en este misterio augustísimo de un modo indudable para que en él veamos los extraordinarios carismas de nuestro buen Dios, ya que con este homenaje de respeto, y queriendo que los hombres se convirtieran en lucernas que iluminen á todos, es como se

secundan los amorosos designios de Jesucristo, Redentor nuestro, en el inefable misterio de la santísima Eucaristía, esto fué como la base del pensamiento, para realizar el cual, en el mes de Diciembre del año 1814, el Señor Ramirez y unos pocos amigos suyos comenzaron á velar al Santísimo en las Cuarenta Horas, con hachas que el mismo señor costeó, como por ensayo, para ver qué tal se hacia esto y cómo lo recibia el piadoso pueblo de Madrid: no cabe duda en que en los primeros momentos una admiracion general era el efecto natural y consiguiente á esta novedad, que así puede llamarse, porque en completo desuso estaba entónces. La timidez consiguiente á una cosa que se desconoce, fué alentándose cuando las gentes comprendieron que aquella era una asociacion piadosa que iba á dar este nuevo culto á Jesus en el sacramento de su amor, y esta nueva y patente demostracion de piedad; así que casi instantáneamente se relevaban los devotos en su adoracion al Señor, pues que en aquellos primeros dias no habia para hacer la vela las formalidades que hoy, en que instalada en forma la corporacion tiene que ir con más concierto, digámoslo así, que cuando era solamente el fruto de una devocion particular, pues como tal y nada más debió considerarse á los principios. Visto por el Sr. Ramirez el feliz éxito de sus deseos, y alentado á proporcionar á su buena idea la estabilidad que era de desear, comenzó á fundar la Congregacion, empezando, como era consiguiente, por formar unas constituciones y declarar en ellas el instituto, hacer que estas constituciones recibiesen la sancion canónica y civil necesaria, y dejar así fundada en muy sólidas bases esta obra que era consiguiente habia de alcanzar vida mucho más larga que la de su fundador, tanto más cuanto que sus constituciones, perfectamente arregladas, habian de dar este apetecido resultado. Prolijo seria el minucioso y detallado exámen de las precitadas constituciones; pero aunque sea ligeramente, es necesario que digamos algo siquiera de la índole de la corporacion, que es consiguiente se deja ver en las constituciones, y puede darnos una idea de lo que era en todas sus cosas el Sr. Ramirez, y de cómo en todas ellas hacia ostentacion, sin él quererlo, de su tan grandísima caridad que era el móvil de todos sus actos. Llevamos dicho que la idea primitiva de la Congregacion que nos ocupa fué el que nuestro adorable Redentor hubiese tenido, como hoy tiene, quienes le hiciesen la guardia, toda vez que estuviese expuesto á la pública veneracion en el jubileo de las Cuarenta Horas, y quien se señalára como su más especial servidor, toda vez que prestaba un homenaje grande; para esto parecia conveniente que los sujetos que hicieran esta guardia ó rindieran al Señor este homenaje fuesen personas de posicion, mucho más cuando en la capital del reino nada era más fácil que haber encontrado estas personas distinguidas en número suficiente no solo para cubrir las dos velas que por entónces se esta-

blecieron; sino áun para haber hecho que fuese mucho mayor el número de los que velaban: sin embargo, en las altas miras del Sr. Ramirez entraba el fundar una Congregacion que fuese enteramente de hermanos, y elevándose hasta el trono, por decirlo así, de las divinas misericordias y comprendiendo los divinos designios tal cual el supremo Dueño del mundo los habia hecho conocer á la humanidad, todos los cristianos, dijo, son capaces de adorar á su Dios, todos pueden rendirle en el misterio de su amor el homenaje que merece; todos pueden dirigirle sus súplicas amorosas, y á ninguno desoye ni mucho ménos desatiende, á ninguno retira de su presencia, pues nadie ha de estar privado de pertenecer á esta piadosa Congregacion; por lo cual ni estableció condiciones ni exigió requisitos; solamente el querer alistarse y comprometerse en cierto modo para acompañar al Santísimo Sacramento, fué bastante para que se pudiesen inscribir en esta nueva corporacion, cuyos medios de subsistencia quedaron tambien á la Providencia, pues no se obligó ni se obliga á contribuir con cantidad alguna, ni áun por razon de entrada, y eso que son inmensos los gastos que produce el alumbrado al Santísimo con los cuatro cirios con que se vela, y las demás cosas que son consiguientes. Pero la gran confianza que en Dios tenia el piadoso fundador de esta grande obra, le hacia dejar á Dios mismo el cuidado de su empresa, y de esta suerte removia muchos de los obstáculos que áun las cosas buenas suelen hallar para su perfecto desarrollo; porque ciertamente, si en la Congregacion de la Guardia y Oracion al Santísimo Sacramento, que así se llamó desde sus principios, se hubiera impuesto á los hermanos la obligacion de contribuir con alguna cantidad fija, ¿cuántos y cuántos no hubieran estado privados de pertenecer á esta gran familia, y habrian por consiguiente tenido que carecer de los inmensos bienes espirituales que produce este piadoso instituto? Por esto el rico como el pobre, el magnate como el pordiosero, tienen cabida en esta gran sociedad, y pueden gloriarse en ser por oficio guardias y adoradores del Santísimo Sacramento, toda vez que se hallen afiliados á esta piadosa Congregacion. Hechas, pues, sus constituciones, en todas las cuales reina el mismo espíritu de caridad que hemos visto en el párrafo que se refiere á las condiciones que han de tener los congregantes, se procuró como era consiguiente su aprobacion para la ereccion canónica de la corporacion, y por aquellos dias, es decir, miéntras se daba á esta Congregacion la estabilidad necesaria por medio de la sancion legal de sus constituciones á pesar de que el Sr. Ramirez individualmente y muchos de sus hermanos y fundadores habian obtenido la vénia de la autoridad eclesiástica y de la civil, y unos y otros respetables funcionarios públicos asistian con asiduidad y celo á las Cuarenta Horas á velar con sus hachas en las manos, hubo disgustos, y disgustos algun tanto notables, pues

que algunos señores rectores de iglesias y áun párrocos de Madrid no querian aceptar la Congregacion por ser cosa nueva, otros le hacian sufrir disgustos por la mal entendida cuestion de lugares, otros querian que la muda ó relevo de los hermanos se hiciese de tal ó cual suerte, y como es consiguiente todos estos caprichos ó más bien cabilosidades de unos y otros, indudablemente afectaban al buen Sr. Ramirez, pues es verdad, que en su profunda humildad no atendia á la obra como suya, y sus pretensiones nunca fueron de que habia hecho una cosa perfecta; mas por esto no dejaba de conocer cúan indebida era la oposicion que se hacia á una obra tan buena, á un instituto tan provechoso, y que áun cuando no diese más resultados, al ménos, el de que una vez fundado no es posible que el Santísimo esté sin quien le vele, esto, decimos, era infalible; y lo sentia tanto más cuanto que tan infundado lo veia; es más, lo veia hasta injusto, y en hecho de verdad á cualquiera que en imparcial exámen se le consultase, responderia como opinaban los indivíduos mismos de la corporacion. Llegó pues el apetecido momento en que la corporacion se aprobára siendo aprobados sus estatutos, é instalada su junta de gobierno por el decano de la Sala de Alcaldes de casa y corte, á quienes comisionó exprofeso para esto el muy distinguido y poderoso Consejo de Castilla; y como era consiguiente á esta constitucion canónica y estable que aseguraba el cumplimiento de los deseos y designios de los fieles adoradores del Santísimo, quisieron que el regocijo que en sus pechos latia por tan fausto acontecimiento, se hiciese notable por sus acciones de gracias á Dios, de quien emana todo bien, y para tan justo fin celebraron con la mayor suntuosidad un triduo á Jesus sacramentado en la iglesia de religiosas Bernardas del Santísimo Sacramento en los dias 21, 22 y 23 de Diciembre de 1816; y desde entónces quedó ya establecido el ejercicio perenne de la asistencia de esta Congregacion con sus propios utensilios á todas las iglesias donde estuviesen las Cuarenta Horas; siendo la asistencia que prestaba esta corporacion piadosa *dos cirios*, con sus arandelas, que tuvieran dos hermanos en sus manos durante todo el tiempo que el Señor permaneciese manifiesto, y *cuatro más* con que concurririan otros tantos hermanos á la solemne ocasion del cánon, ó sea desde el *Sanctus* á sumir en la misa mayor, y al acto de la reserva. La Congregacion, que se complacia en rendir sus homenajes á Jesus sacramentado, que vió celebrar con una solemnidad desusada hasta entónces el tríduo de que llevamos hecho mérito, y que con ocasion de aquel se encontró con que la piedad de los fieles habia excedido con mucho á sus deseos facilitando recursos y limosnas abundantísimas para sufragar todos los gastos, y que quedára un remanente más que suficiente para soportar los que habian de ocurrir en todo el año venidero, determinó desde luego que se hiciese una solemne octava al

Santísmo Sacramento, en la cual se tuviesen las Cuarenta Horas á expensas de la Congregacion, y que esta solemnidad se terminára con una fiesta no ménos solemne al amantísimo Corazon de Jesus. Hízose con efecto todo lo acordado el año siguiente de 1817, y desde el dia del Sanctissimum Corpus Christi hasta el del Sagrado Corazon de Jesus, se tuvieron las suntuosísimas funciones con que puede decirse que se instaló la Congregacion, ó por lo ménos con las que adquirió ese justo crédito que la hace ser tenida por una de las primeras, no ya de la capital de España, sino del orbe católico; y fué tal la magnificencia con que estas solemnidades se hicieron, dispuestas hasta en su último detalle por el Sr. Ramirez, que adiestrado en Sevilla y dotado de exquisito gusto, era real y verdaderamente una especialidad para esto, que los fieles agolpándose á la iglesia del Sacramento á todas horas y en todo momento, demostraron la necesidad de que otro templo más capaz fuese el elegido para esta fiesta, la primera de Madrid y una de las más notables de Europa Con efecto, la suntuosa iglesia de los Padres de la Trinidad Calzada fué la escogida para celebrar en ella tan reverentes como magníficos cultos; y desde el primer año en que allí se hicieron las funciones, se demostró esa esplendidez y magnificencia que, creciendo de dia en dia, ha hecho cada vez más solemnes estos cultos, á que siempre, áun en las más azarosas circunstancias, han contribuido los fieles con generosidad suma, y no solo con sus limosnas sino con su asistencia continua. Pareció conveniente fijar para esta solemnidad otra época en que la estacion fuese ménos rigorosa que lo que acostumbra á ser hácia Corpus, y al mismo tiempo en que hubiera ménos solemnidades, ya para que á los fieles fuese ménos violento el asistir á esta, por no tener que dejar algunas otras á que estuviesen acostumbrados, ya tambien para que las limosnas con que á ellas contribuian no se echáran, por decirlo asi, de ménos en las otras solemnidades, y se determinó que la pascua de Resurreccion y toda su semana, el domingo de Cuasimodo y el lunes siguiente, fuesen los dias destinados á la fiesta del Santísimo Sacramento y del sagrado Corazon de Jesus, añadiéndose para finalizar estos sagrados cultos otra fiesta al purísimo Corazon de María el martes de Cuasimodo, y honras por los congregantes difuntos el dia siguiente á las funciones. No fué arbitrario ni mucho ménos caprichoso el señalar para estas funciones la mencionada época, entró por mucho el deseo de la salvacion y provecho de las almas, pues como desgraciadamente el señor Ramirez y cuantos se le agregaron para la realizacion de su gran pensamiento, veian que el fervor de los fieles estaba algun tanto resfriado y que algunos, ó muchos tal vez, se retraian de cumplir con el precepto de la comunion pascual, sin que sea de este lugar el inquirir los motivos; creyeron y con razon que si un aliciente material les servia de excitativo para

despertarles de su fatal letargo y les hacia revivir á la vida de la gracia por el conocimiento de su descuido, podria hacerse mucho favor á estas almas con proporcionarles este saludable medio, que fué el intento que presidió en la eleccion de esta época, en que parece á la verdad que el corazon del cristiano se dilata con una solemnidad tan magnífica en justa retribucion del amor que Jesucristo nos demostró en su pasion dolorosísima y afrentosa muerte, cuyos misterios acaba de recordarnos nuestra santa Madre la Iglesia. Celebráronse las funciones, como llevamos dicho, con singular magnificencia en la iglesia de la Trinidad hasta el año de 1835 inclusive, siendo muy abundantes los frutos que se alcanzaron en las predicaciones que hicieron en ellas los más distinguidos oradores de la corte; y teniendo durante su estancia en esta santa casa el consuelo y la gloria esta corporacion de que el señor Rey D. Fernando VII (q. e. e. g.) y toda su Real familia no solo se inscribieran en ella concediéndola, como es consiguiente, el título de Real, sino que para demostrar cuán aceptable era á S. M. el instituto de la Congregacion de Guardia y Oracion, se expidió espontáneamente por el Rey un Real decreto por el cual se disponia que la guardia de su Real Persona, el esclarecido cuerpo de Guardias de Corps, velase todo el dia octavo, que se consideró siempre como uno de los principales, y que concurriera tambien á la solemne procesion del último dia, cuyo privilegio disfruta hasta el presente esta Real é ilustre Congregacion, sustituyendo á los precitados Guardias de Corps, que hoy no existen, el cuerpo de Guardias Alabarderos, que, como sabemos, son los que dan la guardia cerca de la persona de S. M. Vinieron los acontecimientos tristísimos para España de 1834, y á la consternacion que en el ánimo del Sr. Ramirez, como en el de todos los españoles, producia ese momento de verdadero vértigo revolucionario, en el cual se cometia un atentado harto sensible, se agregaba la de que su querida Congregacion de las Cuarenta Horas tenia que andar errante, toda vez que desde el primer momento se dijo era necesario el edificio de la Trinidad y que dejaria de ser templo. Todas las iglesias de Madrid se aglomeraron en la mente del Sr. Ramirez para ver en cuál habian de hacerse las solemnísimas funciones de las Cuarenta Horas, á que el vulgo sin motivo ni fundamento ha dado en llamar el alumbrado, y despues de un maduro exámen y por razon de conveniencia se trasladó la Congregacion con las debidas aprobaciones á la Real iglesia de Santo Tomás, donde en el dia existe. Si la piedad de los fieles, excitada por el Sr. Ramirez, se habia mostrado generosa por demás en los primeros años de la fundacion de la Congregacion, mucho más espléndida si cabe fué despues, y á esto es debido que el aparato suntuosísimo de la Trinidad fuese adornado nuevamente en Santo Tomás, y que siguieran como siguen siendo sus funciones las primeras de la

corte. Hubo época en que las gentes, empeñadas aunque indirectamente en la guerra civil, vieron disminuirse sus recursos, y la Congregacion hubo de experimentar las consecuencias de este suceso; pero entónces el Sr. Ramirez suplia de su propio peculio, y no faltó ni un solo año el culto debido al Señor, ese culto tan esplendoroso como solemne, no permitiendo como no podia permitir su caridad que faltase lo más mínimo para la celebracion de las fiestas. Luego que nuestro católico reino vino á su estado normal, felizmente concluida la guerra, volvió á no ser tan necesaria la cooperacion material del Padre espiritual y Tesorero de la Congregacion, pues que ambos cargos desempeñaba en ella; pero no por esto cesó en prestarla su apoyo, y ya que no eran los medios materiales lo que la hacian falta, trató de procurarla todo el aliciente posible por la concesion á ella de gracias muy especiales. No haremos mencion del cúmulo de indulgencias, tanto plenarias como parciales, con que los Santos Padres, Emmos. Cardenales, muy Reverendos Arzobispos y Rdos. Obispos, la han ido enriqueciendo á consecuencia de la tierna solicitud del Sr. Ramirez en procurarle este aliciente, como ni tampoco de la mucha importancia que la da el estar perpétuamente agregada á la mayor parte de las familias religiosas del reino, donde tantas virtudes se han practicado siempre, y de cuya participacion han disfrutado y disfrutan los individuos de esta corporacion; pero si diremos que además de haberse conseguido para ella el que la misa solemne del dia de las fiestas del sagrado Corazon de Jesus y del purísimo Corazon de María fuesen de los respectivos objetos en su dia, y la de las honras por los difuntos fuera de *Requiem;* además de haber hecho extensivo á las iglesias donde estuvieran las Cuarenta Horas el privilegio de que la misa solemne sea *de Sanctissimo Eucharistiæ Sacramento*, en todos los dias que no sean dobles de primera ó segunda clase, con algunas otras muy ligeras excepciones; además de haber conseguido privilegio de altar de alma, no solo para todas las misas que los congregantes sacerdotes celebrasen por la Congregacion, sino tambien para todas las que los fieles hagan celebrar por sus hermanos difuntos; además de esto, digo, obtuvo el Sr. Ramirez para su querida Congregacion la elevacion al rango de Archicofradía Sacramental, cuyo acontecimiento le llenó de júbilo y se solemnizó con un recuerdo especial de este suceso en el año próximo siguiente á la concesion, que si mal no recordamos hubo de ser el 1854. Constituida, pues, la corporacion en la primera categoría de las de su especie, hubo de ostentarse así algun tanto elevada, y por consiguiente se procedió á reparar con la mayor esplendidez y el mejor gusto los objetos todos de su pertenencia, por supuesto bajo los auspicios y direccion del mismo respetable Señor, á quien debe no solo su existencia sino su conservacion y auge la Archicofradía Sacramental de las Cuarenta Horas;

en la cual el vacío que dejó el Sr. Ramirez á su muerte no es fácil se llene, por más que sean, como lo son en efecto, muy celosos los que le han sucedido en sus cargos, pues en el invitar y obligar dulcemente tanto al clero como al pueblo para la concurrencia á estas solemnidades, lucia el Sr. Ramirez esa copia de delicadeza y finos modales, que siéndole connaturales por haberlos adquirido desde los primeros dias de su infancia, le hacian no solo muy apreciable, sino que estrechaban dulcemente á que se le complaciese en aquello mismo que queria. Habremos tal vez sido algo prolijos en el exámen y expresion de las vicisitudes y trámites por donde la Real Archicofradía llegó á la brillante situacion que hoy tiene; mas nuestros lectores nos lo dispensarán benévolamente, pues que así han tenido ocasion de conocer al Sr. Ramirez como fundador, conservador y protector de esta corporacion religiosa, que no se quedó reducida á Madrid solo, sino que se extendió á Zaragoza, Toledo, Murcia, Córdoba, Sevilla, Granada, Cádiz, Palencia, Valencia y otros muchísimos puntos importantes, donde tambien se tributan al Señor, aunque con ménos suntuosidad como es consiguiente, reverentes cultos, además de la vela y guardia continua. Volvamos, pues, atrás para considerar al Sr. Ramirez en el tiempo que le dejaba libre el ejercicio de su ministerio de predicar y confesar, y hallarémosle examinando uno por uno los oratorios de Madrid, sus corporaciones é institutos, y haciendo en todas partes lo que debe un celoso sacerdote, lo mucho que podia un hombre tan acreditado como él lo estaba ya. No hay para qué decir que en las casas-oratorios del Olivar, Caballero de Gracia y Espíritu Santo, estuvo desde luego asistiendo con la puntualidad que sus otras ocupaciones le permitian, porque esto se comprende desde luego en quien era tan dado á las cosas de devocion, tan celoso por la honra de Dios que estaba siempre dispuesto á procurar su mayor gloria; así como tampoco necesitamos consignar aquí, porque de sus antecedentes se infiere, que asistia á los hospitales para proporcionar á los pobres enfermos, *sus queridos* como él los llamaba, auxilios espirituales al par que socorros materiales. Sin embargo de que con decir que el Sr. Ramirez iba al Hospital, se comprende que iba á hacer bien, pero si atendemos á su carácter vivo y á su condicion de un celo sumamente activo por el bien de los fieles, le habremos de considerar penetrando, por decirlo así, por todas partes para encontrar en todas ellas lo mejor, y por consiguiente, haciendo lo mejor siempre, buscar y hallar el camino de la perfeccion. En sus caritativas pesquisas encontró una obra pequeña en la apariencia, grande, muy grande, en el fondo; olvidada tal vez y acaso desconocida por muchos y en muy largas épocas, pero que ni por esto dejaba de ser benéfica ni mucho ménos de producir sus resultados palpables á los enfermos del santo Hospital. Hablamos de la Congregacion de

Seglares Siervos de los Pobres que existe en el general de esta Corte, y en algunos otros de las principales provincias de España. Si este instituto fuese tan conocido como lo son, por ejemplo, las Cuarenta Horas, nos contentaríamos con decir que el Sr. Ramirez perteneció á él, y todos sabrian el mérito que por tal circunstancia habia tenido; pero como esto, que digamos, no es una devocion cualquiera, y sus actos, las ocupaciones de los hermanos en el hospital, son muy diferentes de las prácticas de piedad que frecuentan la mayoría de las congregaciones, áun aquellas que se llaman y son efectivamente de penitencia, se hace preciso, necesario, indispensable decir algo sobre esta corporacion, para que de aquí se deduzcan dos cosas: primera, lo mucho que mereció el Sr. Ramirez por el ejercicio de las prácticas de esta santa hermandad; segunda, lo que Dios tiene escondido en rincones donde se procura con tanto afan su gloria y servicio, y donde el Señor derrama copiosamente sus bendiciones, haciendo ostentacion de su misericordia, y moviéndose muchas veces á piedad para el remedio de males trascendentalísimos y muy generales, por las oraciones de sus siervos, que ocultos y escondidos á los ojos del mundo, son muy queridos de Dios por esta misma al parecer insignificante circunstancia. Es la Congregacion de Seglares Siervos de los Pobres, bajo la advocacion del glorioso P. S. Felipe Neri, una reunion que, congregándose en su propio oratorio del Hospital general todos los dias de fiesta, y distribuyéndose en tandas que acuden á las diversas salas de aquel establecimiento, se ocupan sus individuos en asear los pies, manos y cabeza de los enfermos, lavándoles, cortándoles el cabello y las uñas, en mullirles los lechos con todo el esmero y cuidado posibles, limpiándoles las inmundicias que pudieran tener, y despues de esto en servirles un sustancioso caldo con una pequeña porcion de gallina, que costea la corporacion, y que se prepara por los mismos hermanos, sirviéndolo ellos con el esmero que dicta la caridad, que animada por la fe, que hace ver en aquellos que padecen no precisamente al infeliz que sufre, sino á Dios á quien representa, ya, como es consiguiente, al término venturoso de que este pequeño alimento no solo es de nutricion para el cuerpo, sino que principalmente sacia el espíritu de los que le reciben, pues que siquiera la ligera expresion con que el hermano lo alarga, penetra, como no puede ménos, en el corazon del enfermo, y en ocasiones muy repetidas se ha visto sacar de la taza de caldo más partido que el que se consigue con largas aunque oportunas amonestaciones; porque es desgracia de nuestra miseria, pero el hombre es muy material. A estas obras de caridad, que lo son y muy grandes, añade la corporacion el vestir de las prendas más necesarias, como son camisa, zapatos, pantalon y chaqueta, á los pobres que salen del santo Hospital con alta en los meses de Diciembre á Marzo, haciendo los mismos hermanos con

sus prójimos los pobres lo que las cariñosas madres con sus hijos pequeños, vistiéndolos con paciencia suma, y acomodándoles las prendas de manera que tengan con ellas el mayor alivio posible. Pues bien, apénas hubo visto el Sr. Ramirez que habia este recurso para los dias de fiesta, corrió presuroso á manifestar sus deseos de ingresar en tan piadosa corporacion, la cual además de lo grande de su instituto ofrece á quien atentamente lo medita otra circunstancia no ménos notable, y es que la mayor parte de sus individuos son artesanos, jornaleros, que cansados del trabajo de la semana, parece que buscan su descanso en un nuevo trabajo, porque lo es ciertamente, pero que no les es costoso, porque lo hacen todo y en todo obran animados de la caridad. No bien oyeron los hermanos de S. Felipe que el Sr. Ramirez deseaba pertenecer á su Congregacion, cuando dispensándole, como era justo, todas las formalidades que han de preceder al ingreso como hermano de número, le hicieron tal el dia 24 de Junio de 1817, con un indecible contento, no solo de la Congregacion, que se creia muy favorecida por el ingreso de este hombre tan apostólico, sino que tambien de él mismo, porque se tenia por muy dichoso en ser verdaderamente siervo de los pobres, toda vez que habia tomado á su cargo tan importante destino. Siguió practicando los ejercicios como hermano particular, siempre haciendo indicaciones provechosas para el desarrollo de la Congregacion, no porque esta no estuviese muy bien gobernada y sus acuerdos no fuesen tan prudentes como sabios, sino porque las circunstancias políticas por que habia pasado España habian dejado su huella en esta como en otras muchas congregaciones, y no habia sido á la verdad una huella de prosperidad y auge, sino una huella de abatimiento, á salir del cual la ayudaron en gran manera en lo interior de su administracion los consejos acertadísimos del Sr. Ramirez, y en su parte exterior, es decir, en lo que afectaba al comun de los hermanos por medio de sus pláticas siempre oportunas y muy acertadas, y en ocasiones las más á propósito para que produjesen su efecto. Así es que no diremos que reformó la Congregacion, porque esto en realidad de verdad no le era necesario; pero sí que alentó grandemente el fervor de los que la componian, haciéndoles comprender por medios tan oportunos como adecuados cuán provechoso era el que los ejercicios se practicasen debidamente, ya porque de esta suerte el alivio de los pobres era mayor, ya tambien porque se podia lograr más aprovechamiento espiritual por los mismos hermanos. Apénas hecho del número, que como llevamos dicho lo fué desde su ingreso, el hermano mayor de su época lo llamaba para todas las juntas, y su dictámen se oia con el respeto que era debido, por lo cual la Congregacion toda, al pensar en las elecciones para el año de 1820, fijó su mente en este distinguido sacerdote, que con gran sorpresa suya vió reunirse á su favor los votos todos de la junta preparato-

ria, y que no le valian excusas, pues que ciertamente buscó cuantos pretextos pudo para evadir el tomar á su cargo el régimen y gobierno de su muy querida Congregacion. Sin embargo, llegó el dia segundo de Pascua de Pentecostés, que aquel año cayó en 22 de Mayo, y fué elegido por unanimidad hermano mayor de la Congregacion de Seglares Siervos de los Pobres de S. Felipe Neri, cuyo destino desempeñó por espacio de tres años con aquella exactitud, con aquel acierto sumo, con aquel tino y delicadeza que él sabia hacer todas las cosas, y que era motivo de que todos le apreciasen altamente, pues él sabia hacerse todo para todos, acomodándose á las circunstancias, necesidades y áun exigencias de todos, sin que se crea que al decir exigencias hemos querido decir otra cosa que esos caprichos que muchas veces tienen las criaturas, cuya satisfaccion no es pecado, pero que fuera mejor el privarse de satisfacerlos. Parecerá extraño el que no tuviese á su cargo el importante destino de hermano mayor más que tres años, siendo así que lo desempeñaba tan admirablemente; pero si fijamos la atencion en que el haber de ocupar tan importante puesto impone de una manera más estrecha la obligacion de concurrir á la Congregacion, por cuanto es necesaria la presencia del hermano mayor para todas y cada una de las cosas que ha de hacer y disponer la Congregacion, y los diversos oficios todos de caridad que habia de desempeñar el Sr. Ramirez se iban multiplicando prodigiosamente, al paso que se iban conociendo los portentosos efectos de su acreditado celo, tuvo por necesidad que convencerse la Congregacion de que no le era posible continuar en su cargo, por más que lo deseára, no por ocupar el primer lugar, sino por hacer cuanto bien pudiera á sus hermanos; le admitió la renuncia, quedando muy satisfecha del celo con que habia cumplido su cargo, y concediéndole desde luego un lugar perpétuamente en su junta de ancianos; bien es verdad que sabia y conocia muy bien la corporacion lo convenientes que habian de ser sus consejos despues como lo habian sido ántes, y como lo fueron en verdad, pues que el Sr. Ramirez y otros pocos más propusieron el que la Congregacion asistiese diariamente á los pobres durante las épocas de epidemia de los años 1834 y 1835, lográndose con esto el gran beneficio para los pobres, que se comprende sin más que examinar la índole de nuestra querida Congregacion. El Sr. Ramirez, que estaba muy satisfecho en la corte, porque no hay duda que en ella el culto es esplendoroso, los ejercicios espirituales muy frecuentes, abundante el pasto que las almas reciben, ya por la predicacion, ya por los demás ejercicios piadosos en que fieles y ministros se ocupan con asiduidad, queria sin embargo que los fieles notasen bien cuán necesario es el estar dispuestos para la hora de la muerte, momento el más crítico y terrible, y que muchas veces suele llegar en circunstancias que no son ni con mucho lo que desearíamos; y meditando él sobre

el gran plan que tenia en Sevilla acerca de los ejercicios de retiro para preparacion á la buena muerte, consultaba, inquiria y comunicaba su idea y plan á otros sacerdotes, tan celosos, tan ávidos como él de la salvacion de los fieles, y de todas sus consultas salia por resultado la conveniencia ó más bien necesidad de establecer ese retiro, de plantear en la capital de España ese ejercicio tan útil como fácil, y cuya práctica se ha visto por experiencia aprovechar muchísimo á los que en ella se han ejercitado. Daremos una sucinta idea del pensamiento que el Sr. Ramirez desarrolló en su precioso libro que tituló: *Preparacion para la muerte, propia de un dia de retiro*, y de cuya obrita se han hecho varias ediciones, corriendo con mucho aprecio y habiendo sido como la base bajo la cual autores posteriores han escrito, unos con más extension, otros con mucha ménos, segun que les ha convenido facilitar á los fieles este ejercicio para solo un rato, ó dar á los sacerdotes documentos é instrucciones para dirigirle. El contiene tres partes, que segun la mente de su autor deben dividirse en dos épocas: por la mañana la primera parte y algo de la segunda, y por la tarde el resto de esta segunda y toda la tercera. En la primera se ponen á la vista de los fieles razones muy poderosas para aceptar la muerte, razones que se toman con mucho acierto, ya de la naturaleza misma del hombre, ya de las relaciones que le unen á Jesucristo en concepto de redentor, y que son como obligatorias para la humanidad reparada; y por último razones, digámoslo así, de perfeccion, es decir, de esos motivos que atraen á la criatura hácia su Dios, toda vez que Dios ha querido venir á acomodarse á las necesidades y áun exigencias de la criatura tan solo para bien de esta. Pasando despues á encarecer las ventajas que puede reportar al hombre esta misma aceptacion de la muerte, deduce como consecuencia la necesidad de esta aceptacion misma, uniéndose el alma á su Dios por medio de aspiraciones las más cordiales é íntimas, y de consiguiente enteramente provechosas. La segunda parte comprende la recepcion en espíritu de los santos sacramentos de penitencia y eucaristía por modo de viático y extremauncion, poniendo en todos ellos el ceremonial completo de la Iglesia, con todas las importantes oraciones, anotadas sábiamente, ó por mejor decir, puestas al alcance de los fieles, para que embebiéndose en su espíritu, muy dulce á la verdad, saquen de ellas el fruto que es debido, y que no puede ser otro que una profunda admiracion de la bondad inmensa de todo un Dios, que facilita medios, recursos y auxilios tan eficaces cuanto son necesarios, y que sabe contemporizar convenientemente con las exigencias de las circunstancias más críticas de la vida, poniendo al hombre siempre á la mano los recursos necesarios para su bien, en cuyo logro por un nuevo destello de la misericordia del Señor, hace éste interesarse su gloria misma para atraer á la pobre criatura á obrar por un móvil tan digno, y para que

teniendo mucho de Dios las obras de la criatura, puedan neutralizar la imperfeccion que como de criatura, y criatura miserable, llevan consigo; todo lo cual bien expresado por la Iglesia en los solemnes momentos que preceden á nuestra destruccion, ha sido puesto al alcance de todos por la acertada idea del Sr. Ramirez de reducir á un ejercicio práctico, y que halaga á los corazones fieles y piadosos, lo que de por sí parecia intimidar á los pusilánimes, que por esta circunstancia, como que no se atrevian á meditarlo y no podian en su dia hacerse cargo de tan importantes advertencias como nuestra Madre nos dirige, ya exhortándonos, ya pidiendo por nosotros, porque no las comprendian los fieles, no las habian meditado, y no habian por consiguiente podido penetrar al fondo del grande espíritu que en ellas hay; por esto en la tercera parte de este ejercicio pone el Sr. Ramirez fielmente traducidas todas las preces que la Iglesia dirige por sus hijos en el importante momento de la muerte, que, como sabemos, consiste en la separacion del espíritu y de la carne. En estas oraciones la Iglesia, que quiere que su hijo se salve, hace presentes á Dios los méritos del Redentor, y junto á ellos las miserias del hombre, para que lo que estas merecerian de castigo se suspenda por la virtud de aquellos, y sea todo para el que muere dicha y ventura; y en la exposicion de estas oraciones el Sr. Ramirez está admirable, pues que en la lectura de las breves líneas á que el Sr. Ramirez ha reducido sus anotaciones á las preces de la Iglesia, encuentra la piedad cristiana un grande aliento, que es tanto más conveniente cuanto que en trance tan terrible sobre ser necesarias cuantas prevenciones podamos poner en juego, nada hay que no nos sorprenda, nada que no nos admire; para evitar una sorpresa, para reducir á provechosa admiracion este importante momento, han sido y son las advertencias todas del ilustrado, piadosísimo y muy cariñoso Sr. Ramirez, circunstancias que se encuentran todas en su libro, pequeño en volúmen, pero copiosísimo en resultados. Dejemos, pues, el exámen de la parte material para entrar en el de la parte de aplicacion de tan provechoso ejercicio. Conociendo su piadoso autor que no podia darse éste sino por personas muy autorizadas, hasta que el conocimiento de su importancia le acreditára y aficionase á los fieles á ocuparse en él, ofreció su pensamiento á los PP. de la Compañía de Jesus, y estos secundándole establecieron en el Colegio Imperial la práctica de este piadoso ejercicio, y la establecieron tan bien como ellos sabian hacer las cosas, y reuniendo á hombres solos en la magnífica capilla de los Estudios un domingo cada mes, y dando el ejercicio con todo el lúgubre aparato que requeria, razones por las cuales era imposible que concurriesen á esta práctica los fieles de uno y otro sexo, por lo cual hubo de privarse á las mujeres de tan señalado beneficio. Como los frutos de esta práctica piadosa fueron tan abun-

dantes, que muchos se convertian á la buena vida por solo estar casualmente presentes á una parte del ejercicio, y otros muchos lo hacian por la justa celebridad que adquirió tan piadoso instituto, llegaba al alma al señor Ramirez Cotes el que las mujeres no tuviesen á su vez el ejercicio expresado, pues por más esfuerzos que hizo no pudo lograr de los PP. Jesuitas el que lo diesen á mujeres, en atencion á no tener un lugar á propósito. Disgusto y sentimiento, mal y contrariedad, que pareciendo un gravísimo obstáculo para el provecho espiritual del sexo devoto, vino á proporcionar una ventaja inmensa para las mismas, mediante la fundacion de una Congregacion que las diera ese ejercicio en los mismos períodos que á los hombres, es decir cada mes, y además ejercicios cada semana para su espiritual provecho, que se logró muy cumplido, y tanto más cuanto que se pusieron en juego los medios más adecuados. Y este es el orígen de la piadosa reunion de señoras, llamada Escuela de María. Involuntariamente nos obligan á extendernos en este artículo biográfico los importantes hechos del que es objeto de él, y no nos atrevemos en verdad á dejar pasar desapercibidos siquiera los más importantes, porque nos ha parecido una ocasion muy propicia de consignar lo que fué el sacerdote conocidísimo en Madrid por su celo y virtudes Sr. D. José María Ramirez y Cotes. Decimos, pues, que fundó bajo esta idea y en conformidad con lo que habia visto en Sevilla y Cádiz la corporacion religiosa Escuela de María, que tiene por instituto el que señoras solas se reunan una vez á la semana para tener ejercicios de lectura espiritual, oracion mental y plática, siendo dirigida esta corporacion, bajo los auspicios del Sr. Vicario eclesiástico, por una junta de señoras reducida en número y que cada año se renueva por de pronto por su piadoso fundador, y despues de su muerte tres sacerdotes escogidos entre los señores directores, que han sido siempre de los más piadosos de Madrid. Escogióse para la fundacion de esta Congregacion la capillita del Monte de Piedad, y como protectora de ella, segun su nombre lo indica, á la Santísima Vírgen bajo la advocacion del Socorro, cuya preciosa imágen hizo el célebre escultor Sr. Elías con la habilidad que su siempre acertado cincel ha sabido hacer que sus obras sean una viva representacion de las ideas que se quiere que recuerden. La razon que hubo para esto fué que lo reducido del lugar como el ser oculto é independiente, daban cierto aspecto á la reunion conforme á los deseos de su piadoso fundador, pues éste quiso que fuera un verdadero retiro aquel recinto en que se hacian desde el principio grandes cosas, pues se aprendian verdades desnudas, pero muy á propósito para despertar las almas del letargo de la indiferencia en que muchas personas, sobre todo de las acomodadas, se ven sumidas por lo que ellas llaman razon de estado, por parecerles incompatibles no solo la perfeccion, sino áun la virtud,

con haber de vivir en sociedad cumpliendo los deberes que esta impone. A unir estos extremos, que parecen heterogéneos, teniendo sin embargo mucha homogeneidad, se encaminaron desde luego las miras del Sr. Ramirez en la fundacion de la Escuela de María, y lo consiguió porque ya los ejercicios semanales, ya los dias de retiro que se tenian cada mes, ya los ejercicios de preparacion para la venida del Espíritu Santo, que se hacen cada año, ya en fin las comuniones mensuales que se hacian con bastante solemnidad y sobre todo con sumo recogimiento; todo de consuno ayudaba á aficionarse á las prácticas de piedad por las cuales llegan los fieles al estado de perfeccion segun sus condiciones para el cual llama á cada uno Dios Señor nuestro. Que la Escuela de María fué una grande obra, lo prueban por una parte las contradicciones con que hubo de luchar desde su institucion, y por otra los deseos vehementes que de todas partes surgian, apénas se conocia este nuevo instituto, de agregarse á él ó de hacer nuevas fundaciones, como se hicieron muchísimas, entre las cuales solo mencionarémos la de Palencia que fundó el mismo Sr. Ramirez en una de las breves temporadas que pasó en su país natal, y para cuya fundacion le dió comision especial el Ilustrísimo Sr. Obispo de aquella diócesis, confiando mucho en su celo, prudencia y rectitud que la obra sería establecida como lo fué con tal seguridad y firmeza que sus bases la harian indestructible, por cuyo motivo quedó altamente satisfecho el prelado cuando vió tan patente el acierto de su eleccion en el cometido de esta obra, en que si interés y complacencia tenia el Señor Ramirez, no era menor el interés y la complacencia que tenian los fieles de Palencia y su Obispo muy principalmente. Pero dejemos al Sr. Ramirez Cotes recorrer satisfecho é incansable su larga carrera de predicacion y de ejercicios piadosos, y sin hacer mérito de sus desvelos apostólicos para atraer al sendero de la virtud y áun de la perfeccion á toda clase de personas, fijémonos en una época y considerémosle en una situacion que fué de las más importantes de su vida. Diremos ántes que el eco de sus buenos servicios y de su grande celo para el ejercicio de su ministerio, así como su grande aptitud para cualquier cargo eclesiástico, fueron motivo para que el Rey, que tenia noticias de todas estas cosas, le propusiera para una mitra, cuyo cargo renunció repetidas veces, teniendo con este motivo ocasion de escribir al Santo Padre, que recibió siempre con la mayor benevolencia sus cartas y algunas veces las contestó, siendo esta comunicacion directa con Su Beatitud el motivo de que despues le hiciera las distinciones de que nos ocuparemos cuando de la época en que tuvieron lugar hayamos de hablar, aunque será con más brevedad de la que quisiéramos. Hemos de consignar que estaba todo lo satisfecho que puede estar un hombre que en el círculo de sus deseos, buenos siempre y siempre dirigidos al bien de sus hermanos,

halla manera de dar rienda suelta á sus legítimas aspiraciones. Mas ocurre en nuestro católico reino una circunstancia cuyas consecuencias todos vemos y de la cual ciertamente no querriamos ocuparnos, pero que se hace indispensable consignarla porque fué una época verdaderamente tal en la vida del Sr. Ramirez; esta circunstancia fué la muerte del católico Rey Sr. D. Fernando VII, acaecida como todos sabemos el año de 1833. Surgen desde el momento diferencias y disgustos entre el gobierno de S. M. la Reina, regido por la regenta del reino Doña María Cristina, su augusta madre, y el representante de nuestro muy Santo Padre Gregorio XVI, que mirando la cuestion dinástica segun principios que no es de este lugar discutir, ni mucho ménos juzgar, no queria reconocer á Doña Isabel II, y que á consecuencia de las instrucciones recibidas de su soberano tuvo el disgusto de abandonar á España, retirándose no sin indicaciones del gobierno, y retirando por consiguiente la ejecucion de las ámplias facultades que tenia como *legado à latere*, y que eran de grande utilidad al comun de los fieles. Esta situacion para las conciencias no podia ménos de ser angustiosísima, pues nadie sabia el giro que dar á sus pretensiones para que llegasen hasta el trono pontificio, nadie sabia cómo impetrar los breves, rescriptos y demás necesario en los infinitos casos que para tranquilidad de las conciencias se hace precisa ó una resolucion ó una autorizacion del padre comun de los fieles; y por proveer á esta necesidad vemos á nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI autorizar al muy Rdo. P. Buenaventura Codina, de la congregacion de S. Vicente de Paul, que despues de arregladas felizmente las diferencias entre Roma y España obtuvo á propuesta del Gobierno el obispado de Canarias, y por espontánea concesion de éste la gran cruz de Isabel la Católica; al presbítero D. José Cilleruelo y Monty, pavorde despues de Santa María de Mur y hoy canónigo de la metropolitana iglesia de Zaragoza; y al Sr. D. José Ramirez, rector de la iglesia de los Italianos, cuyo gobierno y conservacion, así como la de su hospital, le habia confiado sin limitacion alguna; para que junta ó separadamente ejerciesen la administracion de las gracias pontificias, y tranquilizasen las conciencias, que estaban harto agitadas por el desacertado giro que con la mejor intencion sin duda se habia dado á la importante cuestion de sucesion al trono de España. Ramirez Cotes cumplió fielmente la mision que se le confiára, la desempeñó á satisfaccion de la Santa Sede, y fué su exactitud suma y su celo para el desempeño del importante cargo que se le confió, motivo para que sufriese un destierro, á más de otras infinitas vejaciones, que en esos momentos de efervescencia política se imponen sin razon, y que sirvieron para dos cosas, para acrisolarle con estos nuevos trabajos y para demostrar su sumision al poder tempo-

ral, pues no quiso siquiera condescender con las indicaciones del embajador de Francia, protector de los bienes y casa de los Italianos, que le instó mucho á que se hiciese constar su inmunidad, y deseó protestar contra la tropelía que en su persona se llevaba á cabo, en lo cual, y no queremos decir más de este triste asunto, demostró su gran prudencia, pues que el paso muy justo y muy debido que queria dar el Sr. Embajador habria podido ser trascendental en unas circunstancias tan críticas. En su destierro se portó, como no podia ménos, admirablemente, y en el ejercicio de las ámplias facultades de que estaba investido por Su Santidad dejó satisfechos á todos, absolutamente á todos cuantos á él se acercaban, pues su dulzura y benignidad, su atractivo verdaderamente cariñoso y todo su conjunto daban cierta importancia á sus palabras, es verdad, pero esa importancia que llenaba y no presuncion que disgusta, como desgraciadamente se observa en muchos otros que valen muchísimo ménos que nuestro esclarecido sacerdote. En cuanto á la parte administrativa de la iglesia y hospital de Italianos, desde el mismo dia en que tomó posesion de su cargo abrió su bolsillo para cuantos gastos se creyeron convenientes, y autorizó para que de lo suyo se gastase á fin de que no desmereciese en nada el esplendor del culto divino, que hasta entónces se habia dado con suntuosidad, y no llegase á conocerse, como él dijo más de una vez, que el Papa, dueño y señor de aquella casa de Dios, estaba privado del ejercicio de sus importantes atribuciones en el reino católico por excelencia. Como en los dias de la exclaustracion de los religiosos, acobardados éstos no sabian dónde ir, ó careciendo de relaciones no eran admitidos por sospechosos en algunas iglesias, especialmente de aquellas en que se pusieron clérigos por el gobernador eclesiástico, que se separaba de la opinion del Papa acerca de la facultad del gobierno de poner, quitar, etc., á los prelados, todos tenian acogida en los Italianos, y muchos de ellos tuvieron mesa en la de D. José Ramirez; y les habria ayudado mucho más, si el justo rezelo de que esto pudiese llamar la atencion y darse á tan caritativo desprendimiento una interpretacion desfavorable, no hubiese obligado á uno y á otros á no dar y no recibir los beneficios que de su noble corazon hubieran sido de esperar. Por supuesto que en cuanto le era posible aliviaba la situacion penosa de cuantos desgraciados á él se acercaban, sin que nunca se fijára más que en que era un necesitado, y no mirando para nada ni sus antecedentes políticos, ni sus tendencias, lo cual hace juzgar con sobrada razon que el único móvil de sus buenas obras era la caridad en Jesucristo. Su gran delicadeza y fino trato tuvo ocasion de ostentarse cumplidamente en el hospedaje espléndido, suntuoso, que ofreció en repetidas ocasiones á los Ilmos. Sres. Excmo. Romo y Gamboa, obispo entónces de Canarias, y despues cardenal arzobispo de Sevilla, al Ilustrísi-

mo Sr. La Borda, obispo de Palencia, y al Excmo. Sr. Andriani de Pamplona; los cuales en los penosos destierros que hubieron de sufrir por las circunstancias políticas de que llevamos hecho mérito, habian agotado sus recursos, y encontraron en el Sr. Ramirez Cotes un grande favorecedor, pues no solo los tuvo en su casa cual convenia á personas de su distincion, sino que les proporcionó lo necesario para el viaje á sus diócesis, y á alguno de ellos ropas, pues á tal extremo habia llegado su necesidad que se habia tenido que deshacer de lo poco que llevó á Ultramar para poder venir hasta la corte, y eso que no lo hizo con la comodidad y dignidad correspondientes á su altísimo puesto en la gerarquía eclesiástica. Era suma la complacencia que en esto le cabia, pues se trataba de prelados y amigos á quienes él creia deber de justicia el franquearlos cuanto habia en su casa. Por supuesto que para alhajar el palacio del Sr. La Borda dispuso que su mayordomo de Palencia facilitára cuanto fuese menester de su casa, y no consintió nunca el que se lo devolvieran á pesar de las muy repetidas instancias del Sr. Obispo. Ahora que tratamos de hospedajes, y de hospedajes prestados como los prestaba el señor Ramirez Cotes, nos cumple hablar de otros dos ilustres huéspedes que tuvo, y á los cuales consideró por dos distintos conceptos tan honrosos para él como distinguidos, ó más bien notorios para quienes los poseyeron. Hablamos de los Sres. D. Jaime Balmes y D. Eduardo José Rodriguez Carasa. En Balmes, á quien no conocia siquiera el Sr. Ramirez cuando vino á Madrid, no hubo otro motivo que rendir un tributo al saber, y tuvo tanta gloria en tenerle en su casa cual debe caber á quien conoce como conocia el Sr. Ramirez Cotes el indisputable y gigantesco ingenio del autor de *El Criterio* y de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. Por supuesto que brillan en este justo homenaje que rindiera al saber la más alta estima de ese don de Dios, que el hombre hace eficaz, el más debido tributo al que fué puede decirse único en su época; y en el modo de tratarle y de tenerle consigo, brillaron mucho más por parte del Sr. Ramirez el respeto la consideracion, la admiracion profunda, el conocimiento del mérito. En efecto, si se hubiese visto por una parte al bondadoso Sr. Ramirez halagando al genio misántropo y enfermizo con los más solícitos cuidados, inquiriendo con el mayor esmero no ya las necesidades, pues estas ni existian ni podian existir en una casa llena y que se franqueaba con esplendidez, sino los ligerísimos caprichos, las más leves aspiraciones de ese deseo enfermizo que con nada se contenta; y por otra, ese estar pendiente de los labios de su amigo y huésped cual de los labios de un depositario y administrador de la ciencia más profunda, y le observaríamos preguntar áun aquellas cosas que sabia, para oirlas de nuevo y confirmar su juicio, y hacer que las olvidaba para que hubiese ocasion de que se las repitieran; hallaremos al Sr. Ramirez finísimo en la parte de galantería,

ávido de ciencia en la parte filosófica, y literaria y amoldándose en una edad avanzada á lo que hoy desdeñaria á los pretendidos sabios áun del estado eclesiástico, que por cierto estan muy léjos de poderse colocar á la altura del Sr. Ramirez y Cotes. El resultado de todo esto fué, cual no podia ménos, que el Sr. Balmes, á pesar de su carácter no sé si digamos oscuro, á pesar de que por sus achaques tenia esa tetricidad que les es consiguiente, se franqueaba con su fino huésped, le complacia con sus respuestas llenas de erudicion y de acierto, y era deliciosísimo el trato que llevaban estos dos hombres distinguidos cada cual en su línea, y admirados con justicia, por su talento y escritos el Sr. Balmes, por su finísimo trato el Sr. Ramirez. Si le consideramos junto al P. Carasa, con quien le unian más íntimas relaciones y con el cual estaba como identificado por unos mismos sentimientos, hallarémosle tan satisfecho como con el sábio de nuestro siglo, tan complaciente y tan complacido como con el que era una notabilidad por su ciencia; y no exageraríamos, á nuestro juicio, si dijésemos que eran más íntimas sus relaciones con el P. Carasa, más estrechos los lazos que los unian, porque si bien es verdad que tuvo siempre al Padre en la merecida veneracion á que su talento le hacia acreedor, tambien es cierto que era el principal fundamento de su afecto la rara virtud de aquel apostólico hijo de Loyola, y por consiguiente los sentimientos se identificaban más, dando en su trato el Sr. Ramirez admirables pruebas del aprecio que le merecia su huésped, de la estima en que tenia sus virtudes. Sin que fijemos la atencion en el delicado esmero con que hacia asistir al Padre en sus continuas y penosas enfermedades, y no queriendo consignar aquí que en el semblante del Sr. Ramirez se conocia el estado de su enfermo, porque esto pareceria exageracion, y habrá quien piense que á falta de mejores títulos para acreditar el afecto y aprecio con que el señor Ramirez trataba al P. Carasa, decimos esto que no es sino muy natural. Otras eran las maneras por donde esto se demostraba. El profundo respeto con que miraba sus determinaciones, el consultarle en cuantos casos árduos le ocurrian, y valerse de su opinion en las circunstancias más difíciles; el hacer conocer á todos la gran satisfaccion que le cabia en tener á su lado á tan eminente jesuita; todo esto era un inequívoco testimonio de que apreciaba en mucho á un señor tan apreciable, y que todas las delicias de su casa las formaba el tener tan buena compañía. Por supuesto que su casa estaba franca para cuantos sacerdotes celosos venian á la corte, ya con motivo de predicar en las solemnísimas funciones de las Cuarenta Horas, ya para hacer misiones, y sería muy prolijo enumerar los que le debieron hospitalidad, y mucho más contar el número de los que eran por él socorridos con todo lo necesario por no tener ellos medios. Y ya que de socorros hablamos, es preciso consignar su grandísima caridad, esa

prenda tan preciosa, que fué en el Sr. Ramirez Cotes uno de sus más señalados timbres. Prescindiremos de las limosnas cuantiosas, y siempre por lo ménos de medio real, que distribuia por las calles y á la puerta de su casa, y en la portería y sacristía de los Italianos; no haremos mérito tampoco de las suscriciones que tenia á todos los establecimientos de Beneficencia de la corte, que son muchos, y todos contaban en su lista á este respetable sacerdote; y le veremos costeando la vivienda á muchas huérfanas y viudas que sin este recurso habrian estado expuestas, siquiera en alguna ocasion, á que su decoro peligrase; le veremos proveer de ropa á muchísimos pobres, calzar en el crudo tiempo del invierno á sin número de jornaleros; pero no era lo grande en el Sr. Ramirez lo que daba, sino cómo lo daba; viéraisle muchas veces mirando con atencion, cual si fuese el objeto que excitase la mayor curiosidad, á los andrajos de un infeliz, y meditando entre sí el cómo le remediaria, para lo cual por fin se decidia á llamarle la atencion y decirle si queria el socorro que habia menester; no desdeñándose él mismo de conducirle á la tienda donde le habia de vestir; y verificándose más de una vez caminar por las calles de Madrid, y especialmente por la Carrera de S. Gerónimo, el Sr. Ramirez alargando su mano derecha con toda la finura, atencion y delicadeza que le eran propias á personas distinguidas, como el Excelentísimo Sr. Duque de Medinaceli, y su izquierda á un pobre mozo de cuerda, descalzo, andrajoso y no muy limpio, á quien llevaba consigo para socorrerle, alimentarle y darle oportunos consejos y acertadas instrucciones para su bien espiritual. Otras veces tomaba bajo sus manteos las camisas y zapatos con que habia de aliviar á los necesitados, y él mismo los buscaba en sus casas, sin reparar que solian ser buhardillas miserables, para subir á las cuales era preciso sufrir la grande molestia de oscuras, abundantes y penosas escaleras. Muchas otras veces encomendaba á sus dependientes ó á sus amigos el que llevárán sus socorros á determinadas personas, para evitar el que conociesen la mano que se los alargaba; siendo para él un verdadero disgusto si alguna vez se llegaba esto á saber. Tambien se le vió más de una vez ir acompañado de pobres sacerdotes, que por no poderlos costear no llevaban los hábitos talares; pues aquello significaba que el Sr. Ramirez Cotes iba á su casa para darle los mejores que tenia, verificándose alguna vez tener él que hacerse precipitadamente otros, por quedarse poco ménos que con los puestos. Otras veces facilitaba carrera á los muchos estudiantes que habian menester este auxilio, dando tambien la mano á muchos artesanos para que se colocáran en talleres, y recomendando contínuamente á los muchos maestros que en todas artes conocia, una porcion de jóvenes que luego hacia se colocáran por su cuenta para que así pudieran subsistir y mantener sus familias. A otra porcion de pobres les facilitaba camas y ropas; y auxi-

liaba tambien con crecidas limosnas á la sociedad de S. Vicente de Paul, á la cual desde su fundacion prestó su eficaz apoyo, no solo recomendándola á los muchos de sus amigos que podian ayudar á su desarrollo, sino facilitando muy complacido la iglesia y demás dependencias de los Italianos, para las conferencias generales que se celebraron en la Escuela de Cristo, miéntras cupieron en ella los socios, quedando despues en Italianos y en el mismo local la conferencia de los Dolores, segunda de señoras en Madrid. Y ya que de la Escuela de Cristo hemos hablado, será preciso consignar que luego que las circunstancias políticas de la capital, á consecuencia de los acontecimientos por que el reino pasaba, pudieron permitir la reunion de los hermanos de esta corporacion, que se habia dejado de congregar á causa de los sucesos del año 1834, el mismo Sr. Ramirez buscó á los pocos que habia de los antiguos hermanos, los excitó á que emprendieran de nuevo la práctica de sus ejercicios y les facilitó el mismo local que ántes habian tenido y hoy disfrutan. La Escuela de Cristo no era una corporacion desconocida para el Sr. Ramirez, ántes por el contrario le merecia mucho afecto, no solo por haber sido donde, como dijimos en su lugar, comenzó á ejercitarse en la predicacion, sino por su instituto; porque siendo una reunion donde se aprende por la práctica y por las amonestaciones de los Padres el ejercicio de la oracion y la verdadera humildad como consecuencia del conocimiento de nuestra propia miseria, y la mortificacion como justa pena de nuestras culpas, y las demás virtudes como único camino de perfeccion, habia él de anhelar con las más vivas ansias que este rincon precioso volviese á producir los ópimos frutos que estaba llamado á dar, y en efecto lo consiguió, pues si bien es cierto que nunca ha estado lleno el número de setenta y dos que pueden ser sus individuos, lo es tambien que los que á ella han pertenecido y pertenecen son todas personas verdaderamente virtuosas. El Sr. Ramirez se limitó por su parte á favorecer á la Escuela en su material restablecimiento como rector que era de los Italianos, mas la Escuela se creyó en una estrechísima obligacion de aprovecharse en cuanto pudiera del favor que Dios la hacia en facilitarla tal protector, y teniendo en cuenta que ya pertenecia á la de Palencia, sin más diligencias y con un acuerdo de su junta de ancianos, que honra tanto á los que le tomaron como al mismo señor en cuyo favor se hizo, fué admitido el Sr. Ramirez como uno de sus padres ejercitantes, siendo dia de verdadero júbilo para la santa Escuela el en que hizo su solemne entrada, y parecia en verdad que esto era un feliz augurio de lo que iba á ser para la santa Escuela el Sr. Ramirez, pues además de los inmensos favores que hizo como padre ejercitante por sus sábias y acertadas pláticas, que nunca escaseó, pues asistia puntualísimamente, además de servir de obediencia cuantas veces era necesario, áun cuando no le hubiesen avisado anticipada-

mente, procuró restablecer de la inagotable piedad del Excmo. Sr. Comisario apostólico general de la Santa Cruzada, su amigo el Sr. Dr. D. Manuel Lopez Santaella, la limosna que el rey Fernando VII (q. e. e. g.) habia consignado para la santa Escuela, y que no se habia cobrado más que muy pocos años por haber acaecido la muerte del monarca. Facilitó á la misma santa Escuela en varias ocasiones, de su propio peculio, lo necesario para el esterado de su sala oratorio, é inclinó á un hermano confesado suyo á que reimprimiese el *Compendio de las meditaciones del Rdo. P. Lapuente*, con lo cual se lograron dos provechos muy grandes para la santa Escuela: el que sus individuos tuvieran por una corta limosna este precioso libri-to, y el que las limosnas fuesen un recurso con el cual se aumentase el escaso peculio que tiene esta pobre corporacion, que providencialmente va cumpliendo sus compromisos, viéndose remediadas todas sus necesidades casi prodigiosamente, cuando ménos se piensa, dando así Dios nuestro Señor (y permítasenos la digresion) á cada paso testimonio de que se complace en esta Congregacion, de la cual han surgido para su servicio hombres verdaderamente eminentes en virtud y santidad. Otra corporacion religiosa mereció mucha atencion al Sr. Ramirez Cotes, como legítima consecuencia del grande afecto que este señor tenia á los objetos de su veneracion y culto, y fué la de los Sagrados Corazones de Jesus y María, establecida en la iglesia de Padres Trinitarios descalzos y luego trasladada, cuando la exclaustracion, á la de religiosas del mismo instituto. Llevamos dicho que su admiracion hácia la virtud y la ciencia le hicieron hospedar en su casa á los muy beneméritos sacerdotes P. Carasa y Sr. Balmes: ahora debemos consignar los sentimientos que le produjera el ver á los prelados en los dias de contento para la Iglesia católica en que se restablecieron las relaciones con Roma, que tuvieron necesariamente que trabajar algo más por lo mucho que habia influido en el gobierno de las parroquias, preferente asunto de sus desvelos, el trabajoso período por donde habia pasado nuestro católico reino. Pues bien, puestas las cosas en su estado normal y abierto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Toledo el concurso ordinario de 1847, al que concurrieron tanto en primera como en segunda provision infinidad de párrocos que deseaban su traslacion, y muchísimos jóvenes que pretendian satisfacer sus deseos de dedicarse al sacerdocio, ya que por la misericordia del Señor veian otra vez abiertas las puertas de la carrera eclesiástica que la revolucion cerrára por uno de esos actos inexplicables y exclusivos de ella misma, que á ella propia causan sentimiento cuando los considera, pero que en sus consecuencias se hacen irremediables porque dependen de momentos que pasaron. Pues bien, este concurso sirvió para que se hiciese notorio el celo del esclarecido Sr. Ramirez

Cotes, pues que numerosas tandas de eclesiásticos y pretendientes á las Ordenes concurrieron á ejercicios bajo su direccion, teniendo suma complacencia en dárselos, y aprovechándose mucho los ordenandos de tan importante servicio como les prestaba. Verdad es que no podia, como hubiese querido, proporcionarles el que estuvieran totalmente encerrados durante los diez dias de probacion; pero esto no era obstáculo para que no aprovechasen en ellos, pues que la acertada distribucion que establecia, permitia que sacando mucho fruto, no se fatigáran, y fuese general el sentimiento de todos los ordenandos al tener que separarse de su cariñosísimo director. Distribuia perfectamente el tiempo en oracion, lecturas y pláticas, haciendo él la mayor parte de estas cosas, y confiándolas otras veces, para que diesen mejor resultado, á los padres de la mision de S. Vicente de Paul, señores Borja y Codina, que estaban entónces en la corte al cuidado de las Hermanas de la Caridad, al mismo P. Carasa y al P. Puyal, de la Compañía de Jesus, y á algunos otros eclesiásticos distinguidos por sus virtudes y prendas, cuyas autorizadas voces eran oidas con tanto más provecho cuanto que el Sr. Ramirez, con aquella modestia y humildad que formaban su carácter, llamaba anticipadamente la atencion de los ordenandos hácia la persona que les habia de predicar en su lugar. Si el espacio nos lo permitiera y no temiéramos ser prolijos en demasía, nos detendriamos á reflexiones sobre el efecto que no podia ménos de producir tan ejemplar conducta en los que iban á participar de su mismo ministerio, y si tuviéramos dotes para ello trazariamos el precioso cuadro que se ofrecia á la vista observadora el último dia de ejercicios, en la iglesia por la tierna ceremonia de dar la comunion á los ordenandos, pues todos con el mayor recogimiento y compostura recibian á su Dios; y en la sacristía, en que mezclándose con las suyas las lágrimas de los ordenandos de quienes se separaba quizás para siempre, acertaba á dirigir á cada uno expresiones las más dulces y consoladoras, frases las más á propósito para sostener y fomentar en ellos el fruto de los santos ejercicios, que ciertamente era mucho, pues que tenia, como llevamos dicho, especial acierto para todo, y tanto esmero, que para que nada les faltase de cuanto podia servir para su instruccion en las cosas de su importante ministerio, habia rogado á su discípulo y distinguido amigo el Sr. D. José María Laviña, maestro primero de sagradas ceremonias en el arzobispado de Toledo, que los instruyese prácticamente en la liturgia, para lo cual quedaban con dicho señor ejercitándose con entera libertad despues que se concluian los ejercicios por mañana y tarde. Esta misma conducta observó y este mismo auxilio y ayuda prestó al prelado de Toledo en todas las órdenes generales y extraordinarias que celebró hasta que, habilitada la casa que hoy tienen los Padres de la Mision

de S. Vicente de Paul, él mismo se complació en verse sustituido por aquellos respetables señores en este cargo, que á pesar de ser por sí mismo penoso y algun tanto molesto, á él le servia de mucho consuelo y recreo, y á los ordenandos de muy notable aprovechamiento. En el discurso de los ejercicios se enteraba perfectamente de las circunstancias y áun de los recursos con que contaban los ordenandos mismos, y á unos facilitaba libros, á otros les franqueaba la iglesia para celebrar su primera misa, á algunos vistió, y á todos los atraia con su benignidad extraordinaria, adquiriendo á la verdad tantos admiradores y amigos cuantos eran los que á él se habian acercado, muchas veces con prevencion, porque la sola idea de retiro previene á nuestra miserable pequeñez, tanto más cuanto que los saludables efectos de esta práctica son desconocidos desgraciadamente por muchos, áun de aquellos mismos que podrian adelantar muchísimo con su práctica. Estableció tambien en varias ocasiones conferencias eclesiásticas en la Escuela de Cristo de Italianos, y se vió palpablemente el fruto que de ellas se sacaba, bien es verdad que un conjunto de eclesiásticos tan distinguidos como los que allí se congregaban es muy difícil y no sé si digamos imposible el que se reunan; y todo por qué? Porque el Sr. Ramirez con su buen criterio sabia dar á cada uno lo que le halagaba, y los nombres de los que allí concurrian los sabia manejar, de tal modo que siempre producian efecto, y tenia siempre presente lo que se estaba haciendo, y su buena memoria le recordaba si el eclesiástico á quien veia habia ó no concurrido á las conferencias mandadas celebrar; y los nombres, repetimos, los manejaba de suerte que para atraerse á un piadoso le citaba los nombres de Carasa, Puyal, Puigdevall ó Borja; para un literato ó teólogo, los de Balmes, Puig Esteve, Arango ó Landeira; para un sacerdote de alta gerarquía, los de Prats, Juantorena, Cassou y los priores de S. Gerónimo, abad de S. Martin, provincial de la Compañía, etc., de suerte que todos encontraban la reunion como muy adecuada para ellos, asistiendo con gusto y sacando los ópimos frutos que produjeron ciertamente estas reuniones, donde con una lucidez extraordinaria se resolvian casos morales, cuestiones teológicas y disciplinales, en cuyos debates tomaban parte verdaderas eminencias, algunas de ellas investidas de la alta dignidad arzobispal, como el Excmo. Sr. D. Ramon Montero, arzobispo de Burgos, que concurrió á presidir estas conferencias todo el tiempo que tardó en venirle el palio y las bulas para su traslacion desde el obispado de Coria que desempeñaba. Apénas unos pocos piadosos sacerdotes fundaron en la corte de España y extendieron por provincias la Sociedad de socorros mútuos del Clero, que tenia por objeto el facilitar una pension proporcionada al número de acciones que el sugeto tenia, para el caso de que se hallase imposibilitado de de-

cir misa; cuando el Sr. Ramirez se suscribió por todo el número de acciones que podia hacerlo segun su edad y circunstancias, y seria ciertamente ofenderle el pensar siquiera que hacia esta suscricion con el fin de obtener para sí las ventajas de ella, porque esto ni pasó por su mente, sino que vió un objeto benéfico, vió un medio de aliviar á sus queridos los sacerdotes, y allí estuvo á prestarles su auxilio, allí estuvo á consolarles cual era debido con su bolsillo, si bien conservando siempre ese fondo de humildad y modestia que formaron desde luego su carácter, y atendidas cuyas prendas no pudo nunca la Sociedad de socorros mútuos del Clero hacer que perteneciese á su Junta general, ni áun á su Consejo de Madrid, aunque tuvo en ello decidido empeño y mediaron indicaciones siempre respetadas por él, de parte del Emmo. Sr. Bonel, cardenal arzobispo de Toledo, su amigo. Es verdad que lo único que le habia movido para pertenecer á esta sociedad fué la caridad, y ésta estaba satisfecha con contribuir con su óbolo para tan importante instituto, como lo estaba á su vez con ayudar en cuanto podia á las obras de Propagacion de la fe y de la Doctrina cristiana, cuyos institutos son el de instruir y preparar para recibir los sacramentos á los pobres enfermos y presos que estan en todos los hospitales y las cárceles de hombres y mujeres, para lo cual se reunen sus hermanos por secciones y dan un pequeño premio material como excitacion necesaria para que aprendan y se preparen convenientemente; y de aquella el remesar limosnas á Roma para que se ayude materialmente á los cuantiosos gastos que son necesarios para sostener en las apartadas regiones de Ultramar las misiones católicas, que claro está tienen que ir abriendo paso á la luz de la fe á costa de hombres y de dinero, y á la cual como es consiguiente no la bastan esos robustos brazos de los operarios apostólicos, que hacen mucho, pero que no lo podrian todo si no alargáran al infiel el pan ó el vestido ó alguna de las otras muchas cosas, que siéndoles necesarias en lo material vienen á ser medio indirecto de que se satisfaga la necesidad de su espíritu, á la que no habian atendido ántes, porque desgraciadamente desconocian aún si tenian espíritu, y con más razon el que este espíritu tenia que elevarse hasta el trono de Dios por las obras, que sublimando á la criatura la hacen acreedora á eterna recompensa. Cuando se establecieron de nuevo para bien del reino católico por excelencia las relaciones entre España y la Santa Sede, y por consecuencia de tan feliz acontecimiento vino á la corte el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Brunelli, arzobispo de Tesalónica y nuncio apostólico con calidad de legado *à latere*, el Sr. Ramirez se presentó inmediatamente á su Excelencia ofreciéndole sus respetos, y habiendo ayudado ántes con sus indicaciones y áun con sus intereses á disponer el palacio de la nunciatura; y obtuvo de tal manera la confianza del representante de la Santa Sede, que no daba paso

alguno de importancia sin asesorarse del Sr. Ramirez, á quien tenia en grande aprecio y veneracion. Desde el momento mismo en que llegó á esta corte el Sr. Brunelli le manifestó el aprecio con que nuestro Santísimo Padre Pio IX habia visto los esfuerzos que habia hecho para atraer á la confesion y práctica de la verdadera disciplina á los muchos sacerdotes que, en los dias de separacion de la Iglesia y el estado, habian accedido á los deseos injustos de éste, y desde luego le confirmó, no porque no fueran perpetuas, sino por una muy deferente galantería de parte de Su Santidad, en las facultades que ya tenia de absolver toda clase de reservados, bendecir todo lo que en la Iglesia del Señor se bendice sin el óleo santo, y además le concedió Pio IX la facultad de oratorio con todas las ampliaciones posibles, asi como cuantos privilegios puede disfrutar un sacerdote particular. Cuando llegó la ocasion de ponerse en ejecucion el concordato de 1851, el nuncio de Su Santidad preguntó al Sr. Ramirez cuál de las prebendas eclesiásticas de provision del Papa era más de su agrado para habérsela conferido; y no pudo lograr el que aceptase ninguna, diciéndole ser la más sublime dignidad de este mundo la de sacerdote, y que no queria en manera alguna aceptar cargos, que le habian de privar necesariamente de la vida activa en que mucho tiempo venia ejercitándose, porque él con un celo incansable, confesaba no solo seglares sino religiosas en muchos conventos de Madrid, y asistia á los pobres en todos los lugares donde estos se albergan, concurriendo á las Cuarenta Horas y predicando la divina palabra sin que le arredrase ni lo rígido del calor ni del frio, ni lo molesto de las aguas ó nieves, y sin usar carruaje, pues decia muchísimas veces ser más acreedores los pobres á la limosna, que él al descanso y regalo que proporciona este comodísimo elemento. Consignaremos, por último, uno de los grandes favores que el Sr. Ramirez hizo y por el cual se da mucha gloria á Dios y se ha merecido el que haya en Madrid un templo más y un asilo de religiosas donde las fieles esposas de Jesucristo procuran su honor y rinden continuas alabanzas á su siempre adorable majestad. Cuando el vértigo revolucionario descargó su saña contra los institutos religiosos de personas de ambos sexos, resolvió en órden al sexo débil que fuesen reunidas unas á otras las comunidades que no tuvieran cierto número. De las casas que ocupaban estas dispuso el gobierno como de bienes nacionales, no pudiendo hacerlo de algunas que eran patronato particular. A esta clase pertenecia la de Franciscas de S. Pascual, que no perdieron su casa, es verdad, pero fueron reunidas, y su convento sirvió de almacen de maderas, á pesar de que el Excmo. Sr. Duque de Osuna é Infantado, patrono del convento como conde de Benavente, se opuso enérgicamente á que se le diera este destino; pero hubo de doblegarse ante la imperiosa fuerza de las circunstancias. Pues bien, siendo estas ya entera-

mente normales, y pudiéndose por la buena armonía que mediaba entre la Santa Sede y el gobierno de España esperarse que serian respetados y áun favorecidos los pasos que para proporcionar sus casas á las religiosas se diesen, el Sr. Ramirez procuró traer á las monjas de S. Pascual á su casa, y lo logró; pero cómo lo logró? Comenzó por interesar en este asunto al Excmo. Patrono, obtuvo de él la casa y una limosna para hacer los reparos necesarios, pero limosna insuficiente, áun cuando en S. E. habia el mejor deseo, porque la casa no podia hacer más. Ayudó á las monjas á dirigirse á sus amigos, que todavía los conservaban en gran número, y la obra se hizo habilitando él á sus expensas el altar mayor, para el cual hizo llevar de su propia habitacion las dos mejores pinturas que tenia, y que representan la una la Inmaculada Concepcion, y la otra la imágen de María teniendo á sus pies al seráfico Patriarca; dotó á dos ó tres religiosas y estableció la comunidad de nuevo en su casa, quedando muy contentas las religiosas porque habian vuelto á su convento, y él no ménos satisfecho porque habia contribuido de esta suerte á que las fieles esposas del Cordero sin mancilla diesen á su amado en su propia casa el honor y veneracion que merece, y el pueblo fiel de aquel contorno tuviese á su vez donde elevar á Dios sus plegarias y donde recibir el pasto espiritual, que desde que se abrió de nuevo aquella iglesita, y aumentándose cada dia, viene sosteniéndose por la caridad de los fieles con decoro, con esplendidez y con provecho especialmente en los ejercicios que se celebran todos los domingos de la santa cuaresma. Como todo el anhelo de nuestro Santísimo Padre Pio IX habia sido desde su advenimiento al solio pontificio el dar al orbe católico, y aún más al pueblo español, el consuelo de declarar dogma de fe la más arraigada de sus creencias, Ramirez dirigia á la consecucion de este objeto sus más fervientes súplicas, como las habia dirigido promoviendo solemnísimos triduos en los dias de afliccion y desconsuelo del padre comun de los fieles, y cuando vió cumplidos sus deseos, y declarado el dogma por la bula *Ineffabilis Deus*, quiso demostrar su regocijo disponiendo el solemnísimo tríduo que se celebró en la Pontificia Basílica de su cargo, en los dias 25, 26 y 27 de Enero del año 1855. Interminables seríamos si hubiésemos de detallar todos los sucesos de la vida de este esclarecido sacerdote; con decir que sus acciones, segun se ha visto, fueron todas como de quien tuvo la más brillante educacion, que sus fines en todo fueron la mayor gloria de Dios y aprovechamiento espiritual de los fieles, y que nunca se le vió fatigado ni que esquivára el trabajo con tal que pudiera vislumbrarse siquiera algun beneficio, por pequeño que fuese, para sus hermanos, habremos dicho todo lo que era el Sr. Ramirez Cotes. Si á esto se agrega que en él encontraba el grande un ejemplar del modo con que deben mirarse y despreciarse las pompas de esta

vida, el pequeño un firme apoyo que podia sostener su miseria, y que la sostenia en efecto aliviando sus necesidades; el sabio un hombre de capacidad y de estudio que, departiendo con él, iba al esclarecimiento de la verdad y podia darle oportuno consejo, porque ciertamente tenia mucho tino; el ignorante quien le ilustrára, y le ilustrára sin guiarse de ninguna de las interesadas miras que suelen ser el móvil de todos los que enseñan en este mundo; todos en fin al hombre virtuoso, al respetable sacerdote, al padre de los fieles; habremos hecho el merecido elogio del que era ciertamente acreedor á que se hubiesen ocupado de él plumas mejor cortadas que la nuestra, si bien es verdad que á fieles en la narracion, ni á deseosos de que su noticia se perpetue, ninguno nos aventaja y nos igualan muy pocos. Diremos breves palabras acerca de sus últimos dias. Una molesta aunque al parecer insignificante irritacion á la boca, acometió al Sr. Ramirez en los dias 18 ó 19 de Agosto del año 1855, ningun síntoma alarmante se veia en él, asi que ni el facultativo que le asistia en sus enfermedades, que por cierto era muy entendido, ni los que le rodeabamos, abrigamos sospecha alguna. Es verdad que nos anunció varias veces en los dos dias que tuvo este padecimiento, que su vida se acabaria pronto; pero es tambien muy cierto que no atendimos á sus indicaciones hasta que nos evidenciamos desgraciadamente de que su pronóstico era más bien una ilustracion de Dios, á que era sin duda acreedor por la estrechísima union en que siempre estaba con su Divina Majestad por el ejercicio de la oracion, cuando el dia 20 del mismo mes y año (lunes), le vimos atacado de una terrible congestion cerebral, que nos le arrebató del mundo. En vano los recursos de la ciencia se le prodigaron con esmero, en vano se procuró salvar su preciosa vida; era ya llegado el momento de que partiese á la eterna, y la voluntad de Dios tuvo que cumplirse. ¡Pero qué tres dias los de la enfermedad del Sr. Ramirez! ¡qué momento el de su muerte! Grandes padecimientos que trataba de reprimir, para no afligir á los que le rodeabamos, heróica conformidad con la voluntad del Señor. Palabras las más dulces y consoladoras dirigidas á todos y á cada uno, y en particular al P. Carasa, que estuvo continuamente á su cabecera; devocion tiernísima al recibir los santos sacramentos de penitencia, eucaristía y extremauncion; suma atencion durante las preces de la Iglesia, que se hizo repetir más de una vez, especialmente en la noche del 22 al 23; deseo de que á la presencia de su soberano dueño manifiesto se le recomendára el alma, lo cual se verificó el enunciado dia 23 á las cuatro de la madrugada; y entónces, ¡oh admiracion! el vecindario apénas oye la campana, acude, porque sabe que hay que rogar por el celoso sacerdote, y se mezclan los sollozos del pueblo con los del ministro de Jesucristo que dirige las preces de la Iglesia por su respetado maestro; y él solo es el que está tranquilo,

esperando la voluntad del Señor, que se cumplió en la muerte de este varon apostólico el dia 23 de Agosto de 1855 á las dos de la tarde (jueves), acabando de pronunciar con la mayor tranquilidad la antífona *Oh sacrum convivium*, cual si acabase de administrar la sagrada eucaristía á los fieles. Su cadáver no quedó desfigurado, su rostro despues de muerto era tan apacible como en vida, y su entierro fué una verdadera solemnidad. Madrid estaba aterrado por una enfermedad epidémica que diezmaba sus habitantes, no era posible dejar mucho tiempo el cadáver expuesto, porque las autoridades lo habian justamente prohibido por ley general. Estaba asimismo prohibido el conducir pública y solemnemente los difuntos al cementerio; sin embargo, era el Sr Ramirez, y era preciso que en esta pequeña cosa se demostrára la deferencia con que todos le miraban para que se viese el aprecio en que todos le teniamos justamente. El vicario de Madrid por una parte, y el gobernador civil por la suya, dijeron desde el primer momento en que supieron la sensible pérdida que Madrid y sus pobres acababan de experimentar, que no hallaban inconveniente en que su entierro se hiciese solemnemente, con tal que la hora fuese á las primeras de la mañana. Efectivamente, á las seis del dia 24 de Agosto y despues que se habian celebrado por su alma algunas misas en la capilla de su depósito, que lo fué la Escuela de Cristo, y el mismo sitio donde tantas veces habia autorizado con su voz los santos ejercicios, y dirigido su palabra á toda clase de fieles, se levantó el cadáver en hombros de cuatro confesados suyos, que se disputaban á porfía el honor de llevarle, y alguno de los cuales en los momentos de necesario descanso no dejaba el asa del ataud para no perder el derecho de soportar tan preciosa carga. Procuróse que en todo el camino tuviesen representacion en los que le llevaban las cuatro corporaciones sus favoritas: Cuarenta Horas, Escuela de Cristo, S. Felipe y Corazones de Jesús y Maria de Trinitarias. Un numeroso clero, entre el cual se veia á los Rdos. PP. prior de San Gerónimo, secretario de la provincia de Capuchinos (P. Fidel), arcipreste de Murcia, con sobrepellices, ó mejor diremos roquetes segun se usa en los Italianos, y con cruz levantada, oficiando los Sres Laviña, Moreno y Garcia Rodriguez, todos discípulos y admiradores del Sr. Ramirez. Un lucidísimo cortejo seguia al féretro, y una multitud de pobres iban llorando la pérdida del que verdaderamente habia sido su padre; mas no se crea que por entónces se acordaban de lo que materialmente perdian, sino que lloraban al que habia sido tan bueno. Unas cuantas mujeres, entre las cuales figuraba la Excma. Sra. Duquesa de Medinaceli, señora de extraordinaria virtud, y otras no ménos distinguidas, cerraban este fúnebre cortejo, que por las principales calles de la corte se dirigió al cementerio de la Sacramental de S. Luis y S. Ginés, llamando la atencion de los fieles, que si bien es verdad

que á la vista de un cadáver se asustaban algun tanto, al contemplar que era el de tan venerando sacerdote trocaban en sentimiento su terror, y ó se agregaban al acompañamiento, ó decian con perfecta conviccion: *¡Ya habrá visto lo que le habrán valido sus buenas obras!...* Llegó el cortejo al campo santo, habiendo ántes descansado el cadáver en el mismo lugar donde muchas veces le vimos rodeado de jóvenes regresando él á su vez de visitar la mansion de los muertos, á cuya piadosa práctica era muy aficionado; y en la capilla del cementerio se celebró solemnísimamente la vigilia, misa y oficio de sepultura, llevando despues el cadáver al lugar donde ha de esperar la resurreccion de la carne. Hay momentos que no se pueden describir, hay situaciones que no es capaz de representarlas, ni el pincel con su viveza, ni la pluma con su energía; y una de estas situaciones, uno de estos momentos, fué sin duda el del enterramiento del cadáver de D. José María Ramirez Cotes. Hasta entónces parecia que los que le habian acompañado, conservaban alguna esperanza, ó diremos mejor, ilusion de que este señor respetable podria volver de nuevo á favorecerles en la línea en que hasta entónces lo hiciera: entónces ya se veia que una fria losa lo cubria y separaba de entre los vivientes, entónces se comprendia que se habia acabado para el mundo el Sr. Ramirez Cotes, y el mundo, insensato casi siempre, tenia entónces un sentimiento digno, noble, elevado, el sentimiento que produce la pérdida del hombre que por sus beneficios se hace acreedor al aprecio de todos. Dejemos, pues, que se viertan lágrimas que denotan profundo sentimiento, y dejemos á este sentimiento mismo renovarse, por decirlo así, en la celebracion de las solemnísimas honras, que con asistencia de las personas de mayor distincion de Madrid, se celebraron en la pontificia iglesia de Italianos á los nueve dias de su fallecimiento; y para no ser prolijos en demasía, omitamos el referir pormenores que demostraron á las claras el alto aprecio que todos habian hecho, y la grata memoria que todos conservaban de tan esclarecido sacerdote, y complazcámonos de nuevo en que los largos años de su vida los pasára todos en la práctica de las virtudes, en el desempeño acertado, exactísimo, muy fiel, de los importantes cargos que se pusieron á su cuidado; y recordando que los mármoles como sus obras dicen á las generaciones futuras lo que ha sido el Sr. Dr. D. José María Ramirez y Cotes, gloriémonos en la memoria del cumplido caballero, del caritativo hacendado, del celosísimo sacerdote, del excelente siervo de Dios, del fiel amigo, sabio maestro y padre cariñoso de todos y cada uno de los pobres. Ojalá que nuestra limitada capacidad haya sabido trazar, siquiera á grandes rasgos, la vida de este distinguido contemporáneo; y no permita el Señor que hayamos defraudado en lo más mínimo la consideracion y aprecio que á todos merece la memoria del ilustre Sr. Ramirez Cotes, presbítero

administrador del hospital de Italianos, y tan conocido en Madrid y en España.—G. R.

RAMIREZ Davalos (Gil), canónigo segun asegura Gonzalo Argote de Molina. Escribió por testimonio del mismo autor: *Del linaje de Zambrano*, obra que no llegó á ver la luz pública.—S. B.

RAMIREZ Galan (D. Fr. Lucas), obispo de Tuy: fué natural de Belalcázal en la diócesis de Córdoba, tomó el hábito en la Orden Seráfica y el grado de doctor en teología por la universidad de Sevilla; fué guardian de su convento de S. Antonio, provincial y custodio de su Orden, obispo auxiliar de Cartagena de Indias, despues de Chiapa, y arzobispo por último de Santa Fe de Bogotá. Presentado para la diócesis de Tuy en Diciembre de 1770, tomó posesion en 20 de Marzo, entró en 20 de Octubre siguiente, y falleció en 19 de Marzo de 1774, á los cincuenta y ocho años de su edad. Dióse sepultura á su cadáver en el panteon de los obispos de aquella iglesia.—S. B.

RAMIREZ Granero (D. Pedro), arzobispo de la ciudad de la Plata en la provincia de Charcas. Fué su quinto arzobispo, siendo además único de este nombre; era natural de Villaescusa, pueblo ó villa del obispado de Cuenca. Siguió una carrera brillante, llegando á ser un notable sacerdote por su sabiduría y recomendables circunstancias, igualmente que por sus intachables costumbres y amor á la religion. Fué dean de la santa iglesia de Guadix, colegial de Cuenca y fiscal y tercer inquisidor del Santo Oficio de Méjico. En 8 de Enero del año de 1574 fué electo arzobispo de Charcas, cuya prelacía desempeñó con arreglo á sus muchas virtudes y extraordinarios conocimientos; su memoria llega hasta el año de 1578, y tuvo por sucesor á D. Fr. Juan de Vivero.—A. L.

RAMIREZ de Haro (D. Antonio), obispo de Segovia. Fué el primero de este nombre. Tuvo por patria á Villaescusa de Haro, y por padres á Lorenzo Ramirez de Arellano y á Doña María Fernandez de Alarcon, y fué el octavo colegial que tuvo el colegio de Cuenca en Salamanca. Dice de este preclaro varon Marineo Siculo, en sus *Varones ilustres*, que era muy docto en los derechos civil y canónico, é igualmente docto en las artes liberales, que tenia y poseia conocimientos en la medicina y matemáticas, grande orador y poeta de gran inteligencia y memoria, de ingenio agudo y superior en lo muy escogido de la lengua latina y su elegancia. Fué arcediano de Huete en la santa iglesia de Cuenca, dean de Málaga, abad de Arvas, capellan mayor de Mad. Leonor, reina de Francia. El emperador le mandó visitar y reformar las vidas y costumbres de los moriscos del reino de Valencia. Fué obispo de Orense y comenzó á servir su iglesia en el año 1538. De esta iglesia fué promovido para las de Ciudad-Rodrigo, Calahorra y Segovia. De esta

última tomó posesion en 10 de Diciembre del 1543. Visitó por mandado del emperador el convento Real de las Huelgas de Burgos de religiosas de la órden de S. Bernardo. Murió en esta visita en 16 de Setiembre del año de 1549, y los suyos le dieron sepultura en el mismo convento y le pusieron el epitafio siguiente:

Aquí yace el Ilmo. Sr. D. Antonio Ramirez de Haro, Obispo de Segovia. Falleció visitando esta Real casa en 16 de Setiembre del año 1549.

De este convento fué trasladado á su patria, y yace en un convento de religiosas dominicas, que le fundó viviendo. En el hospital de las Huelgas de Burgos fundó dos capellanías, y le donó un terno de terciopelo carmesí. A su iglesia de Segovia le donó un dosel de brocado carmesí, y mandó que se repartiesen dos mil fanegas de trigo en iglesias que señaló de la ciudad y obispado, donde estuviesen en depósito para socorro de pobres, y tuvo por sucesor en la iglesia de Segovia á D. Gaspar de Zúñiga.—A. L.

RAMIREZ DE MENDOZA (V. Doña Beatriz), señora de la segunda casa de Ramirez, de Madrid, y condesa del Castelar. Nació en el año de 1556, hija de D. García Ramirez, señor de esta casa, y de Doña Ana de Mendoza, nieta de los terceros condes de la Coruña. Casáronla sus padres con D. Fernando Saavedra, conde del Castelar, cuyas capitulaciones se otorgaron en Madrid á 8 de Abril de 1584 ante Gaspar Testa, siendo una de ellas que en el mayorazgo y casa de Ramirez sucederia el hijo segundo que tuviesen, como se verificó, pues el mayor, D. Gaspar, fué conde del Castelar, y D. Baltasar señor de la casa de Ramirez por renuncia de su madre. Fué una señora muy virtuosa en todos estados; pero en el de viuda guardó la regla de las Carmelitas descalzas, empleando toda su hacienda en el amparo de huérfanas y pobres. A ella se debió en gran parte la reforma del órden de la Merced, y así cortó por su mano y cosió los primeros hábitos de los religiosos, á quienes fundó tres conventos: el de Santa Cecilia de Rivas, junto á la casa de su mayorazgo, el de Santa María de los Reyes en Castelar, y el del Visso. En Alcalá de Henares fundó otro de Carmelitas descalzas; y últimamente, dió principio á la Recoleccion descalza de religiosas de S. Gerónimo, erigiendo en 1607 el primer convento en esta corte, en las casas de su mayorazgo, con título de Corpus-Christi (hoy la Carbonera). Esto la costó muchas desazones, pleitos y persecuciones de su persona; pero al fin lo allanó todo y tomó el hábito en el mismo convento, donde hizo una vida muy ejemplar, resplandeciendo en todas las virtudes, esmerándose en la de la humildad, acudiendo á los oficios más viles de la casa, eligiendo el coro para su descanso, pasando las noches en oracion continua, velando al Santísimo

Sacramento, de quien era muy devota sin embargo de su mucha edad. Así continuó hasta el fin de su vida, que haciendo confesion de toda ella y recibiendo los santos sacramentos, acabó en 4 de Noviembre de 1626. Sepultáronla en el coro de las religiosas, y hoy se ve su retrato, sacado estando difunta, á los pies de la iglesia al lado de la reja del coro, y al otro lado el epitafio siguiente:

D. O. M. *Aquí descansa en paz Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa del Castelar, señora de la casa de su padre. Ejemplo raro de santidad al mundo en todos estados. Su desvelo fué siempre buscar la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Su acierto el próspero empleo de su hacienda y persona: fundó cuatro monasterios, y gastando los últimos veinte años en la enseñanza de éste, á quien su gran devocion al Santísimo Sacramento dió nombre. En su mucha penitencia y humildad fué verdadera hija de S. Gerónimo, en el retiro y la limosna de Santa Paula, y de entrambos en la oracion y paciencia. En las persecuciones, pobre de espíritu y rica de merecimientos. Trocó esta vida por la inmortal y gloriosa á los setenta años de su edad, en el de 1626, á 4 de Noviembre. Sor Juana de Corpus-Christi, su hija, patrona y priora de este convento, hizo poner esta inscripcion á la buena memoria de su venerable madre.*

En 27 de Febrero de 1772, con motivo de una obra, fué necesario remover el cuerpo de esta sierva de Dios: hallóse entero y sin corrupcion alguna, y se depositó en otro sitio del mismo coro alto. — B.

RAMIREZ DE LA PISCINA (Ilmo. Sr. D. Francisco), presidente y comisario general de la Santa Cruzada. Fué natural de Avalos, diócesis de Calahorra, bachiller canonista, hijo de D. Francisco Ramirez de la Piscina, originario de la Piscina, y de la real casa de este ilustrísimo apellido, que es la de Santa María de la Piscina, y de Doña Melchora Lopez de la Piscina, del mismo orígen; nieto por línea paterna de D. Francisco Ramirez Cano de la Piscina y de Doña María Ramirez de la Piscina, y por la materna de Don Francisco Lopez de la Piscina y de Doña María Vallejo. Fué recibido por colegial en el de S. Bartolomé de Salamanca en 18 de Mayo de 1690. En el año de 1694 se graduó de licenciado en leyes, y en el de 1701 leyó la cátedra de instituta más antigua. Estando en el colegio escribió diferentes materias civiles muy agudas, que son muy estimadas y de que se hará mencion. En el año de 1704 el Sr. Cardenal Portocarrero, noticioso de sus prendas y literatura, y deseoso de llenar su Iglesia de insignes letrados, le ofreció una canongía de su santa iglesia de Toledo, que aceptó, y poco despues le confirió el arcedianato de Alcaraz en la misma iglesia, y le hizo del

consejo de la Gobernacion, vicario de Madrid y general del arzobispado. En el año de 1713 le honró S. M. con plaza del Consejo de la Suprema, y su iglesia le pidió continuase en la vicaría de Madrid en sede vacante, no obstante su plaza de Inquisicion. En el año de 1715 le confirió S. M. la comisaría general de Cruzada, y cuando vacó la presidencia de Castilla por dejacion de D. Antonio Gil de Taboada, su antecesor en la comisaría general de Cruzada, se le ofreció este empleo y resistió su aceptacion con no ménos generosidad de ánimo que conocimiento del cargo y de los vaivenes á que estaba expuesto tan elevado empleo. En el año de 1724 enfermó gravemente, y de tal modo, que le fué preciso pasar á su país á tomar los aires y procurar su restablecimiento; y habiendo obtenido licencia de S. M. para esta ausencia, y para subdelegar la comisaría general durante ella, ejecutó la subdelegacion en el que tambien fué colegial de S. Bartolomé de Salamanca, el señor D. Juan de Camargo, inquisidor general; y no habiendo podido conseguir la rehabilitacion de su salud, á pesar de sus conatos y esfuerzos, falleció en su casa el año siguiente de 1625, confiriéndose el empleo de comisario de Cruzada en propiedad al referido Sr. Camargo. El orígen de la casa de Santa María de la Piscina, de la que fué oriundo este dignísimo sugeto, es tan notorio como elevado; pues es sabido que la fundó el rey D. Ramiro Sanchez de Navarra para su hijo el rey D. García y sus sucesores, y que todos los diviseros de ella, como son los Ramirez de Arellano, señores de los Cameros, los de la casa de Castril-Delgado y otras ilustrísimas, han de probar ser del linaje de aquel monarca, y el que son *Fidus-Fidalgos*, como puede verse en el tomo II de la *Historia de los varones ilustres de la órden de los Premostratenses*, escrita por el Ilmo. Sr. D. Manuel Abad Illama, obispo de Tucuman, en la dedicatoria de él, al párrafo 25, en que trata del apellido de Castril-Delgado como divisero de dicha casa real de Santa María de la Piscina. Escribió este benemérito colegial, estando en el colegio, diferentes materias civiles, que en aquella universidad se presiden y defienden con mucho crédito; pues estan reputadas por muy agudas, muy trabajadas y llenas de erudicion y solidez: las principales son la *de Societate* y la de *Pactis contra substantiam contractus*, y todas se conservan manuscritas en la librería del colegio.—A. L.

RAMIREZ DE PRADO (Lic. D. Alonso). Nació por los años de 1590, hijo del Lic. Alonso Ramirez de Prado, del Consejo de Castilla (cuya plaza le dió el Sr. D. Felipe II en 1581 por haber sido el que mejor escribió sobre el derecho que tenia al reino de Portugal), y de Doña María de Ovando Velazquez, su esposa, vecinos y naturales de la villa de Zafra. Fué presbítero arcediano de Ubeda, oidor de la real Chancillería de Granada, y de allí vino al Consejo supremo de las Indias y de su cámara, y en el año 1665 era el

decano de él, y como tal asistió á 31 de Octubre en la iglesia Real de la Encarnacion á las honras que se hicieron por el señor D. Felipe IV. Escribió varias obras muy eruditas con estos títulos: *Soteria, sive fons et viridarium;* Madrid, 1622, en 8.°—*Gnomæ legales ethico-politicæ;* Madrid, 1626, en 4.°—*Illustrationum legalium centuriæ duæ;* Madrid, 1624, en 4.°—*Gnomæ œconomico juridicæ.*—*De successione inter fratres.*—*De Romanorum legum initiis et auctoritate;* y otros muchos manuscritos de varias *Informaciones*. Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, silva VI, alaba á Don Alonso y á D. Lorenzo su hermano, entre los ingenios matritenses; pero advierto que este último nació en la villa de Zafra, donde estaba la naturaleza y casa de sus padres, con quienes vino muy niño á la corte, circunstancia por la que sería tenido por natural de ella. Él, sin duda, fué un excelente varon, del que no solo Zafra puede gloriarse, sino toda España. Lope les hace á ambos un esclarecido elogio, de que solo pongo aquí lo siguiente, remitiendo al curioso, que quiera verle entero, al lugar citado.

Esta (la lengua de la fama) tener quisiera,
Por que alabar pudiera
Dos ínclitos varones,
Dos Prados, dos hermanos, dos Catones:
A cuya integridad, genio y doctrina
Rendir laureles pueden:
Su gloria antigua ceden
Lengua griega y latina,
Que *D. Lorenzo* y *D. Alonso* exceden
Sus plumas celebradas
De las canas del tiempo respetadas.

A. C.

RAMIREZ DE PRADO (D. Fr. Márcos), hijo del Lic. Alonso Ramírez de Prado, de los Consejos de Castilla y Hacienda, y de Doña María de Ovando y Velazquez. Nació á 24 de Abril de 1592, y en 3 de Mayo recibió el bautismo en la parroquia de S. Ginés. Estudiando en la universidad de Salamanca, de edad de trece años, vistió el hábito de S. Francisco, siendo guardian de aquel convento Fr. Fernando de Ocampo. Tuvo varias prelacías, fué secretario de dos provinciales de la provincia de Santiago, vicecomisario de las Indias y guardian de Granada, en donde le halló la gracia del Sr. D. Felipe IV de obispo de Chiapa, año de 1632. Consagróle en el convento de las Descalzas Reales D. Fr. Juan de Guzman, arzobispo de Tarragona, y entró en su iglesia á 29 de Marzo de 1326. Celebró más de diez y seis mil matrimonios, sin consentir se les llevasen derechos á aquellos indios que vivian infelizmente. Gil Gonzalez trata muy á la larga de este

prelado, contando las muchas obras y fundaciones que hizo, las dádivas á iglesias, conventos y santuarios, y socorros que dió á parientes. En 1639 fué promovido á la mitra de Mechoacan, entrando en ella á 19 de Noviembre de 1640, y continuando así en sus obras, dió principio á su santa iglesia, reedificó el convento de Santa Catalina de la ciudad de Valladolid, dió reglas y constituciones é hizo otras muchas obras con sumo gusto, de suerte que dicen que expendió en dotaciones y limosnas en este obispado más de treinta mil pesos. Celebró sínodo y visitó de órden del Rey el año de 1648 el tribunal y ministro de la santa Cruzada de Méjico. Gobernó su iglesia hasta el año 1666, en que pasó á la metropolitana de Méjico, que gozó tan poco que murió al año siguiente de 667, ántes que le llegase el palio arzobispal. — A. C.

RAMIREZ DE RIBERA (D. Vasco), obispo de Coria. Fué natural de la ciudad de Toledo, é hijo de D. Diego de Ribera y Doña María de Guzman. Estudió gramática latina con el célebre maestro Francisco Ortiz, que despues fué nuncio apostólico, y que era canónigo de Toledo. Cursó luego el derecho en la universidad de Salamanca, y habiendo llegado hasta Roma la noticia de su erudicion y de sus virtudes, el sumo pontífice Pio II le agració con la abadía de S. Lorente, cuya dotacion era de trescientos ducados, notable suma para aquel tiempo. Pasó á Roma siendo pontífice Paulo II, quien tambien le agració con el arcedianato de Talavera en la santa iglesia de Toledo, del cual tomó posesion en 7 de Enero de 1468. En 31 de Diciembre de 1479 fué nombrado canónigo de la antedicha santa iglesia, y los Reyes Católicos le hicieron miembro de su consejo, y cuando llegó la bula para la ereccion del santo tribunal de la Inquisicion, le nombraron primer inquisidor de Toledo, siendo, por lo tanto, tambien el que celebró el primer auto de fe en la mencionada ciudad el año 1485. En el siguiente heredó el pingüe patrimonio de su casa mayorazgo, y en el propio año fué electo obispo de Coria. Murió en la villa de Ocaña el dia 4 de Diciembre de 1488. Dejó por heredero de lo que pudo testar, al convento de Santa Ana de la Cruz, de religiosas de Sta. Clara, sito en el pueblo de Cubas. Fué conducido su cadáver desde Ocaña á Toledo, y sepultado en el convento de Sto. Domingo el Real. Este prelado formó parte del capítulo de doctores, que se reunió en Alcalá para examinar y condenar las proposiciones del maestro Pedro de Osma. Fundó un aniversario por su alma en la santa iglesia de Toledo, dotándole con dos mil maravedíses anuales.—M. B.

RAMIREZ DE SAAVEDRA (V. caballero D. Baltasar), hijo de los ilustres señores condes del Castelar, D. Fernando Saavedra y Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, nació el año de 1593, y recibió el bautismo en la parroquia de S. Justo y Pastor. Desde que tuvo uso de razon fué muy temeroso

de Dios, fundamento sobre el cual asentó la pureza y candidez de su alma. Siendo de quince años viajó á Francia en compañía de D. Pedro de Toledo, embajador extraordinario, portándose con tanta madurez, que excedió los límites de su edad; y de allí pasó á Flandes, donde sirvió la copa á la infanta Doña Isabel, con notable aire y gallardía. Vuelto á España, el Sr. Don Felipe III le dió el hábito de Alcántara en el año de 1609, y fué en ocasion que su madre le renunció el segundo mayorazgo de la casa de Ramirez, al entrar religiosa en el convento del Corpus Christi, que fundó. Trataronle varios casamientos, pero siempre ponia excusas para ello, procurando guardar el voto de castidad que tenia hecho, para lo cual se disponia con silicios, ayunos y rigurosas disciplinas, tanto que dejaba esmaltadas las paredes y matizado el suelo con su sangre. Iba de ordinario á andar las estaciones de las cruces del camino de S. Bernardino, y vez hubo que con hábito desconocido las anduvo todas de rodillas desnudas por el suelo con no poco trabajo y dolor, regando el campo con la sangre que corria de ellas. Acudia de ordinario al hospital de la Latina, no como patron que era de él, sino como uno de los sirvientes, dando por su mano la comida á los enfermos; y acompañaba á los difuntos y al Santísimo dentro y fuera de las iglesias. En la oracion mental fué admirable, unas veces oraba colgado y asido de dos clavos grandes que tenia en la pared, estando como crucificado en ellos; otras extendido y postrado en tierra; y otras en pie, levantados los brazos en forma de cruz, no habiendo quien en esto le fuese á la mano, aunque se le ponia por delante la pérdida de su salud. Su prudencia fué increible, el peso de sus razones maravilloso, y la gravedad de sus palabras admirable. Nombróle S. M. de la cámara del príncipe D. Felipe IV, gracia que recibió con mucho pesar; pero fué cosa maravillosa, que no vivió dos dias despues. Cayó luego enfermo de unos vómitos, conocióse ser mortal el accidente, pidió con gran devocion los sacramentos, que recibió respondiendo á todo como si estuviera sano, quedándose despues diciendo himnos y salmos hasta que dió su alma al que la crió, en 4 de Enero de 1615, siendo de veintiun años de edad. Diéronle sepultura en la capilla mayor del monasterio de Corpus Christi, en la cual pusieron un jaspe con una larga inscripcion que se podrá ver en Gerónimo Quintana, que fué testigo de todo. Cerca de dos años despues, entrando en la bóveda, hallaron el cuerpo entero é incorrupto, y le trasladaron al coro alto de las religiosas, en donde se guarda con la decencia debida. — A. C.

RAMIREZ de Vergara (D. Alonso), obispo de la Plata en las Indias occidentales. Fué natural de Segura en el reino de Leon, poblacion dependiente del priorato de S. Marcos, del órden de Santiago. Hizo sus estudios en las universidades de Alcalá y de Salamanca, siendo colegial en el titulado

de Málaga, en la primera ciudad, y en el famoso de S. Bartolomé en la segunda, tomando su hábito en este último el año de 1574. Desempeñó en la universidad de dicho punto una cátedra de artes, obteniendo despues una canongía en la santa iglesia catedral de Málaga. Hallándose desempeñando este cargo, ocurrió en la ciudad la desastrosa inundacion que duró dos horas, causando notables estragos y pereciendo en ella multitud de personas; en cuya lamentable ocurrencia se distinguió mucho el clero catedral, con su obispo D. Francisco Pacheco á la cabeza, por sus actos de abnegacion y heroismo durante las horas del conflicto, y por su espléndida caridad para socorrer á los que habian perdido sus bienes y sus parientes, quedando reducidos á la indigencia y á la orfandad. Por este benéfico proceder, en que tanta parte tomó D. Alonso Ramirez, quiso premiarle S. M., y al efecto le presentó para la silla del Rio de la Plata en 14 de Junio de 1594. Partió inmediatamente á tomar posesion del obispado, y tuvo la satisfaccion y el consuelo de ser consagrado por el santo obispo de Lima D. Toribio de Mogrovejo. Celebró un sínodo y visitó detenidamente todas las poblaciones dependientes de su obispado, dejando en ellas señales evidentes de su piedad y deseo del bien de las ovejas encomendadas á su cuidado. Fundó en su iglesia una capilla dedicada á nuestra Señora de Guadalupe, la cual dotó con cuatro capellanes y quinientos pesos de renta. Fundó asímismo algunos aniversarios, y era tan temeroso de Dios, y deseaba tanto no le sorprendiese la muerte desprevenido, que todas las noches se confesaba, repitiendo muy á menudo en sus conversaciones las siguientes palabras: *No hay seguridad en la vida; no sabemos cómo ó cuándo.* Murió generalmente sentido de sus súbditos y allegados en el año 1605. — M. B.

RAMIREZ DE ZAYAS (V. Dr. mártir). Nació en Toledo en 1565, de una familia más ilustre que por su sangre y riquezas por su honradez y virtudes. Desde la infancia anunció los grandes pasos que estaba llamado á dar en el camino de la perfeccion, y ya á la edad de ocho años maceraba su cuerpo con todo género de mortificaciones, las que fué aumentando sucesivamente, negando al cuerpo el necesario descanso que tomaba en el suelo ó una silla, y sometiéndole á otras varias penalidades para tener esclavizadas sus pasiones. Amóle mucho Sta. Teresa de Jesus desde niño, y dándole su bendicion, profetizó que sería una antorcha en la casa del Señor, por su sabiduria y ejemplo, como se verificó. Llamábale siempre por escrito y de palabra *mi ángel*, admirando el gran tesoro que habia Dios ocultado en él. Fué su maestra y directora espiritual, designándole horas para los ejercicios, y guiándole en todo con sus consejos. Correspondió Ramirez á tan santas atenciones, é hizo grandes adelantos en sus estudios que siguió en la universidad de Toledo, y aunque era el primogénito y heredero de su casa,

siguió la carrera eclesiastica, renunciando á los placeres y honores mundanos. Ordenóse de sacerdote en 1585, y despues de haber obtenido poco despues el grado de maestro en teología, desempeñó una cátedra de esta facultad en la universidad de su patria, regentando primero la que se llamaba entónces de Durando por espacio de siete años, y luego durante veinticinco la de prima de Sto. Tomás, mereciendo en ambas el concepto de sabio y santo por sus virtudes y doctrina. Los soberanos pontífices, el Tribunal de la Rota, los arzobispos, los cabildos, la Inquisicion y muchos personajes, le consultaban como un oráculo en los asuntos de más gravedad, y á todos comunicaba sus luces y conocimientos. Era partidario decidido del doctor angélico Sto. Tomás de Aquino, y siempre al abrir sus libros le dirigia sus oraciones, pidiéndole acierto en la inteligencia de su doctrina; defendíala con energía y acierto, y como dice su biógrafo, estudió aún más en los ejemplos de su vida que en los artículos de su Suma. Fué de consiguiente un verdadero discípulo é imitador del Santo en lo celestial de su vida, angélica pureza, profunda erudicion y elevado magisterio; consiguió de esta manera llegar á ser un notable director de muchos varones tan eminentes por su virtud como por su sabiduría, que aprendieron en su escuela de ciencia y perfeccion. Cítanse entre estos algunos clérigos y religiosos de mucha fama, y principalmente al venerable y ejemplarísimo Dr. Teran, el venerable cardenal Belluga, el Ilmo. D. Fr. Pedro de Urbina, el venerable maestro Castellanos, y el maestro Fr. Gaspar de los Reyes, á los que hay que añadir otras personas que dirigió en el confesonario hácia el camino del cielo, y á las que desde el púlpito sacó de su mala vida y condujo á la penitencia. El principal ejercicio de su apostólico celo fué la predicacion, ejecutándola en la catedral, parroquias y conventos de monjas, donde enseñaba además en las cuaresmas la doctrina cristiana. Con estos medios ganó innumerables almas para el cielo, usando ó de vehementes palabras con que aterraba al pecador, ó de expresiones tan suaves y encendidas en el amor divino, que con solo oirlas eran transportadas en éxtasis algunas personas espirituales; de modo que los malos se convertian, y los buenos mejoraban con sus sermones. Era padre comun de los pobres, no habiendo necesidad en que no los socorriese: aliviaba y remediaba con liberalidad á los presos, peregrinos, enfermos y á toda clase de afligidos. A su gran caridad se debe la fundacion de las célebres y benéficas hermandades, llamadas del *Refugio*, que tanto fomento tomaron en lo sucesivo, y tan grandes servicios continuan prestando todavía á la humanidad. Fué el fundador de la primera que se estableció en Toledo, de la que son hijas las demás en espíritu de caridad y amor á los prójimos, el cual era en nuestro venerable una luz pequeña y viva del fuego de amor de Dios que ardia en su corazon, de manera que no

sin razon añade el autor de quien tomamos estas noticias: «Cuál fué la viveza de su fe, lo eminente de su oracion, lo heróico de su humildad, lo grande de su paciencia y lo sublime de su caridad, no es para referirlo en pocas líneas. Desde que tuvo uso de razon, hizo voto de no pecar mortalmente, y lo guardó sin violar hasta morir, siendo toda su vida una no interrumpida cadena de actos virtuosos, de obras santas, de ejercicios de piedad y devocion. Su pobreza y desinterés eran tan grandes, que siendo heredero de un buen mayorazgo, nunca quiso tener dinero, ni conoció jamás el valor de la moneda. Tampoco se le pudo hacer admitir ningun empleo honorífico, aspirando solo al premio eterno.» Fué un ángel por su intacta virginidad, exponiendo por conservarla su vida y su salud, cuando siendo jóven todavia, resolvieron los médicos que debia casarse para no arriesgarlas. Tuvo los dones de consejo, penetracion de interiores y profecía, honrando el Señor á su buen siervo con esta y otras muchas señales de su agrado y cariño; pues si por una parte lo labró con agudas enfermedades, haciéndolo participante de su cruz, y con horribles tentaciones del demonio interiores y exteriores, que lo afligian y atribulaban, por otra le hacia regalos inefables. Concedióle la gracia y singularísimo privilegio, dado solo á las almas perfectísimas, de estar continuamente amando á Dios, con incesantes actos de caridad acendrada, sin dejar al mismo tiempo de atender á los negocios ocurrentes, no distrayéndose por esto de su interior recogimiento. De manera que fué mirado como un varon verdaderamente puro, cándido, justo, temeroso de Dios y, como dijo una persona de conocida virtud, puesto por Su Majestad en la ley de gracia para dechado de perfeccion, y ostentar en él sus misericordias, como en la ley natural puso por ejemplo de inocencia á Job; porque, como este patriarca, fué tambien mártir tentado en cuerpo y alma con las más rigurosas pruebas, de que sacó las más grandes ventajas; de tal modo triunfó de todos los enemigos de su alma, que mereció que una persona espiritual dijese por revelacion que este fidelísimo siervo de Jesucristo era uno de los setenta varones pobres que dice la Sagrada Escritura no se separaban del lecho de Salomon. Otra aseguró que Ramirez Zayas era una de las cinco personas que tenia en este mundo más desnudas y apartadas de la carne y sangre y de santidad consumada.» Refiérense algunas visiones que tuvo este venerable doctor, en cuyos pormenores no pretendemos entrar por ahora, aunque sí repetiremos con su biógrafo que fueron señales todas de estar graduado en la caridad, y que por sus méritos llegó á recibir en el cielo el grado de doctor y de santo. Varias veces le vieron levantado en el aire, cercado de luces, y rodeado de resplandor como el sol, y exhalando de sí una fragancia divina, y un olor enteramente celestial. El maestro Zayas, en la historia que escribió de este clérigo, dice en su

elogio, entre otras cosas, las siguientes: «He querido tomar por mi cuenta y cargo la memoria de este varon insigne en santidad, letras y ejemplo. Que fué consuelo de los vivos, alivio de los muertos con sus oraciones, luz de los que vivian en las tinieblas de la culpa, y guia de los que iban por el camino de la gracia. El cual ha florecido en nuestros tiempos, y á quien conocí, traté y veneré como á un S. Basilio, representándoseme en sus acciones su modestia, en su ejemplo su santidad, en su mansedumbre su religion, y en su celo el deseo de aprovechar las almas; uniendo y hermanando la alteza de la sabiduría con una profundísima humildad; la apacibilidad de la paloma con la prudencia de la serpiente; la enseñanza y doctrina de la cátedra con la apostólica predicacion del púlpito: las acciones humanas con la contemplacion divina; una vida inculpable con el esmalte de tan heróicas prendas; insigne doctor y maestro de doctores.... tan santo como dirán sus virtudes, y tan docto como publicaron sus letras; ejemplo de sacerdotes, dechado de vírgenes, luz del siglo, gloria de su patria, honra de su familia, retrato vivo de los sabios que pasaron, y original de donde copien los venideros muchos ejercicios de virtud y santidad. Las costumbres de este gran varon han sido tales en estos siglos, que sin encarecimiento compiten con las más señaladas de los antiguos, llevándole de ventaja solo el tiempo. Y en esta edad, más que en aquella, es de mayor aprecio y estimacion, por ser más distante de Cristo y sus apóstoles, con que alcanzan ménos calor del fuego de su espíritu.» Dice despues que al dia siguiente del suntuoso entierro de este venerable, se celebraron en la capilla de S. José, contigua á su casa y de su patronato, en que habia sido sepultado, otras exequias en que predicó el P. Fr. Gregorio Martinez, maestro de la Orden de Sto. Domingo, «refiriendo en el sermon tantos milagros y prodigios, que á todos causó nueva estimacion de sus singulares prendas, pero no admiracion de sus maravillas, por saber muchas que Dios por su medio habia obrado en vida, recibiendo gran consuelo y gozo de oir la santidad de quien tan de corazon veneraban. En otras muchas partes se hicieron sus honras y se predicaron sus virtudes, y aunque todos dijeron mucho, ninguno adelantó las alabanzas á la línea de los méritos. Lo mismo asegura el aprobante de la historia del maestro Zayas, el jesuita P. Antonio Herrera, diciendo en su censura, de órden del Consejo: «Conocí á este venerable doctor, y así aunque esta vida esté llena de virtudes y de mercedes que nuestro Señor le hizo, no me hacen novedad por la grande opinion que siempre tuvo de tan docto como santo, ni el autor lo encarece, ántes alabo su modestia.» Terminó el Dr. Ramirez la carrera de su ejemplar vida dando de antemano la noticia de su muerte, pues dijo un dia predicando que aquel seria el último sermon que le oirian. Sufrió su enfermedad, que

duró seis dias, con la mayor resignacion, y salió de este destierro á la edad de sesenta años en 9 de Octubre de 1625, con universal sentimiento de toda la ciudad de Toledo, que le aclamaba santo á una voz, habiendo obrado en vida y en muerte muchos milagros, por lo que se hicieron informaciones para tratar de su beatificacion. Varon verdaderamente puro, cándido, justo, recto, temeroso de Dios, retirado de todo lo malo y dedicado á lo bueno; grande, en fin, en la virtud cuando niño, y niño en la inocencia cuando grande. Despues de este elogio, termina así su panegírico el maestro Zayas: «Hasta á cinco personas en diversos y distintos lugares, y que ignoraban su muerte, se apareció al momento de morir subiendo glorioso al cielo, coronado con tres coronas, de virgen, mártir y doctor, como consta de los procesos hechos por el ordinario.» Formáronse estos por el Lic. Perez de Vargas, vicario general de Toledo, y juez de las mismas informaciones por el Infante cardenal arzobispo y el maestro Diaz, carmelita, catedrático de teología de aquella universidad; el venerable Dr. Bernardo de Cuentos, cura de Sta. Leocadia, catedrático de prima de Escritura, y calificador del Santo Oficio; el Sr. Bermudez, catedrático de cánones; los doctores de medicina Inza y Pulido; y por el claustro de la universidad el Dr. Aro, cura de S. Lorenzo. En estos documentos, dice Ramirez Luque, pueden verse cuántas y cuán justas alabanzas tributan personas tan doctas, y testigos de tanta autoridad y crédito, á la vida santa y ejemplar de nuestro venerable y apostólico héroe. No quiso Dios concederle en esta parte lo que su humildad le pedia muy de continuo; y era que con la muerte de su cuerpo muriera su memoria, sepultándola en el olvido, por excusar el escándalo, añadió, que podia ocasionar acordarse de su mala vida, pues era el peor sacerdote que tenia la Iglesia. A lo que añade un historiador, «siendo la gloria de ella, ejemplo y edificacion de los mortales.» Además del P. Alonso Zayas escribieron la vida de este venerable varon, el P. Alonso de Andrade, jesuita, quien en su *Estudiante perfecto* hizo un resúmen de todas sus virtudes; y por último, el P. Fr. Melchor del Espíritu Santo, en el *Diamante Trinitario ó vida del V. P. Juan Bautista de la Concepcion*, reformador de la Trinidad, elogia con razon la fortuna que tuvo el venerable P. Concepcion en estudiar la teología en Toledo, teniendo por condiscípulo é íntimo amigo al gran siervo de Dios y venerable Dr. Martin Ramirez de Zayas, cuya alta perfeccion declaró el cielo con los prodigios y milagros que refiere su cronista y cita el tantas veces referido biógrafo.—S. B.

RAMIREZ DE VILLAESCUSA DE HARO (Ilmo. Sr. D. Diego), catedrático de Durando, embajador al rey de Francia, presidente de la Real Chancillería de Valladolid, visitador de la universidad de Salamanca, obispo de Cuenca, del Consejo, fundador del insigne é ilustre Colegio mayor de Santiago de

Cebedeo, que vulgarmente llaman de Cuenca. D. Diego Ramirez de Villaescusa de Haro, bachiller teólogo, natural de Villaescusa de Haro del obispado de Cuenca, fué elegido colegial en el viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 22 de Noviembre del año de 1480. Nació este ilustre prelado en el año de 1459 á 7 de Diciembre. Tuvo por padres á Pedro Ramirez, hijo de Gil Ramirez, descendientes de los Ramirez de Navarra, diviseros de la casa real de la Piscina; su madre se llamó María Fernandez, natural del Corral de Almaguer, en la Mancha. Reconociendo sus buenas partes, viveza de ingenio y felices disposiciones, le encaminaron á la profesion de las letras, en que salió consumado, así en teología (graduándose de licenciado en ella) como en derechos, y de tal prudencia y gobierno, que por su capacidad y ejemplares virtudes, cuando estudió en la insigne universidad de Salamanca, se aventajó tanto entre más de siete mil estudiantes, que entónces habia en ella, que á los diez y siete años de su edad leyó la cátedra de retórica, á los veintiuno la de Durando. Y por imitar á dos tios que tuvo, el uno llamado D. Gil Ramirez de Villaescusa, que murió obispo de Oviedo, y el doctor Alonso Ramirez, que fue del Consejo de los señores Reyes Católicos, y visitador de la Chancillería de Valladolid, entró en el colegio á los veinte y uno de su edad. Por este tiempo vinieron los Reyes Católicos á Salamanca, visitaron su universidad, y en su Real presencia defendió unas conclusiones de teología y de todas las artes liberales, con asombro de todos los presentes. Uno de ellos fué D. Fray Fernando de Talavera, obispo de Avila, y confesor de la Reina, que le dió inmediatamente el arcedianato de Oviedo; y el obispo de Búrgos, que tambien se halló en el acto, emulando la generosa accion del obispo de Avila, le dió la tesorería de su Iglesia; salió del colegio por canónigo magistral de Jaen, donde dijo la primera misa. Ganaron los Reyes Católicos el reino de Granada el año de 1492, y eligieron por su primer arzobispo á D. Fray Fernando de Talavera, y á D. Diego le nombraron por dean de aquella santa Iglesia, en que sucedió á D. Francisco Sanchez de Sevilla. Por este tiempo tuvo efecto el feliz casamiento de la señora reina Doña Juana: mandáronle los señores Reyes Católicos la acompañase en la jornada de Flandes. En aquellos países fué electo por capellan mayor, y consejero de la señora Reina y del Archiduque su marido, como lo dice el cronista Gil Gonzalez Dávila en el Teatro de la iglesia de Cuenca. El Pontífice le dió, á instancia de la Reina, el deanato de Sevilla, y estando en Flandes, en edad de cuarenta años, el obispado de Astorga. Antes de venir á él á tomar su posesion, visitó los Paises Bajos, y se graduó de maestro en teología en Lovayna. Dice Zurita, en su *Historia de Aragon*, que vino á España, y que luego se volvió á Flandes con título de embajador, en compañía de D. Juan Manuel, á dar el parabien al archiduque D. Felipe del nacimiento

de la infanta Doña Leonor, que fué reina de Francia. Así lo refiere el obispo de Pamplona D. Fr. Prudencio de Sandoval en la crónica del señor emperador Cárlos V. Hallóse en el bautizo de este gran monarca, en Gante, á quien bautizó el obispo de Tournai, segun lo escribe Sandoval, aunque se tiene por más cierto fué el que le bautizó el obispo D. Diego Ramirez, como lo refieren muchos autores y lo aseguran irrefragables instrumentos, que se conservan en el archivo de Cuenca, y tambien en la memoria que hace de este prelado el P. Martin de Roa, siendo obispo de Málaga, en la Fundacion y antigüedades de aquella ciudad. Vuelto D. Diego Ramirez á España, le dieron dicho obispado de Málaga, no teniendo cuarenta y dos años de edad, donde edificó una torre, para dar aviso de los corsarios que infestaban aquellas costas, como lo escribe Juan Pablo Martin Rizo, en su Historia de Cuenca. De allí vino á visitar la universidad de Salamanca el año 1512. Fué electo obispo de Cuenca el año de 1518, y presidente de la Real Chancillería de Valladolid, en tiempo que las comunidades se levantaron en Castilla por los años de 1519, obrando con grande acierto en esta ocupacion, por lo que llegó á merecer le llamasen D. Diego Ramirez *el Bueno*, y conocido tambien en Cuenca por el nombre de *el Obispo de buena memoria*, de quien dijo el ántes citado Rizo: *Era este prelado santo, y en su obispado se veneraba su nombre.* Despues, en el año de 1522, siendo electo sumo pontífice el cardenal Adriano, que gobernaba en estos reinos, y era obispo de Tortosa al tiempo que le dieron la nueva en la ciudad de Vitoria del pontificado, estando en las casas de unos caballeros del apellido de Sarmiento, que allí existen, y desde donde dispuso Su Santidad la forma y modo de su embarcacion para pasar á Roma, fué en su servicio D. Diego Ramirez; y de allí á algunos años volvió á España, y residió contínuamente en su obispado, abandonando todo género de negocios seculares, y se rigió como prudente, grande y cristiano varon. Reparó muchos edificios, é hizo grandes limosnas. Era sugeto de elevada estatura, blanco de rostro, de buen color y bien proporcionado; la frente espaciosa y prominente, la nariz levantada, pero aguileña, representando en toda su presencia magnanimidad, y excitando y moviendo á prestarle reverencia y respeto, con la autoridad de su persona, á todo el que le miraba y tenia que comunicar con él. Entre otras cosas que dispuso su agradecimiento á los buenos recuerdos que conservaba del colegio de San Bartolomé de Salamanca, fué una manda que hizo á dicho colegio, de cien mil maravedis, para que se pusiesen á renta y se distribuyese entre los colegiales, que se hallasen presentes todos los últimos dias del mes, y se dijese un responso por su alma. Despues se redujo á una misa, que se dice el dia de S. Lucas todos los años, despues de dicha la misa en que se hace eleccion de señor rector. Hizo esta donacion en Torquemada, siendo cape-

llan mayor de la reina Doña Juana, y obispo de Málaga, y en ella da la razon por que la hace, con estas palabras: *Acatando, que fué colegial en él, y el pan que comió, y por la pobreza de los colegiales.* Fundó en la universidad de Salamanca el colegio mayor, que vulgarmente llaman de Cuenca, con advocacion de Santiago el Mayor, cerca de los años 1525, como refiere Garibay. Y en la incorporacion de la universidad fué este el primero, despues del de S. Bartolomé, en cuya fábrica y memorables constituciones se reconoce la grandeza de su ánimo, la ilustre sangre de sus mayores, y buena educacion de aquella santa casa; y es bien cierto que en nada se reconoce tanto la grandeza de los varones grandes, como en las obras que dejaron para eternizar su fama; y si este es claro indicio de la grandeza de los héroes, cuya memoria permanece á pesar de los siglos, y de la edad remota en que florecieron, bien acreditado dejó su nombre el sabio y virtuoso Don Diego Ramirez, con la fundacion del insigne colegio de Cuenca, feliz plantel que ha producido tantos cardenales, arzobispos, obispos, vireyes, presidentes y demás ministros, que ocuparon dignamente los mayores puestos de esta monarquía, y áun en tiempos más modernos, es buena prueba el haber sido de este colegio el Ilmo. Sr. D. Diego de Arce y Reinoso, meritísimo, inquisidor de estos reinos, á quien la fama tributó aplausos á pesar de su gran modestia. A D. Garcia de Avellaneda y Haro, conde de Castrillo, gentilhombre que fué de la cámara de S. M., de los consejos de Estado y Guerra, y del de la Cámara, presidente del de Italia, despues de haberlo sido del de las Indias y virey de Nápoles. A D. Juan de Carvajal y Saude, del Consejo de la Cámara, habiendo sido presidente del de Hacienda. A D. Garcia de Porras, D. Juan Giron, comendador de Pozo Rubio, aposentador mayor del Consejo Supremo, sin contar otros infinitos sugetos eminentes que han pertenecido á los demás Consejos y chancillerías. Ordenó igualmente D. Diego Ramirez, que si no dejase hechas constituciones para su colegio, se gobernasen por las del de S. Bartolomé; y así en el testamento que otorgó en Valladolid en 9 de Enero del año de 1521, ante Rodrigo de Valdes, notario apostólico, y ante Fernando de Vallejo, escribano de cámara de la Real Chancillería, hay una cláusula en que manda y ordena: *Que si no hiciere para sus colegiales constituciones, guarden las del colegio de S. Bartolomé de Salamanca.* Y así parece que las pidió al colegio, pues se halla en el *libro de los Acuerdos* uno del tenor siguiente: El año de 1525, siendo rector el bachiller Juan Perez de Pobladura, y consiliarios el bachiller Calvete y el licenciado Peña y Don Cárlos de Arellano, se hizo el *acuerdo* del tenor siguiente: *En 20 dias del mes de Noviembre fué determinado en capilla se diese traslado de las constituciones del Colegio al obispo de Cuenca, porque no habia inconveniente ninguno, por haber sido colegial.* Y firman: Pobladura, *rector;* Calvete, *consiliario.*

Y á la márgen de este *acuerdo* dice lo siguiente: *Traslado de las constituciones para el Colegio de Cuenca.* Y en el capítulo 7.°, tomo III, de las Constituciones del colegio de Cuenca, hay una en que lo declara y da á entender, que dice así: *Statuimus prœterea, quod per totum annum Biblia legatur in prandio à principio mensæ usque ad finem. In cœna vero legantur libri utiles, videlicet, Moralia Gregorii, vel ejus dialogi, et pastorali, vel libri historiales, vel doctrinales. Lectio autem prandii hebdomadatim fiat per omnes collegiales, secundum ordinem ingressus Collegii, excepto reptore et capellanis: In cœna autem consueverunt aliqui lectionem continuare sponte sua, quod laudamus, et nos aliquando fecimus.* La erudita pluma de este célebre prelado escribió una obra sobre el *Símbolo de S. Atanasio;* tres libros de *Religione christiana, contra transeuntes, vel redeuntes ad judæorum ritus.* Una *Historia de la vida, muerte y sepultura de la Reina Católica. Diálogos de la muerte del príncipe D. Juan.* Un *Comentario sobre la Poética y Política de Aristóteles.* Un *Tratado de Potentiis animæ.* Y hablando de cuando le hicieron capellan mayor de la señora reina Doña Juana, dice estas palabras: *Quem etiam propter ejus integerrimus mores, et honestissimam vitam, non humanis solum negotiis, sed etiam divinis suæ domus cæremoniis, et sacerdotibus præfecerunt.* Lucio Marineo Siculo refiere cosas grandes de este ilustre prelado. Fué doctísimo en ambos derechos, á que se dió con la ocasion que habia de libros manuscritos en el colegio, de que se carecia mucho en aquellos tiempos; su viveza y grande ingenio le hizo de singular erudicion en la jurisprudencia, siendo su voto siempre muy estimado y considerado. Fué tanto el amor que tuvo al colegio y la estimacion que hizo de haber sido su colegial, que todo el tiempo que fué prelado, á todos los colegiales teólogos, que se les acababa el colegio sin puesto ó colocacion, los acogia en su casa, haciéndoles la costa con gusto y liberalidad. En las ocasiones que se le ofrecieron de venir á la universidad, nunca salió del colegio de S. Bartolomé sin reconocer las últimas oficinas, y en la vez última que vino, muy á los fines de su edad, año de 1534, dia de la Ascension, comió en refectorio, y despues hizo un gracioso razonamiento, lleno de sentencias y muy elocuente, exhortando á los colegiales que siempre procurasen tratar con los reyes y no acortasen sus ánimos; y asímismo persuadió á que se reedificase aquella santa casa. Llegó á la edad de noventa años, y era el más antiguo colegial de su tiempo. Fué este insigne prelado de inteligencia tan precoz, que ántes de los ocho años de su edad comenzó á estudiar la gramática, y á los doce pasó á estudiar á Salamanca, haciendo en todo los progresos que ya vienen enunciados. Fué canónigo de Salamanca y de Jaen, y en ella dijo la primera misa en la capilla de S. Pedro. A su iglesia la dió estatutos, y á su sacristía muchos ornamentos y plata. Erigió en Antequera una iglesia colegiata. En

el año de 1508 le mandó el Rey Católico acompañase á la reina Doña Juana, que quedaba en Arcos, lugar de la jurisdiccion de Burgos, fatigada de su indisposicion de cabeza. Edificó los palacios episcopales; ayudó á los pobres de su obispado, socorriéndoles con larga mano y el más caritativo celo; atendió con el mayor esmero á la solemnidad del culto, proveyendo á todas las iglesias parroquiales de su diócesis con cálices y ornamentos. Cuando acompañó á Roma al pontífice electo Adriano VI, donde le sirvió largamente, fué uno de los prelados nombrados para reconocer los procesos de la santidad y milagros de S. Antonino y S. Benon, de que resultó la canonizacion de ambos. Durante su estancia en Roma se presentó en esta santa ciudad un obispo de Hungría, de una de las ciudades que ganaron los turcos, el cual era un varon erudito, anciano y de costumbres irreprensibles. Llegó á Roma pobre, y el caritativo y desprendido obispo D. Diego le amparó, le puso casa y le suministró todo lo conveniente y necesario para sustentar los honores de su santidad y letras. Jacobo Fontano, en la Historia que escribió de la pérdida de la isla de Rodas, dice que el maestre y caballeros de la religion militar de S. Juan aportaron á Civitavechia, y que el santísimo papa Adriano VI envió con embajada al obispo de Cuenca, pidiendo al maestre y á sus caballeros que viniesen á Roma, que los queria consolar, dándoles nueva estancia, donde pudiesen llevar adelante la gloria de su instituto. El Obispo cumplió con la embajada; y al maestre y caballeros los consoló y favoreció con regalos y dádivas de importancia. Acrecentó y honró mucho su linaje, dejando casa á hijos de sus hermanos en el lugar de Villaescusa de Haro. Tuvo por tios á D. Gil ó García Ramirez, obispo de Oviedo, que murió electo de Calahorra; á D. Alonso Ramirez, del consejo de los Reyes Católicos; y á D. Alonso Ramirez de Vergara, su sobrino, arzobispo de Charcas; y además por sobrinos á D. Sebastian Ramirez, obispo de Cuenca, D. Diego Ramirez Sedeño, obispo de Pamplona; D. Cárlos Ramirez, obispo de Gerona; D. Julian Ramirez, obispo de Guadix; D. Pedro Ramirez, arzobispo de las Charcas; D. Alonso Ramirez de Vergara, fundador del colegio de la Compañía de Jesus, de Alcalá, que no aceptó obispados, y se excusó de la Inquisicion general por su mucha humildad; todos descendientes de Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros, de quienes hay noticias más individuales en otros papeles que andan impresos. Despues de una vida tan laboriosa é ilustre, murió el obispo D. Diego en un sábado, á las ocho de la mañana, á 11 de Agosto de 1537. Su cuerpo yace en la capilla mayor de la iglesia catedral de Cuenca, y el epitafio de su sepulcro dice así:

DIDACUS RAMIREZ, CONCHENSI EPISCOPO, VIRO RARO, ET DOCTISSIMO,
CUI TANTA VIS ANIMI INGENIIQUE FUIT, UT AD ID. NATUM DICERES,
QUODCUMQUE AGERET.

Fué grande el afecto que tuvo toda su vida al servicio de los reyes, durándole aún en la muerte, pues que en la capilla que fundó y edificó en Villaescusa de Haro, donde descansan las cenizas de sus padres, que la sirven diez capellanes, un sacristan y cuatro acólitos pará ayudar á misa, y un organista, mandó que se dijese cada sábado una misa por la señora Reina Católica, y por el Rey presente, que gobierna, para que Dios prospere la felicidad de sus coronas y reinos. Como ya viene indicado, en el año 1481, á los veintidos años de edad, leyó la cátedra de Durando, y el de 1482 la del Maestro de las sentencias, la que regentó cuatro años, y en este tiempo se graduó de licenciado en teología; y el de 1486 ascendió á la cátedra de prima de dicha facultad; en el año siguiente de 1487 se otorgó por el colegio de S. Bartolomé una escritura, en que dió á censo perpétuo al doctor Parra unas casas, situadas cerca del convento de S. Agustin, en cantidad de cien reales de plata castellanos de renta perpétua, precediendo para esta enajenacion los tres tratados regulares en los dias 8, 9 y 10 de Febrero de dicho año, la que pasó por ante Juan Sanchez de Alvarado, notario público, siendo los que se hallaron presentes en las tres capillas, y en la última al otorgamiento de la escritura los siguientes: el bachiller Diego de Villamuriel, rector, el licenciado Diego de Villaescusa; el bachiller Alfonso Manso; el bachiller Bernal, consiliarios; los bachilleres Fernando de Villa, Miguel de Perpiñan, Francisco Malpartida, Juan de Palacios Rubios, Juan Cabrera, Juan de Santo Domingo, Miguel Paredes, Alonso Maldonado, Sancho de Frias, Juan de Ayala, y Juan de Frias; y testigos, el bachiller Justo de S. Sebastian, capellan de dicho colegio; Pedro Machicas, familiar; Juan de Tejada y Bartolomé de Malpartida. Estando en el colegio, permutó la tesorería de la iglesia de Avila por un canonicato de Salamanca y un beneficio de la parroquial de S. Isidro, por no faltar á la regencia de las cátedras, que tenia en la universidad. Fué gobernador del obispado de Jaen, siendo dean de aquella iglesia; y á los treinta y ocho años de edad fué hecho obispo de Astorga; estuvo no solo en Lovaina, sino tambien en Colonia de Agripina, adonde pasó á venerar los sepulcros de los Stos. Reyes Magos; y habiendo tenido varias disputas con los sugetos más doctos de aquella escuela, le dieron, enamorados y admirados de su sabiduría, el grado de maestro en teología y doctor en derechos. Fué afectísimo al colegio de S. Bartolomé, existiendo en su archivo muy particulares memorias, entre las cuales se conservan dos instrumentos, que acreditan lo mucho que este insigne prelado estimó no solo á la comunidad en general, sino á sus individuos, y la atencion que le mereció todo lo que podia redundar en su mayor lustre, no pudiendo ménos de transcribirse por lo mucho que realzan á este virtuoso y digno Obispo, copiados de un testimonio sacado de los originales que se conservan en

el archivo del colegio. El primero es una escritura de donacion ó manda que hizo al Colegio de cien mil maravedís, su fecha en Torquemada á 29 de Enero de 1507, siendo obispo de Málaga, cuyo tenor es el siguiente: « *In nomine Domini. Amen.* Sepan cuantos este público instrumento vieren cómo en la villa de Torquemada, diócesis de Palencia, á 29 dias del mes de Enero, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1507 años. En presencia de mí el notario y de los testigos infrascriptos, el M. Rdo. y magnífico Sr. D. Diego Ramirez de Villaescusa, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia de Roma Obispo de Málaga, capellan mayor de la Reina nuestra Señora y del su Consejo dijo: Que acatando la honestidad, bondad y literatura de los venerables rector y consiliarios, colegiales y capellanes de dentro del colegio de San Bartolomé de la ciudad de Salamanca, y la pobreza de ellos y el beneficio que el mismo Sr. Obispo recibió siendo estudiante y colegial de la dicha casa. El hubo dado y prometido dar á los dichos rector, colegiales y capellanes cien mil maravedís para que de ellos se comprasen heredad y heredades, cuya renta y fruto se repartiesen entre ellos para sus necesidades, y para los expender segun á ellos pareciese y por bien tuviesen. Por ende confirmando lo susodicho, él hacia (si menester era) de nuevo la dicha donacion, y efectuándola entregaba y entregó en poder del V. Lic. Bartolomé de Sutragero, rector de dicho Colegio, los dichos cien mil maravedís, en cuya distribucion se tuviese la manera siguiente: Primeramente, que los frutos de la heredad ó heredades que se comprasen de los dichos dineros, se repartan entre los colegiales y capellanes del dicho Colegio igualmente. Item, de consentimiento suyo y del Visitador que al presente es, se asienta que en tanto que no se compre las dichas heredad ó heredades, que en nombre de frutos se ponga de cargo sobre la heredad y dehesa de Alicates, aldea de Salamanca, doscientos y cuatro reales para que perpétuamente se distribuyan y den á los dichos colegiales y capellanes en esta manera: Que en cada un mes, el último dia de él, en que los colegiales se asientan á leer el inventario de los bienes del Colegio y á practicar algunos negocios en fin de la capilla, se distribuyan diez y siete reales por los diez y siete colegiales y capellanes de dentro que allí fueren; y si alguno faltare, que lo que aquel habia de hacer se distribuya otra vez por los interesados por iguales partes y acrezca á ellos; pero si la heredad ó heredades que se compraren por los cien mil maravedís rentasen más ó ménos de los dichos doscientos y cuatro reales, que así lo que se ha de repartir en cada mes crezca y descrezca, segun la cantidad y valor de los frutos. El dicho Sr. Obispo rogó y pidió de gracia á los dichos señores, que les plega, recibiendo lo que dicho es, que entre sí en voz baja decir un responso de difuntos por las ánimas de sus difuntos y por la suya cuando plegue á Dios de llevarle de esta vida. Y el dicho Sr. Licenciado Sutragero dijo:

Que en virtud del poder que para esto tenia, él confesaria y confesó haber recibido realmente y con efecto del dicho Sr. Obispo los dichos cien mil maravedís para el fin ya dicho, y que la distribucion de ellos se hará por la via y forma en este instrumento contenida; y daba y dió por libre al dicho Sr. Obispo y á sus bienes de la obligacion fecha al dicho Colegio cuanto este artículo. A lo cual fueron presentes por testigos llamados y rogados..... » A continuacion siguen las firmas, etc. De todo esto y de lo que daba el Colegio á los colegiales, con el tiempo lo cedió la comunidad para sostener en la hospedería á los que, cumplidos los ocho años de colegio, se mantienen en él hasta su colocacion, por lo que tampoco recibieron despues lo correspondiente á esta donacion; pero teniendo la debida correspondencia á lo que este Sr. Obispo favoreció al cuerpo de la comunidad solicitando su mayor lustre y esplendor, como á sus particulares individuos socorriendo su pobreza y necesidad, no solo se cumple con lo que les pidió de gracia en esta escritura, sino que se fundó un aniversario perpétuo por su alma y la de sus difuntos, y luego que tuvo el Colegio noticia de su muerte hizo el acuerdo del tenor siguiente: En 12 de Octubre de 1537 acordó el Colegio que el dia de S. Lucas se haga primero una vigilia y responso, junto con la Misa, que se suele decir por el obispo de Cuenca (que sea en gloria). Este aniversario se celebra todos los años en el dicho dia de S. Lucas despues de la eleccion del Sr. Rector, no diciendo el responso en voz baja, como estaba ordenado, sino cantado por los capellanes de afuera. El segundo documento es una carta escrita desde Roma, su fecha 31 de Mayo de 1523, al colegial D. Toribio Gomez de Santiago, del Consejo de los Reyes Católicos, que dice así: «Magnífico Sr.: Dos dias pasados me dió vuestro sobrino, que aquí reside, una letra de vuestra Merced, con que holgué mucho, porque despues que de allí partí no he recibido otra, ni sabido de su disposicion, que plega á nuestro Señor sea siempre buena. De allá tengo muchas letras, en que me avisan que muchos de ese reino y de la corte han mostrado no buena voluntad á mis cosas, y me han capitulado en las cosas pasadas é turbacion de esos reinos, en las cuales plegue á nuestro Señor que dé á cada uno segun sus obras é intencion, porque aunque los reyes en la tierra suelen á las veces recibir engaño, el del cielo no lo puede recibir. Los cuarenta ducados que por vuestra letra mandais que se den á vuestro sobrino se le dieron; dénse allá la persona que escribiere el dean de Málaga, mi sobrino. Los dias pasados me escribió Lucas de Juntis, veneciano, esta letra que aquí envio, que fué respuesta de otra mia sobre la impresion de las obras del Tostado. El escribe á sus factores de Salamanca una letra, que aquí envio; pues vuestra Merced ya una vez se encargó de estos negocios, haria muy bien en los concluir; y para esto debe mandar llamar á estos homes, porque si en

vuestro tiempo no se concluye y efectúa, poca esperanza habrá que algun tiempo se haga; y débeos, Señor, mover á ello el fruto é utilidad que á muchos de esta impresion se puede seguir, y á nuestra casa mucho nombre y autoridad. Nuestro Señor lo guie, y conserve la vida y salud de vuestra magnífica persona y casa. En Roma, último de Mayo de 1523. *Ad mandata. Didacus Conchensis.*» Al respaldo se halla la cubierta ó sobrescrito que dice: «Al magnífico Sr. Licenciado de Santiago, del Consejo de SS. MM.» Esta carta, que existe original en el archivo del Colegio, no solo vindica al obispo Ramirez de lo que él mismo supone se decia contra su buena opinion en el asunto de las alteraciones de estos reinos, en que la malicia y emulacion le intentó incluir contra su estimacion, sino que acredita el cuidado que le merecia la impresion de las obras del Sr. Tostado. Tampoco debe omitirse, pudiendo contribuir á su mayor esplendor, procurando desvanecer la opinion de algunos que han negado á este ilustre prelado el honor de haber bautizado en Gante al invictísimo emperador Cárlos V, pues aunque el obispo Sandoval refiere el hecho suponiendo le bautizó el obispo de Tournay, y Gil Gonzalez Dávila afirma lo mismo en el *Teatro de la iglesia de Cuenca*, es lo cierto que ni uno ni otro refieren documentos por donde conste que fuese el obispo de Tournay el ministro del bautismo, y así se queda su asercion en la sola fe de estos dos testigos, que ni citan autor que dé esta noticia, ni dan razon para que en concurrencia de otros catorce obispos fuese el de Tournay el preferido; al contrario, siendo el obispo Ramirez en esta ocasion capellan mayor de la princesa Doña Juana, despues reina de Castilla, de su Consejo y de el del Archiduque su marido, y embajador de los Reyes Católicos cerca de las personas de SS. AA., con cuyo carácter habia vuelto á Flandes en compañía de D. Juan Manuel, para felicitar á aquellos príncipes por el nacimiento de la infanta Doña Leonor, ninguno parece podia ser preferido á un sugeto que sobre los cargos ya referidos se hallaba con la dignidad de obispo y con la circunstancia de español, siendo muy regular buscasen para aquel acto en que iba á ponerse el sagrado crisma á un príncipe, que nacia destinado á heredar la corona de Castilla, á un prelado nacido en España, que por su empleo de capellan mayor, por ser embajador de los Reyes Católicos, padres de Doña Juana y abuelos del recien nacido; por su sangre y por la alta estimacion que hacia de él la princesa Doña Juana, era sin duda el más proporcionado á ser elegido para aquel ministerio. A esta tan probable conjetura se agrega el afirmarlo como indudable Salazar de Mendoza, autor coetáneo, en la vida del cardenal Tavera, y Juan Cristóbal Calvete Stella, en el elogio que hace del obispo D. Diego en los siguientes versos latinos:

Quin et Joanna Carolum natum, atque Philippo
Tinxit aquis sacris ille suis manibus,

Et quod Reginæ tunc maximus ille sacerdos,
Caucensique esset præsul in urbe sacer.

A los dictámenes de estos dos autores puede robustecerlos lo que dice el historiador Vergara, y consta en el libro del archivo de la santa iglesia de Cuenca, en que se anotan las acciones singulares de sus prelados, las que regularmente se escriben ó cuando estos mueren, ó durante su vida. Se leen en el referido libro las siguientes palabras: *Joannæque, reginæ Philippi regis uxoris, supremus capellanus factus invictissimum Carolum V, Romanorum Imperatorem, Hispaniarum et Germanorum regem eorumdem regum filium, sacro baptismatis fonte abluit.* Lo que igualmente se lee en un manuscrito antiguo de la vida de este prelado, refiriendo un elogio que en él se hace á los cuatro colegios mayores de Salamanca y á sus insignes fundadores, en el que se pone á la letra todo lo que está notado en el referido libro de la santa iglesia de Cuenca. Sobre estos documentos, que son muy poderosos, dice el Sr. Vergara que así lo refieren muchos autores, y que lo aseguran *irrefragables instrumentos que se conservan en el archivo del Colegio mayor de Cuenca.* No expresa quiénes sean estos autores, y cuáles los instrumentos á que se refiere, pero debe creerse que veria los primeros, y que si no reconoció por sí los segundos lo aseguraria, dando crédito á individuos de aquella comunidad que los hubiesen visto; así es que bien puede afirmarse sin género de duda que el Sr. D. Diego Ramirez fué el que tuvo el distinguido honor de bautizar en Gante al emperador Cárlos V, y á los que afirmaron haberlo verificado el obispo de Tournay no puede dárseles asenso miéntras no presenten documentos auténticos que acrediten lo contrario. Este distinguido honor, aunque tan apreciable por la estimacion que supone hacian de su persona aquellos príncipes y por el parentesco espiritual que contrajo con el mayor de los monarcas de su siglo, se queda solo en la línea de un favor particular hecho á este prelado para quien son de otra clase muy superior los aplausos á que le hicieron acreedor sus altos pensamientos y elevado espíritu. Respecto á su fallecimiento, como en las demás acciones de su vida, hay que referirse á lo que dejó escrito de este excelente prelado el Sr. Vergara, habiéndose añadido únicamente algunas particularidades, que han parecido dignas de no omitirse, no habiéndolas tenido presentes dicho autor, quien padeció equivocacion al asegurar que murió de noventa años, pues habiéndo nacido el de 1459 y muerto el de 1537, no duró su preciosa vida más que setenta y ocho años. Cuando edificó en Salamanca el colegio mayor de Santiago Zebedeo, gastó en la obra ciento y cincuenta mil ducados. Durante su gloriosa vida ayudó á sus ovejas como pastor y padre siempre, pero principalmente en años calamitosos, socorriéndolas con cuantiosas limosnas. Ya se

dijo que proveyó de cálices y ornamentos á todas las iglesias de su diócesis, siendo de admirar, pues pasan de seiscientas pilas las que tiene aquel obispado. Dió más de cuarenta mil ducados para casar deudos suyos y pobres de su obispado, y sin estas hizo otras muchas limosnas, siendo timbres de su grandeza y religiosidad el haber sido presidente de Valladolid, y embajador en los reinos de Francia é Inglaterra. La santa iglesia de Cuenca celebra la vida y hechos de su prelado con singulares palabras, para dar á entender lo que aprecia y estima la memoria de sus obras, en un libro que conserva en sus archivos, que le intitula *libro de la Preciosa*, de que arriba se hizo mencion. Ha tenido este prelado diez obispos deudos y descendientes suyos, todos de Villaescusa de Haro. Estos fueron, por ser cosa notable y digna de mencionarse: D. Gil Ramirez, que murió electo obispo de Calahorra; D. Garci-Ramirez, obispo de Oviedo y presidente de Ordenes; D. Sebastian Ramirez, obispo de Santo Domingo en Indias, gobernador de Méjico, obispo de Tuy, de Leon, Cuenca y presidente de Valladolid; D. Antonio Ramirez, obispo de Orense, de Ciudad-Rodrigo, Calahorra y Segovia; D. Diego Ramirez, obispo de Pamplona; D. Cárlos Ramirez, obispo de Gerona; D. Julian Ramirez, obispo de Guadix; D. Pedro Ramirez, obispo de las Charcas; el doctor Ramirez Vergara, obispo de las Charcas; y últimamente el obispo D. Diego Ramirez. Además de estos grandes prelados, ha tenido por parientes otros varones ilustres, que han ennoblecido su grata memoria en armas y en letras. Entre ellos uno de los más esclarecidos (que murió el año de 1618) fué el licenciado Gil Ramirez de Arellano, del hábito de Santiago, de los consejos Real, de la Cámara, Inquisicion y Cruzada, desempeñando otros muy altos destinos, pero principalmente el de ministro de los reyes Felipe II y III, que fiaron de su singular prudencia el buen suceso de los más árduos y espinosos negocios, que se ofrecieron en aquel tiempo. Fueron hermanos de este insigne prelado: el ya dicho D. Gil, ó D. García Ramirez de Villaescusa, obispo de Oviedo, de bastante más edad que D. Diego por haber sido del primer matrimonio de su padre D. Pedro Ramirez, á quien supone el historiador Vergara, por su mayor edad, tio del obispo de Cuenca, sin duda por haber sido el que cuidó de dar estudios y carrera á todos sus hermanos, como lo dice en su testamento D. Diego Ramirez, de quien fué hermano segundo D. Pedro Martinez de Villaescusa, que tuvo larga y lustrosa descendencia. El hermano tercero del Obispo fué D. Juan Ramirez, cuyo cuarto nieto, con la interrupcion de tres hembras, fué D. Gervasio Ramirez, que litigó la casa. La cuarta hermana del Obispo fué Doña Catalina Ramirez, que aunque casada no tuvo sucesion. El quinto hermano fué D. Lorenzo Ramirez, que casó con Doña Isabel de Pliego, de quien tuvo á D. Antonio Ramirez, obispo

de Avila, Ciudad-Rodrigo y Segovia; y á D. Pedro Ramirez de Arellano, que casó con Doña Isabel de Mendoza, hermana del Conde de Orgaz, año de 1526. Fué segundo señor del mayorazgo, por donacion de su tio el obispo, en cuya vida murió sin sucesion. El sexto hermano fué el doctor D. Antonio Ramirez, oidor de Valladolid, siendo su hijo D. Pedro tercer señor del mayorazgo, por donacion de su tio, el año 1535. Fué hijo segundo de D. Antonio y de Doña María Fernandez, D. Antonio Ramirez, que siguió el estado eclesiástico, é hija tercera Doña María Ramirez, que casó con D. Miguel Carrillo de Peralta, hijo del Marqués de Falces, y su hijo mayor D. Eugenio Ramirez de Peralta fué el cuarto señor del mayorazgo, y quinto su hijo Don Alonso Ramirez, el cual murió sin sucesion; por lo que pasó la casa á D. Juan Ramirez, hermano del antecedente, que tampoco la tuvo legítima. La tercera hija, Doña María, casó con D. Luis Pacheco, habiendo tenido una numerosa y brillante sucesion, cuyos individuos hicieron enlaces con las casas más grandes, nobles y esclarecidas de España.—A. L.

RAMIREZ DE VILLAESCUSA DE HARO (Ilmo. Sr. D. Gil), obispo de Oviedo. D. Gil, ó D. García Ramirez, bachiller canonista, natural de Villaescusa de Haro, del obispado de Cuenca, fué elegido colegial de S. Bartolomé de Salamanca el 2 de Noviembre de 1453. De este prelado hace mencion el doctor Galindo de Carvajal en la Crónica que escribió de los Reyes católicos; le nombra García Ramirez de Villaescusa, y dice fué prior del convento de San Marcos de Leon, del órden de Santiago. En aquel tiempo el priorato de aquel convento era perpétuo y se tenia por grande dignidad, pues además de la administracion del convento, tiene jurisdiccion cuasi episcopal en la provincia de Leon, de la órden de Santiago. Y porque en tiempo de este prelado, el Rey católico, como administrador de aquel Orden, quiso reducir aquel priorato á trienal, le presentó en el obispado de Oviedo, por lo que hizo renuncia del priorato. Gobernó su iglesia cinco años desde el de 1503, y dotó en ella la Misa de nuestra Señora. Murió en Castropol, villa de su diócesis, en 23 de Abril de 1508. Su cuerpo fué trasladado á la capilla mayor de su santa iglesia, y tiene este epitafio.

Aquí yace el muy Reverendo y Magnífico Sr. D. García Ramirez, natural de Villaescusa de Haro, prior que fué de S. Marcos de Leon diez y siete años: y quinto obispo de esta santa Iglesia. Murió en Castropol á 23 de Abril de 1508.

Fué tio del Sr. D. Diego Ramirez, fundador del colegio mayor de Cuenca. Fué hijo de D. Pedro Ramirez de Arellano y Haro, y hermano mayor por parte de padre y no tio del colegial de Salamanca D. Diego Ramirez,

como puede verse en la *Asturias ilustrada*, tomo V, aunque muy distantes en edad por ser de distintos matrimonios. Fué presidente del colegio de Ordenes. Gil Gonzalez Dávila, en el *Teatro eclesiástico de la iglesia de Oviedo*, hace honrada memoria de este prelado. — A. L.

RAMIREZ DE ZARZOSA (D. Diego), obispo de Tuy. Fué natural de la ciudad de Calahorra, y tuvo por padre á D. Diego Martinez Zarzosa y á María Monte de Vergara. Nació el dia 10 de Agosto de 1583, y fué bautizado en la parroquia de la santa Iglesia Catedral. Finalizados sus primeros estudios, que hizo en su ciudad natal, y habiéndose inclinado al estado eclésiastico, pasó á Salamanca, en cuya universidad cursó las facultades de leyes y cánones, graduándose de licenciado en derecho. Obtuvo una beca en el célebre colegio de Santa Cruz, en el cual se hizo tan notable por su erudicion y ejercicios literarios, que siendo todavía muy jóven mereció la honra de ser nombrado diputado para asistir á un sínodo que se celebró bajo la presidencia del doctor Alvaro de Villegas. Fué ordenado ya de sacerdote, nombrado provisor del obispo de Leon D. Juan de Molina en el año 1624, y poco despues pasó á desempeñar igual cargo en el obispado de Avila, ocupando la silla D. Juan de Molina, continuando en el mismo cargo despues de la muerte de este prelado, por nombramiento que hizo en él el cabildo sede vacante. El cardenal D. Agustin Spínola, arzobispo de Granada, le nombró tambien su provisor y gobernador del arzobispado. Le estimó tanto dicho cardenal por su rectitud y pureza de costumbres, que habiendo vacado una canongía, cuya provision le correspondia, le agració con ella. Cuando el mencionado cardenal fué promovido á arzobispo de Santiago, hallándose vacante el arcedianato de Lugo, le agració con él. En 17 de Diciembre de 1642, y merced á los excelentes informes que de él se habian recibido, presentóle S. M. para el obispado de Tuy, y prestó el juramento en manos de D. Diego Quiroga, obispo de Mondoñedo. Consagróle el arzobispo de Santiago en su propia iglesia el dia 15 de Mayo de 1644, con asistencia de los obispos de Mondoñedo y de Lugo. Con licencia del Sr. Arzobispo celebró órdenes en Santiago y consagró trescientas aras. Tomó posesion de su elevado cargo, haciendo su entrada pública en su iglesia el dia 23 de Junio del citado año 1644. En 1649 fué promovido á la sede de Cartagena y Murcia, logrando subir paso á paso en su honorífica carrera por su virtud, su ilustracion y rectitud, merced al buen nombre que habia sabido adquirirse en el gobierno de las varias diócesis que tuvo á su cargo, y por su conocimiento y experiencia en el manejo de los más árduos negocios. Mostrándose hijo agradecido á la ciudad que le vió nacer, y siendo sumamente devoto de la Santísima Vírgen, que bajo la advocacion de la Purísima Concepcion se venera en la iglesia parroquial de S. Andrés, la envió ricos ornamentos y una

bella lámpara de plata. Fundó tambien en la misma iglesia dos capellanias para dos estudiantes pobres, y una memoria para dotar huérfanas doncellas. Mediante su diligencia y buenos oficios, se edificó una decente capilla en la iglesia donde se venera la milagrosa imágen de nuestra Señora de Cobas, en el arzobispado de Santiago, y advirtiendo era muy grande la afluencia de gente que acudió en romería, mandó edificar una cómoda casa que sirvió de hospedería y descanso á los peregrinos. Tambien tuvo el empleo de inquisidor ordinario, y asistió á varios autos de fe, que se celebraron durante su permanencia en las diócesis de Granada, Santiago y Valladolid. Murió en el año de 1670. — M. B.

RAMIRO (S.), religioso benedictino en el monasterio de S. Claudio, en Leon. No se sabe con certidumbre de qué pueblo fué natural, ni tampoco el nombre de sus padres, solamente hay tradicion en Leon de que era del ilustrísimo linaje de los Guzmanes; pero se sabe por ella que fué prior del dicho monasterio cuando era abad S. Vicente. De sentir es que en los autores antiguos no se halle cosa particular acerca de la vida de S. Ramiro; pero basta que obtuviese en la religion el oficio de prior mayor, de tanta autoridad y estimacion que casi iguala al de abad, y haciéndose tanta confianza del que lo ejercita, que los abades le encomiendan el cuidado y vigilancia para que se conserve y no descaezca la vida espiritual y observancia monástica, para que sin perjuicio suyo puedan los abades atender al gobierno temporal y negocios graves, que de ordinario penden de su cuidado; y teniendo por esta razon poca ménos jurisdiccion que el abad, para reprender y castigar á los monjes que se aparten del camino real de las virtudes monásticas, síguese por legítima consecuencia que S. Ramiro era un monje observantísimo y de virtudes heróicas, y de tales letras y suficiencia, que en sus hombros pudiese cargar S. Vicente el peso del gobierno espiritual, para poder con eso dedicarse á la predicacion de la palabra de Dios contra los herejes, y enseñar la verdadera y sana doctrina, disputando con ellos y convirtiendo con lo uno y con lo otro muchas almas á la fe católica, y trabajando en estos santos ejercicios hasta perder la vida por ella; ni es creible que si no fuera S. Ramiro gran siervo de Dios, le antepusiera á los demás monjes haciéndole superior suyo. El señor obispo de Pamplona D. Fr. Prudencio de Sandoval, en las fundaciones, hablando de la de San Claudio, dice lo que se sigue acerca de S. Ramiro. «Era prior del glorioso abad un varon de no ménos virtud y ánimo, llamado Ramiro, cuyo nombre dice ser de nacion godo. No desmayó ni desamparó su monasterio con la muerte de su abad; ántes como buen soldado, tomó la voz de su capitan y defensa de la fe catolica, haciendo rostro á los enemigos y esperándolos á la batalla, que S. Vicente, la noche de su martirio les anunció para el dia siguien-

te, apareciéndoseles cuando estaban todos los monjes en maitines, animando los esforzados y avisando á los flacos para que huyesen. Otro dia despues del martirio de S. Vicente, vinieron los herejes con furia infernal, determinados á destruir y asolar el monasterio. S. Ramiro y algunos monjes santos, que dicen eran doce, salieron á la misma puerta y lugar de su abadia, donde su abad habia sido martirizado, con ánimos muy enteros de morir por la santa fe. Embistieron en seguida con ellos los enemigos, y rabiando como perros, los hicieron pedazos, llamando los santos á Jesus en su ayuda, y diciendo las mismas palabras del símbolo, con que murió S. Vicente, donde confesaban contra la secta arriana la unidad de la esencia y la igualdad de las personas divinas. Entraron en el monasterio quemando y abrasando cuanto habia; y contentos con esto se fueron, dejando despedazados aquellos santos cuerpos en el campo; mas venida la noche los católicos los recogieron y sepultaron en la iglesia; y señaladamente se le hizo á S. Ramiro una arca de piedra tosca, adonde pusieron sus santas reliquias: y el Señor, que con sumo cuidado guarda los huesos de sus santos, los ha guardado y conservado desde aquellos tiempos hastalos presentes, que son cerca de cien años (así decia al tiempo que escribió; pero en el año de 1683, en que esto se escribe, han pasado ciento doce años, si fué su martirio el de 554, como dice el Mtro. Yepes, y segun otra opinion han pasado ciento quince). Y en el pasado de 1595, reinando nuestro glorioso príncipe D. Felipe II de este nombre, siendo sumo pontífice Clemente VIII, y obispo de Leon D. Juan Alonso, general de nuestra Congregacion; Fr. Pedro Barba, abad de este monasterio; Fr. Alonso Corral, aficionado á las reliquias de los Santos, cayendo en una grave enfermedad se encomendó á este Santo, y prometió sacarle de aquel humilde sepulcro su santo cuerpo. Sanó, y ocupado con negocios no pudo cumplir tan presto su promesa. Recayó en otra grave enfermedad, revalidó el voto y promesa, y alcanzó luego salud. Y así, visitando el general este monasterio, consultó con él la traslacion. Consultáronla con el obispo, y todos de un acuerdo vinieron en que se hiciese, y á 26 del mes de Abril, año de 1596, estando presente el dicho obispo y cabildo de la santa iglesia mayor y toda la clerecía y cruces que con solemne procesion vinieron, el abad y convento abrieron el santo sepulcro, donde hallaron el cuerpo y cabeza del Santo, muy sanos y enteros los huesos, y en algunos algunas manchas de sangre, lo que fué muy notado. Pusieron sus santas reliquias en una muy rica y adornada arca, que con este objeto habia el abad mandado construir, y las colocaron en el altar y capilla que actualmente llaman de S. Ramiro. Dieron á la iglesia mayor una reliquia, y enviaron otra al Rey nuestro señor, que con mucha devocion las pidieron. Una cosa sucedió que se tuvo por milagro, que un arcediano de esta santa iglesia, cuyo nombre

callo, dijo algunas palabras malsonantes, no sintiendo bien de esta traslacion, y en el mismo dia, estando mirando correr unos caballos, uno se salió de la carrera furiosamente y le atropelló, de manera que hasta que se le arrancó el alma no pudo hablar, ni hacer más movimiento ni acto de vida que si no la tuviera, y así la acabó miserablemente por no tener el respeto debido á los Santos.» Hasta aquí el señor obispo de Pamplona; y nuestro P. Mtro. Fr. Antonio de Yepes, año de 554, fólio 176, dijo lo mismo, añadiendo que los monjes que no tuvieron ánimo para el martirio, huyeron, conforme al consejo del Evangelio de S. Mateo, cap. X: *Cum autem persequentur vos in Civitate ista, fugite in aldam*: y se fueron á Galicia, adonde fundaron otro monasterio del nombre de S. Claudio, como el de Leon, que hoy dia se llama de S. Clodio, corrompido el vocablo, y es de monjes cistercienses, aunque fué muchos años habitado de monjes Benitos de cogulla negra. Y en cuanto á la traslacion del santo cuerpo de S. Ramiro, hecha en el año de 1596, no solamente fué habiendo precedido consulta del Sr. Obispo de Leon (que entónces era el Ilmo. Sr. D. Juan Alonso de Moscoso), sino con su licencia, habiendo precedido informacion de treinta testigos contestes, que declararon que tenian por cierto que aquel cuerpo era de S. Ramiro, tenido por tal en Leon de tiempo inmemorial; y pasó la dicha informacion ante D. Pedro de Henao Ossorio, abad de S. Guillermo, por comision del Sr. Obispo; y habiendo constado tambien por la dicha informacion la tradicion antiquísima del martirio de S. Ramiro y doce monjes más, y que el cuerpo del dicho S. Ramiro estaba en la arca de piedra tosca contigua sin la decencia conveniente; y que el dicho monasterio habia sido quemado, y se habian abrasado sus papeles, de los cuales tenian por cierto los testigos que constaria todo lo sobredicho. Y tambien constaron por la dicha informacion los muchos milagros que Dios nuestro Señor habia obrado siempre con los devotos que visitaban aquel santo sepulcro. En vista de todo lo cual dió licencia al dicho Sr. Obispo para hacer la referida traslacion, aprobando la expresada informacion, y mandando que la arca nueva en que pusieron el santo cuerpo de S. Ramiro, se colocase sobre el altar que está al lado del Evangelio, con la decencia que hoy conserva, con todos los requisitos que manda el santo Concilio de Trento. Allí acuden los devotos leoneses en sus necesidades, y son tantos los milagros, que ántes, al tiempo de la traslacion y despues, ha obrado Dios nuestro Señor por la intercesion del glorioso S. Ramiro, que era menester historia aparte para referirlos. En cuanto á los santos cuerpos de los doce monjes que fueron martirizados con S. Ramiro, no se sabia fijamente el lugar adonde estaban sepultados, aunque era tradicion que se hallaban en el sitio adonde despues se fundó el monasterio de S. Claudio, teniendo todos los vecinos de Leon y

de toda aquella tierra suma veneracion á aquel santo suelo, regado con la sangre de estos santos monjes mártires, como tambien en tiempos más antiguos con la de los santos Claudio, Victorio y Lupercio en tiempo de la gentilidad. Pero Dios nuestro Señor ha querido favorecer á aquella ilustrísima ciudad y premiar su antigua devocion con los doce santos monjes y mártires, disponiendo que se hayan encontrado algunos de sus cuerpos en este último siglo, y esto en dos veces; la primera fué el año de 1604, y la relacion que remitió el P. Fr. Claudio Sanchez, predicador del dicho monasterio, sacada de su archivo, y que es del tenor siguiente: «Demoliéndose la iglesia vieja, en un altar que solia ser de S. Miguel y de la Magdalena, medio palmo por bajo del ara, se halló una arquilla de ladrillos grandes, que tendria como tres cuartas de largo y una de ancho, y bien honda, llena de huesos de cuerpos humanos, que se juzgó corresponderian hasta á tres ó cuatro individuos, y por el sitio en que estaban se tuvo por ciertísimo que eran reliquias de santos, pues los Padres antiguos y los rituales eclesiásticos enseñan que los altares son sepulcros de mártires; y como en esta casa faltaban las reliquias de los santos doce monjes, compañeros de S. Ramiro, consiguientemente se tuvo por cierto que aquellos huesos eran de ellos, y asi se guardaron en el relicario; y el año de 1612 se pidió al Sr. obispo D. Francisco Terrones mandase hacer informacion que justificase cómo eran reliquias de los dichos monjes mártires. Y la cometió al Dr. Gonzalo de Vega Rabanal, y él la hizo con diez y seis testigos de los más fidedignos, ancianos y graves, que dijeron sabian de historias y por tradicion perpétua que con S. Vicente y S. Ramiro padecieron por la fe otros doce monjes, y que fueron enterrados en la iglesia, y asi tenian por sin duda que aquellas reliquias eran de aquellos santos monjes, que los fieles las debieron de trasladar allí, por que estuvieran con más decencia. Lo cual visto por el licenciado D. Juan Bautista de Herrera, dean y canónigo de Tuy, y provisor de este obispado por el cabildo en sede vacante, pronunció un auto, en que dijo, que despues de haber consultado este negocio con personas doctas y de mucha autoridad, interponia la suya á las averiguaciones hechas para que hagan fe en juicio, *vel extra ad perpetuam rei memoriam;* y que daba y dió licencia para que el abad y convento pongan con toda decencia y autoridad las santas reliquias que han hallado de los santos monjes mártires, compañeros de S. Ramiro, y en el lugar más público y preeminente, para que puedan ser más conocidas, visitadas y reverenciadas de los fieles cristianos, y los pongan por intercesores en todas sus necesidades. Con lo cual fueron colocadas las dichas santas reliquias en la capilla del santuario (donde ahora se hallan) con solemne fiesta, hecha por el ilustrísimo cabildo, que siempre nos ha honrado en semejantes ocasiones. Hízose esta traslacion el mismo dia que se celebra la de

nuestro P. S. Ramiro, y así se reza de todos juntos la dominica tercera despues de Pascua de cada año; y el martirio de todos, prior y compañeros monjes, los reza la Congregacion á 13 de Marzo con licencia de la Sagrada Congregacion de Ritos.» Tambien remitió dicho Padre copia de la sentencia que dió el dicho Sr. Provisor, que viene á decir lo mismo que queda expuesto. Estos huesos, que se tienen por reliquias de tres ó cuatro monjes mártires, estan como viene dicho en el santuario, capilla grande, muy hermosa, edificada en el mismo sitio de la iglesia antigua del dicho monasterio; en medio de ella está el sitio adonde se hallaron los cuerpos de los tres santos hermanos mártires, S. Claudio, S. Vicente y S. Lupercio, hijos de S. Marcelo, que padecieron en este lugar y estan ahora en tres arcas de plata sobre el mismo altar mayor de la iglesia principal nueva, y del primero toma el nombre el dicho monasterio. El segundo hallazgo se verificó el año de 1650, y se ve claramente en el pedimento que hizo el M. Rdo. Padre Fr. Luis de Burgos, abad de S. Claudio y Maestro general doctísimo de la sagrada religion, ante el Ilmo. y Rmo. Sr. obispo de Leon D. Fr. Juan del Pozo, de la sagrada órden de Predicadores, cuya copia es como sigue: «El Mtro. Fr. Luis de Burgos, abad del convento y monasterio de S. Claudio, extramuros de esta ciudad de Leon, de la órden de S. Benito: Ante Vueseñoría Ilustrísima parezco y digo: Que el año pasado de 1650, á 15 dias del mes de Mayo, en que se celebra la fiesta de la Minerva principal de esta casa, hundiéndose el pozo que está en el claustro principal de ella se descubrieron cuatro sepulcros de ladrillos de á dos tercias de largo y poco ménos de ancho, en los cuales habia algunos huesos humanos, y en uno de dichos sepulcros una inscripcion de letra romana, distintamente grabada, que decia MARTYR, y por tradicion antiquísima de esta casa y por su historia y rezo del Breviario, que pocos años ha rezaba toda la Congregacion de S. Benito de España en la festividad de S. Vicente Abad y S. Ramiro, consta que por defensa de la fe católica, defendida en el concilio Niceno, padecieron martirio en este sitio donde hoy está edificado el convento de S. Claudio, por los herejes arrianos, S. Ramiro, prior de dicho monasterio, y otros doce monjes; y que cuando se derribó la iglesia antigua de este convento, de estos doce no parecieron más que los huesos de tres ó cuatro, puestos en otra arca de ladrillos semejante á la que al presente han parecido estos, como consta de la informacion hecha por el Dr. D. Gonzalo Vega Rabanal, canónigo de la santa iglesia de esta ciudad de Leon, ante Juan Bautista de Torres, por comision dada por el Ilmo. Sr. D. Francisco Terrones, obispo de la dicha ciudad de Leon. Por lo cual con certidumbre moral se cree que estos huesos que dicho dia se hallaron son de los santos monjes mártires y compañeros de S. Ramiro, que hasta ahora han permanecido ocultos; y así por

lo que tengo alegado, como por ser tradicion antiquísima y muy cierta que el lugar y sitio en que dicho monasterio de S. Claudio está edificado tiene muchas reliquias de santos ocultas, por haber sido lugar antiguamente de suplicio, donde los enemigos de nuestra santa fe católica martirizaban á los fieles que la profesaban y defendian, como consta del martirio de los santos mártires S. Claudio, S. Lupercio y S. Victorio, y del de S. Vicente, abad de esta casa. Además por haberse descubierto dichos huesos junto al pozo, el cual comunmente llaman en esta ciudad el pozo de los mártires, sin que para haberle dado este nombre pueda haber habido otra razon que la antigua tradicion de haberse sepultado junto á él dichos huesos y ser tenidos por de mártires. Todo lo cual se confirma con muchos milagros que nuestro Señor obra cada dia en los enfermos y achacosos, que devotamente beben del agua de dicho pozo, y con los que nuevamente ha obrado con las reliquias nuevamente halladas, que algunas personas en esta ciudad sacaron de entre las ruinas del pozo. Y porque conforme al santo Concilio de Trento para reverenciar con pública veneracion reliquias que de nuevo se hallan, es necesario aprobacion del ordinario: Suplico á Vueseñoría Ilustrísima que hecha informacion de todo lo sobredicho, sea servido de calificar y aprobar dichas reliquias y dar licencia para que sean reverenciadas, como lo son en la santa Iglesia las de los demás santos, que así será nuestro Señor glorificado en ellas, y con su intercesion alcanzarán los hombres muchos beneficios de su divina Majestad. A quien en esto hará Vueseñoria Ilustrísima gran servicio, y á este convento especial merced y favor, etc.—*El Mtro. Fr. Luis de Burgos*, abad de S. Claudio.» —En virtud de este pedimento mandó su Ilustrísima hacer informacion de todo lo referido; y habiendo constado por la deposicion de muchos testigos de vista ser verdad, mandó que se juntasen todos los prelados y personas eclesiásticas de mayor autoridad y letras que se hallaban en aquella santa Iglesia y ciudad, y se les hizo relacion de todo, y ellos dieron su parecer; y habiéndole oido su Ilustrísima, y precediendo todas las solemnidades de derecho y conforme al santo Concilio Tridentino, dió sentencia, en la cual declaró que los huesos que se hallaron en el sepulcro que tenia la inscripcion de MARTYR fuesen colocados sobre un altar para que todos los adorasen y reverenciasen; y así se hizo. Se pusieron en el altar colateral del lado de la Epístola de la iglesia principal en una arca hermosamente labrada y adornada con diferentes inscripciones y motes ingeniosamente aplicados, entre los cuales uno dice así: *Inventus sum à non quærentibus me*. Palabras de Isaías citadas por el apóstol S. Pablo *ad Romanos*, que significan claramente este suceso. Los huesos de los otros sepulcros (aunque se tuvo por cierto en el sentir de algunos que tambien eran de mártires, y que sin duda con la ruina se ocultaron sus inscripciones, y otros

opinaban que se habian borrado dos letras finales, dejando la inscripcion en singular), mandó su Ilustrísima poner en lugar decente hasta que hubiese más prueba de que pertenecian á mártires, y se pusieron en dos arcas en la sacristía sobre dos columnas, y sirven de adorno á un nicho y arco muy hermoso. Referir por menor las maravillas que sucedieron en esta invencion con todas sus circunstancias sería cosa larga, y mucho más el contar las fiestas que hizo la ilustrísima é insigne ciudad de Leon, y los regocijos públicos por tal hallazgo. Baste decir que en ellas mostró muy bien su cristiano celo, devocion y grandeza, como solar antiquísimo adonde se derramó mucha sangre de mártires en defensa de la santa fe católica. No ménos mostró su devocion y celo el Ilmo. Sr. Dean y cabildo, asistiendo á la procesion que se hizo por las partes más públicas con el cuerpo del mártir nuevamente hallado, como tambien lo habia hecho en las traslaciones de S. Ramiro el año de 1596, y de sus tres ó cuatro compañeros el de 1612, como se dijo arriba. Esto es en suma cuanto puede decirse de S. Ramiro y sus compañeros; y al parecer son ocho los cuerpos hallados, segun se puede juzgar del número de huesos, aunque solamente declararon por reliquias verdaderas para su veneracion las de cinco, como ya viene dicho. Debe esperarse en Dios que ha de manifestar los que faltan, y proporcionar se hallen ó encuentren fundamentos para que se puedan declarar las de los tres restantes por verdaderas reliquias si lo son de mártires, compañeros de S. Ramiro, para consuelo de los devotos, gozo cumplido y honra de la insigne ciudad y de la sagrada Orden religiosa. — A. L.

RAMIRO (S.). Así debió llamarse el S. Ramires de que nos habla Moreri en su *Gran Diccionario histórico* con referencia á Echard en sus *Escritores de la Orden de Predicadores*. Nació este santo religioso en Murillo, lugar del país riojano, en Castilla la Vieja. Sintiéndose con vocacion al claustro, tomó el hábito en la órden de Sto. Domingo, y luego que fué ordenado de sacerdote, le mandaron sus superiores á Méjico, en cuyos conventos de la Orden enseñó la teología moral, dedicándose al propio tiempo con extraordinaria caridad á la instruccion de los indios y de los negros. La compasion que le daba ver el mal trato que se tenia á estas pobres gentes por sus autoridades, y el poco caso que los vireyes hicieron de sus suplicas para que se les tratase con más humanidad, parece que fué la causa de que dejase en 1595 este país, para elevar sus plegarias á Felipe II, rey de España, el que despues de hacérselas muy repetidas por espacio de cuatro años, le concedió parte de lo que pedia en favor de aquellos desgraciados. Preparábase Ramiro á partir otra vez para Méjico, muy gozoso de poder llevar algun consuelo á sus protegidos, cuando Felipe III, que sucedió á su padre en el trono de las Castillas, le nombró obispo de Guatemala, cargo que aceptó con mucha

repugnancia. Dirigióse á su diócesis, y despues de nueve años de prelatura, en la que gobernó su iglesia con extraordinario celo, edificando las feligresías con su virtud y santidad, murió el dia 24 de Marzo de 1609. Nótase de este santo varon, que la cualidad de obispo no le quitó el vivir como habia vivido no siendo más que un humilde fraile, y que distribuyó sus rentas en socorrer á los pobres y en fomentar la instruccion pública, por la que se afanaba de dia y de noche, haciendo distribuir ántes de morir todos sus efectos, únicos bienes que poseia, á los primeros, incluso el valor de su anillo pastoral. Imprimióse en vida suya un libro de ejemplos de santos, que él habia compuesto en español y que se reimprimió en Madrid con el título de *Almacen de virtudes*. Tambien se le atribuye un *Catecismo* escrito en lengua mejicana, publicado segun se dice el año 1537; pero esta fecha debe estar equivocada, puesto que en este año aún no habia ido Ramiro á Méjico. No hemos hallado señalado el dia de la festividad de este santo de los Dominicos por los pontífices, ni nada relativo á las demás cosas que tocan á su canonizacion.—B. C.

RAMIRO ó Reximiro. Así se llamó, segun M. Marca, en su *Marca Hispánica* y la *Historia de Langüedoc* por los Benedictinos, el abad de un monasterio de la diócesis de Nimes. Dícese de él que tomó parte en la revolucion de Hilderico, conde de Nimes, contra Wamba, rey de los visigodos españoles, que se vió coronado rey á pesar suyo, despues de la muerte de Recesvinto. Aseguran aquellos autores que Ramiro era un alma mercenaria, que solo consultaba sus intereses, sin pararse mucho en los medios. Habia contribuido con Gumildus, obispo de Maguelona, á llamar á los judíos no convertidos al gobierno de Nimes con autoridad de Hilderico, y temiendo, así como el conde, ser castigado por esto por Wamba, procuraron sustraerse de la obediencia de este rey y librarse de los rigores de su justicia. Trató Hilderico de atraer á su partido á Aregias, obispo de Nimes, pero rehusando este virtuoso é ilustre prelado prestarse á una revolucion tan injusta como inicua, le lanzó de su silla episcopal, le cargó de cadenas, le desterró á Francia, é hizo elegir tumultuosamente y á la fuerza en su lugar al abad Ramiro, al que dos obispos ganados ó tímidos tuvieron la cobarde complacencia de consagrar. Solo se sirvió Ramiro de su nueva autoridad para sostener al conde en su rebelion, y se le vió con las armas en la mano apoderarse de muchas tierras y obligar por la fuerza á los que se resistian, á que reconociesen la autoridad de Hilderico. Marchó Wamba contra los rebeldes, y despues de habérsele sometido la Cataluña, se apoderó de los pasos de los Pirineos, y entrando en la Septimania, descendió á las llanuras del Rosellon, donde acampó con sus tropas, haciendo que atacasen á Narbona. El duque Paulo, que hasta entónces se habia mantenido encerrado dentro de los mu-

ros de esta ciudad, sabiendo la proximidad de Wamba y de su ejército, se retiró, dejando confiado el mando de la guarnicion de Narbona al duque Wittimiro, al que dió por adjunto en el gobierno á Ramiro y á otras personas de su confianza. Viendo el obispo intruso Ramiro que la plaza no podria defenderse mucho tiempo, tan mal soldado como prelado, se fugó de Narbona; pero tuvo la desgracia de caer prisionero en el distrito de Béziers, el año 673, sin que nos digan los autores consultados qué resultados tuvo su prision, los que no pudieron ser muy buenos para él, en atencion á sus traiciones, alevosías y escalamiento de una dignidad que no merecia.—B. C.

RAMIRO II, llamado *el Monje*, rey de Aragon y sucesor de Alfonso *el Batallador*, su hermano, se dedicó al estado eclesiástico y fué abad del monasterio de S. Ponce de Tomeras y del de Sahagun. Despues fué obispo de Burgos, luego de Pamplona, y por último de Roda y de Barbastro. A la muerte de su hermano, que falleció sin sucesion, legando el reino á las tres órdenes religioso-militares del Temple, del Santo Sepulcro y de S. Juan de Jerusalen, testamento extravagante que no tomaron en cuenta los aragoneses, le eligieron por sucesor cuando se hallaba en el monasterio de Tomeras, cerca de Narbona. Los navarros repugnaron elegir por rey á un monje, ó más bien se aprovecharon de esta ocasion para recobrar su independencia y darse otra vez un rey propio, por lo que se retiraron á Pamplona, y sin contar con los de Aragon, alzaron por su rey á D. García Ramirez, hijo del infante D. Ramiro, separándose así de nuevo la Navarra de Aragon, despues de medio siglo que hacia estaban unidas formando un solo reino. Los aragoneses, en las Córtes de Monzon, proclamaron por su rey al monje Ramiro, y el papa Inocencio II le dispensó que pudiese, no solo salir del claustro, sino casarse con Doña Ines, hija de los condes de Poitiers y hermana del duque de Aquitania. En el año de 1134 abandonó D. Ramiro el hábito que por cuarenta años habia vestido, y ciñó en su frente la corona real empuñando el cetro. Castilla, que aspiraba á alzarse con una parte de la herencia de Aragon, alegó sus derechos á la corona para su rey D. Alfonso, como biznieto de Sancho *el Mayor* de Navarra, y movió sus ejércitos, apoderándose de las plazas de Rioja que habian poseido los monarcas castellanos; y so pretexto de socorrer á Zaragoza contra los ataques de los Almoravides, iba cercando á aquella ciudad un poderoso ejército. Ni Aragon ni Navarra eran bastante poderosos para resistir las fuerzas de Alfonso VII, el cual entró sin resistencia en Zaragoza, donde se hallaba el Rey monje el mes de Diciembre, y éste, entrando en tratos con él, amante de la paz, le cedió la ciudad de Zaragoza con toda la parte del reino de Aragon del lado del Ebro, reconociéndose feudario del monarca castellano. D. Alfonso confirmó, como nuevo rey, á las iglesias de Zaragoza los privilegios que les habia concedido el

otro D. Alfonso, renombrado *el Batallador*, y D. Ramiro se retiró á Huesca, contentándose con titularse rey de Aragon, de Sobrarbe y Ribagorza, y suponiendo en los documentos públicos vasallo suyo al monarca de Navarra. Entónces fué cuando Alfonso VII, al ver bajo su dependencia á tan poderosos príncipes, juzgó que podia tomar el título de emperador, como lo verificó en las Córtes de Leon el año de 1135. Aragon y Navarra, con sus dos reinos y sus dos reyes, no permanecian nunca en paz, y se veian precisados para desposeerse de la proteccion del Emperador. Aragon miraba siempre á Navarra como una parte integrante de su monarquía, y los navarros consideraban á D. Ramiro incapaz de llevar la corona por su profesion, su estado y su edad; y de aquí nacian contínuas perturbaciones que ocasionaban grandes daños en los lugares de las mal deslindadas fronteras. Acordóse para poner término á estos males el nombramiento de tres jueces por cada uno de los reinos para que como árbitros compromisarios decidiesen las cuestiones. Este jurado nacional se reunió en Vadoluengo, y el arbitrio que tomaron fué que cada uno de los dos reyes gobernase sus estados, pero que D. Ramiro fuese considerado como padre, y D. García como hijo, y que los términos de Aragon y de Navarra fuesen los mismos que en otros tiempos habia señalado D. Sancho *el Mayor*. Esta sentencia, dada con el mejor acuerdo é intencion, no produjo efecto, ni fué bastante á cortar el gérmen de discordia que existia entre los dos monarcas. Manifestaron ambos conformarse con su fallo, y en su virtud pasó D. Ramiro á Pamplona para dar seguridades y establecer un convenio. Con gran pompa y aparente afecto fué recibido por el rey de Navarra; mas sabedor por uno de los caballeros navarros de que D. García trataba de apoderarse de su persona, huyó disfrazado con cinco caballeros, saliendo de Pamplona y caminando toda la noche hasta el monasterio de S. Salvador de Leire, desde donde despues se trasladó á Huesca. D. García comenzó á disponer los medios de hacerle la guerra en el mismo Aragon, contando con varios caballeros y ricoshombres de aquel reino, á quienes el Rey monje habia ido con pródiga y mal entendida largueza dando los lugares y castillos de su reino, encontrándose así tan debilitada su autoridad, que ni obtenia la consideracion de los grandes, ni áun del pueblo, que por menosprecio le llamaba Rey *Cogulla*. Al ver las nuevas desgracias que le amagaban, y no teniendo D. Ramiro quien le aconsejase en el apuro en que se veia, cuenta la crónica que envió secretamente un mensajero al abad del monasterio de S. Ponce de Tomeras para que le dijese lo que habia de hacer, y éste, entrando con el enviado en un huerto donde labraba unas hortalizas, se entretuvo en presencia suya en ir cortando y derribando con una hoz los cogollos más altos de todas las plantas y yerbas que en el huerto habia, dándole por respuesta única dijese al

Rey lo que le habia visto hacer. Así lo hizo el mensajero, y D. Ramiro, que era hombre de grande inteligencia, comprendió el emblema del abad y determinó ponerle en práctica. Convocó Córtes en Huesca, y á ellas acudieron todos los grandes señores y ricoshombres del reino, y les propuso un enigma muy raro. Les dijo que intentaba mandar construir una campana cuyo sonido se oyese en todo el reino, con el objeto de convocar á junta siempre que fuera necesario. Aquel proyecto excitó la risa y la burla de los magnates aragoneses, que no penetraron la oculta y misteriosa significacion. La campana ideal que mandó construir, hablando metafóricamente, resonó de un modo terrible y poderoso en todo el reino de Aragon y sobresaltó á todos cuantos la oyeron, puesto que un dia, en que desapercibidos iban juntándose en su palacio los grandes, mandó prender y cortar la cabeza á quince de ellos y á algunos mercaderes aragoneses que habian sido los más exaltados revolucionarios. Hizo colgar las cabezas en una bóveda subterránea circular, que aún se conserva, en forma de campana. En seguida hizo una confederacion con D. Alfonso de Castilla, y contando con sus Córtes, las comunicó el pensamiento de dejar aquella corona que á la fuerza habia colocado sobre su frente, tan erizada de espinas y dificultades, retirándose otra vez á la vida religiosa y privada, pues que ya tenia una hija en quien podia recaer la sucesion de la corona. Renunció, pues, el trono en favor de Doña Petronila, casada con D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona, en 1137; y declarando en las Córtes á éste sucesor en el reino, se volvió á su monasterio, donde practicó de nuevo con fervor la regla monástica, muriendo en él por el mes de Agosto del año de 1147. El reino de Aragon, que en la época del hermano de D. Ramiro, Alfonso *el Batallador*, parecia que iba á absorber todos los estados cristianos de España, sufrió con Ramiro *el Monje* la desmembracion de Navarra, se hizo feudatario del de Castilla, y terminó al volverse al monasterio D. Ramiro por incorporarse al condado de Barcelona, acabando aquí la línea masculina de los fuertes monarcas aragoneses, á los ciento cuatro años de haber comenzado á reinar el primer Ramiro, concluyendo en un monje, que en tres años trocó el sayal y la cogulla por el manto y la diadema real, cambió el sacerdocio por el matrimonio, tuvo una hija, la desposó, enajenó el reino, y tornó á morir tranquilo á su retiro.—C. de F.

RAMIS (Domingo), religioso dominico del convento de Palma. *Diccionario heráldico de los escudos de armas que usaron los antiguos lemosinos mallorquines en sus adargas y paveses*, dos tomos en 4.° Mss. con nota del lugar de donde se ha sacado cada escudo.—*Genealogía de los reyes de Mallorca, con un discurso preliminar sobre el establecimiento de la monarquía mallorquina*. Mss. Creemos que para la formacion de la primera obra se valió

de la *adarga*, manuscrito del hermano Ramon Calafat, que murió en Palma á 17 de Febrero de 1823. —J. B. de R.

RAMIS Y RAMIS (José), natural de Mahon, donde nació en 19 de Abril de 1766. Hizo sus estudios en Palma, donde fué condecorado con el grado de bachiller en filosofía el 2 de Setiembre de 1788: recibió el de teología en 12 de Octubre de 1790, y en 16 del mismo mes y año fué creado doctor en la misma facultad. Ordenado de presbítero en 18 de Setiembre del expresado año de 1790, obtuvo y regentó un beneficio el resto de su vida en la parroquia de Sta. María de Mahon. Compuso veinticuatro cartas muy extensas sobre varios puntos de agricultura y economía rural, contraidas á la isla de Menorca, las que retractó en vulgar, para más instruccion de la gente del campo. Falleció en 10 de Abril de 1821. —J. B. de R.

RAMISEO (San Francisco), trinitario escocés, de una antigua y esclarecida familia que dió á su patria muchos é insignes varones: algunos autores escriben su apellido *Ramseo* y otros *Ramsago*, pero el verdadero es *Ramiseo*, linaje á que pertenecieron, entre otros ilustres varones, el abad de Arbilzocht y obispo de Mustchlaro y Aberdonia, Fr. Pedro de Ramiseo, que floreció por los años de 1254, de quien nos ocuparemos despues, y Guillermo Ramiseo, varon de claro ingenio y compañero de Jorge Buchmann en la universidad de París, y el cual se distinguió mucho y obtuvo grande reputacion en las universidades de Coimbra y Bolonia. De esta generosa casa y de este árbol ilustre salió Francisco, gloria y lustre de la religion trinitaria, para dar á la Iglesia sazonados frutos, y cuyos padres sobre ser tan nobles eran tan dados á la virtud y á la caridad, que su palacio era llamado el palacio de los Santos. Su padre se llamó Ramiseo y su madre Edmunda Funes, siéndole igual por la sangre y las virtudes. Nació Francisco el dia 4 de Octubre, cuando á el alba las campanas daban la señal, en el convento de los Menores, de celebrarse la fiesta del santo Patriarca, y aunque no habia habido en su linaje ninguno de su nombre, sus padres le pusieron el de Francisco en la pila bautismal y pidieron al seráfico santo el que les alcanzase de Dios que su hijo fuese un serafin abrasado en su divino amor, peticion que escuchó su Divina Majestad anunciándolo con diferentes presagios que refiere la crónica de esta manera: «Criólo su madre á sus pechos, para comunicarle con el alimento buenas inclinaciones; y así las sacó, pues desde que despuntó á los movimientos naturales, solia Francisco poner los brazos y manos en cruz; los cuales, viéndolos una persona justa y que estaba en opinion de verdadera virtud, dijo: «Este niño ha de ser obispo.» Habló nuestro Francisco temprano, y comenzó por Jesus y María su habla; ó fueron Jesus y María las voces primeras que pronunció. Aprendió presto la doctrina de cristiano, y la decia con tal gracia que lo solian

traer por juguete las señoras para que les dijese las oraciones, y la doctrina cristiana por las muchas sales con que la decia. Llegó el tiempo de aprender los rudimentos primeros de las letras, y supo leer y escribir con mucha brevedad; y aplicado despues al estudio de la gramática, fué de admiracion, porque viendo un niño de pocos años, se adelantó á otros que tenian en edad y en los estudios más tiempo. Francisco tuvo siempre desde niño gran devocion de rezar el rosario de la Vírgen Santísima y asistir á los templos á ayudar misas y visitar los altares, y tuvo cuidado de huir de los juegos que tenian por diversion los otros niños de su edad; desde niño hizo su caudal de devocionarios y estampas; y su entretenimiento era leer estos libros y rezar á los santos de sus estampas; y así estaba recogido en su casa todo el tiempo que se desembarazaba de la asistencia al estudio y á la iglesia.» Dedicáronle sus padres á los estudios, enviándole á la universidad de Oxford en Inglaterra, y Francisco por obediencia estudió el derecho civil y canónico, en que hizo grandes adelantos, y hubiera quizá desempeñado alguna cátedra, si no le hubiesen sus padres llamado á su casa, deseosos como se hallaban de tenerle á su lado y gozar de su presencia. Hé aqui cómo refiere la crónica su método de vida ínterin siguió los estudios: «En el tiempo que Francisco estuvo en Oxonio asistia á sus aulas con gran puntualidad, y lo restante del tiempo, ó buscaba conferencias con los de su facultad, ó se iba á los conventos á hablar con los religiosos, en conferencias de virtudes; porque este estudio le gustaba tanto como el otro; y así salió bien aprovechado de ambos. Hizo muchas limosnas á pobres, socorrió muchas necesidades, y se quitaba ó cercenaba del gasto del alimento y vestido por remediar á los prójimos. En honor de la Santísima Trinidad destinaba tres dias en la semana, lunes, miércoles y viernes; y el sábado en honor de María Santísima. Era aficionadísimo á leer, y solicitaba papeles así de su facultad como de historias sagradas y vidas de santos; porque libros profanos jamás le agradó ninguno, ántes si llegaba á su mano alguno, áun no le queria acabar de leer el título, solo por ser libro profano. Fué, en fin, nuestro Francisco un estudiante muy quieto, recogido y retirado; y lo componia con tal discrecion, que el agrado y cariño con que en las áulas trataba á los compañeros, les hacia disimulára la displicencia que pudiera ocasionarles el tiempo que no le veian ó se retiraba de ellos.» En cuanto regresó á su casa comenzó á hacer relaciones con los sabios y en los monasterios para obtener escritos de las materias de su agrado, siendo muchos y muy notables los que le dieron y recogió, que puede muy bien formar con ellos una pequeña biblioteca, la que clasificó á su manera, pues, dice su biógrafo, «puso sus papeles en órden, los del derecho aparte, aparte tambien los de historia, á otra las vidas de santos, y á otra los místicos.» Comenzó

luego á leerlos, y cuando se cansaba de un estudio era su descanso dedicarse á otro; y cuando leia vidas de santos, procuraba imitar sus virtudes; y cuando leia libros místicos, era con el deseo de aprender á orar y recogerse interiormente. Era Francisco natural de la ciudad Brechinense ó Berchiense, cabeza de obispado, y cuyo obispo, llamado Eduardo, habia fundado un convento de Trinitarios en 1253, el cual era uno de los mejores de aquella provincia. Gobernábala un célebre doctor llamado Fr. Orberto, no ménos distinguido como teólogo que como predicador y como místico. Deseoso Francisco de adelantar en la oracion, consultó con este padre y le tomó por director, comenzando con este maestro los santos ejercicios á los tiempos y horas que le señalaba, y acompañando la oracion con diferentes mortificaciones. Ejecutaba todo esto con tanta prudencia y discrecion, que en su casa ni áun llegaron á presumir cuáles eran sus designios. Deseaba su padre que se consagrase al ejercicio del foro, para verle brillar en un campo tan á propósito con los antecedentes de su familia, y Francisco cedió á los proyectos de su padre, siendo tanta la reputacion que se conquistó en breve tiempo, que llegó á gozar el nombre del mejor abogado de la comarca. Como no le llevaba el interés ni mucho ménos la codicia, y obraba siempre conforme á su conciencia, sentenció con arreglo á la justicia; cuando alguna de las causas en que él actuaba iban en grado de apelacion al parlamento, venian siempre confirmadas en la sentencia. Manifestóse gran defensor de viudas, pobres y huérfanos, á los que no solo no interesaba nada por sus derechos, sino que les ayudaba para los demás gastos que se les ofrecian en sus pleitos, de donde procedió el darle con el dictado de docto el de abogado santo. Cansado un dia del estudio de las leyes, se puso á rebuscar los papeles que habia traido, y encontró unos que jamás habia leido ni registrado. Leyó su epígrafe y decian: *Papeles del Colegio de la Santísima Trinidad de Oxford;* y al levantar la cubierta, vió que comenzaba el primer pliego con este rótulo: *Vida de S. Roberto de Kaneresburgo;* leyó Francisco toda la vida del Santo, y no pudiendo nunca acabar de leerla, la leyó hasta tres veces seguidas. «Cuando la acabó la última, poniéndose una mano en la frente, y un brazo en la silla, comenzó á decir en alta voz: ¡Oh Altísimo Dios! ¡qué incomprensibles que son tus juicios! ¡Y cuán investigables tus caminos! ¡Que un tosco y pobre pellico de un despreciado pastor, y tosco saco de un solitario los elevases á tanta gloria! ¡Y que el pastor le trajeses á tu misma casa con tu voz y con tu aviso, para que lograse las felicidades eternas, y ganase al infierno tanto triunfo! ¡Ah! Francisco, hazte á ti el argumento que se hizo S. Agustin, habiendo leido la vida de S. Antonio Abad. Se levantan los indoctos y arrebatan los cielos, y nosotros con las letras hemos de caminar al profundo. ¡Francisco, el que te deparó esta vida para leerla, quizá

tambien te la deparó para imitarla!» Conmovióse entónces de tal manera el corazon de Francisco, que le hizo derramar un torrente de lágrimas, el que no pudiendo reprimir, cerró la puerta de su estudio, y postrado en tierra se puso en oracion, pidiendo á Dios le enseñase el camino que fuese más de su agrado: continuó durante toda la noche, que pasó en vigilia, la misma peticion, y al dia siguiente por la mañana temprano se fué al convento de Trinitarios, y llamó á su padre espiritual, contándole todo lo que le habia pasado, lo que hizo con tantas lágrimas y suspiros, que hubo necesidad de llevarle á un lugar apartado, por lo mucho que llamaba la atencion. Despues de haberle oido, le dijo el P. Fr. Orberto. «No es este caso, hijo, para resolverlo presto, que pide mucha inspeccion el tomar rumbo nuevo y extraordinario de servir á Dios. Y así, repórtese y pida á Dios Padre le asista con su poder; á Dios Hijo con su sabiduría, y á Dios Espíritu Santo con su amor; y tres dias á honra y gloria de la Santísima Trinidad haga continua penitencia, ayune y tenga tres horas de oracion, para que Dios disponga lo que fuese más de su agrado.» Marchó con esto Francisco á su casa, y para poder ejecutarlo, pidió permiso á su padre, y se retiró á una quinta que tenia no léjos de la ciudad. Cumplió allí exactamente todo lo que le fué mandado por su padre espiritual, empleando el tiempo que le quedaba libre en meditar sobre lo que le estaba acaeciendo. «Yo, decia el piadoso jóven, he leido muchas vidas de santos, ¿cómo ninguna me ha hecho la impresion que la de este S. Roberto. Ser este santo religioso trinitario, serlo tambien mi padre espiritual, y dirigir mi oracion y ejercicios á la Santísima Trinidad, ¿si querrá por ventura la Trinidad Beatísima, que yo me vaya á su casa y sea religioso suyo?» Luego volvia Francisco y deshacia el discurso, y por fin le dejaba á Dios la disposicion del camino, que para servirle habia de elegir. Pasó Francisco los tres dias de oracion y ejercicios, y al cabo de ellos, decidió emplear otros tres en los mismos ejercicios en honor de María Santísima, para que la Santísima Trinidad, por ruegos de nuestra Señora, le diese luz y acierto en seguir rumbo ó camino para servirle. Hízolo así, y la última noche en el sueño se le apareció María Santísima, dice la crónica, vestida con el hábito de nuestra religion de la Santísima Trinidad, y nuestros dos santísimos patriarcas S. Juan y S. Felix de Valois, y le dijo: «Francisco, el hábito en que nos ves, es en el que has de vivir y morir, aunque has de mudar de estado; y echándole María Santísima la bendicion, desapareció de su presencia.» Despertó Francisco de su sueño, y se fué luego á la ciudad para dar cuenta de él á su padre espiritual; pasó despues al convento de Trinitarios para ver al P. Fr. Orberto, y habiéndole referido lo que habia soñado, le contestó el Padre: «Que él habia tenido el mismo sueño, con las mismas circunstancias, y que le mandaron los dos santos Pa-

triarcas, que asistian á nuestra Señora, que le dijese: que era voluntad de Dios el que tomase el santo hábito de nuestra Religion Trinitaria, y así se lo aconsejaba. Francisco, oyendo esto á su confesor, determinó entrar en esta Orden cuanto ántes pudiese, aunque tuviera que vencer las mayores dificultades. Miéntras pasaban estos sucesos, los padres de Francisco creyendo que pensaba tomar el estado del matrimonio, quisieron hablarle proponiéndole algunas señoras iguales en calidad, y diciéndole que pedirian ó solicitarian para esposa suya aquella que fuese más de su eleccion. Oyó Francisco la propuesta, y contestó á sus padres. «Que no elegia el estado del matrimonio y sí el de religioso, y que le darian gran gusto en conformarse con su voluntad.» Quedáronse sus padres confusos al oir esto, pero temerosos de Dios, no quisieron contradecir el que se consagrase su hijo á su divino servicio. Díjoles tambien la religion que elegia, y su padre partió luego al convento de Trinitarios á ver al ministro, y hacer la peticion para que vistiese su hijo el santo hábito. Extrañólo mucho el P. Ministro, y le preguntó el motivo de la pretension; á que le contestó que era la eleccion de su hijo, y que no se atrevia á contradecir el que se consagrase á Dios en la religion. Dispuesto lo necesario, tomó Francisco el hábito de mano del P. Dr. y Ministro Fr. Orberto, que como director espiritual suyo conocia muy bien su interior, y al colocarle en el noviciado, encargó al maestro que cuidase con especialidad de aquel novicio. El maestro creyó que era que le dispensase en algunas cosas, pero el ministro le replicó: No digo, Padre, que lo releve, sino que lo atienda, y note sus operaciones todas, porque asi conviene. Hízolo el maestro como se le habia encomendado, y halló en el novicio una profunda humildad, una ciega obediencia, una abstinencia continua y una diligencia y actividad tan grandes en todas las prácticas de la comunidad, que siempre le hallaba dispuesto á desempeñarlas á todas horas. Trató de mortificarle y castigarle sin causa, y notó una paciencia á toda prueba, de manera que cuando tuvo que dar informes para que se le admitiese á la profesion, dijo á la comunidad: «Padres, recibiremos un santo en el novicio, porque no he visto en él nada que no sea una virtud.» Profesó, pues, Francisco á su debido tiempo con tanto placer suyo como de sus padres y de la comunidad, y dando luego cuenta el P. Ministro á los superiores, del gran talento y virtudes del nuevo profeso, decidieron que pasase al convento de Aberdonia, donde se habian retirado tres doctores, dos de Oxford, y uno de Cambridge, para que estudiase allí la teología escolástica y positiva, pues en la moral estaba suficientemente versado. Ejecutóse esto para no alejar mucho á Francisco de sus padres, y pasó á Aberdonia comenzándole á enseñar los doctores, y como era él de excelente ingenio, adelantó de tal manera en breve tiempo, que sus argumentos hacian vacilar muchas veces á los doctores, y

hablaban de Fr. Francisco con no poca admiracion. Mas éste no solo se consagró al estudio de la teología, sino tambien al de las virtudes; acudiendo constantemente al coro y demás ejercicios de la comunidad, prosiguiendo en sus ayunos, disciplinas y silicios, y guardando casi constante silencio. Eligió por padre espiritual á uno de los padres doctores, y era extraordinaria la obediencia que le tenia en todo; asistia á los tres padres doctores, maestros suyos, como si fuese un donado y no tuviese otra ocupacion, y en medio de todos estos afanes y trabajos, no le faltaba vagar para sus largas y frecuentes oraciones. Terminó, por último, sus estudios de teología con tanto aprovechamiento, que se le suponia y con razon en estado de enseñar esta facultad. Llegó al fin el tiempo de ordenarse sacerdote, y pasó á su convento por súplica y peticion que hicieron sus padres á los prelados de la religion, y diciéndole en aquella ocasion los religiosos de Aberdonia, si iba gustoso á su tierra, les contestó: «Padres, solo en la obediencia estoy gustoso; que la verdadera patria es el cielo; los padres, nuestros santísimos patriarcas; y los religiosos que estan en la gloria, nuestros verdaderos hermanos.» Ordenado ya de sacerdote, y despues de haber celebrado su primera misa en presencia de sus padres, les pidió licencia para volver al convento de Aberdonia, donde el P. Ministro y los doctores le consagraron desde luego al púlpito. En este ejercicio manifestó sus grandes cualidades, expresándose con elocuencia, discurriendo con lógica, y persuadiendo con mucha eficacia; y como todo esto iba acompañado de sus no vulgares virtudes, obtuvo notable fruto en la predicacion. Acudia siempre á sus sermones tal auditorio y concurso, que se llenaba la iglesia de gente, de manera que no podia entrar nadie en ella, quedándose mucha fuera sin que por esto se retirase, ántes continuaba á la puerta con la esperanza de poder entrar, ó por si podian oir tal cual palabra. Asistia tambien Fr. Francisco al confesonario en que cogió los frutos de su doctrina, sacando á muchos pecadores del cieno de las culpas, y reduciéndolos á verdadera penitencia, y como no solo estaba versado en la teoría sino tambien en la práctica, formó un gran plantel de almas que hicieron notables adelantos con su direccion y admirable doctrina. A pesar de la estimacion y aprecio que mereció en todas partes el Fr. Francisco, se manifestaba siempre más humilde, vivia más retirado y procuraba estar más oculto. Diciéndole un dia un religioso anciano: Padre Francisco, ¿por qué es tan retraido? Respondió sin vacilar: «Padre, soy mozo, y es importante la cautela, como aconseja S. Pablo.» Uno de los padres doctores le dijo: Padre, el trabajo que tiene es mucho, y la vida que hace es excesivamente rigurosa, modérela algo. A que respondió el Santo: Padre, si San Pablo, cuando predicaba, dice que castigaba su cuerpo, y lo traia en servidumbre, porque no fuese que peligrase él, predicando á otros; Fr. Fran-

cisco siendo tan grande pecador ¿qué deberá hacer con su cuerpo? Le mandó el prelado una vez, que no fuese á coro á maitines á media noche, porque era inmenso el trabajo que tenia: el Santo obedeció el precepto y para cumplir con él sin faltar á su devocion, tomó el discreto medio de no ir á maitines á media noche al coro, que fué lo que le mandó el prelado, pero se levantaba á la misma hora y los rezaba en su celda, y continuaba luego en oracion hasta que se habian dormido todos los religiosos. Supo el prelado la interpretacion que habia dado Fr. Francisco á su precepto, y doliéndose de su descuido, le mandó que ni en aquella hora de la noche ni en ninguna otra, se levantase de la cama, ni se entregase más que al sueño y al descanso. La fama que por sus letras y virtudes habia adquirido Fr. Francisco fué causa de que le reclamase su convento, escribiendo al superior, á lo que cooperaron sus padres y hermanos, desosos de verle de nuevo en su pais. Opusiéronse el convento y la ciudad de Aberdonia, porque no sabian cómo llenar el vacío que iba á dejar este padre, llegando á tal extremo la competencia, que viendo los religiosos de su convento que no habia medio para volver á su casa á Fr. Francisco, y acaeciendo por entónces el que el P. Ministro renunció su oficio por el grande atraso de las rentas y falta de limosnas que habia en el monasterio; entraron en capitulo los religiosos y le eligieron unánimemente por ministro, escribiendo despues la comunidad al P. Provincial, representándole el estado del convento y que solo podia remediarlo el P. Fr. Francisco Ramiseo por hijo de la casa y de la ciudad y por sus grandes prendas y talento; y así le pedian confirmase la eleccion, y en caso necesario le mandase que aceptára el oficio de ministro. Accedió el superior á la peticion de la ciudad, convencido de la justicia de su súplica y rezelando que el P. Ramiseo no aceptaria voluntariamente el cargo, se lo mandó en virtud de santa obediencia y así se vió obligado á aceptar el oficio. Despidióse Fr. Francisco de los religiosos del convento de Aberdonia y de los bienhechores de aquella casa con no poco sentimiento de todos, y partió para tomar posesion de su cargo. Luego que llegó á su convento reunió á la comunidad, y la dirigió una elocuente plática de manera que los religiosos quedaron admirados y muy satisfechos de su acertada eleccion. El estado en que se hallaba el convento era triste y lastimoso. El edificio amenazaba ruinas por algunas partes, no habia provisiones ni áun para un mes, las haciendas estaban casi perdidas por falta de cultivo, las limosnas eran escasas, y así los religiosos estaban mal vestidos y no muy bien sustentados. Mucho sintió el nuevo Padre Ministro la ruina ó atraso de su casa, mas no se acobardó ni desesperó del remedio. Se dirigió el Santo á sus padres y hermanos y otros sugetos conocidos, y pidiéndoles algunas cantidades, compró en primer lugar todo aquello que se necesitaba para la asistencia del convento procurando desde luego

vestir á los religiosos y hacer prevencion de todos los víveres necesarios para su sustento. Procuró despues que se observase con el más perfecto rigor la observancia regular, siendo él el primero que asistia á todos los actos de la comunidad. Con esto y los buenos ejemplares que daba el prelado á los religiosos, no tardó en convertir el convento en un santuario. Comenzó tambien el santo Ministro á frecuentar el púlpito y el confesonario, y en breve tiempo se ganó el afecto y la consideracion de las principales personas de la ciudad; y como todos conocian el mal estado del convento, fueron tantas y tan copiosas las limosnas con que le socorrieron, que no hacia aún un año que gobernaba el monasterio cuando ya le habia reedificado en su mayor parte, reparado las haciendas y provisto á la comunidad de alimentos y vestidos. Mucho admiraba á los religiosos y seglares el porte del bendito P. Fr. Francisco y su gran religiosidad, dirigido todo con admirable discrecion. Tenia á la sazon el P. Ramiseo treinta y dos años, y todos se admiraban de su virtud y prudencia en prelado tan jóven y de tan escasa esperiencia. Era tan riguroso para él como suave y cortés con los demás religiosos: reprendia siempre que á ello se veia obligado, pero con palabras tan cortas y comedidas, que dejaba á los reprendidos obligados, como dice la crónica. Era su natural cortés y afable, y en su rostro brillaba siempre la alegría, y como se hacia querer de los religiosos no solo por estas prendas sino por los grandes servicios que les prestaba, proveyéndoles de sustento y vestido, era tan grande el afecto con que le miraban, que nunca les pareció ningun mandato suyo duro ni dificultoso. Determinó que guardasen los religiosos la más estrecha clausura, de manera que rara vez se les veia por las calles, suavizando aquella con proporcionar algunos recreos á la comunidad durante el año, lo que hacia con tal arte, que jamás pareció el recogimiento excesivo á ningun religioso. Continuó el P. Ramiseo gobernando el convento durante todo su trienio, y cuando terminó el oficio, dejó bien aseguradas y aumentadas las rentas de la comunidad, tanto que competia con las mayores y mejores de la isla. El edificio le habia levantado casi por completo, adornado de nuevo la iglesia y aumentado con muchos ornamentos la sacristía. Viendo los religiosos que acababa ya el santo padre su oficio y que el que le sucediese no podia cumplir de ninguna manera como él, escribieron con instancias al P. Provincial para que les sacase dispensa con el objeto de volver á elegir otra vez por ministro al P. Fr. Francisco, suplicándole al mismo tiempo que si se lograba el elegirle por segunda vez, que le mandase ó le obligase á admitir de nuevo el cargo. Solicitó el P. Provincial la dispensa, y obtenida la remitió al convento, sin que tuviese de ello la menor noticia el P. Ramiseo. Llegó, pues, el dia en que terminaba en su cometido, y al siguiente pasaron los religiosos á elegir prelado, saliendo Fr. Francisco

electo por todos los votos excepto el suyo, no sin particular sentimiento, el que se aumentó cuando le mandó el P. Provincial, en virtud de santa obediencia, que aceptase el oficio en que lo confirmaba. Cedió, pues, el buen religioso por cumplir con la obediencia, y comenzó por segunda vez á gobernar su convento. Como el P. Fr. Francisco ganaba muchas almas para Dios y méritos para sí, no tardó la envidia en poner su paciencia á una dura prueba que se refiere en la crónica de la manera siguiente. Murieron los Padres del beato Francisco, y habiendo cumplido como hijo y religioso con las almas de los que le habian dado el ser despues de Dios, se pasó despues á prácticar la division ó particion de los bienes libres ó no vinculados que dejaron, y se movió una contienda contra el B. Francisco, porque el santo Padre pidió en nombre de su convento la legítima paterna y materna, que le tocaba como á hijo, el cual derecho habia recaido en el convento por no haberlo él renunciado en cuanto á la hacienda libre ántes de hacer su profesion. Los maridos de sus hermanas, que esperaban tambien cargar con la parte de hacienda que le tocaba al B. Francisco, se le opusieron destemplados sobre esto; mas el santo Padre persuadió al juez que en conciencia y en justicia le tocaba á su convento su parte de la hacienda libre; y por último, la consiguió como la pedia, á costa de gran ejercicio de mansedumbre y paciencia, especialmente con sus cuñados. Quedó la codicia de los maridos de las hermanas del santo Padre tan sentida de este caso, que convirtió en perjudicial odio el amor que al B. Francisco le tenian ántes, y así empezaron á decir mal del santo Padre, y á mover para lo mismo á sus hermanas y á otros, solicitando con injustas voces el apearse de aquella buena fama y opinion en que le tenian todos; sobre esto le hacian otros desaires, y asi las hermanas como sus maridos, si le encontraban tal vez al santo Padre, aunque fuese delante de mucha gente, le decian en voz alta de modo que todos y el santo Padre lo podian oir : *Afrenta de los Ramiseos, nunca tú hubieras nacido!* Escribian tambien contra él á los superiores cada dia injustas razones, y solicitaban que otros sus amigos hiciesen lo mismo; y por último, ejecutaron cuanto en la malignidad discurrieron. La paciencia y la constancia del bendito Padre resplandecia en esta persecucion, al modo que el sol por entre nubes cuando se va á mostrar claro. No se le oyó nunca la menor queja, ni dió jamás á las imposturas disculpa, y atribuyendo todo esto que padecia á sus pecados, le decia al Señor : « Padezca yo cuanto fuese de vuestra voluntad, pues vuestra voluntad quiso padecer tanto por mí. » Pedíale al Señor continuamente por todos sus perseguidores, y no omitia el ejecutar con ellos accion ninguna de mansedumbre y de caridad. Viendo que su paciencia y silencio no apagaban aquel fuego, escribió al superior que le absolviese del oficio de ministro y lo sacase

de aquella tierra. Bien conoció el P. Provincial la inculpable vida del bendito Francisco y el encono de los suyos, y estaba en defenderlo y en que prosiguiese su oficio; mas discurriendo por otra parte que de permanecer allí le podia venir á su persona mayor daño, y á la religion detrimento, determinó darle el consuelo que le pedia, y así le admitió la renuncia y le absolvió del oficio de ministro, y le respondió que quedaba con el cuidado de enviarlo cuanto ántes á otro convento. Hallábase el P. Provincial meditando en esto último, cuando llegó un religioso del convento de Candida Casa con cartas del P. Ministro y la comunidad, pidiendo asignaciones para la mayor parte de los religiosos en otros conventos, porque no podia sustentarse en aquel tan gran número de religiosos. Pareció al P. Provincial que era esta buena ocasion para sacar al P. Ramiseo de su patria, y que mejoraria el convento de Candida Casa si iba á él por ministro, y así escribió al que lo era en Candida Casa que le admitiria la renuncia si se hallaba dispuesto á hacerla de su oficio para librarse de los disgustos que le rodeaban, y que si la comunidad elegia al P. Ramiseo para sucederle, que le parecia seria muy útil al convento, por lo que debian hacer en él su eleccion, y les daba palabra de obligarle á que aceptase. La respuesta del ministro de Candida Casa fué enviar la renuncia de su cargo, que aceptó el P. Provincial, eligiendo luego el convento al P. Ramiseo, y requiriendo al P. Provincial la palabra que habia dado de obligarle á que aceptase el oficio. Hízolo así el P. Provincial, y se lo mandó en virtud de santa obediencia. Sintiólo mucho el P. Ramiseo; pero viéndose precisado con el precepto de su superior, no pudo ménos de obedecer, y procuró disponer su viaje lo más presto que le fué posible. Con esta ocasion se terminaron las querellas que de antiguo traia con su familia, lo que refiere la crónica de la manera siguiente: «Saliendo á despedirse de sus deudos y de los bienhechores del convento, las primeras casas donde fué fueron las de sus hermanas, y logró la ocasion de hallar en ellas á sus maridos; alteráronse grandemente al principio, mas el bendito Padre con su mucha humildad y su blandura los reportó. Díjoles el empleo en que la religion le ocupaba, y cómo se disponia para ejecutarlo luego. Las hermanas lloraron amargamente su ausencia, y fué causa para que los maridos conociesen sus yerros, y arrepentidos le pidiesen perdon de todo lo que contra él habian dicho y ejecutado. El bendito Padre, sin inmutar el semblante, les echó los brazos al cuello y les dijo: Hermanos mios, yo aunque no conozco que os haya ofendido, podrá ser que me engañe mi amor propio ó mi ignorancia, y así yo os perdono y os pido perdon de mis yerros. Con esto quedaron en paz y amor con el santo Padre y tan edificados de su virtud, que ayudados de las divinas inspiraciones se resolvieron á mudar de vida. Buscando director, hallaron un santo padre del órden de Predicadores, el

cual les dijo que teniendo Dios levantado contra ellos el azote de su justicia, habia trocado los rigores en piedades por los ruegos de su querido siervo Francisco. Y desde entónces, así en sus palabras como en sus escritos, fueron los que proclamaron más la sólida virtud de su hermano el P. Fray Francisco Ramiseo.» Dirigióse éste á su nuevo convento, y cuando llegó á él le encontró tan mal parado en todo lo temporal, que causaba dolor y lástima. Recogióse en su celda, y pasó toda la noche en oracion con lágrimas y suspiros, pidiendo á la Santísima Trinidad remedio para su casa, y poniendo por intercesora á María Santísima del Remedio. Al dia siguiente por la mañana envió el Obispo de aquella diócesis una grande limosna al convento, de manera que tuvo para sustentar á la comunidad durante algun tiempo. Fueron luego á visitarle muchos eclesiásticos nobles y personas acomodadas de aquella ciudad, y movió Dios su corazon á hacerles algunas limosnas, de manera que en pocos dias estaba ya el convento provisto de víveres para más de medio año. Hizo el P. Francisco especiales cultos á la Santísima Trinidad y á María Santísima de los Remedios por las particulares providencias con que le habian favorecido, y comenzó á gobernar aquel convento con la prudencia y observancia religiosa que habia gobernado su casa de profesion. Comenzó tambien á predicar y asistir al confesonario, y se ganó de tal manera la voluntad del Obispo, que no obraba nada sin oir el parecer del P. Ministro, porque le salia siempre bien lo que por su parecer ejecutaba. Ganó tambien la voluntad de los eclesiásticos, de los nobles y demás personas notables de aquella ciudad, porque todos veian en Francisco una humildad profunda, una caridad ardiente, un trato afable y religioso, un retiro discreto, una paciencia grande, y en el trabajo una constante asistencia. Predicaba el santo prelado las verdades con toda claridad, pero las decia con tal gracia, que todos quedaban admirados y desengañados no pocos. Asistia al confesonario sin cansarse nunca, y sabia dirigir con tal acierto á los penitentes, que con las razones y palabras con que otros confesores los dejaban agraviados ó resentidos, los dejaba él contentos y obligados. Mejoró el Padre el convento, y aumentó algunas de sus rentas; mas viendo que era aún pequeña la congrua, discurrió el medio de aumentarla sin el menor gravámen de los vecinos. Hallábase aquel convento situado entre dos palacios, el del Obispo y el del conde de Marria, habiendo delante de él una extensa plaza. Habló el P. Ramiseo al obispo, al conde y ayuntamiento de la ciudad, y pidió que se cediese aquella plaza al convento para que se celebrasen en ella las ferias públicas el dia de la Santísima Trinidad y otros. Parecióles pequeña la peticion para lo mucho que estimaban al santo Ministro, y cada uno en lo que á él le tocaba no vaciló en hacer la concesion. Despues de obtenida, levantó el P. Ramiseo tiendas, dividió los

sitios para los ganados, y sacó licencia para que los PP. Ministros de aquel convento designasen el precio á las cosas venales. Hizo de esta manera una lucrativa renta para el convento, que en lo sucesivo fué de las mejores y más saneadas de la ciudad. Viendo los grandes adelantos de la casa y la vida y observancia del P. Francisco, resolvieron reelegirlo algunos trienios para ministro de aquel convento, obligándole siempre con la obediencia para que aceptase el cargo, instando con este objeto el obispo y el cabildo eclesiástico, no ménos que el ayuntamiento. Edificó por aquel tiempo el santo prelado una hermosa enfermería, en que puso tres enfermeros, y cuidaba de que los enfermos fuesen asistidos con regalo y puntualidad, haciéndolo algunas veces por sí mismo, confesándolos, exhortándolos y ayudando á bien morir á los que se hallaban en este extremo. Solicitó y reunió numerosas limosnas para la redencion de cautivos, y aunque deseó y solicitó muchas veces el ir á redimir personalmente, nunca pudo conseguirlo, y por ello manifestó su grande sentimiento. Hallábase el P. Ramiseo ocupado en el desempeño de estos y otros muchos cargos, cuando en 25 de Marzo de 1517 murió el obispo de aquella diócesis, y hallándose en los últimos momentos, mandó llamar á su cabildo y á otras personas notables de la ciudad, y les dijo: «Yo, señores, voy á dar cuenta de mi vida al autor que me la dió: y por el paso en que me hallo, dígoos que no conozco persona más digna de ser prelado y obispo de esta iglesia que la persona del P. Fr. Francisco Ramiseo, ministro de su convento de la Santísima Trinidad y natural de Brechina. Todos los presentes aplaudieron el consejo, y muerto el Obispo salieron de su palacio con el ánimo de hacer obispo al P. Ramiseo. Pero entre los asistentes, dice la Crónica, estaba un canónigo muy rico, llamado Jacobo Carro; el cual con grandes sobornos corrompió á los eclesiásticos y seglares, y así el dia de la eleccion, eligieron á Jacobo por su obispo, el cual trató luego de consagrarse para tomar posesion de su obispado, y hablaba con jactancia algunas palabras en desprecio del P. Francisco Ramiseo. Consagróse, pues, Jacobo, y fué el dia de mayor solemnidad que se conoció en aquella capital, porque fué tanto el fausto y la pompa que se desplegó en aquella ocasion, que no se habia visto nunca mayor. Al otro dia despues de consagrado le asaltó una calentura tan fuerte y con tan grandes dolores, que decia eran inexplicables. Diéronle á toda priesa los santos sacramentos, y viniéndole con ellos la luz para conocer lo que habia hecho, envió á llamar al P. Fr. Francisco. Luego que llegó el P. Francisco, declaró Jacobo Carro su ambicion en presencia de todos, y confesó sus culpas, pidiendo perdon con muchas lágrimas al B. Francisco y rogándole que implorase la misericordia del Señor para su alma. El B. Francisco le contestó que no tenia resentimiento alguno con él, y que

le perdonaba de corazon, si de palabra ó de otro modo le habia ofendido en algo, y esto dicho, tomó delante de todos el aspersorio del agua bendita, y rociando al enfermo, quedó de repente sano. Levantóse el enfermo con admiracion de todos, y dijo: «Que desde luego dejaba el obispado; que en conciencia, el bendito P. Fr. Francisco era quien le merecia.» Luego sin dilacion escribió Jacobo al pontífice Gregorio XI, contándole todo el caso y su arrepentimiento; y entre otros consuelos le pedia tambien á Su Santidad el consuelo de que se le diese el tal obispado de Cándida Casa al P. Fray Francisco Ramiseo. Gregorio XI respondió á Jacobo Carro muy conforme á su deseo, y tambien le dió el consuelo de que fuese el bendito Fr. Francisco Ramiseo el obispo de Cándida Casa; y así el año tercero de su pontificado confirmó Gregorio XI en obispo de Cándida Casa al bendito Francisco, y le mandó juntamente que aceptase el dicho obispado. Viéndose precisado el bendito Ramiseo, se sacrificó al precepto; y así aceptó el dicho obispado, y se consagró luego tomando la posesion con gran dolor suyo y singular gusto de todos. Su elevacion no influyó en nada en las costumbres de este ejemplar religioso, porque se propuso ser modelo y regla de obispos en sus loables procederes. Reformó á todos los clérigos en una vida más perfecta y conforme á su estado que la que habian hecho hasta entónces, y remedió fácilmente algunas cosas que parecian difíciles de remediar, siendo tal su discrecion, que solian decir del santo prelado que no habia medio de poder resistir á lo que mandaba, porque tenia la gracia de parecer que favorecia y obligaba mandando. Guardaba gran secreto y fidelidad en las declaraciones, y con el mismo remediaba los daños. Hiciéronle una vez, dice el cronista, delacion de un eclesiástico que vivia muy escandalosamente. Hizo secreto informe, y halló ser la delacion verdadera: llamó Francisco al tal clérigo á su palacio, que era de lugar algo distante; y habiendo venido lo mandó hospedar en el mismo palacio y lo puso á su mesa; sin darse el obispo Francisco por entendido de la delacion, trató así al clérigo algunos dias; y en las horas que conversaba con él, le hablaba de los desengaños del mundo, de la brevedad de la vida y de lo riguroso de la cuenta en el tribunal de Dios. Sin hacer Francisco más diligencia con el clérigo, medió que el tal clérigo fué un dia y se echó á los piés del Obispo, y le confesó su culpa, y le ofreció la enmienda de su vida: y la cumplió de modo que acabó santamente. Así remedió á esta alma Francisco, y así remedió á otras muchas. Arregló las rentas de su obispado, y reservando lo necesario para su sustento y el de su familia, repartia lo demás en limosnas, porque decia que su renta era patronato de pobres. Tomó una celda en el convento de que habia sido ministro, y desde la dominica anterior á S. Martin, en que empieza el adviento de la Religion Trinitaria, hasta la Natividad; y desde la

quincuagésima á Pascua estaba en el convento y seguia la vida comun con los religiosos. Acudia al coro y á los maitines de media noche, asistia á las penitencias y á la oracion mental, y observaba todos los ayunos. Por la mañana se levantaba muy temprano y decia misa; y desde las siete á las diez iba á su palacío á despachar los negocios de su obispado. Volvia luego á comer al convento, estando luego en su palacio de dos y media á cinco, pasando las restantes horas en el convento con los religiosos. Tal era el modo de vivir del Obispo en estas épocas y en las tres témporas del año. Hacia tanto aprecio de su santo hábito, aunque en otro estado. Fué este prelado gran bienhechor y defensor de viudas, pobres, huérfanos y encarcelados, y el dia de la Santísima Trinidad, despues de visitar la víspera las cárceles, pagaba por los pobres que estaban presos por deudas; á los delincuentes que se hallaban presos por delitos pequeños procuraba se les pusiese en libertad. El dia 4 de Noviembre y el 17 de Diciembre daba de comer á todos los pobres por ser la festividad de los santos Patriarcas de su órden S. Juan de Mata y S. Félix de Valois: el dia de Sta. Inés daba vestidos á las doncellas pobres, ejecutando lo mismo otros dias del año. Aunque afable y amoroso con todos, no le faltaba entereza en los casos que la exigian. Se valió el santo prelado una vez de muchos medios, blandos y suaves, para apartar á un poderoso de un público ilícito trato; viendo que no podia conseguirlo, no vaciló en descomulgarlo, se enfureció con esto de tal manera el caballero, que dando rienda á la ira, se resolvió matar al Obispo, y de hecho procuró el ejecutarlo. Fué el ciego caballero con su frenesí al palacio, y preguntó por el santo Obispo; diéronle aviso de que estaba allí aquel desventurado caballero, y que queria hablar á su ilustrísima. El santo Obispo mandó que se retirase su familia, y que entrase el caballero en una sala y que le aguardase allí un poco. Ejecutóse así todo, y estando allí el frenético caballero aguardando por instantes la ocasion de ejecutar su intento, salió el bendito Francisco con severo semblante á la sala, y con voz alta le dijo: «¿Qué se le ofrece, caballero?» Fué tan poderosa la voz de Francisco, que turbado el caballero, se cayó á sus piés, y le respondió: «Señor, pediros misericordia.» Levantólo el santo Obispo del suelo y le hizo sentarse en una silla, y le habló y reprendió de manera, que el caballero, hecho un mar de lágrimas, no podia articular las voces: pidióle, en fin, perdon al santo Obispo, y dióle palabra de que enmendaria su vida; y así lo cumplio, porque despues fué ejemplar de muchos el que habia sido escándalo de todos. Divulgóse el caso, y preguntado el caballero por el suceso, respondió: «Que al oir la voz del santo Obispo, le pareció que oia la voz de Jesucristo en el tribunal severo de su justicia.» Gobernó el P. Ramiseo su obispado por espacio de veintinueve años, dando grandes muestras de verdadero pastor, padre

de pobres, obispo justo, varon santo y religioso perfecto, hasta que llegó la hora de su muerte ó de su feliz tránsito, que predijo ó profetizó mucho tiempo ántes designando el dia y hora en que habia de suceder. Dióle, en fin, la última enfermedad, y le asistieron los religiosos como hermano, con grande esmero y cuidado. Tambien le asistió con afecto y cariño Jacobo Carro, el cual le pidió con fervor diciéndole que ántes de manifestarle lo que le pedia, le habia de dar palabra de concedérselo: ofrecióselo el santo Obispo, y el favor que le pidió, fué que se mandase enterrar en su iglesia, porque sabia que se queria enterrar en el convento, á la entrada de la iglesia en una sepultura comun, pero hubo de mudar de pensamiento por lo que llevamos referido. Llegó en esto el dia 1.° de Octubre del año 1402, y mandó que le llevasen los santos sacramentos, y ántes de recibirlos, dirigió una piadosa plática á todos los circunstantes, que les conmovió no solo por su elocuencia, sino tambien por las santas máximas de que abundaba. Recibió los santos sacramentos, y comenzando á decaer sus fuerzas, miró á los piés de la cama, y sonrió, y preguntándole un religioso porqué se reia, le contestó el Obispo: «Hermano, malos papeles trae el enemigo;» y tomando al punto en su mano la imágen de un santo Cristo, dijo: «Señor, recibe mi espíritu que de la nada criaste:» y luego espiró. Sabida la muerte del Santo, manifestó toda la ciudad un general sentimiento; aunque habia muerto en la cama, no consintió quitarse el hábito, ni levantársele del cuerpo, siendo expuesto con él en la iglesia, donde permaneció por espacio de cinco dias, sucediendo en este intermedio diferentes milagros; despues fué depositado para trasladarlo á una honorífica sepultura. Jacobo Carro edificó en la iglesia una capilla para su entierro, poniéndole en un sepulcro levantado con lo que se indicaba la canonizacion en aquella época, y Jacobo le mandó enterrar despues en un sepulcro que labró con este objeto; en el del P. Ramiseo hizo esculpir los siguientes versos:

Conditur exigua ac sanctus remixius in urna,
Ordine qui monachus, munere præsul erat,
Justitiam vivus coluit, dominoque placebat,
Mortuus hinc merito castra beata tenet.

Tuvo culto desde el dia de su muerte, y el martirologio de Atrebas le cita de la siguiente manera: *Kalendis Octobris Sancti Francisci Ramissei episcopi vita et meritis gloriosi.* — S. B.

RAMISEO (Fr. Pedro), trinitario inglés de una antigua y esclarecida familia. Tomó el hábito, como dicen nuestras crónicas, en el convento de Aberdonia, y fué muy erudito en letras divinas y humanas. Atendiendo á

sus méritos el rey de Escocia Alejandro III le nombró abad del monasterio Arbilzothense, que era de eleccion real, y algun tiempo despues le propuso para obispo de Muctchlaco y Aberdonia, para tenerlo más inmediato á su persona, porque además de sus grandes conocimientos era Fr. Pedro Ramiseo un hombre muy útil por la prudencia y sensatez de sus consejos, teniendo tanta aptitud y facilidad en comprender los negocios como en despacharlos con prontitud y acierto. Gobernó Fr. Pedro Ramiseo su obispado por espacio de diez años, siendo sucedido en aquella silla por Rodulfo, que habia sido anteriormente abad de Arbilzoth, monasterio benedictino que habia en aquella capital, procediendo la equivocacion de algunos autores, que han confundido á estos dos obispos, y supuesto que el primero pertenecia tambien á la religion de S. Benito, porque en Arbilzoth habia dos abades en dos monasterios distintos, el uno de la Orden Benedictina y el otro de la Trinidad, que era donde se hallaba el panteon de los reyes de Escocia. Puede tambien deshacer toda duda y quitar toda equivocacion de que fué religioso trinitario el dicho Fr. Pedro Ramiseo, el haberle sepultado en el real convento de Aberdonia, habiendo monasterio de benedictinos en aquella corte, no siendo dicho obispo sepultado en su iglesia catedral, sino en un monasterio, como fué de hecho sepultado; si fuera religioso benedictino no se sepultára en un convento trinitario además de que en la casa de los Ramiseos, padres del obispo S. Francisco, se hallaba Fr. Pedro Ramiseo retratado con el hábito trinitario en la galería de cuadros de la familia, donde era tenido por un varon docto y santo, y de los más ilustres de su época. Parece que escribió diferentes obras, entre las que se citan: 1.° *Varias Ecclesiæ sanctiones.*—2.° *Decreta ad sacerdotes.* —S. B.

RAMNO, obispo de Elna, sugeto notable por su santidad, firmeza de carácter y amor á todo lo que fuese justo. Es muy nombrado, porque en el año de 505 se halló en Aquisgran, y de consiguiente en el sínodo de este año, donde se habia quejado con el mayor brio y energía de la usurpacion de los bienes de su iglesia, habiendo conseguido su gran celo y eficacia decreto por el cual tomaba aquella iglesia y sus bienes debajo de su proteccion y amparo. La data del privilegio es en Aquisgran á 5 de Marzo de la indiccion 14. El año del imperio está errado, y ya Hincmaro hacia de secretario en este privilegio, que trae el cardenal Aguirre—A. L.

RAMO DE SAN JUAN BAUTISTA (P. Cayetano). Este docto hijo de Lechago hizo con aprovechamiento sus estudios, y fué útil su enseñanza en la religion de las Escuelas Pias. Se apreciaron sus conocimientos en las humanidades, la filosofía, teología y oratoria cristiana, juntamente con otros que poseyó de otras ciencias. Gobernó algunos colegios de su provincia de Aragon. Desempeñó otros cargos en ella, fué su provincial, y desde 1772 su

general. Con este motivo residió en Roma, donde su literatura, probidad y prudencia lograron agradar al sumo pontífice Pio VI, quien no dejó de manifestarlo cuando lo hizo consultor de la sagrada Congregacion de Examinadores de obispos, y le dispensó otras gracias. Retirado en su colegio de Zaragoza, murió con fama de muy virtuoso el 2 de Julio de 1795, de más de ochenta años de edad, habiendo dejado las obras siguientes: 1.° *Oracion fúnebre que dijo en las reales exequias que celebró la Muy Noble y Leal ciudad de Alcañiz á la feliz memoria de su Rey el Sr. D. Felipe V el Animoso*, que publicó la misma ciudad, é imprimió en Zaragoza en la oficina de Francisco Moreno en 1746, en 4.°—2.° *Oracion panegírica que en los solemnes cultos que á su protectora y patrona Santa Bárbara, vírgen y mártir, consagró el M. Ilustre Cuerpo de Artillería, en la iglesia parroquial de S. Felipe y Santiago de Zaragoza en el dia 4 de Diciembre de* 1755. En esta ciudad, dicho año, en 4.°—3.° *Explicacion de la Doctrina cristiana, segun el método con que la enseñan los Padres de las Escuelas Pias á los niños que frecuentan sus escuelas, dispuesta en forma de diálogo entre maestro y discípulo*. En Zaragoza por Francisco Moreno, 1759, en 8.°, de 336 páginas. Ha tenido varias ediciones.—4.° *Relacion encomiástica de las demostraciones festivas con que el colegio de las Escuelas Pias de Zaragoza festejó á su glorioso patriarca S. José de Calasanz con motivo de su solemne canonizacion desde el 24 de Octubre hasta 3 de Noviembre de* 1767. En Zaragoza, por Francisco Moreno, 1768, en 4.°, de 128 páginas.—5.° *Coleccion de las Constituciones y actas de su Orden*, que publicó en Roma, siendo su general, en folio.—6.° *Otros papeles y sermones*, de conocida instruccion. Varios literatos han acordado el mérito de este autor, como lo hace la dedicatoria de los ejercicios públicos de bellas letras de las Escuelas Pias de Zaragoza de 1772, y se conserva bien su elogio al pie de su retrato en el dicho colegio y ciudad. —F. L. y O.

RAMON NONATO (S.). En una mañana del mes de Enero de 1200, algunos vecinos del lugar del Portell en Cataluña agrupábanse en la iglesia al rededor de una ilustre dama atacada de un paraxismo: sacáronla en brazos y lleváronla exánime á los de su esposo, el cual en vano se esforzó para librarla de la muerte, que solo esperó el tiempo necesario para que finase cristianamente. Afligidísimo el infeliz en aquel trance, envió á buscar á su deudo el vizconde de Cardona, que no léjos de allí se hallaba, quien se apresuró á ir á enjugar sus lágrimas y á darle el consuelo apetecido. Al llegar, viendo el cadáver de su parienta con síntomas de hallarse en el último mes de su embarazo, se sorprendió de que no se hubiese intentado salvar el feto; y como le manifestasen la falta de persona hábil para el caso, sacó su puñal, y operó tan acertadamente que á los pocos momentos tenia en brazos á un hermosísimo niño librado milagrosamente por su mano. Así como

le habia redimido de la muerte del cuerpo, quiso tambien librarle de la del espíritu, y llevóle por sí mismo á las aguas bautismales, fuente de la salud del alma. Llamábase el vizconde Ramon, y honró al recien nacido con su nombre añadiéndole el de *No nat*, que en lengua castellana quiere decir no nacido, aunque la Iglesia venera al santo con el de Ramon Nonato. Apénas este niño milagroso se halló en edad de conocer que habia nacido sin madre, consagróse instintivamente á la que lo es de todos los hombres, ambicionando ser su hijo predilecto. Con esta idea emprendió desde sus primeros años el camino de la perfeccion, que sin sentir le iba alejando del mundo, ántes de haber entrado en él, semejante al viajero que, fijando la vista en el término de su viaje, camina indiferente cerca de los muros de las ciudades que encuentra al paso. Cuando el padre de Ramon Nonato se apercibió, ya se hallaba éste muy adelantado para obligarle á retroceder: intentólo no obstante con la intencion de que le descansára en el cuidado de su hacienda, y creyó embarazar la empresa de su hijo, enviándole á una granja aislada en la que tenia numerosos rebaños. Obedeció el jóven, y transformóse él mismo en pastor de ellos; mas como no hay en la tierra posicion alguna desde la cual no pueda llegarse al cielo, buscó y halló la senda entre la maleza de los bosques como la hubiera buscado y encontrado en medio de la corte si en ella se encontrára. El conde, el duque, el rey con sus coronas de pedrería, el humilde pastor con su cabeza adornada de claveles campestres, el jóven guerrero oprimiendo su corcel fogoso, el anciano mendigo apoyándose en su báculo, todos son iguales en el viaje á la eternidad, todos llevan consigo en el corazon el guía que les indica el camino, y en la conciencia la voz que los alienta y que los advierte si se extravian. Ramon siguió constantemente los impulsos de su corazon y la voz de su conciencia, la cual se dejaba oir más clara en el silencio de los bosques; y en ellos y al aspecto de la naturaleza, que ofrecia á su contemplacion desde la majestad del sol naciente hasta la humilde luz de la luciérnaga, se cebaba en la fe del Ser omnipotente que lo sacó todo de la nada. Allí henchia su corazon de los sentimientos puros del Evangelio, y desarrollaba su inteligencia en el estudio de las ciencias, enlazando de esta suerte los dos trabajos en que consiste la perfeccion moral, y adquiriendo á un tiempo los conocimientos que habian de hacerle sobresalir como sábio, y las virtudes que habian de darle la veneracion de santo. Nada tan embelesador como el cuadro que ofrece un jóven solitario, ocupado en cuidar sus rebaños como los antiguos patriarcas, y cuya alma sublime en la contemplacion y sencillez en las costumbres comunica íntimamente en el cielo. En la soledad es adonde Dios llama á sus escogidos para hablar á su corazon, y allí es donde se formaron tantos hombres grandes que asombraron despues al mundo con

la fama de sus proezas ó de sus virtudes. El vástago ilustre de los Cardonas crecia allí en sabiduría y en santidad, y como en la apacible naturaleza todo es inocencia y candor, aquel puro corazon se nutria con los piadosos sentimientos más delicados y sobre todo con la más dulce devocion que la religion nos ofrece, cual es la devocion á María. Echaba de ménos el pobre pastor un templo dedicado á la amable Vírgen, madre de Dios, una imágen de aquella princesa de los cielos: faltaba para él en la risueña naturaleza una imágen sensible de la Reina de los ángeles, á cuyos pies pudiese deponer sus tiernas lágrimas, sus humildes súplicas y sus dulcísimos suspiros. Por esto solo echaba de ménos su querida aldea: allí la Vírgen del bello Amor tenia su templo. Pero el piadoso pastorcillo conduce al azar su ganado al pie de una montaña, y allí encuentra una ermita abandonada y junto á ella una pequeña capilla, el musgo crece entre sus paredes. Su corazon da un salto de alegría. En efecto, como si algunos ángeles viajeros de los antiguos tiempos hubiesen dejado en aquel corto recinto una imágen de su Reina, Ramon encuentra una, que se conservaba bellísima. ¡Oh! ¡qué santo júbilo el suyo! Aquella ermita desierta fué todo su embeleso, y la capilla le sirvió de dulce y amado retiro. En aquel corto y desalhajado recinto se derramaban las gracias del cielo, y se formaba uno de los espíritus más elevados y de los corazones más generosos de la tierra. Mas como toda senda está sembrada de peligros y esta vida es un combate, alzóse contra Ramon el genio del mal á fin de extraviarle, y el humilde pastor halló en medio de las soledades otro pastor, que halagándole el amor propio, pretendió retraerle de su santa vida, persuadiéndole de que su nacimiento se oponia á su oscura condicion. El jóven no se sentia bastante fuerte para rechazar por sí mismo semejantes ataques, y se refugió en una pequeña capilla de S. Nicolas, levantada entre las ramas de los copudos árboles. En aquel sagrado asilo se recobraba de los sobresaltos que le causó aquel pastor; y fortalecida su alma con la oracion y un éxtasis divino, creyó ver descender del cielo dos coronas: una de espinas, signo verdadero de los padecimientos de esta vida, y otra de rosas, símbolo de los bienes de la vida eterna. Desde entónces no le quedó al jóven duda alguna respecto á su destino, é hizo voto de consagrarse solemnemente á Dios, á aquien desde aquel momento se entregaba de todo corazon. No será por demás echar una rápida ojeada sobre el estado que presentaba el mundo en aquel siglo, en que parecia que todo se preparaba para sucesos extraordinarios, y que debian modificar en cierto modo la marcha de la humanidad, y preparar los prodigios que desplegó en el siguiente el genio del hombre y su indomable ardimiento. Fernando II de Leon y III de Castilla engrandecia su poder no solo con la union de las dos coronas, que no se separáran ya más de las sienes de sus su-

cesores, sino tambien por sus asombrosos hechos de armas. Hermanando la piedad con el valor, y bebiendo, por decirlo así, al pie de los altares aquella intrepidez de espíritu y seguridad de éxito que solo inspirar pueden los intereses de la religion, fué desmoronando feliz y sucesivamente la estatua colosal del imperio árabe en España, al que ya no faltaba más para derribar que un solo golpe reservado al poder de Isabel. En ménos de doce años cayeron á sus pies los reinos moros de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla, no quedando sino en pie la soberbia Granada, á cuyo rey logró sin embargo imponer un tributo como un homenaje prestado á su victorioso ascendiente. La santidad, pues, brilló en este Rey por entre la auréola de la gloria, pero esta gloria no hinchó su corazon, y ese conjunto precioso de virtudes guerreras y virtudes cristianas hicieron de él un verdadero prodigio. Su hijo cual otro Salomon, hijo de un rey tambien santo, no alcanzó á tan grande altura como él, y su sabiduría no pudo prevenirle contra los disturbios de su reino. Entre tanto crecia en Aragon el gran Jaime I, uno de los monarcas más cumplidos que nos presenta la historia de edad media. Levantábase este guerrero jóven todavía, como otro de los campeones en los cuales la cristiandad fundaba sus esperanzas. La pujanza mauritana habia ya sufrido un sacudimiento terrible en las llanuras de las Navas de Tolosa, donde habia caido hecha pedazos la arrogancia de Aben-Juzeph, secundada por los almohades. Con todo, en aquel tiempo el Mediterráneo dividia el mundo bárbaro del mundo civilizado, y crecian frente á frente dos sociedades tan distintas en sus costumbres como en sus creencias: la una sumida en las tinieblas del islamismo, la otra bajo la luz radiante del Evangelio: la una compuesta de humildes cristianos, la otra de hordas de piratas, que desde las costas de Africa lanzábanse furiosos sobre la España, ya apresando las galeras en los desiertos mares, ya asaltando los pueblos de la playa. Las costas de Cataluña ostentaban todavía muchísimos restos de la dilatada cadena de torres y atalayas, que la circuian, y dentro de los mismos pueblos subsisten aún gran número de edificios con señales de haber sido fortalezas: mas esas prevenciones raras veces bastaban á evitar las sangrientas sorpresas de los moros, que generalmente despues de una noche de violacion y muerte, de incendio y de saqueo, volvíanse cargados de botin y de prisioneros cristianos, con los cuales aquel pueblo bárbaro hacia su comercio en los rescates. Esta gran calamidad pública, la mayor seguramente de la que en aquellos tiempos existia, necesitaba un gran remedio: y la Providencia se compadeció de su pueblo, inspirándole á la vez á D. Jaime I de Aragon, á Pedro Nolasco y á Raimundo de Peñafort: aquel rey héroe, miéntras meditaba las gloriosas jornadas que habian de arrancar del poder musulman las Baleares y Valencia, fué el dócil instrumento de la voluntad suprema creando una Orden que res-

catára los cautivos miéntras él por su parte rescataba las tierras. El guerrero y los sacerdotes inspirados comunicaron á esta Orden su carácter guerrero y sacerdotal, y se instituyó la milicia mercenaria, compuesta de caballeros y sacerdotes que habian de combatir para el mismo objeto con distintas armas: unas aceradas, otras solo espirituales. Las grandes instituciones como parto de instituciones sublimes atraen á los grandes hombres, que se identifican con ellas, y Ramon Nonato se sintió por decirlo así absorbido por la órden nuevamente creada. Temeroso empero de que su padre le negase el permiso de consagrarse á ella, solicitó la mediacion de su padrino el Vizconde, y fuéle tan eficaz que pudo muy luego vestir la armadura santa que habia de hacer invulnerable su alma á todos los vicios de los hombres, y dichoso al entrar en el templo sacudiéndose el vano polvo del oro, y distribuyendo toda su hacienda entre los menesterosos para hacerse esclavo de la Merced, en cuya religion profesó en 1222, despues de un año de noviciado. Barcelona, aquella ciudad que en los siglos XII y XIII pudo considerarse como el foco de la caridad cristiana, la cuna por tantos títulos ilustre de los héroes redentores, que tan al vivo supieron imitar al Divino Redentor, vió en su seno al esclarecido pariente del conde de Cardona y la Orden reciente instituida por María le puso su cándido sayal y le admitió en el gremio de sus gloriosos caballeros. El que para ver la luz del dia tuvo que ser sacado del seno de su madre; el que apacentando ganado en los desiertos de Portell se hizo ya ferviente solitario, y se acogió como una oveja querida bajo el manto de la pastora divina; el que cerró su puro y abrasado corazon á los halagos del mundo y mereció por su constancia y fervor los favores especiales de la Reina del cielo; el inocente é inflamado Ramon, corria á pasos de gigante por el camino de la más eminente santidad; la Orden de caridad inmensa que habia escogido, le abria la senda del más encumbrado heroismo. Siguiendo los pasos de cada hombre desde la cuna al sepulcro, se ve un dia desde el que empieza á vivir una vida propia, desprendida de toda atadura para volar á sus anchuras en el espacio inmenso del ser hácia el punto en que sus inclinaciones le conducen. Los héroes del mundo ó de la religion, como las águilas al dejar el nido de sus padres, dirigen su vuelo hacia las cumbres, miéntras que otros hombres como miserables gusanos salen de su capullo solo para arrastrarse con trabajo sobre la tierra. Ramon Nonato era de los primeros, y al ver en su pecho las armas reales de Aragon, con que el fundador de su Orden habia distinguido su hábito blanco, sintió toda la plenitud de los deberes de caridad y de abnegacion para con todos los hombres, y principalmente para con los menesterosos y cautivos, que su Orden le confiaba, y lanzóse con fe ardiente al desempeño de su ministerio santo. Esa fe y ese ministerio como principio de

civilizacion ha cambiado la faz de los pueblos, y muchas veces un pobre religioso ha hecho por si solo en los antiguos tiempos lo que tal vez no hubiera conseguido un conquistador. Ramon Nonato, convencido de ello, dirigióse á la pacífica campaña encargada á los misioneros, contando para ella con dos elementos poderosos como el más fuerte ejército: la palabra que hiere los corazones con penetrante saeta, y el ejemplo que los humilla; la palabra, que dirige los sentimientos y mueve las voluntades y el ejemplo que las atrae y las subyuga: la palabra, en fin, que levanta los pueblos y los precipita ó los detiene; y el ejemplo, que los rinde y los fascina. Armado de esta suerte salió de la ciudad y del templo en que habia profesado, y solo y á pie dirigióse humildemente al campo en que habia de probar sus fuerzas; de aldea en aldea y de casa en casa hacia oir la voz del Señor de las alturas, y ya desde el púlpito hacia resonar las bóvedas del templo con sus inspiraciones divinas, ya sobre los peñascos obligaba á repetir los divinos mandamientos á los ecos de los valles: siempre con un pueblo postrado á sus pies, ya le apostrofaba con voz fuerte como la trompeta del ángel del Apocalipsi y llamaba al arrepentimiento á los pecadores, colocándolos en el borde del sepulcro, ya dulce y tierno como el rey profeta en sus cánticos consolaba á los afligidos y cauterizaba sin dolor las llagas de los corazones corrompidos. Su palabra majestuosa y llena como una gran armonía, aunque se dirigia á todos, al labrador, al guerrero, á la mujer, al niño, al anciano, al sábio y al ignorante, era de todos comprendida; y cada uno creia que hablaba por si solo: así inundaba los pueblos como un torrente de luz evangélica, y su bendicion era, por decirlo asi, un nuevo bautismo que lavaba las faltas pasadas para empezar una vida de perfeccion. En medio del cumplimiento de estos deberes tenia siempre presente el objeto de su Orden, y ni perdia de vista el fin especial de la redencion de cautivos que miraba como el bien más grande de su época. Moisés redimió al pueblo de Dios de la esclavitud de Egipto; Othoniel de Mesopotamia; Aod de Eglon, rey de Moab; Gedeon de los madianitas; Jephté de los amonitas; Sanson de los filisteos; Ciro de la cautividad de Babilonia, y Ramon Nonato si bien no tenia un pueblo entero que redimir, oia de continuo resonar en su corazon las lastimeras voces de los pobres hermanos que arrastraban en Berbería las cadenas de la esclavitud, y sentia un continuo anhelo por la cuestacion de limosnas, única riqueza con que podia contar para los rescates. Sus predicaciones tenian todo el fruto apetecido. ¿Cómo era posible que aquella alma de fuego no hiciese sentir á un pueblo civilizado el sentimiento que excitan tiernos niños arrancados por los infieles de los pechos de sus madres, vírgenes inocentes en los impúdicos brazos de sus robadores, y débiles ancianos cargados con el hierro de los esclavos? Cómo era posible que un pueblo cristiano no reco-

nociese la obligacion de socorrer á sus hermanos, y arrebatado de generosidad por la idea de redimirlos, dejase de despojarse de sus bienes exclamando: ¡Señor! ¿Qué seriamos nosotros mismos si vos no nos hubieseis, redimido? Al poco tiempo, pues, de haber salido de Barcelona, volvia Ramon Nonato á ella glorioso con los triunfos alcanzados sobre la inmoralidad y con las riquezas necesarias para emprender una redencion, que se acordó realizar con la mayor brevedad posible, para lo cual Ramon Nonato navegó luego con rumbo á las costas de Africa. Fué tan fecundo éste en su primer viaje, que Pedro Nolasco, superior de la Orden de los Mercenarios, resolvió ir con él á Granada. Asi como en el reino de Aragon el rey D. Jaime I era el terror de las armas musulmanas, asi en el reino de Castilla el santo rey Don Fernando no daba tregua á los moros, que tenia ya acorralados en Andalucia. Desde que Mahomad pensando sostener el vacilante imperio de Mahoma en España, llegó á Sevilla con ciento setenta mil combatientes, desde que alarmado el mundo cristiano se habia reunido en torno de Toledo para librar en las Navas de Tolosa el 16 de Julio de 1212 aquella gran batalla cuyo feliz suceso aun hoy dia celebra la Iglesia en *conmemoracion del triunfo de la Santa Cruz*, batalla á la cual concurrieron veinte mil catalanes, y entre ellos los ilustres Cardonas y los prelados de Tarragona y Barcelona: desde que á consecuencia de ella, la media luna se precipitaba á su ocaso; Granada era la ciudad predilecta de los moros, y el centro á que acudian sus adalides y sus sabios. Las armas cristianas, á pesar de que cada dia iban ganando terreno, debian tardar aún algunos años en penetrar en aquel recinto, y allí donde no se atrevian á entrar los guerreros armados, allí se dirigian dos religiosos indefensos con el santo fin de predicar la divina palabra. Los moros granadinos, ciegos por Mahoma, no pudieron ver los resplandores de la cruz, y sordos, no escucharon los secretos del Evangelio; ántes por el contrario, considerando como enemigos de Dios á los que iban á hablarles en su nombre, los atacaron violentamente, apedrearon y escarnecieron. Los dos religiosos, resignados por sus padecimientos, y afligidos por los que á los moros su ciego error preparaba, consolándose mútuamente, deshicieron el camino andando y regresaron á Barcelona. Graves negocios de la Orden exigian en aquel momento consultar á la Sede Pontificia, y no habia seguramente persona más á propósito para ello que Ramon Nonato. Por este tiempo Italia ardia en guerras sangrientas: el vicio y la inmoralidad se engendraban en los campamentos, y saliendo de la licencia de las tiendas de campaña, iban á batir sus negras alas sobre las ciudades próximas al contagio. Ramon Nonato creyó deber ejercer su ministerio en aquella tierra, haciendo oir su voz en medio del estruendo de las armas, y su viaje fué una peregrinacion continua y una continua conquista de almas. Al llegar á Roma, cumplió su mision

satisfactoriamente, y no apreciando el tiempo que parecia le faltaba para las buenas obras, regresó como habia ido, siempre predicando y siempre recogiendo limosnas para los pobres cautivos cristianos. Al llegar á Barcelona, fué segunda vez nombrado redentor para Argel, y recogiendo las sumas de que pudo disponer la Orden, se dirigió de nuevo á aquellas costas, de las que no apartaba la vista, surcando los mares con santo celo en busca de sus hermanos, que bien necesitaban su presencia en la tierra que lloraban. Ramon Nonato se les apareció como enviado del cielo, y apresurándose á contratar rescates sin apartarse de las reglas de su Orden, empezó á romper cadenas y á dar la libertad apetecida. Empero los cautivos eran muchos, los precios de los rescates altos, y el oro del redentor limitado; y aunque su celo y sus deseos eran grandes, más todavía que los deseos de los mismos esclavos, vió al fin concluido su tesoro, y vió tambien cuántos infelices quedaban envidiando tristes á sus compañeros de infortunio rescatados. ¡Cuán desgarrador habia de ser para aquellos desgraciados ver ya alejarse de la costa las galeras catalanas conduciendo á sus compañeros ántes cautivos, ya libres, á su patria! ¡Cuán amargas debian ser las lágrimas de aquella tierna despedida en que los no escogidos encargaban á sus padres y sus hijos el último á Dios, suplicando le rogasen para que les fuese concedida la palma del prolongado martirio en que morian! Ramon Nonato no pudiendo resistir aquel espectáculo, Ramon Nonato ante cuya caridad todo cedia, Ramon Nonato cuyo amor al prójimo vencia todos los obstáculos; cuando ya lo habia dado todo, solo y sin recursos, pensó que todavía podia darse á sí mismo, y entregó su propia persona en cambio de la libertad de sus hermanos! ¡Héroes del cristianismo, anunciad vuestras obras!... ¡Cristianos, postraos; incrédulos, confundíos ante los hechos de los santos! Agotado el oro que puso Ramon en manos de los opresores, hay todavía quien gime: pero le queda aún el oro de la caridad y el sacrificio de sí propio. ¡Héroes que admira el mundo! ¿Hubierais cargado vosotros con los grillos y cadenas de la esclavitud para dar la libertad á vuestros semejantes? Pues á esto se resolvió nuestro Santo. El sacrificio de la vida es mucho menor para un hombre justo que el sacrificio de la libertad. El primero no es más que cortar el hilo que detiene su alma de fuego para volar hácia su centro en alas de su amor y de su esperanza. Pero el sacrificio de la libertad es indefinido, es un prolongado martirio sobre la tierra; la esclavitud es la muerte de todos los momentos, y la esclavitud bajo la mano de un bárbaro es la mayor de las tribulaciones de la vida. Pues este milagro de caridad, que entónces apénas tenia ejemplo, salió de su corazon magnanimo: á tan amargos sufrimientos se sujetó para ser la gloria de la religion y el ornamento del género humano, abriendo la senda del más asombroso sacrificio á los hijos de Ma-

ría de las Mercedes, bajo su mision incomparable de redimir cautivos. Forjó el mismo Ramon Nonato sus cadenas con el hierro de las que habia roto, y al hacerse voluntariamente cautivo, gozó en el gozo de los rescatados. Rodeado de infieles y de algunos cristianos vacilantes en la fe al peso de los infortunios que sufrian, creyó que su mision en aquella tierra de ceguedad y lágrimas era sostener á los que no se sentian con valor bastante para sufrir el martirio, é iluminar á sus verdugos con la luz evangélica, y comenzó su mision con santa fe y esperanza. Alentó, instruyó, predicó, combatió, venció, y fueron tales y tan asombrosos sus hechos, que bien pronto amedrentados los sectarios de Mahoma, comprendieron que en vez de un nuevo esclavo, habian introducido en su reino un poderoso enemigo. No teniendo razones para contrariar sus razones, ni verdades para oponer á sus verdades, hicieron uso de la fuerza, y le condenaron á los más atroces suplicios y á los más desgarradores tormentos; pero Ramon Nonato, con una fuerza de alma heróica, sufrió los tormentos del cuerpo, como pruebas que largo tiempo hacia que ambicionaba, y léjos de abatirse, gozábase en ellos con la esperanza de ser mártir. La fama del mercenario, pasando las fronteras llegó á la corte pontificia, y Gregorio IX creyendo que debia elevar de la esfera de los frailes al que en sus virtudes se elevaba de la esfera de los hombres, le envió en 1237 el capelo de cardenal. Llegó el enviado pontificio á Barcelona á la sazon en que unos mercaderes traian las nuevas de los martirios que en Argel el pobre redentor sufria; y temerosa la Orden de perder su más bello ornamento, reunió las sumas necesarias para su rescate, y le envió á la vez la libertad y el premio del Pontífice á sus virtudes y á su cautiverio. Si el tirano de Argel perdonó su vida, fué por la avidez del rescate, porque conoció que la persona de Ramon valia más que sus tesoros. Consumido lentamente por los trabajos del cautiverio, como aquellos mártires á quienes quemaban con fuego lento para prolongarles más la agonia, aquel lenitivo cruel era para él un nuevo tormento, por cuanto le privaba de la corona de mártir á que aspiraba con ánsia su corazon. Extenuado Ramon por los padecimientos, embarcóse de regreso para su patria, donde fue recibido con todos los honores que por su dignidad le correspondian. Empero el nuevo Cardenal no quiso más pompa que su humilde celda, ni más rango que aquel en que voluntariamente se habia colocado, confirmando de esta suerte su juramento de fiel soldado del Dios, que descendió hasta hacerse hombre, y que hombre se humilló hasta escoger por cuna un pesebre y una cruz por lecho de agonia. A pesar de esto, y aunque Ramon Nonato se esforzaba en oscurecerse, sus virtudes y sus obras le hacian brillar como el astro de Cataluña, tanto más resplandeciente cuanto más se empeñaba en ejercerlas en oscura atmósfera. El Papa le habia señalado una pension con que sostuviese el rango de su

dignidad cardenalicia, y el Rey por su parte tambien le ofrecia los dones de su erario; mas para el nuevo Cardenal no habia pensiones que bastáran: avaro para consigo, era tan liberal y dadivoso con los necesitados, que si él mismo hubiese debido atender á su subsistencia, seguramente hubiera aumentado muchas veces el número de los que la esperan de la caridad del prójimo, puesto que habia llegado á ser pobre por los pobres. Un dia en que las cataratas del cielo parecian abiertas sobre la ciudad; herida vivamente su caridad de aquella triste escena: el Cardenal vestido en presencia del mendigo desnudo, el Cardenal abrigado junto al pobre aterido de frio, no pudiendo resistir aquella miseria, y sonrojándose de ella como una culpa grave propia, despojóse de la capa, quitóse el capelo, cubrió al anciano mendigo, y siguió tranquilamente su camino. El sucesor de S. Pedro, queriendo tener á este hombre santificado, le llamó Roma: ántes de dejar su patria, quiso el religioso ir á despedirse del vizconde en Cardona, donde habia de terminar su peregrinacion en la tierra, como si hubiese debido ir á buscar la muerte en el castillo de aquel señor que le habia dado la vida. A su llegada, Ramon Nonato fué repentinamente atacado por su última enfermedad. Postróse en el lecho con la alegría del viajero que fatigado llega donde puede reposar tranquilo, y luego empezó á saborear las recompensas de los justos; pues asegura la tradicion que le fué servido el alimento espiritual por mensajeros celestiales, asistiendo ya así en vida á un divino banquete preparado en la corte del eterno Padre. Murió Ramon Nonato el último dia de Agosto de 1240. Sus restos como sagradas reliquias fueron reclamadas por el órden de la Merced, que los queria depositar en Barcelona: el Vizconde, alegando la posesion, pretendia guardarlos en su castillo; y los vecinos de Cardona aspiraban á sepultarlos en su parroquia. En este conflicto y no cejando ninguna de las partes en sus pretensiones, hubo de ponerse en práctica la traza más singular y extraña, y fué que cargado el féretro sobre una mula ciega, se la dejó marchar á su albedrío, conviniendo en que allí donde parase, allí los restos de Ramon Nonato fuesen sepultados. El animal con su santa carga emprendió decisivamente su camino, seguido de un inmenso pueblo que crecia con las avenidas que se le añadian al tránsito, y despues de un larguísimo viaje, dirigióse derechamente á los bosques del Portell, donde el difunto cuando niño apacentaba el ganado de su padre, parándose frente á la puerta de la ermita de S. Nicolás, y repentinamente murió. La muchedumbre inmensa que la seguia prosternóse, admiró los secretos del Altísimo, y el cuerpo del Santo fué religiosamente sepultado. La tierna afeccion de los católicos hácia el santo Cardenal ha quedado radicada y perpetuada en la Iglesia de Dios, y es como un dulce manantial de los más nobles y fervorosos sentimientos. La madre, que rebosando de júbilo siente moverse en sus entrañas el fruto

precioso de un amor bendecido del cielo, corre llena de esperanza á los pies del poderoso intercesor, que no pudo ver la luz del dia sin haberse ántes rasgado el seno que le llevára, é interesa su mediacion para con el autor supremo de la vida para que sea su ángel en los peligros del alumbramiento. ¡Oh! Cuán dulce es la plegaria que exhala al pie del ara santa para implorar del cielo la felicidad en el acto más solemne é importante, que ha de dar un hombre al mundo y un nuevo adorador á Dios! La devocion á los santos viene á ser en cierto modo la necesidad instintiva de toda alma cristiana. ¿Quién de nosotros no lleva grabada en su corazon, como en un santuario, la imágen de un piadoso amigo que el cielo ha reclamado para sí? ¿Qué familia verdaderamente cristiana, no forma con recuerdos religiosamente conservados y respetuosos una especie de urna preciosa, donde descansa la memoria de uno de sus miembros, que fué en medio de ella el modelo de todas las virtudes? ¿Y seria posible que la Iglesia, la gran familia de los cristianos, no estuviese animada de iguales sentimientos para aquellos de sus hijos cuyas virtudes heróicas é incontestables les han granjeado una admiracion general? Mas si la Iglesia tributa honores á los santos, no puede hacerlo sino en el modo que le es propio, trasportando á la region de la santidad el sentimiento que las sociedades políticas, cuando honran á sus héroes, circunscriben en la region humana de la gloria: al elevarse á esta esfera sublime este sentimiento debe, por decirlo así, tomar el colorido del lugar que se espresa. Y honores tributados por la sociedad religiosa á hombres religiosamente venerables ¿qué otra cosa podrian ser sino honores religiosos? Los santos no son sino miembros del gran cuerpo de la Iglesia, y que pertenecen á la parte que triunfa. ¿Como, pues, no se interesarán por aquellos miembros que estan luchando aún sobre la tierra con todos los escollos de la debilidad y con todos los contratiempos del infortunio? ¿Cómo se mostrarán indiferentes á las súplicas de aquellos á quienes tanto amaron, y que se las dirigen para que las presenten en medio de sus himnos de gloria al sumo dispensador de todo consuelo?—R. y C.

RAMON (S.), obispo de Barbastro, llamado por otros tambien Raimundo. Nació este santo prelado en el siglo XI en el castillo de Durban, baronía del condado de Foix, situada á los confines de la diócesis de Tolosa y de Conservans. Segun un autor contemporáneo de su vida, fué de ilustre nacimiento y de sangre real, creyéndose descendia de los antiguos condes de Carcasona, de Foix y de Cominges. Sus padres le educaron en un principio con ánimo de que siguiese la carrera de las armas; pero en vista, sin duda, de su carácter meditabundo y de su inclinacion á las cosas piadosas, le ofrecieron á la abadía de S. Antonio de Fredelas, de donde despues de aprender las letras humanas, abrazó la vida canonical que se adaptaba más que

otra carrera á su carácter. Sus virtudes y talentos y el don de palabra de que le dotó Dios, le adquirieron tan alta reputacion, que los canónigos regulares de S. Sernin de Tolosa le eligieron, por unanimidad, su prior ó preboste, el año 1101. Vacando el obispado de Barbastro, ciudad que Pedro, rey de Aragon, quitó este mismo año á los sarracenos, le fué conferido á Ramon por comun acuerdo de los canónigos de la iglesia de Rota y de los de la de Barbastro, cuyo acto fué el año 1104, en el que negocios particulares habian llevado á Ramon al reino de Aragon. Grandes fueron los esfuerzos que hizo para evitar su eleccion, y para despues consentir en ella; pero al fin no pudo resistir á las reiteradas instancias que le hicieron el clero, el pueblo y Alfonso I, rey de Aragon, que acababa de suceder á su hermano Pedro en el trono, y cediendo de su empeño, tomó al fin posesion del obispado, despues de haber sido consagrado por Bernardo, arzobispo de Toledo, y por los demás obispos provinciales. Gobernó su diócesis con una sabiduría, celo y piedad poco comunes, y entregó su cuerpo á una austera penitencia. Estableció Ramon su principal residencia en Barbastro; pero pretendiendo Esteban, obispo de Urgel, que esta ciudad pertenecia á su diócesi, y Ramon no creyendo debérsela ceder, llamó el de Urgel al príncipe en su auxilio, y sin más proceso, vino éste con sus hombres de armas á lanzarle de la ciudad. Cediendo á la violencia el santo prelado, salió de Barbastro con los pies descalzos, y cuando ya estuvo á algunos pasos de la ciudad, se detuvo, y volviéndose hácia ella excomulgó al usurpador á presencia del pueblo que le habia salido á despedir. Apelando de esta violencia al pontífice Pascual II, que habia unido los dos obispados de Rota y de Barbastro, trasladó su residencia á Rota, pero sin dejar hasta su muerte de llamarse obispo de Barbastro. Hizo muchos viajes este santo prelado al otro lado de los Pirineos, y asistió á diversos concilios de Francia, y entre ellos al que se celebró en Tolosa el año 1119. Debió haberse reconciliado con el rey de Aragon, pues que en 1126 le acompañó á una expedicion contra los moros. Habiendo afligido las enfermedades á este ejército, que tuvo muchos muertos de resultas de ellas, Ramon tuvo ocasion de ejercer su caridad extraordinariamente. Atacado de la peste en Málaga, despues de la gran victoria que alcanzó el rey de Aragon contra los infieles de esta ciudad, el mal estado en que le dejó la enfermedad, le obligó á volver á su diócesis, que no pudo volver á ver, pues que murió en el camino de Huesca el dia 22 de Junio del mismo año 1126, en medio de los canónigos de la catedral de Rota, los cuales condujeron su cuerpo á su iglesia. Segun los Bolandos y los PP. de Vic Vaissele, en su *Historia general de Langüedoc*, los milagros que obró Dios por su intercesion no tardaron en asegurarle un culto público, pretendiéndose por algunos autores que el pontífice Honorio II le puso en el *Catálogo* de los santos. — S. B.

RAMON (Fr.), lego de profesion de la órden de la Merced, en el convento de Madrid. Fué de los primeros que le ocuparon en su fundacion en 1632, y era un varon santo, de nacion francés, de peregrina humildad y rara obediencia, tan acepto á Dios que por intercesion de este siervo suyo obró varios milagros. Uno de ellos, sobre todo, fué público y notorio, y no pudo ocultarlo por más que lo deseó. Tenia el cargo y el cuidado de encender la lámpara de nuestra Señora de los Remedios, y habiéndose un dia retardado algo, y acudiendo ya la gente que solia concurrir á la capilla, sintieron y se lamentaron de ver muertas las lámparas, pero con asombro universal, ellas por sí mismas, sin que nadie se acercase ni de cerca ni de léjos, se encendieron. Otros añaden, que viniendo algunas veces á abrir la capilla, se le abrieron por sí las puertas; pero seguramente lo que nadie ignoraba, es que fué un siervo de Dios y un observantísimo religioso, como lo demostró con su conducta intachable y ejemplar, empleando su vida en actos de virtud, muy dado á la oracion, al ayuno, á las mortificaciones, empleando mucha parte del dia en servir á sus prójimos necesitados, y en la asistencia y aseo de los dolientes enfermos. —A. L.

RAMON Almansusani (Fr.), religioso capuchino de la provincia del Tirol, en que falleció en 1622, asistiendo á los enfermos en una peste que asoló á todo aquel país. Antes de entrar en los Menores habia sido monje benedictino, y distinguidose mucho por sus grandes virtudes.—S. B.

RAMON de Aviñon (D.), abad de Montearagon en 1324, fué electo por la promocion del infante D. Juan de Aragon al arzobispado de Toledo. Despues fué promovido al de Lérida y creado cardenal por Benedicto XIII. Murió en Aviñon y fué sepultado en un convento de la órden de Sto. Domingo.—S. B.

RAMON de Castrocol (D.), obispo de Zaragoza en 1801. Apénas se hace mencion de su vida, pues los *Catálogos cronológicos* únicamente dicen: «En tiempo de este obispo el rey D. Pedro II confirmó los donativos que hicieron los reyes sus predecesores de diezmos y lugares á esta santa iglesia de la Seo: y de nuevo dió otros. En tiempo de este Obispo fueron aquellos dos varones insignes en santidad, luceros de la cristiandad, Sto. Domingo y S. Francisco, y dieron principio á sus religiones santas.»—S. B.

RAMON de Daventria (V.), presbítero y célebre controversista. Habíase distinguido mucho por su doctrina y virtud, cuando muchas personas eclesiásticas y seglares, que veian que ni los anatemas de los papas Alejandro y Lucio III, ni los concilios de Lombes, de Tours y el tercero de Latran, podian detener el curso de los errores de los valdenses, solicitaron que se celebrase una conferencia para reducir á tan protervos sectarios y atraerlos al buen camino por medios amigables y caritativos. «Para no retardarlo más,

dice Natal Alejandro en su Historia eclesiástica, se eligió por ambas partes para que fuese árbitro de esta á un santo sacerdote llamado Raimundo de Daventria, hombre ilustrado por su nacimiento, pero aún más esclarecido por la santidad de vida.» Celebróse la conferencia, que fué muy solemne y larga, hácia el año 1194, y ventiláronse por ambas partes los artículos en que los valdenses se separaban de los católicos, y se explicaron los lugares de la sagrada Escritura en que aquellos se fundaban, hasta que quedaron convencidos, convirtiéndose algunos y siendo los restantes declarados herejes en todos los capítulos en que habian sido acusados.—S. B.

RAMON Esteban (P. D.), hijo de Almonacid de la Sierra, profeso de la Real casa de Sta. Isabel de Zaragoza, de Clérigos reglares de S. Cayetano desde el año de 1750, donde murió el 18 de Enero de 1776, impidiendo su temprana muerte el ver en su perfeccion sus designios literarios, manifestados por su útil instruccion y laboriosidad. Poseia juntamente el idioma francés, y de él hizo la siguiente version: *Traduccion del francés al español de las obras del célebre Marqués de Caracciolo, Coronel en servicio del Rey de Polonia, Elector de Sajonia.* Tenia ya las licencias de su religion para publicar esta útil y larga obra, pero su muerte impidió que viese la luz pública. En el dia, si no logramos la version de este aragones, tenemos la de otro aragonés, que es D. Francisco Mariano Nifo, quien publicó todas las obras del citado Marqués.—L. y O.

RAMON Ferrer (V.), presbítero y párroco de la catedral de Vich, de quien habla el Mtro. Florez en su *España Sagrada*, y copiando las palabras con que el *Flos SS. Ecclesiæ Vicentii*, manuscrito, refiere la invencion de las reliquias de S. Luciano y Marciano, dice así: «Habia en Vique un buen clérigo, llamado Ramon Ferrer, hombre muy santo, y cura ó domer de la catedral, el que tenia costumbre de ir todas las noches á visitar la iglesia de S. Saturnino;» y prosigue despues refiriendo la historia de las maravivillosas revelaciones y visiones que tuvo el V. Ferrer á últimos del año 1049 y principios de 1050, cuando un ángel le señaló el subterráneo, en que descubrió cavando los huesos de los dos citados mártires, como los halló en efecto, acompañado de otro sacerdote llamado Moss. Ramon. Pedro Serra, en sus *Prodigios de los santos Angeles*, pág. 38 y 73, cuenta de este mismo y ejemplar clérigo otro prodigioso descubrimiento; hé aquí cómo lo refiere. «Un cura llamado Ramon Ferrer, varon santo, que hacia vida eremítica en una montaña vecina á la ciudad de Osona, que ahora llamamos Vique, descubrió la imágen de nuestra Señora de Vila-Cleons, habiéndole revelado un ángel el lugar donde estaba escondida bajo de tierra, para cuyo fin le ayudaron unos mansos leones, y por este prodigio dieron á la santa imágen dicho nombre.» Refiere despues cómo apénas el venerable clérigo dió noticia

al Obispo del milagroso suceso, cuando éste con su clero y los fieles de la diócesis pasaron á la montaña y llevaron con mucha devocion la efigie á la catedral; mas la llevaron hasta tres veces los ángeles al lugar de su invencion. «Al mismo tiempo reveló Dios en sueños al Obispo que en el lugar donde estaba la santa imágen, que es en la ermita del clérigo Ramon Ferrer, dejase fabricar casa de oracion, y que acabada la consagrase.» Lo que ejecutó así el Obispo, erigiendo aquella iglesia en parroquia y dándola por cura al V. Ferrer. El P. Serra dice que copió este hecho del *Jardin de María plantado en Cataluña*, escrito por Fr. Narciso Camos, quien asegura «lo sacó de una escritura de pergamino antiguo que encontró en dicha iglesia parroquial de Vila-Cleons.» Como no expresa el año en que tuvo lugar este acontecimiento, se ignora si ocurrió ántes ó despues del que cita el P. Florez.—S. B.

RAMON Gaufredo, obispo Ausonense, ó sea de Vich. Fué D. Ramon hijo de Gaufredo, segun una memoria en que le nombra *Raimundus Gaufredi*, por el antiguo estilo de apellidar los hijos por el nombre del padre. Tamayo expresó el apellido de Gaufredo, y una escritura del año 1136 le titula *Guifredo*, variedad material por la cual Argaiz quiso formar por esta leve diferencia dos obispos, uno Gaufredo y otro Ramon. Pero la verdad es que Gaufredo fué apellido de Ramon, el cual suena como una persona sola presidiendo en Vich en el año de 1110 y siguientes hasta su muerte por cosa de treinta y siete años, en que no hay entrada ni vacante para otro. El principio de este pontificado puede suponerse en el año de 1109, ántes de Noviembre, por ejemplo en Octubre, cosa de dos meses despues del fallecimiento de su antecesor. La primera memoria del obispo D. Ramon se halla en donacion hecha por Pons Hugo y su mujer Beatriz á S. Pedro de Vique y su cabildo de la iglesia de Sta. María de *Navareles*, ribera del Llobregat, con todos sus bienes y con las capellanías que tenian desde el Llobregat al Segre, y la mitad de los alodios que poseian desde el Llobregat á la roca de *Castellfollit*, con pacto de que Pedro, su hijo, siendo clérigo, lo posea durante su vida. Fecha en 1.° de Abril del año II del rey Luis, que Moncada reduce bien al año 1110. Otra es haber confirmado á Ramon Guifredo y sus descendientes el castillo de Artés y unos feudos que le dió el arzobispo D. Berenguer, fecha 5 de Agosto del año 1111, y esta es la primera escritura donde el Obispo Ausonense firmó con el título de Vique: *Raimundus gr. D. Vicensis episcopus*. Prestaron homenaje al obispo D. Ramon los caballeros que tenian los castillos de la iglesia en Monlleon y Pomar, jurando guardar fidelidad, en 20 de Octubre de 1114, y el que tenia el castillo de la Meda hizo el mismo reconocimiento en 29 de Enero. El obispo Gaufredo compró un alodio en el castillo de Medalia, á que se suponia con derecho Guillen Ramon Dapifer;

pero ventilado el asunto, hizo renuncia en favor del prelado en 13 de Mayo de 1116. Tenia esta iglesia una casa y tierras cerca de los muros de Barcelona, y el Obispo y cabildo lo cedieron en feudo á Pedro Oldegario, mujer é hijos, debiendo pagar anualmente cuatro maravedises, cultivando las tierras, sosteniendo las casas, y dando entrada en las posesiones al Obispo cuando lo necesitase, confesando D. Ramon haber recibido los cuatro maravedises en 25 de Mayo de 1117. En el mismo año fué juez con el obispo de Gerona y otros, sobre el litigio movido por S. Olegario, obispo de Barcelona, contra el monasterio de S. Cucufate; y estando los jueces en el claustro de la catedral Gerundense delante del legado cardenal Buson, sentenciaron á favor del santo en 27 de Abril de 1117, como refiere Diago por escritura vista en Barcelona. Por este tiempo debió celebrarse la concordia que este prelado hizo y firmó con sus canónigos, ofreciéndose mútuamente á defender sus bienes, y jurando terminar privadamente las querellas que en adelante se suscitasen, á juicio de cuatro indivíduos escogidos del mismo capítulo, sin acudir á otro capítulo extraño, y mucho ménos al juicio arbitral de personas seculares. Añadieron que el que quisiese entrar en su hermandad, esto es, ser canónigo, debia ántes jurar este estatuto, *nisi ætas*, dicen, *vel stultitia illum impidierit*. El Conde de Barcelona D. Ramon III se habia apoderado de unas rentas pertenecientes á la sede Vicense; pero D. Ramon, celando los bienes de su obispado, logró que hiciese renuncia y entrega de ellos en 17 de Enero de 1118, cuya escritura cita Moncada en el archivo del cabildo. En el de 1119 pasó á Francia, y se halló en Tolosa en el concilio tenido allí en los meses de Junio ó Julio con asistencia de obispos de España, principalmente los de Cataluña, como comarcanos. S. Olegario se halla expresado en la sinodal con el obispo de Barbastro Raimundo, no porque solo estos dos concurriesen, sino porque estos fueron señalados jueces con los allí expresados en el litigio de que tratan. La fecha de esta sinodal fué en Tolosa en el mes de Julio de 1119, en el primer año del pontificado de Calixto II. De Tolosa pasó el Papa á presidir el Concilio Remense, convocado el dia de S. Lucas, como se sabe por carta dirigida al Compostelano desde Tolosa, fecha 14 de Julio. Sin duda le siguieron los obispos de España, y entre ellos D. Ramon, pues no hay memoria suya en 1119, en que se celebraron los citados concilios; y el haberla á principios del año siguiente, prueba que volvió á Cataluña á fines del 1119. Las noticias acerca de D. Ramon del año de 1120 se hallan en un instrumento público hecho por el conde de Barcelona D. Ramon III á favor de la ciudad y sede Ausonense, en que refiere haber introducido por mal informe algunos usos en Vich perjudiciales á la sede y sus honores, por lo que penetrado del perjuicio que se seguia, los revoca con penas á los contraventores; y firma el Conde, el obispo D. Ramon y los seño-

res de la corte en 14 de Marzo de 1120. Esta firma del Obispo prueba dónde se encontraba, y además debe suponerse que la diligencia y solicitud de aquel prelado moverian al Conde á revocar órden tan injusta y tan perjudicial al honor de la sede. Desde aquella fecha no vuelve á sonar D. Ramon hasta Julio de 1123, en que firmó una donacion hecha al monasterio de Estañ. Por este tiempo habia muchas inquietudes y perturbaciones, principalmente en asuntos eclesiásticos; y como era tan grande el celo y valimiento del arzobispo S. Olegario y del obispo D. Ramon, persuadieron al conde Don Ramon III que juntase prelados y señores para remediar los daños de la tierra: *ad tractandum de communi utilitate ipsius terræ*. Juntáronse en el palacio de Barcelona S. Olegario arzobispo, Ramon Ausonense, y Berenguer de Gerona, con los abades de la tierra y muchos magnates, en presencia del Conde y de su hijo (ambos Ramones), y establecieron la inmunidad de las iglesias por sus *treinta pasos*, con pena de seiscientos sueldos y excomunion contra los violadores, con la especialidad de señalar por jueces sobre la materia al obispo diocesano ó á la sede de Vique, en caso de inobediencia. Por esta razon se ha atribuido al obispo Gaufredo un gran influjo sobre la congregacion de estas cortes. Alargaron la inmunidad á los clérigos, monjes y monjas que no lleven armas y á los bienes de sus comunidades, prohibiendo hurtos, incendios ó hacer mal á las caballerías del viajante; del que va al molino, del que labra los campos; y el Conde con su hijo y los señores dejaron en mano de los prelados lo que pretendian sobre las iglesias, cementerios y rentas, segun consta de las antigüedades del cabildo de Barcelona citado por Diago. Despues sobresalió D. Ramon en celo y solicitud de restablecer la metrópoli, pues aunque el santo obispo de Barcelena Olegario estaba ya de arzobispo de Tarragona, no lograba seguridad el territorio. Todos lo deseaban, pero principalmente el obispo Gaufredo; pues como su Iglesia habia empezado á tratar la restauracion de la capital, quiso continuar el empeño con sus buenos oficios, nacidos de pura benevolencia, pues no trabajaba para sí, sino para bien de Tarragona y en obsequio de su Arzobispo. Los Condes, los Obispos y señores de la provincia trataron de inclinar á S. Olegario para que cediese aquella ciudad en feudo á algun señor ilustre con título de príncipe, á fin de empeñarle por este medio en los adelantos de un negocio tan apetecido y de tan grave importancia. El que más sobresalió en la solicitud fué el obispo D. Ramon, pues así lo confiesa el mismo S. Olegario en la escritura cuando dice: *Ad instantiam præcipue domni Raimundi Ausonensis Episcopus*; con fecha 14 de Marzo del año 1128, y el mismo D. Ramon firmó tambien la escritura. El mismo influjo debe atribuirse á D. Ramon en otra providencia con el mismo objeto de la restauracion de Tarragona, á cuyo fin los prelados se reunieron en concilio en Narbona, presidido por su ar-

zobispo Arnaldo, legado pontificio, con otros doce obispos, entre los cuales se halló D. Ramon con S. Olegario, con los de Gerona, Urgél, Zaragoza y otros de Francia; los cuales considerando el atraso de la metrópoli de Tarragona y deseando restaurarla, fundaron una hermandad (símbolo ó cofradía), en que cada uno diese anualmente la limosna que pudiese: los arzobispos, obispos y prelados de cabildos y monasterios, por sí y por sus súbditos; los clérigos y legos, cada uno doce denarios, ó lo que pudiese. Añadieron, que en sabiendo la muerte de algun hermano, cada prelado y súbdito cantaria una Misa; y por aquellos de cuyo fallecimiento no hubiese noticia, ofrecerian sacrificio todos los sacerdotes en el lunes de la primera semana de cuaresma. Además, á todos los hermanos los recibieron con sus bienes bajo la proteccion de S. Pedro, admitiéndolos á la tregua de Dios, de modo que si alguno la quebrantase en algun punto prohibido por la Treva, fuese excomulgado hasta que satisfaciese; tanto era el deseo de los Padres de conseguir la restauracion de Tarragona. Este Concilio consta por documento que existe en el archivo de Ager, y reconocido de órden de la Real Cámara por el Rdo. P. D. Jaime Caresmar, canónigo premostratense, y el asunto y resolucion muestran el gran empeño de los obispos de Francia y España en aquel asunto; todo promovido por el celo del metropolitano S. Olegario y de nuestro obispo Ausonense, lo cual consta por testimonio del mismo metropolitano, que hallándose sumamente obligado de la solicitud y el empeño con que D. Ramon tomó á pechos la causa, resolvió remunerarle con alguna demostracion, que para siempre testificase á la posteridad el celo y particulares esfuerzos del Ausonense. Le hizo donacion á él y á su iglesia, y á cuantos le sucediesen, de la iglesia de S. Salvador, sita en el arrabal de Tarragona, con la prerogativa de que sola esta fuese parroquial en la ciudad y arrabal, con todos los derechos parroquiales, y que la dispusiese y gobernase como convenia á la gloria de Dios, salva la obediencia debida al arzobispo; tambien concedió al obispo y á su iglesia Ausonense la quinta parte de los diezmos y frutos de la tierra, con cuantos diezmos tocaban al arzobispo en aquella iglesia. Esta gran donacion se realza por los motivos que expresa en recomendacion de la persona, «pues tú (dice) no has tenido semejante entre todos los obispos para ayudarme en la restauracion de la iglesia y ciudad de Tarragona. Tú te has consagrado á este fin, no solo sacrificando y exponiendo tus bienes y los de tu iglesia, sino á ti mismo en cuanto ha sido posible, y además de esto te has empeñado en mover para la empresa á cuantos has podido.» Esta satisfactoria comunicacion tiene la fecha de 24 de Octubre de 1129; elogio que en boca de un arzobispo tan santo, recomienda bien los méritos y celo del obispo D. Ramon. En el año de 1130 se halló con el mismo santo arzobispo de Tarragona, y Pedro obispo de Roda

en la dedicacion de la iglesia de Tolba en Aragon, la cual creen algunos fuese la antigua sede de Ictiosa. No solo fué D. Ramon tan estimado de San Olegario, sino muy particularmente acepto en el aprecio del conde D. Ramon III, y por lo tanto le nombró uno de sus testamentarios, como se ve en el mismo testamento otorgado por el Conde en 8 de Julio de 1131. Antes de esto dió el obispo D. Ramon al monasterio de Estañ la iglesia de Moya, con todas sus décimas, alodios y pertenencias, cuya donacion fué confirmada y aprobada por el conde D. Ramon Berenguer y su hijo Ramon. En 21 de Junio del año 1131 evacuó D. Ramon el litigio de su cabildo con dos hermanos, Berenguer, presbítero de Folguerolas, y Ramon sobre el dominio de unas haciendas en Noguera y Bruguer, formando una concordia en presencia del obispo, del arcediano Reynardo, del sacristan Berenguer, y otros, por la cual renunciaron los dos hermanos todo su derecho á favor del cabildo, y el prelado con su acuerdo y consentimiento dió al presbítero Berenguer aquella misma hacienda por los dias de su vida, pagando anualmente al cabildo con una res de cerda y una cuartera de trigo; y que en muriendo pasase á un hijo de su hermano, si fuese clérigo, y miéntras viviese, volviendo todo libremente al cabildo; todo esto consta en el archivo capitular. Despues que el monasterio de Ripoll fué unido al de S. Victor de Marsella, pretendió eximirse de la obediencia del Obispo diocesano; pero D. Ramon, como sugeto dotado de gran celo y de mayor integridad, no pudo tolerar aquel intento. Tampoco alcanzaron sus providencias, que tuvo que valerse del Sumo Pontífice, obteniendo letras apostólicas; pero el abad y monasterio estaban ya tan resueltos y decididos, que no hicieron caso de ellas, ántes bien escarnio injuriando al portador. Todo esto sucedia á principios del año 1130, en cuyo año estaba en Francia el papa Inocencio II, donde convocó un Concilio para mediados de Noviembre, el cual debia celebrarse en Clermont de Auvernia, y al cual dispuso ir D. Ramon con San Olegario. Los monjes de Ripoll rezelaban que el Obispo avivaria sus quejas contra la desobediencia del monasterio, ante el Papa y Padres del Concilio. Acudieron al conde de Barcelona, procurando evitar el riesgo, y lograron carta en que el Conde pedia y mandaba al Obispo, que no hablase en el Concilio de la causa de Ripoll, y si lo hiciese, no esperase más en su favor. Esta carta fué despues de salir el prelado para el Concilio, pues en la misma se queja de que no pasase á verle ántes, y haber facilitado la avenencia. Recibió el Obispo la misiva en el camino, pero no quiso suspender el viaje; y los monjes pasaron hasta Mompeller, donde para evitar las resultas del Concilio, se avocaron y ofrecieron en manos de S. Olegario que satisfarian al prelado á juicio del Arzobispo. Todos estos pasos fueron dados para entretener y evitar, pues vueltos los Padres á su provincia en el año 1131, los citaron para compare-

cer; y repetida esta órden varias veces por parte del Obispo y del Arzobispo, vinieron á parar las dilaciones en desobediencia, por lo que el prelado publicó entredicho en todas las iglesias de la jurisdiccion del monasterio, y en todas las del obispado donde hubiese algun monje de Ripoll, mandando á toda la diócesis que los mirase como excomulgados, y ninguno se enterrase en sus iglesias. Lleva la fecha de 25 de Abril del año 1132, y firmaron el decreto del Obispo, el arzobispo S. Olegario, y Berenguer obispo de Gerona. A los dos años siguientes tuvieron fin las disensiones, formando una concordia entre el Obispo y el monasterio, el santo metropolitano y el obispo de Gerona, en 23 de Abril del año de 1134. Siempre ocupado el celoso obispo Gaufredo en el bien y engrandecimiento de la Iglesia, trató con S. Olegario de dedicar la de Sta. María de Stagno, que era de su diócesi, pobre, pero religiosa, bajo la regla de S. Agustin; y en efecto, hizo la dedicacion, ordenando en el primer dia, que siempre guardase la regla del gran Padre y perseverase sujeta y obediente á la matriz. La concedió con acuerdo del cabildo, que no padeciese entredicho, miéntras no le hubiese en la capital de Vich, ó esta no le impusiera, y que aunque hubiese entredicho en alguna iglesia, pudiesen los clérigos de Stagno celebrar en ella, é introducir á los que gustasen, como no estuviesen excomulgados por culpa propia. Al abad ó prior le admitieron por hermano y canónigo, y á los demás clérigos los declararon hermanos y familiares. Los canónigos de la Sede, quedaron tambien declarados participantes del bien temporal y espiritual de los clérigos de Stagno, y que hiciese por estos lo mismo que por sus difuntos, etc. Confirmó en seguida todos los bienes de Sta. María de Stagno, y cuanto adquiriese en la diócesi Ausonense, refiriendo en particular lo que la pertenecia; conviene á saber, la iglesia de S. Pedro de Archellis con sus sufragáneas, Santa María de Rubinata, y S. Salvador; la iglesia de S. Esteban de Saliente, con sus sufragáneas y con Santiago de Olcinelleis, S. Fructuoso de Genebreda, Santa María de Modeliano, S. Felices Roturense, S. Felices de Terraciola, S. Lorenzo de Buada, S. Acisclo de Tolosa; todo con sus pertenencias etc.; y cuya escritura lleva la fecha de 3 de Noviembre de 1133 y la firma el arzobispo S. Olegario, Raimundo obispo Ausonense, y Berenguer de Gerona. Tambien consta el arcediano, el primiciero, el sacristan, archilevita y dos levitas, con otros prelados que confirmaron despues esta misma escritura. Por la gran reputacion que se habia adquirido por sus eminentes cualidades en toda la provincia, y el gran renombre que lograba el obispo D. Ramon, mereció que le nombrasen juez en graves competencias de las personas más ilustres, en compañia del arzobispo S. Olegario, pues los dos eran como los polos de la máquina eclesiástica y civil, y en quienes recaian y se sometian las resoluciones más graves del estado político

y sagrado. Así fué que con el mejor deseo y buena voluntad cooperaron con otros para la introduccion de los Templarios en toda aquella tierra, por lo mucho que servian á los cristianos, como refiere Diago, fijando la adopcion sobre el año de 1134. Hubo algunas diferencias entre el Obispo y cabildo con Pedro Beltran sobre un molino de Manlleu; pero se compusieron, cediéndole Pedro despues de sus dias, por lo que le dieron dos marobatines de oro, y otorgaron escritura á últimos de Junio del mismo año. Cuando el conde D. Ramon III recibió el hábito de los Templarios, dió á la órden de aquellos caballeros el castillo de Grañena en esta diócesis. Los caballeros querian poner allí un sacerdote de su Orden con título de prior. El obispo D. Ramon, con acuerdo de los canónigos, se lo concedió bajo algunas condiciones, que escrituraron y firmó S. Olegario á 11 de Mayo de 1136. En este mismo año, con acuerdo del conde de Barcelona, hizo donacion de las iglesias de Santa María de Prats de Rey, y de S. Andrés de la Menresana, á los canónigos del Santo Sepulcro de Jerusalen, á su patriarca Warmundo y á su prior Girardo. Lo cual consta del Cartoral I de dicha villa de Prats. En el mismo año de 1136 dió el obispo á Guillermo, clérigo y canónigo de S. Pedro, unas tierras y casas en la parroquia de Vich, con lo que poseia su padre en nombre del cabildo, para que lo gozase miéntras fuese clerigo, y luego volviese todo al poder de la iglesia; lo que fué con acuerdo del cabildo el dia 15 de Mayo, y en el 29 del mismo mes hizo concordia con el caballero Pedro Fulcon acerca de unas posesiones en S. Feliú de Terrasola y S. Juan de Olot, y aquí se nombra el obispo *Raimundus Guifredi*. Por aquel tiempo habia grandes disturbios entre el senescal y el conde de Barcelona, pero el amante de la paz y pacífico Obispo se concertó con algunos señores, y cortó la competencia con grande utilidad y servicio del público. Tambien logró reducir á Geraldo Pons, y otros parientes, que cometieron desórdenes contra el derecho del Obispo en la parroquia de Grañena; pero en presencia suya reconocieron su injusticia, y prometieron no mezclarse en diezmos, ni cosas pertenecientes de la Iglesia, renunciando sus pretensiones en el dia 30 de Julio del año de 1138. Hallábase en Barcelona en el año 1139 cuando se extendió el decreto de eleccion del obispo de aquella catedral Arnaldo Ermengol, en el cual firmó de su mano el obispo Don Ramon. Ramon Bonfilio de Monrodon y su mujer Maiasendis donaron á la iglesia Ausonense una hacienda en la parroquia de S. Julian, presentando á su hijo Ramon para que fuese canónigo. El Obispo y cabildo se la cedieron por los dias de su vida con carga de un par de capones, y que despues recayese con sus mejoras en el cabildo, firmándose la escritura en 19 de Octubre del año 1141. Con el obispo de Barcelona Arnaldo se halló en el año de 1142 en el lugar de Alfoz (hoy Alfou), diócesis de Barcelona, donde

consagraron ambos la iglesia de S. Julian. En 10 de Agosto de 1143, junto con su capítulo, dió al monasterio de Santa Cecilia en Monserrate y á su abad Guillermo la iglesia de S. Esteban de Marganell, cuyo patronato conservaba aún dicho monasterio durante todo el siglo XIV. El conde D. Ramon IV hizo tener en Gerona una gran junta de prelados y señores en 27 de Noviembre del año 1143, donde presidió el cardenal legado Guido, y se aprobó la nueva milicia de soldados contra los moros, instituida por el mismo conde, príncipe de Aragon, y dotada con los bienes que constan en la escritura del congreso, que firmaron los concurrentes de ambos brazos eclesiástico y seglar, entre los cuales fué uno Raimundo Ausonense. Del año 1144 vió el dean Moncada escritura firmada del obispo D. Ramon, y dos del año siguiente 45, una de 13 de Abril, y otra del 16 de Julio, en que Berenguer, clérigo y canónigo de S. Pedro, hizo su testamento, y encargó al obispo D. Ramon, su señor, haga cumplir á sus albaceas lo dispuesto en aquel testamento. Fecha en 16 de Julio de 1145, como dice el dean y comprueban las tablas. Otra memoria más notable hay del mismo año, pues en 17 de Enero se juntaron tres obispos, Ramon de Ausona, Berenguer de Gerona y Guillermo de Barcelona, *in Concilio facto in prato Monasterii Sancti Cucuphatis Octaviensis*, y concedieron perdon de la tercera parte de sus culpas á cuantos trabajasen el cultivo de unos montes que Ermengol, abad de S. Cucufate, dió á unos paisanos para que los poblasen contra la correría de los moros: *Ad infestationes paganorum destruendas.* Sucedió en tiempo de este prelado, que jugando dos muchachos, rompió el uno al otro la cabeza, y aunque el herido por el pronto sanó, recayó á los pocos dias y murió. Dudoso si el que le habia herido quedaba irregular, de modo que no pudiesen ordenarle *in sacris*, el obispo D. Ramon, en cuyo territorio fué la ocurrencia, consultó al metropolitano S. Olegario, y el Santo respondió que podia ser ordenado con tal que las costumbres le mostrasen digno. Despues de todo la manifestado, pasó D. Ramon á Cardona, sita rio arriba de Manresa, en la diócesis de Solsona, y allí le invadió la última enfermedad de que murió; pero el cabildo le trajo á su iglesia, donde le dió honorífica sepultura como merecia. Aunque no hay conformidad en los autores en el dia de su muerte, lo más aproximado á la verdad es lo que expresa el Necrologio, si bien es muy sensible que haya yerros en la numeracion de los años: *VI Kal. Decemb. An. ab Incar. Dni. MCXLV regnante autem Regis Ludovici V obiit Raimundus Gaufredi Ausonen. Ecclæ. Epus, qui ab episcopatu suo XXXVII anno apud Cardonam defunctus, et ad suam sedem reportatus honorifice est sepultus.* El año 1145 por Noviembre no era *quinto* de Luis sino *nono;* y en el año de Cristo parece falta una unidad que acabe en VI y no en V. La razon es porque el señor dean cita el Añal antiguo de Ripoll,

que sobre el año 1146, era 1184, pone: *Obiit Raimundus Ausonensis Episcopus, et Berengarius Gerundensis Episcopus.* Esto tiene á su favor el ser dos cómputos contestes año y era española. Segun lo expuesto no es muy seguro el número de los años del pontificado (37); pero suponiéndole exacto, prueba haber empezado D. Ramon á ser obispo en el año de 1109, ántes del 26 de Noviembre, como permite la muerte del antecesor en 22 de Agosto, y en esta conformidad se verifica; falleció entrado ya el año treinta y siete de su pontificado, concediéndole Dios larga vida en la dignidad, por lo mucho que sirvió á la pública utilidad del reino y de la Iglesia. Fué el último prelado que gobernó aquella santa iglesia Ausonense en el estado antiguo, desde el origen de aquella prelacia hasta despues de restaurar la metrópoli de toda esta provincia, la santa iglesia de Tarragona.—A. L.

RAMON Hispan (D.), obispo de Albarracin en 1214. Era canónigo de la santa iglesia de Toledo cuando fué nombrado canónigo de esta diócesis. Fué enviado como embajador al conde Simon de Monforte, el célebre vencedor de los albigenses, por el señor de Albarracin D. Pedro Fernandez de Azagra, para que restituyese la corona de Aragon al príncipe D. Jaime, niño de cinco años, é hijo del rey D. Pedro, muerto en la batalla de Mureto. El obispo consiguió su designio y fué despues ayo del príncipe. Ignórase la época de su muerte, que debió acaecer ántes de 1223, en que gobernaba ya esta iglesia su sucesor D. Domingo. — S. B.

RAMON de Huesca (Fr.), en el siglo Perez. Nació en la ciudad de Huesca el 31 de Agosto de 1739; profesó el instituto de Menores capuchinos de S. Francisco en el de 1755, y enseñó artes y teología con conocido aprovechamiento. En las funciones de la oratoria sagrada tuvo aceptacion, como se vió en la cuaresma diaria que predicó en el hospital general de Zaragoza, en la de las catedrales de Tarazona y de Teruel, y en otras iglesias, de los Advientos y Sermones de las principales fiestas. Fué guardian de Teruel y es Examinador sinodal de su obispado, del de Huesca y del abadiato de Montearagon, calificador de la santa Inquisicion de Aragon, socio de mérito de la Real Sociedad Aragonesa de amigos del país, custodio electo de su provincia de Aragon, y en 1786 su definidor. Las recomendables circunstancias que lo acompañan, su estudio y amor á la historia, especialmente eclesiástica, á antigüedades, varia literatura, y una verdadera crítica en que es conocida su sábia inteligencia como su religiosidad, hacen estimable su persona. Ha escrito: 1.° *Oracion panegírica de Santiago el Mayor, apóstol y patron de las Españas, que dijo en la santa iglesia metropolitana de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, dia 25 de Julio de* 1780. Se imprimió á expensas de un devoto del santo apóstol en Zaragoza, por Francisco Moreno, 1780, en 4.°—2.° *Ser-*

mon contra el vicio de ociosidad, que dijo el sábado despues de Ceniza en la Cuaresma del Hospital general de Zaragoza, el año de 1782; en el mismo año en dicha ciudad á expensas de su real Sociedad, á quien lo presentó el Excmo. Sr. Marqués de Ayerbe, su primer director, é hizo socio de mérito en 7 de Marzo de 1782, que se certificó en su edicion.—3.° *Oracion panegírica del beato Lorenzo de Brindis, que dijo en la fiesta de su beatificacion, celebrada en el convento de PP. Capuchinos de la villa de Albalate del Arzobispo á 5 de Setiembre de* 1784. En Zaragoza, por Blas Miedes, en este año, en 4.°—4.° *Relacion de las fiestas y regocijos públicos que en la real proclama del Rey nuestro señor D. Cárlos IV, celebró la M. Noble, M. Leal y siempre vencedora ciudad de Huesca, en los dias* 10, 11 y 12 *de Agosto de* 1789. *Publícase de órden del M. ilustre Ayuntamiento.* En Huesca, por la viuda de Miguel de Larrumbe, de 48 páginas, ilustradas de notas y advertencias.—5.° *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragon, tomo V. Estado antiguo de la santa iglesia de Huesca. Contiene las memorias antiguas de esta ciudad. El orígen y progreso de su iglesia. El catálogo de sus obispos, y los santos de su diócesis, hasta fines del siglo XI, en que dicha ciudad se restauró de la esclavitud sarracena.* En Pamplona, por José Longás; 1702, en 4.°, de 482 páginas. Desde la 373 corren los apéndices de este tomo.—6.° *Nueva instancia á favor de los cementerios contra las preocupaciones del vulgo. Tratado en que, discurriendo por las épocas más notables, se demuestra, que enterrar los muertos fuera de los templos y de las poblaciones, es conforme á la piedad cristiana y necesario á la salud pública.* En Pamplona en la imprenta de la viuda de Ezquero; 1792, en 4.°, de 103 páginas.—7.° *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragon. Tomo VI. Estado moderno de la santa iglesia de Huesca. Contiene los santos de la diócesis omitidos en el tomo anterior. El catálogo de los obispos y las memorias de esta iglesia desde fines del siglo XI hasta nuestros dias.* En Pamplona en la imprenta de la viuda de Longás é hijo; 1796, en 4.ª, de 507 páginas. Desde la 425 corren los apéndices.—8.° *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragon. Tomo VII. Iglesia de Huesca. Contiene las últimas memorias de la santa iglesia de Huesca. Los concurrentes á las parroquias, conventos, colegios y universidad literaria de esta ciudad, con una Disertacion crítico-histórica sobre las escuelas que Quinto Sertorio fundó en ella* (dicha disertacion se imprimió tambien por separado en 1797) *las pertenecientes á la iglesia colegiata de la villa de Alquezar, y la historia de la iglesia y monasterio de Montearagon.* En Pamplona en la imprenta de Miguel Coscolluela; 1797, en 4.°, de 519 páginas. Desde la 425 corren los apéndices. La referida *Disertacion* separada la imprimió la viuda é hijo de Longás; en 4.°, de 70 páginas.—9.° *Memorias interesantes de la Real Casa é iglesia de Montearagon en un lucero que hizo en ella reconociendo su*

archivo, escrituras, privilegios y papeles que le pertenecen. Quedó en este monasterio con *otras semejantes memorias.* Las ha formado tambien en San Juan de la Peña, en Jaca, y en su monasterio de religiosas de Santa Cruz de señoras benedictinas claustrales de esta ciudad, y otras casas de religiosas del reino.—10. *Teatro histórico de las iglesias de Aragon. Tomo VIII. De la santa iglesia de Jaca. Contiene las Memorias antiguas de esta ciudad y sus montañas. El orígen y progresos de su iglesia. El catálogo de sus obispos. Los santos de su diócesis. La fundacion de sus conventos, etc.* En Pamplona, en la imprenta de la viuda é hijo de Longás; 1802, en 4.°—Tiene adelantados los:—11. Tomo IX de las iglesias de Roda, Barbastro.—12. Tomo X de la santa iglesia de Tarazona.—13. Tomo XI de las santas iglesias de Teruel y de Albarracin.—L. y O.

RAMON Nicolau, sacerdote cartujo del monasterio de Valldemosa. Vivia en 1737.—*Vida de Jesus, María y José*, en verso latino exámetro de excelente correntía.—*Tratados de Filosofía.*—*Explicacion de las figuras que constan en el Viejo Testamento alusivas á la Virgen María.* Todas estas obras las vió inéditas nuestro favorecedor y apreciable compañero en la Real Academia de la Historia el Sr. D. Juan Muntaner, canónigo de esta catedral, y vicario general gobernador de este obispado.—J. B. de R.

RAMON Safont (Padre Mtro. Fray). Este insigne religioso catalan perteneció á la órden de S. Agustin. Desde su más tierna edad manifestó grande inclinacion á la vida monástica, y despues de haber estudiado y salido con la mayor brillantez de sus tareas literarias, habiendo obtenido con el mayor beneplácito la aprobacion paterna, abrazó la vida religiosa en la Orden expresada. En ella dió señaladas pruebas de su innata vocacion, de su aprovechamiento en los estudios, su vasta erudicion, su elocuencia y buen modo de decir, todos estos méritos realzados por sus virtudes y su obediencia ejemplar, siendo singularmente señalado por su exactitud en las funciones y cargos de la Orden, siempre desempeñados con la mayor eficacia y buena voluntad. Fué nombrado prior del convento de S. Agustin de Barcelona á 5 de Setiembre del año de 1381, y á 30 de Octubre del año 1386 aún lo era.—A. L.

RAMON (Fr. Alonso), natural de Vasa de Rey, en la provincia de Cuenca. Era ya doctor en sagrada teología cuando tomó el hábito en la órden de nuestra señora de la Merced; haciéndose á poco sacerdote. Estaba dotado de vastos conocimientos y variada erudicion, siendo de fácil ingenio para escribir sobre diferentes materias. Fué un orador elocuente y desempeñó además el cargo de cronista de su religion. Publicó en latin: 1.° *Epitomen Theologiæ Moralis*—2.° *Epitomen Theologiæ S. Scripturæ.*—3.° *Resolutiones Conciliorum.*—4.° *Interpretationem nominum Virorun, Mulierum, Populorum, Idolorum,*

Urbium, Fluviorum etc., *quæ in Bibliis hebraicæ et græcæ leguntur*. Madrid, 1617, 4.°—5.° *Tabulæ Aureæ Politicarum Intelligentiarum*; manuscrito de la biblioteca del conde duque de Olivares. Sus obras son mucho más numerosas, hé aquí su lista: 1.ª *Historia general de la Orden de nuestra Señora de la Merced Redencion de cautivos*, dos volúmenes; el primero de los cuales publicó en vida, en Madrid por Luis Sanchez, año 1618; el segundo, reconocido por su Orden despues de su muerte y muy aumentado, se publicó en 1633, pero la tercera y cuarta parte no llegaron á ver la luz pública. Sus demás obras son bastante numerosas y algunas de escasa importancia, pudiendo dividirse por clases de la siguiente manera. I. Oratoria sagrada.—*La Espada sagrada y Arte para los nuevos predicadores*; Madrid, 1616, en 8.° *Marial de la Virgen*: *Discursos predicables de la Concepcion*; Madrid, 1616, en 4.° *Proverbios de Salomon traducidos con dos comentos y paráfrasis castellanas*; id. 1625, en 8.° *Geroglíficos de la vida de S. Pedro Nolasco con declaraciones morales*. II. Parte histórica. *Vida del venerable P. Fr. Juan de Vallejo*; Madrid por Luis Sanchez, 1617, en 8.° *Vida de S. Pedro Nolasco, fundador de la Merced*, en 4.° *Vida de D. Fernando de Córdoba y Bocanegra*; Madrid, 1617, en 4.° *Vida del Caballero de Gracia*, ibid. por Diego Flamenco, 1620, en 8.°—Segunda edicion, por Francisco Martinez, 1390, 8.°—*Historia y milagros de la imágen de nuestra Señora de los Remedios* de Madrid; ibid., por la viuda de Alfonso Martin, 1617, 8.°—*Fiestas de S. Pedro Nolasco*; ibid., 1630, 4.°—*Declaracion elógica y apologética del Condestable de Castilla*, en 4.°—III. Moral, politica, misceláneas. *Casa de la razon y el desengaño*; Madrid, 1525, 4.° Obra muy celebrada.—*Entretenimiento y juegos honestos, y recreaciones cristianas*; ibid. 1625, 8.°—*Gobierno humano ajustado al divino*; ibid. 1634, 4.°—*Instruccion de príncipes en la juventud*.—IV. Ascética y mística. *Angel de la Guarda*.—*Elogio eucarístico*.—*Doctrina espiritual*.—*Salterio virginal de S. Buenaventura*, traducido del latin; Madrid, 1618.—*Escuela espiritual*.—*Cuaresma cristiana*. *Empleo de la semana santa*.—*Octava del Santísimo Sacramento*.—*Ejercicios espirituales sobre el himno: Lustris sex qui jam peractis, etc.*—*Llaves del cielo*. —*Intencion de sacerdotes*.—*Despertador de pecadores*.—*Documentos comunes*. —*Devocion de Sta. Ana*. Escribió además otros cuarenta opúsculos, los que hacia con grande facilidad y á que llamaba *sus obras diarias*, lo que en gran parte dió á luz Bernal Diaz del Castillo en su *Historia de la conquista de Nueva España*, diciendo los habia encontrado en una biblioteca.—S. B.

RAMON (R. P. Fr. Berenguer). Fué hijo de una de las más esclarecidas familias de Cataluña, y su casa le ofrecia un porvenir muy halagüeño, por cuanto las riquezas de sus padres eran cuantiosas, y su posicion hubiera sido brillante si él hubiera querido que se premiáran en él los muy singulares méritos de sus antecesores. El, sin embargo, desde jóven puso sus miras

más altas, pues las elevó hasta el cielo pensando en buscar allí una mansion que no pudiera nunca perder y que le procurase la singular dicha de alabar á Dios contínuamente. Muchos fueron los medios que se ofrecian á su consideracion para realizar sus intentos; pasando en su imaginacion revista á las ventajas é inconvenientes de los estados laical y clerical, se decidió por este en razon á que acerca á los que le profesan más y más á Dios nuestro Señor, y mirando despues cuál sería el estado más perfecto, y por consiguiente el más agradable á Dios, si el secular ó el regular, se decidió por el regular, no por otra razon sino porque en él como el religioso no depende de sí sino de sus superiores, no tiene, por decirlo así, la responsabilidad de sus acciones si las sujeta á la obediencia, y está seguro de que siempre obra bien, porque haciendo lo que le mandan hace lo que debe, y el superior es por consiguiente quien en su caso tendrá la responsabilidad de lo que mandó. Mucho vaciló acerca del instituto y convento en el cual habia de ingresar; á él le llamaban mucho la atencion los recien establecidos franciscanos, porque en su pobreza y observancia, en su austeridad y en la abnegacion con que estaban dispuestos á todo, veia él algo así de sobrenatural, ó por lo ménos una especie de demostracion patente de que Dios les dispensaba auxilios más especiales y muy singulares gracias con las cuales podian hacer estas obras verdaderamente extraordinarias; pero por otra parte conservaba su familia recuerdos muy gratos de la religion agustiniana, en la cual habia florecido en santidad y ciencia un pariente suyo en grado ascendente, por lo cual él tenia en mucho aprecio con esta tan grata memoria los medios que llevaron á su tio al logro de sus intentos; y en esta vacilacion estaba, cuando poniendo en manos de la Santísima Vírgen María esta eleccion tan importante como difícil, la Señora parece le dió á entender que la voluntad de Dios era que ingresase en la órden de S. Agustin y en el convento mismo donde su antepasado habia florecido, que fué el del mismo título de la ciudad de Barcelona, muy célebre siempre y mucho más en la época á que nos referimos (casi á fines del siglo XIII), porque entónces era muy numeroso y los que le poblaban hombres todos de mucha virtud y de no ménos ciencia. Una vez decidido, trató de que sus padres le diesen su consentimiento y algunos bienes para llevar á cabo sus intentos; y esto fué motivo de disgusto en la familia. En realidad de verdad gran oposicion á que entrase religioso no la tenian, pero les costaba mucho trabajo darle nada, y para evitar esto hacian ver que no querian permitirle entrar por fútiles pretextos que ellos daban como razones muy convincentes, pero que sirvieron de nada, porque el jóven se aferró en que aquella era su voluntad, y áun convino con los religiosos en la manera de ingresar y reintegrarles luego los gastos indispensables; por lo cual cobrando ánimos, manifestó á sus padres que su decision era

firme y que tendria el disgusto de irse sin su consentimiento, si ellos se empeñaban en negárselo. Por último, aunque no de buen grado se le otorgaron, y fueron en su compañía hasta Barcelona. Es indecible lo que le hizo sufrir esta misma condescendencia en acompañarle, porque no le tuvieron ni guardaron, ni en el camino ni en aquella ciudad, las atenciones que eran debidas, ántes por el contrario con el mayor desprecio y peor trato que al criado más insignificante le miraban, llegando hasta el extremo de negar alguna vez el estrecho vínculo que los unia, cuando estaban con alguna persona de suposicion, á quien no parecia del todo bien el que el jóven Berenguer hubiese tomado esta resolucion, y mucho ménos el que la hubiese tomado tan decididamente. Por supuesto que todas estas cosas lo único que hacian era acrisolar más y más la vocacion, y hacerla más firme y decidida; porque con razon podia deducir lo que habia de esperar del mundo y de las gentes que no le conocian, cuando de sus padres recibia un trato tan inmerecido, porque él no solo no les habia dado el más pequeño disgusto, sino que les habia procurado servir y complacer en cuanto habia estado de su parte, lo cual le pareció muy justo, y con efecto lo es, pues los padres son en el mundo los representantes de Dios, y á quienes despues del Señor debemos el ser; por lo cual es muy justo tenerles en todo el aprecio y consideracion que merece quien representa á la Divinidad. No les pareció prudente á sus padres decir que Berenguer era su hijo, y esto que á ellos les parecia, y segun su intencion lo era en efecto, lo sumo de la ingratitud y de la infamia, venia muy bien para llevar á cabo los designios del pretendiente al hábito, que deseaba ocultar todo lo que podia enaltecerle, y solo hacer patente lo que le pudiera rebajar; y esta conducta de sus padres fué lo que motivó el que no se supiese quién era el novicio, es decir, á qué familia pertenecia, hasta que con ocasion de una herencia que hubo de recibir, porque se le hacia expresamente, áun cuando estaba en el convento, tuvo precision de decir quién era con notable edificacion de todos, que apénas llegaban á comprender cómo podia haberse desprendido de su familia hasta el extremo de no indicar siquiera qué miembros la habian compuesto, mucho más cuando se descifró el enigma, digámoslo así, del improcedente y áun podemos decir indigno modo con que sus padres desnaturalizados le trajeron al convento sin pensar en que allí, además de asegurar él su felicidad eterna, iba á alcanzar un nombre que tenia precisamente que dar honor á su familia, porque honor es y grande el que haya en ella quien se distinga por su virtud y por su ciencia, como es tambien honor el que proporcionan los señalados hechos de armas ó las acciones de notable hidalguía; pues que unas y otras cosas demuestran virtudes, ó morales ó militares ó políticas, que siempre son apreciables en su línea y á cuyo ejercicio debe aspirar todo hombre que se tiene

en algo. Tenemos, pues, ya á Berenguer Ramon con el hábito del gran Padre S. Agustin y ejerciendo el santo noviciado, pero en gracia de la verdad hemos de decir que Berenguer no era novicio sino porque no habia profesado, y que se distinguia de los padres más respetables de su Orden sola y exclusivamente en que tenia ménos edad y en que necesaríamente habia de ocupar los últimos lugares y ejercer los más bajos ministerios. Habia él estudiado tan perfectamente las reglas, miraba con tan exquisita atencion las prácticas, que luego estuvo tan impuesto como si llevára muchos años de convento. Esto, como era natural, hizo comprender á los superiores que si á este jóven se le aplicaba á los estudios, y si su buena disposicion se ponia en ejercicio, llegaria á ser un grande hombre, de mucha utilidad para su casa, para su Orden y para la Iglesia de Jesucristo. Bajo tal conviccion le dedicaron al estudio y cursó humanidades, filosofía y sagrada teología. Era costumbre en la Orden que estudiáran todos los jóvenes que tuvieran capacidad para ello en clase particular que la Orden misma regia en su convento; mas de estos mismos jóvenes que allí estudiaban, los más aprovechados iban despues á la universidad, y mediante ejercicios rigorosísimos en que demostraban su suficiencia, se les conferian los grados académicos, que si bien como distincion no los usaban, porque creian no era muy conforme á su espíritu de pobreza y humildad, les era necesario tenerlos para poder así desempeñar ciertas y ciertas comisiones en la Orden y fuera de ella, de que no podia encargarse quien no estuviese así investido de estos grados, que nunca se dieron sino por probados merecimientos y mediante ejercicios en los cuales se procuraba bien averiguar la capacidad de los aspirantes á este honor, que ya contaban con la aprobacion de sus prelados, pues que ellos eran los que los enviaban. Nuestro Fr. Berenguer fué condecorado con la borla de mayor importancia, que era la de sagrada teología, y en sus ejercicios estuvo tan feliz, que desde luego excitó la admiracion de cuantos presenciaron los actos académicos, que fueron tanto más notables en cuanto eran dificilísimos. Así es que nuestro buen religioso estaba ya en aptitud de desempeñar cualquier cargo en su Orden; y como á esto se agregase la circunstancia de que por entónces mismo, segun mandato expreso de sus superiores, que tal fué necesario para que se decidiera á ello, se habia ordenado de sacerdote y celebrado con bastante edificacion el santo sacrificio de la Misa, podia ya servir de mucho á los fieles en el acertado desempeño de sus importantísimos ministerios. Y con efecto los sirvió, porque predicando con un celo verdaderamente apostólico, y sin que le causára molestia alguna el emplearse en este ejercicio dos ó en alguna ocasion tres veces al dia, y sin que las distancias, á veces largas, que tenia que recorrer le sirviesen de excusa para no aceptar los sermones con que le brindaban en todos los lugares ó iglesias de

la capital donde querian que se sacára fruto de la predicacion, porque en realidad de verdad era el P. Ramon uno de los más esclarecidos oradores que por entónces tenia la populosa Barcelona, y tambien podrá decirse que de los más notables de España. En el confesonario tambien sacaba mucho fruto, porque su dulzura al mismo tiempo que su rectitud hacian que poniendo á la vista los verdaderos caractéres del vicio, y animando á la confianza en Dios por lo pasado, se tomáran resoluciones prácticas para lo porvenir, que de cierto aseguraban el feliz éxito si tenian constancia en practicarlas. Muy conveniente hubiera sido el que el Padre se hubiera podido dedicar al tan importante ejercicio de su ministerio, en que ya iba dando tan buenos frutos; pero el gobierno interior de su comunidad, medio indirecto de que los fieles logren los adelantos espirituales que tienen derecho á esperar, exigia el que se le retirase algun tanto de esta vida pública y activa para entrar en otros cuidados ménos visibles, pero no ménos importantes. Con efecto, despues que hubo leido filosofía y teología durante un curso, es decir, la época de unos estudios completos en que sus discípulos dieron muestras de haber aprovechado en gran manera las siempre oportunas y nuevas explicaciones con que ilustraba las obras de texto, que fueron las más escogidas que encontró, se le retiró de la cátedra para aprovecharse de sus conocimientos y dotes extraordinarias en el gobierno interior de la casa. Se le confiaron algunos cargos de importancia sí, por cuanto significaban el órden y concierto en la marcha de todas las operaciones del convento, y se vió que en el desempeño de ellos era tan diestro como lo habia sido en el púlpito y en el confesonario, cuyos dos lugares no abandonó por completo ni mucho ménos, si bien no los frecuentó tanto como lo hubiera hecho á haberse visto que no tenia capacidad para otra cosa. Considerando, pues, los buenos resultados que habia dado su gobierno como dependiente del superior, y pensando con razon que si se le conferia tal cargo lo desempeñaria muy bien, al cesar el Muy Rdo. P. Fr. Guillermo Narbonés en el desempeño de su importante cometido de prior de aquella santa casa; de comun acuerdo de los Padres de ella, se propuso la eleccion de nuestro P. Berenguer para que le sustituyese, esperando con fundamento que su eleccion habia de merecer no solo la aprobacion, sino alabanzas de los superiores, en razon á que era el Padre sin disputa de lo mejor del convento, y eso que habia en él sugetos muy distinguidos en todo y por todo. Verificóse, pues, la eleccion, y salió prior sin ninguna contradiccion el Muy Rdo. P. Berenguer Ramon, quien tomó posesion de su cargo en los primeros dias del año 1443, comenzando desde luego á ejercerle con todo acierto, y procurando siempre no solo lo mejor para la comunidad, sino lo que á los indivíduos podia ser más conveniente, pudiendo decirse que era verdadero

padre de todos los que estaban confiados á su cuidado. Muchas mejoras introdujo en su trienio, motivo por el cual los religiosos hubiesen querido reelegirle, pues que no estaba prohibido por constituciones ni por regla; mas él respetando lo que la casa iba haciendo con los treinta y dos que le precedieron en su cargo, no quiso aceptar la honra de ser reelegido sin que pasase otro trienio, y conformándose con admitir entónces de nuevo el cargo, si la comunidad insistia en conferírsele. A consecuencia, pues de esta su resolucion, y por indicacion suya, fué nombrado el Muy Rdo. P. Fray Jaime Clayes, habiendo permanecido Ramon en su puesto unos seis meses más de su trienio hasta que se verificó la eleccion, que no pudo tener lugar ántes por motivos ajenos de este lugar. Dejando su priorato el P. Berenguer, no quiso ocupar por algun tiempo ningun puesto en la casa, sino que retirado en la celda, se dedicó más y más al servicio de Dios, empleándose solamente en los ejercicios propios de su ministerio, es decir, en oir confesiones y dar consejos á cuantos se le acercaban, que eran muchos, porque á todos era notaria su bondad y su ilustracion, al mismo tiempo que su tino y prudencia. Pasó así los últimos dias de su vida sin que se supiese que un hombre de mérito estaba tan escondido, esperando á que el Señor, llamándole para sí, le premiára con usura los méritos que en su servicio habia contraido. Así sería indudablemente, si bien es muy sensible el que no haya llegado á nosotros la noticia de cuándo pasó á mejor vida el esclarecido Padre Berenguer Ramon, de la órden de S. Agustin, célebre por su ciencia y no ménos acreditado en virtud. —G. R.

RAMON (Bernardo), presbítero, natural de Mallorca y arcediano de la catedral de la Isla. Lo citan Perez Bayer, t. III, pág. 544, col. 2, y el obispo de Astorga, pág. 527. Escribió: *Apparatus, ac declarationes super libro VI decretalium.* Existia manuscrito en la Biblioteca Real de París, *códice* 4088, *et seq. Sæculi XIV.* —J. B. de R.

RAMON ó Raimundo (Guillen ó Guillermo). Fué este eclesiástico, segun Amat en su *Diccionario de escritores catalanes*, presbítero del monasterio de nuestra Señora de Monserrat, el cual debió ser autor de algunas obras y de bastante reputacion, cuando la reina Doña María le escribió la siguiente carta en lemosin catalan, que damos á continuacion en el lenguaje que las escribió aquella soberana, y por la cual se conoce á este eclesiástico. Primera «La Reyna vostra letra havem reebuda á la cual vos responem quens regraciam molt comtan liberalment nos havets trames lo libre; pero aquell que cuydavan fos perdict ses trobat axi que Deus volent prestament vos trametrem lo vostre quens havets trames. Del altre de vicis é de virtuts vos pregam que com pus prestament porets lons trametats car singular servey nos enfarets. Del fet de vostra tia vos certificam que vos farem ferles provisions

necessaries é les farem signar al senyor Rey, é Nos per nostra letra li seruirem en tal manera que vos la haurets é vindra á les parts deca pregantvos que en vostres oraciones é dels altres daqueix monastir haiats en especial é singular memoria lo senyor Rey é Nos, segons fermament creen é confiam. Dada en Tortosa sots nostre segell secret á XI dies de Flebrer del any M.C.C.C.C.X.X. Dna Regina ma. mi. P.° de Colle alias Lobet, Arch. de Arag. Com. sig. sec. I. Reg.ª M.ª L. T. Alfon. IV, fol. XXXVIII.—2.ª La Reyna. Vostra letra havem reebuda en Sanps ab lo libre de consolació quens havets, trames del qual havem baut singular plaer, ens regraciam molt aquell é lo treball que havets haut sobre aco que depart nostra vos dix Mos. Vilafrancha. Axi mateix vos havem trames per un capella de casa del abat daqueix monastir lo vostre libre é la letra que Mos. Bernat Sentellas fa á son locht gobernador de Serdenya. Dada en Tortosa sots nostre segell secret á XXVIII dies de Marc del any MCCCC vint. Mes vos certificam que per Narnau F. nolleda algutzir havem rebudes les candeles que per ell nos tremates E apres havem rebudes una dotzena de culleres del argent daquixa montanya. Dada ut supra Dna Regina ma. mi. P.° de Colle alias Lobet: ibid., fol. LV.—3.ª La Reyna. Segons per diverses letres vos habem scrit ab. gran desig speram lo libre quens havets promes, car creem que en ligiraquell trovarem gran plaer perquens pregam si per altre nol havets trames aquell nos vultats trametre per lo fael de nostra scrivania en P. Caselles portador de la present car singular plaer nos en farets... Dada en Daroca sots nostre segell secret á XXIV de Noembre del any M.CCCCXX. Ibid., fol. CXLVI.» Al pié de cada una de ellas se lee: «Dirigitur Guillelmo Raymundi presbítero Montisserrati.—A. C.

RAMON (P. Fr. José), mercenario, presentado en teología, predicador de S. M., etc. *La flor más humilde de Portugal; la bienaventurada Violante de la Cruz, monja cisterciense, cuya prodigiosa vida saca á luz el Rdo. Padre Fr. José Ramon, etc* Barcelona, por Juan Solís, dedicada á Doña Violante de Areny y de Burgués, por mano de D. Juan de Morá y Cata; un tomo en 12.°—A.

RAMON (P. Fr. Juan). Fué este religioso agustino en el convento de Barcelona, siendo tan escasas las noticias que de él se tienen, que no nos dice la crónica sino que en 17 de Noviembre del año 1491 era prior de aquella santa casa. Muchísimas cosas podrian deducirse de esta sola noticia, sobre todo que el Padre seria de gran celo, de vasta erudicion, dotado de buen espíritu de gobierno, que hiciese práctico mediante su prudencia y su caridad para con sus hermanos; porque todos estos eran requisitos indispensables para ocupar el importante puesto que él obtuvo, mucho más en su época, que lo era de verdadera prosperidad para Barcelona, que contaba en

su convento á los Nogués, á los Pujosolas, Moratas y otros mil. Pero como hemos dicho, las noticias son muy escasas, y preferimos dejar á nuestros lectores en duda, á ofrecerles un cuadro trazado sobre lo que debió ser este varon esclarecido, y que en vez de ser su retrato, pudiera ser cualesquier otra cosa no tan exactamente parecida como conviene á la verdad histórica, que procuramos averiguar en todos los personajes cuyos nombres gloriosos legamos á la posteridad.—G. R.

RAMON (Fr. Juan), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito en el monasterio de Cotalba, y fué llevado al de Valde Hebron, en Cataluña, de nueva fundacion, por su primer prior D. Jaime Juan Ibañez, al que sucedió en este cargo tres años despues de su muerte, gobernando aquella casa por espacio de treinta y nueve años consecutivos, eligiéndole contínuamente al terminar cada trienio, cosa que no se habia visto hasta entónces en la Orden, y áun en ningun convento donde se nombrase á los prelados por eleccion, y que es una prueba inequívoca de la paz, virtud y sosiego que habria en una casa que no cambió de prior en tantos años. Comenzó á ocupar este puesto en 1419, y llevaba ya doce años en él cuando murió la reina Doña Violante, fundadora de aquella casa el año de 1431. Despues, en tiempo de la reina Doña María, á quien tambien se llama fundadora de aquella casa, porque la favoreció mucho y aumentó en gran manera el edificio. «Cuando murió esta señora, dice el P. Sigüenza, dejó por testamentario al mismo P. Fr. Ramon, el año de 1458, de donde consta que tuvo el gobierno de aquel convento treinta y nueve años, y más que era persona de tal calidad, religion, letras y prudencia que le fiaba la Reina particularrísimamente los negocios de su alma. ¡Qué buen tiempo aquel en que tan unos eran los superiores y los súbditos!» Murió el P. Fr. Ramon en 1458, segun se deduce de las anteriores noticias, siendo muy llorado en su monasterio y áun en su país al que habia edificado con sus virtudes y en que habia dado repetidas pruebas de su gran santidad. La casa de Valde Hebron le debió todo su esplendor y grandeza, pues sus primeros priores apénas tuvieron tiempo para presidir á su fundacion, siendo este religioso quien por el largo tiempo que la gobernó y la mucha confianza que mereció á las dos reinas á quienes reconoce aquel monasterio por fundadoras, pudo elevarle al apogeo de su prosperidad y colocarle á la altura que despues alcanzó en la ilustre órden de S. Gerónimo.—S. B.

RAMON (Mtro. Lorenzo), canónigo de la colegial de Sta. María la Mayor de Calatayud, é hijo de esta ciudad segun parece. Fué un aragonés de conocida pericia é inteligencia en la historia de este reino. Floreció por los años 1507, y escribió de comision de los diputados del mismo reino: 1.° *Version al español de una Crónica de Aragon, compuesta en latin.* El cro-

nista Andrés, en el *Museo aragonés Mss.*, dice de ella: *Crónica de Aragon*, compuesta en latin. Dieron cargo los diputados al Mtro. Lorenzo Ramon, canónigo de Calatayud, para que la copiase y redujese en *romance*, y se querellan que no se acaba año 1507; y despues añade, que unas crónicas encomendadas por Mtro. Lorenzo Ramon á Mtro. Juan Gilabert, beneficiado de San Pedro de los Francos de Calatayud, le mandan, los diputados, que las envie luego, con persona de confianza, año 1508. Nada más hemos podido averiguar en este asunto.—L. y O.

RAMON (Fr. Pablo), hijo de Zaragoza, religioso trinitario, maestro de su provincia de Aragon, ministro de su convento de Barbastro, examinador sinodal de su obispado y muy empleado en la predicacion y la instruccion, adelantado el siglo XVII. Escribió: 1.° *Cartilla y explicacion de los rudimentos de la teología moral al Ilmo. Sr. D. Fr. Iñigo Royo, obispo de la ciudad de Barbastro, por cuya disposicion se publicó;* en Zaragoza, por Agustin Verges, 1676, en 4.°; por Pascual Bueno, tambien en 4.° — L.

RAMON (Fr. Tomás). Fué hijo de Alcañiz, donde nació el año 1569, y religioso dominicano de su convento de Sta. Lucía, donde profesó el 11 de Noviembre de 1585, y fué dos veces prior de él. En 1620 obtuvo el grado de presentado y el de predicador general. Era tambien doctor en filosofía y teología, y un distinguido orador sagrado de su tiempo. Poseyó el latin con perfeccion, y fué benemérito de la erudicion y la poesía. Murió en el citado convento el 3 de Junio de 1640. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Cadena de oro hecha de cinco eslabones, y por diálogo, para confirmar al cristiano en la santa fe católica y reducir á ella al que no lo fuere;* en Barcelona, por Gabriel Graells, 1610, en 8.°— Dedicó esta obra al cabildo de la iglesia colegial de Sta. María la Mayor de Alcañiz, y el mismo repitió la estampa en 1612. —2.° *Breve declaracion del salmo* Miserere mei, Deus. *Un recogimiento importante para el reducido á la fe, y reconocido de sus culpas, y para la oracion mental;* en Barcelona, por Gabriel Graells, 1610 y 1612, en 8.°: se unió á la obra antecedente.—3.ª *Flores nuevas cogidas del vergel de las divinas y humanas letras, y de los Stos. Padres, sobre los Evangelios comunes de los santos;* en Barcelona, por Gabriel Graells, en dos tomos en 4.°, el primero impreso en 1611 y el segundo en 1612. —4.ª *De primatu sancti Petri Apostoli, et Summorum Pontificum Romanorum ejus succesorum, Fasciculus Aureus in tres libros divisus. In quibus ex plurimis locis utriusque Testamenti, Sacrorum Conciliorum Decretis, et Antiquis Patribus, Catholicisque Ecclesiæ Doctoribus Summæ, Apostolicæ Romanæque Sedis auctoritas, potestas demonstratur;* en Tolosa, por Raimundo Colomer, 1617, en 4.°, de 220 páginas. Está dedicada esta obra al Ilmo. Sr. D. Fr. Luis de Aliaga, de la órden de Predicadores, del Consejo de Estado de S. M., inquisidor general de

España y confesor del rey católico D. Felipe III. La fecha de esta dedicatoria es en Tolosa, á 7 de Diciembre de 1616. —5.ª *Puntos escriturales de las divinas letras y Santos Padres cogidos para el dia de la Santísima Trinidad, del Santísimo Sacramento y veinticuatro domingos que hay hasta el Adviento;* en dos tomos en 4.°, el primero en Barcelona por Gabriel Graells, 1618; y el segundo tambien en Barcelona, por Sebastian de Cormellas, en 1618.— 5.ª *Conceptos extravagantes y peregrinos sacados de las sagradas letras y santos Padres y doctores, para muchas y varias ocasiones que por el discurso del año se suelen predicar;* en Barcelona, por Gabriel Graells, 1619, en 4.° — 7.ª *Nuevas y divinas Indias de las altísimas virtudes de María, y doce soberanos privilegios suyos figurados en las doce estrellas de su imperial corona;* en Zaragoza, á costa de Pedro Ferriz, 1624, en 4.° —8.ª *Del santísimo nombre de Jesus;* se imprimió por dicho tiempo.— 9.ª *Devocionario del Santísimo Sacramento*; tuvo la misma edicion. — 10.ª *Nueva Pragmática de reformacion contra los abusos de los afeites, calzado, guadejas, guardainfantes, lenguaje crítico, moños, trajes y exceso en el uso del tabaco;* en Zaragoza, en 1635, en 8.° — 11. *Tratado de las antigüedades de Alcañiz*, que no se publicó. Parte se compone de un antiguo manuscrito de este asunto trabajado por Micer Alonso Gutierrez, doctor en derechos, hijo de Alcañiz, de quien se trató en 1540, y parte en diferentes noticias, recogidas de varios libros y memorias, como refiere Pedro Juan Zapater en la *Historia manuscrita de Alcañiz, en el prólogo, año* 1704, y que el dicho *tratado* se halla en la librería del convento de Predicadores de la referida ciudad. —12.ª *Diversos sermones y fragmentos literarios*. De estos tres números antecedentes de obras no trata D. Nicolás Antonio, en la *Biblit. Hisp. Nov.*, ni tampoco la *Biblioteca doméstica* acuerda las dos posteriores. En estas dos *Bibliotecas* hay completas noticias del autor, y particularmente en las *Historias de Aragon* del canónigo Blasco de Lanuza, tomo I, pág. 530, col. I. Y tomo II, pág. 563, col. I y II. — L.

RAMON BOIL (Fr. Guillermo), obispo de Gerona. El apellido de este prelado recuerda la disputa que hay sobre el famoso Fr. Bernardo Boil, monje ó ermitaño de Monserrate, primer patriarca ó vicario apostólico de las Indias, últimamente abad del monasterio de Cuxa; disputa muy embrollada sobre su patria, persona y oficios por ser muchos los *Boiles* que entónces brillaron en la república civil y eclesiástica, de donde nació que la profesion y sucesos de uno se atribuyen á otro. Así es que al obispo Ramon le confunden algunos con el Fr. Bernardo, que fué tio suyo segun parece: otros le hacen religioso mínimo vestido por la mano de S. Francisco de Paula. El P. Caresmar, en una disertacion que escribió sobre esta familia, despues de hacerle natural de Tarragona, le suponia monje de Ripoll y

prior de Meyá, prebenda filial de aquella abadia. Roig viene á decir lo mismo. En oposicion á estos escritores, que no alegan prueba alguna de su opinion, hay documentos irrecusables acerca del Obispo de que se trata. Se sabe con la mayor certeza y seguridad que era natural de la ciudad de Valencia, donde su familia nobilísima, descendiente del Aragon, estaba ya de antiguo arraigada con el señorío del lugar de Manises y de otros. Consta esto del epitafio de su sepulcro y de las actas capitulares, que en varios capítulos expresan claramente la patria y alcurnia de este prelado. Lo dicen tambien las memorias del convento de Santa Engracia de Zaragoza. Hízose monje de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de *Catalva*, cerca de Gandia, el cual gobernó como prior siendo el vigésimo quinto de ellos. Desde allí pasó con el mismo encargo al de Santa Engracia, cuya prelacia fué el cuarto que la obtuvo, y por dos trienios incompletos, desde el año 1502 hasta el 1508 en que fué promovido al obispado por el Rey Católico. Todo esto consta en las memorias de aquella casa, que en 1661 escribió el P. Fr. Miguel Palain, natural de Graus; el cual dice que las bulas de la promocion al obispado de Boil existian entónces en aquel archivo, donde debió dejarlas como en prenda de lo que la casa le dió para la expedicion de ellas. El mismo escritor cuenta las varias obras que hizo en sus dos prioratos, y son: la sacristía, el busto de plata de S. Lupercio, la imágen de S. Gerónimo entera y tambien de plata que áun existe en el relicario, con las armas de los Reyes Católicos, trabajada por maestre Tapias en Barcelona, la cena y juicio del refectorio y algunas imágenes que habia en la escalera principal, pintado todo por el maestro Ponte, pintor del Rey Católico, año 1505. Sábese igualmente que tomó posesion de la silla el dia 14 de Setiembre de 1508, y que á 30 de Octubre inmediato hizo su entrada pública en la ciudad de Gerona. Las *actas capitulares*, al hablar de él en este acto, dicen que era *olim Prior Monasterii Sanctæ Engratiæ civitatis Cæsaraugustæ, ordinis Sancti Hieronymi*, con lo cual se confirma la verdad de lo dicho. Dedicóse tan pronto al desempeño de sus obligaciones, que en el dia 16 del inmediato Noviembre ya comenzó la visita de su catedral. Desde esta época son contínuas y ciertas las memorias de su existencia en esta ciudad en los registros de todas clases que es ocioso citar. En la dominica segunda de Diciembre de 1509 fulminó excomunion contra los que á 11 de Noviembre anterior habian invadido la iglesia del lugar de Santa Pelaya durante los oficios divinos, matando en ella á algunas personas y cometiendo los excesos horribles que refieren las *actas capitulares*. Entre otras circunstancias de aquel anatema se lee allí mismo que acompañaban al Obispo doce canónigos con capas pluviales negras y cruz cubierta con velo tambien negro; y que al pronunciar el prelado la excomunion, arrojaron todos en tierra y pisaron las candelas ne-

gras que tenian encendidas, las cuales, recogidas despues, fueron arrojadas al rio Ter. Agravó la censura en los dos dias siguientes, arrojando contra los reos tres piedras fuera del templo al tiempo que se decia el salmo *Deus laudem etc.* todo conforme al rito usado. A 29 de Octubre anterior habia celebrado la primera misa de pontifical en esta iglesia, haciendo ántes publicar en toda la diócesis que los que asistiesen á ella ganarian la indulgencia concedida por el papa Julio II. Con esto no es extraño que acudiesen quince mil personas, como dicen las actas. Este concurso obligó al Obispo á decir toda la misa en la cátedra alta á espaldas del altar mayor, y al clero á que se colocase en el presbiterio. Otra funcion semejante hizo veinte años despues, dia 8 de Setiembre, en la cual se halló su pariente D. Gaspar Mercader, canónigo de Barcelona y poco despues de esta iglesia. Hallóse en las córtes de Monzon de 1510, celebradas por el rey D. Fernando, y tambien en las que dos años despues convocó allí mismo su mujer Doña Germana. Al mismo tiempo cuidó de imprimir breviarios para su diócesis, segun se colige de algunas enunciativas de las *actas capitulares* en 1511. Visitando la iglesia de S. Feliú de Guixols en el mes de Agosto de 1515, examinó *per ignem* el santo sudario que se guardaba en la ermita de S. Telmo de aquella villa, y de consiguiente le declaró legítimo y aprobó su veneracion. En estos y otros ejercicios pastorales se le halla ocupado hasta el año 1520, que es el primero en que consta que no celebró órdenes y en que suena su visitador y coadjutor D. Juan de Cardona, obispo plonacense. Más adelante, en 1524, suena junto con éste Lorenzo, obispo Aurense. A 21 de Setiembre de 1525 ordenaba aquí de licencia del prelado D. Pedro Fernando ó Fernandez de Jaen, obispo Drivacense, el cual habia sido consagrado en Roma á 2 de Abril del mismo año. Desde 1527 se nombra su vicario general D. Juan Miralles, arzobispo de Tesalónica en cuyo oficio duraba confirmado de nuevo á 24 de Setiembre de 1532. Todo esto fué necesario durante la ausencia del obispo Ramon de esta diócesis, y su permanencia en la corte Romana por espacio de ocho años, como dicen las *actas capitulares* hablando de su regreso; y pues volvió á principios de 1528, es claro que no partió de aquí hasta el 1520, que es el primer año en que se nombran sus auxiliares. La causa del viaje no está averiguada; pudieron ser encargos del Rey ó negocios particulares de su dignidad: mas ni de uno ni de otro existen noticias seguras. Lo cierto es que alcanzó allá el fin del pontificado de Leon X, y se dice que fué el primero que avisó su eleccion á Adriano VI, que se hallaba en Vitoria, adelantándose el correo que él destinó á cuantos se le enviaron en aquella ocasion. Se ignora si se halló en el saco de Roma por las tropas de Cárlos V, verificado en 1527, pues es cierto que regresaba de Italia por mar en Di-

ciembre de ese año, y que le apresaron por las fiestas de Navidad unos piratas franceses, que le condujeron á Marsella, donde estuvo hasta Julio del año siguiente, rescatado de aquella infelicidad por la liberalidad del pueblo y clero gerundense. La consideracion de los ultrajes que en aquella ciudad recibió con los doce familiares que le acompañaban, y la larga ausencia de su iglesia, obligó al capítulo á hacerle el recibimiento acostumbrado en la primera entrada. El pueblo salió alborozado con el más vivo afecto. El Obispo venia con barba larga, pobre y quebrantado; los familiares con tunicelas en traje de cautivos. En resúmen, lo que hubo en la entrada solemne de este Obispo, fué lo más tierno y sublime, honrándole en más alto grado que si hubiera sido un emperador; esta entrada se verificó el dia 12 de Julio de 1528, habiendo sufrido en los siete meses de su cautiverio el trato más cruel é inhumano, que no le hubieran procurado los infieles. A tan amorosas demostraciones correspondió el santo y virtuoso Obispo, no siendo menor su gratitud, dedicándose con nuevo é inimitable esmero á remediar las necesidades de sus feligreses, afligidos por aquellos años con sequías y otros males. Una de las cosas que dispuso con su capítulo para implorar del cielo el beneficio de la lluvia, fué que se dijese en la ciudad sin cesar el *Salterio*, repartiendo las horas del dia y de la noche entre los cuerpos eclesiásticos de ella. La curiosidad de esta oracion continua y fervorosa aumentó considerablemente la devocion de todas las clases de la poblacion. Tambien ordenó varias procesiones de rogativa *pro pluvia*, y una muy numerosa á San Feliú de Guixols llevando la cabeza del santo mártir Felix, que allá fué despeñado en el mar. Resolvióse esto á 9 de Marzo de 1529, suscitándose al mismo tiempo en el capítulo la duda, si debia ó no mojarse la dicha cabeza en el mar (*an sit spargendum aqua*), ó rociarse con ella. Hubo ya entónces quienes se opusieron á esto como á supersticion, mas prevaleció la costumbre; y así en esta procesion como en las que se hicieron por la ciudad, cualquiera imágen ó reliquia que se llevase en ella, ó la sumergian en las fuentes, ó la rociaban á lo ménos. Tambien resolvió con los jurados que fuesen á Santiago dos peregrinos, uno por la ciudad y otro por el capítulo, al modo que se hizo en uno de los pontificados anteriores. Mas la disposicion y ceremonias del de este año fueron muy notables y extraordinarias. Todo lo referido corresponde al año de 1529, al cual, y al dia 5 de Abril, pertenece la constitucion que hizo con su capítulo, que en adelante, cuando se dijese la antífona *Regina Cœli* se arrodillase todo el clero de cara al altar mayor, como hasta allí, segun dice, no se arrodillasen hasta el *Ora pro nobis Deum*. Antes de eso, y á 6 de Febrero, habia tenido noticia de la muerte de su hermano N. Boil, señor de Manises. Las actas no expresan más. El capítulo comisionó dos de su cuerpo, que subiesen con vestidos de luto á darle

el pésame. Hallábase ya el virtuoso Obispo muy indispuesto de mal de piedra y con muchas llagas en las piernas el año de 1531; mas con todo eso continuaba su asistencia á los divinos oficios, y para poderlo hacer con ménos incomodidad, á instancias suyas el capítulo le concedió, dia 12 de Octubre, que pudiese estar en el coro sentado, y quedarse en él cuando el clero salia á alguna procesion. Agravándose la enfermedad, pidió al mismo cuerpo, á 25 de Noviembre inmediato, permiso para enterrarse en el refectorio antiguo, que con esta ocasion se convirtió en capilla en honor de este prelado, como hoy se ve con la advocacion de *nuestra Señora del Claustro*, por haberse trasladado á ella la imágen del mismo título, que estaba donde hoy es el altar de *nuestra Señora de Bellulla*. Esta traslacion se verificó á 23 de Marzo de 1532, siendo este suceso una prueba del afecto y atencion del capítulo al Obispo, por cuyo respeto se sosegó la gran contradiccion que hubo en quitar la imágen del claustro. Finalmente, el prelado, próximo á morir, recibió el viático dia 21 de Noviembre de 1532, y murió el 28 siguiente á las tres de la tarde, tan pobre como cargado de deudas, por cuya razon solo se le hizo funeral mediano sin *capell ardent*, cual se hacia á los demás obispos. No es poco elogio el que hacen de este benemérito prelado las *Actas capitulares*, diciendo que no tenia en Gerona pariente ninguno que lo llorase é hiciese el duelo de costumbre. Esta ceremonia desempeñaron sus familiares; pero lágrimas no fué menester procurarlas, que hartas derramaron los pobres y todos los de la ciudad. Porque ciertamente era prelado de gran mansedumbre y caridad. Su cuerpo se depositó interinamente en el pavimento delante del altar de dicha capilla, de donde los años siguientes se trasladó á un sepulcro de mármol al lado del Evangelio de la misma, que corresponde poco á la pobreza en que murió su dueño. No debe dudarse que los de su familia cuidaron de construirlo conforme al mérito del prelado. Lo cierto es que no hay en esta catedral otra pieza que le aventaje en gusto. Está la urna colocada debajo de un arco ó nicho, sobre ella hay una estatua de obispo en ademan de dormir, sosteniéndose la cabeza con la mano derecha, y en parte más elevada el escudo de sus armas, en que figura un buey y un castillo. En el plano hay esta sencilla inscripcion:

Ecce Boill stirpe natus nobilique Guillelmus
Amœna patria Valentiæ regni
Hic pastor vixi per tot discrimina rerum
Ut requiescam bone viator ora.
M.D.XXX.II.

A. L.

RAMON Y MORA (Guillermo), presbítero, famoso latinista y elocuente

orador, natural de la villa de Porreras. Nació en 23 de Abril de 1746, de Guillermo y Juana Ana Mora. Siguió en Palma los estudios universitarios; hizo varias oposiciones á curatos vacantes; en 28 de Mayo de 1774 se ordenó de sacerdote; en 1775 fué electo catedrático de filosofía del seminario conciliar de Palma, y por aquel tiempo fué nombrado secretario de la Academia de Teólogos establecida en el convento de Dominicos de dicha ciudad. En la oposicion que hizo en 25 de Abril de 1776 ganó el curato de la iglesia de S. Lorenzo Descardazar, desunida de la de Manacor. Pasó á Madrid, y sirvió cuatro años de capellan supernumerario del Hospital general. Regresado á Mallorca, el Ilmo. Sr. D. Bernardo Nadal le eligió su limosnero y teólogo consultor de cámara. En toda la isla era aplaudida su elocuencia, oidos con pasmo sus fervorosos sermones, y admirada su pericia é inteligencia en el latin, italiano, inglés, portugués, español y francés. Nombrado examinador sinodal de este obispado y bibliotecario de la episcopal de esta ciudad, desempeñó estos destinos, con el acierto que podia esperarse, hasta el dia de su muerte, que fué el 20 de Junio de 1824. Escribió: 1.° *Recopilacion de poesías agudas y chistosas, satíricas y divertidas;* un tomo en 8.°, 1816, manuscrito.— 2.° *Breve resúmen de las persecuciones de la Iglesia, sacadas de los autores más críticos para instruccion y edificacion de los fieles;* un tomo, idem.— 3.° *Opúsculos varios en prosa y verso sobre diferentes asuntos de historia, y poesías místicas recopiladas de distintos autores;* 1823, un tomo, idem, idem.— 4.° *Coleccion de poesías sagradas sobre los principales misterios de Jesucristo y de su Santísima Madre, escogidas de diferentes autores españoles, nuevamente coordinadas, corregidas y enmendadas por D. G. R. P.*; Palma, imprenta de Sebastian García, 1815, un tomo en 4.°—5.° *Poesías místicas escogidas de varios autores españoles sobre asuntos místicos y morales, coordinadas y corregidas por D. G. R. P.*; Palma, imprenta de Agustin Roca, 1814, idem.— 6.° *Breve resúmen de la admirable vida de la seráfica vírgen Sta. Teresa de Jesus, en versos castellanos;* Palma, imprenta de Villalonga, año 1814, en 8.°— 7.° *Mejía ilustrado, ó Silva de varia leccion, compuesta por Pedro Mejía, nuevamente coordinada, corregida y adornada con varias adiciones y notas críticas, sacadas de los mejores autores por G. R. P.*; manuscrito con la licencia del Consejo para darla á luz.— 8.° *Opúsculos varios*; un tomo en 4.°, manuscrito, que contiene: Utilidad de la historia; Edades del mundo; Triunfos de los mártires; Testimonios de los infieles á favor de la Iglesia, y otros.— 9.° *Cathecismi romani expositio variis prælectionibus, secundum novum methodum tam in diœcesi Toletana, quam in aliis Hispaniarum et Indiarum præscriptam ad usum parochorum aliorumque potissimum, qui ad beneficia parochialia petenda concurrunt accommodata. Per Guilielmum Ramonium, parochum Sancti Laurentii, Majoris Balearium;* Madrid, im-

prenta de Gerónimo Ortega, 1789, dos tomos en 4.° En el tomo segundo se le impugnó lo que decia en el prólogo, cuando previniendo su modo de proceder, aseguraba que no expondria las doctrinas del catecismo ni con la elegancia de Tulio, *nec barbarie silogistica*, palabras injuriosas al comun de los teólogos escolásticos y poco favorables al autor de la obra. Es cierto, dice el impugnador anónimo, que algunos teólogos han abusado del arte silogístico, y que su mal uso ha podido causar fastidio por la molesta repeticion de *probatur major, probatur et minor, etc.*; pero ningun crítico juicioso ha tenido por barbarie semejantes expresiones, ni el defecto de algunos debe censurarse como que es de la facultad ó de todos sus profesores. Debia tener presente el Dr. Ramon que Melchor Cano (de quien hace mucho aprecio) dice que nadie puede percibir los dogmas de la religion sin ser buen escolástico, y que los vicios de los hombres no deben atribuirse á la escuela. Pero si se hubiese convenido con el Dr. Ramon en que no debe usarse de la barbarie silogística, para que su obra pudiese salir sin ninguna fealdad hubiera sido forzoso que mudase muchas hojas llenas de los ambajes repetidos, y fastidiosas pruebas de mayor, menor y antecedente con el *distingo, ex parte termini concedo, ex parte modi nego, etc.*, y así hubieron de borrarse muchos párrafos de la tercera parte de las prelecciones que se ordena á probar la conclusion, la cual se practica usando de la barbarie silogística. En la preleccion 47 puso esta proposicion de Collet : *Nulla ratione evinci posse Judam Eucharistiæ communionis fuisse participem.* «En las cosas de hecho, dijo el mismo autor, no es regular desear razones convincentes, y solo la autoridad puede aquietar los entendimientos cuando se halla con aquellos caractéres que necesita para ello, segun la calidad de las materias.» En esta proposicion observa el repetido censor que la mayor parte de los Padres sostienen que el malvado Judas recibió el cuerpo y sangre de Jesucristo. San Juan Crisóstomo, entre otros varios lugares, se explica así en la homilia *De proditione Judæ: O Christi, misericordia! O Judæ dementia! Ille cum paciscebatur, ut venderet, Christum et Sanguinem quem vendidit offerabat: ut haberet remissionem peccatorum, si impius existere noluisse, nam sacrificii communicationem meruit*, etc. S. Leon, papa, sermon VII, *De Passione*, dice así : *Ille Corporis et Sanguinis sui ordinans Sacramentum, docebat qualis Deo hostia deberet offerri : nec traditore submoto, ut ostenderetur nulla injuria exasperatus.* Y más adelante: *Cur, infelix Judas, tanta benignitate non uteris? Non apostolici ordinis honor, non sacramentorum tibi communio denegatur.* S. Cipriano, sermon *De Cœna Domini: Ubi Sacramentum meum perfidia tetigit, et sceleratorum os panis sanctificatus intravit parricidalis animum, vim tanti Sacramenti non substinens, quasi palea de arca exsufflatus est.* S. Dionisio, *De ecclesiastica Hyerarch.*, cap. III, San

Agustin, *Sup. Joann.*, *tract.* 62, Sto. Tomás, 3.ª part., quæst. 81, art. II, y otros santos y doctores son del mismo parecer. El censor opina que Ramon debia omitir el texto de Collet y su exposicion, por no parecer conforme con la autoridad de los Padres, porque sin ella desvanecia el argumento, y con decir *Nescio an ab omnibus concedatur*, declaraba bastante su perplejidad en la materia. En el índice de las conclusiones decia lo siguiente: *Laici, licet in extrema necessitate possunt seipsos communicare*, y parece que quiso decir *non possunt*, para que así corresponda con los autores que alega. Creemos que el Dr. Ramon tuvo noticia de la referida censura, y arreglándose á ella hizo sus correcciones al segundo tomo del catecismo, que despues dió á luz.— J. B. de R.

RAMOND FERAUD. Nació en la segunda mitad del siglo XIII en un pueblo del condado de su apellido, que formaba entónces la parte más oriental de la Provenza. Ramond Feraud fué monje de la célebre abadía de Lerins, durante el abaciato de Gaucelm (1295-1309), que le colocó al conferirle la dignidad de prior, á la cabeza del monasterio de la Roche, en el valle de Esteron, uno de los del país que dependia de Lerins: á solicitud de este abad, Gaucelm escribió la *Vida de S. Honorato*, que parece fué destinada para presentarla como homenaje á una reina llamada María, probablemente la mujer de Pedro III, rey de Sicilia. Ya habia compuesto, como él mismo refiere, algunas otras obras en opúsculos en verso, de que no nos quedan más que los títulos. Son una *Vida de S. Albano*, una *relacion de la Pasion*, y un poema sobre la muerte de Carlomagno, á que da el título de *Cancion*, y en que tenemos el derecho de suponer que no faltaba lo romancesco. Por poca importancia que tengan estas nociones, merecen sin embargo ser recogidas como el último signo de la vida de la antigua poesía provenzal, de que se presenta como uno de los últimos monumentos esta biografía de S. Honorato. Nadie ignora que despues de la desaparicion del latin en Italia, el provenzal vulgar era el idioma del condado de Niza, debiendo ser por lo tanto el de Ramond Feraud, que hace, sin embargo, con este motivo una observacion bastante embarazosa.—Si alguno, dice, acusa mi lenguaje, y mi decir en romance por no ser verdadero provenzal, que tenga á bien excusarme, porque mi idioma no es el verdadero provenzal:

E si deguns ni asanta
Mon romanz ni mos ditz,
Car nou los ay escritz
En lo chay proenzal,
Non ni o tengan á mal;
Car ma lenga non es
Del drech proenzales....

¿Qué quiere decir con esto? ¿Qué entiende por el verdadero provenzal? Es difícil suponer que entienda otra cosa que el provenzal literario, el de los trovadores, que no se habia olvidado todavía por completo, en oposicion al provenzal vulgar, el de la muchedumbre. Reconocia, pues, que no habia hecho un estudio profundo del provenzal literario, y temia carecer de correccion y elegancia. Sin embargo, parece haberse tranquilizado poco á poco, pues en su epílogo, vuelve á hablar con satisfaccion y con un aire de triunfo de su diccion, pidiendo á Dios que no haya nadie que se proponga, por malevolencia ó por envidia, interpretar mal los hermosos dichos en que ha puesto tanto cuidado y le ha costado tanto trabajo el escribir. No podemos dejar de citar otro pasaje del prólogo, en que para justificar su proyecto, de emprender una obra tan séria y tan difícil como la vida de San Honorato, procura dar una idea ventajosa de su erudicion. «He leido todo el Moisés, dice, y tengo en mi poder muchos libros: *Vitas patrum*. Tengo tambien á mi disposicion un gran número de romances; además de esto, he leido las *Gestas* de la santa conquista de Roncesvalles, y de todos aquellos bravos que padecieron martirio por Dios omnipotente. Pero á decir verdad, ni en romance ni en latin hallo milagros semejantes, ni una historia tan perfecta como la de la vida que voy á referir. Si extractasemos de esta obra, que forma un volúmen ciertamente grueso, por un lado las ficciones de todas clases, y por otro la parte de verdad y de historia, no sabemos si quedaria algo para esta. Pero de estas ficciones solo indicaremos de paso las que se refieren al ciclo de Carlomagno, y en las que el santo aparece como auxiliar del héroe. Los reyes Marsilio y Aigolante, tan célebres en las guerras de los sarracenos contra Carlomagno, no solo figuran en la vida de S. Honorato, sino que aparecen en ella con esplendor y como próximos parientes del santo. El primero es siempre rey de Zaragoza, y Aigolante, rey de Agen, como en una multitud de los romances provenzales que se han perdido. En uno de estos romances, que existia aún en 1300, este mismo Aigolante gana una gran batalla á Pipino el Breve y su hijo Cárlos, y los lleva prisioneros á España, no libertándose más que por los milagros y la intercesion de S. Honorato. Carlomagno desciende á Lombardía para coronarse allí de emperador: baja por el monte de la Argentiere para visitar á S. Honorato, que tenia entónces su ermita en una montaña, y le confia á su primo Vecian, que se hallaba enfermo. Vezian, uno de sus campeones destinado al martirio en las guerras santas. La conquista de Narbona, una de las hazañas más gloriosas de Carlomagno en el suelo de Francia, es representada como el fruto inmediato de las oraciones del santo. Otro tanto puede decirse de la toma de Arlés, que Ramond Feraud describe á su manera y con cierta extension, con la intencion formal de realzar la gloria de Carlomag-

no. Sus cuadros apénas son más que croquis bastante fáciles de los antiguos modelos, que seguramente habia tenido el autor á la vista. La toma de Arlés habia sido inmediatamente precedida de la batalla de Aliscamps, llamada así de la famosa llanura de tumbas que habia en sus alrededores. En esta batalla fué donde pereció Vezian, el pretendido primo del Emperador, más famoso en otras tradiciones como sobrino de Guillermo de Courtner. Pero de todas las ficciones caballerescas á las que se han referido decididamente diferentes hechos de la vida de S. Honorato, la más notable es un romance de Girart de Rosellon, diverso segun todas las apariencias del en que Cárlos el Calvo, llamado Cárlos Martel, figura como adversario de Girart, y que en la vida de S. Honorato está en hostilidad con el mismo Carlomagno. Esta diferencia capital hace naturalmente suponer otras muchas. Así vemos aquí á Girart, que en calidad de conde de Arlés se halla en oposicion con S. Honorato, y le echa de su obispado. De esta lista de romances carlovingios y de otros, se podria, á lo que parece, deducir que en 1300 existia un número hastante grande de epopeyas caballerescas perdidas en la actualidad. Hay, sin embargo, que hacer sobre este punto una observacion importante. En Provenza, ese país entre el Ródano y los Alpes, fué donde Ramond Feraud habia encontrado tantos romances poéticos, de donde habia sacado su erudicion como historiador. Allí sin duda, como en el resto del Mediodía, las herejías albigenses habian hecho perseguir y puesto en descrédito los libros escritos en lengua vulgar; pero allí, sin embargo, las persecuciones y los peligros habian sido menores que en las demás partes, y es muy dudoso que si Ramond Feraud hubiera buscado libros caballerescos entre el Ródano y los Pirineos, hubiese encontrado todo lo que se alababa haber leido en su pequeño condado de Niza. Hay muchas vidas de santos, escritas en versos provenzales, algunas de las cuales parecen remontar hasta el siglo XI, como la de S. Amando, obispo de Rodez, y las del bienaventurado Fé de Agen; las otras son mucho más modernas, como la de S. Trofimo, la de S. Alejo, la de Santa Enimia, traducida del latin por el Mtro. Bertrand de Marsella; pero todas son de ménos interés que la de S. Honorato para la historia de las letras, objeto principal de este artículo, y tampoco se han publicado más que en fragmentos, que apénas son conocidos. — S. B.

RAMONEDA (D. Cristóbal), doctor en artes y teología, canónigo y capiscol de la iglesia de Urgel. Enseñó tres cursos de filosofía en Perpiñan, y conociendo la utilidad del libro que Sto. Tomás escribió, *De ente et essentia*, trabajó y publicó la obra siguiente: *Commentaria in librum divi Thomæ de Ente et Essentia. Perpipiani*, 1596, *apud Sanssonem Arbus*; un tomo en 8.° dedicado al Ilmo. Sr. D. Juan Terés, arzobispo de Tarragona. Despues de

impreso con licencia del ordinario, logró privilegio del gobernador general de Cataluña para venderlo por diez años. — A.

RAMONEDA (Fr. Ignacio), del órden de S. Gerónimo, en el monasterio del Escorial, natural de Tarrasa: su primer apellido es Gali: *Arte de Canto llano en compendio breve, y método muy fácil para que los particulares que deben saberlo, adquieran con brevedad y poco trabajo la inteligencia y destreza convenientes;* Madrid, por Pedro Marin, año 1778. Hizo despues otro *Compendio* más breve el P. Fr. Juan Rodó. — A.

RAMOS (Fr. Diego), religioso carmelita de la ciudad de Sangüesa, en Navarra. Fué doctor en sagrada teología, y ejerció los cargos de comendador de diferentes conventos, y los de visitador, definidor y vicario provincial. Publicó, segun Nicolás Antonio: *Sobre la Bula*, y un *Tratado de los oratorios muy ingenioso;* Zaragoza, 1673, en 4.° — S. B.

RAMOS (Fr. Gerónimo), religioso dominico, tomó el hábito y vivió en el siglo XVI en el convento de la Batalla en Portugal, donde se hizo amar y respetar por sus conocimientos y virtudes. Poseia en efecto este religioso todas las cualidades que son á propósito para vivir en el claustro y ser amado de todos sus compañeros. Dotado de una profunda erudicion en las ciencias sagradas y profanas, era el maestro de todos los que recurrian á sus luces para conocer á fondo las materias más árduas y delicadas ó dilucidar las cuestiones más difíciles. Enseñábalos con amabilidad y dulzura, conduciéndoles á las fuentes donde podrian encontrar y áun aumentar las noticias que en ellas habia él bebido. A esta buena fe unia una no vulgar modestia y humildad, de manera que léjos de huir, buscaban todos con gusto sus instrucciones. Rehusó además constantemente las dignidades, llevado de su grande amor al estudio, al que se consagraba constantemente despues de cumplidos sus deberes religiosos; observaba éstos con la mayor exactitud, no faltando nunca al coro ni al confesonario, y asistiendo á todas las prácticas de la comunidad con más exactitud que lo que el último y más ignorante de los legos, como si su mayor ilustracion fuese para él un nuevo deber que le obligaba á no faltar á los que al ponerse el hábito se habia impuesto. Hizo diferentes viajes, observando en todos estrictamente las máximas de las reglas de su Orden la pobreza evangélica tan recomendada por el patriarca Sto. Domingo. En todas las casas donde se detuvo, mereció el mismo aprecio que se habia conquistado en la suya propia, siendo siempre mirado como un modelo de religiosos. Era tambien un predicador elocuente, y entre sus obras se citan sermones, aunque lo mismo aquellas que éstos se han perdido en su mayor parte. Lleno al fin de años y méritos, murió á últimos del siglo XVI dejando con la grande opinion que con sus virtudes se habia adquirido, no menor fama por su erudicion y saber, con-

signado en la obra que publicó, titulada: *Crónica del infante D. Fernando*, que murió en Fez. Lisboa, 1577, en 8.° — S. B.

RAMOS (V. P. Fr. José). Fué este esclarecido varon natural de Concentaina, en el reino de Valencia, y sus padres unos honrados esposos, cuyos bienes si no eran tan cuantiosos que pudiera llamárseles ricos, tampoco eran tan escasos que hubiesen de estar á merced de nadie, por lo cual pasaban una decente medianía, en la que vivian muy satisfechos y tranquilos. El jóven desde luego demostró su buena inclinacion, ya por su atencion en el templo para frecuentar los santos sacramentos, ya tambien por su aplicacion al estudio, en el cual sobresalia, pues á su buena capacidad agregaba un verdadero deseo de aprender y mucho esmero y atencion para hacerse cargo de las indicaciones de sus maestros. Apénas cumplidos los quince años, rogó con instancias á sus padres le permitieran entrar en religion, indicándoles habia escogido la del gran P. S. Agustin, cuyo convento de nuestra Señora del Socorro de Valencia, gozaba por entónces de muy buena fama. Su mismo padre le acompañó á pedir á los superiores le admitiesen en aquella santa comunidad, y fué de gran contento para todos el ver que un jóven que tanto prometia habia sido llamado por Dios á tan perfecto estado. Bajo los mejores auspicios hizo su noviciado, que terminó felizmente el dia 15 de Marzo de 1559, profesando en manos del prior de aquella casa M. Reverendo P. Mtro. Fr. Ambrosio Santonges. Es indudable el contento que tuvo luego que se vió profeso, así como es muy de notar tambien que en toda especie de virtud, pero muy señaladamente en la obediencia, se ejercitó durante todo el tiempo de su preciosa vida. Por obediencia, pues, pasó á estudiar filosofía y teología, haciendo grandes progresos, y aficionándose mucho al estudio de las sagradas Escrituras, en las cuales hallaba, además de lo muchísimo que para su instruccion puede encontrar el filósofo y teólogo, lo infinito de la ciencia que para el bien de nuestros espíritus encierra esta verdadera palabra de Dios, expresion gráfica de sus designios. Apénas puede decirse que acababa su carrera, cuando los superiores le mandaron enseñar, y lo hizo con tal provecho de sus discípulos, que el Padre general le hizo y declaró maestro de la Orden, toda vez que tenia tanta capacidad, y que por su buen deseo sin duda y por su esfuerzo para prestar la enseñanza cual era consiguiente, se le habia visto avanzar tanto en ciencia y no retrasar, ántes por el contrario, anticiparse tambien á los demás en virtud. Ya constituido, por la distincion que con justicia acababa de dispensársele, en el rango y capacidad requeridos por la Orden para poder ser prelado, lo fué muchas veces en el convento de nuestra Señora del Socorro de Valencia, donde como hemos dicho tomó el hábito, y desde allí pasó tres veces seguidas (es decir tres trienios), á la casa algo más principal ó por lo ménos más

numerosa de S. Agustin de Barcelona. Por los fines del siglo XVI pareció conveniente á la Orden Agustiniana girar una visita á manera de reforma, no porque en nuestro católico reino hubiese nada que reformar, sino que en otras partes habia gran necesidad de esto, y no parecia conveniente hacerla parcialmente, sino en cómputo á la totalidad de la Orden. Por entónces estaba nuestro P. Ramos en Valencia, pues era provincial de la de Cerdeña, cuya principal casa era la de que estamos haciendo mérito. Apénas supo los intentos de su Orden, cuando en manos del Mtro. Fr. Rodrigo de Solís renunció el provincialato para quedar más expedito y poder dedicarse mejor á la reforma, pues él en su profunda humildad creia que los adelantos de la Orden no iban tan allá como se deseaba por el obstáculo que él decia poner con sus imperfecciones, al verse tan sin merecerlo presidiendo no solo á su comunidad, sino á todas las muy respetadas de su provincia. Aceptósele esta renuncia, porque la Orden desde luego tuvo sus miras, y miras muy justas respecto á él; pues sabia se le podian encomendar cargos de la mayor importancia, que desempeñaria muy bien, toda vez que tenia mucha capacidad y muy buen deseo. Así sucedió; apénas el que le sustituyó en el puesto pudo comprender lo que era y lo que valia, con ocasion de esa misma reforma, para cuyo desarrollo renunció el importante cargo de provincial, cuando le puso al frente de la reforma en las islas de Cerdeña, que entónces se separó de España, y de Mallorca y Menorca. Para llevar á cabo obra tan grande, además de investírsele de las ámplias facultades que como visitador general le competian, la Orden puso á su disposicion toda especie de elementos, y se le confirió autorizacion para todo hasta para separar de sus cargos á los superiores que no le pareciera conveniente que los desempeñáran, y sustituirlos con personas de su agrado; tal era la confianza que á la Orden merecia su tan distinguido maestro. Es excusado advertir que tuvo no pocos disgustos con ocasion de esta misma visita y reforma que hubo de emprender, pues claro está que aquel cuyos abusos se cortan y cuyos defectos se trata de corregir; aquel á quien se obliga á entrar en la senda de la virtud de que estaba algun tanto apartado por alguna de esas ocasiones tan frecuentes en la vida; aquel á quien se pone á la vista sus deberes y de que no se transige con ellos, ántes se le reclama su más exacto cumplimiento, tiene por precision que resentirse, porque su amor propio, que no está suficientemente dominado, levanta la cabeza para ver si puede sacudir el yugo que la sujeta. Por esto tuvo algunas contradicciones sobre todo en Cerdeña, pero supo portarse con tal acierto y delicadeza, que despues de haber vencido cuantos obstáculos se le ofrecieron y logrado su justo deseo, quedó muy avenido áun con los mismos con quienes, sin voluntad suya, habian surgido los anteriores disgustos y desazones. Alguna de las exigencias de los religiosos mé-

nos morigerados, y que eran por consiguiente objeto de más esmerada atencion por parte del Padre, dió por resultado el que el desgraciado no solo resolviera, sino intentase quitar la vida al inocente visitador, mas éste en la ocasion misma que se espiaba para cometer tal crímen, tuvo tanto acierto en dirigirle la palabra, que desistió completamente de su intento, concluyendo por ser verdadero amigo y admirador del Padre, y éste tan respetable para él que siguió sus consejos en todo, viniendo á ser su verdadero director espiritual. Cumplida su comision muy á satisfaccion de la Orden, regresó á su convento de Valancia, habiéndose dignado el Señor por su medio obrar algunos prodigios muy singulares, de los cuales depusieron cuantos la presenciaron, y entre otros el mismo capitan del navío en que vinieron, y los cuales no enumeramos por no hacer demasiado largo este artículo. Siguió, pues, en Valencia como simple religioso, sin querer aceptar ni mucho ménos solicitar las exenciones á que era acreedor como hombre de tan gran posicion en su Orden, y solo queria ocasion de acreditar más y más su amor á ella, y de hacerse notar no por otra cosa sino por los resultados, siempre favorables para la Orden, que sus sabias advertencias daban. Tranquila y sosegadamente vivia en su retiro, cuando la necesidad ó conveniencia de que fuese prior de la casa de Barcelona le sacó de la capital de Valencia para ir á la de Cataluña, cuyo cargo desempeñó en los trienios de 1577 á 1586. A pesar de que el desempeño de sus cargos, y mucho más el deber de hacerlo tan cumplidamente como él procuraba, le ocupaba mucho tiempo, le restaba el preciso y aún más para cumplir todos los ministerios de predicacion, confesion y demás, siendo muy dado á la oracion y logrando en ella provechos y adelantos muy grandes, como era consiguiente á su esmeradísimo celo. Varias veces se vió á espíritus celestiales acompañándole en sus plegarias, y hasta tomar forma de religiosos de su Orden para que se satisfaciese mucho más. El año 1586 pudo lograr que se le relevase del cargo de prior, pero fué para dar ocasion á que en 1589 fuese por segunda vez elegido provincial, cuyo cargo desempeñó con el mismo celo, esmero y cuidado con que lo habia hecho, hasta que la reforma de su Orden como que le obligó á renunciar. Estando en el desempeño de este importante cargo, fué nombrado canónigo lectoral de la santa iglesia de la Seo de Urgel, y residió su prebenda con tanto acierto como habia desempeñado los cargos de la Orden, y siendo admirador de cuantos le conocian por lo excelente de sus prendas relevantes. Acometióle el accidente que le privó de la vida en el desempeño de su importante cargo de lectoral, y fué este tan sentido, que áun los mismos capitulares hicieron durante su enfermedad lo que con ninguno está en uso, y se prestaron espontáneamente á prodigarle cuantos auxilios fueron necesarios, así materiales como espirituales; pero todo fué inútil. Al mismo tiempo que fué

acometido de su enfermedad última, elevó su espíritu á Dios, y así continuó durante toda ella, siendo verdaderamente admirable la gran devocion con que recibió los santos sacramentos, la entereza con que exhortó á todos sus hermanos á que siguiesen haciéndose cada dia mejores, y el ánimo con que ayudando él mismo á los sacerdotes, se recomendaba el alma, hasta que el Señor quiso llevarle á su seno, á los setenta y ocho años de edad y cincuenta y cinco de religion, época en que pudo demostrar y demostró su amor á Dios y caridad á sus hermanos. Los canónigos de Urgel habian hecho enterrar su cadáver en una ermita, que luego se comprendió en el ensanche de la ciudad; por lo que en 1667, que tuvieron los agustinos su casa en la ciudad, le llevaron á ella, y data desde esa misma época la veneracion justísima en que se tiene su memoria, pues no cabe duda en que el R. P. Mtro. Fr. José Marcos Ramos era muy acreedor al recuerdo y veneracion de todos, pues además de ser tan sabio, era muy santo, por lo cual, miéntras otra cosa se justifica, es tenido en la Iglesia universal por *venerable*, y el Señor se ha dignado obrar muchos prodigios, pues solo con invocar la proteccion de tan esclarecido siervo suyo, se han conseguido favores muy especiales que acaso un dia se prueben debidamente y sean motivo para que con las circunstancias debidas el venerable P. José pase á la importante categoría de beato.—G. R.

RAMOS (D. Manuel). Escasísimas son las noticias que han llegado á nosotros acerca de este sacerdote, que hubo de ser de importancia siquiera no se atienda más que á que le cita el Sr. Viera en el catálogo de los hombres ilustres que han producido las Islas Canarias. Fue natural de Tacoronte en la isla de Tenerife; y hubo de pasar su juventud en Sevilla, porque en esta capital recibió el grado é investidura de doctor en jurisprudencia, con plena satisfaccion de todo el claustro, que se complació mucho en tener por compañero á un hombre tan aventajado, que hizo la carrera en ménos tiempo de lo acostumbrado, valiéndose para conseguir el permiso ó más bien dispensacion necesaria, del influjo que un pariente suyo tenia con el Rey. Ejerció la abogacía, aunque nunca desempeñó cargo alguno en la magistratura, y dió muestras de su ingenio y aplicacion en un opúsculo, llamado *Llave del cielo y puerta de la gloria*, que mereció la atencion de cuantos le vieron y obtuvo muy buena salida por los años de 1736, ó algo más, que fué cuando se publicó. Esto es todo lo que sabemos del Sr. D. Manuel Ramos, del claustro de Sevilla.—G. R.

RAMOS (D. Miguel Agustin Martinez y). Fué natural de Palma en la Gran Canaria, y dotado de grande ingenio, se dedicó al estudio de la literatura, filosofía y sagrada teología, en cuya facultad obtuvo el grado de bachiller. Desde luego se comprende que sus miras al dedicarse al estudio de la ciencia de Dios, no podian ser otras que abrazar el estado eclesiástico; en efecto,

tales fueron sus intentos, que se vieron cumplidos, sin que se sepa á punto fijo el título de su ordenacion. Sabido es que España llevaba á Méjico como vireyes á los más esclarecidos varones de su grandeza, que siempre unian á sus más augustos blasones el de una piedad la más sólida, y un deseo siempre eficaz de que se cumpliesen á la perfeccion por todos sus dependientes los preceptos de la Iglesia nuestra santa madre, para lo cual así como para tener en la mano de quien valerse en las diversas ocasiones, en que ya por consultas, ya por cualquier otro motivo, sea necesario hacer uso de los conocimientos del teólogo, ó por lo ménos del hábil moralista, lleven siempre consigo un capellan, que suelen escoger entre los que tienen mejores notas, no solo de moralidad, sino tambien de ciencia, á los cuales dotándoles debidamente, siempre les resulta honor; y como por lo general estos señores disfrutan la confianza de los reyes, suelen sus capellanes obtener alguna prebenda eclesiástica ó alguna colocacion, en la cual siempre logran honra y provecho. Al duque de Alburquerque fué á quien sirvió como capellan en su vireinato por los principios del siglo pasado. Es indudable que para obtener este cargo concurrieron en el Sr. Ramos cualidades y circunstancias que le hacian altamente apreciable, y este aprecio que tan justamente merecia, era el primero á tributársele su mismo señor el duque, complaciéndose mucho en presentarle donde quiera que él iba, y encomendando á su cuidado la resolucion de muchos asuntos graves y de importancia, que eran conocidos de todos, así como de dónde procedia su resolucion, y en todos los cuales tenia la mayor honra nuestro esclarecido Ramos. El por su parte trataba de corresponder á las distinciones que su señor le hacia, pues que sobre su inteligencia y esmero para todo cuanto se le confiaba, tenia el atractivo de una muy esmerada educacion, y la circunstancia, para él muy favorable, de que nunca se propasaba en ninguna línea, ni áun en recomendar á su señor algun asunto en que pudiera tener interés, contentándose solamente con despachar aquello que se le mandaba, y hacer cuanto podia por sí mismo, pero sin meterse nunca ni siquiera á preguntar á su señor. Este, como era consiguiente, le apreciaba cada vez más, y cuando llegó la ocasion de que satisfecho el Rey de su conducta, y por sus repetidas instancias, trasladó á la corte de Madrid con el importante cargo de gentilhombre de su real persona, al Excmo. Sr. Duque, éste habló al Sr. Ramos para si queria venirse en su compañía, siguiendo de capellan de su casa, destino que no le pareció despreciar, pues tenía más que mediana renta y no tan grande trabajo que fatigase ni fuese molesto, además de que áun entre el clero lograba estima el capellan del duque, porque todos sabian, que hombre de grande ingenio, no podia ménos de estar rodeado de personas que fuesen en sus respectivas líneas á propósito, por lo cual ya era mucho el ser capellan de S. E. Vino

efectivamente en su compañía y por complacerle D. Miguel Ramos á Madrid, y nunca estuvo pesaroso de su viaje, porque no cabe duda que Madrid para el eclesiástico que desea trabajar oculto en el desempeño de su importante ministerio, presenta siempre ocasiones, y nunca falta un medio de satisfacer los más piadosos deseos, cuando esta satisfaccion se anhela y se busca, que fué cabalmente lo que sucedió en el Sr. Ramos. A los muy pocos dias de llegar á Madrid, ya estaba enterado y sabia dónde paraban y en qué se ocupaban algunas de las corporaciones religiosas, que siempre han pululado en Madrid con gran edificacion de los fieles; ya habia él manifestado á los que las dirigian sus vehementes deseos de pertenecer á ellas, y en ellas mismas ocuparse del bien de los fieles; ya se habian por algunos de los presidentes ó hermanos mayores dispuesto las ocasiones con las cuales se manifestaria al católico vecindario de la capital de la monarquía española este ministro de la religion, que si bien no habia nacido en la península, servia á demostrar prácticamente que tambien más allá de los mares tienen los súbditos españoles, como el carácter que les distingue, el celo y la caridad en los ministros, la piedad y dócil atencion en los fieles. Apénas se dejó oir nuestro Sr. Ramos, que ya de todas partes se agolpaban á escuchar su autorizada voz; porque es verdad que él no se dejaba oir con las ostentosas formas que acreditan á los hombres segun el mundo, pero es tambien innegable que sin que incurriese en defecto alguno oratorio, tenia tal sencillez y tanta uncion, se marcaba tanto allí el vivo deseo de que los fieles se aprovechasen, que más parecia un apóstol que no un predicador del siglo XVIII, pues tenia comun con aquellos la abnegacion, el desprendimiento y desinterés sumo que hacian mucho más apreciables, y áun mucho más fructuosas, sus tareas evangélicas. No es por lo tanto extraño que lograse el aprecio del ilustrado clero de Madrid, ni que los dignos individuos que componian su cabildo de curas y beneficiados, que siempre ha sido y es un cuerpo respetable, porque los unos son los que al cabo de muchos años de tareas parroquiales logran el venir como á descansar á la corte, y los otros eran aquellos sugetos á quienes los prelados tenian que recompensar servicios extraordinarios, comunmente prestados en el ejercicio de la cura de almas, quisieron tener por compañero á este celosísimo ministro del Evangelio, para lograr la cual satisfaccion por unánime acuerdo le nombraron beneficiado de Santa María en la primera vacante que ocurrió luego que este sacerdote fué conocido. Gran trabajo costó hacerle aceptar este cargo eclesiástico, que á la verdad no habria desempeñado, si no hubiese mediado la circunstancia de ser en la parroquia dedicada á la Santísima Vírgen, y bajo de una advocacion ó título que para él era muy apreciable, porque representa un gran monumento de la fe y confianza en Dios de nuestros mayores. No cesó ni un

momento siquiera de ocuparse en el bien de sus hermanos, y cual si su parroquia fuera estrecho campo á los ardientes anhelos de su espíritu, todo lleno de piedad y de amor para con todos los fieles, él hacia las excursiones á las cárceles y hospitales, y allí á pobres y á enfermos, ignorantes y rudos, enseñaba no solo lo necesario para obtener su salvacion, sino la doctrina cristiana en toda su extension, y leer á aquellos pobrecitos que lo querian, ejerciendo estos ministerios con toda caridad, y con un tan vivo deseo de que todos alcanzáran su bien, que parecia excesivo, si exceso puede haber en lo que conduce al amor de Dios. Lleno, pues, de todos estos méritos, y aglomerando cada dia motivos para ser de todos muy apreciado, concluyó su vida no solo en el santo temor de Dios, sino en un amor práctico á su adorable majestad, que hace esperar que su éxito fuese enteramente favorable, pues con la mayor humildad confesaba sus miserias, con incansable anhelo procuraba la gloria de Dios, y hacia por consiguiente cuanto es dable á una miserable criatura en este valle de desdichas. Bajo de estos auspicios entregó su alma al Hacedor supremo, despues de haber recibido todos los socorros con que la Iglesia nuestra cariñosa madre favorece á sus hijos en los momentos en que les son más precisos. No es fácil decir cuánto fué el sentimiento que su muerte produjo en cuantos le conocieron, ni el esmero con que se procuró que sus honras correspondiesen á lo que merecia su buena memoria. Esta se conservó imperecedera, porque además de sus buenas obras, que nunca se olvidarán, dejó escritos dos preciosos libros, que tituló: el uno, *Horas de la pasion de Cristo*; impreso con todo el lujo posible entónces, dedicado al primogénito del duque de Alburquerque su protector; y el otro, *Tratado de la vida ó doctrina cristiana que S. Agustin escribió á peticion de una hermana suya*. Ambas obras recibieron con razon los mayores elogios, y desde sus censores hasta los últimos que las leyeron, confesaron, como no podian ménos, que habia sido la pluma del Sr. Ramos como llevada por Dios, para que así sirviera de estímulo á la virtud, así como de gloria á quien por esto demostraba el aprecio en que el Señor le tenia.—G. R.

RAMOS (Fr. Nicolás), religioso franciscano, tomó el hábito en el convento de Villasaba, diócesis de Palencia, y profesó en el de Valladolid, donde enseñó teología á sus compañeros. Distinguióse tambien mucho como predicador, y obtuvo el cargo de provincial y el de censor de la ciudad de Valladolid. En 1591 marchó á Armenia, consagrado obispo de la isla de Portusdivito, de donde fué trasladado como arzobispo á la de Santo Domingo, donde falleció segun Daza en 1631. Escribió, segun Nicolás Antonio, una obra tan notable por su erudicion como por la elegancia de su estilo, bajo el título de *Assertionem veteris Vulgatæ lectionis juxta decretum Sacrosancti*

Concilii Tridentini; Salamanca, 1576, en 4.° La segunda parte de esta obra se imprimió en Valladolid por Diego Fernandez de Córdoba, 1577, en 4.° S. B.

RAMOS (V. P. Fr. Pedro). Fué portugués de nacion, y llamado por Dios para el estado religioso, tomó el hábito y correa de S. Agustin en el convento de Lisboa. Cuando tomó el estado religioso era ya hombre de valer en el órden literario; sin embargo, con una profundísima humildad muy de alabar en él y con una abnegacion que de cierto no hubiesen tenido otros que hubieran sido mucho ménos, emprendió y finalizó en su convento todos los estudios necesarios para llegar á ser teólogo consumado, á lo cual le ayudó en gran manera la suma capacidad de que Dios le dotára. Fué sublimado á la alta dignidad del sacerdocio, y en ella encontró ancho campo para satisfacer sus deseos de entregarse totalmente al servicio de Dios en las personas de sus prójimos, así que desde el momento en que sus prelados le autorizaron para ello, predicaba, y predicaba mucho, y predicaba con gran fruto; es verdad que su predicacion no era sino la espontánea manifestacion de los sentimientos de su espíritu, y estos eran, como llevamos dicho, única y exclusivamente salvar las almas para proporcionar la gloria de Dios y el provecho de ellas. Tan buenos deseos y un celo tan extraordinario por el fin más adecuado de todas las obras de Dios, no podia ménos de dar por resultado los mejores sucesos que imaginarse pueda; así que el P. Pedro Ramos llevaba con razon en la comarca el glorioso dictado de apóstol de ella. En órden á sí mismo y á su querida religion fué observantísimo, habiendo tenido siempre grandes ánsias por que en todas partes se estableciera la observancia en todo su rigor, pues que decia que para no ser rígidos y como era debido, valia más no existiesen los conventos. Por tan noble impulso vino de Portugal á España, y residió en su convento de Valencia, habiéndose adquirido desde luego las simpatías de todos sus hermanos, como no podia ménos de suceder toda vez que se fijase la atencion en su exactitud, en su celo y en las demás virtudes que formaban su carácter. La comunidad no solo se complació grandemente en contarle entre sus individuos, sino que quiso la presidiera, contando con que habia de suceder lo que en efecto sucedió, que su interés por el bien de todos, su constancia en dar el buen ejemplo apetecido y en proporcionarles consejos, instrucciones y demás conveniente, habia de venir á dar por resultado que la casa se habia de reformar y ser un dia una de las mejores de su instituto. Así fué con efecto, elegido prior del convento del Socorro en 1556, lo rigió de un modo admirable, tan admirable, que no le reeligieron para su importante cargo seguidamente, es decir, sin interrupcion, porque estaba prohibido por algunos acuerdos de aquella misma comunidad, ocasionados sin duda por

acontecimientos desagradables anteriores, pero en los trienios de 1561, 1567 y 1577, fué otra vez elegido, para demostrar de esta suerte cuán agradables les eran sus esfuerzos y buenos deseos con los cuales logró mucho, y sobre todo el que sus sucesores en el cargo lo desempeñasen muy bien, ya por la huella que, digámoslo así, él habia dejado, ya tambien porque estando él en la casa, no era cosa de permitir á esta casa misma que decayera de su verdadera grandeza, pues grandeza es para un instituto el que este se cumpla con toda religiosidad. En el desempeño del importante cargo de que llevamos hecho mérito le acometió la muerte, acaecida en 30 de Marzo de 1579, y siendo en buen olor de virtudes, motivo por el cual sus honras fueron suntuosisimas, por ser este el único homenaje que podia rendirse ya al esclarecido religioso, al hombre sabio, al amigo fiel, pues que todas estas cosas habia sido para cuantos le habian tratado nuestro P. Pedro Ramos. La fama le publicaba como santo, y acaso sus virtudes le habrán merecido un encumbrado puesto en el cielo; mas ha querido el Señor privarnos del consuelo de venerarle en los altares, así como de la noticia de los pormenores de sus heróicas acciones, porque el descuido de los de su época las ha dejado pasar enteramente desapercibidas; sin embargo, su religion le ha estimado siempre en mucho y le ha colocado en el catálogo de los venerables que ha autorizado la silla apostólica.—G. R.

RAMON (P. José), jesuita. Escribió: *Rezo de S. Narciso*. Le trabajó y envió á Roma por encargo del obispo de Moncada. Dejó Ms. *Memoriales de dudas de la historia de S. Narciso*. — A.

RAMPEGOLO ó Ampigolli (Antonio). Nació este teólogo, al que se apellida tambien de Génova por ser natural de esta ciudad, al finalizar el siglo XIV. Abrazó la órden de S. Agustin, y en ella adquirió con justicia la fama de gran teólogo. Asistiendo al concilio de Constanza disputó contra los husitas, á los que venció aumentando mucho esto á su reputacion. Compuso algunas obras, y entre ellas varios *Sermones* y figuras de la *Biblia*, de las que se hicieron varias ediciones, pero tan plagadas de defectos, áun contra la fe, que por lo tanto no se debe extrañar que el papa Clemente VIII prohibiese su lectura. Se ignora la época de la muerte de este religioso, pero asegura un autor moderno que se halló en el concilio de Basilea, que se celebró en el año 1433. Hablan de este agustino Sixto de Siena en su *Biblioteca Sanctorum;* Possevin en su *Aparato Sacro;* José Pamphilo en su *Biblioteca de los Agustinos*, y otros.— C.

RAMPEN (Enrique), doctor en teología, nació en Lieja en 1572, donde fué profesor de lengua griega, enseñando despues la teología en Lovaina. Murió en 1641 despues de haber publicado un *Comentario sobre los cuatro Evangelios;* Lovaina, 1631 y siguientes: dos volúmenes en 4.°— S. B.

RAMPERT, obispo de Bressa en Italia. Floreció este escritor eclesiástico en el siglo IX. Dice Moreri al hablar de este escritor en su *Diccionario histórico y geográfico*, que el año 838 hizo la ceremonia de la traslacion del cuerpo de S. Filastro, doctor de la Iglesia y obispo sétimo de Bressa, desde la iglesia de S. Andrés en la que habia sido depositado á la de la Vírgen Santísima, habiéndonos dejado escrita la historia de esta traslacion y de los milagros que obró el Señor en esta ocasion por intercesion de S. Filastro, y para recompensar la fe de los que le invocaron. Este escrito de Rampert es muy precioso para la historia eclesiástica, pues que se consignan en él los nombres y sucesion de más de treinta obispos que habian gobernado la iglesia de Bresa desde el expresado Santo hasta él; y así es que el cardenal Baronio y el P. Papebroch se sirvieron en sus obras con mucha utilidad de este catálogo. Conmovido Rampert al ver que la disciplina de la Iglesia, en particular por lo que respecta á los divinos oficios, estaba enteramente descuidada, y áun casi olvidada, puso todo su conato en restablecerla, y para conseguirlo mejor y con mayor facilidad estableció un monasterio en la iglesia de los santos Faustino y Jovita, la que dotó convenientemente. Para gobernar este monasterio y llevar á cabo su empresa, llamó al abate Leurganie y al monje Hildemar, ambos muy distinguidos por su ciencia y por su piedad. El primero que dió á conocer el discurso de Rampert sobre la traslacion del cuerpo de S. Filastro, fué Luis Lipoman, que lo hizo en el tomo IV de sus *Vidas de los Santos*. Despues Lorenzo Surius le publicó el 18 de de Enero, y uno y otro dicen que Rampert fué el cuarto obispo de Bressa, y segun Moreri tienen razon por más que sean de otra opinion Ughelli, Rabens y otros muchos autores. La mejor edicion del discurso de Rampert y la única exacta y correcta es la que publicó Pablo Galeardi, canónigo de Bressa, en la coleccion de las *Obras de S. Filastro y de S. Gaudencio*, que dió en esta ciudad en fólio mayor el año 1738. La edicion de Lipoman es de 1554, y la de Surius de 1579. La edicion de Galeardi está ilustrada con notas, prefacio y opiniones de los sábios sobre Rampert, si bien estas son en corto número, puesto que pocos escritores conocieron á este autor eclesiástico.—C.

RAMPI (Fr. Angel), del órden de Predicadores. Era natural de Toscana, y tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en la ciudad de Florencia. Escasas son las noticias que acerca de él se tienen; pues no obstante que el bibliógrafo de la Orden, Fontana, le cita con elogio atestiguando que le conoció y trató, no consigna más circunstancia sino que era un varon de claro ingenio, sumamente aficionado al estudio y muy devotísimo de la Santísima Vírgen María. Floreció por los años 1646, sin que á punto fijo conste la época de su fallecimiento. Escribió una obra titulada: *La honda de David ó*

sea Apología sacra del Rosario de la Santísima Vírgen María, contra las calumnias de los calvinistas y otros herejes. Ignórase si esta obra llegó á imprimirse, y en qué lugar y año.—M. B.

RAMPINELLI (P. D. Ramiro), religioso de la congregacion de Monte Olivete. Nació en Brescia en 1697, y se dedicó al estudio de las matemáticas, que hizo con los mejores resultados, llegando á enseñarlas con tanto celo como buen éxito en Pádua y Pavía. Murió en 1759 despues de haber publicado el siguiente escrito: *Lezioni d'Ottica;* Brescia, 1760, en 4.° Dejó tambien un manuscrito intitulado: *Instituzioni di Mecánica é di Statica.* S. B.

RAMPINO (Enrique). Floreció este Cardenal de la santa Iglesia de Roma en el siglo XV. Fué hijo de Francisco Rampino, uno de los favoritos de Felipe María Visconti, duque de Milan, descendiente de los señores de San Alioso, en el ducado de Tortona, en Lombardía, razon por la que el Cardenal es conocido con el nombre de San Alioso. Por el favor de su padre obtuvo Enrique los obispados de Tortona y de Pavía, mucho tiempo ántes de que tuviese capacidad para ello; pero se aplicó despues con tanta aficion y asiduidad al estudio del derecho canónico y de la teología, que llegó á ser muy entendido en estas materias, por lo que fué ascendido al arzobispado de Milan. En una gran carestía de víveres que hubo en Milan en su tiempo, vendió toda su vajilla de oro y sus muebles más preciosos para subvenir á las necesidades de su pueblo. El papa Eugenio IV le creó cardenal en 1446, pero gozó poco de la dignidad del capelo, pues que murió el dia 4 de Julio de 1450 á la edad de sesenta años. Como en los últimos momentos se intentase obligarle á hacer testamento, manifestó que le tenia ya hecho, y declaró que habia dado todos sus bienes á la Iglesia, no pudiendo tener heredero más ilustre que Jesucristo, que es el esposo de la Iglesia: así lo dice Auberi, en la *Historia de los Cardenales*, al hacer mencion de este príncipe de la santa romana Iglesia.—C.

RAMPOLLA (Rdo. P. Fr. Angélico), religioso de la órden de S. Juan de Dios, de la Congregacion de Italia, donde habia nacido perteneciendo á una familia tan antigua como ilustre. Ignóranse las particularidades de su vida, aunque se sabe que se distinguió tanto por sus estudios como por sus virtudes, cualidades que le valieron desempeñar en tres distintas ocasiones el cargo de general de su Congregacion, siendo elegido la primera por sus hermanos, y nombrado las otras dos por breves pontificios con dispensa del sacerdocio. Su grande modestia y humildad no le permitieron aceptar las dignidades y obispados con que desearon honrarle los soberanos pontífices de su época. Fundó gran número de hospitales en Italia, y aumentó en gran manera el de Palermo, tanto en fábrica como en rentas, por cuyos

servicios mereció ser citado constantemente con aprecio en las crónicas de su religion.—S. B.

RAMSAY (Andrés Miguel de), literato, de una rama segunda de la antigua é ilustre familia de este nombre, nació en 1686 en Aye, en Escocia. Manifestó desde su juventud un amor muy ardiente por las ciencias, y se dedicó en particular al estudio de las matemáticas y de la teología. Las dudas que concibió sobre la verdad de la religion anglicana le decidieron á hacer un atento exámen. Consultó á los teólogos más célebres de Glascow, de Edimburgo y de Lóndres, pero ninguno pudo disipar su incertidumbre. Resolvió entónces obedecer únicamente á la razon, es decir, reconocerse á sí mismo juez de su creencia, y poco á poco pasó del socinianismo á la indiferencia, y de la indiferencia al más abierto pirronismo, sin recobrar por esto la tranquilidad que habia perdido. Cansado de tal situacion, se dirigió á Italia para exponer sus dudas al célebre Poiret, ministro francés emigrado, cuya elocuencia no pudo convencerle. Tuvo, por último, la fortuna de encontrar en sus conferencias con Fenelon la verdad que buscaba de buena fe, y en 1709 abrazó la religion católica. El ilustre arzobispo de Cambray conservó hasta su muerte una estimacion particular á su discípulo, cuyos talentos y virtudes le eran en extremo apreciables. De Ramsay permaneció en Cambray hasta la muerte de este prelado; despues vivió algun tiempo en París como escritor, y luego se dirigió á Roma en calidad de ayo del hijo mayor del pretendiente al trono de Inglaterra Jacobo III, donde despues de negociaciones dirigidas á la vista del Papa, obtuvo de un lord inglés, cuya esposa era protestante, la autorizacion de hacer bautizar á su hija, como se habia acordado en su contrato de matrimonio, redactado por un ministro anglicano. En 1730 hizo un viaje á Inglaterra con un salvoconducto del rey Jorge, y fué acogido con los miramientos debidos al discípulo y al amigo de Fenelon. Admitido en la Sociedad Real de Lóndres, manifestó deseos de ser recibido doctor por la universidad de Oxford. La calidad de católico era un obstáculo casi insuperable: el Dr. King hizo cesar toda oposicion diciendo: «Os presento al discípulo del gran Fenelon; este solo título es una garantía completa.» Conservó toda su vida una tierna veneracion á la memoria de Fenelon, y publicó muchas de las obras de este prelado. De Ramsay fué el gran maestre de los fracmasones de Francia. A la edad de cincuenta años se casó con una mujer distinguida por sus talentos, su erudicion y su conocimiento de las lenguas. Le llevó en dote una fortuna considerable, en la que sin embargo tuvo algunas pérdidas. Siendo ya anciano fué ayo del príncipe de Turena, hijo del duque de Bouillon. Este cargo le aseguró una vida tranquila y cómoda en el seno de su familia. Algunos protestantes muy apreciables, que conocieron á de Ramsay y áun tuvieron con él relaciones

muy íntimas, nos le presentan como un hombre muy versado en la historia, tanto antigua como moderna, y elogian con franqueza su constancia en las amistades, su repugnancia á todo espíritu de secta y á todos los fanatismos. El mismo Ramsay confiesa que ni los rigurosos jansenistas ni los celosos jesuitas estaban contentos de él; que aquellos no le querian por su adhesion á Fenelon, y éstos por su excesivamente parco celo contra los herejes. Es autor de muchos escritos, entre los que mencionaremos su *Historia de la vida y obras de M. Fenelon*, y un *Tratado sobre la Religion natural y revelada, demostrada geométricamente*. Murió en San German en Laye el 6 de Mayo de 1743, á los cincuenta y siete de su edad. En la historia de su vida, publicada en Amsterdam en 1729, se encuentra la exposicion siguiente de los motivos y de la historia de su conversion, escrita por él mismo:

«*Conferencia de M. Fenelon y M. de Ramsay, referida por el mismo Monsieur de Ramsay.*—El año 1710 tuve el honor de ver por primera vez á M. de Cambray. Creo deber referir las conferencias que tuve con él sobre materias religiosas. Nacido en un país libre, en que el espíritu se manifiesta sin oposicion alguna bajo todas sus formas, recorrí la mayor parte de las religiones para buscar la verdad; el fanatismo ó la contradiccion que reinan en todos los diferentes sistemas protestantes me rebelaron contra todas las sectas del cristianismo. Como mi corazon no se hallaba corrompido por las grandes pasiones, mi espíritu no pudo gozar los groseros absurdos del ateismo. Creer á la nada origen de todo lo que existe, lo finito eterno ó lo infinito una reunion de todos los seres limitados, me parecieron extravagancias más insostenibles que los dogmas más insensatos de ninguna secta de creyentes. Queria entónces refugiarme en el prudente deismo, que se limita al respeto de la divinidad y á las ideas inmutables de la virtud pura, sin cuidarse ni del culto exterior, ni del sacerdocio, ni de los misterios. Pero no pude prescindir de mi respeto hácia la religion cristiana, cuya moral es tan sublime; mil dudas venian con frecuencia á anonadar mi espíritu; precipitarse por completo en el deismo, me parecia un paso atrevido detenerse en ninguna secta del cristianismo, me parecia una debilidad pueril. Vagaba sin norte fijo en los principios indefinibles de una tolerancia mal entendida, sin poder encontrar un punto de apoyo. Tales son las disposiciones con que llegué á Cambray. El Sr. Arzobispo me recibió con aquella bondad paternal é insinuante que gana desde luego el corazon. Hice con él en el espacio de seis meses un exámen muy extenso de la religion: no pudiendo referir aquí todo lo que me dijo sobre esta materia, diré únicamente lo más principal. Hé aquí cómo le desarrollé poco más ó ménos mis principios. Dios no exige otro culto que el amor de su perfeccion infinita, de donde proceden todas las virtudes humanas y divinas, morales y civiles. Todos los filósofos, todos

los sabios, todas las naciones, han tenido alguna idea de esta religion natural, pero la han mezclado con dogmas más ó ménos verdaderos, y la han expresado por un culto más ó ménos propio. Todas las religiones son agradables al Ser Supremo cuando se ponen á contribucion las ceremonias, las opiniones y los mismos errores de secta para dirigirse á la adoracion de la Divinidad. Es necesario un culto exterior; pero las diferentes formas de este culto son como las diferentes formas del gobierno civil, más ó ménos buenas, segun el uso que se hace de ellas. No puedo consentir en que se limite la verdadera religion á una sociedad particular. Admiro la moral del Evangelio, pero todas las opiniones especulativas son cosas indiferentes, de que hace poco caso la soberana sabiduría.—Mr. de Fenelon me contestó así: No podeis permanecer en vuestra independencia filosófica, ni en vuestra vaga tolerancia de todas las sectas, sin mirar al cristianismo como una impostura, pues no hay un término medio razonable entre el deismo y el catolicismo.—Esta idea me pareció una paradoxa; le supliqué que me la explicase, y continuó así: Hay que limitarse á la religion natural, fundada en la idea de Dios al renunciar á toda ley sobrenatural y revelada, ó si se admite la una es preciso reconocer alguna autoridad suprema que hable á cada instante para interpretarla. Sin esta autoridad fija y visible, la Iglesia cristiana sería como una república á que se hubiese dado leyes sabias, pero no magistrados para ejecutarlas. Qué confusion! Todos vendrian con el libro de las leyes en la mano á disputar sobre su sentido. Los libros divinos no servirian más que para alimentar nuestra vana curiosidad, la inevitable diferencia de las opiniones y la orgullosa presuncion. No habria más que un solo texto, pero habria tantas maneras de interpretarle como personas. Las divisiones y las subdivisiones se multiplicarian sin fin y sin recurso; no ha previsto mucho mejor nuestro soberano legislador á la paz de su república y á la conservacion de su ley? Ademas si solo hay una autoridad infalible que nos diga á todos: Hé aquí el verdadero sentido de la Sagrada Escritura, ¿cómo se pretende que el más grosero aldeano y el artesano más sencillo se pongan á hacer un exámen en que no pueden convenirse los mismos sabios? Dios no habria previsto las necesidades de casi todos los hombres dándoles una ley escrita, si no les hubiese dado al mismo tiempo un intérprete seguro para ahorrarles unas investigaciones de que son incapaces. Cualquiera hombre sencillo y sincero ve con solo su innata ignorancia lo absurdo de todas las sectas que fundan su separacion de la Iglesia católica en la oferta de hacerle juez de materias superiores á la capacidad natural de su espíritu. ¿Se debe creer en la nueva reforma que exige lo imposible, ó en la antigua Iglesia que preve la impotencia humana? Por último, es preciso rechazar la Biblia como una ficcion, ó someterse á esta

Iglesia. Consultad los libros sagrados, examinad la extension de las promesas que ha hecho Jesucristo á la gerarquía depositaria de su ley. Dice que todo lo que ate en la tierra será atado en el cielo, que estará con ella hasta la consumacion de los siglos, que las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella, que el que la escucha le escucha á él mismo, que el que la desprecia le desprecia, y que por último es la base y la columna de la verdad; no podeis eludir la fuerza de estas expresiones con ningun comentario; no teneis más recurso que desechar por completo la autoridad del legislador y de su ley.—Y qué, Monseñor, le dije con impetuosidad, quereis que mire como infalible, á alguna de las sociedades de la tierra? He recorrido la mayor parte de las sectas, permitid que os diga con el respeto que os es debido, que los sacerdotes de todas las religiones son con frecuencia más corrompidos ó más ignorantes que los demas hombres; todos me son igualmente sospechosos.—Entónces me contestó con un tono suave y moderado: Si no nos elevamos sobre lo humano en las más numerosas asambleas de la Iglesia, no debe chocarnos, ni servir para rebelarnos y aumentar nuestra incredulidad, pues depende de las pasiones, preocupaciones, debilidades, miras políticas, intrigas y cabalas; pero debe por lo mismo admirarse mucho más la sabiduría de la omnipotencia divina, que ejecuta sus designios por medios que en la apariencia debian destruirlos. En esto es en lo que el Espíritu Santo manifiesta su imperio sobre el corazon humano; hace servir todo lo que parece defectuoso en los pastores particulares al cumplimiento de sus promesas, y con una providencia siempre vigilante aguarda el momento de su decision y la obtiene siempre conforme á su voluntad. Así es como Dios obra en todo y por todo. En los poderes civiles todo obedece sus leyes, todo llena sus designios de una manera necesaria ó libre. No son la santidad de nuestros superiores, ni sus talentos personales, los que convierten nuestra obediencia en una virtud divina, sino la sumision interior del espíritu á las órdenes de Dios.—Le pedí tiempo para pesar la fuerza de sus razonamientos; los repasé en mi espíritu, los examiné noche y dia; comprendí al fin, despues de largas investigaciones, que no se puede admitir una ley revelada sin someterse á su intérprete vivo. Pero esta verdad hizo sobre mí una impresion enteramente contraria de la que debia naturalmente hacer; mi alma se rodeó de espesas nubes; sentí todos los ataques de la incredulidad. Durante esta lucha extrema, tuve una violenta tentacion de abandonarle. Comencé á sospechar de su rectitud. No habia más que un medio de sofocar mis penas, que era confiárselas. ¡Cuántos combates no sufrí ántes de poder resolverme á una cosa tan sencilla! Era preciso sin embargo pasar por ello; le pedí una audiencia secreta, me la concedió; me puse de rodillas y le hablé de esta manera: Perdonad, Monseñor,

el exceso de mis penas; vuestro candor me es sospechoso, y no podia escucharos ya con docilidad. Si la Iglesia es infalible, habeis condenado la doctrina del amor puro, condenando vuestro libro de las *Máximas*. Si no habeis condenado esta doctrina, vuestra sumision era fingida; me veo en la dura necesidad de miraros como enemigo, ó de la caridad ó de la verdad. Apénas habia pronunciado estas palabras cuando me deshice en lágrimas: me levantó, me abrazó con ternura y me habló del modo siguiente: La Iglesia no ha condenado el amor puro al condenar mi libro; esa doctrina se enseña en todas las escuelas católicas; pero los términos de que me he servido para explicarla no eran propios de una obra dogmática. Mi libro no vale nada, no hago caso alguno de él. Era un aborto de mi espíritu y de ninguna manera el fruto de la uncion del corazon: no quiero que le leais.—Esta conversacion disipó todas mis penas sobre su persona; mis dudas sobre la religion aumentaron sin embargo. Veia que razonando filosóficamente era preciso ser católico ó deista, pero el prudente deismo me parecia un extremo mucho más razonable que el catolicismo. La verdad huyó de mi espíritu, miéntras la dulce paz abandonó mi corazon; caí en una melancolía profunda; pasaron algunas semanas sin que pudiese hablar. Procuró muchas veces abrir mi corazon, y lo hizo de una manera tan insinuante que no pude resistirle. Por último, le hablé así, con voz temblorosa: Vuestra última conversacion ha causado en mí una impresion extraña; todas mis lecturas é investigaciones no me sirven ya de nada; veo que no hay ningun término medio razonable entre el deismo y el catolicismo; pero ántes de creer todo lo que los católicos creen ordinariamente, prefiero arrojarme en el extremo opuesto; me atrinchero en el deismo puro, que se halla tan distante de la enfadosa credulidad como de la incredulidad excesiva; mi fe, libre de la multiplicidad de opiniones inexactas, sutíles y chocantes, se reduce á la religion eterna, universal é inescrutable del amor. Para comprender toda su verdad, nadie necesita más que meditar.—¡Cuán pocos hombres hay, me contestó, que sean capaces de meditar para consultar la razon pura! Suponed que hay algunos hombres que puedan marchar por ese camino puramente intelectual; el comun de los hombres, sin embargo, es incapaz de ello, y necesita un socorro exterior. Las sutíles pasiones del espíritu no ciegan ménos que las pasiones groseras. Las primeras verdades se escapan algunas veces áun á los genios más filosóficos. No existen principios fijos para contenerlos en el torrente de las incertidumbres que los arrastran. Lo mismo que se ha necesitado en la sociedad civil poner la razon por escrito, reducir sus preceptos á un cuerpo de leyes, establecer magistrados para hacerlas ejecutar, porque no todos los hombres se hallan en estado de consultar y de seguir por sí mismos la ley natural; de la misma manera, no queriendo los hombres escuchar atenta-

mente la religion, ni seguir por amor la voz interior de la soberana sabiduría, nada era más digno de Dios que hablar por sí mismo á sus criaturas de una manera sensible para convencer á los incrédulos, para fijar á los visionarios, para instruir á los ignorantes, y para reunirlos á todos en la creencia de las mismas verdades, en la práctica del mismo culto, en la sumision á una misma Iglesia. ¿Por qué os rebelais contra un socorro tan necesario para la debilidad humana, sin el que las naciones más sabias y más civilizadas han caido en los errores más groseros sobre la Divinidad y la moral?—La filosofía del amor, le dije interrumpiéndole con ardor, es comun á todos los espíritus, á todas las naciones, á todas las religiones, en todas se encuentran vestigios de ella hasta en el mismo seno del paganismo. Las almas sencillas le han practicado mucho mejor quizá que los filósofos que han hablado de él. Todas las sectas le han mezclado con opiniones absurdas; le hallo en la Biblia como en todas partes. Pero, Monseñor, dispensadme os hable de esta manera, temo blasfemar de lo que ignoro.—Permaneció por algun tiempo en silencio sin contestarme, y despues me dijo: El que no ha sentido todos los combates de que sois presa para llegar á conocer la verdad, no comprende todo su valor. Abridme vuestro corazon, no temais me asuste: veo vuestra llaga, es profunda, pero no es incurable, pues la descubrís.—Entónces continué yo de este modo: Me parece que el legislador de los judíos nos representa al Ser Supremo como un tirano, que hace desgraciada á toda la humanidad, porque su primer padre comió un fruto prohibido. Los hombres no han podido tomar parte ántes de su existencia en esta ligera falta, Dios sin embargo los castiga por ella, no solo con los sufrimientos corporales y la muerte, sino entregándolos á todas las pasiones, y por último á las penas eternas. Segun la creencia comun, Dios olvida á todas las naciones de la tierra para no ocuparse más que de un pueblo grosero, rebelde, injusto y cruel, cuyos dogmas y costumbres parecen indignas de la Divinidad. Viene un segundo legislador, su moral es más sublime y sus costumbres más puras; no diré lo que ciertos espíritus temerarios, le creo un excelente filósofo que ha procurado hacer á los hombres buenos y felices, enseñándoles el verdadero culto del Ser Supremo; pero los pretendidos depositarios de su ley la han sobrecargado de una multitud de ficciones absurdas, de dogmas oscuros, de opiniones frívolas que hacen al Criador ménos amable para con las criaturas.—Me escuchó hasta el fin con una tranquilidad admirable, y me dijo al fin: Dios ha combinado de tal manera la luz y las sombras en sus oráculos, que esta mezcla es una fuente de vida para los que buscan la verdad con el objeto de amarla, y un abismo de tinieblas para los que la combaten con el fin de lisonjear sus pasiones. La mayor parte de las objeciones que acabais de hacer son interpretaciones falsas y

malignas, que de la Biblia dan los incrédulos. Dios quiere ser amado como lo merece, ántes de dejarse ver tal como es. La vista luminosa de su esencia nos determinaria invenciblemente á amarle, pero quiere ser amado con un amor libre y de pura eleccion. Por esta razon todos los seres libres pasan por un estado de prueba ántes de llegar á la suprema felicidad de su naturaleza; el principio de su existencia es un noviciado de amor. Habiendo abusado de su libertad los ángeles y nuestros primeros padres en su paraíso de delicias, Dios cambió nuestro estado de prueba en un estado mortal mezclado de bienes y de males, para que la experiencia del vacío y de la nada que se halla en las criaturas nos hiciera desear continuamente una vida mejor. Desde entónces nacemos inclinados al mal, nuestras almas estan condenadas á prisiones terrestres, que oscurecen nuestro espíritu y fatigan nuestro corazon; pero por la gracia del libertador, esta concupiscencia no es una fuerza invencible que nos arrastre, es solo un motivo de combate, y de consiguiente un origen de méritos. Amar á Dios en la privacion y en las penas, es un estado más meritorio que el de los ángeles que aman en los goces y los placeres. Hé aquí el misterio de la cruz tan extraño para la imaginacion y para el amor propio de los hombres profanos. Todos nacemos enfermos, pero el remedio para curarnos está siempre presente. La luz que alumbra á todos los hombres al venir al mundo no falta nunca á nadie. La sabiduría soberana ha hablado de diferentes maneras segun los diferentes lugares; á los unos por medio de la ley sobrenatural y por las maravillas de la creacion. *Cada uno*, dice S. Agustin, *será juzgado segun la ley que ha conocido, y no por la que ha ignorado. Nadie será condenado más que porque no se ha aprovechado de lo que ha sabido, para ser digno de saber mucho más.* El mismo Dios ha venido, por último, bajo una carne semejante á la nuestra para expiar los pecados y para darnos un ejemplo del culto que le es debido. Dios no puede perdonar al criminal sin manifestar su horror al crímen; esto es lo que debe á su justicia, y esto es lo que solo ha podido hacer Jesucristo. Ha manifestado á los hombres, á los ángeles y á todos los espíritus celestiales la oposicion infinita de la Divinidad á la destruccion del órden, pues ha costado tantos dolores y agonías al Hombre-Dios. Además este sacrificio de Jesucristo inmolado por homenaje á la santidad divina, su profunda aniquilacion delante del ser supremo, su infinito amor al órden, serán el eterno modelo del amor, de la adoracion, del homenaje de todas las inteligencias. De este modo aprenderán lo que deben al ser infinito, viendo el culto que se da á sí mismo por la santa humanidad. La religion de este pontífice eterno no consiste más que en la caridad. Los sacramentos, las ceremonias, el sacerdocio, no son más que socorros saludables para aliviar nuestra debilidad, señales sensibles para alimentar en nosotros mismos y en los demás

el conocimiento y el amor de nuestro Padre comun; y por último, medios necesarios para retenernos en el órden, la union y la obediencia. Pronto cesarán estos medios, se disiparán las sombras, se alzará el verdadero templo, resucitarán nuestros cuerpos gloriosos, y comunicará Dios eternamente con las criaturas, no solo segun su pura divinidad, sino bajo una forma humana, para manifestarnos por completo los misterios de su creencia. Hé aquí el plan general de la Providencia, hé aquí, por decirlo así, la filosofía de la Biblia. ¿Hay nada más digno de Dios, ni más consolador para el hombre que estas altas y nobles ideas? ¿No se debe desear que sean verdaderas bajo el supuesto de que no se puede demostrar esa verdad?—Entónces le contesté: ¿Moisés y Jesucristo no han podido suponer sus relaciones con la Divinidad, no para engañar á los hombres, sino para dar crédito á su ley, y hacernos buenos y felices, enseñándonos la verdadera moral?—Hé aquí su respuesta: Moisés y Jesucristo han probado su mision con hechos sobrenaturales, que llevan los caractéres de una sabiduría y de un poder infinito. No os hablaré de los milagros de Moisés ni de la trasmision incorruptible hasta nosotros de los libros que contienen la historia, pues podeis ver las pruebas en el excelente discurso del Obispo de Meaux sobre la historia universal, que ha demostrado la sucesion de la tradicion desde el orígen del mundo; la ha fortificado con reflexiones, que marcan igualmente que la atencion de su espíritu la de su ciencia. No os hablaré de los hechos predichos en los libros antiguos, que exigirian no solo una sabiduría divina para preverlos, sino tambien un poder infinito para ejecutarlos. Tal es la conversion de los gentiles al cristianismo, suceso que dependiendo de la cooperacion libre del hombre, manifiesta que el Dios que le ha revelado tenia un imperio incomunicable sobre los corazones. No entraré, continuó, en los detalles de esos hechos, que manifiestan visiblemente que la ley de los judíos procedia del cielo. Me dirijo únicamente al cristianismo; demostrando su verdad pruebo la del judaismo, puesto que el legislador de los cristianos la ha supuesto divina. Los milagros de Jesucristo no se han verificado en un rincon, en retiros impenetrables ni en antros profundos, sino á la faz de todo un pueblo enemigo é incrédulo; se han extendido despues y renovado por los apóstoles en muchas naciones diferentes, que tenian un poderoso interés en convencerlos de falsedad si hubieran sido supuestos. Nuestro Señor dió de comer á una inmensa muchedumbre de pueblo con dos ó tres panes. Sanó enfermedades incurables con una simple palabra. Hizo salir á los muertos de su sepulcro. Resucitó él mismo. Todo esto es tan público, que la menor impostura hubiera sido muy fácil de descubrir. No se trataba de prestigios que fascinasen los ojos, de pruebas de destreza ni de sutiles operaciones de física, sino de hechos palpables, visiblemente contrarios á las leyes comunes de la naturaleza.

Los sencillos y los sabios eran igualmente jueces; no tenian más que abrir los ojos para convencerse de la verdad. Todo además lleva el carácter de una bondad y de un poder infinito, que obra sin ostentacion y á quien parecen no escaparse los prodigios más que por compasion á los hombres, para aliviar sus miserias corporales ó para curar sus espíritus. Estos milagros no se han hecho más que para establecer el verdadero culto de la Divinidad. Jesucristo nos asegura que no los ha hecho más que para llamar la atencion del hombre sobre sí propio, á fin de buscar en su corazon las pruebas de su doctrina, cuyo objeto y consumacion consiste en la caridad. Por último, los principales testigos oculares de estos hechos milagrosos no pueden tacharse de sospechosos. Es posible que los hombres, por tenacidad ó por preocupacion, sufran toda clase de males por sostener errores especulativos, porque pueden creer de buena fe que son otras tantas verdades; pero que hombres sin ninguna mira de placer ó de ambicion, de recompensa temporal ó eterna, se expongan á toda clase de desgracias presentes, y despues á la justicia vengadora de un Dios enemigo de la mentira, por sostener que han oido con sus propios oidos, y visto con sus propios ojos, cosas que nunca han existido, este amor desinteresado de la malicia y de la impostura es incompatible con la naturaleza humana, en particular en hombres que pasan su vida practicando y enseñando la moral más sublime que ha existido nunca. ¿Se encuentran estos tres caractéres de verdad en los pretendidos prodigios de los magos y de los impostores, de Apolonio y de Mahoma? Sin duda han podido dar á los hombres un ostentoso espectáculo para sorprenderlos, enternecerlos ó hacerse dueños de ellos; ¿pero han hecho cosas de pública notoriedad, vistas por testigos destinados á establecer una moral tan pura? La religion de Moisés, considerada por sí sola y sin relacion con el cristianismo, podria ser sospechosa como un instrumento político. Se podria decir que habiendo imitado los magos de Egipto una parte de sus prodigios no habia hecho más que vencerlos en el arte mágica; pero en la religion de Jesucristo no cabe ningun pretexto de incredulidad, ninguna sombra de política, ningun vestigio de humano interés. Los milagros prueban la mision divina del legislador, y la pureza de su ley prueba que sus milagros no eran prestigios. Cuando un legislador quiere engañar á los hombres con prodigios falsos, y abusar de su credulidad para dominarlos, ¿inventa una religion que destruye al hombre, que le hace extraño á sí mismo, que derriba la idolatría del *yo*, que nos obliga á amar á Dios más que á nosotros mismos, y á no amarnos más que por él? Jesucristo nos exige este amor, no solo como un homenaje debido á la perfeccion divina, sino como un medio necesario para hacernos dichosos. Desterrados aquí bajo, durante un momento infinitamente pequeño, Jesucristo quiso que miremos esta vida como la infancia de nues-

tro ser y como una noche oscura, cuyos placeres no consisten más que en sueños pasajeros, y todos los males en saludables avisos para hacernos caminar á nuestra verdadera patria. Convencidos de nuestra nada, de nuestra impotencia, de nuestras tinieblas, quiere que nos manifestemos sin cesar delante del Ser de los seres, á fin de que trace en nosotros su imágen y nos embellezca con su propia belleza, nos ilustre y nos anime, nos dé el bienestar como la existencia, la razon como la vida, nuestros perfectos amores como nuestras verdaderas luces, y que de esta manera produzca en nosotros todas las virtudes humanas y divinas, hasta que habiéndonos hecho semejantes á él, nos absorba y nos consuma en su unidad divina. Hé aquí la adoracion en espíritu y en verdad que propone el Evangelio, adoracion que halla el hombre tan conforme á sus ideas naturales cuando se le descubre; adoracion sin embargo de que no se ve casi ninguna huella en el más refinado paganismo. Solo muy tarde y despues que el cristianismo hubo iluminado el mundo, los filósofos paganos, árabes y persas tomaron prestado un lenguaje, que han hablado siempre de una manera imperfecta. Nada desmerece en Jesucristo: sus costumbres corresponden á su moral. Este divino legislador no se contenta con dar á los hombres los desnudos y secos preceptos de una moral divina: la practica él mismo y nos pone delante de los ojos el ejemplo de una virtud perfecta, que nada tiene y nada pretende en la tierra. Su vida entera no es más que un tejido de sufrimientos, una adoracion perpétua, un aniquilamiento profundo en presencia del Ser Supremo, una sumision sin límites á la voluntad divina y un amor infinito al órden. Muere, por último, como abandonado de Dios y de los hombres, para manifestar que la virtud perfecta, sostenida por solo el amor de la justicia, puede permanecer fiel en medio de las penas más terribles sin ninguna sombra de debilidad sensible, ya terrestre, ya celestial. ¿Se ve en cualquiera otra parte semejante legislador ó ley? ¿Se encontrará el verdadero culto del amor desarrollado, purificado y perfectamente practicado más que entre los cristianos? El establecimiento de semejante religion entre los hombres es el mayor de todos los milagros. A pesar de todo el poder romano, á pesar de las pasiones, los intereses, las preocupaciones de tantas naciones, de tantos filósofos, de tantas religiones diferentes, doce pobres pescadores, sin arte, sin elocuencia, sin fuerza, extienden por todas partes su doctrina. A pesar de una persecucion de tres siglos, que parece deber extinguirla á cada momento, á pesar del martirio perpétuo de un número incalculable de personas de todas condiciones, de todos sexos, de todos los países; la verdad triunfa por último del error, segun las predicciones de la antigua y de la nueva ley. Que se me muestre alguna otra religion que tenga estas pruebas visibles de una Divinidad que la protege. Que un conquistador establezca por la fuerza de las armas

la creencia de una religion que lisonjee los sentidos; que un legislador se haga escuchar y respetar por la utilidad de sus leyes; que una secta acreditada y sostenida por el poder civil abuse de la credulidad del pueblo, todo esto es sin duda posible; pero que puedan haber convenido las naciones victoriosas, sabias é incrédulas en reconocer tan pronto á Jesucristo, que no les prometia en este mundo nada más que persecuciones y sufrimientos, que les proponia creer en misterios que rechaza el espíritu humano, y la práctica de una moral que rechaza todas nuestras pasiones; en una palabra, una fe y un culto que contrarian á la vez á nuestra razon y nuestro amor propio, ¿no es este un milagro más grande y más increible que lo que no se quiere creer de haber convertido al mundo á una religion semejante sin milagros?— Entónces le repliqué así: Lo que me decís, Monseñor, me admira y me convence; pero no estoy distante, sin embargo, de mirar hechos tan lejanos como exagerados, alterados ó supuestos por los sacerdotes ó por los políticos, que se sirven de la religion para dominar al pueblo.—Hé aquí cómo me contestó: No se puede dudar de la verdad de estos hechos, puesto que los libros que contienen su historia han sido recibidos y traducidos por un gran número de pueblos diferentes apénas aparecieron. Se han leido en las asambleas de casi todas las naciones de siglo en siglo. Nadie, sin embargo, los ha acusado de falsos, ni los judíos, ni los paganos, ni los herejes, aunque tuviesen un poderoso interés en combatirlos y en descubrir su impostura. Los judíos decian en verdad que Jesucristo habia hecho estos milagros por medio de la magia, pero no los rechazaban como supuestos. Los paganos no han podido negar estos hechos lo mismo que los judíos. Celso, Porphyrio, Juliano *el Apóstata*, Plotino y los demás filósofos, que desde los primeros tiempos atacaron el cristianismo con toda la sutileza imaginable, confesaron la verdad de los milagros de Jesucristo, la santidad de su vida y la autenticidad de los libros que contienen su historia. Por último, las numerosas sectas que han turbado sucesivamente la Iglesia en todos los siglos, prueban invenciblemente que no se hubiera podido corromper el texto sagrado sin que se hubiese descubierto la impostura. Así subiendo de siglo en siglo hasta Jesucristo, los cristianos, los herejes, los judíos, los paganos, los griegos, los romanos, los bárbaros, todos dan testimonio de los mismos hechos y de los mismos libros. Como la certidumbre de nuestras ideas depende de la universalidad y de la inmutabilidad que las acompaña, de la misma manera la certidumbre de los hechos depende de la universalidad y de la inmutabilidad de la tradicion que los confirma. Es imposible que se haga creer á toda una nacion y despues á muchas naciones diferentes, que han visto primero con sus ojos y oido despues con sus oidos cosas que no han existido nunca; que la memoria de es-

tos hechos supuestos se ha perpetuado constante, sucesiva, universalmente en todos los siglos entre pueblos diferentes cuyos intereses, religion y preocupaciones son contrarias; que estos pueblos conspiran con sus enemigos para extender una ilusion que los confunde y los condena, y que sin embargo, ni en los tiempos actuales ni en los siglos se ha descubierto nunca la impostura; esto, digo, no solo es increible, sino absolutamente imposible.—Estoy satisfecho, le dije entónces, de ver esta reunion de pruebas sacadas de los milagros y de la moral, del espíritu interior de la ley y de los prodigios exteriores del legislador. Las ideas bajas y mercenarias que se tienen generalmente de la religion, me parecen demasiado indignas de una mision divina. Los milagros del legislador me eran sospechosos cuando no conocia la hermosura de la ley, pero, Monseñor, ¿por qué se encuentra en la Biblia un contraste tan extraordinario de verdades luminosas y de dogmas oscuros? Desearia separar las ideas sublimes de que acabais de hablarme, de lo que llaman misterios los sacerdotes.—Su respuesta fué la siguiente: ¿Por qué desechar tantas luces que consuelan el corazon, porque se hallan mezcladas con sombras que humillan el espíritu? La verdadera religion ¿no debe elevar y abatir al hombre, manifestarle su grandeza al mismo tiempo que su debilidad? Todavía no teneis una idea bastante completa del cristianismo. No es solo una ley santa que purifica el corazon, sino tambien una sabiduría misteriosa que doma el espíritu. Es un sacrificio completo de sí mismo en aras de la soberana razon. Practicando su *moral* se renuncia á los placeres por el amor de la belleza suprema. Creyendo sus *misterios* se inmolan las ideas por respeto hácia la verdad eterna; sin este doble sacrificio de pensamiento y de pasiones, el holocáusto es imperfecto, nuestra víctima es defectuosa. De este modo el hombre entero desaparece y se desvanece delante del Ser de los séres. No se trata de examinar si es necesario que Dios nos revele asi los misterios para humillar nuestro espíritu; se trata de saber si los ha revelado ó no; si ha hablado á su criatura; la obediencia y el amor son inseparables. El cristianismo es un hecho, pues que no dudais de las pruebas de este hecho, no se trata de elegir lo que se creerá ó lo que no se creerá. Todas las dificultades de que habeis presentado ejemplos, se desvanecen en cuanto se cura el espíritu de su presuncion. Entónces no cuesta trabajo alguno el creer que hay en la naturaleza divina y en la direccion de su providencia una profundidad impenetrable á nuestra débil razon. El Ser infinito debe ser incomprensible á la criatura. Por una parte se ve un legislador, cuya ley es enteramente divina, que prueba su mision con hechos milagrosos de que no se puede dudar por razones tan fuertes como las que hay para creerlos. Por otra parte se encuentran muchos misterios que nos parecen extraños. ¿Qué hacer entre estos dos embarazosos extremos de

una revelacion clara y de una oscuridad incomprensible? No hay más recurso que el sacrificio del espíritu, y este sacrificio es una parte del culto divino debido al Ser Supremo. ¿No tiene Dios conocimientos infinitos de que carecemos nosotros por completo? Cuando manifiesta algunos por un medio sobrenatural, no se trata de examinar el cómo de estos misterios, sino la certeza de su revelacion. Nos parecen incompatibles sin serlo en efecto, y esta aparente incompatibilidad procede de la pequeñez de nuestro espíritu, que no tiene conocimientos bastante extensos para ver el vínculo de union de nuestras ideas naturales con esas verdades sobrenaturales. Hasta aquí habeis querido poseer la verdad: ahora es preciso que ella os posea, os cautive y os despoje de todas las falsas riquezas del espíritu. Para ser un cristiano perfecto hay que desapropiarse de todo, hasta de nuestras ideas. Solo el catolicismo enseña esta pobreza evangélica. Imponed, pues, silencio á vuestra imaginacion; haced callar á vuestra razon; decid á Dios sin cesar: Instruid mi corazon y no mi espíritu, hacedme creer como han creido los santos; hacedme amar como los santos han amado. De este modo quedareis al abrigo de toda clase de fanatismo y de toda clase de incredulidad.—Así fué cómo me hizo comprender el arzobispo de Cambray que no se puede ser prudente deista sin hacerse cristiano, ni filosóficamente cristiano sin hacerse católico.»

Tales fueron las conferencias que, como en un principio indicamos, dieron por resultado la conversion de Mr. de Ramsay.—S. B.

RAMUSIO (J. B.). Nació en Venecia en 1485, y murió en 1557. Desempeñó diversas misiones en Francia, Suiza, Roma, y despues fué secretario del Consejo de los Diez, en Venecia. Escribió una *Coleccion de las navegaciones y viajes*, en italiano; tres volúmenes en fólio, que se ha reimpreso varias veces, y traducido en parte en la *Descripcion del Africa*, de J. Temporal, Lyon, 1566.—M.

RANALDO ó Rainaldo. Fué creado cardenal por el pontífice Pascual II en 1099, en la clase de sacerdotes, con el título de S. Clemente, y solo se sabe de este príncipe de la santa Iglesia romana que suscribió el concilio de Letran celebrado el año 1112.—C.

RANCÉ (Armando Juan de Bouthilier de). Fué un personaje muy célebre por la reforma de la Trapa, que ha dado orígen á la órden de los Trapenses, tan notable por su austeridad y penitencia. Rancé nació en Paris el 9 de Enero de 1626, perteneciendo á una familia que habia ocupado siempre eminentes posiciones en el ministerio y en el clero. Habia tenido por padrino al cardenal de Richelieu, y por madrina á la marquesa de Effiat, mujer del superintendente general de la Hacienda de Francia. Dedicáronle al principio á la profesion de las armas, para la que parecia muy propio por su genio

FRANCÉ.

vivo, su talento y la franqueza de sus modales; empero la muerte de su hermano mayor dejó vacantes ricos beneficios eclesiásticos que obtenia, y su familia, para que no saliesen de ella, lo consagró á la carrera eclesiástica, haciéndole recibir la primera tonsura á los diez años para que pudiese suceder, como sucedió, en estos beneficios. Dotado de brillantes facultades y un exterior hermoso, recibió una educacion propia para desarrollar sus talentos. Fué tal la precocidad de su genio, que á la edad de diez años sabia muy bien los poetas griegos, y sobre todo á Homero, y cuando apénas tenia doce ó trece años, publicó ya una edicion de las *Poesías de Anacreonte*, con unas notas en griego, que causaron la admiracion de los sabios. Tambien se consagró á una que no nos atrevemos á llamar ciencia, pero que estaba muy en moda en aquellos tiempos y que excitaba entónces una curiosidad general; la astrología judiciaria. Pero la teología fué su principal estudio. Dedicóse á la lectura de las Escrituras santas y de los Padres de la Iglesia, y con su gran talento sacó grandísimo provecho de ellas. Desde un principio se hizo notable por la facilidad de su palabra y su elocuencia, y con tan buenas cualidades, con un exterior simpático y muy agradable y una gran fortuna, comenzó á brillar en el mundo y tuvo en él aventuras que le apartaron largo tiempo de esa vida regular que debe llevar un sacerdote. Le ofrecieron el obispado de Laon, que rehusó porque sus rentas no eran bastante crecidas, y sobre todo porque tenia muy fundadas esperanzas de suceder en su dia en el arzobispado de Tours á un tio suyo que lo ocupaba. Fué nombrado diputado de la Asamblea del Clero en 1655, y tomó una parte activa y brilló en los negocios y cuestiones que allí se trataron. Viviendo en el seno de los placeres mundanos, tuvo relaciones íntimas con el partido de Port-Royal, que comenzaba á sostener entónces sus ardientes controversias con los jesuitas. Era tambien muy amigo del coadjutor, que despues fué cardenal de Retz, lo que no contribuyó poco á captarle la benevolencia del cardenal Mazzarino, ministro omnipotente. Sus relaciones con la Fronda no se limitaron á esto. La duquesa de Montbazon, llamada la *hermosa de las hermosas*, habia inspirado al jóven abate Rancé una ardiente pasion en la que era completamente correspondido. El abate Rancé empleaba el tiempo en estos amores, y llevaba una vida de disipacion y de placeres. Compañero de todos los jóvenes señores de la Fronda, era el alma de sus reuniones, que se verificaban en la casa de la duquesa de Montbazon, de quien era favorecido amante. Un justillo morado de una tela preciosa, medias de seda del mismo color, una corbata de punto de los más raros, una cabellera larga y siempre bien rizada, dos gruesas esmeraldas en los puños, y un diamante de precio en el dedo; tal nos presentan las antiguas crónicas á Armando Juan de Bouthilier de Rancé, hijo del Sr. de Rancé, uno

de los presidentes del Tribunal de Cuentas, y secretario de María de Médicis. El pensamiento de la muerte debia producir la conversion entera y ejemplar de este disipado sacerdote. La muerte es la hora en que Dios aparece grande á los ojos del pecador moribundo y de los que presencian su fin. En este momento terrible el mundo entero se funde, desaparece á los ojos y no se ve más que á Dios solo, que queda y todo lo llena, y que solo él no pasa y no se muda nunca. El abate Rancé recibió una profunda impresion en su alma de grande temple por la muerte de su amante, la duquesa María de Montbazon, y Dios le volvió el recuerdo de los deberes del traje que debia llevar, porque habia sido ordenado sacerdote el 22 de Enero de 1651. Al volver del campo, adonde habia ido á pasar una temporada, á la primera noticia de la enfermedad de su querida duquesa, que murió de viruelas el 8 de Abril de 1657, voló á París, se dirigió á su casa, y no encontrando á nadie en la puerta, subió al cuarto de la duquesa por una escalera secreta que conocia, y el primer objeto que se ofreció á su vista, fué aquella hermosa persona fria, inanimada, con los cabellos tendidos, la frente ceñida de una corona de flores que él la habia dado, y con las manos crispadas sosteniendo un rosario bendito. Aquella imágen terrible de la nada de la vida en todo lo que tenia de imprevisto, le hirió cual un rayo. Cuentan otros historiadores que vió la cabeza de Mad. de Montbazon separada del tronco del cuerpo para poderle así colocar en el ataud de plomo que la habian hecho, y que salió demasiado corto. Sea de esto lo que fuere, su muerte causó tal impresion en él, que el abate Rancé concibió la idea de retirarse del mundo. Tomó la posta inmediatamente, y se retiró á su posesion de Veretz. Creyó encontrar en la soledad consuelo; el retiro no hizo más que aumentar su dolor. Una negra melancolía reemplazó á su antigua alegría; le eran insoportables las noches; pasaba los dias en correr por los bosques y á lo largo de los rios y las orillas de los estanques, llamando como un loco por su nombre á aquella que ya no podia responderle. Cuando se paraba á considerar que aquella criatura que habia brillado en la corte más que ninguna otra mujer de su siglo no existia, que sus encantos habian desaparecido, que habia desaparecido para siempre aquella persona que entre tantos otros hombres le habia elegido para su amor, se asombraba de que su alma no se separase de su cuerpo. Una vision sobrenatural vino á calmar estas convulsiones del alma. Paseaba un dia en la alameda de Veretz: parecióle ver un grande fuego que se habia prendido en los edificios del patio, y voló allí. El fuego disminuia á medida que se acercaba, y á cierta distancia desapareció la hoguera y se cambió en un lago de fuego, del centro del cual salia el medio cuerpo de una mujer devorada por las llamas. Apoderóse de él el terror; volvió á tomar corriendo el camino de su casa, y al llegar le faltaron las

fuerzas, cayó desmayado. Al volver en sí se halló en su cama, pero estaba de tal modo trastornado, que nadie pudo en el primer momento arrancarle una palabra. «O el Evangelio me engaña, exclamó Rancé cuando recobró su sentido, ó esta casa es la de un réprobo.» Inmediatamente la frugalidad reemplazó al lujo de su mesa; despidió la mayor parte de sus criados; vendió su vajilla y sus muebles preciosos para distribuir su valor á los pobres. Se prohibió hasta las diversiones más inocentes para no ocuparse sino de la oracion y del estudio de las cosas santas. Ni las reconvenciones de sus parientes, ni las burlas de sus antiguos amigos y compañeros de placeres pudieron volverle al mundo. Mirando todos sus bienes como el patrimonio de los pobres, se apresuró á distribuirlos, y fué á París, donde se alojó en el Oratorio. Aconsejaron á Rancé que se consagrase á las misiones; habia en estas grande analogía con la tristeza y la grandeza del genio de Rancé; empero era llamado á otra parte. Vendió tambien la tierra de Veretz en cien mil escudos, que entregó él mismo á la administracion de los hospicios, y renunció á todos sus beneficios eclesiásticos, excepto la abadía de la Trapa, que el rey le permitió conservar, no como comendador, sino como un abad regular. Allí quiso retirarse para morir. Este pensamiento de la muerte le habia dictado su severa resolucion, que verificó el año de 1662. En el camino de Soligni, cerca de Mortagne, departamento de la Orne, se eleva la casa de Ntra. Sra. de la Trapa, cuna de la órden de los Trapenses. Se lee sobre la puerta debajo de una cruz y de una pequeña estatua de la Santísima Virgen, esta inscripcion, que es á la vez el título de la casa y el resúmen fiel de la vida de sus habitantes: *Domus Dei, beati qui habitant in ea*: Casa de Dios, y felices los que la habitan. Esta abadía de la órden del Cister fué fundada en 1122 por Rotron II, conde de Percha. Rotron habia hecho voto, al volver de Inglaterra, de que si se salvaba de un naufragio, á que se vió expuesto, edificaria una capilla en honor de la Santa Vírgen. El conde, milagrosamente libertado, hizo dar al techo de su iglesia votiva la forma de un buque ladeado. Rotron III, hijo del fundador, acabó el edificio de la capilla que se cambió en monasterio. Despues marchó á la primera cruzada y trajo de Palestina reliquias que fueron depositadas en la nueva basílica. Sin mencionar el nombre de los abades que se sucedieron en la Trapa, se ve en un proceso verbal, de fecha del año de 1685 y formado por Dom. Domingo, que esta casa se hallaba casi arruinada cuando Rancé emprendió su edificacion. El claustro se llenaba de agua, los locutorios servian de cuadras el refectorio solo tenia de tal el nombre, los dormitorios estaban abandonados y servian de asilo á los murciélagos. La iglesia no se hallaba tampoco en mejor estado; roto el pavimento, desparramadas las piedras, cayéndose las paredes, y el campanario á punto de venir al suelo, no pudiendo tocarse las

campanas sin hacerlo estremecer todo: tal era el estado de la abadía. En cuanto á los cenobitas, reducidos al número de siete, no eran tampoco más que ruinas de una Orden en otro tiempo tan venerada. El abate Rancé, que vió relajada la antigua disciplina monástica y los abusos que se habian introducido, quiso con mano fuerte reformar estos y restablecer aquella. Los religiosos, habituados á ménos rigor, mostraron oposicion desde las primeras medidas. No trató de obligarlos por la fuerza, y les permitió que se retirasen á otros conventos. Para prepararse mejor á la empresa que meditaba, se encerró en el monasterio de Ntra. Sra. de Perséigne, y el 13 de Junio de 1663 tomó en él el hábito de la estrecha observancia del Cister. Ocupó todo el tiempo de su noviciado en las prácticas de la regla más austera, no queriendo dispensarse en lo más mínimo, á pesar del mal estado de su salud. De allí volvió á la Trapa, donde echó los fundamentos de su célebre reforma. Desde luego prohibió á sus religiosos el uso del vino y del pescado, imponiéndoles el silencio más absoluto y el trabajo manual. En 1664 concurrió á una asamblea de los superiores de la observancia del Cister, y fué diputado á Roma para sostener la necesidad de extender la reforma á todos los monasterios de la Orden. Pero su opinion no pudo prevalecer en el colegio de los cardenales. A su vuelta á la Trapa juntó á sus religiosos, y les dió parte de su proyecto de restablecer la primitiva regla en toda su severidad. Todos consintieron y renovaron su voto entre sus manos. En aquella abadía, teatro de sus expiaciones, redactó constituciones tan piadosas como prudentes; y en el discurso que las precede, dice: «La abadía está situada en un valle muy solitario; el que quiera permanecer en ella, no debe traer aquí más que su alma; la carne no tiene nada que hacer dentro.» Rancé, como dice Mr. de Chateaubriand, habia transportado con él al desierto lo pasado y atrajo el presente y el porvenir. El siglo de Luis XIV no despreciaba ninguna grandeza. En los primeros años de su retiro se oyó hablar escasamente del monasterio; mas poco á poco se extendió su fama, se notó que venian perfumes de una tierra desconocida, y la sociedad se volvió para respirarlos hácia las regiones de esta feliz Arabia. Las prácticas de penitencia más rigorosa unidas á la oracion y al trabajo manual ocuparon el tiempo de sus monjes. Esta misma austeridad de la Trapa atrajo muy pronto religiosos de otras órdenes, en tan gran número, que los superiores acudieron al Papa para obtener un breve que prohibiese recibirlos en ella. El abad puso de nuevo en vigor en la Trapa el uso de la antigua hospitalidad practicada por los fundadores. Aunque la abadía no tenia más que diez mil libras de renta, esta suma bastó para cubrir los gastos que ocasionaban los que acudian á visitarla y á edificarse en aquella soledad, y para proveer á las necesidades de los pobres de la comarca. Las relaciones que Rancé ha-

bia tenido en otro tiempo con Port-Royal parecian deberle implicar en las cuestiones del jansenismo, y se trató de que en ellas tomase parte; pero se contentó con firmar el formulario sin añadir explicacion alguna. Esta reserva recibio diversas interpretaciones; los unos le reconvenian de abandonar á sus antiguos amigos en la persecucion; los otros le acusaron de participar secretamente de sus opiniones. La excesiva austeridad del régimen al que los solitarios de la Trapa estaban sometidos, hizo nacer entre ellos diversas enfermedades, que ocasionaron las representaciones de varios obispos. Estos solicitaban del abad que mitigase un poco el rigor de su regla; empero no quiso consentirlo. Entre las obras que compuso en su retiro se distingue el *Tratado de la santidad y de los deberes de la vida monástica*, que pareció ser una crítica de la vida estudiosa y consagrada á las letras de la congregacion de S. Mauro. Pasando su vida en el fondo del desierto, el abate Rancé no pudo, sin embargo, desprenderse completamente del mundo, donde habia dejado un gran número de amigos. Mantenia una correspondencia muy activa con ellos, y una multitud de personas, áun extranjeras, le escribian para pedirle consejo en su conducta y consultarle en los negocios árduos de sus intereses ó de su salvacion. Rancé habitó treinta y cuatro años en su desierto; no fué nada no queriendo ser nada, ni se dispensó por un solo momento de las penitencias que se imponia. Afligido de una insoportable tos y un insomnio continuo, la hinchazon en los pies y el reumátismo le redujeron durante más de seis años á pasar sus dias en la enfermeria en una silla sin cambiar casi de postura. Habia hecho poner enfrente de su silla, en la enfermería, estas palabras del profeta: «Señor, olvidad las ignorancias y los pecados de mi juventud.» En esta casi perpétua agonía compuso su libro titulado: *Reflexiones sobre los cuatro Evangelios*. Cuanto más caminaba hácia su fin Rancé, más serena se mostraba su alma; reflejábase su claridad sobre su rostro: el alba se escapaba de la noche. Al morir, quiso, como todos los religiosos de la Trapa, hacerlo sobre la paja y la ceniza, á la edad de setenta y cinco años, el 26 de Octubre de 1700. Le presentaron el crucifijo al espirar, y exclamó: ¡Oh eternidad, que felicidad! Y abrazó el signo santo de la salvacion con la más viva ternura. Rancé miró tranquilo y hasta con una suerte de amor el lecho de ceniza sobre que estaba tendido; y como le faltasen las fuerzas, se estableció con las palabras de la Escritura un digno diálogo entre el agonizante y el obispo de Selz que le asistia. El Obispo: El Señor es mi luz y mi salud.—El Abad: Penetre en él toda mi confianza.—El Obispo: Señor, sois mi protector y mi libertador. El Abad: No tardeis, Dios mio, apresuráos en venir á mí. Estas fueron las últimas palabras de Rancé; miró al Obispo, levantó los ojos al cielo y entregó su espíritu. Fué enterrado en el cementerio comun de los religio-

sos. Así se consumó el sacificio de su vida; así se expiaron los desórdenes de su juventud. «La obra de Rancé ha permanecido en pie, añade Mr. de Chateaubriand; Rancé se ha alejado de su soledad, como Licurgo del valle de Lacedemonia, haciendo prometer á sus discípulos que guardarian sus leyes hasta su vuelta. Rancé ha marchado al cielo, y sus leyes son solemnemente observadas por su pequeño pueblo. Los Trapenses han visto derrumbarse en torno suyo las demás órdenes, han visto pasar la revolucion y sus crímenes, Bonaparte y su gloria, y han sobrevivido; tanta fuerza habia en aquella sobrehumana legislacion.» Hace setecientos años la Trapa no era en su origen sino una cosa secundaria, una pequeña parte de una grande Orden; hoy, despues de haberse multiplicado contra todas las esperanzas, en medio de las persecuciones, se ha convertido en una Orden nueva de varias congregaciones. Guarda fiel de la disciplina monástica, ha merecido ser elegida por Dios para conservar, regenerar y restablecer la vida religiosa en medio de los pueblos que creian haberla anonadado. Así se la ve lozana y fuerte en Francia. Se ha hablado mucho de los rigores de la Trapa. La verdad es esta. El trapense se levanta á las dos de la mañana para cantar el oficio divino, pero el principio de la noche es tambien el principio de su descanso, y en el estío toma en medio del dia una hora de siesta, segun el uso antiguo: duerme siete horas por dia en todas las estaciones, y siete horas de sueño necesita el hombre, dice un antiguo adagio higiénico. Se tiende en una tabla entre dos jergones y dos mantas: esta cama sin duda no es una mansion de molicie; pero esta cama dura mantiene las fuerzas y preserva á los cuerpos de enfermedades. Lleva en todo tiempo vestido de lana; pero ¡qué cosa más útil en invierno para preservarse del frio sin recurrir al uso enervante del fuego, ni qué más útil en verano para prevenir los efectos del sudor y pasar libremente del sol del campo á la sombra de los claustros! El trapense no come carne; pero ¡cuántos otros no la comen tambien, cuántos en los campos, en los montes, en las orillas del mar viven de pan negro, de leche ó de legumbres, y para los cuales la carne es una gran solemnidad de que apénas disfrutan una ó dos veces al año! La Trapa con su austeridad voluntaria mantiene mejor la vida de sus adeptos; en esta mansion de ayuno y de calma del corazon, en medio de esa penitencia que doma las pasiones malas, el hombre muere ménos pronto que en el mundo en el seno de las ciudades. Así se ven grandes ejemplos de longevidad en los claustros de la Trapa, á pesar de su excesiva penitencia. El trapense muere en un jergon de paja y sobre una cruz de ceniza; pero él es el que lo pide, y este favor no se le concede sino en el momento en que ya no hay probabilidad de salvacion, y cuando ya apénas queda un soplo de vida al cuerpo. Los últimos vínculos de la carne van á romperse; el alma siente su proximidad á Dios,

que viene á librarla; se estremece de impaciencia, se lanza al encuentro de aquel que busca y á quien ha estado aguardando por tanto tiempo. Cuando el enfermero ha formado la cruz de ceniza sobre el suelo y la ha cubierto de paja, entónces el moribundo se levanta de la cama de enfermo, y va á colocarse él mismo sobre aquel trono de humildad, que es el primer grado de su gloria celeste. Debe reconocerse que la Trapa es una grande institucion, no solamente religiosa, sino social. Concilia felizmente la obediencia y la libertad, la penitencia y la alegría, la caridad y el vigor. Derrama en torno de ella incontestables beneficios y hace á la sociedad servicios verdaderamente útiles poniendo de manifiesto el ejemplo de lo que puede el trabajo ayudado de la fe. Es tambien un asilo para aquellos que agobiados por las calamidades de la fortuna y pesarosos de vivir en el mundo, faltos de fe, no encontrarian otro medio de escapar de esas calamidades que el suicidio, y en los claustros de la Trapa encuentran un refugio contra sus dolores, ó por la pérdida de la fortuna ó por los remordimientos que en su corazon han podido causar las culpas y crímenes de su juventud. — C. de F.

RANCHIN, protestante, consejero en el parlamento de Tolosa, conocido por su saber y apreciado por la opinion pública; se convirtió al catolicismo é hizo solemne abjuracion del protestantismo en Mayo de 1680. — S. B.

RANÇONIER (P. Santiago), jesuita belga, marchó de misionero á la provincia del Paraguay por los años del Salvador 1625, donde sufrió todo género de trabajos y padecimientos para llevar á cabo su gloriosa empresa: muriendo de resultas en la flor de su edad hácia 1630. Publicó: *Annuas litteras Paraguariæ Societatis Jesu, anni* 1631 y 1637; Amberes, por Juan Meurs, 1636, en 8.° — S. B.

RANDACIO (Antonino de), siciliano y oriundo de una de las más distinguidas familias de su patria, dió una prueba de grande abnegacion, cuando despreciando el brillantísimo porvenir que se le ofrecia en su misma familia, y sin haber tenido que hacer por su parte esfuerzo alguno para conseguirlo, se hizo religioso minorita en el convento de Valle Mazario. Seguirle paso á paso en su noviciado y en su vida religiosa seria muy difícil, y no nos llevaria á la exacta noticia de sus heróicas virtudes, pues la primera y fundamental de todas fué una profundísima humildad y una modestia grande, que le hizo ocultar hasta sus mismas buenas obras, para que de su noticia no pudiera resultarle la elevacion y enaltecimiento consiguientes. Nunca quiso aceptar los puestos más importantes en su religion con que le brindaban, porque le creian muy adecuado para ellos, y las excusas que daba eran lo poco que se fiaba de sí mismo; así que lo único que hacia era trabajar con constantísima asiduidad y ocuparse siempre en bien de sus hermanos, á todos los cuales servia con un esmero indecible. Le obligaron á as-

cender á los órdenes sagrados, y prescindiendo del relato de las grandes preparaciones con que pasó de uno á otro, pues esto nos pareceria imposible si en referirlo nos detuviéramos, y sin hacer mencion de que fué indispensable que mediára la obediencia para hacerle ser sacerdote, porque esto se infiere del conocimiento de su profunda humildad, preciso es que le consideremos siquiera ligeramente en el ejercicio de su santo é importante ministerio. Muy de mañana bajaba á la iglesia, donde despues de haber tenido un largo rato de oracion, celebraba el santo sacrificio de la misa con devocion suma, deteniéndose á dar gracias al Señor por tan singular beneficio, y poniéndose despues al confesonario todo el tiempo que habia gente que necesitára de su ministerio. En este empleo tan provechoso era el Padre verdaderamente admirable, pues tenia tal acierto para insinuarse á sus penitentes, que penetraba hasta lo más escondido de sus pensamientos, y luego eran tales su conviccion y su dulzura, que no habia remedio, tenia que reducirse á la gracia todo aquel que se acercaba á sus pies. El resultado era que corriendo de unos á otros la noticia de sus tan apreciables circunstancias, habia verdadero afan por confesarse con él, y producia esto muy abundantes frutos, si bien para que se lograsen tenia el Padre que molestarse mucho, pues con particularidad en los dias de gran concurrencia tenia que estar muchísimo tiempo en el confesonario. Como orador sagrado era tambien muy notable, habiendo en sus sermones la particularidad de que, como estaban animados de una caridad muy viva, producian muy buenos efectos; por cuyo motivo era buscado por los párrocos, que celosos del bien de las almas de sus feligreses, querian darles de cuando en cuando provechosas misiones, y que eran las más útiles sin duda alguna las que daba el P. Randacio, por lo que no cesaba, puede decirse, de predicar aquí y allí, siempre con celo y siempre con provecho. En los ratos, muy escasos por cierto, que le dejaba libre el desempeño de su ministerio sacerdotal, se dedicaba con buen éxito á revolver los manuscritos más antiguos de las bibliotecas de sus conventos, que por cierto eran numerosas y escogidas, y por consecuencia de estas investigaciones sacaba siempre útiles y muy importantes noticias, que aplicadas prudentemente, daban buenos resultados, haciendo por consiguiente mucho favor á su casa y á su Orden. Esta creyó conveniente que su actividad y celo se empleasen en promover la beatificacion del siervo de Dios Fr. Benito de S. Tradillo, empresa que dió al P. Antonino mucho que hacer, pero en la que se regocijó en gran manera luego que vió en la importante categoría de beato al esclarecido alumno de su misma casa, diciendo él muchas veces que le causaba santa envidia la suerte de Benito, toda vez que habia sabido corresponder á la gracia que le llamó y llevó al perfectísimo estado religioso. Fidelísimo en el cumplimiento

de sus deberes, ansioso por adelantar en la senda de la perfeccion y guardando con fidelidad suma los votos que hizo cuando profesó, pasó su vida, á que coronó una santa muerte, despues de haberse dispuesto á ella con todos los auxilios que presta nuestra sacrosanta religion. Sumamente sentida fué su pérdida, y su fama no hubiera perecido áun cuando no hubiese dejado los medios tan adecuados de perpetuarla que dejó, y que fueron sus excelentes obras, de que daremos noticia, aunque muy sucinta. La primera y más notable de todas fué la que escribió en italiano con el título de *Vidas de los hermanos y hermanas de las tres órdenes de S. Francisco, que han muerto con fama de santidad*. Esta obra, sobre ser muy notable en sí misma, lo es tambien en cuanto proporcionó á Wadingo y á algunos otros cronistas los datos para formar sus obras, motivo por el cual se han extraviado los autógrafos de los tomos primero y tercero de esta gran coleccion del P. Antonino, de la que solo se conserva el segundo en la biblioteca de la casa de la órden de Sta. María del Puerto Silvio de Mesana. Esta obra fué impresa y recibida con grande aceptacion, habiéndose hecho escasa, porque todos los conventos de la Orden quisieron, como era justo, tener este monumento que consignaba sus glorias, al mismo tiempo que un modelo de idioma italiano, pues es á la verdad admirable su estilo por lo bello, su forma por lo redondeada, y su fondo, porque en él hay sobre un gran rigor para la cita de los sucesos y de las épocas, una lógica severísima para las deducciones y corolarios. Tambien escribió en latin la *Chronica beatorum sicilorum regulæ observant.*; pero esta obra, cuyo original se conserva en el mismo convento de Sta. María, no se imprimió, como tampoco la que publicó con el título de *Chronica beatorum sicilorum reformatorum*; y con cuyas obras se completa el gran pensamiento que tuvo de hacer conocer todos los santos de la familia seráfica, que ha tenido y tiene tantos con cuya memoria puede gloriarse. Lamentable es que los mismos hijos de Francisco no hayan hecho un esfuerzo para dar á luz estas obras, que habrian sido de mucha utilidad, pues que escritas todas segun un mismo sistema, formaban un cuerpo de doctrina, y hubieran sido un medio muy directo de hacer inmortal la fama del P. Antonino de Randacio, si bien es verdad que él no hubo menester de esto para singularizarse, pues en cualquier concepto que se le considere, se le ha de hallar notable: si como religioso, por sus virtudes y observancia, si como sacerdote, por su celo para el desempeño del ministerio de la predicacion y de la administracion del santo sacramento de la penitencia; como compañero y hermano de los suyos, tan complaciente y servicial que más no es posible; en todos conceptos, por fin, es notable este Rdo. P. Antonino de Randacio, que hubiera podido ser superior y desempeñar cargos los más importantes en su Orden, si á ello no se hubiese opuesto su humildad, prin-

cipal carácter que era en él como esencial, y que fué el fundamento de todas sus virtudes y de todas sus obras, por las cuales se hizo acreedor entre sus contemporáneos al aprecio, y en los que se han seguido al respeto y veneracion que se le tributa con justicia, y que está autorizado por la Iglesia, que ha permitido á la Orden que le llame venerable. — G. R.

RANDAZZO (Fr. Agustin de), religioso de la órden de Capuchinos. Su estancia perpétua fué en el convento de Palermo. Era un varon de virtudes muy señaladas, sumamente atento y de un trato angelical. Su continua oracion, su asistencia y amor con los enfermos dolientes, sus ayunos, mortificaciones y penitencias tan ejemplares, que era respetado y tenido en gran veneracion por todos los religiosos. Era igualmente notable por su carácter inmutable, por su laboriosidad, no desdeñando jamás las más humildes ocupaciones, que desempeñaba siempre con buena voluntad y con el mayor agrado. En prueba de la predileccion con que el Señor miraba á este su santo siervo, bastará el señalar que treinta años despues de haber sido enterrado Fr. Agustin de Randazzo, conservaba la carne tan sólida y firme, que no era posible arrancarle los pelos de la barba, ni el cabello de la cabeza sin una grande violencia. Murió este santo y virtuoso varon el año de 1599. — A. L.

RANDAZZO (Fr. Agustin de), religioso sacerdote de la órden de Capuchinos. Fué varon de excelsas y calificadas virtudes, de una observancia regular la más perfecta y pura, habiendo premiado Dios sus heróicas virtudes con favores especiales, y señaladamente en el don del vaticinio, y con su extraordinaria fe y fervor religioso el de curar casi instantáneamente algunos enfermos que padecian afecciones crónicas muy rebeldes é incorregibles por los recursos humanos. Muchos casos pudieran enumerarse, pero en obsequio á la concision bastarán los dos siguientes. A un letrado cuyo nombre era Rafael, que padecia frecuentes y muy molestos dolores de mal de gota, compadecido de su triste situacion y teniendo la mayor confianza en el poder del Altísimo, haciendo ferviente oracion, besándole ambos pies con su boca, y bendiciéndoselos con la señal de la cruz, cesaron repentinamente sus acerbos dolores y sanó al punto. A Fr. José de Luque, religioso de la órden de Sto. Domingo, enfermo de un mal muy peligroso, y desahuciado de los facultivos, pronosticó que convaleceria de aquel grave padecimiento, y el suceso coronó y correspondió al vaticinio de Fr. Agustin; finalmente, en el año de 1606, pasó á gozar del Señor muriendo con gran fama de santidad. — A. L.

RANDAZZO (Fr. Esteban de), sacerdote, religioso de la órden de Capuchinos. Randazzo es un lugar de Sicilia próximo al monte Etna; en esta poblacion nació Fr. Esteban, de honesta familia, y ennobleció la provin-

cia de Mesina con sus virtudes, salvándose del mar del siglo y de sus tormentas y tempestades, llegó con el próspero viento del Espíritu Santo al puerto seguro de la religion, considerando que contra los desórdenes espirituales armó Dios al primer hombre imponiéndole el precepto de la templanza y de la abstinencia, comenzó en su nuevo estado y vida por esta virtud, poniendo sumo cuidado para conseguirla. Tenia muy en la memoria la doctrina de S. Basilio, que dice: «Hermanos, los que se ejercitan en la milicia y los luchadores, conviene que se abstengan de comer mucho, por que se hallen más dispuestos á su ejercicio. Pero los que traen la guerra y lucha, no contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes del mundo y de las tinieblas, y contra los mónstruos del espíritu, aún necesitan más del ayuno y de la abstinencia para salir bien armados á la batalla. El aceite ayuda al que ha de luchar; mas el ayuno fortalece al que ha de ejercitarse en la devocion. Y así cuanto le quitares de comida al cuerpo, se lo irás añadiendo al alma de buena disposicion espiritual.» A que añadia las palabras siguientes de S. Juan Crisóstomo: «El tiempo de la guerra es tiempo de tomar las armas; ¿y tú te estás ocioso entre las delicias? ¿Por ventura, no echas de ver que áun los mismos reyes, cuando asisten en el ejército, viven con templanza y moderacion? Nuestra lucha es contra la carne y la sangre: ¿y tú para luchar te hartas de comida? El contrario se muestra bramando; ¿y tú le miras regalándote desde la mesa? A Cristo le enflaquece la hambre, ¿y á ti te engorda la voracidad? Con estos consejos siempre presentes, instituyó un género de abstinencia tan rigurosa, que ayunaba tres dias estrechísimamente cada semana; y en la cuaresma no comia en ellos cosa alguna, acrecentando otro dia más de no comer en los ayunos de los adviento, con quien tenia especial devocion. A la abstinencia correspondian las demás asperezas y austeridades, como eran disciplinas continuas, y nunca sin derramar sangre copiosa, el trabajo del cuerpo perpétuo, el sueño escaso, las vigilias prolijas, y otras semejantes mortificaciones con que oprimiendo al enemigo doméstico que ordinariamente se rebela contra el espíritu, dejaba el ánimo más preparado, ya para el estudio de las virtudes, y ya para la contemplacion de las cosas divinas. Ni era sin fruto su ejercicio, porque empezó desde luego á adquirir con él tan profunda humildad, tan afectuoso deseo de la pobreza, tanta integridad de costumbres, tanta frecuencia de oracion y tan fervoroso incendio de caridad, principalmente con los enfermos, que todos consideraban en él, no un hombre comun, sino un hombre superior á la esfera de los demás con señales prodigiosas de celestial. Lo que produjo, que conocida su excelencia en la Orden, le hicieron maestro de novicios; y él cumplió de tal suerte con el ministerio, que dió á la provincia de Mesina muchos hijos insignes con su educacion, varones

verdaderamente evangélicos y apostólicos. Calificó Dios su santidad con varios milagros que obró por sus méritos. Habia impreso en el ánimo aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: *No querais buscar la comida ni la bebida, porque los gentiles son los que la buscan: que vuestro Padre sabe que lo habeis menester.* Y las del Profeta: *Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará;* que S. Francisco, queriendo que sus hijos fuesen peregrinos y huéspedes en el mundo, se las solia repetir ordinariamente. En cuya ejecucion el siervo de Dios, cuando caminaba, no consentia que se llevase para el camino provision de cosa ninguna. Sucedió una vez que caminando por mandado de su superior en tiempo del ayuno del adviento, en invierno y por una tierra llena de pantanos y lodo, despues de haber andado sin desayunarse una larga distancia, se halló tan rendido y sin fuerzas, que no le era posible pasar adelante. El paraje en que se hallaba, no presentaba ningun recurso para socorrer su necesidad, porque no habia lugar alguno cerca, ni siquiera una cabaña de algun pastor, de donde pudiera esperarse siquiera un bocado de pan; y así destituido de remedios humanos, acudió á la Providencia divina; y levantando al cielo los ojos, llamó á la puerta de la soberana clemencia. Apénas oyó el primer golpe la bondad inmensa del Señor, cuando acudió á la llamada, y ordenó que de repente se le apareciese un hermoso mancebo y de linda apostura, que cabalgando hácia él en un brioso caballo blanco, le confortó no solo con palabras, sino con obras, dándole pan y vino con que se reparase; y desapareciéndose al punto. En cuyo acontecimiento se ve, que no fue socorro de hombre, sino de ángel. Otra vez caminaba al lugar de Policio ayunando la cuaresma de S. Miguel, y habiéndose quedado atrás su compañero ayudando á levantar del suelo un asnillo de un pobre hombre, que habia caido con una gran carga, Satanás, tomando su forma empezó á ir andando delante de él. Le seguia el santo varon sin acordarse de que el compañero quedaba atrás; como su ánimo iba tan ocupado en la meditacion de las cosas del cielo, que no le permitia atender á las inferiores; y siguiéndole sin sospecha de engaño, y con buena fe, vino á hallarse en un alto despeñadero, que es adonde el guia infernal que llevaba acostumbra á encaminar á los que le siguen. Vió entónces un mancebo bañado de resplandores y armado de punta en blanco, que le salió al encuentro, y le dijo: Qué es lo que pretendes, Fr. Esteban? Este no es el camino que conduce á Policio, sino á despeñar á los que le siguen: vuélvete; y marcándole el camino derecho, prosiguió diciéndole: Por aquí has de ir: al mismo tiempo, habiendo desaparecido el mancebo, oyó al compañero que venia tras él llamándole, y advirtiéndole la senda que habia de tomar para no ir tan descaminado y en tanto riesgo. De este modo Satanás, viendo frustrada su industria, se fué rabiando, y Fr. Esteban quedó dando gracias á Dios y al glo-

rioso S. Miguel Arcángel (que era el mancebo armado) por haberle defendido de tan claro peligro. Le favoreció igualmente el Señor con espíritu de profecía, como se prueba en los casos siguientes. Siendo guardian en el monasterio de Zaragoza de Sicilia, ocurrió que un hijo de cierto amigo suyo natural de Randazzo, habiendo hecho una muerte allí con gran secreto, se fué al convento de los Capuchinos, y en cuanto llegó, suplicó que llamasen al santo varon. Con efecto, le llamaron, se presentó, y fijándose en el mancebo, le reprendió diciéndole así: «Qué contento te hallas, ¿te parecerá que has hecho una ilustre hazaña en haber muerto á un inocente con tal crueldad, desconociendo que tambien te has muerto á ti, con muerte aún más cruel, con la espada de una eterna condenacion, si no lo remedia la misericordia divina?» Se habia cometido aquel delito con tal secreto y recato que nadie tenia noticia de él, y Randazzo estaba tan léjos de Zaragoza, que era imposible haberse sabido por carta ni de otra manera. Así fué que el mozo, confundido y lleno de admiracion, reconoció en Fr. Esteban el don celestial comunicado por el Señor, á quien nada se esconde; y arrepentido y movido á penitencia de su pecado, propuso enmendar sus costumbres. Un sugeto llamado Pedro de Rocha, trataba á su mujer con notable aspereza. Fr. Esteban lo supo por relacion de una parienta de la misma mujer, cuyo nombre era Catalina, y suspirando el varon de Dios, la dijo estas palabras: «Catalina, ántes que pase el mes de Agosto que viene, se librará tu parienta Antonia (que así se llamaba la mujer casada) de las molestias y malos tratamientos de su marido.» Lo cual sucedió puntualmente muriendo el marido á fines del mes de Agosto. La dijo asimismo en aquella ocasion que él tambien tenia vecino su último dia, señalando expresamente el que habia de ser; y así fué, pues murió en el mismo, conforme al pronóstico, en el convento de Mesina en el año de 1597, con universal fama de santidad dentro y fuera de la religion. — A. L.

RANDAZZO (Fr. Humilde de), religioso lego de la órden de Capuchinos. A este siervo del Señor le dotó Su Majestad de grandes perfecciones y santidad. Ejerció en la Orden toda su vida el oficio de carpintero, pero acompañado de tal caridad, adquiriendo con ella tanto número de virtudes, que pudo contarse entre los amigos íntimos y predilectos de Dios, habiéndole concedido entre otras muchas muestras de su omnipotencia la facultad de domar las fieras, sanar los enfermos, multiplicar el vino, y pronosticar con espíritu profético los sucesos futuros, de que se citarán algunas comprobaciones. Navegando una vez en una galera desde Roma á Mesina, en que se conducia amarrado con fuertes cadenas de hierro un leon tan feroz, que no habia quien se atreviese á aproximársele, se le acercó desde luego el santo varon, y comenzó á halagarle y á jugar con él, como pudiera hacerlo con

un perrillo, correspondiendo á sus halagos con tal cariño y domesticidad, que permitia le tratase con toda familiaridad, lo que causó á los navegantes justísima admiracion, y conocieron la decidida proteccion que dispensaba Dios á su siervo, á sus notorias y constantes virtudes. En otra ocasion un sacerdote de Castronovo, que hacia veinte años padecia una afeccion gotosa muy rebelde que le tenia imposibilitado, le aconsejó Fr. Humilde que rezase cinco veces y con la mayor devocion el Padre nuestro y el Ave María, acompañándole él mismo en la oracion; fué tan eficaz y pronto el resultado, que en seguida sanó del padecimiento sin quedarle la menor reliquia. Siendo refitolero en el convento de Castronovo, se halló un dia con que no tenia más que dos jarros de vino muy escasos para doce frailes que moraban en la familia; imploró el auxilio de Dios, y repartió aquella escasa cantidad de vino en seis jarros, para distribuir, como es costumbre, uno para cada dos religiosos. Bebieron estos lo necesario, sin disminuirse en la menor parte el vino, resultando al fin que los jarros contenian el mismo vino que ántes de empezar á hacer uso de ellos. Su espíritu de profecía fué muy notable; Erasmo de Catanea, que era guardian del convento del lugar de Randazzo y lector de teología, estando alegrándose con la comunidad una fiesta de Caniculares, haciendo presente el beneficio que disfrutaban, pues hacia bastante tiempo no habia enfermo ninguno en el monasterio; Fr. Humilde le dijo que no debia tan pronto cantar victoria, porque aquel año habian de pasar tres de sus discípulos á los estudios de la otra vida, y que tambien él los acompañaria. El guardian lo tomó á risa y broma, como si le refiriese algun sueño, diciéndole que quién le metia en venderles por profecía lo que habia soñado. El varon de Dios contestó que él no estaba colocado entre los profetas, pero que cuando sucediese el caso en conformidad de lo que decia, verian si eran sueños como suponian. Efectivamente, los calores se fueron aumentando, y habiendo enfermado quince frailes de los estudiantes de teología, murió uno de ellos, infundiendo el mayor pánico en los demás; pero luego convalecieron, y haciéndole recordacion el guardian á Fr. Humilde por via de gracia y chacota de su vaticinio, le dijo: que era medio profeta, pues no habian muerto tres, sino uno; le respondió: que no se vendia por entero ni medio profeta, pero que tuviese un poco de paciencia hasta el fin del año, que aún no habia pasado. En seguida volvieron á enfermar dos de los convalecientes, y sucumbieron ambos en la recaida. Suspendieron su juicio los religiosos, conociendo que los vaticinios de Fr. Humilde eran pronósticos enviados del cielo; mas como él habia anunciado, que sería el cuarto que acompañase en la muerte á los tres anteriores, el guardian prosiguiendo en hablar de burla, le dijo: qué se habia hecho aquel cuarto fraile que habia de seguir á los tres que habian muerto; que si por ventura habia tenido al-

gun decreto particular para no morir, pues á aquellas horas se hallaba Fray Humilde vivo y con buena salud; á lo que replicó: que no se habia escapado de la muerte por decreto particular, y que no le tendria mucho tiempo vivo, porque el dia de la Anunciacion de la Madre de Dios, diria lo que en cuanto á su vida habia determinado el divino consejo. A muy poco partió el guardian á la ciudad de Palermo á predicar allí la cuaresma, y Fr. Humilde, que le acompañaba, á muy poco trecho de camino se hincó de rodillas delante de su superior, pidiéndole bañado en llanto la bendicion, diciéndole que no se la negase, y que sería la postrera, y que no veria otra vez á su Fr. Humilde postrado á sus pies; pero recordándole que habia de guardarle sus sufragios en el altar el dia de la Anunciacion de nuestra Señora; todo esto lo manifestó con tal copia de lágrimas derramadas hasta las mismas manos del guardian, que éste no pudo ménos de estremecerse, y acompañarle en el llanto. Ocho dias ántes del de la fiesta de la Anunciacion, comenzó á sentirse enfermo; y lleno de un gozo celestial, se dirigió á la Madre de Dios diciéndola: «¡Oh Vírgen Santísima de las Vírgenes, ya está cerca el dia en que celebrará todo el mundo la solemnidad sagrada de tu anunciacion. Suplícote, oh Señora, que no te olvides de la palabra que me has dado de llevarme contigo.» A continuacion se confesó y recibió el santo viático; se recogió con admirable quietud de ánimo á la meditacion de las cosas divinas, y agravándosele la enfermedad el dia de la Anunciacion de la Reina del cielo, que tan deseado tenia el siervo de Dios, alabando á Su Majestad con semblante sereno y alegre, y dando gracias á la Vírgen Santísima por el favor de haberle dispuesto el viaje en su dia, acabó esta humana peregrinacion, y pasó felizmente á la patria, donde ha de servir para siempre. El año de su feliz tránsito fué el 1595.—A. L.

RANDENSIS ó RANDINIUS (Antonio). Fué natural de una muy pequeña aldea de Insubria, llamada Falmenta, y esta circunstancia de ser tan insignificante el lugar de su nacimiento, dió lugar á que una sentencia de un sabio contemporáneo suyo pusiese á sus superiones y á sus hermanos alerta acerca de las obras que hacia Fr. Antonio, no para llevarse del espíritu de perfeccion que en todas ellas se vislumbraba, y segun él obrar lo que era debido, sino para tenerle sobre aviso, celar hasta sus más insignificantes pasatiempos, y hacerle aparecer como imperfecto, siendo todas motivo de murmuraciones y disgustos, tanto más de evitarse, cuanto que se trataba de religiosos. Pero dejemos ese incidente y vengamos á examinar la vida del siervo del Señor. Ingresando en la Orden Seráfica con verdadera vocacion, dicho se está que aceptaba desde luego una vida humilde, y que habia de llevar consigo todo género de privaciones, y dotado de una imaginacion viva, de un talento muy claro, y de un may superior criterio, habia de conocer

que el exacto cumplimiento de sus votos habia de llevarle á la perfeccion, y ésta asegurarle la vida eterna á que aspiraba. Por esta conviccion íntima en que siempre estuvo, fué docilísimo, no ya á los preceptos, sino á las más mínimas indicaciones de todos los que por cualquier concepto pudiera considerar como superiores; así que al prescribirle que comenzára de nuevo sus estudios, sin hacer caso de los que ya llevaba hechos cuando entró en la religion, no hizo otra cosa que colocarse en el escaño de los discípulos, oir como si nada supiera las lecciones de sus maestros, y agregar al mérito de la dócil sumision el empleo del tiempo en perfeccionar, ya que no en aprender aquellas cosas, cuyo conocimiento ya traia. Se ejercitaba además en todas las virtudes, y era muy celoso y diligente para el desempeño del importante ministerio sacerdotal, á que le dedicó la Orden, muy á pesar suyo; es decir, con gran repugnancia de su parte para aceptar un cargo que él creia superior á sus débiles fuerzas, pero en cuyo desempeño logró prestar grandes servicios á la religion de Jesucristo y á su sagrada y seráfica Orden, que vió en él uno de los ornamentos que más la embellecen. Concluidos que fueron sus estudios, y acreditada su capacidad y sus buenas dotes para la enseñanza, sus superiores mismos le dedicaron a esta poniéndole desde luego al frente de una cátedra numerosísima, en la cual tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostenerse á la altura del que acababa de dejar aquella misma cátedra, que la habia acreditado muchísimo, porque era hombre de tanta capacidad como virtud. Nuestro Padre no desmereció en nada, ántes acreditó más y más aquel ya célebre estudio, y era de notar cuántos estudiantes de diferentes religiones y áun de distintas provincias acudian á esta casa para educarse, bien es verdad que la instruccion que allí recibian, era tan sólida como completa. Fué además de lo que requeria su calidad de profesor sumamente estudioso, y como cada cual se inclina á un autor ó materia á que tiene mayor aficion, la de éste se fijó en las obras de Lactancio Firmiano, cuya correccion emprendió, haciéndose en su tiempo y bajo su direccion una edicion nueva, que es sin disputa la mejor que hay, pues está hecha con todo esmero y reconocidas menudísimamente todas y cada una de sus sentencias, para que ella saliese con la debida correccion. A primera vista no tiene un gran mérito esta especie de trabajos, pero si se fija la atencion, se convence uno de que es importante, y no ménos delicado que el más exquisito que queramos suponer. La razon es muy obvia: en cualquier obra de propio ingenio éste gira por donde quiere, y se dirige á su término por donde le place; en obras de esta especie, es necesario ceñirse al pensamiento y áun á la forma del autor, para lo cual ha sido preciso estudiar su carácter y demás circunstancias, de suerte que aunque no fuera más que trabajo material, no cabe duda en que tuvo que emplear mucho para sacarla

tan acabada como la sacó, y que en verdad no fué simplemente una nueva edicion de Lactancio, sino que llevaba eruditísimas notas, juiciosos apéndices, y muy notables artículos críticos de grande importancia, si no para entónces, al ménos para lo sucesivo. No fué esta la única obra que hizo, y aun dió á luz nuestro esclarecido maestro Randensis, pero no podemos señalarla fijamente, porque la ocultó bajo el anónimo, ó más bien no quiso que su nombre estuviese al frente de ella sin duda por humildad; sin embargo, no pudo prescindir de que sus superiores y hermanos conociesen su talento, habilidad y buenas dotes, y tuvo que sufrir el que su nombre figurára en todas las bibliotecas de la Orden, como el de uno de los que más se distinguieron en saber, y de los que prestaron el importante servicio de escribir para más allá de sus dias, bien que se le permitiera ocultarse por modestia, y para evitarse toda gloria. Fr. Antonio Randensis floreció por los años de 1420.—G. R.

RANDOLFO (Fr. Lactancio), del órden de Predicadores. Fué natural de Brescia en Italia, y tomó el hábito de la órden de Santo Domingo, en Cremona, pasando á hacer sus estudios á Bolonia, donde profesó, distinguiéndose tanto por su ilustracion y morigeradas costumbres, que fué electo prior de varios conventos de la provincia, siendo tambien nombrado consultor de la Congregacion de Cardenales del Santo Oficio y Comisario general de la Inquisicion, por breve de Gregorio XIII, en el mes de Julio de 1583, cuyos delicados é importantes cargos desempeñó con notable aplauso y acierto en la capital del mundo cristiano por espacio de cinco años. Falleció el dia 18 de Mayo de 1588, y fué sepultado con solemne pompa en la iglesia de Santa Sabina, predicando en sus honras el elocuente orador de la misma Orden Fr. Buenaventura Dolzoni. Dejó escrita una obra, titulada: *Tractatus de rebus sacris ad sanctum Missæ sacrifficium pertinentibus, cum earumdem significatione et expositione simboli, præfationum et orationis dominicæ.*—M. B.

RANDULFO, obispo de Urgel. Este virtuoso prelado floreció en el último tercio del siglo VIII de nuestra era. Aunque son muy escasas las noticias que se tienen de este venerable Obispo, se sabe que fué un digno sacerdote, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes religiosos, habiendo conducido á su grey por el buen camino dirigido á la salvacion de las almas. Fué muy entendido y protector de los hombres de letras, de una caridad jamás desmentida, siendo el amparo de todos los desvalidos, muy limosnero y amante del bienestar de sus semejantes. En el año de 792 era obispo de Urgel, y se dice prestó su consentimiento para la donacion ó sea incorporacion del monasterio de S. Ginés de Bellera al de Gerri, hecha por Raimundo, conde de Tolosa, Anao, Pallas y Ribagorza.—A. L.

RANDUTO ó RANDOALDO (S.), mártir. El 21 de Febrero señala la Iglesia

católica entre los mártires de este dia á S. Randuto, diciéndonos solo los autores consultados que floreció por el año 666.—C.

RANFAING (María Isabel). Esta piadosa fundadora del instituto de nuestra Señora del Refugio en Lorena, y conocida en el país con el nombre de la venerable Madre Isabel de la Cruz de Jesus, nació el 30 de Noviembre de 1592 en Remiremont, de padres nobles, que no teniendo más hijos, tuvieron mucho esmero en su educacion y en cultivar su natural disposicion. A su mucha belleza reunia entendimiento, buen juicio y gran piedad, y desde muy niña se sintió tan ajena de los placeres y vanidades del mundo, como inclinada á la contemplacion de las cosas santas en el retiro. A pesar de su inclinacion al claustro y de su repugnancia al matrimonio, sus padres se empeñaron en casarla con un caballero grosero y brutal llamado Dubois, que la hizo muy desgraciada. Conmovido al fin éste de la dulzura inalterable de su esposa, reconoció sus malos tratamientos, y la empezó á considerar como debia, pero murió en 1616 dejando tres hijos y sus bienes en el mayor desórden. Libre ya de los lazos del matrimonio, Madama Ranfaing hizo voto de consagrarse á Dios el resto de su vida, y dejando sus vestidos de seda por el hábito de lana, se quitó completamente del trato mundanal, y dividió su tiempo entre el cuidado y educacion de sus hijos y los ejercicios de la más austera penitencia. Habiendo visto á esta señora un médico de la vecindad, se enamoró perdidamente de ella, y aguijoneado por su violenta pasion, la hizo beber un filtro amatorio, bebida que se dice tiene la virtud de hacer amar á una persona á la que se le da, y como este médico pasaba en el país por muy instruido en las ciencias ocultas, se creyó que habia acudido á la magia y que Mad. Ranfaing estaba poseida. En esta inteligencia la autoridad se apoderó del médico, y procesándole, fué condenado á morir en la hoguera como hereje, cuya sentencia se llevó á cabo el dia 2 de Abril de 1622 en compañía de una criada suya, á la que se supuso su cómplice. Luego que curó de su indisposicion y susto madama Ranfaing, á fin de no exponerse más á semejantes atropellos, resolvió entrar inmediatamente en un monasterio; pero fueron tantos y tan insuperables los obstáculos que se opusieron á sus deseos; que no pudiendo vencerlos, se vió obligada á permanecer en el mundo. Desde muy niña habia derramado frecuentes lágrimas por los pobres niños, y aún más por las jóvenes desgraciadas á las que una primera falta habia condenado á perpétuo desprecio, y en cuanto pudo ofreció un asilo en su casa á estas víctimas del vicio, y tuvo la satisfaccion de verlas arrepentirse de corazon y empezar una nueva y virtuosa vida. Conmovido el obispo de Toul á la vista de la utilidad de un establecimiento de esta clase, resolvió darle mayor estabilidad por medio de un instituto religioso con el título de nuestra Señora del Refu-

gio. Entrando madama Ranfaing muy gozosa en las miras del prelado, aceptó cuantas condiciones se la pusieron, y recibió con alegría de su alma el hábito de religiosa el dia 1.° de Enero del año 1631, con sus tres hijas, á las que ella habia inclinado á seguir su ejemplo, y siete de sus pensionistas, cuya verdadera vocacion habia ántes experimentado por sí misma. Aprobado este nuevo instituto por el papa Urbano VIII en 1634, no tardó en extenderse por la Lorena, condado de Borgoña y provincias meridionales de Francia, cuya casa de Aviñon fué creada por la piadosa fundadora, y de la que fué su hija mayor la primera superiora. Fundada la casa de Aviñon, volvió la Madre Isabel de la Cruz de Jesus á Lorena, en donde despues de haber gobernado con dulzura y saber, y de haber dado ejemplo de todas las virtudes, murió en Nanci el 14 de Enero de 1649 en olor de santidad. Mr. Boudon publicó su vida con el título: *Triomphe de la Croix en la personne de Marie Elisabeth de la Croix de Jesus*; Bruselas, 1686, en 12.°, cuya vida ha publicado tambien compendiada el P. Prizon y Mr. Collet. Monsieur Weis, al dar estas noticias en la Biografía Universal Francesa, encarga á los que deseen más noticias sobre esta venerable, consulten la *Historia de las Ordenes Monásticas* por Mr. Hélyot en su cuarto tomo. — Hace algunos años que la espirituosa y graciosa condesa de Jorbalan, uniendo á su piedad su extraordinaria caridad, se dedicó al servicio de Dios en las obras de beneficencia, y haciendo abnegacion de los faustos y vanidades del mundo y de los halagos y consideraciones á que la llamaba su elevada clase y su persona agraciada, destinó su patrimonio á hacer bienes de una trascendencia tal, que merece bien las bendiciones de que la colman centenares de desgraciados. Concibiendo, ó imitando, el pensamiento de llamar á mejor vida á las jóvenes perdidas por el vicio de la lujuria, que padecen llenas de mal venéreo en los hospitales, estableció con las licencias necesarias y á su costa una casa en que recoger á las que quisiesen venir á ella cuando estuviesen curadas, para instruirse en los deberes cristianos, único medio de abandonar el vicio y entrar en el camino de la virtud. La piadosa condesa de Jorbalan recorre en esta corte los hospitales catequizando á las jóvenes perdidas para que dejen su licenciosa vida y vengan á su santa casa á hacer ejercicios de piedad, y no contenta con los bienes que su instituto ha reportado ya á la humanidad en Madrid, recorre nuestras provincias á fin de establecer en sus capitales casas análogas, y ya Valencia, Barcelona y otras, bendicen á la virtuosa condesa que tan buen uso ha sabido hacer de sus talentos y de sus bienes. La condesa viste un traje parecido al de las hermanas de la Caridad españolas, pero de más elegante hechura. Ya llegará ocasion en esta obra de que demos mayores noticias sobre este nuevo y utilísimo instituto. — B. S. C.

RANGEL (P. Francisco), jesuita portugués, natural de Oporto, hijo de Lázaro Lopez y de N. Rangel, fué enviado de misionero á la India, donde prestó notables servicios, mereciendo que escribiese su vida su hermano Agustin Rangel, probablemente religioso de la Compañía. Tambien le menciona Candoro, en su *Agiologio Lusitano*, dia 12 de Marzo. Escribió: *Relacion de la cristiandad de Oriente*, su fecha en Macasar en 14 de Abril de 1644. Se publicó en Lisboa en 1645, en 4.°—S. B.

RANGERIO ó Raugerio. Este Cardenal empezó su carrera como monje del monasterio de S. Benito de Tours, y estuvo algun tiempo tambien en el monasterio de la Cava, cerca de Salerno. Granjeándose el aprecio de Urbano II, este Papa le creó cardenal presbítero en 1088, y le nombró en 1090 arzobispo de Reggio. El año 1091 asistió á la solemne dedicacion de la iglesia de la Santísima Trinidad de Cava, que se hizo por el mismo Pontífice, y en comision de este Papa consagró la otra iglesia de Sta. María. Asistió á los concilios de Clermont y de Guastalla el año 1106, y se ignora, segun Moroni, la época de su muerte.—C.

RANGERIO, obispo de Luca. Este benemérito prelado, y fecundo, erudito y brillante escritor, fué sucesor de S. Anselmo, obispo igualmente de Luca, cuya vida escribió en poco más de dos mil versos. Este poema comprende toda la historia de las disputas de S. Gregorio VII con el emperador Enrique IV, y de paso los hechos de la condesa Matilde. Domnion, autor de la vida de esta señora, es el único que dió noticia de la obra de Rangerio, la cual no conoció Muratori; y Fabricio cree que pereció, ó que todavía sirve de pasto á las polillas. Pero en el Códice de la Academia de la Historia se conserva entera y bien escrita. Existe tambien otra obrilla en verso del mismo Rangerio, que se halla en este Códice, intitulada *De annulo et baculo*, cuyo objeto es reprender el abuso de las investiduras que se arrogaban los césares y príncipes de aquel tiempo, obra igualmente ignorada por los italianos.—A. L.

RANGIERUS ó Rangier. Nació este príncipe de la santa Iglesia católica en Reims el año de 1035. Despues de haber estudiado bajo la direccion de S. Bruno con Eudes de Chatillon, canónigo de Reims, cardenal, y por último papa con el nombre de Urbano II, renunció Rangierus al mundo y se retiró al monasterio de Marmontier. Llevó en este retiro una vida oscura hasta la época de una disension que tuvieron los religiosos de esta casa con el arzobispo de Tours. El abad Bernardo, teniendo confianza en Bernardo Ponce Remois, prior del monasterio, y en Rangierus, les hizo partir para Roma, confiando en que habiendo sido ambos casi discípulos del Papa, obtendrian sin mucho trabajo lo que solicitaba. Así fué en efecto; expedida la bula, volvió á Francia Bernardo Ponce, pero Rangierus se quedó en Roma

al lado del Pontífice, que despues le creó cardenal. Vacando el arzobispado de Reggio por muerte de Arnould, fué promovido á él Rangierus el año 1090. En el siguiente año suscribió el privilegio concedido por el Papa al monasterio de Cava, de que hace mencion Baronio y el Bulario de Monte-Casino. Viniendo á Francia Urbano II en 1095, le acompañó Rangierus y asistió al célebre concilio de Clermont, en donde se decidió la primera Cruzada. Terminado que fué el concilio, ayudó Rangierus al sumo Pontífice, su antiguo condiscípulo, á la consagracion de la iglesia de Marmontier, y en seguida volvió á Reggio. En Octubre de 1106 asistió al concilio de Guastalla con el papa Pascual II, y como dice Mr. Lacate-Foltrois, en el artículo que le dedica en la *Biografía Universal de Michaud*, Ughelli habla de este prelado cardenal como de un hombre de gran consideracion, pero nada nos dice de su muerte.—A. C.

RANGOLIUS (Fr. Claudio). Sin que se sepa á punto fijo la época en que floreció este célebre hijo de S. Francisco, puede asegurarse que fué en la segunda mitad del siglo XVII. Vivió completamente oscurecido hasta tal punto, que ni los cronistas que han escrito con más extension las cosas de la Orden Seráfica, ni los biógrafos que con el mayor esmero han dado noticia de los varones que la ilustraron, han podido decir otra cosa sino que existió este hombre y que tuvo mucho afan por el estudio de las sagradas Escrituras, por conocer los diversos sentidos que podia darse á cada uno de los pasajes, y la aplicacion práctica que de ellos podria sacarse. Muchos manuscritos sobre esta materia se encontraron en su celda el dia de su fallecimiento, los cuales se recogieron con todo el esmero que merecian, pues aunque opúsculos, y muchos de ellos cortos, eran de un singular mérito por cuanto tenian en brevísimas líneas y anotados con esmero los diversos sentidos que diferentes autores las habian dado, con más el suyo verdadero genuino, y que se desprendia de los originales griego y hebreo, que eran ambos muy familiares al P. Claudio Rangolius. Hay tambien impreso de él un magnífico *Comentario á los libros de los Reyes*, obra que le inmortaliza, y que indudablemente le daria por sí sola todo el crédito que hubiese sido menester, si sus acciones mismas y otros opúsculos no le hubiesen ya acreditado como hombre de mérito, y de mérito no vulgar, en la república de las letras.—G. R.

RANGONE (Landolfo). Nació este Cardenal en Módena en el siglo XI. Urbano II le creó en 1088 cardenal presbítero de S. Lorenzo en Lucina en recompensa, segun Moroni, de su virtud y piedad, y en premio de su talento. Suscribió la bula de Pascual II en 1107 por el monasterio de S. Egidio, y en 1106 por el de S. Benito de Mantua. Moroni no cita las épocas de su nacimiento y muerte.—C.

RANGONI. Hay familias que se asemejan á un ramillete de bellas flores, en las que campean todos los colores y cualidades. Entre las que estas circunstancias presentan debemos contar la ilustre casa de este nombre en Módena, que es una de las más distinguidas de Italia, tanto por sus dignidades cuanto por sus riquezas y alianza con las más poderosas familias de Italia, como las de Correggio, Est, Gonzaga, Pico de la Mirándula, Pio, Manfredi y otras. Fundóse esta noble casa, á lo que aparece por los autores, en el siglo XI por Gerardo I Rangoni, y si así no fué, desde este siglo se la encuentra ya figurando en la historia por medio de sus ilustres varones. En familia tan noble como dilatada encontramos en todas las carreras varones que la ensalzaron, y la Iglesia cuenta entre sus príncipes y ministros Rangonis distinguidos, que han acreditado la piedad que distinguió desde su fundacion á esta noble casa. El primero que hallamos entre los que se consagraron á Dios en esta familia es á Gerardo Rangoni, tercero de este nombre, que el año 1226 fué podestat de Bolonia, cuyas murallas volvió á levantar, y que tambien lo fué de las ciudades de Siena, Rávena y Parma. Habiéndose dedicado á procurar la paz á Italia, renunció al mundo el año de 1251, y tomando el hábito en el nuevo instituto de S. Francisco, bajo cuya estrecha regla murió en olor de santidad, considerándole esta religion como á uno de sus piadosos bienhechores. Encontramos despues por su órden á Gerardo Rangoni, eclesiástico que murió en 1444; Ana Rangoni, que á los catorce años se hizo religiosa Jacobita en 1506; Félix, que nació el 5 de Diciembre de 1636, y haciéndose sacerdote murió el 9 de Enero de 1663; Lucrecia y Antoñeta, hijas de Fortunato I Rangoni, que fueron religiosas; Octavio Rangoni, que nació el 21 de Agosto de 1673, y fué abad de San Bernardo en Coriano; Teodoro, hermano del anterior, que nació en 20 de Setiembre de 1675, y que sucediendo á aquel en la misma abadía, murió en 6 de Enero de 1708; Lucrecia y Virginia, religiosas benedictinas; Hugo Rangoni, al que el papa Julio II hizo obispo de Reggio en 1510, y gobernador de las ciudades de Parma y de Plasencia. Paulo III le mandó en 1533 de nuncio á Fernando, rey de los romanos, y despues en 1536 á España, en cuyo año le nombró tambien gobernador de Roma; este prelado murió en Módena el 28 de Agosto de 1540, á los setenta de su edad; Claudio Rangoni, que nació el 26 de Setiembre de 1559, y fué obispo de Reggio y nuncio en Polonia, murió el 2 de Setiembre de 1621; Alejandro, que nació el 24 de Octubre de 1578, fué obispo de Módena en 1608, y murió el 25 de Abril de 1640; Huguccion Rangoni, prelado; Wenceslao, prelado en 1632, y ántes arcipreste de Massa de Isinal; Nicomedes, que nació en 1601, y murió religioso franciscano; Cárlos, clérigo teatino en 1632; y Gabriel Rangoni, de fraile de Menores fué hecho obispo de Alba y de Agria, creado cardenal

en 1477, y que murió en 1485. Y otros de menor importancia á nuestro objeto, pues que damos por separado al cardenal Hércules Rangoni y á otros de esta familia.—B. S. C.

RANGONI (Hércules). Fué este Cardenal noble conde modenés, muy instruido en la ciencia de Lelio Giraldi, hombre de gran erudicion, como se ve por sus obras. Fué familiar del cardenal de Médicis, al que iba á seguir á Francia cuando fué hecho prisionero por los franceses; pero no se lo permitió por los muchos peligros á que se iba á exponer, razon por la cual se separaba con pena de este amigo. Habiéndose fugado secretamente el Cardenal con Hércules á Módena, privado de todo fué acogido con mucho aprecio en su palacio, en el que la madre de Rangoni, Blanca Bentivoglio, proveyó al Cardenal de trajes, dinero, caballos y de elegantes objetos y vajilla de plata. A los pocos meses fué elegido papa el Cardenal con el nombre de Leon X, y agradecido á la hospitalidad y donativos que le habia hecho Rangoni, le nombró inmediatamente su primer camarero secreto, despues protonotario apostólico, y en 1.° de Julio de 1527 le creó cardenal diácono de Sta. Agueda, y en Octubre de 1519 obispo de Adria. Intervino Rangoni en la eleccion de Adriano VI y de Clemente VII, cuyo pontífice en 1524 le hizo obispo de su patria, en donde el año 1527 por medio de su vicario general Juan Domingo Sigibaldi, reunió el sínodo diocesano, que fué el primero que se imprimió en Módena. Tambien fué obispo de Cava y de Nazareth, y muy alabado por Bembo y por otros escritores como magnífico Mecenas de los literatos, y por su dulce trato y benigno carácter fué muy querido en el Sacro Colegio. Hecho prisionero en el castillo de Santo Angelo, sitiado por el ejército de Borbon, murió en brazos del Pontífice en el mismo castillo el año 1527, á los treinta y seis de su edad. Fué enterrado en su diaconía restaurada magníficamente por él, junto al palacio diaconal y sus jardines sin inscripcion alguna, segun lo afirma Laurenti en su *Historia de la diaconía de Sta. Agueda*, que manifiesta los versos que compuso este Cardenal, y mandó poner debajo de la efigie de la Santa pintada sobre la puerta principal de la iglesia.—C.

RANGONI (Olimpio). Así se llamó un cardenal creado por Gregorio IV, segun Vedriani en sus *Cardenales de Módena*, del que ninguna noticia nos da, así como tampoco Moreri, que le cita, diciéndonos que los demás escritores de cardenales no traen cardenal alguno de este nombre en el pontificado expresado.—C.

RANGONIO (Gabriel), bajo diferentes nombres es conocido este ilustre personaje en la Iglesia y en la seráfica religion, á que ilustró con sus virtudes y ejemplos. Nosotros hemos preferido consignarle por el apellido de familia, sin que por eso prescindamos de declarar en el contesto de la biogra-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE PUEBLA

fía los sucesos que pudieron dar motivo á las diferentes denominaciones con que aparece. Comencemos por consignar que su familia era de las primeras en nobleza, en posicion y en méritos, por lo cual era de suponer que estos habrian sido recompensados por los soberanos con la largueza que los soberanos suelen, en la persona de Gabriel, que anudaba, digámoslo así, todas las glorias, haciéndose acreedor á todo cuanto se pueda imaginar, porque tenia un carácter bellísimo, un talento muy claro, y su educacion habia sido convenientísima para que pudiese un dia descollar en cualquier estado, profesion ó carrera á que se dedicára. Fijó sin embargo Gabriel sus miras, y no halló nada que le satisfaciese, en atencion á que las cosas todas del mundo, por más que ellas reunan todos los halagos imaginables, no pueden satisfacer á quien mira y ve que la patria del hombre no es esta miserable existencia, que por necesidad tiene que aspirar á otra cosa, á otra mansion donde su dicha sea más verdadera, donde pueda lograr mejor sus intentos. Por eso nuestro Rangonio aspiró desde luego al estado religioso, y quiso renunciar todo cuanto poseia, á sus bienes y á su posicion, que sin duda podia haber sido muy brillante, á las legítimas esperanzas que de su talento y capacidad podian formarse, toda vez que se hubiese dedicado á las ciencias políticas ó á la jurisprudencia, en cuyo desempeño hubiese logrado lo que se llama una posicion, pues no cabe duda en que tenia cuantas condiciones son apetecibles para el más acertado desempeño de cualquier cargo. A todo renunció, y postrado humildemente á la puerta del convento de Franciscos, rogó con instancia el santo hábito, que le fué concedido con gran gusto, toda vez que vieron los padres la gran humildad y abnegacion con que iban acompañadas sus pretensiones. No fué á la verdad por eleccion suya el dedicarle en la seráfica religion al estado clerical; lo que él hubiese querido, pues tales eran las miras de su profunda humildad, hubiera sido quedar como el último de su convento, sirviendo á todos sus hermanos, y ocuparse en los ministerios más viles y bajos; pero que la comunidad no creyó conveniente que así fuese, toda vez que tenia cierto derecho á que se utilizasen en provecho suyo y bien de las almas todos los talentos, dotes y buenas prendas de sus discípulos y alumnos. Mandóse, pues, por obediencia que Gabriel Rangonio, apénas tomó el hábito, pasase á estudios, y se le puso bajo el cuidado y direccion del gran P. S. Juan Capistrano, que era entónces quien daba la enseñanza, porque así le habia correspondido. Con solo haber citado el nombre de tan gran maestro, y decir que estrechó tanto sus relaciones con su discípulo que vino á ser éste su confidente y socio, se puede formar una idea de lo que sería; pero es necesario que seamos más explícitos, porque merecen atencion todos los pasos que en su carrera dió nuestro Rangonio, los unos porque denotan cuán especiales eran los designios

de Dios acerca de él, los otros porque dan á entender la fidelísima correspondencia á las gracias con que secundó siempre estos mismos designios del Señor. Dedicado á estudios, formó desde luego el propósito de aprovechar en ellos cuanto pudiera, pues decia y con razon que miéntras fuese estudiante su sola obligacion era estudiar; así es que en brevísimo tiempo aprendió perfectamente las humanidades en toda su extension, adquiriendo conocimientos más que medianos del griego, hebreo y árabe; estudió filosofía y todos los sistemas que hasta su tiempo se habian seguido en las diversas épocas por las diferentes y acreditadas escuelas, cuyas controversias, sabidas por nuestro jóven, habian ocupado por mucho tiempo al mundo científico. Aprendió sagrada teología, en cuyo conocimiento se empapó, porque se le adaptaba mucho, y esto era consiguiente y se comprende perfectísimamente, porque hombre de mucha fe y de oracion, penetraba los arcanos de los atributos de Dios; y ese estudio íntimo que el Señor le comunicaba por sus dones sobrenaturales, ayudaba muchísimo á los adelantos que adquiria con los medios naturales de su aplicacion y estudio, ayudando á su talento, que era muy claro segun llevamos indicado. Estudió tambien Sagrada Escritura, y á esta parte de las ciencias eclesiásticas se dedicó con mucha asiduidad, poniendo gran cuidado en consultar siempre los mejores comentaristas, y ver y comparar la explicacion que cada cual daba á los pasajes oscuros, difíciles ó complicados, para de esta suerte formar él su juicio y que su opinion fuera la más exacta, para en el caso de ser consultado, ó por cualquier otro motivo tener necesidad de emitirla, poder hacerlo con acierto y erudicion; no por ese amor propio que resulta de desempeñar bien un cometido, sino por conviccion de que el hombre debe hacer cuanto pueda cuando se le pone en posicion de hacerlo. Para este mismo fin de que completára su carrera y pudiera un dia ser lo que conviniera en la Orden y en la Iglesia universal, se le hizo tambien estudiar derecho canónico en toda la extension que entónces tenia, y fué por consiguiente el P. Gabriel Rangonio uno de los hombres cuya carrera en su línea era todo lo brillante que podia, porque abrazaba cuantos conocimientos podian entónces adquirirse, y de un modo perfecto, pues desde el primer dia que se sentó en el aula pudo anteponerse á todos; verdad es que á las dotes naturales, que estas son de Dios, y su Majestad que las reparte como quiere le habia dado gran porcion de ellas, agregaba una aplicacion de que hay pocos ejemplos, pues esta por lo comun está en razon inversa de las capacidades, siendo muy frecuente por no decir lo ordinario, que aquellos con quienes la naturaleza estuvo ménos pródiga, sean los que por su parte hacen más para aprovechar. Interin hacia su carrera, claro es que llegó la época de su profesion, que fué para todos motivo de grande júbilo, y de que ordenado de sacerdote celebrase por primera vez el santo

sacrificio de la Misa, en cuya ocasion se demostró á las claras el afecto que su maestro S. Juan Capistrano le profesaba, habiéndose dignado éste acompañarle como padrino en la solemne ceremonia. Que celebró con toda devocion esta primera vez, y que gustó desde entónces las delicias de la celebracion y aplicacion del santo sacrificio no hay que manifestarlo, si se atiende á lo que preguntado su padrino, respondió acerca de su ahijado, y fué: «Ha subido al altar como es de desear, y en él le ha comunicado el Señor los dones que eran de esperar;» así es que si hasta entónces habia sido muy religioso, en el altar se hizo perfecto; si hasta entónces habia puesto todo su esmero en obedecer, en ser humilde y en buscar las virtudes, que dicen tan bien en un sugeto consagrado á Dios; desde entónces le era preciso procurarlas en grado heróico, buscando en todo lo mayor y lo mejor, no para apropiárselo él, sino para referírselo á Dios, á quien daba en realidad de verdad toda la gloria de sus buenas acciones, pues él nunca quiso ser considerado sino como muy miserable é ingrato á los dones de su Dios. En vista del mútuo afecto que se profesaban el gran Capistrano y nuestro Rangonio, y á pesar de que habia alguna diferencia en la edad y en los años de religion que uno y otro llevaban, le dieron á éste por compañero de aquel, y juntos emprendieron las tareas apostólicas, que fueron motivo de la gloria y de la elevacion de ambos. Si se miran con atencion las circunstancias de que estaban dotados, se podrá deducir los frutos abundantísimos que no podian ménos de lograr. Con efecto, dos hombres desprendidos hasta el extremo de sí mismos, sin otro anhelo que la gloria de Dios, sin otra aspiracion que dedicarse á su servicio, y puestos á predicar á este mismo Señor, cuyo servicio anhelaban, á este Dios cuyos favores inmensos no pueden ménos de atraer al amor; y dos hombres que á ese gran conocimiento que en su corazon infundiera la caridad, agregaban el conocimiento que en el entendimiento acumulára su ciencia, es imposible calcular los frutos que sacarian en el ejercicio de su importantísimo ministerio, y solo puede decirse acerca de ellos lo que era suma verdad, que no predicaban una vez sola en que no moviesen á sus oyentes, que no ejecutaban una accion de que no resultára edificacion y en que no hubiese algo para la gloria de Dios. De aquí se seguia, como legítima consecuencia, el que tanto S. Juan como nuestro P. Gabriel estaban siempre en el ejercicio de la predicacion ó del confesonario, y aunque el Santo queria y procuraba descansar á su compañero, y algunas veces lo lograba, éste se iba resintiendo algun tanto en su salud, aunque nunca lo dijo, sino que ya por lo que notaron sus superiores, ya por lo que indicaba repetidas veces su santo y sabio maestro y compañero, fué preciso obligarle á que dejase aquella vida tan activa, que era superior á sus fuerzas, y emprendiese otra en que, siendo útil, pudiera sin embargo tener algun descanso más y reparar

sus fuerzas que ya comenzaban á extenuarse demasiado. Era consiguiente que sintiera en el alma la separacion de su maestro y compañero, á quien debia en el órden literario cuanto sabia, en el camino de la virtud cuanto era, porque sus doctrinas y ejemplos le habian llevado por allá; pero mediaba la obediencia, y esa virtud que endulza amarguras de toda especie no pudo ménos de hacer llevadera esta separacion de dos sugetos, que verdaderamente parecian el uno para el otro. Sin haber desempeñado nuestro buen P. Rangonio ningun cargo en su convento, que hubiese dado á conocer su capacidad como hombre de gobierno, y esperándolo todo de su prudencia y del tino que habia demostrado en las disposiciones que diera en distintas ocasiones para la resolucion de casos muy árduos de conciencia, fué nombrado guardian de uno de los más importantes conventos de la provincia de Austria. A decir verdad, cuando los que habian de ser súbditos supieron que iba á ponerse al frente de ellos un hombre nuevo, que no le conocian, que habia sido muy reputado como misionero, pero nada más, y que iba por primera vez á la casa para ponerse á su cabeza, no les agradó mucho, y áun en los pocos dias que mediaron hasta que conocieron las excelentes cualidades de su nuevo superior, no le faltaron á éste disgustos, que hubieran sido de mucha trascendencia en otra persona de ménos prudencia que él, pero que él sofocó en si mismo, sin siquiera manifestarlos; pero hemos de hacer justicia á los alumnos de aquella santa casa: todo lo que ántes de conocerle fué prevencion y hasta cierta punto desprecios, y desaires, y oposicion, se convirtió luego en afecto, en deferencia y atenciones hácia él; verdad es que no merecia otra cosa, porque su conducta no podia mejorarse. Examinémosle siquiera ligeramente. Hemos dicho que fué recibido con precaucion; lo primero que hizo fué no demostrar siquiera que de tal prevencion se habia apercibido, y enterándose menudamente de todas las necesidades tanto materiales como morales de la casa, dedicarse á remediarlas con el mayor afan, logrando en efecto que aquellos mismos que ántes le habian sido reservados, porque tal vez le temian, fuesen muy francos despues, viendo que no otra cosa que su bien y el cumplimiento de los deberes que todos se impusieron voluntariamente, era lo que le movia á obrar, y que muchas veces era contra su voluntad el tener que tomar medidas rigorosas, pero que la necesidad aconsejaba. Como á esto se agregase que ni una sola vez se verificó el que se le buscase y no se le hallase propicio para lo que era bien de la comunidad ó de sus individuos; todos se hicieron, por decirlo así, de su partido, y la casa prosperó, porque se estableció en ella el órden, concierto, observancia y mútuo afecto que estaba ántes un poco descuidado, y cuyas consecuencias eran, que ni la comunidad ni los particulares eran lo que debian, teniendo una y otros que sufrir mucho

más que cuando ya su Orden caminaba como era debido. Su salud se repuso mucho, porque aunque no paraba y le ocupaba gran tiempo el acertado gobierno de su querida comunidad, no era lo mismo este trabajo que el que ántes tenia, y por consiguiente se lograron los dos fines que los superiores se propusieron; primero, mejorar la salud del Padre; segundo, ver hasta dónde se podia echar mano de él para los cargos de gobierno, ó lo que es lo mismo cerciorarse de que habia de ser, y era en efecto, tan buen prelado como excelente misionero, y que así servia para gobernar frailes como habia servido para atraer hijos de Dios al gremio de la Iglesia, á unos por su venida á la luz de la verdad desde las tinieblas del error, á los otros por la firme voluntad de abandonar una conducta impropia de cristianos, para seguir á Dios por el sendero de la perfeccion y del heroismo de las virtudes. Viendo, pues, lo bien que se habia portado como guardian, quisieron que fuera visitador de toda la provincia de Austria, y con este fin le sacaron de su convento con vivísimo sentimiento de todos aquellos religiosos, que hubieran querido conservar siempre un prelado que era tan apacible y cuyo trato para con ellos no podia ser mejor. Él por su parte, si bien es verdad que estaba muy satisfecho al frente de sus hermanos, á los cuales ya habia podido atraer á sus mañas, como en todas partes estaba bien y contento, ni se lamentaba porque habia de ir á otra parte, ni se afectaba por haber de dejarlos, porque teniendo como tenia su corazon enteramente desprendido de las cosas de este mundo, no le importaba nada estar aquí ó allá, pues en todas partes buscaba y hallaba la gloria de Dios nuestro Señor, y bajo tan importante designio es la verdad que no se está mal en ninguna parte. Para el desempeño de su nuevo cargo, puso la misma diligencia que habia tenido para los demás, y por consiguiente los resultados que obtuvo fueron tan admirables como habian sido hasta entónces. Él por su parte no se dispensó trabajo, como nunca acostumbrára á dispensárselo, y comenzó por girar una visita en todos los conventos que pudo, enterándose de las necesidades de ellos, procurando el remedio en las determinaciones más acertadas, y sobre todo mirando con inexorable rectitud y con la debida atencion los orígenes de las infracciones que se cometian en las leyes y constituciones de su Orden, aplicando inexorable el rigor de estas mismas leyes cuando conocia que por malicia se habian infringido, pero siendo muy benigno cuando procedian estas infracciones mismas de humana fragilidad ó de alguna de esas circunstancias en que tan marcada se ve nuestra miseria. Por supuesto que áun en los casos raros y para él muy sensibles en que tenia que dejar ver que era severo, lo hacia con tino, con prudencia, con atencion y siempre despues de haber convencido al mismo á quien castigaba de la justicia del procedimiento, por una parte, y de la imprescindible necesidad de

aplicar este mismo castigo, por más que él fuese muy sensible y muy sentido por el superior. Resultado de haber confiado á nuestro Gabriel Rangonio la importante comision de visitar los conventos de su provincia, que todos ellos parecieron reformados despues de la visita, porque además de esa parte oficial que tenia que cumplir inquiriendo, corrigiendo y mandando, habia la parte caritativa, que era la más importante, y consistia en aconsejar, en atraer con ruegos, en hacer indicaciones las mas prudentes y en buscar medios los más adecuados para obligar á los unos á mandar con más tino, á los otros á obedecer con más prontitud, y á todos á ir conforme á la manera que convenia á cada cual, al altísimo fin de procurar la gloria de Dios por cuantos medios estuviesen á su alcance, logrando en todas las ocasiones nuestro buen Rangonio convencer de tal suerte, que hacian luego de buen grado áun aquello mismo sobre cuya ejecucion habian sido anteriormente los disgustos y desavenencias. Este espíritu conciliatorio, que pudieramos llamar, tenia todo su fundamento en la exquisita delicadeza y finísimo tacto con que nuestro hombre trataba de buscar en el carácter de los sugetos el medio de dirigirse á él de una manera conveniente, dando por resultado el que en su larga vida pública no ofendiese absolutamente á nadie, ántes por el contrario todos se diesen por muy satisfechos con su trato, y no solo lo deseáran sino le procurasen por cuantos médios estuviesen á su alcance. Muchas personas de importancia tuvieron y lograron este deseo, y seria á la verdad muy prolijo referir los muchos beneficios que á su Orden en general y á algunos conventos en particular reportó su conducta. Solo hablaremos de una de las amistades que le proporcionó el buen desempeño de sus importantes cargos; porque esto le hizo conocer y adelantar en su estado, si bien estos adelantos no satisfacieron mucho al que habria deseado quedarse en el último puesto de su convento, porque á esto no más se extendian sus aspiraciones; esta amistad á que nos referimos es la del rey de Hungría Matías. Hacia ya mucho tiempo que él sabia algo de nuestro buen P. Rangonio y quiso tratarle, para lo cual le llamó á su corte, y él obedeció al mandato, quedando tan prendado el monarca de las maneras delicadísimas con que el Padre se produjo y de la mucha erudicion que mostró y de todas sus prendas, que rogándole repitiese sus visitas con la posible frecuencia, no solo le devolvió el Rey la que le habia hecho, sino que le dispensó otras muchas deferencias altamente estimables y muy estimadas del religioso, que tenia por carácter sumo agradecimiento á los favores que le hacian. El Rey, pues, quiso que sus méritos no quedáran ocultos, y que los grandes servicios que prestaba á la religion tuviesen una recompensa inmediata, así como anhelaba el que pudiera él hacer más y más extensivas sus buenas cualidades, procurando beneficios en otra esfera que los que hasta entónces habia hecho, ha-

ciéndose apreciar bajo un concepto en que es difícil merecer las simpatías de todos, porque hay que cumplir deberes y hacer escarmientos que no á todos satisfacen. Nombraron, pues, á nuestro P. Gabriel Rangonio Obispo Transilvano; sin que él hubiese siquiera sabido que iba propuesto para tan importante cargo, y rehusándolo y renunciando cuantas veces se lo indicaron hasta que hubo de ceder, porque la Santa Sede se lo mandó en virtud de santa obediencia, y entónces únicamente se decidió por no incurrir en las censuras que contra su desobediencia se fulminaban. Y no se crea en manera alguna que el no querer ocupar tan eminente lugar era por huir del trabajo y molestia que trae consigo tan importante ministerio; todo ménos que eso, pues él habia de trabajar en su Orden, y su trabajo no era ménos penoso. El motivo era porque le parecia mucha carga para sus ya cansados hombros, y no creia él tener las condiciones que para tan importante ministerio se requieren. Sin embargo, desempeñó su cometido tan bien como veremos, ayudándole en mucho la especial ilustracion de Dios, que pedia á Su Majestad continuamente por un constante ejercicio de oracion, al cual era muy dado, porque sabia muy bien ser fuente fecunda de todo género de ilustraciones, pues Dios se comunica en todo y por todo á las almas que humildemente le imploran en el curso ordinario de los sucesos, y que en los extraordinarios buscan en él lo que solo en él puede hallarse, es decir, fuerza, aliento y fortaleza para sufrir, emprender cosas árduas y llevarlas á su apetecido término. La solemne ceremonia de la consagracion de nuestro Obispo se verificó con la magnificencia que era consiguiente, siendo como lo fué padrino el rey de Hungría; pero desde el momento mismo en que le consagraron, comenzó nuestro P. Gabriel á desempeñar el importante cargo de regir su diócesis, admirando esto en gran manera á los que lo supieron, y más que nada á su cabildo, pueblo y clero, pues era y áun es costumbre en los prelados pasar algun tiempo desde que reciben la consagracion hasta que se encargan de su ley, tiempo que para los diocesanos es fatal, pues que se encuentran sin el pastor nuevo, porque no se ha presentado, sin el pastor interino, digámoslo así, porque éste cesó desde luego que supo la consagracion del electo. Por evitar estos inconvenientes, nuestro buen prelado partió inmediatamente para su obispado, y apénas llegó é hizo su entrada solemne, reunió al clero para hacerle conocer sus propósitos y dió una carta pastoral perfectamente escrita, en la cual, haciendo ver á los fieles la importancia del ministerio episcopal y sacerdotal, los excitaba á oir su voz y á disponerse á recibir el fruto de su bendicion por la asistencia á los ejercicios piadosos y misiones con que queria comenzar su ministerio pastoral. Efectivamente, llamó á algunos religiosos de su Orden y emprendió la santa visita de su obispado, comenzando él mismo una mision en cada pueblo, que

continuaban sus hermanos con un celo extraordinario; y bendiciendo el Señor el buen deseo del prelado y los trabajos de los misioneros con un fruto tan abundante, que sobrepujaba las esperanzas hasta del mismo Sr. Obispo, que siempre creyó lograria mucho con su tan acertada disposicion, pero que nunca se figuró alcanzar tanto como Dios le dió. Con respecto al cabildo, que siempre habia estado en discordia con los prelados, supo el de que nos ocupamos avenirse tan bien con él, que la corporacion en general y sus individuos en particular eran sus amigos íntimos, y no habia reunion en que él se hallára presente, donde se moviese ni áun la discusion más templada, pues puesta una cosa, digámoslo así, sobre el tapete, se preguntaba al Obispo, respondia, y su respuesta era el término del asunto, porque con ella se conformaban todos; bien es verdad que todas las opiniones del Obispo eran fundadas y sus fallos meditados y prudentes. El clero le miraba como padre, porque le veia defender sus derechos, proteger sus justas peticiones, apoyar sus quejas cuando eran fundadas, demostrarle lo infundado de ellas cuando en efecto no tenian fundamento, y ser propicio á todos sus deseos, cuando estos tendian al bien de los pueblos; y estos, que miraban el deseo vehemente y los notables esfuerzos con que procuraba su bien, se complacian en secundar sus benéficas intenciones, estando siempre dóciles á su voz y sumisos siempre á su voluntad, pues que en esto veian el camino de su dicha. Por lo que hace á sí mismo, incansable en el ejercicio de su ministerio, procuraba llenar con toda exactitud sus deberes, y era ejemplarísimo en su conducta particular, no habiendo alterado en nada las costumbres de religioso, y pudiéndose con toda verdad decir que era obispo en cuanto desempeñaba los cargos de tal, y en la apariencia gastaba todas las insignias y áun disfrutaba las preeminencias de tal, pero en su porte íntimo, en su conducta individual, era un verdadero fraile francisco, y de ahí no pasó. Era consiguiente que su conducta tan evangélica y tan conforme á lo que el apóstol S. Pablo exige de los prelados, diera el resultado que no podia ménos de esperarse; en órden á los pueblos encomendados á su cuidado, la reforma, y la reforma radical de sus extraviadas costumbres, porque la contínua predicacion que con el ejemplo más que con las palabras les hacia, necesariamente habia de dar este resultado; y en órden á los superiores de este escelente prelado, es decir, el Papa y su metropolitano por un lado, y por otro los supremos imperantes como patronos, digámoslo así, y protectores de las mitras en el ejercicio de esa excelente prerogativa de proponer prelados, admirándose en gran manera de los grandes triunfos que para bien de su grey habia logrado, procuraban buscar y hallar manera de utilizar sus servicios en otra parte, toda vez que todavía estaba en disposicion de prestarlos muy importantes, porque no siendo mucha su edad tenia la

fortuna de no padecer achaque alguno. Por esto y considerando cuan útil sería su presencia y gobierno en Agri, que habia menester un prelado de las circunstancias de nuestro Obispo, resolvieron su traslacion á aquella provincia eclesiástica, para lograr la cual hubieron de luchar con el decidido empeño de aquel pueblo, que conociendo lo mucho que perdian en que se les marchase tan buen prelado, trataron de impedir su traslacion, aunque nada pudieron lograr, pues la necesidad en Agri era muy urgente, y no se pudo condescender á sus deseos, que les hubieran sido satisfechos si ellos no hubiesen sido, por decirlo así, opuestos al bien de la grey en que iba á hacer tanto fruto como con ellos mismos habia hecho. Así es que su traslacion se verificó, y en el momento mismo en que con las bulas de confirmacion en el nuevo obispado logró el separarse de su antigua diócesis, no porque lo quisiera en manera alguna, sino porque la necesidad y conveniencia lo exigian, comenzó por proponer y llevar á cabo reformas en su nueva diócesis, que dieron muy prontos y muy felices resultados, porque fueron muy acertadas y procuraban únicamente el bien de aquellas pobres gentes. Muy prolijo sería enumerarlas, y tal vez causase á nuestros lectores molestia su relato, porque en realidad de verdad, como el fin que se proponia en su nuevo cargo era el mismo que le habia movido en el desempeño de sus anteriores puestos, no podian ménos de ser semejantes, por no decir iguales, los medios que practicára, los cuales le dieron un resultado felicísimo, enteramente feliz, pues pudo en esta nueva demarcacion, donde el clero y el pueblo estaban en perpétua discordia, conciliarlos por medios muy prudentes, y trayéndolos á avenencia, hacer que los clérigos procurasen como es su deber la eterna salud de los pueblos, y estos á su vez, secundando los designios del clero, alcanzasen esta misma salud eterna á que eran llamados. El gran recurso de que para esto se valió fué los ejercicios espirituales, que por sí mismo dió á todos los clérigos de su obispado, á los cuales facilitó para que los recibieran hasta la estancia en la capital de la diócesis miéntras ellos duraron, y los consejos acertadísimos de los Padres confesores que trajo de su religion, como lo habia hecho en la diócesis que anteriormente estuvo á su cargo. A los pueblos tambien los visitó, y mandó celosos misioneros que les dirigiesen su autorizada voz, y vió con indecible consuelo que sus esfuerzos no eran vanos, pues que los fieles venian al camino de rectitud y de justicia por donde él queria llevarlos, y los clérigos eran ejemplarísimos, áun aquellos que parecian más relajados al principio, y que en efecto habian dado motivo de algun escándalo, pero despues le dieron de edificacion por su conducta enteramente conforme á lo que debe ser la de un sacerdote. Supo el santo P. Sixto V cuán bien se portaba su hermano de hábito en el desempeño de su importante cargo, y como por

una parte su presencia en Agri ya no era tan precisa, pues cualquier otro podia continuar rigiendo bien aquella diócesis, que ya estaba perfectamente arreglada, y por otra creyó el Santo Padre, que se excita la emulacion en los prelados si veian que al que mejor se portaba se le distinguia y se le colocaba en la más encumbrada altura á que puede llegar el sacerdote, resolvió conferirle el capelo cardenalicio, y para disfrutar él tambien de los beneficios que reportaba en todas partes su buen talento, ameno trato y escogidas maneras, asi como su inteligencia suma en el manejo de negocios y resolucion de los asuntos más arduos, le hizo venir á Roma, luego que casi por fuerza le hubo obligado á aceptar la purpura cardenalicia, y le confirió el título de S. Sergio y Baco, título que algun tiempo habia tenido tambien el mismo sumo pontífice ántes de pertenecer á la clase de obispos-cardenales que fué de la que salió para el solio pontificio. Desde el momento en que llegó, le confió Su Santidad los más delicados encargos, y tuvo él para su desempeño tanto tino, tan esmerado acierto, que en todo le complació, habiendo logrado el ser el cardenal de Verona, que asi se le conocia en Roma, sin otra razon que por haber hecho en favor de esta iglesia un gran servicio de suma trascendencia, amigo íntimo, confidente, que aún es más, de todos sus compañeros, valiéndose de él todos y cada uno, ya para que los aconsejase en aquellos asuntos en que no se creian bastante ilustrados para decidir, ya para que interpusiera su valimiento con unos ó con otros, y muchas veces con el mismo Sumo Pontífice, para el buen éxito de tal ó cual cosa, que ellos mismos no se atrevian á presentarla á su resolucion, y que el Cardenal no solo lograba que se despachase, sino que se despachase á su gusto. Por supuesto que residiendo en Roma, y siendo como eran sus cargos compatibles con el vivir en comunidad, se agregó á la suya de Ara-Cœli, y estuvo como el último religioso, llegando á tal extremo su sumision y deseo de no recibir en su convento consideracion ni demostracion alguna de la autoridad que tenia, que apénas llegaba á la portería se quitaba su púrpura y quedaba en el hábito de fraile que, sea dicho de paso, no habia abandonado nunca, como nunca abandonó en lo más mínimo las costumbres de religioso. Muchos servicios prestó en el consejo pontificio, no pocos en las diversas comisiones que se le encomendaron; era pues preciso, que cumplidos los dias de su peregrinacion en este valle de miserias, fuese á su verdadera patria para recibir allí las recompensas y poseer el reino que el padre de familias le preparára. Una penosa enfermedad le acometió en los primeros dias de Octubre del año 1486, y para combatirla fueron ineficaces los recursos del arte y los ruegos con que todos pedian al Señor la mejoría y restablecimiento del Cardenal. Pareció, pues, prudente indicarle su estado, cuya noticia recibió sin alterarse, comenzando desde luego por suplicar á

cuantos le rodeaban que no permitieran el que le faltáran los auxilios espirituales, y que en todo y por todo se le considerase como simple religioso, pues que sus mitras y su púrpura no habian causado para él otro estado que el que causó su profesion religiosa. Condescendióse en efecto con tan piadoso deseo, y como un religioso cualquiera recibió los santos sacramentos, todos los auxilios que la Iglesia presta á sus hijos en tan terrible trance, y en medio de las más fervientes súplicas de sus hermanos entregó á Dios su espíritu en los últimos dias del mismo mes y año en que cayó enfermo. Era consiguiente que sus honras fuesen suntuosísimas, y su cadáver se depositó en el mismo Ara-Cœli con la distincion que convenia á su elevada clase, recibiendo en su muerte el homenaje de respeto, veneracion y aprecio que en vida habian merecido sus virtudes, y sobre todo su caridad y su abnegacion, que fueron las que más le distinguieron. Muchas obras quedaron de su pluma que despues fueron impresas, siendo las más notables los *Sermones*, las *Apologías de la religion contra diferentes herejías*; muchas cartas de diversos príncipes, *sobre el importante negocio de su salvacion, mediante el acertado gobierno de su estado. Vida de S. Juan Capistrano*, en que se dan noticias que solo pudo adquirir quien tuvo con el Santo la intimidad que tuvo nuestro Cardenal; y otras varias que merecieron no sólo la aprobacion sino el aprecio de cuantos las hubieron á mano. Efectivamente fué un hombre muy singular este esclarecido religioso, porque juntó en sí toda la dignidad á que es posible llegar, con la humildad más perfecta; una gran ciencia con una esmerada vigilancia sobre sí mismo para no ostentarla, y un universal aprecio sin querer él captársele, es decir, sin que ninguna de sus acciones fuese encaminada á tal fin. Algunos han llamado á Gabriel Rangonio Gabriel de Módena: no encontramos fundamento para tal denominacion, y con este nombre son tres los que se aplican á nuestro personaje, que real y verdaderamente fué Fr. Gabriel, presbítero de S. Sergio y Baco, cardenal Rangonio, que es lo que dice su epitafio.—G. R.

RANIER (V. Octavio), presbítero y mártir. Ejercia el cargo de vicario en la iglesia de S. Cibardo en Angulema, donde se distinguió por su firmeza y celo en defensa de la religion ortodoxa. Valióle tan heróica conducta toda clase de afrentas y trabajos que le hicieron sufrir los hugonotes, hasta que su crueldad les sugirió el inaudito tormento de ponerle en los pies dos herraduras con clavos hechos ascua, y viendo que no moria, le ataron á un palo, y disparándole dos balazos, le quitaron la vida en 1567.—S. B.

RANIERI. Este Cardenal fue abad de los Santos Cosme y Damian. El pontífice Esteban X le creó cardenal en 1057, haciéndole obispo de Palestrina en 1058 el antipapa Benedicto X, al que se adhirió. Murió en Octubre de este mismo año, segun Cardella.—A. C.

RANIERI (Radolfo). Moroni nos da razon de un cardenal de este nombre cuyas circunstancias ignoramos.—A. C.

RANIERI ó RAINERIO (Teodorico). Nació este príncipe de la Iglesia romana en la ciudad de Orbieto en el siglo XIII. Tuvo gran talento y egregia virtud. Fué sobrino del obispo de Plasencia. Nombrado prior secular de San Andrés de Orbieto, pasó despues á auditor de la Rota romana, y á la plaza de colector apostólico en Germania. En 1295, el pontífice Bonifacio VIII le nombró arzobispo de Pisa, y le creó cardenal preste de Santa Cruz en Jerusalen el 4 de Diciembre de 1298. En 1299 fué nombrado obispo de Palestrina, ó sea de la ciudad Papal, y camarlengo de la santa iglesia. Fué el cardenal que llevó la tiara á Aviñon al papa Clemente V, á cuya eleccion y á la de Benedicto XI asistió. Fabricó en Bolsena la iglesia de Santa Cristina, y el palacio que tiene al lado, y levantó una torre en Orbieto. Despues de haber gobernado la provincia del Patrimonio murió el año 1306.—C.

RANIERO. El pontífice S. Leon IX creó un cardenal de este nombre en la clase de preste el año 1049, el cual asistió en 1071 á la dedicacion de la iglesia de Monte Casino, hecha por el papa Alejandro II.—C.

RANIERO, cardenal. Véase PASCUAL II papa.

RANIERO, cardenal preste de S. Marcelino y S. Pedro, creado en 1088 por el pontífice Urbano II. Suscribió diversas bulas del expresado Papa y de Pascual II.—C.

RANIERO, cardenal creado en la clase de diáconos de Santa María la Nueva en 1223, y arcipreste de la santa iglesia. Partidario del antipapa Anacleto II, fué nombrado arcipreste de Santa María la Mayor, y segun Moroni, se le cuenta entre los cardenales cismáticos que escribieron al emperador Lotario II.—C.

RANIERO, cardenal. Segun Crescenci, en su *Corona de la Nobleza*, pone en su familia un cardenal de este nombre, del que solo da esta noticia Moroni.—C.

RANIERO, cardenal. Fué creado cardenal preste de S. Esteban en el Monte-Celi por Celestino II, el miércoles de ceniza del año 1144. Suscribió dos bulas de Lucio II por el obispo de la Iglesia castellana, y por los canónigos de S. Frediano.—C.

RANIERO, cardenal. Fué natural de Pavía. Alejandro III en 1173 lo creó cardenal diácono de S. Jorge en Velabro en 1173, expidiéndole con el cardenal Allucignoli al emperador Federico I en Lombardía, para tomar el salvoconducto para el Papa y la corte, y convenir con él el sitio para tratar y concluir la paz. El César acogió con distincion en Módena á ambos legados, y les concedió lo que pidieron. Asistió á la eleccion de Lucio III, cuyo Papa, en 1182, le dió el título de S. Juan y S. Pablo, del que disfrutó poco,

pues que falleció en el mismo año de esta gracia pontificia.—C.

RANIERO, cardenal de la Iglesia romana. Nació en Orbieto en Castelvechio, diócesis de Todi, que Vincioli llama Vincenzo. Fué canónigo regular de la Congregacion Renana, ó sea de S. Frediano de Luca. Inocencio III ú Honorio III, le creó cardenal preste de Santa Lucía en Selci, vicecanciller de la santa Iglesia en 1216, y patriarca de Antioquía en 1220. Murió en 1221, despues de haber consagrado la iglesia de S. Frediano. Pennoti duda fuese cardenal, y Trombelli no cree, segun Moroni, que Raniero de Orbieto sea el mismo que Raniero de Castelvechio en el gobierno de Orbieto.—C.

RANLO, abadesa del monasterio de S. Juan de Ripoll, hoy dia de las Abadesas. Esta ejemplar religiosa floreció á principio y mediados del siglo X. Fué muy celebrada por sus señaladas virtudes, por su vida inimitable, y por su celo y buena direccion del monasterio puesto á su cuidado. Es principalmente conocida por su grande interés y empeño en llevar á cabo la edificacion de la iglesia de S. Bartolomé de Lers, para lo que no perdonó sacrificio alguno, y cuya iglesia fué consagrada por Atto, obispo de Vich, que la dotó con la mayor prodigalidad, concediéndola muchos privilegios.—A. L.

RANS ó Rains (Bertran de). Este célebre ermitaño, que fué llamado asi por corrupcion de Reims, lugar de su nacimiento, pequeña ciudad cerca de Vitri-sur-Marne, que de menestral pasó á hacer la vida eremítica. Vivió mucho tiempo en la selva de Parthenai, y despues en la de Glansou entre Valenciennes y Tournai. En estas selvas se hallaban retirados haciendo penitencia muchos de los caballeros que habian vuelto de las cruzadas, en la primera de las cuales habia tomado parte Balduino, conde de Flandes y de Hainaut, y que despues de haber sido elegido emperador de Constantinopla, cayó en poder de los búlgaros, y pereció cruelmente en su prision. Tenia Bertran alguna semejanza con este príncipe, y su permanencia entre los antiguos cruzados, las particularidades que contaba sobre esta expedicion y otras mil circunstancias, parecieron misteriosas á muchas gentes del pais. Por más preguntas que se le hacian, guardaba el más profundo silencio sobre lo que se le preguntaba; pero despues, cediendo sin duda á instigaciones secretas, consintió en jugar un papel político, y se presentó en 1225 como si fuera el emperador Balduino. Decia que despues de haber estado cautivo veinte años en Bulgaria, logró escaparse de su prision, y que habiéndole vuelto á prender los bárbaros, fué comprado por unos comerciantes alemanes, á los que se habia dado á conocer, y que volvia á gobernar sus estados de Flandes y de Hainaut. Numerosos nobles y plebeyos se declararon en su favor, y la condesa Juana, hija de Balduino, se sorprendió con la aparicion de su padre, al que hacia tantos años creia muerto,

y al que habia perdido siendo aún muy jóven. A pesar de las apariencias, mandó á Grecia á Juan obispo de Metelin (antigua Lesbos) y á Alberto, religioso de S. Benito, para que se informasen bien acerca de la suerte de Balduino, y el resultado de esta expedicion confirmó auténticamente las pruebas que se tenian de la muerte del infortunado príncipe; pero no fué suficiente á desengañar á los crédulos que sostenian las pretensiones de Bertrand. Como la revolucion fué cundiendo, Juana se vió obligada á abandonar su castillo ó palacio de Quesnoy, y á refugiarse en Mons en donde impetró el apoyo de Luis VIII, rey de Francia. Invitó este soberano al pretendiente Bertrand á que fuese á verle á Peronne, dándole al efecto un salvoconducto. Asistió Bertrand á la cita del rey acompañado de un brillante cortejo, y fué recibido magníficamente por el soberano, al que contestó con seguridad y precision á lo que le preguntó; pero preguntándole el obispo de Senlis porqué y en dónde habia sido armado caballero, y en qué época y lugar se habia casado con María de Champagne se descubrió el engaño, pues que nada contestó. A fin de librarse de la indignacion del rey, se escapó durante la noche á Valenciennes, en donde le abandonaron cuantos hasta entónces le habian seguido, por lo que se vió precisado á huir á Borgoña; pero habiéndole hecho preso ántes de llegar á Borgoña, fué entregado á la condesa Juana. Puesto en el tormento confesó su impostura, y por sentencia del tribunal de los Pares, despues de habérsele paseado ignominiosamente por todas las ciudades de Flandes, fué ahorcado en la ciudad de Lila el año 1226. Muchas personas, sin embargo, quedaron convencidas de que el que se habia ajusticiado era el verdadero Balduino, y hay una tradicion en el país que atribuye á los remordimientos de conciencia de la condesa Juana la fundacion del hospital de la Condesa en Lila, en el que se veian horcas pintadas en los muros y en las vidrieras. De todos los historiadores contemporáneos, Mateo Paris es el único que no ha reconocido esta impostura llegando hasta decir que la condesa Juana habia cometido un parricidio. Esta horrible acusacion se reprodujo en una carta anónima dirigida al duque de Brisac, que se insertó en el *Diario de los Sabios* en 1771. Ultimamente Sismondi y Michelet han intentado probar la identidad del emperador Balduino y del ermitaño Bertrand; pero desmentida esta identidad, dice Pilbert, al que seguimos en su artículo de la Biografía universal, desmentida por testigos y testimonios históricos auténticos, se mira generalmente como una fábula. Estos hechos dieron márgen á que escribiese Hipólito Bis un drama en verso en cinco actos titulado: *Juana de Flandes, ó reinar á toda costa;* drama que representado en el Teatro francés en 1845, no tuvo buen éxito, por lo que su autor le retiró despues de su primera representacion.—A. C.

RANST (Francisco Van). Este religioso flamenco de la órden de Sto. Do-

mingo, que floreció en el siglo XVIII, segun Echard en sus Escritores de la órden de Predicadores, vivia aún en 1721, profesando la teología con brillante éxito. En 1715 publicó en Amberes un libro titulado: *Veritas in medio*, en el que pretendió probar que Sto. Tomás condenó igualmente las opiniones relajadas y el demasiado rigor y que se encuentra tambien en sus escritos la condena del bajanismo y de las ciento una proposiciones extractadas del libro del P. Quesnel; pero puede concebirse lo poco que podria extenderse sobre tan grave materia en un libro de 292 páginas, que contiene al propio tiempo las vidas de Baius, de Jansenio y de otros. En una nueva edicion, que publicó en 1717, añadió otro pequeño escrito con el título: *Lux fidei*; en el que extiende aún más su proposicion, y concede á Sto. Tomás de Aquino el honor que nadie le niega, de haber combatido todas las herejías. (Véase Sto. Tomás.) Atacando el P. Quesnel el primer escrito, Van Ranst le respondió en 1518 con otro escrito de diez y seis páginas, que se supone fué el último de los escritos de este dominico.—A. C.

RANTGACIO, obispo de Noyon, conocido por una carta que escribió á Amalario, preste de Metz, en que le pregunta cómo entendia las palabras de que se valió Jesucristo para la institucion de la Sagrada Eucaristía. *Este es el cáliz de mi sangre del nuevo y eterno testamento, del misterio de la fe.* Amalario le contestó que habia tambien cáliz en el antiguo testamento, como se dice en los vers. VI y VIII del cap. 24 del *Exodo*; que este cáliz es en el que el Señor ha consumido en la cena, como dice S. Lucas: *Y despues de haber tomado el cáliz dió gracias*, y dijo: *Tomadle y distribuidle entre vosotros, pues yo os digo que no beberé más del fruto de la viña hasta que haya llegado al reino de Dios.* El cáliz del antiguo testamento rebosaba de la sangre de animales sin razon. Esta sangre ha sido la figura de la verdadera sangre de Jesucristo, quien por sí mismo nos ha dado este cáliz en que bebemos su sangre, cuando despues de haber consumido el primer cáliz en la cena, hizo suceder la verdad á la figura, segun dice S. Lucas cuando añade: *Tomó tambien el cáliz despues de la cena diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que será vertida por vosotros.* Este es el cáliz en que está la sangre que ha corrido de mi costado para cumplir la ley antigua, y tan pronto como sea vertida habrá un nuevo testamento; porque una sangre nueva é inocente, es decir, del hombre sin pecado, será vertida por la redencion del género humano; efecto que no ha producido hasta ahora la efusion de la sangre de ningun animal. ¿Podia Amalario marcar en términos más precisos la presencia real, que diciendo que bebemos en el cáliz de la verdadera sangre de Jesucristo la misma sangre que salió de su costado?— S. B.

RANTZAU (Josias, conde de), mariscal de Francia y gobernador de

Dunkerque, se convirtió en 1645, al mismo tiempo que su mujer; ambos eran luteranos y naturales de Holstein. El Mariscal practicó el catolicismo despues de su conversion sin ningun respeto humano, y le hacia reverenciar á sus tropas. Despues de su muerte, acaecida el 4 de Setiembre de 1650, se retiró su viuda al convento de las Anunciadas de Paris, y pasó diez y siete años en aquella casa, ocupada en la oracion y trabajando en la conversion de muchas de sus compatriotas, que iban á verla. Su celo la inspiró la resolucion de ir á fundar un convento de Anunciadas en Hildeshein, desde donde podria extender la fe á su familia y á sus amigos. Ejecutó este generoso proyecto, y abandonó la Francia en 1665. — S. B.

RANUCCI (Fr. Bartolomé), religioso dominico, natural de Florencia, donde profesó en el convento de Sta. Maria de Novella, en que vivia á principios del siglo XVI, durante el pontificado de Leon X. Distinguióse mucho en su siglo por sus grandes y profundos conocimientos en filosofía y teología, y obtuvo grande fama como predicador. Ignórase el año y el lugar de su muerte, solo se sabe que dejó el siguiente manuscrito, que se conservó por largo tiempo en el convento de Sta. María de Novella: *In Aristotelis Rhetoricam et Dialecticam expositiones.* — S. B.

RANULFO (S.), mártir. Dicen los Bolandistas, apoyándose solo en la tradicion de aquel país, que este Santo murió mártir en Telodio, poblacion cercana de Arras, en donde fué sacrificado por los fanáticos sarracenos el año 707 de nuestra era; por lo demás, nada hemos podido descubrir de la vida y muerte de este varon cristiano. — C.

RANULFO, monje cisterciense, de nacion inglés. Fué un religioso muy considerado en su época, sumamente estudioso, con grandes virtudes y vida ejemplarísima; fué un doctor insigne en su tiempo y un escritor sumamente encomiado y celebrado. A él es debida y á su bien cortada pluma una *Historia de Inglaterra*, que escribió hasta los tiempos en que florecia, por los años de 1337. — A. L.

RANULFO DE HUMBLIERES, obispo de Paris, es llamado con frecuencia *Ranulphus Normanus*, sobrenombre que indica sin duda la provincia de donde era natural. La necesidad de instruirse le llevó muy pronto á Paris, y fueron tales sus progresos, que en 1260 se le contaba en el número de los profesores más célebres. Acabó en 1274 una Suma de Teología, dividida en dos tratados: el primero tenia por título: *Quodlibet M*(agistri) *Ranulphi Normani*, y comenzaba con estas líneas: *Quærebantur quædam de Deo, Quædam de Christo, Quædam de Angelo, Quædam de Homine puro.* Las mismas líneas, excepto el cambio de *Quærebantur* en *Quæruntur*, se reproducen al frente del libro segundo, pero seguidas de estas: *De Deo quæruntur duo, utrum Deus ab æterno potuerit intelligere, vel intellexerit aliud à se, quod non*

videtur. La razon porque el autor no cree que Dios haya podido tener la percepcion de una cosa distinta de sí mismo, es porque en toda la eternidad no ha existido nada, ni en hecho ni en entendimiento. Aficionado á estos argumentos de escuela, toma algunos de su contemporáneo Enrique, arcediano de Tournai, más conocido bajo el nombre de Enrique de Gante. Este Enrique componia tambien libros de teología escolástica hácia el año 1523, muchos de los cuales se han impreso. Pero en este momento no se trata más que de una cuestion que fué presentada por Ranulfo de Humblieres en estos términos: *Utrum in Deo sit compositio ex actu et potentia*. Nó, respondia el arcediano de Tournai, no hay en Dios composicion de acto y de potencia, porque si fuese así seria preciso, ó que Dios recibiera formas pertenecientes á otro ser, ó que le imprimiese una de las suyas. Pero el ser soberanamente simple, independiente y perfecto, á que nada iguala en dignidad ni en grandeza, no admite nada extraño á su naturaleza, y no comunica ninguna de sus formas, pues no puede de ningun modo llegar á ser inherente á lo que no es él mismo. Ranulfo en su propio nombre y en un lenguaje más vulgar pregunta si es permitido á los que se consagran á las ciencias divinas asociar á este estudio el de la filosofía y de la literatura profana. Sí, contesta, cuando esta instruccion accesoria no se emplea más que para interpretar mejor las sagradas Escrituras, comprender mejor las profecías, extender y afirmar la ley evangélica, detestar las doctrinas paganas y refutarlas con más solidez; pero si por el contrario solo se mira con placer las fábulas de los poetas y los mundanos adornos de su estilo, no es más que una ciencia impía y corruptora. Así, concluye, este género de estudios podrá ser ó no un mal, segun las intenciones y las circunstancias. En la abadía de S. Victor de París se conservaba un manuscrito de estos dos tratados, que ménos afortunados que los de Enrique de Gante, no han llegado á imprimirse, estando destinados, segun Fabricio, á permanecer ocultos en el fondo de las bibliotecas, y á no ver nunca la luz pública. *Summa nunquam in lucem proditura*. Igual suerte han tenido otras muchas compilaciones que llevan el mismo título de Sumas, y cuyas copias manuscritas son todavía hoy muy numerosas, porque los hábitos escolásticos de la edad media obligaban á multiplicarlas. Cura de la parroquia de S. Gervasio en París, Ranulfo desempeñó muy honrosamente este cargo. Era canónigo de Nuestra Señora cuando murió en 1279 el obispo Esteban Tempier. El sabio Odon de S. Dionisio obtuvo los sufragios de más de la mitad del cabildo para sucederle; pero descontentos algunos canónigos de esta eleccion, consiguieron que la anulase Nicolao III, so pretexto de que el elegido era demasiado viejo y estaba enfermo. Atribuyéndose el Papa el derecho de conferir el obispado de París, llamó á Juan de Allens ó de Orleans, que gozaba tambien de una brillante reputa-

cion en las escuelas. Juan rehusó esta prelacía, y áun renunciando á su dignidad de canciller, entró en la órden de los Hermanos Menores, segun lo atestiguó Guillermo de Nangis. Nicolao III vió que debia darse otro jefe á la iglesia de Paris, y eligiendo entónces por sí mismo, nombró á Ranulfo de Humblieres, de quien hizo un grande elogio en una carta dirigida al rey Felipe *el Atrevido*, y publicada por Balucio y despues por los benedictinos. El nombramiento está fechado en 27 de Junio de 1280; el nuevo prelado tomó posesion en el mes de Setiembre siguiente, dia de S. Miguel. Dejaremos á la Historia de la Iglesia de París por Gerardo Dubois, y á la *Galia Cristiana*, la narracion de los actos de la administracion episcopal de Ranulfo de Humblieres, de sus cartas, de los juicios que pronunció, de las donaciones y transacciones que suscribió. No habiendo dado entrada Fleury á estos detalles en su *Historia Eclesiástica*, nos hallamos con más razon dispensados de sobrecargar con ellos esta obra, pues aquellos documentos episcopales, que tienden un tanto al estado de las opiniones y de los estudios son en muy pequeño número, y no tienen una muy grande importancia. En 1280 Ranulfo escribió á una abadesa una carta de recomendacion en favor de una novicia llamada Flora. Por la misma época se le distingue entre los prelados que solicitaron la canonizacion de Luis IX. En 1282 cedió, salvo algunas reservas, las rentas y los bienes públicos á la Congregacion de los Pobres Ciegos; publicó en su calidad de obispo y en nombre de muchos maestros de la facultad de teología una decision, que ha insertado Balucio en la coleccion de documentos justificativos de su obra, relativa á los papas de Aviñon: determina en ella que ningun penitente debe ser obligado á confesar de nuevo los pecados de que ha obtenido la absolucion, y que ha expiado con una satisfaccion conveniente, pero que si cree á propósito hacer una segunda confesion, nadie tiene derecho de impedírselo. Ranulfo recibió en 1283 una epístola del papa Martino IV, en que á peticion del rey de Francia le permite elevar á las primeras dignidades eclesiásticas al llamado Enrique de Vezelai, á quien la pérdida de un ojo hace irregular, pero hombre de mérito y clérigo de la capilla Real; este documento se encuentra en la gran coleccion de Martenne. En este mismo año, y en el mes de Agosto del siguiente, el obispo de Paris tomó parte en dos concilios, presididos el uno por el arzobispo de Bourges, el otro por Juan Chollet, legado del Papa; las deliberaciones de esta segunda asamblea son desconocidas, y todo lo que sabemos de la primera es que se quejaron vivamente de los privilegios é inmunidades que se arrogaban los Hermanos Menores. El primer dia de Junio de 1285 Honorio IV escribió á Ranulfo, y le ordenó hacer comparecer á Gil de Roma en presencia de todos los doctores de París; se trataba de exigir de este famoso teólogo, uno de los mejores discípulos de Sto. Tomás de

Aquino, la retractacion expresa de algunas proposiciones enseñadas en otro tiempo por ambos y condenadas por Esteban Tempier. Gil se sometió humildemente á esta sentencia. El postrer hecho notable del episcopado de que se trata, es la introduccion de la fiesta de la Concepcion Inmaculada en la liturgia parisiense; los canónigos de Lyon, que habian decidido celebrarla en el siglo XII, habian sido reprendidos por S. Bernardo y otros. Pero en el siglo XIII la doctrina contraria ganó muchos partidarios, y el obispo Ranulfo dió un capital de trescientas libras parisienses para emplear su renta en la solemnidad anual de María concebida sin pecado original. Este artículo se halla comprendido en la larga enumeracion que hace el necrologio de Nuestra Señora de los donativos y legados de este prelado. Ranulfo de Humblieres murió en París en 1288 la víspera de los idus de Noviembre, el dia siguiente al de S. Martin.—S. B.

RANULFO Hykeden. Fué este monje benedictino, apellidado de Cestrensis ó de Chester, por haber nacido en esta poblacion. Ni en Vossius, ni Du Pin en su *Biblioteca de autores eclesiásticos*, ni ninguno de los autores que hemos consultado, nos hablan de la vida de este religioso, contentándose con decir que murió en 1363, despues de haber vestido el hábito benedictino sesenta y cuatro años. Añaden sí que amante de la historia, la estudió casi toda su vida, y que compuso una crónica universal con el título de *Polychronicon*, desde la creacion del mundo hasta 1357. Escrita en latin esta obra, fué traducida en inglés, continuándola hasta 1398 por Juan de Treviso, monje de Cornuailles. Guillermo Caxtor, ó Capton, que fué el primer impresor que ha habido en Inglaterra, continuó esta historia hasta 1460, y siendo bastante buen crítico, la purgó de sus mayores defectos, y la imprimió en fólio en Lóndres y en inglés el año 1482. Tomás Gale tomó de esta historia todo lo que pertenecia á Inglaterra, y la insertó en sus *Escritores históricos ingleses y sajones*. El cronicon manuscrito entero se halla en la biblioteca de Breslau y en otras muchas. Ranulfo Hykeden escribió tambien sobre teología: *El espejo de los curas*, un *Comentario sobre Job*, otro sobre el *Cántico de los Cánticos*, y varios sermones.—C.

RANULFO LOKESLIO. Fué inglés y uno de los hombres que más han ilustrado al convento de Oxford, que fué donde tomó el santo hábito de la religion seráfica. Para ingresar en ella hubo de renunciar no solo á su muy pingüe patrimonio y á los puestos eminentes en que hubieran podido colocarle los méritos y antecedentes de su familia, que eran á la verdad nada comunes, sino lo que es mucho más, renunció tambien á lo que podia esperar legítimamente del gran talento con que Dios le dotára, ejercitándose en el estudio constante de las letras y de las ciencias de que fué no solo doctor, sino profesor en la muy célebre y muy científica universidad de Oxford,

donde se acreditó sobremanera por haber sido indudablemente el que mejor comprendió y explicaba el texto algo oscuro del celebradísimo Pedro Lombardo. Claro está que si él hubiese seguido al frente de una cátedra que desempeñaba con tanto honor, el mundo científico se hubiese agrupado en torno suyo, porque sabido es que con especialidad en aquella época, el Maestro de las sentencias y su libro eran el objeto de la atencion de cuantos hombres valian algo en el órden literario, y el anhelo de los primeros talentos era poder interpretar con acierto lo mucho que en el libro verdaderamente apreciable, pero un tanto confuso, se deseaba con razon para llegar al perfecto conocimiento de la importante materia de que se ocupa. Pues bien, á este triunfo tan legítimo y que consiguió tan á sus expensas, digámoslo así, porque para lograrlo hubo de emplear dias y dias en penosos estudios, y noches y noches en difíciles investigaciones; á la honra tan especial de que un número inmenso de discípulos atraidos de todas partes, repitieran admirados su doctrina, y se gloriasen cada uno en su nacion y en su destino tal vez el primero de su estado, en repetir «esto lo aprendí de Ranulfo;» al señaladísimo galardon de que todos ansiáran mirarle y más y más se complaciesen en esto; y señalándole con el dedo dijeran: hé ahí el sábio cuya admirable doctrina, emitida con tanto acierto, muestra ciencia, erudicion y muy sano criterio; á todas estas y otras muchas más glorias que le hubieran resultado en la cátedra de Oxford, renunció Ranulfo Lokeslio, y caminando pocos pasos, buscó en el convento de su mismo pueblo el asilo donde estaria seguro de los embates de la vanagloria, y donde esos triunfos legítimos, es verdad, pero algun tanto vanos no le podrian soliviantar ni áun satisfacer, porque sabia que allí tenia otro fin más importante, aunque ménos visible en sus efectos, y otros medios de hacerse apreciar, aunque ménos fastuosos y al parecer ménos trascendentales, aunque en realidad de verdad nada puede ser tan trascendental como el asegurar y procurar á los fieles su salud eterna, en cuyo importante designio logra tambien muy buena suerte quien lo procura, porque el Señor bendice nuestros buenos intentos haciéndolos eficaces, y á nosotros nos da su gracia para que tambien nos aprovechemos de lo mismo que distribuimos, por decírlo así, entre nuestros hermanos. Habremos de omitir las reflexiones á que se presta la biografía del P. Lokeslio, porque si en ellas nos detuviéramos, un gran volúmen sería el resultado de nuestro trabajo, y trazando á grandes rasgos su historia nos convenceremos de que fué un hombre verdaderamente grande, es decir un hombre que con sus obras secundó los designios de Dios al dotarle de un talento tan privilegiado. Examinemos, pues, lo que sucederia en el convento de Franciscos de Oxford, luego que se les indicó por el tan acreditado profesor su deseo y designio de ingresar en aquella santa casa, y veamos,

si es posible, la admiracion de parte de los unos, las conjeturas de toda clase de parte de los otras; unos pensando ridículamente en aspiraciones ulteriores de parte de Ranulfo, que á la verdad ni por su mente habian pasado siquiera; otros inventando quisquillas infundadas sobre motivos de ningun momento, que le obligáran á tomar aquella resolucion, y todos equivocándose grandemente, porque ninguno de estos era su fundamento, puesto que no procedia sino de la íntima conviccion que adquirió de que es de todo punto imposible buscar y hallar su salud eterna en medio de los peligros del mundo, que hay necesidad, precision de huir de él para ponerse á salvo de sus asechanzas, tanto más temibles cuanto que en la mayor parte de los casos parece como que estan contrarestadas con cosas, que, si no son naturales, por lo ménos se acercan muchísimo á lo natural. Todas estas cosas por más que pasasen en el interior del convento, y por más que los religiosos no se las comunicasen unos á otros sino en el seno de la amistad, es lo cierto que mortificaban algun tanto á Lokeslio, que hubiese querido que su nombre se hubiera olvidado luego que se levantó de la cátedra para sentarse en el noviciado; sin embargo, en este primer suceso de vida religiosa, que podremos muy bien considerar como la preparacion en ella, ya dió un admirable ejemplo de virtud sufriendo cuanto de él dijeran unos y otros con tal resignacion, que los mismos que le murmuraban, que como es consiguiente estaban muy atentos para ver lo que lograban, no pudieron siquiera notar en él la más mínima señal de turbacion ni de desconfianza ni de ninguna de esas otras cosas que dicen disgusto. Tal fué la reserva que sobre el particular se impuso este hombre tan prudente. Ingresó, pues, como si tal cosa en la religion, y desde el primer dia de su noviciado mostró en la práctica que no le era desconocido cuál debia ser el religioso al ingresar en un instituto cualquiera, y mucho más el religioso franciscano cuya Orden exige más rigor, más penitencia y humildad aún que la que se requiere en los demás institutos monásticos y religiosos. Exactísimo fué en la observancia hasta de las más menudas reglas, y tan obediente que no solo á la voz de sus superiores y del maestro de novicios, sino lo que es muchísimo más, á la indicacion del menor de la casa y del lego de ménos importancia, acudia con tal presteza y obediencia, con tal diligencia, que todos se admiraban y todos se complacian en gran manera, no cansándose de repetir que era preciso que Dios á manos llenas hubiese derramado su gracia en este hombre singular, cuando se le veia portarse de aquella suerte. Llegó pues el momento de su solemne profesion, y la hizo con tanta admiracion de todos como pompa exterior, pues tanto en el convento como en su familia se deseó y procuró que nada quedase por hacer para que esta solemnidad, que decidia de su futura suerte, fuese lo que convenia tratándose de un hom-

bre de sus circunstancias, que, como llevamos dicho, eran todas especialísimas. El por su parte emitió sus votos con entereza, con voz clara y conmovida, pero demostrando que lo hacia con toda la decision posible y con el solo anhelo de agradar al Señor y procurar su mejor servicio; y ni la ostentacion con que la ceremonia se verificaba, ni los concurrentes, que fueron la mayor y mejor parte de la poblacion, pudieron distrarle en lo más mínimo, ántes por el contrario, parecia que todo le ayudaba á unirse á Dios por los lazos más íntimos, y parecia demostrar en todo y por todo la abnegacion con que abandonaba el mundo, pues que las cosas mismas que acontecian á su vista, pasaban cual si no pasasen. Trascurridos, pues, los primeros dias en que el recien profeso estaba, digámoslo asi, fuera de su centro, ya porque tenia que emprender un sistema algo diferente del que habia observado en el noviciado, ya tambien porque tenia que atender, hacer y recibir los cumplidos justos y con que unos y otros le favorecian, fué necesario á la comunidad ocuparse de lo que habia de hacer de tan ilustrado religioso. No vacilaron un momento en dedicarle á la enseñanza, y esto era hasta natural, pero ántes le hicieron ascender al sagrado órden del presbiterado, venciendo para ello la resistencia que oponia sin otra razon que la de que no era acreedor á tamaña distincion, ni se encontraba con méritos para ascender á tan sublime altura. El espíritu de obediencia á que le obligaron acerca del particular, venció, como no podia ménos de ser, toda la resistencia del P. Ranulfo, y se le vió subir al altar con el mismo respeto, con la misma fe y sumision cuando cantó Misa, que cuando hacia sus votos, término para él de su carrera y ascensos, pues nunca se creyó seria encumbrado á tan alta dignidad. Dicho se está que un hombre de su saber y de su virtud, y para quien el importante ejercicio de dirigir las conciencias y de predicar la divina palabra merecia todo el aprecio y estima que le es debido, no podia ménos de prevenirse para su desempeño de un modo enteramente especial, así que á un estudio muy profundo de la importante materia moral sobre que estas dos obras tan importantes como trascendentales giran, añadió un exactísimo cuidado para observar y un firme propósito, que cumplió con religiosidad exactísima, de consultar siempre que un caso le pareciera tan árduo que él no le alcanzase; y deponiendo para cumplir su buen propósito toda especie de sentimientos ante el de amor de Dios, porque á la verdad la accion tenia mucho de excelente y no podia considerarse como vulgar; porque no reparaba nunca, ni en quién era á quien preguntaba, ni áun lo que inquiria, y esto ni por desprecio ni por presuncion, sino porque estaba en la conviccion íntima de que el Señor busca para cumplir sus fines medios, que segun el juicio que el hombre puede formar, y segun lo que se desprende de lo que vemos, no son los adecuados, pero que el Señor

mismo atrae haciendo de esta manera más importante y más admirable lo que era completamente inesperado. Como excelente orador calificaron desde luego las gentes al ya tan conocido P. Lokeslio, y los que se acercaron á él como ministro del sacramento de la penitencia, no pudieron ménos de admirar el acierto y la prudencia, la benignidad y rectitud con que juzgaba y aconsejaba en los casos más difíciles, así que los párrocos y rectores de iglesias para que predicára, y los fieles para que confesase, lo buscaban con afan, hasta que hubo necesidad de que los superiores resolvieran que predicára muy poco y que confesase no más que un rato cada dia, para que no se estropeára y pudiese cumplir con los otros ministerios en que creian conveniente ocuparle, para bien no solo de la comunidad en que vivia, sino de toda su Orden, pues para todos era el provecho que habia de resultar de los servicios del P. Lokeslio en el importante ejercicio de la enseñanza á que se le iba á dedicar. Efectivamente, apénas llegó la época de comenzar la enseñanza en los colegios, cuando se vieron reunidos en Oxford por indicacion ó más bien mandato de los superiores respectivos los jóvenes que más esperanzas daban de que serian algo, ya por su talento, ya por su aplicacion demostrada en las ocasiones que habia habido, bien dentro de la religion seráfica, bien ántes cuando sus pretensiones y demás. Todos estos venian para aprovecharse de la buena doctrina de Lokeslio, sobre la cual creo que se dice bastante con hacer notar que satisfizo á todos, áun á aquellos que habian tenido que venir de Oxford por obediencia, y que como es consiguiente venian desanimados, y puede decirse que prevenidos contra el maestro, ó por lo ménos contra los superiores que los habian obligado á venir. Pues bien, todos quedaron tan satisfechos y vieron por sus ojos cuán oportuna habia sido la idea de traerlos á este colegio, donde el profesor era tan diestro, que ya sintieron el no haberse dejado, por decirlo así, llevar con mayor docilidad, porque pensaban que aquella tenaz aversion suya ántes de conocer al maestro, aquella repugnancia á ponerse bajo su direccion, aunque era no personal sino local, por decirlo así, podrian serles algo contrarias, porque podria haber llegado á disgustar al Padre, y esto servir para que les mirase con alguna prevencion. Que se habian equivocado lo vieron desde el primer dia, y que el aprecio del sapientísimo maestro era igual para todos, tuvieron ocasion de convencerse de ello en el trascurso de su carrera, y no solo de la suya, sino de la de los que vinieron despues de ellos, pues para todos tuvo siempre el Padre gran benignidad, entrañable cariño. Entre tanto se verificaban en el convento y fuera de él dos luchas que, girando ambas sobre el mismo Lokeslio, daban gran idea de lo que valian, demostraban hasta la evidencia que todos deseaban valerse de sus servicios para obtener de ellos el resultado que debia esperarse, lo primero, de

sus excelentes disposiciones, y lo segundo, del nunca desmentido afan y ahinco con que procuba siempre el cumplimiento de su deber, cualesquiera que fuesen los sacrificios que le impusiera el llenar debidamente su cometido. Los frailes, pues, meditaban la conveniencia de que le hicieran superior de la casa, porque el guardian salia investido con la alta dignidad episcopal, y los de la poblacion, y en particular aquellos hombres de letras, que parecen tomar á su cargo y cuidado, y procurar por todos los medios imaginables, que la tierna juventud tenga cuanto ha menester para su aprovechamiento, y que lo hacen guiados ó por el recuerdo de lo mucho que á ellos mismos valió el celo é interés de sus maestros, ó porque ven por el contrario que con mayor interés y celo ellos hubieran podido valer más; deseaban que el P. Lokeslio, saliendo del reducido círculo de sus frailes, enseñára en las catedras públicas de la universidad, como antes lo habia hecho, y pudiese así lograrse con más abundancia el fruto de sus tareas, dirigidas siempre al bien general. Ambas luchas, empeñadas por motivos y personas tan distintas, tomaron proporciones y llegaron á estado en que solo los superiores podian ventilarlas, pues que el P. Ranulfo no decia nunca ni á los unos ni á los otros otra cosa, sino *yo por mí nada quiero, pero nada rehuso, cúmplase acerca de mí la voluntad del Señor, que de cierto será esta la de mis superiores.* Meditaron, pues, los superiores el medio de conciliar las dos peticiones, porque en ambas veian conveniencia, y no le hallaron, porque cada uno de los cargos exige toda la atencion de un hombre, y es materialmente imposible, áun prescindiendo de las fuerzas mentales que hubiera de poner en ejercicio, es materialmente imposible que un hombre sea á la vez maestro y superior; porque mil de las cosas que en este cargo tiene que cumplir le llamarian la atencion en la cátedra; y tendria esta que estar desempeñada por suplentes con lo cual ni se conseguia el objeto de que los alumnos adelantasen, ni se lograba la honra que era debida, porque los progresos científicos serian muy escasos. Dicidiéronse, pues, á hacer ver á la comunidad los inconvenientes que se seguirian de esta eleccion, aunque otros no hubiese sino el sacar al Padre de su centro para ponerle en otro estado donde podria, eso es innegable, prestar importantes servicios, pero ni estaba tan acostumbrado, ni eran tan de su gusto, porque así como á enseñar le llevaba la inclinacion, á mandar nunca fué aficionado, ántes por el contrario dijo siempre que era muchísimo más seguro y fácil obedecer; y les inclinaron á nombrar guardian á otro padre de los muchos de quienes podian echar mano, y que sin embargo no eran tan notables como Ranulfo en el órden literario; y á los hombres de letras, y especialmente á la universidad, se la contestó accediendo á sus deseos y estimando en gran manera la deferencia que á la Orden se hacia en la persona de su tan distinguido

miembro el P. Ranulfo Lokeslio. No puede describirse el contento que produjo en todos la noticia de que el Padre volvia á su catedra, pues tanto los discípulos como los maestros se complacian vivamente en oir de nuevo en los ámbitos de aquel tan célebre santuario de las ciencias, una voz tan autorizada, digámoslo asi, tan sonora, como que ella llenaba el inmenso vacio que se habia notado durante el tiempo que su puesto habia sido ocupado por otros distinguidos profesores, que sin embargo no llegaban á su altura, acaso porque no tenian el método y precision que parecia formar su carácter. Pudiéramos citar como una prueba de la complacencia y entusiasmo con que se le recibia, la ovacion que se le tributó en el momento de presentarse en cátedra, pero como esto disgustó en gran manera al Padre, porque decia no ser propio, ni áun conveniente tratándose de personas de sus circuntancias, no queremos hacer mérito de ello, así como tampoco nos parece necesario advertir que en el desempeño de su cátedra mostró muy á las claras lo que habia crecido su ciencia con los estudios hechos en el retiro del claustro, y que se habia despojado completamente de la pequeña parte de presuncion que ántes tuviera, porque ahora además de teología enseñaba todas las virtudes con sus admirables ejemplos y más que nada la humildad, que siendo en él profundísima, queria que todos la aprendieran, para que sobre ella basasen tambien sus conocimientos, luego que por el estudio y demás los fueran adquiriendo. En las circunstancias del P. Lokeslio, y luego que pasaron algunos años, hubiera podido muy bien obtener los honores y descanso de Padre maestro jubilado, con solo que lo hubiese intentado; sin embargo, no quiso siquiera el que sus discípulos hiciesen en pro de él la gestion de esta tan honrosa como merecida recompensa de sus tareas, y vivió en la catedra todo el tiempo que el Señor quiso tenerle en el mundo, y desde ella vino al lecho de dolor á sufrir la enfermedad de cuyas resultas bajó al sepulcro. Imposible es pintar el sentimiento que produjo en todo Oxford la noticia de que el P. Ranulfo Lokeslio estaba enfermo, y cuando ya se supo que desgraciadamente su enfermedad no tenia remedio, sino que ella era la que le hacia acabar de vivir, el sentimiento creció hasta donde saben llevarlo los pueblos que comprenden bien lo que vale una persona que se interesa por su mejoramiento, en cualquier término en que lo supongamos. Es innecesario decir que toda especie de cuidados se le procuraban por todos, y que su comunidad misma, más interesada que nadie en su conservacion, hacia cuanto estaba de su parte para procurar su alivio y alejar lo más posible el momento de su muerte; mas cuando entra en los designios de Dios llevarse para sí á un sugeto, la naturaleza obedeciendo á la voluntad divina no puede conservarle por más tiempo, las fuerzas que ella presta y que son convenientísimas en circunstancias ordinarias, ó por mejor decir

las únicas que sostienen al hombre, le abandonan y muere, siquiera para evitar este accidente se empleen todos los recursos imaginables. Miremos cómo se portó el Padre en los últimos momentos de su vida. La habia pasado toda en perfecta conformidad con los designios de Dios nuestro Señor, conociendo que á Su Majestad pertenecian y que no solo la habria de emplear toda en su servicio, sino que tambien habia de tenerle como en depósito para cuando la reclamára su legítimo Señor; así que bajo estas ideas, cuando todos se perturbaban porque veian acercarse su fin; porque veian abreviarse los dias de su existencia; él con una calma admirable, con una serenidad pasmosa, hija de su fe en Dios y de su gran confianza en el Señor, veia tranquilo deslizarse los instantes que le acercaban al sepulcro, y ni una vez siquiera pensó en que se retrasára el momento de su muerte, porque siempre estuvo conforme con los intentos de Dios. Pidió se le administrasen los santos sacramentos de la Iglesia, y en su recepcion dió muestras de su profundo saber, pues ostentando la piedad más sólida, y todas las demás virtudes que son conformes al estado religioso, dió á entender que habia tenido la verdadera ciencia, la ciencia de buscar á Dios y hallarle, á consecuencia de lo cual habia hallado su salvacion y ventura, pues que así lo asegura el Espíritu Santo. Aprovechó el momento solemne en que toda la comunidad viene á la celda ó alojamiento del enfermo, despues que se le ha administrado, para dirigir al Señor todos reunidos las preces marcadas á este fin, para dirigirse por última vez á sus amados hermanos; y con voz imponente, aunque débil, pero con un espíritu entero y rectísimo, les hizo comprender ó más bien recordar lo mucho que exponia quien no vivia conforme al estado para que habia sido llamado por Dios, y lo muy obligados que estaban al reconocimiento al Señor por haberles llamado al más perfecto que puede darse. Calló despues para no hablar más de las cosas de la tierra; acompañó con verdadero espíritu las oraciones de sus hermanos; se encomendó muy de veras á su Dios, y no mucho despues de que la comunidad se retirára, solo con un padre que estaba á su cuidado, é invocando el nombre de Jesus y la proteccion de María, espiró no se sabe qué dia del año 1310. Apénas se comunicó la noticia de este triste acontecimiento, que venian presurosos de todos los barrios de la ciudad para encomendar á Dios al difunto, y ver sus mortales despojos. El más vivo sentimiento se retrataba en todos los semblantes, y demostraba hasta la evidencia lo justo y merecido que era este aprecio el hecho de ser tan universal y la circunstancias de su espontaneidad, pues que nadie aguardaba á nada para mostrar el afecto que le producia una pérdida sensible en todos conceptos, porque Lokeslio, como hombre de ciencia, era una especialidad; como hombre de trato social, muy apreciable; como religioso, excelente; y además muy caritativo y celoso

por la gloria de Dios en el ejercicio de su importantísimo ministerio sacerdotal. Cómo era consiguiente, al fallecer un miembro del profesorado de la universidad, esta debia procurar que sus honras fúnebres fuesen convenientes, es decir, que tuviesen la suntuosidad debida y que acudiese á ellas el claustro, que en otras circunstancias las hubiera hecho en su propia iglesia; pero que hubo de contentarse con asistir en corporacion al convento de Franciscos, porque el Padre, previendo acaso lo que podria suceder, habia mandado muy terminantemente que sus exequias se celebrasen en su propio convento, y que no fuesen ostentosas, sino que estuviesen en armonía con lo que debia ser un fraile francisco. Así se hizo, fué solemnísima la ceremonia, pero sin pompa ni lujo, con un concurso inmenso, y ocupando los sitios de preferencia los doctores con los religiosos, que en la misma alternativa llevaron el féretro desde la tumba al lugar donde se depositó. Despues de las honras del P. Ranulfo Lokeslio, en cuya solemne ceremonia estuvieron, como hemos dicho, reunidos el claustro y la comunidad; surgió una pequeña diferencia entre ambas respetables corporaciones, pero diferencia que honra tanto á los unos como á los otros, y por este motivo nos creemos obligados á referirla. La universidad quiso que se hiciese oracion fúnebre, bien por un doctor de su claustro, bien por uno de los PP. Franciscanos; pero éstos indicaron ser cosa opuesta á lo que deseaba el difunto, y por lo tanto se conformaron con que no se hiciese, quisieron despues poner una lápida ó inscripcion sobre el sepulcro de su antiguo compañero, y la comunidad no lo consintió tampoco, y de aquí se disgustó la universidad, porque creia poca galantería del convento el no acceder á este deseo suyo; se disgustó la comunidad, porque pensaba que era exigencia de la universidad, toda vez que allí no estaba en costumbre el poner á nadie señal alguna ostensible, porque se habia mirado como muy conforme al espíritu de pobreza, que deben tener los hijos de Francisco, el que ninguno pudiese parecer más que los otros por una distincion, que no es más que miseria, vanidad, nada. Cortóse la diferencia remitiendo la comunidad al claustro de la universidad una muy atenta comunicacion en que hacian ver esto mismo, y algunos libros de Lokeslio con algun manuscrito suyo, en señal de deferencia. Deferencia á que la universidad contestó tambien con una muy cumplida carta claustral y algunas otras cosas, que sirvieron para estrechar más y más los vínculos de union entre unos y otros. El P. Ranulfo Lokeslio se hizo célebre como religioso por la puntual observancia de sus reglas y su celo por la salvacion de las almas; como maestro, por lo profundo de sus conocimientos, por lo exacto de su método, y por la erudicion y concierto con que explicando facilitaba el conocimiento de los puntos más complicados y difíciles. Tambien como escritor mereció una reputacion grande y que hace

inolvidable su nombre, áun cuando quisiese la ingratitud de los suyos hacerle olvidadizo. Tuvo mucho tiempo para escribir, porque el método que él observaba para todas las cosas, le hacia que tuviese lugar para todo; y aprovechó ciertamente este tiempo, porque sus escritos, sobre no ser cortos, son difíciles y muy importantes, y ha habido por consiguiente necesidad de consultar mucho por su ilustrado autor, cada vez que sentaba, digámoslo así, la pluma. En primer lugar nuestra incapacidad, y luego el haber de reducirnos en el relato, pues las dimensiones de este artículo son ya algo largas, no nos permiten entrar en un exámen crítico de los trabajos científicos y literarios de este Padre; sin embargo, faltariamos al deber que nos impone nuestro cargo de biógrafos, si no dijéramos que fué verdaderamente notable el que un hombre que manejó la pluma de una manera envidiable, escribiendo sobre el Maestro de las Sentencias, escribiese al mismo tiempo un libro de mística, que es lo que hay que ver; así como es admirable que en las muchas refutaciones, argumentos y demás cosas que hizo y publicó, no haya siquiera una que hiera, ni mucho ménos que ofenda aún á aquellos que en opiniones de escuela eran sus contrarios, y que refutados por él, lo habian de ser con toda la energía y acierto que él acostumbraba. Vamos, pues, á referir, ya que otra cosa no sea, su obra clásica, Es la que tituló: *Libri quatuor super Magistrum Sententiarum*; en esto se ve cómo tenia él conocido hasta el espíritu que animaba al sabio autor del inmortal libro, y comentando y explicándole, aclara algunas inexactitudes en que incurriera Pedro Lombardo más por descuido que por ignorancia. Escribió el libro *De paupertate Evangelica*, obra mística que parece salir de una pluma que toda su vida se ha ocupado de esto y solo de esto: y por último, escribió *Varia opera super Aristoteles*, con otros muchos opúsculos, memorias y juicios críticos, que reunidos forman un gran volúmen, y que tienen muchísima importancia, porque esclarecen muchas dudas y tienen un estilo peculiar, pues manifestando todo cuanto su autor quiere sobre los puntos que toca, no hieren ni áun á los más susceptibles, y dan muchísima instruccion á los que quieran aprovecharla. — G. R.

RANULPHO (Fr. Ricardo), trinitario. Fué natural de Inglaterra, aunque se ignora de qué punto, y nació en el primer tercio del siglo XIV, hácia el año 1327. Cursó las ciencias en la famosa universidad de Cambridge, tomando el hábito de trinitario en un convento de esta Orden, situado en el condado de Aberdeen, en la Escocia. En este convento dió pruebas patentes de su erudicion con motivo de un suceso que ocurrió, y que á más de acreditarle, sirvió para elevarlo á la privanza del monarca. Reinaba á la sazon en Escocia Roberto II, por los años 1374, y habiendo cierto sugeto publicado una disertacion muy lisonjera á las miras del Rey, que eran bastante

contrarias á las inmunidades eclesiásticas, el P. Ranulpho, como era tan celoso de los derechos de la Iglesia, contestó á la mencionada disertacion con otra tan docta y ajustada como el asunto requeria. El autor de la primera, resentido de que se le atribuyeran ideas aduladoras y que le acusasen de lisonjero, y deseoso de vengarse al mismo tiempo de la respuesta del Padre Ranulpho, le acusó tambien ante el Rey, haciéndole creer á éste que con su defensa tendia á menoscabar su autoridad y sus derechos, lo que podia perjudicar mucho á su crédito y su buen nombre. Indignado el monarca al oir tal informe, mandó extrañar del reino á Fr. Ranulpho, quien acatando la régia disposicion, se disponia á obedecerla, cuando los superiores de su Orden y muchas personas influyentes del reino tomaron su defensa haciendo ver al soberano que perdia en Fr. Ricardo un leal vasallo, doblemente recomendable por su santidad y su virtud. Cambió el Rey de parecer en vista de los buenos informes que se le daban, y no solo revocó la órden de destierro, sino que en compensacion de la ofensa hecha á Ranulpho con su mal juicio, le llamó á la corte para tenerle cerca de sí, y le nombró predicador mayor de la Real capilla y consejero de su conciencia, señalándole renta suficiente para vivir con decencia y desahogo. El primer uso que el generoso P. Ranulpho hizo de su honrosa privanza, fué pedir al Rey que procurase los adelantos del envidioso escritor que tratára de perjudicarle. Accion, cuya nobleza no pudo ménos de convencer al Rey, si alguna duda le quedaba de la honradez con que el buen religioso obrára en todos sus actos. Permaneció Ranulpho al lado de Roberto hasta que ocurrió el fallecimiento de éste, y entónces se retiró á su convento. Pero ascendiendo al trono de Escocia Juan, que tomó el nombre de Roberto III, monarca tan justo como piadoso; accediendo á las instancias de algunos nobles y á las indicaciones de otras personas que le manifestaron de cuánta utilidad le seria tener á su lado á Ranulpho, le reintegró en el goce de sus títulos y honores, mandándole volver á la corte. No tuvo, sin embargo, efecto esta determinacion, por haber asaltado la muerte al sabio religioso cuando se disponia á abandonar de nuevo su retiro. Falleció el dia 19 de Mayo de 1391.—M. B.

RANUZZI (Angel María). Fué este Cardenal patricio bolonés, de la familia de los condes de la Porretta, que floreció en el siglo XVII. Luego que concluyó con brillantez sus estudios en la universidad de la ciudad de Pádua, viajó por diversos paises de Europa para instruirse, y fijándose al fin en Roma, se dedicó al servicio de la Santa Sede, siendo diputado sucesivamente á los gobiernos de Rimini, Rieti, Camerino y Ancona, en todos los que adquirió fama de inteligencia y de sumamente justificado. Alejandro VII, pontífice que conoció su capacidad, le nombró vicepresidente de Urbino y despues comisario general del ejército papal, que se reunió por

temor de que ocurriese una guerra con motivo de las diferencias que la corte de Roma tenia con el duque de Crequy, embajador de Francia. Habiendo llenado su comision á satisfaccion del Pontífice, fué nombrado en 1667 inquisidor de Malta, y despues Clemente IX le mandó de nuncio á Turin, desde donde pasó á la nunciatura de Polonia, en cuya nacion logró con su ingenio y prudencia poner término á las discordias civiles que destrozaban á aquellos naturales; en lo cual complació sumamente al pontífice Clemente X, que le tomó mucho afecto. Excitó á los magnates á volver las armas contra los turcos, que afligian algunos puntos de la Polonia, y como para tal empresa les faltase el dinero, contribuyó con dos mil escudos y su vajilla de plata para que se convirtiese en moneda; generoso desprendimiento que sirvió de saludable ejemplo al clero polaco, que suministró lo necesario para sostener la guerra. Disgustado al ver que á pesar de cuanto hizo por evitarlo, se renovaron las enemistades intestinas entre los nobles, logró que se le llamase en 1678 por arzobispo de Damieta, y el papa Inocencio XI le declaró obispo de Fano. Deseando este Pontífice premiar de algun modo los servicios de Ranuzzi hechos á la Santa Sede, le mandó de nuncio á París, considerándole con la capacidad necesaria para desempeñar este cargo, en las circunstancias graves en que se hallaba la Francia, y procurar la paz con los austriacos, españoles y alemanes á fin de que todos volviesen sus armas contra los turcos que amenazaban una invasion contra la cristiandad. Llamado á Roma para sustituir al cardenal Paluzzi en el gobierno de Urbino, se le dió el gobierno de la Marca. Celoso obispo de Fano, visitó la diócesis, fundó su seminario, reparó perfectamente la casa episcopal de cierta ruina, y en fin, hizo que pudiesen conocerse siempre en el país los rasgos característicos de su munificencia. Luego que terminaron las diferencias que tenian interrumpidas las relaciones entre Francia y Roma, fué encargado en cualidad de nuncio extraordinario para llevar las *fajas benditas* que acreditaban la buena armonía que se inauguraba entre ambas cortes. Agradecida la Santa Sede á tantos y tan importantes servicios como Ranuzzi la habia hecho, Inocencio XI le creó cardenal sacerdote el 2 de Setiembre de 1686, y en el de 1688 le nombró arzobispo de Bolonia. Luego que murió este Pontífice partió de París adonde le cogió la noticia, para asistir al cónclave en que habia de elegirse su sucesor. Al atravesar el Delfinado fué acometido por una cuadrilla de ladrones que le despojaron completamente de su rico equipaje, inclusos los preciosos escritos de su ministerio, lo que le afligió sobremanera. Al llegar cerca de Roma quiso ir á despedirse de su predilecta diócesis de Fano, pero asaltándole la muerte de repente al llegar á su iglesia, murió en 1689, á los setenta y tres años de edad, con sentimiento de todos los que le conocian. Su cuerpo fué sepulta-

do en la catedral de esta ciudad, en donde le recuerda un modesto epitafio. —B. C.

RANUZZI (Vicente). Nació de una familia noble en Bolonia el dia 1.º de Octubre de 1726. Recibió una educacion conveniente á su ilustre alcurnia, hizo con éxito sus estudios, y cuando los acabó, sintiéndose con vocacion para ello, resolvió dedicarse al estado eclesiástico y al servicio de la Santa Sede. Despues de haberse hecho sacerdote obtuvo diversos cargos, y admitido en la prelatura romana, fué nombrado ponente de la consulta, en la que llegó á ser el subdecano, en cuyo caso le fué conferido un canonicato de la Archibasílica de S. Juan de Letran. Observando el pontífice Pio VI su laudable conducta, su ingenio y apreciables cualidades, le juzgó digno del episcopado, y el dia 1.º de Octubre de 1775 le declaró arzobispo de Tiro *in partibus*, y su nuncio apostólico cerca de la república de Venecia. El buen desempeño de la nunciatura le valió en 1782 ser promovido á la de Lisboa, corte del reino de Portugal, y como en esta sirviese á la Santa Sede con un celo distinguido, el Papa le creó en el consistorio de 14 de Febrero de 1785, cardenal del órden de Sacerdotes, y obispo de Ancona y de Umana, mandándole al correo pontificio Ambrosio Faini, con la noticia de su exaltacion y el birrete cardenalicio, destinando para ablegado apostólico con el capelo á Luis Gregorio de Foligno. Léese en el número 1102 del *Diario de Roma*, que el 22 de Junio el rey de Portugal Pedro III le dió en nombre del Papa el capelo cardenalicio con toda la ostentacion de aquella espléndida corte, en cuya funcion despues que el ablegado efectuó la presentacion del capelo en nombre del Papa, y las distinciones recibidas por la corte, obtuvo del Cardenal como regalo un grueso brillante guarnecido de otros más pequeños y una estola de oro bordada primorosamente. Volviendo á Roma el Cardenal, recibió de Pio VI el título de la iglesia de Santa María de Minerva, y los de las congregaciones de Obispos, de los Regulares, de la inmunidad del Concilio, y de las Indulgencias y santas Reliquias. Fuése despues á su obispado de Ancona, en donde al finalizar el siglo pasado y despues de proclamada la república, fué insultado y forzado á prestar juramento de fidelidad á la república francesa y á la democracia, segun manifiesta Leoni en su *Ancona ilustrada*; en la que le elogia mucho, pero esto no le evitó experimentar todas las vejaciones y atropellos de aquella lamentable época. Segun Artaud, no pudo concurrir al cónclave de Venecia en que se eligió á Pio VII, al que tuvo el placer de ver en Ancona el 21 de Junio de 1800, en que le hospedó en el palacio que habitaba. Murió este buen Cardenal y Obispo en Ancona á los setenta y cuatro años de edad el 27 de Octubre del mismo año 1800, como se dice al número 89 del *Diario de Roma*, y fué sepultado en la expresada catedral.—C.

RANZAU (Cristóbal, conde de), descendiente de una antigua familia danesa, anunció desde su más tierna edad grandes disposiciones hácia la piedad y virtud. Sus padres y maestros pusieron un extremado cuidado en su primera educacion: frecuentó las academias y se entregó con tal ardor al estudio del derecho, que sabia de memoria todas las *Institutas*. En 1649 se dirigió á Helmstaedt, y se dedicó á la teología con la mayor aplicacion bajo la direccion del célebre Calixto. Recorrió la Holanda y marchó á Roma, donde tuvo ocasion de hacer los más profundos estudios sobre lo que forma la diferencia entre la doctrina católica y la doctrina protestante. Dos hombres bien conocidos Lucas Holsteim y Enrique Julio Blum, en combinacion con otros sabios y algunos jesuitas á quienes visitaba habitualmente, acabaron por decidirle á hacerse católico, y un escrito que le dirigió Calixto con fecha de 5 de Marzo de 1650 y se imprimió despues en 1652, no solo no llegó demasiado tarde, sino que fué refutado bajo el nombre supuesto de Ranzau. Este opúsculo, compuesto por el Holsteim, dice que el mismo Calixto habia decidido con sus principios al Conde á abrazar la religion católica; Calixto se defendió de estos asertos, Ranzau fué nombrado consejero íntimo del imperio, se casó en 1679 con Dorotea Hedwga, duquesa de Holsteim-Neubourg, la que fué hasta la época de su matrimonio abadesa de la abadía protestante de Gaudenheim. Ranzau convirtió á su mujer á la religion católica, y fué hasta su muerte, ocurrida en Agosto de 1691, muy celoso y decidido por la propagacion de la fe. Amigos y enemigos alaban su erudicion no ménos que su probidad. —S. B.

RANZAU (Juan Bautista). Nació en Burdeos el 5 de Diciembre de 1757, y hechos sus estudios con notable aprovechamiento, y mostrando siempre una aficion decididísima á las cosas de la Iglesia, recibió las órdenes sagradas y se dedicó al importante ministerio de la predicacion con tal éxito, que de todas partes lo llamaban y deseaban con avidez, porque á su mucha erudicion agregaba unas maneras extraordinariamente finas, un estilo sobre muy claro muy correcto, y tan persuasivo que no podia ménos de convencerse aquel que por cualquier motivo oia su voz. Ademas se habia penetrado tan bien de los defectos y necesidades de su época y de su patria, que todos los asuntos que proponia en sus sermones eran los más importantes, y como á su importancia se agregaba un tan acertado desempeño, su fama como orador sagrado crecia de dia en dia. Vino la revolucion, y nuestro buen Ranzau no creyó en conciencia que debia hacer el juramento que exigia á los clérigos como á los demás, por lo que hubo de expatriarse, en lo cual tuvo no poco sentimiento, pues era muy afecto á su patria. Recorrió la Inglaterra y la Alemania y se dirigió á Berlin, donde fijó su residencia, ocupandose en todas partes en el ejercicio de su ministerio, para lo cual le

ayudaba mucho el poseer, y poseer muy bien, tanto el inglés como el aleman, por lo cual era mucho mayor la admiracion que sus sermones producian, que lo que hubiese hecho un natural; razon en que se funda el que los frutos de sus tareas apostólicas fuesen tan abundantes que á él mismo le pareciesen demasiado. Antes de la revolucion habia estado algun tiempo en París, así que al concluir esta fué á la capital de Francia donde él se dirigió desde luego, y le recibieron como le habian tratado hasta entónces y como merecian sus excelentes cualidades. Volvió á vérsele en los púlpitos y á oírsele con mayor avidez que ántes y atendiendo á la capacidad que demostraba, al celo por la gloria de Dios de que estaba animado, á su prudencia, á su esmero en cumplir con sus deberes, á su tino para resolver las más árduas cuestiones y orillar dificultades que parecian invencibles, se pensó en él para una mitra, confiando y con razon en que habia de ocupar muy bien un tan encumbrado puesto, y de hacerse acreedor á que todos, mirándole como á padre, pues que los deberes de tal cumpliria con ellos, le fueran sumisos como hijos, para llegar á mejorar su época mediante la docilidad á la voz del celoso pastor que queria guiarlos al buen camino, á los deseos del ministro de Dios que solo se encaminaban á su bien, pero no á su bien efímero, material, perecedero, sino á su bien eterno, que nunca se acaba, y que llegando más allá del sepulcro, hace dichosa la eternidad, como habia hecho dichosa la vida. Saber el Sr. Ranzau que pensaban elegirle obispo y marcharse de París todo fué uno, y su marcha se hizo con tanto sigilo, se dispuso con tanto acierto, que ni siquiera se apercibieron de ella, hasta que notando los fieles que ya no predicaba y extrañados de esta novedad, comenzaron á preguntarse unos á otros, á inquirir qué habria sido del padre Ranzau, y supieron que por la sola idea de la posibilidad de ser obispo se habia ido huyendo de tan grande dignidad. Su direccion fué á Burdeos, su patria, y en aquella capital se encontró con Monseñor de Avian, que era entónces arzobispo de aquella diócesis, el cual le hizo canónigo de su iglesia, sin atender á ninguna de las excusas que para rehusar tal cargo le presentaba. Hubo, pues, de ser canónigo de la metrópoli de su pueblo, y poco despues le confirió el obispo el cargo importantísimo de vicario general. Desempeñaba muy bien su cometido, á satisfaccion del prelado, á satisfaccion del pueblo y á satisfaccion del mismo clero, que es cuanto puede hacer el hombre más hábil y más recto; pero esa rectitud era como debe de ser, como conviene á un hombre virtuoso, sin que en ninguna de sus acciones se encontrase ningun motivo de queja; y sus providencias, duras algunas veces, pero siempre dictadas en justicia, llevaban impreso en sí mismas un no sé qué de dulce y de bueno que atraia y hacia ser mejores á los mismos extraviados del buen camino. A este tiempo habia el cardenal Fesch, ar-

zobispo de Lion, concebido el gran proyecto de formar unas misiones arregladas, hechas con método para que diesen resultado, y conociendo la gran capacidad y lo á proposito que para esto seria el canónigo Ranzau, deseó vivamente que á él se confiase tan importante encargo; mas para lograr el que se le permitiese disponer de este hombre tan eminente y que no se disgustára el prelado de Burdeos al verse privado de él, fué menester la intervencion nada ménos que del Emperador, por no desagradar ó más bien desobedecer al cual cedió algun tanto el de Burdeos, y Ranzau pudo emprender sus trabajos apostólicos. Claro está que él habia de predicar la verdad, toda la verdad y solo la verdad, y esto produjo cierto disgusto, de modo que áun cuando las misiones se empezaron muy á gusto de los franceses y principalmente de los jefes del gobierno, ellos mismos, sobre cuyos actos incidental é indirectamente se fulminaba el anatema de la injusticia, trataron de prohibir las misiones y las prohibieron en efecto. Entónces Fesch quiso traer á su lado al Sr. Ranzau, cuyo mérito le era tan conocido, y efectivamente vino con él á París, donde el Emperador vacilando entre lo que oia contra este grande hombre y lo que oia en su favor, quiso cerciorarse por sí mismo y le hizo predicar en la capilla real de las Tullerías, donde tanto S. M. como toda su corte se admiraron grandemente del talento, de la facilidad y admirable manera de decir de este hombre tan eminente, tan á proposito para el púlpito, toda vez que desde esta santa cátedra lograba conmover instruyéndoles á toda especie de personas, desde el que ocupaba el sólio hasta el ignorante labriego. Vino al trono Luis XVIII, y conociendo muy bien el mérito de este hombre tan grande, tan distinguido, y queriendo recompensar de alguna manera sus sufrimientos por la causa de la verdad y de la justicia durante la época de la revolucion, le hizo su primer predicador ordinario y le confirió la presidencia de los canónigos de S. Dionisio. Mucho hubiese halagado tan importante puesto eclesiástico á otro que hubiera tenido por la salvacion de las almas ménos celo que el que tenia Ranzau, así que él, léjos de contentarse con esto y deseando continuar sus misiones, se unió al abate Janson, y emprendió de nuevo sus trabajos apostólicos con un éxito tanto más brillante cuanto que era motivado por solo la mira de amar y servir á Dios. Ellos iban á los lugares más pequeños como á las populosas ciudades; en todas partes dejaban oir su autorizada voz, y el resultado que obtenian como premio de todos sus trabajos era que por do quiera los llamaban y en ningun punto se daban por satisfechos de la corta estancia que necesariamente habian de hacer, porque les llamaba la atencion el haber de acudir á otras partes. Esto les inspiró la idea de formar una reunion ó como si dijeramos comunidad, cuyo objeto fuese misionar y cuyo instituto, reducido á reglas fáciles y que venian á ser como la perfeccion del ejercicio del

ministerio sacerdotal, fué aprobado por los obispos de Francia, y luego, en época un poco posterior, fué sancionado por Pio VIII, romano pontífice, con ocasion de haber ido su fundador á Roma por motivo de la revolucion que en fines del pasado siglo y en principios de este se ensañó tanto con la Francia, pudiéndose bien decir, y áun habiéndolo dicho hombres políticos de gran talento (Valdegamas), *que la revolucion aquella era una revolucion religiosa con apariencias políticas*, y claro está que como la sociedad de los Sacerdotes de la Misericordia, pues este fué el nombre con que el P. Ranzau quiso se distinguiesen los adscriptos á la sociedad que él formaba, tenia por principal instituto el de misionar continuamente sin elegir por su parte los lugares, sino yendo allí donde los prelados diocesanos dispusieran, y procurando siempre el menor gravámen posible, para que nunca pareciese la la santa mision pretexto para llevar una existencia cómoda ó regalada, sino que se hiciera estimar siempre cual era debido, como la obra que procura más adelantos en la civilizacion, toda vez que es la obra que ataca á los vicios en sus raíces, y demostrado está hasta la evidencia que los vicios son los que se oponen más á la verdadera y sólida civilizacion; habia de causar mucha odiosidad en los ánimos de los que hubiesen querido apartar á Francia del gremio católico, y hubieron ellos por consiguiente de hacer cuanto alcanzaron para impedir el que se propagára, acusando á los obispos que la protegian, aburriendo, digámoslo así, á su venerable fundador, burlándose de los que la profesaban, y atribuyéndola miras y tendencias que nunca tuvo, que no podia tener, puesto que su mision no era otra que procurar á las gentes con la reforma de sus costumbres la verdadera y única dicha á que podia llegarse en este mundo de miserias. Pio VIII sancionó el instituto, bendijo la obra, y pareció á la verdad que con la bendicion del Pontífice cayó sobre ella la bendicion de Dios, pues que comenzó para esta naciente sociedad una era de ventura, que llenó de consuelo á su fundador y aseguró su existencia, porque la hizo apoyarse sobre bases las más sólidas que se podian establecer. El pequeño número con que el Sr. Ranzau acometió su empresa, que en un principio se vió limitado á él y á su compañero, se vió aumentar hasta que no cabian en la casa, y de dia en dia se renovaban las peticiones de misioneros que hacian los pueblos todos, apénas comprendian las necesidades en que estaban de operarios celosos y caritativos, como por la misericordia de Dios lo eran los adscriptos á la nueva familia de Ranzau. París fué como la cuna de esta nueva familia de la Iglesia militante, y ella conservó siempre la supremacía, por decirlo así, habiendo sido de la que emanaban, y adonde refluyen todas las demás casas de este instituto que se han formado, y que siguen propagándose admirablemente. El romano Pontífice no se contentó con aprobar los estatutos de la naciente

sociedad, sino que quiso que una de sus casas fuese en la capital del orbe católico, para que asi pudieran los Estados Pontificios disfrutar tambien de la inmensa ventaja de la predicacion hecha por voto, que se hace á no dudarlo mucho mejor que cuando se desempeña por otros móviles, que nunca pueden ser tan nobles. Encomendó Ranzau al abate Janson la formacion de esta casa, que el Santo Padre deseó, en tanto que él daba impulso á su instituto por Francia, y la casa se formó efectivamente, poco numerosa en su orígen pues que se luchaba con el gran inconveniente de que no solo el fundador, sino el superior, eran extranjeros, y esto siempre es un obstáculo, pues que parece que impone algun tanto, áun cuando fuesen, como lo eran Ranzau y Janson, extraordinariamente afables, extraordinariamente delicados en su trato; asi es que luego que entraron en esta Congregacion algunos italianos, prosperó grandemente en Roma, como era de desear, por lo grande de su instituto, por lo oportuno de su fundacion. Burdeos habia de ser una de las capitales de provincia donde primero se estableciese esta naciente congregacion, y lo fué con efecto, pues apénas hubo establecido el P. Ranzau su casa en París, cuando pasó á Burdeos, y con el auxilio y ayuda de su familia fundó otra casa, que se dotó muy bien y cuyos alumnos fueron muchos, luego que vieron no solo el gran método que allí se guardaba, sino el fruto que se sacaba, tanto en órden á los fieles, cuanto en órden á los mismos misioneros, que si bien es verdad sufrian molestias y penalidades, como las sufrian por Dios, este supremo Señor era su premio y ellos se complacian como es justo en tener tan benéfica institucion dentro de sus muros. En todas partes se veian á muy poco tiempo de instituida esta corporacion los saludables efectos de ella, y los Padres que á ella pertenecieron daban con grande fruto misiones segun su único fin, moralizando á muchos pueblos que estaban ávidos de la divina palabra, y que la oian con gran gusto en cuanto se les predicaba. Imponderable es la complacencia que cabia á Ranzau al ver la bendicion que Dios dispensaba á su obra, y cuando él la consideraba establecida en tantas partes y bajo tan buenos auspicios, anhelaba por ir con su Dios, á que el Señor por su misericordia le concediera como premio de los trabajos de este mundo la posesion de su augusta soberanía. Oyó el Señor sus súplicas, y probándole todavía más en el crisol de la enfermedad, ya que lo habia hecho en el de los sufrimientos por que habia tenido que pasar hasta lograr el establecimiento y seguridad de su querida Congregacion, lo llevó para sí en el dia 7 de Setiembre del año 1847, en medio del más profundo sentimiento de los Padres de la Misericordia de la casa de París, que al ver morir al esclarecido sacerdote Juan Bautista Ranzau, sentian, como era justo, la pérdida de su ilustre fundador, pérdida si se quiere irreparable, porque no es fácil nazca otro

que tanto interés tenga por su instituto como este hombre, que habia trabajado tanto hasta verle planteado, y que habia tenido que vencer en su establecimiento todos los obstáculos que se oponen siempre á las obras buenas. El seminario de Burdeos creyó deber suyo hacer un elogio de este hombre grande, que habia recibido en él su educacion literaria, y que habia conservado siempre gratísima memoria de la casa donde aprendió lo que sabia; y para rendirle el homenaje que le era debido, resolvió que en la solemne distribucion de premios que en el fin del curso académico de 1848 se hizo, como todos los años se acostumbra, el director leyese un artículo necrológico á la buena memoria del Sr. Ranzau, bello en sus formas, sentido en el fondo, y que mereció los honores de ver la luz pública, siendo leido con afan, tanto porque compendia la vida de tan insigne varon, cuanto porque es un verdadero modelo, pues está perfectísimamente escrito y admirablemente sentido.—G. R.

RANZANI (Pedro). Nació en Palermo este religioso, de la ilustre órden de PP. Predicadores. Aficionado al claustro, tomó el hábito en la órden de Sto. Domingo el año 1428, y se distinguió tanto en ella, que en 1475 le llamó á su corte el rey Fernando de Nápoles para que se encargase de la educacion de los príncipes sus hijos, lo que hizo á satisfaccion del soberano. En 1479 fué elevado al episcopado á presentacion de este rey, y ocupó la silla de Lucera, que le concedió el papa Sixto IV. Distinguióse Ranzani en esta dignidad por su celo por la disciplina, que restableció en su clerecia, y por su aficion en adornar sus iglesias. Se hizo tanto amar de su diócesis y de todos, que á peticion suya se suprimió en su obispado el antiguo oficio para establecer el de su Orden, del que aún se servian en el pais en 1551. En 1486 el rey Fernando le mandó en calidad de embajador suyo cerca de Matías Corvino, rey de Hungría, que le consideró mucho, y del cual hizo el elogio fúnebre en 1490. Hallándose de vuelta en su iglesia, la continuó gobernando con grande acierto hasta su muerte, que tuvo lugar el año 1492. Reunió Ranzani á una sólida piedad grande erudicion. Habiendo abrazado la historia de todos los tiempos, la trató en sesenta y dos libros, de los que el último era la historia abreviada de Hungría; esta fué impresa en la Coleccion de historiadores del reino. Escribióse esta obra por las mismas memorias que la de Bonfini, y es el más exacto y el único libro de esta coleccion que se ha publicado, y se dice que el manuscrito completo se halla en Palermo, asegurando los que le han visto, que contiene excelentes trozos de geografía; y Leandro Alberti asegura haberse servido de ellos con mucha utilidad. Este sabio y erudito obispo escribió tambien la *Vida de S. Vicente Ferrer*, glorioso dominico español, honra de su Orden y gloria de su patria, la cual imprimió Surio, pero interpolada, por lo que es la mejor la que publicó el

P. Papebroch, á pesar de que le falta parte del IV libro y todo el V, á excepcion del principio.—C.

RANZON (P. Pascual), jesuita. En 19 de Setiembre de 1644 nació en la ciudad de Tarazona, y en 31 de Julio de 1662 entró en aquella religion. Enseñó con sábia diligencia y cuidado letras humanas, artes y teología. Túvole tambien siendo rector de los colegios de Calatayud y de Tarazona á fines del siglo XVII. Fué tambien examinador sinodal de este obispado, y así en los ministerios de la predicacion evangélica, como en los de su religion, mereció alabanzas su piedad, celo é inteligencia. Murió en Zaragoza el 9 de Abril de 1713. Escribió: 1.° *Oracion panegírica de S. Pascual Bailon, que predicó en S. Juan de la Ribera de Valencia en 17 de Mayo de 1675*; en esta ciudad, por Gerónimo Villagrasa, en dicho año, en 4.°—2.° *Sermon del glorioso é invencible mártir S. Jorge, patron de Aragon, que predicó en la Real Sala de la Diputacion de este Reino, y publicó el cronista Dormer*; en Zaragoza, por los herederos de Diego Dormer, 1676, en 4.°—3.° *Sermon que dijo el primer dia de pascua del Espíritu Santo, en que se celebra la memoria de la V. M. María de Jesus de Agreda, en el convento de la Concepcion descalza de esta villa.* En Madrid, por Juan García Infanzon, 1682, en 4.°—4.° *Admirable y ejemplarísima vida del V. P. Francisco Franco, de la Compañía de Jesus*; en Zaragoza, por los herederos de Diego Dormer, 1691, en 4.°—5.° *Sermon fúnebre en las exequias del Excmo. Sr. Duque de Villahermosa D. Cárlos de Aragon y Gurrea, que celebró la santa Iglesia de Tarazona en 18 de Agosto de 1693, en la villa de los Fayos*; en Zaragoza, en dicho año en la referida, en 4.°—6.° *Oracion fúnebre en las exequias de la Reina Doña Mariana de Austria nuestra Señora, que dijo en la santa Iglesia catedral de Tarazona en 9 de Julio de 1696*; en Zaragoza, por Manuel Roman, en este año, en 4.°—7.° *Sermones de la seráfica doctora Sta. Teresa de Jesus, predicados por el mismo, y dedicados al Rmo. P. Fr. Pedro de Jesus María, general de Carmelitas reformados*; en Zaragoza, 1703; son dos tomos en 4.°; se publicaron tambien en Madrid por Antonio Marin.—8.° *Glorias de Tarazona merecedoras en los siglos pasados de la antigua naturaleza de sus hazañas. Aumentada en la edad presente de la nueva gloria, valor y fidelidad de sus naturales. Dedicadas al Rey nuestro señor D. Felipe V por la misma ciudad*; en Madrid, en la Imprenta Real; por José Rodriguez de Escobar, 1708, en 4.° mayor, de 381 páginas. No lleva el nombre del autor.—9.° *Diferentes cuaresmas, adviento y sermones que predicó*, como lo refieren alabando su mérito el Dr. D. Miguel Esteban, chantre de la metropolitana de Zaragoza, en la censura de la segunda obra, el Mtro. Benedictino Fr. Millan de Córdoba, el Dr. D. Pedro Valdés, catedrático de Alcalá, dean de Ciudad Rodrigo, y otros que asimismo lo alaban. Tratan tambien del autor el cronista Rodriguez, en la *Biblioteca*

Valentin. pág. 238, col. 2, y el doctor Jimeno en los Escritores del Reino de Val., tomo II, pág. 81, col. I.—L. y O.

RANZONNIER (Juan). Nació este misionero en el condado de Borgoña el año 1600. Llevado á Flandes por su padre, allí terminó sus estudios en el colegio de Malinas, y en la misma ciudad abrazó la regla de S. Ignacio de Loyola, nuestro glorioso compatriota el fundador de la ilustre Compañía de Jesus; solo tenia diez y nueve años cuando tomó el hábito. Obteniendo permiso de sus superiores para ir á América á predicar el Evangelio, partió al Nuevo Mundo, y llegó al Paraguay el año 1625. En 1632 se dirigió á los Itatinos, y tuvo la suerte de convertirlos á la fe católica. Pasó el resto de sus dias en medio de este pueblo, del que fué el apóstol y el legislador, como se ve en la Historia del Paraguay escrita por Charleroix; pero se ignora la época de su muerte, diciendo los bibliotecarios de la Compañía de Jesus, que le llaman Santiago Ransonier, que tuvo lugar el año 1630; pero esta es, como se ve, una notable equivocacion, pues que hasta el de 1632 no salió para convertir á sus neófitos. Han quedado del P. Ranzonnier *Cartas* sobre el estado de las misiones en el Paraguay, de los años 1626 y 1627, que se publicaron en Amberes, en 8.°, en 1636, cuya coleccion es sumamente rara al parecer, puesto que no se la ve citada en ninguna Biblioteca. Nos dice su biógrafo Mr. Weis, que Leon Pinelo da á entender en su epítome, que esta no es más que una version latina del *Estado de las misiones del Paraguay*, publicado en italiano por el P. Nicolás, Mastrillo, en 1627, sacada del memorial del P. Fr. Purgis, la que dió en francés el P. Duhalde en su dozava edicion de las *Cartas edificantes*.—C.

RANZUS ó RANCEUS (P. Cándido). Fué natural de Verzelai (Piamonte), y su familia de las más distinguidas, tanto por su nobleza hereditaria, cuanto porque todos los sugetos que en la época vivian, tenian el mayor esmero en cumplir con suma exactitud los deberes de sus respectivos cargos, siendo nombrada y admirada como modelo, porque á ella se tenian que referir cuantos querian dar idea de órden, exactitud y juicio. No era menor que todas estas prendas la piedad en que siempre fueron los primeros, así como en el tender su mano caritativa á los pobres, que siempre les merecieron mucha atencion, por cuanto representan á Jesucristo, Señor nuestro, cuyo amor eficaz era el blanco de todas sus aspiraciones. Los padres de Cándido eran felices en su matrimonio, es verdad, pero no habian logrado fruto de bendicion, y por lo mismo rogaban al Señor les concediera uno siquiera, que pudiera heredar sus bienes, pero que fuese siervo fiel de Su Majestad adorable; pues no es dable mayor desdicha que el criar hijos que no sean para el cielo. El Señor oyó benignamente sus súplicas, y les dió primero al que habia de ser ejemplar y modelo de todas las virtudes, al que habia de ir á

la patria de los justos, y luego al que habia de heredar los títulos, blasones, honras y riquezas de la casa. Cándido fué el primogénito, y se creyó que él sería en quien recayese toda la herencia y demás, hasta que los sucesos vinieron á demostrar otra cosa. Educósele con el esmero que convenia á su elevada clase, y se le halló correspondiendo fidelísimamente á los esfuerzos y desvelos de sus maestros, pues á su buen trato se agregaba una voluntad prontísima para todo cuanto disponian de él, y una complacencia muy íntima en obedecer, aunque las cosas preceptuadas le fuesen penosas ó difíciles. Esto daba por resultado que cuantos le veian se prendaban del niño, y ya empezaban los halagos que todos le hacian á interesarle algun tanto, habiendo él querido, por lo ménos en estos primeros albores de su razon, que le hubiesen continuado ese mismo trato, y seguido prodigándole esas mismas atenciones, deferencias y áun mimos en el discurso de su vida y en la serie de su carrera. Dios, sin embargo, tenia acerca de él intentos muy diferentes. Es verdad que trataba de hacerle distinguido, es verdad que le daria su nombre y nombre imperecedero, pero esto habia de ser no por los medios que el mundo emplea para distinguir á sus héroes, sino por los medios aflictivos y humillantes que nuestro adorable Redentor practicó cuando vino al mundo para atraer á sí á los miserables y establecer su reino en los corazones humildes, desprendidos y rectos. Comenzó, pues, nuestro jóven todavía en muy tierna edad á comprender cuán peligroso era el que el ambiente de la presuncion embargase nuestro espíritu, y cuán expuestos estábamos á que si nos dejábamos guiar de nosotros mismos no fuesen nuestros pasos encaminados á todo el bien que pedia de nosotros la especial predileccion con que Dios nos mira cuando nos concede la dicha de conocerle, y conocer por dónde se avanza en su servicio y se adelanta en el camino de su amor. Cobró, pues, aversion al mundo, resolvió no aceptar ningun cargo importante en ningun estado, y ser sacerdote para procurar así la gloria del Señor. En tal concepto, estudió humanidades con sumo aprovechamiento y con toda la extension que en su época se daba á estos conocimientos; habiendo él, sin embargo, penetrado mucho más de lo que acostumbraban entónces en el estudio de las ciencias naturales, ya porque creyó siempre que su conocimiento es muy útil al eclesiástico, ya tambien porque se propuso explicar segun ellas algunos puntos que él veia controvertidos y que sin embargo le parecian claros, supuesto el estudio de este importante ramo del saber humano. Luego emprendió la filosofía, y claro está que como su estudio se basaba en unos conocimientos más profundos que los que ordinariamente se tienen cuando se va á este estudio, sus adelantos hubieron de ser mucho mayores, tanto que sus maestros, al ver el provecho que sacaba, no se contentaban con las explicaciones que le hacian en cátedra como á todos, sino que le llevaban mu-

chos ratos en su compañía, y ya en los paseos, ya en conferencias particulares, tenidas por los profesores unos con otros, le instruian en aquello que por demasiado sublime no podia ponerse al alcance de la generalidad. Tambien le alentaban á seguir la carrera del profesorado, pero á esto respondia siempre ser muy elevada posicion, y que no hubiera nunca entrado en sus miras encumbrarse tanto. Concluido su estudio de filosofía, se empeñaron sus padres en que ántes de pasar á otra facultad, que desde luego escogió la teología, se graduase de doctor, pues esto sobre no ser frecuente en quien no hacia sino acabar sus estudios, era una distincion honrosísima y que bien en armonía estaba con sus deseos, pues nada se opone el que sea un hombre laureado como hombre de ciencia, para que emplee esta misma ciencia en servicio de Dios y de sus hermanos en el ministerio sacerdotal. Condescendió, como llevamos dicho, y se vió con asombro laureado á un jóven imberbe, que habia sin embargo demostrado su suficiencia ante un tribunal que le examinó con todo rigor, por lo mismo que se trataba de conferirle tan grande distincion. Distincion que le fué tanto más honrosa, cuanto que en ella hubo que luchar con el parecer de algunos doctores, que creian que la distinguida honra de la borla, nunca podia sentar bien sobre cabeza que no estuviese encanecida ó poco ménos, áun cuando el sujeto fuese todo lo hábil, todo lo aplicado y científico que pudiera suponerse. Una vez doctor en filosofía, quiso continuar sus estudios para poder ser útil á la Iglesia y al estado en la carrera por la cual se habia decidido, y en la que no quiso dar ni un paso hasta que estuviesen hechos los estudios todos no solo convenientes, sino necesarios para poder desempeñar su ministerio con todo el acierto que conviene á los que son ministros de Dios y procuradores de su gloria. Por él acaso hubiese ido sin reparo á la universidad, donde la facultad de teología contaba con profesores muy hábiles, que á la verdad habrian tenido gran complacencia en que fuese su discípulo y de cuya doctrina él tambien habria sacado gran provecho. Mas sus padres, que no podian olvidar los disgustos que habian surgido con ocasion de su doctorado en filosofía, no quisieron que hubiera ni etiquetas ni rencillas, sino que estudiando en un convento se hiciese sabio y no tuviese ocasion de recibir desaires y disgustos á que no era acreedor. Esto, que pareció una mira de prudencia, era sin embargo un pretexto de que Dios se valia para sus altos fines é inefables designios. Miraron con diligencia y maduro exámen dónde podria estudiar con más provecho el jóven, que ya habia mostrado que podia aprovechar, y despues de recorrer uno por uno los institutos religiosos donde se educaban jóvenes, pues sabido es que no en todas partes hay estudios, porque los discípulos de algunos van á aprender á otros, y áun en algunas religiones se hace tambien esa especie de cambio cuando el personal no es

bastante ó no se encuentran los sugetos capaces que son menester para esto, resolvieron que fuese al convento de S. Francisco, donde le recibieron solo por ser él, pues no era costumbre en aquella santa casa que aprendiesen allí más que los jóvenes de la Orden. Todo esto fué disposicion de Dios, para que la vocacion á la religion seráfica, que siempre habia tenido nuestro buen Cándido Ranzus, se confirmase más y fuese no solo verdadera sino edificante; y esto ciertamente lo hacia, y lo hacia muy bien, el estar en cierta comunicacion con aquellos Padres, el poder conocer más á fondo el espíritu y la práctica de aquellas santas reglas, y tambien el tener cerca de ellos una posicion anómala, pues verdadera anomalía era un estudiante entre los religiosos, un forastero dentro de la casa, un hombre á quien se abria la puerta para salir casi cuando se tocaba la campana para que todos entrasen. Por todos estos motivos, Ranzus se decidió á manifestar á sus padres su propósito de entrar y profesar en la religion donde se educaba para la Iglesia. Y no se crea por el fiel relato de los hechos que acabamos de exponer, que solo miras que podemos decir de honestidad ó buen parecer llevaban á este jóven á tomar tal resolucion, no: su idea primordial era el servicio de Dios, era buscar su perfeccion; pero conociendo, como no podia ménos de conocerlo, que si solo este motivo hacia presente, podrian acaso oponerle alguna resistencia, expuso los otros que él creyó serian de más fuerza, y que pareció en efecto que habian dado su resultado, bien fuese que le hubieran dado talmente ó que sus padres quisiesen aparecer convencidos de las razones aparentes para condescender con las verdaderas causas de una vocacion tan de Dios, y hacer que los efectos correspondiendo á los motivos fuesen el verdadero resultado de la fiel correspondencia por parte de Cándido á esta singular gracia de Dios. Con efecto, á muy poco tiempo de haber entrado como estudiante, su mismo padre pidió para él el hábito, y claro es que no hubo dificultad alguna en concedérsele, primero, porque la comunidad tenia en mucho las indicaciones siquiera de Ranzus padre, para no acceder á ellas, y segundo y más principal, porque como todos los pasos del jóven eran tan conocidos de los religiosos, y sabian muy bien lo que él era, cuánto anhelaba el hacerse fraile, y que para lograrlo hubiera de seguro vencido cuantas dificultades se le hubiesen presentado, creyeron, y con razon, que era preciso allanar el camino y no dar lugar á que lo que entónces se hacia con consentimiento y hasta con gusto por parte de sus padres, hubiese despues podido no agradarles tanto, por haber entrado en esas miras de familia, que muchas veces destruyen en sus más seguros efectos los planes mejor concertados. Fué, pues, una verdadera solemnidad para la casa de Ranzus la entrada de Cándido en la religion seráfica, y puede decirse cuál seria la complacencia de éste al verse ya en el logro de sus deseos,

enteramente desprendido, no ya de todas las cosas del mundo, sino de sí mismo y en aptitud de procurar la gloria de Dios y salud de sus hermanos, áun á costa de su sangre, y no por eleccion, sino por obediencia, que siempre es mayor mérito, y mucho más si se atiende á que quien hoy se sujeta era hombre que indudablemente habria de haber dominado, aunque su dominio hubiese sido benigno; porque él debia haber sido superior en su casa, y cabeza por consiguiente de los criados y feudatarios de su padre. Pasados los primeros momentos, que fueron del mayor regocijo para nuestro hermano Cándido, que así le llamaron, segun es costumbre, hasta que hizo su profesion solemne; pensó sériamente en el bien que el Señor le habia dispensado, y en la manera segun la cual habia de corresponder á él; y convencido de que el estar en la religion no hacia al religioso, trató desde luego de portarse como verdadero hijo de S. Francisco para poder tener un derecho á la proteccion y amparo de su seráfico Patriarca. Comenzó por la más completa abnegacion de sí mismo, y por ponerse bajo la direccion de sus superiores y maestros, de tal suerte que hasta las acciones más indiferentes queria y procuraba le fuesen dictadas por la obediencia, y nunca se apartó de ella por más que algunas veces se le eximiera de prestarla, es decir, se le dijera que en tal ó cual cosa era dueño de obrar á su gusto. Estudió con la mayor diligencia, no solo la santa regla y constituciones ó estatutos generales de su Orden, sino las prescripciones y áun las costumbres de su convento, siendo exactísimo en la observancia de todo, puntualísimo y muy fiel á seguir los consejos, indicaciones y máximas siempre importantes que oia á sus superiores cuando en el ejercicio de sus delicados cargos se dirigian á éste ó al otro, teniendo siempre nuestro buen novicio tanta y tan íntima conviccion de su miseria, que muchas veces decia á sus superiores, pareciale imposible el que estos no hallasen en él motivos de reprenderle, ocasiones de castigarle. De esta suerte pasaron los meses y el año de su noviciado, habiendo tenido sus superiores muchas veces ocasion de edificarse con su proceder, y nunca motivo de reprenderle su conducta. Para él tampoco fué necesaria enseñanza, porque su mayor esmero era ponerse al cabo de lo que pudieran decirle por el estudio especial que hacia de todas las cosas, no por mera especulativa, sino para que su acertada práctica le llevase á la consecucion de sus intentos. Vino, pues, el dia de su profesion, habiendo ántes obtenido los sufragios de todos los religiosos, sin que uno siquiera de los que emitian su opinion le fuera, no digamos contrario, pero ni áun desfavorable en la más pequeña cosa, y en este solemne momento repitió nuestro buen Cándido Ranzus las protestas que tantas veces habia hecho anteriormente de servir á Dios con la mayor fidelidad, contando con la ayuda de su soberana gracia; y en efecto, cumplió su promesa, porque fué un

verdadero modelo de religiosos, muy útil para el bien de los fieles, y muy cuidadoso del suyo propio. Habia dejado el estudio todo el tiempo que habia sido novicio, pero apénas profesó, pidió permiso para continuar su carrera, porque los superiores le manifestaron desde luego sus intentos de que aspirase al sacerdocio para ser en tan sublime estado útil en la seráfica religion. Cursó toda la sagrada teología con grande aprovechamiento, y se imbuyó en gran manera en la parte moral, porque conocia que era la de más aplicacion para los fieles, no descuidando la mística, que sobre servir mucho para el indivíduo, es tambien muy importante para el prójimo. Cuando concluyó sus estudios fué obligado á que recibiese los órdenes sagrados, y hubo de recibirlos *extra témpora*, y dispensándole los instersticios, porque así lo quiso la Orden, oponiéndose en esto á su deseo que habria sido el dejar pasar el año de órden á órden, pues decia necesitar él esto y mucho más para meditar y agradecer de un modo que no fuera inconveniente el singular beneficio que Dios Señor nuestro le hacia en designarle para ministro suyo, y la Orden en proporcionarle tan señalada honra. Ordenóse, pues, causando edificacion no solo al prelado que le confirió los órdenes sagrados y á los demás que intervinieron en este asunto, sino á cuantos le vieron siquiera hubiese sido por casualidad, porque á pesar de ser jóven todavía, pues podia contar cuando más treinta años, parecia un anciano en su porte, en su moderacion y maneras, siendo verdaderamente continua su predicacion, pues cuando no la hacia con la palabra, la hacia silenciosamente con el ejemplo, que á la verdad, ni es ménos importante, ni ménos conveniente que aquella. Al momento que se hubo ordenado le dedicaron sus superiores al púlpito y al confesonario, habiéndose logrado por su medio frutos tan abundantes y tan sazonados, que no es posible ni que sus superiores los aguardasen, ni mucho ménos que él se los prometiese. El referirlos aquí, sobre que pareceria exageracion, no daria otro resultado que admirarnos de lo que fué este distinguido religioso, por lo cual omitimos el mencionarlos, porque todavía podemos decir de él algunas otras cosas más importantes y que dan idea más clara de la especial predileccion con que Dios le mirára. Tenia un espíritu de penitencia tal, que áun en medio de sus más continuas tareas, y casi agobiado de las enfermedades, no solo cumplia religiosísimamente todo lo mandado por sus constituciones, estatutos y regla, sino que añadia rigores los más extraordinarios, teniendo muchas veces sus superiores que estarle á la mano, para que no hiciese algunas cosas, que de cierto hubieran perjudicado á su salud. Su sueño era brevísimo, y no podia ser otra cosa, porque un hombre que tenia además de su observancia el cargo de la predicacion y de oir confesiones, que despues desempeñó por bastante tiempo el de lector, sin cesar por esto de predicar

cuando podia, y de confesar siempre que era llamado, que además escribió, como veremos, obras que no se hacen sino á costa de mucho trabajo, y despues de mucha lectura, parecia imposible que pudiera lograr que el tiempo le diese tanto de sí. A esto hemos de agregar que nunca dejó por ningun motivo el ejercicio santo de la oracion, y esto merece á la verdad que nos detengamos algun tanto á explicar cómo se portó él en este punto tan importante, y á qué pruebas la sujetó Dios con bondad indecible, porque viendo el Señor lo que era su siervo, preciso era tambien que le tratase como á tal siervo suyo, colmándole de tribulaciones de espíritu, para que su constancia en sufrirlas fuese motivo y fundamento de consolaciones extraordinarias que compensasen las penas que este tormento le habia causado. Efectivamente, llegó en algunas ocasiones á tal desolacion de espíritu, que el ejercicio de la oracion le parecia una continua tentacion, no ya porque le acometieran solamente pensamientos importunos, sino hasta pecaminosos, pero que no consintiéndolos él, servian solo para más y más acrisolar su virtud y hacer que los esfuerzos con que luchaba le merecieran nuevos alientos, con los cuales preparaba y llevaba á cabo bajo los más felices resultados nuevos ataques con que el fatal adversario le asaltaba, sin que nunca pudiera doblegarle ni sujetarle á su dominio. Otras veces, cuando el Señor queria premiar la firmeza con que luchára por su amor, y lo mucho que hubiera de sufrir en este terrible combate, le regalaba con las más dulces é íntimas consolaciones, siendo á la verdad muy notable que este hombre extraordinario tampoco se enaltecia, ni áun se regocijaba excesivamente en estos favores de Dios, lo cual no solo no hubiese sido extraño, sino que hasta cierto punto parecia natural; sino que estaba enteramente confuso de puro agradecido, y refiriendo á Dios la gloria de esta como de las demás cosas favorables que le acontecian, nunca se reservó para sí ni lo más mínimo, y quiso siempre que todo fuera para Dios, pues que de su adorable grandeza procede todo, y á él solo es debida la gloria, el honor y la recompensa por los beneficios todos que nos prodiga con mano enteramente liberal. Casi nunca se le veia otro recreo que la lectura, y si alguna vez le hallábamos en algun paseo ó lugar público, no se crea que le llevaba allí ni el deseo de distraerse, ni el placer que él podia experimentar en concurrir á aquel lugar; todo ménos que eso, allí estaba porque alguna necesidad espiritual ó temporal de sus prójimos reclamaria allí su presencia, porque lo que es en el ejercicio de la caridad era admirable, pues prescindiendo de la que tuvo siempre con las almas, ayudando á sus prójimos cuanto podia en el órden espiritual, en la parte material tambien los socorria y aliviaba acaso más de lo que debia y siempre más de lo que podia; pues que no contento con dar él á los pobres lo poco que le sobraba, y muchas veces áun lo pre-

ciso para su alimento, del que se privaba con gusto por remediar á sus hermanos, él inquiria diligentemente quién podia y queria socorrer á los pobrecitos, y en su nombre demandaba las limosnas que con mano franca le alargaban y que él distribuia con el mayor acierto y economía. Para que pudiese lograr sus santos deseos, cuando los recursos eran cortos ó los pobres en número mucho mayor del que él podia socorrer, elevaba á Dios sus manos suplicantes, y rogándole por aquellos infelices, lograba el que el Señor le favoreciese con un milagro, ya haciendo que en el momento se acercasen á él personas caritativas que le dieran lo necesario, ya tambien multiplicándolo él en sus mismas manos, siendo este portento desapercibido por todos ménos por él mismo, que tenia gran cuidado de agradecerlo á Dios en gran manera; pero ocultarlo no fuese que la gloria de este mismo beneficio se propalase, y las gentes, aplicándola á nuestro buen Padre, le defraudasen al Señor algun tanto de la que le correspondia. Favoreciólo Dios tambien grandemente con un espíritu de profecía que le hacia ver lo futuro, y prevenir en sus consecuencias cosas que sin esta prevision habrian sido de suma trascendencia, pero que ventiladas conforme á su consejo, ó más bien conforme á las inspiraciones que Dios le daba acerca de ellas mismas, daban un gran resultado á los que habian merecido de Dios la gracia de que por su siervo les manifestára sus designios. Crecia por consiguiente con todas estas cosas la fama de santidad y el buen olor de virtudes de este insigne religioso, y no podian por ménos sus superiores que obligarle á satisfacer las exigencias de los fieles, por más que en ello hubiese de violentarse grandemente, porque le privaba de su retiro, y de su quietud y sosiego, no tanto en cuanto esta quietud y sosiego le satisfacia y era muy conforme á sus inclinaciones, sino en cuanto le impedia haberse dedicado á otros ministerios; pero como en este tambien intervenia la gloria de Dios y se lograba provecho para las almas, aunque ni él ni sus superiores lo querian, era preciso que fuese, porque unos y otros comprendian que lo queria Dios, y esto para él era más que suficiente y para sus superiores motivo más que respetable. Tuvieron siempre en gran consideracion el que su profunda humildad le alejaba de los cargos y de las prelacías, y áun cuando á no dudarlo hubiera podido valer mucho como superior, porque era muy sabio, muy prudente, muy celoso y muy caritativo, no quisieron nunca echar mano de él para el desempeño de estos importantes destinos, sin duda alguna respetando, como decimos, la aversion con que miraba toda superioridad, y dejándole que obedeciendo creciera en santidad, aunque no es dudoso que tambien habria adelantado mandando. Durante una época no muy larga que el maestro de novicios padeció una terrible enfermedad, le confiaron este honroso cargo que desempeñó muy bien, pero le

hicieron cesar en él tan luego como se restableció el propietario, porque conocieron que el haberlo hecho tan bien, habia sido porque la conciencia le obligaba á ello, pero siempre violentándose y haciéndose superior, porque para el dominio le faltaba esa libertad, que es necesaria y conveniente para que se haga bien á los súbditos y se les maneje, por decirlo así, como es debido y como él hubiera querido hacerlo. Lo más extraño era que este varon, que no se atrevia á obrar por sí mismo, y que en el gobierno hubiese sido débil indudablemente, como consultor era admirable, y en los casos árduos acerca de los cuales se le preguntaba, respondia no solo con acierto, sino con energía, haciendo las más oportunas observaciones por las cuales se venia á un éxito enteramente favorable, y se lograba indirectamente por su medio lo que directamente no se habria podido conseguir; y esto sin duda entró por mucho en la apreciacion de sus superiores, para no confiarle nunca los importantes cargos que por otra parte hubiese desempeñado bien, dotado como lo estaba de las condiciones de que llevamos hecho mérito. No hay noticias de que saliese de su convento de Vercelles, donde tomó el hábito y profesó, hasta muy pocos años ántes de su fallecimiento; entónces por motivos de salud, y tal vez porque fuera más conocido su mérito y virtudes, fué llevado á S. Jorge de Canapicio, donde adquirió en breve tiempo tanto crédito y fama como tenia en su pais natal. Así que su salud en vez de mejorarse empeoraba, porque sus fatigas eran continuas, sus trabajos apostólicos de todos los dias, y continuos los ataques que ponian en peligro su existencia. Los superiores quisieron más de una vez que no trabajase tanto, que se abstuviera siquiera del confesonario, pero sus ruegos por una parte, y de otra el que el Señor dió á entender cuán agradable le era el que su siervo le procurase gloria por este medio, hicieron que se le consintiera oir confesiones áun en la cama, hasta que ya agravada en gran manera su enfermedad, no pareció prudente el consentirlo por más tiempo, porque las confesiones servian de pretexto para llegarse hasta su celda, y con la excusa de consultarle casos de conciencia, perturbarle y fatigarle más. Cerróse, pues, la puerta de la enfermería á los que no eran de la casa, y se dispuso nuestro buen P. Cándido al viaje, por el cual llegaria á la patria de ventura donde le esperaba la eterna recompensa. No se puede describir el sentimiento que en sus hermanos y en sus prelados produjo la idea de que su carrera en el mundo estaba pronta á concluir, idea enunciada por el facultativo y confirmada por él con las demostraciones del mayor regocijo, porque su buen Dios le quitaba de las ocasiones de ofenderle, y le llevaba á su posesion. Imponente y magnífico fué el cuadro que ofreció á cuantos pudieron observarlo el momento en que recibió el santo viático; humildad profundísima y muy tierna devocion; fe firme y confianza invencible; resignacion

completa con la voluntad de Dios, pero sentimiento y dolor acerbo por los crueles padecimientos, espíritu verdaderamente religioso y una obediencia ciega, áun en estos momentos críticos en que con verdad puede decirse que le era imposible obedecer. Luego que hubo recibido los sacramentos, y se reunieron en torno suyo todos los religiosos, les animó con entereza y energía á que siguieran el camino de perfeccion por el cual habian sido llamados, y les hizo ver la singular gracia que á Dios habian merecido con su vocacion, pidiéndoles encarecidamente suplicasen al Señor la gracia de que hubiera sido para su gloria toda la vida que como religioso él habia visto deslizarse. Despidióse de todos y de cada uno, agradeciendo á cada cual en particular algun favor que le hubiera merecido, y rogándoles sus oraciones y sufragios para el momento, ya bastante próximo, en que el Señor le llamára á su presencia. Despues rogó que le administrasen la santa extremauncion, y habiéndola recibido con la devocion y fe que le son tan debidas, no se cuidó ya más que de su alma, alentándose con las acertadas exhortaciones de los Padres que de él cuidaban, hasta que le llegó su postrer momento, que fué como á las tres de la tarde del 17 de Setiembre del año 1715, dia muy notable para la Seráfica religion, pues es en el que conmemora la impresion de las llagas de su santo Patriarca. El profundo sentimiento que en la casa produjo la muerte del P. Cándido Ranzus, se comunicó fuera como era natural, habiendo acudido desde el momento que se supo á encomendarle al Señor, ó por mejor decir, á admirar á Dios en su siervo un concurso inmenso, que le proclamaban santo, y que referian milagros verdaderamente tales, hechos á su invocacion ó por su medio. Sus honras fueron suntuosísimas, habiendo acudido á ellas la mayor y mejor parte de la poblacion y disputándose los magnates, que como protectores de la Orden tenian hermandad con ella, la honra de llevar sobre sus hombros el cadáver de su respetado hermano, que como decimos, tenia fama de santo, y por tal motivo fué colocado en un lugar preferente donde se erigió un sepulcro humilde, porque así habia él mandado que fuese, pero en el que se lee el siguiente epitafio:

D. O. M.
CANDIDUS RANZUS VERCELLENSIS
QUI MAJORATUS DIGNITATE ECCLESIÆ VERCELLENSIS
CONCEPTA
SERAPHICAM RELIGIONEM MINORUM INTRAVIT,
HIC FUIT TUMULATUS
UBI MULTIS FULGET MIRACULIS.

Desde luego se comenzó á formar el expediente que era debido en averi-

guacion del grado de heroismo que tuvieran las virtudes que de público se decia profesaba, y no será extraño que algun dia veamos á este distinguido franciscano en la gloria de los altares, porque no han fallado las esperanzas que se fundan en que el proceso no encuentra hasta ahora cosa alguna contra si; y si bien hace muchos años, tal vez más de siglo y medio, que está parado, podrá ser que algun suceso nuevo le haga salir del olvido para mayor honra y gloria de Dios, y lustre de su esclarecida religion. Réstanos para completar el relato de los hechos distinguidos de este grande hombre, dar razon de sus escritos, que á la verdad no fueron muchos; pero su índole y la manera admirable con que estan desempeñados, les hace valer mucho más que si hubiesen sido muy numerosos. Llamó á su primera obra, *De statu spirituali mundi;* y dividiéndola en tres partes, habló de los errores que el hombre ha cometido, de las miserias que el hombre ha contraido, y de las relajaciones que ha sufrido la disciplina eclesiástica. No hay más que enunciar los asuntos que ha desenvuelto en su obra el P. Ranzus, para confesar que no pudo ménos de ser importante; y si se agrega á esto el que los desenvolvió admirablemente, se probará que fué una obra como no podia ménos de ser saliendo de tan bien cortada pluma. La otra que escribió, se tituló: *Salutationes septem ad gloriosam Virginem Mariam;* y en ella trató de demostrar no solo su importancia, sino la conveniencia de la corona franciscana, lo cual logró exponiendo aunque ligeramente lo que podia pedirse y alcanzarse por el recuerdo de los misterios que dicha devocion conmemora. Ambas obras demuestran lo profundo de su saber, al mismo tiempo que lo piadoso de sus deseos, y es indudable que por sí solas hubiesen perpetuado la memoria del venerable P. Cándido Ranzus de la órden de S. Francisco.—G. R.

RAON (Fr. Antonio), franciscano español, lector y definidor de la provincia de Burgos de la observancia regular. Escribió: *Rituale Romano-Seraphicum;* Pamplona, por Alfonso Burguete, 1728, en 4.°—S. B.

RAOUL, ministro protestante convertido hácia 1617, que entró despues en la órden de los Franciscanos.

RAOUL, arzobispo de Tours, es conocido por algunas diferencias que tuvo el abad de Marmontier, que dieron ocasion á Ibo de Chartres de escribir al papa Pascual II sabiendo que la Iglesia romana habia tomado siempre la defensa de los monjes y de los monasterios contra los que los atacaban injustamente. El Arzobispo acusaba al abad de muchos crímenes; pero cometidos cuando este abad pertenecia todavía al clero secular, entre otros de perjurio y de traicion. El obispo de Chartres manifiesta que Raoul no podia ser admitido como acusador, porque todo habia sido irregular en su consagracion; que los crímenes de que acusaba al abad eran supuestos, y

que si eran verdaderos habrian debido reconvenirle en el tiempo en que se trataba de los negocios eclesiásticos en las asamblas públicas con los obispos, y no esperar á que se retirase á un monasterio; añade que la verdadera causa de la animosidad del Arzobispo era que podia celebrar misas solemnes en la iglesia de Marmontier contra la prohibicion de la Santa Sede; que trataba á los monjes con altivez, porque se oponian á que usurpase los bienes del monasterio y que á consecuencia de su enemistad con ellos habia prohibido á sus diocesanos en un sínodo entrar monjes en Marmontier. En cuanto á los testigos que se querian alegar contra el abad, prueba Ibo que no eran aceptables, siendo todos parientes del Arzobispo, ó personas sospechosas por su mala vida, ó ganadas ó sobornadas. En 1080 asistió al concilio celebrado en Burdeos, en presencia de Amato y de Hugo, legados de Gregorio VII, de Gorcelin arzobispo de esta ciudad, de Guillermo de Auch y de muchos obispos. Raoul condujo á este concilio á Berenger, que dependia de su iglesia, para que confirmase la profesion de fe que habia hecho en Roma, y en la apariencia para revocar el escrito que habia publicado contra esta fórmula. Este concilio es el último que se reunió contra Berenger. No se creyó deber convocar uno general como se convocó contra Pelagio, porque habiendo sido recibidas unánimemente por todas las iglesias las decisiones de la Santa Sede y de los concilios particulares, la herejía de Berenger se hallaba tan combatida, que no la quedaba otro recurso que refugiarse entre los maniqueos. Berenger renunció á ella de buena fe, juzgando al ménos por las apariencias, pues pasó los últimos ocho años de su vida en el retiro y en los ejercicios de la penitencia. Murió el 5 de Enero de 1088 en la isla de S. Cosme, de cerca de cincuenta años de edad: su cuerpo fué trasladado á Tours é inhumado en el claustro de S. Martin. Hildeberto, obispo de Mans y Baudri, abad de Bourgueil, escribieron su epitafio en que prueban que no dudaban de la sinceridad de su conversion. Otros escritores contemporáneos aseguran que murió en el seno de la Iglesia, y en su consecuencia se ha puesto su nombre en el Necrologio de la iglesia de Angers, con su cualidad de arcediano. Bertoldo, sacerdote de Constanza, ha juzgado de diferente manera; pero hallándose distante de Tours, no podia estar bien enterado de la conducta de Berenger en los últimos años de su vida. En cuanto á Raoul y sus diferencias con los monjes de Marmontier debian haber terminado por esta época, pues el arzobispo de Lyon Gebouin le suplica en una carta que pida al abad de aquel monasterio un religioso para gobernar la abadía de Savigny. Gebouin se firma en esta carta sacerdote de Lyon como se lee en todas las suyas. Raoul, arzobispo de Tours, se califica de la misma manera en la respuesta á otra carta que le envió Gebouin, temeroso de que la legacion de que el Papa habia encargado á Amato, obispo de Ole-

ron en la provincia de Tours perjudicase á la primacía de Lyon.—S. B.

RAOUL, monje de Chalis ó Chaaliz es mirado generalmente como autor de una vida de S. Guillermo, arzobispo de Bourges, de quien era secretario cuando este no era todavia más que abad de Chaaliz; lo que debe hacer conjeturar que no pudo escribir la vida de este santo prelado más que poco tiempo despues de su muerte, acaecida el 10 de Enero de 1209. En las *Acta Sanctorum* de Bolando hay dos vidas de S. Guillermo y el extracto de una tercera, compuestas por contemporáneos cuyos nombres han quedado en el olvido; pero no podemos establecer de una manera cierta, si es alguna de las tres la obra de Raoul. De todas maneras nos parece que no podria atribuírsele verosímilmente más que la primera, la única que parece haber sido escrita ántes de la canonizacion del santo. A pesar de todo, Raoul pudo muy bien no ser su autor, porque muchos pasajes parecen indicar que el historiador era de Bourges y que habitaba esta ciudad al mismo tiempo que Enrique de Sulli, antecesor de S. Guillermo. La obra de biógrafo no comienza, por otra parte, hasta la época en que Guillermo fué nombrado arzobispo de Bourges, y es probable que Raoul, que en calidad de secretario debia conocer hasta las menores particularidades relativas al género de vida y á la administracion de este prelado, cuando no era todavía más que abad de Chaaliz, no habria dejado de entrar en algunos detalles sobre este punto al escribir su vida. Pero si no puede asegurarse positivamente que Raoul, monje de Chaaliz, es el autor de esta obra, con mucho ménos fundamento puede atribuirse á Pedro, abad de Chaaliz que vivia en 1270. Hay otro Raoul religioso de la órden del Cister, que segun Bernabé de Montalban es autor de una vida de Jesucristo, pero no hemos encontrado noticia alguna sobre esta obra, despues de haber examinado muchas vidas de Jesucristo impresas y manuscritas, cuyos autores no son conocidos, entre las que no se encuentra ninguna que pueda atribuirse á este Raoul con exclusion de otro de los muchos autores de su nombre.—S. B.

RAOUL, primer abad de Vaucelles, en la diócesis de Cambray, fué uno de los discípulos de S. Bernardo. Apénas hacia tres meses que habia profesado, cuando Bernardo, que le habia distinguido entre sus religiosos, le eligió para ir á gobernar un nuevo monasterio, el de Vaucelles, cerca de Crevecoeur, en el Escalda, que acababa de fundar y de dotar Hugo de Oisy, vizconde de Cambray. El abad de Claraval, acompañó á Raoul y á los religiosos, que en número de once debian formar aquella comunidad. Le puso en posesion de este monasterio el 1.° de Agosto de 1132. Hugo de Oisy habia reunido toda su familia y toda la nobleza de los alrededores para recibir con más solemnidad á Bernardo, Raoul y demás religiosos. Arnoldo de Raisse, que nos refiere todas estas particularidades que han repetido

otros muchos autores, y entre ellos Lecarpentier, en su Historia de Cambray, y del Cambresis dice haberlas sacado de un manuscrito que le habia comunicado Dom Roberto Pierim, prior de este monasterio, manuscrito que contenia detalles que no se hallaban en el de Ortelius, el cual habia pertenecido á la abadía de Vaucelles, y ha publicado Lemire en sus adiciones á la crónica de Anselmo de Gemblou. El autor de esta crónica dice que Raoul era originario de Inglaterra. Raisse añade que habia nacido en Merston. Todos los escritores que han hablado de Raoul le suponen igualmente inglés, áun los autores de la *Nueva Galia Cristiana*. Sin embargo, Dom Nicolás Daussy, prior de Vaucelles, en una carta á Bolando, que le habia consultado sobre los primeros abades de este monasterio, le da á conocer un manuscrito que Raisse califica de crónica, cuyo autor dice haber vivido con Raoul diez y siete años, y asegura no haber podido descubrir el país de que era natural. Cualquiera que sea el lugar de su nacimiento, lo que no parece dudoso es que fué monje en Claraval y abad despues de una casa de la misma Orden á muy poca distancia de Cambray, así es que vivió y murió en Francia. Arnoldo de Raisse supone que habiendo pasado á Claraval de regreso de un viaje que acababa de hacer á Italia, con el solo designio de recibir allí hospitalidad, quedó tan edificado de la santa manera de que se vivia, que tomó la resolucion de establecerse en aquel monasterio, y abrazar la vida religiosa bajo la direccion de S. Bernardo. Nombrado abad de Vaucelles, Raoul se manifestó digno de la eleccion que de él habia hecho el abad de Claraval. Honrado de los grandes, era querido de sus religiosos, á los que instruyó todavía más con sus ejemplos que con sus lecciones. Era tan grande su caridad, que en una época de hambre dió de comer durante muchos meses hasta á cinco mil pobres. Simon d'Oisy, hijo del fundador de la abadía, y el obispo de Cambray Nicolás I, no pudieron obligarle á poner límites á su beneficencia. La casa nada perdió por esto en esplendor ni en número de religiosos: cuando tomó su gobierno la componian doce religiosos incluso él; á su muerte habia ciento siete profesos, tres novicios y ciento treinta conversos. Habia edificado además una hermosa y vasta iglesia, que dedicó Sannon, arzobispo de Reims, en 1149, asistido de Nicolás, obispo de Cambray, de Gerardo, obispo de Tournai, de Milon, obispo de Terouanne, y de Josselin, obispo de Soissons. Raoul murió el 30 de Diciembre de 1152, despues de haber gobernado diez y nueve años su monasterio. Esta fecha procede de la crónica de Vaucelles, que tenian á la vista Bolando y Lemire cuando escribian. Su cuerpo, enterrado en un principio en el capítulo, fué trasladado en 1179 con el de sus dos sucesores al vestíbulo de la iglesia. Lemire da á entender que se hizo esto de órden del concilio de Latran, y en efecto Henriquez, en su *Fasciculus Sanctorum Ordinis Cisterciensis*, lo habia

tomado en este sentido por haber leido en el manuscrito *per Concilium*, pero lo que pone es *post Concilium*. Cárlos de Visch, en su *Biblioteca Cisterciense*, pretende que Raoul fué tan ilustre por su santidad como por su erudicion; le atribuye un comentario de la regla de S. Benito y otras obras, que se han perdido y tampoco mencionan otros autores.—S. B.

RAOUL, monje de Villiers, monasterio de la órden del Cister en el Brabante, es autor de una carta dirigida á Guibert, abad de Gemblours, que murió en 1208. Esta fecha indica que el monje de Villiers vivia á principios del siglo XIII, y le hemos colocado en ella porque le hace sobrevivir algunos años al abad de Gemblours, á quien escribió la carta que da origen á esta mencion. Parece por la respuesta del abad que Raoul le acusaba de poca estabilidad, en razon sin duda de que despues de haber dimitido su abadía hacia viajes á otras. Se ve en efecto por su carta á los monjes de S. Martin de Tours, que iba algunas veces á recibir hospitalidad á esta abadía, en que habia pasado los años de su juventud; pero se conoce tambien que no era, como parece haberle reconvenido Raoul, por un espíritu de ligereza y de inconstancia, pues de la citada carta se deduce el espíritu de regularidad claustral que le acompañaba por todas partes. Reprende en ella los abusos que habia observado en algunos prioratos dependientes de la abadía de San Martin de Tours, y todo el mundo sabe que los prioratos no eran el mismo grande monasterio, sino granjas aisladas, en que se explotaban los productos de los bienes raíces, y que no estaban habitadas más que por hermanos legos en su mayor parte con un prior á su frente. Despues recomienda á los mismos religiosos del gran monasterio el vigilar por que se ejerza mejor la hospitalidad en estas granjas, pues tal era el nombre que daban á estas casas rurales de los monjes de la órden de S. Benito. Hé aquí todo lo que se sabe sobre las relaciones de Raoul, monje de Villiers, con Guibert, abad de Gemblours; pero las reconvenciones del monje no alteraron la caridad que reinó entre ellos, testigo la epístola VIII, que da á conocer indirectamente que Raoul debia ser de los que le reprendian, porque dejaba de contestar á los detractores de su reputacion.—S. B.

RAOUL, abad de Pierre-Mont, era canónigo regular y obtuvo la expresada abadía en la diócesis de Metz en 1113. La reputacion que se habia adquirido por su sabiduría y celo, motivó el que le invitase Yorbert á trasladarse á la abadía de Septfonds, que acababa de fundar en la diócesis de Langres para establecer su instituto. Raoul accedió á sus deseos, fué á Septfonds con los más fervorosos de sus monjes, y gobernó aquella casa sin abandonar, á pesar de esto, el cargo que habia obtenido en la primera. Miéntras se hallaba ocupado en procurar floreciese en ambas la virtud, le mandó en 1130 Esteban, obispo de Metz, ir á administrar el monasterio de

Freistroff, de la órden del Cister, durante la vacante de la silla abacial, para presidir á la eleccion del nuevo abad. Tres años despues le llamó Alberon, obispo de Verdun, para trabajar con él en la fundacion de la abadía de Belleval, en Argona. Raoul, pronto siempre á llevar á cabo cualquiera buena obra, obedeció sin vacilar. Ignórase si estableció en Belleval la regla de los Premostratenses. Pero es positivo que existian en aquella casa desde 1137. Raoul volvió á Pierre-Mont, y terminó santamente sus dias en 1140. El Padre Hugo, que ha publicado en sus *Monumentos de la antigüedad sagrada* las antiguas constituciones de la abadía de Pierre-Mont, no vacila en atribuir esta obra á Raoul. Aunque no presenta pruebas fundadas de su opinion, como no hay nada que la contrabalancee, no tenemos dificultad en adoptarla. Sus constituciones estan sacadas de lo que se llama la regla de S. Agustin y de la de S. Benito. Prescriben como esta el ayuno desde 14 de Setiembre hasta la Pascua, y establecen la misma forma de profesion poco más ó ménos. Uno de los superiores debia todas las noches, despues de la hora de silencio, recorrer el dormitorio, la enfermería y demás dependencias. Cinco veces al año se hacia una sangría general. El enfermero la anunciaba en el capítulo, y los que sufrian esta operacion estaban dispensados durante cuatro dias de los ejercicios de la comunidad. Se recitaba diariamente el Oficio de la Vírgen y el de difuntos con las horas canónicas; durante la cuaresma se hacian tres procesiones semanales por el claustro, cantando las letanías, y se empleaban otras prácticas, que no creemos continuasen por mucho tiempo en uso. Hé aquí lo que nos ha parecido más notable en estas constituciones, que es la única obra que atribuyen los bibliográfos á este abad Raoul.—S. B.

RAOUL ó Rodolfo, obispo de Nimes, conocido por un manuscrito que se conserva en el Vaticano, de los que pertenecieron á la reina de Suecia, y cuyo título es: *Summa Sacramentorum edita per venerabilem dominum Rudolfum episcopum Nemansensem* Los autores de la *Nova Gallia christiana* no han encontrado ninguna otra noticia sobre este Rodolfo, y tampoco se han atrevido á designarle época en la lista de los prelados de Nimes. Por el título y por las primeras líneas de su libro se comprende que no es anterior á la edad de la teología escolástica: es probable que escribió entre los años 1190 y 1210.—S. B.

RAOUL ó Rodolfo II, abad de S. Mauricio en Valais á mediados del siglo XII. Se ha impreso muchas veces bajo el nombre de este abad una carta de Luis VII, en que se excita á este príncipe por medio de los ejemplos de sus antecesores Clovis, Dagoberto y Carlomagno, á reparar la iglesia y monasterio de Aganne ó de S. Mauricio, que los bárbaros habian reducido á cenizas. Los autores de la *Nueva Gallia Cristiana* hacen la observacion

de que este incendio ocurrió el año 940, y deducen de aquí que esta carta se halla dirigida no á Luis VII, sino á Luis IV, por Rodolfo I, abad de Aganne en el siglo X. Mr. Briat conserva sin embargo esta carta entre las escritas positivamente á Luis *el Jóven*, recogidas por su canciller Hugo. Si es así, debe suponerse que más de doscientos años despues de la ruina de estos edificios, se hallaban todavía sin reedificar, ó que esta relacion nueva de un antiguo desastre no era más que un pretexto para solicitar nuevos beneficios. La carta por lo demás solo tiene este objeto, y la fecha ó reciente ó atrasada del acontecimiento de que habla, no se halla indicada ó designada de ninguna otra manera. —S. B.

RAOUL ó Rodulfo, monje de la Chaise-Dieu, en la Auvernia, escribió la *Vida de S. Adelelmo* ó *Aleanmo*, que siendo natural de Londun, en el Poitou, fué á hacerse monje en el mismo monasterio de que llegó á ser abad, y desde el que pasó á España y fué fundador y primer prior de San Juan de Burgos, donde terminó sus dias en 1097, y es honrado bajo el nombre de S. Elesmes. Este es el documento más auténtico que hay acerca de este Santo, pues fué escrito en el mismo lugar en que pasó la mayor parte de su vida y poco despues de su muerte. Mr. Baillet dice que no fué compuesta hasta transcurridos quince ó veinte años. Pero puede deducirse de las circunstancias que se van á referir que lo fué mucho ántes, y áun en 1103 ó uno de los dos ó tres años siguientes. Dícese que Aimeric, abad de la Chaise-Dieu en 1102, le envió poco despues de la muerte del Santo á los monjes de S. Juan de Burgos. Pero este hecho, referido en el pequeño prefacio en que el autor anuncia que no emprendió la obra hasta despues de haberse visto obligado por una autoridad superior, supone evidentemente que la suspendió de órden del mismo abad, que queria enviarle á España, de donde sin duda le habian pedido pormenores sobre la vida del Santo, que no habia sido conocido por los nuestros hasta sus últimos años. Raoul se limita á las principales acciones del Santo, que detalla con tanto órden como sencillez y candor. Parece que fué discípulo suyo, y pasó algun tiempo bajo la disciplina del santo abad, cuando gobernaba en esta calidad el monasterio de Chaise-Dieu. Lo que manifiesta no solo calificándole de padre, sino poniéndole tambien en el número de los que sintieron mucho verle abdicar la dignidad abacial para retirarse á España. De todos los milagros que obró Dios por la intercesion del Santo, Raoul no refiere más que los que se verificaron en su vida y á su muerte, prueba tambien de que no tardó en tomar la pluma despues de este suceso. No ha procurado amplificar la materia con episodios, lugares comunes y otros adornos semejantes. Por el contrario, dice expresamente que si hubiese querido detallar todas las virtudes y los milagros del santo abad, hubiera hecho un escrito extrema-

damente prolijo, de manera, que ha abreviado lo que tenia que decir sobre el fondo mismo de su historia. A la manera sucinta con que la ha escrito, ha sabido unir el autor un aire de piedad y modestia que le da un nuevo realce. Juan Tamayo de Salazar es el primero que ha publicado esta vida original: se lee en el *Martirologio español*, de donde la ha tomado el P. Mabillon para hacerla entrar en su Coleccion de actas de los Santos, despues de haberla ilustrado con observaciones preliminares. La que se halla en Bolando está traducida del P. Marieta, quien al emprender la traduccion del texto latino de Raoul, lo hizo de una manera muy imperfecta, ya por las omisiones ó por otras faltas, como tomar á Loudun por la ciudad de Lyon. Yepes fué más exacto en la que tradujo, pero suprimió todos los milagros. Mr. Baillet no conocia la edicion de Tamayo, cuando sostuvo que no encontraba el original de esta vida escrita por el monje Raoul. En cuanto á la edicion del P. Mabillon aún no habia salido de las prensas.—S. B.

RAOUL, patriarca de Antioquía: nació en el castillo de Dambrut, en Manu, y fué arzobispo de Mamestra ó Malmestra, ciudad de Cilicia en el Asia Menor; y adquiriéndose despues el aprecio público fué elegido patriarca de Antioquía contra la voluntad de todos los arzobispos y obispos, y así tomó el *pallium* sin el permiso del papa Inocencio II. Echó de su iglesia al arcediano, aprisionó una parte de la clerecía y desterró á la otra. Deseando el Pontífice aplacar tamaños desórdenes, envió de legado á Antioquía á Pedro, arzobispo de Lyon, pero éste murió en el camino y tuvo por sucesor á Alberico de Belba, obispo de Ostia, el cual citó á Raoul en la Pulla, delante del Papa. Cuando se dirigia á Roma fué preso por el duque Guillermo, que le acusaba de haber sido causa de que el principado de Antioco hubiese echado á Raimundo, hermano de éste, duque de Guyena; pero el Papa obligó á Guillermo á ponerle en libertad. Toda la Iglesia romana aborrecia á Raoul, porque sostenia el error de los griegos de que la Iglesia de Antioquía era igual á la de Roma; pero reconoció al fin su falta, se humilló ante el Papa, y puso á sus piés el *pallium*. Verificada esta humillacion, un cardenal diácono, por órden del Papa, le dió otro *pallium* con las competentes letras apostólicas, y el Pontífice le volvió á mandar á Antioquía, en donde el legado Alberico, reuniendo una asamblea de todos los arzobispos y obispos del patriarcado de Antioquía y del de Jerusalen y sus sufragáneos, le condenó por sus faltas, y deponiéndole de su dignidad, se le echó de su silla y se le encerró en una prision con el obispo de Apamea. Logrando escaparse de su encierro, se volvió á Roma, en donde al fin logró lo que deseaba, pero al volver á su diócesis, segun Esteban de Lusignan en su *Historia genealógica del reino de Chipre*, fué envenenado el año IV de su patriarcado, sucediéndole Aimeric el año 1142.—C.

RAOUL, arzobispo de Cantorberi. Nació en Mans ó en el pais de Maine en el siglo XI, de una familia ilustre de la Normandía. Tomó el hábito monástico en la abadía de S. Martin de Séez en 1079, y diez años despues fué elegido abad de este monasterio. Perseguido por Roberto de Belesme, pasó á Inglaterra á fin de librarse de las vejaciones de este señor, y tuvo la suerte de ser muy bien acogido por el rey Enrique. Habiéndose conocido su mérito en Inglaterra, cuando vacó la silla episcopal de Rochester por la muerte de Gondulfo, S. Anselmo fijó la vista en Raoul como el prelado más capaz de ocupar la vacante, y habiendo sido elegido fué ordenado para este obispado por el mismo santo prelado, y seis años despues le sucedió en el arzobispado de Cantorberi. Su eleccion para esta silla se hizo el 26 de Abril de 1114 en una asamblea de prelados y de señores, que se celebró á este fin en Windsor. Se opusieron á ello algunos obispos y áun el mismo rey, que se habian decidido en sus principios por el abad Fabricio, y áun la contrariaba el Pontífice incomodado, porque habiendo sido Raoul trasladado sin participacion suya desde la silla de Rochester á la de Cantorberi, no habia ido á pedirle el *pallium*; pero al fin cedió el Papa de su enojo, y le mandó este el año 1115. Eadmer en su *Historia Nova*, que ha consignado todo lo concerniente á este asunto muy detalladamente, nos ha conservado las cartas que mediaran entre ambas partes. Cumplió Raoul exactamente sus deberes como arzobispo de Cantorberi defendiendo los derechos de su iglesia con la mayor energía, especialmente contra Tourstant, arzobispo de Yorck, que por él quiso renunciar á su eleccion durante el episcopado de Raoul á rendirle la obediencia que le exigia. Despues de haber gobernado la iglesia de Cantorberi por espacio de ocho años y seis meses, murió Raoul el 20 de Octubre de 1122, segun Eadmer, cuya opinion debe preferirse á la de Orderico Vital, que pone su muerte en 1123. Segun el testimonio del Malmesburi por Mabillon, pocos ó nadie tuvieron mayor religion que Raoul. Fué entendido en letras, afable y generoso hasta el punto de que sus bienes fuesen todos de los necesitados. El único defecto que podia echársele en cara, era el ser muy inclinado á la risa y á la galantería más que lo que convenia á su dignidad; pero todas sus acciones declaraban su excelente corazon, y sin ofender á Dios, no podia formarse contra él la menor sospecha desfavorable á su persona y sentimientos. Han quedado de este prelado algunas cartas, de que se da noticia en la Historia de la literatura de Francia por los Benedictinos de S. Mauro. —C.

RAOUL EL ANGEVINO, canónigo de Bayeux, compiló hacia 1263 un tratado de que queda una copia de 140 págs. en 4.° de letra del siglo XIII, en los archivos de su misma catedral. La obra lleva el título de *Brevis tractatus de consuetudinibus et statutis Ecclesia baiocensis*, en cuya última hoja se lee: *Ra-*

dulphus Andeganinus, baiocensis canonicus, me compilavit circa annum Domini M.C.C.L.X.I.X. Y encima: *Liber iste fuit compilatus regnante Ludovico rege Francorum XI, præsidente ecclesiæ predictæ Odone de Lorris.* Esta coleccion, especie de código eclesiástico de la diócesis, era conocida en el pais con el nombre de Ceremonial del Angevin. En 1761 el abate Beciers, párroco de S. Andrés de Bayeux, en un corto artículo sobre algunos usos, derechos y privilegios del cabildo de la catedral, se contentaba con indicar un antiguo ceremonial gótico conservado en el cartulario del cabildo, pero no nombra al autor y no da ningun extracto. M. Lechaudé d'Anisy ha publicado recientemente algunos fragmentos de este manuscrito. Mr. Thomine Desmarmes, vicario general de Bayeux, ha prometido publicarle por completo hace mucho tiempo como documento justificativo de una nueva historia de la catedral de Bayeux. —S. B.

RAOUL EL ARDIENTE. En el tomo IX de la Historia literaria de Francia se hace mencion de este ilustrado sacerdote, que nació en la diócesis de Poitiers hácia la mitad del siglo XI. Se le dió el sobrenombre del *Ardiente*, á causa de su vivacidad y de su celo religioso, que se entusiasmaba frecuentemente. Gobernó como cura con mucho cuidado y piedad el rebaño que le estaba confiado, y se le considera como uno de los sacerdotes más entendidos de su época. La gran reputacion que le granjeó su elocuencia, fué causa de que Guillermo IX, conde de Poitiers, le llamase á su corte, y este príncipe de Aquitania se aficionó de tal modo á oirle, que se le llevó consigo en 1101 cuando partió con los cruzados á Tierra Santa. Los bibliógrafos que nos hablan de Raoul no dan más noticias desde este año, de suerte que se ignora si murió en las Cruzadas y dónde. Compuso este eclesiástico más de doscientas homilias en latin sobre los evangelios de los domingos y fiestas del año no solo de las de precepto si que tambien de las más solemnes de la Iglesia, y el gran número de ediciones que se han publicado de ellas, manifiesta su bondad, y ciertamente que si fuesen más conocidas no dejarian de estar en boga áun en estos tiempos. Esta coleccion se divide en dos partes; la que contiene las homilías sobre las epistolas y los evangelios de los domingos y los misterios del Señor, se imprimió por la primera vez en 8.° en Paris el año 1564; y la segunda, que comprende las epistolas y evangelios de las principales fiestas y del comun de los santos, se publicó por la primera vez en 1567: despues siempre se han impreso unidas ambas partes en dos vól. en 8.°, á saber: en Paris en 1568; en Amberes en 1571 y 1576; otra vez en Paris, en 8.° y dos vól., en 1575. El traductor de la primera parte fué Fr. Juan Robert, y el de la segunda Fr. Fermin Capitis; no habiéndose impreso esta traduccion, acredita que no convenia mucho con el texto, ó que se estimaba más el texto latiuo. Otras obras se atribuyen á Raoul el Ardiente, pero no se

citan por los autores en las bibliotecas, ni como dadas á la prensa. — C.

RAOUL EL BRETON, *Radulphus Brito*, no es conocido más que por un tratado escolástico sobre el alma (*De Anima*) cuyo ejemplar, conservado en la biblioteca de S. German de los Prados, ha sido indicado por Montfaucon y citado en una de las colecciones bibliográficas de Fabricio. Unicamente por conjetura puede colocársele á mediados del siglo XIII. — S. B.

RAOUL DE CAEN. Apellidóse así este historiador por haber nacido en dicha ciudad. Se le ha considerado entre los Mauronitas y por Muratori como historiador y escritor religioso. Habiendo nacido en Caen, ciudad de la Normandía, ha sido un autor desconocido desde el siglo XII, que fué en el que floreció, hasta el XVIII en que se ha desenterrado, por decirlo así, su memoria, prestándose atencion al único monumento que dejó de su pluma. Es este monumento la historia de Tancredo, uno de los principales jefes de la primera cruzada para la conquista de Jerusalen y de los demás santos lugares en los que se verificó la redencion del género humano con el sacrificio voluntario de nuestro Señor Jesucristo. Hizo Raoul el viaje á Tierra Santa, y en Siria se aficionó de tal modo á Tancredo, príncipe que murió el año 1112, y á Boemundo, y les llamó de tal modo la atencion, que ambos príncipes le cobraron especial cariño, y le dieron señaladas pruebas de aprecio y de amistad. A solicitud de ambos escribió Raoul la historia de la primera Cruzada, para la que le enteraron de las grandes acciones y particularidades que sucedieron y él no habia presenciado. Su amor á Tancredo le obligó á extenderse cuanto pudo sobre lo que más concernia á éste, razon por lo que se tituló á su historia: *Las acciones de Tancredo en la expedicion de Jerusalen;* la cual publicó Dom Martenne en su primer tomo de Anécdotas; pero la más exacta edicion de esta obra está publicada por Muratori en el tomo V de su Coleccion de Historiadores de Italia. En el tomo X de la Historia literaria de Francia por los Benedictinos de la congregacion de S. Mauro, se da tambien á conocer á este historiador de las Cruzadas. — A. C.

RAOUL DE CHEVRI, obispo de Evreux, llamado así del lugar de su nacimiento, cerca de Brie-Comte-Robert, canónigo y arcediano de la iglesia de París, y obispo de la diócesis mencionada de 1263 á 1269; promulgó en 1268 en el mes de Abril, un acta que han impreso Bessin y Lebrasseur con el título, segun los archivos de S. Taurin de Evreux, de *Ordinationes D. Radulphi de Chevriaco, ebroicensis episcopi, super jurisdictione archidiaconorum Ecclesiæ Ebroicensis.* El digno Obispo se propone regularizar los derechos de vigilancia, visita, jurisdiccion y represion que pueden ejercer los arcedianos de sus diócesis sobre los sacerdotes ó los curas, materia muy difícil en la legislacion religiosa, que á pesar de muchos reglamentos de este género dejaba siempre lugar á nuevos abusos. Las indemnizaciones que el

arcediano estaba autorizado para percibir en sus visitas, necesitaban someterse á límites prudentes, porque se elevaban quejas en todas partes contra las vejaciones de estos vicarios, cuya ambicion era con frecuencia insaciable. En cuanto á la jurisdiccion, los curas no podian recibir con placer á personas que con muy poco motivo con frecuencia, pretendian suspenderlos ó áun excomulgarlos. Si el Obispo por la relacion que se le hacia pronunciaba una sentencia pecuniaria, la tercera parte de la multa pertenecia al arcediano, lo que hacia muy sospechosa esta clase de justicia. Raoul de Chevri termina diciendo que ha redactado este acta, ya en virtud de un poder ordinario, ya por el poder especial que le han dado para esto sus tres arcedianos, Alano, Esteban, Giberto y los deanes de Lonvieres, Neubourg, Verneuil y Couches. El reglamento está, en efecto, provisto no solo del sello episcopal, sino tambien de la aprobacion y del sello del dean y del cabildo de Evreux. Hay una carta dirigida por el papa Clemente IV á este prelado en 1266, que habia manifestado, segun parece, la imposibilidad en que se hallaba de hacer lo que habia exigido de él la corte de Roma; el Pontífice le contestó que en el gran número de determinaciones que se le hacen aprobar, hay sin duda algunas que merecen muy poca atencion, y le da gracias por su sinceridad. Equivocadamente se ha confundido á Raoul de Chevri con su antecesor Raoul de Grosparmi, que ocupó la misma sede episcopal de 1259 á 1262, fué nombrado cardenal y obispo de Albano por el papa Urbano IV, y que partió con Luis IX para Africa, como legado en Francia de Clemente IV. Murió en aquella cruzada en 10 de Agosto de 1270, pocos dias ántes que el príncipe á quien habia remitido la esclavina y el bordon de peregrino. Clemente IV escribió á este prelado un gran número de cartas como á su legado apostólico. — S. B.

RAOUL DE COLONMELA. El nombre de este autor ha dado márgen á muchas controversias. Algunos han sostenido que ningun escritor francés se ha llamado Raoul de Colonne, *Radulphus de Columna*, y que á este nombre debe sustituirse el de Radulfo Colonna, escritor de origen romano, y de la ilustre familia que en el siglo XIII contaba en el número de sus miembros al cardenal Juan Colonna y á Gil de Roma, arzobispo de Bourges. Otros han identificado á este Landulfo Colonna, y de consiguiente á Raoul, con el cronista Landulfo de Colonna, llamado *Sagax*, y con Pandulfo Colonna, personaje imaginario, designado por un error de copista como autor de un tratado sobre el origen del Santo Imperio, que aunque atribuido con frecuencio á Landulfo de Colonna, puede sin embargo pasar por obra de Raoul de Colonmelle, *Radulphus de Columna*. Otros, por último, han creido que éste era natural de Roma. El P. Liron se ha esforzado en sostener que Raoul y Landulfo son dos personajes distintos entre sí, y distintos de Pandulfo y

canónigos ambos de Chartres. Dice que no eran romanos ni uno ni otro, y que fueron llamados de Columna, porque verosímilmente nacieron ambos en una aldea del país de Chartres, llamada en latin *Columna*, y en francés segun parece *Colonmelle* ó *Columelle*. Añade que Dupin y Guillermo Cave designan un tratado compuesto por Raoul, su fecha de 1290, y se inclinan á creer que Landulfo era sobrino de este escritor, simple conjetura que no puede sostener el exámen de la crítica. Fabricio habia dicho que el nombre de Raoul se halla sustituido equivocadamente al de Landulfo en la edicion príncipe del *Tratado sobre el orígen y la sucesion de los Papas*; su continuador adopta la opinion del P. Liron en lo que concierne á Raoul de Colonmela. Moreri la adopta igualmente. Cave habia admitido que Raoul de Colonmela, llamado tambien Landulfo y Pandulfo, es el autor del tratado *de Translatione Imperii Romani*, y aunque cae en algunos errores con motivo del *Breviarium historiale*, no se equivoca sobre la pretendida identidad de Raoul con el autor de esta crónica. La duda juiciosa que expresa hubiera debido impedir á Casimiro Oudino engañarse tan frecuentemente como le ha sucedido en un artículo sobre Landulfo *Sagax*. Por otra parte, muy léjos de prestar su apoyo á las conclusiones del autor de la *Biblioteca de Chartres*, los manuscritos, como veremos despues, aumentan de tal manera la confusion de nombres y calificaciones, que la hacen interminable en algunos puntos. A pesar de todas sus investigaciones, el P. Liron, ménos que ninguno de sus antecesores, ha conseguido procurarse noticias relativas al nacimiento, la vida y la muerte de Raoul de Colonmela. No han sido más felices sus sucesores. Nada se sabe acerca de este personaje, excepto que era miembro del cabildo de los canónigos de Chartres y natural probablemente de la aldea de Colonnela. Despues se dirá la única razon que hay para colocar su muerte hácia el año 1300. El solo escrito que se ha impreso bajo el nombre de Radulfo de Colonna, es un tratado de poca extension intitulado: *Tractatus de translatione Imperii Romani, à Græcis ad Francos*. Las copias manuscritas tienen el epígrafe unas veces de *Tractatus*, otras de *Compendium de statu et mutatione Imperii Romani*. El autor dedicó este libro á Lamberto de Chatel ó Chateauneuf, profesor de derecho en París, á quien llama su muy querido padre, y de quien debemos creer con Liron que habia sido el discípulo más apreciado. La obra se divide en diez capítulos, y no en ocho solamente como dice el autor de los historiadores de Chartres. El objeto de este escrito es probar que fueron los papas los que transfirieron el imperio de los griegos á los franceses, y de los franceses á los alemanes. Esta opinion, que á pesar de lo que tiene de absurdo, vemos reproducirse un siglo despues bajo la pluma de un religioso de la órden de S. Agustin, el Mtro. Jordan de Strasburgo, no ha contribuido poco á acreditar la errónea creencia de que Raoul era originario de una

familia romana. La tésis que sostiene le convenia á la acusacion de manifestarse guiado por una grande parcialidad, y áun imbuido de muchas preocupaciones en favor de la corte romana. Esta acusacion no se le ha perdonado. Se ha ido más lejos; se ha acusado á Raoul de beber en fuentes sospechosas y de admitir entre los hechos verdaderos é importantes, otros muchos que son disputables. Esta acusacion, preciso es decirlo, no nos parece desnuda de fundamento. Uno de los escritores que cita Raoul con más frecuencia es Martin el Polaco; el cual es el único, entre los que invocan el testimonio de este cronista, que le da el título de obispo de Cosenza. Cita con mucha frecuencia tambien la crónica de Richard, obispo de Cremona, y habla del autor como de un gran historiador, admirándose el Padre Liron de que Vosius y Dupin no hagan mencion alguna de esta crónica. En cuanto al estilo del escrito de Raoul, sin ser enteramente correcto, no es, sin embargo, inferior á los elogios que le dan muchos biógrafos. La superioridad de este estilo sobre el del continuador anónimo de la obra titulada *Historia miscella* ó *Breviarium historiale*, hubiera debido bastar para impedir que se confundiese á Raoul con este continuador. El tratado sobre la traslacion del Imperio fué impreso por primera vez en 1566 en Basilea, en el *Syllogus* de Simon Schandius, *De jurisdictione et auctoritate imperiali*, obra cuya segunda edicion apareció en Estrasburgo en 1618. Cuatro años ántes habia reproducido Goldast el escrito de Raoul en su Monarquía del Santo Imperio romano. Le coloca en el año 1260, suponiendo tambien que el autor habia escrito ántes que se terminase la Crónica Martiniana. Dupin, Cave, el P. Liron, Moreri y el P. Lelong convienen en la opinion de que el tratado fué compuesto hácia el año 1290. Adoptando su parecer sobre este punto, nos hallamos en el caso de colocar hipotéticamente la muerte de Raoul de Colonmelle á últimos del siglo XIII. Por circunstancias de que no podemos dar cuenta, ninguna de las tres copias manuscritas que se conocen del tratado *De translatione Imperii Romani* lleva el nombre de *Radulphus de Columna*, que se lee en las tres ediciones impresas, seguido de la calificacion de canónigo de Chartres. La primera copia pertenece á la biblioteca pública de Estrasburgo, segun las noticias de Mr. Jung, conservador de esta biblioteca; en la dedicatoria es donde el autor del libro se da á conocer bajo los nombres y el título de *Landulphus de Columpua, canonicus carnotensis*. La segunda copia se encuentra en la Biblioteca Real de París; procede de la abadía de S. Victor, reproduce el mismo nombre, pero con la calificacion de canónigo de Siena, *canonicus Senensis*. La tercera, depositada en la biblioteca del Arsenal, sustituye al nombre *Landulphus de Columpua* el de *Pandulfus de Columna*, que no leyó bien Hænel, y que va acompañado de las palabras *canonicus Senensis*, que dejó de copiar este bi-

bliógrafo. Estas tres copias no son anteriores al siglo XV. Las dos últimas nos dan la explicacion de cómo el autor del tratado que contiene ha podido ser considerado como un escritor italiano. Pero se concibe con menor facilidad que este autor, que vivia en el siglo XIII, haya sido confundido con Landulfo de Colonna, llamado *Sagax*, que escribia á principios del siglo IX, si no se sabe que la mayor parte de los manuscritos atribuyen á Landulfo de Colonna, canónigo de Chartres, sin distinguirle con el sobrenombre de *Sagax*, la crónica conocida con el título de *Breviarium historiale* ó de *Historia miscella*, que comienza en la creacion del mundo, y ha sido continuada primero hasta 1320 y despues hasta 1428. La misma confusion existe entre el autor del tratado *De translatione Imperii Romani* y el autor de un comentario inédito sobre los cuatro libros de las Sentencias de Pedro Lombardo. Las copias que existen de este último escrito en Cambridge, en Basilea y en casi todas las bibliotecas de Italia, convienen en designar al autor bajo el solo nombre de *Landulphus*. El único ejemplar que se conserva en Francia añade á este nombre una calificacion, la de hermano de la órden de los Minoritas, de donde deduce Sbaraglia con alguna verosimilitud que es obra de un franciscano de Nápoles llamado *Landulphus Caracciolus*, que fué obispo de Amalfi y murió hácia 1351. Otra obra que ha quedado inédita como la anterior, se atribuye sin motivo alguno á Raoul de Columela; es un escrito muy corto intitulado: *Tractatus brevis de Pontificale Officio, compositus à magistro Landulpho de Columpua, canonicus carnotensis*. Solo existe una copia de esta obra, escrita en pergamino; se remonta al siglo XV y proviene de la biblioteca Colbert, de donde pasó á la Biblioteca Real. El autor invoca en ella el testimonio de una carta dirigida á Felipe I, rey de Francia, por Ivo, obispo de Chartres. Esta cita, y la calidad de canónigo de Chartres colocada despues del nombre de Landulpho en la suscricion del manuscrito, han podido dar motivo para creer que este Landulfo era lo mismo que Raoul de Columela, llamado con frecuencia *Landulphus de Columna*. Si se ha prescindido de la dedicatoria del libro á Juan XXII, que fué elevado en 1316 á la dignidad pontificia y murió en 1334, es probablemente porque muchas copias manuscritas de la *Historia miscella* designan bajo el nombre de Landulfo de Colonna, canónigo de Chartres, al escritor que ha continuado esta crónica hasta 1320, y dedicado su trabajo al mismo Papa. Fabricio conjetura por último que otra obra, tambien inédita, con el título de *Temporum Pontificum Romanorum Historia* bajo el nombre de Landulfo de Colonna, canónigo de Chartres, y una dedicatoria á Juan XXII, podria ser la misma obra que el *Breviarium historiale*, que no es de Raoul de Colonmelle.—S. B.

RAOUL DE LA FUTAYE. Este virtuoso ermitaño fué uno de los discípulos primitivos y más queridos de Roberto de Abrissel (Véase ROBERTO) con quien

evangelizó, y cuando por los muchos que acudieron á Fontevrand á hacer penitencia se vió obligado Roberto á dividir las gentes en tres colonias, nombró á Raoul por jefe de una de ellas. Nació este religioso en el siglo XI, y desengañado del mundo, se retiró á hacer vida solitaria en el desierto, desde donde la fama de Roberto de Abrissel le sacó para unírsele en obediencia en la abadía de Fontevrand. Al frente de la colonia que puso á sus órdenes Roberto, partió el mismo dia que su compañero Vital Mortain (Véase VITAL) con la suya, que se dirigió á Savigni, á la Bretaña, Selva de Nid-de-Merle, abadía de S. Sulpicio, y el año 1117 edificó la casa así llamada, en la que, de la misma manera que en Fontevrand habia hecho Roberto, puso á los hombres sometidos á las mujeres. Ignórase quién fuese la primera abadesa de este monasterio, pues que no se da nombre de ninguna de las que pudo haber hasta la abadesa princesa María, hija de Esteban de Blois, rey de Inglaterra, que murió el año 1156. Los religiosos que administraban los sacramentos á estas religiosas, tenian sus celdas próximas al monasterio, recibiendo de ellas todo lo necesario á la vida; fueron en bastante número, y se los denominó *condonatos*. Como el P. Lobineau dice en su *Historia de Bretaña* que este establecimiento subsistia aún en el siglo XIV, podria sospecharse que no subsistiese ya en el siglo XV; pero por la profesion de un religioso hecha en 1585 se sabe subsistia á fines del siglo XVI, y así lo expresa en su *Vida de Roberto* Pavillon. La abadía de S. Sulpicio, fundada por Raoul de Futaye, se fué engrandeciendo con agregaciones, de las que no podemos dejar de dar razon, en honor al virtuoso jefe de los sulpicianos. El primer monasterio agregado fué el de Loc-María, fundado por Alain Cagnart, conde de Cornoualles, que le fué dado por Conan II, duque de Bretaña, y su esposa Matilde. Viviendo aún Raoul, el de la Fuente de S. Martin se le agregó tambien por donacion de Foulques, conde de Anjou, y de su mujer Eremberga, y el priorato de la Forgerense en Poitou, tambien se le agregó por gracia que de él hizo Guillermo, obispo de Poitiers. A imitacion de S. Sulpicio se pusieron tambien religiosos en Coets para dirigir á las religiosas, monasterio que fué fundado par Hoel III, conde de Nantes, en 1149, en favor de su hija, que se consagró en él á Dios en presencia de Brice, obispo de Nantes, de Salomon, obispo de Lyon, y de muchos señores que reconocian por duque de Bretaña á este príncipe, que habia sido negado el año anterior por Conan III como hijo suyo en el momento de morir, lo cual causó una guerra civil en Bretaña; este monasterio se agregó tambien á San Sulpicio. Los pontífices Calixto II, Eugenio III é Inocencio IV pusieron la abadía de S. Sulpicio bajo la proteccion de la Santa Sede, y todos los monasterios que comprendia se mencionan en la bula de Eugenio de 1148, que prohibe á los religiosos de este monasterio salir de él despues de profesar

sin licencia de la abadesa y del capítulo. Desde que dió el papa Eugenio III esta bula se aumentó el número de monasterios, como se ve en la fundacion del de Coets. Tenia esta abadía grandes dependencias en las diócesis de Nantes, Rennes, Vannes, Quimper y Saint-Maló, y asegura Pavillon haber visto una bula del papa Alejandro III, que manifestaba que este monasterio, así como la congregacion de S. Sulpicio, se extendia hasta Inglaterra, y que en esta bula prohibia tambien el Pontífice á los religiosos salir sin permiso de la abadesa. No hemos podido hallar la fecha ni el lugar de la muerte del virtuosísimo Raoul de Futaye.— B. C.

RAOUL ó Rodolfo de Granville, patriarca titular de Jerusalen, fué natural de Borgoña, en Francia, segun Bernardo Guidonis, ó de la provincia de Normandía, segun Guillermo de Nagis; abrazó el instituto de los PP. Predicadores á mediados del siglo XIII durante el pontificado de Inocencio IV. Habiendo cultivado cuidadosamente sus talentos por medio del estudio, y hecho notables progresos en la práctica de las virtudes, fué dedicado desde luego al ministerio de la predicacion, y el celo por la salvacion de las almas le indujo á atravesar los mares para ir á trabajar en la conversion de los sarracenos y de otros pueblos infieles en la Siria. Hacia ya mucho tiempo que ejercia este penoso cargo, cuando fué elegido por su mérito jefe de las misiones de los Dominicos y provincial de Tierra Santa. Raoul continuó en este nuevo ministerio con el mismo fervor llenando todos los deberes del apostolado. El espantoso libertinaje y el desarreglo de las costumbres, casi general entre los latinos establecidos recientemente en la Palestina, no dieron quizá ménos ejercicio al ardor de su celo que la obstinacion de los cismáticos y la impiedad de los discípulos de Mahoma. Pero no le aterró el trabajo; y á pesar de los contínuos peligros á que se veian expuestos los ministros del Evangelio, no pudiendo resolverse el siervo de Dios á abandonar una mision de que estaba especialmente encargado y en la que obtenia algun fruto, sostuvo todo su peso, y su valor sirvió para reanimar el de sus hermanos hasta el año de 1291, es decir, hasta la toma de Ptolemaida y la muerte del santo patriarca de Jerusalen, Nicolás de Hanapes. Desde esta época desgraciada, la predicacion del Evangelio llegó á ser fatal á los infieles, y en particular á los mahometanos. Los cruzados que los habian irritado imprudentemente, no eran los únicos á quienes los infieles victoriosos hacian pasar sin distincion al filo de la espada. Los predicadores de la fe, aunque conteniéndose siempre dentro de los límites de su profesion, experimentaron de muchas maneras la crueldad de los bárbaros. Todos los que podian recoger los degollaban en seguida, ó no diferian algunas veces su suplicio más que para hacerle más largo y más riguroso. Se cree que fué en aquella época cuando Raoul de Granville abandonó el Oriente y fué á Italia, ya para

informar al Santo Padre y á los superiores da su Orden del estado en que se encontraban los negocios de la religion en la Palestina, ya para dejar se entibiase un poco el fuego de la persecucion y el furor de los infieles, tan distantes entónces de querer escuchar las verdades de la salvacion. Pero el mérito y los talentos del P. Raoul fueron bien pronto conocidos en la corte de Nápoles y en la de Roma. El rey Cárlos II le honró con su confianza; le nombró su confesor, y poco tiempo despues le envió como embajador al rey de Francia Felipe *el Hermoso*. Los negocios de que iba encargado cerca de este príncipe le detuvieron en Francia durante la vacante de la Santa Sede despues de la muerte del papa Nicolao IV. Pero apénas se sentó en la cátedra de S. Pedro Celestino V, en 1294, cuando nombró á Raoul de Granville para el patriarcado de Jerusalen. Bernardo Guidonis dice que fué por recomendacion del rey de Napoles omnipotente en el espíritu de aquel papa. Tambien puede creerse que los cardenales habian instruido á Su Santidad de las cualidades de este súbdito. De todas maneras, Raoul se hallaba todavía en Paris cuando recibió sus bulas, y fué consagrado en esta capital en Diciembre de 1294, casi al mismo tiempo que Celestino V renunciaba la tiara para volver en el reposo de la soledad á sus primeros ejercicios de devocion y penitencia. Guillermo de Nangis, que refiere este hecho, añade que el nuevo Patriarca á su llegada á Roma fué depuesto por Bonifacio VIII, lo que atribuye únicamente Mr. Sponde á la resolucion que habia tomado este Papa de deshacer todo lo que habia hecho su predecesor. Guidonis por el contrario, asegura que Raoul de Granville, que vivió diez años todavía, fué siempre honrado y mirado como patriarca de Jerusalen. Para concordar los opuestos testimonios de dos autores contemporáneos, cree el P. Echard que Bonifacio VIII hizo en esta ocasion lo que se le vió practicar en otras muchas; es decir, que depuso al patriarca titular de Jerusalen, y que le restableció poco despues. Así fué, segun Nicolás Trivet, cómo este Pontífice quitó al cardenal de Billon, decano del Sacro Colegio, el *pallium* que le habia dado S. Celestino, pero no tardó en devolvérsele. Lo mismo hizo poco más ó menos con S. Luis, hijo de Cárlos, rey de Sicilia. Celestino V habia conferido el arzobispado de Lyon á este jóven príncipe, que no habia recibido aún las órdenes sagradas: Bonifacio VIII revocó esta provision, y dos años despues dió al Santo el obispado de Tolosa, que vacó en la corte de Roma el 6 de de Diciembre de 1296. Lo que puede confirmar la opinion del Padre Echard es que ni Bonifacio VIII ni su sucesor Benedicto XI nombraron otro patriarca de Jerusalen en vida de Raoul, miéntras que poco despues de su muerte encontramos á un Antonio, obispo de Durham en Inglaterra, elegido patriarca de Jerusalen por el papa Clemente V. Por lo demás, ambos prelados y los que los sucedieron en el mismo título no llegaron á tomar po-

sesion de su silla. Ignoramos cuáles fueron las ocupaciones del patriarca Raoul durante todo el pontificado de Bonifacio VIII. Benedicto XI le dió en administracion, segun el abate Ughelli, el arzobispado de Brindis en el reino de Nápoles. Pero no gobernó esta iglesia más que un año, habiendo muerto en el mes de Noviembre de 1304. — S. B.

RAOUL DE LAON. Fué uno de los doctores más famosos que tuvo la Iglesia de Francia á últimos del siglo XI y principios del XII: era hermano de Anselmo, y fué encargado como él de la direccion de la escuela de Laon. Anselmo era canónigo de la iglesia catedral de esta ciudad, y fué despues dean. Habiendo vacado la sede episcopal durante dos años despues de la muerte de Ingelvan, decidió el clero elegir á Gaudri, refrendario del rey de Inglaterra. Gaudri era rico, pero más bien guerrero que eclesiástico. No creyéndole Anselmo digno del episcopado, se opuso aunque solo á su eleccion, pero fué tambien el único que no le abandonó en sus desgracias. Se habia propuesto romper la liga ó sociedad que habian formado los ciudadanos de Laon para defenderse contra los nobles. Cuarenta ciudadanos juraron su muerte; se lo avisó Anselmo, y tomó el Obispo sus precauciones, pero habiendo despedido sus guardias algunos dias despues, le atacaron los ciudadanos, le dieron de puñaladas, y le arrojaron desnudo á la calle. Viendo Anselmo que nadie cuidaba de darle sepultura, le hizo enterrar en la iglesia de S. Vicente, lo que refiere Guiberto de Nœguent, testigo ocular, quien añade que se decia entónces que hallándose Anselmo en conversacion con algunas personas, habia dicho que un crímen de esta naturaleza no podia borrarse más que con el incendio de la iglesia en que se habia cometido, lo que sucedió; pues se prendió fuego la casa del Obispo, de donde pasó á la iglesia catedral. Anselmo, por relacion del mismo Gilberto, hizo más católicos con sus lecciones sobre la Escritura Sagrada, y con la pureza de la fe, que habian pervertido los errores del tiempo; tuvo entre sus discípulos á Guillermo de Campeaux, y á otros muchos personajes ilustres que fueron elevados al episcopado. Era de edad muy avanzada cuando fué á oir sus lecciones Pedro Abelardo. Ya que por su mucha edad no se hallase en estado de continuar explicando con el mismo vigor y gusto que anteriormente, ya que el discípulo se creyese más sabio que el maestro, Abelardo habla de Anselmo con desprecio, diciendo que no sabia resolver las dudas de nadie, y que debia más á la práctica en la enseñanza que á su talento ni á su memoria la grande reputacion de que gozaba. La muerte de Anselmo se pone en 1117. Compuso muchos escritos, algunos de los cuales han visto la luz pública, á saber: una *Glosa interlineal* que llegó á vulgarizarse y á que iba unida la *Glosa ordinaria* de Nicolás de Lira. Enrique de Gante la menciona en su *Catálogo de escritores eclesiásticos;* ha sido impresa con

la *Glosa ordinaria* de Hugo de San Thierri, cardenal; en Basilea, 1502, y muchas veces con la de Nicolás de Lira, en Basilea, en 1498, 1501 y 1509; y en París, en 1520; en Lyon, en 1529; en Venecia, en 1588; en Lyon y en París, en 1590, en fólio, seis volúmenes; en Douay, en 1617; en Amberes, en 1624, y en la gran *Biblia* del P. La Haya, en París, en 1660. Con el nombre de Anselmo de Laon se ha impreso un *Comentario* sobre San Mateo entre las obras de S. Anselmo de Cantorberi, en Colonia, en 1593 y 1612, por Materno Cholin, y en Lyon, en 1630, en fólio; pero este comentario es del inglés Pedro Babion, que escribia en 1630 segun Posevino. Se deduce esto no solo del genio y del estilo del autor, sino tambien de un manuscrito de la biblioteca del Rey, en que este Comentario lleva el nombre de Pedro Babion. En la misma Biblioteca se halla el verdadero *Comentario* de Anselmo de Laon, pero no ha llegado á imprimirse. Los *Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos* y sobre el *Apocalipsis*, impresos tambien en la *Coleccion de obras* de S. Anselmo en las ediciones de 1593 y 1612, son de Anselmo de Laon, ó al ménos llevan su nombre en los manuscritos. Tritemio le atribuye su Comentario y algunas cartas. Sanders cita dos que no han visto la luz pública. El Comentario sobre los Salmos solo ha sido mencionado por Tritemio. Con respecto á las diez y seis *Homilías sobre el Evangelio*, impresas en la coleccion de los escritos sobre S. Anselmo de Cantorberi, son en su mayor parte del genio y del estilo de los Comentarios sobre San Mateo de la edicion de Teófilo Raynaud, en 1631, de manera que deben atribuirse á Pedro de Babion á quien pertenecia este Comentario, como se acaba de decir. — S. B.

RAOUL *el Limosnero*. Este religioso benedictino fué natural de Inglaterra. Fué, segun Pitseus en sus Ilustres Escritores ingleses, muy aficionado á las bellas letras, cultivó el estudio de la Santa Escritura, y habiéndole obligado sus superiores á predicar, sus sermones le adquirieron una grande reputacion. Reunió despues todos estos sermones en un volúmen que dejó á la posteridad con los libros de homilías, y un tratado del pecador. Murió en Westminster, en el reinado de Enrique II, año de 1160, y fué enterrado en su convento. — C.

RAOUL DE SERRES, dean de la iglesia de Reims. Fabricio dice que Oleario, Bayle, Cave y Dupin han confundido á muchos Raouls, pero es muy difícil que el mismo Fabricio haya distinguido bien de todos los demás al de que vamos á ocuparnos. Para evitar si es posible esta confusion, comenzaremos por indicar los diferentes personajes que se trata de distinguir. 1.° Radulfo ó Gradulfo, que fué abad de Fontenelle en Normandía á mediados del siglo XI, y que segun todas las apariencias, no ha dejado obra alguna. Oudin le llama un escritor imaginario, un santo del nuevo calendario,

2.° Raoul, monje de Flaix ó de Saint-Germer, teólogo del siglo XII, que Bayle ha tomado equivocadamente por un cronista, y que nuestros antecesores han dado á conocer mucho mejor como autor de una *Suma de Teología* y de algunos comentarios sobre los libros sagrados.—3.° Raoul de Beauvais, que podria muy bien ser el mismo Raoul de Flaix, pues el monasterio que llevaba este último nombre, ó el de S. Germer, se hallaba situado en el Beauvais.—4.° Raoul el Negro, que enseñaba en Poitiers, y al que se hallan dirigidas las dos cartas de Sarisberi, que tienen los números 171 y 173 en la coleccion de las de Tomás Becket.—5.° Raoul de Serres, dean de la iglesia de Reims, muerto en 1196, que es por el que hablamos aquí de los demás. Du Boulay, el P. Ribet y otros muchos, le han aplicado el sobrenombre de *Negro*, que segun Mr. Brial debe reservarse para el precedente.—6.° y 7.° Dos cronistas que escribieron en el siglo XIII, á saber, Raoul de Coggeshale, y Raoul de Suffolk, llamado tambien el *Negro*, pero que fué arcediano de Glocester. Créese generalmente que Raoul, dean de Reims, era natural de Inglaterra. Juan de Sarisbery y Tomás Becket hablan de él como de un amigo y un compatriota. Fué desterrado de la Gran Bretaña con Tomás, que en una de sus cartas da gracias á la iglesia de Reims de la buena acogida que ha hecho á los compañeros de sus infortunios. Hácia 1166 ó 1167, solicitó Juan de Sarisbery, en una carta escrita al obispo de Amiens, la dignidad de dean de Reims para Raoul, pero fué concedida á Foulques, y Raoul no la obtuvo hasta 1176. Pedro *el Chantre* le sucedió en 1196, año que puede mirarse como el de la muerte de Raoul. El necrologio de la iglesia de Reims dice únicamente el dia décimotercio ántes de las candelas de Setiembre, y le representa por otra parte como un eclesiástico caritativo, austero, honrado y erudito, *vir honestus et litteratus*. Si á los elogios que le han dado Tomás Becket y Juan de Sarisbery se unen los de Pedro de Celles y Esteban de Tournai, resultará que Raoul habia obtenido de sus contemporáneos homenajes semejantes á los que Marlet y otros modernos han ofrecido á su memoria. Hé aquí los únicos hechos relativos á la vida de este dean; de sus obras conocemos mucho ménos todavía, pues han quedado manuscritas, y no existen más que en las bibliotecas de Inglaterra. Los catálogos de estas bibliotecas le atribuyen una *crónica* y un tratado de *arte militar*, no añadiremos unos comentarios sobre la Biblia, que los autores de todas las bibliotecas eclesiásticas han reivindicado con razon para Raoul de Flaix. Un tratado *de re militari* no tiene sin duda gran relacion con las funciones que llenaron la vida de Raoul de Serres. En cuanto á la Crónica, comienza, segun se dice, en el orígen de las cosas humanas, extendiéndose hasta el año de 1114, y ha sido continuada hasta más allá del año 1200 por Raoul de Coggeshale en 1228. El P. Martenne ha publicado esta continuacion, que no

solo se remonta á 1114 sino á 1066; de manera que se podrian considerar las tres primeras páginas como las últimas de la obra del dean de Reims. Pero hay sin duda algun error, pues Pitz y Bayle nos dicen que en los manuscritos de Inglaterra, las adiciones de Raoul de Coggeshale á la crónica de Raoul el *Negro* comienzan por estas palabras: *anno gratiæ* 1114, *rex Henricus*. Pero ni estas palabras ni los términos equivalentes se encuentran en el libro que ha insertado Martenne en el tomo V de la *Amplissima collectio*, por un manuscrito de S. Victor, que no contenia más que esta continuacion. En este se pasa inmediatamente desde el año 1110 al 1118, sin hacer mencion alguna de los años intermedios, y sin que se trate ningun acto del rey Enrique perteneciente al año 1114. Solo, pues, con ayuda de los manuscritos ingleses puede formarse una idea un poco exacta de la obra continuada por Raoul de Coggeshale. Sin embargo, Woord en su Historia de la universidad de Oxford, cita la crónica del dean Raoul, y áun copia algunas líneas: *Liberalium artium exercitia evanuerunt occasione ambitiosi questûs ob quem curritur ad leges sæculi, et decreta, et physicam*. Se ve, pues, que entónces, como en otras muchas épocas, la literatura era ménos lucrativa que la medicina, el derecho canónico y la jurisprudencia civil. Wood, al citar otro pasaje de la misma crónica, parece que hace de Raoul el primer literato del siglo XII: *qui in re grammatica, humaniorique universim litteraturâ, coetaneis omnibus facilè præluxit*. Pero el Raoul á quien se elogia hasta este punto es calificado aquí de *Belvacensis*, en vez del sobrenombre de *Niger*, que lleva en las demás citas de Wood. Nos atrevemos á creer que esta cualidad de *Belvacensis* es una equivocacion, ó al ménos nos parece difícil que convenga al dean de Reims, que acogido en esta ciudad en el mismo momento en que acababa de abandonar á Inglaterra, no tuvo tiempo para hacer en Beauvais una residencia tan larga que fuese causa de que tomase el sobrenombre de esta ciudad.—S. B.

RAOUL DE LA TOROTE, arzobispo de Lyon y de Torote, era canónigo de Verdun cuando el papa Martino IV le promovió al arzobispado por una carta fechada en 10 de Junio de 1284. Esta sede se hallaba vacante hacia algunos meses, y los canónigos no podian convenirse en la eleccion de un nuevo prelado. En vano delegaron sus poderes á una comision de seis de sus miembros, prometiendo aceptar al que eligieran ántes de que se apagase una luz. Un canónigo llamado Durgelle elegido de esta manera desagradó á la mayor parte del cabildo, y viéndose mal acogido, resignó su prelacía en manos del Santo Padre, que no dejó escapar esta ocasion para elegir un primado de las Galias, y decidió nombrar á Raoul en atencion á sus méritos. Raoul tomó posesion de su metrópoli el primer lunes despues de la pascua de Navidad de 1284. Entre los actos de su prelacía, que solo duró hasta Abril de 1287, hay

tres que tienen un carácter bastante notable. El primero es un convenio concertado en 1285 con el conde de Forée, por órden del rey de Francia, para la reforma de algunos abusos producidos por los legistas en las provincias meridionales de Francia; el objeto de este decreto es una observancia más exacta de las ordenanzas de S. Luis y de Felipe el Atrevido, relativas á la administracion de justicia. El segundo artículo consiste en algunos reglamentos sinodales publicados en 1286 en un concilio provincial en Macon. La tercer acta designada como célebre por los autores de la *Galia cristiana* se halla impresa en en el Espicilegio d'Achery, con fecha del mes de Marzo de 1287. Es un contrato entre el arzobispo de Lyon y el obispo de Autum, en que reconocen que durante la vacante de una de estas sedes sus derechos serán ejercidos por el prelado que preside la otra; y para asegurar la conservacion de esta antigua costumbre, se consagran á regularizar muchos detalles concernientes á los sellos, los castillos ó fortalezas, los muebles del prelado difunto, los ornamentos pontificales, y la administracion de los bienes inmuebles del obispado ó el arzobispado. Apénas habia firmado Raoul esta convencion, cuando tuvo con los ciudadanos de Lyon algunas diferencias que le obligaron á ir á París, donde murió el 7 de Abril de aquel mismo año de 1287; pues aunque se citan algunas actas de fecha posterior no tienen la mayor verosimilitud.—S. B.

RAOUL DE TORTAIRE. Nació este religioso benedictino en Gien sobre el Loira, en la diócesis de Auxerre, en el siglo XI. Abrazó la vida monástica en el monasterio de Fleury ó de S. Benito, á las riberas del Loira. Hanse disputado los escritores acerca de los tiempos en que vivia; pero la opinion que parece más acertada es que murió hácia el año 1114. Escribió este benedictino en prosa y en verso con el mayor éxito. La más conocida de sus obras es la continuacion de la historia de los milagros de S. Benito, obrados en Francia y especialmente en Fleury. Comienza esta historia en el reinado de Enrique I, rey de Francia, en 1031 hasta 1114, habiéndola continuado Hugo de Santa María. La obra de Raoul fué impresa en la Biblioteca de Fleury, en la *Coleccion de los Bolandistas* el 21 de Marzo, y con mayor extension y exactitud en el tomo VI de las *Actas de los santos de la Orden de S. Benito*. Los que deseen mayores detalles sobre este religioso pueden consultar el tomo X de la *Historia literaria de Francia* por los Benedictinos. A. C.

RAOUL *el Verde*. Este prelado de Reims se encuentra citado en la Galia cristiana, y floreció en el siglo XII. Intimo amigo del glorioso S. Bruno, hicieron juntos voto de dejar las vanidades del mundo y dedicarse al servicio de Dios en el claustro como religiosos. Llenó su voto S. Bruno, y desde el espantoso desierto de la Cartuja adonde se retiró, escribió una apre-

miante carta para que se resolviese á cumplir la promesa que ambos habian hecho de abrazar la vida religiosa, exhortándole á que lo ejecutase cuanto ántes. Se ha creido por algunos autores hasta nuestros dias, que esta carta no habia tenido efecto alguno; pero se han engañado, pues que es bien sabido que Raoul se hizo religioso de S. Remigio de Reims, de cuyo convento salió para ocupar la silla episcopal de esta iglesia. Hállase su nombre con la cualidad de arzobispo en una antigua matrícula del monasterio, en el que se ven escritos los nombres de los religiosos en caractéres de su época. Aun en el dia se ve en la iglesia de S. Remigio un sepulcro con figuras y adornos, que se cree sea el de Raoul; pero la mayor parte de los mejores críticos pretenden que este monasterio es más antiguo qué este prelado, y que aquella tumba es de Hincmar, que tambien habia sido arzobispo de Reims; y esta es la opinion de los PP. Martenne y el sábio Durand, benedictinos de la Congregacion de S. Mauro, como puede verse en el tomo I de su Viaje literario en el que se encuentra igualmente un grabado de este sepulcro. Murió Raoul el Verde en 1224, y se conócen de él cinco ó seis cartas muy cortas de muy poca consecuencia y otros tantos registros, cuyos escritos pueden verse en la *Galia cristiana* al tomo IX. — C.

RAPACCIOLI (Angel Francisco). Nació este Cardenal en Roma á fines del siglo XVI y fué oriundo de Collescípoli, diócesis de Narni. Desde sus primeros años se distinguió por la precocidad de sus talentos, lo que le hizo conseguir rápidos progresos en sus estudios, todo lo que unido á un corazon leal, le adquirió muchos amigos, y le abrió la puerta á las primeras dignidades. Abrazando el estado eclesiástico, se dedicó al servicio de la Santa Sede, y en 1634 el pontífice Urbano VIII le nombró regente de la Cancillería; en 1636 clerigo de Lausana y presidente de los archivos, y despues tesorero y comisario de las tropas pontificias reunidas con motivo de la discordia que habia entre el Papa y la casa Farnesio por el ducado de Castro y de Ronciglione; en cuyos importantes cargos se distinguió extraordinariamente por su suficiencia, probidad y justificacion. Deseando Urbano VIII recompensar sus importantes servicios, en 13 de Julio de 1643 le creó cardenal preste de Santa Maria *in Via*, y el papa Inocencio X, á cuya eleccion ayudó con empeño, le concedió la pingüe abadía de S. Anastasio de Carbone, en la diócesis de Clermon, y en 1646 el obispado de Todi. En esta silla celebró el sínodo, y manifestó tanto su prudencia y mansedumbre cuanto su inocencia é integridad de costumbres, reformando su rebaño y en especial á los eclesiásticos, más con el ejemplo y la dulzura, que con el imperio de su autoridad y la fuerza de las leyes eclesiásticas, y sobre todo siendo generosísimo con los pobres. En el jubileo de 1650, no contento con las muchas limosnas que hacia de ordinario, reunió en su palacio muchos

sacerdotes pobres y peregrinos, á los cuales servia la comida con sus propias manos. Decoró su iglesia con elegante forma de adornos, gastó mucha parte de sus bienes en hacer cosas útiles á la diócesi, á la cual le obligó á renunciar el mal estado de su salud el año 1656. En el cónclave para la eleccion de Alejandro VII, muchos cardenales quisieron elegirle papa, porque gozaba del aprecio de todos los del Sacro Colegio; pero más que todo lo impidió la habitual enfermedad que padecia. Murió en Roma en 1657 á los sesenta y dos años de edad, y fué sepultado en Santa Maria de Minerva cerca de la capilla de nuestra señora del Rosario, solo con su nombre escrito en la lápida que le cubria. Este Cardenal escribió varias obras, cuyo catálogo publica Mandosio en su *Biblioteca Romana*, á la cual puede acudir á consultarlas el que desee ó necesite conocerlas. —A. C.

RAPALLO (Fr. Antonio de), capuchino italiano, predicador de la provincia de Génova; tradujo á su idioma del francés: *Los ejercicios del cristiano interior divididos en dos partes;* Génova, por Benito Ceble, 1670; y Venecia, por Nicolás Pezzana. *Parte segunda del cristiano interior*; Venecia, por el mismo, 1681. *Catecismo de la Cruz;* Génova, por Franchello, 1686.—S. B.

RAPARIUS (Angel). Sin decirnos si fué religioso, eclesiástico ó solo hombre piadoso, nos hablan los biógrafos de este autor que nació en Cremona, ciudad del Milanesado, en el siglo XVII: compuso algunas obras en prosa y verso que dejó al P. Francisco de Neri, religioso capuchino y famoso predicador en Roma. Fué Raparius sábio y piadoso, pero muy escrupuloso. En un libro que escribió, titulado *De falsa pœnitentia*, parece que quiso probar que jamás se hace una buena penitencia. Por otra parte se confesaba con dolor de no haber constantemente cumplido el mandamiento de la Iglesia de oir Misa, porque dudaba de la intencion y disposicion del sacerdote que la decia, que tal vez no estuviese en estado de poderla celebrar con validez. Al pasar por delante de la tienda de algun banquero se imaginaba haber ocultado dinero, y sostenia que era asi cuando se le pretendia desengañar; pero si se le pedia la restitucion, volvia á su buen juicio y protestaba que era inocente, habiéndose advertido en su conducta desvarios de esta clase en muchas cosas. —A. C.

RAPATHON (B.), abad en el monasterio de Heilbrum, de la Orden Benedictina, en Alemania. Pertenecia á la antigua é ilustre familia de los condes de Abensperg, cuyo título llevó con no poca gloria suya y de sus antepasados, que en este ilustre vástago encontraron un digno imitador de su gloria y hazañas. Pero este caballero, más decidido á caminar por la senda de las virtudes cristianas que por el camino de las grandezas y honores, no tardó en abandonar todos sus bienes y riquezas por retirarse al fondo de un claustro, que comenzó por fundar él mismo, para tomar en él la cogulla.

Desde el momento en que se retiró á aquella santa casa, manifestó las grandes cualidades de que se hallaba adornado, distinguiéndose en particular por su ejemplar obediencia y amor á la observancia de las prácticas de la comunidad: su celo en este punto le mereció ser promovido á la dignidad abacial, gobernando aquella casa con grande celo y acierto, y mereciendo el aprecio y estimacion de todos los religiosos, que le miraban y veneraban como á padre, pues era acreedor á este título por haberles proporcionado un asilo donde retirarse á vivir con tranquilidad los dias que Dios les concediese de vida, y además los dirigia con sus ejemplos y encaminaba en sus lecciones por el camino de la observancia y perfeccion religiosa, que si como monje habia sido el primero en guardar escrupulosamente, inútil es decir que como superior procuraria se siguiese con toda exactitud y sin desviarse en nada ni admitir ningun género de interpretacion falsa ó errada de la santa regla. Era el primero en hacer lo que ésta disponia, y así ayunaba y daba su racion á los pobres, siendo compasivo de los que llegaban á su puerta, y pocos iban que volviesen desconsolados, porque con halagos y con lágrimas á veces tomaba parte en su dolor y los animaba á sufrir con paciencia los trabajos y penalidades de la vida. Como estas disposiciones eran tan propias para mejorar de vida, no pudo continuar por mucho tiempo en el mundo, pues estaba ya su pecho ardiendo con el fuego del divino amor, y así murió con grande opinion de santidad en 1157, hácia el 17 de Agosto, en cuyo dia le celebra su Orden. —S. B.

RAPHA, hijo de Beria y nieto de Ephraim. (I Par., VII, 25.)

RAPHA, quinto hijo de Benjamin. (I Par., VIII, 2.)

RAPHA, hijo de Banaa, de la tribu de Benjamin. (I Par., VIII, 37.)

RAPHA ó Arapha, padre de los antiguos gigantes de la Palestina, de donde procedió su nombre de *Rephaim* ó *Raphaim*. (II Reg. XX, 6, 7 y I Par XX, 4. Genes, XXIV, 3.)

RAPHAEL, judío, natural de Metz, habia servido en el ejército francés y fué despues gendarme. Encargado de custodiar á los sacerdotes deportados á Córcega, le admiró su paciencia y les prestó algunos servicios por los que fué puesto en el calabozo durante quince dias. Habiendo ido á Roma se convirtió, probó su vocacion, y recibió el bautismo con el nombre de Agustin el 29 de Setiembre de 1815. —S. B.

RAPHAIM ó Rephaim, antiguo gigante del pais de Canaan. En un principio habia muchas familias de ellos en aquel pais. Se cree generalmente que descendia de un tal *Repha* ó *Rapha*, pero otros conjeturan que el nombre de *Raphaim* significaba gigantes en el lenguaje de aquellos pueblos. Los gigantes existian ya al otro lado del Jordan en Astarothcarnaim en tiempo de Abraham, cuando Codorlahomor los declaró la guerra. Tambien

los habia en este país cuando vivia Moisés. Og', rey de Basan, descendia de los Rephaim. Josué los admitió tambien en el país de Canaan. Por último, los hallamos todavía en la ciudad de Geth en la época de David. Los gigantes Goliath, Saphai y algunos otros eran de la raza de los Raphaim. Su tamaño y su fuerza son referidas con demasiada frecuencia en la Sagrada Escritura. —S. B.

RAPICIA (Fr. Buenaventura), franciscano italiano. Escribió: *Dialogum de Rubricis Breviarii et Missalis, adjunctis aliquot observationibus Cantus Gregoriunii;* Vercellis, por Francisco Bonat, 1592. *Librum de casibus conscientiæ per modum dialogi.* —S. B.

RAPIN (Renato). Nació este célebre jesuita y literato en Tours el año 1621, y sintiéndose inclinado al claustro, entró en la Compañía de Jesus en 1639. Luego que estuvo suficientemente instruido, enseñó durante nueve años las bellas letras, y publicó desde 1657 á 1687 un gran número de escritos en verso y prosa, tanto en latin cuanto en francés, observándose componia alternativamente libros de piedad y de literatura, por lo que decia el abate La Chambre que servia á Dios y al mundo por semestre, observacion que justifica hasta cierto punto la lista cronológica de las obras que se conocen de este autor. Sin embargo, debe tenerse presente que sus producciones literarias en general son muy religiosas, y que el literato se ve desde luego en sus obras teológicas. Los contemporáneos de Rapin han prestado homenaje á la dulzura y delicadeza de sus costumbres, por lo que sostuvo disputas bastante acaloradas con Maimboug, y especialmente con el P. Vavaseur; pero no fué muy moderado su celo contra los jansenistas. Cuéntase que trató muy bruscamente á Duperrier y á Santeul, que hacian versos latinos como él, y que por excusarse Menage, le habian buscado para que juzgase del mérito de sus poesias. Como estos se le presentasen al salir de la iglesia para que les admitiese las composiciones que sometian á su censura, les reprochó severamente su vanidad, les manifestó que sus versos eran detestables, y echó en el cepillo de limosnas de la iglesia el dinero que habian depositado como en juego ó por apuesta entre sus manos, para que fuese de aquel cuyas composiciones métricas declarase mejores. Muy pocos hechos podemos referir acerca de su vida, que se halla resumida en sus obras, á las que dedicó todo su tiempo. Murió en París el 27 de Octubre de 1687. Inauguró Rapin su entrada en el Parnaso y en el mundo literario con las siguientes piezas en verso: *Serenissimæ Reipublicæ Venetæ trophæum ob debellatum turcam et restitutam societatem Jesu*, 1657. —*Trophæum famæ eminent. cardinal. Mazarini*, 1657. — *Lacrymæ in tumulum Alfonsi Mancini*, 1658: las cuales se imprimieron en fólio en París. Habia sido Rapin el preceptor del jóven Mancini, cuya prematura muerte lloraba, el cual era sobrino del carde-

nal Mazarino. Al propio tiempo que publicaba estos tres ensayos, que aún no revelaban un talento muy distinguido, componia el P. Rapin un libro de teología polémica con este título: *De novâ doctrinâ dissertatio, seu Evangelium Jansenistarum*; Paris, 1658, en 8.° —Supone en esta obra el autor que un jansenista predicando el Evangelio á los paganos les enseña la doctrina de la predestinacion gratuita, y de la impotencia del libre albedrío sin la gracia eficaz, de lo que concluyen estos paganos que se les anuncia un Dios injusto que les prescribe leyes que él sabe bien que su cumplimiento es imposible á la mayor parte de ellos. La reputacion literaria de Rapin empezó en París en 1659, en cuya época publicó sus *Eglogas sagradas*, acompañadas de una *Disertacion* sobre el poema pastoral. Créese ver en estas *Eglogas* el arte de Virgilio, y el verdadero carácter del género bucólico, razon por la que Costar llamó á este poeta el segundo Teócrito; y Santeul y Huet le colmaron de elogios. Despues los mismos jesuitas, lo mismo que Bayle, juzgaron con ménos indulgencia sus idilios sagrados, lo que no obstó para que conservasen alguna reputacion hasta finalizar el último siglo. Pedro Alpini los tradujo en versos italianos en 1790 en Turin, en 8.°, y fueron seguidos en 1660 y 1662 de tres piezas en verso, impresas en Paris, en fólio, que se conocen con los siguientes títulos: *Pacis triumphalia ad Jul. Card. Mazarinum, pacificatoriâ legatione feliciter gestâ.—Pax Themidis cum Musis Ad Guil. Lamonium. Regi Lud XIV pacifer Delphinus.* El poema de los Jardines, *Hortorum libri* IV, apareció en 4.° en 1665 y con buenas variantes, en 12.°, en 1667. Entre las numerosas ediciones siguientes solo distinguiremos la de Utrecht, en 8.°, de 1672; y la de París, impresa por Barbon, bajo la direccion de Brotier, en 1780, en 12.° Fué traducido este poema en verso inglés por J. Evelin, hijo, en Lóndres en 1673, en 8.°; en verso italiano, por Juan Pedro Bergantini, de la órden de Servitas, pero esta version ha quedado manuscrita; en francés, por Garzon Dourxigné; París, 1773, en 12.°, y mucho mejor por MM. Voiron y Gabiot, Amsterdam (París), 1782, en 8.°, con el texto latino. Esta es la obra más justamente celebrada entre todas las de Rapin, pues su latin es puro, el estilo gracioso y la composicion muy ingeniosa. Se le ha criticado de haber echado mano con demasiada profusion de detalles mitológicos por el carácter profano y poco cristiano que dan á la obra; pero observándose que es una continuacion de las Geórgicas, y que la tradicion religiosa de Virgilio se reemplaza en ella naturalmente, no podia ménos de ser así. Por lo tanto solo puede reprocharse al poeta razonablemente el haber mezclado con los nombres de las divinidades paganas el de Jesucristo, con motivo del lirio y de la pasionaria; y creemos por lo tanto que es muy débil la excusa que da Baillet de que Jesucristo aparece en este punto de la obra sin accion y sin con-

secuencia alguna, y que mejor hubiera sido no se le hubiese mencionado en obra de este género. Son tan superiores estos cuatro cantos á las demás poesías de Rapin, que algunos han pretendido probar que no son suyos, y que los habia tomado de un manuscrito lombardo que poseia un príncipe de Nápoles, suposicion que no habiendo sido fundada, no debe tomarse en cuenta para nada. La obra fué muy buscada en 1782, cuando Delille publicó sus *Jardines*, y se esforzaron los inteligentes, segun costumbre, en hacer se prefiriese el poema latino, acreditado hacia más de un siglo, al poema francés que se acababa de publicar. Con posterioridad añadió Rapin á sus cuatro cantos una disertacion titulada: *De universa hortensi culturæ disciplina*, que se ha reproducido en la mayor parte de las ediciones. Los bibliógrafos Mercklin, König y otros, han colocado la disertacion y los cuatro cantos entre los libros de botánica médica, y los autores del Diccionario histórico italiano impreso en Bassano, dicen que en consecuencia de esto Renato Rapin tiene un largo artículo en el Diccionario histórico de Medicina por Eloy; pero esto no es cierto. Siguiendo la serie cronológica de las publicaciones del P. Rapin, encontramos sus *Odas* en 1667, dirigidas al papa Clemente IX y al cardenal de Bouillon, impresas ambas en Roma, en 4.°; y en 1698, su *Comparacion de Homero y de Virgilio*, en 4.°, publicada en París. Dedicada esta obra al presidente Lemoignon, en donde fué leida, fijó la atencion de los sabios y fué traducida en latin por M. Paulmier de Grensemeslin, en seguida de su apología por Lucain; Leyde, 1704, en 8.° Pretendia Menage que no tenia Rapin la instruccion necesaria para comparar á estos dos grandes poetas, y que Tannegui Lefevre, en cuya conversion trabajaba entónces, le habia proporcionado los pasajes griegos. El resultado de este paralelo en el fondo no consiste más que en dos ó tres antítesis. Homero tenia más entendimiento, Virgilio más juicio; y por lo tanto se apreciaria más ser Homero, pero se aplaudiria más el haber hecho la Eneida. Despues de publicar Rapin en fol. en París, en 1669, versos en honor de Fr. Fouquet, arzobispo de Narbona, escribió el año siguiente una comparacion de Demóstenes y de Ciceron, que se imprimió en 8.° en París, y se reimprimió en 12.° con correcciones en 1676. Plutarco habia evitado esta árdua empresa confesando que ignoraba para ello con cuánta perfeccion debe saberse el latin; pero segun el biógrafo Danuou, en su artículo de la Biografía universal francesa al que vamos siguiendo, el P. Rapin podria haberle respondido que se abstenia tambien por otras razones. Encuentra Gibert este trozo muy inferior aún á la imperfecta disertacion del P. Gausin sobre el mismo objeto. El año 1671 apareció un vól. en 12.°, titulado: *Comparacion de Platon y de Aristóteles*, con la opinion de los Santos Padres acerca de sus doctrinas y reflexiones cristianas. Otros escritores modernos han penetrado mucho más ántes en las teorías de estos dos

antiguos filósofos; pero Rapin se creyó en el derecho de concluir que Platon tenia imaginacion más brillante, Aristóteles un sentido más justo y sólido; que el primero es un maestro más agradable á las personas de mundo, y el segundo un guia más seguro para las escuelas; resultados que pueden ser verdaderos, pero que de modo alguno necesitaban ser tan rigorosamente establecidos. Por otra parte, se escaparon á Rapin en esta obra muchos errores de hechos de que Bayle la ha purgado despues. Las *Reflexiones de Rapin sobre la elocuencia* se publicaron en 12.° en 1672. En medio de muchas buenas ideas, pero muy generales y hasta comunes, advierte Gibert en esta obra hechos alterados, textos mal comprendidos y nociones inexactas. En esta misma época publicó este laborioso jesuita: *El espíritu del Cristianismo*, en 12.°, en Paris, libro de piedad del que se han hecho otras dos ediciones en la misma forma en 1674 y 1683. Esta obra es diferente de la titulada: *Perfeccion del Cristianismo*, impresa igualmente en 12.° primero en 1675 y despues en 1677. *Christus patiens*, 1674, en 8.° reimpreso en Lóndres por Tonson, en 12.°, en 1713: esta parece haber sido la última produccion poética de Rapin. En este mismo año pagó Rapin su tributo á la literatura profana con sus *Reflexiones sobre la poética de Aristóteles*, y sobre la obras de los poetas antiguos y modernos, que se publicaron en 12.° en Paris. En esta obra habla con poca estimacion de los epigramas, no desdeñándose en hacer mencion de los de su compañero Vavaseur, que habia compuesto muchos libros de ellos y habia añadido á ellos un tratado sobre este género de poesías. Ofendiéndose de semejante trato Vavaseur, contestó á las reflexiones llamando á su adversario autor reflexivo, y como replicase Rapin de modo que hubiera sido larga y ruidosa la polémica, Lamoignon se interpuso entre ambos jesuitas, y les obligó con sus buenos consejos á retirar sus respectivas acriminaciones, recogiendo los impresos en que las habian hecho, razon por la que los ejemplares de estas ediciones en 12.° son muy raros, si bien ambos escritos se insertaron en 1709 en la coleccion en fol. de las obras de Vavaseur. Las observaciones de este último fueron tambien refutadas por Mr. Lenfant, en su periódico *Noticias de la república de las Letras*, números correspondientes á Febrero y Marzo de 1710. Para distraer al público de esta querella imprimió Rapin en 1675 su *Tratado de la importancia de la salud*, pequeño volúmen en 12.° que en 1690 llevaba ya cuatro ediciones. El extraño epiteto de *reflexivo* que le habia dado Vavaseur, habia picado algun tanto á Rapin, pero esto no le privó publicar en 1676: *Reflexiones sobre la Filosofía antigua y moderna*, y del uso que debe hacerse de ella con respecto á la religion, impresa en Paris en 12.° En esta obra trata de materias que habia profundizado poco, aparentando creer, segun por ella le reprocha Gibert, que el dilema se clasifica por su pro-

pia naturaleza en el número de los sofismas despreciables. Al hablar de Epicúreo, entiende en contrario sentido, segun prueba Bayle, un pasaje de Plutarco, y cita como prueba de modestia lo que solo es orgullo y áun pudieran reprendérsele errores más graves. El que concierne á la historia es de 1777, en 12.° J. Davies la tradujo al inglés en Lóndres en 1680, en 8.°, y Lenglet Dufresnoi le ha preconizado. Recomienda Rapin al historiador que escriba con nobleza, sentimiento, pureza y sencillez; pero como dice el biógrafo ántes citado, estas cuatro reglas son muy vagas y no las explica de una manera tan precisa como conviene. Considera despues la materia de la historia, su forma y su fin, que segun su opinion, es el de instruir más que el de agradar. Se apropia muchos pensamientos de Luciano, expresándolos algunas veces con exactitud, y mezclando observaciones que no siempre son imparciales, y en fin, llama á Tácito un gran torcedor, que oculta un villano corazon con la careta de un bello entendimiento. Volviendo á tomar en 1679, 1680 y 1681 sus trabajos teológicos, publicó sucesivamente en Paris: *La Fe de los últimos siglos*, en 12.°;— una carta latina al cardenal Cibo, titulada: *Pro pacando Regaliæ negotio;* en 8.°— y los *Artificios de los herejes;* en 12.°; este tercer artículo es una traduccion libre de un libro latino del jesuita P. Gilles Estrich. De estas composiciones la que más ruido hizo fué la carta al cardenal Cibo; los amigos del obispo de Pamiers reclamaron contra lo que ella les parecia contener de injurioso á la memoria de este prelado. La traduccion francesa de esta carta, impresa en Colonia en 1684, en 12.°, está tan mal escrita, que no se atribuye á Rapin. Ocupóse éste de la literatura clásica en 1681, y comparó á Tucidides con Tito Livio (París, en 12.°), prefiriendo al primero como más exacto, y considerando al segundo como más ostentoso. Su último libro de devocion fué la *Vida de los predestinados en la dichosa eternidad;* París, 1684, en 4.°; pero despues compuso aún un *Tratado de lo grande y sublime en las costumbres* con observaciones *sobre la elocuencia del bien parecer;* París, 1686, en 12.°; y un escrito titulado: *Magnánimo*, ó elogio del príncipe de Condé, que se publicó en 12.°, en 1687, pocos meses despues de la muerte del héroe. El *Tratado de lo sublime en las costumbres* no es más que una coleccion de cuatro elogios, á saber, el de Luis XIV, el de Lamoignon, de Turena y del mismo Condé; pero habiéndose reparado que habia alabado demasiado poco á este príncipe, se trató de indisponerle contra Rapin. En el discurso citado sobre la elocuencia, nada nuevo ve Gibert en él más que la manera con que habia puesto el título; y al hablar de ello este autor, descubre las huellas de la poca atencion y negligencia con que hizo el autor sus demás escritos. Quedó sin imprimirse una *Historia del Jansenismo*, grande obra, en la que habia trabajado más de veinte años, y que le permitió Dios acabar ántes de su muer-

te, segun Bonhours. A las ediciones particulares de cada uno de los libros indicados es preciso aumentar una, en que se reunieron todas sus poesías latinas, publicada en dos tomos en 12.°, en París, el año 1684. Sus *Paralelos de los grandes escritores de la antigüedad*, y sus *Reflexiones sobre la elocuencia, la poética*, etc.; París, 1684, dos tomos en 4.°; y Amsterdam, 1686, en dos volúmenes en 12.° Sus *Tratados de piedad*; Amsterdam, 1695, en 12.° La edicion de la Haya de 1725, en tres volúmenes en 12.°, en cuyo tercer volúmen se ha insertado la *Comparacion de Píndaro y Horacio*, por Francisco Blondel, comprende no solo estos tratados, si que tambien las demás obras en prosa francesa y el poema latino *de los Jardines*. Uniendo á estos tres volúmenes los dos de 1681, que contienen las poesías, puede tenerse lo más completo posible las obras del P. Rapin, pues que solo faltará el *Evangelium Jansenistarum*, la *Carta al cardenal Cibo*, los *Artificios de los herejes* y la *Respuesta á Vavaseur*. «En nuestra opinion, concluye el biógrafo Daunou, el poema *de los Jardines* asegura al autor que acaba de ocuparnos un puesto eminente entre los poetas latinos modernos, entre cuyo número hubiera quedado confundido por sus demás poesías. Sus obras en prosa francesa anuncian una riqueza literaria y un talento de escritor poco comun ántes de 1687, y áun desde entónces sobrepujan á algunas no pocas obras que se consideran maestras. La reputacion de los tratados de Rapin no se ha aumentado desde 1725, ni creemos ofrezcan una instruccion bastante profunda, una precision suficientemente rigorosa, y una elegancia y correccion tan constante como era necesario para que fuesen siempre célebres. No obstante esto, es muy extraño que Laharpe no se haya dignado decir una sola palabra sobre este particular.» Los que deseen más noticias acerca del P. Rapin pueden consultar su elogio por Bonhours y el relato que ha hecho de sus obras en la *Historia de las obras de los sabios*, en Noviembre de 1687, y los artículos en que Bayle y Niceron hicieron mencion de este laboriosísimo jesuita en sus Diccionarios.—C.

RAPINE (Claudio). Este religioso trinitario nació en la diócesis de Auxerre, y con vocacion para la vida monástica profesó en los Celestinos el año 1440 en el convento de París. Confiando sus superiores en su capacidad, fué enviado á Italia para trabajar en la reforma de algunos monasterios de la Orden. Habiendo llenado dignamente esta comision, fué elegido por el capítulo general para corregir las constituciones de esta religion, segun lo acordado en los precedentes capítulos. Murió este religioso en 1495, y dejó escritas muchas obras notables para su época, entre otras un tratado de estudios de Filosofía y de Teología, en el que hace ver que los monjes deben ocuparse en el estudio, de cuyo tratado hizo uso el P. Mabillon en su *Tratado de estudios monásticos*. Escribió el tratado *De Contractibus pensionariis*,

vel censualibus.—Otro *De his quæ mundo mirabiliter eveniunt;* etc. Su familia, establecida en el Nivernois, ha producido otros hombres de mérito, tales como Cárlos Rapine, señor de Foucheraine, que asistió á los Estados generales de París en 1614, de los que hizo la historia general, al que unió diversos documentos, la cual se imprimió en 1651, como puede verse en el *Tratado de estudios monásticos* y la *Historia de los Celestinos de la Congregacion de Francia*, escrita en latin por el P. Becket, bibliotecario de la casa de París. Mr. Lebeuf, que ha dado un artículo en el tomo II de sus *Memorias* concernientes á la historia eclesiástica y civil de Auxerre, reprende al P. Becket por haber puesto en la biblioteca de Verdier en la lista de las obras de Rapine la que tiene el título de *Livre de Claude Célestin, des choses merveilleuses en nature*; 1542, en 4.°, cuya obra, dice Lebeuf, conviene poco á un hombre tan piadoso como Claudio Rapiné, y debe atribuirse mejor á Claudio Dios-Dadó, celestino tambien, que se hallaba en correspondencia con Cornelio Agrippa. Tambien habla Lebeuf, como puede verse en las *Memorias de Auxerre*, de otros escritos de Rapiné, de que no ha hecho mencion el P. Becket.—C.

RAPINEO (Fr. Cárlos), franciscano francés, lector de sagrada teología, ministro y padre de la provincia de San Dionisio de Observantes recoletos. Estuvo muy versado en las sagradas Escrituras, y se dedicó con muy buenos resultados á la lectura de los documentos de su provincia. Publicó: 1.° *Nucleum Philosophiæ Schoti;* París, 1625, en 8.°—2.° *Expositionem in regulam S. Francisci, ex ipsius S. Institutoris verbis et doctrina;* París, por Antonio Bertier, 1640.—3.° *Constitutiones suæ provinciæ;* ibidem, 1629.—4.° *Historia general del orígen de Recoletos;* París, por Claudio Lonne, 1631, en 4.°—5.° *Mystica 50 priorum Psalmorum expositione;* París, 1632, en 8.°—6.° *Exposicion de las epístolas de S. Pablo, apóstol, á los romanos;* París, 1632.—7.° *En la epístola á los hebreos;* París, 1636, en 8.°—8.° *En las epístolas á Timoteo, Tito y Filemon;* ibidem, 1632, en 8.°—9.° *Peraphrases in omnes epistolas D. Pauli, cum introductione ad doctrinam S. Apostoli.*—10. *Anales eclesiásticos de la diócesis de Cahors;* París, por Sonne. Publicó además en latin y francés muchos *libros de piedad*, segun refiere Dupin y los anales de su provincia. Murió en 1640.—S. B.

RAPOSO (Luis de Castañeda), portugués, natural de la villa de Torres Novas, en la diócesis de Lisboa, sacerdote regular de la órden de Santiago en el convento de Palmela. Escribió: *Vida de la princesa Doña Juana, hermana del rey D. Juan II de Portugal*, tomada de la antigua relacion de Catalina Pinaria, á quien han seguido todos los panegiristas de esta princesa. Se publicó en Lisboa por Francisco Vilella, 1635.—S. B.

RAPOSO (Manuel), jesuita portugués. Escribió una obra de *genealogías*.

RAPOSO (D. Manuel), eclesiástico natural de la villa de Alcor en la diócesis de Palencia, ingresó en el colegio de S. Bartolomé de Salamanca en 10 de Mayo de 1734, y despues de haber terminado sus estudios, obtuvo por oposicion diferentes curatos en el obispado de Avila, consagrándose enteramente á la instruccion de los niños y del pueblo, y á la reforma de las costumbres. Su vida fué un modelo para sus compañeros. Corria de aldea en aldea, predicando, catequizando y excitando á los pecadores á la penitencia. Habiéndole atraido su celo muchos discípulos, intentó formar una congregacion con ellos, pensamiento que no llegó á realizarse por haber encontrado grandes dificultades. Raposo marchó entónces á América ardiendo en celo por llevar á cabo sus designios, y en efecto, dedicado á la conversion de los Indios, consiguió ver colmadas en parte sus esperanzas. Por un gran número de años anduvo recorriendo aquellas vastas y poco habitadas regiones para atraer alguna alma á la fe de Jesucristo, y como veia cumplidos sus deseos con exceso, determinó hacer uno y otro viaje á la península, para llevar operarios que le ayudasen á cultivar aquel rico campo. Mas en España no tenia igual suerte que en las Antillas, y anonadado por los obstáculos que á cada paso encontraba, volvió á América segun unos, ó lo que es más probable, tomó el hábito en alguna órden religiosa donde terminó sus dias consagrado á la oracion y penitencia. La falta de noticias que hay sobre este personaje, citado con diferentes motivos en diversos autores, influye mucho en que se dude y áun se nieguen sus méritos por personas tal vez en ello interesadas. Apénas se le cita en ninguna obra moderna, y estas únicamente refiriendo sus primeros pasos, como si despues hubiese desaparecido de la escena, cuando es constante que los últimos años de su vida fueron los más laboriosos y gloriosos, y en los que intentó prestar mayores servicios á la humanidad, aunque por desgracia no vió realizados sus intentos por circunstancias fáciles de adivinar, pues el espíritu del siglo, creyéndose un tanto adelantado, se negaba á conceder lo que no creia posible, y tal vez ni áun necesario, habiendo ya tantas religiones y congregaciones dedicadas á lo que Raposo intentaba hacer fundando una nueva. Pero estas conjeturas nada significan, cuando no podemos fijar decididamente sus últimos hechos, ni la fecha de su muerte.—S. B.

RAPITA (Fr. Bartolomé de la), religioso dominico del convento de Balaguer, donde tomó el hábito, distinguiéndose mucho por sus virtudes y estudios. Los adelantos que en estos hizo le valieron ser nombrado maestro en sagrada teología, que era el grado superior á que se podia aspirar en la órden de Predicadores. Su vasta capacidad no le hizo ménos apreciable, por lo que obtuvo diferentes cargos, y entre ellos el de prior de su convento, que ejerció con tanto celo y acierto que se hizo acreedor á que el provincial

de Aragon Fr. Juan Carla, que enfermó por entónces en el convento de Gerona, donde murió en el mismo año de 1493, le eligiese por su vicario para presidir el capítulo provincial que á la sazon se estaba celebrando en Huesca. Desempeñó el P. Rapita esta comision con su acostumbrado tino y celo, mereciendo los elogios de toda su religion, y áun ser elevado á superiores puestos. Despues de haber pasado casi toda su vida consagrado al gobierno, se retiró á su convento para pasar sus últimos años consagrado á obras de piedad, llegando á obtener una grande perfeccion, y ser mirado como modelo de toda clase de virtudes. Murió tan santamente como habia vivido, y sus hermanos sintieron en extremo su pérdida, pues les privaba de un buen consejero y guia en los negocios más árduos así temporales como espirituales. Hiciéronle unas solemnes honras, y desde entónces es mencionado su nombre con elogio en todas las crónicas de la órden de Sto. Domingo.—S. B.

RAPITA (Fr. Matías de la), dominico aragonés, tomó el hábito en el convento de Huesca, donde se dió á conocer no solo por sus estudios sino tambien por sus virtudes, méritos que le valieron ser elevado á los primeros cargos de su Orden, pues en el capítulo general celebrado en Perpiñan en 1461, fué nombrado definidor, para el que al año siguiente debia celebrarse en Siena, adonde marchó dando tales pruebas de su vasta capacidad y talento, que aquellos Padres le eligieron por dos veces regente de estudios del convento de Perpiñan, que era entónces como seminario de toda la religion dominicana. Ejercia además este dominico el cargo de inquisidor del Rosellon, que desempeñó con no poco acierto por espacio de algunos años, cuando fué elegido por el maestro general de su Orden inquisidor de Barcelona, cargo que no llegó á ocupar por haberse opuesto el rey de Aragon, insistiendo en que continuase en él su antecesor, no obstante que todas las garantías se hallaban en favor de la decision del general de los PP. Predicadores.—S. B.

RAPORTO (B.), benedictino. Este esclarecido monje, cuya naturaleza se ignora, era descendiente de sangre real y oriundo de los antiguos sajones. Tomó el hábito de la órden de S. Benito en el monasterio de S. Gall, en la Helvecia, donde resplandeció y se hizo muy notable por su sabiduría y sus virtudes. Fué grande amigo é inseparable compañero del erudito y justo varon Nothero Babulo, autor del libro de la *Elocuencia*, y le profesaba tan gran cariño, que le llamaba su alma. Como su virtud y sabiduría eran tan grandes, no le faltaron á Raporto émulos envidiosos que no perdieron ocasion ni medio de hacerle daño y de mortificarle por lo ménos. Uno de estos émulos, hallándose comiendo en el refectorio, le hizo que tropezase con el vaso que estaba sobre la mesa, y lo dejase caer el suelo. El abad, en cumplimiento de uno de los capítulos de la regla, mandó á Raporto que se pos-

trase y pidiese perdon de aquel descuido. Hízolo así el venerable religioso: mas cuando el enemigo de su virtud se gozaba en la humillacion que le hacian pasar, vióse con notable asombro que el justificado religioso levantaba del suelo el vaso, el cual, á pesar del fuerte golpe, no solo no se quebrára, sino que ni áun se habia derramado una sola gota del vino que contenia. Esta ocurrencia sirvió para manifestar más la predileccion con que el Señor le miraba, y fué motivo de confusion para sus enemigos, y para que sus muchos apasionados continuáran profesándole una amistad tan grande como era la humillacion y vergüenza de sus contrarios. Raporto, sin engreirse por aquel glorioso triunfo, continuó llenando con fervoroso celo todas las obligaciones de su estado, manifestando siempre la misma evangélica mansedumbre y la misma simplicidad de costumbres. Despues de haber escrito varias obras, en las que dió señaladas muestras de su piedad y sabiduria, murió en el referido monasterio de S. Gall, no constando á punto fijo la época de su fallecimiento.—M. B.

RAPUN (D. Lorenzo Monserrat). Antes racionero y despues canónigo de la catedral de Jaca, nació en el lugar de Navasa, cercano á dicha ciudad. Obtuvo aquella prebenda en Roma, el año de 1580 en 5 de Julio, y se posesionó de ella en el Diciembre del mismo año. En 13 de Enero de 1584 se despidió de su cabildo para ir á servir á S. M. en su Real capilla, y en efecto estuvo en la capitana Real en la armada que fué contra los ingleses, en dicho año 1584. El año de 1586 ya habia vuelto á residir su canonicato, y en el referido año, y en los de 1587 y 1588 tuvo varias comisiones de su cabildo, y con su aceptacion fundó en dicha santa iglesia varias misas y un aniversario. Murió en 26 de Julio de 1614, habiendo hecho testamento y dejado por ejecutores al Dr. Blasco, canónigo, Mosen Ambrosio Bonet, y Mosen Pedro Arso, racioneros. Fué literato curioso y de ingenio para la poesía. Escribió, dice el cronista Andrés en el *Museo Aragonés*, *versos latinos*, y fué gran cantor. Debo aquellas noticias á D. José de Asso, canónigo de dicha santa iglesia, de quien hace honorífica mencion D. Ignacio de Asso en el prefacio de su introduccion, *in Orcytographiam et Zoologiam Aragoniæ*; p. 6, edicion de 1784.—L. y O.

RAQUEL, esposa de Jacob. Los que han visitado la Palestina como peregrinos llevando consigo una inteligencia elevada y un corazon noble y generoso, no han podido librarse, al poner su planta sobre esta tierra de poesía y de prodigios, de una especie de temor respetuoso con que no habia afectado su alma la vista de Roma y Atenas, porque la voz que sale del sepulcro de los pueblos ilustres y la huella gigantesca que han dejado sobre este suelo, no tocan al alma de la misma manera que la voz y la naturaleza de la religion. Lo mismo sucede á los que hacen su peregrinacion sobre los

libros: sienten emociones más profundas y de un órden más elevado visitando con el pensamiento el teatro de los sucesos religiosos que han cambiado la faz del mundo, que cuando recorren en espíritu los lugares de donde vinieron los grandes hombres, los cuales cuando más no han representado ni defendido sino ideas humanas é intereses subalternos; y de ahí proviene tambien que tan armoniosos suenan á los oidos cristianos los nombres de Jacob y de Raquel; y que se hallan en los relatos bíblicos atractivos de una tal suavidad, que hacen amar las costumbres de la edad patriarcal, no solo por ser sencillas y candorosas, sino porque fueron practicadas por nuestros abuelos en la fe. Jacob, salido de la casa de sus padres, partia para la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esaú como para tomar allí por esposa á una mujer de su linaje y de sus creencias. Despues de haber caminado todo el dia se detuvo para descansar, inclinó la cabeza sobre una piedra y se durmió. Hallábase ya distante sobre diez jornadas de Bersabé, de donde habia salido para dirigirse á Haran, y el sitio donde se hallaba era cerca de Luza, que despues se llamó Bethel. Y durante su sueño vió una escalera que por un extremo tocaba la tierra y por otro los cielos, y el Señor se hallaba apoyado sobre la parte superior de la escalera, por la cual subian y bajaban los ángeles. ¿Figuraba esta vision la partida y futuro regreso de Jacob, ó bien era símbolo de otro grande suceso? Los sagrados expositores contemplan varias figuras en esta misteriosa escala, marcadas todas con el carácter de la verdad y de una aplicacion real y positiva. Despues de convenir todos en que con aquella vision quiso el Señor manifestar á Jacob la particular proteccion y cuidado, bajo el cual le tomaba la Providencia en la soledad, afliccion y abandono en que se encontraba, admiran unos la imágen de esta misma Providencia que vela en la conservacion de los escogidos, valiéndose, como de ministros y ejecutores de sus designios soberanos, de aquellos celestes espíritus que suben y bajan de continuo, ya para acudir á nuestro socorro, ya para presentar al Altísimo nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Otros contemplan en la escala la figura del misterio adorable de la encarnacion del Verbo, que juntó el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, mediante esta cadena mística de patriarcas y de santos, cuyos eslabones forman una série no interrumpida de fe y de esperanza, desde la cuna del mundo hasta la plenitud de los tiempos, y que se perpetuará por medio de los justos hasta que espiren los siglos. Sea como fuere, el pesaroso y fugitivo Jacob sintió su alma bañada de suavísimo consuelo, viendo en sombras al que segun los divinos oráculos debia nacer de su sangre y en quien debian cumplirse tantas esperanzas; pues díjole el Señor: «Yo soy el Señor Dios de Abrahan, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes te la daré á ti y á tu descendencia. Y será

tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: extenderte has al Oriente y al Occidente, al Septentrion y al Mediodia, y serán benditas en ti, en el que saldrá de ti todas las tribus de la tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que mis palabras queden cumplidas.» Jacob al despertar se sintió sobrecogido de un terror religioso, y alentado al propio tiempo por las profecías de lo alto: «¡Cúan terrible es este lugar! exclamó: aquí hay en realidad la casa de Dios y la puerta del cielo!» Levantándose, pues, de mañana, levantó la piedra que se habia puesto por cabecera, y derramando aceite sobre ella, la erigió en testimonio ó monumento de aquel lugar en donde habia tenido la vision santa, y le puso por nombre Bethel, ó sea casa de Dios, é hizo este solemne voto: «Si el Señor estuviere conmigo ó me amparare en el viaje, y dándome lo necesario para mi alimento y vestido volviere yo felizmente á casa de mi padre, el Señor será mi Dios.... y le ofreceré la décima parte de cuanto me diere.» Concluida esta escena llena de profundos misterios, continuó su camino hácia el Oriente. Este dulce y paternal comercio de la Divinidad con los hombres no ha cesado, bien que se presenta en el dia bajo diferente forma. Seis mil años de una experiencia continua; la duracion milagrosa de la Iglesia despues de diez y ocho siglos; todas las naciones caminando á los rayos del sol del Evangelio, y fijando á su sabor el destino legítimo de los pueblos que no han recibido el Cristo; la luz, el calor y la vida que se manifiestan en la doctrina católica: el conjunto de todas estas grandiosas escenas forma una vision asaz magnífica, y presenta una série de escalones brillantes, que pueden conducir al hombre de la tierra hasta las alturas del cielo, y desde las tinieblas de una opinion falaz hasta el seno espléndido de la verdad. Desde lo alto de este pedestal habla Dios por la voz clara y distinta de la Iglesia; y sobre la fe de su sagrada doctrina, la humanidad, esta augusta viajera, continua con valor y seguridad su camino hácia las regiones del porvenir. Entre tanto llegó Jacob á un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban cerca de un pozo esperando se les diese de beber; pues la boca ó entrada del pozo estaba cerrada por una piedra para que se conservase mejor el agua en aquellas llanuras abrasadas por los rayos del sol. Cuando estaban reunidos todos los rebaños, se levantaba la piedra, y despues de haberlos abrevado volviase á colocar sobre el pozo. Dijo pues Jacob á los pastores: «Hermanos, ¿de donde sois?—De Haran, respondieron ellos. Y añadió Jacob: ¿Conoceis á Laban, hijo de Nachor?—Le conocemos—¿Está bueno?—Sí, respondieron al viajero desconocido, y hé aquí á Raquel su hija que viene con su rebaño.—Y dijo Jacob: Mucho queda aún de dia, y todavía no es tiempo de recoger el ganado á los apriscos: dad ántes de beber á las ovejas y volvedlas despues á sus pastos.—Y contestaron ellos: No podemos verificarlo

hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra del pozo para darles de beber.» Hablando estaban todavía, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Aquellas ilustres familias, que podian contar con una larga série de sus progenitores, vivian noblemente en el seno de la abundancia, pero sencillamente y de una manera laboriosa. Gozando de una perfecta libertad, provistas de todo lo necesario para la vida, y moderadas en sus deseos, formaban como unos pequeños estados en que el padre gobernaba como rey: verdadera monarquía en efecto, pues nada faltaba á su poder real sino vanos títulos y ceremonias incómodas. No se necesitaba entónces la persona del monarca con el prestigio del aparato, porque su autoridad estaba en el corazon de sus súbditos, su principal riqueza consistia en ganados: cambiaba de domicilio cuando faltaban los pastos, y se detenia donde los pastos se hallaban mejores y más abundantes. Su imperio le seguia donde quiera, y con su imperio su felicidad. No se encerraba dentro de murallas, al modo de aquellos que buscan cómo evitar el castigo de crímenes consumados, y cómo asegurarse el medio de cometer impunemente los nuevos: acampaba bajo tiendas y á cielo abierto, no teniendo qué temer nada de Dios ni de los hombres. Sus mujeres y sus hijos llevaban con él el peso del dia y del camino; y pasaban igualmente la vida en la sencillez y en el trabajo. Tales fueron Sara, mujer de Abraham, y Rebeca, madre de Jacob, y tal era tambien Raquel. Jacob al ver su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tio, quitó la piedra que cubria el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dió á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afeccion hácia su prima y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenian los parientes más cercanos. Hay en el amor entre primos un embeleso secreto que participa de los dulces vínculos de la sangre y de las simpatías delicadas de la sensibilidad. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo saltar de gozo su corazon. Raquel corrió á toda prisa para avisar á su padre; Laban vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó entre sus brazos, y colmándole de besos le condujo á su casa. Luego que hubo oido de su boca los motivos de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad: Hueso mio eres y carne mia: recordando así su parentesco, y prometiendo á su sobrino socorro y proteccion. Entónces hablaba por sí sola, sin mezcla de lisonja ni afectacion, la voz de los sentimientos naturales. Entre tanto Jacob cuidaba de los ganados de su tio, y pasado un mes le dijo éste: «¿Acaso porque eres hijo de mi hermana me has de servir de balde? Dime la recompensa que quieres.» Laban tenia dos hijas, la mayor se llamaba Lia, y la más jóven era Raquel;

pero Lia tenia los ojos legañosos, y Raquel era de una extremada belleza sin imperfeccion alguna. Respondió, pues, Jacob: «Te serviré siete años para Raquel tu segunda hija.» En la mayor parte de los antiguos pueblos, el hombre debia comprar la mujer que tomaba por esposa, ó á lo ménos constituirla un dote. Jacob, salido de la casa paterna como fugitivo, no podia llenar las condiciones de costumbre, sino ofreciendo sus servicios en lugar de riquezas. Laban aceptó gustoso la respuesta de su sobrino, y díjole hablando de Raquel: «Mejor es dártela á ti que á otro alguno: quédate en mi casa.» Jacob, pues, por espacio de siete años, para obtener á Raquel, se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio. Y estos siete años le parecieron siete dias. Tanto era el afecto que á Raquel profesaba. Cosas hay que nunca nos parecen caras en demasia cuando con mucho ardor las deseamos; y aunque las afecciones vehementes se afligen con largos retardos, con todo, saben maravillosamente extender sobre sus angustias los encantos del objeto amado, y engañar así la lentitud del tiempo. La esperanza consuela los sinsabores de la privacion, y las hermosas ilusiones que brotan del deseo comprimido, como las bambollas brillantes que nacen de la espuma, embellecen como goces fantásticos los momentos de la tardanza. Nada hay tan delicioso ni duradero como las fruiciones que crea nuestra fantasía en el horizonte encantado de su actividad, ántes que la fria y rápida realidad venga á disipar nuestros sueños de oro. El alma encuentra en lo que espera algo de aquella felicidad vaga é indefinida que solo puede llenar su inmenso vacío: pero cuando la verdad de su dicha se le ha presentado con todos sus límites, y no puede alcanzar más allá, entónces cae desmayada como avergonzada de su propia impotencia y engaño, tocando tristemente que todos los placeres de la vida no son más que la sombra de sus propios devaneos. La vejez es árida y sombría, porque carece de deseos y de esperanzas: así como la aurora de la vida es hermosa, porque aparece teñida con los dorados tintes de la ilusion, que van desapareciendo como el humo. Cumplidos los siete años de penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego, reunió á sus amigos, y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recien casadas en el aposento del esposo que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo cuando se acercaban al lecho del esposo. La palabra latina *nubere*, que ha quedado para significar el acto de casarse la mujer, significaba antiguamente el velarse ó cubrirse con un velo. Laban, pues, haciendo una sustitucion que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva llamada Selfa. Este, cuyo corazon recto y sencillo estaba muy distante de

presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias y por el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida por su padre, no conoció verosimilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero es de un hombre duro, artificioso, falaz, idólatra exclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño todo el partido posible del ciego, pero sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué tambien delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado éste de aquel dolor profundo y amargo que sentimos, cuando burlados mañosamente de nuestra buena fe se cortan de repente nuestras más dulces esperanzas, reconviniendo á su suegro, le dijo: « ¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué así me has engañado?» A estas naturales y apasionadas preguntas contestó Laban con aquella calma cruel y pérfida con que el sórdido interés cree satisfacer con fútiles pretextos á las justas inculpaciones que le dirige la justicia ofendida ó la inocencia burlada: « No es costumbre de este país casar las hijas más jóvenes ántes de las mayores.» Si el pretexto era verdadero, alegarlo debia ántes de toda promesa dada á Jacob; pero era falso, porque el celebrar públicamente las bodas, asaz manifestaba que en las costumbres del país, Raquel podia muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aún el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase tambien á Raquel por esposa, sirviéndole á él otros siete años, y el bondadoso Jacob tuvo la condescendencia de consentir en ello, á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa, pasados siete dias de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tío por el término convenido. No hay duda que la poligamia es opuesta á la primera institucion del matrimonio; y nunca ha podido introducirse lícitamente en el mundo sino á beneficio de una derogacion positiva de la ley fundamental. Creemos, pues, que Dios por necesidad habia permitido á los hijos del primer hombre el matrimonio entre hermanos y hermanas: permitió igualmente despues del diluvio la pluralidad de mujeres, derogando así en ambos casos preceptos que el Evangelio vino despues á recordar, mantener y sancionar, y que los pueblos civilizados han respetado y seguido en sus códigos y en sus costumbres. En todas aquellas cuestiones en las cuales se hallan complicados los derechos y deberes respectivos de los hombres, la voluntad de su comun autor es una valla que no se puede traspasar impunemente. Y á la verdad, los principios son y quedan siempre

inmutables; pero de otra parte, las condiciones á las cuales se refieren el bien y el mal pueden ser alguna vez dislocadas; y el mismo acto exterior se reviste entónces de una moralidad enteramente distinta. Así lo que los patriarcas hicieron sin ser criminales, tomando simultáneamente muchas mujeres á título de esposas de primero ó de segundo órden, no se practicára en el dia sin grande escándalo, y sin atraer sobre sí el anatema de toda la cristiandad. Y sin duda que estas vergonzosas utopias que buscan un apoyo entre el fango vil de algunos malos instintos, no pervertirán el corazon de la Europa bautizada. El último esfuerzo de las pasiones humanas es insultar el dique que Dios les opone, pero no destruirle. Dios hace lo que quiere, y lo que él hace no muere jamás. Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afeccion de Jacob. Pero Dios, que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces, ya desde este mundo, á sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, ménos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril. En aquel tiempo de virtuosa sencillez, en que las leyes providenciales que dirigen el desarrollo del género humano no estaban obstruidas ó embarazadas por los cálculos del egoismo, los hijos eran mirados como la gloria y la bendicion de los matrimonios, y tenianse por dichosos los padres que veian á la risueña turba de sus hijos florecer á su alrededor como un plantel de tiernos olivos. Raquel, viéndose estéril, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad propia de su sexo, y cedió al sentimiento poco noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. «Dame hijos, dijo á su marido, y si no me verás morir.» A tan indiscreta reconvencion no pudo Jacob quedar indiferente, y la respondió no sin algun enfado: «¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?» Sábia y oportuna respuesta que increpaba á Raquel, enseñándole no solo que no debia dirigir á él sus quejas ni sus súplicas, y sí al Señor de quien viene toda fecundidad, sino que en vez de tener envidia á su hermana, debia humillarse delante del Señor para conseguir de su bondad el bien que deseaba. Vuelta en sí Raquel y conociendo su desvio por la reprension de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abrahan dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entónces, ya atendidos como hemos dicho los designios de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que tenian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente. Dióle, pues, Raquel á Bala por esposa de segundo órden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de *Dan* y al otro *Nephtali*, nombres significativos que con todos los demás puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circunstancias

particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practicó Lia, viendo que habia dejado de parir, con su sierva Selfa. Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel y la hizo fecunda. Logró, pues, el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo, pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad, y por otra le añadia un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aún ella con deseos de que se le añadiese otro hijo: expresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo semejantes á los que hacian latir entónces su corazon maternal. Cuando nació José, catorce años hacia que Jacob vivia en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pensó en retirarse á la tierra de Canaan, de donde habian venido. Dijo entónces á Laban: «Déjame volver á mi país, y al lugar de mi nacimiento. Dame mis mujeres y mis hijos, por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuáles han sido mis servicios para contigo.» Y respondióle Laban: «Halle yo gracia en tus ojos: tengo conocido por experiencia que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte.» A semejante propuesta llena de sagacidad y de artificio contestó el yerno: «Sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias ántes que yo viniese á ti, y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Razon es, por lo tanto, que algun dia mire yo por mi casa.» Con todo, á vivas instancias de Laban consintió Jacob en quedarse haciendo entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual pudieran provenir. Y quiso el cielo que sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedasen á favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria, por lo cual Jacob sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables. Porque la virtud, fuente de goces interiores y garantía de futura felicidad, es tambien una condicion y un principio de dicha material, pues introduce la moderacion en nuestros deseos y el órden en nuestros actos, y fecunda y asegura la obra del hombre, atrayendo sobre él el rocío de las celestes bendiciones. Seis años habian trascurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob dispertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un dia Jacob que entre sí decian: «Háse apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre; y enriquecido con su hacienda se ha hecho un señor poderoso.» Descubrió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolucion de volverse al país de sus abuelos, prometiéndole toda proteccion y socorro. Envió, pues, á buscar á Raquel y á Lia,

y las hizo venir al campo en donde apacentaba sus ganados. Allí las recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que habia por diez veces trocado la paga ó remuneracion á sus servicios y modificado las cláusulas del pacto primitivo. «Así, añadió, Dios ha quitado los bienes á vuestro padre para dármelos á mí.... Y me ha dicho: levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra de donde naciste.» Raquel y Lia no tenian mucho que agradecer á las atenciones que con ellas habia usado su padre, y no les quedaban para el porvenir esperanzas más lisonjeras de lo que habia sido lo pasado, y así dijeron á una voz: «¿Tenemos acaso algo que esperar de los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura no nos ha mirado él como extrañas, y no nos ha vendido y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así haz todo lo que Dios te ha ordenado.» Estos motivos de queja son ingenuamente deducidos; pero lo que más los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mujeres, y su confianza en la decision de Jacob. Hay en el corazon de la mujer cierto instinto noble y providencial de acogerse bajo la proteccion de la fortaleza y del consejo; y ya sea que ella encuentre en su natural debilidad un cierto aviso de desconfiar de sí misma, ó sea más bien que vea reflejar con viveza en el puro cristal de su corazon la imágen de cuanto es justo, delicado y verdadero; la mujer, por lo general, se ampara pronto y voluntariamente bajo las alas de Dios y busca instintivamente en el querer de su esposo el eco de la voluntad divina. Y este abandono y esta dependencia le son fáciles, no solo porque de este modo se libra de la incertidumbre y de la ansiedad, lo cual no pasaria de un cálculo egoista, sino tambien porque toda su vida está puesta en el espíritu de sacrificio, y porque su generosidad no es menor que su vocacion. Dios, por fin, que cubre de flores el yugo que impone, inclina los corazones por su gracia, así como dobla los destinos por su fuerza; y dando al hombre una personalidad ardiente, celosa de la iniciativa y fiera por la libertad de sus sentimientos, inspira á la mujer la inteligencia y el amor de los sacrificios, y parece quedarse más cerca de ella para aconsejarla y sostenerla. Jacob, pues, hizo subir sus mujeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que habia acumulado en la Mesopotamia. Raquel, por su parte, se llevó los ídolos que habia hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues éste habia ido al esquileo de sus ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese partir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia despues de tres dias de la partida de su yerno cuan-

do la caravana habia pasado ya el Eúfrates y se adelantaba en la direccion de Occidente. Indignóse Laban luego que supo la salida de Jacob, y reuniendo su familia y sus servidores se puso en marcha para darle alcance; y despues de siete dias de camino bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña, que tomó despues el nombre de Galaat por lo que luego se dirá, que se extiende desde el Líbano al Norte, hasta el término que poseia Sehon, rey de los Amorrheos, y que fué posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob habia levantado allí su tienda, y Laban levantó la suya tambien á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse el dia siguiente. Pero durante la noche se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió todo proyecto de venganza. «Guárdate, le dijo, de hablar con aspereza á Jacob.» Dios, al modo de una madre que con solícita ternura observa y protege el sueño de su hijo, vela por la inocencia dormida y cubre de un terror sombrío la conciencia del hombre injusto. Laban, calmado, fuése pacíficamente al fugitivo, y le dijo: «¿Por qué te has portado de esa manera arrebatándome mis hijas, sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿Por qué has querido huir sin yo saberlo y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con regocijos y cantares al son de panderos y de vihuelas. Ni siquiera me has permitido el dar un beso de despedida á mis hijos é hijas. Neciamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que te mereces; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: *Guárdate de proferir palabra alguna que pueda ofender á Jacob.* No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres, mas á qué propósito robarme mis ídolos?» Respondió Jacob: «El haberme marchado sin darte aviso, ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo de que me reconvienes, cualquiera en cuyo poder halláres tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio llévatelo.» Cuando así hablaba Jacob, ignoraba que Raquel, no se sabe porqué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacro que figuraban los antepasados ó tal vez algunas falsas divinidades, lo cual ha dado márgen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes, hechas tal vez de metal precioso, para indemnizarse así de las injusticias de su padre, ó ¿hubiera querido quizás por más noble motivo quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas? Sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas que inutilizó todas las investigaciones de Laban; sentóse sobre los ídolos, cuando su padre, despues de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lía y de las dos esclavas, entró á buscarlos en la tienda que ella habitaba, y se ex-

cusó de no poder levantarse á su presencia so pretexto de alguna indisposicion mujeril. Enojado entónces Jacob del ultraje que con semejantes sospechas acababa de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: «¿Por qué culpa mia, ó por qué pecado mio te has enardecido tanto en perseguirme, hasta escudriñar todo mi equipaje? ¿Y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa? Ponlo aquí á la vista de mis hermanos y los tuyos, y sean ellos jueces de nosotros dos. ¿Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles: no me he alimentado de los carneros de tu grey, ni jamás te mostré lo que las fieras habian arrebatado: yo resarcia todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exigias con rigor. Dia y noche andaba quemado por el calor y aterido por el hielo: el sueño huia de mis ojos. De esta suerte, por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños; despues de esto tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac no me hubiere asistido, tú quizás ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulacion y el trabajo de mis manos, y por eso ayer te reprendió.» Nada habia que replicar á semejantes razones. Ablandóse Laban, y sintiéndose conmovidas las entrañas, dijo: «Mis hijas y mis nietos y todo cuanto ves en poder tuyo es cosa mia.» Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. «¿Qué mal puedo ya hacer á mis hijas y á los hijos de éstas? Ea, pues, hagamos una alianza que sirva de testimonio de la armonía entre nosotros dos.» Jacob quedó muy satisfecho de este desenlace: él, pues, y los suyos reunieron una porcion de piedras y formaron un majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro ó montecillo, estaba destinado á servir de límite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podia traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos para trasmitir á la posteridad la memoria de hechos considerables; los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. A estos montones de tierra más ó ménos informes, se daba un nombre que recordaba su naturaleza y su orígen. Así Laban y Jacob llamaron á su monumento *majano* ó *cerro del testimonio*, porque debia quedar como un mudo testigo de la fe jurada, y por esto fué llamado *Galaad* por los hebreos, que significa *Monte testigo*. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que tenia Isaac, del Dios de Abrahan y de Nachor. Porque Isaac vivia aún, y por esto no se llamaba el Dios de Isaac: *Menoch*. Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntas en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó ántes de apuntar el dia,

abrazó á sus hijos é hijas, los bendijo, y regresó á su lugar. La avaricia y el interés son viejas é incurables dolencias: en el dia, así como en los tiempos del referido Laban, el hombre no tanto es rico por lo que posee, como pobre por lo que le falta. Frágil y caduco, suplica y busca donde quiera un punto de apoyo y una proteccion: parece devorarlo todo en la avidez de sus deseos, á pesar de lo poco que en realidad necesita. Desconoce las afecciones de familia, ahoga la voz de la sangre para añadir algunas leguas más á su imperio de un dia y aumentar el número de sus vasallos áun cuando estos no sean más que rebaños de ovejas. Tal es el ánsia natural de dominar, raiz funesta del primitivo orgullo. ¡Feliz aún cuando su espíritu, atormentado un momento por la sed de adquirir, se aplaca en fin en nombre de la razon y de la religion, y aprende á sacrificar á la justicia y á la concordia envidiosas pretensiones é ilegítimas riquezas! ¿Mas qué será cuando desconozca enteramente estos nombres sagrados, y sediento de gozar, creyéndose con derecho sobre todo, se abalance como un buitre sobre su presa? ¿Qué será de la sociedad, cuando rotos todos los lazos que la conservan con armonía, se desborden sin dique alguno todas las pasiones de la ambicion para devorarse unos á otros como un enjambre de insectos? Despues de haberse retirado Laban continuó Jacob su camino. Y despues de haber tenido algunas visiones misteriosas, que le anunciaban la defensa y la proteccion de Dios bajo cuyo poder caminaba seguro, envió mensajeros para que noticiasen su regreso á su hermano Esaú, tan irritado en otro tiempo contra él, el cual habitaba en Seir en la tierra de Edom. Estos enviados trajeron la noticia de que Esaú venia presuroso al encuentro de Jacob á la frente de cuatrocientos hombres. Sobrecogido Jacob de temor y aterrado sin dejar de confiar en Dios, tomó las precauciones que su posicion le permitia; como así debe obrar el justo, que no por lo que espera de la Providencia ha de descuidar las medidas que en el órden puramente humano le aconseja la prudencia; lo contrario sería presuntuosa temeridad, y esta indolencia fuera criminal. Dividió en dos bandas la gente que consigo tenia, junto con los ganados de ovejas, de bueyes y de camellos, para que si caia la una en manos de Esaú, ó fuese por él destrozada, pudiese al ménos escapar la otra. Buscó despues en el cielo un socorro más eficaz que todas estas medidas, é hizo esta oracion: «¡Oh Dios de mi padre Abrahan y Dios de Isaac mi padre; tú, Señor, que me dijiste: *Vúelvete á tu país y al lugar de tu nacimiento y yo te colmaré de beneficios*, indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Solo con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas de gentes y ganados. Líbrame, te ruego, de las manos de mi hermano Esaú, porque le temo mucho; no sea que arremetiendo acabe con madres é hijos. Tú me prometiste colmarme de

bienes, y multiplicar mi descendencia como las arenas del mar, cuyos granos son innumerables...» Cuando se desea para sí la fortuna, debe recurrirse á Dios que la tiene en su mano. No hay duda que la marcha de los acontecimientos fué decretada ya desde un principio en los consejos eternos; pero desde entónces tambien nuestra oracion ejerció su influencia sobre los divinos decretos, de este modo nuestra alma no yace abatida bajo el peso de la fatalidad, pues que se tuvieron ya en cuenta sus libres actos; y si no le es permitido entrar en lo futuro, es para que conserve siempre en sus resoluciones una libertad perfecta. Tal es la bella y honorífica doctrina del cristianismo, que eleva y glorifica al hombre, asociándole á las obras de la Providencia. Jacob separó de sus rebaños lo que tenia voluntad de ofrecer á su hermano, que no dejaba de ser de alguna consideracion. Doscientas cabras, veinte machos de cabrío, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas paridas, que daban regalada leche á sus crias, muy estimada de los antiguos, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnos y diez de sus pollinas. Estos presentes, que manifiestan la rica abundancia y la generosidad de su dueño, fueron enviados por Jacob á Esaú bajo la direccion de varios servidores ó dependientes, que deberian dejar entre sí algun intervalo ó trecho. Y dió órdenes á todos los conductores de aquellas manadas, que informasen á su hermano ser aquello un regalo de su siervo Jacob, el cual venia detrás en persona, esperando que su generosa amistad, dando así á la cólera de Esaú asaltos sucesivos, acabaria por vencerla completamente. Remitiendo, pues, los dones por delante, y precedido de aquella especie de vanguardia, pasó aquella noche en su campamento, y al dia siguiente partió muy de mañana con sus mujeres, sus servidores y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Apartóse un poco de su comitiva, se le apareció de repente un ángel en figura de hombre, que empezó á luchar con él hasta la mañana. El valor de Jacob fué mayor que el peligro, porque el espíritu celeste templó su fuerza y se dejó vencer por su rival. Esta victoria alentó al abatido Jacob, dándole á conocer que su valor superaria al de los demás hombres, y le valió el mudar su nombre en el de *Israel*, que significa poderoso contra Dios, porque habia sostenido gloriosamente el ataque contra el enviado divino. Esta lucha es la imágen de las angustias de que se mira cercada nuestra alma en circunstancias difíciles y extremas: una fuerza superior nos acomete y se echa sobre nosotros como una águila que cae sobre su presa; la inteligencia, el valor y la virtud debaten entre sí en el doloroso recinto del alma; el éxito queda suspenso por largo tiempo, hasta que, coronando Dios una magnanimidad que él mismo ha inspirado, sale el hombre de la lucha rendido de fatiga, pero recompensado con una victoria. Jacob llamó aquel lugar *Famuel*, esto es, vista ó rostro de Dios, y exclamó: Yo he visto á Dios cara á cara, y

mi vida ha quedado en salvo. Entre tanto Esaú se adelantaba con sus cuatrocientos hombres. Levantó Jacob los ojos y le vió venir con toda su comitiva, y dividió su familia en tres grupos. A la frente iban las dos siervas y sus hijos: Lia y su hija venian en segundo lugar, y seguian por fin Raquel y José, dos personas queridas, que alejaba cuanto podia de todo peligro. El mismo Jacob parte al encuentro de Esaú: los dos hermanos profundamente conmovidos, se estrecharon en sus brazos con la mayor ternura, derramando lágrimas, y levantando Esaú los ojos, vió las mujeres y los niños y dijo: «¿Quiénes son estos, te pertenecen á ti?—Y respondió Jacob: Son los hijos que Dios ha dado á tu servidor.» Y acercándose las siervas con sus hijos se postraron á los piés de Esaú. Lia le saludó despues; Raquel se llegó la última, al modo que se corona un ramillete de flores arregladas con arte, colocando sobre todas las demás la de más ricos colores y más exquisitos perfumes. Jacob habia procurado manifestar á su hermano todas las señales de sumision y de respeto, haciéndole siete veces y á diferentes trechos los saludos que era costumbre en aquel país para honrar á los grandes personajes. Cuando le preguntó Esaú qué significaban aquellas cuadrillas que él habia encontrado, respondióle Jacob: «El deseo de hallar gracia en presencia de mi señor.—Poseo grandes bienes, hermano mio, replicó Esaú, guarda para ti lo tuyo.—Pero Jacob, insistiendo en su generoso afecto, le dijo: No hagas tal, te suplico; ántes bien, si es que yo he hallado gracia en tus ojos, recibe de mis manos este pequeño regalo, ya que al ver tu semblante me ha parecido ver el rostro de Dios. Estas palabras, proferidas por Jacob con toda la sinceridad de su alma, triunfaron de la resistencia de Esaú, el cuál se dejó vencer por las instancias de su hermano, aceptó los presentes, y se ofreció á acompañarle en su camino. Jacob le manifestó su reconocimiento, pero le hizo advertir que él, á causa de sus mujeres y sus hijos y de sus ganados, no podia andar sino muy despacio y á cortos trechos.—Vaya, añadió, mi señor delante de su siervo; yo seguiré poco á poco sus pisadas, segun viere que pueden aguantar mis niños, hasta tanto que llegue á verme con mi señor en Seir. Pero replicó Esaú: Ruégote que tomes á lo ménos parte de la gente que viene conmigo para acompañarte en tu viaje.—No es menester, contestó Jacob; lo que solamente necesito, es, señor mio, que me conserves en tu gracia.» Y así se separaron conciliados. Volvióse Esaú aquel mismo dia á Seir por el camino que habia traido, y en donde habia fijado su domicilio. Esta region, que tiene tambien el nombre de Idumea, se extendia entre la Arabia Petrea, el Egipto y la Palestina. Jacob fué á plantar sus tiendas sobre la orilla oriental del Jordan, frente del lugar donde más tarde fué edificada la ciudad de Scithópolis, y se adelantó hasta las cercanías de Siquem, á fin de procurar abundancia de pastos á sus rebaños.

En el dia aún las faldas de las colinas que rodean á Siquem estan cubiertas de verdor, y los pastores árabes guardan allí sus cabras, haciendo salir de una especie de flauta con dos tubos algunos sonidos salvajes. Cuando Jacob pasó á habitar cerca de Salem, ciudad de los siquemitas, en la tierra de Canaam, despues de algun tiempo de haber vuelto de Mesopotamia de Siria, compró la parte del campo en que habia fijado sus tiendas á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos; y como habia escogido aquel lugar para su permanencia, erigió un altar al Dios verdadero, al Dios de los fuertes, para vivir él y toda su familia bajo la proteccion del Señor. Jacob tenia once hijos y una hija, llamada Dina, hijos de Lia, su primera esposa. Rico con los bienes de la tierra, y más rico aún con sus creencias, llevaba una vida apacible, reconciliado ya con su hermano Esaú, y establecido con sus hijos en el delicioso país de Salem. Reconocido el Señor á la religiosidad de Jacob y á la fidelidad y vigilancia con que procuraba en su familia un culto puro sin mezcla alguna de supersticion, luego que hubo partido de Salem infundió una especie de terror á todas las ciudades circunvecinas, que no se atrevieron á perseguirle en su retirada. Mas como llevaba la vida nómada de los pastores, dejó á Bethel en la estacion de la primavera, y se dirigió hácia los lugares en que fué despues Efrata, llamada aún en el dia Bethleem. Durante el camino sorprendieron á Raquel los dolores del parto, y notardó en hallarse su vida en peligro. Decianle: «No temas, pues darás á luz otro hijo.» Pero exhalando su alma á fuerza del dolor y estando para morir, llamó á su hijo Benoni, esto es, hijo del dolor. Pero el padre prefirió llamarle Benjamin, esto es, hijo de mi derecha, como para significar la resignacion llena de fortaleza con que llevó su pesadumbre, pues Raquel, su esposa querida, murió en aquella circunstancia. Fué enterrada junto al camino que va á Efrata, y Jacob erigió sobre su sepulcro un monumento, que se conservó hasta despues de muchos siglos. Aun en el dia, en el lugar mismo donde la tradicion y la Escritura ponen este sepulcro, hay un edificio cuadrado, que corona una especie de cúpula, y se llama la tumba de Raquel. Este reducido edificio goza de los privilegios de una mezquita, porque los árabes, así como los judíos y los cristianos, honran la memoria de los patriarcas. Desde aquel punto se descubre sobre la colina izquierda opuesta la poblacion de Rama, que se presenta en anfiteatro, y de que habla Jeremías cuando pintando en un lenguaje figurado la desolacion de los judíos reunidos en aquel lugar, y prontos á partir de él para ser llevados cautivos á Babilonia, dice: «Oyóse una voz en Rama, un plañido y un grito inmenso de dolor; Raquel llorando sus hijos y no queriendo admitir consuelo, porque ya no son.» Tambien recuerda el Evangelio estos acentos de elocuente tristura, cuando describe la horrorosa mortandad con que el rey Herodes en-

sangrentó las cercanías de Bethleem: Los plañidos de todas las madres resonaron como un eco de la dulce y querida voz de Raquel. Y cuando el peregrino contempla en el dia á la viuda y estéril Judea cubierta con la divina maldicion como con un manto de muerte, sentada al umbral de la puerta de un pachá turco, y siguiendo con sombría y larga mirada á sus hijos, que se dispersan por todos los puntos del globo, ¿no cree escuchar á Raquel derramando aún sobre estas campiñas solitarias el horror de un luto más grande por el ruido de una lamentacion inconsolable? Duras tribulaciones afligieron los últimos años de Jacob. El hambre le obligó á pasar á Egipto á la edad de ciento treinta años. Breve llamó esta vida que llamaríamos hoy larga, porque los dias de su peregrinacion, cortos y malos, como dice él mismo, no igualaron los años de sus padres; palabras llenas de melancolía, repetidas por todas las razas humanas, que marchan inclinadas hácia el sepulcro, lamentándose de que su existencia sufre una disminucion progresiva en su duracion, ¡ay! sin por esto ser mejor. José y Benjamin, los dos solos hijos de Raquel, habian sido siempre el objeto de las ternuras privilegiadas de Jacob, el cual pareció amarles aún más despues de la muerte de su madre, y sobre todo amaba á José. Verdad es que la envidia de sus demás hijos le hizo expiar cruelmente esta predileccion; mas cuando estuvo cercano al sepulcro, conservó las habituales disposiciones de toda su vida, y en memoria de Raquel decretó que despues de la conquista de la tierra prometida, la posteridad de José formaria dos tribus, miéntras que la posteridad de sus hermanos no formaria más que una sola. Por fin, aun cuando esta distincion no hubiese sido un recuerdo consagrado á Raquel, era muy debida á José, á quien la Providencia honró sobre la tierra de una manera la más brillante, y que socorrió y cubrió de gloria la vejez de Jacob. El pincel de los artistas cristianos ha muchas veces reproducido las graciosas escenas de la vida de Raquel. Sabido es que el célebre cementerio de Pisa está rodeado de galerías que contienen muchos cuadros pintados al fresco por diversos maestros de los siglos XIV y XV. Allí está representada toda la série de la historia santa en sus principales sucesos. Allí figuran todos los grandes hombres del Antiguo Testamento, á lo ménos desde la creacion por Buffamalcó, hasta la historia de Job por Gozzoli. Entre los muchos asuntos tratados por este último, son de notar las bodas de Jacob y de Raquel, obra que rebosa en gracia y delicadeza; la vision de la escalera misteriosa, que hemos referido; y el juramento hecho en Galaad por Jacob y Laban. En el siglo XVI Esteban de Lanne dió muchos episodios de la vida de Raquel, cuya série termina por el trabajoso parto del cual murió dando á luz á Benjamin. Rafael representó en las salas del Vaticano á Raquel haciendo beber á sus ganados, despues que Jacob hubo tocado ó removido la piedra que cubria

la embocadura del pozo. El mismo Rafael y Nicolás Pousin, que pinta los asuntos bíblicos como Racine los escribe, reprodujeron cada cual á su manera la escena en que Jacob echa en cara á Laban el haberle engañado dándole á Lia en lugar de Raquel. Existen finalmente bellísimos cuadros de Pietro de Cortona, de Pousin, de la Hire y de Bertin, en que se ve á Raquel sentada sobre los ídolos de su padre cuando éste los buscaba, y excusándose de no poder levantarse.—R. y C.

RAQUEL, cortesana judía de la isla de Menorca, que se convirtió en 418 á la edad de veinticuatro años, despues de la célebre controversia pública que tuvo entónces lugar en aquella isla entre el obispo Severo y un gran número de rabinos. Ruben, uno de los que primero abrazaron el cristianismo, fué el que llevó á cabo la conversion de Raquel, que se hizo una piadosa cristiana, y consagró santamente al Señor el resto de sus dias.—S. B.

RAQUILDA ó RACHILDA, reina de Suecia, esposa de Iñigo II. Ocupó el trono en los primeros años del siglo XII, y con su celo contribuyó á establecer el cristianismo en sus estados. Los suecos por reconocimiento á Raquilda, eligieron rey despues de la muerte de Sverker I (1155) al esposo de su hija Cristina, que habia heredado las virtudes de su madre. Este rey fué Erico IX, llamado *el Santo*, que en los cortos años de su reinado unió á las cualidades de un buen príncipe la sabiduría de un legislador.—M.

RARNALDUCCIO (Fr. Pedro), religioso franciscano, varon, como dice la crónica muy juiciosamente, de varia suerte, y por lo tanto de incierta é inconstante fama entre los hombres. Se separó de su esposa estando casado, y tomó el hábito de los menores, entre los que se distinguió por sus grandes virtudes y doctrina, siendo uno de los predicadores más afamados de su época. El emperador Luis de Baviera, tan célebre en la historia por sus diferencias con la Santa Sede, le nombró antipapa con el nombre de Nicolao V, en contra del verdadero soberano pontífice Juan XXII. Pero conocido al fin su error, marchó á Aviñon acompañado de Bonifacio, conde de Doneretica, y se arrojó á los pies del Pontífice pidiéndole perdon. Ya habia hecho renuncia estando en Pisa, pero renovó este acto públicamente en 25 de Agosto de 1330 en Aviñon, y luego en un consistorio particular. Juan XXII le acogió benignamente, y le perdonó, viviendo despues honoríficamente en el palacio pontificio hasta su muerte, acaecida en Setiembre de 1333. Fué enterrado en el convento de su Orden, y dejó las obras siguientes: 1.ª *Opusculum de Christi Imitatione*; lib. I.—2.ª *Abdicationem antipapatus sui inter manus Joannes XXII Pont. Max. Avenione in publico consistorio factam.*—S. B.

RASCAFRIA (Fr. Juan de), monje de la órden de S. Gerónimo del monasterio de nuestra Señora del Parral, cerca de Segovia, donde tomó el há-

bitó á la edad de veinte años. Distinguióse mucho por sus grandes virtudes, sin que se le pudiera acusar de falta alguna durante su vida, ni se viese en él tibieza ni descuido en los ejercicios propios para adquirir las que se aprenden, como dice el P. Sigüenza, en la escuela de los monasterios, porque las que tienen más alto maestro, se las concedió el Señor en grande abundancia, como que es el que las distribuye á todos los que las buscan de veras, sin envidia ni escasez. Permaneció en la religion toda su vida sin acordarse de otra cosa más que de que habia nacido para servir en todos los oficios humildes que le mandasen. En los cuarenta años que fué religioso no se dejó de admirar constantemente su grande paciencia, humildad y obediencia, de manera que nadie tuvo queja alguna de él. Su ejemplar vida movió á sus superiores á ordenarle de sacerdote, lo que ni siquiera imaginaba Fray Juan, pero su nueva dignidad no hizo en él alteracion; pues ni subió ni bajó como dice el P. Sigüenza, y así se quedó lo mismo que el primer dia que tomó el hábito. Asistió siempre á todos los obispos con la mayor humildad, y si le decian que no hiciese cualquiera cosa que juzgaban inferior á su dignidad, contestaba con una docta ignorancia, pues qué, ¿no puedo ser sacerdote y servir á los enfermos y á los pobres? Permaneció así por largos años en este género de vida, tan obediente á cuanto le mandaba su superior, que no le quedó uso de voluntad propia. Fatigado ya por su mucha edad, no podia obedecer sino con el alma, que continuaba siempre la misma para llevar á cabo estos actos de obediencia, sin otros particulares que él acostumbraba á hacer, y que le aconsejaron sus maestros, como ayunos mucho mayores de los que imponia su Orden, vigilias, silicios y pobreza, dormir en el suelo y otras penitencias que se imponen á los que tienen más ánimo y espíritu, y Fr. Juan continuó en ellas como si fueran reglas infalibles, no comprendiendo que aquellas mortificaciones son únicamente para los novicios y nada más; pero á él le pareció que los antiguos religiosos debian hacer muchas más cosas de estas que los de su tiempo, por ser mejores sus hábitos como más próximos al origen de la religion. Cayó al fin postrado en una cama, sin poder sostenerse, y para no dejar de merecer su conquistada corona, padeció allí grandes trabajos, no solo con su enfermedad, sino con algunas tentaciones á que estuvo sujeto. Consiguió al fin vencerlas con su acostumbrada paciencia y alegría, volando su alma á las mansiones celestiales, despues de haber vivido sesenta años en la religion y convento donde tomó el hábito.—S. B.

RASENA (Fr. Miguel Angel), capuchino italiano de la provincia de Roma, de que fué definidor. Obtuvo grande fama como orador sagrado, por la solidez de su doctrina y universal y variada erudicion. Gobernó como guardian el convento de Roma, dando muestras de su celo y prudencia. Publicó

en italiano: *Sérmon que pronunció en presencia del Excmo. Senado de la república de Luca el 21 de Febrero, sábado segundo de cuadragésima, del año* 1671; Luca, por Jacinto Paz.—S. B.

RASET (Dalmacio de), canónigo de la iglesia catedral de Gerona y arcediano de la Selva. Este erudito sacerdote escribió con la mayor proligidad el libro llamado de *Calzada*, y que existe en aquella catedral, en que estan escritas las actas, y un diario muy minucioso y detallado de un concilio, ignorado hasta en el nombre, promovido á consecuencia de los desastres y destrozos producidos para robar y áun destruir la sinagoga de Call, con todos sus efectos, libros, etc., aprovechándose algunos malsines del solemne recibimiento que se hizo al paso por Gerona en 1418 á un legado del papa Martino V, y cuyos desafueros excitaron la atencion de los jurados y jueces reales, que castigaron con severidad este atentado contra la fe pública. Con este motivo, el legado juntó luego en Setiembre del mismo año un concilio en Lérida, al que asistió Dalmacio Mur, obispo entónces de Gerona, donde se trató, sin fruto por entónces, de acabar con las reliquias del cisma, y tambien de varias imposiciones al clero. Asistió en el congreso como procurador del capítulo el canónigo Raset. Posteriormente, en el año de 1450, siendo obispo de Gerona Bernardo de Pau, y hallándose éste enfermo, y siendo vicario general Dalmacio Raset en 14 de Abril de dicho año, estando ausente el obispo, mandó en pública constitucion que el dia martes 3 de la pascua de Pentecostés fuese colendo, y se hiciesen en él procesiones de rogativa por la plaga del granizo.—A. L.

RASIA (Fr. Pedro), del órden de Sto. Domingo. Era francés, y su verdadero apellido es Rancia ó Rancé. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en un convento de la Turena, donde se hizo muy notable por su virtud y su elocuencia. Mereció ser confesor del rey Juan de Inglaterra, que se tituló soberano de Francia en la funesta lucha que devastó este país despues de la muerte de Cárlos VI. Despues de salir los ingleses del territorio francés, fué electo obispo de la diócesis Sagiense, en Normandía; la cual gobernó con la mayor prudencia y sabiduría. Murió en el año de 1389. Escribió una obra titulada: *Reportatorium Scripturæ Sacræ*. Otra denominada *Soliloquios*, y algunas *Homilías* devotas, cuyas obras no consta hayan llegado á publicarse.—M. B.

RASIAS (Fr. Juan de), del órden de Predicadores. Fué natural de Italia sin que conste de qué punto. En medio de la escasez de noticias que de él se tienen, los bibliógrafos de la Orden le citan como un varon muy piadoso é ilustrado. Floreció á mediados del siglo XVII, y escribió una importante obra, titulada *De prodigiis*, la cual permaneció mucho tiempo inédita, habiéndose publicado el año 1594 en Nápoles, entre otras varias, en un libro

que dió á luz Cárlos de Tapia, y que llevaba por título: *De Religiosis rebus*. M. B.

RASIFO (S.), mártir. En la basílica de la Rotunda, en Roma, se ve una inscripcion en la que aparece el nombre de este Santo, cuyo cuerpo está enterrado en esta iglesia; pero solo se sabe de él que murió martirizado en Roma por la fe de Jesucristo, ignorándose su patria, las circunstancias de su vida y martirio, y los particulares de su muerte, que debió ser en una de las primeras persecuciones de la Iglesia.—C.

RASIN, rey de Siria, habiéndose aliado con Phaces, hijo de Romelia, para atacar á Acaz, rey de Judá, hicieron juntos una irrupcion en su reino. El primer año de su reinado pusieron sitio á Jerusalen, pero no habiendo podido tomar esta ciudad, devastaron el país y se retiraron. Al año siguiente volvieron al país de Judá, y el Señor les entregó el ejército y el país de Acaz. Los dos príncipes aliados separaron sus ejércitos despues de esto. El de Rasin comenzó á saquear y hacer cautivos, lo que llevó á cabo con poca resistencia, conduciendo despues á Damasco los cautivos y el botin que habia tomado. Phaces por su parte mató en un dia, en un solo combate, hasta ciento veinte mil hombres del ejército de Acaz, é hizo además de esto doscientos mil prisioneros. Pero cuando los conducia á Samaria, el profeta Oded se los hizo enviar á las tierras de Judá. Por el mismo tiempo Rasin, rey de Siria, atacó á Elath ó Ailat en el mar Rojo, la tomó, arrojó á los judíos y se la entregó á los idumeos que le habian en la apariencia empeñado en esta guerra. El texto hebreo y la Vulgata dicen que Rasin, rey de Siria, conquistó á Ela para los sirios, pero el resto del discurso demuestra que debe leerse para los idumeos, y que en el hecho se debe leer *Edom* en vez de *Acam*. La diferencia de ambos nombres en el texto original es casi imperceptible. No sintiéndose Acaz bastante fuerte para resistir á Rasin y á Phaces, se dirigió á Teglatphalasar, rey de Asiria, y le dió una grande suma para obligarle á venir en su socorro. Teglatphalasar, marchó desde luego contra Damasco, tomó la ciudad, mató á Rasin, y trasladó su pueblo á *Kir*, segun todas las apariencias sobre el rio Cyrus en la Iberia.—S. B.

RASINO (Fr. Francisco), religioso franciscano de la provincia del Piamonte, en que ejerció los cargos de predicador, lector general, guardian, prefecto de oficios, definidor y provincial; fué tambien teólogo, consejero y confesor del duque de Saboya, Cárlos Manuel, quien le envió á diferentes embajadas á Bélgica, Francia, España y Roma, presentándole por último para el obispado de Niza, y nombrándole gran limosnero, cargos en que dió muestra de su celo, y se distinguió edificando gran número de templos y casas religiosas, y en particular uno para que sirviese de sepulcro á sus sucesores, y en que fué el primero que se sepultó despues de su muer-

te, ocurrida en el año de 1620 segun consta de la siguiente inscripcion:

D. O. M.
Virginique Deiparæ.
Perillustri, ad Reverendiss. D. D. Fratri Francisco
Martinengo Pedemontano e Cercenasco,
Episcopo Niciensi, et Comiti Drappi,
Qui quamplurimis sub Regula S. Francisci
Minor. Observ. Præfectus officijs,
Concionatoris, Lectoris Generalis, Guardiani,
Definitoris,
Ac Provincialis,
Postmodum in Theologum, tùm vero in Consiliarium,
Ac à Sacr. Confession, Invictissimi Serenissimique
Caroli Emmanuel Sabandiæ Ducis assumptus,
varijsque
Legationibus, præsertim ad Belgas, Galliam, Hispanias,
Et Romam functus. Tandem cum ab eodem
Serenissimo
In episcopatum Niciensem præsentatus, Magnusque
Eleemosinarius creatus,
Quod hoc Sacellum decori Ecclesiæ suæ consulens in
honorem
Sanctissimi Eucharistiæ Sacramenti,
Ea pro suis, et successorum in Episcopatu cineribus,
Aere propio à fundamentis erexerit,
De Confraternitate Sanctissimi Corporis Christi benè,
Optimèque meritò, ejusdem pij Sodales ingrati,
Animi memoriam, posuere.
Anno Domini M.DC.XX. Idibus Octob.

Publicó: *Statuta Synodalia Diœcesis Niciensis, et Catalogum Episcoporum Niciensium;* Niza, por Cartelo. — S. B.

RASLES (Padre Sebastian), religioso de la Compañia de Jesus. Fué un celoso misionero en la América en los pueblos situados en las márgenes del Misisipi. Se habia logrado con su religiosa actividad y la de otros santos misioneros, que cesase la desastrosa guerra entre los illineses y los iroqueses por el año de 1702 despues de veinte años de sangrienta lucha, debida la tercera ó cuarta paz con los iroqueses á los buenos oficios de aquellos religiosos, y porque reconocidos á la necesidad, y experimentando que la

fantástica libertad, que trataban de conseguir con la guerra se les convertia en esclavitud, al mismo tiempo que sufrian los efectos de la falta de comercio, y que sin conseguir ventaja sobre los franceses, perdian muchos la vida, y se consumia su nacion, tuvieron á feliz partido la paz, y permitir misioneros, los que no obligaban con rigor, sino amansaban con cariño. Tuvieron en esta paz mucha parte los cristianos, conservándose firmes, y aunque su constancia sufrió con silencio los primeros años, pero despues tomando la iniciativa convencieron con razones, y lograron que en dos años se reintegrasen las siete residencias que ántes se habian fundado. Asi ya desde principios del siglo XVIII quedó esta cristiana mision y colonia en el mismo estado en que se contemplan las de las Indias Occidentales, que disfrutan de paz y quietud, siendo aquellas muy extensas y conocidas con el nombre de Nueva Francia ó Canadá, y sus contornos son empleo de misioneros que para reducirlos á la fe les es preciso reunirlos y prescribirles máximas para su buena policía y gobierno, no pudiendo sufrir el yugo, ni admitir freno, si no se amansaba ántes la fiereza indomable de sus naturales. Ya se dividia por entónces el Canadá en dos partes, oriental y occidental, y en esta última tiene su principal curso el caudaloso Misisipi, cuyas riberas y provincias adyacentes tomaron el nombre de la Luisiana por haber sido su descubrimiento en el reinado de Luis XIV *el Grande*, habiendo descubierto muchos parajes los religiosos misioneros, en todos los cuales trabajaban con grande utilidad para las almas; los principales son dos misiones en sitios bien diferentes: la una es de la nacion, llamada Abnakis, á Oriente y Sur de Quebec, y la otra en la Luisiana, la célebre y guerrera nacion de los Natchez, que confina con otras varias, que recibieron la fe, y con alguna que fué harto fiel, cuando se rebelaron los indios. La mision de los Abnakis prosiguió florida en medio de las turbaciones que la ocasionaron los ingleses por los años de 1722. Esta nacion de los Abnakis vivian situados entre el Acaya y la Nueva Inglaterra, no los conocieron los ingleses, y ellos se dieron á conocer á los franceses, haciendo con estos su tratado de paz y amistad, y admitieron con gusto y áun con deseo á los misioneros jesuitas; éstos, sin tanta incomodidad como en otras misiones, consiguieron su reduccion sin grande esfuerzo; al principio se creyó corta esta nacion, pues solo se les reconoció dos poblaciones, ó dos grandes aduares, segun lo inculto de sus cabañas; pero ya despejado su entendimiento y claro el uso de su razon, ellos mismos llamaron á sus compañeros, y descubrieron otras cinco poblaciones ocultas en una grande ensenada, y muy amenas y fértiles, beneficiadas por los riegos de un grande rio. Todos se redujeron á la fe, en que vivian gustosos, contentos y quietos, no existiendo más temor que la vecindad de los ingleses en el comercio de sus pieles,

que facilitaba su proximidad, lo que era conveniencia para los indios, y mayor la utilidad que reportaba á los ingleses, asi por lo rico de estas pieles, como por lo cómodo del precio. Esta fué la causa de que la ambicion de los últimos les llevase á desear el enseñorearse de aquel terreno, romper con los franceses no se atrevian, por correr allá con amistad y temer los gobernadores en América á su rey en Europa, ó por creerse débiles de fuerzas en aquellas regiones; así fué que para conseguir su intento se valieron por medio de la religion, ordinario abuso de herejes, para lograr su gran deseo del lucro y del interés. Convidaron con el mayor afecto á los abnakis deseando estrechar los lazos de amistad, trato y comercio, pidiendo en esta ocasion humilde licencia un inglés para fabricar una casa-jardin á orillas del rio de los Abnakis, con el pretexto de que en aquella casa se podrian hacer las ferias con más conveniencia de unos y otros. Despues reclamaron igual permiso otros ingleses, y uno muy falso y travieso se presentó deseando ganar la vida, y para eso tomó por oficio el de maestro de escuela, no llevando otro fin que el deseo de corromper en la tierna edad las buenas costumbres y sembrar en aquella tierra virgen de los inocentes la zizaña de la herejia. ¿Qué no tienta, idea, discurre y ejecuta el falso celo cuando se liga con la codicia? El P. Sebastian Rasles, ministro del pueblo, vigilante de las operaciones del inglés, de quien siempre sospechó, á pocos dias, examinando á los niños sus discípulos, descubrió toda la trama, le habló, amonestó y le convenció de tal suerte, que no pudiendo negar el hecho, quiso alegar en derecho, y promovió disputa; admitió el Padre, juntando para ello los principales del pueblo, entre los cuales habia ya algunos criollos, hijos de franceses, y franceses casados con mujeres abnakis; y éstos, como les hervia la sangre francesa, eran un gran partido para remediar el daño, y sobre todo, porque como el maestro de escuela no sabia ni áun su oficio, respondió avergonzado, que él no entendia bien el idioma francés ni el de los abnakis, que le diesen la disputa escrita en latin, á que se ofreció el P. Rasles, con solo la condicion de que señalase término fijo para la respuesta, pues no era debido que con título de consulta, se estuviese en el pueblo; admitió, por salir del dia, y al siguiente le presentó el Padre juridicamente su escrito, á que debia satisfacer á las veinticuatro horas; pero á este tiempo se escapó de secreto, alegando que el lenguaje latino era tan elevado en sus frases, que él, sin consulta de otros, no se atrevia á responder, porque no entendia nada. Como este lazo se frustró, urdieron otros, en cuyos lances era preciso cayesen, si no las aves por sencillas, á lo ménos la mala inteligencia dominada por la traicion; fueron á la casa de campo que habia labrado el inglés, que ya tenia apariencias de fortaleza, unos abnakis á su comun

tráfico; y notando las fortificaciones, preguntaron cómo se habian adelantado á más de la licencia concedida, pedida para jardin, y ejecutada en fortaleza ó plaza de armas. Respondió el cabo que era territorio que tocaba al rey de Francia, y que habian obtenido su permiso. Esta respuesta dió celos á los indios, y replicaron que los reyes de Europa no tenian dominio sobre sus tierras, y mucho ménos para introducir los forasteros con armas. No necesitaron más los ingleses para presentarse hostilmente y en son de guerra; ordenáronse, y quisieron hacerlos prisioneros; los indios, que solo eran seis, no se dieron, y tomando las armas, pasó á su decision el lance de las palabras. Los indios conocian que estaban perdidos, y que les habian cogido por traicion, y asi trataron de vender caras sus vidas, animándose y dando voces para que no decayese su esfuerzo y su valor. Los indios en sus arrojos desconocen el miedo, y tomó á buen partido el inglés pedir paz, y apaciguar aquella pequeña, pero arrojada tropa de seis, arrestados á cobrar en vidas de ingleses los pedazos en que suponian que habian de quedar sus cuerpos. Celebró brevemente el inglés la pequeña feria, para despacharlos, evitando el lance, y quedándose con la queja de que les habian perdido el respeto, y asi levantaron el grito hasta el cielo pidiendo satisfaccion del agravio: los indios estaban tan léjos de darla, que la pedian del mismo modo por haberse avecindado en sus tierras con la simple licencia de hacer un jardin. Ya con esto consiguieron los ingleses reducir la paz á mala inteligencia, y con ella abrir guerra, ganando por fuerza lo que no les tocaba de justicia. Hubo diversos prisioneros, engañando á algunos indios, y deteniéndolos en sus tierras, y pagando con la misma moneda los de Abnaki á otros ingleses. En esto en la primavera del año de 1721, de repente, sin prevencion, ni conocimiento, ni áun sospecha de los indios, se hallaron estos acometidos una mañana de los ingleses. Fiáronse en la sorpresa, y los abnakis al primer fusilazo acudieron á las armas, y para dar lugar á que pudieran salvarse las mujeres y los niños, hicieron frente, y la hicieron tan valerosamente, que obligaron á ceder á los ingleses, refugiándose en un bosque: en el mismo se habia guarecido el P. Sebastian Rasles, conoció á los enemigos, y no podia huir, por la debilidad de una pierna, fracturada años ántes, que aunque bien consolidada, no habia quedado fuerte. Todo el refugio que pudo hallar, fué esconderse detrás de un árbol, teniendo ya tan cerca los enemigos, que segun luego dijeron los indios, habian llegado á aproximarse á tiro de piedra; pero temerosos de que como más prácticos en el bosque, les pudiesen acometer los indios irritados, suspendieron el emboscarse, y libró Dios al Padre con singular providencia, sin la cual ciertamente hubiera ido preso á tierra de ingleses, si ya no acababa con él su furia como lo hicieron des-

pues, pues viéndose ignominiosamente rechazados, se previnieron para el siguiente año de 1724, en que como escarmentados y prácticos, vinieron en bastante número, formando un pequeño ejército; tomaron el camino por sendas secretas y extraviadas, y el bosque, que el año antecedente habia sido refugio del P. Rasles, al presente fué camino cubierto, por el cual amanecieron en el pueblo, sin sospecha ni prevencion alguna de los indios: conocieron al enemigo cuando ya le tenian sobre sí, y aunque acudieron á las armas, fué con seguro conocimiento de que ni eran bastantes á la defensa, ni podrian quizá contenerlos el tiempo necesario para poner en salvo los niños y mujeres. En este aprieto acudieron á su padre y ministro el P. Sebastian Rasles, pidiéndole saliese al encuentro, y en francés ofreciese partido, aunque solo les concediesen las vidas; juzgaron ellos, y juzgaron mal, que los ingleses habian de observar al Padre el respeto que ellos le tenian; no se fiaba tanto el Padre, pero no temió bastantemente, ni esperó ni se aseguró como podia, y salió el dia 23 de Abril de 1724, á defender su rebaño, vestido de jesuita para ser más conocido. Este hábito sirvió quizá á los ingleses como meta ó seña para dirigir la puntería de sus armas de fuego. Aproximóse pidiendo gracia para sus indios, y los ingleses le respondieron con varios tiros de fusil, con que le derribaron en el suelo, pasado el cuerpo con muchos balazos, sin darle más tiempo que el preciso para que su última respiracion se emplease en invocar el santísimo nombre de Jesus. Así sucumbió este glorioso mártir, víctima por su humanidad y ardiente fe de los alevosos y cobardes tiros de los ingleses. Y se conoció la rabia que venia contra el Padre, que les habia arrojado del pueblo aquel mal predicante, disimulado maestro de escribir, en el inhumano furor con que saciaron su sed rabiosa en el cadáver, como se dirá despues. A este desengaño abandonaron el lugar los indios, y se entregaron á la fuga, que en su modo podemos llamar retirada, pues fué con intento é idea de rehacerse en país seguro, y convocar á sus vecinos en liga contra los intrusos. Lograron esto, y juntas varias naciones, amigas de los abnakis, dieron contra el inglés, recuperando su poblacion, y destruyendo la intentada colonia ó la presumida conquista. Entre estos genios de América son inútiles las armas para sujetar los desórdenes, y no es nunca conveniente usar de la soberanía, pues es segura en ellos la rebelion, y como esforzados, sin conocer el miedo en irritándolos por contrariar sus estilos y costumbres, ó su imaginada libertad, ó queriendo sujetarlos, es casi siempre segura la victoria y el triunfo á su favor, premio debido á su arrojada constancia. Se perdió en este lance el benemérito P. Rasles, cuya falta lloró tiernísimamente el P. Pedro de la Chassé, superior general de las misiones de la Nueva Francia. En una carta que escribió á la provincia de París sobre su

muerte y virtudes, sábese por ella que contaba al tiempo de su muerte sesenta y siete años de bien avanzada vejez, á no conservarla firme una vigorosa robustez, que en treinta y siete años que vivió en el Canadá, ni la mudanza del clima ni la diversidad de alimentos, ni el ayuno perpétuo, ni las penitencias continuadas, ni los cuidados, ni el estudio, le produjeron cambios en su feliz naturaleza, sin que en todo este largo espacio de tiempo le obligase indisposicion alguna á hacer un dia de cama, ni á dilatar el tiempo de este descanso una hora más que lo que tenia por costumbre. Dios, que se hallaba bien servido de esta salud, la continuó, sin la interrupcion de un resfriado. Solo en una ocasion tuvo que sujetarse á la cama, por uno de aquellos accidentes á que está expuesta siempre la humanidad. En uno de sus frecuentes viajes por aquellas inaccesibles tierras, tuvo la desgracia de caerse en un precipicio fracturándose ambas piernas. Su cura fué muy prolongada, á causa de que formado ya el callo, se reconoció que quedaba imperfecto el miembro; siendo preciso para corregir tamaña imperfeccion que el cirujano volviese á quebrar la pierna artificialmente, destruyendo el callo que ya estaba formado, para dar más salida y mejor direccion á los huesos. Esta dolorosísima operacion la sufrió con tanto valor y resignacion que admiró al médico y cirujano; pero á quien queria la salud solo para servir á Dios en sus viajes, y extender y exaltar su ley, ningun dolor le era mortificacion, y ninguna pena dolorosa; si bien todo esto no excusa el que este lance sea índice de su mortificacion. Este se extendia á toda su forma de vida: áun en el desierto de sus misiones, sus disciplinas eran diarias, y su sustento apénas el bastante para conservar la vida. Años enteros vivió sano, sin probar más vianda que maiz cocido. En ocasion de una hambre general, que afligió á todo el territorio que cultivaba, tuvo cuidadosa providencia el superior de Quebec de socorrerle con maiz, en bastante abundancia para que diese algunas limosnas, pero con órden rigurosa de que guardase para sí. Agradeció la memoria, pero añadió esta cláusula: «Vivo corrido del cuidado que V. R. tiene de mí, sin merecerlo yo. Un misionero debe correr el riesgo ó fortuna que tiene su grey; Dios nos socorrerá: V. R. me permita que yo sienta los efectos de la santa pobreza, y los gajes que son muy propios de mi oficio.» La práctica de estrechez de vida que observaron estos apóstoles del Nuevo Mundo, ¡cúan distinta es de la que comunmente se goza! Un poco de maiz, despreciable ó causa de horror y asco en Europa, un mantenimiento á que no alcanza entre nosotros la mortificacion de la más austera religion, era en el Canadá regalo que le mereció al Padre expresivas cláusulas de su agradecimiento. ¡Oh penosa vida, gloriosa mortificacion y loables trabajos! No le costó tanto aprender las lenguas de los indios. Tuvo en esto singular felicidad y facilidad, sabia con

perfeccion varias, y de ninguna de las conocidas dejaba de tener bastante tintura para hablarla y entenderla. Este don le hizo utilísimo en las misiones, y por ellas pasó y recorrió las más, y esta prenda le condujo á la última de los abnakis. En todas observó en los treinta y siete años una firme máxima de no omitir ni dilatar ningun año la semana de ejercicios, á que se retiraba indefectiblemente la primer semana de cuaresma, y repetia hablando de ellos: «Estos dias son el pan con que se sustenta el espíritu; si algun año se omiten, se estraga el corazon; si el misionero aguarda á estar desocupado, no lo está en todo el año, y da lugar á aquella fantástica excusa de que son bastantes ejercicios el obrar con el espíritu que habia de ser fruto de los ejercicios. Yo no tengo, decia, ningun negocio, ninguna ocupacion que más cuidado me dé, que mi alma, y así en la determinada semana nunca he faltado ni faltaré de mi retiro, que al mismo tiempo es providencia y recuerdo de la obligacion de la observancia religiosa.» En la constancia de su celo fué singularísimo; súpose que los ingleses le habian cobrado enojo por el lance con el maestro de niños, y los mismos indios le suplicaron con cariño de hijos se retirase á Quebec, que si le cogian los ingleses, habian de vengar su enojo en su persona. Esto mismo le insinuaron otros jesuitas, á que repetidas veces con fortaleza de ánimo respondió: «¿Qué consejo es ese que me tiene á mí por desertor? El buen pastor no huye, debe dar la vida por sus ovejas. ¡Oh si yo fuera tan dichoso que con mi muerte remediára sus desastres!» De estos suspiros fueron testigos muchos indios, que despues aseguraron sus dichos con juramento, y Dios le cumplió el deseo, como hemos visto, y se cumplió al mismo tiempo el temor de los indios, porque la furia enemiga se cebó en el cuerpo del glorioso difunto con execrable rabia: hallóse el cadáver el siguiente dia, en que en bastante número volvieron los indios de guerra á la poblacion, y los ingleses no se atrevieron á aguardarlos divididos en las cabañas, y salieron al campo en fuga y dispersion para ganar distancia en que fortificarse: registraron la poblacion, y hallaron derrotadas varias cabañas, saqueada y profanada la iglesia, ultrajado el sacramento, y requiriendo el camino ó paraje hácia donde habia caido el Padre, hallaron el cadáver al pie de una gran cruz, que el Padre habia plantado para santificar la tierra, y en donde habia gastado muchos ratos de rodillas, exhalando suspiros, con que enviaba su corazon al cielo, quien por este mérito quiso premiarle en que fuese aquel sitio el lugar de su corona. El cuerpo se halló y reconoció por el hábito, no por el rostro, porque éste estaba acuchillado, como lo demás del cuerpo, pero con singularidad quebradas las sienes, desollada la cabeza, quebrados y hundidos los ojos y sus cuencas rellenas de estiercol, como la boca y los cañones de las narices, dejando con esta atrocidad, más propia de caribes

ó caníbales que de hombres que blasonan de civilizados, testimonio de que la muerte violenta no habia sido casual, sino puntería muy determinada de los fusiles, y que uno de los principales fines de la irrupcion habia sido la venganza del Padre, por el celo con que miraba la reduccion de los gentiles, y la pureza de su fe; lo confirmó el ver que despues de la fuga de los indios, cuando á su salvo ejecutaron esta inhumanidad, dejaron libres y sin nueva lesion los cadáveres de siete abnakis, que acompañaron al Padre y cayeron muertos junto á él al tiempo del disparo, con que explicaron la intencion de su saña, y lo determinado de su puntería. Confirmóse más, porque el miedo á lo arrestado de los indios, y la paz y buena correspondencia que en Europa conservaban los dos soberanos de Francia é Inglaterra, fué pretexto, muerto el P. Rasles, para que ésta se tuviese por irrupcion casual, y no por guerra seguida, conteniéndose cada nacion en lo sucesivo en los límites que les dió la casualidad del descubrimiento.—A. L.

RASPON (César). Este príncipe purpurado de la santa Iglesia católica, perteneciente á una nobilísima familia de Rávena que estaba enlazada en parentesco con la nobleza Barberini, floreció en el siglo XVII, no diciéndonos los autores consultados la fecha ni lugar de su nacimiento, si bien podemos creer que este último fuese Rávena. Dedicado á la carrera eclesiástica, despues que terminó sus estudios, fué á Roma, en donde obtuvo un canonicato de la iglesia de S. Lorenzo *in Dámaso*. De aquí le trasladó Urbano VIII á otro canonicato de la basílica Lateranense, nombrándole al propio tiempo auditor de su sobrino el cardenal Francisco, abreviador mayor, referendario y ponente de la consulta. En 1634 el pontífice Inocencio X le hizo secretario y consultor del Santo Oficio. Alejandro VII le nombró auditor de su sobrino el cardenal Chigi, y con motivo de haber invadido la peste á Roma, le confirió el destino de secretario de la Congregacion de Sanidad, destino que le proporcionó mucho trabajo y le expuso á graves peligros. Fué dos veces á Francia en servicio de la Iglesia y de la Santa Sede, la primera como canónigo lateranense con la autoridad suprema del cabildo para arreglar los asuntos de la abadía de Clairac en las relaciones que con aquel tenia; y la segunda como plenipotenciario pontificio, para arreglar diferencias entre ambas cortes, lo que tuvo la fortuna de conseguir á satisfaccion de todos. Por este y otros servicios y méritos el papa Alejandro VII le creó cardenal preste en 1664, y se publicó en 15 de Febrero de 1666, con el título de S. Juan ante Portam Latinam. Ya cardenal, el Pontífice le encargó la legacion de Urbino, diputándole á la famosa causa de Jansenio, y á las primeras congregaciones cardenalicias. Restaurando su célebre iglesia titular, la adornó con pinturas y esculturas de mérito, y con candelería y vasos sagrados de plata de mucho valor. Llegó á adquirir una gran reputacion de

erudito, y asistió en cónclave á la eleccion de dos pontífices. Murió este Cardenal en Roma el año 1675, á los sesenta años de edad. El Cornaro, en sus Relaciones de la corte de Roma, alaba á Rasponi por su juicio, su destreza en el manejo de los negocios, y por su razonable opinion, cualidades que fueron la causa de que Alejandro VII le consultase los asuntos de más difícil resolucion. Hizo la oracion fúnebre de este ilustrado Cardenal Esteban Grandi, la cual se publicó en Roma en 1676. Parte de sus bienes los dejó en herencia al Hospicio de los Convertidos, y mil escudos á la Basílica Lateranense, en la que fué sepultado en el sepulcro de su madre, que fué al efecto preparado por él mismo, y sobre el que se lee un magnífico elogio puesto por los diputados del Hospicio, que por gratitud le erigieron este noble y elegante mausoleo bajo la nave del lado derecho, decorado con un grupo de estatuas, de las que una, que simboliza la Fama, tiene en las manos el retrato del Cardenal. Este instituto de los Convertidos se ha ampliado por Pio IX, dándose cabida en él á los ministros y prebendados del cisma anglicano que se convierten al catolicismo, los que frecuentemente son en gran número, en cuyo establecimiento hacen piadosos ejercicios y penitencias para acreditar su verdadera conversion y alcanzar la misericordia de Dios. Tambien se admiten en esta casa benéfica los convertidos de otras naciones que se encuentren en las mismas circunstancias que los ingleses. — A. C.

RASPONI (Doña Felicia). Nació esta señora en la ciudad de Rávena el año 1523. Descendió de una antigua é ilustre familia que ha producido gran número de hombres de mérito. Habiendo tenido la desgracia de perder en su infancia á su padre, quedó bajo la tutela de una madrastra, que celosa de sus nacientes atractivos, la obligó á entrar en el monasterio de S. Andrés de Rávena, en el que la hizo tomar el hábito. Dotada Doña Felicia de una gran vivacidad de espíritu, y volviendo sus ideas hácia el estudio, aprendió el latin, y llegó por este medio á leer los tratados filosóficos de Aristóteles y de Platon, y las obras de los Santos Padres. El estudio la ayudaba á sufrir las contrariedades que diariamente experimentaba de su superiora y áun de las demás religiosas, que se complacian en ejercitar su paciencia. Pintó sus tribulaciones en un soneto á Gerónimo Rossi, su sobrino, y éste la respondió con un discurso sobre el valor tan necesario en la adversidad, en el que se ve el elogio verdadero de los talentos y virtudes de Doña Felicia. Conmovidas al fin las religiosas de su dulzura y resignacion, la obligaron á aceptar el gobierno del monasterio, en el que hizo florecer la disciplina antigua y el gusto por el estudio. A los tres años fué reelegida para un cargo que tan dignamente desempeñaba; pero murió el 5 de Julio de 1579, á los cincuenta y seis años de edad. Muchos poetas, entre los que se cuenta á Anibal Caro y Juan Arrigoni, han celebrado su belleza y talentos.

Además de algunas composiciones en verso, se conocen de esta religiosa dos opúsculos ascéticos, titulados: *Della cognizioni di Dio ragionamento*; Bolonia, en 8.° — *Dialogo della eccellenza dello stato monacale*; Bolonia, 1572, en 4.° — Mr. Weis publicó esta biografía en el tomo LXXVIII del *Suplemento de la Biografía Universal*, por Mr. Michaud. — A. C.

RASSET (Fr. Anselmo), capuchino francés, teólogo de la provincia de Tolosa, muy distinguido por su piedad y elocuencia como orador sagrado. Era aún muy jóven, cuando sintiéndose inclinado al retiro, tomó el hábito en la Religion Seráfica, donde no tardó en pronunciar sus votos. Sometido á los ejercicios más mecánicos del convento, sufriólo con resignacion, hasta que obtuvo permiso para ir á Roma á seguir sus estudios. Oyó hablar allí con grande entusiasmo de la universidad de Alcalá, que era juzgada entónces por la primera del mundo, y entró en vivos deseos de visitarla para perfeccionar sus conocimientos. Falto de recursos, no se acobardó sin embargo, pues habiendo decidido llevar á cabo su proyecto, no vaciló en llenar la plaza de cocinero del navío donde iba embarcado para pagar los fletes. Desde el punto donde desembarcó hasta Toledo, vivió de las limosnas que recogia, y en esta ciudad recibió de sus hermanos algunos recursos que le sirvieron para llegar á Alcalá. Empleó siete años en los cursos de filosofía y teología, y habiéndolos concluido, sostuvo varias tésis públicas de un modo brillante y como quien habia profundizado debidamente las ciencias. De regreso en Francia se dedicó al estudio del griego y luego del hebreo, y en ambas lenguas hizo progresos admirables. Entónces comenzó la carrera del púlpito, en la que no fué ménos feliz, pues su elocuencia, á la vez enérgica y persuasiva, atraia un numeroso auditorio, que no se cansaba nunca de oirle. Pasó muchos años dedicado á la predicacion y la enseñanza, y habiendo sido profesor de teología y de hebreo en diferentes ciudades de Francia, se retiró á Tolosa, con el designio de concluir y corregir algunas de las obras que habia compuesto y se proponia publicar. Permaneció en su patria por espacio de quince años consagrado á sus estudios favoritos; pero habiéndose quejado de las dificultades que encontraba para llevar á cabo sus planes, tal vez con la esperanza de obtener los recursos de que carecía, un superior que le miraba con prevencion, consiguió que se le alejase de Tolosa. Este contratiempo fué para él un golpe terrible, pues tuvo que abandonar la mayor parte de sus manuscritos, que no tardaron en perderse ó en quedar sumidos para siempre en el olvido. Ignóranse las demás circunstancias de su vida y áun la época de su muerte. Solo se sabe que vivia aún en 1689. De sus obras solo publicó la titulada: *Entretenimiento espiritual de Teófila y Olimpia*; Tolosa, 1683, en 4.° — S. B.

RASTIGNAC (Armando, Ana, Augusto, Antonio, Sicaire de Chapt de).

Fué este eclesiástico sobrino del arzobispo de Tours, Luis Santiago de Rastignac, y nació el año 1726, en la casa de campo ó castillo de Laxion, cerca de Perigord. Licencióse en la Sorbona con mucha distincion, y con la misma recibió la borla de doctor. Habiéndosele consagrado sacerdote, fué nombrado abad de S. Mesmin de Orleans, preboste de S. Martin de Tours y arcediano mayor y gran vicario de Arlés. Diputado de segundo órden á las asambleas del clero de 1755 y 1760, en la primera votó con la mayoría sobre la cuestion del rehuso de los sacramentos á los adversarios de la bula *Unigenitus*; y en la segunda, se distinguió como miembro del tribunal de jurisdiccion; pero una discusion que tuvo con el presidente, le hizo juzgar poco á propósito para el episcopado, para el que se procuraba buscar personas que estuviesen dispuestas á plegarse á las miras de la corte. No obstante esto, se le ofreció el pequeño obispado de Tulle, en la persuasion de que no le aceptaria. Diputado á los estados generales de 1789, se sentó constantemente al lado derecho de esta Asamblea; pero como la debilidad de su voz no le permitia presentarse á perorar en la tribuna, se limitó á escribir sabios discursos con la mayor solidez, sobre las materias que se agitaban con tanto calor. El estudio que toda su vida habia hecho de la ciencia de su estado, y el conocimiento que tenia de las lenguas antiguas, las que poseia á fondo, le dieron una gran facilidad para escribir. Se conocen como sus principales obras las siguientes, publicadas en francés: *Cuestion sobre la propiedad de los bienes eclesiásticos en Francia;* 1789, en 8.° — *Accord de la révélation et de la raison contre le divorce;* 1791, cuya obra se publicó con este epígrafe, sacado de *Hincmar: Es preciso que las leyes públicas sean cristianas en un reino cristiano*; obra llena de observaciones, en que prueba el autor la incompetencia de la Asamblea Nacional en esta materia; la ilustró con una *Disertacion* curiosa sobre la costumbre de Polonia en cuanto á este particular, é hizo ver que el divorcio no está autorizado por el poder eclesiástico. — *Traduccion de la Carta sinodal de Nicolás, patriarca de Constantinopla, al emperador Alejo Comneno sobre el poder de los Emperadores relativo á la ereccion de metrópolis eclesiásticas*, con sabias notas, 1790, en 8.° — Estas obras, escritas con aplomo, hacen honor á la erudicion del autor y á la sabiduría de sus principios. Sus dulces costumbres y su honrado carácter le adquirieron una gran consideracion entre el clero. Perseguido por la revolucion, como tantos otros de su estado, fué encerrado en la abadía el 26 de Agosto de 1792, y asesinado en ella el dia 5 de Setiembre siguiente. En el momento que iba á perecer bajo la cuchilla de sus asesinos, se asomó con el abate Lenfant á la tribuna de una capilla, en donde se hallaban encerrados muchos de los detenidos, y asegura su biógrafo Tabaraud que dijo Mr. de S. Meard, que era uno de ellos: «Nos anunciaron que se acercaba nuestra última hora

y nos invitaron á reunirnos para recibir su bendicion. Un movimiento eléctrico nos obligó á arrodillarnos, y la recibimos con las manos juntas. La edad de estos dos venerables ancianos, su posicion sobre nosotros y la muerte que estaba sobre nuestras cabezas, todo daba en este instante á aquella escena un aspecto augusto y lúgubre.» Rastignac fué una de las ilustres é ilustradas víctimas de la impía y sangrienta revolucion francesa, que tanto se ensañó contra los ministros de la religion y del santuario, á los que miró y persiguió como á sus mayores enemigos en su loco designio de acabar con la magnífica obra de todo un Dios, que acabó como acabará siempre por confundir á las que osan llegar su mano profana al arca santa del Señor. — B. C.

RASTIGNAC (Aymeri Chapt de). Nos dice Villenave al hablarnos en la Biografía francesa de este eclesiástico, que fué hijo de una antigua casa de Perigord muy conocida desde fines del siglo XI, y cuyo orígen se remonta á los señores de Chabannais. Sin darnos noticia ni fecha alguna de su nacimiento y pueblo de naturaleza, nos asegura que, segun Ughelli, fué tesorero de la Iglesia romana, obispo de Volterra, obispo y gobernador de Bolonia en 1361, y príncipe del imperio en 1364. Estableció este prelado en Bolonia los religiosos Celestinos y los Camaldulenses, dió á los monjes de Monte Olivete la iglesia de S. Miguel del Bosco, y construyó en 1367 una gran parte de la Cartuja. Canciller de la universidad de Bolonia, cuya reputacion elevó atrayendo á ella sabios de todas partes, fué despues nombrado en 1371 obispo de Limoges y gobernador del vizcondado de este nombre. Perteneció á su familia Raimundo de Chapt de Rastignac, al que llamó de Thou, el historiador, hombre de infatigable valor, y el cual fué señor de Mesilhac, capitan de cincuenta soldados, lugarteniente general de la Alta Auvernia y caballero de la órden del Espíritu Santo. Distinguióse este bravo caballero por su valor y fidelidad en las turbulencias de la liga, y arrebató á los enemigos muchas plazas ganando tambien la batalla de Issoire contra el conde de Randan en 1590, y la de Villemur, contra el duque de Joyeux, en 1592. Despues de haber restablecido la paz en Auvernia, atacó en el Limosin á los rebeldes conocidos por el apodo de *Tard-venus*, y matando dos mil de ellos cerca de Limoges, derrotó y ahuyentó á los demas, quedando él mismo muerto en esta contienda, el dia 26 de Enero de 1596, en la Fère de Picardía, adónde fué para conferenciar con Enrique IV acerca de los asuntos de su gobierno. El prelado Aymeri de Rastignac murió en su gobierno del vizcondado de Limoges el dia 10 de Noviembre del año 1390 de nuestra era. — C.

RASTIGNAC (Luis Santiago Chapt de). Este prelado de Tours, y de la misma familia de la casa de Perigord, de que ya hemos hablado en el anterior artículo Rastignac, nació en el Perigord el año 1684. Segun Mr. Picot recibió su educacion en el seminario de San Sulpicio, y apareció con mucha

brillantez en la Sorbona. Apénas fué graduado de doctor se extendió la fama de su saber, y haciéndose sacerdote, no tardó en elevarse al episcopado, pues que en 1722 fué nombrado obispo de Tulle. Una tésis sobre los cuatro artículos que presidió, excitó el descontento de la corte de Roma que le exigió una especie de satisfaccion. En 1823 fué trasladado á la silla arzobispal de Tours. Hallándose turbada por las querellas suscitadas por los apelantes, Rastignac manifestó una muy viva adhesion á las constituciones del Papa, y no perdonó medio alguno para reducir en su diócesis á los opositores, y el pontífice Benedicto XIII alabó su celo por medio de un breve dado el 22 de Agosto de 1725. Venció este prelado los obstáculos que encontró en su capítulo, publicó órden en favor del concilio de Ebrom contra la consulta de cincuenta abogados y sobre otras materias. Asistió á las juntas del clero de 1723, 1726 y 1734, y pareció que hacia causa comun con sus colegas para la defensa de los derechos y decisiones de la Iglesia. Su espíritu conciliador, su facilidad en expresarse, y sus amables maneras, fueron causa de que se le juzgase muy á propósito para dirigir las reuniones del clero, cuando á causa de su avanzada edad y enfermedades se vió precisado á retirarse Mr. de Vintimille, arzobispo de París. Presidió Rastignac la Asamblea del Clero en 1745, 1747 y 1748. En la primera hizo un discurso sobre el libro del abate Travers titulado: *Los poderes legítimos;* y obligó á la Asamblea á acordar un socorro al P. Berthier para que continuase la Historia de la Iglesia galicana. Denunció al Rey por muchas veces los esfuerzos que hacia la incredulidad naciente, y poco despues las discusiones que se dice sostuvo con los jesuitas, le arrastraron á un camino enteramente contrario al que habia seguido toda su vida. Mucho chocó este cambio, que se descubrió cuando publicó su libro el P. Pichon, pues contentándose poco con condenar esta inexacta obra, dió sucesivamente en 1748 y 1749, tres instrucciones pastorales destinadas á combatir los principios de los jesuitas. Las dos primeras, sobre la penitencia y la comunion, fueron igualmente criticadas por los jesuitas, y en la obra titulada, *Nouvelles Eclesiastiques*, en 1748. Aún más ruido produjo la tercera pastoral de 23 de Febrero de 1749, que versaba sobre la justicia cristiana con referencia á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. Dícese que esta pastoral fué compuesta por el apelante Gourlin bajo la direccion del doctor Boursier, é insertáronse en ella las reflexiones y máximas más queridas de los apelantes. A consecuencia de las quejas que se elevaron al gobierno sobre esta pastoral, el cardenal de Rohan reunió de órden del Rey algunos obispos para que examinasen la instruccion. Estos prelados fueron: Mr. Vertin obispo de Vannes, La-Taste obispo de Bethon, Robusto obispo de Nitria, y Billard obispo de Olimpo, á los que se agregaron el doctor Montagne y el teólogo de S. Sulpicio. Se escribió al ar-

zobispo de Tours obligándole á que se explicase sobre su instruccion; y por otra parte, un anónimo, que se cree sea el abate Casat, habiendo publicado una carta contra ella, condenó el Arzobispo este escrito por su decreto de 15 de Noviembre de 1749, y poco despues en carta de 5 de Febrero de 1750 protestó que se hallaba sometido á las decisiones de la Iglesia. Un nuevo escrito de Casac con el título de *Respuesta* excitó las quejas del Arzobispo, llevándolas á los tribunales y á la junta del clero. En medio de estas disputas fué atacado Rastignac de una enfermedad grave, que le llevó al sepulcro al fin en el castillo de Veret el dia 3 de Agosto de 1750. Las noticias extrañas que circularon sobre su muerte, atribuida á un envenenamiento causado por la ignorancia ó mala fe de un cirujano, no tienen fundamento alguno. Este prelado fué por lo demás un varon distinguido por su entendimiento, por la amenidad de sus costumbres y por la generosidad de su carácter. Además de su silla arzobispal disfrutaba de las rentas y dirigia cuatro abadías. Segun un manuscrito, el obispo de Nitria formuló la censura de la tercera instruccion en la que se le hacia cargo de veinticinco proposiciones. — A. C.

RAT (Guillermo le), penitenciario de la iglesia de Ruan, es conocido por haber impreso el *Tratado del cuerpo y la sangre de Jesucristo*, escrito por Pascasio Radbert, y dado á luz en aquella ciudad en 1370 con el diálogo de Lanfranc contra Berenger en la carta de Frudegard; pero el editor suprimió los pasajes de los Santos Padres, aumentados por Radbert al fin de esta carta, y los versos acrósticos que debian encontrarse á la cabeza del *Tratado del cuerpo y de la sangre del Señor*. — S. B.

RATBOD, abad de Merloc y obispo de Tréveris, sucedió en esta iglesia á Bertulfo en 883. Cinco años despues presidió el concilio de Metz. En 895 Zuentiboldo, elegido rey de Lorena, le nombró su archicanciller; en el mismo año asistió al concilio de Tribur ó Teuver. En 898, Zuentiboldo erigió en condado el territorio de Tréveris, bajo la inmediata dependencia de la autoridad real, y se le cedió al Obispo para que le gobernase personalmente ó por medio de sus delegados, siendo éste el origen del señorío territorial de los arzobispos de Tréveris. Algun tiempo despues cayó Ratbod en desgracia de Zuentiboldo, quien en un arrebato de cólera llegó hasta á maltratarle. Este acto de brutalidad fué sin duda uno de los motivos que tuvieron los señores loreneses para sacudir el yugo de este soberano. Ratbod obtuvo en 902 de Luis, rey de Germania y de Lorena, la ratificacion del privilegio concedido al arzobispo Wiomado por el rey Pipino, de estar exento de la jurisdiccion de todo juez seglar. El rey Cárlos *el Simple*, apénas se vió dueño de la Lorena, expidió un diploma en 913 en que determinó que la eleccion del arzobispo de Tréveris se hiciese en adelante por el clero y el pueblo. Ratbod murió en 915. — S. B.

RATCLIFFE (Nicolás). Fué este religioso natural de Inglaterra. Tomó el hábito de la órden de S. Benito en la abadía de Alban, de la que fué arcediano, y lleno de celo por la religion católica, estudió cuanto pudo para destruir los errores que los herejes sembraban en su tiempo en Inglaterra. Escribió una obra titulada: *Viaticum animæ salubre.*—Otra: *Super imaginum cultu*, y un libro sobre diversas cuestiones. Segun Pitseus, en sus *Escritores ingleses*, este religioso murió en S. Alban el año 1390, en el reinado de Ricardo II, rey de Inglaterra. A la familia de este religioso debieron pertenecer Juan Ratcliffe, favorito de los reyes de Inglaterra Enrique V y Enrique VI, á cuyo hijo, del mismo nombre, mandó cortar la cabeza Enrique VII por haber favorecido á Perkin Warbeck, que se fingió ser Ricardo, Duque de Yorck, hijo mayor del rey Eduardo IV. Y Tomás Ratcliffe, conde de Sussex, y otros notables personajes de este linaje.—B. C.

RATEL (abate). Michaud el jóven en la *Biografía universal* publicada en Francia por su padre, al tomo LXXVIII del suplemento, publicado en 1846, nos da noticia de este ilustrado religioso, y á él vamos á seguir en este artículo. Este agente secreto de los Borbones en Francia durante la revolucion, nació el año 1760, en San Omer, hijo de un padre pobre cargado de familia. Educado por un tio suyo, dignatario en una de las más ricas abadías de Artois, fué muy jóven destinado al estado eclesiástico, y en cuanto acabó los estudios, pretendió ser cura de Dunkerque, apoyado por un abad de Langlade, bastardo de la casa de Rochefoucauld, pero no pudo conseguirlo. Siguió á su protector á la capital, pero habiendo sido privado éste de sus ricos beneficios por la revolucion, aprisionado y asesinado en su encierro el dia 2 de Setiembre de 1792, Ratel se consideró como heredero suyo, y se fué á vivir á Nantes, en donde la familia de La Rochefoucauld disputaba á la revolucion las ricas propiedades que allí poseia. Hizo muchos esfuerzos para conservarlas, y manifestándose ardiente republicano, llegó á hacerse nombrar secretario del juez del distrito. Muerto Robespierre en el cadalso en que habia sacrificado él á tantos, Ratel volvió á París, en cuya capital se unió estrechamente con Brotier y Lemaitre, agentes realistas, los que á pesar de su amistad solo le emplearon en cosas de poca importancia, ni le iniciaron en todos sus secretos, ni le dieron participacion en sus principales operaciones, lo cual fué muy bueno para él, pues que Lemaitre fué guillotinado, y á él solo se le condenó á la deportacion por contumaz. Refugiándose en Normandía, contribuyó al embarque de Sydney Smith, que se escapó del Temple, y esto le valió alguna recomendacion para con el ministerio inglés. Encargado con Roberto de organizar en Ruan una correspondencia para la Inglaterra, recibió por esto fuertes cantidades; pero considerándose poco interesante ésta, se suprimió á fines de 1799, época en que Ratel pasó á

Lóndres para dar sus cuentas, y hacer le pagasen lo que pretendia se le debia aún. Apoyado por Dutheil, logró se le diesen mil libras esterlinas, y se le encomendó llevar á París mayor cantidad para que la distribuyese entre los realistas desgraciados, y en especial á los que estaban presos, ó se veian obligados á huir á consecuencia de los papeles cogidos á Mr. Hyde de Neuville, impresos por la policía consular en un volúmen en 8.°, con el título de *Correspondencia inglesa*, en el que se cita á Ratel en muchas partes con el nombre de Lemoine. Sobre el empleo de estas sumas no se hacen los mejores juicios, y así fué que las muchas reclamaciones obligaron á que se pidiesen cuentas al abate Ratel, cuando en 1803 volvió á Inglaterra, de las que salió tan poco airoso, que se le obligó á la restitucion de gruesas sumas, lo que no impidió que pudiese seguir viviendo en Lóndres muy holgadamente. Luego que imperó la restauracion en 1814, regresó á Francia, pero fué tan mal mirado por los legitimistas, que se vió precisado á volverse á Inglaterra, en donde murió á poco tiempo, no muy bien considerado.—A. C.

RATES (S. Pedro de), primer obispo de Braga. Parece fué discípulo del apóstol Santiago, quien le estableció en el gobierno de esta iglesia, donde predicó el Evangelio, confirmando sus verdades con milagros, uno de los cuales fué, segun el P. Florez, sanar de lepra con la invocacion del nombre de Cristo á la hija del gobernador de aquella tierra, que allí se nombra rey en estilo acomodado al tiempo en que se formaron las lecciones del *Breviario Bracarense*, de donde tomó este hecho el autor de la *España Sagrada*; y con aquella sanidad abrazaron la fe, así la hija como la madre, y el Santo las purificó con el agua del bautismo, exhortándolas á que no se manchasen con impureza. Apénas supo el padre lo que habia sucedido, dió órden para que se quitase la vida al prelado, no queriendo reconocer el beneficio que debia á Dios; no temia en verdad el Santo la muerte, pero rezeloso del mal que pudiera sobrevenir á sus ovejas con la pérdida de su pastor, en tiempo en que era tan difícil reemplazarle con otro, determinó seguir el consejo del Evangelio, alejándose del lugar donde le perseguian. Retiróse á otro no muy distante y próximo al mar, llamado *Rates*, de donde procede su sobrenombre. Pero no tardaron en encontrarle allí sus perseguidores, los que le quitaron la vida delante del mismo altar donde estaba orando. Su cuerpo permaneció sin sepultura por ser muy pocos los fieles y estar muy amedrentados con la persecucion de los paganos. Por esta causa un cristiano llamado Félix, habia huido de las poblaciones de los gentiles, retirándose á un encumbrado monte que mira hácia el Océano entre Rates y Braga, donde hacia una vida solitaria. Algunos dias despues de la muerte del Santo, vió un resplandor que salia del cuerpo del mártir, y extrañándole aquel inesperado

suceso, bajó á reconocer la causa, y hallando el cadáver, le dió sepultura de la mejor manera que pudo, acompañándole un sobrino suyo que le hacia compañía en la vida eremítica. Cuando con el tiempo se aumentó el número de fieles y cesaron las persecuciones, se edificó allí una iglesia, en que se colocó el sagrado cadáver con el mayor decoro posible, recibiéndose de su intercesion muchos beneficios, y continuando el Señor sus milagros en tiempos posteriores con los que acudian al sepulcro del Santo á implorar su favor, siendo muchos los milagros que cita el P. Florez, tomados del ya referido Breviario Bracarense. Los restos del Santo continuaron en Rates hasta el año 1552, en el que fueron trasladados á la catedral de Braga, á solicitud del obispo D. Baltasar Simpor en 17 de Octubre. La Iglesia celebra su culto en 16 de Abril, en que le citan los antiguos Breviarios y el Martirologio de Baronio, que dice así: *Braccari in Lusitania Sancti Petri Martyris, primi ejusdem civitatis episcopi*; á lo que añade Baronio: *De eodem Vasæus in Chron. Hisp. Flos Sanctorum Hisp. et Thesaurus concion.*—S. B.

RATGAIRE. Ni Fleuri en su *Historia eclesiástica*, ni Longueval en la de la *Iglesia galicana*, nos dan á conocer la fecha y lugar de este religioso, é ignoramos si los historiadores de Fulda lo harán, lo que no creemos, puesto que refiriéndose á ellos Moreri, en su gran *Diccionario histórico y geográfico*, en el artículo que le dedica, nada nos dice sobre este particular. Empieza Moreri la vida de este religioso, diciendo que fué el tercer abad del célebre monasterio de Fulda, cuya casa perturbó á principios del siglo IX. Fué Ratgaire un hombre altivo, inquieto, duro, inflexible, y tan indulgente para sí como severo para los demás. Superior de semejante carácter no podia ménos de hacer la desgracia de sus subordinados, y de vivir desdichadamente él mismo. Púsosele en la cabeza á Ratgaire variar la disciplina del monasterio, y empezó por cambiar su exterior. Aficionado á las construcciones, se figuró que dependia el esplendor de un monasterio de la magnificencia de los edificios, y con este pensamiento, sugerido por el amor propio, emprendió soberbias construcciones que se avenian muy mal á la pobreza religiosa. A fin de que la obra adelantase, obligaba á sus monjes á trabajar como obreros, y esto áun en los dias festivos. Esta irregularidad y rigor con los monjes, alcanzó tambien á Raban, que tanto honor daba en aquella época al monasterio con su erudicion y con sus escritos. A fin de obligarle á trabajar privándole del estudio, Ratgaire le quitó los libros, y Raban se le quejó de esta violencia, solo con una composicion poética que le dirigió, y que ningun efecto le hizo. Viendo los monjes de Fulda que sus ruegos y quejas eran inútiles, porque el Abad las despreciaba, diputaron á la corte doce religiosos, que en nombre de todos los demás presentasen al emperador Carlomagno una queja fundada, en la que expusieron cuanto podia favorecerles, y

manifestaron las violencias del Abad, cuya querella se halla en el tomo II de los Anales del P. Mabillon, con el título de *Libellus fuldensis*. En cuanto supo el abad Ratgaire la queja de los monjes, se fué tambien á la corte para defenderse de sus acusaciones. Oyendo á una y otra parte Carlomagno, los mandó ante los comisarios que nombró para entender en este asunto, los cuales los reconciliaron al parecer. Miéntras vivió Carlomagno, se moderó algun tanto el inquieto Abad; pero tan luego como murió el emperador, empezó á vejar á sus monjes mucho más que ántes. Súpolo el emperador Luis, y como intentase en vano reconciliar al Abad con los monjes, ni pudiera hacer entrar á éste en razon y que obrase con justicia, tuvo necesidad de deponerle de la abadía, y desterrarle para evitar los escándalos que diariamente causaba su impetuoso carácter. En un antiguo manuscrito de la abadía de Fulda se ve á este Abad representado en un unicornio, que persigue y dispersa á un rebaño de ovejas, cuyo símbolo expresa sin duda la dispersion que hizo de una parte de sus monjes despues de la muerte de Carlomagno. La humillacion cambió el carácter de este Abad, y habiendo obtenido Eigil, su sucesor, el año 818 su rehabilitacion, solo trató en lo sucesivo de vivir en paz, y de dejar vivir á los demás. Empero como su prurito fué siempre mandar y construir, despues de su regreso á la abadía hizo edificar un pequeño monasterio en honor á la Virgen Santísima, sobre una eminencia cercana á Fulda, llamado monte de S. Bonifacio, cuyo gobierno se le permitió aparentemente, para consolarle de la pérdida del de Fulda, del que le habia lanzado su indómito y extravagante carácter. No nos dicen los autores que hemos consultado la fecha de la muerte de este Abad, ni si murió en el monasterio de Fulda ó en el del monte de S. Bonifacio, en que ejercia las funciones de abad, como parece natural.—B. C.

RATARDO (B.), piadoso sacerdote de la ilustre y religiosa familia de los condes de Andechs, que edificó la iglesia de S. Jorge en Diesseu, reinando Ludovico Pio, año 850. Algunos Años cristianos hacen memoria de este siervo de Dios en 17 de Octubre.—S. B.

RATHERIO, obispo de Verona, tan famoso por sus aventuras como célebre por su saber, nació en el país de Lieja, que formaba entónces parte de la Lorena, ó reino de Lotario. En ninguna obra consta la época de su nacimiento; pero por el discurso de su historia se deduce que debe ponerse lo más tarde á últimos del siglo IX. Sus adversarios le acusaban, segun refiere él mismo, de que era hijo de un carpintero, lo que apénas merece mencionarse. Algunos modernos le han dado por padre á un conde de Viane, en los Países Bajos franceses, ó ducado de Luxemburgo; lo que puede confirmar la calidad de noble que se le da en su epitafio. Cualquiera que sea la estirpe de Ratherio, vino al mundo con excelentes disposiciones para el

cultivo de las letras. Ventajas naturales que supo aplicar con buenos resultados á los diversos estados de su vida. Su primera condicion fué la de monje, habiéndose consagrado á Dios desde su juventud en el monasterio de Laubes, donde florecian á la sazon los estudios, y se adquirieron muchos monjes notable reputacion. Pero Ratherio los excedió á todos por tener más penetracion que los demás. Se dedicó desde luego con mucha aplicacion á la lectura de los autores griegos y latinos, y se consagró con el mayor cuidado á adquirir con pureza la lengua que debia hablar, pues se dedicó al estudio de las lenguas eclesiásticas. Consiguió de esta manera hacerse ese fondo de literatura sagrada y profana, y ese rico manantial de elocuencia que han mencionado muchos autores en su elogio. Tritemio ha sostenido que el maestro que dirigió los estudios de Ratherio fué Hilduino, hombre de erudicion, que de clérigo de la iglesia de Lieja llegó á ser su obispo. Pero esta opinion es muy aventurada, pues hay motivos para creer que fué Esteban, obispo del mismo lugar y abad de Laubes. Ratherio, siguiendo la carrera de sus estudios, fué á diferentes lugares á hacer uso del don de la palabra, que habia recibido de la naturaleza y perfeccionado de la manera que se ha referido. Hallándose en Laon, donde dirigió un discurso á las religiosas de San Juan el dia de S. Esteban, se le instó á aceptar la abadía de S. Amando. Era todavía muy jóven, lo que indica cuán conocido era ya su mérito. Pero la renuncia tan generosa como edificante que hizo de esta dignidad le dió un nuevo realce. No fué ciertamente tan escrupuloso en una edad más avanzada, como se verá por la exposicion de su historia. Aunque no fué discípulo de Hilduino, como se acaba de decir, hubo, sin embargo, estrechas relaciones entre ellos. Tan decidido estaba Ratherio por él, que habiendo tomado Hilduino el partido de retirarse á Italia despues de haber renunciado el obispado de Lieja, le siguió sin vacilar. Verificábase esto en 922. Habiendo muerto algun tiempo despues Notger, obispo de Verona, el rey Hugo concedió esta silla á Hilduino, con la promesa de dársela á Ratherio cuando aquel obtuviera una dignidad más elevada. Este llegó en efecto á ser arzobispo de Milan, y Ratherio fué enviado á Roma á pedir el *pallium*, que le llevó con cartas del papa Juan XI, en las que indicaba que Ratherio fuese ordenado en lugar suyo obispo de Verona. Esta peticion desagradó á Hugo, que habia cambiado de opinion con respecto á Ratherio. A instancias, sin embargo, de Hilduino y de las primeras personas de la corte, consintió el príncipe en su consagracion, con la esperanza de que Ratherio, que se hallaba á la sazon en la cama de una enfermedad peligrosa, no se levantaria. Pero vió frustrada su esperanza. Ratherio recobró la salud, y fué consagrado segun los deseos del Papa. Pero el Rey juró entónces que no volveria á tener alegría en toda su vida. El historiador Luitprando estaba muy mal enterado cuando

escribió que Ratherio debió á su saber y su piedad el obispado de Verona. Esto pasó, no de 928 á 929 como han sostenido Sigeberto y otros autores, sino en 931. Hugo, por no faltar á su juramento, no cesó en lo sucesivo de perseguir á Ratherio. Quiso desde luego obligarle á no cobrar más que una parte de las rentas de su iglesia, exigiendo de él que se comprometiese á no pedir nunca más durante su vida, ni en vida de su hijo. Ratherio desechó por indigno este compromiso. El Rey apostó despues emisarios, unos para intimidar al prelado y obligarle á abandonar su silla por sí mismo, otros para irritarle y hacerle caer en algun exceso de palabras contra su príncipe, que pudieran servir de pretexto para expulsarle. La empresa de Arnoldo, duque de Baviera, sobre Italia dió orígen á uno, que pareció si no legítimo, al ménos especioso. Ratherió fué acusado de favorecer los designios que tenia Arnoldo de hacerse declarar rey; y cuando hubo Hugo vencido á este príncipe y tomado á Verona en 933, se apoderó del Obispo y le encerró en una torre de Pavía. Ratherio permaneció dos años y medio en aquella prision, tiempo igual al en que habia sido perseguido en su silla. Allí, sin libros, sin ningun consuelo humano, separado de sus amigos y entregado á las mayores penas, no tuvo otro desahogo que el de quejarse. Pero para que sus quejas no fuesen inútiles buscó el medio de hacerlas saber al público, lo que ejecutó en una grande obra, de que daremos cuenta en su lugar respectivo. La dirigió primero á muchos arzobispos y obispos reunidos en concilio, y despues separadamente á algunos otros, en particular á Roberto, arzobispo de Tréveris. Reconvenia á los primeros de que ninguno de sus colegas en el episcopado habia tenido el celo suficiente para tomar su defensa, aunque estuviesen obligados á ello por diferentes motivos. Suplicaba á Roberto recordase las promesas que le habia hecho anteriormente de prestarle toda clase de servicios. Lo más edificante en la conducta de Ratherio es que léjos de haber manifestado jamás resentimiento alguno contra el rey Hugo por los malos tratamientos que habia recibido de él, le deseó siempre todas las felicidades del emperador Teodosio. Se ignora si fué por los esfuerzos y crédito de los prelados de que se acaba de hablar, ó por efecto de la Providencia, por lo que Ratherio salió de su prision y fué relegado á Como. Tuvo sin duda algun desahogo en este destierro, pues residia en casa de Azon, obispo de aquel lugar, que era francés. Ratherio continuó en sus ocupaciones ordinarias, que eran el estudio, y retocó la vida de S. Ursmaro. Despues de dos años y medio de destierro, tanto como habia durado su prision, Ratherio halló medio de recobrar su libertad contra lo dispuesto por el rey Hugo, que fué casi al mismo tiempo arrojado de Italia. Se fué, sin embargo, á decir á nuestro prelado, que arrepintiéndose este príncipe del mal que le habia hecho, tenia el designio, si queria reunirse con él, ó

de devolverle su silla bajo la suposicion de que conservase aquel territorio en su poder, ó de darle una suma de dinero bastante considerable para librarle de la indigencia. A esta noticia se puso Ratherio en camino; pero Berenger II, concurrente de Hugo, le hizo detener por instigacion de Manases, arzobispo de Milan, y le metió de nuevo en una prision. Al cabo de tres años y medio se le condujo á Verona, donde encontró á Milon, que habia sido ordenado obispo en lugar suyo. El intruso usó de toda clase de artificios para excluir á Manasés, por el temor de que llamase al rey Hugo. Hizo en la apariencia una buena acogida á Ratherio, fingiendo reconocerle por el verdadero obispo de Verona; pero en realidad empleó toda clase de maniobras ocultas para ocasionarle dificultades. No contento con apoyar á los clérigos, los vasallos y los siervos de la Iglesia declarados ya contra Ratherio, animaba á los demás á calumniarle y á causarle todo género de disgustos; de manera que el infeliz prelado no podia ni celebrar sínodo, ni asistir al capítulo, ni remediar ningun abuso. Lleváronse las cosas á tal punto, que estando un dia ocupado en los oficios, el arcediano y todo el clero le dejaron solo y se marcharon á otra iglesia. Tuvo además el dolor de ver que Manasés consagró por obispo de Verona á un clérigo de su diócesis de Arlés. Ratherio sufrió durante dos años esta especie de martirio, como le llama él mismo, martirio más riguroso, dice, que todo lo que habia sufrido en la persecucion de Hugo, áun sin exceptuar su prision en Pavia. Tenia, sin embargo, la resolucion de continuar padeciendo, más bien que pasar por un pastor mercenario que abandona su rebaño. Pero el rey Lotario, á quien habian conservado los italianos al destronar al rey su padre, le envió á decir que abandonase aquella ciudad para ceder su puesto á Manasés, que queria invadir la silla de Verona, no obstante las muchas de que se habia ya apoderado. Y por último, que no vacilase en tomar este partido; que le advertia como amigo que era mejor que se retirase, que no que se viese expuesto á ser mutilado, ó muerto por traicion de Milon, ó arrestado al ménos y conducido á algun lugar desgraciado. Recordando Ratherio el consejo que da el Evangelio á los que son perseguidos en una ciudad de huir á otra, abandonó á Verona y se retiró á la Provenza, donde fué recibido en casa de un señor inmensamente rico, que tenia un hijo jóven llamado Rostaing, á quien nuestro prelado se encargó de instruir. Créese que este jóven llegó con el tiempo á ser el obispo de Arlés, que lleva su mismo nombre. Segun todas las apariencias, ántes de esta emigracion y de que encontrase Ratherio una hospitalidad tan graciosa, procuró hacer un viaje á Roma para ver si conseguia volver á su silla. Está fuera de toda duda que se hallaba á la sazon muy distante de esta capital del mundo cristiano, y en un estado no muy á propósito para hacer los gastos del viaje, lo que no puede convenir más

que á la situacion en que se encontraba á su segunda salida de Verona. En esta extremidad recurrió á la caridad de los fieles, dirigiéndoles una carta circular. Pero el señor de Provenza, que le recibió en su casa, se opuso á que ejecutase este proyecto, y áun le obtuvo un obispado en el país, que abandonó Ratherio para volver á la abadía de Laubes. Fleury pone este regreso en 941, lo que no pudo verificarse como puede comprenderse fácilmente por lo que se acaba de referir, pues lo más pronto que se verificó fué en 943. Richer, que gobernaba todavía la iglesia de Lieja, recibió favorablemente á Ratherio que al año siguiente pasó á la corte de Oton *el Grande*, donde Brunon, hermano de este príncipe, llamaba á los hombres más sabios que se le daban á conocer, á fin de perfeccionar convenientemente sus estudios. Ratherio fué mirado como el más hábil de todos, y no se separó de Brunon hasta que estuvo completamente instruido en todas las ciencias que se estudiaban á la sazon. Brunon le obtuvo por reconocimiento el obispado de Lieja, vacante por la muerte de Faraberto en 953. Esperaba que Ratherio seria útil con su doctrina y elocuencia, no solo á esta iglesia sino tambien á otras muchas de los alrededores. Que su irreprensible conducta serviría de ejemplo á otros obispos, que no vivian como era debido, y que cerraria la boca á la maledicencia. Que un beneficio semejante le uniria inviolablemente á su príncipe, y que el pueblo marcharia por las huellas de su obispo, lo que seria una grande ventaja para todo el reino. Pero Ratherio no fué bastante afortunado para que su nuevo obispado produjera todos estos buenos efectos. Por desgracia suya sucedió lo contrario. Careciendo del talento de hacerse querer, le tomaron aversion sus diocesanos, y miraban mal todo lo que hacia por su bien. Se le dió por sucesor á Balduino, uno de los primeros nobles del país. Lo que acaeció en los primeros meses del año 956, que se continuaba contando todavía 955. Un autor antiguo mira como la causa principal de su expulsion, su carácter inflexible que no le permitia tener condescendencia alguna, y sus maneras duras y demasiado ásperas para reprimir ya de viva voz, ya por escrito. Lo que hay de cierto es que Ratherio, á pesar de todas sus virtudes, llevó con grande impaciencia su desgracia, como lo manifestó en algunos escritos demasiado violentos de que hablaremos despues. Habiendo pasado dos años en Laubes, volvió á tomar el camino de Italia en busca del rey Oton y del príncipe su hijo. Oton le habia prometido restablecerle en su silla de Verona, si obtenia medios de conseguirlo. Pero la encontró ocupada por un sobrino de Milon, su antiguo predecesor, á quien la habia vendido Manasés con dispensa del Pontífice, segun decia. El restablecimiento de Ratherio fué retardado por este inconveniente, inconveniente que le causó una extrema perplejidad sobre el partido que debia to-

mar. Se hallaba casi resuelto á retirarse á su monasterio para terminar sus dias en la soledad y el reposo. Pero las dificultades sobre el rango que debia ocupar allí, le impidieron ejecutar este designio. Decidió, por último, dirigirse al Papa para pedirle una audiencia, en que se decidiese, segun los cánones, cuál de los dos, ó el nuevo intruso ó él, debia ser obispo de Verona. Escribió al mismo tiempo una carta circular á los obispos de Italia, de Francia y de Alemania, reclamando su socorro y su opinion para apelar á un concilio. Este doble recurso, apoyado en la proteccion del rey Oton y en la de Brunon, le salió bien. El Papa, que era entónces Juan XII, y un concilio de obispos se pronunciaron en favor suyo. Apénas se conoce este concilio, á ménos que no sea el de Pavía, que le hizo tambien justicia. A pesar de tantos títulos el obispo intruso no vaciló en detener á Ratherio, maltratarle, quitarle cuanto poseia y ponerle en prision. Pero obtuvo bien pronto la libertad por el crédito de Oton y de una duquesa á quien no se nombra. Tales fueron los caminos por que Ratherio volvió por tercera vez á su obispado de Verona. Verificóse esto en 959 ó 960 ántes de que Oton *el Grande* fuese proclamado emperador. Nuestro prelado comenzó á ejercer de nuevo las funciones episcopales, pero no fué más feliz en lo futuro que lo habia sido en lo pasado. Encontró en los italianos una nacion no solo rezelosa, como la califica el autor de la vida de S. Brunon, obispo de Colonia, sino tambien insolente y pérfida hasta el exceso, segun la opinion de otro escritor de la misma época. El clero de Verona se hallaba por otra parte sujeto á todos los vicios, era indócil, rebelde y enemigo del buen órden. Ratherio se creyó obligado por el deber de su cargo á trabajar en remediarlo, y lo emprendió por medio de sus discursos y de sus escritos, pero á su manera, es decir con demasiada acritud, y con una aspereza severa en demasía. El tratado del desprecio de los cánones, que publicó principalmente con este designio, muy léjos de ganar los espíritus, no hizo más que irritarlos. Es preciso confesar que el retrato que hace este prelado de los italianos con respecto á su pasion dominante, es más á propósito para ensoberbecerlos que para curarlos. Despues de haber empleado muchos remedios sin éxito, Ratherio ideó poner otro en uso, esperando que tendria mejor resultado que los anteriores. Anunció á su clero en una obra escrita expresamente, que se disponia á ir al gran concilio que habia indicado el Emperador para Roma. Que allí haria confirmar la doctrina que les predicaba. Que haria explicar las dificultades aparentes que en ella se encontraban. Que expondria su conducta con respecto á ellos y que volveria con nueva autoridad para confundirlos. El concilio de que habla aquí nuestro prelado, es sin duda el que se celebró en 963 y en que fué depuesto el papa Juan XII. Ratherio no se halló en él á pesar de esto, ó al ménos no consta su nombre

entre los de los obispos que asistieron. No pudiendo, por último, sufrir la indocilidad de sus clérigos y su perseverancia en los desórdenes, fatigado por otra parte por lo mucho que le hacian sufrir de otras diferentes maneras, y no creyéndose en seguridad ni áun en su propia iglesia, pensó sériamente en abandonarla. Vaciló, sin embargo, durante algun tiempo sobre si lo ejecutaria ó no, é hizo un escrito sobre este asunto. Pero habiendo sabido uno de sus discípulos, llamado Heraclio, obispo á la sazon de Lieja, todo lo que se le hacia sufrir, le suplicó con instancia se retirase á su lado, asegurándole que toda la ciudad, sin excepcion, lo deseaba con ardor. Ratherio tomó, por lo tanto, la resolucion de abandonar á Verona. Escribió á Folcuin, abad de Laubes, para pedirle caballos y gente para escoltarle. Se los enviaron y partió inmediatamente. Antes de salir de Italia asistió, sin embargo, al concilio que se celebró en Rávena el 27 de Abril de 957, de manera que este año fué cuando llegó á Francia. Llevaba grandes cantidades de dinero, de que se le acusa haberse servido para comprar á Lothario, rey de Francia, las abadías de S. Amando y de Hautmont. Pero el P. Mabillon le ha justificado plenamente en este punto. Mas no puede serlo de su ligereza é inconstancia, pues apénas pasó una noche en S. Amando, cuando se retiró á Alne en Sambre, tierra dependiente del obispado de Lieja, que le habia cedido su obispo y fué despues una abadía cisterciense. La morada que hizo allí Ratherio no fué larga. Abandonó á Alne para residir en Hautmont, donde trasladó los ornamentos de iglesia y los muebles preciosos que habia regalado á Laubes á su llegada de Italia. Aunque este último monasterio era la casa de profesion de Ratherio y la habia regalado algunas tierras de su propiedad, concibió sin embargo una aversion extraordinaria á este lugar. Llevó las cosas á instigacion de ciertos malos espíritus hasta querer perder al abad, que lo era á la sazon Folcuin, hombre de mérito, quien por el bien de la paz, creyó deber retirarse y abandonar aquel lugar. Ratherio se apoderó en seguida de la abadía, y temiendo que Folcuin comprometiese á sus parientes, que eran de los principales del pais, á vengar tamaña injuria, tuvo cuidado de fortificarla y hacerla guardar como una ciudadela. Esta vejacion duró un año entero, es decir, durante el resto del episcopado de Heraclio, que sostenia á Ratherio. Habiéndole sucedido Notga en 971, empleó su prudencia y su sabiduría en apaciguar estas turbaciones. Reconcilió á Ratherio y á los monjes de su partido con Folcuin: este volvió á Laubes y Ratherio á Alne. Al cabo de tres años fué nuestro prelado á Namur, donde murió en 974, hallándose alojado en casa del conde de aquella ciudad. Su cuerpo fué trasladado á Laubes y enterrado en la capilla de S. Versmar. Sus funerales se hicieron con la misma pompa y ceremonias que se observaban en los entierros de los obispos. Ratherio habia

compuesto su epitafio durante su vida, del que no se ha conocido en los siglos posteriores más que el primero y penúltimo verso, que se habian separado en un principio como á propósito para marcar los principales caractéres del prelado. Dámosle aquí completo y tal como se lee al fin de su *Agonisticon*:

VERONÆ PRÆSUL, SED TER RATHERIUS EXUL,
ANTE CUCULLATUS, LOBIA POSTQUE TUUS.
NOBILIS, URBANUS, PRO TEMPORE MORIGERATUS,
QUI INSCRIBI PROPRIO HOC PETIIT TUMULO.
CONCULCATE PEDES HOMINUM SOL INFATUATUM:
LECTOR PROPITIUS SUBVENIAT PRECIBUS.

Un gran número de autores han emprendido la historia de Ratherio; pero nadie que sepamos ha referido todos los sucesos de su vida. La mayor parte lo han ejecutado con bastante inexactitud. Débese, sin embargo, exceptuar al P. Mabillon y á los que le han seguido en el elogio que hace de nuestro prelado en el volúmen manuscrito de la coleccion de sus actas. Lo que dice es exacto, pero ha omitido un gran número de hechos interesantes. Todos los autores que han hablado de Ratherio se han hecho un deber en elogiar su erudicion. Tales son Folcuin, abad de Laubes, aunque le trató mal; Luitprando, diácono de Pavía; Heraclio, obispo de Lieja, Roger, autor de la *Vida de S. Brunon*, arzobispo de Colonia; Sigeberto de Gemblou, Anselmo de Lieja, Gil de Orval. Todos los bibliógrafos que les han sucedido han marchado por sus huellas y han copiado sus elogios. Los escritos que ha dejado Ratherio á la posteridad son en gran número, pero no de grande aliento en su mayor parte. Por mucho tiempo no los ha conocido el público más que por las noticias tan superficiales como imperfectas, que han dado de ellos algunos bibliógrafos. Hasta los primeros años del siglo pasado no se comenzó á publicar algunos. Se ha continuado despues dando á luz otros en cuatro ó cinco obras, y sin embargo no se han impreso todavía todos los que le pertenecen. Vamos á hacer desde luego la enumeracion de los impresos, y despues pasaremos á los otros. 1.° Para conservar en cierto modo el órden cronológico que nos hemos propuesto, comenzaremos este catálogo por el *Agonisticon*, que es la mas prolija y la primera produccion de la pluma de Ratherio, al ménos de las que han llegado hasta nosotros y de que se nos ha conservado algun conocimiento. Queria que los que sacasen de ella algun fruto, la intitulasen de esta suerte, porque el escrito anima al combate espiritual. Y como se encuentra en ella remedio contra las llagas invisibles que hace el enemigo al alma, consentia en que se la mi-

rase como medicinal y se la diese este título. Para sí la intituló de diferente manera: *Meditaciones del corazon* y *Coleccion de discursos preliminares:* fué fruto de la prision del autor. Ratherio, que se hallaba entónces en todo el vigor de su vida, lo manifiesta bastante claramente, y Folcuin lo asegura de una manera positiva. Dos motivos obligaron principalmente al autor á emprender esta obra. Temiendo, por una parte, que la triste situacion en que se encontraba, no le hiciese olvidar las verdades de que se ocupa, no cesaba de recogerlas para refrescar la memoria leyéndolas repetidas veces. Careciendo por otra parte de libros y de amigos con quienes poder entretenerse, y sintiéndose anonadado por la tristeza y el disgusto, esperaba que su escrito le serviria de compañero y sería un consuelo. Aunque en un principio solo pensaba así, comprendió bien pronto que su obra podria ser útil á todos los que separados del mundo y libres de los tumultuosos cuidados de la vida presente, ya por eleccion suya, ya para adquirir más fácilmente la verdadera sabiduría, ya por prision ó destierro por los intereses de la justicia y de la verdad, quisiesen tomarse el trabajo de leerla ó de recorrerla al ménos. Por esta razon tuvo cuidado, apénas la terminó, de distribuir copias y dirigirla á muchos amigos suyos. La envió desde luego á una asamblea de obispos, presidida por los arzobispos Widon ó Guido, Sobbon, y despues á estos dos últimos prelados en particular, y á los obispos Godescalco y Aurelio. Esta distribucion no se hizo más que en Italia, pero Ratherio tuvo cuidado de hacer pasar su obra á Bélgica y áun á otras partes. Es positivo que se la envió á su amigo Roberto, arzobispo de Tréveris, y á Frodoardo, sacerdote de la iglesia de Reims. Folcuin nos refiere que se la envió tambien á Brunon, arzobispo de Colonia, lo que no debe entenderse más que de un tiempo muy posterior. La razon es que la obra fué comenzada en 933, y concluida lo más tarde con la prision del autor en 935 ó 936, cuando Brunon no tenia más que diez ó doce años. Puede decirse con propiedad que es una coleccion de instrucciones para toda clase de personas, á fin de darlas á conocer sus deberes y animarlas á cumplirlos. Estas instrucciones estan sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, segun la costumbre de los escritores de aquella época, y algunas veces de los autores profanos. Careciendo Ratherio de libros, como ya se ha visto, no ha podido expresar las mismas palabras de los escritos en que ha bebido, á excepcion de los textos que toma de la Sagrada Escritura. Lo que cita de las demás fuentes, manifiesta que tenia una memoria tan feliz como un espíritu bien cultivado. Ha dividido su obra en seis libros, y cada libro en muchos títulos. Los dos primeros contienen instrucciones á propósito para todas las personas particulares. Al recorrer el autor todos los estados, condiciones, edades, sexos, entra en grandes detalles. En el libro I instruye al militar, al artesa-

no, al médico, al negociante, al abogado, al juez, al testigo, al procurador ú hombre de negocios, al procurador ó protector, al consejero, al señor, al siervo, al maestro, al discípulo, al rico, al pobre, y al que ocupa el término medio entre ambos. Trata en el segundo del hombre y la mujer, considerados separadamente, del esposo y la esposa, del que vive en celibato, del padre, la madre, el hijo, la hija, la viuda, la doncella, el niño, el jóven, el hombre hecho y el anciano. Ratherio prescribe á cada estado y á cada profesion lo que debe evitar y lo que debe practicar; se detiene particularmente en lo que concierne al médico, al abogado, al anciano, y al hombre hecho. Lo que prescribe así á estos como á los demás, es edificante y conveniente; pero no debe esperarse encontrar tratado el asunto con mucho arte. El autor emplea el tercero y cuarto libro á trazar el plan de la instruccion de un príncipe. Pero puede decirse que no es más que un ensayo imperfectamente delineado. Despues de haber hecho la enumeracion de algunas de las virtudes que le convienen y de algunos vicios contra los cuales nunca podrá tomar precauciones suficientes, toca como de paso lo que debe á sus súbditos y á sí mismo para extenderse sobre sus deberes con la Iglesia y sus ministros. Forma esto el argumento de dos libros. Dice muchas cosas sobre los dos poderes, y da á entender que el temporal invadia al espiritual. Al hablar de los derechos de los príncipes, manifiesta que no tenia un exacto conocimiento de ellos y da algunos principios falsos cuyo gérmen se habia visto ya en el siglo anterior. Confiesa en verdad que la autoridad del príncipe solo proviene de Dios, pero pretende que los obispos tienen en este punto alguna ventaja sobre ellos. No olvida nada para realzar su autoridad. Es tan difuso sobre esta materia, que llega á hacerse enojoso, no olvidando, sin embargo, lo que le tocaba personalmente. Para manifestar el modo de que habia mirado las calumnias que le habia levantado uno de sus clérigos, inserta en el libro III una larga carta que le habia escrito desde su prision con este motivo, que se encuentra allí no muy bien colocada. De la misma manera, para probar que no era por ningun error contra la fe por lo que habia sido arrojado de su silla, tiene cuidado de establecer lo que cree sobre nuestros misterios, conforme al símbolo atribuido á S. Atanasio, y de protestar que creia lo mismo que S. Agustin. Si no advirtiese al concluir el libro IV, como lo habia hecho ya al comenzar el III, que no guardaba miramientos con nadie, en todo lo que dice se creeria que ataca á algun príncipe que turbaba la Iglesia. Quizá no sentia que se reconociese en él al rey Hugo, que habiéndole perseguido desde el principio de su episcopado le tenia en prision. Ratherio comienza el libro V con una carta, que dirige á los arzobispos Widon y Sobbon, reunidos en concilio con muchos obispos. Se queja de la escasez

de los concilios y de los sínodos, y de que cuando se celebraba alguno no se observaban en él las leyes de la Iglesia. Que el poder secular era el que decidia de todo á su voluntad, sin miramiento alguno á la justicia. Da prueba de lo que se habia hecho contra él, sin que ningun obispo tuviese valor bastante para tomar su defensa. Nuestro escritor ataca con energía la pusilanimidad de los prelados de su época, y no habla con ménos intrepidez de sus demás defectos en el resto del libro, destinado particularmente á establecer los deberes de los obispos. En esta parte de la obra hay algunas cosas notables. El VI y último libro se emplea, por último, en tratar de las disposiciones interiores que deben tener todos los cristianos al llenar sus deberes; motivos que deben animar sus acciones, y del fin que deben proponerse. Todo, segun nuestro prelado, debe referirse á Dios ó al prójimo por causa de Dios. Todo el bien que hagais, dice, por pequeño que sea, si le haceis por un motivo de caridad, estad seguros que os será ventajoso. Si le haceis por algun otro motivo, no os engañeis, trabajais en vano. Raciocina de la misma manera sobre el mal: aunque este asunto no esté tratado con todo el órden y tan dignamente como convendria, se puede decir, sin embargo, que este fragmento es el mejor de todo el escrito de Ratherio. Advierte al concluirle que se ha pintado al natural; habiendo dado á conocer, aunque bajo emblemas y pseudónimos, su condicion, su familia, su dignidad, su suerte, por decirlo así, sus sufrimientos y su perseguidor. Esta obra de Ratherio es sin duda la que Luitprando de Pavía y Sigeberto de Gemblou, que se expresan en casi los mismos términos, han tenido el designio de caracterizar, el uno en su historia, el otro en el catálogo de sus escritores. Estando Ratherio desterrado en Pavía, dice Luitprando, emprendió una obra tan bella como ingeniosa sobre la desgracia de su destierro; obra en la que con este motivo hace entrar muchas cosas de que el lector podrá sacar tanto fruto como ventaja. Estas expresiones, tomadas de lo que dice el mismo Ratherio en su epilogo, manifiestan que se trata de las obras de que acabamos de dar cuenta. El P. Mabillon ha dudado, sin embargo, pero no habia leido el escrito de Ratherio. Es, no obstante, verdad, que no se encuentra esa manera de escribir fina, delicada, ingeniosa que elogian Luitprando y Sigeberto. Puede por el contrario decirse que el escrito es mucho más enojoso que agradable, aunque no carezca de talento y de algunas cosas notables. Lucas d'Acheri, á quien el público es deudor de casi todos los escritos de Ratherio, que se han impreso, habia prometido publicar tambien el de que nos ocupamos. Mr. Cárlos Boennan, de Lieja, doctor en ambos derechos, le habia enviado una copia compulsada con el original, que recibió por medio del abate de Laubes. Pero no habiendo sido entregada esta copia del P. d'Acheri hasta despues de la publicacion del tomo segundo de su *Espicilegio*, que

contiene la mayor parte de los demás escritos de nuestro prelado, la impresion de su *Agonisticon* fué dejada para otro tiempo, y ha sido esperada hasta 1733. Los PP. Martenne y Durand publicaron entónces la obra en el tomo IX de su gran coleccion por la copia de que se ha hablado. A continuacion hay tres cartas del mismo autor, de las que haremos relacion cuando lleguemos al artículo de sus demás cartas.—II. Se ha visto que Ratherio, al salir de la prision de Pavía, fué relegado á Como. Habiendo encontrado allí la vida de S. Ursmaro, uno de los patronos de la abadía de Laubes, escrita por Auson en el siglo VIII, vió que estaba llena de faltas contr la gramática y el lenguaje, y se propuso purgarla de ellas sin tocar al fondo del asunto. Unicamente suprimió el prefacio del primer autor, á causa de su oscuridad, y añadió uno suyo nuevo, que es á la vez una epístola dirigida á los monjes de Laubes, á los que dedica esta vida corregida así. La suscripcion que se lee al frente es muy honrosa para esta abadía, en que Ratherio da á entender que habia entónces hombres muy sabios. Toma en ella la calidad de monje del mismo lugar y el título de obispo de Verona, aunque su modestia le lleva á declararse indigno de ambos. Estos rasgos de humildad, unidos á sus sentimientos de piedad y sumision á las órdenes de Dios, que manifiesta el autor en el cuerpo de su carta, han hecho decir á Baronio que Ratherio se pinta tal como era, dando una grande idea de su virtud. Además del prefacio, añadió nuestro prelado á esta vida algunos sucesos que se habian escapado á Auson, ó más bien que habia omitido por no entrar en su plan. Este escrito, que es el segundo de los que nos quedan de Ratherio, segun el órden del tiempo, ha sido publicado en un principio por Surio, que no dice haberse tocado el estilo. Le Mire, en sus notas sobre los escritos de Sigeberto, en que se habla de este trabajo del obispo de Verona, pretende que Surio no ha dado la obra completa. Pero este autor podia muy bien haber tomado la misma vida, amplificada por un anónimo, de la que Duchesne, los continuadores de Bolando y el P. Mabillon despues de ellos, han dado algunos fragmentos por la obra de nuestro prelado. Esto es lo que parece fuera de duda, pues el mismo P. Mabillon, al hacerla á su vez imprimir, ha seguido la edicion de Surio, corregida por un manuscrito de Laubes. En cuanto á los sucesores de Bolando, han negado al escrito de Ratherio un lugar en su gran coleccion, porque no difiere en nada del de Auson en cuanto á los hechos.—III. Hasta aquí hemos seguido el órden cronológico en el catálogo razonado de las obras de Ratherio. Ahora nos veremos obligados á seguir el lugar que ocupan en las colecciones en que se hallan impresas; lo que no impedirá que procuremos marcar el tiempo en que cada una ha sido escrita, órden de que se ha prescindido en estas colecciones. Al frente de las que ha publicado el P. d'Acheri, y que

son en mayor número, está colocado el célebre tratado *del desprecio de los cánones*; con este título preliminar, bastante singular, por no decir extraño: *El libro de las perpendículas de Ratherio de Verona, ó la vision de un ladron colgado á una horca con otros muchos.* La obra se halla dirigida á Huberto, obispo de Parma, y fué compuesta despues que el autor habia sido expulsado de la iglesia de Lieja y restablecido en la silla de Verona; y como se habla en ella de la dignidad imperial que tenia entónces Oton *el Grande*, no puede ponerse la época hasta 961. Se halla dividida en dos partes. Despues de haber manifestado Ratherio en la primera, en pocas palabras, el motivo con que se propuso escribir sobre este asunto, refiere muchos cánones y otras autoridades para probar que el obispo debe gobernar lo temporal de la Iglesia lo mismo que lo espiritual, faltándole lo cual no es el verdadero pastor de su clero, porque carece de medios de proveer á su subsistencia y de hacerse amar ó temer. Se habia introducido un abuso en la iglesia de Verona, y sin duda tambien en otras muchas. Los sacerdotes y los diáconos eran los que repartian las rentas destinadas al clero, lo que hacian con tanta parcialidad que á los clérigos inferiores no les tocaba nada. Procedian de aquí dos inconvenientes perniciosos, que tuvo cuidado de evitar Ratherio. Reservándoselo todo para sí, se enriquecian los distribuidores y se atrevian á oponerse al obispo, cuyas funciones querian reducir á la conservacion y la aplicacion del santo crisma. Los clérigos inferiores carecian, por el contrario, de medios para sustentarse, y de consiguiente para estudiar y desempeñar sus funciones, que descuidaban ó se veian obligados á abandonar. Aquí se ve cómo las funciones de las órdenes menores comenzaron á desaparecer por falta de retribucion, porque el alto clero se atribuia toda la renta de las iglesias. Despues de este preludio, que viene bien á su argumento, Ratherio pasa á examinar la causa del desprecio de los cánones, que segun él era entónces tan general, que se extendia desde el último lego hasta el obispo. Señala generales y particulares. Las generales eran el enfriamiento de la caridad y la corrupcion de las costumbres. Las particulares, que son como las demás de todos tiempos, consistian en que los que debian servir de modelo en la aplicacion de los cánones y castigar á los infractores, los violaban ellos mismos. Ratherio ha insertado en esta parte de su obra, muchos ejemplos de la corrupcion del clero, que manifiestan que su desarreglo era casi sin límites. Emplea la segunda parte del tratado en combatir la incontinencia de los clérigos, como una de las principales causas del desprecio de los cánones. Deduce la consecuencia partiendo de este principio, de que siendo los italianos la nacion más dada á este vicio, es tambien en la que son más despreciados los cánones. El obispo de Parma, á quien dirige este escrito, le suplicó le manifestase las oraciones que acostumbraba á hacer, y Rathe-

rio le copia al fin una colecta con su secreta y su postcomunion, que habia sacado de un libro perteneciente á otro Huberto, amigo de este obispo. La colecta es muy hermosa, y parece hecha expresamente contra los violadores de los cánones y de la ley de Dios. Folcuin, abad de Laubes, ha tenido cuidado de mencionar este tratado entre los demás escritos de Ratherio. Pero no lo conoció más que bajo el título de *Perpendicula*, título con que habia publicado ya una de sus obras Atton, obispo de Viena. — IV. Tampoco olvida Folcuin el escrito que sigue al precedente en la coleccion que nos sirve de guia. Le intitula: *Conclusion deliberativa tomada en Lieja*, ó *Clymax Sysmatis;* segundo título tan raro como el primero sobre el desprecio de los cánones. Este escrito es propiamente una protesta que hace Ratherio contra su expulsion del obispado de Lieja en 956. Da en pocas palabras cuarenta razones, que tenia para no consentir en ella de ninguna manera. Se ve, por lo que se lee al fin, que Ratherio renovó esta protesta cuando fué restablecido en la silla de Verona, para detener á los que tuviesen el designio de arrojarle de nuevo. Añade que las diez y seis primeras razones debian ser suficientes para detenerlos, y los amenaza con la condenacion eterna, con la pena de las censuras eclesiásticas y el poder del Emperador. Este título dado á Oton *el Grande*, protector de Ratherio, demuestra que esta protesta no se hizo hasta 961. Resigna otro escrito de nuestro prelado, titulado: *Qualitatis Conjectura cujus lam. Conjetura sobre el estado de un cualquiera.* Ratherio no se nombra en él, pero sin duda hubiese sentido que no se le conociera, pues se pinta de una manera que es muy difícil desconocerle. Hacia cuarenta años que habia comenzado á buscar los medios de ascender al episcopado, sin poderlo conseguir, ó lo habia conseguido sin poderlo gozar por largo tiempo. ¿Y áun cuando me lo concediesen ahora, dice, de qué me serviria, si no he de vivir más de un año? Deduce de aquí que Ratherio era ya muy anciano cuando puso mano á este escrito, que es la última de las producciones que nos quedan de su pluma, por lo que se fija su fecha en 972, dos años ántes de su muerte. El escrito que reconoce Folcuin como de Ratherio, bajo el título de *Conjetura de su vida*, es bastante ingenioso. El autor ha recogido las reconvenciones reales ó supuestas que le hacian sus enemigos, y por el giro irónico que las da, las convierte en otros tantos elogios. De manera que ha encontrado de este modo el secreto de hacer ventajosamente su retrato, en el que se ve un obispo muy diferente de todos los de su siglo; un obispo no solo enemigo del fausto, de la delicadeza, de las riquezas y de los presentes, sino tambien humilde, pobre, penitente, mortificado, desinteresado; un obispo ocupado completamente del estudio, paciente hasta despreciar la maledicencia, y perdonar á los que le decian injurias, que preferia el retiro á la compañía de los grandes; que llevaba su

celo hasta reprender á todo el mundo y poner por escrito los defectos de sus clérigos para poder corregirlos mejor. Segun uno de los rasgos de este cuadro, se acusaba á nuestro prelado de ser hijo de un carpintero, y algunos escritores de reputacion, tomándolo á la letra, lo han creido así. Pero es evidente que esta acusacion no tiene otro fundamento, que el que Ratherio era entendido en edificios y le gustaba edificar y reparar iglesias, de lo que sus enemigos le hacian una especie de crimen, como se ve en otro escrito. Termina su Conjetura con un hermoso elogio del emperador Oton VI. A continuacion se halla el escrito intitulado, *Discordia ó diferencia entre Ratherio y su clero*, que es una corta exposicion del orígen, de la ocasion y causa de esta diferencia. Despues de haber manifestado que no es nueva, pues habia comenzado la primera vez que gobernó la iglesia de Verona, marca cuatro causas principales: las diferencias de las costumbres de sus clérigos con las suyas; su cuidado en hacerles observar las leyes de la Iglesia, aunque no les obligase á ello con violencia, y no hiciera más que gobernarlos por medio de la persuasion; sus instancias para hacerles abandonar su comercio con las mujeres, conforme á los decretos de los concilios y á las órdenes del Emperador; por último, su decision en no permitir el desigual reparto de las rentas de las iglesias, de que ya se ha hablado. Quizá tenia tambien una quinta causa, que no manifiesta, pero que deja entrever en el mismo escrito de que se trata. Era la manera poco mesurada con que reprimia los defectos de sus clérigos, de los que manifiesta sin miramiento alguno los muchos vicios á que se hallaban sujetos. Este escrito no se compuso hasta despues del *Tratado del desprecio de los cánones*, pues le menciona en él.—VII. Síguele el *Apologético*, que publicó Ratherio para justificarse en particular de la acusacion intentada contra él por sus clérigos, de que habia empleado en reparar la basílica de S. Zenon, patron particular de Verona, una suma de dinero que le habia confiado el Emperador. El pretexto de la acusacion era que esta suma debia haberse empleado en el socorro de los pobres. Ratherio se vindica muy bien, manifestando, por una parte, que no habia hecho más que seguir las intenciones del Emperador, y por otra que teniendo los pobres lo necesario y pudiendo pasar sin esta suma, podia él emplearla en necesidades más apremiantes. Va más lejos todavía, y prueba que un obispo tiene derecho de emplear las rentas eclesiásticas en esta clase de obras, á excepcion de la cuarta parte que asignan los cánones á las necesidades de los clérigos. Que podia hacerlo mejor que ningun otro, pues era el único en su diócesis que se interesaba en reedificar las iglesias quemadas por los paganos ó arruinadas por descuido de los malos obispos. Se queja amargamente con este motivo de la malignidad de sus clerigos, porque la llevaban hasta echar á mala parte todo el bien que ha-

cia. Este escrito está dirigido á uno de sus más ardientes acusadores, á quien no nombra, aunque nombra á otros dos, Marciano y Antonio, y pertenece á alguno de los últimos años que pasó nuestro prelado en Verona.—VIII. El siguiente es un pequeño discurso relativo á los *clérigos rebelados contra Ratherio*. Es casi de la misma fecha que el anterior. Ratherio, que segun todas las apariencias le publicó de viva voz, se queja á la vez de la rebelion de sus clérigos contra su obispo, y de su terca insistencia, no solo en predicar sino tambien en leer y en oir hablar de los cánones. Los exhorta á corregirse, y los declara que con esta esperanza ha preferido recurrir á la autoridad del Emperador que excomulgarlos, como hubiera podido hacerlo. Los reconviene por haberle arrojado ya cuatro veces de la iglesia; lo que debe entenderse sin duda de otra manera, que lo fué la primera vez por el rey Hugo y la segunda por las intrigas de Milon, usurpador de su silla y por las del famoso Manasés de Milan.—IX. El escrito que viene despues es una declaracion ó especie de carta para manifestar á la posteridad el cambio que habia hecho en la pequeña abadía de Magonzian, situada en su diócesis. Desde que fué quemada por los húngaros no habitaba en ella más que un abad, que vivia en un desórden escandaloso. Ratherio estableció sacerdotes seglares, con algunos clérigos inferiores, para celebrar la misa y cantar las horas canónicas.—X. Hay despues una especie de ordenanza episcopal con este título: *Del matrimonio ilícito de cierta persona*. Se trata del matrimonio ilícito del hijo de un clérigo de la iglesia de Verona, llamado Juan, que se habia celebrado en la noche de un domingo de cuaresma, lo que era una doble violacion de los cánones. Ratherio en esta ordenanza impone bajo pena de excomunion cuarenta dias de penitencia á los culpables y á todos los que habian cometido faltas semejantes, y lo que es más edificante, se obliga á cumplirla con ellos por no haberles reprendido ántes. Toma de aquí ocasion para exhortar á sus clérigos á no obligar á sus hijos á abrazar esta profesion, y á no casar á sus hijas sino con legos por no perpetuar el desórden en la Iglesia. Ratherio hubiera deseado poder cortar el mal por la raiz, obligando á los clérigos á dejar sus mujeres; pero esto es lo que da á entender que habia intentado en vano, y que no esperaba llegar á ver ejecutado. Deduce de aquí que esta sentencia siguió á los demás escritos de nuestro autor, contra el desarreglo de sus eclesiásticos.—XI. Hay tambien en la coleccion citada cinco cartas de Ratherio, de las que habia publicado ya Chapeauville las tres últimas en su historia de los obispos de Lieja. Se han impreso tambien diferentes veces en lo sucesivo otras cartas de este prelado, de las que vamos á dar algunas noticias. La primera de las cinco que hemos mencionado, es un aviso caritativo y apremiante de Ratherio á Martin, obispo de Ferrara, para obligarle á cambiar de conducta y corregirse. Acusábanle sus propios clérigos de ordenar á niños

que no tenian la edad prescripta por los cánones, y áun de hacerlo por dinero. Esta carta sirve para apoyar el acto de vigor fundamental que Ratherio coloca en su cuadro, y que le hacia reprender á todos, así á los obispos colegas suyos como á los demás. Dirige la segunda carta, en nombre de todo el clero de la ciudad de Verona, al Papa y al mismo tiempo al Senado de Roma, á todos los obispos y á todos los fieles. Tiene la fecha de 1.° de Agosto, y no nombrando Ratherio al papa á quien se halla escrita, da motivos para creer que lo fué en 964, cuando las diferencias entre Leon VIII á quien depuso Juan XII, y Benedicto V, á quien depuso Leon á su vez. Es una especie de consulta relativa á la conducta que se debia observar con respecto á los clérigos ordenados por los obispos intrusos en la sede de Verona. Ratherio copia los cánones de los concilios y algunos lugares de las cartas de los papas, que declaran nula esta clase de ordenacion. Añade, sin embargo, que se atendrá á la decision de la Santa Sede, y que espera no será contraria á la decision de los concilios. La tercera carta, la más extensa y la más interesante de todas las de Ratherio, está escrita, no á Juan XI, como se ha marcado al márgen, sino á Juan XII, que fué creado papa en 955. El autor le da el título de soberano pontífice de la primera silla, de arzobispo de los arzobispos, y de papa universal, si alguno sobre la tierra, dice, puede llevar legítimamente este título. El objeto de esta carta es obligar al Papa á pronunciar quién de los dos, si Ratherio ó el sobrino de Milon, que habia invadido la sede de Verona, debia ser reconocido como verdadero obispo de esta iglesia. Para interesar más al Papa en favor suyo, y ponerle más al cabo de lo que se convenia, le hace una relacion detallada de todas las penas y malos tratamientos que habia sufrido desde veinte años ántes, lo que demuestra que la carta no puede estar dirigida á Juan XI, muerto en 936. Ratherio no es tampoco exacto en manifestar la duracion de sus sufrimientos, pues se ha visto que comenzó á padecer en 931, en que subió por primera vez á la silla de Verona. Pero ha elegido un número redondo, poniendo el principio en la traicion tiránica de Milon, usurpador de su silla. De todas maneras, la carta no se escribió hasta despues que Ratherio volvió á Italia acompañando á Oton el Grande y al príncipe su hijo, para procurar obtener su iglesia. Encuéntrase en ella la historia de nuestro prelado, desde su consagracion en 931 hasta su regreso á Italia, que fué cuando más en 958. Débense, sin embargo, exceptuar sus aventuras de Provenza y Lieja, de las que no hace mencion alguna. Quéjase amargamente de la dureza que tuvieron todos para con él, pues se le vió anonadado de toda clase de desgracias, sin que fuese nadie á su socorro. Solo exceptua, aunque á duras penas, algunos obispos de Germania. Folcuin insertó esta carta completa en lo que nos refiere de Ratherio, pero se ha suprimido al dar su obra al público. Ratherio,

dirige la carta siguiente, que es la cuarta, á todos los obispos, compañeros suyos, tanto de Italia como de Francia y de Alemania. Tiene el mismo objeto que la anterior, es decir, reivindicar la sede de Verona, y fué escrita por la misma época. El autor reclama con este objeto el socorro de todos los obispos, y pide la reunion de un concilio para comparecer en él con un concurrente; tan seguro está de la bondad de su causa. La quinta, en que hay dos lagunas, se halla escrita á una persona de la mayor distincion, tanto por su mérito como por su nacimiento. No la nombra pero los ventajosos rasgos con que la representa Ratherio, haciéndola en particular descender de sangre real, nos persuaden que es Brunon, hermano de Oton el Grande. Nuestro prelado le anuncia una de sus obras, que le envia y le suplica corrija. Comparado este lugar con el de Folcuin, en que habla del *Agonisticon* de Ratherio, y de las personas á quienes le envió el autor, manifiesta que es la misma obra de que se trata en la carta. Folcuin da á Brunon el título de arzobispo, dignidad que no obtenia aún cuando le fué dirigida esta carta, siéndolo de consiguiente ántes de 953, y áun ántes que Ratherio pasase á la corte de Oton para dirigir los estudios de Brunon. Como Ratherio le ofrece sus servicios, su carta y la obra que anuncia contribuyeron á darle á conocer y á llamarle á la corte. La concluye excusándose de no haber puesto en ella otros versos, conforme á la costumbre de la mayor parte de los escritores de su época. Este rasgo de la carta confirma lo que hemos dicho en otro lugar de la costumbre, bastante general entónces, de poner versos en los escritos en prosa. Folcuin nos refiere que Ratherio dirigió la misma obra á otras muchas personas, y que escribió á cada una de ellas. Sus cartas sobre este este asunto se conservaban á la sazon en la biblioteca de Laubes. Se acaba de ver la que se hallaba escrita á Brunon. Los PP. Martenne y Durand han publicado otras dos, una á los arzobispos Widon y Sodbon, y á los obispos Godescalco y Aurelio, y otra á Roberto, arzobispo de Treveris. Ratherio somete su obra en la primera al exámen de los prelados, á quienes se halla dirigida, y les conjura á ayudarle con sus oraciones y sus facultades por necesitar ambos socorros. Hallábase entónces en la prision de Pavía, y podia realmente carecer de todo lo necesario. Parece se le acusaba de hablar mal de su perseguidor el rey Hugo, de lo que se justifica protestando que miraba como un crimen execrable, no solo murmurar de su príncipe, sino áun tenerle mala voluntad. La otra carta á Roberto de Tréveris, es una respuesta á este arzobispo, que habiendo prometido á Ratherio hacerle un servicio, le habia pedido al mismo tiempo un escrito suyo sobre ciertas dificultades. Nuestro prelado le insta á cumplir su promesa, que Dios le tendrá en cuenta, y se excusa de no poder enviarle el escrito que deseaba, porque carece de libros, y su triste situacion le ha hecho olvidar una gran parte de

lo que sabia. En vez de este escrito, añade que le envia el que habia compuesto en su prision, para que corrigiese lo que juzgára oportuno y se le enviase inmediatamente. Puede deducirse de aquí que Ratherio no tenia aún más que el original de su obra, habiendo carecido de tiempo ó medios para sacar copias. Esta carta es muy interesante, porque nos da á conocer cuáles habian sido anteriormente los estudios de Ratherio, y cuáles eran entónces los que le ocupaban en su prision. Tambien se ve el espíritu con que puede un cristiano estudiar los autores profanos. Estas dos cartas se hallan seguidas de una tercera, que es circular, como dirigida á todos los fieles. La escribió Ratherio cuando arrojado de su iglesia de Verona, se encontraba falto de las cosas más necesarias, careciendo hasta de un lugar para retirarse, lo que no puede convenir más que al tiempo en que pasó de Italia á Provenza, despues de su segunda expulsion, y ántes de que hubiese encontrado la hospitalidad que le dió el padre de Rostaing. Ratherio no se avergonzó de exponer á los fieles la extremada indigencia á que se hallaba reducido. Les suplica por todo lo que cree más capaz de interesarlos, tengan consideracion con sus necesidades y alivien su pobreza con sus limosnas. Además de carecer de lo necesario para la vida, se halla en la necesidad de hacer el viaje á Roma, para procurar ser repuesto en su silla. Esta carta es una de las mejor escritas de todas las de Ratherio. Los textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, que refiere para obligarlos á dar limosna, son bastante bien elegidos, y aplicados en su mayor parte á su objeto con bastante exactitud. Además de estas ocho cartas de nuestro prelado, habiendo encontrado el P. Bernardo Pez otras cinco en un manuscrito de la catedral de Frisinga, las publicó en 1729, al frente del texto ó más bien del quinto volúmen de las anécdotas. La primera de las cinco se halla dirigida á los clérigos de la iglesia de Verona, para notificarlos que no puede dar el nombre de obispo al que habia invadido su iglesia, ni mirar como sacerdotes ó diáconos á los que habia ordenado. La razon que da es que se condenaria y depondria en cierto modo á sus verdaderos clérigos, si lo hiciese de otra manera. Parece que esta carta fué escrita cuando fué restablecido Ratherio por segunda vez en su silla de Verona en 959 ó 960, y que dió despues ocasion á la consulta enviada á Roma en 964, con motivo de esta clase de ordenaciones, como se ha visto más arriba. La segunda está dirigida á un tal Ambrosio, que parece haber tenido mucho crédito cerca del emperador, que era entónces Oton el Grande. Ratherio le da cuenta de lo que se habia visto precisado á hacer para obligar á sus clérigos á cumplir con su deber, despues de su regreso del Concilio celebrado en Rávena, que es sin duda el del año 967, á que asistió efectivamente, como se dice en la historia de su vida. Habiendo reunido entónces sínodo para notificar á su clero los decre-

tos de este Concilio, segun las órdenes del Emperador, la mayor parte de los clérigos se negaron á asistir, y los que se presentaron, tuvieron la insolencia de decir que no se separarian de sus concubinas, ni se abstendrian de sus funciones. El Obispo se vió en la necesidad de proceder contra los rebeldes, que por su parte hallaron medio de ganar á Nannon, gobernador de la ciudad, y se sirvieron de él para prevenir é indisponer á la emperatriz Adelaida contra Ratherio. Las cosas llegaron á un extremo, que el obispo no creia segura su vida, y en su consecuencia escribió esta carta á Ambrosio, para que poniéndole al corriente de lo que pasaba, instruyese al Emperador y le obligase á poner remedio. Ratherio dirige las dos siguientes á la emperatriz: la primera, sobre que publicaba Nannon que era segura su pérdida; suplica á esta princesa, suponiendo que era verdadero este rumor, que si se le quiere quitar el obispado, se tenga al ménos consideracion con su vida, hasta que haya concluido las obras de reparacion de la iglesia de nuestra Señora. Le manifiesta la resolucion en que se hallaba de volver á la soledad de su monasterio, ántes que sufrir tratamientos semejantes, no solo sin fruto, sino áun con peligro de perder su alma. La otra carta á la Emperatriz no es más que un simple billete de tres líneas, en que Ratherio se limita á decirla, que el que alaba lo que él odia se expone á engañar, y que la dulzura de la miel no agrada á su estómago. Laconismo que no carecia de gracia, y tenia alguna alusion en el pensamiento del autor. La quinta y última carta de esta pequeña coleccion se halla dirigida á Nannon, que favorecia á los clérigos rebeldes de la iglesia de Verona. Como habia amenazado á Ratherio con el Emperador, nuestro prelado le dice que no teme á los malvados tales como él, y que la equidad del príncipe le pone á cubierto por esta parte. Le manifiesta además que es causa con su mala conducta de la pérdida de las almas y de los escándalos que daban sus clérigos en su rebelion contra su obispo. Estas cinco cartas son las últimas que escribió Ratherio ántes de abandonar á Italia por última vez, y nos dicen lo que le decidió á volver á Francia. El editor ha publicado á continuacion el testamento de Ratherio y la carta de una fundacion que hizo en su iglesia de Verona. El testamento carece de fecha; pero es evidente por las expresiones que contiene, que no se hizo hasta los últimos años del testador, cuando habiendo abandonado su iglesia no era obispo más que de nombre, como lo dice él mismo; lo que parece sin embargo que no debe tomarse á la letra. De otras expresiones se deduce en efecto que Ratherio hizo este testamento en Verona. Es al ménos exacto que se hallaba fuera de su patria. De todos modos el exordio solo respira piedad, y el detalle de los legados del testador manifiesta que no era tan opulento como dice Folcuin. Lo mismo se deduce de un lugar de su carta de fundacion, en

que se excusa de lo pobre que era la misma, alegando sus pocas facultades, que procedian en que ocupado en cantar alabanzas á Dios en la amargura de su tristeza, no habia procurado hacerse opulento como tantos otros. Esta carta se halla dirigida á todos los obispos de Verona sucesores suyos, y la fundacion que hace Ratherio es en favor de los clérigos de la misma iglesia, en particular de los sacerdotes, de los subdiáconos y de los acólitos, por ser, segun él, los que prestan más servicios al obispo. A las trece cartas de Ratherio de que acabamos de dar cuenta deben añadirse otras tres, dos de las cuales han sido impresas con otro escrito del mismo autor, de que hablaremos despues, á continuacion del Tratado de Derecho civil de la ciudad de Verona, que se publicó en 1728 bajo la direccion de Mr. de Campagnola, canciller del cabildo de la misma ciudad. La tercer carta, que es la más importante de todas las de nuestro prelado, con relacion á los asuntos de que trata, se halla impresa en el tomo XII del Espicilegio del P. Lucas d'Acheri. Ratherio la escribe á un sacerdote llamado Patricio, á quien no se cita en ninguna otra parte. El principio es bastante oscuro, pero la continuacion es muy clara. Despues de haber establecido en pocas palabras que es más ventajoso celebrar Misa todos los dias á no decirla sino rara vez, pasa Ratherio á probar los dogmas de la transustanciacion y de la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, lo que ejecuta con un razonamiento tanto más capaz de convencer al incrédulo, cuanto que es más sólido y autorizado. Desciende despues á resolver las cuestiones que la curiosidad humana presenta con demasiada frecuencia sobre el modo con que se operan las cosas en este augusto sacramento. Es un misterio, dice, y un misterio de fe. No os tomeis cuidado alguno. Si es un misterio, es superior á la razon. Si es de fe, debe creerse y no sondearle. Sigeberto y Tritemio han hablado de esta carta como de un tratado sobre la Eucaristía, ó el cuerpo y la sangre del Señor. Uniendo á estas diez y seis cartas de Ratherio la que escribió desde su prision á uno de sus clérigos con motivo de las calumnias que se le levantaban, y que se halla en el libro III del *Agonisticon*, se tendrán todas las de este Obispo que se han impreso hasta el dia.—XII. Hay otra carta, que es sinódica, y que mereciendo el título de introduccion pastoral, debe ser distinguida de las demás. El autor manifiesta en dos lugares diferentes la ocasion y los motivos por que la escribió; dice que fué para instruir á sus clérigos, entre los que habia hallado muchos que ignoraban hasta el Símbolo de los Apóstoles, y que habiéndolos instado hasta tres veces á ir á instruirse á su lado, y habiéndose negado otras tantas veces, se veia obligado á darles por escrito las instrucciones que se negaban á recibir de su boca. Esta carta se halla dirigida á los sacerdotes y á todos los eclesiásticos establecidos en toda la extension de la diócesis. Fué escrita en uno de los úl-

timos años que gobernó Ratherio la iglesia de Verona. Contiene muchas de las mismas instrucciones que se leen en las capitulares de los demás obispos de este mismo siglo y del anterior. El autor insiste principalmente en lo que deben saber los sacerdotes y los libros que estan obligados á usar. Declara á los demás clérigos que no ordenará á ninguno que no haya pasado anteriormente algun tiempo en la ciudad episcopal, ó en algun monasterio, ó al ménos bajo la direccion de algun hombre hábil para instruirse, y no haya adquirido un fondo de ciencia conveniente á la dignidad de un eclesiástico. Se detiene á instruirlos en pocas palabras sobre la observancia del domingo, y á explicarles la significacion moral de la Paresceve y del sábado, es decir, del viernes y del sábado. Lo que dice aqui Ratherio es digno de un gran obispo, y mereceria no ser ignorado de nadie, por convenir á todos. Lo que hay tambien de particular en sus instrucciones es que prescribe cuatro semanas de abstinencia de carne ántes de la fiesta de Navidad. Ha tenido tambien cuidado de recomendar á los casados la continencia durante todo este tiempo hasta veinte dias despues de Navidad, las octavas de pascua y de Pentecostés, los dias de oraciones públicas, las vísperas de las grandes fiestas, y todos los domingos y viernes del año. Se deduce de lo que dice de la hora en que se podia comer en los dias de la cuaresma, que ya entónces comenzaba á haber relajacion en este punto de la antigua disciplina. Lo prescribe á las tres de la tarde, dejando á la devocion de cada uno el hacer más ó ménos. Se ha insertado en este escrito un largo fragmento de una instruccion extraña á él y dirigida á los sacerdotes, que se lee en las homilías atribuidas al papa Leon IV, y en parte en la exhortacion que se acostumbra á hacer en los concilios provinciales y en los sínodos, segun el Pontifical. El P. d'Acheri es el primero que ha publicado esta carta sinódica de Ratherio entre las demás obras del mismo autor, y de su coleccion ha pasado al noveno volúmen de la Coleccion general de los Concilios, y se halla al fin del mismo.—XIII. El Itinerario ó viaje de Roma, que sigue en el Espicilegio, contiene los detalles de lo que se proponia hacer Ratherio cerca de la Santa Sede, y en un concilio de que se hablaba para el otoño próximo, á fin de obligar á los clérigos á cumplir con su deber. Esta convocacion del concilio hacia creer que se trataba del que se celebró en Roma en 963. Pero como era el papa Juan XII quien ocupaba entónces la cátedra de S. Pedro, el elogio que hace Ratherio del Papa no puede convenirle y supone otro muy diferente, aunque Mr. Dupin haya creido lo contrario. Debe, pues, entenderse de Juan XIII, á quien hizo elegir el emperador Oton en 965. No fué en su consecuencia hasta este mismo año cuando Ratherio compuso su Itinerario. No parece que hiciese entónces este viaje proyectado, y parece por el contrario que todo lo que dice en esta obra no es más que una amenaza

para procurar vencer la terca indocilidad de sus eclesiásticos. Continúa reprendiendo sus vicios y sus escándalos, y llega hasta decir que habia entre ellos muchos eclesiásticos más malvados que los seglares más groseros. Todo su clero, segun él, era criminal, lo que le causaba una extremada pena, que no les disimula para causarles impresion. Consistia esta pena en que todos eran culpables, todos debian hacer penitencia pública, despues de lo cual no les era permitido desempeñar ninguna funcion, segun los decretos de los cánones, de donde se seguiria que se quedaria el pueblo sin sacramentos; y que si no hacian penitencia por sus pecados, temblaba por su salvacion. Este escrito es poco más ó ménos del mismo gusto que el tratado del desprecio de los cánones, y puede ser mirado como su continuacion. El autor hace un hermoso elogio de la Iglesia romana con referencia á su saber y á su doctrina. Ha sembrado tambien algunos sucesos de su historia, que no se encuentran en ninguna otra parte. Lo que dice contra la simonía, á que llama la lepra de Giezi, basta para justificarle de haber caido en este crímen, de que fué acusado más adelante.—XIV. Folcuin, que no olvidó en el catálogo de las obras de Ratherio el escrito anterior, cita tambien un gran número de sermones, á los que otro autor más antiguo llama una excelente coleccion de sermones. De todas estas composiciones de la elocuencia de Ratherio no tenemos impresas más que ocho, que siguen al Itinerario en el Espicilegio del P. d'Acheri. A la cabeza se halla colocado un sermon muy prolijo sobre la cuaresma, segun le llama en su primer título. El autor le da otro muy propio de la singularidad de su genio, y que demuestra que no esperaba obtener gran fruto: *Charla de Ratherio en Verona, que no tendrá sembrados durante su vida, segun le parece.* Este discurso se halla dividido en treinta y nueve artículos, y contiene excelentes instrucciones, tanto sobre el ayuno como sobre los demás asuntos. Ratherio comienza desde luego censurando los defectos que se cometian entónces por lo comun en los ayunos de cuaresma. Reprende igualmente á los que ayunando todos los dias hasta la noche, aunque les fuese permitido comer á la hora de nona, es decir, á las tres de la tarde, se tomaban la libertad de comer por la noche con exceso, y los que hacian su única comida á la nona, y creian sin embargo ayunar, como los que pasaban alternativamente un dia sin ayunar y otro sin comer, y otros quebrantaban el ayuno el jueves y el sábado santo. Ratherio reprende tambien otros defectos del ayuno de su siglo, defectos de que no ha estado exento el ayuno de los siglos siguientes, como no dar á los pobres el valor de lo que se suprime en la comida, y abstenerse del vino y de la carne sin dar tregua á las enemistades, las querellas, los procesos y los demás vicios. Despues de lo cual pasa á establecer la verdadera manera de ayunar, el espíritu y disposiciones con que debe hacerse, el modo

de dar la limosna y hacer las oraciones y penitencias que deben ser siempre inseparables del ayuno. Lo que el autor dice sobre este asunto es tan sólido como instructivo. Refuta de paso el error de los que creian que todos los que reciben el bautismo se salvarán. Toca tambien con este motivo las penas del purgatorio, y da como prueba un pasaje de S. Pablo. Al hablar de la mentira la distingue, con S. Agustin, de ocho clases, y sostiene que la más peligrosa es la adulacion, porque el adulador, despues de haber matado las almas, las precipita en una especie de sepulcro de donde no salen casi nunca. Habiendo sabido Ratherio que la herejía de los antropomorfitas se habia reproducido en la diócesis de Vicenza, próxima á la de Verona, y que la habian abrazado algunos sacerdotes, se creyó obligado á refutarla; lo que ejecuta al fin de su discurso con tanta ventaja como solidez. Refuta tambien el error de algunas personas groseras, que creian que S. Miguel celebraba misa el lunes delante de Dios, y que por esta razon tenian la particular devocion de visitar su iglesia aquel dia con preferencia á otro cualquiera. Sigeberto y Gil de Orval mencionan este sermon bajo su segundo título: *Inefficax garritus;* y se le atribuyen á Ratherio. Tritemio le confunde con el escrito que compuso nuestro prelado sobre sus desgracias, despues de su expulsion de la iglesia de Lieja, refiriéndose quizá á su larga carta al papa Juan XII. Servat, por su parte, le ha tomado por la apología de Ratherio. Es sin duda una de las mejores composiciones de nuestro autor bajo todos aspectos. A pesar de la exactitud de la doctrina de Ratherio en este sermon, hay sin embargo censores que han encontrado motivo para sus críticas y entendido mal el sentido de ciertos lugares, en particular de lo que habia avanzado contra los antromorfitas, y los que afectaban ir los lunes á la iglesia de S. Miguel. El autor se vió, pues, obligado á explicar algunos puntos, y su explicacion va unida á su sermon. El siguiente es tambien sobre la cuaresma. Es una exhortacion corta, pero patética, al ayuno, con una instruccion sobre la manera de ayunar. Ratherio exige tres condiciones esenciales para el ayuno, la oracion, la limosna y la abstraccion de todos los vicios. Tiene cuidado de advertir que el ayuno practicado de esta manera no llega hasta negar al cuerpo lo necesario, sino solo á privarle de las cosas supérfluas y prohibidas por la ley de Dios. En el sermon tercero, que es el primero sobre la Pascua, explica Ratherio á sus oyentes á lo que les obliga la alegría espiritual de este santo dia, acompañada de la manducacion del cordero pascual. La instruccion que da en pocas palabras sobre este objeto, está tomada con mucha exactitud de las ceremonias designadas á los israelitas para la manducacion del cordero figurado y de algunos lugares de S. Pablo. Ratherio demuestra muy bien la obligacion que tienen los fieles de presentarse en esta solemnidad con un corazon contrito y humillado por las faltas pasa-

das, una resolucion sincera de no cometer más, y un ardoroso deseo de los bienes futuros. Quiere tambien, para que la alegría sea completa, que los que tienen medios alivien la indigencia de los pobres. Ratherio dedica el cuarto sermon, que es corto y tambien sobre la Pascua, á demostrar que esta solemnidad debe excluir absolutamente toda enemistad y rencor contra su hermano. Insiste sobre este punto y da á entender que se encuentran aún en el clero personas sujetas á este vicio. Las exhorta á corregirse, y concluye diciendo que se celebra la pascua del Señor siempre que se pasa del mal al bien, del vicio á la virtud, de las tinieblas á la luz, y que así no hay tiempo, dia, hora ni momento en que no pueda celebrarse. El quinto sermon fué pronunciado el dia de la octava de Pascua. Ratherio expone en casi todo él sus quejas contra algunos de sus diocesanos, que habian empleado la cuaresma en meditar la pérdida de su obispo, tanto con sus calumnias como con sus falsas acusaciones. Trata en particular del motivo que habian tomado, las obras que habia hecho en su palacio episcopal. Queriendo dar á conocer el orígen de su odio, dice que ha comenzado con su episcopado, y que tenia su orígen en la diferencia de su conducta con la suya. Que no seguian más que tradiciones humanas y la injusta costumbre de las personas corrompidas. Que en cuanto á él, habia tomado por guia la ley de Dios. El sexto sermon, que fué pronunciado despues de la octava de Pascua, es una corta exhortacion para examinar si la vida que se lleva corresponde á la santidad del misterio que se celebra, ó si por el contrario se ha tenido la desgracia de imitar á Judas. En este último caso conjura Ratherio á que no se caiga en la desesperacion como él, y se recurra más bien á una penitencia saludable como Pedro. Emplea el sétimo sermon, que es el primero sobre la Ascencion, parte en explicar el misterio, demostrando que esta fiesta es comun á Jesucristo y á sus miembros; parte en explicar las disposiciones con que debe celebrarse. Entre los vicios cuya reparacion recomienda, insiste en la recaida en el pecado, el rencor, las enemistades, de que insinua que eran algunos culpables áun con respecto á su propio obispo. Tambien prohibe la incontinencia de los casados durante la cuaresma y la octava de Pascua. Dedúcese de aquí y de otros muchos lugares de sus escritos, que Ratherio tenia muy presente aquella antigua práctica, recomendada con tanta frecuencia por los cánones. Concluye este discurso con una corta pero muy hermosa súplica, tomada de S. Agustin. El octavo y último sermon trata tambien de la fiesta de la Ascension, y las rogativas ó los dias de oraciones públicas que la preceden, y parece haber sido pronunciado el domingo anterior. Es una de las buenas composiciones de Ratherio, que contiene instrucciones tan sólidas como luminosas. Comete, sin embargo, una falta contra la exactitud histórica, concediendo á S. Gregorio, Papa, el honor de las

rogativas, y haciendo á S. Mamerto de Viena el segundo fundador de esta santa práctica. Prescribiendo las disposiciones con que se debe cumplirlas, no olvida la continencia con respecto á los casados. En cuanto á las que exige la celebracion del misterio de la Ascension, las reduce á cuatro principales: una renuncia sincera del pecado; una fe acompañada de buenas obras; un tránsito del estado de muerte á una nueva vida, del vicio á la virtud; tránsito figurado, dice, en la traslacion de los Apóstoles á Galilea, donde vieron al Salvador; por último, un ardoroso deseo de la patria celestial, donde el hijo de Dios ha colocado ya una parte de nuestra carne, subiendo con su cuerpo glorioso. Ratherio demuestra muy bien, que caer en el pecado seria desmentir todo el bien que se ha practicado durante la cuaresma y el tiempo de pascuas, y abandonar la tierra prometida para volver á Egipto. Con respecto á las buenas obras que deben acompañar la fe, las encuentra marcadas en el Evangelio del dia de la festividad, que explica de una manera moral con mucha exactitud, de manera que al hablar de la Ascension ha sabido dar buenas instrucciones sobre las costumbres sin salir del misterio. Con esta oracion combate el error de algunos supersticiosos, que imaginaban que era el diablo ó alguno de los suyos quien excitaba las tormentas, lanzaba el rayo y el granizo; demuestra muy bien que esta clase de cosas son superiores al poder del demonio y de todos los hombres por malvados que sean. Que no hay más que un Dios que las opere, cuando le place, ó por sí mismo ó por el ministerio de sus servidores, de lo que da ejemplo nuestro prelado; y que cuando las opera, lo hace para bien, porque es soberanamente bueno.—XV. Por último, se nos ha dado hace algunos años bajo el nombre de Ratherio, un escrito sobre la *vida y la traslacion de S. Metron*, impreso en Verona en 1728, con dos cartas del mismo autor, á continuacion de un tratado de derecho civil de la misma ciudad. El P. Bernardo Pez nos refiere que habia encontrado en un manuscrito de Frisinga, de unos setecientos años de antigüedad, que contiene diferentes opúsculos de Ratherio, un tratado sobre la traslacion del mismo Santo; pero no dice que contuviese su vida ó leyenda. El título se haya concebido en estos términos: *De translatione corporis Sancti cujusdam Metronis, cujus depositio celebratur idibus Maii.* Lo que sigue, unido á la conducta del P. Pez en este asunto, que no ha creido conveniente publicarle, aunque haya concedido este honor á otros muchos monumentos de inferior mérito, induce á dudar que el escrito mereciese los honores de la impresion. El mismo autor se rezelaba de la verdad de esta traslacion, como se deduce de sus palabras, en que se conoce muy bien el maravilloso estilo y el genio de nuestro prelado. Los laboriosos continuadores de Bolando no han conocido ninguno de los dos escritos de Ratherio sobre S. Metron, honrado en Ve-

rona con el título de confesor. Al ménos no dicen nada en el artículo de este Santo, cuyo elogio hacen en 8 de Mayo. Los escritos de Ratherio de que acabamos de dar el catálogo razonado, no son las únicas producciones de la pluma de este Obispo. Hay otras muchas, una parte de las cuales continuan todavía en la oscuridad, y la otra se ha perdido decididamente segun parece.—1.° El P. Lucas d'Acheri, el principal editor de las que han visto la luz pública, marca en la lista ó tabla de los monumentos contenidos en el tomo II de su *Espicilegio*, que tenia en sus manos los siguientes sermones de nuestro prelado, que no han llegado á imprimirse: dos sobre *Pentecostés;* un tercero sobre *María y Marta;* un cuarto *de propio lapsu*, lo que puede traducirse *de las faltas propias;* y por último, el quinto, sobre las palabras ociosas; no siendo estos los únicos sermones de Ratherio que se han conocido en su época. Asegura Folcuin, abad de Laubes, que los habia escrito tambien sobre la cena del Señor y la festividad de la Santísima Vírgen. En tiempo de Antonio Sanders se conservaba además una homilía de nuestro autor sobre la cena del Señor, que es sin duda el sermon sobre el mismo asunto indicado por Folcuin.—2.° Continuando el P. d'Acheri la lista de los escritos de Ratherio que tenia manuscritos, despues de haber nombrado su *Agonisticon*, que se ha impreso despues con las dos cartas que le siguen, habla de un *Tratado del cuerpo y la sangre del Señor*, dividido en noventa y nueve artículos ó pequeños capítulos, que no puede ser seguramente la carta de Ratherio á Patricio, pues aunque trata en ella del mismo asunto, es demasiado corta para corresponder á la idea que se nos da aquí de este tratado. Así se ha visto que aseguran Sigeberto y Tritemio que Ratherio habia escrito sobre esta materia; lo que se deduce de su carta podria muy bien significar un tratado grande y formal. No se ha decidido, sin embargo, sobre este punto, por la consideracion de que el P. Martenne, que debia conocerle por haber publicado el *Agonisticon*, con el que se hallaba entre los demás papeles del P. d'Acheri, y que no carecia de celo para imprimir anécdotas, no le ha dado al público y no habla de él en ninguna parte. No es tampoco creible que un escrito que existia áun en 1657, se haya perdido. Todo esto parece difícil de conciliar, á ménos que no se diga que se ha engañado el P. d'Acheri tomando un autor por otro.—3.° Sigeberto y Trithemio atribuyen á Ratherio un libro de confesiones; pero Folcuin no menciona este escrito, á lo ménos bajo el título que se acaba de leer, por lo que hay motivo para sospechar que estos bibliógrafos habian querido dar á entender bajo esta inscripcion alguna otra obra de nuestro autor, como su *Qualitatis Conjectura*, de que no hablan, y en que hace Ratherio su retrato, como se ha dicho, refiriendo las reconvenciones que se le hacian, lo que tiene mucha relacion con la idea que representa un libro de

confesiones. Es cierto, á pesar de esto, que desde el tiempo de Sanders existia en Laubes un escrito de nuestro prelado, bajo el mismo título que le dan Sigeberto y Trithemio. Además, lo que dice él mismo en dos ó tres lugares de su Conjetura, puede probar que habia hecho realmente un libro de confesiones, á imitacion del de S. Agustin.—4.° Entónces se conservaba tambien en la misma biblioteca otro escrito de Ratherio, intitulado *Frenesi*, del que hablan algunos modernos como completamente perdido. El autor, dice Folcuin, le habia dado este título, porque ataca furiosamente á Baldric, que le habia usurpado la silla de Lieja. Le Mire pretende por el contrario, que es porque Ratherio habia sido arrojado de su silla como un frenético. Pero es preferible la razon de Folcuin. Puede juzgarse de las invectivas de que se halla lleno este escrito, por las que se leen en la protesta que hizo nuestro prelado contra su expulsion de la iglesia de Lieja, en que es tratado Baldric como un intruso, un usurpador, un ladron público, un simoniaco y un descomulgado. — 5.° En el manuscrito de la catedral de Frisinga, de que se ha hablado, se encuentra otro escrito de Ratherio, cuyo título hace suponer que tiene mucha relacion con el anterior. Este título es más extraño todavía que algunos otros que hemos referido ya. Héle aquí para que el lector juzgue por sí mismo: *Invectiva satis in quodam ac lugubris relatio Ratherii cujusdam ex Laubiense Veroniensi, ex Monacho exul, ex exule præsul infelicissimi Attali ritu facti, infecti, refecti, defecti, iterum, quo solus factor, infector, refector, defector novit omine facti, infecti, refecti.* Se ve bien por todos estos términos afectados, que el autor alude á su consagracion como obispo de Verona, á su expulsion de esta iglesia, á su entronizacion en la de Lieja, y por último, á su expulsion en 956. De manera que la obra no fué escrita hasta este mismo año. Los que la han examinado ó han tenido la curiosidad de examinarla, no se han tomado al trabajo de darnos una noticia suficiente, habiéndose limitado á copiar el título que se acaba de leer y las primeras palabras del cuerpo de la obra, tales como siguen: *Ut sacratissimus, antiquissimus ac veracissimus ævi prioris narrat chronographus.*—6.° Sanders refiere que se conservaba antiguamente en Gemblou la cronografía de Ratherio, de que ni Folcuin, ni Sigeberto, ni ningun otro autor hacen la más pequeña mencion. ¿No podria haber sucedido, que se hubiese tenido el pensamiento de indicar de este modo la obra anterior, con ocasion del término de *Chronographus* que en ella se lee? El descuido, demasiado frecuente en la mayor parte de los bibliógrafos de dar exactamente los títulos de las obras manuscritas, daría márgen á esta sospecha. 7.° El mismo Sanders termina la lista de las obras de Ratherio, que se conservaban manuscritas en Laubes con las leyendas de muchos santos. No se han impreso, sin embargo, más que la vida de S. Ursmaro, retocada única-

mente por nuestro escritor, y la traslacion de S. Metron. Sería preciso poseer el manuscrito para dar á conocer las que quedan por imprimir, y juzgar si lo merecen.—8.° Trithemio pone á la cabeza del catálogo de las obras de Ratherio un escrito sobre su primer destierro. Si no hablase en seguida de su *Agonisticon*, dividido en seis libros, y empleado en parte, como se ha visto, en deplorar las desgracias de su primera prision, miéntras que el de que ahora se trata no comprendia más que un solo libro, se creeria que el escrito sobre el primer destierro de Ratherio no era diferente de su *Agonisticon*. Ignórase por lo demás cuál ha sido la suerte de este escrito, bajo la suposicion de que ha sido en realidad diferente del otro.—9.° Cuando Ratherio se hallaba en Provenza ocupado en enseñar á Rostaing, hijo de un poderoso magnate, como se ha dicho en otro lugar, compuso una especie de gramática para su uso, á que intituló segun el lenguaje del país: *Speradorsum* ó *Servadorsum*. El autor queria dar á entender con este título, que el escrito podia librar del azote á los niños que frecuentasen las escuelas. Este escrito se ha perdido, sin que haya la menor esperanza de volverle á encontrar.—10. Lo mismo sucede con otra obra en que habia comenzado á trabajar Ratherio en los primeros años de su episcopado, y que se vió obligado á abandonar para entregarse á otras ocupaciones más indispensables. Se trataba de una respuesta á las cuestiones que le habia propuesto el clero de Milan.—11. Folcuin, Sigeberto, Gil de Orval, Trithemio y otros muchos escritores, atribuyen á Ratherio un tratado contra la herejía de los antropomorfitas, es decir, de aquellas personas groseras que se presentaban á Dios bajo una figura corporal con miembros como un hombre. Se ha visto que nuestro prelado refutó realmente esta herejía en un grande sermon sobre la cuaresma, y quizá es lo único que ha escrito sobre esta materia, de modo que hay motivo para creer que al hablar estos escritores de un tratado contra los antropomorfitas, se han referido únicamente á este sermon. Esta sospecha se halla justificada por el silencio de Folcuin con respecto á este sermon; aunque nombra los de Pascua, Ascension, Pentecostés, etc., no hace mencion alguna del que se trata aquí, porque habia nombrado anteriormente el tratado contra los antropomorfitas. Para decir, sin embargo, todo lo que pensamos sobre este asunto, el corolario sacado del silencio de Folcuin no tiene toda la fuerza que podria imaginarse; tanto á causa de que habla tambien de otros muchos sermones en general, entre los que ha podido comprender el gran sermon sobre la cuaresma, como por la razon de que tampoco nombra otro sermon sobre el mismo asunto. Sigeberto y Gil de Orval indican claramente, por otra parte, el tratado contra los antropomorfitas y el gran sermon sobre la cuaresma bajo el título de *Inefficas garritus*, que es el segundo epígrafe que le ha dado el autor como se ha dicho. Añádase á esto,

que habiendo combatido Ratherio los errores de los antropomorfitas, tanto de viva voz como por escrito, segun lo aseguran algunos de sus historiadores, lo que se lee en uno de sus sermones no debe impedir el creer que haya compuesto algun escrito particular, que se ha perdido como tantos otros.—12. Tampoco se nos ha conservado el que hizo Ratherio á su partida de Verona, no en 965, segun el cálculo del P. Mabillon, sino lo más pronto hácia el mes de Abril de 967, y que dirigió á Folcuin bajo este título: *Confictus duorum*, el combate de los dos. Se habia intitulado así, porque combatiendo consigo mismo sobre el partido que debia tomar, y no sabiendo si debia abandonar á Verona y retirarse á Laubes, ó no hacerlo, discutia las razones en pro y en contra. Venció, sin embargo, la afirmativa. como se ha visto.—13. Sigeberto y Gil de Orval cuentan tambien entre los escritos de Ratherio un *Tratado de la predestinacion de Dios*. Folcuin, que hace mencion de casi todos los demás, no dice nada de este, y el P. Mabillon teme que los que se le atribuyen á nuestro prelado le hayan confundido con Ratramne, monje de Corbié, que escribió efectivamente sobre esta materia. Pero si bastase este rezelo para negar á Ratherio el tratado que se le concede aquí, deberia tambien impedir el creer que haya hecho alguna obra sobre la sagrada eucaristía. Las razones de una y otra parte se contrabalancean exactamente. Ratramne tiene tambien un tratado sobre esta materia. Aseguran Sigeberto y Gil de Orval que Ratherio le ha escrito tambien. No dice una palabra Folcuin, y sin embargo tenemos un escrito de nuestro prelado que atestigua las palabras de Sigeberto y de Gil de Orval. Nada impide, á pesar de esto, que se les crea sobre lo que dicen del *Tratado de la predestinacion*.—14. Tampoco puede decirse que Ratherio haya dejado otros escritos suyos que no han llegado hasta nosotros. Nos falta al menos la carta que escribió á Frodoardo de Reims enviándole su *Agonisticon*, que se conservaba en Laubes en tiempo del abad Folcuin con los demás escritos á los prelados á quienes dirigió la misma obra. Antes de concluir lo relativo á los escritos de Ratherio, no debemos olvidar el decir que se le debe el haber conservado á la posteridad la descripcion de la ciudad de Verona en una especie de prosa con cadencia y rimada algunas veces, que fué escrita durante el reinado de Pipino, rey de Italia, á últimos del siglo VIII. Habiéndola llevado Ratherio á Laubes, la hizo copiar y acompañar del panorama de la misma ciudad en miniatura. El P. Mabillon la ha sacado de esta antigua copia para darla al público, y Muratori la ha reimpreso sobre esta edicion en su Recopilacion de los historiadores de Italia. Dedúcese de aquí que los manuscritos son muy raros en el país, ó quizá no se encuentra ninguno. De manera que sin el cuidado que se tomó Ratherio de sacar esta copia, el documento se habria perdido enteramente, segun

todas las apariencias. Todos los grandes hombres tienen su genio particular, pero no es siempre bastante fácil conocer este genio. Hay algunos en quienes es preciso dedicarse algun tiempo á estudiarle con aplicacion y buscarle con sagacidad, ántes de poder encontrarle. Hay otros, por el contrario, en quienes se manifiesta por sí mismo y á las claras. Ratherio ocupa uno de los primeros lugares entre los escritores de esta segunda clase. Despues de lo que hemos dicho sobre las acciones de su vida, con frecuencia por lo que él mismo nos refiere, se hallan nuestros lectores en estado de pronunciar sobre su verdadero carácter. Pero para hacerlo más sensible, vamos á reunir aquí sus principales rasgos. Si tuviésemos el libro de sus *Confesiones*, que compuso en sus últimos dias, podriamos llenar bastantemente nuestros designios. O si á falta suya, se pudiera contar con seguridad por lo que ha dicho en su *Conjetura*, en que se propone hacer su retrato, hallariamos un rico manantial. No habria más que elegir lo que hace á nuestro designio, y dariamos el genio de Ratherio representado por él mismo. Pero como nos dice que ha mezclado lo falso con lo verdadero, y lo probable solamente con lo cierto, no diremos nada que no se halle probado en otro lugar. No puede negarse que Ratherio poseia grandes cualidades. Pero no se puede negar tampoco que tenia defectos muy notables. Amaba el bien y tenia un ardoroso celo por cimentarle: lo que hizo durante los años de su episcopado, y el gran número de escritos que publicó con este objeto, no dejan duda alguna. Pero desgraciadamente no supo nunca hacerse amar de los demás. La falta de este talento tenia su orígen en otra, de donde nacia ordinariamente como de su principio. Es decir, que Ratherio carecia de esa política, de esa afabilidad tan necesaria á un obispo para ganar el corazon y la confianza de su clero y de su pueblo, sin lo cual le es completamente imposible obtener fruto alguno en el ejercicio de su ministerio. Se escucha con gusto y se obedece sin dificultad á los que se ama. Ignorando ó despreciando esta máxima, que es de todos los siglos, quiso Ratherio mandar ántes de hacerse amar. Espíritu vivo, ardiente, inflexible y áun impetuoso, reprendia los vicios sin miramiento alguno. Tenia razon en acusar á aquellos escritores de su época, que nos pinta como más cuidadosos de no herir la falsa delicadeza del hombre, que en darle á conocer la verdad. Pero podia haber guardado un término medio. Ratherio se propuso en verdad seguirle algunas veces, y sin embargo, nunca podia ménos de volver á su ser natural. Se han indicado algunos de los retratos que hace de los vicios que dominaban en su clero, y es preciso convenir que con frecuencia la impetuosidad de su celo le lleva demasiado léjos. Tampoco guardaba más consideraciones al reprender á los obispos sus colegas, pues se creia obligado á no perdonar á nadie. Acusábasele de esto públicamente, y daba con ello motivo á que se dijese que

no amaba á nadie, de lo que estaban todos persuadidos. Pagábasele así en la misma moneda, y como dice él mismo, nadie le queria. La manera dura, ágria, picante y poco comedida con que reprendia, impidiendo que obtuviesen resultado sus instrucciones, le ocasionaban por el contrario extremados disgustos, y estos disgustos, unidos á lo que se le hacia sufrir en otros sentidos, le causaban un mal humor que degeneraba á veces en rareza. Esta es tambien una de las reconvenciones que se le hacian en público, y es preciso confesar que no carecia de fundamento. Se hallaba apoyada en la afectacion que tenia Ratherio en no guardar ciertos miramientos indispensables á un obispo, como de visitar algunas veces á los grandes en caso de necesidad, y sin embargo, huia de ellos y no podia sufrir la sociedad. Afectacion que extendia hasta la falta de limpieza en sus hábitos y muebles, y hasta á hablar siempre mal de sí mismo. Pero aunque hubiese algo de rareza y capricho en algunas de sus maneras, jamás dió en la extravagancia. Tambien hay con frecuencia algo de ambas cosas de capricho y de rareza en la manera de expresar sus pensamientos, ya en los títulos que hemos referido de algunos de sus escritos, ya en muchos lugares del texto de sus obras; pero nunca se resintieron de este defecto sus opiniones con respecto á la religion. No tuvo ninguna particular ni extraordinaria, como se verá despues, y sus opiniones en este punto fueron siempre fijas. No se puede justificarle de la misma manera de inconstancia y ligereza en su conducta, de que conviene él mismo que se le acusaba en público. Es verdad que si esta acusacion no se hallaba fundada más que en sus frecuentes cambios de silla, no sería de gran peso, porque fueron mas bien forzados que libres. Pero no fué en esto solo en lo que se manifestó inconstante y ligero. Pueden recordarse otras ocasiones en que lo manifestó, y de que hemos tratado ya en otro lugar. Ni áun su virtud salia acrisolada de las vicisitudes de esta inconstancia. Tenia fama de sufrir con paciencia las injurias más atroces, y sin embargo no pudo sufrir el verse sustituido por otro obispo en la silla de la iglesia de Lieja, sin caer en excesos de las palabras más duras y vehementes. ¿Y cuántas veces careció su virtud de solidez? Las amargas quejas que lanzaba en su prision de Pavía, su conducta con el monasterio de Laubes y con respecto á su abad Folcuin son pruebas evidentes. Despues de todo lo que acaba de decirse, es fácil de juzgar el sentido en que debian entenderse las expresiones de algunos de los panegiristas de Ratherio que le representan como un hombre de una sencillez admirable. Es indudable que esta expresion no puede significar con respecto á él, ni falta de experiencia, porque era demasiado ilustrado, ni facilidad en comunicarse, pues se ha visto lo contrario, ni todavía ménos condescendencia á ceder en las ocasiones. Es preciso, pues, entenderlo de una ingenuidad y de una franqueza

extraordinaria en decir las cosas tales como las sentia, sin rodeos ni segunda intencion. En este sentido puede mirarse este rasgo como distintivo del carácter de Ratherio. Pero cuando añade Trithemio que era un espíritu pacífico y sin pasion, demuestra no haber estudiado bien su verdadero carácter. Ratherio tenia una erudicion verdaderamente profunda. Su modo de estudiar desde su primera juventud, la reputacion que se adquirió desde entónces entre los sabios, las ciencias que enseñó á Brunon, arzobispo despues de Colonia, y en su época uno de los primeros sabios de Alemania; todo esto unido al gran número de escritos que compuso y á los diversos asuntos que trató, deponen en favor de la extension de su saber. Comenzó por el estudio de los autores profanos, y continuó dedicándose á él hasta llegar al episcopado. El fruto que sacó fué llegar á ser muy hábil en lo que se llamaba entónces las artes liberales y las humanidades, y formarse un estilo más culto del que, por lo general, se usaba entónces. El mismo manifiesta que estudió con mucha detencion esta parte de la literatura. Se verá en lo sucesivo cómo llegó á poseerla. Tanto los autores griegos como los latinos, que cita con frecuencia con sus propias expresiones no dejan duda alguna de que sabia tambien la lengua griega. Esta erudicion profana de que se habia enriquecido, como se enriquecieron los israelitas de los despojos de Egipto, le da tanto más honor cuanto que supo hacer de ella un buen uso. En sus escritos de piedad se ve, no sin placer, diferentes rasgos bastante bien colocados, citando á Varron, Terencio, Ciceron, Horacio, Perseo, Séneca y otros. Perseo, á quien emplea con más frecuencia, tenia para él un atractivo particular. Aunque Ratherio poseyese la poética, lo mismo que las demás partes de la literatura, no se dedicó, sin embargo, á hacer versos, dando por razon de que, no pudiendo soportar la oscuridad en el discurso, oscuridad que es inseparable de la poesía, habia preferido la prosa. En efecto, no parece que haya dejado otras composiciones de su musa, más que un epitafio y un cuarteto en versos elegíacos que se leen al fin de su Agonisticon. Pero en estas dos pequeñas composiciones resalta más su piedad que su poesía. En cuanto fué promovido al episcopado, hizo una de sus principales ocupaciones el estudio de la sagrada Escritura y de los Santos Padres, en lo que consistia toda la teología de aquella época. Los innumerables pasajes, bien elegidos con frecuencia, de los libros sagrados, que tanto abundan en sus escritos, manifiestan no solo que los sabia de memoria, sino que los comprendia perfectamente, y más aún por la aplicacion que hace de ellos y el sentido, ya espiritual, ya literal, que les da casi siempre con mucha exactitud. Para convencerse no hay más que ver la manera de que explica el versículo 8.° del capítulo V de la primera epístola de S. Pablo á los Corintios, en que se habla de las primeras dis-

posiciones exigidas para celebrar la pascua de la nueva alianza; el versículo 11.° del capítulo XII del Exodo, que prescribe las ceremonias para comer el cordero pascual, y el versículo 17 del último capítulo del Evangelio de San Marcos, en que detalla los milagros que acompañarán á los que hayan creido en Jesucristo. En cuanto al estudio de los Santos Padres, puede dudarse que sabio alguno de aquella época lleve en esto ventaja á Ratherio. La observacion que se ha hecho ya sobre su *Agonisticon*, la más prolija de sus obras, supone que estaba muy versado en la lectura de aquellos escritos. Carecia de ellos en su prision, donde compuso esta obra, y sin embargo cita doctores como si los tuviese á la vista. Menciona más de quince, tanto griegos como latinos. Entre los primeros se encuentran Orígenes, Hegesipo y S. Juan Crisóstomo; al citar á Orígenes, no lo hace sin ciertas precauciones, que manifiestan que se hallaba instruido en su historia, y que estaba en guardia contra los errores que se le atribuyen. Pero por instruido que estuviese Ratherio en todas las partes de la ciencia eclesiástica, su saber dominante era el conocimiento de los cánones. Las diferentes situaciones en que se encontró, ya á consecuencia de su expulsion de su iglesia, que sufrió hasta tres veces, ya á causa de sus reiteradas diferencias con su clero, le obligaron á hacer un estudio particular de ellos. Se ha visto que muchos de sus principales escritos tienen rasgos de esta materia, ó la tratan expresamente. Siempre que veia que se despreciaban estas santas reglas y que se violaban sin escrúpulo, insistia en darlas á conocer. Careciendo algunas veces de la crítica necesaria, ha dado en el escollo que los demás canonistas de su época, citando las falsas decretales como las demás, y suponiéndolas la misma autoridad. Ratherio cita algunes veces hechos de la historia eclesiástica y de las vidas de los Santos; pero lo hace rara vez, y algunas sin exactitud, como hemos observado en lo que se refiere al primer fundador de las rogativas. Puede deducirse de aquí, que habia cultivado ménos el estudio de la historia de la Iglesia que el de las demás facultades de la literatura. La doctrina de nuestro prelado era tan pura como las fuentes en que habia bebido. En general ha manifestado que la que profesaba en particular sobre los misterios, era conforme en todo á la que nos enseña el símbolo que lleva el nombre de S. Atanasio. Y para confirmarla añadia que creia lo mismo que S. Agustin, á quien habia elegido por guia especial en las materias religiosas. Todo lo que enseñó Ratherio conviene tambien con las doctrinas de la Iglesia, y léjos de haber caido en ningun error, ya sobre el dogma, ya sobre la moral ó la disciplina, combatió con éxito los que nacieron en su época sobre estos diversos puntos. No se repetirá aquí lo que se ha dicho ya en otro lugar, en particular con respecto á la herejía de los antropomorfitas. Nos limitaremos á manifestar la manera de que ha tratado ciertos puntos de religion para in-

ferir lo que ha hecho sobre los demás. Explicando el motivo por que Jesucristo ha llegado á ser nuestra pascua, dice que es con objeto de ser él mismo nuestro tránsito de nosotros á él y nuestra única alegría. Que es nuestro jefe, nuestra paz, nuestra luz, nuestra salvacion, nuestra vida, nuestra resurreccion, nuestra beatificacion y felicidad eternas. Siempre que tiene ocasion de hablar de las disposiciones necesarias para acercarse á la sagrada eucaristía, lo verifica de una manera que hace comprender y que prueba la presencia real de Jesucristo en este adorable misterio. Tambien establece la transustanciacion por la misma razon que S. Cirilo de Jerusalen, empleando, como este Padre, el cambio real del agua en vino en las bodas de Caná. No expone otra doctrina sobre la gracia del Salvador más que la de S. Pablo y S. Agustin. Al fin de su epístola á los monjes de Laubes, á quienes dirige la vida de S. Ursmaro, deseándoles felices progresos en la virtud, expresa sus deseos por las mismas palabras de que se sirve en el versículo 27 y el siguiente del último capítulo de su epístola á los hebreos. En otra parte prescribe á su clero una fórmula de oracion, en que pide á Jesucristo que nos dé la voluntad, el poder y el medio de hacer lo que le sea agradable y ventajoso al hombre. Al instruir á su pueblo de los deberes del cristianismo, exhorta á los que hayan sido fieles en observar los mandamientos de Dios, á tener cuidado de no atribuírselo á sí mismos por un espíritu de orgullo, sino á dar gracias á Dios, y á no regocijarse más que con un humilde reconocimiento. Se ve, en una palabra, como deseaba Ratherio, que el culto que se diese á Dios fuese puro, y los sentimientos de religion, sin mezcla alguna, por el celo que tuvo en perseguir las supersticiones de su época. Despues de lo mucho que se ha dicho de sus diferentes obras, sería inútil detenerse á hablar de su trabajo en favor de la pureza de la moral y de la exactitud de la disciplina. Se ha demostrado que casi todas sus obras tienden á establecerlas, y se puede asegurar que si no fué Ratherio tan amado de su clero y su pueblo como lo merecia, el ardor de su celo en predicarlos y hacer observar las reglas del Evangelio y las de la Iglesia, fué una de sus principales causas. Su manera de escribir proviene de la naturaleza de su genio. Es desigual, extraño algunas veces, acre otras, picante, vehemente, y contiene cosas buenas y malas, lunares y defectos. Generalmente hablando hay espíritu y erudicion en los escritos de Ratherio. Los pensamientos son por lo comun vivos, variados, y no carecen siempre de elevacion. Tampoco sus razonamientos estan faltos de solidez, ni de eleccion sus expresiones. Luitprando y Sigeberto han admirado la manera fina y delicada con que está escrita una de sus obras; pero se han equivocado al indicarla, pues pretenden que es su escrito sobre su primer destierro, que no presenta ninguna de estas bellezas; siendo su *Qualitatis Conjectura* donde se descubren en parte.

Sin embargo, sus ingeniosos y delicados giros no se hallan sostenidos en toda la obra. Segun todas las apariencias tenian á la vista este libro Gil de Orval y Alejandro de Lieja, cuando dijeron que abunda en sal y frecuentes chistes. Ratherio hubiera conseguido escribir bien para su época, y áun lo hubiese hecho con alguna elegancia, si lo hubiera ejecutado de una manera más natural, evitando dos defectos que reinan casi generalmente en sus obras: una trasposicion afectada, un desarreglo de expresiones, y una mezcla casi continua de palabras bárbaras ó recien inventadas; aunque no careciese de expresiones propias, como se ve por el uso que hace de ellas. Lleva algunas veces el primer defecto hasta colocar la conjuncion *quamvis* al fin de una frase. Hé aquí los ejemplos del otro defecto para que se pueda juzgar mejor. Emplea la palabra *segallum* por *siligo*, la de *cupiditia* en vez de *cupiditas*, *creperum* por *dubium*, *reveritor*, *capabiles*, *indeficuus*. Esta mezcla es tanto más defectuosa, cuanto que la mayor parte de las expresiones de Ratherio son más latinas y sacadas de mejores autores. Proviene de aquí que sus escritos carecen de pureza, y unidos ambos defectos, hacen que no tengan toda la claridad que seria de desear, de manera que estos defectos han hecho traicion á nuestro escritor, á quien por propia confesion era insoportable la oscuridad del discurso. Es preciso, sin embargo, añadir para hacerle toda la justicia que le es debida, que su vida de S. Ursmaco y sus sermones, en particular el más prolijo sobre la cuaresma, se resienten ménos de esta oscuridad, y estan mejor escritos que sus demás opúsculos, ya porque los ha trabajado más, ó que emplea una manera de escribir más natural.—S. B.

RATHO (S.), benedictino. Fué natural de Baviera y pertenecia á una distinguida familia de aquel país, que llevaba el título de duque. Aunque vivió en la época en que la mayor parte del reino se hallaba aún sumida en las tinieblas de la idolatría, él, no obstante vivir en el siglo, determinó cumplir con esmero todos los deberes de un perfecto cristiano. Casó con Judit, noble y piadosa doncella, hija de Enrique, príncipe de los Boyos, pueblos confinantes con el Austria, y acompañado de ella fué en peregrinacion á Jerusalen, de donde volvió trayendo muchas sagradas reliquias, que colocó en el monasterio de Benedictinos de Ambron, fundado por él mismo bajo la advocacion de S. Felipe y Santiago. Habiendo quedado viudo, renunció al mundo y tomó la cogulla de S. Benito en el antedicho convento, donde fué un ejemplo de virtud y austeridad y donde vivió santamente. Los cronistas de la religion hacen notar la circunstancia de que fué varon de gigantesca estatura y de fuerzas extremadas. Murió en el dicho monasterio el dia 17 de Junio del año 954. Su santo cuerpo fué conservado con mucha veneracion á causa de los infinitos milagros obrados por su intercesion.—M. B.

RATICINIA (Fr. Buenaventura de), religioso de la Orden de Capuchinos. Este religioso lego, habiendo permanecido cuatro años entre los observantes compañeros del general, poco despues que Fr. Luis de Reggio y demás se pasaron á los Capuchinos, los siguió Fr. Buenaventura; y llevó consigo á un hermano suyo, llamado Fr. Luis. Se señaló desde luego en la religion con tanta excelencia de vida y tanto resplandor, emanado de sus loables costumbres, que representaba un vaso de oro finísimo, adornado de piedras preciosas. Su abstinencia era tal, que fuera de las siete cuaresmas de S. Francisco, que observaba inviolablemente, ayunaba siempre tres dias en la semana con sumo rigor. Su hábito fué perpétuamente el más pobre; á que se añadian otras vivas aflicciones del cuerpo además de las comunes y acostumbradas. La humildad y desprecio propio (que es tan competente al estado de lego) le era tan familiar, y le entraba tan dentro del corazon, que no contentándose con los actos exteriores de humilde y de despreciado, juzgaba en lo interior de su ánimo para sí, que era el más miserable de todas las criaturas, deseando ser tenido por tal, sujetándose al menor de los religiosos, aplicándose á los ministerios más viles, y llamándose siervo de todos y siervo inutil. De donde nacia una maravillosa pureza de espíritu, y una perfeccion en lo que obraba tan singular, que le hacia comunmente amable. A la pureza acompañaba la honestidad, compañera perpétua suya, que descubriéndose en su rostro, palabras y acciones, le acreditaba por varon angélico y celestial. Huia de las conversaciones ociosas, que suelen engendrar grandes vicios: y así hablaba poco con los hombres, y mucho con Dios, buscando los lugares remotos y solitarios, para darse á la oracion con mayor quietud. Los ejercicios de obediencia y de caridad, especialmente cuando hacia oficio de cocinero, tenian el primer lugar en su ánimo, y los preferia á la oracion, sabiendo que en aquellos estaba la voluntad divina, y en esta el deseo propio de adelantarse, que ha de ser despues en tiempo oportuno. Pero en cumpliendo con la obligacion principal era tan avaro del tiempo y tan aficionado á hacer oracion, que cualquier espacio, por pequeño que fuese, en seguida se le aplicaba; si bien no tenia mucha necesidad, porque ó ya en la cocina, ó ya en cualquier otro ministerio, siempre estaba en perpétua oracion; y cuán agradable fuese á su Majestad, lo declaró el siguiente milagro. Estaba en la cocina un dia de fiesta, ocupado en los ejercicios de Marta, cuando se hacia en la Misa conventual la señal que es costumbre al alzar la hostia. El santo varon, inflamado en amor de Dios é igualmente atento á la parte mejor de María, deseando mucho gozar de la presencia sacramental del Señor, se hincó de rodillas hácia la parte que correspondia desde la cocina al altar, y ya que no podia con los ojos, miraba la hostia con el corazon adorándola devotísimamente. Mas la mise-

ricordia infinita, que oye los deseos de sus pobres, no faltó á los de Fr. Buenaventura en aquella ocasion. Antes abriéndose por divina virtud todas las paredes que le embarazaban la vista, vió alzar la hostia y el cáliz del mismo modo que si se hallára presente en la iglesia. Y habiendo adorado el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor, y satisfechas las ánsias de su espíritu fervoroso, se volvieron á juntar las paredes, dejando al siervo de Dios ocupado en alabar su santísimo nombre por un beneficio tan singular. Verdaderamente este fué favor, en premio no solo de la continua oracion de Fray Buenaventura, sino del ardiente amor que ocupaba su pecho, en especial á Cristo sacramentado debajo de los accidentes de pan y vino, por nuestra salud, de que el santo varon vivia tan hambriento, y llegaba á comulgar con afecto tan encendido, que era admiracion y ejemplo de los demas, no ménos que el respeto que tenia á los sacerdotes que celebraban tan alto misterio. De este admirable amor de Dios procedia en su ánimo un deseo increible de morir mártir; y así cuando la armada del emperador Cárlos V se partió á Africa, con licencia del general se embarcó, y fué á buscar el martirio que pretendia, sirviendo en el interin á los soldados enfermos con tal caridad, y á los sanos con tales exhortaciones, que fueron sin número los que alcanzaron por su medio salud en el cuerpo y el alma, y él tambien alcanzó fama insigne de santidad en la estimacion de unos y otros. Pero la Providencia divina, cuyos decretos eran diversos, le volvió de Africa á Calabria, donde nombrado por enfermero, tuvo ocasion en que continuar los ejercicios de la caridad que habia comenzado en la navegacion. Una de las excelentes virtudes que resplandecian en él, era la confianza en la Providencia divina, dependiendo totalmente de ella, sin cuidar de cosa ninguna de las temporales, porque habia oido aquellas palabras del profeta: *Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará.* Y así ocurrió, que faltando una vez en el convento pan para los religiosos, no le buscó solícitamente entre las criaturas, sino que acudió á la liberalidad del Criador; y en orando un brevísimo tiempo, halló en el arca el pan suficiente para comer miéntras se socorrieron de otro con la limosna. Recibió de Dios varias revelaciones, y pronosticó diferentes sucesos futuros con espíritu de profecía, de que no ha quedado memoria que no sea auténtica. Mas lo que se sabe por causa ciertísima es que se le reveló el dia de su muerte mucho tiempo ántes de que esta se realizára. Habiéndose partido á Turio, prévia licencia de su provincial, compuso algunas diferencias que habia entre unos sobrinos suyos, que estaban malquistos, y sobreviniéndole de allí á poco la enfermedad de que falleció, durante la cual nunca dejó de oir Misa en la iglesia todos los dias hasta el penúltimo de su vida, en cuyo dia llamó al guardian y le dijo estas palabras: «Padre, ha llegado mi dia postrero, que ha de cortar mi vida mor-

tal. Yo doy infinitas gracias á Dios, porque desde mi niñez hasta la hora presente me ha conservado puro y sin mancha de toda lascivia, y me lleva del siglo tan casto y entero, como me recibió el siglo cuando nací. Queda con Dios, Padre, y acuérdate de tu hijo en viéndote en el altar.» Dicho esto se recogió un rato para pensar en los beneficios divinos; y ya de ochenta años, alabando el nombre de Dios, se quedó como en un dulce sueño, dormido en sus brazos, ocurriendo su glorioso tránsito en el año de 1575. Fué testimonio de su purísima virginidad, y de la excelencia de sus virtudes, premiada en la gloria, el hallarse su carne despues de la muerte, tan blanca, tan tratable y tierna, como si fuera de un niño vivo, y exhalando un suavísimo olor ocho dias cabales en la iglesia y convento, que conservó su fragancia en todo su ámbito. De allí á algunos años se sacó su cabeza de la sepultura, y la pusieron los frailes en el coro en lugar honorífico y privilegiado, la cual aún permanece exhalando la misma fragancia; para que el buen olor de Cristo, que tenia viviendo, le conservase muerto tambien, y atrajese á los hombres á la admiracion y aplauso de sus virtudes. —A. L.

RATIER (P. Vicente), predicador; nació en 1634 en Langres, y tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo, á los diez y seis años de edad, en el convento de Provins, donde bien pronto se distinguió tanto por sus buenas dotes de talento, como por su ardiente caridad. Animado de su celo incansable, se hizo oir y escuchar infinitas veces en las principales ciudades y villas del reino, y en todas partes su ejemplo y su vehemente predicacion produjeron los más felices resultados. Despues de haber desempeñado sucesivamente difentes cargos en su Orden, fué elegido en 1794 en general superior de la Orden en Francia. Al cabo de cuatro años, se lisonjeaba el Padre Vicente de trasladar y poner las señales de su alta dignidad en manos de su sucesor, y continuó en Provins, ocupado en sus trabajos evangélicos, pero afligido de un padecimiento que descuidó desde su origen, le ocasionó la muerte en el dia 2 de Febrero de 1699. Se conserva de Ratier la obra que publicó titulada: *Discurso sobre el restablecimiento de la Real Iglesia de S. Quirian de Provins.* Orleans, 1666, en 12.° y otro con el título de *Octava angélica de S. Francisco de Sales*, contenida igualmente en el discurso del P. Vicente Ratier, su séptimo panegirista, hecha conocer al público por uno de sus amigos; Orleans 1667 en 8.° con 43 páginas. Este opúsculo está firmado con las iniciales F. P., lo que debe advertirse, lo mismo que el que se halla escrita en versos de ocho sílabas. Tambien escribió: *Oracion fúnebre de la eminente Sra. Juana Gabriela Dauvet de Marets, Abadesa de Ntra. Sra. del Monte cerca de Provins;* Orleans, 1690, en 4.° con 27 páginas. Véase *Bibliot. Ord. Prædicat* de los PP. Quetif y Echard, núm. 750.—A. L.

RATISBONA, tercer hermano del abate Ratisbona, se convirtió al ca-

tolicismo en 1844, y entró como novicio en la casa de los Jesuitas en Roma. S. B.

RATISBONA (Fr. Bertoldo), franciscano aleman, citado por Bzovius en sus Anales, año 1253, lo mismo que por S. Antonino en los suyos, año 1260, quien le hace dominico, pero reivindicándole para los minoritas escribe en el primero: «En el mismo año vivia Bertoldo de Ratisbona, del instituto franciscano. Consagrado desde sus más tiernos años al estudio de las letras, adquirió grande erudicion y se unió á los franciscanos por su amor á la piedad, adquiriendo grande reputacion en la Orden. Nadie le igualaba en la integridad de vida ni en la elocuencia, y así enseñó en su época al pueblo el ejercicio de las virtudes, y les separó cuanto pudo de los vicios. Era tan grande la concurrencia que asistia á sus sermones, que apenas cabian en los templos donde iban muchas horas ántes de la designada, y asegura Aventino, en sus Anales, que asistieron á sus sermones más de sesenta mil hombres.» Lo mismo dice Spondano en el año 1250. Bertoldo perteneció á la provincia de la Alemania Superior, ó á la custodia de Argentina en Baviera. Murió en su patria el año de 1272 con grande opinion de santidad, por lo que es muy elogiado por todos los escritores de Alemania. Escribió: 1.° *De institutione vitæ religiosæ, librum unum;* notable por su estilo y excelentes máximas. Wadingo dice de este libro que comprende en compendio todo lo relativo á la vida espiritual, y que si cualquiera religioso desea encontrar la norma de bien vivir y la enseñanza de las costumbres, adquirirá con él fácilmente el ornato de todas las costumbres sin recurrir al estéril y pesado estudio de otros muchos libros.—2.° *Sermones de tempore*, que existian manuscritos en la Biblioteca de Leipsick segun el catálogo de esta Biblioteca, impreso en 1686.—3.° *Sermones de Sanctis*, id. se imprimieron últimamente en Jena en 1706, en 8.° — S. B.

RATISBONA (María Alfonso). Nació en Estrasburgo en 1.° de Mayo de 1812; era licenciado en derecho, cuando fué á Roma y abjuró la religion judía en 20 de Enero de 1842. Poco tiempo despues ingresó como novicio en la Compañía de Jesus, y entró en la sociedad de sacerdotes de nuestra Señora de Sion. Su conversion, indudablemente la más extraordinaria y milagrosa de este siglo, es demasiado importante para que omitamos su análisis; dejemos hablar al mismo Ratisbona, que la ha referido de la manera siguiente en su carta escrita en el colegio de Juilly el 8 de Abril de 1842. «Mi primer pensamiento y el primer gusto de mi corazon en el instante de mi conversion, fué ocultar este secreto en el fondo de un claustro con mi existencia entera, para huir de un mundo que no podia comprenderme, y entregarme por completo á mi Dios, que me habia hecho entrever y gustar las cosas de otro mundo. No he querido hablar sin permiso de un sacerdote, y se me

ha conducido al que para mí representaba á Dios. Me mandó revelar lo que me habia sucedido, y lo hice en lo que me fué posible de viva voz. Hoy, despues de algunas semanas de retiro, procuraré hacerlo con más detalles, y á vos, señor Cura, á vos que habeis fundado la Archicofradía para la conversion de los pecadores, es á quien los pecadores deben dar cuenta de las gracias que han obtenido. Si no debiera contaros más que el hecho de mi conversion, me bastaria una sola palabra, el nombre de *María*. Pero se me exigen otros hechos, se quiere saber quién es este hijo de Abrahan, que ha encontrado en Roma la vida, la gracia y la felicidad. Quiero, pues, invocando desde luego la asistencia de mi celestial madre, exponeros sencillamente todas las vicisitudes de mi vida. Mi familia es bastante conocida, pues es rica y generosa, y por estos títulos ocupa desde hace mucho tiempo el primer rango en la Alsacia. Mis abuelos se dice que fueron muy piadosos; los cristianos, lo mismo que los judíos, han bendecido el nombre de mi abuelo, el único judío que en tiempo de Luis XVI obtuvo no solo el derecho de poseer propiedades en Estrasburgo, sino tambien título de nobleza. Tal fué mi familia; pero las tradiciones religiosas se han borrado ya enteramente en ella. Comencé mis estudios en los bancos del Colegio Real de Estrasburgo, donde hice más progresos en la corrupcion del corazon que en la instruccion de la inteligencia. Un acontecimiento dió un rudo golpe á mi familia en el año de 1823. Mi hermano Teodoro, en quien fundaba sus mayores esperanzas, se declaró cristiano, y poco despues, á pesar de las vivas solicitudes y la desolacion que habia ocasionado, fué más lejos, se hizo sacerdote y ejerció su ministerio en la misma ciudad y á vista de mi inconsolable familia. Aunque muy jóven, la conducta de mi hermano me exasperó y tomé odio á su hábito y á su carácter. Educado entre jóvenes cristianos, indiferentes como yo, no habia experimentado hasta entónces ni simpatía ni antipatía hácia el cristianismo; pero la conversion de mi hermano, que miraba como una inexplible locura, me hizo creer en el fanatismo de los católicos y los tuve horror. Se me sacó del colegio para ponerme en una pension protestante, cuyo magnífico prospecto habia seducido á mis padres; los hijos de las grandes casas protestantes de Alsacia y de Alemania venian á adquirir las costumbres fashionables de París, y se entregaban á los placeres más bien que á la ciencia. Me presenté sin embargo á los exámenes al salir de este colegio, y por una fortuna poco merecida recibí el grado de bachiller en letras. Era á la sazon dueño de mi patrimonio, pues que muy jóven todavía perdí á mi madre, y á mi padre algunos años despues; pero me quedaba un digno tio, el patriarca de toda mi familia, un segundo padre, que careciendo de hijos, habia puesto todo su afecto en los hijos de su hermano. Este tio, tan conocido en el mundo comercial por su lealtad y su capacidad poco comunes,

quiso asociarme á la casa de banca de que es jefe; pero estudié primero derecho en París, y despues de haber recibido el título de licenciado y vestido la toga de abogado, fuí llamado á Estrasburgo por mi tio, que no perdonó medio para fijarme á su lado. No podré enumerar sus generosidades; caballos, coches, viajes, todo me era prodigado, y no me negaba ningun capricho. Mi tio añadió á estos testimonios de afecto una prueba más positiva de su confianza, me dió la firma de la casa y me prometió además el título y las ventajas de socio, promesa que realizó efectivamente el 1.° de Enero de este año de 1842; noticia que recibí en Roma. Mi tio no me hacia más que una reconvencion, que era por mis frecuentes viajes á París. Te gustan demasiado los Campos Elíseos, me decia con bondad; y tenia razon, únicamente me gustaban los placeres, los negocios me cansaban, me ahogaba el aire del escritorio; pensaba que no habia venido al mundo más que para gozar, y aunque cierto pudor natural me alejase del placer y de las compañías ignobles, no soñaba sin embargo más que en fiestas y regocijos á que me entregaba con pasion. Por fortuna se presentó en esta época una buena obra á mi necesidad de movimiento, y la abracé con ardor; era la obra de la regeneracion de los pobres israelitas como se la llamaba impropiamente; pues comprendo hoy que se necesita algo más que dinero y loterías de caridad para regenerar á un pueblo sin religion: mas yo creia entónces en la posibilidad de esta renovacion, y llegué á ser uno de los miembros más celosos de la *Sociedad de estímulo al trabajo en beneficio de los jóvenes israelitas*; sociedad que habia fundado en Estrasburgo mi hermano el sacerdote hace una quincena de años, y que subsiste todavía, á pesar de los pocos recursos de que puede disponer. Conseguí llenar su caja y creí haber hecho mucho. ¡Oh caridad cristiana! ¡cuánto debiste sonreir de mi orgullosa satisfaccion! El judío se estima en mucho cuando da mucho; el cristiano lo da todo y se desprecia; se desprecia tanto, que cuando se ha dado todo entero se desprecia todavía. Me ocupaba, pues, laboriosamente en la suerte de mis pobres correligionarios; aunque no tenia religion ninguna, era judío de nombre, pero ni áun creia en Dios, no abria nunca un libro de religion, y en la casa de mi tio, lo mismo que en las de mis hermanos y hermanas, no se practicaba la menor prescripcion del judaismo. Habia un vacío en mi corazon, y no era feliz en medio de la abundancia de todo; me faltaba algo, pero este objeto me fué dado tambien ó lo creia al ménos. Tenia una sobrina, la hija de mi hermano mayor, que se me habia destinado desde que éramos niños. Desarrollábase á mi vista llena de gracias, y veia en ella todo mi porvenir, toda la esperanza de felicidad que me estaba reservada. Cuando los deseos de toda mi familia, de acuerdo con nuestras simpatías, fijaron por último este matrimonio por tanto tiempo deseado, crei que no faltaria nada

en adelante á mi felicidad. En efecto, despues de la celebracion de mis esponsales, ví á mi familia en el colmo de la alegría; mis hermanas eran felices. ¡Oh, mis hermanas son tan buenas, tan amables!... Por qué no son cristianas? Solo me era odioso un miembro de mi familia, mi hermano Teodoro; y sin embargo nos amaba tanto; pero su hábito me asustaba, su presencia me ofuscaba, su grave palabra excitaba mi cólera; un año ántes de mis esponsales no pude contener este resentimiento, y se lo expresé en una carta que debió romper para siempre todas nuestras relaciones. Hé aquí el motivo. Hallábase un niño en la agonía; mi hermano Teodoro no temió pedir francamente á sus padres el permiso de bautizarle, y quizá iba á hacerlo, cuando tuve conocimiento de su paso. Miré este procedimiento como una indigna cobardía; escribí al sacerdote se dirigiese á los hombres y no á los niños, y acompañé estas palabras con tantas invectivas y amenazas, que todavía hoy me admiro de que mi hermano no me haya contestado una sola palabra. Continuó sus relaciones con el resto de la familia; en cuanto á mí, no quise verle más; alimentaba un amargo odio contra los sacerdotes, las iglesias, los conventos, y en particular contra los jesuitas. Por fortuna, mi hermano abandonó á Estrasburgo, que era lo que yo deseaba; habia sido llamado á París á nuestra Señora de las Victorias, donde no cesaria, dijo al despedirse de nosotros, de pedir por la conversion de sus hermanos y hermanas. Su partida me alivió de un gran peso; cedí á las instancias de mi familia con motivo de mis esponsales, y le escribí algunas palabras de cortesía; me contestó amistosamente, recomendándome á sus pobres, á los que envié en efecto una pequeña suma. Despues de esta especie de convenio no volví á tener más relaciones con Teodoro, y no pensé más en él; le olvidé, miéntras que él... él oraba por mí. Debo consignar aquí cierta revolucion religiosa que se operó en mis ideas en la época de mis esponsales. Ya lo he dicho, no creia en nada, y en esta negacion completa de toda fe me hallaba en entera armonía con mis amigos católicos ó protestantes; pero la presencia de mi prometida despertó en mí ignoro qué sentimiento de la dignidad humana; comencé á creer en la inmortalidad del alma; más todavía, me puse instintivamente á orar; dí gracias á Dios por mi dicha, y sin embargo no era dichoso... No podia darme cuenta de mis sentimientos, miraba á mi prometida como un ángel bueno, se lo decia con frecuencia, y en efecto, su pensamiento elevaba mi corazon hácia un Dios á que no conocia, á que no habia nunca rogado ni invocado. Se creyó conveniente, á causa de su tierna edad, retardar el matrimonio; tenia diez y seis años; yo debia hacer un viaje de entretenimiento miéntras llegaba la hora de nuestra union. Ignoraba el lado á que debia dirigir mis pasos; una de mis hermanas establecida en París me queria á su lado; un excelente amigo me llamaba á España; resistí á las instancias de otros muchos,

que me comunicaban seductores proyectos. Decidí, por último, ir derecho á Nápoles, pasar el invierno en Malta, para robustecer mi salud delicada, y volver despues por Oriente; tomé cartas para Constantinopla, y partí á últimos de Noviembre de 1841. Debia estar de vuelta al principio del otoño siguiente. ¡Oh, y qué triste fué mi partida! Dejaba á mi adorada prometida, á un tio que no se franqueaba más que conmigo, á hermanas, hermanos y sobrinas, cuya sociedad era mi mayor delicia. Dejaba además las escuelas del trabajo, á esos pobres israelitas de que me ocupaba con tanta actividad; y por último, á numerosos amigos que me amaban, á amigos de la infancia, que no podia abandonar sin verter lágrimas, pues los amaba y los amo todavía... Partir solo y para un viaje tan largo; pero me decia á mí mismo: quizá Dios me envie á un amigo en mi camino. Recuerdo dos particularidades que acaecieron en los últimos dias ántes de mi partida, recuerdos que me hieren hoy con la mayor viveza. Quise ántes de empezar mi viaje firmar un gran número de recibos de la Sociedad de estímulo al trabajo. Los fechaba de antemano en 15 de Enero, y á fuerza de escribir esta fecha en una multitud de documentos, me cansé y dije dejando la pluma: Dios sabe dónde me hallaré el 15 de Enero, y si será ese el dia de mi muerte. ¡Aquel dia me encontraba en Roma, y fué para mí la aurora de una nueva vida! Otra circunstancia interesante fué la asamblea de muchos israelitas notables, que se reunieron para acordar los medios de reformar el culto judáico y ponerle en armonía con el espíritu del siglo; me dirigí á esta asamblea, donde cada uno dió su opinion sobre las proyectadas mejoras. Habia tantos pareceres como individuos; se discutió mucho, se trajeron á discusion todas las convenciones humanas, todas las necesidades de la época, todas las manifestaciones de la opinion, todas las ideas de la civilizacion; se hicieron valer toda clase de consideraciones, no se olvidó más que una sola, la ley de Dios. No se trató de esta; ni áun recuerdo que se pronunciase una sola vez el nombre de Dios, como tampoco el nombre de Moisés ni el nombre de la Biblia. Mi opinion era que se prescindiese de todas las formas religiosas, sin recurrir ni á los libros ni á los hombres, y cada uno en particular, como todos en general, practicasen su creencia de la manera que la comprendiesen. Esta opinion prueba mi grande saber en materias religiosas; como veis, pertenecia al progreso. Se separaron sin hacer nada. Un israelita, más sensato que yo, habia dicho estas notables palabras, que recuerdo textualmente: «Es preciso apresurarnos á salir de este viejo templo, cuyos muros nos amenazan por todas partes, si no queremos quedar enterrados bajo sus ruinas.» Palabras llenas de verdad, que cada israelita repite por lo bajo; pero ay! hace diez y ocho siglos que han salido de sus viejos templos, y no entran en el nuevo templo, cuyas puertas se hallan abiertas delante de ellos! Partí,

por último: al salir de Estrasburgo lloré mucho; me hallaba agitado de una multitud de temores, de mil extraños presentimientos. Al llegar al primer relevo una música, entre la que sonaban muchos gritos de alegria, me despertaron de mi ensueño; era una boda de aldeanos, que salia alegre y ruidosa de la iglesia al son de las flautas y de otros instrumentos rústicos; las personas de la boda rodearon mi coche como para invitarme á tomar parte en su alegría.—Pronto me llegará mi vez, —exclamé; y este pensamiento me reanimó. Me detuve algunos dias en Marsella, donde mis parientes y mis amigos me recibieron entre festejos. Casi no pude arrancarme á aquella elegante hospitalidad. ¡Cuesta tanto, en efecto, abandonar el territorio de Francia cuando se deja detrás toda una vida de afecciones y de amables recuerdos! Además de las cadenas que me detenian en aquellas riberas, el mismo mar parecia no querer abrirme paso, levantando las olas en montaña para cerrarme el camino; pero estas montañas se bajaron delante del vapor que me transportó á Nápoles. Pronto pude gozar del espectáculo de la inmensidad que se desplegaba sobre mi cabeza; pero lo que me admiraba más que el cielo y el mar era el hombre, débil criatura que desafia los peligros y domina los elementos. Mi orgullo se elevaba en aquellos instantes sobre las olas del mar, y formaba nuevas montañas más firmes y más flexibles que las olas que nos perseguian. Antes de llegar á Nápoles hizo el navío una parada en Civita-Vechia. En el momento de entrar en el puerto, el cañon tronaba con toda su fuerza. Me informé con una maligna curiosidad del motivo de este ruido de guerra en las pacíficas tierras del Papa, y se me contestó: Es la fiesta de la Inmaculada Concepcion de María. Me encogí de hombros y no quise desembarcar. Al dia siguiente llegamos á Nápoles á la luz de un magnífico sol, que chispeaba sobre el humo del Vesubio. Nunca me habia deslumbrado con tanta viveza ninguna escena de la naturaleza. Contemplaba entónces con avidez las brillantes imágenes que nos han dado del cielo los artistas y los poetas. Pasé un mes en Nápoles para verlo y escribirlo todo; escribí en particular contra la religion y los sacerdotes, que me parecian muy mal en aquel país. ¡Oh! cuántas blasfemias puse en mi diario! Si hablo de ellas, es para dar á conocer el estado de mi espíritu. Escribí á Estrasburgo, que habia bebido en el Vesubio lachryma Christi á la salud del abate Ratisbona, y que aquellas lágrimas me hacian mucho bien. No me atrevo á repetir los horribles juegos de palabras que me permití con aquel motivo. Mi prometida me preguntó si era de los que decian: *Ver á Nápoles y morir*, á lo que contesté que no, sino de el de *ver á Nápoles y vivir*, vivir para verle otra vez. Tal era mi situacion. No tenia gana de ir á Roma, aunque dos amigos de mi familia, á quienes veia con frecuencia, me instasen á ello con ardor; eran estos M. Coulmaun, protestante, ex-diputado de

Estrasburgo, y el baron de Rotshchild, cuya familia en Nápoles me prodigaba toda clase de consideraciones. No pude ceder á sus deseos. Mi prometida deseaba que fuese derecho á Nápoles, y me envió una órden de mi médico, que me recomendaba pasar allí el invierno, prohibiéndome formalmente ir á Roma, á causa de la fiebre maligna que segun decia reinaba en esta ciudad. Tenia además razones para no hacer el viaje á Roma, aunque este viaje hubiese estado marcado en mi itinerario. Pensaba ir á mi regreso, y pasé á bordo del Mongibello para dirigirme á Sicilia. Un amigo me acompañó al buque y me prometió volver en el momento de la partida para decirme á Dios; vino, pero no me encontró en la cita. Si alguna vez sabe M. de Richecourt el motivo que me hizo faltar, se explicará mi descortesía y me perdonará sin duda alguna. M. Colmaun me habia puesto en relaciones con una persona muy digna y amable, que debia hacer como yo el viaje á Malta; me felicité por este encuentro y me decia: Oh! hé aquí el amigo que me ha enviado el cielo! El buque no habia partido sin embargo el primer dia del año, dia que se anunciaba para mí bajo los más tristes auspicios. Me hallaba solo en Nápoles sin recibir felicitaciones, ni tener nadie que me estrechase en sus brazos; pensaba en mi familia, en las alegrías y fiestas que rodearian á mi tio en esta época; me deshacia en lágrimas, y la alegría de los napolitanos aumentaba mi tristeza. Salí para distraerme siguiendo maquinalmente á la multitud. Llegué á la plaza de Palacio y me encontré, ignoro cómo, á la puerta de una iglesia. Entré en ella, decian misa segun recuerdo; permanecí de pie apoyado en una columna, y mi corazon parecia abrirse y aspirar una atmósfera desconocida. Oré á mi manera, sin ocuparme de lo que pasaba al rededor mio. Oré por mi prometida, por mi tio, por mi difunto padre, por la buena madre de que fuí privado tan jóven, por todos los que me eran queridos; y pedí á Dios alguna inspiracion que pudiera guiarme en mis proyectos de mejora de la suerte de los judíos, pensamiento que me perseguia sin cesar. Mi tristeza habia desaparecido como una nube negra que disipa el viento y arroja á lo léjos; y todo mi interior, inundado de una calma inexplicable, sentia un consuelo semejante al que hubiera experimentado si me hubiese dicho una voz: *tu oracion es escuchada*. Oh! si, era escuchada mucho más de lo que yo podia prever, pues el último dia del mismo mes debia recibir solemnemente el bautismo en una iglesia de Roma! — Pero cómo fuí á Roma? — No puedo decirlo ni explicármelo á mí mismo, creo que erré el camino, pues en vez de dirigirme al despacho de los buques para Palermo, me encontré en el de las diligencias de Roma. Entré y tomé un asiento. Fuí á decir á Mr. Vigne, el amigo que debia acompañarme á Malta, que no habia podido resistir al deseo de hacer una corta excursion á Roma, y que estaria decididamente

de vuelta en Nápoles para partir el 20 de Enero. Hice mal en comprometerme, pues es Dios quien dispone, y esta fecha de 20 de Enero debia marcarse de otra manera en mi vida: abandoné á Nápoles el 5 y llegué á Roma el 6, dia de Reyes. Mi compañero de viaje era un inglés llamado Marshal, cuya original conversacion me divirtió mucho en el camino. Roma no me hizo en un principio la impresion que yo esperaba: disponia, por otra parte, de tan pocos dias para esta excursion improvisada, que me apresuré á devorar en cierta manera todas las ruinas antiguas y modernas que ofrece la ciudad eterna á la avidez de un aficionado; las amontoné mezcladas en mi imaginacion y en mi diario, visité con una monótona admiracion las galerías, los circos, las iglesias, las catacumbas, las innumerables magnificencias de Roma. Frecuentemente me acompañaba mi inglés y un *cicerone*; ignoro la religion á que pertenecian, pues ni uno ni otro se declararon cristianos en las iglesias, y si no me engaño obré con mucha más prudencia que ambos. El 8 de Enero, hallándome ocupado en mis correrías, oigo una voz que me llama en la calle; era un amigo de la infancia, Gustavo de Bussieres. Me alegré de este encuentro, pues mi aislamiento me fastidiaba: fuimos á comer en casa del padre de mi amigo, y en aquella dulce sociedad experimenté algo de esa alegría que se siente en una tierra extraña, al hallar los vivos recuerdos del pais natal: al entrar en el salon salia Mr. Teodoro de Bussieres, el hijo mayor de aquella honrada familia; no conocia personalmente al baron Teodoro, pero sabia que era amigo de mi hermano su homónimo; sabia que habia abandonado el protestantismo para hacerse católico, lo que era suficiente para que me inspirase una profunda antipatía. Sin embargo, como Mr. Teodoro Bussieres se habia dado á conocer por sus *Viajes á Oriente y á Sicilia* que acababa de publicar, me pareció conveniente ántes de continuar mi expedicion pedirle algunas indicaciones, y ya por este motivo y por simple política le manifesté mi intencion de hacerle una visita. Me contestó afectuosamente y añadió que acababa de recibir cartas del abate de Ratisbona, y que me indicaria el nuevo sobre para escribir á mi hermano. Le recibiré con gusto, le dije, aunque no usaré de él. No hablamos más, y al separarme de él sentí en mi interior la obligacion que habia contraido de hacer una visita inútil y de perder un tiempo de que tanto necesitaba. Continué recorriendo á Roma todo el resto del dia, excepto dos horas que pasaba por la mañana con Gustavo, y el descanso de la noche, que pasaba en los teatros ó en las tertulias. Mis conversaciones con Gustavo eran muy animadas, pues entre dos camaradas de colegio, los más pequeños recuerdos son origen de inagotables motivos de risa y de conversacion. Pero era celoso protestante y entusiasta, como lo son los pietistas de Alsacia, me elogiaba la superioridad de su secta sobre todas las demás

sectas cristianas, y procuraba convertirme, lo que me entretenia mucho, pues yo creia que solo los católicos tienen la manía del proselitismo. Le respondia por lo comun con chanzas; mas una vez para consolarle de sus vanas tentativas le prometí que si me daba en alguna ocasion la idea de convertirme me haria pietista; se lo aseguré y me hizo á la vez la promesa de asistir á las fiestas de mi casamiento en el mes de Agosto. Sus instancias para conservarme en Roma fueron inútiles. Otros amigos, Mr. Edmundo Humann y Alfredo Lotzbeck, se habian unido á él para invitarme á pasar el carnaval en Roma; pero no pude decidirme, temia desagradar á mi prometida, y Mr. Vigne me esperaba en Nápoles de donde debiamos partir el 20 de Enero. Aproveché pues las últimas horas de mi morada en Roma para acabar mis correrias. Me dirigí al Capitolio y visité la iglesia de Ara-Cœli: el aspecto imponente de esta iglesia los cantos solemnes que resonaban en su vasto recinto, y los recuerdos históricos despertados en mí por el mismo suelo que pisaba, todo hizo en mí una impresion profunda: me hallaba conmovido, admirado, extático, y percibiendo mi turbacion, me dijo mi cicerone mirándome con frialdad, que habia observado más de una vez esta emocion en los extranjeros que visitaban el Ara-Cœli. Al bajar del Capitolio, mi cicerone me hizo atravesar el Gheto ó cuartel de los judíos; allí sentí una emocion muy diferente, la compasion y la indignacion. Qué, me decia á mi mismo á la vista de aquel espectáculo, es esta la caridad de Roma que tanto se alaba? Me estremecí de horror y me pregunté si por haber muerto á un solo hombre hace diez y ocho siglos merece un pueblo entero un tratamiento tan bárbaro y prevenciones interminables? Ay! Entónces no conocia yo á este hombre, é ignoraba el grito sanguinario que habia lanzado aquel pueblo....; grito que no me atrevo á repetir aquí, y que no quiero decir: prefiero recordar aquel otro grito pronunciado en la cruz: *Perdonadlos, Dios mio, no saben lo que hacen!* Dí cuenta á mi familia de lo que habia visto y sentido: recuerdo haber escrito que preferia estar entre los oprimidos que en el campo de los opresores. Volví al Capitolio, y ví que habia mucho movimiento en Ara Cœli para una ceremonia del dia siguiente. Pregunté el objeto de aquellos preparativos, y se me contestó que se disponia la ceremonia del bautizo de dos judíos, MM. Constantini y Ancona. No puedo expresar la indignacion de que me llenaron estas palabras, y cuando me preguntó mi guia si queria asistir á ella: «¡Yo, exclamé, yo asistir á semejantes infamias! No, no! no podria dejar de precipitarme sobre los bautizantes y los bautizados!» Debo decir sin exageracion que jamás en toda mi vida habia estado tan enemistado con el cristianismo como desde la vista del Gheto: no perdonaba contra él los epígramas ni las blasfemias. Sin embargo, tenia que hacer dos visitas de despedida, y la del baron de Bussieres se me presentaba constan-

temente en la memoria como una triste obligacion que me habia impuesto gratuitamente; por fortuna no habia preguntado sus señas, y esta circunstancia me parecia decisiva, alegrándome tener una excusa para no efectuar mi promesa. Era el 15, y fuí á buscar mi billete á los coches de Nápoles; mi partida se retardó hasta el 17 á las tres de la mañana; me quedaban dos dias, los empleé en nuevas correrías; pero al salir de una librería donde habia visto algunas obras sobre Constantinopla, encontré en el Corso á un criado del padre de Mr. de Bussieres, que me saludó y se acercó á mi. Le pregunté las señas de Mr. de Bussieres, y me contestó con el acento alsacio: *Piazza Nicosia, núm.* 38. Tenia, pues, de buena ó mala gana que hacer esta visita, y sin embargo, resisti veinte veces todavia. Me decidí, por último: busqué la plaza Nicosia, y despues de muchas vueltas y rodeos, llegué al núm. 38; era precisamente la puerta inmediata al despacho de las diligencias, donde habia tomado mi asiento el mismo dia: habia andado bastante para llegar al punto de que habia partido, doble itinerario de una existencia humana, pero desde el mismo punto en que me encontraba entónces, debia partir otra vez para andar un camino diferente. Mi entrada en casa de Mr. Bussieres me causó mal humor; pues el criado, en vez de tomar la tarjeta que tenia en la mano, me anunció y me introdujo en la sala. Disimulé mi disgusto lo mejor que pude bajo la apariencia de una sonrisa, fuí á sentarme al lado de la señora baronesa de Bussieres, que estaba rodeada de sus dos niñas, graciosas y dulces como los ángeles de Rafael. La conversacion, vaga en un principio y ligera, no tardó en animarse por el ardor con que referí mis impresiones en la ciudad eterna. Miraba al baron de Bussieres como un devoto en el sentido malévolo que se da á esta palabra, y me alegraba tener ocasion de criticarle á propósito del estado en que se hallaban los judíos romanos. Esto me aliviaba, pero mis quejas llevaron la conversacion al terreno religioso. Mr. de Bussieres me habló de las grandezas del catolicismo; contesté con las ironías é imputaciones que con tanta frecuencia habia oido y leido; puse sin embargo un freno á mi impía verbosidad, por respeto á Mad. de Bussieres, y á la fe de las dos niñas que jugaban á nuestro lado. Por último, me dijo Mr. de Bussieres, puesto que detestais la supersticion y profesais doctrinas tan liberales, puesto que sois un espíritu fuerte tan ilustrado, ¿tendreis valor para someteros á una prueba bien inocente?—Qué prueba?—La de llevar sobre vos un objeto que voy á daros. Héle aquí. Es una medalla de la Virgen Santísima: os parecerá muy ridículo, ¿no es verdad? Pero en cuanto á mí doy un gran valor á esta medalla.—La proposicion confieso que me admiró por su pueril singularidad; pues no esperaba esta salida. Mi primer movimiento fué sonreirme encogiendo los hombros, pero se me ocurrió el pensamiento de que esta escena forma-

ria un delicioso capítulo en mis impresiones de viaje; y decidí tomar la medalla como un documento de conviccion que ofreceria á mi prometida. Dicho y hecho. Me pusieron la medalla al cuello, no sin dificultad, pues el nudo era demasiado corto, y la cinta no pasaba. Por último, á fuerza de tirar, tuve la medalla encima del pecho, y exclamé en un arranque de risa. Ah! ah! ah! heme aquí católico, apostólico, romano! Era el demonio quien profetizaba por mi boca. Mr. de Bussieres gozaba sencillamente de su victoria, y quiso obtener todas las ventajas. Ahora, me dijo, es necesario completar la prueba; se trata de recitar por mañana y noche el *Memorare*, oracion muy corta y eficaz que S. Bernardo dirigia á la Vírgen María. ¿Qué es eso del *Memorare*? exclamé: dejemos esas tonterías! pues en aquel momento sentia renovarse toda mi animosidad. El nombre de S. Bernardo me recordaba á mi hermano, que habia escrito la historia de este santo, obra que nunca habia querido leer; y este recuerdo despertaba á su vez todo mi resentimiento contra el proselitismo y el jesuitismo, y los que llamaba yo tartufos y apóstatas. Supliqué por lo tanto á Mr. de Bussieres que no pasase adelante, y burlándome sin embargo de él, sentí no tener una oracion hebráica que ofrecerle para que quedásemos iguales; pero ni la tenia ni la sabia. Mi interlocutor insistió sin embargo; me dijo que negándome á recitar esta corta oracion, hacia la prueba nula; y que probaba al mismo tiempo la realidad de la obstinacion de que se acusa á los judíos.—No quise dar grande importancia á esto, y dije:—Bien; os prometo recitar esa oracion; si no me hace bien, al ménos no me hará mal.—Y Mr. Bussieres fué á buscarla, invitándome á copiarla. Consentí, —pero á condicion, le contesté, que os remitiré mi copia y guardaré vuestro original.—Mi pensamiento era enriquecer mis notas con este nuevo documento justificativo. Estábamos, pues, ambos completamente satisfechos: nuestra conversacion en definitiva me habia parecido original, y me divirtió; nos separamos y fuí á pasar la noche en el teatro, donde olvidé la medalla y la oracion. Pero al entrar en mi casa encontré una tarjeta de Mr. de Bussieres, que habia venido á pagarme la visita, y me invitaba á volverle á ver ántes de mi partida. Tenia que devolverle su oracion, y ántes de partir al dia siguiente, hice mis maletas y mis preparativos, y despues me puse á copiarla. Se hallaba concebida en los términos siguientes: «Acordaos, oh piadosísima Vírgen María! de que nun»ca se ha oido decir que ninguno de los que han recurrido á vuestra pro»teccion, implorado vuestro socorro y pedido vuestro amparo, haya sido »abandonado. Lleno de esta confianza, vengo, oh Vírgen madre de las vír»genes, á arrojarme en vuestros brazos, y gimiendo bajo el peso de mis pe»cados, me postro á vuestros piés..... Oh Madre del Verbo! no desdeñeis mis »oraciones, escuchadlas favorablemente y atendedlas.» Habia copiado maqui-

nalmente estas palabras de S. Bernardo, casi sin atencion alguna, estaba cansado, la hora era muy avanzada y tenia necesidad de reposo. Al dia siguiente, 16 de Enero, hice firmar mi pasaporte y acabé las disposiciones de la partida, pero entre tanto repetia sin cesar las palabras de la oracion. ¿Cómo, Dios mio, se habian apoderado de mi espíritu tan fuerte, tan intimamente estas palabras? No podia defenderme de ellas; las recordaba continuamente, las repetia sin cesar, como esos aires de música que os persiguen, que os impacientan y que se murmuran á pesar de cuantos esfuerzos se hagan en contrario. Hácia las once me dirigí á casa de Mr. de Bussieres para devolverle su extraordinaria oracion. Le hablé de mi viaje á Oriente, y me dió excelentes noticias. Pero, exclamó de repente, es extraño dejeis á Roma en un momento en que todos vienen á ver las festividades de S. Pedro. Quizá no volvereis nunca, y sentireis haber perdido una ocasion que vienen á buscar otros muchos con tan ávida curiosidad. Le contesté que ya habia tomado y pagado mi asiento, y avisado á mi familia, que esperaba cartas en Palermo, que, por último, era demasiado tarde para variar mis disposiciones, y que partiria decididamente. Este coloquio fué interrumpido por la llegada del cartero, que traia á Mr. de Bussieres una carta del abate Ratisbona. Me la manifestó: la leí, pero sin interés alguno, pues no se trataba en aquella carta más que de una obra religiosa que Mr. de Bussieres estaba imprimiendo en París. Mi hermano además ignoraba que yo estuviese en Roma. Este episodio inesperado debia abreviar mi visita, pues yo evitaba hasta el recuerdo de mi hermano. Sin embargo, por una influencia incomprensible, decidí prolongar mi morada en Roma; concedí á las instancias de un hombre á quien apénas conocia, lo que habia negado obstinadamente á mis amigos y más íntimos compañeros. ¿Cuál era, pues, ¡oh Dios mio! este impulso irresistible que me obligaba á hacer lo contrario de lo que queria? ¿No era el mismo que me llevaba de Estrasburgo á Italia, no obstante las invitaciones de Valencia y de París; el mismo que me arrastraba de Nápoles á Roma, á pesar de mi decision de ir á Sicilia? ¿El mismo que en Roma, á la hora de mi partida, me obligó á hacer una visita que me repugnaba, miéntras carecia de tiempo para hacer otras muchas más de mi agrado? ¡Oh divina Providencia! Hay una influencia misteriosa que acompaña al hombre en el camino de la vida. Habia recibido al nacer el nombre de Tobías con el de Alfonso. Olvidé mi primer nombre, pero no le olvidó el ángel invisible, siendo el verdadero amigo que me habia enviado el cielo, aunque no le conocia. Ah! son tantos los Tobías que en este mundo no conocen ese guia celestial y que resisten á su voz! Mi intencion no era pasar el carnaval en Roma, pero queria ver al Papa, y Mr. de Bussieres me habia asegurado que le veria en S. Pedro el primer dia. Hicimos algunas excur-

siones juntos. Nuestras conversaciones tenian por objeto todo lo que heria nuestras miradas, ya un monumento, ya un cuadro, ora las costumbres del pais; y á estos diversos objetos se mezclaban siempre cuestiones religiosas. Mr. de Bussieres los traia tan sencillamente, é insistia con tanto ardor, que más de una vez en el secreto de mi pensamiento, me decia á mí mismo: que si alguna cosa podia alejar á un hombre de la religion, era la insistencia misma con que se procuraba convertirle. Mi alegría natural me hacia reir de las cosas más graves, y á mis chanzas se unia con frecuencia el fuego infernal de las blasfemias, en que no me atrevo á pensar hoy; de tal modo me asustan todavía. Y sin embargo, Mr. de Bussieres, al expresarme su dolor, permanecia frio é indulgente, y áun me dijo en una ocasion:—A pesar de vuestros arrebatos, tengo el convencimiento de que sereis algun dia cristiano, pues teneis un fondo de rectitud que me tranquiliza y me asegura de que sereis iluminado, aunque para ello tenga el Señor que enviaros un ángel.—Puede ser, le contesté, pues que de otra manera la cosa seria muy difícil.—Al pasar delante de la *Scala Santa*, Mr. de Bussieres se llenó de entusiasmo; se levantó en el coche, y descubriéndose la cabeza, exclamó con ardor:—¡Yo te saludo, santa escalera! ¡Hé aquí un pecador que te subirá algun dia de rodillas!—Expresar lo que produjo en mí este movimiento inesperado, este honor extraordinario hecho á una escalera, seria una cosa imposible: me reí como de una accion enteramente insensata, y cuando atravesamos despues la deliciosa villa Volkouski, cuyos jardines eternamente verdes estan cortados por el acueducto de Neron, levanté la voz á mi vez, y exclamé parodiando la primera exclamacion: «Yo os saludo, verdaderas maravillas de Dios! Delante de vosotros es donde hay que postrarse, y no delante de una escalera.» Estos paseos en coche se renovaron los dos dias siguientes, y duraron una ó dos horas. El miércoles 19, vi otra vez á Mr. de Bussieres, pero parecia triste y abatido, me retiré por prudencia sin preguntarle la causa de su disgusto. No lo supe hasta el dia siguiente al medio dia en la iglesia de S. Andrés. Sin embargo, en medio de la noche del 19 al 20 me desperté sobresaltado: veia fija delante de mí una grande cruz negra, de una forma particular, y sin Jesucristo; hice los mayores esfuerzos para alejar esta imágen, pero no podia evitarlo, y la encontraba siempre delante de mí, de cualquiera parte que me volviese. Ignoro cuánto tiempo duró esta lucha; me volví á dormir, y al dia siguiente al despertar no me acordaba ya. Tenia que escribir muchas cartas, y recuerdo que una de ellas, dirigida á la hermana de mi prometida, terminaba con estas palabras: *Dios os guarde*..... Despues he recibido otra carta de mi prometida, con la misma fecha de 20 de Enero, y por una singular coincidencia, esta carta terminaba con las siguientes palabras: *¡Dios nos guarde!*... Aquel estaba en

efecto bajo la custódia de Dios! Sin embargo, si me hubiera dicho alguno en la mañana de este dia: *Te has levantado judío, y te acostarás cristiano;* si me lo hubiera dicho alguno, le hubiera mirado como el más loco de los hombres. El jueves 20 de Enero, despues de haberme desayunado en el hotel y llevado por mi mismo las cartas al correo, fuí á casa de mi amigo Gustavo, el pietista, que habia vuelto de caza, excursion que le habia ocupado durante algunos dias. Se admiró de encontrarme en Roma; le expliqué el motivo, el deseo de ver al Papa.—Pero partiré sin verle, le dije, pues no ha asistido á las ceremonias de la cátedra de S. Pedro, donde se me habia hecho esperar que le encontraria.—Gustavo me consoló irónicamente hablándome de otra ceremonia sumamente curiosa, que debia verificarse, á lo que creo, en Santa María la Mayor; se trataba de la bendicion de los animales, que dió orígen á las burlas y epigramas que pueden suponerse entre un judío y un protestante. Nos separamos hácia las once, despues de habernos dado una cita para el dia siguiente, pues debiamos ir juntos á ver un cuadro que habia mandado hacer nuestro compatriota, el baron de Sotzbeck. Me dirigí á un café de la plaza de España para recorrer los periódicos, y apénas habia entrado cuando Mr. Edmundo Humann, el hijo del ministro de Hacienda, vino á colocarse á mi lado, y hablamos alegremente de París, las artes y la política. Poco despues se me acercó un amigo, era un protestante, Mr. Alfredo Sotzbeck, con quien tuve una conversacion más fútil todavía. Hablamos de caza, de placeres, de las diversiones del carnaval, de la brillante soirée que habia dado la víspera el duque de Torlonia. No podian olvidarse las fiestas de mi matrimonio, é invité á Mr. de Sotzbeck, que me prometió positivamente asistir á ellas. Si en aquel momento (era el medio dia) se hubiese acercado á mí un tercer interlocutor y me hubiese dicho: « Alfonso, dentro de un cuarto de hora adorarás á Jesucristo, tu Dios y tu Salvador, estarás postrado en una pobre iglesia, y herirás tu pecho á los pies de un sacerdote, pasarás el carnaval en un convento de jesuitas para prepararte al bautismo, pronto á inmolarte por la fe católica, y renunciarás al mundo, á sus pompas, á sus placeres, á la fortuna, á las esperanzas, á tu porvenir; y si es preciso renunciarás además á tu prometida, al afecto de tu familia, á la estimacion de tus amigos, á la adhesion de los judíos, y no aspirarás más que á seguir á Jesucristo y á llevar la cruz hasta la muerte; repito que si algun profeta me hubiera hecho una prediccion semejante, hubiera creido que no habia ningun hombre más insensato que él, á ménos que no hubiese alguno que creyera en la posibilidad de semejante locura. Y sin embargo, esta locura hace hoy mi dicha y mi felicidad. Al salir del café encontré el coche de Mr. Teodoro de Bussieres. Se detuvo, y fuí invitado á subir para dar un paseo. El tiempo era magnífico y acepté con placer. Pero Mr. de

Bussieres me pidió permiso para detenerse algunos minutos en la iglesia de S. Andrés, que se hallaba casi á nuestro lado, para una comision que tenia que desempeñar. Me propuso esperar en el coche, preferí salir para ver aquella iglesia. Estaban haciendo preparativos funerales, y me informé del nombre del difunto que debia recibir los últimos honores. Mr. de Bussieres me contestó: «Es para uno de mis mejores amigos, el conde de la Ferronays; su muerte repentina, añadió, es la causa de la tristeza que habeis debido observar en mí hace dos dias.» Yo no conocia al conde de la Ferronays; no le habia visto nunca y no sentí otra impresion que la de la pena bastante vaga que se siente siempre al saber una muerte repentina. Mr. de Bussieres se separó de mí para pedir una tribuna destinada á la familia del difunto. «No os impacienteis, me dijo al subir al claustro, será cosa de dos minutos.» La iglesia de S. Andrés es pequeña, pobre y poco concurrida...; creo haber estado en ella casi solo...; ningun objeto de arte llamó mi atencion; paseé maquinalmente mis miradas en derredor mio, sin detenerme en ningun pensamiento, únicamente recuerdo que habia un perro saltando y brincando delante de mis pasos: bien pronto desapareció este perro, desapareció toda la iglesia, no vi nada... ó más bien, Dios mio, ¡vi una sola cosa!... ¿Cómo podré referirla? ¡Oh! no, la palabra humana no debe proponerse explicar lo que es inexplicable; cualquiera descripcion, por sublime que pueda ser, no seria más que una profanacion de la inefable verdad. Me hallaba allí postrado, bañado en mis lágrimas, con el corazon atribulado, cuando me llamó á la vida Mr. de Bussieres. No podia responder á sus precipitadas preguntas, mas, por último, cogí la medalla que llevaba en el pecho, besé con efusion la imágen de la Virgen radiante de gracia... ¡Oh! ¡sin duda era ella! No podia responder, no sabia donde estaba, ignoraba si era Alfonso, ú otro; experimentaba un cambio tan completo, que me creia diferente de mí mismo; procuraba encontrarme, y no me encontraba. Estalló en el fondo de mi alma la alegría más ardiente, no podia hablar, no quise revelar nada; sentia en mí algo solemne y sagrado que me obligó á pedir un sacerdote. Se me condujo donde habia uno, y no hablé hasta despues de haber recibido la orden positiva, segun me fué posible, de rodillas y con el corazon tembloroso. Mis primeras palabras fueron palabras de reconocimiento hácia Mr. de la Ferronays (1); habia pedido por mí, pero no puedo decir cómo lo supe, como tampoco podia dar cuenta de las verdades de que habia adquirido fe y conocimiento. Todo lo que puedo decir es que en el mo-

(1) El conde de la Ferronays, despues de haber edificado á Roma con sus virtudes y con la piedad que manifestó en los últimos años de su vida, murió el 17 de Enero por la noche. La víspera habia comido en casa del príncipe Borghese, donde Mr. de Bussieres recomendó al jóven israelita á las oraciones de Mr. de la Ferronays, quien manifestó el más vivo interés por esta conversion.

mento de la accion cayó de mis ojos la venda, no una sola venda, sino toda la multitud de vendas que me habian cegado desaparecieron sucesiva y rápidamente, como el lodo y el hielo bajo la accion de un ardiente sol. Salia de una tumba, de un abismo de tinieblas, y estaba vivo, verdaderamente vivo... ¡Pero lloraba!... ¡Veia el fondo del abismo de miserias extremas de que habia sido sacado por una misericordia infinita! ¡Temblaba á la vista de todas mis iniquidades, y estaba estupefacto, enternecido, anonadado de admiracion y de reconocimiento... Pensaba en mi hermano con una indecible alegría, pero á mis lágrimas de amor se mezclaban lágrimas de compasion! ¡Ah! ¡Bajan tantos hombres tranquilamente á este abismo, con los ojos cerrados por el orgullo y la indiferencia! ¡Bajan á él, se sumergen vivos en las horribles tinieblas; y mi familia, mi prometida, mis pobres hermanas! ¡Oh! ¡terrible ansiedad! ¡Cómo pensaba en vosotras, en vosotras á quienes amo! En vosotras á quienes consagraba mis oraciones... ¿No levantareis los ojos al Señor del mundo, cuya sangre ha borrado el pecado original? ¡Oh! ¡qué horrible es la huella de esta mancha! Deja completamente desconocida á la criatura, hecha á imágen y semejanza de Dios. Se me pregunta cómo he sabido estas verdades, pues es cierto que nunca he abierto libro alguno de religion, que jamás he leido una sola página de la Biblia, y que el dogma del pecado original, totalmente olvidado ó negado por los judíos de nuestros dias, jamás habia ocupado un solo instante mi pensamiento; me parece que ni áun le he conocido de nombre. ¿Cómo he llegado á obtener este conocimiento? No podré decirlo; todo lo que sé, es que al entrar en la iglesia lo ignoraba todo, y que al salir lo veia claro; no puedo explicar este cambio más que por medio de la comparacion de un profundo sueño, ó bien por la analogía de un ciego de nacimiento que viese de repente la luz; ve, pero no puede definir la luz que le alumbra, y en el seno de la cual contempla los objetos de su admiracion; ¿si no puede explicarse la luz física, cómo se podria explicar una luz que en el fondo no es más que la misma verdad? Creo ser exacto al decir que no tenia ningun conocimiento de la letra, pero que entreveia el espíritu y el sentido de los dogmas; sentia estas cosas más bien que las veia, y las sentia por los efectos inexplicables que produjeron en mí. Todo pasaba en mi interior, y estas impresiones, más rápidas mil veces que el pensamiento, mil veces más profundas que la reflexion, no solo habian conmovido mi alma, sino que la habian como vuelto y dirigido en otro sentido, hácia otro objeto y una nueva vida. Me explico mal, pero es en vano pretender que se encierren en palabras estrechas y secas sentimientos que apénas puede contener el mismo corazon! Pero prescindiendo de este lenguaje inexacto é incompleto, el hecho es que me hallaba en cierta manera como un ser desnudo, como una tabla rasa... El mundo no era nada

para mí, las prevenciones contra el cristianismo no existian ya, las preocupaciones de la infancia no habian dejado en mi la menor huella: el amor de mi Dios habia de tal manera ocupado el lugar de cualquiera otro amor, que mi misma prometida se me aparecia bajo un nuevo punto de vista. La amaba como se amaria á un objeto que tiene Dios entre sus manos, como un don precioso que hace amar todavía más al donador. Repito que conjuré á mi confesor el Rdo. P. de Viellefort y á Mr. de Bussieres para que guardasen un secreto inviolable sobre lo que me habia acaecido. Quise encerrarme en un convento de cartujos, para no ocuparme más que de las cosas eternas: y tambien, lo confieso, pensaba que en mi familia y entre mis amigos se me creeria loco, se me pondria en ridículo, y que seria por lo tanto mucho mejor huir completamente del mundo y de sus críticas. Los superiores eclesiásticos me manifestaron sin embargo que el ridículo, las injurias y los falsos juicios formaban parte del cáliz de un verdadero cristiano; me invitaron á beber este cáliz, y me dijeron que Jesucristo habia anunciado á sus discípulos sufrimientos, tormentos y suplicios. Estas graves palabras, léjos de desanimarme, aumentaron mi alegría interior; me sentia pronto á todo, y solicitaba con ardor el bautismo; se quiso retardarle: —Pero, exclamé, los judíos que oyeron la voz de los apóstoles, fueron bautizados inmediatamente, y quereis hacerme esperar despues de haber oido á la Reina de los apóstoles? Mis emociones, mis vehementes deseos, mis súplicas enternecieron á los caritativos varones que me habian recogido, y me hicieron la promesa de concederme el bautismo. Casi no podia esperar el dia fijado para la realizacion de esta promesa; tan disforme me parecia á mí mismo en la presencia de Dios. ¡Y sin embargo, cuánta bondad, cuánta caridad no se me ha manifestado durante los dias de mi preparacion! Habia entrado en el convento de los PP. Jesuitas para vivir en el retiro, bajo la direccion del Rdo. P. de Viellefort, que alimentaba mi alma con todo lo más suave y afectuoso que tiene la palabra divina! ¡Este siervo de Dios no es un hombre, es un corazon, es una personificacion de la caridad celestial! Pero apénas habia abierto los ojos, cuando descubrí al rededor mio otros muchos hombres de este mismo género, de que el mundo no hace caso. ¡Dios mio, cuánta bondad, cuánta delicadeza y gracia hay en el corazon de estos verdaderos cristianos! Todas las noches durante mi retiro, el venerable superior general de los jesuitas venia á verme, y vertia en mi corazon un bálsamo celestial. Me decia algunas palabras, y estas palabras parecian abrirse y engrandecerse en mí á medida que las escuchaba, y me llenaba de alegría, de luz y de vida. Este sacerdote, tan humilde y á la vez tan poderoso, hubiera podido muy bien no hablarme, pues solo su presencia producia en mí el efecto de la palabra; todavía hoy me basta su recuerdo para volver á la presencia de

Dios y encender mi más vivo reconocimiento; necesitaria un corazon mucho mayor y cien bocas para decir el amor que siento hácia esos hombres de Dios: hácia Mr. Teodoro de Bussieres, que ha sido el ángel de María; hácia la familia de la Ferronays, á la que tengo una veneracion y un afecto superior á todo encomio. El 31 de Enero llegó por fin, y no solo algunas almas, sino toda una muchedumbre de almas piadosas y caritativas me rodearon en cierta manera con su ternura y simpatías. ¡Cómo me alegraria podérselo reconocer y agradecer! Ojalá rueguen siempre por mí, como ruego yo por ellas! Oh Roma! Cuánta gracia he encontrado en tu seno! —La madre de mi salvador lo habia dispuesto todo de antemano, pues habia hecho venir á un sacerdote francés para hablarme en mi lengua materna; fué este Mr. Dupanloup, cuyo recuerdo se unirá toda mi vida á las emociones más vivas que he experimentado. Dichosos los que le han oido! pues los ecos de su poderosa palabra, que se han repetido despues, no darán nunca el efecto de su misma palabra; Oh! sí, yo sentia que era inspirada por aquella misma que formaba el objeto de su discurso. No referiré las demás circunstancias de mi bautismo, mi confirmacion y mi primera comunion, gracias inefables que recibí á la vez en el mismo dia de manos de S. E. el Cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad. Tendria demasiado que decir si me entregára á mis inspiraciones, si repitiese lo que he visto, oido y sentido....; si recordase sobre todo la caridad que se me ha prodigado. Nombraré aquí únicamente al Eminentísimo Cardenal Mezzofante. El Señor ha dotado á este personaje del don de las lenguas como una recompensa concedida á un corazon que es todo para todos. Otro postrer consuelo me estaba reservado. Recordareis cúan grande era mi deseo de ver al Santo Padre, deseo ó más bien curiosidad que me habia detenido en Roma. Pero estaba léjos de rezelar las circunstancias en que se realizaria este deseo, pues fuí presentado al padre comun de todos los fieles en calidad de hijo recien nacido á la Iglesia. Me parece que desde mi bautismo sentí hácia el Soberano Pontífice el respeto y amor de un hijo; me creí pues muy dichoso cuando se me anunció que se me conduciria á esta audiencia bajo la proteccion del Rdo. P. general de los Jesuitas: pero temblaba sin embargo, pues no me habia presentado nunca delante de los grandes del mundo, y estos grandes me parecian entónces bien pequeños en comparacion de esta verdadera grandeza. Confieso que todas las majestades del mundo me parecian concentradas en el que posee aquí bajo el poder de Dios, en el pontífice que por una sucesion no interrumpida remonta hasta S. Pedro y el gran sacerdote Aaron; el sucesor del mismo Jesucristo, de quien ocupa la inamovible cátedra. No olvidaré nunca el temor que me oprimia al entrar en el Vaticano, al atravesar tantos vastos patios, tantas salas imponentes que conducian á la cámara

del Pontífice. Pero toda esta ansiedad desapareció y cedió su lugar á la sorpresa y al asombro, cuando le vi por mí mismo, tan sencillo, tan humilde y tan paternal! No era un monarca, sino un padre cuya extremada bondad me trataba como á un hijo querido! ¿Sucederá así, Dios mio, el último dia cuando haya de presentarme delante de vos para dar cuenta de las gracias recibidas? Tiembla uno al pensamiento de la grandeza de Dios y se teme su justicia; pero á la vista de su misericordia renacerá sin duda la confianza, y con la confianza un amor y un reconocimiento sin límites. Reconocimiento! Tal será en adelante mi ley y mi vida! No puedo expresarle con palabras, pero procuraré expresarle con obras. Las cartas de mi familia me devolvian la libertad. Esta libertad se la he consagrado á Dios, y se la ofrezco desde ahora con mi vida entera para servir á la Iglesia y mis hermanos bajo la proteccion de María.—*Alfonso María Ratisbona.*» El hecho extraordinario de la conversion repentina de Mr. Ratisbona ha recibido la autenticidad de milagro por el documento siguiente. «En nombre de Dios, así sea.—El año de nuestro Señor y Salvador Jesucristo de mil ochocientos cuarenta y dos, de la indiccion romana el décimoquinto, el año duodécimo del pontificado de N. S. P. el Papa Gregorio XVI, el tercer dia de Junio. En presencia del Eminentísimo y Reverendísimo Sr. Constantino, Cardenal Patrizi, Vicario general de N. S. P. el Papa, en la ciudad de Roma, Juez ordinario del Tribunal de Roma y de su territorio, ha comparecido el Reverendísimo Francisco Arivitti, Promotor fiscal en el Tribunal del Vicariato, delegado especialmente por el Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Vicario, para examinar é interrogar los testigos relativamente á la verdad y autenticidad de la maravillosa conversion del judaismo á la religion católica, que ha obtenido por intercesion de la bienaventurada Vírgen María, Alfonso María Ratisbona, de Estrasburgo, de veintiocho años de edad, entónces en Roma. Cuyo promotor declara haberse decidido á satisfacer con toda la solicitud y el celo de que es capaz, el deber de que se halla encargado, y ha adoptado con diligencia; dice haber sometido á un exámen formal á los testigos, en número de nueve, que todos, interpelados juridicamente han manifestado en su relacion, llena de sinceridad, una unanimidad maravillosa en todo lo que se refiere, ya á lo sustancial del hecho, ya á los resultados de este admirable suceso. Por lo cual asegura que está convencido, que no queda nada que desear para reconocer aquí el carácter de un verdadero milagro. Remite, sin embargo, la decision completa del asunto á Su Eminencia Reverendísima, que despues de haber visto y examinado las actas, los interrogatorios y documentos, se dignará intervenir con un *decreto* definitivo, segun lo juzgue conveniente al Señor.—En su consecuencia, despues de haber oido esta relacion y tomado conocimiento del proceso; vistos los inter-

rogatorios de los testigos, sus respuestas y noticias; habiéndolas considerado con atencion y madurez, despues de haber oido los pareceres de los teólogos y de otras personas piadosas, segun la forma indicada por el Concilio de Trento (sesion XXV, *de la invocacion y de la veneracion de los santos, de sus reliquias y de las santas imágenes*), el Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Vicario en la ciudad ha dicho, pronunciado y definitivamente declarado que consta plenamente el verdadero é insigne milagro operado por Dios bueno y grande, por la intercesion de la bienaventurada Vírgen María, en la conversion instantánea y completa de Alfonso María Ratisbona del judaismo. Y porque es honroso revelar y confesar las obras de Dios (*Tobías*, capítulo 12, versículo 7.) Su Eminencia se digna permitir que para mayor gloria de Dios y para aumentar la devocion de los fieles á la bienaventurada Vírgen María, pueda imprimirse y publicarse la relacion de este insigne milagro, y que tenga autoridad. —Dado en el palacio del Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal, Vicario de la ciudad y Juez ordinario, los dias, mes y año de arriba. *Firmado*, *C.* Cardenal Vicario. —Camilo Diamilla, Notario Diputado. —Conforme con el original. *Firmado*, José Canciller. —Tarnassi, Secretario.» Esta conversion fué muy célebre y dió orígen á una multitud de folletos en que se hicieron de ella diferentes apreciaciones. —S. B.

RATISBONA (Teodoro), predicador francés, nació el 28 de Diciembre de 1802 en Estrasburgo, donde su padre era presidente del consistorio israelita. Hacia poco tiempo que se habia recibido de abogado, cuando en 1826 le convirtió á la religion católica el abate Bautain. Despues de haberse ordenado entró en la Compañía de Jesus, donde fué sucesivamente profesor en el pequeño seminario y vicario de la catedral de Estrasburgo, misionero apostólico y superior y general de la Obra de nuestra Señora de Sion, que fundó él mismo en 1842 en memoria de la conversion de su hermano Alfonso María. El mismo nos ha dejado el relato de la historia de su conversion en la introduccion de la *Filosofía del Cristianismo*. «Mi vida pasada se me aparece hoy como un sueño penoso; mi memoria necesita esforzarse para recordar sus principales hechos. Individuo de la familia Cerfberr, que ocupaba el primer rango entre los judíos de la provincia, fuí educado si no en la religion al ménos segun las tradiciones y las costumbres judáicas; no recibí otros principios morales que los ejemplos de una madre virtuosa, ni otras lecciones dogmáticas que las que me hablaban de la fe en un Dios único, á quien hay que temer y adorar, esperando la venida del Mesías, que debia llevar á nuestra nacion triunfante á la tierra santa. En mi infantil sencillez esperaba en efecto á ese Mesías, y deseaba su venida; pero no pudiendo comprender despues el por qué debia venir y el por qué no venia, y hallándome

por otra parte muy bien en mi suelo natal, no di á este dogma la mayor importancia. A medida que se fortificó mi razon, sacudí el yugo de las observancias religiosas; y la poca dignidad que reconocia en la sinagoga y en los hombres que veia reunidos en ella, dieron ámplia materia á mis sarcasmos y á mi crítica. Bien pronto me avergoncé del nombre de judío, y me retiré de su asamblea. Mi padre, aunque presidente del consistorio, no se dirigia á él más que cuando se veia obligado por alguna fiesta solemne. Me dejó siempre libre. La primera parte de mi juventud pasó sin extravíos ni tempestades por una proteccion divina enteramente especial; me hallaba detenido por una especie de virtud instintiva, fundada únicamente en las palabras y en los ejemplos de mi madre, á quien queria con la mayor ternura; su solo recuerdo me servia de una égida contra el mal. Contaba diez y seis años cuando tuve la desgracia de perderla, y aunque solo entónces en París, libre y sin vigilancia de ningun género en una de las principales casas de banca, viví muchos años separado de los placeres del mundo y de sus peligros; huia de la sociedad, me negaba á todas las distracciones; tan viva y continua era la afliccion que me habia causado la muerte de mi madre. Este duelo profundo de mi corazon contribuyó mucho á aficionarme á las cosas sérias, y á inspirarme aversion por las que pasan y no dejan más que remordimientos. Llegaba esto al punto de que las fiestas, los espectáculos y la música, en que no vacilé despues en tomar parte, me entristecian hasta hacerme derramar lágrimas. ¡Oh! cuán necesaria me era en aquella época una palabra religiosa! Cuánto me hacia sufrir un indefinible malestar! Tenia necesidad de amar, y estaba dispuesto á inflamarme por cualquiera alma amante; me unia estrechamente á mis amigos, á mis maestros, á las personas con quienes vivia, deseando ser amado y comprendido, aunque no me comprendiera yo á mí mismo. Tenia de diez y ocho á diez nueve años, y pasaba mi vida en una romántica melancolía; permanecia con más gusto en el campo que en París; estaba con frecuencia solo, y pensaba en Dios, en la religion, en un objeto vago que pudiera coresponder á las necesidades de mi alma. Hubiera deseado ser piadoso; pero ignoraba lo que es la piedad, no sabia orar. No conocia ningun hombre, ningun libro que pudiera enseñarme las cosas eternas; hubiera por otra parte huido con horror de los que me hubiesen hablado del cristianismo, á que miraba por preocupacion como una idolatría; y en cuanto al judaismo, estaba disgustado, avergonzado de él, le miraba como una barrera entre Dios y yo. Sin embargo, mi padre me llevó á Estrasburgo y me empleó en su casa, donde me hallaba destinado á sucederle en los negocios de banca. Me agradaba seguir las lejanas ramificaciones del comercio, y leer sus multiplicadas correspondencias. En cuanto al objeto de comercio propiamente dicho, apénas me inte-

resaba; me era indiferente el resultado de los negocios, y no me cuidaba ni de los intereses ni de los beneficios; pues nunca he sido aficionado al dinero. Pero entónces comencé á buscar la sociedad, los placeres, los viajes de diversion, y á los veinte años era de consiguiente solicitado con propuestas de matrimonio; pues entre los judíos hay personas que tienen el oficio de reunir á las partes contratantes, y estas personas me asediaban, por decirlo así, con todo el ardor que les inspiraba el celo de la ganancia. Escapé, no sé cómo, á todos los ataques de este género. No es decir que no tuviese inclinacion al matrimonio; esta posicion me parecia entónces la más digna del hombre, y era bastante sencillo para esperar que en la familia en que entrase encontraria una madre, pues este nombre era siempre para mí un nombre de ternura y de afecto puro. Entreveia en el matrimonio la perspectiva de una dicha, que me parecia asegurada; pero ántes de gozar de ella queria conocer el mundo, y pasaba algun tiempo en medio de sus risueñas y engañosas ilusiones. Un trabajo misterioso se operaba, sin embargo, en el fondo de mi conciencia. Vivia sin religion, y no buscaba ni el bien ni el mal, pero me decia con frecuencia: Tengo veinte años, é ignoro porqué existo en el mundo. ¿Qué es, pues, este hecho singular á que se llama vida? ¿Cuál es el objeto por que he sido colocado en la tierra? Estas preguntas, que revelaban otras mil y engendraban mil teorías, se apoderaron de mi alma hasta el punto de que no tardaron en ocuparme casi exclusivamente. Crei que debia haber en alguna parte del mundo una escuela, un santuario donde me fuese revelado el secreto de las cosas presentes y futuras; oí hablar de los misterios de ciertas sociedades; me hice protestante; quise afiliarme con la buena fe de un ardiente neófito; pero ninguna voz respondió á mis preguntas ni á mis necesidades. Leí á Rousseau, y devoré sin discernimiento todas las opiniones, todas las paradojas de este mágico pedagogo; me hice austero, extraño en mi conducta; estaba inclinado á desear la ciencia como mi nuevo maestro, no solo en las especulaciones, sino tambien en la práctica, pues una vez admitido el principio en bien como en mal, no retrocedí delante de ninguna consecuencia. Crei, por lo tanto, que se hallaria en la filosofía la solucion de mis dudas, y me rodeé de las obras que más se elogiaban entónces: leí á Locke, Voltaire, Volney y todo lo más seductor y monstruoso que ha producido el siglo XVIII. ¡Oh tristes recuerdos! Cuán léjos me hallaba entónces del camino á que sin yo saberlo me dirigia la Providencia! Unicamente me cautivaba el amor del estudio; obtuve de mis padres, aunque no sin trabajo, el permiso de consagrarme á mis tareas favoritas, y me retiré completamente de los negocios y de los placeres, encerrándome en la parte más retirada de la casa, donde procuré vivir como filósofo, murmurando del mundo con Rousseau, no sabiendo, no durmien-

do y no comiendo más que lo necesario para sostener el cuerpo, pues sin saber porqué, queria domarle como un esclavo. Rompiendo, por último, mis relaciones con los jóvenes de mi edad, solo tenia un deseo: el de encontrar el objeto ó el porqué de mi existencia. Pero en realidad yo mismo no presentia este objeto, no tenia otro guia que mi razon delirante y algunos malos libros; leia mucho, ó más bien vagaba solo en el campo, y alguna vez me halló de pie la venida del dia, esperando los rayos de la aurora despues de las fatigas de una noche entera, pasada en interrogar la naturaleza muda, las estrellas que no me decian nada y el misterio de las tinieblas. Estaba cansado de mí mismo y de mis vanas teorías. A fuerza de razonar sobre el bien y el mal, sobre el poder y la impotencia de Dios, y sobre el problema del universo, llegué á ser, si no un ateo, escéptico al ménos en el postrer grado; no podia creer en un Dios sordo y mudo; la vida llegó á ser un peso para mí y el mundo me parecia una escena ridícula. Habia murmurado contra Rousseau, reíme ya con Voltaire, pero esta risa era la risa de Satanás. Para colmo de desgracia recurrí á hombres que pasaban por instruidos, y que me confirmaron en mi desoladora incredulidad. Me aplaudieron, y aumentaron con sus sarcasmos el disgusto que desde la niñez se me habia inspirado contra el cristianismo. No refiero estos hechos más que para demostrar el abismo en que me encontraba. En uno de aquellos momentos de profundo dolor me sentí arrastrado de una fuerza interior que me llevaba á hacer una peticion al Dios de mi infancia, y exclamé con toda la amargura de mi alma: *Oh Dios! si realmente existes, dame á conocer la verdad, y de antemano juro consagrarte mi vida.* Entónces quedé más pacífico y tranquilo. Resolví abandonar á Estrasburgo para terminar en Paris mis estudios de derecho, esperando hallar en las lecciones de los más célebres profesores lo que faltaba á mi espíritu y á mi corazon. Llegué á últimos del año 1822, me establecí completamente solo en el barrio de los estudios; era libre, dueño de mí mismo y muy exaltado en mis opiniones liberales. Pero apénas habia comenzado á realizar mis proyectos de estudios, cuando se apoderó de mí una inexplicable tormenta, y una voz interior, más fuerte que todo lo que habia leido hasta entónces, me gritaba sin cesar: —Es preciso volver á Estrasburgo.— Luché contra esta extraña inspiracion. Además de los motivos que habian decidido mi reciente partida, me retenian en París razones de amor propio. Acababa de llegar, de instalarme, me exponia al ridículo volviendo tan pronto al seno de mi familia, á la que habia dicho á Dios por mucho tiempo; por último, nada justificaba mi regreso, pero mi conciencia lo exigia imperiosamente, y á todas mis razones la voz interior no contestaba más que una palabra: —Estrasburgo. —Partí, pues, y debo decirlo, estaba confuso; pero habia llegado el momento en que la Providencia iba á apoderarse más visi-

blemente de la direccion de mi vida; las penas y los disgustos me habian hecho más sensible, y me hallaba en la desesperada situacion de un hombre que despues de haber combatido largo tiempo con las olas, se deja por último arrastrar por la corriente, y no tiene fuerza para resistir á la mano bienhechora que le coge para arrancarle á la muerte. Apénas habia regresado á Estrasburgo, cuando un jóven á quien no habia visto nunca, se me acerca en la Academia y me propone seguirle á un curso particular de filosofía que va á explicar Mr. Bautain. No conocia á Mr. Bautain más que de vista y por su reputacion; me habia sentido algunas veces inclinado interiormente á dirigirme á él para pedirle algunas soluciones filosóficas; pero no me habia atrevido. En cuanto al jóven estudiante que acababa de hacerme esta proposicion, no le conocia; ignoraba que era israelita; no rezelaba que seria pronto mi amigo, mi hermano en Jesucristo, mi colega en el sacerdocio! Era Julio Lewel, estudiante entónces de derecho. Acepté en el acto la proposicion que se me hacia, pues miraba siempre la filosofía como el único recurso que me quedaba; en cuanto á la religion me disgustaba, y tenia tanto horror á la mia como á todas las demás. Comenzamos, pues, en 1823 el curso de filosofía que Mr. Bautain consintió en explicarnos; no éramos en este primer curso más que cuatro discípulos, un ruso griego, un irlandés católico y dos judíos. Todos cuatro escuchamos con placer la palabra sencilla y vivificante, que brotaba en abundancia del corazon de nuestro maestro. Esta no era una enseñanza vulgar, era una verdadera iniciacion en los misterios del hombre y de la naturaleza. Oiamos con sorpresa, con admiracion, el desarrollo de esta verdad universal, que bebia el maestro en la fuente viva de las Sagradas Escrituras, donde su palabra recibia fuerza, virtud y poder. Esta enseñanza hacia algo más que ilustrar mi inteligencia; daba vigor á mi corazon y movimiento á mi voluntad; hacia fundirse el hielo que cubria mi alma; por último, la influencia del cristianismo me rodeaba por todas partes, y me penetraba sin que tuviese conciencia de ello, pues no hubiera tenido valor para buscarla de frente. Una excursion que hice á últimos de este curso á Suiza é Italia, me dió ocasion de entrar en correspondencia con mi maestro, y desde este viaje se establecieron entre nosotros relaciones más íntimas, comunicaciones más seguidas. Comenzamos el curso de filosofía en 1824. Este segundo curso fué más numeroso que el del año anterior, y yo llevé á mi amigo de la infancia, Isidoro Goschler, cuya suerte permaneció en lo sucesivo estrechamente unida á la mia. Entramos en más intimidad con nuestro afectuoso maestro, y con Mr. Adolfo Carl, el más antiguo y el más digno de sus discípulos. Habia yo encontrado el camino que conduce á esa verdad tantas veces invocada, y la veia entónces accesible á todos los que se dirigen á ella! Me parecia encontrarla en mí, fuera

de mí, al rededor mio; no concebia ya la indiferencia de los hombres que creen en esta verdad y se divierten, sin embargo, como niños en la plaza pública de este mundo, olvidando que la vida no es más que un camino, una via, una travesía para llegar á un objeto más sublime y glorioso. ¿Pero cómo expresar los combates que tuve que sostener con mis preocupaciones, mis recuerdos de infancia y mi anticristiana repugnancia? No eran afecciones racionales las que tenia que combatir; eran las angustias de una conciencia judáica las que debia acallar; el cristianismo habia entrado en el fondo de mi corazon sin saberlo mi espíritu; el fuerte interior estaba tomado, pero la plaza admirada difícilmente queria rendirse; y de aquí las luchas secretas que eran el preludio de los asaltos más terribles que tenia que sostener en el exterior. ¡Cosa rara! creia ya en Jesucristo; y sin embargo, no podia decidirme á invocarle, á pronunciar su nombre: tan profunda é inveterada es entre los judíos la aversion hácia este sagrado nombre. Una singular circunstancia puso á prueba mi fe. Caí enfermo en una fonda suiza, y mi imaginacion, herida por funestos presagios, me hacia creer en una muerte repentina. Grandes nubes cubrian mi espíritu, y en el momento decisivo ignoraba el Dios que debia invocar. Era presa de las más crueles perplejidades; mi alma era como un campo de batalla en que mi fe antigua y mi nueva fe chocaban con fuerza; no me atrevia á rezar, temia ofender al Dios de Abrahan invocanlo al Dios de los cristianos. La oscuridad era grande, pero triunfó la luz de la gracia. El nombre de Jesus salió de mi boca como un grito de dolor. Era por la tarde, y á la mañana siguiente habia desaparecido mi fiebre, y estaba tan bueno que continué en el mismo dia mi camino. Desde aquel dia fué dulce para mí el pronunciar el nombre de Jesus; le rogaba con confianza, me atrevia á invocar á la Santísima Vírgen y á llamarla madre mia. Jesucristo habia ganado mi alma, y no aspiré más que á recibir el bautismo, cuya necesidad me era evidente; pero la Providencia me habia colocado en una situacion delicada, que exigia una conducta reservada y prudente. Mi padre deseaba que me encargase de la direccion de las escuelas judías del consistorio. Era muy costoso á mi naciento fe, y tambien á mi viejo amor propio, aceptar esta mision que iba á ponerme en relaciones con todo lo más ignoble que encierra la sinagoga; pero los consejos de mi maestro, la perspectiva del bien que podria hacer, y sobre todo la necesidad de trasmitir la luz que habia recibido, me decidieron á aceptar esta obra de beneficencia, á la que me consagré desde entónces completamente. Habia concluido mis estudios en derecho, y me habia recibido de abogado en el tribunal real de Colmar; pero no habiendo seguido estos estudios más que por consideraciones de vanagloria y ambicion, creí deber renunciar al foro, como habia renunciado al comercio, y me dediqué al es-

tudio de las ciencias naturales y médicas para marchar por las huellas de MM. Bautain y Carl. Mis dos compañeros israelitas hicieron otro tanto, y esta comunidad de ocupaciones estrechó nuestra union. Nuestro ánimo era ejercer algun dia gratuitamente la medicina, y poner á contribucion la suma de nuestros conocimientos en beneficio de los pobres; teniamos todos un vago deseo de hacer bien y de consagrarnos á una obra saludable; pero ninguno de nosotros presentia la vocacion más elevada á que, sin saberlo, le destinaba Dios. Pasaré en silencio las repetidas tentativas de mi familia para fijarme en el mundo. El cuidado de las escuelas israelitas me tenia casi completamente cautivo; el éxito de esta obra excedió á mis esperanzas, y la accion que ejercí en la comunidad judía era una especie de poder. Habia, en efecto, una bendicion visible, unida á nuestras nuevas instituciones; todo salia bien, todo prosperaba; las escuelas fueron regeneradas. Nosotros mismos dábamos las lecciones. Predicábamos todos los sábados, y la palabra no es demasiado fuerte en presencia de un auditorio israelita, que llenaba nuestra sala para oir una palabra de verdad; saboreábanla los padres lo mismo que los hijos, y parecia entraban en una era nueva. Se fundó una sociedad de fomento para el trabajo, que existe todavía; otra sociedad, compuesta de señoras, realizaba nuestras miras en la educacion de las niñas; la sinagoga, por último, cristianizada sin saberlo, como lo habiamos sido nosotros mismos, parecia obedecer á nuestro impulso con un reconocimiento de que ofrece pocos ejemplos la historia de los judíos; se nos miraba como á salvadores, se nos celebraba en prosa y verso, se exaltaba nuestro sacrificio. Ah! hubiéramos sido capaces de él, si no hubiese germinado en nuestros corazones la fe cristiana? Ignoraban nuestros admiradores la influencia poderosa que da el conocimiento de Jesucristo, y ni áun sospechaban el nombre de esta gracia, que nos preservaba á la vez del desaliento en las dificultades y del orgullo en la buena fortuna. Se pueden leer los pormenores de lo que pasó entónces entre los judíos y la historia de sus instituciones en los discursos que pronunciamos en el ayuntamiento en 1826 y 1827. Los cristianos pudieron reconocer entónces el espíritu que nos animaba: los judíos no vieron mas que hermosos discursos. Esta obra se continuaba, pues, con un éxito siempre creciente, y no se podia preveer lo que vendria á ser algun dia. Pero nuestra fe cristiana maduraba tambien, y nos hacia sentir la necesidad de participar del culto de una religion viva. Nos hallábamos en la necesidad de no poder declararnos francamente cristianos, y de vernos obligados por nuestra posicion singular á comprimir esta fe que reclamaba un alimento y que tenia necesidad de traslucirse al exterior. ¡Oh qué deseo tenia de ser cristiano! ¡Cuán grande era mi alegría cuando asistia furtivamente á alguna solemnidad de la Iglesia! No olvidaré nunca las grandes

emociones que experimenté cuando asistí por primera vez en un dia festivo á una misa solemne! Cuando oí los cánticos sagrados, cuyos religiosos acordes resonaban en mi alma como un dulce eco de la oracion y el amor; cuando elevando mis tímidas miradas, desde el fondo del templo, en que me hallaba oculto, vi de repente al sacerdote colocado en lo alto del altar exponiendo el Santísimo Sacramento, su blanca cabeza se ocultaba entre las nubes de incienso, y su ancha y brillante vestidura me parecia de fuego. Ignoraba de dónde habia salido y cómo se hallaba elevado en el aire; creí que era levantado por la aromática nube, le tomé por un ser celestial. Este espectáculo era nuevo para mí: no puedo explicar el profundo sentimiento que ha dejado en mi alma: al salir de la iglesia creia descender del cielo á la tierra: habia visto el culto cristiano en todo su esplendor. Todas las ideas del sacrificio de Jerusalen y de la magnificencia del templo venian á unirse á la celebracion del sacrificio no sangriento; hallábame trabajado por pensamientos extraños; me parecia que el mundo no era más que un templo de ídolos, y que solo en la iglesia era donde se hallaban los adoradores del verdadero Dios. Caminaba de esta manera de claridad en claridad, y cada una de mis facultades hallaba alguna cosa á su necesidad en la doctrina cristiana; mi imaginacion saboreaba la poesía del *Genio del Cristianismo*; mi razon se complacia en los admirables discursos de Bossuet; mi inteligencia bebia en abundancia las instrucciones de una filosofía enteramente cristiana; y mi alma, el centro de mi ser, saboreaba profundamente la palabra vivificante de los santos Evangelios. Mi maestro, que dirigia mis lecturas al mismo tiempo que mi conducta, no me entregó este libro divino hasta despues que hube terminado la lectura completa del Antiguo Testamento. ¡Ah! bien lo recuerdo; eran las nueve de la noche cuando leí las últimas páginas de la Escritura antigua y abrí en seguida el libro del Nuevo Testamento para leer un capítulo; mi alma empezó con tal ardor esta lectura, que no pude dejarla durante una parte de la noche; y de una sola vez bebí la copa de agua viva del Evangelio de S. Mateo. Lo mismo me sucedió con el Evangelio de S. Juan, que no pude dejar hasta despues de haberle leido entero. Tales eran mis disposiciones, cuando ocurrió un suceso que estuvo á punto de separarme de mi camino. Esta circunstancia de mi vida ha influido demasiado en mi porvenir para que no la refiera en unas cuantas palabras. Tenia de veinticuatro á veintinco años, y mis padres pensaron sériamente en casarme. Se me habia propuesto el enlace con una jóven de Viena, cuyo nombre, familia y buenas cualidades me habian deslumbrado. Todos los dias se me instaba á que partiese y realizára lo que se llamaba mi dicha. Mi fácil imaginacion se dejó seducir por los placeres que se me prometian, y la perspectiva de una vida brillante, análoga á mi edad y posicion social, me fué ofrecida con

frecuencia para hacer resaltar tanto más la tristeza del género de vida que yo hacia. Perdí el gusto á las ocupaciones sérias, me hice melancólico y soñador; mis deseos, mis miradas se dirigian á Viena, y sin embargo, no podia decidirme á ir á esta ciudad; me hallaba detenido, fijo, como clavado por un poder invencible. Todos los miembros de mi familia, todos mis amigos, me acusaban por mi irresolucion; mi maestro, á quien consulté en mi angustia, se abstuvo de ejercer su influencia sobre mí, respetando mi libre albedrío. Y cuando poniendo en sus manos mi suerte, le instaba á que me contestase, me decia con dulzura: *Si os casais, haceis bien; si no os casais, haceis mejor.* Y me dejaba en mi cruel incertidumbre. Tan pronto queria seguir el primer consejo, como queria seguir el segundo, y entre tanto obraba mal; pues no escuchaba el espíritu del mundo y me hice sordo al espíritu de Dios. Esta violenta perplejidad duró tres meses largos; y solo Dios sabe lo grande que fué su bondad cuando me sacó de ella. Recibí del cielo la fuerza de resistir á esta tentativa y á otras muchas del mismo género. Despues de estas pruebas, mi vida tomó una direccion más firme y más segura; hallaba toda clase de placeres en la pequeña sociedad de nuestros amigos, y aprendí con las oraciones del corazon á entrar en relaciones más intimas con Dios. Viviamos juntos en la alegría y en la sencillez de los hijos de Dios, ocupándonos del presente, olvidando el pasado y no previendo el porvenir, que abandonábamos á los cuidados de la Divina Providencia. Por fin, fué escuchado el voto más ardiente de mi corazon. Llegó el dia de mi bautismo, y fuí regenerado por el santo misterio. Recuerdo que al salir de la casa paterna, donde no debia volver á entrar sino siendo ya cristiano, encontré á mi hermano, que me dijo estrechándome la mano: ¿Dónde vas? — Cerca, le contesté. En efecto, solo tenia que dar un paso; pasaba del judaismo al cristianismo, de la sinagoga á la Iglesia, de Moisés á Jesucristo, de la muerte á la vida. ¡Oh, sí! la vida era la que me penetraba miéntras el agua sagrada corria por mi frente; experimentaba sentimientos inexplicables de alegría, de libertad, de dignidad, de reconocimiento; me parecia que me sonreia la naturaleza entera, é iluminaba el mundo una luz completamente nueva; veia todas las cosas bajo un nuevo aspecto, y mi alegría por formar parte de la vasta familia cristiana fué tan grande, que tuve necesidad de contenerme para no expresarla en alta voz á todos los que encontraba. Me habia realmente vuelto niño, y sentia las inclinaciones, la alegría, la confianza y hasta el amor á las diversiones de los niños. Algunos meses despues hice mi primera comunion. No habia habido necesidad de probarme el misterio de la sagrada Eucaristía; la fe adhiere á las palabras de Jesucristo, sin que la razon las comente ni las explique. Además el espíritu que habia recibido en el bautismo me daba como un gusto del cielo, como un hambre

de amor y de union, que me decian más sobre la institucion de la sagrada Eucaristia que todas las demostraciones humanas. El que no sabe lo que es amar, no puede comprender nunca la necesidad y la verdad del sacramento del amor; y el que ama no quiere comprenderle, le siente, le gusta, tiene la conviccion de la experiencia. Mi familia miraba, sin embargo, con inquietud lo que se llamaba la originalidad de mi vida; me amaban y me tenian toda clase de miramientos, á causa del bien que hacia en las escuelas, pero comenzaban á sospechar que era cristiano, y sus sospechas se justificaban cada vez más por mis imprudencias en la iglesia. No dejaba nunca de ir por la mañana temprano, verdad es que me envolvia en una larga capa; pero todos conocian mi capa, y me mostraban con el dedo sin que yo lo percibiese, pues creia con sencillez que á la iglesia no se va más que á orar. De todas maneras comprendia que mi familia se hallaba en una viva ansiedad; mi padre me habia amado siempre de una manera particular, y me manifestaba en todas ocasiones una completa confianza; me habia, por decirlo asi, revestido de toda su autoridad con los judios, é ignoraba si debia quejarse ó felicitarse de la influencia que ejercia yo con ellos. Mi tio Mr. Luis Ratisbona, segundo jefe de la casa, llevaba más á mal las relaciones que escuchaba y las previsiones que alarmaban su conciencia. La sinagoga entera comenzaba á agitarse en derredor mio, á asediar á mi padre, á pedirle explicaciones sobre mis secretos sentimientos. Nuestra situacion era completamente insostenible. Colocados entre las exigencias de nuestra fe, que no nos atreviamos á herir ni con un acto, ni con una palabra, y las necesidades de una multitud de niños, que no teniamos ni el derecho ni el valor de abandonar, nos hallábamos diariamente como anonadados por la lucha y la oposicion. Esperábamos impacientemente que nos abriese una puerta la Providencia para salir de una posicion en que nos habia colocado la misma Providencia; nuestro plan consistia en seguir de dia en dia las indicaciones que nos presentasen las circunstancias. No tardó un suceso imprevisto en obligar á mi colega Isidoro Goschler á retirarse repentinamente de la sinagoga y á renunciar su cargo. Aquel fué el momento de realizar el deseo de nuestros corazones, mas aún lo fué solo para él, que libre de todos los compromisos, de todas las consideraciones humanas, entró en el seminario de Mosheim. Júzguese el estupor y la indignacion de la sinagoga. Pocos dias ántes habiamos tenido una sesion pública en la escuela, donde en presencia de los padres y de los discípulos habiamos explicado una palabra grave; el capítulo XXI del *Deuteronomio*, en que se hallan enumeradas las bendiciones y las maldiciones anunciadas á los judios fieles é infieles. Leimos estas terribles palabras: «Si no »quereis escuchar la voz del Señor, vuestro Dios, todas las maldiciones caeran sobre vosotros, y os anonadarán.... El cielo que está sobre vosotros será

»de bronce, y la tierra por que andais será de hierro. Sereis dispersados en to-»dos los reinos de la tierra, el Señor os herirá de ceguedad y de furor, de ma-»nera que marcheis á tientas en pleno medio dia... En todos tiempos os enne-»grecerán las calumnias, y se os oprimirá con violencia sin que tengais quien »os libre... Sereis como el juguete y la fábula de los pueblos, y estos castigos »continuarán en vosotros y en vuestra posteridad como una señal constante, »porque no habeis servido á vuestro Dios con el reconocimiento y la alegría »de corazon que exigen la abundancia de todas las cosas.» Esta lectura, que produjo un grande efecto, fué interrumpida por un incidente que nos manifestó la disposicion de la sinagoga y la confianza que tenia todavía en nosotros. No habiendo podido un fariseo moderno soportar las palabras de Moises, se levantó con furor de en medio de la asamblea, interrumpió al que leia, y declarando que todo lo que pasaba era contrario á las tradiciones, invitó con decision á retirarse á la asamblea. Respondí con firmeza, y continuó la lectura; pero invitando de nuevo el judío á la asamblea á retirarse, salió el primero y salió solo, pues nadie se movió; á pesar de este triunfo pudimos adivinar desde entónces el próximo fin de nuestra mision. El golpe fué tambien terrible cuando se conoció la determinacion de mi amigo. Quedé solo para sostener el choque; mi línea de conducta estaba trazada, y me mantuve firme, pero mi alma estaba desolada. Tenia que sostener nuestra obra hasta el fin, y esperar la indicacion de la Providencia para confesar en alta voz mi fe. Se reclamaba por todas partes mi dimision. El presidente del consistorio, que era mi único superior en el órden de mis funciones, era el único que podia exigírmela, y este presidente era mi padre. Oh! cómo me seria posible describir las penas que sufria por culpa mia y que sufria yo por él! Tenia que vencer todas las afecciones de la naturaleza, y comprendí el sentido de la palabra de Jesucristo: He venido á traer la espada sobre la tierra! El paso de mi más íntimo amigo, del compañero fiel de mi infancia, de mis estudios, de mis trabajos y de mis penas, no dejaba duda alguna á los que sospechaban de mi fe. Se me acusaba en alta voz de haber hechizado á los niños; se los inspiraba odio contra mí, se me llamaba hipócrita, corruptor, seductor, y los elogios de que se me habia colmado hasta entónces se habian convertido en gritos de rabia. El respeto á mi familia, y sobre todo la proteccion de Dios, pudieron únicamente preservarme de la brutalidad y del furor de los judíos. Necesitaba paciencia, valor; Dios me los dió y permanecí en mi puesto sin desviarme del camino en que me hallaba empeñado. Recibí entónces muchas diputaciones judías que solicitaron hiciese una profesion de fe pública. Uno de mis parientes, miembro del consistorio central de Francia, me invitó con instancia durante dos horas á que tranquilizase á la sinagoga alarmada; mi padre unió sus instancias, y hube

al fin de ensayar una postrer tentativa. Designé dia, y un sábado en presencia de una muchedumbre impaciente, subí á la cátedra, y lleno de confianza en Dios, hablé bajo su inspiracion. Declaré desde luego el motivo por que habia vacilado tanto tiempo en contestar á las interpelaciones de ingratitud; ejerciendo gratuitamente las funciones de jefe de escuela entre los judios, no tenia de qué purificarme: despues consintiendo en abordar la cuestion de mi fe, hice enumeracion de las obras que se habian ejecutado, de los resultados obtenidos, de las esperanzas concebidas. No habia llegado aún al fin de esta exposicion, cuando ya se manifestaban movimientos de aprobacion y señales de asentimiento. Comprendí las felices disposiciones de mi auditorio, y puse fin á mi discurso diciendo: —Vosotros aprobais las obras, cesad pues de acriminar la fe que las produce. Reconoced el árbol por sus frutos, pues el árbol que lleva malos frutos no es bueno, y el árbol que lleva buenos frutos no puede ser malo. —El Señor que dispone del corazon de los hombres, dió un éxito bien marcado á este discurso. Los judios guardaron silencio y me devolvieron su respeto, pareció renacer la confianza; mi padre no quiso oir ya nuevas quejas, y se afirmaron en la apariencia nuestras vacilantes instituciones. La sinagoga estaba tranquila, pero mi padre no lo estaba; no pude desconocer el espíritu que le animaba, y bastante tiempo habia cerrado voluntariamente los ojos, por temor de enajenarse de un hijo á quien amaba y verse obligado á quitarle la direccion de las escuelas, que se hallaban en todo su esplendor. Entónces temia un escándalo, y para evitarle me invitó á una conversacion confidencial. La acepté con el temor respetuoso de un hijo y el valor de un nuevo cristiano. Pero mi padre me habló con un tono penetrante, y despues de haberme recordado todas las pruebas de ternura y de confianza que me habia dado, me preguntó francamente si era cristiano. —Si, le contesté, soy cristiano y mi fe cristiana es la que me ha llevado á renunciar á las comodidades de la vida para consagrarme á la regeneracion de mis hermanos. —Mi padre consternado guardó silencio; y yo continué diciendo: —Soy cristiano, pero adoro el mismo Dios que mis padres, el Dios tres veces santo, el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, y reconozco que Jesucristo es el Mesías, el redentor de Israel. Mi padre carecia de fuerza para responderme, lloró amargamente, y como era la primera vez que veia yo correr sus lágrimas, vertí tambien ardorosas lágrimas; mi corazon estaba transido de dolor y yo no tenia ya fuerza en mis miembros. Mi padre me miró entónces como para preguntarme si era todavía hijo suyo. Me dijo, por último, que de todas las desgracias que habia experimentado en su vida, esta era la mayor y la más irreparable. Invocó á mi madre, y la felicitó por haber abandonado el mundo ántes de sufrir este dolor. Oh! cómo temblaba mi alma en presencia de una afliccion tan viva

y tan profunda! Procuraba disminuirla y espresar los sentimientos de un cristiano, cuando fué arrebatado mi padre de un movimiento de indignacion y de dolor; iba á enviar sobre mi palabras de maldicion, pero no tuvo tiempo, me habia alejado precipitadamente, y habia ido á buscar fuerza y consejo en el recogimiento y la oracion; y recordé que no es digno de Jesucristo el que le prefiere algun objeto, sea el que quiera, del mundo. Escribí en seguida á mi padre lo poco afectuoso y consolador que podia decirle; pero ofreciéndole continuar la obra comenzada y evitar el escándalo, le declaré que renunciaria á la vida primero que á mi fe. Mi padre me hizo llamar, y venciendo los movimientos de su corazon á los escrúpulos de su conciencia, aceptó mi oferta á condicion de que dejaria por mí mismo de dar lecciones en la escuela, y pidió perdon en cierto modo de movimientos de que no habia sido dueño. Nuestra reconciliacion fué completa, y tuve algunas semanas de un completo descanso. Hacia mucho tiempo que no me hablaba mi tio; no podia ocultar y no se atrevia á expresar sus temores; se acusaba por haberme permitido en otro tiempo abandonar la carrera del comercio, y su conciencia, más timorata que la de mi padre, se alarmaba más principalmente por lo que se llama entre los judíos un cambio de religion, como si un judío abjurase su religion ó renunciase á la fe de sus padres, cuando cae á los pies del Señor prometido á sus padres, esperado por sus padres, reconocido, adoptado por lo principal de sus padres! Pero mi tio, enteramente extraño á la doctrina cristiana, aunque muy digno de conocerla y capaz de apreciarla, me juzgaba conforme el espíritu del mundo, mirando mi conducta como una mancha para la familia y como una desgracia para mí. Tenia demasiada sagacidad para no prever el fin de mi camino; y no habia á sus ojos rezelo mejor fundado que el de verme abrazar el estado eclesiástico. Decidió, pues, sondearme y emplear toda clase de medios para hacerme renunciar á este proyecto. No me preguntó si era cristiano; pero quiso que me obligase á no ser nunca sacerdote. Me hacia los ofrecimientos más generosos, y me invitó á viajar algunos años para cambiar de lugar, de clima y de ideas. Le dí gracias por sus benévolas intenciones; pero no pude aceptar sus ofrecimientos, y no quise obligarme para lo futuro. Esta negativa le entristeció, y ví tambien á mi vez á este mi segundo padre verter lágrimas. Sentí no poder tranquilizarle y agravar por el contrario sus inquietudes con el lenguaje que me dictaba mi conciencia. Mi tio no me hizo entónces más que una sola súplica, la de evitar el escándalo. Pero este escándalo, tan temido de mi familia, le provocaron los judíos; asaltaron de nuevo á mi padre; exigieron mi dimision; me insultaron en las calles y hasta en la casa paterna..... Yo habia ya sufrido bastante. Habia llegado el momento de tomar una resolucion. En su consecuencia

hice convocar á una sesion extraordinaria á los miembros del consistorio, del consejo y de los ancianos; y suplicando á mi padre presidiese la asamblea, me preparé á despedirme de la sinagoga. La sesion se verificó á las ocho de la noche; presentaba un aspecto fúnebre y solemne. Mi emocion era viva, y los miembros que llegaban sucesivamente, me miraban observando un sombrío silencio. La asamblea estaba completa. Mi padre, frio siempre, se manifestaba sin embargo profundamente afectado, y me dió la palabra con voz temblorosa. Entónces, resumiendo en pocas palabras lo que habia hecho y lo que pensaba hacer, recordé á los judíos su perpétua ingratitud; les manifesté la necesidad de una regeneracion y la inutilidad de una civilizacion ficticia: despues invité al presidente á tomar una resolucion definitiva para saber si la obra comenzada debia continuar ó no. Mi padre consultó á la asamblea, y un anciano manifestó el deseo de continuar el bien, si queria obligarme á seguir siendo judío. Entónces, sin detenerme un instante más de lo que exigian mis funciones, me levanté, y sacudiendo el polvo de mis pies, dí un á Dios eterno á la sinagoga. He creido deber extenderme un poco sobre esta parte importante de mi vida, porque ha sido para mí una preparacion para el santo ministerio, como ha sido tambien para muchas almas una preparacion para el cristianismo. No, no puedo creer que esta tierra fecundada por tantos sudores y tantas lágrimas, permanecerá completamente estéril. El labrador ha arrojado la simiente, pero Dios dará el grano cuando llegue la estacion. No podré olvidar el placer que he experimentado en instruir á esos pobres niños; en el corazon de todos los judíos existe una antigua raíz de fe; si la cultivais suavemente y la dais el agua viva de una palabra de caridad, germinará tarde ó temprano y producirá su flor y su fruto. Si por el contrario, la anonadais con la crítica, los argumentos y los razonamientos, la ahogais y la haceis perecer. Esto es lo que me autoriza á decir la experiencia á los que se ocupan en la conversion de los judíos. Sin embargo, desde el dia siguiente de esta solemne sesion triunfaba la sinagoga, y mi familia se hallaba sumida en el mayor dolor. En la misma noche abandoné la casa paterna, para habitar la casa cristiana y hospitalaria en que se habian reunido muchos de mis amigos. Vinieron á buscarme, emplearon toda clase de solicitudes, y los desconsolados miembros de mi familia hicieron sucesivamente toda clase de tentativas para impedir una separacion que habia llegado á ser indispensable. ¡Cuántas dolorosas escenas se renovaban diariamente! ¡Me creian desgraciado y perdido, miéntras que por el contrario me habia salvado y era feliz en profesar mi fe delante de Dios y delante de los hombres! Se me suplicaba tambien que me abstuviese de publicidad y de represalias; esta última recomendacion era inútil; en cuanto á la publicidad nunca fué de mi gusto. Así

hace diez años que se ha efectuado nuestra conversion; nunca hemos publicado nada, y todavía hoy guardaríamos silencio, si las tentativas que se han hecho para hacer sospechosa nuestra fe no nos obligasen á hablar en alta voz para dar cuenta de ella. En cuanto reconocieron mis parientes la firmeza de mis convicciones religiosas, concediéndome su aprecio, guardaron conmigo una conducta honrosa. Pero sus esfuerzos reunidos para impedirme tomar las órdenes sagradas, no pudieron vencer mi vocacion. Oh santa Iglesia católica! qué deseo fué nunca más fuerte, más profundo, más inflexible, más constante que el que mi alma experimentaba en servirte? Ignoro cómo se formó en mi este deseo, ni cómo entró en mi alma; hoy me parece que ha nacido con mi vida. Se me habia dicho que los que pedian la caridad á los fieles no siempre la practican; que en calidad de neófito encontraria oposicion y malevolencia; se me habia dicho que en todos tiempos ha habido en la Iglesia, como antiguamente en la sinagoga, escribas, viejos hipócritas que tratan con gusto al discípulo como ha sido tratado el maestro, y en mi corazon recordaba con frecuencia esta palabra: «¡Os envio como ovejas en medio de los lobos!» Pero mi confianza en Dios y en su ayuda continuó firme, y mi resolucion fué irrevocable. ¿No me habia consagrado á la verdad ántes de conocerla? Y ahora que me habia sido manifestada y que la adoraba en la persona del Verbo encarnado, ¿podia detenerme á la puerta del santuario? Habia perdido el gusto de las cosas mundanas, y me hallaba en el período de ese fervor sencillo, de esa flor de piedad que, ay! se marchita como toda flor y no deja con frecuencia tras sí más que un escaso fruto encerrado en una dura corteza! Habia salido sano y salvo de los combates exteriores, y tenia que luchar interiormente contra mí mismo, contra una naturaleza salvaje que no habia llevado nunca el yugo de la disciplina; contra una voluntad indomable, acostumbrada al mando; en una palabra, tenia el rudo cuello y la dura cabeza del pueblo de la antigua ley, y comprendia que ántes de pretender mejorar á los demás, debia comenzar por mejorarme á mí mismo. Comprendí que era indigno de tomar órdenes tal como era; y quise prepararme, en lo que dependia de mí, por el retiro, el estudio y la oracion. Teníamos conferencias bajo la presidencia de nuestro maestro: leíamos las Sagradas Escrituras, los Santos Padres, los historiadores eclesiásticos; compulsábamos y comparábamos las diferentes obras de teología enseñadas en los seminarios. Mis amigos habian tomado sucesivamente las órdenes sagradas, y solo yo me quedaba atrás. ¡Llegó al fin mi hora! En el mes de Octubre de 1828 recibí las órdenes menores en la capilla episcopal. ¡Era feliz! El manto regio me hubiera parecido un harapo junto á mi blanca túnica. Monseñor de Tréveris me recibió como habia recibido á mis amigos en la casa de los estudios que habia fundado en Molsheim, y despues de

seis semanas de residencia en esta nueva morada, me confirió Monseñor el subdiaconado, sin que me hubiera atrevido á pedirle ni esperarle tan pronto. Esta gracia, uniéndome irrevocablemente al servicio de Dios y de la Iglesia, me colmó de alegría y de reconocimiento. Fuí promovido á los demás grados del sacerdocio en las épocas fijadas en los cánones, y despues de los exámenes de costumbre, que se verificaron bajo la presidencia de Monseñor ó en presencia de uno de sus vicarios generales ó del superior del monasterio. Marco este hecho, porque se repite con cierta complacencia que no hemos estudiado teología. Este hecho si fuera fundado, recaeria en nuestro Obispo, á cuya vista hemos vivido durante dos años, y que ha tenido á bien examinarnos por sí mismo con una solicitud enteramente paternal, y animarnos con su aprobacion. No hablaré de las penas interiores y de los disgustos de todas clases que experimenté durante estos dos años de teología. Muchos de mis condiscípulos no podian perdonarme mi orígen y la religion de mis padres, ¡y esta religion me era sin embargo comun con los apóstoles, con los primeros discípulos y con toda la Iglesia primitiva! Habia aprendido á ver la doctrina de Jesucristo en su vasto conjunto, en la union necesaria de todas sus partes, en sus relaciones con las necesidades de la humanidad, y veia esta doctrina subdividida, presentada sin unidad, sin uncion y sin luz. Creia con toda mi alma en los dogmas de la religion cristiana, y hubiera dado mi vida por sostenerlos; tenia que oirlos discutir diariamente, unas veces atacados, otras defendidos y con frecuencia con argumentos convenidos, sin ciencia alguna del hombre ni de la naturaleza; aquellos dos años fueron muy penosos, y sin el interés especial que se dignaba manifestarme nuestro Obispo, sin la oracion que sostenia mi alma desfallecida, sin el ejemplo de mis amigos, no hubiera podido continuar en mi camino. A mi regreso á Estrasburgo encontré á mi padre enfermo y moribundo. Mi entrada en la Iglesia no habia debilitado ni su confianza ni su afecto. Le habia escrito y hablado del cristianismo con frecuencia, y me escuchaba con interés, me respondia expresando su afecto á mis convicciones, su aprobacion á mi conducta; tenia esperanza de hacerle participar de mi dicha, cuando le arrebató la muerte!.... Pero me arrancaron de su lado, y aquella fué una de las crísis más desgarradoras que he sufrido. Una tarde se me llamó al lado de mi padre; le encontré agonizando y sin poder hablar. Estuve de pié á la cabecera de su cama; invoqué para él en el fondo de mi alma los socorros del cielo, cuando muchos judíos, á quienes la oscuridad me impidió reconocer, se precipitaron sobre mí. Aquel fué un momento horrible. Caí de rodillas junto al lecho de mi padre, creia que me asesinaban, y me defendí gritando con todas mis fuerzas: *¡Jesus, socorredme!* Y este grito, arrancado á mi despedazado corazon, turbó á mi pobre padre en el lecho de muerte. ¡Ojalá

esta última palabra, que oyó al salir de este mundo, haya sido su primer grito á su entrada en la eternidad! Si algunas almas fieles leen estas páginas las suplico no nieguen los sufragios á mi padre, y pidan tambien por mi madre, cuyo recuerdo es sagrado entre todos los hombres, sean judíos ó cristianos. Este mismo año hácia la fiesta de Navidad de 1830 recibí la órden del sacerdocio, y poco despues comencé las funciones del santo ministerio con el título de vicario libre de la catedral de Estrasburgo. Muchos jóvenes de mérito, procedentes todos de la buena sociedad, habian venido á unirse á nosotros y á consagrarse al servicio de la Iglesia. El arzobispo de Tréveris les recibió lo mismo que nos habia acogido á nosotros, y sin que lo hayamos pretendido ni deseado nunca, creyó deber confiarnos la direccion y enseñanza de su pequeño seminario. Trabajamos reunidos con celo, á pesar de las dificultades sin número suscitadas por la envidia. La bendicion de Dios estaba con nosotros; la casa prosperaba bajo todos aspectos, y la aprobacion era general. Teníamos además el consuelo de ver elevarse en el recinto del establecimiento una capilla dedicada á la Santísima Vírgen, monumento que habíamos hecho voto de erigir cuando nos hallábamos amenazados á la vez de conmociones y del cólera. Esta capilla estaba edificada en el solar de la antigua casa Cerfber, la única casa judía tolerada en Estrasburgo ántes de la revolucion del 89. Pronto iba á celebrar el sacrificio de la nueva alianza sobre la cuna de mis abuelos transformada en altar del Dios vivo. Pero en el momento en que escribo estas líneas circula entre los fieles una advertencia de Monseñor de Tréveris para que se guarden de nosotros, y se nos ha dado órden de abandonar sin dilacion el pequeño seminario. Esta órden se ha cumplimentado en el acto, pero las pasiones continuan sus sordas maniobras. Bajo el aspecto moral se nos acusa de nuestra union, y bajo el aspecto de la doctrina, de conceder más á la fe que á la razon, es decir que profesamos con S. Anselmo que para enseñar y saber es preciso comenzar por creer: *Credo ut intelligam.* Las palabras de Jesucristo y el ejemplo de sus discípulos nos justifican en el primer punto, y en cuanto al segundo será ilustrado en el curso de esta obra. Pero lo que al concluir necesito atestiguar es que la razon sin la fe me habia conducido á la incredulidad, á la impiedad, á la blasfemia, é iba á precipitarme en el abismo de la desesperacion; miéntras que la fe, elevándome sobre la razon y sus argumentos, me ha dado la paz de corazon, la luz de espíritu, la fuerza de cumplir los sacrificios más duros, para dar testimonio de la verdad reconocida.—*Teodoro Ratisbona, sacerdote.*»—Teodoro Ratisbona publicó la *Vida de S. Bernardo*, y recibió poco despues el siguiente breve del Papa, que le confirió el título de caballero de la Espuela de Oro: «Gregorio XVI, Soberano Pontífice, á su querido hijo Teodoro Ratisbona, sacerdote.—Querido hijo, salud y bendi-

cion apostólica. Nada puede existir que deseemos más que ver á los hombres llamados por el Señor brillar adornados de todas las virtudes; por esta razon conferimos con preferencia los dones espléndidos de los honores y testimonios de nuestra benevolencia á los que se distinguen por su espíritu, piedad y erudicion, y trabajan en extender la gloria de Dios y en procurar la salvacion eterna de los hombres. Sabemos las laudables cualidades que adornan vuestro corazon, lo mucho que habeis cultivado las letras, y en particular la disciplina sagrada; conocemos la integridad de vuestra vida, la gravedad de vuestras costumbres, el ardor de vuestra piedad y vuestro celo por la religion. La *Vida de S. Bernardo*, escrita por vos mismo con ciencia y sabiduría, ha sido dada á luz á vuestras expensas; sabemos que teneis hácia nos y esta cátedra de Pedro la mayor veneracion; que brillais por las virtudes que convienen al hombre consagrado al santo ministerio, y que no perdonais medio que pueda seros útil para contribuir á la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas; por lo que hemos pensado con alegría y placer que debiamos dar alguna muestra de nuestra benevolencia á favor vuestro. Queriendo, pues, adornaros de un honor particular, absolviéndoos de esta manera y creyendo que debeis ser absuelto de toda excomunion y entredicho, de todas las demás censuras eclesiásticas, sentencias y penas que os sean impuestas de cualquier modo y por cualquier causa, os elegimos en virtud de estas cartas y de nuestra autoridad apostólica caballero de nuestra milicia de la Espuela de Oro, y os lo anunciamos dándoos lugar en esta Orden, renovada y enriquecida por Nos con un nuevo honor; concediéndoos la facultad de gozar de todos y cada uno de los privilegios, indultos y derechos de que los demás caballeros de esta milicia gozan ó puedan y podrán gozar, salvo sin embargo las facultades suprimidas por el Concilio de Trento con aprobacion de la autoridad de esta Sede. Queremos que so pena de perder los derechos del indulto, lleveis la cruz de oro octangular, blanca en la superficie, con la imágen de S. Silvestre Papa en medio, colgada, en la forma que los demás caballeros, de una cinta de seda encarnada y negra, listada de rojo en la parte izquierda de vuestro hábito, en vuestro pecho, como se ha explicado en las cartas de 31 de Diciembre de 1841 relativas á esta Orden. Por lo demás, la referida cruz os será dada de órden nuestra, para que conozcais cada vez más nuestra benevolencia para con vos. No obstante todas las constituciones, sanciones apostólicas y cualesquiera otras decisiones en contrario. —Dada en Roma en Sta. María la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 8 de Julio de 1842, el año XII de nuestro pontificado.— *El Cardenal Lambruschini.*» Los escritos que ha publicado el P. Ratisbona son: 1.° *Ensayo sobre la educacion moral*; Estrasburgo, 1828, en 8.°; memoria premiada por la Academia del departamen-

to.—2.° *Historia de S. Bernardo;* 1841, dos volúmenes en 12.°; cuarta edicion, 1853. Ha sido traducida en muchos idiomas.—S. B.

RATISLAO, príncipe de los moravos. Habiendo sabido que habian abrazado el cristianismo los khazars, envió voluntariamente como ellos embajadores al emperador Miguel, ó más bien á su madre Sta. Teodora, diciendo que su pueblo habia renunciado á la idolatría y que queria abrazar el cristianismo, pero que no habia nadie capaz de instruirlos. Habiendo llegado algunos misioneros se hizo cristiano, lo mismo que sus súbditos.—S. B.

RATKAI (Jorge), historiador. Nació en 1615 en Hungría, de una familia noble; abrazó el estado eclesiástico, y fué nombrado canónigo de la iglesia de Zagrab. El virey de la Croacia, conocedor de sus buenas cualidades, le llamó á su lado y honró con su confianza, inspirándole el pensamiento de escribir la historia de esta provincia, para lo que le facilitó los medios, permitiéndole entrar libremente en los archivos. El fruto de sus investigaciones se halla consignado en la *Memoria regum et bannanorum regnorum Dalmatiæ, Croatiæ, Slavoniæ, inchoata ab origine sua usque ad annum* 1652; Viena, 1652, en fólio. Obra que ha merecido los elogios de sus compatriotas y de todos los sabios de Europa, y se ha reimpreso en Viena, en 1772, en 4.°— S. B.

RATO (Ilmo. Sr. D. Tomás). Este respetable prelado nació en la ciudad de Valencia, estudió en la universidad, siendo uno de sus más brillantes discípulos; así es que regentó y sustituyó varias cátedras y pavordías, logrando despues la dignidad de arcediano de Murviedro en la iglesia catedral de su patria. Atendidos sus méritos, le nombró el Rey por auditor en la Sagrada Rota por la Corona de Aragon en la corte de Roma, y despues en 1723 fué nombrado para el obispado de Córdoba. Estando en Roma, escribió é imprimió: 1.° *Decisiones Sacræ Rotæ Romanæ;* Romæ, ex typographia Hieronymi Mainardi, 1749 hasta 1754, cuatro tomos en fólio. Dedicó esta obra al pontífice Benedicto XIV, y cuidó de su edicion Javier de Canalibus, clérigo de la Cámara Apostólica y prefecto de los archivos del Estado eclesiástico, el cual estuvo siete años en compañía de D. Tomás Rato, sirviéndole en los asuntos de la Auditoría.— A. L.

RATPERT, monje de S. Gal. La mayor parte de los bibliógrafos modernos ha confundido la historia de este religioso con la de otro Ratpert, sobrino suyo, y monje como él en la abadía de S. Galo. Era natural de aquella parte de la antigua Galia, á que se ha llamado despues el canton de Zurich. Descendia de padres muy distinguidos, pues tenia, segun se asegura, igual nacimiento que Salomon, Natker y Hartmamne, que eran hijos de condes. Habiendo entrado monje de S. Gal en su primera juventud, tuvo por maestros á los célebres Ison y Marcelo, aprendiendo con ellos las letras divinas

y humanas en compañía de Notker el *Tartamudo* y de Tutilon. Entre estos tres condiscípulos se formó una amistad tan estrecha, que aunque cada uno de ellos fuese de un genio muy diferente á los otros, no tenian sin embargo más que un corazon y una alma. Como su amor al estudio era el vínculo principal de esta union, se les permitia reunirse durante el intervalo de tiempo que habia entónces entre maitines y laudes, para hablar sobre las dificultades que presentan los libros de la Sagrada Escritura. Apénas hubo salido Ratpert de la edad de la adolescencia, cuando se vió encargado del oficio de maestrescuela de la casa, en que sucedió, segun se cree, á su maestro Ison, cuando fué llamado hácia 868 á Grandfeld para desempeñar el mismo empleo. Ratpert tenia á su cargo la escuela exterior, que era entónces muy numerosa. Se distinguió principalmente por dos cualidades esenciales á un profesor, una gran claridad en sus lecciones, y una singular bondad para con sus discípulos. Pero no carecia de firmeza para la conservacion del órden, que hacia observar con todo rigor. Cumplia con tanto celo las funciones de su cargo, que rara vez salia fuera del claustro, y á pesar de sus enfermedades, que le hacian con frecuencia padecer mucho, no interrumpia nunca sus lecciones. Le sucedia á menudo preferir este ejercicio al canto de los salmos y á las demás partes del oficio divino. Y cuando le manifestaban sorpresa, contestaba: que enseñar á los otros á decir bien misa, valia tanto como asistir á ella. Por el mismo motivo no asistia á las asambleas capitulares, á ménos que no tuviera que presidirlas é imponer correcciones. En este caso no dejaba de asistir para imponer las penitencias convenientes. Tenia por máxima que la impunidad de las faltas en las comunidades es el mayor de todos los males. De la misma manera miraba las salidas del claustro como una cosa muy dañosa para los monjes, lo que unido á su asiduidad en el desempeño de su cargo en la escuela, le tenia constantemente en el monasterio. Ratpert vivió hasta despues de la muerte de Harmoto, uno de sus abades, que se verificó en Enero de 883. Pero no pasó de 890, por razones que se alegarán despues. Murió muchos años ántes que Notker y Tutilon, sus dos amigos inseparables. Cuarenta discípulos suyos, que eran entónces sacerdotes y canónigos, se hallaron presentes á su muerte, prometiéndole cada uno treinta misas por el descanso de su alma. Seguro de estos sufragios, murió Ratpert con alegría y en olor de santidad. Algunos escritores suponen que fué su muerte en 23 de Octubre, pero otros suponen que esta fecha puede referirse lo mismo á Ratpert el jóven que al que es conocido con el sobrenombre del anciano. La confusion que se ha introducido en los acontecimientos de la vida de los dos Ratpert, tio y sobrino, se ha extendido sin duda hasta los títulos de sus obras. Así sería muy difícil asegurar si entre las que llevan el nombre de Ratpert, hay alguna

que pertenezca al sobrino. —I. No puede negarse al de que acabamos de hablar la pequeña historia de la abadía de S. Gal, que tiene por título: *De origine et diversis casibus monasterii S. Galli*. Echard, que la ha continuado despues de Ratpert, se la atribuye formalmente. El autor la comienza en el origen del monasterio como lo anuncia su título, y la continua hasta la eleccion del abad Bernard, que se verificó á últimos de Diciembre de 883. No puso mano en ella, sin embargo, hasta despues del mes de Enero de 883, que se contaba todavía 884. El designio de Ratpert no fué dar una historia completa y seguida de este ilustre monasterio, sino manifestar únicamente los principales acontecimientos que habian pasado en él, deteniéndose en particular en lo que sufrió del gobierno de algunos abades, y de parte de los obispos de Constancia; lo que ejecutó en once capítulos, el último de los cuales solo está comenzado, y anuncia que el autor esperaba continuarle. Como no lo hizo, podemos creer con razon que no vivió más que hasta 890, en que el abad Bernard, á quien destinaba este último capítulo, se vió obligado á abandonar su puesto para dejársele á Salomon, obispo de Constanza. Sin duda que Ratbert no hubiera omitido este acontecimiento en su historia si hubiera vivido todavía. El cuidado que tuvo de marcar la mayor parte de las fechas, ha influido en que diferentes escritores den á su obra el título de *Crónica*. El estilo, aunque sembrado de algunos términos duros, es claro, sencillo, y bastante adecuado al designio del autor. Goldast ha impreso esta pequeña obra al frente de sus Historiadores de Alemania, de los que Mr. Echard ha dado una nueva edicion en 1730. Duchesne ha publicado tambien un largo extracto de la misma historia como conveniente á la historia general de Francia.—II. De Ratpert hay además diferentes composiciones poéticas, todas sobre asuntos de piedad. Hé aquí las que le atribuyen Canisio y Mr. Basnage, que las han impreso entre las de algunos otros poetas del mismo monasterio.—*a)*. Un himno en honor de S. Galo, que está en versos elegíacos y comienza por estas palabras: *Annua Sancti Dei*. Creemos tambien que el otro himno de la misma coleccion en honor del mismo santo, compuesto para cantarse en la procesion de sus reliquias por los alrededores de la casa, y que comienza por las palabras *Jam fidelis*, pertenece á Ratpert. Lo que nos lo hace suponer es que por una parte sigue inmediatamente y sin nombre de autor á otro himno de nuestro poeta, y por otra que se nos dice que habia hecho muchas poesías de esta clase para las procesiones.—*b)*. Un himno de S. Othmaco: *Fatum sacratum psallimus*, que se atribuye sin embargo á Tutilon.—*c)*. Otro en versos sáficos sobre S. Magno: *Mire cunctorum*.—*d)*. Una composicion de diez y ocho versos elegíacos para la comunion: *Laudes omnipotens*. Esta se halla compuesta de manera que despues de la segunda estrofa ó el segundo distico, se debe repetir

el primer verso, el segundo despues del tercero, y así en lo sucesivo hasta el fin.—*e)*. Otras dos pequeñas composiciones, casi del mismo gusto, para la recepcion de un rey ó una reina. El uso de las oraciones llamadas letanías era muy comun en Francia á últimos del siglo VIII. Alcuino ha insertado en sus tratados de piedad las que hacia Carlomagno; en el siglo IX continuó el uso de esta clase de oraciones, como se sabe por las que hacia Cárlos el *Calvo*. Mr. de Leibnitz nos ha dado además otras letanías que se recitaban entónces en Corbia en Sajonia. Estas son muy cortas y compuestas en su mayor parte de santos muertos y honrados en Francia. Las que se hallan en la misma coleccion, á continuacion de la vida de S. Ludgero, no merecen el nombre de letanías. Goldart ha publicado que parece fueron compuestas cuando los franceses ó los germanos y alemanes no formaban todavía más que un solo pueblo bajo un mismo gobierno, ó lo más tarde durante el reinado de Luis el Germánico. Estas son de un gusto particular y se hallan divididas en dos partes. La primera parte se cantaba despues de la colecta que sigue al *Gloria in excelsis*. El sacerdote consagrante comenzaba con estas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, que repetia tres veces lo mismo que el clero. Invocando luego á Jesucristo y despues de él á tres apóstoles y tres mártires, se pedia por el Papa, que era á la sazon Nicolao I. Se hacia luego lo mismo por el rey, invocando cierto número de santos, entre los que se colocaban muchos santos mártires, vírgenes ú otros, ántes de los confesores, y por último se pedia por todos los jueces ó magistrados, y por el ejército ó pueblo entero de franceses y alemanes. La otra parte de estas letanías se cantaba al fin de la misa, y se pedia por toda la Iglesia en general, por el rey, y en particular por los presentes. Habiendo llegado esta clase de oraciones á S. Gal, los literatos de este monasterio aprovecharon la ocasion para redactar otras poco más ó ménos sobre este modelo. Ratpert las compuso como los demás. Pero abrió un camino nuevo poniendo las suyas en versos, parte elegíacos, parte exámetros, tales como las tenemos todavía. Despues de cada distico se repetia por su órden uno de los versos del primer distico, comenzando por el segundo. Estas letanías gustaron tanto al papa Nicolao III, que las concedió su aprobacion. Para no omitir ninguna de las poesías que pertenezcan á Ratpert, observaremos que se le atribuye tambien el epitafio, de la princesa Hildegarda, hija de Luis, rey de Germania, en seis versos elegíacos, bastante buenos para su época. Hay motivo para creer de que la inscripcion en cuatro versos que sigue al epitafio, y que nos refiere que la capilla ó iglesia en que fué enterrada habia sido fundada por este mismo príncipe y esta misma princesa, pertenecen tambien á nuestro poeta. Puede tambien suceder que algunas otras poesías de la coleccion, impresa bajo los nombres de diferentes

monjes de S. Gal, y alguna sin nombre de autor, pertenezcan á Ratpert aunque no hay datos suficientes para distinguirlas.—III. Se asegura, por último, que compuso en versos teotiscos una *Vida de S. Galo*, que puso en manos del pueblo de los alrededores para cantarla en la iglesia. Echard el jóven la tradujo despues al latin, y el P. José Metslez manifiesta haberla puesto por sí mismo en versos yámbicos. Se encuentra con el nombre de Ratpert un *Comentario sobre las lamentaciones de Jeremías*; impreso en Basilea, por Jacobo Fortsheim, en 1502, en 4.° Pero como ningun autor antiguo le atribuye un escrito de esta naturaleza, podria pertenecer tambien á Ratpert el jóven ó á algun otro autor cuyo nombre se haya desfigurado.—S. B.

RATRAMNE (Fr.). Nada nos dice Tabarand en la biografía de este religioso acerca de su nacimiento y patria, indicándonos por todo principio, en cuanto á este particular, que se hizo célebre en el siglo IX por el papel que representó en las disputas teológicas de su época, y que poseia una erudicion sagrada y profana bastante rara para los tiempos en que vivió. Echase de ver por sus obras que conocia á los Santos Padres de la Iglesia, especialmente á los griegos, y que debia saber su lengua con alguna perfeccion. Su estilo, en lo general, es mucho mejor que el de sus contemporáneos sobre los que puede considerársele tambien por su talento en la controversia. Disputábase entónces con mucho calor sobre la manera en que se halla el cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, cuerpo «que segun los principios de la fe, es realmente un cuerpo humano por su sustancia, de la que difiere, sin embargo, por sus cualidades exteriores de tal modo que puede decirse que es uno y que no es uno en diversos sentidos; en un sentido es el mismo cuerpo que nació de María Santísima, y en otro, otro cuerpo que Jesucristo se hizo á sí mismo por su palabra; que está oculto bajo especies y figuras cuya verdad, fuera de nuestra limitada inteligencia, solo se descubre por la fe. «Queriendo instruirse el rey Cárlos *el Calvo* sobre esta disputa, que con tanto ardor se agitaba en su reinado, encargó á los principales teólogos de la monarquía escribiesen tratados sobre esta materia, y Ratramne, cuya obra es la sola que sobre aquella disputa ha llegado hasta nosotros, sostuvo: «que el cuerpo de Jesucristo percibido por los sentidos, es diferente de lo que habia sido sobre la tierra y de lo que es en el cielo.» Pascasio Radbert, del que ya hemos hablado en su lugar, decia por el contrario: que es el mismo en la Eucaristía que el que salió del seno de la purísima Vírgen María, y ambos tenian sus partidarios. Todos estaban conformes en el dogma que manda creer que es la presencia real y sustancial, de modo que solo diferian en la manera de explicarle. La obra de Ratramne quedó por mucho tiempo desconocida, y fué citada por la primera vez, en 1526, por Fisher, obispo de

Rochester, contra OEcolampado; pero como el autor se vea embarazado algunas veces y se explique con oscuridad y ambigüedad, los zuinglienses se prevalieron de esto contra la presencia real y contra la transustanciacion: multiplicaron las ediciones y las traducciones, publicando la primera en Colonia en 1532, con un prefacio escrito por Leon de Judá. Encontró este tratado severas censuras entre los católicos, que atacaron en él la doctrina y la autenticidad. Supúsosele fraguado por los protestantes, y el tribunal de censura establecido por el Concilio de Trento, le clasificó en la clase de libros prohibidos. Habiendo descubierto el célebre Mabillon dos ejemplares con el nombre del autor, el uno de ochocientos años, es decir, del mismo siglo en que vivia el autor, los sabios Santa Beuve, Arnauld, Santiago Boileau y otros, se apresuraron á obviar y vencer las dificultades que se habian levantado contra la ortodoxia de la obra. El año 1673 apareció en Ruan una edicion latina y francesa, precedida de una larga advertencia que se atribuia á Allix, error en que muchos han caido, incluso el mismo Tabarand en el artículo de éste en la Biografía universal francesa, y se la publica como una nueva edicion de la que se dice habia dado á luz en 1647, en la misma ciudad, sin observar que no tenia entónces más que de seis á siete años. Ciertamente que la de 1673 se titula segunda edicion, y no puede referirse á otra que á la que el año anterior se habia publicado en Ruan. Por otra parte, se lee en la advertencia que es una nueva traduccion hecha á presencia del texto revisado y corregido, y pretende D. Ceiller haber visto la edicion de 1673, en cuyo frontispicio se decia, que se vendia en Grenoble en la librería de Dumont; pero esta no tiene nada de semejanza con la edicion de 1673, que fué impresa por Juan Lucas en Ruan, y que se vende en Quevilly. Como se habla en la advertencia de la respuesta de Allix á las disertaciones de Arnauld sobre Ratramne, se concluyó por decir que este ministro fué el autor de la traduccion, no advirtiéndose que se le menciona en ella como persona diversa del traductor. Las palpables infidelidades que desacreditaban las ediciones y traducciones publicadas por los protestantes, obligaron al Dr. Boileau á publicar una nueva en 12.° en 1686, á dos columnas, una para el texto latino y otra para el francés, por los dos manuscritos de Mabillon; poniendo á su frente un sabio prefacio para vengarla de la autenticidad y de la ortodoxia. Cuenta Casimiro Oudin, que Monsieur de Harlay, arzobispo de Paris, viendo que los calvinistas continuaban prevaliéndose de esta obra, hizo quitar de la circulacion los ejemplares, á pesar de lo bien recibida que habia sido de los sabios. Boileau en 1712 se limitó á hacer reimprimir el texto con una *Disertacion y notas*, refutando á Hopkius, que al frente de su traduccion inglesa habia atacado el trabajo del doctor francés. Los protestantes publicaron en 1717 otra edicion en

Amsterdam en latin y en francés, con una traduccion de la *Disertacion* de Hopkius. Al final de esta obra se encuentra en muchas ediciones un pequeño tratado de la predestinacion, compuesto tambien por órden de Cárlos *el Calvo* con motivo de las disputas que habia en su reinado acerca de este misterio. Sostuvo en este tratado Ratramne la predestinacion de los elegidos, y en consecuencia la de los reprobados. Publicóse este tratado por la vez primera el año 1650, por el presidente Manguin, y de aquí pasó al tomo XV de la *Biblioteca de los PP. de la Iglesia*: Hincmar la habia atacado en una obra, de la que solo el prefacio nos ha quedado. D'Acheri insertó en el primer volúmen de su *Espicilegio* una tercera obra de Ratramne, sobre el *parto de la Virgen Santísima*, en donde combate con mucho calor á los que sostenian que Jesucristo no habia salido del seno de su Madre por la via natural de la generacion, sino por una via milagrosa, cuestion más curiosa que útil, que tambien se agitó en su época vivamente. De todas las obras de este autor, la que fué más aplaudida y que no tuvo contradictores es su *Tratado contra los Griegos*, en el que se estableció con solidez la procesion del Espíritu Santo, la cual compuso á instancia de los obispos de la provincia de Reims, para combatir á los partidarios de Focio, y se la encuentra en el segundo volúmen del *Espicilegio*. Le Masson publicó en el tomo VI de la *Historia crítica de la república de las letras*, una disertacion de Ratramne sobre los cynocéfalos, hombres que se pretende tienen dos cabezas, y cuyos gritos se asemejan al ahullido de los perros. Opina el autor, que estos monstruos pertenecian más bien á la raza humana que á la de los animales; pero creen los modernos que estos eran los habitantes de la Laponia, desfigurados por las relaciones de algunos viajeros. Se reimprimió esta *Disertacion* en la Coleccion de Casimiro Oudin, con otros escritos sobre el mismo asunto. Entre los escritos de Ratramne, que no han llegado á nuestros tiempos, y de los que solo se ha conservado algun fragmento, habia uno dirigido á defender la estrofa *Te Trina Deitas*, de un antiguo himno de los *Mártires*, que se ha adoptado para una de las festividades del Santísimo Sacramento. En ella reprocha el autor á Hincmar, que pretendia que esta estrofa establecia tres Dioses en el misterio de la Sacratísima Trinidad, y que pretendia se sustituyese la palabra *Sancta* á la de *Trina*. Gotescale compuso *un elogio* en verso de Ratramne, cuyo autor fué muy apreciado en su época, y no ha dejado de serlo todavía por los que le conocen por sus obras. — C.

RATRUDA (Sta.), virgen. Fué natural de la ciudad de Verona en Italia, é hija de Rachisio, célebre rey de los longobardos. Dotada de superior hermosura y de no comun talento, parecia por estas cualidades, destinada á ser un bello ornato del mundo; pero iluminada por la clara luz de la fe, y

guiándose únicamente por los buenos ejemplos de una virtuosa madre, renunció del todo á las ventajas que su clase y belleza podian ofrecerla, é hizo voto de castidad y solemne promesa de consagrarse á Dios y de seguir en un todo las prescripciones de la verdadera ley. Afirmóse más en esta idea, cuando su padre, deponiendo la régia púrpura, entró monje en el monasterio del Monte-Casino, del órden de S. Benito; pues entónces, aunque mundanamente hablando, pudiera decirse que se hallaba sola en la tierra, en vez de aceptar las brillantes proposiciones que se le hacian, ofreciéndola muchos príncipes su proteccion y su amparo á trueque de poseerla por esposa, ella determinó no ceder un punto en el propósito que formára, y así, despues de repartir entre los pobres la mayor parte de sus cuantiosos bienes, abandonó su patria en compañía de su madre, que jamás quiso separarse de ella, y partió á Monte-Casino, donde residia su padre, cuya alma se llenó de gozo al saber la determinacion que habia tomado. Pidió Ratruda al abad Petronio permiso para fundar un monasterio cerca de Monte-Casino, á fin de no estar léjos de donde habitaban el esposo y el padre. Obtenido que fué, erigió á su costa y con el auxilio de las riquezas que aún poseia, un monasterio de vírgenes, que se denominó Plumbariola, en el cual ella y su madre tomaron la cogulla del santo Patriarca, y vivieron siendo un claro ejemplo de virtud y santidad. Ocurrió este suceso en el año 750, sin que fijamente conste el del fallecimiento de esta virtuosa doncella, aunque con mucho fundamento se cree, atendiendo al parecer de acreditados cronistas, que pudo ocurrir hácia el año 786. La Orden Benedictina la cuenta en el número de sus santas, y reza de ella en el dia 2 de Junio. —M. B.

RATSAMHAUSEN (Casimiro Federico). Nació en Estrasburgo en 17 de Enero de 1698, de una familia noble que acababa de entrar en el seno de la Iglesia católica; tomó el hábito de la órden de S. Benito el 24 de Abril del año de 1718, en la célebre abadía de Murbach, donde se distinguió desde luego por sus eminentes virtudes, las que le merecieron ser elegido gran prior de Lure y coadjutor despues de Murbach en 26 de Agosto de 1737, sucediendo, por último, en 26 de Junio de 1756 al cardenal Francisco Armando de Rohan Soubise en la dignidad abacial. Trasladada su abadía á Gebwiller en 1759, fué secularizada y trasformada en cabildo ecuestral en 11 de Agosto de 1764 por el pontífice Clemente XIII. La iglesia de Gebwiller, uno de los más hermosos edificios de Alsacia, debe principalmente su existencia á los cuidados de este virtuoso prelado. La inscripcion colocada en lo alto de su frontispicio: *Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo*; corresponde indudablemente, segun todos los prácticos, á la belleza y magnificencia del edificio. —S. B.

RATTA (Uberto). Este Cardenal nació en Pisa ó en Bolonia, segun Si-

gonio, á fines del siglo XIII ó principios del XIV. Fué llamado, y áun asi le denominan algunos autores, Rosso Lafranchi y Bandi, canónigo de Pisa, eclesiástico entendido. El pontifice Honorio II, en las témporas de Diciembre de 1125, le creó cardenal preste de S. Clemente y legado *à latere* en España, en donde celebró un concilio en Plasencia. Inocencio II le consagró obispo de Pisa en 1132, declarándole obispo apostólico de Italia. Amigo íntimo de este Papa, no cesó de animarle durante el cisma del antipapa, contra el que convocó en Pisa un concilio, con intervencion del Pontífice y del glorioso S. Bernardo. Celebró otro concilio en Cerdeña con los arzobispos, obispos y abades de la isla. En 1131 estuvo en Francia con Inocencio II, á quien fué siempre fiel, y murió en 1138, muy alabado y sentido de cuantos le conocieron. — A. C.

RATTE (Guitardo de). Nació este prelado en Mompeller, de una familia togada, que ha dado muchos buenos magistrados á los tribunales de justicia. Siendo consejero de la iglesia en el parlamento de Tolosa, contrajo una gran amistad con el presidente Juan Esteban Duranti y con el abogado general Santiago Dassis. Habiéndose declarado vigorosamente estos tres magistrados por los intereses del Rey contra el partido de la liga, fué mandado Ratte á París para que informase al rey Enrique III del estado de sus negocios. Durante su ausencia fueron asesinados sus amigos Duranti y Dassis por los rebeldes, que buscaron tambien á Ratte para hacerle sufrir igual suerte, y como no le encontraron, se contentaron con saquear su casa, quemar sus libros y condenarle á muerte por contumacia. Queriendo Enrique IV al subir al trono indemnizar á Ratte de la pérdida que habia sufrido, le concedió una pension de doce mil libras, y en seguida le dió las abadías de S. Salvador de Lodeva y de S. Chinian en la diócesi de S. Pons. En esta misma época le encargó Enrique IV fuese á ver á Normandía á su pariente Gaspar de Pelet, lugarteniente rey de esta provincia y gobernador del castillo de Caen, y le encargase conservase esta plaza á S. M., y mantuviese á la nobleza en la fidelidad que le debia. Salió brillantemente Ratte de esta negociacion, y á su vuelta, como fuese hecho prisionero por los de la liga, le sacó Enrique IV de sus manos y le dió la abadía de Valricher en la diócesis de Bayeux. Poco despues Antonio de Subjet resignó en él el obispado de Mompeller, en el que hizo su entrada pública el dia 5 de Noviembre de 1597. En una carta que con este motivo escribió á Enrique IV, califica á Ratte de limosnero del Rey. Mucho celo manifestó el nuevo obispo por la religion católica y extirpacion de las herejías, é hizo á su diócesis cuantos bienes pudo. Habiendo ido este prelado á Tolosa á negocios de su iglesia, murió en esta ciudad, de resultas de una caida, el dia 7 de Julio del año 1602, á los cincuenta años de edad. Perteneció Ratte por la línea materna á la casa de Cambous,

como se ve en los versos que su sobrino Pedro de Ratte, consejero de Mompeller, hizo grabar sobre su sepulcro. Guitardo de Ratte amaba las ciencias y á los sabios, á los que protegió cuanto pudo; y así es que Teodoro Marsilla le dedicó las notas que hizo sobre la ley de las Doce Tablas; Pedro Colvim las suyas sobre *Sidonius Apollinaris;* y el P. Sebastian Michaelis, fraile dominico, su *Tratado sobre la Eucaristía*. Mr. Grefeuil, en su *Historia eclesiástica de Mompeller*, dedicó una buena parte de su libro V en elogio á su memoria. —C.

RAUCOURT (Luis María). Este último abad de Claraval nació en Reims el 10 de Junio de 1743, y habiendo abrazado la vida religiosa, se distinguió desde luego en su Orden por su excelente conducta. Despues de haber enseñado la teología en Claraval fué nombrado en 1768 procurador de la abadía, y desempeñó tan perfectamente este encargo, que se le eligió prior en 1773, siendo designado por el abad Leblois para coadjutor suyo, destino que se le confirió en 1780. A la muerte de este prelado, ocurrida en 1783, le sucedió como abad de Claraval, y jefe de la órden de S. Bernardo, y su administracion fué cual habia sido su conducta anterior. Haciendo uso de la manera más digna y noble de las rentas de la casa, compró por quinientos mil francos la rica biblioteca del presidente Bonhier de Dijon, pero no tuvo tiempo de colocarla, porque la revolucion paralizó sus trabajos, dándose despues esta bellísima coleccion á la ciudad de Troyes. Queria el abad Rancourt erigir en su monasterio un monumento á S. Bernardo, á cuyo fin hizo venir mármoles de Carrara; la estatua de la Caridad habia ya llegado á Claraval, y debia hacer parte del agrapado del monumento. Los demás mármoles que habian llegado á Lyon fueron secuestrados al principio de la revolucion, razon por la que no pudo llevar á cabo su proyecto. El duque de Penthievre, que pasaba anualmente temporadas en sus tierras de Chateauville, á tres leguas de Claraval, tenia hácia el abad una amistad cariñosa, y le regaló un gran cuadro en el que estaba retratado como gran almirante de Francia, con los atributos de su cargo, y el abad Rancourt tuvo la fortuna de salvar este precioso donativo, que habiendo caido en poder del vizconde de S. Mauro, fué á adornar el palacio de Diuteville. Antes de la revolucion, haciendo el abad Rancourt concesiones á las ideas de su época, habia hecho en su abadía algunas variaciones en la disciplina y costumbres de sus religiosos, á los que pretendia aproximar á los sacerdotes seculares. Cuando fué expulsado de su abadía por las autoridades revolucionarias, se retiró llevándose reliquias cuyos adornos habia él puesto, y fué á ocultarse á una legua de Claraval, en la pequeña poblacion de Juvencourt, en la que vivió por espacio de catorce años, olvidado del mundo, pero respetado de los habitantes de aquel país, que le prodigaron mil cuidados en los tiempos más pe-

ligrosos. Frecuentemente ejerció en secreto su santo ministerio en esta parroquia y en sus cercanías. En 1804 fué á fijar su residencia en Bar-sur-Aube, en donde murió el 6 de Abril de 1824, muy sentido de sus habitantes, á los que edificó con su resignacion, y á los que obligaba por su dulzura; este abad fué el último sucesor del glorioso S. Bernardo. Este santo, que fué gloria de su siglo, habia sido enviado del Cister en 1115, con algunos otros religiosos, al valle de Absinthe, en donde fundaron un monasterio en un sitio espantoso, que atravesado por el rio Aube pasaba por ser madriguera de ladrones. Viviendo S. Bernardo con sus monjes en aquel país con suma sencillez, él y sus religiosos levantaron la casa principal de una Orden que vino á ser de las más célebres de la cristiandad, cuya casa y sus propiedades compró en tiempo de la revolucion el diputado Chauvelin. — A. C.

RAUDESICO (Antonio). Perteneciendo á una familia distinguidísima, renunció completamente al porvenir que ella le ofrecia, ya como recompensa de los servicios prestados por sus mayores, ya tambien como satisfaccion justísima de los que de su buena disposicion podian esperarse, ingresó en la reformada Orden minorita, con gran admiracion de cuantos le conocian. Como su resolucion fué firmísima, y lo que á tomarla le inducia era una expresa manifestacion de la voluntad de Dios, que él llegó á conocer por los medios que Su Majestad nunca escasea á aquellos de quienes quiere valerse para algun fin importante, no fueron suficiente motivo para apartarle de su idea ni las amonestaciones de su padre, ni los cargos sofísticos, es verdad, pero de alguna atencion, con que trataban de disuadirle; así que firme como convenia, sufrió cuanto su familia quiso hasta que se puso en el estado en que habia de servir á su Dios. Hizo el noviciado con aprovechamiento notable, y sus hermanos desde luego pensaron con razon que seria muy útil á la Orden, porque le vieron muy dispuesto á todas las cosas para que le destinaban, aunque tuviera que hacerse violencia como en no pocas circunstancias le aconteció. Manifestó desde luego que su deseo era solamente el servir á Dios en el estado de lego, y hubieran accedido los superiores á sus deseos, si no hubiesen visto que podia ser mucho más provechoso para el bien de los fieles el que este hombre de tan buena capacidad estuviese en el ejercicio de las importantes funciones sacerdotales al frente de una grey, que bajo su direccion podia adelantar mucho en la vida del espíritu, ó en la cátedra santa, donde podia enseñar á muchos el camino de la virtud y los medios con que podian asegurar su eterna dicha, mediante su fidelidad á la práctica de los acertados consejos con que procurára alentarlos al mejor servicio y amor divino. Formando tal propósito, le mandaron sus superiores que se dedicase á los estudios, y en ellos no sé lo que sea más de admirar de parte de nuestro buen religioso, si el afan y la constancia con que se

aplicaba, como si fuera un niño, ó la humildad profundísima con que se puso entre estos para perfeccionar el estudio de la latinidad, y hacer el de filosofía y demás necesarios para emprender la carrera de sagrada teología, á la que se dedicó con verdadero afan y con un provecho grande, como era consiguiente á la firme conviccion con que veia en todos estos trámites, para él inesperados, el camino al cumplimiento de los designios enteramente misericordiosos que Dios habia formado acerca de él, que por este concepto se veia ser muy predilecto del Señor. Con gran diligencia se preparó para ascender al presbiterado, luego que hubo hecho los estudios que hemos mencionado, y desde luego se notó hasta en su semblante la gran suerte que habian de lograr los que estuvieran á su cuidado, pues su dulzura, benignidad, celo y deseo de la gloria de Dios y por consiguiente del bien de las almas, no otro resultado podian dar que el atraer á estas almas mismas al mejor servicio y más estrecho amor de Dios. Efectivamente, á esto se encaminaron siempre sus esfuerzos en el ejercicio del ministerio sacerdotal, y por esto se le veia constantemente empleado en el bien de los fieles, ya procurándoles la necesaria y conveniente instruccion, ya haciendo que se libráran de las peligrosas compañías por medio de los más sanos consejos; ya en fin por todos aquellos medios con que Dios ilustra á sus siervos y que les hacen merecer grandemente en su presencia. Por esto era querido y ambicionado por todos los párrocos del contorno y, como es consiguiente, tenia siempre que estar en continuo trabajo y fatiga; es verdad que él se daba por muy satisfecho áun en medio de su fatiga y trabajo, porque veia que no era inútil, ántes por el contrario muy fecunda en méritos de vida eterna, mediante las buenas obras de que era motivo, porque sin exageracion pueden referirse á él todas las obras que se hacian por su consejo; toda vez que este consejo suyo era indudablemente el medio de que Dios se valia para procurarlas. A esto se agrega para hacernos apreciable á este esclarecido siervo de Dios, que áun cuando en el ejercicio de su ministerio tenia tanto trabajo, y su celo le hacia aumentarle con otras obras de supererogacion no ménos importantes que meritorias y difíciles, nunca faltó á los ejercicios de comunidad, ni se dispensó de las austeridades de ella, ántes al contrario, aumentó siempre cuantas pudo, y en el ejercicio importante de la oracion fué tal su constancia, que nunca se dispensó de ella ni por ocupaciones ni áun por indisposicion ó enfermedad, logrando ciertamente ópimos frutos de su constancia, pues el Señor le premió con los favores más estraordinarios, como que se complacia Su Majestad mucho en que así le sirviera su favorecido siervo. Vino por fin la muerte á separarle de este mundo para trasladarle al otro donde su dicha es imperecedera, y habiendo sido sus disposiciones para morir como habian sido sus acciones para vivir, el Señor le

coronó de gloria, haciendo por su medio repetidos milagros que obligaron á su religion á que pidiera su aprobacion por Roma, y por consiguiente la declaracion del grado de santidad en que estaba este siervo de Dios. En efecto, Roma le declaró beato y asignó á su recuerdo los dias, ó el 9 de Enero ó el 17 del mismo, habiéndose aceptado más generalmente este que aquel. Tambien dejó recuerdo como literato, pues escribió una *Historia de las virtudes de la venerable Madre Catalina Ciaulina, Terciaria de S. Francisco*, en la cual además de la verdad de la narracion, se ve claro la ciencia del escritor y una diccion no solo correctísima sino esmerada, y que deja percibir que no habia sido lego desde su infancia el que no deseaba más que el que le contasen como tal. Escribió tambien una *Exposicion de la regla de los Terciarios*, notabilísima, porque deja ver en ella todo el espíritu del Seráfico Patriarca, que parecia habia él absorbido en cierto modo, por el continuo examen y cuidadosa diligencia con que siempre procuró hacerse digno de ser hijo de un padre que tantos llevó al cielo.—G. R.

RAUGRAVES. Esta familia antigua de Condes del Imperio, descendientes del país de Lieja en la Flandes, que pasaron muchos de ellos á la casa Palatina, produjo muchos varones notables, y entre ellos no pocos dedicados al servicio de la Iglesia católica, cuyos nombres no podemos dejar de consignar en esta obra. Empezaron en la segunda Raugrave, y el primero que hallamos en ella es Everardo Raugrave, obispo de Wormes, que murió el año 1277. Sigue á éste Federico, igualmente obispo de Wormes, que falleció en 1283; y á éste Gerardo, obispo tambien de la misma ciudad elegido por una parte del capítulo, el cual mediante una pension que se le concedió, cedió su derecho á Everardo de Stralemberg, que habia sido elegido por la otra parte de los capitulares. Hallamos despues á Hemicon Raugrave, que fué tambien elegido obispo de Wormes en 1293, y que falleció en 1299, y á su hermano Juan, que fué canónigo de la iglesia de Mayenza. Vienen despues: Conon Raugrave, canónigo de las iglesias de Tréveris y de Colonia y Preboste de la de S. Gereon en Colonia. Juan Ernesto, José de Saumaigne, canónigo de Colonia y coadjutor de su tio paterno en el prebostado de los Doce Apóstoles de Colonia. Y por último, hallamos á Cecilio Raugrave, aliado á Tierry de Graesbeck, señor de Orcille, gobernador de Hui, hermano de Gerardo de Graesbeck, elegido obispo de Lieja en 1574, y que creado cardenal en 1578, murió el 28 de Diciembre de 1579, á los sesenta y tres años de edad. Esta familia de nobles flamencos y de obispos, fué muy piadosa y ha brillado en este sentido por muchos años.—B. S. C.

RAUL, obispo de Lieja. Era hijo de Conrado, duque de Zeringen y de Clemencia, hija de Godofredo, duque de Namur. Fué elegido canónicamen-

te en 1167 por presentacion de su tio el conde de Namur, despues de la muerte del obispo Alejandro II. Poco ántes, en 1160, habia sido elegido arzobispo de Maguncia despues de la trágica muerte de Arnulfo, pero esta eleccion, hecha sin conocimiento del emperador, era contraria al juramento que en 1157 habian prestado los habitantes de esta ciudad de no dar sucesor al arzobispo Arnulfo en caso de muerte, sin ponerlo ántes en noticia del emperador. Cuando supo éste, que se hallaba á la sazon en Normandía, el nombramiento de Raul, decidió hacerle anular, y fué en vano que para apaciguarle saliera éste á su encuentro ofreciéndole algunas monedas de oro que habia sacado del tesoro de su iglesia. Federico le rechazó con sus presentes, y á su regreso halló su silla ocupada por un prelado elegido por el emperador, de manera que no le quedó otro recurso que retirarse á los estados de su familia, de donde salió, como hemos dicho, para gobernar la iglesia de Lieja, en que manifestó más bien que las cualidades de un gran prelado las de un buen soberano, pues sabido es que á su mitra se hallaba unida la corona de príncipe. En 1179 tuvo que sostener una guerra con Gerardo, conde de Loss, para defender los intereses de sus súbditos. Comenzaron las hostilidades por la toma de Tongres, cuya iglesia y palacio episcopal incendió el conde despues de haberlos saqueado. El Obispo emprendió en represalias una expedicion al condado de Loss, que recorrió llevándolo todo á sangre y fuego, reduciendo á cenizas gran número de castillos, y solo se contuvo por los ruegos de los condes de Namur y de Hainaut. Por desgracia estas hazañas no tardaron en ser empañadas por la avaricia, vicio infame que dominó á este prelado, pues vendia públicamente los beneficios, teniendo por corredor en este comercio á un carnicero llamado Adelino. Esta simonía no tardó en ocasionar otros daños, trastornando los diferentes órdenes de la diócesis, en que acabaron por ostentar su ominoso imperio las blasfemias, los perjurios y las malas acciones. Hubo un hombre sin embargo que levantó la voz contra estos escandalosos abusos, el cual era un virtuoso sacerdote llamado Lamberto, al que daban el sobrenombre del Tartamudo y el de S. Cristóbal, de una iglesia que habia mandado construir con advocacion á este santo. Este siervo de Dios reprendió con energía las costumbres de sus conciudadanos, amenazándoles con la cólera divina si no mudaban de vida. Sus vehementes y patéticos discursos causaron resultados enteramente opuestos. Un gran número de legos reconociendo sus extravíos fueron á buscar al piadoso sacerdote y se pusieron bajo su direccion. Lamberto eligió entre los más fervorosos de uno y otro sexo los que no habian tomado estado todavía, y fundó dos congregaciones religiosas, una de doncellas, á que se llamó beguinas, y otra de hombres á que se tituló de beguardos. Mas el Obispo se manifestó sordo á su voz, primero acogió sus

censuras con desprecio, y viendo despues que aumentaba el número de sus partidarios, le mandó prender en la iglesia de Sta. María, donde predicaba, y le encerró en el castillo de Rivogne. Lamberto aprovechó el tiempo de su prision para traducir al francés los Actos de los Apóstoles. Algun tiempo despues obtuvo la libertad, y marchó á Roma, donde se presentó al Pontífice, quien escuchó con interés la descripcion que le hizo del estado de la iglesia de Lieja y de las persecuciones que por su celo habia sufrido. Despues de colmarle de elogios, confirmó el Santo Padre su mision, y aprobó el doble instituto religioso que habia fundado. El autor de la gran Crónica belga dice que murió á su regreso, y Gil de Orval asegura, por el contrario, que volvió á su patria, donde continuó desempeñando sus cargos. Parece que en 1187 fué Lamberto á Roma, y despues de regresar á su patria le sorprendió la muerte. Poco despues de la vuelta de Lamberto fué enviado á Lieja el cardenal Enrique de Albania con título de legado, donde sus exhortaciones y amenazas produjeron los mejores resultados en el clero, que en su mayor parte renunció en sus manos sus beneficios, pero los perdonó con trasladarlos á otra iglesia. Muchos, sin embargo, para mayor tranquilidad de su conciencia marcharon á la Tierra Santa para expiar sus faltas, segun la costumbre de la época y lo decidido en diferentes bulas pontificias. Raul fué uno de estos últimos, que partió á la cruzada con el emperador Federico en 1189 regresando once años despues, aunque no llegó á pisar su país natal, pues murió en el mismo año de 1191, cerca de Lieja.—S. B.

RAUL, monje. Pocas son las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de este celebre religioso, que llegó á conmover por un momento el arzobispado de Maguncia y dió origen á una de las más bellas cartas de S. Bernardo. Gobernaba á la sazon aquella iglesia Enrique Félix, célebre prelado elegido en Francfort en presencia de los legados del Papa, de S. Bernardo y del Emperador. El monje Raul, piadoso solitario, arrebatado de un celo muy comun en aquella época en que se tenia un odio extraordinario á los judíos, en cuyo poder paraban por lo general todas las riquezas y eran los dueños de países que en realidad los detestaban, comenzó á predicar en 1146 excitando á la gente de Maguncia, Colonia y de los lugares vecinos á degollar á los judíos, á quienes además de como enemigos de nuestra religion, se miraba como enemigos de los hombres. Los pueblos no tardaron en seguir una bandera que halagaba sus inclinaciones y les lanzaba contra los que miraban como sus opresores, habiendo que lamentar algunos desórdenes en diferentes partes de Alemania. El prelado de Maguncia quiso oponerse desde luego y restablecer el órden en sus estados, pero tenia que luchar contra la opinion general, y sus esfuerzos salieron vanos en un principio. Temeroso además de conciliarse el odio de los pueblos, que tenian en

este punto ideas muy contrarias á las suyas, se dirigió al abad de Claraval, manifestándole lo que le pasaba y pidiéndole su opinion en el asunto. San Bernardo le contestó que era preciso reprimir el fanático celo de aquel monje y prohibirle predicar. Hízolo así Enrique, y unido á su poder espiritual el temporal que disfrutaba, consiguió por un momento hacer callar á Raul y sus partidarios, que abandonaron sus proyectos. Pero este triunfo costó muy caro á Enrique en lo sucesivo, pues habiéndose levantado contra él numerosos enemigos y enviando el Papa dos cardenales á cerciorarse de su conducta, todos los pueblos depusieron en su contra, y su impopularidad dió orígen á que perdiese una mitra que habia llevado dignamente, segun opinion de S. Bernardo, que fué en esta ocasion como en todas uno de sus más decididos defensores.—S. B.

RAULHAC (Cárlos Juan Francisco). Este eclesiástico renunció al sacerdocio durante la revolucion. Fué primer adjunto del alcalde de Aurillac, y miembro de la Sociedad de Agricultura, Artes y Comercio de esta ciudad, funciones que aún llenaba despues de la restauracion, cuando murió en 1823. Sus obras son las siguientes en frances: *Carta á Mr. Jomardo, miembro del Instituto y comisario del gobierno cerca de la comision que fué á Egipto, sobre la significacion del nombre de Hércules y naturaleza de este Dios;* Paris 1818, en 8.° anónimo.—*Discurso sobre los hombres de los alrededores de Aurillac, que se han distinguido por sus eminentes funciones, virtudes y talentos*, el cual se leyó en asamblea pública el 20 de Agosto de 1819 con motivo de la distribucion de premios del colegio, con notas y aclaraciones; Aurillac 1820, en 8.°—*Discurso leido en sesion pública de la Sociedad de Agricultura, Artes y Comercio de Aurillac el 8 de Julio de 1822, sobre el sucesivo desarrollo de estos tres ramos de industria humana en el departamento de Cantal, desde los tiempos más remotos hasta el fin del siglo XIII de nuestra era;* Aurillac, 1822, en 8.°—C.

RAULICA (Rdo. P. G. D. Joaquin Ventura de), orador y teólogo italiano, nació en Palermo el 8 de Diciembre de 1792; es hijo de D. Gaud Ventura, baron de Ráulica, y de Doña Catalina Gatinelli. A los quince años de edad habia terminado ya sus estudios, y por deferencia á su madre, entró en la Compañía de Jesus en Palermo, donde no tardó en obtener una cátedra de retórica. Cuando fué extinguida esta casa, el abate Ventura entró en los teatinos, comenzando entónces con muy buenos resultados la carrera del púlpito. Elegido secretario general de la Orden, contribuyó mucho á su restauracion, y publicó su primer escrito: *La causa dei Regolari al tribunali del bon senso*, que reveló su rara aptitud para la polémica. Despues se dió á conocer como uno de los más hábiles colaboradores de la *Enciclopedia Eclesiástica*, y fué nombrado censor de la prensa y miembro del Consejo Real de

Instruccion pública del reino de Nápoles, no obstante la ley que prohibia á los sicilianos ejercer estos cargos fuera de Sicilia. El P. Ventura aprovechó su influencia para introducir en Italia la nueva filosofía católica, nacida en Francia; estimuló la traduccion del *Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas;* y tradujo por sí mismo la *Legislacion primitiva*, de Mr. de Bonald, y *El Papa*, de José Maistre. Continuó á pesar de esto dedicándose á la predicacion, sobresaliendo principalmente en las oraciones fúnebres. Su *Elogio fúnebre de Pio VII*, de que se publicaron veinte ediciones por lo ménos, le valió el sobrenombre de Bossuet italiano, en los momentos en que su libro sobre la *Influencia del siglo XVI* era presentado como una consecuencia de la *Historia de las variaciones*. Nombrado en 1824 vicario general de la órden de los Teatinos, se estableció en Roma, donde el Pontífice le confió la direccion del *Diario Eclesiástico*, en que únicamente consintió por publicar algunos artículos sobre la accion civilizadora del cristianismo. Miembro de una comision de censura con monseñores Orioli y Michara, que fueron poco despues nombrados cardenales, y con el Rdo. P. Capellari, promovido posteriormente al pontificado con el nombre de Gregorio XVI, fué nombrado en el mismo año para una cátedra de derecho público eclesiástico, y elevado despues al cargo de limosnero de la universidad. Marchaba el P. Ventura bajo los mejores auspicios por el camino de los honores y de las prelacías, cuando odiosas acusaciones le obligaron á renunciar al profesorado. No fué por esto ménos apreciado del soberano Pontífice, que le confió desde entónces algunos negocios públicos, á cual más difíciles y delicados, debiéndose á su influencia el concordato de la Santa Sede con el duque de Módena; la reconciliacion del Papa con Chateaubriand, embajador de Francia, que Su Santidad no queria hacer, y el reconocimiento de Luis Felipe por la corte de Roma, como rey de hecho ya que no de derecho. El duque de Módena quiso que se le nombrase obispo, pero Leon XII se negó á alejarle de su lado. Habiendo intentado la restauracion de la filosofía cristiana llamada escolástica, en un libro lleno de erudicion y lógica: *De Methodo philosophandi;* Roma, 1828, en 8.°; no tardaron en pronunciarse contra el P. Ventura el protestantismo y los partidarios de la Iglesia galicana. Su antiguo amigo Lamennais le atacó en *El Porvenir* con grande acritud, lo que no impidió al padre Ventura aconsejar al Papa guardase algunos miramientos con el jefe del ultramontanismo francés. «Cualquiera otra conducta, decia, podria convertir al apologista de Roma en el azote de Roma.» Habiendo seguido otros consejos consiguió todavía contener las primeras iras de Lamennais, y le sugirió la idea de un libro sobre los *males de la Iglesia y sus remedios*, tres capítulos del cual, últimos cantos del cisne católico «compuestos bajo la inspiracion del cielo y casi en el mismo cielo» escribia el P. Ventura que se conservaban

en el archivo de negocios de Roma. Fatigado de una lucha constante contra incansables enemigos, que calumniaban sus relaciones con Lamennais, el P. Ventura abandonó la corte pontificia para vivir en el retiro. Durante diez años se entregó al estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, en particular de Sto. Tomás, y publicó en 1839 su obra sobre *las bellezas de la Fe*; tres volúmenes en 8.° Esta es tambien la época de sus solemnes sermones en las iglesias de S. Andrés della Valle y S. Pedro de Roma. Once años seguidos predicó en S. Andrés la octava de la Epifanía. El número de sus *Homilías* asciende á 150, setenta y cinco de las cuales se han publicado en las principales ciudades de Italia, y forman cinco volúmenes en 8.° Por el mismo tiempo fué tambien cuando para cristianizar la educacion é impedir á las ideas paganas infiltrarse en el mundo con las obras maestras de la antigüedad, emprendió el P. Ventura una publicacion imitada en Francia por el abate Gaume, de una coleccion de fragmentos de los Santos Padres y de los poetas sagrados, bajo el título de *Bibliotheca parva, seu gratiosa et elegantiora opera veterum SS. Ecclesiæ Patrum ad usum juventutis christianarum litterarum studiosæ;* 1639. Una nueva fase se abre en la existencia del P. Ventura al advenimiento de Pio IX. El cardenal Mastai, elegido papa, se encuentra con la revolucion á las puertas de Roma, y se ve obligado á transigir con ella. Creyendo posible la alianza entre la religion y la libertad, pronuncia el P. Ventura su *Oracion fúnebre de O'Connel*, cuyo efecto fué tan grande que la cuestacion que se siguió produjo cien mil francos. Las ideas avanzadas del orador le dieron sobre la muchedumbre una prodigiosa influencia, de que se sirvió en el mes de Julio de 1847 para salvar del saqueo á la iglesia de S. Andrés. Algun tiempo despues en un oficio fúnebre celebrado en honor de las víctimas del sitio de Viena, el P. Ventura, á ruego de los revolucionarios moderados, consiguió conmover á la multitud hablándola del Papa. La revolucion continuaba marchando, no habia otro medio de contenerla que conceder una constitucion al pueblo romano. El P. Ventura se lo aconsejaba al Papa, pero el Pontífice se decidió demasiado tarde. En 1848 fué nombrado por el gobierno popular de Sicilia, ministro plenipotenciario y comisario extraordinario en la corte de Roma, y no aceptó este cargo de manos de un gobierno insurrecto sino con el consentimiento del Santo Padre. Ocupándose bajo un punto de vista elevado de los intereses respectivos de Sicilia y de Roma, publicó una *Memoria sobre la independencia de la Sicilia*, otra sobre la *legitimidad de los actos del Parlamento siciliano*, y despues un abultado volúmen en 8.°, titulado: *Mesonges diplomatiques*. De acuerdo con el célebre abate Rosmini y con otros ilustres representantes de los diferentes estados italianos, preparaba el P. Ventura hácia el mes de Mayo de 1848 una confederacion italiana, que hubiera presi-

dido el Papa, pero la que la ceguedad de Gioberti y la ambicion de Cárlos Alberto frustraron por completo. Pio IX tomaba poco despues el camino del destierro. El P. Ventura permaneció en Roma, donde negó, á pesar de la autorizacion del Papa, su candidatura á la asamblea constituyente. La república romana le pareció imposible, y consultado por el general Oudinot sobre la oportunidad de un ataque contra Roma, respondió: «Concedeis á la república una fuerza de que carece, y acabareis por imposibilitar el poder pontificio.» El P. Ventura salió de Roma el 4 de Mayo, y se retiró á Civita-Vecchia bajo la proteccion de los ejércitos franceses. Despues de haber intentado, aunque en vano, ilustrar la opinion pública sobre el estado de los ánimos en Italia, no pudiendo hacer nada ni en beneficio del Papa ni de la nacion, marchó á Francia, y fué á habitar á Mompeller, donde la amistad de algunos hombres ilustrados le consoló de los ataques y de las calumnias de que fué objeto. Su mayor dolor fué leer el 8 de Setiembre en un periódico el decreto de la Congregacion del Indice, que condenaba su *Discurso sobre los muertos de Viena*. Se inclinó delante de este inesperado golpe y se retractó como en circunstancias semejantes lo habia hecho Fenelon. En Mompeller escribió sus *Cartas á un ministro protestante*; 1849, en 12.°, para responder al antiguo aserto sostenido entónces por un ministro de Ginebra, de que S. Pedro no habia estado nunca en Roma. Esta obra es el orígen de otras muchas que escribió en francés el P. Ventura. Se ejercitó tambien en Mompeller en predicar en el mismo idioma, y despues de dos años de residencia y de predicaciones en esta ciudad, fué á París, donde desde mucho tiempo ántes le habia precedido su reputacion. El nombre del P. Ventura obtuvo desde luego la mejor acogida, gracias á las curiosas conferencias del Rdo. P. Teatino con los sabios del Observatorio y del Instituto, gracias sobre todo á sus sermones y á sus libros. Durante muchos años consiguió atraer y retener en las iglesias de la Magdalena y de S. Luis d'Autin un numeroso auditorio. La originalidad un tanto extraña de su palabra, las temeridades algunas afortunadas de un estilo enérgico y pintoresco, verdaderos arranques de elocuencia; unos conocimientos teológicos poco comunes en Francia; todo contribuyó á los buenos resultados de su predicacion. El P. Ventura ha publicado en París entre algunos libros serios y otros agradables, una interesante *Historia de Virginia Bruni*; 1850, en 12.°—*Las Mujeres del Evangelio;* 1853, en 12.°—*La Razon filosófica y la Razon católica*; 1552, en 8.°—*La Mujer católica;* 1854, tres vol. en 8.°—*El Ensayo sobre el orígen de las ideas;* 1853, en 8.°—*Escuela de los milagros ú obras del poder y de la grandeza de Jesucristo;* 1854 y 55, dos vol., en 18.°—*El Poder cristiano;* 1857, en 8.°—*Coleccion de sermones* pronunciados en las Tullerías con una introduccion de Mr. Luis Veuillot, etc. Los actuales trabajos del P. Ventura, escritos todos

en francés, son como un homenaje rendido á la universalidad de este idioma. «Nos perteneceis, le escribia Isabel Rossi, por vuestras obras italianas; por vuestras obras francesas perteneceis á todos.»—S. B.

RAULIN (Juan). La familia Raulin, Raolin, Rolin ó Rollin, que con estas variaciones se la encuentra en los autores, es una de las más antiguas del condado de Borgoña, y se origina de Poligni, y empezó á ser conocida en tiempo del duque Juan en el siglo XV, en la persona de Nicolás Raulin, canónigo del expresado Duque. Casado con Guiana de Salins, tuvo por hijos á Gerardo, que le siguió en el señorío de su casa, y á Juan, que siguiendo la carrera de la Iglesia, fué nombrado obispo de Chalons sobre el Saona, de cuya silla pasó á la de Autun, y creado cardenal en 1448, murió en 1483. Cuenta esta familia además otro Juan Raulin, consejero de Estado en tiempo de Luis XII, y obispo de Autun en 1501, el cual murió en 1502.—C.

RAULIN (Juan). Nació este religioso en Toul el año 1443. Fué á estudiar á París, y terminados sus estudios con brillante éxito, recibió la borla de doctor en teología en 1479. Habíase ya dado á conocer por un comentario sobre Aristóteles y por su fama en la predicacion, cuando fué elegido en 1481 para dirigir el colegio de Navarra, empleo que desempeñó á satisfaccion del público. La inspiracion de una austera piedad le obligó á cambiar este honroso cargo por la vida del claustro, y se retiró á la abadía de Cluni, llamando con esto la atencion de otros doctores, que siguieron su ejemplo. El cardenal de Amboise fijó sobre él la vista en 1501 para introducir la reforma en las casas de su Orden, y admitiendo el encargo Raulin, le desempeñó con el mayor celo, ayudándose á la vez con la autoridad de su intachable conducta y con la fama de su predicacion. Murió este religioso en París el 6 de Febrero de 1514, dejando para su memoria las siguientes obras: un *Comentario sobre todas las obras de la lógica de Aristóteles;* París, 1500.—*Cartas en latin, acompañadas de una conferencia para la fiesta de San Luis, y de otra sobre la perfeccion de la regla de S. Benito;* París, 1520, en 4.°—*Sermones en latin;* París, 1542, dos volúmenes en 8.°, los que ántes de publicarse en coleccion habian sido publicados por separado en la misma forma. Las obras que hemos mencionado se comprendieron, con algunas otras, en una edicion general publicada en Amberes, en 4.°, el año 1612, en seis volúmenes. Los sermones de Raulin son, como todos los de sus contemporáneos, al nivel de los bosquejos dramáticos de la misma época. A puro buscar el método se desvirtua, y sus comparaciones son triviales cuando no inexactas. Jamás se pierde de vista el interés de la moral; pero mezcla con las citas de la Escritura y las escolásticas, ejemplos é historietas, que ofrecerian hoy el efecto contrario de la edificacion. Sin embargo, no hace uso de bufonadas tan frecuentemente como Barlette, Menot, Maillard y los imita-

dores de estos, guardando por el contrario en sus recitados una gravedad ingenua, que no le hace ménos cómico. En su coleccion se encuentra el gérmen de la fábula de los *Animales enfermos de la peste*. Llama el Leon á confesarse al capítulo al Lobo, al Zorro y al Asno, y cada uno empieza la confesion de sus malos hechos. El Lobo se acusa de haber muchas veces destrozado las ovejas con sus bellos dientes; al escuchar esto el Leon, se pone muy sério y le reprende con severidad, pero el carnívoro penitente alega la prescripcion y el uso inmemorial de sus antepasados, y su falta se le perdona mediante un *Pater noster* que se le impone de penitencia. Siguiendo despues el Zorro, cubre con la misma excusa sus destrozos sangrientos en los gallineros, y experimenta la misma indulgencia. Llegado su turno al Asno, se acusa de que ha llevado sus temerarios dientes á algunos hacecillos de heno caidos de un carro, y que habian quedado entre las zarzas. Un grito general se levantó contra el necio. Declaró además que se habia ensuciado en el claustro de los frailes.—Hollar una tierra santa ¡oh qué crímen! pero aún es culpable por haberse puesto á cocear y despues á rebuznar delante de los frailes. Esto es poner á la comunidad en desacuerdo y sembrar en ella la zizaña; tales pecados no pueden expiarse sino con azotes; y la flagelacion se aplicó al pobre necio. Hé aquí otro cuento de Raulin bastante parecido á los de los antiguos fabulistas. Quiso una viuda volverse á casar, y fué á consultar sobre este particular á un cura. Hallándose en presencia del sacerdote, expuso las ventajas y los inconvenientes que esperaba ó temia de un segundo matrimonio, y el cura la respondia alternativamente *casaos*, *no os caseis*. Y para sustraerse á las importunidades de la dama, mandó tocar las campanas, invitándola á que estuviese atenta al consejo que iba á recibir de ellas. Preocupada la viuda, solo entiende en el ruido de las campanas estas palabras: *Prends ton valet, prends ton valet* (toma tu criado), y saliendo de su perplejidad ejecutó lo que deseaba. No tardó mucho tiempo en volver á buscar al cura, y en cuanto le vió le dijo: Me habeis engañado: de señora he venido á ser esclava, y lo que es peor, todos los dias me pega una paliza.—Ninguna culpa tengo yo, replicó el cura, las campanas hablaron, y sin duda las habeis entendido mal.—Hízolas el cura tocar de nuevo, y esta vez entendió la viuda *No le tomes, no le tomes*, oido lo cual se retiró convencida de haber despreciado el aviso. El famoso Rabelais sacó parte de esta historieta á luz en los capítulos IX y XXVII de su *Pantagruel*, segun afirma en su artículo de la *Biografía universal* el escritor Foiset ainé.—C.

RAULIN Y SAN MARTIN (Fr. Juan Facundo). Recibió el santo bautismo en la iglesia parroquial de S. Pablo de Zaragoza el 11 de Mayo de 1694. Profesó en el instituto de S. Agustin de la observancia, en el convento mayor de esta ciudad, el 11 de Mayo de 1710, y siguió con lucimiento la carrera de

los estudios y de la enseñanza doméstica, y fué maestro de su provincia en Aragon. El 4 de Noviembre de 1726 era catedrático de Sto. Tomás de teología de la universidad de su patria, y el 11 de Abril de 1726 de la de Durando, que renunció en 17 de Octubre de 1729. Juntamente con el gobierno del referido convento, tuvo los empleos de provincial de Aragon, de asistente general por España é Indias en Roma en 1740, de exgeneral de su religion y de rector perpétuo del colegio de Sto. Tomás de Villanueva en la dicha ciudad de Zaragoza, donde murió el 22 de Abril de 1757. Los seis años que residió en Roma, debió particular aprecio al sabio pontifice Benedicto XIV, al insigne prelado oriental Monseñor José Simon Assemani, al erudito Muratori, al Mtro. augustiniano Zazzari y á otros varones doctos, y en España no careció de este mérito, el que dura en sus obras, las que son: 1.ª *Jo Facundi Raulin, Cæsaraugustani Ordinis Eremitarum Sancti Augustini, ex-generalis atque Hispaniarum Assistentis, Historia ecclesiæ Malavaricæ, cum Diamperitana synodo apud indos nestorianos Sancti Thomæ christianos nuncupatos, coacta ab Alexio de Meneses, augustiniani. Anno Domini MDXCIX. Nunc primo è lusitano in latinum versa, cui accedunt cum Liturgia Malavarica, tum dissertationes varia. Omni perpetuis animadversionibus illustrata. Sanctissimo Domino nostro Benedicto XIV.* En Roma, por Gerónimo Mainardi, 1745, en 4.° mayor de 529 páginas.—2.ª *Oracion gratulatoria á Dios nuestro Señor por haber S. M. hecho su Médico de Cámara y de la Reina nuestra señora al M. Ilustre Sr. Dr. D. José Suñol, el 11 de Setiembre de* 1746. En este año en Zaragoza, por Francisco Moreno, en 4.°—3.ª *Año Santo dentro y fuera de Roma. Sirve para esta en este año de* 1750. *Para España en* 1751, *y en los siguientes para Indias.* En Zaragoza, por Francisco Moreno, 1750, en dos tomos en 4.°—4.ª *Pastoral de nuestro santísimo Padre Benedicto XIV, de gloriosa memoria, siendo cardenal arzobispo de Bolonia, é instituciones eclesiásticas para su diócesis, traducidas del toscano al español.* En Zaragoza, 1751, dos tomos en 4.° En Madrid, por D. Joaquin Ibarra, 1767; y por D. Antonio Sancha, 1775, en dos tomos en 4.°, y esta es su cuarta edicion.—5.ª Un *Libro de todos los epitafios sepulcrales de españoles que vivieron y murieron en Roma, con algunas advertencias puestas en sus lugares.* Manuscrito en 4.°, de útil instruccion, del que tengo copia.—Alabaron á este escritor, entre otros, los PP. de Trevoux en sus *Memorias* del mes de Abril de 1757, págs. 906 y 907; Monseñor Assemani, en la censura de la primera obra; el Mtro. augustiniano Fr. Juan Facundo Clemente, en la dedicatoria de la obra que escribió, intitulada *Vitæ Thomæ à Villanova*, edicion de Valencia de 1741; el Ilmo. Sr. Obispo Don José Martin Gomez; el Sr. D. Joaquin de Villava, oidor de la Real Audiencia de Aragon, y el abad general de la Congregacion reformada de San

Bernardo de España, el P. Valeriano Valentino, en sus *Censuras*.—A. C.

RAUTENSTRAUCH (Francisco Esteban de). Entró este religioso aún jóven en la órden de S. Benito de Braunau, y como el abad de este monasterio notase en él disposicion para las ciencias, le hizo estudiar en la universidad de Praga, y le mandó despues á continuar sus estudios á las universidades más famosas en aquella época. Hecho profesor de teología en Braunau Francisco Esteban, escribió y enseñó en este monasterio el derecho canónico segun las máximas de la Iglesia galicana, lo que le atrajo muchos opositores. Citado al tribunal de la universidad de Praga, esta pronunció su deposicion, particularmente por el tratado que escribió sobre el poder del Papa; pero esta sentencia no impidió que la Emperatriz, su madre, le concediese una medalla de premio y le hiciese elegir despues abad de Braunau y director de la facultad de teología en Viena. Once años ejerció las funciones de la universidad con grande éxito y mucha habilidad, pues que era celoso, entendido, vivo y exacto en el cumplimiento de sus deberes y en hacer llenar los suyos á todos sus subordinados sin distincion, persuadido de que solo de este modo pueden conseguirse buenos resultados y sostener el principio de autoridad, tan necesario para gobernantes y gobernados, y sin el cual todo es confusion y anarquía. Encargóle el emperador José II girar una escrupulosa visita á las escuelas de teología, y á los seminarios de Hungría y de Transilvania, que no debian estar muy disciplinados, pero no pudo llenar esta importante mision, en la cual hubiera salido con lucimiento y hecho importantes servicios al país y á la enseñanza, porque le alcanzó la muerte ántes de emprender su viaje. Murió Rautenstrauch el dia 30 de Setiembre de 1785, despues de haber introducido, segun Tabaraud, muchas reformas en los estudios, y publicado algunos escritos sobre el derecho eclesiástico. La venerable é ilustre órden de S. Benito, que tantos grandes hombres ha producido, tuvo en este religioso un celoso defensor, que procuró su honra y el acrecentamiento de su gloria, razon por la que le cuenta entre sus ilustrados hijos, y es de lamentar que no nos hayan quedado más obras de su claro talento. La Alemania y el Austria prestaron homenaje á los talentos de Rautenstrauch, y los emperadores de la última le recompensaron con su proteccion y amistad, y sin duda no le elevarian á más altos puestos porque lo rechazaria su humildad.—B. S. C.

RAVANTGER, abad de Stavelo y de Malmedi, es conocido por una bula de Silvestre en que este pontífice toma bajo su proteccion á los dos monasterios que gobernaba este monje bastante conocido por sus buenas cualidades y sus grandes servicios á la Sede Apostólica. Algunos autores le han confundido con otro del mismo nombre, suponiéndole descendiente de una antigua é ilustre familia, y áun fundador de los referidos monasterios, que

quiso con aquel acto hacer exentos de la autoridad del diocesano. Mas en esto no hay nada de cierto, pues Ravantger es más conocido por su piedad y celo en defensa de la Iglesia que por ninguna otra de las causas que se han enumerado. Sábese positivamente que Silvestre II le honró con su confianza, que hizo diferentes viajes á Roma con diversos motivos, y que siempre consiguió los altos fines á que le destinaba la Sede Pontificia. Como monje, fué muy amante de la observancia regular, que estableció en los dos monasterios que se hallaban bajo su gobierno, en los que era amado como padre y mirado como modelo de religiosos. Ignóranse las demás circunstancias de su vida como tambien la época de su fallecimiento, contentándose la historia eclesiástica con mencionarle en los términos que lo hemos hecho en este artículo. —S. B.

RAVARIO (Pedro), cardenal, obispo de Tolosa á quien cita Villanueva en el tomo XVI de su *Viaje literario á las iglesias de España*. —S. B.

RAVEAU (Francisco), natural de París, abjuró la herejía protestante en la iglesia de religiosas de Santa María, del arrabal de S. German, el 5 de Enero de 1684, en manos del P. Alejo Dubuc, teatino, que trabajaba hacia cinco años en separarle de sus errores, lo que le atrajo el odio de sus parientes, que eran muy poderosos entre los pretendidos reformados.—S. B.

RÁVENA (Arzobispo de). Ignórase el nombre de este prelado que perteneció á la órden de Predicadores, y parece fué elegido por Gregorio XII, sucediendo á Juan Meliorato, cardenal del título de Santa Cruz de Jerusalen, sobrino del pontífice Inocencio VII, cuando éste se separó de Gregorio XII en 1408, y se adhirió al concilio de Pisa, en que fué elegido Alejandro V. Sabido es que Gregorio depuso y excomulgó á los cardenales que se apartaron de él, y creó otros en su lugar, y nombró otros prelados en las sedes que tenian en administracion. Probablemente este dominico solo obtuvo el título, y no llegó nunca á gobernar el arzobispado, porque entónces todo era adverso á Gregorio, por cuya razon quizá no le citan los principales historiadores. —S. B.

RÁVENA (Juan de). Nació por los años de 1350, de padres pobres y oscuros en una pequeña aldea cerca de Rávena, de donde tomó su nombre. Los años de su infancia y áun los de su juventud los pasó en la mayor estrechez, y fué del todo providencial su educacion, pues que no teniendo sus padres recursos ningunos, no solo para proporcionarle la adecuada á la gran capacidad que demostraba desde luego, pero ni áun para su preciso sustento; por lo cual luchando entre el deseo natural de tener á su lado al hijo de sus entrañas, y el de que pudiera éste adquirir conocimientos y educarse como era conveniente á su talento, que se demostró desde luego, consintieron en que pasase á Italia, donde despues de haber estudiado á expensas

de un eclesiástico las humanidades y filosofía, comenzó á dar muestras de su ciencia y capacidad, ya en los actos académicos que sostuvo con el éxito más brillante, ya en las sesiones de las diversas sociedades científicas y literarias á que era llevado como en premio de su aplicacion y talento, y tal vez por lástima, para que pudiera proporcionársele una colocacion conveniente á sus dotes y que le ofreciera un porvenir. Lograron sus amigos para él por este medio una cátedra, que desempeñó con acierto, logrando celebridad, de tal manera que era extraordinario el concurso que acudia á oir y admirar al jóven profesor, por cuyo motivo él se creció, como era consiguiente, y aplicándose más y más cada dia, buscando incesantemente recursos para hacer más amena y más provechosa la instruccion, procurando á sus discípulos el mayor adelantamiento posible, llegó á ser sin disputa el primer profesor de su época. Sabido es que por entónces llamaba la atencion con sobrada justicia el gran poeta Petrarca, el cual admirado del talento y erudicion del jóven Rávena, le hizo su secretario, su confidente, su amanuense, en fin, todo cuanto podia ser, de manera que puede considerársele como á la segunda persona de Petrarca. Él se interesó mucho por su suerte, y como la subvencion de la cátedra era corta, le recomendaba eficazmente á todos sus amigos, siendo notable la manera de hacerlo, pues que las noticias que de Rávena daban eran todo lo satisfactorias que se podia apetecer. Es verdad que él lo merecia, pues fué siempre sumamente juicioso, muy dispuesto á cuanto podia redundar en beneficio de los demás, nada presuntuoso, muy fino en su trato y muy atento para con todos, y exactísimo no solo en el cumplimiento de su obligacion, sino en averiguar hasta la más mínima aspiracion de su protector para buscar una manera de satisfacerle, siendo en verdad su mayor placer el proporcionar algun gusto ó algun descanso á su cada vez más afecto protector. Esta conducta tan noble, tan poco comun y mucho ménos en personas de la valía de Rávena, hacia que Petrarca le distinguiese cada vez más, y que se interesase por su suerte, proporcionándole cuantas relaciones le podian ser útiles, prestándole cuanta proteccion estaba en su mano. Y no se crea que para obligar á Petrarca á que se portára de esta manera, hacia Rávena los menores esfuerzos, nada de eso; su entrañable afecto hácia su maestro era lo único que movia á éste á portarse de tal manera, que por lo demás es imposible superar y muy difícil el igualar en desinterés á este jóven, que no deseaba otra cosa sino el cumplir con sus deberes, de manera que nadie tuviese de él la menor queja; así que recomendándole Petrarca á su íntimo amigo Boccacio, hace de él un elogio especial, poniendo como la primera de sus recomendables prendas el no ser interesado en lo más mínimo, ni áun afanarse por tener y disfrutar lo que legítimamente le correspondia como

premio de sus trabajos, contentándose con tener lo preciso para vivir y algo con que ayudar á sus padres, á los cuales sacó de la miseria en que estaban, y les hubiera colocado en la poblacion donde hubieran querido, si la aficion á su pequeño pueblo no les hubiera hecho desear el acabar allí tranquilamente sus dias. Con frecuencia pasaba nuestro Juan de Rávena algunas temporadas al lado de sus padres, y tenian el mútuo consuelo de que la separacion dolorosa en que la niñez y juventud de Juan habia sido preciso que estuviesen, dió por resultado el que éste les podia proporcionar una vejez decorosa y descansada, y ellos podian conocer alguno de los legítimos triunfos que su ciencia lograba, siendo para los pobres ancianos un consuelo indecible el oir alabar á su hijo, como un hombre especial en ciencia y en literatura, al mismo tiempo que le veian á su lado sumiso, obediente y complacido, olvidando, por decirlo así, la grandeza en que sus méritos le colocaban para gozar del consuelo de la pequeñez y miseria con que con la mayor cordialidad le brindaban sus pobres padres; cuadro á la verdad imponente, magnífico y cuya sublimidad se siente, pero no se explica, cuya belleza se comprende pero no hay manera de darla á entender á los demás, sino excitando á que forme por sí el juicio y saque las reflexiones que naturalmente se desprenden de una manera de portarse muy digna, muy noble, es verdad, pero desgraciadamente muy rara; pues vemos con frecuencia olvidarse de sus padres, no solo á quienes como Juan de Rávena solo les debieron el ser, sino á quienes lo son todo por sus padres, y se conducen como si nada les debieran. Es verdad que la razon de que los padres de nuestro esclarecido Juan no hiciesen por él lo que hubiesen querido, no fué otra sino el que ellos no podian tampoco; pero con todo, su porte fué muy digno, su conducta muy noble, y no habrá sido escasa la recompensa que habrá logrado; podemos asegurarlo, pues aunque no se considere más que el aprecio que todos hicieron de él, en cuanto llegó á saberse lo bien que se portaban con sus padres, fué ya una recompensa que pagaba con usura todos cuantos sacrificios él hiciese, amen de que el Eterno no podia ménos de recompensar, y recompensar como el Señor suele hacerlo, conducta tan conforme á sus deseos. Su maestro Petrarca le aconsejó que tomára el estado eclesiástico, para lo cual hizo los convenientes estudios con idéntico aprovechamiento al que habia mostrado, tanto en humanidades como en filosofía. Para que le fuera más fácil lograr sus deseos, el mismo Petrarca escribió al arzobispo de Rávena, y éste recibió á Juan con toda deferencia, distinguiéndole mucho, colmándole de favores y teniendo con él atenciones tan particulares como el sentarle á su mesa, ántes de que se ordenára de presbítero, y permitir que le acompañase en el desempeño de sus importantes ministerios, todo lo cual excitaba en gran manera la gratitud

del que era por todas estas cosas tan favorecido y de su maestro, que al comprender que todo era debido á su recomendacion, no podia ménos de estimar, como si á él mismo se hubieren referido, las manifestaciones expresadas, y estaba, como era consiguiente, dispuesto á agradecerlas con una conducta semejante cuando llegase la ocasion. Ascendió, pues, nuestro Juan de Rávena por los debidos grados al importante ministerio del sacerdocio, y por una parte las exhortaciones que le hicieran en los retiros espirituales y demás piadosas prácticas con que se dispuso, y por otra los conocimientos que él habia adquirido, no solo teórica sino prácticamente, acerca de la importancia del ministerio que habia abrazado, de las obligaciones que impone y demás, quiso desde luego llenarlas con la posible exactitud; lo cual le proporcionó el aprecio de todos, pero muy particularmente del prelado, que habiendo examinado muy de cerca y con la debida atencion el carácter del recien ordenado sacerdote, veia cuánto podia esperarse de él, y deseaba que se lograse todo el fruto posible, para lo cual le parecia, y con razon, que era menester alentarle, no tanto porque en sí mismo necesitára este aliento, sino porque muchas veces los que se nos juntan neutralizan nuestras mejores disposiciones, si ellas no toman su apoyo en una posicion material, si no ventajosa, por lo ménos desahogada; motivos que tomados en cuenta por el prelado de Rávena, le hicieron ofrecer al jóven Juan un beneficio, que dándole una subvencion suficiente para cubrir todas sus atenciones le dejára en la más ámplia independencia, sin que por ningun concepto tuviere que estar atenido á nadie; sino que cumpliendo su deber pudiera en todo lo demás proceder como tuviese por conveniente. Todos inferirán que asegurada de esta suerte la situacion del buen Rávena, y no teniendo, por decirlo así, en qué ocuparse su imaginacion, estarian contentas sus aspiraciones y satisfechos sus deseos; pues no fué así. No es decir que tuviese miras de ambicion, eso no, no las tuvo nunca: pero pasados apénas cuatro años, que vivia con su amigo Petrarca en la más estrecha intimidad, cumpliendo ambos sus respectivas obligaciones y pasando su vida por una parte muy ejemplar, por ser muy conforme á lo que debe ser un sacerdote, pues se ocupaba con grande éxito en predicar la divina palabra, y consolar é instruir á las muchas gentes que acudian á su confesonario; y por otra parte muy independiente, pues, como llevamos dicho, su obligacion única era desempeñar su beneficio, y éste, que no era curado, le llevaba bien poco tiempo; concibió el proyecto de recorrer la Italia que era el país entónces más culto, sin otra mira que el recrearse, sin más intencion que la de pasar, digámoslo así, el tiempo, aunque siempre bajo la idea indeterminada de fundar una escuela á imitacion de Petrarca, que tuvo la muy célebre que todos sabemos. Excusado es decir que así como para comple-

tar su carrera con el estudio de la sagrada teología y para decidirle á que abrazára el estado eclesiástico, estuvo de su parte y enteramente á su lado su ilustrado maestro, en esto de la expedicion se mostró desde luego opuesto, porque comprendió perfectamente que no le podia dar resultado el realizar tal empresa, por cuyo motivo le aconsejó desde luego que desistiera. Mas no pudo conseguirlo, á pesar de que siempre le guardaba Rávena algun respeto, así que le dejó á sus inspiraciones, y sin tratarle con dureza ni ménos con desprecio, pues esto no cabia en el bondadoso carácter de Petrarca, dejó al tiempo que desengañase á Juan de lo ilusorio de sus intentos, de lo vano de sus esperanzas, las cuales sucesivamente tendrian que desvanecerse, porque no podia ménos de ser así. La residencia de Petrarca y su amigo era Pádua; dejóla, pues, y partió á Pisa, donde hubo de esperar ocasion de embarcarse para Aviñon, residencia entónces de la silla romana, y por donde él queria comenzar su excursion. En Pisa fué muy bien recibido, porque allí se sabia ya que era el confidente de Petrarca, y éste era tan estimado como merecia; pero naturalmente, sin ninguna manera de aumentar su peculio, y gastando lo poco que llevaba, llegó ocasion en que el aprecio y consideracion de los pisanos no le era bastante para sostenerse, y como la embarcacion en que pensaba hacer su viaje no llegaba, comenzó á desmayar y áun por algun momento á desistir de su propósito, sin embargo de que abrigaba confianza de que á pesar de la oposicion que al proyectar su viaje le habia hecho su maestro, éste le ayudaria en lo que pudiera adelantándole fondos, pues tenia muy experimentado que nunca le habia abandonado en sus empresas, y que por árduas que estas hubieran sido le habia tenido siempre á su lado, porque le profesaba grande afecto. Sabia Juan de Rávena que Petrarca iba á Pavía, y creyó que ya estaria allá, por lo cual se dirigió á este punto en busca de su amigo, á quien no encontró, porque sus admiradores le habian llevado á otra expedicion campestre de algunas semanas. Esto, como es consiguiente, le perturbó algun tanto y le hubiera sido fatal, á no haber hallado allí al íntimo amigo de Petrarca, Brosano, el cual le recibió con todo el afecto que merecia el confidente de su amigo. Este le tuvo en su casa con toda consideracion, y ambos esperando la vuelta de Petrarca pasaron dias de mucho contento; y se adaptaba muy bien esta vida bulliciosa al carácter de Rávena, que queria siempre novedad y bulla, en el buen sentido de esta palabra, es decir, animacion, cambio en las costumbres, ligereza en las obras á que hubieren de dedicarse, y una cosa que fuera muy variada, porque su carácter era enteramente opuesto á la monotonía con que el hombre enteramente científico pasa su vida en la abstraccion y en el más completo retraimiento. Volvió de su excursion Petrarca, y abrazando cor-

dialmente á sus dos amigos, y complaciéndose muy mucho en que Brosano hubiese tenido para con Rávena tanta atencion y tantas deferencias; por lo cual para complacerse todos mútuamente y lograrse la satisfaccion de estar reunidos, Brosano habló á Rávena y éste convino en quedarse con él y con Petrarca en Pavía todo el tiempo que estuviese allí su estimado maestro: verdad es que le tenia mucho afecto, y por este motivo se complacia tambien Juan en estar á su lado, y que además siempre adquiria conocimientos al lado de tan gran genio, pues es necesario confesar que no tenia secreto para su amigo, y cuanto su constante aplicacion le hacia avanzar en literatura, en humanidades, en filosofía, todo se lo comunicaba al punto á su discípulo, y éste lo retenia, lo ampliaba, lo perfeccionaba de todo punto y eran muy gratos para ambos los ratos que pasaban en tan íntima comunicacion, provechosa para ellos individualmente, y despues para las generaciones futuras, á quienes en sus escritos habian de dejar ambos el fruto de estos ratos de solaz y de espansion en que mútuamente se comunicaban cuanto aprendian y veian estos dos hombres singulares, estos dos genios, pues tal nombre les cuadra perfectamente bien. La inconstancia de carácter de nuestro Juan de Rávena no le permitió disfrutar por mucho tiempo de la compañía de su maestro; estaba contento, pero no satisfecho, y como no les era posible ni engañarse, ni áun ocultar el uno al otro sus deseos ó aspiraciones, le hubo de manifestar Rávena su deseo de pasar á la Calabria para visitar el sepulcro de Emnius. A pesar de que á Petrarca no le parecia del todo bien el que su discípulo y amigo anduviera de aquí para allí sin un objeto muy determinado, sin un fin tan digno y tan conveniente como el que él se llevaba en todas sus expediciones, en todas sus cosas; no por esto dejaba de proporcionarle, además de los recursos materiales que hubiera menester, las recomendaciones y buenos oficios que le hicieran lugar en todas partes y que le valian muchísimas deferencias de parte de las personas más principales, pues con todas ellas estaba relacionado Petrarca, y admirando todas en él lo que valia su talento y su ciencia, hacian ostentacion de este aprecio que las merecia, complaciéndole en todo, y lo que es más ansiando las ocasiones de poder servirle en alguna cosa, siendo para ellas un verdadero placer el que Petrarca las tuviese presentes, siquiera fuese para exigirlas algun servicio por costoso y molesto que él fuera. En esta ocasion fué á la reina Juana de Nápoles á quien recomendó Petrarca á su amigo; y la recomendacion fué lo eficaz, que no podia ménos de ser, porque la Reina tenia en muchísima estima al poeta, y la recomendacion fué dada en los términos más expresivos, diciéndola que cuanto hiciera por su amigo él lo recibiria como si á él mismo se lo hubiese hecho, y contraia la obligacion de gratitud y de correspondencia, cual si se tratase de su propia perso-

na. Así fué que las deferencias más singulares y la más exquisita atencion fueron prodigadas á Rávena, llegando la bondad de la Reina al extremo de darle habitacion en su propio palacio, y convidarle á su mesa y llamarle á su corte para que admiráran el claro talento, la erudicion y ciencia de este notable literato, que sin embargo de todo sabia ocultar su ciencia, sin que al ostentarla tuviese pretensiones; sabia hacerse admirar sin que los lauros le sacasen, digámoslo así, de quicio, ni áun le hiciesen ensoberbecerse ni enaltecerse, como pudiera con fundado motivo. Fué la admiracion de la corte de Nápoles, tanto por la manera de portarse en las diferentes ocasiones en que la señora le obligaba á que demostrase su ciencia y su genio en presencia de ella, cuanto en que siempre refirió la gloria de sus triunfos á su maestro, á quien decia deber todo cuanto sabia, sin desdeñarse nunca de reconocerle superior, ántes por el contrario, esforzándose para hacer ver que todo lo que salia de los labios ó de la pluma de Petrarca era grande, era sublime, porque ingenios de la talla del suyo no pueden hacer nada que sea vulgar, en todo y por todo han de frisar á la importantísima altura en que les colocó el Señor dotándoles de capacidad y talento, haciendo fructuosos su aplicacion y constancia esos mismos talentos y capacidad. Miéntras él consiguió estos lauros, que hacia fuesen tambien para su maestro, pues con completa abnegacion confesaba y decia deber á su ilustracion y paciencia cuanto él era y sabia, los dias de Petrarca se abreviaban, y el sepulcro le recibia en su seno, porque el tiempo de su peregrinacion era cumplido, con lo cual se ponia á Juan de Rávena en situacion de hacer participantes de su ciencia á los que en torno suyo podian, oyendo sus explicaciones y escuchando sus discursos, aprovecharse de sus vastos conocimientos, sacar partido de lo que su capacidad y aplicacion le habian hecho adquirir. Debemos consignar, para que no cause extrañeza el ver á Juan de Rávena abriendo escuela apénas muerto su maestro, que nunca quiso sobreponerse á otros duranto la vida de Petrarca, porque decia ser muy impropio de un discípulo hacerse maestro á la vista del suyo, y una falta de respeto muy grave ponerse á enseñar al lado de aquel á quien debemos cuanto somos en la ciencia; y este fué el motivo que le retrajo para no abrir su estudio hasta que llamado Petrarca á mejor vida, no tenia ya compromiso alguno su discípulo; es decir, no tenia á quien guardar el respeto que siempre le guardó Rávena, á pesar de que de él tenia Petrarca la queja, bastante fundada, de que la inconstancia de su carácter le habia hecho estar separado de su maestro, á cuyo lado acaso habria adelantado más, y por lo ménos en esta ocasion hubiera podido tomar á su cargo la escuela, que no hubiera cambiado en nada, ántes hubiera sido como una continuacion de la primitiva, como lo fueron las diversas que regentó despues de muerto su maestro. Por

supuesto que esta queja de su maestro debe más bien considerarse como un testimonio del extraordinario cariño que le tenia, pues de no haber sido así, nada absolutamente le habria importado su separacion, pues nadie podia inferir siquiera que la nobilísima conducta de Juan de Rávena habia de servir para enaltecer más y más á Petrarca, y éste por su parte nunca tuvo á nuestro esclarecido literato ni la menor aversion, sino mucho afecto, honrándole con el más cordial tratamiento, que hasta lo que pareció una venganza demostró bien claro; pues cuando estaba al lado de la reina Juana, le escribió Petrarca bajo el sobre *Vago cuidam*, á cierto vagabundo, es decir, á ese discípulo mio que parece querer andar por do quiera errante y sin domicilio fijo. Todo esto, como se comprende, honraba mucho á Rávena, y solo espíritus muy suspicaces, y no sé si digamos ridículos, han podido encontrar en ello una prueba de que el maestro no estaba bien con el discípulo, ó de que el discípulo no hacia caso de las indicaciones del maestro, despreciándolas quizás para encumbrarse ó sostener una posicion envidiable al maestro mismo. Todo esto es infundado, y bien claro se demuestra que no tiene motivo de creerse así por su conducta, pues no es á la verdad de émulo, sino de admirador, esa abnegacion con que despreció las repetidas excitaciones que le hicieron para que abriese escuela, y la constancia con que se sostuvo en no tener discípulos hasta que faltó su maestro, por el justo respeto que éste le merecia. Muerto, pues, Petrarca, cuya pérdida lamentada por la república de las letras, no lo fué ménos por nuestro distinguido Rávena, éste se decidió á poner escuela. Muchos fueron los pareceres que oyó acerca de este punto, todos conformes en el fondo, pues todos le venian aconsejando que diese principio á la enseñanza por su cuenta, digámoslo así, pero diversos, muy diversos, en la forma, pues que unos creian que lo procedente era el que se pusiese al frente de la misma escuela de su maestro, al paso que otros decian que ni áun en la misma provincia debia dar su enseñanza. Juan de Rávena, como era consiguiente, meditó con atentísima consideracion lo que habia de hacer en este caso para él más excepcional que para ninguno otro, y si bien por algun momento pensó en que podria ser conveniente á la ciencia y á sus profesores el ponerse él al frente de la misma escuela que su maestro regentaba, desistió prontamente de tal idea, porque pareciéndole que todavía resonaria en aquel recinto la autorizada voz de Petrarca, creia él ver cierta profanacion de su veneranda memoria en usurparle, por decirlo así, un sitio que era tan suyo; por lo cual no quiso ni áun enseñar en Pádua, porque este habia sido el lugar donde su maestro habia últimamente explicado, y nunca se creyó, esta es la verdad, merecedor de la honra de ocupar los lugares que su maestro obtuvo. Abrió, pues, su escuela en Belluno, y fueron tantos los discípulos que desde luego acudieron á ella, que

se hizo preciso dividirlos en dos secciones, y que el maestro se tomase el trabajo de explicarlos á diferentes horas, para poder satisfacer los deseos de todos. Hubo de contentarse con explicar humanidades, porque la índole especial del país, y lo reducido de la poblacion no permitieron que explicase siquiera filosofía, pues que los que la gobernaban dijeron que si él faltaba les era imposible sustituirle, ni costear la enseñanza más que de humanidades, por lo que solo estas le permitian enseñar, como no asegurase para el porvenir la enseñanza de los demás ramos, pues que la municipalidad no podia comprometerse á sostenerlos y no queria que se comenzase la enseñanza, y luego, no digamos en el primero ni en el segundo curso, pero sí en la série de los tiempos, que alteran grandemente las condiciones de los sujetos, aunque en ellos haya las intenciones más rectas, los deseos más sanos, tuviese que omitirse el darla, porque la posibilidad material no alcanzase para tanto. Como la razon que daba era muy justa, no pudo oponerse á ella nuestro Juan de Rávena, ni se habria opuesto á la verdad, áun cuando la hubiese encontrado ménos fundada; quiso sí encontrar medios de asegurar despues de su muerte la enseñanza de filosofía, y áun de algunas otras asignaturas de carreras superiores; pero no pudo lograrse, porque la única manera habria sido fundando alguna obra piadosa, ó estableciendo alguna renta ó cánon para tal fin, y de esto estaba muy lejos Juan Rávena, pues sabido es que no tenia sino gran copia de conocimientos, suma erudicion y buena cabeza, dotes todas excelentes á quien las tiene, pero que concluido el sujeto por la muerte, de nada sirven á la posteridad, y sobre ellas como es consiguiente, nada puede hacerse estribar, si ha de pasar mas allá que el sujeto cuyos sean este talento, esta ciencia, esta aplicacion. Enseñó, pues, humanidades solamente, pero los humanistas que salian de aquella escuela iban á los estudios superiores dispuestos mucho mejor que los otros, por cuyo motivo despues de las distintas apreciaciones que cada cual hacia, buscando en vano el motivo de tanto adelanto, fuera de la suma inteligencia y acierto de tan acreditado maestro, convenian todos en que un campo muy espacioso sería para Rávena muy conveniente, porque así podrian sus vastos conocimientos difundirse más y aprovecharse de ellos un mayor número de jóvenes, que ciertamente por no poder hacer siquiera los estudios de filosofía con él no acudian á su clase, teniendo que ponerse bajo la direccion de profesores ménos hábiles en verdad. No dejaba de halagar á Rávena esa idea de poder dar más amplitud á su enseñanza, pero le tenia muy ligado el afecto á sus primeros discípulos, no digamos materialmente los primeros, pues estos claro está que de mucho tiempo hacia habian salido de su aula, sino los sucesores de estos, que parecia perpetuar á aquellos mismos, porque uno mismo era el afecto, la consideracion y el respeto con que le miraban, en justo home-

naje de las relevantes prendas como maestro y particular, pues en ambos conceptos era inmejorable, y su trato cada vez más delicado, sin que por esto sufriese nunca la más leve infraccion de las reglas del decoro y de la consideracion debida, sin que las diese su correctivo, por lo mismo que él era tan mirado en no faltar ni á los más pequeños. Los esfuerzos de sus amigos para que se trasladase á otra parte *motu proprio*, es decir, incoando él la pretension, fueron vanos, las reflexiones que le hacian parecianle fundadas, le estimulaba un tanto el aliciente que le ofrecian; pero cuando se llegaba á la práctica, entónces el afecto á su primera escuela, la consideracion con que le miraban los muy reconocidos moradores de aquel pueblo pequeño en habitantes, pero grande en nobleza, pues que ninguno cometia una accion que no fuese digna, le estrechaban más y más con Belluno y no le permitian decidirse por sí mismo á separarse de aquel pueblecito, en que además era de mucha utilidad como sacerdote, pues que dedicándose tambien al importante ministerio de la predicacion, y no dejando nunca abandonado el confesonario con tal que hubiese á quien administrar el santo sacramento de la penitencia, de donde sacaba abundantes frutos, pero en verdad parecia tener don especial de Dios para inclinar á su opinion á cuantos se la preguntaban; y por consiguiente como en estos respetables lugares su opinion habia de ser siempre el buscar el medio de obrar el bien general y el bien particular, muchos lograban estos apetecidos frutos por su mediacion, sin apénas conocer el medio por el cual el Señor se los proporcionaba. Mas los designios de Dios eran sin duda que este distinguido literato y hábil filósofo hiciese conocer su ciencia en otra parte, ó diremos más exactamente en otras partes donde tambien pudieran admirarle, y le sacó de Belluno de una manera providencial. Estaba Udino (otro estado no muy apartado de aquel) ansioso talmente de tener un profesor de nota, que instruyera su juventud, que pudiese disponer á entrar en las carreras superiores, sin que en las universidades mismas estudiasen la filosofía, lo cual era hasta cierto punto descrédito para el pueblo; y como este tuviese una dotacion bastante pingüe con que pagar á un hábil maestro, y se supiera allí que Juan de Rávena lo era tal como le podian desear, búscaronle con afan, obligáronle con instancias; y él, que en Belluno no tenia sino muy cortos y eventuales provechos, quiso asegurar su vejez, y se decidió al fin á pasar á Udino á enseñar no solo humanidades como habia hecho hasta entónces, sino filosofía y los primeros elementos de la ciencia del derecho, en la cual estaba más que medianamente versado, y habria enseñado por completo si para ello le hubiesen dejado tiempo los estudios que en su carrera principal, que era la filosofía, quiso hacer incansablemente, y de los cuales logró en verdad los más legítimos y honoríficos lauros. Prescindiendo de los que con sobrada justicia

habia alcanzado en su anterior residencia, y no haciendo mencion de la verdadera ovacion con que fué recibido al venir á Udino, porque esto parecia consecuencia en el primer pueblo de los muchos favores que sus habitantes le debian, en este del gran predicamento en que le habian puesto los que le habian recomendado; diremos solo lo que fué su lauro miéntras regentó su cátedra, es decir, aquello que fué consecuencia de los excelentes resultados obtenidos por su celo y cuidado en la enseñanza, así como por la cooperacion que los de Udino hicieron todo lo directa que les fué posible para que no hubiese motivo de que se separára de ellos su tan querido maestro. En primer lugar diremos, porque esto significa muy bien el aprecio en que le tuvieron, que desde el dia en que se instaló su cátedra estuvo llena de oyentes, no solo de los jóvenes que por necesidad ó conveniencia tenian que acudir á ella so pena de retrasarse en sus carreras ó acaso no poderlas emprender, sino de hombres hechos, colocados en las más encumbradas posiciones, que venian á admirar al filósofo, á copiar al literato, á llenarse por decirlo así en la profunda y bien surtida fuente de conocimientos que, derramándose á torrentes por los labios de tan eminente maestro, llegaba hasta ellos mediante esa ilustracion que les procuraba y el grande acierto con que, para el esclarecimiento de toda clase de cuestiones, sabia encontrar medios, y no medios como quiera vulgares y de esos que estan al alcance de todos, sino medios extraordinarios, y tan adecuados que casi sin pensarlo dan su resultado, y este es siempre el más ventajoso y satisfactorio posible. No hubiera sido extraño que en los primeros dias de leccion hubiese habido esa afluencia de gente á oir las explicaciones de Juan de Rávena, porque la humanidad, siempre con las mismas tendencias y con idénticas aspiraciones, ha sido siempre llevada por el móvil de la curiosidad; lo extraño fué que conforme pasaba el tiempo, conforme se iba conociendo su sistema de enseñanza, su modo de apreciar los principios y deducir las consecuencias, la suma facilidad con que hacia las deducciones, enseñando el mecanismo, digámoslo así, de la parte que explicaba con la misma minuciosidad que el diestro artista los objetos de su profesion; la admiracion á Juan de Rávena crecia, el deseo de ser sus discípulos se hacia extensivo á los que, ya maestros, parecia debian desdeñarlo, y todos por oirle no escaseaban molestias, y proporcionaban sus quehaceres de modo que les quedára tiempo para asistir á la cátedra del discípulo de Petrarca. Bien puede esto considerarse como un lauro, bien puede mirarse como un verdadero triunfo conseguido por este sabio sobre todos los que hasta entónces habian enseñado de aquella poblacion. Pero esto no es todo lo que puede decirse en favor de Rávena. Habia en Udino otra escuela muy célebre, regentada con acierto, y por consiguiente con aplauso, por un maestro á quien llamaban el

maestro Gregorio, hombre muy simpático además de ilustrado, y que merecia con justicia el aprecio de cuantos tenian ocasion de tratarle; hombre en cuyos discípulos se veian los más notables adelantos, y cuyas doctrinas podian en cualquier parte sostenerse, porque no era capaz de destruirlas ni el hombre de ciencia con lo que por resultado de sus investigaciones hubiera hallado, ni el sofista con lo que quiera que su imaginacion fecunda le hubiese dictado. Pues bien, á este hombre tan acreditado le ofuscó, le oscureció por completo el Sr. Rávena; su escuela hubo de cerrarse, ni áun sus discípulos antiguos se le acercaban ya, y hubiera seguramente perecido en la miseria si un rasgo de generosidad de nuestro Rávena no le hubiera asegurado la renta misma que tenia cuando enseñaba. Hemos dicho que para llevar á Rávena se le asignó una renta algo crecida, y claro es que esto se hizo sin perjudicar á Gregorio, al cual se le dejó poseer la que tenia asignada por su escuela; mas como esta se vió desierta y los alumnos de ella concurrieron á la de Rávena, resolvieron que quitándose á Gregorio la subvencion, que verdaderamente no ganaba, se le aumentára á Rávena, y así pudiera éste tener una recompensa mucho más decorosa. Rávena no consintió en ello de modo alguno, y este es su verdadero lauro, que le honra tanto por el desprendimiento que significa, cuanto por el afecto que demostraba hácia su compañero, siquiera no fuese por otra razon que por la misma de que los desaires inmerecidos de sus antiguos discípulos, y el afecto que á Rávena demostraba, fuese lo único que, digámoslo así, le habian postergado tan indebidamente, porque á la verdad no lo merecia. Lauros y de mucho precio fueron los adelantos de sus discípulos, y el que solo el decir que lo eran, bastase para que en todas partes los guardasen no solo consideracion, sino hasta cierto punto respeto. Cansado Rávena de tener cátedra, resolvió pasar los últimos dias de su vida viajando, si bien la única expedicion que hizo fué á Florencia, porque se encantó de aquella poblacion y sus habitantes y de todas las cosas que en ella habia, y de esta complacencia que le produjo su primera expedicion resultó el que no saliera de aquella importante poblacion. Es indecible el sentimiento que su marcha produjo en Udino; y no se puede tampoco expresar, porque parece increible, el empeño tan decidido que tomaron por retenerle en medio de ellos, pero todo fué inútil, como inútil toda violencia que se trata de hacer á personas de las circunstancias de Juan de Rávena. En Florencia daba algunas lecciones por entretenimiento, empleándose mucho más en los actos del ministerio sacerdotal de que estaba investido. Mucho le complacia sin embargo verse rodeado de jóvenes estudiosos, y en guiar á estos por el buen camino en lo moral y en lo literario tenia tal complacencia, que apreciaba más el bien que podia hacer á éstos que el que recibia para sí mismo; reuniendo en todas sus obras

la grandeza del sabio, la caridad del sacerdote. En el ejercicio de esta sublime virtud pasó sus últimos años, muriendo tranquilamente en el Señor el año de 1420, contando setenta de edad. No se sabe á punto fijo dónde falleció, pero todas las averiguaciones que se han hecho han dado por resultado el confirmarse más y más en la opinion de que Florencia, donde estuvo desde el año 1417, fué el lugar de donde pasó á mejor vida un hombre de tanta valía, tan importante, tan esclarecido en todos sentidos y conceptos. Enumerar los sabios que de su escuela salieron, obra es embarazosa y difícil; así como es difícil detallar las obras debidas á su pluma. Publicadas son muy pocas las que existen, porque él indolente para sus cosas y poco cuidadoso ni áun de sus trabajos, tenia poco esmero en recogerlos y reunirlos, los daba á sus discípulos, estos hacian de ellos el uso que les parecia más conveniente, y el maestro, olvidado por completo de lo que nada le parecia, porque ningun trabajo le costaba el hacerlo, dejaba que se disipase un caudal, que lo hubiera sido verdaderamente para la ciencia y para la filosofía y humanidades si se hubiera podido aprovechar completamente por los sabios de los siglos siguientes. Acaso lo ménos importante que escribió será lo que se ha publicado, pues el cardenal Quirino publicó los prólogos que Juan habia hecho para dos novelas, y de ellos se colige bien claro la importancia de este escritor, cuyos manuscritos abundan en las bibliotecas de París, del Vaticano y del gran colegio de Balliol en Oxford. El exquisito cuidado con que se custodian y el afan con que se miran por nacionales y extranjeros dice mucho en favor de su autor, que ójala hubiera tenido más constancia y algo más de aplomo, que á haber sido esto así, el que á pesar de su carácter ligero logró tanta fama y tal aprecio de todos, hubiera sido idolatrado. Sin embargo, Juan de Rávena fué estimado como pocos, su ciencia era extraordinaria, su aplicacion como su ciencia, y su porte como verdadero eclesiástico, sin que faltase en nada á nadie ni como particular ni como caballero, pues era muy fino y atento, y por esto sintieron todos y aún no han olvidado al presbítero Juan de Rávena. — G. R.

RAVENA (Fr. Masseo de), religioso lego de la órden de Capuchinos. Varon sumamente aventajado en la disciplina regular y verdaderamente evangélico. Era un modelo de la observancia y señaladamente de la obediencia. Jamás torció el rostro á todo cuanto le mandaron sus superiores, ántes con el mayor agrado y solicitud obedecia y cumplia con todas las obligaciones que le imponian. Sus penitencias y mortificaciones eran continuas, del mismo modo que los ayunos y abstinencias. Pero constantemente en lo que fué más celoso, fué en conservar su virginal pureza, y era tal su fervor en este particular, que llegó una ocasion, en la que para vencer una tentacion de la carne, sugerida por Satanás, que le acometió con el mayor ahinco, á

mitacion de su querido P. S. Francisco, se arrojó en unas zarzas y en ellas se estuvo revolviendo hasta que se retiró el enemigo. Estuvo constantemente en la provincia de Milan, donde fué muy estimado por todos los religiosos de su Orden, y muy sentida su muerte ocurrida en el año de 1590. — A. L.

RAVENA (Fr. Modesto de). Fué este distinguido minorita muy célebre por su ciencia y virtudes. Sin que nos detengamos en referir los adelantos con que hizo su carrera, ni los progresos con que durante su noviciado pudo adquirir las virtudes que le faltaban y perfeccionar más y más las que ya tenia, le veremos dedicado á la enseñanza sin grande aficion, y no se crea que porque no tenia capacidad, pues esta le sobraba, sino porque era un hombre más bien de gobierno que de estudio, pues en esta parte no hacia más que lo preciso para quedar con lucimiento en cualquier ocasion que se ofreciera. Hay que advertir, porque esto conviene mucho tenerlo presente para formar un juicio exacto de esa adversion que él profesaba á la enseñanza, que nunca fué su fuerte la teología ni las formas escolásticas, pues él fué muy distinguido canonista, eso sí, pero ni teólogo ni filósofo no fué más que regular. Como mostrase mucho celo por el bien de su comunidad y al propio tiempo mucha prudencia y gran tino para el gobierno, pareció conveniente para retirarle de la cátedra con algun honor, y que no pareciera como en efecto era que se le quitaba, porque no era este el camino por donde Dios le llamaba, le hicieron guardian de su convento; y en esto á la verdad acertaron, porque lo fué excelente, procurando la observancia más rigorosa, pero sin exasperar, sin que ninguno ni áun aquellos á quienes tenia que dejar sentir el rigor de la ley porque se habian extraviado del buen camino, tuviesen motivo de queja. Es verdad que sobre procurar con el mayor esmero el bien general y el bien individual, y dando el ejemplo al mismo tiempo que exhortaba, mostraba tan positivas razones para obrar cuando tenia que hacerlo contra alguno, que el hombre se convencia y entraba de buen grado á la correccion, siendo la táctica de este excelente prelado el perdonar en cuanto podia manifestar con verdad que el sujeto se habia enmendado, es decir que no queria que los castigos fuesen más que correctivos, por lo cual logrando el fin estaba muy satisfecho, porque los medios le habian dado su resultado. En la parte material era hombre cuya buena administracion le permitia, economizando en algunas cosas, sin escasez ni miseria, ampliar un poco más los gastos en otras; y sobre todo en obras en que tomaban parte los artesanos del pueblo, le gustaba mucho gastar, porque decia y con razon que todos aquellos que comian el pan de la comunidad tenian que serla adictos, pues que las clases pobres, son por lo comun más agradecidas que los ricos, y difícilmente olvidan los favores que se les hace, compensándolos, y compensándolos ámpliamente,

cuando se les presenta ocasion favorable. Viendo pues la seráfica religion cuán provechosos habian sido los servicios prestados por este hijo suyo en el desempeño del importante cargo de guardian, y comprendiendo que ellos serian tanto más importantes y provechosos cuanto en mayor escala pudiera prestarlos, con ocasion de haber fallecido un padre muy respetable que desempeñaba en Roma el cargo de procurador general de la Orden, creyeron conveniente que le sustituyera el muy reverendo P. Modesto de Rávena, á quien para el desempeño de tal cargo confirieron los honores de definidor general, atendiendo mucho más á su prudencia y acierto para el gobierno que á su ciencia, pues científico, aunque lo era para sí, carecia del don de la expresion, y por consiguiente parecia mucho ménos que lo que era en realidad. Fué pues enviado á Roma, y á pesar de que allí nadie le conocia sino por las buenas noticias que de él habian llegado á la capital del orbe católico, apénas llegó, cuando todos primero por curiosidad y luego por afecto, desearon su trato, en el cual hallaron un hombre atento, delicadísimo, extraordinariamente fino, y que podia, digámoslo así, dar lecciones en cualquier asunto de gobierno. No se arrepintió la Orden por haber hecho tal eleccion, ántes por el contrario se complació muchísimo, pues que el Sumo Pontífice se prendó desde luego de él de tal manera, que no sólo para los asuntos de su Orden, sino para otros muchos concernientes ya al bien general de la Iglesia, ya al de otras corporaciones particulares, le consultó repetidísimas veces, y le encomendó importantes comisiones, que siempre desempeñó admirablemente, siendo el resultado que la religion seráfica alcanzó la prosperidad á que puede llegar una familia pobre, y él fué no solo muy bienquisto de todos, sino tomado por medianero en asuntos dificilísimos, en todos los cuales obtuvo siempre el mejor éxito. Es verdad que nunca se encargó de cosas que no fueran muy justas, pero tambien lo es que en cuanto puso mano salió adelante y siempre con el éxito más lisonjero. Hallándose el Santo Padre perplejo para la eleccion de obispo en una de las más importantes provincias eclesiásticas del reino de Nápoles; de repente llamó al P. Modesto, y luego que estuvo en su presencia le intimó que habia de ir á regentar aquella mitra. Solo la obediencia pudo llevarle á tan encumbrado lugar; pero una vez comprometido á ser obispo, cumplió su cometido cual convenia, desempeñando con toda exactitud los importantes deberes que son anejos á un cargo tan difícil y de tanta responsabilidad. Comenzó para cortar las discordias que habia entre los clérigos y los párrocos, por amonestar á unos y á otros con verdadera y paternal solicitud, restringió algunas facultades que se habian irrogado indebidamente los párrocos en órden á los eclesiásticos adscriptos á sus iglesias, obligó á estos al cumplimiento de ciertos deberes sobre los cuales habia hecho poco caso, descuidándolos

lamentablemente, y así atrajo á los unos y redujo á los otros, de suerte que en muy breve tiempo todos á una procuraban el bien del pueblo y nada más absolutamente. A los pueblos les dió abundantemente el pasto de la divina palabra, por medio de pastorales muy sentidas que les dirigia de cuando en cuando, y en órden á sí mismo no mudó ninguna de sus costumbres de fraile, de modo que fuera de las solemnes ocasiones en que tenia que desempeñar su cargo como obispo, su conducta era enteramente la de un fraile franciscano; la misma austeridad, la misma observancia, la misma pobreza y una abnegacion tal, y tal desprendimiento en favor de los pobres, que muchas veces se le vió dar aquello mismo que habia de ser su comida, quedándose él con un pedazo de pan y nada más, pues en tales casos no consintió nunca que le dispusieran otra cosa, porque le parecia opuesto á la pobreza que habia profesado. Durante su episcopado escribió el único libro que ha dejado, y que trató *De procesione Spiritus Sancti*; libro que con razon logró gran fama, tanto más porque su autor, como hemos dicho, no era eminente en teología y el libro es muy bueno. Cumpliendo así los deberes de obispo, sin olvidar los de religioso, pasó el P. Modesto de Rávena de esta á mejor vida, y allí es seguro que encontraria el premio de todas sus buenas obras. —G. R.

RAVENA (Octaviano de). Fué fraile franciscano, pero son tan oscuros los antecedentes que acerca de él nos han llegado, que á la verdad no puede formarse una idea de las particularidades de su vida, ni áun se puede detallar si el nombre con que se le distingue es el de su familia ó de su patria, ó al cabo si sus mayores fueron ó no distinguidos. Sin embargo, por lo que á él toca, aunque sumidas en esa oscuridad que no permite se insinuen menudamente sus acciones, se nos ofrecen circunstancias y noticias que indican mucho en su favor. En primer lugar todos los cronistas de su Orden le citan, y le citan como uno de los teólogos más distinguidos de su época, y aseguran que su constante aplicacion y su perseverancia en el estudio fueron las fuentes fecundas donde bebió la buena doctrina con que ilustró á sus discípulos miéntros vivió, con que ilustró á los que le siguieron despues de su muerte. Alguno de los cronistas le hace célebre escriturario, y todos le presentan como excelente crítico, uniendo á su ciencia muy buen espíritu, y siendo tan excelente religioso como hábil teólogo. Entre los sugetos que por los eminentes servicios que habian prestado en sus conventos, y por la fama de su ciencia, y por haber presentado al público alguna obra que pudiera ser importante, bien en la época en que se publicaba, bien en alguna posterior, merecieron de la tan acreditada universidad de París la distincion singularísima de ser contados como de su claustro, y escritos sus nombres entre los de sus más distinguidos profesores, tuvo tal honra nuestro Octaviano de Rávena, y si se atiende á la escrupulosidad y mesura con que tal honra se

conferia, y á que no se miraba para otorgarla á otra cosa que al verdadero mérito, hemos de inferir que en este hombre le habia, porque no cabe duda en que se le concedieron estos honores, en que se le otorgaron estas deferencias, porque las merecia, porque se habia hecho acreedor á ellas, y no era justo defraudárselas. Aún hay más; sabidas son las contiendas escolásticas que sostuvieron por largo tiempo Scotistas y Tomistas, no sobre el dogma ni costumbres, porque esto es indisputable, sino sobre cuestiones de apreciacion, que no afectando en nada á la verdad católica, truncan, por decirlo asi, su modo de explicarla; pues bien, en estas cuestiones escolásticas tomó parte muy activa nuestro Octavio de Rávena; y se hallan en las crónicas de su Orden relaciones muy exactas de actos solemnes, ya tenidos en los mismos conventos de Franciscos, ya en la universidad Parisiense y otras, y se dice haber concurrido nuestro célebre Octavio, y haber dejado bien parada la honra que tuvo siempre la religion franciscana desde su sapientísimo San Buenaventura. Todas estas cosas á la verdad dicen mucho en favor de nuestro teólogo Rávena, y no es muy extraño que por una de esas excentricidades propias de un genio, cuyo solo deseo es el adelantar en su ciencia, y el llegar al término de sus aspiraciones, que no suelen ser otras que el proporcionar á los demás medios de dar un paso hácia adelante en la carrera científica, permaneciese oscurecido, y nadie haya podido darnos razon de un hombre que probablemente no tendria más que su celda, su coro, su cátedra y sus libros, sin cuidarse de ninguna otra cosa, y enojándose, digámoslo asi, porque alguno se acordára de él para otra cosa que para ponerle en ocasion de demostrar sus profundos conocimientos y vasta erudicion. Hay tambien otra prueba de que este hombre fué muy distinguido en el saber, y es que en muchos de los lectores y maestros que tuvo la Orden Seráfica, y especialmente en los que lo fueron en una época dada, se cita como recomendacion y como mérito especial el haber sido discípulo del esclarecido Octavio de Rávena, lo cual indica que tenia gran crédito, que valia mucho, y que importaba gran cosa el que hubiesen hecho sus estudios bajo tan hábil maestro, por lo cual se colige que su nombre no era solo de su convento, sino de su época, que indudablemente fué á fines del siglo XV y principios del XVI; mas como las noticias de aquella época son tan oscuras, y no es posible deducir de ellas cosa alguna, nos vemos privados de detalles acerca de este sujeto, que se hacen muy necesarios, porque excita la curiosidad y llama mucho la atencion lo poco que de él se sabe, no pudiendo hacer otra cosa sino lamentar el que no se tengan, pues todos nuestros esfuerzos para hallarlas han sido de todo punto vanos. Veamos, pues, la obra que le inmortaliza, y que tituló: *Commentaria in quatuor libros Scripti Oxoniensis Joannis Duns. Schoti;* y tiene de notable que reunió cuanto sobre el particular

se habia escrito desde que el sutil doctor publicó sus obras hasta que nuestro autor hizo la suya, acumulando una porcion de oportunas citas y comentarios muy oportunos, que hacen que la lectura de esta obra sea muy amena y provechosa, porque en último resultado viene á ser una especie de enciclopedia de los que sobre las obras del sutil Scoto habian escrito en el largo período de dos ó tres siglos, y reune además la ventaja de estar escrito con correccion suma y en un latin que los tiempos de Horacio no lo desdeñarian, y que no es muy difícil, á pesar de ser muy correcto. Tuvo la obra del P. Rávena la oportunidad de poder calmar muchas disputas sobre las opiniones mismas de Scoto, y fué por esto tanto más apreciable, por cuanto muchos que de otra suerte habrian tenido que revolver muchos libros, acaso sin éxito, se vieron no solo respondidos, sino convencidos por este libro precioso, porque era erudito, bien sentido, escrito con conciencia, y lleno de doctrina, que podia servir para mucho más que para ilustrarse acerca de las opiniones de Scoto. Justamente, pues, es celebrado nuestro muy sabio P. Fr. Octavio de Rávena.—G. R.

RAVENGERI. Entró este religioso en un principio en la abadía de Tréveris de S. Maximino, de la que han salido tantos varones ilustres. Fué sacado de ella para ser abad de Epternac, á cuatro leguas de Tréveris, casa que reconocia por su principal fundador á S. Wilbrod, apóstol de la Frisia. Hacia un siglo que estaba gobernada esta abadía por comendadores cuando se le puso en posesion; pero animado de gran celo por la disciplina monástica y su regularidad, llevó consigo cuarenta monjes de S. Máximo, hizo salir de Epternac á los clérigos que ocupaban la abadía, y restableció la disciplina monacal en ella; razon por la que se le llamó el padre de los monjes. Murió Ravenger en esta casa en la que se lee su epitafio en un antiguo manuscrito, que copiamos aquí, como lo hizo Moreri, de donde le tomamos, porque en él se manifiestan algunas circunstancias de su vida. Dice así tambien segun el *Viaje literario* de Martenne y Durand en su tomo II:

Hâc recubant fossa Ravangeri Patris ossa,
Et fiunt hominis lege solutâ cinis.
Hunc octo primus transmisit Cæsar opimus
Sifridi montis egregii comitis.
Missit et hunc talem qui vitam cœnobialem
Hic reparare Pio sufficeret studio.
Nam locus iste bonis hoc tempore religionis
Jactus erat vacuus rebus et exiguis.
Dumque vir in lustris tribus annis sex quoque lustris
Præfuit, Ecclesiam reddidit egregiam.

Septembris flendis nonis denisque calendis
Clauserat ipse diem; nunc habeat requiem.
A. C.

RAVENGERIO. Muy escasas son las noticias que tenemos acerca de este distinguido varon; sin embargo, de ellas se colige sin gran violencia que hubo de ser en su época uno de los más eminentes en ciencia y no menor en virtud, atendidas las circunstancias de que le vemos adornado. Fué patriarca de Aquilea. Sabido es que esta importante silla episcopal tuvo siempre á su frente personas de la más acreditada ciencia y de muy rara virtud, y que se echó mano para que la ocupáran en casi todas las épocas de personas que, si no eran del mismo Aquilea, fuesen al ménos de los contornos, y por consiguiente, si esta silla se ve ocupada por un extranjero, lógico será el deducir que este extranjero valia mucho, toda vez que para concederle á él el ponerse al frente de tan importante diócesis se hubo necesariamente de posponer á hombres de gran valia, que Aquilea los tuvo siempre. Primera circunstancia que dice mucho en favor de Ravengerio, pues éste fué extranjero, natural de un pueblecillo en la provincia Scabfnaburgense. Si á esto añadimos la justa nombradía de los que le precedieron en el gobierno de aquella provincia eclesiástica, esto nos confirmará más y más en que hubo de reconocerse grande mérito en nuestro Ravengerio para preferirle á muchísimos otros, que indudablemente hubieran podido desempeñar tan importante cometido. Pero no es esto todo lo que de él sabemos, y denota su mucha capacidad su extraordinaria aptitud para tan difícil como importante cargo. Los más de los patriarcas de Aquilea han regentado esta silla por el breve espacio de dos ó tres años, unos porque han sido trasladados á otras mitras para poder avenirse con los príncipes temporales de aquel estado eclesiástico, y la mayor parte por no haber podido regir con acierto aquella importante provincia, á que daban una especial manera de ser la circunstancia, notable tambien, de ser de una índole especial los beneficios eclesiásticos de aquella diócesis, bien entendido en la época á que nos referimos, pues despues los diferentes concilios generales, y sobre todo el Tridentino, han uniformado el gobierno de las iglesias, evitándose así males sin cuento, lo cual logró el Tridentino con sus sabias disposiciones, que establecen la debida dependencia del clero y el obispo: pero en fin, sea de esto lo que quiera, es indudable que los patriarcas de Aquilea duraban muy poco en tan importante silla, y nuestro Ravengerio la ocupó por nueve años, y en ellos todos estuvieron satisfechos, el clero y los que gobernaban en lo civil; y no se vaya á creer que era porque su tolerancia ó alguna otra cosa le hiciesen aceptable, pues esto bien se comprende que nunca podria aceptarse

por la universalidad, pues no faltarian algunos, áun de los mismos fieles, que habiendo hecho notar esta indebida conducta del prelado, hubieran dado parte al romano Pontífice, que hubiera tomado indudablemente providencia, y providencia acertada, para evitar este mal; y fué todo lo contrario, siguio Ravengerio hasta que sus dias se cumplieron, desempeñando su cargo, querido de todos y apreciado áun de aquellos que viendo nombrado un extranjero para prelado, sospechaban si podria ó no cumplir bien su cometido, y áun hubiesen querido que por solo este concepto se les hubiese alejado cuanto ántes, hasta que vieron lo que era, y entónces se apresuraron á influir cerca del Papa para que continuase en su silla. Por último, la gran dificultad que hubo para darle un sucesor, acredita que Ravengerio fué todo lo que debia de ser un prelado, y hace deplorar más y más el que se hayan perdido los antecedentes de un hombre que indudablemente habia de ser notable por las circunstancias que le adornaban. — G. R.

RAVENNATINO (Fr. Jorge), religioso dominico, natural de Milan, aunque originario de Rávena, no obstante que otros autores suponen á esta ciudad su patria, diciendo que tomó el hábito en Milan, lo que es positivamente cierto. Profesó en el convento de Santa María de Gracia de aquella ciudad, y se distinguió mucho como orador, poeta, filósofo y teólogo en el siglo XVI en que vivió, dejando las obras siguientes: 1.ª *De viris illustribus ordinis in provincia Romana.* — 2.ª *Opus quadripartitum, qua historiam cœnobii S. Mariæ Gratiarum Mediolanensis complexus est.* — 3.ª *Dialogus cujus interlocutores S. Dominicus et S. Petrus martyr, quorum sic vitam descripsit.* — 4.ª *Tractatus de vita cœnobitica.* — 5.ª *Interlocutio mœsta super novis et inauditis rerum mutationibus.* — 6.ª *Apologia pro Bartholomæo Quarterio, qui impubes ordinem professus erat.* — 7.ª *Quæstio an impubes ante annum quintum decimo possit profiteri in ordine Prædicatorum.* — 8.ª *Carmen ad dictum Bartholomæum qui ab ordine defecerat et ut sedeat exhortatorium.* — 9.ª *Hymnus de Assumptione B. Virginis.* Algunos autores confunden á Jorge de Rávena con otro que lleva el apellido de Milan; pero los Padres Quetif y Echard los distinguen perfectamente en su *Biblioteca de escritores de la órden de Predicadores.* Posevino, en su *Aparato Sacro*, nos da noticia de este religioso; pero con tanta ligereza, que solo nos dice que fué de la órden de Santo Domingo en la provincia de Lombardía, en el siglo XV, y que escribió diversos tratados de hombres ilustres de su Orden y otras obras. — S. B.

RAVENO (S.), presbítero y mártir en Roma, hermano de S. Rassio ó Rasifo, á quien no da el título de presbítero el Martirologio romano, pero lo fué en opinion de Marangoni, quien se funda en que la imágen de este Santo se halla revestida con ornamentos sacerdotales en el altar, que la de-

dicó Clemente XI en la basílica de Santa María la Mayor, adonde trasladó Bonifacio IV desde las Catacumbas las reliquias de estos dos clérigos. La iglesia de Bayeux, en Normandía, los celebra con oficio propio como á Santos de aquella diócesis, mas es muy oscuro cuanto se refiere á ellos, pues solo consta positivamente su culto, martirio y nombres. — S. B.

RAVENO, obispo de Arlés, era sacerdote durante el pontificado de S. Hilario, de quien fué despues sucesor. No puede dudarse que dejase de pertenecer á la célebre comunidad que fundó S. Hilario en su ciudad episcopal, pudiendo deducirse de aquí cuáles serian su educacion y estudios. El santo Obispo parece que le manifestó un grande aprecio en todas las ocasiones de alguna importancia. En su famosa diferencia con el papa S. Leon le envió á Roma, donde se ganó el aprecio de este Pontífice con la dulzura de sus costumbres y la santidad de su vida, y ántes de morir le nombró por sucesor, segun la revelacion que habia recibido de Dios. Raveno fué elegido en su consecuencia por el consentimiento comun del clero y del pueblo para el obispado de Arlés, y fué consagrado por doce obispos entre el 5 de Mayo, que fué el dia de la muerte de S. Hilario, y el 26 de Agosto de 449, que es la fecha de la respuesta de S. Leon á los que le habian dado parte de su eleccion. Raveno era muy á propósito para ser el ornato y sosten, no solo de la iglesia de Arlés, que era entónces una de las principales de las Galias, sino tambien de toda la Iglesia. Se hallaba muy instruido en las reglas de la disciplina, y era muy á propósito para ayudar á un gran pueblo con sus luces y conducirle con sus ejemplos á la virtud. Si se hacia además amar por su moderacion y su tranquilidad, no se hacia estimar ménos por el rigor con que sostenia su ministerio. Talentos y costumbres tan dignas del episcopado habian hecho siempre desear al clero, á la nobleza y al pueblo de Arlés tener á Raveno por obispo. Despues de su promocion escribió á S. Leon por medio de algunos eclesiásticos de su Iglesia, que le envió en clase de diputados. S. Leon supo esta noticia con alegría, tanto á causa de la elevacion de Raveno, á quien amaba, como por las ventajas que se seguirian á la iglesia de Arlés. Al contestarle le exhorta á corresponder á lo que él y los demás esperaban de su capacidad y virtud, á observar exactamente las reglas de la Iglesia, á desempeñar sus deberes con vigilancia, y al mismo tiempo con una prudente moderacion. Le dice tambien que advierta una cosa á todos los obispos de la provincia, que es que le reconociesen por metropolitano. Parece, por lo tanto, que S. Leon habia abandonado por sí mismo lo que habia ordenado en perjuicio de la iglesia de Arlés bajo el episcopado de S. Hilario. No se puede decir con exactitud la razon que le obligó á obrar de esta manera. Quizá lo hizo por consideracion al afecto y amistad que tenia hácia Raveno, ó sin duda porque los obispos de las Galias estaban resueltos

á oponérsele, á pesar de la ley de Valentino III; quizá tambien porque en la situacion en que se encontraban las cosas de Oriente no juzgaba conveniente obligarlos á una cosa que por lo ménos era contraria á sus inclinaciones. De todas maneras las diferencias entre las iglesias de Arlés y Viena se renovaron con ocasion de Fonteyo, á quien Raveno ordenó obispo de Vaison poco tiempo despues de haber sido él mismo promovido al obispado de Arlés. Aunque S. Leon confirmó para terminar este asunto el derecho de metrópoli á la iglesia de Viena, no dejó por esto de mirar á Raveno como primado de las Galias en aquellas regiones, pues á él fué á quien envió en 450 su carta á Flaviano sobre la Encarnacion, con algunos otros escritos, para que los comunicase á todos los demás obispos. Con este motivo reunió Raveno en 451 un concilio de cuarenta y cuatro obispos en Arlés; segun todas las probabilidades, Ravéno le presidió, pues se halla nombrado el primero, y delante de S. Rústico de Narbona, que era más antiguo que él en el episcopado. Se escribió una carta á S. Leon para aprobar la que habia dirigido á Flaviano, y no cabe duda de que nuestro prelado tuvo en ella una buena parte. El mismo año escribió S. Leon á Raveno para anunciarle que el año siguiente se debia celebrar la Pascua en 23 de Marzo, y recomendarle lo hiciese saber á los demás obispos. En 454, segun el P. Sirmond, ó 455 como observa M. de Tillemont, ó tambien de 450 á 451, como pretende M. Autelin, sintiendo Raveno el escándalo que causaban las diferencias entre Teodoro de Frejus y la abadía de Lerins, reunió un concilio para terminar este negocio. La asamblea se reunió en la iglesia de Arlés, y la presidió Raveno al frente de doce obispos, sin comprender á Teodoro de Frejus y algunos otros que asistieron como partes interesadas. Esto es lo más notable que sabemos sobre la historia de Raveno. Algunos autores extienden su episcopado hasta el año 461, y le dan por sucesor á Leoncio. Otros pretenden que no vivió más allá de 455, para hacerle suceder inmediatamente de San Augustal. Dejemos á otros examinar estas dificultades, que nos alejarian de nuestro objeto. Haremos, sin embargo, la observacion de que entre los obispos del primer concilio de Orange, en 441, habia un Augustal, que no es sin duda el que se da por sucesor á Raveno, pero que puede ser el de que hablan los martirologios, dos de los cuales le nombran Agustin y le ponen en Bourges. Otro le pone en Arlés, donde sin duda moriria Augustal y permaneceria su cuerpo cuando se dirigia á un concilio en tiempo de S. Hilario ó de su sucesor Raveno. Quizá sea este el único fundamento que hay para contar á un Augustal entre los obispos de Arlés de aquellos tiempos. Ha quedado de Raveno la carta circular que escribió para la convocacion del concilio de Arlés con motivo de las diferencias entre Teodoro de Frejus y la abadía de Lerins, con los fragmentos de la que escribió invitando á S. Rústico de Nar-

bona y á los obispos que habian sido monjes en aquel monasterio. Contienen grandes rasgos de piedad y de una solicitud verdaderamente pastoral. El fragmento de la de S. Rústico es muy honroso para la memoria de este grande obispo. Nada nos queda ni de las demás cartas que escribió Raveno en ocasiones semejantes, ni de las que dirigió á S. Leon, y que por las respuestas de este papa parece fueron en grande número. Algunos escritores han creido que la vida que existe de S. Hilario de Arlés era obra de Raveno, porque en un manuscrito lleva el nombre de Reverencio ó Riverencio. Pero podemos asegurar, siguiendo á Mr. de Tillemont, que bajo ningun concepto pertenecen á Raveno. Las pruebas se hallan en la misma obra. Esta vida habla de los sucesores del santo, refiriéndose á más de uno, y de Raveno en particular, dándole el título de Santo. Por otra parte, no fué escrita hasta mucho tiempo despues de la muerte de S. Hilario, *tot annorum spatiis evolutis;* miéntras Raveno murió ántes del año 461, diez ó doce años despues de San Hilario. Parece, pues, cosa segura que ya habia muerto Raveno cuando fué compuesta la obra que se le atribuye.—S. B.

RAVENSPURGEN (Galo de). Fué natural de Germania, y dotado de un ingenio muy claro, hizo desde luego presagiar que llegaria á ser un grande hombre, como en efecto lo fué en su línea. Durante sus primeros años habia tratado de ocultar su vocacion al estado religioso, temiendo tal vez si podrian sus padres hacerle la contra de tal modo que lográran, no sofocar sus buenos deseos, pues esto conocia él que no les sería fácil, sino hacerle condescender con prometerles vivir por más tiempo en el mundo y no entrar en religion sino mucho despues de lo que deseára; así es que los primeros años de nuestro jóven parecian una cosa extraña á cuantos los observaban. Una conducta muy regular, pero sin ser notable, ni por los extravíos, que estos nunca los tuvo, ni porque hiciera obras extraordinarias de virtud. Una aplicacion suma y constantísima, pero á estudios que podian convenir tanto al estado eclesiástico como á cualquier otro, y una muy prudente reserva acerca de sus intenciones, para que nadie pudiese penetrarlas, ni por consiguiente oponerse á ellas; esto fueron sus primeros años, en los cuales cursó humanidades en toda su extension, y filosofía con tanto aprovechamiento que al concluir el estudio de esta facultad se le ofreció ya por su mismo colegio una cátedra para que la hubiese desempeñado, no como sustituto, ni como encargado, sino como catedrático propietario, cuya alta distincion habia merecido por su talento, por su aplicacion y buen comportamiento, y porque habia observado una conducta que no parecia de un jóven de veinte años sin experiencia alguna, sino de un anciano desengañado del mundo, que comprendiendo bien lo que puede dar de sí, le huye para no ser arrastrado por el huracan de sus pasiones. En esta ocasion fué cuando

tuvo que manifestar cuál era su modo de pensar en órden á su estado, porque sus padres claro es que le inclinaban á que aceptase la cátedra que le brindaban, y que era un puesto tanto más honorífico, cuanto que sus circunstancias le hacian preferible á otros muchos que llevaban ya años y años dedicados no solo al estudio, sino á la enseñanza de esta facultad difícil é importante. Hubo, pues, de manifestar á sus padres que él queria ser religioso, y vió confirmadas sus sospechas de que estos no recibirian muy á bien su resolucion. Buscó medios de ablandarlos para que le diesen el consentimiento que tan sin fundamento le negaban, y no encontrándolos, se atrevió á pretender ingresar sin la licencia de sus padres. Su inclinacion fué siempre á la mayor austeridad que hallase, por consiguiente sus miras se fijaron en el convento de Capuchinos; los padres de esta santa casa vacilaban talmente, pues por una parte querian complacer al jóven que desde luego se habia captado el afecto de todos, por otra no querian tampoco desairar á los padres, que eran muy apreciables y en la casa mucho más, no tanto por las deferencias que con ella tenian, cuanto porque muchos de sus alumnos eran amigos particulares de los padres de Galo. Buscóse, pues, un término medio, que fué preguntar á los padres si tenian algun motivo particular para impedir á su hijo el que siguiera su vocacion, y éstos dijeron que de manera alguna habia motivo, solo el que no querian privarse de él; que como las necesidades de la Orden podian exigir la ausencia de su hijo, esto era su única pesadilla, este el solo motivo por el cual rehusaban concederle la licencia que les solicitaba. Visto esto por la comunidad, resolvieron admitirle, y con efecto le preguntaron á Galo si estaba dispuesto á recibir el hábito fuese lo que Dios quisiese, y habiendo éste respondido con la mayor espontaneidad que desde luego y de muy buen grado se conformaba á todo, le dieron su hábito, y por consiguiente le admitieron al noviciado. Durante esta época de verdadera probacion se portó, como no podia ménos de esperarse, con una docilidad suma, con un anhelante deseo de caminar á la perfeccion, y fueron para él no solo fáciles, sino gratísimos los más penosos ejercicios, queriendo cada vez crecer más en virtud, no con otro fin que con el de corresponder más eficazmente á las gracias, bondades y dignaciones con que el Señor tenia á bien favorecerle. Durante esta época de prueba trataron los religiosos de atraer á sus padres á que prestáran su consentimiento, y para más obligarlos les manifestaban desde luego las buenas disposiciones de su hijo, el cual teniéndoles siempre el más debido respeto, no les importunó nunca ni áun con visitas, mostrando sin embargo en todas ocasiones en que le era posible el mayor interés por saber de ellos, la más íntima satisfaccion en verlos. Logróse, por fin, su avenencia á esfuerzos del P. Mtro. de novicios, hombre de mucha virtud, y sobre todo de

mucha prudencia; y cuando á nuestro pretendiente se le dijo que la comunidad habia votado favorablemente su profesion, se le dijo tambien que sus padres consentian en ello, con lo cual fué completo su regocijo. Verificóse, por consiguiente, tan solemne acto con la ostentacion debida y con el contento que es de suponer de parte de unos y de otros; y la Orden, ya en completa libertad acerca de su hijo, que lo era con todas las formalidades que se requerian, pudo disponer de él como creyó más conveniente. Dedicáronle, pues á los estudios de sagrada teología é idiomas y á la lectura de los Santos Padres, expositores sagrados y demás medios por donde la tradicion acredita el verdadero sentido de las santas Escrituras, para darlas en las ocasiones en que es conveniente usar de su noticia la aplicacion más adecuada y más conforme con su espíritu y con la mente del supremo Señor que las dictára; y en tanto que estos estudios hacia, iba ascendiendo por los grados debidos y sin siquiera haber consentido en que se le dispensáran los intersticios hasta la sublime dignidad del sacerdocio. Colocado ya en ella, estuvo en disposicion de esparcir la semilla de la divina palabra, haciendo que esta fructificase. Como todas las circunstancias que debe reunir un orador sagrado las reunia nuestro Padre en una abundancia á nada comparable, y además tenia gran celo por la salvacion de las almas, y un sumo interés en que todos buscáran y hallasen su dicha eterna, se hizo un orador sagrado de los de primera nota en su época, habiendo sido incansable en el ejercicio de la predicacion, y desempeñándola siempre con un éxito extraordinario, resultando de aquí, como no podia ménos de suceder, que todos ansiaban por que este padre predicase, y muchos dias hubo de subir á la cátedra santa dos veces, y áun alguno que otro dia tres, verificándose con sentimiento de todos, pero cuando ya no se podia remediar, que enfermó del pecho, y despues de muchos y graves padecimientos, sufriendo horriblemente aunque con gran constancia, y uniendo siempre sus sufrimientos á los de Cristo Redentor nuestro, vió acercársele la muerte cuando apénas contaria cuarenta años. Mas no se crea que la consideracion de su cercano fin le perturbó, ni mucho ménos: muy conforme siempre con la voluntad del Señor y anhelando el que todas las criaturas le acatasen como es debido, suplicó encarecidamente que no se le privase de los auxilios espirituales tan necesarios en los últimos momentos, y con extraordinaria devocion, con una conformidad grande, y con entera complacencia, porque se le aceleraba el momento de partir á su Dios, recibió los santos sacramentos, hizo que le leyesen la recomendacion del alma; oyó las oraciones todas de la Iglesia, hasta que exhaló su último suspiro invocando los nombres de Jesus, María y José, y la proteccion del seráfico patriarca S. Francisco de Asís. Muy sentida fué su muerte, porque habia sido muy

apreciable en vida, y su memoria se conservó ya por su recuerdo como predicador eminente, ya como buen religioso; y la república de las letras tambien le debe una obra importante en sí misma, y mucho más porque fué la primera que se publicó en su idioma, y fué la *Coleccion de sermones fúnebres*, que ya acerca de sujetos particulares, ya sobre asuntos generales, dispuso en lengua germana, y que son admirables en todo concepto.—G. R.

RAVESTEIN (José). Nació en Tielt, en Flandes, en el siglo XVI. Fué doctor de Lovaina, conservador de privilegios de esta universidad, y preboste de Valencour, en la diócesis de Namur. Se encontró en el Concilio de Trento en 1551, y despues en Wormes contra los protestantes, en 1557; se han conservado de este eclesiástico algunos escritos en defensa del Concilio de Trento. Murió el año 1577. Las memorias de Trevoux del mes de Diciembre de 1707 ponen su muerte en 1570, lo cual debe ser una equivocacion. Hablan de este eclesiástico, Lemire en sus *Escritores* del siglo XVI, y Valerio Andrés en su *Biblioteca Belga*.—C.

RAVETTI Fr. Juan), religioso dominico, natural del Piamonte, vivia en el siglo XVII y publicó una obra con este título: *Centones de celeberrima D. Thomæ translatione, de judiciali, Christi Redemptoris adventu, de Deo auctore gratiæ, ex Virgilio hemistichiis concinnati;* Venecia, 1631, en 4.° S. B.

RAVICINI (Fr. Jacinto), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Viterbo en Italia, donde tomó el hábito de la órden de Sto Domingo. Vivió á fines del siglo XVII y es conocido por las dos obras que publicó bajo los títulos siguientes, ambas en idioma italiano. *Historia del Santísimo Corporal de Orvieto;* impresa en Fulgino por Antonio Mariotti, en un tomo en 8.°, año 1679.—*Rosal prodigioso de María, Reina del Santísimo Rosario;* Montefiascone, por Julio Giulli, dos tomos en 8.°, año 1701. Ignórase con certeza la época en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

RAVIGNAN (Julio Adrian de la Cruz de), célebre orador sagrado contemporáneo, nació en Bayona en 1793, y en 1816 fué nombrado auditor del Tribunal supremo de París. Cinco años despues ejerció el cargo de procurador sustituto del rey, y los talentos oratorios que manifestó entónces como órgano del ministerio público, le permitian un porvenir tan rápido como brillante en la magistratura. Pero entónces se operó un cambio total en la direccion de sus ideas, y nadie se sorprendió al saber que el hábil abogado general, renunciando á una carrera ya hecha, habia entrado en el seminario de S. Sulpicio. Despues de haber residido en esta casa por espacio de dos años, se retiró al colegio de los jesuitas de Montronge, donde se ordenó de sacerdote. Algun tiempo despues le encargó Mr. de Quelen de reemplazar al P. Lacordaire en las conferencias de Nuestra Señora de París. Fué

tan grande la sensacion que produjo su primer discurso, que en el segundo se vió en su auditorio á todas las notabilidades de la época, Chateaubriand, Dupin, Berryer, Lamennais, Guizot, etc. Con una lógica más nerviosa que la del P. Lacordaire, se dirige ménos al espíritu que á la razon de sus oyentes, y miéntras que en su compañero supera la imaginacion, él se distingue por la dialéctica. Sus sermones son tésis, y los del P. Lacordaire fragmentos de elocuencia religiosa. Estas conferencias, de que solo se han impreso algunos fragmentos en 1841 y 45, duraron desde el 12 de Febrero de 1837 hasta el 28 de Marzo de 1841. Entre los numerosos asuntos que trató, los que causaron más impresion son los siguientes: *El dogma del pecado original* (1837), que presenta como la única base de la filosofía de la historia; —la *Providencia y el naturalismo* (1838); —el *Cristianismo histórico* (1839); —los *derechos de Dios* (1840). El 26 de Febrero de 1840 fué encargado de pronunciar la oracion fúnebre de Mr. de Quelen en la Iglesia metropolitana. En 1841 fué nombrado superior de la sucursal de los Jesuitas en Burdeos, cargo que aceptó, residiendo sin embargo en París con dispensa hasta su fallecimiento, ocurrido en 26 de Febrero de 1858. Además de las anteriores, ha dejado el P. Ravignan las obras que á continuacion expresamos: 1.ª *De la existencia del instituto de los Jesuitas*; 1844, en 8.°; sétima edicion aumentada, 1855, panegírico que dió motivo á una ruda polémica.—2.ª *Conferencias predicadas en Tolosa*; 1845, en 8.°—3.ª *Clemente XIII y Clemente XIV*; 1854, dos volúmenes en 8.°, en que sostiene el conocido hecho de que la supresion de la Compañía de Jesus fué una obra de iniquidad consumada despues del extravío de las facultades morales de Clemente XIV.—S. B.

RAY. Entre las familias distinguidas de Borgoña encontramos la llamada de Ray, de la que fué tronco Othon, señor de la Roche-sur-Lougnon, que se cita en una donacion que Estéban, conde de Borgoña, hizo á la iglesia de Besanzon en 1170, al tiempo de salir para la conquista de Tierra Santa, el cual fué hermano de Gui, señor de Ray, del que se origina el título de esta noble y antigua familia. Enlazó esta ilustre casa con las no ménos nobles de Seveux, Beaujeu, Roche y otras, y extendió las ramas de su primer tronco por Atenas y por Tebas. La piedad de esta familia se halla consignada en la historia por las muchas y ricas donaciones que hicieron á las abadías y á los templos, y sus fundaciones religiosas, habiendo engrandecido su nombre con blasones adquiridos por el heroismo de sus esforzados varones que supieron por medio de sus hechos honrosos elevarse á los primeros puestos del Estado, mantener el lustre de su señorío, y acreditar ser hijos fieles y defensores esforzados del cristianismo. Entre los varones que más ennoblecieron esta casa, cuenta la Iglesia en sus anales los siguientes: Juana, hija de Antonio I, señor de Ray, y de Juana de Viena, hija del se-

ñor de Roulans, que fué religiosa en Beaume, nombrada abadesa de este monasterio por su tia Inés en 1474. Francisco, hijo de Marco, señor de Ray, tan poderoso que en 1481 resistió á las tropas de su soberano el príncipe conde de Borgoña, el cual fué religioso ejemplar. Y otros eclesiásticos y religiosos, todos los que acreditaron su ilustre prosapia por sus hechos.—B. S. C.

RAYA (D. Antonio de la), obispo del Cuzco en el Perú. Fué natural de la ciudad de Baeza, é hijo de D. Francisco y Doña Inés María Navarrete. Recibió el agua del bautismo en la iglesia del Salvador. Decidido á seguir la carrera eclesiástica, hizo sus estudios de cánones y leyes en la ciudad de Salamanca; fué colegial en el denominado S. Clemente de Bolonia, en el cual desempeñó el cargo de rector. En el año 1561 se graduó de doctor en ambos derechos, y mediante su ilustracion, virtud y brillantes ejercicios literarios, obtuvo sucesivamente los cargos de maestrescuela de Jaen, y los de inquisidor de Llerena, Granada y Valladolid. Hallándose desempeñando este cargo en la última de las mencionadas poblaciones, era tanto el rigor que al par de la rectitud desplegaba, que llegó á hacerse proverbial, como lo manifiesta el siguiente suceso. Habiendo tenido el rey Felipe II algunas quejas del proceder de los oidores de aquella chancillería, les escribia estas notables palabras: *Mirad cómo procedeis, que de no enmendaros, mandaré para que os visite al inquisidor Raya.* Palabras que en boca de un Rey cuyo amor á la justicia llegó á tocar en exceso, dicen más que cuanto nosotros pudiéramos decir en alabanza de su integridad y su justificacion. Fué presentado por S. M. para el obispado del Cuzco, que se hallaba vacante, pasándole al punto la gracia la santidad de Clemente VIII. Tomó posesion de la silla el dia 2 de Enero de 1595, y ántes de partir para las Indias le aconteció un raro suceso. Hallábase en Cádiz en compañía de un sobrino suyo aguardando la nave que habia de conducirle á su destino, cuando ocurrió la vandálica invasion de aquel puerto por la escuadra inglesa al mando del conde Essex. Posesionados los enemigos de la ciudad, sin permitir á nadie la salida, llenóse de angustia D. Antonio Raya, tanto por la dilacion que experimentaba, como por ignorar en qué pararia aquel suceso. Cuando era mayor su conflicto, presentósele un caballero inglés que él no conocia, y que jamás supo quién era, y haciéndole cambiar de vestido, le puso fuera de la ciudad sano y salvo en compañía de su sobrino. Pasada la tormenta; y habiendo dejado el enemigo completamente libres los mares, embarcóse D. Antonio para su obispado, y apénas llegó á él empezó á procurar por el bien espiritual y temporal de los pobres indios, á quienes la sórdida codicia de los logreros y mercaderes de carne humana tenia reducidos á la miserable condicion de bestias de carga; y al efecto, y conociendo cuánto producto daria la viña del Señor, encomendada á manos de hábiles obreros, fundó en Hua-

manga el colegio de la Compañía de Jesus, á fin de que el indio tuviese á mano el pasto espiritual, pudiendo ser fácilmente alumbrado con las luces de la fe. Fundó asimismo en el Cuzco un seminario, dotándole con lo suficiente para sostener muy bien el número de ochenta colegiales. Repartió abundantes limosnas, no solo á los pobres del obispado, á quienes diariamente socorria, sino á los establecimientos piadosos que le constaba hallarse atrasados. Socorrió, pues, abundantemente al colegio de Jesus, y al de ingleses católicos establecido en Sevilla, y en estas y otras limosnas, dadas en los ocho años que vivió en el obispado, consta que invirtió la respetable suma de trescientos mil pesos, cantidad que ahorró quitándosela hasta de su gasto particular, pues fué sobrio y arreglado en su mesa y sus vestidos, á fin de que los pobres tuvieran más que recibir. Fundó tambien en España un colegio dedicado á nuestra Señora. Agobiado por los años y la fatiga de sus muchos y penosos trabajos evangélicos, hizo solicitud á S. M. en 28 de Enero de 1604, suplicando se sirviese concederle un obispo auxiliar, porque él ya no podia acudir á todo, y señalaba para este cargo al P. Fr. Luis de Ori, religioso franciscano, que luego fué obispo de Chile. Falleció de resultas de un ataque de apoplejia, ocasionado por haber comido en la vigilia de San Pedro del año 1606 un poco de pescado basto, que no pudo digerir por la debilidad de su estómago, volando al eterno descanso el dia 28 de Julio del mencionado año 606. Aunque en su testamento, otorgado con la debida anterioridad, habia pedido que le sepultasen en la iglesia del colegio de la Compañía de Jesus, en Baeza, su patria, enterráronle en su iglesia catedral, hasta tanto que cómodamente pudiera ser trasladado al sitio que habia elegido para el eterno descanso de sus cenizas. — M. B.

RAYA (D. Fr. Francisco de la Cámara), obispo de Panamá en las Indias Occidentales. Ignórase á punto fijo la naturaleza de este prelado, aunque algunos biógrafos dicen que nació en Granada, fundando tal vez su aserto, en haber tomado muy jóven en esta ciudad, y su convento de Santa Cruz, el hábito de la órden de Santo Domingo. Profesó en él en manos del P. Presentado Fr. Domingo Martinez, prior del convento, en 20 de Enero de 1575. Habiendo cursado con aprovechamiento los estudios, fué nombrado maestro de la Orden. Habiendo pasado á las Indias, visitó las provincias de Quito y de Chile, siendo despues presentado para el obispado de Panamá, del que tomó posesion por medio del Dean de su iglesia en 28 de Julio de 1614. En 19 de Agosto de 1620 celebró sínodo, que fué el primero que tuvo lugar en el dicho obispado. Visitó detenidamente su cabildo, y fundó renta para sostener dos colegiales en el de S. Agustin, señalando además un capital bastante crecido para que en el colegio de la Compañía de Jesus se creára una cátedra donde se explicasen casos de conciencia. Donó cuatro

mil patacones (1) á la fábrica de su iglesia catedral, con cuya cantidad se empezó á hacer la obra que hoy existe, y creó dos plazas de capellanes que sirven en el coro. Murió en 18 de Agosto de 1624, y se halla sepultado en su iglesia. —M. B.

RAYMOND (El abate D.), eclesiástico francés, nacido en 1805, tomó las órdenes sagradas durante la restauracion, y ejerció su ministerio en el Mediodía. Fué despues vicario general de la diócesis de Chalons, canónigo de Mende y doctor en teología. Ha escrito: *Conversaciones del ermitaño del Monte Líbano;* 1836, en 8.°, sobre la filosofía, la usura, etc. —*Poesías diversas;* 1836, en 8.° —*Del Catolicismo en las sociedades modernas;* 1842, en 8.°, considerado en sus relaciones con las necesidades del siglo XIX.— *Manual de los deberes del soldado;* 1844. Creó una asociacion agrícola é industrial en beneficio de los niños abandonados, á cuya cabeza permaneció por muchos años, y que fué objeto de un honroso dictámen de Mr. Waldeck-Rousseau en la Asamblea Constituyente. —S. B.

RAYMOND (Hugo), obispo de Riez. Se ha conjeturado por la cronología de Barral, que este prelado fué en un principio abad de Lerins en 1182. El cronista le da un sobrenombre tomado de la ciudad de *Morteriis*, de que era sin duda originario, y que debe ser la de Monstier en Provenza, que formaba parte de la antigua diócesis de Riez. Esta pequeña ciudad es notable en particular á causa de dos rocas muy altas, separadas de dos montañas que estuvieron unidas en otro tiempo por una cadena trasversal de cerca de sesenta toesas de longitud, en medio de la cual pendia una estrella de plata. Esta cadena fué quitada de su lugar durante la revolucion francesa, pero los habitantes la conservaron y la pusieron nuevamente. Las tradiciones del país dicen que este monumento tuvo por orígen el voto de un Blacas, probablemente cruzado, y esta estrella forma parte del escudo de esta familia. Cuarto prelado del nombre de Raymond en el catálogo de los abades de Lerins, éste no ocupó su prelacía más que durante el espacio de un año, y como contra el uso seguido por todos los demás abades, no se dice nada de su muerte al fin de su artículo, es probable que diese su dimision, ya para pasar al gobierno de alguna otra abadía, ya para continuar en la suya como simple religioso, ó tambien para ser empleado en los negocios públicos, en cuya gestion no se le encuentra ántes de la fecha de su episcopado, que tampoco es muy exacta. El primer acto en que se hace mencion de Hugo Raymond como obispo de Riez, es una carta fechada en Manosque, relativa á un convenio hecho el año 1202 entre Guillermo, conde de Forealquier, y otros señores. Se citan además dos cartas del año 1208 y del 1209, en que presidió como legado del papa Inocencio III el

(1) Moneda de plata de peso de una onza, equivalente al peso fuerte actual.

concilio de Aviñon. El año siguiente celebró en Saint Gilles con Theodisio, canónigo de Génova y su compañero de legacion, el sínodo en que fué excomulgado de nuevo Raimundo, conde de Tolosa. Habiendo el Papa recibido, por último, en 1213 cartas de Pedro, rey de Aragon, en que le aseguraba que los condes de Tolosa, de Foix, de Cominges y de Bearne se hallaban prontos á satisfacer todo lo que la Santa Sede exigiese de ellos; Hugo Raymond y el Arzobispo de Narbona fueron encargados de convocar la asamblea de Lavaurt, sobre la que tenemos dos cartas de Hugo de Raymond. En la una da cuenta al Papa del resultado de esta asamblea y de todas las tergiversaciones del conde de Tolosa. La otra se halla escrita al mismo Conde, y está precedida de la fórmula siguiente: *Nobili viro comiti Tholosano, Hugo Dei gratia Regensis episcopus et magister Theudisius Canonicus Januensis; spiritum consilii sanioris.* Estas dos cartas contienen en resúmen todos los agravios de que acusan los legados, ó como dicen otros autores, imputan al conde de Tolosa. Los principales agravios eran haber continuado sosteniendo camineros que habian muerto más de un millar de cruzados, clérigos ó legos; haber tenido prisioneros á los abades de Montauban y de Moissac, al primero durante más de un año; haber expulsado de su silla al obispo de Agen y haberle quitado por valor de quince mil sueldos; no haber satisfecho, por último, á la promesa jurada de retribuir á los obispos de Carpentras, de Vaison y otras personas eclesiásticas, la suma de mil marcos de plata en que habia sido multado. Daremos aquí algunas líneas del mismo texto: *Nec et aliis Ecclesiasticis et miserabilibus personis quas exheredaverat voluit satisfacere coram nobis, quæ omnia per venerabilem patrem Nemausensem episcopum, et litteras nostras et per me Theudisium qui postmodum ad pedes vestros accessi, benignitati vestræ curavimus intimare.* Estas citas latinas deben bastar para dar una idea del estilo del autor de estas dos cartas; ¿pero son en realidad de Hugo, obispo de Riez? No lo parecen por la expresion, *et per me Theudisium.* El canónigo de Génova da á conocer aquí con demasiada claridad que llevaba la pluma sin duda en su calidad de notario apostólico, y en la misma carta confirma esta conjetura mucho mejor todavía con la decisiva expresion: *verum ego Theudisius.* No es, pues, en las listas del concilio de Aviñon donde se encontrarán los verdaderos títulos literarios de Hugo Raymond: sábese demasiado generalmente que el presidente de un concilio no era, propiamente hablando, el redactor de las actas que de él emanaban. No queda, pues, suyo más que un acta pública, fechada en 19 de Mayo de 1210, dada en Arles, y que con relacion á Bartel, decia Peyrese haber leido en el original. No se conoce otra produccion que pueda atribuirse á este prelado, no obstante que la parte activa que tomó en los importantes sucesos de su época parece debia

habernos trasmitido algun otro documento suyo, mas sin duda se han perdido los que dejó á su muerte ocurrida en Octubre de 1223.—S. B.

RAYMONDON (Guillermo), hijo de Zaragoza. Tuvo particular inclinacion al estudio de las matemáticas, y se dedicó á varias observaciones útiles. Viendo á su patria fertilizada de los rios Ebro, Jalon, Gállego y Huerva, y que carecia del adorno y beneficio de fuentes públicas, escribió despues de la mitad del siglo XVII, y presentó á las Córtes generales del reino de Aragon, un discurso, que se intituló: *Arbitrio para hermosear la imperial ciudad de Zaragoza con beneficio de la salud pública y utilidad de sus moradores.* En esta ciudad, en folio. Lo tengo en mi librería. Es papel raro, y su autor propone y persuade en él el proyecto de hacer fuentes públicas en la referida ciudad, así del rio Ebro como de las de Gállego y Huerva, probándolo con ejemplos para conseguir su establecimiento.—L. y O.

RAYMUNDO (Fr.), del órden de Predicadores. *De Donis Spiritus Sancti.* Ms. citado por S. Antonio, *Sum. Teol.* P. IV. C. II. Parag. 7. No es esta obra de S. Raymundo de Peñafort, como han creido algunos equivocadamente; pues el autor cuenta un hecho que habia oido de Fr. Jofre de Blanes, que murió en 1414.—A.

RAYMUNDO, monje cisterciense. Fué el duodécimo abad de Poblet, y floreció por los años de 1225. Desde su mas tierna edad manifestó su grande inclinacion á la vida monástica, y á pesar de que pertenecia á una familia esclarecida, cuyos proyectos eran otros respecto de su porvenir, jamás desistió de aquel vehemente deseo que le dominaba de pertenecer á la religion: sus padres observando aquella vocacion tan decidida, no quisieron contrariarle más, viendo su gran decision, y consintieron por último, cumpliendo sus deseos, en que tomase el hábito del gran San Bernardo, que recibió con la mayor alegría y satisfaccion de todos los religiosos. La muy desahogada posicion de sus padres habia contribuido sobre manera para que hubiese adquirido hasta entónces una gran suma de conocimientos y una esmerada educacion; principios fueron estos que cultivados en el monasterio con el mayor esmero y asiduidad, le hicieron alcanzar una grande opinion en toda la Orden por sus virtudes y sabiduría, haciéndose querer, estimar y respetar por su bellísimo carácter, trato afable y profunda humildad. A pesar de lo muy enaltecido que estaba en su monasterio y de haber desempeñado los principales cargos en el mismo, nunca se observó cambio en sus modales, siempre cariñoso y tolerante, y siempre ocupado en actos beneficiosos para el bien de las almas; por último fue nombrado obispo, y rigió la silla episcopal de Elna con el mayor acierto y reputacion, adquiriendo gran fama por sus virtudes y santidad.—A. L.

RAYMUNDO (Widemundo) religioso de la Orden Cisterciense. Fué mon-

je savigniacense, y muy notable por su rara virtud y observancia; fué sumamente estudioso sobresaliendo en el conocimiento de las sagradas letras. Entre sus muchas prendas era de admirar su sobriedad y sus contínuos ayunos, sus disciplinas y otras mortificaciones, siendo un vivo ejemplo de todos los demás religiosos; su constante asistencia al coro y su continua oracion, como igualmente su humildad y caridad con los pobres, y su cariñosa asistencia á la enfermería en beneficio de los dolientes, le proporcionaban un escogido puesto en la opinion de todos los monjes, y sus relevantes méritos le elevaron á ser muchas veces nombrado para desempeñar los principales cargos de la comunidad, y últimamente murió siendo obispo, como lo dice Arnoldo de Ubion en su *Lignum vitæ*.—A. L.

RAYMUNDO DE AGILES. Nada podemos decir acerca del lugar y fecha del nacimiento de este eclesiástico. Sábese que fué canónigo de la iglesia catedral del Pui en Velai, y que acompañó á los cruzados en su primera expedicion á los Santos Lugares para la conquista del Santo Sepulcro, de familiar del obispo del Pui, el célebre Adhemaro ó Aymar de Monteil, que fué declarado jefe de la cruzada con el título de *legado del pontífice Urbano II*. A su partida á Tierra Santa en 1096 solo era diácono; fué ordenado sacerdote en el camino, y en seguida se le nombró capellan de Raymundo, conde de Tolosa y de S. Gilles, que era uno de los jefes militares de la cruzada. Fué Raymundo, segun los autores de la Historia literaria de Francia, á los que se refiere el anónimo *Z* de la Biografía universal en este artículo, hombre de espíritu, de piedad y de mérito, en quien tenia tal confianza el conde de Tolosa, que le consultaba en todos sus negocios, lo cual prueba la consideracion en que se le tenia por los cruzados. Fue del pequeño número que se eligió para que recobrasen en la iglesia de Antioquía la lanza, como uno de los instrumentos de la pasion de Jesucristo. Escribió la historia de las cruzadas; y esta obra titulada: *Raimundi de Agiles Historia Francorum qui ceperunt Jerusalem*, se insertó por Santiago Bongars en su obra: *Gesta Dei per Francos*. Se ignora el lugar y la época de la muerte de este eclesiástico, como la de muchos esclarecidos varones de aquella célebre expedicion piadosa, que tantos beneficios reportó á la civilizacion europea.—C.

RAYMUNDO DE ARXO (El ejemplar Cronista P. José). Nació en la villa de Benasque el 9 de Noviembre de 1659, de padres muy honrados, y él fué úno de sus tres hijos, que profesaron aquel instituto. En la villa de Graus estudió las humanidades, y en 1674 fué recibido en dicha religion: su general el P. Cárlos de Noyelle lo destinó á las misiones del Japon, cuyas fatigas él deseaba, adonde partió desde Zaragoza, donde estudiaba el tercer año de teología, á 3 de Diciembre de 1683, y llegó á Macao en el de 1685, habiendo sido trabajosa y arriesgada la navegacion, que tomó en Lisboa

para Goa. En Canton aprendió de un ilustre abogado católico cuanto necesitaba en su ministerio. Un príncipe tártaro lo admitió en su compañía, y con él caminó más de quinientas leguas. En la ciudad de Queyluifu, que algunos geógrafos llaman Queylux, metrópoli de la provincia de Guanisi, trabajó con particular fruto del mismo modo que en esta provincia, á cuya difícil reduccion lo destinaron sus superiores el P. Francisco de Vayga, provincial del Japon, el P. Felipe Grimaldi, viceprovincial de la China, y el P. visitador Felipe Tierqui, y esta árdua empresa la comenzó el 3 de Abril de 1698. El cargo de superior de esta iglesia, que administró con tan notable ejemplo, vino á ilustrar más su ministerio apostólico, no ménos recomendable entre los bárbaros y feroces Chuarncumlaos, donde como en dos otras provincias chinas, llegó Jesucristo á ser adorado en espíritu y en verdad. En esta santa empresa obró tambien el Señor en favor de su palabra cosas extraordinarias. Bien mostraron sus superiores el distinguido concepto que se tenia de su piadoso celo; pues en 1705, en que llegó á Canton Monseñor Cárlos Tomás Mayllard de Turnon, patriarca de Antioquía, visitador apostólico de las misiones de Oriente, cardenal despues, fué señalado para patrocinar las controversias que agitaban estas misiones, que desempeñó como se lee en el compendio de las Actas de Pekin del año 1705, y no es prueba menor de su mérito haberle nombrado el P. general Tirso Gonzalez por visitador de la provincia del Japon y China, la que en sus mayores trabajos le nombró tambien su procurador en Roma el 7 de Enero de 1708, donde habiendo informado al papa Clemente XI de su comision, le mereció alabanzas, gracias y mercedes. Volvió á España con ánimo de restituirse á sus primeros trabajos en la China; pero luego que desembarcó en Alicante á 1.° de Diciembre de 1710, se halló acometido de una hipocondría acompañada de vehementísimos dolores, que toleró con una ejemplar paciencia. Los médicos determinaron pasase á respirar los saludables aires de la villa de Onteniente, y la Excma. Sra. Duquesa de Abeyro, y del estado de Elche Don Cárlos Caro Maza de Lizana, baron de Novelda y Mogente, y otros hombres de buena voluntad, le ofrecieron luego socorros abundantes y poderosos contra sus dolencias; mas al llegar á Novelda se halló tan postrado, que le fué preciso no pasar de ella, quedándose en el palacio de su señor, donde habló de su muerte, pronosticando que acaeceria desde el 16 al 29 de Julio. Fué llevado al convento de Ntra. Señora de Loreto de descalzos Franciscanos, que era la casa más cercana á dicha villa, adonde fué á asistirlo el P. Pablo Ingles, rector del colegio de Alicante, con otro jesuita, donde recibió con edificacion el santo viático, y el 29 del mismo mes la extremauncion, muriendo santamente en este dia, año de 1711, entre cuatro y cinco de la mañana, quedando su cadáver de un modo tan agradable, que inspiraba ternura y

devocion; se le colocó entre rejas temiendo algun indiscreto atropellamiento, del gran concurso de gentes que hubo allí. Hiciéronle el oficio con mucho aparato y solemnidad, y le sepultaron en el entierro de los religiosos. En la villa de Elche hizo un solemne funeral su referida Excma. Señora, y lo mismo practicó en Novelda el dicho su baron, donde se conserva bien la memoria de sus grandes méritos y virtudes. Escribió: 1.° *Propósitos propios de un religioso dedicado á Dios;* imprimió parte de ellos el citado P. Ingles en la *Noticia de su vida*, desde la página 30 hasta la 43, edicion de 1712, en 8.° Coligióse de esta muestra su espíritu ilustrado, celoso y ejemplar.—2.° *Doce motivos diferentes para mover el alma á esperar en Dios con seguridad el auxilio divino en la tribulacion, sobre los cuales se deben frecuentar devotos afectos entre dias de súplica y esperanza, que serán de gran confortacion á un espíritu pusilánime;* los imprimió el referido P. Rector en la obra alegada desde la página 43.—3.° *Disposicion del alma para recibir el magisterio de Cristo;* va en dicha obra desde la página 46.—4.° *Otros papeles y opúsculos* tan útiles como los antecedentes, de que allí hace mencion dicha obra como escritos llenos de cifras y abreviaturas. Véase aquella, páginas 30 y 47. Dedicó esta obra en forma de carta al Excmo. Sr. D. Joaquin Ponce de Leon, duque de Arcos, el Lic. D. Pablo Jeverde en 65 páginas, donde se halla el mejor elogio del venerable P. Arxo.—L. y O.

RAYMUNDO DE CAPUA (B.), general vigésimotercero de la órden de Padres Predicadores y nuncio apostólico. Las sobresalientes virtudes de este grande y esclarecido religioso, á quien se reconoce como bienaventurado, título que le concedió el pontífice Clemente VIII por sus méritos y santidad, es el principal blason que más le recomienda, y superior á los altos cargos y destinos que desempeñó en la religion con general admiracion y aplauso. Además su cualidad de haber sido nuncio apostólico de muchos soberanos pontífices quizá contribuya ménos á su gran reputacion que la confianza y amistad con que le honró su ilustre penitenta Sta. Catalina de Siena. Raymundo, descendiente glorioso de la antigua familia de Vignes, nació en Capua, en el reino de Nápoles, en el pontificado de Juan XXII. Los autores de aquella época no han dejado señalado el año de su nacimiento, y así es que un autor moderno se equivoca completamente cuando consigna que este gran religioso vino al mundo en el año de 1330. Basta para conocer el engaño el saberse positivamente que el año de 1330 era superior del monasterio de Montepulciano, y no es posible que un jóven de veinte años hubiera sido elegido para desempeñar un cargo de tanto peso y gravedad, y que siempre se ha confiado á la edad madura y á largos y reconocidos méritos. Algunos autores, á quienes sigue ó copia el P. Echard, pretenden que tomó el hábito de los PP. Predicadores en el convento de Capua; pero

Vicente Fontana y otros muchos escritores aseguran que se consagró á Dios en el convento de S. Nicolás de Bolonia; muy bien puede ser que Raymundo se encontrase en esta última ciudad para continuar sus estudios, y tambien es posible que hubiese emprendido este viaje para ejecutar más fácilmente su designio, y prevenir por este medio las dificultades y obstáculos que pudieran sus padres y parientes oponer á su decidida vocacion. El mismo Raymundo, en la vida que escribió de Sta. Catalina de Sena, confiesa que Dios le habia llamado á abrazar la órden de Sto. Domingo de una manera casi milagrosa: *B. Dominico me, ut veritatem fatear, miraculosè vocante, suum Ordinis sum ingressus immeritus.* Los extraordinarios progresos que hizo desde luego en la virtud respondieron perfectamente á la santidad de su vocacion, y á la esmerada educacion que habia recibido de sus ilustres padres. Pero firmemente persuadido de que para cumplir y llenar con fruto todos los deberes de su estado, debia ser al mismo tiempo que sabio y entendido piadoso y ejemplar, se aplicó con el mayor ardor, tanto por afecto á la religion como por gusto é inclinacion, al estudio de las letras divinas y humanas. Todos los momentos de su vida le eran tan preciosos y necesarios, que á fin de no perder ninguno, siempre se le hallaba ocupado en cosas útiles y santas. La debilidad de su naturaleza y salud, casi siempre quebrantada y valetudinaria, y el ejemplo de otros no tan fervorosos y aplicados, no fueron jamás causa suficiente, ni hizo servir de pretexto para descuidar sus laudables prácticas de piedad, ni para abandonar la lectura de los buenos libros y de las obras magistrales que aumentasen sus conocimientos. Pocos años ántes de la cruel peste, que hizo tantos destrozos sacrificando millares de víctimas hácia mediados del décimocuarto siglo, Raymundo de Capua, honrado ya con el carácter de sacerdote, comenzó á cumplir y desempeñar las funciones de su ministerio apostólico, y durante más de cuarenta años continuó constantemente consagrándose á servir útilmente á la Iglesia, y á edificar con su palabra y buen ejemplo á los fieles. Habia sido favorecido por el Señor de tan alta piedad y de tan admirable fervor, que edificaba á muchos de los religiosos sus hermanos; y así es que vino á concluir su carrera en el ejercicio de la caridad, empleándose en el servicio de los enfermos. Testigo presencial de la relajacion que produjo el trastorno y desórden en el tiempo del contagio, y que tantas creces adquirió despues durante el cisma, no solo permaneció siempre fiel á sus caritativos cuidados y prácticas religiosas, sino que su ejemplo y virtudes sirvió para contener á muchos, haciéndoles cumplir con sus deberes, y despues con la autoridad de que fué revestido sirvió para restablecer á su primitiva regularidad á muchas casas de la Orden, que se habian separado del cumplimiento de los fines de su institucion.

Estos íntimos sentimientos de religion y de piedad, que la gracia hacia crecer y desarrollarse en su magnánimo corazon, fueron aún más fortificados por la dichosa necesidad en que se halló, precisándole á explicar los secretos de la vida interior y del régimen á las personas que marchaban ya á grandes pasos por las sendas de la perfeccion. El monasterio de religiosas fundado por Sta. Inés de Montepulciano desparramaba en todo el país los gratos aromas de la fe y de la religion de nuestro Señor Jesucristo. Hacia cerca de treinta y tres años que esta ilustre fundadora habia descansado en el Señor; pero aún vivia como si estuviera presente entre muchas de sus hermanas y de sus hijas espirituales, herederas de su santidad y fieles imitadoras de sus virtudes. Siempre concentradas en Dios y en Jesucristo, trabajaban constante y asíduamente con el deseo de morir todos los dias para el mundo y para ellas mismas; el retiro las procuraba su seguridad, la oracion y el trabajo eran sus continuas ocupaciones, el Evangelio su regla, y el cielo el único y solo objeto de sus deseos. De tal modo se comportaban, y tales eran estas hijas ilustres de Sto. Domingo, formadas bajo la direccion, mano y ejemplos de la incomparable Sta. Inés, dignas por la regularidad de su vida de ser consideradas como la gloria y la corona de lo uno y de lo otro. La feliz eleccion que se hizo del bienaventurado Raymundo de Capua para la direccion de esta santa familia, era para él tanto más honorífica cuanto que su edad era aún poco adelantada; pero sus superiores, penetrados de la solidez de sus virtudes, fué causa de que la prefiriesen á todos aquellos que una larga y consumada experiencia les hubiera podido parecer más dignos y capaces de desempeñar aquel empleo. Raymundo no se engrió por esta señalada preferencia, ni tampoco se le ocultaron las dificultades y peligros de aquel grave cargo, y que tenian que acompañar al ejercicio de su ministerio; pero fueron poderosos motivos para admitirle los que prescribia la obediencia, el celo y la caridad, tratando de cumplir con aquel nuevo deber con ánimo esforzado y decision religiosa. Sabio y circunspecto en sus palabras, y siempre amigo del silencio, se entregó con el mayor fervor al ejercicio de la oracion para aprender y enseñarse en sus comunicaciones con Dios cuándo y de qué manera debia hablar á sus fieles servidoras, á fin de que todos sus discursos fuesen útiles á sus almas con palabras de edificacion y de salud. El Señor conoció la bondad de sus buenas intenciones y deseos, acordándole su favor; su ministerio fué muy útil á estas sabias vírgenes y entendidas religiosas; y la santidad de sus ejemplos no contribuyó poco para hacerle adelantar, áun á él mismo, en la práctica de todas las virtudes. La reciente memoria que entre ellas se conservaba de la santa y bienaventurada Inés, le inspiró y le hizo concebir el designio de ocuparse en escribir su historia. Para poner en ejecucion este propósito le sirvieron de mucho algu-

nos monumentos y memorias, que muy cuidadosamente y con el mayor aprecio se conservaban en este santuario, contribuyendo al mismo objeto la relacion fiel de muchas religiosas, principalmente y sobre todas las de cuatro ancianas, que habiendo sido discípulas y educadas por la Santa, habian admirado infinitas veces sus heróicas y sobresalientes virtudes, y las maravillas que despues de su muerte habia obrado Dios por su eficaz intercesion. Cuando los soberanos pontífices procedieron, años despues, á la canonizacion de la bienaventurada Inés, se sirvieron principalmente de este escrito, y los editores de las *Actas de los Santos* le han insertado en el segundo tomo de Abril, aunque Raymundo de Capua confiesa que él le habia escrito en su juventud. Una ocupacion tan conforme y adecuada á las disposiciones interiores del siervo de Dios, y las dulzuras de un retiro solitario que le proporcionaba los medios de hacer diariamente nuevos progresos en la perfeccion, no fueron motivos suficientes para hacerle olvidar que tenia que cumplir otros deberes. Despues de haber permanecido tres años en Montepulciano, el gran celo de que su ánimo estaba poseido por la salvacion y conversion de los pecadores le decidió á ir á anunciar la palabra de Dios á todos los pueblos de Italia, y al mismo tiempo que explicaba las santas Escrituras, dió muchas lecciones de teología en algunos monasterios de su Orden, donde hizo públicas manifestaciones de su grande elocuencia y sabiduría; del mismo modo no rehusó encargarse de la direccion de los monjes cuando llegó el tiempo en que la obediencia le hizo aceptar y encargarse de este empleo. En 1367, cuando el papa Urbano V llegó á Roma, Raymundo de Capua, que ya era prior de la Minerva, tuvo el honor de presentar su comunidad al Santo Padre, recibiendo de aquel bondadoso pontífice inequívocas pruebas del singular afecto que le profesaba, y el aprecio que hacia de sus grandes meritos. Por acuerdo de los superiores se vió precisado á hacerse cargo de la direccion de los estudios en Siena, cuyo destino desempeñó con el mayor celo é inteligencia, adquiriendo gran reputacion y nombradía en esta ciudad, al mismo tiempo que ocupándose con la mayor asiduidad en la salvacion y salud de las almas que se ponian bajo su religiosa direccion. Por este tiempo fué cuando la Providencia le encaminó y puso en feliz comunicacion con la muy ilustre Catalina de Siena, muy conocida desde entónces en todo el país, tanto por la reputacion de su santidad, cuanto por la fama de sus milagros y el don de profecía con que Dios la habia dotado. Los extraordinarios favores que esta vírgen seráfica recibia continuamente del cielo, la tenian en un perpétuo éxtasis y llena de un religioso temor, pues el Señor deseaba y queria por su mediacion y ministerio hacer grandes cosas en su obsequio, mas la Santa temia las ilusiones y tentaciones del ángel de las tinieblas, y trató de contrarestarlas con gran firmeza, poniendo en seguridad

sus demás virtudes, y el tesoro de gracias que gratuitamente recibia de la misericordia de Dios, poniendo en juego una sincera é inimitable humildad, acompañada de una gran desconfianza de sí misma. Sin embargo, su nuevo director espiritual, entre sí y con profundas meditaciones, tuvo alguna inquietud respecto al estado de un alma tan elevada y superior. Raymundo ha dejado consignado en sus obras cuáles fueron sus primeros pensamientos, sus dudas, y las precauciones que él creyó debia tomar para asegurarse de que efectiva y verdaderamente era el Espíritu del Señor el que conducia y dirigia á Catalina, obrando en ella y por ella, que era lo que producia la admiracion de todos los que veian sus prodigios y maravillas. «Desde que principié, dice el sabio Raymundo, á conocer á esta gran sierva de Dios, y me hice cargo de sus hechos extraordinarios, como tambien por la voz pública, y más particularmente por la confesion sincera que ella misma me hizo, no pude ménos de dudar y ser dominado por la incredulidad, permitiendo Dios que yo me encontrase poseido de las más vivas aprensiones y rezelos. No temia ménos á la hipocresía y á la debilidad del espíritu humano, que á la maldad y malicia de la primitiva y antigua serpiente que sedujo á la primera mujer; tampoco podia olvidar que habia conocido á muchos que habian sido groseramente engañados por las sugestiones é ilusiones de Satanás, de que ellos tomaban los efectos y prestigios por revelaciones é inspiraciones de Dios. Por consiguiente traté de ocuparme con el mayor esmero y atencion posible, para conocer á fondo la conducta de Catalina de Siena, sus verdaderos é íntimos sentimientos, su carácter, tanto respecto de sus ideas como á su corazon; sobre todo traté de inquirir y de examinar qué opinion tenia de sí misma, no omitiendo para el efecto nada, ni ningun medio que me pudiese servir, contribuyendo á fijar mi juicio y modo de pensar. Pero lo cierto y lo verdadero es que la profunda humildad de la sierva del Señor no se manifestaba ménos en sus acciones que en sus palabras, y esto siempre lo observaba que iba acompañado de una extremada, vergonzosa y notable confusion, descubriendo únicamente por pura obediencia las gracias y bondades con que Dios la favorecia. Su candor y su gran docilidad siempre inalterable é igual, á todas las instrucciones y consejos que yo la daba, el amor á la gloriosa cruz, el deseo de sufrir por Jesucristo todos los sufrimientos y mortificaciones que humillan más á la naturaleza, una paciencia constante é invencible en medio de los dolores y de las más negras calumnias; el celo por la gloria de Dios, por el brillo y honor de la Iglesia y por la salud de las almas; y finalmente, los progresos admirables que esta alma tan pura hacia todos los dias en la perfeccion, todo esto combatia mis culpables dudas, y debia contribuir á formar opinion más favorable. Sin embargo (continua siempre el bienaventurado Raymundo de Cápua) á medi-

da que los dones y las gracias con que favorecida estaba por el Altísimo su sierva Sta. Catalina de Siena, parecian más extraordinarias, yo en la misma proporcion multiplicaba las pruebas, pero su virtud permanecia siempre la misma, inalterable, y jamás desmintió la santa marcha y peregrinacion de su vida. La crítica general de toda ella; un riguroso exámen y censura de sus más leves imperfecciones; la indiferencia ó el desprecio aparente que yo hacia de sus éxtasis y de sus visiones; en fin, mi aplicacion y conatos para mortificarla y humillarla en todas las cosas, no condujeron á otro fin ni sirvieron más que para hacerme admirar en ella su grande igualdad de espíritu y de ánimo, su exacta vigilancia para dominar y dirigir todos los movimientos de su corazon, su escrupulosa fidelidad en el cumplimiento de todos sus deberes; y lo que es todavía más raro y digno de admirarse, su amor al desprecio y á la humillacion, y el más completo desprendimiento é indiferencia á todos los favores con que la distinguian tan gloriosamente toda clase de personas de la más alta piedad.» Despues de tomar todas estas precauciones y todas estas seguridades, el prudente director podia ya fijar su opinion y desechar sus dudas; sin embargo, el virtuoso Raymundo no cesaba de suplicar á Aquel que no puede engañar ni ser engañado, á fin de obtener de su divina bondad las luces necesarias y proporcionadas á la altura y elevacion de su penitente. Él mismo aconsejó y áun obligó á Catalina á que hiciese oracion y súplicas especiales y particulares para conseguir el mismo fin; y persuadido de que la perfecta contricion no puede ser más que un efecto de la gracia, dijo por fin á la Santa, que si ella conseguia ó le obtenia un fuerte dolor de sus pecados, no dudaria más de que ella estuviese bajo la mano y proteccion de Dios, y de que fuese dirigida por su espíritu Catalina aceptó con su ordinaria modestia la órden que su director la habia impuesto, y en seguida oró con tanta confianza y fervor, que obtuvo para su confesor todo aquello que le habia pedido. «Así sucedió, dice Raymundo de Cápua, en una visita con que me honró esta esposa de Jesucristo al otro dia de haberla hecho mi proposicion. Entre tanto que Catalina hablaba de Dios, con aquella uncion y energía que se hacian sentir y conmovian siempre en sus discursos (aunque no tuviese yo entónces ni me ocupase ningun pensamiento, y mucho ménos recordase la súplica que la habia hecho el dia anterior), me encontré de repente sobrecogido y en el mismo estado en que se hallaria un criminal, que presentado delante del tribunal de Jesucristo, se viese severamente acusado de todas las iniquidades de su vida, esperando con el mayor temor la sentencia del justo juez. Todos mis pecados se presentaron entónces tan vivamente á mi imaginacion, y mi alma se penetró de tan amargo arrepentimiento, que sería imposible explicar con palabras todo lo que yo experimentaba y sufria en mi interior. Admiraba por un lado la

bondad infinita de Dios, que por tan largo tiempo me habia esperado á la penitencia, y por otro lado yo veia con el mayor horror mi negra ingratitud, y todo lo que habia abusado de sus gracias y bondades. Sin embargo, una dulce confianza me sostenia y animaba, pero sin disminuir la vivacidad de mi dolor. Mis sollozos y suspiros eran tan fuertes que semejaban á rugidos. Yo no la pude decir palabra por mi gran confusion, y temia en estos momentos que mi pecho y mi corazon se hendiesen y lacerasen por el exceso de mi dolor y arrepentimiento. Las lágrimas que en grande abundancia corrian de mis ojos, me procuraron algun desahogo, y esta sábia y santa vírgen, viendo los efectos que producian sus palabras, ó más bien la gracia que obraba en mí con tanta eficacia, enmudeció, retirándose en seguida, dejándome sumergido y bañado en lágrimas y en libertad de desahogar mi sentimiento expresado por mis sollozos. » De este modo es cómo este siervo de Dios refiere con la mayor humildad y franqueza todos los favores que le habian sido concedidos por la virtud, súplicas y oraciones de Sta. Catalina de Siena. Las consecuencias y las muestras más señaladas de esta grande contricion, que se efectuaron en Raymundo, fueron la de ejercer una violencia la más exquisita y escrupulosa sobre sí mismo, un nuevo y más vehemente fervor en la práctica de todas las virtudes, y sobre todo un acrecentamiento en la caridad, y el mayor celo por la salud y salvacion de las almas. Tuvo una gran parte en seguir á la Santa en todo aquello que hizo despues para el servicio del prójimo y la conversion de los pecadores; la reputacion universal de Catalina de Siena hacia que resplandeciese más la de su confesor. Un gran número de penitentes se apresuraron á ponerse bajo su direccion. El papa Gregorio XI, informado de los importantes servicios que diariamente prestaba á todos aquellos que manifestaban algun deseo de abandonar la senda de la iniquidad, del vicio y de la perdicion, para de nuevo emprender una vida cristiana, le concedió ámplios y extraordinarios poderes, para absolver en todo género de casos, como igualmente censuras. Estas concesiones le aumentaron el trabajo con el gran número de penitentes que tenian necesidad de su ministerio, así es que por confesion propia asegura que hubiera sucumbido al cansancio y rendimiento de tan árduo cargo, si la mano de Dios no le hubiese fortalecido y sostenido en una tan grande y continuada fatiga. La Providencia puso bien pronto y á muy poco tiempo su extraordinaria caridad á una prueba mayor. La cruel y destructora peste, que durante veinticinco años habia producido la más aflictiva desolacion en casi todas las naciones de la tierra, principió á manifestarse y hacer sentir su malignidad en el año de 1374, y el pueblo de Siena se vió en seguida abandonado de todos sus pastores. El número de muertos y de moribundos aumentaba todos los dias, y los socorros y auxilios de que los contagiados

tenian tanta necesidad, llegaron á ser escasos y casi nulos, porque la horrible imágen de la muerte hacia temblar y palidecer áun á los más valerosos, y así era que cada uno no pensaba ni cuidaba más que de huir del contagio, alejándose y separándose de sus hermanos. El celo que animaba al bienaventurado Raymundo de Cápua no le permitió seguir el ejemplo de aquel gran número de fugitivos, en muchos de los cuales no podia ménos de respetar y conocer su mérito. La caridad de Jesucristo, que le alentaba, hizo que se considerase en este conflicto como si fuera el único encargado de dar y proporcionar los auxilios y socorros á todos los que carecian de ellos, y no podian encontrarlos en otra parte. Expuso con la mayor generosidad su vida, sirviendo de consuelo á los desgraciados y enfermos; los visitaba continuamente por el dia y por la noche, los exhortaba á la paciencia y conformidad, les administraba los sacramentos con el mayor interés por su salvacion, les prestaba con oficiosa caridad todos los servicios, por humildes que fuesen, que estaban á sus alcances y podian depender de él, y despues de haber recibido los últimos suspiros de los unos, pasaba á los que estaban en agonía para ayudarlos á bien morir. Algunas veces contenia y calmaba la desesperacion de muchos, que en la violencia del ardor de la fiebre no encontraban una mano cariñosa y caritativa que les presentase un vaso de agua que refrigerase el gran ardor y sequía de sus fauces. Como casi se encontraba solo para cumplir con estos diferentes deberes de caridad en una ciudad tan populosa, se comprende bien y sin dificultad, que la mayor parte de las veces no tuviese el tiempo suficiente, ni áun los momentos precisos para tomar á tiempo su alimento; añádase á esto, que muchas veces se privaba del reposo, áun del más necesario y preciso, economizando sin embargo aquellos momentos para hacer y entregarse á sus súplicas y oraciones; y aunque la fatiga y cansancio era tan considerable, no le producia desaliento ni le desanimaba. Pero para probarle y purificarle todavía más, Dios permitió que él fuese invalido y castigado del mismo padecimiento, de cuya malignidad habia salvado á tantos por su celo, exquisito cuidado y esmerada asistencia. Entre tanto que el siervo de Dios se preparaba á la muerte, Santa Catalina de Siena, que le habia alentado y dado valor en sus meritorios y caritativos trabajos, le visitó en su enfermedad, hizo frecuentes oraciones y súplicas al Señor para conseguir su curacion, y habiendo en el acto obtenido lo que tanto deseaba, quiso que de nuevo volviese á emprender sus primeras funciones para el servicio de los fieles. Raymundo se entregó de nuevo y con el mayor ardor al trabajo y al peligro, y no rehusó su ministerio á nadie, miéntras que la muerte ejerció sus estragos y se estacionó entre los desgraciados habitantes de Siena. El año siguiente de 1375 acompañó á Santa Catalina en su viaje á Pisa, adonde fué informado en cuanto llegó de la su-

blevacion y rebeldía de la ciudad de Perusa contra la Santa Sede. El vivo dolor y gran sentimiento que experimentó al saber aquella triste nueva, fué un nuevo testimonio y prueba de su grande amor á la Iglesia y á su vicario, á cuyos bienes y contratiempos fué siempre extraordinariamente sensible. Desde aquel momento hasta el último de su vida, es decir, durante los últimos veinticuatro años de su existencia, el siervo de Dios no cesó de suplicar, de ocuparse y de emplear todos los medios imaginables para inspirar á los pueblos é inclinarlos á la sumision y respeto hácia los superiores, y aconsejar y conducir á que estos tratasen con dulzura y benevolencia á todos los que al fin reconocidos volvian á entrar en el cumplimiento de sus deberes. Los florentinos, despues de todos los excesos á que se habian entregado contra el vicario de Jesucristo, se valieron y emplearon á Raymundo de Capua para que fuese uno de los mediadores cerca del papa Gregorio XI. El celoso religioso, amantísimo de la paz, y deseoso de que tuviesen un buen resultado sus gestiones, partió en seguida para Aviñon. Antes se dijo que igualmente Santa Catalina de Siena fué tambien enviada á tratar con el Pontífice acerca del mismo objeto. En todas las audiencias que tuvo la Santa con aquel soberano espiritual, Raymundo sirvió de intérprete á ambos. Cuando en el mes de Setiembre de 1376, el papa Gregorio XI partió para Italia, Raymundo de Capua tuvo el alto honor de acompañar á Su Santidad, que le hizo y nombró su penitenciario, al mismo tiempo que se le elegia por segunda vez prior del convento de Minerva. Este doble y brillante honor era ya una prueba manifiesta de la gran estimacion que se hacia de su indisputable mérito y recomendables servicios; pero la manera de conducirse en el cumplimiento de los deberes de su nuevo cargo, aumentó sus merecimientos, adquiriendo más nombre y mayor consideracion en su Orden y en la corte de Roma. Sus primeras miras y cuidados tuvieron por objeto el restablecer su comunidad de la Minerva en una perfecta regularidad y observancia, asegurándose que tuvo la dicha de conseguirlo, ménos por la proteccion y gran favor que le dispensaba el Pontífice, sino más bien por la santidad y severidad de sus ejemplos, por su firmeza, su prudencia y el mérito de sus súplicas y exhortaciones. Mas no contento con trabajar con tanto ahinco y eficacia para que volviesen sus hermanos á abrazar la pureza de su instituto, anunció con el mayor celo y fervor la palabra de Dios a pueblo de Roma, buscando al mismo tiempo y con el más cuidadoso esmero todos los recursos y medios para hacer entrar á la ciudad de Florencia en la obediencia á la Santa Sede. Ya habia tratado muchas veces de este negocio con algunos miembros de la república, y Gregorio XI, que deseaba ardientemente su conclusion, le encargó dirigiese por sí mismo las memoriasl y todas las instrucciones que debia entregar á Santa Catalina de Siena, ántes

de que volviese á partir para la ciudad de Florencia. Miéntras que la Santa, sin temor á los mayores peligros, discutia y trataba con los florentinos con aquella sagacidad y aquella constancia que se lee en la historia de su vida, Raymundo de Capua, atento y cuidadoso á todo lo que ocurria, informaba exactamente al Papa de lo que pasaba en Florencia, y le hacia consentir y esperar que teniendo un poco de paciencia, veria bien pronto la calma suceder á la tormenta. Se tocaba y se aproximaba ya este momento tan deseado, cuando para castigar los pecados de los hombres, el Señor llamó á sí al santo Pontífice que vivió bien poco tiempo para la paz de la Iglesia. El cisma que siguió despues de la muerte de Gregorio XI, presenta al siervo de Dios más de una ocasion de ostentar toda la vivacidad de su celo, y su fiel adhesion á la Silla Apostólica. En seguida que Raymundo vió que los prelados del palacio, los demás oficiales de la corte de Roma y todos los antiguos cardenales, descontentos y quejosos del Papa que se acababa de elegir, se apartaron de su obediencia y comenzaron á levantar altar contra altar, el siervo de Dios no se estremeció ni conmovió; tenia bien presente y recordaba que Santa Catalina de Siena habia predicho y anunciado todo aquello que ocurria, hacia ya tres años; y á ejemplo de la sierva del Señor, permaneció siempre firme en sostener los intereses y derechos de Urbano VI, resuelto á sacrificar su reposo y áun su vida, si fuere necesario, en el servicio de Su Santidad. Este Pontífice por su parte le honró desde luego con su confianza, y le comunicó y le hizo partícipe de sus penas y disgustos, escuchando con la mejor voluntad sus buenos consejos, y condescendiendo muchas veces y poniendo en ejecucion su parecer. Se sirvió igualmente de Raymundo para hacer venir á Roma á Catalina de Siena; y aunque despues resolvió enviar esta Santa á la corte de Nápoles, no llevó por fin á cabo esta determinacion, porque Raimundo de Capua le habia representado y hecho ver los inconvenientes. Poco tiempo despues Su Santidad le nombró su nuncio apostólico en la corte del rey cristianísimo Cárlos V. A pesar de los peligros y dificultades á que se hallaban expuestos y rodeados los ministros y enviados del Papa, principalmente en sus viajes y traslaciones, el bienaventurado Raymundo se puso en camino, no atendiendo más que al cumplimiento de sus deberes, pero no le fué posible su marcha más allá de Vintimiglia, viéndose obligado á retroceder á Génova. Santa Catalina de Siena le calificó y acusó entónces de bastante timidez, ó de una prudencia demasiado humana; pero al mismo tiempo hizo justicia á la rectitud de sus intenciones. Urbano VI, bien léjos de condenar ó reprobar su conducta, le encargó hiciese todos los oficios encomendados á su talento y discrecion, lo mismo que en Francia, en la ciudad y en toda la diócesis de Génova, para hacer brillar y conocer la justicia de su causa, y animar á los genoveses á

emprender y tomar su defensa contra todos aquellos que atacaban y no estaban conformes con su eleccion. Durante y miéntras que Raymundo de Capua cumplia con el mayor celo su ministerio hácia fines del año de 1479, fué elegido provincial de la provincia de Lombardía, y este nuevo cargo le condujo bien pronto y le aproximó á otro más elevado y de mayor representacion, y en el cual subsistió largo tiempo para el honor, quietud y tranquilidad de su Orden. Bien sabido es que Elías de Tolosa, general entónces de los PP. Predicadores, se habia unido y sometido á la obediencia de Clemente VII, cuya eleccion juzgaba más canónica que la de Urbano VI. Todos los religiosos que reconocieron á este último por el papa legítimo, cesaron desde aquel momento de reconocer y dar obediencia á Elías de Tolosa como á su general, y Urbano VI les mandó eligiesen otro superior. En consecuencia, y para cumplimentar esta órden, todos los provinciales y definidores de los reinos y provincias de Italia, de Inglaterra, de Alemania, de Hungría, de Polonia, y de otros muchos estados del Norte, se reunieron en la ciudad de Bolonia, en Lombardía, en el mes de Mayo de 1380, y despues de haber declarado que el cargo de general de la Orden de Santo Domingo estaba vacante, procedieron en seguida y con arreglo y segun las costumbres y formas ordinarias establecidas á una nueva eleccion, teniendo la preferencia y recayendo esta en el benemérito y virtuoso Raimundo de Capua. El sujeto digno de aquel nombramiento no podia ser más adepto ni de más gusto y aprobacion del papa Urbano VI, siendo reconocido como tal general con la mayor alegría y complacencia por todos los paises que eran ó pertenecian á la misma obediencia. Pero los tiempos por entónces estaban demasiado revueltos y erizados de grandes dificultades, y la cruz del generalato era demasiado pesada y llena de escollos y contrariedades para no alarmar al nuevo prelado, cuya profunda humildad solo era comparable á su extraordinario celo. Sin embargo, se sometió á los mandatos de la Providencia, y no teniendo confianza más que en los auxilios divinos, puso desde luego y con la mayor resignacion y valor mano á la obra, para procurar corresponder dignamente á las grandes esperanzas que habian hecho concebir su experiencia, su sabiduría, y sobre todo su amor al órden y á la regularidad de sus súbditos. Excusando manifestar todos los pormenores y detalles de los pasos y providencias que tomó el nuevo General, cuyos principales conatos se dirigian á conseguir la armonía en toda la religion é inclinar los ánimos para que todos reconociesen un mismo jefe, no descansaba un momento, llevado de tan nobles sentimientos y de su amor á la paz y confraternidad. Siempre dispuesto á ceder su lugar á aquel, que despues de muchos años que le ocupaba, le habia desempeñado con honor, le invitó y le trató de convencer con toda suerte de consideraciones y argumentos

para inclinarle, como igulmente á todos los que le prestaban obediencia, á que se sometiesen al Pontifice que estaba reconocido en casi todo el orbe cristiano. Pero en el estado á que habian llegado la excision y la malquerencia, esta perfecta y deseada reunion no dependia ciertamente ni estaba por entónces al arbitrio ni de uno ni de otro general. Era por lo tanto preciso esperar un momento en que la Providencia señalase la ocasion de hacer cesar el cisma en la Iglesia. No pudiendo, pues, esperar ni conseguir reunir tan pronto como deseaba toda su Orden, y viendo defraudadas sus esperanzas y anhelos, Raymundo dirigió toda su atencion á restablecer la disciplina regular en todas las casas y en las provincias donde su autoridad era reconocida. Tuvo el gran consuelo, en medio de tantas perturbaciones, de encontrar en la religion muchos ilustres personajes, llenos de uncion y del espíritu de Dios, y animados de su mismo celo, que le ayudaron poderosamente en esta santa empresa. Los unos trabajaron con él y bajo sus órdenes y direccion, y los otros continuaron en la prosecucion de la obra que él habia comenzado tan dichosamente, y la dieron la última perfeccion que tanto habia deseado el general Raymundo de Capua. Conrado de Prusia, Juan Domingo de Florencia, Roberto de Nápoles, Tomás de Siena y Marcolino de Forli, se distinguieron entre todos los demás. El primero siguió exactamente el plan del piadoso General para reformar los conventos de Alemania, principiando por el de Colmar. El segundo ejecutó lo mismo en Venecia, en Fiesoli y en algunos otros lugares de Italia. El tercero y el cuarto trabajaron con igual suceso, el uno en la provincia de Lombardía y el otro en el reino de Nápoles. El bienaventurado Raymundo de Capua, rodeado de tantas ocupaciones y negocios, jamás perdió de vista este objeto, del cual se creia y juzgaba el principalmente encargado; asi es que escribió un tratado sobre la necesidad de la reforma y sobre el modo de introducirla y ponerla en ejecucion. Estas son las palabras: *Multum insudavit pro regulari observantia Ordini restituendâ; propterea que ordinavit, ut in singulis provinciis unus ad minus esset conventus, in quo Fratres juxta tenorem Constitutionum nostrarum viverent, et ut Fratres reduceret, opusculum de reformatione Ordinis composuit, quoad in singulas sibi subditas provincias direxit. Venetiis igitur primò, apud S. Dominicum stabilitus est rigor regularis observantiæ deinde in aliis conventibus successivè, donec sub B. Pio restitutus est ordo in omnibus orbis partibus regulari observantiæ.* Del mismo modo y con el mismo fin dirigió todas sus miras y conatos en los capítulos generales sexto y séptimo, á los cuales presidió en Bolonia, en Buda, en Verona, en Viena, capital de Austria, en Ferrara, en Venecia y en Francfort. Durante diez y nueve años que tuvo la direccion de la Orden, no disfrutó de la libertad necesaria muchas veces para reunir los provinciales y los defi-

nidores, fuese por las desgracias y grandes trastornos de aquellos tiempos, ó á causa de las frecuentes comisiones que le cometian y encargaban, tanto el pontifice Urbano VI como su sucesor Bonifacio IX. Las turbaciones, revueltas y trastornos, en que se hallaba envuelta y agitada toda la Italia, sobre todo desde el principio del cisma, llegaron á tomar grandes creces y aumento por la desmedida ambicion del vizconde Juan Galeas, duque de Milan, el cual habiendo tomado las armas contra la república de Florencia, habia encendido y alimentado una guerra, de la que debiera haber temido las consecuencias. Los demás príncipes, y casi todos los pueblos de Italia tomaron las armas, los unos en favor del duque de Milan, los otros por la causa de los Florentinos cuya justicia era el comun parecer de muchos. El primero habia ya atacado á muchas plazas y causado grandes pérdidas y destrozos á sus enemigos; pero aquellos, con el auxilio y socorros suministrados por las ciudades de Bolonia, de Perusa, de Siena, de Faenza, de Rávena, de Imola, y de algunos otros aliados, se dispusieron á entrar á sangre y fuego en todo el Milanesado. El papa Bonifacio IX, despues de hacer las más vivas exhortaciones y las más activas diligencias en favor de la paz, habia conseguido por fin en fuerza de su solicitud que las partes beligerantes é interesadas enviasen sus representantes y procuradores á Génova, para que en union con sus nuncios apostólicos, trabajasen y tratasen de hallar la mejor solucion en aquel grave negocio, que proporcionase entrar en las vias de pacificacion. El dux de Génova, el gran maestre de los Caballeros del Hospital de Jerusalen, y el general de la órden de Sto. Domingo, fueron elegidos por Su Santidad para terminar aquella aflictiva situacion. El Papa dió especialmente sus poderes á este último para confirmar en su nombre el tratado de paz, y pronunciar las censuras contra cualquiera de las partes que tratára de violar alguno de sus artículos. La bula de comision tiene la fecha de 1.° de Junio de 1391, pero el tratado no pudo terminarse hasta el siguiente año. Despues de haber llenado y satisfecho los deseos de Su Santidad en esta importante negociacion, Raymundo de Capua se encaminó al reino de Hungría, donde visitó la mayor parte de los monasterios de su Orden, celebrando su capítulo general en la ciudad de Buda. Apénas terminó su visita y los quehaceres que le habian obligado á pasar á aquel reino, regresó á Italia, donde el papa Bonifacio IX, que esperaba su vuelta y deseaba que fuese pronta, le nombró por segunda vez su nuncio apostólico, y le envió con esta cualidad y representacion al reino de Sicilia, para restablecer la paz entre aquellos pueblos y levantar las censuras en que habian incurrido muchos de ellos, los unos favoreciendo á Don Martin de Aragon, que se habia declarado á favor y reconocido á Clemente VII, y los otros por las violencias y malos tratamientos que habian ejerci-

do contra muchos sacerdotes y personas revestidas del caracter eclesiástico, y áun contra los mismos obispos que permanecian adictos y unidos á Urbano VI y á su sucesor. Pirro, en su primer tomo de la *Sicilia Sagrada*, hace mencion del valor y de la firmeza episcopal de Simon Dupuy, dominico, natural de Mesina y obispo de Catanea; maltratado y perseguido por el rey Martin de Aragon, ántes que este príncipe se reconciliase con el papa Bonifacio por gozar y disfrutar tranquilamente la corona de Sicilia. La bula que el Papa dirigió á su Nuncio tiene la fecha de 17 de Noviembre de 1393. Raymundo de Capua pasó verosímilmente y segun parece una gran parte del año siguiente en esta isla, siempre ocupado en cumplir y ejecutar las órdenes del Papa, para pacificar los alborotos y desórdenes, y concluir con las divisiones y enemistades que habian encendido y sembrado las desgraciadas semillas del cisma: al mismo tiempo no descuidaba visitar las casas ó monasterios de su Orden, haciendo revivir entre sus religiosos el primitivo espíritu de fervor y de regularidad. En las fiestas de Pentecostés, año de 1395, presidió el capítulo general reunido en Venecia, y se encontró tambien en el que se celebró en la ciudad de Francfort en Alemania en el mes de Junio del año de 1397. Sus frecuentes viajes, sus prolongados trabajos, ni su delicada salud, jamás le sirvieron de pretexto para dispensarse de ninguna de las obligaciones que exigia el rigor de la regla; porque la primera, y la más grande y principal de sus ocupaciones fué siempre la de ser muy observante, siendo un modelo de santidad y perfeccion. Tan separado del poder y dominio de toda clase de ambicion, como celoso constantemente de la conservacion y subsistencia de la disciplina regular, vivió siempre sin deseos y sin envidiar á muchos de sus hermanos elevados á las primeras dignidades de la Iglesia, y nunca se prevalió ni abusó del favor de los pontífices para ascender y salir del estado en que se encontraba. Lo único que pedia á Dios en sus fervientes súplicas y oraciones haciendo los mayores esfuerzos con sus frecuentes penitencias y mortificaciones para obtener la gracia del Señor, y el objeto de sus más ardorosos deseos, era el de ver terminado el cisma que tanto afectaba á sus religiosos sentimientos y sensible corazon, y el perfecto restablecimiento de su Orden, despues de las grandes pérdidas que habia experimentado y sufrido con la mayor resignacion, tanto á consecuencia de las enfermedades contagiosas, como durante las crueles y funestas divisiones que aún subsistian. Llegó la época en que cargado de años y lleno de merecimientos, el piadoso y sabio general Raymundo de Capua, conociendo la proximidad del término de su vida, trató de emprender y hacer por sí mismo la visita de sus conventos en las provincias de Alemania; pero el Señor no le dió lugar á que llevase á efecto su propósito, llamándole para sí en el mes de Octubre de 1399.

Murió en grande opinion de santidad en Nuremberg, ciudad del círculo de Franconia; pero poco despues sus restos fueron llevados á Nápoles y fueron enterrados en la iglesia de Sto. Domingo, en cuyo monasterio el bienaventurado Raymundo de Capua habia sido el fiel y escogido discípulo, y el más celoso imitador de la observancia y de las prácticas religiosas, sobre todo despues que él llegó á conocer y tener la más virtuosa intimidad y estrechez con Sta. Catalina de Siena. Si bien fué muy religiosa é inocente la vida monástica que hasta entónces habia tenido, es igualmente cierto que los ejemplos, las súplicas y áun los mismos consejos y advertencias de esta ilustre vírgen, fueron motivos y causas poderosas para hacerle marchar desde entónces con un nuevo y santo fervor por la estrecha pero segura senda de la perfeccion cristiana. La Providencia, que tuvo á bien servirse del ministerio de Raymundo para la direccion de Sta. Catalina, quiso igualmente valerse del celo y sublimes virtudes de la Santa para que se instruyese y perfeccionase, imitando todas las admirables cualidades cristianas y celo por el ensalzamiento de la religion, que adornaban á esta favorecida sierva de Dios, ejerciendo por tan excelente modelo con el mayor fervor y nobleza las más heróicas virtudes. Este es el parecer y las reflexiones que hace sobre el particular Oderico Rainaldo cuando dice: *Hoc anno Raymundus Capuanus, Ord. Præd. Magister, in religiosa disciplina instauranda ardentissimns, ad Deum feliciter migravit. Fuerat Sanctæ Catharinæ Senensis Confessarius: atque ita in excolenda pietate illi præfuerat, ut divinæ Providentiæ consilio ab ea Sanctitatis præceptis excultus fuerit.* Se atribuyen al bienaventurado Raymundo de Capua diversas obras, aunque de corta extension, de las cuales algunas han sido publicadas. Ademas de las vidas de Sta. Inés de Montepulciano y de Sta. Catalina de Sena, compuso un tratado sobre el *Magnificat*, que ha merecido los elogios y los mayores encomios de D. Esteban, superior de la cartuja de Pavía, y Possevino recomienda con el mayor interés la lectura de esta obra. El papa Urbano VI, habiendo instituido la fiesta de la visitacion, á fin de conseguir y obtener la conclusion del cisma por la intercesion de la Madre de Dios, empleó con este objeto Su Santidad la ilustre y bien cortada pluma del benemérito general Raymundo para componer el oficio de esta nueva festividad. Tampoco cabe duda que muchas devotas cartas, que se hallan entre las de Sta. Catalina de Siena, son tambien de él y fruto de su gran talento é imaginacion. Siendo igualmente cierto que tradujo en latin los diálogos de esta Santa, que fueron impresos en Colonia en el año de 1553. Pero seguramente el más estimado, como el más útil de todos sus escritos, y en el que sin duda alguna se ocupó con el mayor cuidado é interés, fué el relativo á la reforma. Sus sucesores, que siempre han marchado por la senda trazada por tanto sabio General, se han

atenido á sus preceptos, y hecho de él un uso constante, como tambien de muchos y sabios decretos que el servidor de Dios habia meditado con el mayor detenimiento y reflexion, y que despues hizo autorizar no solo en algunos capítulos generales, sino tambien por la Santa Sede. Todo esto se lee y consta en un breve del papa Bonifacio XI, dirigido al capítulo general de Padres Predicadores que debia celebrarse en Udina, ciudad capital del Frioul, para dar un sucesor á Raymundo de Capua. Estas letras apostólicas, que tanto honran y enaltecen la memoria de tan ilustre y santo varon, digno de todo merecimiento, no pueden ménos de acompañar á la relacion de sus heróicos hechos y á sus virtuosas acciones, dignas de las mayores alabanzas y conmemoracion. Dicen así: «Bonifacio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á mis caros y queridos hijos, los definidores, los demás superiores, y todos los religiosos de la Orden de Padres Predicadores, que se encontraren presentes en el próximo capítulo general, salud y nuestra bendicion apostólica. Luego que dirigimos nuestras miradas y solicitud apostólica á la religion y santidad de nuestra Orden, que el Padre de las luces ha establecido con tanta brillantez en su casa, Nosotros encontramos un justo motivo de consuelo en esa buena opinion y fama, que continua conservando y extendiendo, y Nos deseamos ardientemente, que como ella ha seguido hasta el presente en un estado de prosperidad tan laudable, por la sábia conducta y direccion de aquellos que la han gobernado, bajo la marcada proteccion del Señor, que tanto se cuida de cultivar y regar toda planta sembrada en su campo, consiguiendo tambien y por este medio diario mayor crecimiento y aumentos. Nosotros sabemos que Raymundo, de gloriosa memoria, en otro tiempo superior general de vuestra Orden, con un celo digno de la mayor alabanza, habia hecho diversas ordenanzas para conservar y restablecer en su Orden el vigor de la disciplina regular, á fin de que por todos fuese observada sin ninguna alteracion, segun vuestras constituciones, y los estatutos de Sto. Domingo. Nosotros hemos y por nosotros mismos confirmado, y por nuestra autoridad apostólica, estos saludables reglamentos, en que algunos consideran ó miran la clausura de los monasterios de religiosas que son de vuestra misma Orden y á la que estan sometidas. Nosotros creemos deber emplear todavía todos nuestros cuidados, á fin de que una obra tan llena de devocion y de piedad, y tan agradable á Dios, ya principiada bajo tan favorables auspicios, y tan dichosamente establecida y continuada en diferentes partes, sea llevada á la última perfeccion. Este es el motivo por que nosotros os prohibimos muy expresamente el hacer ningun cambio, mudanza ó innovacion de nada que pueda alterarla directa ó indirectamente, en público ó en secreto, y bajo de ningun pretexto que pudiera exponerse, que pudiera menoscabar ó perjudicar á la obra de la reforma, como igualmente nada que

pueda ó que sea capaz de retardar sus constituciones. Nosotros queremos, por el contrario, que vosotros dejeis subsistir en toda su fuerza y vigor los estatutos y los reglamentos que han sido hechos para este fin, particularmente para la clausura de dichos monasterios. Y todo esto, que Nosotros hemos juzgado á propósito de prohibir y mandar por estas presentes letras apostólicas, no se limita únicamente á los provinciales y á los demás superiores que deberán reunirse en el próximo capítulo, sino generalmente á todos los religiosos, sean superiores ó particulares, que lo sean de presente, ó que sucesivamente vayan profesando en vuestra Orden, de cualquier rango, grado ó dignidad que ellos sean. Trabajad en todo lo que viene dicho de tal suerte que Nosotros tengamos ocasion de felicitarnos y de estar contentos de vuestro celo y eficacia, y que la Santa Sede lo sea tambien por vuestra pronta obediencia. Dado en Roma el quinto dia de las Calendas de Abril del año duodécimo de nuestro pontificado (28 de Marzo de 1401).—A. L.

RAYMUNDO Dachs, obispo de Barcelona. Fué un sacerdote sumamente religioso, de bonísimas costumbres, y adornado de sobresalientes virtudes. Nombrado prelado de Barcelona en el año de 1310, tomó posesion de la silla el 13 de Marzo de dicho año. Todo el tiempo de su prelacia fué un modelo digno de imitar; su extraordinario celo para que se celebrasen con todo decoro y solemnidad los altos misterios de la religion, y en todo lo perteneciente al culto; su solicitud en favor de los menesterosos; su desprendimiento con los pobres, particularmente si se encontraban dolientes; estas y otras muchas virtudes forman el elogio de tan benemérito prelado, el que fué muy querido y estimado de todos sus feligreses, y realzado por el clero con arreglo á sus grandes merecimientos. Falleció en el año de 1331.—A. L.

RAYMUNDO de Font (Fr.), religioso de la órden de S. Agustin. Este ejemplar y virtuoso varon alcanzó un gran nombre por su extraordinario mérito y sobresalientes virtudes. Su notable aplicacion y cultivado talento le hicieron sobresalir desde luego entre todos sus hermanos. Además estaba dotado de gran fortaleza de ánimo y de mayor energía en los diferentes puestos y altos cargos que desempeñó; siendo con su intachable y constante y laudable conducta un alto ejemplo que influia bastantemente en todos sus subordinados para hacerles marchar inalterables por la senda de la obediencia y demás virtudes religiosas. Era incansable en el cumplimiento de sus deberes, sin faltar por eso y dar ejemplo á los demás religiosos en su fervorosa oracion, en sus mortificaciones y ayunos. Fué nombrado prior, la primera vez, á 2 de Julio del año de 1394; entrando en el mismo cargo por segunda vez, y por muerte del P. Prior F. Galceran Ballester, en 20 de Diciembre de 1398; y en 30 del mismo mes y año, á instancia suya, y del Padre maestro Fr. Jayme Castelló, y de todo el convento, el Sr. D. Raymundo, Obispo

de Barcelona, consagró el altar mayor de la iglesia con título del gran padre S. Agustin. — A. L.

RAYMUNDO Gaston (Don), obispo de Valencia, catalan, natural de Millan del vizcondado de Ager, sucesor inmediato de D. Fr. Raymundo Despont. Fue electo por el cabildo en 16 de Noviembre de 1312. Celebró sínodo en 1326. Era sujeto muy instruido y favorecedor en alto grado de la instruccion pública; así fué que en 1345 instituyó en la catedral una lectura pública de teología, siendo esta la memoria más antigua de cátedra de esta ciencia, erigida y dotada perpétuamente en Valencia, en la escritura de su ereccion, que publicó Diago en su Historia de la provincia de Aragon; estableciéndose que fuese perpétuamente regentada por religiosos dominicos, y que se diesen al profesor doce libras en reales cada año por el obispo y por cada uno de los doce pavordres, veinte sueldos en un mes. Este sabio y entendido prelado murió en 1348, habiendo regido la silla por espacio de veintidos años, con gran beneficio de la religion y del saber humano. Este Obispo fué igualmente á quien el papa Juan XXII dirigió la carta que publica Aguirre en el tomo III *Concil. Hispan.*, pag. 554. Le sucedió en el obispado D. Hugo de Fenollet.—A. L.

RAYMUNDO Gomez (Fr.), hijo de la villa de Almunia de Doña Godina, donde nació á fines del siglo XVII. Fué religioso de obediencia, franciscano de la regular observancia. Entre otros destinos que le dieron sus superiores en la provincia de Aragon, fué uno el del servicio de la cocina, que desempeñó en varios conventos de ella, y últimamente en el colegio de S. Diego de Zaragoza, donde murió por el año 1769. Los deseos que siempre tuvo de adelantar en la práctica de este oficio, le hicieron estudiar varios escritores de este asunto, y de aquí tuvieron origen sus reflexiones y experiencias, que tanto lo acreditaron. Véase el prólogo de la obra que escribió, donde como religioso expone las justas obligaciones de este arte, manifiesta y promueve los medios de evitar gastos inútiles, aclara sus observaciones sobre la mejor administracion de él, sobre sus utensilios é instrumentos precisos, sobre la curiosidad y limpieza que debe acompañar su práctica, y sobre su mejor manejo y cuidado. Con estas disposiciones y conocimientos escribió una obra con el título de *Nuevo arte de cocina, sacado de la escuela de la experiencia económica*, que publicó bajo el nombre de Juan Altamiras; y de este libro ha habido siete ó nueve ediciones en 8.° La de Madrid de 1745 lleva una adicion para componer aguas heladas, curar con brevedad las cortaduras, y partes quemadas ó escaldadas segun acontece en las cocinas. Reimprimióse así esta obra en Barcelona en la oficina de D. Juan de Bezares, dirigida por Ramon Martí, en 1758; y en 1778, que fué su última estampa, en Madrid, á costa de la Compañía de Impresores y

Libreros; va con dicha adicion. Francisco Ardit, de la cocina de S. M. en su censura de ella, dada en 1745, encarece su mérito, que tambien manifiesta su multiplicacion de estampas.—L. y O.

RAYMUNDO Raymundi, canónigo de Roda y de Urgel. Este nobilísimo sujeto era canónigo secular mas no reglar, admitido además á la hermandad de Lavax. Se hizo muy notable por el suceso siguiente; habiendo muerto el año 1063 el abad *Margues*, del convento de benedictinos de Lavax, tomó posesion ó se apoderó de dicho monasterio el noble Raymundo, el cual introdujo la vida canonical, no agustiniana, sino la secular aquisgranense, y gobernó la casa como prepósito, y tambien como prior hasta su muerte, pero cuyo cambio en el órden monastico perseveró mucho despues, y solo la relajacion de la vida canonical fué el fundamento de la reforma cisterciense que se introdujo en la provincia de Lérida en el año de 1223. En tiempo de Raymundo se hicieron varias donaciones á este monasterio de Lavax, como consta de muchos documentos.—A. L.

RAYMUNDO Redorta (obispo de Vich). Este prelado existió á mediados del siglo duodécimo; fué muy considerado y respetado en toda su diócesis, dejando una gloriosa memoria por sus virtudes y solicitud por la majestad y brillo del culto, no escaseando ningun medio para que fuese todo lo solemne que se requeria para celebrar debidamente los sacros misterios de nuestra religion católica: favorecia con mano pródiga á los menesterosos, igualmente que era muy celoso por la conservacion de las buenas costumbres y moralidad. Concurrió á la dedicacion de la iglesia de Santa María de Tolba, á primero de Marzo del año de 1130, segun consta en escritura que existe en el archivo de Roda, que celebró Pedro, obispo de Barbastro y Roda, convocando para ello á San Olegario, arzobispo de Tarragona, á Raymundo de Redorta, obispo de Vich, y á los canónigos de Roda, honrándola con cementerio y baptisterio propios, y confirmando todas las donaciones que el rey D. Alfonso I le habia hecho.—A. L.

RAYNAL (Juan). Este historiador de Tolosa nació en esta misma ciudad el año de 1723. No nos dice Mr Lamotte, en su artículo de la *Biografía francesa* por el librero M. G. Michaud, nada respectivamente á los principios de su educacion, ni de sus padres ni de sus estudios; pero debió cursar en la universidad con algun aprovechamiento. Ya por inclinacion ú obligado por su familia, parece que dirigió sus estudios con ánimo de abrazar el estado eclesiástico, en el que no podemos asegurar las órdenes que recibiria, ni si se hizo ó no sacerdote, pues que solo nos dice que no tardó en abandonar esta carrera, y que fué recibido abogado en el parlamento de Tolosa, en el que se distinguió por su talento. Nombrado en 1767 capitular y subdelegado del intendente de Langüedoc, se hizo lugar en la opinion pública por

sus buenas disposiciones administrativas, y mereció por ello se le eligiese para llevar á Versalles el catastro de los estados de la provincia. Tuvo la felicidad de atravesar sin disgustos los borrascosos tiempos de la revolucion, lo cual acredita su buen carácter y áun su talento, pues que fueron poquísimos los que ejerciendo cargos públicos en época tan tempestuosa no tuvieron que padecer de los inconstantes revolucionarios, que tan pronto ensalzaban á un ciudadano, adorándole, por decirlo así, como á un ídolo, cuanto cansados de él á los dos dias acababan por arrastrarle, achaques muy comunes y áun naturales en todas las revoluciones, y de lo cual podriamos señalar muchos ejemplos recientes en nuestra España. Murió Juan Raynal el 28 de Julio de 1807 en Argilliers, departamento del Aude. Dejó publicadas en francés este semieclesiástico, ó eclesiástico del todo, pues que no podemos asegurarlo, la obra titulada: *Historia de la ciudad de Tolosa*, con una noticia de los hombres ilustres, la série cronológica de los obispos y arzobispos y de los acontecimientos de esta ciudad, y una *tabla general de los capitulares*, desde la reunion del condado de Tolosa hasta el dia; Tolosa, 1759, en 4.° Esta obra, escrita con desaliño y mazorral, como puede verse por el análisis que de ella hizo el *Diario de los Sabios*, á las páginas 325 y 803, viene á ser un compendio de la misma historia ó sea de los *Anales de La Faille*. Rainal no supo disimular su plagio continuándola hasta los tiempos en que vivia, y habiéndola terminado aquel en Enrique IV, en este mismo reinado la dejó él. La lista de los hombres ilustres que dió en ella es aún más defectuosa, pues que apénas menciona la décima parte de los que tienen este derecho, pues que para esto ignoraba lo que debia saber, y así es que solo se atuvo á lo que halló en el Diccionario de Moreri, y áun esto lo abrevió cuanto pudo.—C.

RAYNALDO, arzobispo de Rávena. Este insigne prelado fué de nacion italiano, hijo de padres nobilísimos, que disfrutaban de una posicion desahogada, y que pusieron el mayor empeño en dar á su hijo Raynaldo una educacion esmerada y religiosa. El niño correspondió á los deseos de sus progenitores, saliendo sumamente instruido, y haciendo brillar sus virtudes y vastos conocimientos que habia adquirido con su constante aplicacion al estudio. Desde su más tierna infancia manifestó una inclinacion decidida al estado religioso, y sus padres, muy virtuosos y cristianos, con el mayor gusto alimentaron esta inclinacion, dando mil gracias á Dios por tan santas disposiciones. Bien jóven tomó el hábito de la orden de S. Gerónimo, y en su noviciado fué un modelo de exactitud en cuanto se le ordenaba, perfeccionando los estudios, sobresaliendo en los de moral y teología. Saliendo del noviciado, desde luego se granjeó el afecto y amor de todos los religiosos, quienes conociendo su gran superioridad en talento y virtudes, bien pronto al-

canzó los más altos puestos en la Orden y los cargos más honoríficos. Fué este insigne varon muy dado á la oracion, y el primero en todos los ejercicios religiosos; eran notables sus ayunos, las más de las veces á pan y agua, sus disciplinas y otras mortificaciones. Cuando llegó á superior fué muy celoso por que todos los religiosos cumpliesen con los deberes de su instituto; pero al mismo tiempo su caracter dulce y apacible le hacia ser muy tolerante cuando las faltas eran leves, y así era que sus reprensiones eran recibidas con respeto, y siempre eran seguidas de la enmienda. Su extremada caridad y amor al prójimo fué tan extraordinario, que no podia oir ninguna desgracia, trabajo ó necesidad de sus prójimos que no le conmoviera, y no tratase, en cuanto estaba á sus alcances, de proporcionar el remedio ó el alivio. Su magnánimo corazon y sus bellísimos sentimientos, siempre llevaron el consuelo á los pobres necesitados, y á los que gemian en el lecho del dolor; y cuán gratas eran al Señor las buenas obras de su siervo, lo dió á entender por la proteccion que le dispensaba, obrando por su intercesion un gran número de milagros, cuya fama se extendió universalmente por toda aquella tierra. A pesar de que su profunda humildad y aficion al retiro le apartaban muchas veces y con el mayor gusto suyo del trato humano, no le valieron sus reiteradas excusas, y tuvo que admitir, conociendo que Dios intervenia en ello, el ser arzobispo de Rávena, cuya prelacía ejerció algunos años, siendo aclamado generalmente santo por sus virtudes y milagros. Dios premió á tan excelso varon y siervo suyo, llevándole al cielo el 18 de Agosto del año de 1321, causando la muerte de este justo el mayor sentimiento en todo el arzobispado. Fué sepultado en un mausoleo de mármol en su iglesia, donde Dios obró por el bienaventurado muchos milagros. Despues de algunos años se descubrió su santo cuerpo, y se halló incorrupto, y entónces obró tambien muchas maravillas. Los sucesos y acontecimientos de la vida y hechos de este santo los tratan con gran extension, Surio en sus *Actas*, y Rubeo en la *Historia de Rávena*.—A. L.

RAYNALDO, benedictino francés del siglo XIII. No se le puede colocar en una época precisa. Escribió sobre muchos libros sagrados, á saber: *El Pentateuco*, *Josué*, *los Jueces*, *Ruth* é *Isaías*, comentarios que han indicado Lelong, Montfaucon y Fabricio.—S. B.

RAYNAUD, monje, vivia como recluso en una ermita á dos leguas de la cartuja des Portes. Es conocido, porque pidió una regla á S. Bernardo, la que le envió el abad de Cluni, concebida en los términos siguientes: «En el verano desde completas hasta prima, y en el invierno hasta la tercia, observareis completo silencio, si no hay una grande necesidad de romperle, lo que hareis con pocas palabras. No permitais que os entretenga nadie con cosas vanas, ni fútiles, ni negocios extraños á vuestra profesion. No escucheis

más que aquellas cosas de que podeis dar gracias á Dios. Todos los que vayan á veros, deben deciros cosas edificantes ú oirlas de vosotros. Si son sabios escuchadles ántes de hablarlos; repartid vuestro tiempo entre la oracion, la lectura de los libros sagrados, la salmodia y el trabajo de manos, excepto los domingos, que consagrareis exclusivamente á cosas espirituales. De lo que se os dé para las necesidades de la vida, ó adquirais por medio de vuestro trabajo, dad lo que os quede á los pobres, sin conservar vosotros nada de que no tengais necesidad. No useis camisas de hilo, sino de lana, y para los vestidos exteriores, servíos de pieles. No os entregueis á grandes abstinencias, y contentaos con ayunar todos los viernes, no tomando en este dia más que una sola comida y sin vino, á ménos que no sea dia de fiesta. Si quereis hacer lo mismo los miércoles, es cuanto podeis hacer. Desde el mes de Setiembre hasta Pascua no comais más que una vez al dia; pero desde Pascua hasta el 5 de este mes hareis dos comidas; bebereis vino, pero mezclado con agua. No comereis nunca carne más que en caso de enfermedad. Con respecto al oficio divino, seguireis las costumbres de los clérigos. En verano hareis la meridiana segun costumbre de todos los monjes. En vuestras oraciones os acordareis de vuestros bienhechores y de todos los fieles tanto vivos como difuntos. Hareis suceder la lectura de los libros sagrados á la salmodia y á la oracion; teniendo cuidado de los libros que se os presten. « S. Bernardo le recomienda despues la práctica de las virtudes de humildad y de caridad, aconsejándole luego elija en el monasterio un religioso prudente y discreto, con quien pueda confesar sus pecados de tiempo en tiempo, y con este objeto los escriba en una tabla de cera, ó bien los conserve en la memoria.—S. B.

RAYNAUD (Guillermo). Nació este religioso dominico en Barceloneta, y segun el biógrafo de su Orden el P. Echard, se distinguió por su talento en el púlpito en diversas ciudades de Francia. Vivió en su convento de París desde 1677 hasta 1695, y entre otras obras hizo imprimir en esta capital tres volúmenes de instrucciones cristianas sobre los *caractéres de los Santos*. Hallándose en Grenoble en 1670, empezó á hacer imprimir una crítica del libro titulado: *Immunitate Cyriacorum*; pero detuvo su impresion á ruegos del obispo de esta ciudad, de suerte que solo se imprimieron 176 páginas que se han conservado, y en las cuales se ve el talento del autor. Murió Raynaud en Roma el dia 21 de Abril de 1704.—C.

RAYNAUD (P. Pablo). Fué natural de Ryeres, hombre de mucha erudicion y de muy buen talento, que comprendió lo poco que pueden dar de si las miserias de este mundo, si no se trata de prevenirlas por una disposicion adecuada para obtener la dicha de una eternidad de ventura. Con tal propósito y renunciando una posicion que si no era brillante, era por lo

ménos ventajosa; hecho ya sacerdote, y habiendo logrado el aprecio de los prelados que le distinguieron en atencion á sus méritos y justa recompensa de la asiduidad con que en toda ocasion y circunstancias se dedicaba al servicio de cuantos habian menester su ayuda, entró en la congregacion del Oratorio, con admiracion de los muchos que pensaban que sus aspiraciones eran brillar en cualquiera de los ramos de la importante carrera de la Iglesia. En su congregacion comenzó por estudiar de nuevo aquellas mismas ciencias que ya traia aprendidas, y como es consiguiente adelantó muchísimo en ellas, pudiendo ser profesor aventajado en los más célebres colegios de su religiosa familia. Desde luego mostró mucho genio para la poesía, y en ella obtuvo algunos triunfos, que en otro carácter ménos metido en sí que el del P. Raynaud hubiesen dado por resultado el dedicarse á cultivar este arte liberal, en que podria haber hecho mucho bueno, pero que abandonó casi por completo desde que obtuvo en los célebres concursos que procuraba la Academia Francesa un doble lauro como literato y como poeta, por su disertacion, cuyo objeto era dilucidar la siguiente tésis: *Qu'il est aventageux de n'etre ni pauvre ni riche;* y su oda que tituló: *Le progrès de l'art du genie sur le regné de Louis le Grand*... Decimos, pues, que estos lauros, por él tan merecidos, debieran haberle alentado á seguir en la literatura y en la poesía un rumbo siempre creciente, que le habria dado la justa reputacion del primer literato y el primer poeta de Francia, pues que sus dos obras tienen un mérito singular, y es que bajo formas aparentemente sencillas, se descubren conocimientos no solo vastísimos, sino vertidos de una manera que no puede ménos de traer en pos de sí y convencer á cuantos los consideran atentamente. Si á esto se agrega que su diccion es flúida, su lenguaje muy castizo y el conjunto muy bello, se verá á las claras lo que habria podido ser en esa carrera que no prosiguió. Sin embargo, abrazó otra más conforme con su sublime ministerio, que fué la de la predicacion evangélica, y en ella produjo los más abundantes frutos; porque prescindiendo de que era hombre de gran virtud y de mucha oracion, que son á la verdad medios muy adecuados para predicar bien, tenia mucha erudicion en expositores y Santos Padres, un gran conocimiento del corazon humano, y todas estas cosas, unidas á un vivo y ardiente deseo de salvacion para todos, hicieron que fuese perfecto predicador, cuyos sermones hacian eco, cualquiera que sea el concepto en que se los considere. Muy sensible es á la verdad que no se hayan coleccionado y publicado, pero á esto se opuso su modestísima humildad, pues no queria que nadie estimase cosa alguna suya, sino que refiriéndose á Dios la gloria toda de sus obras, no pudiese quedar nada absolutamente en que la criatura pudiera hallar motivo de enaltecerse. Esto á la verdad es admirable, y mucho más en un hombre á quien no solo los que le oian y sus her-

manos y superiores, sino su misma conciencia, le dictaba que Dios le habia dado mucha capacidad, y él habia sabido aprovecharse convenientemente de este don. Lleno, pues, de méritos y virtudes, en el mayor contento y bajo la más rígida observancia de las sabias constituciones de su querida Congregacion, vió acercársele la muerte sin que su presencia le perturbára, y preparándose como sacerdote y religioso á ese trance fatal, espiró en el ósculo del Señor en el año de 1790, siendo ya de edad muy avanzada, y muy trabajoso por las fatigas consiguientes á los importantes cargos que desempeñó. Dejó impresos, además de los dos opúsculos preciosísimos de que llevamos hecha mencion, unos versos dedicados al rey con motivo de haber mejorado casi milagrosamente de una grave enfermedad que le aquejaba, y que imprimió á sus expensas el año 74, y una oda que tituló: *Grandeza de Dios en sus más pequeñas obras*, publicada en 1770. Por todas estas cosas merece un recuerdo este Padre tan esclarecido.—G. R.

RAYNAUD (P. Teófilo). Este célebre jesuita, que ha sido por mucho tiempo tenido por francés, nació á fines de 1583 en Sospello, del condado de Niza. Luego que terminó sus estudios abrazó la regla de S. Ignacio de Loyola á la edad de diez y nueve años, y despues de regentar las clases inferiores en el colegio de la Compañía de Aviñon, y de haber enseñado filosofía y teología en Lyon, fué á Paris en 1631 llamado por el príncipe Mauricio de Saboya, que le habia elegido su confesor. Poco despues de su estancia en la capital de Francia, el célebre cardenal Richelieu se propuso refutar á un teólogo español, que rechazaba la alianza hecha recientemente por la Francia con los protestantes alemanes; pero el P. Raynaud no quiso prestarse á las exigencias del cardenal ministro, y se volvió á toda prisa á Lyon desde donde sus superiores le enviaron á Chambery. Vacando el obispado de Génova en 1637 por la muerte del hermano de S. Francisco de Sales, que le habia sucedido en esta silla, los miembros del Senado de Chambery que conocian el celo religioso y talento del P. Raynaud, pidieron para él esta dignidad, pero desechando él la demanda hecha, abandonó precipitadamente la Saboya y no volvió á ella hasta el año 1639. Como su compañero el P. Monod fuese encerrado en el castillo de Montmolian á instancia del cardenal de Richelieu, Raynaud buscó los medios de dulcificar la cautividad de su antiguo amigo; pero estando ya indignado Richelieu contra él por el rehuso de que hemos hablado, y no creyendo que sus relaciones con el prisionero fueran enteramente inocentes, solicitó de la corte de Saboya se le arrestase. Verificóse así, porque nadie queria disgustar al ministro de Francia; pero al cabo de tres meses salió Raynaud de su prision, y á fin de librarse de las nuevas persecuciones que tenia del Cardenal, resolvió pasar á Roma, en donde podria desafiar á su venganza. Por des-

gracia de Raynaud, los espías que le rodeaban dieron cuenta á Richelieu de algunas palabras que se le escaparon, y al llegar á Aviñon fué arrestado de nuevo, y encerrado en una sala del palacio arzobispal. Durante su prision, hicieron sus enemigos suspender la impresion de una de sus obras, llamada *Heteroclita spiritualia*, con el pretexto de que contenia proposiciones peligrosas. Tan pronto como se le puso en libertad partió el P. Raynaud para Roma, llevando su manuscrito, el que sometió al exámen del P. Alegambe, que se le señaló por censor, y volvió con la autorizacion para imprimir su obra. A su vuelta fué acogido por el vicelegado Federico Esforcia, que no perdonó medio alguno para hacerle olvidar su injusta retencion. Nombrado cardenal este prelado, el año 1645, partió para Roma con el P. Raynaud, y tan luego como llegaron á la ciudad eterna, se apresuró á presentarle al Supremo Pontífice y al colegio de cardenales, como uno de los más firmes defensores de los derechos de la Santa Sede. Queriendo el Papa poner á prueba su talento, le encargó la refutacion del tratado: *De concordiâ Sacerdotii et Imperii.* No se atrevió Raynaud á rehusar abiertamente un trabajo tan difícil; pero se apresuró á salir de Roma sin despedirse del Pontífice. Volvió á Roma dos años despues á invitacion de su general, y enseñó allí durante algunos meses la teología positiva; pero no sentando bien á su salud el clima de Italia, pidió permiso para volver á Lyon, y obtenido que fué, vivió en su convento de esta ciudad el resto de su vida ocupando el tiempo en la direccion de las almas, la enseñanza y la redaccion de sus obras. Murió Raynaud de apoplejía en esta ciudad á la edad de ochenta años. Todas las cualidades de un buen religioso se reunian en el P. Raynaud, y llenó sus deberes con un celo exquisito jamás desmentido. En la época en que la ciudad de Lyon fué afligida por fiebres contagiosas, se le vió consagrarse enteramente al servicio de los pobres enfermos y desafiar á todos los peligros por llevarles los socorros de la religion. Como escritor fué erudito, vigoroso y de gran fecundidad; pero en materia de gusto le faltaba la buena crítica, desfigurando su estilo trivial y prolijo por el contínuo uso que hacia de términos más pertenecientes á los tiempos de la baja latinidad que á los de la bella literatura. Dejó Raynaud un gran número de obras, la mayor parte, sino todas, con relacion á la teología, y algunas de ellas sobre objetos fútiles y singulares, tales como el elogio de la brevedad, sobre el uso de sillas en las iglesias, y otras satíricas, en las que no perdonó ni á las personas más distinguidas, ni á órdenes enteras, ni áun á sus propios cofrades. El grande éxito que tuvieron en su tiempo la mayor parte de las obras del P. Raynaud, hizo creer á algunos especuladores que se veria con gusto una coleccion de todas ellas con cuya venta podrian lucrarse á su placer. Reunidas que fueron todas las obras por los editores, el

P. Bértet, segun Gui Patin, se encargó de publicar esta inmensa coleccion, que salió á luz en Lyon desde el año 1665 al de 1669 en veinte volúmenes en fólio. El último volúmen, que se imprimió con la rúbrica de Cracovia, titulado *Apopompeius*, contiene aquellos escritos de que el P. Raynaud no se habia atrevido á confesarse autor, por ser demasiado satíricos. Esta edicion no tuvo casi éxito y se arruinó por ella el impresor, y solo en el dia, en que se ha hecho rara, es cuando se da algun valor á sus ejemplares. Compara Tiraboschi la coleccion de las obras del P. Raynaud á los almacenes llenos de toda clase de mercancías, buenas y malas, antiguas y modernas, útiles é inútiles, en las que cada uno con un poco de paciencia acaba por encontrar alguna cosa que le conviene: esta comparacion, que hace en su *Historia de la literatura italiana*, nos parece da una idea bastante exacta de tan vasta coleccion. Compónese de noventa y tres obras, cuyos títulos pueden verse en el tomo XXVI de las *Memorias de Niceron*, á cuyo catálogo ha hecho Joly algunas adiciones y correcciones en sus observaciones al *Diccionario* de Bayle. Las obras de la expresada coleccion, que en concepto del biógrafo Mr. Weis, á quien seguimos en este artículo, merecen más atencion, son las siguientes: *In J. Barnesii dissertationem adversus æquivocationes indices tres: vocum barbarorum (de las injurias); Vocum græcanicarum (de las mentiras), rerum notabilium (de las impertinencias).* Lyon, 1627, en 8.°—*De ortu infantium contra naturam per sectionem cæsaream tractatio;* id. 1630, en 8.°: este es un libro singular y curioso.—*Heteroclita spiritualia et anomala pietatis cœlestium, terrestrium et infernorum;* Grenoble, 1647, en 8.° De esta obra se publicó una segunda edicion en 4.°, en Lyon, el año 1654. Es una coleccion de prácticas singulares introducidas en la religion por la ignorancia, la supersticion y la relajacion.—*Erotemata de bonis ac malis libris, deque justa aut injusta earumdem confixione;* Lyon, 1653, en 4.° Compuso esta obra con motivo de su *Martirio per pestem*, en el que manifestaba: que los que se exponian y asistian á los apestados eran verdaderos mártires, proposicion que fué censurada por la Congregacion del Indice. Estableció el P. Raynaud en su nuevo tratado, que pueden condenarse los mejores libros por medio de falsas interpretaciones, y prescribió á los censores las reglas que deben observar, medio seguramente poco acertado para reconciliarse con sus jueces, y así fué que tuvo la desgracia de verse condenado por segunda vez. Esta obra, sin embargo, está llena de erudicion y de curiosas noticias, razon por la que de todas sus obras es la más buscada y apreciada por los sabios.—*Tractatus de Pileo, cæteris capitis tegminibus tam sacris quam profanis;* id., 1655, en 4.° Se publicó esta obra con el nombre de *Anselmus Solerias Cemelliensis;* Amsterdan, 1672, en 12.°; y en el tomo VI del *Tesoro de Antigüedades romanas.*—*Eu-*

nuchi nati, facti mystici ex sacram et humanam litteratura illustrati; Dijon, 1655, en 4.°: la publicó con el nombre de *Juan Heribert Cœmeliensis*. El objeto de esta obra fué refutar á Zacarías Pascualigo, que en sus *Decisiones morales* habia sostenido que los padres tienen el derecho de mutilar á sus hijos para conservar y desarrollar su voz; pero segun su costumbre, con este motivo se entrega á toda especie de digresiones, y trata de cuanto tiene relacion con los eunucos.—*Hipparchus de religioso negotiatore* (por Tripier, preceptor de los hijos naturales del duque de Saboya), 1645, en 12.° Existe una traduccion de esta obra, titulada: *Le Moine marchand, ó tratado contra el comercio de los religiosos*; Amsterdan, 1714, en 8.°—*De immunitate authorum Cyriacorum à Censura*, 1662, en 8.° Esta fué la obra más virulenta que salió de la pluma de Raynaud, la cual fué condenada al fuego por los parlamentos de Aix y de Tolosa como impía y contener proposiciones injuriosas al honor de la Virgen Santísima, de Sto. Tomás de Aquino, de Santa Catalina de Siena y de toda la Orden de Predicadores ó de Sto. Domingo. Dice Mr. Weis al expresarse así, que el aborrecimiento del P. Raynaud contra esta Orden venia á ser una venganza por haber visto algunas de sus obras censuradas por la Inquisicion. Este mismo espíritu de intolerancia, dice el propio biógrafo, habia hecho dirigir su pluma contra los Bolandos, porque no estaban de acuerdo con él sobre la fecha de la muerte de un santo lionés.—*Hagiologium Lugdunense*: este es el título particular del octavo volúmen de sus obras enteramente consagrado á la iglesia de Lyon. Las diez obras que contiene ofrecen cosas muy curiosas, y al fin de ellas se encuentra una lista de santos dispuesta por órden de estados, de profesiones, de empleos y de oficios, siendo curiosísimos los detalles que ofrece por su singularidad. En un momento placentero habia escrito el P. Raynaud su vida, la cual se encontró entre los manuscritos de la Biblia de los Jesuitas de la ciudad de Lyon, y consta que el P. Oudin tenia el proyecto de completarla y publicarla con correcciones, y es sumamente sensible, exclama Weis, que no lo haya ejecutado, y efectivamente que debia ser muy curiosa la vida de un jesuita tan especial como entendido, sagaz y satírico.—C.

RAYNELDA (Sta.), vírgen y mártir. Fué hermana de Sta. Gudila é hija de Sta. Amelberga y de Witgero, conde Bracatense. Su grande nobleza y hermosura dió origen á que desde su más tierna edad pretendiesen su mano muchos príncipes. Mas deseosa la hermosa doncella de no tener otro esposo más que Jesucristo, acudió al obispo Andoberto, pidiéndole con lágrimas el sagrado velo para desposarse con el Señor. Recibióle de su mano con las ceremonias que en aquel tiempo se acostumbraban, y desde aquel momento se consagró con el mayor celo al servicio de Jesucristo, siendo continuos sus ayunos y penitencias, y privándose por mortificar su carne hasta

de lo más necesario para la vida. Pasaba las noches enteras en vigilia entonando las divinas alabanzas ó haciendo fervorosas oraciones. Llevaba siempre los piés descalzos y usaba los vestidos más toscos y groseros, sin que por esto se disminuyese su pena de verse tan rica, pues era señora de muchas villas y lugares, y no veia el medio de renunciar sus pingües rentas. Trató con su hermana Gudila del mejor medio de llevar á cabo este designio, y decidieron las dos ir á un monasterio de monjes Benedictinos, llamado Lobiense, para deponer allí cuanto tenian á los piés de los apóstoles. Emprendieron su viaje de noche para no ser vistas, y tocaron muchas veces la campanilla, que habia entónces á las puertas de los conventos, sin que las respondiesen los monjes, hasta que al fin las contestaron desde muy léjos viendo su insistencia, que hacia muchos años que habia sido edificado aquel monasterio, y que jamás habia llegado á él mujer alguna; y así que se retirasen sin esperar á nuevas respuestas. Gudila, al oir esta contestacion, regresó á su casa; pero Raynelda, postrada en tierra con ardientes gemidos y lágrimas, decidió no moverse de allí hasta ser oida. Estuvo de esta manera tres dias con tres noches sin tomar en todo este tiempo alimento alguno, y rogando á Dios diese cumplimiento á sus deseos. A la tercera noche, dice la historia de la Santa, oyó el Señor la oracion de su sierva, abriéronse de par en par las puertas del convento, y tocáronse muy apriesa todas las campanas. Acudieron luego los religiosos á las puertas, y hallaron que milagrosamente se habian abierto y tocaban las campanas. Hallaron tambien á la santa vírgen postrada en forma de cruz delante de la imágen del Salvador. Preguntáronla qué era lo que buscaba, y con qué licencia se les habia entrado en la casa. Ella respondió: «Vosotros, hermanos, juzgándome por indigna de poner los piés en esta santa casa, no quisisteis oirme, ni abrir las puertas para que yo entrase en ella. Mas aquel omnipotente Señor, sin cuya benignidad no puede vivir ni una hormiga; de cuya misericordia los ángeles viven en los cielos; de cuya sabiduría salieron todas las criaturas, en número, peso y medida; que se ofreció á sí mismo al Padre Eterno en sacrificio por la salud de todo el mundo; que á los pecadores convertidos en lágrimas y llantos, por mucho que lo sean, los admite y perdona; se dignó de abrirme las puertas de su casa, y me entró de su mano aquí donde me veis ahora.» Despues de estas palabras comprendiendo el abad y los monjes que brillaba en su sierva la gracia de Dios, se postraron á sus piés rogándola con lágrimas que los perdonase y que intercediese por ellos delante del Señor. La Santa, despues de haber saludado á todos con afectuosa caridad, postrada en tierra, declaró su intencion á aquellos varones santos, que era hacer donacion á aquel monasterio de seis villas que tenia, á condicion de que rogasen á Dios por ella para que la admitiese

en su gracia y despues en su gloria. Hízose el acta de donacion con las solemnidades de costumbre, y despues de recibida la bendicion del abad y de todos aquellos padres, marchó acompañada de una dama y de un caballero criado suyo de gran confianza, á visitar en peregrinacion los santos lugares de Jerusalen y toda la Palestina. Permaneció dos años en aquellos santos lugares, visitando con gran devocion todos en los que habia padecido nuestro Señor, y renovando en su corazon los dolores de la pasion y muerte de Jesucristo. Seria tan largo como difícil el referir las penitencias que allí hizo, las lágrimas con que regó aquellos sagrados lugares. Cumplidos ya sus deseos, volvió por fin á su patria, trayendo consigo un gran número de reliquias, entre las que se mencionan principalmente un grande fragmento del madero de la verdadera cruz, y algunos vestidos de la Santísima Vírgen. Vivió algunos años en la villa de Saintes, que habia pertenecido á sus estados, de una manera tan extraordinaria que más parecia ángel que persona humana. Acaeció en aquella sazon la entrada de los hunnos en Francia, y á su paso por el ducado de Brabante, se encontraron con la Santa, que como celosa defensora de la fe de Jesucristo, se vió desde luego expuesta á las persecuciones de aquel enjambre de bárbaros. Atormentáronla con terribles azotes; y despues de hacerla sufrir otras muchas crueldades, dió su alma por confesar la fe de Jesucristo el dia 16 de Julio, segun Surio, que es en el que pone su fiesta en el Martirologio Romano. Con ella fueron martirizados los santos Grimoaldo y Gundulfo. —S. B.

RAYNERIO DEL BURGO DEL SANTO SEPULCRO (Fr.), sacerdote, religioso de la órden de Menores Capuchinos. Natural de uno de los pueblos de la Marca, fué un religioso escogido y predestinado desde sus primeros años. Sus tendencias é inclinaciones en medio de sus estudios fueron siempre las de consagrarse al servicio del Señor, y no tuvo satisfaccion completa hasta que logró ingresar y ser recibido, con el agrado y beneplácito de los demás religiosos, en la órden de Menores Capuchinos. Fué desde luego un sacerdote de vida tan evangélica, y tan adornado de las flores que constituyen todas las virtudes, que justamente se le puede dar el nombre de jardin predilecto del Señor; pues así era que exhalaba de sí un olor tan suave la violeta fragante y penitente de la pobreza, que no solo le conducia á abstenerse de cuanto era apetecible y regalado en los manjares, de cuanto era nuevo ó entero en el hábito, y generalmente de cuanto era abundante y escogido en el uso de cualquier cosa, sino que tambien le desviaba de los apetitos y deseos de lo temporal, que al paso que buscan el alivio y el recreo del cuerpo, solicitan una carga sumamente pesada y molesta para el espíritu. En el dignísimo Fr. Raynerio, la pura y cándida azucena de la castidad conservaba tan intacto su resplandor y belleza, que huyendo de conversa-

ciones ociosas y demás familiaridades con unos y con otros, y especialmente con las mujeres; reducia y contenia sus sentidos y sus pasiones, observando con rigor los preceptos que se impuso para evitarlo, y defendiendo cual si estuviese cercada de espinas, la flor hermosa de la honestidad, preservándola de los riesgos comunes, objeto principal de todos sus conatos, para conservar sin mancha virtud tan apreciabilísima. En este siervo de Dios el amaranto perpétuo de la obediencia, y purpúreo por los esfuerzos y la sangre que cuesta el contrariar la propia voluntad y juicio, lucia con pronta, ciega y absoluta resignacion en el precepto, mandamiento ó dictámen de sus prelados y superiores. Otras flores de diversos matices y colores, correspondientes á los diversos y distintos géneros de mortificacion, hacian un alarde de sus encantos y hermosura vistosísima á los ojos de la Divinidad, con sus frecuentes y estrechos ayunos, casi siempre á pan y agua, sus diarias y fervorosas disciplinas, sus largas vigilias, durante casi todo el curso de la noche, destinada á la ferviente oracion, y en otras tan continuas como ásperas penitencias. En su constante y profunda oracion y contemplacion de los divinos misterios y pasion de nuestro Señor Jesucristo, no cesaba de aspirar durante ella tanto de dia como de noche, apacible fragancia y celestiales consuelos. De dia se dedicaba á la oracion, ocupando en este su ejercicio favorito todo el tiempo y todos los momentos que le dejaban libre los quehaceres que le encargaba la obediencia, y los que exigia su ardiente caridad; y para conseguir con más solicitud sus virtuosos deseos, se retiraba y buscaba los sitios más retirados y solitarios, apartándose cuanto le era dable del trato y comunicacion con sus demás hermanos religiosos, y de noche, proponiéndose los mismos fines, quitándole al sueño cuanto espacio podia, que nunca bajaba, y era por lo ménos de seis ó siete horas. Resplandecia en este excelso y digno capuchino una pureza tan angélica, con tal inocencia de vida, modestia, é integridad de buenas é intachables costumbres, que no observándose ni hallándose en este siervo del Altísimo cosa digna de reprension, sino del mayor aplauso y alabanza, ni accion que no fuese modelada por la más perfecta virtud, gozaba en la comun opinion de la Orden y de todos los que le conocian, la fama y concepto de ser uno de los varones más apreciables, mas respetables y de mayor santidad que se conocieron hasta su tiempo. Ultimamente, por corona de las demás flores, descollaba y sobresalia en el ramillete de sus extraordinarias virtudes, la rosa encendida de su grande caridad, que le inclinaba con el mayor anhelo, bien á la asistencia y servicio de los enfermos, á quienes acudia con indecible diligencia y estudio, atendiéndolos y cuidándolos con el mayor amor, ya suministrándoles y aplicándoles las medicinas que les ordenaban por su propia mano, ya animándoles y aconsejándoles la paciencia y sumision á

los decretos de la Providencia, poniéndoles sumamente expedito el camino de la salvacion de sus almas, cuando peligraban sus vidas por la rudeza y combate de aflictivos padecimientos; ó ya bien empleándose en los demás ministerios caritativos para con los sanos, remendando á sus hermanos los hábitos rotos, lavándoselos y aseándoselos; y en conclusion, sirviendo á todos en todo, fruto de su gran obediencia, piedad, caridad y bellísimos sentimientos, llegando su abnegacion hasta ofrecerse á morir voluntariamente por el bien y la salud del alma de su prójimo, siendo el caso, digna prueba de ello y que debe conservarse á la posteridad por su heroismo, el siguiente. Caminando, en una de sus frecuentes peregrinaciones, desde Esio á Rocca Contrada, pueblo antiquísimo en la Marca de Ancona, se halló con un mercader, cuyo nombre era Baldo, muy enfermo á impulso de una hemorragia ó flujo de sangre peligrosísimo, y tanto que ya le habian desahuciado los médicos por no hallar en lo humano remedio que curase tan grave é imponente dolencia. Este sujeto era devoto en extremo, y un bienhechor constante de los capuchinos. En cuanto lo supo, le visitó Fr. Raynerio, y viéndole muy afligido y desconsolado de que le cogia la muerte falto de prevencion y de buenas obras, despues de haberle procurado alentar con palabras de grande confianza y consuelo en la divina misericordia, que aunque fervorosas y santas no obraban en su ánimo la disposicion que él quisiera, encendido en llamas ardientes de caridad, y deseando el bien de aquella alma, finalmente, le dijo así: «Baldo, pues tanto estás temiendo la muerte y deseas prolongar más tiempo los dias de tu vida para ocuparte y hacer obras con que consigas algun descargo el dia que se te pidiere la cuenta de tus hechos y acciones en el tribunal y juicio de Dios, voy á proponerte un medio que todo lo concilie, y es, si te parece, el que yo ruegue á Su Majestad, que en pago de tu devocion á nuestra Orden, á mí me dé y traspase la muerte que te amenaza, y á ti más largo término de dias para que los gastes en su servicio, de tal manera que no tengas por ahora que temer otra vez á la muerte cuando despues venga á buscarte. A tan heróica propuesta, aunque admirado en sumo grado el enfermo, y deseoso de su salud temporal y eterna, aceptó como un favor supremo el acto valeroso y nunca imitado que el siervo de Dios le proponia.» En seguida habiendo Fray Raynerio vuelto á Esio, y hecho oracion ferviente, pidiendo á Dios la prolongacion de la vida del mercader, y ofrecido la suya en holocausto y sacrificio, alcanzó y Dios concedió á su fiel siervo la peticion que tan solícitamente le pedia; verificándose que el enfermo convaleciese en muy breve tiempo, y que á tan extraordinario varon se le pasase su enfermedad con los mismos síntomas, de que tambien brevemente vino á morir en el año de 1581, habiendo dado el testimonio más cierto de caridad que cabe en los

límites de la imaginacion; aprobado así por Cristo en el Evangelio con estas palabras: *Nadie puede tener mayor caridad que aquel que llega á perder su vida por sus amigos.* — A. L.

RAYNERIO DEL BURGO DE STO. SEPULCRO (Fr.), religioso lego capuchino, varon muy célebre en santidad y tan favorecido de Dios con milagros que obró por él, que fué ilustre crédito de la religion de los Capuchinos y de toda la Orden Seráfica, y como tal ha llegado á obligar á que se trate en Roma con el mayor interés de su beatificacion. Perteneció á la provincia de la Umbría del seráfico P. S. Francisco; su patria fué no el Burgo de Sto. Sepulcro, aunque lleva su apellido, sino Prado ó Calipardo, aldea pequeña de su comarca, que tomando vulgarmente el nombre de la cabeza, y llamándose el Burgo de Sto. Sepulcro, vino á quedarse con este título entre los capuchinos. Fr. Raynerio nació el año de 1511, de familia honesta, aunque rústica, y de gente del campo; su padre se llamaba Novelo, y su madre Gentil; el nombre que le pusieron en la pila fué el de Santos; pronóstico cierto de la santidad, que le aguardaba en los años mayores, y con la que Dios le habia distinguido desde el mismo vientre materno con tan clara señal, de lo que fué una perpétua comprobacion todo el discurso de su vida, verificándose que la Providencia de Dios no dispone cosa ninguna al acaso; ántes con soberano y divino acuerdo gobierna las materias humanas, áun en lo más insignificante. Así fué que al paso que crecia su edad, crecia en virtud, temor de Dios, piedad y obediencia á sus padres, siendo amado generalmente por sus eminentes cualidades y costumbres. En su niñez ya tenia sus devociones particulares, y entre ellas, cada dia en memoria de la pasion de Cristo y de sus cinco llagas, con quien era especialísima su devocion, rezaba cinco veces el Padre nuestro y el Ave-María postrado de rodillas, teniendo fija su atencion en el cielo cuanto le era posible. Sirviendo ya jovencillo y en los años de la adolescencia á un tal Gerónimo Manielo, ocupado en guardarle sus bueyes, todas las noches se iba por montes y veredas sumamente ásperas al convento de los capuchinos de Monte-Casal, que distaba de su cabaña cerca de tres cuartos de legua; y de rodillas, con devoto afecto, oia en la puerta de la iglesia los maitines que cantaban los frailes, no sintiendo el rigor del frio, ni el trabajo ni el cansancio del camino, por hallarse presente á las alabanzas divinas con los siervos de Dios. Solian verle por entónces tambien hacer oracion, con los brazos en cruz, invocando afectuosísimamente el nombre de Jesucristo y el de su Madre. Con estos ejercicios y otros de igual virtud, consiguió tal pureza de ánimo y tal odio á la culpa, que por no mancharse con la más leve, juzgaba que era corto precio ofrecer la vida; y esto con tanto extremo, que habiéndole puesto por guarda de una viña su amo, y cogido de la misma un pariente suyo una ces-

tilla de uvas, quiso que se le rebajase de su jornal lo que podia valer, por no quedar con aquel escrúpulo, pareciéndole para su conciencia una mancha muy torpe. Habiendo llegado á cumplir diez y ocho años, su padre trató de casarle, y aunque el virtuoso jóven se sentia con inclinacion muy contraria al estado del matrimonio, por no faltar á la obediencia, no hizo contradiccion; pero como se habia propuesto conservar perpétua virginidad, pidió al Señor con notable instancia, poniéndole por intercesora á Sta. Cecilia, que le concediese el cumplimiento de su propósito, prometiendo á Su Majestad con solemne voto servir un mes en la casa de la Vírgen Santísima de Loreto en cuanto le quisiesen mandar, sin más salario ni interés que el servir, si libraba su virginidad del peligro que miraba tan cercano. Oyó el Señor los ruegos de su siervo. Y así la noche de la boda, cenando los novios y parientes y habiéndoles servido unos platos de macarrones, de que en Italia se hace gran uso, la recien desposada comió de ellos en tan excesiva cantidad que la dió una apoplejía, y aquella misma noche murió, con cuyo fracaso Fr. Raynerio (ó Santos, nombre suyo en el mundo) se halló libre del riesgo que rezelaba, y cumplió la promesa á la Vírgen Santísima. Por este tiempo se desarrolló en el lugar de Prado una peste que quitó la vida á muchas personas, y entre otras sucumbieron los padres de Santos, quedando solo y huérfano, con una hermana suya llamada María. Cuando volvió de cumplir el voto y vió en su familia tal novedad, cuidadoso y solícito de la hermana, comenzó á ser objeto de sus oraciones, poniéndola bajo el amparo y tutela de la Madre de Dios, y una vez orando con grande afecto, se le apareció la divina Señora, y le manifestó: que puesto que tanto cuidado suyo reclamaba su hermana María, cesase desde aquel dia su solicitud, pues cuidaria de ampararla, entre tanto que él tratase de servirla con toda pureza, para que alcanzase tambien su gracia y su patrocinio; entónces quedó Santos muy consolado y con la firme resolucion de no acordarse de allí adelante más que de ejercitarse en virtudes y buenas obras para obedecer á la Vírgen nuestra Señora, y conseguir premio tan soberano como el que acababa de prometerle. Acaeció asímismo por entónces que en el Burgo de Sto. Sepulcro se hizo una representacion de la vida y milagros de S. Raynerio de aquella ciudad, y religioso de la Orden de los frailes menores, cuyo cuerpo se conserva íntegro y se guarda con la veneracion debida á su santidad en la iglesia de los Menores conventuales; salió de aquella solemnidad tan conmovido el ánimo de Santos, que se determinó á ser soldado en la milicia del Seráfico Patriarca en la bandera de la órden de Capuchinos. Era el año de 1531, cuarto del nacimiento de la reformacion de los Capuchinos, cuando Fr. Luis de Fossambruno, que la gobernaba, habia enviado á Fr. Luis de Caprania por comisario al convento de Monte-Casal; se presentó Santos á

este religioso, y habiéndole anunciado su intento de pertenecer á su Orden, fué desde luego admitido, y recibió el hábito de su mano, con el nombre de Fr. Raynerio, quedando desde aquel dia colocada en los cimientos de la reformacion la piedra preciosa, que ántes habia estado escondida en el cieno del siglo. Padecia la Orden varias tempestades y persecuciones, y la faltaban por padecer muchas más; y así puede decirse con seguridad que no fué casual, sino con particular Providencia de Dios, el entrar Fr. Raynerio en la Orden, á tiempo que fuese una de las piedras fundamentales del edificio, para que ayudase á su firmeza y seguridad. Tenia veinte años el siervo de Dios cuando tomó el hábito en Narni, y allí fué novicio, labrándole el Señor, para que saliese piedra á propósito, todo el año del noviciado con tentaciones tan vehementes de Satanás, que le traian consumido, pálido y macilento, manifestándose en su semblante la batalla y angustia del corazon. Peleó contra el enemigo como fuerte soldado, sin más armas que lágrimas y oraciones, hasta que ayudándole la gracia divina, alcanzó victoria de su contrario y llegó á profesar, consiguiendo verse libre de aquel linaje de tenciones; mas Dios, que se las enviaba para probarle y purificarle, no quiso se limitase á las padecidas, y así poco despues ordenó que continuase el combate, variando solamente el género de guerra. La que tuvo, fué una llaga en la garganta, tan peligrosa, molesta y de tanta penalidad, que aunque al principio parecia correr los rápidos progresos del cáncer, y acabar prontamente con su existencia, se limitó á durarle y afligirle muchísimos meses, resplandeciendo el nuevo zafiro de la religion con luces tan vivas de paciencia y otras virtudes, que se mostró en esta tentacion, no ménos que en la primera, digno del lugar que ocupaba en el fundamento de la casa de Dios. Uno de los mayores resplandores que le hicieron brillar fué su profunda humildad, y no solamente la que nace del conocimiento propio, con que el alma ilustrada de luz divina descubre su miseria y vileza, sino en la que depende principalmente en el afecto voluntario del espíritu y del corazon, que es la humildad que poseia Fr. Raynerio, la que se comprueba con innumerables ejemplos que pudieran referirse, sacados del proceso de su beatificacion, por donde consta que ninguno ha habido tan ambicioso de honra como él lo fué de la desestimacion y el desprecio, no contentándose con negar al ánimo el deseo de la alabanza y aprobacion de los hombres, sino apresurándose á aborrecer la misma alabanza, á huir de ella, y á buscar ocasiones contrarias de vituperio y de confusion; de donde resultaba el publicar continuamente ser el mayor y el más vil de los pecadores, el de postrarse á los pies de todos los religiosos, el de abrazar los ministerios ínfimos del convento, con más gusto y solicitud que los honoríficos; de aquí el esconderse cuando la gente le venia á buscar en gran número para

que les echase su bendicion ó les hiciese la señal de la cruz, con que obraba infinitos milagros, en tanto grado y con tanta reserva, que si no era mandándoselo el superior, jamás salia ni se dejaba ver. Sobre ser perfecta y de corazon su humildad, era tan ingenua, que si los enfermos que acudian á él á que los curase con la señal de la cruz, se arrodillaban al verle ó hablarle, Fr. Raynerio hincaba tambien sus rodillas en tierra porfiando en ser más humilde, y pretendiendo apartarlos de aquella idea y deseo de que los bendijese diciéndoles: que á qué buscaban la señal de la cruz en un miserable pecador, que desistiesen, que no poseia la virtud que le suponian, que abandonasen aquella injusta opinion que habian concebido, no esperasen socorro ni ayuda de un hombre que más bien tenia necesidad de que le amparasen con sus oraciones. Si alguno de los enfermos le daba las gracias por haber logrado la salud y su restablecimiento con su bendicion ó con la señal de la cruz que solia hacerles, le respondia: que saliesen del error en que estaban, juzgándole el artífice de su salud, que únicamente á Dios era á quien debian aquel beneficio y á quien debian dar gracias, y no á él que no era nada; tan inclinado era al desprecio propio, y así es que afirmó á un religioso, íntimo amigo suyo, serle tan molesto el aplauso y aclamacion de la gente, que preferiria meterse cien estados bajo tierra, que oir sus voces y las honras que ordinariamente le hacian, siendo cosa averiguada que jamás desmintió su perfecta humildad. De la humildad, como de la madre el hijo, nacia en el ánimo de Fr. Raynerio una obediencia tan ilustre, que no solo vivia sujeto á sus superiores, sino á toda humana criatura se humillaba, no haciendo distincion, sino que á unos y otros obedecia con prontitud y con admirable facilidad y mansedumbre: cuán agradable le fuese á Dios esta insigne obediencia principalmente en cumplir los preceptos de sus prelados, se declaró con el milagroso suceso siguiente. El general le encargó una vez unas cartas, para que las llevase desde el convento de Monte-Casal á Amesia, encargándole la brevedad; el virtuoso varon por corresponder al mandato y á la circunstancia, partió á las doce de la noche á hora de maitines; y distando una parte de la otra casi veintidos leguas, que apénas se pueden andar á pie en tres dias, el precepto de la obediencia le prestó alas, salvando aquella larga distancia en seis horas. Los admirados religiosos le preguntaron cómo se habia proporcionado una celeridad tan inexplicable; y no sabiendo qué responderles se contentó con decirles que cuando caminaba, no se cuidaba de otra cosa que de ejecutar fiel y prontamente el mandato de su superior; y que esto únicamente le debió ayudar. No tenia eleccion ni arbitrio en lo que se le mandaba, sino obediencia talmente ciega, bien fuese á los prelados, ó á los inferiores, ó á cualquiera otra persona que fuese, de suerte que diciéndole en cierta ocasion el cardenal de Sta. Severina, protector

de la Orden, que eligiese el convento á que más se inclinase para su habitacion, nunca le pudo persuadir á que señalase alguno, resignándose siempre al parecer de sus superiores. Conocia á la verdad el santo varon que la obediencia es intérprete de la voluntad divina, y que es fácil errar el que se gobierna por su propio dictámen, y por eso queria asegurar el acierto, sometiendo la eleccion al juicio y parecer de los prelados. A humildad y obediencia tan excelentes acompañaba con no menor excelsitud la castidad, siendo opinion comun y constante, que la virginidad que sacó consigo del claustro materno le duró sin mancha ni corrupcion hasta el fin de su vida; cuya verdad, despues de su muerte, se reveló á un religioso de singular virtud, que haciendo una vez oracion, le vió entre los coros de las vírgenes, y con una palma en la mano, más grande y resplandeciente que las demás, como quien habia salido vencedor de más fuertes batallas, á que debió seguirsemás gloriosa palma de triunfador. Premio verdaderamente muy justo, porque segun el mismo Fr. Raynerio se lo descubrió á un religioso, su íntimo y confidente, que habiendo padecido por espacio de muchos años una tentacion carnal de dia y de noche, que le produjo notable afliccion, peleó tan valientemente para vencerla con estrechos ayunos, ásperas disciplinas, y otros géneros de penitencias y mortificaciones, que no solo consiguió entónces triunfar del enemigo, sino una paz de espíritu tan perpétua y durable, que no volvió á tener semejante guerra miéntras vivió. Las penitencias y austeridades que se acaban de referir eran tan excesivas, que aunque en los principios de la reformacion tocaban en tan alto extremo, que parecian haber llegado á la cumbre, pareciendo apostaban con la naturaleza, oprimiéndola en su sosten y desarrollo; Fr. Raynerio hallaba modo de pasar adelante en las abstinencias, en las vigilias, en los trabajos corporales y demás asperezas, dejándose llevar tan sin freno de su fervor, que como no guardaba los límites de la moderacion prudente y segura, vino á contraer una enfermedad, que le redujo despues necesariamente á la vida comun. No resplandecia ménos en tan extraordinario y virtuoso varon la altísima pobreza que habia profesado, abrazándola tan amorosamente, que fuera de lo que la regla permite, no tenia jamás cosa alguna, y lo que permite, lo buscaba siempre tan vil y tan desechado, que áun en aquellos tiempos en que era tal la observancia de esta virtud, que apénas admitia lo necesario para vivir, sobresalia entre los más pobres, dándoles motivo de imitacion. Su simplicidad, su pureza de ánimo, su afabilidad, su paciencia, su mansedumbre, y cuantas virtudes constituyen y forman un varon evangélico, se le juntaban tan perfectas, que no le dejaban parecer ser humano, sino celestial, teniendo el principado de todas, como siempre le debe tener, la ardiente caridad con los prójimos, que era apostólica; en las demás cosas se alaba la templan-

za y la medianía, pero en la caridad el que más sobresale es digno de mayor alabanza. De este linaje descendia la caridad de Raynerio, tan sin término ni medida, y tan decidida á cuidar de unos y otros, que conforme al consejo de S. Pablo, se alegraba con los alegres, se entristecia con los tristes, y se vestia de diferentes afectos, ya de gozo ó ya de pesar, segun los sentimientos que hallaba en sus prójimos, á cuyo provecho atendia, no habiendo caso adverso tan desahuciado, tan desconsolada miseria ni tan irremediable calamidad, á que él no acudiese con reparo, consuelo y remedio, en cuyas virtudes Dios le había dotado de gracia particular para el bien de los afligidos. No los asistia solamente con palabras, sino tambien con obras, orando por ellos continuamente. A los enfermos les servia con tanta solicitud, y con un afecto tan propiamente maternal, que cuando en los principios de la Orden acudieron en Roma los capuchinos al hospital de Santiago de los Incurables, al servicio de los enfermos que en él habia, él fué uno de los que se consagraron á aquel ministerio piadoso, en que se ejercitó algunos años con tal diligencia y fervor, que dejó á la imitacion de los venideros ilustrísimos ejemplos de caridad. Con los pobres era no ménos caritativo, tanto que cuando hacia oficio de limosnero, ó cuando se le encargaba la portería, no encontraba en la calle, ni llegaba á la puerta ninguno á quien despidiese sin socorrerle. Con los religiosos procedia de la misma manera en cuanto les podia servir, sin aguardar á que le pidiesen su ayuda, porque se anticipaba tan cuidadoso, que andaba como acechando las necesidades ajenas para acudir prontamente á su socorro ó alivio, y así su ordinario ejercicio era el llevar á la cocina el agua y la leña, trabajar en la huerta con el hortelano y ocuparse en las demás oficinas, aunque rehusasen los que las tenian por su cuenta, porque su caridad se extendia á llevar el peso de todos. Del amor del prójimo nace, segun sentencia de S. Gregorio, el amor de Dios, lo que se verificó en Fr. Raynerio con tanta puntualidad, que inflamado en llamas de amor divino, no atendia á las cosas humanas, ni reparaba en lo que se hacia á su lado, llevando siempre el pensamiento ocupado en Dios, y viviendo tan unido con Su Majestad, que su conversacion era más en el cielo que entre los hombres. De esta vehemente pasion resultaba, que como esta familiaridad estrecha con el Señor, y el encenderse cada dia más en su caridad, nace de la continua oracion; el siervo de Dios la ejercitaba con tal frecuencia, y con estudio tan fervoroso, que ordinariamente le sobrevenian en ella profundos éxtasis, y se le comunicaban en abundancia divinos favores; acostumbrándose su ánimo de tal manera, que estaba violento fuera de la oracion, y por estarlo lo ménos que le fuese posible, gastaba en orar lo más del tiempo, siendo su perpétua costumbre dar á tan provechoso y suave ejercicio desde la primera vigilia de la noche hasta dos ó tres horas, y luego en

tomando un brevísimo sueño, levantarse otra vez á orar antes de maitines, despues de los cuales nunca ó raras veces volvia á recogerse, sino continuaba su devota oracion, obligando al Señor á que le favoreciese con dones tan celestiales como lo demuestran varios ejemplos sacados de las informaciones que se hicieron en Todi y Eugubio. Era tan notable la devocion de Fr. Raynerio con el niño Jesus, señal de su virginidad y pureza de ánimo, que en oyendo su nombre, ó acordándose de él, se deshacia en lágrimas de ternura. Aquel clementísimo Jesus, que siempre es benigno con los que le aman, se mostró tan agradecido, que una noche víspera de Pascua de Navidad, en que el santo varon permaneció orando desde el anochecer hasta los maitines en el convento de Eugubio, y pidiendo con la mayor instancia ó insistencia al Señor que se sirviese mostrársele en la misma forma y edad en que habia estado en el pesebre recien nacido; inclinado á sus lágrimas y á sus ruegos, se le apareció en la celda, donde estaba haciendo la oracion, en la edad y forma que le pedia; cuyo aspecto le alegró de tal suerte, y le enajenó tanto de sí, que tomó al instante al niño Jesus en los brazos, y empezó á besarle, y arrimarle á su pecho con tales caricias, y derramando entre ellas tan copioso llanto producido por el placer, que juzgaba haber llegado ya á la última felicidad. Habiendo pasado en estos sobrenaturales deleites una hora entera, oyó que tocaban á maitines, y viendo que el divino huesped no se iba, y no queriendo tampoco faltar al coro, por no privarse de la dicha ni dejar de cumplir con la obligacion, se llevó al soberano infante consigo, muy bien cubierto con su manto, y se entró en el coro con él, donde le tuvo abrazado con gozo inmenso hasta que se empezaron á cantar los maitines, que entónces se le desapareció, dejándole, aunque con soledad, lleno de regocijo inefable. Igualmente tuvo una singular veneracion á la Reina del cielo, á quien cada dia rezaba su corona, tan fervorosa, que cuando llegaba en las avemarías á las palabras *Santa María, madre de Dios*, le sobrevenia una llama vehementísima de amor, que no le era posible apagarla ni disimular el regocijo de su corazon. Su extraordinaria devocion al niño Jesus y á su santísima Madre fué tan profunda miéntras vivió, que despues de su muerte se halló en una piedra contenida en la vejiga de la hiel, grabada la imágen de nuestra Señora con el niño Jesus en los brazos. Tambien tuvo la inefable dicha de que le visitase y hablase su seráfico P. S. Francisco estando haciendo oracion en el convento de Norsa. Era tambien devoto en extremo de la pasion del Salvador, y estando una vez en el convento de Eugubio clavando en una cruz nueva, que habia hecho, una imágen de Cristo crucificado, fué tan profunda la meditacion con que se puso á considerar aquel sublime acto, la ceguedad sacrílega de los judios, los dolores que allí padeció el Redentor, y el amor con que redimió al genero humano, como

si le tuviera presente. Entre los demás misterios de la pasion el que más meditaba y veneraba singularmente era el de los azotes, á cuya imitacion, no una vez ni dos solas, hizo la disciplina del Señor, que conforme á la antigua tradicion de los Padres consta de seis mil seiscientos sesenta y seis azotes, por espacio de seis horas continuas, comprobándose lo que agradaba á Dios este ejercicio por haberse hallado en una de las facetas de la piedra antedicha, estampada una columna bañada en sangre, y en su corazon una disciplina de la misma forma que los capuchinos la suelen usar. Fueron tan innumerables los milagros que Dios obró por la eficaz intercesion de tan santo varon, que seria interminable y muy difusa su enumeracion; baste decir que por ella recobraron la vista muchos ciegos; baldados que recobraron el uso de sus miembros; muchas llagas y cánceres inveterados curados por el mismo divino auxilio, lo mismo que las fiebres malignas que de otro modo tuvieran una terminacion funesta, y sobre todo infinitos casos de enfermos en la agonía y completamente desahuciados de los médicos arrebatados á una muerte segura por su eficaz intercesion. Con la fama de sus milagros, extendida por todo el término de la Umbría, era tal la devocion que tenian con él los pueblos y tal el concepto de su santidad, que en viéndole, cargaban sobre Fr. Raynerio y le cortaban pedazos del hábito que les sirviesen de reliquias, sin que lo pudiese impedir su modestia, aunque lo procuraba; pero lo más admirable era que cortándole tantos pedazos del hábito, siempre quedaba entero, de modo que ya corria por adagio vulgar, que su hábito era de la casta del árbol, que cuanto más se poda, más crece y se aumenta su lozanía. Resplandeció en alto grado en el santo varon el espíritu de profecía, lo que se comprobó en las informaciones de que ya viene hecha mencion, siendo innumerables sus profecías y vaticinios, admirando á todos sus contemporáneos conociendo la predileccion que dispensaba el Señor á este siervo suyo; finalmente, cargado de años, pues los suyos eran setenta y nueve, de los cuales veinte pasó en el siglo, y los cincuenta y nueve restantes en la religion, queriendo Dios premiarle los trabajos de su vida apostólica, y los triunfos que habia alcanzado de su carne y de Satanás, le dió en el convento de Todi una enfermedad, habiéndole manifestado ántes en una soberana revelacion la noticia del dia de su muerte. Ya el santo varon la habia tambien declarado á muchas personas, y la primera á Tulia Carduina, muy familiar y devota suya, á quien una vez que le convidó para el camino, la respondió: á qué le convidaba á ir al campo, cuando habia de hacer la jornada á parte mas feliz donde despues se verian los dos. Vino por entónces al monasterio de Todi Fr. Gerónimo de Perosa, su guardian, y besándole la mano Fr. Raynerio le dijo: que hacia muchos dias que deseaba morir bajo su obediencia, y que ya lo habia conseguido. Al segundo dia de su

enfermedad le llevaron á la enfermería; y entrando en la celda que se le señaló, preguntó si habia muerto en ella Fr. Querubin de Todi; respondido afirmativamante, añadió que él tambien moriria allí dentro de dos dias. Se previno para el viaje, como quien sabia cuándo habia de ser, ejercitándose en actos de amor divino, y desembarazando su alma de todo pensamiento terrenal, por que en ella tuviese más lugar el Señor; y el dia último habiendo pedido al guardian y á todos los religiosos con muchas lágrimas que le perdonasen el mal ejemplo que les habia dado en la forma que se acostumbraba, salió á la iglesia para oir Misa, donde recibió por viático el Santísimo Sacramento, y de allí para darle la extremauncion le volvieron á la enfermería. En cuanto se extendió y corrió la voz por Todi del estado y peligro de su enfermedad, era tanta la devocion de la gente con el santo varon, que fueron innumerables las personas que enviaron al convento pañuelos, rosarios, medallas y otros objetos para que los religiosos los pusiesen sobre su cama y se los tocasen al cuerpo; así se hizo, y despues de su muerte se hallaron envueltos y atados en unos lienzos, donde iba escrito el nombre de cada dueño. Llegando la hora de completas y oyendo tocar la campana, rezó con entero juicio y con voz clara siete veces el Pater noster, y en concluyendo dijo: que moria alegre pues remataba la vida alabando al Señor. Entre tanto habian acabado completas los religiosos, y cantaban la antífona de la Vírgen Santísima, cuando el santo varon levantando los ojos al cielo como contemplando su eterna felicidad, descansó en el Señor suavísimamente, y empezó á despedir de sí una fragancia tan celestial, en cuya comparacion eran muy inferiores los olores más aromáticos. En cuanto falleció, que fué el 25 de Agosto, dia del apóstol S. Bartolomé, temiendo los frailes el concurso del pueblo, determinaron ocultar á todos su muerte; si bien en vano, porque unos seglares que se hallaron en el convento cuando espiró, la divulgaron por la ciudad, precipitándose la gente al monasterio en tanto número, que ni áun los mismos religiosos podian aproximarse al cuerpo, segun estaban tomados los pasos. En amaneciendo le sacaron á la iglesia como es costumbre, y fué tanto el concurso, que fué necesario cerrar las puertas del convento, del coro y de la capilla mayor, y entregar las llaves al obispo de Todi, que habia venido con el clero muy de mañana para ver si podian contener á la gente, cuyo tropel se iba aumentando progresivamente. Mas nada pudo conseguirse, rodeando al cuerpo con tanto ímpetu, que despues de haberle cortado á pedazos seis hábitos, le arrancaron todo el cabello, la barba y las uñas, y todo el cuerpo sin duda le despedazáran, si por órden del obispo no le hubieran quitado de allí, encerrándole en una capilla. No habiendo podido hacérsele las honras en aquel dia por el embarazo de la gente, el Obispo, que no se apartó un

momento del cuerpo del santo varon, ordenó que le enterrasen á la noche y que le embalsamasen, no sin particular providencia divina; pues en el punto en que el médico y cirujano procedieron á abrirle, comenzaron á manifestarse las maravillas de Dios, encontrándose en la vejiga de la hiel la piedra de que viene hecha referencia, y otras dos con la imágen del Salvador y de S. Francisco. Tan insigues trofeos de santidad quiso la inmensa bondad de Dios que se descubriesen en el cuerpo del santo glorioso, así para el crédito y manifestacion de sus excelencias y virtudes, como para que sirviesen de poderoso estímulo á los venideros para imitarle en su simplicidad, paciencia, devocion, pobreza, humildad, obediencia, castidad, pureza de ánimo, y últimamente cuantas perfecciones lucieron en él y le hicieron digno de imitacion. Siendo cosa auténtica y comprobada el hallazgo en su cuerpo de las tres prodigiosas piedras; pues es un hecho constante que por mandado de Julio Santorio, cardenal de Sta. Severina, se las llevó Bernardino Falcon, canónigo de la iglesia de Todi, á Roma, y él se las enseñó al pontífice Sixto V. Se hicieron las honras al santo varon, asistiendo á ellas Angelo Cesio, obispo de Todi, el regimiento y justicia de la ciudad, é innumerable multitud de pueblo; se le puso en la misma capilla en que fué enterrado un epitafio en que se viene á decir: Que en el año de 1598, á 25 de Agosto, que fué un viernes, entre cinco y seis de la tarde, el venerable P. Fr. Raynerio del Burgo de Sto. Sepulcro, capuchino, acabó sus dias y descansó en el Señor en Todi, en el convento de Sta. María la Nueva, en una de sus capillas, estando presentes el Reverendísimo Sr. Angelo Cesio, obispo de Todi, el Sr. Fabricio Acto, prior etc., el Arcediano y otros canónigos y clerigos de la dicha iglesia, juntamente con V. P. Fray Buenaventura de Monreal, vicario de la provincia de S. Francisco; Gregorio de Perosa, guardian del convento; Fr. Ricardo de Fulgino, que lo era de Espoleto, y otros religiosos que celebraron sus exequias, é infinito número de seglares á honra y gloria de Dios todopoderoso. Despues de su muerte hizo frecuentes apariciones á personas que le eran muy devotas y familiares, obrando Dios por su siervo en aquel año y en todos los sucesivos innumerables milagros, que sería obra muy prolija enumerar, pero que estan consignados en las comprobaciones hechas para impetrar su beatificacion, hechos justificados y que disfrutan de la mayor autenticidad. Los ilustres hechos y milagros de este santo varon los escribió, aunque compendiosamente, Juan Bautista Possevino, en un libro que hace muchos años se imprimió; y aunque despues se han escrito con más extension y con mayores detalles, no se ha llegado á expresar suficientemente, ni á enumerar como era debido sus inimitables virtudes y el alto concepto que los contemporáneos hicieron de su notoria santidad. — A. L.

RAYNIER (B.), de la órden del Cister. Habitaba en Flandes y llevaba una vida poco arreglada, cuando fué convertido por S. Bernardo. Se hizo monje y murió santamente á mediados del siglo XII.—S. B.

RAZEUSIED (P. Gebardo), jesuita aleman, natural de Razeusied en Suavia. Ingresó en la Compañía á los veinte años de edad, ejerciendo diferentes cargos. Era rector del colegio de Eystet, en cuya ciudad habia un predicador hereje llamado Onolspachio Lorenzo Lælio, con quien sostuvo muchas controversias sobre materias de fe, dando con este motivo á luz el gran número de opúsculos que citaremos despues. Murió en 25 de Noviembre de 1520 despues de haber hecho los tres votos. Escribió: 1.° *Hebdomadam Marianam.*—2.° *Vindicacion de la potestad del pontífice en la Iglesia*; Munich, por Cornelio Leyser, 1629, en 8.°—3.° *Modius Luthero-Lælianus eversus.*—4.° *Linguarium.*—5.° *Clava clavi et Clavigero debita.*—6.° *Cera Ullysea.*—7.° *Maculæ Solis.*—8.° *Ussa Triplici Cerbero Ecclesiam atlatranti objecta.*—Opúsculo que redujo despues á un solo volúmen con el título de *Lælius de amicitia cum Hæresi contracta convictus*; Munich por Cornelio Leyser, 1691, en 12.°—9.° *Collyrium.*—S. B.

RAZET ó Baset (Dalmau ó Dalmacio) arcediano de la Selva en la santa iglesia de Gerona. Asistió al concilio de Lérida de 1418 como procurador del cabildo de Gerona. Redactó las actas ó largo diario de todo lo dicho y ocurrido en aquel concilio, que se halla en el archivo de Gerona; libro titulado *Deu Calzada*, desde la pág. 359 hasta la 451, el cual *Diario* si no esta escrito en latin ciceroniano, es tan menudo y exacto, que honra á su autor mucho más que le honraria el estilo más alto.—L. y O.

RAZIAS ó Rhaziz era uno de los principales doctores que habia en Jerusalen en tiempo de la persecucion de Antíoco Epiphanes. Despues de la muerte de este príncipe y de Antíoco Eupator su hijo, y bajo el reinado de Demetrio Soter, hijo de Seleuco, Alcimo Folco, gran sacerdote de los judíos, obtuvo el cargo de gran sacrificador, dando dinero al rey Demetrio, y fué enviado á Judea con Nicanor, que tenia órden de conservarle en la posesion de su dignidad. Pero habiéndose convenido Nicanor con Judas Macabeo y estando en buena armonía con él en Jerusalen, Alcimo tuvo envidia y fué á acusar á Nicanor como traidor de los intereses de su rey, diciendo que se entendia con Judas Macabeo. Demetrio escribió á Nicanor que prendiese á Judas Macabeo y le enviase á Antioquía. Nicanor se separó de Judas y comenzó á buscar medios para prenderle; pero Judas le avisó y se retiró. Habiendo errado Nicanor su golpe, quiso apoderarse de los sacerdotes, y los hizo grandes amenazas. Por esta misma época se acusó al *Razias* de que hablamos aquí, cómo estando unido en la apariencia al partido de Judas Macabeo y siendo contrario al de Alcimo á quien el cargo de gran sacrificador

no debia pertenecer. La Sagrada Escritura no nos dice precisamente de lo que se le acusó, pero asegura que era muy celoso de los intereses de la ciudad de Jerusalen y de toda su nacion, de manera que le llamaban el padre de los judíos. Su vida era pura é irreprensible, y en la época de la persecucion habia dado ya pruebas públicas de su adhesion al judaismo con su resistencia á los que querian introducir la idolatría en Israel. Nicanor envió quinientos hombres para prenderle, creyendo que si conseguia tenerle en su poder, haria grande impresion en los judíos. Apénas vió Razias que querian los soldados forzar su casa y prenderla fuego, y que no podia evitar el caer en sus manos, se hirió con su espada, prefiriendo morir animosamente á verse en poder de los pecadores y sufrir ultrajes indignos de su nacimiento. Pero como en la precipitacion con que procedió no se habia hecho una herida mortal, viendo á los soldados entrar en su casa, corrió con firmeza al terrado y se tiró á la calle, cayendo de cabeza al suelo. Mas no habiendo acabado tampoco de este golpe, hizo nuevos esfuerzos, se levantó, y corriendo á través del pueblo, subió en una piedra escarpada, se sacó las entrañas fuera del cuerpo, se las arrojó al pueblo con sus propias manos, invocando al dominador de la vida y el alma para que se las devolviese un dia, y murió de esta manera. Los judíos citan á Razias como uno de sus más ilustres mártires, y pretenden manifestar con su ejemplo y con los de Saul y Sanson, que hay ciertos casos en que el suicidio es no solo permitido, sino tambien laudable y meritorio. Estos casos son en particular la justa desconfianza de sus propias fuerzas y el temor de sucumbir en la persecucion. Entónces dicen que es permitido prevenirla dándose la muerte. El segundo caso es cuando se preve que si se cae en manos de los enemigos, tendrán ocasion de insultar al Señor y de blasfemar de su nombre. Los circunceliones, herejes célebres que vivian en Africa en tiempo de San Agustin, se servian del ejemplo de Razias para autorizar las crueldades que ejercian consigo mismos, precipitándose y dándose muerte de mil maneras, para procurar, segun decian, la gloria de Dios. Algunos teólogos modernos pretenden justificar á Razias con el ejemplo de algunas vírgenes cristianas, que para evitar la mancha de sus cuerpos se arrojaban al agua donde morian. Añaden que Razias obró de ese modo por inspiracion del Espíritu Santo; y que la manera de que habia vivido ántes y los sentimientos en que murió, casi no permiten dudar de su salvacion y de la bondad de su accion. Sin embargo San Agustin, Santo Tomás y otros teólogos muy ilustrados dicen que no siendo aprobado el ejemplo de Razias, sino simplemente referido en la Sagrada Escritura, no se puede concluir nada para justificar su accion en lo moral. No puede ménos de convenirse en que es generosa y digna de los mejores héroes del paganismo; pero se trata de saber si es

conforme á la ley de Dios y al órden eterno que manda Dios conservar y que prohibe turbar. ¿De qué alaba á Razias la Sagrada Escritura? De haber estado firme en el judaismo que era la religion verdadera; de haber sido muy celoso por su patria y por sus hermanos, de modo que era mirado como el padre de los judíos; de haber invocado al Señor al morir. Pero basta esto para justificar una accion tan notoriamente contraria á la ley de Dios? Si Razias nó es ni justo ni inocente ¿por qué se quiere imitarle, dice San Agustin? Y si es justo é inocente, ¿por qué da muerte á un justo? es decir, por qué se mata á sí mismo? ¿Han hecho esto nuestros mártires? Se dice que ha muerto generosamente, ¿pero no sería mejor que hubiese muerto con humildad y paciencia?—S. B.

RAZIMINSKI (P. Adrian), jesuita polaco, descendiente de uno de los linajes más ilustres de aquel país, entró en la Compañía el 3 de Abril de 1574. Estudió filosofía en Vilna y teología en Roma. De regreso en su patria ejerció durante muchos años el cargo de predicador en las ciudades de Cracovia, Lublin, Posnania y Leopol, gobernando el colegio de esta última y tambien el de Leudomir; murió á la edad de sesenta años, habiendo vivido treinta y siete en la Compañía. Pronunció su panegírico el Rdo. D. Gaspar Cicocü, canónigo y párroco de Leudomir, eclesiástico muy afecto á los PP. Jesuitas, á quienes defendió en más de una ocasion con sus escritos de las calumnias de la malevolencia. El P. Adriano publicó en su idioma natal una *Polémica que sostuvo con los herejes de Levastoro y otros lugares del palatinado de Lublin*, en que puso en situacion tan precaria á su adversario, que tuvo que confesarse públicamente vencido.—S. B.

RAZON, hijo de Eliada, huyó de con el rey de Saba Adarezer, su señor, miéntras David le hacia la guerra, y habiéndose puesto al frente de una banda de ladrones, comenzó á hacer correrías en el país de Damasco. Hízose, por último, dueño de esta ciudad, de que fué reconocido por rey. Parece que no pudo establecerse en ella hasta últimos del reinado de Salomon, pues David habia conquistado á Damasco, lo mismo que lo demás de la Siria, y Salomon conservó el imperio sobre todas las provincias que habia sometido David. Pero si Razon no reinó en Damasco hasta los últimos años del reinado de Salomon, es preciso que viviese mucho tiempo, pues desde las guerras de David contra Adarezer, acaecidas al principio del reinado de David, hácia el año del mundo 2960, hasta la muerte de Salomon, acaecida en 3029, hay sesenta y nueve años. Razon debia tener veinticinco ó treinta años á lo ménos cuando estas primeras guerras, pues era ya general de las tropas de Adarezer, y se hizo en seguida jefe de una banda de ladrones. Así tendría cerca de noventa años cuando comenzó á reinar. Si parece esto increible, se puede suponer que reinaba Razon en Damasco quizá durante los reinados de David

y Salomon, aunque como tributario de ambos, y que no comenzó á rebelarse hasta el fin del reinado de Salomon.—S. B.

RAZZI (Serafin). Este dominico, que fué uno de los Padres más ilustres de su Orden en el siglo XVI, nació en Florencia el dia 16 de Diciembre de 1531. Inclinado á la vida monástica desde niño, dirigió todos sus estudios y esfuerzos á fin de poder consagrarse á Dios y huir de las vanidades del mundo y de sus asechanzas; y tan luego como tuvo edad y estuvo en disposicion para ello, tomó el hábito en la insigne órden de PP. Predicadores de Sto. Domingo, de cuya religion habia de ser clarísima lumbrera y honor. Su amor al estudio y su verdadera vocacion religiosa le hicieron hacer rápidos progresos, y observar una conducta edificante y ejemplar en su noviciado, y así es que los superiores le dieron la profesion por que anhelaba el jóven néofito, con grande alegría suya de verse ligado con lazos indestructibles á una religion que tanto amaba, y en la cual podia consagrar su vida al Dios de las misericordias, emprendiendo el camino más corto que le llevase á disfrutar de su gracia y de sus dones en una vida sin fin y gloriosa. Grande fué su alegría al verse ordenado de sacerdote, y grande tambien cuando sus superiores, notando su capacidad, le destinaron en cuanto acabó sus estudios á enseñar la teología. Pasó desde la cátedra á gobernar diversos conventos de su Orden, y á pesar de que hasta el año 1602 estuvo siempre ocupado, ya en la enseñanza, ya en los asuntos de la Orden, llenando los deberes de sus cargos con el mayor celo y exactitud, no por eso dejó de escribir porcion de obras y de imprimir algunas, en las cuales campea la exactitud y el buen sentido del autor, que dedicaba los poquísimos ratos de ocio que le proporcionaba su obligacion á producir escritos, que acreditan su profundo y constante estudio, su talento y su natural laboriosidad. Una de las obras más considerables del P. Razzi ha sido la titulada *De locis theologicis prælectiones*. Apareció esta obra en Perusa el año 1603, la cual habia abandonado á sus amigos en 1587. Redujo en esta obra Razzi lo que sobre el particular habia escrito Melchor Cano con más extension, y rectificó lo que se habia escapado á este ilustre escritor español contra algunos antiguos Padres. Muchas veces se imprimió en Florencia, en Venecia y en Génova una *Coleccion de cien casos de conciencia*, y Sarmatelli imprimió tambien en la primera de estas ciudades, en 1590, una parte de sus sermones, y en 1588 y 1596 sus *Vidas de los Santos de la órden de Sto. Domingo*, de la que se han hecho despues otras ediciones traducidas en francés. En 1596 Busdragli imprimió en Luca su Historia de los hombres ilustres de la misma Orden; todas estas obras y los sermones fueron escritos en italiano. Casi toda Italia recorrió el autor á pie en 1572 para recoger noticias, y las recogió muy buenas por lo tocante á este país en el siglo en que vivia; pero no fué tan feliz

por lo que respecta á los siglos pasados y á los pueblos fuera de Italia. Consérvanse de este autor una *Historia de Ragusa* y un *Tratado de las abejas*. No se sabe cuándo murió, pero sí que vivia en 1613, de ochenta y dos años de edad.—B. C.

RAZZI (Silvano). Este religioso camaldulense, y segun Echard abad de la Orden, fué natural de Florencia. Se llamaba Gerónimo, pero al entrar en la Orden cambió el nombre en el de Silvano al tomar el hábito en el convento de Sta. María de los Angeles; variacion que ha dado lugar á que algunos autores crean que Gerónimo y Silvano eran distintos religiosos. Parece que Silvano Razzi habia vivido muchos años en el mundo ántes de hacerse religioso, y que se habia hecho célebre por diversas obras publicadas en Florencia, que suspendió al tomar la resolucion de apartarse de la vida pública. Estas fueron algunas comedias y las tragedias *la Cecca*, *la Balia*, *la Costanza*, *la Gimonda*, etc. Además compuso las obras siguientes en lengua italiana: *Coleccion de oraciones á Cristo y á la beatísima Madre María;* Florencia, 1556.—*Milagros de la gloriosa Vírgen María;* Florencia, 1576.—*Vida de cuatro hombres ilustres, Farinata de los Uberti, duque de Atenas, Silvestre Médicis y Cosme Médicis;* Florencia, 1580.—*Vida de cinco varones ilustres;* Florencia, 1602.—*Vida y acciones de la condesa Matilde;* Florencia, 1587.—*Vida de Benedicto Barchi;* Florencia, 1590. Esta vida se insertó primero en una coleccion de lecciones de Benito Barchi, de quien Razzi fué amigo, y despues al frente de la *Historia Florentina*, del mismo Varchi, publicada en 1721.—*Vida de la gloriosa Vírgen María*; Florencia, 1594.—*Vidas de las mujeres ilustres por su santidad;* Florencia, 1595, seis volúmenes en 4.°—*Vidas de los Santos y Beatos de la Orden Camaldulense;* Florencia, 1600.—*Vida de Pedro Soderini;* Padua, 1637, en 4.°, bella edicion con láminas. Es tambien suya una traduccion italiana de la *Suma de los Sacramentos*, compuesta en latin por el P. Francisco de Victoria, dominico español; Florencia, 1575, en 12.° Murió Silvano Razzi no ménos distinguido por sus virtudes que por las citadas obras, en 1611, á la edad de ochenta y cuatro años.—C.

REA (Alfonso de la). A éste equivocadamente se le dió el apellido de Roa. Solo se sabe de él que fué español y de la regular observancia de San Francisco. En lengua española, siendo alumno y lector de sagrada teología, escribió una crónica, en que se narraba el principio y progresos de su provincia. Esta obra se intitula *Crónica de la provincia de S. Pedro y S. Pablo de Mechoacan*, la cual se imprimió en Méjico en el año de 1635, en la imprenta de la viuda de Matherad, donde se volvió á imprimir tambien en 1651, y tambien se hizo otra reimpresion en Madrid, en 4.° El panegírico que pronunció este escritor sobre las alabanzas de Sta. Clara, mereció asimismo

que se imprimiese en Méjico, en 1646, pocos años ántes de su muerte, que parece tuvo lugar en 1650.—M. N. y S.

READ (Guillermo), obispo de Chichester, natural de Inglaterra. Fué doctor de teología en la universidad de Oxford, pues que su mérito le elevó al episcopado. Segun Priseus, dejó este prelado todos sus bienes y su rica biblioteca al colegio de Merton, en el que habia sido instruido. Fué muy entendido en las matemáticas, y dejó escritas unas tablas astronómicas.—C.

REAL (César Vicharde de Saint). Fué natural de Chambery, donde vió la luz en 1639. Sin que se sepa cuál fuera el motivo, es lo cierto que vino á París jóven todavía, y en esta capital aprendió humanidades, ingresando en el estado eclesiástico por la prima clerical tonsura, que á título de suficiencia le confirieron en la iglesia de los PP. de la Compañía de Jesus. Decididamente aficionado al estudio de la literatura y con algunos ensayos, aunque sin éxito en la poesía, vino á decidirse por la crítica, la cual manejaba con algun acierto, si bien frecuentemente incurria en algunos retruecanillos de mal género, no tanto por lo ofensivos, pues ciertamente no lo eran, cuanto porque no estaban ajustados á las reglas que este género como los demás deben guardar. La sobrina del cardenal Mazarino, célebre duquesa de Mancini, le llevó consigo á Inglaterra cuando ella iba á casarse con Saint-Evremont; mas no sabemos lo que entre ellos medió, puesto que el abate Saint-Real, que este era el nombre con que todos le conocian dejó á la duquesa, y se volvió á Chambery su patria, donde acabó sus dias á los noventa y tres años de edad ó sea el 1692. No se han podido recoger más particularidades acerca de su vida, y sus escritos es lo único que da una idea de él, idea que no puede ser otra sino la de un carácter vivo, pero algo extravagante; buena comprension, memoria muy feliz, pero mucho apego á su propio juicio, y un tanto de exageracion en las mismas cosas y estudios á que se dedicaba. Cuando sus obras eran de un carácter científico, sério y formal, digámoslo así, hay en él una abundancia de datos y una copia de razones fundamentales y muy sólidas, que excitan mucho el interés del que lee, pero en las obras festivas y críticas se ve cierta incision y mordacidad que declara una intencion marcada, y no muy sana por cierto, en el escritor. Muy de desear seria que la índole de nuestra obra permitiese un juicio crítico tan ámplio como podia hacerse de las de este escritor, que siquiera por la circunstancia de haber acompañado á la duquesa de Mancini, se hizo notable en su época; pero habremos de contentarnos con un muy somero resúmen de la opinion general, que se ha emitido acerca de ellas. La más notable, si bien no la más importante, es la que escribió con el título de *Histoire de la conjuration que les Espagnoles formirent en* 1618 *contre la republique de Venise*. En esta obra, que tiene muchas reflexiones sobre los mismos suce-

sos á que se refiere, se nota un gran sentimiento y profunda conviccion en todo lo que raciocina, un grande acierto en la descripcion de los sucesos, de modo que sin ofender á ninguno, ponen en evidencia los defectos de todos, y un colorido muy vivo en los retratos de que abunda, pues da á conocer á todos los sugetos que en el asunto mediaron, haciéndolo sin embargo con tal tino que todos ellos resultan apreciables, pues contraresta muy bien sus defectos con sus buenas cualidades, hallándose en todos en tanto mayor grado cuanto más notables eran sus imperfecciones ó defectos. Otra obra suya, los *Discours sur l' usage de l' Histoire*, es muy buena en el fondo, pues está llena de preciosas reflexiones, y la doctrina es tanto más importante, cuanto que en su época alucinaban mucho los nombres y se desatendian los hechos, y á desvanecer esta preocupacion es á lo que va encaminada; pero la forma es muy descuidada, conócese al momento que en su viveza extraordinaria no pudo sufrir el corregirla, y así salió ella con algunos defectos en el estilo que la hacen ménos apreciable de lo que en realidad es, pues merece en verdad atencion, porque tambien está muy bien sentida. Su novela *D. Cárlos* es enteramente caballeresca, y en ella luce su destreza en manejar la crítica, toda vez que por ella misma pone en ridículo el género en que escribe, y áun en duda las muchas hazañas que á determinadas personas se atribuyen con exageracion, y que la crítica no rechaza directamente, si bien no consiente en ellas. *La Vie de Jesu-Christe*, que imprimió en París, año de 1689, es una de sus mejores obras, allí luce sus conocimientos como teólogo, haciendo ostentacion de su saber en todos los ramos de esta ciencia divina, pues que tan pronto se le encuentra muy hábil en la escolástica y manejando los Santos Padres y los demás criterios de verdad en la ciencia, como versado en la mística y dando á los diversos pasajes de la vida del Salvador esa aplicacion práctica á las necesidades del espíritu que es necesario comprender bien para hacerlas sentir de la manera que las hace sentir el abate Saint-Real. En el género puramente literario, escribió un *Traité de la Critique*, que reune todas las apetecidas condiciones, y una *Traduction des Lettres de Ciceron á Aticus*, que reune lo que en poquísimas traducciones se encuentra, y es una rigorosa exactitud no solo en el sentido, sino áun en las palabras de la lengua primitiva, es decir, la latina, y una hermosura y correccion perfectísima en la version, ó sea en el francés, para lo cual es á la verdad necesario que empleára mucho estudio y no poco tiempo, toda vez que sabemos la poca armonía que hay entre estas dos lenguas latina y francesa, cuya discordancia aumenta por consiguiente el mérito y el trabajo de una obra tan acabada como la del abate Saint-Real. Otra cosa notable por su oportunidad, por su estilo y por sus formas, fué el *Discours sur la valeur*, que dedicó en 1688 al elector de Baviera, y que tiene de particular el

que allí indica con mucha delicadeza y con muy buen modo todas las condiciones que ha de llenar el que deba ocupar el importante puesto de jefe de una nacion. Preséntase al considerar los importantes trabajos de Saint-Real esta reflexion; pues un hombre que tanto hubiese valido en cualquier estado á que se hubiera dedicado, y que hubiese podido brillar como eclesiástico si hubiese ascendido á las órdenes sagradas, ó como político, si por este rumbo hubiera girado, ¿cómo pudo estar arrinconado y sin un carácter que lo hiciese visible; cómo pudo ser tan oscuro en su época que no se aprovechase ella de su gran valía? Este es uno de los sucesos que no se explican y que sin embargo no dejan de ser frecuentes; las épocas no aprecian á sus hombres, y cuando ellos dejaron de existir y sus obras dan idea de lo que eran, entónces es cuando su patria siente su pérdida, pero con un sentimiento que no puede ménos de ser estéril, y entónces querrian que volviese á comenzar su existencia para aprovecharse de los beneficios que podria reportarles como sucedió en la época del esclarecido escritor el abate César Vichard de Saint-Real, que fué honrado despues de muerto, y en vida pasó desapercibido.—G. R.

REAL (Tomás), presbitero. Este doctísimo sacerdote fué natural de la ciudad de Valencia, y obtuvo un beneficio en la santa iglesia metropolitana de la misma poblacion. Estudió en su célebre universidad, donde se graduó de doctor en sagrada teología, y desempeñó en la propia universidad una cátedra de la facultad antedicha con tanto acierto como aprovechamiento de sus discípulos. Un sabio escritor de su tiempo, Pedro Anton Beuter, le llama *Doctor gravis, omnis censura maturus*. Débesele la publicacion de la obra *Phantalia de Agnesio*, que se conservaba manuscrita en la biblioteca de la catedral, que él descubrió y dió á conocer, y la de otro manuscrito del mismo Agnesio, titulado: *Apologeticum panegyricum in laudem divi Hieronimi*, cuyo opúsculo imprimió á su costa Real en el año 1550. En la portada de esta obrita estampó su nombre, latinizándole segun costumbre de aquel tiempo en esta forma: *Thomas Regius*; por lo cual algunos biógrafos han asegurado que su apellido era Rey. Fué varon de tan reconocida virtud y poseyó tanta gracia celestial para convencer y persuadir á los pecadores endurecidos, que el santo arzobispo de Valencia Tomás de Villanueva, le nombró su consultor, valiéndose de él en infinitas ocasiones, y le cometió el desempeño de algunos árduos negocios de aquellos en que el santo se ocupaba. No consta á punto fijo el año en que ocurrió su fallecimiento; pero se supone que fuese en el último tercio del siglo XVI. Hé aquí los títulos de las obras que ha dejado escritas: *De virtutibus, gaudiis et doloribus Deiparæ Virginis Mariæ ab illus panegyricus;* Valencia, 1555, un tomo en 8.°—Segun dice en la dedicatoria de este libro

le compuso con motivo de optar á un premio ofrecido por la ciudad al que escribiese mejor sobre el asunto de que trata. Dedicósele al cardenal Don Erardo de la Marca, arzobispo de la santa iglesia de Valencia. — *De Conceptione Beatæ ac integerrimæ Virginis Mariæ*. Pedro Morla Escuerdo, en su obra manuscrita titulada *Ingenios Valencianos*, alaba mucho esta obra y aunque dice que se imprimió, no consta dónde ni cuándo. — *Doctrina confesional;* Valencia, año 1556, un tomo en 8.°—M. B.

REAL DE LA CRUZ (Fr. Martin), dominico español y misionero. Ignóranse las principales circunstancias de su vida, sabiéndose únicamente que siendo muy jóven todavía tomó el hábito de los PP. Predicadores en el convento de Sta. Cruz de Carboneros, donde hizo sus primeros estudios, y comenzó una carrera que siguió despues no sin gloria y buenos resultados. Real de la Cruz se distinguió en efecto por las dos circunstancias que adornan á todo buen religioso, por sus virtudes y por su celo apostólico en la predicacion de la palabra divina. Dotado de las mejores circunstancias como orador sagrado, hallándose todavía en España, comenzó sus predicaciones consiguiendo el mayor fruto, no solo por la eficacia de su palabra, sino por la de sus ejemplos, pues dechado de santidad, le admiraban sus hermanos y cuantos le conocian, no hallando en él nada que no fuese digno de elogio. Sus superiores quisieron honrarle tambien con diferentes cargos, todos los cuales rehusó por su carácter modesto y humilde y por estar ya por otra parte decidido á pasar á América y consagrarse á la conversion de los indios, tarea á que se habia dedicado su religion juntamente con otras, pero con preferencia á todas ellas, puesto que desde los tiempos de Bartolomé de las Casas, el célebre obispo de Chiapas, se habia constituido en la defensora innata de aquellos desgraciados, á quienes la suerte, ó por mejor decir la desgracia de vivir en unos países abundantes en metales preciosos habia constituido en verdaderos esclavos. Real de la Cruz marchó á América lleno de las ideas de los PP. Dominicos, deseando procurar no solo el espiritual, sino tambien el temporal bienestar de los indios. Con este objeto, llegado á aquellas regiones, comenzó á trabajar en su conversion con un celo y ardor de que hay pocos ejemplos. Los indios que distinguian muy bien á los religiosos de los demás españoles, amaban y veneraban al P. Martin con aquella sencillez de que solo eran capaces sus no corrompidos corazones, y éste les correspondia, defendiéndolos siempre que se presentaba una ocasion, procurando mejorar el mal trato que con frecuencia recibian de sus ávidos compatriotas. En estos trabajos pasó el P. Real de la Cruz una buena parte de su vida, mereciéndose el respeto de unos y otros, y siendo la admiracion de todos. Murió en 1691 en Nueva Segovia en opinion de santidad, dejando algunos manuscritos en los que trata principalmente de la manera de con-

vertir y doctrinar á los indios. Echard cita de este autor tan solo un manuscrito que acaso fuera el anterior, y que dice se componia de *muchos sermones y ejercicios catequísticos y morales*, y el cual se conservaba en el convento en que falleció. — S. B.

REALINO (V. Bernardino). Célebre como literato ántes de ser considerado por su santidad, mereció un distinguido puesto entre los hombres de precoz talento, segun su historiador Mr. Weis. Nació este venerable en Carpi el dia 1.° de Diciembre de 1530, de una familia patricia. Púsosele además del nombre de Bernardino con que fué bautizado, el de Luis, por hallarse á la sazon su padre al servicio de Luis de Gonzaga, apellidado *el Fanfarron*. Estudió el latin y el griego en Carpi y en Módena, y tomó en las lecciones de Grillenzone y de Castelvetro el gusto literario y su aficion á los estudios arqueológicos. A pesar de la ley que prohibia á los súbditos del duque de Ferrara frecuentar las escuelas extranjeras, obtuvo el permiso de continuar sus estudios en Bolonia, y despues que terminó los cursos de lógica y de filosofia, resolvió estudiar medicina. Una señorita, tan virtuosa como bella, á la que celebró en sus versos con el nombre de Cloris, le obligó á cambiar de idea, pues por complacerla estudió jurisprudencia con mucho empeño, si bien no por esto abandonó el cultivo de las letras que fueron sus delicias. A los veinte años de edad publicó un comentario sobre las *Bodas de Tetis y de Peleo*, poema de Cátulo, el cual le dió á conocer ventajosamente entre los sabios, de los que muchos le trataban ya con íntima amistad. El precoz talento de Realino le granjeó el favor del duque de Ferrara; pero un acontecimiento tan desgraciado como imprevisto vino de repente á cambiar su suerte, haciéndole correr la desgracia de su soberano. Muerta su madre, uno de sus parientes le suscitó un injusto proceso, á fin de despojarle de parte de su fortuna. Llevado este asunto ante los tribunales de Ferrara, Realino acudió á la corte para defender su derecho, y allí fué acogido con suma benevolencia por el príncipe de Este, obispo de Ferrara y despues cardenal de la santa Iglesia romana. Como se prolongase mucho la decision del proceso, se decidió someterla á un juez árbitro, y éste, sin tomarse el trabajo de examinar el negocio con la detencion que debia, condenó á Realino sin haber sido oido todavía. Poco despues fué Realino á pasar las vacaciones á Carpi, y encontrando á su juez árbitro, disputó con él con tanto calor, que llegando á encolerizarse, sacó un puñal y le hirió en la cara. Esta violencia, tomado como un desacato á la justicia, no podia quedar impune de modo alguno, y Bernardino fué condenado á que se le cortase la mano derecha y á pagar al propio tiempo doscientas libras de multa. Huyóse Realino de Carpi para sustraerse á la ejecucion de la sentencia, y marchándose á Bolonia, volvió á emprender allí sus estudios de derecho, en cuya

facultad se doctoró el año 1556. En el mismo año obtuvo por recomendacion de su protector el cardenal Madruzi, gobernador del Milanesado, la plaza de podestat, ó sea magistrado de Felizaro, en cuyo puesto se condujo con gran inteligencia y mucha prudencia. Nombrósele poco despues fiscal de Alejandría, y haciéndose su protector el marqués de Pescara, despues de haberle confiado varios empleos, le nombró intendente general de los vastos dominios que poseia en el reino de Nápoles. Llegó esta gracia del marqués, cuando Bernardino se habia decidido á renunciar al mundo para consagrarse á Dios, cuyo designio no tardó en llevar á cabo. Arreglando á este fin todos sus negocios y dando las gracias al de Pescara por la decidida proteccion con que le favorecia, distribuyó entre los pobres cuanto poseia, y quedando tan pobre como deseaba, tomó el hábito de S. Ignacio en 1564, en la casa de los Jesuitas de Nápoles. Concluyendo sus cursos de teología, recibió las órdenes sagradas, y desde entónces se dedicó á la predicacion y á dirigir las almas hácia su Dios con tanto fervor, que ni la edad ni las graves enfermedades que padecia frecuentemente pudieron debilitarle. Su piedad, su dulzura, su paciencia en los dolores, y su caridad para con los pobres, llegaron á granjearle la veneracion pública. En 1574 recibió de sus superiores la órden de establecer un colegio en Leccé, y verificándolo, él solo instruyó durante mucho tiempo á los educandos que llegaban en turbas á ponerse bajo la disciplina de un maestro tan propio para dirigirles en el estudio de las ciencias como en la vida espiritual. Cuarenta y dos años dirigió Realino este colegio con un celo y una paciencia infatigable, y murió en el dia 2 de Julio de 1616 en olor de santidad, á la edad de ochenta y seis años. A peticion de sus hermanos los jesuitas, se emprendieron solemnemente las diligencias para su beatificacion, la cual no ha determinado todavía que sepamos la corte romana. En un acceso de celo religioso, quemó el P. Bernardino todas las obras que escribió en su juventud, y dejó encomendado á sus hermanos destruyesen ó quemasen cuantos manuscritos encontrasen suyos despues de su muerte; pero como afortunadamente no cumpliesen con rigor esta órden, se han conservado de este sabio jesuita las siguientes obras: *In nuptias Pelei et Thetidis Catullianas commentarius; item Adnotationes in varia scriptorum loca*; Bolonia, 1551, en 4.° Las reflexiones de Realino sobre los autores antiguos se insertaron por Gutero en el tomo II de su *Tesauro crítico*. Consérvanse de Realino en la biblioteca del colegio de Leccé, *poesías latinas é italianas* y *muchas colecciones de cartas, tratados de teología* y algunas obras ascéticas. Habia escrito otros muchos opúsculos, como se ve en la biblioteca de la Compañía de Jesus, pág. 116, en la Biblioteca Modenense de Tiraboschi, tomo IV, pág. 523. — Tambien se conservan de él la traduccion latina en prosa de la *Odisea de Homero* y del *Pla-*

tus de Aristófanes; — *Notas sobre Salustio;* — un *Comentario sobre los sonetos de Petrarca y de Bembo;* — un *tratado sobre el libro de Aristóteles*, De somno et vigilià; — *Discursos sobre el matrimonio, y sobre la nada del mundo;* — dos diálogos, el uno *sobre el Honor*, y el otro *sobre la Gramática*; — un tratado de la sabiduría y del poder, con el título *Pallas armata;* — un libro de *Emblemas* á imitacion de los de Alciato; — *Notas sobre las obras de Platon y sobre toda la Biblia;* — un *Comentario sobre las Elegías de Gallus;* — un *Tratado de derecho acerca de los contratos;* y otras varias obrillas de menor importancia. — Muchas vidas del V. Bernardino Realino se han escrito y publicado; pero la mejor, segun Mr. Weis, es la latina del P. Leonardo de Sta. Ana, publicada en 4.° en 1656, si bien Tiraboschi prefiere la del P. Fuligati, que se publicó en italiano en 8.°, en Viterbo el año 1644, la cual fué traducida en latin por Baervoet, que la publicó en 12.°, en Amberes el año de 1645, y fué bien recibida. — C.

REART (D. Onofre). Poquísimas noticias nos da Amat en su *Diccionario de Escritores catalanes* de este prelado, pues que sin decirnos nada acerca de su vida, ni áun la fecha de su nacimiento y muerte, se contenta con una sencillísima nota bibliográfica, que es á la que tenemos que atenernos, no habiendo podido lograr más noticias. Fué Reart, sin duda desde su juventud inclinado á la Iglesia y debió hacer los estudios necesarios para dedicarse á ella, cuando nos dice aquel autor que fué penitenciario canónigo de la santa iglesia catedral de Barcelona. Su conducta en este destino, y su ciencia y virtud no pasarian desapercibidas, cuando se le cuenta en el catálogo de los obispos de Vich, y cuando se sabe que de esta diócesis fué promovido á la silla episcopal de Gerona, en la que le considera Roig en su *Episcopologio Gerundense*, al número 80, como autor de unos *Opúsculos históricos*, de los que nos habla Amat, diciendo que han perecido casi todos. — B. C.

REATE (V. Fr. Antonio del Burgo de), religioso franciscano en el convento de Grecio del valle de Reate, lego de profesion. Fué un religioso de perfeccion elevada, ó para hablar en los términos elocuentes del P. Mariano, religioso de la misma y Seráfica Orden, *fué celador valiente de la pobreza, amante rendido de la obediencia, espejo cristalino de castidad, de encendida caridad y altísima oracion.* Confirmó el Altísimo estas heróicas virtudes con los siguientes milagros. Está el convento ó eremitorio de Grecio en un desierto, donde los inviernos, por la abundancia de nieves, suelen cerrarse los caminos, de modo que con dificultad se rompen; y á esta causa, se procura hacer en el otoño provision de todo lo necesario para la rigorosa estacion del invierno. Pero como en un año de los que allí vivió este siervo de Dios, faltase la provision de pan á los últimos del mes de Diciembre, y los caminos estuviesen naturalmente inaccesibles por las montañas de nieve, que en

aquel invierno, aún más que en otros, habian cargado y se habian aglomerado; el V. Fr. Antonio, viendo el conflicto, hizo oracion á Dios con vivísima fe para que se apiadase y proporcionase el socorro de la presente necesidad; y tuvo tan feliz despacho, que le envió el cielo con un ángel ocho hermosísimos panes, para otros tantos religiosos, que eran entónces todos los moradores del convento. Socorrida la perentoria necesidad presente con estos ocho panes del cielo, comenzó el sol á derretir las nieves con tanta eficacia y rapidez, que en breves dias se desembarazaron los caminos y comenzaron á llover limosnas de pan en el convento, las que enviaban en abundancia todos los pueblos comarcanos en consideracion de la gran necesidad que suponian que habian de padecer los religiosos. Acabó sus dias este siervo de Dios en una venerable ancianidad, y cuyos dias el Señor prolongó prendado de la igualdad en su género de vida siempre santa, observante, recogida, y sobre todo muy virtuosa y contemplativa. Por fin, coronó todas las virtudes con la perseverancia, en el año de 1495. —A. L.

REATE (Fr. Esteban de), religioso dominico, natural de la ciudad que indica su apellido, en Italia, donde tomó el hábito y vivió en el siglo XIII ó XIV, pues unos le suponen muerto en 1262 y otros en 1367. Sus obras, encontradas en un códice de la Biblioteca de Florencia, se hallan mezcladas con las de los PP. Francisco y Arnaldo de Prato, de la misma órden de Predicadores, por lo que se los supone de una misma época y áun se cree que escribieron juntos algunas de sus obras. Las que se atribuyen á Reate son: 1.ª *De Verbo humano;* en fólio, escrita en union de Arnaldo y Francisco de Prato.—2.ª *Istæ sunt quæstiones extractæ de libris sententiarum magistri Choti;* id., id.—3.ª *Quæstio Meltii disputata*, á cuyo título siguen estas palabras: *Prati disputavi istam quæstionem*, de donde deducen algunos que las dos obras anteriores pertenecen al mismo autor.—4.ª *Tractatus de universalibus secundum Fr. Stephanum de Reate, ordinis Prædicatorum Romanæ provinciæ.*—5.ª *Commentaria super veterem autem Aristotelis et super octo libros physicorum ejusdem;* obra que le atribuye Fr. Esteban de Portugal. El P. Echard ha unido á este autor en el mismo artículo con los dos arriba mencionados.—S. B.

REATI (Sor Columba de), religiosa dominica, natural de la ciudad que indica su apellido, situada cerca de Viterbo, á cuarenta millas de Roma. Vió la luz primera en 1467 á 2 de Febrero, llamábase su padre Angelo Antonio y su madre Juana. Desde la infancia comenzó á dar Columba muestras de la grande santidad que con los años se veria en ella, ayunando todos los viernes, no llevando nunca zapatos y haciendo otras penitencias. Apénas contaba la edad de siete años, cuando pidió el hábito de la tercera órden de Sto. Domingo, y no pareciendo conveniente vestírsele en tan tier-

na edad, se contentó con aprender á rezar las horas que dicen las religiosas, empleándose todos los dias en este santo ejercicio. Oyendo en una ocasion á una compañera suya leer la vida de la bienaventurada Sta. Catalina de Sena, renunció desde luego á vestir camisa, llevando en su lugar una túnica de tela áspera y haciendo otros ejercicios de mortificacion. Entre los muchos sucesos que de la infancia de esta religiosa refieren las crónicas, insertamos el siguiente en prueba de sus grandes virtudes y santidad. «Eran sus padres nobles en la ciudad de Reati, pero las mudanzas á que todas las cosas humanas estan sujetas, redujo á una gran pobreza la casa de Angelo Antonio, y las cosas llegaron á estado, que la comida habia de ser trabajando de dia y de noche madre é hija, con que se proveia en la necesidad de la casa. Un dia, entre otros, llena de congoja, dijo: Juana, hija, hoy será forzoso que pasemos el dia con un rigoroso ayuno, haciendo de la necesidad virtud, como dicen, porque en nuestra casa no se halla un solo bocado de pan, ni se descubre traza con que proveer ésta necesidad. Retiróse la santa niña á su aposento, donde tenia un altarito, y puesta de rodillas, suplicó al Señor se sirviese de socorrer á sus padres en aquella ocasion. Dentro de bien poco rato vinieron algunas matronas nobles de Reati, con gran cantidad de pan y dineros, que fueron parte de limosna, y parte paga de los servicios que habian recibido, hilando y tejiendo madre é hija, con que se remedió la presente necesidad.» Apénas contaba doce años cuando su grande hermosura llamó la atencion de un caballero noble y rico, que deseoso de casarse con ella, la pidió á sus padres; alegráronse mucho de su pretension, y sin consultarlo con Columba se decidió el casamiento. Llegó á noticia de ésta, que no pudo ménos de admirarse de la demanda del mozo y de la resolucion de sus padres. Tenia muy presente el voto que habia hecho de no ser esposa sino de nuestro Señor Jesucristo, y así acudió á él en una fervorosa oracion, que en semejantes ocasiones es el mejor medio para los que encuentran cerradas las puertas de los hombres, y así sucedió, dice la crónica «que la noche anterior, habiéndose de celebrar las bodas el dia siguiente, la visitaron dos personas vestidas del hábito de Sto. Domingo, las que la dijeron que se fuese en amaneciendo á la iglesia de Monte Mauro, que se hallaba fuera de la ciudad, donde encontraria una venerable monja que la instruiria en todo lo que debia hacer. En amaneciendo tomó su camino, y llegando á una cruz, vió la monja, la cual la dió cuenta de todo lo que sus padres habian acordado, persuadiéndola que conservase el santo propósito de durar en la entereza que habia prometido, aconsejándola que luego cortase los cabellos sin dejar señal de ellos en la cabeza, y en diciendo esto desapareció la que en hábito de religiosa la habia hablado.» Volvióse á su casa la santa vírgen, y á la hora en que se habian concertado los desposorios, vino el nuevo es-

poso con acompañamiento de la gente noble de aquella ciudad. Pareció en este acto Columba, y dijo á sus padres: «El acuerdo vuestro es que me case con este mancebo, esa es vuestra voluntad, esto lo que habeis prometido, y en que quereis que yo venga, suplicoos que me aguardeis un poco, que al punto daré la vuelta:» llegó á su aposento, y cortóse todos los cabellos, y con ellos en la mano, y ofreciéndolos á sus padres, dijo: «Tomad la pompa del mundo, de que tanto se honran los mundanos, no hagais designios, ni tomeis acuerdo en cosa mia, que consagrada de todo punto a Dios, ningun otro esposo quiero, sino al que lo es de las almas castas: el Señor será mi ayuda y me socorrerá en todas las ocasiones que se ofrecieren contrarias á mis santos propósitos, y conservará los que en mí Su Majestad há puesto.» Y luego dijo las palabras con que la bienaventurada Santa Catalina, mártir, en semejante ocasion, cerró la puerta á los amores de su esposo, calificando solo los de Jesucristo, en cuya aficion y en cuyo trato consiste la verdadera limpieza de las almas. «Pésame mucho, continuó, de que este pobre mancebo, que con tantas veras habia tratado este casamiento, hará la penitencia.» Tuvieron tanta fuerza estas palabras y el espíritu con que la Santa las dijo, que nadie supo replicarla, y partieron llenos de confusion, y en cumplimiento de lo que habia dicho, murió su pretendiente á los muy pocos dias. Su padre, viendo su constancia y recordando los sucesos maravillosos que se habian verificado en lo que llevaba de vida, no quiso oponerse ya á su pretension, sino que la señaló un aposento de su casa, donde pudiese consagrarse á Dios por completo, y la dió tambien licencia para asistir á los oficios y sermones en las iglesias. Sintió mucho su esposa la resolucion de su marido que creia contraria á los intereses de su hija, por exponerla á muchos peligros esta libertad, y sintiéronlo mucho más todavía un tio y hermano suyo, que la hicieron sufrir diferentes persecuciones, llegando al extremo de aguardarla un dia en la calle cuando pasaba al convento de Sto. Domingo, intentando darla de puñaladas, mas evitó el Señor tan grande locura, pues viendo á Columba rodeada de ángeles, mudaron de parecer. Celebraba la sierva de Dios cinco cuaresmas en el discurso del año: la primera desde la fiesta de Todos los Santos hasta el dia del nacimiento de nuestro Señor; la segunda, desde la septuagésima hasta la Pascua de Resurreccion; la tercera, desde las rogativas, que comienzan la semana de la Ascension, hasta la pascua del Espíritu Santo, que se llama en Italia la cuaresma de los Apóstoles; la cuarta, desde la fiesta de la Santísima Trinidad hasta la octava del Santísimo Sacramento; la quinta, desde la fiesta del patriarca Santo Domingo hasta la Asuncion de nuestra Señora. Al principio no comia en todos estos dias más que pan y agua, despues, con el tiempo, dejó el pan y comia solo yerbas ó fruta. Contaba la sierva de

Dios como su principal sustento, el Santísimo Sacramento del altar, comulgando todos los dias, si el confesor la daba licencia, y si no comulgaba espiritualmente, porque no se lo permitia el confesor más que los primeros domingos de cada mes y las fiestas de nuestra Señora. En estos dias recibia el Sacramento de manos de su confesor, el cual obraba con la mayor parsimonia, aunque le era conocida la virtud y santidad de esta pènitente. Sus penitencias eran tan grandes, que seria demasiado prolija su relacion, lo mismo que la de las visiones y consuelos celestiales con que favorecia Dios á su sierva. En una ocasion, dice la crónica, fué un obispo español á la ciudad de Reati, y llegando á la iglesia catedral, preguntó por la santa Columba, de quien estando en su obispado habia tenido por revelacion de Dios particular noticia, y que solo el deseo de verla le habia traido allí. No se hallaba en la iglesia este dia la santa virgen, vino al dia siguiente, y vió el obispo una relumbrante estrella que estaba sobre su cabeza, señal que Dios la dió para que entre muchas otras doncellas conociese lo que tanto deseaba ver. Hablóla el santo prelado en presencia de una tia suya; díjola muy buenas razones, todas á propósito de persuadirla la continuacion de la santa vida que habia comenzado: echóle su bendicion, y dióle una cruz de plata llena de preciosas reliquias, la cual trajo consigo toda la vida; pidió con instancia le favoreciese con sus oraciones, y con esto partió á su país, consoladísimo de haber comunicado con persona de tan gran santidad. Predicaba en aquella sazon en la iglesia de Sto. Domingo de Reati un predicador muy célebre, no solo por su ciencia, sino tambien por su virtud; en uno de sus discursos trató de los muchos santos que habia tenido la religion dominicana, lo que llenó de admiracion y alegria á la beata Columba, que fué con tres jóvenes de su edad á visitar al padre, y le preguntó si habia en otras ciudades de Italia muchas personas santas de su hábito. Comprendió el Padre la sinceridad de las vírgenes del Señor, y las aconsejó que, renunciando el mundo y todo lo que hay en él, hicieran entrega de su corazon á Jesucristo. Pensando en lo que las habia dicho el Padre; regresaron á su casa consultando entre sí cuál seria beata, y resolvieron por último de que Columba era la más á propósito. Con este pensamiento dieron cuenta al religioso de lo que habian acordado entre sí, y que su compañera Columba tomaria el hábito de beata: aprobó el Padre la resolucion, admirado de que una cosa que habia dicho sin objeto, hubiese causado en aquellas jóvenes tan maravilloso efecto. Con esta nueva resolucion mejoró mucho la vida de Columba, y comenzó á comulgar todos los dias de fiesta. Decidió, pues, firmemente tomar el habito de Sto. Domingo, dejando la resolucion para cuando tuviese más edad. Pusiéronla sus padres muchos y grandes obstáculos, y cuando no les bastaban palabras para separarla de su santo propósito, emplearon

las persecuciones y malos tratamientos; pero al fin venció su perseverencia, y con el consentimiento y voluntad de los que hasta entónces tanto se habian opuesto, vistió el hábito en el convento de Dominicos de Reati el domingo de Ramos, cuando contaba diez y nueve años de edad. Con las nuevas obligaciones aumentó los ayunos, oraciones, disciplinas, vigilias y penitencias, deseando mucho distinguirse en obras de caridad, humildad y propio conocimiento. Tenia gran deseo de visitar una imágen de la Vírgen nuestra Señora que se habia descubierto sobre una encina en la ciudad de Viterbo. Era mucho el concurso de gente, por ser muchos los milagros que obraba Dios con el de aquella santa imágen. Comenzó la romería con licencia de sus padres y en compañía de cuatro religiosas de su hábito y de algunos seglares deudos suyos. Llegaron á la ciudad de Narni donde habia precedido á la sierva de Dios su buena fama, tuvo el pueblo deseos de verla, y fué tan grande la concurrencia, que los hospedaron, dice la crónica, como si fueran ángeles, teniendo á muy buena dicha haber conocido persona tan santa. Llegaron á Viterbo, y despues de haberse presentado á dar la obediencia á los Padres que tenia allí la Orden, se apresuraron á visitar la santa imágen, verificándose en su presencia un célebre milagro, que aumentó tanto la fama de la sierva de Dios, que intentaron los de la ciudad no saliese de ella; mas siendo notorio estos propósitos á Columba, abandonó á Viterbo secretamente, teniendo que hacer lo mismo en Narni y en otras ciudades del camino, en que se verificaron gran número de prodigios. Desde su patria Reati fué trasladada á Perosa, donde terminó sus dias; mas esta traslacion se verificó tambien de una manera bastante extraña, que ha contado la misma Columba, y de que referiremos algunas cosas. «No pareciendo la vírgen, anduvo la madre por toda la casa sin poder descubrirla; llegó á su aposentillo ú oratorio, hallóle cerrado; y aunque dió muchos golpes, nadie la respondia; determinó quitar unas tablas y entrar. No halló la hija, sino sus hábitos puestos en forma de cruz sobre el suelo. Con el sentimiento y lágrimas que de caso tan extraordinario se puede pensar de la que era madre suya, hizo público el suceso en toda la casa, y luego se partió á dar cuenta al confesor de la virgen. De todo se tuvo nueva en la ciudad, y los discursos de tan particular novedad eran diferentísimos. Unos decian que el espíritu del Señor la habia arrebatado por los aires y llevádola á una ermita, donde en lo más alto de los montes de la ciudad de Espoleto habia un ermitaño santo, y que despues de haber pasado algunos razonamientos del cielo, se partieron á Espoleto; pero la verdad fué que quiso la sierva de Dios visitar al Mtro. Fr. Sebastian de Perosa, religioso de su Orden, hombre de grandes letras y de mucha virtud, lo que refiere Columba de la siguiente manera. «Hallándome en oracion en mi celdilla, sin saber dar razon

del cómo, me hallé desnuda de los hábitos de la Orden; vistiéronme otros preciosos, y sin poder decir como fué, me vi fuera de las puertas de la casa de mi padre y de la ciudad. Solo de esto tengo noticia que hallándome cerca de una aldea, encontró conmigo un hombre, que con pensamiento de apiadarme, me llevó á una casa, donde habia cantidad de gente perdida. Fué Dios servido que de tan ruin compañía no recibiese daño, aunque las persecuciones fueron muchas. Entre los que allí se hallaron hubo uno que, movido con las razones que yo habia dicho, dando principio á una nueva vida, me acompañó hasta la ciudad de Fullino, donde en compañía de algunas honestas mujeres alojé, cosa de diez y ocho dias, con las religiosas de Santa Clara, de quien recibí mucha caridad y encontré cambio del regalo y cortesía que me hicieron; en los pocos dias que estuve en su compañía fué Dios servido que tomaron resolucion en comenzar nueva manera de vivir, alzando mano de algunas cosillas que no eran á propósito de la perfeccion de su estado. Detúveme poco en compañía de estas Madres, porque llegando á noticia del prelado de Sto. Domingo mi llegada, mandó que me fuese al convento de religiosas de la Orden, y así en compañía de otras matronas partí al dicho monasterio, que se llama nuestra Señora del Populo. Pocos dias despues vinieron en busca mia Angelo Antonio, mi padre, el subprior del convento de Sto. Domingo de Reati, y un sobrino mio, religioso de esta Orden, en compañía de los cuales y de una matrona honrada, secretamente tomé el camino de Perosa. Antes de llegar á la ciudad visité el monasterio de Sta. María de los Angeles, fuera de las puertas de la ciudad de Asís, donde está el cuerpo del bienaventurado S. Francisco, casa que con grandes milagros la honró en vida y en muerte el Seráfico Padre. Llegada que fuí á Perosa, fuí recibida con mucha cortesía y aplauso, siendo general el contento de todos.»

Esta es la relacion que dió la sierva de Dios del principio y fin de tan extraordinario viaje, que dió por resultado el que abandonase su patria, sin que todas las diligencias que hicieron los de Reati para que viviese en su compañía tuviesen resultado alguno, porque el Señor, que la sacó de allí, quiso que acabase su vida en Perosa, contribuyendo á esto el cuidado que habia en la ciudad para que no faltase de ella la Santa. Con intento de poner fin á toda clase de rezelos, se edificó un monasterio á expensas de la ciudad, donde se retiró la Santa con algunas doncellas y pasó el resto de su vida en las más ásperas penitencias, conservando el hábito de Sto. Domingo que habia recibido. El dia de la pascua de Pentecostés de 1490 hizo profesion sor Columba, teniendo la edad de veintiun años. No tardó en ser imitado su ejemplo por muchas jóvenes y mancebos, siendo la ciudad de Perosa una de las más célebres en la historia de la órden de Santo Domingo. El cronista Lopez da algunas noticias del hábito que vestia esta

beata, las que insertamos por la curiosidad que siempre produce este género de antigüedades. «Llevaba una túnica ó saya blanca y un manto negro sobre la cabeza; y aunque las obligaciones de las religiosas que profesan la tercera regla no son tan estrechas como las de las monjas, con todo eso traia una túnica de lana y debajo de ella un silicio y una cinta de hierro.» Murió por este tiempo su padre, y su madre con el ejemplo de su hija tomó el hábito de la Penitencia de Santo Domingo. El año 1494 asoló una cruel peste á la ciudad de Perosa y todo su territorio, y Columba aconsejó á aquellos habitantes acudiesen á la intercesion del bienaventurado Sto. Domingo y de Sta. Catalina de Sena, ayudando con sus oraciones al remedio en aquella necesidad, con lo que la enfermedad terminó en breve. Entre las cualidades de esta sierva de Dios se dice que jamás hablaba con ninguna persona seglar, sino en presencia de su confesor ó de alguna madre anciana de la comunidad; vivia siempre con el mayor cuidado, procurando que no se encontrase en ella cosa que pudiera servir de mal ejemplo. Su conversacion era sincera y pura, pero llena de espíritu y devocion; no era inclinada ni se dejaba llevar de la ambicion. Cuando la daban algo, lo recibia ó repartia con los pobres y enfermos; si la regalaban algun hábito, lo vestia una vez ó dos para cumplir con la persona que le habia hecho la limosna, y luego se lo daba á otra religiosa que tuviera más necesidad de él. Corregia con mucha dulzura las faltas de las personas que se hallaban bajo su direccion, creyendo que el mayor rigor y aspereza son causa de mayores pecados en los súbditos. «Son siempre muy diferentes, dice la crónica, los pareceres que de la virtud y de los virtuosos tienen los hombres; no todos justificaban las acciones y obras de las siervas de Dios, y algunos que con más libertad se arrojaban, sin acordarse que la caridad no piensa mal, dieron cuenta en Roma de algunas cosas de Sor Columba. Comenzaron á llover mandatos y descomuniones, y entre las cosas que se le ordenaron fué una que no pudiese hablar con religioso de su Orden, si no es señalándole uno simple, ignorante, que llamaban de santa rusticidad, como si persona tal pudiera ser á propósito de encaminarla, desengañarla y enseñarla las cosas que fuesen á propósito de vivir santamente.» En estas persecuciones ponia la sierva de Dios todas sus esperanzas en la divina misericordia, poniendo en sus manos su causa y su inocencia. Salieron ciertos los pensamientos, porque al poco tiempo cesaron las borrascas, no quedando sin castigo los inventores de tan perjudiciales calumnias. Padeció la sierva de Dios grandes y frecuentes enfermedades, todas las cuales sufrió con la mayor paciencia, sin abandonar por esto sus ejercicios y prácticas piadosas. Oia la palabra de Dios con grande devocion; como si fuera sustento corporal el que mantenia y regalaba su alma, oyendo el sermon no sentia gana de comer. Tuvo revelacion del dia de su muerte,

apareciéndosela el glorioso patriarca Sto. Domingo. Todo el resto de su vida le empleó en prepararse para su eterno viaje, renovando y mejorando sus santos ejercicios, procurando no hablar nunca, y excusándose hasta de las pláticas espirituales con su confesor. Su vida en el monasterio era como si estuviese en los desiertos de Egipto, y como si viviera allí, hacia rigurosas penitencias, á imitacion de las de los santos ermitaños. Desde el dia de septuagésima hasta el de su muerte no tomó alimento alguno, aunque sí comulgó con frecuencia. Antes de caer en cama pidió perdon á los principales Padres del convento de Sto. Domingo de todo en lo que pudiera haberles ofendido; despues hizo una plática en la iglesia á las personas que la trataban con más frecuencia, y por último, dirigió su palabra á las religiosas, exhortándolas en su santo capítulo á la observancia de la Orden, á la virtud y buenas costumbres. Terminado el capítulo se postró la Santa en tierra, y pidió perdon á las religiosas, abrazándolas y dándolas paz. Admiradas de esto, la preguntaron la causa, á que contestó: *Hago esto ahora que estoy sana, que no sé si el tiempo ofrecerá ocasion á propósito de hacer esta diligencia.* Teniendo que predicar su confesor por aquellos dias en la catedral de Perosa, quiso manifestar su sermon á la sierva de Dios, la que le consoló y animó al cumplimiento de la santa obediencia, ofreciéndole al mismo tiempo el socorro de sus oraciones; y aunque sabia la falta que le habia de hacer su ausencia, cuando tan necesaria es la ayuda del confesor, el deseo del bien público la hizo muy llevadera la falta del Padre, que por su parte obtuvo grande fruto con sus sermones en aquella cuaresma. Fué inviolable el silencio que guardó sor Columba desde la septuagésima hasta la pascua. Mandóla el confesor que para consuelo de muchas personas espirituales, amigas suyas, las hablase, pues deseaban verla ántes de su partida. Llegó, por último, el término de su vida despues de una larga enfermedad, y habiendo recibido los santos sacramentos, falleció el 20 de Mayo de 1501, á la edad de treinta y tres años. Despues de haber lavado su cuerpo, que encontraron todo lleno de llagas y heridas, le vistieron las religiosas el hábito de la Orden, poniéndole en las manos una cruz y un ramo de azucenas y en la cabeza un ramo de flores. Llevaronla á enterrar las personas más principales de Perosa debajo de un rico palio á la iglesia de Sto. Domingo, donde permaneció expuesto durante cuatro dias, por no habérsele podido dar tierra á consecuencia del grande concurso que acudió á visitarle, teniéndose por dichoso el que podia tocar una de sus manos ó pies, llevándose como reliquias las cosas que adornaban el cadáver. Su rostro, más que de mujer parecia de ángel, conservando sus naturales colores; de su cuerpo exhalaba un suavísimo perfume. Despues de algunos dias la pusieron en una caja de madera con la cruz en la mano, un rosario al cuello y algunas azucenas; la dieron

tierra debajo del altar de la bienaventurada Sta. Catalina, habiéndose aparecido á diferentes religiosas, que testificaron su gloria. Leandro Alberto fué el primero que escribió la vida de esta religiosa, á quien han seguido despues otros muchos autores, llamándola unos Santa, otros Beata, y otros, por último, Venerable.—S. B.

REATINO (Pablo), lector de la provincia Romana y predicador general. Comentó la obra titulada *Commentaria in Cantica*, que se atribuia á Escoto, y que por sentencia definitiva se declaró de Tomás Cisterciense. Se dieron á luz en Roma en la imprenta de Esteban Caballi, en 1666, en fólio. Al frente se encuentran unos versos sobre la materia de los cánticos de Salomon, que principian: *Illa sacris Solymi Regis celebrata camœnis.* M. N. y S.

REATRIO (S.) Entraron los vándalos en Africa asolando todo y persiguiendo á los católicos, asesinando á los que no querian prestar adoracion á sus horribles monstruosidades, de suerte que hicieron muchas víctimas que prefirieron la corona del martirio á doblar la rodilla á los impíos sectarios de Arrio. Entre los muchos mártires de Africa de que nos dan razon los Martirologios en la época expresada, encontramos á S. Reatrio, del que solo nos dicen que padeció martirio por defender la fe de Jesucristo ante aquellos monstruos, en compañía de los santos Dativo, Vicente y otros veintisiete compañeros. La Iglesia los recuerda el dia 27 de Enero.—C.

REAVILLE (De), protestante convertido en Noviembre de 1679 por Le Camus, obispo de Grenoble, que habia sacado ya á su hermano Mr. Dallier de los errores en que se hallaba su familia hacia un siglo. Mr. de Reaville no solo era receptor general del Delfinado, sino tambien de la cámara de rentas del rey, y reconocido por S. M. y todos los ministros como hombre de talento y á próposito para los negocios. Hace más de cien años que habia regidores en su familia, que originaria de Tolosa, ha pasado á Montauban, donde ha ocupado siempre un rango muy notable.—S. B.

REAZE (Fr. Domingo de), religioso capuchino de la provincia de Rhegio, ilustre en virtudes y favorecido de Dios con muchos portentos y milagros. Obedeciendo á la vocacion que le llevó al instituto franciscano y hecha su solemne profesion, pasó algunos años con bastante tibieza sin hacerse cargo de las obligaciones que le inclinaban á ser fervoroso, pero aterrado de la muerte repentina que asaltó á un compañero suyo en un viaje que hicieron juntos, cambió de tal modo su ánimo, que asistido de la divina gracia comenzó un nuevo género de vida tan austera y penitente, que no pudiendo imitarla los religiosos se contentaban con admirarla. Para satisfacer su anterior tibieza con penitencias rigurosas, y ganar el tiempo perdido, dejó las sandalias permitidas por la regla de la Orden andando á pie desnudo,

entre nieves y hielos, lo mismo que entre espinas y piedras, todo el resto de su vida. Dejó tambien la túnica interior y manto, contentándose áun en lo más riguroso del invierno, con un hábito sencillo, viejo y roto, que le servia más bien para cubrir un áspero silicio que llevaba á manera de túnica y le llegaba hasta las rodillas, que para cubrir su cuerpo de las inclemencias del frio. Su cama consistia solo en una tabla, reclinando la cabeza en una piedra, la que le servia más bien para penitencia que para reposo de sus fatigas. No tomaba de alimento nada cocido, sino únicamente pan duro y agua y algunas verduras crudas todo el año, excepto en los dias festivos y solemnes, y aún no todas sino muy raras veces. No hacia nada de esto sin licencia de sus prelados, mirándole todos como milagroso modelo de austeridad. Era tan asiduo en la oracion, que teniendo presentes las palabras del Señor, siempre estuvo orando sin descansar en este ejercicio, pues así en la celda como en la huerta, y durante otras ocupaciones, conservaba tan vivamente la presencia de Dios y la veneraba con tanta atencion en todo tiempo y lugar, ya con ardientes suspiros, ya con frecuentes jaculatorias, y con tan dulce suavidad fijaba sus ojos en el cielo, que deshecho su corazon en copiosas lágrimas parecia no comerciar en el mundo, sino con los santos en la gloria. Terminados los maitines se quedaba en la iglesia, consagrando el resto á la oracion arrodillado ante el altar mayor. El constante objeto de su oracion y meditacion eran los misterios de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, en que se conmovia su ánimo y derramaban sus ojos tiernas y abundantes lágrimas procedentes de su grande dolor y sentimiento, y las que vertia no solo con los ojos del alma, sino tambien con los del cuerpo, acompañando así á su crucificado dueño en los tormentos de su pasion. En estos ejercicios y vida tan celestial obtuvo tan buena fama, que no vacilaron sus prelados en concederle licencia para comulgar todos los dias, áun cuando estuviese fuera del convento, siendo tanta la humildad, fervor de espíritu y compuncion con que se acercaba á recibir el pan de los ángeles, que parecia desnudarse del ser humano y transformarse en un abrasado serafin, segun notaban cuantos le veian. Aunque su alimento consistia, segun hemos dicho, en un poco de pan del más duro y negro y solo agua, siempre sin embargo que le mandaban su prelado ó confesor que comiese otra cosa, lo ejecutaba con alegría y prontitud, estando tan decidido en esta obediencia que ni examinaba las causas ó motivos del precepto, ni esperaba para obedecer á que le repitiesen el mandato, pues á la menor insinuacion ejecutaba lo que queria el superior, no deseando otra cosa más que adivinar su gusto para que quedase servido en el acto. A esta sumision á la voluntad de sus prelados acompañaba una completa indiferencia é igualdad en todo, fuese ó no difícil, áspero ó adverso.

No faltó quien intentase probarle con peligrosos y repentinos exámenes, mas quedaron todos desengañados y acrisolado el concepto que se habia formado de su perfeccion, viendo que se manifestaba constantemente como si careciese de pasiones, ó como si se hubiese desnudado de todo movimiento de ira; mas no dejó por esto de manifestar ardoroso celo por la honra y gloria de Dios, siempre que creia ser conveniente y necesario. Sabiendo que la profunda humildad, que se afianza en Dios, es la que mejor vence las astucias y fraudulentas artes de los espíritus soberbios y lascivos, procuraba obtener esta virtud á toda costa, y asi creyéndose indigno de que le llamasen religioso, solo queria y se gloriaba de que le llamasen el criado más ínfimo de la casa, y el miembro más inútil de la familia; llegando el caso de cometer públicamente grandes torpezas para que se le impusieran penitencias y castigos que sufria con el mayor placer; llegando á ser conocido por uno de aquellos que se fingen necios por Jesucristo, con lo que llegó el siervo de Dios á obtener tal fama de santidad dentro y fuera de la religion, que convirtió con su ejemplo á muchos pecadores, que andaban extraviados de los caminos del Evangelio, animándolos con sus exhortaciones á que siguiesen el verdadero camino de la salvacion. De estos casos menciona dos la crónica, que referiremos con sus propias palabras. «Entre los muchos que redujo del estado de la culpa al de la gracia, fué un vecino de Cutronio, que abandonada su propia mujer por los torpes deleites de una manceba, vivia en el infeliz estado de un escandaloso adulterio, sin que bastasen los consejos, ruegos y exhortaciones de los amigos, parientes, ni otros hombres piadosos y espirituales, á romper las cadenas de aquella inveterada costumbre y ocasion. Supo Fr. Domingo el caso, y lleno de espíritu de Dios fué á buscar al agresor de tanta culpa, al cual habló con tanto imperio, fervor y eficacia, que mediante la gracia del Señor, le mudó repentinamente en otro hombre, poniendo fin á las torpezas, venganzas y desafueros en que estaba. A un pastor rudo y agreste, mucho más por las blasfemias sacrílegas con que horrorizaba á cuantos le oian, que por el oficio de guardar el ganado en la rústica campaña, reconvino el siervo de Dios con una dulce exhortacion, y fué bastante para que detestase aquel infame vicio y prometiese nunca más volver á él. Procuraba el demonio con astucia y arte, ponerle en lances tales, que olvidado de su promesa volviese á la antigua costumbre de blasfemar; pero el pastor estaba siempre más firme en su propósito. Un dia estando á la mesa con su familia, le dijeron que habia caido muerto el mejor buey que tenia en el arado. Todos los que allí estaban, creyeron que con este repentino aviso y melancólico suceso, comenzase á blasfemar de Dios y de sus santos; pero no fué asi, ántes bien reprimiendo sus pasiones, sin mostrar queja ni turbacion alguna, tomó el

cuchillo para ir á desollar al buey. Llegó al sitio donde estaba, y comenzando á ejecutar, apénas hizo el amago de querer quitar la piel, al mismo tiempo se levantó el buey bueno y sano, quedando el pastor admirado y confuso del suceso, y luego que se publicó, conocieron todos que habia sido invencion del diablo, para que faltase aquel hombre al propósito concebido; por lo cual el buen pastor se ratificó mucho más en la palabra dada, y observó el propósito antecedente toda su vida.» Pero ya se acercaba el último dia, en que abrasado del divino amor habia de terminar su carrera el que se distinguió siempre tanto por su constancia en el servicio de Dios y del prójimo. Asolaba aquel año á la ciudad de Croton una horrible peste, y el siervo de Dios viendo una ocasion propicia para manifestar los tesoros de caridad que tenia ocultos en su seno, quiso acudir al remedio de todos los necesitados, no solo visitándolos y consolándolos en sus dolores, sino buscándoles el alimento y medicinas, administrándoselas por su mano, haciéndoles las camas y ejercitando con ellos otros oficios de piedad y caridad. Tan asiduos trabajos en un natural debilitado por las fatigas, no tardaron en acarrear la muerte á Fr. Domingo, pues cayó enfermo atacado de la epidemia reinante y estuvo quince dias sin tomar alimento alguno más que un poco de agua destilada. Cuanto más se acercaba su último momento, eran más y mayores las señales y ejemplos de paciencia y caridad que daba á todos, hasta que recibidos los santos sacramentos de la Iglesia, acabó su vida con la muerte de los justos. Trasladado su cadáver al templo para hacerle las exequias acostumbradas, fué innumerable el concurso de gente que acudió al convento, aclamándole todos por varon justo, religioso y santo, procurando llevar á su casa alguna parte del hábito, cuerda ó cualquiera otra cosa á que hubiera llegado el contacto de sus manos. No se hallaba aún terminada la bóveda que se estaba edificando en aquel monasterio para sepultura comun de los religiosos, y así fué enterrado en el cuerpo de la iglesia, con grande alegría de los seglares, pues de este modo pudieron llevarse á su casa mucha tierra de su sepulcro, con la que implorando los méritos del siervo de Dios, consiguieron que se obrasen muchos milagros, y segun la crónica se obran cada dia, hallándose esta devocion en todo su vigor y fuerza.—S. B.

REB-MAG, uno de los generales del ejército de Nabucodonosor, que asistió con Nabazurdam á la toma de Jerusalen. *Reb-Mag*, segun Calmet, significa el *Jefe de los Magos*.—S. B.

REBBIUS (Nicolás). Nació este eclesiástico en Ath del Haynault el 10 de Octubre de 1565, y dedicado á la carrera de la Iglesia, fué doctor en Teología, protonotario de la Santa Sede, y canónigo teologal de S. Pedro en Lila. Vivió en los siglos XVI y XVII. Hizo imprimir dos discursos panegíricos en

latin, el uno sobre la Anunciacion de nuestra Señora, y el otro sobre la Concepcion inmaculada de la Vírgen María. Estos dos discursos los pronunció en Lila, y se imprimieron en 4.°, en Bruselas, en 1598. Además dejó las siguientes obras: *De homicidio*; en dos libros, Bruselas, 1612, en 4.° *Tractatus de utilitate lecturæ theologiæ in ecclesiis metropolitanis, cathedralibus, collegiatis et regularibus; de prebendæ theologalis primæva fundatione et origine*; Douai, 1611, en 4.°— *De dignitatibus et officiis ecclesiasticis;* Douai, 1612, en 4.° De cuyas obras da noticia á la pág. 918 del tomo II Valerio Andrés en su *Biblioteca Belga* impresa en 1739.—C.

REBDORF (Enrique). Este religioso, apellidado tambien Rebdorsiensis, vivia en el siglo XIV segun Vosio en sus *Historiadores latinos*. Compuso dos Anales, que comprendian la historia de los emperadores Adolfo, Alberto, Federico III, Luis de Baviera y Cárlos IV, desde el año 1295 á 1362, cuya obra publicó Frecher.—C.

REBÉ ó Reb, uno de los príncipes de los madianitas, que fueron muertos en la guerra que les declaró Moisés de órden del Señor, y les hizo Phineas, hijo del gran sacerdote Eleazar, en castigo del crímen que habian hecho cometer á los israelitas, cuando enviaron sus mujeres á su campo para invitarlos á las fiestas de Phegor.—S. B.

REBÉ (Claudio de). Fué este prelado el octavo hijo de Claudio Rebé, señor de Rebé, y de Juana de Meysé. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica, fué canónigo y conde de Lyon, chantre de la misma iglesia, y en 1622 se le hizo arzobispo de Narbona. Despues de haber restablecido y engrandecido las iglesias de su diócesis, fundó en Narbona un colegio de teología, y otro en Limaux cuyo gobierno y direccion confió á los Padres de la Doctrina cristiana. Llamó despues á las hijas de Nuestra Señora, á las que dotó y alojó con comodidad, confiándolas el cuidado y enseñanza de las niñas pobres, y fundó el hospicio de la caridad para albergar á los mendigos. Fué tan bien considerado del rey, que llamándole á su lado le condecoró con la gran cruz de la órden del Espíritu Santo, y por su virtud y carácter no solo se granjeó el aprecio de los pueblos de su diócesis, si que tambien el de todas las órdenes de la provincia de Langüedoc. Murió el 16 de Marzo de 1659, á los setenta y dos años de edad. Tuvo este prelado un hermano mayor llamado Zacarías, que fué señor de Rebé, baron de Amplepui, el que fué ahogado en 1610 en el rio Loira, dejando de su esposa Isabel Papillon, hija de Nicolás, baron de Riau en el Borbonés, y de Catalina de Bonifacio, los hijos siguientes: Filiberto, que le sucedió; Francisco, canónigo y conde de Lyon, chantre y arcediano de la misma iglesia; y Claudio de Rebé, religioso de la abadía de Fougdien; Filiberto, señor de Rebé, baron de Amplepuis, y coronel de un regimiento, sirvió como voluntario en el sitio de la Rochela,

y en Italia á las órdenes de la Force y de Grancei, y murió en Setiembre de 1657. Estuvo casado con María de Alban, hija de Francisco, señor de Chazenil, y de Antoñeta de Bigni, que murió sin sucesion; y despues con Diana de Apchon, hija del marqués de S. Andrés, de la que tuvo un hijo llamado Claudio, señor de Rebé, marqués de Argués, y al cual su tio paterno el arzobispo de Narbona, que murió ciego, nombró heredero. Estuvo casado con Juana de Albret, hija de Enrique, baron de Miosens, conde de Marennes, y de Ana Pardaillan, de la que tuvo por hijo á Claudio Jacinto de Rebé, marqués de Argués, coronel del regimiento de Piamonte, brigadier de los ejércitos del rey, lugarteniente de S. M. en la provincia del Rosellon, que murió en Namur á los treinta y seis años de edad el 4 de Agosto de 1693, de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Nerwinde el 29 de Julio anterior. Dejó de su esposa María Teresa de Pons de Quimera, hija única de José, baron de Monclat, caballeros de las órdenes del Rey, y lugarteniente general de sus ejércitos, á María Josefa de Rebé, casada el 30 de Mayo de 1707 con Leonoro del Maine, marqués de Bourg, maestre de campo del regimiento real de caballería, y brigadier de ejército. Segun todo consta de las pruebas de nobleza que publicó Lelaboreur con relacion á la abadía de la isla de Barbe.—C.

REBECA. Cuando Abrahan dejó la Caldea para refugiarse sobre la fe de la palabra divina, hácia aquellos países que tomaron despues el nombre de Judea, y en donde su linaje debia multiplicarse como las estrellas del firmamento y las arenas del mar, llevó consigo sus más próximos parientes. Tharé su viejo padre, su mujer Sarai, su hermano Nachor y Loth, sobrino suyo, le sobrevivieron. Despues por algun motivo que se ignora, permanecieron por largo tiempo en la ciudad de Haran en la Mesopotamia, en donde murió Tharé, y Nachor fijó su domicilio. Abrahan continuó su ruta, llegó la valle que lamen las aguas del Jordan, entre el lago Tiberiades y la mar Muerta; y más tarde adelantóse hácia la parte del Mediodía, como si hubiese querido pasar á Egipto. Y todas aquellas regiones estaban habitadas por los cananeos, pueblos idólatras y corrompidos. La numerosa posteridad de Nachor fué perpetuándose en medio de aquellas razas turbulentas y aguerridas que, expulsadas la una por la otra, pero coronadas siempre de la gloria de los combates, pasaron sucesivamente á las llanuras de la Caldea, y que por largo tiempo dieron las leyes al Asia entera. Los rastros de su existencia y de su nombre hubieran desaparecido sepultados bajo las huellas de tantos hombres y el polvo de tantos siglos, si la Escritura consagrándoles un recuerdo en sus páginas inmortales, no los hubiese escudado, como á tantos otros, contra el tiempo y el olvido. Nachor tuvo, pues, muchos hijos: uno de ellos fué padre de Rebeca, saludado con el nombre de su abuela

por todos los judios; raíz ilustre y fecunda, cuyos multiplicados vástagos se hallan esparcidos en el dia por toda la faz de la tierra, y ocupan su lugar bajo el cielo de todas las naciones. Nada de preciso se sabe acerca de la primera juventud de Rebeca. La vida pastoral era tenida en grande estima y honor en su familia, como en la familia de todos los patriarcas bajo el terso y brillante cielo de las regiones orientales. Todas las condiciones indistintamente eran entónces laboriosas, y si los criados servian á sus amos, era para ayudarles en eltra bajo, no para dispensarles de trabajar. El pastoreo y la agricultura fué la sencilla é inocente ocupacion de aquellas nobles familias que vemos ya establecidas en el orígen de todos los pueblos, así como la caza era más propia de pueblos más ligeros y errantes. Los frutos de la tierra y las reses de ganado formaban la riqueza de aquellos respetables hacendados jefes de numerosas familias, que como reyes pacíficos gobernaban su tribu con el cetro suave de la paternidad. En las grandes revueltas que ha sufrido el mundo, apénas ha quedado entre nosotros vestigio de estos respetables y virtuosos propietarios, que vivian felices y hacian dichosos á cuantos habitaban á su derredor, esparciendo en torno de sí, como astros benéficos, rayos apacibles de abundancia y de paz. A esta vida afortunada sucedió tras largos siglos en nuestros países de Europa el sombrío y opresor feudalismo, en que el Señor hacia sentir á sus vasallos pegados á la tierra todo el peso de su poder; y posteriormente los grandes potentados, huyendo del hogar nativo como de un punto de inaccion, han ido por lo comun á sepultar en las córtes y en las grandes ciudades una existencia desastrosa, á saciar sus pasiones ardientes, á sufrir humillaciones vergonzosas, y á devorar con sus vicios inmensas fortunas. Rebeca, pues, debió participar sin duda de las ocupaciones propias de su edad y de su sexo en la familia á que pertenecia. Veinte años contaba á corta diferencia, cuando fué pedida en matrimonio para Isaac, su pariente, y ved ahí cómo le trazó el cielo la senda de su destino. Abrahan iba creciendo en años y tocaba ya á la vejez. Cierto dia llamó á Eliezer, el más antiguo de sus servidores, y le confió la mision de buscar una esposa para su hijo Isaac. Heredero de una promesa que la humanidad habia recibido ya desde su cuna, y depositario de la verdadera fe, no quiso alterar por medio de una alianza con las cananeas la pureza de su sangre y de su doctrina. El pueblo de Canaan llevaba sobre sí, como un peso que le oprimia, la maldicion de Dios; era de perversas costumbres, y estaba entregado á la supersticion y á la idolatría. Por esto hizo prometer á su criado Eliezer, que iria á escoger la esposa de Isaac en su familia de Caldea, en donde Dios tenia aún adoradores. Temió Eliezer que no podria tal vez determinar á la jóven á que viniese con él hasta la tierra de Canaan, y preguntó si podria en tal caso llevarse con él á Isaac al país de sus abuelos.

«Guárdate bien, respondió el creyente Abrahan, de llevar mi hijo allá. El Señor Dios del cielo, que me sacó de la casa de mi padre y del lugar de mi nacimiento, y que me dió su palabra y me dijo: *Yo daré esta tierra á tu linaje*, enviará él mismo su ángel delante de ti, y tomarás de allí mujer para mi hijo. Y si la mujer no quisiese seguirte, no estarás obligado al juramento, solamente no vuelvas á llevar allá á mi hijo.» El negocio era de tal importancia, que Abrahan exigió de su servidor el juramento de cumplir con toda exactitud lo que le tenia encargado, y Eliezer lo prestó realmente de no separarse en un ápice de las órdenes de su señor. Nótase tambien en este lugar cuán antigua es la tradicion del ángel tutelar ó custodio, que cada uno de los hombres tiene para su guarda, pues la vemos ya autorizada entre los hebreos por estos primitivos patriarcas. El buen servidor se puso en camino, llevando consigo diez camellos cargados de riquezas y de presentes destinados á la esposa de su jóven señor. En este equipaje magnífico, que contenia lo más precioso que poseia Abrahan, para que sirviera de dote á la esposa, se echa de ver, en primer lugar, la opulencia de aquel patriarca que sabia desplegar oportunamente á pesar de la simplicidad de sus costumbres; y el uso de aquellos tiempos en que el esposo debia hacer el dote á la esposa. Habia doce jornadas cumplidas desde Bersabé, en donde se encontraba entónces Abrahan, hasta la ciudad de Haran en la Mesopotamia, donde habia dejado su familia; porque muchos geógrafos ponen Bersabé á poca distancia de Gaza, y Haran es aquella ciudad conocida en la historia profana con el nombre de Charres, y cérca de la cual el ejército de los Parthos hizo cara á las legiones romanas, y mató á Craso su general. Llega por fin Eliezer, y hace descansar los camellos fuera de la ciudad, junto á un poco de agua. Era precisamente al caer la tarde, hora en que las jóvenes doncellas solian salir á sacar agua de la fuente; porque en aquellos tiempos de la juventud del mundo, la sencillez de los gustos hacia gratas y honoríficas aquellas ocupaciones que los pueblos modernos han rebajado en su estimacion, sin hacerlas por esto ménos necesarias; y ni la hermosura, ni la delicadeza, ni la opulencia dispensaban á las mujeres de la mayor parte de los trabajos domésticos. Aun muchos siglos despues de la era de los patriarcas, la Siria, la Grecia y la Sicilia se gozaban en la paz y en la candidez de estas costumbres, que casi ya no encontramos hoy sino en la historia. El orgullo y el desden han penetrado en el seno de las familias que yacen indolentes y corrompidas entre la molicie y el regalo; no dignándose practicar y confiando á una servidumbre asalariada aquellas inocentes labores, que ántes ejercian sin mengua de su dignidad las hijas de los reyes. Entre tanto Eliezer se hallaba vivamente ocupado, pensando en el objeto de su mision, como todos los hombres esforzados cuando han contraido un compromiso.

Determinó desde luego consultar con Dios aquel negocio, púsose en oracion, y con aquella confianza que frecuentes prodigios autorizaban entónces en las almas puras y sinceramente creyentes, se atrevió á fijar por sí mismo la señal que tomaria por expresion de la voluntad divina, y que determinaria su eleccion. Debia, pues, reconocer á la esposa de Isaac por su benevolencia y por sus maneras de hospitalidad: debia pedir de beber, y de entre todas las jóvenes doncellas de la ciudad, que salian á sacar agua de la fuente, aquella que le respondiese: *Bebed, y tambien daré agua á vuestros camellos*, seria la esposa destinada para Isaac. Dios tuvo por agradable aquella confianza que él mismo le habia sin duda inspirado, y así prestó oidos á su súplica. Pues si bien no debemos prescribir á la Providencia divina el medio de manifestarnos si se digna secundar ó no nuestros designios; con todo, Dios usó de esta paternal condescendencia, atendida la extremada sencillez y confianza de aquellos tiempos primitivos; pues la fe en el Señor es la que ha obrado siempre los mayores prodigios. El feliz éxito que en toda su comision obtuvo el buen siervo de Abrahau, demuestra que en todo se dejó gobernar por una direccion particular del espíritu de Dios; y que fué tanta su confianza en él, y la seguridad que tenia á la proteccion del cielo, como su amo le habia indicado, que inclinó al Señor á condescender con sus ruegos, haciendo eficaces unos medios que de suyo parecian poco proporcionados al fin que se deseaba. En aquel instante vió el viajero una bella y graciosa doncella que regresaba á la ciudad con un cántaro lleno de agua sobre su hombro. Esta era Rebeca. Corrió el criado hácia ella, y le pidió de beber. «Bebed, señor mio» respondió ella, y en seguida bajó el cántaro sobre su brazo, sosteniéndole para que pudiese beber el extranjero. Y añadió en seguida: «Tambien voy á buscar agua para que beban todos vuestros camellos.» Y derramando su cántaro en los canales ó pilas que servian para abrevarse los ganados, corrió á llenarle otra vez á la fuente. El entre tanto la contemplaba en silencio, dudando aún del feliz éxito de su viaje. Luego que acabaron de beber los camellos, ofreció á Rebeca pendientes y brazaletes de oro, y le preguntó de quién era hija, y si podria encontrar hospedaje en la casa de su padre. Ya es muy sabido que la hospitalidad entre los orientales era considerada como de derecho comun, y que tanto gusto se hallaba en darla como en recibirla. Contestó Rebeca que ella era hija de Bathuel, hijo de Nachor, y que habia en la casa de su padre provision bastante y lugar espacioso para hospedar á los forasteros. Así todo iba sucediendo á gusto de Eliezer, el cual, transportado de jubilo por tanta felicidad, se prosternó en tierra para dar gracias á Dios, que tan bien habia dirigido sus pasos. «¡Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abrahan, exclamó, que no apartó de él su misericordia, y me ha conducido por camino recto á la casa de su her-

mano!» ¡Qué noble expansion de un corazon agradecido y lleno de Dios! ¡Y cómo no habia éste de derramar profusamente sus bendiciones sobre unas almas tan confiadas y fervorosas! Rebeca por su parte corrió á referir á su madre cuanto acababa de suceder. Tenia Rebeca un hermano llamado Laban, el cual, oido el relato de su hermana, y en vista de los pendientes y brazaletes, corrió al encuentro de Eliezer, que estaba aún junto á la fuente, le ofreció con afectuosa expresion la hospitalidad, y le condujo á su casa. Descargáronse los camellos, se lavaron los pies á Eliecer y á los hombres de su comitiva, y se les sirvió la comida con la frugalidad que entónces se acostumbraba. Mas el fiel enviado se expresó en estos términos: *No comeré ántes de haber explicado el objeto de mi viaje.* Y le respondieron: *Explicaos.* Entónces Eliezer con el lenguaje verídico de la más sincera ingenuidad, dió á conocer los motivos y las circúnstancias de su viaje, su promesa de no ir á buscar la esposa de Isaac fuera de la parentela de Abrahan, la señal que habia tenido la inspiracion de escoger para conocer la voluntad de Dios, señal que se habia manifestado precisamente en Rebeca. Y añadió despues: «Si os es agradable la propuesta de mi señor, decidmelo; pero si otra cosa deseais, decidmelo tambien para tomar mi resolucion.» Laban y Bathuel respondieron: «Dios ha hablado por vuestra boca, y nada podemos deciros que se oponga á su voluntad. Delante de vos está Rebeca, tomadla é idos con ella, y sea ella la esposa del hijo de vuestro amo, como así lo ha dispuesto el Señor.» A estas palabras, que sin duda ratificaria llena de pudor la jóven doncella, el feliz mensajero volvió á postrarse en tierra para dar al Señor nuevas acciones de gracias. En seguida sacó vasos de oro y de plata, y ricos vestidos que habia traido, y los presentó á Rebeca para que le sirviesen, bien sea de prendas para el futuro matrimonio, bien sea de dote, que, segun la usanza de aquellos tiempos y paises, la esposa recibia del marido. Ni se olvidó Eliezer de hacer tambien sus regalos á los hermanos y á la madre de la prometida esposa. Esta oportuna profusion de riquezas nos da una idea del poder y opulencia de Abrahan, de la generosidad con que se portaba con sus parientes, y sobre todo con la futura esposa de su hijo, hermanándose así bellamente la candidez y simplicidad de costumbres con el aparato de la magnificencia oriental. Por su parte los parientes de Abrahan correspondieron á esta magnificencia y á las muestras de júbilo y de generosidad manifestadas por el enviado del padre del futuro esposo de Rebeca. Para celebrar, pues, sus esponsales, se hizo un solemne festin con su banquete, en el cual competia la frugalidad con la abundancia. No se observan en estos festines los báquicos excesos ni la crápula de los convites paganos, y de muchos banquetes de nuestros dias. La mutua confianza, la viva y natural expansion del sentimiento, las muestras recíprocas de afecto, presidian aquellas mesas sobre las

que derramaba Dios su bendicion, y en las que reinaba el inocente júbilo y la decorosa sobriedad; y eran ya una imágen de las mesas cristianas. Comieron y bebieron pues juntos, y celebraron durante todo el dia aquel fausto acontecimiento como una nueva bendicion que derramaba Dios sobre entrambas familias. Al dia siguiente Eliezer pensó ya en despedirse de sus huéspedes, pues la diligencia y la fidelidad son la noble divisa de todo buen servidor. «Dejadme, dijo, que vuelva á mi amo. —Pero, le respondieron la madre y los hermanos de Rebeca, estése la muchacha con nosotros á lo menos diez dias, y partirá despues.» Mas como Eliezer insistiese en su propósito, convinieron en descubrir el ánimo de Rebeca; y como la hubiesen llamado sus padres, le preguntaron: ¿Quieres ir con este hombre? Y respondió ella afirmativamente. Explorada su voluntad, no se resistieron más, y partió ella con Eliezer y la comitiva y con su propia madrina Débora. Al momento de despedirse la llenaron todos de bendiciones, y le desearon toda prosperidad. Hermana nuestra eres; crece, pues, en mil y mil generaciones, y que tu posteridad posea las tierras de sus enemigos. Así, sin conocerlo, pronunciaban sus parientes, movidos por el espíritu de Dios, lo que en realidad debia suceder á la posteridad de Rebeca en cumplimiento de las promesas que habia hecho Dios al padre de su esposo. Rebeca, pues, y sus criados salieron en los camellos, y sirvieron á Eliezer que apresuraba su regreso. Llegó el momento en que toda la comitiva se acercaba á Bersabé. Y en aquel mismo dia, al caer la tarde, Isaac habia salido á pasear por el campo. Levantó los ojos, y vió desde léjos venir á Eliezer con todo su séquito. Rebeca al mismo tiempo, luego que descubrió á Isaac, bajó de su camello, y preguntó al criado: ¿Quién es aquel hombre que viene á encontrarnos? Y el servidor le respondió: Aquel es mi amo. Al momento mismo cubrióse ella con su velo; alma ingenua y pura, que pertenecia ya anticipadamente á la púdica y modesta escuela del cristianismo. Eliezer dió noticias á Isaac del resultado de su viaje, y las maravillas que en él habia obrado el Señor. Isaac tomó por la mano á Rebeca, y la hizo entrar en la tierra habitada ántes por Sara su madre, que habia muerto tres años ántes, para manifestar sin duda que esperaba encontrar en la que recibia por esposa el amor de su madre, que la muerte le habia arrebatado. Solo el amor de una esposa como Rebeca templar podia en el jóven esposo el dolor profundo que le habia dejado la pérdida de una madre como Sara. Así se terminó la mision del buen Eliezer. ¿A quién no encanta la amistosa confianza que los amos depositaban entónces en sus servidores, y la afectuosa fidelidad de los servidores para con sus amos? Y á pesar de la extrema diferencia de nuestros hábitos y de los refinamientos de nuestra civilizacion, que ha llegado al exceso de la desconfianza, de la cautela y del aislado egoismo, ¿pueden dejar de sernos muy amables

aquellos caractéres antiguos cuya embelesante ingenuidad va siempre acompañada del poco fausto con la nobleza y con las virtudes? Y si nos es lícito indicar de paso el símbolo misterioso que contemplan los sagrados intérpretes en la vocacion de Rebeca por la relacion íntima entre la ley antigua y la nueva, diremos que Rebeca, á quien Abrahan hizo desposar con Isaac su hijo, es mirada como figura del pueblo gentil, al cual escogió Dios para formar su Iglesia. Y así como Isaac no fué á buscar por sí mismo á su esposa, tampoco el Hijo de Dios no fué por sí mismo á predicar á los gentiles, sino que envió á sus fieles servidores y discípulos los apóstoles, despues de haberles dado sus instrucciones, enriquecido con sus dones, y armado de su poder sobre la naturaleza para obrar prodigios. No se sabe fijamente si Abrahan habia muerto cuando el hambre vino á afligir como un azote desastroso la region en que habitaban. Isaac creyó deber retirarse con su mujer á Gerara al lado de Abimelech, rey de los palestinos, como habia hecho su padre en igual calamidad. Allí fué protegido de Dios; acrecentóse mucho el número de sus servidores; multiplicáronse sus rebaños, y sus riquezas llegaron á ser considerables. Esta prosperidad excitó la envidia de Abimelech, é Isaac se vió obligado á retirarse. La hermosura de Rebeca corrió en este país los mismos peligros que habia corrido la esposa de Abrahan Sara, é Isaac tuvo que valerse de la misma estratagema de decir que era hermana suya. Conoció el rey que la franqueza entre los dos esposos era mayor que la de hermanos, y le reconvino por el engaño, y respondió Isaac: «Temí el morir por causa de ella.» Y el rey hizo intimar á todo el pueblo esta órden: «El que tocare á la mujer de este hombre morirá.» Los palestinos, lo mismo que su rey, miraban con envidia la abundancia y la prosperidad con que bendecia el Señor la familia de Isaac, y los pastores de uno y otro tenian frecuentes contiendas; los de Abimelech llenaron de tierra los pozos cavados por los siervos de Abrahan, y de los cuales se habia posesionado Isaac para el uso de sus rebaños. Este era un verdadero motivo de guerra en unos tiempos en que los reyes eran á la vez pastores y labradores, y en un país en donde llovia muy rara vez, y que no tenia casi más rio que el Jordan. El encono llegó á tal punto, que el mismo Abimelech dijo á Isaac: «Retírate de nuestro país, porque te has hecho más poderoso que nosotros.» Isaac plegó su tienda y se dirigió á levantarla en otra parte, tantas veces como le perseguian sus envidiosos vecinos con sus pretensiones injustas. Al paso que le tenian envidia, deseaban abrigarse bajo la sombra de su poder y tenerle por amigo. Solicitaron su alianza, y al cabo de algunos años, cuando Isaac habia regresado á la tierra de Canaan, restablecióse la armonía entre los dos príncipes, fué visitado por el rey palestino y por los suyos, les dió un banquete, y recibió definitivamente de ellos el juramento de amistad. Con todo,

faltaba á Isaac una bendicion, porque todavía no tenia ningun hijo. Acudió, pues, al Señor, suplicándole un favor de su mujer, que era estéril; y el Señor, que derrama á su voluntad sobre toda vida humana la tribulacion y la alegría, concedió la fecundidad á Rebeca, pues ésta llevaba dos niños en su seno, y estos niños, divididos ántes de nacer, se hacian una especie de guerra que le desgarraba las entrañas. La triste y atribulada madre lamentaba este conflicto en sí misma, y temiendo morir exclamaba: «Si esto me habia de suceder, ¿qué necesidad tenia de concebir?» Y en la amargura de su alma no encontró más consuelo que consultar al Señor, el cual la respondió: «Dos razas poderosas estan en tu seno, y dos pueblos saldrán desde él divididos, y el un pueblo sojuzgará al otro pueblo, y el mayor ha de servir al ménor ó más jóven.» Estas palabras deben entenderse segun los sagrados intérpretes, como si Dios le hubiese dicho: «Los dos hijos que llevas en tu seno serán padres y cabezas de dos pueblos numerosos; esto es, de los idumeos y de los judíos, pueblos contrarios entre sí, y muy diversos en costumbres, leyes, religion y país. El mayor estará sujeto y servirá al ménor; esto es, la posteridad de Esaú á la posteridad de Jacob. Porque los judíos, descendientes de Jacob, como únicos herederos de Abrahan, entraron solos en la posesion de la tierra de Canaan, y les estuvieron sujetos los idumeos, descendientes de Esaú.» En efecto, á su tiempo Rebeca dió á luz dos hijos. El que salió primero al mundo era rojizo y velloso, como si hubiera llegado á la edad viril, y por esto fué llamado Esaú, que significa hombre ya formado, y llamóse tambien Sehir, que quiere decir velloso ó cubierto de vello. Siguió luego el segundo, teniendo asido con la manecita el pie de su hermano, como si quisiera disputarle el derecho de ser el mayor, y continuar la rivalidad que habia precedido á su nacimiento. Y se llamó Jacob, para manifestar que habia querido en cierto modo derribar á su hermano. A medida que iban creciendo en edad, desplegaron gustos muy opuestos. Esaú preferia los trabajos del campo y el ejercicio violento de la caza; Jacob, de costumbres más suaves y de apacibles inclinaciones, preferia quedarse en la tienda al lado de su madre. Segun esto, les cupo una parte diferente en la afeccion de sus padres. Isaac amaba más á Esaú, que le hacia comer de su caza, y Jacob era más querido de Rebeca. No por esto Isaac dejaba de amar á Jacob, que se atraia la voluntad por sus bellos sentimientos y por la mansedumbre de su carácter. Tal vez conocia el padre el genio altivo de Esaú, y le queria cautivar mostrándole una predileccion y ternura de que no necesitaba el hijo amado de Rebeca. Aconteció que cierto dia Esaú venia del campo en extremo fatigado, y extenuado de hambre y de sed vió un plato de lentejas que su hermano se habia preparado, y se lo pidió. Jacob creyó no deber despreciar esta coyuntura, y respondió: «Véndeme tu dere-

cho de primogenitura.» Pues este derecho valia al primogénito de la familia una cierta primacía de honor y de autoridad, una porcion doble de la herencia comun, y una bendicion especial del padre ántes de morir. Como todos los hombres apasionados, Esaú quiso mirar las cosas por la parte que favorecian su deseo, y dijo: «¿Ves que me estoy muriendo? ¿De qué me servirá la primogenitura?» Y se la vendió. Sacióse despues de comida y de bebida, y se fué sin pensar siquiera en lo que acababa de perder. Tal vez pensó que algun dia pudiera recobrar su derecho por la fuerza, pero no fué así. Isaac se hallaba ya en la edad muy avanzada, y sus ojos se debilitaban. Llamó un dia á Esaú y le dijo: «Ya ves que he envejecido, y que no sé el dia de mi muerte. Toma, pues, tus armas, tu aljaba y el arco, y sal fuera, y cuando hayas hecho alguna presa en la caza, me harás de ella un guisado, como sabes es de mi gusto, y me lo traerás para que lo coma, y te bendeciré ántes de morir.» Oyó Rebeca estas palabras, y cuando Esaú hubo partido al campo, lo contó todo á Jacob y le dijo: «Ahora, hijo mio, sigue mi consejo. Corre al redil y trae dos de los mejores cabritos para que yo guise de ellos á tu padre aquellos platos de que come con gusto, sirviéndoselos tú, para que despues que hubiere comido, te dé la bendicion ántes de morir.» Pero Jacob, acordándose que era muy diferente de Esaú, cuyos miembros estaban todos cubiertos de pelo, manifestó el temor de que su padre le conociese, y de atraer por este motivo sobre su cabeza la maldicion en vez de la bendicion. Pero le respondió su madre: «Sobre mi caiga esta maldicion, hijo mio; tú haz solamente lo que te aconsejo, y date prisa á traer lo que te tengo dicho.» Ejecutó Jacob las órdenes de su madre, la cual preparó la comida para Isaac. Tomó en seguida los vestidos de Esaú, que eran ricos y despedian el grato olor de los perfumes, en medio de los cuales se guardaban; cubrió sus manos y su cuello con las delicadas pieles de los cabritos, y le dió los platos y los panes destinados á Isaac. Preguntado por su padre, Jacob creyó poder responder: «Yo soy Esaú, vuestro primogénito; he practicado lo que me mandasteis; levantáos, incorporad sobre la cama, comed de mi caza, y dadme vuestra bendicion.» Admirado quedó Isaac de verse tan prontamente servido. ¿Cómo tan pronto has podido encontrarla, le dijo, hijo mio?» Y Jacob respondió muy oportunamente: «Dispuso Dios que luego se me pusiese delante lo que deseaba.» Quiso con todo Isaac enterarse bien si era realmente su primer nacido Esaú el que tenia á su presencia, y mandó á su interlocutor que se acercase. Le tocó, pues, y creyendo reconocerle, le dijo: «Por cierto que la voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú.» Y vacilando en su interior, ántes de darle la bendicion, volvió á decirle: «¿Eres tú en realidad Esaú mi hijo?» Y respondió Jacob: «Yo soy.» Pues tráeme, hijo mio, dijo el anciano, el plato de tu caza para que te ben-

diga. Y habiéndoselo presentado, despues de haber comido y bebido á su sabor, le dijo: «Acércate y dame un beso, hijo mio.» Y se acercó Jacob, é imprimió un ósculo en su frente. Respiró el anciano el bálsamo de los perfumes que despedian los vestidos de su hijo, y al bendecirlo exclamó: «Este aroma es como el de un campo cubierto de flores, al cual ha dado el Señor su bendicion. Concédate Dios con el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra, abundancia de trigo y de vino, y sírvante los pueblos y adórente las tribus; seas señor de tus hermanos, é inclínense profundamente delante de ti los hijos de tu madre. Quien te maldijere sea él maldito, y el que te bendijere sea colmado de bendiciones.» Apénas el venerable viejo habia acabado de pronunciar estas palabras, y se habia retirado Jacob, cuando llegó Esaú, y presentando á su padre las viandas de la caza que habia guisado, le pidió la bendicion paternal. Y le preguntó Isaac: «¿Pues quién eres tú?» Y respondió éste: «Yo soy tu hijo primogénito, Esaú.» Atónito y como extático quedó Isaac con semejante respuesta; su pasmo era imponderable. «¿Y quién es, pues, preguntó, el que poco hace ha traido la caza que cogió, y cuyas viandas he comido ántes que tú vinieras?» Pero léjos de retirar la bendicion ya dada, Isaac la ratificó. «Yo le bendije, y bendito será.» Quizás el error contra el cual se habia en vano prevenido, le pareció una revelacion de los consejos divinos; pues en aquellos tiempos tan cercanos al orígen del mundo, la Providencia estaba inclinada, por decirlo asi, como una madre sobre la cuna de la jóven humanidad, y nuestros progenitores, llenos de fe y de esperanza, y acostumbrados á este delicioso comercio, sabian leer con más seguridad y con más prontitud que nosotros la voluntad del cielo en los sucesos de cada dia. Y puede ser tambien que Isaac recordase los grandes destinos prometidos á Jacob ántes de su nacimiento, ó la cesion voluntaria que habia hecho Esaú de su derecho de primogenitura. Esaú, entregado á toda la violencia de la desesperacion, quejábase de su hermano, arrojando amargos y furiosos gritos como los bramidos de un toro. «Dame tambien á mí la bendicion, ¡oh padre mio! le dijo.» A lo cual contestó el padre: «Vino tu hermano con astucia y se llevó la bendicion.—Esta es la segunda vez que me ha suplantado, exclamó el indignado Esaú; ántes se alzó ya con mi progenitura, y ahora de nuevo me ha robado la bendicion.» Y vuelto á su padre, en tono del más amargo desconsuelo, «¿pues qué, le dijo, no has reservado bendicion para mí?» Respondió Isaac: «Yo le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servicio; le aseguré las cosechas de granos y de vino. Despues de esto, ¿qué puedo hacer por ti, hijo mio?» A lo cual respondió Esaú: «¿Por ventura no tienes, padre mio, sino una sola bendicion? Ruégote que tambien me bendigas á mí.» La desesperacion de Esaú llegaba ya á su colmo, y su llanto iba mez-

clado con alaridos de fiera. Las pasiones más violentas rugian y luchaban en su pecho. El pesar, la envidia, el odio, la desesperacion, se disputaban su presa. Conmovióronse las entrañas del anciano padre, y no pudiendo resistir á tantos gritos y lágrimas, y á tan repetidas y urgentes instancias del que de nuevo solicitaba la bendicion paternal, le dirigió estas palabras: «En la grosura ó sustancia de la tierra y en el rocío del cielo allí será tu bendicion. Vivirás de tu espada y servirás á tu hermano; pero tiempo llegará en que sacudirás su yugo y librarás de él tu cerviz.» Sin embargo, Esaú alimentaba en su alma indignada el recuerdo de la bendicion obtenida por Jacob, y solo le consolaba el esperar la venganza. Dijo, pues, en su interior: «Dia vendrá en que lloraremos la muerte de nuestro padre; entónces yo mataré á mi hermano Jacob.» Rebeca, que tuvo algun conocimiento de estas amenazas, resolvió enviar á su jóven hijo á Mesopotamia, á la casa de donde ella habia salido, en la ciudad de Haram, y al lado de Laban, su tio materno. El objeto de Rebeca en alejar al hijo que más queria, era para separarle de su hermano, librarle de su venganza, y ver si con el tiempo se ablandaria ó calmaria el rencor de Esaú. Comunicó á Isaac este proyecto, y logró que mereciese su beneplácito, haciéndole presente lo mucho que tenian que sufrir de las dos mujeres de Esaú, que eran cananeas, hijas de Heth, y que importaba mucho escoger la esposa de Jacob en un pais diverso de las tribus que les rodeaban, dominadas por la corrupcion y por la idolatría. Este era realmente otro motivo que tenia Rebeca para apresurar la partida de Jacob. Disimuló á Isaac, por no afligirle, la causa principal que la movia para acelerar la marcha de su hijo; pero al mismo tiempo le dió una causa bastante poderosa para que desde luego lo consintiese. Sus nueras, que eran hetheas, la tenian apesadumbrada en extremo, y para librarse de que lo mismo sucediese con Jacob, propuso á Isaac cuánto convenia que pasase Jacob á Mesopotamia, para que allí tomase mujer de la familia y religion de sus mayores. Y hasta le dijo á Isaac que por causa de las hijas de Heth tanto tenia que sufrir, que estaba fastidiada de la vida, y que si Jacob llegase á tomar mujer del linaje de las de aquel pais, preferiria la muerte. Movido, pues, Isaac por las vivas instancias de Rebeca, llamó á Jacob, le bendijo de nuevo y le impuso este precepto: «No tomes mujer de la raza de Canaam; parte á Mesopotamia de Siria en la casa de Bathuel, padre de tu madre, y allí toma por esposa á una de las hijas de Laban, tu tio materno. Y el Dios omnipotente te bendiga y te haga crecer, y te multiplique en tu posteridad, de suerte que vengas á ser padre de numerosos pueblos, y te conceda las bendiciones de Abrahan tanto á ti como á tu descendencia, para que poseas como propia la tierra que habitas ahora como peregrino, la cual tiene prometida á tu pueblo.» Esaú, por su parte, al ver la bendicion que su padre

habia dado á Jacob, y el precepto que le habia impuesto de no tomar mujer entre las hijas de Canaan, á las cuales ni su padre ni su madre miraban con agrado, despues de haber partido Jacob, pasó á la Arabia y se enlazó con la familia de Ismael, tomando por esposa, á más de las dos que tenia, á Maheleth, que era de su misma familia, y nieta como él de Abrahan. Quizás intentó con este paso atraer sobre sí las bendiciones de Abrahan sobre Ismael, su tio paterno. Mas no logró con esto cambiar las decisiones del Señor ni el destino de Jacob. Ismael era hijo de la extranjera, y su sangre, si bien podia dar al pueblo de Dios enemigos ó vasallos, pero no padres, ni patriarcas, ni caudillos. Esaú, como dominado de una ambicion puramente terrena, no aspiraba sino al engrandecimiento material y á bendiciones temporales, figura viva de los hombres obcecados, que pegados á la tierra, en la que se arrastran por rápidos momentos, limitan sus locos deseos á la falaz y caduca prosperidad, que brilla un instante como un engañoso metéoro, para hundirse luego en la noche del sepulcro. Partió, pues, Jacob, llevando las bendiciones y los más sinceros votos de Isaac y de Rebeca. Dirigióse en efecto á la casa de su tio Laban, en donde pasó largos dias y sufrió multiplicadas pruebas. No todo le sucedió desde luego conforme á sus deseos. Sin embargo, la bendicion de su viejo padre, ratificada por el cielo, pudo más que la ingratitud de los hombres y de las circunstancias, y adquirió por medio de un trabajo de veinte años numerosos rebaños y grandes riquezas. Quiso por fin volver al país de su nacimiento, y tembló por de pronto al recuerdo del impetuoso carácter y del rencor sombrío de Esaú. Pero veinte años transcurridos son un poderoso calmante en la corta vida del hombre. A más de que Jacob apeló, como hombre sensato y recto, á las medidas de la prudencia y al poder de la oracion, envió mensajeros y presentes á Esaú, y se entregó con la mayor confianza en las manos de Dios. La entrevista de los dos hermanos fué pacífica. Esaú abrazó á Jacob derramando lágrimas, y despues se separaron en aquel mismo dia, el uno para retirarse á la montaña de Seir, de donde habia venido, y el otro para ir á restablecerse más por la parte del Norte, no léjos de la ciudad de Siquem. Isaac vivia aún, pero tocaba ya á la decrepitud y á la muerte, y sus dos hijos se reunieron para tributarle los últimos deberes. Rebeca, empero, no existia ya cuando Jacob regresó de la Mesopotamia. Las Escrituras no señalan la época de su muerte; insinuan tan solo que fué depositada en la cueva en donde descansaban Abraham y Sara, y adonde fué despues á unirse con ella su esposo Isaac, cenizas ilustres, que aguardan juntas bajo la proteccion de una vida llena de fe y de virtudes, la hora de la gloriosa resurreccion. Nada más suave y más puro que esta página deliciosa de los libros santos, que acabamos de reproducir. Su sola narracion encanta y arrebata. ¡Cuánta can-

dídez y embeleso en el encuentro de Eliezer y Rebeca! Imágen es esta de un mundo desaparecido; pero jamás se dispertará su memória sin excitar las simpatías más vivas y los más delicados sentimientos, porque los hombres conservan siempre secretas inteligencias con los objetos y acciones nobles y generosas, y por más que se haya trabajado en estragarlos y corromperlos, se dejan siempre mover é interesar con el espectáculo de estas costumbres sencillas, que son el principio de la virtud cuando no sean el afortunado fruto que de ella se recoge. Y por tal razon estas preciosas escenas han merecido la predileccion de los pintores de las diversas escuelas, así como en su parte poética exceden al bello ideal de lo más puro, hermoso y delicado.—R. y C.

REBECQUE (Enrique Benjamin Constant), orador y publicista, que nació en Lausana en 1767, de una familia de refugiados franceses. A principios de la revolucion vino á fijarse en Francia, en compañía de su padre, que era un antiguo general de Holanda, y en 1795 fué á Paris, donde se relacionó con los hombres más célebres en aquella época por el brillo de sus talentos é igualmente por sus opiniones republicanas, como Louvet, Daunon, Chenier y otros. La primera produccion, por la que se dió á conocer, y que apareció en 1796, tenia el título siguiente: *De la fuerza del gobierno en Francia, y de la necesidad de adherírsele.* Era una especie de apología del Directorio, que acababa de aceptar la sangrienta herencia del terror; mas aunque se reconoció un gran mérito en el estilo, este opúsculo estuvo muy distante de obtener la aprobacion general. El jóven publicista obtuvo aún mejor éxito, cuando en el mismo año se presentó en la barra del Consejo de los Quinientos para reclamar en favor de todos los protestantes, cuyos padres habian sufrido los efectos de la revocacion del decreto de Nantes, el título y derechos de ciudadanos franceses; pues su reclamacion fué acogida, y se apresuró á rehabilitarse juntamente con su padre en los registros del estado civil del pueblo de Dôle. Muy luego Benjamin Constant extendió su reputacion con dos escritos, el uno titulado *De las reuniones políticas*; y el otro *De los efectos del terror*. En estas producciones el autor se alzaba contra esas sangrientas reacciones de los partidos, que no tienen otro resultado que eternizar las discordias y los odios, entregando el estado á continuas agitaciones, y sostenia la opinion de que el terror establecido como sistema era el que habia comprometido y arruinado la república; y en nombre de los verdaderos amigos de la libertad, rechazaba toda mancomunidad en los crímenes cometidos con tal pretexto. Benjamin Constant formó parte del círculo ó tertulia constitucional de la calle de Lila, compuesta en gran parte de los republicanos moderados, y en un discurso que pronunció como secretario de esta sociedad, expresó de nuevo su profundo horror á todos los ex-

cesos de la faccion terrorista. Aunque no fué nombrado para ninguna funcion pública bajo el Directorio, parece que gozó de algun crédito con su gobierno, y que no fué extraño al nombramiento de Mr. de Talleyrand como ministro de relaciones extranjeras. Se le acusó tambien de haber hecho la apología del 18 de Fructidor, golpe de estado con el cual el Directorio prolongó su raquítica existencia; pero más tarde, cuando su opinion se maduró con la experiencia, señaló la ilegalidad y las funestas consecuencias de tal acto. Aunque fué extraño á los acontecimientos que colocaron el poder entre las manos de Napoleon, se vió Benjamin Constant en 1799 llamado al tribunal, pero se pronunció de una manera decisiva contra las usurpaciones sucesivas del nuevo gobierno; y así es que rechazó valerosamente el proyecto de ley de Enero de 1800, que tenia por objeto el hacer pasar las leyes sin otras formalidades que la de su presentacion oficial y una simple lectura: combatió tambien el establecimiento de los tribunales especiales, que parecia iban á introducir los tribunales revolucionarios. Encargado de prestar homenaje al vencedor de Marengo, asoció á los elogios de la gloria algunas ideas de libertad; cuyos actos de atrevimiento le colocaron entre aquellos que debian ser eliminados, y participó de esta desgracia con Chenier, Guinguené y algunos otros. Muy poco despues fue desterrado al mismo tiempo que Madama Staël, que en los salones en que reinaba como soberana, no cesaba de lanzar contra Bonaparte epigramas que inquietaban al triunfador de Italia. Despues de haber recorrido con esta mujer célebre, de cuya proscripcion participó, todas las partes de Europa á que no alcanzaba el brazo de Napoleon, vino á fijarse en Gotinga, cuya Academia le admitió en el número de sus miembros. Allí se ligó Benjamin Constant con los escritores más distinguidos de Alemania, y tomando sus hábitos laboriosos, se aprovechó de su permanencia en esta ciudad sábia, para estudiar á fondo la literatura germánica, y compuso una traduccion en versos franceses de la tragedia de *Wallenstein*, que pasa por la obra maestra de Schiller. Al publicarla añadió en un prólogo un exámen comparado de los dos sistemas literarios adoptados por los franceses y los alemanes, trozo notable por una grande sagacidad crítica. Tambien en Alemania concibió Benjamin Constant el plan de la novela de *Adolfo*, que publicó más adelante, y que está muy distante de no merecer ningun ataque por su moralidad. Durante el curso de sus tareas estudiosas, se revocó la órden de destierro que le tenia alejado de la Francia, y pudo volver á París, pero su permanencia fué corta, porque á la Francia, tal como Bonaparte la habia formado, preferia la Alemania convertida en su patria adoptiva, y en donde parecia que se habia fijado irrevocablemente, casándose con una mujer de una familia distinguida de Hannover. Hácia el año 1814 publicó con gran éxito en Alemania una obra *sobre el espíritu de conquista y*

la usurpacion, en sus relaciones con la civilizacion actual. En ella anunciaba el autor la próxima caida de Bonaparte, y los acontecimientos no tardaron en realizar esta prediccion, que por lo demás estaba al alcance de los entendimientos más vulgares. Cuando se verificó la primera restauracion, volvió Benjamin Constant á Paris; escribió mucho en los periódicos, y dió á luz muchos folletos en los que discutió los negocios políticos con esa sutileza de induccion, que era el particular carácter de su talento. Estaba muy distante de mostrarse hostil á los Borbones: la idea dominante de sus escritos era la de establecer una alianza duradera entre la monarquía legítima y los intereses nacidos de una revolucion. A la noticia del desembarco de Bonaparte en las costas de Francia, no vaciló en pronunciarse con vehemencia contra él, y en el *Diario de los Debates*, publicó una profesion de fe enérgica, en la que se notan estas palabras: «De parte del Rey está la libertad constitucional, la seguridad, la paz: del lado de Bonaparte, la servidumbre, la anarquía, la guerra. Gozamos bajo Luis XVIII de un gobierno representativo; nos gobernamos á nosotros mismos, y bajo Bonaparte nos someteriamos á un gobierno de mamelucos, pues solo nos gobernaria su espada, porque á la verdad no es otra cosa que un Atila, un Gengis-Kan: cuando no se exige sino servir al despotismo, se pasa con indiferencia de un gobierno á otro, bien seguro de que se encontrára su lugar de instrumento bajo el nuevo despotismo; pero cuando se ama la libertad, se hace uno matar junto al trono que la protege.» Estas palabras se desmintieron de una manera muy solemne al poco tiempo: advertido Benjamin Constant de que Bonaparte deseaba verle, fué á las Tullerías, y salió de la conferencia que tuvo enteramente convertido á su causa. Pocos dias despues los periódicos anunciaron su nombramiento al destino de consejero de Estado. Esta mudanza tan brusca llenó de admiracion al público, y valió á Benjamin Constant la calificacion de tránsfuga, que á la vez le lanzaron los republicanos y los partidarios de los Borbones. Esta defeccion no encontró siquiera una excusa cuando se supo que Benjamin Constant habia redactado el acta adicional, que hacia desvanecer las esperanzas de libertad fundadas sobre la vuelta de Napoleon. Despues de la segunda restauracion fué á pasar en Bruselas algun tiempo, y volvió á Paris en 1816, donde se ocupó en varias obras filosóficas y políticas. Elegido diputado en 1819 por el departamento de la Sarthe, á pesar de todos los esfuerzos del ministerio, tomó asiento en la cámara entre los miembros de la oposicion liberal, y se hizo distinguir por la caprichosa delicadeza de su argumentacion, que no estaba siempre exenta de sofismas. Otros desplegaron en la tribuna más violencia y acrimonia, pero nadie creó más embarazos á los ministerios que se sucedieron bajo la restauracion. El Sr. Benjamin Constant no tomó ninguna parte, segun lo aseguró, en las

conspiraciones que se tramaron durante quince años contra la rama primogénita de los Borbones, figuró al ménos como uno de los campeones más infatigables en esta guerra que renacia sin cesar, por medio de la cual la oposicion desacreditaba al poder real, cuyo fin secreto era hacer el gobierno imposible. Despues de la revolucion de 1830, que parece debia calmar los votos del partido liberal, tristes equivocaciones y crueles desengaños vinieron á desencantarlo. Viéndose apoderado de una negra melancolía y sintiéndose debilitar de dia en dia, pareció adquirir al descender al sepulcro la triste conviccion de que las doctrinas que habia profesado toda su vida no tenian nada de fundado ni durable, y murió el 6 de Diciembre de 1830 *preocupado*, si creemos al *Diario del Comercio y la Tribuna*, con la prevision de una *misteriosa catástrofe* que amenazaba á la Francia. Habia esperado al fin de su vida entrar en la Academia Francesa, pero la preferencia que se otorgó á Mr. Viennet por esta corporacion le causó un profundo pesar. Se asegura que despues de la revolucion de Julio, el nuevo gobierno le gratificó con una suma considerable que le envió para pagar sus deudas: pero que este favor, unido al título de consejero de Estado, no satisfizo sus esperanzas y estuvo muy distante de reemplazar á sus ojos el ministerio, que habia sido siempre el objeto de su ambicion. Benjamin Constant habia trabajado en el *Mercurio* y en la *Minerva*: tambien dió en el Ateneo algunas lecciones de historia, en las que siempre resaltaban algunas opiniones poco favorables al cristianismo. Publicó entre otras obras una cuyo título es: *Del espíritu de conquista y de la usurpacion, en sus relaciones con la civilizacion europea*; 1814, en 8.°—Otra con el de *Reflexiones sobre las constituciones, la distribucion de los poderes y las garantías en una monarquía constitucional*; en 8.°, en 1814.—Otra *De la responsabilidad de los ministros*; 1815, en 8.°—*Principios de política aplicables á todos los gobiernos representativos, y particularmente á la constitucion actual de Francia*; 1817, en 8.°—*De la doctrina política que puede reunir los partidos en Francia*; 1817, en 8.°—*Cuestion sobre la legislacion actual de la imprenta en Francia*; 1817, en 8.°—*Memorias sobre los Cien dias*, en forma de cartas, 1820, en 8.° Primera parte: *Del triunfo inevitable de los principios constitucionales en Prusia*, traducido del aleman de Mr. Koreff, en 8.°—*Comentario sobre la obra de Filangieri*; 1822, 1824, dos partes en 8.°; traducido al español, 1825, en 8.°—*De la Religion considerada en sus fuentes, sus formas y sus desarrollos*; 1823 y 1825, dos volúmenes en 8.° Esta última obra, que es la más importante que Benjamin Constant ha publicado, es poco profunda, y el autor aparece casi siempre dominado por sus preocupaciones filosóficas. El pensamiento fundamental del libro es una idea deista y escéptica. Segun el autor, la religion tiene por fuente primitiva el sentimiento religioso innato en todos los hombres, y del

que las diferentes especies de cultos no son más que las diversas formas más ó ménos falsas. Segun él, en materia de religion solo hay una cosa verdadera, que es el sentimiento que cada uno tiene derecho de manifestar á su manera, y que casi siempre ha sido viciado por las formas sacerdotales y artificiales de que se le ha revestido. El baron Eksteim, en el tomo V del *Católico*, ha hecho resaltar perfectamente el flaco de esta obra. Benjamin Constant pasó toda su vida fuera de los negocios, y sus mismos amigos no creian que tuviese las dotes de hombre de estado. Escritor ú orador infatigable, era poco á propósito para ocupar un ministerio ó una embajada. Se puede pensar segun el escepticismo y la tibieza de sus principios políticos, que el amor de la fuerza, más bien que un celo verdadero del bien público, fué el móvil de su conducta parlamentaria. Gustando de los placeres del mundo, y sobre todo del juego, se asegura que no vió en las empresas literarias y del periodismo, sino un medio de procurarse recursos que sus gustos le hacian necesarios. El género de vida que llevaba trastornó su fortuna, y murió en un estado de apuro, de que la generosidad del poder no pudo hacerle salir totalmente. —M. N. y S.

REBELLO (P. Amador), jesuita portugués, natural de Méijanfrio en la diócesis de Oporto. Entró en la Compañía en Coimbra en Abril de 1539, procediendo siempre como fiel siervo de Dios. Fué elegido maestro de leer y escribir del rey D. Sebastian, y fué siempre muy amigo del P. Luis Gonzalez, uno de los jesuitas más célebres de Portugal. Era hombre de grande candor y bondad pareciendo incapaz de engañar á nadie. Como compañero del referido Padre, lo fué tambien de sus molestias y peligros, librándole Dios de algunos milagrosamente. Hallándose un dia confesando en la iglesia de S. Anton el viejo, se acercó al confesonario donde estaba un hombre con un dardo en las manos, el cual tenia un hierro muy largo y agudo; se dirigió al Padre reprendiéndole por estar confesando, y tomando el dardo por junto al hierro con ambas manos, le dijo: «He de mataros con este dardo.» Bien vió el Padre que arrojándose sobre el hombre podria evitar la muerte, pero considerando por otra parte que se podria seguir de esto poca edificacion por estar la iglesia llena de gente, y que si Dios le queria librar, lo podria hacer de otra manera, decidió á esperar con la mayor confianza. Levantando en tanto el hombre su dardo para herir al Padre, se presentó otro detras de él á quien no conoció el religioso, y abrazándose con él le sacó el dardo de las manos, y arrojó fuera de la puerta de la iglesia, no volviendo á aparecer más. De esta manera le libró Dios, segun se supone, por medio de su santo ángel, y debe observarse la grande modestia de este siervo de Dios que se expuso á perder la vida ántes de faltar á la compostura debida á un religioso de la Compañía. Sucedióle otro caso no ménos extraño que este, el

cual dejó escrito con las siguientes palabras: «Por el mismo tiempo, dice, en que el P. Fr. Luis Gonzalez enseñaba al rey D. Sebastian, ántes de salir yo un dia de los palacios de Enxobregas para ir á casa, me dijo una dama de la reina, que se confesaba conmigo: quiero enviar con vos un criado mio. Contestándola que no era necesario, volvió á replicar diciendo: —Dejad que os acompañe, que rezelo os acontezca en el camino algun trabajo.— Tornándola á decir que no tratase de esto, replicó otra vez con las mismas palabras: —Mire que no sé que me da el corazon.— Me despedí de ella sin hacer caso de lo que decia, y despues de salir de Enxobregas, y haber pasado el monasterio de la Madre de Dios, se llegó á mí un hombre que parecia extranjero en el semblante, y venia de las mismas costas, el cual ensañado y con indignacion me dijo empuñando la espada: —Os he de matar: —y cuando comenzó á levantarla, la primera cosa que se me ocurrió, fué, que si le echase la mano al puño de la espada podria impedir lo que él pretendia, mas ocurriéndome luego que podria resultar de aquí algun escándalo, viéndome alguien agarrado á él, decidí estarme quieto y no moverme, como hice confiado en la Divina Providencia. En aquel punto y de repente, ántes de haber acabado de sacar la espada, se llegó á él un jóven, que representaba la edad de diez á doce años, y dándole con la mano en el puño de la espada, le dijo estas palabras en son de mando: —Mete la espada en la vaina, no hagas daño al Padre, que no te ha dado motivo.— Con cuyas palabras, sin replicar, y convirtiéndose de leon en cordero, metió la espada en la vaina, y echó á andar por el camino de la ciudad. Queriendo luego hablar con el mozo y darle gracias por el socorro y caridad que conmigo usára, no le pude ver ni descubrir, dirigiendo la vista por diversas partes, y entónces comprendí que habia Dios enviado á su ángel para que me libertára, y caí tambien en la cuenta de que no sin causa me habia hablado aquella recogida y casta matrona, haciéndome tantas instancias para enviar conmigo á un hombre criado suyo. Despues de envainar su espada aquel hombre y apartarse de mí, fuíme tambien por el mismo camino hasta llegar á la ciudad, y pasando por las casas de Manuel Guaresmar, á la entrada del valle de Cavallinhos, ántes de doblar hácia Santa Clara, encontré sentados junto á un olivar situado al lado del camino dos ó tres embozados, los que me miraron fijamente, y aunque el lugar era muy á propósito para cualquier mal intento, pasé sin que me hiciesen mal, ni decir palabra alguna. De este peligro de muerte me libró Dios nuestro Señor por su gran misericordia, y de otros aunque yo no merecia sino castigo por mis pecados, y le doy por todo infinitas gracias y loores.» Estos dos casos dejó escritos por sí este Padre, entre las muchas cosas que dejó apuntadas del P. Luis Gonzalez, pareciéndole que le habia querido matar el demonio por medio de estos ministros suyos para

romper su amistad por el gran peligro que corria su vida con el P. Luis Gonzalez. Dícese de este Padre como cosa especial que era muy amante de la pobreza, lo que es tanto más digno de elogio en él, cuanto que siendo maestro del rey, le era fácil tener cosas de valor y gusto. Las muestras por que aprendia el rey versaban sobre asuntos, que le pudiesen ir instruyendo poco á poco en sus obligaciones, y ántes de usarlas, las aprobaba el P. Luis Gonzalez, teniendo mucho cuidado que no hubiese en ellas palabra que diese motivo para el más mínimo desacierto. Las doctrinas de tan virtuoso maestro le hicieron tan afecto á la virtud, que dejó la mejor fama de sus grandes cualidades en este sentido. Fué el P. Rebello muy amado por sus virtudes del P. Luis Gonzalez. Hallándose este religioso en los últimos instantes de su vida, y dándole el P. Rebello la nueva de su muerte, le preguntó si sentia en su conciencia alguna cosa que le remordiese, especialmente del tiempo que habia enseñado y confesado al rey, y si queria que hiciese alguna diligencia para descargo suyo, pues sabia ó podia confiar en él: contestóle el enfermo con estas palabras: «Agradézcoos mucho ese recuerdo que es de un bueno y leal amigo, y Dios sea loado porque no siento en mí ninguna cosa que me remuerda ó desconsuele; doy muchas gracias á nuestro Señor por las grandes mercedes que me ha hecho, en particular porque confesando á dos reyes que me hicieron mucho honor y favor, nunca me hizo esto acordarme de mí ó de mis parientes. No queriéndose ir á acostar el P. Amador, temeroso de que muriese el enfermo sin hallarse él presente, le dijo el Padre que se fuese á acostar, que le enviaria él á llamar á tiempo. Cumpliólo así, y cuando se acercaba su última hora, le mandó llamar para que le asistiese, como quien sabia cuándo habia de ser. El P. Amador Rebello vivió muchos años con grande fama de virtud y bondad. Fué rector del colegio de S. Anton el viejo, y en el tiempo de su gobierno se puso la primera piedra de la casa que habitaron despues los jesuitas en Lisboa. Falleció santamente á 7 de Mayo de 1622, dia en que le menciona el Agiologio Lusitano, y el Menologio de la Compañía, que se lee en la casa profesa de Roma, á que el Agiologio llama de ordinario, porque le cita muchas veces, el Martirologio de la Compañía.—S. B.

REBELLO ó Rebellus (Fernando). Fué natural de Prado en Portugal, y demostrando desde luego muy buen talento y grande aficion á la virtud, pasó la edad juvenil hasta que llegando la época conveniente, pudo decidirse y tomar la sotana de los hijos de Loyola, en cuya sociedad hizo grandes progresos, y fué de muchísima utilidad á la causa de la fe y de la verdadera civilizacion. Aun cuando á su ingreso en la Compañía llevaba ya hechos los estudios teológicos en toda la extension á que alcanzaban los conocimientos de su época, le fué preciso, porque así se lo prescribió la obediencia, hacer

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

de nuevo su carrera en los estudios de su casa, y no le fué inútil este trabajo, pues que el órden y el concierto con que esta como todas las demás cosas de tan excelente Compañía se hacen, dió por resultado el que se afirmase más y más en sus opiniones, que estudiase con más afan los santos Padres y expositores sagrados, y que se pusiera á la altura que era conveniente segun las exigencias de su época. Grande fué el aprovechamiento con que hizo de nuevo toda su carrera, así que luego que sus superiores vieron lo que habia adelantado, y que su afan por el estudio nunca se veia satisfecho, así como nunca dejaba de dar un paso adelante en el estudio y aplicacion de los profundos conocimientos que tenia, resolvieron, ya para sacar provecho en beneficio de los jóvenes estudiantes, ya para que haciéndose conocido se aplicára más y más, y llegase á atesorar todos los conocimientos á que se habia llegado en su época; enviarle, sin que él lo esperase, á la casa que la Compañía tenia en Evora, y allí, aunque por breves dias, esperó órdenes de sus superiores, hasta que recibió la de dedicarse á la enseñanza de la filosofía, en la cual no solo estaba muy versado, sino lo que es más, exento de las preocupaciones de escuela, vicio muy frecuente áun en personas de la mejor imaginacion. En el primer curso, que se consideró siempre como un ensayo, dió los más felices resultados, pues si bien es cierto que en los primeros dias solo asistieron los jóvenes de la casa, que tenian que hacerlo por precision, lo es tambien que apénas la poblacion comprendió lo mucho que valia el Padre, se abalanzaron, por decirlo así, á su aula muchos jóvenes de todas condiciones, para alcanzar el gran provecho que sus grandes conocimientos tenian que dar necesariamente; siendo ya desde esta primer época de su magisterio verdaderamente admirable la paciencia con que sufria las consiguientes molestias á tan importante cargo, y la buena manera con que trataba á todos y cada uno de sus discípulos, sin preferencia de ninguna especie, pero con una delicadeza que no permitia se ofendiese ni áun el más susceptible. Visto esto por sus superiores, y que su habilidad era tanta para la teología como para la filosofía, lo cual habian notado bien en los sermones que predicára, le hicieron profesor de teología en el mismo Evora, y cierto que no se hubieron de arrepentir, pues los discípulos de este sabio jesuita eran conocidos no solo en el círculo de aquella importante ciudad y en todo el reino, sino lo que es más, en Europa, en el mundo todo civilizado. Satisfechos estaban todos, el maestro enseñando, los discípulos aprendiendo y la Compañía de Jesus con que él regentára las cátedras, cuando una circunstancia imprevista vino á privar por algun tiempo á los de Evora del gusto de oir la autorizada voz del P. Rebello, y al Padre del de dedicarse á la enseñanza, cuyo ejercicio le era muy grato, pues llevaba la exactísima opinion de que todos debemos esforzarnos para aprovechar los talentos con que

Dios nos ha favorecido, de modo que sean útiles á los demás, y de cierto pocas veces es más palmaria la conveniencia, que cuando se trata de ilustrar debidamente á la juventud, toda vez que ella ha de hacer en su época la guia para la vida de su época misma, pues que el reflejo de la ciencia y moralidad de los sabios, es la moralidad y buen trato de los pueblos. Decimos que con sentimiento de todos hubo de cesar algun tiempo en la enseñanza, y el motivo fué que surgió en la Iglesia de Dios una nueva forma de herejía, cuyos propaladores inquietaban grandemente las conciencias de los fieles, y á estos se les causaba el consiguiente perjuicio, porque no era la herejía que surgia de esas que á cara descubierta atacan un dogma oponiéndose á él abiertamente, nó; era solapada, y bajo principios de conveniencia, era como hacia todo el estrago que siempre han hecho los errores, áun cuando ellos careciendo de prosélitos no hayan logrado establecerse. Era el *probabilismo* la herejía de que vamos hablando, y se hacian probabilistas muchísimos que no fijaban su atencion en lo absurdo de esta doctrina. Para refutar, pues, esta herejía se le mandó cesase de enseñar por el tiempo que lo creyera preciso, y áun se le hizo venir á Lisboa, pasar á Roma y en presencia de los corifeos del error sostener controversias científicas, que dieron por resultado el que los más juiciosos volviesen á confesar la verdad católica y los más obcecados tuviesen que desistir de su empeño de hacer prosélitos, toda vez que no tenia ya crédito su opinion. Es verdaderamente una pérdida muy sensible é irreparable para la ciencia, el que no se conserven los escritos de este hombre con tal motivo, aunque si se ha de creer á la comun opinion de sus contemporáneos, poquísimo era lo que escribia en el asunto, aprovechándose en todas las controversias de los vastísimos conocimientos que poseia, y de lo mucho que el Señor le ilustraba en el ejercicio santo de la oracion, á cuya provechosa práctica dedicaba cuantos ratos podia, saliendo de ella cada vez más enamorado de su Dios, y más dispuesto á realizar sus designios, fuesen ellos cuales fuesen. Terminada, pues, su mision, que podremos decir extraordinaria, de refutar el probabilismo, y habiendo alcanzado un éxito todo lo favorable posible, pues no debia pretenderse otra cosa sino que el error quedase descubierto y desacreditado en su misma cuna, volvió á su cátedra, y en ella á recibir las alabanzas justísimas con que pagaban sus esfuerzos los muchos discípulos que aprovechaban en gran manera lo profundo de sus conocimientos. En su cátedra, en el púlpito y en el confesonario pasó el resto de sú vida, que puede considerarse de una duracion regular, pues llegó á cumplir los sesenta y un años, habiéndose empleado siempre en el provecho de sus hermanos, ya por sus instrucciones como maestro, ya por los consejos como sacerdote; y en provecho suyo, pues con el exacto cumplimiento de los deberes de su impor-

tante ministerio y de las prescripciones de su querida Compañía, se alentó en la perfeccion, y tuvo por consiguiente un sólido fundamento para confiar en la divina misericordia, que en manera alguna dejaria de derramarse sobre él. Su muerte, algun tanto inesperada por él mismo, proporcionó á la piedad y á la literatura ocasion de admirar lo que este hombre valia, pues no pudo destruir, y se imprimió despues, una obra tan erudita como completa acerca de las *Obligaciones de justicia, de religion y de caridad*, que es el solo trabajo literario que ha quedado del distinguido portugués P. Fernando Rebello ó Rebellus, de la Compañía de Jesus.—G. R.

REBELLO (D. Gaspar Perez), clérigo regular de la órden de Santiago en Portugal, de donde era natural, y se dió á conocer por sus obras no ménos que por sus virtudes. Todos los autores mencionan las primeras, empero han condenado las segundas á un perpétuo silencio como si no debiesen brillar y áun colocarse sobre las otras por ser sin duda más meritorias á los ojos de Dios y de los hombres. Nosotros sin hacer de ellas una mencion tan dilatada como la que encontramos en Cardoso y otros autores portugueses, no dejaremos de citar las principales por ser objeto de la índole especial de nuestro trabajo. Rebello, que pertenecia á una antigua é ilustre familia, tomó el hábito de fraile ó clérigo regular, siendo muy jóven todavía, y dedicándose al estudio y la oracion, no tardó en sobresalir en ésta mucho más que en aquel, por lo que sus contemporáneos le miraron más bien como santo que como sabio. Hacia en efecto una vida muy retirada consagrándose casi exclusivamente á la contemplacion de los sagrados misterios que brilla en alguna de sus obras, aunque de un género al parecer enteramente distinto. Mas tal era la costumbre de nuestros padres, que en todas sus obras, áun en las más indiferentes é insignificantes, solo veian á Dios, á él se las atribuian y en ellas le adoraban, así que áun en los libros profanos se encuentra ese sabor, esa uncion espiritual que tanto encanta á las almas cristianas y sencillas, aunque á los descreidos hombres de nuestro siglo parezcan pesadeces cándidas en demasía; Rebello, hombre de grande imaginacion, poeta por naturaleza, escribió gran número de versos á todas las festividades religiosas y profanas que se celebraban entónces en su pais; pero en particular á las primeras, que era donde más se lucia su fecunda y piadosa vena. Tambien hizo algunos libros en prosa sobre asuntos propios de su profesion, en que se manifiesta principalmente el grande objeto que guiaba todos los pasos de su vida y el profundo conocimiento que tenia de todas las verdades de la fe. De sus obras solo ha llegado hasta nosotros una profana, impresa en Lisboa en 1625 bajo el título de *La constante Florinda*, poema pastoril. En cuanto á su *Explicacion de las ceremonias de la Misa* se ignora haya llegado á ver la luz pública.—S. B.

REBELLO (P. Juan), jesuita portugues, natural de Prado, pueblo situado en la diócesis de Lamego, era hermano del P. doctor Fernando Rebello tan conocido por sus escritos; llamándose sus padres Fernando Rebello y Juana Rebello. Entró en la Compañía en Coimbra á 21 de Julio de 1568, viéndose en el mismo dia en él un ejemplo que demostró debia distinguirse en la religion por la virtud de la humanidad. El dia en que iba á entrar, mandó llevar su cama á la portería del colegio de la Compañía, pensando que le sería necesaria. Llegó en esto el P. Maestro de novicios á la portería, y le mandó llevar por sí mismo su cama á su casa, de donde la habia traido, y que se hallaba en medio de la ciudad. Tomó sin demora la cama, y cargándola á espaldas como si fuera un mozo de cuerda, la llevó á su casa, volvió despues al colegio y entró en la Compañía. A estos principios correspondieron los progresos de su vida. Era un hombre que se consagraba continuamente á la oracion y mortificacion. Padeció muchas enfermedades sufriéndolas todas con grande resignacion, y encomendándolas siempre á nuestro Señor Jesucristo. Para formarse un aproximado concepto de la virtud del P. Juan Rebello, no puede acudirse á mejor testimonio que al del Venerable P. Ignacio Martin, que decia de este gran religioso, «que el P. Juan Rebello era el mejor religioso de toda aquella provincia y que se le debia la misma reverencia que se tiene en aquel reino á las imágenes.» Indicando con estas palabras cúan grande era el concepto que tenia formado del P. Juan Rebello. Aunque se distinguia en todas las virtudes, la que más resplandecia en él era el celo por la salvacion de las almas. Dedicó toda su vida á hacer misiones, predicando por las plazas y calles, y encaminando todos sus discursos al bien espiritual de los oyentes. Sabiendo que en cierta ciudad se hacian muchas confesiones mal é imperfectamente, llevó al púlpito el Concilio Tridentino, y explicó un capítulo que trataba de las circunstancias requeridas para hacer una buena confesion, lo que hizo con tanto fervor, que consiguió se hiciesen más de setenta confesiones generales teniendo que buscar otro confesor para que le ayudase. Hallándose una cuaresma en la ciudad de Estremoz, entre otros frutos de sus predicaciones consiguió desterrar el siguiente abuso. Los mancebos hasta que eran hombres se enmascaraban el domingo de Pasion, y continuaban así toda la semana hasta el domingo de Ramos. Enmascarados de esta manera corrian por las calles, y á todos los hombres que encontraban los llenaban de afrentas y grandes injurias, no perdonándolos aunque se retirasen á sus casas. Predicó el Padre contra este abuso y consiguió cortarle. Fundó en la misma villa la cofradía de las Animas, é instituyó en las villas y lugares tanto de Alentejo como del Algarbe muchas cofradías de la Pasion de nuestro Señor, muchas de la Vírgen nuestra Señora y de las almas del

Purgatorio, obteniendo de Roma bulas é indulgencias para los cofrades. Estableció estas tres cofradías en otras muchas villas, y en prueba de lo mucho que hizo en esta materia baste decir que en recuerdo y agradecimiento se le hicieron grandes exequias en más de quince villas. Otras memorias dicen que se le hicieron oficios en noventa ó cien partes diferentes. Para que se vea más claramente su grande fervor en las misiones, referiremos, aunque á grandes rasgos, lo que se escribió sobre algunas. En la cuaresma de 1596 fué su mision á la ciudad de Portalegre; predicaba dos veces á la semana y tres explicaba la doctrina; hablándose entónces mucho de las preguntas que hizo en algunas ocasiones, á que contestaron los principales de la ciudad y áun algunos teólogos y doctores. Habia premios designados para el que mejor respondia, los que dió un hidalgo: eran pocas las dignidades de la sede, y á todo daba armonía y gracia la autoridad y santidad del P. Rebello. Sacó mucho fruto de las confesiones, porque hizo muchas de hombres que hacia veinte ó treinta años se confesaban mal. Un hidalgo acostumbrado á jurar se enmendó de tal manera, que corregia á los demás. Se encendió de tal manera el celo de los mozos de la ciudad y arrabales, que todas las fiestas hacian procesiones á competencia, y se daba el premio á los que vencian. Se introdujo la hermandad y procesion de los pasos de la Pasion del Señor, yendo en la primera procesion más de ochenta penitentes con los trajes que á la sazon se acostumbraban. Predicó ántes de salir la procesion y despues de retirarse, arrancando siempre muchas lágrimas á su auditorio. Asistió á esta procesion mucha gente de Castello de Vide, y fueron tales las noticias que dieron, que no tardaron en volver para suplicar al Padre que fuese á instituir la misma procesion; deseo que llenó de la misma manera y con los mismos efectos que habia obtenido en Portalegre. En estas misiones hacia muchas amistades. En el año 1597 fué durante la cuaresma á la ciudad de Cozuche, donde lo primero que hizo fué asentar amistades entre los principales, que se hallaban divididos en dos bandos, siendo tal la influencia que obtuvo sobre ellos, que no tardaron en visitarse unos á otros y hacerse amigos entre si. Predicaba tres veces á la semana y empleaba la mayor parte del tiempo en el confesonario, para que tuvieran todos el consuelo de descubrirle sus conciencias. Explicaba la doctrina tres veces á la semana, haciéndose otras penitencias, y segun su costumbre instituyó allí la hermandad de las Llagas en sufragio de las almas del purgatorio, porque se debian gastar las limosnas de la hermandad en provecho de las ánimas. Introdujo tambien la procesion de los pasos. En las doctrinas que explicaba en la iglesia contestaban los clérigos y la gente más noble, ganando premios que dió generosamente el ayuntamiento. Queriendo el Padre hacer algunas preguntas que exigian más difícil contestacion, las puso al-

gunos dias ántes por escrito á las puertas de la iglesia, ganando los premios tres eclesiásticos. Admirábase la gente de esto y no sin razon, porque intentando el Padre al principio que llevasen los más nobles las insignias de la santa doctrina y acompañasen la procesion, le dijeron algunos que no intentase tal cosa, porque le habian de perder el respeto y se burlarian sus adversarios de los que tal cosa hicieren. No cejó el Padre en su pretension y le favoreció Dios, porque convenció á todos con buen resultado de lo que intentaba, quedando de esto tan admirados que decian entre sí, que solo los apóstoles conseguirian cosas semejantes. Ocurrieron en aquel año grandes lluvias, que encharcaron todas las riberas que cortan las fertilísimas campiñas de Coruche, de donde tomó el Padre ocasion para persuadirles que tomasen como protectora en estos casos á la Vírgen María con el título de nuestra señora de la Serenidad, que como tiene la luna debajo de los pies disminuiria lluvias tan nocivas. Hiciéronlo así con voto de mandarla decir una Misa cantada todos los años: fué la imágen llevada en procesion al calvario, predicó el Padre, estaban todos los campos cubiertos de agua, fué grande la devocion en el auditorio; las justicias dieron sus varas al Padre para que las pusiese en la mano de nuestra Señora en muestra de vasallaje. Experimentaron el favor de la Madre de Dios, porque de allí á algunos dias llovió un poco, limpiándose los campos y desahogándose los surcos. La cuaresma del año siguiente de 1598, hizo el Padre mision en la villa de Benavente. Hospedóse en el hospital. Los hombres graves le tenian tanto respeto que no se atrevian á cubrirse en su presencia, respetándole como á un santo. De allí salia tambien á predicar á las ciudades vecinas. Fundó la cofradía de las almas; estableció la procesion de los Pasos, llevando desde el monte con grande solemnidad la madera de que se hizo cada paso. Todos concurrieron segun sus haberes para la fábrica del Calvario. Los principales fueron los primeros que se pusieron á trabajar para abrir los fosos, llevando la tierra en cestos á las espaldas; hasta los niños de cinco á seis años ayudaban con espuertas á sacar la tierra. Un hombre dió la piedra y otros materiales para la construccion del Calvario. Llegado el dia de la procesion de los Pasos, fué grande la concurrencia, no siendo menores las lágrimas del auditorio, ni el número de amistades que hizo á Dios, que por ser resultados semejantes á los que ya se han apuntado en las otras misiones dejamos por referir. Fué este Padre muy devoto de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, haciendo muchos ejercicios espirituales, oraciones y exámenes de conciencia, siempre de rodillas, áun cuando era ya viejo y achacoso. Empleó en el bien de las almas los muchos años que vivió en la Compañía, confesando y predicando sin cesar. Estableció muchas cofradias en honor de nuestra Señora, muchas proce-

siones de los pasos, de donde se seguia conmover en todas partes en gran manera los ánimos, inclinándolos á la piedad, y para que no se enfriase ésta con su ausencia, astablecia hermandades como incentivos con que se fomenta la piedad. No puede encarecerse con palabras su grande devocion á las almas del purgatorio; pudiéndose dudar si hubo en la provincia de Alentejo alguna cofradía de ánimas que no fundase por sí ó por sus confesados, movidos de su ejemplo. Le tenia tanto respeto el conde de Baste, que siempre que le iba el Padre á ver á su casa, salia á esperarle á la primera sala y le acompañaba hasta allí al haber terminado la visita. Sucedió haber mandado el conde azotar á un hombre honrado, y sabiéndolo el P. Juan Rebello, fué á verse con el conde extrañándose de la resolucion, á lo que le contestó: «Padre, he mandado le azoten, porque me ha afrentado.» A lo que replicó el Padre.» Eso es muy mal hecho. Despues contestó el conde: ¿qué quiere que haga, mi P. Juan Rebello? Entónces le dijo: Mande V. S. venir á su casa á ese hombre para pedirle perdon de lo que determinaba hacer. Mandó luego sin replicar llamar á aquel hombre, diciendo fuese bajo su palabra, que el P. Juan Rebello le esperaba. Apénas fué, hizo el Padre que se pusiese el conde de rodillas y le pidiese perdon. Hízolo así el conde como buen cristiano y muy generoso que era. Despues mandó el Padre al hombre pidiese perdon al conde de lo que habia dicho contra él. Al fin abrazó el Padre á ambos, y de allí en adelante no le tuvo ya el conde enemistad. A todos cuantos hablaba el conde de este caso, acostumbraba á contestar, que no podia negarse al P. Juan Rebello. La devocion de las ánimas del purgatorio era en él singular como queda dicho, y procuraba fuese así tambien en los demás. A los padres que encontraba en los corredores, les preguntaba si habian rezado aquel dia algo por las almas del purgatorio, haciendo la misma pregunta en las calles; y como encontrando á un religioso le hiciese la propia pregunta, y le contestase que no habia rezado nada aquel dia, le contestó el P. Rebello con grande admiracion diciéndole: ¿Y piensa salvarse? Su ordinaria ocupacion era hacer premios para repartirlos en la doctrina. Toda su vida se ejercitó en estas y otras santas obras, hasta que fué Dios servido de llamarle para sí y darle el premio semejante á su vida. Falleció en el colegio de Evora á 24 de Julio de 1602. Escribió muchos libros espirituales de los que se imprimió uno que trata del *Rosario de nuestra Señora* y otro de la *Vida de Cristo*, los demás se conocen por largo tiempo manuscritos en el archivo del colegio de Evora. En la biblioteca de la Compañía de Jesus, escrita por el P. Rivadeneira, se hace un grande elogio de este Padre, y sus virtudes le merecen mucho mayor. El P. Franco, autor de su vida, dice la recogió de diversos manuscritos antiguos, y añade que su devoto crucifijo, que era de cuatro clavos, se conservó por largo tiempo en la celda del

maestro de novicios del colegio de Evora, siendo una imágen muy devota, y el único objeto que tenia en grande aprecio el siervo de Dios, siendo tambien digno de particular veneracion.—S. B.

REBELLO (P. Lorenzo), jesuita portugués, natural de Lisboa, cuyos padres se llamaron Blas Rebello y María Froes. Entró en la Compañía á la edad de quince años, en su patria, á 5 de Agosto de 1626. Terminado su noviciado estudió filosofía y teología, distinguiéndose por su notable ingenio, enfermando desde entónces á consecuencia de su grande asiduidad en el trabajo. Por consejo de los médicos se embarcó para las islas portuguesas, con ánimo decidido de no volver nunca más á Portugal. Al salir de la barra de Lisboa dijo, mirando á esta ciudad, las conocidas palabras del célebre Escipion: *Ingrata patria, non possidebis ossa mea*, cumpliéndolo como lo habia dicho. Vivió por largo tiempo en el colegio de Funchal, en la isla de Madera, donde comenzó á predicar con notable aplauso y fruto de los oyentes. Además de la elocuencia que abundaba en sus sermones, estaban llenos de celestial doctrina, porque su principal intento era obtener el mayor fruto en su auditorio. Sacó á muchas almas de la torpeza en que vivian, y á muchos herejes de sus errores. Le dió mucha celebridad un suceso que con ocasion de un sermon suyo, aconteció en aquella isla. Predicaba en la catedral, y comenzó con grande celo á increpar á los que tienen dentro de su casa la ocasion de su ruina. ¿Qué fin, decia, esperais los que vivís así? ¿Os asistirá en vuestra última hora la causa de vuestro pecado? ¿Os pondrá ella la vela en la mano? ¿Os hará ella repetir los santísimos nombres de Jesus y de María? ¿Os ha de persuadir ella á contricion y dolor? Uno de los oyentes, que vivia en mal estado con público escándalo, creyó que lo que decia era únicamente por él, como suele suceder á los que se hallan en tal caso, y no vaciló en decir á su vecino: «Eso va conmigo; yo bien sé lo que me conviene y puedo enseñar al predicador.» Pasados algunos dias, se vió que el discurso del predicador habia sido un pronóstico de la muerte infeliz de aquel mal eclesiástico. Cayó enfermo en la cama con una grande tristeza, muy comun á los que adolecen de semejante vicio. Dábale penetrantes punzadas la conciencia; procuraba engañarse á sí mismo, diciendo no tenia peligro; encargó mucho á su amiga no se separase de su cabecera. Cumplió ella sus mandatos, y el desgraciado murió sin arrepentimiento y sin confesion, con no poco horror de todos los que supieron su fin y los avisos que le habia dado Dios por boca del P. Lorenzo Rebello. Supo ganar para Dios y para sí los ánimos de aquellos nobles isleños, y el amor que le manifestaron se vió en una demostracion particular. Mandáronle los superiores pasar á las islas Terceras, y apénas se supo esto, todo el ayuntamiento impidió la jornada, no permitiendo que dejase su isla. Disimuló el Padre algunos dias, manifes-

tando que se acomodaba á su voluntad, y cuando estaban más descuidados, se metió en la embarcacion y se hizo á la vela. En las islas Terceras, donde vivió el resto de su vida, fué objeto de admiracion en los púlpitos y en las cátedras. Enseñó durante veinte años moral en el colegio de Fayal y en el de Angra, siendo completo letrado en esta ciencia y venerado como tal de todos los que concurrian á él como á oráculo para disipar sus dudas. El P. Rebello parecia nacido para enseñar en los púlpitos y en las cátedras, no siendo fácil averiguar para cuál de estas dos cosas tenia más talento. Predicando en la santa casa de la Misericordia de la isla Tercera sobre lo corto de esta vida y cómo todos, sin fiarse en su edad, deben estar preparados para morir; acabado el sermon se llegó á él un clérigo, discípulo suyo, y le dijo ya de veras ó de chanza: — «Lo que dice Vuestra Reverencia es cierto, mas por ahora no se entiende conmigo, porque estoy muy bien dispuesto.» — «No se fie de eso, le contestó el Padre, porque puede morir dentro de pocas horas.» — Marchóse el clérigo y comenzó á pensar entre sí en diferentes cosas; recogióse por la noche en su cama y á la mañana siguiente se le encontró muerto; manifestando este ejemplo que la doctrina del Padre se dirigia principalmente al que por ella no se creia aludido. Causó este acontecimiento admiracion y miedo en los que sabian sus circunstancias, pero el P. Lorenzo Rebello se consoló, porque conocia la conciencia del clérigo, y le pareció que su muerte, aunque repentina, no habia sido sin superior determinacion. En el púlpito se veia constantemente el don de lágrimas de que se hallaba dotado, que en algunas ocasiones le saltaban de los ojos, causando notable conmocion. Predicaba con grande facilidad y verbosidad, no dejando por esto de escribir ántes los sermones, habiéndose encontrado unos mil de su letra, además de otros muchos en resúmen, de los que llegó á reunir hasta cinco volúmenes dignos de darse á la imprenta. El obispo de Angra, Sr. D. Fr. Lorenzo de Castro, hacia grande aprecio de sus letras y virtud, no queriendo que predicase ningun otro en su catedral, y valiéndose de él para el mejor acierto en sus disposiciones. Siendo muy conocido esto, se veia constantemente importunado por pretendientes, de los que se excusaba cuanto le era posible, dando por motivo la dificultad que tenia en salir fuera de la casa por sus muchos achaques; cuando no podia hacerlo, yéndose al Obispo, le decia claramente la causa que le obligaba, á lo que acostumbraba á responderle que para no molestarse le bastaba en semejantes casos firmar la peticion, lo cual era suficiente para que la despachase en seguida, pues estaba seguro de que no pediria sino cosas muy justas y convenientes. Las buenas prendas del P. Lorenzo Rebello iban acompañadas de excelentes virtudes, mucha caridad para con todos, por lo que era llamado padre de los huérfanos y desgraciados, de cuyos apuros era co-

mun refugio. Cuanto más apreciado se veia, más se humillaba el Padre. Padeció algunas calumnias, las que venció con su grande paciencia. Fué muy amante de la pobreza, oracion y trato con Dios. Habiendo vivido siempre en olor de santidad, mereció que le indicase el Señor la hora de su muerte, lo que se tuvo por seguro al tenor de lo que le aconteció ántes. Era protector de la hermandad de la Purificacion, de la iglesia del colegio de Angra, y hallándose en junta con los hermanos, los exhortó, como hacia en otras ocasiones, al desprecio de esta vida, á la frecuencia de los sacramentos y bien de las almas. Pidió perdon á los hermanos del poco cuidado con que los habia servido, diciendo que ya no le oirian más en aquel lugar. Derramáronse muchas lágrimas, porque áun sin estas circunstancias las hacia derramar muchas veces la piedad de este Padre cuando predicaba. Ya por esta época se aumentaban sus achaques en demasía. Aunque toda su vida se preparó siempre para su última hora, de aquí en adelante lo hizo con mayor cuidado. Era tanto el deseo del bien de las almas, que aunque enfermo y no pudiendo tenerse en pie, iba al coro ó bajaba á la iglesia, sostenido por algun hermano, para oir las confesiones. Hacia frecuente oracion; además del oficio divino rezaba todos los dias á nuestra Señora y por los difuntos. Cuando no se podia ya levantar de la cama, sus pláticas eran con Dios y con su Santísima Madre, haciendo fervorosos coloquios. Hizo confesion general; si sus dolores no le permitian repetir los salmos y santas jaculatorias, pedia á los que le asistian que las repitiesen. Cuando hubo recibido ya el santo viático, pidió la extremauncion; pareció al P. Rector no ser tiempo todavía; instó Rebello, diciendo que tendria gran consuelo en recibirla ántes de perder el sentido. Pasados dos dias, perdió el habla, el uso del paladar y de la voz, porque no habló ni tomó nada por espacio de doce dias, lo que fué una cosa extraordinaria. Tenia los ojos clavados continuamente en un crucifijo; llegado el último trance, levantó algun tanto la cabeza, poniendo los ojos en el crucifijo, besándole los pies, tornándose á recostar, hasta que dió su alma á Dios con suma paz en Angra, en la isla Tercera, el 2 de Mayo de 1679. Verificóse su muerte de noche, y á la mañana siguiente fué tal la concurrencia de nobles, plebeyos y eclesiásticos que acudió al colegio, que no se cabia. Sentian todos su muerte por ser mirado en aquel país como padre de todos, y fué por lo tanto sepultado entre muchos elogios y lágrimas. Hallábase el Obispo en aquella sazon visitando su diócesis, y cuando le llegó la noticia, dijo en elogio del Padre que habia muerto un predicador evangélico; manifestando además grande sentimiento como quien sabia apreciar la virtud y las letras del P. Rebello. Luego que volvió de la visita, mandó decir misa por el difunto en el colegio de la Compañía, en testimonio de lo mucho que amaba sus virtudes, que hubieran podido

dar asunto para un largo artículo, si se hubiesen referido tal como se encuentran en los cronistas, porque fué su vida muy útil á los prójimos y durante muchos años. En la isla Tercera se habla con grande encomio de ella casi un siglo despues de su muerte, recordando constantemente su virtud, letras y predicaciones, porque en todo era grande y respetado como tal de toda clase de gente. —S. B.

REBELLO (Fr. Manuel), religioso dominico natural de Coimbra, é hijo de una antiquísima y noble familia de Portugal, que contaba en su seno personajes de los más ilustres de aquel país, algunos de los cuales se habian distinguido ya en las órdenes religiosas. Educóse en casa de un tio suyo, por ser hijo segundo de sus padres y por ser además dócil y modesto, y tan inclinado á la virtud desde sus primeros años, que se conocia muy bien la habia heredado de sus mayores; tal era la humildad, compostura, devocion y cariño que manifestó desde su infancia á todas las cosas de piedad y al culto y reverencia de los santos. Dedicóse con grande aficion al estudio de las letras, y aprendió la latinidad en su patria, donde su tio desempeñaba un elevado destino. Comenzó desde luego á manifestar grande afecto al trato y buen ejemplo de los religiosos dominicos, y comprendiéndolo su tio, que tambien los tenia particular inclinacion, aunque no le pesó ver á su sobrino decidido á dejar el mundo y consagrarse á Dios en aras de la religion, no quiso que lo hiciese desde su casa sin dar cuenta á sus padres, que se lo habian entregado, y así le envió en seguida á Lisboa, donde á la sazon residian, manifestándoles los intentos de su hijo. El sentimiento de sus padres fué conforme al grande amor que le tenian, porque le querian entrañablemente por su buen natural y especiales cualidades, y tenian esperanza de que á la sombra de su tio y con su buena direccion, hubiera de seguir sus huellas y obtener las más elevadas dignidades, siendo la honra de su casa, pues todo lo merecia, no ménos por su virtud que por su sangre y por el caudal de ingenio y prudencia que manifestaba; mas como eran tan temerosos de Dios, no quisieron violentar la voluntad de su hijo, ni privarle del estado de perfeccion á que Dios le llamaba. Propusiéronle sus intentos y las esperanzas que tenian en su persona y la falta que hacia, porque no teniendo más que un hermano, caso de faltar éste era el heredero de sus estados; no siendo menor el desconsuelo de su madre, que le amaba más que á hijo, y le habló repetidas veces mezclando las lágrimas á las palabras. Contestó á todo Rebello con la modestia y respeto que á sus padres debia, y con razones no de niño, sino de hombre y ya anciano, porque al decir de la crónica, nunca fué niño más que en el nombre, ántes bien siempre grande en la virtud, en la prudencia, en la religion, en el celo por la salvacion de las almas, en la predicacion y en el gobierno y aplicacion á todo

género de trabajo; y lo demostró bien en esta ocasion, pues poniéndole delante tantos honores, riquezas, placeres, regalos, honras y comodidades en el siglo, y la cruz de la religion con tanto número de afanes, obediencia, mortificacion, desprecios, vigilias y continuo trabajo, y estando en su albedrío escoger lo uno ó lo otro, prefirió la cruz y los desprecios de Cristo, dejando las delicias del mundo y sus honores, y así recibida la bendicion de sus padres se ofreció en holocausto á Dios, adonde fué recibido teniendo diez y seis años. Tomó pues el hábito en Coimbra, adonde habia marchado con este objeto, distinguiéndose en su noviciado, permaneciendo todo el tiempo del noviciado bajo la direccion de uno de los más célebres maestros de espíritu que contaba á la sazon su Orden en Portugal, quien manifestó su gran talento en la cultura y adelantos de su discípulo, en el que como en blanda cera ejercitó su mano y formó un novicio santo con toda la perfeccion que se puede desear de un observantisimo religioso. Hizo entera renuncia de sí mismo, consagrándose por completo á Dios y puso todo su estudio en humillarse y mortificarse tanto cuanto era más alto y más regalado en el siglo. No se vió criatura más humilde, estando siempre obediente á todos y dedicado á los oficios más bajos y trabajosos; ayudando á los demás por tomar sobre sus hombros el trabajo, les besaba los pies, se postraba en el suelo, comia de rodillas, pedia de limosna lo que habia de comer, y muchas veces era lo que sobraba á los demás, y no pocas salia á la puerta á tomar de la comida que daban á los pobres, y luego comia con ellos como si fuese un mendigo; barria, fregaba, llevaba agua y carbon sobre sus hombros y la leña que habia de servir en la cocina, como si fuera esclavo del cocinero, á quien obedecia y respetaba por la sombra que tenia de superior como si tuviera presente á Cristo; y por humillarse más, decia públicamente sus faltas y suplicaba á sus compañeros que le advirtiesen las que le notasen, recibiéndolo con agradecimiento y haciendo penitencia pública de ellas. No habia género de mortificacion que no ejecutase, ni humillacion á que no se sometiese; no habia ninguno más rendido y obediente, ninguno más vil á sus propios ojos, respetando á todos como á superiores suyos, y mortificándose en extremo, tanto que fué necesario mandarle con precepto de obediencia que tomase el alimento indispensable para sustentar la vida y ponerle tasa en sus penitencias; porque las hacia tan grandes que excedian sus fuerzas y las de otros más robustos, inventándolas todos los dias de nuevos géneros para mortificarse. En todo encontraba materia de humillacion y mortificacion, viviendo siempre con insaciable deseo de verse crucificado con Cristo: constantemente guardó inviolable silencio sin faltar á la regla en lo más mínimo. Sus palabras eran escasas y siempre alusivas á las cosas del cielo y de las vidas de los santos, su modestia edificaba á todos, porque era

tan grande su encogimiento y tal su dominio sobre sus sentidos, que parecia tenerlos sin uso; llevaba los ojos tan bajos y el continente tan humilde que no parecia pisar la tierra por donde andaba: virtud que conservó toda su vida, porque así como cuando novicio fué ya profeso en la religion, así tambien cuando profeso fué novicio en el fervor, hallando cada dia nuevos modos de humillarse. No fué ménos perfecto en la oracion y vigilias y en la presencia de Dios y en la conformidad con su santa voluntad, que en el resto de las otras virtudes; porque hacia siempre oracion de rodillas delante del Santísimo Sacramento, ó en la capilla en presencia de la imágen de nuestra Señora, con tal respeto y reverencia como si la viera en efecto presente con sus propios ojos; lo que decia el cronista no era para él demasiado, porque tenia más vivos y vigilantes los del alma, ni era todo el tiempo destinado á la oracion el que en ella gastaba, porque todo el dia era para el siervo de Dios tiempo de oracion, hablando con Dios y viviendo como los ángeles siempre en su presencia, ajustado y conforme en todas las cosas con la voluntad de Dios. Tal es la vida que hizo durante su noviciado el P. Rebello, pequeño en la inocencia y pureza, rendimiento y humildad, pero grande en todas las virtudes, y en quien se miraban los demás como en verdadero ejemplo de perfeccion y santidad. Habiendo adquirido tan sólidas virtudes en su noviciado de humildad y santidad, profesó en su religion con grande júbilo de su alma por verse incorporado en ella, y luego le enviaron á Evora para que se perfeccionase en los estudios, y pudiera despues enseñar como maestro. De allí pasó á Lisboa á aprender filosofía con un célebre maestro, que lo fué despues de prima de teología en varias partes, y la explicó en Roma y en París, terminando, por último, el curso de su vida regentando una cátedra en Salamanca con la mayor reputacion y crédito. Terminado el curso de artes comenzó el de teología, aprovechando mucho en las letras y no ménos en la virtud, cuyo estudio fué siempre la principal ocupacion, dirigiendo todas las obras á Dios, y esmerándose en la observancia religiosa, y en la oracion y penitencia, con una humildad tan profunda que á todos admiraba. Esta le movió á no inclinarse á las letras, ni seguir el curso de las cátedras como otros condiscípulos suyos, mirándole como demasiado ostentoso y más expuesto al viento de la vanidad con las honras que en todas partes alcanzaban los profesores; y como estaba tan deseoso de la humildad como otros de las honras y estimacion de los hombres, todos sus intentos se dirigian á emplearse en las ocupaciones más bajas y viles: así fué que pidió con insistencia á sus superiores le pusiesen á enseñar á los novicios, y áun á los niños, doctrina y otras cosas que creia muy propias de su carácter y aspiraciones; y por corresponder á sus deseos, le enviaron á uno de los conventos que tenia su religion en un pueblo pe-

queño, donde podia consagrarse á tan nobles tareas. No marchó allí hasta despues de haberse ordenado de sacerdote, y permaneció por mucho tiempo, con tanto sentimiento de los demás religiosos como placer suyo, porque deseaban tenerle en otros conventos, y se lo pidieron con tan repetidas instancias, que no le fué posible negárselo. Trasladáronle por lo tanto á Coimbra, con riguroso precepto de obediencia para su mortificacion, tan enemigo del regalo como amigo de la penitencia, pues no lo fué pequeña para él el ir á su patria y vivir con sus parientes y amigos; pero tuvo que someterse á la obediencia y vivir, como otro San Alejo, á vista de sus padres y en medio de sus delicias sin gustarlas ni admitirlas, ni servirle más que de mayor tormento y mortificacion, teniéndolas á la vista. Su tio era á esta sazon inquisidor general, y le hizo calificador del Consejo Supremo, dignidad que admitió por obediencia; pero con tal humildad que le sirvió de hacer alarde de la suya, porque la encubrió de manera que jamás hizo acto de calificador, ni fué á las juntas de la Inquisicion, ni se puso la insignia, ni lo tomó en la boca, y aunque estimó la dignidad, la calló y ocultó tanto, que vino á ocultarse y sepultarse sin que nadie lo supiera, llegando esto á tal extremo, que cuando por renuncia de su tio entró un nuevo inquisidor á desempeñar su cargo, conociendo las prendas del P. Rebello, le hizo gracia de calificador del Consejo con otros de su religion, y entónces descubrió que hacia muchos años que lo era, aunque lo ignoraban hasta los mismos del Consejo. Volviendo á su humildad, era tan extremada que siendo ya maestro en su religion, llevaba por las calles á la mano derecha á los hermanos conversos, y no habia pobre ó desvalido que en estando enfermo no le tuviese á su cabecera, huyendo de los altos y nobles tanto como buscaba á los humildes y pequeños. Así fué que nunca pudo encubrir el fuego divino de ardientísima caridad que Dios encendió en el corazon de este siervo suyo, emprendiendo con energía el purificar á los fieles de la escoria de los vicios; estableció confesonario, no de mujeres, de las que huyó siempre, sino de hombres, atendiendo con preferencia á los pobres y desvalidos, de quienes fué siempre padre amoroso; recibiéndolos como tal, los acariciaba y agasajaba de manera que siempre se veia rodeado de pobres, aguardándole á la puerta de su aposento para que fuese á confesarlos. No se limitaba á esto solamente su celo, sino que con la misma caridad iba de casa en casa buscando los enfermos para confesarlos y consolarlos, recorria los hospitales y las cárceles, y á todos los invitaba á que fuesen á confesar las fiestas y oir sermones y pláticas por las tardes: las mismas exhortaciones hacia á los clérigos y estudiantes para que asistiesen á la oracion, disciplina y á los ejercicios espirituales, no perdonando trabajo para conseguir el bien de las almas. Con la misma solicitud se consagró al ejercicio de la predicacion, que fué la más

continua y fervorosa que vió su siglo; su ardorosa elocuencia conmovia en lo más profundo á los corazones, haciendo admirar su celo, espíritu, elocuencia y su constancia en el trabajo, pues predicaba con frecuencia por mañana y tarde, en invierno y en verano, en la ciudad y fuera de ella, á todo género de personas, á lo más ilustre de la corte y á lo más bajo de los arrabales. El santo fruto de sus sermones solo puede decirlo el que le dió el espíritu y la gracia para conseguirlo. Predicó diez y siete años contínuos en Coimbra, con tal aceptacion, que era más oido cada dia, haciendo tal reforma en las costumbres y tanto aumento de piedad, de limosnas, de frecuencia en los sacramentos, de casas de recogimiento y hermandades, de oracion y penitencia, de congregaciones y culto al Santísimo Sacramento y veneracion de los santos, que decian que todo el reino estaba hecho una religion, y solo le faltaba para ser una nueva Tebaida, que los habitantes, abandonando las ciudades, se fuesen á habitar á los campos. Se cerraron muchas casas de juego, se desterraron muchas malas mujeres, los teatros estaban vacíos durante meses enteros, teniéndose que ausentar los comediantes por falta de público. El P. Rebello fundó una congregacion de lo más lucido de la ciudad, en la que tomaron parte no pocos sacerdotes; no tardó en conocerse el buen efecto de sus ejemplos y oraciones en el gran número de religiosos y monjas que acudió á los conventos, entrando no pocos en su Orden, que fueron su lustre y esplendor. No paró aquí su fervoroso espíritu, pues extendió la esfera de su actividad á otras muchas partes, saliendo á predicar por los lugares, y haciendo misiones con admirables resultados. Setenta años predicó en aquellos pueblos, consiguiendo tales frutos, que ni la incuria de los tiempos, ni la flaqueza humana, han podido borrar del todo su memoria, que vivirá eternamente; y era tal su fervor, que ni por ser prior y maestro en su Orden y estar cargado de ocupaciones, se enfrió su constancia en la predicacion, asistencia al confesonario, pláticas á las congregaciones y consuelos á los enfermos. Así que le sucedió con mucha frecuencia estar confesando desde el amanecer, y salir luego á predicar, y por la tarde pronunciar una plática en presencia de la congregacion, y marchar despues á oir la confesion de un pobre enfermo á lo último del lugar, volverse al anochecer y tener una plática delante de sus súbditos, poniéndose luego á rezar y orar, y despachar los asuntos propios de su cargo, no sin grande admiracion de todos, dando mil gracias á Dios que le concedia tal espíritu y tan robusta salud para llevar á cabo tan grandes y difíciles obras. Los dos años que fué prior no cesó de predicar, tanto en su convento como en otros de la provincia, siendo raro en el que no predicaba, y sucedió muchas veces llegar á un pueblo á la hora de misa mayor, ó cuando tocaban á vísperas, despues de haber caminado muchas leguas, y el descanso que encontraba era

subir á predicar por espacio de una hora, haciéndolo con su acostumbrado fervor, pues su mayor placer era el consagrar, áun sus ratos de descanso, á la salvacion de las almas. La mayor parte del camino le empleaba en la oracion. Se recogia á ejercicios todos los años, haciéndolos con grande devocion, sin mezclarse en ningun negocio por grave que fuese, atendiendo al más importante, que era la salvacion de su alma, y algunas veces se retiraba entre los novicios á examinar su espíritu, y permanecia allí haciendo la misma vida que los novicios durante muchos meses, edificando á todos con su ejemplo. Nunca se encargó de negocios seglares, ni atendió á otros que los de su religion y el bien de las almas, ni salia de su casa sino era á las ocupaciones y cosas tocantes á su cargo. Cuando era superior y salia del convento, aunque fuese á predicar, visitaba primero el Santísimo, pidiendo licencia á Dios y gracia para servirle en aquella jornada, ofreciéndolo todo á su santa voluntad, y cuando volvia, entraba de la misma manera á su presencia á darle gracias, y luego se hincaba de rodillas en su aposento delante de un santo crucifijo, por un buen espacio de tiempo, y examinaba lo que habia hecho y dicho con grande rigor y vigilancia, porque la tenia muy grande en su conciencia, velando á todas horas por que no le cayese mancha alguna de culpa por leve que fuese. Siempre le habia gustado obedecer y nunca mandar; pero el Señor, que se queria servir de él en este ministerio, puso en el corazon á sus superiores que le hiciesen superior para descubrir el talento de gobierno que tenia encubierto, y se lució de manera que quedó con universal aplauso por propietario en su cargo, en que manifestó su fervor, su celo y el espíritu de humildad, abatiéndose más cuanto más alto se hallaba, dando á todos ejemplo de observancia, de mortificacion y de penitencia, y de celo por las almas, porque no fué rémora su nuevo cargo para proseguir en sus apostólicos trabajos, confesando y predicando como si no gobernára; pero no era tan extraño hiciese esto cuando se hallaba sano, lo mas extraño era que hallándose enfermo no ambicionaba el descanso, pues no pocas veces confesaba áun hallándose con dolores y calenturas, yendo los penitentes hasta su misma cama, porque hacia consistir todo su alivio en el bien de las almas y ganar alguna para Dios. Su blandura en el gobierno, la afabilidad de su trato, y el amor y cariño que á todos manifestaba era tan grande, que cautivaba los corazones y los atraia con dulce violencia á todo cuanto queria; y así vivian muy religiosamente, y llevaban la cruz de Cristo gustosos y consolados con la suavidad y dulzura de su capitan. No era ménos vigilante en lo temporal de la casa que en la observancia, porque era liberal con todos, cuidando como solícito y amoroso padre de que no les faltase nada, descuidándose á sí mismo por cuidar á los suyos. Recibia á los huéspedes con el mayor agrado, y los servia personalmente. Trató con el mayor inte-

rés de edificar un templo más suntuoso que el que entónces habia, y dió desde luego órdenes para edificar la nueva iglesia. Impedia el proyecto un hospital, que lindaba con la casa de los religiosos, habiendo manifestado el arquitecto que no se podria levantar tal como se queria sin tomar alguna parte de aquel edificio. En aquella ocasion fué cuando manifestó el nuevo prior la magnanimidad de su corazon, porque emprendió una cosa tan árdua como difícil. La fundacion del hospital provenia de una casa noble, que conservaba aún su patronato, la que no queria ceder de su derecho; pero invencible en su decision el P. Rebello, tomó las armas de la oracion y de la paciencia, y trabajó con esfuerzo varonil por más de un año, sin perdonar medio ni desvelo para vencer todas las dificultades, y trasladar el hospital á otro edificio más cómodo y mejor, como lo consiguió al fin. Dueño ya de aquel edificio, le incorporó y dispuso para vivienda de los religiosos, tratando luego de levantar la iglesia, que era su primer proyecto, aunque no pudo llegar á ejecutarlo. Su amabilidad y dulzura le hicieron siempre muy querido, no faltando sin embargo algunos que abusaban de su blandura, tomando de ella ocasion para empeorarse y despreciar la obediencia, por lo que amonestando caritativamente á cierto Padre para que se corrigiese de una falta en que habia caido, tuvo que valerse del rigor. No le faltaron tampoco ocasiones en que manifestar su paciencia, pues además de las muchas enfermedades que padeció en el discurso de su vida, las que sufrió con conformidad, sometiéndose á la voluntad del Señor, tuvo no pocos émulos y enemigos, que le hicieron sufrir todo género de injurias. Era por naturaleza vivo, pero se mortificaba de tal manera, que todos le tenian por flemático; de tal modo refrenaba sus pasiones, pues solo se aprovechaba de ellas para trabajar con fervor y cuidar con eficacia de lo que tenia á su cargo. Cuando caminaba ó se hallaba en conventos extraños, su vida era un verdadero modelo de santidad, porque no se aprovechaba de su autoridad sino para humillarse más. En las ventas y sitios donde paraba, daba el mismo ejemplo que en los monasterios. Comia lo que hallaba como pobre, y ninguna cosa de regalo, y siempre lo partia con los pobres. Oraba y rezaba, y ocupaba el tiempo como si se hallára en el convento más retirado. A todos edificaba y dejaba contentos, y ni por llegar tarde ó cansado prescindia un punto de sus penitencias, observando el órden que para ellas tenia establecido en todas partes, pareciendo que el siervo de Dios hallaba el descanso en la penitencia. Sus vigilias eran tan dilatadas, que no se sabia cuándo dormia, porque á todas horas le hallaban orando, rezando, estudiando ó escribiendo: algunos le decian que mirase por su salud, á los que contestaba que demasiado miraba por ella, y que el cuerpo se enseñaba á lo que le acostumbraban. Cuando se ponia á la mesa besaba el pan, como

quien lo recibia de limosna por amor de Dios. Era muy parco en la comida, y no admitia el extraordinario que solian dar á los huéspedes cuando llegaban de camino, repartiéndolo con los demás religiosos. Supo unir á la dignidad de superior la humildad y rendimiento de súbdito, porque ninguno lo fué más que él á las órdenes de sus prelados, obedeciéndolos en todo puntualmente. Nunca obró sin tomar consejo, siguiendo siempre con gran placer el que le daban, é inclinándose siempre al más blando y benigno. Nunca se precipitaba en las determinaciones, si bien era constante en observar las que tomaba, no acobardándole dificultad alguna. Su vestido era tal, en particular el interior, que parecia más bien un mendigo que un hijo de persona ilustre. Siempre deseó renunciar su dignidad, mas se lo impidieron el amor que le tenian sus súbditos, y áun los esfuerzos de su familia, que trabajaba con el monarca para tenerle en un puesto que ellos creian propio de su sangre y Rebello indigno de ella. Fué muy devoto del Santísimo Sacramento, y por espacio de veinticinco años tuvo su aposento junto al coro, para vivir en presencia y compañía del augusto Sacramento del altar. No tuvo ménos devocion á María Santísima, á quien amó como á su madre desde sus más tiernos años. La devocion que tuvo con las almas del purgatorio era como hija de la ardiente caridad que moró siempre en su pecho; rezaba todos los dias por ellas, ofreciendo misas, sufragios y penitencias, y consiguió que se rezase en su provincia todos los dias á la hora señalada por las almas del purgatorio, como se hacia en otras muchas de su Orden. Llegó al mismo tiempo el último año de su oficio y vida, porque vida tan penitente y laboriosa, como con facilidad se comprende, no pudo ser muy larga; dióle un dolor de costado de la continua fatiga, á tiempo que salia de unos devotos ejercicios con que Dios le previno su muerte. Cuando le dieron la noticia de que se acercaba su último instante, manifestó la mayor alegría, por ser grande el deseo que tenia de verse con Dios y el gozo de verle cumplido; recibió todos los sacramentos con admirable devocion, despidióse de los religiosos, ofreciéndoles ser su abogado y defenderles en el tribunal de Dios. Murió en 1638, siendo prior del convento de Sto. Domingo de Lisboa. Su fallecimiento fué muy sentido por toda su religion y la corte, que entre sus lágrimas no pudieron ménos de celebrarle como santo, procurando á porfía obtener alguna reliquia suya, y los que no la conseguian, besaban sus pies y sus manos, y tocaban á su cuerpo sus rosarios, por lo cual estuvieron cuatro Padres guardando su cadáver todo el tiempo del entierro, por ser mucho el concurso de gentes. Escribió y publicó un sermon pronunciado en el auto de fe celebrado en Lisboa el año 1638.—S. B.

REBELLO FREIRE (Fr. Francisco), religioso portugués, probablemente de la órden del Cármen. Fué natural de Castanheira, é hijo de una antigua

é ilustre familia, la que le proporcionó una notable educacion, en que hizo los mayores progresos el jóven Rebello, llegando á ser tan ilustre por su ciencia como por su virtud. Deseaba su familia dedicarle á la carrera del foro, mas enemigo él del mundo, á que no le llamaban sus inclinaciones, se decidió por tomar el hábito de religioso, lo que hizo en el monasterio de Sta. María de Bucelas, llamado tambien de la Purificacion de Carvalho, cerca de Lisboa. Desde novicio manifestó las buenas cualidades de que se hallaba adornado, y sus superiores le miraron con el cariño que no podian ménos de poner en un jóven de tan buenas esperanzas; no tardó en efecto Rebello en corresponder á ellas, y comenzó su carrera como orador sagrado, distinguiéndose en la predicacion y recorriendo casi todos los púlpitos de Portugal, donde fué admirado y aplaudido. Sus predicaciones produjeron además otros resultados, pues hizo gran número de conversiones, teniendo de consiguiente que asistir con frecuencia al confesonario, donde los fieles experimentaban toda clase de consuelos espirituales de la dulzura de su trato y de su amable conversacion y sanos consejos. Sus superiores, viendo los buenos resultados de los primeros pasos que daba en la carrera que con tan buenos auspicios habia comenzado, le llamaron á su convento, donde no tardaron en ocuparle en diferentes cargos del gobierno, que desempeñó con acierto y éxito. Entónces continuaron valiéndose de sus buenas disposiciones, y fomentándolas no tardaron en producir frutos de otro género en diferentes publicaciones, que por desgracia se han perdido en su mayor parte, pues Nicolás Antonio no las menciona y el P. Manuel de la Resurreccion, que lo hace, dice únicamente que las tenia preparadas para la prensa. Nombrado prior de su casa de profesion de Sta. María de Bucelas, la gobernó por largo tiempo, edificando á los religiosos con sus virtudes y buenos ejemplos, y contribuyendo en gran manera á sus adelantos espirituales, lo mismo que al fomento material del monasterio que le estaba confiado. Ignórase la época de la muerte del P. Rebello, que debió ser á últimos del siglo XVII, puesto que en 1664 publicó en Lisboa, impreso por Antonio Rodriguez, un libro en 4.°, titulado *Primavera espiritual*.—S. B.

REBENGA (Fr. Agustin de), religioso mercenario citado entre los escritores de su Orden, aunque solo se dió á conocer por un pequeño manuscrito, que no ha llegado á ver la luz pública, y que cita el P. San Cecilio en su Crónica de los descalzos de la misma Orden. Parece, sin embargo, que el P. Rebenga se distinguió mucho por su carrera literaria, que hizo en la universidad de Alcalá, donde desempeñó varios cargos literarios, siendo juez y conservador de aquella academia, lo cual es una prueba inequívoca de su capacidad y buenas cualidades. Ignóranse, sin embargo, sus demás adelantos en las ciencias en que debió distinguirse, segun los elogios que de él

hace el mencionado San Cecilio en la Crónica expresada. Mas parécenos á nosotros que sus virtudes son las que le hacen merecedor al lugar que le da aquel Padre, más bien que sus escritos literarios. En efecto, aunque anterior á la época de la reforma, pues floreció en 1561, y segun lo indica su apellido fué calzado ú observante, usó todas las innovaciones introducidas por esta en la regla mercenaria, distinguiéndose por sus grandes penitencias, integridad de costumbres, y demás que convienen á un buen religioso. De su escrito se inferia, por otra parte, que comprendia la reforma, que la adivinaba y conocia su necesidad, y así trató en él principalmente de inculcar á los religiosos las santas máximas que debian practicar en medio de un siglo harto corrompido, y que con sus extravíos habia dado lugar al triunfo de los errores de Lutero y de Calvino. Oponer á una reforma otra reforma era el deseo de todas las personas juiciosas, y se comenzó por la de los religiosos, aumentando rigores á su regla, para con sus ejemplos y otras reformas á que darian orígen, conseguir el deseado objeto de volver á la religion cristiana su primitivo esplendor, quitando así las armas á la herejía, que se habia aprovechado de los abusos de los hombres para atacar el dogma y la verdad divina. Conocedor de esto Rebenga, procuró iniciar la reforma de su Orden en su pequeño escrito: *Seis cosas le convienen á un religioso que desea aprovechar mucho en la virtud*; el cual por desgracia no llegó á publicarse, siendo, sin embargo, el único título por que ha pasado su nombre á la posteridad.—S. B.

REBIBA (Escipion). Nació este Cardenal en S. Marcos, poblacion de la montaña de Mesina, en el siglo XVI. Dedicóse á la Iglesia, á cuyo fin estudio en Palermo, y habiendo obtenido un beneficio eclesiástico, le disfrutó poco tiempo, pues le dejó, porque se fué á Roma como aventurero á buscar fortuna. Encontrado el medio de introducirse en la corte del cardenal Caraffa, le tomó éste tanto afecto, que le hizo nombrar obispo de Armida, *in partibus*, y le hizo tambien su suplente en 1549 en el arzobispado de Nápoles, dignidad en la que se distinguió por su pastoral solicitud. Se opuso con tanta energía á la naciente herejía, que deseando recompensar su celo el Cardenal, obtuvo para él en 1551 la silla de Motula. Subiendo el Cardenal en 1555 á la silla de S. Pedro con el nombre de Paulo IV, le nombró gobernador de Roma, y poco despues, en 20 de Diciembre del mismo año, premió su gran capacidad eclesiástica creándole cardenal sacerdote de Santa Pudenciana, y arzobispo de Pisa en 10 de Abril de 1556. Nombrado legado *à latere* en Flandes, no llegó á ejercer esta importante comision por las diferencias que se suscitaron entre el Rey y el Papa, y por la guerra que encendieron los imperiales en Italia; pero luego que se ajustó la paz, fué mandado con gran éxito de legado á Cárlos V y al rey de Polonia. Despues de la

muerte de Paulo IV, el papa Pio IV le mandó encerrar en el castillo de San Angelo como cómplice de los Caraffas; pero declarada su inocencia, fué puesto en libertad. Renunciando en 1560 la iglesia de Pisa á favor del hijo del duque Cosme I de Médicis, fué trasladado á la silla de Troia, que resignó á los dos meses en el sobrino, siendo condecorado con el título de patriarca de Constantinopla. Hallándose en Pisa, fué acometido de una grave enfermedad; pero, segun Moreri, recobró milagrosamente la salud en cuanto bebió el agua santificada por el contacto de una espina de la corona de Jesucristo, razon por la que en reconocimiento fué á celebrar la Misa á los dos dias á la iglesia de nuestra Señora de la Espina, á la presencia de una multitud de pueblo, que acudió sabiendo el milagro, á admirar el poder de Dios y manifestarle con lágrimas de tierno amor su gratitud. Ofendido por la prision que injustamente se le habia hecho sufrir, rehusó tomar cargo alguno en el pontificado de Paulo V. El sucesor de éste, conocedor de su celo religioso, le nombró inquisidor de la fe, y se aprovechó de sus consejos en los más árduos negocios de la Santa Sede. Gregorio XIII, en 1574, le nombró obispo de Sabina. Y en fin, consumido por el estudio y por su celo episcopal, murió en Roma en 1577, á los setenta y tres años de edad, despues de haber asistido á tres conclaves. Fué sepultado en medio de la iglesia de S. Silvestre al Quirinal, en donde se le puso una elegante inscripcion á costa de sus sobrinos Próspero Rebiba, patriarca de Constantinopla, y Juan, dominico, que fué obispo de Ortona. Los tres prelados Rebiba, de que acabamos de hablar, fueron considerados como ilustrados eclesiásticos que hicieron bienes á la Iglesia.—B. C.

REBOLLEDA (Fr. Raimundo José), religioso catalan, citado por Amat, sin decirnos de qué religion, ni nada referente á su vida, sino que hizo la *Traduccion de la retórica de Cesena*, cuyo original asegura poseia el doctor Juglá, uno de los editores del *Diccionario catalan-castellano-latino*.—C.

REBOLLEDO (Luis de), español, fraile de la regular observancia y de la provincia de Andalucía, predicador elocuente y ministro provincial. Segun Wadingo, escribió con más elegancia que esmero en idioma español las obras siguientes: *Historia de la Orden de religiosos Menores*; su primera parte la publicó en Sevilla en la imprenta de Francisco Perez, en fólio, 1598, y la segunda parte se dió á luz en 1603, tambien en fólio; la imprimió Clemente Hidalgo.—El *Catálogo de los Santos y Ordenes ilustres de nuestro P. S. Francisco*. Está copiado literalmente en la primera parte de su historia.—*La vida de Cristo*, compuesta por Landulfo Cartusiano, que se publicó tambien en fólio el año 1608.—*Cincuenta oraciones fúnebres* que en 1603 y 1608 se publicaron en Zaragoza, en casa de Juan Quartan, y ántes, en 1600, en Sevilla, en casa del Hidalgo citado.—*Exposicion de la Regla Se-*

ráfica, juntamente con las declaraciones de los Sumos Pontífices y varias constituciones de las Ordenes; Sevilla, 1600, en fólio.—*Tratado del monte Alverine*, cuya noticia hemos tomado de Haroldo, citado por Nicolás Antonio. *Oracion fúnebre en las exequias del conde de Chinchon, al Capítulo general de la Orden*, que se celebró en Toledo en 1606.—M. N. y S.

REBOLLEDO (V. M. Mariana de S. Pascual). Nació en Madrid esta mujer santificada para honra y gloria de Dios y mayor nobleza de la Coronada villa, el año de 1594, de noble y antigua familia. Fueron sus padres Don Alvaro de Rebolledo y Doña Mariana Ponce de Leon. Prendada de su modestia y piedad la duquesa de Segorve, Doña Catalina de Córdova, la recibió de camarera á su servicio y la llevó con su familia á aquella ciudad. La piedad que reflejaba en todas las acciones de Doña Mariana, la dió bien pronto á conocer de las religiosas Recoletas de S. Agustin, y frecuentando su convento y trato, suplicó con vivas ánsias á las Madres la admitiesen en su claustro y compañía para aprender de ellas el camino de la gloria eterna á que aspiraba. Alegráronse sus amos mucho de la determinacion de su camarera, y como viesen su verdadera vocacion, y las religiosas léjos de oponerse deseasen con ánsia tener tan virtuosa compañera, consintieron en que entrase en la vida religiosa aquella que viviendo en su palacio no hacia la vida de camarera, puesto tan honroso como distínguido, sino como de la religiosa más observante, y como la más humilde criada de sus propias criadas. Entró Doña Mariana en el convento el año 1621, previas todas las diligencias y ceremonias de costumbres, apadrinada de la duquesa, y como su noviciado fué ejemplar con lo que acreditó su verdadera vocacion, profesó definitivamente el 4 de Julio de 1622, enterrándose para el mundo y empezando la transitoria vida que habia de prepararla para el cielo. Profesó Doña Mariana tomando el nombre de S. Pascual al dejar su apellido mundanal de Rebolledo, derramando lágrimas de alegria, y con indecible gozo de las religiosas por el grande fervor de espíritu que en el año de noviciado habian experimentado. Las virtudes se aglómeraron á competencia en la nueva religiosa, y en su continua oracion recibia tantos favores del cielo, que no bastaria la inteligencia humana para compilarlos y ménos para describirlos, siendo el más especial un don de lágrimas que le asistió toda su vida. Una cruel perlesía paralizó todos sus miembros, de tal modo, que hasta el agua tenian que darla, porque sus manos y pies quedaron paralizados para todo uso, y un temblor violento y perpetuo la agitaba. Dos años sufrió con alegre resignacion la bienaventurada religiosa este trabajo, hasta que viendo Dios premiar su virtud, la llamó á su seno el dia 4 de Febrero de 1658, á los sesenta y cuatro años de edad y treinta y uno de religiosa, muriendo en olor de santidad.—B. C.

REBOLLIDA (Fr. Raymundo José). Este ilustre español religioso nació en Villanueva de Alcolea el dia 25 de Marzo de 1691. Sintiéndose con vocacion abrazó la vida religiosa tomando el hábito de mercenario, y dirigiéndose á Valencia edificó tanto á sus cofrades con su piedad, que mereció que por dos veces le eligiesen provincial de la Orden. Sus deberes religiosos, que cumplia con la mayor escrupulosidad, no le impidieron sin embargo dedicarse á tareas literarias, ni de ejercitar su númen poético. Murió este ilustrado Mercenario en Valencia, en 1779, á los ochenta y ocho años de edad, dejando para que no se olvidase tan pronto su nombre, las obras siguientes: *Officium proprium cum missa in festo Beati Serapionis martiris, ordinis B. Mariæ de Mercede*; Roma, 1729, en 4.°—*Prosodia latina, ex optimis auctoribus excerpta, et accurata diligentia elaborata, variaque eruditione illustrata; Extemporaneum Carmen, in regio monasterio Porta Cœli nuncupato à proxodiæ.*—*Compendio de la Retórica*, por el cual se da un nuevo, fácil y utilísimo método de enseñar el arte oratoria, en que se juntan y hallan ordenadas las más principales y prácticas doctrinas de este arte.—A.

REBOUL, jóven de Aviñon, convertido por Pedro Coton hácia 1595, escribió despues contra los errores del partido calvinista que habia abandonado.—S. B.

REBOUL (P. Pedro), de la Compañía de Jesus. Era francés y natural de Averne, de una familia regularmente acomodada, la que le dedicó á la carrera eclesiástica á que el jóven Pedro manifestó desde sus primeros años la mayor inclinacion; quizá hubiera hecho en ella los mayores progresos, si su excesiva modestia y humildad no le hubieran retraido desde los primeros momentos de seguir en un camino en que á su parecer no podia ménos de encontrar las mayores dificultades, y así desde luego decidió hacerse religioso y vivir sumiso á las leyes de la obediencia, en lo que creia asegurado su porvenir y su salvacion, que era lo que principalmente le interesaba. Despues de vencidos algunos y grandes inconvenientes que se le presentaron desde luego para la ejecucion de su designio, ingresó en la Compañía el año 1619, y el décimosétimo de su edad. Distinguióse desde luego por su carácter piadoso y sencillo, haciendo todo género de penitencias y entregándose á la oracion con un ardor en extremo laudable. No era la virtud de la humildad la que ménos le adornaba y en que hacia menores progresos, pues cuantos ejercicios de esta clase le imponian sus superiores para probar su inclinacion, todos los practicaba con la mayor actividad y deseoso de que se le impusieran otros nuevos para probar el grado á que rayaba en su corazon el ánsia de corresponder á lo que á su parecer exigia de él la Compañía. En estos ejercicios puede decirse pasó la mayor parte de su vida, pues era muy dado á presentarse en público con la sencillez propia de su carácter, y

á manifestar que las acciones más viles eran para él las más meritorias y gloriosas. Sus superiores, al ver esta buena disposicion, procuraron estudiarla para ponerle como ejemplo á los demás religiosos, y Reboul lo fué siempre en efecto de los demás novicios, siendo por esto considerado como un operario muy útil de la viña del Señor. Tambien se dedicaba á predicar en las aldeas y caseríos de los campos, en lo que obtenia no poco fruto, pues sabia congeniar con los sencillos labradores y hacerse amar al par que respetar de ellos por sus buenas cualidades. Fué uno de los que más parte tomaron en los célebres sucesos que ocurrieron por entónces en el colegio de la Compañía de Tournon, donde la imágen de nuestra Señora de Aspriscolis hizo diferentes milagros, atrayéndose la devocion de las gentes de aquel territorio, que corrian á encomendarse á ella con gran fervor. Reboul se hizo el orador de aquella santa imágen, el intérprete de sus glorias y grandezas, y recorria los campos predicando y animando á las gentes á que visitasen llenos de devocion á nuestra Señora de Aspriscolis, de la que podian esperar el amparo en sus necesidades, el consuelo en todas las dificultades de la vida. Inútil es decir lo que tan sencillo orador consiguió con sus más bien verdaderas que elocuentes predicaciones, todos los aldeanos de aquel territorio corrieron llenos de fervor á adorar la santa imágen, y su fama se extendió cada vez más por las provincias de Francia. El Padre Reboul llevó su devocion y el deseo de engrandecer los milagros de su patrona hasta el extremo de escribir una relacion de sus milagros, que si bien no estudiada ni grandilocuente, por la misma humildad del orador y su carácter popular, tuvo la mejor acogida en todo aquel territorio, y fué leida con gusto y avidez. Ignoramos las demás circunstancias del P. Reboul, cuya muerte acaeció en 1670 segun nuestras noticias, llevando más de cincuenta años de religion, y dejando la mejor opinion de sí y de sus virtudes.—S. B.

REBOUL (Santiago Luis), protestante natural de Ginebra, hizo su abjuracion en Lyon en manos de Mr. Julliard, cura de S. Francisco de Sales de esta ciudad, el 7 de Octubre de 1810.—S. B.

REBOUL (Fr. Vicente), dominico francés. Tomó el hábito siendo todavía muy jóven en el convento de S. Maximino, donde comenzó su carrera literaria, que hizo con grande aprovechamiento, mereciendo el honorífico cargo de maestro de su Orden, que era el superior concedido á los que á fuerza de laboriosidad é inteligencia llegaban á distinguirse por su ciencia y saber. No hizo ménos adelantos Reboul en la virtud, sin la que son inútiles todos los estudios en el religioso, de manera que en un breve período fué elegido para diferentes puestos, todos los cuales ocupó con los mejores resultados, ganándose el aprecio de todos sus compañeros, además de el de sus prelados. Distinguido orador, su doctrina y elocuencia le atrajeron las

simpatías de cuantas personas, acudiendo á oir sus sermones, procuraban adelantar en el camino de la piedad. Queriendo su Orden premiar los muchos servicios que la había hecho, le nombró en un principio rector de la parroquia que administraban los franceses en aquella ciudad, cargo que desempeñó hasta que fué por último elegido prior de su convento, donde procuró establecer la observancia regular, por que tan célebre se había hecho en su origen la religion dominicana, y hacer de los religiosos otros tantos modelos de virtud y piedad. Terminado el trienio de su gobierno, se retiró al célebre convento que bajo la advocacion de Santa María Magdalena tenian los PP. Predicadores en la roca llamada por los franceses Sainte Baulme, la cual era una especie de desierto donde vivian consagrados á las más rigurosas penitencias á ejemplo de los antiguos Padres de la Tebaida. Reboul revivió en aquellas asperezas el espíritu de los discípulos de Sto. Domingo, é introdujo toda clase de penitencias, que practicó é hizo practicar en cuanto fué nombrado prior de aquella comunidad de verdaderos cenobitas. Sus grandes mortificaciones, su espíritu contemplativo, su asiduidad en la oracion y todas las virtudes, por último, que constituyen á un buen religioso, aumentando su celebridad le hicieron acreedor á los honores que se le tributaron despues de su muerte. Verificóse esta en 1682 con grande sentimiento de todos sus súbditos y áun de toda la religion dominicana, que no creyó poder dar una prueba ménos inequívoca del aprecio con que le miraba por sus buenas cualidades, que mandándole trasladar al convento de S. Maximino donde recibió sepultura. Escribió y publicó: *La peregrinacion á S. Maximino y á la Sta. Baulme en Provenza, con la historia de la vida, muerte, invencion y traslacion de las reliquias de Sta. María Magdalena, y las indulgencias, privilegios y favores concedidos por los papas y reyes de Francia y de Sicilia á estos santos lugares. Como tambien el memorial de todas las reliquias que aquí se ven. Adjunto el pequeño oficio, las letanías y rezos de la referida Santa que se dicen todos los dias del año en estas dos iglesias, dadas de nuevo á luz por el R. P. Fr. Vicente Reboul, religioso del real convento de PP. Predicadores de S. Maximino.* Ibid. por Cárlos Neimoz, 1662. — S. B.

REVOULET (Simon), historiador. Nació en Aviñon el 9 de Junio de 1687, y murió en la misma ciudad en 1752. Hizo unos buenos estudios en el colegio de Jesuitas de su patria, y aficionado á este estado lo abrazó, pero se vió obligado á abandonarlo por falta de salud. Se dedicó otra vez á estudiar jurisprudencia y se recibió de abogado en la universidad de Aviñon frecuentando asiduamente la tribuna forense. Desempeñaba con aplauso las funciones de abogado y juez, cuando unos vómitos de sangre le obligaron á abandonar entrambas. Poco tiempo ántes de su muerte, la universidad de que era miembro le honró con el cargo de primicier. Un estudio

más ó menos serio le ocupó toda su vida, y el de la historia le servia de descanso. Las obras que tenemos de él en este género son: *Historia de la Congregacion de los Hijos de la infancia de Jesucristo*, publicada en 1734, dos vol. en 12.° Sus antiguos hermanos le suministraron las memorias y medios con los que han dicho que Reboulet no fué el autor de esta historia, puesto que el manuscrito se vió en Paris ántes de su impresion. La segunda parte de esta alegacion puede ser verdadera, pero la primera es absolutamente falsa. El abate Julian atacó esta obra, y Reboulet hizo una *respuesta* en defensa de la verdad, pero el marqués de Gardouche, sobrino de Mad. Mondonville, juzgó que la autoridad valia más que las razones, y obtuvo en 1738 un decreto del parlamento de Tolosa que condenó al fuego esta *Respuesta* y la *Historia*, género de refutacion que no debilitaba la boga que siempre habia tenido dicha obra, y que se la buscase toda vez que estaba escrita con arte y de una manera interesante. No podemos dejar de creer que no haya habido exageracion en algunas narraciones, y de mirar los medios empleados para descubrir los secretos de la casa como poco conformes al candor y sencillez cristiana. En vano se dirá que es permitido combatir el fraude con el fraude, y descubrir con una mentira sutil y forzada imposturas funestas y odiosas: este puede ser un principio de política mundana, pero no será mucha la moral del Evangelio. Tambien escribió las memorias del caballero Forbin, que abundan en hechos curiosos, de los cuales algunos son aventurados. *La Historia de Luis XIV*, que se parece á una gaceta en muchas partes, aunque tiene pasajes más adornados que la hacen leer con más gusto que la de Larrey y de la Martiniere; se nota la pasion del espíritu nacional que le hace exagerar los hechos de los franceses y reducir casi á la nada los de sus enemigos. Tambien escribió la *Historia de Clemente XI*, suprimida en Francia á peticion del rey de Cerdeña, á cuyo padre Victor Amadeo no trataba bien. Este príncipe habia perseguido á los jesuitas, y el ex-jesuita Reboulet no podia pintarle sino con colores desagradables. Esta historia por lo demás está escrita con limpieza y con muchos pormenores. Laffitan trata de la misma materia, pero no con tanto extension. Se encuentran pormenores de Reboulet en las Memorias de literatura del abate de Artigny.—M. N. y S.

REBOURS (Antonio de). Fué sin duda de la familia noble de Rebours, originaria de Normandía, cerca de Falasia, de la que salieron los señores de Maizieres. Fué director de Port-Royal, muy versado en las bellas letras y ciencias humanas, y despues de haber vivido en el mundo cuarenta y ocho años, se retiró al monasterio de Port-Royal para acabar sus dias en la vida contemplativa, habiendose hecho eclesiástico por los consejos de M. Singlin. Murió el 12 de Agosto de 1661, á la edad de setenta años, y se conserva su elogio en la Necrología de Port-Royal.—C.

REBUFFE ó Rebuffi (Pedro). Nació en Baillarges, pueblecito distante dos leguas de Mompeller, en 1487, y habiendo desde luego dado señales de su ingenio claro y de una aplicacion nada comun, le dedicaron á los estudios y con particularidad á la jurisprudencia, á la cual tomó mucha aficion y por consiguiente la emprendió y continuó con el éxito más brillante Obtuvo siempre el primer lugar en su aula y en los ejercicios públicos que hubo de sostener al concluir su carrera, fué verdaderamente admirable la erudicion que mostró y no se crea que una erudicion superficial ó de palabreria, sino fundamental, sólida y apoyada en testimonios y autoridades irrecusables, que daban bien á conocer que no solo los esfuerzos de sus maestros, sino su grande aplicacion habian sido el motivo de que estuviera tan adelantado. A pesar de ser muchos, y todos brillantes, los que se disputaban la honra del premio, Pedro Rebuffe fué quien le obtuvo, porque ninguno pudo no digamos sobreponérsele pero ni áun igualarle, bien es verdad que tenia en su favor ser excelente filósofo y gran humanista; cuyos conocimientos son muy útiles como auxiliares de la ciencia del derecho. Plenamente satisfechos sus maestros, porque en verdad era un discípulo que les honraba, y habiéndole adornado con la borla de doctor en la misma universidad donde habia hecho su carrera, quisieron sus maestros mismos establecer con él la íntima union del compañerismo, para lo cual le encargaron en Mompeller el desempeño de una cátedra. Su natural modestia y humildad le hicieron repugnar algun tanto un cargo que fué luego de gran concepto para él, de gran reputacion para su escuela y de provecho para los que con él habian de estudiar, así que todas estas razones, que le hicieron ver sus mismos maestros, le decidieron por fin á ponerse en aquel encumbrado lugar á que siempre habia profesado tanta veneracion como afecto. El éxito no podia ser dudoso, pues bien sabian los profesores á quién ponian como catedrático; pero fué tan superior á sus esperanzas que ellos mismos se asombraron cuando luego vieron lo que habia dado de sí tan eminente jurisperito. Efectivamente, los primeros dias por esa curiosidad que atrae hácia toda novedad, y despues porque oyendo una vez á este hábil maestro se encendia en el ánimo un vivo deseo de oirle siempre y de beber en su explicacion el raudal de doctrina que brotaba á torrentes, es lo cierto que sus cátedras de Mompeller se vieron siempre tan llenas de oyentes, que apénas podian caber en ellas, y eso que se adoptó el sistema de ponerse el profesor donde podian oirle de muchas partes. Dió todos los estudios que constituyen la carrera segun era costumbre en la época, y era lo notable que en ninguna de las materias que habia de explicar, por más que fuesen como lo son, diferentes, ni hubiese en él ménos aficion ni ménos capacidad para explicarla, circunstancia por la cual era muchísimo más notable. El buen éxito que obtuvo en

Mompeller, y la necesidad que habia de dar algun impulso á la universidad de Tolosa, fueron motivo de que acabada la enseñanza de un período, se le mandase allá para que diese otro estudio en aquella academia, ciertamente respetable. Fué allá, explicó derecho, y obtuvo más concurrencia y si cabe mayores aplausos que en su patria, pudiendo ser motivo de esto el que en Tolosa no era conocido, y les parecia á los del país más difícil el que hubiese acaudalado tanta ciencia, porque no habian visto su aficion al estudio desde niño, su aplicacion cuando jóven y los verdaderos triunfos que habia obtenido en los certámenes á que se habia tenido que sujetar. Grande satisfaccion tenian, pues, los de Tolosa en tener en su claustro á un hombre que tanto valia, y las más justas deferencias se le prodigaban para hacerle comprender la grande estima en que tan merecidamente se le tenia. Estaba pues muy satisfecho, cuando una nueva necesidad le hizo salir de este punto para hacerse notable en otro, donde no estaban ménos necesitados de reforma los estudios; y sea dicho de paso, casi todas las academias, universidades y seminarios de Francia se resentian por entónces de este mal, porque toda la atencion de los hombres de letras se fijaba en Paris, porque allí habia importantes controversias en que todos querian tomar parte, y era necesario un hombre como Rebuffe para acreditar las cátedras de provincia y atraer á ellas estudiantes en número siquiera suficiente para evitar el desaliento en los maestros, que es á la verdad el mal más grave que pueden sufrir los estudiantes. Cahors primeramente y despues Bourges fueron los lugares donde dió enseñanza este distinguido jurisconsulto, y en todas partes con el mismo acierto, en todas partes con igual éxito, y esto se comprende perfectamente, pues que iba adelantando cada vez, y como su reputacion iba creciendo, tambien era preciso que hiciese nuevos esfuerzos para conservar siempre esa tan merecida fama y buscar atractivos para que los numerosos oyentes, que no digamos de asiento, pero sí como de paso, iban á oir sus lecciones en otro punto del en que las habia dado en época anterior, hallasen novedad en las formas, siquiera en la materia no pudiese hacer otra cosa que llevar sus conocimientos hasta á las cuestiones de actualidad, que resolvia admirablemente, en unas, por las decisiones que acababan de darse y sobre las cuales él razonaba de un modo tan preciso que no se podia perfeccionar; en otras, por aquello que le dictaba su buen criterio, que siempre parecia ser la profecía, por decirlo así, de lo que despues se fallaba. Tales eran los fundamentos de su opinion! Tales la solidez y seguridad de su ciencia! Y no se crea que los quehaceres de Rebuffe se reducian á su cátedra, ni que su sola ocupacion era la enseñanza; el foro para la defensa de los pleitos y asuntos más intrincados y oscuros, y su gabinete para las consultas, que acerca de las resoluciones más árduas é importantes venian á

hacer con él los hombres de más valía, eran á la verdad ocupaciones que le llevaban mucho tiempo y que le valian mucho crédito, pues tenia ciertamente propiedades muy apreciables, y que hacian por consiguiente que su opinion valiera más, puesto que era la opinion de un hombre probo. Entre estas propiedades era una la de no engañar á ningun litigante, haciéndole ver derecho y justicia donde no podia esperarla, y el dar su opinion áun cuando fuera desfavorable al mismo que se la pedia, razones por las cuales especialmente en Bourges se acreditó tanto, que ni se hacia cosa alguna de importancia sin su parecer, ni se veia pleito en que él no hubiese intervenido, y como el acierto y el esclarecimiento de la verdad eran las consecuencias palpables de tan acertada resolucion, su fama voló, y Paris, sabedor de lo mucho que valia el catedrático de Bourges, anhelaba la ocasion de que concluyera su enseñanza en aquella ciudad para traerle á la capital á que todos le admiráran, y á que tomando parte en las controversias jurídico-administrativas que entónces se agitaban, pudiera ilustrarlas con sus profundos conocimientos é inclinar el asunto á una resolucion favorable y acertada. Pero ántes de que veamos lo que hace en Paris, y cómo esta nueva situacion de su vida es el paso para otras no ménos ventajosas, es preciso que consideremos su salida de Bourges, porque ella es una de las cosas que más dicen en pro del Sr. Rebuffe. Apenas se supo que llamado de sus amigos, discípulos y deudos á la capital, habia resuelto ir allá, que todos sus conocidos de Bourges, todos los que con cualquier ocasion se habian acercado á él siquiera una vez, cuantos le habian oido, aunque no le hubiesen hablado, cuantos solamente le habian visto; todos todos se agruparon en torno suyo, todos con ruegos ó con promesas trataban de retenerle, y ofreciéndole las mayores ventajas de modo alguno querian que se separase de ellos. Apelóse hasta á los sentimientos de simpatía que hácia él tenian algunas personas de la ciudad y se le lanzó la amenaza de que perderian todos el afecto que le profesaban si él les dejaba abandonados; haciendo todos los esfuerzos imaginables para retenerle, lo cual fué de todo punto imposible, pues su deber y su deseo de llegar en su carrera al punto á que sus méritos le llamaban, le obligaron á desoir la voz de la amistad, á desatender las exigencias del cariño, y á partir para Paris en medio de una verdadera ovacion, de un verdadero triunfo, que parecia mitigar la pena de los de Bourges en la pérdida tal vez para siempre de este hombre tan apreciable, y que á la verdad les era más llevadera, porque en su marcha estaba la elevacion y el mejoramiento en la suerte y condiciones sociales del que era objeto de su tan espontáneo como merecido y sincero afecto. Vino, pues, á Paris, y desde el primer momento salieron á su encuentro los más distinguidos personajes que en el encumbrado solio del poder hacian las leyes para bien de su pueblo, y que-

rian admirar en el hombre tan hábil para la inteligencia de estas leyes mismas, al que puede decirse que destellaba en sí los rasgos más característicos de esa rectitud á que tienden siempre los hombres probos, y por cuyo medio buscan y hallan una quietud y sosiego tales cuales son convenientes al bien de sus familias y de su patria. Comenzó á muy poco tiempo de haber llegado á París su cátedra de jurisprudencia, y áun aquellos que en otras partes le habian encontrado admirable, y habian dicho entónces ni un paso más se da en el conocimiento y aplicacion de las leyes, hubieron de confesar que el Sr. Rabuffe se excedia á sí mismo, ofreciendo y mostrando en sus explicaciones, así como en todas las ocasiones en que era consultada su opinion, que no en vano ni sin razon habia merecido la muy justa celebridad que se habia sabido conquistar en Bourges, Cahors, Tolosa y Mompeller. Cada vez eran más en número los que concurrian á sus explicaciones, así como él parecia crecerse, bien porque se satisfacia grandemente de ver cómo era considerado, ó bien, y esto parece más probable, porque el deseo de satisfacer á su propia conciencia, que le exigia el poner cuantos medios estuviesen á su alcance para corresponder á los dones de Dios que en este ramo de los humanos conocimientos le habia dado tan eficaces auxilios, dotándole de tan extraordinaria capacidad y acierto. Todos, absolutamente todos los que por obligacion y por gusto tenian que ocuparse en el estudio de la jurisprudencia ó en el ejercicio de la magistratura, todos acudian al señor Rebuffe como á un oráculo, y su opinion, oida siempre con respeto, como que causaba estado; así que el mismo rey de Francia no desdeñaba el escucharle para tomar las resoluciones más árduas, y hubiera deseado que este eminente jurisconsulto hubiese aceptado un asiento en el gran Consejo de Estado, ó su presidencia, con la cual le brindaron varias veces, siendo muy de admirar el que un hombre de sus antecedentes, de su capacidad y de sus condiciones tan á propósito para haber ocupado con el éxito más feliz tan importante asiento, no quisiese abandonar su carrera de jurisconsulto en la cual, como llevamos dicho, valia tanto y eran tan oportunas sus instrucciones y tan provechoso para la administracion de justicia y áun para los intereses de los particulares el que él se ocupára en toda la plenitud de su ejercicio. El mismo motivo de delicadeza y de modestia que tuvo para no aceptar ni un lugar, ni la presidencia del Consejo de Estado, le hicieron no querer tomar parte en los parlamentos de Ruan, Tolosa, Burdeos y París, cuyas importantes asambleas habrian tenido gran complacencia en contarle como á uno de sus miembros, y hubieran sacado grande provecho, porque la rectitud suma, que era su carácter, y que habia demostrado en el desempeño de los muchos cargos que habia tenido á su cuidado, habria sido como una garantía de que todas las determinaciones en que él mediára, serian

rectas y justas, pues por ningun motivo ni circunstancia se inclinó él jamás, no digamos á hacer, pero ni á consentir lo que no fuese rectísimo y muy justo, pues era su opinion que la honradez es como el cristal que empaña su esplendor y su hermoso brillo con un hálito cualquiera, aunque sea tan precioso como el que desprende el hombre en su ordinaria respiracion. Para excusarse de pertenecer á todas estas asambleas, cuyos individuos anhelaban el que hubiese sido uno de sus compañeros, daba por toda razon el que eran reuniones de hombres políticos, y que él ni áun cortés era, toda vez que por necesidad habia tenido que descuidar este ramo para atender y ocuparse en los muy importantes, sobre los cuales estaba obligado á dar testimonio de su capacidad y del acertado uso de sus nada vulgares conocimientos. Parecia que despues de una carrera tan larga, y logrando el aprecio de cuantos le conocian, porque ciertamente se hacia acreedor á él, y constituido en París en la elevacion consiguiente á un hombre de su mérito, consultado por los hombres más eminentes de su siglo, recibidas sus determinaciones con el mayor respeto y hasta veneracion, podia esperar que sus dias pasasen tranquilos, y que en este sosiego y tranquilidad viniese la muerte á cobrar en él el tributo que la debe toda la naturaleza; y sin embargo no fué así. Habia de brillar todavía este hombre eminente en un nuevo estado, propiamente tal. Su fama no solo corria por Francia, sino por toda Europa, y por consiguiente hubo de llegar á Roma, y principalmente en el pontificado de Paulo III hubieron de hacer gran eco no solo sus grandes conocimientos como jurisperito el más acreditado, sino su modestia, su abnegacion y desinterés, llevado al extremo puede decirse en la renuncia tan reiterada de los más importantes cargos que se le ofrecian, no solo sin la menor pretension por su parte, sino sin acordarse él de llegarse siquiera á las oficinas ó departamentos de donde pudiera salir la más mínima indicacion que pudiera inducir á que se le tuviera en consideracion. Pues bien, como Paulo III tuvo el gran pensamiento de rodearse de los hombres más eminentes, y su mira fué siempre y desde que subió al solio pontificio el que cada uno ocupase un puesto para cuyo desempeño fuese á propósito, llenase un lugar que propiamente pudiera decirse estaba lleno, toda vez que el sujeto en él colocado cubria, y cubria con suficiente capacidad, las exigencias que su mismo destino llevára consigo. Por tal concepto como la Rota Romana es el tribunal de apelacion de las causas de todos los obispos católicos, y á él van á parar los asuntos más difíciles, las cuestiones más importantes, en él se dicta la jurisprudencia para todo el orbe católico, y se dan los fallos que han de contrariar opiniones muy respetables, que han de destruir en sus efectos determinaciones muy importantes, tomadas por sujetos de alto aprecio, nadie le pareció más á propósito para ocupar el lugar que en tan alto tribunal cor-

respondia á Francia como el Sr. Rebuffe, sobre cuya capacidad, rectitud y acierto podia tener tanta confianza; y si la designacion de él para este cargo fué ya una señal de muy marcada deferencia, los señalados honores con que le distinguió, y que fueron consecuencia del buen desempeño de su importante cargo, demostraron bien á las claras que no le consideraba como á una persona cualquiera, sino con la más distinguida consideracion. Con efecto, aparte de que le consultaba muchísimas veces fuera del tribunal, porque creia y con razon que alcanzaba más que los otros auditores, y eso que todos eran muy sabios, aparte de que le recibia muchas veces en audiencia particular, y departia con él sobre los más árduos asuntos, ó le tenia las más íntimas confianzas dándole noticia de las cosas más secretas, llamaba mucho la atencion de todos el interés que el Santo Padre mostró por que Rebuffe abrazase el estado eclesiástico, y el gran contento que tuvo cuando lo hubo conseguido. Era en efecto muy de admirar el afan y el interés con que el padre comun de los fieles hacia notar á Rebuffe lo infundado y áun exagerado de sus ideas acerca de su inutilidad para el ministerio sacerdotal, así como la bondad con que le excitaba á que venciese los reparos que le ponia su profunda humildad. Parecia que el que Pedro Rebuffe fuese sacerdote, era conveniencia del Pontífice, segun lo que se esforzaba á persuadirle á que tomase tan importante estado, así como no se puede explicar el gusto que Paulo III tuvo cuando puso sus manos sobre él para conferirle el sagrado órden, deferencia que, sea dicho de paso, han obtenido muy pocos, y que en vez de servir para enaltecer á Rebuffe, como lo hubiera hecho cualquier otro á quien se hubiese concedido tan singular distincion, no hizo otra cosa que humillarle más y más, haciéndole comprender cuánta es la bondad de Dios acerca de las criaturas á quienes quiere distinguir, pues que sabe el Señor disponer por su inefable providencia las cosas, de suerte que llena los fines de sus altos designios por aquellos caminos que, segun nuestra miserable condicion parecen ménos adecuados para estos mismos importantísimos fines. Una vez hecho sacerdote nuestro célebre jurisconsulto, quiso el Romano Pontífice dispensarle todo género de distinciones, y áun constituirle en las más altas dignidades de la Iglesia; pero á esto se opuso abiertamente el sabio Rebuffe, diciendo que no era dable mayor elevacion que á la que habia llegado, y por consiguiente que no buscára Su Beatitud medios y manera de confundir más al que ya se hallaba confundido por su mismo enaltecimiento. Es verdaderamente admirable que un hombre de tan aventajada ciencia, y que valia ciertamente muchísimo, al recibir el nuevo estado de sacerdote se amoldase á concurrir á las cátedras para hacer aquellos estudios que son indispensables; y sin embargo, es lo cierto que concurrió, porque nunca quiso ocupar un lugar indebidamente, ni mucho mé-

nos dedicarse á un ministerio, ni abrazar un estado en el cual no pudiese desempeñar cuantos cargos y cometidos le son inherentes; así que á pesar de no haber sido su carrera la eclesiástica, y de ser sus conocimientos como un accesorio para ella, se impuso de tal manera en la parte dogmática, y mucho más en la moral, de suerte que pudo ser y fué muy buen orador y excelente confesor. Es verdad que si hubiese abrazado el estado eclesiástico en edad ménos avanzada habria podido lograr mayores frutos en el púlpito, segun se demostró en el éxito, siempre favorable, de sus sermones; pero tambien es cierto que el hombre no puede servir para todo, y es preciso que cada sujeto sea para su cosa. A nuestro buen Rebuffe le favoreció mucho para que pudiese brillar aún en el ejercicio del importante ministerio sacerdotal, el que ántes de haberse dedicado con todo ánimo al estudio y profesorado en leyes, habia estudiado más que someramente el hebreo y el griego, y poseyendo estos dos idiomas primitivos con perfeccion, habia leido los textos del Antiguo y Nuevo Testamento en sus lenguas originales, con lo cual sobre haber penetrado el verdadero sentido de aquellos pasajes oscuros, cuya inteligencia es motivo de controversias, y quiera Dios que no pase de ahí, habia podido formarse ese gusto oriental, que tanto inclina á la admiracion de las bellezas que contienen los libros santos, y que es de grande utilidad para atraer al conocimiento de la verdad, toda vez que ella en su más sencillo relato ostenta tantas gracias, encantos y atractivos como no puede demostrar el error, ni el extraviado conocimiento de las mismas frases de las divinas Escrituras. Aunque Rebuffe ascendió al presbiterado á los sesenta años de edad, tuvo todavía diez en que ejercer su ministerio, y lo ejerció en efecto con gran provecho de los fieles y con grande utilidad de los que estaban apartados del gremio católico, porque eran por él atraidos al conocimiento de la verdadera fe. Sus únicas ocupaciones, despues del desempeño de la primordial, que era la auditoría de la Rota, fueron desde su ordenacion el buscar la manera de atraer al servicio de Dios á aquellas almas que estaban extraviadas, y para esto escogiendo los lugares donde más necesidades hay siempre, como son los hospicios, hospitales y cárceles, allí ejercia su caridad enseñando al ignorante, atrayendo al extraviado, haciendo que el rudo depusiese su rudeza por la instruccion que le daba con afecto, y prodigando despues sus socorros materiales, para que esto mismo les sirviese de excitativo para lograr los socorros espirituales, pues desgraciadamente el hombre rudo es interesado; y no ve el singular beneficio espiritual, porque no le palpa, sino el material, que como es tangible y afecta á los sentidos, tiene para ellos mucho más atractivo. Por supuesto, que este nuevo estado del Sr. Rebuffe le proporcionó la realizacion de un gran deseo, que tenia ya hacia mucho tiempo, de retirarse y pasar su vida empleado única-

mente en sus ocupaciones ó destino ; pero este retraimiento le habia sido imposible hasta que su estado se lo habia permitido , pues siendo seglar era natural que brillase y se dejára ver en todas partes un hombre de su importancia , y aunque las más de las veces rehusaba concurrir á los lugares donde las reuniones eran numerosas , otras muchas no podia lograr el evadirse , porque el cargo que desempeñaba ó la importancia misma de la reunion , reclamaban su presencia. Por lo tanto puede decirse con toda verdad , que el tiempo que Rebuffe fué sacerdote , fué el que vivió en perfecta armonía con sus deseos é inclinaciones , pues que hizo todo el bien que pudo ; cultivó las ciencias cuanto le fué posible ; sembró beneficios y acaudaló méritos , que Dios nuestro Señor le recompensaria indudablemente cuando se dignó llamarle para sí en 1557 , en ocasion de hallarse en Paris disfrutando la recreacion que á los señores auditores de la Rota se les concede de tiempo en tiempo. Que sus honras fueron solemnísimas y que á ellas concurrió la mayor y mejor parte de las personas importantes que á la sazon estaban en Paris , no hay para qué decirlo , si se atiende á que todos le apreciaban en gran manera , y que era por todos conceptos desde el de su cuna hasta el de la brillante posicion en que murió , acreedor á estas consideraciones y respetos. Así que todos participaron del sentimiento que producia su pérdida , y Paris se alegró en gran manera de que los restos de este eminente sacerdote pudiesen ser enterrados en la capital del reino que le viera nacer. Las cualidades altamente apreciables de que estuvo adornado le hacian inolvidable , y para avivar más esta memoria , quedaron sus apreciables escritos, que durante su vida no hubo medio de hacerle consentir en que los imprimiera , pero que poco despues de su fallecimiento se publicaron , porque se creyó con razon que podria su estudio ser de mucho provecho. El primer tomo de los cinco que comprende esta preciosa coleccion , se publicó en Lyon en 1587, siguiendo despues la publicacion poco á poco hasta completarse, sin que nos atrevamos á indicar los motivos de esta detencion , por no tener que hacer apreciaciones que tal vez disgustarian á los editores. Los principales tratados que comprende , y cuya importancia y buen desempeño han sido por todos confesados , son : *Praxis beneficiorum* , selecta compilacion no solo de los derechos , sino de las obligaciones de cuantos tienen intervencion en los beneficios eclesiásticos , y que indirectamente ha prejuzgado muchas cuestiones de actualidad , que no nos atreveremos á decir cómo estan resueltas , pero sí diremos que no lo estan por los principios consignados en ella. Tambien es muy notable el *Tratado de la bula In Cœna Domini* , que comunmente se atribuye á Bonifacio VII , pero en la cual tuvo , digámoslo así , parte S. Pio V , por las adiciones tan importantes que hizo en ella , y que han puesto este documento importantísimo en la historia entre los que más mar-

can y deslindan los derechos del poder espiritual y del poder temporal, ó sea esas regalías de la corona, que en su fundamento no solo son justas, sino convenientes, pero que en su aplicacion han dado lugar á abusos de parte de los poderes temporales, á disgusto de parte del poder espiritual, y cuya discusion resulta siempre en perjuicio de los fieles. De esta bula hizo preciosos comentarios y lucidísimas explicaciones nuestro Rebuffe, siempre en sentido católico, siempre consignando los principios de una jurisprudencia invariable. Tambien publicó las *Notas acerca de las reglas que deben guardarse en la cancillería.* — *Comentarios sobre los escritos y mandatos reales de Francia.* — Otros *Comentarios sobre las Pandectas*, y otras muchas obras en que, por lo exacto de las razones en que se apoyan y por lo bien expresada que está en ellas la doctrina, así como por un lenguaje enteramente correcto en un bellísimo latin, dicen muy á las claras que son de un ingenio tan esclarecido como fué Pedro Rebuffe. — G. R.

REBULLOSA (Jaime). Fué religioso de la órden de Santo Domingo de Guzman, y por su talento y aplicacion asídua fué nombrado lectoral de Sagrada Escritura en la iglesia de Lérida. Aunque se ignora á punto fijo el año de su nacimiento, se sabe el de su muerte. Nació en el manso Rebullosa, del pueblo de Castells, distante una hora de la ciudad de Solsona. Consta que tomó el hábito en el convento de dominicos de Santa Catalina, de la ciudad de Barcelona, y que murió en el convento de la propia Orden, de la ciudad de Lérida, el dia 9 de Octubre de 1621. De consiguiente, atendido el tiempo que necesitó para escribir sus obras y traducciones, puede conjeturarse que su nacimiento sería á mediados del siglo XVI. Todos los hombres de talento y de valía, como el P. Rebullosa, tienen siempre sus antagonistas, que, ó por emulacion ó por otros sentimientos ménos nobles, se placen en rebajar su mérito ó en sindicar sus servicios. Así sucedió con el sabio dominico, á quien cierto religioso acusaba poco ménos que de inútil, exceptuando el ministerio trabajoso de la predicacion, como si este no bastase por sí solo para producir un hombre laborioso, y como si la predicacion no fuese uno de los cargos más importantes del ministerio sacerdotal, y muy especial y característico de la órden de Predicadores á que aquel pertenecia. Hé aquí cómo se sincera de esta necia inculpacion el P. Rebullosa, en el prólogo de su *Octavario al Santísimo Sacramento*, de un modo que puede dar una idea del carácter y del lenguaje del escritor, y encierra al propio tiempo el catálogo de sus obras. Manifiesta además la disposicion que tenia este religioso para aprender, ya por sí mismo, ya en algunos por medio de maestro, toda clase de idiomas, lo cual podia formarle en su tiempo un regular poliglota. Demuestra además la grande laboriosidad de este Padre en las numerosas traducciones que hizo, además de sus obras originales y

de su abundante acopio de sermones de todo género. «Y no me detengo, dice, para prueba de esta verdad en referiros las varias lenguas que desde mi rincon he aprendido con solo el magisterio de mi trabajo, para poder gozar de los mejores autores que en ellas han escrito; pues á más de las de mi profesion, sin haber en mi vida visto Francia, Italia ni Portugal sino en el mapa, ni haber estado un mes en Castilla, sé todas sus lenguas como la de mi naturaleza; y si como hallé maestros para la inglesa y alemana, no me faltáran casi á los principios, fio de mi genio que venciera la escabrosidad de ellas. Así que no reparo en nada de esto, mas presento tan solamente por prueba de lo que decia los libros que he dado á la impresion, y la variedad de materias que en ellos trato, así en los traducidos como en los que son mios propios, que por ser posible que no hayan llegado todos á vuestra noticia, quiero continuaros aquí su catálogo: *Conceptos espirituales sobre el Magnificat*, traduccion de César Calderari, á los cuales he añadido varios conceptos y lecciones enteras.—*Teatro de ingenios*, traduccion de Garzoni, Barcelona, 1600.—*Sinagoga de ignorantes*, traduccion del mismo. Y traducidas de Juan Botero, las obras siguientes: *Descripcion del mundo; Teatro de los mayores príncipes; Historia eclesiástica; Tratado del mar; Tratado de las excelencias de los antiguos capitanes; Tratado de la reputacion; Tratado de la neutralidad; Tratado de la agilidad de las fuerzas; Tratado de la fortificacion.*» Despues de estas doce traducciones, que versan, como se ve, sobre diferentes materias ascéticas, literarias, históricas, morales y hasta mecánicas, pasó á indicar el autor mismo sus obras originales: *Relacion de las grandes fiestas que la ciudad de Barcelona hizo en la canonizacion de N. P. San Ramon de Peñafort*, Barcelona, 1601.—*Tesoro de la Iglesia militante.—Historia de la vida y milagros de San Olegario*, obispo de Barcelona, 1609.—*Rosario de María Santísima*, 1617.—*Sermones de Cuaresma, para cada dia*, 1601.—*Sermones cuadruplicados de adviento, y para otras dominicas y fiestas*, 1617. Que junto con las traducciones forma un total de diez y ocho tomos publicados. Además de estas obras impresas todas, ménos las dos últimas, que se iban á imprimir cuando el autor escribió esta vindicacion de sí propio, «me quedan, continuaba, entre cuadernos los doce libros y veinticuatro colaciones de Casiano, traducidos de su dificultoso latin al castellano, con las anotaciones y antídotos necesarios para poder leerse sin peligro, que ha mas de diez años hubiera dado á la impresion, si justos respetos no lo impidieran.» Y despues de esta ligera reseña de sus trabajos literarios y científicos, concluye así: «Si todo esto, señor, os parece que es vivir ocioso, procurad vos mostrarme otro tanto de vuestros trabajos, que yo os prometo darles muy diferente nombre. No se hace esto durmiendo, ni sirviendo solamente de número y hacer sombra en la comunidad religiosa.» Y

cita en seguida un dicho de Guillermo de la Periere, en los *Anales de la casa de Foix*, que traducido del francés de aquella época, que nuestro autor califica de bárbaro, dice: «Es mucho más fácil reprender á otro, que saber hacer otro tanto. El hablar sin justicia no es difícil, es la ocupacion de todo hombre inconstante.» Parece que Rebullosa no fué tampoco enteramente ajeno al sabor poético, por cuanto en el catálogo de sus obras se hace mencion de una coleccion de versos, el *Dorda*, *Requesens* y *Vallfogona*. Tambien se menciona como suyo un sermon predicado en las fiestas de Santa Teresa. Aduciremos, por último, de este autor, un fragmento de un concepto escritural que añadió á los que tradujo del italiano sobre el cántico *Magnificat*. «Bien sabido es que en más de dos mil seiscientos años, que pasaron desde Adan hasta Moisés, en cuyo tiempo se escribió la ley con divina pluma y en papel de piedra, jamás trató Dios por escrito con nadie..... Comunicábase tan solamente á aquellos pocos patriarcas y santos con secretas inspiraciones..... No nos trata á nosotros con tanta escasez, pues dándonos el Evangelio escrito, á todos con él nos convida, á nadie deja, á justos y á pecadores con generosa mano franquea las riquezas de sus tesoros y de nuestro bien. El divino Crisóstomo, ó cualquiera que sea el autor del *Imperfecto*, sobre San Mateo en la homilia 1.ª, dice: «En este libro toda alma encuentra lo que necesita. Dejónos la majestad de Dios en él su voluntad escrita para que nadie la ignore y todos puedan leerla.»— R. y C.

RECANATE (P. Fr. Buenaventura), religioso capuchino, hijo de la provincia de Piceno, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose desde luego por todo género de virtudes, y en particular por la pureza de su vida y costumbres; amado de todos sus compañeros, obtuvo diferentes cargos en su Orden, siendo, por último, elevado al de general, en que manifestó su grande prudencia y las notables prendas de que se hallaba adornado. Procuró, durante su gobierno, el fomento de su religion, que obtuvo por diversos medios, en particular haciendo que se observase en todo su rigor la regla de su instituto, que conservó en todo su esplendor. Pasado el tiempo designado para el desempeño de su cargo, fué nombrado procurador general de la Orden en Roma, donde continuó prestando grandes servicios por su celo y prudencia. Estas buenas cualidades y sus no vulgares conocimientos en las ciencias eclesiásticas, le valieron el aprecio y estimacion de muchos príncipes, cardenales y prelados, y en particular del soberano pontífice Clemente X, quien le nombró predicador suyo y del Sacro Colegio de Cardenales, distinguido puesto en que manifestó su capacidad y celo, mereciendo el renombre con que era conocido en la corte romana, de apóstol de la Iglesia, y ser elegido en dos vacantes del solio pontificio teólogo del cónclave, en cuyo cargo recibió toda clase de muestras de afecto y estimacion del Colegio

de Cardenales. Merecialas, en efecto, este religioso, porque á sus notables prendas iba unida una suma modestia y una humildad extraordinaria, que realzaban en extremo sus no vulgares dotes, y le hacian acreedor al cariño y afecto con que todos le distinguian. Sus elevadas dignidades no le impidieron nunca cumplir con los deberes que le imponia su regla, siendo el primero en el coro y en todos los actos de la comunidad. Aun en sus últimos dias no abandonó sus piadosas costumbres, siendo un modelo de religiosos y prelados. Durante su última enfermedad, mereció las mayores pruebas de aprecio de los cardenales, príncipes y demás personajes importantes que residian en la romana corte. Murió tan santamente como habia vivido, dejando una fama que se conservó por largo tiempo en los anales de la religion capuchina. Asistieron á su entierro gran número de cardenales y todas las congregaciones y corporaciones que existian en Roma, y el pueblo, que le tenia en la mejor opinion, se disputó los restos de sus hábitos, acompañándole al sepulcro en número tan crecido que algunos le elevan hasta setenta mil personas.—S. B.

RECANATI (Justo). Escasísimas son las noticias que tenemos de este príncipe de la Iglesia, pues solo sabemos que nació en Camerino en 1789, que era de la religion capuchina, y que Pio IX le hizo cardenal en 1853.—M. N. y S.

RECARTE Bengoechea ó Recalde Bengoechea (Fr. Martin), religioso carmelita, natural de Ataun en Guipúzcoa, diócesis de Pamplona, donde pasó los primeros años de su vida, viniendo despues á Madrid para dedicarse sin duda al comercio, pero llamado por una vocacion superior, tomó el hábito de nuestra Señora del Cármen en el convento de calzados de Madrid, año de 1598. Distinguióse desde luego mucho por sus buenas cualidades, siendo cuando novicio un modelo de obediencia, y profeso ya de modestia y humildad, así fué que nunca ambicionó los títulos literarios ni los cargos de gobierno que concedió su Orden, ántes bien los renunció cuando le fueron prometidos, y áun en alguna ocasion hubo de acudir á medios hasta extraordinarios y extraños para librarse de las distinciones que le ofrecian sus hermanos. Fué sin embargo muy digno de elogio por su doctrina y piedad, motivo por el cual le elogian casi todos los que se han ocupado de los hombres ilustres de su Orden. De esto hay diferentes pruebas, siéndolo inequívoca su alejamiento de toda clase de cargos con que querian honrarle sus hermanos, deseosos de utilizar sus conocimientos en beneficio de la Orden: y de aquella lo son sus numerosas obras, que le dan un puesto bastante notable entre los escritores del siglo XVII. La mayor parte de sus obras trata de asuntos piadosos, y aunque parece escribió algunas de teología y de lo que entónces se llamaba política cristiana, ó no han llegado á publicarse, ó los

mismos que las citan no conocieron ni áun sus nombres, mencionándolas con referencia á autores que debieron verlas y confiados únicamente en su palabra. Despues de una vida entera consagrada á ejercicios religiosos, murió Recarte en 1644, en el mismo convento donde habia profesado y constantemente vivido, dejando una fama tan modesta como gloriosa. Sus principales obras son las siguientes: 1.ª—*Del aborrecimiento del pecado*; dos libros, Madrid, por Alfonso Martin, 1617, dos tomos en 8.°—2.ª *Instruccion para confesarse*; ibid, 1618.—3.ª *Solem veræ Legis Dei*; un tomo fol.—4.ª *Consuelo en los trabajos*; opúsculo que tambien quedó inédito.—5.ª *S. Isidori Agricolæ Matritensis officium cum octava*; y otros tratados de varias cosas.—S. B.

RECCO (El abate José). Este publicista y célebre teólogo italiano nació el 11 de Mayo de 1713 en Ripatrausone, de una familia noble que contaba ya con ilustres vástagos. Hechos sus estudios en su pais, fué á Roma en cuya ciudad abrazó el estado eclesiástico. El dia 20 de Mayo de 1794 fué nombrado miembro de la Academia de los *Forti*, en la que leyó el 3 de Agosto del mismo año una disertacion titulada: *Ercole latino*. Dedicó muchas obras al papa Pio VI, que le tuvo mucha consideracion; pero alterando su salud el excesivo trabajo, abandonó á Roma por consejo de los médicos, y se retiró á Castel-Madama, no habiéndole mejorado el cambio de aires como se creia, pues que murió en aquel punto en Agosto de 1801. El abate Recco publicó las obras siguientes: *Dell' existenza d' una giurisdizione nella Chiesa cattolica stabilita nell' autoritá del Pontifice romano, e della sua Sede*; Roma, 1791, en 8.°—*Dissertazione epistolare intorno alla célebre controversia del battesimo degli eretici fra S. Stefano e S. Cipriano*; Roma, 1791, en 8.°—*Discussione delle due podestá spirituale e temporale*; Roma, 1793 en 8.°—*Discorso politico intorno all' ocultazione delle monete nello stato pontificio ed intorno ai modi di rimetterle in giro* (sin nombre de autor); Roma, 1795, en 8.°—*Discorso sulla riprovazione della Sinagoga e sulla vocazione delle genti*; Roma, 1796, en 4.°—Pero las principales obras del abate Recco, las que debian colocarle y le colocan entre los filósofos y publicistas, fueron las siguientes que quedaron inéditas: *Analisi e confutazione dei Diritte dell' uomo di Niccola Spedadieri*. La impresion de esta obra llegaba ya á la página 208, cuando se suspendió por muerte del autor, y no se concluyó á pesar del encargo que dejó Recco á sus herederos de que lo hiciesen.—*Dubbio se il pontefice romano possa dirsi succesore nell trono de SS. Apostoli Petro e Paolo*.—El plan de una obra titulada: *Lo Spirito della Societá*, la cual debia componerse de cinco volúmenes. Tuvo el abate un hermano llamado Felipe, natural como él de Ripatrausane, y que fué á establecerse en Nápoles, en donde publicó una coleccion de romances, obra periódica que dedicó á las señoras. Volvió á su

patria en 1811, y allí murió en 1826 de más de ochenta años de edad.—C.

RECEM, uno de los príncipes de Madian, que fué condenado á muerte por Phineas, hijo del gran sacerdote Eleazar, despues de la abominacion de Beel Phegor.

RECEM, hijo de Coré. (I. Par. II. 42.)

RECEM, hijo de Sares. (I. Par. VII. 16.) Era de la tribu de Gad, y de la familia de Machir.

RECEVEUR (Lorenzo). Este fué un religioso de la órden de los Mínimos que acompañó á La Perouse en su funesto viaje de descubrimientos marítimos. Este Padre, excelente físico y botánico, pereció en la Bahía Botánica con otros diez y ocho, entre ellos los hermanos de la Borde, que fueron asesinados por los naturales del país. La Perouse hizo grabar sobre su sepulcro la siguiente inscripcion:

Hic jacet L. Receveur,
é FF. Minimis, Galliæ Sacerdos physicus, in circumnavigatione mundi;
Duce de La Perouse.
Obiit die 17 *Februarii anno* 1788.

Fué Receveur un sábio muy distinguido, que habia reunido inmensos materiales para escribir sobre aquellas ciencias, los que desgraciadamente jamás serán publicados. El Diario de Paris de 22 de Junio de 1789 hace honrosa mencion de este doctísimo religioso.—C.

RECHAB y BAASA, son los dos asesinos de Isboset, hijo de Saul.

RECHAB, hijo de Jonadab, fundador de los Rechabitas. Ignórase la época en que vivió Rechab y cuál fué su orígen. Algunos le hacen descender de la tribu de Judá; otros creen que era sacerdote ó al ménos levita, porque se dice en Jeremías que se verán siempre descendientes de Jonadab al servicio del Señor. Algunos rabinos pretenden que habiéndose casado las hijas de los sacerdotes ó de los levitas con los Rechabitas, los hijos que procedieron de ellos fueron empleados en el servicio del templo. Otros creen que servian en verdad en el templo, pero simplemente en calidad de ministros, lo mismo que los Gabaonitas y los Natineos, que eran como los servidores de los sacerdotes y de los levitas. Léese en los *Paralipómenon* que los Rechabitas eran Cineos de orígen, y que eran chantres en la casa de Dios. *Canentes atque resonantes, atque in tabernaculis commorantes; hi sunt Cinæi, qui venerunt de calore patris domus Rechab.* El hebreo dice: *Los porteros y los criados que habitan bajo tiendas, son los llamados Cineos, que son descendientes de Chamalto, jefe de la casa de Rechab.* Los Cineos no son de la raza de Jacob, sino de la de Madiam, hijo de Chus. Descendian de Hobab ó de Jetró, padre de

Sephora y suegro de Moisés. Entraron con los hebreos en la tierra de promision y habitaron en el territorio de la tribu de Judá, en los alrededores del mar Muerto. No se distinguian de los israelitas más que por su vida campestre y por el desprecio con que miraban las ciudades y casas. Algunos han creido que Hobab ó Jetró fué el primer fundador de los Rechabitas; que Rechab era uno de sus nombres; que Jonadab, conocido en tiempo de Jehú, era uno de sus descendientes, que Heber el Cineo pertenecia á los Rechabitas. Serrarius distingue los antiguos Rechabitas descendientes é instituidos por Jetró, de los nuevos instituidos por Jonadab, hijo de Rechab, que vivia en tiempo de Jehú, rey de Israel. El P. Boulduc ha imaginado con motivo de los Rechabitas un sistema sumamente extraordinario. Va á buscar su origen ántes del diluvio en Enós y sus descendientes. Despues del diluvio fueron conocidos sucesivamente bajo los nombres de *Cineos*, *de Cinicecos*, *de Hebreos*, *de Nazarenos*, *de Hijos de los profetas*, y por último de *Rechabitas y Fariseos*. Todas estas gentes eran religiosos que vivian en comunidad, teniendo superiores generales y particulares, como se ve hoy en las diferentes órdenes religiosas de la Iglesia latina. Pero de dónde procede su nombre de Rechabitas? Su etimología es muy notable. Viendo Eliseo á su maestro que subia al cielo, le gritó: *Padre mio, Padre mio, que sois el carro de Israel y su conductor*. Habiendo ido el rey Joas á visitar á Eliseo en su última enfermedad, le dijo de la misma manera: *Padre mio, Padre mio, que sois el carro de Israel y su conductor*. El hebreo dice: *Padre mio, Padre mio; Rechab de Israel*. De aquí ha procedido el nombre de *Rechabitas* dado á los discípulos de Elías y de Eliseo, hijo de Rechabaim, de los dos carros de Israel. Pero no contento este autor con traer la descendencia de los *Rechabitas* del carro de Elías, hace descender los *Fariseos* de sus caballos; pues *Pharasim* significa en hebreo caballo. Pero es inútil ir á buscar estas genealogías forzadas, lejanas, dudosas y pueriles. La sagrada Escritura nos refiere que Jonadab, hijo de Rechab, que vivia en tiempo de Jehú, rey de Israel, mandó á sus descendientes no beber nunca vino, no edificar casas, no sembrar ningun género de grano, no plantar viñas, no poseer tierra alguna y pasar bajo tiendas toda su vida. Tal fué la regla de los Rechabitas y de los hijos de Rechab, que no obligaba á los otros Cineos ni á los demás hijos de Jetró. Esta observancia subsistió durante más de trescientos años. Habia ido Nabuconodonosor á sitiar á Jerusalen el último año del reinado de Joaquin, rey de Judá, los Rechabitas se vieron obligados á abandonar el campo y á retirarse á la ciudad, sin dejar sin embargo su costumbre de vivir bajo tiendas. Durante el sitio recibió Jeremías órden del Señor de ir á buscar los discípulos de Rechab, hacerlos entrar en el templo y presentarlos vino para beber; Jeremías ejecutó las órdenes del Señor, pero los Rechabitas le contestaron: *No bebe-*

remos nunca vino, porque Jonadab, hijo de Rechab nuestro padre, nos ha prohibido beberlo; y le hemos obedecido hasta hoy nosotros y nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras hijas. Y cuando Nabuconodonosor ha venido al país, hemos dicho: Entremos en Jerusalen delante del ejército de los caldeos y de los siros; y hemos permanecido en Jerusalen. Entónces dijo el Señor á Jeremías: Decid al pueblo de Judá y á los habitantes de Jerusalen: Las palabras de Jonadab, hijo de Rechab, han tenido bastante fuerza sobre el espíritu de sus hijos para obligarlos á no beber vino hasta esta hora; pero vosotros no habeis querido escucharme hasta hoy... Dirigiendo despues la palabra á los Rechabitas les dijo: Porque habeis obedecido las palabras de Jonadab vuestro padre, y habeis observado sus órdenes, la raza de Jonadab no dejará nunca de producir hombres que servirán en mi presencia. Los Rechabitas fueron indudablemente llevados cautivos despues de la toma de Jerusalen por los caldeos, pues se lee en el título del salmo LXXI, que fué cantado por los hijos de Jonadab y por los primeros cautivos, que son Ecequiel y Mardoqueo, conducidos al otro lado del Eúfrates por los caldeos, despues de la toma de Jerusalen, en tiempo del rey Joaquin. Volvieron del cautiverio, y se establecieron en la ciudad de Jabés, al otro lado del Jordan, segun se deduce de los Paralipómenos. *La raza de los escribas que habitaban en Jabés, llamados porteros, criados y que vivian bajo tiendas, con los Cineos, descendientes de Chamath, padre de la casa de Rechab.* Hay algunas dificultades sobre este pasaje. Algunos han creido que Jabés marcaba en este lugar no una ciudad sino un hombre, á quien los Cineos honraban como su señor. De todas maneras no se vuelve á hablar de los Cineos en los libros escritos despues del cautiverio de Babilonia. Algunos han pretendido que los Asidenos, de quienes se habla en los Macabeos, eran los sucesores y los imitadores de los Rechabitas. Otros confunden á los Rechabitas con los Esenienos. Pero si los Asidenos eran los mismos que los Esenienos, de lo que hay bastante apariencia, estas dos opiniones son una misma. Seguramente que el modo de vivir de estos últimos, que nos es bastante conocido, era muy diferente del de los Rechabitas, como parece por lo que dice José, que nos refiere que los Esenienos tenian campos que cultivaban en comun, que habitaban en casas, que no tenian ni mujeres ni hijos, y no celebraban sus ceremonias con los demás judíos en el templo de Jerusalen. Pero todo esto era contrario á las prácticas de los Rechabitas. Hegesipo, citado por Eusebio, refiere que cuando se conducia á Santiago al suplicio, uno de los sacerdotes de la raza de los Rechabitas gritó á los judíos que querian apedrearle: *¿Qué vais á hacer? El justo pide por vosotros.* Es positivo, como hemos referido ya, que los Rechabitas no eran de la raza de los sacerdotes; pero como servian en el templo ha creido este autor que eran sacerdotes; ó habrá tomado el nombre de sacerdote en un

sentido genérico por un ministro del Señor. Benjamin de Tudela dice que vió en sus viajes un gran país, habitado por los hijos de Rechab. Hé aquí sus palabras: «Desde Pundebita, sobre el Eúfrates, fuí al país de Seba, llamado hoy Aliman, que confina con el país de Sennaar. Despues de veinte dias de marcha por desiertos, llegué al país donde viven los judíos llamados hijos de Rechab, y tambien pueblos de Theima; pues el principio de su estado es Theima, que se halla hoy gobernada por el príncipe Hanan. La ciudad de Theima es grande y bien pobladada. El país tiene veinte jornadas de largo entre las montañas septentrionales. Se halla lleno de buenas y fuertes ciudades, que no obedecen á ningun príncipe extranjero. Los pueblos de este país hacian correrías por los países vecinos y por otros más distantes. Cultivan el campo y crian rebaños, y teniendo un bueno y vasto territorio, dan el diezmo de todas sus rentas para el sostenimiento de los discípulos de los sabios que versan constantemente en la predicacion, y para el sustento de los fariseos, que deploran la desgracia de Sion y la caida de Jerusalen, no usando nunca ni vino ni carne, yendo siempre vestidos de negro, y no teniendo otra morada más que cavernas; ayunando todos los dias á excepcion del sábado, y dedicados siempre á la oracion para obtener de Dios la libertad y el fin del cautiverio de Israel. Todos los judíos de Théima y de Thelímes hacen las mismas oraciones, y son en número de cerca de cien mil hombres. Tienen por príncipe á Salomon, hermano de Hanan, ambos de la casa de David, segun prueban por sus historias genealógicas que tienen en la mano. Van por lo comun con vestidos de luto y rotos, y ayunan cuarenta dias por todos los judíos que estan en cautiverio. La provincia comprende cerca de cuarenta ciudades, doscientas aldeas y cien castillos. La capital del país es Thenai, y el número de los judíos que habitan en la provincia es de cerca de trescientos mil. La capital de que se ha hablado se halla rodeada de murallas, que contienen un grande terreno en su recinto, donde se siembra trigo en grande cantidad; pues tiene quince millas de largo y otro tanto de ancho, es decir, cinco leguas cuadradas, y cerca de quince leguas de circuito. Tal era el país de los Rechabitas segun este viajero que vivia en el siglo duodécimo. Pero toda esta relacion tiene un aire tan fabuloso, que no se la puede dar ninguna fe.—S. B.

RECHAC DE SANTA MARÍA (El P. Juan Gifredo de). Nació este buen dominico en Quillebeuf el año 1640, y murió en S. Sinforiano, cerca de Lyon, en 1660. Compuso, segun se ve en la Biblioteca de los PP. Predicadores, al tomo II, un gran número de obras, entre las que las principales fueron las siguientes, que se publicaron en francés: *Vida y acciones memorables de los tres religiosos más célebres en santidad y virtud de la órden de Predicadores de la provincia de Bretaña, el P. Mahyeuc, Alain de la Roche, y el P. Quintin;*

Paris, 1644, en 12.°; se reimprimió esta obra en la misma ciudad y tamaño, en 1664.—*Vidas y acciones de los Santos y bienaventurados de la primera y tercera Orden de Sto. Domingo;* Paris, 1635, seis volúmenes en 4.° *Vida del bienaventurado Regnault de S. Gilles*, dean de S. Agnan de Orleans y religioso despues de Sto. Domingo, que murió en 1220; Paris, 1646, en 8.°—*Fundacion de todos los conventos de la órden de Predicadores de ambos sexos en todas las provincias de Francia, y en las diez y siete de los Paises-Bajos, con la vida de Sto. Domingo;* Paris, 1648, en dos vol. en 4.°—*Vidas y acciones memorables de los santos bienaventurados y otras personas ilustres de la órden de Predicadores;* con grabados: Paris, 1660, dos vol. en 4.° Estas obras fueron muy apreciadas en su época, y aún lo son hoy por las buenas y fieles noticias que dan de los personajes de que se trata en ellas.—C.

RECHBERG, tres condesas de este nombre que se convirtieron simultáneamente al catolicismo. Su abjuracion se verificó el mismo dia 4 de Marzo de 1846 en Douzdorf y en Munich. En esta misma ciudad habian abjurado públicamente la herejía cinco protestantes en la grande y hermosa iglesia de la Corte, consagrada á S. Cayetano. Entre los neófitos se hallaba un candidato de teología protestante, que comenzó inmediatamente el curso de los estudios de la teología católica.—S. B.

RECHIEDEI (Fr. Pablo), religioso dominico natural de Brescia en Italia. Ignórause las circunstancias de su nacimiento y de los primeros años de su vida, solo se sabe que se distinguió desde luego por su piedad y aficion al culto divino, manifestando los grandes progresos que debia hacer despues en el camino de la virtud. Admitido siendo muy jóven todavia en la órden de los PP. Predicadores, tomó el hábito y profesó en el convento de su patria, manifestando la vocacion con que habia sido llamado á aquella religion, que no fué desmentida en los largos años que en ella vivió, ya como súbdito, ora como superior, prestándola los mejores servicios. Comenzó su carrera bajo los mejores auspicios adelantando en los estudios hasta el extremo de hacerse notable entre los que en su época figuraban como más distinguidos. Su elocuencia y erudicion le valieron ocupar los primeros púlpitos de Italia, en todos los cuales mereció ser mirado como uno de los primeros oradores del siglo XVII. Pero estos triunfos hubieran sido demasiado efímeros, si no hubiesen ido acompañados de los resultados más favorables bajo el aspecto de la salvacion de las almas, en que consiguió grandes frutos, siendo muchas las que debieron á sus consejos y prudencia un favorable cambio de vida, pues sin él hubiesen quedado reducidas quizá á las tinieblas del vicio y sus tristes consecuencias. Los buenos resultados que habia dado el P. Rechiedei en los difíciles y penosos negocios que por un largo período tuvo á su cargo, animaron á sus superiores á confiarle otros más difíciles y delicados;

y asi necesitando enviar á las regiones del Asia un religioso dotado de la suficiente prudencia y valor para dirigir las misiones de sus hermanos en unos paises dominados por el islamismo, y cuya conversion era cada vez más necesaria aunque no ménos difícil, no vacilaron en confiársela á este valeroso Padre, á quien el maestro general de su Orden Fr. Tomás Turco nombró vicario general en el convento de Constantinopla y otros de Grecia, á mediados del siglo XVIII. Marchó el P. Rechiedei á desempeñar tan peligrosos destinos armado del celo, valor y actividad que eran propios de su carácter, y de que tantas pruebas habia dado en diferentes ocasiones, y su comision tuvo en efecto los mejores resultados, pues aunque por solo un momento, el poco tiempo que le duró la vida, consiguió elevar la religion cristiana á un grado de esplen lor y de grandeza de que no habia gozado nunca ántes en tan remotas regiones. Los musulmanes comenzaron á mirar con respeto nuestra religion tenida poco ántes en ménos entre ellos, y como propia únicamente de esclavos miserables, y llenaron de honores y consideraciones al P. Rechiedei y sus compañeros, cuya abnegacion y sacrificios por extender el nombre católico comprendian y admiraban. Esta fué quizá la primera vez en que desde muchos siglos ántes habia llenado la cruz de Jesucristo todos los ángulos del mundo conocido, ostentándose gloriosa y vencedora en Asia como en Europa, en América como en Africa. Debióse principalmente este triunfo al P. Rechiedei, que debió á esto grandes deferencias de la sede romana, lo mismo que á su superior y compañeros. Quizá hubiese terminado su vida de una manera tan honrosa como la habia comenzado, si no le hubiese sorprendido la muerte cuando ménos lo esperaba, en su convento de Constantinopla, en 1684. La órden de Sto. Domingo comprendiendo la pérdida que habia sufrido, tardó mucho en nombrarle sucesor, y en los capítulos generales que entónces se celebraron, se hicieron de él los mayores elogios. El P. Echard, que le menciona, no los refiere, pero constan en los libros de las actas, y en las crónicas generales más completas. Empero aquel bibliógrafo le hace autor de la obra siguiente: *Regla dada por el P. S. Agustin á los monjes*; traducida y explicada para su mayor instruccion y provecho espiritual por el P. M. Fr. Pablo Rechiedei, donde con tanta facilidad como brevedad se discurre por todas las materias concernientes á su estado, asi exterior como interior. Obra no ménos necesaria á los mismos monjes para encaminarse á la perfeccion, que útil á sus prelados y confesores para dirigirlos bien; Brescia, Ricardi, 1675, en 4.°—S. B.

RECIENTE (D. Juan Sanchez), eclesiástico sevillano y uno de los matemáticos más distinguidos de su época. Fué profesor durante muchos años en el real seminario de S. Telmo de Sevilla, donde publicó muchas obras propias de su profesion, y de las que entónces se miraban como ane-

jas á ella, pues sabido es que á las ciencias exactas se ha unido por mucho tiempo las de la navegacion, fortificacion, artillería, etc., que en nuestros dias con justo motivo se han separado por completo de ellas, pues forman una rama aparte y muy distinta del saber humano. Reciente creyó sin duda de su obligacion consagrarlas parte de su tiempo, correspondiendo al gusto de su época y al deseo que tenia de verlas tratadas por personas competentes. Todos los bibliógrafos le dan grandes elogios por los méritos que contrajo con este motivo, aunque algunos han callado su nombre, sin duda porque no llegó á su noticia el del ilustre sevillano. Es de todos modos muy digno de figurar en las principales obras de este género, que se conocen en nuestro pais y áun en los extranjeros, y como clérigo en la presente, pues á sus no vulgares ilustracion y conocimientos, unió grandes virtudes en que se distinguió mucho segun los autores de libros piadosos. Era muy asiduo en la oracion, que hacia con la mayor modestia en iglesias solitarias, huyendo del bullicio y la ostentacion tan contrario á la verdadera piedad. Hacia una vida muy retirada consagrando al estudio las horas que le dejaban libres sus ocupaciones religiosas, y á manera de los grandes matemáticos, de quienes se refiere que la profunda meditacion en las verdades de su ciencia ha dado vida en su pecho á la idea de un Dios omnipotente y tan como solo puede concebirle la verdadera sabiduria. Reciente, que profesaba la misma ciencia y trabajaba sobre las mismas verdades, acabó por formarse una idea de Dios igual á la de aquellos grandes hombres, dándole culto en su corazon con todo el ardor de una voluntad sumisa á lo que en su entendimiento habia concebido como verdadero. Ignóranse las demás circunstancias de la vida de este autor, pues lo es de diferentes obras, cuyos pormenores tampoco se encuentran en las bibliografías, algunas de las cuales hasta callan su estado clerical, dedicándole solamente unas cuantas líneas, pero nosotros no hemos querido dejar de hacer de él una mencion más extensa para darle á conocer como reclama y merece.—S. B.

RECINETENSE (Cornelio). Fué un capuchino italiano de nacion, predicador de la provincia Picena, sujeto que por su vida morigerada y llena de perfeccion, y por los hechos que ejecutó en la religion, se hizo notable segun el Genuense. Dejó manuscritas dos obras, una titulada: *Tractatus de pauperta-te regulari et seraphica Fratribus minoribus à S. P. N. Francisco per Regu-lam præscripta.* La otra fué: *Quæstiones regulares circa casus reservatos se-cundum Bullam Clementis VIII.* Falleció en Recineti en 1632.—M. N. y S.

RECINETO (Buenaventura), italiano de nacion, alumno de los Capuchinos menores de la provincia Picena, procurador general en la Curia Romana y definidor general, persona de una vida tan pura que por esta cualidad, como tambien por su insigne doctrina y religiosa prudencia y sus conse-

jos llenos de candor y de probidad decorosa, consiguió la intimidad no solo con los prelados de la santa Iglesia romana y prelados cardenalicios, sino de los mismos romanos pontífices y especialmente de Clemente X, que en 1673 le nombró predicador del Sacro Palacio apostólico, en cuyo cargo continuó en el pontificado de Inocencio XI. De tal modo se distinguió en sus peroraciones y modo de decir, que era muy comun entre los oyentes, que eran personas de elevada gerarquía, llamarle profeta y apóstol eficacísimo en su palabra. Dió á la imprenta: *Sermones de adviento y cuaresma* que pronunció en el espacio de diez y seis años en el Palacio apostólico á presencia del Sumo Pontífice y Colegio de Cardenales, cuya obra, en dos volúmenes en fólio, se publicó en Venecia en la imprenta de Pablo Baglioni en 1693.—M. N. y S.

RECINETO (Fr. Felipe), religioso sacerdote de la órden de Capuchinos. Residió en la provincia de la Marca; fué varon adornado de sobresalientes é ilustres virtudes, estando dotado especialmente de una maravillosa sinceridad de ánimo, de inocencia y simplicidad; muy observante y rígido en el cumplimiento de sus deberes religiosos, sobresaliendo en la oracion, ayunos, exacta asistencia al coro, humildad, recogimiento, y amor á Dios y al prójimo, principalmente á los enfermos dolientes, y muy compasivo con todos aquellos á quienes la sociedad procura disgustos y necesidades de no muy fácil remedio. Igualmente fué uno de los que fundaron la provincia de París, y trabajaron en que llegase á un estado de gran perfeccion con los ejemplos de su vida apostólica. Era varon tan áspero consigo mismo, como humano y suave para con los demás, sumamente amigo de la soledad, por sacrificarse á Dios con mayor quietud. Finalmente, lleno de méritos más que de dias, en el año de 1589 pasó en el convento de Esio al Señor, dejando comun opinion y fama en la Orden de verdadero y legítimo hijo del seráfico P. S. Francisco.—A. L.

RECIO (Manuel), español; de la regular observancia de la provincia de la Concepcion; predicador apostólico en lengua patria. Dió á luz un opúsculo titulado: *Del modo de visitar el Via-Crucis*. Impreso en Pincia, en la oficina de la viuda de Rueda, en 16.°—M. N. y S.

RECLUSO DE MOLIENS Ó DE MOLLENS, religioso y poeta francés. El nombre de este autor y el título de dos de sus producciones, que han llegado hasta nosotros, han escapado á las investigaciones de Pasquier, de Fauchet, de Duverdier, de la Croix du Maine, etc. Es citado en el catálogo de los autores de Pedro Borel bajo el nombre de Recluso de *Molans* ó *Molens*; en el nuevo Ducange en la palabra *Cameraria*, *Cembellum*, *Curtile*, *Deductus* y en otras muchas. Lo habia sido ya por Duchesne en sus notas á *Alain Chartin*, por Ducange en sus Observaciones sobre Joinville, y por último en un gran

número de palabras en el glosario que termina el Joinville de la imprenta real, donde no se han distinguido sus dos diferentes obras. Barbazan ha citado dos estrofas, la una en su discurso al frente del *Ordine de Chevalerie*, y la otra en el prefacio de sus *Fabliaux*. El glosario de la lengua romana da tambien ejemplos en una multitud de palabras, de que se puede juzgar por las que presenta la letra *B*. Se ignora completamente cuál fué el poeta que se ocultó bajo el nombre del recluso de Moliens, y lo que nos queda de él no nos da noticia alguna sobre su vida. Por las dos viñetas que adornan el manuscrito de la Biblioteca de Francia, donde se encuentran sus composiciones, puede conjeturarse que era religioso. Ducange le supone del tiempo de Enrique II, rey de Inglaterra, que reinó desde 1154 hasta 1189. Es probable que floreciese ántes de 1180. De sus dos obras una de las que se ha ha conservado es el *Miserere o li Romans du Renclus de Moliens de bons exemples de moralités seur tous estats et tout le siècle*; el otro es el *Romans de Charité*. Estos dos poemas se hallan en versos de ocho sílabas, y divididos en estrofas de doce versos. El primero contiene doscientas sesenta y cinco estrofas, y el segundo doscientas quince. Las tres primeras palabras del salmo *Miserere mei, Deus*, forman el primer verso de uno de estos poemas, que ha tomado el título de *Miserere*, aunque esta palabra no tiene relacion alguna con el contenido de la composicion. Hé aquí la primera estrofa :

MISERERE MEI, DEUS,
Trop longuement me suis téns,
Ke je déusse avoir bien dit;
Assez ai temps et lieuz éus
Des mans blasmer, que j'ai véus.
Dex, par le prophète, maudit
Qui respont (cache) et qui escondit (refuse)
Le froument au peuple mau dit,
Dont il doit être repèns.
Pour ce qu'ainsi le truis escris,
Del blé de mon grenier petit,
Ai de meillors grains esléns.

Como se ve en esta estrofa, los doce versos solo tienen dos consonantes bastante armoniosamente colocados. Por lo demás, hablando como el poeta, el trigo que saca de su granero es bastante amargo. Ataca sin cesar y con energía á veces á los malos ricos, á los sacerdotes y á los monjes que se sirven de las rentas de la Iglesia para sus placeres, en vez de darlas á los po-

bres, á quienes se hallan destinadas estas rentas. Dice á los hombres en general :

Hom, or entend, tu dois oïr
Qui tu es, ne te dois jeïr.
Qui es-tu donc! Sas plein de fiens (ordure)
Tu te veux causcuns pour emplir,
Et puis vuider et puis remplir.
Quant tu est vuis, mal te contiens,
Et quant tu es trop pleins si giens (gémis).
Assez as fiens.....
Sa ne te saras tan polir;
Tu enordis (salis) quanque tu tiens,
Car si attouche tant nette riens
A toi, que ne faches (fasses) soillir.

El orígen que da á la maledicencia es notable por la originalidad de la ficcion y por cierto vigor de estilo.

Envie chele serve (esclave) amere,
Dist qu'ele volait estre mère
Et metre au mond de son fruit.
Par pechié plus lait qu'avoutere (adultère)
Alá couchier avec son pére
Par un mont horrible nuit.
Menerent horrible desduit
N'en leva pas á ventre vaire (vide);
De son pére couchut un frére,
Que on nomme mesdit maudit;
La mère l'a en ses meurs duit (instruit);
Et il retint bien sa matere.

Hé aquí cómo trata á los eclesiásticos :

Par cheux est li mondes destruis
Par qui il déust estre estruis (instruit);
Car chril qui nous doivent conduire
Nous menent par estrois pertuis,
Et ils ont trouvé un grand huis,
Large u (ou) parent ils vont déduire

Ou (aux) choses qui tan puist unire.
Chil qui ruevent (ordonnent) les deduis fuire,
Son chils, qui quierent les déduis.
Or ne sai-jou ou me refuire;
Chil qui doiven autrui estruire,
Che sont chils u tous les maus truis (trouve).

No perdona á los mismos monjes, ni en el artículo de la glotonería, y la manera de que los critica no carece de gracia ni de originalidad.

Hom, or tenons no parlement
De gaste-bien le goustement (la gourmandise)
De qui mout pou de gens s'estordent (s'abstiennent),
Car chil qui doivent sobrement
De pou vibre et plus asprement,
S'en desordonnent et enordent (salissent).
Li moine as meillors mes s'acordent,
Et es millors morsiax miex mordent;
Et si boivent bien et souvant.
De lor ven petit se recordent;
Des or mais au bon ven s'acordent
Tuit li ordre et tuit le couvant.

En estas tres últimas estrofas el consonante se halla mezclado de una manera que es mucho más agradable en la actualidad, aunque entónces no se notaba la diferencia. El autor ha escrito un segundo poema, el *Romance de la Caridad*, en el mismo espíritu, en el mismo estilo y en estrofas de la misma forma. Ménos que en elogiar á la caridad, se ocupa en satirizar á los hombres en general y en particular á los eclesiásticos, á quienes acusa de no ser caritativos, no exceptuando ni áun á los que ocupan las dignidades más elevadas.

O caritès, très-belle cose,
Bien sais que tu n'es pas enclose,
En porte qui est merceniere.
Par raison aperte et desclose
Prouvai bien que toi ont forclose
Li cardounal (cardinaux) de lor carniere (porte);
Car la maisine (la maison, les domestiques) est coustumière
De graer (agréer) à son magestière;

Rien sans congé faire uen ose;
Li sère a son serf sa manière,
Et la dame a sa chambrière
Sa custume emprent et empose.

Tampoco se olvida de los poderosos abades de aquella época:

Abés, répons-moi, que fais-tu,
Qui jadis rompis le festu
Au monde, que pour Dieu lessas.
Quant de vieus dras te vis vestu,
Tu me montras mont grant vertu,
A grant cours près Dieu t'eslaissas (t'elevas)
Quant á l'ord ton cors plaïsas (plias);
A cel jour Sathan mont quassas (secouas);
Sous toi l'avoies abatu;
Tu vainquis quant tu t'abiassas;
Mais l'honour dont toi essauchas (exhaussas)
Ta en ta vienté (vileté) rembatu.
. . . . . .
Abés, Sathanas point ne bée (regarde),
Se ta grange est bien engarbée (remplie de gerber),
Qui les garbes fors en traie,
Ne que par lui soit desgarbée.
. . . . . .
Se ta sustanche (subsistance) est desturbée,
Che ne tient il pas a grant plaie;
Mais il bée a chou (ce) qu'il te traie (trée)
A soi par ta croche (crosse) courbée.

El poeta prohibe á los sacerdotes todos los placeres mundanos, inclusa la caza.

Prestes, miex vient ta main pèrir,
Que ordoier (souller) d'ome férir (frapper),
De fol tast (attouchement) ne de caroler (decuser),
De tremeler (jouer aux dés) ne de hellir (faire débauche)
Tot chou faire est Dieu messervir.
. . . . . .
Prestres, tu n'as droit en vener (chasser).

Prestres, tan main de chien mener
S'ordorer et de l'oiset tenir.

Job es el modelo que propone á la imitacion, consagrando muchas estrofas en su elogio. Hé aquí la última, en que acumula las comparaciones y las imágenes poéticas.

Job fut simples com nus aignians;
Job fut sages com li caians (chien),
Qui tous tans sint (suit) au fleir sa proie.
Job fuit semblant au drap de soie,
Qui tient le pli où on le ploie;
Job fut li grans qui li flaians (le fléau)
Jete de la paille et nettoie.
Job fut bues arant (labourant) en la roie (sillon).
. . . . . .
Job ne fut cokes ne rosians,
Qui au vent se tourne et baloie.

Es sensible que sea desconocido el nombre de este poeta satírico y moral, pues hubo pocos en aquella época que tuviesen tanta verbosidad, energía y originalidad.—S. B.

RECONATI (David), judío, de edad de cincuenta años, se convirtió al catolicismo con otros cinco judíos de Sinigaglia y de Pésaro, y recibió el bautismo en 28 de Setiembre de 1828, al mismo tiempo que su hija Centila, en la catedral de Pésaro, de manos de Mr. Capelleti, obispo de Ascoli. Este prelado administró tambien la confirmacion y la comunion á los neófitos, que habian sido instruidos por largo tiempo y con cuidado en la casa de los catecúmenos, y que manifestaron durante la ceremonia una alegría y un recogimiento extraordinario.—S. B.

RECORDÁ. De este religioso solo nos dice Amat, en sus *Escritores catalanes*, que fué de la órden de Mínimos, natural de Granollers, y que escribió la obra titulada: *Ritus servandi in Hebdomada majori.*—A.

RECOURT DE LENS (Juan). Fué este prelado hijo de Juan Castellon de Lens, caballero y señor de Recourt, de la Comté y de Choaques, baron de Licques, y de Juana Stavele d'Isenghien; y habiendo fundado sus antepasados la abadía de nuestra Señora de Licques, fué Juan su abad, distinguiéndose en ella por su piedad. Tambien perteneció á esta familia Margarita de Benló, Canonesa de Monstier.—C.

RECTOZ (Madre Escolástica de). La virtud, el saber y la piedad de Clau-

dia ó Escolástica, heroina de la casa de su apellido, la hicieron tan célebre que no solo fué estimada en Francia, sino que su gloria pasó tambien los Alpes y fué honrada en Italia, donde hicieron su elogio dos escritores célebres, á saber, Luis Dominichi, en su libro intitulado: *Nobilita delle Domne*, que son los elogios de las mujeres ilustres de todas las naciones; el otro es Agustin della Chiesa, obispo de Salmes, en su *Theatro delle Domne illustre;* Dominichi, en su obra de la *Nobleza de las señoras*, llama á esta sabia heroina Escolástica Rectona ó Bectona, y dice despues que nació en un palacio próximo á Grenoble, de una familia noble, y que se llamó Claudia, y al entrar en la religion cambió este nobre en el de Escolástica. Dice despues que tenia tan claro talento, que un doctor llamado Dionisio Fancier la enseñó las bellas letras, en las que adelantó tanto, que todos los hombres doctos de su siglo siguieron con ella correspondencia literaria. Fué elegida abadesa del monasterio de S. Honorato en Tarascon, donde el rey y la reina de Navarra la honraron con repetidas visitas; imitó á Safo en sus versos, en la filosofía á los académicos. El obispo de Saluces da más particularidades todavia sobre esta señorita del Delfinado, abadesa de Tarascon, en su *Teatro de mujeres sabias*. Escolástica Rectoz ó Betoz nació, dice, en un castillo ó aldea cerca de Grenoble, ciudad del Delfinado, de padres nobles, pues es costumbre en Francia que todos los caballeros vivan en el campo. Como manifestó desde sus primeros años que tenia un ingenio sólido, tambien dió un evidente testimonio de sus sanas inclinaciones á la virtud y á todo lo bueno. Un religioso llamado Dionisio Faucier la enseñó la lengua latina y las bellas letras, en que hizo tan grandes progresos que no solo excedió á todas las señoras de su época que se consagraban á ellas, sino que fué tambien igual á los hombres más eminentes de su siglo. Su estilo es tan puro y tan claro, que está atinada en sus cartas, enérgica en sus exhortaciones, y admirable y singular en sus poesías. Fué causa esto de que muchos hombres eminentes de los paises extranjeros no se contentasen solo con escribirla, sino que se tomasen el trabajo de ir á verla para tener la fortuna y la satisfaccion de oirla discurrir y conferenciar con ella. El mismo Francisco I, habiendo oido y conocido por sus cartas su virtud y méritos, la hacia el honor de llevar sus cartas encima de sí y mostrárselas á las señoras de la corte, y no solo no se contentaba con elogiar la mano que las habia escrito y el ingenio que las habia dictado, sino que la envió á visitar de su parte hallándose en Aviñon. Su hermana Margarita, reina de Navarra, la hizo tambien el honor de ir á verla á Tarascon, de donde era religiosa, y la trató con tanta bondad, que los que las vieron hablar juntas, creyeron que eran hermanas. Su virtud y piedad la merecieron despues ser elegida abadesa de aquel monasterio, donde manifestó con su comportamiento la feliz eleccion de las que la habian promovido á

esta dignidad. Entre sus poesías se distinguian los escritos en versos sáficos; en filosofía seguia las opiniones de los académicos; sábia y juiciosa en sus discursos, adquirió para con todos una grande y merecida reputacion. Sus escritos se hallan parte en latin y parte en francés. Murió en 1547, el mismo año que Francisco I, rey de Francia, y Enrique VIII, rey de Inglaterra. El elogio de esta religiosa se halla tambien unido al de otras cuatro de su mismo monasterio, y al de la reina Margarita de Navarra, en la Historia que de su época escribió Guillermo Pacadin; hé aquí lo que dice acerca de todas estas religiosas en el capítulo I del libro III. «Las letras humanas y las ciencias se han encontrado felizmente unidas en la persona de estas cuatro doncellas de Tarascon, las cuales aunque no he llegado á conocerlas, sé sin embargo que se hallan dotadas de un talento tan eminente, que pueden ser no solo comparadas, sino tambien preferidas á los hombres más sabios. Sus nombres son Escolástica, Catalina, Delfina y Gabriela, que han hecho tan grandes progresos en las ciencias, que merecen recibir honores inmortales de las musas. En algunos manuscritos se lee acerca de nuestra abadesa lo siguiente, que sirve para completar esta su biografía. «Por este tiempo Escolástica de Rectoz del Delfinado en Gresivodan ha entrado en religion en Tarascon, habiendo sido muy estimada por su doctrina. Pues escribia con tanta elegancia en latin y con lenguaje tan pulido y adornado de sentencias, que fué admirada de los más elocuentes y juiciosos de su siglo. Claudia Escolástica era hija de Santiago y de su mujer Micaelina de Salvaing, que la mencionan en su testamento. La madre de los señores de Brissien y la casa de su padre, muy distinguida en el Delfinado, continuó largo tiempo, hasta que se dividió en dos ramas, conocidas una bajo el nombre de Montochier, y la otra de Vaubonnois. »—S. B.

RECULLÉ (abate Luis Félix), natural de Chateauneuf, en la diócesis de Orleans, que murió de más de setenta años el 24 de Enero de 1837 en Inglaterra, donde se hallaba desde 1791, época en la que la negativa á prestar el juramento á la Constitucion civil del clero le obligó á dejar su patria. En Inglaterra ejerció las funciones de capellan de una señora católica, llamada Mad. Braud en el Yorkshire. A los treinta años de su destierro y cuando su imaginacion debia estar fria con la edad, tuvo la ocurrencia de componer un poema en versos franceses, titulado *El Triunfo de la Iglesia*, que en diez cantos se publicó en París en casa de Bethume, en 8.°, en 1826; pero no obtuvo gran éxito. Puede verse sobre el particular al *Amigo de la Religion*, entrega de 25 de Noviembre de 1826, tomo L, pág. 63.—M. N. y S.

RECUPERATO DE FAENZA (Fr. Agustin), religioso dominico, natural de la ciudad que indica su apellido, donde tomó el hábito siendo todavía muy jóven, distinguiéndose desde luego por su doctrina y piedad. Enviado á la

curia romana como vicario y procurador general de su Orden, cuando falleció el maestro general de la misma Fr. Juan Ferrario, fué nombrado para sucederle por el Soberano Pontífice en 24 de Mayo de 1539, á propuesta ó por eleccion del capítulo general celebrado en el convento de Minerva, en Roma, siendo el cuarenta y tres general de los PP. Predicadores. En este capítulo se mandó que en cada provincia de las que el general fuese visitando, designase algunos conventos en que se observasen las constituciones de la Orden con todo el rigor de los tiempos primitivos, y para que se efectuase esto de manera que presentára alguna garantía de duracion, decidieron que solo pasasen á aquellos conventos los que voluntariamente lo pretendiesen, que son, dice la Crónica, los voluntarios en la ley que animosamente ofrecen las vidas en cumplimiento del testamento en que Sto. Domingo los hizo hijos herederos, y los que, ó cansándose de los trabajos ó faltando fuerzas y espíritu, los mudase el prelado. En este mismo capítulo hicieron maestro al P. Presentado Fr. Bartolomé de Miranda, que fué despues arzobispo de Toledo, y que era á la sazon regente del colegio de S. Gregorio. Aceptáronse las presentaciones del P. Fr. Melchor Cano, lector del mismo colegio y compañero del P. Mtro. Fr. Bartolomé de Miranda, y la presentatina de Fr. Martin de Ledesma, catedrático que fué de prima de la universidad de Coimbra, de Fr. Francisco de Bobadilla y de Fr. Pedro Serrano. Los gastos del capítulo fueron costeados en su mayor parte por el Soberano Pontífice y el rey de Portugal D. Juan IV, personas muy apasionadas de este santo hábito. No era el Mtro. Fr. Agustin Recuperato tan notable por sus conocimientos literarios como otros muchos á quienes habia puesto la Orden en tan elevado cargo; pero era hombre docto, que habia explicado teología por espacio de muchos años, y se le tenia por hombre de gran capacidad en los negocios, y celoso de la observancia y reforma. La opinion que de él se tenia le valió siendo regente del estudio de Mántua, ser enviado á Roma para desempeñar el oficio de procurador general de la Orden, como ya hemos dicho. Trabajó mucho para restablecer la regla en todo su rigor en uno de los conventos de Génova, pero encontró grande contradiccion y resistencia, oponiéndose los principales de aquella república que tenian en aquella casa hijos ó hermanos, y para impedir sus intentos presentaron un memorial al Pontífice, con lo que tuvo que desistir por entónces de su proyecto. Sintió mucho la aspereza y ceguedad con que le habló en esta ocasion el Soberano Pontífice, siendo esta la causa principal de su enfermedad. Segun algunos autores, partió á Nápoles á tomar aires, mas no mejorando, tuvo que regresar á Roma. Otros, entre los que se cuenta el P. Echard, dicen que habia comenzado á visitar la provincia de Sicilia, proponiéndose visitar todas las demás, cuando atacado repentinamente de una peligrosa enfermedad,

tuvo que marchar á Roma, donde murió en 20 de Diciembre de 1540, habiendo gobernado la Orden un año y siete meses. Murió lleno de buenos propósitos, pero sin poderlos poner en ejecucion, habiendo convocado el capítulo general para Barcelona, con el deseo de visitar la provincia de España por ser muy afecto á nuestra nacion. Algunos bibliógrafos le suponen autor de las obras siguientes: *Postillam super Psalterium.* — *Tractatum de quarta funerum*; existiendo en Roma en el registro de las actas de su eleccion la *Epistola enciclica* que dirigió á toda su Orden. — S. B.

RECUPERO DE AREZZO (Fr.), religioso dominico, confundido por algunos con Recuperato de Petramala, religioso de la misma Orden y natural de la propia ciudad, y con quien además escribió una obra intitulada: *Summarium virtutum et miracula dicti B. Ambrosii.* De los milagros referidos en esta obra se deduce que no fué terminada hasta despues del año 1318, por cuya época debió fallecer Recupero. La primera parte, que trata de las virtudes del Beato, está escrita en forma de panegírico más bien que de historia, é indica, como dice Bolando, que fué pronunciada en el púlpito, quizá en alguno de los aniversarios próximos á su muerte, siendo su tema: *Fons parvus crevit in fluvium maximum.* Fr. Ildabrandino de Paperonis elogia mucho á Recupero, llamándole tan piadoso como ilustrado y entendido en el derecho canónico y la sagrada teología, mirando su testimonio como tanto más apreciable, cuanto más difíciles eran de referir con veracidad los milagros del Beato. — S. B.

RECUPERO (D. José). Este ilustrado canónigo y sabio mineralogista fué hermano del doctísimo anticuario Alejandro, que cambió su verdadero nombre por el de Alejo Motta, por que es conocido. Hijo de noble familia, floreció en la segunda mitad del siglo XVII, y sintiéndose inclinado á la carrera eclesiástica, la abrazó con decision, y fué nombrado canónigo de la catedral de Catana. Dedicándose con mucha aficion al estudio de la naturaleza, describió los fenómenos que presenta el Etna, cuya historia se propuso escribir, y segun sus cálculos, la primera erupcion de este volcan debió tener lugar, segun dijo Brydoni, hace catorce mil años, descubrimiento que le embrollaba mucho por la dificultad de conciliar esta fecha con la del *Génesis*, siendo falso, como pretenden algunos autores, que hubiese estado preso por haber emitido esta opinion. Esta fábula fué refutada por Dolemien, que combatió la noticia dada en la traduccion del viaje de Sevinburne; pues léjos de esto, el rey de Nápoles le concedió por ello una pension. Fué este buen canónigo de mucho talento, y tan amable, que fué el guia y consejero de cuantos viajeros recorrieron en su época la Sicilia, como Brydone, el baron Riedesel, el abate de San Nol, Honel y otros, todos los cuales se honran en citarle en sus obras. Publicó Recupero la *Carta orytográfica del*

monte Gibel, cuyo volcan en su erupcion de 1755 describió Honel en vista de una memoria escrita por aquel. Ponia Recupero la última mano á su *Historia natural del Etna*, cuando murió en Catana el año 1787, en edad bastante avanzada. El príncipe Biscari, muy conocido por su celo por las ciencias, recogió los manuscritos, que segun Weisse, se proponia publicar, pero hasta el dia, que sepamos, no ha tenido lugar una cosa que los sabios aguardan aún con impaciencia.—C.

RECUPITO (P. Julio César), de la Compañía de Jesus en la provincia de Nápoles. El celebrado, erudito y muy virtuoso P. Julio César Recupito, cuya constancia en su vocacion á la Compañía de Jesus merece el título de vocacion victoriosa, fué natural de Nápoles, hijo de Juan Pablo Recupito, celebérrimo letrado, cuya fama quedó impresa en varios discretos y eruditos volúmenes, que actualmente solicita ansiosa la curiosidad y el deseo de aprovecharse é instruirse. Su gloria póstuma le designa como maestro de maestros, y cuando vivia se le consultaba como á oráculo, considerándole como un portento de sabiduría y ciencia. Esta fué la principal y más estimable herencia que tuvo por parte de su legítima Julio César, pues si bien su padre le dejó una hacienda considerable y bastante riqueza, fruto de sus estudios y del ejercicio de la abogacía, la alhaja más estimable que heredó fué la vivacidad de ingenio, la solidez de entendimiento y la aplicacion á la virtud y letras; así ántes que en él amaneciera el uso de la razon, eran sus divertimientos actos de piedad, y sus juegos los libros; remedando como niño el continuo estudio y aplicacion de sus padres, el cual las aplaudia como gracias de su corta edad, si bien su madre, como muy avisada, temia que aquella precocidad intelectual perjudicase á su desarrollo físico y le predispusiese á enfermar; pero no valió ni sirvió esta contrariedad para que se desenvolviese el genio y aplicacion de Julio, pues adelantando su entendimiento, consiguió que á los trece años se sentase en la silla á defender un acto de filosofía, con admiracion de todos sabiendo su corta edad, y admirando igualmente sus adelantamientos y extraordinario talento. Por este tiempo faltó su padre, acabado del trabajo y del estudio, y su madre Dianora Sclano concibió celos de lo mucho que los Jesuitas querian y estimaban á su hijo, á quien tenian por discípulo, y que en el teatro del Colegio napolitano habia lucido en público, y lucia todos los dias en el aula con una excesiva ventaja á todos los demás; esta pasion se fué aumentando, porque observó en su hijo una profunda inclinacion á los Jesuitas, quienes le correspondian en el cariño, y que con el título ó pretexto de ir á visitar al P. Natal Caputo, pariente de su madre, estaba todo el dia en el colegio. Este proceder la traspasó el corazon, y cuando oia al criado que el niño volvia tarde á su casa, porque habia estado largo tiempo en la iglesia visi-

tando los altares, y desde el de la Vírgen pasaba al del santo Patriarca, y al notar que era su hijo niño y S. Ignacio padre, la producia el más amargo sentimiento. Habia pasado ya á segundas nupcias, y consultando con su nuevo esposo, unidas las voluntades con su afliccion, sus temores y sus celos, como les sobraban los medios, tomaron la resolucion de poner guarda de vista á Julio, impidiéndole con todo rigor, aunque con disimulo, la comunicacion con los Jesuitas, cuya puerta halló cerrada. En este conflicto acudió á María Santísima, en cuyo altar hablaban en secreto sus lágrimas, y gritaban sus suspiros: esta Señora le franqueó con su inmenso poder alguna que otra vez la puerta del Colegio, con el pretexto de visitar al P. Natal Caputo, su deudo, porque como la prision era de estado, con el sobrescrito de decencia, no podian los grillos estar siempre cerrados, y era forzosa alguna especie de libertad para el disimulo; en estas ocasiones explicaba su estado y vocacion al P. Caputo, si bien no una vez sola hubo de valerse del sagrado de la confesion para conseguir retiro. Pero la pasion del cariño, cuando se declara en ceguedad, no tiene límites y se desborda hasta el abismo; considerando aquella mal aconsejada madre que la raiz de donde brotaban en Julio tantas flores de ejemplos, y en ella tantos temores y sustos, era la virtud de su hijo, convertida en demonio, dispuso en su casa una comedia con el cuidado que fuese provocativa, así en el asunto como en quien la representaba, y obligó á la asistencia á su hijo, en cuyo retirado cuarto, cuando se fué á recoger, al terminar el penoso festejo que le habian obligado á presenciar, encontró á una de las farsantas que le aguardaba; sorprendido y muy tembloroso y conmovido, se retiró al punto y acudió á su madre, dando gritos y quejándose de aquella desvergonzada sierpe, que habia tenido atrevimiento de perder el respeto á su casa, huyendo la ocasion con la publicidad, y refugiándose por amparo en lo público á la misma que habia permitido ó sido ocasion de que alguno, por darla gusto, hubiese dispuesto el peligro. Su madre riñó á todos por aquel atrevimiento, sin castigar á ninguno, y el mozo quedó libre en el fuego de Babilonia; pero otro Daniel en el lago de los leones, lo eran para Julio todos los de su casa; el mucho cariño, como desordenado, degeneraba en los efectos de odio. No reparaban en perder su alma, como apartasen de su santa intencion al niño; y negando dársele á la religion, le entregaban de buena gana al demonio. De todo, con singularidad de los casos, dió cuenta Julio al P. Caputo, para que la diera á los superiores. Le pareció oportuno á este religioso el hablar á su parienta Dianora, madre de Julio; la dijo y la ponderó su honra, su pundonor, su desórden ó el de su casa, el escándalo y aún más que escándalo, la infamia, que se pudiera haber seguido si Julio como mozo se hubiera perdido, por ocasion de un festin, en su misma posa-

da; la predicó y recordó que los hijos los concede Dios prestados, y si los conserva benigno, los lleva y los quita, ó por ser ellos buenos, ó por ser malos sus padres; que si Dios le queria por hijo suyo, si no se le daban le sabria tomar; que temiese mucho, y que si no la movia Dios, la moviese su interés, porque estando ya en segundas nupcias, qué mayor dicha podria tener, que el logro de la rica herencia de Julio en los hijos del segundo matrimonio; y así que en este negociado estaban contra su porte Dios y el mundo, pues Dios le llamaba para sí, y el mundo y las conveniencias temporales le debian agradecer su resolucion. Oyó Dianora con aparente calma las razones del Padre, y valiéndose del disimulo propio del sexo, reprimió su cólera, y por respeto al religioso pariente, le respondió sosegada: «Que no habia tenido culpa, ni fué sabedora de la infamia tan indigna ocurrida en su casa; que no habia hablado palabra á su hijo, contradiciendo su voluntad, y que su cariño era muy cristiano, sin tentar oponerse á la voluntad de Dios; que el no dejarle solo estaba tan léjos de convidarle con ocasiones de pecar, que su fin era el que sabiendo que tenia testigos de vista, estos le retrajesen y áun impidiesen toda ocasion, áun la más remota; terminando su peroracion con que su marido y ella sabian dirigir y gobernar su casa sin necesidad de advertencias, y que para semejantes recados podia el Padre excusar las visitas, y quedarse en su colegio á gobernar su aposento.» Salió de la casa muy sentido y disgustado el Padre, conociendo la intencion y falsedad de las excusas de su parienta, pero mucho más sentido quedó el inocente contra quien se habia levantado aquella tormenta, de que no se dió por entendido, ni su madre tuvo otra mudanza que el de fiarse ménos de las espías, y tomar á su cargo la vigilancia, sin separar ni un instante á Julio de su lado y de su vista; el único consuelo que éste pudo lograr, fué el soborno de un criado, que era el tercero para llevar algunos papeles, y en ellos el corazon, que enviaba á la Compañía por mano de su pariente el P. Natal; su madre vivia contenta, pero cuidadosísima, sin dejar á su hijo de su lado, guarda de vista tan firme, que ni oir misa, ni estar en un sermon podia Julio si no iba en compañía de su madre; así era que únicamente el cielo podria proporcionarle ocasion de verse solo con los superiores: á este propósito sin duda, un dia de invierno abrió las nubes y dejó caer una cuarta de nieve, se levantaron de la mesa al medio dia, y quedando sus padres sobre el brasero, el mozo Julio, haciendo alarde de su edad, bajó al patio á hacer bolas de nieve, y como en accion natural, desde el patio salió al portal, en seguida á la calle y colegio, donde entró asustado por su contravencion, pero muy gozoso del resultado de su bien urdido engaño: estuvo con su pariente el P. Natal, y éste le condujo al P. Witheleski, que era rector, y al P. Belarmino, que era provincial; les habló despacio, ma-

nifestó su prision y sus lágrimas, y consolado de los Padres volvió á su casa, donde en la puerta se entretuvo con la nieve, y dispuso Dios que cuando su madre volvió sobre sí y le echó de ménos, acudiendo á la ventana, le vió divertido con una pala apartando la nieve á las orillas, y Dios la serenó y tranquilizó, persuadiéndose de que no se habia apartado de aquel sitio. Los PP. Witheleski y Belarmino escribieron al Padre general, y de órden y consentimiento suyo determinaron recibirle, logrando alguna ocasion en que pudiese hacer casual la ausencia de su casa. A este objeto fué el Padre Natal, y verbalmente y con sutiles indicaciones se lo hizo comprender; de modo que á muy pocos dias en un miércoles de Ceniza, llevándole su madre á oir un sermon de un célebre predicador, en una iglesia inmediata al convento, le obligó á sentarse delante y á su vista; todo estaba bien dispuesto, y Julio asegurado, si el mucho concurso no atropellára las mejores disposiciones; la gente iba llegando, y el concurso se aumentaba, llegando á interponerse muchas personas entre el hijo y la madre, y no tan solo perdió ésta de vista á su hijo, sino que se vió cercada y como presa por la multitud, que no la permitia salir á buscar á Julio, el que valiéndose de aquella ocasion, cedió con gusto su lugar, y se fué retirando hasta que le pareció que ya sin miedo de ser conocido y hallado por su madre podia salir; tomó el camino del colegio, hablando á su salvo con su pariente el P. Natal, como tambien con el Rector y el Provincial, y entre los cuatro, segun las noticias que dió Julio, quedó acordado el expediente, y el último se volvió á su sermon, y al tiempo de acabarse se presentó á su madre, mostrándose sentido de aquella involuntaria separacion, quedando Dianora serena y tranquila. Refirióse en casa el suceso de aquella separacion motivada por el mucho concurso, y todos preguntaban á Julio si hallándose solo habia quedado acomodado; á lo que él contestaba, que se habia prevenido, y que hacia muchos dias no habia estado más á su gusto. Con estas frases depuso toda sospecha, y el dia y hora señalada salió de su casa como al descuido, y á la vuelta de la esquina encontró preparado un carruaje, que á la carrera le puso en pocos momentos en el noviciado: allí le aguardaba el P. Belarmino, provincial, que le recibió, no se sabe el dia, pero sí el año, que fué el de 1595, teniendo Julio Cesar catorce de edad. A poco rato de hallarse gustoso y pacífico en su noviciado, tuvo noticia cómo su madre, alarmada con su falta, habia despachado varios criados á todos sus conocimientos, y que no hallándole, rabiosa, fuera de sí y con la mayor furia contra los Jesuitas, gritaba que se le habian arrebatado, y un criado fiel, que investigó la verdad, preguntaba á los Padres qué respuesta les parecia que diese á la señora; reparóse un tanto Julio, y para que Dianora no atribuyese á misterio la oculta accion, y creyese cierta su firme voluntad, le dijo al criado manifestase á su madre que

ya era novicio de la Compañia, y que como tal no podia salir de la casa, y que si queria verle pasase al noviciado, suplicándola humildemente que desistiese de aquella oposicion, porque aunque era religioso contra su voluntad, no habia de dejar de serlo atendiendo á su gusto; que si venia, viniese templada y serena, olvidando cariños ciegos y extremados, y que tuviese presente y se acordase de quién era, y de lo que él era tambien en la actualidad. Dianora se dirigió en seguida al noviciado, donde desahogó su pasion con los Padres, y presentándose al novicio, de fiera leona se mudó en tranquila paloma, creyendo que su cariño podria vencerle; se manifestó muy enternecida y llorosa, pero Julio se mantuvo inalterable, no haciéndole gran mella los gemidos, los suspiros, los lloros, las quejas amorosísimas de su madre, contentándose con decirla: que no se hallaba en aquel estado para dar crédito ni oido á sus razones, y que por lo tanto se limitaba á manifestarla, que la eleccion de estado era libre, y que habia hecho uso de aquella libertad para elegir, y que con la ayuda de Dios perseveraria en sus propósitos. Aún no se dió por vencida Dianora, y así repitió las visitas, las lágrimas, las instancias, y áun las amenazas, hasta que se desengañó de que era inexpugnable la plaza, teniendo que darse por vencida. Consultado el caso con sus deudos y amigos, escribió á Roma, enviando poder cumplido para ganar despacho ordenando se pusiese á Julio en libertad; vino de Roma despachada la súplica, no se sabe si enteramente á gusto de la imperante; pero el resultado fué que la enviaron breve para que Mons. Jacome Aldobrandini, nuncio apostólico en Nápoles, pusiese en libertad al novicio, y obrase segun justicia y prudencia. Su Ilustrísima adoptó, para cumplir con su conciencia y con los empeños, el término medio de tener en su palacio al novicio; le habló, le examinó, y le experimentó tan firme, tan constante y tan desengañado, que por dar satisfaccion á Dianora y al público, permitió que con toda reserva le hablase repetidas veces, á su parecer á solas, sin que jamás el cariño materno pudiese conseguir una lágrima en recompensa de los arroyos que salian de sus ojos, ni la menor demostracion de ceder en respuesta de las amenazas con que le pretendian intimidar. Miéntras duraba esta controversia, el honor de los Jesuitas era mancillado en la ciudad con voces bien destempladas; unos, por caballeros, daban, sin oir el proceso, toda la justicia á la parte de la madre, solo por ser mujer; otros la negaban á los Jesuitas por ser niño el novicio, y muchos por desafectos, eran contrarios á la Compañia, que andaba en las bocas de todos y en la de pocos era defendida. El Nuncio todo lo veia y sabia, pero prudente y detenido, dió tiempo á la persecucion y al novicio, á quien examinó varias veces por sí y por medio de algunos varones espirituales, y en secreto encomendó á Pedro Albici, caballero florentino, camarada suyo, á quien por mucha

confianza tenia en su casa, sin más empleo que el de su amistad ni otro encargo que atender, acechar y escuchar las operaciones del novicio; aquel quedó admirado de ver á un niño tan juicioso, tan atento, tan devoto, que todo el dia ó estaba rezando el oficio de la Vírgen, ó en oracion mental, leyendo libros espirituales, y que por la noche preparaba el sueño con una disciplina y por la mañana le dispertaba otra; esta santa vida le impresionó tanto y le movió de suerte, que á pocos dias le siguió y fué su connovicio. Hechas ya todas las pruebas, le restituyó al noviciado en triunfo y como ejemplo de constancia, restituyendo á un tiempo con este acto, al novicio á su centro, y la honra de los Jesuitas á su punto y debida estimacion, declarando en el auto que el novicio no padecia fuerza ni violencia, y que se le debia dejar vivir segun su vocacion, ciertamente inspirada por Dios, conforme resultaba de todos los exámenes y diligencias hechas en toda su libertad. Julio quedó tan contento con tan feliz resultado, como furiosa su madre, viendo que ni el cariño con halagos, ni el rigor con las amenazas, ni los tribunales con diligencias, podian ganar su mal pleito, sufrió rabiosa su vencimiento, pero con tan mal humor que se formó postema y reventó con estrépito. A los seis meses de vuelto Julio al noviciado, recibió el rector un recado muy atento y cortés, anunciándole que el abuelo del novicio estaba desahuciado de los médicos y con todos los sacramentos, y que suplicaba le permitiesen echar la bendicion á su nieto, para morir con este consuelo. El rector oyendo tan justa y piadosa demanda, no dudó de su verdad, además no habia lugar á dilaciones, y que corria prisa el consuelo, por no dar tregua el mal y el gran peligro en que se encontraba; llamó á un sacerdote para que llevase en su compañía al novicio, y á éste le previno las lágrimas con la memoria de celestiales desengaños, y los envió sin rezelo alguno de la traicion preparada: al llegar á casa del abuelo, salió éste á dar un abrazo al novicio; pero pasmado el sacerdote, le preguntó si no estaba enfermo en la cama; le contestó que no, que ya estaba mucho mejor, que á los viejos cualquier accidente les asustaba, pero que en pasando, dejaba en su ser la naturaleza; que se sentasen un rato, ya que lograba la fortuna de ver á su querido nieto. Apénas lo verificaron, cuando salió una criada de robustas fuerzas con un puñal en la mano, que puso al pecho del sacerdote, asegurándole que si se movia le pasaria el corazon; al mismo tiempo le cercaron los criados, para que no se moviese; y volviendo la cabeza vió á dos forcejudos esclavos, que cogiendo en volandas al novicio, le sacaron de la sala, y siguiéndole su madre, dijo serena al sacerdote: que quedase con Dios, que lo que no se conseguia de bien á bien, se lograba por aquel otro modo; los criados y criada que aseguraban al Padre, se mantuvieron en el puesto todo el largo tiempo que fué menester, para que entrasen en el coche el

novicio y su madre, y el coche con las guardias que habia prevenidas ganasen terreno; cuando les pareció que ya estaba en seguridad el objeto de aquel rapto, mitigaron el mal tratamiento del Padre, levantando el puñal, y apartando las guardias de vista, dejaron al sacerdote en poder de la cortesía con que le entretuvo el fingido moribundo, hablándole de cosas impertinentes, con el único fin de detenerle hasta la noche, como lo consiguieron, y entónces le dieron licencia para volver al colegio á dar cuenta, pidiéndole mil perdones por la mala obra, pero precisa, para el logro de su depravado fin. El Rector quedó pasmado y muy sorprendido, cuando vió el mal uso que se habia hecho de su galante sinceridad, sin encontrar otra excusa, que la de no ser imaginable tal caso ni proceder; y acudiendo al remedio, viendo reiterado el peligroso lance de Sto. Tomás de Aquino, se acudió al brazo secular del señor virey conde de Miranda, que al punto despachó soldados, y una partida le encontró, como á Tomás, en un castillo de la campaña de Aversa; los soldados eran pocos, y Dianora no vivia indefensa, porque tambien con sus muchos medios habia asalariado gente de guerra. Se dió parte al virey, que envió bastante gente para cercar la torre, con órden de que la rindiesen por hambre. La misma defensa de Dianora fué causa de abreviarse la expedicion, porque como en el castillo, aunque no habia gente bastante para resistir á las del Rey, era demasiada para gastar los víveres, fué motivo suficiente para que á poco tiempo se pidiese capitulacion entregando al novicio. Se ignora lo que Julio sufriria en aquella reclusion forzada, porque siempre guardó el respeto á su madre de observar silencio; la Compañía cedió á mayor demostracion, pero el virey, muy incomodado, mandó órden que de todos modos viniese presa Dianora, y en atencion á su decencia, se la pusiesen y conservasen guardias de vista, hasta que formada su causa, se sentenciase; así se ejecutó, rindiéndose á la necesidad y al hambre; pero los superiores de la Compañía, postrados á los pies del virey, suplicaron el perdon, valiéndose del P. José de Villegas, confesor de S. E., á fin de aplacarle, como se consiguió despues de haberse dejado rogar mucho de los Jesuitas, para que Dianora conociese que á los Padres debia su libertad, pagando con ella la que habia procurado quitar á su hijo, el cual despues partió con su madre una parte de su legítima, que era tan cuantiosa, que áun así dividida, quedó lo suficiente para el colegio de la Compañía de Nápoles, de suerte que al tiempo de morir le hizo en agradecimiento los sufragios que corresponden á los fundadores de los colegios. Así atendió á sus dos madres, á la una por natural y esquiva, y á la otra por cariñosa y de gracia. Con Dianora tuvo el tierno afecto de socorrerla en la mayor necesidad, pidiendo al V. P. Julio Mancineli, que vivia en el colegio de Nápoles con general fama de santidad y don de milagros, la fuese á ver, en una oca-

sion que se le agravó una grave enfermedad de que padecia hacia bastante tiempo, sin esperanza de vida á juicio de los médicos; fué el V. Padre, pidió á Dios la salud de la enferma, y consiguió de Su Majestad la gracia, dejándola libre del padecimiento al tiempo de decirla un Evangelio; ya sana, prosiguió la verdadera cura el mismo P. Julio por sí, dándola consejos y santas exhortaciones, con cuyos auxilios cambió completamente de género de vida, entablando una tan santa, que fué ejemplo á todo Nápoles, y acabó sus dias muy sentida y llorada de los pobres, produciendo gozo en los virtuosos y sentimiento en toda la ciudad. Volviendo á Julio, éste siguió su noviciado con el ejemplo y edificacion que correspondia á vocacion tan combatida; la firmeza en su eleccion se coronó con la observancia en las leyes de la religion; cimentó la grande obra de su religiosa vida con la humildad, el olvido de lo que habia sido y el empeño en trabajar, como si la comida que la religion le daba para su sustento, debiese ganarla con el sudor y la fatiga. Era su legítima tan poderosa, como ya se ha dicho; no obstante esta donacion y riqueza (abandonada para emplearla mejor), nunca salió proposicion de su boca que pudiese indicar lo que habia dejado, ó lo que habia dado; lo dejó todo con olvido, y lo dió con garbo y generosidad; no le mereció su legítima una memoria, porque no la miró como digna de su cuidado; no se quiso acordar de lo que habia dado, porque dió con la posesion ajena el desapropio en la traslacion del dominio; en el noviciado mudó en su voluntad su afecto, y como ya no se consideraba unido al mundo ni á sus conveniencias, aplicó todo su cariño á la religion, y aunque en un novicio no es extraño este teson, en Julio fué singular su perseverancia, se arraigó tanto en este cuidado, que cuando llegó á la edad viril y á la ancianidad, ocupado el tiempo y su solicitud en continuados y nunca abandonados estudios, y en el gobierno en los distintos cargos que desempeñó, nunca mitigó este afecto, siendo comun voz entre todos, que todo el dia el P. Recupito ó estaba estudiando ó en oracion. En las letras humanas, filosofía y teología salió tan aventajado como lo demuestran sus obras, todas discretas, eruditas y admirables, por la variedad de los asuntos, pues era sujeto muy general y entendido en todas facultades, debiendo recordar que entre diez tomos que imprimió y se dieron á luz, y catorce que dejó dispuestos á la publicacion, lo que más ha venerado la república de los sabios son dos tratados espirituales muy eruditos, el uno *De signis prædestinationis*, y el otro, italiano, *Industrias para morir bien*; prueba clarísima de que el principal objeto de su estudio y lo más florido de su librería era el rincon en que se recogia á lo secreto de su oracion; pero ántes que se trate de sus escritos, dió la mayor prueba de su lucimiento en su general aprobacion, pues apénas terminó sus estudios, cuando pasando de discípulo á maestro, le dieron

el grado y cátedra de maestro de filosofía, dirigiendo por espacio de seis años el curso filosófico, que con título de *Suma de la Filosofía*, dejó para entregarlo á la imprenta. Acabados estos cursos, subió á la cátedra de ética de Aristóteles, en cuya ocupacion, como más descansada y de ménos horas pudo manifestar su talento en el púlpito, en que fué muy original y permanente, como lo dió á entender en varios sermones de grande empeño, que á ruego de sus admiradores se dieron al público; y en este ejercicio ó ministerio explicó su devocion con María Santísima, á quien toda su vida amó como á madre y quiso con la ternura de hijo. En obsequio de Su Majestad coleccionó un tomo de doce discretos y devotos sermones, ofreciendo á su culto y á su devocion el talento que le adornaba; fué esta idea hija verdaderamente de su cariño devoto, porque como llegó á sus oidos el aplauso de sus sermones, que vió impresos, juzgó debido tributar esta aclamacion á María, y le pareció el mejor medio para hacer más extensiva la devocion, seguir el deseo de los que habian gustado de sus sermones, consiguiendo multiplicados frutos de su talento en obsequio del Señor, que benignamente se le habia concedido para su logro. A los dos años de ética pasó á la cátedra de teología; diez años ilustró su magisterio el colegio de Nápoles, y los once siguientes fué prefecto de estudios; en todos ellos, ni descaeció un punto el cuidadoso empeño de su frecuente oracion, ni omitió el comun ejemplo con que enseñaba virtud á los mismos á quien declaraba la teología. Era singular en el P. Recupito el candor de su alma, y la ingenuidad de su entendimiento se dejaba convencer de la razon en su estudio, y no tuvo otro norte que seguir la verdad, aunque al mismo tiempo, ni su candor, ni su ingenuidad enflaquecian el teson con que firmemente defendia lo que su discurso hallaba más verdadero. En este tiempo preparó para la prensa una Suma de toda la teología en doce tomos, aunque no tuvo tiempo para dar á la luz pública más que los dos primeros, *De Deo* uno, y el otro como *Prodromo* ó principio de la Suma. Este trabajo era su favorita ocupacion, y embebido en ella, no debe admirarse corriese su pluma en el asunto á que estaba dedicado por la obediencia, siendo aún más de admirar el que al mismo tiempo fueran flores de su ingenio ó desperdicios de su erudicion, hasta tres tomos de sermones; varios tratados amenos de erudicion; dos sobre los incendios del Vesubio, tan bien recibidos entre los sabios, que ambos para satisfacer á los deseosos volvieron á cansar las prensas; además otros cinco de vivísimos epígramas en obsequio á Cristo, á María y á los santos. Estas flores eran cultivo de su ingenio en aquellos cortos ratos en que como de justicia pedia algun desahogo el afan y alguna quietud el cansancio; pero quien tenia todo su gusto en el trabajo, engañaba á la naturaleza con la diversion, y mudaba asunto para distraer la penalidad; siendo digno de no-

tarse que estas mismas flores de distraccion eran fragantes en la virtud; los tratados del Vesubio llevaban el título de *Nuncios*, aplicando la filosofía de sus causas y efectos á avisos que Dios daba, concurriendo con las segundas causas al efecto, que en ellas era natural, y en lo humano aviso de la divina justicia; los epigramas apuraban el ingenio en conceptos, la dulzura en voces, y la devocion en ternura, ostentando cuán falsa es aquella opinion del vulgo, que cree que las musas son de suyo tan profanas, que se violentan aplicadas á lo divino, como si la facultad de ceñir á medida las palabras y aprisionar las cláusulas al metro estuviera reñida con lo santo, ó como si fuera posible que los objetos profanos tuvieran su arte particular, en cuyo caso creen no podia servir á su Criador en sus alabanzas; naciendo este falso engaño de la realidad del vicio, que como disgusta del asunto, que es virtud, le empalaga la poesía, que no es viciosa, y atribuye al metro la desazon de su paladar. Para evitar este daño, ó para manifestar esta verdad, quiso introducir el P. Recupito, entre sus obras tan graves y en edad ya sesuda, estos juguetes, que sirviendo de diversion á los lectores, sirviesen de incendio y cebo á la devocion, inclinando á ejercicios piadosos y caritativos. En los referidos empleos gastó los veintiun años de maestro de teología y prefecto de estudios, y á este tiempo le señalaron rector del mismo colegio, en cuyo oficio fué nombrado vocal á la octava congregacion general, que nombró y eligió al P. Vincencio Carraffa por prepósito general de la Compañía. En estos cargos manifestó su prudencia y su don en la direccion; fué su gobierno pacífico y firme en la observancia; juntaba docilidad en los dictámenes con fortaleza en las ejecuciones; todos lo seguian, porque siempre iba delante con el ejemplo; sus órdenes eran acciones, mandaba lo que debian hacer todos, porque hacia primero lo que debia mandar; era benigno, compasivo, afable y muy frecuente en su oracion; en ella consultaba con Dios lo que habia de ejecutar con los hombres. En este puesto estudió en sí mismo, y releyó una de sus mejores obras, en que parece que se excedió; este libro es el de *Signis prædestinationis et numero prædestinatorum*. Este tratado corre entre eruditos por una de las piezas digna de la mayor estimacion, y que hace falta en todas las librerías donde no se halla. En este asunto se unieron para el acierto en Recupito la virtud, el celo y la erudicion; de estas fuentes salió aquel rio de desengaños y de doctrina, como que fué el logro de todas sus prendas; fué lucidísimo parto que agrada y áun admira á cuantos le ven, leyéndole el Padre para más pulimento, pues su despacho daba todas las señas de volverle á entregar segunda vez á la prensa; leyó aquel caso que se cita á sí mismo, como testigo de vista en propio hecho, espantoso para la enseñanza de los religiosos, y de consuelo para quien le enseñó. Refiere, que estando cierto jesuita en los últi-

mos trances de la vida, cuando la caridad y amistad de los sanos asiste á la cabecera á auxiliarle con el esfuerzo, dictando actos de fe, esperanza y amor, se acercó el mismo P. Recupito á la cama, y reconociendo despejados los sentidos y potencias del moribundo, se enfervorizó en dictarle motivos y enseñarle en sí mismo repetidos actos de contricion de sus pecados; el enfermo le oyó un rato gustoso, y notando en lo encendido del rostro que el P. Recupito se enfervorizaba, le interrumpió diciendo: «No se canse V. R., P. Recupito, si esto no estuviera hecho con mucho tiempo ó muchas veces, ¡oh qué mala ocasion es esta para lo que tanto importa! Hay, Padre, dolores en todo el cuerpo, debilidad en la cabeza, congojas en el corazon, afliccion precisa, áun en la conformidad, que mal permiten el voluntario dolor y el libre arrepentimiento. ¡Ay, si no estuviera ya pasado en la cuenta, qué escrúpulo tuviera de dejar el mundo solo cuando él me deja! ¡Y cuán grave temor tuviera de la libertad del dolor, al tiempo que no es necesarioel propósito, por no dar el tiempo lugar ya para el pecado!» Este caso, que consoló tanto como desengañó al P. Recupito, le escribió en este tratado; y éste leido, le movió á la aplicacion de otro que intituló: *Industrias para bien morir*. Como este asunto fué efecto del desengaño, y en edad tan avanzada ejercitaba en sí lo que escribia; este tratado, hijo de su oracion y de su ejercicio, salió tan cumplido en todo, como de gran provecho de las almas, segun ha manifestado la experiencia, y no debe creerse casualidad, sino providencia, que el dia despues de aquel en que acabó la impresion, fué el que cayó en la cama con su última y breve enfermedad, en que ejercitando él primero lo que habia enseñado á otros, acabó felicísimamente su vida á los sesenta y seis años de su edad, llevando cincuenta y dos en la Compañía, el dia 8 de Agosto del año 1647, dejando al colegio rico en su herencia, utilizado en sus libros y ennoblecido con el ejemplo de sus virtudes. Escribieron sus memorias la *Historia de la provincia de Nápoles*, y el P. Patrignani en su *Menologio*. — A. L.

RECURDUS SERDERUS (Fr. Franco), dominico belga, que se supone usó de este nombre para cubrir con el velo del anónimo una obra que escribió con el título siguiente: *Jerobaal, sive Certiora quædam septem circa doctrinam angelici doctoris S. Thomæ Aquinatis adversus certum quid R. P. Petri de Alva et Astorga, ord. Min. excudit Francus Recurdi Serderus*, 1665. El Padre Quetif vió este manuscrito en el convento de Amberes. — S. B.

REDA (Fr. Santiago), religioso dominico, natural de Drepani en Sicilia. Fué maestro de sagrada teología en su Orden y vicario del Sto. Oficio de la Inquisicion en la isla de Sicilia hácia el año 1478. Distinguióse mucho por sus obras y escritos, habiendo merecido grandes elogios á Roque Peiro y Gerónimo de Ragusa en su *Biblioteca Sicula*. Antonio Mongitore, por el

contrario, sostiene no ser dignas de leer ninguna de las noticias dadas por los dos autores referidos, por lo que en su *Biblioteca* elimina á Reda del número de los escritores sicilianos. Echard atribuye á este dominico las obras siguientes, que no han llegado á ver la luz pública: 1.ª *Volúmina duo contra hæreticos.* —2.ª *Volúmina unum in Job.* —S. B.

REDADE (Fr. Juan Rufo, llamado vulgarmente), dominico inglés, natural de Cornualles, varon ilustre por su piedad, ingenio y doctrina; dedicóse á estudios históricos, siendo muy versado en los de antigüedades, por lo que mereció los elogios de Baleo y Pitseo, citándole además Simler, Possevino, Luis Jacob, Altamura y Oldorico. Escribió segun Echard: 1.º *Chronicon Pontificum et Imperatorum Romanorum.* Obra, añade, escrita con grande laboriosidad y que demuestra los vastos conocimientos del autor. Conservábase manuscrita en el convento de Carmelitas de Norvich. —2.º *Cornubiensis patriæ suæ annales*, id. —S. B.

REDALDO (Juan). Veneciano, provincial de S. Antonio, alumno de la regular observancia: escribió un *Calendario para cien años*, para uso de toda la familia minorita con arreglo al rito del Breviario Romano, el cual dió á luz el año 1583, en la imprenta de un tal Zurita, era en 8.º — M. N. y S.

REDEMPTA (Santa). Aunque sean muy concisas las noticias históricas que se conservan de esta Sta. y de Sta. Herunda, llevan de ventaja el aprecio que de su proceder inculpable se ha hecho siempre. S. Gregorio Magno, doctor de la Iglesia y sumo pontífice, no solo coronizó, aunque con brevedad, sus actos en los diálogos, sino que en las homilías ó sermones hechos al pueblo romano, las pone por ejemplo y admiracion á los oyentes; calificacion bastante, y testigo irrecusable, no solo para el crédito, sino para el juicio que de sus heróicas virtudes está hecho. Vivió Sta. Rómula en compañía de Sta. Redempta, que era maestra de toda virtud, y la enseñaba con gracia particular á dos discípulas que tenia en su casa, y eran al modo ó estilo de las que despues se han llamado beatas en la órden de Sto. Domingo, que hacian sus tres votos solemnes, y daban la obediencia á un superior. A estas llamaban en aquel tiempo monjas y *Deo devotas*, de donde ha quedado el nombre de beatas. Vivian juntas, pues, Sta. Redempta, que era la maestra y superiora, y Sta. Rómula con otra compañera, cuyo nombre pasa en silencio S. Gregorio, aunque dice la conocia de vista. Eran estas dos discípulas criaturas de cándido proceder, mas Sta. Rómula hacia conocidas ventajas, y pasaban sin envidia, prueba del amor en compañía de mujeres. Tenia mucho cuidado con su lengua, que parece solo la usaba para los divinos loores; su paciencia era extremada, pues viviendo siempre clavada en su lecho con enfermedad habitual, pues estaba parálitica, nunca

se enfadaba, ni era molesta á su maestra y condiscípula; obedecia sin dificultad, rindiendo su parecer al ajeno, y como no podia distraerse en ninguna otra cosa, siempre estaba su pensamiento en Dios, cuyo amor fervoroso la suavizaba cuantos dolores padecia. Estaba, pues, esta Santa privada del uso de todos sus miembros, con una paciencia que daba admiracion á su compañía; y la falta del uso de sus miembros, la aumentaba sobre manera las virtudes, porque cuanto ménos podia divertirse en cosas de la tierra, tanto más se empleaba en la contemplacion de las del cielo. Una noche á deshora comenzó á llamar á su maestra y la condiscípula, con apresuradas voces diciendo: Venid, madre mia. Fueron á su celdilla, y se pusieron junto á la cama á hora de media noche, y luego comenzó el aposento á iluminarse con celestiales esplendores, tan excesivos á la luz ordinaria del sol más claro, que la santa compañía estaba temerosa de aquel suceso; y como ellas contaban, no eran dueñas de sus acciones, pues parecia se les habia coagulado la sangre y cortado brazos y pies, acompañando al cuerpo el pavor en que el espíritu se encontraba; porque sin ver los ojos, sentian ellas entrar acompañamiento en la celda, y se oia el ruido de los que iban entrando, y el que la puerta hacia, no pudiendo recibir la multitud que venia á esta visita; de suerte, que sentian los que habian entrado, y no les dejaba ver el excesivo esplendor, porque cada uno era un sol celestial, cuya claridad ocupaba su vista, y ocasionaba pavores, como á criaturas que vivian en este destierro. A estas luces celestiales siguió una suavísima fragancia de olores muy gratos desconocidos en este miserable destierro, por ser del que gozan y disfrutan los celestiales cortesanos en aquella deseada patria; y si bien la luz las habia dejado medrosas y sorprendidas, aquel aroma divino las regaló y confortó, para que no fallecisen en apariencia tan no usada. Mas como Sta. Redempta y la compañera no pudiesen sufrir tanta claridad, estaban trémulas y pavorosas, creyendo acaso que era el último punto de la vida para Sta. Rómula. Conociéndolo ésta así, comenzó á consolar á su cara maestra, diciéndola: Madre y señora mia, no temais, que todavía no es esta la hora de mi tránsito; y repitiendo esto mismo fué faltando la luz, aunque la fragancia permaneció para memoria de la ilustrísima compañía, que habia honrado á su discípula Sta. Rómula, durando por espacio de tres dias; al cuarto en la quietud de la noche, pidió la Santa el viático, que recibió con indecible devocion. Estaban junto al lecho llorosas y muy afligidas por su pérdida su maestra Sta. Redempta y su condiscípula, cuando oyeron á la puerta dulcísimos acentos de hombres y mujeres, que en concertadas voces acompañadas de una música dulcísima y suave, cantaban divinos oficios, que hacian sumo efecto por las voces de muchos hombres, á que respondia el

coro de mujeres, juzgándose que para honrar á la santa virgen venian numerosos coros de confesores, martires y vírgenes, glorificando tan patentemente y satisfaciendo aún más el Señor á aquella esposa predilecta. En el curso de estas nobles y nunca vistas exequias dió el alma Sta. Rómula á su Criador á 23 de Julio; y como la iban llevando para la gloria, cuanto más se alejaba con aquellos gloriosos cortesanos, tanto ménos se oian sus dulcísimas voces y motetes, desvaneciéndose de igual modo el fragante olor, al paso que se iban acercando á los cielos. Este fué el fin de esta bienaventurada Santa, de quien hace mencion el Martirologio Romano en este dia, y el P. Gabriel Bucelino dice en el Menologio benedictino, que los cuerpos de Sta. Redempta y de Sta. Rómula se hallan en la iglesia de Santa Maria la Mayor de Roma, y pone con ella á Sta. Erunda, de la cual habla igualmente el Martirologio Romano, y parece supone ser la compañera cuyo nombre no pone el Gran S. Gregorio. Florecieron por los años de 600.—A. L.

REDEMPTO, obispo de Ferenta, de quien se habla en el libro tercero de los *Diálogos del papa San Gregorio*, cuyo resúmen vamos á dar, por parecernos en extremo interesante para nuestra obra. En la época en que los vándalos llevaban muchos cautivos de la ciudad de Nola, no pudiendo San Paulino socorrer á una pobre viuda, que le pedia limosna para rescatar á su hijo, se hizo esclavo por él, con consentimiento del yerno del rey de los vándalos. Si este rasgo de caridad es de San Paulino el Grande, como en la apariencia lo asegura San Gregorio, se ha deslizado visiblemente una falta en el texto de esta historia, donde se pone á los vándalos en lugar de los godos, que hicieron en efecto incursiones en Itália y tomaron la ciudad de Nola en 410. Los vándalos asolaron tambien la Italia, pero no se verificó hasta cuatrocientos treinta y un años de la muerte de San Paulino. San Agustin, que habla con frecuencia de él, no dice nada de este cautiverio voluntario, ni su panegirista Uranio. Se le puede por lo tanto atribuir á su sucesor, que se llamaba tambien Paulino, y en cuyo tiempo es muy posible que saqueasen los vándalos á Nola ó sus alrededores. El papa Juan I, enviado como embajador en Constantinopla por Teodorico, rey de Italia, volvió la vista á un ciego á la entrada de esta ciudad, poniéndole la mano sobre los ojos en presencia de todo el pueblo que habia salido á su encuentro. Agapito, á quien Teodato, rey de los godos, obligó tambien á ir á Constantinopla, se le presentó á su llegada á Grecia un hombre que no podia hablar ni levantarse del suelo. Preguntó á sus parientes que se le habian traido, si creian que pudiese curarle. Respondieron que tenian completa confianza en el poder de Dios y en la autoridad de San Pedro. El Papa entónces se puso en oracion y comenzó la misa, terminada la cual, saliendo del altar, tomó al cojo de la mano, le levantó del suelo, le hizo caminar á vista de

todo el pueblo, y habiendo puesto en su boca el cuerpo de nuestro Señor, quedó expedita su lengua. Viéndose obligado Darío, obispo de Milan, á ir á Constantinopla por causa de la fe, pasó á Corinto. Como tenia una numerosa comitiva, pidió que se le preparase una casa bastante grande que veia desde léjos; pero los habitantes procuraron desvanecer esta idea, diciéndole que hacia muchos años que estaba el diablo en posesion de ella. El Obispo contestó que por esta misma razon queria alojarse en ella. En medio de la noche le despertó un confuso ruido de voces de toda clase de animales. Reconociendo entónces que era el antiguo enemigo, levantó su voz, diciéndole: ¿Eres tú, desgraciado, quien ha dicho: *Me levantaré por encima de las nubes más elevadas, y seré semejante al Altísimo?* Tu orgullo te ha hecho semejante á los puercos y á los ratones, y despues de haber querido ser semejante á Dios, eres semejante á las bestias. A esta voz se retiró el demonio confuso, y desde entónces fué la casa habitable. Queriendo asegurarse el rey Totila de si Sabino, obispo de Canusa, tenia espíritu de profecía, segun se aseguraba, le invitó á comer á este efecto, rehusó sentarse delante de él, y le puso á su derecha. Como el criado destinado á servirle le presentaba una copa en que habia vino; el Rey adelantó suavemente la mano, y tomando la copa se la presentó por sí mismo á Canusa, creyendo que no se apercibiria. El siervo de Dios recibió la copa, y aunque no vió al que se la habia presentado, dijo: *Viva la misma mano.* Viéndose el Rey descubierto se avergonzó, alegrándose al mismo tiempo de haber encontrado en el santo Obispo lo que buscaba. Entrando el mismo príncipe en Narni, Casio, que era su obispo, salió á su encuentro. Viendo Totila su color en extremo encarnado, y no sabiendo que era natural, creyó que provenia del vino. Desengañóle Dios bien pronto, pues habiendo sido poseido del demonio uno de sus escuderos, en medio del campo, á la vista de todo el ejército, se buscó en seguida al Obispo, quien con sus oraciones y la señal de la cruz lanzó en el acto al demonio. Frigidiano, obispo de Luca, cambió con sus oraciones el lecho del rio de Serchio, lo que los habitantes no habian podido conseguir á pesar de sus largos y penosos trabajos. Sabino, obispo de Plasencia, mandó á las aguas del Pó, que desolaban el campo, volver á su lecho, á lo que obedecieron al momento. Encargó esta órden á uno de sus diáconos, que se rió de ella. El santo Obispo mandó llamar entónces á un notario, á quien dictó la órden en los siguientes términos: *Sabino, siervo de nuestro Señor Jesucristo, advertencia al Pó. Yo te mando, en nombre de Jesucristo Señor nuestro, no salgas más de tu lecho en estos lugares, y no dañes á las tierras de la Iglesia*; y luego añadió dirigiéndose al notario: *Id, escribid esta órden y echadla en el rio.* El notario obedeció y las aguas se retiraron al instante. San Cerbonio de Populonium habia dado hospitalidad á algunos soldados; en la épo-

ca en que se hallaban en su casa, hicieron una irrupcion los godos. Cerbonio temiendo por la vida de sus huéspedes, los ocultó. Habiéndolo sabido el rey Totila, mandó prender al Obispo y le expuso á un oso furioso en presencia de su ejército; pero olvidando este animal su ferocidad, fué á lamer los pies de Cerbonio, lo que causó en todos los circunstantes, y áun en el mismo Rey, grande admiracion. Habia cerca de Espoleto un siervo de Dios llamado Isaac, á quien Dios habia favorecido hasta con el don de los milagros. Un dia se presentaron á él algunos peregrinos medio desnudos, para pedirle alguna ropa con que cubrirse mejor. El Santo les dejó contar sus necesidades, y llamando despues á uno de sus discípulos, le dijo en secreto fuese al bosque próximo y trajese unos hábitos que hallaria en el hueco de un árbol. El discípulo obedeció, trajo los hábitos y se los dió á Isaac. Entónces llamó á aquellos extranjeros y les dijo: «Tomad, aquí teneis con que vestiros.» Comprendieron entónces que aquellos eran los hábitos que habian ocultado ellos mismos, y se marcharon confusos. Habiéndose retirado el monje Martin al hueco de una roca, obtuvo de Dios que corriese á su lado una fuente que no daria agua más que cuando fuese necesario. El demonio para alejarle de allí introdujo en la caverna una serpiente, que se colocaba delante de él miéntras el Santo oraba y se extendia á su lado cuando se echaba para descansar. Martin tuvo esta compañía durante tres años. Algunas veces ponia su mano ó su pie en la boca de la serpiente, diciéndola: «Si has recibido poder para dañarme, no lo impediré.» Vencido el demonio por la constancia del Santo, desistió, retirándose la serpiente á la montaña. Cerca de cuatro millas de Roma habia un monje jóven que vivia solo en una celda. Habiéndole sorprendido los godos mandados por su rey Totila, resolvieron quemarle en su celda; pero el fuego no pudo consumirla. Sintiendo no haberlo conseguido, arrojaron á Benito en un horno que se habia encendido para cocer pan, y cerraron la entrada. Benito permaneció allí hasta el dia siguiente, sin que él ni sus hábitos sufriesen daño alguno. Habiéndose negado cuarenta labradores á comer la carne ofrecida á los ídolos, los mataron los lombardos y dieron muerte á los demás que no quisieron adorar con ellos la cabeza de una cabra que habian sacrificado al demonio. Habiéndose apoderado por fuerza uno de sus obispos, que era arriano, de una iglesia de la ciudad de Espoleto, quedó ciego en el momento que entró, de manera que hubo que conducirle á su casa. Este milagro obligó á los lombardos á respetar los lugares que pertenecian á los católicos. En la persecucion de los vándalos en Africa, su rey Hunerico mandó cortar la lengua á muchos obispos, como ya hemos dicho en otro lugar, sin que dejasen de hablar por esto. El abad Maximiliano, que habia vivido durante un largo período en la ciudad de Roma, fué batido por una furiosa tormenta en el mar Adriático; el buque en que iba

hizo agua en tan grande abundancia, que no aguardando más que la muerte él y los que le acompañaban, se dieron el beso de paz y recibieron el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, llegando al puerto de Cortona el dia noveno despues de la tempestad, aunque en todo este tiempo no hubiesen desalojado el agua del navío; pero tan pronto como hubo salido Maximiliano se fué el buque á fondo. Habiendo cogido los lombardos á un diácono con el designio de darle la muerte, Lanctulo, sacerdote de la provincia de Norica, que era conocido de ellos, fué á pedirles su libertad y su vida: ellos se la negaron, pero le hicieron la confianza de que si se escapaba le darian muerte en lugar suyo. Lanctulo aceptó la condicion, y viendo dormidos á los lombardos, instó al diácono para que se salvase; el diácono tomó la fuga despues de alguna resistencia, y Lanctulo permaneció en el mismo lugar; los lombardos, viendo que habia dejado escapar al prisionero, le condenaron á él mismo á muerte, dejándole la eleccion de suplicio, pero les contestó que se hallaba en manos del Señor, que podian hacerle morir de la manera que quisiesen. Resolvieron cortarle la cabeza; Lanctulo fué conducido al suplicio rodeado de gentes armadas, se puso en oracion y despues tendió el cuello al verdugo; pero apénas hubo este bárbaro levantado el brazo para darle el golpe, se le quedó frio é inmóvil. A este milagro siguió otro, Lanctulo curó al lombardo y le devolvió el uso de su brazo, despues de haberle hecho prometer que no le emplearia nunca en dar muerte á los cristianos. Redempto, obispo de Tarento, objeto de este artículo, fué avisado en una vision por el santo mártir Eutiquio de las desolaciones y daños que los lombardos debian hacer en Italia.» Así termina este libro, tan poco conocido hoy como toda la obra, cuya lectura merece recomendarse porque serviria para despertar la fe en la actualidad semiextinguida. —S. B.

REDEMPTO, presbítero sevillano, conocido en la historia antigua por haber sido uno de los que asistieron á la muerte de S. Isidoro, arzobispo de aquella ciudad, figurando además como testigo ocular de muchas de las acciones de aquel glorioso Santo, honra de España y de su siglo, pues en él se distinguió nuestro compatriota entre todos los escritores que entónces figuraban, dejándonos pruebas inequívocas del estado de la civilizacion y grandeza que habia alcanzado la monarquía visigoda, que con razon han colocado nuestros historiadores entre las más ilustres de las que, procedentes de los países del Norte, derrocaron la ya tan abatida Roma. Redempto, digno discípulo de S. Isidoro, á cuyo lado habia aprendido con el cultivo de todas las virtudes las máximas de la ciencia, á la sazon floreciente, fué un escritor si no tan notable como su maestro, muy á propósito al ménos para figurar en el catálogo de los que no solo en nuestro país, sino tambien en el resto de Europa, ocupaban un lugar, no diremos privilegiado, pero sí sufi-

ciente para demostrar que no habia muerto aún la civilizacion, y que áun cuando sumidos en la oscuridad la mayor parte de los hombres por falta de medios de circulacion, todavía quedaban algunos destellos de luz, los bastantes para demostrar al mundo que lo que forma su gloria no perece ni puede perecer, ántes bien subsiste eternamente, pues como dijo el Salvador del mundo *non solum panis vivit homo*; asi tambien, conforme siempre se encuentran medios para el sustento corporal, de la misma manera no faltan para el intelectual, aunque parezcan completamente perdidos ó sumidos en las más profundas tinieblas. Redempto, pues, se encargó á la muerte de S. Isidoro de escribir su vida, la que subsiste aún en nuestros dias, siendo la que se encuentra en todos los Breviarios, y forma parte del rezo de la festividad de nuestro glorioso compatriota. Algunos autores, y entre ellos Nicolás Antonio, han confundido este presbítero con otro del mismo nombre y época que era arcediano de Mérida; pero todos estan conformes, siguiendo la opinion del P. Florez, en que este último era diferente del primero, conocido solamente por una carta que le dirigió S. Isidoro, y que se cita en diferentes obras. Por desgracia nos son desconocidas las principales circunstancias de la vida de nuestro Redempto, que acaso investigaciones posteriores den á conocer tal como se merece, si algun dia se llegase á emprender en nuestra patria una obra semejante á la Historia literaria de Francia.—S. B.

REDEMPTO DE LA CRUZ (Venerable P. Fr.). Aragon puede gloriarse con justicia de que sus naturales hayan respondido en cierto modo á la santidad con que les brindó María Santísima cuando vino á visitarles en carne mortal, (véase PILAR, Nuestra Señora del), pues que cuenta como hijos suyos muchos gloriosos séres en la corte celestial, que engrandecen por otro lado tambien las heróicas páginas de su ilustre historia. En la Iglesia, en las armas, en la nobleza y en el pueblo llano, en todas las clases y condiciones pueden los henrados y leales aragoneses señalar un santo, un beato, un bienaventurado, un héroe en fin, que haya aumentado con su piedad, con sus virtudes ó con su valor, los nobilísimos blasones de su esclarecido escudo, de su victorioso pabellon nacional. Con solo hojear las páginas de esta obra, se puede ver probado suficientemente nuestro aserto, pues que se encuentran en ella tantos ilustres é ilustrados hijos de Aragon, que pueden competir en número, tanto como en piedad y virtud, con los pueblos más favorecidos del cielo en este particular. Entre los muchos patrocinados de la Virgen del Pilar, no debemos dejar de contar al ilustrado y piadoso carmelita el venerable padre Fr. Redempto de la Cruz, del que vamos á tratar ligeramente. Nació este religioso en la ciudad de Daroca en el siglo XVI, y es de lamentar que Latasa al tratar de él no nos diga la fecha de su nacimiento. Llamóse en el siglo

Lagar, y fué sobrino del venerable P. Fr. Pedro de la Madre de Dios (véase en su artículo). Con vocacion para el claustro, su inclinacion le llamaba á él desde su juventud, pero como siendo licenciado en teología, se le agraciase con una canongía de la colegiata de Daroca, su intento se detuvo por algun tiempo. Llenó tan perfectamente los deberes de canónigo, y dió pruebas tan relevantes de su capacidad, que teniendo su cabildo que gestionar en Roma acerca de sus derechos, le eligió con aplauso general, y á principios del siglo XVI visitó los sepulcros de los santos apóstoles, y besó el pie al Sumo Pontífice en la ciudad eterna. Terminadas las gestiones que le llevaron á Roma, se despertó en él con tanta fuerza su antiguo deseo de consagrarse á Dios en el claustro, que decidido á ello, tomó al fin el santo hábito del Cármen reformado, que recibió de manos de su expresado tio, y profesó en aquel instituto y casa de Roma el dia 9 de Abril de 1606. Empezó su vida claustral con tanto fervor, y continuó con tal austeridad y penitencia, que sus superiores, que por otra parte conocian su capacidad, juzgaron que podria ser de suma utilidad en las misiones, y por lo tanto le mandaron á Persia, en donde el cristianismo habia echado raíces que prometian un sazonado fruto si no se descuidaban. No tardó la religion Carmelitana en darse el parabien de haber mandado al P. Redempto á aquellos países, pues que la elocuencia de su voz, la claridad de su doctrina y el ejemplo que dió de virtud, y sobre todo de piedad, conquistaron á la Iglesia católica multitud de almas, que rindiéndose á sus exhortaciones y conociendo la verdad, recibieron las aguas bautismales bajo el estandarte de la divina gracia. Era Hispan la corte de los Sofis soberanos de Persia, y fijando Redempto su atencion en aquel punto más que en otro alguno, por lo mismo que era la cabeza del imperio de donde partian todas las disposiciones gubernativas en todos sentidos, unió á la Iglesia católica los Caldeos ó Surianos, con beneplácito del príncipe Scia-Abbá, á cuyo príncipe catequizó de tal modo, que se dispuso á entrar en el cristianismo, y lo hubiera hecho, si sus deseos de etiqueta mundana se hubiesen llenado como lo intentó. A este fin quiso el príncipe enviar una embajada al Papa y á algunos soberanos católicos, para lo que invistió de este cargo á su favorito Sirleo, y para que la mision fuese más completa y diese mayor confianza á aquellos á quienes la dirigia, rogó al P. Redempto le acompañase, lo que así se verificó, segun consta en la Crónica Carmelitana de Italia. Cumplida la embajada, volvia el P. la Cruz á Persia en 1615, ó 1619 como pretenden otros, cuando le alcanzó la muerte en el camino. Fué este ilustrado religioso el primer legado apostólico mandado por el Pontífice romano al patriarca Melchisedech de los Armenios, cuya union con la Iglesia romana habia ya terminado. Dejó escrita su mision á Persia en la siguiente obra: *Actas é Historia de la santa Mision de Persia;*

efectuada por los Rdos. PP. Carmelitas descalzos hasta el año 1615. El padre Fr. Marcial de S. Juan Bautista, en su *Biblioteca Carmelitana*, edicion de 1730, y en el tomo II de la *Crónica Itálica del Cármen reformado* se da razon del P. Redempto y de su obra; y en el expresado año se da la noticia de su muerte en el elogio que se puso al pie de su retrato en el tránsito superior del convento de S. José de la Orden Carmelitana de Zaragoza, el cual decia asi: *El venerable P. Fr. Redempto de la Cruz (en el siglo Lagar), natural de Daroca, sobrino de nuestro venerable P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, que siendo canónigo de aquella colegial, y pasando á Roma á negocios de su Iglesia, le dió allí el santo hábito, y fué religioso de grande espíritu y celo, que acreditó en las misiones del Oriente, donde trabajó por bien de la Iglesia con incansable aplicacion; debiéndose á su celo la conversion de la cabeza y pastor de los Surianos, llamado Hermas, y haber hecho en sus manos por sí y por su nacion la reconciliacion con la Iglesia romana. Murió de vuelta de la Persia, año de* 1615. Quien tan gran bien hizo á la cristiandad, bien merece que no le olvide su patria y que se conserve su memoria.—B. C.

REDENTO (S.), obispo. Celebra la santa Iglesia entre otros el dia 8 de Abril de todos los años la memoria de este prelado del siglo XI. Sin que se nos diga por los autores particularidades de su vida, ni las fechas de su nacimiento, ni áun su patria que puede sospecharse fuese Italia, nos manifiestan que fué obispo de Femuzola en la campaña romana. Sábese sin embargo algunas particularidades de su vida en cuanto á su carácter y costumbres, puesto que es tradicion que vivió tan santamente, y practicó tan estrictamente la ley evangélica y las costumbres cristiano-católicas, que mereció por ello que los sabios Padres de la Iglesia en su época le señalen como un prelado modelo, digno de imitacion, y cuando ellos asi lo dijeron, muy probada debia tener su santidad y virtud, pues que fueron escrupulosísimos en calificar á los fieles para hacerles la debida justicia, y su propia virtud y justificacion les privó adularles en sus juicios. Por lo que sientan autores próximos á la vida de este santo Obispo, murió en el año 1095.—B. C.

REDI (Fr. Arcángel María), religioso dominico de la provincia de Roma. Fontana le cita entre los escritores de esta Orden, diciendo que murió en Perusa en 1667, despues de haber publicado la siguiente obra: *La nueva ciencia de los relojes de cuenca, que señalan y dan distintamente todas las horas*; Roma, 1663, en 4.°—S. B.

REDIN (Martin), Gran Maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen. Sucedió á Pablo Lascaris de Castellar en 1657: era natural de Aragon, y habia ejercido los cargos de prior de Navarra y de virey de Sicilia. Se dedicó principalmente á la defensa de la isla, que se hallaba muy expuesta á un ataque de los infieles, haciendo construir de trecho en trecho algunas torres en las

costas de Malta para ponerla al abrigo de un desembarco. Martin murió en 6 de Febrero de 1660, á la edad de setenta años.—S. B.

REDMUNDO (Fr.), trinitario. Fué natural de Ibernia en Irlanda, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Killve, pasando despues a Inglaterra á hacer sus estudios en la famosa universidad de Oxford, en la cual fué uno de los más amados discípulos del Dr. Juan Lens, tambien trinitario y perteneciente al convento de Limeric. Cuando Lens, cansado de la vida activa del siglo, se volvió á su claustro para dedicarse en el retiro á escribir y estudiar, quedóse Redmundo en Oxford, siguiendo su carrera y causando la admiracion de cuantos le conocian por su raro saber y su asombrosa aplicacion. Al ocurrir unas vacaciones y estando de paso para su convento, quiso visitar á su maestro en Limeric, y llegó precisamente á tiempo que se estaba preparando una redencion de cautivos, en la que iba nombrado por primer redentor el mencionado Juan de Lens. Preguntóle á éste Fray Redmundo si le permitia acompañarle, puesto que el tiempo que pensaban invertir en aquella piadosa comision era ménos aún del que tenia de vacaciones, y que el viaje no le impediria llegar á tiempo á la universidad. Aceptó Lens de muy buena gana el ofrecimiento, y escribió á los superiores de Redmundo, pidiéndoles el oportuno permiso, que al punto fué concedido por dar gusto á la respetable persona que lo solicitaba. Dispuesto ya el viaje, unos mercaderes que habian venido con salvoconducto del rey de Túnez, adonde la redencion se dirigia, ofreciéronse á acompañar á los Padres como prácticos en el terreno y conocedores de sus usos y costumbres. Despues de algunos leves contratiempos padecidos en el mar, llegaron los Padres á su destino, y practicando las diligencias pertenecientes á la redencion, lograron sacar de las cadenas á multitud de infelices cautivos; y hallándose ya dispuestos para regresar á su país, juntaron á todos los rescatados para dar gracias á Dios; confesaron á los que quisieron hacerlo y predicaron á todos en general, exhortándolos á manifestarse agradecidos á aquel Señor que los habia sacado de su angustiosa posicion, y á que perseveráran en el camino del honor y de la virtud. Este acto tan tierno y tan conforme con nuestras costumbres religiosas, y tan usado siempre por los sacerdotes del cristianismo, fué causa de una delacion por parte de unos fanáticos moros, que juzgando prestar un inmenso servicio á su falsa creencia, por estar prohibido por las leyes mohometanas predicar en público ninguna religion que no sea la de su impostor profeta, presentándose al Rey le dijeron que los papaces (así llamaban á los religiosos) habian predicado la ley de Cristo. Furioso el Rey, mandó, sin otra informacion, que prendiesen á los caritativos Padres, y que los cargasen de cadenas. Así se efectuó, sin que los mercaderes pudiesen salir á su defensa; pues teniendo precision de marcharse, lo único que

hicieron fué presentarse al Rey y decirle que para evitar los grandes perjuicios que á su nacion se originarian, y puesto que la redencion estaba hecha y su importe satisfecho, dejase marchar á los ya libres cautivos, quedándose con los Padres para examinar su conducta y castigarlos, caso de que apareciesen culpables y por algun delito merecedores de pena. Con tales razones lograron convencer al Rey y á los individuos de su Divan ó Consejo; y permitiendo marchar á los mercaderes y á los cautivos, retuvo á los Padres en la cárcel, los cuales al tercer dia fueron llevados á juicio y condenados á ser quemados vivos, noticia que les llenó de gozo, porque de esta manera conseguian su vehemente deseo de padecer por la fe y dar su vida por el amor de Jesucristo y del prójimo. Cuando el Rey, que presidió el tribunal, les dijo que alegasen lo que tuviesen por conveniente en su defensa; el P. Redmundo tomó la palabra y dijo: «Nosotros, oh Rey, estamos decididos á dar, no una sino mil vidas que tuviéramos, por Jesucristo y su santa ley. Mas si quereis oirnos, guardando razon y justicia, creo que os convenceremos de la nulidad de vuestra sentencia.» El Rey dijo que hablaran, pues les oiria y juzgaria con toda imparcialidad. «Pues bien, continuó Redmundo, nosotros no hemos cometido falta alguna en contra de vuestra ley, ni causado la más leve ofensa á vuestro profeta; pues si bien es cierto que hemos predicado, únicamente ha sido para los cristianos y en ninguna manera para los moros, pues para efectuarlo de tal modo pagamos nuestros tributos y os damos las crecidas sumas que exigís por la libertad de nuestros cautivos hermanos. Creemos por lo tanto que el que profesa cualquier ley ó doctrina, no contradice la ajena si no procura hacer prosélitos, no siendo por tanto notado de culpa ni merecedor de pena. Si á ningun moro, como es fácil probar, se ha predicado nuestra ley, ¿de qué delito nos acusan?» Nada tuvieron los delatores que objetar á estas palabras, y convencido el Rey de su inocencia, les mandó poner en libertad, y que les dieran salvoconducto para regresar á su país, sin que nadie los molestase. Pero vencida esta dificultad, ocurria otra mayor. Los buques en que los mercaderes les habian conducido no se hallaban ya en el puerto por haber regresado á su país con los cautivos rescatados, y érales forzoso á los Padres permanecer hasta que hubiera proporcion de otras naves, en aquel extraño suelo, faltos de todo recurso, expuestos á mil insultos y vejaciones, é ignorantes de cuándo tendria término aquel angustioso estado. En medio de la natural afliccion que esto les causaba, tuvieron el consuelo de ver que la Divina Providencia no les abandonaba, pues por un extraño modo encontraron el alivio. Un moro rico, llamado Mustafá, hombre tenido en mucha consideracion entre los suyos, compadecido de la triste situacion de los religiosos, trató de llevárselos á su casa, hasta tanto que hubiese proporcion para su embarque.

Pidió licencia al Rey y al Divan, la cual le fué al punto concedida; más por la autoridad que disfrutaba, que por respeto y consideracion hácia los Padres. Pero advirtiéronle que si por un azar llegaban á saber que los religiosos hacian alguna exhortacion á los infieles para que mudasen de religion, perderian las vidas, y Mustafá igualmente la cabeza y la hacienda. Ofreció el caritativo moro cuanto le exigieron, y llevó los Padres á su casa. Era Mustafá hombre muy inclinado á la virtud y muy observante de su secta, haciendo indistintamente grandes limosnas á moros y cristianos pobres, y pidiendo de continuo á Dios, en compañía de su familia, que la tenia muy bien doctrinada, le mostrase todos los medios de servirle y de agradarle. El Señor oyó sus ruegos, y á imitacion de aquellos varones que cita el libro de los Hechos de los Apóstoles, y en particular de aquel Cornelio que por actos semejantes fué tan acepto á los ojos de la Divinidad y mereció ser bautizado por S. Pedro, obtuvo que el Eterno le enviase la salud por medio de estos Padres, que le instruyeran en la fe y le abriesen las puertas de la gracia y de la salvacion con el agua regeneradora del bautismo. Apénas hubieron entrado en la casa de Mustafá, éste les presentó su mujer é hijos, que todos manifestaban ser de muy buen natural é inclinacion. Manifestóles su modo de vivir y los ejercicios en que se ocupaba, á todo lo cual le contestaron los Padres: «Lástima grande es, Mustafá, que tantas virtudes y oraciones sean perdidas si murieras en tu secta, pudiendo salvarte con tanta facilidad si abrazases la religion cristiana, pues de este modo alcanzarias una perpétua felicidad y una gloria duradera. Quedó muy suspenso Mustafá oyendo tales razones, pero no les contestó nada; por lo cual animados los Padres, continuaron explicándole las verdades eternas, las excelencias del Evangelio y la perfeccion de la ley cristiana, concluyendo por citarle aquellas palabras en que Dios asegura que no entrará en el reino de los cielos todo aquel que no haya recibido el agua santa del bautismo. Habiendo concluido su edificante discurso, sin que el moro les contestase una palabra, retiráronse á su estancia para rezar el oficio divino, dejando á Mustafá presa de la inquietud, y haciendo multitud de reflexiones. El demonio, que por su parte no dormia, viendo cuán bien se preparaba la salvacion de aquella alma, furioso sobremanera empezó á dar cruda batalla á los Padres con las siguientes consideraciones.—¿Qué hemos hecho, infelices de nosotros? se decian. Este moro, á quien tan innecesariamente hemos predicado y tratado de instruir, va ahora á delatarnos, y acaso seremos la causa de que se pierdan para siempre redentores y redenciones. Tales sugestiones los afligieron mucho, hasta que, conociendo de donde procedian, se armaron con el escudo de la oracion, y quedaron completamente tranquilos. El enemigo del género humano no dejó tampoco de

combatir el espíritu de Mustafá, diciéndole entre otras cosas: ¿Tú, moro noble y rico, de esclarecida ascendencia, cómo has podido escuchar pacientemente los insultos que estos cristianos han proferido contra tu bendito profeta? ¿Cómo por su atrevimiento no les has cortado la cabeza con tu alfange? Anda, vé sin dilacion y delátalos al Rey para que sufran la pena de su osadía; pues de lo contrario estás comprometido y expuesto á perder, no solo tu persona y haciendas, sino tambien á toda tu familia. Grandemente se acongojaba Mustafá con estas reflexiones, y pasó la noche batallando consigo mismo, y sin saber qué partido abrazarian, y los Padres por su parte tampoco pudieron hallar un momento de reposo, pasando toda la noche en rogar á la Santísima Trinidad que iluminase las tinieblas de aquella alma, y la llamase para sí. A la mañana siguiente Mustafá, siempre dudoso y combatido, explicó á los religiosos lo que sentia, y ellos, haciéndole comprender qué cosa eran las tentaciones del enemigo, calmaron su desasosiego, explicándole con más fervor y vehemencia la bendita ley de Cristo, demostrándole que aquellos combates interiores que sufria, eran causados por la cólera del demonio, que sentia perder la rica presa de un alma. Tres ó cuatro dias tardaron en convencer á Mustafá; pues éste, aunque escuchaba con atencion, no se manifestaba convencido ni determinado del todo á abandonar la falsa secta en que naciera. Pero al cabo triunfó la verdad, y el Señor infundió su divino espíritu en el ánimo del moro, que enternecido y alumbrado por la clara luz de la gracia llamó á su esposa é hijos, y rogó á los Padres que explicasen á todos los presentes lo que á él en particular habian dicho. Ejecutáronlo así los religiosos, y hallaron tan buena voluntad en su auditorio, que todos los dias querian oirlos; por lo cual dispuso Mustafá que se reuniesen con los Padres en una sala interior de la casa, donde estos predicarian con entera libertad. A ruegos de sus confesores vino en su auxilio la Santísima Trinidad; ilustrólos con sus superiores luces, y puso en sus labios tan persuasiva elocuencia, que al fin lograron los Padres redimir las almas de aquella dichosa familia, que recibió con santo gozo el sacramento regenerador del bautismo. A Mustafá le dieron el nombre de Manuel en reverencia de Jesucristo, poniéndole el sobrenombre de la Santísima Trinidad. A su mujer la impusieron el dulce nombre de María. Al hijo mayor nombraron Juan; Félix al menor. A la hija primera Inés; Catalina á la segunda y Angela á la más pequeña; dándoles á todos los santos escapularios y haciéndoles terceros de la Orden. Mucho tiempo pasaba sin proporcionarse embarcacion que trasladase á los Padres y á los nuevos cristianos á paraje en que libremente pudiesen practicar los ejercicios de su fe; pero en el interin, la casa de Manuel de la Santísima Trinidad habíase convertido en una especie de monasterio; y en el mismo sitio donde ántes se hacia la *zala*,

ú oracion al falso profeta, ahora se rezaba el rosario de la Santísima Vírgen y se practicaban los más santos ejercicios, elevándose al cielo las más dulces plegarias, que adornan al cristianismo, y que tanto le distinguen de las demás religiones que se observan en el mundo. Para que fuese más exacta la semejanza con un convento, el padre se retiraba con sus hijos y los religiosos á una estancia, y la madre permanecia en otra con las doncellas. La oracion y la predicacion hacian pasar agradable y fructuosamente el tiempo, y hallábanse tan bien con aquel género de vida, que cada dia que pasaba se encendian más sus corazones en el fuego del divino amor, y ya no les importaba entregar su vida por la fe que habian abrazado. Antes al contrario, sentian en extremo el tiempo que perdian, tardando en ofrecer su sangre á Jesucristo; y así era que ya no se cuidaban de ocultar su conversion ni de recatarse en sus actos de los domésticos de la casa, siendo esto motivo para que muy pronto llegase á noticia del rey, lo que, como ántes indicamos, puede decirse que adivinára al pedirle permiso Mustafá para llevar los religiosos á su casa. Sin embargo, como el moro, ya cristiano, era tan conocido y considerado entre los suyos por su dignidad y su riqueza, no se atrevió el Rey á dar por el pronto crédito á la delacion, por lo cual, llamando á Mustafá á su presencia le dijo: «Hánme informado de una cosa acerca de ti, que yo la tomó como un solemne disparate; porque conociéndote bien, nunca me resolví á creerla, ni á hacer mérito de ella. Aseguran que tú, tu mujer y tus hijos os habeis hecho cristianos.» Aunque Manuel sabia que por el gran crédito que con el Rey gozaba, pudiera acaso salvarse á sí y á toda su familia negando el hecho, sabia tambien que al verdadero cristiano no le es lícito mentir, ni áun para salvar la vida; y así, prefiriendo la indignacion del Rey y hasta la muerte á la impostura, contestó á su monarca con la mayor humildad y entereza: «No tengais, señor, por disparate el que yo me haya hecho cristiano juntamente con toda mi familia; pues Dios se ha servido darme bastante luz para conocer que el disparate y la locura lamentable es el ser moros; pues si en esta vida no se conoce, en la otra desgraciadamente se conocerá harto bien.» Enfurecido el Rey al oir estas palabras, y conociendo que aquella conversion era obra de los PP. Redentores, mandó que estos, juntamente con Manuel y toda su familia, fuesen cargados de cadenas y grillos y encerrados en oscurísimos calabozos. Al mismo tiempo, tanto para cumplir con las leyes del pais, ó mejor dicho con las arbitrarias disposiciones del despótico gobierno musulman, que hace al rey dueño de las haciendas de los vasallos que juzga como rebeldes, cuanto para hacer penar á los nuevos cristianos, ordenó que delante de ellos sacasen de la casa las alhajas, dinero, ricos muebles y cuantos efectos de valor poseian. Pero la rencorosa medida del bárbaro infiel no tuvo el éxito que se propo-

nia; porque, como aquellas benditas almas, conociendo ya el bien que las aguardaba, no aspiraban más que al logro de la eterna corona, miraron con desprecio y casi sin fijar la atencion, aquellos caducos bienes que les arrebataban. Terminado el acto de la confiscacion, fueron todos conducidos á la cárcel, en medio de los insultos y la gritería del populacho, que los siguió cubriéndolos de insultos y de dicterios. Encerrados juntos en un lóbrego calabozo, y conociendo los Padres que solo les aguardaba la muerte, exhortaron á sus compañeros á sufrir con valor el martirio, y tuvieron el consuelo y la satisfaccion de ver que todos se hallaban dispuestos á morir por la fe que abrazáran, causando sobre todo notable admiracion la fortaleza de las tiernas niñas, que animadas del celeste espíritu y de sobrenatural valor, infundian ánimo á los demás y les alentaban á no desmayar en el funesto trance. Eran estas vírgenes tan hermosas, y los mancebos sus hermanos tan gallardos, que todos los moros sentian verlos morir, y algunos de los más principales acudieron al Rey suplicándole que moderase el rigor de la sentencia, imponiéndoles una pena más suave, en atencion á que acaso, por seduccion de los religiosos y obediencia á sus padres, habian renegado de la creencia en que nacieron. Hicieron fuerza tales razones al infiel soberano, y ordenó que para intimidar á aquellas tiernas almas y hacer que no continuáran en su propósito, dieran en su presencia tormentos horribles á los PP. Redentores. Estos, entre tanto, deseosos de la mayor gloria de sus hijos de conversion, les hicieron profesar como religiosos de la órden de la Santísima Trinidad, á fin de que les alcanzasen todas las gracias é indulgencias que á la misma se conceden, y pasaron toda la noche orando y pidiendo al incomprensible misterio que les diese fuerzas y resignacion para soportar el terrible martirio. A la mañana siguiente trajeron los verdugos una caldera llena de pez, resina, azufre y aceite, y prendiéndola fuego, mandaron desnudar á los benditos religiosos, y delante de todos hicieron meter al P. Juan un pie dentro de la caldera, y sacándole en seguida, hicieron ver toda la carne consumida y únicamente el hueso seco y calcinado. El jefe de los verdugos, mostrando tan horrible espectáculo á los nuevos cristianos, les decia: «¡Desgraciados! ¿Será tanta vuestra obstinacion que querais pasar por este tormento?» A lo cual, inspirada sin duda alguna por un ángel, la niña Angelita, la más pequeña de toda la familia, con un ardor impropio de su edad y que claramente se conocia que era de muy alta procedencia, contestó á aquellos feroces monstruos: «¿Qué nos importa este tormento, si solo ha de durar algunas breves horas? Temblad vosotros por el que os espera; pues éste no tendrá fin, durando por toda una eternidad.» Oyendo tales razones, los furiosos moros arremetieron contra los PP. Redentores, y lanzándolos de cabeza dentro de la caldera, muy pronto que-

daron reducidos á unos calcinados esqueletos, volando sus almas á disfrutar la eterna corona que tanto habian merecido. Como los verdugos no tenian órden terminante de quitar la vida á Manuel y á su familia, y sí solo procurar intimidarlos, volvieron á encerrarlos en su calabozo, poniéndolos á la vista los tristes despojos de los esclarecidos mártires, á fin de aterrarlos y que no se atreviesen á proseguir observando la ley de Cristo. Pero sucedió todo lo contrario, pues á la mañana siguiente los hallaron más fervorosos y más animados que nunca. Ignórase lo que pasó aquella noche en el calabozo, aunque algunos piadosos autores de la Orden suponen que se les aparecieron los benditos mártires, manifestándoles la gloria que disfrutaban; y otros creen que bajaron á la lóbrega estancia algunos ángeles para confortarlos y animarlos. De todas maneras, la confusion y la rabia de los verdugos y de los demás fanáticos musulmanes que presenciaban el espectáculo, era extremada al ver tan santa alegría y tan perfecta resignacion. Puestos ya delante de la caldera encendida, y queriendo hacer la última tentativa para secundar las intenciones del Rey, dijo á Manuel el verdugo principal: «¿Es posible, miserables, que delante del horrible espectáculo y de la cruel muerte que os espera, no os lleneis de miedo y retrocedais con horror?—Sí, respondió Manuel. Efectivamente, que tenemos mucho miedo; pero no es de perder el cuerpo miserable, sino de haber comprometido por nuestras culpas la salvacion de las almas.» Manifestada, pues, tan terminantemente su decision, y conociendo era inútil cualquier medida que se adoptase para hacerles variar de resolucion, lanzaron los verdugos los cuerpos en el hirviente caldero, pasando en breves instantes aquella dichosa familia al eterno goce de la perenne felicidad. Tuvo lugar el martirio de los Padres y el de los nuevos cristianos en los dias 11 y 12 de Octubre del año 1246.—M. B.

REDMUNDO DE HIBERNIA (Fr.), del órden de la Santisima Trinidad. Fué natural de Atharia, en Irlanda, y pertenecia á una noble familia, siendo su padre hombre muy notable por su piedad y su ilustracion, lo que fué causa de que Redmundo adquiriese una educacion tan esmerada como cristiana, sembrando los padres en su tierna alma con mucha anticipacion los gérmenes de la virtud, y el deseo de aspirar al logro de la eterna felicidad, que como dependiente de Dios, es la única segura y verdadera. Con tales principios no tardó en formar su vocacion, manifestándose muy inclinado al santo hábito de la órden de la Trinidad, sin que dejase pasar ocasion de manifestar esta predileccion y este afecto. Habiendo sido su padre llamado á la capital de Inglaterra, con motivo de haberle nombrado el monarca contador mayor del reino, destino que se juzgó conveniente darle, atendiendo á los profundos conocimientos que en la materia le adornaban, pasó Redmundo con la demás familia á Lóndres, donde el padre trató de imponerle en las opera-

ciones de su profesion, á fin de que algun dia pudiera sustituirle en el destino. Pero Redmundo, que como ya dijimos habia formado muy anticipadamente su propósito, dijo al padre que instruyese en la profesion á otro de sus hijos, puesto que su intencion era ser religioso trinitario. Repúsole el padre, que semejante medida podria tomarla si se encontrase en más humilde posicion; pero que disfrutando una fortuna más que regular, á la vez que un elevado puesto, conceptuaba una gran locura abandonar tantas ventajas por el retiro de un claustro. Respondió el santo jóven que preferia ser el último y el más despreciable en la casa de Dios, que el más poderoso y considerado en el siglo. El padre entónces, cuyo recto criterio hizo justicia al buen deseo de su hijo, no trató de oponerse á que la llevase á cabo, y le dió ámplio permiso para entrar en la religion, como en efecto lo hizo, tomando el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de esta Orden, sito en la ciudad de Lóndres. Admitido ya en la religion, y notándose que daba muestras de grande ingenio, pasó á la universidad de Oxford, luego que hubo profesado, á fin de hacer sus estudios, graduándose en dicha universidad de doctor. Trató de hacer oposicion á alguna de las cátedras que se hallaban vacantes; pero desistió de su idea por haberle llamado su padre, y porque además las órdenes de sus superiores le hacian volver á Lóndres. Distinguióse tanto por la elevacion de su doctrina en el púlpito, que habiéndole oido predicar el rey de Inglaterra algunos sermones, le nombró su predicador. Fué tambien elegido ministro de la provincia y superior de su convento, destino que desempeñó con la mayor satisfaccion de sus superiores y de sus subordinados, teniendo á su cargo despues diferentes prelacías. Como su padre le queria tanto y deseaba sus adelantamientos, procuraba que le hicieran ministro provincial de toda la Inglaterra; y al efecto lo solicitó con grandes empeños, decidido á proporcionarle mayores aumentos con semejante destino. Llegó el caso de reunirse el capítulo para este objeto; y aunque muchos de los sufragios parecian estar en favor de Fr. Redmundo, otros de los votantes se manifestaron en abierta oposicion, alegando que, no obstante ser el candidato hijo por la religion de la provincia de Inglaterra; su nacimiento en Irlanda le constituia en la clase de los extranjeros, y se abstenian por lo tanto de darle el voto. Este parecer fué secundado por otros muchos, que determinaron elegir ministro provincial al P. Rector del Colegio de Oxford. El P. Vicario ó Comisario general, que presidia aquel capítulo, hallábase muy inclinado á favor de Fr. Redmundo, y enterándose de lo que pasaba, y de cuál era la opinion comun de los asistentes al capítulo ántes que la eleccion se verificára, mandó llamar al combatido candidato, y le notició cuál era el propósito de los electores. Oyó muy humilde el religioso la nueva de aquel desaire; pero no trató ni de oponerse en modo

alguno, ni de suscitar la más leve diferencia, ó estorbo, y por lo tanto la eleccion se hizo muy pacíficamente en favor del ya mencionado rector de Oxford, nombrando definidor de la provincia á Fr. Redmundo, con ánimo acaso de disimular algun tanto el desaire. Conformóse el buen religioso segun era su deber, y segun le aconsejaba su conciencia; pero la conformidad de su padre no fué tan completa, pues sentido por el bien parecer del éxito de su empeño, y temiendo el qué dirian al ver la inutilidad de sus esfuerzos y diligencias, se vió atacado de una grave enfermedad de melancolía, de la que nada era capaz de sacarle. Estimábale el Rey mucho, y viéndole tan de continuo afligido, preguntóle un dia cuál era la causa de aquella tristeza, y enterado de ella, le dijo: «Si no es más que esto, desecha la pena. Mejor le estará á tu hijo ser príncipe de la Iglesia, que ministro provincial de una Orden.» Y acto continuo, llenando de placer á aquel amoroso padre, escribió al sumo pontífice que lo era Clemente V, pidiéndole se sirviese dar á Redmundo la primer mitra que vacase en Inglaterra. Calló el padre este suceso, sin comunicárselo á su hijo ni á nadie de la familia; y así todos se quedaron altamente sorprendidos cuando al poco tiempo se recibió un breve del Sumo Pontífice nombrando á Redmundo arzobispo de la iglesia Eboracense, con lo cual tuvo su padre la satisfaccion de ver que acataban á su hijo como prelado los que no le quisieron dar el voto para provincial. Consagrado ya, empezó á ejercer su nueva dignidad, gobernando su iglesia con el mayor celo evangélico y la más tierna solicitud, portándose tan á gusto de todos, que muy pronto se granjeó la general estimacion. Procuró con cariñoso agradecimiento los adelantos de la Orden á que pertenecia, y en particular los del convento Eboracense, que era de PP. Trinitarios. Le donó muchas y muy buenas alhajas, no olvidándose tampoco de demostrar el afecto que las tenia á su casa de profesion y á las demás de la Orden, mandándolas continuamente las más espléndidas dádivas. Hizo construir una celda en el convento Eboracense expresamente para él, á la que se retiraba algunos dias del año, tanto para descansar de las fatigas de su ministerio pastoral, como á practicar los ejercicios religiosos de su instituto. Deseando que la órden de la Santísima Trinidad llenase cumplidamente todas las obligaciones de su fundacion, hizo predicar en todo el arzobispado acerca del mérito que adquirian los que daban limosnas para la redencion de cautivos; y así, con los cuantiosos donativos que dió de su propio peculio, y con los muchos que recogió de los fieles, púdose hacer en su tiempo una muy grande redencion. Colmado de merecimientos, llorado de los pobres que liberalmente habia socorrido, y colmado de bendiciones de los que por su celo y sus auxilios habian recobrado el precioso don de la libertad perdida, así como de todos los desgraciados á quienes habia hecho felices, en-

dulzando sus amarguras y ahuyentando su miseria, descansó tranquilamente en el Señor, un dia 9 de Agosto, sin que en las crónicas de la Orden conste el año, olvido muy comun por desgracia en los cronistas de las religiones cuando la historia se refiere á una época algo remota ú oscura.—M. B.

REDN (Justo). Aleman, lector de la provincia de los reformados del Tirol de D. Leopoldo, ministro ex-provincial, y tambien lector de sagrados cánones. Publicó: *Opus canónico-politicum de electione et electionis præside*; dividida en tres tomos en fólio; impresa en Augsbourg, á expensas de Jorge Sctiluter, 1721.—M. N. y S.

REDOANO (Guillermo). Nació este prelado en Vernazza en Cinqué, del estado de Génova, y habiéndose distinguido despues de haber abrazado el estado eclesiástico en el derecho canónico, fué empleado por diversos prelados en sus diócesis, y nombrado nuncio apostólico á Nápoles. El pontifice Gregorio XIII le elevó al episcopado, dándole la silla de Nebbio en 1572, en donde murió á los dos meses de haber tomado posesion. Dejó escritas las tres obras siguientes: *De Simonia;*—*De Spoliis ecclesiasticis;*—*De alieniationibus rerum ecclesiasticarum*, segun Ughel en su *Italia Sagrada* y otros autores que le recuerdan.—C.

REDON (Cativalon de). Siendo monje de la abadía que le sirve de apellido en la diócesis de Vannes, fué elegido por el abad Mainard para establecer una comunidad de monjes en Belle-Isle ó Guedel, que Godofredo, duque de Bretaña, habia dado con este objeto al monasterio de Redon. Se dice que Cativalon era hermano de este duque, poseia al ménos la verdadera nobleza que es la virtud. A la muerte del abad Mainard, acaecida en 1023, fué elegido para sucederle. Estábase hundiendo su monasterio, y Cativalon le reedificó y gobernó con notable acierto hasta el año 1049. No habia comenzado aún á reparar el edificio, cuando recibió una carta y diputados de Hildegarda, condesa de Anjou, esposa de Fulco Nera ó el Negro, para suplicarle se acordase de ella en sus oraciones. Esto fué sin duda á causa de que su marido se hallaba entónces en guerra con Alano, duque de Bretaña. Cativalon la da en su respuesta el título de reina de Anjou, y dice:—Si creeis que podemos hacer propicio á Dios, estad segura que haremos todos los dias memoria de vos en presencia del Señor, pues hace mucho tiempo que sabemos que le dais un culto sincero, y que favoreceis á los que le sirven, de lo que dan testimonio vuestras obras, tanto más admirables cuanto son ménos conocidas del público. No os resta más que adelantar cada dia en el bien. Dice despues que lo disponia todo para comenzar las obras en el mes de Marzo próximo, y la suplica le obtuviese la franquicia de peajes en sus estados para ciertos géneros que debian pasar por ellos, y socorrer al hermano que habia enviado para este asunto. Tenemos una se-

gunda carta de Gativalon á Letgarda ó Leburga, abadesa de nuestra Señora de la Caridad, en Angers, que se habia recomendado tambien á sus oraciones. Se excusa primero, mas despues la promete mandar ofrecer por ella el sacrificio solemne, tanto en Redon como en Belle-Isle.—S. B.

REDONDO (Fr. Juan). Nació en Calatayud en el siglo XVII. Tomó el hábito en la religion de Carmelitas de la Observancia, de la cual fué maestro, y socio del provincial de Aragon. Este religioso escribió la obra titulada: *Catena de algunos elogios del Cármen, que se hallan en varios autores, segunda parte de sus triunfos con tabla de los sermones de las piezas principales del Cármen*; Zaragoza, 1670, en 4.°—Unió estos discursos á los triunfos del Carmelo, que es la primera parte, el jesuita P. Manuel Hortigas.—A.

REDONDO (Fr. Juan). Fué religioso de la órden de la Santísima Trinidad, y hombre de vida muy ajustada, de un talento claro y educacion muy esmerada. Vivió en el siglo XVI á fines, y como hasta la mitad ó algo ménos del XVII. Está muy confusa la noticia de las circunstancias particulares de su vida, y este es el motivo por el cual unos cronistas de su Orden le dan mucha celebridad, otros apénas hacen sino recordar su nombre. Nosotros, faltos de antecedentes y por no decir cosa que no sea exactamente cierta, nos contentaremos con consignar lo que se desprende de los antecedentes que hemos consultado y de la obra que publicó, que es por la que todos recuerdan su nombre, pues de otro modo hubiera quedado en el más completo olvido, y hubiera sido gran lástima, pues veremos que es muy acreedor á que su nombre se repita y se sepa. Tituló su obra: *Tratado de la limpísima Concepcion de la Virgen Santísima, Madre de Dios, sobre el salmo XLVII;* impresa en Sevilla, año 1616. El solo título de la obra, y más aún el que la obra corresponde á su título con la mayor exactitud, es ya una gran cosa en favor del autor; en primer lugar, el titular tratado á su preciosa obra indica ya el gran conocimiento que en la tecnología tenia, pues siendo una obra verdaderamente didáctica, no podia cuadrarle ningun otro nombre; en el asunto muestra, por una parte, su grande afecto á María en el misterio de su Concepcion sin mancha, y por otra el conocimiento que tenia acerca de la cuestion teológica, por entónces y ántes tan debatida, pues que pulveriza materialmente los argumentos con que los obcecados que escribieron contra la verdad, ya declarada dogma por la Iglesia querian sin poder lograrlo echar por tierra la creencia universal, criterio de verdad como todos sabemos; y por fin el que quisiera y lograse, como lo logró, hacer su defensa y su impugnacion á la doctrina contraria, bajo el apoyo del profético salmo XLVII, dice tambien sin que quepa género de duda que era más que mediano escriturario; de modo que el Padre era, segun se desprende de solo su obra, lógico y por consiguiente filósofo, teólogo, versado en el conoci-

miento é interpretacion de las santas Escrituras, y además muy devoto de María Santísima, señora nuestra, y su entusiasta admirador y celosísimo defensor de la más esclarecida de sus prerogativas. Dígasenos pues, si no es lamentable el descuido de los escritores de su época en no habernos dejado noticia alguna del P. Fr. Juan Redondo.—G. R.

REDONDO (Macario), presbítero. Fué natural de Valencia, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, recibió las sagradas órdenes y obtuvo un beneficio en la iglesia catedral. Ignóranse todas las particularidades de su vida y el año de su fallecimiento, constando únicamente que vivia á principios del siglo pasado en que dió á luz un pequeño volúmen titulado: *Resúmen de la vida admirable del hermano Martin de Porres, de la tercera órden de penitencia del P. Sto. Domingo*; Valencia, 1708.—M. B.

REEB (Jorge). Fué germano de nacion, y á pesar de que podia haber aspirado en el seno de su familia á importantes cargos y eminentes lugares, se contentó con ser de la Compañía de Jesus, en la cual ingresó para servir de coadjutor. En efecto, en tal concepto le dieron la sotana; pero luego que vieron que tenia gran disposicion y que podia esperarse de él mucho más que el servicio mecánico que podia prestar un hermano lego, decidieron hacerle estudiar, en lo cual le causaron no poca violencia, porque él hubiese querido estar en el estado humilde en que ingresó, y de manera alguna salir de él. Hizo sus estudios con muy notable aprovechamiento, distinguiéndose primero en humanidades por su aficion á las lenguas muertas, y por el esmero con que trataba de estudiarlas, y muy particularmente su hipérbaton, porque comprendió, y con sobrada razon, que esta parte de la gramática es lo que caracteriza un idioma, porque todos los demás signos que en él podamos hallar, son hijos ó de circunstancias particulares, que los hicieron venir como por encanto, ó del organismo mismo de los sujetos que han de usar el idioma, que seguramente tiene que ser distinto, conforme son distintas sus situaciones topográficas, sus costumbres y demás; sin que creamos necesario detenernos á demostrar verdad tan palmaria. Luego aprendió filosofía, en cuyo estudio se fijó desde luego, dando á conocer que sus grandes facultades encontraban en esta ciencia su mas legítima aplicacion, lo cual tambien fué conocido por sus superiores, que le dedicaron á este estudio con preferencia, si bien no le consintieron quedára ahí en sus estudios, sino que le hicieron seguir adelante, es decir, estudiar teología y cánones, porque comprendian que habia de valer mucho despues de adquirir estos conocimientos. Por supuesto que tambien le obligaron á recibir las órdenes sagradas, haciéndole predicar con muy buen éxito, desde que estaba ordenado de diácono. Por la natural estima en que tenia la altísima dignidad de sacerdote del Señor, no queria llegar á ella, y fué preciso

que la obediencia empleára toda su fuerza; pero luego que ya hubo visto no le era posible evadir sus prescripciones, procuró portarse bien en el desempeño de su ministerio, para corresponder así á la señalada merced que le hacian en colocarle en tan encumbrada gerarquía. Muy buenos resultados daba su predicacion, y no ménores el que ejerciera el acto más sublime de la religion católica, el absolver los pecados; pero como tenia él, digámoslo así, más aficion á los estudios profundos, y en estos habia descollado, pareció á los superiores más conveniente retirarle de la vida activa, por decirlo así, de predicar y confesar, para que se consagrase á otra más sosegada, pero no de menor importancia. Se le mandó ir como profesor de filosofía de la Academia Dillingense, y fué esta una eleccion acertadísima, porque teniendo, como él tenía, mucha aficion á los estudios filosóficos, y habiéndolos cultivado con suma atencion y con una diligencia extraordinaria, porque puede decirse que si no materialmente leido, porque esto era totalmente imposible, por lo ménos conocido tenia todo lo que hasta entónces se habia hecho en esta ciencia; estaba en aptitud mejor que otro alguno para desempeñar con acierto la enseñanza, dando honor á su institucion y gloria á sus maestros; porque sin que esto sea ofenderlos, se colocó á mucha más altura que ellos, sin pretensiones por su parte, pero sin poder tampoco remediar el ser tan eminente como era. Los discípulos de tan aventajado maestro se conocian entre todos los filósofos de su tiempo, así es que la Academia donde explicaba el P. Jorge se vió frecuentada no solo de los muchísimos jóvenes á quienes convenia el estudio de esta facultad, porque estaban en la época y condiciones y circunstancias de hacerlo, sino de multitud de hombres ya encanecidos en la enseñanza de otras facultades, que comprendian cuán provechoso les era estudiar ésta de la manera que se podia estudiar con tan acreditado maestro. Muchos años, ó diremos mejor muchos cursos, pues que daba la enseñanza completa de todas las materias á los que con él comenzaban, muchos cursos dió de filosofía, todos con notable y creciente adelanto; viéndose su cátedra cada vez más concurrida, y en algunas ocasiones obligado á dividir la enseñanza en dos épocas del dia, mañana y tarde, para satisfacer así los deseos de los que querian aprender con él, lo cual como era consiguiente le fatigaba en gran manera, pues aunque tenia mucha facilidad en el decir, y mucho aplomo en sus explicaciones, no obstante tanto su imaginacion como su físico se fatigaban sin duda, y le hubieran acelerado mucho la muerte, si la Compañía, que velaba por sus individuos con el esmerado cuidado que un padre lo hace por su querido hijo, no hubiera puesto remedio, con el acierto que ella sabia, es decir, con honor y decoro del maestro y sin pérdida ni mucho ménos en los discípulos. Para lograr este fin tan importante, encargó muy particularmente á Jorge Reeb

que hiciese especial estudio de la capacidad de aquellos de sus discípulos alumnos de la Compañía, que le parecieran más despejados, y que de entre ellos escogiera dos para instruirlos perfectamente conforme á su sistema, y luego los guiara en el camino del profesorado hasta ponerlos en aptitud de sustituirle, lo cual se verificó puntualmente, y hubo con esto un medio decoroso, digno, de retirar al gran filósofo de su penosa tarea, y de no perjudicar los respetables intereses de los que querian ponerse en aptitud de ser sabios, que no podrian llegar á serlo si el fundamento, es decir, la filosofía, no la aprendian como correspondia para lograr su fin. Como la salud resentida del P. Reeb no lo era hasta el extremo de que no le permitiera trabajo alguno, ántes por el contrario, el retirarle completamente de las tareas hubiera sido un verdadero mal para él mismo, pues le habria obligado á emprender una vida á la cual no estaba acostumbrado; lo que hicieron sus superiores fué, luego que hubo ya quienes le sustituyeran para enseñar filosofía, encomendarle la cátedra de teología moral, estudio muy ameno, muy de su agrado, en que podia hallar medio de distraer sin fatigar su fecunda imaginacion, que á la verdad necesitaba, como decimos, ocuparse para que no le perjudicase la misma inaccion que á otros acaso sería muy ventajosa. Desempeñó este encargo con el acierto que él hacia todas las cosas, y por consiguiente sus discípulos estaban contentísimos, logrando un aprovechamiento extraordinario y teniendo con esto ocasion el maestro de acreditarse más y más, porque reunia en su favor una ventaja inmensa, y era que habiendo él examinado el corazon del hombre bajo las diversas vicisitudes de la vida y conocídole perfectamente en la larga práctica que llevaba de confesonario, podia dar lecciones prácticas que no podia en verdad enseñar quien no fuera moralista sino en teoría. Además como los profesores de filosofía enseñaban ya á los jóvenes segun el sistema de este gran profesor, que venian adiestrados, y por consiguiente con mucho ménos trabajo lograba más resultados, porque no tenia que poner, digámoslo así, las bases, sino fortalecerlas y ampliar los conocimientos adquiridos, porque los principios y fundamentos eran los mismos; la diferencia únicamente consistia en el modo de esplanar estos mismos principios, que necesariamente tenian que ser otros segun el diverso fin á que se encaminaban los distintos conocimientos de la moral como parte de la filosofía, y la moral como parte de la sagrada teología. Algunos rasgos que hubo de trazar en las diferentes situaciones en que la Compañía en general y la casa en particular se hallaron, dieron á conocer en este hombre un hombre de gobierno, y cuyo carácter inflexible, aunque benigno y dulce, era muy á propósito para mandar, cualesquiera que fuesen las circunstancias con que tuviera que habérselas. En vista de todo esto le hicieron director de la misma casa donde habia estudiado

y enseñado, sin que por esto dejára su cátedra, ántes por el contrario, obteniendo nuevos triunfos y pareciendo imposible el cómo le cundia, por decirlo así, el tiempo, pues le daba lugar á desempeñar sus importantes funciones como director y como profesor, y todavía le quedaba para cumplir como hijo del gran Loyola, con las que el santo Patriarca impone á todos los que se afilian en su santa bandera. Estimadísimo, pues, y apreciado en gran manera de todos estaba nuestro Jorge Reeb en su colegio de Dillingen, cuando notó los síntomas precursores de su muerte, es decir, una penosísima enfermedad, que atacándole á la cabeza le interesaba tambien el estómago, y haciéndole sufrir los más vivos dolores, le ponia en estado de que su vida peligrára. Unánime fué el dictámen facultativo acerca de que esta sería probablemente su última enfermedad, y necesario por consiguiente el hacérselo saber para que se previniese en un trance de por sí tan importante y de irreparables consecuencias. Con la prudencia que era debida se le hizo comprender su situacion sin alarmarle, para que no se verificára la temida congestion cerebral; pero excitándole á que se previniera, pues podia suceder que el Señor le llamára á su seno y entónces le era necesario estar dispuesto. Accedió á los deseos que se le manifestaban, haciendo ver que estaba persuadido de que su carrera en el mundo terminaria pronto, y bajo estas ideas se dispuso á morir como convenia á un religioso de la Compañía de Jesus. Pidió que le recibieran confesion general, que hizo con alguna fatiga: suplicó le administrasen prontamente el sagrado viático, y en su recepcion se portó como no podia ménos de esperarse de un hombre de su instruccion; edificando en gran manera por una parte, y dando él rienda suelta á los sentimientos muy piadosos de su corazon, amante de su Dios en justa correspondencia á los beneficios del Señor recibidos. Con pleno conocimiento quiso le administrasen la extremauncion, se encomendó á las oraciones de sus hermanos, y á estos les recomendó á su vez la más exquisita vigilancia en el cumplimiento de las sapientísimas prescripciones de su regla, y el que fomentasen la prosperidad del colegio donde él fallecia; con lo cual, y repitiéndose él mismo las preces de la Iglesia, pasó de esta vida á la eterna en medio del sentimiento y admiracion de cuantos conocian sus excelentes prendas, y sobre todo de los del pueblo del colegio, los cuales para demostrar el afecto y deferencia que le profesaban, concurrieron con afan á sus solemnes exequias, perpetuando su memoria con la repetida manifestacion de sus méritos y de sus extraordinarias prendas como hombre, como sacerdote, como religioso y como maestro. Su pérdida fué muy sentida en la Compañía, porque además de su ciencia, que nadie puede poner en duda, le hacia recomendable su gran prudencia, sobre todo para el régimen de sus hermanos, á los cuales llevaba, por decirlo así, donde queria, sin que ellos

apénas se apercibiesen de que iban contrariados; pues sus prudentes determinaciones eran siempre tan oportunas, que no daban el menor motivo de queja, ántes al contrario facilitaban medios de instruirse y convencian enteramente, sin dejar duda alguna de su oportunidad y de su rectísimo y adecuado fin. Como escritor tambien fué muy distinguido el P. Reeb, pues aunque sus obras no fueron muchas en número, fueron excelentes y muy adecuadas al uso comun, lo cual las hacia más recomendables. Tituló la primera que imprimió en Colonia, año de 1631, *Distinctiones et axiomata philosophica quorum frequentior est usus*; que además de contener todo cuanto importante puede desear un estudiante que comienza, logró hacer que saliesen de su pluma con tal precision y órden, que no se necesitaba mas para estar al alcance de toda la filosofía, pues en este pequeño tratado se contenian todos los sistemas hasta entónces conocidos, y un juicio crítico de los que con más ventajas podian enseñarse y practicarse. La otra, que publicó en su mismo colegio en 1635, se tituló: *Regulæ prudentiæ christianæ ac monita, media et exempla*. Esta puede decirse que participaba de teología y de mística, por lo cual dijo de ella un muy respetable padre de la Compañía, contemporáneo del autor, que no ménos habria sido hecha al pie del crucifijo que en el retiro del bufete, y ambas fueron recibidas con la aceptacion que merecian, dando por consiguiente mucho crédito á su autor y procurándole por entónces una reputacion y luego una fama que harian inolvidable el nombre de Jorge Reeb, de la Compañía de Jesus.—G. R.

REEMA, llamado tambien *Rhegma*, hijo de Chus, que pobló un pais de Arabia, de donde se llevaban á Tiro aromas, pedrería y oro. Creemos que este pais era la Arabia Feliz, á la entrada del Golfo Pérsico.

REEVE (José). Aunque con seguridad no se sabe de dónde fué natural este útil operario en la viña mística del Señor, las probabilidades todas son de que fué francés é hijo de una familia oscura, aunque honrada. Desde sus primeros años, y puede decirse que áun ántes de que tuviese edad para ello, se decidió á ingresar en la Compañía de Jesus, lo cual hizo primero como estudiante en las clases que con tanto acierto han dirigido siempre en todos los colegios donde han estado, y en los estudios de estos eminentes profesores aprendió latinidad y humanidades, hasta que tuvo edad para pretender la sotana, que pidió como coadjutor y se le dió en tal concepto, siendo su buena capacidad el motivo de que le sacasen de aquella clase para dedicarle á estudios y hacerle padre. Su más decidida aficion fué á las humanidades, y comprendiendo perfectamente que las necesidades de su época exigian el que los eclesiásticos supiesen idiomas, y áun previendo que podria alguna vez serle necesario viajar, emprendió el estudio de lenguas, para el cual era muy á propósito, llegando á poseer con perfeccion el inglés, el aleman, el

italiano y el portugués con algo de español, y el francés que, como es consiguiente, poseia perfectamente bien. Una vez concluida esa carrera, que podemos llamar especial de idiomas, y hechos, aunque ligeramente, los estudios teológicos que parecieron suficientes á sus superiores para que estuviese apto para desempeñar los importantísimos ministerios del sacerdocio, fué promovido á esta excelsa dignidad con indecible júbilo de todos sus hermanos, y esperando todos confiadamente que el Señor se dignaria colmar de bendiciones sus apostólicas tareas, toda vez que ellas eran emprendidas sin otra mira que la mayor gloria de Dios; y concediéndole la Orden la honrosa distincion de sacarle de la clase inferior para colocarle en la más superior, sin duda alguna porque veia lo mucho que podia esperar de él, y los grandes méritos que habia de contraer, sirviendo á Dios en las obras y ejercicios á que la obediencia le destinára. Desde ántes que fuese ordenado se veia en él, además de su celo incansable por el bien de las almas, un afan muy vivo por enseñar la doctrina á los que la ignoraban, por fortalecer en la fe á los que no la tenian muy firme, y por facilitar á todos los medios de conseguir su salvacion, mediante la correspondencia á la gracia de Dios, siempre propicia en favor de los que la imploran. Estas cualidades, que desde luego se observaron en él y que vieron muy bien sus superiores, les inclinaron á dedicarle al ejercicio de la mision, en el cual ciertamente hizo notables progresos; porque sin embargo de lo mucho que le ocupaba el desempeño de las obligaciones de su sagrado ministerio, daba todo el tiempo que le quedaba al estudio, empleando mucha parte sobre los libros y bebiendo en las puras fuentes de sus mayores la doctrina que despues habia de derramar él en los corazones de sus oyentes; otras veces al pie del crucifijo, donde aprendiendo prácticamente el amor de Dios, se disponia á enseñarle de la misma manera, y adquirir esa uncion con que pronunciaba sus discursos, y que les daba gran fuerza y persuasion, penetrando asi en el espíritu de cuantos le oian, y atrayendo á todos al conocimiento y confesion de la verdad católica, gérmen de esperanza y fecundo origen de todo bien, sin que el mal pueda emponzoñar sus buenos frutos, toda vez que el espíritu dócil oiga y retenga la autorizada voz que se le dirige, sin otro interés que el del mismo á quien el sacerdote habla y exhorta. En disposicion, pues, de llenar cumplidamente el importante cargo de evangelizar al mundo la paz y el reino de Dios, y sabiendo los Padres superiores cuánto adelanta un misionero que conoce el idioma del lugar adonde ha de ir, mandaron al P. José Reeve á Inglaterra, para que allí misionára y pudiese con sus esfuerzos impedir el que la pretendida reforma avanzase en el país que un dia fué emporio del catolicismo, y que por una fatal obcecacion experimenta hoy su decadencia, sin duda alguna como consecuencia legítima de haber desconocido el origen

de toda verdad, de no haberse hecho cargo de que *fuera de la Iglesia católica no hay salvacion*, como dijo muy acertadamente un sabio contemporáneo (Chateaubriand). Grandes fueron los esfuerzos que desde el primer dia hizo para atraer al catolicismo á aquellas pobres gentes, que por ignorancia y no por malicia se habian apartado del camino que guia á la verdadera dicha, y que si no volvian al redil de Jesucristo tan pronto como era de desear, no era ciertamente porque les faltase la intencion ni la conviccion íntima de que solo el catolicismo es la verdad, sino porque los propagandistas de la secta disidente tuvieron esa astucia segun el mundo, de que nos habla la sagrada Escritura, y pudieron por consiguiente combinar las cosas de modo que los intereses materiales como que arrastran á los pobres á que en materias de religion opinen y áun obren como los magnates, los cuales tenian por necesidad que adoptar la pretendida reforma, toda vez que ella les daba ámplia é ilimitada facultad para abusar en todo y por todo de su posicion y de los demás. Aun cuando la reforma ha hecho desgraciadamente muchos prosélitos, y éstos en su mayor número son la gente acomodada, ha quedado un gran número de ellos, tambien importantes, que considerando como es justo y exacto que solo dentro del gremio católico es posible encontrar la ventura y la dicha, solo en la observancia de los preceptos y consejos del Evangelio puede lograrse la perfeccion, único medio de ir á la eterna gloria, quieren que sus casas sean templos, sus gabinetes santuarios, y que los jóvenes, especialmente las del sexo débil, no tengan motivo ni ocasion alguna para contaminarse en las perniciosas máximas, tan frecuentes en todas las enseñanzas; y para evitar este inconveniente tienen á sus expensas un capellan católico, que presta, como es consiguiente, sus buenos servicios al comun de los fieles, bien en la iglesia, bien en el mismo oratorio de la casa particular, que se facilita con gusto á cuantos lo han menester para aprovecharse en él de las gracias de nuestro buen Dios. Pues bien, en una casa de estas, la de lord Cliffort, fué buscado, y buscado con afan, nuestro apreciable P. Reeve, y él, con acuerdo de sus superiores y conservándoles siempre la debida dependencia, áun cuando allí parecia estar aislado é independiente, aceptó este encargo porque le proporcionaba una manera muy directa de cumplir su propósito de misionar, y además la honrosísima y útil ocupacion de educar á aquella familia, que ciertamente ganó mucho con la presencia y hospedaje de este Padre, pues que si bien eran los ascendientes de ella sumamente piadosos, todo el esmero y esfuerzo del Padre para sostenerles en el catolicismo, y los rasgos tan frecuentes como notables de virtud que aquella casa trazaba, no podian ménos de producir su efecto en los fieles, para quienes desgraciadamente es de más importancia el ejemplo de un señor principal que todas las doctrinas que se les prediquen, por más que éstas lleven

en sí la más convincente persuasion. Muchos años estuvo en aquella casa nuestro buen Reeve, dando admirables ejemplos de virtud, y aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para inclinar al bien, no solo á la familia en cuya casa estaba tan respetado como querido, sino á todos los fieles, cualesquiera que fuesen sus condiciones, demostrando él siempre su vivo deseo de hacer que el conocimiento y la gloria de Dios, extendiéndose por do quiera, hagan fecundas sus misericordiosísimas miras, y procurando tanto bien á las almas, cuanto le era posible, sin más interés que el de los fieles mismos, como padre cariñoso, cuyos desvelos son todos encaminados al bienestar, prosperidad y adelantos de sus hijos. En órden á su conducta, la misma rigidez, la misma observancia, el mismo espíritu de mortificacion que si estuviese en su colegio y áun en su noviciado; pues es lo cierto que aunque vivia en el mundo, tenia el mismo recogimiento que en el claustro, y si bien es verdad que las necesidades de los fieles le tenian siempre á su disposicion, tampoco cabe duda en que sin éstas un perfecto retraimiento era su conducta, una esmerada y exquisita vigilancia sobre sí mismo, la prueba irrecusable de que era verdadero siervo de Dios, siendo perfecto discípulo del gran Loyola, honra del mundo y fundador de la más admirable de las obras, de esa que surgió casi al mismo tiempo que la reforma de los protestantes, para hacer ver con sus heróicos esfuerzos, para demostrar con sus apostólicos trabajos, que si Dios permite que el extravío de unos arrastre á otros, Dios mismo proporciona el medio de que ese extravío se corrija; si los errores se propalan, tambien se predica con afan y con fruto la verdad católica, demostrando sus profesores y ministros en su abnegacion, en sus sufrimientos y en sus virtudes, que sus miras son mucho más elevadas que lo que el mundo puede prometerles, que su fin está en Dios, y el medio más adecuado para conseguir este fin, la cruz, acerca de la cual dijo Cristo ser preciso tomarla sobre sí, para seguirle. Contaba ya Reeve setenta y cinco años de edad, y cincuenta cumplidos de trabajos apostólicos, cuando el Señor quiso probar la fidelidad de su siervo, sujetándole á un trabajo muy penoso, haciéndole sufrir un padecimiento acaso el más triste que puede acontecer al hombre. El Padre perdió la vista sin saber cómo, y esto por consiguiente le privó de dedicarse á su santo ministerio tanto como quisiera, impidiéndole por consiguiente el leer; sin embargo, llevado por mano ajena, iba allí donde los fieles podian necesitarle, y les daba sus oportunas instrucciones, y á los ignorantes les enseñaba, y confesaba á cuantos se acercaban á él, y celebraba el santo sacrificio de la misa en la casa particular donde vivia, porque en público no hubiera podido hacerlo en razon á que no tenia tino, ni le pudo adquirir nunca, y eso que fueron no ménos que doce años los que llevó sufriendo este tan terrible padecimiento, que además de

los dolores que le son consiguientes, tanto más sensibles, cuánto que la parte es tan delicada; tiene contra sí esa penalidad del no ver, que hace tan triste la existencia del pobre ciego; pero que el P. Reeve llevaba con tanta resignacion y con una paciencia tan admirable, que esto mismo atraia á los fieles á la perfecta observancia de las más menudas prescripciones, tanto de las leyes como de los consejos evangélicos, así como al sufrimiento de toda suerte de males, pues siempre que alguno les acometia, sabian decir al momento: *Sufre como sufre el P. Reeve.* Que no le apuraba gran cosa su estado, sin que por esto digamos que no le era muy sensible el hallarse en tan triste situacion, lo prueba muy á las claras el que en doce años que le duró su ceguera, ni una vez siquiera se le oyó quejarse, diciendo á cuantos se lamentaban de su suerte que no la podia haber más feliz que la que era conforme en un todo á los designios de Dios. Pasando, pues, esta época en el mejor servicio del Señor, y haciendo cuanto podia por cumplir con su ministerio lo mejor que le era dable, vió con semblante sereno que la muerte se le acercaba, sufrió con perfecta resignacion las molestias consiguientes á su última enfermedad, y en paz y gracia de nuestro Señor pasó de esta á mejor vida el dia 20 de Mayo de 1820, á los ochenta y siete años de edad y más de sesenta de ejercicio de su apostólico ministerio. Es imponderable el sentimiento que en su muerte tuvieron los señores de Clifford y cuantos conocian las apreciables circunstancias y prendas muy relevantes de tan ínclito varon, si bien todos confiaban en que sus buenas obras, tan repetidas y tan espontáneas, tan de caridad y hechas con tal abnegacion, no podiau ni esperar ni prometerse otra recompensa, sino el que Dios nuestro Señor las premiára con eterno galardon. Reeve, que como jesuita y como misionero habia sido tan apreciable, porque habia desempeñado perfectísimamente los cargos que se habian puesto á su cuidado, como publicista y literato tambien ha sido verdaderamente notable. Publicó un *Compendio de la Biblia*, que calcado sobre el del célebre Royaumont, le llevaba la ventaja de más precision en los relatos de los sucesos, y que compendiado todavía más por su mismo autor, vino á servir de texto en las escuelas de instruccion primaria, y por consiguiente á ser necesario que se hicieran numerosas tiradas de ejemplares, por cuyo medio su nombre recorria el mundo y se prestaba con su libro un gran servicio á la humanidad, pues podia fácil y sencillamente cualesquiera instruirse en nuestra religion, ó más bien el trazado de los cuadros que habian de representar el suceso más importante que la miserable humanidad pudo exigir en beneficio de sus hijos. Tambien publicó dos tomos de sermones, no ya para que pudiesen servir para predicarse como los de otros muchos hombres distinguidos que han prestado muchos servicios á la patria, sino tambien para acaudalar doctrina me-

diante ellos, y que sirviesen para tomar de ellos mismos asunto para predicar, adaptándose luego cada uno al estilo y maneras que le pareciese más oportuno; pudiendo bien decirse que esta obra del P. Reeve habia sido como una especie de selva, donde podian recogerse con provecho materiales, y materiales de buena ley, para hacer cada cual, segun su deseo, las obras que sobre el particular necesitase. Y por último, su obra clásica es el *Cuadro abreviado de la historia de la Iglesia*, en que se propuso refutar las muchas inexactitudes que los protestantes han ingerido en las relaciones que ellos hacen de las cosas del catolicismo, y que claro está han de tender á procurar desacreditarle, si es que pudieran conseguirlo. Las sólidas razones que Reeve adujo, así como su estilo contundente y las deducciones hechas con la lógica más exacta, como no podia ménos de suceder, fueron causa de que muchos tomasen el buen camino, apartándose del error, ó lo que es lo mismo, produjeron un verdadero triunfo de la verdad católica. Además de estas preciosas obras, compuso muchas poesías en latin y en inglés, que se coleccionaron, aunque no tienen en ningun concepto el mérito que sus obras clásicas, pues comenzando porque van dirigidas á asuntos frívolos en su mayor parte, y terminando porque estan hechas con muy poca atencion, demuestran que el P. José Reeve fué gran literato, pero pobre poeta.—G. R.

REGALADO (D. Gaspar Lozano y). Escasísimas son las noticias que acerca de este eclesiástico han llegado á nosotros; sin embargo, son más que suficientes para deducir que fué un hombre de nota en su época y acreedor á que las futuras le consideráran como de mérito. Prescindiremos de que lo elevado de su familia hubiera podido proporcionarle ventajosísima posicion en cualquier otro estado ó carrera á que se hubiese dedicado; y solo consignaremos su abnegacion en renunciar á todas estas lisonjeras esperanzas, que podian tambien fundarse en su acreditada capacidad y buen talento, para dedicarse á la carrera eclesiástica, que hizo con toda brillantez en las muy célebres universidades de Valladolid y Salamanca, que contándole como uno de sus más ilustres hijos, se glorian en él como no pueden ménos de gloriarse en quien tan excelentemente como Regalado secundaba los esfuerzos de sus excelentes profesores. A su debido tiempo y con título de una de las capellanías de su familia, recibió los órdenes sagrados hasta el presbiterado, confiriéndosele desde luego por sus prelados las facultades necesarias para dedicarse á la predicacion del santo Evangelio, y al desempeño del espinoso pero importante cargo de oir confesiones. Con constante asiduidad se dedicó desde luego á este ministerio, y fueron muchísimos los frutos que logró; verdad es que le ayudaban en mucho el que á su gran erudicion y profunda sabiduría agregaba una prudencia suma y un grande aplomo para no resolver de ligero, ni dejarse llevar de apariencias; así es

que, considerando atentamente cuanto le indicaban, é inquiriendo más y más sobre los puntos que habia de resolver, llegaba con tal acierto á comprender los asuntos, que sus resoluciones eran de un éxito, digámoslo así, infalible, y sus consejos procuraban á quienes los seguian todo el bien que podian apetecer. Por estos motivos el obispo de Leon, que conocia perfectamente los antecedentes de familia de nuestro D. Gaspar, y sabia bien cómo habia hecho su carrera y el provecho que habia logrado en sus concienzudos estudios, quiso valerse de él para confiarle cargos importantes, cuyo desempeño fué ciertamente acertadísimo, y en premio le concedió una canongía en su santa iglesia catedral. Desde el primer dia cumplió exactamente sus deberes, y por lo tanto mereció las simpatías de todos sus compañeros de cabildo, confiándole éste las más importantes comisiones, pues cada una en que mediaba la cumplia tan bien, que motivaba el que le nombrasen para otra, sin que nunca hubiera el más mínimo disgusto por su parte, ántes por el contrario, portándose siempre admirablemente. Pudo haber alcanzado otros ascensos en su carrera, pero renunció á ellos, porque Leon, sobre ser su patria, tenia para él muchísimos atractivos, y las gentes del país le estimaban sobremanera. Así es que allí concluyó sus dias en medio del aprecio más cordial de cuantos por cualquier motivo tenian con él relaciones. Dejó manuscritos muchos sermones y algunos otros trabajos de no poca importancia, aunque de pequeña extension. A instancias de algunos amigos suyos publicó en 1619 una porcion de poesías que habia hecho en diversas épocas, y á que tituló *Loores de los Santos;* las cuales le valieron justa celebridad, tanto porque estaban muy bien hechas, cuánto porque le demostraban muy capaz en un género que no era muy conforme al parecer con su carácter templado, formal y muy juicioso. Tales son las únicas noticias que tenemos del canónigo Sr. D. Gaspar Lozano y Regalado.—G. R.

REGALES (D. Joaquin). Nació este eclesiástico en Alcolea de Cinca el año 1748. Estudió humanidades, filosofía y teología en la universidad de Zaragoza, y desempeñó la cátedra de concursos sinodales, despues de haber recibido el grado de doctor. S. M. el Rey le confirió el cargo de racionero vicario de la insigne iglesia colegial de Monzon en 1775, en donde se dió á conocer en la oratoria sagrada y en las funciones de párroco. Pasó despues á ser canónigo penitenciario de la iglesia de Santa María la Mayor de la ciudad de Alcañiz en 1782, y en el de 1786 le nombró el Rey dean de la misma iglesia, haciéndole al propio tiempo juez eclesiástico de la misma ciudad y su partido el Excmo. Sr. D. Agustin de Lezo, arzobispo de Zaragoza. En 1799 el Rey le nombró su predicador, y la Sociedad Aragonesa le dió asiento entre sus socios de número. Sabio para la eleccion, y con una destreza y eficacia sorprendentes, reunió una riquísima coleccion de libros raros, y sus

investigaciones han sido muy útiles á los literatos, pues que les han proporcionado noticias muy difíciles de encontrar por otra parte. Fué muy conocedor de cuanto atañe á la piedad, á la policía racional y á la antigüedad. Debió morir Regales despues de publicada la obra de Latasa sobre los autores aragoneses en 1803. Las obras siguientes son las que cita Latasa como las principales que nos han quedado de este autor: *Sermon que en la Beatificacion del beato Miguel Argemir de los Santos, religioso profeso de la órden de la Santísima Trinidad, dijo en la iglesia de los PP. Trinitarios calzados de la villa de Monzon*; Barcelona, 1779, en 4.°: en esta obrita hay una carta del beato P. Fr. Juan Antonio Andreu, ministro de dicho convento y de su comunidad, ofreciendo este sermon al muy Rdo. P. Presentado Fr. Manuel Rovira, ministro provincial de esta órden de Aragon.—*Oracion panegírica de la dedicacion de la nueva iglesia parroquial de la villa de Alcolea de Cinca*, que predicó el 12 de Enero de 1783, la cual está dedicada al Excmo. Señor D. José Alvarez de Toledo, duque de Alba, etc.; Zaragoza, 1783, en 4.°—*Exhortacion á la ciudad de Alcañiz á tomar las armas*; oracion que pronunció el dia 31 de Agosto de 1794, en que se dió principio en la iglesia colegial de dicha ciudad á las rogativas públicas por la felicidad de las armas católicas en la guerra contra la Francia; Zaragoza, 1794, en 4.°—*Septenario de la Virgen de los Dolores*, con una introduccion histórica en que se refiere la aparicion de las imágenes de Cristo y de María Santísima, que se veneran en la colegial de la ciudad de Alcañiz; Zaragoza, 1792.—*Otro Septenario*, que se celebra en la semana de Pasion en la misma iglesia colegial de Alcañiz, con algunos versos y motetes que canta la capilla de su música; Zaragoza, en 8.°—*Recuerdos históricos, así eclesiásticos como seculares, de la ciudad de Alcañiz, segun escrituras, documentos y otros papeles*. Dejó manuscrita esta obra, y de ella se valió el beato P. Fr. Lamberto de Zaragoza, de Menores Capuchinos, al tratar de la de Alcañiz en su Teatro eclesiástico de las iglesias de Aragon.—*Descripcion histórica del partido de Alcañiz en general, y en particular de la ciudad*, en que se trata del clima, pueblos, producciones, literatos y demás particularidades de dicha ciudad; Ms. en 4.°—*Consulta para el régimen de la iglesia colegial de Alcañiz*; este es un tomo en fólio, para el gobierno de la expresada iglesia desde el año 179. Descríbese en ella cuanto debe hacerse en las festividades, cuaresma, adviento y demás epocas del año, arreglándole á rúbricas, práctica y costumbre de la metropolitana y usos de la expresada colegial; en este escrito empleó tres años el autor.—*Constituciones de la iglesia parroquial de la villa de Calanda*; 1797, en cuyo año las aprobó en un tomo el vicario general de Zaragoza.—A.

REGENHARDO (S.), diácono; religioso de la órden de S. Benito. Este varon justo y benemérito monje del monasterio Sithivense, sufrió el marti-

rio aplicado con tormentos cruelísimos al mismo tiempo que los santos Vocardo y Vinebaldo, presbíteros, y Geruvardo tambien diácono. En tiempo que entraron é invadieron los daneses á Flandes, destruyendo y talando como la gente más bárbara cuanto se les ponia por delante, llegaron al citado monasterio, del cual ya se habian ausentado todos los religiosos, huyendo de sus iras y crueldad. Solo quedaron los cuatro santos nombrados, con objeto de guardar el convento, ó por otro accidente ignorado, hallándose á las puertas del mismo detenidos por la grita y ahullidos espantosos de sus perseguidores; los cuales despues de haber puesto fuego al templo y á todo el edificio, se ensañaron con aquellos santos inocentes é inofensivos, muriendo á sus manos, y ejerciendo en ellos los actos de la más exquisita crueldad. Este lamentable martirio ocurrió en el año de 861.—A. L.

REGGIO (Francisco). Nació este célebre astrónomo en Génova el año 1743, de una familia patricia, y como desde su más tierna edad se encontrase con vocacion al claustro, abrazó la regla de S. Ignacio á la edad de quince años. Luego que terminó sus estudios, le encargaron sus superiores enseñar la teología en el colegio de su ciudad natal. Luego que se suprimió la Compañía de Jesus por disposicion política, poco conforme con la piedad y con la gratitud que los pueblos católicos debian á este santo instituto, por los grandes é importantes servicios que habian los Jesuitas prestado á la religion y á los estados, se consagró al estudio de las matemáticas y de la astronomía, á la que tenia mucha aficion, é hizo en esta ciencia rápidos progresos, y su fama le llevó á ser el compañero de trabajos de Oriani y de Cesaris, empleados en Milan en el observatorio de Brera. En 1776 determinó Reggio la latitud y longitud de Pavía y de Cremona, estableciendo al propio tiempo la diferencia del meridiano de ambas ciudades con el de la capital de la Lombardía. De acuerdo con sus dos colaboradores levantó la carta de los triángulos de la alta Italia, que terminó en 1794, cuyo mapa se proponian los astrónomos italianos unir á los del Piamonte y de Francia. El resto de su vida le ocupó el P. Reggio en trabajos de esta especie, hasta que murió en Milan el 10 de Octubre del año 1804. Fué este jesuita miembro de las academias de Turin y de Mantua y de un gran número de sociedades literarias, y se conservan de él gran número de memorias y de observaciones publicadas en las Efémerides astronómicas de Mr. de Cesaris, desde el año 1775, cuyos títulos se hallan en el suplemento del P. Caballero, segunda parte, pág. 85 de la Biblioteca de la Compañía de Jesus, siendo las más principales memorias las siguientes: *Sur l'anneau de Saturne;* 1775.—*Diametres du Soleil et de la Lune;* 1776.—*Instruments de l' Observatoire de Milan;* 1782.—*Obliqueté et la hauteur moyenne du thérmomètre et du baromètre à Milan;* 1785.—*Observations sur les planètes de Piazzi et d'Olbers;* 1802, y otras: todas las

cuales aún se consideran con mucho aprecio por los que se dedican al estudio de la astronomía.—C.

REGGIO (Fr. Juan Francisco), dominico italiano; tomó el hábito y profesó en el convento que indica su apellido, muriendo despues de 1617. Publicó: *Sermon en elogio del B. Facio del P. Fr. Gio Francesco da Regio, de la órden de Predicadores*, pronunciado en la casa de Cremona el 18 de Enero; Brescia, 1617, en 4.°—S. B.

REGIDOR (Fr. Plácido). Natural este religioso de Cataluña, no podia ménos de ser contado por el Sr. Amat en sus escritores de este país; pero nos dice sobrado poco acerca de un monje que tuvo destinos que debieron hacerle más visible, y del que ignoramos las fechas de su nacimiento y muerte. Hallamos en el Diccionario del autor citado, que Regidor fué abad de Monserrat, de ese célebre monasterio, tanto por su ilustre historia cuanto por la situacion topográfica que ocupa, que es un maravilloso capricho de la naturaleza, muy celebrado en todo el mundo. Como despues nos diga Amat que Regidor vino á ser confesor de las monjas benedictinas de S. Plácido en su convento de Madrid, debiera haber añadido si fué porque se jubilase ó exclaustrase, ó por encargo especial, si no ya por supresion, de su Orden; pero se contentó con decirnos despues de lo expuesto por toda noticia, que tradujo varias obras al castellano con buen lenguaje, y que escribió en la obra titulada *Discursos de elocuencia sobre asuntos predicables*, premiados por la Academia Francesa; dos tomos; Madrid, 1781, imprenta de Sancha. Solo la fama del impresor nos bastaria para calificar de buena esta obra, pues que siendo uno de los más ilustrados que ha tenido España, pocas obras malas se han impreso en su casa, y estas solo por compromisos que no se habrán podido vencer fácilmente.—B. C.

REGIENSE (Baltasar), francés de nacion, capuchino de la provincia de San Luis, predicador apostólico y ministro provincial. Varon de insigne doctrina y erudicion, y que se ocupaba continuamente en la lectura y meditacion de las santas Escrituras. Así que con estos elementos dió á luz en alabanza de la inmaculada Concepcion, en idioma francés, una obra tan estimable por la erudicion como por la piedad que la distinguia y que tenia el título de *Eminentes privilegios de la Santísima Madre de Dios en su preservacion del pecado original*, cuya obra se imprimió en París en 1663, en las oficinas de la viuda de Dionisio Thierry; y tambien publicó, asimismo en idioma francés, una obra en dos tomos, titulada *De la piedad de los reyes de Francia*, la cual vió primeramente la luz en Aix *(Aquis Sextis)*, en casa de Cárlos David, y despues se reimprimió el primer tomo en París en casa de dicho impresor, en 1672, y el segundo y último tomo en Aix en 1674. M. N. y S.

REGIMBALDO (S.), obispo de Spira, á quien otros autores llaman Regimpoldo ó Regimboldo. Rader, en su *Bavaria Sancta*, no nos dice el año de su nacimiento ni las primeras circunstancias de su vida. Parece que fué monje en el monasterio de Eberspurg, donde obtuvo grandes alabanzas por sus buenas cualidades, en particular por su virtud y piedad, en que sobresalió por todos sus contemporáneos; pues fué la admiracion de sus compañeros y áun de la corte, que le honró con toda clase de favores y beneficios. Aprovechólos el Santo para con los pobres; pues fué en extremo caritativo, cediendo no solo sus muebles y hábitos, sino todo de cuanto podia él disponer, para los desgraciados que se le acercaban, y áun para aquellos que sin acercársele vivian en apuros y necesidades. Del monasterio de Eberspurg fué trasladado al de Sorishamen, donde residió un largo período, siendo quizá su abad; pues á tal le hacian acreedor sus méritos y buenas circunstancias. Algunos autores le hacen noble y descendiente de San Walsino, mas la crítica no ha dilucidado aún este punto, por lo que nos contentamos con asentar la especie esperando que investigaciones de agiólogos más entendidos acabarán de ilustrar esta cuestion si lo merece. S. Regimbaldo fué nombrado obispo de Spira, cuya diócesis gobernó por espacio de siete años, aunque tampoco en este punto se hallan acordes los autores, asegurando que no pasó de tres. En la administracion de su diócesis correspondió á sus buenos antecedentes, trabajando mucho y con acierto y celo en la conversion de los infieles, siendo un verdadero pastor, á los que además de los bienes espirituales repartia los temporales no teniendo nada suyo y siendo todo para todos. Su vida mereceria más larga relacion, si las crónicas antiguas no estuvieran discordes en la mayor parte de los puntos que á ella se refieren. Unos versos antiguos, bastante groseros, pero que dan una idea del estado de la literatura en Baviera en aquellas remotas épocas, por lo que principalmente los insertamos á continuacion, la cuentan del modo siguiente:

Cernitur in medio Seraphim celsissimus ordo,
Eximius meritò qui præsidet altus Olympo.
Est Cherubim dictus celsissimus ordo secundus
Hinc angelis similes consistere laude tonantis
Cœtus et angelicus reliquis sanctis venerandus
Collaudat Dominum propriâ Deitate respectum.
Formantur verè post almi quinque Prophetæ
Spem magnam nobis qui prædixere salutis.
Virgo Dei genitrix spes mundi, gloria, nutrix,
Gemma pudicitiæ, regali nata radice.
Hinc Patriarchærum devotus cerne senatum,

Hospitio Dominum qui sæpè recepit alendum,
Virgineo Verbum *portasti corpore* Christum,
Quæ Regem Regum generans sub tempore legum,
Hinc duodenus apes æquo discrimine judex
Secernit justos ab iniquis igne cremandis.
Istud non magnum dignanter suspice donum,
Quod Regimbaldus tibi præsul reddo misellus;
Munere sed parvo videas me cordis in arvo
Osse dabit mentem, simul et prolongat agentem
Pro peccatorum miseranda mole meorum,
Non tantum præsto quantum tibi debitus exsto,
Si Pater ac Natus Deus unus Spiritus almus
Est quod velle meum tibi plus donare paratum.

A San Regimbaldo se dedican además en Baviera otros versos mucho más elegantes y que nos han parecido dignos de insertarlos en este lugar.

Odit quærentes, fugientes Gloria *quærit;*
Ut sequitur corpus, corpus ut umbra fugit;
Unde tibi surgunt Tot, Reginalde, *Tiaræ?*
Cui gravis omnis apes est honor omnis onus;
Scilicet ut ferrum ducit Magnesia cantes,
Mitrorum titulos sic tua vita habit.
Rhætia Bona Nemes tua præsil nomina poscunt
Nomina dum spernis plurima, plura capis.

Tales son todas las noticias que existen sobre S. Regimbaldo, ó por mejor decir los honores que se le rinden en Baviera, la nacion católica por excelencia de la Alemania, donde se le da especialmente culto, sin que podamos asegurar el dia. Su muerte acaeció en 939 segun los mejores cronologistas.—S. B.

REGIMBERTO, abad de Richenow, es conocido por dos cartas de los monjes de S. Gal, publicadas en el tomo sexto de las Anécdotas del P. Pez. La primera, que lleva los nombres de Grimalt y de Talton, tiene por objeto enviar al abad un ejemplar de la regla de S. Benito, sacado de un autógrafo escrito por el mismo legislador. Habian añadido al márgen lo que se encontraba en algunos ejemplares, y marcado con dos puntos y un asterisco lo que se habia suprimido del texto original en otros ejemplares más modernos. La segunda carta es en general de todos los monjes de la abadía de S. Gal. Dicen á su abad que habian recobrado ya una parte de su tesoro, robado por

un bandido llamado Guncho; en particular una corona y una cadena de oro y cerca de la tercera parte de una cruz de oro con algunas piedras preciosas. De esta carta se deduce que el ladron habia hecho pedazos una buena parte de los efectos que habia robado.—S. B.

REGIMBOLDO, corepiscopo de Maguncia, es citado en el tomo segundo de las capitulares de Balucio por una carta canónica que le dirigió Rhaban Mauro en respuesta á diferentes cuestiones que le habia dirigido sobre la penitencia. Preguntaba en la primera cómo debia obrar con un hombre que maltratando á su mujer la habia hecho dar á luz tres hijos, dos de los cuales habian muerto sin el bautismo, y el tercero apénas le habia recibido. Rhaban le contestó que este hombre, por haber castigado con demasiada severidad á su mujer, habia caido en el crimen de parricidio, y que debia ser sometido á la penitencia de los homicidas, tal como se halla prescrita por el canon del concilio de Ancira. La segunda pregunta se referia á una persona mordida en el pie por un perro rabioso. Algunas personas le habian dado á comer, sin que lo supiese, la misma asadura del perro como un remedio á propósito para curarle; Rhaban excusa á los que habian obrado de este modo, si lo habian hecho sin intencion de hacer daño, y dice que es necesario prohibir emplear en lo sucesivo semejante remedio; y para borrar la falta en que pudiesen haber caido, les impone por penitencia algunas disciplinas ó algunos dias de ayuno. A la tercera pregunta, en que se trataba de crímenes abominables contra la pureza, declara que se debe castigar á los culpables con toda la severidad de los cánones. Deja sin embargo á este corepiscopo la libertad de moderar la penitencia conforme á la discrecion, que es la madre de todas las virtudes. En otra ocasion consultó Regimboldo á Rhaban Mauro sobre diversos asuntos, aunque relativos tambien á la penitencia.—¿Qué debe hacerse, le decia, del que tiende un lazo á un cristiano para hacerse dueño de él y venderle despues á los paganos?—Rhaban contesta que siendo este hombre culpable de homicidio debe ser sometido á la penitencia decretada por el concilio de Ancira contra los homicidas. Cita con este motivo el pasaje del Deuteronomio, en que leemos que si un hombre es sorprendido tendiendo un lazo á su hermano de entre los hijos de Israel, y habiéndole vendido como esclavo ha recibido el dinero, será castigado con la muerte. La segunda pregunta se referia á los niños ahogados al nacer, aunque de matrimonio legítimo, ignorándose si han sido ahogados expresamente, ó si han muerto naturalmente; Rhaban decide, que aunque no parezca que han sido ahogados por falta de sus padres y de sus madres, estos no deben tener su conciencia tranquila, y que se les debe imponer una penitencia, pero que si reconocen que son la causa de la muerte de sus hijos, deben ser castigados como homicidas y hacer una penitencia de diez años,

segun la decision del concilio de Ancira. Rhaban manifiesta que despues se ha abreviado el tiempo de esta penitencia, reduciéndola á tres años, pero únicamente para los que habian ahogado á sus hijos por falta de precaucion. Se veian obligados á pasar el primer año ayunando á pan y agua y viviendo en la continencia durante todo el tiempo de su penitencia. El tercer caso propuesto por Regimboldo era saber si podia alguno casarse con la viuda de su padre. Rhaban le remite á lo que habia dicho sobre este asunto en su respuesta al obispo Humberto, de que le envia copias, para que supiese el grado en que era permitido el matrimonio entre parientes. Decide á la cuarta pregunta que los crímenes de adulterio y de fornicacion cometidos entre parientes, debian ser castigados con mucha severidad, por pertenecer al número de los crímenes más graves. Con cuyo motivo menciona la ley del Levítico, á que condena á muerte á los adúlteros y los incestuosos; cita tambien los cánones de los concilios de Neocesarea, de Leodicea y de Ancira. Este último condena á los adúlteros á siete años de penitencia. Teodoro de Cantorberi ordenó doce para los incestuosos, otros quince y algunos solamente siete. Exhorta á Regimboldo á fijar el tiempo, con relacion al fervor y sinceridad de dolor de los penitentes. Este corepíscopo habia preguntado tambien si era permitido cantar misas ó salmos por un esclavo, que habiendo huido de casa de su amo habia muerto durante la fuga. Rhaban contestó que esto no se hallaba prohibido en las Sagradas Escrituras; que el apóstol S. Pedro ordenaba únicamente á los esclavos ser sumisos á sus dueños, ya fuesen buenos y amables, ya rudos y soberbios; que el Concilio de Gangres, en su tercer cánon, pronuncia anatema contra los que autorizan á los esclavos á retirarse del servicio so pretexto de piedad; que se debe advertir á los que han abandonado á sus dueños que vuelvan á su servicio, por temor de que despreciando el mandato del Señor, no sean heridos con perpétuo anatema; que se debe sin embargo pedir por los esclavos muertos en la fuga, si no han cometido otros crímenes que hagan infructuosa la oracion que se hiciese por ellos; apoya su respuesta en un pasaje de S. Agustin, en que se dice que cuando se ofrece el sacrificio de la misa por todos los bautizados, es una accion de gracias por los justos, una propiciacion por los que no son expresamente malos, y un consuelo para los vivos cuando aquellos por quienes se ofrece son muy malvados. La sexta pregunta se refiere á un hombre que llamándose sacerdote, aunque no lo era, habia administrado el sacramento del bautismo. La respuesta de Rhaban es que se debe saber si este hombre estaba bautizado y si habia conferido el bautismo por medio de las tres inmersiones y en nombre de la Santísima Trinidad, y que si se habia verificado así, no se debia repetir el bautismo, sino únicamente confirmar por la imposicion de las manos del

obispo y por la uncion del santo crisma lo que se habia hecho. Refiere sobre esto las opiniones de S. Ambrosio y de S. Agustin. La última pregunta es relativa á los que durante la cuaresma han comido carne ó los que han jurado sobre el altar ó las reliquias de los Santos. Rhaban no se explica con claridad sobre esta clase de juramentos, pero dice que los que no ayunen de la manera que se ha ordenado por la Iglesia, rompen la unidad y obran contra las tradiciones de los Santos Padres; que por lo tanto se les debe imponer penitencia. No fija el tiempo diciendo que se debe dejar á la discrecion del sacerdote, que debe alargarle ó acortarle segun el fervor ó la frialdad del penitente.—S. B.

REGINA (Santa), religiosa de la órden de San Benito, en el monasterio Donaniense. Esta ejemplar y virtuosísima Santa fué reina en el nombre, y reina en la sangre, pues era sobrina del rey Pipino. Reinó en el reino de sus pasiones y potencias, que rigió con grande acierto; y últimamente fué reina, porque fué esposa del Rey de los reyes. En su primera juventud tuvo por marido, obedeciendo á sus padres y á su tio el rey, al beato Adelberto, del cual tuvo diez hijas, á todas las cuales hizo monjas de la órden de San Benito, consagrándolas á Dios con raro ejemplo de piedad, no mirando en la sucesion de su casa á cosas ó intereses de la tierra para sus queridas hijas. Las puso en el monasterio de Santa María y San Martin Donaniense, que ella fundó, y despues de muerto su marido, tomó ella tambien el santo hábito, sujetándose á una de sus hijas, la beata Regenfreda, que era la abadesa, y dándola la obediencia en su profesion, viviendo con grande humildad y observancia, y muriendo allí santamente, donde existe su santo cuerpo con grande veneracion.—A. L.

REGINALDO (S.), obispo. Profesó la regla santa de la Orden Benedictina en el monasterio de Spira, en Alemania, en Augsbourg, célebre por los santos Udalrico y Afra, del cual no mucho tiempo despues mereció el ser su abad. Fué del linaje ilustrísimo de los condes de Kyburgo y Dilinga, pero sus religiosas inclinaciones le hicieron preferir y estimar mucho más la pobreza de Cristo. De la abadía referida fué llamado para ser abad Ebersporgense; habiéndolo ejercido y desempeñado once años con insigne fama de santidad, en la provincia de Boica, fué llevado igualmente por abad del monasterio ilustrísimo Laurishaimense. De allí fué promovido al obispado de Spira, habiéndolo conocido, tratado y amado mucho el emperador Conrado Salico. Mostró en todos estos puestos elevados y honoríficos cuán evidente es que son utilísimos á la Iglesia aquellos prelados que huyen de las honras y dignidades, y que salen forzados de la vida religiosa, tranquila y retraida, como salió este Santo. Fué tan gran padre de los pobres, que este era el único dictado con que todos le conocian y celebraban.

Del mismo modo é igualmente fué devotísimo de la Madre de Dios nuestra Señora, y áun en la actualidad dura un candelero grande dorado, de bronce, de maravillosa arquitectura, ofrecido á esta soberana Señora, con una inscripcion, digna de su santa humildad, que dice así:

Istud non magnum dignanter suscipe munus
Quod Reginhaldus tibi Præsul reddo misellus.

En lengua alemana se escribe su nombre como en estos versos. Pasó de esta vida mortal á la eterna, y floreció por los años de 920.—A. L.

REGINALDO (S.). Fueron completamente oscuros los antecedentes del gran prelado, cuya historia vamos á referir tomada de los más autorizados autores, entre los cuales citaremos á Lorenzo Surio, los Bolandos y Ferrario. Despues de una carrera completa y cuando sus merecimientos le hicieron acreedor á ello, obtuvo una canongía en Lyon, despues disfrutó del cargo de presidente ó gobernador de la importante provincia eclesiástica llamada *Flaminia*, que por mucho tiempo estuvo vacante, y luego propuesto para un obispado, pareció más á propósito para que ocupára la silla metropolitana de Rávena. En su eleccion hubo alguna dificultad, no porque no tuviera todas las circunstancias que eran de desearse, sino porque los moradores de aquella gran capital estaban interesados por Reginaldo, esperando y con razon que sería gran prelado; pero habia otros que sostenian á un tal Leonardo, hombre tambien de buenos antecedentes, aunque no tan probado como nuestro buen Reginaldo. Reñidísima fué la contienda en que unos y otros se enzarzaron por este motivo, hasta el extremo de no haber avenencia alguna, y tener que llevar la contienda al Papa para que la dirimiera. Era á la sazon soberano pontífice Benedicto XI, el cual habia oido predicar á Reginaldo, y atendia mucho á la voz del pueblo, porque decia soler estar cerca de la voz de Dios; eligió á Reginaldo, concediéndole la distincion de consagrarle por sí mismo en su oratorio particular el dia 19 de Noviembre del año primero de su pontificado (1292). Tambien habia llegado á la noticia del Pontífice la fama de las virtudes del siervo de Dios, y este motivo no habia dejado de influir en su eleccion, pues Reginaldo era excelente sacerdote. Al momento mismo de consagrarle le confirió el palio arzobiscopal, y desde el momento mismo en que se celebró la ceremonia, se creyó ya Reginaldo obligado á procurar por su grey, por lo cual al punto pasó á su diócesis para comenzar su gobierno, que desempeñó cual convenia á un siervo tan predilecto del Señor. Conociendo como no podia ménos de conocer lo importante que es para el buen gobierno de la diócesis que el prelado esté al pormenor de las necesidades de su diócesis, lo cual única-

mente se logra haciendo la santa visita con aquella detencion y esmero que merece obra tan importante, emprendió la de su diócesis, quitando á esta solemnidad todo lo que de gravoso la suelen hacer tener algunos prelados ménos considerados, que lo que fuese de desear y es justo, y haciéndole producir los abundantes frutos que está llamada á dar cuando se desempeña como es debido. A consecuencia de lo que aprendió en la escrupulosa visita que giró por toda su diócesis, convocó un concilio provincial, que se celebró en Rávena en 1307, al cual hizo concurrir á lo principal de su senado y á Lamberto, su presidente, porque queria en él, como lo consiguió, conciliar con los justos y legítimos intereses del estado los no ménos legítimos de la Iglesia, é hizo por consiguiente que las primeras sesiones tuviesen este objeto, para que luego pudieran tratarse los demás puntos disciplinales y de economía particular de las iglesias, etc., sin la presencia de la autoridad civil, á quien se dió gracias por su atencion, luego que hubo acabado su cometido; y en realidad de verdad Reginaldo tuvo en mucha estima las deferencias que le habian hecho, tanto en órden á la convocacion del concilio, y el facilitar á los Padres el medio de trasladarse á él, cuanto despues en las concesiones que hizo á las iglesias, de conformidad siempre con lo que la asamblea proponia. Así es que Reginaldo pensó en mandar una comision que al presidente y á la corporacion diesen gracias en nombre de la santa asamblea, por la deferencia y bondad con que la habia tratado. Cosas del mayor interés en el órden puramente eclesiástico se trataron allí con el mayor acierto, y logró el prelado con ocasion tan solemne, la de dirigir á todos un notabilísimo discurso acerca de la necesidad de que todos trabajasen cuanto estuviese á su alcance para la gloria de Dios, y demostrando que esta puede procurarse muy mucho si se cumple perfectamente las obligaciones que impone el importantísimo ministerio sacerdotal, del que todos los allí congregados participaban. A las definiciones capitulares se les daba toda la autoridad que canónicamente tienen, y para que tuviesen más fuerza los acuerdos tomados en esta asamblea, el prelado de Rávena remitió todas las actas del concilio á la aprobacion del sumo pontífice, que era Clemente V, que habia sucedido á Benedicto, y que por entónces residia en Aviñon por los motivos que justificaron esta traslacion, y que como no competen á este lugar, nos abstenemos de exponer. En todas sus partes fueron aprobadas las decisiones de este concilio, y tanto el prelado que le convocó, cuantos los Padres que á él habian concurrido, merecieron del sucesor de Pedro los más justos elogios, porque la reunion de la asamblea fué á la verdad un paso de importancia, pues de esta suerte se pusieron verdaderamente á cubierto los intereses de aquella provincia, punto que merecia muy mucho la atencion á aquel que habia recibido de Dios la importante mision de dirigirla al cum-

plimiento de los designios del mismo Dios acerca de ella. Para que se forme un juicio acerca del mérito de nuestro esclarecido prelado, y por si esta determinacion de reunir el concilio, que tomó y llevó á cabo con el acierto que hemos visto, nos pudiera parecer cosa en que se marca poco el espíritu y disposicion del Arzobispo, consignaremos que el gobernador de Rávena no quiso nunca dar un paso sin consultar con el prelado, y que á esto le obligó hasta cierto punto el acierto con que dictaba sus consejos, la oportunidad con que prescribia y tomaba las resoluciones; por cuyo motivo, es decir, por la suma confianza que en él habiadepositado, puede decirse que las importantes resoluciones que en lo temporal se tomaron en Rávena, fueron de nuestro excelente prelado, pues si bien es verdad que no era de su incumbencia el sancionarlas, y por esto no las sancionaba, tampoco cabe duda en que él las proponia, y todos las respetaban como suyas, porque todos sabian que gobernaba tambien lo temporal, no porque lo quisiera, sino porque á ello le obligaba la cualidad de senador, inherente á su cargo, y la circunstancia del grande afecto que el presidente le profesaba. Uno de los rasgos que más le enaltecieron y que produjo muy buenos efectos para la causa de la Iglesia, algun tanto despreciada por los magnates, que querian tener en sus negocios una intervencion que de ninguna manera les competia, fué el que por su consejo se concediese la más ámplia amnistía á algunos de los que estaban expatriados por motivos justos, es verdad, pero políticos, y que pudieran muy bien tener su fundamento en la algun tanto exagerada rectitud del que con acierto, es verdad, pero con un deseo más vivo de lo que ser debiera, procuraba los intereses de aquel pueblo. Tan feliz suceso, que sin vacilar puede asegurarse que favorecia á los intereses de todos y acreditaba á los que concedian esta gracia, porque en hecho de verdad existia motivo para haber impuesto la pena á que se referia, parecia que debia haber atraido sobre Rávena las más prósperas felicidades, y sin embargo no fué así. A muy poco de verificarse este fausto suceso, toda la Romania se perturbó, destronaron á Roberto, rey de Sicilia, y la Italia toda experimentó las más desastrosas consecuencias de un vértigo revolucionario que no tenia fundamento alguno sino en el descontento de unos pocos que no podian hacer cuanto querian, y que á trueque de gobernar á su antojo no reparaban en los medios que para llegar á sus designios habian de ponerse en juego. Reginaldo tuvo el sentimiento que era natural en tan graves acontecimientos, y solo su autorizada voz pudo calmar un poco los ánimos de los de Rávena, é impedir que tomasen una resolucion que habria sido para ellos fatal, como lo habian sido para los que se habian revolucionado las consecuencias de su punible atentado. A esta sazon estaba el Sumo Pontífice muy preocupado con las desatenciones y

áun tendencias al error, que no solo propalaban sino querian hacer prevalecer los caballeros Templarios, y meditaba el darles una leccion cual convenia, para la cual les habia formado expediente canónico, á fin de que, averiguados los hechos y sujetos á un juez especialmente diputado para esto, se les exigiera la responsabilidad de su conducta y se les obligase á resarcir en lo posible los perjuicios, tomándose para lo sucesivo las providencias que pareciesen procedentes. Claro está que el sujeto de quien el Padre comun de los fieles se valiera para desempeñar la importante comision de resolver el delicado asunto de los Templarios habia de ser hombre de gran ciencia, de no menor prudencia y de virtud, pues el conjunto de estas circunstancias seria únicamente lo que aseguraria el éxito de la empresa; pues bien, el arzobispo de Rávena Reginaldo es el escogido para esto, y no como quiera, sino confiriéndole las más ámplias facultades para que en todo y por todo resolviese, pues el Santo Padre sancionaria lo que determinase, y eso seria lo que se llevaria á cabo. Reginaldo al recibir tan importante comision desconfió de sus propias fuerzas y puso toda su esperanza en los auxilios del cielo, que pidió con las más encarecidas instancias y aumentando nuevos rigores á su gran mortificacion y dedicando más horas á la comunicacion con Dios en la oracion, que era de donde él procuraba sacar todo lo que hiciese para el mejor éxito y feliz terminacion de tan delicado asunto. No quiso resolver por sí á pesar de que ya ponia en Dios toda su confianza, y estaba seguro del auxilio del Señor para tan importante asunto; aprovechó la ocasion de que algunos prelados estaban reunidos en Bolonia para preguntarles sobre el particular, y como no encontrára la opinion de éstos de acuerdo en todo con la suya, sin que esto lo atribuyamos á presuncion, ni mucho ménos, sino con el único fin de acertar y de que no le quedase remordimiento alguno de no haber consultado en forma á los que como él eran depositarios de la fe, reunió en Rávena otro concilio en 1311, con el mismo objeto de ventilar esta tan importante cuestion. Como una prueba del acierto, tino y desinterés con que manejaba este asunto, citaremos aquí los que asistieron á esta reunion, todos mandados llamar exprofeso por el Arzobispo, y todos hechos venir porque él creia que unos eran favorables á la causa de los Templarios, y á estos convenia oirles por lo bueno que de ellos podian decir; otros estaban contra ellos, no precisamente contra ellos personal é individualmente, sino contra sus abusos y contra las doctrinas que propalaban, y estos convenian para aclarar más y más las cosas; y por último, la mayor parte eran los eminentes sábios que en su provincia tenian las diferentes familias religiosas allí establecidas canónicamente. Los que asistieron fueron el Arzobispo, que le presidió por ser el primado y por celebrarse en su diócesis: Hugo, obispo de Plasencia; Uberto de Feretri, Federico de

Rímini, Uberto de Bolonia, Enrique de Reggio, Mateo de Cervetero, Pedro de Forlim y el electo de Favenza, que era Ugelino. Asistieron los padres dominicanos Nicolás y Juan y el Franciscano Vicente, que eran los tres inquisidores en Flaminia; el arcipreste de Módena en representacion de su cabildo; el arcipreste de S. Donon; Gerardo Carnazanio, en representacion del obispo y cabildo de Parma; Gentil, vicario del obispo de Ferrera; el preboste de Módena, como vicario del obispo Foricorneliano; Juan Abad, vicario del obispo Adriano; el procurador del obispo de Cimaella; y algunos otros que por distintos motivos fueron llevados á aquella importante reunion donde iban á ventilarse los más graves asuntos. Reunidos para la sesion preparatoria, é invocada la asistencia del Espíritu Santo con las ceremonias que para tales casos prescribe la Iglesia, lo primero que hizo Reginaldo fué anunciar al santo Concilio que habia hecho llamar á unos cuantos de los caballeros Templarios, ya para que á su vez ilustrasen á aquella respetable reunion, ya tambien para que conociendo en todas las resoluciones de ella, no pudieran en su dia aducir pretextos para evadir el obedecerlas, si, como podia suceder y era así de esperar, alguna de las resoluciones de la asamblea no eran conformes con los deseos y miras de los Templarios; procedióse pues, aprobándolo toda la reunion, á llamar á los designados de entre los caballeros Templarios, y lo fueron los Sres. Raimundo Fontana y su hermano Jacobo; Mauro, Jacobo, Alberto y Guillermo de Pigazano, y Pedro de Casia; todos los cuales prestaron en manos del presidente del Concilio el debido juramento en otros términos, pero sustancialmente bajo la misma idea que lo habian hecho los Padres y como se requiere canónicamente. Encomiar el acierto de Reginaldo al tomar todas estas disposiciones y hacer ver cuán bien dispuesto estuvo todo para el mejor logro de sus deseos, que eran como los de todo católico el mejor acierto en una cuestion tan importante, seria ciertamente ocupar un tiempo precioso y un espacio que para otra cosa nos es necesario; así como nos creemos excusados de exponer las cuestiones sobre que habian de girar las controversias, porque esto todo lo que probaria seria el acierto de Reginaldo en disponer las cosas del Concilio de tal manera, que diese un resultado seguro; solo diremos que habia estudiado tan perfectamente los extravíos de los Templarios, que ni uno solo se le habia escapado, y en sus errores y calificacion de ellos habia guardado una gradacion tan exacta, que ni siquiera se habia equivocado en anteponer ó posponer una proposicion; habiendo él hecho por sí esta obra, que es siempre exclusiva de un sujeto á quien el Concilio designa, y que en las circunstancias de que nos ocupamos habria embarazado mucho la resolucion de los Padres, porque diseminadísimos como estaban los errores, cualquiera hubiese necesitado largo tiempo para reducirlos al estado en que los presentó

Reginaldo. Traidas, pues, á discusion una por una las cuestiones en que se les acusaba con razon haber faltado á la confesion de la verdadera fe, y oidos los representantes de la Orden, se mandó por el Concilio que se les prohibiera el cuestionar sobre las tésis en que se presentaban disidentes, se les obligó á que se sujetasen enteramente á lo definido por la Iglesia, y que individualmente fuesen puestos á disposicion de la Santa Inquisicion, para que el tribunal de la fe dictase sobre cada uno la sentencia y aplicase la pena á que se hiciera merecedor. Mandóse, como era consiguiente, al Papa la competente certificacion de lo actuado ó más bien un extracto de todo lo hecho por aquella reunion católica, para que Su Santidad decidiese; y la decision fué no solo conforme con lo acordado por el Concilio, sino mucho más severa, porque mandó que además de sujetarse á juicio, y á juicio de tribunales especiales, á los principales caudillos y propagandistas, castigándolos con la más rigorosa severidad, disolvió la Orden y declaró fuera del gremio católico á todos y cada uno de los que siguiesen aquellas disolventes doctrinas. Que los Templarios no se sujetaron á la Iglesia, y que esta tuvo que tomar acerca de ellos severísimas resoluciones, que no hubiese nunca querido que se llevárán á cabo en hijos suyos, es una verdad que acredita la historia, porque ellos obligaron á la Iglesia á tomar esta resolucion severa, á causa de los inicuos tratos que ellos dieron á los fieles, á pesar de que los fieles nunca se les opusieron, y con demasiada condescendencia accedian á sus pretensiones, las más veces ridículas, y siempre rebosando esa altanería que les habia hecho adquirir la preponderancia que tomáran un dia. Parecia cosa clara que dado por el Concilio provincial, que presidió y dispuso Reginaldo, el cánon, por decirlo así, para la extincion de la órden del Temple, á él debia de encomendarse esta comision, y en efecto se hizo así. El pontífice Clemente V, que habia pedido informe, ó más bien dado comision para que Reginaldo esclareciera lo que hubiese sobre el particular, habia sido sucedido por Juan XXII, el cual no miraba con ménos atencion los asuntos de la Iglesia, ni los graves males que se seguirian si la cuestion de los Templarios no se terminaba de una vez; así que dió á Reginaldo los más ámplios poderes para que separase del gremio de la Iglesia al conde de Urbina y sus tres hermanos y á los partidarios de estos, por ser todos contrarios á la Iglesia, los unos por su arrojo, los otros por su temeridad en secundar tan maquiavélicos designios. Era un poco árdua la empresa, porque de todas partes venian noticias las más fatídicas acerca de los atropellos, crímenes y por consiguiente víctimas, que hacian los pretendidos defensores de la verdad; mas ninguna de estas cosas aterraba al arzobispo de Rávena; él creia que nada podia sucederle mejor que dar su vida por Cristo y por su Evangelio, así como de que en todo caso, trance y circunstancia debia cumplir lo

que el Papa le mandase, fuese cual fuese la dificultad que ello ofreciese; así que con invencible constancia anduvo, inquirió é hizo cuantos esfuerzos son imaginables, hasta que logrando avistarse con los sugetos mismos á quienes tenia que intimar las sentencias canónicas, se las intimó, no sin haber ántes cumplido las prescripciones de la Iglesia para tales casos, y sin perdonar ninguna de las diligencias precisas para el desempeño de su ministerio, habiendo tenido alguna vez que autorizar por su propia mano, y sin secretario, los documentos; porque á todos sus allegados les habia poseido el terror que justamente excitaba el conocimiento de la atroz saña de los que ya perdidos pensaban asegurar el triunfo del error por medios que ni á Trajano ni á Diocleciano, mucho más fuertes que ellos, les pudieron dar resultado favorable. Por supuesto que la energía y vigor que Reginaldo desplegaba contra los enemigos de la fe contrastaba de un modo admirable con la benignidad, dulzura y bondadosa acogida que dispensaba á los que, reconocidos, confesaban su error y profesaban la verdadera fe; y esto era natural, porque como Reginaldo no era sino el ejecutor de los designios de Dios, tenia que ser severo con el malvado, pero muy benigno, muy manso y humilde con el miserable, persuadido siempre de que las fragilidades Dios las permite para gloria de su misericordia, así como la perversidad del corazon, que se vió en los últimos partidarios y caballeros del Temple, solo la permite para que haga sentir su justicia áun en este mundo. La conducta de este esclarecido prelado no pudo ménos de satisfacer al Santo Padre, porque vió en él el exacto cumplidor de su suprema voluntad; y si hubiera consentido en ello, le hubiese elevado al rango cardenalicio; pero Reginaldo, como tenia por fundamento de todas sus obras la más profunda humildad, y no queria salir de su pobre celda más que lo que le obligase el cuidado de su diócesis, lo único que suplicó á Su Santidad fué que le dejára en su arzobispado sin más cuidado que el de su grey, que sin embargo era bastante y no poco importante, pues bien sabemos la responsabilidad que impone una mitra como la de Rávena, y mucho más en circunstancias tan críticas como las que atravesaba la Iglesia en los principios del siglo XIV. Retiróse, pues á su diócesis, y anhelando el que todos sus fieles súbditos supieran el resultado de sus gestiones acerca del Temple, no por otro motivo que para que alabasen á Dios por el esclarecimiento de la verdad, y le diesen la gloria que era debida á sus tan repetidas misericordias, reunió otro concilio en Bolonia el año 1317, en el cual se tomaron providencias muy acertadas para el régimen de su metrópoli; despues se retiró á Rávena y trató de restablecer una corporacion, que habia ántes existido, de sacerdotes piadosos, que se retiraban del bullicio del mundo para entregarse con más libertad y sosiego á los ejercicios de contemplacion de las eternas verdades y de caridad para con sus

hermanos, y á esta restablecida corporacion la prestó su apoyo, habiéndola hecho una iglesia y convento en la casa Ursiana, que dedicada al culto de Dios y poseedora como depositaria de insignísimas reliquias, aseguraba su existencia, que era lo que pretendia su glorioso restaurador. Allí se retiraba él algunas temporadas á tratar con Dios en el retiro de la oracion del importante asunto de su propia santificacion, y del no ménos importante del bien de sus súbditos. No se crea que su estancia perturbaba en lo más mínimo el recogimiento, sosiego y mortificacion que reinaba en aquella deliciosa mansion, nada ménos que eso; él se hacia como uno de tantos, y como uno de tantos adelantaba tambien en su perfeccion. Estando en esta santa casa, y acabando de hacer la visita pastoral, que nunca dejó como no fuera cuando sus imprescindibles atenciones le impedian el dedicarse á hacerla, fué acometido de la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro. Si hasta entónces se habia mostrado humilde y celoso por la gloria de Dios, y hombre, en fin, que cumplia bien y fielmente con el importantísimo cargo que Dios nuestro Señor pusiera á su cuidado, en aquellos últimos momentos esforzó más y más sus fervores para poder presentarse á su Dios con confianza en sus misericordias. Además de sufrir con extraordinaria resignacion las graves dolencias que le acometieron, y de dar á todos y á cada uno los más saludables consejos durante su última enfermedad, admiró á cuantos lo presenciaron la manera de recibir los santos sacramentos, brillando en esta tan solemne ocasion todas las virtudes que anteriormente habia ejercitado con incansable celo, con éxito feliz para él, porque le habian acaudalado méritos provechosos para sus hermanos, porque habian experimentado sus beneficios. Hizo al poco rato que se le administrára la santa extremauncion, y recomendándose él mismo el alma, segun que el vicario general le leia las preces de la Iglesia, entregó plácidamente su espíritu al Supremo Hacedor de todas las cosas el dia 17 de Setiembre del año 1521. Apénas se verificó su muerte, que se conmovió todo Rávena, y todos comenzaron á propalar los sucesos prodigiosísimos que á su proteccion se debieron, y que no habian querido manifestar porque sabian de cierto que se resentia su modestia. Las honras fúnebres fueron cual convenia á persona de su elevado rango y de sus méritos personales, y no hay que decir que á ellas asistieron muchísimos de los principales de Rávena y otros que vinieron, algunos de bastante léjos, luego que supieron el mal estado de salud del esclarecido prelado. A pesar de su resistencia á todo lo que fuese distincion, los del cabildo, tanto eclesiástico como secular, de Rávena creyeron un deber suyo consignar de algun modo el respeto y aprecio que les merecia el ilustre prelado que acababan de perder, y le dedicaron un sepulcro de mármol, en el cual fué enterrado en una capilla de la misma iglesia de la casa donde murió, y que como dijimos era

obra suya. Allí estuvo haciéndose glorioso por los muy repetidos milagros que el Señor se dignaba hacer ante él, hasta que viniendo de arzobispo á Rávena el cardenal Julio Feltrio, quiso acelerar la causa de la canonizacion de tan esclarecido prelado, é hizo desenterrar su cadáver para confirmar la piadosa creencia que los de Rávena tenian de que no solo se conservaba incorrupto, sino que exhalaba un aroma muy delicado. Concurrieron á esta solemnidad ambos cabildos, y los oficiales que por su cargo podian dar fe de su resultado, y fué tan favorable, que en el momento mismo de separar la lápida, se inundó el templo de suavísima fragancia, y luego el cuerpo fué hallado incorrupto, y entónces mismo obró el Señor por la invocacion de su siervo los insignes milagros de curar completamente á dos enfermos declarados incurables. Con esto se acrecentó la fama de sus heróicas virtudes, y de lo mucho que habian agradado á Dios sus obras, así como de lo mucho que valia su patrocinio. Se pidió el exámen por Roma, se hizo, y salió favorable, habiéndose por consiguiente declarado por el Papa solemnemente que Reginaldo es santo confesor pontífice, y asignando á su fiesta el dia 17 de de Agosto.—G. R.

REGINALDO (S.), monje cisterciense, citado en las crónicas de su Orden, porque vió un milagro muy célebre, y referido con alguna detencion en todas ellas, siendo una prueba inequívoca de la santidad de este varon el haber merecido ver aquel milagro segun las relaciones de todos los cronistas de esta religion. Hallábase en efecto Reginaldo adornado de todo género de virtudes; tanto que áun en vida se le miraba como santo, siendo muy ilustre por los servicios que prestó á su religion en tiempo de la reforma. Era en extremo penitente, caritativo y humilde; no faltaba á ninguno de sus deberes religiosos, y siempre se le veia en el coro pasando noche y dia ocupado en actos de devocion. Sus contemporáneos le apreciaban por estas buenas cualidades, y deseaban elevarle al más alto grado de esplendor en su Orden; pero el humilde Reginaldo despreció siempre todo género de distinciones, contento con vivir en el retiro de su claustro, alabando á Dios y confundido por su pequeñez ante su extraordinaria grandeza y perfeccion. Pasó así largos años siendo el modelo de sus compañeros, viviendo con deseo de mejorar cada vez, y alcanzar hasta un punto que eran muy pocos los que habian tocado hasta entónces. Sus pasos en tan difícil camino son demasiado largos para referirse en este lugar, pues forman una vida entera de abnegacion y sacrificios, consagrada en aras de la Divinidad á que reverencia con un ardor de que apénas hay ejemplos. S. Bernardo tenia grande afecto á este monje al que miraba como santo, viendo á través de sus grandes cualidades uno de los religiosos que más honor habian de hacer á la reforma que á costa de tantos sacrificios habia planteado y llevado á cabo. No se equi-

vocó ciertamente el Santo en su opinion, pues desde los primeros instantes de la fundacion de su Orden, S. Reginaldo fué ya venerado en toda aquella extension del territorio adonde los discípulos de Claraval solian salir á hacer sus predicaciones, y asistir con los sacramentos á los que de ellos necesitaban. Por esto obtuvo grandes frutos, y era enviado con predileccion á los demás religiosos, pues le amaban y respetaban mucho más en todos aquellos alrededores. Sus últimos años fueron semejantes al resto de su vida, dando contínuos ejemplos de piedad y devocion, y mereciendo de todos sus compañeros el afecto que no debia tardar en hacérsele mirar como santo, lo que se verificó muy poco despues de su fallecimiento, como puede verse en la Crónica de su Orden.—S. B.

REGINALDO (Beato). Este hombre verdaderamente insigne en virtud, y no despreciable por su literatura y erudicion, es conocido además de por este nombre, que es el suyo de familia, por el de Arnaldo ó Renaldo, sin que se haya podido saber á qué se debe esta confusion, que á algunos cronistas de la Orden Franciscana á que perteneció, les ha hecho incurrir cuando ménos en inexactitudes que hubieran podido inducir duda, si no hubiesen sido desvanecidas con esta aclaracion que unánimemente hacen todos los autores acerca de este hombre, que por lo mismo que ha merecido la gloria de los altares, era acreedor á que acerca de su existencia, condiciones y circunstancias se depurase cuanto fuera posible la conveniente y muy provechosa noticia que era de desearse. Efectivamente, sin que nos ocupemos de sus antecedentes de familia, ni de la juventud, estudios y demás, aunque en todas estas cosas tendriamos mucho que admirar, le consideraremos ya constituido en la Seráfica familia á que ilustró con sus acciones, y le veremos desde el noviciado dando á entender lo que justamente se podia esperar de él. Ninguna de las prescripciones de sus superiores tuvo que repetírsele dos veces, ninguno de los admirables ejemplos de virtud nada vulgar ni comun que se daban por entónces en aquella santa casa, fué estéril para nuestro novicio. De todo se aprovechó, todo se lo apropió, y convencido como estaba de que la singular gracia que Dios le hacia en llamarle á tan perfecto estado como el de religioso, y religioso en una casa como la suya, que en realidad de verdad era de las más perfectas de la provincia de S. Francisco, le obligaba á hacerse tan perfecto como los que más, siquiera para estimar de una manera adecuada la especial dignacion que Dios tenia con respecto á él. Cuando ingresó en religion, ya estaba algo acostumbrado al ejercicio de oracion y mortificacion de sus sentidos, y áun de todo su cuerpo, por rigorosas penitencias; así que las que se acostumbraban en su convento de modo alguno le asustaban, ántes hasta cierto punto le parecian muy poca cosa, habiendo él desde luego parecido inclinado á excesivos ri-

gores, que los superiores hubieron de moderarle, porque si le hubiesen permitido el darles rienda suelta, hubiese concluido por extenuarse completamente y acabar ántes de tiempo una vida que era tan necesaria como preciosa. Concluyó, pues, su noviciado, é hizo su solemne profesion, á cuyo tiempo la Orden se creyó en el deber de obligarle á ascender al sagrado órden del presbiterado, y hubo por consiguiente de impelerle, por decirlo así, á que tomase tan importante ministerio, porque su profundísima humildad le ponia por delante su miseria, y no le dejaba ver más que esta, sin que se le pudiese sacar de tal concepto, sino que la obediencia fué quien le impelió, y le hizo ordenarse, aunque él no queria. En el sosiego de su celda, si bien el ejercicio constante de su ministerio le absorbia mucho tiempo, pues que confesaba con gran asiduidad, y era tambien frecuente el que predicára la divina palabra; en el sosiego, decimos de su celda, tuvo mucho tiempo que dedicar á los estudios más profundos de la sagrada teología en sus diversos ramos, y por consiguiente pudo lograr una ciencia tan profunda como ilustrada, pues que á la gran reflexion y meditacion con que examinaba los principios y razones de unos y de otros, agregaba el resultado de una constante aplicacion en leer los Santos Padres y expositores más acreditados, para aprovecharse de su doctrina, así como las aberraciones, extravíos y locuras de los enemigos de la religion para poder á su vez refutar á estos, apoyado tal vez en aquellos. Su crédito por consiguiente aumentaba cada dia, siendo la razon muy poderosa de que esto sucediese, el que verdaderamente eran nuevas las pruebas, no solo de su ciencia, sino de su tino, acierto y habilidad especial, que se echaban de ver en las respuestas que daba á muy árduas consultas, que hombres de primera talla en el orbe literario le dirigian, sin otra aspiracion que la de que les ilustrára, como lo hacia no solo con el mayor acierto, sino con la más perfecta abnegacion, y con un singular agrado y tan profunda humildad, que á pesar de su gran caudal de ciencia y de conocimientos no solo no desdeñaba, sino que estimaba en mucho la menor indicacion que le hiciera el mínimo de los que á él se acercaban, que, repetimos, eran todos los que más valian en su época. Pareció, pues, á su sagrada religion conveniente sacarle de su rincon y ponerle en evidencia, no tanto por él y porque se supiese lo que valia, porque esto conocidísimo estaba en el solo hecho de que hombres grandes acudiesen á consultarle, sino para que se pudiesen aprovechar de sus conocimientos los muchísimos jóvenes que habrian de estudiar, y que haciéndolo bajo la direccion de tan hábil maestro, no podia ménos de suceder que lo hicieran con fruto. Efectivamente, mandáronle leer, primero filosofía y despues sagrada teología, y lo hizo tan bien, que áun sus mismos superiores, á pesar de que sabian lo que valia y podia dar de sí, se admiraron, y confesaron

que nunca pudieron persuadirse de que la humildad fuese capaz de ocultar tanto cuanto veian oculto en este sapientísimo P. Reginaldo. Muchas veces intentaron confiarle prelacías, fiados en su gran virtud; pero como su ciencia era no menor que aquella, quisieron más que estuviese al frente de los alumnos que habian de aprender, porque así tenia ocasion de enseñarles de palabra las ciencias, cuyo cultivo le estaba encomendado, y con sus obras la virtud que no podia ocultarse, y que era, digámoslo así, constante y perpétua acusadora de las imperfecciones de aquellos que, no tomando su ejemplo, hiciesen incompatible lo que él mismo demostraba cuán compatible era. Dios, sin embargo, le tenia reservado para que ocupára un honroso puesto, y al mismo tiempo para que desempeñára un importantísimo ministerio; el puesto de hombre de ciencia, el ministerio de hombre de virtud. Efectivamente, habiéndose dignado la santidad de Bonifacio VIII promover á la alta dignidad de cardenal de la santa Iglesia romana, con título de S. Martin *in Montibus*, y con el fin de utilizar en provecho de la Iglesia universal sus servicios, al muy Rdo. P. Gentil de Monte-Flor, nuestro no ménos Rdo. Reginaldo fué el designado por la sagrada religion franciscana, y aceptado con muchísimo gusto por el Santo Padre, para que desempeñára el cargo de lector del Sacro Palacio, que dejaba vacante por su ascenso el nuevo purpurado. No hay para qué decir que solo la obediencia pudo obligar á Reginaldo á tomar este cargo; pero ello hubo de ser, porque no podia ménos, y fuéle preciso desempeñarle tan bien como él hacia todas las cosas, porque una vez impuesta sobre sus hombros esta pesada carga, no habia sino llevarla y llevarla bien. En realidad de verdad muy pocos, ó tal vez ninguno, hubieran podido desempeñar con tal acierto este cargo, ni acreditar como lo hizo nuestro Beato su virtud y su ciencia hasta el extremo de ponerse á su cargo todas las personas más espirituales de Roma, y entre otras muchísimas la que hoy veneramos en los altares, Santa Angela de Fulgino. Hizo, pues, muy buenas obras durante su estancia en la capital del orbe católico, y allí fué donde el Señor le llamó para sí, lleno de méritos, y sellando su vida de merecimientos con una muerte preciosa, con la dulce tranquilidad del justo. Desde el momento mismo en que pasó á mejor vida este distinguidísimo religioso, comenzaron á propalarse sucesos extraordinarios obrados solo á la invocacion del siervo de Dios, y comenzó esa especie de culto privado, en tributar el cual rara vez se equivoca el comun de los fieles. Fué este un motivo muy fundado para que desde luego se comenzase á esclarecer los hechos, á averiguar los milagros, á examinar las virtudes, y pidiendo al Sumo Pontífice la declaracion de todo, éste, luego que se cubrieron las prescripciones canónicas, declaró solemnemente que de los datos y pruebas resultaba que el P. Fr. Reginaldo debia ser inscrito en el catálogo de los

beatos, y así lo hizo, señalando para su veneracion en toda la Orden Seráfica el dia 17 de Junio de cada año.—G. R.

REGINALDO (B.). Entre los muchos que por sus virtudes y acciones heróicas han ilustrado á la órden de S. Francisco, debe contarse con sobrada razon al glorioso Reginaldo, cuyos milagros y hechos le hicieron acreedor á la altísima recompensa de figurar en el catálogo de los beatos de la Iglesia católica. Prescindiendo de las muchas y muy relevantes circunstancias por las que su familia se hizo notable, y no diciendo nada de la singular providencia con que el Señor favoreció los intentos de Reginaldo hasta poder ponerle en situacion de tomar el santo hábito franciscano, para lo cual tuvo que vencer muchísimos obstáculos, porque sus padres, aunque muy piadosos, se oponian abiertamente; diremos solo para verdadero conocimiento de la humildad de nuestro Santo, que el que llevaba al convento una pingüe renta y hecha toda la carrera de leyes, no consintió en pasar á ser de misa, y se quedó en la más humilde gerarquía de los legos. Sobre este fundamento construyó el magnífico edificio de todas las virtudes; en primer lugar fué obedientísimo y tan sumiso á todos, que su mayor gloria consistia en obedecer á cualesquiera que le mandase, sin reparar ni en lo difícil de la obra, ni tal vez en lo extemporáneo de la ocasion en que se lo mandaban, por lo cual muchas veces se le veia emprender obras que no era tiempo de hacer, como en una ocasion en que para probar su sencillez y humildad le mandaron segar cuando acababa de hacerse la siembra, y él cogió su hoz y se fué al campo, pagándole el Señor con un milagro su santa simplicidad, pues aunque no era tiempo se encontró mies y pudo traer sus hacecitos con confusion de los que intentando burlarle solo habian conseguido el que Dios nuestro Señor hiciera un milagro para confundirlos. Le ocupaban como era natural en los oficios que competen á los de su clase, y todos los desempeñaba Reginaldo admirablemente, sin otro defecto que una caridad tan excesiva, que daba cuanto habia, única razon por la que tuvieron que quitarle el cargo de despensero, pues llegó ocasion de apurar todas las provisiones con que la comunidad contaba para algun tiempo; y cuando el superior le decia que si no miraba á que al dia siguiente podia faltar para sus hermanos, lo único que le respondió fué: *Padre, perdone; pero como yo consideraba que Dios nuestro Señor veia tambien lo que habia de faltar á mis hermanos, confié siempre en que su misericordia nos lo proporcionaria;* respuesta que dejó un poco confuso al superior, pero que sin embargo no le hizo conocer el superior espíritu que movia á Reginaldo. Es verdad que él ocultaba mucho los favores con que el cielo le favorecia, porque su carácter era franco, jovial alguna vez, y siempre benigno y dulce, como lo es la caridad que dirigia todas sus acciones. Era rigurosísimo consigo mismo, hasta

el extremo de tener que mediar la obediencia para que cesase en las mortificaciones, cuyo relato asustaria sin duda áun á los más fuertes. En cuanto á la presencia de Dios y ejercicio santo de la oracion, eran sus delicias y su ocupacion continua, pues habia logrado identificarse con el Señor de tal manera, que en todo y por todo pensaba en Dios, en todo y por todo obraba segun sus amorosisimos designios, dignándose el Señor darle en premio de su fidelidad y amor consuelos los más preciosos, dones los más estimables. Más de una vez experimentó éxtasis y arrobamientos que le sacaban fuera de sí, y le elevaban á la vision de las cosas celestiales, encontrando en estas cosas su espíritu esa recreacion que procede de la íntima union con Dios, que constituye la bienaventuranza, y que verificándose por gracia en el mundo en favor de algunos, le shace poseer anticipadamente la gloria de los justos, lo cual es á la verdad toda la dicha á que puede llegar la criatura. Obrando con la mayor rectitud, practicando las virtudes en su grado heróico, y observando puntualmente las prescripciones de su santa regla, con más haciendo las muchísimas obras de supererogacion que acrecian su mérito, espiró en el ósculo del Señor el dia 5 de Junio, no se sabe de qué año, pero si que fué á la mitad próximamente del siglo XV. Desde luego se hizo notable por los muchos milagros que Dios hizo á la invocacion del santo lego, que es como le llamaban todos los que le conocian, y esta fama universal de su santidad dió ocasion á que el M. Rdo. P. Juan Tomacello, vicario general entónces de la provincia *Terræ Laboris*, que era en la que estaba el convento del Santo Angel de Nola, ayudado por el cabildo secular y eclesiástico, que tenian en gran veneracion al leguito, le exhumasen de la sepultura comun donde habia sido enterrado, y se le colocára en un magnífico sepulcro, que costeó el pueblo, y es sin duda una de las cosas más notables que se admiran en el dicho convento. Inmediatamente se dió cuenta de todo al general de S. Francisco; éste lo hizo constar en Roma, y despachadas las comisiones de costumbre, y cumplidas todas las prescripciones canónicas, se halló que las virtudes que practicó habian sido en grado heróico, que los sucesos verificados á su invocacion eran verdaderos milagros, y por consiguiente el vicario de Cristo declaró solemnemente beato al lego Reginaldo; autorizó su culto, y estableció su fiesta para la Orden Seráfica el dia 5 de Junio, aniversario de su muerte.—G. R.

REGINALDO (Beato). Perteneció este distinguido varon á la numerosa familia de los Agustinos, habiéndose hecho célebre ántes de ingresar en ella por su gran pericia en la medicina, á cuya profesion se dedicaba, desempeñándola con sumo acierto. No le era á la verdad necesaria ni esta ni ninguna otra ocupacion para su subsistencia, pues que poseyendo bastantes riquezas por su casa, habria con ellas tenido para mantenerse con el decoro y

decencia covenientes á su clase, que era muy acomodada aunque no podamos decir que de las primeras en grandeza. Renunció á todo el porvenir que le ofrecia su profesion, que á la verdad era muy lisonjero, renunció á lo que le daban de sí sus bienes, que no era poco, y pidió con instancias la correa de S. Agustin como medio de ponerse á cubierto de la fatal astucia del comun adversario de las almas. Pudo haber aspirado á la muy alta dignidad del sacerdocio, pues con su buena capacidad y con los conocimientos que ya tenia en filosofía y humanidades, pronto habria podido estar en disposicion de ser sacerdote; pero lo rehusó con todas las veras de su corazon, porque decia que no era para él tan sublime ministerio, y que para cargo tan delicado le faltaban circunstancias. Aunque los Padres comprendian muy bien que estas dificultades que él presentaba eran hijas mas bien de su profunda humildad que no de que realmente existieran los motivos que alegaba, se las atendieron, dejándole en el estado lego, para servir á sus hermanos en todos los quehaceres de su casa, que nunca rehusó, sin reparar ni en lo penosas que son muchas de las cosas en que es necesario servir, ni en lo que él solia hacer en su casa, que no era ciertamente nada de lo que hacia en su convento. Exactísimo en la observancia de sus reglas, muy dócil á la más mínima indicacion no digamos de sus superiores, pues el obedecer á estos lo consideraba como de la más estricta justicia, sino áun de aquellos con quienes compartia el desempeño de las obligaciones de la casa, era además muy dado al ejercicio santo de la oracion, en el cual logró los frutos más abundantes, no solo en el órden natural, digámoslo así, es decir en ese órden en que generalmente ilustra Dios á cuantos se dedican á esta importante práctica, sino en un órden extraordinario, es decir permitiéndole el Señor éxtasis, arrobamientos y las demás gracias, que le hacian gozar anticipadamente la dicha del cielo para que Dios le llamaba. Fué muy dado á los ejercicios de mortificacion, su abstinencia era contínua, sus carnes eran frecuentemente castigadas con los más rigorosos tratamientos, ásperos silicios, sangrientas disciplinas, y otros muchos modos que su ingenio le dictaba para mortificarse, fueron por él frecuentados de tal suerte que admiraba áun á los más perfectos. Luégo su humildad era tal, que no contento con haberla demostrado, como hemos visto, en no querer ascender al presbiterado y en ocuparse en las operaciones más vulgares y comunes de la casa, no desdeñando, ántes teniéndolo á gala, el parecer el servidor de todos sus hermanos, ejercitaba esa virtud tan excelente buscando de puerta en puerta el alimento para sí y sus hermanos, sin reparar en acercarse á pedir á aquellos mismos á quienes él habia largamente socorrido; porque al tomar él la correa distribuyó cuanto poseia, habiendo tenido para esto tal acierto, que á muchos de los que él favoreció en su indigencia, este favor del

fiel siervo de Dios les sirvió para encontrar manera de buscarse no solo la subsistencia, sino el camino para una opulencia, llegando á ser de las principales casas de su país. Claro es que todos estos rasgos de virtud habian de recibir de Dios alguna recompensa, y prescindiendo de que recompensa es, y muy apreciable, la gracia no solo de perseverar en el bien, sino de irse alentando más y más á este bien mismo, sin hacer caso de aquellos especiales, abundantísimos y muy estimables consuelos con que su Divina Majestad favorecia á su siervo; hemos de verle adornado de dotes y circunstancias que á pesar de lo que lo resistia su humildad, le habian de ofrecer á la consideracion de los demás como el hombre en quien poniendo Dios su complacencia, habia de vincular el bien de sus hermanos, mediante la protección que habia de poder dispensarles. Dotóle el Señor, pues, del don de consejo y del don de profecía, así es que no habia asunto árduo acerca del cual no se consultase á Reginaldo; y como el suceso confirmaba siempre sus opiniones, ó más bien se dejaba ver en su modo de explicarse que aquello tenia que venir de lo alto, todos lo miraban con la veneracion que era debido y proclamándole el santo, deseaban ocasion de tratarle para poder recibir en sus palabras, en sus acciones, la edificacion que todas ellas llevaban consigo. Acrisolado por el heróico sufrimiento con que llevó las más inicuas calumnias que sus enemigos levantaron contra él, y venciendo á todos por su constantísima firmeza en el ejercicio de toda especie de virtudes, quiso el Señor que fuera glorioso por un nuevo don con que le favoreciera. Bélgica era su habitual residencia, y casi nunca salió de aquella capital, porque naturalmente como religioso lego no tenia precision de recorrer paises para predicar ni cumplir con los otros deberes que imponia é impone la religion á los sacerdotes; mas quiso el Señor que saliese de Bélgica, para que en su expedicion conquistase méritos, alcanzase lauros y se hiciese acreedor á nuevas gracias de parte de Su Majestad. Una epidemia que diezmaba las familias y producia, como era consiguiente, el terror más espantoso en cuantos la veian acercarse á sus puertas, surgió sin que se sepa cómo en la comarca de Bélgica sin invadir á la ciudad. Pusiéronse en juego todos los recursos materiales para evitar tan dañina desgracia, todo fué inútil; hasta que llamando á un Padre agustino que desempeñase en un pueblecito la cura de almas porque el párroco tambien habia sido invadido, llevó el Padre consigo á Reginaldo, y su sola presencia calmó la furia con que la enfermedad se apoderaba de los que por este medio veian la justicia de Dios castigándoles por sus iniquidades. Desde aquel momento Reginaldo no tuvo un instante de descanso, dia y noche le hacian andar visitando enfermos á cuya mayor parte sanaba, y el rato que le quedaba para el descanso, que era á la verdad muy escaso, dábale á la meditacion de las verdades eternas, á la oracion, al recogimiento

y demás prácticas piadosas, porque decia que en modo alguno le excusaba de todo esto el estar haciendo lo que Dios queria, ó más bien siendo el instrumento de su misericordia. A tan repetidas fatigas fué consiguiente el que la misma enfermedad que en los otros curaba, como que era epidémica, se le agarrase y le pusiese en posesion imperdible de su Dios, por medio de la muerte y de la muerte en justicia y santidad. En efecto, con los dolores más acerbos y los síntomas más alarmantes hubieron de llevarle desde una casa en los arrabales de Bélgica á su convento, y al punto que hubo estado allí suplicó con instancia á sus venerados hermanos le administrasen los santos sacramentos, porque el tiempo que habia de vivir sobre la tierra era breve, muy breve. Complaciéronle administrándole el sagrado viático, y le recibió cual convenia á un siervo de Dios tan predilecto. Se despidió de los suyos rogándoles muy encarecidamente el perdon de sus faltas, y el que le encomendasen á Dios, y repitiendo las plegarias de la Iglesia entregó su alma en manos de su Criador el dia 15 de Abril del año 1256. Apénas se supo su muerte, comenzaron á propalarse las noticias que acerca de sus virtudes, acciones heróicas y milagros tenia cada uno, habiéndose visto su religion en la precision, primero de permitir que todos se saciasen viendo su sagrado cadáver, y luego de que se instruyese la oportuna averiguacion de los hechos para calificar cual procediera al siervo de Dios. Hízose esta con la posible celeridad, y Roma á pesar de la escrupulosa diligencia con que mira asunto de tanta monta, no pudo ménos de declarar heróicas sus virtudes, y luego como no podia ménos de ser, inscribió á Reginaldo en el catálogo de los beatos, y aprobó su culto señalándole la fiesta el 15 de Abril.—G. R.

REGINALDO (V. Fr.), religioso dominico, célebre en las crónicas de su Orden, por haber recibido el hábito de manos de su santo fundador, siendo uno de sus primeros y más aventajados discípulos. Conocióle en Roma, donde habia hecho un viaje con Manasés, obispo de Orleans, el cual era muy amigo del célebre patriarca de los PP. Predicadores. Era Reginaldo profesor en derecho, y despues de haber enseñado con grande aplauso esta ciencia en París, desempeñaba el deanato de la iglesia colegial de S. Aniano, dignidad que seguia á la episcopal en la capital de Francia. Aunque distinguido por sus conocimientos, Reginaldo lo era mucho más todavía por sus virtudes. Habia hecho voto de visitar los Santos Lugares, renunciando despues su dignidad y todas las esperanzas que le ofrecian sus grandes cualidades para consagrarse por completo á la predicacion del Evangelio. Abrasaba el corazon de Fr. Reginaldo el dulce ardor de estos afectos, pero toda su capacidad áun ilustrada con las luces del estudio y los auxilios de su prudencia, no sabia cómo poner en ejecucion una empresa tan difícil. Trató con un cardenal muy amigo suyo de este asunto, y viendo aquel prelado la in-

quietud y desasosiego de Fr. Reginaldo, le consoló diciendo: «Ni vuestros cuidados pueden mirar objeto más noble, ni en algun tiempo les pudiera ser la ocasion más favorable. Hoy está llena Roma, y creo lo estará pronto el mundo todo, de admiracion por la santidad, doctrinas, celo y prudencia de un celestial varon, que se llama Fr. Domingo de Guzman. No es posible que no hayan llegado á vuestra noticia su nombre y su fama, porque él es aquel grande predicador, tan conocido en vuestra Francia por lo mucho que trabajó en ella contra los errores albigenses. Este es un hombre, mejor diré un ángel, en quien Dios ha derramado con mano copiosa la dulzura de sus favores. Nada más amable que su presencia, nada más dulce que su conversacion, nada más elocuente que sus palabras, nada más ejemplar que sus obras, nada más sólido que su doctrina; y en fin, Dios ha querido juntar en él aquel cúmulo de dones y aquellos distintos espíritus, que suelen divididos hacer muy ilustres á sus siervos. Roma está reformada con su predicacion, gozosa con su ejemplo, y absorta con los muchos y estupendos milagros que obra Dios en confirmacion de su virtud. Este, pues, fundó poco há una Orden, cuyo instituto se mide cabalmente con vuestros deseos. Su profesion es predicar continuamente la palabra divina; su modo de vivir muy proporcionado á tan glorioso empleo. Suma abstinencia, continuo silencio, infatigable estudio, perpétua oracion, estrechísima pobreza, y últimamente una copia de aquel valiente original, que para propagar la religion cristiana practicaron los príncipes y los primeros predicadores de la Iglesia. De suerte, amigo Reginaldo, que aquí se os ofrece el puerto que suspiraban vuestras ansias, y aquí el mar donde sin temor del naufragio podeis desplegar todas las velas de vuestro espíritu.» Oyó Reginaldo estas palabras, y agradeció mucho al Cardenal le hubiese dado un aviso que acallaba todas sus inquietudes, y despidiéndose de él, corrió ansioso á buscar á Sto. Domingo. Manifestó los propósitos y pensamientos que desde mucho ántes trabajaban su ánimo, y cuya ejecucion solo podia conseguir en su recien fundada Orden, y que así le suplicaba se dignase admitirle en ella, pues la miraba como el puerto donde encontraria sosiego en sus indecisiones y sus dudas. Sto. Domingo comprendió desde luego lo profundo del espíritu de Reginaldo, y le contestó con palabras tan llenas de benignidad y dulzura, y tan adecuadas á lo que pasaba dentro del corazon de Fr. Reginaldo, que aumentándose en él sus vivos y ardientes deseos de verse con el hábito de los nuevos predicadores, sentia mucho que se dilatára su felicidad un solo instante. La conversacion del glorioso Patriarca, angélica siempre y celestial, tenia absorto á Reginaldo y le obligaba á desearla muchas veces á pesar de sus grandes y continuas ocupaciones, ganando en ella mucho provecho para su alma, que es uno de los bienes que produce el trato con hombres espi-

rituales. Entusiasmado Fr. Reginaldo con las palabras y ejemplos de Santo Domingo, y no ménos satisfecho el glorioso Padre de la candidez, doctrina y virtud de Fr. Reginaldo, condescendió fácilmente á sus ruegos, mirando como un singular favor de la Providencia divina, que en los principios de la Orden y cuando necesitaba hombres de mayores prendas para conservar el rigor de la disciplina regular y dar lustre y crédito á la observancia, le enviaba un sujeto en quien concurrian tan aventajadamente todas las cualidades que podian contribuir á la nobleza y esplendor de su instituto. Los cronistas no aseguran el tiempo que tardó Sto. Domingo en darle el hábito; pero todos estan conformes que no se verificó hasta despues del suceso, que tomado de ellos referiremos, y en que se trata del orígen de ese santo hábito. Tenia Fr. Reginaldo, como ya hemos dicho, hecho voto de visitar la Tierra Santa, y parecia natural cumplir con esta obligacion ántes de tomar sobre sí las muchas y pesadas cargas que lleva consigo el estado religioso. De todos modos, los deseos de Reginaldo y las esperanzas de Sto. Domingo estuvieron á punto de verse frustradas por una enfermedad que acometió repentinamente á Fr. Reginaldo. Comenzó con tal violencia y creció tan pronto, que desesperando los médicos de todos los auxilios de la medicina, creyeron ser su muerte inevitable. Mudóse en tristeza el gozo de Sto. Domingo, y cuanto mayores habian sido las esperanzas que habia concebido de su hijo Fr. Reginaldo, tanto más vehemente era el dolor y la pesadumbre de su pérdida. Pero como el bienaventurado Padre estaba acostumbrado á fundar sus esperanzas en su resignacion, no perdió las de la salud del enfermo. Sabia por experiencia lo mucho que podia esperar de la eficacia de la oracion, y valiéndose ahora de este medio y de especiales mortificaciones, pidió á Dios con dolorosas y continuas instancias le concediese la vida de aquel hijo cuyas señas todas prometian habia de ser santo instrumento de su mayor gloria. Acudia tambien á la intercesion de la Santísima Vírgen, que le habia sido tantas veces favorable y eficaz. Dirigia sus ardientes y devotas súplicas para que la bondad divina dilatase por algunos años la muerte de su siervo, porque segun eran las dotes de virtud y santidad que en él resplandecian, deberia esperar de él copiosos frutos en muy poco tiempo. Consiguió, por último, Sto. Domingo el milagro, porque Dios envió aquella enfermedad, no para acabar con la vida de Fr. Reginaldo, sino para que resplandeciesen más la bondad de sus favores y la grandeza de su providencia. Verificóse entónces aquel milagro á que se atribuye el orígen del hábito de los PP. Predicadores, y que todas las crónicas cuentan de la manera siguiente: «Miéntras tanto Fr. Reginaldo, temiendo que el rigor de la enfermedad acabase presto con su vida, procuraba lograr aquellos, al parecer últimos instantes, sacrificando á Dios con amorosa conformidad los dolores

que padecia y animando su amor y su paciencia con dulces y santas meditaciones. Fué desde su tierna edad devotísimo de María Santísima; al obsequio y al culto de esta Señora se dedicó con religiosa ternura; la Reina de la gracia habia sido el objeto de sus delicias, el consuelo en sus tribulaciones, y el auxilio en todos sus males; ahora que instaba el lance más peligroso, acudió Reginaldo á invocar con más ardor su patrocinio, y María Santísima, entre cuyos gloriosos timbres no tienen el último lugar sus piedades, favoreció las súplicas de su amante siervo con un prodigioso beneficio. Dejóse ver Su Majestad de Fr. Reginaldo, ofreciendo á sus ojos las augustas especies de aquella inefable hermosura, que miran con deleite y admiracion los ángeles. Acompañaban á la Reina de la gracia dos vírgenes hermosísimas, que á lo que despues se entendió, fueron las dos insignes mártires Sta. Cecilia y Sta. Catalina, antiguas protectoras de la religion. Bañóse todo el aposento de una luz y una fragancia que excedia la claridad del sol, y toda la suave delicia de las flores y los aromas. Quedó Fr. Reginaldo gustosamente absorto; pero sintiendo aquel dulce vigor y admirable fortaleza que comunican las dichas del cielo. María Santísima se acercó á su cama, y con una voz toda dulzura, le consoló diciendo: *Hijo mio, Fr. Reginaldo, pídeme la merced que gustares, que yo te concederé cualquiera cosa que pidas.* Asombrado de la grandeza del favor, se detuvo Fr. Reginaldo en responder, meditando qué beneficio pediria á aquella poderosa Madre de Jesus y de los hombres, por cuyo conducto quiso Dios pasasen los tesoros de su omnipotencia; socorrió sus dudas una de aquellas vírgenes hermosas, avisándole lo dejase todo en el arbitrio de María Santísima, quien conocia mejor el favor que necesitaba su flaqueza. Obedeció Fr. Reginaldo, y agradándose mucho María Santísima de su rendimiento y su obediencia, abrió un pomo que traia lleno de celestial licor, y con sus purísimas manos ungió los ojos, oidos, manos y pies de Fr. Reginaldo, al modo que el rito de la Iglesia previene se haga en el último sacramento con que socorre á sus hijos; pero la forma y el fin fueron muy distintos, pues la extremauncion previene el auxilio para la tranquilidad de la muerte, y esta confirió á Fr. Reginaldo alientos para la robustez de la vida. Dos favores muy especiales comunicó en esto María Santísima á su siervo; uno fué el precioso don de la castidad, porque no era lícito se atreviese la impureza á inquietar con sus torpes insidias un cuerpo, que habia tenido la felicidad de que le tocasen las manos de la Reina de la pureza; otro fué santa ciencia y aptitud proporcionada para predicar el Evangelio; porque como María Santísima tiene tambien el nobilísimo imperio de la sabiduría, comunicó su candor los reflejos de esta soberana luz. Despues de tan singulares expresiones de su benignidad, quiso María Santísima extender los afectos de su clemencia, mostrando á Fr. Reginaldo el hábito

que hoy adorna á los frailes Predicadores, diciéndole: *Este es el hábito de tu Orden*. Con lo cual se desapareció de sus ojos, dejando á Fr. Reginaldo tan mejorado de los achaques del cuerpo, como fuerte y hábil en las robusteces del espíritu.» Así refieren este caso los autores, aunque suponen algunos que no fué una sola, sino dos veces las que visitó María Santísima en esta enfermedad á Fr. Reginaldo, y que en la postrera llevó otro ungüento precioso, con que acabó de restituirle á perfecta salud. Pero el cronista á quien seguimos cree que fué una sola la visita, y que en ella consiguió Fr. Reginaldo la más completa mejoría, porque á diferencia de las medicinas humanas, añade que los remedios del cielo no necesitan de la lentitud y tardanza de las disposiciones, y hacen desde luego todo su efecto. Mas ya fuesen una ó dos las visitas, Fr. Reginaldo, contra todas las esperanzas de los médicos, se encontró completamente restablecido. Fuéle á visitar Santo Domingo, y preguntándole cómo estaba, contestó que con muy buena disposicion. Aunque el santo Patriarca no ignoraba este suceso, segun la opinion de muy graves autores, por no perder su humildad dando tal noticia, aparentó creer que las palabras de Fr. Reginaldo se dirigian á la salud y buena disposicion de su espíritu. Pero creyendo Fr. Reginaldo que si no expresaba todas las circunstancias de su buena suerte, ofenderia el amor y la obediencia que profesaba á Sto. Domingo, contó con grande extension todo lo que le habia sucedido. Lleno Sto. Domingo de religiosa alegría, dió gracias á María Santísima por las singulares honras que se habia dignado hacer á Fr. Reginaldo y su Orden. Pocos dias despues profesó Fr. Reginaldo, vistiendo el misterioso hábito que habia venido del cielo. Cuando su antiguo compañero, el obispo de Orleans, supo la enfermedad de su amigo, celebró tanto su restablecimiento á cabal salud, que no tuvo términos para expresarle; pero no dejó de amargarse este regocijo con el dolor de verle ya dentro de la Orden, cuya profesion y obligaciones no le permitirian, ni ayudarle en el gobierno de su diócesis, ni acompañarle en su viaje á Tierra Santa; acudió por lo tanto al glorioso Sto. Domingo, pidiéndole con las mayores instancias le concediese *su pan*, pues tal era el nombre que daba á Fr. Reginaldo, porque su doctrina y su virtud servian de principal alimento. Pedia el venerable prelado á Fr. Reginaldo le cumpliese su palabra de acompañarle en su viaje á la Palestina: á lo que contestaba éste no haberle quedado más arbitrio que el de la obediencia. Sto. Domingo arregló esta afectuosa diferencia, permitiéndole acompañase á Manasés en la visita de Tierra Santa; pero que concluido su voto se volviese á vivir en su religion. Prudente determinacion, que sin ofender la regla del estado religioso, atendia los méritos y la autoridad de aquel prelado, digno por muchas razones de la correspondencia y obsequios de Sto. Domingo. Tal es lo que las crónicas de

esta Orden refieren acerca del orígen de su hábito, objeto principal de este artículo. —S. B.

REGINALDO, cardenal. Nació en la Umbría en el siglo XIII. Habiéndose dedicado al servicio de Dios en el claustro, abrazó la regla del seráfico S. Francisco de Asís, en cuya Orden hizo sus estudios, y debió distinguirse mucho cuando el pontífice Bonifacio VIII le hizo el año 1298 lector del Palacio Apostólico, grado que quedó vacante por la elevacion al capelo de Gentile Partino. Despues fué nombrado por el mismo Papa arzobispo de Roham, y por último le creó cardenal de la santa Iglesia católica el 15 de Diciembre de 1302. —A. C.

REGINALDO, monje de S. Agustin de Cantorberi, era francés, segun se deduce de sus relaciones con Hildeberto, obispo de Mans, de cuya ciudad debia ser natural, pues habia entónces muchos de ella en Inglaterra, entre los que fueron los más célebres Godofredo XVI y Roberto XVIII, abades de S. Albano, como puede verse en la historia de los abades de este monasterio, escrita por Mateo de París. Escribiendo S. Anselmo á Bosou, religioso de Bec, le suplicó saludase de parte suya á su querido hijo Rainaldo, hermano del mismo Bosou: *Saluta dulcissimum meum fratrem tuum Rainaldum.* ¿No será este Rainaldo, monje de Bec, el mismo Reginaldo, monje de Cantorberi, á quien habia llevado á aquel monasterio S. Anselmo, lo que habia hecho tambien con el mismo Bosou? Se sabe, por otra parte, que *Rainaldus* y *Reginaldus* son el mismo nombre, y designan ordinariamente una sola y misma persona. Pitseo, sin embargo, cuenta á Reginaldo entre los escritores ilustres de Inglaterra, y dice que era inglés, de la órden de San Benito, y monje de Cantorberi. El mismo autor nos representa á Reginaldo como un sabio que poseia perfectamente la lengua latina, y la hablaba con mucha elegancia. Hizo un estudio particular de los mejores autores, y llegó á ser célebre, no solo en la retórica, sino tambien en la poesía: *Evasitque rhetor et poëta inter suos insignis.* Reginaldo se dedicó tambien al estudio de la lengua griega, y obtuvo la práctica suficiente para traducir en verso latino la historia griega de un monje llamado Malchus. La supuesta historia griega del monje Malchus, que dice Pitseo haber sido traducida al latin por Reginaldo, no es más que la historia latina del monje Malchus, escrita por S. Gerónimo, que pondria en verso Reginaldo. Envió esta poesía á Hildeberto, obispo á la sazon de Mans y despues de Tours, que le dió gracias en una carta muy insinuante. Pero aunque el prelado colma de elogios á la obra y al autor, lo que dice de ella no hace formar una idea muy ventajosa. Reginaldo escribió tambien otras obras sobre diferentes asuntos: *ejusdem versus rythmici multiplicis argumenti*; algunas de las cuales se hallan dirigidas á S. Anselmo que se hallaba á la sazon en el destierro. Esto puede ser-

vir para fijar la época en que florecia nuestro poeta, es decir, á principios del siglo XII, pues S. Anselmo fué llamado á Inglaterra el año 1106. No puede colocarse su muerte ántes de 1122, si es verdad, segun manifiesta el editor de las obras de Hildeberto, que la carta de este prelado á Reginaldo fué escrita hácia el año 1122.—S. B.

REGINALDO Cools, obispo de Ruremunda y de Amberes. El P. Dionisio de Sainte-Marthe, en su *Galia Cristiana*, nos da una grande idea de los talentos y de las virtudes de este ilustre obispo, que fué la gloria de su patria, el apoyo de la fe ortodoxa en el siglo XVII, y que murió en olor de santidad á principios del XVIII. Nació en la ciudad de Amberes, en el ducado de Brabante, el año 1615, cuando esta ciudad pertenecia á los dominios de la corona de España. Poco favorecidos de la fortuna su padre Abrahan Cools y su madre Susana Van Can, vivian en el santo temor de Dios. Sus módicas facultades no les impidieron dar una buena educacion á su hijo, que despues del estudio de las bellas letras se dedicó al de la jurisprudencia con los mejores resultados. Pero el ardor de la juventud le hizo pasar desde el colegio á los ejércitos del católico Felipe III, que se hallaban en los Paises Bajos. No siguió por mucho tiempo esta profesion: disgustado del servicio se dirigió á la corte de Bruselas, y fué recibido entre los abogados, donde obtuvo bien pronto tan grande reputacion de talento y probidad, que los nobles y áun los príncipes le confiaban los negocios de mayor importancia. El número y el crédito de las personas que se contaban entre sus clientes, y que estaban satisfechos de sus servicios, parecia haber asegurado ya su fortuna y su porvenir, lisonjeando agradablemente su ambicion. Estimado, aplaudido, buscado, distinguido siempre en las reuniones de las principales personas del país, Cools podia elegir entre los diferentes partidos que se le presentaban. Pero su corazon no se hallaba satisfecho, y en las ocupaciones del foro como en las de las armas, comprendia siempre que le llamaba Dios á otra parte. Contaba ya la edad de treinta años cuando pidió el hábito de la órden de Sto. Domingo, y le recibió en el convento de Bruselas el 2 de Febrero de 1645. Desde aquel momento el discípulo de Jesucristo no trabajó más que en purificarse por medio de la penitencia, no pensó más que en olvidar el mundo y morir para sí mismo por medio de la mortificacion de los sentidos y la negacion de su propia voluntad. Su único pesar era haberla seguido por demasiado tiempo, corriendo de objeto en objeto; atendiendo ménos á la voz de su conciencia que á la de su avaricia y avidez. Al cambiar por lo tanto de hábito y estados, sus miras y su conducta cambiaron tambien. Pareció desde luego un hombre nuevo. Si se debe juzgar de los principios de su conversion por los progresos que admiraremos despues, puede asegurarse que fueron excelentes, y que hubo razon para decir que no se hizo

estimar ménos en la casa del Señor por su piedad, doctrina, prudencia y la pureza de sus costumbres, que por la grande capacidad que manifestó en todos los cargos que le fueron confiados. Con sus luces naturales y las que habia adquirido ya por medio del estudio, no necesitó mucho tiempo para formarse en su retiro para todos los puestos que debia ocupar, y no hubo ninguno para él que no pareciese á propósito. Maestro de novicios, profesor, regente de estudios, director ilustrado y predicador célebre, obtuvo la confianza del pueblo; amado en el interior de su convento y apreciado por las personas más distinguidas de todas las ciudades en que habitó, no fué temible más que á los herejes y sus errores; pues al combatir con fuerza las novedades profanas, trató siempre con delicadeza á los mismos novadores, y quizá por este medio consiguió desengañar á muchos á quienes sacó de las tinieblas de la herejía. Miéntras era prior en Bruselas y en Namur, ó procurador general en su provincia, empleo que desempeñó dos veces satisfactoriamente en la corte de Bruselas, las muchas ocupaciones que le imponian los deberes propios de su cargo no le impidieron trabajar al mismo tiempo en la conversion de los herejes, pareciendo en más de una ocasion que habia recibido del cielo un talento ó una gracia particular para ello. Pasamos en silencio algunos hechos en que el celo del P. Cools por la pureza de la fe, no brilló ménos que su piedad, y su tierna constancia en todos los ejercicios de la profesion que habia abrazado. Nos contentaremos con hacer la observacion de que enviado á la corte de Madrid para tratar de algunos negocios importantes, ya por el gobernador de los Países-Bajos ó por los superiores de su Orden, obtuvo tal reputacion entre los Grandes de España y con SS. MM. Católicas, que le nombró la Reina su confesor, y el rey Felipe IV le concedió todo lo que habia ido á pedirle. Conquistada por los holandeses la ciudad de Bolduc, los religiosos dominicos fueron arrojados de ella con el resto del clero católico regular y secular, teniendo que dispersarse por el país; ocupados en instruir ó consolar á los fieles, y en sostenerlos en la profesion de la fe, carecian sin embargo de una residencia fija, donde poder como anteriormente formar una comunidad. El P. Cools obtuvo de S. M. Católica no solo el permiso, sino tambien los medios para edificarlos un convento en la ciudad de Malinas. La confianza que puso el monarca en él fué mucho más léjos todavía, pues convencido de que tenia tanto mérito como aptitud, le prefirió á todos los señores de la corte para enviarle á la de Francia, encargándole de dos comisiones igualmente honrosas. La primera era obtener del rey cristianísimo Luis XIV el consentimiento para su matrimonio con la infanta de España Doña María Teresa. La segunda se referia al tratado ó á la paz de los Pirineos que nuestro religioso llevaba poder para firmar en nombre del Rey Católico. El P. Dionisio de

Sainte-Marthe y el autor del libro intitulado *La Flandes dominicana*, refieren estos hechos, sin citar la fecha, que debe colocarse sin duda ántes del año 1660. Un autor moderno dice que el P. Cools se hallaba en Madrid desde el año 1650, y que habiendo presentado á la corte de Castilla una súplica del provincial de Flandes para la fundacion del convento de Malinas, recibió una respuesta favorable el 19 de Setiembre del mismo año. No podemos asegurar lo mismo en lo que se refiere al matrimonio de la infanta y á la paz de los Pirineos. Es preciso, pues, ó que este religioso hiciese una larga morada en la corte de España, ó que fuera enviado más de una vez. Parece tanto más natural atenerse á esta segunda opinion, cuanto que sabemos que en 1653 Cools fué nombrado procurador general de su provincia en la corte de Bruselas. Estaba, pues, de regreso entónces en los Paises-Bajos, y se necesitaba un hombre como él para vencer las dificultades que se encontraban en la ejecucion del establecimiento proyectado, pues aunque el arzobispo de Malinas, con la mayor parte de los diputados le favoreciese y el Rey Católico Felipe IV hubiera renovado expresamente su consentimiento y dado cartas patentes firmadas en Bruselas el 24 de Febrero de 1672, el año treinta y uno de su reinado, no dejaba de encontrarse bastante oposicion. La prudencia y el crédito del P. Cools vencieron bien pronto todos estos obstáculos, y su provincia le confió de nuevo el mismo empleo de procurador general en el capítulo celebrado en Lovaina el año 1668. La confusion de los negocios tan á propósito para distraer á un religioso poniéndole con frecuencia en la necesidad de tratar con las personas de mundo, no fué nunca para el discípulo de Jesucristo un motivo de distraccion. En medio de las mayores ocupaciones, lo mismo que en el reposo del claustro, se le veia siempre recogido, siempre cuidadoso de caminar á los ojos de Dios. Tambien continuaba obteniendo muy buenos resultados con sus predicaciones y sus ejemplos. El rey de España, que hacia veinticinco años le honraba con su estimacion, quiso darle nuevas muestras de su confianza, eligiéndole en 1676 para ocupar la silla de Ruremonda, vacante por la muerte de Lancelot de Gottignies su último obispo. El papa Inocencio XI, á quien el mérito del súbdito y el celo que le animaba en defensa de la fe, no eran desconocidos, concedió con placer las bulas, y el nuevo Obispo tomó posesion de su iglesia por medio de procurador el 7 de Enero de 1677. Habiendo sido consagrado diez dias despues en la Iglesia áulica de Bruselas por Alfonso de Berghes, arzobispo de Malinas, asistido de los obispos de Namur y de Brujas, marchó inmediatamente á la capital de su diócesis, donde el clero y el pueblo le recibieron con las mayores demostraciones de pública alegría. El piadoso prelado correspondió desde luego con su natural modestia, y manifestó despues que la opinion que de él se habia concebido, la merecia tanto por sus

virtudes como por los infinitos bienes que no cesó de procurar á toda su diócesis en los veintitres años que la gobernó. Ruremonda, segunda ciudad del ducado de Güeldres en los Países Bajos, era grande, hermosa y rica con muchos magníficos monasterios. Los holandeses, que se habian hecho dueños de ella en 1635, habian sido arrojados de allí al año siguiente; y desde su expulsion el clero, siguiendo las intenciones del Rey Católico, trabajó por restablecer el ejercicio de la verdadera religion y la pureza del culto. Santiago de Castro, obispo á la sazon de Ruremonda, y todos sus sucesores se consagraron con especial cuidado á borrar hasta las menores huellas de calvinismo. No puede sin embargo asegurarse que sus laudables esfuerzos tuviesen todo el éxito necesario. La diócesis por otra parte, rodeada toda de herejes, estaba sin pastor hacia ya cuatro años, cuando comenzó á gobernarla nuestro Obispo. Es natural pensar que el contagio del ejemplo y la impunidad habian multiplicado los desórdenes, y que se habia debilitado increiblemente todo lo relativo á la disciplina eclesiástica, el servicio divino y la instruccion de los fieles, el uso de los sacramentos y las prácticas ordinarias de piedad. El primer cuidado del nuevo prelado fué hacer una visita episcopal en toda la extension de su diócesis para conocer por sí mismo lo que debia abolir ó restablecer, conservar y perfeccionar. Como la prudencia y la dulzura acompañaban siempre al ardor de su celo, consiguió en poco tiempo corregir los abusos que podian ser de alguna consecuencia, y remedió desde luego una parte de sus males. Convencido de que la ignorancia los producia mucho mayores que la corrupcion de costumbres, se dedicó desde luego á instruir á los pueblos y á inspirar emulacion á todos los eclesiásticos que debian trabajar con él ó bajo sus órdenes. Mandó que se enseñase en lo sucesivo el catecismo, no solo en todas las parroquias, lo que comenzaba á olvidarse, sino tambien en las capillas de la ciudad ó del campo y aún en las iglesias de los regulares. Todos los ministros fieles que comprendia, se hallaban en estado de trabajar útilmente en la salvacion de las almas, les empleaba segun sus talentos, y no dejaba á ninguno sin una recompensa proporcionada á los servicios que habia hecho ya ó que podia hacer. Daba á los unos porque habian trabajado, y á los otros para que trabajasen. Pero sus exhortaciones é invitaciones eran mucho ménos enérgicas todavía que sus ejemplos. No habia persona en la ciudad ni en la diócesis de Ruremonda que no se ocupase en llenar esta parte de sus deberes ó que no condenase su propia negligencia, cuando meditaba en la asiduidad y la dulzura con que el celoso prelado se dedicaba por si mismo á instruir y á catequizar á los pobres y á los niños. Esto es lo que se le veia hacer en todos los lugares y en todas las ocasiones; no solo en las iglesias sino tambien en las plazas públicas, en las calles y en los caminos, ó en las casas de los particula-

res sin que le detuviese la grosería de los unos, ni la riqueza de los otros. Nadie le parecia indigno de sus atenciones; no despreciaba á nadie y no se negaba á entrar en la cabaña del pastor y del labrador, ya para instruir á los ignorantes, ya para consolar á los enfermos y afligidos. Como alababa con bondad toda respuesta que le satisfacia, añadia tambien siempre alguna limosna á sus palabras de consuelo en favor de los que veia en la miseria. Sus populares modales y grande caridad, conciliaron á este buen pastor el amor de su rebaño y el corazon de su pueblo al que convencia con facilidad de todo lo que juzgaba necesario para retirarle del vicio ó para hacerle abrazar las prácticas de la piedad. Elógiase especialmente la solicitud pastoral de nuestro prelado y su continua vigilancia sobre su clero. Lo que exigia principalmente de todos sus eclesiásticos era la pureza de costumbres, la gravedad, la modestia, la separacion de las compañías demasiado mundanas, el estudio y las santas ocupaciones. Los exhortaba con frecuencia y energía á huir de la ociosidad, como el orígen fecundo de todos los vicios. Entre los clérigos jóvenes á quienes habia dado ya las órdenes menores y que se disponian á recibir las superiores, no preferia ni distinguia más que á los que se señalaban por sí mismos por su sabiduría, que frecuentaban el coro y las parroquias, que se ejercitaban útilmente en doctrinar á los niños ó en alguna otra buena ocupacion. La regularidad de su conducta era siempre su mejor recomendacion cerca del Obispo. El mismo no tenia otro placer más que el trabajo, y cuando veia los buenos resultados de lo que habia emprendido por la salvacion de las almas, no dejaba nunca de dar á Dios toda la gloria, segun estas palabras del profeta que habia tomado por divisa: *Non nobis*. Aun cuando la caridad de este santo Obispo se extendia sin distincion á todos los fieles sometidos á su cuidado, puede decirse que llevaba particularmente en su corazon esta parte del rebaño que se hallaba bajo el dominio de los holandeses. Aquellos pobres católicos, expuestos continuamente al capricho y á las pasiones de sus nuevos dueños, eran el objeto de su ternura y de sus piadosas inquietudes. Segun las leyes del país, no les era permitido trasladarse á sus casas, pero no pudiendo olvidarles, les ayudaba con sus oraciones, y les enviaba todos los socorros que estaban en su mano. Desde que la nueva y siempre sediciosa doctrina de Calvino habia incitado á una gran parte de las provincias de los Países Bajos á separarse de la comunion de la Iglesia romana, y á retirarse de la dependencia del Rey Católico; pero en particular despues de la toma de Bolduc en 1629, los religiosos dominicos no habian cesado de visitar disfrazados á las familias católicas, que habian continuado habitando en las ciudades rebeldes ó subyugadas por los herejes. Desafiaban todo género de peligros por no perder la ocasion de instruir, visitar y confirmar en la fe ortodoxa á los que la pro-

fesaban todavia y para darles los sacramentos. De este mismo medio se valia el obispo de Ruremonda para suplir en cierto modo lo que no podia hacer por si mismo con respecto á los fieles de su diócesis que se hallaban en aquel caso. Iba tambien algunas veces en persona á los alrededores de sus ciudades para facilitarles el medio de ir á escuchar sus instrucciones y á recibir el sacramento de la confirmacion. Se refiere que en una de estas ocasiones, y en el espacio de pocos dias, impuso las manos á quince mil personas á quienes habia hecho ya preparar con este objeto. Lo que segun el P. Dionisio de Sainte Marthe se sabe por un autor, que escribió poco despues la historia eclesiástica del ducado de Güeldres, y que habia conocido particularmente al ilustre prelado cuyo retrato y elogio hace en los terminos siguientes: «Entre sus excelentes cualidades y sus virtudes episcopales, su caridad para con los pobres parecia ocupar el lugar primero; no podrá explicarse nunca cuán grande era la profusion de sus limosnas, pues sin hablar de las que queria hacer sin testigos, se veia todas las semanas en el patio de su palacio una multitud de pobres, á quienes despues de una instruccion familiar, distribuia siempre pan, carne ó cocido, segun las necesidades de cada uno. Su liberalidad, llevada hasta una prodigalidad piadosa, agotaba todas sus rentas, de manera que no encontrando algunas veces el mayordomo medios para proveer al sustento de los criados, se veia precisado á ocultar al mismo Obispo el dinero que juzgaba necesario reservar para la mesa y para el sostenimiento de la casa. Nada era más grato que el acercarse á este prelado, acostumbrado á dar audiencia indistintamente á todos los que se presentaban de cualquiera estado ó condicion que fuesen; concedia con bondad todo lo que no se veia obligado á negar, y no despedia nunca á nadie sin haberle dado alguna prueba de política ó dicho alguna palabra de edificacion. No contento con velar sin cansarse por todas las necesidades espirituales ó temporales de su iglesia, tenia tambien presentes los intereses de la patria y de todo el pais, casi exhausto por los tributos que sacaban sin cesar los empleados del gobierno. Estas consideraciones y algunos otros negocios que tenia que comunicar á la corte de España, y que no podia tratar bien el Obispo más que personalmente, le obligaron á emprender un segundo ó tercer viaje á España hácia 1687, reinando ya Cárlos II, con cuyo monarca no obtuvo ménos favor que el que habia obtenido con Felipe IV. Tuvo tambien la satisfaccion de obtener de S. M. Católica todo lo que habia sido encargado de pedir. No deseaba nada para si, y sin embargo el Rey quiso honrarle con el titulo de primado del ducado de Güeldres, honor de que no parece llegára á hacer uso, segun observa otro autor. De regreso en su iglesia, el obispo de Ruremonda se consagró con nuevo ardor á la redencion ó á la conversion de los herejes, atrayendo en efecto un grande número al seno de la Iglesia,

entre los que se distingue con razon al duque de Holsteim, que prevenido en un principio por los buenos modales, y convencido despues por las fuertes razones del sabio prelado, abjuró la herejia é hizo en sus manos profesion de la fe católica. La prudencia de este Obispo y su presencia de espíritu aparecian en todas las ocasiones en que tenia que hablar. Exacto y conciso en sus respuestas y en todos sus discursos, hablaba á cada uno segun sus alcances y daba á todos consejos que les convenian. Hubiera querido que los eclesiásticos en particular no hubiesen olvidado nunca estas palabras de Jecristo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia*, etc. Toda su conducta era una prueba de que tenia siempre esta advertencia presente en su espíritu. Cuando hablaba de cosas espirituales con sus amigos, lo hacia con tanta uncion, que vertia por lo comun lágrimas y las hacia verter á los demás. Su mesa era siempre frugal, hallándose desterrada de ella la delicadeza lo mismo que la abundancia de los vinos y de los manjares. Durante la comida hacia leer algun libro de piedad, y no se hablaba más que de cosas propias para alimentar el espíritu y edificarle, todo sin embargo de una manera que no incomodaba á nadie, pues el prelado no era opuesto á una moderada alegria, y áun le agradaban las expresiones delicadas y llenas de espíritu. Todos sus muebles, lo mismo que su vajilla, eran de barro, sencillos y limpios. La grandeza de su talento correspondia muy bien á la de su cuerpo, que era de alta talla. Tenia la mirada grave y dulce é insinuante sin embargo. La sinceridad y el candor de su alma parecian pintados en su frente. Entre los beneficios de que fueron deudores los habitantes de Ruremonda al celo de su Obispo, no deben olvidarse dos monumentos que todavía hoy honran su piedad, la fundacion de las Carmelitas, que recibió en su ciudad episcopal en 1698, y el restablecimiento del seminario abandonado hacia más de cuarenta años y casi totalmente arruinado, ya por las desgracias de las guerras ó por la negligencia de los que estaban encargados de esta administracion. Entrando nuestro prelado en las miras de los Padres del Concilio de Trento, empleó sumas considerables para que su diócesis no se viera privada por largo tiempo de un seminario, que debia contribuir mucho á conservar la disciplina, la emulacion y el buen órden en el clero. Hizo, pues, reparar y agrandar á sus expensas el antiguo edificio destinado á la educacion de los jóvenes eclesiásticos, le asignó nuevas dotes, y estableció tres profesores de filosofía y teología. Dió á un canónigo de su cabildo el cuidado de administrar lo temporal, y eligió él mismo los primeros profesores que tomó de su Orden para que la doctrina de Santo Tomás fuese enseñada siempre en su diócesis. Por la misma razon quiso que el derecho de nombrar en adelante los profesores perteneciese al P. Provincial de Flandes, quien puso en lo sucesivo un cuarto profesor para explicar la sagrada Escritura en el mismo se-

minario; lo que confirmó el pontífice Benedicto XIII y autorizó posteriormente por un breve apostólico de 1.° de Setiembre de 1729. Cuando murió el obispo de Amberes, Juan Fernando de Benghem, en 19 de Mayo de 1699, el obispo de Ruremonda, de ochenta y cuatro años de edad á la sazon, habia empleado ya veintitres en colocar su diócesis en el estado en que se encontraba. No pensaba más que en prepararse para la muerte, y en concluir sus trabajos con sus dias en medio de un rebaño que amaba y del que habia sido siempre sinceramente amado. Sin embargo, el Rey de España y el pontífice Inocencio XII le trasladaron al obispado de Amberes. Las primeras noticias que tuvo de esta inesperada traslacion no le fueron muy agradables, y no pudo ménos de exclamar admirado: «¿Era preciso trasplantar este árbol viejo, acostumbrado hace ya tantos años al clima de Ruremonda? Si tal es la voluntad del Señor, me someto á ella; en la nueva sede podré hacer mayores limosnas. Será una nueva ventaja para los pobres.» Un gran número de ellos cambiaron en efecto entónces de morada. Los caminos, dice un historiador, se hallaban llenos de pobres desde Ruremonda hasta Amberes, y cuando se les preguntaba dónde pretendian ir, no contestaban otra cosa sino que no estando su padre con ellos, tenian qué seguirle. No era solamente suya esta opinion; como las virtudes episcopales de nuestro prelado le habian obtenido grande reputacion en todas la iglesias de los Paises Bajos, su caridad en particular y el celo de que siempre se le habia visto animado hácia el bien público, le habian hecho extraordinariamente amado de los pueblos, y hacian que el de Amberes desease tenerle á su lado. Apresuráronse á darle pruebas de ello por las diferentes diputaciones que le enviaron al efecto, y por la magnífica recepcion con que le honraron á su entrada el 12 de Junio de 1700. Habia quizá creido evitar una parte de estos honores, retirándose al convento de su Orden, donde pasó la noche, resuelto á dirigirse á la mañana siguiente con poca comitiva á su iglesia catedral y de allí al palacio episcopal. Pero hallaron medio de burlar sus deseos acompañándole el clero, el ayuntamiento y todas las personas distinguidas de la poblacion, en lo que manifestaron de nuevo su adhesion á su persona y su respeto á su virtud. Se asegura que la modestia del siervo de Dios fué lo que más realzó el esplendor de esta pompa. No se ignoraba que no era por una vana ostentacion por lo que el báculo que llevaba en la mano era solo un palo de madera dorada, porque su amor hácia los pobres no le habia permitido nunca tener nada precioso para su uso. Para acabar de hacer la relacion y al mismo tiempo su elogio, bastará con decir que todo lo que habia hecho durante tantos años en la diócesis de Ruremonda, lo hizo por espacio de seis en la de Amberes, sin que su mucha edad fuese rémora de su siempre activo celo. La única diferencia fué que su vigilancia debió ser tanto más contínua, cuanto que los

tiempos fueron más calamitosos y ménos tranquilos. No hacia más que cinco meses que habia tomado posesion de su iglesia, cuando la muerte de Cárlos II, ocurrida en 1.° de Noviembre de 1700, á la edad de treinta y nueve años, pareció anunciar la série de males que no tardó en sucederse. Bien pronto fueron los Países Bajos teatro de la larga y civil guerra que turbó la Europa entera para la sucesion de aquel príncipe. ¡Cuánto no habia que temer entónces por un país católico, cuando se veian las ciudades y los campos inundados de una multitud infinita de ingleses, holandeses y luteranos alemanes, que formaban los ejércitos del Emperador! El consuelo del caritativo pastor en aquellos dias de prueba, hubiera sido poder reunir á su vista todo el rebaño, disperso ántes en toda la extension de la diócesis, y servirle de escudo. Pronto á verter su sangre y dar su vida, si era necesario, por la conservacion y salvacion de los fieles confiados á su cuidado, miraba con extraordinaria atencion las necesidades de todos, y no permitia careciese ninguno del socorro que le era posible procurarle. El número de los que se refugiaban en la ciudad de Amberes, ya para salvar sus mejores efectos ó por no verse expuestos á los insultos de una soldadesca desenfrenada, era muy grande, y muchos no subsistieron durante mucho tiempo más que por las continuas liberalidades del santo Obispo. Proporcionábalos recursos y los instruia, pues hasta una edad decrépita no dejó de llenar á la letra el precepto de San Pablo, de anunciar la palabra divina, de exhortar los pecadores á la penitencia, de dirigirlos continuas instancias, de reprender, de suplicar y de amenazar sin cansarse nunca de tolerarlos ni de instruirlos. El autor de la *Galia Cristiana* no ha tenido dificultad en decir que todas las virtudes que forman un obispo completo, y que el Apóstol recomendaba en otro tiempo á sus queridos discípulos Timoteo y Tito, se manifestaron con esplendor en nuestro prelado, que semejante siempre á sí mismo fué el padre de los pobres; se hizo todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo; y del que puede decirse, en una palabra, que no vivió más que para Dios, para sus ovejas, para su príncipe, para la ley y para la patria. A pesar de las calamidades de una guerra de que no vió el fin, y no obstante los infinitos gastos que hacia para aliviar á una infinidad de miserables, halló tambien medio para hacer muchos beneficios á diferentes monasterios, y fundar una nueva cátedra de teología en el seminario de Amberes; pero con la condicion expresa de que se enseñaria siempre la doctrina de Santo Tomás, como lo habia ordenado ya para el seminario de Ruremonda. Lleno de dias y de méritos, estando ya en el treinta y tres de su episcopado y noventa de su vida, descansó en el Señor el 10 de Diciembre de 1706. Francisco Van Huyssein, doctor de la órden de Santo Domingo, pronunció la oracion fúnebre del santo Obispo, que fué mucho más elogiado todavía por las lágri-

mas de los pobres y la voz de todos los pueblos. La silla de Amberes permaneció vacante despues de su muerte por espacio de cinco años, lo que hizo su pérdida doblemente sensible á los fieles.—S. B.

REGINALDO DE MELLO (Fr.), religioso dominico del convento de Evora, donde tomó el hábito y profesó. Fué un varon verdaderamente apostólico, y tan penitente, que hasta la última enfermedad de que falleció y áun durante ella hasta la hora en que recibió la extremauncion, no cesó en sus mortificaciones, habiendo seguido ántes constantemente el mismo tenor de vida. En la celda no tenia más libros que un *Flox Sanctorum* para el estudio, un *Breviario* para rezar, un jergon de paja y una manta para la cama, un pequeño banco de pino para sentarse, negro y muy viejo. Los hábitos que vestia, pareciéndole muy fina la estameña que usaban generalmente los dominicos en Portugal, por la mezcla que tiene de hilo, era de la llamada allí de Elvas, que no se diferencia en más del sayal que en ser más clara y delgada, siendo de la misma clase de lana, y tan seca y áspera como el mismo sayal. En invierno y verano dormia vestido, con su escapulario puesto y la cabeza metida en la capucha. Nunca comió carne, excepto en caso de enfermedad; en las sextas ferias de todo el año no tomaba otro alimento que un bocado de pan, y este por la noche, con una naranja agria en honra de la hiel y vinagre que bebió Cristo nuestro Señor. En los demás dias, de todo cuanto ponian en la mesa apénas se lo ponian delante apartaba la mitad para los pobres, á los que tenia tanto afecto, que no salia nunca de su casa sin llevar alguna cosa que darles, y tenia costumbre todas las sextas ferias de buscar cinco de los más necesitados para repartir con ellos, en reverencia de Jesucristo, una pobre limosna que buscaba y negociaba lo mejor que podia, consistiendo cuando más en cinco monedas de tres reis cada una y algunos pedazos de pan. Escasa y pobre limosna, pero era lo más á que alcanzaban las fuerzas de quien lo habia dejado todo por Dios y no queria nada del mundo. Pasaba su vida completamente encerrado en la celda, despues de desempeñar las ocupaciones ordinarias del convento, consagrándose en ella á un perpétuo ejercicio de un nuevo género de oracion que consistia todo en lágrimas y gemidos. A todas horas vertian sus ojos abundantes lágrimas y exhalaba su pecho profundos suspiros, sin poderse reprimir ni ocultar, de lo que se suponian grandes y notables causas, las que tenia cuidado de ocultar con un secreto tan constante que manifestaba muy bien ser verdadero imitador de los primitivos Padres de su Orden. Por toda la provincia tenia nombre de santo, conjeturando todos que no podian salir dos fuentes de agua perenne, sino de un corazon que ardiese en fuego de amor divino conforme á lo que está escrito: *Fulgura in pluviam fecit*. Sus grandes cualidades influyeron en que siendo todavia jóven se le eligiese para

subprior en algunos conventos y despues para vicario de religiosas, siendo por último prior en Evora y en otras partes, como se deduce de su sepultura: de esto ha dado un buen testimonio un grande maestro de espíritu, cual lo fué el célebre arzobispo D. Fr. Bartolomé de los Mártires, varon en cuyo elogio se extienden todas las crónicas de su Orden. Llámale en una carta apóstol de Coira, porque en aquella época andaba predicando en este distrito de la diócesis de Braga, con grande fruto y aprovechamiento de las almas. Siendo muy viejo y estando ya atacado de la última enfermedad de que falleció, se supuso ser causa de ella un áspero silicio que llevaba continuamente, lo que no se supo hasta darle la extremauncion. Sabido esto por el prelado, le mandó que se le quitase bajo precepto de obediencia. Pero cómo hacerlo, si se le habia cerrado con un candado, cuya llave no parecia? Se hallaba ya próximo á la muerte y no se podia conseguir de él que se mudase á otra cama, á lo que le obligó el prelado imponiéndoselo tambien bajo precepto de obediencia. Pasáronle á colchones y sábanas, más con ello apresuraron su muerte como no podia ménos de suceder. Pedia con rios de lágrimas que le volviesen á su antiguo lecho, si querian que viviese algun dia más. Pero no accediendo los enfermeros, no tardó en espirar. En premio de su probada virtud se esculpió un epígrafe latino en su sepultura, el cual dice así:

Reverendus Pater Frater Reginaldus de Mello, quondam hujus cœnobii præfectus, vir sanctitate et austeritate vitæ insignis, hic situs est.

Aquí yace el Rdo. Padre Fr. Reginaldo de Mello prelado que fué de este convento, varon insigne por su santidad y rigor de vida.

Hay sin embargo un grande descuido en este epitafio, pues no pone el año de su muerte y todavía ménos los que vivió. El P. Casegas, que se consagró á estas investigaciones, dice que su muerte fué en el año 1596 hácia el mes de Mayo y que á la sazon tenia más de setenta. La cadena que llevó por mucho tiempo ceñida al cuerpo, el silicio y otros instrumentos de mortificacion, se conservaron en el convento como reliquias hasta épocas muy modernas.—S. B.

REGINALDO DE NANTEUIL, obispo de Beauvais, que en 1275 solicitó del papa Gregorio X, con los demás obispos de la provincia eclesiástica de Reims, la canonizacion de Luis IX. Escribió á principios del año 1283 al rey Felipe *el Atrevido* una carta que ha publicado el P. Martenne, para decir que si en la nueva morada que se hallaba próxima, no podia, aunque muy á pesar suyo, cumplir su voto, emplearia al ménos en esta obra las doce mil libras tornesas depositadas por él en manos del Rey, distribuyendo cin-

co mil libras parisies á los recolectores del diezmo para Tierra Santa, y gratificando con cuatro mil seiscientas libras parisies á un caballero que llevase bandera, á condicion de que seria nombrado por él ó por sus apoderados, y que llevaria con su propia bandera la de S. Pedro de Beauvais, pues el dinero provenia de los bienes del mismo S. Pedro. La carta al fin de la cual pide al Rey recompense su piadosa empresa, se halla fechada en 1282, el jueves ántes del domingo en que se canta el *oculi mei*, es decir el tercer domingo de Cuaresma del año 1283. Felipe III no llevó á cabo la expedicion de Tierra Santa, y el obispo de Beauvais murió en el año en que habia escrito esta carta el 27 de Setiembre. No se encontró dificultad alguna en emplear estas doce mil libras en la desgraciada cruzada contra el rey de Aragon.—S. B.

REGINALDO Rotomagense, arzobispo, lector del Sagrado Palacio, á quien Bonifacio VIII creó cardenal Portuense y de Santa Rufina. Escribió: *Super quatuor libros sententiarum*; y tambien se dice que dió á luz una multitud de opúsculos, segun manifiestan Roduldo en su Historia Seráfica, Ludovico Catáneo, cardenal de la santa Iglesia romana, Onofre, Gonzaga, S. Antonio y Cristobal Alvarez en su *Brachilogia Purpurea*, y Pedro Antonio de Venecia en sus *Hortuli Seraphici* en estos versos:

En sibi Cardineo insignis Reginaldus honore,
Franciscanorum luxque decusque Patrum.

Hemos citado esas obras, ya para comprobar su existencia, ya para presentar lo inusitado ya que no lo extravagante de sus títulos, de *Brachilogia Purpurea* y *Horticuli*. Los testimonios de su existencia y cualidades no son inútiles cuando Wadingo, persona de tanta autoridad, en el índice de sus Anales pretende que ni fué arzobispo ni cardenal, á no ser que se pretenda que es sujeto diferente de Reginaldo Umber. Sin embargo, Tosigniano sostiene que apénas fué condecorado con la dignidad cardenalicia murió, y no falta quien le atribuya la obra titulada *Compendium Theologiæ*, cuya paternidad se disputan diez y nueve autores.—M. N. y S.

REGINALDO de Ruan, del órden de S. Gerónimo. Este ejemplar religioso, cuya vida fué un admirable modelo de constancia, virtud y santidad, fué natural de la ciudad de Ruan en Francia, siendo sus padres muy nobles, distinguidos y pudientes, y cuyo apellido renunció el jóven Reginaldo cuando tomó el hábito de la religion, para tomar el sobrenombre del pueblo que le vió nacer. Aunque estaba llamado á ocupar un alto puesto, y á desempeñar brillantes destinos, cuando la voz de la inspiracion divina se hizo sentir en su pecho, abandonó como otro Abrahan la paterna casa, partiendo en bus-

ca de la nueva region que el cielo le habia preparado en el retiro del claustro. Conociendo que sus padres no le concederian jamás permiso para cumplir su buen deseo, partió secretamente de Ruan, encaminándose á Cataluña, tomando el hábito en el monasterio de la Murta, inmediato á Barcelona. Hasta algunos meses despues de haber partido no supieron sus padres dónde paraba, y como era tan querido por su buen natural y excelentes prendas, trataron de apartarle de la determinacion que habia tomado, practicando al efecto cuantas diligencias estuvieron en su mano para conseguirlo. Pero todo fué en vano, y de nada sirvieron los ruegos, súplicas y empeños. Cerrando Reginaldo los oidos á todas las voces que el mundo le daba, desoyó las halagüeñas promesas, y prescindiendo hasta de los lazos de la familia y de los naturales afectos que esta inspira, permaneció en su convento de la Murta, dando con su ejemplo sublimes lecciones de virtud y de austeridad. Era varon de mucha prudencia, de gran recogimiento, muy entregado á la oracion, y por lo tanto muy dado al trato íntimo con Dios. Gustó siempre de vivir retirado, y así, á no precisarle la obediencia, siempre estaba ocupado en su celda, invirtiendo el tiempo en dulces contemplaciones, hallándose por esta razon pronto á acudir ántes que ninguno á todos los actos y oficios de la comunidad. Cuando más gozoso se hallaba disfrutando de aquella envidiable calma que solo en el silencioso retiro de los claustros se goza, se halló sorprendido con la repentina visita de dos hermanos suyos, que mostrándose sumamente afligidos, vinieron á participarle que su padre se hallaba en el último trance de la vida, y deseaba verle para despedirse de él en este mundo. La voz de la naturaleza por una parte, y la de la razon por otra, unidas á las súplicas de sus hermanos que le manifestaron la obligacion en que como hijo se hallaba á dar al autor de sus dias aquel último consuelo, le convencieron y determinaron por lo crítico del caso á pedir licencia al prior. Este se la concedió sin dificultad, en vista de lo que creyó era obligacion sagrada, y Reginaldo partió para la casa paterna, lleno de verdadero dolor y angustia, y no creyendo, segun lo que le decian, llegar á tiempo de abrazar á su moribundo padre. Pero con extraordinario asombro advirtió al pisar sus hogares que la enfermedad era una supercheria para sacarle del convento, porque su padre no se hallaba ni áun enfermo, cuanto más en peligro de muerte. El respeto le impidió que manifestase su santa indignacion, y contúvose cuanto pudo, permaneciendo algunos dias en su casa muy gustoso al parecer, y avivando con el trato el deseo que sus padres tenian de que permaneciera siempre á su lado. Cuando ya le pareció al siervo de Dios que la visita era bastante para satisfaccion y consuelo de su familia, dijo á su padre que ya era tiempo de que regresase al convento; mas aquel le rogó que no marchára tan pronto, y que permaneciese algunos

dias más, porque no era razon que los abandonase al poco tiempo de su llegada. Accedió el jóven, aunque con harto sentimiento, porque conocia muy bien la pena que con solo oir hablar de la partida ocasionaba á sus parientes. Deseosos estos de apartarle de la vida religiosa, le regalaban cuanto podian, multiplicándole las distracciones, y procurando en fin introducirle en el bullicio del mundo, para que más fácilmente olvidára el silencio de los claustros; pues desgraciadamente conocian harto bien, que para desanimar á un religioso, el medio mejor es ponerle en situacion de comparar la diferencia que existe entre el mundano placer y el rigor de la austeridad religiosa. La tentacion, sin embargo, no produjo fruto alguno. Era muy inalterable el propósito del santo jóven, y resuelto definitivamente á partir, solicitó otra vez el beneplácito de sus padres. Entónces estos le manifestaron claramente su designio; pues viendo que no conseguian por medios indirectos el fin que se propusieran, le dijeron que no pensase en marchar, porque nunca obtendria su permiso.—No trates, le dijeron, hijo mio, no trates de abandonar nuestra compañía; pues nunca volverás á ver las puertas del monasterio. Para esto te sacamos de él con un ardid, y supuesto que quieres seguir la carrera eclesiástica, ya hemos suplicado al Rey, que nos estima mucho, provea en ti una de sus abadías, que se halla muy cerca de aquí, y el soberano ha tenido á bien concedernos esta gracia, debida á nuestros muchos servicios y merecida por tu virtud. En ella puedes ser tan santo como en el convento, y servir tan bien á Dios; y así, en el interin que la provision se hace, que será muy pronto, goza de nuestra compañía con el mismo placer que nosotros gozamos de la tuya, y no pretendas en modo alguno oponerte á lo que no puedes evitar. Mucho se afligió en su interior Fr. Reginaldo, conociendo que se hallaba cautivo en poder de sus padres, y que de nada le servirian la oposicion y los ruegos; mas confiando en la voluntad del Señor, hizo ánimo de disimular hasta que la Providencia determinára libertarle de aquella, aunque dulce, perjudicial opresion. Contestó á sus padres que jamás habia creido tuviesen ánimo de violentarle; mas supuesto que deseaban no apartarse de su compañía, estaba pronto á complacerlos, con lo cual se llenaron de alegría, creyéndole decidido. Mas apénas se apartó de ellos, fué á comunicar su angustia con el religioso que le habian dado por compañero. Vertiendo amargas lágrimas, y lleno de mortal angustia, refirióle la violencia que con él hacian sus padres, determinando que á la fuerza permaneciese en su compañía, teniéndole detenido y con guardas de vista para que no se fugára; y puesto que por entónces no le era posible hacer ni determinar otra cosa, lo más conveniente era que se volviese al monasterio, y diese cuenta al prior de lo que pasaba, suplicando á la comunidad que no se olvidase de él, y le encomendára continuamente á

Dios, á fin de que le sacase pronto de aquella terrible esclavitud, más terrible para él que si se hallase entre los infieles, puesto que aquí sus padecimientos eran causados á fuerza de los regalos y placeres con que le abrumaban. Partió el compañero con notable gusto de los padres, que así creyeron tener más asegurado á su cautivo, y éste permaneció algunos meses en su compañía lleno de angustia y dolor por no poder cumplir los deseos que en su alma se albergaban. Hacia sin embargo, en cuanto le era posible, vida monástica en su casa, y rogaba á Dios le abriese una puerta para salir de aquella adorada cárcel, donde encerrado se hallaba como la avecilla en su jaula, y volver al querido nido de su convento, centro de todos sus placeres y objeto de sus más vivas ansias. Conforme pasaba el tiempo, íbase aumentando la seguridad de los padres, puesto que no veian en él deseos de fugarse, y por lo tanto se disminuyó bastante la vigilancia de los guardias encargados de vigilarle. Pidió Reginaldo cierto dia permiso á sus padres para ver el monasterio de la abadía que se estaba negociando para él, en lo que dijo tendria una cumplida satisfaccion. Accedió gustoso el Padre, y le dijo que fuese cuando quisiera. Como la distancia de la ciudad á la mencionada abadía era muy corta, diéronle un brioso caballo para él, acompañándole dos criados á pie para mayor autoridad de su persona. Apénas se vió en el camino, y conociendo la ventaja que tenia sobre los que le acompañaban, picó espuelas á su caballo y huyó por el camino de España, dejando tan absortos y admirados á los criados, que cuando volvieron de su estupor, partieron á la casa á dar cuenta de lo sucedido. Llevaba Reginaldo tanta delantera, que estaba muy seguro de no ser alcanzado ni detenido. Llegó en breves jornadas á su deseada casa-convento de la Murta, y cuando le vieron entrar fué tanto el gozo que se apoderó de sus hermanos de religion, que le abrazaban á porfía, vertiendo tiernas lágrimas y dándole mil parabienes por haberle Dios libertado de la esclavitud de su casa, no pareciendo sino que se habia escapado de las mazmorras de los infieles, pues en efecto decia Fr. Reginaldo que desearia mejor estar en la esclavitud de los moros que en la de su casa, porque nada hay más expuesto ni que más fácilmente haga decaer la entereza del alma que los deleites y regalos, lo cual no sucede cuando la carne se encuentra afligida y macerada. Puesto ya en la deseada playa de salvacion, tornó el siervo de Dios á observar su antiguo método de vida, ejercitándose en tantas y tan asperísimas penitencias, que parecia querer desquitarse de lo que durante su ausencia no habia podido ejecutar. Mereció tantas distinciones por su virtud y su constancia, que al cabo de algunos años fué nombrado prior del mencionado convento de la Murta, por haber reconocido asistian en él con suma perfeccion las prendas del ejemplo, prudencia, rectitud y observancia. Era de genio blando y suave, muy dulce y compasivo con

todos, y al mismo tiempo muy celoso observante de la regla, y muy guardador de la pureza de las costumbres religiosas. Consigo mismo era duro y áspero, no queriendo ceder ni un punto de la austeridad y penitencia que desde el principio de su carrera se habia propuesto observar. Ganó con tales prendas el ánimo de todos los de la comunidad, y hacia de ellos cuanto queria, sirviéndole de mucho aquella especie de ascendiente para llevarlos por el buen camino; pues decia con evangélica gracia era grande locura la del pastor que pretende llevar á palos las ovejas por el camino que desea, puesto que marchan mejor cuando ven que el pastor va delante de ellas, conforme lo ejecuta nuestro padre y universal pastor Jesucristo. Miéntras estuvo desempeñando Fr. Reginaldo su priorato, ocurrió peste en Barcelona, la cual atacó á bastantes religiosos, y aquí fué de ver el amoroso celo con que el siervo de Dios los asistia y curaba, sin contenerle el temor del contagio ni el asco de la enfermedad. Aunque algunos otros caritativos varones, excitados por su buen ejemplo, se ofrecian á ayudarle, jamás quiso consentirlo, pues siendo el principal encargado y responsable de su rebaño, á él solo le tocaba cuidarle, porque Dios tiene dicho que de la oveja perdida ó dañada solo pedirá cuentas al pastor. Aconsejábanle otras veces que huyese del riesgo en que se ponia, mezclándose con los enfermos, á lo cual siempre se resistió diciendo que por lo mismo no los abandonaba, porque no era tiempo de desampararlos, sino de morir con ellos, y que en la necesidad era donde habia de manifestarse ser verdadero padre y médico de las almas á la vez que de los cuerpos. En aquellas circunstancias ejecutó actos de superior caridad, nacidos todos del verdadero amor que á sus prójimos tenia, y cualquiera ocupacion por penosa que fuera, por repugnante á los demás, era deseada por él y desempañada con alegre rostro y con la mejor voluntad. Limpiaba y hacia las camas, barria las celdas, daba de comer con su propia mano á los que se hallaban imposibilitados, y los consolaba al mismo tiempo con tales y tan tiernas razones, que los que sabian no tener ya remedio humano en la tierra, morian contentos y gozosos por disfrutar el consuelo de espirar entre sus brazos. Ocupado en estos meritorios servicios pasó todo el tiempo que duró la fuerza del mal, y cuando ya estuvieron todos curados, quiso el Señor premiar sus trabajos llamándole para sí. Vióse atacado del mal epidémico á tiempo que ya habia desaparecido, con lo cual se conoció que era disposicion milagrosa, y habiendo recibido los santos sacramentos con su devocion acostumbrada, fué á descansar en el Señor. Cuando se hallaba en los últimos instantes de la vida, pero conservando aún el entero uso de sus facultades, algunos de sus apasionados, que amargamente lloraban su pérdida, decianle que á haberse guardado conforme se lo rogáran, no se veria en aquel apurado trance, á lo que el bendito religioso les con-

testaba: «No digan tal cosa, hermanos mios, que en ello hacen grave ofensa á Dios. Si Su Majestad tenia dispuesto mi fin, ¿qué hubiera yo adelantado con guardarme, sino tentar su bondad y oponerme á sus decretos? Y además, no consideran que por este breve rato de tormentos voy á gozar una felicidad eterna y sin límites?» Entre otras señales claras y palpables que el Eterno dió de su gloria, es digna de especial mencion la siguiente. Tenia Fr. Reginaldo un negocio pendiente con un notario llamado Mosen Salieta, hombre recto y honrado, que vivia en la villa de Cervera, catorce leguas distante del monasterio de la Murta, y cuyo negocio estaba en vias de terminacion. A la hora en que espiró el Padre, que era la de la media noche, y hallándose el notario desvelado, se le apareció entre celestes resplandores, y hablándole dulcemente, le dijo en primer lugar que iba á gozar de Dios, y en segundo le dió varias instrucciones para la feliz terminacion del contratado negocio. No se sorprendió el notario con tan inesperada visita, sino lleno de alegría llamó á un hijo suyo para certificar el suceso, y le mandó extender una diligencia, manifestando que en aquella hora habia fallecido y pasado á la gloria eterna su buen padre y amigo Fr. Reginaldo de Ruan. A la mañana siguiente mandó á su hijo que fuese al convento á que llevase las nuevas para que la mision quedase confirmada. Anduvo el hijo cuanto le fué posible, y al llegar al monasterio halló á todos los religiosos tristes y afligidos por la muerte de su prelado. Pero aquel dolor se transformó en gozo cuando tuvieron noticia de la gloriosa mision, rindiendo humildes y fervorosas gracial al Señor omnipotente, que tanta felicidad habia deparado á aquel santo monasterio, permitiendo que en su recinto viviese y muriera el bienaventurado P. Fr. Reginaldo de Ruan.— M. B.

REGINALDO (Fr. Antonino). Véase Ravaille, Antonio.

REGINALDO (Antonio). Vivió este religioso dominico en el siglo XVII, y fué uno de los grandes partidarios de la escuela de Sto. Tomás y de la gracia eficaz por sí misma, la que sostuvo ya en las lecciones que durante muchos años dió en Tolosa, ya en sus escritos. El año 1644 hizo imprimir en latin una *Cuestion teológico-histórica y canónica*, para saber cuál habia sido la opinion del Concilio de Trento sobre la gracia eficaz y la ciencia media. Como áun era jóven, se le escaparon algunos términos que fueron rechazados en un escrito titulado: *Theses adversus quæstionem theologicam, etc.* Reginaldo contestó á esta refutacion en 1645, en su escrito: *Theses apologeticæ adversus solutionem quæstionis, etc.* En 1647 sostuvo una tésis en el capítulo general de su Orden, que tuvo lugar en España, en la ciudad de Valencia, la cual metió mucho ruido en aquella época, y fué bastante combatida. Se conserva de este dominico un *Tratado teológico sobre la célebre distincion del sentido compuesto y del sentido dividido*, de la que se han

hecho muchas ediciones, un prefacio para ponerle al principio del catecismo del Concilio de Trento, en el que estableció la autoridad de este Concilio con relacion á las materias de la gracia: tres volúmenes sobre los dos principios á los que reduce todo la teología, y un librito sobre la *Cofradía del santo nombre de Jesus*, al que era muy devoto. Murió en Tolosa el año 1676, dejando una obra manuscrita sobre el Concilio de Trento, por lo que respecta á la gracia eficaz por sí misma. Este escrito, que de manos del Padre Masoulié, dominico, pasó á las de Mr. Antonio Arnauld, y despues á las del P. Quesnel, no se imprimió hasta 1702, publicándose en 1706 con este título: *De mente Concilii Tridentini circa gratiam per se efficacem.*—C.

REGINALDO (Juan). Fué ministro de la provincia de la Francia, parisiense, escribió un libro: *In regulam Fratrum Minorum*, segun dice Wadingo.—M. N. y S.

REGINALDO (Langhanus), inglés, alumno del convento Norvicense, doctor de sagrada teología; Cantabrigense (de Cantorberi). Varon de agudo y algun tanto litigioso ingenio: entre los suyos obtuvo la fama de que en las disputas escolásticas valia mucho, porque disputaba con agudeza, distinguia muy sutilmente, explicaba con claridad, y sacaba consecuencias concluyentes. No sabemos si por envidia, que es por desgracia una calamidad inseparable de los ingenios más felices, ó por su culpa, se atrajo la enemistad de los más doctos de todas las órdenes religiosas, hasta el punto de que escribiesen contra él; correspondió con otros escritos, á saber: *Contra Elmandum Monachum Buriensem*, un libro que principia: *Arguitur principaliter contra...—Contra Andream Binhanum Dominicanum*, otro libro cuyo comienzo es: *Reverendus Pater de Sacro Ordine;—Contra Johannem Haidon Carmelitam*, otro que principia: *Adversus argumentum primum.—Lecturas triginta Bibliorum*, otro que comienza: *Hæc sunt nomina filiorum Israel.—In Magistrum sententiarum, libros IV.—Determinationum*, libro I.—*Quæstiones disputatas*, un libro. Muchas otras obras de esta especie escribió; florecia por los años de 1410, siendo doloroso que haya empleado la principal fuerza de su ingenio en esas lides infructuosas para la ciencia.—M. N. y S.

REGINALDO y tambien Reginaldeto (Pedro), francés, minorita, de la provincia de Francia, y maestro en sagrada teología, escribió: *Speculum finalis retributionis;* impreso en Venecia en 1498, y en Lyon en 1494, y asimismo en 1528, en 4.° Otra edicion hizo en París en 1499, Pedro Levet, habitante en el arrabal de S. German de los Prados, bajo los auspicios del Reverendo P. Fr. Guillermo Totani, dominico, que en un prólogo elogió sumamente la obra, diciendo que la divina sabiduría habia fecundado la mente de Reginaldeto y embriagado su corazon de un modo inefable; expresa los vínculos que existieron entre S. Francisco y Sto. Domingo, y se complace

en demostrar que existen entre sus hijos. Escribió tambien otra obra cuyo título es: *De Gaudiis piorum et pœnis malorum;* en Basilea, año 1499: otra edicion se hizo en París el año 1509. Tambien escribió: *Commentaria in quatuor libros sententiarum;* Wadingo tenia manuscritos sobre el 1.° y 2.°, en cuyas márgenes puso algunas advertencias.—M. N. y S.

REGINALDO (Umber), á quien creyó Wadingo que era persona no diferente de Reginaldo Rotomagense, era de la provincia de S. Francisco, el cual sucedió á Gentili de Monteflor, lector del sagrado Palacio Apostólico, cuando fué creado cardenal. Escribió una obra: *Super quatuor libros sententiarum.*—M. N. y S.

REGINALDO (Valerio), jesuita, á quien tambien se le apellidaba Renaud ó Reguoud, nació en 1543 en el Franco-Condado, y murió en Dole á 14 de Marzo de 1623, despues de haber enseñado la filosofía en Burdeos, en Pont-à-Mousson y en Paris, y la teología en Dole. Tenemos de él: *Praxis fori pœnitentialis ad directorium confessarii in usu sacris sui muneris;* Lyon, 1620, Colonia, 1622: dos volúmenes en fólio, corregida y aumentada. San Francisco de Sales recomienda su lectura en su advertencia á los confesores; tambien escribió otra obra titulada: *De prudentia et cæteris in confessario regni sitis;* Lyon, 1610, en 8.°, reimpreso muchas veces y traducido al francés por Esteban La Plonce-Richete, canónigo de Grenoble, impreso tambien en Lyon en 1618 ó 1619, en 8.° Otra produccion suya tiene el título de *Tractatus de officio pœnitentis in usu sacramenti pœnitentiæ;* se imprimió en Lyon, en 1618, y en Maguncia, en 1619, en 8.°, y que el autor refundió así como la precedente en su gran obra que apellidó *Compendiaria praxis difficiliorum casuum conscientiæ;* impresa en Lyon en 1618, en 12.°: se reimprimió muchas veces y se tradujo al francés por el P. Santiago Jacquet, religioso carmelita: publicada en Lyon, en 1623, en 12.° Pascal tomó del P. Reginaldo muchos ejemplos de su moral relajada.—M. N. y S.

REGINALDO, obispo de Lieja, sucedió á Durando en 1024 hácia cuya época escribió á Fulberto, obispo de Chartres, reclamándole su subdiácono Adelmano, que habia ido á estudiar á la célebre escuela establecida en aquella ciudad. Fulberto le contestó con política que no debia de mirar á Adelmano como una oveja extraviada; que él se la alimentaba con provecho; que se la enviaria á Lieja con la esperanza de que volveria con la dimisoria en forma. Reginardo detuvo, sin embargo, á Adelmano usando de su derecho, pero esto no interrumpió el curso de sus estudios, pues los continuó sobre el plan que los habia comenzado, y se hizo hábil en toda clase de ciencias sagradas y profanas. Vazon, dean de la catedral, era al mismo tiempo director de la escuela de Lieja. Su celo por la conservacion de la disciplina le atrajo gran número de enemigos, por lo que se retiró á la corte del em-

perador Conrado, donde sirvió en clase de capellan. Su puesto de maestrescuela fué dado á Adelmano por Reginaldo, desempeñándole aquel satisfactoriamente durante muchos años. Algunas razones que ignoramos todavía, le obligaron á abandonar la morada de Lieja, y se retiró á Alemania, de donde pasó á Lombardía. Hallándose vacante á la sazon la iglesia de Brescia, Adelmano fué elegido para ocuparla. Colócase ordinariamente la época de su elevacion al episcopado en 1048, algunos la ponen en 1050. Sus escritos no dan sobre esto luz alguna. Murió segun Ughelli hácia 1061, y fué enterrado en la iglesia de los Stos. Faustino y Jovita, mártires. Habiendo atacado Berenger de viva voz y por escrito la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, el rumor de esta noticia se esparció bien pronto por toda Alemania, donde vivia entónces Adelmano. Resolvió escribir á Berenger para saber de él mismo la verdad de lo que se decia; pero habiendo reflexionado que Berenger era amigo de Paulino, canónigo de la iglesia de Metz, le escribió manifestándole le escribiera lo que supiere. Paulino se lo prometió; pero no le cumplió su palabra, al ménos estuvo cerca de dos años sin contestar á Adelmano. Este descuido le hizo tomar el partido de escribir por sí mismo á Berenger, habiendo encontrado una ocasion favorable y tal como la deseaba para que la carta llegase á su destino con toda seguridad; pues se la entregó á un francés, que habia ido á saludarle de parte del mismo Berenger. Los términos de hermano, de querido condiscípulo, demuestran que su carta es anterior á los concilios de Roma y Verceil, en que fué condenado Berenger en 1050. Tampoco Adelmano dice nada de estos concilios. Es preciso añadir que le escribió hallándose en Alemania, y de consiguiente ántes de su episcopado, ántes del año 1048 ó 1050. El mismo fija en la apariencia la época, cuando dice que sus errores le eran conocidos hacia dos años. Créese generalmente que Berenger no comenzó á esparcirlos hasta el año 1044. En esta suposicion Adelmano debió escribir su carta hácia el año 1046 ó 1047; no habiéndose esparcido por Alemania con grande ligereza el rumor de esta herejía. Cualquiera que sea la fecha de esta carta, es obra de un espíritu muy cultivado, que tenia el don de anunciarse con claridad, de pensar con exactitud, de raciocinar con solidez, de dar á su discurso un aire sencillo, natural, insinuante, persuasivo, y cuyo celo por la verdad no respiraba más que caridad, sin mezcla alguna de amargura. «Os llamo, le dice, mi hermano de leche, á causa de la dulce sociedad en que hemos vivido tan agradablemente en la Academia de Chartres, vos más jóven, yo un poco mayor, bajo nuestro venerable Sócrates, el obispo Fulberto. Adelmano hace su elogio, recuerda las dulces conversaciones que habia tenido con él; las instrucciones que les daba, algunas veces con las lágrimas en los ojos, en particular cuando les conjuraba á marchar cuidadosamente

por las huellas de los Santos Padres, sin separarse nunca para tomar senderos apartados. Viniendo despues al rumor que se habia extendido por todas partes contra Berenger, que se habia separado de la unidad de la Iglesia, sosteniendo que lo que se inmola todos los dias sobre el altar en toda la tierra, no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, sino una figura y una semejanza; le conjura por la misericordia de Dios y por la memoria de su querido maestro comun, á no turbar la paz de la Iglesia católica, ni la república de la ciudad cristiana, edificada por nuestros antiguos Padres, por la que han combatido tantos millares de mártires y tantos santos doctores contra los idólatras y contra los herejes, y que han defendido tan bien que nadie se atreve á levantarse contra su doctrina, que no sea en seguida anonadado por todas partes. Los maniqueos, los arrianos y los demás enemigos de la Iglesia han caido en el olvido, miéntras por el contrario se celebra la memoria de S. Gerónimo, de S. Ambrosio y de San Agustin, que han refutado eficazmente sus errores. Nos es conveniente, hermano mio, á nosotros, que somos pequeños, ocultarnos bajo las banderas de estos generales, cuya autoridad es tan grande en la Iglesia. Aunque en general todo hombre sea mentiroso, estos grandes hombres son verídicos, porque se hallan inspirados por el que dice: *Soy el camino, la verdad y la vida.* De él es de quien han aprendido lo que nos han enseñado del sacramento de que hablamos. Adelmano refiere la promesa que hizo Jesucristo á sus discípulos de darles un pan que sería su propia carne; despues manifiesta la ejecucion de esta promesa por medio de las palabras de la institucion de la sagrada Eucaristía y añade: ¿Quién niega que esto se verificó así, sino el que no cree en Jesucristo, ó que no pronunció estas palabras? pero no se puede dudar que las ha dicho, y que es el mismo que dijo al principio del mundo: *Hágase la luz, y la luz fué hecha* de la nada. Al decir del pan: *Este es mi cuerpo*, ¿no ha podido hacer tambien que el pan se convirtiese en su cuerpo? Y si cambió sin decir nada el agua en vino por una virtud santa, ¿se negará á sus palabras el poder de cambiar el vino en su sangre? Manifiesta que como es Jesucristo quien edifica por medio de sus ministros, él es tambien quien consagra y crea su cuerpo y su sangre por la mano y la boca de los sacerdotes; que los cambios de pan y vino en la carne y sangre del Salvador no se hacen visiblemente; sucede lo mismo con el bautismo, en que el alma es santificada por el agua que toca al cuerpo, sin que esta santificacion aparezca á los ojos de los espectadores; y que en ambos sacramentos las cosas se verifican así para dar motivo á la fe, que cesaria de ser y de merecer, si lo que se hace interiormente se desarrollase á los ojos del cuerpo. La carta de Adelmano no ha llegado entera hasta nosotros, y parece que solo tenemos un fragmento, pero basta para dar un testimonio de la fe sobre uno de

nuestros principales dogmas. Dedúcese tambien de ella que este escritor no habia limitado sus estudios al conocimiento de la teología, que habia leido los profetas y que estaba instruido en el sistema de muchos filósofos antiguos sobre el movimiento de la tierra, y la inmovilidad del sol y de las estrellas fijas, adoptado en el siglo cuarto por Copérnico; que se hallaba tambien en estado de refutar lo que estos mismos filósofos han sostenido sobre la creacion del mundo y sobre lo que contiene. Habia sin duda adquirido estos conocimientos en la escuela de Fulberto, y los habia comunicado por sí mismo á sus oyentes en la de Lieja. Observacion que hacemos para poner un correctivo á la preocupacion comun de que los siglos XI y XII fueron tiempos de tinieblas y de errores. Trithemio habla de la carta de Adelmano, diciendo que era muy larga, por lo que parece que la habia visto completa. El fragmento que nos queda ha sido impreso con los tratados de Pascasio Radbert, de Lanfranc y de algunos otros sobre la Eucaristía en Lovaina en 1591. Berenger contestó á la carta de Adelmano con un escrito lleno de injurias, en que mezcla los sofismas de mal género á unas chanzas de mal gusto, llamándole Aulumanno en vez de Aldemanno. Sigeberto habla de esta respuesta, de la que se encuentran algunos fragmentos en el tomo IV de las anecdotas del P. Martenne, á continuacion de las actas del concilio de Roma en 1078, en tiempo de Gregorio VIII. Trithemio cita una coleccion de cartas bajo el nombre de Adelmanno, pero no da detalle alguno acerca de ella. No conocemos más que la que escribió á Paulino, canónigo de Metz; tampoco sabemos más que lo que dijo él mismo en su carta á Berenger, y la que dirigió á Guillermo, uno de sus discípulos, abad despues de S. Arnoldo en Metz y de S. Remigio en Reims, para obligarle á permanecer en el clero, en que podia ser más útil á la Iglesia que retirándose á un claustro. El P. Mabillon conjetura que la respuesta á esta carta se diririge á Alestan, discípulo de Fulberto, y no á Adelmano; en este caso la carta que se atribuye á este escritor no seria suya, sino de Alestan, citado por Adelmano en su *Prosa rimada*, de que deben decirse cuatro palabras. Se hallaba compuesta de veinte estrofas ordenadas por alfabeto. Cada estrofa es de tres versos, que concluyen por la misma rima; los dos primeros son de quince sílabas, el tercero algunas veces de quince y con frecuencia de catorce: las sílabas son largas ó breves indiferentemente, excepto las dos últimas que terminan el verso con un yambo; la tercera estrofa es la única que varía en su construccion. En ellas es donde Adelmano hace el elogio de su maestro Fulberto de Chartres. Se continua en los cuatro siguientes, manifestando que este grande obispo cultivaba las ciencias divinas y humanas, y que por su celo florecieron los estudios en las Galias. En las demás estrofas da á conocer los sabios con quienes tenia algunas relaciones. La mayor parte hubieran quedado en la

oscuridad, si Adelmano no nos hubiera manifestado sus nombres y algunas circunstancias de su vida. En la última estrofa se llama á sí mismo y se nombra Adelmano, y no puede dudarse que tal es su verdadero nombre. Este documento es muy apreciable por la singularidad de su gusto, y porque el autor ha dicho mucho en pocas palabras, pero no merece la contestacion de Adelmano. El P. Mabillon ha hecho imprimir estos ritmos en sus Analectas por un manuscrito de la abadía de Gemblours en Brabante, á cuyo frente se leia que los habia compuesto el autor estando todavia en Lieja, y los habia unido á la carta que escribió á Berenger, y que al fin se veia esta impertinente respuesta de Berenger: *Nascitur ridiculus unus.* Se han publicado despues por el P. Durand en el tomo IV de las Anécdotas, en París, en 1717, con las actas del concilio de Roma de 1708, en tiempo de Gregorio VII y la respuesta de Berenger á la carta de Adelmano, en Brescia, en 1739; pero no es esta la única vez que se han impreso, se encuentran en su edicion de discursos de S. Gaudencio, en Padua, en 1720, en 4.º Trithemio cita un escrito de Adelmano, en que da grandes elogios á Lamberto, monje y despues abad de S. Lorenzo de Lieja. En los ritmos se cita un Lamberto, pero habitaba en París y no en Lieja. Es preciso, pues, mirar como perdido el escrito de que habla Tritemio. — S. B.

REGINERIO. Hallamos en el *Diccionario de erudicion histórico-eclesiástica* del caballero Caetano Moroni Romano, un Cardenal de este nombre, del que solo nos dice que perteneció al órden de los diáconos, y que suscribió el privilegio á favor de la patriarcal de Grado del papa Juan XIX, llamado XX, en 1024. — A.

REGINO, obispo de Constancia, metropolitano de Chipre, de quien nos queda un discurso en que trata muy mal á Nestorio comparando su caida á la de Lucifer, al crímen de los judíos que hicieron morir al Salvador, al de Cain y al de los sodomitas. Discurso que fué escrito el mismo dia en que pronunció S. Cirilo una homilía hecha despues de la deposicion de Nestorio, en que trata de la Encarnacion, que demuestra habia sido predicha en el Antiguo Testamento y cumplida en el Nuevo. Exhorta á Nestorio, sin nombrarle, á creer y honrar este misterio, sin escuchar las luces de su razon, pues es incomprensible. Del principio de esta homilía se deduce la existencia de la obra de nuestro autor, cuyos antecedentes y vicisitudes no han llegado hasta nosotros. — S. B.

REGINO, obispo de Vegeselo, en la Numidia, uno de los que asistieron al concilio general celebrado en Cartago en 397. Habíase fijado su apertura en 23 de Agosto, segun el reglamento redactado en el de Hipona en 393; pero no habiéndose presentado muchos diputados de las provincias de Africa en el dia designado, hubo que diferir algunos la inauguracion del concilio. Los

obispos que se hallaban presentes, que habian llegado ántes del dia fijado para el comienzo de las sesiones, no dejaron de tratar de antemano algunos negocios de que el concilio debia tener conocimiento en el dia señalado para la asamblea. Aurelio mandó leer lo que habia acordado con estos obispos, leyéndose tambien otra carta de los obispos de la Bysacena, cuyo contenido ignoramos, pero en la que se excusaban en la apariencia de ir al concilio. Se leyó tambien el poder de los obispos Honorato y Urbano, diputados de la Mauritania de Stefa. Los de Numidia no habian llegado áun, pero Regino de Vegeselo, uno de los diputados de esta provincia, presentó una carta de Crescenciano, que ocupaba la primera sede y de Aurelio, que segun se cree era obispo de Macomado. Dirigíase esta carta á Aurelio de Cartago, y le prometian ir ellos mismos al concilio ó enviar diputados de su provincia segun la costumbre. Se les esperó durante algunos dias, pero como tardaban demasiado en ir, los diputados de la provincia de Estefa manifestaron, que habiendo ido desde muy léjos no podian esperar por tanto tiempo. Aurelio celebró el concilio en la sala del Consejo, ó segun otros en la sacristía de la basílica de Restituto ó Restitico, el 28 de Agosto bajo el consulado de Cesario y de Atico. Suscribieron cuarenta y cuatro obispos, y se ignora si asistió mayor número, pues no existen los nombres de todos. Los que se conocen además de Aurelio de Cartago, son: Victor de Pujicano en la Proconsular; Evangelo de Assur en la misma provincia; Regino de Vegeselo, objeto de este artículo; Epigonio de Bulareal y Numidio de Mucle, obispos ambos en la Proconsular; Portumiano de Tagor, en los límites de la misma provincia; Honorato y Urbano, de la provincia de Stefa, y S. Agustin de Hipona, consagrado obispo de esta ciudad en Diciembre de 395. El fué quien, como ha observado Posidio, mandó hacer el cánon tercero en que se decide que se leerán los decretos de los concilios á los que se dirigen; y este testimonio, unido á la publicacion de los Concilios por Isidoro, en la que se cita á S. Agustin entre los obispos que asistieron al concilio de Cartago de 28 de Agosto de 397, nos autoriza á creer qué asistió en persona, aunque algunos lo ponen en duda con bien poco fundamento. Los diáconos de la iglesia de Cartago se hallaron presentes al concilio, pero de pie, miéntras que los obispos estuvieron sentados. No consta que hubiese sacerdotes; Aurelio comenzó con la lectura de los cánones del concilio de Hippona, que le habian enviado los obispos de la Bisacena y la carta de Musonio, prelado de esta provincia, que los acompañaba. Los PP. de Cartago confirmaron todos estos cánones, haciendo algunas adiciones al primero. Hicieron despues muchos artículos ó cánones, un gran número de los cuales se hallan en su fondo contenidos en los de Hipona y quizá tambien en los de otros concilios; lo que hace rezelar si todos los que tenemos bajo el nombre del tercero de

Cartago son efectivamente de él. Ascienden al número de cincuenta, el primero de los cuales dice que todos los obispos de Africa recibirán de la Iglesia de Cartago la designacion del dia en que se debe celebrar la Pascua. El segundo, que por temor de que los asuntos eclesiásticos no se debilitasen en perjuicio del pueblo, el concilio general de Africa se reuniria todos los años; que todas las provincias que tienen sedes primadas, enviarian tres diputados de sus concilios particulares y nada más que tres, por no ser demasiada carga para sus huéspedes, es decir, á los obispos que ejerciesen la hospitalidad con sus compañeros. Este cánon exceptua la provincia de Trípoli, que á causa del corto número de sus obispos, no debia enviar más que un diputado. Se dice en el tercero, que al consagrar los obispos ó los clérigos, los que los ordenen los leerán ántes los decretos de los concilios para que no manifiesten despues ignorarlos. El cuarto prohibe ordenar á los diáconos y consagrar á las vírgenes ántes de los veinticinco años, y á los lectores el saludar al pueblo. Este cánon dice en algunos ejemplares antiguos, que no se ordenará á la edad de veintitres años mas que á los que esten instruidos en las Sagradas Escrituras y hayan sido criados desde la infancia en la ciencia de la Iglesia, para que puedan enseñar la fe y sostenerla contra los que la combaten. Se prohibe en el quinto administrar los sacramentos á los catecúmenos, áun en las grandes solemnidades de la pascua, es decir, administrarles otro diferente que el de la sal que se acostumbraba á darles con frecuencia miéntras se les disponia para el bautismo, como para prepararlos á la eucaristía. En el sexto se dice que no se daria la sagrada eucaristía á los cuerpos de los muertos, pues el Señor ha dicho: *Tomad y comed;* y los cadáveres no pueden tomar ni comer, y era de rezelar si se les concedia, supusiesen los débiles que se podia bautizar tambien á los muertos. El sétimo declara que la acusacion contra un obispo debe presentarse al primado de la provincia, y que el acusado no debe ser suspendido de la comunion, más que en el caso de que siendo llamado por el primado, no se presente en el mes del dia que haya recibido su carta. Si hay una excusa legítima, habrá una dilacion de un segundo mes, despues del cual quedará fuera de la comunion hasta que se justifique. Si no se presenta tampoco en el concilio anual, será reputado de haberse impuesto á sí mismo su sentencia; durante el tiempo que esté excomulgado no comunicará ni áun con su pueblo. Si el acusador no puede probar algunos puntos de la causa, será excomulgado y el obispo restablecido; el acusador tampoco será admitido si tiene alguna tacha. La misma forma y las mismas dilaciones se hallan prescritas en el octavo para el juicio de un sacerdote ó un diácono, pues su obispo es el que debe juzgarle con los obispos vecinos. Debe llamar á cinco para un sacerdote y dos para un diácono; juzga por sí solo á las demás personas. El noveno y déci-

mo se refieren tambien á las causas eclesiásticas. Un obispo, un sacerdote ó un clérigo, que siendo perseguido en su iglesia recurre á jueces seculares; si es en materia criminal será depuesto, aunque haya sido absuelto; si es en materia civil, perderá lo que ha sido adjudicado, si quiere conservar su puesto en el clero, por la afrenta que ha hecho á la Iglesia manifestando desconfiar de su juicio. No se hará imputacion alguna al juez eclesiástico cuya sentencia haya sido anulada por su superior eclesiástico, si no se le convence de haberse dejado corromper por animosidad ó por favor. No hay apelacion de los jueces elegidos por consentimiento de las partes. El undécimo cánon prohibe á los hijos de los obispos ó de los clérigos dar espectáculos profanos, y áun asistir á ellos, como tambien á los demás legos; y por el duodécimo les prohibe contraer matrimonio con paganos, herejes ó cismáticos. Los obispos y los demás clérigos no deben legar nada por donacion ó por testamento á los que no sean cristianos católicos, aunque fuesen parientes suyos. Tampoco deben emancipar á sus hijos no estando seguros de sus buenas costumbres. Les es tambien prohibido ser granjeros ó agentes de negocios, ó ganar su vida en ningun tráfico sórdido, y tomar interés alguno por lo que hayan prestado, pues está escrito: *El que se haya alistado al servicio de Dios no debe mezclarse en los negocios seglares.* Ninguna mujer extraña debe vivir con ningun clérigo, sino solo la madre, las tias, las abuelas, las hermanas, las sobrinas, las de su familia que vivieran con él ántes de su ordenacion, las mujeres de sus hijos casados y de sus esclavos. No se debe ordenarlos ni de obispos, ni de sacerdotes, ni de diáconos, hasta que hayan convertido al catolicismo á todos los que habiten en su casa. Al llegar los lectores á la edad de la pubertad, se los obligará á casarse, ó hacer profesion de continencia. Este cánon, que es el diez y nueve, se halla concebido de diferentes maneras en algunos manuscritos, y dice que los lectores leerán hasta la edad de la pubertad, que despues no leerán ya, á ménos que no se casen con una mujer de un pudor inviolable, ó si no hacen profesion de continencia. Ningun obispo debe usurpar el puesto de otro, ni emprender nada en la diócesis de uno de sus colegas. Le está tambien prohibido conservar ó promover á las órdenes en su iglesia á un clérigo extraño sin permiso de su obispo, y en esta prohibicion se hallan comprendidos, bajo el nombre de clero, los lectores, los salmistas y los porteros; en general no debe ordenar á ningun clérigo que no esté aprobado por el exámen del obispo ó el testimonio del pueblo. En el altar dirigirá siempre la oracion al Padre, y los que copien oraciones no las usarán hasta que las hayan comunicado á las personas mejor instruidas. No se ofrecerá en el sacramento del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo más de lo que él ha ordenado, es decir, pan y vino mezclado con agua, y para los demás sacrificios,

ó lo que es lo mismo las primicias, más que uvas y granos. Algunos manuscritos añaden, que aunque se ofrezcan tambien en el altar estas primicias, lo mismo que miel y leche que se acostumbraba á ofrecer, aunque solo en la solemnidad de la Pascua, por los nuevamente bautizados, se bendecia de una manera particular para distinguirlos del sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. El concilio prohibe á los clérigos ó á los continentes visitar á las doncellas ó á las viudas sin órden del obispo ó sacerdote, y en la compañía que les hayan designado. Los mismos obispos y sacerdotes no deben ir á su casa sino acompañados de clérigos ó de otras personas graves y de reconocida piedad. El obispo de la sede primada no será llamado príncipe de los sacerdotes, ó soberano sacerdote, ni con ningun otro título semejante, sino solamente obispo de la sede primada. Este cánon tiende á cortar, no el poder de los grandes obispos, sino sus títulos ambiciosos, y quizá de aquí ha procedido el nombre de primado que tomaban en Africa los primeros obispos de cada provincia. Los clérigos no entrarán en establecimientos públicos para beber ó comer, sino en caso de viaje. Los obispos no se embarcarán sin el permiso y carta formal del prelado de la silla primada de cada provincia, que debe dirigir tambien las cartas del concilio á los obispos de Ultramar. El sacrificio del altar no se celebrará más que en ayunas, si no es el jueves santo; y cuando se celebren funerales despues de comer, no se emplearán más que oraciones si han comido los encargados de hacer estos funerales. Se deduce de aquí que se procuraba siempre ofrecer el santo sacrificio cuando habia muerto una persona. Los obispos ni los clérigos no comerán en las iglesias, si no es al paso y en caso de viaje; y se debe impedir en cuanto se pueda que coma el pueblo. El obispo debe regular el tiempo de la penitencia conforme á los pecados. El sacerdote no debe reconciliar á un penitente sin órden del obispo, á ménos que el obispo se halle ausente y sea necesario. Se impondrán las manos delante del ábside, es decir, delante del santuario, á todo penitente cuyo crímen haya sido público y conocido de toda la Iglesia. Las vírgenes que hayan perdido á sus padres, á cuyo cuidado se hallaban, serán puestas por cuidado del obispo, ó del sacerdote en su ausencia, en un monasterio de vírgenes, ó en compañía de algunas mujeres virtuosas, por temor de que quedando libres, no lastimen el buen nombre de la Iglesia. Se ven aquí dos clases de vírgenes, unas que vivian en comunidad, otras en casas particulares. Los enfermos que no pueden hablar serán bautizados por el testimonio de los que se hallan á su lado No se negará ni el bautismo ni la penitencia á las personas del teatro, ni á los apóstatas convertidos. El sacerdote no consagrará á ninguna vírgen sin órden del obispo, y no hará nunca el santo crisma. Los clérigos no deben detenerse en otra ciudad más que en la de su

residencia, sino por causas aprobadas por el obispo ó por los sacerdotes del lugar. Un tal Cresconio, obispo de Villerego en la Numidia, habia abandonado su iglesia, apoderándose de la Tubia ó de Tubuna, en la provincia de Stefa. Los diputados de esta provincia se quejaron, por cuyo motivo renovó el concilio de Cartago los cánones del concilio de Capua, que prohibe las tres lecciones, como las segundas ordenaciones y bautismos; acordó que despues de haber advertido caritativamente á Cresconio, si se obstinaba en permanecer en Tubia, se dirigirian al gobernador de la provincia para hacerle arrojar por medio de la autoridad seglar. Honorato y Urbano, que habian presentado quejas contra Cresconio, fueron encargados de formular otras dos acusaciones contra dos obispos de Numidia, que habian consagrado á un obispo. Honorato y Urbano pedian que no se hiciesen las consagraciones por ménos de doce obispos. Pero Aurelio, obispo de Cartago, contestó: «Se observará la antigua regla, que exige tres por lo ménos, á causa de las provincias, como las de Arzuga y de Trípoli, en que habia pocos obispos y se hallaban cercanas á los bárbaros. Pues se dice, añade Aurelio, que no hay más que cinco obispos en Trípoli; dos pueden estar impedidos, y es difícil que se encuentren todos en cada una de las provincias. Debe redundar esto en perjuicio de la Iglesia? En esta iglesia, en que nos hayamos reunidos, tenemos que hacer consagraciones casi todos los domingos; ¿podré yo reunir con frecuencia diez ó doce obispos? Pero me es fácil llamar á dos de mis vecinos. Si se eleva sin embargo alguna contradiccion en la eleccion de un obispo, no pueden bastar tres para justificarle. Es preciso añadir uno ó dos, y debe decidirse la oposicion en el mismo lugar en que se le va á ordenar ántes de proceder á la consagracion. Estos dictámenes se admitieron por unanimidad. Honorato y Urbano, diputados por la provincia de Stefa, pidieron tambien que el obispo de Cartago hiciera saber todos los años en tiempo oportuno á su provincia el dia en que debia celebrarse la pascua. Aurelio prometió avisarlos, así como á las demás provincias, por los diputados que enviasen al concilio general que se debia celebrar todos los años, y les dió cartas en que informaba á la provincia de Stefa del dia que debia celebrarse la pascua al año siguiente del concilio, es decir, en 398. El obispo Epigonio se quejó despues de ciertos sacerdotes, que teniendo la direccion del pueblo en su diócesis, se esforzaba en sustraerle de la jurisdiccion del obispo, y de ganar á su pueblo con grandes banquetes y áun de otras maneras, para que pidiese obispo propio, siendo este el sacerdote que se hallaba encargado de gobernarle. Elogió al mismo tiempo la prudencia de Aurelio, que habia desechado siempre estas peticiones cuando no iban acompañadas del consentimiento del obispo diocesano, añadiendo que para impedir los malos designios de estos sacerdotes, era conveniente determinar que los lugares donde

no habia nunca habido obispos, no debian recibir los nuevos sin consentimiento del antiguo obispo de la diócesis. Aurelio dijo que lo habia hecho siempre así, y haria lo mismo en lo sucesivo, excepto con respecto á los obispos que, contentos con vivir en sus diócesis, se tomaban poco trabajo en comunicar con sus colegas, y se negaban hasta á ir al concilio cuando eran llamados á él, por temor quizá de que no se descubriesen sus crímenes. Aurelio quiere que esta clase de obispos pierdan no solo la jurisdiccion sobre las parroquias de sus diócesis, sino á su mismo obispo, y que sean depuestos, si es preciso, por la autoridad civil. Todos los obispos fueron del mismo parecer. Se ve por estos dos cánones y por los siguientes, que se dirigian al obispo de Cartago para la ereccion de obispados en Africa. Epigonio se quejó tambien de que habiendo educado y sustentado durante muchos años á un niño pobre, que le habia entregado un tal Julian, habiéndole bautizado con sus propias manos en su iglesia, y habiéndole hecho servir durante más de dos años en calidad de lector en la parroquia de Mapalia, en su diócesis, Julian, poco reconocido á todos estos beneficios, le habia quitado á este jóven sin consentimiento suyo, ordenándole de diácono, so pretexto de que habia nacido en Vazaro, en su diócesis, sin miramiento alguno á los cánones, que prohiben tomar un clérigo de otra diócesis sin el consentimiento del obispo diocesano. El concilio desaprobó el proceder de Julian, y declaró que si no entregaba este clérigo á Epigonio, que habia sido el primero en ordenarle, merecia ser separado de la comunion de todos los obispos. Epigonio pidió en nombre de Victor, uno de los obispos más antiguos, que se hiciera una regla general sobre este punto. Aurelio tomó entónces la palabra y dijo: «Sucede con frecuencia que las iglesias que carecen de obispo ó de sacerdotes no los piden; para observar las reglas me acerco al obispo y le aviso de que su clérigo es pedido para tal iglesia; hasta aquí no se han negado más, por temor de que esto se verifique; ¿qué creeis conveniente, hacer si un obispo se niega despues que se lo haya suplicado en presencia de dos ó tres de nuestros colegas? Pues sabeis que tengo á mi cargo el cuidado de todas las iglesias.» Numidio dijo que la iglesia de Cartago habia tenido siempre el derecho de consagrar obispos para todas las que se los pedian, tomándolos donde la parecia, segun los deseos de cada iglesia. Epigonio apoyó el derecho de la iglesia de Cartago, y dijo que Aurelio usaba de él con mucha modestia, añadiendo que despues de haberse dirigido una vez al obispo, podia en caso de negativa suya consagrar obispo á uno de sus clérigos para otra iglesia. Postumiano replicó á esto: ¿Y al que no tiene más que un sacerdote se le debe quitar? A lo que contestó Aurelio: Si es necesario para el episcopado deberá darle, porque es más fácil encontrar sacerdotes que obispos. Despues se decidió, á peticion de Honorato y Urbano, que

el que hubiese sido consagrado obispo de un lugar donde no le hubiese anteriormente, se contentaria con el pueblo para que habia sido consagrado, sin emprender nada en la diócesis que queda á la iglesia matriz, es decir, á que se ha quitado la suya. El concilio de Cartago creyó tambien que era útil prohibir en las iglesias la lectura de cualquier otro libro que no fuese de los que se cuentan en el número de los canónicos; se redactó un cánon enteramente conforme al que se observa en la actualidad. Los libros de Tobías, de Judit, de los Macabeos, de Esdras, las dos epístolas de S. Pablo, las tres de S. Juan, su Apocalípsis y la epístola de Santiago, fueron declaradas escrituras divinas y canónicas. El cánon siguiente se refiere á los donatistas; pero ántes de ponerle en ejecucion se dice que se consultará al papa Sirino, y á Simpliciano, obispo de Milan; decide que los donatistas pueden ser admitidos despues de su conversion al santo ministerio del altar. Se cree que los obispos del concilio no tomaron esta resolucion más que porque carecian de eclesiásticos, pues la regla de la Iglesia excluia del ministerio de los altares á los que se habian visto manchados de la herejía. Los obispos, los sacerdotes, los diáconos y los demás clérigos que no poseyendo nada al tiempo de su ordenacion, adquiriesen despues herencias en su nombre, serian reputados como usurpadores de los bienes sagrados si no los daban á la Iglesia. Pero si procedian estos bienes de donaciones ó de sucesion, podian disponer de ellos. Despues que se hubo acordado todo lo que se habia propuesto en este concilio, el obispo Aurelio preguntó á los demás obispos si aprobaban lo decretado. Declararon todos que lo aprobaban, y lo suscribieron al mismo tiempo en número de cuarenta y cuatro. Aurelio suscribió en los siguientes términos: «Yo Aurelio, obispo de la iglesia de Cartago, he consentido en este decreto y le he suscrito despues de que se ha leido.» Graciano y algunos otros escritores posteriores citan otros cinco cánones como de un concilio de Cartago, sin manifestar de cuál se han tomado, si del primero, ó del segundo, ó del tercero. El primero prohibe exigir derecho alguno á los que llevan á bautizar á sus hijos, pero permite recibir lo que ofrezcan ellos voluntariamente. El segundo permite revocar las enajenaciones de bienes eclesiásticos á título de precario, cuando se han hecho sin motivo, es decir, sin necesidad y sin utilidad. En la actualidad esta clase de contratos no se llaman ya precarios, sino enfitéusis ó censivos. El tercero prohibe dar la comunion hasta el fin de su vida al que haya acusado á un obispo, un sacerdote ó un diácono de un crimen que no haya podido probar. El cuarto quiere que se castigue severamente á un clérigo ó un monje que pronunció discursos chocarreros y á propósito para hacer reir. El quinto decreta la pena de excomunion contra un clérigo que desprecie los santos cánones, y de degradacion contra un clérigo culpable de la misma falta.—S. B.

REGINON, abad de Prun. Ignórase la época de este religioso, y solo se sabe que abrazó la regla de S. Benito en Prun, diócesis de Tréveris, en una época en que florecian las ciencias en este país, en donde hizo rápidos progresos en la teología y en el derecho canónico, llegando á ser uno de los sabios más estimables del siglo IX. Su instruccion y virtud le granjearon el aprecio de sus contemporáneos, y le alcanzaron los primeros cargos de la abadía; y en 885 cortó el cabello al príncipe Hugo, hijo del rey Lotario, que se retiró á aquel monasterio despues de que le sacaron los ojos. Habiendo sido saqueada la abadía el año 892 por los normandos, el abad Faraberto huyó y se declaró vacante su dignidad, en cuyo caso fué elegido Reginon para sucederle. Intrigas de que no estan libres ni áun los monasterios, le obligaron á abdicar el año 899, y se fué á vivir con Ratbod, arzobispo de Tréveris, el que conociendo su capacidad y privilegiado talento, le nombró abad de S. Martin en Tréveris. Créese que siguió á Adalberon, arzobispo de Augsbourg, en el viaje que hizo este prelado el año 908 á la abadía de S. Gall, y que poco despues se retiró á la abadía de S. Martin, en donde murió el año 915. Consérvase de Reginon una crónica dividida en dos libros. El primero empieza en el nacimiento de Jesucristo, y acaba el año 718, y el segundo contiene desde la muerte de Cárlos Martel, ocurrida el año 741, hasta el de 907, obra muy interesante especialmente con respecto á Alemania. Esta crónica fué continuada sucesivamente por dos escritores hasta el año 977, y los editores de la *Historia de Francia* citan una edicion de Strasburgo en 1518, en fólio; teniendo Vogt y otros bibliógrafos como la primera la de Maguncia en 1521 en el mismo tamaño. Simon Schard publicó de nuevo esta Crónica en su Coleccion de varios escritos, en Francfort, el año 1566, y Pictorius la insertó en el tomo I de su obra *Rerum Germanicar. scriptor.*, Francfort, 1583, cuyas diversas ediciones son más ó ménos defectuosas. Andrés Duchesne publicó en su *Historiæ Nomannorum scriptor. antiqui*, un gran fragmento de la Crónica de Reginon. Tambien dejó Reginon una coleccion de *Cánones de los latinos*, escrita por órden de materias, advirtiéndose que este autor ha sido el primero que ha seguido este órden, y que unió á los decretos de los Concilios las sentencias de los Padres y las leyes civiles, de suerte que segun Weis en su artículo de este ilustre varon, en la *Biografía universal*, podria darse á esta coleccion el nombre de *Nomocanon*: la publicó Joaquin Hildebrando con este título: *De disciplinâ ecclesiastica veterum, præsertim Germanorum libri duo;* Helmstadt, 1659, en 4.°: y Baluce publicó una segunda edicion con este título: *De Disciplinis ecclesiasticis et religione Christianæ;* Paris, 1671, en 8.°, ilustrada con un sabio prefacio, notas y diversos apéndices: el primer libro trata de los deberes eclesiásticos, y el segundo de las obligaciones de los seglares. Igualmente es obra suya la titulada:

De harmonica institutione Monitum, que es una carta que dirigió al arzobispo Ratbod sobre la necesidad de reformar el canto en su iglesia, la cual servia de prefacio á un opúsculo titulado: *Tonarius sive octo toni musicæ artis cum differentiis.* Esta carta se publicó por Gerbert, en el tomo I de los *Escritores de música sagrada;* pero el ilustrado editor no pudo procurarse el opúsculo de que es introduccion, y del cual existen dos copias, la una en la biblioteca de Leipzig y la otra en Ulma. Du Boulai, en su *Historia universal,* atribuye á Reginon un sucinto comentario sobre la obra de Martianus Capella titulado: *De Nuptiis Philologiæ et Mercurii;* pero este pretendido comentario es un capítulo de la carta que acaba de citarse, y que conoció Boulay imperfectamente. Trithemio habla de sermones del abad de Prun y de una coleccion de sus cartas.—C.

REGIO (Fr. Benito de), religioso capuchino, sacerdote y predicador evangélico, y uno de los varones más insignes de la provincia de Bolonia. Nació del noble linaje de los Paganis, y despues de haber producido en su adolescencia hermosas flores de castidad, de devocion, de mansedumbre y de otras virtudes sin número, adelantadas á los pasos que daba su edad; luego que ingresó en la religion de los Capuchinos, las aumentó tan perfectamente, acompañándolas con virtudes más viriles y sólidas, que la bendicion celestial que traia en el nombre, la confirmaba en el alma el afecto. No se observaba en él cosa alguna que no fuese digna de un varon religioso, y propia, no tanto de hombre, como de ángel, siendo tal su compostura interior y exterior; y tan singular su pureza, que cualquier mancha contraida en la generacion achacosa de Adan, parecia haberla lavado en su ánimo la regeneracion santa de la religion. Era con todos caritativo en extremo, y solo consigo riguroso y cruel; con todos apacible y afable, y consigo áspero y duro. Para todos se convertia en todo lo que fuese útil para su servicio, y para sí se convertia de tal suerte en nada, que si se hacia algun caso ó mérito de él le causaba gravísima pesadumbre, juzgando que áun el concepto más ínfimo y bajo, era superior á sus merecimientos. Residia en Fr. Benito tan profunda humildad, que deseaba no solo que le tuviesen por lo más vil del mundo, sino por cosa que no tenia ser, y que verdaderamente era nada. Acompañando á tan admirable humildad las demás virtudes, como eran, la mortificacion perpétua de los sentidos, la honestidad de las costumbres, la pureza de vida, la simplicidad de ánimo, la mansedumbre, la paciencia, el estudio de la oracion, y un maravilloso afecto al culto divino, no es imaginable calidad alguna necesaria para constituir un varon evangélico que en él no se hallase con perfeccion. Todas estas sobresalientes virtudes le condujeron á ser nombrado maestro de novicios; y de la buena doctrina que les enseñaba, resultó tambien, que imitando sus obras, en que consistió

la mejor parte de su doctrina, salieron excelentes varones y valientes soldados de Cristo contra los espíritus infernales. Fué notablemente devoto de la Madre Dios, y habiendo tenido principio la devocion en los años de su niñez, fué creciendo con la edad de manera, y correspondiéndole la Reina del cielo con tan celestiales favores, que le habló muchas veces familiarmente, y le puso al Niño Jesus en los brazos, como lo reveló á un confidente suyo, encargándole bajo de secreto natural el silencio; y diciéndole asimismo que cuantas mercedes y gracias habia recibido del Señor hasta entónces las debia á la intercesion de la Vírgen Santísima. Una de sus principales virtudes era la frecuencia de la oracion, á cuyo ejercicio se entregaba tan fervoroso, que para refrigerar las llamas de amor divino que la contemplacion encendia en su pecho, tenia necesidad ordinariamente de aplicar á la region del corazon unos paños mojados en agua fria. Sucedianle tambien éxtasis profundísimos en que arrebatado á ser ciudadano del cielo, no reparaba en lo que se hacia á su inmediacion, ni en lo que pasaba entre los hombres. Pero como en sentencia de S. Gregorio las obras son el crédito del amor, cuando el ánimo está oprimido de adversidades, entónces se echa de ver si ama á Dios de veras. Permitió el Señor que algunos religiosos acusasen á Fr. Benito de una culpa, que siendo cierta le infamaba notablemente. El virtuoso varon no se defendia, ni trataba de demostrar la calumnia de la acusacion. Mas no contentándose con esto, ni con amar á los que le habian acusado de la misma manera que ántes, pareciéndole que no satisfacia, ni á la perfeccion de su instituto, ni á su deseo, miéntras no los tenia en lugar de amigos estrechos é íntimos, cosa á que la repugnancia de la naturaleza no le dejaba llegar, solicitó al Señor sobre este particular con oraciones tan repetidas, que últimamente vino á conseguir el amor verdadero que deseaba poseyesen en él sus acusadores. A que añadió luego la bondad divina, que se averiguase su inocencia, quedando su opinion salva, y la acusacion le sirvió de haber adquirido una insigne virtud. La calidad del amor de Dios es como la del fuego, ir creciendo siempre, y así se aumentaba de tal suerte en el alma de Fr. Benito, principalmente cuando meditaba en el Salvador coronado de espinas por nuestro bien, que además de abrazar con el espíritu y el afecto de los dolores que padeció en aquel martirio Su Majestad, anhelaba por sentirlos tambien en el cuerpo, y que siquiera una espina sola le diese materia sensible de imitacion. Lo pidió á Dios con tal persistencia, y derramando tanto llanto, que se dignó concederle un favor tan particular; y una vez estando haciendo oracion, se le apareció con la corona de espinas, y le clavó una de ellas en la cabeza, lo que le produjo un deseo tan ardiente de caridad, que le parecia que era cosa imposible apagársele ni entibiársele. Inflamado con ardores tan de amor de Dios cuando predicaba, no era de ma-

ravillar el que convirtiese fácilmente los pecadores, porque sus palabras eran unas saetas, que penetraban hasta lo más retirado del corazon, logrando el incendio que llevaban consigo impulsadas por el virtuoso capuchino, que despertaban el odio contra el vicio, y un deseo afectuoso y de inclinacion á la virtud. Predicando un dia en Colonia (lugar del término de Ferrara) comenzaron unas golondrinas á hacer tanto ruido, que apénas le podian entender los oyentes. Se detuvo un poco, y las mandó en nombre de Dios que callasen. A cuya órden obedecieron con tanta puntualidad, que no volvieron á meter más ruido, admirándose el pueblo de tal maravilla, y oyendo lo restante del sermon con más pio afecto. Despues de haber sembrado Fr. Benito abundantemente la palabra de Dios en los pueblos, y en su ánimo las semillas de las virtudes, llegando ya la ocasion de coger el fruto, cayó enfermo en Bolonia de un dolor tan grave é intenso de cabeza, que al fin de muchos dias de padecerle, siempre con paciencia invencible, y siempre con gusto y alegría admirable, pasó felizmente al Señor, cogiendo por fruto la vida eterna en su compañía, de que fué claro testimonio el haberse aparecido su alma en cuanto abandonó el cuerpo á cierta mujer devota suya, de gran santidad, que se llamaba Paula, en forma gloriosa, y bañada de luces, afirmando que subia entónces al reino de Dios. Fr. Benito de Regio murió en el año de 1602.—A. L.

REGIO (Fr. Bernardino de), religioso de la Orden Seráfica de Capuchinos. Fué natural del mismo Regio, á quien unos dan este nombre, otros de Rhegio Julio, y otros de Neptunia ó Posidonia, ciudad de la Calabria, muy antigua y ántes muy populosa y de grande poder, de donde puede derivarse el haberle quedado el título de Regio por ser Real entónces, y porque imperaba á otras muchas ciudades. Su sitio es un promontorio ó lugar eminente junto al Estrecho; y aunque ha padecido diferentes estragos y calamidades, así antiguamente por Dionisio, rey de Sicilia, y por Julio, general del ejército de Campania, y despues por Coradino, general de la armada de Soliman, gran turco, que en el año 1594 la abrasó casi totalmente; sin embargo, siempre florece y se hace notable, ya por la dignidad de su arzobispo, en que se aventaja á las demás de aquel reino, y ya por los varones esclarecidos que en copioso número la han ilustrado, entre los cuales no fué el menor Fr. Bernardino, que habiendo nacido en una de sus familias más nobles, como desde sus tiernos años, por singular gracia y merced de Dios, fuese inclinado á la virtud, y amigo íntimo de Fr. Luis de Regio, cuya inclinacion igualmente virtuosa excedia tambien los términos de su edad, comenzaron á ser tan idénticos en las costumbres y los ejercicios, y áun en los interiores afectos del ánimo, que guiados de un mismo espíritu é inspirando en ellos de una misma manera el Padre celestial de todo lo

creado; conformes, no solo en el año, en el mes y el dia, sino tambien en la ciudad, religion y convento, renunciaron al siglo, y tomaron el hábito de religiosos en la órden de los Menores de la observancia. En aquella sacra religion, que siempre resplandecia en doctrina y virtudes, habiendo vivido juntos algunos años, y aprendido Fr. Bernardino las letras humanas de su amigo Fr. Luis, que era reconocido en ellas por sujeto insigne, le enviaron á Bresa sus superiores, donde estudió la filosofia y la teología, siendo su maestro Fr. Francisco Liqueto, y despues trasladado á Paris, prosiguió con tanta excelencia el estudio de la ciencia sagrada, que se graduó de doctor por su universidad, con general aplauso, por las señaladas pruebas que dió de su ingenio y talento. Tenia increible facilidad para aprenderlo todo por árduo y dificil que fuese. Poseia el idioma griego, que aprendió en breve tiempo, con tal perfeccion, que pudiera pasar por griego entre los naturales. En las sutilezas de Scoto, en sus distinciones, y en lo más delicado de su doctrina, era tan versado y tan admirable en su explicacion, que debieran hoy mucho este autor agudisimo, y los que siguen sus estudios, á lo que trabajó y escribió acerca de él; si no fuese ya por la injuria de los tiempos, y ya por descuido de los escritores, no se hubiera perdido. En las disputas y argumentos era tan enérgico, y daba tan fácilmente salida á todo y á las mayores dificultades, que los que una vez argüian con él, temian de allí adelante su ingenio y erudicion. De esto resultó, que como una vez en Mesina, por agasajar y dar gusto al virey, presidiese en un acto de teología, consiguió tanta gloria y fama, que por la destreza y valentia que entónces mostró en defender sus conclusiones, y responder á los argumentos contrarios, le pusieron el nombre de Jorge con universal aclamacion de todos. Era de tal blandura y modestia, que parecia haberle hecho Dios para dechado de mansedumbre, y para atraer á si los ánimos de todos; tan simpático era, tan cortés, benigno y afable, y tan dotado de urbanidad, que se juzgaban por muy dichosos los que llegaban á ser sus amigos; pero lo más excelente en Fr. Bernardino y más digno de admiracion era, que este don singular, doctrina é ingenio, se acompañaba con igual santidad de vida, prudencia y virtud, de que se seguia naturalmente, que como sus mayores estudios se encaminaban á los ejercicios de devocion y sabiduria divina, anhelando siempre á la observancia perfectisima regular, en que no podia ejercitarse dentro de su Orden tanto como quisiera, despues de haberlo consultado á Fr. Luis de Regio, unidos ambos trataron de buscar la reformacion pidiéndola al principio á sus superiores, que no se la concedieron, cuya negativa les obligó á partir á Roma, donde impetraron del papa Clemente VII la Iglesia de los Santos Apóstoles para hacer vida reformada; en ella permanecieron algunos dias, hasta que viendo que sus prelados les em-

barazaban con varios estorbos el intento de la reformacion, volviéndose el año de 1532 á Calabria, se pasaron á la religion de los Capuchinos, y allí padecieron los trabajos y persecuciones que eran consiguientes. Luego que Fr. Bernardino se vió en la reformacion, que tanto habia deseado, empezó de tal manera á resplandecer en penitencia y austeridad de vida, en el estudio de la pobreza, y en los demás ornamentos de que se viste la virtud religiosa, que con su ejemplo instruia á los demás en la observancia pura de la regla seráfica. Contentábase con un solo hábito, sin querer túnica, ordinariamente roto, grosero y vil, cuya aspereza ponia devoto horror á los ánimos de los seglares; y llevando en la mano una cruz de madera (que entónces era entre los capuchinos insignia famíliar de los predicadores), sembraba la palabra de Dios apostólicamente en todas las partes de la tierra donde se hallaba. Acontecia al principio, que predicando con mucha elocuencia, con flores retóricas, y con esmeradas y escogidas palabras solicitadas para el adorno y hermosura de la oracion, movia ménos los ánimos de los oyentes como se vió en Palermo el año de 1535, en que predicó un sobresaliente sermon que no agradó á persona ninguna, permitiéndolo así la altísima providencia de Dios para reformarle y convertirle sus estudios á diferente forma de predicacion evangélica. Escarmentado, pues, del suceso, y aconsejado de la Majestad soberana, que trocase el cuidado de la elocuencia en fuerza sólida de espíritu, y la elegancia del decir en eficacia de reprender y de amonestar, aprovechó tanto con el consejo, que dejando el ornato supérfluo de que solia componer sus sermones, predicó de allí adelante con notable fervor y vehemencia, y con efectos admirables en cuantos le oian, de devocion, piedad, penitencia y otros que resultaban de su nueva predicacion. Teniendo una vez que predicar en Palermo, en ocasion que estaba toda la ciudad dividida en bandos, y los ciudadanos abrasándose en odios recíprocos, despues de haber encomendado á Dios el negocio con abundante copia de lágrimas, comenzó á reprender las discordias y enemistades con libertad de espíritu tan grande y tan fervorosa, y á componerlas con prudencia y destreza tan singular, en que por merced especial de Dios era aventajadísimo, que en breve tiempo sosegando las parcialidades y extinguiendo los odios, redujo á concordia los ánimos, y asentó una paz verdadera y general. Con lo cual adquirió tal crédito y estimacion entre los que vieron la brevedad y facilidad con que habia salido tan bien de una empresa tan árdua, que atribuyéndolo, no á industria humana, sino á virtud divina, reconocian y admiraban todos su santidad, y no habiéndolo querido al principio por predicador, sino ántes juzgándole indigno de oficio tan alto, despues le aclamaban públicamente por apóstol de su ciudad, enviado de Dios; y á la verdad, sus palabras eran tan vivas y de tal suerte persuadia con sus

razones y con pronosticar muchas veces, cuando predicaba lo que habia de suceder, dictándoselo el Espíritu Santo, que era precisa la admiracion de los que venian á oirle, y la compuncion que sacaban de sus sermones. Este don de pronosticar los sucesos futuros se experimentó en otras diversas ocasiones, en Catania, ciudad de Sicilia, donde predicando y reprendiendo segundo Jonás, los vicios que sobresalian en ella, arrebatado de un celestial espíritu, prorumpió en estas voces, derivadas en él de los secretos juicios de Dios: «Oye, Catania, que te miras poblada de tantos y tan miserables vicios, que su mal olor ha subido ya á desazonar al Señor Dios de los ejércitos. Oye, infeliz, y levántate de tu sueño, tú, la que dices en tu corazon: Yo soy la dichosa, y no hay dicha que no esté en mí; no me veré viuda, ni sabré lo que es la esterilidad. Avísote que ha de venir sobre ti la desdicha, y que has de ignorar su nacimiento, que te ha de oprimir la calamidad, y no has de poder remediarla; que te ha de coger de repente el mal y no has de acertar á prevenirle. Y si quieres conocer qué miseria es la que aquí te anuncio, verás súbitamente salir de ese monte (señalando al Etna, en cuya falda está situada aquella ciudad) unas llamas furiosas, que para ser castigo y venganza de tus maldades, llegarán á tus mismas puertas, te abrasarán hasta los cimientos, te consumirán y te traerán al último estrago, si con lágrimas de dolor y de penitencia, é implorando la intercesion de la bienaventurada virgen Sta. Agueda, no procurais apagar el ardor de la ira del cielo.» Estas y otras cosas profetizó el siervo de Dios á los cataneses, que no mucho despues sucedieron en la conformidad que se las habia profetizado; porque apénas pasó un año cabal, cuando se vió repentinamente bajar del Etna un globo de llamas, al principio pequeño y de la configuracion de una columna, pero que luego como si se hubiera desatado en un rio de fuego, con acelerada corriente, se acercaba ya á la ciudad, la cual llena de asombro y temiendo el riesgo vecino, acudió al amparo y favor de Sta. Agueda, y á su velo, que se guarda allí por grande reliquia, y llevándole en pública procesion con universales lágrimas de los ciudadanos, que en un peligro tan comun iban pidiendo misericordia, salió al encuentro á la desdicha que se la entraba ya por las puertas. Fué suceso admirable y de eterna recordacion, que habiendo destruido el fuego los edificios, los campos, y cuanto habia entre el Monte y Catania, cuando llegó á la puerta de la ciudad, y poniéndole delante el velo de la gloriosa Virgen, empezó el pueblo á invocar su favor, y á clamar á Dios que les perdonase sus culpas, y no les faltase con su piedad, mandando el Señor al incendio que se detuviese y que no pasase adelante, enfrenó la llama su curso, y totalmente se extinguió para que la amenaza del varon apostólico se acreditase por efecto, no de espíritu humano sino divino, y haber sucedido este incendio el año de 1537, lo afirma Tomás Fa-

cello en el libro segundo de las *Cosas de Sicilia*. Con el mismo espíritu de Dios, predicando una cuaresma en Regio, su patria, y llorando los pecados de sus vecinos, la pertinacia en ellos, y el poco cuidado que tenian de convertirse y dejar sus abominaciones, les pronosticó que la ciudad se veria muy presto destruida por los sarracenos, y sucedió así dentro de pocos años, en el de 1543, cuando Coradino, general de la armada otomana, vino sobre Regio, y la destruyó con furia tan bárbara que apénas dejó los cimientos en pie. Ardia en el pecho de Fr. Bernardino una sed tan insaciable del bien de las almas, considerando que le habian costado á Cristo su propia sangre, que no perdonaba trabajo alguno, ni se excusaba de alguna incomodidad, ya por apartarlas de los pecados ó ya para impelerlas á las virtudes; persuadiéndolo con un afecto tan entrañable y tan verdaderamente deseoso de aprovechar, así en los sermones públicos como en las exhortaciones privadas y familiares, que parecia deshacerse su ánimo en la llama ardiente de la caridad. Y de aquí era el ilustrar muchas veces Dios á su siervo con la luz de divinas revelaciones, en que le mostraba los sucesos futuros y áun lo más escondido y secreto de los pensamientos humanos. Esto le sucedió en varias ocasiones, y en particular residiendo una vez en el convento de Regio, con un caballero de aquella ciudad, que andaba maquinando un delito gravísimo, de que no habia dado cuenta á persona alguna ni pensaba valerse de nadie para su ejecucion sino obrarlo solo. Pero Fr. Bernardino, conociendo su corazon, por gracia y merced singular del cielo, le envió á llamar, y hablándole del asunto que tan oculto traia en su ánimo, y descubriéndole lo más íntimo de su intencion, le reprendió gravemente tan mal propósito y le aconsejó que se desviase de él. El caballero quedó admirado de que supiese lo que estaba tan resguardado en su imaginacion, y preguntándole cómo habia tenido noticia de ello, le respondió Fr. Bernardino. «No dilates la obediencia al consejo que te estoy dando, porque Dios, que contempla los pensamientos y se halla presente á los corazones, es el que manifiesta aquí tus deseos para que no trates de ejecutarlos.» Con cuyas razones le impuso tanto, que obedeciéndole al punto desistió del intento con que vivia, obligándose á hacer penitencia de su culpa. Siendo este esclarecido religioso varon tan grande y tan favorecido de Dios que llegó á comunicarle noticias de lo futuro, y de lo más oculto en los corazones, como se ha dicho, por que no le desvaneciese la grandeza de los favores, sino tambien aprovechase más en virtud cuanto fuese mayor su humildad, permitió la divina Sabiduría que tuviese por tentacion el espíritu de la inconstancia, y así aconteció que despues de aquella primera persecucion de Panalia y de San Elías, sosegadas ya algo las cosas, iba caminando una vez por Calabria y llegando al Pizo al caer del sol, y no hallando otra parte donde recogerse, se fué al convento de

los PP. Menores de la Observancia, que le recibieron benignamente. Hicieron con él los oficios que son de costumbre y ordinarios con los huéspedes, y como habian sentido tanto su mudanza á los Capuchinos, con título de amistad y pretexto de amor, procuraron inducirle á que no prosiguiese el instituto de la reformacion que habia comenzado, y persuadirle que se volviese á su Orden antigua, tratando de convencerle con diferentes razones, y ayudándoles no poco el demonio para esforzarlas y ponérselas más aparentes y de más buen color. Representábanle las casi insuperables dificultades como habian de ofrecérsele cada dia en proseguir el camino de la reformacion que llevaba, á que seria fuerza venirse á rendir. Las crueles y contínuas persecuciones de la Orden, con quien siempre habia de pelear, sin tener jamás la quietud y sosiego de ánimo que deseaba. La demasiada aspereza de vida de los Capuchinos, que por estar cerca de exceder las fuerzas de la naturaleza no podia ser durable ni permanecer, y así le seria mucho mejor volverse á los Observantes, donde viviria religiosamente y perseveraria; últimamente, le representaba que en la Observancia hallaria modo posible y áun fácil de guardar la regla con perfeccion, valiéndose de algunas cautelas (que en esta sugestion le referia en particular) con que satisfaciese á cualquier escrúpulo de la conciencia. Entre tales pensamientos y tentaciones fluctuando el ánimo de Fr. Bernardino, sin entender que era arte diabólica la que le estaba combatiendo, y anegada su razon en oscuras tinieblas, que no le dejaban ver la luz, no sabia resolverse á cosa ninguna, ni áun conocia perfectamente lo que pasaba dentro de sí, cuando resplandeciendo de repente un rayo de luz celestial en medio de aquellas tinieblas, le enseñó el camino de la verdad, que era astucia del demonio la que le hacia la guerra en que entónces se hallaba. Y así armándose en seguida de la señal de la Cruz contra el tentador, y caminando á toda prisa á la iglesia para implorar allí el socorro divino, se pasó por la celda de un religioso, hombre ya anciano é íntimo amigo suyo, á quien contó toda la tentacion para que le dijese lo que le parecia, y le aconsejase lo que habia de hacer. El religioso despues de escucharle le respondió llorando: «¿Para qué pones en duda, Fr. Bernardino, lo que es tan cierto? En buena parte estás para guardar la regla. ¿Qué deseas más? En el puerto te ves, ¿y quiéres navegar todavía y volverte á la contingencia de las tempestades? ¡Ojalá yo tuviera tu edad y no me embarazáran tantos años y canas como son las que miras! que no estuvieran tan ociosos mis pies y ya me hubieran llevado al puerto que tú pretendes desamparar.» Con estas palabras Fr. Bernardino, respirando no de otro modo que si llevára un gravísimo peso, y sintiendo que se le habia aliviado algo la tentacion, se dió mayor prisa á llegar á la iglesia para pedir á Dios, Señor nuestro, en lugar más propio y más agradable á su majestad, que le diese

gracia con qué vencerla de todo punto. Llegó á la capilla mayor y postrándose delante del Santísimo Sacramento y haciendo afectuosamente oracion, acompañada de devotas lágrimas, se le apareció visiblemente Jesucristo, dándole la siguiente reprension: «Bernardino, ¿qué ocasion hay para que dejándome á mí quieras irte con otros? ¿Por ventura, yo no puedo ayudarte mejor que nadie? Bien estás donde estás, ¿para qué te desvelas en tratar de mudarte á lugar distinto? ¿Ignoras que la tentacion que padeces he sido yo quien te la ha enviado, para que en ella aprendas verdadera humildad, y á no atribuirte cosa alguna sin el auxilio de mi divina gracia? Prosigue, pues, por donde has comenzado. Yo te llamé á la reformacion, y yo te inspiré el primer intento, te puse el ánimo para querer y te di las fuerzas para ejecutar; no desampares tu vocacion sino pelea con valentía por conservarla hasta el fin de la vida. Guarda bien lo que tienes, por que no reciba otro tu corona.» Fué la reprension tan eficaz y le imprimió en el alma tal fortaleza para sufrir todo género de trabajos, que habiéndole abandonado completamente la tentacion, tuvo fiel constancia y estabilidad en la religion de los Capuchinos, tanto que por defenderla y propagarla padeció con alegre ánimo mil infortunios, peregrinaciones, cárceles y hambres, infinitas persecuciones y adversidades de varios géneros, en que mereció la ayuda y consuelo del mismo Dios y de sus santos ángeles; pues además de lo que le ocurrió en Mesina cuando un ángel le libró de la prision, se lee igualmente en las escrituras y papeles antiguos, que huyendo una vez de sus contrarios que le iban siguiendo, y apresurándose para llegar á un bosque donde poder ocultarse, le detuvo otro ángel que se le apareció en forma de un hermoso mancebo, el que asiéndole del capucho por las espaldas, le dijo: «¿Por qué huyes, Fr. Bernardino?» A cuya voz se volvió el siervo de Dios y entendiendo que le hablaba algun hombre, le contestó: «¿Por ventura no ves los contrarios que me vienen siguiendo, armados de un breve apostólico contra mí y contra todos los Capuchinos, con intento de prendernos y aprisionarnos? — No temas, le respondió entónces el ángel, que Cristo está de parte de los Capuchinos y pelea por ellos; y dichas estas palabras desapareció instantáneamente.» Por aquel tiempo era vicario provincial en Calabria Fr. Luis de Regio, y habiendo pasado sus tres años en el oficio, convocó en Melito capítulo provincial el año de 1535 en que fué electo por sucesor suyo Fr. Bernardino; tenía á la sazon sesenta y nueve años, y como hubiese ido poco ántes á Roma, llamado al capítulo general que se celebró para la eleccion de Fr. Bernardino Astense, y luego otra vez al segundo capítulo que tambien se verificó allí, y en el cual esta eleccion salió confirmada por razon de la mucha edad y trabajos padecidos en tan largos caminos, sufriendo mil incomodidades y molestias; apénas fué provincial año y medio

y áun no cumplido, cuando cayó enfermo del padecimiento que le llevó al sepulcro en el convento de Regio. Dios le reveló ser aquella su última enfermedad, y habiendo anunciado á los religiosos el dia de su muerte, el que hasta entónces habia peleado en la Orden, cual valiente soldado de Cristo, con las armas de la justicia y de la virtud, jugándolas con igualdad y constancia entre glorias y afrentas, entre infamias y estimaciones; así previniendo la postrera batalla con el enemigo comun, se valió de las armas que ha dado Dios, destinadas principalmente á tales lances. Se confesó con la mayor devocion y recibió el Santísimo Sacramento por celestial viático, que le llevase de esta vida caduca y humana á la eterna y divina. Despues acordándose de sus hijos los religiosos, á quienes como padre amantísimo siempre habia alimentado con sana doctrina con advertencias apostólicas y ejemplos clarísimos de virtudes; hizo llamarlos á todos y estando reunidos delante del doliente, los exhortó con tan vivas razones y con tanto fervor de espíritu á la observancia de la regla pura y perfecta, á los ayunos, á las vigilias, al amor de Dios y del prójimo, al ejercicio de la oracion, á la tolerancia de los trabajos, á la paciencia, á la perseverancia en el propósito de la reformacion, y finalmente, á obrar de manera que consiguiesen la corona que en el cielo se les prevenia. Todos quedaron admirados de su santidad, no habiendo jamás entendido, hasta que llegó aquella hora suprema, que hubiese llegado á tan alta cumbre de perfeccion. En seguida se recogió á dar gracias á Dios muy devotamente, porque le habia librado de dos naufragios, uno el del siglo, y otro el de las pasadas persecuciones, y por haberle conducido con su misericordia al puerto de la religion de los Capuchinos, por haberle dado ocasiones de trabajar, aunque indignamente, en servicio suyo, porque en su mismo gremio le concedia acabar la vida, y porque le hacia merced singular de dejarle morir con el hábito verdadero de su seráfico Padre, y con que él tambien habia muerto; diciendo todo esto con tal compuncion de ánimo, y con llanto tan copioso y continuo, que los religiosos no hacian más que imitarle, llorando con él, y celebrando con comun dolor la falta de un padre tan amoroso, en quien habian experimentado un siervo de Dios fidelísimo, y un pastor muy vigilante de su rebaño. Luego pidió á todos sus frailes, así á los que estaban asistiéndole como á los ausentes, y con la mayor humildad, que le perdonasen cualquier ofensa que les hubiese hecho por palabra ó por obra, y que le encomendasen á Dios en sus oraciones. Y por última diligencia mandó que le llevasen la extremauncion, para que ungido con el óleo sagrado, á fuer de luchador religioso y católico, entrase más fuerte á la contienda con el enemigo, y triunfar de él. Llegada esta ocasion, habiéndose recogido el varon de Dios á una íntima contemplacion de las cosas di-

vinas, y puesto su ánimo en silencio interior, previniéndole para la venida del Rey de los cielos, llegó el portero y le dijo que una señora muy devota suya quedaba en la portería muy acongojada, por no haberle de ver ántes que muriese; á lo que Fr. Bernardino contestó: «¿Para qué quiere ver á quien tan presto ha de morir? pero vuelve, hijo mio, y dila, que como espere no más que un dia, me podrá ver; porque mañana, que será el último de mi vida, me tendrá presente en la iglesia;» lo que sucedió con tanta puntualidad, que habiendo muerto en aquel mismo dia, en el siguiente los religiosos le pusieron en la iglesia, donde la señora al fin tuvo el consuelo de verle. Habiendo Dios determinado, por su infinita clemencia, premiar á su siervo y á su soldado con la corona y laurel de gloria que habian merecido sus trabajos insignes en servicio de la reformacion, las calamidades, las persecuciones, las fugas, las cárceles que habia padecido, y los trofeos que habia sacado de las guerras contra él movidas por el demonio, jubilándole ya, y enviándole á descansar en parte segura, como juez justo y buen pagador, miéntras el santo religioso se prevenia con su oracion en la hora postrera, y los demás religiosos le asistian tambien con las suyas, y con las letanías que le rezaban, vió á Cristo que venia á él, acompañado de ángeles y de santos, formando un numerosísimo escuadron. Al punto que le vió el varon de Dios, levantando la voz, dijo: «¿De dónde, Señor mio Jesus, de dónde me puede venir una dicha tan grande, que tú, siendo rey de los cielos, bajes á mí, que soy un pedazo de tierra vilísimo y hechura indigna de tus manos? Basta, Señor, y sobrada merced será que me recibas desenojado, y me tengas por capaz de tu misericordia.» Apénas pronunciadas estas palabras, con el semblante alegre, y las manos levantadas al cielo, su alma desatada de la cárcel del cuerpo mortal, voló al seno de su Señor, y le siguió mezclándose entre los ángeles, para ser coronado perpétuamente en la patria de la eterna quietud. Y porque nadie lo pudiese dudar, ordenó el mismo Señor clementísimo y liberalísimo, que en seguida que Fr. Bernardino espiró, se oyese una música de los coros angélicos, con armonía de tanta suavidad y dulzura, que suspendió los ánimos de los circunstantes, y los arrebató en profunda afeccion de los celestiales misterios, quedando el cuerpo del siervo de Dios por testigo tan abonado de que su alma gozaba en el cielo el triunfo que habia merecido, que no se veian señales de cadáver, sino que fuera de la costumbre comun de la muerte y de la naturaleza, se notaba tan tierno y tan mórbido cual si fuera un niño de poca edad, tan flexible en las manos y en los demás miembros, como si todavía estuviera vivo, y el rostro, finalmente, aunque cano, tan agradable, apacible y hermoso, que parecia estaba entregado á un sueño dulce y reposado; de lo que no hay que maravillarse, pues ya su alma bienaventurada habia subido á des-

cansar en el reino de Dios, donde libre de los afanes y desvelos continuos que se padecen dentro del cuerpo, domina el sueño feliz é inmortal de los escogidos. En aquel tiempo aún no se acostumbraba en la Orden enterrar en las bóvedas, y así terminado el oficio le sepultaron en el claustro. Pero algunos años despues habiéndose labrado una nueva iglesia y capilla aparte, con bóveda, que fuese sepultura de los religiosos, buscando el cuerpo de Fr. Bernardino para llevarle á ella con los demás, le hallaron tan entero, tan incorrupto, despues de llevar tanto tiempo enterrado, que no pudiera hallarse en mejor estado si el entierro hubiera sido el dia antecedente. Y á la verdad era cosa justa y conforme á razon, mediante la clemencia divina, que el cuerpo que habia sido hospedaje y morada de una alma tan pura y entera, se conservase por lo ménos algunos años en integridad y pureza invariable, aunque lo resistiesen las leyes de la naturaleza, en tanto que llegaba el dia feliz, en que dándole Dios perpétua incorrupcion, se juntase con su alma otra vez en la resurreccion de los Santos. — A. L.

REGIO (Fr. Buenaventura de). Fué calabrés de nacion, y aunque por sus circunstancias de capacidad y muy buena cuna, de que estaba adornado, tuvo en sus primeros años una educacion esmerada, y pudo, con fundada esperanza de no ser defraudado en sus pretensiones, haber pedido estudios y sido religioso sacerdote, no quiso llegar á tan importante altura y excelente ministerio, y se conformó con ser lego en la religion de Franciscanos observantes. Es indecible el esmero y afan con que procuró durante su noviciado aprender prácticamente todas las virtudes de que en aquella santa casa se les daba enseñanza y ejemplo, y el éxito que logró es la mejor prueba de la exquisita atencion con que procuraba todo cuanto era mejor servicio y amor de su Divina Majestad. Muy contento en el desempeño de los cargos de su condicion estaba nuestro buen religioso, cuando Fr. Luis de Regio, uno de los más sabios y respetables sacerdotes de aquella casa, hizo ver á la comunidad reunida que la seráfica religion tenia aún otra familia cuyas observancias eran más austeras, cuyos individuos vivian en mayor pobreza y mortificacion, y que él iba á trasladarse á ella para ver si así adelantaba más en el camino de su dicha, por lo cual alentaba y exhortaba á los hermanos que quisieran, á que mirándolo bien y consultándolo con el Señor en el ejercicio santo de la oracion, le acompañasen los que lo tuviesen á bien, para dar más impulso á esta nueva familia tan querida del santo Patriarca, y que tan bien interpretaba sus deseos por la práctica muy perfecta de sus más costosos y difíciles consejos. Ya se ve, como la voz del P. Luis era de las más autorizadas de su convento, en atencion á que era de los frailes más ejemplares, al momento fué escuchada y se unieron á él para pasar á Capuchinos algunos Padres de misa y varios legos, entre los cuales fué uno nuestro her-

mano Buenaventura, que ansiando siempre el mayor perfeccionamiento de su espíritu, no escaseaba, como era natural, los medios que á lograrle pudieran conducirle. La especie de antipatía con que se han mirado siempre, sin que sepamos por qué ni haya manera de explicarla satisfactoriamente, los religiosos franciscanos que no eran de una misma regla, digámoslo así, produjo en la época de Regio notables disgustos de que hubieron de participar, como era natural, los religiosos que por entónces estaban en las diversas casas de la Orden; y la persecucion que contra el P. Luis y sus compañeros se armó sin más motivo que por haber querido más perfeccion é ídola á buscar donde debia hallarse, fué terrible hasta el extremo de que los mismos capuchinos se declararon adversarios suyos, y no faltó quien propuso echarlos, y echarlos con ignominia, todo gratuitamente, es decir, sin que para ello hubiese el más mínimo fundamento. Nuestro hermano Buenaventura sufria todas estas cosas con indecible calma, más bien parecia que le hacian un favor, que no que le irrogaban un agravio, y todo lo más que solia decir cuando alguna de las cosas de sus contrarios se dejaba notar mucho y le producia gran sensacion, era lo que pendiente de la cruz decia al Eterno Padre, refiriéndose á sus verdugos, el adorable Redentor de nuestras almas: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen;* así que el sufrimiento que tenia que padecer llevaba para él un mérito indecible y para los que le proporcionaban, además de una leccion que ellos no veian porque estaban obcecados, una especie de burla indirecta porque no lograban su intento, y este mismo suceso tan desesperado de sus esfuerzos, era lo que les ponia más y más en empeño de incomodarle, y lo mismo á sus compañeros, hasta que habiendo visto que no podian lograr absolutamente nada, es decir, que ellos habian ido á esta más estrecha observancia con ánimo de sufrir, y por consiguiente el sufrir, en vez de mortificarles, era el cumplimiento de sus deseos y áun la realizacion de sus intentos, convencidos de su virtud y de las muy buenas miras que traian, los dejaron en paz y pudieron ellos obrar con más libertad y con todo sosiego adelantar con grandes pasos en el camino de la perfeccion. Su genio era alegre, aunque muy digno en todas sus acciones y palabras, las cuales nunca pasaban de su justo medio, ántes tendian al rigor y mortificacion que debe resplandecer en un religioso capuchino; su observancia exactísima, y su penitencia muy rigorosa, poniéndole muchas veces coto á sus excesos la virtud santa de la obediencia, porque si no hubiera sido muy fácil que el deseo de mortificarse le hubiera acarreado una enfermedad terrible, cuando no la muerte, porque para él lo más rígido del invierno no le arredraba para bajar á la huerta y pasar horas y horas de la noche arrastrándose con pena por aquellos suelos, recordando á Cristo Señor nuestro en el huerto de Getsemani, ni le espantaba el caminar

por el sol en lo más terrible del verano, llevando al descubierto su cabeza y yendo lo despacio que le era posible para sentir más los rigores de la estacion. El descanso que tomaban era muy escaso, y sobre el duro suelo ó encima de su tarima cuando más, y esto despues de haber tomado una disciplina de sangre la mayor parte de los dias, además de la que tomaba en comunidad los dias que la regla la mandaba. A su manera procuraba el bien de sus hermanos, pues cuando notaba en ellos alguna falta, lo primero trataba de expiarla con penitencias y mortificaciones extraordinarias que hacia por su hermano, y luego se llegaba á él y con toda la benignidad posible, con suma dulzura y lágrimas en los ojos, le advertia de su falta y le rogaba con todo encarecimiento la enmendase, logrando muchas veces más él, á su modo y con esas ingeniosas invenciones de su caridad entrañable, que los superiores con los medios de que pueden disponer y de que en efecto disponen muchas veces sin resultado por desgracia. En el desempeño de los cargos que encomendaban á su cuidado era esmerado hasta el extremo, si extremo cabe en el esmero, y nunca quiso llevar la direccion ni gobierno ni áun en las oficinas en que eran más de uno y muchas veces más modernos que él, porque decia que cualesquiera haria las cosas con más espíritu y por consiguiente con mejor éxito para el bien de sus hermanos, y cuantas reflexiones se le hacian eran inútiles, no sacándole nadie ni nunca de que él era el último y por consiguiente habia de ser en efecto el último de todos. No pudieron sus superiores lograr en ninguna ocasion que indicára cuál cargo le gustaba más desempeñar, pues cuando tal pregunta le hacian, toda su respuesta era que él queria obedecer. No le causaban daño las molestias del campo, ni le hacian mella las mecánicas de la cocina ó refectorio; él siempre á gusto, siempre satisfecho, porque en todo miraba la voluntad de Dios, y claro está que la comunica con atractivo á cuantas cosas se hacen conforme á ella, que las quita lo penoso, las hace apetecibles y colma de sosiego y de paz el corazon de quien obra, porque sabido es que obrar en Dios es obrar para la vida eterna, es secundar los designios de su inefable Providencia que son nuestro bien como medio de lograr su gloria y la santificacion de su nombre, excelso por sí á pesar de nuestras ofensas, pero engrandecido aunque indirectamente por nuestras buenas obras. El tiempo que le quedaba libre despues de desempeñar cumplidamente sus obligaciones, lo gastaba ó bien en ayudar á sus hermanos en el desempeño de las suyas respectivas, ó bien en consolar á los enfermos; y el ver cómo lo hacia, con qué acierto y con qué caridad, movió á sus superiores á ponerle al frente de la enfermería. Allí puede decirse que estuvo Buenaventura en su elemento; aquello sí que le llenaba por completo, pues veia patente en cada uno de los enfermos á su amado Jesus, y es claro que habia de hacer heróicos

esfuerzos para servirle y para proporcionarle algun alivio á sus penas y dolores aliviando las penas y dolores de sus siervos. Por supuesto que aprendia perfectamente lo que decia el facultativo acerca de cada uno y no pasaba de allí; pero de qué manera, con qué dulzura, con qué cariño los trataba; qué reflexiones les hacia cuando no se amoldaban bien á la opinion de los facultativos; cómo él les indicaba que en sujetarse podian hacer y contraer grandes méritos de obediencia; en fin sabia perfectamente sacar partido de la situacion del enfermo para hacerle hasta meritoria su enfermedad. En lo material, qué esmero, qué cuidado; él tomaba sobre sus hombros á los más delicados para que otros hermanos les hiciesen las camas, él limpiaba con escrupuloso esmero y sin reparo ninguno las más hediondas inmundicias, y preparaba á los pobres enfermos cuantas comodidades habian menester. Muchísimos dias, como la racion de enfermería suele ser algo escasa, él reservaba la suya para los que ya estaban algo convalecientes y no podia perjudicarles el comer, y se pasaba él con muy poco alimento, que solia ser las sobras de los inapetentes, al paso que su racion era para los que podian tomarla en la enfermería. Además de esto él llamaba á las personas que sabia eran devotas para que viesen algunas necesidades de enfermería, y empleaba en ella cuantas limosnas le daban y algunas muy buenas, haciendo el Señor en este particular prodigios tales por medio de su siervo, que con humildad la más profunda trataba de ocultarlos, pero que Dios parecia tener empeño en que se propalasen para gloria de su siervo, que era el instrumento de que se valia Dios para obrar tan señalados prodigios. Muy satisfecho estaba Buenaventura en el desempeño de su cargo, y muy contentos los hermanos enfermos con tan diligente enfermero, cuando la conveniencia de la casa le reclamó á otro sitio. Cualquiera creeria una de dos cosas, ó que se manifestaria sentido por su traslacion, que le sacaba de su elemento, es decir, del lugar donde á él le parecia estar mejor y cuyas necesidades estaban más en consonancia con sus deseos, ó que siéndole todo indiferente, tan bien estaba en la enfermería como en el lugar en que le iban á poner. Ambas cosas son inexactas; pero no por esto dejó de abandonar su puesto en cuanto le indicaron le abandonase, y tomar el nuevo cargo con el mismo ahinco con que habia tomado el anterior, y á la verdad al separarse de sus hermanos, los enfermos, llevaba un vivo sentimiento por dejarlos, y este oficio ó ministerio de cuidarlos le parecia más de vida interior, más de religioso, pero no tenia él derecho de eleccion y habia prometido obediencia no á la verdad para hacer su gusto, sino para hacer lo que más conviniera al servicio de la religion. Se habia emprendido una grande obra de albañilería, y era preciso que un lego estuviera al cuidado de los operarios, que trabajaban por amor de Dios, sin otra remuneracion que la comida que habia de darles la comu-

nidad. A esto fué destinado el hermano Buenaventura, y en hecho de verdad que la eleccion no pudo ser más acertada; en primer lugar él trataba á aquellas buenas gentes con una benignidad y dulzura que les atraia suavemente á procurar su santificacion en su estado humilde; para esto les decia el hermano que ni las condiciones ni los puestos que se ocupan en el mundo son nada si no se encaminan á Dios las acciones, y además les hacia conocer los medios de prevenir sus necesidades no creándoselas, es decir, estando contentos y satisfechos con lo que Dios nos da sin ambicionar otras cosas ni querer más que aquello que su Divina Majestad quiera para nosotros; les daba sanos consejos para la direccion y gobierno de su casa y familia; y en la parte material les ayudaba acarreando continuamente materiales en cantidades acaso superiores á sus fuerzas, pero que llevaba con gusto, porque con esto ayudaba á la obra que se hacia para su religion y ayudaba tambien á aquellos pobres que con tanto trabajo ganaban el pan que se les daba. Muy raros portentos hizo Dios en favor de su siervo durante la época en que estuvo encargado de la direccion de esta obra, ó más bien del cuidado de los que en ella trabajaban. Tan pronto permitia el Señor que el potaje que le daban estuviese escaso, para que el siervo de Dios al repartirlo lo multiplicase copiosamente, como permitia el que les faltára pan y fuese necesario que al buscarlo donde no lo habia, el cielo lo hiciera aparecer milagrosamente para confusion de algunos más despreocupados que ponian en duda el poder de Dios y la virtud de su siervo; otras veces se vió que cascotes de un tamaño inmenso, vigas de enorme magnitud y áun los andamios en que se apoyaban los operarios, vinieron abajo ofreciendo inmenso peligro, y sin embargo nadie se hizo el menor mal, ni hubo que lamentar durante la obra la más pequeña desgracia; verdad es que el siervo de Dios le pedia continuamente á su Señor el remedio de todas las necesidades que pudieran acaecer, y el Señor se lo concedia cuando llegaba la ocasion, premiando así su fe, que era como la que dice el Apóstol que puede trasplantar las montañas de uno á otro lado. En el trascurso de esta tan pesada obra demostró nuestro buen Buenaventura Regio su profunda humildad, pues además de los mil otros rasgos que pudiéramos citar que comprueban el ejercicio de esta virtud hasta un grado heróico, puede referirse, porque á la verdad es muy de notar el que en una ocasion en que habiendo sido cogido por la carga que llevaba é inutilizado de una pata un buey que tiraba de una carreta, nuestro religioso se hizo uncir para ayudar al compañero que quedaba, y Dios nuestro Señor premió este rasgo de humildad haciendo que soportára tanta carga como hubiera soportado el buey que faltaba. Otros muchos milagros obró Dios por su medio cuyo relato seria enojoso; y en último término no vendria á ser sino la demostracion de que el Señor de cuando en

cuando le mostraba su predileccion por estos medios extraordinarios. Bien es verdad, que eso era como legítima consecuencia del trato íntimo que nuestro buen lego sostenia con su adorable Majestad; pues además de que le tenia presente en todas sus acciones, le adoraba muchas veces y pasaba todos los dias grandes ratos, muchas horas en oracion, cuyo fruto era abundantísimo no solo para él sino para las muchas personas que ponian á su cuidado asuntos los más árduos, cuyo favorable despacho era el testimonio de que Dios apreciaba muy mucho á su siervo y se complacia en condescender con sus deseos, siquiera porque estos eran siempre conformes á los designios de Dios nuestro Señor. Entre las gracias que logró de su Divina Majestad fué la de saber el dia de su muerte, para el cual se preparó con el mayor esmero, exhortando á sus hermanos, pidiéndoles el eficaz auxilio de sus oraciones y procurando recibir los santos sacramentos con verdadero espíritu de devocion y piedad. Como la prediccion habia venido del cielo se cumplió exactamente, así es que al mismo tiempo que él habia dicho, entregó plácidamente á Dios su espíritu á la edad de ochenta y cuatro años, y despues de una vida pasada en el ejercicio de las más sublimes virtudes cristianas. Mucho fué el sentimiento que causó en Regio la muerte de este apreciable lego, así que sus funerales fueron suntuosísimos y concurridos de lo más notable de la ciudad, publicando todos á porfía las buenas acciones y virtudes que habian visto en el esclarecido hermano Buenaventura de Régio, así como los prodigios que Dios habia obrado por su medio. Quisieron los de Regio colocar su cuerpo en un lugar preferente, y los PP. Capuchinos no se hubieran opuesto á ello si no hubiese habido por parte del difunto una manifestacion espontánea de que no queria distincion alguna, por lo que hubieron de consentir en que se enterrára en el cementerio comun, si bien pusieron un epitafio que indicaba lo que habia sido este buen religioso, que aunque lego habia sabido lo que más importa al hombre, que es servir y amar á su Dios hasta el fin de su vida.—G. R.

REGIO (Fr. Buenaventura de), religioso capuchino, en la provincia de la Marca. Perteneció este santo varon en sus principios á los Menores conventuales, donde echó los primeros cimientos de sus señaladas virtudes; despues pasó á los Capuchinos, donde perfeccionó el edificio espiritual. Resplandeció singularmente en la pureza de vida, que es la entrada al camino de la virtud, por ser la que destierra los vicios del ánimo, y le desnuda de apetitos desordenados. Fr. Buenaventura se adelantó tanto en ella, que absteniéndose completamente del vicio, alcanzó una inocencia más bien de ángel que de hombre, no comprendiendo él mismo, hubiese llegado á alcanzar virtud tan sobresaliente. Tan notable era su humildad, fundamento de las demás virtudes, y cuya vista no mira lo hecho, sino lo que se debe ha-

cer, ni lo que posee, sino lo que falta. Sabia que el tiempo que permanecemos en esta vida mortal es de pelea, no de triunfo, y que nunca se consigue la virtud tan seguramente, que pueda el poseedor descuidarse, en especial, no habiendo mayor contrario para el aprovechamiento, que creerse el haberlo conseguido; y asi Fr. Buenaventura, valiéndose del consejo que da el Apóstol, olvidaba lo que iba quedando atrás, y caminaba siempre adelante, concibiendo en el ánimo mayores deseos de aprovechar. Guardaba en la comida y bebida la mayor templanza, conformándose con la estrecha ley de la abstinencia comun en la Orden, no consintiendo al ánimo mayor apetito, ni permitiendo hartura al cuerpo; regla que observaba tambien en las demás cosas, no llevando el espíritu pegado á ellas, si las poseia, ni solícito por si le faltaban. Amaba tanto la pobreza seráfica, que ponia su tesoro en la necesidad; tan enemigo de su propia carne, que la maltrataba perpétuamente con ayunos, vigilias, azotes, frios y desnudez, crucificándola (segun lo amonesta S. Pablo) con los vicios y vanos desórdenes de la naturaleza, con cuyo tratamiento conseguia conservar el espíritu libre para entregarse á la oracion, en la que se ejercitaba de dia y de noche, habiendo llegado á tenerla por tan familiar, que nunca se apartaba de su compañia. Su caridad era tan admirable, que en cuanto le dieron el cargo y oficio de predicador, toda su solicitud y cuidado le empleaba en la conversion de los pecadores. Discurria por las ciudades y aldeas, predicando con fervoroso espíritu: á unos atraia, á otros espantaba, confirmando á los buenos en sus virtudes, y sacando á los malos de entre sus vicios. Buscaba en las calles á quien convertir, como tambien en las cárceles y en los hospitales; ya salia á los campos y soledades para ver si hallaba alguna oveja perdida que traer al rebaño sobre sus hombros. A todos los queria salvar y poner en el cielo, por todos ser sacrificio y desprecio en el mundo, y en todos conservarle á Cristo en su posesion. Era opinion de Fr. Bernardo de Montulmo, que la ciencia de este siervo de Dios era más bien infusa que adquirida, y muy fácil de persuadir; porque su eficacia era tal, que abrasaba el corazon más helado, y reducia á penitencia el pecho más duro; siendo tantos los gemidos y lágrimas de su auditorio cuando le oian predicar, que se le entendia con mucha dificultad. Tuvo singular gracia y virtud de Dios en reconciliar enemistades y disensiones, como se experimentó en Macerata, que hallándose encendida en odios tan sangrientos y vivos, que no los habian podido poner en paz personas ilustrísimas que trataron de ello; predicando una cuaresma con su acreditado fervor, y habiendo encomendado el negocio á Dios (que era la diligencia que hacia siempre ántes de predicar), sosegó los bandos y parcialidades, y consiguió una concordia pública, cuyos capítulos y condiciones aún se custodian y guardan en los archivos de la

ciudad. Lo mismo le sucedió en el lugar de Saxoferrato en la ciudad de Firmo, donde compuso otras semejantes enemistades, de que procedian infinitas muertes y varias miserias. Vivia allí en Firmo, ciudad de la Marca, un rico sacerdote, y de la familia más noble de la ciudad, pero en las costumbres estaba tan olvidado de sus obligaciones, que con escándalo de toda la poblacion, ni decia misa, ni rezaba el oficio, desdeñando hasta el uso del hábito eclesiástico, sin que hubiese quien osase advertirle lo que convenia, por ser persona tan poderosa. Le amonestó muchas veces el siervo de Dios para que se corrigiese; y no pudiéndolo conseguir, un dia, terminada la predicacion, le llamó desde el púlpito, mandándole en nombre de Dios que se acercase; llegó, y poniéndole Fr. Buenaventura un bonete y un vestido de clérigo, que llevaba prevenido, se vió una de las mudanzas que sabe hacer la diestra del excelso Señor en aquel clérigo relajado, porque de lobo se convirtió en cordero, y obedeció al varon apostólico con tanta humildad, que desde entónces vivió diferentemente, enmendando la vida pasada. Instituyó en la misma ciudad la cofradía llamada de los Negros, dándola leyes y forma de gobernarse, y que en la actualidad está notablemente aumentada, y se compone de las personas de más caridad. Fundó tambien otras hermandades para mayor devocion, y tambien la oracion de las Cuarenta Horas que Fr. José de Ferno habia introducido, la ilustró grandemente con su predicacion. A consecuencia de las guerras que entónces habia en Italia, estaban muchas ciudades de la península contaminadas de la peste de la herejía, cuyo remedio anhelaba el santo varon con sumo desvelo; de aquí resultó que predicando una vez en Mondulfo, que es un lugar del estado de Urbino, contra los errores que prevalecian en él, un hereje en venganza y secretamente le dió veneno en el vino, pero no tan ocultamente que pudiera ocultarse á la misericordia divina, en cuya virtud se libró. Otra vez predicando en Osino, tambien contra los herejes, un letrado, que lo era entre los demás, impaciente de la verdad católica, empezó á infamar al siervo de Dios, diciendo que predicaba herejías; pero el cielo le castigó tan claramente, que sin tener enemigo ninguno, le dieron una noche de puñaladas; saludable escarmiento para que teman la justicia divina todos los que hablan mal de los varones consagrados á Dios, y se les atreven con injustas calumnias. El Señor le favoreció igualmente con el espíritu de profecía, que predicando le llevaba á anunciar sucesos futuros, y de que es comprobacion el pronóstico que hizo en el pueblo de Sta. Agueda; pues viendo que en él se cometian muchos delitos, anunció á los oyentes en un sermon, que tenia Dios prevenido un azote durísimo para el lugar, si no le aplacaban con una penitencia comun y general, mas no hicieron caso de la amenaza, y poco despues sintieron su ejecucion, porque sobrevino un

terremoto tan vehemente, que se abrió la tierra, y se hundieron casas y heredades de los vecinos en grande número. Sucedió asimismo en el distrito de Narni una tempestad de granizo tan recia y continua, que toda la region se iba despoblando. Predicaba allí el varon de Dios, y les propuso la oracion de las Cuarenta Horas, asegurándoles la piedad divina si la abrazaban con devocion. Instituyóse en la ciudad, y fué tanto el concurso de los que acudieron á ella, no solamente de los ciudadanos, sino tambien de los pueblos circunvecinos, ménos tres que no concurrieron, y tanto el fervor con que la ejercitaron, y el P. Fr. Buenaventura en su predicacion, que movido á misericordia el Señor clementísimo, desterró de Narni y su término la tempestad, sino es de los tres lugares poco devotos, en que continuó todavía. Pero habiéndose encomendado los años siguientes, porque la oracion se prosiguió en la ciudad todos los años, participaron igualmente del favor celestial, quedando redimidos de aquel infortunio. Era su prudencia y consejo tan excelente, que tuvo el oficio de predicador general de la Orden en Roma, y muchas veces el de provincial de la Marca, en cuyo destino procedió con notable aumento de la observancia regular. Aconteció por entónces que estando en Urbino tratando de unos negocios referentes al mejor servicio de Dios, envidioso Satanás de sus perfecciones y virtudes, por derribarle todas, quiso combatirle la castidad con una tentacion vehementísima. Habia en la ciudad una mujer noble, pero de ménos honestidad que nobleza, la cual viendo pasar por su calle un dia al siervo de Dios, incitada del demonio, le hizo llamar, y á título de comunicarle un caso secreto y de consideracion, le introdujo en un aposento muy retirado, donde desenfrenadamente empezó á llegarse al honestísimo y gravísimo religioso, y á querer abrazarle lascivamente. Quedó á primera vista sorprendido y admirado Fr. Buenaventura, y trató de ponerla en razon con palabras. Mas reconociendo no bastar ni ser éstas de provecho, lo remitió á las obras, y con una disciplina de hierro que traia siempre consigo, la dió tantos azotes en el cuerpo y cara, que con este nuevo género de exorcismo la sacó los espíritus, y dejándola libre de la tentacion, se salió de la casa alcanzando del inmundo enemigo un trofeo tan ínclito. Siendo guardian, despues de lo referido, en el convento de Fano, estaba confesando en el bosque á los religiosos; habiéndose todos confesado sin faltar ninguno, vió dos frailes que venian por lo alto del bosque acercándose á su persona. En cuanto llegaron le pidieron que los confesase á ellos tambien. El santo varon los miró atentamente, y conociendo que habian muerto ya, les respondió diciéndoles: De muy buena gana os confesaré, si os puede ayudar la absolucion sacramental. Entónces, levantando la voz dijeron: ¡Ay! Ya el tiempo de la absolucion se pasó, ya es tarde, ya no es de provecho. En seguida se volvieron á entrar por lo espeso del bosque y

desaparecieron. Finalmente, habiendo vivido treinta y ocho años en la religion, con gran alabanza de virtudes y de santidad, caminaba á Scapiciano, y pasando por Senogalia, cayó enfermo de un mal, del cual tuvo revelacion habia de morir. Se previno convenientemente, para aguardar la venida del celestial Señor, con los sacramentos recibidos muy devotamente y con fervorosos actos de amor divino, en cuyo ejercicio le halló la última hora, y le pasó de esta vida á la eternidad. No habia entónces en Senogalia monasterio de Capuchinos; y así los ciudadanos, que no ignoraban la excelencia del siervo de Dios, le hicieron un solemne entierro, llevando el cuerpo con el clero y religiones de la ciudad hasta Scapiciano, situado á una legua de distancia, con igual concurso y veneracion de la gente, que llegando á porfia á besarle el cuerpo y reverenciarle, nunca le dejaban ir solo. Murió, casi de sesenta años, el de 1572; y al sexto despues de su muerte se halló su cuerpo sin corrupcion, tan sano y entero, que manifestaba la gloria incorruptible del alma de aquel varon santo y ejemplar. —A. L.

REGIO (Enrique), de Paderborn, alumno de la provincia de Sta. Cruz en Sajonia, guardian del convento sucrinense, publicó una obra muy distinguida, cuyo título es el siguiente: *Biblia alphabetica in hanc Enchiridii formulam ea ratione redacta, ut sub qualibet alphabetici ordinis littera, novi ac veteris instrumenti aucthoritates, etiam à monosyllabis et partibus indeclinabilibus initium sumentes, candidus lector prima fronte reperiat, additis nihilominus capitum locorumque citationibus. Opus ante hoc nunquam excusum, et majoribus (ut vocant concordantiis) longè locupletius sum perfectius per venerandum P. Henricum Regium Paderbonensem Guardianum Sucrinensem provinciæ Saxonicæ S. Crucis pro Dei Opt. Maximique honore recens elaboratum.* Se imprimió en Colonia, en 4.° mayor, á expensas de Melchor Noveriano: obra más rica y más cómoda por su invencion que la mayor parte de las concordancias, segun manifiesta Wadingo, y tambien la recomendó Dupin y últimamente Gravenon, en el tomo VII de su *Historia eclesiástica*, siglo XVII, pág. 471. —M. N. y S.

REGIO (Francisco de), corista de la órden de Capuchinos. Correspondió á la provincia de S. Luis; era natural de Ries, y sus inclinaciones desde muy niño fueron las de consagrarse al servicio de Dios en el estado religioso; decidido á tomar el hábito de S. Juan, se le apareció el seráfico P. San Francisco y S. Antonio de Pádua, y le persuadieron á que trocase su propósito, y se dirigiese á la religion de Capuchinos; efectivamente, así lo ejecutó, obedeciendo consejo tan superior. Llevado de su santa inclinacion, floreció y fué aventajadísimo en la obediencia, en humildad, en paciencia, en pureza de vida, y en todas las virtudes que constituyen un varon evangélico, así era que disfrutaba de todo el cariño, predileccion y consideracion

de sus superiores y maestros. Pero el Señor dispuso que tan brillante flor no permaneciese mucho tiempo en este mundo terrenal, muriendo muy jóven con sazonados frutos de perfeccion en el año de 1604. A la hora de su muerte se apareció glorioso á un amigo suyo seglar, que se llamaba Domingo, condiscípulo suyo en otro tiempo, causando en él tan agradable y fructuosa sorpresa, que en seguida tomó el hábito en la misma órden, llegando á ser un religioso ejemplarísimo. —A. L.

REGIO (Jacobo), y segun el apéndice de Wadingo, Francisco. Capuchino noble genovés, lector y definidor de la misma sagrada provincia, varon muy docto, primo hermano del cardenal Raggio y tio asimismo del cardenal Lorenzo Raggio. Deseoso de extirpar los abusos que se cometian en las elecciones de algunas religiones, los atacó con una santa libertad y propuso públicamente los remedios que juzgó oportunos, y para conseguir más fruto disfrazó su apellido Raggio con el anágrama *Giragus* que puso en el libro que intituló *Dubiorum centuria de regimine regularium in tres partes distributa. In prima incommoda electionum, quæ inter regulares oriri possunt, enucleantur. In secunda, remedia assignantur. In tertia, nonnulla selecta elucidantur.* Impreso en Lion en 1646. El autor enriqueció despues esta obra con muchas adiciones, y la aumentó poniéndola su nombre. Esta segunda impresion se hizo en Génova en 1653. Tambien escribió otras muchas obras, tanto teológicas como morales, que por haberle asaltado la muerte dejó imperfectas, quedando solo impreso un opúsculo titulado: *Monita necessaria confessariis tempore pestis ad sacramenta ministranda, ne morbo afficiantur in summum animarum bonum.* Tambien la impresion es de Génova del año 1657, en cuya ciudad falleció con grande devocion. El Genuense refiere más particularidades de su vida. —M. N. y S.

REGIO (Fr. Jácome de), religioso lego capuchino. Era un santo varon de tal virtud, y particularmente de tan ínclita honestidad que áun en el siglo habiéndole introducido en el lecho una mujer, por probarle, unos compañeros suyos, tuvo la fortaleza de hacerse el desentendido, y volviéndole la espalda, venció aquella vez durmiendo la tentacion, como otras se suele vencer velando. Escarmentado con este lance y con otros semejantes, en que cada dia tropieza la juventud, renunció la vida seglar, y tomó el hábito en la órden de los frailes Menores de la Observancia, donde vivió algunos años con gran crédito; y desde allí, deseoso de más aspereza, oyendo lo rigurosa que era la de los Capuchinos, se pasó á su religion el año de 1538. Lo que de este virtuoso capuchino refieren los anales y crónicas de la Orden le hacen merecedor y acreedor á perpétua alabanza, correspondiente á las admirables dotes que en él lucieron. Empezando por su humildad, era tan perfecta la que residia en su ánimo, que áun entre los honores y dignidades

conservaba toda su perfeccion, sometiéndose y sujetándose más á cualquiera, cuando más superior se miraba por los oficios que, aunque lego, por sus excelencias los tuvo, y no pocos, en la provincia de la Marca siendo guardian de varios conventos. Tan léjos estaba de desvanecerle la prelacia, que ántes era ocasion y motivo de mayor humildad, pues hallándose súbdito no servia más que un oficio en la casa, pero prelado ejercia en ella cuantos era necesario desempeñar; y así ordinariamente sucedia, en cuanto era nombrado guardian, tomarse por especial ministerio el de la cocina, y luego concurrir con los religiosos en las ocupaciones propias de cada uno, ó bien cavando en la huerta, ó bien remendando los hábitos, barriendo, fregando, lavando los paños de las secretas, pidiendo la limosna, asistiendo á los enfermos, aplicándoles las medicinas, llevándolos de comer, y finalmente, no perdonando oficio ninguno de los que apetece el afecto de los humildes, y sirviéndole la dignidad de ocasion para ejercitarse más en tan alta virtud, verificándose en Fr. Jácome de Regio y con la mayor propiedad aquella notable sentencia antigua: que nadie puede mandar bien á otros, sino el que siendo súbdito aprendió á obedecer; y así sucedia que miéntras fué súbdito, era tal su obediencia, que nunca inquirió la razon de lo que se le mandaba, ni la causa que movia á los superiores, sino que en cuanto oia la voz del mandamiento ó del precepto, como si careciese de discurso ó de voluntad, así ciegamente obedecia, y se conformaba con el arbitrio de su prelado, conviniéndole con gran propiedad lo que dijo el profeta rey: *Semejante á un jumento soy junto á ti, y perpetuamente he de estar contigo; me llevaste de la mano y me guiaste por el camino de tu voluntad*. Su afecto á la pobreza era tan admirable, que apénas permitia á las necesidades de la naturaleza lo que la regla seráfica les permite, y áun en su uso le estrechaba de suerte, que no tenia tanto de uso como de privacion; por cuya causa y razon su hábito fué muy viejo siempre, y remendado por todas partes; su cuerda, sus sandalias y sus paños menores, los más pobres y viles que podian ser, mostrando que servian á Fr. Jácome únicamente en lo preciso y necesario y de lo que era imposible excusarse. La virtud de la castidad, que llevó del siglo tan entera y sin corrupcion como ántes se dijo, perseveró en su ánimo tan fielmente, y se adelantó de tal modo, que jamás admitió familiaridad con mujeres, ni áun las hablaba ni miraba á la cara. A los gatos por ser animales lascivos los aborrecia tan de veras, que tomando licencia del guardian y con su permiso, les mandó una vez que se fueran del monasterio donde vivia, y le obedecieron tan puntuales, que despues de haberse marchado no volvieron jamás á verse en el convento. Sabiendo que la castidad se conserva con la abstinencia y aspereza de vida, traia el apetito de la gula tan mortificado, que nunca comia lo que bastase á

satisfacerle, y ayunando casi siempre á pan y agua, su costumbre era poner el mejor pan á los demás religiosos, dejando el peor para su alimento. Rarísimas veces comia carne, y en aquellos casos con notable moderacion; y como la naturaleza tuviese tasadamente lo que habia menester, no cuidaba de la calidad ó el sabor de los manjares, ni constituia diferencia de los unos á los otros. Tanta en fin era su austeridad, que no se le conocia término, porque cada dia la iba estrechando más. En la estacion del invierno, y en medio del frio más intenso y rigoroso, no se acercaba á la lumbre sino en alguna muy precisa ocasion; lastimaba su cuerpo continuamente con durísimas disciplinas. Dormia poco, trabajando mucho de dia y de noche. Y últimamente su instituto y propensiones le inclinaban á desterrar tan léjos de sí los deleites de la carne y de los sentidos, que parecia hombre celestial en la tierra, y no del linaje de los demás hombres. Juntaba á las virtudes de que acaba de hacerse relacion, una ardiente caridad con pobres y enfermos. A los primeros, cuando llegaban á la porteria á pedir limosna, no les dejaba que se fuesen sin ella, porque ocurriese algun accidente imprevisto, y si faltaba pan con que poder socorrerles, lo sustituia con legumbres y yerbas para llenar tan humanitaria virtud. Con los enfermos era tan asistente, que cuantos oficios requeria su necesidad, su consuelo ú otro cualquier género de alivio, los ejercitaba y empleaba con tal prontitud, suficiencia y cuidado, como si en él se contuvieran todos los servicios de los demás religiosos. Lo que en él fomentaba tan generosas y divinas virtudes era la perpétua oracion, cuyo efecto familiar es conducir el ánimo á la virtud, y adelantarle á mayores grados, hasta tocar la cumbre de la perfeccion evangélica. Esta le enseñaba á pasar la noche con Dios en prolijas vigilias, y los dias en los bosques y soledades, inquiriendo el tesoro escondido allí de la contemplacion. Esta le sacaba muchas veces de sí arrebatándole en éxtasis profundísimos y prolongados, en cuyos dichosos momentos era trasladado á los coros ángelicos; de cuyos arrobamientos fué buen testigo entre otros en una ocasion Fr. Bonifacio de Calio, que pasando á buscarle en su celda en el convento de Murso, le halló en un exceso mental, levantados los ojos al cielo, y totalmente enajenado de los sentidos. Tambien unos frailes que estaban de hospedaje en el convento de Monte-Santo, queriendo volverse, le vieron en un rincon de la iglesia haciendo oracion, y llegándose los religiosos á despedirse de él, reconocieron lo mismo que Fr. Bonifacio, porque estaba del mismo modo; por lo que desviándose con cuidado por no inquietarle, fueron á decírselo al guardian, y alabaron al Señor de cielos y tierra que comunicaba tan soberanos favores á su siervo. Acostumbraba comulgar tres ó cuatro veces cada semana; y apénas acababa de comulgar, cuando inmediatamente le sobrevenia un rapto, en que abrazado y abrasado largo

tiempo con Dios, gozaba inefables y sobrenaturales delicias. Habiendo ayunado una cuaresma en honor del Espíritu Santo, le pidió que le inflamase en aquel amor en que habia inflamado los corazones de los apóstoles el dia de Pentecostés; y así fué que á los demás efectos de la oracion se le agregó este principalísimo de haber conseguido una gracia tan singular en el convento de S. Elías de la ciudad de Fano; con lo cual eran tan fervorosas desde entónces las llamas de caridad divina que ardian en su alma, que en poniéndose á orar, parecia como que se suspendia su respiracion, y cualquiera hubiera juzgado que iba á espirar. Las voces y gemidos que daba eran tales, que interrumpia las oraciones de la comunidad, y así para evitarlo se retiraba á su celda, donde continuaba con los mismos gemidos y lamentos tan elevados, que se oian fácilmente en la iglesia; no se quedaba aquí la vehemencia del ardor que traia en el pecho, sino que le sacaba de su sentido, llevándole de la celda á la iglesia, y de la iglesia al bosque, anhelando y gritando por mitigar el incendio interior. Cuando comulgaba, aún eran mayores las intimidades del celestial espíritu, y en su consecuencia, mayores tambien sus demostraciones. En el refectorio, en cuanto se leia alguna materia que se refiriese especialmente al amor de Dios, no le era posible estar con quietud; y levantándose á toda prisa, se salia ó á la iglesia ó al bosque, á desahogar en las voces acostumbradas el fuego que encendia en su corazon. Finalmente, los raptos que ántes tenia, crecieron tanto con esta abundancia de caridad, que ya de ninguna suerte vivia con los mortales, sino ciudadano del cielo y siervo de la casa del Rey de la gloria. No cabian tan inmensos ardores en la humana capacidad; por lo que el Señor clementísimo y padre de eternas misericordias, cuya gracia está siempre en sus santos y su vista en sus escogidos, se movió á disponer que la tempestad de rayos ardientes que en el alma de su siervo causaba conmocion tan recia como dichosa, se convirtiese en lluvia no ménos feliz, dándole despues de algun tiempo tan copiosa afluencia de lágrimas, que sin menoscabarle el amor, le templaba los ímpetus del incendio, si bien los efectos se diferenciaban muy poco. Así era que en aquel feliz cambio no habia oracion en que las lágrimas no fuesen muchísimas, ninguna memoria de la pasion de Cristo, ni ninguna devota leccion en que no lo fuesen tambien tanto, que en oyendo en el refectorio algo relativo á tan sublimes misterios, se alejaba de la misma manera que ántes, adonde su llanto y sus suspiros pudieran extenderse con libertad. Cuando tomó el hábito en la religion, y no pocos dias despues, tenia un sueño tan pesado y tan importuno, que casi no hacia oracion en que no le dominase é interrumpiese aquella necesidad de la naturaleza. Rogó continuamente al Señor que le quitase aquella propension. Y orando una vez; y hallándose oprimido, como

otras, de este accidente, sintió en la oreja derecha un golpe tan fuerte, que le duró mucho tiempo el dolor, y al mismo tiempo un ruido molestísimo en aquel oido; pero el sueño de allí adelante no volvió á perturbarle las oraciones. Tambien le favoreció diversas veces con su presencia la Virgen Santísima y su seráfico P. S. Francisco, habiéndole Dios ilustrado con revelaciones celestiales y milagros sin número, lo que es cosa verdadera é infalible, segun los originales de la Orden, y de que se referirán algunos ejemplos. A un noble varon tolentino, devoto de la religion, cuyo nombre era Pedro Pablo Pittorio, se le hizo vinagre todo el vino que habia encerrado en una cuba, y trataba ya de derramarle conceptuándole inservible. Se lo comunicó á Fr. Jácome, el que le aconsejó no vertiese el vino, pues pudiera ser que en adelante le fuera de provecho; á lo que el cosechero le replicó, que qué tenia que esperar ya, pues estaba tan hecho vinagre y tan corrompido, que solo Dios era bastante con su poder para remediarle: á lo cual Fr. Jacomé le volvió á replicar diciéndole, que así sería si Dios le quisiese remediar: dicho esto y habiendo orado un brevísimo espacio, el dueño del vino llegó á probarle, y hallándole generoso y mejor que ántes era, se lo dió de limosna á los Capuchinos, sin reservar nada de él para sí, diciendo á los religiosos las siguientes palabras: «Padres mios, para mí el vino es vinagre, y para vosotros es vino. Sea pues vuestro, por que quedándose en mi poder no vuelva otra vez á ser vinagre.» Siendo guardian del convento de Crucichio, nevó de tal suerte en una ocasion, que no pudiendo salir los frailes á buscar la limosna, se halló una mañana la familia sin pan para el medio dia. Reunió Fr. Jácome en la iglesia á los religiosos; y miéntras por su mandato estaban pidiendo á Dios el socorro de aquel aprieto, y él, en un rincon de la iglesia con los demás, llamando con oracion continua y devota á la puerta de la Providencia divina, llamó tambien á la del convento un hombre que venia á caballo con una cesta grande de pan. La entregó al portero, el cual la llevó al guardian, y volviendo luego á entregársela al que la habia traido, ni halló ni señal en la nieve de hombre ni de caballo, con lo que Fr. Jácome y todos los frailes conocieron la parte de donde se les enviaba el socorro, y dieron las debidas gracias al autor de tan grande beneficio. Cierto religioso cocinero del convento de Urbino era tan poco afecto á la santa pobreza, que de aceite, leña y de cuantas cosas son necesarias en la cocina, gastaba mucho más de lo que acostumbraba la modestia de la Orden. Reprendióle Fr. Jácome semejante despilfarro. Mas él, desestimando la reprension, prosiguió en el olvido de su estado con tal pertinacia, que el santo varon de Dios le vino á decir: «Mira lo que haces, hermano, que el desprecio con que tratas á la pobreza altísima, está amenazando que ha de echarte de la religion.» El pronóstico por su daño salió

tan cierto, que de allí á pocos dias apostató torpemente de la Orden, aprendiendo con tan miserable experiencia el peligro que trae consigo menospreciar la pobreza seráfica. Ultimamente, caminando del convento de Amandula á Firmo, por mandado del provincial, y llevando á Fr. Bernardo de Muso por compañero, le dijo estas palabras: «Hermano Fr. Bernardo, ya camino al lugar que ha de ser mi quietud. La tierra de Firmo es la que ha de cubrir mis huesos, y aquella casa la que ha de ser para siempre mi habitacion. Y ántes, como anunciando el dia de su muerte, solia decir asimismo á los religiosos, que muriera de buena gana en el dia de nuestro P. S. Francisco. Llegó á Firmo, y dentro de breve tiempo enfermó de unas calenturas de que murió en el dia que habia deseado del seráfico Padre, con tanta y con tan comun opinion de santo en la Orden, que Fr. Pacífico de Sestino, varon milagroso y perfecto, que fué su confesor, afirma, áun cuando vivia, que si la autoridad de la Iglesia no lo impidiera, le llamára S. Jácome, sin ofensa alguna de la verdad. Murió este santo religioso año de 1585. A. L.

REGIO Lepido (Fr. Miguel), religioso dominico, natural de Lépido, en la Lombardía, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose por su piedad y celo no ménos que por su elocuencia como predicador. Escribió: 1.° *Instructio sive praxis pro exoranda in Rosario sanctissimæ Dei genitrici.* — 2.° *Tractatus de laudibus Virginis Deiparæ.* — 3.° *Conciones de sanctis per totum annum.* — 4.° *De diligendo Deo tractatus.* — 5.° *Praxis pro frequentanda fructuose sanctissima communione;* las que parece quedaron manuscritas ó si llegaron á imprimirse se ignoran las ediciones, pues lo pone en duda quizá con este motivo el P. Echard en sus *Escritores de la órden de Predicadores.* — S. B.

REGIRALDO (Sancho), religioso dominico, natural de Alcañiz, é hijo de su convento de Sta. Lucía, como el P. Maestro Fr. Pascual Sancho de quien se trató en 1496. Nada sabemos de su conexion política con el P. Regiraldo. Fué como éste maestro de la provincia de Aragon, y muy ejercitado en la oratoria evangélica. Pedro Juan Zapater en la Historia manuscrita de dicha ciudad, part. 3.ª, cap. XII, le llama varon docto, y grave en todas materias, y dice que escribió: *Dos cuaresmas completas y muchos sermones de santos y extravagantes*, que estan sin publicarse en la librería de dicho convento. Trae su memoria despues del presentado dominicano Fr. Tomás Ramon, que murió en 1640. Véase el P. Claveri que va 1748. — L. y O.

REGIS (Fr. Baltasar de), religioso franciscano de la provincia de Filipinas, de quien hace larga memoria el P. Llave en su historia de aquellas misiones, diciendo que su vida fué la de un ángel siendo hombre, pues con tal título apellidaban á este venerable religioso por su dulzura y amabi-

lidad. Su índole era blanda, dulce y agradable, y habiéndole concedido tan bella alma la Divina Providencia, no pudo ser malo su excelente natural, ni cuando niño, ni cuando jóven, pues la suave blandura de su naturaleza le concedia con facilidad una tranquilidad completa en cualquiera cosa á que se dedicaba. Se consagró en un principio al estudio, en que hizo los mayores adelantos, y hubiera quizá ocupado uno de los brillantes puestos con que le brindaba un ingenio privilegiado, si sus deseos de seguir un camino más perfecto no le hubiesen inclinado á tomar el hábito en la religion de los Menores, donde se distinguió bien pronto por sus no vulgares virtudes, consagrándose desde luego á los ejercicios que para confesor y sacerdote designaba aquella sagrada Orden, adelantando mucho de consiguiente en las obras espirituales que exige la perfeccion de tal estado y ministerio. De donde vino á resultar, dice el cronista, que aquella lenidad de su natural y tranquila índole, pasase á sobrenaturales elevaciones hasta la bienaventuranza de aquellos á quienes se promete la posesion de la tierra de los vivientes, que es el descanso de los alcázares celestiales, y la posesion de la tierra de los mortales, que es la quietud y tranquilidad del ánimo, contra todo lo que en esta vida puede provocar á la irascible. Lo que nos da á entender la concisa cláusula de Llave con estas palabras: «Porque habia llegado á tanta perfeccion, que en su condicion sincera y en la honestidad y mansedumbre de sus voces, parecia hombre celestial, por lo cual de todos era llamado ángel, y era como tal reverenciado y estimado.» Cedia, pues, diremos, repitiendo el lenguaje y los pensamientos intraducibles de las crónicas, á maldades impudentes é irreverentes; quedaba de ellas triunfante, pagando solo con palabras y obras suaves los descomedimientos ajenos é insolentes. Para elevar á sobrenatural su natural índole, buscaba en su oracion frecuente el más divino ejemplar de los humildes, y viendo que nuestro maestro soberano Jesucristo en todos sus tormentos crueles no volvia maldiciones por maldiciones, ni amenazas por ultrajes, sino que se entregó manso, humilde y paciente en manos de sus malhechores, ofreciendo por ellos su oracion y su sangre, se apagaban en nuestro Fr. Baltasar áun los más leves insultos de lo irascible; y conservando á su alma con la divina gracia, en tranquilidad suave en cualquier acontecimiento, eran siempre blandas sus palabras y sus acciones con que arrebatando á todos las voluntades, más le tenian por ángel que por hombre, pues vivia con tanta serenidad en esta tierra de los mortales, como si fuera ya ciudadano del cielo. « Así, continua el citado Llave, que habia llegado á tanta perfeccion, porque despues que holló el mundo no habia sido descuidado en aprovechar, siendo la perseverancia la que da la gloria á los varones ilustres y la corona á las virtudes, pues sin la perseverancia, ni el que pelea llega á obtener el triunfo, ni á conservarle por mucho tiempo.» Si-

guiendo, pues, este camino de virtudes, se incorporó el P. Fr. Baltasar á la religion franciscana descalza, debiendo sin duda pertenecer á la observante, segun se infiere de las palabras de la crónica, pues asegura contribuyó mucho á la fundacion de la custodia de S. Diego, donde vivió hasta el año 1583, haciendo una vida ejemplar y distinguiéndose por su trato benigno y afable. En aquel año fué sin duda cuando pasó á Filipinas en compañía del glorioso mártir del Japon S. Pedro Bautista, con cuyo ejemplo, inútil es decir, adelantó en gran manera en el ejercicio de todas las virtudes. Pues el venerable Fr. Baltasar, dice la crónica, no solo no fué descuidado en aprovechar, en lo que prometió en su profesion solemne, segun la obligacion que de ello tienen todos los religiosos, sino que llegó á la perfeccion que exige el estado religioso. Pues consistiendo ésta en una total renuncia de la vida, del apetito y de la concupiscencia que ofrece el religioso por medio de los votos voluntarios de obediencia, pobreza y castidad, sacrificando á Dios su alma, su cuerpo y todas las cosas temporales para dedicarse á su servicio más libremente, Fr. Baltasar no solo cumplió como cumplen los que se comprometen á seguir tal estado de perfeccion, sino que habiendo llegado muy pronto al último extremo de la perfeccion, aún anhelaba ir más allá santificándose por todos los medios imaginables. El P. Baltasar, que hollaba con planta segura todas las cosas temporales, suspiraba por las eternas para llegar al sumo grado de las perfecciones. Obraba en esto como impaciente su blanda y apacible índole, buscando las mejores oportunidades para el ejercicio de todas las virtudes, estudiando los medios más útiles para la más perfecta observancia de los preceptos y consejos evangélicos de sus religiosas obligaciones. Así es que, dice Llave, llegó su ganancia espiritual á tener tanto valor en la cumbre de las perfecciones, que era estimado y reverenciado áun en esta vida como si fuese un ángel. Merecíalo en efecto por sus grandes virtudes, de las que era un verdadero modelo, pues siempre procuraba aumentarlas y perfeccionarlas, no perdonando medio ni desvelo por llegar á un punto en que habia fijado sus miras, y más allá del cual es imposible que pase ningun mortal sobre la tierra. Cómo lo consiguió, no somos nosotros quienes deben decirlo, pues ya lo hemos indicado repetidas veces sirviéndonos de las palabras de los mismos cronistas que nos sirven de guia en este trabajo. Hallándose en tan santas ocupaciones, le llamó Dios para premiarle por medio de una mortal fiebre. Ignóranse los empleos que desempeñó en Filipinas, aunque se supone fueron de los más autorizados de la provincia, atendidos sus grandes méritos y nunca desmentida virtud, sábese sin embargo que fué uno de los fundadores de aquella provincia, y que por lo tanto no dejarian sus prelados de aprovechar sus buenas cualidades. Medítese en las que tenia este religioso, y no se dudará de su meritoria vida y de su gloriosa

muerte. Dispúsose para ésta recibiendo los santos sacramentos, y haciendo otras cristianas y religiosas prevenciones. Falleció en la enfermería del convento de Manila, y fué sepultado con los demás religiosos: el P. Llave menciona á este religioso entre los difuntos del segundo trienio, pero otros cronistas aseguran no pertenece á esta época, por haber llegado á Filipinas en la mision de S. Pedro Bautista, año de 1583, mas este cálculo nos parece inoportuno en este lugar, pues para nuestro objeto basta con dejar sentada la época en que vivió.—S. B.

REGIS Regius (Francisco), de nacion belga, teólogo y eclesiástico insigne, á quien oia con gusto el emperador Cárlos V. Escribió en idioma francés un comentario á la Oracion dominical y varios sermones. Fué persona de notable virtud, piedad y excelentes costumbres. Se encerró en el convento de Nivellis, que habia levantado con las limosnas de los príncipes de quienes fué predicador.—M. N. y S.

REGIS (José Cárlos). Fué este jesuita sobrino del P. Juan Bautista de la misma Orden. Nació en Istres el dia 16 de Marzo de 1718. Habiendo abrazado la regla de la Compañía de Jesus y destinado á la enseñanza por sus superiores, fué encargado de regentar las clases inferiores en el colegio de Dole; despues enseñó la retórica en Marsella, cuya cátedra desempeñó hasta la extincion de la Compañía. Retirándose despues á su pais natal con uno de sus hermanos, tambien exjesuita, murió en él el 12 de Marzo de 1777. Echard, en su Diccionario de la Provenza, cita algunas obras dramáticas del P. Regis, escritas para el uso de los colegios, tituladas: Lázaro;—Venancia;—Hércules;—El testamento del Avaro, y las Fiestas Marsellesas; y cuando murió prometia publicar una descripcion de una excavacion singular que habia hecho ejecutar en una colina, lo que prueba el gusto que tenia este religioso al estudio de las ciencias naturales.—C.

REGIS (Juan Bautista). Nada podemos decir acerca de la época ni del lugar del P. Regis, jesuita francés y misionero de la China, hábil geógrafo, que debe contarse entre los sabios religiosos que más se han distinguido en las misiones del Celeste Imperio, el cual fué una preciosa margarita en aquel plantel de sabios. Como muchos de sus compañeros, se ocupó más de Dios que de su persona, y las noticias de su vida particular se enterraron con su cadáver, quedando solo de él los beneficios que hizo y alguna que otra noticia conservada por los que le trataron, para que no cayese en el olvido. Empezó el P. Regis á entregarse á los trabajos geográficos el año 1708, época en que el emperador de la China Khang-Hi concibió la idea de hacer levantar el mapa de sus estados, cuyo trabajo encomendó á los misioneros europeos, cuya instruccion habia reconocido. Empezaron los jesuitas esgrande obra por la gran muralla y paises cercanos á ella, cuya exacta me-

dicion ejecutaron los PP. Bouvet, Regis y Jartoux que fijaron su situacion. A los dos meses de emprendido este penoso trabajo, cayó enfermo el P. Bouvet, y por lo tanto continuaron la tarea solo Regis y Jartoux, que emplearon en esto todo el año 1708. Volvieron á Pekin en Enero de 1709 con un mapa de más de quince pies de largo, cuyo trabajo fué muy bien recibido por el emperador, el que deseando tener un plano igual de todas las provincias de su imperio, rogó á los jesuitas continuasen prestando este servicio. Aceptando los PP. Regis y Jartoux la comision, desde el mes de Mayo siguiente, llevando en su compañía al P. Fridelli, fueron á levantar la carta del país de los Mandchues, y desde este pasaron á hacer la misma operacion á la provincia de Pe-tchili ó Pekin y del país situado en las cercanías del rio Negro, trabajo que les ocupó todo el año 1710. Acompañado el P. Regis del P. Cardoso, en 1711, levantó la carta de Chantoung. Despues, en union de los Padres Maillac y Henderer, las de Honan, Nanking, Tche-Kiang, Fou-Kiang. Muerto el P. Bonjour en 1715, el P. Regis fué enviado á Sun-nan á concluir su carta. Luego que la hubo acabado, volvió á reunirse con el P. Fridelli, y levantaron juntos las cartas de las provincia de Konëi-tcheon y las de Hon-Konang correspondientes al Houpe y al Hou-nan de la dinastía actual, habiéndonos conservado Duhalde los detalles que dió el P. Regis de la manera con que desempeñó estas operaciones. Vése en el prefacio de la descripcion de la China del autor citado que los jesuitas hallaron una desigualdad sensible en la longitud del grado del meridiano del 41 al 47 paralelo; pero que no pudieron reconocerla con bastante precision, porque el instrumento que llevaban no tenia más que dos pies de luz. De este modo fueron los misioneros levantando las demás cartas del imperio, de suerte que en ocho años terminó el P. Regis con sus compañeros la empresa geográfica más vasta que hasta entónces se habia emprendido. El inmenso trabajo á que se entregó el P. Regis, los largos y constantes viajes que este le obligó á emprender, absorbieron todo su tiempo, y áun le faltó para reunir en cuerpo una multitud de observaciones curiosas acerca de los países que habia visitado y de los que conocia las costumbres y leyes naturales, cuyos apuntes fueron de suma utilidad al P. Dualdo. Este Padre tuvo mucha semejanza sobre este particular con los compiladores que descuidan, con intencion ó sin ella, frecuentemente indicar los autores de los materiales que recogen, deseando pasar por originales con detrimento de la verdad. En este caso se hallan los dos fragmentos de Regis sobre la Corea y sobre el Tibet, que se insertan en el cuarto volúmen de la descripcion de la China. Contiene el primero cuanto hasta ahora se sabe de positivo sobre las costumbres de los corenses, y el otro presenta curiosísimos detalles acerca de las divisiones gerárquicas de los lamas. Regis llegó á adquirir un profundo conocimiento de la lengua

China y se sirvió de ella para hacer una traduccion latina del *I-King*, más antiguo y auténtico al propio tiempo que el más oscuro y difícil de comprenderse de los libros clásicos de los chinos. Esta traduccion la ilustró con notas y aclaraciones de las que muchas son verdaderas disertaciones sobre la religion y antigüedades del pais; en la Biblioteca Real de Francia se ha conservado un manuscrito de esta preciosa obra, y otra copia que habia regalado el autor á Freret, pasó á la biblioteca de la Direccion de longitudes; pero desgraciadamente era incompleta en su segunda parte: esta biblioteca posee algunos otros manuscritos del mismo autor. Segun su biógrafo Abel-Remusat, el P. Regis vivia aún en 1724, puesto que se sabe tomó parte en las discusiones que tuvieron los misioneros que sostener ante el emperador Young-tching, cuando se prescribió en la China la religion cristiana.—C.

FIN DEL TOMO XX.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

BIOGRAFÍA

ECLESIASTICA

20

13.528

R